

This volume was digitized through a
collaborative effort by/ este fondo fue
digitalizado a través de un acuerdo
entre:

Ayuntamiento de Cádiz

www.cadiz.es

and/y

Joseph P. Healey Library at the
University of Massachusetts Boston
www.umb.edu



DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

LEGISLATURA DE 1893

Esta legislatura dió principio el 5 de Abril de 1893.

TOMO IX

Comprende desde el núm. 114 al 131.—Páginas 3725 á 4222.



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE LOS HIJOS DE J. A. GARCÍA
Calle de Campomanes, núm. 6

1893

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL LUNES 23 DE ABRIL DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Partes de las autoridades judiciales con motivo de los sucesos de Valencia: comunicación.

Concesión de un crédito extraordinario al presupuesto de Puerto Rico: proyecto de ley.

Carretera de la de Valladolid á Santander á Maliaño; ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril; carreteras de Sevilla á Alcantarillas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija: proposiciones de ley.—Apoyadas respectivamente por los Sres. Viesca, Díaz de Rábago y Muruve, se toman en consideración.

Prisión del candidato republicano federal proclamado para la próxima elección de un Diputado á Cortes por Sabadell; actitud del Gobierno ante las manifestaciones obreras de 1.º de Mayo; situación anormal de los presos con motivo de los sucesos últimamente ocurridos en Barcelona: preguntas del Sr. Lostau, y recuerdo de una interpe-lación anunciada por dicho señor.—Contestación del señor Ministro de la Gobernación.—Alusión personal del señor Junoy.—Rectificaciones de los Sres. Lostau y Ministro de la Gobernación.

Carreteras del Coronil á Morón, de Morón á Montellano y de Puebla de Cazalla á la de Eoija á Olvera: proposición de ley.—La apoya el Sr. Ramos Calderón.—Se toma en consideración.

Nota de los detenidos á consecuencia de la suspensión de garantías en Barcelona; expediente de suspensión de un acuerdo del Ayuntamiento de León; abusos con motivo de la conducción de testigos á prestar declaraciones en causas criminales: reclamaciones y pregunta del Sr. Azcárate.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Rectificación del Sr. Azcárate.

Aplicación de la ley del timbre á los productos farmacéuticos: exposición presentada por el Sr. Martínez González.

Nota de gastos ocasionados y bajas causadas en el ejército con motivo de los sucesos de Melilla; comunicaciones oficiales mediadas entre las autoridades centrales y el general Macías con el mismo motivo; negociaciones entabladas con el Sultán de Marruecos en 1871 y 1891, y reclamaciones pendientes en la actualidad; Memoria sobre la visita girada á Cádiz por el director de Beneficencia y Sanidad en 1889: reclamaciones del Sr. Marengo.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.

Expediente del ensanche de Barcelona; acontecimientos en San Pedro de Tarrasa con motivo de la apertura de una capilla y algunas escuelas evangélicas: manifestación del Sr. Avila con motivo de una petición suya del día 18, y ruego de dicho señor.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.

Anomalías é irregularidades de negociaciones diplomáticas: interpe-lación: discurso del Sr. Osma explanándola.—Se suspende la discusión.

ORDEN DEL DÍA: Destitución del gobernador de Valencia: continúa la discusión sobre la interpelación del Sr. Rodríguez (D. Calixto).—Alusión personal del Sr. Gasset (Don Rafael).—Idem del Sr. Barrio y Mier.—Discurso del señor Ministro de la Gobernación.—Rectificaciones de ambos señores.—Alusiones personales de los Sres. Vázquez de Mella y Llorens.—Rectificación del Sr. Dualde.—Se prorroga la sesión.—Rectificaciones de los Sres. Vázquez de Mella y Llorens.—Discurso del Sr. Presidente del Consejo de Ministros.—Rectificaciones de los Sres. Vázquez de Mella y Presidente del Consejo.—Acuerda el Congreso pasar á otro asunto.

Elección de Colón (Matanzas): dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades.

Agregación de la dehesa del Collado de Yeltes al término municipal de Martín del Río: dictamen.—Se aprueba.

Aprobación definitiva de proyectos de ley.

Constitución de Comisiones: comunicaciones.

Devolución de la fianza á la Compañía del ferrocarril de Olot á Gerona; ferrocarril desde Lucainena de las Torres á la ensenada de Agua Amarga; idem desde la estación de San Julián de Musques á enlazar en Traslaviña con el de Zalla á Castro Urdiales; carreteras de Puente de Otero á la de Villalba á Oviedo; de Pradejón á enlazar las de Logroño á Zaragoza y Arnedo á Estella; de Vilela á La Cadeira: dictámenes.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las siete y quince minutos.

Abierta la sesión á las dos y media, se leyó el Acta de la anterior, y fué aprobada.

Quedaron sobre la mesa, á disposición de los señores Diputados, los partes elevados por el presidente y fiscal de la Audiencia de Valencia con motivo de los sucesos ocurridos en aquella capital el 11 del corriente, remitidos por el Sr. Ministro de Gracia y Justicia á petición del Sr. Pidal.

Prevía la venia del Sr. Presidente, el Sr. Ministro de Ultramar subió á la tribuna, y leyó un proyecto de ley concediendo un crédito extraordinario con aplicación á un capítulo adicional de la sección 3.ª, «Guerra», del vigente presupuesto de gastos de la isla de Puerto Rico, para atenciones de la brigada disciplinaria de Cuba. (Véase el Apéndice 1.º á este Diario.)

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): El proyecto de ley leído por el Sr. Ministro de Ultramar pasará á la Comisión de presupuestos de Puerto Rico.»

Se leyó una proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de la de Valladolid á Santander, desde el sitio de la Ermita nueva de Peña-Castillo, atraviase la de Burgos á este pueblo, y termine en Santander en el punto más conveniente de la zona de Maliaño. (Véase el Apéndice 2.º al núm. 110.)

En su apoyo dijo

El Sr. **VIESCA**: La excepcional importancia que para la ciudad de Santander representa esta proposición, se comprende desde luego, sólo con tener en cuenta que se trata de la prolongación de una carretera del Estado que, enlazando con otra de igual categoría, dé acceso á aquella capital, precisamente en la zona en que se desarrolla el movimiento mercantil y el tráfico más activo de su puerto. Atravesará también tres vías férreas: la del Norte, la de Solares y la de Santander á Cabezón de la Sal, y responde, en fin, á una verdadera necesidad, que no necesita encarecerse.

Ruego, pues, al Congreso conceda favorable acogida á dicha proposición.»

Leída por segunda vez, fué tomada en consideración la proposición, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

Se leyó una proposición de ley concediendo prórroga del plazo señalado para la construcción del ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril. (Véase el Apéndice 3.º al núm. 110.)

En su apoyo dijo

El Sr. **DÍAZ DE RABAGO**: La proposición de ley á que acaba de dar lectura el Sr. Secretario refiérese á la ampliación de la prórroga que por la ley de 8 de Julio de 1892 disfruta la Sociedad inglesa The Coruña Santiago and peninsular railway Company limited, para la construcción del ferrocarril que, atravesando una de las más ricas, y sobre todo más bellas regiones de España, y poniendo en comunicación dos poblaciones de la importancia de la ciudad de Pontevedra y del puerto de Carril, al soldar el eslabón ferroviario, por ahora roto, de la red general gallega, viene á subvenir á la necesidad que tan á lo vivo se siente de unir á Santiago con los elementos de vida que encierra y aquellos otros no menos importantes de las feraces comarcas del Norte, de que Compostela es centro, con el resto de la Península española.

De no ser ley la proposición que tengo el honor de presentar en este momento, caducará la concesión de que la Compañía goza, y con ello perderá Galicia toda esperanza de que ferrocarril que tanto importa á su vida económica y mercantil llegue á construirse; pues no siendo dicha Compañía la que por tener en explotación la vía férrea de Santiago á Carril puede interesarle su prolongación á Pontevedra, no habrá ninguna otra empresa que se atreva á llevar á cabo aquélla. Y buena prueba de ello le ofreció la subasta, en la que fué único postor la mencionada Sociedad inglesa.

Las diversas reformas que, no habiendo aún aprobado el definitivo de todo el trazado, se introdujeron por el Ministerio de Fomento en los planos que le presentó la Compañía; el haberse visto ésta hasta hace pocos meses envuelta en la quiebra de

una casa de banca española que había interesado la construcción de la línea; los inconvenientes que en Galicia la extremada subdivisión de su suelo opone á las expropiaciones territoriales; las profundas oscilaciones que de algún tiempo á esta parte agitan el mercado europeo, dificultando toda empresa industrial; la resultante poderosa, en fin, de todas estas concausas, explican y hasta justifican la imposibilidad en que la Compañía concesionaria se ha visto para realizar la construcción de la vía ferrea de Pontevedra á Carril, y la necesidad y la justicia de esta prórroga. Ahora, vencidas todas esas dificultades, y apoyada sobre todo la Compañía, como al presente lo está, por un fuerte sindicato de banqueros londinenses, el ferrocarril será una realidad si las Cortes en su altísimo criterio estiman que deben tomar en consideración, como yo le suplico al Congreso, esta proposición de ley.»

Leída nuevamente, fué tomada en consideración la proposición, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

Se leyó otra proposición de ley, variando el trazado de las carreteras de Sevilla á la estación de Alcantarillas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija. (Véase el Apéndice 5.º al Diario núm. 110.)

En su apoyo dijo

El Sr. MURUVE: La proposición de ley cuya lectura acaba de oír el Congreso, tiene por exclusivo fin el de subsanar una omisión padecida en las leyes que respectivamente autorizaron la inclusión en el plan general de las carreteras del Estado de las de Sevilla á la estación de las Alcantarillas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija. Ambas son afluentes y transversales á la carretera de primer orden de Madrid á Cádiz, y con ésta deben precisamente empalmar para llenar cumplidamente su beneficioso fin; pero como en la fijación de sus respectivos itinerarios se designaron como extremos de aquellas dos puntos, que, aunque próximos, están separados algunos kilómetros de los de sus enlaces con la expresada carretera de Madrid á Cádiz, es indispensable ampliar los itinerarios oficiales de sus trazados con los pequeños trozos de las prolongaciones hasta sus enlaces respectivos con la carretera de primer orden de Madrid, que es lo que exclusivamente se preceptúa en el artículo único de esta proposición de ley, que ruego al Congreso tome en consideración.»

Leída nuevamente la proposición, fué tomada en consideración, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Lostau.

El Sr. LOSTAU: La he pedido para dirigir unas preguntas al Gobierno, y especialmente al Ministro de la Gobernación, llamando muy especialmente sobre la primera la atención de todo el Gobierno así como de la de la Cámara, pues en las indicaciones que he de hacer va envuelta la honra y el prestigio de la ley electoral vigente, y, por tanto, la de la propia Cámara.

Desde hace días tenía yo conocimiento, habían llegado á mis oídos especies que me hacían suponer

que se trataba de explotar los sucesos de Valencia para dirigirse contra una persona que estaba proclamado candidato para la diputación á Cortes por el distrito de Sabadell. Esta persona, que se encontraba en Valencia durante aquellos acontecimientos, hubo de ser llamada por el gobernador antes de que los sucesos tuvieran lugar para rogarle que interpusiera su valiosa cooperación al objeto de que no se hicieran trasgresiones legales y que se procurara que la gente levantisca no se moviera á consecuencia de la peregrinación; esta persona permaneció cuatro días más en Valencia, donde vió al juez instructor de las causas que se instruyen con motivo de aquellos sucesos, y después de esto, el Sr. Blasco Ibáñez, que es la persona á que me refiero, se fué á Sabadell á trabajar por su candidatura en aquel distrito electoral, que le había proclamado su candidato.

A estas legítimas y legales tareas se hallaba dedicado cuando, por mala suerte para él, el viernes por la noche llegó á Sabadell una Comisión de la capital de la provincia con el candidato ministerial, ó si no ministerial con el que allí ponen enfrente de la candidatura republicana... (El Sr. Ministro de Estado: ¿Cómo se llama?) Creo que es un tal Sr. Bustillo, que vive en la Plaza Mayor de Madrid, según se dice.

Y estos señores amigos del Sr. Bustillo se fueron á Barcelona, diciendo que el *meeting* que se había convocado en Sabadell para ayer domingo, á las tres de la tarde, no tendría lugar ó, aunque se celebrase, á él no asistiría el Sr. Blasco. Esto se decía el viernes, á las ocho de la noche, en la ciudad de Sabadell por las personas que favorecen al Sr. Bustillo y que han proclamado su candidatura. Ya habían trascurrido no pocos días que había yo oído en los pasillos de esta casa palabras que me hacían presumir lo que iba á acontecer.

Fueron, en efecto, esos amigos del Sr. Bustillo á ver al gobernador civil de Barcelona, y en esa entrevista yo no sé lo que ocurrió; pero sí sé que á las tres de la madrugada del sábado se presentaron en el domicilio del Sr. Blasco unos agentes de policía y una pareja de la Guardia civil y lo redujeron á prisión, diciendo que lo hacían por orden telegráfica del juez instructor de Valencia.

Esto, con los antecedentes que acabo de exponer, y hecho en momento tan oportuno, puesto que al día siguiente debía ir el Sr. Blasco á la Junta provincial del censo para designar los interventores que como candidato tenía derecho á designar, es una de aquellas tramas que, por lo burdas, no creo que Gobierno ni Cámara alguna puedan defender y amparar; y en cuanto á considerar que la detención era efecto de los sucesos de Valencia, es un pretexto mal inventado para imposibilitar al Sr. Blasco Ibáñez su comunicación con los electores y los medios de dirigir la elección.

El Congreso comprenderá cuánto importa á la seriedad y al prestigio que los Congresos deben tener en todo país civilizado, impedir que se cometan tales abusos; y creo que el Gobierno está en el caso de proceder con mano firme en el asunto, siquiera por el buen parecer, y para impedir que así, tan á mansalva, se vulnere la ley del sufragio universal y se cometan tales enormidades en aquella provincia, donde, por añadidura, hoy están suspendidas las garantías constitucionales.

No es esta cuestión ya del partido federal repu-

blicano; es sencillamente cuestión de honra y de vergüenza política. Yo tengo cartas de Sabadell de personas muy independientes, que nunca han tomado ni tomarán el pretexto de los tratados para hacer esos monopolios políticos que allí se están haciendo; de personas tan proteccionistas como el que en estos momentos dirige su palabra al Congreso; de personas que no tienen nada que ver con este Sanhedrín formado en aquella localidad para hacer del señor Bustillo el candidato por Sabadell; de personas, en fin, que pertenecen á todos los partidos políticos; y todos ellos censuran duramente los abusos que he denunciado.

No faltan entre esas personas representantes del partido posibilista, y ya que veo aquí al Sr. Junoy, le aludo directamente, porque tengo la seguridad de que S. S., que conoce perfectamente la localidad y los sucesos allí ocurridos, unirá su honrada voz á la mía para protestar de esta que es una manera falaz de hacer que en un distrito donde el partido republicano tiene inmensa mayoría, por medio de la fuerza y por abuso de la autoridad se vulnere el sufragio electoral.

Esta es la manifestación que tenía que dirigir al Sr. Ministro de la Gobernación, á quien particularmente hice la misma manifestación así que tuve conocimiento de lo que había ocurrido en Sabadell, porque deseaba, mejor que hablar de este asunto en el Congreso, que se arreglara de manera honrosa y satisfactoria para todos.

Otra pregunta tengo que dirigir al Gobierno, que considero de mucha gravedad, sobre todo después de la serie de desagrazos católicos que en esta Cámara se han oído. Hace pocos días que salieron 15.000 peregrinos, que se decían 15.000 obreros, muchos de los cuales eran sin duda de *obras pías*; y á propósito de esto, hemos oído aquí cantar las excelencias de la libertad por el Sr. Pidal, dirigiendo tal serie de rayos y calumnias contra los que veían herido el sentimiento liberal en que S. S. se informaba, que no parecía sino que el Sr. Pidal tenía el monopolio de la causa liberal en este país. (*El Sr. Marqués de Vadillo*: Quien explota los monopolios son SS. SS.) No; los que explotan los monopolios son los que insultan á un país liberal y van al Rosario de la aurora diciendo que tienen la fuerza llevando el revólver al cinto. Y esto lo ha dicho un periódico, que puedo leer á S. S., perteniente á la grey católica. Ya está contestado S. S. (*El Sr. Marqués de Vadillo*: Sus señorías, que han rechazado la autoridad de la prensa, ahora la buscan.) Puede continuar S. S. interrumpiendo, porque me hará un gran favor. Así resultará mejor que las afirmaciones de S. S. son completamente falsas.

El Sr. PRESIDENTE: No, Sr. Lostau, no continuarán interrumpiendo á S. S.; porque las interrupciones no las consiente el Reglamento.

El Sr. LOSTAU: Así lo espero, Sr. Presidente; pero en vista de la insistencia, he tenido que defenderme.

Se trata, Sres. Diputados, de que los obreros, en virtud del mismo derecho que aquí se invocaba, no para explotar determinada política, sino para ejercer su derecho de españoles, pretenden el 1.º de Mayo, como lo vienen haciendo hace algunos años, tener reuniones, celebrar *meetings* y pacíficas manifestaciones, dando de ello completo conocimiento á la autoridad y ajustándose á las leyes, para que la fiesta

de ese día signifique que hay un proletariado que no está representado en la Cámara, y que ha llegado el momento de que la Cámara atienda sus reclamaciones.

Como yo estimo que la mejor manera de evitar ciertas catástrofes es hacer que todas las manifestaciones estén amparadas por las leyes, yo deseo que sobre este particular el Gobierno, que dentro del sistema monárquico tiene el deber de mostrarse expansivo y liberal, á propósito de estas manifestaciones, dé aquí amplia y completa seguridad de sí á los obreros españoles, no á los que subvencionados viajan, sino á los pobres obreros que no tienen dinero para viajar, á los pobres obreros que no pueden holgar cuando hay un poco de trabajo, y que necesitan que se haga algo en su favor, se les va á permitir llevar á cabo esas pacíficas manifestaciones y realizar esas reuniones que constituyen el corolario de las libertades públicas en los países libres y el medio eficaz de que á conocimiento de los legisladores lleguen las angustias que pasa la familia obrera.

Esta es una declaración que yo le agradecería al Sr. Ministro de la Gobernación, y que juzgo necesaria para que los obreros sepan á qué atenerse sobre el particular, y para evitar los disgustos ó perturbaciones que en alguna parte pudieran producirse por creerse los obreros amparados en el ejercicio de un derecho que por acaso pudiera no consentírseles.

Espero, pues, explicaciones concretas sobre este punto importante para los fines que las clases obreras españolas se pueden legítimamente proponer.

Hay otro asunto sobre el cual, en forma de ruego y hasta tal vez invocando mi derecho, me permito llamar la atención del Gobierno.

No somos nosotros, no es el que en este momento dirige la palabra al Congreso, de los que cuando se trata de ciertas pavorosas cuestiones no saben acudir más que á lo arbitrario, cerrando los ojos á la luz, liándose la manta á la cabeza y atropellando por todo.

En la provincia de Barcelona, desgraciadamente, han tenido lugar, como todos sabéis, unos viles é infames atentados, acerca de los cuales yo he llamado la atención de la Cámara. Para explicar lo allí sucedido, para dar al Congreso informes de lo que personalmente yo he podido ver y tocar, al día siguiente de tomar posesión de mi cargo de Diputado anuncié al Gobierno una interpelación sobre la situación angustiosa de muchos presos que hay en Barcelona, á los cuales no se ha sometido á tribunal alguno, á pesar de que hace cinco meses que yacen en un calabozo; y yo entiendo que el derecho á ser juzgado es uno de los primeros que tiene todo ciudadano; cometándose, además, la infamia que se conoce con el nombre de *tránsitos*, consistente en hacer andar á pie por esas carreteras y maniatados, como á criminales que han cometido los más horrendos delitos, á individuos á quienes cuando se han presentado después á declarar ante los tribunales de justicia se ha declarado inocentes, después de haber sufrido martirios sin cuento en las cárceles donde han estado.

Pero es lo cierto que, á pesar del tiempo transcurrido, no he tenido la suerte de que se me señalara día para explicar la interpelación; y yo juzgo que es muy importantísimo y conveniente que sobre el particular se haga mucha pero muchísima luz. Esto no obstante, yo nada hubiera dicho, puesto que se me

puede manifestar que hay también otras interpelaciones pendientes, pero como quiera que á mí se me dijo por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros que el Gobierno estaba dispuesto desde aquel momento á contestar mi interpelación, si bien había de tener en cuenta que anteriormente se habían anunciado otras, lo cual hacía suponer que yo debía esperar turno hasta que se hubieran explanado esas que ya había anunciadas, yo me callé, esperando que me tocara el turno; pero he visto que más tarde se han anunciado otras interpelaciones que el Gobierno ha aceptado, é interpelaciones que se van á explicar inmediatamente, á las que por consiguiente se ha dado prioridad, dejando relegada al olvido la mía.

Sobre este particular yo desearía que el Gobierno diera las explicaciones necesarias haciéndose cargo de la importancia que esto pueda tener, no por lo que yo diga, no por consideración siquiera al Diputado que se dirige en este momento al Congreso, sino por la sinceridad de lo que tengo que manifestar, puesto que á mí no me han de doler prendas, sean altos, medianos ó bajos, los que hayan faltado, expusiera su opinión; yo creo que la ley debe ser igual para todo el mundo, y que todos deben gozar de iguales prerrogativas y garantías.

Como quiera que la situación de los presos en Barcelona no se ha mejorado; como quiera que han muerto allí muchos por efecto de las malas condiciones del local; como quiera que hay familias enteras que se mueren de hambre; como quiera que cuando se cometen injusticias estimo yo que se va hacia lo arbitrario, y para mí lo arbitrario es primo carnal del anarquismo terrorífico militante, y yo soy decidido enemigo de éste, y no quiero que bajo ningún pretexto se pueda dar lugar á que se realicen cierta clase de hechos, y esto puede suceder y sucede cuando al hombre se le pone al borde de la desesperación y del precipicio, yo quisiera también que el Gobierno nos dijera qué es lo que piensa sobre este particular.

No he de molestar hoy con nuevas preguntas al Sr. Ministro de la Gobernación. Lo que sí deseo es que el Gobierno sea todo lo extenso que debe ser sobre el particular, teniendo en cuenta la importancia de lo que he denunciado á la Cámara; y me siento esperando sus declaraciones.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): El Sr. Lostau se ha servido hacer tres preguntas, á las cuales voy á contestar sucintamente, y en forma que no dé lugar á duda á S. S.

La primera pregunta se refiere al hecho de la detención en Sabadell del Sr. Blasco Ibáñez, que se presentaba candidato para Diputado á Cortes en aquel distrito. Conoce S. S. perfectamente, porque he tenido el honor de manifestárselos en el terreno particular, [los antecedentes relativos á este asunto, y me parece extraño que en la Cámara manifieste temores y dudas sobre la existencia de hechos misteriosos, de hechos que puedan oponerse á la libertad del sufragio, cuando S. S. sabe perfectamente, por manifestación explícita que yo le he hecho, que no hay dudas ni misterios de ninguna clase; que se trata de un suceso natural, sensible, si se quiere, que yo he lamentado tanto como S. S., pero que no tendría nada de

particular si no fuera por la circunstancia de ser el Sr. Blasco Ibáñez candidato á Diputado.

Sabe S. S. perfectamente, y espero de su justificación que así ha de confirmarlo, y apelo también á la sinceridad del Sr. Junoy, que en el distrito de Sabadell no se ha ejercido por parte de las autoridades ni por el Gobierno la menor presión para inclinar á los electores á votar en determinado sentido.

Es más; yo puedo asegurar á S. S., aunque quizás lo sepa, que en aquel distrito, el Gobierno no ha ejercido presión ni influencia de ninguna especie en materias electorales.

Yo, que aborrezco la hipocresía, no tengo reparo en declarar que tratándose de otros distritos he podido indicar en nombre del Gobierno á los gobernadores (sin faltar á las leyes con esto en lo más mínimo) qué candidato era más simpático á la política del Gobierno en el distrito de Sabadell no he hecho hasta ahora ninguna indicación; los electores monárquicos de aquel distrito han quedado por parte del Gobierno; no en la más absoluta libertad (libertad moral se entiende, que por lo demás libremente votan los electores en todos los distritos) para designar como candidato á quien crean más conveniente confiar su representación, y por parte de las oposiciones, yo puedo asegurar el Sr. Lostau que quizás el Gobierno ignoraba si se presentaba candidato en aquel distrito el Sr. Blasco Ibáñez ó algún amigo del señor Junoy.

Con estos antecedentes, dió la casualidad que el Sr. Blasco Ibáñez, que parece estaba gestionando su candidatura en Sabadell, fue objeto de un procedimiento judicial, que nació á consecuencia de los sucesos de Valencia, y de que en este procedimiento el juez de Valencia dirigiese un exhorto al juez de Sabadell para que procediese á la detención del señor Blasco Ibáñez.

Cuando tuvo conocimiento de este hecho el señor Lostau, se sirvió anunciármelo, y á sus indicaciones se asoció el Sr. Junoy, y yo respondí que deploraba el hecho, y dí á SS. SS. mi palabra de que, si ese acontecimiento había tenido su origen en cualquier acto gubernativo, yo interpondría toda mi influencia y daría las órdenes más terminantes, dentro de la esfera de mis atribuciones, para que no se limitase en lo más mínimo la acción de aquel candidato; porque ni á mí, ni al Gobierno, convenía que el acta de Sabadell pudiera quedar manchada por un acto gubernativo que tuviera semejante alcance.

En efecto; me dirigí inmediatamente al gobernador de Barcelona, y á disposición de S. S. tengo los telegramas que he puesto relativos á este asunto, en el Ministerio de la Gobernación y aquí, en el mismo Congreso; telegramas á los cuales el gobernador de Barcelona me contestó que no sabía absolutamente nada de esta cuestión: que se trataba de resolución tomada directamente por las autoridades judiciales de Valencia y Sabadell; que entre estas dos autoridades había existido una relación directa, en virtud de la cual se había procedido á la detención del señor Blasco Ibáñez, y que, por consiguiente, él no tenía jurisdicción, ni influencia, ni medios para impedir el alcance del procedimiento de que estaba siendo objeto dicho señor.

Me dirigí entonces al gobernador de Valencia, y aprovechando una conferencia telegráfica que estaba celebrando con esta autoridad con motivo de

los acontecimientos ocurridos en aquella ciudad, le dije: ha pasado esto en Sabadell; se trata del señor Blasco Ibáñez; y aunque recaigan sobre él sospechas y aunque se pudiera suponer que había tenido participación en los sucesos de Valencia, yo rogaría á usted que llamara la atención del señor juez para que, si no hay algo esencial en el proceso que pueda perjudicar al Sr. Blasco Ibáñez, si por el levantamiento de su detención no se ha de alterar el procedimiento legal ni la marcha ordenada del proceso, ni se ha de cometer la más ligera infracción de ley; para que si dentro de la parte graciable, por decirlo así, de sus atribuciones le fuera posible revocar ese auto ó suspender sus efectos, al menos por el momento, lo hiciera así, y yo se lo agradecería, para que de este hecho no se pudiera tomar pretexto de ninguna especie para suponer que el Gobierno, influyendo directa ó indirectamente, iba á privar á un candidato de su intervención en el nombramiento de compromisarios.

El gobernador de Valencia, después de consultar con el juez, me dijo que eso era imposible, porque los procedimientos, las declaraciones y los antecedentes que había en la causa determinaban aquel auto, que él consideraba justo, y no podía reformarle dentro de la ley de procedimiento, sin violencia, sin alteración del fundamento en virtud del cual se había decretado la prisión del Sr. Blasco Ibáñez. Ante esta resolución, comunicada en forma amistosa por la autoridad de Valencia al Ministro de la Gobernación, ¿qué quiere el Sr. Lostau que haga el Gobierno? ¿Cómo pretende S. S. que el Gobierno, que la autoridad civil vaya á invadir las atribuciones exclusivas del juez, y que, entrometiéndose en su jurisdicción, y sin tener más conocimiento de los antecedentes, ni de los procedimientos, ni de las diligencias anteriores, que el que pudiera suministrarle ese auto del juez, tome parte en esta cuestión, que sólo el juez ha de resolver? Por más que al Gobierno le sea muy sensible la situación en que se encuentra el señor Blasco Ibáñez, yo lo único que puedo decir á S. S. es, que deploro esa situación, porque los intereses que luchan en Sabadell son de tal naturaleza, que lo que le convenía al Gobierno era que el señor Blasco Ibáñez y los amigos de S. S. tuvieran plena libertad de acción para luchar con esos elementos; porque si le son simpáticos los del Sr. Bustillo, no quiere coartar la libertad de acción de los amigos del Sr. Junoy, y aun de los mismos que representa el Sr. Lostau, porque el Gobierno se propone obrar con toda imparcialidad.

Por consiguiente, si el Sr. Lostau está en su derecho al lamentar estas circunstancias, como lo lamenta también el Gobierno, yo creo que S. S. es injusto al decir que se ha cometido aquí una arbitrariedad, ni que se ha obedecido á maniobra de ninguna clase. ¿Era posible que esa comisión de amigos del Sr. Bustillo, que según S. S. ha tomado sus determinaciones en Madrid, se pusiera de acuerdo con el juez de Valencia, con el gobernador de aquella provincia y con el de Barcelona para conseguir en un momento dado el objeto de que ha hablado S. S.? Esa es una combinación demasiado complicada, y por tanto inverosímil; y si no lo fuera, que desde luego lo es, lo que no podrá menos de reconocer el Sr. Lostau es que sería una combinación en último término perjudicial para el Gobierno, porque no puede ser agradable

á ningún Gobierno que por esta clase de procedimientos se venga á decidir del resultado de una elección, produciéndose un acta manchada con un antecedente de este género.

Repito que aquí no se trata de ninguna arbitrariedad, sino de un accidente puramente casual, sensible y lamentable, lo mismo para el Sr. Lostau que para el Gobierno.

El Sr. Lostau se ha dirigido después al Gobierno preguntándole si estaba resuelto á amparar el derecho de los obreros que dentro de la ley se propongan hacer manifestaciones ó celebrar reuniones con motivo de la llamada fiesta del 1.º de Mayo. Yo contesto á S. S. que el Gobierno ha de informar su conducta en los antecedentes que hay respecto de esta cuestión, en el criterio con que siempre se ha aplicado la ley. El Gobierno amparará el ejercicio del derecho de reunión, y podrán celebrarse esos *meetings* con completa libertad, como se han celebrado en otras ocasiones, sin que nadie perturbe el ejercicio de ese derecho de los obreros, y por consiguiente puede estar tranquilo en este punto el Sr. Lostau.

Hay, no obstante, en esta materia una circunstancia especial digna de tenerse en cuenta, y es la siguiente: que por la gravedad de ciertas indicaciones, por la gravedad de ciertos antecedentes que se relacionan con esta cuestión, por la generalidad del derecho que se va á ejercitar y por otra multitud de circunstancias, el Gobierno, que amparará el derecho de reunión y que permitirá los *meetings* y otro género de manifestaciones, mientras éstas no sean contrarias á la Constitución, no puede permitir que esas manifestaciones se hagan en la vía pública, sin que eso sea obstáculo para que se reconozca el derecho de reunión ejercido legalmente. Un conjunto de cuestiones, relacionadas más bien con la policía y el orden público que con el derecho de reunión, harán que el Gobierno no limite dicho derecho, pero que exija que se ejercite en legal forma. Por lo demás, la manifestación de 1.º de Mayo de este año no es una novedad, ni es novedad tampoco lo que el Gobierno piensa hacer en este punto.

Respecto á la tercera cuestión, el Gobierno está dispuesto á aceptar la interpelación que le ha anunciado S. S., y desde luego, si S. S. tiene interés en que ésta se explane en esta misma semana, yo estoy dispuesto, ó el Sr. Presidente del Consejo de Ministros ó cualquier otro Ministro, que esto dependerá de la forma en que S. S. la explane. Al Gobierno no le duelen prendas y está completamente á la disposición del Sr. Lostau, y el día que á S. S. le convenga y que sea compatible con las otras cuestiones que están sometidas á la deliberación del Congreso, tendrá muchísimo gusto en hacerse cargo de las indicaciones de S. S.

Esto es lo que tenía que contestar á las tres preguntas que me ha dirigido el Sr. Lostau.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Lostau para rectificar.

El Sr. **LOSTAU**: Con objeto de abreviar la discusión, si S. S. no tiene inconveniente, puede hacer uso de la palabra el Sr. Junoy, y yo rectificaré luego.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Junoy.

El Sr. **JUNOY**: Voy á decir cuatro palabras, que la Cámara y el Gobierno han de considerar que estoy

en el caso de pronunciar en vista de las alusiones de que he sido objeto.

No puedo menos de hacer mía la protesta enérgica que ha hecho aquí el Diputado federal señor Lostau, respecto al hecho de haber sido preso un candidato á la diputación por Sabadell. Y es esta protesta tanto más desinteresada, cuanto que, como insinuaba el Sr. Ministro de la Gobernación, el partido á que tengo la honra de pertenecer, el partido republicano posibilista, pensaba y sigue pensando presentar un candidato en estas elecciones; pero esto no importa para que nosotros veamos cohibido el derecho del sufragio universal con un atropello apenas sin precedentes en nuestro país, país clásico de los abusos electorales; y no es de extrañar que, en vista de la prisión de un candidato en pleno período electoral, nosotros, adversarios del Sr. Lostau y de ese candidato, seamos los primeros en asociarnos á su protesta.

Realmente, Sr. Ministro de la Gobernación, este hecho ha producido en Sabadell, en todos los partidos, el peor efecto; ha excitado los ánimos del partido federal, que se ve lastimado en la persona que encarna su confianza y en quien quiere encarnar su representación parlamentaria; ha afectado hondamente y ha molestado á todas las demás fracciones, porque háse considerado desde el primer instante como una especie de interés, de coacción, de presión por parte del Gobierno. Semejante creencia cae desde luego por su base después de las sinceras manifestaciones del Sr. Ministro de la Gobernación; pero yo he de declarar que no bastan en el distrito de Sabadell, que no se considerarán suficientes por los partidarios de la sinceridad y del sufragio universal, mientras no venga la intervención del Sr. Ministro de Gracia y Justicia, recordando al juez de Valencia que el delito que haya podido cometer el Sr. Blasco Ibáñez no es de aquellos que traigan, según el lenguaje del Código, aparejada la prisión preventiva; sólo así se puede, á mi juicio, restablecer el orden del derecho y la legalidad, para que la próxima elección en el distrito de Sabadell sea tal como la desea el Gobierno, tal como la desea el Sr. Ministro de la Gobernación, completamente sincera y libre. En este sentido, úno mi ruego al del Sr. Lostau, y suplico al Sr. Ministro de la Gobernación que, de acuerdo con su compañero el Ministro de Gracia y Justicia, adopte una fórmula que devuelva al partido federal de Sabadell su candidato antes de la lucha electoral que allí ha de tener lugar.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Lostau.

El Sr. **LOSTAU**: Agradezco mucho al Sr. Ministro de la Gobernación las declaraciones que acaba de hacer respecto al incidente de Sabadell. He tenido el honor de conferenciar con S. S. sobre el particular, y conocía su buena voluntad y las gestiones que había hecho en este asunto, y en ese sentido repito á S. S. las gracias; pero debe tener S. S. presente que por los antecedentes que acaba de exponer el señor Junoy, y por los datos que yo tengo, puede asegurarse que tiene carácter muy leve la responsabilidad que se atribuye al Sr. Blasco Ibáñez por los sucesos de Valencia.

¿A quién importa más que al Gobierno que los obreros de Sabadell, que toda la población de Sabadell conozcan que el Gobierno estima la sinceridad

electoral y que ha de respetar el derecho de los electores para que elijan Diputado á Cortes al candidato que quieran honrar con su sufragio?

Dice el Sr. Ministro de la Gobernación que ha sido cosa de juez á juez. No pondré yo á discusión ese asunto; pero sí debo hacer constar que en los pasillos del Congreso, el día en que se habló de los sucesos de Valencia por las noticias telegráficas, que tan exageradas han resultado después, oí yo por mis propios oídos que en Valencia debía prenderse al Sr. Blasco Ibáñez. Hago esta declaración para que sirva de antecedente á lo que más tarde pueda suceder en el acta de aquel distrito. Lo que oí me alarmó; pero como no tuve conocimiento de hecho alguno concreto, no hice más que anotar lo que oía, y ahora lo digo para que el Gobierno lo tenga en cuenta.

Lo cierto es que el Sr. Blasco Ibáñez estuvo con el gobernador, trabajó en el sentido que el gobernador le manifestó que trabajara, y lo que hizo no debió ser tan grave cuando después ha estado cuatro días en Valencia, ha hablado varias veces con el juez instructor y ha ido á Sabadell, á donde le llamaban sus electores. Se sabía que estaba en Sabadell; y si tenía que prestar alguna declaración, ha podido recibirle sin necesidad de ejecutar lo que se ha hecho, que resulta un acto de arbitrariedad, atentatoria de una manera ó de otra á la libertad del sufragio; y esto es bastante para que el Gobierno, haciéndose cargo de la importancia que esto tiene, practique las gestiones que con mucha oportunidad ha indicado el Sr. Junoy.

Hay más. Yo tenía motivos para suponer que directamente no apoyaba el Gobierno al candidato que se presenta enfrente del Sr. Junoy en el distrito de Sabadell; pero yo sé, por cartas que hoy he recibido de Sabadell, que eso se hace en nombre del Gobierno. Por consiguiente, como se anunció con muchas horas de anterioridad á los momentos de su prisión, que fué á las tres de la madrugada, el hecho de que no podría el Sr. Blasco Ibáñez asistir el domingo al *meeting*, todo el mundo, racionalmente pensando, ha de creer que aquella gente que prepara la elección de ese Sr. Bustillo tiene en sus manos los poderes y los medios necesarios para hacer lo que allí se ha hecho. Yo aquí, contra quien sea, formulo la más formal protesta, en nombre de mi partido, contra esa verdadera coacción. Hay sobrados medios para que si el Sr. Blasco Ibáñez resulta complicado en algún hecho atentatorio á la ley pueda sufrir la pena que sus actos determinen, sin que por esto se vaya al extremo de incapacitarle como candidato dificultando su elección. Fíjese bien S. S., fíjese bien el Congreso en la circunstancia de que, precisamente la víspera del día en que tenía que presentarse el Sr. Blasco Ibáñez ante la Junta provincial del censo, fué cuando se procedió á su detención, para evitar que pudiera tener en las mesas electorales la intervención debida.

Para probar al Congreso la excitación que ha habido en Sabadell, hasta el punto de que se quería hacer de esto un acto de protesta pública, una manifestación respecto de la cual yo telegrafíé ayer para que nadie se moviera, puesto que se darían aquí explicaciones satisfactorias, voy á leer el volante que, convocando al *meeting*, se publicó por el Comité, y por él se hará cargo el Congreso de la verdadera y justa excitación que existe en los republicanos de

aquel distrito. (*Leyó una alocución del Comité federal de Sabadell, en la cual se hace saber la prisión del señor Blasco Ibáñez, acaecida aquella madrugada á las tres, con objeto de perjudicar á la elección, manifestando al pueblo republicano que, á pesar de las tupinadas y los cohechos que esto hacía prever, se protesta del hecho y se convoca á un gran MEETING para el domingo á las tres de la tarde.*) Esto indicará al Sr. Ministro de la Gobernación la excitación que allí existe.

Hay un hecho que es notable; será nimio, pero indica mucho. En Sabadell hay autoridades populares; el juez de instrucción de Sabadell está en íntima y continua relación con ellas, y comprenderá S. S. que habiendo ido las cosas tan perfectamente como aquí se manifiesta, no hubieran tenido que ir expresamente desde Barcelona, sin aguardar siquiera al tren y á la hora desusada de las tres de la madrugada, á prender en su casa al Sr. Blasco Ibáñez; hubiera bastado un simple telegrama, una simple orden por teléfono del gobernador civil, para que el alcalde de Sabadell se la comunicara al juez instructor y se hiciera la detención á una hora debida. La circunstancia de la hora en que esta detención se ha verificado, el apresuramiento con que se ha llevado á cabo y lo anunciado del hecho, indican mucho; y yo ruego al Gobierno que tome acta de esto, con el objeto de que se aplaquen las pasiones en Sabadell y no se le haga aparecer ante el público como cómplice de un hecho en que, dadas las explicaciones de S. S., no tiene participación de ningún género, de lo cual me felicito.

Respecto á las manifestaciones de los obreros, yo siento la limitación que ha indicado S. S. Esa limitación, que se apoya realmente en los antecedentes del año pasado, no la creo suficientemente justificada. (*El Sr. Maluquer: ¿Y las bombas de El Liceo?*) Señor Maluquer, ¿se atreverá S. S. á acusar á los obreros españoles de autores de las bombas de *El Liceo*? (*El Sr. Maluquer: Jamás.*) Allí hemos tenido un criminal que ha lanzado una bomba; pero no por eso se ha de querer echar esa mancha sobre una clase honrada. Además, ¿no vé S. S. que con ese argumento debieran prohibirse los *meetings*, porque en estos también podrían lanzarse bombas? (*El Sr. Maluquer pronuncia algunas palabras que no se perciben.*)

Cuando quiera S. S. discutir sobre esto, discutiremos.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Lostau; yo he tenido el sentimiento de que interrumpían á S. S., pero después de dada por S. S. contestación á esas interrupciones, contestación que comprendo perfectamente, y que respeto, el Presidente no puede consentir que S. S. vaya á entablar una discusión para la que no ha tomado la palabra.

El Sr. LOSTAU: Perfectamente, Sr. Presidente; pero como me lanzan bombas, tengo que defenderme de ellas.

De consiguiente, Sr. Ministro de la Gobernación, yo desearía que el Gobierno actual, que pretende tener un matiz más liberal que el partido conservador, lo probara en los momentos á que me refiero. Yo siento muchísimo, por lo mismo que conozco la clase obrera, por lo mismo que he sido obrero también, y me he educado en el taller desde la edad de nueve años, y sé las desgracias y desdichas que sufren en sus hogares los obreros, que ni directa ni

indirectamente se pretenda hacer responsable á esa clase de ningún delito, y que en virtud de esto se le coarte el ejercicio de un derecho. Yo desearía que, teniendo más confianza en la clase obrera, no se la juzgue, como muchas veces, sin oírle, y que el Gobierno diera una prueba de que no teme á la libertad permitiendo á la clase obrera que pudiera hacer ordenadamente sus manifestaciones; pues no es cosa de que por cuatro infames criminales, que ya sabremos de dónde salen, se prive á la clase obrera del ejercicio de un derecho.

En cuanto á la indicación que ha hecho el señor Ministro de la Gobernación respecto de la interpelación, yo desde que llegué á Madrid estoy á disposición del Gobierno para explanarla; el Gobierno y el Sr. Presidente de la Cámara me dirán el día que puedo hacerlo.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Vuelvo á repetir á S. S., y hago la indicación extensiva al Sr. Junoy, que el Gobierno es ajeno á la detención del Sr. Blasco Ibáñez. De consiguiente, no tiene razón de ser la protesta de S. S., ni tiene nada que ver con el sufragio universal, ni con el respeto que el Gobierno tiene á la libertad de los ciudadanos para organizarse é ir á luchar en los comicios electorales. Pero ¡no faltaba más sino que los candidatos tuvieran una exención absoluta de responsabilidad! El Sr. Blasco Ibáñez puede haber delinquido, no digo yo que haya delinquido; esto lo aclarará el juez competente de Valencia, y el Sr. Blasco Ibáñez tiene medios dentro de la ley para hacer valer sus derechos en los tribunales. Díganme los señores Lostau y Junoy en qué pueden haber faltado las autoridades gubernativas ó las judiciales, y verán cómo el Gobierno les impone la corrección necesaria; pero mientras no exista más que una lamentable serie de coincidencias, el Gobierno, siendo el primero en sentirlo, no puede hacer nada en el asunto.

Y á propósito del candidato ministerial, tengo que poner un correctivo, en el buen sentido de la frase, y ya que á S. S. le gusta la palabra, á alguna de las indicaciones del Sr. Lostau, que parecía que iba buscando que yo declarase que no había candidato adicto á la política del Gobierno, como para dar un tinte, un matiz de cierta simpatía á la candidatura que patrocina S. S., y esto no puede ser. ¡Pues no faltaba más! Una cosa es que el Gobierno no haya hecho indicaciones favorables á ningún candidato, y otra cosa es que haya candidato adicto á la política del Gobierno. Hay un candidato adicto, el Sr. Bustillo; otro candidato posibilista, que el Sr. Junoy sabrá quién es, puesto que ha dicho que se iba á presentar; y hay otro federal. De modo que conviene poner los puntos sobre las *ies* y las cosas en su verdadero lugar, para no hacer declaraciones que vengán á perjudicar las gestiones que haga el candidato adicto á la política del Gobierno. He dicho y repito que el Gobierno no tiene candidato, ni ha recomendado candidato; pero reconoce que hay candidato que le es simpático, porque es afín á la política que representa. Ni más ni menos.

En cuanto al otro punto, el Gobierno no hace más que perseverar en la dirección que han seguido en el particular sus antecesores, practicando lo que en

años anteriores se ha hecho. Existen una porción de circunstancias que informan la cuestión de las manifestaciones obreras, y que sin coartar lo más mínimo la libertad de los obreros, antes al contrario, para ampararlos en su derecho, para protegerlos, para evitar que, con pretexto del ejercicio de él, otras gentes falaces puedan aprovecharse para determinadas maniobras, en este sentido, para que se desarrolle mejor la práctica del derecho de manifestación, que les asiste á los obreros, bajo la vigilancia de la autoridad, y á fin de que nadie les perturbe, el Gobierno está dispuesto á tolerar toda clase de manifestaciones, pero en locales cerrados y dentro de los límites que permite la ley de reuniones.

Respecto á la interpelación, estoy conforme con lo manifestado por S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Lostau tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **LOSTAU**: Para desvanecer una duda que se ha ofrecido al Sr. Ministro de la Gobernación.

Absolutamente ningún interés tiene el partido que represento en que se dude si el Sr. Bustillo es ó no candidato ministerial. Con bandera muy desplegada luchamos; de consiguiente, es tan claro nuestro programa y tan apartado del del Gobierno y sus afines, que no há lugar á confusiones: es completamente imposible. El Sr. Ministro había dicho que esta vez el Gobierno no tenía candidatos; esta es la declaración que S. S. ha hecho: no le he obligado yo hacerla, sino que ha sido espontánea en S. S. Ahora dice el Sr. Ministro de la Gobernación que aunque él no tenga candidato, el Sr. Bustillo es candidato del Gobierno. Me tiene sin cuidado: cuando vengan las votaciones de los tratados de comercio, se lo contará á S. S. el Sr. Bustillo, si sale Diputado, que lo dudo.

Se leyó una proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras las siguientes:

De Coronil á Morón.

De Morón á Montellano, y

De Puebla de Cazalla á la de Ecija á Olvera. (Véase el Apéndice 17.º al Diario núm. 110.)

En su apoyo dijo

El Sr. **RAMOS CALDERON**: Para no molestar á los Sres. Diputados, me permito sólo rogarles que tengan la bondad de asentar á la proposición cuya lectura acaba de hacer el Sr. Secretario.

Lefda por segunda vez la proposición, y hecha la oportuna pregunta, fué tomada en consideración, anunciándose que pasaba á las Secciones para el nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Azcárate tiene la palabra.

El Sr. **AZCARATE**: Para dirigir dos ruegos: uno al Sr. Ministro de la Gobernación y otro al de Gracia y Justicia. Al Sr. Ministro de la Gobernación le ruego que tenga la bondad de remitir al Congreso una nota de todas las personas que han sido privadas de libertad en la provincia de Barcelona á consecuencia de la suspensión de garantías, y de las que han sido arrancadas de su domicilio en la misma provincia por virtud de eso que en la jerga policíaca se llama *el paso*, y que, al parecer, con motivo de la suspensión de las garantías, se ha restablecido.

Además, deseo que en la nota se consigne la circunstancia de cuántas personas de las que han sido obligadas á trasladar su domicilio, han sido sometidas á procedimientos judiciales y cuántas no se encuentran en este caso.

El otro ruego se refiere á un expediente relacionado con el Ayuntamiento de la capital del distrito que tengo el honor de representar, y consiste en que se cumpla el reglamento de procedimiento administrativo, que, por lo que he visto, es letra muerta en el Ministerio de la Gobernación y en casi todos los demás Ministerios. Creo conocer ese expediente, sabiendo á qué obedece, y aun algo de su contenido; pero por ahora me limito á rogar á S. S., ya que ese expediente está descansando en el Gobierno civil de León desde el último día del año próximo pasado, pues el alcalde tuvo á bien suspender el acuerdo pocas horas antes de dejar de ser alcalde, que tenga la bondad de hacer que sea despachado pronto, y cuando S. S. haya adoptado una resolución, en cualquier sentido que sea, lo remita al Congreso.

El ruego al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, que la Mesa tendrá la bondad de transmitirle, se refiere á un hecho que los Sres. Diputados habrán tenido ocasión de ver relatado no hace mucho en los periódicos, y á otro del que se ocupa un periódico de provincias. Con motivo de la causa llamada de *El testamento falso*, se ha dado el caso de que una persona complicada en ella, y procedente de una provincia del centro de España, ha tardado un mes en llegar á Madrid, y en algunos días ni siquiera se ha sabido donde paraba; y después de llegar maltrecho á Madrid y resultar que no aparecía nada contra él, creo que un funcionario público ha tenido lástima, y por caridad le ha dado dinero para volver á su país.

Además, en un periódico de provincias se consignó lo siguiente: «Según leemos en un periódico ovetense, un niño de siete años que vino á Oviedo, nada menos que desde Tineo, para declarar en una causa criminal que se veía el miércoles en la Audiencia, lloraba en los pasillos... ¡de hambre!»

Yo ruego al Sr. Ministro de Gracia y Justicia que si cree que dentro de sus facultades está el poner remedio á estas cosas, que son una vergüenza para España, que lo ponga, y si cree que la legislación es deficiente, que presente un proyecto de ley para remediar estas verdaderas enormidades.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Aparte de poner con mucho gusto en conocimiento del Sr. Ministro de Gracia y Justicia las últimas indicaciones que se ha servido hacer el Sr. Azcárate, por lo que respecta al Ministerio de la Gobernación, yo traeré inmediatamente á la Cámara los datos que S. S. ha pedido, si bien debo advertir, en cuanto á lo que se llama el procedimiento del *paso*, que no sé si con motivo de la suspensión de garantías la digna autoridad civil de Barcelona habrá adoptado alguna medida que haya creído conveniente por razones de seguridad pública; pero, y con esto respondo también á la indicación del Sr. Lostau, no tengo noticia de que ningún otro gobernador de España se haya acogido á ese antiguo procedimiento. Tengo la experiencia de cuando fui gobernador de Madrid; pues no re-

cibí ningún detenido que viniera aquí en las condiciones de que se trata, y si lo hubiera recibido, hubiera puesto el hecho en conocimiento del Ministro de la Gobernación, ó hubiera indicado á mi compañero el gobernador que usara tal procedimiento, que éste era irregular.

Repito que no sé si el gobernador de Barcelona habrá adoptado por excepción, el procedimiento de que se trata, pero habrá sido por las circunstancias en que aquella provincia se encuentra, nunca con ese carácter de generalización con que lo exponía el Sr. Lostau y que se deduce también de las palabras del Sr. Azcarate, pues en ninguna provincia, donde no están suspendidas las garantías constitucionales, han hecho uso los gobernadores de ese antiguo procedimiento.

Por lo demás, estoy dispuesto á complacer á S. S. en lo que me ha indicado en ese expediente de la provincia de León, del cual no puedo decir nada, porque no habiendo tenido S. S. la bondad de avisarme, no he podido tomar conocimiento; pero yo respondo á S. S. de que tan pronto como vaya á mi Departamento, procuraré enterarme, lo estudiaré y lo resolveré en la forma que establece el reglamento del Ministerio, procurando dejar á S. S. complacido.

El Sr. **AZCARATE**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **AZCARATE**: En cuanto á la primer pregunta, yo ya sé que, según la Constitución, no puede autorizarse el *paso*; pero sé que en años anteriores necesité hacer una pregunta de esta misma clase, y se me contestó lo mismo por el Ministro de la Gobernación; por eso sé que en la generalidad de las provincias no se practica esta antigua doctrina; pero quizás se ha hecho, tal vez por excepción, en Barcelona, con motivo de la suspensión de garantías, ó quizás en alguna otra provincia. Y si no, procure su señoría enterarse si de Valencia, de Ruzafa, ha sido alguna persona llevada á Barcelona.

Por lo demás, agradezco á S. S. sus ofrecimientos.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Martínez González.

El Sr. **MARTINEZ GONZALEZ**: La he pedido para presentar al Congreso una exposición que los señores farmacéuticos de Rivadeo dirigen á las Cortes, suplicando la derogación del apartado 8.º del artículo 179 de la ley del timbre del Estado.

Son tan poderosas las razones que en la misma se alegan, que yo no dudo ni un momento siquiera que el Congreso, en su día, se servirá resolver de conformidad con lo pedido.

El Sr. **SECRETARIO** (García Prieto): Pasará á la Comisión de presupuestos.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Marengo.

El Sr. **MARENCO**: La he pedido para reclamar del Gobierno algunos datos que me son precisos.

Al Sr. Ministro de la Guerra le suplico que se sirva remitir á la Cámara nota aproximada de todos los gastos que se hayan hecho en su Departamento con motivo de la cuestión de Melilla; nota de las bajas, tanto de sangre como por enfermedad, que

hayan ocurrido en Melilla desde el 2 de Octubre hasta hace quince días, porque tengo la seguridad de que hemos perdido un número considerable de hombres; y por último, deseo que remita copia de las comunicaciones oficiales que han mediado entre el Ministerio de la Guerra y el señor general Macías.

Al Sr. Ministro de Estado le ruego remita un extracto de la negociación seguida con el representante de Marruecos, con motivo de los sucesos de 1871 y 1891, y además una relación de todas las reclamaciones que tenemos pendientes con Marruecos, con expresión de las causas que las han ocasionado.

Deseo también que el Sr. Ministro de la Gobernación remita copia de la Memoria, que debe existir en su Departamento, sobre la visita girada por el director de Beneficencia y Sanidad á los establecimientos de Cádiz en el año 1889.

El Sr. Ministro de **ESTADO** (Moret): Tendré mucho gusto en remitir al Congreso los documentos que pide el Sr. Marengo.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Asimismo yo también lo tendré en traer al Congreso el documento que se ha servido pedir S. S.

El Sr. **SECRETARIO** (García Prieto): Se pondrá en conocimiento del Sr. Ministro de la Guerra el ruego de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Avila.

El Sr. **AVILA**: Hace algunos días que, aceptando el ofrecimiento que me hizo el Sr. Ministro de la Gobernación, me personé en su Departamento, y me he enterado de que el expediente relativo al ensanche de Barcelona está ya terminado; pero como es potestativo de S. S. dar á ese expediente nuevos trámites y someterlo á otros informes, yo rogaría al Sr. Ministro que se sirviera darle por concluido y expidiera la Real orden procedente.

Otro ruego tengo que dirigir á S. S., para que se sirva enterarse de lo que pasa en San Pedro de Tarraza con motivo de la apertura de una capilla y escuela evangélica, á lo cual parece que se opone aquel alcalde. Si así es, y la ley no se cumple, yo me veré en la necesidad de explanar una interpelación.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Respecto al último punto tratado por el Sr. Avila, pierda S. S. cuidado que se cumplirá el precepto constitucional. Y en cuanto al primer punto, no tengo ningun inconveniente, antes, por el contrario, me satisface en extremo poder decirle que, habiéndome enterado perfectamente del expediente relativo al ensanche de Barcelona, porque hoy mismo me han dado cuenta de él en el Ministerio, he formado el juicio de que puede despacharse y resolverse sin más trámites y sin necesidad de oír á la Junta técnica. Por consiguiente, Barcelona podrá disfrutar desde luego de los beneficios de esta disposición.

El Sr. **AVILA**: Doy muchas gracias al Sr. Mi-

nistro de la Gobernación, en mi nombre y en el de Barcelona.

Anomalías é irregularidades de negociaciones diplomáticas.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Osma tiene la palabra para explicar su anunciada interpelación.

El Sr. **OSMA**: El Congreso comprende, sin duda, que no es ninguna vana fórmula la que me encomienda en este momento á su benevolencia. Convertida mi situación personal, en cierto modo, de interpelante en interpelado por las necesidades de una protesta, que de poco meditada no pecó, no lo recuerdo para justificar de antemano ninguno de los derechos de la propia defensa; yo de mí mismo esperaré siempre, cuando hable en defensa de intereses legítimos, y mucho más cuando hable, como entiendo que hablaré ahora, en defensa de algo que á todos nos importa, de mí mismo esperaré que podré llegar hasta la fórmula de toda afirmación que, siendo exacta, sea necesaria; voluntariamente, y en ningún género de consideraciones, pero menos por ninguna consideración personal, la querré nunca rebasar.

Pesa, sin embargo, sobre mí el contraste entre los detalles, que, por su pequeñez, entiendo que están á mi alcance, y las responsabilidades que entraña esta cuestión, ora revistan forma colectiva, ó lo fueran de un solo Ministro; por esto quiero rodearme de todo lo que me pueda ayudar. Pido á los señores Diputados su atención, obligándome á molestarla lo menos que pueda con la cita de textos, pero rogándoles á la vez que siempre que me refiera al texto de algún documento oficial, si yo, por distracción, la omitiese, se me pregunte la página donde se pueda comprobar en el acto mi aserto; y al Sr. Presidente le pido también que, dentro del criterio imparcial y dentro de la imparcialidad, para todos benévola, con que nos preside, le pido que, si por tentación del argumento, por inexperiencia de palabra ó por cualquier motivo, estuviese á punto de extrañarme, se convierta la benevolencia de S. S. para conmigo en paternal severidad, para llamarme estrictamente á los límites de esta discusión que me cumple iniciar, encaminada á poner de manifiesto las extraordinarias anomalías, las confesadas irregularidades y los errores de hecho convictos, que han caracterizado lamentablemente las gestiones de una Comisión, con arreglo á cuyas instrucciones ha declarado el Sr. Ministro de Estado que negociaba él los convenios comerciales ultimados por ella.

Vengo obligado á probar, y dentro de pocos instantes podrá ver el Congreso lo poco que la obligación me podía pesar; vengo obligado á probar asertos que de todo habrán pecado, salvo de poco concretos. Los probaré con hechos también, ya que acaso podréis recordar que he querido para mí siempre en esta discusión el papel modesto de relator. No lo digo para que se me agradezca. Aparte de que las circunstancias de cada debate y su naturaleza misma puedan á veces aconsejar que sobre unos hechos siendo ellos unos mismos, y existiendo completa y absoluta conformidad en el fondo de su apreciación, recaigan sin embargo calificaciones que pueden ser distintas en la forma; aparte de esto, entendía yo, y

tengo que decirlo porque no traigo aquí ni pensamientos ni textos truncados, entendía que los hechos que yo había enunciado, eran por sí solos graves; y aun que lo eran lo bastante para haber merecido inmediata contradicción. Bajo el punto de vista en que me coloco, más que nada lamentaría que á todo el mundo no le hubieran parecido así, y que hubiese quien entendiera que hechos de esta naturaleza no necesitan ser refutados cuando á la enunciación no acompañe el mote.

Una sola protesta quiero hacer. Siempre la hubiera formulado, pero acaso más bien como aquel que desconfiando de su propia sintaxis anotara en primera plana de una carta cierto número de signos ortográficos, rogando al amigo lector que los distribuyese como mejor cuadrara al recto sentido del escrito. Me obligan á algo más las protestas que en días pasados se han formulado aquí, en forma simpática, pero á mi juicio sin necesidad; me obligan á decir, y extraño realmente tener que decirlo, que en todo cuanto voy á exponer no se trata de nada que á la honra de nadie pueda molestar; porque no sé, Sres. Diputados, qué se figura la gente, que cuando se habla de denuncias y de abusos, no parece sino que se prepara á saborear algún escandalillo de carácter personal. No. Aquí no se trata de la comisión de delitos vulgares, ni de delitos de ninguna especie. Pero así como lo digo, digo también que si las responsabilidades se midiesen por las consecuencias que traen el abandono, el descuido y el desconcierto: si de penas se tratase, y se proporcionaran, no á la justificación de cada individuo sino al hecho en sí, por las consecuencias que pudiera acarrear y estuviera á punto de producir, entonces habría que suponer que no hay en el Código artículo que á estas cosas se pueda aplicar, sin duda porque en ningún Código se pudiera inscribir pena que fuera bastante.

No se ocultará á los Sres. Diputados que estuvieron aquí en las tardes pasadas que la cuestión misma que había sido objeto de repetidas preguntas mías, ha cambiado en cierto modo, no de gravedad, sino de aspecto.

Oímos á mi particular amigo el Sr. Duque de Almodóvar del Río, que hablaba con la triple autoridad de presidente que fué de la Comisión cuyos dictámenes impugno, de defensor hoy, al parecer entusiasta, de cuanto esa Comisión ha hecho desde que S. S. la abandonó, y sobre todo con el carácter de testigo presencial de los hechos á que se refería, decir que la información que fué base de los dictámenes de esa Comisión no tuvo carácter oficial. Yo debo confesar que, habiéndoseme ocurrido muchísimas cosas con referencia á la Comisión y á sus dictámenes, esa no se me había ocurrido jamás. La acepto, sin embargo, como base de discusión; á ello me obliga declaración tan autorizada y tan meditada como la de S. S.; y reconozco, por ser evidente, que la naturaleza misma de la discusión, los calificativos y hasta los juicios pueden variar grandemente, según se hubiese tratado de una información oficial en vez de tratarse, como ahora, de una información que no ha tenido ese carácter.

Asimismo escuchamos la afirmación del Sr. Ministro de Hacienda, presidente duplicado alguna vez de aquella Comisión y vocal distinguido de ella siempre, á quien siento no ver presente en la tarde de hoy, porque inevitablemente habré de aludirle muy

directamente; escuchamos, digo, la afirmación de que los dictámenes de esa Comisión eran, á juicio del Sr. Salvador, no documentos reservados, ni menos aún documentos confidenciales, pero sí documentos que al Sr. Ministro de Hacienda no le parecía del todo bien que se llevaran y se trajeran en estos debates, por entender el Sr. Salvador que iban principalmente encaminados á ilustrar particularmente á los Sres. Ministros. Esta es una doctrina que en el fondo tiene algo de verdad, y quizás no esté lejos de compartir alguna parte de ella; pero, por desgracia, no me resulta aplicable al caso presente, sin que de ello tenga yo la culpa.

En todo caso, y para que esta discusión no parta de ninguna mala inteligencia, entiendo yo que este es deseo de todos nosotros, y que desde luego lo es del Sr. Ministro de Estado, yo quisiera preguntarle sencillamente al Sr. Moret si está conforme con aquellas manifestaciones de su representante en la Comisión y de su compañero en el Gabinete.

No quiero obligar á S. S. á que me conteste, si la pregunta le parece que pueda entrañar algún ardid. Yo le preguntaba sencillamente al Sr. Ministro de Estado si se encontraba conforme con las manifestaciones explícitas, que he recordado, de los Sres. Duque de Almodóvar del Río y Ministro de Hacienda; porque, como esas manifestaciones han de ser el objeto principal de mi discurso, yo quisiera evitar á la Cámara la molestia de escuchar algún doble argumento á que me obligara el tener que examinar el caso de que estuviera conforme con ellas el señor Ministro de Estado, y también el caso de que no lo estuviese, cual á mí me parece muy probable. (*El Sr. Ministro de Estado:* Contestaré en el curso de la discusión, si S. S. me lo permite.) Acepto desde luego la indicación del Sr. Ministro de Estado; desisto de mis preguntas; comprendo que por medio de preguntas no le es fácil discutir ni á S. S., y la autoridad de S. S. confirma en este momento una impresión que yo tuve en alguna tarde reciente.

La gestión misma de la Comisión negociadora de convenios se divide naturalmente en dos partes: la primera desde su reconstitución, en Enero de 1893, hasta la fecha en que el Sr. Duque de Almodóvar del Río la abandonó por un motivo cualquiera. Yo no pregunto ya hoy por el motivo de la dimisión del señor presidente que fué de esa Comisión; lo dejo fuera del debate; entiendo que habrá sido un motivo serio y formal, en el mero hecho de haber sido móvil de los actos de una persona á quien nadie puede tener derecho para tachar en su vida política de poco formal, y mucho menos lo admitiríamos los que nos honramos con su amistad particular. Sobre esto sólo he de decir que el Sr. Ministro de Estado ha podido salir de sus dudas acerca del carácter serio y terminante de la dimisión del Sr. Duque de Almodóvar, al cumplirse el noveno mes de su indagación.

El segundo período puede en realidad reducirse al día, fuera el que fuese, en que se puso la firma del actual Sr. Ministro de Hacienda en el dictamen, que fué convertido luego en proyectado convenio con Alemania; porque, en realidad, este es de los documentos que han venido al Congreso al que únicamente hasta ahora necesito aludir.

Durante el primero de estos períodos, presidió el Sr. Duque de Almodóvar del Río, como representante del Ministerio de Estado, las conferencias inter-

nacionales; y las presidió dejando á salvo, con una sola excepción, todo cuanto le estaba encomendado; las presidió con exquisito tacto, y de tal suerte, que en todas las ocasiones que pudieron presentarse, quedase incólume el decoro y el prestigio de su representación, y que las simpatías personales que pudo granjearse no fueran más que reflejo de la cordialidad de relaciones que era deber y fué fortuna de S. S. afianzar. Lo único que no quedó á salvo, Sres. Diputados, fué el arancel nacional.

Y esto era lógico: nadie podía tener derecho á esperar del Sr. Duque de Almodóvar del Río, presidente de aquella Comisión, que hiciese otra cosa que lo que hizo, que fué entender que él no tenía la sola misión de negociar, sino la de reformar un arancel.

Poquísimas personas tienen la historia de sus propias opiniones tan acreditada, tan conocida, tan notoria como el dignísimo representante del señor Ministro de Estado en aquella Comisión. Dije el otro día que el Sr. Duque de Almodóvar era un fanático; me pareció que á S. S. no le agradaba del todo la palabra, que acaso sea inusitada: la expliqué en el acto y la explicaré ahora, y siempre que se quiera. Yo no entiendo por fanatismo otra cosa sino la profunda y honrada convicción, que alguna vez puede alardear de cierto radicalismo en la forma y de cierta inflexibilidad en la profesión, que contraste con otras profesiones de las mismas ideas. En este sentido, creo que esta palabra á nadie le debe ofender.

Pero tampoco puedo yo admitir una protesta que formuló aquella tarde el Sr. Duque de Almodóvar, que vino á decirnos que, aun siendo muy convencido, muy fanático librecambista, se podía en ciertas ocasiones tener presentes las obligaciones que impone el cargo que se desempeña para transigir con el propio convencimiento. ¿De dónde saca el Sr. Duque ni puede admitir nadie que el fanatismo sea un móvil consciente de acción? ¿De quién depende, cuando se tiene una convicción honrada y verdaderamente fanática, dejar de tener tal fanatismo en momentos determinados, ni para el fin que se estipule? ¿Quién puede suponer que fanatismo tan honrado y de tan admirable consecuencia como el del señor Duque de Almodóvar, sea un fanatismo de quita y pon? ¿No es verdad que este radicalismo en la idea tiene que producir involuntariamente sus consecuencias en cada acto, en cada pensamiento y sin que de ello se dé cuenta el que honradamente la profesa? ¿No es esto tan evidente, Sres. Diputados, que respecto de persona que profesa ideas con ese carácter inflexible, nacido de convicción profunda, sería inferirles un agravio el suponer que pudieran en cualquier momento y por cualquier motivo dejar de ser consecuentes con sus convicciones? Y siendo esto así, ¿quién pudo suponer que en la Comisión negociadora de los convenios tendría el Sr. Duque de Almodóvar otro objeto ni otro modo de dirigir aquellas conferencias que el que realmente tuvo?

Yo sentiría que en mis palabras apareciese ni siquiera asomo de censura para S. S.; no la hay, ni en esto la puede haber. Yo rindo, al presidente que fué de la Comisión negociadora, respeto y hasta admiración; lo único que lamento es que, ese fanatismo anduviera suelto en conferencias internacionales.

Esto no necesita demostración, pero podría demostrarse con mil recuerdos; su demostración no

sería otra cosa que la biografía política del señor Duque de Almodóvar, quien aquí mismo, en el Congreso, llegó alguna vez á decir que no concebía siquiera que dentro del partido liberal hubiese quien no profesara sus mismas opiniones; declaración de dogma que no surtió todo el inmediato efecto que para las declaraciones de S. S. desearían sus amigos particulares, porque no se observó ninguna especial emigración, no se observó que al decir aquello el Sr. Duque de Almodóvar del Río se deslindara ningún campo, pero que bastaba, desde luego, para dar á entender que persona que así definía el dogma de su partido, mal podía comprender, más que de un solo modo, la consecuencia en sus propios actos; pero por sí, á pesar de todo, estuviera necesitado de demostración, me encontré con que, encaminándome yo tímidamente á demostrar que desde aquella presidencia se había dado á la negociación (llamémosla así) cierto giro de continua concesión, y á veces de concesión gratuita; encaminándome yo tímidamente á demostrar esto, se levantó el otro día el Sr. Duque de Almodóvar del Río, y dijo, no solamente que eso era exacto, sino que era natural, que era cosa corriente, que por negociar se entendía precisamente el conceder, no solamente lo que se pedía, sino alguna cosa más, algo que ni siquiera se hubiese pedido.

Yo, francamente, Sres. Diputados, admitiré, por mi parte, todas las definiciones del Sr. Duque de Almodóvar del Río; pero creo positivamente que de que eso sea lo corriente y lo natural necesitará S. S. convencer una por una á cuantas personas se lo escuchan. Yo no dudo que pueda tener explicación, y muy cumplida; pero de mí sé decir que, después de pensarlo mucho, me he resignado á que no me quepa en la cabeza.

Y también se me ocurre que eso que á mí no me parece cosa tan natural, tampoco era tan llano y sencillo para la misma Comisión que dejó S. S., no quiero decir que desamparada y huérfana, pero que dejó encargada de formalizar su pensamiento; no le debió parecer cosa tan corriente y tan usual el hacer concesiones no solicitadas, cuando se ha empeñado en la fórmula de decir que solicitadas por el extranjero habían sido; pues de considerarse como cosa tan natural, ¿qué necesidad había de vestirla con afirmaciones, siquiera fueran tan inexactas como luego veremos?

Pero en fin, el caso es que esta es la anomalía primera y la fundamental que se observa en esto de la Comisión negociadora: la de que desde el primer instante entendió esa Comisión que no estaba llamada tan sólo á negociar tratados de comercio, sino á reformar en su esencia los aranceles nacionales. Yo dije aquí un día que eso era salirse de sus atribuciones. Se me opuso una protesta; pero la protesta no se dirigía á mis palabras, se dirigía á texto tan auténtico como es el decreto de la constitución de esa Comisión, que lleva fecha de 13 de Enero de 1893, y la firma en ese decreto del Sr. Ministro que lo era á la sazón de Estado, representa una formalidad que seguramente no pondrá en duda el Sr. Duque de Almodóvar.

Yo me permitiré llamar la atención del Congreso sobre este punto, que lo es de partida para mucho de lo que después ha sucedido; no puede suponerse que el decreto constitutivo ó reorganizador de esa Co-

misión se diera únicamente con el objeto de omitir una frase que existía en el preámbulo del decreto anterior de 15 de Febrero de 1892, no; sería interesante, sería un indicio muy merecedor de tenerse en cuenta, pero yo no puedo creer que al darse el decreto reorganizando la Comisión de convenios se hiciese únicamente para olvidarse en el preámbulo de la frase del decreto de 15 de Febrero de 1892, que decía: «Decidido el Gobierno á adoptar como regla general del nuevo régimen el sistema de concesiones recíprocas, en vez del trato de Nación más favorecida», etc. Sería casualidad el olvidarse de esa frase.

Tampoco me satisface del todo, por más que en la parte dispositiva apenas se diga otra cosa, que el móvil único fuera el decretar que la Comisión se compondría, en vez de como estaba constituida, de dos delegados del Ministerio de Hacienda y uno del de Estado, de uno solo de Hacienda y dos de Estado y de Fomento.

Pero el decreto no dice más, como no sea lo del art. 2.º que parece derogar explícitamente el artículo de los decretos anteriores, que atribuía á uno de los delegados el carácter de vocal-secretario. Me parece todo ello poco para explicar la reorganización, si bien no deja de tener su interés el que exprese el decreto que auxiliarán los trabajos de la Comisión tres funcionarios: uno del Ministerio de Estado, otro de Fomento y otro de Hacienda, haciendo cualquiera de ellos de secretario.

Pero sea como quiera, lo cierto y positivo es que en el decreto de 13 de Enero de 1893 no se dice una palabra acerca de atribuciones que pudieran autorizar á la Comisión, no ya para seguir las negociaciones con el extranjero, sino para proponer cuantas alteraciones de los derechos del arancel vigente estimase oportunas; derechos y atribuciones que estuvieron concedidos á una Comisión anterior, pero que jamás ha tenido ésta. Y repito que tratándose de un decreto firmado en 13 de Enero de 1893, nadie, pero menos que nadie el Sr. Duque de Almodóvar, nos querrá demostrar que el decreto quiso decir cosa distinta de lo que dice. Esto sería apelar á la teoría de omisión de copia y al privilegio de la fe de erratas, y ya dije la otra tarde que eso de la fe de erratas se reservaba para uno de los tratados que negoció la Comisión.

Citaré, pues, únicamente como indicio, como observación en que se comprueba la marcha que desde el primer instante se emprendió en esta Comisión; no cito como cargo especial el hecho de que se hicieran rebajas de derechos, fundadas en razones tan antitéticas como las que se han declarado: rebajas, porque no pueden venir los productos del extranjero con los actuales derechos; rebajas, porque vienen, á pesar del actual derecho; rebajas, porque no vinieron nunca con derecho ninguno, y rebajas, en fin, porque con derecho ó sin derecho seguirán viniendo. Véanse las páginas del dictamen en que se mencionan, por ejemplo, las partidas 172 y 173; 175 y 102.

Cito, con el mismo carácter, las rebajas fundadas en el carácter puramente fiscal del derecho vigente, fórmula simpática á la escuela á que pertenece el señor Moret; pero, por desgracia del dictamen, aplicada con tan poco cuidado de averiguar si era aplicable, que se rebaja alguna vez el derecho de una partida con objeto de que produzca más renta, para que luego observemos que en el año pasado, al derecho más

elevado había correspondido un aumento de ingreso para el Tesoro. Esta partida, que es la 104, no tiene gran importancia en sí, el aumento es pequeño, y aun insignificante; pero lo ha habido, y lo cito para ir demostrando que estos dictámenes se han redactado, no con arreglo á lo que era, sino con arreglo á lo que, á juicio de sus autores, debía ser la realidad; y en este caso, con arreglo á la opinión, y cuasi dogma, de que á menor derecho corresponde mayor recaudación; y siempre sin cuidarse de averiguar si esto, en las circunstancias actuales, era ó no verdad.

Pero todavía hay más: se han hecho rebajas justificadas (y véanse las partidas 35, 80, etc.; 169, 79 y 143, entre otras) en todas estas formas: las unas, porque el artículo no se produce en España; otras, porque se produce poco; otras, porque se va produciendo mucho; otras, porque la producción está tan floreciente, que en algún caso hasta se exporta el artículo, y compite en los mercados americanos con los productos similares extranjeros. Ni yo ni nadie creerá que la Comisión se haya reunido para hacer ese argumento. ¿Cómo se había de reunir para averiguar lo que conviniese hacer con esa pícara industria española que exportaba? ¡Se ha visto la muy osada! ¿Se concibe más empedernido instinto aventurero que el de esos catalanes empeñados en conquistas económicas? ¡Si ya no les van á poder aguantar ni las industrias rivales! ¡Pero tan sencillo era el remedio, como evidente el peligro! ¡Discurrieron SS. SS. que eso no podía suceder sino porque, fabricándose en mayor escala, se abarataba la producción? Pues he aquí la solución. ¿Compite esa industria con las similares del extranjero en mercados extranjeros? ¡Vengan á competir con ellas las extranjeras en el mercado español! Que á esto le llamaremos reciprocidad.

Señores Diputados; si no supiéramos que esas cosas se han escrito en el dictamen por puro ejercicio literario, por ganas de cubrir cuartillas y sin más objeto que el de redondear el tomo, yo declaro que habría de decir que el sacrificar á una industria con semejantes razonamientos sí que es verdadera salvajada, ya que recogiendo esa frase, que ha corrido desamparada, la hago mía, y á mucha honra.

Para eso, se da la razón verdadera de consentirse esas rebajas: y es la razón del porque sí, y la confesión de que á eso y no á otra cosa se iba.

Pero ya he dicho que todas estas rebajas no las considero como cargo á la Comisión, ni á ninguno de sus dignos vocales, ni al presidente que les arrastraba en pos de sí y de sus propias convicciones. El cargo, y es de gravísima responsabilidad, es para quienes, pudiendo componer esa Comisión de otra suerte, dejaron que la presidiera un librecambista profeso. Porque, señores, la verdad es que esas industrias no fueron amparadas ni defendidas, porque se creía que no debían serlo. Y no se me haga el argumento de que toda negociación supone concesión y toda concesión ó rebaja supone una alteración, de roga algo del arancel. Hay en esto una distinción esencial que no requiere prueba, porque la prueba está en el sentido de todos, y es del sentido común. El más y el menos, en estos casos, se constituye en distinción de esencia.

Las rebajas regateadas, las concesiones hechas en vista de concesiones recíprocas, representan sacrificios que á una industria se piden para la más

eficaz protección de otro ramo de producción nacional, y dentro siempre del objeto general, que es la protección arancelaria á todo lo nacional que lo requiera. Las variaciones que se introducen en el arancel, sin más razón que la de que se han pedido, ó con ese pretexto y aun sin él y espontáneamente, obedecen á tendencia tan distinta como que es la contraria, y se hacen en obsequio de la doctrina, legítimamente profesada, que entiende que la protección es en sí un mal; y claro es que, por muy oportunistas que quieran ser los que tal doctrina profesan, se caen siempre, quiéranlo ó no, sépanlo ó no, se caen de instinto del lado de la protección escasa, del lado de la protección deficiente, que ya puede no ser ni protección.

Es este caso completamente análogo á la distinción entre la concesión del trato de Nación más favorecida como base de compromisos internacionales para el porvenir, definida muy bien, definida magistralmente para rechazarla por el Sr. Gamazo, cuando dijo que eso era la frontera abierta por un pacto aleatorio, y esa misma concesión limitada por pacto expreso y regateado á aquellos productos que sean de la principal, de la exclusiva ó de la especial exportación de un país. Es una diferencia tan esencial, como que respecto de ella se han ido repartiendo las opiniones en términos de que acaso hoy constituya una verdadera piedra de toque para las opiniones acerca de los problemas arancelarios de actualidad. Esto no lo digo por el Sr. Duque de Almodóvar, porque yo tengo entendido que S. S. en esto también ha sido consecuente, y no se confunde con los que en la información arancelaria anterior, en la que lo fué de verdad, dijeron que de la cláusula de Nación más favorecida ya no había que hablar siquiera, y quisieron, por lo visto, expresar que lo que procedía, para ellos, era pactarla sin decir nada.

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Osma, supongo que S. S. no podrá terminar en lo que falta...

El Sr. **OSMA**: Me sería imposible, aun siendo grande mi deseo de abreviar.

El Sr. **PRESIDENTE**: Pues entonces, como S. S. comprenderá, vamos á entrar en la orden del día, y puede quedar S. S....

El Sr. **OSMA**: Yo se lo agradezco á S. S., tanto más, cuanto que era éste el punto de división natural de lo que me quedaba por decir.

ORDEN DEL DIA

Destitución del gobernador de Valencia

Continuando la discusión pendiente sobre la interpelación del Sr. Rodríguez (D. Calixto) dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Gasset tiene la palabra.

El Sr. **GASSET** (D. Rafaél): Al aludirme en días anteriores el Sr. Pidal, me dejó íntegras las responsabilidades que para la prensa pudieran existir en el debate sobre los sucesos de Valencia. Yo acepto con gusto la defensa de esas responsabilidades, que me parecen fáciles de defender.

Lucho con una gran dificultad: tengo que partir de una alusión del Sr. Pidal, y claro es que todos recordaréis sus discursos, todos recordaréis aquella elo-

cuencia admirable, aquella elocuencia que tuvo en suspenso dos horas y media á toda la Cámara y que tan celebrada ha sido por propios y extraños, por amigos y enemigos. Este es un grave inconveniente para mí, que carezco de condiciones oratorias. Al intervenir en este debate, aludido por el Sr. Pidal, me encuentro en una situación parecida á la de aquel á quien, careciendo de condiciones para escribir, le encerraran en una habitación, le dieran blancas cuartillas, un capítulo de *El Quijote* y le encargaron que escribiera. Al ver lo magistral de aquel estilo, la galanura del diálogo y el ingenio que resplandece en una obra tan admirable, lejos de servirle ésta de estímulo y de aliento, entiendo yo que le serviría, á aquel que se viera forzado á escribir sin tener condiciones para ello, de desmayo y desaliento. Esto mismo me ocurre á mí, porque todos habréis de recordar aquella oratoria admirable; pero si lucho con este inconveniente, tengo al mismo tiempo una ventaja, y es, que la causa que vengo á defender es muy sencilla y muy clara, y la bondad misma de esa causa ha de hacer desaparecer la desventaja de los pobres medios de que dispongo para expresarme.

Yo comprendo, Sres. Diputados, que me haría falta una gran habilidad, una extraordinaria elocuencia para defender, por ejemplo, hoy, que el gobernador de Valencia había procedido admirablemente; mañana, que el gobernador de Valencia era digno de una destitución, y pasado mañana que el gobernador de Valencia era digno de un ascenso; pero para decir hoy lo mismo que el primer día, para repetirlo con razón, para eso, que es tan fácil, tan llano y tan hacedero, creo que no hacen falta esas condiciones, y que á mí me será posible llevar á término feliz la defensa que sobre mí echó el señor Pidal.

Del discurso del Sr. Pidal se deducía que el señor Maura había dirigido cargos, á mi entender de verdadera importancia, á la prensa; pero después del segundo discurso del Sr. Maura, esos cargos se desvanecieron merced á claras y terminantes aclaraciones de mi elocuente amigo. Sólo queda aquello del pentágrama, del ferrocarril, de esos hilos del telégrafo, donde se acoge cualquier rumor merced á cualquier capricho del viento, que sopla en un sentido ó en otro.

Respecto de este punto, debo advertir al señor Maura, que conoce lo que es la prensa, pues la casa de la prensa, sin duda como casa destinada á la publicidad, es de cristal, y se sabe lo que ocurre en ella; así, pues, debe saber el Sr. Maura que hay muchos telegramas, que llegan por esos hilos, que no se insertan, porque carecen de toda autoridad; pero también debe saber que en el caso presente se trata de un compañero de Redacción, por lo que se refiere al periódico que yo represento, y que muy en particular ha sido aludido; se trata de un telegrama en que refiere que ha visto unos sucesos, de los cuales telegrafía una parte; y se trata, por otro lado, de un corresponsal, que ha sostenido triunfante la prueba de veracidad á que le han sometido muchos años y múltiples acontecimientos.

Por consiguiente, no hay que hablar de ese rumorcillo transmitido por el hilo del telégrafo, según el viento que sopla, á que se refería el Sr. Maura.

Así y todo, después del discurso del Sr. Maura pocas palabras hubiera tenido que pronunciar; y, de

todos modos, han de ser muy pocas las que pronuncie; lo digo para tranquilidad de la Cámara; pero después del Sr. Maura, habló el Sr. Dualde, el cual, luego de consignar su grande respeto á la prensa, que yo le agradezco y estimo, dirigió á la misma algunas censuras; es decir, que con todo el respeto debido nos ahorcó, pues dijo que los corresponsales habían procedido con ligereza, que habían teleografiado hechos que no habían visto, y otras cosas que á mí me obligan á rechazar esas censuras y á defender de nuevo á la prensa.

Por último, el Sr. Presidente del Consejo, en su discurso pronunciado anteayer, habló también de los periodistas en el sentido de que han rectificado lo que primeramente dijeron; y yo tengo que manifestar que eso no es exacto, pues yo entiendo que lo que la prensa dijo el primer día se puede sostener hoy perfectamente.

¿Qué ha hecho la prensa desde el primer momento? De un lado, relatar un suceso, y de otro, censurar al gobernador de Valencia. Ambas cosas se han sostenido después.

Con relación al suceso, cuanto tiene verdadera importancia, cuanto entraña gravedad, todo ha sido demostrado. Todos los corresponsales están de acuerdo, cosa que es bien difícil, pues sabido es, que en la prensa, como en todos los oficios y en todas las profesiones, existen rivalidades; y si un corresponsal hubiera exagerado, no faltaría otro corresponsal que rectificase, y, sin embargo, todos los relatos de los periodistas están de acuerdo. Todos los testimonios leídos aquí en su admirable discurso por el Sr. Pidal de personas de grande autoridad, de personas de grande sensatez, de personas que no proceden jamás con ligereza, confirman en todas sus partes lo que la prensa ha dicho; los mismos Obispos, esas personas, de quienes no se puede suponer que obran con ligereza, confirman que el relato de la prensa es exacto en lo sustancial, en lo grave de aquellos sucesos. ¿Qué ha rectificado, por tanto, la prensa?

Se ha hablado de heridos; se ha dicho que eran pocos; que no había habido más que un contuso; que acaso no hubo ninguno; y aquí, el Sr. Pidal ha traído testimonios irrecusables de una porción de heridos, y el Sr. Marqués de Vadillo ha pedido la palabra para hablar también de algunos, á los que ha visto, que venían sangrando todavía. Hoy, por último, se reciben noticias de que, al regresar los peregrinos, han declarado una porción de ellos que sufrieron heridas, cuyos nombres se citan, y que lamentaba no conocer el Sr. Dualde; porque es muy fácil dudar, negar, ocultar, creer que no existen las piedras; porque pedrada que no se recibe, no daña.

Por lo tanto, cuanto al relato se refiere es exacto en todas sus partes. Podrá haber un detalle insignificante que rectificar, no sé cuál; pero por esto, ¿deja de ser una verdad absoluta que en población tan culta como Valencia (y aprovecho esta ocasión para consignar que la prensa no ha dirigido censura alguna á la población de Valencia, sino á esa minoría insignificante que vino á atropellar derechos tan reconocidos y claros) han ocurrido las lamentables escenas, que ha relatado la prensa, y que todo lo que se ha dicho con relación á ella es injustificado, porque se han comprobado los hechos por conductos diversos, incluso el de los Sres. Obispos, que no es rechazable?

Viene ahora otra cuestión: la de si la prensa de-

siste de la censura que el primer día dirigió al gobernador de Valencia. No; la prensa no hace lo que el Gobierno, que primero censura, luego no defiende, después ni censura ni defiende, más tarde destituye, y luego asciende. La censura de la prensa no fué grave, se limitaba á decir que el gobernador civil de Valencia había estado poco previsor, y yo creo que ha resultado perfectamente fundada.

Yo no he estado en Valencia, y sin embargo, sé de esta hermosa población lo bastante para decir lo que voy á tener el honor de manifestar á los señores Diputados. Una persona, que conozca los antecedentes de Valencia, sabe perfectamente que, siempre que han salido á la vía pública manifestaciones de carácter religioso con los atributos de la religión, no han faltado allí manifestaciones de marcada hostilidad. (*El Sr. Dualde*: No es cierto.) ¿Pues qué ha sucedido siempre con las procesiones del Rosario de la aurora? ¿Ha olvidado S. S., ya que lo niega, los relatos, que ha publicado la prensa, de las silbas y tumultos producidos en Valencia con pretexto de aquellas procesiones por esa minoría causante de los escándalos, que todos hemos lamentado? Pues conociendo estos antecedentes, al saber que se anuncia una peregrinación con veinte ó más días de anticipación, me parece que ya hay tiempo más que suficiente para prevenirse en evitación de todo género de motines.

Hubiera podido ocurrir, con la teoría expuesta aquí por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, que, al tomar medidas extraordinarias, y acaso excesivas, se hubiera tildado á ese gobernador de excesivamente previsor por haber desplegado el lujo de fuerzas de que se habla aquí con frecuencia; pero este era un mal insignificante, cuyo daño hubiera pasado en dos días, se habría limitado á las frases epigramáticas de cuatro enemigos; pero, en cambio, las personas sensatas, que saben que, cuando se trata de manifestaciones religiosas en Valencia precisa tomar todo género de precauciones... (*El Sr. Romero Robledo pronuncia algunas palabras que no se perciben*.) El ejemplo del gobernador actual, como muy bien el Sr. Romero Robledo, lo demuestra bien á las claras. Ha tomado muchas medidas, y ha hecho muy bien; ¿pero dónde está la silba, ni los heridos y contusos, ni el bochornoso atropello de los Obispos?

Así, pues, hubo indudable falta de previsión, porque, si hemos de aceptar la teoría expuesta por el Sr. Maura de que el gobernador de Valencia hizo uso de todos cuantos medios tenía á su alcance y tomó cuantas medidas se pueden adoptar, ¡ah! señores Diputados, eso sería muy grave; sería muy grave tener que reconocer que, tomando todas las medidas de que dispone el Poder público, ha sido imposible evitar el motín. Sería muy triste verse forzado á reconocer que el Poder público es insuficiente para evitar manifestaciones de ese género en Valencia. Si todas las debidas precauciones se hubiesen adoptado, ¿quién duda de que habría medio de evitar tan tristes y lamentables sucesos?

Resulta, pues, que el gobernador de Valencia estuvo deficiente por falta de previsión. De esto es de lo que le culpó la prensa, y esto se puede juzgar ahora mucho mejor después de transcurridos todos los días que han pasado.

Yo tengo por fuerza que insistir en argumentos ya conocidos y expuestos por mí el día que tuve la honra de defender en esta Cámara á la prensa.

Hoy defendiendo lo mismo que en aquel día, y comprendo que el repetir idénticos ó parecidos argumentos resulta enfadoso; que en esto tengan ventaja los que hablan en nombre del Gobierno, lo comprendo también, porque como hoy dicen una cosa y mañana otra, los argumentos son distintos y variados. Como yo defendiendo lo mismo, los argumentos tienen que ser necesariamente los mismos.

He de hablar nuevamente de la censura, que por tabla y al censurar á la prensa se dirige á los señores Obispos. Estas ilustres personas, estos señores que proceden con tanta moderación, con tanto espíritu de justicia, estos señores acostumbrados á juzgar de la conciencia humana, ¿es posible que procedan con ligereza, como personas de poco seso, como personas que no se detienen á meditar aquello de que hablan? ¿Es posible que estas personas echen sobre su conciencia la responsabilidad de protestar y de censurar á una autoridad sin motivo y sin razón? ¿Es esto creíble? ¿Lo cree siquiera el Gobierno? Pues estos señores Obispos, una vez que llegaron á bordo, después de aquella lamentable carrera de que fueron objeto, y después de recibir pedradas algunos de ellos, suscribieron una protesta, de que ya se ha hablado mucho y es inútil repetirlo; pero lo que sí repito es lo siguiente: ¿es posible que firmaran aquella protesta sin haber tenido motivo, sin haber tenido razón? ¿Se puede decir que estos Sres. Obispos procedieron con ligereza, cuando siempre meditan tanto aquellas determinaciones, aquellas medidas que adoptan? Pues, cuando después de esto se censura á cierto número de periodistas dignísimos y competentes, resulta una de estas dos cosas: ó hay que convenir en que los señores Obispos proceden con una ligereza propia de periodistas ligerísimos, ó hay que convenir en que los periodistas proceden con la mesura, con el detenimiento, con el cuidado y con la justificación con que proceden los Sres. Obispos.

Yo no he de entrar á ocuparme de otros extremos; mi misión se reduce á defender á la prensa, y para esto no me hace falta habilidad de ningún género, no me hace falta ninguna condición oratoria, pues la defensa de la prensa se hace por sí sola, porque la razón triunfa siempre, sobre todo cuando está tan clara como ahora aparece. Yo comprendo que el Gobierno lucha con una porción de dificultades en este asunto, y por eso necesita esas condiciones, que yo no tengo, y esa habilidad de que también carezco. Yo, como representante, en cierto modo, de la prensa, no tengo que temer más que una sola disidencia, la disidencia de la verdad; y como la verdad se encuentra al lado de la prensa, debo advertir, después de lo manifestado, que ni la prensa tiene nada que rectificar ni yo más que decir.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Barrio y Mier tiene la palabra para alusiones.

El Sr. BARRIO Y MIER: Señores Diputados, hoy hace justamente quince días, que se empezó á tratar en esta Cámara de los asuntos de la peregrinación, y lo que entonces se indicaba como con temor de lo que pudiera ocurrir en Italia, no sucedió allí, sino en Valencia, dentro de España, para mayor desgracia y vergüenza nuestra.

Desde entonces se ha dado tantas vueltas y revueltas al debate, ha seguido éste unos caminos tan sinuosos, que, comparado hoy con sus comienzos, apenas se le conoce, y ni siquiera podemos ya saber con

precisión el giro que lleva; pero esta minoría, ante lo importante y trascendental del asunto, y ante las graves alusiones de que ha sido objeto, aunque la cuestión haya salido de quicio, no puede sin embargo permanecer callada. Me veo por eso en la necesidad de levantar mi humilde voz para pronunciar algunas pocas palabras, á fin de hacer sobre el particular ciertas declaraciones y manifestaciones, con mi acostumbrada brevedad.

Sea la primera la relativa á los precedentes y al carácter de la peregrinación obrera, que por dirigirse á Roma debía más propiamente llamarse romería. Su iniciativa se debe por entero al Santo Padre, que felizmente rige y gobierna la Iglesia; Su Santidad el Papa Pío IX (*Risas*), de gloriosa memoria, se había preocupado constantemente del porvenir y de la mejora de todas las clases sociales, y su sucesor León XIII, siguiendo en progresión creciente aquella tradición (*Asentimiento*), ha trabajado con decisión y empeño en favor de los obreros y de las clases más menesterosas, cuya condición se ha propuesto elevar mediante las sabias enseñanzas de sus Encíclicas.

Su celo y solicitud en beneficio de los trabajadores no le han permitido contentarse con hablarles desde lejos y sólo por escrito. Uno de sus anhelos más constantes, uno de sus mayores afanes, era el de llegar á ver reunidos en Roma el mayor número posible de obreros de diversas nacionalidades; y claro está que, teniendo este deseo, había de aspirar á conocer de cerca á los obreros españoles, como hijos predilectos de este país católico por excelencia, y el cual más que otro ninguno se conserva fiel á las antiguas cristianas tradiciones, mal que les pese á los sectarios del liberalismo corruptor.

Con tal objeto, una vez conocida aquí la idea del Pontífice, fué enérgicamente secundada por nuestros dignísimos Prelados, que bajo la acción de una Junta central, merecedora de todo elogio por sus trabajos y sus sacrificios, constituyeron Comisiones organizadoras en todas las diócesis, para coadyuvar á la obra proyectada. Por designación del ilustre señor Obispo de Madrid, yo he tenido la honra de presidir una de las secciones, en que se dividió la Junta de esta corte, de la cual formaban parte otros dignos individuos de esta Cámara; por lo que, conociendo de cerca el asunto, y aparte de mi significación política en el Congreso, y de las ideas que aquí sostengo y represento, puedo testificar de ciencia propia lo que hay de cierto sobre el origen, desarrollo y realización de ese grandioso suceso, que todavía estamos presenciando, y que tanto nos enaltece ante la consideración de propios y extraños, acreditando nuestro catolicismo y nuestra nunca desmentida religiosidad.

Desde el principio, los trabajos preparatorios se han encaminado cuidadosamente á conseguir que esta magnífica manifestación de los obreros católicos españoles, adhiriéndose á las enseñanzas de la Santa Sede superase á todas las que la habían precedido, y no sólo en cuanto al número, sino también en cuanto á lo modesto de la condición social de las personas de que se compusiese, pues lo que principalmente importaba no era tanto que fuesen á Roma personas ilustres, sino llevar allí la representación popular del elemento obrero y de las clases desheredadas, cuyo concurso constituía, ó debía constituir, la base de la peregrinación.

Así se ha hecho, en este sentido se ha trabajado, y todos los individuos de las Juntas hemos procurado cooperar con todas nuestras fuerzas, á fin de obtener el mayor número posible de adhesiones entre los obreros, para trasportarlos á la capital del orbe cristiano en alas del sentimiento religioso, sin distinción de ideas políticas, y sin mezcla de ningún otro principio, que fuese ó pudiera ser extraño al acto que se proyectaba realizar.

Se trataba, pues, de un hecho lícito y conforme á nuestra Constitución, digo mal, á la vuestra (*Risas*), porque yo no la admito, aunque la soporto. En efecto, vuestra Constitución política de 1876 establece en su famoso art. 11 que la religión del Estado es la católica apostólica romana, y en su virtud no permite otras manifestaciones públicas de carácter religioso que las de este culto. Por tanto, una manifestación pública de la idea católica, que tal sentido tiene la peregrinación ó romería, es cosa conforme al art. 11 de la Constitución; además de lo cual debe también notarse que el art. 13 permite á los españoles reunirse y asociarse para los fines de la vida humana, figurando sin duda alguna entre ellos el religioso, y que el art. 14 trata de asegurar el respeto recíproco de todos esos derechos, procurando evitar que se pongan impedimentos á su libre ejercicio.

Del examen de los textos legales citados resulta que la peregrinación es un acto completamente lícito ante nuestras leyes interiores, presentando también el mismo aspecto frente á las internacionales, por cuanto ninguna prohibición existe para que los súbditos de un país se trasladen á otro según su voluntad, mientras no vayan á él con fines ó propósitos contrarios al orden allí establecido. Ciertamente que los peregrinos españoles, al ir á Roma, abrigarían en su corazón las aspiraciones, los deseos y hasta las esperanzas más conformes con sus católicos sentimientos; pero de todas suertes, no se presentaban en són de guerra ni con ánimo de conquista, sino con el fin más pacífico y trascendental de prosternarse humildemente á los pies del Santo Padre y pedirle su apostólica bendición.

Se trataba, pues, de un acto, no sólo permitido, sino además inocente, y de los más inocentes que puede haber, porque en realidad es de aquellos, que ningún perjuicio pueden ocasionar á nadie, produciendo en cambio á todos inmensos beneficios. Siempre es, en efecto, beneficioso lo que á la religión se refiere, y á nadie pueden dañar esas manifestaciones católicas, que no llevan en sí envuelto ningún interés político ó de otro orden puramente humano y terrenal. Ni quiere esto tampoco decir que yo condene ni deban condenarse determinadas manifestaciones políticas, siempre respetables si son honradas; pero al fin, en ellas caben otras tendencias, otras aspiraciones y hasta choques posibles de encontrados intereses, que nunca existen, cuando sólo se trata de lo que importa más que todo, que es la religión, la cual era y ha sido el único móvil que ha guiado á Roma á los peregrinos españoles, siempre obedientes á la voz augusta del Padre común de los fieles.

Tal ha sido la base y desarrollo de la manifestación católica, que hemos presenciado; constituyendo un acto permitido por las leyes, verdaderamente inocente, y al propio tiempo en extremo meritorio. Porque meritorio, y grandemente meritorio, es confesar á la faz del mundo la fe de Jesucristo y tratar

de ampararse en las enseñanzas de la Iglesia, únicas que pueden salvar á la sociedad en los actuales momentos de los gravísimos peligros y conflictos que la amenazan, y únicas capaces también de regenerarnos y hacernos volver, como dice el Santo Padre, á la situación en que se encontraron nuestros padres, mediante la práctica sincera y sin reservas de los principios que ellos profesaron.

En el desarrollo de la peregrinación no se trata, repito, de un acto político, ni aun siquiera del ejercicio de un derecho de los así llamados; y sin embargo, desde este punto de vista puede decirse que han considerado el asunto exclusivamente todos, ó casi todos los oradores que han intervenido en el debate. Y eso es, á mi juicio, empuqueñecer y desnaturalizar la cuestión; porque profesar la fe de Jesucristo, manifestarla públicamente, no es lo mismo que reunirse para otros fines humanos y terrenos; no es igual que ejercitar un derecho de los llamados individuales, que la Constitución consigna y reconoce; es proclamar la verdadera, la santa libertad, el imprescriptible derecho, que los católicos tenemos para adorar á Dios en todo tiempo y lugar. Lo cual aparece, indudablemente, como mucho más importante, mucho más sagrado y mucho más trascendental que el ejercicio de cualquiera de esos mezquinos derechos que vosotros nos dáis, y que hasta han sido calificados de inaguantables por alguno de los que se sientan hoy en el banco azul. (*Risas.*)

Como á las veces de todo se quiere sacar partido con un fin determinado, las turbas de Valencia, movidas por espíritu sectario, y los Sres. Pardo y Dualde en el Congreso, influidos por falsas ideas, han sospechado ó pretendido sospechar que á través de la manifestación religiosa se divisaba el fin político, y hasta han pretendido atribuirle un carácter carlista, porque, aun cuando compuesta de diversos elementos, es el carlista el que en ella se lleva la primacía. Yo dejo la responsabilidad de esta afirmación á los que la hacen, porque, bien examinadas las cosas, quizás haya algo de verdad en el fondo de ella; pero de todos modos, quiero hacer constar que los carlistas se asocian como católicos por excelencia, con entusiasmo, á todas las ideas y á todas las obras de naturaleza religiosa, y, por consiguiente, no hay ningún acto de esa clase, en que los carlistas no estén debidamente representados.

Insistiendo el Sr. Dualde en sus afirmaciones, nos decía: «esa es una obra carlista, porque la inmensa mayoría de los peregrinos son carlistas». Pues bien, Sr. Dualde, yo también creo que la inmensa mayoría de los peregrinos son, han sido y continúan siendo carlistas... (*Rumores*); pero sépase, y en este sentido me permití yo interrumpir á S. S., que allí no van como tales carlistas, sino como católicos á secas; y claro es que á nadie se le ha de ocurrir que por ser carlistas, pueda impedirseles figurar en una manifestación exclusivamente católica. En ella han tomado parte muy esencial, aunque dejando á un lado el carácter político de que se hallan revestidos, y ostentando tan sólo la representación religiosa, con la cual han ido á Roma porque el Papa los había llamado.

En confirmación de la misma idea, se añade por los Sres. Pardo y Dualde que algunos peregrinos llevaban boina, y hasta se habla del color de ésta. Aunque propio de los carlistas, el uso de la boina

no es peculiar suyo, y la llevan muchas personas que no son carlistas, como prenda sumamente cómoda. En todo caso, la boina no creo que esté prohibida por ninguna ley, aun cuando sea blanca y vaya acompañada de su correspondiente borla del mismo ó de otro diferente color. Las que yo he visto en las cabezas de algunos peregrinos, cuando el día de su marcha fuí á despedirlos á la estación del ferrocarril del Mediodía, no eran blancas, sino azules, que son las que generalmente usan los obreros. Después de todo, ningún derecho hay para impedir á los peregrinos llevar el tocado que les parezca más oportuno.

Tampoco había motivo para calificar de ilegal, para censurar, ni para impedir el grito de viva el Papa-Rey. Señores Diputados, ese grito le dí yo en esta Cámara hace dos semanas justas, y al día siguiente le repetí en la estación y le oí repetir á los peregrinos. ¿Y qué tiene eso de irregular ó censurable? Aquí se ha dicho ya, con asentimiento del señor Ministro de la Gobernación, que ese grito no puede considerarse como subversivo, por más que el señor Lostau quisiese atribuirle ese carácter, desconociendo así su verdadera razón de ser. Porque en realidad, ¿qué significa ese grito de viva el Papa-Rey? ¿Acaso el Papa no es Soberano? Aun cuando sea hoy reducidísimo el círculo territorial de su soberanía, ¿no se le considera como Soberano en el orden internacional? ¿No es Soberano dentro del Vaticano? ¿No tienen las Potencias extranjeras acreditados cerca de él sus embajadores? ¿No envía el Papa sus Nuncios á las diversas Naciones, y no sólo como legados religiosos, sino además con el carácter diplomático? ¿Puede concebirse siquiera la idea del Papa, Soberano espiritual, despojado de toda soberanía temporal? Soberano es, y como á Soberano se le puede aclamar al grito de viva el Papa-Rey.

Yo bien sé, y lo digo como lo siento, porque no me gusta disfrazar la verdad, que en nuestro grito de viva el Papa-Rey va envuelta otra idea, se comprende otra aspiración, se incluye nuestra creencia de considerar conveniente y hasta necesario para el bien de la Iglesia y para el libre ejercicio de la suprema autoridad pontificia el restablecimiento de la soberanía temporal del Papa en la Ciudad Eterna; del mismo modo que para nosotros anhelamos la restauración de la unidad católica en España. Pero eso no quiere decir que la peregrinación tuviese por objeto reconquistar en estos momentos á Roma, como en cierto sentido suponía días pasados el Sr. Ministro de la Gobernación. Nuestro grito de viva el Papa-Rey, se refiere sí á la reivindicación del poder temporal de la Santa Sede, que nosotros afirmamos y afirmaremos siempre; mas no pretendemos con él que en la presente ocasión los peregrinos se convierten en un ejército de cruzados para expulsar de Roma al Rey Humberto de la casa de Saboya.

Y hechas estas aclaraciones que he juzgado esenciales y necesarias sobre el carácter puramente religioso y nada político de la peregrinación, vengamos ya más concretamente al examen y calificación de los tristes sucesos que en Valencia ocurrieron el miércoles 11 del mes actual. Sobre ellos he de ser bastante parco, porque se ha hablado tanto estos días y en tan diversas formas y sentidos de aquellos acontecimientos, ya un poco trasnochados, que sería inoportuno extenderse ahora en largas consideracio-

nes sobre los mismos. Aparte de eso, mis dignos compañeros de minoría el Sr. Mella, que ha sido aludido nominalmente por el Sr. Dualde, y el Sr. Llorens, que es valenciano, han de hablar también esta misma tarde sobre el asunto, y conviene evitar las repeticiones, que pudieran ser molestas y enojosas. Yo me limitaré; por tanto, á los puntos más pertinentes para el objeto que me propongo desarrollar.

Después de las explicaciones que aquí han mediado por parte de los diversos oradores que han tenido participación en el debate, viene á resultar una verdad inconcusa y por todos reconocida en mayor ó en menor escala; esto es: que en Valencia se perpetraron escandalosos atropellos, brutalmente cometidos por aquellas turbas desenfrenadas, á quienes las sectas dirigían en su odio constante contra la religión. Hubo gritos, insultos, silbidos, golpes, pedradas, naranjazos, y hasta tiros; y todas las divergencias de las varias relaciones consisten en atribuir la culpa al gobernador ó al Gobierno, ó en exonerar á uno y otro de toda responsabilidad; en aumentar ó disminuir el número de las pedradas, el de los silbidos, ó el de los peregrinos lesionados; porque esto es, en definitiva, lo que se ha venido á regatear. Por lo demás, todos están contestes respecto á lo ocurrido, incluso el señor Dualde, testigo de presencia, pero notoriamente poco imparcial, según se desprende de sus propias palabras.

Todo ello para el caso es lo mismo. La gravedad de los sucesos no consiste en el más ó en el menos; está en la naturaleza misma de los punibles escándalos que en Valencia se han producido contra una manifestación católica, á cuyo frente estaban ilustres Prelados. Yo bien sé que eso no es obra de la cultura Valencia. ¿Cómo he de cometer yo la injusticia de hacer responsable de lo ocurrido á aquella hermosa ciudad? He tenido la honra, que recuerdo con gusto, de haber sido catedrático de su insigne Universidad: conozco á Valencia, sé lo que vale, me consta que es una de las poblaciones más religiosas de España; y he visto con mis propios ojos la magnificencia con que allí se celebra el culto divino.

No puedo, por tanto, menos de rendir á Valencia la justicia que se merece, creyendo, como firmemente creo, que la inmensa mayoría de la población simpatizaba con los peregrinos; á pesar de lo cual hubo algunos mal aconsejados; engañados y seducidos, mejor dicho, por los sectarios del error, que escarneciendo el santo y augusto nombre de la libertad, cometieron esos atentados verdaderamente salvajes contra las sagradas personas de los Prelados, contra los sacerdotes y religiosos y contra los demás fieles cristianos que constituían el núcleo de la peregrinación, y los cuales á nadie ofendían, á nadie dañaban, con nadie se metían, limitándose á realizar humilde y pacíficamente la misión respetabilísima que se habían impuesto.

En definitiva, ya he indicado que todos están conformes en cuanto á la realidad de los hechos, y que las discrepancias del Sr. Maura tienen por objeto la exculpación del gobernador, mientras que las del señor Dualde se refieren á la exculpación de los agresores; pero al Gobierno nadie le exculpa, ni él mismo puede tampoco hacerlo, puesto que aun no conoce bien los hechos. Por lo demás, todos estamos informados por los periódicos, por los telegramas, por las cartas, por los peregrinos que han regresado, y por

las demás noticias recibidas, de que los sucesos se anunciaron públicamente la víspera, que duraron todo el día 11 y hasta en parte se repitieron el 12, y que los atentados se cometieron contra los Obispos, contra el Palacio arzobispal, contra los coches en que iban los Prelados, contra los peregrinos en las calles de Valencia, en el camino del puerto, en el Grao, antes y después del embarque, y sobre todo, cuando eran pocos los peregrinos que quedaban en tierra. Fué una escandalosa serie de desmanes, acompañada y seguida de una todavía más escandalosa impunidad.

No he de ser yo de los que den á *moro muerto gran lanzada*, porque eso poco mérito tiene, y para ello no se necesita gran atrevimiento. El gobernador de Valencia, Sr. Ribot, está destituido, y sería hoy un ensañamiento cruel é inútil el empeñarse en hacer resaltar la suma de sus responsabilidades. El Gobierno, por su parte, yo no sé si está destituido también (*Risas*), ni si es el Sr. Maura el que le ha destituido, ó si al fin se ha decidido por perdonarle la vida, en virtud de su humildad y sumisión; porque después de las últimas discusiones, con sus alternativas de duros ataques y de mansas componendas, difícil es averiguar quién es el que manda aquí; si lo es el señor Gamazo, cuñado del Sr. Maura; si lo es el señor Maura, cuñado del Sr. Ribot; si lo es el Sr. Ribot, cuyos méritos para el ascenso han sido reconocidos por el Gobierno; ó si lo es el Sr. Sagasta, que ha oficiado de preste en esta función de desagrazios. (*Risas*.) Todos lo hemos visto: los unos atacan despiadadamente á los otros; éstos defienden á sus afines y parientes; los de más allá ceden con mansedumbre ante las exigencias en cierta forma presentadas; y de todo ello resulta que en definitiva ni el Sr. Sagasta se ha enterado aún de lo ocurrido en Valencia, ni nosotros nos hemos enterado todavía de lo que hay en el fondo de todas esas cosas.

Pero lo cierto y positivo es, que el Sr. Ministro de la Gobernación manifestó desde los primeros momentos ciertos celos un tanto hostiles respecto de la peregrinación, de su fin y objeto, de sus tendencias, de la prudencia é imprudencia de los peregrinos, y de lo que éstos pudieran hacer dentro y fuera de España. Yo le aseguré al Sr. Ministro que por parte de los peregrinos nada había que temer; mas á pesar de todo, pudo observarse que S. S. no estaba convencido.

Y sin embargo, los hechos han confirmado plenamente mis palabras. Dentro y fuera de España, los peregrinos han seguido invariablemente la conducta que debían seguir, dado su carácter, el objeto de la peregrinación, y la organización y dirección perfecta que ésta tenía. Su conducta ha sido correcta, prudente y mesurada, manteniéndose siempre encerrados dentro del más estricto cumplimiento de su deber. No todos los han imitado en ello, como lo acreditan plenamente los hechos repugnantes de las turbas de Valencia y las lamentables omisiones del Gobierno y de las autoridades.

Porque, efectivamente, ¿qué es lo que hizo desde el primer momento el Gobierno español para prevenir y evitar el conflicto? Yo no sé que hiciera otra cosa que ceder de buen grado á las exigencias del Gobierno de Italia para que la peregrinación se dividiera, y no por gala, en dos grupos.

Semejante división dispararía quizás los peligros y

recelos internacionales; pero con ella no se consiguió nada para evitar los sucesos de Valencia, que al Gobierno y al gobernador les cogieron desprevenidos, para mengua y baldón de nuestra Patria, que protesta indignada contra tan feroces desmanes.

El Gobierno, ó mejor dicho, el Sr. Ministro de la Gobernación, daría sin duda sus instrucciones detalladas al gobernador de Valencia sobre la posibilidad de que se suscitase el conflicto, sobre los medios de prevenirle, evitarle y reprimirle, y sobre las consecuencias que podría producir; pero esas instrucciones yo las desconozco, y lo más que puedo hacer es juzgarlas en parte por unas palabras que el gobernador dirigió á dos testigos presenciales que me las han transmitido. Según su relación, instándole ellos á que procediera con energía, les constestó que se veía en la precisión de obrar así, porque tenía prohibición absoluta de tomar ninguna medida preventiva, sin estar autorizado por el Gobierno más que para rechazar con la fuerza la agresión que con la fuerza se hiciera. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: Eso es falso, absolutamente falso de toda falsedad.) Yo no digo más que lo que me han manifestado esos testigos, que son personas respetables y fidedignas, con referencia á las palabras del gobernador. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: Pues han faltado á la verdad los que han puesto en labios del señor gobernador esas palabras.) O quizás será el gobernador el que haya faltado á la verdad al manifestar á esos testigos lo que les dijo. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: En el *Diario de las Sesiones* y en los documentos remitidos á las Cortes están las prevenciones hechas por el Gobierno al gobernador.) Estamos enterados; pero lo incuestionable es, que fuera por eso, ó fuera por propia incuria y negligencia, el gobernador, que tenía el deber de tomar medidas suficientemente eficaces para evitar el desarrollo de los sucesos, no quiso ó no pudo impedirlos.

Y que había motivo para temer algo, se ve perfectamente en los dos..., no sé cómo llamarlos, en los dos asquerosos papeluchos que tengo en la mano, dos pasquines indecentes que circularon por Valencia el día 10, esto es, la víspera de los sucesos á que nos estamos refiriendo. No mancharé mis labios con su lectura, ni ofenderé con ellos los castos oídos de los Sres. Diputados (*Risas*), ni quiero tampoco que queden perennemente como padrón de ignominia para sus autores en el *Diario de Sesiones*. Por eso omito su texto, pero no dejaré de advertir su sentido.

Uno de ellos, que concluye dando vivas á la libertad sin duda por sarcasmo, y mueras al poder temporal del Papa, atribuye á la peregrinación un carácter carlista, tratando de excitar contra ella el ánimo de los liberales, y diciendo al efecto, poco más ó menos, lo que ayer nos manifestaba el Sr. Dualde, con las palabras gruesas de hordas, crímenes, sicarios y otras lindezas por el estilo, tan faltas de razón como sobradas de injusticia. El otro lo tomaba por el lado repugnante de la impiedad y también coincidía con las apreciaciones del mismo Sr. Dualde, en cuanto á considerar nada menos que como un crimen los gastos de la peregrinación, habiendo tantos obreros necesitados en España.

Claro es que yo no he de detenerme á refutar semejantes paparruchas; pero bueno es que conste que el Sr. Dualde, que se ha presentado aquí condenando,

al parecer, los sucesos de Valencia, tratando sin embargo de atenuarlos y aun disculparlos, y arrogándose el carácter casi único y exclusivo de testigo verídico é imparcial, viene en definitiva á estar conforme en su modo de pensar con los iniciadores y propagadores de aquellos escándalos. Ni tiene tampoco eso mucho de particular, cuando entre ellos figuraba muy en primera línea el Sr. Blasco Ibáñez, su correligionario, á quien se vió más de una vez conferenciar con el gobernador, y contra el cual ha dictado auto de prisión, como hoy se ha dicho en la Cámara, el juez del distrito del Mar de Valencia, por las responsabilidades que le resultan en esos desdichados acontecimientos. También *La Bandera Federal*, periódico de aquella población, aunque confiesa los hechos, casi los aplaude, y de todos modos, escarnece á los Prelados y á los peregrinos.

Uno y otro de los referidos papeluchos convienen en anunciar concreta y categóricamente el día, la hora y el lugar para producir el desorden.

El primero de ellos cita el día 11, de tres á cuatro de la tarde, para ir á dar á los peregrinos, según dice, «la despedida que su procaz cinismo merece», refiriéndose para ello al puerto del Grao; y en el otro se expresa lo siguiente: «El miércoles 11, á las tres ó las cuatro de la tarde, se embarcan para Roma, en el Grao, los romeros, etc.» Suspendo aquí la lectura, porque no quiero hacerme cómplice de su impiedad; pero referiré otro pasaje consignando la conclusión, que dice: «Hoy no podemos hacer más que silbarlos; mañana harémos otra cosa.» Como se ve, los datos y noticias que se daban para preparar la silba y consiguiente pedrea, no podían ser más precisos y concluyentes.

Pues bien; publicadas estas hojas sueltas, y habiendo circulado profusamente por Valencia, el gobernador no cumplía con recogerlas ó mandarlas recoger, ni con pasarlas á los tribunales para que procediesen con arreglo á derecho. Estaba en el deber de hacer mucho más; porque citándose y precisándose en ellas el momento y el sitio en que había de producirse el atentado, allí era donde debía el gobernador acudir con sus medidas y sus previsiones, para evitar que el día 11 se silbase cuando menos á los peregrinos, si es que la silba no se convertía desde luego, como era lo probable, en un acto de mayor gravedad y trascendencia, pudiendo peligrar, no sólo la dignidad de los Prelados, sino hasta su vida y la de los peregrinos. La cosa era un poco fuerte, y sin embargo, ¿qué providencias, qué disposiciones, qué precauciones se tomaron para evitar la tempestad que amenazaba? Pues había en el Grao, Sres. Diputados, cuando empezó el tumulto, nada menos que la cantidad exorbitante de cuatro guardias civiles de á caballo, y aun estos al parecer con orden de permitir silbar, y no hacer nada en defensa de los agredidos. Hoy mismo me lo han referido los peregrinos que acaban de regresar, tratándose por lo mismo de un dato auténtico é irrecusable, de un hecho total y perfectamente comprobado.

Y ya que hablo de estos peregrinos y de sus declaraciones en el sentido expresado, he de manifestar también que el Sr. Dualde nos expuso ayer, hablando, según indicaba, como abogado, una teoría verdaderamente nueva y asombrosa, diciéndonos que cuando se comete un atentado y la víctima se queja, no debemos dárla crédito por ser parcial; sin

duda, en opinión de S. S., debemos creer al agresor. (*El Sr. Dualde*: ¿He dicho yo eso?) Dijo S. S. que á los peregrinos no se les podía creer en este asunto, porque eran parte interesada; de suerte, que al que le han silbado y le han herido de una pedrada en la cabeza, por ejemplo, no tiene facultad para decir: á mí me silbaron y me hirieron en tal ocasión y con tales circunstancias. (*El Sr. Dualde*: Yo no dije eso; ya rectificaré.) Refiriéndose igualmente S. S. á las noticias que sobre esos sucesos dió al Sr. Pidal el Sr. Llorente, nuestro digno compañero de diputación, se apresuró á interrumpir S. S., diciendo: «pero es peregrino»; como si los peregrinos, por el sólo hecho de tener este carácter, no pudieran ser tan veraces como los demás hombres, y aun en cierto sentido más, tomando las cosas desde el punto de vista elevado en que les colocan su piedad y su religiosidad. Parece, pues, que S. S. profesa la opinión de que aun quejándose de una agresión personal, y de hechos relacionados con ellos, los peregrinos deben ser completamente desatendidos. (*El Sr. Dualde*: Repito que no dije eso.)

Por los peregrinos que han venido esta mañana hemos llegado á saber muchos datos que antes ignorábamos. Nuestro juicio es así más completo que el que anteriormente podíamos formar. Con estos nuevos datos y con las noticias precedentes comprendemos la gran imprevisión que hubo en Valencia, no sé si por culpa del Gobierno, ó por la del gobernador; pero la de alguno de ellos resulta evidente. De todos modos, habrá habido buena fe, porque yo no atribuyo jamás á ningún hombre móviles torcidos sin tener prueba plena y fehaciente en contra suya; mas es lo cierto que, á pesar de la presencia del gobernador en el lugar del conflicto, y de las medidas que apresuradamente se tomaron á última hora, en Valencia ocurrió lo que estaba previsto y lo que todo el mundo conoce: boinas desgarradas, equipajes perdidos, sustos, agresiones, carreras, desórdenes, tumultos, amenazas, insultos, pedradas y hasta algunos disparos; y como consecuencia y resultado de todo ello, contusiones en los Prelados y heridas en los peregrinos, en número relativamente considerable. Porque, ya lo ha dicho el Sr. Gasset con referencia á su periódico *El Imparcial*; y remitiéndome yo también á los partes telegráficos que contiene el número de hoy, allí he leído que se ha tomado declaración á los heridos que venían en el vapor *León XIII*, figurando entre ellos Carlos Salvador Manchón, Jacinto Herrero Utier, José Antonio González, Manuel Herrera López, Emilio Sánchez Tosco y José Antonio González, todos lesionados en la cabeza y en la cara, y D. Vicente Alonso Martínez, secretario del Arzobispo de Valladolid, con herida contusa en la espalda.

De suerte que no sólo hubo un contuso, como se ha querido decir por el gobernador, por el Gobierno y por los llamados testigos presenciales, sino que en realidad el número de heridos asciende cuando menos á los veinte ó treinta que en los primeros instantes se aseguró, apareciendo ahora que entonces no hubo exageración alguna. Así, pues, los sucesos de Valencia revisten verdadera importancia en sí mismos por el desorden enorme que se produjo, por el considerable número de personas lesionadas, por la calidad de estas personas y por la naturaleza misma y dirección del atentado. En todo el curso de ellos se

revela la imprevisión, la falta de tacto, la imprudencia, la ausencia de tino de aquellas autoridades, que no impidieron el motín, que no le evitaron, que no lograron reprimirle en las largas horas transcurridas desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde.

Tengo en mi poder multitud de datos y documentos relativos á esta cuestión; pero ha pasado la oportunidad de hacer aquí públicos todos esos detalles. Por tal motivo prescindo de entrar en pormenores, que ya tampoco son necesarios, para juzgar los sucesos.

Además, algunos de esos datos se refieren á una persona, á que antes me he referido, y la cual se halla *sub judice*, siendo esta causa suficiente para que yo no quiera insistir más en el asunto, para que los señores de la minoría republicana no lo tomen como á ensañamiento con el que está sujeto á la acción judicial, y cuyas frecuentes conferencias con el gobernador he referido. Yo supongo que esas conferencias tendrían por objeto hacerle desistir de sus propósitos; pero sin duda los consejos del gobernador no serían lo suficientemente enérgicos, cuando no se logró que el desorden cesara.

¿Qué resulta, pues, de todo esto? Que los atentados de Valencia son verdaderamente escandalosos, que no se evitaron porque no se quiso, que la silba fué tolerada, y que las turbas pasaron fácilmente de ella á las agresiones de hecho; las cuales, sin la prudencia y mansedumbre de los peregrinos, que todo lo sufrieron pacientemente, sólo Dios sabe las consecuencias y proporciones que hubieran llegado á alcanzar.

En la ida á Roma, al paso de los peregrinos por Valencia, todas las previsiones y todas las precauciones se olvidaron; al revés de lo que ha sucedido á la vuelta, en la cual se han extremado con verdadero lujo de rigor, pero, por supuesto, en perjuicio de los peregrinos, á quienes se ha tenido catorce ó diez y seis horas á bordo, sin dejarlos desembarcar ni comunicar con tierra, ni entrar ni detenerse en la población. Las precauciones se han debido tomar en otro sentido, sin vejar á los viajeros y sin impedirles que ejerciten libremente su derecho de ciudadanos españoles; pero, en fin, mejor es eso que no la reproducción de lo pasado.

Las responsabilidades inherentes á los hechos referidos son gravísimas. No ha llegado todavía el momento de depurarlas; porque ya sabemos lo que el Gobierno dirá: la causa está en sumario y sigue su curso; se han hecho prisiones, por supuesto, días después de los sucesos, y por la sola acción de la autoridad judicial; y hasta que todo eso se termine, la averiguación queda en suspenso. Mientras tanto, el Gobierno no acaba de enterarse; pero el Sr. Ribot recibirá su ascenso, y los Sres. Maura y Gamazo se acabarán de contentar.

Sometido el asunto á los tribunales, es muy posible que la justicia alcance á algunos de los alborotadores de última fila. Dudo mucho que suceda lo mismo con los instigadores y los directores, y estoy casi seguro de que la responsabilidad no ha de alcanzar á los de lo alto, que son verdaderamente los autores morales de lo que en Valencia ha sucedido. Me parece que al fin y al cabo el Sr. Presidente del Consejo de Ministros se irá enterando de todo (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros*: Poco á poco me voy en-

terando); y cuando poco á poco se haya enterado definitivamente de ello, procurará remediar esos escándalos, y poner coto á esos abusos que nos deshonoran, y que constituyen verdaderos hechos criminales.

He tenido la curiosidad de cotejar los hechos comprobados de los ocurridos en Valencia con el Código penal, y me he encontrado con que hay lo menos 40 artículos aplicables al caso; mas como aquí no estamos en un tribunal de justicia, fuera inútil descender á detallarlos. Los tribunales tienen noticia de los sucesos, ya están conociendo de ellos, las causas incoadas siguen los trámites regulares, y el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, que tiene conexiones con Valencia, estoy cierto que ha de cuidar de que en lo posible se haga completa luz en este asunto.

No insistiré más sobre el particular, porque hoy mis fuerzas físicas por circunstancias especiales no me lo consienten. Lo único que he de indicar, para concluir, es que yo veo en todo esto un síntoma realmente grave, como manifestación del punto á que hemos descendido en la escala moral y política, social y religiosa, por virtud, no de la libertad, que la libertad cristiana es santa, es buena y nosotros la amamos, sino por efecto del libertinaje, por consecuencia de los abusos continuos é incesantes, que son la secuela obligada de estos sistemas liberales, que hoy nos rigen para nuestro mal. Partiendo de esa base falsa, proclamando una libertad mal entendida, prescindiendo de Dios y de todo principio superior, se ha dado inconsideradamente amplio ensanche á todos los pensamientos, á todas las aspiraciones, á todos los hechos, aun á los más contrarios al orden divino y al humano.

De ahí el vuelo y desarrollo extraordinario que en nuestros días han tomado el anarquismo, el socialismo, el egoísmo brutal, la impiedad y la indiferencia religiosa; y en situación tan extrema, preciso es que lo sepa todo el mundo, si queremos que nuestra España se salve, hay que hacer lo que el Papa acaba de decir: «Para realzarla y preservarla de una destrucción total, no hay medio más seguro ni más eficaz que el de volver sin reservas á los principios que la Religión enseña, y á las prácticas que prescribe.» Acatemos las palabras del Pontífice, hagámoslo así como lo practicaron nuestros mayores, y la salvación será posible. De otro modo, las consecuencias no se harán esperar. (*Aprobación en la minoría carlista.*)

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Como comprenden los Sres. Diputados, no voy á entrar en el fondo del debate; voy únicamente, cumpliendo ese precepto de Su Santidad á que se refería el Sr. Barrio y Mier, á rectificar algo que con poca piedad ha dicho S. S. Su señoría, en primer lugar, se ha referido á palabras mías pronunciadas aquí á consecuencia de una pregunta formulada por el señor Sánchez Toca, y ha dado torcida interpretación á mis frases, porque ha supuesto que pudiera deducirse de ellas algo hostil á la peregrinación, y esto no es cierto, Sr. Barrio y Mier; lo que sucedió entonces es, que S. S. intervino en el debate, y á palabras de S. S. tuve yo que oponer una rectificación, que no había tenido necesidad de hacer al discurso

del Sr. Sánchez Toca; así es que yo no discutí con el Sr. Sánchez Toca; lo que hice fué rectificar afirmaciones de S. S.; pero esto no fué entrar en el fondo de la discusión, porque en otro caso, el Sr. Sánchez Toca hubiera tenido buen cuidado de subrayar las palabras, que yo hubiese podido pronunciar. Yo no he negado jamás el derecho de los peregrinos, que al amparo de la Constitución se han congregado para ejercer un derecho perfectamente legal y tan plausible, como entonces declararé. Por consiguiente, no tiene razón de ser lo que ha dicho S. S., con poco piadosa intención.

En segundo término, S. S. ha dicho que no había tomado el Gobierno providencia alguna, y que no conocía las instrucciones, que había dirigido á sus subordinados en provincias para que reinase el más perfecto orden durante el desarrollo de los sucesos, á que pudiera dar lugar la peregrinación. Nadie ha pedido al Gobierno que trajese esas instrucciones, y nó las ha traído, ni es necesario que las traiga, porque esas instrucciones estaban en los hechos. ¿Pues qué, la peregrinación ha salido únicamente de Valencia? De Valencia han salido 2.000 peregrinos; de la Península han salido 15.000, que han circulado por todas partes, se han detenido en ciudades importantes, donde había esos elementos, á que S. S. se refería; han celebrado actos solemnes en Zaragoza y en muchos otros puntos; se han embarcado en Barcelona, en Cádiz, en Málaga, en Tarragona, y en ninguna parte ha ocurrido nada de lo que S. S. ha referido. (*El Sr. Barrio y Mier*: Entonces el gobernador tiene la culpa.) Perdónese S. S. En Valencia únicamente han ocurrido los deplorables sucesos, que todos hemos lamentado, y que se han desarrollado en la forma que la Cámara ha juzgado.

Voy únicamente á rectificar la especie aquí vertida por S. S., de que el Gobierno no había comunicado instrucciones á los gobernadores, y que había dejado completamente olvidada una cuestión como esa. Esto es completamente inexacto, porque no sólo ha dirigido comunicaciones á los gobernadores, sino que ha estado de acuerdo con alguno de los organizadores de la peregrinación para proporcionarles todos los medios á fin de que ésta se pudiese desarrollar con más facilidad. Por consiguiente, también cae por su base el argumento y la intencionada indicación de S. S.

Respecto á las instrucciones concretas comunicadas al gobernador de Valencia, están en el *Diario de las Sesiones*. Allí las tiene S. S., yo las he leído; son instrucciones formuladas *á priori* por el Ministro de la Gobernación, y en ellas puede S. S. ver si cumplió ó no con su deber.

El Sr. **BARRIO Y MIER**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **BARRIO Y MIER**: Lo primero que rectificaré es lo de esa impiedad mía que repetidamente me ha echado en cara el Sr. Ministro de la Gobernación. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: Impiedad, no; poca piedad; no es lo mismo.) Ciertamente no creía merecer ese cargo, porque me tengo, y en realidad lo soy, por uno de los Diputados más inofensivos que hay en la Cámara. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: Hasta cierto punto.—*Risas.*)

Por lo demás, S. S. no me ha entendido bien. No he dicho que S. S., conteniendo con el Sr. Sánchez Toca ó conmigo, porque S. S. dice que no discutía

con el Sr. Sánchez Toca, se manifestara completamente hostil á la peregrinación. Lo que dije es, que S. S. había indicado recelos respecto á ella y á la conducta de los peregrinos, como temiendo que esa conducta pudiera provocar conflictos fuera de España. Eso escrito está en el *Diario de las Sesiones*, y ante tal prueba juzgo que nada pueda argüir S. S.

Tampoco he dicho yo que el Gobierno se haya descuidado hasta el punto de no comunicar instrucciones á los gobernadores, sino que me ha parecido que no serían suficientemente claras y precisas, ó que siéndolo, no las habrá entendido bien el gobernador de Valencia, porque lo cierto es que con esas instrucciones y todo se han producido los deplorables sucesos de aquella ciudad.

En lo que he afirmado respecto á las manifestaciones del gobernador de Valencia sobre las instrucciones recibidas, me he referido á lo que me han asegurado dos testigos presenciales y fidedignos; pero tampoco tengo inconveniente en admitir que lo exacto en este punto no es lo dicho á mis amigos por el gobernador, sino lo que ahora ha manifestado el Sr. Ministro de la Gobernación.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Me refiero en este punto al registro del Ministerio de la Gobernación, que está á disposición de S. S., y me parece que S. S. no creará que lo he alterado (*El Sr. Barrio y Mier*: No lo supongo), y allí podrá ver S. S. los telegramas por su orden cronológico, y se convencerá de que son concretas y terminantes las instrucciones que yo dí á todos los gobernadores de España. (*El Sr. Barrio y Mier*: Muchas gracias.)

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Rodríguez tiene la palabra.

El Sr. **RODRIGUEZ** (D. Calixto): La había pedido creyendo que necesitaría rectificar; pero me parece que en este momento no es necesaria mi intervención en el debate, ya que las alusiones, de que hasta ahora he sido objeto, no afectan en nada á las razones en que he fundado mis cargos al Gobierno, y ya que éstos siguen incontestados.

El Sr. **VAZQUEZ DE MELLA**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **VAZQUEZ DE MELLA**: Señores Diputados, á pesar de que yo haya sido motejado con gran injusticia de tomar parte continua en estos debates, habréis observado que en esta segunda parte de la legislación no he hecho otra cosa que decir muy breves palabras, y esas por una alusión, que nos había dirigido el Sr. Azcárate, y aun por el ruego del Sr. Barrio y Mier, que entonces no quiso hacer uso de la palabra como jefe de esta minoría y me autorizó para que hablara en su nombre. Creo que, no habiendo abusado de vuestra benevolencia en este tiempo, me la habéis de dispensar en este instante, siguiendo vuestra costumbre.

Empiezo por decirlos que, después del elocuente intencionadísimo y hábil discurso de mi jefe señor Barrio y Mier y de todo lo que él ha dicho, no sé ya cuál será el rumbo de mi discurso, aunque ya he advertido que lo ha perdido antes que yo el señor Presidente del Consejo de Ministros, lo cual me consuela; pero no extrañaréis que nosotros, que continuamente estamos haciendo, no alardes, sino ma-

nifestaciones de que no reconocemos (y si admitimos alguna vez, es igualdad) superioridad en la defensa de los derechos de la Iglesia y del Pontificado, no hayamos tomado parte tan activa en ese debate; y que, siendo tan enemigos del sistema parlamentario, no hayamos entrado en las discusiones que le precedieron, porque hay aquí un orador más elocuente que todos los que se sientan en los escaños de la Cámara, y á ese orador elocuentísimo es á quien nosotros venimos cediendo hace tiempo la palabra. Es el mismo sistema parlamentario, que habla con la elocuencia pasmosa de los hechos, y os dice lo que nosotros no podríamos decir con tanta energía ni con tanta elocuencia; porque desde aquellas sesiones, y no quiero molestar á nadie, que pudiéramos llamar de *prófugos* políticos, y de aquellas otras, en que se trató de los móviles altos, elevados, *impersonales* de la última crisis, y después también de aquellas otras, que sirvieron de nota á la información que había de servir de base para negociar los tratados, hemos visto que esa mayoría polar se abstenía de los debates con una indiferencia absoluta, y fué necesario que se suscitaran cuestiones que, no por ser de gravedad inmensa como la de Valencia, sino por tener relación con un distinguido ex-Ministro del partido liberal, hicieron que saliera de esa especie de marasmo, en que yacía aquella parte de la mayoría, aquella especie de zona neutral, que preside como bajá del campo el Sr. Gamazo (*Risas*); y entonces vimos un espectáculo curioso.

Yo, señores, me he quedado verdaderamente maravillado el otro día, al ver que el Sr. Maura, en un arranque de tribunicia elocuencia, se dirigía á estas minorías, y especialmente á la conservadora, diciéndoles: habéis arrancado al Gobierno la destitución del gobernador; y entonces el Sr. Ministro de la Gobernación, dirigiéndose airado al Sr. Maura, contestó: al Gobierno no le ha arrancado nadie la destitución; y ahí están en el *Diario de las Sesiones* estas dos opuestas proposiciones: la del Sr. Maura, ex-Ministro del partido liberal, y la del Sr. Ministro de la Gobernación que se sienta en el banco azul.

Yo desearía que un metafísico tan profundo como el Sr. Sagasta (*Risas*) pudiera buscar una unidad suprema en donde esta antinomia desapareciera; pero como el Sr. Sagasta no se ha enterado de los sucesos de Valencia, yo creo que no se habrá enterado tampoco de lo que ha pasado en la Cámara; y bueno es recordárselo, para que S. S. vaya enterándose siquiera de alguna cosa. (*Risas*.)

Yo he observado también, porque es indudable que el rostro de los Ministros es una especie de libro de texto en donde se pueden leer las impresiones de su alma, yo he observado el otro día, cuando el Sr. Maura dirigía aquella famosa catilinaria, que después terminó tan pacífica y amistosamente, que en aquel momento en que decía el Sr. Maura cosas tremendas que implícitamente condenaban al Gobierno, el Sr. Ministro de la Gobernación dejaba caer abatida su cabeza sobre el extremo del banco azul, como si le abrumaran terribles pensamientos, y al mismo tiempo lanzaba una mirada triste y melancólica al Sr. Ministro de Estado, que se encontraba en el otro extremo, y el Sr. Ministro de Estado le contestaba con otra mirada no menos triste y melancólica, que parecía decir: estamos frescos. (*Grandes risas*.) Pero, señores, después de aquel espectáculo de-

licioso que nos ha ofrecido aquí el sistema parlamentario, hemos disfrutado de otro que declaro que me ha conmovido profundamente: me refiero á aquel momento verdaderamente augusto y solemne en que todo el Parlamento, excepción hecha de una escasa minoría que no ha querido asentir á aquella declaración, condenaba rotundamente los hechos salvajes de Valencia, y al mismo tiempo hacía como una protesta de adhesión al Sumo Pontífice, y no sólo se rendía con externo acatamiento á los pies del Sumo Pontífice, sino que en esas mismas declaraciones hacía una confesión implícita de catolicismo.

Yo me conmoví profundamente ante aquella declaración; creí que éste, más que un Parlamento liberal, era un campamento de cruzados, y, he decirlo con toda ingenuidad, al dirigir la vista hacia aquellos bancos y ver levantarse al Sr. Gamazo y pronunciar aquella homilía llena de unción evangélica, en que nos decía cosas tan hermosas del Pontificado y de la Iglesia, me conmoví por el entusiasmo con que hablaba, casi tanto, aunque en sentido contrario, como con aquel discurso, que pronunciaba replicando á uno del Sr. Pidal en 1881, y en el cual comparaba la unidad italiana con las guerras de la Independencia y de la Reconquista, y hasta añadiendo que el Gobierno de Italia no era responsable de los sucesos del 12 de Julio, cuando la traslación de las cenizas de Pío IX. (*Rumores.*) Sin embargo, celebró extraordinariamente que esta Cámara haya hecho esta especie de profesión de fe católica, aunque sintiendo que resulte puramente platónica y sin consecuencias.

Y ahora me dirijo al Sr. Dualde más concretamente. El Sr. Dualde nos ha calificado de hordas á los carlistas. ¿Qué le hemos de hacer! Después ha tenido S. S. hasta frases de elogio para las de Valencia; y si los carlistas somos hordas y salen después de labios de S. S. frases, si no de encomio, de grandísima disculpa para las de Valencia, á nosotros no nos hiere ya tan profundamente esa palabra que ha empleado S. S. Yo no quiero hacer el juego al Gobierno, diciendo que estas dos minorías radicales son enemigas, pues á nosotros políticamente, con relación á los republicanos, puede aplicársenos aquí aquello que decía Donoso Cortés de Guizot: «que no tenía más amigos que los enemigos de sus adversarios»; yo no quiero hacer el juego al Gobierno disparando bala rasa á esa minoría; pero si quisiera, podría leer textos de un ilustre orador que se sienta en esos escaños, el cual en la Asamblea republicana de 1873 decía el 5 de Setiembre que aquella República que habíais establecido, no gozaba «ante los países latinos de Europa» la misma consideración que esas hordas de fanáticos católicos que estaban levantadas en armas frente á la República. De manera que si nosotros éramos hordas, no sé lo que seríais vosotros ante la consideración de esos pueblos latinos.

Pero el Sr. Dualde nos decía que la peregrinación era carlista; el Sr. Pardo nos decía también, como disculpa, que eran carlistas los peregrinos; y cuando el Sr. Sagasta se levantó hace días á contestar á mi elocuente y queridísimo compañero el Sr. Conde de Casasola sobre lo ocurrido en La Guardia, como buscando una disculpa á aquellos sucesos, dijo que se trataba de carlistas. Es decir; que cuando se trata de carlistas, como somos unos parias, se puede faltar á la

Constitución y se puede hacer todo lo que se quiera; es decir, que cuando se trata de nosotros, se nos toca como un trágala el himno de Riego ó el himno de Garibaldi, que habrá tocado el Sr. Sagasta allá en sus mocedades, y en conclusión podéis afirmar: «si eran carlistas, no hay que asombrarse», que equivale á decir: «¡si fueran ciudadanos!...»

Por lo visto, contra los carlistas es lícito todo; y ya que es lícito todo, lícito ha de serme á mí defender enérgicamente nuestros principios.

Decía el Sr. Dualde que los carlistas mirábamos con simpatía la peregrinación. ¡Y cómo no, si era una manifestación religiosa, y precisamente los principios religiosos constituyen lo fundamental de nuestro programa! ¡Cómo no, en estos momentos de perturbación social en el mundo, en que las escuelas, las sectas y los partidos brotados de la Protesta desgarran al seno de las antiguas Naciones católicas que bajo el amparo de la Cruz se formaron y prosperaron! ¡Cómo no, si esos principios católicos se han conculcado en las leyes y Constituciones de todos los regímenes modernos en virtud de aquellos principios de 1789, proclamados de un modo sangriento en el tablado de la guillotina! ¡Cómo no reconocer esas manifestaciones católicas en esta época en que el socialismo y el anarquismo se levantan con todo su terrible cortejo de amenazas y explosiones! ¡Cómo no reconocer esa manifestación católica, en que no sólo se admiran esos sentimientos católicos, sino que se ven practicados por la clase obrera, por esa clase desheredada que en virtud de ciertos principios de una economía individualista caída ya en descrédito, gime bajo el férreo yugo de aquella ley de la oferta y de la demanda como única reguladora entre el capital y el trabajo, y que ahora, como obediendo á una voz bajada de las alturas, va á Roma ante el Vicario de Dios con toda la dignidad de hombres rescatados de la servidumbre por la sangre de Cristo, para aprender allí que el trabajo no es mercancía que se pueda regular sólo por esa ley de la oferta y el pedido, y que, por consiguiente, su causa es noble y santa, y por eso van á protestar á la faz del mundo de que después de diez y nueve siglos de cristianismo, en el seno de las sociedades contemporáneas pueda surgir de nuevo el esclavo romano, y van á Roma á ponerse á los pies del Vicario de Cristo, para que por todas partes se reconozca que el trabajo es una cosa digna y excelsa desde que manos divinas manejaron las herramientas é instrumentos del obrero en el sublime taller de Nazareth! (*Muy bien, en varios puntos de la Cámara.*)

Este significado, pues, grande y magnífico, es el de la peregrinación, á la cual nos hemos asociado con toda la efusión de nuestra alma; porque cuando hemos visto á la Iglesia en medio del oleaje revolucionario y encrespase las olas cada vez más, levantándose pujantes contra ella, hemos vuelto la vista á lo alto elevándola hasta el sublime piloto encargado por misión divina de guiar la nave sagrada, y nuestros ojos absortos le vieron iluminado por los rayos celestes, derramando miradas de amor y de indulgencia y dirigirse hacia él esa peregrinación desde la tierra firme de la fe católica de España como la bíblica paloma que anuncia la terminación de la tormenta y el comienzo de una nueva era de paz, de un iris de justicia que se extenderá como un arco de triunfo sobre los horizontes de la Historia

después de la catástrofe que se aproxima. (*Bien, bien, en la minoría carlista.*)

Pues bien, ante la catástrofe que ahora se avecina, ese es el sentido de la manifestación católica que nosotros admiramos, y á la cual hemos cooperado todos; porque hay un obrero silencioso cuyo nombre no ha figurado aún al lado de los de los Sres. Obispos y del Marqués de Comillas (ese eminente caballero cristiano), hay un obrero que no ha aparecido todavía, aunque tiene un nombre ilustre en la aristocracia y la política española, pero obrero silencioso de la Iglesia, que ha trabajado mucho en esta peregrinación, amparado por la humildad y la modestia, y que se llama, porque es conveniente que se sepa, el Marqués de Cerralbo. Él ha dicho á todas las Juntas y centros carlistas que hay en España: reuniones, agrupáos, trabajad por la peregrinación; ponéos incondicionalmente á las órdenes de los Obispos; y después les ha dicho estas palabras, cuya nobleza podéis apreciar: no hagáis advertencia ninguna de que yo ni la persona augusta á quien represento os ha hecho esta recomendación, porque no váis á Roma como políticos, sino como católicos sinceros que se enorgullecen de confesar la fe de Jesucristo, y no quiero que se nos atribuya otra intención en este acto solemne, que la de servir á la Iglesia.

Nuestros propios adversarios son los que vienen á hacer en estos casos la apología de nuestros principios y de nuestra significación en la Historia, en cuanto hacen y dicen, porque allí donde haya una manifestación católica, en seguida la cubren con la boina y la señalan como carlista. Así, cuando se celebraba en Valencia otro luctuoso acontecimiento, al que providencialmente quizá sirvió como de aniversario la última pedrea y silba, que también empezó el 10 de Abril, día en que se apedreó hace cuatro años al Sr. Marqués de Cerralbo, entonces, no contentas las turbas con gritar ¡abajo el representante de D. Carlos!, fueron desde el Casino carlista á casa de los padres jesuitas, y añadían: ¡abajo la religión! ¡Honra muy grande para nosotros es el ver que siempre que gritan ¡muera la religión! ¡abajo la Iglesia!, añaden también ¡muera los carlistas! Uniendo en un solo odio esos dos amores que para nosotros son un solo amor, que viven y vivirán inseparablemente unidos, y no porque nosotros creamos (lo ha dicho ya quien tiene grande autoridad para ello) que para ser católico sea necesario ser carlista, pues afirmamos, sí, que todo carlista necesita ser católico, pero que puede haber católicos que no sean carlistas, y los hay, yo lo reconozco; lo que siento mucho, lo que siento profundamente, es que estos principios religiosos que nosotros defendemos sin género alguno de monopolio, si no es un monopolio triste, toda vez que deseáramos ceder esta parte de nuestra bandera para que todos la hicieran suya; lo que nosotros sentimos es que aquellas palabras hermosísimas de León XIII, que acaba de repetir mi digno amigo y jefe el Sr. Barrio y Mier, no las coloquéis vosotros, que fingís ser tan amantes del Pontificado, y al parecer tan fervorosos defensores de la Iglesia, en vuestros programas y Constituciones; que no estéis dispuestos al «mantenimiento sin reservas de los principios religiosos que heredamos de nuestros padres, como ellos los mantuvieron.»

¡Lástima que vuestras protestas religiosas no sean más que platónicas! ¡Lástima que cuando se trate de

una revolución, que no es ya aquella revolución pacífica y mansa que corroe poco á poco las entrañas del cuerpo social y va minando todas las resistencias para que en la hora decisiva no haya frontera para los desbordamientos sectarios, y al convertirse en revolución fiera, tremenda y avasalladora que traerá consigo la gran catástrofe, no haya un muro de contención contra las olas revolucionarias! ¡Entonces tendréis que acudir á estas que el Sr. Dualde llamaba *hordas* carlistas, para que se pongan á las puertas del templo con la espada desnuda, é impidan que la revolución ataque el sagrario y lo manche con mano sacrilega! (*Murmillos.*) Entonces nosotros serémos los defensores de la Iglesia, pues no nos contentamos con defensas puramente platónicas.

Ahora, con palabra mesurada, porque no quiero imitar la belicosa oratoria del Sr. Ministro de la Gobernación, he de decir algunas palabras acerca de lo que propiamente era la verdadera alusión que el señor Dualde nos dirigía.

El Sr. Dualde nos decía que si, en virtud de las últimas declaraciones hechas por S. S. el Papa León XIII, los carlistas no se levantarían jamás en armas, los carlistas entrarían en la legalidad y respetarían los Poderes constituidos. Os pido unos momentos de atención, porque lo que voy á decir le tocaba decirlo á mi amigo el Sr. Barrio y Mier; pero este señor, dignísimo amigo, ha tenido la bondad y la cortesía de dejarme esta parte de la alusión, y lo que yo diga aquí lo diré autorizado por él, exponiendo los principios de los que en este sitio nos sentamos.

Nadie nos gana en adhesión, en respeto, en acatamiento, no ya á los preceptos, sino á los consejos que el Papa León XIII pueda dar. Nosotros nos preciámos de defensores incondicionales de la Iglesia, y nos ponemos á sus órdenes, y toda clase de enseñanzas que ella pueda darnos y que el Papa pueda dirigirnos, las admitimos, y nadie nos puede llevar en este punto la superioridad y primacía. Habrá algunos que estén tan sumisos como nosotros; pero más, no. En este sentido decimos que no tememos ninguna condenación que pueda venir de Roma, porque el único punto del mundo donde los carlistas no serémos derrotados jamás, es Roma. Allí el Vicario de Cristo, el defensor de la fe católica, es el mayor guardián de nuestros principios en aquello que tienen de más sustanciales y fundamentales (*Rumores*), porque uno de los principios fundamentales de nuestro programa es el principio religioso, no el único porque nosotros somos un partido político además de religioso, y en nuestro programa está el principio de la unidad católica, tradicional en España, y por eso digo que el Vicario de Cristo en la tierra ha de ser el guardián de nuestros principios. ¿A qué, pues, esos murmullos que he oído?

Yo digo que reconocemos como de derecho divino todo poder legítimo, y, entiéndase bien, todo poder legítimo, sea República federal ó sea Monarquía absoluta á la manera de la de un Czar de Rusia; pero hay que advertir que la legitimidad estriba en dos cosas que algunos publicistas llaman legitimidad de *origen* y legitimidad de *ejercicio*, en aquello que Santo Tomás de Aquino llamaba legitimidad de *adquisición* y legitimidad de *administración*.

Si el poder se adquiere conforme al derecho escrito ó consuetudinario establecido en un pueblo, habrá legitimidad de *origen*, pero no habrá la legiti-

midad de ejercicio si éste no se conforma con el derecho natural, el divino positivo y las leyes y tradiciones fundamentales del pueblo que rija. Si falta la legitimidad de ejercicio, puede suceder que cuando esta ilegitimidad sea pertinaz y constante (que sólo así habrá tiranía), desaparezca y se destruya hasta la de origen; y puede suceder, como ocurrió en la Edad Media, que empezando el poder con ilegitimidad de origen, llegue á prescribir el derecho del Soberano desposeído por haber adquirido el usurpador la legitimidad de ejercicio.

Hablo en tesis general, y no me refiero á un país determinado. Digo, señores, que los derechos del Soberano desposeído pueden prescribir, no por respeto al usurpador, sino por respeto á la sociedad, que tiene derecho al orden, no al orden incompleto que le da la escuela doctrinaria, sino al orden completo, de que es parte superior el moral y jurídico, y no el meramente externo y material; y porque la sociedad tiene derecho á esa integridad del orden, puede establecerse una colisión de derechos entre el Soberano desposeído y la sociedad. Y como el de ésta es superior, triunfaría la sociedad, y entonces se vería el Soberano desposeído; mas esto sólo puede suceder cuando enfrente de él se levante otra legitimidad católica que esté conforme con las enseñanzas de la Iglesia y las tradiciones fundamentales del pueblo; pero cuando se trate de soberanías no católicas, de legitimidades revolucionarias que no estén conformes con las enseñanzas de la Iglesia, aun cuando tuvieran la legitimidad de origen, no prescribiría el derecho del Soberano desposeído. (*Rumores.*) Estas son las enseñanzas del derecho cristiano, desde Santo Tomás hasta Balmes, Taparelli, Costa Bosetti y todos los grandes escritores católicos de nuestros días; enseñanzas que seguramente no condenará jamás el Padre Santo, porque son las doctrinas tradicionales en las escuelas católicas. Por eso, cuando nos dicen á nosotros que tenemos que reconocer esas otras legitimidades, y que las debemos aceptar y reconocer como verdaderas, decimos con los grandes publicistas católicos que ante el poder constituido de hecho, prescindiendo de que sea legítimo ó ilegítimo...

El Sr. **PRESIDENTE**: De eso es precisamente de lo que no podemos prescindir aquí.

El Sr. **VAZQUEZ DE MELLA**: Sentaba una doctrina, Sr. Presidente, que lo mismo se puede aplicar á España que á Mesopotamia.

El Sr. **PRESIDENTE**: Por si acaso.

El Sr. **VAZQUEZ DE MELLA**: Tratándose del poder constituido porque yo hablo en general, prescindiendo aquí de legitimidad ó ilegitimidad de origen, que aun cuando el poder fuera ilegítimo, según las enseñanzas de los escritores católicos, hay obligación de respetarle y someterse á él mientras no se pueda restaurar el derecho. ¿Y sabéis por qué? No por consideración al poder ilegítimo, sino por consideración á la sociedad, cuyo orden público, aunque incompleto, debe conservarse y guardarse, mientras no se puede restablecer íntegramente el derecho, que es lo que nosotros deseamos.

El Sr. **PRESIDENTE**: ¿Y el respeto á la Constitución del Estado, que ha jurado S. S. al sentarse en ese sitio?

El Sr. **VAZQUEZ DE MELLA**: Señor Presidente, yo no he jurado, he prometido; pero es igual, porque aquí no he hablado nada concreto; ni me he re-

ferido al texto constitucional; he sentado una teoría general y he hecho dos veces esta salvedad; de modo que ruego á S. S. que, fijándose en mis palabras, no crea que han tenido más alcance que el que las he querido dar.

Ahora diré que nosotros no somos sólo una afirmación religiosa, sino también una afirmación política; nosotros defendemos una Monarquía en que el Rey reine y gobierne. Advierto al Sr. Presidente que no voy á discutir el texto constitucional. Nosotros no aceptamos la teoría parlamentaria y constitucional en ninguna de sus dos formas, ni en la doctrinaria ni en la democrática; entendemos que el Rey reina y gobierna, por más que ha de estar asistido por un Consejo que comparta con él el ejercicio del poder monárquico; pero defendemos enfrente de la representación individualista del parlamentarismo la representación social jerárquica de nuestras antiguas Cortes, que en España forman una poderosa tradición nacional; queremos la representación de clases, no de partidos, no el Diputado independiente, sino el Diputado ligado á sus representados por el mandato imperativo; no queremos Cortes co-soberanas, sino Cortes que limiten la soberanía, que opongan como un muro de contención, porque el Soberano no puede variar ninguna ley fundamental del Reino, ni imponer ningún nuevo tributo sin el consentimiento de las Cortes; somos regionalistas, y por eso defendemos los fueros, las libertades municipales y regionales, fuera del pacto que es teoría disolvente y exótica, con tanta amplitud como el Sr. Pí y Margall.

Pues bien; nosotros que, somos fueristas, que defendemos este gobierno representativo tradicional, tenemos estas tres afirmaciones: en el orden político, el concepto de nuestra Monarquía y el de nuestra representación en Cortes; en el orden popular y democrático, nuestro fuerismo, y en el que pudiéramos llamar dinástico, la sucesión connaticia mixta, ó lo que en término feudal se llamaría no ley sálica, porque no es la de 1713, sino ley gombeta.

¿Ha condenado el Papa, aparte de la religiosa de que él es viviente afirmación, alguna de estas doctrinas? No; pues mientras estas cuatro afirmaciones con la religión subsistan, el partido carlista subsistirá siempre, y subsistirá, no sólo porque se han venido desarrollando prodigiosamente nuestros principios, y tienen en España arraigo secular, sino porque el régimen que nos combatía se encuentra ya en las postrimerías, y podemos altivamente decirle: ya no se trata de aquella orgullosa fortaleza desde la que nos lanzábais dardos envenenados y á la que considerábais inexpugnable porque se cimentaba sobre la roca del derecho moderno, no: esa fortaleza que defendíais con tanto ardor, está ahora medio derruida, cegados los fosos, cuarteados los muros, desgajadas las almenas y hasta sobre la torre del homenaje no se levanta ya la bandera triunfadora de otros días, sino el triste penacho de yedra que corona todas las ruinas. (*Murmuros. Varios Diputados felicitan al orador.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Llorens.

El Sr. **LLORENS**: Señores Diputados, no es airo-sa mi situación al tener que hablar, después de haber oído el Congreso las frases elocuentes del ilustre jefe de esta minoría y las de mi correligionario el Diputado Sr. Mella. Renunciaría en este momento á la

palabra, si no fuera porque, como nacido en Valencia y Diputado por aquella región, tengo el deber de levantarme á hablar de los sucesos allí ocurridos.

Ayer el Sr. Dualde, Diputado de la minoría republicana, hizo constar que aquí, en este recinto, se habían pronunciado palabras ofensivas para la culta y noble ciudad de Valencia. Yo he permanecido constantemente en este sitio, he oído cuanto de Valencia y de aquellos sucesos se ha dicho, y puedo asegurar que ni una sola frase se pronunció que pudiese herir á aquella hermosa ciudad. Después de su protesta, á mi parecer inútil, parecióme que la tendencia del Sr. Dualde era confundir á los autores de esos sucesos con todos los habitantes de Valencia, y eso sí que no puedo consentirlo; aquel pueblo, noble y culto, ha protestado contra los pasados sucesos, y evidente es que él no tiene culpa de que un pequeño número de individualidades, una pequeña masa, se haya impuesto esta vez como otras á las autoridades, se haya apoderado de Valencia, y entregada la ciudad á su mando durante veinticuatro horas, haya cometido los atentados contra los cuales se han levantado en unánime protesta las autoridades eclesiásticas, las corporaciones y sociedades.

Decía el Sr. Dualde que no sabía dónde estaba la minoría conservadora y dónde la mayoría fusionista; y, efectivamente, en su discurso parece como que S. S. tomaba á la minoría conservadora como mayoría fusionista, y á este banco que ocupamos los carlistas como si fuera el banco ministerial. Yo no podía menos de ver con asombro que se levantara á combatir á esta minoría otra minoría, la republicana, y á hacer el juego al Gobierno como pudiera haberlo hecho el Diputado más ministerial.

Pedía el Sr. Dualde declaraciones respecto á si nosotros los carlistas acatamos los consejos del Sumo Pontífice dirigidos en Roma á los peregrinos. Mi amigo el Sr. Mella ha tratado cumplidamente este particular. Pero el Sr. Dualde, además, felicitaba al Gobierno porque después de esas declaraciones, que se refieren, claro está, á que mientras que la ley nos ampare, y siempre que la religión sea respetada, nosotros permaneceremos en nuestro sitio tomando parte en las luchas pacíficas, se felicitaba, repito, porque entendía que en este concepto, y por aquella actitud, podía considerarse concluida para siempre la guerra civil.

Los Diputados republicanos, que en *meetings* y en reuniones están constantemente sosteniendo que son partidarios de la revolución armada, ¿tienen valor bastante para levantarse aquí y declarar que han depuesto esa actitud y que se concretarán á la lucha pacífica? (*El Sr. Dualde:* No se trata de nosotros.)

Refiriéndose al ejército donde tuve la honra de militar, el Sr. Dualde le aplicó las frases de hordas, villanos y algunas por el estilo.

Yo que conozco al Sr. Dualde, y creo saber adónde llega su inteligencia y cultura, y cómo ha adquirido el nombre de jurisconsulto de que goza, me he preguntado si las frases de S. S. eran propias del parlamentarismo y si se deben emplear aquí para calificar á un ejército, aunque éste sea enemigo. Debo creer que sí, cuando después de usadas por el Sr. Dualde, aparecen en el *Diario de las Sesiones*; pero declaro que, aunque así sea, no podría pronunciarlas, porque á ello se opone mi modo de ser, y no bastaría mi voluntad para que los labios las expresa-

ran. Es una falta tal vez, pero es falta que declaro ante el Parlamento sin rebozo alguno.

Tuve un día que levantarme aquí, por alusiones directas, á hacer constar que tanto me había honrado vistiendo el uniforme de artillería del ejército nacional, como el de artillería del ejército carlista, y también demostré que tan aguerridos y valientes eran los soldados de un campo como los del otro, logrando la honra de que el Sr. Ministro de la Guerra, ese soldado que se batió contra nosotros en San Pedro Abanto, declarase que aquellos hombres habían sabido batirse noblemente, pecho á pecho y cara á cara, y yo no oí jamás al Sr. López Domínguez una sola frase que pudiera molestar al ejército carlista. He visto al señor general Aznar, aquel jefe de batallón que, lloviendo hierro y fuego, entraba en Castellciudad, hacer uso de la palabra sin pronunciar una sola ofensiva para el ejército enemigo; he oído á otros militares, entre ellos al Sr. Sanchis, que tantas veces ha corregido el alza en su batería para hacer fuego y contestar al que se le dirigía, seguir la misma conducta; recuerdo que el Sr. Ceballos ha usado exactamente de los mismos términos de consideración y respeto. Y me pregunto: ¿será que ninguno de entre nosotros sabe juzgar y calificar parlamentariamente los actos realizados por las tropas de un ejército contrario? ¿O será que aquellas duras frases son las propias de los que sólo han visto la guerra desde el club?

Hacíanos el Sr. Dualde, y yo me asombraba, el cargo de que nos habíamos levantado varias veces en armas contra los poderes constituidos, y, á mi juicio, el cargo proviene de que S. S. no ha estudiado la contemporánea historia republicana. En los años 69 y 73, en Valencia, los republicanos se levantaron en armas contra el poder constituido, y los republicanos llenaron de barricadas aquellas calles. Acusaba S. S. á los carlistas de que *mancharon el suelo patrio con una guerra civil*; pues bien, esos republicanos *mancharon* con la sangre de los soldados la ciudad, en una de cuyas calles, en la de Caballeros, quedó tendido por entero el regimiento de Toledo, y junto á San Nicolás se abrieron grandes fosas para sepultar los cadáveres de aquellos españoles. Por consiguiente, el cargo no debe esgrimirlo S. S. únicamente contra nosotros, porque cae de lleno también sobre sus correligionarios. La única deducción que puedo sacar de todo ello, es que el Sr. Dualde no fué de los que se batieron detrás de las barricadas.

Y dicho esto, ahora que ya los peregrinos han regresado, ahora que podemos conocer con todos los detalles los sucesos de Valencia, y que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros empezará á enterarse de dichos sucesos, voy á relatarlos someramente.

Como ha dicho el ilustre jefe de esta minoría, con anticipación, con sobrada anticipación, se tuvo conocimiento en Valencia de lo que preparaba, no el pueblo valenciano, sino esa gente, esa gran minoría, que, como he dicho, se ha impuesto varias veces á la autoridad con verdadero éxito. Los sucesos de Valencia no son ni más ni menos que una consecuencia de lo que hace años empezó á ocurrir en aquella ciudad. En el mes de Abril de 1885 tuvo lugar un hecho que me parece bastante análogo al que ahora se ha llevado á cabo, porque sólo le faltó la gravedad de que se apedrease á los Sres. Obispos.

Hay en Valencia y en muchos pueblos de España

la costumbre de celebrar lo que se llama el Rosario de la Aurora, que es una práctica religiosa bien santa por cierto. Se reúnen determinado número de fieles, y salen por las calles rezando el Rosario; asisten á la iglesia, oyen misa y después cada uno se retira á su hogar. Que esta práctica religiosa está garantida por la Constitución, ¿qué duda cabe?

Pues, como decía, en el mes de Abril, año 1885, circuló la noticia de que algunos impíos, tomando como razón la de que no podía el pueblo culto valenciano consentir que se mancharan las calles de la ciudad con la procesión de esos fieles del Rosario de la Aurora, anunciaban que la terminarían á palos y á silbidos.

Celebrábase el Rosario en aquel día en la iglesia de Santo Domingo, iglesia que está situada entre un cuartel de infantería y la Capitanía general, hallándose contigo á ésta el parque y el cuartel de artillería. Antes de salir la procesión, ya empezaron los síntomas precursores de todo hecho de esa naturaleza, los silbidos; al aparecer aquélla, se aumentaron con denuestos, y viendo que ni silbidos ni denuestos eran bastantes para romper las filas de aquellos católicos, y que eran oídos con la mayor indiferencia, empezaron los ultrajes con palos y á pedradas. Yo pude presenciar los hechos. En la calle quedaron algunos heridos, entre ellos el hijo de un conocidísimo comerciante valenciano.

Si acabó aquello, fué porque dos oficiales del ejército que iban al cuartel á cumplir con un acto del servicio, al ver el atentado que se cometía con gentes indefensas, tiraron de las espadas, y bastó que aquellos oficiales hicieran relucir sus aceros para que se replegasen los tumultuosos hacia el puente del Real.

Recuerdo que entonces era capitán general de Valencia el digno señor general Azcárraga, el cual mandó formar la guardia, y ordenó que con arreglo á la Ordenanza no se consintieran grupos á la distancia reglamentaria. No podía hacer más.

El gobernador apareció á última hora, y tengo entendido que también rompió el bastón; dijo después que allí no había pasado nada, y se marchó al Gobierno civil. Al día siguiente, una comisión de católicos pertenecientes á todos los partidos, incluso algunos oficiales del ejército, fuimos á ver al señor general Azcárraga para suplicarle que prestara la fuerza necesaria á fin de que se celebrara el Rosario de la Aurora, puesto que era una práctica religiosa que estaba garantida por la Constitución, y el señor general Azcárraga nos dijo que estaba profundamente indignado por lo que había visto desde el balcón de la Capitanía general; pero que él no podía hacer nada en el asunto por ser de la competencia de la autoridad del gobernador civil. Era á la sazón Presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Cánovas del Castillo, y creo que Ministro de Fomento el Sr. Pidal.

El señor gobernador, á quien también recurrimos, nos contestó que el Rosario de la Aurora servía de motivo para que hubiera escándalos, por lo cual prohibía que saliera de las puertas de la iglesia; y nosotros le replicamos que siendo una práctica religiosa garantida por la Constitución, no comprendíamos cómo un gobernador se atrevía á coartar esas libertades sin hallarse en estado de sitio la ciudad, ni suspendidas las garantías constitucionales. De nada sirvieron nuestras protestas; el domingo siguiente tuvo lugar el Rosario en la iglesia de San Esteban, á

puertas cerradas y guardadas por fuerzas de policía y de agentes de seguridad; al exterior se formaron grupos que silbaron y apedrearon la iglesia, rompiendo los cristales que dan á la sacristía; fué dispersada aquella gente al cabo de mucho tiempo; los que estaban rezando el Rosario, tuvieron que esperar á que se marchasen para dirigirse á sus casas.

De modo que sucesos de esta índole no son nuevos en Valencia; son viejos; ha ocurrido más de una vez. Por consiguiente, ¿qué había de pasar ahora? Lo que ha pasado; lo que sabe todo el mundo; porque estas cosas sólo se evitan cuando se quieren evitar.

Yo no trato al Sr. Sarthou, ni tengo el honor de ser amigo suyo; pero cuando se celebró el Congreso Eucarístico en Valencia, siendo dicho señor gobernador, hubo una procesión que duró tres horas, en la que iban miles de hombres, presididos por veinte Obispos, y el Sr. Sarthou dijo que no habría un silbido, ni una pedrada, ni un insulto; y ni un insulto, ni un silbido, ni una pedrada hubo. Y no llenó las calles de Guardia civil, no; allí, aparentemente al menos, no se vió ningún alarde de fuerza, sino que tomó las medidas (él sabrá cuáles fueron) conducentes para que no lograra imponerse á la autoridad esa gente inculta.

Lo ocurrido en 1885 en la iglesia de Santo Domingo no fué un hecho sin repetición, y voy á exponer otro análogo.

En el mes de Marzo de 1887, día 25, tuvo lugar el apedreo de imágenes en el convento de Santa Catalina, y allí fué gravemente herido de bala Fernando Navarro, que era uno de los católicos que asistían al Rosario.

En todo esto hay que hacer notar una triste consecuencia: y es, que en esos tumultos la autoridad no previó nada; y además, que tampoco se tomaron las medidas represivas oportunas, porque después de esto no resultó ningún culpable de las pedradas, de los silbidos, ni aun de los tiros que recibió Fernando Navarro; todos aquellos hechos no han tenido autor para los efectos del castigo.

Los sucesos de que ahora se trata, como ha dicho muy bien el ilustre jefe de esta minoría, señor Barrio y Mier, se anunciaron con sobrada anticipación, y se iniciaron ya en la noche del 10, cuando algunos romeros, dirigiéndose por la bajada de San Francisco al café de España, fueron ya insultados y silbados. Allí prendió á algunos la policía, pero aquella misma noche, Sr. Ministro de la Gobernación, fueron puestos en libertad. Y yo pregunto á S. S.: ¿es que está permitido silbar? ¿Es que puede la policía dar libertad á los que ha prendido porque estaban silbando? ¿Es que, por ejemplo, aquí sería lícito que esa gente inculta, que emplea esta clase de manifestaciones, silbase impunemente á S. S. ó al Sr. Presidente del Consejo de Ministros? Creo que no; y si no estoy equivocado, ¿por qué la policía dejó libres á esos alteradores del orden, á condición de que se disolvieran los grupos?

Vino el día siguiente, y se vió que el gobernador civil había tomado algunas providencias escasas; pero hago constar que se había preocupado del orden, porque no quiero exagerar las cosas ni en un sentido ni en otro; quiero decir la verdad de lo que allí ocurrió. En un puente de madera que cruza de los paseitos llamados de Serranos á la estación del tranvía, en la mañana del día 11, se formó á la entrada

de éste, y en la acera izquierda, un grupo de unos treinta individuos que silbaban é insultaban á cuantos por el puente iban pasando.

Por allí transitaban dos romeros que no eran sacerdotes, como creyó el Sr. Pardo, sino que eran dos que se habían vestido de peregrinos, porque habían querido. Uno de ellos recibió un bofetón; su sombrero fué á parar al río, y devolvió otro bofetón. Me parece que esto no tiene nada de criticable; porque, señores, creo que cualquier ofendido opone siempre al agravio el castigo inmediato.

Era un ciudadano español sin carácter ninguno sacerdotal; pero aunque tuviera este carácter, yo no le niego el derecho de contestar á aquella agresión; de manera que la censura que dirigió el Sr. Pardo no la he visto motivada.

Fué avisado el señor gobernador, y en el acto se presentó, empezando á empujar á las gentes que tenían pitos y silbaban. Pero tengo que preguntar á S. S.: ¿es que bastaba que el gobernador civil hiciera aquello y no prendiese á los agresores? Allí no se prendía á nadie; allí un guardia civil, yo no sé si autorizado ó no (y esto me lo escribe una persona que estaba á su lado), decía: «cuidado con pegar; silbar, bueno; pero pegar, no.» No me sorprende este dicho, Sr. Ministro de la Gobernación, porque yo ví desde el hotel de Roma de Valencia, cuando entró el señor Marqués de Cerralbo, que una compañía de Guardia civil, que estaba formada frente al edificio, abría sus filas para que pasara la gente que traía en las mantas las piedras que tiraban al hotel donde se hospedaba dicho Sr. Marqués. Yo pregunto al señor Presidente del Consejo de Ministros, que aseguró hace pocas tardes que no debe salir la fuerza armada á la calle para autorizar hechos punibles: ¿es que gana mucha honra la Guardia civil abriendo sus filas para dejar pasar á los que tiran piedras, ó para permanecer con las manos en las bocas de los fusiles viendo cómo se silba á los peregrinos que van en uso de un derecho á Roma, ó cómo se apedrea á los Sres. Prelados?

Es cierto que aquellos grupos que silbaban eran dispersados por el gobernador; pero, en cambio, inmediatamente se formaban en otra parte y volvían á silbar.

Llegó la hora de embarque, y hay ya tantos testigos de los hechos, que no es menester afirmarlos: hubo silbidos; hubo pedradas, que no solamente herían, como decía el Sr. Dualde, de una manera providencial á los Prelados, porque el Sr. Barrio y Mier ha leído la lista de los que entraron heridos en un vapor; de manera que los hechos son verdad; hay muchos miles de testigos que lo aseguran, y sobre todo, están las heridas de los que recibieron las piedras, para afirmarlo. El gobernador se personó en el Grao, y recibió pedradas; me parece que esto prueba que las tiraban, y que lo hacían á pesar de su autoridad y á pesar de llevar escolta los carruajes de los Sres. Prelados.

A esta autoridad se le debe hacer cargos por su falta de previsión; pero no es cierto que favoreciese á los antirreligiosos; todo lo contrario; me consta que el Sr. Ribot ha sido uno de los que han ayudado á fomentar la peregrinación á Roma. Si el gobernador veía que no podía hacer que se tuviese el respeto debido á los derechos de aquellos romeros, ¿por qué no llevó su bastón al capitán general, y le dijo no

le era posible sostener el orden? Entonces el capitán general hubiese hecho lo que se ha llevado á cabo ahora; tomar las avenidas, las estaciones y el camino del Grao. Esté seguro el Sr. Maura que si en el puerto, en Serranos y en el camino del Grao hubiera dicho el jefe de la Guardia civil que tenía orden de pegar, ni un silbido se hubiese escuchado, ni una piedra se habría tirado.

En el Grao se pudo evitar, no mandándose cuatro guardias civiles como ha dicho el Sr. Barrio y Mier porque cuatro guardias civiles no pueden hacer nada; sólo para guardar los muelles se necesita más número y mucho más si se tiene en cuenta que en ellos hay grandes montones de carbón, de guano y de cajas de naranja, y que esto había de hacer más difícil la acción de la policía; si no bastaba con la Guardia civil, se debió llevar tropa, enviar fuerzas de caballería; y los muelles transversales se pudieron guardar con parejas de carabineros, y así se hubiese evitado la agresión al salir los barcos, aquella nube de piedras que, según dice algún corresponsal, cayó sobre los puentes de los buques.

Los sucesos tuvieron carácter muy grave, y lo demuestra la determinación que el Congreso tomó de hacer una protesta solemne ante el Sumo Pontífice y ante todas las Naciones.

No quiero continuar, porque comprendo que el debate está ya agotado, está fiambre como decía el Sr. Romero Robledo, y no voy á hacer otra cosa sino á formular algunas sencillas preguntas. Si es lícito prender á los que silban, ¿es lícito soltarlos después? Si la Guardia civil puede hacer fuego, aun sin las intimaciones que marca la ley, como se hizo en San Sebastián, para ahogar los silbidos y pedreas con la fuerza, ¿por qué en Valencia ha presenciado impasible esos mismos ataques? Se honra de esa manera el uniforme militar? ¿Está permitido el insulto? Si no está permitido, ¿cómo es, Sr. Ministro de la Gobernación, que en Valencia no se prendió inmediatamente á los que cometieron esas faltas?

Deseo que el Sr. Ministro conteste á estas preguntas, que pueden servir para saber cómo se respetan en España los derechos de los católicos.

Veo á la Cámara ya cansada de este largo debate, y por lo tanto, suprimo los muchos detalles que podría aún exponerla.

El Sr. DUALDE: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. DUALDE: Larga habría de ser mi rectificación si hubiera de hacerme cargo de todos y cada uno de los argumentos que contra mi discurso de anteayer se han formulado; pero me interesa rectificar en el tiempo que falta de sesión, porque mañana tengo necesidad de abandonar el Parlamento y de ir á Valencia, y sirva esto como de explicación á la falta de cortesía parlamentaria de que pudiera acusárseme si por acaso continuara este debate en sesiones sucesivas y no pudiera yo tener la satisfacción de ocupar entonces este banco.

Aunque por el orden de respeto debiera comenzar rectificando al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, ha de permitirme S. S. que lo haga al final de mi rectificación, para contestar ahora, más bien que á los argumentos, á las alusiones veladas que la minoría carlista se ha servido dirigirme.

Decía el Sr. Barrio y Mier, indudablemente con intención piadosa, que no de impiedad como el señor

Ministro de la Gobernación he de acusarle, que en-contraba dos puntos de semejanza ó de analogía entre las ideas por mí vertidas la otra tarde y ciertas alocuciones ó pasquines, que así las llamaba S. S., publicadas en Valencia el día 10 de este mes. Entiendo que S. S. no escuchó con toda la atención necesaria mis palabras. Ninguna de esas analogías existe. Decía yo, y no he de apelar al *Diario de las Sesiones*, imitando al Sr. Pidal, porque el tiempo corre; decía yo que en Valencia se había tomado como carlista la manifestación ó peregrinación obrera, y añadía que al menos los que tal suponían podían tener razón en apariencia, sin que entonces entrara yo en el fondo de esa cuestión, ni expusiera lo que yo particularmente pudiera opinar. Si ha podido ó no tener carácter, no ya carlista, sino político, lo examinaré al contestar á las observaciones del Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

Me decía también el Sr. Barrio y Mier que en aquellas hojas que yo no pude llegar á ver porque cuando fui á Valencia al día siguiente de su publicación, tan completa había sido la recogida ordenada por el gobernador, que ni siquiera pude proporcionarme un ejemplar, se hacían las mismas alusiones que yo hice á la miseria de las clases obreras, mientras algunos individuos de esa clase iban en la peregrinación. Esto podrá ser una coincidencia entre aquellas hojas y mis apreciaciones; pero recordará la Cámara que lo mismo ha dicho también la prensa, en la cual se han hecho idénticas alusiones y se han repetido las mismas lamentaciones y las mismas quejas.

También me interesa rectificar, porque se refiere á persona para mí queridísima, otro de los argumentos que el Sr. Barrio y Mier pone en mi boca, cuando en realidad no dije lo que entendió S. S. Aludo á la parte del discurso en que me ocupaba de la prensa y de mi queridísimo amigo de toda la vida Sr. D. Teodoro Llorente; y de paso contestaré á otra afirmación análoga que se ha hecho por el Sr. Gasset. No he censurado á la prensa; además de protestar del respeto que siempre me ha merecido la prensa, no le dirigí inculpación, ni siquiera de ligereza; porque aunque pudiera haber dicho que hubo ligereza en la prensa, esa ligereza no sería falta suya, sino cosa necesaria en el cumplimiento de los deberes del periodista, cuando tiene que contar lo que pasa en momentos de confusión, en circunstancias como aquellas en que se han desarrollado los sucesos de Valencia; de modo que, aun suponiendo que hubiera habido ligereza, esa ligereza sería disculpable en ese caso.

La teoría legal, la que yo entiendo legal, la que se aprende en las escuelas, la que creó que enseñará á sus discípulos el Sr. Barrio, dignísimo catedrático de la Facultad de Derecho, es que en buenas reglas de lógica y de crítica racional, el dicho del ofendido no puede constituir por sí plena prueba; el dicho del ofendido no puede ser considerado nunca como imparcial y de mayor excepción, y esto no es lo mismo que lo que me atribuía el Sr. Barrio y Mier, no es lo mismo que decir que no se debe oír al ofendido, que no se le debe creer.

La declaración del ofendido es siempre un dato, la declaración del ofendido es un indicio, la declaración del ofendido será necesaria; pero de esto á que el ofendido sea un testigo de mayor excepción, un

testigo sin tacha, un testigo imparcial, hay una distancia tan grande, que tengo la seguridad de que la misma teoría que yo sustentaba el otro día es la que enseña á sus discípulos el Sr. Barrio y Mier. Su señoría me dirigía una alusión velada, y me decía: «el Sr. Dualde sostenía aquí la peregrina teoría de que al ofendido no se le debe creer, y al ofensor sí». Repase S. S. el *Diario de las Sesiones*, busque con cuidado en mi discurso una sola frase, un solo argumento en que indirectamente pueda decirse esto, y seguramente que no lo encontrará.

Al ofendido no se le puede considerar como testigo imparcial; al ofensor ni como testigo parcial ni imparcial; el ofendido es el perjudicado, su dicho puede servir de indicio; el ofensor es el reo, su dicho no puede servir más que como un medio de exculpación. Por eso yo no he traído las declaraciones del uno ni del otro; yo traía aquí ante vosotros simplemente mi declaración; y yo creo que el Sr. Barrio y Mier no ha de dudar que mis palabras eran espontáneas y nobles, y que yo no soy ofensor en esta contienda, en esta lucha de que aquí nos estamos ocupando.

He de ocuparme también ligeramente y en pocos minutos de las contestaciones ó declaraciones del Sr. Mella. Tanto al Sr. Mella como al Sr. Llorens, como al Sr. Barrio y Mier, les parecen antiparlamentarias ciertas frases dirigidas por mí, no contra la entidad de un partido, sino contra ciertos y determinados grupos. Se ofenden SS. SS. de que yo llamara hordas carlistas á algunas de las que estuvieron talando los campos de la provincia de Valencia, y fusilando, como decía el otro día, villanamente, sin previa formación de Consejo de guerra, sin procedimiento de ninguna clase y sin permitir la defensa á aquellos á quienes fusilaban; y creen que es muy lógico que aquí se hable de hordas del Riff y hordas salvajes, y se agoten todas las palabras más denigrantes que tiene el Diccionario, para atacar á quienes, al fin y al cabo, habrían de colocarse al mismo nivel, si quieren SS. SS., de aquellas otras hordas.

Yo no he de atacar á partidos organizados ni á sus representantes en esta Cámara; pero podría citar hechos que vendrían á probar que dentro de los mismos partidarios de SS. SS., y dentro de aquellas llamadas autoridades carlistas, y dentro de aquel organismo provisional que estaba rigiendo parte de la provincia de Valencia y casi toda la de Castellón durante la última guerra civil, hubo verdaderas protestas y verdaderas censuras contra las hordas á que me refería, y hordas las llamaban también las mismas autoridades carlistas. No tiene, pues, nada de particular que así las llame en estos momentos un Diputado de la minoría republicana.

Pero, después de todo, he de congratularme de las declaraciones del Sr. Mella. Ya lo sabe el señor Pidal, ya lo saben los señores de la minoría conservadora, ya lo sabe el Gobierno, si acaso lo dudaba, ya lo saben los organizadores de la peregrinación á Roma, ó por lo menos aquellos que con el Sr. Pidal creían que de esta manera se vendría á evitar para lo sucesivo que hubiera nuevas guerras que ensangrentaran el territorio español, nuevas guerras, entendiéndose bien, de aquellas que no provocamos nosotros, guerras dinásticas, guerras de sucesión, guerras en las que se discuten intereses de todo punto

ajenos á los nuestros, ajenos á los de la Patria, intereses de familia, que es lo que distingue á las guerras dinásticas.

Ya lo sabéis, pues. El partido carlista está en su sitio; queda donde estaba; defiende lo mismo que antes; y á pesar del consejo de Su Santidad, que de una manera clara les invita á reconocer la legalidad presente, á reconocer la Regencia actual y á desistir de sus antiguos propósitos, han proclamado que no acudirán á las armas, que no se sublevarán contra lo existente, que no provocarán desórdenes hasta que no crean que tienen suficientes fuerzas; pero que ese día, siquiera se equivoquen, provocarán desórdenes, irán al campo y os declararán la guerra. Este es el primer resultado positivo de la peregrinación á Roma. (*Los Sres. Mella y Llorens piden la palabra.*)

Y voy á terminar. Yo entiendo que ese Gobierno, y sobre todo el Sr. Presidente del Poder ejecutivo, no ha contestado satisfactoriamente á la pregunta concreta de esta minoría, pregunta que esta minoría entendía que era necesario dejar completamente contestada, más bien que por interés de esta minoría, por el bien y por el interés del Gobierno.

¿Qué ha dicho el Sr. Presidente del Consejo de Ministros? Que al cabo de tantos días, todavía no sabía lo que había pasado en Valencia.

Pues qué: el Sr. Presidente del Consejo y el Gobierno entero, ¿no conceden á los documentos públicos, á los documentos oficiales, á los documentos solemnes que tienen en su poder, toda la fuerza y eficacia y toda la fe probatoria que cualquier tribunal ó cualquier otro género de autoridad debe conceder á esta clase de pruebas? Pues si les concede toda esta fuerza y eficacia, el Gobierno ha de confesar que ó no tiene los suficientes medios para poder formar juicio exacto respecto á lo que pasó en Valencia, ó que su política ó manera de gobernar es tan deficiente, que al cabo de diez días de haberse realizado aquellos acontecimientos, no tiene el sumario terminado, no el sumario judicial, que ese es largo, sino el sumario político, que debe instruirse ante el Gobierno, para poder establecer las conclusiones, no provisionales, sino definitivas, y poder después fallar.

Pero decía el Sr. Presidente del Consejo: «El Gobierno no sabe nada, y por tanto, la destitución del Sr. Ribot no significa culpabilidad; le ha destituido porque podía destituirlo.»

Sin duda el Sr. Presidente del Consejo de Ministros no oyó mi argumentación previa, ó la considera tan insignificante, que no le ha concedido la honra de la refutación. Yo sentaba una teoría que entendía era de gobierno, que no era teoría mía, que como mía siempre hubiese sido menguada, hija de mi in-experiencia, sino una teoría que he aprendido en las prácticas constitucionales y de gobierno. Yo decía que si no había habido más razones para la separación del Sr. Ribot que las razones políticas, en virtud de las cuales un funcionario digno, que reunía todas las condiciones personales para el desempeño del cargo, un funcionario honrado que continuaba gozando de las simpatías y confianza omnímodas del Gobierno, no podía continuar al frente de una provincia y había necesidad de sustituirlo; si esto era exacto, como yo creía, y no podía menos de creerlo, puesto que lo había dicho S. S., si no había otra razón detrás de esto, no procedía en manera alguna la destitución. ¿No tenía presentada la dimisión el se-

ñor Ribot? Pues habérsela admitido. ¿Se había extraviado? Pues habérsela solicitado. ¿No queríais nada de esto? Pues podíais trasladarlo á otro Gobierno civil ó á otro destino. Y preguntaba: ¿qué consideración pudo tener el Gobierno, ó á qué consideración respondía el Gobierno para no adoptar ninguno de esos medios, cuyo significado no podía dar lugar á equívocos, dudas ni vacilaciones, y escoger el de la destitución, que por sí sólo implica castigo, y con tanta más elocuencia y de modo tanto más indudable, cuanto que venía inmediatamente después de la exigencia de la minoría que pidió en el Parlamento, á voz en cuello, la destitución como castigo?

Había de ocuparme también, pero voy á terminar, de la significación política que en Valencia pudo sospecharse que tenía el acto ante las declaraciones del Gobierno. Sin embargo, entiendo que tampoco cabe ahora vacilación de ningún género, desde el momento en que el Gobierno responsable ha venido diciendo que en su nombre y en el del Jefe del Estado se ha adherido á esa manifestación, la cual por cierto, por este solo hecho, ha dejado de ser obrera, porque indudablemente no han de confundirse con la clase obrera las altas personas que han venido á identificarse en todo el alcance, significación y espíritu de la peregrinación y en las consecuencias que puede traer.

Mas como quiera que sea, importantísimo me parece también consignar que la contestación del señor Presidente del Consejo á este respecto fué deficiente. Decía S. S.: la peregrinación no ha tenido más que carácter religioso. ¿Pues cómo explica S. S. la compatibilidad de este carácter, pura y exclusivamente religioso, con los gritos que daban los manifestantes, los cuales gritos eran políticos, mal que pese á los que opinan de diferente modo, y gritos, además, que los propios oradores de esa peregrinación, los propios individuos y elementos directivos de ella, han repetido en todas partes, y que el mismo Sr. Barrio y Mier hacía gala de haber repetido aquí, dentro del Congreso? (*El Sr. Presidente agita la campanilla.*) Voy á terminar, Sr. Presidente.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Dualde, como hay otros dos Sres. Diputados que han pedido la palabra para rectificar, me parece lo más conveniente que se pregunte al Congreso si se prorroga la sesión hasta que terminen esos dos señores. Un Sr. Secretario se servirá hacer la pregunta.»

Hecha la pregunta por el Sr. Secretario García Prieta, el acuerdo del Congreso fué afirmativo.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Dualde continúa en el uso de la palabra.

El Sr. DUALDE: Agradezco á S. S. su cariñosa deferencia; y como de todos modos comprendo que la paciencia de la Cámara se va agotando, voy á terminar.

Yo creo, respecto de este particular, que debieran quedar concretadas las miras del Gobierno en cuanto á la peregrinación y á los organizadores de ella, porque si no, resultará una de dos conclusiones: ó que la peregrinación es política, aún á pesar de la opinión del Gobierno, en cuyo caso el Gobierno será responsable de haberse adherido á una manifestación política y de la trascendencia de ésta, ó que no lo es, en cuyo caso las declaraciones del Gobierno han de tener tal alcance, que han de venir á desautorizar á

los organizadores de esa peregrinación, que son en realidad, y en mi humilde concepto, las personas verdaderamente autorizadas para explicar al país cuál era su espíritu, alcance y tendencias.

En cumplimiento de la palabra que he dado, no molesto ni un momento más la atención del Congreso, y me siento, repitiendo el mismo ruego que hice al principio: si acaso continúa este debate en el día de mañana, yo suplico á los oradores que tomen parte en el debate que no atribuyan á descortesía la ausencia de mi persona en este sitio, ni por consiguiente el que queden incontestadas las alusiones que se me puedan dirigir durante mi ausencia.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Mella tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **VAZQUEZ DE MELLA**: Voy á decir muy pocas palabras, rectificando las que acaba de pronunciar el Sr. Dualde.

Su señoría ha querido negar el parentesco, á lo menos intelectual, que existía entre las palabras dichas aquí esta tarde y las que están estampadas en las proclamas á que, por pudor y por no ofender los castos oídos de los Sres. Diputados, no ha querido dar lectura en la Cámara el Sr. Barrio y Mier, pues en ellas aparece como uno de los argumentos fundamentales contra la peregrinación el mismo que su señoría acaba de repetir ahora, y que consiste en decir que existe en España una gran masa de obreros que no tiene que comer, y que no le parece bien que en circunstancias tales los obreros católicos vayan á Roma á llevar dinero al Papa. En el acto he visto un gesto de desagrado en el Sr. Muro, y, perdóne el Sr. Muro, voy á explicarlo.

Es el rostro del Sr. Muro espejo de su alma noble, y refleja su pensamiento, y yo creo que había en ese gesto la expresión de un sentimiento de censura, porque juzgaba que con las frases de que se trata quería aludir quizá el Sr. Dualde también á esas meriendas en el campo de San Isidro que hacen los republicanos no invitando á los obreros. (*Risas.*) Según la palabra divina, que supongo no trataréis de destruir, y aunque tratárais de destruirla no lo conseguiríais, siempre habrá pobres entre nosotros; así es que, para ser lógicos, ya no celebraréis con banquetes el santo de D. Manuel Ruiz Zorrilla, porque en el momento de los brindis, al chocar las copas, surgirá en vuestras almas compasivas el recuerdo de los obreros hambrientos y oiréis los ayes que éstos lanzan. ¿Es que para vosotros existe una regla y para nosotros otra? Pues qué, ¿los católicos no pueden llevar su dinero á donde quieran, y vosotros podéis destinar el vuestro á francachelas republicanas? ¿Ha de regir una lógica para los unos y otra lógica para los que se sientan en esos bancos?

Pero quizá en esto haya también su fondo de intención política por parte del Sr. Dualde, que es demasiado intencionado; quizá el Sr. Dualde aludiera con esto á aquellos otros obreros republicanos que han trabajado por el establecimiento de la República, y que no creo que vivan muy holgadamente en el extranjero.

No quiero continuar en este terreno, ya que el Sr. Dualde, quizá sin quererlo, resulta un ministerial *secundum quid*, que está haciendo el juego al Gobierno, que parece un espectador del tiroteo entre la minoría republicana y la carlista. Verdad es que con esto no hacemos más que consignar hechos, á fin de

que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros vaya enterándose de lo que ha pasado.

No he de contestar al Sr. Dualde acerca de lo que ha dicho de las hordas carlistas, porque respecto de este punto tiene pedida la palabra mi digno amigo y compañero el Sr. Llorens, y la hora es avanzada; pero he de ocuparme de otra acusación que nos ha hecho, que implica en cierto modo una especie de mala fe por parte nuestra.

El Sr. Barrio y Mier no está aquí, y por eso ruego al Sr. Dualde que no tome á descortesía su ausencia, y que considere mis palabras como si las dijera el Sr. Barrio y Mier.

Se reduce á una breve afirmación la réplica que yo voy á dar á S. S. Suponga que es falso todo lo que dice y asegura el gobernador de Valencia. Suponga más S. S.: que es falso todo lo que dicen los peregrinos y lo que dicen los Obispos; ó mejor, suponga S. S. que no se debe hacer caso ni de lo que dice el gobernador ni de lo que dicen los agredidos. ¿A quién debemos oír? A un testigo intachable. A lo que dicen las turbas y sus defensores. (*El Sr. Dualde*: Yo no soy defensor de las turbas.) No digo que S. S. sea defensor de las turbas; S. S. no me ha dejado concluir mi pensamiento. Digo, desentendiéndonos del relato del gobernador y los peregrinos, basta oír á los defensores de las turbas, que son dos periódicos de Valencia, titulados *La Bandera Federal* y *La Antorcha Valentina*, para formar perfecto juicio de los sucesos.

Pues por el relato que estos dos periódicos hacen, nos basta y nos sobra para hacer el proceso de los sucesos y de las autoridades de Valencia. ¿Es que cree S. S. que esos periódicos tampoco dicen la verdad? Entonces, cuando haya que juzgar un hecho histórico, ¿qué criterio vamos á seguir, si tachamos de parciales é insuficientes á los agredidos, á los agresores y á los que tienen interés en no abultar los sucesos? Pues yo no quiero para este caso aceptar ninguno de los dos primeros testimonios, y me basta para calificar el hecho de salvaje y para condenar la indiferencia que han tenido las autoridades en este punto, el relato de esos dos periódicos defensores de las turbas.

Ahora, yo creo que el Sr. Dualde se ha propuesto, aludiéndonos á nosotros más que al Gobierno, defender al Sr. Maura, y ha estado defendiendo en todo su discurso al Gobierno, mejor dicho, al señor Maura, que ya á punto fijo no se sabe dónde está el Gobierno; y cuando miro hacia aquellos bancos, creo que el Gobierno es el Sr. Maura. Algo, sin embargo, nos decía S. S. que era su propia condenación, y por eso se explica la sonrisa del Sr. Ministro de Estado, viendo cómo las dos minorías de oposición más radical de la Cámara nos estamos combatiendo. (*El señor Ministro de Estado hace signos afirmativos.*) ¿Ve S. S. cómo el Sr. Ministro de Estado expresa el mismo pensamiento? Pues esa es la condenación de la actitud de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Llorens.

El Sr. **LLORENS**: El Sr. Dualde ha hecho afirmaciones que después ha sentido ver combatidas por nosotros. Protestaba el Sr. Dualde de que se haya dicho, y no por ningún individuo de esta minoría, que hubo hombres que por dos pesetas se comprometieron á silbar y apedrear, y en cambio, nos decía S. S. que también había hombres que se vendían

para ir á Roma. Pues yo prefiero á estos últimos, aun aceptando como cierto lo que es absolutamente falso.

Por lo demás, S. S. ha hablado con grandísima exageración al decir que apenas hay en Valencia una familia que no tenga que llorar el fusilamiento de uno de sus individuos por las hordas carlistas. Valencia es una población de más de 180.000 almas, y calcule S. S. si sería grande el número de víctimas. Yo puedo asegurar que, aun contando los fusilamientos hechos por las tropas liberales, todavía hay muchísimas familias en Valencia que no tienen que llorar la pérdida de nadie en este sentido.

Claro está, Sr. Dualde, que cuando se forma un ejército con hombres que llegan de todas partes, sin siquiera pedirles la cédula de vecindad, ni hacer más que darles un arma, no hay posibilidad de evitar ciertos excesos que tienen que castigarse cruelmente, y no es extraño tampoco que á la sombra de estas fuerzas haya alguna indisciplina que cometa delitos. También á la sombra del ejército liberal se han cometido esos mismos excesos, y por eso no he llamado jamás hordas á las tropas liberales.

¿A qué traer eso al debate, ni cómo se puede acusar por esos hechos á una minoría que es la primera en reprobarlos, vengan de quien vengan, porque los que tales desmanes y tales crímenes cometen no son carlistas ni republicanos, sino bandidos y criminales? Cuando hechos de esa clase han tenido lugar en Andalucía ó en Cataluña, nunca se me ocurrió decir que los cometían los republicanos, á pesar de titularse así sus autores. No hay, pues, que hablar de partidos políticos cuando se trata de los autores de hechos tristísimos ocurridos dentro ó fuera de Valencia: ya se sabe quiénes son los que allí pueden cometerlos, y que los llevan á cabo cuando las autoridades por su falta de energía no los evitan. De suerte, Sr. Dualde, que no merece el ejército carlista el calificativo de hordas que S. S., á pesar de lo que hoy ha dicho, le aplicó en la tarde de ayer. Declare S. S. que fueron voluntarios honrados, bravos y leales, y que cumplieron con todos sus deberes. Así será S. S. justo en sus calificativos.

El Sr. **SECRETARIO** (García Prieta): ¿Acuerda el Congreso pasar á otro asunto?

El Sr. Presidente del **CONSEJO DE MINISTROS** (Sagasta): Si me permite el Sr. Presidente, quisiera decir pocas palabras.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene S. S. la palabra.

El Sr. Presidente del **CONSEJO DE MINISTROS** (Sagasta): Quería contestar al Sr. Dualde, porque ha creído que yo no tomé en consideración las ideas que ayer emitió en su discurso, y en eso está S. S. equivocado: las tomé tan en consideración, y las di tanta importancia, que me hicieron dudar de lo que había acontecido en Valencia.

Porque, Sres. Diputados, el Sr. Dualde se presentaba aquí como testigo presencial de los hechos. Su señoría es vecino de Valencia, tiene allí una situación social envidiable, á Valencia ha de volver; pero aun cuando no concurrieran todas estas circunstancias, á mí me basta la consideración de que S. S. es compañero nuestro, representante del país, y en este concepto fiscal de los actos del Gobierno, para dar á las palabras de S. S. toda la importancia que tienen. Y como S. S. en su discurso fué rebatiendo uno á uno los hechos que había expuesto aquí el Sr. Pidal,

decía yo á mis compañeros: ¿á quién debemos creer? ¿Al Sr. Dualde, que dice que ha sido testigo presencial y viene aquí á manifestar lo que ha visto y presenciado, ó al Sr. Pidal, que si no es testigo presencial, lo es de referencia por haber oído á muchos testigos presenciales y por tener testimonios escritos?

De ahí mi confusión; porque, después de todo, como el Sr. Dualde piensan algunos otros Sres. Diputados que han venido de Valencia, mientras que otros piensan en sentido contrario; y es más: las mismas noticias que el Gobierno ha recibido son á veces contradictorias. ¿Qué extraño es, pues, que el Gobierno tenga que pensar todavía acerca de la resolución, y que diga que no está bastante enterado para juzgar de manera que deje tranquila su conciencia? Y siendo esto así, Sres. Diputados, no sé por qué se ha extrañado nadie de que yo dijera que no sabía lo ocurrido, cuando de seguro no lo sabe el Congreso después de oír á testigos presenciales, á testigos de referencia, y de oír la lectura de comunicaciones. Tengo la seguridad de que si ahora preguntásemos al Congreso si tenía entera conciencia para resolver este asunto, diría que no. (*Rumores. —El Sr. Mella: Que sí. —Otros Sres. Diputados: Que no. —El Sr. Carvajal: ¡Pero si el Gobierno ha resuelto ya!*)

El Gobierno no ha resuelto todavía. Voy á ese punto, que es otro de los que causaron extrañeza; porque se conoce que el sábado estaba aquí la gente demasiado nerviosa y se extrañaba de todo.

Cuando el Gobierno se ocupaba en reunir los documentos que han de constituir la información sobre los sucesos de Valencia para determinar quiénes son los culpables y proceder en consecuencia, tuvo conocimiento de que á la conducta y á la personalidad del gobernador se había dado en aquella ciudad un carácter político que ni al Gobierno ni al gobernador les convenía; y entonces, no por los sucesos, cuya información no estaba terminada, sino por ese carácter político que hacía imposible la permanencia y continuación de aquella autoridad en Valencia, el Gobierno le separó. ¿Por qué lo ha separado en esta forma? Voy á decirlo, pues á mí no me duelen prendas en esta cuestión. Lo separó porque, abierta una información y no terminada, el Gobierno no quería prejuzgar el asunto. (*El Sr. Rodríguez: Fusilándole.*) Cuando un gobernador se encuentra con dificultades en la provincia que gobierna, dificultades que nacen á pesar suyo, pero que le impiden gobernar bien... (*El Sr. Ojeda: Se le traslada á otra.*)

En efecto, se hace una combinación y se le traslada á otra provincia. Pero esto no lo podía hacer el Gobierno en este caso, porque tiene abierta una información respecto de la conducta observada por el gobernador en los sucesos, y mientras no la resolviera, el Gobierno no le podía mandar á ninguna otra provincia. (*El Sr. Carvajal: De cualquiera manera sale lo mismo.*) Podía haber hecho otra cosa, porque también ha hablado el Sr. Dualde de dimisión; podía haberle admitido la dimisión que tenía presentada, porque el Sr. Dualde, que es muy entendido, debe saber que el cargo de gobernador es de tal naturaleza, que al recibir el nombramiento hace dimisión para cuando el Gobierno tenga que disponer del puesto.

De manera que el gobernador de Valencia tenía presentada la dimisión; pero no se le admitió, porque si se le admitía sin la fórmula de costumbre,

era peor que dejarle cesante, y si se le admitía con la fórmula de «quedando el Gobierno satisfecho de su celo, inteligencia y lealtad...» ¡Ah! ¡qué cargos hubiérais hecho al Gobierno! Estando abierta la información, hubiérais dicho que por medio de un decreto prejuzgábamos el asunto, haciendo inútil la información. (*El Sr. Carvajal*: ¿De modo que hemos sido nosotros los que hemos destituido al gobernador en esa forma?) Sus señorías no han hecho nada. (*El señor Carvajal*: ¿Pues no dice S. S. que lo ha hecho por nosotros?) ¿Qué he de hacer yo nada por SS. SS.? (*Risas.* — *El Sr. Carvajal*: Acaba S. S. de decirlo.) No he dicho semejante cosa. Lo que he dicho es que hubiera sido injusto por parte del Gobierno proceder de esa manera, porque se hubiera expuesto á las censuras de todos. (*El Sr. Mella*: Luego lo habéis hecho por evitar las censuras. — *El Sr. Ministro de Estado*: No.) Es que el Gobierno no quiere las censuras, cuando son justas, y como hubieran sido justas, claro está que no las queríamos. Y voy á otra cosa importante, porque esto es tan natural y regular, que ayer me extrañé yo de la extrañeza vuestra. ¿Qué Gobierno no hace eso en iguales circunstancias? Y si no lo hace, no es un Gobierno prudente.

Pero el Sr. Dualde se preocupa mucho de los carlistas. Yo también me preocupo, pero me parece que no me preocupo tanto como S. S. Los carlistas son muy católicos, muy religiosos, acatan al Papa como nadie, son los partidarios del Papa más grandes que hay en la Cristiandad; pero si el Papa les aconseja una cosa que no les conviene, hacen de sus consejos el mismo caso que harían de los míos. (*El Sr. Mella*: Pido la palabra.) Pero, en fin, si no hacen caso de los consejos de Su Santidad, allá ellos.

Dice también el Sr. Dualde: «Pero esto es grave, porque se quedan donde estaban.» Pues mientras estén donde estaban, bien están ellos y bien estamos nosotros. (*Risas.*)

De manera que, lo digo francamente, me extrañan mucho esas preocupaciones de S. S. Si después de todo, los carlistas ofrecieran el peligro, que su actitud le inspira á S. S., no me parece regular que SS. SS. se reduzcan única y exclusivamente á lanzar lamentaciones, sino que es preciso poner remedio al peligro. ¿Y cómo? Todo el que quiera la libertad, todo el que quiera el progreso, todo el que quiera la civilización, ha de unirse á los que queremos eso para oponerse á los carlistas. (*El Sr. Conde de Casola*: Eso es una vulgaridad.)

Pero vosotros, los carlistas, ¿no nos estáis diciendo, y lo oímos con calma, que el liberalismo es la muerte del progreso? Lo habéis dicho muchas veces. Pues qué, ¿queráis que os dijera yo que la reacción vuestra es la base de la civilización y del progreso en todas partes? ¿Es que queráis eso? Pues yo no os lo puedo decir, porque me desmentiría la Historia en todas las épocas de la vida.

Pero dice el Sr. Dualde: «Aquí se ha manifestado, y eso es muy grave, que se puede gritar viva el Papa-Rey, y el Sr. Barrio y Mier ha declarado que lo ha dicho en el Parlamento». El grito de viva el Papa-Rey, si no hubiera sido un grito empleado para combatir las instituciones italianas y para combatir la unidad de Italia, claro es que se podría lanzar aquí, en Italia y en todas partes; porque, después de todo, como el mismo Sr. Barrio y Mier ha dicho, el Papa es Soberano en su pequeño Estado. Allí tiene su

secretario de Estado, su Consejo de Cardenales, su corte, su jurisdicción, su hacienda y su fuerza pública. Los países le envían cerca de su augusta persona representantes de los mismos en el grado superior de la jerarquía diplomática, y él también manda los suyos cerca de los Soberanos de aquellos países; tiene la franquicia postal y telegráfica; en una palabra, tiene todas las prerrogativas de un Soberano, y es Soberano, repito, en su pequeño territorio. (*El Sr. Azcárate*: ¡Parece imposible que no se conforme!) Tampoco nosotros nos conformamos, sino que nos resignamos, porque quisiéramos ser más grandes; lo que tiene es que, como no podemos, nos resignamos. De manera que el que no se conforme no es un cargo que se pueda hacer al Sumo Pontífice, porque ese cargo sería general para todos los Soberanos, puesto que todos quieren ser más y tener más de lo que tienen.

Y es natural que eso suceda, porque nos ocurre á todos en las cosas particulares. Recuerdo á este propósito el cuento de aquel labrador, que iba extendiendo sus tierras, y cada vez que se subía á una altura de terreno y veía el que le rodeaba, exclamaba: «¡ahl, si aquel campo pudiera traerlo para unirlo con este otro.» Eso es, por consiguiente, una aspiración natural y humana.

Pero la verdad es que el grito de viva el Papa-Rey se ha convertido en un grito proferido para combatir á los Poderes públicos de un país amigo, y en este concepto, ese grito no puede consentirlo el Gobierno español, porque lo considera como un ataque al Gobierno de una Nación amiga, y en Italia tiene que considerarse como un grito subversivo, que el Gobierno puede y debe castigar. Me parece que más claro no puedo ser, y, por consiguiente, creo que bien puede quedar satisfecho el Sr. Dualde.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Vázquez de Mella para rectificar.

El Sr. VAZQUEZ DE MELLA: Voy á decir muy breves palabras, para no molestar la atención de la Cámara; pero la alusión tan clara, tan directa y tan terminante que nos ha dirigido el Sr. Sagasta, bien merece ser recogida por nosotros.

El Sr. Sagasta dice que nosotros somos malos católicos, que nosotros no obedecemos bien al Papa. (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros*: No he dicho eso; he dicho que los carlistas son buenos católicos, pero que como el Papa les aconseje una cosa que no les convenga, hacen el mismo caso de su consejo que el que harían del mío propio.) Señor Sagasta, yo sé leer entre líneas; yo he apreciado el tono irónico de sus frases. El Sr. Sagasta decía: «son muy buenos católicos; están á las órdenes del Papa; pero cuando el Papa manda algo que no les agrada, no le hacen caso.» ¿Y qué es esto, más que decir que somos malos católicos, aunque S. S. manifestase lo contrario en tono de zumba? (*El Sr. Carvajal y Hué*: No; se puede no atender los consejos del Sumo Pontífice, y ser, sin embargo, muy buen católico.) Tiene, en parte, razón el Sr. Carvajal...

El Sr. PRESIDENTE: No tiene razón, porque no ha debido interrumpir.

El Sr. CARVAJAL Y HUE: Es el derecho de las minorías, Sr. Presidente.

El Sr. VAZQUEZ DE MELLA: Yo hablaba como Diputado, no como Presidente, y por eso digo que tiene razón el Sr. Carvajal en cuanto no siempre y

en todas circunstancias es el consejo cosa verdaderamente obligatoria, como es obligatorio el precepto; porque yo creo que los Sres. Moret y Sagasta son muy buenos y píos católicos, y aunque es un consejo evangélico, por ejemplo, que la vida más perfecta se halla en el estado eclesiástico, no creo que por eso el Sr. Moret ni el Sr. Sagasta se considerarán obligados á hacerse frailes. (*Rumores.*) Pues el consejo evangélico les indica á SS. SS. que el camino del claustro es el más perfecto que se puede seguir, y puesto que dan todo ese valor al consejo evangélico, debieran seguir ese camino, y con ello ganaríamos todos, y también SS. SS. (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros:* ¿Pero es que el Papa quiere que todos los católicos sean frailes?) No; pero el consejo evangélico dice que es vida más perfecta la vida del estado eclesiástico que la del estado seglar, y si los consejos evangélicos deben seguirse como preceptos, SS. SS. deben empezar por seguir ese consejo, que yo les recomiendo además.

Pero dice el Sr. Sagasta que nosotros no aceptamos aquello que el Papa nos manda, cuando está en contradicción con nuestros principios y con nuestros intereses. ¡Pero, Sr. Sagasta! ¡Si nuestros intereses y nuestros principios son los mismos que sostiene Su Santidad! Por eso nosotros (y así contesto á una indicación del Sr. Dualde, que antes se me había olvidado recoger) sostenemos y hemos sostenido siempre como indudable la doctrina del derecho cristiano, según la cual, el Papa tiene facultad indiscutible entre los católicos, dada la superioridad de origen, de naturaleza y de fin que tiene la Iglesia respecto al Estado á dirimir todas las contiendas entre el poder civil y la Iglesia, en aquellas cuestiones llamadas mixtas, cuando ni el Estado ni la Iglesia puedan entenderse amigablemente. Esta es nuestra doctrina fundamental; y aplicada al concepto de la soberanía, resulta que el Papa tiene derecho á fijar cuándo es legítima con legitimidad de ejercicio una soberanía. (*Rumores.*) ¡Ah! ¡Pero si ahora no se trata de la legitimidad de origen, sino de la legitimidad de ejercicio! La de ejercicio no la ha reconocido el Padre Santo, aquí, porque aun están vigentes aquellas palabras de Pío IX al Cardenal Moreno, cuando le dijo que el art. 11 de la Constitución española «violaba todos los derechos de la verdad y de la religión católica.» ¿En dónde ha dicho León XIII lo contrario?

Y cuando se trata de cuestiones de legitimidad de origen, ¿qué es lo que ocurre? ¿No lo ha demostrado siempre la Historia? Que esas son cuestiones de derecho interior de cada pueblo, y que dentro de él y por él mismo se resuelven. Cuando en España, en el siglo pasado, siendo la totalidad de los españoles fervientes católicos, surgió la guerra de sucesión, ¿cómo resolvieron aquel conflicto los españoles? ¿Acudieron al Papa el Archiduque de Austria y Felipe V? No; la resolvieron á cañonazos en Almansa y Villaviciosa, como se resuelven esas cuestiones siempre que el litigio legal se ha hecho imposible y se apela al derecho de la fuerza como medio de mantener la fuerza del derecho. (*Grandes rumores.*)

Esta es la doctrina que nosotros sostenemos, la que hemos sostenido siempre y la que jamás ha sido negada ni condenada por el Papa. Nosotros acatamos el poder constituido por aquellas razones que indiqué, y aunque el poder constituido fuera ilegítimo, tendríamos obligación de acatarle y respetarle, por

aquella parte del orden que conserva una sociedad; pero como el orden en la sociedad, para que sea verdadero, ha de ser completo y no mutilado, la sociedad tiene derecho á que el orden completo se restablezca y á que el derecho que está desconocido se restaure cuando llegue la ocasión oportuna para ello, y ésta no vamos nosotros ahora á definirla. (*Grandes rumores.*)

Dice el Sr. Sagasta que todos estamos bien en nuestros puestos. ¡Ya lo creo! Estando S. S. en el poder, S. S. se encuentra muy bien. En cuanto á que nosotros estemos bien en la oposición, ya llegará un día en que se realicen aquellas que en un tiempo fueron aspiraciones de S. S. (*Rumores.*) Sí; porque hubo una época en que el Sr. Sagasta, que ahora ataca á los carlistas, fué también á Londres á ofrecer á D. Carlos la Corona de España. (*Grandes protestas.*) Así consta en la Historia de Pirala, que es fusionista, y en el archivo de la Academia de la Historia.

¡Ya lo creo! Como que S. S. ha defendido todos los poderes que ha visto constituirse en España, lo mismo á Doña Isabel II, que á Don Amadeo, que á Don Alfonso XII, y no nos ha defendido á nosotros porque todavía no hemos constituido poder; pero el día en que le constituyamos, contamos con que la adhesión de S. S. será la primera. ¡Vaya si la tendremos! (*Risas y murmullos.*)

Y termino, protestando de la afirmación del señor Sagasta, que ha dicho que los carlistas éramos enemigos de la libertad, del progreso y de la civilización. Según se entienda, Sr. Sagasta, la libertad, el progreso y la civilización. Si S. S. entiende por progreso, civilización y libertad aquello que ha condenado Pío IX en el *Syllabus*, y que ha condenado la Iglesia siempre, entonces eso sí que no lo aceptamos; pero si se trata del progreso, de la libertad y de la civilización cristiana que arrancan del Calvario; si se trata de la civilización, que ha venido enseñando y propagando la Iglesia con sus doctrinas durante diez y nueve siglos, de esa sí que somos nosotros entusiastas defensores, y por ese progreso, por esa libertad, por esa civilización, estamos dispuestos á dar hasta nuestras vidas, estamos dispuestos á sacrificar todo cuanto somos y todo cuanto valemus.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Presidente del Consejo de Ministros tiene la palabra.

El Sr. Presidente del CONSEJO DE MINISTROS (Sagasta): Voy á decir dos palabras, porque el señor Mella nos trae una distinción entre legitimidad de origen y legitimidad de ejercicio... (*El Sr. Vázquez de Mella:* Para S. S. debe ser nuevo todo eso.—*Rumores.*) No es que sea teoría nueva, sino que me parece que no está traída con oportunidad.

De todas maneras, trátese de legitimidad de origen ó de legitimidad de ejercicio, ¿es ó no cierto que para el Papa León XIII la legitimidad que hay en España es legítima? (*El Sr. Vázquez de Mella:* La hubiera impuesto entonces como un precepto.) ¿Pero cree S. S. que el Papa iba á aconsejar á nadie que se adhiriera á una legitimidad ilegítima? (*El Sr. Carvajal y Hué:* ¿Y en Francia?) Porque cree que es legítima la República. (*El Sr. Carvajal y Hué:* Basta.—*El Sr. Vázquez de Mella:* Para no rectificar, ¿me permite S. S. una interrupción?) Con mucho gusto.

El Sr. VAZQUEZ DE MELLA: Pues con permiso de S. S. y del Sr. Presidente, y para no rectificar, no quiero decir más que esto. Por derecho natural

estamos los católicos obligados á rendir obediencia á toda potestad legítima; de modo que, si el Papa hubiera querido decir esto, nos la hubiera impuesto bajo pena de excomunión ó de pecado mortal. Y como no nos da más que un consejo, deduzca S. S. la consecuencia.

El Sr. Presidente del **CONSEJO DE MINISTROS** (Sagasta): De todas maneras resulta, primero, que para León XIII vivimos en una perfecta legitimidad; y además que esta legitimidad es base de la civilización y del progreso, porque, en otro caso, el Papa León XIII, que tantas pruebas tiene dadas de su alteza de miras, no aconsejaría á los españoles que se adhiriesen y respetasen la legitimidad existente en España.

Pero, por lo visto el Sr. Mella sabe más que el Sumo Pontífice, y en ese caso hace bien S. S. en no considerar como civilización el estado actual que España tiene; pero lo considera el Papa León XIII, y yo, entre S. S. y el Papa, me quedo con el Papa.»

Hecha la oportuna pregunta por un Sr. Secretario, el Congreso acordó pasar á otro asunto.

Sin discusión fueron aprobados los dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades, proponiendo la aprobación de la del distrito de Colón, provincia de Matanzas (Cuba), y la admisión como Diputado del Sr. D. Fermín Calbetón y Blanchón (*Véase el Apéndice 18.º al núm. 113*), quedando admitido y proclamado como tal.

Igualmente fué aprobado el dictamen de la Comisión segregando la dehesa del collado de Yeltes del término municipal de Castraz, y agregándola al de Martín del Río. (*Véase el Apéndice 7.º al núm. 112.*)

Corrientes por la Comisión de corrección de estilo, y previa la declaración de hallarse conformes con lo acordado, quedaron aprobados definitivamente, anunciándose que se remitieron al Senado, los siguientes proyectos de ley:

Prorrogando el plazo para terminar las obras del ferrocarril de Villabona á Avilés y San Juan de Nieva. (*Véase el Apéndice 2.º á este Diario.*)

Incluyendo en el plan general de carreteras del Estado las siguientes:

De Tomelloso á Valdepeñas (*Véase el Apéndice 3.º á este Diario*);

De Villayón á Villapedre (*Véase el Apéndice 4.º á este Diario*);

De Navia á Villayón (*Véase el Apéndice 5.º á este Diario*);

De las inmediaciones de Quinto á la Venta de Santa Lucía (*Véase el Apéndice 6.º á este Diario*);

De Tarazona de la Mancha á Motilla del Palancar (*Véase el Apéndice 7.º á este Diario*), y

De la estación del ferrocarril de Salamanca á empalmar con la carretera que ha de unir á Béjar con Sequeros. (*Véase el Apéndice 8.º á este Diario.*)

El Congreso quedó enterado de que se habían constituido las Comisiones nombradas para dar dictamen: sobre la Real orden suspendiendo una sentencia del Tribunal de lo contencioso-administrativo relativa al ingreso en el Estado Mayor del Ejército de D. Gaspar Salcedo; y acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de los Hoteles de Aparicio al Faro de Cabo Mayor, habiendo nombrado presidentes y secretarios respectivamente á los Sres. D. Román Laá y D. Juan Peralta la primera, y D. Manuel Eguilior y Conde de Troncoso la segunda.

Se leyeron, y quedaron sobre la mesa, anunciándose que se señalaría día para su discusión, los siguientes dictámenes:

Sobre devolución de la fianza á la Compañía del ferrocarril económico de Olot á Gerona (*Véase el Apéndice 9.º á este Diario*);

Otorgando á la Compañía minera de Sierra Alhama la concesión de un ferrocarril económico desde Lucainena de las Torres á la ensenada de Agua Amarga. (*Véase el Apéndice 10.º á este Diario.*)

Autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril desde la estación de San Julián de Musques, barrio de Memerca, á enlazar en Traslaviña con el ferrocarril de Zalla á Castro-Urdiales. (*Véase el Apéndice 11.º á este Diario.*)

Incluyendo en el plan general de carreteras las siguientes:

Una desde Puente de Otero á la de Villalva á Oviedo (*Véase el Apéndice 12.º á este Diario*);

Otra que desde Pradejón enlace las de Logroño á Zaragoza y Arnedo á Estella (*Véase el Apéndice 13.º á este Diario*), y

Otra desde Vilela á La Cadeira. (*Véase el Apéndice 14.º á este Diario.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para mañana: Continuación de la interpelación del Sr. Osmá, relativa á las negociaciones diplomáticas para los tratados de comercio; dictamen de la Comisión acerca de la comunicación del Gobierno participando la suspensión de la sentencia dictada por el Tribunal de lo Contencioso-administrativo sobre la revocación de una Real orden del Ministerio de la Gobernación, referente al justiprecio de fincas expropiadas; los dictámenes que se han leído, y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las siete y cuarto.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley del Gobierno, concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional del presupuesto de gastos vigente de la isla de Puerto-Rico.

A LAS CORTES

El Real decreto de 7 de Enero de 1892, publicado por el Ministerio de la Guerra, sobre reorganización de los servicios del ramo en la isla de Cuba, dispone en su art. 6.º que el coste de la brigada disciplinaria de dicha isla se sufragará tres quintas partes por el Tesoro de Cuba, una quinta, por el de Puerto Rico, y otra por el de Filipinas. En cumplimiento de este precepto, fué consignada en el vigente presupuesto de gastos de la gran Antilla, la baja de las dos quintas partes con que deben contribuir los de Puerto Rico y Filipinas, y en este último figura autorizada la partida correspondiente; pero no apareciendo en el de Puerto Rico cantidad alguna para este servicio, fué preciso autorizar al gobernador general de Cuba para verificar el anticipo de la quinta parte con que aquél debe contribuir, evitando de este modo el conflicto que pudiera ocasionarse al dejar de efectuarse el pago de los haberes de la referida brigada.

Reconociendo la necesidad imperiosa de una resolución que legalizase estas operaciones, fué remitido el expediente al Consejo de Estado, con arreglo al art. 42 de la instrucción de contabilidad para las provincias de Ultramar de 4 de Octubre de 1870, cuyo alto cuerpo en pleno, fué de dictamen que podía

autorizarse la concesión del crédito solicitado, pero hallándose en la actualidad abiertas las Cortes, el Ministro que suscribe, de conformidad con lo dispuesto en el art. 26 de la ley de 30 de Junio de 1892, subsistente por el 12 de la de 6 de Agosto último, y autorizado por S. M., tiene el honor de someter á la aprobación de aquéllas el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 11.413 pesos 64 centavos, con aplicación al capítulo adicional de la sección 3.ª, «Guerra», del presupuesto de gastos de la isla de Puerto Rico de 1893-94.

Art. 2.º Los referidos 11.413 pesos 64 centavos se destinarán al pago de la quinta parte del coste de la brigada disciplinaria de la isla de Cuba, de conformidad con lo dispuesto en el art. 6.º del Real decreto de 7 de Enero de 1892.

Art. 3.º El importe de este crédito se cubrirá con la deuda flotante del Tesoro de la isla, si los ingresos que se realicen por cuenta del citado presupuesto no fuesen bastantes á satisfacer las obligaciones liquidadas con cargo al mismo.

Madrid 23 de Abril de 1894.—El Ministro de Ultramar, Manuel Becerra.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, prorrogando el plazo para terminar las obras del ferrocarril de Villabona á Avilés y San Juan de Nieva.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se prorroga el plazo para terminar las obras del ferrocarril de Villabona á Avilés y

San Juan de Nieva, y abrirle al servicio público hasta 1.º de Setiembre del año actual de 1894.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una del Tomelloso á Valdepeñas.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Queda incluida en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden que, partiendo del Tomelloso, y pasando por la Solana, termine en Valdepeñas.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bu-gallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una de Villayón á Villapedre.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Será incluída en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden en la provincia de Oviedo que, partiendo de Villayón, y pasando por Auleo, termine en Villapedre, en el en-

lace de las que conducen á los puertos de Vega y Luarca.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una de Navia á Villayón.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden en la provincia de Oviedo que, partiendo de Navia, termine en Villayón, atravesando el valle de Arbón.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescripto en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una de la de Zaragoza á Castellón á la Venta de Santa Lucía

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden en la provincia de Zaragoza que, partiendo de la de Zaragoza á Castellón, en las inmediaciones de Quinto, vaya á

empalmar con la de Madrid á Francia en la Venta de Santa Lucía, pasando por Gelsa.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886, dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una de Tarazona de la Mancha á Motilla del Palancar.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras una de tercer orden que, partiendo del pueblo de Tarazona de la Mancha (Albacete), y pasando por Quintanar del Rey, Villanueva de la Jara y El Peral, termine en Motilla del Palancar.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886, dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una de la estación del ferrocarril de Salamanca á la de Béjar á Sequeros.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluirá en el plan general de carreteras una de tercer orden que, partiendo de la estación del ferrocarril de Salamanca, empalme en la carretera que ha de unir á Béjar con Sequeros,

pasando por Santo Tomé, Lleu, Mora, Linares y San Miguel de Valero.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886, dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley sujetando á las disposiciones de la ley general de ferrocarriles la devolución de la fianza al ferrocarril de Olot á Gerona.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley sujetando á las disposiciones de la ley general de ferrocarriles la devolución de la fianza al ferrocarril de Olot á Gerona, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto, tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. La devolución de la fianza al ferrocarril económico de Olot á Gerona se sujetará á lo que dispone el art. 17 de la ley general de ferrocarriles de 23 de Noviembre de 1877.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—Pedro Antonio Torres.—Gustavo Ruiz.—Pompeyo de Quintana.—El Marqués de Casa-Torre.—Antonio Comyn, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Lucaniena de las Torres á la ensenada de Agua Amarga.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley autorizando la creación de un ferrocarril de Lucaniena de las Torres á la ensenada de Agua Amarga, ha examinado este asunto, y conformándose con lo propuesto, tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á la Compañía minera de Sierra Alhamilla la concesión de un ferrocarril económico desde Lu-

cainena de las Torres á la ensenada de Agua Amarga, sin subvención del Estado.

Art. 2.º Las obras se ejecutarán con arreglo al proyecto presentado, si mereciese la aprobación del Ministerio de Fomento, y con arreglo á las prescripciones generales de la ley de ferrocarriles vigente.

Art. 3.º Este ferrocarril se considerará de utilidad pública para los efectos de la expropiación forzosa, y el concesionario tendrá derecho de ocupar los terrenos de dominio público, y disfrutará de las demás exenciones y privilegios que las leyes conceden á los de su clase.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—Emilio de Alvear.—Pedro Antonio Torres.—El Marqués de Casa-Torre.—Antonio Navarro.—Carlos Castel.—Antonio Comyn, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Plenaria de la Comisión sobre la proposición de ley autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de la línea de las Torres a la estación de Agua Amarga.

En la sesión de las Torres a las once y media de la noche, se celebró la sesión ordinaria del Congreso de los Diputados, presidida por el Sr. D. Juan de Dios. Se leyó el acta de la sesión anterior, y se aprobó. Se leyó el informe de la Comisión de Fomento sobre la proposición de ley autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de la línea de las Torres a la estación de Agua Amarga. El Sr. D. Juan de Dios, en nombre de la Comisión, hizo un extenso informe sobre el asunto, exponiendo los motivos que aconsejaban la concesión de la línea, y los beneficios que se esperarían de ella. El Sr. D. Juan de Dios concluyó diciendo que la Comisión era de parecer que debía concederse la línea, y que se debía otorgar la concesión al Gobierno para que se encargara de ella. El Sr. D. Juan de Dios terminó su informe con una declaración de voto, en la que decía que él mismo votaría a favor de la concesión de la línea. El Sr. D. Juan de Dios terminó su informe con una declaración de voto, en la que decía que él mismo votaría a favor de la concesión de la línea.

El Sr. D. Juan de Dios, en nombre de la Comisión, hizo un extenso informe sobre el asunto, exponiendo los motivos que aconsejaban la concesión de la línea, y los beneficios que se esperarían de ella. El Sr. D. Juan de Dios concluyó diciendo que la Comisión era de parecer que debía concederse la línea, y que se debía otorgar la concesión al Gobierno para que se encargara de ella. El Sr. D. Juan de Dios terminó su informe con una declaración de voto, en la que decía que él mismo votaría a favor de la concesión de la línea. El Sr. D. Juan de Dios terminó su informe con una declaración de voto, en la que decía que él mismo votaría a favor de la concesión de la línea.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de la estación de San Julián de Musques á Castro-Urdiales.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar su dictamen acerca de la proposición de ley sobre construcción de un ferrocarril de la estación de San Julián de Musques á Castro-Urdiales, ha examinado este asunto, y tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente:

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á D. José Martínez y Martínez de Pinillos, vecino de Madrid, sin subvención del Estado, la construcción y explotación por noventa y nueve años de un ferrocarril de vía estrecha ó ancha, si así lo solicitare, que dando principio en la estación de San Julián de Musques, barrio de Memerca, final de las líneas construídas y que explota la Exma. Diputación provincial de Vizcaya, y pasando por el valle de Sopuerta, termine en Castro-Urdiales, con un ramal que por el término de Arcentales enlace en Traslaviña con el ferrocarril de Zalla á Solares y con otros

ramales que unan la estación de Castro-Urdiales con los muelles futuros del puerto en construcción y con los embarcaderos de minerales que la Administración otorgue al mismo concesionario.

La concesión se sujetará al proyecto que el referido concesionario tiene presentado en el Ministerio de Fomento, en la parte comprendida entre San Julián de Musques y Castro-Urdiales, salvo las reformas que en el mismo pudieran introducirse, y á los que presente oportunamente para los ramales de enlace con Traslaviña y con los muelles y embarcaderos de que queda hecho mérito.

Art. 2.º Este camino y sus ramales se considerarán de utilidad pública para los efectos de la expropiación forzosa, y el concesionario tendrá derecho á ocupar los terrenos de dominio público, y disfrutará de las demás exenciones y privilegios que las leyes conceden á los de su clase.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.== Manuel de Eguilior, presidente.==Guillermo Joaquín de Osma.==Luis Ojeda.==Francisco Bergamín.==Emilio de Alvear.==Andrés Trueba.==Javier Bores y Romero.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley declarando comprendidas en el plan general de carreteras una de Puente de Otero á la de Villalva á Oviedo.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Puente de Otero á la de Villalva á Oviedo ha examinado este asunto, y conformándose con lo propuesto, tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se declara comprendida en el plan general de carreteras del Estado, en la provincia de

Lugo, una de tercer orden que, partiendo de Puente de Otero, en la de Azúmara á Puente de Otero, y pasando por Pastoriza y Bretoño, vaya á empalmar al punto más conveniente de la denominada de Villalva á Oviedo á la de Lugo á Rivadeo por Ríotorto.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—Fernando Cos-Gayón.—Julián García San Miguel.—Pompeyo Quintana.—Rafael Serrano Alcázar.—Vicente Martín Bande.—Francisco Martínez González.—El Conde de Troncoso.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras la municipal de Pradejón, que une las de Logroño á Zaragoza y de Arnedo á Estella.

La Comisión nombrada para emitir dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras la municipal de Pradejón, que une las de Logroño á Zaragoza y de Arnedo á Estella, ha examinado este asunto, y de conformidad con lo propuesto por su autor, tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de ca-

rrerías del Estado la municipal de Pradejón que une las de Logroño á Zaragoza y de Arnedo á Estella.

Art. 2.º Se tendrá en cuenta para la ejecución de esta ley lo que preceptúa para la construcción de obras públicas el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—Tirso Rodríguez.—Juan Vázquez de Mella.—Marqués del Vadillo.—Ventura Olavarrieta.—Anselmo de Córdova.—Mariano Fernández de las Cuevas.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de Vilela termine en el punto más conveniente de la provincial núm. 20.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Vilela á La Cadeira, ha examinado este asunto, y conformándose con lo propuesto, tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Vilela, en

el empalme de la provincial con la de segundo orden de Villalva á Oviedo pase por Cedofeita, Regocorto y Travada á La Cadeira, en el punto más conveniente de la provincial núm. 20.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo dispuesto en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886, dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—Juan Navarro Reverter.—Juan Francisco Gascón.—Cristino Martos.—Francisco Martínez González.—Manuel Ibarra.—Pegerto Pardo Balmonte.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL MARTES 24 DE ABRIL DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Carretera de las Torres de Gaitán á la provincial de Elche á Dolores: proyecto de ley.

Actitud del Gobierno ante los abusos que se cometen en la enajenación de bienes nacionales exceptuados de la desamortización: preguntas del Sr. Castel.

Remedio de la crisis obrera en Huelva; personalidad del presidente de la Cámara de Comercio de aquella capital para representar en favor de los tratados de comercio: preguntas del Sr. Burgos.

Declaraciones del Sr. Ministro de Fomento en contestación á las preguntas del Sr. Vila Vendrell sobre las medidas adoptadas para remediar las inundaciones del río Júcar: preguntas del Sr. Sapiña.

ORDEN DEL DÍA: Autorización al Sr. Salcedo para tomar parte en la discusión del acta de Miranda de Ebro: dictamen.—Queda aprobado.

Elección de Miranda de Ebro: continúa la discusión del dictamen de la Comisión de actas, y el Sr. Villegas en el uso de la palabra en contra.—Se suspende la discusión.

Sucesos de Melilla: continúa la discusión pendiente sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, y dicho señor en el uso de la palabra.—Contestación del Sr. Ministro de la Guerra.—Se suspenden la discusión y el discurso.

Devolución de la fianza al ferrocarril de Olot á Gerona; concesión del ferrocarril de San Julián de Musques á Castro Urdiales; idem del de Lucainena de las Torres á la ensenada de Agua Amarga; carretera de la de Logroño á Zaragoza á la de Arnedo á Estella; idem de puente de Otero á la de Villalba á Oviedo; idem de Vilela á La Cadeira: dictámenes.—Quedan aprobados.

Constitución de una Comisión: comunicación.

Agregación de la dehesa del Collado de Yeltes al término municipal de San Martín del Río: proyecto de ley, aprobado definitivamente.

Colegio electoral especial de la Cámara de Comercio de Valencia: comunicación de la Junta Central del Censo.

Reunión del Congreso en Secciones: acuerdo.

Aptitud legal y caso de compatibilidad del Sr. Marqués de Campo-Sagrado, Diputado electo por Oviedo: dictámenes y voto particular procedente de la Comisión de actas.

Supplicatorio para procesar al Sr. Marqués de Campo-Sagrado: dictamen.

Peticiones: tercera lista de las presentadas en Secretaría.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las siete.

Abierta la sesión á las dos y media, y leída el Acta de la anterior, quedó aprobada.

Se leyó, y anunció que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión, un proyecto de ley, remitido por el Senado, incluyendo en el plan general de carreteras una desde Torres de Gaitán á enlazar con la provincial de Elche á Dolores. (*Véase el Apéndice 1.º á este Diario.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Castel tiene la palabra.

El Sr. **CASTEL**: Era mi deseo dirigir algunas observaciones y ruegos al Sr. Ministro de Hacienda, y no estando S. S. presente, deseo que la Mesa tenga la bondad de trasmitírselas.

Las reiteradas preguntas y excitaciones que en los días últimos se han dirigido á los Sres. Ministros de Hacienda y de Fomento por individuos de ambas Cámaras, demuestran, si demostración hiciera falta, la grandísima importancia que tiene cuanto se refiere, en general, al problema económico y administrativo de la desamortización, y especialmente á la desamortización forestal, y demuestran al propio tiempo el vivísimo anhelo que los pueblos todos y los representantes de los mismos sienten de que se encaucen los procedimientos usados por el Ministro de Hacienda, y de que cesen de una vez los inveterados abusos que vienen cometiéndose en el desempeño de esta parte de las funciones de la Administración.

Yo no he de negar, antes bien hago manifestación sincera de ello, qué he oído con singular complacencia, y he leído en otros casos con especial atención lo que tanto el Sr. Ministro de Fomento como el Sr. Ministro de Hacienda han contestado ya en algunos puntos y en los días anteriores á estas mencionadas preguntas. Particularmente, el Sr. Ministro de Fomento ha demostrado poseer un conocimiento exacto de la importancia que esos asuntos tienen; una decisión enérgica para defender íntegramente todo lo que queda aún de nuestra antigua riqueza forestal, y un propósito firme de poner límite y seguro término á los abusos que vienen cometiéndose, bien á pesar de aquel Ministerio, por los agentes subalternos del de Hacienda.

No he de ocuparme, pues, de ninguno de los puntos que han sido objeto de discusión en esta forma de excitaciones y ruegos á que me vengo refiriendo; pero hay aún algo de que creo oportuno tratar, deseando que el Sr. Ministro de Hacienda, á quien van dirigidos mis ruegos, tenga en su día, hoy si es posible, la bondad de recogerlos, y después darles toda la atención que por su importancia merecen.

No he de referirme á aquellos procedimientos muy puestos en uso desde hace largos años para desvirtuar en los *Boletines de ventas* las fincas que eran objeto de enajenación, procedimientos por virtud de los cuales, unas veces alterando los límites, otras veces dando á las fincas cabidas inexplicables, las más alterando también los nombres con que cada una de las parcelas se designaba, venía á hacerse imposible toda reclamación antes de efectuarse la venta

de fincas que desde luego no tenía el Estado derecho á enajenar.

En cuanto á los montes incluidos en el catálogo, inútil es que repita el abuso grande, la ilegalidad manifiesta que venía cometiéndose enajenándolos, á pesar de estar terminantemente prohibida su venta. Lo que antes fuera abuso por excepción, había llegado á convertirse en práctica ordinaria, sólo contenida, en parte, merced á las continuas reclamaciones y á la enérgica actitud de protesta que por todas partes se había levantado. Yo debía unir también mi voz á cuantos reclamaban contra el proceder del Ministerio de Hacienda, y á ello estaba dispuesto; pero sobre este punto han hecho en los días últimos tan explícitas y terminantes manifestaciones los Sres. Ministros á que me refiero, reconociendo las ilegalidades denunciadas y la necesidad de remediarlas, que sobre ello no he de decir una palabra más, confiado en la sinceridad del ofrecimiento. No puede tolerarse, sin embargo, que en la cuestión, por ejemplo, de aprovechamiento común de pastos, se confunda lo que es una comunidad nacida por voluntad expresa de los dueños de las fincas sobre las cuales esa servidumbre gravita (caso en el cual la Administración no tiene absolutamente derecho ninguno para incautarse ni para enajenar esa servidumbre) con aquella otra en la cual la comunidad puede nacer, y hay efectivamente muchos casos en que así sucede, de concesiones hechas en lo antiguo á los propietarios, á quienes se autorizaba para cultivar determinada extensión de terreno de montes públicos, sin por ello cederles el derecho al pastoreo, el cual seguía siendo comunal.

Pues bien; en estos años últimos, y especialmente en el de 1893, á tal punto han llegado los rebuscos que se han hecho por las provincias, de fincas enajenables; tal número de investigadores ha caído sobre los pueblos, que son muchas las provincias en las cuales abundan las denuncias ya presentadas de fincas calificadas como de pastos comunales, cuyas ventas están unas anunciadas, y ejecutadas otras, pero sobre las cuales, como digo, hay numerosas reclamaciones, porque no tiene derecho ninguno la Hacienda. Del mismo modo vienen también anunciándose á la venta en muchos puntos extensiones considerables de terreno, en las cuales la Hacienda dice tener sobre ellas derecho á la venta, sin más que porque la suma de la cabida asignada á las fincas que están registradas en el catastro de cada pueblo no alcanza al valor total de la extensión que al término del pueblo se le asigna, y se parte por consecuencia del equivocado principio de que todas estas diferencias son bienes del común, y por consiguiente bienes enajenables.

Esto, como digo, es un absurdo que trae considerables daños á la Hacienda, después de haberlos producido á los pueblos. Ya sé yo que á alguien le trae esto beneficios. Claro está que estos abusos se cometen partiendo del desconocimiento que de ello tenga la Administración central del Ministerio. Y no quiero decir, aunque motivo habrá para sospecharlo, que por la tolerancia de la Administración central se autorizan estos hechos; pero el caso es que se han constituido en varias provincias agrupaciones de individuos que instigan primero, y favorecen después, el anuncio de estas ventas, quedándose en las subastas con las fincas enajenadas, para

ser ellos los que se lucran ó benefician de las grandes cantidades que resultan como diferencia entre el precio por que vienen valoradas y son adjudicadas, y el más aproximado á la verdad con que al fin y al cabo consiguen que los pueblos las vuelvan á recuperar.

Yo llamo la atención del Sr. Ministro de Hacienda sobre la necesidad que hay de que S. S., no sólo se lamenten de que esto haya sucedido y suceda, sino que, por medio de disposiciones enérgicas, impida que los comisionados de ventas en provincias sigan valiéndose de tales artes para lograr en las Delegaciones de Hacienda el anuncio de venta, y vender fincas sobre las cuales ó no tiene derecho alguno la Hacienda, ó enajena este derecho por una cifra que es un sarcasmo por lo absurdo de la tasación. Para remediar ambos males, ruego á S. S. que establezca de una vez para siempre en la Península lo que recientemente se ha hecho por el Ministerio de Ultramar con relación á la venta de terrenos en Filipinas, que no es otra cosa que exigir la responsabilidad civil, y en algunos casos la responsabilidad criminal, á los peritos y tasadores cuando en sus tasaciones cometen abusos de aquellos que no caben en la recta interpretación de los hechos ni en la debida aplicación de los conocimientos científicos que debe suponerse poseen para el buen desempeño de sus cargos.

El Sr. **SECRETARIO** (Alonso Martínez): Se pondrá en conocimiento del Sr. Ministro de Hacienda la manifestación de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Burgos tiene la palabra.

El Sr. **BURGOS**: Siento mucho que no se halle presente en estos momentos ningún Sr. Ministro, porque me proponía dirigir al Gobierno dos preguntas sencillas y concretas, á las cuales esperaba tener contestación en el acto. De todas maneras, yo espero de la bondad de la Mesa que las transmitirá al Sr. Ministro de la Gobernación, y espero también que con la mayor urgencia obtengan contestación.

Las preguntas eran estas: ¿Conoce el Gobierno de S. M. el estado verdaderamente calamitoso de los obreros en la provincia de Huelva? ¿Qué remedios va á tomar el Gobierno de S. M. para conjurar allí la crisis obrera, ó á lo menos para mitigarla algún tanto?

Además, en un periódico de anoche he leído que el presidente de la Cámara de Comercio de Huelva, asumiendo, sin consultarla, toda la representación de ella, ha dirigido una exposición, no sé si al Senado ó al Congreso, ó directamente al Gobierno, adhiriéndose á los tratados de comercio. Ahora bien; como quiera que si las informaciones han de servir de algo, si estas informaciones han de reflejar la verdadera opinión pública, claro es que deben llegar á la Superioridad por todos los trámites reglamentarios y oyéndose á las Cámaras de Comercio, y no solamente á quien quiera que pretenda asumir su representación en determinadas cuestiones, yo espero que el Gobierno se informe del hecho que denuncio, y que procure evitar demasías por el estilo, de las que, según tengo entendido, han ocurrido ya en la

información que se está celebrando ante la Comisión de tratados de la otra Cámara.

El Sr. **SECRETARIO** (Alonso Martínez): La Mesa pondrá en conocimiento del Gobierno las manifestaciones de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Sapiña tiene la palabra.

El Sr. **SAPIÑA**: Me levanto á hacer uso de la palabra solamente para dirigir al Sr. Ministro de Fomento una pregunta y un ruego; y, no hallándose presente, suplico á la Mesa tenga la bondad de ponerlos en su conocimiento.

El Sr. Ministro de Fomento, contestando en la sesión del día 18 á una pregunta del Sr. Vila y Vendrell, que trataba de inquirir si el Gobierno estaba dispuesto á que se procediera con urgencia á la canalización del río Júcar, para evitar las frecuentes inundaciones que asolan aquel país, dijo que la Comisión hidrológica había presentado ya un anteproyecto por el cual venía á recomendar la necesidad de canalizar el río, propendiendo á que se hiciese desde el río llamado Ojos, y haciendo, además, desembocar las aguas del río Magro directamente en la Albufera.

Ahora bien; como esta desviación de las aguas del Magro podría perjudicar los intereses de la parte de la ribera baja que utiliza las aguas para su riego, no solamente las vertientes de este río, sino de todas las demás que afluyen al Júcar, y también las emanaciones que resultan aguas abajo del pueblo de Alcira, y teniendo yo datos para creer que además de este proyecto, aceptado en principio por la Junta consultiva y por el Gobierno, existen otros dos que pudieran servir de paralelo y base para abrir una información acerca de la desviación del río Magro, que de llevarse á cabo en los términos propuestos puede ocasionar perjuicios á los pueblos de las aguas abajo, me he de permitir algunas observaciones para probar la necesidad de abrir esa información oyendo á los indicados pueblos.

Aguas abajo de la población de Alcira existen dos poblaciones importantes, que son Sueca y Cullera, que tienen dos azudes en los que se hallan las presas para el riego, que embalsan las aguas para el cultivo del arroz en los cuatro meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto. Pues bien; aun en la situación actual se presentan en algunos años circunstancias tales, ya por virtud de accidentes atmosféricos, ya por causa de accidentes del terreno, que los pueblos citados tienen escasa cantidad de agua para tan extensos riegos; y no hay para qué decir cuáles podrán ser los perjuicios que se las podrá ocasionar por una desviación del cauce del río. Insisto, por lo tanto, en la conveniencia de que antes de resolver se abra una información sobre el dicho proyecto, oyendo á los pueblos referidos.

Ya que estoy en el uso de la palabra, me permito hacer otro ruego, para que la Mesa se sirva transmitirlo al Sr. Ministro de Fomento y al de la Gobernación, acerca de la situación en que se encuentra el pueblo de Riola. Situado esta población á un kilómetro al Sur de Sueca, en la última inundación fué destruido el muro de contención que tenía, invadiendo el pueblo las aguas hasta llegar á más de un metro de altura. Y si esto ocurrió con motivo de una

avenida no tan extraordinaria como la de 1864, calcúlese lo que podría suceder en una avenida posterior, después del reblandecimiento del terreno; vendría á desaparecer el pueblo, ocasionando centenares de desgracias. La población es pobre, no puede reponer el malecón, y por lo mismo, yo ruego al Gobierno mire con predilección este asunto para evitar la catástrofe temida, que ocasionará numerosas víctimas.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Carvajal tiene la palabra.

El Sr. CARVAJAL Y HUE: Había pedido la palabra en la creencia de que estaba en la casa el señor Ministro de Hacienda; pero, puesto que no está, me parece oportuno, si el Sr. Presidente tiene la bondad, reservarme el hacer uso de la palabra para cuando venga dicho Sr. Ministro.

El Sr. PRESIDENTE: No sé si podrá ser, porque vamos á entrar muy pronto en el orden del día.

El Sr. CARVAJAL Y HUE: Si no puede ser ahora, me pondré á las órdenes de S. S. para que me permita hablar en ocasión oportuna.

ORDEN DEL DIA

Autorización solicitada por el Sr. D. Gaspar Salcedo para tomar parte en la discusión del acta de Miranda de Ebro.

Abierta discusión sobre el dictamen de la Comisión de actas proponiendo que se conceda la autorización, y no habiendo quien pidiera la palabra en contra, se puso á votación y fué aprobado.

Elección de Miranda de Ebro.

Continuando la discusión pendiente sobre el dictamen de la Comisión de actas (*Véase el Apéndice 1.º al Diario núm. 58*), dijo

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Villegas, que estaba en el uso de la palabra en la sesión en que se suspendió la discusión del dictamen, (*Véase el Diario núm. 74*), puede continuar su discurso.

El Sr. VILLEGAS: Ruego al Sr. Presidente se sirva disponer que se traigan todos los documentos que constan en el expediente del acta de Miranda, porque he de necesitar dar lectura de algunos de ellos para que los Sres. Diputados que no están en la Cámara se enteren mañana, ya que tengo la desgracia de ser bien contados los que hay ahora en el salón. Ya que no puedan oírlo de mi boca los que aquí no están, quisiera que pudieran leerlo en el *Diario de las Sesiones*, y para ese efecto pido al Sr. Presidente que mande traer aquí esos documentos, á fin de que yo pueda dar lectura de ellos.

El Sr. PRESIDENTE: Ya se han pedido; de modo que puede S. S. hablar.

El Sr. VILLEGAS: Yo, Sres. Diputados, pensaba empezar las observaciones que me propongo dirigir al Congreso, imitando á uno de nuestros más ilustres predecesores, que fué separado injustamente de su

puesto, y cuando volvió á ocuparlo y se encontró enfrente de sus oyentes, que esperaban oír de sus labios acentos de indignación, empezó apaciblemente sus explicaciones, diciendo aquellas desde entonces famosas palabras: «Decíamos ayer.» Así pensaba yo comenzar esta tarde; pero otras palabras que ha pronunciado aquí el Sr. Romero Robledo, y que yo he visto repetidas y he oído pronunciar aquí y fuera de aquí, me han hecho comprender que tienen un criterio equivocado algunos de los señores que han de juzgar sobre mi acta, y me ponen en el caso de variar esto que pensaba decir; porque el criterio es como la medida que sirve para hacerse cargo de las cosas, es como el ambiente donde viven ó mueren las plantas y las ideas, según tienen ó no tienen similitud con él; y así yo necesito modificar ese criterio de manera que lleve el convencimiento de la razón al ánimo de todos.

Esas palabras que pronunció el Sr. Romero Robledo fueron, en poco más ó menos: «que son tales los adelantos verificados en nuestros partidos políticos, que hoy podía defender lo mismo un Diputado sus ideales estando al servicio del partido liberal que al del partido conservador». A mí me causó extraordinaria extrañeza ver que persona tan competente y autorizada como el Sr. Romero Robledo afirmaba un error tan grande como éste; porque si bien es verdad que se ha hecho la revolución en el modo de ser de los partidos políticos, no se ha hecho la revolución en nuestras costumbres y en nuestra moral. Y así, por haberse hecho la revolución en la política, desaparecieron las trabas materiales en las ciencias y en las artes, y se han hecho grandes adelantos que admiran en los edificios, en las obras públicas y en todas las derivaciones de las ciencias naturales; pero por no haberse hecho la revolución en las costumbres y en la moral, hay un atraso grande y un desequilibrio evidente en la vida de esta sociedad, por lo que estamos amenazados de grandes trastornos. No me toca á mí ahora entrar á discurrir sobre la magnitud del error que ha cometido el Sr. Romero Robledo en lo que se relaciona con la gobernación del Estado, y debo ocuparme de él solamente por lo que se refiere al acta de Miranda.

Reflejo de esos trastornos que padece nuestra sociedad, es lo acontecido en la elección de Miranda de Ebro, una de las más escandalosas que ha habido en España desde que hay rézimen representativo; y por eso sin duda ha querido Dios que la discusión de esta acta quedara en suspenso desde el año pasado hasta ahora, para que, reflejándose en ella por más tiempo los grandes defectos de nuestra sociedad, los grandes vicios morales de que yo he sido víctima, podáis vosotros apreciar y corregir, Sres. Diputados, en cumplimiento de vuestro deber, todos estos grandes defectos y vicios que hay que remediar para conseguir la mejora de nuestro país.

Por ese motivo, me pareció acertado desistir de comenzar repitiendo las palabras del ilustre Fray Luis de Granada; y juzgué más oportuno referirme á otro texto, donde se refleja mucho mejor la situación presente, que es el capítulo octavo de la obra del inmortal Cervantes, donde se pinta la lucha entre el ideal y el egoísmo de los intereses creados. Parece que en ese pasaje, Cervantes, con su genio profético, se anticipaba á sucesos ocurridos hace muy poco tiempo y á luchas que todos recordamos y sostuvieron en las

Provincias Vascongadas y Navarra y en las montañas del Maestrazgo y Cataluña los defensores del egoísmo de los antiguos intereses contra los defensores del progreso y de los modernos ideales; y la verdad es que, siendo esto así, los términos de la comparación entre ese pasaje de la admirable epopeya de Cervantes y la lucha electoral de Miranda de Ebro son idénticos; porque yo también, Sres. Diputados, he tenido que sufrir en mi distrito una de esas luchas, pugnando yo por que tomaran carta de naturaleza las modernas instituciones, y tropezando con el egoísmo de las costumbres antiguas y de los intereses creados que representaban mis contrarios.

Y aun es mayor la semejanza que entre un caso y otro existe, si se tiene en cuenta que Cervantes dejó en suspenso la narración de su capítulo octavo, la lucha entre el ideal, la verdad heroica y los intereses y las preocupaciones, que concluyó en el capítulo siguiente; y esto mismo es lo que ha sucedido aquí: diez meses hace que ha quedado en suspenso en el Parlamento la lucha que manteníamos el general Salcedo y yo; mas durante estos diez meses hemos seguido luchando en el distrito y sirviéndonos cada uno de nosotros de nuestras armas; yo me he valido de la voz popular, del voto de los electores, que es la única arma que esgrimo, y mi contrario ha utilizado contra mí los organismos del orden social en que vivimos; y así vemos que mientras yo he obtenido una mayoría extraordinaria en las elecciones municipales, mi contrario se ha servido de la influencia del Gobierno, de la influencia de la Audiencia y de armas por el estilo, con las cuales debo confesar que me ha hecho heridas de mucha consideración. ¡Ah señores! ¡qué estado tan lamentable el de los tribunales de justicia!

Yo había oído decir que en nuestra sociedad los jueces y magistrados no se vendían al interés, pero se dejaban arrastrar por los efluvios de la influencia. Hasta ahora no había yo podido creer que esto sucediera; pero después de lo que he visto, declaro que si todas las Audiencias y todos los magistrados de España se conducen como algunos de la Audiencia provincial de Burgos, no es extraño que la anarquía haga su camino, porque de esta manera se va á la disolución social.

Pero en fin, como hay tan pocos Diputados presentes, y como me propongo volver sobre este punto, no quiero entrar en el fondo de él, y ruego al señor Presidente que, si han venido ya los documentos que tenía solicitados, ó sea el expediente del acta de Miranda, me los mande...

Dispense el Sr. Presidente; veo que el expediente está aquí ya, y voy á buscar los documentos que necesito aducir para mi defensa. Yo siento mucho tener que molestar á los pocos Sres. Diputados que me escuchan, y principalmente á la Mesa, con la lectura de documentos; pero como no veo aquí el número de Diputados suficiente ni aun para abrir la sesión, y como, por otra parte, no estoy autorizado para pedir que se cuenten los presentes...

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Villegas, para discutir no hace falta que se halle presente cierto número de Sres. Diputados; para tomar acuerdo es para lo que precisa que se encuentren en la Cámara el número de Sres. Diputados que indica el Reglamento. Y es extraño, francamente, que habiéndose podido entrar hoy á primera hora en el orden del día, y habiendo aprovechado la Mesa esa circunstan-

cia para conceder á S. S. la palabra para que se ocupe en discutir un asunto que le interesa, venga á dirigir inculpaciones á la Mesa, en vez de limitarse á hablar sobre el particular, que há largo tiempo ocupa la atención del Congreso, y que parece ha de entretenerle todavía mucho más.

El Sr. **VILLEGAS**: Yo siento mucho que el señor Presidente no haya comprendido lo que yo quería decir. No es mi objeto en manera alguna dirigir cargos de ninguna especie á la Mesa por lo que está pasando. Estaba yo justificando la razón de por qué tengo que dar lectura de estos documentos, y manifestaba que como no se encuentran presentes más que muy pocos Sres. Diputados, me veía en la necesidad de hacer que constaran todas esas cosas en el *Diario de las Sesiones*, porque de otra manera no era posible que se formara idea del derecho que asiste á los electores del distrito de Miranda á ser representados aquí por quien ellos quieran, y era imposible también que los Sres. Diputados, no dando lectura de los citados documentos, pudieran formarse idea de las razones que abonan el derecho que me asiste para impugnar el dictamen puesto á discusión. Por eso es por lo que yo hacía ver la necesidad que tengo de leer los documentos; y nada más distante de mi ánimo que dirigir inculpaciones á la Mesa.

El Sr. **PRESIDENTE**: Yo no tengo ningún inconveniente en que S. S. lea todos los documentos que crea necesarios y pertinentes á su defensa. Lo que no parece conveniente es, que S. S. insista en si hay muchos ó pocos Sres. Diputados, porque quizás no sea culpa de la Mesa y sí de alguna otra persona el que esos Sres. Diputados no estén aquí.

El Sr. **VILLEGAS**: Ni yo hago cargo ninguno por ello, Sr. Presidente. Yo tengo que lamentarme, por ejemplo, de que la Comisión no esté en el banco desde el cual debe sostener su dictamen; yo tengo que lamentarme de que la persona que ha pedido con tanta insistencia venir aquí para oponerse á los argumentos que yo haga en defensa de los electores que represento, brille por su ausencia, en este momento, de los escaños del Congreso; y por esa razón es por lo que yo hacía, repito, la indicación de la necesidad en que me encontraba de tener que leer los documentos que constan en el expediente.

Pues bien; examinando el expediente, se ve que el acta de Miranda de Ebro no es un acta sencilla, como la Comisión ha querido hacer ver. La Comisión emplea unos argumentos sencillos para demostrar que el acta de Miranda de Ebro no merece ningún género de atención, que se puede pasar sobre ella como sobre un asunto cualquiera; y yo digo y sostengo que el acta de Miranda de Ebro es una de las actas más graves que se han sometido á la aprobación del Congreso desde que existe el régimen parlamentario.

Allí ha habido todo género de horrores y de vicio en contra mía; allí ha habido intervención de dinero, ha habido coacciones religiosas de un modo que no encuentro nombre bastante duro para calificar; ha habido agresiones personales, hechas de una manera salvaje; ha habido sangre derramada; allí se ha arrojado á un notario del salón en que se celebraba el escrutinio; se ha insultado á los representantes del partido liberal; y en fin, la imaginación no puede forjar abuso ni ilegalidad que no se haya cometido en Miranda en contra mía. Por esto, aunque yo, por ser nuevo en esta lucha electoral, no

haya sabido sacar partido de estas circunstancias, me basta con la exposición sencilla de los hechos, porque no es necesario más para poner de manifiesto estos horrores, estos vicios que allí se han cometido.

Así vemos que el acta de escrutinio de Miranda, dice así: (*Leyó el documento á que se refería.*)

Como ven los Sres. Diputados, en la elección del distrito de Miranda hubo de todo, hubo timos, falsificaciones de actas; hubo colegios de donde se arrojó al notario para que no pudiera dar testimonio de lo que allí presenciara; hubo colegios donde habiendo entrado á votar un cierto número de votantes y echado las papeletas en la urna, luego resultaba que no coincidía el número de papeletas que se extraían con el número de individuos que las habían depositado; hubo tiros, pedradas y todo género de atentados contra los ciudadanos pacíficos; hubo derramamiento de sangre, porque, desgraciadamente, un amigo mío todavía lleva en la cara los recuerdos de aquellos salvajismos, porque se ha quedado tuerto; hubo coacciones del orden religioso en una manera que no solamente están penadas por la ley, sino fuera de nuestras costumbres; porque, como acaban de ver los Sres. Diputados, los sacerdotes se subían al púlpito y amenazaban á los electores con las penas del infierno y con la excomunión si votaban mi candidatura; de modo que se trata de un acta de complicación extraordinaria; pero estas complicaciones, no sólo resultan del acta, sino de otros testimonios.

En el extracto que se hace para que los señores de la Comisión puedan analizar las actas, constan otras faltas que no son las que acabo de leer. Hay faltas que se denuncian en las protestas que se mandan aquí, como se ve en el documento que voy á leer. (*Leyó.*)

Como mi contrincante tenía mayoría en las Mesas electorales, cuando se presentaba á votar un elector cuyo nombre no coincidía exactamente por diferencia de alguna letra con el que figuraba en las listas, si se presumía que iba á votar en mi favor no se le permitía, y en cambio, si era un elector favorable al Sr. Salcedo, se pasaba por aquella diferencia de nombre y se le admitía á votar; y esto era cosa muy perjudicial mí, para porque en pueblos pequeños, y cuando las elecciones resultan tan reñidas, se sabe de una manera inequívoca á favor de quién va á votar cada elector.

Aquí sucedió lo contrario; aquí sucedió que habían entrado 109 electores á depositar sus papeletas en las urnas, y luego al recomtar los votos no aparecían 109. Esto lo explicaban mis amigos porque yo no tenía representación en las Mesas, como consta en el discurso que se pronunció hace diez meses, cuando yo contendía con el Sr. Martínez Asenjo, el cual reconoció que yo no tuve interventores en la elección por mi inexperiencia, y porque mi confianza en la lucha era tal, que ni siquiera me preocupé de recoger firmas para el nombramiento de interventores.

Mi contrario, hombre que llevaba seis legislaturas siendo Diputado y conocía todos los recursos de que un candidato puede valerse, comprendía la influencia de los interventores, y naturalmente, no desperdició esta ventaja; y así, cuando los interventores que yo llegué á tener porque me los cedió otra persona, cuando mis interventores, repitió, que eran menos que los del otro candidato, tenían que salir del

local por cualquier necesidad ó asunto, cambiaban los interventores de mi contrario las papeletas que decían Baldomero Villegas por otras que decían Gaspar Salcedo, y como esto no lo hicieron bien en todas partes, resultaron luego diferencias entre el número de electores que habían votado y el número de papeletas que se hallaban en la urna.

No son sólo estas las informalidades y faltas que aparecen en esta elección. Aquí, en el Congreso, los Sres. Diputados han tenido ocasión de ver á mi contrario por esos pasillos llevando á los Sres. Diputados á las Secciones para hacerles notar las raspaduras que había en dos actas, en las de Orón y Encío, y se hacía el argumento de que en esas secciones donde aparecía yo con mayoría, se había hecho una composición, y que esas raspaduras las habían hecho mis amigos para derrotar al contrario.

Ya demostraré yo que esto no es verdad, y la verdad de esto... Pero prosigamos. También se ha presentado como argumento en contra mía, el hecho de que los pliegos de esas dos secciones, con el resultado de la elección, habían venido tarde á las Juntas central y provincial del Censo; y aunque tampoco hay de cierto lo que se alega en esto, debo decir que examinando yo el estado que se forma para que se puedan dar cuenta los señores de la Comisión del resultado de las elecciones, me encuentro con que no son sólo esas dos las secciones que retrasaron el enviar los documentos á la Junta Central del Censo, sino que son cinco; no solamente son las de Encío y Orón, sino que son también las de Berberana, Carrias y Villalba de Losa; y en Berberana tuvo el Sr. Salcedo 45 votos, yo 23; en Carrias el Sr. Salcedo tuvo 49 votos y yo 7; en Villalba de Losa tuvo el Sr. Salcedo 39 votos y yo 33. De modo que, si bien es cierto que los pliegos de Orón y Encío han venido retrasados respecto de la fecha en que debían recibirse los pliegos con las noticias del resultado de la elección, y en esos dos pueblos yo tengo mayoría, también hay tres donde la tiene mi contrincante y que aparece que han llegado tarde; dato que deseo llegue al fiscal de la Audiencia de Burgos, tan celoso para lo que me perjudica. Así es que puede asegurarse que cualquiera que sea el género de trampas ó de artimañas que se hayan realizado en la elección de Miranda, son siempre más considerables las verificadas en favor de mi adversario que las realizadas en favor mío; y yo me encargo de demostrar que la totalidad de esas artimañas ó faltas se han cometido por mis adversarios.

Ahora que veo entrar á mi adversario en el salón, voy á entrar en el fondo de la cuestión; pues como habéis visto, hasta ahora puede decirse que hemos estado pasando el tiempo, pues me he limitado á leer documentos. Mas ahora que veo entrar á mi contrincante en el salón, con tanto gusto mío, voy á hacer cargos concretos y á entrar en el fondo de la cuestión.

Aquí, en esta Cámara, se ha cometido un error de concepto, que es la causa de la idea equivocada que habéis formado sobre el resultado de la elección de Miranda. Es muy frecuente el creer que un hombre que ha sido por espacio de diez y seis años representante de un distrito, debe tener en ese distrito grande arraigo. Eso parece lo natural, y yo también lo creía, hasta que un día que fui por aquellos pueblos, y encontrándome á un amigo mío, le pregunté

si tenía mucho arraigo el candidato que aspiraba á representarles, siendo así que llevaba ya diez y seis años ostentando la representación del distrito, mi amigo me contestó: «No, señor; es al contrario; nosotros no queremos al Sr. Salcedo; le toleramos.—¿Y cómo? le dije yo; ¿no tenéis sufragio universal? ¿No tenéis vosotros medios de defensa para conseguir que no triunfe si no queréis?—¡Ah, señor! Si la sinceridad electoral fuera un hecho, sí; pero como todo son amañes que hacen los agentes electorales del señor Salcedo, que son boticarios y que están acostumbrados á hacer menjurjes, cataplasmas y emplastos, y como en todo esto de elecciones creemos que les ayuda el gobernador, no podemos luchar en contra.»

Y en efecto, los agentes electorales principales del Sr. Salcedo son el boticario de Miranda, Sr. Juana, y el boticario de Belorado, Sr. Mallaina; y como ellos están acostumbrados á hacer las píldoras con un producto por dentro, revestido exteriormente con una capa de otro producto para que parezcan mejor, lo mismo hacen con las cosas electorales; y esto, unido á la conducta de los gobernadores, hace que, aunque los electores deseen una cosa, resulte la contraria.

Pues aun así, yo creo que si el voto popular se manifestara de una manera resuelta, no valdrían de nada esos artificios. Por consiguiente, le dije yo á aquel amigo: «Eso no me convence.—Pues debe usted convencerse de que lo que le digo es verdad, y de que estos pueblos están ya cansados de tener por Diputado á D. Gaspar Salcedo; porque, por una parte, hay alguno donde consta en las actas del Municipio que el Sr. Salcedo no paga los gastos electorales. De modo que estamos hartos hasta no poder más, pues no queremos pagarle al Sr. Salcedo las elecciones.» (*El Sr. Salcedo*: Eso es una falsedad.) Pues es muy fácil de demostrar, y de que se vea que esa palabra malsonante está mal aplicada al que esto decía y al que esto afirma; porque, casualmente, tengo aquí copia legalizada de una certificación del secretario de un Ayuntamiento, en donde consta lo que acabo de decir.

Dice así: (*Leyó dicho documento*.)

De modo que lo que se decía de que no se habían pagado los gastos electorales y que los había pagado el pueblo, resulta justificado de esta manera, y no es extraño que los pueblos dijeran: no queremos más elecciones con aquel candidato que ha dejado en descubierto los gastos de la elección. (*El Sr. Salcedo*: Que es una calumnia.) El argumento que se ha hecho, y el que resulta de esta certificación, es que el candidato en la elección de Diputados á Cortes en 1892-93 no satisfizo los gastos electorales, y, por consecuencia, tuvo que satisfacerlos el pueblo; y de aquí el que se dijera que los pueblos estaban cansados de elegir Diputado á quien no pagaba los gastos electorales. (*El Sr. Salcedo interrumpe al orador con frases que apenas se perciben, á las que contesta el Sr. Villegas airado*.)

El Sr. PRESIDENTE: Orden, orden, Sr. Villegas. No se dirija S. S. á ningún otro Sr. Diputado, y dirijase al Congreso.

El Sr. VILLEGAS: Se me han dirigido acusaciones que no puedo menos de rechazar con energía, como hombre que se estima.

El Sr. PRESIDENTE: Las personas que interrumpen á S. S., también faltan al Reglamento, y no

deben hacerlo. Yo desde luego espero que ninguna de las palabras que han sonado ahí, y que yo apenas he oído, constarán en el *Diario de las Sesiones*.

Continúe S. S.

El Sr. VILLEGAS: Pero no era esta la única razón por la cual los pueblos estaban ya cansados de que les representase el Sr. Salcedo; había además otras razones. Los pueblos veían el abandono en que estaban, veían lo poco que su Diputado durante diez y siete años había hecho por ellos, y lo mucho que había hecho por sí mismo. Los pueblos sabían que su Diputado, no por méritos de guerra ni por circunstancias, que hicieran resaltar su personalidad, sino por sus relaciones políticas y por sus circunstancias burocráticas, había obtenido pasar desde coronel de artillería de la armada á brigadier de infantería de marina, y desde brigadier de infantería de marina á general del mismo cuerpo, mientras los pueblos se veían completamente huérfanos de representación; y este era un motivo para no querer apoyar á un candidato que se ocupaba tanto de sí mismo y se ocupaba tan poco de los pueblos que representaba.

Pero hay más: aquellos pueblos estaban ya cansados de ciertas apariencias y de ciertas informalidades. Ellos habían visto muchas veces que el señor Salcedo, cuando se presentaba candidato para las elecciones, hacía ostentación de la representación de su empleo, iba manifestando su fajín. (*El Sr. Salcedo*: No es exacto.) Ellos así lo creen, y así lo dice la prensa de la localidad. Esto es tan cierto, que un diario de Miranda, hablando de estas cosas decía: (*Leyó un párrafo de un periódico*.)

De modo que este hecho podrá no ser exacto, pero todo el mundo lo reconoce por tal; y esta es una razón por la que aquellos pueblos, sencillos pero serios, que creen que los generales tienen otra misión y que no es propio ir á hacer elecciones con las insignias del empleo de general, estaban cansados del candidato que les había representado tantos años.

Pero hay más: el Diputado que tantas veces venía representando aquel distrito, no solamente se procuraba ascensos en su carrera, sino comisiones retribuidas en el extranjero; y habían visto y sabían que el Diputado que tenían, en lugar de contribuir á la mayor economía en los gastos públicos, los aumentaba marchándose al extranjero, faltando á lo que dice la Constitución, con retribuciones que ascendían á unos 25 duros diarios. Que esto es cierto, lo demuestra el presupuesto de este mismo año, en el cual tenemos en la página 731, correspondiente al Ministerio de Marina, una partida que dice: «1891-92: para satisfacer al excelentísimo señor mariscal de campo de infantería de marina D. Gaspar Salcedo y Anguiano, por la asignación y gastos que devengó durante su comisión en el extranjero en los meses de Julio y Agosto, 4.073 pesetas.»

Pues todo esto lo sabían los pueblos; y por esto los pueblos, que sabían que se ocupaba más de sus asuntos propios que de los del distrito, y que sabían que no hacía más que favorecer á los boticarios que le hacían los menjurjes electorales, le dejaron y se vinieron conmigo en cuanto me presenté.

Y, señores, esto es tan verdad, es tan cierto, que todo el mundo pudo ver que la voluntad de los pueblos estaba en contra del Sr. Salcedo; pues, á pesar

de que yo no me había presentado candidato por Miranda hasta que comenzó el período electoral, á pesar de esto, mi contrario apeló á un recurso, al que yo creo que ninguno de vosotros hubiera apelado. El general Salcedo, á pesar de ser una persona que ha figurado en los partidos liberales, se aprovechó de un libro que yo había escrito, en el cual lanzaba algunos ataques á los sacerdotes y á los Papas. Pues bien; el Sr. Salcedo se proveyó de este libro, y se fué por todos los pueblos leyéndolo á los curas; ¿y qué resultó? Que todos los curas se pusieron en contra mía, y aun cuando algunos curas eran amigos muy antiguos de mi familia, todos, ó casi todos, se me pusieron en contra. Yo no tengo por qué juzgar la personalidad de mi contrario; no puedo tampoco dirigirme personalmente á nadie, porque me lo ha prohibido el Sr. Presidente, y lo prohíbe el Reglamento; pero no puedo menos de llamar la atención de la Cámara, sobre el hecho insólito de que un candidato liberal apele á este procedimiento.

Porque yo, Sres. Diputados, no quiero sacar consecuencias que se relacionan exclusivamente con mi persona; yo sé bien que cada uno es responsable de sus actos, que si tengo algún mérito en ellos; yo me lo cobraré, y si he cometido alguna falta, ya sé que tengo que pagarla. Pero no se trata de eso; yo hago un sencillo argumento para que se convenzan los Sres. Diputados de lo poco que significaba allí ya el señor general Salcedo, y de la gran fuerza que tengo yo en el distrito de Miranda, y es el siguiente: que cuando hombre que ha sido Diputado tantos años en un mismo distrito, como el Sr. Salcedo, y que ha combatido por la libertad, apela á esas armas del fanatismo, es porque se ve muy apurado. Creo que este argumento lo admitirán todos como bueno y como prueba completa de que el general Salcedo veía que el distrito se le iba de las manos y que yo tenía en él más representación que S. S.

Y en efecto, Sres. Diputados, yo me llevaba la elección de calle, como vulgarmente se dice; y se explica muy bien: mi padre fué uno de los generales que más trabajaron en aquel país durante la guerra civil; allí había ejercido su mando muchos años, y había prestado muchos servicios con su bondad y con el buen cumplimiento de sus deberes. Por otra parte, las relaciones de familia que tengo por mi mujer también me ayudaban mucho, porque mi suegro ha sido Senador varios años y también ha alcanzado esa dignidad uno de mis cuñados, todo lo cual me proporcionaba medios y elementos con los que mi contrario no podía contar, ó al menos significaban para él una fuerza de consecuencias extraordinarias. Tan mal debieron ver las cosas los amigos del Sr. Salcedo, y aquí ya no me refiero á S. S., porque esto se hizo de una manera anónima, que cogieron los conceptos más violentos de ese libro mío, los imprimieron en una hoja suelta, la circularon por todo el distrito y fuera de él, y hasta tenían buen cuidado de mandar constantemente á mi casa una de esas hojas, con la intención sin duda de proporcionarme algún disgusto en el seno del hogar doméstico.

A la consideración de los Sres. Diputados dejo si esto no es una prueba evidente de que en el distrito de Miranda no querían al Sr. Salcedo por candidato, y que S. S. mismo veía en mi candidatura un enemigo formidable; porque, Sres. Diputados, sin entrar para nada en juicios puramente personales, ¿no es

verdad que es muy extraño que un general del ejército español, que ha luchado por la libertad, que ha llevado los soldados á la muerte en defensa de la libertad, vaya á excitar el sentimiento del fanatismo, que es el principio y origen de toda reacción y de toda tiranía? ¿No es verdad que es muy raro y hasta ridículo, que un general cambie su ros por el bonete y la espada por el hisopo, para ir por los pueblos lanzando exorcismos y diciendo que se condenan los que voten al candidato que contra él se presenta?

El Sr. **SALCEDO**: No ha habido ningún carlista en mi familia, Sr. Villegas; ninguno que haya llevado boina blanca.

El Sr. **VILLEGAS**: Yo no sé nada de eso.

El Sr. **SALCEDO**: Pues yo sí que lo sé de la familia de S. S.

El Sr. **VILLEGAS**: ¿Y esto qué tiene que ver con lo que estamos tratando? Así es el Sr. Salcedo; siempre está fuera de la cuestión; pero yo no quiero apartarme de ella.

El Sr. **PRESIDENTE**: Yo desearía que no hubiera esas interrupciones, que pueden dar malos resultados siempre; pero más en estas cuestiones personales.

El Sr. **SALCEDO**: Hay tales cosas, que por mucha que sea la paciencia, no se pueden resistir.

El Sr. **VILLEGAS**: Me parece que estoy en mi derecho al presentar el argumento que resulta de que para combatir mi candidatura se haya apelado á esas armas reprobadas, y creo que esto lo admitirán los Sres. Diputados como prueba inequívoca del temor que inspiraba á mis adversarios mi presentación como candidato; porque si no, no se hubiera apelado á ese procedimiento; y yo he tenido necesidad de exponer este hecho para que resulte la verdad.

Por lo demás, ¿me quiere decir el señor general Salcedo qué tiene que ver que en su familia ó en la mía haya habido ó no haya habido alguien que llevara boina blanca, para que S. S. traiga aquí esa cuestión tan inoportuna y tan injustamente? (*El señor Salcedo*: ¿Por qué dice S. S. lo del hisopo?) Lo del hisopo es pertinente, puesto que existe el hecho de que se lanzaban exorcismos contra los que votaran al candidato liberal; y la verdad es que allí se ignoraba la existencia de ese libro hasta que S. S. lo llevó.

Resulta, pues, Sres. Diputados, que yo presenté mi candidatura á la diputación á Cortes muy pocos días antes del período electoral, y, por consiguiente, sin contar con las ventajas que tenía el candidato que lleva la representación oficial.

Ahora bien, como todos vosotros sabéis, se encontraba este distrito con todos los alcaldes y con todos los jueces municipales nombrados por mi contrario, y como de esta manera se ganó también á los curas, puedo y podemos decir, en prueba de mi aserto, que no le bastaba á S. S. tener de su parte á los alcaldes y jueces municipales, sino que tuvo que apelar á los curas para que le apoyaran. Y esto se verificó de una manera tan ilegal y tan violenta, que no sólo empezaron los curas á quitar á los electores la voluntad de votarme, en las conversaciones particulares, sino que subieron al púlpito, y desde allí, y desde el altar, revestidos con sus sagradas vestiduras, conminaban con las penas del infierno á los electores que votasen mi candidatura. En el expediente hay actas notariales que acreditan esto de una manera concluyente. Voy á leer unas cuantas nada más,

por no molestaros con la lectura de todas. Aquí tenemos, por ejemplo, la del pueblo de Ovecuri, en donde se reunieron los vecinos, y dan fe de que el cura D. Jerónimo Vélez dijo que en manera alguna votasen al Sr. Villegas. (*Leyó tres actas notariales.*)

Existen 11 actas notariales, y en todas ellas, poco más ó menos, se demuestra lo mismo.

Yo no había pensado ocuparme, y no quiero ocuparme tampoco, de la importancia que tiene en nuestras costumbres el hecho de que los curas intervengan de una manera tan absurda é ilegal, que está penada por la ley, en las cuestiones electorales. Un amigo mío, el Sr. López Muñoz, que tiene pedida la palabra para consumir un turno, examinará la cuestión bajo este punto de vista, y todos vosotros, que reconocéis su talento y su elocuente palabra, podréis entonces sacar las consecuencias que se deducen de un hecho de tan inmensa gravedad para el porvenir de nuestra Patria, si esto llega á tomar carta de naturaleza en nuestras costumbres electorales. Así es que sin ocuparme ya más de esto, y dejando consignado únicamente el hecho, voy á proseguir, después de haberos demostrado qué género de coacciones tan violentas y tan eficaces se han cometido en contra mía.

Y debo sacar una consecuencia que indudablemente apunta en el ánimo de todos vosotros, y es, que aun cuando no existieran otras razones para justificar el derecho que tengo á representar el distrito de Miranda, ésta por sí sola sería suficiente (aquí donde en último resultado me disputan el triunfo por 24 votos) á demostrar quién es el verdadero representante del distrito de Miranda de Ebro, tratándose de la provincia de Burgos, que es de donde se ha sacado el núcleo de soldados castellanos para las huestes de D. Carlos; de la provincia de Burgos, donde, como sabéis, desgraciadamente reina el fanatismo, hasta el extremo de entregarse á excesos de que todos nos avergonzamos en un día nefasto. Ahora bien, si vosotros procedéis como un Jurado, si obráis con arreglo á los impulsos de vuestra conciencia, no podréis menos de confesar que el verdadero representante del distrito de Miranda de Ebro soy yo.

Pero no es este solo el argumento que yo quería haceros, puesto que he empezado diciendo que en la elección de Miranda de Ebro se han cometido las atrocidades más grandes que se pueden imaginar; y con ser las que acabo de referir muy grandes, todavía las hay de un género más tosco, más grosero, y si no más eficaces, más infames.

Ya os referí cómo entró el general Salcedo en el pueblo de Quintanilla San García; pero como ha pasado algún tiempo, es posible que no lo recordéis y yo tengo el deber, no por mí, sino por los electores á quienes represento, y que son víctimas de un caciquismo inaguantable desde hace más de diez y siete años, de deciros la verdad toda, para que podáis medirla en vuestra conciencia, y voy á repetirlo. El pueblo de Quintanilla San García viene á estar á una hora ú hora y media de Briviesca; es un pueblo donde hay dificultad de comunicaciones, donde no hay ninguna persona de esas que se suele decir en el lenguaje vulgar que están bien acomodadas, como no sea el sacerdote, el médico y el boticario, que no pueden estarlo mucho porque tienen pequeños sueldos en aquellos pueblos de unos cien vecinos, donde no se puede, por lo tanto, disponer de alojamiento có-

modo que ofrecer á una persona de clase elevada.

Pues el general Salcedo, después de ver que no le bastaban las coacciones religiosas ni los otros medios que había empleado, fué á Quintanilla San García tres ó cuatro días antes de la elección. Llegó el general Salcedo al pueblo, según dice la prensa y las gentes de aquel país, ostentando la representación de su empleo. (*El Sr. Salcedo: No es exacto.*) Así lo dicen los periódicos locales, y á ellos me atengo, aunque claro es que yo no presencié estos hechos. Entró en el pueblo el general Salcedo, montado en una mala caballería, no porque él no sea capaz de montar una caballería buena, sino porque no las hay buenas por allí; y los vecinos del pueblo partidarios del general Salcedo salieron á recibirle (fijáos bien), salieron á recibir á un general del ejército español, al grito de «Viva Carlos VII»; y el general Salcedo se satisfacía con aquellas manifestaciones de aquel pueblo, que es de los que estuvieron más agitados durante la guerra civil. (*El Sr. Salcedo pronuncia palabras que no se oyen.*)

Oigo decir que para qué interrumpirme. A mí no me importan las interrupciones.

El Sr. **PRESIDENTE:** A mí sí, Sr. Villegas; por consiguiente, ruego á S. S. que se dirija nuevamente al Congreso.

El Sr. **VILLEGAS:** Está bien, Sr. Presidente; yo ruego á S. S. que perdone las faltas que pueda cometer por mi inexperiencia.

Como me parece que hay quien duda de la realidad del hecho que he relatado, voy á leer una prueba de que es cierto. Aquí tengo una carta en que una porción de vecinos del pueblo, que firman atestigüando la verdad del hecho, me dicen:

«Muy señor mío y de toda mi consideración: Cumpliendo lo que usted me dice en la suya, voy á darle en extracto noticias de todo lo que hizo el ex-Diputado, que es lo siguiente:

»Un poco antes de llegar al pueblo, salieron á recibirle las dos autoridades, y á su entrada fué vitoreado al grito de «Viva Carlos VII...» A S. S. le parecerá muy bien esto; pero á nosotros no. (*El señor Salcedo: A mí me parece eso una imputación calumniosa que yo llevaré á los tribunales.*) Podrá hacer S. S. lo que quiera; y siempre quedarán demostrados estos hechos. (*El Sr. Salcedo: Repito que es una calumnia.*)

El Sr. **PRESIDENTE:** Señor Villegas y Sr. Salcedo; ruego á SS. SS. que no continúen por este camino.

El Sr. **VILLEGAS:** Señor Presidente; yo contesto á lo que se me dice.

El Sr. **PRESIDENTE:** Pues eso es lo que S. S. no debe hacer, porque tiene que limitarse á hablar al Congreso.

El Sr. **VILLEGAS:** Pero yo ruego al Congreso, sin que trate ni mucho menos de dar una lección á la Mesa, no sé cómo decirlo, porque después de lo que se ha escandalizado el Congreso, no quisiera emplear ninguna palabra que pudiera molestar al señor Presidente en lo más mínimo; pero en fin, yo ruego al Congreso que me diga si después de la paciencia que he tenido durante diez meses esperando al pie de esa tribuna que me llegase el turno para poder hablar y desahogar todo este veneno que tengo almacenado en el pecho (*Risas*) por esos medios inícuos y reprobados que se han puesto en juego para qui-

tarme el acta de Miranda, todavía se consienta que se me hagan interrupciones y no se me permita contestarlas. (El Sr. Salcedo: Más valía que tuviera S. S. conciencia para no mandar á presidio á los que ha comprometido.) Parece mentira que se atreva S. S. á hablar de conciencia y á decir esas cosas; pero ya volveré sobre est, como en todo.

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Salcedo, yo ruego á S. S. que comprenda lo que se está discutiendo.

El Sr. **VILLEGAS**: Sigo leyendo: «...á lo que él contestó saludando con el sombrero desde la mula vieja en que lo traían conducido; después estuvo en varias casas... A todo esto, el general Salcedo recibiendo partes de cómo marchaba el derribo de ventanas, etc.; pues cabezas no pudieron...» (Porque allí hubo de todo: disparos de armas, echar puertas al suelo; en una palabra, se hicieron todas las salvajas que se conocen) «y él en casa del juez municipal como si tal cosa...»

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Villegas, á mí me parece que S. S. está un poco fatigado; y como el Congreso está esperando una discusión interesante é importante, podía S. S. descansar hasta mañana, en que seguirá su discurso.

El Sr. **VILLEGAS**: Estoy á las órdenes de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende esta discusión.

Sucesos de Melilla.

Continuando la discusión pendiente sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Martín Sánchez tiene la palabra para continuar su discurso.

El Sr. **MARTIN SANCHEZ**: Señores Diputados, muy graves debieron ser los cargos que se desprendieran de la relación de los hechos que hice aquí el sábado anterior, cargos contra el Gobierno del partido liberal, cuando el Sr. Ministro de la Guerra, de suyo bastante reposado, un hombre de mucha calma, que está tan acostumbrado á estos debates, y que se puede decir que ha enancado en las discusiones parlamentarias, no tuvo paciencia á que yo concluyera mi discurso y acabara de formular los cargos, para que S. S. viniera luego, y con esa elocuencia y con esas condiciones de orador que todos le reconocemos, hubiera deshecho los cargos que yo había de dirigir al Gobierno.

Yo siento que S. S. no haya tenido paciencia y haya salido del salón de sesiones, y en los pasillos y en el salón de conferencias, ante un número bastante grande de Diputados y de seis ó siete representantes de la prensa, haya S. S. tratado de rebatir los cargos que yo aquí había hecho al Gobierno.

De aquellas palabras que haya pronunciado su señoría en el salón de conferencias y de las que se proponga pronunciar desde el banco azul, yo no he de ocuparme; porque cuando S. S. las formule aquí en defensa del Gobierno, entonces tendré yo ocasión de ver si puedo rebatirlas y convencer á la Cámara de que los cargos que yo aquí he dirigido al Gobierno estaban perfectamente justificados. Pero hay otra cosa: el Sr. Ministro de la Guerra dijo en el salón de conferencias que ciertas afirmaciones que allí hacía no podía hacerlas desde el banco azul: yo no tengo otro medio para contestarlas que atenerme á lo que

dice la prensa, y para no discutir en hipótesis, me voy á permitir hacer una pregunta al Sr. Ministro de la Guerra: ¿su señoría ha leído un suelto bastante extenso que publica *El Herald* del sábado á propósito de las palabras que S. S. pronunció en el salón de conferencias? ¿Le ha leído S. S.? Porque mi argumentación ha de variar según que S. S. lo haya leído ó no; de modo que me basta con una inclinación de cabeza.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Con permiso del Sr. Presidente, y si el Sr. Martín Sánchez no se opone, diré dos palabras.

El Sr. **MARTIN SANCHEZ**: No tengo inconveniente.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): No he tenido que leer ningún suelto de periódico, ni tengo que hacerme cargo de lo que he dicho fuera de este sitio; pero puedo asegurar á S. S. que lo que haya dicho en el salón de conferencias lo sostendré aquí.

El Sr. **MARTIN SANCHEZ**: Perfectamente; me deja S. S. despejado el camino: cuando S. S. diga esas cosas desde el banco azul, entonces desde estos bancos crea el Sr. Ministro de la Guerra que se contestará.

No es esto todo; es que parece que el Sr. Ministro de la Guerra se molestó bastante por un cargo parcial que yo le había hecho, cuando no había motivo ni razón para ello. ¡Pero si el cargo que yo hago al Gobierno es mucho más grave, más amplio. El cargo que yo he formulado aquí contra ese Gobierno es, que no sólo el general Margallo, sino todos los soldados muertos en el campo de Melilla, los millones que se han gastado inútilmente, el desprestigio que hemos sufrido ante todas las Naciones, absolutamente de todo eso es responsable el Gobierno por su ceguera, por su abandono, por su imprevisión, y hasta casi casi porque él ha provocado el conflicto. De modo que el cargo este es el más grave, y el que debe desde luego el Sr. Ministro de la Guerra ver cómo le rebate: los demás no tienen importancia al lado de éste.

Concretándome al punto al cual se referían las palabras que S. S. pronunciaba en el salón de conferencias, yo no le hacía á S. S. el cargo ese directo de que tuviera S. S. la culpa de la muerte del general Margallo en aquel momento crítico, no; mi argumentación era esta. El general Margallo cumplió con las órdenes que recibió del Gobierno, y al cumplir esas órdenes, claro es que pudo no suceder nada, y Gobierno y el general Margallo hubieran quedado en su lugar; pero lo que quiero hacer constar es que no se puede hacer cargo alguno al general Margallo porque cumpliera con las órdenes recibidas del Gobierno.

Yo decía: el general Margallo recibió órdenes del Gobierno para que ensancharan las fortificaciones; no lo creo, pero supongo que interpretara mal las órdenes; el general Margallo decía al Gobierno por telégrafo el día 26: «Mañana salgo á construir reducho X indicado V. E.»

El general Margallo salió de la plaza á las nueve de la mañana, acompañado del general Ortega y de las fuerzas y trabajadores que habían de empezar la construcción del reducho X; el general Margallo estuvo con el general Ortega en el reducho X hasta las doce y media, cerca de la una; á esa hora, cuando

vió que no había moros hacia Sidi-Aguariach, dijo al general Ortega: «Aquí no pasa nada; váyase usted á la plaza y almuerce, y luego, con un batallón, se va usted á Cabrerizas; no rompa usted el fuego; retírese una hora antes de anochecer, y esté usted siempre á la defensiva.» Esas órdenes eran dadas á las doce del día, y continuó allí tranquilo, porque se veían muy pocos moros, hasta las cuatro de la tarde. Desde las tres de la mañana, que se recibió el telegrama en Madrid, hasta las cuatro de la tarde que sonó el primer disparo, pasaron trece horas, tiempo suficiente para haber dicho al general Margallo: «No he mandado á V. E. que vaya á construir ese reducto; retírese usted con las fuerzas y trabajadores.» El general Margallo no pudo ser más prudente; estaba á 2.000 metros de donde se rompió el fuego, estaba en ese reducto X, cuya incógnita está muy bien despejada, lo cual consta en los documentos oficiales, porque, como dije el primer día, únicamente á documentos oficiales he de referirme.

En el parte de las acciones de los días 27 y 28 dice el general Ortega: «Según oportunamente se dió á V. E. conocimiento, el 27 del actual se empezó la construcción de una batería frente al fuerte de Camellos, la del reducto X, proyectado por la Junta mixta, y se continuó el trabajo en las trincheras que debían enlazar los fuertes», etc. La *x* que había que despejar estaba bien despejada. Ahora hay otro fuerte que se llama X; pero como yo me refería á lo que dijo el general Ortega, de ahí que llamara yo X á ese fuerte, que ahora tiene otro nombre. El general Margallo estuvo allí hasta las cuatro y media; cuando se rompió el fuego en Cabrerizas Altas, rechazó los moros que había entre Camellos y Sidi-Aguariach, y cuando quedó libre de moros el campo se dirigió á Cabrerizas Altas, donde entró ya de noche; de modo que no le tenían copado. El general Margallo fué á Cabrerizas Altas, porque creyó que era el cumplimiento de su deber ir allí, donde se hacía un fuego nutridísimo y no se habían cumplimentado sus órdenes de retirada.

De esto no he de decir una palabra, porque como el Sr. Ministro de la Guerra ha dicho que cuanto ha expresado á los Diputados y periodistas en el salón de conferencias lo ha de decir desde el banco azul, esperemos á que lo diga, y entonces podremos discutirlo.

Aclarado esto, voy á continuar mi discurso en el punto en que lo dejé el otro día. Decía yo que después de muchos días y de muchos cabildeos, se puso de acuerdo el Gobierno para nombrar general en jefe al general Martínez Campos. Dada la actividad desplegada por este invicto general, yo creo que se puede asegurar, sin temor de ser desmentido, que si el general Martínez Campos hubiera estado en el Ministerio de la Guerra cuando tuvieron lugar los sucesos del día 2 de Octubre, el castigo de las kabilas hubiera sido inmediato, hubiera sido el día 6 ó el día 8, y hubiera vengado nuestro ejército la muerte de aquellos soldados y la sangre derramada en los campos de Melilla; pero cuando se nombraba general en jefe al dignísimo general Martínez Campos, toda su actividad, toda su energía, toda su fuerza de voluntad, que es mucha, y todo su deseo de castigar á los rifeños, iban á estrellarse ante la mansedumbre y la humildad aparente de aquéllos, y sobre todo ante la presencia del Príncipe Muley Araaf que estaba allí

como enviado del Sultán dispuesto á dar toda clase de satisfacciones, y á prometer todas las reparaciones que España exigiera por la ofensa que habíamos recibido.

Inútil fué que con esa rapidez que á dicho general distingue en todos sus actos, á los dos días fuera á construir el fuerte de Sidi-Aguariach, que nuestras tropas oyeran misa al frente del enemigo, que los batallones y los regimientos hicieran ejercicios en los límites de nuestro campo, y que, según creo, la división del general Ortega pasara nuestros límites y entrara en la zona neutral. Todo esto fué en vano; no era posible decidir á los rifeños á que se opusieran á los soldados españoles; no era posible obtener una batalla decisiva, que era lo que deseaba el general Martínez Campos para que quedara bien puesto el honor de las armas españolas; y es que esta cuestión había entrado en otra fase.

La cuestión de Melilla, que había sido un asunto á resolver entre los rifeños y nuestro ejército desde el 2 de Octubre hasta el 20 de Noviembre, día que llegó al Riff Muley Araaf, desde el 20 de Noviembre era una cuestión internacional, era una cuestión á resolver entre el Emperador de Marruecos y la Nación española. No podía el general Martínez Campos, ni ningún general español, romper las hostilidades contra unas kabilas que estaban ya protegidas por un hermano del Sultán.

El primer disparo de nuestras tropas contra aquella gente no hubiera ido dirigido á los rifeños, sino al Imperio de Marruecos. De manera que ante la responsabilidad tan tremenda de tener una guerra con Marruecos, que podía traer la conflagración europea, el general Martínez Campos tuvo que resignarse, tuvo que convencerse y rendirse á la evidencia de que el Gobierno del partido liberal no le había mandado á ganar batallas venciendo á los rifeños; el Gobierno del partido liberal le había mandado á Marruecos á negociar con el hermano del Sultán; y como el hermano del Sultán no tenía poderes suficientes para estas negociaciones, le nombrásteis al general Martínez Campos embajador extraordinario cerca del Emperador de Marruecos.

Si el honor de la Patria es, como yo creo, la suma de la honra de todos sus hijos, hay que decir, para honra de España, que si el general Martínez Campos, como militar, supo pelear y vencer siempre en los campos de batalla, como embajador extraordinario, como diplomático, no cabe duda que ha sacado todo el partido que humanamente se podía sacar del conflicto, tal como vosotros le habéis colocado, y sobre todo, sacó á la Nación española del pantano en que la había metido la política negativa del Gobierno del partido liberal. Y como estos asuntos han de ser tratados aquí por persona peritísima en estas materias, yo no me he de extender más sobre esto.

Y paso á ocuparme, y lo haré también muy brevemente, de la última parte de mi discurso, que se refiere á la movilización de las reservas y á la concentración de fuerzas con motivo del conflicto de Marruecos. De este asunto se han de ocupar también dignísimos compañeros míos, como el Sr. Alfau, el Sr. Sanz y otros (*El Sr. Sanz: Pido la palabra*), á los que aludo en este momento para que puedan entrar á tomar parte en este debate cuando el Sr. Presidente se digne concederles la palabra.

Confieso, Sres. Diputados, que yo, cuando me propongo tratar un asunto, procuro por todos los medios que están á mi alcance estudiarlo, buscar la verdad allí donde se encuentra, y por eso pedí algunos documentos al Sr. Ministro de la Guerra y otros documentos al Sr. Ministro de Estado. El Sr. Ministro de Estado me contestó que todos los documentos que yo había pedido estaban en el *Libro Encarnado*; empecé á estudiar el contenido de ese libro, y yo que en cuestiones diplomáticas no entiendo una palabra, iba creyendo de buena fe que todo lo que allí se relataba era una verdad, era así como el Evangelio de la diplomacia; pero ¡cuál no sería mi sorpresa cuando al llegar á las cuestiones militares, de las cuales yo ya tengo estudiado algo, me encontré con el suelto siguiente, que ha reproducido toda la prensa, y que voy á leer para que lo copien los señores taquígrafos, pues merece que sea conocido por todo el mundo! Dice así el suelto:

«Esta experiencia (la de la movilización por el incidente de Melilla) ha probado que España, con sólo el llamamiento de tres reservas, ha puesto en pie de guerra 100.000 soldados, que á los quince días de publicado el decreto estaban en las líneas avanzadas de Melilla, y no es aventurado afirmar, después de este ensayo, que en menor plazo aún podría España organizar un ejército de 300.000 hombres. Digno también de atención ha sido el vestuario y equipo de estos soldados... Puede, pues, asegurarse que el sistema adoptado, que se completará y mejorará con la experiencia, da á España la seguridad de poder presentar en línea de batalla y en brevísimo plazo una fuerza considerable, capaz de pesar en los destinos de una guerra general.»

En esta nota, pasada por el Sr. Ministro de Estado á los representantes en Madrid de las Potencias extranjeras, como habrá podido comprender el señor Ministro de la Guerra, hay tantas inexactitudes como líneas contiene. ¿Cree el Sr. Ministro de Estado, y siento mucho que no esté presente, que los representantes de las Potencias extranjeras, que los que llegan á Ministros en Francia, Inglaterra, Alemania y Austria, están tan atrasados en materia de organizaciones militares y de las fuerzas de que disponen los países europeos, que no saben tan bien ó mejor que nosotros la fuerza de que disponemos? ¿Qué concepto han de formar esos generales, y los Ministros de esas Naciones, cuando lean una nota de esta naturaleza? Francamente, esto da una idea tan pobre de la atención que en España nuestros Ministros dedican á estos estudios, que habla muy poco en favor de nosotros; porque han de decir: si todos los españoles están á la misma altura de organización militar que el Ministro de Estado, con razón ha dicho alguien que el África empieza en los Pirineos.

Pero no es esto sólo; el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, contestando á un discurso elocuente pronunciado por mi distinguido amigo el señor Conde de Esteban Collantes en la otra Cámara, ha ido mucho más allá en sus manifestaciones que el Sr. Ministro de Estado: ha dicho que reta á todo el mundo, á cualquiera, á que le demuestre lo contrario, á que le demuestre que no hemos puesto 100.000 hombres en quince días en las líneas de Melilla.

Me alegro de que el Sr. Sagasta éntre en este momento en el salón, porque, como yo argumentaba en

hipótesis, para recordarle mejor sus palabras, voy á leerlas.

Estaba diciendo, Sr. Presidente del Consejo de Ministros, que S. S., yendo un poco más allá que el Sr. Moret en las apreciaciones sobre la movilización de las reservas y organización de nuestro ejército, decía en el Senado, contestando al Sr. Conde de Esteban Collantes, lo siguiente:

«Las reservas. Nadie creía que las reservas podían dar en España el resultado que han dado, porque á los diez días de llamadas, estaban los reservistas en sus cuerpos, uniformados como los demás soldados, hasta el punto de que, estando en Madrid, no se ha notado por nadie su presencia, á no ser por lo bien uniformados que estaban. Ese resultado no se consigue mejor en ninguna parte.

»Yo he vivido mucho tiempo en Francia; yo he visitado otros países; yo he visto en Francia dos veces la llamada de las reservas, y declaro que lo que aquí ocurrió en Getafe, pasó allí en todas partes, y nadie hizo caso de ello, ni habló del asunto ningún periódico, ni mucho menos ningún representante del país, porque todos estimaron que era cuestión de honor nacional el que no se supieran ciertas cosas en el extranjero.

»Nosotros hemos reunido en diez días un contingente superior al que había, en un doble.

»Yo estoy ahora refiriendo hechos; el que haya visto lo contrario, que me desmienta. Yo declaro muy alto que nadie creía que en España podía hacerse lo que se ha hecho: que á los diez días de llamadas las reservas, los reservistas estuvieran en sus cuerpos, y el ejército se hubiera duplicado con todo lo necesario para pelear. Pues eso, en ninguna parte se hace mejor; y en lugar de aplaudirlo, venís todavía aquí á combatirlo y á sacar defectos donde no los hay, y si los hay, no deberíais decirlo, porque, por la naturaleza de estas cosas, se observan mayores en otras partes.»

Yo, Sr. Presidente del Consejo de Ministros, no voy á citar más que dos fechas para demostrar lo contrario de lo que S. S. dice.

Acudo al reto que S. S. lanzó, pues, teniendo que ocuparme de este asunto, tenía que venir aquí preparado para contestar á ese reto.

Se llamó á las reservas el día 4, y el día 24 ni un reservista, ni siquiera uno, había llegado á los regimientos activos.

¿Es esto exacto ó no lo es, Sr. Ministro de la Guerra? Esto es exactísimo; diez y siete días después del llamamiento, ni siquiera había llegado un reservista á los regimientos activos; hasta veinte días después, hasta el 24, no se sabía qué reservistas tenían que admitir los cuerpos de artillería y de ingenieros; y hasta el día 29, ó sea veinticinco días después, no se sabía qué clases habían de tener los regimientos.

El Sr. Ministro de la Guerra tuvo que resolver esto, por haber consultado el comandante general del primer cuerpo de ejército. De modo que con estas tres fechas contesto á lo indicado por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros. Lo que hago también es condolerme de que hombres de talento como el Sr. Sagasta y el Sr. Moret, que han llegado á elevados puestos, no dediquen su atención á estudiar estos asuntos importantísimos.

No crea S. S. que es antipatriótico tratar aquí de

esto; al contrario, es muy patriótico tratar de esto, para que no se crea que todo se ha hecho bien, para que no nos coja desprevenidos otra vez, para que se demuestre qué es lo que se ha hecho mal y se vaya mejorando la organización.

Si no fuera porque podríais decir que hablo de algo que pueda interesarme, diría que la organización de las reservas no está tan mal como lo estaba en el mes de Mayo del año próximo pasado, cuando discutimos aquí acerca de esta cuestión, pues la ha modificado bastante el Sr. Ministro de la Guerra, y es preciso que la modifique todavía más.

Pues vamos á ver cómo se han movilizad o esas reservas; y como no he de ocuparme de los 56 regimientos de reserva que hay en la Península, me bastará tomar como modelo uno, aquel que por estar más cerca de los organismos centrales puede recibir con más rapidez las órdenes: el regimiento de reserva de Madrid núm. 72, que tiene su residencia en Getafe.

Pertenecían al regimiento de reserva de Madrid, ó sea á la reserva activa, todos aquellos individuos que habían servido tres años, y correspondían á los reemplazos de 1887, 1888 y 1889. Me estoy refiriendo á la época de la movilización; hoy pertenecen los del reemplazo de 1888, 1889 y 1890.

Pertenecían al mismo regimiento aquellos que tenían la condición de haber sido sorteados en dichos reemplazos en el partido judicial de Illescas, provincia de Toledo, y que habían servido en activo tres años.

Pertenecen también á ese regimiento todos aquellos individuos que hallándose en las mismas condiciones que éstos, respecto de todas las provincias de España, están en Madrid y llevan seis meses de residencia. El día 4 se publicó el decreto llamando á la primera reserva á activo, y en las instrucciones, en vez de fijar la fecha en que había de quedar terminada la presentación de los reservistas, se les dejó á los coroneles y jefes de los regimientos de reserva en libertad para que la fijasen ellos.

De manera que, recibida la orden por el coronel jefe de la reserva de Getafe, llamó á los reservistas para el 8; puesto que se le decía que á la mayor brevedad posible se incorporaran. Como después se dijo que hasta el 14 no se debían incorporar, aquel coronel dijo á los reservistas cuando fueron el 8: «pueden ustedes marcharse hasta el 14». Entonces, Sr. Sagasta, fué cuando se señaló la fecha del 20; y claro está, cuando los reservistas volvieron el 14, el coronel hubo de decirles: «pueden ustedes marcharse otra vez hasta el 20». Es decir, que ha habido reservista que tuvo que hacer tres viajes para presentarse, no en su regimiento activo, sino en la reserva á que pertenecía. A todo esto, en las instrucciones que acompañaban á aquel Real decreto sobre movilización, se decía que aquellos individuos de las reservas que pertenecieran á los regimientos que estaban en Africa, en Ceuta y Melilla, que se presentaran inmediatamente en sus cuerpos, y claro está, los que se presentaron en Getafe, que fueron 28 ó 30, recibieron en seguida su pasaporte y las listas de embarque, enviándoles á Málaga. Cuando estaban en camino, al coronel se le dijo: «no mande usted á nadie á su destino hasta el día 20, que estén reunidos todos»; y el coronel envía un telegrama á Málaga y dice que esos reservistas que llegan vuelvan inme-

diatamente á Getafe. Y con efecto, vuelven á Getafe esos 30 individuos.

Pues con los que perteneciendo á la reserva activa tenían la residencia en Madrid y no llevaban seis meses, es vergonzoso lo que ha pasado. Se presentan llenos de amor patrio, con el deseo de prestar á su país un servicio, y al ser llamados se presentan á las autoridades de Madrid y les dicen: «ustedes tienen que ir á Getafe.» Van á Getafe, y el coronel de aquella reserva les dice: «no, ustedes no llevan seis meses de residencia en Madrid; ustedes pertenecen á los regimientos de sus provincias respectivas»; y empieza la peregrinación á Barcelona, á Castellón, á Oviedo, á casi todas las provincias de España. Muchos de ellos en este tiempo cumplieron los seis meses de residencia, y cuando llegaron á los regimientos les dijeron: «ustedes no pertenecen aquí, tienen que volver á Getafe»; y de Barcelona, Castellón y Oviedo, tengo los nombres de los reservistas que tuvieron que volver á Getafe; y algunos de ellos, después de estar en Getafe, al destinarlos á cuerpo tuvieron que ir á la Coruña.

Dígame, Sres. Diputados, si es disculpable siquiera que cuando estos individuos, que estarían ejerciendo un oficio ó una industria cualquiera, llevados de su deseo de servir á la Patria, se presentan á prestar sus servicios, se les tenga mes y medio recorriendo toda España, con gastos para el Estado y para ellos.

Llegó el día 20, y en Getafe no se había previsto nada; es decir, estaba previsto que allí no había nada para recibir á los reservistas, porque no había alojamiento, utensilios, mantas, etc. ¿Cómo se iban á tener allí reunidos 2.800 ó 3.000 reservistas? Se dijo que los utensilios se darían cuando fuesen á los cuerpos, y que el alojamiento se hiciera en las casas del pueblo; pero, señores, con los 2.800 reservistas fueron personas de su familia que los acompañaban, y se reunieron 6.000 hombres en Getafe. No hay más que tener en cuenta este número y relacionarlo con el número de casas que tiene el pueblo, para suponer cómo estarían aglomerados 15 ó 20 en cada casa. Y sucedió lo que tenía que suceder: y hubo hombre que estuvo en ayunas hasta las cuatro de la tarde; y no había medio de formarlos y de poner orden para distribuir los socorros. Lo que se hizo fué encerrar á los reservistas en el picadero que allí tiene la Guardia civil, para poner allí una mesa, sentarse á ella dos ó tres oficiales, y á medida que los individuos iban saliendo, se les daba el socorro; pero como las paredes de aquel local son muy bajas, había muchos que volvían á saltar adentro con objeto de recibir un nuevo socorro, resultando que hubo hombre que obtuvo cuatro ó cinco, mientras otros se quedaban sin ninguno. Y como no había orden ni concierto, también recibían socorros individuos que no eran reservistas, porque no había tiempo ni medios de comprobarlo. Tanto es así, que dos ó tres fueron llevados á la cárcel, porque al presentarse á pedir socorro vieron los oficiales que no podían ser reservistas, porque eran ya de bastante edad y tenían canas, dato bastante para demostrar que no pertenecían á la reserva de 1888 ó de 1887.

Este desconcierto, este desarreglo y esta imprevisión produjeron el efecto que tenían que producir: los hombres se amotinaron, empezaron á gritar, la Guardia civil quiso imponerse, y como había esca-

sa fuerza, no pudo dominar el tumulto; y los reservistas asaltaron la mesa, atropellaron al coronel y á los oficiales, y gracias á que de ellos salió el grito de ¡a Madrid á quejarnos! porque si no, hubiera habido allí una catástrofe y hubieran dado muerte al coronel y á los oficiales. Así amotinados se dirigieron á la estación, atropellaron al jefe, asaltaron los vagones y se vinieron á Madrid; y aquí ya no necesito decir lo que pasó, porque muchos de los Sres. Diputados saben que por la noche anduvieron alborotando por esas calles. Se conoce que de esto no se enteró el Sr. Sagasta, porque ocurrió el día 21; los reservistas habían sido llamados el día 4, y por consiguiente, habían pasado diez y siete días, á pesar de lo cual el Sr. Sagasta cree que á los diez días de llamarlos estaban ya todos en sus regimientos, vestidos, equipados, con armas, y en disposición de prestar servicios.

Al día siguiente regresaron casi todos á Getafe; salió de Madrid una brigada para ponerlos en orden, y como los reservistas no estaban verdaderamente amotinados, como lo que allí había era un efecto natural del desconcierto y de que ni siquiera se repartían con orden los socorros, los reservistas, en cuanto vieron los batallones, empezaron á dar vivas al general y á la brigada, y gritaban: «Donde queremos ir es á Melilla.»

Se restableció el orden; y crearán los Sres. Diputados que, ya reconcentrados los reservistas en Getafe, en seguida los mandarían á Melilla. Pues no; entonces vino la cuestión de destinarlos á los cuerpos, y se destinaron unos á Madrid, otros á Badajoz, otros á Zaragoza, otros á Oviedo y otros á la Coruña. Los que iban á la Coruña para dirigirse á Melilla, me parece que no habrían llegado todavía aunque estuvieran andando de entonces acá.

Como en el llamamiento á las reservas no se decía el número de los que se habían de presentar, y después se dió orden para que en los cuerpos no se admitieran más que 65.000, resultó que de los 112.000 hombres que se pusieron en movimiento, sobraban 47.000. Así es que llegaron los oficiales, por ejemplo, á Badajoz, y el coronel jefe del regimiento dijo: «¿Cuántos reservistas me trae usted aquí?—Pues.... 900 (no recuerdo el número exacto).—Yo no tengo orden de recibir más que 700; por consiguiente, sobran 200.—Pues yo no me los llevo.—Entonces vamos á consultar.» Y en efecto, se consultaba, y la contestación á la consulta era que volvieran á Getafe los sobrantes, y desde Getafe se les mandaba á sus casas.

Lo mismo pasó en Coruña y en Oviedo y en todos los regimientos. De manera que por no haber previsto las cosas, llamando sólo al primero y segundo reemplazo, esto es, á los del 89 y 88, dejando en sus casas á los del 87, porque con ellos se hubieran completado los 65.000 hombres, se han gastado, según la cuenta, no hecha por mí, sino por persona que conoce mejor que yo estas cuestiones, se han gastado 3 millones de pesetas, que hubieran podido economizarse en caso contrario.

Ya he dicho que todo el gasto que se ha hecho con este motivo lo considero completamente inútil, lo cual es un cargo grave para el Gobierno. Pero ya que queráis llamar á las reservas y no necesitábais más que 65.000 hombres, ¿por qué habéis llamado 112.000?

Y en cuanto á las reservas de artillería, de inge-

nieros y de caballería, hay todavía una cosa más grave. ¿Para qué se llama á las reservas de caballería, si no tenéis caballos, ni equipos, ni armamentos?

¿Pues qué, la razón que se alegaba por los periódicos cuyos redactores están muy cerca del Sr. Ministro de la Guerra, es bastante para decir: «aquí queremos la igualdad ante la ley, y si se llama á la infantería, es preciso llamar á todas las demás»? ¿Es esta una razón de importancia? ¡La igualdad! ¿Pues qué, acaso en caballería, en ingenieros y en artillería no sirven tres años, y en infantería sólo sirven diez y ocho meses? Pues la manera de compensar esta desigualdad de servicios en activo, hubiera sido no llamando más que á la reserva de infantería, puesto que no teníamos material ni ganado para los otros.

De todos modos, no hablemos de igualdad: hablemos de la equidad, para que el gasto hubiera sido el menor posible. Cuando los artilleros hubieran tenido ganado y material; cuando la caballería hubiera tenido caballos y armamento, y los ingenieros también, entonces haberlos llamado; pero llamarlos para verlos, como yo los he visto, y estoy seguro que vosotros también; llamarlos para meterlos en un desván sin darles siquiera una manta y tener que echar mano de las del ganado para abrigarse, y sin poder hacer servicio de ningún género, ocasionando en cambio grandes gastos al Estado, eso es un cargo, Sres. Diputados, muy grave para el Gobierno. Pues si se hiciera el cálculo, se vería que esto ha costado más de un millón de pesetas, gasto completamente inútil dentro de la doctrina del partido liberal, ó sea de la necesidad de llamar á las reservas.

Yo creo que mucho de esto podía haberse evitado, si en la organización que dió el señor general López Domínguez al ejército, y que tanto la criticamos desde estos bancos, se hubiera previsto el caso de una guerra; pero aquí los más acérrimos defensores de las reformas del señor general López Domínguez decían: «¡si nosotros hemos organizado al ejército para acomodarlo al presupuesto de la paz!»; y claro, como no se había previsto la guerra, nos hemos encontrado que, cuando ha llegado este caso, el ejército no podía responder á esa necesidad, porque estaba organizado para la paz. (*El Sr. Aznar:* Fué una equivocación.) ¡Ah! si hubiera sido sólo una equivocación del orador que hablaba en aquel momento, yo no me hubiera ocupado de ello; pero es que esa fué una equivocación de la organización que dió al ejército el señor general López Domínguez, y no del orador que hablaba en aquel instante, porque el ejército estaba organizado, repito, para la paz, y la prueba es cómo ha respondido cuando se ha presentado el caso de una guerra.

Por virtud de la organización que teníamos antes, cuando el dignísimo señor general Azcárraga ocupaba la cartera de Guerra, se había colocado en tal condición á las reservas, que respondían perfectamente á una época de guerra. Pues qué, ¿no recuerda el Sr. Diputado Aznar aquella movilización que se hizo por medio de una división en Aragón y otra en Cataluña, al frente de las cuales se puso el señor general Martínez Campos, siendo, repito, Ministro de la Guerra el señor general Azcárraga? A los cuatro días estaban vestidos y equipados, y á los cuatro días marchaban exactamente lo mismo que los soldados que servían en los regimientos activos;

eso nada más que en cuatro días; y ahora, ya ha visto S. S. que el día 4 de Noviembre se llamó á las reservas, y el día 21 todavía no se había destinado á los individuos que las componían á los cuerpos; los primeros que entraron á servir, lo hicieron el 22 y el 23, y aun hubo muchísimos que no llegaron á sus cuerpos hasta el 4 ó el 5 de Noviembre.

Esto, dentro de la organización dada al ejército por el general López Domínguez, pudo también haberse corregido bastante.

Lo que hay es, que, y dispénseme el Gobierno que se lo diga, no se ocupaba nadie de estas cosas, y aun parecía que no tenía interés ninguno en el asunto; que lo mismo le daba que se resolviera lo de Melilla más pronto ó más tarde; aun cuando yo presumo que desearía que se resolviera lo más tarde posible, puesto que de ese modo se prolongaba su estancia en el banco azul. También estaban en sus casas, con licencia ilimitada, varios soldados pertenecientes al ejército activo, y el Sr. Ministro de la Guerra, sólo con una circular, pudo disponer que se incorporaran inmediatamente á sus cuerpos, y á los dos días estaban en sus regimientos, y así debe ser, porque en España no hay ningún viaje que dure más de dos días; de modo que todo lo que sea tardar más de este tiempo en la movilización de las reservas, es prueba de que la organización es mala.

El Sr. Ministro de la Guerra podía haber dicho á los reservistas lo mismo, esto es: que se incorporaran á los regimientos á que cada uno de ellos pertenecía; y si había dificultad en decir esto, que se incorporaran á los regimientos de reserva, y á medida que se fueran presentando, irles mandando á los regimientos activos; por ejemplo, á los que se presentaron en Getafe el día 8, les hubiera dado el pasaporte, y en seguida hubieran salido para sus cuerpos activos; el día 10 hubieran estado ya incorporados á sus regimientos, y no se hubieran reunido en Getafe 2.800 reservistas, sino que el 14 ó 15 ya hubiera estado todo concluido. Y aun si no quería esto tampoco el Sr. Ministro de la Guerra, debió tener en cuenta la organización que ha dado á los regimientos, esa organización que ha sido criticada, á mi juicio con razón, por todos los generales, por la cual ha formado S. S. de dos batallones uno, y sólo ha quedado el otro batallón en cuadro. ¿Qué hacía ese cuadro de oficiales sin tropas? ¿Por qué, por ejemplo, el que estaba en Badajoz no vino á Getafe por los reservistas, trayéndoles el armamento y el vestuario, con lo cual hubiera formado el batallón, ó si no se quería que se vistiesen y armasen en Getafe, esos mismos oficiales se hubieran llevado los reservistas sin armamento y sin vestuario, pero formando ya un batallón?

Todo esto pudo hacerse, y nada se hizo; mejor dicho, todo se hizo al revés. No parece sino que vuestro propósito era que las cosas fueran muy despacio, porque decíais: si no va á haber guerra en Marruecos, cuanto más tarde se arregle esto, mejor.

Veo que estas consideraciones cansan á la Cámara; pero son cuestiones que tienen mucha importancia; tanta, que yo acaso he de explanar una interpección al Sr. Ministro de la Guerra sobre este punto concreto; y no con el afán de criticar al Sr. Ministro, porque yo no tengo afán de criticar á nadie; no hago más que analizar las cosas, y si de este análisis resulta algún cargo para alguien, la culpa no será mía, sino de que la organización no responde á aquello

que debía responder. Por esto repito que quizás insista sobre esta materia de movilización, y también sobre concentración de fuerzas.

Y sobre la concentración he de decir ahora dos palabras. No sé si alguno de los Sres. Diputados que me escuchan vería en el verano último una revista que pasó el Sr. Ministro de la Guerra al primer cuerpo de ejército; yo no la presencié, porque no me encontraba en Madrid; pero me han dicho que desfilaron en aquella revista las brigadas, tal como las ha organizado el Sr. Ministro de la Guerra, con sus cuatro batallones de infantería, su regimiento de caballería, su regimiento de artillería, su sección correspondiente de ingenieros y su dotación de administración militar y de sanidad: brigadas completas. (*El Sr. Aznar*: Desfilaban divisiones.) Bien; para mi argumento es exactamente igual. Pues aquellas divisiones que desfilaron por la calle de Alcalá, no han ido así á Melilla; lo sabe mejor que yo el señor Aznar, puesto que allí ha estado S. S.; sino que se formó con cada dos batallones uno, quedando la brigada, que tenía cuatro batallones, con dos, es decir, con un regimiento, y la división con dos regimientos, sin ingenieros ni artillería ni administración ni sanidad ni parque ni nada. Pues esta división, compuesta de dos regimientos, iba mandada por un general de división, dos generales de brigada, cuatro coroneles, cuatro tenientes coroneles y ocho ó nueve comandantes. Me parece, Sres. Diputados, que para mandar dos regimientos eran demasiados jefes. (*El Sr. Aznar*: Eso era una preparación.) Pero nos quedamos en la preparación; ese es mi argumento; y no se llegaron á formar aquellos cuerpos que se pretendía. (*El Sr. Aznar*: Era una preparación para completar luego la organización.)

Señores Diputados, yo no discuto aquí pensamientos y propósitos; yo lo que discuto son hechos reales y positivos, ante los cuales hay que convencerse: ¿cómo voy yo á saber lo que pensaba el Sr. Ministro de la Guerra y los dignísimos generales que estaban á su lado? Yo lo que tengo que discutir es lo que ha sucedido. ¿Pues no faltaba más que yo discutiera lo que pensaba hacer cada Ministro! Eso no puede discutirse. Pero á mí me gusta hacerme cargo de las interrupciones, y puesto que el Sr. Aznar parece que quiere interrumpirme con frecuencia... (*El Sr. Aznar*: Nada de eso.) Pues aunque S. S. no lo crea, así resulta; he de decir que, si se pensaba eso, se tardó muchísimo tiempo en realizarlo; porque no es que fueran las brigadas con un regimiento y que luego se completaran con las demás fuerzas que fueran llegando á Melilla, porque sucedió todo lo contrario, como lo prueba que en la brigada Rivera de Cataluña, que mandó el general Martínez Campos, con sus dos regimientos de á dos batallones y dos de cazadores, se dividió en Melilla para dar destino á un general más de los muchos sobrantes que había en aquella plaza.

Pero ya que S. S. me interrumpió, tengo que decirle que, si el Sr. Ministro pensaba completar esas divisiones y brigadas, hizo todo lo contrario, porque la que estaba completa la dividió.

Como á mí me gusta hacer justicia, yo creo que el Sr. Ministro de la Guerra lo que quería desde el primer momento que estalló el conflicto, fué llevar á cabo con todas sus consecuencias su organización militar; mandar á Melilla el segundo cuerpo de ejér-

cito, que era el que debía ir, y el primero á cubrir las guarniciones que dejaba el segundo, y al mismo tiempo que sirviera de ejército de reserva. Así está en su organización; pero se arrepintió después, yo no sé por qué, y dijo: ya no es posible que vaya el segundo cuerpo; vamos á mandar una brigada de cada cuerpo de ejército. Tampoco esto se cumplió, porque no fué más que un regimiento de algunos cuerpos, y de otros una brigada; pero, en fin, si el Sr. Ministro hubiera sido consecuente como quería con su organización, debía haber mandado á Melilla todas las fuerzas pertenecientes al segundo cuerpo de ejército y las del primero hubieran ido á ocupar el puesto que dejaban las del segundo. Repito que esto cansa á la Cámara, y, por lo tanto, no he de decir una palabra más. (Varios Sres. Diputados: No, no.)

De manera que el pensamiento del Sr. Ministro de la Guerra no lo cumplió; eso de que fuera el segundo cuerpo de ejército mandado por sus respectivos generales no se verificó; fueron brigadas de los distintos cuerpos, regimientos sueltos que tuvieron que hacer una marcha bastante larga, ruinosa y, sobre todo, costosa al Estado, puesto que hubo regimientos que vinieron hasta de San Sebastián. Esto es absurdo; me parece á mí que habiendo regimientos en Madrid, en Valencia, en Barcelona, debieron ir antes que no los de la Coruña y de Valladolid, que, si no fueron á Melilla, llegaron á Málaga. Y como repito que yo he de explicar, si esta legislatura se prolonga, una interpelación al Sr. Ministro de la Guerra, con el deseo mejor del mundo, para comparar las reformas de S. S. con las del Sr. Azcárraga, que, á mi juicio, con algunas modificaciones, son lo mejor que se ha hecho, y haré esa comparación con datos concretos, hasta citando nombres de los regimientos, no digo más sobre esto, y voy á terminar haciendo unas ligerísimas consideraciones sobre el origen de la política perturbadora seguida por el Gobierno del Sr. Sagasta y las consecuencias que ha traído al país.

Los fracasos obtenidos por el Gobierno con razón llamado de notables, han sido una consecuencia inmediata de la organización de aquel Gobierno. Desde el primer día, el Ministerio careció del primero y más importante de los tres principios que deben presidir á todo Gobierno constitucional y parlamentario, del principio de *unidad absoluta en el Gabinete*; aquella falta de homogeneidad, aquella guerra civil que, como decía elocuentemente mi distinguido amigo el Sr. Romero Robledo, se desarrolló desde los primeros momentos en el seno del Gobierno, esa ha sido la causa de su política perturbadora. La gestión política de un Ministerio no puede ser otra cosa que el efecto de la resultante de las gestiones políticas parciales de los Ministros que le informan. Poco importa que exista, como existía en aquel Gobierno, fuerzas creadoras, energías, como las que provienen sin duda alguna del talento del Sr. Gamazo, del Sr. Montero Ríos y del Sr. Maura, ni que haya iniciativas é ideas múltiples, como las debidas á la clara inteligencia del Sr. Moret, del Sr. López Puigcerver y del Sr. López Domínguez, ni pensamientos tan reposados, astutos y prácticos, como los del Sr. Sagasta y del Sr. González (D. Venancio).

Estas energías, estas aptitudes, estas actividades son fuerzas que cuando no se dirigen á un mismo

punto, cuando no llevan un fin común, lejos de sumarse, se restan, luchan unas con otras, se destruyen ó dan, como en el caso presente, una resultante negativa, y esa resultante negativa, sabe perfectamente el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, que es ingeniero distinguido, que se llama en mecánica fuerza nociva, fuerza perjudicial, fuerza perturbadora; y si en las leyes inflexibles de la mecánica esa fuerza destruye todo mecanismo al cual se aplica, y concluye con la máquina, y cuando no tiene nada que destruir destruye el mismo sistema que le ha dado origen, en las leyes de la gobernación del Estado, en las leyes de la política, las mismas causas producen idénticos efectos; y así, vosotros habéis desorganizado el país, habéis desorganizado el ejército, nos habéis puesto en ridículo ante todas las Naciones, habéis inutilizado al partido liberal para seguir en el poder, y cuando ya no teníais nada que inutilizar, os destruisteis unos á otros y cayó el Gobierno. No creáis que esto es retórica; todo lo que yo me puedo permitir es decir la verdad; pero que el Gobierno llamado de notables ha desaparecido, no hay que demostrarlo; fuera del Gobierno están los Sres. Puigcerver, Montero Ríos, Maura, Gamazo y González.

Que está inutilizado el partido liberal para continuar en el poder, es otra cosa evidente. ¿No sabemos todos á qué ha venido al poder el partido liberal? ¿No se ha dicho cincuenta veces que vino con la bandera del Sr. Gamazo? El Sr. Gamazo interrumpió la otra tarde al Sr. Romero Robledo diciéndole: no, la bandera la tiene el Sr. Sagasta. No basta decir las cosas; soy muy nuevo en esta casa, pero oí al señor Gamazo en 1889 levantarse, precisamente en el sitio que ahora ocupa, y combatir desde allí al Sr. Puigcerver y al Sr. Sagasta, diciéndoles: soy liberal, pero no estoy conforme con la política de ese Gobierno; y después de anatematizarla, desplegaba su bandera y decía: con esta bandera de las economías y de la protección, ¡ah! yo estoy siempre dentro del partido liberal y al lado del Sr. Sagasta. Así ha sucedido: el voto particular del partido del Sr. Sagasta para combatir los presupuestos de los conservadores, era la bandera que había desarrollado desde aquellos bancos el Sr. Gamazo. Vinisteis al poder, y claro está, ¿quién había de ir á desarrollar esas reformas? El Sr. Gamazo, desde el Ministerio de Hacienda, porque á Hacienda se referían casi todas las reformas. ¿Está el Sr. Gamazo en el Ministerio de Hacienda? No; pues el partido liberal ha fracasado, no tiene razón de ser para continuar en ese banco; vive por el silencio, por la conmiseración del Sr. Gamazo, y por la benevolencia de los demás partidos.

Que habéis desorganizado al país, es otro hecho. Lo habéis desorganizado, porque le habíais prometido muchas cosas en la oposición y no las cumplisteis en el poder; porque sin preparación para ello, sin estudio, sin que las provincias estuvieran preparadas, habéis hecho las reformas militares, las reformas judiciales, las reformas económicas, eso sí, rectificándolas tres ó cuatro veces; habéis herido intereses legítimos, habéis resucitado algo de que no se hablaba en España hacía mucho tiempo; el regionalismo; ¿y cuándo? Cuando, por no tener, como no teníais razón, os faltaba la fuerza moral y la fuerza material para cumplir vuestras disposiciones.

Habéis desorganizado el país, porque en la cues-

ción de Melilla, allí donde se despertó el entusiasmo, la generosidad y el patriotismo español, la mayor fuerza que tenemos, que es esa nota tan simpática, en vez de encauzarla, en vez de aprovecharos de ella en bien del ejército y de la Patria, hicisteis todo lo contrario: con vuestras disposiciones, ahogásteis aquel sublime arranque de patriotismo, que sucumbió víctima de la indiferencia, del aburrimiento del pueblo que le sostenía.

Y por último, habéis desmoralizado el país sacando de sus hogares sin necesidad á 100.000 reservistas, haciendo que se pasearan por casi toda España, teniendo que volverse á sus casas la tercera parte de ellos, porque no los querían admitir en ninguna parte, y á los que quedaron, mal socorridos y peor vestidos, no les dísteis armamento, hubieron de dormir cuatro y cinco en una cama, no pudiendo siquiera abrigarse con una manta; volviendo por fin á sus casas con el sentimiento de no haber prestado un servicio útil á su Patria después de sufrir tan grandes fatigas y tan penosos trabajos. Yo no me atrevo á sacar las consecuencias que de este hecho se deducen; pero este es un hecho gravísimo en las Naciones.

Habéis desmoralizado al ejército, porque después de tantos años habíamos conseguido tener una ley constitutiva, una ley adicional, que se legislara para los militares lo mismo que se legisla para los demás organismos civiles aquí en las Cámaras; para eso gozamos de un sistema constitucional; y cuando habíamos conseguido esto, cuando conseguíamos que los Ministros de la Guerra no fueran reyes absolutos en su Departamento y que al llegar uno al Ministerio no echara abajo lo hecho por su antecesor, venís vosotros y de una plumada, fundándoos en un inciso de la ley de presupuestos que no estaba escrito para eso, echastéis abajo la ley constitutiva y la ley adicional, variándolo todo.

Se desmoraliza un ejército cuando, estando organizado en divisiones, en brigadas, en cuerpos de ejército, al llegar un caso como el de Melilla, no van como debían ir los jefes mandando sus fuerzas, por que es muy grave que se le dé á un general un mando en tiempo de paz y después en tiempo de guerra, por estas ó por las otras causas, se le haga entender que no sirve para el mando. Habéis desmoralizado el ejército, porque aquéllos regimientos que salían de su guarnición llenos de ardor bélico, de entusiasmo y de amor á la Patria, que eran despedidos por todas las poblaciones en masa con manifestaciones rayanas en el delirio, los habéis tenido viajando por distintas líneas; la mayor parte no han llegado á su destino y á los que han llegado á Melilla, cuando se sentían orgullosos de haber sido ellos los escogidos para castigar la ofensa recibida de los rifeños, cuando estaban deseando vengar la sangre vertida allí por sus compañeros y las mutilaciones horribles hechas en los cadáveres de sus hermanos, cuando deseaban ardentemente luchar, les hacéis que empleen sus energías en construir trincheras, reductos, abrigos y toda clase de defensas; en una palabra, los enseñáis á *esconderse*. (*Rumores*.) A eso enseñábais al ejército en Melilla. Esto es rebajar la moral del soldado, esto es inculcarle en su espíritu tan sencillo como valeroso la superioridad del enemigo, esto es rodearle de un sinnúmero de circunstancias deprimentes, y esto es dar á entender al soldado español que sólo por el

arte, que sólo por la maña, que sólo por la ciencia puede vencer á los rifeños, cuando les ha vencido siempre y les vence por su valor personal, por su valor colectivo, como dije el otro día.

No sé qué querían decir esos murmullos (*El Sr. La Serna*: Por la ciencia se vence hoy); yo no sé, digo, lo que querían decir esos murmullos; pero lo que yo puedo asegurar es, que si al ejército alemán, al ejército francés, al ejército más aguerrido de Europa se le coloca en las condiciones en que se ha colocado á nuestro ejército en Melilla, no podría nunca hacerlo mejor que lo ha hecho nuestro ejército; pero por eso, ¿dejará de ser vergonzoso que hayamos tenido 7 ú 8.000 hombres por espacio de un mes en Melilla, y que esos 7 ú 8.000 hombres hayan estado guardados por dos docenas de presidiarios? (*Rumores*.)

Estas cosas, que son verdad, deben decirse. ¿No faltaba más si no que el patriotismo consistiera en callar estas cosas! ¿Acaso ignoráis la historia? ¿Acaso ignoráis que el Imperio que cayó en Sedán empezó á desmoronarse en Italia, en las célebres batallas de Magenta y de Solferino? ¿Acaso ignoráis que aquellas glorias de Napoleón III empezaron á socavar el Imperio, pues allí fué donde el general Moltke comprendió perfectamente la desorganización del ejército francés, observando que mientras los soldados del general Bonaparte, en 1796, habían ido del Tesino al Mincio, haciendo marchas de 25 kilómetros por término medio, los de Napoleón III en 1859, para ir de Magenta á Solferino, es decir, por aquellos mismos caminos y con mejores medios de locomoción, no pudieron hacer marchas más que de nueve kilómetros por término medio, y desde aquel momento el general Moltke y el Canciller de hierro decretaron la desaparición del Imperio.

Por eso entiendo que estas cosas hay que decir-las, tanto más cuanto que en lo que yo digo no puede haber ofensa para el ejército. ¿Y cómo había yo de decir nada que ofendiese al soldado español, si es sangre de mi sangre! ¿Pero dejará de ser verdad que han estado 10.000 hombres en Melilla, que han sido insultados y vejados, y que no se les ha dejado repeler la fuerza con la fuerza?

Nos habéis puesto en ridículo ante las demás Naciones, porque España tiene 90.000 hombres de ejército permanente, porque España figura con 250.000 hombres en primera línea, y hemos sido insultados ¡qué digo insultados!, hemos sido agredidos por unas kabilas semisalvajes que no llegan á reunir más de 12.000, y no les hemos castigado. A las Naciones extranjeras les constará, porque no adivinan los pensamientos del Sr. Ministro de la Guerra y sólo se atienen á los hechos, les constará, digo, que para llevar 10.000 soldados á Melilla, con un material escaso, imperfecto y malo, hemos tardado un mes; y después que, cuando hemos querido llevar un cuerpo ó dos cuerpos de ejército, que se componían de unos 22.000 ó 23.000 hombres, entonces hemos enviado 33 generales para mandar esas fuerzas.

Estas cosas las saben en el extranjero y se ríen, no Francia y Alemania, que son Naciones que demasiado saben á qué atenerse respecto de la organización militar española, sino que hasta Portugal se ríe de esto.

Concluyo, Sres. Diputados, creyendo y afirmando que de todos estos desastres, de todas estas desgra-

cias y estas vergüenzas por que hemos pasado, no tiene la culpa ningún español, absolutamente ninguno de los españoles; la tiene únicamente la política perturbadora seguida por el Gobierno del Sr. Sagasta. He dicho.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Afortunadamente, Sres. Diputados, las últimas palabras del Sr. Martín Sánchez os habrán tranquilizado; porque sin ellas, debiera yo empezar haciendo una protesta contra algunas de las frases que ha pronunciado S. S., en las que se concretó á manifestar ante el Congreso español que el ejército se ha puesto en ridículo en Melilla (*Rumores en la minoría conservadora*).—El Sr. Martín Sánchez: No, eso no; que se lea en las cuartillas lo que he dicho, antes de corregirlas, que en Melilla no ha habido más que vergüenzas, y que venía él, S. S., á dar lecciones al Ministro de la Guerra, diciendo al país, ante su Representación nacional, los peligros que se están corriendo con existir al frente de la Secretaría de Guerra un Ministro inepto, vacilante, perezoso; un Ministro, en fin, que no comprende su deber, según dice S. S. que había demostrado en ese largo período de su discurso en que hizo la narración y la crítica de los acontecimientos primeros ocurridos en Melilla hasta el día 2 de Octubre. Por eso no hago yo ninguna protesta.

Sin embargo, he de recordaros que el día pasado el Sr. Martín Sánchez comenzó su discurso diciendo que, impulsado por el ilustre jefe del partido conservador, se veía obligado á tomar la palabra para consumir un turno en esta interpelación por S. S. anunciada; que S. S. no tenía para el Ministro de la Guerra más que consideración y respeto; y que si pronunciaba alguna palabra que pudiera molestarle quedaba desde luego retirada.

No obstante todo esto, ¡cuán pronto se desmintió á sí propio el Sr. Martín Sánchez! Al Sr. Martín Sánchez, que ha seguido una carrera especial en el ejército, habiendo obtenido notas sobresalientes en la Academia de artillería, acaso, acaso, no hubiera sido al que yo, jefe de partido, hubiera designado para tomar parte en esta discusión, porque no se oculta al ilustre jefe del partido conservador, no se oculta al Congreso, que en distintas ocasiones, al discutir aquí cuestiones de cierto interés é índole, se han dado ciertos espectáculos que no han sido en verdad muy edificantes, con cuyo motivo se han levantado voces por representantes de los partidos levantados para condenar hechos y agresiones como las que se han verificado en la discusión del último día y en la de hoy mismo. Pero yo, Sres. Diputados, amo tanto el Parlamento, la vida parlamentaria, el sistema de que he sido decidido partidario toda mi vida, puesto que vine á este sitio siendo capitán de artillería, que, á pesar de todo, fui siempre y soy el más acérrimo defensor de que en este sitio tengan representación todas las clases civiles y militares, en todas sus graduaciones.

Pero aparte, y dispensadme esta digresión, de esta contradicción que yo encontraba en el proceder del Sr. Martín Sánchez, voy á ocuparme reposadamente del asunto que se discute.

¡Cuánto he deseado que llegue este momento! ¡Me parecía imposible que llegara! ¡El tiempo se me

hacía largo! He sufrido, durante algunos meses, ataques de todo género; la crítica más acerba se ha ensañado en mí, y ha habido momentos en que parece imposible que la opinión pública no haya concluido por completo con este modesto soldado, Ministro de la Guerra; porque todo lo que ha dicho el Sr. Martín Sánchez ha sido poco comparado con lo que de mí se ha dicho, y se ha dicho siempre con la pasión política, con el deseo de atacar al Gobierno, porque nunca he creído que mi persona sea digna de tan extraordinaria atención, de tanto sañudo ataque, de tan acerba y despiadada manera de combatir.

Sentiré mucho, Sres. Diputados, que se prolongue demasiado el discurso que voy á pronunciar; sentiré mucho cansar vuestra atención, siempre benévola; pero yo os pido que si rebaso los límites en que me propongo encerrarlo, me dispenséis, pues sois justos, y debéis comprender que la defensa ha de ser, por lo menos, igual al ataque. Vamos, pues, á empezar la discusión de la malhadada cuestión de Melilla; y para eso voy á exponer, ante todo, una breve historia.

Ha sido Melilla, desde que España la posee, una constante dificultad para todos los Gobiernos, por las agresiones de que ha sido víctima; agresiones que justifica la circunstancia de estar esa plaza lindando con el territorio de unas tribus semisalvajes, llamadas kabilas, que son levantiscas, valientes y decididas, y casi siempre insubordinadas y poco respetuosas con el Gobierno de que dependen.

Los que hayan llegado á la edad que yo tengo, recordarán que hace unos veinte ó treinta años Melilla, reducida á su recinto especial, era atacada constantemente por las kabilas fronterizas, al punto de que ya era tradicional en la guarnición de Melilla tener en cuenta las kabilas que entraban de servicio, porque constantemente estaba como bloqueada la plaza, y había algunas que venían siempre en son de paz y otras, como la de Benisicar, que casi siempre, cuando le correspondía estar en frente de Melilla, agredía á la plaza.

Y es más, en todas estas épocas poseían algunos cañones con los que constantemente hacían fuego sobre la plaza. Allá á fines del siglo pasado, ya se hizo un tratado con el Sultán de Marruecos y en alguno de sus artículos se comprometió á arrebatarse la artillería á las kabilas para que no molestaran á Melilla, y hasta llegaba á permitir, porque él se encargaba de castigarlas, que cuando fueran agredidos por las kabilas los españoles, se defendieran con sus armas. Llegó la paz de Wad-Rás, y por aquel tratado se nos concedió una extensión determinada de terrenos que debía poseer España al rededor de Melilla. Empezaron las dificultades apenas ratificado el tratado; los rifeños no querían aceptar el tratado con España, y nuestros Gobiernos dejaron sin efectuar la demarcación de límites del campo de Melilla, faltando ya á lo prescrito por el primer artículo del tratado de Wad-Rás; es decir, que esta operación que se debió verificar antes de que las tropas españolas abandonaran el territorio de Africa, no se realizó hasta el año de 1862. En el año 1863 hubo una sangrienta agresión contra la guarnición de Melilla, á la que causaron los rifeños unas 60 bajas.

La guarnición entonces se retiró también ante la superioridad de fuerza de los agresores, y la bandera española no fué mancillada, ni en la bandera

española hubo manchas de sangre que no se hayan borrado todavía, ni el pueblo español sintió en su honra una herida que no se haya cerrado. Y es de advertir, señores, que entonces la guarnición de Melilla solo había salido de la plaza para limpiar los caños del Río de Oro. En aquel tiempo, y después de esta agresión, ya se reclamó del Sultán, y vinieron al Riff fuerzas regulares del Sultán, que se establecieron delante de la plaza de Melilla, é intentaron someter á los rifeños. Los rifeños pretendían que no podían someterse, ni reconocían el tratado de Wad-Ras en lo que se refería á la posesión de España en aquellos territorios, en tanto que no se les pagaran las tierras que poseían, y entre ellas una mezquita en el alto de Santiago, es decir, á las puertas de la plaza de Melilla; porque ya recordaréis que en la época anterior á 1860, los ataques de los moros á la plaza se hacían desde Puerto-Seco, San Lorenzo y Santiago, casi casi en las primeras fortificaciones de la plaza.

Pasó el tiempo; continuaban las reclamaciones de España al Imperio marroquí, y continuaban las agresiones constantes á Melilla, que se defendía con su escasa guarnición, y hubo algunos intentos por los generales gobernadores de la plaza, de salir de Melilla al territorio propio nuestro á hacer algunas operaciones militares en el Río de Oro.

Esa historia la conoce el Congreso; es la misma de siempre; como la guerra se hace á hordas incivilizadas que no están organizadas, que delante de fuerzas que atacan con denuedo, como el ejército español lo hace siempre, se retiran hasta sin pelear, llegan á los límites, se guarecen en sus caseríos, en las sinuosidades del terreno, donde puedan estar á cubierto; y como las tropas que salen á estas operaciones no han de acampar en esos sitios, porque no están dispuestas para ello, llega un momento en que las tropas tienen que retirarse al punto de partida, y siempre, constantemente, en estas retiradas, son atacadas. Se hacían las retiradas con orden perfecto, defendiéndose denodadamente; pero siempre al volver á la plaza había que lamentar bajas muy sensibles, muertos en el campo, que luego eran mutilados ó no; en fin, esas tristísimas historias todos estos lamentos que se han lanzado ahora, sólo que entonces solían callarse, solían ignorarse, ó la epidermis de los que ahora tanto exageran esta nota, era menos sensible que en los tiempos que corremos.

Hasta el año 1871 no logró el Gobierno español el reconocimiento de todo nuestro terreno, cuya demarcación se había ya hecho desde el año 1862; y por esa época fué cuando se verificó la desviación del Río de Oro. Pero en todo ese tiempo, los moros tenían emplazado un cañón en el cerro de Santiago y disparaban contra la plaza, hasta el punto de que, situado permanentemente el cañón en esa altura, era cosa corriente entre las kabilas que todo moro que se presentase con pólvora bastante para cargar el cañón, tenía derecho á apuntar y dispararle contra la plaza. Y en todo este tiempo estábamos dentro del cumplimiento del tratado de Wad-Rás.

¡Cosa singular, Sres. Diputados! El año 1886 murió el bajá que tenía el Sultán como representante suyo en el campo de Melilla, y se encargó del bajalato el célebre Maimón Mohatar. Entonces aparece en escena este personaje por su propia iniciativa, pues se impuso á los moros; y lo singular es, que

desde el año 1886 al 89, en que fué allí un representante del Sultán á reemplazar en el cargo de bajá del campo á Maimón Mohatar, hubo completa paz entre los rifeños y la plaza. El año 1889 se nombró, como digo, nuevo bajá, se dice que por reclamaciones del Gobierno español, y hay quien cree que á consecuencia de ciertas intrigas en el campo.

En este interregno hubo un momento en que los rifeños dijeron al Gobierno español que no reconocían en nuestras tropas más que el derecho á que sus ganados pastaran en el campo, pero de ninguna manera á que en él hicieran obras; y además, hubo kabilas, ó por lo menos algunos propietarios de predios y fincas, situados en el campo nuestro y en la zona neutral, que se dirigieron al Gobierno español diciéndole que ya que el Sultán no les pagaba sus tierras, ellos querían hacerse españoles. El Gobierno de entonces, quien quiera que fuese, no tuvo por conveniente aceptar esta adhesión de las kabilas fronterizas. Pero al fin, después del año 73, se marcaron perfectamente los límites de nuestro campo delante de Melilla y se señaló la zona neutral, que nunca lo ha sido. He de advertir al Congreso que por el ramo de Guerra se habían hecho los estudios de la línea de fortificación que había de defender á la plaza; se habían marcado los puntos en que debían situarse los fuertes de Rostrogordo, Cabrerizas Altas y Cabrerizas Bajas y de Sidi-Aguariach, y que el año 90 se ordenó por el Ministerio de la Guerra el replanteo de los límites y el planteo del fuerte de Sidi-Aguariach. Estas operaciones, que se hicieron en uso de nuestro derecho y por orden del Ministerio de la Guerra, promovieron en el campo marroquí lo de siempre: algaradas, disgustos y riñas, á causa de si los españoles debíamos ó no hacer trabajos dentro de nuestro campo.

No se les hizo caso, y afortunadamente no hubo entonces de parte de los rifeños ninguna agresión contra los que hacían el planteo y replanteo de las fortificaciones; porque si la hubiera habido, señores Diputados, es muy posible que lo que sucedió el 2 de Octubre hubiera sucedido en aquella época, toda vez que para las operaciones no se mandó ni un soldado ni una munición, ni nada; y la guarnición de Melilla, escasa como había sido siempre, era la única que respondía de que los moros no hicieran agresión ninguna á los que practicaban aquellas operaciones. Pero cuando un día la hubo, en el año 90, contra una escolta de caballería que vigilaba los rebaños que pastaban en los campos, hubo heridos, hubo retirada y hubo lo de siempre, sin desdoro para el ejército ni para el honor de la bandera española.

Se reclamó por la vía diplomática, y el Sultán satisfizo al Gobierno español, acordando una indemnización crecida. Pero el año 91, ya terminados los fuertes de Rostrogordo y de Cabrerizas, y no quedando más que el de Sidi-Aguariach, la Comisión técnica y defensiva de la plaza presentó al Gobierno unos planos para la construcción de ese fuerte, y pedía la inversión de una crecida cantidad del presupuesto extraordinario de guerra en las obras del fuerte Sidi-Aguariach.

Entonces vinieron las primeras comunicaciones, que han caído sobre mí como una losa de plomo, y que se han pedido por los señores de la oposición para fundar en ellas los motivos de la más terrible condenación y de los mayores ataques contra la conduc-

ta que he seguido en este asunto. Ya era comandante general de Melilla el malogrado y nunca bastante sentido general Margallo, valeroso soldado del cual me habréis de permitir que no vuelva á ocuparme nombrándole en este debate; y si lo hago, será por olvido, porque yo rindo á la memoria de un soldado valeroso todo el homenaje, todo el respeto y toda la consideración á que tiene derecho; pero para juzgar de las autoridades, para exigir responsabilidades, yo no veo á nadie, veo sólo el cumplimiento de mi deber.

Voy á relatar una anécdota referente á este valiente soldado.

Mandaba en Melilla un regimiento de la guarnición (y tened presente que esto os lo relato nada más que para que cause en vosotros el debido efecto); era comandante general de Melilla otro ilustre general, y en muchas ocasiones le decía el coronel del regimiento: «Mi general, allí, en aquella altura, hay un entorchado.»

El comandante general de Melilla, en el año de 1892, cuando comunicó al Gobierno la opinión de la Junta de defensa y de la Comandancia de ingenieros de la plaza pidiendo la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, decía que no lo creía conveniente, porque se estaba en el licenciamiento de las fuerzas del batallón disciplinario de Melilla, y por consiguiente, la guarnición quedaba en extremo mermada. Y al remitir esta comunicación al capitán general de Granada, insistía en lo mismo que decía la Comandancia general, y aun acentuaba más las dificultades que él oponía á la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach.

Me parece que discuto con toda la lealtad que podéis pedirme.

Esa comunicación que salió de Granada tenía fecha 10 de Diciembre, ó sea el día de la crisis, señores Diputados. De ese expediente, que íntegro ha venido al Congreso, no tuve yo ni que ocuparme de él, porque ante las dificultades que se oponían, ni se me dió cuenta de él, quedando muerto el expediente. El plazo para invertir los sobrantes del crédito extraordinario había terminado, y no había ya ocasión para emplearlo en aquellas obras á que se destinaba, y el expediente, repito, murió.

Ahora empieza, Sres. Diputados, mi inmensa y abrumadora responsabilidad. En Abril de 1893 recibí una comunicación del capitán general de Granada enviando un proyecto de construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, y proponiendo la Junta defensiva de Melilla y su comandante general que para ello se empleara (y aquí viene lo de la indemnización) una cantidad que se había recibido como plazo del pago de la indemnización acordada el año 1890, y que por reglamento y por ley debía invertirse en obras defensivas de la plaza; no habiendo otras obras en que emplearlas, se decía en esa comunicación, más que en la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach. El digno capitán general que me trascribió esa comunicación, se limitaba á decir: «Por mi parte, me remito á la comunicación de tal fecha». No era, por consiguiente, partidario el capitán general de Granada de que se empleara esa cantidad en el fuerte de Sidi-Aguariach. Al día siguiente se me remitió una comunicación, en la que se me decía desde Melilla que esa cantidad se podía invertir en la compra de útiles y acopio de materiales para la construcción

de dicho fuerte, porque la cantidad no era exorbitante y el presupuesto del fuerte pasaba de 200.000 pesetas.

Parecióme que podía aplicarse esa cantidad sin ningún peligro al acopio de materiales y á la compra de útiles, y contesté diciendo que se podía hacer eso en tanto que la Junta consultiva de Guerra terminaba el proyecto definitivo del fuerte de Sidi-Aguariach; y habiéndoseme expuesto por el cuerpo de ingenieros que no se podían comprar los útiles ni acopiar materiales sin que se supiera para qué obra se hacía, por ser esto lo reglamentario en el cuerpo de ingenieros, expedí una orden telegráfica diciendo que para el fuerte de Sidi-Aguariach. Se comenzó la construcción del camino que, partiendo del fuerte de Camellos, había de dirigirse á la altura de Sidi-Aguariach, y empezaron á recibirse las noticias relativas á que los moros pondrían dificultades á la construcción, y vino la comunicación que leyó el día pasado el Sr. Martín Sánchez.

He de interrumpir breves momentos estas consideraciones, porque recuerdo en este instante una idea, un rumor que ha sido lanzado por ahí, y que el Sr. Martín Sánchez ha recogido para traerle á esta discusión, diciendo que quizás aquel Gobierno desgraciado, que había provocado con sus desaciertos, motines y desórdenes en todas partes, que tenía al país casi levantado en armas, había creído conveniente distraer la atención de éste, fijándola en África, provocando allí para tales efectos un conflicto, una guerra ó algo parecido, y que quizás á esto respondía la actitud del Gobierno.

¡Señores Diputados! ¡Pensar que un Gobierno, que tenía que atender á todos aquellos motines y tumultos que ocurrieron en el verano con el presupuesto vigente de la Guerra, en el cual bien sabía yo los medios materiales de que disponía para cualquier conflicto; un Gobierno que había de tener constantemente puesta su atención en los hilos del telégrafo, porque además de esos motines y asonadas hay siempre en este país una conspiración latente que por todas partes asoma, procurando aprovecharse de la menor confusión, de cualquier desorden que por diversas causas ocurra; pensar que en esos momentos y en tales condiciones el Gobierno pretendía distraer la atención del país de lo que ocurría en la Península y hacer que se fijase en África, produciendo allí una guerra! ¿Merece esto siquiera ser combatido? Así lo dijo S. S., haciéndose eco de un rumor, y no continuaré ocupándome de ello. (*El Sr. Martín Sánchez:* Emití esa idea para rechazarla en el acto.) Pues hubiera hecho mejor S. S. en no traerla aquí, porque ya había sido rechazada por la misma prensa esa idea vertida por un periódico de más ó menos significación; y más valía que no se hubiera ocupado en eso S. S. Pero en fin, esta es cuestión de gustos; S. S. ha estado en su derecho al hablar de ese rumor, y yo he tenido el deber de hacer esta pequeña digresión.

Voy á leer, Sres. Diputados, lo menos posible; pero algo leeré, porque hay cosas que de otro modo no quedarían bastante justificadas.

No sé si os fijaríais en la lectura que hizo el señor Martín Sánchez de la comunicación del comandante general de Melilla al capitán general de Granada, y que éste elevó al Ministerio de la Guerra, hablando de la reunión que se celebró con el bajá del campo y con 150 jefes de kabilas, en la cual pi-

dieron éstos que se suspendieran las obras del fuerte (hasta entonces reducidas á las del camino que antes he dicho), por los motivos que indicó el Sr. Martín Sánchez, por cuestiones religiosas que provocaba la proximidad de la mezquita y el cementerio. Decía el comandante general de Melilla: «Me consta, excelentísimo señor, que si bien les resulta violenta nuestra presencia en lugar tan próximo al en que dan sepultura á sus cadáveres, la gran mayoría, los hombres sensatos, no harían oposición alguna á la construcción del fuerte; pero también me consta que hay otros, de los peores antecedentes, que tratan de hacer partido para que se hostilice á los trabajadores...»

El comandante general de Melilla dice en esta misma comunicación, que contestó á los moros diciéndoles que acudieran al Gobierno del Sultán, para que éste, si lo estimaba procedente, lo solicitara de nuestro Gobierno, y que él continuaba los trabajos, y que si había la más pequeña hostilidad, castigaría á los que la efectuasen.

Cuando el comandante general de Melilla me dirigió esta comunicación, no me decía que tuviera poca fuerza ni que tuviera que prepararse contra una agresión guerrera de los rifeños, ni yo tenía por qué preocuparme de los trabajos, porque se trataba de un camino que se estaba construyendo y del acopio de materiales, pues ya se había aprobado el proyecto.

Decía también el Sr. Martín Sánchez que esa petición de los rifeños había pasado á nuestro ministro en Tánger, y después al Ministerio de Estado. Pues yo aseguro ante el Congreso que esa reclamación ni fué á Tánger ni ha llegado al Ministerio de Estado; porque el Gobierno del Sultán no ha tenido noticias de los sucesos de Melilla hasta después del 2 de Octubre; prueba evidente de que en el campo rifeño no había esas alarmas, ni esos disgustos, ni esos propósitos de agresión contra nosotros, porque si no, el bajá no habría cumplido con su deber y estaría relevado y probablemente cortada su cabeza. Esta comunicación es del mes de Julio.

Yo, Sres. Diputados, tengo la costumbre de mantener con las autoridades militares, además de la correspondencia oficial, una particular, porque en las cartas particulares se habla con más libertad, se hacen ciertos encargos, hay más expansión, y eso puede ser, en algunos casos, de mucho más efecto que dicho en las comunicaciones oficiales.

Pues bien, en todo el tiempo transcurrido desde Agosto hasta Setiembre, nadie reclamó, nadie habló, nadie pensó que en el campo de Melilla podía haber agitación ni movimiento para agredir á las tropas de la guarnición, ni interrumpir los trabajos para la construcción del fuerte del Sidi-Aguariach.

A fines de Setiembre se me dió cuenta de que estaba terminado el camino y se iban á acumular en las alturas de Sidi-Aguariach todos los medios que necesitan los directores de obras para empezarlas, como son casetas para guardar herramientas y sobre todo grandes balsas para el agua, cosa muy necesaria en aquel sitio, porque no la hay. Pues el 27 de Setiembre, tres días antes de empezar los trabajos del fuerte, me escribe el comandante general de Melilla (y de esto acaso el Congreso no tenga conocimiento porque es una carta particular), y me dice lo siguiente:

«Ayer me pidió una entrevista el bajá del campo, que se presentó acompañado de los cabos de kabila de Mazuza, Frajana y Beniscar, para manifestar que les extrañaba que los vecinos de la plaza tuvieran recelo de que por parte de los moros se intentara hacer guerra. Que estaban interesados en conservar las buenas relaciones hoy existentes, que reconocían de gran conveniencia para todos. Les hice manifestaciones en idéntico sentido, asegurándoles que si algún temor habían tenido los vecinos del Polígono, había sido porque algunos moros habían dicho que si continuaban las obras de Sidi-Aguariach entrarían en dicho barrio una noche para saquearlo. Como los dichos procedían de gente de ninguna significación, no les había dado importancia, y todo se había tranquilizado. Continúan las obras del camino, y el miércoles, 3 de Octubre, empezaremos á armar la caseta defensiva y estableceré en ella guarnición.»

Primera vez en que se me habla de fuerzas: «Con la que hay en la plaza escasamente se releva el servicio, como tengo dicho de oficio, y por ello reitero á usted mi petición para que se cubran con urgencia las bajas que tienen estos cuerpos, que son muy cerca de 300 soldados.»

¿Green los Sres. Diputados que en vista de esta carta era de esperar que hubiese una agresión de fuerza bastante para que con 300 hombres de aumento pudiera rechazarla el comandante general de Melilla? No; esto lo que significaba era la confianza que tenía el comandante general de la plaza, debida á un conocimiento completo del campo de Melilla, y en vista de las condiciones de los jefes rifeños que se le habían presentado, creía que, en caso de haberla, no pasaría de ser una pequeña escaramuza, y que con la guarnición que tenía le bastaría para rechazarla victoriosamente. Por consiguiente, el 27 de Setiembre no había motivo alguno para alarmarse ni para tomar medidas de precaución.

Porque, Sres. Diputados, no hay nada más fácil ni más sencillo que, cuando se verifican los hechos, *á posteriori*, hacer comentarios, declamar, exigir responsabilidades, sin tener en cuenta que lo que sucedió el día 2 de Octubre exactamente lo mismo pudo acontecer en el año 92, cuando se verificó el tanteo del terreno para construir el fuerte en el mismo punto. No sucedió, y no hubo agresión; y si la hubiera habido se hubiera hecho lo mismo que en las numerosas que se han realizado en Melilla durante la larga serie de años que la poseemos, y mucho más desde el tratado de Wad-Rás. Yo, Sres. Diputados, no quisiera, porque no hay nada más opuesto á mis sentimientos y á mi manera de ser, descargar responsabilidades mías en nadie. Tenía aquí un documento, que no quiero leer, de algo que había pasado en aquellos días entre los dignos oficiales de ingenieros que habían ido al tanteo en las inmediaciones del fuerte de Sidi-Aguariach y algunos moros, de que no he tenido conocimiento, Sres. Diputados, hasta que un digno capitán de ingenieros, creyéndose molestado porque en la recompensa para que venía propuesto yo había escatimado algo, hizo una reclamación por conducto de su jefe, y el coronel de su regimiento es el que me ha descubierto este motivo de disgusto que había allí; pero paso adelante.

Yo expongo aquí todo aquello que el Ministro de la Guerra sabía y conocía para resolver, ni más ni menos; porque, después de todo, Sres. Diputados, si

el Ministro de la Guerra no tiene confianza; si no delega facultades y atribuciones en las autoridades principales de una plaza ó de un cuerpo de ejército, ¿qué va á hacer? ¿Va á estar viendo si una pulgada más allá de Sidi-Aguariach hay moros, si hay peligro en la construcción de un mantelete que se trata de llevar á efecto? ¿Puede conocer todas las novedades que surjan en un momento dado? Entonces, ¿para qué sirven las autoridades militares? Yo declaro que no he pecado por exceso de confianza, pero he cumplido con mi deber, delegando aquello á que tiene derecho el que ejerce el mando.

El día 29 de Setiembre decía el comandante general de Melilla, en ese telegrama que ha leído el Sr. Martín Sánchez, y que no quiero volver á leer, que la noche antes habían empezado las obras, y hay que tener en cuenta que, aunque no hubiera habido agresión, las obras no hubieran terminado aquella noche. A pesar de que, como he dicho, no he delegado más que aquello que corresponde á la autoridad militar, envié un telegrama al comandante general, diciéndole: «En vista de lo que V. E. indica en telegrama de hoy, obre con energía, contando con los medios de que dispone, y dé noticias de lo que ocurra si el asunto adquiere alguna importancia.»

¿Cómo había yo de pensar, cuando puse ese telegrama, que iba á ocurrir una agresión? Ni lo pensaba el comandante general de Melilla, porque en otro caso, ¿cómo hubiera dejado de decirme que para continuar las obras le mandase diez, veinte batallones, artillería, lo que considerase necesario? ¿Pidió algo el comandante general? ¿Había yo de adivinar lo que él no suponía, á pesar de hallarse en el lugar de los sucesos? ¡Cuán fácil es á un Diputado, como el señor Martín Sánchez, hablar como *magister*, y venir á hacer cargos á un Ministro de la Guerra que cuenta tantos años de servicios á la Patria, que conoce los campos de batalla, que no sé si conoce S. S.; cuán fácil es hablar de los deberes del Ministro de la Guerra; pero cuán difícil es probar los cargos cuando son completamente infundados!

El Sr. Martín Sánchez, para sacar partido del hecho, dice que al segundo telegrama le contesté: «inspírese V. E. en su propio espíritu y honor.» ¿Entiende el Sr. Martín Sánchez que los deberes de un comandante general á quien dice el Ministro de la Guerra que se inspire en su propio espíritu y honor, consisten en ir á pelear al campo? ¿No tienen los generales más deber que pelear personalmente? Eso es lo último que deben hacer; su principal obligación es estudiar, velar, mandar los espías que allí se emplean, informarse de todos los hechos; y si el comandante general creía que había peligro, ¿no pudo decirme: he suspendido trabajos y mándeme V. E. tantos ó cuantos batallones, ó dígame si suspendo los trabajos? El 1.º de Octubre me decía el comandante general de Melilla:

«Ha pasado el día sin novedad, habiendo adelantado mucho trabajos caseta defensiva, que tiene muros más altos que aspilleras, quedando resguardada guarnición; en Zoco Benisicar ha habido hoy excitación, habiendo conseguido cabos kabilas amigos plaza persuadir á muchos, no deben atacar caseta, otros insisten en ello, y tal vez lo verifiquen esta noche, confío si sucediese en valor defensores: todo está previsto por si hostilizasen.»

¿Era esto para alarmarme? Yo tengo más confianza en las tropas españolas, yo conozco bien el valor de los españoles, para que este telegrama me hiciera pensar que el comandante general de Melilla necesitaba fuerzas de ningún género. ¿Me había indicado algunas que no se le mandaran? Los que iban á cubrir las bajas estaban en camino, y el comandante general estaba recibiendo los licenciados que había en la Península. No había pedido más que el que se cubrieran las bajas de las fuerzas con que contaba.

El día 2 de Octubre, á las ocho de la mañana, me dirige el siguiente telegrama: «Ha pasado noche con tranquilidad, habiendo hecho moros algunos disparos inmediaciones casetas.» Tengo cartas en que se me dice que los disparos eran entre ellos, entre los que querían y los que no querían pelear; que no habían sido contra la caseta, que no ha contestado el destacamento. «Con motivo de ser hoy, me decía, el Zoco en Frajana, inmediato á las obras, he tomado precauciones sin suspender los trabajos.»

El día 1.º y el día 2 de Octubre, por la mañana temprano, al amanecer, en esa feria de Frajana, había habido soldados españoles, había habido algunos soldados del disciplinario. ¿Habían fraternizado con los moros, ó qué habían hecho en la feria en los momentos de la agresión? ¿Por qué se había permitido que esos soldados fueran allí? Porque estaban en perfecta y completa paz, porque nadie sospechaba que se pensara en la agresión del día 2 de Octubre. Esto es evidente. Como he dicho al principio, cuantos documentos, cuanta historia, cuanta correspondencia particular queráis, todo lo pongo á vuestra disposición. Esto es lo sucedido hasta el 2 de Octubre. El día 2 de Octubre, con esta imprevisión, con esta vacilación, con esta pereza, con esta falta de cualidades del Ministro de la Guerra que se me ha atribuido por quien lo haya tenido por conveniente; el día 2 de Octubre esas kabilas reunidas en la feria de Frajana en número de 4 ó 5.000 individuos, porque eran cinco kabilas, según los partes que yo tengo, la de Mezquita, la de Benisicar, la de Frajana, la de Mazuza y otra del interior, caen sobre una caseta defendida por cuarenta hombres, y están á punto de apoderarse de ella; entonces el comandante general sale de la plaza con poca fuerza, y cumpliendo con su deber, como un soldado valeroso, logra ponerse en comunicación con la caseta, recoge aquella guarnición y se retira valientemente, ordenadamente, como se retiran los hombres que saben cumplir con su deber.

Entonces tuvimos un número de muertos y heridos, 18 ó 20; no aumentemos ni hagamos exageradas exclamaciones. Vuelve á la plaza el comandante general de Melilla con las pocas fuerzas de que puede disponer, agredido por 4 ó 5.000 moros.

Es preciso, Sres. Diputados, que no nos engañemos aquí; y yo estoy resuelto, al hablar del ejército, del cual tengo la mejor idea, á prescindir de ciertos elogios, que no necesita para nada el ejército español. Lo sucedido en Melilla ha sucedido en todas partes; eso sucedió en Saida; eso sucedió en Kartoum; eso sucedió en mil sitios, cuyos nombres tengo apuntados aquí en una lista. Pues qué, ¿Francia, Inglaterra, ninguna Nación ha creído que su bandera se había manchado con sangre, que se había deshonrado su ejército y su Patria con hechos de esta espe-

cie? De ninguna manera; ninguna Nación á quien le han sobrevenido sucesos semejantes ha creído nada de eso.

¡Ah, señores! Yo no me quejo de nadie; me basta con la conciencia de mi deber, pero tengo el convencimiento de que si estas noticias no hubieran sido publicadas con las exageraciones que son correspondientes en momentos de entusiasmo; si al día siguiente de estos sucesos la prensa periódica, y no discuto el derecho, no hubiera mandado á Melilla 15 ó 20 representantes para que avivaran constantemente las pasiones en nombre de los altos intereses de la Patria; si esto, que está admitido en los tiempos modernos, hubiera pasado cuando estas cosas no se admitían, es muy posible, no quiero afirmarlo en absoluto, que los acontecimientos del 2 de Octubre hubieran venido á parar en lo que todos los que por este estilo, y algunos de ellos de mayor gravedad, han ocurrido en la mayor parte de las Naciones.

No quiero continuar abusando de la benevolencia del Congreso; quisiera poder concluir esta tarde, pero no es posible, porque este discurso ha de ser largo; pero para terminar este punto y con él esta parte de mi discurso, diré al Congreso que la agresión del 2 de Octubre, sentida por el pueblo español y por el ejército español, fué atendida desde el día siguiente, y lo demostraré mañana, por todos los medios, con toda la actividad y con la mayor energía con que se pueden hacer estas cosas. También me ocuparé mañana de todo lo que se ha hecho en Melilla desde el 2 de Octubre hasta el 27 del mismo mes, y probaré que el Gobierno, que el Ministro de la Guerra hizo cuanto humanamente era posible hacer, limitándome por hoy á sostener que, el haber hecho otra cosa distinta, el haberse dejado llevar por esos himnos cantados el otro día por el Sr. Martín Sánchez, que consistían en afirmar que á Melilla se podían haber mandado en cuatro días 8.000 hombres y en otros tantos días pasearse por los poblados de Mezquita, Benisicar y Frajana, destruir sus caseríos y volverse triunfantes y victoriosos, era cosa imposible; que esto es un sueño de S. S. y de todo el que lo sostenga. Yo ya sé que, después de todo, mi opinión no debe servir para vosotros, que me estáis atacando; y no pretendo que, al quitarme la razón, hagáis caso de mis palabras; pero esa operación en las condiciones de Melilla, en la época en que se podía verificar la guerra, era imposible.

Ruego al Sr. Martín Sánchez que no dé asentimiento á ninguna opinión, como no sea la de personas que hayan estado en Melilla, que conozcan el terreno, que conozcan aquel puerto, que hayan visto las condiciones del mar en que está enclavado, y cuando á estas personas prácticas, no á aquellas otras más ó menos ligeras, más ó menos apasionadas, más ó menos adversarios de la política del Gobierno á que pertenece el Ministro de la Guerra, sino personas sensatas, de acreditada experiencia, que conozcan los deberes que se cumplen en este sitio, les pregunte S. S. si con 8.000 hombres, que se pudieran enviar en cuatro días á Melilla, se arrasan en el mismo tiempo todos los caseríos de Benisicar, Frajana, Mazuza y Mezquita, si no le contestan lo que yo he manifestado, entonces podrá venir á formular ciertos cargos. ¡Ah!, Sr. Martín Sánchez; si eso fuera posible, crea S. S. que tendría un inmenso disgusto en que S. S. no se hubiera puesto en mi lugar para verificar

la operación. Estas cuestiones son para tratadas con mucha seriedad, con mucho pulso, con mucho miramiento para todo el mundo. Y sobre todo, con alteza de miras ante la bandera de la Patria, ante esa bandera que S. S. cree tan mancillada, y que yo demostraré que no ha quedado ni á más ni á menos altura que las de todas las Naciones en todas partes, y á la misma altura que ha quedado el ejército español en cuantas ocasiones se ha batido. He dicho. (*Muy bien, en la mayoría.*)

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

Sin discusión se aprobaron los siguientes dictámenes:

Sujetando á las disposiciones de la ley general de ferrocarriles la devolución de la fianza al ferrocarril de Olot á Gerona. (*Véase el Apéndice 9.º al núm. 114.*)

Autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril desde la estación de San Julián de Musques á Castro Urdiales. (*Véase el Apéndice 11.º al núm. 114.*)

Autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Lucainena de las Torres á la ensenada Agua Amarga. (*Véase el Apéndice 10.º al núm. 114.*)

Incluyendo en el plan general de carreteras las siguientes:

La municipal de Pradejón, que une las de Logroño á Zaragoza y de Arnedo á Estella (*Véase el Apéndice 13.º al núm. 114.*);

De Puente de Otero á la de Villalba á Oviedo (*Véase el Apéndice 12.º al núm. 114.*); y

De Vilela á La Cadeira. (*Véase el Apéndice 14.º al núm. 114.*)

El Congreso quedó enterado de que la Comisión nombrada para dar dictamen sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Sevilla á la de Lora del Río á Santiponce, se había constituido, nombrando presidente al Sr. Zugasti y secretario al Sr. Marqués de las Cuevas.

Corriente por la Comisión de corrección de estilo, y previa la declaración de hallarse conforme con lo acordado, se aprobó definitivamente, anunciándose que pasaría al Senado, el proyecto de ley segregando la dehesa del Collado de Yeltes del término municipal de Castraz y agregándola al de Martín del Río. (*Véase el Apéndice 2.º al núm. 115, que es el de esta sesión.*)

Quedó enterado el Congreso de una comunicación del señor Presidente de la Junta Central del Censo, en la que participaba que dicha Junta, en sesión de 19 de Abril de 1894, había acordado declarar que no podía funcionar el colegio especial de la Cámara de Comercio de Valencia, por no reunir en la actualidad el número de 5.000 electores, que el art. 24 de la ley electoral vigente exige para constituir colegio especial.

A propuesta del Sr. Presidente, la Cámara acordó reunirse mañana en Secciones.

Se leyeron, y quedaron sobre la mesa, el dictamen de la Comisión de actas y voto particular de los señores Azcárate, Labra y Linares Rivas sobre la capacidad legal, y el de la Comisión de incompatibilidades sobre el caso del Diputado electo por Oviedo, Sr. Marqués de Campo-Sagrado. (*Véanse los Apéndices 3.º y 4.º á este Diario.*)

También quedó sobre la mesa el dictamen de la Comisión acerca del suplicatorio del juez de instrucción de Oviedo pidiendo autorización para procesar al Sr. Marqués de Campo-Sagrado. (*Véase el Apéndice 5.º á este Diario.*)

Se leyó y pasó á la Comisión de peticiones la siguiente lista:

Tercera lista de las peticiones presentadas en Secretaría desde el día 8 de Julio del año próximo pasado, en que se dió cuenta de la anterior, hasta el día de la fecha.

Núm. 25. El Ayuntamiento de Montblanch, provincia de Tarragona, solicita que no alcance al Juzgado de primera instancia é instrucción de esta villa y su partido, el proyecto presentado por el Sr. Ministro de Gracia y Justicia sobre supresión de algunos Juzgados.

Núm. 26. El vicepresidente de la Comisión provincial de Málaga solicita que las Cortes aprueben una ley concediendo el libre cultivo del tabaco en el territorio de dicha provincia.

Núm. 27. La Sociedad Barcelonesa protectora de los animales y plantas, pide á las Cortes sancionen leyes penales para los que maltraten á los animales, á semejanza de lo que se hace en otros países.

Núm. 28. Los secretarios de los Ayuntamientos del partido judicial de San Feliú de Llobregat, provincia de Barcelona, en exposición que elevan á las Cortes, suplican que al discutirse el proyecto de ley de administración local, se tengan en cuenta las observaciones que respecto á los secretarios de Ayuntamientos se mencionan en dicha exposición.

Núm. 29. Don Juan Eugenio Ruiz Gómez, en exposición á la que acompaña un ejemplar de su obra «El nuevo mundo moral», suplica al Congreso dicte una ley derogando todas las disposiciones que establecen la pena de muerte.

Núm. 30. El Ayuntamiento de Sacedón (Guadalajara), en nombre de las diferentes clases sociales de aquel partido judicial, solicita que no sea su Juzgado incluido en el número de los que han de suprimirse según la nueva ley de presupuestos.

Núm. 31. Los Ayuntamientos de Felanitx, Porreres, Capdepera, Villafranca, Benisalem, Campanet, Costit, Santa Eugenia y Santa Margarita, provincia de las Baleares, en exposiciones que dirigen á las Cortes, solicitan que se suprima el impuesto especial sobre los alcoholes extraídos del jugo de la

uva, y que se acuerde la libre circulación del vino por toda la Península é islas adyacentes.

Núm. 32. El Ayuntamiento y mayores contribuyentes de la villa de Bollullos del Condado, provincia de Huelva, solicita la condonación de contribuciones por la aflictiva situación en que se encuentra dicha villa.

Núm. 33. Don Eduardo Herman Neville, de Gijón, Forjas del Piles, en exposición que dirige á las Cortes, solicita que se reclame al Ministerio de Hacienda el expediente instruido para la concesión sin sujeta, por siete años, á D. Domingo de Orueta, del suministro de los frascos de hierro para las minas de Almadén, y en su vista acordar se derogue el Real decreto de 25 de Abril último.

Núm. 34. La Comisión provincial de Lérida solicita que, en vista de la aflictiva situación en que se encuentra aquella agricultura, se tengan en cuenta las disposiciones que menciona en su exposición.

Núm. 35. Los farmacéuticos de Ibiza (Baleares) presentan una exposición á las Cortes suplicando se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 36. Los farmacéuticos de Medina-Sidonia (Cádiz) presentan una exposición á las Cortes suplicando se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 37. Los farmacéuticos de Carmona (Sevilla) presentan una exposición á las Cortes suplicando se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del artículo 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 38. El Consejo provincial de Agricultura, Industria y Comercio de Castellón, en exposición que dirige á las Cortes, suplica que en el nuevo tratado con Italia se consignen para los cáñamos extranjeros, los mismos derechos de importación que fija el arancel vigente.

Núm. 39. La Comisión provincial de Castellón de la Plana, en nombre de la Diputación, dirige á las Cortes una exposición suplicando que en el tratado comercial con Italia se fije como tipo de adeudo para las importaciones en España del cáñamo italiano, 10 pesetas por cada 100 kilos.

Núm. 40. La Diputación provincial de Barcelona, en exposición que dirige al Congreso, suplica que no se ratifiquen los tratados de comercio concertados por el Gobierno español con los de Alemania, Italia y Austria-Hungría.

Núm. 41. Los farmacéuticos de Talavera de la Reina suplican á las Cortes se sirvan derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 42. El Ayuntamiento de Balaguer (Lérida), en exposición que dirige á las Cortes, suplica que en el nuevo tratado con Italia se consignen para los cáñamos extranjeros, los mismos derechos de importación que fija el arancel vigente.

Núm. 43. Los farmacéuticos de Soria, en exposición que dirigen á las Cortes, suplican se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 44. Los farmacéuticos de Cervera del Río Pisuerga, en exposición que dirigen á las Cortes, suplican se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 45. Los representantes de la industria minera de la ciudad de Linares y demás interesados de la provincia de Jaén, solicitan que las Cortes se

dignen derogar por medio de una ley, todos los impuestos especiales que directa ó indirectamente afectan á dicha industria, dejando únicamente el canon por derecho de superficie.

Núm. 46. Los farmacéuticos de Valdepeñas, en exposición que dirigen á las Cortes, suplican se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 47. La Diputación provincial de Puerto Rico, en exposición que dirige á las Cortes, solicita se revoque la Real orden de 18 de Octubre de 1893, y conceder la exención de los derechos arancelarios para el material metálico necesario para el puente sobre el río Canovanillas, y se acuerde al propio tiempo la devolución por la Intendencia general de Hacienda, de la cantidad á que asciende el importe de los derechos devengados.

Núm. 48. El Ayuntamiento de Cangas de Onís, provincia de Oviedo, en exposición que dirige á las Cortes, solicita que éstas se dignen acordar se indemnice á este Ayuntamiento del coste de construcción del palacio de justicia y cárcel, ó cuando menos del primero de dichos edificios, pudiendo en su virtud incautarse de ellos el Estado, y en caso de que así no se estime, resolver que se acuda en auxilio de este Municipio con una subvención á dicho objeto.

Núm. 49. El Ayuntamiento de Cangas de Onís, provincia de Oviedo, solicita que las Cortes se dignen acordar el restablecimiento del Juzgado de primera instancia é instrucción de esta villa, devolviendo la zona militar á la misma.

Núm. 50. Los farmacéuticos de Santa Cruz de la Palma (Canarias), en exposición que dirigen á las Cortes, suplican se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 51. Los farmacéuticos de Málaga, en exposición que dirigen á las Cortes, suplican se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 52. El Ateneo obrero de Barcelona, solicita que no sean aprobados los tratados con Alemania é Italia, por entender que perjudican profundamente á la industria nacional.

Núm. 53. Los farmacéuticos de Puebla de Sanabria (Zamora) suplican á las Cortes se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 54. Los farmacéuticos de Cáceres suplican á las Cortes se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 55. El Ayuntamiento de Barcelona solicita que las Cortes se sirvan denegar su aprobación á los tratados con Italia, Austria-Hungría y Alemania.

Núm. 56. Los farmacéuticos del distrito de la Audiencia y de la Plaza, de Valladolid, suplican á las Cortes se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del artículo 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 57. El Ayuntamiento de Tineo (Oviedo) solicita se le abonen los gastos hechos para la instalación de la Audiencia de lo criminal y cárceles, suprimidas por la ley de presupuestos de 1892-93, ó que se le subvencione para amortizar la deuda contraída ó se le condonen las contribuciones hasta llegar al mismo fin.

Núm. 58. Los farmacéuticos de Palencia suplican á las Cortes se sirvan derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 59. La Comisión ejecutiva del *meeting* agrícola celebrado en Logroño el día 28 de Febrero próximo pasado, eleva á las Cortes una exposición en demanda de prontas y eficaces medidas que pongan á salvo la ya mermada riqueza agrícola, adoptándose los medios que en la misma propone.

Núm. 60. La antigua Junta de propietarios del fomento de la izquierda del ensanche de Barcelona, suplica al Congreso no apruebe los tratados de comercio.

Núm. 61. Don Juan Enríquez Mimoso, teniente que fué del regimiento infantería de Covadonga, suplica se amplie la amnistía que por delitos políticos se concedió en el año de 1893, á fin de que los beneficios de la misma alcancen á los militares que no llevaban veinte años efectivos de servicios.

Núm. 62. Los farmacéuticos de San Roque (Cádiz) suplican á las Cortes se sirvan derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 63. Los farmacéuticos de Alcalá de Henares suplican á las Cortes se sirvan derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Núm. 64. Los farmacéuticos de Rivadeo suplican á las Cortes se sirvan derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Palacio del Congreso 24 de Abril de 1894.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: Los dictámenes que se han leído, y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y cincuenta y cinco minutos.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente por el Senado, incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de las Torres de Gaitán enlace con la provincial de Elche á Dolores.

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Senado, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de las Torres de Gaitán, en la de Aspe á Santa Pola, y pasando por la parte Norte del Caserío de San Andrés y sitio llamado de las Rebalsadas, enlace en el punto que se crea conveniente con la provincial de Elche á Dolores.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886, sobre construcción de obras públicas.

Y el Senado lo pasa al Congreso de los Diputados, acompañando el expediente, con arreglo á lo prevenido por el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Senado 23 de Abril de 1894.—El Marqués de la Habana, Presidente.—El Marqués de Puerto-Seguro, Senador Secretario.—El Señor de Rubianes, Senador Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, segregando la dehesa del Collado de Yeltes del término municipal de Castraz, y agregándola al de Martín del Río.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º La dehesa del Collado de Yeltes, partido judicial de Ciudad-Rodrigo, provincia de Salamanca, se segrega del término municipal de Castraz á que pertenece en la actualidad, y se agre-

ga al de Martín del Río, pueblo del mismo partido judicial y provincial.

Art. 2.º El Ministro de la Gobernación queda encargado del inmediato cumplimiento de esta ley.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, con arreglo á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 24 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Eduardo Gullón, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la mayoría de la Comisión de actas sobre la aptitud y capacidad legal del Sr. D. José María Bernaldo de Quirós, Marqués de Campo-Sagrado, y voto particular de los Sres. Azcárate, Labra y Linares Rivas.

AL CONGRESO

La Comisión de actas ha examinado nuevamente el dictamen que retiró en la sesión de 16 del actual, relativo á la admisión como Diputado del Sr. D. José María Bernaldo de Quirós, Marqués de Campo-Sagrado, declarado elegido en tercer lugar por el distrito de Oviedo, al aprobarse por el Congreso el acta de dicho distrito en la sesión del día 3 de Julio de 1893; y habiendo acordado reproducirlo, tiene la honra de proponer al Congreso se sirva proclamar y admitir como Diputado al expresado señor, si no estuviere comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, toda vez que nada consta contra su aptitud y capacidad legales.

Palacio del Congreso 21 de Abril de 1894.—El Marqués de Sardoal, presidente.—Francisco Agustín Silvela.—Eduardo Romero Paz.—Juan Maluquer y Viladot.—Pablo Rózpide.—Juan Alvarado.—Cipriano Garijo.—Antonio Comyn, secretario.

VOTO PARTICULAR

Resultando:

1.º Que con fecha 9 de Junio último la Comisión de actas dió su dictamen sobre la de la circunscripción de Oviedo, en cuanto se refería á los candidatos Sres. Marqués de Canillejas y D. José María Celleruelo, proponiendo fueran admitidos como Diputados:

2.º Que en el mismo dictamen se reservaba la Comisión decir su opinión respecto del tercer puesto de la circunscripción para cuando tuviera en su poder ciertos documentos reclamados, y que se refieren

á hechos realizados por los presidentes é interventores de las secciones de Mieres:

3.º Que con fecha 1.º de Julio último se presentó una enmienda á dicho dictamen, en la que se proponía que el Congreso aprobara el acta, de la cual, según se decía, resultaba que han sido elegidos Diputados á Cortes los Sres. Marqués de Canillejas, Marqués de Campo-Sagrado y D. José María Celleruelo.

4.º Que en la sesión del día 2 del mismo mes se tomó en consideración dicha enmienda por 88 votos contra 15, y á seguida se aprobó sin debate; y no obstante haber un Sr. Diputado llamado la atención de la Cámara sobre la circunstancia de no llegar el número de Diputados presente á los 140 exigidos para estos casos por el art. 36 del Reglamento:

5.º Que el Sr. Marqués de Campo-Sagrado ha solicitado se le proclame y admita como Diputado; Considerando:

1.º Que, según el art. 77 de la ley electoral, el Congreso ha de juzgar de la legalidad de las elecciones por los trámites que determine el Reglamento:

2.º Que, conforme el art. 83 del mismo, cada Comisión extenderá su dictamen sobre el asunto que se le haya encargado y lo presentará al Congreso:

3.º Que, según el art. 111, á la discusión de cualquiera asunto ha de preceder el dictamen de la Comisión correspondiente:

4.º Que, conforme al art. 36, para que los acuerdos que se adopten sobre la validez ó nulidad de las actas clasificadas de graves tengan carácter definitivo, se requiere la concurrencia de un número de Diputados que en ningún caso podrá bajar de 140:

5.° Que, según el mismo artículo, la votación de los dictámenes de actas graves deberá anunciarse en la orden del día, cuando aquélla no siga inmediatamente á la discusión del dictamen:

6.° Que, según el art. 123, las enmiendas y adiciones deben contraerse al artículo ó proyecto puesto á discusión:

7.° Que, conforme al art. 84 de la ley electoral sólo cuando un Diputado ha sido admitido se hace imposible volver á tratar sobre la validez de la elección:

8.° Que las evidentes infracciones reglamentarias que quedan expresadas son gravísimas, sin precedente en la historia del Congreso, y por añadidura

se han cometido en daño de un candidato de oposición y en beneficio de uno ministerial,

Los Diputados que suscriben tienen la honra de proponer al Congreso se sirva acordar que no ha lugar á resolver la aptitud y capacidad legal del señor Marqués de Campo-Sagrado, en tanto que la Comisión de actas no presente su dictamen respecto del tercer lugar de la circunscripción de Oviedo, cuya credencial entregó oportunamente en Secretaría el candidato D. Manuel Pedregal y Cañedo.

Palacio del Congreso 24 de Abril de 1894.—Gumersindo de Azcárate.—Rafael María de Labra.—Aureliano Linares Rivas.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión de incompatibilidades sobre el caso del Sr. D. José María Bernaldo de Quirós, Marqués de Campo-Sagrado.

AL CONGRESO

La Comisión de incompatibilidades ha examinado las listas de funcionarios públicos remitidas hasta la presente fecha por el Gobierno de S. M., y no apareciendo en ellas el Sr. D. José María Bernaldo de Quirós, Marqués de Campo-Sagrado, ni constando de ningún otro antecedente de los que ha tenido á la

vista la Comisión que dicho señor desempeñe empleo alguno, nada tiene que oponer á su admisión como Diputado.

Palacio del Congreso 24 de Abril de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Rafael Serrano Alcázar.—Emilio Nieto.—Luis Villanova.—Enrique Corrales.—Eugenio Silvela.—Luis Sánchez Arjona.—Trinitario Ruiz y Valarino, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión sobre el suplicatorio pidiendo autorización para procesar al Diputado Sr. Marqués de Campo-Sagrado.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca del suplicatorio que el juez de instrucción de Oviedo dirige al Congreso, con fecha 14 de Octubre de 1893, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. José María Bernaldo de Quirós, Marqués de Campo-Sagrado, que ha declarado ser autor de un manifiesto dirigido á sus electores y publicado en el periódico *El Correo de Asturias* correspondiente al día 12 de Marzo de 1893, ha examinado este asunto; y

no encontrando motivos, dada la clase de delito que se supone ha cometido el Sr. Marqués de Campo-Sagrado, para que por procedimientos judiciales se le impida ó estorbe el ejercicio de sus funciones de Diputado, tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada.

Palacio del Congreso 24 de Abril de 1894.—El Marqués de Sardoal, presidente.—Emilio Sánchez Pastor.—Juan José García Gómez.—José de la Presilla.—Sinibaldo Gutiérrez Mas.—Julián Suárez Inclán, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL MIÉRCOLES 25 DE ABRIL DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Expedientes de proyectos de ley de concesión de suplementos de crédito y créditos extraordinarios: comunicación.

Prolongación de la carretera de Nava del Rey á Cantalapiedra hasta Peñaranda de Bracamonte: proposición de ley.—Apoyada por el Sr. Soriano, se toma en consideración.

Atropello cometido con el alcalde del Ayuntamiento de Salorino: pregunta del Sr. Dato.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Rectificaciones de ambos señores.

Rumores acerca de la proyectada suspensión del Ayuntamiento de la Habana; nombramiento de tenientes de alcalde de la misma población; interinidad del Gobierno regional de la Habana; falsedades cometidas en la inclusión de electores en el censo electoral de la Habana; cumplimiento en la isla de Cuba del reglamento de la carrera judicial de Ultramar y de la ley de imprenta: preguntas del Sr. Carvajal y Domínguez.—Contestación del Sr. Ministro de Ultramar.—Rectificaciones de ambos señores.

Medidas adoptadas para remediar las inundaciones del río Júcar: contestación del Sr. Ministro de Fomento á preguntas del Sr. Sapiña.—Rectificaciones de ambos señores.

Cumplimiento de la ley de procedimiento administrativo; proyecto de ley sobre descanso dominical; denuncia del periódico «La Bandera Nacional», de Valencia: preguntas del Sr. Sánchez de Toca.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Rectificaciones de ambos señores.

Rumores acerca de la consagración en Madrid de un Obispo protestante: pregunta del Sr. Marqués del Vadillo.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.

ORDEN DEL DÍA: Sucesos de Melilla.—Continúa la interpe-lación del Sr. Martín Sánchez, y en el uso de la palabra el Sr. Ministro de la Guerra.—Se suspenden la discusión y el discurso á las seis y cinco minutos.

Reunión de Secciones.

Reanúdase la sesión á las seis y cuarenta minutos.

Aprobación definitiva de proyectos de ley.

Aplicación de la ley del timbre á los productos farmacéuticos: presentada por el Sr. Hernández Prieta.

Situación de las causas incoadas por virtud de tantos de culpa pasados por el Congreso á los tribunales por consecuencia de infracciones de la ley electoral en las actuales Cortes: comunicación.

Objetos de que se han ocupado las Secciones: nota de Secretaría.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las seis y cincuenta minutos.

Abierta la sesión á las dos y media, se leyó el Acta de la anterior, y fué aprobada.

Se anunció que pasarían á la Comisión general de presupuestos 17 expedientes relativos á los proyectos de ley de concesión de créditos extraordinarios y suplementos de crédito presentados en el Congreso el día 21 del actual, que remitía el Sr. Ministro de Hacienda.

Se leyó una proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras del Estado un trozo que sirva de prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapiedra hasta Peñaranda de Bracamonte.

En su apoyo dijo

El Sr. **SORIANO**: Señores Diputados, como habéis oído, por la proposición que acaba de leerse se trata de hacer una carretera que prolongue hasta Peñaranda la que hoy termina en Cantalapiedra, obra verdaderamente importante, porque enlazaría con tres líneas de ferrocarril: la de Avila á Salamanca, pasando por Peñaranda de Bracamonte; la de Salamanca á Medina, y la de Zamora á Salamanca. Además, siendo Peñaranda el mercado obligado de los pueblos de la sierra de Piedrahita, los productos de la comarca tendrán mejor salida, y por consecuencia más estimación en el mercado sus granos. La zona por que ha de atravesar el trazado de esa carretera es muy llana, por lo cual ha de ser muy barata la construcción de la misma en un recorrido de 24 kilómetros. No creo que necesito exponer más consideraciones para rogar como ruego al Congreso se sirva tomar en consideración la proposición que acaba de leerse.»

Leída por segunda vez, fué tomada en consideración la proposición, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el Sr. Dato.

El Sr. **DATO**: He pedido la palabra para tener el honor de dirigir una pregunta á mi distinguido amigo particular el digno Sr. Ministro de la Gobernación.

Según informes que recibí en el día de ayer, y que tengo por enteramente fidedignos, se ha cometido con el alcalde del Ayuntamiento de Salorino un escandaloso y brutal atropello, de que sin duda tiene noticias el Sr. Ministro de la Gobernación.

El día 16 del mes actual, hallándose el alcalde, Sr. Morales, en la casa Ayuntamiento, se le presentó el concejal Sr. Arroyo, acompañado de una pareja de la Guardia civil, pidiéndole que le diera posesión del cargo de alcalde. El Sr. Morales manifestó al señor Arroyo que no le podía dar posesión del cargo de alcalde, porque él lo venía ejerciendo desde que el Ayuntamiento de Salorino le había nombrado para el desempeño de aquellas funciones; que si el señor Arroyo había recibido posteriormente noticias de la suspensión del alcalde ó nombramiento del Ministerio de la Gobernación á su favor, podía exhibirle la orden, único caso en que se pondría de acuerdo con él para darle posesión de la Alcaldía. En vez de contestar á estas manifestaciones del Sr. Morales exhibiendo orden del Ministerio de la Gobernación ó del go-

bernador de la provincia, lo que hizo el Sr. Arroyo fué prender en el acto al Sr. Morales, llevándole á la cárcel, donde no sé si á estas horas continuará detenido.

Como ve el Sr. Ministro de la Gobernación, el atropello no puede ser más evidente ni más escandaloso. Y yo pregunto á S. S.: ¿es que el Sr. Morales ha sido destituido, ó cuando menos suspendido en sus funciones de alcalde? ¿Se ha nombrado alcalde de Salorino al Sr. Arroyo? En uno y otro caso, ¿está dispuesto el Sr. Ministro de la Gobernación, procediendo con la actividad que acostumbra y con la energía que este caso concreto requiere, á poner el merecido correctivo á los que, atropellando la ley y atribuyéndose facultades de que carecían, encarceraron al Sr. Morales? Espero la respuesta de S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): La misma denuncia que se ha servido hacer ante la Cámara el Sr. Dato al formular la pregunta con que me ha honrado, llegó á conocimiento del Ministro de la Gobernación hace dos días, por manifestación escrita de la persona perjudicada, es decir, del alcalde del pueblo á que S. S. se ha referido.

Inmediatamente, y como el aspecto que los hechos presentaban era realmente grave, telegraphó el Ministro de la Gobernación al gobernador de la provincia, llamándole la atención sobre la gravedad de esos mismos hechos, indicándole que pusiera en conocimiento del Ministerio los procedimientos que había adoptado para corregirlos. Y efectivamente, el gobernador ha contestado al Ministro que, por fortuna, los hechos no son tal como se los han expuesto al Sr. Dato y como tuvo de ellos conocimiento en el primer momento el Ministerio de la Gobernación. Porque no se trata de un alcalde en propiedad, no se trata de un alcalde elegido con todas las solemnidades que la ley municipal requiere, ó designado por el Gobierno en virtud de las atribuciones que le competen en determinados casos, sino de una persona que aprovechando, por decirlo así, una ocasión incorrecta, aprovechando un momento en que funcionaban en el Ayuntamiento concejales que habían sido procesados, obtuvo los votos de éstos, contra lo que previene el art. 52 de la ley municipal, aplicado por el gobernador de la provincia; artículo según el cual, la persona que habrá de desempeñar la Alcaldía será la que haya obtenido mayor número de votos en la elección.

Pere sea de esto lo que quiera, cualquiera que fuese la resolución del señor gobernador, justa ó injusta, legal ó ilegal, el hecho es que existía una resolución del señor gobernador de la provincia, por la que, interpretando el artículo mencionado de la ley municipal, había designado para alcalde á determinada persona, y recibió ésta, facultad, poder y medios para posesionarse de la Alcaldía. Fué á posesionarse de la Alcaldía, y la persona que la desempeñaba, por medio de un procedimiento que calificó el gobernador de vicioso ó incorrecto, porque no arrancaba de un acto perfectamente ajustado á las prescripciones de la ley, opuso una resistencia activa, pasiva y de todas maneras á las órdenes del gobernador de la provincia, mandando dar posesión de la Alcaldía á la persona á quien competía, según el gobernador, el

ejercicio de ese cargo. Entonces esa persona impetró el auxilio material del mismo señor gobernador, y esta autoridad puso á su disposición una pareja de la Guardia civil para que se hiciese respetar y lograrse que el alcalde que no tenía las condiciones legales necesarias, según el gobernador civil, reintegrarse al verdadero alcalde en el ejercicio de sus funciones. A pesar de esto, ese alcalde se resistió, desató las órdenes de la primera autoridad de la provincia, é hizo tales cosas, que el juez municipal no tuvo más remedio que detenerle y dar parte al gobernador; y el gobernador y el juez municipal han puesto los hechos en conocimiento del juez de instrucción, hallándose este asunto, por lo tanto, sometido á los tribunales de justicia.

Esto es lo que sucintamente puedo exponer á S. S., porque no he tenido tiempo de recibir la comunicación escrita, en la que, con más amplitud que el telegrama que se me ha dirigido, se me dé cuenta de todos los demás detalles; comunicación que yo he de examinar con detención, para ver si ha habido por parte del gobernador algo que pueda estar fuera de las prescripciones de la ley municipal. Lo que aseguro á S. S. es que pondré coto á los excesos que se puedan haber cometido, si es que se han cometido, por la autoridad mencionada; pero si los hechos son tales como los expone en su telegrama el gobernador, yo, salvo los procedimientos y las alzas que puedan interponerse, habré de respetar lo que ha hecho el citado gobernador y esperar á que los tribunales de justicia resuelvan con respecto al hecho concreto que se ha sometido á su conocimiento. Cuando yo reciba por escrito más amplios detalles de este asunto, entonces podré contestar más extensamente á S. S.; pero ahora no puedo ofrecerle más que esta sucinta contestación que le acabo de dar.

El Sr. DATO: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. DATO: En primer lugar, doy las gracias al Sr. Ministro de la Gobernación por los corteses términos en que se ha servido contestar á mi pregunta; pero aparte de los buenos propósitos y de la cortesía de S. S., no he de ocultarle que no me han satisfecho poco ni mucho sus explicaciones.

De ellas se desprende que, á juicio del gobernador civil de la provincia de Cáceres, el procedimiento que se empleó para nombrar alcalde del Ayuntamiento de Salorino al Sr. Morales fué incorrecto, por haber tomado parte en la elección concejales que se hallaban procesados. Si esto es verdad, el gobernador civil de Cáceres ha debido instruir el oportuno expediente, á fin de que por las vías legales se llegara á dejar sin efecto el nombramiento de alcalde hecho por el Municipio en favor del Sr. Morales; pero no es admisible que sin decidir este importantísimo extremo de la validez ó nulidad de la elección, siendo el Sr. Morales el que, bueno ó malo, tiene un nombramiento del Ayuntamiento de Salorino para desempeñar las funciones de alcalde, el gobernador civil de la provincia de Cáceres se haya permitido, con notorio desconocimiento de la ley, nombrar un alcalde interino, para lo cual, como S. S. sabe, carece en absoluto de atribuciones.

El Sr. Arroyo, por lo tanto, no tiene un nombramiento válido que le permita considerarse como alcalde del Ayuntamiento de Salorino; pero aunque le tuviera, ¿quién le ha dado atribuciones para pro-

ceder á la detención del Sr. Morales? ¿Ha procedido correctamente el gobernador de la provincia de Cáceres encargando á la Guardia civil que auxiliase al Sr. Arroyo, á fin de encarcelar al alcalde elegido por el Ayuntamiento de Salorino? Como ve S. S., más incorrecta que la conducta de aquel Ayuntamiento, aun en el caso de que hubiera faltado á la ley, ha sido la conducta del gobernador civil de Cáceres.

No es exacto, según mis informes, que haya decretado la detención del Sr. Morales el juez municipal de Salorino; lo que hay es, que da la coincidencia de que el juez municipal suplente es el mismo Sr. Arroyo, concejal de aquel Ayuntamiento, á quien ni como juez municipal suplente, ni como concejal, ni como alcalde designado por el gobernador civil de la provincia de Cáceres, podían reconocérsele atribuciones para prender á su antecesor en el cargo de alcalde, al único, al legítimo alcalde de Salorino, que es el Sr. Morales.

Deseo que vengan cuanto antes los documentos á que S. S. ha hecho referencia, para discutir ampliamente este importantísimo asunto. Pero, de todas maneras, sin esperar á que esos documentos lleguen, deseo merecer del Sr. Ministro de la Gobernación que esclareciendo por los medios rápidos que tiene S. S. á su alcance cuanto haya ocurrido acerca de la detención del Sr. Morales, y sin esperar tampoco la decisión, siempre tardía en estos casos, de los tribunales de justicia, averigüe las causas que hayan influido en esa arbitraria detención y procure la inmediata excarcelación del Sr. Morales. De no hacerlo así, tendré que volver muy pronto á tratar este asunto, en el que tan notoriamente se ha faltado á la ley.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de la Gobernación tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Repito al Sr. Dato lo que he tenido el honor de decirle anteriormente: que por ahora no tengo más que una sucinta relación telegráfica de lo ocurrido en el pueblo de Salorino. Tampoco S. S. debe tener datos mucho más extensos; y por consiguiente, me parece un tanto gratuito el cargo que hace al gobernador de la provincia de Cáceres, suponiendo que no ha formado el expediente oportuno para nombrar alcalde á la persona que después procedió á la detención del individuo á quien defiende el Sr. Dato. Esto no es posible que haya sucedido; yo desde luego aseguro, porque conozco perfectamente á aquel gobernador, que no ha podido dictar una resolución arbitraria, nombrando, porque sí nada más, á un individuo alcalde interino de un Ayuntamiento, sino que ese nombramiento habrá tenido los antecedentes oportunos, formulados en el expediente que marca la ley; y también estoy seguro de que esos antecedentes se habrán ajustado completamente á las formas legales, porque conozco muy bien las condiciones personales de diligencia y severidad, y sobre todo los conocimientos especiales en materias administrativas, del actual gobernador civil de la provincia de Cáceres.

Yo afirmo, por consiguiente, sin tener conocimiento detallado de los hechos, que el gobernador ha procedido con arreglo á la ley en la formación del expediente para el nombramiento del alcalde interino de que se trata. Podrá haberse equivocado en el fondo del asunto; yo no lo sé, ni puedo saberlo mientras no conozca los datos y antecedentes que

aquél haya tenido á la vista para acordar ese nombramiento; pero me basta conocer las condiciones personales de aquel gobernador para asegurar que su resolución se habrá ajustado por completo á las formas procesales administrativas que sean aplicables á estos casos.

Por lo demás, según el parte telegráfico que yo he recibido, no se trata de que el alcalde nombrado por el gobernador detuviera al Sr. Morales á fin de posesionarse del cargo para que éste había sido incorrectamente nombrado; es que después de haber dado posesión el juez municipal, no el suplente, al Sr. Arroyo, hallándose ya éste en funciones de alcalde, el Sr. Morales le desobedeció, le desacató, desconoció su autoridad, y el nuevo alcalde hubo de proceder, con el auxilio de la Guardia civil, á la detención preventiva de la persona que desobedecía y desacataba su autoridad, dando cuenta inmediatamente á su superior jerárquico el gobernador de la provincia, y poniéndolo también en conocimiento de los tribunales de justicia, que están entendiendo en el asunto.

De modo que, por los datos que hasta ahora se tienen, no puede decirse que esa detención constituya una arbitrariedad de la autoridad gubernativa, sino que es una detención judicial que tiene carácter preventivo, mientras resuelven el asunto los tribunales de justicia. Si ha existido alguna arbitrariedad, si se ha cometido alguna falta en el procedimiento, los tribunales impondrán al que haya cometido la falta el castigo que proceda; si ha habido faltas ó abusos por parte del alcalde ó del gobernador, cuando se acuda en alzada al Ministerio de la Gobernación, yo, examinando los antecedentes de este asunto, adoptaré la resolución que estime procedente, con arreglo á la ley.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Carvajal y Domínguez tiene la palabra.

El Sr. **CARVAJAL Y DOMÍNGUEZ**: Siento tener que molestar con más frecuencia de lo que desearía la atención del Sr. Ministro de Ultramar; pero necesito hacerle unas preguntas, á las que tengo la seguridad de que ha de contestar con la amabilidad de siempre; y en vista de la contestación, formularé algunos ruegos á que me veo obligado, atendiendo á las aspiraciones de los que se han servido honrarme con el cargo de Diputado.

Se trata de un proyecto de suspensión del Ayuntamiento de la Habana; y esta noticia que nos ha traído el último correo, y que no sé si conocerá el Sr. Ministro de Ultramar, es de un origen que nos merece entero crédito. La fiebre de suspensión de Ayuntamientos que se ha desarrollado en aquella isla, secundando el celo de las autoridades de aquellas provincias, parece que va á tener una bomba final, y esa bomba final es la suspensión ó destitución, si se puede, del Ayuntamiento de la Habana. De suceder esto, implicaría el acto tal gravedad y tal premeditación, resultarían de tal modo confirmadas las sospechas que acerca de este asunto han visto la luz en el periódico de más circulación é importante de Cuba, *La Lucha*, que claramente ha venido diciendo el resultado á que se aspira con esa destitución, lo que decía aquel periódico es de tal índole,

que, de confirmarse lo dicho, grave responsabilidad podría pesar sobre quien destituyera al Ayuntamiento, y aun sobre el Sr. Ministro, á quien yo aviso con tiempo por si juzgara necesario tomar alguna determinación antes de que llegara á adoptarse una medida tan desatentada.

Yo no quiero creerlo; lo único que hago es ponerlo en conocimiento del Sr. Ministro de Ultramar para que lo pregunte á la autoridad superior de la isla; son rumores que tienen todos los visos de certeza; y no es la primera vez que se trata de sustituir al Ayuntamiento de la Habana por organismos distintos de los que hoy componen aquella Corporación popular.

Esto es contrario al criterio que ha sustentado toda su vida el Sr. Ministro de Ultramar; es contrario al principio democrático, y sobre todo á la representación que deben tener las minorías, lo mismo en los Ayuntamientos que en las Diputaciones provinciales y en todas partes. Confiamos que el Sr. Ministro adoptará las medidas necesarias para que no se realice un acto en que se pondría de manifiesto, como ya se ha puesto otras veces, la parcialidad de las autoridades de Cuba.

No me propongo ahora tratar de la conducta de esas autoridades, pues la cuestión entraña aspectos de importancia suma, que no cabe circunscribir en el reducido espacio que me deja el Reglamento con motivo de una pregunta; amplio debate plantearemos en breve plazo, y en él podremos, con todos los datos que tenemos á nuestra disposición y con todos los medios que nos concede el Reglamento, poner de manifiesto la conducta de las autoridades de la isla de Cuba, que han estado al servicio de una parcialidad política.

Quisiera también que el Sr. Ministro de Ultramar tuviera la bondad de decir si ha tenido contestación á la pregunta que tuve el honor de dirigirle hace unos días sobre el nombramiento de tenientes de alcalde de la Habana. Yo creo que aunque S. S. tuvo la amabilidad de hacer la pregunta por telégrafo, que es la vía más rápida, seguramente no se le habrá contestado telegráficamente. Si hubiera sido alguna felicitación ó alguna muestra de simpatía del nuevo partido, no para S. S., sino para su antecesor, no hubiera tenido reparo la autoridad superior en comunicarlo por telégrafo; pero como se trata de datos pedidos por un Diputado, vendrán por el correo, y todavía tendremos que agradecer que no los mande por un barco de vela.

Se nos dice que el gobernador de la Habana va á embarcarse en uso de licencia; hasta se dice que está embarcado; y se nos dice también que se proyecta por la primera autoridad de la isla nombrar como sucesor en el gobierno regional de la provincia de la Habana al presidente de la Diputación provincial.

Esto sería una nueva provocación que se nos haría, puesto que en época no remota, para sustituir al gobernador regional de la Habana se intentó, como se había hecho en otros casos, nombrar como sucesor al presidente de la Diputación provincial; á este nombramiento se opuso el Ministro antecesor de S. S., diciendo: que siendo el presidente de la Diputación provincial un caracterizado personaje político del partido unión constitucional, la estricta neutralidad que trataba de imponer á todos sus actos le obligaba

á apartarse de esa conducta, y se nombró un dignísimo magistrado que interinó el gobierno regional de la Habana. Pues ahora se trata precisamente de nombrar, en ausencia del gobernador regional de la Habana, al presidente de la Diputación provincial, que es vicepresidente ó presidente del partido reformista, y yo creo que en este caso no hay razón para que se varíe el criterio sustentado anteriormente. Desearía conocer el criterio del Sr. Ministro de Ultramar en el caso á que me refiero.

Tengo también que poner en conocimiento del señor Ministro de Ultramar que se han presentado al alcalde de la Habana varias reclamaciones pidiendo inclusiones de electores por medio de declaraciones de individuos que se decían gerentes ó dueños de casas de comercio, y á cada petición acompañaban una lista de los individuos que se decían socios de esa casa. Al hacerse la publicación resultaron falsas, y los verdaderos dueños de las casas presentaron instancias al alcalde municipal para que, en vista de la falsedad, procediera á lo que hubiera lugar, pasando las instancias presentadas al Ministerio público.

Yo tengo conocimiento de que el alcalde municipal no ha hecho nada, ni ha pasado esas instancias al ministerio fiscal, convirtiéndose, consciente ó inconscientemente, en encubridor de una falsedad, y de que el ministerio fiscal no ha tomado parte en ese asunto. No puede decir que no le conoce cuando lee todos los periódicos que se publican en la isla para tener el gusto de denunciarlos; y si lee todos los periódicos que se publican en aquella isla, no puede desconocer el hecho, que se ha publicado á la letra, copiando las listas íntegras. Creo que procede excitar el celo del ministerio público, puesto que se trata de una falsedad, para que se exija la responsabilidad á quien corresponda, incluso al alcalde municipal, porque consciente ó inconscientemente se ha hecho encubridor del hecho.

También desearía saber si se ha modificado el reglamento de la carrera judicial para Ultramar. Yo entiendo que no. Ahora estamos perfectamente enterados de lo que ocurre en el Ministerio; antes era para nosotros misterioso todo lo que allí sucedía; nos enterábamos *à posteriori*; hemos sabido que, estando vigente el reglamento orgánico de la carrera judicial, se ha faltado á él, puesto que no ha mucho tiempo ha sufrido tres traslados en un año un digno magistrado.

De ser cierto esto, yo creo que S. S. estará dispuesto á indemnizar de los perjuicios que ha sufrido ese magistrado, que estoy seguro que no ha faltado á su deber.

Como una de sus mayores glorias, puede ostentar el Sr. Ministro de Ultramar el de haber llevado á la isla de Cuba la actual ley de imprenta, calcada en las ideas democráticas que siempre ha profesado. Yo entiendo que esa ley está vigente; y si lo está, se falta á ella abiertamente; y no digo esto de memoria. Aquí tengo á disposición del Sr. Ministro de Ultramar un artículo de un periódico, denunciado y secuestrado por censurar la gestión del gobernador general. Señor Ministro de Ultramar, ¿no vemos aquí lo que ocurre con la prensa, que está todos los días censurando con palabras duras, no sólo al Gobierno, sino al jefe del Gobierno? Aquí nadie persigue á los periódicos por eso; los leemos todos; unos hacen caso, otros

no lo hacen; se deja á la opinión que juzgue. Pues en la isla de Cuba, por no estar conformes con la gestión del gobernador general, se denuncian y secuestran los periódicos, y las autoridades que así proceden, faltan á la ley y no pueden menos de perder la confianza de sus administrados. Hoy hay 68 periódicos denunciados en la isla de Cuba. ¿Había de venir al poder el partido liberal, para que con su ley de imprenta se denunciaran 68 periódicos en la isla durante su gestión? ¿No cree el Sr. Ministro de Ultramar que eso sería para S. S. tirar por la ventana sus ideas democráticas y la consecuencia que en ellas ha tenido durante toda su vida? Yo espero que S. S. pondrá inmediato correctivo á esos hechos, y yo tendré el gusto de entregar á S. S. el artículo á que me refiero, y verá cómo no hay en él otra cosa que censuras al gobernador general de la isla de Cuba. Unos creerán que lo hace bien y otros creerán que lo hace mal; pero ¿es esto motivo para censurar y secuestrar un periódico, para que hoy en la isla de Cuba no puedan escribir artículos de fondo más que los Diputados á Cortes?

Espero que el Sr. Ministro de Ultramar me contestará y dirá cuál es su criterio. Yo sé desde luego cuál será la contestación de S. S.; pero conviene que en la isla de Cuba se conozcan las ideas de S. S. Yo creo que por adelantado puedo manifestar que me daré por satisfecho con la contestación, que será consecuente con las ideas que siempre ha profesado.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): En primer lugar, he de dar las gracias á mi particular amigo Sr. Carvajal por la bondad que ha tenido de anunciarme en una carta, tan amable como todas las suyas, que hoy me dirigiría algunas preguntas. No tema, pues, S. S. molestarme, porque nunca me molesta ninguno de los Sres. Diputados, y menos S. S.; al contrario, agradezco al Sr. Carvajal que me proporcione ocasión de hablar tan explícitamente como acostumbro á hacerlo sobre cada una de sus preguntas. Digo tan explícitamente como acostumbro á hacerlo, porque he entendido y sigo entendiendo, y soy ya demasiado viejo para cambiar de opinión, que la mejor de las diplomacias es la franqueza; y por eso voy á contestar muy explícitamente á todas y cada una de las preguntas que S. S. se ha servido dirigirme.

Si alguna de ellas se me olvidara, yo le suplico á S. S. que se sirva indicármelo cuando vaya ocupándome sucesivamente de ellas.

La primera es: si tengo noticia de que se trata de disolver, suspender, modificar ó cambiar el Ayuntamiento de la Habana, para reemplazar los elementos de un partido con los elementos de otro partido. Hace tiempo que he comunicado con aquellas dignas autoridades, que claro es que merecen mi confianza puesto que allí están, y les he dicho, con más ó menos exactitud, las siguientes palabras: es mi criterio, es mi deseo, que la autoridad ahí no sea ni de este partido ni del otro; que sea imparcial, que haga cumplir la ley y respetar el voto de los electores, y que deje á los partidos que ellos se conquisten la opinión pública de la manera que tengan por conveniente; que si á veces parece que hay intransigencias de una ó de otra parte, le decía yo á

aquella dignísima autoridad, esto no importa, porque esas contiendas son propias de los pueblos libres. No tengo, pues, noticia ninguna de que se trate de suspender al Ayuntamiento de la Habana; pero lo preguntaré, según el deseo de mi amigo el señor Carvajal, á la primera autoridad de la isla de Cuba; y tenga S. S. la seguridad de que si hubiera alguna autoridad, lo que yo no creo, que se propusiese cambiar, modificar ó destituir un Ayuntamiento sin sujetarse á las condiciones que la ley exige, por favorecer á este ó al otro partido, yo pondré el correctivo necesario, y no permitiré que eso se haga en favor de unos ni de otros.

Yo bien sé que los Gobiernos tienen partidos que les son adictos y afines, y otros que no lo son; pero esto no autoriza para trabajar en contra de ellos; y entiendo yo que la primera política de conveniencia actual y para el porvenir, es acostumbrar al cuerpo electoral á que dé sus votos á quien lo tenga por conveniente. Los Gobiernos pueden favorecer (explicaré luego esta palabra) á los que son sus amigos, haciendo que los amigos los ayuden; pero no empleando los medios del Gobierno para pesar en su favor de una ú otra manera, porque entiendo que esa no es la misión del Gobierno.

Voy á ser más explícito y á concretarme al caso actual. Los partidos á que me parece que especialmente se refieren las palabras del Sr. Carvajal, son: el partido derechista y el reformista. No sé si se referían también, presumo que no, al partido autonomista; pero sea de eso lo que quiera, es un partido como otro cualquiera y tiene derecho á que se le respete. Ahora bien; el partido con más ó menos propiedad llamado derechista, y el partido con más ó menos exactitud llamado reformista, están, no diré dentro de la legalidad, porque mi criterio es que no hay partidos ilegales, sino que hay hechos ilegales, pero sí dentro del sistema constitucional, siendo los unos conservadores, los otros liberales, los unos más avanzados, los otros menos; razón por la cual, sin plena injusticia, sin completa injusticia, no podría el Gobierno inclinarse á favorecer al uno en contra del otro. Después de todo, lo que resultará será lo siguiente: que cuando las reformas que están pendientes, ú otras que no sean esas, se lleven á cabo, los que sean opuestos á ellas harán bien en hacerles la guerra posible, pero á reserva de someterse después cuando sean ley y apoyarlas.

En cuanto á la doctrina que profesan los reformistas, la reforma indicada tiene para mí toda la importancia que le da el haber sido iniciada por un amigo, por un digno y apreciable antecesor mío, lo cual no quiere decir que el Ministro de Ultramar tenga precisamente el criterio cerrado de esas reformas. Pero en fin, de este asunto no hay para qué tratar ahora, puesto que ya se hará en ocasión oportuna.

Contestada esta pregunta, me parece que es la segunda la referente á los tenientes de alcalde. Yo he teleografiado á la autoridad de Cuba, y lo he hecho empleando el mismo lenguaje que estoy empleando ahora; pero no he tenido contestación, que recuerde, y tengo mediana memoria; pero como la memoria es, al fin y al cabo, frágil, me tengo que limitar á decir que no sé si habré recibido algún telegrama; pero que no lo recuerdo en este momento. De todas maneras, yo preguntaré á la digna autoridad superior

de Cuba qué es lo que hay, así en materia de nombramiento de tenientes de alcalde como sobre la suspensión del Ayuntamiento de la Habana, y le repetiré el encargo que ya le tengo hecho por medio de una comunicación, que por cierto oyó dictar un Sr. Diputado que no sé si está presente en la Cámara en estos momentos.

La tercera pregunta se refiere á denuncias electorales, es decir, á la comisión de un delito, porque se han presentado á solicitar su inclusión en las listas electorales algunos que se decían gerentes de casas de comercio ó de empresas industriales, y que los jefes de fábricas, de talleres ó de casas de comercio han declarado que no tenían tal carácter, y que no debían, por tanto, ser incluidos en las listas electorales.

Esto es sencillamente un delito electoral. Yo no tenía conocimiento del hecho; no sabía que tal hubiera sucedido; porque los Sres. Diputados comprenderán, y mi amigo el Sr. Carvajal me ha de hacer la justicia de reconocer que yo, á pesar de que con mucho gusto leería toda la prensa de Cuba, no puedo hacerlo por faltarme un factor absolutamente indispensable para el desempeño de esta tarea, cual es el del tiempo.

Pero en fin, S. S. me habla de eso; yo preguntaré lo que hay; y si es exacto, como me inclino á creer porque S. S. lo afirma, y digo que me inclino á creer porque al fin S. S. no es testigo presencial sino que habla por referencia, siendo verdad, tenga S. S. la seguridad de que el Ministro de Ultramar excitará el celo de las autoridades judiciales para que se haga justicia y con energía se castigue á los que hayan infringido la ley, sea quien quiera, alto ó bajo, pobre ó rico; que la verdadera libertad consiste en obedecer la ley; y si es mala, modificarla; pero mientras exista, hay que cumplirla.

La cuarta pregunta se refiere á la venida en comisión á la Península del gobernador regional de la Habana. Diré sobre esto que ese señor gobernador ha pedido al Ministerio de Ultramar licencia para venir en comisión á la Península; la ha pedido con repetidas instancias; el Ministerio de Ultramar le ha contestado que podía venir, pero que no tenía derecho al sueldo ni al pasaje, porque carece del tiempo de servicio en la isla que la ley exige para que un funcionario pueda venir en comisión con sueldo y abonándole el pasaje. No sé á estas horas si viene ó no viene; y en caso de que venga, no tengo absolutamente ninguna noticia respecto de quién ha de reemplazarle, ni de eso he hablado una palabra. Preguntaré al gobernador general, y tenga S. S. la seguridad de que la determinación que se adopte en la materia, como en todo cuanto dependa del Ministro, ha de llevar el sello de la imparcialidad y de la legalidad más absolutas.

Respecto á la quinta pregunta, ó sea la relativa á la aplicación en Cuba de las disposiciones de la ley de imprenta, da la casualidad de que la ley de policía de imprenta que rige en España, lo mismo que en Cuba, es en parte obra del actual Ministro de Ultramar, porque fui presidente de aquella Comisión que la propuso al Congreso, y el entonces Ministro de la Gobernación, que lo era D. Pío Gullón, mi amigo, tuvo la amabilidad de conformarse con todo lo que yo propuse; resultando, por tanto, si no autor, coautor de aquella ley el que en estos momentos tiene el honor de dirigirse á la Cámara.

Yo soy partidario de la libertad de imprenta, aunque no he adulado nunca á la prensa; porque yo, que no he adulado jamás ni á los pueblos ni á los Reyes, no había de adular tampoco á la prensa; reconozco que la prensa adolece de vicios, de defectos y de ventajas, como sucede á toda institución humana; pero yo desearía que no se persiguiera á nadie por los delitos de la palabra hablada ó escrita. Haré, pues, cuanto de mí dependa para remediar los sacrificios, pesares ó disgustos que pesen sobre los periodistas, toda vez que no me escandalizo de lo que digan. La prensa de Cuba, como la de la Península, se extravía á veces, y más aquella que ésta, porque tiene que hacer su aprendizaje, y, como ha dicho un hombre célebre, todos los aprendizajes son dolorosos; hay, no obstante, dos límites que estoy dispuesto á no permitir que se traspasen por medio de la imprenta ni por ningún otro medio, es á saber: la inviolabilidad de aquello que la Constitución declara inviolable, y además la integridad de la Patria; en cuanto á lo primero, la ley es ley, y hay que cumplirla; en cuanto á lo segundo, podrá juzgarse que constituye más ó menos delito todo cuanto pueda afectarlo según las opiniones de cada cual, pero no merecerá nunca mi apoyo ni amparo. Repito que no me asustan los extravíos de la prensa, que, en último caso, no hace más que reflejar las opiniones dominantes en la sociedad. ¿No recordáis aquella prensa de hace años en la Península, que escribía artículos que si hoy se publicasen nadie los leería?

Confío, por tanto, el Sr. Carvajal en que haré lo que de mí dependa y sea preciso para que la ley se cumpla, si no se hubiese cumplido. Yo no conozco ninguna autoridad, después de la del Rey, como la del Presidente del Consejo de Ministros. Pues bien; todos los días le ataca la prensa, en uso de su pleno derecho; son justos ó injustos esos ataques, pero no tiene reconocida en la ley inviolabilidad de ninguna clase, como no la tiene tampoco el gobernador de Cuba. Este sistema, bueno ó malo, es el que exigen los tiempos modernos; con él hay que conformarse, y además es el que he sostenido siempre, aunque no soy de los que creen que la libertad no tiene inconvenientes; lo que hay es, que la quiero con sus inconvenientes y con sus ventajas.

Ahora claro está que puede suceder que la prensa injurie ó calumnie á un individuo; cualquiera que sea su posición, ó que excite á cometer un delito, en cuyo caso la persona injuriada ó calumniada ó la autoridad está en el derecho de acudir á restablecer el derecho violado y á procurar la reparación de la honra mancillada ante los tribunales ó por otros medios de que yo no quiero ni debo hablar en este sitio, porque eso pertenece á cada individuo. No quiero emplear una expresión muy vulgar en España, pero sí diré que cada uno aprecia las cuestiones de honra como lo tiene por conveniente.

Creo haber contestado al Sr. Carvajal y Domínguez, mi amigo particular; pero si se me ha olvidado algo, haga S. S. el obsequio de recordarlo.

El Sr. CARVAJAL Y DOMÍNGUEZ: Pido la palabra para rectificar.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. CARVAJAL Y DOMÍNGUEZ: La contestación del Sr. Ministro de Ultramar no ha podido de ninguna manera dejar de ser lo satisfactoria que ha sido; todos conocemos las ideas del Sr. Ministro de

Ultramar, y S. S. no podía ni debía dejar de ser consecuente en este caso.

Respecto de lo que ha dicho de los partidos afines, de que el Gobierno debe ayudar á los que lo son, sin perseguir por eso á los que no lo son, yo celebro mucho que S. S. se haya explicado en estos términos. El partido que represento no ha sido nunca un partido de oposición en los asuntos gubernamentales, y lo prueba que ha sido el principal apoyo que todos los Gobiernos han tenido, así en las grandes cuestiones de orden público, como en las más importantes cuestiones políticas en que han intervenido este partido y el autonomista, ayudando cada uno, dentro de sus ideas, al Gobierno constituido. Por consiguiente, el partido de unión constitucional, que ha sido siempre afín, debe tener derecho al apoyo que, según dice el Sr. Ministro de Ultramar, deben prestar los Gobiernos á los partidos afines, sin negárselo por eso á los adversarios; pero se da el caso de que continuando partido afín en los asuntos de gobierno, en los asuntos graves, no en las pequeñas, no sólo no se le apoya, sino que se le combate con más ensañamiento que á los adversarios de la integridad de la Patria. No sólo no se le oye, sino que se le persigue; no se le considera, se le despoja de su derecho hasta el punto de negarle representación en las Corporaciones, cuando se concede á los autonomistas, respetando sus minorías. No se trata aquí de dos partidos monárquicos fuertes que luchan por obtener la preponderancia, y, sin embargo, se persigue al único apoyo que tiene el Gobierno. Quede, pues, sentado que el partido de unión constitucional es un partido afín, y á pesar de eso no es atendido, sino que es perseguido. (*El Sr. Ministro de Ultramar: No queda sentado eso.*)

No lo ha dicho S. S.; yo se lo digo al Sr. Ministro. Su señoría sustenta la doctrina de que los partidos afines deben ser apoyados por los Gobiernos, sin perseguir á los adversarios. Aquí, no solamente no se les apoya, pues nosotros no necesitamos apoyo; no necesitamos más que el cumplimiento de la ley; que no se doble nada para nosotros, pero que tampoco se doble en nuestro daño, sino que se cumpla al pie de la letra. Me parece que no se puede pedir menos. Pues no solamente no se nos da eso á nosotros, sino que se busca y se analiza entre las líneas de un suelto ó de una gacetilla de periódico la intención que se desea hallar para denunciar la publicación. Ciertamente que en sus relaciones con la autoridad gubernativa cumple ese fiscal con su deber; pero aún lo haría mejor si hubiera interpuesto la demanda correspondiente, cuando se le ha denunciado que algunos párrocos se han negado á expedir los documentos necesarios para celebrar matrimonio civil á aquellos que lo han solicitado. Ese fiscal y ese gobernador general, en vez de cumplir la ley y perseguir un delito público, como era el denunciado, han encontrado que era mucho mejor echar sobre los hombros del Sr. Ministro la responsabilidad de una resolución, y han consultado lo que debían hacer. Pues ya que á nosotros se nos persigue por delitos imaginarios, por delitos que no están contenidos como tales en la ley, ¿por qué no se castiga á los que faltan á la ley, ya que tanta diligencia se pone en causarnos molestias á nosotros? Resulta, pues, plenamente demostrado que hay en Cuba, por la parcialidad del representante del Gobierno en la isla contra un partido que ha sido siem-

pre el apoyo más incondicional que allí tienen los intereses de la Patria; resulta demostrado, digo, que hay malestar, y que el gobernador general ha perdido, no sólo la fuerza moral, sino la confianza de sus gobernados; y que si aquí en la Península ha bastado que el gobernador de Valencia, que era una persona digna, prestigiosa é inteligente, perdiera la fuerza moral para que se le relevara de su destino, ¿cuánto tiempo hace que debiera estar relevado el gobernador de Cuba? ¿Qué puede suceder con esto? ¿que se incomoden sus padrinos? Pues se les da una satisfacción, y en paz.

Releve S. S. al gobernador de Cuba y á esas autoridades que tan mal cumplen con su misión, y luego puede darles toda clase de satisfacciones, tan amplias como las deseen, aun la de que quedarán en candidatura para una mitra, y con ello dará algún aliento á los amigos de allá, que no estando en las interioridades que nosotros estamos, podrían decirnos, al leer las palabras de S. S., que de buenas intenciones está empedrado el infierno.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Ministro de Ultramar.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): Empezaré por lo último. Dice S. S. que de buenas intenciones está el infierno lleno; yo no quisiera ir allá por si acaso estaba lleno de algo más que de buenas intenciones.

Me he permitido, cuando hablaba S. S., interrumpirle suplicándole que no siguiera los consejos de mi amigo el Sr. Barrio y Mier, excelente persona, digno del aprecio que le tenemos todos, y yo muy especialmente, pero que en cuestiones políticas pudiera aconsejarle mal; y como además antes había dicho el Sr. Carvajal que había allí un partido al que se le negaba el agua y el fuego, recordaba yo de mis buenos tiempos, cuando estudiaba algo de estas materias, que eso de negar el agua y el fuego se hace en la excomunión, y decía: no sea que con el consejo de mi particular amigo el Sr. Barrio y Mier, se me excomulgue. (*El Sr. Barrio y Mier*: No tengo facultades.)

Y ahora, sentado esto, he de decir que si en la isla de Cuba hay quien sigue derroteros de parcialidad contra los que se llaman de la izquierda, y éstos lo sufren en silencio y no lo ponen en conocimiento del Gobierno de S. M., de ellos será la culpa; porque yo, si lo sufriera, no lo permitiría. Y digo lo mismo si la parcialidad se cometiera contra los del otro lado. Ahora, de lo que yo no sepa, de lo que yo ignore, aun cuando las leyes no disculpan la ignorancia, no puedo responder.

Respecto á lo que ha dicho S. S. del gobernador de Valencia, yo no quiero meterme en esa cuestión. Asunto es este que con toda extensión ha sido ya tratado. No lo considero, además, congruente, sin que por esto pueda entenderse que yo, en la cuestión de Valencia, rehuya ni un ápice de la responsabilidad que como miembro del Gobierno me corresponda.

Entiendo, pues, que todo lo que ha dicho mi amigo el Sr. Carvajal podrá ser verdad, y basta que S. S. lo afirme; pero conste que hasta ahora no hay antecedentes de ningún género, ni han llegado al Ministerio de Ultramar, que digan nada en contra del gobernador de la isla. Aquella dignísima autoridad no ha sido por mí nombrada; al entrar yo en el Ministerio me presentó la dimisión por motivos de delicadeza, yo no se la admití, y allí sigue; y en el

hecho de seguir desempeñando su puesto, dicho se está que merece toda mi confianza; lo cual no quiere decir que el Gobierno no le relevara si creyera que, aun siendo una excelente persona, y sin tener culpa ninguna, había perdido la confianza de sus administrados; porque hay en esto de los mandos gubernativos dos fuerzas que convergen, y producen una resultante, la que da el prestigio del puesto que se ocupa y la que da la confianza de los gobernados, puesto que no hay nadie que no sea responsable de sus propios actos; sólo el Jefe del Estado en las Monarquías no lo es ante la Constitución, pero lo es ante su conciencia.

Crea, pues, el Sr. Carvajal, que no sólo trataré de evitar los actos de parcialidad, sino que no habrá nadie que me detenga en este camino; porque mientras yo ocupe este puesto, aspiro antes que nada á merecer el apoyo de todas las personas honradas, y especialmente de todos los Sres. Diputados de Cuba, para resolver muchas cuestiones políticas y administrativas desde el Ministerio de Ultramar.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene V. S.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Me levanto á contestar de una manera sucinta, para no detener por mi parte el que se éntre en el orden del día, á una pregunta, mejor podría decir á un ruego, que me dirigió en la sesión de ayer el Sr. Sapiña.

Con motivo de la contestación que yo dí al señor Vila Vendrell sobre las obras que se estaban ejecutando para el encauzamiento del Júcar, el Sr. Sapiña ha tenido una alarma, á mi juicio injustificada, ante el temor de que aquella parte del encauzamiento del río que se refiere á los trabajos cerca de Alcira, pudiera perjudicar á los pueblos que están aguas abajo colocados en aquella localidad, muy particularmente á los pueblos de Sueca y Cullera. Su señoría decía que, si prosperaba la idea de hacer desviar la corriente del Júcar para dirigir el río Almagro llevando este río á desaguar en la Albufera, podrían sufrir detrimento los pueblos que estaban en la última parte de la corriente del río Júcar, perjudicándolos en los riegos, y me excitaba para que antes de que se aprobase el proyecto definitivo del encauzamiento del Júcar, se abriese una información donde estos pueblos pudiesen hacer constar su derecho, para evitar los perjuicios que temían.

Yo, por mi parte, creo conveniente decir, para tranquilidad de aquella comarca, que en la Memoria y en las comunicaciones de los ingenieros que están preparando los trabajos de la defensa de Alcira, precisamente se insiste mucho en que esa defensa de Alcira ha de resultar en ventaja y en seguridad para los pueblos que están colocados aguas abajo, muy particularmente de Cullera y de Sueca. Pero como al fin y al cabo estas obras son muy difíciles, muy trascendentales sus consecuencias y grande el interés que tiene el Gobierno y el Estado de que no se cometan errores, después muy difíciles de subsanar, yo no tengo inconveniente en que, á pesar de que el pueblo de Alcira espera con verdadera ansiedad la aprobación definitiva del anteproyecto relativo á

aquella parte del río, antes de pasar ese proyecto á la Junta consultiva se comunique al gobernador de la provincia, para que, poniendo el pensamiento y todos sus detalles en conocimiento de los pueblos á quienes crea que puede ese proyecto perjudicar, aleguen cuanto tengan por conveniente; y uniéndose su información al expediente, pueda yo en su día oír á la Junta consultiva y resolver esta cuestión grave y delicada con todas las garantías de acierto que pudieran exigirse á las más escrupulosas diligencias.

A mí me parece que estas explicaciones han de bastar para el Sr. Sapiña en la representación de los intereses que le han obligado á formularla.

Su señoría se lamentaba también de que en la última riada había sufrido mucho el pueblo de Riola, muy cerca del de Sueca; había desaparecido un murallón, se habían inundado sus campos y habían experimentado gran perjuicio los intereses agrícolas de aquella comarca; y me excitaba á que procurase que se diesen las órdenes para reponer cuanto antes este muro de contención, que defendía á aquellos campos. Yo debo aprovechar esta ocasión para que, tanto el Sr. Sapiña, como los pueblos de Sueca, de Cullera y todos los que están aguas abajo del Júcar, se fijen bien en la índole del problema técnico gravísimo que hay que resolver. Este problema es fácil de plantear, pero muy escabroso y muy difícil de resolver; qué género de obras se han de ejecutar en el Júcar, que, conservando el mayor caudal posible en la corriente de sus aguas para utilizar toda la más que se pueda en los riegos, ha de ser, sin embargo, necesario calcularlo de manera, que evite los grandes peligros de las inundaciones que arruinan aquellos campos y atacan las propiedades y las vidas de sus habitantes.

Pues bien; en estos momentos mismos en que se alarma el pueblo de Cullera y el pueblo de Sueca porque van á ver disminuido el caudal del Júcar, y por consiguiente la ordinaria cantidad de agua que tienen para sus riegos, un pueblo situado más allá dice que porque ha venido demasiada agua ha visto arruinados sus campos, y mañana puede ver destruidos los albergues bajo los cuales protegen sus vidas los habitantes de aquellos campos. Esto prueba que el problema es complicado y que hay que fiar la solución definitiva á los centros técnicos, si bien estos centros técnicos pueden ser de la mejor manera y más ampliamente informados.

Respecto de la construcción del murallón, que es de lo último que habló el Sr. Sapiña, yo necesito tomar algunos informes, porque los muros de contención que hay en el río parece que no son la mayor parte de ellos construídos por el Estado ni con fondos del Gobierno; atienden á necesidades á que han provisto muchos Ayuntamientos, con autorización legal ó sin autorización legal, algunos con el apoyo de las Diputaciones provinciales, y otros con el del mismo Gobierno. Yo no sé si ese muro destruído corresponderá, por consecuencia, repararlo á los Ayuntamientos ó á la Diputación provincial. Lo que sí puedo ofrecer al Sr. Diputado á quien contesto, es que se comunicarán las órdenes al ingeniero para que manifieste qué peligro puede haber para las inundaciones por la no inmediata reconstrucción de ese muro, y que si realmente existe ese peligro, aunque no corresponda al Estado, sin perjuicio de hacer después las reclamaciones oportunas, se mandarán

los fondos necesarios para que se atienda á lo que sea urgente necesidad.

Y me parece que con esto quedarán completamente tranquilos los que viven tanto en Sueca como en Cullera, respecto á las satisfacciones que con motivo del encauzamiento del Júcar yo he dado el otro día á Alcira, donde las han recibido con tal entusiasmo y tal alegría, que se han apresurado á dirigirme un telegrama excitándome á que acelere, en cuanto esté de mi parte, el encauzamiento de aquel río, que si fecunda los campos ordinariamente, muchas veces los aniquila y destruye.

El Sr. SAPIÑA: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. SAPIÑA: Me levanto únicamente para dar las más expresivas gracias al Sr. Ministro de Fomento por haber accedido á mi ruego, esto es, á que se abra una información por si esa canalización del Júcar puede ó no ocasionar perjuicios á los pueblos de la ribera baja del Júcar. Yo no sé si puede ó no existir ese peligro, siendo únicamente esa una reclamación que me han hecho los pueblos que están situados en la parte baja del Júcar, á quienes tengo el honor de representar. Al propio tiempo, ruego al señor Ministro de Fomento que disponga que esa información sea todo lo más breve posible, en atención á que, como hijodel país, comprendo la necesidad imperiosa que existe de que esa canalización se haga en el plazo más breve posible, y los perjuicios que su retraso puede ocasionar á todos los pueblos de la ribera del Júcar; á tal extremo, que en este mismo año se han perdido todas las cosechas de forrajes, cereales y naranjas, á consecuencia de las avenidas del río, que inundan aquellos campos, y que desgraciadamente se repiten con bastante frecuencia.

Ya dije ayer que como he seguido con gran interés estos asuntos, he sabido que había dos anteproyectos además del que la Junta consultiva ha aceptado en principio, y por eso digo que si de la información resultase que la ejecución de este proyecto aceptado ocasionaría perjuicios, podrían ponerse en parangón este proyecto y los otros dos anteproyectos que existen, para ver cuál de ellos puede ofrecer mejores resultados.

Respecto al pueblo de Riola, el ruego que he hecho á S. S. se funda en que esta población se halla situada junto á Sueca, y el río enfila precisamente con el pueblo de Riola, de tal suerte, que cuando una fuerte avenida del Júcar ha derribado el malecón ó muro de contención que dirige el cauce del río, las aguas han inundado el mismo pueblo de Riola, que está á un kilómetro de la ciudad; habiendo ocurrido esto aun en avenidas como la de Marzo último, que no ha sido verdaderamente extraordinaria. Esto no perjudica á Sueca y Cullera, pero sí constituye un gravísimo peligro para el pueblo de Riola; porque si ocurriese una avenida extraordinaria, mayor que la de Marzo, con seguridad desaparecerá ese pueblo, y producirá la inundación centenares de víctimas.

El malecón á que me refiero está en la ribera del Júcar; allí se encuentra ahora la Comisión hidrológica, y puede informar al Gobierno acerca de la gravedad del peligro que á aquel pueblo amenaza, si no se reconstruye pronto ese malecón. El expediente está instruído, y en él ha informado aquella Diputación, reconociendo la necesidad de la construcción de este muro. De modo que como cuestión humani-

taria, y tratándose de un pueblo que cuenta con escasísimos recursos y que se halla en tan grave peligro, me parece que es el Estado quien debe atender á esta urgente necesidad; porque las Diputaciones provinciales tienen muy limitadas sus consignaciones en sus presupuestos y no es posible que atiendan á estas necesidades en la mayor parte de los casos.

Repito las gracias más expresivas al Sr. Ministro de Fomento por las explicaciones satisfactorias que se ha servido darme.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de Fomento tiene la palabra.

El Sr. Ministro de FOMENTO (Groizard): Yo creo que he dicho con bastante claridad que me dirigiré al ingeniero jefe de la provincia, para que, aun en el caso de que la reparación de ese malecón correspondiera á los pueblos ó á la provincia, se haga por el pronto con fondos del Estado, si hay urgencia en poner al abrigo de grandes peligros de ruina al pueblo de Riola. Y también me parece que he manifestado con bastante precisión, que inmediatamente que el anteproyecto de defensa de Alcira se remita por el ingeniero que está al frente de la Comisión hidrológica, se pasará al gobernador, para que convoque y reciba esa información que desea el pueblo de Sueca y el de Cullera.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Sánchez Tóca tiene la palabra.

El Sr. SANCHEZ DE TOCA: Tenía que dirigir algunas preguntas de cierto interés general de gobierno, al Sr. Presidente del Consejo de Ministros y al señor Ministro de la Gobernación. Por el pronto, formularé las que tengo que dirigir á este último.

Oímos el otro día con mucho gusto al Sr. Ministro de la Gobernación la contestación que daba al Sr. Azcárate, con respecto á cierta pregunta que le hizo sobre la ley de procedimiento administrativo y su respectivo reglamento. Daba, al parecer, el Sr. Ministro completas seguridades de que se cumplía y se haría cumplir en su Departamento dicha ley y sus respectivos reglamentos. Nos felicitamos de ello, comprendiendo que tiene el partido liberal más estrecha obligación que ninguno para el cumplimiento de la ley, no sólo porque él es el autor de ella y de todos sus reglamentos, sino porque, además, cuando se discutió esta ley, por iniciativa, es verdad, del señor Azcárate, pero acogida con extraordinario aplauso por el partido liberal, se nos anunciaba que la promulgación de esa gran reforma legislativa iba á constituir una era nueva de verdadera regeneración para nuestro sistema administrativo.

Cinco años, me parece, van corridos desde entonces; pero los resultados prácticos no acusan ciertamente ninguna de aquellas ventajas que se nos anunciaban. Tal vez consista esto en que no se cumplen algunas de las garantías principales que constituyen como la clave de la ley misma.

Es una de ellas la publicación en la *Gaceta*, durante la primera quincena del mes de Febrero de cada año, de un estado-resumen de todos los expedientes incoados y tramitados en los respectivos Departamentos ministeriales; sin embargo, es inútil buscar en la *Gaceta* del último mes de Febrero el estado-resumen que debía haberse publicado en cumplimiento de este precepto de la ley. Esta era una de

las preguntas que quería yo formular al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, puesto que por la ley él es el encargado de esta publicación. ¿Querría decirnos el Sr. Ministro de la Gobernación, si es que lo puede hacer ahora, ó querría dignarse transmitir esta pregunta al Sr. Presidente del Consejo, para que nos manifieste qué motivos han impedido que publique la *Gaceta*, ni en la primera ni en la segunda quincena de Febrero, ni en ninguna fecha de lo que va de año, el estado-resumen de los expedientes incoados y tramitados en los diferentes Departamentos ministeriales durante el año último?

Además de esto, es de verdadero interés para nosotros el disponer de una relación, que sin duda podrá facilitarnos el Sr. Ministro de la Gobernación, y en la que se exprese cuáles son los expedientes que durante el año último de 1893 se han incoado y tramitado en su Ministerio y en las respectivas dependencias, tanto centrales como provinciales, sobre suspensión de Ayuntamientos, de concejales, de alcaldes, de tenientes de alcalde y nombramientos de delegados para inspeccionar los Ayuntamientos, incluyendo en este estado aquellos datos que demuestren que se cumplen los requisitos que previene el reglamento en el art. 40 y siguientes. No habrá dificultad por parte del Sr. Ministro de la Gobernación en remitir estos datos, y cuando los tenga á la vista será el momento de hacer sobre ellos las observaciones que correspondan.

La segunda pregunta que tenía que dirigir al señor Ministro de la Gobernación, envuelve ya mayor alcance.

Venía siendo, de años atrás, excelente práctica de gobierno, que se iba arraigando entre nosotros, la de que no hubiera legislatura en la cual el Gobierno no tuviera algún proyecto de ley relativo á estas cuestiones que hoy técnicamente se llaman sociales, porque afectan principalmente al proletariado. Dos años han transcurrido no obstante ahora, de total quebrantamiento de esta buena práctica. A ella se atendía principalmente en esta época inmediata al 1.º de Mayo, fecha en la cual una parte considerable del proletariado, hace como el balance de los sucesos que han ocurrido durante el año, prósperos ó adversos, para sus reivindicaciones.

En la situación conservadora anterior, se había presentado por el Gobierno un importantísimo proyecto de ley llamado del «descanso dominical». Este proyecto, llevado á completa discusión en la otra Cámara, discusión que fué muy detenida y amplísima, recayendo sobre ella una votación de solemnidad extraordinaria, había venido aquí, y le faltaban muy pocos trámites para llegar á su definitiva aprobación. ¿Podrá contestarme el Sr. Ministro de la Gobernación si en lo que falta de la actual legislatura podría el Gobierno presentar, como de iniciativa suya, un proyecto de ley que fuera como reproducción de éste mismo, inspirándose en el alto sentido social que le dieron las declaraciones del Senado, las declaraciones de los diferentes partidos políticos, y también las declaraciones de los Prelados en la otra Cámara?

Paso á la tercera pregunta. Ha llegado ayer á mis manos, y presumo que habrá llegado también á las de los Sres. Diputados, un papel que no quiero calificar, porque viene á ser mezcla repugnante de blasfemia y de pornografía. Se titula *La Bandera Federal Valenciana*. Basta echar la vista sobre ese pa-

pel, y sobre todo sobre el grabado que ostenta, para darse cabal cuenta de lo que ha ocurrido en Valencia, y más aún si se completa este examen con la relación que hace de aquellos sucesos la comunicación del presidente de la Audiencia.

Supongo que á estas horas estará denunciado y secuestrado ese periódico, y espero que el Sr. Ministro de la Gobernación habrá dado allí las instrucciones más severas, para que la autoridad gubernativa despliegue toda la energía que quepa dentro de sus atribuciones para que no se reproduzcan escándalos como éste, que vienen siendo diarios en Valencia desde los últimos sucesos. Y espero también que el Gobierno habrá excitado el celo del ministerio fiscal á ese propósito.

Por último, y esta era una pregunta que me había propuesto dirigir al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, pero en su ausencia me parece que puedo formulársela al Sr. Ministro de la Gobernación, sin darle ciertos vuelos, de que sería muy susceptible, no sólo para la gravedad de su asunto, sino también por el contraste inconcebible que resulta entre la estrechez y rigidez de criterio, como la que el Sr. Presidente del Consejo formulaba aquí la otra tarde en punto á gritos subversivos, y la lenidad y abandono que percibimos de las funciones de gobierno, en punto á la defensa de las instituciones. Estamos viendo á diario que, dándose á la inmunidad parlamentaria una extensión abusiva, todos los ataques que la prensa dirige contra la inviolabilidad de la persona del Monarca y contra las personas constituidas en autoridad, quedan impunes.

Hora es que sepamos cuál es el criterio del Gobierno sobre el particular, y que percibamos alguna actitud enérgica, si es que el Gobierno se propone corregir tales desmanes, que cada día son más alarmantes, sobre todo como los que en la tarde en que se dió por terminada la discusión de los tristes y bochornosos sucesos de Valencia salieron de labios del Presidente del Consejo. Fueron conceptos tan peregrinos y juicios tan graves, que quiero yo pensar que los rectificará por completo el Sr. Sagasta, si se digna fijar su atención en las palabras que con asombro le oímos. Decir, como dijo, al parecer tranquilamente, S. S. que es un grito subversivo aquel en que se proclame la realeza del Padre Santo, es una afirmación tan grave, que piadosa y sinceramente creo que se le escapó á S. S. en el calor de la improvisación. Así y todo, conste desde ahora, y sin perjuicio de volver en su día sobre tema tan interesante, que protestamos enérgicamente contra la afirmación de S. S., ya que por hallarse al terminar la sesión, no pudimos rechazarla con aquella amplitud y firmeza con que nos lo demandaban nuestras convicciones y nuestros afectos.

Ausente el Sr. Sagasta, no quiero insistir sobre esto; pero es contraste singular el que nos ofrece la política de S. S., proclamando por un lado, con un criterio restrictivo é injusto á todas luces, que no es lícito gritar, «viva el Papa Rey», y dejando impunes, por otro, las rebeldías manifiestas contra la ley, que para algo no permite ciertas censuras, sea ó no Diputado el que las formule, y para algo declara sagrada é inviolable la persona del Monarca.

Pero espero una franca declaración del Gobierno sobre si cree ahora que es legal el grito de «viva la República»; si entiende que es legal, como ha enten-

dido otras veces el partido liberal, la propaganda separatista, desgarradora de la integridad de la Patria; y sobre todo, si cualquier ataque que la prensa dirija contra la persona del Monarca, aunque del hecho resulte responsable un representante del país, será objeto por parte del Gobierno de la represión más enérgica, usando de todos los medios que la ley le concede.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): En primer lugar, tendré el honor de remitir á la Cámara todos los documentos que el Sr. Sánchez Toca se ha servido pedir respecto á la suspensión de Ayuntamientos y á los demás asuntos á que S. S. se ha referido.

En cuanto al cumplimiento de la ley de procedimiento administrativo, pondré en conocimiento del Sr. Presidente del Consejo de Ministros el ruego de S. S.; pudiendo asegurarle por mi parte, que en el Ministerio de la Gobernación, lo mismo en las oficinas centrales que en los Gobiernos de provincia, se observan todos los trámites; tanto es así, que cuando en el Ministerio se recibe algún expediente en el que se ha faltado á alguno de los requisitos legales, se devuelve á la respectiva provincia para que se subsane la omisión.

Respecto á la publicación en la *Gaceta* en la primera quincena de Febrero de los datos á que se ha referido el Sr. Sánchez de Toca, diré á S. S. que si la publicación no se ha hecho, habrá sido debido á que en la Presidencia del Consejo no se hayan recibido todavía todos los antecedentes necesarios; pero existe el propósito de publicarlos, se trabaja para ello, y S. S. sabe perfectamente que muchas veces por la necesidad de que aparezcan en día determinado en la *Gaceta* ciertos documentos, tiene que sufrir retraso la publicación de otros. Tenga el Sr. Sánchez de Toca la seguridad de que tan pronto como todos los Ministerios hagan lo que ya ha hecho el de Gobernación, y estén en la Presidencia todos los datos, se publicarán en la *Gaceta*; y esto es lo esencial.

Ha hablado también S. S. del periódico *La Bandera Federal de Valencia*. No sé si tiene noticia S. S. de que precisamente cuando se discutían aquí las infracciones de ley cometidas por ese periódico, el fiscal lo había ya denunciado, habiendo sido secuestrado, conforme al procedimiento que la ley marca para esos casos. Con ese precedente, casi puede asegurarse que si ese periódico ha insistido en lo mismo que dió lugar á la anterior denuncia, las autoridades de Valencia habrán sido consecuentes y habrán hecho con el segundo número lo que hicieron con el primero; y si han encontrado en las caricaturas ó en el texto algo que revista carácter de delito, habrán sometido la publicación á los tribunales y habrán procedido con arreglo á la ley y con toda energía, para que esos delitos no queden impunes.

No hay que decir que si el delito es tal como lo pinta S. S., el Gobierno se ha de asociar con todas las personas honradas á la reprobación de semejantes hechos, como se asocia siempre á todo lo que significa impedir trasgresiones de la ley. A propósito de este asunto, el Sr. Sánchez Toca hacía indicaciones de otro alcance, y exigía del Gobierno declaraciones de manifiesta importancia.

Preguntaba S. S. si el Gobierno estaba dispuesto á amparar, á garantizar todo lo que se refiriera á la personalidad del Monarca, todo lo que se refiriera á

la defensa especial de las instituciones, garantidas por la Constitución del Estado, ó si el Gobierno se proponía únicamente amparar los derechos de determinados funcionarios, dejando en el desamparo, como se había dejado en ciertas ocasiones, á entidades y personalidades que merecían mayor respeto por parte del Gobierno. Permítame S. S. que no deje pasar inadvertida esta indicación que hacía, y que tiene toda la importancia, toda la gravedad y toda la autoridad que tiene todo lo que de sus labios sale, y que oponga una negativa absoluta á la afirmación de S. S., porque no es cierto que el Gobierno se haya preocupado nunca de ataques dirigidos á personalidades que ocupan puestos de mayor ó menor importancia.

El Gobierno no ha tenido en esto iniciativa de ningún género; el Gobierno no se ha preocupado jamás de lo que podía afectar á la personalidad de cada uno de los individuos que lo constituyen, ó á la personalidad de los funcionarios que directa ó indirectamente, puedan estar relacionados con las personas que constituyen el actual Gobierno.

Lo que el Gobierno ha hecho cuando se ha tratado de ataques á la disciplina del ejército ó de ataques á las altas instituciones del Estado, cuando se ha llegado hasta el Trono, cuando se ha llegado á lo que la Constitución considera inviolable, ha sido tomar la iniciativa que correspondía á su deber y llamar la atención del fiscal de S. M., que en estos casos no necesita excitaciones, para que procediera con arreglo á derecho, en defensa de esas instituciones. Si hay algún Diputado que ha amparado con su firma ó con su nombre determinados artículos, en las Cortes, en quien reside la autoridad para conocer de estos asuntos, están esos expedientes, y las Cortes denegarán ó concederán el suplicatorio correspondiente. En este punto no le corresponde al Gobierno iniciativa de ningún género. El Parlamento decidirá, como decidirá también el Sr. Ministro de Gracia y Justicia respecto de las omisiones en que puedan incurrir los fiscales, sin perjuicio de que el Ministro de la Gobernación, en cumplimiento de su deber, llame la atención de quien corresponda, en los casos en que, no ya la falta de celo, sino la falta de la rapidez necesaria en los procedimientos, haga precisa su iniciativa.

No sé si alguna de las preguntas que el Sr. Sánchez Toca me ha hecho, se me habrá olvidado. (*El Sr. Sánchez Toca: Descanso dominical.*)

El Gobierno se halla dispuesto á aceptar la indicación que en términos generales le ha hecho el señor Sánchez Toca. Desde el primer momento que ocupé el Ministerio, me preocupé de los trabajos importantísimos que lleva á cabo la Junta de reformas sociales, de que creo forma parte dignamente S. S. El Gobierno se asociará á aquellos elementos que puedan constituir una iniciativa dentro del Parlamento, una iniciativa, por decirlo así, legislativa, y traerá convertidos en proyectos de ley aquellos trabajos de la Junta de reformas sociales que estén dentro de su criterio; pero permita S. S. al Ministro de la Gobernación que estudie estos asuntos con algún detenimiento, que se ocupe de ellos y vea la forma de asociar su iniciativa á la de la respetabilísima Junta á que S. S. pertenece.

Por lo demás, el asunto á que S. S. se ha referido es un poco grave para que pueda traerse en estos

momentos, antes de que termine la legislatura. Yo no sé cuándo se terminará ésta; por consiguiente, no puedo hacer una afirmación dentro de esos términos precisos que S. S. me fija. Si la legislatura se prolonga durante algún tiempo, el Gobierno, atendiendo las indicaciones de S. S., traerá ese trabajo anterior, ó ese precedente convertido en un proyecto, tomando de él aquello que crea conveniente, ó prescindiendo de aquello que pueda servir de dificultad para que prospere el deseo de S. S.

Creo, pues, haber satisfecho los deseos del señor Sánchez Toca; estando dispuesto en todo momento á dar más explicaciones, si S. S. lo desea.

El Sr. SANCHEZ DE TOCA: Pido la palabra

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): La tiene V. S. para rectificar.

El Sr. SANCHEZ DE TOCA: Brevísimamente he de contestar á lo que acaba de decir el Sr. Ministro de la Gobernación.

Doy gracias al Sr. Ministro por el buen propósito que respecto al proyecto del descanso dominical ha manifestado esta tarde, si bien no ha contestado del todo en los términos que yo deseaba. Pero no he de ocultar, á la par, que en su respuesta me llaman mucho la atención esas vagas insinuaciones que nos ha presentado entre misteriosas veladuras, diciéndonos que se hallaba en verdadera dificultad para poder ser explícito sobre el momento de la presentación de este proyecto, pues no estaba él en los altos secretos respecto de la duración de la legislatura. Bien comprenderá que en este punto nuestra incertidumbre sea todavía mayor que la del Sr. Ministro. Únicamente presumíamos aquí que había de ser ésta una legislatura que alcanzara por lo menos á la presentación de los presupuestos. Por consiguiente, como tienen que correr algunos días antes de que se verifique esto, y entre ellos estará el 1.º de Mayo, me parecía á mí que resultaba de esto una oportunidad muy propicia, para que este Gobierno diera á las clases obreras verdadera satisfacción en cosa tan importante y legítima, haciendo suyo, por lo menos en lo sustancial, aquel antiguo proyecto de ley que estuvo á punto de llegar á la sanción de la Corona. Yo espero que cuando el Gobierno se ocupe de esto en Consejo de Ministros, aunque no sea precisamente aquel mismo proyecto de descanso dominical, con ligeras variaciones se nos presente como proyecto del actual Gabinete.

En cuanto á la inmunidad parlamentaria, creía yo haber precisado bien mi pregunta. Decía que lo más grave de estos atentados contra la inviolabilidad de la persona del Monarca, era que se tratara de ampararlos, dando á la inmunidad parlamentaria una inmunidad escandalosamente abusiva, de modo que en el periódico pudiera decirse todo, incluso lo que no podemos decir aquí, y luego resultase lo dicho en el periódico envuelto con el manto de la inmunidad del Diputado. Esto es lo que yo digo que necesita la enérgica acción del Gobierno; y entiendo que cuando viene á esta Cámara una exposición, algún expediente ó alguna comunicación sobre suplicatorios de esta clase, ese expediente, comunicación ó suplicatorio, no aparezca completamente abandonado de la mano del Gobierno; y sobre todo, que una vez que se haya dictaminado sobre ellos, cualquiera que sea el dictamen, procure el Gobierno que las fuerzas políticas de que dispone no aparezcan tan completa-

mente estériles é inertes, que se produzca el vacío al rededor de tales dictámenes, que si son favorables á la inmunidad de la impunidad absoluta se despachan ejecutoriamente, mientras que si otorgan el suplicatorio ni siquiera se da cuenta de ellos.

Me parece que no puedo ser más claro en este particular, y desearía que la contestación del señor Ministro de la Gobernación correspondiera á esta actitud mía. Creo que esta actitud enérgica y decidida de gobierno se impone, sobre todo después de haber oído hace dos tardes, en este mismo sitio, al señor Presidente del Consejo una declaración tan grave como la que hizo la otra tarde acerca de lo que él considera como gritos subversivos; extremando en esto su criterio hasta el punto de declarar subversivo el grito de «viva el Papa Rey»; declaración inconcebible, y que por haber sido hecha, repito, á última hora de sesión, y en una sesión prorrogada, no quisimos sobre ella producir ningún debate, porque la gravedad del caso nos habría traído fácilmente á que aquella sesión se prorrogara indefinidamente. Pero cuando aquí se ha podido decir desde el banco azul, que era grito subversivo proclamar la realeza del Pontificado, me parece á mí que lo menos que podemos pedir es que otros gritos subversivos y manifestaciones de la prensa que envuelven ataques á la persona del Monarca, deben recibir del Gobierno una reparación mucho más eficaz, que la que observa en este particular hace mucho tiempo.

Ruego, pues, al Sr. Ministro de la Gobernación que sobre este particular esté todo lo explícito que pueda, porque nosotros de su contestación juzgaremos cuál sea el alcance de la resolución que convenga adoptar.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): No puedo estar ahora más explícito que antes. El Gobierno reprueba todo lo que sea ataque á la inviolabilidad del Monarca y de las instituciones, y no consentirá de ninguna manera la impunidad, si ve que la impunidad resulta porque hechos de esa naturaleza se amparan con la inviolabilidad de un Diputado. Este es el criterio del Gobierno. En cuanto al particular mío, lo conoce S. S. también, puesto que forma parte de la Comisión que informó en esos expedientes que considera S. S. en el vacío; y así como he creído que debía negarse el suplicatorio para procesar en 17 casos, por ejemplo, en 2, en los cuales estaba taxativamente demostrada la responsabilidad de determinadas personas, no he tenido inconveniente en poner mi firma y autorizar un dictamen contrario, como presidente de la Comisión á que aludo. Este criterio que tenía como Diputado, sigo teniendo como Ministro, y la intervención como Diputado, en casos análogos, la tendré como Ministro.

En cuanto á las atribuciones del Poder ejecutivo, por más que su influencia y autoridad con la mayoría sea directa en los trabajos del Parlamento y dictámenes de las Comisiones, es sumamente grave que se pueda afirmar nada aquí. Sólo diré á S. S. que no faltaré á mis deberes de hombre de gobierno y de hombre político, y que respetando siempre los fueros del Parlamento y de los Diputados... (El Sr. Lostau: Muy bien); he de considerar como un deber inevitable

y esencial, la defensa en todos terrenos de lo que la Constitución declara inviolable, con el firme propósito de no dejar impunes los ataques que se dirijan á las instituciones, por nada ni por nadie.

El Sr. **SANCHEZ DE TOCA**: Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S. para rectificar brevisísimamente; yo se lo ruego á S. S.

El Sr. **SANCHEZ DE TOCA**: El Sr. Ministro de la Gobernación ha confundido mis conceptos sobre la inmunidad y la impunidad de los atentados contra la inviolabilidad de la Persona del Rey.

De lo que me he lamentado principalmente en mi anterior rectificación, ha sido del olvido de los expedientes y dictámenes en que yacen los casos de donde pudiera resultar la saludable rectificación de nuestras corruptelas parlamentarias. El caso que acaba de puntualizar S. S., es indudablemente un caso de olvido. Hace diez meses que tenemos expedientes de esa índole, y yo creo que no deben continuar así; hay que sentar un precedente parlamentario sobre esto, y es preciso que el Gobierno, antes que nadie, tenga la responsabilidad y el valor de su opinión en la materia.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): De diez meses que han transcurrido, nueve han estado cerradas las Cortes; y por otra parte, la dirección de los trabajos parlamentarios no corresponde al Gobierno.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Marqués del Vadillo tiene la palabra.

El Sr. Marqués del **VADILLO**: Había pedido la palabra, Sres. Diputados, para hacer al Gobierno de S. M. un ruego, al par que una pregunta, que principalmente se dirige á los Sres. Ministros de la Gobernación, de Estado, y quizás al de Gracia y Justicia, aun cuando yo haya advertido especialmente de ello á los dos primeros.

Esta pregunta y este ruego se enlazan con el cumplimiento del art. 11 de la Constitución del Estado; y el sólo enunciado de este artículo dice á la Cámara toda la importancia y trascendencia suma que pudiera tener, desarrollado como merece, el asunto que envuelve la pregunta.

No será probablemente un secreto para los que me escuchan la noticia que de algunos días á esta parte ha corrido en parte de la prensa española, tomada de la prensa inglesa: telegramas que anunciaban un hecho que motiva precisamente mi pregunta, y en los que se funda mi ruego. Esta noticia era nada menos que la llegada próxima á Madrid del Arzobispo de Dublín, acompañado de dos Prelados protestantes ingleses, con objeto de proceder aquí á la consagración del tristemente célebre Padre Cabrera y al establecimiento del obispo protestante de Madrid.

Me parece, Sres. Diputados, que lo que acabo de indicar merece meditarse un poco, y por eso mi primera pregunta es la que voy á formular; y siento que al hacerla asome la sonrisa á los labios del Sr. Ministro de la Gobernación. (El Sr. Ministro de la Gobernación: No era por eso.) Digo que vale la pena, porque mi pregunta á los Sres. Ministros que he citado es esta: ¿entienden SS. SS. que puede procederse en

Madrid á la consagración y al establecimiento de un obispado protestante, sin que se viole de una manera evidente el art. 11 de la Constitución del Estado? ¿Han meditado, además, bastante en que esta violación, sobre la gravedad que envuelve por serlo, implica un verdadero peligro para nuestras relaciones internacionales?

Ya le diré al Sr. Ministro de la Gobernación en qué fundo mis temores; pero de todas suertes, la pregunta concreta es la que acabo de hacer. ¿Puede anunciarse á la faz del mundo, puede darse publicidad al hecho de que va á procederse aquí á la erección de un obispado protestante? ¿Por ventura, desde el momento en que se hace esto, no se viene á reconocer públicamente la iglesia anglicana en España? ¿No constituirá este solo acto el establecimiento de la jerarquía eclesiástica?

Seamos claros: ¿á dónde alcanza la interpretación del artículo constitucional, si no es á la afirmación terminante de que ningún español será molestado por sus opiniones religiosas y de que será permitido el ejercicio privado del respectivo culto? De donde resulta, y así se ha interpretado cuando se ha interpretado bien este artículo constitucional, que no se puede ir más allá de la inviolabilidad del templo y de la inviolabilidad del cementerio, siempre que el cementerio y el templo carezcan de signos exteriores que hagan percibir que allí se trata de la celebración de ejercicios divinos ó de las ceremonias propias de culto. A esto alcanza el artículo constitucional.

Ahora bien; medite el Sr. Ministro de la Gobernación si el establecimiento en Madrid de un obispado protestante anglicano (é insisto en citar este nombre porque produce las consecuencias á que antes me refería), no implica la afirmación y el reconocimiento de la jerarquía y, por tanto, el establecimiento de una iglesia como colectividad, como persona jurídica, como algo que será todo menos unas personas privadas y particulares, en el sentido de que se reconoce el ejercicio del culto privado, á los que en este caso están al amparo de la Constitución.

Si la trascendencia es esta, si la significación que puede darse al hecho que se anuncia implica nada menos que el reconocimiento oficial de lo que pudiera llamarse un estado de libertad, me parece que no exagero cuando digo que si lo que se anuncia llega á ser verdad, se cometerá una violación manifiesta del artículo constitucional.

No quiero repetir aquí, porque saldría de los límites de una pregunta, el carácter que se ha dado y que ha tenido siempre en países donde no estaba extendida la doctrina católica, el establecimiento de su jerarquía eclesiástica; se ha entendido que esto significaba un estado de libertad, y esta significación sería la que se diese aquí, desde el momento que se tratara del establecimiento de esas jerarquías de la Iglesia anglicana; y como esto está fuera del espíritu y de la letra de la Constitución del Estado, de aquí mi primer cargo.

Pero he dicho al comenzar, y tendré ocasión de desarrollarlo si no quedase satisfecho de la respuesta que se me dé, y para ese caso anuncio desde ahora una interpelación; he dicho que tratándose de una confesión anglicana, de una religión que podríamos llamar nacional, el reconocimiento de la jerarquía en este punto tenía trascendencia grande, porque no ignora nadie que la religión anglicana tiene su jefe

supremo en el Jefe del Estado de la Gran Bretaña, y por tanto, desde el momento en que aquí se viniera á reconocer la jerarquía, resultaría que vendríamos á reconocer la existencia dentro del Estado español de otro Estado religioso.

Espero, antes de formular los graves cargos que me ocurren, saber cuál es el criterio del Gobierno en esta parte; y le ruego al Sr. Ministro que me exprese cuál sea, porque de lo contrario, y en el caso de no encontrar S. S. atinadas las observaciones que acabo de hacer, tendría que ampliarlas, haciendo algunas comparaciones entre ellas y aquel criterio del señor Presidente del Consejo de Ministros cuando á propósito de la peregrinación á Roma hablaba de la potestad temporal del Santo Padre, entre el reconocimiento que aquí se haría de una jurisdicción y de una Iglesia que tiene su cabeza en el Jefe de un Estado, que es soberano temporal, lo cual es hartó más grave que la soberanía temporal del Pontífice, que los católicos proclamamos como garantía histórica necesaria de su soberanía suprema espiritual.

He dicho que no quería extenderme más en estas consideraciones y que esperaba saber antes el criterio del Gobierno en este punto.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): No es que me sonriera, Sr. Marqués del Vadillo, al oír hablar á S. S. Nada de eso; ni por S. S., que me merece toda clase de respetos, ni por el asunto que trataba en sí, tan respetable y digno de consideración, podía hacerlo; es que saludaba á un amigo que entraba en el momento á que S. S. se refirió.

Por lo demás, y aparte de esto, diré á S. S. respecto á lo que se ha servido manifestar, que no ha venido á Madrid ningún Obispo de Irlanda; que el Gobierno no tiene noticia oficial ni particular del hecho á que S. S. se refiere, ni aun siquiera conoce la noticia, que pueden muy bien haber publicado los periódicos de aquí ó los ingleses, pero que hasta ahora no ha tenido realidad.

Cuando ese caso llegue, el Gobierno se hará cargo de él, y lo resolverá con arreglo al art. 11 de la Constitución; pero no está en el caso de entablar ahora un debate, que sería fuera de lugar, sobre la interpretación que debe darse á un artículo constitucional. Cuando vengan los hechos, y cuando con el consentimiento del Gobierno se hayan realizado aquellos que S. S. teme, entonces estará en su punto la pregunta de S. S.; pero porque un periódico haya dicho que van á venir unos Obispos de Irlanda, que muy bien pueden venir como *touristas*, y no de otra suerte, no vamos á entablar un debate de esta naturaleza.

ORDEN DEL DIA

Sucesos de Melilla.

Continuando la discusión pendiente sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Guerra continúa en el uso de la palabra.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez):

En la tarde de ayer, Sres. Diputados, hice el proceso de todo lo ocurrido en Melilla hasta el día 2 de Octubre, en que se verificó la agresión de los marroquíes. En todo este largo proceso intenté demostrar, y creo haberlo conseguido, que el hecho del 2 de Octubre fué uno de tantos, como han acontecido en el campo de Melilla: una de esas sorpresas que allí han ocurrido, en la que no hay responsabilidad ni para el Ministro de la Guerra, ni siquiera para el comandante general de Melilla.

El comandante general de Melilla, conocedor del campo, conocedor de la actitud y de las pretensiones de las kabilas, con noticias exactas de cuanto allí ocurría por los medios que tenía á su disposición, no creyó, y así lo hizo entender al Gobierno de S. M., que había de ser atacado en aquellas primeras construcciones del fuerte de Sidi-Aguariach. Sobrevino el conflicto, fué atacado primero aquel destacamento, y más tarde el comandante general de Melilla dirigió con acierto la operación de la retirada; porque ante un enemigo muy superior en número, no tenía más remedio que organizar la retirada como la organizó, en orden perfecto, batiéndose como se baten los soldados españoles y volviendo á la plaza en las condiciones que ya son conocidas. Pero todavía debo yo decir algo más para llevar al convencimiento de los Sres. Diputados cómo, en efecto, fueron sorprendidos aquel digno jefe y la guarnición de Melilla.

No pude ayer llegar, como conclusión de lo que había tenido el honor de exponer á la Cámara, al parte que el comandante general de Melilla dió al Gobierno de lo allí ocurrido el día 2 de Octubre; en este parte, comunicado después de la conversación telegráfica, que tuvo conmigo, dice lo siguiente:

«La noche del 1 al 2 se pasó sin novedad notable, habiéndose limitado los moros á disparar algunos tiros contra la caseta defensiva en construcción, cerca del emplazamiento elegido para el fuerte de Sidi-Aguariach; y no pudiendo considerar esto como motivo bastante para suspender las obras, ni para adoptar medidas de seguridad, alarmantes para la plaza y sintomáticas de temor para con el enemigo, etc., etc.»

Es decir, Sres. Diputados, que queda perfectamente demostrado que el comandante general de Melilla no esperaba la agresión de los moros, ó si esperaba alguna, creía que había de ser tan insignificante, que consideraba bastante las fuerzas que tenía para rechazarla, porque suponía que no podía partir más que de alguna pequeña fracción de los moros fronterizos.

Pero todavía, y para terminar este punto, debo recordar ante el Congreso que se ha dicho, y no sé si lo ha repetido el Sr. Martín Sánchez, que se tenían noticias en Madrid de la actitud de los rifeños, y que ya el célebre Maimón Mohatar, á causa de haber sido destituido por el Emperador de Marruecos, era el que agitaba á las kabilas y se disponía á agredir á la plaza. Pues ni siquiera esto es exacto.

Aquí tengo una carta del comandante general de Melilla, fecha 12 de Julio, en la que me decía aquella autoridad que tenía noticias fidedignas de que Maimón Mohatar trabajaba constantemente en aquellas kabilas del Guelaya para que no hiciesen oposición alguna á la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach; y en otra carta me añadía que este mismo jefe de kabilas, ó lo que entonces fuera, le había mani-

festado que, si se construía el fuerte de Sidi-Aguariach, ellos no se opondrían; pero que pedirían al Emperador que la Aduana establecida en Melilla por cuenta del Gobierno marroquí se trasladara á Saida, una de las kabilas próximas al Muluja. A esto estaba reducida la amenaza de ese célebre Maimón Mohatar. Por cierto que el comandante general me decía que esa traslación sería de mal efecto y muy perjudicial para los intereses de Melilla, por razones de comercio y de trato con los rifeños, porque esa Aduana ocasiona el que traigan un gran número de artículos comerciales á la plaza.

Todo esto lo expongo al Congreso para que se persuadan los Sres. Diputados de que por parte del comandante general, no sólo no había temor alguno de agresión, sino que ni siquiera se le pasó por la imaginación que hubiera que emplear la fuerza para construir los fuertes, porque entonces hubiera sido falta imperdonable en mí el no haber tomado todas las precauciones necesarias.

Pero después del día 2 de Octubre, Sres. Diputados, he sido víctima de muchos ataques, de los cuales me sería imposible, y no es esta mi misión, hacerme cargo esta tarde; pero sí lo haré de las indicaciones, que me ha hecho el Sr. Diputado, á quien tengo la honra de contestar.

El cargo principal, el más contundente, es el que se refiere al descuido, á la pereza, á la vacilación con que el Ministro de la Guerra procedía después del 2 de Octubre en el envío de refuerzos para aplicar un pronto castigo á las kabilas insurrectas, á cuyo fin bastaban 6 ú 8.000 hombres, según el Sr. Martín Sánchez, puesto que la cosa se reducía á dar un paseo militar por Benisicar, Frajana y la Mezquita, destruir los caseríos y aduanares, castigar á los moros duramente, hacer en ellos muchas bajas y regresar triunfantes á la plaza.

En el curso de la exposición, que voy á hacer al Congreso de lo que ocurrió desde el 2 al 27 de Octubre, verán los Sres. Diputados por qué el Ministro de la Guerra no aconsejó ese paseo militar; porque el Ministro de la Guerra, afortunadamente para el país y para la misión que le está encomendada, conoce muy bien cómo se hace la guerra, porque la hizo muy temprano en aquella región, ha estudiado después cómo se ha hecho en Argelia y en otras comarcas fronterizas á países poblados de enemigos de esa índole, y conozco perfectamente la plaza de Melilla por haber estado en ella allá por el año de 1867, en virtud de una disposición política, siendo Diputado, á consecuencia de haber firmado cierta exposición, encontrándome retirado; porque entonces, á los militares que no eran oficiales generales, se les obligaba á retirarse, aunque fuera sólo provisionalmente, para poder ejercer el cargo de Diputado.

Y fui á Melilla, acompañado de un dignísimo y nunca bastante llorado oficial de artillería, entonces retirado también, D. Frutos Saavedra Meneses. Me enviaron, como digo, á la plaza de Melilla, á donde fui conducido por la Guardia civil, hasta que luego se me volvió al servicio sin solicitarlo, destinándome á Canarias, para que residiera allí, por lo menos mientras que se verificaban las elecciones generales por el Gobierno que adoptó esa medida. Con tal motivo, tuve la fortuna de conocer á tan ilustrado oficial, que no sabía descansar; así es, que el tiempo que estuvo en Melilla se dedicó á levantar un plano

de los terrenos ya demarcados, cuyo plano todavía no se había hecho; visitamos todas las alturas próximas á Melilla, y, sobre todo, observamos las condiciones del puerto y de los muelles que había en la plaza. Con esa enseñanza, Sres. Diputados, no pasó por mi imaginación ni pensé un instante el que yo pudiera enviar á Melilla, en los meses de Setiembre y Octubre, los peores del año en aquellas costas, 6 ú 8.000 hombres vituallados, armados, municionados y en disposición de desembarcar tan prontamente, como supone el Sr. Martín Sánchez que se hacen esos desembarcos; y una vez en Melilla, donde apenas caben 1.500 hombres, acamparlos no sé cómo, para que, después de realizar ese paseo militar, que decía el Sr. Martín Sánchez, regresasen victoriosos á la plaza. Eso es soñar, y yo no sueño ni he soñado nunca, cuando he estado al frente del Ministerio de la Guerra.

El día 2 de Octubre, después que el comandante general de Melilla verificó la retirada de sus fuerzas á la plaza y á los fuertes, inmediatamente le llamé al telégrafo y tuve con él una conferencia, que traigo aquí. Es larga, contiene muchos detalles, y yo no vengo á molestar al Congreso leyendo documentos de tanta extensión; pero sí leeré algún párrafo, en el cual se inicia mi pensamiento respecto á lo que debería de hacerse en Melilla.

Le decía, después de contestar al parte que me dió por telégrafo: «Si las hostilidades continuán, queda V. E. autorizado para causar todo el daño posible en el campo enemigo. Dígame V. E. todo aquello que perentoriamente necesite para completar seguridad de la plaza y sus fuertes. Estudie V. E. además lo que crea necesario para continuar la construcción del fuerte.»

He leído este párrafo, porque una de las acusaciones, que se me han dirigido, ha sido la de la inactividad en que estuvieron los fuertes de Melilla desde el 2 hasta el 27 de Octubre.

Estaba autorizado el comandante general de Melilla para defenderse y para hacer uso de la artillería de los fuertes, cuando fuera hostilizado y cuando lo tuviera por conveniente.

Contestaba el comandante general de Melilla: «Para completa seguridad plaza y fuertes exteriores, basta con que se complete la fuerza del Disciplinario y el regimiento de Africa; que llamará por el primer correo á 24 soldados que tiene con licencia ilimitada. Si tardan, puede V. E. destinarme los voluntarios que crea conveniente. Para el servicio de todas las baterías es necesario se destine á esta plaza otra compañía. Si V. E. lo ordena, podría salir mañana de Málaga.» Salió, en efecto.

«Para continuar obras Sidi-Aguariach, opino deben construirse otros fuertes intermedios, pues separarse desde luego á 4 kilómetros de distancia, sin defensas intermedias, es muy difícil y peligroso.»

No solamente se mandó á Melilla la compañía de artillería que se pedía, sino que se dió orden para que estuviese dispuesto á embarcar en Málaga el regimiento de Borbón, que allí estaba, y un batallón de cazadores; y se dieron, además, órdenes al comandante en jefe del segundo cuerpo para que dispusiera las fuerzas necesarias en Cádiz y en Málaga con que atender á las peticiones de auxilios, que hiciese el comandante general de Melilla.

Antes de pasar á tratar del Consejo de Ministros,

que tanto criticó el Sr. Martín Sánchez, he de referirme al telegrama, que leyó S. S. aquí para hacer cargos al Gobierno, en el cual el comandante general de Melilla daba cuenta de que el bajá del campo le había dicho que le escribiera una carta, y qué sé yo cuántas cosas más. Y decía el Sr. Martín Sánchez: ¡qué vergüenza! ¡pedir que aquellos que habían sido atacados escribieran una carta para que se suspendieran las hostilidades! ¿Qué quiere el Sr. Martín Sánchez que yo le diga? La vergüenza será del que lo pidió. ¿Qué tiene que ver con esto el Gobierno?

El comandante general de Melilla hizo bien en rechazar aquella indicación con energía, y el Gobierno hizo bien en aprobar su conducta. Pero se ha querido sacar partido de que el bajá del campo tuviera este atrevimiento, y como era menester empezar á hablar de vergüenzas, se ha pretendido aprovechar esto, sin razón ninguna; y ahí tenéis una de las grandes vergüenzas, que ha habido en Melilla.

También he de recordar al Congreso que yo me levanté aquí á contestar á una pregunta del señor Martín Sánchez, y le dije que yo asumiría para mí toda la responsabilidad de la gestión militar en Melilla. Esto fué recibido con ciertos murmullos, que yo no me expliqué, y que pudieron hacer pensar á alguien que lo que yo pretendía era excusar al Gobierno de la responsabilidad que tuviera en este asunto. Sin duda no me expliqué bien, ó no me entendieron; y por si acaso, declaro leal y noblemente que en todo este proceso, á que me he referido en el día de ayer y que he continuado en el de hoy, el Ministro de la Guerra ha obrado sin conocimiento del Gobierno de S. M., porque todo esto cae dentro absolutamente de las facultades del Ministro de la Guerra; porque el Ministro de la Guerra había dado la orden de construcción del camino y de acopio de materiales, y todo lo que se hizo en Melilla hasta el día 2 de Octubre, y á él corresponden absolutamente todas las responsabilidades de estos actos, que realizó sin tener que dar cuenta de ellos al Consejo.

Después del 2 de Octubre, el Gobierno sí se preocupó, y se reunió en Consejo de Ministros; y debo declarar con la franqueza que acostumbro, que los Ministros estaban impresionados con las noticias recibidas, y todos deseosos de que se hicieran los mayores y más rápidos esfuerzos para el castigo de los rifeños; que el digno Sr. Ministro de Hacienda, al cual el Sr. Martín Sánchez calificaba no sé de qué, se apresuró á exponer que podía contar con los medios necesarios para todo género de operaciones y que tenía á mi disposición 60 millones de pesetas para todas las eventualidades de la guerra. Por consiguiente, no encontró ninguna dificultad el Ministro de la Guerra en sus compañeros; al contrario, han tenido una completa confianza en mí, que agradezco; y todos un gran deseo de que se cumpliera la misión del Gobierno conforme la Patria lo exigía. Y debo declarar que en ese Consejo de Ministros el menos belicoso fué el de la Guerra, y el que le seguía en esa serenidad de espíritu, necesaria en aquellos momentos, era el de Marina; es decir, que los Ministros del orden civil eran los más entusiasmados, los que impulsaban al Ministro de la Guerra á que hiciera todas esas cosas que la opinión reclamaba.

Pero yo, Sres. Diputados, en este sitio no soy solamente un soldado amante de las glorias del ejército, deseoso de vengar agravios y mirar por esos intere-

ses bajo el punto de vista militar; soy un Ministro responsable, y tengo deberes altísimos que cumplir, y aplicar toda la prudencia, toda la frialdad, todos los cuidados que se necesitan para obrar sin comprometer esos intereses; y al querer velar por ellos de una manera un tanto ligera, podía comprometerlos; así es, que, mientras yo fuera Ministro de la Guerra, tenía que exponer á mis compañeros, cumpliendo con mi deber, las dificultades que había para que se procediera en Melilla rápidamente. Yo lo creía imposible, y era mi deber prepararme para efectuarlo de modo que no tuviésemos nuevos fracasos, nuevos disgustos, y la Patria nuevos motivos para hacer dispendios de sangre, de dinero y de otras cosas, que aquí se han puesto en tela de juicio. Lo que se acordó en Consejo de Ministros fué facilitar todos los medios y emprender las operaciones cuando y como lo creyera conveniente el Ministro de la Guerra.

Se ha criticado también que después de la agresión de los rifeños el comandante general de Melilla tuviese frecuentes conferencias con el bajá, representante del Sultán en el campo fronterizo. Ha de saber el Congreso que aquellas conferencias pedidas por la única, al parecer, autoridad, que allí tenía el Emperador de Marruecos, no las desoía el comandante general porque creía que cumplía con su deber, y cuando lo puso en mi conocimiento, le contesté lo siguiente: «Procure terminar pronto conferencias con el bajá. Vigile mucho quién entra en la plaza, impidiendo lo hagan los que no sea indispensable por cuestión de víveres. Hoy empezaré á enviarle refuerzos.»

Esto era el 4 de Octubre; y en distintos telegramas posteriores dije al comandante general que cesaran esas conferencias con el bajá.

Se ha dicho aquí que las fuerzas enemigas habían sido insignificantes, pues no habían pasado de 2 ó 3.000 hombres; por eso sin duda se ha figurado el Sr. Martín Sánchez que con 6 ú 8.000 hombres bastaba para hacer esa decantada excursión por el territorio rifeño. Creo que se ha exagerado mucho el número de enemigos, que hemos tenido enfrente en el campo de Melilla; pero los partes, que recibí del comandante general entonces, hacían subir ese número á 12 ó 15.000 hombres, y por fuera las noticias eran que llegaban á 30.000; aquí están los partes. Muchos moros me parecían; pero en fin, la prudencia aconsejaba calcular que su número era considerable, porque de otro modo habrían sido tardíos los refuerzos que se hubiesen enviado, aun suponiendo que el embarque se hubiera podido realizar, con la rapidez con que suele el Sr. Martín Sánchez hacer todas las cosas, pues el otro día decía S. S. que es mala organización de las reservas aquella, que no da como resultado la concentración en dos días; y claro es, con esos procedimientos tan rápidos, á S. S. le bastan tres ó cuatro días para embarcar 6 ú 8.000 hombres.

Señores, no he de leer los varios partes, porque todos dicen lo mismo, en que se encarga al comandante general de Melilla, que pida cuantos medios necesite, y que emprenda no operaciones, sino los preparativos para recibir fuerzas y ponerse en condiciones de salir al campo enemigo.

Voy ahora á ocuparme en lo de las trincheras y de los fuertes. Es necesario tener presente que se trataba de llevar fuerzas del ejército, tro-

pas organizadas delante de una plaza cerrada, cuyo campo es bastante quebrado, contra un enemigo al que no se combate como á las fuerzas regulares de una Nación civilizada; porque, cuando se tiene enfrente un enemigo de las tres armas, con jefes, oficiales y soldados, que van á batirse con bandera desplegada, ya se sabe que los procedimientos de combate, que han de adoptarse, son los que enseña el estudio de la táctica, de la estrategia etc.; pero, Sres. Diputados, hay que proceder de otra manera cuando el enemigo son hordas rifeñas, que no tienen organización, bandera que los cobije, ni esos jefes que los lleven á defender la honra de esa misma bandera. Porque es un enemigo, que individualmente ó en grupos más ó menos numerosos, según la ocasión, se introduce por todas partes; que no pelea más que cuando quiere pelear; que se guarece en los barrancos; que no se le ve; y que, cuando se avanza hacia él, no se bate, ni aun se defiende, como ha ocurrido siempre en Melilla.

Mientras las tropas avanzan, ese enemigo retrocede; pero en el momento en que éstas vuelven la espalda, aunque se retiren con el mayor orden, en escalones, con guerrillas que protejan la retirada, entonces empiezan ya los moros á venirse encima, según yo lo he visto en Africa, como enjambres que no se sabe de dónde salen. Entonces, con la fiereza que les es peculiar, cargan sobre los que quedan defendiendo los escalones que se retiran, y entonces suelen ocurrir las grandes catástrofes; y aunque la retirada se haga con todo orden y adoptando toda clase de precauciones, queda por lo menos el campo cubierto de cadáveres. Si las fuerzas que se retiran no tienen campo fuerte donde guarecerse, la catástrofe es mayor. ¿Dónde habían de guarecerse nuestras tropas en el caso de una retirada, acosadas por las kabilas de Frajana y de Benisicar y otras? ¿En la plaza? No, porque no cabían.

Ante todo era necesario establecer un campo atrincherado, si no con todas las reglas del arte, si no con todas las seguridades, con que eso se hace en la guerra moderna cuando se combate con un enemigo formidable é instruido, por lo menos con las suficientes condiciones para que la tropa estuviera á cubierto de esos ataques nocturnos, que puede realizar una kabila más ó menos numerosa, como nos sucedió en la guerra gloriosa de Africa, como ha ocurrido varias veces delante de los muros de Melilla, donde en muchas ocasiones ha habido, no ya las bajas del día 2 de Octubre, sino muchos más hombres muertos en uno de esos ataques nocturnos. Yo, Ministro de la Guerra, cumpliendo con mi deber, con la experiencia que de la guerra tengo, con los conocimientos que he adquirido en los libros, no podía enviar tropas sin establecer antes un campo, donde estuvieran en buenas condiciones defensivas para frustrar las sorpresas nocturnas que pudiera intentar el enemigo. Por eso ordené al comandante general de Melilla que la Junta de defensa hiciera el estudio de una línea defensiva para las tropas que hubieran de ir allí, y envió un proyecto consistente en la construcción de poderosos *blokaus* contruídos con grandes maderos y planchas de balastro, construcción que por lo menos había de durar tres meses. Al recibir y examinar ese plan, Sres. Diputados, adopté la medida de enviar á Melilla una Comisión técnica de jefes y oficiales de artillería, ingenieros y

Estado Mayor, para que con las instrucciones, que recibieran del Ministerio de la Guerra, hiciera un estudio de aquellos fuertes, trincheras ú otras obras de defensa que creyeran convenientes para hacer una primera línea, dentro de la cual cupieran los campamentos para 12 ó 14.000 hombres; é informara sobre el estado de los fuertes y situación del ya célebre de Sidi-Aguariach.

Esa Comisión técnica salió inmediatamente de Madrid y Sevilla, en tres días hizo sus estudios, y al cuarto llegaba á Madrid su jefe con un plano, que difería muy poco de las instrucciones que se le habían comunicado, teniendo á la vista el plano de Melilla, que había en el Ministerio de la Guerra. Ese plan fué aprobado, ese plan que conocía el comandante general de Melilla, fué apoyado por él y por la Junta de defensa. En ese plan, Sres. Diputados, aparece el célebre fuerte X, fuerte que todavía no conoce el Sr. Martín Sánchez. La indicación de ese fuerte se la había hecho yo al comandante general, aun antes de ir la Comisión técnica. Ese fuerte, señores Diputados, debía estar construido sobre una altura, que formaba una barrancada entre el fuerte de Cabrerizas Altas y el camino de Cabrerizas Bajas, y avanzaba sobre la izquierda del río Oro, con una cota de 90 metros, mientras que Rostrogordo y Cabrerizas Altas tienen cotas superiores; pero Cabrerizas Bajas tiene 75 metros de cota. Siento molestaros con estos detalles técnicos; pero tengo que hacerlo así, porque he sido atacado en todos los terrenos y porque contiendo con un oficial de artillería, que me hace cargos como Diputado de la Nación y que es conocedor del arte y de la ciencia de la guerra.

Su señoría el otro día llegó á decir que yo había mandado al comandante general que fuera al fuerte X, que era el mismo que estaba á la altura de Cabrerizas Altas y Bajas. Por consiguiente, creo que el señor Martín Sánchez no había mirado ni estudiado el plano de Melilla. (*El Sr. Martín Sánchez:* Hacía un mes que le había estudiado.) ¡Ah! puede sonreirse S. S.; pero tiene S. S. que estudiar mucho aún. Yo estudié en la escuela en que S. S., hace ya, por mi desgracia, muchos años, y después, para seguir los progresos del arte de la guerra, he tenido que mirar muchos libros, y creo que sé muy poco. Lo que hay es, Sres. Diputados, que en los tiempos que corren, en que tanto se escribe del arte de la guerra, hay una juventud que, cogiendo cuatro libros y leyéndolos un rato, cree que puede discutir con todo el mundo aquellos problemas tan difíciles y que tanto preocupan á los hombres, que tienen la misión de ponerse al frente de los ejércitos. (*Rumores.*)

Yo siento mucho que lo que digo les parezca mal á los Sres. Diputados. Como á mí no me ha parecido muy bien que me traten como me han tratado, estoy resuelto á defenderme de todas maneras y por todos los medios. (*Muy bien.*—*El Sr. Cánovas del Castillo:* Ya se defenderá también el Diputado.) ¡Ya lo creo que me contestará! Lo que yo siento, Sr. Cánovas del Castillo, es que S. S., que entrará de reserva, con una galanura, con un saber, con una experiencia, que yo envidio, no haya mandado por delante, en vez de un capitán de artillería, á un hombre civil de los dignísimos que tiene á su lado. (*El Sr. Marengo:* Aquí no hay más que Diputados.—*El Sr. Montilla, D. Jerónimo:* Si es su opinión, ¿por qué no la ha de decir?—*El Sr. Cánovas del Castillo:* Cuando S. S. era capitán de

artillería, ¿no discutía con los Ministros de la Guerra?) Precisamente, Sr. Cánovas del Castillo, yo he tenido el gusto, siendo capitán de artillería, de discutir desde esos bancos los presupuestos del Ministerio de la Guerra y muchas cuestiones militares con el general Rivero, con el marqués de la Constancia, y un día hasta con el general Narváez, y tuve también el gusto de que se levantara á darme las gracias por los respetos y consideraciones, que les había guardado en este recinto. (*Varios Sres. Diputados de la mayoría:* Muy bien.—*El Sr. Cánovas del Castillo:* Pero eso es distinto; no era por el grado, era por gracia de S. S.) Es distinto, Sr. Cánovas; porque S. S., en alguna ocasión, porque ya vamos siendo viejos en este sitio S. S. y yo, pues no me lleva más que una legislatura... (*El Sr. Cánovas del Castillo:* Yo creo que lo somos, no que lo vamos siendo.) Demasiado, por desgracia. Su señoría se disgustó grandemente, y tenía razón, porque al Ministro de la Guerra, Sr. Ceballos, un oficial distinguido del ejército no le trataba con aquella medida y consideración que era debida á la persona que ejercía aquel cargo. (*El Sr. Cánovas del Castillo:* Eso era completamente distinto. Ahora estamos en si un capitán de artillería puede discutir con el Ministro de la Guerra y con los capitanes generales.)

Con completa y absoluta libertad y con un derecho que nace del cuerpo electoral, que le ha traído aquí, y que yo respeto profundamente; pero eso no me impide que cite el ejemplo de la conducta observada por mí en semejantes casos y de manifestar que el Sr. Cánovas podía haber elegido una persona que, al discutir con el Ministro de la Guerra, le hubiera guardado ciertas consideraciones. (*Varios Sres. Diputados de la mayoría:* Muy bien.—*El Sr. Cánovas del Castillo:* Si hubiera encargado á un paisano, S. S. hubiera dicho que era incompetente.) Tenga S. S. la seguridad de que no hubiera dicho tal cosa. Puede que S. S. y yo discutamos estas cuestiones: ¿cómo he de negar yo á S. S. competencia para tratar de cuestiones militares? No; ni á S. S. ni á ningún Sr. Diputado se la niego. Pues qué, los que son legisladores de la Patria, ¿no vienen aquí á conocer de todas las cuestiones? Yo puedo quejarme de la forma... (*El señor Cánovas del Castillo:* Y en eso, ¿qué tengo yo que ver? Si hubiera faltado, hubiera sido cuestión personal, individual. ¿Qué tengo yo que ver en eso? Pues nada. (*El Sr. Cánovas del Castillo:* Yo no concedo que ha faltado; pero si hubiera faltado, yo nada tengo que ver.) Queda sentado que á mí me merecen todos los Sres. Diputados igual respeto y consideración; y continúo contestando al Sr. Martín Sánchez sobre la instalación de un campo atrincherado dentro de aquellas fortificaciones para que acampara un ejército dispuesto á defenderse. Esto era lo que estaba encomendado al comandante general de Melilla antes de los sucesos del 27 de Octubre, y todas las órdenes, que este general recibiera, todas están calçadas en lo mismo.

Yo no sé si aquí se ha dicho en el día pasado, ó se ha dicho en otra parte, que los rifeños, antes del 27 de Octubre, habían invadido nuestro campo y tenían trincheras construidas en él; que esto era una gran vergüenza, y que contra esto no había hecho nada el Ministro de la Guerra. Tengo aquí bastantes partes telegráficas del comandante general de Melilla contestando á cuantos yo le ponía preguntándole si eso era cierto y diciéndole que no lo permitiera,

en los que se niega en absoluto que dentro del campo de Melilla hubiera ninguna trinchera, ni un solo moro; que las que se construían eran fuera del campo español. Por consiguiente, esa gran vergüenza no ha existido, y aquí están los textos que lo demuestran.

No leeré tampoco, por no molestar á la Cámara, otros telegramas que he traído, en la previsión de que se me hicieran cargos con ese motivo, y entre ellos hay algunos, en que el comandante general de Melilla me expresaba su deseo de que no le enviara fuerzas; pero haré especial mención de un parte, que no quiero pasar en silencio, sobre el número de enemigos que había frente al campo, y dice así: «Kabilas fronterizas asociadas á las del Riff, Kibdania y Benisinasen (ésta es importantísima), en número de 30.000 infantes y 2.500 caballos, están dispuestas á impedir á todo trance continuación fuerte.» Ante estas noticias y otras que el Gobierno recibía, ¿era prudente, Sres. Diputados, cumpliría con su deber un Ministro que allá, en montón, desembarcara batallones y batallones para castigar á kabilas, que se presentaban en esta forma?

La Comisión técnica, de que antes me ocupé, le dijo al comandante general de Melilla que se necesitaba por lo pronto, para dejarlos dentro del campamento que se señalaba en las instrucciones, 2.000 hombres para la plaza y fuertes, 8.000 para operar, un regimiento de caballería, dos baterías de montaña, dos montadas, 400 artilleros de plaza y un batallón de zapadores. Añadía que los cuerpos debían llevar acémilas suficientes para conducir el agua y todo lo demás necesario.

Y me voy aproximando rápidamente á la cuestión célebre de las órdenes que recibiera el comandante general de Melilla, y que le expusieron, según se dice, el 26 de Octubre á un fracaso.

El 20 de Octubre, y esto es de alguna importancia para la demostración que estoy haciendo, me escribía el comandante general de Melilla lo siguiente:

«Está desembarcando una batería de montaña, y mañana llegará otra, por lo que ya no cabe en la plaza y fuertes la gente llegada: he empezado á alojar en el barrio del Polígono esas dos unidades y dos batallones de infantería...

»Dígame usted si quiere que desde luego se empiece el fuerte de las Canteras, que propone la Comisión técnica...

El fuerte de las Canteras no es más que un atrinchamiento, que se había proyectado construir delante del fuerte de Camellos, á una distancia no muy larga de unas canteras, detrás de las que solían guarecerse los moros para hostilizar al fuerte.

«... pues como no está lejos de Camellos, podríamos adelantarlo. Se está haciendo trinchera en la inmediación de Camellos y en la estribación de Cabrerizas, y aprovecho estos días para llenar hasta donde me sea posible los aljibes de los fuertes con las cubas de Administración militar, etc.»

Porque uno de los encargos, que yo le hacía constantemente, era que cuidase de tener los fuertes con las vituallas, raciones, etc., necesarias para tres meses, si era posible, y que los aljibes estuvieran llenos. Después nos encontramos con que el 27 de Octubre se carecía de todo en los fuertes.

Estos otros telegramas, que tengo aquí, se referían á que no había moros en el campo.

Y vamos al parte del día 23 de Octubre. Ya había vuelto la Comisión técnica, se había aprobado su plan y se había aumentado bastante la guarnición de Melilla y del campo. El día 23 se dirigió al comandante general de Melilla el telegrama que el otro día leyó el Sr. Martín Sánchez, en el que se le encargó que se redujera al ensanche de las fortificaciones de los fuertes, porque los contruidos en Melilla, por la situación en cotas bastante grandes, por la clase del terreno y por algunos barrancos que hay próximos, pueden tener muchos espacios muertos, que facilitan al enemigo acercarse á los fuertes sin ser molestado por el fuego de éstos.

Por cuya razón se previno al comandante general de Melilla que esos fuertes tuvieran atrinchamientos que habían de artillarse después con piezas de campaña, y estas fueron las obras que se le advirtió fuese haciendo; y se le decía que, de ser hostilizado, se defendiera con artillería. ¿Qué quería decir esto, sino que no emprendiera ninguna operación de avance contra el enemigo? Estas son las únicas órdenes que había recibido el comandante general de Melilla, porque, cuando en el parte del día 26 dice: «el fuerte indicado por V. E.», se refería á indicaciones anteriores á la ida á Melilla de la Comisión técnica, porque yo había creído que aquel punto era importante; pero en las instrucciones del 26 ya se le decía lo que tenía que hacer, pues ni remotamente pensaba yo que con las fuerzas, que tenía á sus órdenes, tuviera bastante para exponerse á lo que le sucedió el 27. Dice S. S. que puso un parte el 26, que llegó por la mañana y que pude contestarle; ese parte llegó, y no sé cuándo lo recibí; pero que llegara ó no, eso nada importaba, porque yo no se lo había mandado hacer, y cuando él lo hacía, bien hecho estaba, si creía que tenía fuerza para hacerlo.

Pero, Sres. Diputados, ya os he dicho que estoy diciendo la verdad íntegra, porque no tengo para qué ocultar nada.

El día 24 había yo escrito una carta al comandante general de Melilla, que tengo ahí y que desgraciadamente no llegó á sus manos, en la cual le decía que el Gobierno había resuelto elevar la categoría del comandante general de la plaza, y le anunciaba que habían de ir allí más generales; que cuando llegaran y recibiera la orden de entregar el mando, le entregara y viniera á Madrid para ponerse de acuerdo conmigo. Esa carta no pudo llegar á manos del comandante general de Melilla; salió de Madrid el 26, y seguramente llegaría el 27 ó el 28.

No quiero entretener al Congreso contestando á todo lo que ha dicho el Sr. Martín Sánchez; pero se hace un argumento de efecto extraordinario con decir que en aquellos días yo me entretenía con formar un expediente para elevar la categoría de la Comandancia general de la plaza de Melilla; y decía S. S.: ¿para qué? Con mandar allí un general de tantos como ha mandado S. S... Pues, Sr. Martín Sánchez, ¿no sabe S. S. que en una plaza jurada no toma el mando el más antiguo? Su señoría ha olvidado eso que sin duda ha debido leer en alguna parte. La plaza de Melilla es jurada, y el Gobierno no podía elevar la categoría de su comandante general sin ciertas condiciones legales que hubo que cumplir, y esas condiciones se llenaron rápidamente por las necesidades de la guerra; pero tuvo que hacerse un expediente, que pasó por el Consejo de Estado y demás Centros que pre-

cisa la ley, y en cuatro días se terminó, y se elevó la categoría de aquel mando.

Pues bien, Sres. Diputados, se hallaba en Madrid el general Macías, que debía reemplazar al comandante general de Melilla, y encontrándose en mi despacho el día 27 recibiendo instrucciones con el plano de Melilla á la vista, le estaba yo diciendo lo que tenía que hacer en cuanto llegara á Melilla, y le recomendaba ante todo la construcción del fuerte X; porque los demás ya los estaba construyendo el comandante general, y no faltaba más para concluir el campo atrincherado que el fuerte X, que era el más avanzado, con un dominio completo de las avenidas del río Oro y con una cota casi igual á la del fuerte de Sidi-Aguariach, cuando precisamente, señores Diputados, se estaba en Melilla librando la acción del día 27 de Octubre.

Algunas cosas ha dicho el Sr. Martín Sánchez que demuestran que S. S. no está del todo bien enterado, lo cual nada tiene de particular; pero cuando no se está bien enterado, no se pueden dirigir ciertos cargos. Yo tengo, además de lo que puede saber S. S., no sólo los partes oficiales, sino otros datos. He tenido la fortuna de que pase por Madrid el general Ortega, que estuvo al lado del comandante general de Melilla en aquella noche triste, y del relato del general Ortega resulta lo siguiente:

El día 27 de Octubre se salió al trabajo como se hacía de ordinario. El comandante general, cumpliendo su deber, puesto que él lo creía así, se dirigió al fuerte Camellos; y es de advertir que el general Ortega no recibió el día 26 más orden, sino la de que al día siguiente continuara los trabajos como de ordinario. A las once de la mañana próximamente, observando movimiento de moros, que se dirigían á nuestro campo, el general Ortega montó á caballo, se dirigió á Camellos, y se presentó al comandante general. «¿Qué hay, le preguntó.—Pues, nada, contestó el comandante general; continúe usted los trabajos.—¿Y esos movimientos de moros?—Eso no tiene importancia.—¿Qué le parece á usted que haga?, insistió el general Ortega.—Pues yo almorzaré en el fuerte Camellos, y usted puede irse donde tiene sus fuerzas;» que era en las construcciones delante de Cabrerizas y en el fuerte X, donde había dos compañías de ingenieros y unas compañías de sostén del regimiento de Borbón.

Allí se dirigió el general Ortega; y esto, que á mí me consta por testimonio del mismo, puedo decirlo, puesto que no es un secreto ni altera lo que ya se considera la verdad de lo acontecido. No sé por qué se me ha querido acusar de indiscreto, y se me ha censurado por lo que yo decía en los pasillos. No hay ninguna indiscreción, Sr. Martín Sánchez; y prueba de ello es que lo que aquí estoy diciendo es lo mismo que fuera de aquí he dicho.

El general Ortega montó á caballo, se dirigió del fuerte de Camellos hacia los fuertes que había indicado el comandante general, y antes de empezar la subida á Cabrerizas Altas, se le presentó un ayudante de uno de los batallones que allí estaban, y le dijo: «Mi general, vengo á decir á usted que hay mucho movimiento entre los moros.—Está bien;» y el general Ortega se dirigió entonces al Polígono, recogió un batallón de Extremadura que allí había, y con él marchó hacia Cabrerizas Altas, entre dos y tres de la tarde. El comandante general de Melilla

no estaba en el fuerte X. (*El Sr. Martín Sánchez:* Como que no existía.) ¿Pues no dijo S. S. que estaba allí? (*El Sr. Martín Sánchez:* El fuerte X á que S. S. se refiere, no existía.) Pero existía la altura en que debía colocarse esa posición avanzada y peligrosa del fuerte X, donde estaban trabajando dos compañías de ingenieros y una compañía de Borbón. El general Ortega tenía orden de retirar la gente del trabajo á las cuatro y media. Los moros aumentaban en número, se habían movido, habían hecho algunas señales, pero hasta las tres y media de la tarde no había habido ninguna agresión. A esa hora próximamente se rompió el fuego. ¿Quién lo rompió? Supongo que el enemigo; pero me es perfectamente igual.

El hecho es, que nuestras tropas, desproporcionadas en número, porque se habían dividido para trabajar en distintos puntos, y por consecuencia eran débiles para una resistencia, fueron atacadas desde el fuerte de Camellos hasta Rostrogordo, en toda la línea, por una morisma numerosa. Nuestras tropas se batieron perfectamente en este ataque; pero como era tarde, y el general había ordenado que antes del anochecer se retirara todo el mundo, las tropas se retiraron del fuerte X y de las trincheras que había delante de todos los demás.

El comandante general de Melilla dirigió la defensa desde la planicie en que está el fuerte de Camellos; allí el enemigo fué rechazado; se restableció el combate, el comandante general creyó conveniente retirarse porque la hora era avanzada, y con un batallón de cazadores, medio batallón de ingenieros y unos tiradores Maüsser, hizo la retirada con el mayor orden, pudiendo llegar á la plaza sin ninguna baja.

Entonces, el comandante general de Melilla, que, como dije ayer y no quiero repetir hoy, era un soldado valeroso, se retiraba con su escolta y con las últimas fuerzas; pero observando que en el fuerte de Cabrerizas Altas había bastante fuego, y que todavía fuera de los fuertes continuaban batiéndose las tropas, á pesar de que él había ordenado la retirada, creyó conveniente, en vista de esto, acudir allí, porque su valor y su intrepidez le llamaban siempre donde había peligro; y yo no quiero criticarlo, porque, Sres. Diputados, confieso con toda lealtad que si á mí no se me hubiera atacado en la forma que se ha hecho, recogiendo el cadáver del comandante general de la plaza de Melilla para venir á hacer responsable al Ministro de la Guerra de haber derramado su sangre, yo me callaría y no tendría más que elogios para esos soldados valerosos; pero todos comprenderéis que si de mi relato resulta alguna censura, que haré lo posible porque no resulte, no es mía ni la voluntad, ni el deseo, ni la responsabilidad de que tal suceda.

El comandante general de Melilla, de una plaza jurada donde había un general mandando las fuerzas en los fuertes de Cabrerizas Altas, Cabrerizas Bajas y Rostrogordo, al anochecer podía haber enviado un ayudante ó un oficial de Estado mayor para ordenar lo que tuviera por conveniente, ó podía elegir el camino de los valientes, aunque no sea el de los más prudentes; y muchas veces en la guerra la prudencia se impone tanto ó más que el valor. El comandante general de Melilla, solo, con su escolta, en los momentos en que con la noche se multiplicaban las dificultades, en que aumentaba el número de

enemigos, en que llovía fuego, en que aquellos soldados bisonos, después de estar peleando durante muchas horas, guiados por sus jefes, tuvieron que hacer la retirada hacia los fuertes, se dirigió al de Cabrerizas Altas para entrar en él con el resto de las fuerzas que él mandaba. Fué quizá el último en retirarse, el último, sin quizá, porque tengo entendido que atravesó el foso para entrar en Cabrerizas Altas, por encima del último tablón del puente levadizo del fuerte, y por consiguiente fué el último que entró en él. Y ya tenemos aquí, Sres. Diputados, la noche triste del día 27 de Octubre.

En esa noche resulta que hay dos generales dentro de un fuerte, que hay otros fuertes ocupados por bastante guarnición y que hay una plaza de guerra mandada por un coronel; situación difícil, Sres. Diputados, no comprometida, porque aquí en Madrid corrieron tales noticiones y se dijeron tales cosas, que no parecía sino que los fuertes habían caído en poder del enemigo. Esa situación, esas tristezas, esas dificultades, ¿las queréis imputar á órdenes del Ministro de la Guerra? Creo que seréis bastante justos para, dejando á un lado la pasión de partido y la pasión política, ponerlos en el lugar del Ministro de la Guerra, y me parece que no podréis exigirle por esa noche ninguna responsabilidad. ¡Ojalá que se hubieran cumplido las órdenes que yo tenía dadas!

¿Qué pasó el día 28? Después de la noche de ansiedad del día 27, el día 28 los fuertes se comunicaron con la plaza porque hubo un oficial bastante valeroso y bastante distinguido que, arriesgando su vida para salvar los intereses del ejército y de la Patria, salió de Cabrerizas, fué á Rostrogordo y luego á la plaza de Melilla pidiendo el refuerzo de un convoy y tropas para restablecer la comunicación, que se había interrumpido, entre la plaza y los fuertes.

Y aquella mañana el comandante general de Melilla ordenó la salida del fuerte de Cabrerizas Altas porque lo tuvo por conveniente; salieron algunas tropas; el enemigo estaba posesionado de las alturas que enfilaban perfectamente la salida del fuerte; cuantos iban saliendo tenían que volver con grandes y dolorosas bajas; y aquel soldado enérgico y valeroso, por dar un alto ejemplo de valor, ó por los móviles que tuviera por conveniente, que yo respeto, y más después que ha desaparecido de la tierra, salió también del fuerte con algunos soldados; y el tiempo que tardó en recorrer la distancia que hay desde la salida del fuerte á una pequeña garita que está á la altura de Cabrerizas Altas, fué el que tardó en caer atravesado por dos balazos, víctima de aquel arrojito, de aquella decisión, de aquella valentía.

¿Es, Sres. Diputados, que la muerte de ese soldado valeroso, la sangre derramada por él en aras de la Patria, cae sobre la cabeza del Ministro de la Guerra, como se ha dicho por ahí? (*El Sr. Cánovas del Castillo*: No, nadie ha dicho eso.) De todo lo que venía diciendo en el último día el Sr. Martín Sánchez, no se desprendía otra cosa; porque todavía llegó á decir ayer, que no sólo pesaba sobre el Ministro de la Guerra la muerte del comandante general de Melilla, sino también la de los soldados que á su lado murieron. (*El Sr. Martín Sánchez*: No; es otra cosa muy distinta.)

¿Qué peligros, qué dificultades, qué angustias se habrían pasado en ese fuerte, y cuál sería la situación de aquel campo, cuando por la mañana del 28,

con una mermada guarnición que había en Melilla, al llegar el distinguido oficial de Estado mayor ordenando que salieran fuerzas con un convoy, salieron las tropas, despejaron perfectamente el terreno ocupado por el enemigo, llegó el convoy al fuerte, salió el general Ortega, se recogió el cadáver del general muerto allí gloriosamente, se cambiaron las guarniciones, y al día siguiente, el general que reemplazó al comandante general de Melilla, muerto á las puertas de Cabrerizas Altas, pudo en dos combates, en los días 29 y 30, desalojar al enemigo de las posiciones que había tomado para hostilizar los fuertes; llevó á éstos los convoyes que creyó conveniente y quedó recibiendo las órdenes del Ministro de la Guerra!

Ya sabéis, Sres. Diputados, todo, absolutamente todo lo que ha ocurrido en los días del 27 al 30 de Octubre en Melilla.

Pero, ¿qué hacía el Ministro de la Guerra, que no tenía pensamiento fijo, ni unidad de miras, perezoso y sordo á aquellos entusiasmos que se habían despertado en el país? ¿Qué hacía el Ministro de la Guerra? Trabajar incesantemente en su Departamento, en la preparación de cuanto era necesario é indispensable para haber hecho una campaña gloriosa, antes, mucho antes de que hubiera llegado allí ningún representante del Sultán, como se hubiera hecho sin los inesperados acontecimientos de dichos días.

¿Lo dudáis? Enhorabuena. Cuando se estudie la cuestión con todos los datos y se aprecie con imparcialidad lo que en Melilla y aquí se ha hecho, entonces podréis formar un juicio reposado y más completo fuera de este recinto; y á ese juicio me someto. Aquí no hago más que rechazar los cargos.

Desde que llegó á Melilla el general de división que se encargó de aquella Comandancia y del mando de aquellas tropas, continué facilitándole cuanto iba necesitando y solicitando del Ministerio de la Guerra, y siempre más de lo que me pedía. Constantemente hubo, Sres. Diputados, fuerzas sobradas en el litoral andaluz, dispuestas á embarcar al primer aviso que hubiera mandado el comandante general de Melilla, para enviarle cuantos refuerzos pidiese.

Pero aquí se me presenta el cargo de que yo he decretado una organización militar tan mala, que yo mismo, cuando ha llegado un caso inesperado, no he podido conseguir que se cumplan los fines para que fué decretada.

Señores Diputados, si yo pudiera holgarme de sucesos tristes para la Patria, me holgaría de que hubiera habido un ejemplo, para que, aplicando la nueva organización, se encontraran las ventajas que con ella me proponía obtener; porque en un período determinado de tiempo se han estado constantemente embarcando en Cadiz y en Málaga todas las fuerzas del segundo cuerpo de ejército con sus generales de brigada y á su tiempo los de división; que mi propósito era, y así lo manifesté al Gobierno, reemplazar, como decía ayer el Sr. Martín Sánchez, y lo hice, con brigadas completas del primer cuerpo de ejército los huecos que iban dejando aquellas que embarcaban para Melilla; y hubiera ido á la cabeza el digno general que lo manda.

Pero, Sres. Diputados, ¿es que esa organización era tan mala, que el Ministro de la Guerra tuvo que enviar otras brigadas y hasta un regimiento de cada región? ¿Por qué sucedió esto? Pues se lo voy á de-

cir á S. S. Tienen los ejércitos organizados por regiones un inconveniente, y es, que cuando se entra en campaña sufre las bajas por muertes y enfermedades, etc., una sola región; y por consiguiente, toda Andalucía venía sufriendo las bajas de los combates que habían ocurrido; y naturalmente, toda esa región temía que la campaña recayera exclusivamente sobre el pueblo andaluz. Esto me lo hubo de manifestar el general que mandaba en Melilla; y entonces, Sres. Diputados, se recurrió á enviar de Barcelona dos brigadas perfectamente organizadas, como lo estaban por virtud de la organización que yo había decretado.

Y dice el Sr. Martín Sánchez: ¿por qué llevó S. S. un regimiento de la Coruña y otros de diferentes partes? Pues porque todos los cuerpos de ejército, todos sus generales, todo el mundo, se disputaba la honra de formar parte del ejército de Africa, y yo tuve entonces que acceder á que esa honra se cumpliera, disponiendo que para servir en el litoral fuera un regimiento de cada región, por si se llegaba á entrar en campaña.

Pero, Sres. Diputados, ¿encontráis alguna dificultad en que las tropas se embarquen organizadas con sus generales y jefes? ¿Es preferible, como nos sucedió en Africa, como nos sucedió en la guerra civil, que el Ministro de la Guerra tenga que ir recogiendo un cuerpo de un sitio, otro de otro, nombrar un general que le mande, que no conoce los regimientos ni es conocido de éstos, que se van improvisando en el acto; es superior esa manera de organizar las fuerzas, que recogerlas con generales conocidos por los soldados, y para embarcarlas en el acto? ¿No hay en esto alguna ventaja, no me la concede S. S.? Pues entonces, ¿por qué critica S. S. esa organización? (El Sr. Martín Sánchez: No le negaré á S. S. la honra de haber hecho la división territorial; pero las brigadas y las divisiones ya las teníamos.) Pues he contestado ya sobre eso, y continuemos.

El general Macías llevaba como instrucciones del Ministro de la Guerra, el establecimiento de una primera línea defensiva que partiendo de los fuertes de Santiago y Camellos llegara á Rostrogordo á enlazar con el fuerte que ahora se llama Reina Regente y que antes se llamaba X; y dentro de ese campo atrincherado, organizar todas las fuerzas que iban llegando de infantería, caballería, artillería é ingenieros, para formar un cuerpo ó cuerpos de ejército que debieran marchar al enemigo, bien en el caso de que la guerra continuara ó en el de que nos redujéramos á la defensa de nuestro campo.

Voy á terminar, Sres. Diputados, con harto pesar mío, esta parte de mi discurso, diciendo lo que emprendió el general Macías y rechazando otro cargo del Sr. Martín Sánchez. El 30 de Octubre me escribía el general Macías lo siguiente:

«La plaza y los fuertes siguen cañoneando las posiciones todas atrincheradas del enemigo, pues no hay más remedio que hacerlo así para destruirlas y molestar á sus defensores.

»El enemigo es numeroso, y tan decidido como usted sabe, y en su día exigirá la reunión aquí de muchas fuerzas. Por ahora, mientras no tome algunas posiciones, sólo precisa la brigada Castillejo.»

Cuando esto me decía el general Macías, ya había salido la brigada Castillejo, y llegaba al día siguiente y no pedía más fuerzas. ¿Por qué? Porque el

general Macías llevaba la misión de concluir ese campo atrincherado para acampar las tropas que se le fueran enviando, y disponer todo para cuando hubiera de nombrarse general en jefe, cuestión que también trataré para que la conozca el Congreso; pero antes de concluir esta parte de mi discurso, debo hacerme cargo de algo que dijo ayer el señor Martín Sánchez, y que me produjo un efecto, lo confieso, Sres. Diputados, un efecto triste; no quiero decir otra cosa.

El Sr. Martín Sánchez, para dirigir cargos al Ministro de la Guerra, dijo ayer que habíamos llevado el ejército á Africa para enseñarle á batirse escondiéndose. ¡Escondarse, Sres. Diputados, porque se construyen trincheras, se aumentan los fuertes y se forma un campo atrincherado!

¡Ah, Sr. Martín Sánchez! los campos atrincherados, las trincheras, los fortines, los reductos, ¿se hacen para esconder las tropas? ¿Se ha encontrado S. S. alguna vez en uno de esos reductos, en una de esas trincheras? ¿Sabe S. S. cómo se batían los soldados en esos campos atrincherados? ¿Ha leído su señoría cómo se detuvo ante la línea de Plewna el ejército ruso, triple en fuerza y con organización superior á la del ejército turco? Las tropas estaban escondidas: ¿las había enseñado el distinguidísimo general que las mandaba á esconderse para batirse? ¿Pero á qué citar Plewna? Pregunte S. S. á esos honrados Diputados del partido carlista si los atrincheramientos que ellos construyeron en San Pedro Abanto, si los atrincheramientos que nosotros construimos allí fueron para enseñar á los soldados á esconderse. ¿Cómo se batieron los soldados de uno y otro lado? Con orgullo puedo decirlo, porque españoles eran unos y otros: en una extensión de cuatro kilómetros se cubrió el campo de cadáveres, y no hubo remedio, tuvimos que acudir al armisticio para recoger los cuerpos de tantos jefes, de tantos oficiales, de tantos soldados, de tantos valientes como allí sucumbieron de una y otra parte en esas trincheras que S. S. llamaba escondites para batirse. (El Sr. Martín Sánchez: ¿Se batió el Marqués del Duero en esas trincheras?) No cite S. S. ese ejemplo. Hay momentos en que los generales en jefe tienen que batirse personalmente.

Napoleón I lo hizo en Sempayo cuando vió su ejército perdido; lo hizo Espartero en Luchana; pueden citarse muchos casos; porque hay momentos en que es preciso sacrificar todo, incluso el general en jefe. ¡Pero decir que hemos llevado el ejército á Africa para enseñarle á esconderse! ¿Se puede oír esto, Sres. Diputados, sin una protesta enérgica? Precisamente en los libros modernos que tratan del arte de la guerra moderna, del combate moderno, en esos libros de que tanto se habla y en que tanto se estudia, se recomienda que, siempre que sea posible, lo primero que debe hacer la infantería de primera línea es construir atrincheramientos para guarecerse, y además que se le dote á la misma infantería de útiles para que pueda trabajar en esos atrincheramientos. ¿Para qué? Para batirse como se batían los soldados valientes, evitando un derramamiento de sangre, que puede ser, no ya inútil, sino perjudicial.

Después de todo, en una plaza fuerte, preparándose para una campaña, lo más primordial para establecer un campamento, para establecerlo con seguridad contra las amenazas, contra los ataques y

contra lo imprevisto, son esos atrincheramientos.

Comprendo el deseo de los Sres. Diputados de que se continúe este debate, pero á mí me es imposible continuar, Sr. Presidente, y quisiera, porque todavía tengo asuntos de qué ocuparme, dejar este discurso, si no hay inconveniente, para el día de mañana, porque estoy fatigado y porque tengo otros deberes que cumplir.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende esta discusión.

El Congreso pasa á reunirse en Secciones como tiene acordado.

Se suspende la sesión á las seis y cinco minutos.

Reanudada á las seis y cuarenta minutos, se leyeron, revisados por la Comisión de corrección de estilo, y previa declaración de estar conformes con lo acordado, se aprobaron definitivamente, anunciándose que pasarían al Senado, los siguientes proyectos de ley:

Incluyendo en el plan general de carreteras del Estado la municipal de Pradejón, que une las de Logroño á Zaragoza y de Arnedo á Estella. (*Véase el Apéndice 1.º á este Diario.*)

Declarando comprendida en el plan general de carreteras del Estado, en la provincia de Lugo, una de tercer orden que, partiendo de Puente de Otero, en la de Azumara á Puente de Otero, y pasando por Pastoriza y Bretoño, vaya á empalmar al punto más conveniente de la denominada de Villalba á Oviedo, á la de Lugo á Rivadeo por Riotorto. (*Véase el Apéndice 2.º á este Diario.*)

Sujetando á lo que dispone el art. 17 de la ley de ferrocarriles de 23 de Setiembre de 1877 la devolución de la fianza al ferrocarril económico de Olot á Gerona. (*Véase el Apéndice 3.º á este Diario.*)

Incluyendo en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Vilela, en el empalme de la provincia con la de segundo orden de Villalba á Oviedo, pase por Cedofeita, Regocorto y por la de Trabada á la Cadeira, y termine en el punto más conveniente de la provincial núm. 20. (*Véase el Apéndice 4.º á este Diario.*)

Autorizando al Gobierno para otorgar á D. José Martínez y Martínez, de Pinillos, sin subvención del Estado, la construcción y explotación por noventa y nueve años de un ferrocarril de vía estrecha ó ancha, si así lo solicitare, que, dando principio en la estación de San Julián de Musques, y pasando por el valle de Sopuerta, termine en Castro Urdiales. (*Véase el Apéndice 5.º á este Diario.*)

Y autorizando al Gobierno para otorgar á la Compañía minera de Sierra Alhamilla la concesión de un ferrocarril económico, sin subvención del Estado, desde Lucainena de las Torres á la Ensenada del Agua Amarga. (*Véase el Apéndice 6.º á este Diario.*)

Pasó á la Comisión de peticiones una instancia, presentada por el Sr. Hernández Prieta, de los farmacéuticos del distrito de Almazán, en la que suplican á las Cortes se sirvan derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

El Congreso quedó enterado de una comunicación del Sr. Ministro de Ultramar participando, en contestación á lo manifestado por el Sr. Labra en la sesión del día 18 del corriente, que la protesta formulada por D. Julián Feissonier, relativa al acta de la circunscripción de Ponce, ingresó en el Ministerio de Ultramar el 7 de Noviembre último, y fué cursada al presidente de la Audiencia de lo criminal de Ponce el 9 del mismo mes, sin que posteriormente á ese día se haya recibido noticia alguna referente al estado del procedimiento á que dicha protesta diese lugar.

Se dió cuenta de que las Secciones, en su reunión de hoy, habían hecho los nombramientos de Comisiones y autorizado la lectura de las proposiciones de ley que constan en el adjunto estado:

Para el Real decreto revocando una sentencia del Tribunal de lo Contencioso-administrativo, relativa á una demanda propuesta por D. Antonio Vázquez y López Amor sobre liquidación de derechos reales.

Sres. Mellado (D. Fernando).
Cañellas.
Laá.
Quintana y Serra.
Peralta.
Ortega.
Rosales.

Para la proposición de ley variando la forma de pago de la subvención concedida al ferrocarril de Linares á Almería.

Sres. Montes Sierra.
Taboada.
Cárdenas.
Canalejas.
Navarro Ramírez.
Serrano Alcázar.
Suárez Inclán (D. Julián).

Para la idem concediendo exención de derechos arancelarios al material de hierro importado del extranjero para la construcción de los puentes necesarios en las carreteras provinciales de Puerto Rico.

Sres. Santos y Fernández Laza.
Quijano.
Martín Sánchez.
García Gómez.
Gullón.
Conde de Torrepeñando.
Martos.

Para la idem autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de la estación de Trubia á la Concha de Artedo.

Sres. Suárez Inclán (D. Félix).
Quijano.
De Federico.
Cruz.
Gutiérrez Mas.
Alonso Martínez (D. Vicente).
Suárez Inclán (D. Julián).

Para la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una desde la estación de Trubia al puerto de Avilés.

Sres. Suárez Inclán (D. Félix).
Taboada.
De Federico.
Cruz.
Gutiérrez Mas.
Alonso Martínez (D. Vicente).
Teverga (Marqués de).

Para la idem id. de la estación de Ujo á Trubia.

Sres. Suárez Inclán (D. Félix).
Quijano.
De Federico.
Cruz.
Gutiérrez Mas.
Alonso Martínez (D. Vicente).
Suárez Inclán (D. Julián).

Para la idem concediendo prórroga para la construcción del ferrocarril de Pontevedra al puerto del Carril.

Sres. Bugallal.
García Prieto.
De Federico.
Díaz de Rábago.
Vincenti.
Fernández Villaverde.
Barroso.

Para la idem variando el trazado de las carreteras de Sevilla á la estación de Alcantarillas y de Santúcar de Barrameda á Lebrija.

Sres. Atienza.
Ariño.
Ramos Calderón.
Alvarado.
Almodóvar (Duque de).
Muruve.
Barroso.

Para la idem incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de la de Valladolid á Santander, termine en la zona de Maliaño.

Sres. Seo de Urgel (Duque de).
Garnica.
Rey.
Viesca.
Soler y Casajuana.
Silvela (D. E.).
Eguilior.

Para la idem id. varias en la provincia de Sevilla.

Sres. Montes Sierra.
Avedillo.
Ramos Calderón.
Ruiz Martínez (D. Cándido).
Gallego Díaz.
Muruve.
Liaño.

Para el proyecto de ley, del Senado, incluyendo en el plan general de carreteras una de Torres de Gaitán á la de Elche á Dolores.

Sres. Seo de Urgel (Duque de).
Villamanrique (Marqués de).

Sres. Abellán.
Alvear.
Ruiz Valarino.
Arroyo.
Belascoain (Conde de).

Para la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras la prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapiedra hasta Peñaranda de Bracamonte.

Sres. Fuente Alvarez.
Sánchez de Toca.
Soriano.
Gallo.
Duque de Almodóvar.
García Barrado.
Espinosa y Villapececlín.

Las Secciones, en su reunión de hoy, han autorizado además la lectura de las siguientes proposiciones de ley:

Del Sr. Maluquer y otro, incluyendo en el plan general de carreteras una de Torroja á Calaf. (Véase el Apéndice 7.º á este Diario.)

Del Sr. Quintana y León, incluyendo en el plan general de carreteras una de Moya, en la isla de Gran Canaria, á Gufa. (Véase el Apéndice 8.º á este Diario.)

Del Sr. Marqués de Valdeiglesias, concediendo una prórroga para la terminación del ferrocarril de Madrid á San Martín de Valdeiglesias. (Véase el Apéndice 9.º á este Diario.)

Del Sr. Martínez González, incluyendo en el plan general de carreteras una de Parajés á Lindín. (Véase el Apéndice 10.º á este Diario.)

Del Sr. Duque de Almodóvar del Río, incluyendo en el plan general de carreteras una de Bornos á Espera. (Véase el Apéndice 11.º á este Diario.)

Del Sr. Alvarado, incluyendo en el plan general de carreteras varias en la provincia de Huesca. (Véase el Apéndice 12.º á este Diario.)

Del Sr. Groizard, incluyendo en el plan general de carreteras una de la estación de Villagonzalo á la Oliva de Mérida. (Véase el Apéndice 13.º á este Diario.)

Del Sr. Iranzo, sobre concesión de un ferrocarril de Carlet á Villanueva de Castellón. (Véase el Apéndice 14.º á este Diario.)

Del Sr. Puerta, sobre fomento del arbolado. (Véase el Apéndice 15.º á este Diario.)

Del Sr. Becerro de Bengoa, concediendo prórroga para la terminación del ferrocarril de Estella-Vitoria-Durango. (Véase el Apéndice 16.º á este Diario.)

Del Sr. Gutiérrez Abascal y otros, concediendo al presupuesto vigente del Ministerio de Gracia y Justicia un crédito extraordinario para el completo pago de las obras hechas en el templo parroquial de San Pablo de Málaga. (Véase el Apéndice 17.º á este Diario.)

Del Sr. Marqués de Figueroa, incluyendo en el plan general de carreteras una de la Casa-Ayuntamiento de San Saturnino al campo de la feria del mismo nombre. (Véase el Apéndice 18.º á este Diario.)

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: Los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y cincuenta minutos.

DIEZ Y OCHO APENDICES

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras la municipal de Pradejón, que une las de Logroño á Zaragoza y de Arnedo á Estella.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado la municipal de Pradejón que une las de Logroño á Zaragoza y de Arnedo á Estella.

Art. 2.º Se tendrá en cuenta para la ejecución de esta ley lo que preceptúa para la construcción de obras públicas el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, declarando comprendidas en el plan general de carreteras una de Puente de Otero á la de Villalva á Oviedo.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por varios individuos de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se declara comprendida en el plan general de carreteras del Estado, en la provincia de Lugo, una de tercer orden que, partiendo de Puente de Otero, en la de Azúmara á Puente de Otero, y pasando por Pastoriza y Bretoño, vaya á empalmar al

punto más conveniente de la denominada de Villalva á Oviedo á la de Lugo á Rivadeo por Riotorto.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, sujetando á las disposiciones de la ley general de ferrocarriles la devolución de la fianza al ferrocarril de Olot á Gerona.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por varios individuos de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. La devolución de la fianza al ferrocarril económico de Olot á Gerona se sujetará á

lo que dispone el art. 17 de la ley general de ferrocarriles de 23 de Noviembre de 1877.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de Vilela, termine en el punto más conveniente de la provincial núm. 20.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Vilela, en el empalme de la provincial con la de segundo orden de Villalva á Oviedo pase por Cedofeita, Regocorto y

Travada á La Cadeira, en el punto más conveniente de la provincial núm. 20.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo dispuesto en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de la estación de San Julián de Musques á Castro-Urdiales.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, tomando en consideración lo propuesto por varios individuos de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á D. José Martínez y Martínez de Pinillos, vecino de Madrid, sin subvención del Estado, la construcción y explotación por noventa y nueve años de un ferrocarril de vía estrecha ó ancha, si así lo solicitare, que dando principio en la estación de San Julián de Musques, barrio de Memerea, final de las líneas construídas y que explota la Exma. Diputación provincial de Vizcaya, y pasando por el valle de Sopuerta, termine en Castro-Urdiales, con un ramal que por el término de Arcentales enlace en Traslaviña con el ferrocarril de Zalla á Solares y con otros ramales que unan la estación de Castro-Urdiales con los muelles futuros del puerto en construcción y con

los embarcaderos de minerales que la Administración otorgue al mismo concesionario.

La concesión se sujetará al proyecto que el referido concesionario tiene presentado en el Ministerio de Fomento, en la parte comprendida entre San Julián de Musques y Castro-Urdiales, salvo las reformas que en el mismo pudieran introducirse, y á los que presente oportunamente para los ramales de enlace con Traslaviña y con los muelles y embarcaderos de que queda hecho mérito.

Art. 2.º Este camino y sus ramales se considerarán de utilidad pública para los efectos de la expropiación forzosa, y el concesionario tendrá derecho á ocupar los terrenos de dominio público, y disfrutará de las demás exenciones y privilegios que las leyes conceden á los de su clase.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prevenido en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Lucainena de las Torres á la ensenada de Agua Amarga.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á la Compañía minera de Sierra Alhamilla la concesión de un ferrocarril económico desde Lucainena de las Torres á la ensenada de Agua Amarga, sin subvención del Estado.

Art. 2.º Las obras se ejecutarán con arreglo al proyecto presentado, si mereciese la aprobación del

Ministerio de Fomento, y con sujeción á las prescripciones generales de la ley de ferrocarriles vigente.

Art. 3.º Este ferrocarril se considerará de utilidad pública para los efectos de la expropiación forzosa, y el concesionario tendrá derecho de ocupar los terrenos de dominio público, y disfrutará de las demás exenciones y privilegios que las leyes conceden á los de su clase.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley de los Sres. Maluquer y Alonso Martínez (D. Vicente), incluyendo en el plan general de carreteras una de Torroja á la general de Jorba á Folguer.

AL CONGRESO

Los Diputados que suscriben tienen el honor de proponer á la consideración del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo único. Se incluye en el plan general de

carreteras del Estado una que, partiendo de Torroja y pasando por Manresana y Pujal, empalme cerca de Calaf con la general de Jorba á Folguer.

Palacio del Congreso 18 de Abril de 1894.—Juan Maluquer Viladot.—Vicente Alonso Martínez.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley de los Sres. Moliner y Alonso Martínez, D. Vicente, tendiendo en el plan general de carreteras una de Torrijó y la general de Jorda y Folguera.

Carreteras del Estado una que partiendo de Torrijó y pasando por Marzán y Palal, concluya cerca de Calat con la general de Jorda y Folguera.

Palacio del Congreso 18 de Abril de 1894 sesión ordinaria. Votación. — Votó a favor Alonso Martínez.

AL CONGRESO

Los Diputados que suscriben tienen el honor de proponer a la consideración del Congreso la siguiente

PROPOSICIÓN DE LEY

Artículo único. Se incluye en el plan general de

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Quintana y León incluyendo en el plan general de carreteras una de Moya á Guía (Gran Canaria).

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluirá en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden que, par-

tiendo del pueblo de Moya, en la isla de Gran Canaria, termine en la ciudad de Guía.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 19 de Abril de 1894.—J. de Quintana y León.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley de los Sres. Marqués de Valdeiglesias y Silvela (D. Francisco Agustín) concediendo prórroga para la conclusión del ferrocarril de Madrid á San Martín de Valdeiglesias.

Los Diputados que suscriben tienen el honor de proponer al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo único. Se concede á la Compañía del ferrocarril de Madrid á San Martín de Valdeiglesias una

prórroga de dos años para concluir la línea y abrirla á la explotación, á contar desde el 16 de Junio del corriente año, en que termina el plazo señalado por la ley de 4 de Setiembre de 1892.

Palacio del Congreso 20 de Abril de 1894.—Marqués de Valdeiglesias.—F. Agustín Silvela.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Martínez González incluyendo en el plan general de carreteras una de Parajés á Lindín.

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Parajés, en la de segundo orden de Lugo á Rivadeo, y pasando por Pastoriza y Bretoña, empalme en Lindín con

la denominada de Villalva á Oviedo á la de Lugo á Rivadeo.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 20 de Abril de 1894.==
Francisco Martínez González.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Álvarez González, enmendada en el plan general de
correccións más de Puntos y Líneas.

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter a la consideración del Congreso la siguiente
Proposición de Ley.

Artículo 1.º Se declara en el plan general de
correccións más de Puntos y Líneas que, teniendo en cuenta
los datos ordenados en los años 1890 y 1891, y
por las razones que se expresan en el plan general de
correccións más de Puntos y Líneas, se acuerda
la enmienda de Villavicencio a la Ley de 1890
y 1891, para la reforma de los datos de los
datos de Villavicencio en el plan general de
correccións más de Puntos y Líneas.

En consecuencia, el Congreso de los Diputados
debe acordar la enmienda de Villavicencio a la Ley de 1890
y 1891, para la reforma de los datos de los
datos de Villavicencio en el plan general de
correccións más de Puntos y Líneas.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Duque de Almodóvar del Río incluyendo en el plan general de carreteras una de Bornos á la de Cabezas de San Juan á Villamartín.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICIÓN DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden, en la pro-

vincia de Cádiz, que, partiendo de Bornos, enlace en Espera con la de las Cabezas de San Juan á Villamartín.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 20 de Abril de 1894.—El Duque de Almodóvar del Río.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Alvarado incluyendo en el plan general de carreteras una de Grañen á la estación de Huesca, otra de Bolea á la de Ayerbe y otra de Tamarite de Litera al puente de Laclamor.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se declaran incluídas en el plan de carreteras del Estado las siguientes de tercer orden en la provincia de Huesca:

Una que, partiendo de la estación de Grañen, en la línea férrea de Zaragoza á Barcelona, y atravesando los pueblos de Almuniente, Torres de Barbués, Sangarrén, Tabernas y Pampién, termine en la estación de Huesca.

Otra que, partiendo de Bolea, en la carretera de Tardienta á Bolea por Almudevar y Lupiñen, pase por Aniés y Sarsamarcuellos y termine en la estación de Ayerbe, en la línea férrea de Huesca á Francia por Canfranc.

Otra que, partiendo de Tamarite de Litera y pasando por Altorricón, enlace en el puente llamado de «Laclamor» con la provincial de Lérida á Almacellas.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo dispuesto en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 18 de Abril de 1894.—J. Alvarado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Groizard incluyendo en el plan general de carreteras una de la estación de Villagonzalo á La Oliva de Mérida.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la deliberación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden, en la pro-

vincia de Badajoz, que, partiendo de la estación de Villagonzalo, termine en La Oliva de Mérida.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—Carlos Groizard.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Iranzo autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Carlet á Villanueva de Castellón.

El Diputado que suscribe tiene el honor de proponer al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Ministro de Fomento para otorgar sin subvención directa ni indirecta del Estado por noventa y nueve años, á D. Juan Isla Domenech, la concesión de un ferrocarril de vía de un metro de anchura de Carlet á Villanueva de Castellón.

Art. 2.º Esta línea se declara de utilidad pública, con derecho á la expropiación forzosa y al uso de los terrenos de dominio público, y disfrutará de todas las exenciones y derechos que las leyes conceden á los de su clase.

Art. 3.º La concesión se otorgará con arreglo al proyecto que el petionario tiene presentado en el Ministerio de Fomento, salvo las modificaciones que este centro juzgue convenientes.

Palacio del Congreso 24 de Abril de 1894.—
Manuel Iranzo Benedito.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. D. Juan Antonio de Godoy para otorgar la concesión de un ferrocarril de Carlet a Villanueva de Castellón.

Art. 1.º Esta línea se declara de utilidad pública, con derecho a la expropiación forzosa y al uso de los terrenos de dominio público y de los terrenos de dominio particular y de los terrenos de dominio particular que las leyes conceden a los ferrocarriles.

Art. 2.º La concesión se otorga con arreglo al proyecto que el Sr. D. Juan Antonio de Godoy presenta en el Ministerio de Fomento, salvo las modificaciones que este cuerpo haga convenientes.

El Sr. D. Juan Antonio de Godoy.

El Diputado que suscribe tiene el honor de proponer al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Ministro de Fomento para otorgar la concesión de un ferrocarril de Carlet a Villanueva de Castellón, con arreglo a lo dispuesto en el proyecto que el Sr. D. Juan Antonio de Godoy presenta en el Ministerio de Fomento, salvo las modificaciones que este cuerpo haga convenientes.

El Sr. D. Juan Antonio de Godoy.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Puerta sobre fomento del arbolado.

AL CONGRESO

Considerando la gran utilidad del arbolado para la agricultura, el mejoramiento de las condiciones del clima, la salud pública y el embellecimiento del país, el Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación de las Cortes la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º La plantación, conservación y vigilancia del arbolado público se declara servicio obligatorio de los Ayuntamientos, en armonía con lo preceptuado en el caso 3.º del art. 134 de la ley municipal.

Art. 2.º Se considera arbolado público para los efectos de esta ley:

- 1.º Los viveros municipales.
- 2.º Las plantaciones de ornato y embellecimiento de las poblaciones.
- 3.º Los árboles plantados á uno y otro lado de las carreteras y caminos vecinales.
- 4.º Las plantaciones de los espacios yermos y baldíos de propiedad de los Municipios y que no formen parte de monte público.
- 5.º Los árboles de las mojoneras y límites de los términos municipales.
- 6.º Los árboles situados en las cañadas y márgenes de los ríos y arroyos cuya propiedad sea de los Municipios.
- 7.º Las plantaciones en los sitios pantanosos y malsanos que sean asimismo propiedad de los Municipios.
- 8.º Los arbolados que por cualquier concepto dependan de los Municipios y no estén declarados como montes públicos por la legislación forestal vigente.

Art. 3.º Desde la promulgación de esta ley, quedan los Ayuntamientos obligados á formar en el plazo

de seis meses un proyecto de repoblación de arbolado en su término respectivo, que debe comprender:

- 1.º Los terrenos de su pertenencia, caminos, cañadas, ríos, paseos, etc., etc., que sea conveniente repoblar y plantar, expresando las especies de árboles que á cada sitio corresponda.
- 2.º Los lugares que, aunque sean de propiedad particular, sería conveniente repoblar de arbolado por causa de interés público.
- 3.º Los viveros que sea conveniente establecer en cada término.
- 4.º Los presupuestos de gastos correspondientes para las poblaciones y para su permanente conservación.

Art. 4.º Los proyectos ó planes de repoblación de arbolado público se remitirán para su aprobación á los gobernadores civiles, quienes oyendo á las Juntas de agricultura, industria y comercio respectivas, los aprobarán con las reformas que estimen convenientes.

Art. 5.º Una vez aprobado el plan de repoblación de arbolado público, correrá á cargo de los Ayuntamientos su ejecución, bajo la inspección de los distritos forestales, los cuales limitarán su acción á formular las condiciones, cuando por los Ayuntamientos se soliciten, bajo las cuales deben verificarse las operaciones y á dar cuenta al gobernador de la provincia de las faltas que notaren en la ejecución de los trabajos.

Art. 6.º La ejecución del plan tendrá lugar sucesiva y gradualmente en la medida de los recursos con que cuenten los Ayuntamientos para tan importante servicio.

Al efecto consignarán anualmente en sus respectivos presupuestos la cantidad que consientan sus recursos, independientemente de los extraordinarios que se les facilitan por esta ley.

Art. 7.º Los Ayuntamientos de una misma provincia, ya sean sus jurisdicciones limítrofes, ya estén separadas y distantes, podrán asociarse para facilitar

la realización del plan de repoblación del arbolado público, en armonía con lo que dispone el art. 80 de la ley municipal.

En este caso formarán reunidos el plan general de repoblación del arbolado público en la forma prescrita en los artículos anteriores como si se tratara de un solo Municipio.

Art. 8.º En el mes de Enero de cada año redactarán los Ayuntamientos ó asociaciones de Ayuntamientos y enviarán al gobernador de la provincia una Memoria de los progresos que la repoblación del arbolado público haya tenido en sus respectivos términos, expresando los trabajos hechos en el año anterior, el éxito que hayan alcanzado, los gastos ocasionados y la propuesta de las mejoras que conveniría introducir en el plan respectivo.

Al propio tiempo, y en el mismo mes, los jefes de los distritos forestales, con los datos que en la corriente del año anterior hayan podido reunir por sí ó por medio de sus dependientes ó subordinados, formarán también y remitirán al gobernador una Memoria en que se consignen los mismos datos, proponiendo las medidas que estimen oportunas para la completa realización del plan aprobado.

Dichas Memorias se remitirán por los gobernadores á las Juntas de agricultura, industria y comercio, las cuales formarán una general de la provincia, que se elevará al Ministerio de Fomento. Este, oyendo al Consejo superior de agricultura, hará una general sobre el fomento del arbolado público, que se insertará en la *Gaceta de Madrid*.

Art. 9.º Para auxiliar á los Ayuntamientos, podrán las Diputaciones provinciales establecer viveros generales, con el fin de facilitar plantas á los Municipios y á los particulares que lo soliciten, mediante un módico precio que compense los gastos.

Art. 10. Asimismo, y á precio de coste, podrán los Ayuntamientos suministrar á los particulares plantones de los viveros municipales, cuando lo soliciten para el fomento del arbolado de sus fincas.

Art. 11. Por el Ministerio de Fomento, y á solicitud de los Ayuntamientos, oyendo á los distritos forestales, se concederán á éstos gratuitamente plantas de los viveros que existan en virtud de lo establecido en el art. 4.º de la ley de 11 de Julio de 1877, para la repoblación de los montes públicos. Asimismo y en iguales condiciones se facilitarán las semillas procedentes de las sequerías que se establecen por el artículo 5.º de la ley citada.

Art. 12. Se autoriza á los Ayuntamientos para invertir hasta un 10 por 100 del importe de sus láminas intrasferibles, con destino al fomento del arbolado público y con sujeción al plan de repoblación aprobado.

Las cantidades que por este concepto realicen, quedarán depositadas para invertirlas únicamente en el objeto especial á que se destinan.

Art. 13. El sobrante anual que resulte del 10 por 100 de todos los aprovechamientos que se realicen en los montes públicos, que por el art. 6.º de la ley de repoblación de 11 de Julio de 1877 se destina á la repoblación y mejora de dichos montes, se aplicará al fomento del arbolado público municipal. Dicho sobrante se determinará anualmente por el Ministerio de Fomento, y constituirá un crédito permanente para aplicarlo al objeto expresado.

Art. 14. En el mes de Marzo de cada año se pu-

blicará en la *Gaceta de Madrid* por el Ministerio de Fomento el importe del sobrante expresado en el año anterior, y la distribución que por provincias y en virtud de lo que arrojen las Memorias anuales de repoblación de cada una, estime conveniente después de oír el dictamen del Consejo superior de agricultura, industria y comercio.

Art. 15. La cantidad asignada por dicho concepto á cada provincia se librará á favor de los gobernadores respectivos, quienes oyendo al distrito forestal y con sujeción á la propuesta de la Diputación provincial, facilitarán á los Ayuntamientos las cantidades correspondientes.

Art. 16. El aprovechamiento del arbolado público que exista ó que se forme en lo sucesivo, corresponde á los Ayuntamientos respectivos. Tendrá lugar á propuesta del Ayuntamiento y con sujeción á las bases establecidas por el distrito forestal respectivo y previa la aprobación del gobernador de la provincia.

Art. 17. Las empresas de ferrocarriles, en donde lo consienta la naturaleza del suelo, están obligadas á plantar y conservar árboles á uno y otro lado de la vía y en las explanadas ó andenes descubiertos de las estaciones, donde no puedan entorpecer el tráfico.

Art. 18. Las empresas concesionarias de canales de riego y de pantanos están obligadas asimismo á plantar árboles á uno y otro lado de los cáuces y en los espacios que puedan disponer.

Art. 19. Los dueños de los terrenos pantanosos y malsanos que convenga repoblar, ó de cuyos malos efectos convenga resguardar las poblaciones y lugares habitados, por medio de plantaciones, á que se refiere el caso 2.º del art. 3.º de esta ley, serán invitados por los Ayuntamientos para plantarlos, facilitándoles gratuitamente los plantones ó semillas que para ello necesiten.

Si se negasen, podrán ser expropiados de dichos terrenos por causa de utilidad pública y con arreglo á la ley de expropiación forzosa.

Art. 20. Para estimular á los particulares á fomentar el arbolado en los terrenos yermos y baldíos que posean, así como en las lindes de sus fincas, á uno y otro lado de los caminos rurales y en las márgenes de los ríos y arroyos que los atraviesen, se establecerán por el Ministerio de Fomento, por las Diputaciones y por los mismos Ayuntamientos, premios pecuniarios y honoríficos, que se adjudicarán en concursos anuales y en la época que oportunamente se determine.

Art. 21. Los gobernadores de las provincias, en virtud de las atribuciones que les confieren los artículos 20 y 28 de la ley de 9 de Julio de 1882, y las Diputaciones provinciales con arreglo á lo determinado en el capítulo 6.º de la misma ley, ejercerán las atribuciones necesarias para hacer cumplir los preceptos de esta ley en lo que tienen de obligatorio.

Art. 22. Los Ayuntamientos que en el término de diez años desde la promulgación de esta ley no hubiesen realizado el plan de repoblación del arbolado público de su término respectivo, quedarán sujetos á un impuesto especial que fijará la Diputación provincial y que se destinará precisamente á la conservación y fomento del arbolado provincial y municipal y á los premios establecidos en los concursos anuales.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—Ricardo de la Puerta.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Becerro de Bengoa prorrogando el plazo para la terminación del ferrocarril de Estella-Vitoria-Durango.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se otorga á la Compañía concesionaria del ferrocarril de Estella-Vitoria-Durango, con un

ramal de Arroniz á Lerín, nueva prórroga de tres años para la terminación de las obras que faltan por ejecutar.

Art. 2.º La prórroga á que se refiere el artículo anterior comenzará á contarse desde el siguiente día de la publicación de esta ley.

Palacio del Congreso 24 de Abril de 1894.—
Ricardo Becerro de Bengoa.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Becerra de Benegas proponiendo el plazo para la terminación del ferrocarril de Estrella-Vitoria-Burgos.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter a la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se otorga a la Compañía concesión para el ferrocarril de Estrella-Vitoria-Burgos, con un

canal de Arona a Paris, nueva prórroga de tres años para la terminación de las obras que faltan por ejecutar.

Art. 2.º La prórroga a que se refiere el artículo anterior comenzará a contarse desde el siguiente día de la publicación de esta ley.

Palacio del Congreso 24 de Abril de 1892.—
Ricardo Becerra de Benegas.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Gutiérrez Abascal y otros concediendo al presupuesto vigente del Ministerio de Gracia y Justicia un crédito extraordinario para el completo pago de las obras hechas en el templo de San Pablo de Málaga.

AL CONGRESO

Creada por Real orden de 10 de Noviembre de 1877 una Junta especial de obras de la iglesia parroquial de San Pablo de Málaga, presidida por el Obispo de esta ciudad con las mismas facultades que tenía la diocesana de reparación de templos, y para corresponder á la confianza que en ella habían depositado los Poderes públicos, se esforzó en reunir fondos, consiguiendo recaudar de limosna entre los fieles la suma de 146.879 pesetas, como consta en la liquidación presentada en el Ministerio de Gracia y Justicia. El Estado, por su parte, contribuyó para la misma obra, en diversos años y presupuestos, con la cantidad de 195.465 pesetas.

Al hacerse la liquidación total ha resultado á la Junta un alcance de 30.444 pesetas, por haberse contado como ingresos seguros muchas ofertas y suscripciones de fieles, cuyos ingresos malogró la continua ruina agrícola de aquella comarca, producida por la plaga filoxérica en los viñedos y la pérdida casi total de sus cañas de azúcar, á lo que se siguió como consecuencia inmediata la crisis comercial, evidenciada en quiebras que desquiciaron el estado financiero de dicha ciudad.

Siendo imposible á la Junta reunir los fondos necesarios para enjugar el déficit, y viéndose los individuos de aquélla molestados y hasta perseguidos judicialmente por los numerosos acreedores, solicitó del Gobierno en 1.º de Setiembre de 1891 que concediese un nuevo crédito suficiente á pagar la deuda resultante, fundándose esta petición en el servicio prestado por la Junta al Estado, al cual había auxiliado para esta obra, que en su totalidad era carga del mismo, casi con la mitad de su coste.

El Prelado diocesano, vista la situación crítica de la Junta, acudió en 16 de Mayo de 1893 al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, exponiéndole que, en su sentir, no era posible ni creía procedente dejar en el abandono y bajo el peso de la afrenta y del bochorno á personas respetabilísimas por su posición y títulos, que, sólo llevadas de celo laudable, habían cooperado tan eficazmente á la reedificación de la iglesia de San Pablo.

Examinados todos los antecedentes en el Ministerio de Gracia y Justicia, opinó la Sección respectiva que sería equitativo acceder á la petición del Prelado y de la Junta, puesto que habiendo sido creada ésta con facultades excepcionales y para el fin especial de auxiliar al Estado en una edificación que era carga exclusiva suya, ha justificado haber cumplido el encargo que se le confiara por Real orden de 10 de Noviembre de 1877, reuniendo cuantiosos fondos que se han invertido en las obras del templo; pero que no permitiendo la letra de la ley conceder más créditos que aquellos que taxativamente se prescriben en la misma, y por los procedimientos en ella marcados, no podía acordarse la concesión del crédito que se solicitaba, á no ser por acuerdo del Poder legislativo.

Fundados en las anteriores consideraciones y estimando justo el atender á enjugar el déficit que resulta en contra de la Junta de obras de la iglesia parroquial de San Pablo de Málaga, los Diputados que suscriben tienen la honra de proponer al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se concede al presupuesto del Ministerio de Gracia y Justicia, correspondiente al año

económico de 1893-94, un crédito extraordinario de 30.444 pesetas con aplicación á un capítulo adicional que se denominará: «Para el completo pago de las obras hechas en el templo parroquial de San Pablo de Málaga.»

Art. 2.º El importe de este crédito se cubrirá con

la deuda flotante del Tesoro, si los recursos permanentes del presupuesto no resultaren suficientes al efecto.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—José Gutiérrez Abascal.—Juan Peralta.—Antonio García Alix.

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Gutiérrez Abascal, pidiendo al Gobierno que se encargue de la construcción y reparación del templo de San Pablo de Málaga.

El Sr. Gutiérrez Abascal, pidiendo al Gobierno que se encargue de la construcción y reparación del templo de San Pablo de Málaga, dice: «El templo de San Pablo de Málaga, que es uno de los más antiguos y hermosos de esta ciudad, se encuentra en un estado de ruina que exige urgentemente su reparación. El Sr. D. Juan Peralta, que es el propietario del templo, no tiene recursos suficientes para llevar a cabo esta obra, y por lo tanto, pide al Gobierno que se encargue de ella. El Sr. D. Antonio García Alix, que es el arquitecto encargado de la obra, dice que el presupuesto para la reparación del templo es de 30.444 pesetas, y que esta cantidad puede ser cubierta con el crédito extraordinario que se propone en la ley. El Sr. D. José Gutiérrez Abascal, que es el autor de la proposición, dice que el Gobierno debe encargarse de esta obra, porque es una de las más importantes que se han de hacer en esta ciudad. El Sr. D. Juan Peralta, que es el propietario del templo, dice que él no tiene recursos suficientes para llevar a cabo esta obra, y que por lo tanto, pide al Gobierno que se encargue de ella. El Sr. D. Antonio García Alix, que es el arquitecto encargado de la obra, dice que el presupuesto para la reparación del templo es de 30.444 pesetas, y que esta cantidad puede ser cubierta con el crédito extraordinario que se propone en la ley. El Sr. D. José Gutiérrez Abascal, que es el autor de la proposición, dice que el Gobierno debe encargarse de esta obra, porque es una de las más importantes que se han de hacer en esta ciudad.»

El Sr. D. Juan Peralta, que es el propietario del templo, dice que él no tiene recursos suficientes para llevar a cabo esta obra, y que por lo tanto, pide al Gobierno que se encargue de ella. El Sr. D. Antonio García Alix, que es el arquitecto encargado de la obra, dice que el presupuesto para la reparación del templo es de 30.444 pesetas, y que esta cantidad puede ser cubierta con el crédito extraordinario que se propone en la ley. El Sr. D. José Gutiérrez Abascal, que es el autor de la proposición, dice que el Gobierno debe encargarse de esta obra, porque es una de las más importantes que se han de hacer en esta ciudad. El Sr. D. Juan Peralta, que es el propietario del templo, dice que él no tiene recursos suficientes para llevar a cabo esta obra, y que por lo tanto, pide al Gobierno que se encargue de ella. El Sr. D. Antonio García Alix, que es el arquitecto encargado de la obra, dice que el presupuesto para la reparación del templo es de 30.444 pesetas, y que esta cantidad puede ser cubierta con el crédito extraordinario que se propone en la ley. El Sr. D. José Gutiérrez Abascal, que es el autor de la proposición, dice que el Gobierno debe encargarse de esta obra, porque es una de las más importantes que se han de hacer en esta ciudad.

El Sr. D. Juan Peralta, que es el propietario del templo, dice que él no tiene recursos suficientes para llevar a cabo esta obra, y que por lo tanto, pide al Gobierno que se encargue de ella. El Sr. D. Antonio García Alix, que es el arquitecto encargado de la obra, dice que el presupuesto para la reparación del templo es de 30.444 pesetas, y que esta cantidad puede ser cubierta con el crédito extraordinario que se propone en la ley. El Sr. D. José Gutiérrez Abascal, que es el autor de la proposición, dice que el Gobierno debe encargarse de esta obra, porque es una de las más importantes que se han de hacer en esta ciudad.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Marqués de Figueroa incluyendo en el plan general de carreteras una de la Casa-Ayuntamiento de San Saturnino al campo de la feria del mismo nombre.

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se declara incluida en el plan general de carreteras del Estado la que partiendo de la Casa-

Ayuntamiento de San Saturnino (Coruña), termina en el campo de la feria del mismo nombre.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo dispuesto en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El Marqués de Figueroa.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL JUEVES 26 DE ABRIL DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Concesión de suplementos de crédito á varios capítulos del presupuesto de Fomento vigente: comunicaciones rectificando un error padecido en el proyecto de ley.

Expedientes de defraudación incoados en la Aduana de Barcelona; ingreso en la Caja de Instrucción pública de la misma provincia de las cantidades destinadas al pago de maestros de escuela; prestación de fianza por el depositario de fondos municipales de Vendrell; legalidad de las manifestaciones del culto católico que revisten el carácter de ser armadas: reclamación y ruegos del Sr. Lostau.

Carretera de la de Puente Menjavoy á Orense á la estación de Peares; creación de un Registro de la propiedad en Tineo: proposiciones de ley.==Apoyadas respectivamente por los Sres. Bugallal y Marqués de Lema, se toman en consideración.

Cumplimiento de una Real orden disponiendo la creación de una fábrica de tabacos en Málaga; aprobación del registro fiscal de bienes inmuebles de la misma provincia: preguntas del Sr. Carvajal y Hué.==Contestación del Sr. Ministro de Hacienda.==Rectificaciones de ambos señores.

Ferrocarril del Astillero á Ontaneda; idem de Solares á Liérganes; idem de Sarón á Selaya; carretera de la estación de Orna á Jánovas; proposiciones de ley.==Apoyadas las tres primeras por el Sr. Alvear, y la cuarta por el Sr. Marqués de la Cadena, se toman en consideración.

Expedientes de suspensión de parte de la Diputación provincial de Málaga y de varios Ayuntamientos de dicha provincia; publicación del reglamento de vinos; reclamación y pregunta del Sr. Bores.==Contestación del Sr. Ministro de Hacienda á la pregunta.

Aplicación de la ley del timbre á los productos farmacéuticos; actitud del Gobierno ante los abusos que se cometen en la enajenación de bienes nacionales exceptuados de la desamortización: contestación del Sr. Ministro de Hacienda á preguntas de los Sres. Muro y Castel.==Rectificaciones de los Sres. Muro y Ministro de Hacienda.

Extravío de un expediente de competencia de jurisdicción para conocer de un delito de falsedad cometido por dos individuos del pueblo de Rodiezmo; indemnización al pueblo de Cangas de Onís de gastos hechos para la instalación de la Audiencia de lo criminal; construcción de la nueva cárcel de Barcelona: contestación del Sr. Ministro de Gracia y Justicia á preguntas de los Sres. Serrano Alcázar, Marqués de Lema y Avila.==Rectificaciones de los Sres. Avila y Ministro de Gracia y Justicia y Serrano Alcázar.==Manifestación del Sr. Presidente del Consejo de Ministros.==Rectificación del Sr. Serrano Alcázar.

Irregularidades en el servicio de la Marina; pliegos de condiciones de las concesiones de las líneas de Madrid á Zaragoza y á Alicante, Valencia á Almansa y Tarragona, y Madrid á Irún: reclamación de datos y anuncio de una interpelación del Sr. Llorens sobre el primer extremo.

Elección de Balaguer; visita girada á la Aduana de Cienfuegos: exposición presentada por el Sr. Henestrosa respecto

del primer punto, y anuncio de una interpelación respecto del segundo.

Noticias sobre aparición del cólera en Lisboa: pregunta del Sr. Sanchís.

Expediente de visita de inspección á la Diputación provincial de Cádiz: reclamación del Sr. Marengo.

Ratificación del tratado hispano-alemán: instancia presentada por el Sr. Silvela (D. Eugenio).

Supresión de Juzgados en la provincia de Badajoz: ruego del Sr. Baselga.—Contestación del Sr. Ministro de Gracia y Justicia.—Rectificaciones de ambos señores.

ORDEN DEL DÍA: Sucesos de Melilla.—Continúa el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, y en el uso de la palabra el Sr. Ministro de la Guerra.—Rectificación del Sr. Martín Sánchez.—Se suspende la discusión y la rectificación.

Elección parcial en el distrito de Carrión de los Condes: acuerdo.

Ratificación de los tratados de comercio: exposición.

Constitución de Comisiones: comunicaciones.

Pensiones á las familias de las víctimas de la última explo-

sión de Santander: comunicación de la Comisión de presupuestos.

Opción del Sr. Calbetón por el distrito de San Sebastián: comunicación.

Concesión de suplementos de crédito y créditos extraordinarios al presupuesto vigente; aprobación de los concedidos por medida gubernativa; exención de derechos arancelarios al material de guerra introducido del extranjero; concesión de pensiones á familias de fallecidos y á inutilizados por consecuencia de la última explosión de Santander; subvención del ferrocarril de Linares á Almería; prórroga del plazo para la construcción del de Pontevedra á Carril; carreteras de Coronil á Morón, de Morón á Montellano y de Puebla de Cazalla á la de Ecija á Olvera; idem de los Hoteles de Aparicio al faro de Cabo Mayor; variación de trazado de las de Sevilla á Alcantarillas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija; suplicatorios pidiendo autorización para procesar al Sr. Dualde; represión de delitos cometidos por medio de explosivos: dictámenes.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las seis y cuarenta minutos.

Abierta la sesión á las dos y treinta minutos, y leída el Acta de la anterior, fué aprobada.

Se anunció que pasarían á la Comisión general de presupuestos: una comunicación del Ministerio de Fomento, trasladando la Real orden comunicada al de Hacienda, por la cual se rectifica el error material que se ha padecido en el proyecto de ley del Gobierno concediendo varios suplementos de crédito á varios capítulos del presupuesto de gastos vigente del Ministerio de Fomento, por virtud del cual se atribuye al art. 1.º del capítulo 24, «Material de la Junta consultiva de Obras públicas», el suplemento de 8.000 pesetas, que en realidad ha de ser aplicable al art. 2.º de dicho capítulo; y otra comunicación del Ministerio de Hacienda, elevando á conocimiento del Congreso la Real orden referida.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Lostau tiene la palabra.

El Sr. **LOSTAU**: No habiendo en el banco azul ningún Sr. Ministro, formularé las preguntas y ruegos que me propongo formular, esperando que la Mesa los trasladará á los Sres. Ministros.

Al Sr. Ministro de Hacienda le ruego que se sirva enviar al Congreso un expediente sobre defraudación en el ramo de Aduanas, incoado en la Aduana de Barcelona á propósito de un contrabando cuyos destinatarios, al parecer, son fabricantes de Sabadell y Tarrasa. Al propio tiempo, deseo nota detallada de cuantos expedientes sobre defraudación en el ramo de Aduanas se hayan incoado en aquella Aduana en 1892, 1893 y año corriente.

Al Sr. Ministro de Fomento le ruego que se sirva excitar el celo del señor delegado de Hacienda de Barcelona, al objeto de que ingresen en la caja de

instrucción pública de la provincia las cantidades destinadas al pago de los maestros de escuela.

Al Sr. Ministro de la Gobernación le ruego que se sirva manifestar si tiene conocimiento de un abuso que se está cometiendo en Vendrell por parte del alcalde. En uso de su derecho, el Ayuntamiento, ateniéndose á lo que la ley dispone, exigió que el depositario de fondos municipales prestase la debida fianza, y á este acuerdo natural y lógico del Ayuntamiento se ha opuesto el alcalde. El Ayuntamiento, á su vez, dispuso que uno de los concejales interviniese los pagos de este depositario de fondos municipales, y á este segundo acuerdo se ha opuesto también el alcalde. Como los acuerdos del Ayuntamiento han sido tomados enteramente dentro de la ley, y como la negativa por parte del alcalde á darles cumplimiento constituye un abuso de autoridad, he creído necesario llamar la atención del Sr. Ministro de la Gobernación sobre este asunto.

Deseo además preguntar al Sr. Ministro de la Gobernación si las manifestaciones del culto católico pueden ó no permitirse cuando revisten el carácter de manifestaciones armadas.

El Sr. **SECRETARIO** (Alonso Martínez): Se pondrán en conocimiento de los Sres. Ministros las preguntas y peticiones de S. S.»

Se leyó una proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de la de Puente Menjaboy á Orense, termine en la estación de los Peares del ferrocarril de Monforte á Vigo.

En su apoyo dijo

El Sr. **BUGALLAL**: Es tan notorio el interés de la carretera de que se trata para los pueblos á que afecta, que me permito rogar al Congreso se sirva tomar en consideración la proposición que se ha servido leer el Sr. Secretario.»

Leída por segunda vez la proposición, fué tomada en consideración, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

Se leyó otra proposición de ley relativa á la creación de un Registro de la propiedad en Tineo.

En su apoyo dijo

El Sr. Marqués de LEMA: Muy brevemente he de hacer presente al Congreso la necesidad de la creación del Registro de la propiedad que en la proposición se indica.

Esta proposición de ley, casi en idéntica forma, fué presentada en las pasadas Cortes por otro señor Diputado, y con ella se quería responder á la necesidad sentida en una localidad que por su importancia, por toda clase de consideraciones, y principalmente por ser capital de Juzgado, requiere como complemento natural, tanto para los efectos de la contratación como para facilidad de la administración de justicia, la existencia de un Registro de la propiedad. Por estas razones me he visto obligado á molestar breves momentos al Congreso para rogarle que tome en consideración la proposición de que se trata.»

Nuevamente leída la proposición, fué tomada en consideración, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Carvajal.

El Sr. CARVAJAL Y HUE: Las preguntas y los ruegos que voy á dirigir al Sr. Ministro de Hacienda, le serán sin duda transmitidos por la Mesa.

No es culpa del Sr. Ministro de Hacienda, ni culpa mía que estando S. S. avisado de antemano de las indicaciones que yo pensaba dirigirle, no se encuentre en su banco acostumbrado. Ayer tuvo la bondad de venir con objeto de escucharlas, y pasó la hora dedicada á esta clase de asuntos sin que me llegara el turno de usar de la palabra. Lo hubiera dejado para otro día, si no temiera que pudiera ocurrir lo propio, y si no fuera porque algunas de estas indicaciones son de carácter urgente, y conviene que el Sr. Ministro, aunque tiene conocimiento de ellas, las estudie para el día en que tenga á bien contestarme.

Primer punto. En 17 de Noviembre de 1884 se dictó una Real orden... (*El Sr. Ministro de Hacienda toma asiento.*) Ya está aquí S. S., que es tan bondadoso como de costumbre. No había todavía comenzado á hacer las indicaciones á que me refería, y por consiguiente, puedo desde luego continuar sin retroceder en las observaciones que había hecho, y que se limitaban simplemente á decir que, á pesar de estar S. S. ausente, no por culpa suya, porque tuvo la amabilidad de venir ayer y no pude yo hacer uso de la palabra por la hora reglamentaria, le fueran estas preguntas transmitidas.

Decía yo, al entrar el Sr. Ministro de Hacienda en el salón, que el día 17 de Noviembre de 1884 se dictó una Real orden por la cual se decretaba la creación de una fábrica de tabacos en la ciudad de Málaga, la cual había de ser dotada de los aparatos más perfeccionados en esta clase de elaboraciones, y se encargó al gobernador de la provincia que tomara

con urgencia las disposiciones procedentes. Dice la Real orden, que S. M. el Rey se ha servido disponer la *inmediata* creación de esta fábrica de tabacos. Esto fué el 17 de Noviembre de 1884. Han trascurrido diez años; la Real orden está sin cumplir; Málaga sin la fábrica de tabacos, y claro es que la venta sin aquella elaboración perfeccionada y barata á que la Real orden se refiere. Yo estoy seguro de que cuando en aquel tiempo, en 1884, se dijo que había de crearse *inmediatamente* la fábrica, no podrían figurarse los autores de la Real orden que habían de trascurrir diez años sin que se hubiera hecho nada, absolutamente nada más que lo que voy someramente á referir.

En Málaga, cuya decadencia principiaba entonces, aunque no hubiese llegado al estado de verdadera miseria en que hoy se encuentra aquella populosa y antes riquísima ciudad, se recibió la noticia con regocijo, como que por la Real orden se realizaba la aspiración incesante de Málaga. Se facilitaron todos los medios imaginables; se trató de local, y local hubo inmediatamente apropiado para los usos de la fabricación; mas de repente, todo ha terminado, y el expediente duerme ese sueño dulcísimo de los justos, que es también el sueño de los desgraciados, en el Ministerio de Hacienda, sin que se haya hecho nada, absolutamente nada.

Y cuidado, Sres. Diputados, que las razones que abonaban, según la Real orden, la creación de la fábrica de tabacos en Málaga, son potísimas; porque la Real orden dice «que la insuficiencia de la actual fábrica de tabacos para surtir convenientemente las expendedurias, es manifiesta y no satisface las necesidades del consumo creciente en nuestro país». No hablo de la calidad: esa la juzgan y la han juzgado los que por unas ú otras razones prefieren el tabaco que se elabora en esas fábricas. Pero añade la Real orden, que para la mejora de la elaboración urge establecer una fábrica modelo, que es la fábrica que se ha de establecer en Málaga, dotada de los aparatos más perfeccionados; y que para evitar conflictos, es conveniente que esto se haga en una localidad que carezca de establecimientos de esta especie.

Sigue la Real orden amontonando razones que abonan la creación de la fábrica en Málaga, y no olvida que para la facilidad de los trasportes de las primeras materias debe situarse en un punto del litoral, y además en una ciudad fabril, cuya población y elementos propios ayuden á la realización del propósito.

Por último, atiende la Real orden á la circunstancia de que en la costa del Norte de España hay la friolera de cinco fábricas de tabacos, y en la occidental no hay más que dos, incluyendo para este objeto como tal á la de Sevilla, por su situación próxima al río. Luego viene la razón suprema, y que hace muchísimos años viene diciendo á voces que es preciso colocar una fábrica de tabacos en las proximidades de Gibraltar, y es el contrabando. El contrabando del tabaco almacenado en Gibraltar se realiza por todas maneras y de todas suertes en Andalucía; y el remedio más eficaz, el que la Real orden declara como tal, y si no lo declarara la Real orden, me importaría muy poco, porque la razón lo dice por encima de las Reales órdenes, que suelen algunas veces estar desprovistas de razón, el medio más eficaz y seguro de contrarrestar el contrabando es poner la ac-

ción directa del Estado, señor del estanco, en aquel mismo lugar y en aquel mismo sitio donde el contrabando se verifica. Todas estas razones había en 17 de Noviembre de 1884.

¿Cuáles ha habido después para que la fábrica de tabacos de Málaga no se cree? Ninguna, absolutamente ninguna; porque es verdad que después de esa fecha el Estado ha puesto en arrendamiento esta renta; mas la ha puesto precisamente con la condición de levantar fábricas de tabacos; y aun cuando no hubiera puesto esta condición en su contrato, resulta de toda evidencia que la Compañía Arrendataria ha tomado la renta en el estado en que estaba, con la legislación que tenía y con las disposiciones entonces vigentes. Esto de poner en arrendamiento un ramo tan importante de la riqueza contributiva como es el tabaco en nuestro país, puede dar por resultado la inercia del arrendatario, que encontrando en el margen entre la cuota fija con que contribuye y la cuota superior que le facilita la venta y el consumo, suficiente ganancia para su dinero, no se preocupa mucho de correr lo que se le figura una aventura, aun cuando esta aventura esté tan justificada como lo está la presente. Así es que la Compañía Arrendataria no se ha preocupado en cumplir la Real orden de 17 de Noviembre de 1884.

Hoy la situación de Málaga es gravísima. Esta provincia, que era una de las más ricas de España, nunca pedigüeña, siempre dadivosa, se halla en el caso de acudir á todos los recursos; pide poco, porque tiene ya la costumbre de no pedir; pero lo que tiene ¡ah! eso lo quiere, y lo que tiene hoy en esta cuestión es el derecho á que en su territorio se establezca la fábrica de tabacos. ¿Qué va á hacer el señor Ministro de Hacienda actual, que en asunto de tabacos sabe más que los Partagás y que los Carvajales? ¿Que va á hacer? ¿Va á dejar dormida todavía la Real orden de 17 de Noviembre de 1884? ¿Quiere, dentro de la ley, sin salirse fuera de ella, obedeciéndola, hacer un gran beneficio á la provincia de Málaga? Pues active ese expediente, haga que la fábrica se erija donde debe erigirse, donde todas las razones, desde las legales hasta las de la conveniencia, aconsejan, es decir, en la ciudad de Málaga; y crea S. S., supongo que lo creará, como yo lo creo, que las bendiciones de los pueblos agradecidos acompañan siempre á los hombres en su carrera política, y no habrá agradecimiento mayor ni aureola más luminosa alrededor del Sr. Ministro de Hacienda que la expresión de la gratitud del pueblo de Málaga.

Vamos á otro punto, cual es el del registro fiscal, que ya ha sido objeto de conversación parlamentaria, y aun privada, entre el Sr. Ministro de Hacienda y yo.

El registro fiscal de bienes inmuebles de la provincia de Málaga ha sido ya remitido al Ministerio del digno cargo de S. S.; pero antes de esto, en el debate que aquí se sostuvo, y que casi no puedo llamar debate, porque estábamos de acuerdo S. S. y yo sobre todos los puntos que se trataron, el Sr. Ministro de Hacienda estableció la línea de conducta de su Departamento respecto de los registros fiscales, escalonando sus bondadosas contestaciones á las tres preguntas que yo le dirigí.

A la primera contestó explícitamente. Se dirigía la pregunta á averiguar si donde la suma total del registro fuera inferior al actual cupo fijo, el regis-

tro sería aprobado desde el momento en que se declarase ser una verdad la cuota que de él resultaba. El Sr. Ministro de Hacienda, á quien yo me dirigí diciéndole: ¿es esto así?, contestó con signos afirmativos, y más tarde dijo que había ya en esta forma respondido con bastante claridad. No es, pues, este punto en el que pueda caberme ningún recelo; estoy seguro de que si el registro formado en la provincia de Málaga es una verdad, el Sr. Ministro de Hacienda le pondrá su *visto bueno* y su refrendo. Pero había otras dos preguntas más, respecto de las cuales no pude quedar tan satisfecho.

Consistía mi segunda pregunta en inquirir si daría S. S. una prórroga del plazo vencido en 15 de Abril, que, como se demostró por el Sr. Planas y por mí en aquella ocasión, es contradictorio con los términos de la Real orden de 24 de Enero del año pasado, en lo referente á la tramitación; y el Sr. Ministro de Hacienda tuvo la bondad de contestarme que llevaría el asunto á Consejo de Ministros.

Mi tercera pregunta era esta: donde el registro fiscal tenga una tacha individual, que no influya, por consiguiente, en la mayoría de los interesados, los propietarios que hayan hecho sus declaraciones en regla, ¿se encontrarán bajo el amparo de su buena fe y del convencimiento que el Sr. Ministro de Hacienda tenga de que han obrado lealmente, ó podrá ser esto motivo para que respecto de esos propietarios no se aplique la cuota de 17'50? A esto me contestó el Sr. Ministro de Hacienda en esta forma: «... después de haber transcurrido el día 15 y de conocer lo que ha pasado en las provincias, reuniendo al efecto todos los datos necesarios para adoptar la resolución que proceda, y que precisa meditarse bastante, contaba yo, desde luego... (y aquí vino una frase galante y cortés del Sr. Ministro de Hacienda), con el consejo y con la experiencia de S. S.»

Claro es que yo no tengo que aconsejar al señor Ministro de Hacienda, que es doctor en la iglesia donde funciona; yo no tengo que hacer más que pedir, no que se cumpla estrictamente la ley de presupuestos á que S. S. se refiere, sino que reflexione S. S. sobre la contradicción interna entre la buena fe y la mala fe, y sobre la injusticia que entrañaría el que sufriesen los resultados punitivos correspondientes á la mala fe aquellos que hubiesen obrado de buena fe.

Estas fueron las tres contestaciones que me dió el Sr. Ministro de Hacienda. Ha pasado el día 15; ha venido el registro fiscal de la provincia de Málaga, y yo me atrevo á asegurar que no trae tacha ni mácula de ninguna clase. La riqueza imponible que representan las columnas de ese registro es superior á la riqueza imponible sobre la cual se hacía anteriormente el reparto de la cuota fija; pero es muy posible que el 17'50 por 100 de la nueva organización contributiva no produzca tanto como producía la cuota fija; y siendo esto de buena fe, estando averiguado que es de buena fe, y resultando la riqueza imponible del registro fiscal superior á aquello que representaba la cantidad sobre la cual se aplicaba la anterior cuota, es evidente que, según la primera de las contestaciones que me dió el Sr. Ministro de Hacienda, S. S. tendrá la bondad, aplicando su principio, de aprobar el registro fiscal de la provincia de Málaga.

¿Lo ha hecho S. S.? Si no lo ha hecho, ¿se pro-

pone hacerlo? ¿Tiene datos? El expediente, ¿lo ha puesto á su estudio? Allí se está esperando con ansiedad lo que haga el Sr. Ministro de Hacienda, porque á pesar de sus palabras tan solemnes, tan severas, tan leales, tan veraces, que yo les rindo el culto y el testimonio de mi absoluta confianza; á pesar de eso, todavía se cierne por cima de esta cuestión la sospecha de que donde no la cantidad total imponible, sino la aplicación de la cuota á la cantidad total del cupo de 17'50 por 100 sea de un resultado menor para la Hacienda de lo que producía la cuota fija anterior, aun á pesar de la buena fe, no se aprueba por el Ministerio del digno cargo de S. S. el registro fiscal. Esto se supone por las malas gentes, por los que no saben quién es el actual Sr. Ministro de Hacienda, la buena fe, la lealtad con que procede y la veracidad de sus palabras; todo aquello á que yo rindo mi pleitesía.

Conviene, pues, que el Sr. Ministro tenga la bondad de resolver sobre este punto, y le suplico encarecidamente que, si alguna aclaración puede dar á sus anteriores palabras contestando á mis preguntas de hoy, se sirva hacerlo y quedará sumamente agradecido.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Ministro de Hacienda tiene la palabra.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Con el mayor gusto voy á dar al Sr. Carvajal, mi querido amigo, las explicaciones que me sea posible; y voy á empezar por la última de las dos preguntas, porque de esta suerte parece como que reanudamos la conversación que, como decía S. S., tuvimos hace pocos días, con tanta complacencia por mi parte; y es, lo que se refiere á los registros fiscales.

Sobre este punto, puedo añadir á lo que S. S. ha tenido la bondad de leer, refiriéndose al *Extracto*, que yo tenía un interés grandísimo en que los registros fiscales se aprobaran en todas partes, porque no me parecía bien que la Administración hubiera invitado á los contribuyentes á hacer declaraciones, y después de haberlas hecho se defraudaran por ningún género de pretexto, ni aun de pretexto legislativo, las esperanzas de aquellos que habían declarado como correspondía la riqueza que tenían oculta. Pero yo no puedo menos de considerar como registro fiscal lo que se entiende por tal, lo que está definido en el Reglamento, el cual dice que se entenderá por registro fiscal aquel en que se comprenda toda la riqueza urbana, una vez que se haya comprobado y evaluado, y que en aquellos puntos en que no se hubieran completado estas indicaciones, sería imposible la aprobación de los registros fiscales, por grande que fuera el deseo del Ministro de Hacienda para que todos quedaran aprobados.

Por mi parte, y antes de llegar el 15 de Abril, que era el término fatal fijado para este asunto, hice todos cuantos esfuerzos pude para excitar el celo de todos, á fin de que terminasen estos registros como correspondía, y desde luego el criterio que yo imprimía á este asunto era tal, que no había de dejar de aprobar los registros fiscales, aun cuando el resultado fuera dañoso para la Administración. Poco importaba que la relación entre la riqueza imponible antigua y la moderna excediera ó no excediera de 1'28 por 100 que define el aumento necesario para que la Hacienda no saliera perjudicada; lo que im-

portaba era que los registros se hicieran bien, y como estuvieran bien hechos, aprobados estarían también, fuera cualquiera el resultado para la Hacienda.

Tranquilo yo en mi conciencia por haber hecho todo lo que podía hacer para que este asunto se resolviera en justicia, esperé el 15 ó 16, que era el plazo fijado, y lo que haya sido, eso es; porque los administradores de Hacienda eran los encargados de aprobar estos registros: en unas partes se habrá aprobado, en otras no; en estos momentos se están completando los datos, que todavía no han llegado por completo, para saber á qué atenerse; pero desde luego puedo decir á S. S. que han sido aprobados algunos registros fiscales en los cuales sale perjudicada la Hacienda, lo cual desvanece por completo el temor del Sr. Carvajal de que este asunto se iba á resolver por el criterio de que cuando la cuota del 17 por 100 fuera favorable á la Hacienda, se aprobaría, y cuando no, se aplicaría la de veintidós sesenta y tantos por ciento.

No hay que extrañarse de que no estén completos los datos de toda España, porque en la actualidad debe contribuir esta riqueza inmueble de cuatro maneras distintas: así, por ejemplo, la riqueza rústica y pecuaria ha de contribuir por cupo; la riqueza que estaba contenida en los antiguos amillaramientos, contribuirá de la misma manera, por cupo; la riqueza que no está comprendida en los amillaramientos, por cuota; y la que ha sido descubierta recientemente, también por cuota; y por lo tanto, hay que tener en cuenta cuatro distintos sistemas de datos, los cuales han de llevar un tiempo grande para su conocimiento, y no es de extrañar que no se hayan reunido todavía.

No puedo decir al Sr. Carvajal si el de la provincia de Málaga está ó no aprobado; cuando estos datos lleguen, entonces será ocasión de ver, como prometí al Sr. Carvajal, si el asunto es de gravedad ó no, y si las determinaciones que habrán de adoptarse han de ser de carácter especial ó de carácter general. Hasta que esto no se sepa, no es posible conocer tampoco qué determinaciones se han de tomar.

Para terminar este punto, puedo decir á S. S. que si hubiera necesidad de adoptar disposiciones de carácter general, unas se acordarían en Consejo de Ministros, y para otras sería preciso acudir á alguna determinación legislativa que discutieran y aprobaran las Cortes.

Y viniendo ahora al primer punto que ha tratado el Sr. Carvajal, le diré que, en efecto, el año 84 se dispuso por la Real orden que S. S. ha tenido la bondad de leer y hasta de comentar, que había de establecerse una fábrica de tabacos en Málaga; muchas eran las razones que apuntaba esa Real orden para preferir esa población en aquella época, y algunas otras podrían añadirse á las que contiene la Real orden, á cambio de varias que no me convencen; pero el hecho es que la Real orden se dió, y según ella, la fábrica debía establecerse en Málaga. El Sr. Carvajal extrañaba que esa Real orden no se cumplimentara, y S. S. no tenía en cuenta que, no sólo no está vigente, sino que está derogada por la ley que S. S. mismo acaba de citar, por la ley del arrendamiento del monopolio del tabaco. En esa ley se determinaba que la Compañía Arrendataria tendría que construir tres fábricas de tabacos en los puntos que el Gobierno le indicara, y como el Go-

bierno posteriormente le indicó esos tres puntos, no ha tenido que hacer la Compañía sino acomodarse á esas disposiciones oficiales y construirlas donde se le ordenaba. Tan lejos está de haberse olvidado este asunto, que señalados como sitios al efecto San Sebastián, Logroño y Pontevedra, la fábrica de San Sebastián está construyéndose, para lo cual contribuye el Ayuntamiento con el 50 por 100 del coste; la de Logroño está en plena explotación, habiendo cedido el Ayuntamiento el edificio que ocupa; y la de Pontevedra no ha podido empezar á construirse á causa de haber ocurrido algunos entorpecimientos respecto del terreno, y porque el Ayuntamiento ha tropezado con dificultades para la obtención de los recursos con que también contribuye.

Tiene razón el Sr. Carvajal. La fábrica de Málaga, caso de que se construyera, había de contar con todos los elementos mecánicos más perfeccionados para esa industria; pero también se imponía esa condición á la Compañía Arrendataria para la construcción de las tres fábricas referidas; y, efectivamente, la que está ya en explotación reúne todos esos elementos mecánicos tan adelantados, que hay motivo para pensar si deben ó no construirse las tres fábricas; porque son tales los adelantos mecánicos que se han hecho en punto á la elaboración, que con una sola fábrica habría bastante para la producción nacional y aun para la exportación.

Vea, pues, el Sr. Carvajal, que si bien es exacto que en virtud de la Real orden de 1884 debía construirse una fábrica de tabacos en Málaga, es lo cierto que una ley del Reino ha derogado esa Real orden, imponiendo á la Compañía Arrendataria la obligación de construir tres fábricas en los puntos que se le indicaran y que ya fueron designados.

El Sr. CARVAJAL Y HUE: Pido la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. CARVAJAL Y HUE: Siguiendo el orden en que el Sr. Ministro de Hacienda ha creído conveniente contestar á mis indicaciones, no desconozco el interés que S. S. tiene por la justicia y por la verdad de los registros fiscales, que vienen á ser los catastros de la riqueza inmueble, y S. S. es muy partidario de los catastros.

La pregunta no ha sido contestada sino en términos generales; voy á concretarla de tal modo, que el Sr. Ministro de Hacienda, á pesar de mi torpeza de expresión, pueda comprenderla toda.

Han venido muchos registros fiscales de diferentes provincias; el Sr. Ministro de Hacienda dice que ha aprobado unos y que no ha aprobado otros. (El Sr. Ministro de Hacienda: Ninguno; porque eso no es cuenta mía, sino de los administradores de provincias.) ¿Que no ha aprobado el Sr. Ministro de Hacienda ninguno? (El Sr. Ministro de Hacienda: Ni desaprobado.) Pero aprobado ninguno. (El Sr. Ministro de Hacienda: ¡Si los aprueban los administradores de provincia!) ¿Han venido los de Málaga á su Ministerio aprobados por el administrador de Hacienda de Málaga?

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Ya he dicho que no lo sé, porque se están reuniendo esos datos y no ha llegado el momento de que me den cuenta del resumen de todos ellos.

El Sr. CARVAJAL Y HUE: ¿De modo que S. S. no sabe si ha sido aprobado ó desaprobado ningún registro fiscal de España?

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Sé de alguno que otro, porque he preguntado si entre ellos había alguno que hubiera sido aprobado con perjuicio de la Hacienda, porque interesaba esto para mi tranquilidad y para poder contestar á S. S., á fin de que perdiera ese temor que tiene de que la Hacienda hiciera lo que le conviene y no lo que interesa al contribuyente.

El Sr. CARVAJAL Y HUE: Pues el registro de Málaga no ha sido aprobado, y se ha mandado al Ministerio de Hacienda para saber si se aprueba ó no. Este es el hecho; luego no es el administrador económico de Málaga el que aprueba ó desaprueba el registro fiscal de Málaga, sino que se deduce de este hecho constante que los administradores económicos de las provincias mandan al Ministerio de Hacienda los registros, para que de allí venga la orden de aprobarlos ó no. No hay un administrador económico en España que apruebe el registro fiscal si no ha consultado antes al Ministerio de Hacienda, y todos los que tienen registros fiscales que aprobar, todos, absolutamente todos, interrogan la voluntad del Ministerio antes de aprobarlos. Esta es la verdadera situación, y á este punto llego y en este punto me detengo. Ya ve el Sr. Ministro de Hacienda cómo no empujo.

Respecto á la cuestión que se refiere á la fábrica de tabacos de Málaga, yo siento mucho haber oído al Sr. Ministro decir que la Real orden está derogada por el contrato. Es la primera vez que se dice eso; porque el Estado entregó la renta á la Compañía Arrendataria con arreglo á la situación legal entonces existente, y en esta situación legal tiene una representación la Real orden de 17 de Noviembre de 1884. Para que se considerara derogada la Real orden era preciso haberlo dicho, y no se ha dicho. Yo no discuto aquí si la creación de la fábrica modelo de Málaga es obligación de la Compañía Arrendataria ó es obligación del Estado. Eso no lo discuto, porque no me importa discutirlo. Sé muy bien que en el contrato se impuso la obligación á la Compañía Arrendataria de poner esas tres fábricas de tabacos nuevas en diferentes puntos; los peores, precisamente los peores, para evitar el contrabando, aquellos que parece que el texto de la Real orden repugna para esta clase de fabricaciones. Pero ¿cómo ha de compararse Málaga con Logroño, si no cuenta con los títulos de hombres ilustres que alega Logroño para obtener los favores del Gobierno? A mí no me importa que tengan esas poblaciones una fábrica de tabacos; lo que digo es que todas están situadas en el Norte, y que la Real orden dice que es preciso llevar al Mediodía la fabricación del tabaco.

Pues bien; como es seguro que el contrato no ha derogado la Real orden de 17 de Noviembre de 1884...

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): Señor Carvajal, rogaría á S. S. se sirviera ceñirse á la rectificación, aunque no fuese más que teniendo en cuenta que hay muchos Sres. Diputados que tienen pedida la palabra para hacer preguntas, y no podrán hacerlas si S. S. no procura terminar pronto.

El Sr. CARVAJAL Y HUE: Agradezco al señor Presidente su indicación, con tanto más motivo cuanto que llega en el momento en que estaba concluyendo. Había empezado en esta forma á dar la razón de una pregunta final, que seguramente ya

hubiera terminado sin la bondadosa interrupción de S. S.

Como no la ha derogado, yo me propongo, si el Sr. Ministro de Hacienda no resuelve esta cuestión en los términos que yo considero justos, equitativos y hasta misericordiosos, dada la situación de Málaga, dirigir una interpelación con este motivo á S. S.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodovar del Río): La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Respecto del primer punto, sólo diré al Sr. Carvajal que si consultan los administradores de provincia al Ministro de Hacienda, el Ministro de Hacienda les dice lo que acaba de oír S. S. y ha dicho ya en otras ocasiones; esto es, que apruebenlo que sea justo y desapruében lo que no sea justo.

En cuanto á las fábricas de tabacos, no sé qué títulos especialísimos tienen los pueblos en que actualmente se construyen fábricas de tabacos que no pudieran adivinarse de la misma índole en la población de Málaga. Pero en fin, dejando esto á un lado, tampoco me parece que es una gran razón la de que estén en el Norte, cuando según S. S. es conveniente que estén en el Sur, con objeto de evitar el contrabando, aunque así lo diga la Real orden; porque así como S. S. cree en ello, otros opinan que eso basta para que no se deba colocar en ese punto una fábrica de tabacos, puesto que lejos de matar el contrabando se presta á que el contrabando se acreciente, concluyendo que donde existe contrabando de tabaco no debe haber fábrica.

Por lo que se refiere á la interpelación, sólo diré que conociendo el talento de S. S., que es grande, comprendo que le permita discutir en el sentido de que la Real orden no ha sido derogada por una ley del Reino, y aunque para mí es indiscutible que la Real orden ha sido derogada por la ley de arrendamiento del monopolio de tabacos, que dispuso que se establecieran tres fábricas en los puntos designados por el Gobierno, habiendo sido ya esos tres puntos designados, y no pudiendo, por tanto, el Ministro de Hacienda crear una cuarta fábrica, aunque no creo que esto pueda dar margen á una interpelación, si S. S. está resuelto á explanarla, yo estoy dispuesto á contestarla en el acto.

Se leyeron tres proposiciones de ley autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de ferrocarriles económicos:

Del Astillero á Ontaneda (*Véase el Apéndice 1.º al Diario núm. 110*);

De Solares á Liérganes (*Véase el Apéndice 21.º al Diario núm. 110*), y

De Sarón á Selaya. (*Véase el Apéndice 19.º al Diario núm. 110.*)

En su apoyo dijo

El Sr. **ALVEAR**: Se trata, Sres. Diputados, de construir en la provincia de Santander tres líneas de ferrocarriles de los llamados económicos, que pongan en comunicación importantes comarcas de aquella provincia con la capital de ésta, y algunas con renombrados puntos balnearios, como Solares, Liérganes y Ontaneda, aumentando el tráfico en

aquella provincia y, por tanto, desarrollando la prosperidad de su comercio é industria.

No necesitaré de mayores desenvolvimientos para persuadir al Congreso de la importancia que estas proposiciones tienen, y por tanto me limito á suplicarle no les niegue el trámite indispensable para su estudio y se sirva tomarlas en consideración.»

Leídas por segunda vez, fueron tomadas en consideración, y pasaron á las Secciones para el nombramiento de Comisión.

Se leyó una proposición de ley del Sr. Marqués de La Cadena incluyendo en el plan general de carreteras una de la estación de Orúa á Jánobas.

En su apoyo dijo

El Sr. Marqués de **LA CADENA**: Ruego á los Sres. Diputados que consideren la importancia de estas proposiciones de ley, que son el único recurso que tienen los pueblos, que compense en algo á aquellos que contribuyen religiosamente al Estado con los tributos que se les imponen, y por eso ruego á la Cámara se sirva tomar en consideración la que tengo la honra de apoyar.»

Leída por segunda vez la proposición, fué tomada en consideración, y pasó á las Secciones para el nombramiento de Comisión.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Bores tiene la palabra.

El Sr. **BORES**: Para rogar al Sr. Ministro de la Gobernación se sirva remitir al Congreso los siguientes expedientes:

El de suspensión de la mitad de la Diputación provincial de Málaga, nombramiento de los sustitutos y constitución de la Comisión provincial.

Los de suspensión de los Ayuntamientos de Vélez-Málaga, Benamargosa y Churriana.

Los electorales por la última renovación de Ayuntamientos de esos mismos tres pueblos.

El de suspensión de 11 señores concejales del Ayuntamiento de Málaga y nombramiento de sus sustitutos.

El relativo á las reclamaciones formuladas contra la constitución del Ayuntamiento de Málaga y supuesta elección de cargos efectuada el día 1.º de Enero.

También ruego al Sr. Ministro de la Gobernación que pida al gobernador de Málaga nota de los acuerdos adoptados por la Comisión provincial interina en materia electoral.

Pido estos expedientes con el objeto de que los Diputados por la provincia de Málaga tengamos el honor y cumplamos con el deber de formular una interpelación sobre la política y la administración de este Gobierno en aquella provincia.

Esta interpelación la explanará, sin duda alguna, el Sr. Bergamín, el cual está ausente; y yo, en su nombre, me permito pedir estos documentos, para mostrar en su día ante el país una de las páginas más brillantes y de más colorido de esta administración fusionista.

Como el Sr. Ministro de la Gobernación no está presente, pido á la Mesa que se sirva transmitirle este ruego.

Ahora voy á formular una pregunta al Sr. Ministro de Hacienda.

El art. 47 de la vigente ley de presupuestos dispuso que en el último semestre del año económico tuvieran lugar los conciertos provinciales sobre consumo de los vinos, y á este fin determinó que dentro de los cuatro primeros meses del ejercicio económico se expediría por el Ministerio de Hacienda el correspondiente reglamento para hacer estos conciertos. El reglamento sobre consumo de los vinos no se ha publicado hasta hace pocos días, es decir, dentro de los cuatro meses últimos del ejercicio corriente; y como quiera que esto constituye una infracción evidente de un precepto legal, creo que el Sr. Ministro de Hacienda tendría alguna causa legítima para no cumplirlo, y en este caso se incoaría y tramitaría en el Ministerio de Hacienda el expediente administrativo que correspondiera, puesto que debía justificarse de algún modo, y lógico es suponer que tuviera alguna justificación administrativa semejante demora.

Así, pues, yo deseo saber si existe ese expediente; y si existe, ruego al Sr. Ministro de Hacienda que tenga la bondad de remitirlo á la Cámara; y si no existe, que lo diga S. S.

De todos modos, respecto de la infracción legal que este Gobierno ha cometido no cumpliendo un artículo de la ley de presupuestos, tengo la honra de anunciarle una interpelación.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene V. S.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Con mucho gusto haré que remitan á la Cámara el expediente, si es que existe, pedido por el Sr. Bores.

No sé yo si habrá tal expediente, aunque sí habrá razones poderosas que hayan obligado á dilatar la publicación del reglamento hasta la época en que se ha hecho. Como comprenderá S. S., es difícil que yo pueda saber ahora eso; mas por complacer á S. S., habré de enterarme de esas razones con mucho gusto.

Creo que S. S. no me ha preguntado más, y con esto doy por terminada la respuesta á lo dicho por S. S.

Quería haber aprovechado antes el estar en el uso de la palabra para contestar á indicaciones que en sesiones anteriores se sirvieron hacerme, una el Sr. Muro y otra el Sr. Castel.

Respecto del Sr. Muro, tenemos pendiente el haber solicitado de mí que le diga cuál es mi opinión en cuanto al impuesto de timbre sobre los específicos. Al encargarme de la cartera de Hacienda he encontrado resuelta esa cuestión, y, en mi sentir, justamente, porque se ha hecho resaltar la diferencia que existe entre el industrial y el comerciante cuando la industria y el comercio están ejercidos por la misma persona.

Se ha distinguido perfectamente la parte que corresponde al ejercicio de una profesión liberal para lo que se necesita tener conocimientos que se adquieren estudiando una carrera dilatada, y aquella otra parte que se relaciona con un comercio interior en pequeña escala. Por eso, en todo aquello que es función del farmacéutico, para lo cual paga una contribución directa, no pueden alcanzar los efectos de

esa ley, y no alcanzan; pero en cuanto á la otra parte, aquella en que ya funciona como comerciante, vendiendo en tarros, frascos ó cajas especiales, específicos que han comprado en la misma forma, á esa sí que se le puede imponer la contribución indirecta del timbre, sometiendo al impuesto actos que sin razón alguna dejaban de contribuir.

En cuanto á mi amigo el Sr. Castel, sólo tengo que decirle que si no tuve ocasión de oírle cuando me dirigió sus observaciones sobre la venta de montes públicos, he tenido mucho gusto en leerlas, y que siendo, como todas las suyas, muy atinadas, las estudio y me prometo tomarlas en consideración.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): Tiene la palabra el Sr. Muro.

El Sr. **MURO**: Sabía ya, porque el Sr. Ministro de Hacienda tuvo la atención de participármelo confidencialmente hace pocos días, que había sido resuelta antes de que entrara S. S. en el Ministerio una reclamación de los farmacéuticos contra el número 8.º de las disposiciones de la ley, creo que de presupuestos. Pero no era esto lo que yo solicitaba del Ministro de Hacienda cuando hace unos días presenté una exposición de varios farmacéuticos, y con ese motivo hube de hacer una pregunta á S. S. Lo que yo quería es, que si el art. 179 de la ley del timbre forma parte de una ley, y no se puede alterar el precepto ese 8.º sino por otra ley, el Sr. Ministro de Hacienda, considerando que la pretensión de estos interesados era pretensión justa, tuviese á bien presentar un proyecto de ley derogando el art. 179 de la ley del timbre; porque claro está que si esa derogación procede de la iniciativa del Gobierno, será más segura y más eficaz para que pueda aprobarse, que si se deja á la iniciativa de los Diputados, que tienen que hacerlo presentando una proposición de ley que va á las Secciones, que lleva un curso lánguido y nada eficaz.

Yo tengo la seguridad de que si S. S. formula ese proyecto, llegará á ser ley; que, en cambio, si no lo hace, no podrá derogarse ese art. 179.

Pero S. S., bondadoso conmigo hasta el extremo, ha tenido á bien dar algunas explicaciones respecto á las razones que se han tenido en cuenta al resolver las reclamaciones de los farmacéuticos, y ha añadido que S. S. considera justa esa resolución porque en ella se establece una distinción entre el farmacéutico que ejerce una profesión y una carrera, y la profesión de comerciante; es decir, que entiende la Administración que en los que se dedican á la profesión de farmacéuticos hay dos naturalezas, una la del profesor que ejerciendo su carrera prepara los medicamentos, y otra la del comerciante, que se limita á adquirir una mercancía, que luego por la venta al menudeo trasmite al público.

Y dice S. S.: respecto á lo primero, es decir, por la condición de farmacéutico, de profesor, paga ya una contribución por ese concepto, la contribución industrial; pero por el concepto de comerciante no pagaba ninguna; y lo que ha querido la ley en su art. 179, núm. 8.º, es precisamente imponer un tributo á ese comerciante que á la vez es profesor, y como tal profesor paga la contribución industrial.

Pues bien; al buen juicio de S. S. y á su reconocida ilustración no puede ocultarse que esto no es sostenible; y si esa es la única base y el único fundamento de la resolución gubernativa que S. S. am-

para, ha de convenir conmigo en que el fundamento y la base son completamente absurdos, ó por lo menos tan deleznales, que basta presentarlos á la consideración pública para que se comprenda toda su debilidad. Pues qué, si el farmacéutico expende primeras materias en cuya obtención ó preparación no ha intervenido para nada su ciencia, ¿no es un comerciante de la misma manera que lo es, según S. S., el que compra específicos para revenderlos al público? ¿Pues por qué se ha de imponer el pago del timbre de 10 céntimos al farmacéutico que vende específicos, y no al que expende primeras materias, en las que no ha intervenido la ciencia del profesor?

¿No comprende S. S. lo absurdo de este razonamiento? Y con tanto más motivo puedo calificarle así, cuanto que en aquellos productos químicos ó farmacéuticos que se venden al público, y que no proceden del extranjero, sino que son específicos fabricados, elaborados por el mismo profesor que los expende, también se le imponen los 10 céntimos por razón del timbre. De suerte, Sr. Ministro de Hacienda, que es de tal naturaleza esa resolución, y tan injusta aparece á primera vista, que una vez más me permito llamar sobre ella la ilustrada atención de S. S. Y puesto que ya no cabe en el orden de las resoluciones gubernativas volver sobre los pasos andados ó retroceder en el camino emprendido; puesto que al propio tiempo se trata, como dije al principio, de un precepto de la ley, venga otro precepto legal, si S. S. estima aceptables las consideraciones que he tenido el honor de exponer, que derogue el apartado 8.º del art. 179; y si á este punto no quiere llegar S. S., tenga al menos la atención de decirnos, que ya que no el amparo y aprobación absoluta, merecerá la protección y la benevolencia de S. S. cualquier proposición de ley que en el sentido expuesto presente yo, con algunos otros compañeros interesados por razón de la justicia en este asunto.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Tan justificado está que se haga la distinción entre el industrial ó profesor y el comerciante, que en lo que acaba de decir S. S. se halla nuevo fundamento para mi juicio, puesto que tratando de defender lo contrario, ha resultado que defendía mi mismo punto de vista, con esta sola diferencia: me parece bien, ha venido á decir el Sr. Muro, que al que no hace más que comerciar con específicos se le imponga la contribución del timbre; pero ¿por qué no se hace extensiva á la venta de primeras materias hecha por el farmacéutico? De modo que lo que hay que hacer, señor Muro, es modificar la base en el sentido de que se imponga la contribución del timbre á eso que S. S. echa de menos, haciéndola más extensiva.

Estando yo, pues, persuadido, como también debe estarlo, por lo que dice, el Sr. Muro, de que el impuesto está bien establecido, claro es que no me habría de prestar á apoyar una proposición de ley que contra él se presentara; pero como me duele tanto decir que no á nada que venga de S. S., porque todas sus indicaciones las encuentro muy atinadas, ya que por el momento no pueda prestarme á apoyar ninguna proposición presentada con esa tendencia tendré mucho gusto en tratar particularmente con

S. S. sobre este asunto, y acaso, de común acuerdo, podamos llegar á una solución.

El Sr. **MURO**: Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. **MURO**: Agradezco al Sr. Ministro de Hacienda sus últimas palabras; y, efectivamente, puesto que S. S. lo indica, y en ello he de tener mucho gusto, hablaré particularmente con S. S., para ver si podemos llegar á un acuerdo. Pero me conviene hacer una rectificación, porque S. S. ha querido significar que yo estaba conforme con ese criterio de establecer diferencias en este caso entre el profesor y el comerciante.

Nada menos que eso, Sr. Ministro; á mí me parece muy malo, muy injusto y arbitrario el impuesto de 10 céntimos por razón del timbre, y lo que yo quiero es que se suprima. En ese sentido he pedido la derogación de este extremo de la ley del timbre; porque otra cosa sería, permitirme lo vulgar de la frase, *barrer para adentro*; cosa á que está muy acostumbrada la Hacienda, y mucho más en estos tiempos; pero cuando se trata de *barrer para adentro*, cometiendo una grandísima injusticia y verificando una exacción más sobre tantas y tantas como pesan sobre el contribuyente, me parece que hay que prescindir de eso y hacer algo que, sin perjudicar grandemente á la Hacienda, y demostraré que con la supresión de los 10 céntimos no hay perjuicio para la Hacienda, se favorezcan los intereses de una clase respetable; pudiendo combinar las dos cosas, me parece que S. S. se apresurará á llevar á cabo dicha supresión.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Ministro de Hacienda tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Algunas palabras, porque no puedo pasar por que se llame injusticia á un impuesto sobre actos que, sin razón alguna, no estaban á él sujetos.

Y dicho esto, me siento, porque sabe S. S. que tengo gran complacencia en estar de acuerdo con S. S.; y sólo el hecho de discutir, parece que nos pone en contradicción.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de Gracia y Justicia tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **GRACIA Y JUSTICIA** (Ruiz Capdepón): Días atrás, encontrándome en la otra Cámara, tuvo la bondad un Sr. Diputado, mi amigo particular el Sr. Serrano Alcázar, de excitar al Ministerio de Gracia y Justicia para que se formasen las oportunas diligencias por el extravío de unas actuaciones judiciales que vinieron á la Presidencia del Consejo de Ministros, y de allí salieron después por el correo, resolviendo una competencia entre una autoridad judicial y el gobernador de la provincia de León.

Como no me encontraba presente, no pude responder á la excitación que se me dirigió, y hoy tengo la satisfacción de decir que ya desde el 28 de Marzo, esto es, mucho antes que el Sr. Serrano Alcázar se tomase la molestia de dirigirme esa excitación, la Fiscalía del Tribunal Supremo, conocedora del extravío de esas actuaciones por la noticia dada por la prensa, mandó en el acto sus correspondientes instrucciones al fiscal de la Audiencia de Madrid; y en esa misma fecha se presentó la oportuna querrela por el repre-

sentante del ministerio fiscal en esta corte, cuya que-rella sigue la tramitación ordinaria.

Es cuanto tengo el gusto de decir al Sr. Serrano Alcázar, para que comprenda que los tribunales, aun sin necesidad de las excitaciones de nadie, obran y proceden en casos tales como su deber lo exige.

También en una de las últimas sesiones se me dirigió una excitación por mi digno amigo particular el Sr. Marqués de Lema, presentando una solicitud al Ministerio que tengo la honra de dirigir, sobre indemnización de los gastos hechos en la construcción del edificio en que se encontraba la suprimida Audiencia criminal en Cangas de Onís. Y acerca de este punto, he de decir dos palabras á dicho señor Diputado.

En primer lugar, la supresión de esa Audiencia tuvo efecto durante la anterior situación, y no durante la actual. Esas supresiones han producido, como era consiguiente, naturales efectos, y entre ellos está el de que aquellos gastos que se habían hecho por los pueblos no haya medio de indemnizarlos; ni en el presupuesto actual, ni en el anterior, ni en ningún otro, hay nada establecido respecto á este particular, ni la menor consignación de crédito para este objeto. Sin embargo, yo ofrezco al Sr. Marqués de Lema, como á todos los Sres. Diputados, estudiar esta cuestión, formando el oportuno expediente, al que sirven de base las solicitudes presentadas por S. S., y en su día yo tendré el gusto de venir á decir al Congreso la resolución que pueda tomar, no sólo dentro del presupuesto actual, sino dentro de las prescripciones de la justicia.

Asimismo se me hizo días atrás otra indicación por el Sr. Avila respecto á ciertas dificultades que se presentan, relativas á la construcción de una nueva cárcel en Barcelona. Ya, antes de este momento, he tenido yo el gusto de hablar particularmente con S. S., y he de repetirle aquí lo que en el Ministerio he tenido el gusto de decirle.

Por cierta inteligencia que se da á un artículo de la ley de presupuestos del año 90, no se ha podido disponer de algunos fondos necesarios para la construcción de esa cárcel. Y considerando yo que es una obra de justicia y de necesidad, y que tiene además un fundamento tan legítimo como la ley especial que sobre este punto se dictó, me propongo presentar en plazo muy breve á la deliberación y aprobación de las Cámaras un proyecto de ley que disipe toda duda sobre esta materia, y que poniendo en vigor la ley especial á que me vengo refiriendo, pueda llevarse á cumplido efecto en todas sus disposiciones. Ya hubiera presentado ese proyecto, si no entendiera que para su mejor redacción y para la mejor resolución del caso, es conveniente tener á la vista un informe, del cual tengo alguna noticia, que ha emitido la Diputación provincial de Barcelona, cuyo informe no obra en el Ministerio de Gracia y Justicia, sino en el de la Gobernación. He encargado que se traslade ese informe al Ministerio que tengo la honra de desempeñar, para desde luego tomar en cuenta las noticias, antecedentes y demás que en el mismo se contienen, y que me sirvan de ilustración para resolver, como he dicho, con más acierto este particular, que no sólo afecta á Barcelona, sino que afecta á otras varias provincias que están en situación análoga por medio de otras leyes especiales.

Creo que estas explicaciones servirán para satis-

facer el deseo de mi amigo particular el Sr. Avila.

El Sr. AVILA: Pido la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. AVILA: Para dar las gracias al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, puesto que por las palabras que acaba de pronunciar, veo que no ha echado en olvido una cuestión tan importante como la de terminar lo antes posible un edificio tan necesario como la cárcel nueva de Barcelona. La antigua cárcel fué construída para otro objeto muy distinto, y por consiguiente, no es posible mantener allí con la separación debida á aquellos desdichados, amontonados en patios á la intemperie y rodeados de calles húmedas y estrechas, cuyas paredes despiden tales miasmas, que los penados no sólo van allí á cumplir sus condenas, sino á adquirir toda clase de enfermedades.

Ruego, pues, al Sr. Ministro de Gracia y Justicia que no eche en olvido, como veo que no lo echa, este asunto tan importante para aquella ciudad.

El Sr. Ministro de GRACIA Y JUSTICIA (Ruiz Capdepón): Pido la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. Ministro de GRACIA Y JUSTICIA (Ruiz Capdepón): Estoy de acuerdo con todas las manifestaciones que acaba de hacer el Sr. Avila, como S. S. habrá comprendido por las palabras que he tenido el honor de pronunciar.

Debó además añadir ahora, que hace unos días, y en vista de noticias que recibí de Barcelona, acordé el traslado á la Casa galera que hay en dicha ciudad de unos 300 ó 400 penados que existían en la cárcel en esas malas condiciones á que S. S. se ha referido. De suerte que lo que estaba en mi mano, y que, por decirlo así, podía ser objeto de una resolución administrativa, ya he tenido el gusto de hacerlo.

Repito, pues, que lo que no es exclusivamente de mis atribuciones, sino que debe resolverse por el Poder legislativo, se traducirá bien pronto en un proyecto de ley que vendrá á ser discutido en esta Cámara.

El Sr. SERRANO ALCAZAR: Pido la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): La tiene V. S.

El Sr. SERRANO ALCAZAR: Acaban de decirme que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia se ha dignado contestar á una pregunta que yo le hice días pasados relativa á su Departamento, y como sé lo que el Sr. Ministro ha manifestado aquí, me limito á darle las gracias por su contestación. (El Sr. Ministro de Gracia y Justicia: ¿Quiere S. S. que la repita?) No; ya me han dicho que S. S. ha manifestado que desde el 28 de Marzo estaba excitado el celo del ministerio fiscal.

Por consiguiente, reconozco que S. S. ha obrado con verdadero celo en el asunto de que se trata; pero esto me obliga á dirigir un ruego al Sr. Capdepón, y es, el de que trasmita parte de ese celo al Sr. Presidente del Consejo de Ministros y al Sr. Ministro de la Gobernación, que aun cuando se halla ausente en estos momentos del banca azul, puede estar bien representado por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, para que, y esa fué la parte más importante de mi pregunta, no continúe el estado irregular y el estado anómalo que tiene el Ayuntamiento del pue-

blo á que me he referido, Ayuntamiento que pertenece á un distrito que se halla representado por persona muy próxima al Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

Dijé entonces, y está justificado, no por mis palabras, sino por la *Gaceta de Madrid*, que el alcalde de ese pueblo estaba procesado y en libertad bajo fianza, según consta en el expediente de competencia. La causa, de más de 500 folios, en que iba comprendido este procesado, se perdió á la salida de la Presidencia del Consejo de Ministros. Yo no dudo que salió de ese Centro, y por esto no dirijo ningún cargo á esa oficina. La recibí un ordenanza, el cual dijo que la entregó en Correos; desde Correos fué hasta la Robla, y al entregarla en este punto á los peatones de los caciques del distrito, ya la causa no ha aparecido más; resultando á estas horas que existiendo una causa instruída contra un procesado que está en libertad bajo fianza, ese Gobierno está manteniendo como alcalde del pueblo de Rodiezno á ese individuo cuyo procesamiento consta en la *Gaceta de Madrid*, y que fué nombrado alcalde interino después de estar procesado para que pudiera hacer las elecciones.

Se me ha dicho, al preguntar yo particularmente por este asunto, que habiéndose dirigido al gobernador, ha contestado que el Juzgado de La Vecilla le certificaba que allí no constaba el procesamiento; pero este es un nuevo subterfugio de la primera autoridad civil de la provincia de León; porque en el Juzgado de La Vecilla no podía constar ese procesamiento, porque el Juzgado de instrucción dictó el auto de terminación del sumario, lo elevó á la Audiencia, y la Audiencia fué la que sostuvo la competencia con la Administración. Es verdad que, como aquí se han cometido varios errores, en la *Gaceta* se dice equivocadamente, competencia entre la Audiencia y el Juzgado de La Vecilla; pero esto, repito, es un error, como se demuestra viendo la relación de hechos que publica la misma *Gaceta*. El Juzgado de La Vecilla no fué más que el Juzgado de instrucción, y el asunto pasó después á conocimiento de la Audiencia, que fué la que sostuvo la competencia. De manera que si el gobernador, que reside en la capital, hubiera pedido un simple antecedente á la Audiencia de León, y le hubiera pedido esa certificación que mandó pedir al Juzgado de La Vecilla, la Audiencia de León le habría dicho que en efecto estaba procesado; pero acudió el gobernador al juez de La Vecilla, que no fué la autoridad que entendió en el asunto, y el juez, saliéndose por la tangente, y dando un recurso al gobernador para que se defendiera, le dijo: según me aseguran, aquí no consta el procesamiento; y por ese medio, el Gobierno de S. M. está manteniendo como alcalde del pueblo de Rodiezno, á un procesado que está en libertad bajo fianza.

Por consiguiente, yo me dirijo al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, para que también se lo diga al Sr. Ministro de la Gobernación, suplicándole que se entere de este asunto, á fin de que no continúe la situación irregular y anómala en que se encuentra el Ayuntamiento del pueblo á que me he referido.

Es cuanto tenía que decir.

El Sr. Presidente del **CONSEJO DE MINISTROS** (Sagasta): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. Presidente del **CONSEJO DE MINISTROS** (Sagasta): Como comprenderá el Sr. Serrano Alcázar, ese asunto corresponde exclusivamente al Ministro de la Gobernación, puesto que por lo que se refiere á la competencia, la Presidencia la resolvió en tiempo oportuno. Ahora parece ser que el expediente se ha extraviado al salir de la Presidencia del Consejo de Ministros. (*El Sr. Serrano Alcázar*: La causa, porque el expediente fué al Gobierno, y el gobernador acusó recibo.) La Presidencia del Consejo de Ministros, ¿qué ha de hacer en eso? Según tengo entendido, hay incoada una causa respecto de este asunto, y claro es, por lo tanto, que la Presidencia del Consejo de Ministros no puede hacer nada.

Ahora, excitar el celo del Ministro de la Gobernación para que se entere de lo que hay en la cuestión á que S. S. se ha referido, eso lo haré con muchísimo gusto; pero en cuanto á la Presidencia del Consejo de Ministros, repito, en ese asunto no puedo hacer más. El expediente salió de ese Centro, y no me acuerdo cuándo, pero sí que hace bastante tiempo, y en Diciembre se hizo saber eso al fiscal de la Audiencia; y después yo no sé qué ha pasado, ni eso incumbe á la Presidencia del Consejo de Ministros.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Serrano Alcázar tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **SERRANO ALCAZAR**: Yo agradezco al Sr. Presidente del Consejo de Ministros las frases que acaba de pronunciar, y me hago cargo de lo que S. S. dice, y lo comprendo perfectamente. Yo no tenía el propósito de hablar sobre este asunto en esta tarde, y si lo he hecho ha sido porque me han dado aviso de que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia había dado respuesta á la pregunta que sobre esta cuestión había tenido yo el honor de dirigirle; y ya en el uso de la palabra, me he dirigido al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, por no ver en ese banco al Sr. Ministro de la Gobernación, y por entender que, al cabo, al Sr. Presidente del Consejo no puede serle indiferente el que la ley sea infringida, y mucho menos cuando se trata de actos de los gobernadores de provincia; y me he dirigido á S. S., no haciéndole cargo ninguno, sino rogándole que influya cerca del Sr. Ministro de la Gobernación, no para excitar su celo, que no necesita el señor Aguilera excitación ninguna para cumplir sus deberes con la mayor diligencia, sino para que se entere de lo que hay en este asunto; porque yo estoy seguro de que cuando el Sr. Ministro de la Gobernación se entere de la verdad de los hechos que yo he expuesto y de la falta de verdad de los hechos con que pretenden excusarse los responsables de esta infracción legal, el Sr. Ministro, por su propia iniciativa, hará que la ley se cumpla, sin que yo tenga por qué dirigirle cargo ninguno.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Llorens tiene la palabra.

El Sr. **LLORENS**: Hace algunos días tuve el honor de anunciar al Sr. Ministro de Marina una interpelación; pero dice el Reglamento que hay que especificar los motivos sobre los cuales se quiere discutir, y, por consiguiente, ruego á la Mesa que ponga en conocimiento de dicho Sr. Ministro que los

asuntos objeto del debate serán los siguientes: planchas de blindaje para los cruceros que se han construido y construyen en los astilleros del Nervión; situación y obras del arsenal de Subig ó de Olango; situación y relaciones de los cuerpos llamados auxiliares con el cuerpo general de la armada; inutilidad de muchos de los gastos hechos en buques antiguos, y planes de reforma de éstos; estado de los buques que componen la armada, ya sean buques de combate, cruceros, caza-torpederos, torpederos ó cañoneros; construcción de buques en los arsenales del Estado y en los particulares; derechos de practicaje; consecuencias funestas que para la Hacienda española está produciendo una Real orden dictada por el Ministerio de Marina con fecha 13 de Diciembre último; reglamento de arsenales.

También ruego al mismo señor que envíe al Congreso, cuando se haya dado fallo definitivo, la causa instruida contra algunos jefes y oficiales del cuerpo administrativo, que se encuentra hoy en el Consejo Supremo de Guerra y Marina. No he anunciado al Sr. Ministro que iba á pedir la palabra, porque comprendo que para reunir los datos necesarios á fin de contestarme ha de necesitar bastante tiempo, puesto que los asuntos son todos de gran importancia.

Discutiendo el otro día con el Sr. Ministro de Marina (cuando le hacía cargos porque había aparecido en presupuesto, en bastante número de años consecutivos, un buque que estaba en el fondo del mar), me decía el Sr. Ministro que eso era llamar bobos á los Sres. Diputados que los habían votado. Con objeto de que no vuelva á pasar eso (al menos en lo que á mí respecta), puesto que procede únicamente de la precipitación con que aquí se nos obliga á discutir y votar los presupuestos, yo tengo el honor de anunciar al Sr. Ministro de Marina, que el de su Departamento, y todos, si puedo, pero desde luego el de Marina, me propongo discutirle partida por partida, cifra por cifra.

Hace nueve meses que me levanté para pedir al Sr. Ministro de Fomento que tuviera la bondad de enviar á la Cámara los pliegos de condiciones y las Reales órdenes modificativas que se hayan publicado para la construcción de las líneas férreas de Madrid, Zaragoza y Alicante, de Madrid, Valencia y Tarragona, y de Madrid á Irún. No vinieron éstos documentos al Congreso; y al mes siguiente volví á levantarme para de nuevo formular este ruego, pero tampoco llegaron. Cuando ahora se ha abierto el Congreso, he vuelto á rogar que se manden, y tampoco lo he logrado; por lo que vuelvo á repetirlo, esperando que será atendido. Soy hombre de mucha paciencia, y si no vienen pronto, me propongo levantarle todos los días para recordarlo.

El Sr. **SECRETARIO** (Gulón): Se solicitarán del Sr. Ministro de Fomento los documentos pedidos por el Sr. Llorens y se pondrán en conocimiento del señor Ministro de Marina los propósitos que abriga S. S.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Fernández Henestrosa tiene la palabra.

El Sr. **FERNANDEZ DE HENESTROSA**: El señor Marqués de Paredes, candidato que aparece derrotado en el distrito de Balaguer, presenta por mi

conducto al Congreso una exposición, en la que se consigna, en primer término, el dictamen que emitió la Comisión de actas del anterior Congreso sobre la elección verificada en el distrito de Llerena, proclamando en aquel entonces al Sr. Marqués de Valdeterrazo que aparecía como candidato vencido, y que formaba parte de la minoría liberal enfrente del señor Maeso, Diputado electo que formaba parte de la mayoría de aquel Congreso.

Aquel dictamen lo suscribían personas tan importantes del partido liberal como los Sres. Gamazo, el actual Sr. Ministro de Gracia y Justicia y el señor León y Castillo, y personalidades tan conspicuas de la minoría republicana como los Sres. Azcárate y Muro. La paridad que existe entre aquel caso electoral del distrito de Llerena y la última elección acaecida en el distrito de Balaguer, han movido al expositor para consignar en esta exposición precedente tan importante, y que constituye una verdadera rareza dentro de lo que generalmente ocurre en estos Cuerpos Colegisladores, es á saber: la unanimidad perfecta con que todos los hombres más importantes de los partidos políticos que formaban parte de aquel Congreso, y que también constituyen y forman parte del actual, interpretaron y aplicaron el art. 5.º de la vigente ley electoral, artículo que se aplicaba por primera vez en el Congreso anterior.

Fundado, pues, el Sr. Marqués de Paredes en este precedente, así como también en la manifiesta prueba de rectitud que dió la mayoría del anterior Congreso, posponiendo los intereses de partido ante el supremo interés de la justicia, presenta á las Cortes por mi conducto esta instancia, para que los señores Diputados fijen su atención en ella, y sobre todo para que la tengan en cuenta los dignos individuos que componen la Comisión de actas antes de dictaminar en la elección de que me ocupo.

Y ahora que estoy de pie, y por conducto de la Mesa, puesto que no se encuentra en su sitio el señor Ministro de Ultramar, voy á repetir un ruego.

En los primeros días de las sesiones de Cortes de este período de la legislatura pedí al Sr. Ministro de Ultramar que se sirviese mandar al Congreso el expediente general de visita girada á la Aduana de Cienfuegos, de la isla de Cuba, en Setiembre de 1881. Dije entonces, y repito ahora, que lo que principalmente me interesaba conocer son los particulares que dentro de ese expediente general se relacionan con la descarga del vapor americano *Santiago*, llegado al puerto de Cienfuegos el día 21 de Setiembre del mismo año, procedente de Nueva York.

Yo agradecería que si el Sr. Ministro de Ultramar, cuando no ha remitido después del tiempo transcurrido dicho expediente, lo ha hecho en virtud de que no radica en las oficinas de su Departamento ministerial y sí en las oficinas de Hacienda de la isla de Cuba, tuviese la bondad de pedirle por el conducto más acelerado, que en este caso, á mi modo de entender, es la vía telegráfica, y le traiga al Congreso; porque sobre el particular, que constituye una defraudación que ha quedado sin castigo, en detrimento de los intereses públicos y de funcionarios celosos, anuncio desde ahora para su día una interpelación.

El Sr. **SECRETARIO** (Bugallal): Pasará á la Comisión de actas la exposición que ha presentado S. S., y se pondrá en conocimiento del Sr. Ministro

de Ultramar el ruego que ha formulado S. S. y la interpelación que acaba de anunciar.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): Tiene la palabra el Sr. Canido.

El Sr. **CANIDO**: Había pedido la palabra para dirigir una pregunta al Sr. Ministro de la Gobernación, y como no está presente, no formulo la pregunta porque no quiero quedarme á media correspondencia. Si antes de entrar en el orden del día se hallase presente en el banco azul, ruego á la Mesa se sirva reservarme el uso de la palabra, y entonces explicaré mi pregunta.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Domínguez tiene la palabra.

El Sr. **DOMÍNGUEZ PASCUAL**: Hace varios días, cuando el Sr. Ministro de Hacienda no se dignaba concurrir á esta Cámara, tuve el honor de dirigirle una pregunta, que era á la vez queja y reclamación importantísima de la provincia de Sevilla. Aunque el Ministro de Hacienda debe tener sin duda conocimiento de la pregunta, porque la Mesa ha debido trasmitírsela, es el caso que hoy que ha estado largo rato contestando á las preguntas que le han sido dirigidas en el día de hoy, y aun á las hechas en días anteriores, no se ha dignado ocuparse en contestar algo á la que yo tuve el honor de hacerle.

Hoy he pedido la palabra con el propósito de reproducirla y dirigir otras varias; pero siguiendo el procedimiento iniciado por el Sr. Canido, ruego á la Mesa, si no hay inconveniente, se sirva reservarme el uso de la palabra para cuando el Sr. Ministro de Hacienda, que se conoce que está muy ocupado con el catastro, se halle en el banco azul y pueda contestarme, para que se pueda saber por los interesados en Sevilla si el Sr. Ministro se entera siquiera, ya que no ponga correctivo á los verdaderos delitos que se están cometiendo.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Sanchís tiene la palabra.

El Sr. **SANCHIS**: Siento que no se encuentre en el banco azul el Sr. Ministro de la Gobernación; pero no voy á imitar á mis dignos compañeros, señores Canido y Domínguez, dejando para cuando se halle presente en el banco azul mi pregunta, que se reduce á lo siguiente.

Todos los periódicos de la mañana han publicado un telegrama de la *Agencia Fabra*, en el cual, al tratarse de la cuestión del cólera en Lisboa, dice (aquí habla un viajero procedente de Lisboa, que ha dado algunas noticias en Badajoz): (*Leyó.*)

Este telegrama, Sres. Diputados, expedido por una Compañía tan respetable como la *Agencia Fabra*, y publicado en todos los periódicos, desde luego acusa una deficiencia en el servicio del cónsul de España en Lisboa respecto á la trasmisión de noticias. Yo ya sé que este cónsul ha procurado subsanar esta primera deficiencia telegrafando al Gobierno otra cosa, que consta en un telegrama que facilitó ayer el Ministerio de la Gobernación, y en el que da par-

te de un artículo científico sobre el cólera, y que se ha publicado en varios periódicos, el cual será muy interesante bajo el punto de vista científico, pero no tranquilizará ciertamente á las personas alarmadas con motivo de las noticias recibidas.

Espero que la Mesa se servirá trasmitir al señor Ministro de la Gobernación mi ruego, que consiste en saber si tiene noticia de que el cónsul de España en Lisboa ha cumplido con su deber, comunicándole las primeras noticias en tiempo oportuno, con objeto de que se sepa si este telegrama de la *Agencia Fabra* es ó no cierto, y, caso de no serlo, se procure rectificarlo debidamente.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Se pondrá en conocimiento del Sr. Ministro de la Gobernación el ruego de S. S.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Marenco tiene la palabra.

El Sr. **MARENCO**: Voy á dirigir un ruego al señor Ministro de la Gobernación.

En 12 de Setiembre de 1890 se nombró un delegado de Real orden para que girara una visita de inspección á la Diputación provincial de Cádiz; la Memoria llegó en 15 de Noviembre de 1890; se mandó el expediente al Consejo de Estado, que evacuó su informe en 20 de Enero del 91, y conformándose con dicho dictamen el Ministro de la Gobernación, se dictó en 27 de Octubre del 91 una Real orden, en la que se disponía instruir expediente sobre cada una de las faltas é irregularidades que comprendía dicha Memoria, para acordarse, en vista de lo que resultara, la suspensión y entrega á los tribunales de aquellos concejales.

Ruego á la Mesa se sirva trasmitir al Sr. Ministro de la Gobernación mi deseo de que remita á la Cámara ese expediente.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Se pondrá en conocimiento del Sr. Ministro de la Gobernación el ruego de S. S.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): Tiene la palabra el Sr. Silvela.

El Sr. **SILVELA** (D. Eugenio): Tengo el honor de presentar al Congreso una exposición de varios pueblos de Extremadura, solicitando la ratificación del tratado de comercio con Alemania. Esta exposición se divide en dos grupos. En el primero están comprendidas las adhesiones elevadas al centro de la producción é industria corcho-taponera de Jerez de los Caballeros, y que comprenden los siguientes pueblos: Badajoz, Valle de Santa Ana, Pedroso, Salvaleón, Hinojal, Mérida, Alburquerque, Cañaveral, Oliva de Jerez, Zahinos, San Vicente de Alcántara, Arroyo del Puerco y Barcarrota.

Otro grupo contiene cuatro pueblos del distrito que tengo el honor de representar, que son: Higuera la Real, Cabeza la Vaca, Usagre y el que es cabeza de distrito, Fregenal de la Sierra. Estas exposiciones se me han dirigido directamente.

Alcanzan en su totalidad una suma de 23.000 firmas. No diré yo que todas esas firmas reúnan los requisitos que se exigirían en un expediente administrativo, y sobre todo en unos autos; pero en el

caso que se mostrara la más pequeña duda de que esas firmas no representaban la voluntad y los deseos de aquellos pueblos, tengo la evidencia de que no sólo éstas, sino otras muchísimas firmas, autorizarían las manifestaciones que tengo la honra de hacer al Congreso.

Nada de extraño tiene esto, porque la industria corcho-taponera está tan íntimamente ligada á la vida de aquellos pueblos, que de su prosperidad ó de su ruina depende la prosperidad ó la ruina de las poblaciones donde dicha industria florece; y téngase en cuenta que esto se refiere, no sólo á la región extremeña, sino á Cádiz, á Sevilla, á Córdoba, á Huelva, y muy principalmente á Gerona, donde también florece esa industria y donde hay grandísimo interés por la ratificación del tratado con Alemania. Las exposiciones que tengo la honra de presentar no están inspiradas por el egoísmo, puesto que en ellas se lee: «que vida precaria viviría nuestra agricultura si sus productos debieran consumirse en el país; pero vida imposible, ó mejor dicho, muerte segura, sería la de ciertas industrias, como la corcho-taponera, que tanto interesa á la Nación y tanta riqueza y trabajo representa, si las intrasigencias de los favorecidos por el arancel hicieran cerrar las puertas de los países exteriores donde encuentra su único mercado.»

Es decir, que no se habla sólo en nombre de la industria corcho-taponera, sino en nombre de toda la industria y del comercio de exportación, puesto que además de los 7 millones que se exportan, producto de la industria corcho-taponera, se exportan otros 14 ó 16 millones de «naranjas, limones, limas, granadas, dátiles, pasas, almendras secas, azafrán, uvas frescas, aceite de oliva en barricas y desnaturalizado, vinos y mosto en barricas y vino para el *coupage* y otros varios artículos.»

Claro es que todas estas producciones, que en tan gran manera contribuyen al comercio de exportación, no están organizadas, ni es posible que lo estén en la forma en que lo están otras industrias que producen quejas que tienen gran resonancia. Es enteramente imposible que todas estas producciones de nuestra agricultura, que están repartidas por la Península y que agrupadas representan mucho, es imposible que lleguen á una verdadera organización parecida á la que tienen otras industrias que están reconcentradas en grandes ciudades, y que produzcan reclamaciones que á primera vista y sin penetrar en el fondo de las cosas llaman poderosamente la atención; pero es imposible desconocer que nuestro comercio de exportación, que comprende otras industrias además de la corcho-taponera, dejando á un lado los minerales, que para el presente caso no nos importan, asciende á 14 ó 16 millones de pesetas en productos que son similares á los que se producen en el reino de Italia; de tal suerte, que el movimiento grandísimo que se nota en la exportación en los últimos años, sobre todo en lo relativo á los vinos y al aceite en barricas, en lugar de ir en aumento, y es muy significativo que de 1892 á 1893 haya aumentado la exportación de 6 á 7 millones en cuanto al vino en barricas, y de 100 á 300.000 pesetas en los vinos para el *coupage*, no sólo no continuaría, sino que con la aplicación de la tarifa general del Imperio alemán habría forzosamente de disminuir ó aun de perecer, con perjuicio de nuestro comercio exterior y con ventajas grandí-

simas del comercio de exportación de los productos similares del reino de Italia.

Este es el sentido de la exposición que tengo el honor de presentar á las Cortes. Ha tomado la iniciativa la industria corcho-taponera; pero habla en nombre del comercio de exportación, que constituye una suma de 14 á 16 millones, que irá en aumento si el tratado se ratifica, pero que irá en disminución, siendo sustituido este comercio por los productos similares de Italia, si las Cortes niegan su ratificación al tratado hispano alemán.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): La exposición presentada por S. S. pasará á la Comisión correspondiente.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Lastres): El señor Baselga tiene la palabra.

El Sr. **BASELGA**: He pedido la palabra para dirigir un ruego al Sr. Ministro de Gracia y Justicia.

Podría, después de haber oído al Sr. Silvela en defensa de la industria corcho-taponera y de todas las industrias, hablar algo sobre la ratificación del tratado hispano-alemán; pero, en realidad, habrá ocasión más propicia para tratar, no sólo de esa industria, que favorece, como ha dicho el Sr. Silvela, á toda la provincia de Badajoz y á otras regiones importantes de España, sino al comercio en general. Cuando ese momento llegue, me propongo terciar en el debate, en el sentido de que se ratifique ese tratado, y de que tengamos tratados, á ser posible, con todas las demás Naciones con las cuales no le tenemos.

Mi ruego al Sr. Ministro de Gracia y Justicia se refiere á la supresión de los Juzgados de la provincia de Badajoz, principalmente los de Zafra, Fuente de Cantos y Jerez de los Caballeros; es decir, tres de los cinco que comprendía la circunscripción.

Sabe S. S., porque he tenido el honor de manifestárselo particularmente distintas veces en su Ministerio, que principalmente la supresión de los Juzgados de Zafra y Jerez no ha obedecido á ningún principio de justicia, ni de equidad, ni de economía, que obligara al antecesor de S. S. á hacer supresiones tan injustificadas.

Alguna rectificación tuvo aquella medida de carácter general; pero no la tuvo en lo que se refería á los Juzgados de Zafra y Jerez, que nunca debieron suprimirse. Ruego á S. S. que no espere el informe pedido al Instituto Geográfico, porque en realidad son tales los perjuicios que ocasiona á toda aquella comarca la supresión de estos Juzgados, que no es posible que esto pueda seguir así por mucho tiempo.

Ya sé que S. S. no tendrá en el presupuesto actual, medios para volver á crearlos; pero le ruego arbitre cualquier recurso que le sugiera su inteligencia para restablecerlos, porque en otro caso me veré en la necesidad de dirigir á S. S. una interpe-lación, seguro de que S. S., al contestarme, no tendría más remedio que darme la razón.

El Sr. Ministro de **GRACIA Y JUSTICIA** (Ruiz Capdepón): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Lastres): La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **GRACIA Y JUSTICIA** (Ruiz Capdepón): Como veo que falta poco para que trascurra el tiempo señalado para las preguntas, el señor Baselga me permitirá que sea breve en mi contestación á la aya.

Desde luego reconozco, porque es un hecho cierto, que en muchísimas ocasiones me ha dispensado S. S. el favor de acercárseme y hablar del restablecimiento de los Juzgados á que S. S. se ha referido, particularmente del de Zafra, apoyando sus deseos en una serie de razones que he estimado de bastante fundamento.

Yo, á mi vez, he tenido el honor de contestar á S. S., en las muchísimas veces que hemos hablado acerca de este particular, mis propósitos y deseos de aminorar en lo posible el rigor de la supresión de los Juzgados y procurar restablecer aquellos que más falta hicieran para la buena administración de la justicia; y confirmando yo á S. S. aquí, ante la Cámara, lo que particularmente y en todas ocasiones le tengo dicho, puedo asegurarle que en el proyecto de nuevo presupuesto que tengo redactado, pido un crédito para el restablecimiento de un número determinado de Juzgados; y que aunque la designación de estos Juzgados entiendo yo que quien la puede verificar con toda competencia es el centro más llamado á esto que el Ministerio de Gracia y Justicia, ó sea el Instituto Geográfico, yo creo que no aventuro ninguna especie que tenga que retirar si ofrezco á S. S. que uno de los Juzgados que, en mi concepto, será restablecido, es el de Zafra.

Como esto va á ocurrir pronto, entiendo que la interpelación que S. S. me anuncia no tendrá una verdadera utilidad, porque de todas maneras está próxima la fecha en que este deseo mío concuerde con la aspiración de S. S.

El Sr. **BASELGA**: Doy las gracias al Sr. Ministro de Gracia y Justicia por la contestación que ha tenido la bondad de darme.

Sólo me voy á permitir decirle una cosa; y es, que aunque sea exacto que el Instituto Geográfico proponga el restablecimiento del Juzgado de Zafra, considero que debía hacerlo de todos los suprimidos en la provincia de Badajoz, ó, por lo menos, también el de Jerez de los Caballeros; me queda la duda de que los presupuestos se discutan, y como si no discuten es evidente que no podría realizarlo, yo ruego á S. S. que en ese caso busque el medio de que de todas maneras sea un hecho el restablecimiento de los Juzgados suprimidos.

El Sr. Ministro de **GRACIA Y JUSTICIA** (Ruiz Capdepón): Me levanto solamente á decir á mi amigo particular el Sr. Baselga que no se preocupe de eso, que es cosa segura; pero que si no fuera así, yo buscaría los medios conducentes para satisfacer las aspiraciones de S. S.

ORDEN DEL DIA

Sucesos de Melilla.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Lastres): Continúa el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, y el Sr. Ministro de la Guerra en el uso de la palabra.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Al reanudar, Sres. Diputados, mi discurso que ayer dejé interrumpido, he de comenzar por rogar al Congreso me dispense por tanto como le molestó, bien á

mi pesar; y al mismo tiempo debo rogarle, que si en el día de ayer tuve momentos que provocaron ciertas interrupciones, también me dispense, en gracia á que la defensa me obliga á emplear ciertos tonos, que he de procurar á toda costa que desaparezcan en la continuación de mi discurso en el día de hoy.

Además os prometo acortarlo todo lo posible, porque ya me va siendo á mí también molesto el que vuestra atención benévola se fije por tan larguísimo espacio de tiempo en mi discurso.

Voy, pues, á abreviar todo lo posible, y ya que ayer llegamos á las operaciones del 27 y 28 de Octubre, que casi coincidieron con la llegada á Melilla para tomar el mando de aquellas tropas del general de división Sr. Macías, manifestaré al Congreso que desde esta fecha hasta el nombramiento de general en jefe, se redujeron los trabajos del Ministerio de la Guerra á la acumulación de fuerzas, de medios de combate y de material de guerra suficiente para el comienzo de operaciones en grande escala. Ya antes de la desdichada muerte del comandante general de Melilla, los auxilios que recibió la plaza fueron más poderosos, porque había más medios de transporte y desembarco en el puerto de Melilla y porque además empezó á tomar parte en las operaciones la marina, enviando allí, primero el crucero *Conde de Venadito*, antes un torpedero, y sucesivamente otros buques de la escuadra de instrucción, que fueron necesarios para el auxilio de la plaza y para continuar la reunión en el campamento de los elementos necesarios.

Se me ha criticado durísimamente, que en todo ese tiempo, desde los últimos días del mes de Setiembre hasta mediados de Noviembre, y aun más allá, hasta que se nombró general en jefe, se llevaron á cabo esas operaciones con mucha lentitud. Tengo aquí datos que, cuando sea necesario y la Cámara lo exija, pondré en su conocimiento, con los cuales demostraré que, dadas las condiciones de la plaza de Melilla, dadas también las de aquello que se llama puerto, y que es muy deficiente, dada la estación en que se verificaban estos desembarcos, era imposible que en este tiempo se pudiera enviar á Melilla más de lo que allá se envió. Los trabajos asíduos del Ministro de la Guerra y de todos aquellos jefes y oficiales, que aquí y allá le auxiliaban en ellos, dieron por resultado tener en aquella plaza hacia mediados de Noviembre un contingente de 19 á 20 batallones de infantería, 8 baterías de artillería, un regimiento de caballería, un batallón de plaza y la guarnición de Melilla.

Se ha criticado acerbamente que con esas fuerzas no se procediera á ejecutar algunas operaciones.

Debo contestar, que ante aquel clamoreo de la opinión, ante aquella exigencia constante de que el ejército saliera á operar en el campo de Melilla, yo, algo impresionado por estas excitaciones, no dejé de procurar que el digno general, que mandaba las fuerzas y que dirigía las obras del campamento, apresurara aquellos trabajos, que le estaban encomendados, y empezara algunas operaciones, en tanto que el general en jefe que hubiera de nombrarse se presentaba en Melilla.

Constantemente recibía yo noticias de aquella dignísima autoridad militar indicándome que no era conveniente, y á mí no me sorprendía, empezar operaciones parciales, y que sería mucho mejor reunir todos los elementos para efectuarlas en grande,

á fin de que, una vez empezadas las necesarias, se ocupara todo el campo exterior de Melilla y se procediera á la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, y en el caso de salir del campo hubiera completa seguridad de que las tropas podrían batirse en condiciones tales, que no se vieran obligadas á realizar una retirada más ó menos peligrosa.

Hubo en este tiempo algunas pequeñas operaciones de salida de convoyes para municionar y racionar los fuertes que teníamos ocupados.

En ellas hubo, naturalmente, algún pequeño combate, porque, como ya he dicho, los rifeños hacen siempre la guerra de la misma manera: salen las tropas, no muy numerosas generalmente, y avanzan lo que quieren, sin encontrar apenas resistencia; el enemigo abandona sus trincheras, si las tiene, ó sus posiciones, y se retira; y una vez que se ha concluido la operación objeto de esa salida, al regresar la fuerza á la plaza, los moros vuelven á presentarse para atacar la retaguardia y causar bajas más ó menos importantes.

Recomendaba yo al comandante general de esas fuerzas que hiciera en grande escala el aprovisionamiento de los fuertes, para evitar la frecuencia de estas operaciones, y siempre me contestaba que, si acusaban algunas bajas, en cambio no dejaban de ser convenientes, porque las tropas, de que nosotros podíamos disponer en los primeros momentos, eran bisonas y formadas por soldados jóvenes, poco acostumbrados al servicio de campaña, y las salidas servían para foguearlas y acostumarlos á las operaciones, que más adelante habían de hacer.

Antes de llegar al nombramiento del general en jefe, objeto de críticas para el Ministro de la Guerra y para el Gobierno, se presenta un hecho, que debo explicar al Congreso: el llamamiento de las reservas.

Fuí yo, señores, de los más opuestos en el Consejo de Ministros á ese llamamiento; quería apurar hasta el último trance y efectuar las operaciones en Melilla sin acudir á ese recurso, siempre dispendioso y molesto para el soldado, que ya en situación distinta ha adquirido nueva vida y se le obliga á dejar su familia y su hogar; pero es necesario, Sres. Diputados, que recordéis cuál era el estado de la opinión á fines de Octubre y principios de Noviembre, que pedía fuerzas para emprender inmediatas operaciones con el fin de castigar los ultrajes del enemigo. Al mismo tiempo, llegaban noticias más ó menos exageradas de los medios, que los rifeños estaban acumulando solamente para oponerse á la construcción del fuerte Sidi Aguariach. Tengo aquí telegramas, en los que se aseguraba que los rifeños todo nos lo dejarían hacer en nuestro campo menos el fuerte, y que para impedir que se construyera habían acumulado tal número de fuerzas, sin que hubiese modo de llegar á conocer con exactitud qué clase y qué número de enemigos íbamos á tener delante. Los telegramas y noticias, lo mismo las recibidas por el Gobierno de los cónsules de los países extranjeros, que los que trasmitía la prensa de sus corresponsales, todas ponían en movimiento á todo el Riff; todas anunciaban que lo mismo en las comarcas próximas á Tánger, que en las vecinas á Argelia, cuanto rifeño existía, era llamado á la guerra santa que el Riff proclamaba contra los españoles. Se mencionaban las kabilas, que se disponían á tomar parte en la lucha y estaban en movimiento. Se calculaba que una

de las más importantes, la de Beni-Suasen, podría enviar á la guerra 15.000 hombres armados y 5.000 caballos, habiendo quien elevaba estos dos números á 25.000 y 10.000 respectivamente. Todo el mundo entonces pedía el llamamiento de las reservas; á mí se me indicaba su conveniencia por distinguidísimos generales; se me acusaba de que no preveía lo que podía suceder en el caso de una guerra, que podría llegar hasta ser con el Imperio marroquí; y por fin, cuando ya habían marchado dos brigadas de Cataluña á Melilla, tres de Madrid para el litoral, y casi todo el segundo cuerpo estaba ya embarcado, comprendí la necesidad de ese llamamiento para estar preparado á contrarrestar todas las eventualidades del porvenir.

Es verdad, Sres. Diputados, que por efecto de la organización dada por mí en aquellos momentos se estaba verificando una transformación en la reserva activa.

Saben los Sres. Diputados, y lo ha dicho también el Sr. Martín Sánchez, que yo había disminuído el número de las zonas de reclutamiento y había creado unos regimientos de reserva, que tenían una misión especial. Como, en efecto, se estaba en esa transformación; como las necesidades de la guerra podían exigir una gran perentoriedad en la reunión de las reservas; como podía ser dudosa la concentración total de éstas, pues no se las había llamado nunca en España en esa forma y extensión, creí necesario hacer el llamamiento de los tres contingentes, que componían la primera reserva; porque ante la duda de que acudieran todos, ó de que pudiera haber dificultades para la concentración, no quise merecer ese calificativo de imprevisor que ahora se me atribuye, y se decretó, como digo, el llamamiento de los tres contingentes.

Es verdad que las fechas que se fijaron para la presentación de los reservistas se variaron del 8 al 20 de Noviembre, que fué la definitivamente fijada; y esto, Sres. Diputados, aconteció porque al Ministerio de la Guerra llegaban consultas de verdadera importancia de los comandantes en jefe de los cuerpos de ejército; y llamándome la atención algunos de los puntos que se me consultaban, no quise, sin resolverlos, hacer el llamamiento definitivo, siquiera para ello hubiera que prorrogar un poco la fecha primeramente fijada; pero el día que en definitiva se fijó, ó sea el 20 de Noviembre, fué un hecho la concentración de los reservistas; y no solamente sucedió así, sino que por el entusiasmo mismo de que participaba el país, se dió el caso de que muchos reservistas se anticiparon y que con sólo leer el decreto se apresuraron á presentarse, los unos en la zona, y los otros, la menor parte, en los regimientos de reserva, porque no estaban bien enterados de la nueva organización y creían que aún estaba vigente la anterior.

Pero esto, Sres. Diputados, no creáis que fué una gran perturbación, ni que dió lugar á muchos ejemplos como los que citaba el Sr. Martín Sánchez. No; yo mismo confieso que me sorprendí de que á pesar de estarse haciendo esa transformación y á pesar de ser la primera vez que se llamaba en España en una misma fecha un número tan extraordinario de reservistas, el día 20 de Noviembre hubiera cuerpo de ejército en que no faltaba más que el 1 por 100 del total de aquéllos. Cosa sorprendente, Sres. Diputa-

dos; porque en ningún ejército del mundo, que yo conozca, y á pesar de lo que aquí se ha dicho, ha sido menor el número de hombres no presentados. Y no es posible que se presenten todos, porque hay muchos reservistas que no conocen á tiempo el llamamiento; hay otros que están ausentes ó enfermos; y sobre todo, hay individuos que se hallan en el caso que fué objeto de una de las consultas que se me dirigieron; es decir, soldados que en el tiempo que había pasado desde que estuvieron en las filas habían adquirido condiciones que legalmente les exceptuaban del servicio. Respecto á los que se hallaban en tal caso, se hizo una consulta por un comandante en jefe, y se resolvió, como era natural, en favor de esos reservistas, previniendo que fueran bajas en el momento de presentarse.

Yo no quisiera molestar al Congreso extendiéndome en muchos detalles; pero sí debo decir que, habiendo encargado á los comandantes en jefe que hicieran una Memoria sobre el resultado que daba el llamamiento y concentración de las reservas, en el Ministerio las tengo todas, y en todas ellas se demuestra que la concentración se ha hecho de manera que no podía esperarse más, ni siquiera tanto. Tan completo fué el resultado, que aun cuando hubiera pasado mucho tiempo después de la transformación de sistema que se estaba operando, y aun cuando el llamamiento se hubiera hecho en tiempo de paz, no hubiera podido conseguirse mejor resultado.

Pero el Sr. Martín Sánchez hizo aquí una historia, que yo no quisiera repetir; porque después de todo, en este debate de cierta importancia, venir aquí á hablar largo tiempo de lo que ocurrió, me parece que sería molestar mucho á los Sres. Diputados, y sólo he traído una Memoria sobre movilización y concentración, la del primer cuerpo de ejército; y he elegido este, porque comprende tres divisiones y es el más numeroso de todos; al punto de que la guarnición de Madrid, compuesta de los reservistas que se iban presentando, sin embargo de hallarse tres brigadas suyas en el litoral, en expectación de embarque para Africa, llegó á tener más de 30.000 hombres sobre las armas. Yo no quisiera leer la Memoria, que está á disposición de los Sres. Diputados, y espero que fiaréis en mi palabra. El comandante en jefe dice en esa Memoria que no ha encontrado sino pequeñísimas dificultades, que las consultas de los cuerpos han sido insignificantes y que han respondido los regimientos de reserva de una manera admirable, á pesar de ser los soldados nuevos en ellos y no haber verificado todavía su presentación algunos de sus jefes. El 20 de Noviembre era el día designado para la concentración de las reservas, y en la revista del mes siguiente de Diciembre estaban todos los cuerpos de reserva, absolutamente todos, organizados, vestidos y armados. Estos son datos que están en la Memoria, que se halla á disposición de todos.

Pero ocurrió algo que tuvo alguna relativa importancia, y que abultó mucho el Sr. Martín Sánchez. Esto es lo que voy á referir en pocas palabras, porque deseo que el Congreso conozca lo que pasó en Getafe. Dice la Memoria á que me refiero:

«Ya que la ocasión se me presenta, no dejaré de consignar lo que sobre análogos fundamentos de localidad, de prensa y de opinión dió lugar al único incidente ocurrido, que, sin que llegase á revestir importancia porque se acudió á tiempo, se la dieron,

y pudo tenerla, de no haber procedido así. No se ocultará á V. E. que me refiero á lo ocurrido en Getafe, donde el desconocimiento de lo que pasaba por parte de unos, alguna exageración de los hechos por la de otros, y la reunión de elementos dispuestos siempre á sacar partido de todo, en su afán del prestigio constante del principio de autoridad, hicieron que se ocasionase una verdadera confusión, que no otro nombre puede darse á lo sucedido, merced á la oportunidad con que se procuraron los medios para conjurarlo y hasta hacerlo pasar inadvertido.»

Dada la pequeñez de la localidad de Getafe, y siendo esos regimientos de reserva de los que reciben mayor contingente, porque comprenden las tres zonas de Madrid, se presentaron los reservistas en tal número que, en efecto, hubo dificultades para alojarlos y mayores aún para el reparto de los socorros.

Teniendo conocimiento el comandante en jefe de estas dificultades, se envió un jefe distinguido de la guarnición, y apenas llegó, toda aquella confusión, que no tenía importancia, desapareció; recibieron todos sus haberes, y al siguiente día cada contingente embarcó para dirigirse al regimiento á que se le destinaba: los unos á Badajoz, los otros á Zaragoza, etc. De modo que lo sucedido en Getafe es una de esas pequeñas confusiones que ocurren en todas partes: en España, por fortuna, no ha habido más que eso, y otro insignificante alboroto en Durango, donde un sargento dió unas cuantas voces; pero fué arrestado por su jefe y concluyó el tumulto. ¿Y en Burgos, Sres. Diputados? También se ocupó la prensa de lo allí sucedido, diciendo que los reservistas iban pidiendo limosna.

En Burgos se carecía de cuarteles, y los reservistas andaban por las calles divirtiéndose y pidiendo dinero á quien se lo quería dar; pero el comandante general llamó á unos cuantos, les preguntó qué deseaban, y contestaron que no tenían que comer. Al día siguiente, y en vista de esto, se dispuso rancho en todos los cuarteles; y ¿saben los Sres. Diputados cuántos reservistas se presentaron á comer el rancho? Pues uno solo. ¡Qué necesidades serían las que les impelían á pedir limosna!

A propósito de las limosnas, argumento que tanto se ha explotado en España y fuera de España, he sacado un apunte de un libro recientemente publicado en Francia por uno de sus más ilustres generales, en el que se habla de todas las clases de movimientos de tropas con arreglo á la táctica, á la estrategia, etc., y hay un capítulo sobre concentración y movilización de las reservas en el que se dice que casi ningún reservista se presentaba donde debía presentarse, y que en las estaciones de los ferrocarriles se confundían los de un cuerpo con otro. (*El Sr. Lottau: Eso fué la debacle.*) No; la *debacle* vino luego; y pongo ejemplos tristes de otros pueblos para demostrar que aquí no ha habido nada de eso, y para que sepan los Sres. Diputados que en aquellos países mejor organizados que el nuestro, y sobre todo con más recursos y con más medios, en esos momentos se tropieza con grandes dificultades.

Pues bien, ese ilustre general concluye diciendo que, con escándalo para la Francia, los reservistas pedían limosna y acudían á la caridad pública para poder vivir. En España, Sres. Diputados, estaban poco después del 20 de Noviembre todos los reser-

vistas en sus respectivos cuerpos, y en la revista próxima ya se presentaron vestidos, armados y con todo lo necesario para entrar en campaña, hasta el punto de que los batallones de los reservistas eran muy superiores á los que teníamos aquí de guarnición, porque el vestuario era nuevo y todos estaban dotados del mejor material.

Así respondió la nueva organización, todavía no planteada, y ese fué el resultado que produjo el llamamiento de las reservas, á las cuales yo me complazco en elogiar, puesto que, en efecto, podemos estar orgullosos de ellas. Yo he leído artículos de revistas extranjeras y de revistas científicas en las cuales se hacen grandes elogios de esta primera concentración de las reservas españolas; pero era necesario que entre nosotros se diera el triste espectáculo, ante el Congreso español y ante la Europa entera, de que se intentara demostrar todo lo contrario por un Diputado de la Nación; fundándose para dirigir cargos al Gobierno en una pequeña confusión que hubo en Getafe, y que ya ha oído la Cámara cómo la explica el comandante general del primer cuerpo de ejército, y en dos ó tres pequeños alborotos que se produjeron en el resto del país.

Pero dice el Sr. Martín Sánchez que no hay buena organización de las reservas si éstas no son movilizadas en dos días. Parece imposible, Sres. Diputados, que esto se pretenda que se realice en España.

En Alemania, donde la organización militar ha llegado al mayor grado de perfección posible; donde las líneas férreas se construyen militarmente; donde cada cuerpo de ejército tiene su vía de comunicación que enlaza con el punto donde han de ir á concentrarse las tropas; donde los planes de campaña están estudiados y comprendidos desde el general al último soldado; en Alemania, donde se preparaban para una guerra con Francia, que se veía venir y preparar con muchos meses de anticipación, no se ha llegado á la movilización de las reservas en dos días.

Como yo, Sres. Diputados, he tenido la desgracia ó la fortuna de presenciar muchas cosas y de desempeñar bastantes cargos y comisiones, cuando se inició la cuestión de la elección de Rey para España, allá por el año de 1870, tuve que desempeñar una misión del Gobierno español, y llevando esa misión delicadísima, atravesé la frontera francesa, estuve en Alemania y se me presentó ocasión entonces, bastante tiempo antes de declararse la guerra con Francia, de estudiar la organización militar de aquel país; y observé que no sólo estaba preparado para la guerra con Francia, sino que había un verdadero entusiasmo por llegar á aquel desquite, que constituía el bello ideal de todos los habitantes de aquel país; y no obstante de tener aquellos hombres reflexivos, aquellos militares distinguidos, muy estudiado lo que iba á suceder, y de tenerlo todo dispuesto para el pronto llamamiento de sus reservas, se declaró la guerra á Francia, señores Diputados, se ordenó la movilización de las reservas, y tardó nueve días la infantería y once la caballería en movilizarse.

¿Conocéis, Sres. Diputados, algún ferrocarril militar en España, alguna vía férrea construída con arreglo á las necesidades de la milicia y de la guerra? ¿Sabéis si las Compañías ferroviarias en España cuentan con un material suficiente para en el caso de presentarse una guerra poder conducir las tropas

al sitio donde se juzgue más conveniente su concentración? ¿Es posible, Sres. Diputados, realizar aquí la movilización en dos días, cuando en el momento en que se reúnen dos regimientos para llevarlos de un punto á otro, al presentarse los comisarios de guerra con las órdenes oportunas á las Compañías de ferrocarriles, empiezan éstas por decir que necesitan disponer por lo menos de cuarenta y ocho horas, con el objeto de poder reunir material suficiente para verificar la conducción de las tropas? Pretender realizar aquí, donde sucede eso, una movilización en dos días, es pretender un imposible. Aquí se ordenó la movilización de 50 ó 60.000 reservistas, y no más, porque al pedir el total de las reservas se contó con las irremediables faltas de presentación de algunos reservistas; no consignándose esto así desde luego en el decreto, porque ante el temor de que no se presentaran todos, era mejor estar prevenidos, llamando á mayor número de reservistas, yéndose luego á sus casas los que sobraran, que no exponerse á que no se reuniera el número que hacía falta. Ahí tenéis, Sres. Diputados, todo lo que ha ocurrido.

He de declarar, porque á mí me gusta hacer justicia, que la preparación del vestuario con que pudo dotarse á esas reservas se debió en gran parte á mi digno antecesor, que atendió con esmero y con verdadero desvelo á que los cuerpos tuvieran dobles vestuarios de los necesarios en tiempo de paz; y esos magníficos vestuarios fueron los que pudieron utilizarse para los reservistas.

Pero había que acudir á otra cosa, Sres. Diputados. Yo he de confesar esto, aunque tengo un verdadero dolor, créanme los Sres. Diputados, en declarar aquí, ante el Congreso, las deficiencias de nuestro ejército. Se dice que aquí todo se puede discutir, porque todo se conoce y está estudiado fuera de España. No lo sé; pero, aunque así sea, á mí me duele, como Ministro de la Guerra, que en el Congreso, por necesidades de esta discusión, y aunque no tenga esto gran cosa que ver con la cuestión, que se discute, tengamos que manifestar ante el mundo entero las tristes deficiencias que en nuestro ejército existen. Yo creo que no es costumbre general el que estos detalles se discutan en la Cámara; yo, al menos, de ello no tengo noticia; he visto que se exigen en los Parlamentos grandes responsabilidades, pero se huye de tratar ciertas pequeñas cuestiones.

Mas, en fin, puesto que se quiere poner esto á discusión, he de decir que, en efecto, para esas reservas no había en España bastante utensilio, ni bastante material de acuartelamiento, ni bastantes cuarteles; que eso es muy costoso; pero que á satisfacer esas necesidades se ha acudido, y que á los ocho días de estar reunidas las reservas, todos los reservistas tenían lo necesario para poder marchar á campaña. Y esto no lo digo, porque sea ningún mérito del Gobierno, ni para encarecer si he trabajado mucho ó poco; no; hemos cumplido con el deber, que nos imponían nuestros respectivos puestos, lo mismo el Ministro que todos los dependientes del ramo de Guerra; y el que menos ha hecho ha sido el Ministro; los que han realizado el verdadero trabajo han sido los que han secundado sus órdenes; hay que hacer justicia á todo el mundo.

Este es el episodio de la reserva, del que tanto partido trató de sacar el Sr. Martín Sánchez.

Dijo también que se llamaron reservas de caba-

llería y artillería sin tener ganado ni material. No es eso, Sr. Martín Sánchez; había caballos y material para un número de reservistas suficiente. Lo que hay es, que dentro de estos organismos, tal como estaban constituidos, no había elementos bastantes para poner en pie de guerra toda la fuerza, que constituye la dotación de los regimientos en artillería ni en caballería.

Pues qué, ¿no sabe S. S. que en artillería, por las economías, que ha sido preciso introducir, quedó tan reducido el personal y el ganado, que apenas podía ponerse en pie de guerra la mitad de cada regimiento? Pues era preciso llamar reservistas, si no todos los que habían servido en artillería, los suficientes para completar el personal necesario para el servicio de todo el material en pie de guerra; porque de lo contrario se corría el peligro de no poder poner en campaña todo el material, por falta de personal para su servicio.

En caballería había un número de caballos casi igual al de jinetes, que estaban prestando servicio; pero era porque el personal tampoco estaba completo, y había precisión también de llamar reservistas, para que, si se practicaba una requisita general y se aumentaba el número de caballos hasta completar la dotación de campaña, hubiese hombres para aumentar esos cuerpos, no con un número extraordinario, pero por lo menos con unos 400 ó 500 soldados.

Pero dejemos esto de lo reserva, Sres. Diputados, pues no creo que valga la pena de molestaros más con detalles de este género.

Estábamos á mediados de Noviembre; el ejército de Melilla iba teniendo ya un contingente crecido; tenía asegurado su campamento para poder operar en persecución del objetivo que allí tenía, que era únicamente, por el pronto, la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach; pero el Ministro de la Guerra debía tenerlo todo prevenido para una campaña con el Imperio de Marruecos.

Señores Diputados, se seguía una negociación diplomática por el Gobierno con el Sultán. ¿Y no recordáis lo que se publicaba en la prensa y lo que se decía en todas partes? ¿No habéis oído decir que el Sultán no daría satisfacción ninguna, y que en vez de ir al Riff se iba hacia la frontera de la Argelia para resolver ciertas cuestiones? Pues bien; todo esto lo sabía el Gobierno, y al mismo tiempo que seguía la acción diplomática se ocupaba de prepararse para las contingencias, que pudiera haber después de construido el fuerte de Sidi-Aguariach, porque podíamos tener una guerra contra el Imperio de Marruecos, y de ahí esa lentitud, esa parsimonia, esa pereza, con que el Ministro de la Guerra procedía para mandar tropas, dados los medios de embarque de que disponía. No quiero decir aquí los esfuerzos que tuvo que hacer el Ministro de la Guerra para acumular en Melilla todos los elementos, que allí se acumularon, porque aquí tengo los estados de las peticiones que se me hacían de municiones de boca y guerra y de medios de arrastre; en una palabra, de todo lo que se necesita para una campaña. Si los que ahora tanto critican hubieran estado en el Ministerio de la Guerra, comprenderían que en una plaza, que no tenía más guarnición que la de paz y donde se había llevado un ejército numeroso, hacía falta todo, porque no lo había, no por efecto de las reformas del general López Domínguez ni del presupuesto, sino por-

que el ejército, de veinticinco años á esta parte, viene sufriendo unas disminuciones en el presupuesto, que parecen increíbles; y esas disminuciones, unidas á la desaparición de las cajas especiales, con las que se acudía á tantas necesidades, eran á costa del material de guerra.

De aquí las deficiencias que yo encontraba, hasta el punto que, habiendo mandado que todas las fábricas pertenecientes al ramo de Guerra trabajaran día y noche para que pudieran producir el máximo, todavía en algo que no tengo por qué decir, he tenido que acudir al extranjero; y no me refiero á los fusiles Maüsser. Pues bien; estos desvelos, estos trabajos, esto era lo que se hacía en el Ministerio de la Guerra, cuando se decía que había pereza y vacitación para llevar á Melilla 40 ó 50.000 hombres, castigar allí á todo el mundo, arrasar el Riff y volvernos contentos y satisfechos.

Yo os demostraré que en el Ministerio de la Guerra hubo un plan fijo, del cual no se salió ni un solo instante, que hubo objetivo determinado y que se sabía lo que debía hacerse según las condiciones de la guerra. No quiero recordaros lo que en varias ocasiones ha ocurrido; basta á mi propósito decir que ha habido en algunos momentos en los alrededores de Melilla tal número de trasportes conduciendo gentes y materiales, que no había forma de desembarcar, á lo cual ha contribuido mucho el mal tiempo, que este año, por desgracia nuestra, ha sido peor, hasta el punto que ha habido barcos-trasportes, que han tenido que regresar al punto de partida sin hacer el desembarco, ó refugiarse en las Chafarinas los que podían conseguirlo.

Pero en fin, llegamos á esos días del 20 al 28 de Noviembre: con un ejército en Melilla de unos veintitantos batallones, mas la guarnición de la plaza, y era necesario proceder al nombramiento de un general en jefe, porque toda la misión hasta entonces del general, que mandaba en Melilla, estaba reducida al establecimiento de un gran campamento atrincherado para tener dentro de él 15 ó 20.000 hombres con que empezar las operaciones en grande y llegar á la construcción del fuerte Sidi-Aguariach.

Se ha me criticado mucho desde que se iniciaron los sucesos de Melilla; todavía no he oído una palabra, no ya de elogio, sino de justicia, en nada de cuanto he hecho; porque ya he dicho que contra mí se ha esgrimido toda la clase de armas, que pueden esgrimirse contra un hombre colocado en una alta posición, cual la en que yo estoy, para hacerle caer hecho trizas y completamente desprestigiado á fuerza de censuras, de críticas de todo género y de ataques, que no quiero recordar al Congreso. Yo no me he defendido, porque no tengo en mi defensa más que el cumplimiento de mi deber, y ya demostraré que en eso me parece que he hecho lo que he debido hacer, y nada más.

Yo, Sres. Diputados, debo decir que, apenas se iniciaron los sucesos de Melilla, se apresuró un gran número de generales á pedir puesto en el ejército que se organizara, y no digo todos, Sres. Diputados, porque algunos no lo hicieron; pero tengo la seguridad de que, si no lo hicieron, fué porque creyeron que el cumplimiento estricto del deber no exige ese ofrecimiento; porque el Gobierno y el Ministro de la Guerra pueden disponer de todos los generales,

cuando llegue el caso en que considere útiles sus servicios.

Debo decir que el primero en ofrecerse fué el general Martínez Campos, ese distinguidísimo general, ese alto representante de la milicia, y su primer telegrama fué: deseo ir á Melilla, con soldados ó sin soldados; el Gobierno me tiene á su disposición. Más tarde, una correspondencia íntima, que he seguido con el dignísimo general Martínez Campos, me ha hecho conocer todas sus condiciones de carácter; porque yo, con el general Martínez Campos, estaba en las relaciones que tengo con todos los compañeros; pero sin conocerle más que por sus éxitos en las campañas y por sus condiciones militares. Después, en la intimidad de una correspondencia casi diaria, he llegado á comprender todas las altísimas dotes de que está adornado ese general distinguido, militar arrojado, valiente, y cuyo corazón es tan noble y tan patriota, que sus palpitaciones han repercutido en mí, creyendo yo después de conocerle que pocos podrán igualarle. Yo le contestaba, porque él insistía uno y otro día, que el Gobierno no podía resolver aún sobre el nombramiento de general en jefe, y que el capitán general Martínez Campos no podía ir á Melilla á mandar 4 ó 5.000 hombres, porque había de producir mal efecto en todas las Naciones ver que para mandar tan poca fuerza se empezara por enviar un capitán general; pero oía sus consejos, escuchaba sus advertencias, y en lo que me decía me inspiraba para muchas de las cosas que he llevado á cabo.

Insistiendo en que deseaba ir á Africa y preguntándome por qué no se nombraba general en jefe, llegué á descubrirle mi pensamiento, y le dije que por que yo, Ministro de la Guerra, que estaba acumulando medios para desarrollar un plan determinado, que podía ser más ó menos criticado, pero que era un plan mío, aspiraba á la alta honra de mandar ese ejército, que se estaba organizando, porque creía que tenía ese derecho y además ese deber. Me contestó: no volveré á decir á usted una palabra sobre el asunto, porque hace usted muy bien, y porque yo, en su caso, ni á mi padre cedía el mando del ejército de Africa. Con estos aplausos del general Martínez Campos á mi propósito, continuaba yo mi trabajo; pero la opinión, que es movediza, me era contraria, y muchos decían que no sabiendo yo hacer nada, cómo había de encargarme del mando de un ejército de 15 ó 20.000 hombres. Muchos decían que debía ir el general Martínez Campos, y yo seguía en mi propósito de organizar el ejército y tomar el mando del mismo, de acuerdo con el Consejo de Ministros, y contando con la voluntad de S. M. Cada cual decía lo que le parecía conveniente; aun en el mismo Consejo había distintas opiniones, creyendo algunos que yo no debía ir, por la responsabilidad que encerraba el que fuera un individuo del Gobierno á una guerra con el Riff; existían diversos pareceres; pocos en pro; casi todos en contra.

Acaso en uno de esos momentos de disgusto y de tedio que se suelen tener, por estos trabajos de la política, y sobre todo por aquellos, que á mí me preocupaban en aquel momento, llegué á decir: pues yo iré á Melilla ó á mi casa; palabras que se me han criticado mucho y en todas formas, porque yo todo eso lo decía para luego quedarme; porque á mí no me echa nadie del Ministerio; porque tengo tal afán

por estar en el Gobierno, que no se iguala á nada; en fin, por todo eso que saben los Sres. Diputados y que no quiero recordar. El hecho es, que llegó el momento, en que se reunió el Consejo de Ministros para designar el general que había de mandar el ejército de Africa, y yo, con franqueza, y sobre todo con un propósito firmísimo de ir á Africa, expresé mi deseo ante el Consejo de Ministros. Voy á descubrir un secreto, porque ya he dicho que vengo á esta discusión á decir la verdad, y excepto aquellas cosas, que puedan perjudicar á mi Patria, todo lo que es del dominio público y que se suele referir tergiversado, lo he de decir, pues es bueno que se sepa. No estoy autorizado por el Sr. Presidente del Consejo para decir lo que voy á manifestar; pero como es verdad, tengo la seguridad de que lo aprobará.

En el Consejo de Ministros había opiniones diversas: los que creían que no debía ir, las daban convincentes; y los pocos, muy pocos, que estaban á mi lado, también las daban á mi favor; pero en fin, comprendiendo que mis compañeros de Gobierno en su mayoría creían que ese mando no correspondía al Ministro de la Guerra, por más que yo citaba ejemplos de Ministros y Presidentes del Consejo, que habían ido á la guerra, á lo que se me replicaba diciendo que en aquellos casos se trataba de guerras contra un Imperio, y que en este la guerra era contra unas hordas más ó menos levantiscas; yo, que tenía aquel propósito, que me había hecho muchas ilusiones, que tenía fundado quizá todo mi amor propio en el deseo patriótico de ir á mandar aquellas tropas, presenté mi dimisión. Insistí en mi propósito de dejar el Ministerio; mis compañeros en que no le dejara; y me querían bien al pedir esto, porque confieso, Sres. Diputados, que en aquellos momentos hubiera salido muy mal de él; pero yo lo sacrificaba todo á mi deseo de cumplir con mi deber, y creyendo que me tocaba salir del Gobierno, insistí en mi dimisión.

Entonces los Sres. Ministros, mis compañeros, dijeron que yo no podía irme solo, que aquella era una crisis del Ministerio, porque habíamos contraído ciertos compromisos y por otros motivos que no hacen al caso, y me presentaban la crisis del Ministerio en esta forma: el Presidente del Consejo, enfermo; el Ministerio, en crisis; el responsable de todo, yo. Ante esas dificultades de la política, Sres. Diputados, hay que hacer muchos sacrificios, que no se aprecian por quien no sabe sentirlos; y yo, aun insistiendo en mi dimisión, propuse en Consejo de Ministros el nombramiento del general Martínez Campos, que en todo me había ayudado, que me pedía y me rogaba que le mandase á Melilla, y que tenía más condiciones para ir á Africa que yo en todos conceptos. Yo no podía tener más candidato, ni lo hubiera tenido tampoco el Gobierno, y además la opinión le indicaba con justicia. Yo decía: se nombra al general Martínez Campos; no hay que hacer ninguna alteración, no hay necesidad de crisis ninguna; se propone esta noche al general Martínez Campos á S. M.; se nombra Ministro de la Guerra á un general de toda su confianza, y no pasa nada; se va un Ministro destrozado, y adelante con los deberes que la Patria impone á todos.

Yo, entonces, después de haber insistido más de lo que se acostumbra en estos casos, trabajado por toda clase de sentimientos, y viendo que mis compa-

ñeros no querían hacer la crisis, recordé que el general Martínez Campos caminaba para Madrid, pues me había pedido autorización hacía unos días para venir por veinticuatro horas á asuntos particulares. El general Martínez Campos, en la correspondencia que tenía conmigo, me hablaba de lo de Melilla, y precisamente dos días antes de esta crisis le había dicho: «Venga usted y le enteraré de algo que aquí ocurre relacionado con lo de Melilla». Y el general Martínez Campos me anunció por telegrama que venía á Madrid. Es decir, que la noche en que se discutía esto en Consejo de Ministros, venía para Madrid el general Martínez Campos. Al Presidente del Consejo se lo había indicado yo antes, en la sala donde se celebraba el Consejo; pero los demás Ministros no sabían nada de esto. Pues bien; ante las dificultades que traía el presentar yo mi dimisión y el consultar al general Martínez Campos sobre la aceptación del cargo de general en jefe del ejército de Africa, aceptación sobre la cual yo no tenía ninguna duda, dije: no hay que hacer consulta ninguna, porque viene de camino hacia Madrid, y por consiguiente, no hay más que llevar el decreto á la firma de S. M., y yo continuaré en el Ministerio de la Guerra.

No se os puede ocultar que esto hizo un gran efecto en mis compañeros, y seguí en el Ministerio porque me hice las siguientes reflexiones. Si aquella noche hay una crisis y salen del Ministerio parte de los Ministros y llega por la mañana á Madrid el general Martínez Campos, ¿qué se hubiera dicho de este dignísimo general? ¿A qué venía este general á Madrid? ¿Qué corazonada, qué caso de responsabilidad echaba yo sobre la alta figura del general Martínez Campos exponiéndole á esas acerbas críticas! (*Muy bien, muy bien.*)

Esa fué la razón que me obligó en aquel momento á hacer el sacrificio ó no sacrificio (pensad lo que queráis; hasta que yo tengo tanto amor á este puesto, que no hay quien me arranque de él); á hacer el sacrificio, digo, de continuar al frente del Ministerio de la Guerra, y propuse en el acto el nombramiento del general Martínez Campos para general en jefe del ejército de Africa, decidido yo, por mi parte, á continuar siendo Ministro de la Guerra, y á ayudarle de la manera más leal, más noble y más patriótica que me fuera posible. (*Muy bien, muy bien.*)

Ya tenéis explicado aquello de «á Melilla ó á mi casa». Creedlo ó no, pero esta es la verdad. Si no lo creéis, lo sentiré por vosotros; yo, de todos modos, tengo la conciencia de que he cumplido con mi deber. (*Muy bien.*)

El general Martínez Campos recibió de mis manos, en la estación del Mediodía, el nombramiento de general en jefe, con la efusión de un soldado y con el afecto de un cariñoso amigo. Hizo, como es costumbre, sus presentaciones, y aquella noche salió para Málaga, y después, en el primer vapor que salió de Málaga, se dirigió á Melilla. Yo le dije antes de marchar: «Cuenta usted con cuatro regimientos de cazadores y con 25 batallones de infantería; esos se embarcarán con usted; y en cuanto llegue usted, pida lo que quiera; ya sabe cuál es el objeto: la construcción del fuerte, cueste lo que cueste y suceda lo que suceda».

Hasta aquí, Sres. Diputados, resulta que las operaciones de la guerra han obedecido á un plan, se han sujetado á un pensamiento, y que el Ministro

de la Guerra ha cumplido con su deber, no ha sido un Ministro vacilante, que hiciera unas veces una cosa y otras veces cosa distinta, sin saber á dónde se dirigía.

Aquí hay un telegrama que es la clave de toda la unidad de pensamiento en los trabajos preliminares para la guerra. Pocos días después del 2 de Octubre, dije y repetí muchas veces al comandante general de Melilla: «Redúzcase usted á la defensa de los fuertes exteriores, haga desde allí todo el daño que pueda y prepare entretanto todos los elementos necesarios para operar; pero cuide usted, sobre todo, de que no se ocupe una pulgada de terreno en el campo exterior que luego se abandone.» Porque esta es la regla que me he propuesto siempre en todas las operaciones que he dirigido. Yo aprendí muy joven que el fundamento de las grandes críticas que se hicieron cuando la primera guerra carlista se basaba en aquella especie de manía en unos y otros, en los negros y en los blancos, de repetir los mismos movimientos, por tomar alturas para luego volverlas á dejar, etc., etc. En este mal se incurrió también algo en los principios de la última guerra civil; pero cuando yo fuí de jefe del Estado Mayor general al ejército del Norte con el inolvidable Duque de la Torre, como antes en el Centro y después en Cartagena, y en todas partes donde he estado, siempre he ajustado todos los planes, á que no se hiciera ninguna operación que no fuera para conservar lo que se conquistaba, sin más excepción, naturalmente, que esas operaciones que se hacen para amagar una posición ó para auxiliar á otra comprometida. Pues bien; esa era la conducta que se había propuesto el Ministro de la Guerra: que no se saliera á tomar ninguna altura que no se conservase, porque delante de enemigos de la especie de los rifeños, como de los marroquíes en general, lo que no se ha de hacer nunca es volver la espalda.

De ahí la necesidad de las fortificaciones, de los atrincheramientos, de los campamentos seguros; de ahí todo lo que en el espacio de un mes ó mes y medio se ejecutó en Melilla para empezar las operaciones en grande. ¿Había para este fin que hacer algunas operaciones? Pues á hacerlas. Para eso autoricé al Sr. Martínez Campos, para que tomara todas las disposiciones que creyera convenientes y realizara todas las operaciones necesarias; porque, no digo yo tratándose de un general tan insigne como el señor Martínez Campos, sino tratándose de cualquier otro general, nada hay más peligroso, si se tiene confianza en él, que marcarle á distancia y por telégrafo lo que ha de hacer sobre el terreno.

Por consiguiente, ha habido pensamiento, unidad, objetivo; no se necesitaba más que preparación y medios, y para esto se ha acumulado allí lo imposible. ¿Queréis que éntre yo ahora en comparaciones? Pues podría deciros, que en condiciones muy superiores, el general O'Donnell, siendo Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra, tardó mucho más tiempo que el que he empleado yo en llevar un ejército á Melilla, en organizar las tropas que fueron á los campos de Ceuta, enviando primero algunas secciones, después una brigada, y luego vino la operación del general Echagüe en el Serrallo, de la que no quiero ocuparme porque no hay necesidad, y el desembarco del general O'Donnell y la acumulación de fuerzas. El general en jefe,

Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra, estuvo en el Campo del Otero y en el Serrallo, puntos muy superiores al campo de Melilla, todo el tiempo que creyó necesario.

Sufrió críticas [no había de sufrirlas], como las sufren todos, porque estuvo cuarenta días para organizar un ejército que pudiera empezar á operar el 1.º de Enero del año 1860; pero mientras tanto, ¿no fué atacado aquel ejército?

Yo fui testigo presencial de todo lo ocurrido allí. Acababa de venir de Italia y fui destinado á organizar una batería de montaña que regaló la maestranza de Sevilla.

Fuí á Sevilla, recogí seis piezas de artillería rayada, las primeras de esta clase, piezas que aún estaban por ensayar, y para usarlas tuve que hacer estudios en el mismo campo de batalla, y desembarqué en Ceuta precisamente el día antes que lo hizo el general O'Donnell. Yo recuerdo que fuimos atacados ocho ó diez veces, y que se estableció un campo atrinchado, sin duda para acobardar, como se ha dicho ahora aquí, á las tropas. Fué atacado furiosamente por los marroquíes un fuerte, y estuvimos á punto de perderlo, y me tocó acudir allí con mi batería, y por este y los demás ataques que hubo no se manchó ni se deshonró la bandera.

¿Qué ha pasado en Melilla? Lo que hay, Sres. Diputados, es que el Ministro de la Guerra, que ha aprendido mucho en muchas partes, aprendió más que pudiera tener aplicación á la guerra de Melilla en la guerra de Africa, en la que tuvo la fortuna de estar, cuando todavía era joven, mandando una batería que por la cualidad de tener cañones rayados y de ser suelta, esto es, de no estar agregada á una unidad, no se disparó un tiro sin que tuviera que intervenir; tanto, que hubo 23 combates, y la batería á que me refiero tomó parte en 21, y en los otros dos no la tomó, porque fueron anteriores á nuestra llegada á Ceuta.

Allí aprendí cómo maniobraba el ejército marroquí en formidable línea de media luna con la fuerza de las kabilas á uno y otro lado, única táctica que sabían entonces, y lo importante al atacarlas era producir el desorden en esas kabilas, y para ello se procuraba siempre dirigir el ataque contra el centro de la línea, que era donde estaban las fuerzas regulares, lo mejor del ejército marroquí, á fin de dividirla y separar á los que formaban la media luna.

En el campamento hubo sorpresas, hubo ataques por la noche, hubo todo lo que hay delante de ejércitos irregulares, por lo que es necesario pensar mucho en las medidas que se adoptan cuando se va á combatir con el enemigo.

¿Es que en el caso actual han sido muchas las medidas que he tomado? ¿Es que me he pasado de previsor? Mejor será que me acuséis de ésto que no de imprevisor, como lo habéis hecho desde el 2 de Octubre, diciéndome que he sido un hombre descuidado, inepto y que no he pensado en lo que había que hacer.

He citado como ejemplo la guerra de Africa, por haber sido á las puertas de España y por su analogía con la de Melilla; pero pudiera citar otras. ¿No recordáis la primera expedición que el ejército inglés hizo á Egipto? ¿No recordáis que Inglaterra, insultada ó no insultada, se vió en la precisión de declarar la guerra á Egipto y llevó allí un ejército de 12.000

hombres? Pues Inglaterra, con una escuadra poderosísima, con grandes medios de transporte, con material inmenso, con el recurso principal, que es dinero, dinero y dinero, empleó nada menos que dos meses en llevar á Alejandría 12.000 hombres de desembarco.

¿Os parece que está muy lejos? Pues descontad el viaje, pero poned á España al lado de Inglaterra; poned á España, con su falta de recursos, con sus crisis económicas, al lado de esa Nación poderosa, y entonces podréis hacer la comparación, y entonces podréis decir de mí lo que queráis.

¡Sorpresa, tropas que se retiran, vergüenzas! Esto de vergüenzas es una palabrita que me va sonando á mí de cierta manera. ¡Vergüenza porque tuvimos el día 2 de Octubre cincuenta y tantas bajas y porque hemos tenido en diez ó en doce días de combate, entre muertos y heridos, unas 200 bajas, y de ellas muchos menos muertos de los que se ha dicho! ¿Queréis contarme, Sres. Diputados, las bajas que ha tenido Inglaterra en el alto y bajo Nilo, en la Zululandia y en todas partes donde ha ido á guerrear con estas hordas salvajes y fanáticas del Africa? ¿Queréis decirme cuántas veces no han sido copadas sus columnas, rotas, y desechas por los salvajes? ¿Y cuántas vergüenzas ha tenido Inglaterra por eso? ¿Qué decía la prensa inglesa cuando ocurrían esos desastres? Pues apenas se ocupaba en ello.

Ahora mismo, ayer, en el mes de Enero, allá en los confines de la Argelia, un desgraciado teniente coronel francés ocupa por sorpresa alguna población de los Tuhares; se dice que el Gobierno de su país no había aprobado su conducta; pero el hecho es muy reciente. Entra en Tombouctou, hace una ó dos jornadas, y una noche desaparece la columna entera; muere el teniente coronel y mueren casi todos los que la componían, salvándose sólo algunos pocos.

Pues bien; ¿qué ha sucedido en Francia? Pues allí se ha ido á las Cortes, se le ha preguntado al Gobierno sobre este hecho, y el Presidente del Consejo de Ministros se ha levantado y ha dicho: todo eso que se dice es cierto; así ha sucedido; iremos á Tombouctou y lo ocuparemos. ¿Y qué ha hecho el Gobierno después? Pues en Enero ocurrió el desastre; en Enero fueron destruidas aquellas tropas y muerto aquel teniente coronel, y hasta el mes de Abril no se ha verificado el primer encuentro. ¿Cuánto va desde entonces? Cerca de tres meses. Y el Gobierno, ¿qué ha hecho? Pues lo primero, disponer que fueran unas compañías de la legión extranjera, y después se ha tomado tiempo para preparar otras operaciones. ¿Y la prensa? Pues la prensa allí se ocupa muy poco de estas cosas, porque sabe que el prestigio y la honra del país no se mancillan por el ataque de los Tuhares, y porque sabe que la honra de la bandera francesa no se empaña por eso.

Pero, Sres. Diputados, ¿qué les ha sucedido á todos los pueblos de Europa, ahora que á todos les ha entrado esa especie de colonomanía, que les da por resultado constante vergüenzas como esas que aquí se dice de Melilla? Y no hay que decir si en Melilla mismo ha habido sucesos más importantes y desgracias mayores que las del 2 de Octubre.

El año 1863 hubo una agresión de los moros que produjo 60 bajas, y pareció que aquí no había pasado nada. Allí mismo, en Melilla, cuando la guerra de Africa, el general en jefe aumentó su guarnición con

cerca de 1.200 hombres y dió orden al comandante general de que permaneciese á la defensiva mientras él operaba; y aquel comandante general, no teniendo dentro de los muros de Melilla espacio bastante para alojar toda la gente, puso un campamento delante de las últimas fortificaciones de Melilla en un sitio que no llegaba al que hoy ocupa el Polígono actual; y, señores, aquel general era bravísimo, era valiente como pocos, yo le he tenido á mis órdenes, y si algún defecto tenía era ser demasiado bravo. Y, ¿sabéis lo que pasó? Que á la primera noche de establecer el campamento, fué terriblemente atacado por las hordas rifeñas, y cayeron 600 soldados bajo el plomo enemigo casi en los mismos muros de Melilla. (*El Sr. Cánovas del Castillo*: No tantos.) Cuantos quiera S. S. ¿No son 600? Pues sean 100, sean 20. (*El Sr. Cánovas del Castillo*: Doscientos.) Es igual para mi argumento; precisamente me lo acaba de decir el dignísimo general Novaliches, que tenía entonces el mando en Andalucía y que tuvo que enviar un batallón de refuerzo, y enviarle con un tiempo horrible, tanto, que según me decía el general sufrió muchísimo porque temía que el barco no llegara á su destino. Pero repito, que fueran 600 ó fueran 200 ó fueran 100 las bajas, lo indudable es que aquel fué un caso más de que por entonces se ocupó el general en jefe; y, ¿sabéis para qué? Sencillamente para exigir responsabilidad al general que mandaba aquellas fuerzas; pero á nadie se le ocurrió hablar de vergüenzas en Melilla.

Ahora, no sé si porque lo reclaman intereses de partido, á cada momento se está diciendo que en los sucesos de Melilla todo es malo, todo es indignidad, vergüenza, lo que queráis.

¿Qué se había hecho? ¿Qué se había preparado hasta la llegada del general Martínez Campos? Señores Diputados, yo había asegurado, bajo mi palabra honrada, que se habían preparado los medios para operar; pero no quiero que baste mi palabra; necesito que lo oigáis del mismo general Martínez Campos. Este ilustre general llegó el día 28 de Noviembre á Melilla, y el día 29 me ponía el telegrama que váis á permitirme leer, ya que tan poco os he molestado esta tarde con lectura de documentos:

«Aquí no se pueden hacer desembarcos precipitados, pues ni esto es puerto, ni muelle, ni hay medios de arrastre suficientes, teniendo que emplearse 600 soldados para llevar las cargas á los almacenes.»

Y eso, Sres. Diputados, que para aquella época ya se habían acumulado medios y útiles de desembarco, y ya había allí chalanas, remolcadores, etc.

«Cuanto le diga á usted del celo é inteligencia con que han trabajado Macías y demás que le han secundado, es poco; me he admirado de las obras que han llevado á cabo con los pocos elementos que cuentan aquí, donde no hay nada, y que hasta el agua es necesario llevar á los campamentos, que no se han podido establecer en el río por lo bajo y húmedo del terreno; las trincheras cuestan sumo trabajo, por ser casi todo el terreno piedra.»

Más adelante me explica el plan que se proponía seguir con las fuerzas con que allí contaba. Y con ese ejército que yo había tenido la ilusión de mandar, en esas condiciones, con veintidós batallones y cuatro que llevaba el general, y todos los demás elementos, con la guarnición de Melilla, con una poderosa escuadra que había ayudado y secundado de

una manera admirable al Gobierno en cuanto había dispuesto, porque las operaciones de esa escuadra, que ha reunido el mayor número de buques posible, no merecen más que elogios; porque esos barcos, con mal tiempo, como con bueno, á cada hora, en cada instante, arrostrándolo todo, no han dejado un momento de tener comunicación directa con la plaza; con todos esos elementos, el general Martínez Campos, al día siguiente de su llegada, anunció que iba á construir el fuerte, que era el objetivo principal, al representante del Sultán, el príncipe Muley Araafa, que le opuso más ó menos resistencia; pero el general sacó sus tropas, llegó al sitio designado, empezó á construir el fuerte, estuvo allí todo el tiempo que creyó conveniente, y dispuso su ejército para la guerra, ni más, ni menos. Estaba cumplido el primer objetivo; estaba ocupado perfectamente el campo exterior; estaba construyéndose el fuerte; y el señor general Martínez Campos, con ese afán de gloria, con ese amor al arte de la guerra, con ese entusiasmo incomparable que le distinguen, procuró por todos los medios posibles operar sobre el enemigo, con el propósito de llegar, si era preciso, á las alturas de Frajana ó del Gurugú, donde fuera conveniente; y el general Martínez Campos, el esforzado guerrero, el noble corazón, no encontraba enemigos por ninguna parte. Pero se dice: es que ese ejército estaba inactivo. ¡También será una vergüenza el haberlo tenido quieto! Ese ejército estaba allí cumpliendo con su deber; estaba allí lleno de un excelente espíritu militar, estaba acallando sus deseos de gloria; porque las Naciones tienen sus ejércitos, no solamente para pelear y hacerse matar y recoger laureles para sus banderas, sino también para el mantenimiento de la paz; y cuando no tienen la fortuna de pelear, tienen la satisfacción de haber cumplido con la Patria; y nuestro ejército cumplió con la Nación. (*Muy bien.*)

Pues qué, ¿acaso los ejércitos no cumplen con sus deberes más que cuando llegan á la pelea y adquieren más ó menos gloria en las batallas? ¡Ah, señores Diputados! Eso es muy fácil, eso es muy hermoso, eso cubre de honor á aquellos que pelean, enaltece su bandera, esparce sus esplendores por todas partes, pero cuesta á las Naciones muchos dispendios y cuesta muchos muertos, muchos hombres que han de sacrificarse para que los que queden alcancen la gloria; y si el Gobierno, porque aquí el Ministro de la Guerra no es un soldado, es un consejero de la Corona, un hombre de gobierno que tiene que velar por todos los altos intereses de la Patria; si el Gobierno llega á lograr que se alcance una paz fructífera para el país y que esos soldados vuelvan tranquilos á sus hogares, aunque sin esas glorias que tanto cuestan, el Gobierno se dará por satisfecho; y yo, soldado y Ministro responsable, me felicito del resultado obtenido. (*Muy bien.*)

Debiera ya terminar aquí mi discurso, aun cuando se me ha combatido y se me ha criticado por la manera cómo he llevado la gestión guerrera en el asunto de Melilla; pero no puedo prescindir de la contestación á la última parte del discurso del señor Martín Sánchez, parte política, que se dirigía á exigir responsabilidad al Sr. Sagasta y al Gobierno todo por su supuesto abandono y por haber ido sin norte seguro y sin conocimiento bastante de lo que pretendía, á una paz de funestos resultados para España.

Dice el Sr. Martín Sánchez que el ejército ha quedado sin gloria y que la Nación ha sido engañada; que hemos matado el entusiasmo patrio, y qué se yo qué género de argumentos, de ataques y de responsabilidades acumulaba S. S. sobre el Gobierno de S. M. Yo creo que la política del Gobierno en Marruecos se discutirá probablemente por los Sres. Diputados que han pedido la palabra, y que por tanto la cuestión tomará otro giro: se discutirá probablemente la gestión diplomática del Sr. Ministro de Estado, y el resultado obtenido por la Embajada encomendada á la alta personalidad de señor general Martínez Campos. Para el general Martínez Campos, claro es, porque la injusticia no puede llegar á tan alto, no puede, ni debe de haber, ni habrá más que elogios, plácemes y lauros. El general Martínez Campos, jefe del ejército de Africa, no ha podido conseguir aquellos fines que se proponía con tanta ilusión; ha acallado sus sentimientos patrios; ha escrito páginas, que tengo aquí, viendo la imposibilidad de realizar esas glorias y la necesidad de sobreponerse á aquellos sentimientos; el general Martínez Campos cumplió como bueno al frente de su ejército; el general Martínez Campos aceptó la alta y difícil misión de presentarse al Sultán como embajador extraordinario, representante de la Reina de España y de su Gobierno; y el general Martínez Campos, cumpliendo las instrucciones del Gobierno, ha dado cima á una obra por extremo delicada y difícil. Acaso en la historia gloriosa del general Martínez Campos no se escriba una página más brillante que la que puede escribirse por el resultado obtenido en Marruecos como embajador extraordinario del Gobierno de España.

Puede que entre sus contemporáneos haya quien lo discuta; la historia, sin embargo, le hará justicia. Pero para el general Martínez Campos, que llevaba ante el Sultán de Marruecos la alta, la altísima representación de la Reina y del Gobierno de España, para el señor general Martínez Campos, no ha sido el camino de las negociaciones un camino de flores.

El general Martínez Campos, con las instrucciones del Gobierno, ha obtenido cuanto el Gobierno y el país pudieran desear; el general Martínez Campos llevaba con su personalidad una fuerza moral y un prestigio indudables; pero dejaba detrás de él un ejército organizado para la guerra, que era su mayor fuerza, y en la organización de ese ejército tengo yo una pequeña, pequeñísima, participación que me enorgullece.

Esa cuestión se discutirá, si es que queréis discutirla; se discutirá también la política del Gobierno en Marruecos, que es una política que está definida en muy pocas palabras, política que han tenido y deben tener todos los Gobiernos con ese Imperio, ó sea el sostenimiento á toda costa del *statu quo* y una amistad sincera con el Emperador de Marruecos, para poder intervenir en ese país, como tenemos derecho á ello por nuestra historia, por nuestra situación, por nuestra manera de ser, por todo, en una palabra; estando siempre con ojo avizor y vigilantes ante las Naciones europeas para intervenir cuando en ese Imperio se promueva cualquier conflicto, puesto que viene siendo esa región, situada entre el Mediterráneo y el Océano, lo que son allá en Oriente otras regiones que han venido sirviendo hasta ahora de causa y pretexto para las guerras que allí han tenido lugar.

Con esa mira, con ese cuidado, con esa preocupación, este Gobierno, y yo creo que todos los que le sucedan, no deben tener más política que esa; pero estando al propio tiempo siempre prevenidos y velando por esos intereses, para que, después de todo, si llega á surgir algún conflicto entre esa Nación y cualquiera otra Potencia europea, pueda intervenir en él la primera España, como tiene derecho á hacerlo por su historia, por su tradición y por su situación geográfica, y cuya política, repito, se ha de reducir á tener una amistad sincera con el Sultán, y á defender á todo trance el mantenimiento del *statu quo*. Voy á terminar, Sres. Diputados, porque os he cansado demasiado y he abusado de una manera extraordinaria de vuestra benevolencia, pero á ello me han obligado los deberes de este sitio, y sobre todo las injusticias de que he sido víctima, todo lo cual me ha movido á molestaros por más tiempo del que yo acostumbro, puesto que sabéis que no suelo ser muy extenso en mis discursos; yo me recomiendo, repito, á vuestra indulgencia, y voy á concluir con muy breves palabras, haciéndome cargo de algo de que también nos habló el Sr. Martín Sánchez.

El Gobierno de S. M., responsable de la política de España en Marruecos, por unos sucesos tristes é inesperados, se ha visto obligado á hacer todos los sacrificios que os he enumerado. Hemos obtenido una paz honrosa y conveniente para nuestra Patria, y hemos obtenido por virtud de esa paz, por las condiciones especiales del embajador extraordinario, más respeto, más prestigio y más influencia en Marruecos que hemos tenido hasta hoy.

Pero se dice, se grita y se declama que el ejército no ha ido allá más que á ver desde lejos á los moros, y que no ha cubierto de laureles, como lo habría hecho evidentemente caso de ser necesario, las banderas bajo las cuales se cobija. ¿Recordáis, Sres. Diputados, lo que ocurrió en este país cuando la última guerra de Africa? ¿Recordáis cómo se calificó la paz de Wad-Ras? ¿Recordáis las críticas de que fué objeto el ilustre general O'Donnell? ¿Recordáis que hasta se llegó á decir que en el seno de aquel Gobierno había quien censuraba la paz de Wad-Rás? ¿Recordáis, Sres. Diputados, que cuando se abrió el Congreso después de la paz, se presentó una proposición pidiendo al Parlamento acuerdos en favor de aquel caudillo y de aquellas tropas, y en favor de aquella paz, y que aquella proposición fué combatida, teniendo que levantarse el general O'Donnell á explicar ante el Congreso lo que había sido aquella guerra y lo que había él obtenido con la paz? ¿Recordáis, por último, que aquella guerra y aquella paz se calificaron diciendo que fueron una gran guerra y una paz chica? Pues yo, Sres. Diputados, espero que, cuando terminen estos debates y se imponga la justicia, que al fin se impone siempre, como se ha impuesto para aquel denodado caudillo, para aquel valiente ejército y para aquella paz, podrá haber quien diga que en esta otra cuestión ha habido una guerra chica y una paz grande. (*Muy bien, muy bien.*)

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Martín Sánchez tiene la palabra para rectificar.

El Sr. MARTÍN SÁNCHEZ: Señores Diputados, el Sr. Ministro de la Guerra, en el discurso que comenzó el martes, que ha continuado ayer y ha terminado hoy, ha demostrado una cosa que todos sabíamos: que es un orador elocuentísimo, que posee

condiciones excepcionales, que es un político muy hábil y un polemista muy diestro, que sabe llevar las cuestiones á aquel terreno que le conviene. Pero claro está que yo no he de ir al terreno á que el señor Ministro de la Guerra quiere llevar la discusión. Yo he iniciado este debate con una interpelación referente á un asunto trascendental, que quizás sea el de mayor importancia de los ocurridos en España en el presente siglo, y por consiguiente, ¿cómo voy yo á ir al terreno en que pretendía colocar esta cuestión S. S. en el día de ayer?

No encontrando el Sr. Ministro de la Guerra, como demostraré, razones con que combatir los cargos que yo había dirigido á S. S., y más especialmente al Gobierno de S. M., dijo varias veces, tres, cuatro ó cinco, que le parecía mal, como había parecido á muchos, que un capitán de artillería iniciara estos debates, y con tal motivo llegó hasta á dirigir un cargo al Sr. Cánovas del Castillo, mi ilustre jefe. Insistió tanto el Sr. Ministro de la Guerra en este punto, que yo creí que lo que S. S. buscaba realmente era que yo fuese muy fogoso, que me levantara de este asiento, que le interrumpiera acaloradamente, y que diera un espectáculo tristísimo ante la Cámara. Pero yo le oí con muchísima calma, porque tenía que levantarme después á hablar, y claro es que S. S. tenía que empezar por reconocer como uno de mis derechos indiscutibles el de poder contestarle desde este banco.

Partía el Sr. Ministro de la Guerra de una idea completamente falsa al suponer que yo no le había guardado todo género de consideraciones. Yo empecé mi discurso el primer día, diciendo que tenía un sentimiento profundo por tener que formular aquí cargos gravísimos contra el Sr. Ministro de la Guerra y contra el Gobierno de S. M.; pero que la política tenía esas exigencias; que yo aquí era un hombre de partido, y con este carácter he venido á las Cortes. Claro es que mi ilustre jefe el Sr. Cánovas del Castillo, en uso de un derecho que tiene, pudo, porque así lo creyó conveniente, encargarme de explicar esta interpelación. Yo creo que tuvo una razón importantísima para ello, y es, que el general López Domínguez, cuando se trató de la ley de presupuestos, y discutiendo nada menos que con un ex-Ministro del partido conservador, con mi distinguidísimo amigo el Sr. Linares Rivas, le dijo que era incompetente para tratar cuestiones militares, y entonces el Sr. Cánovas del Castillo diría: «pues aun que tenga menos conocimientos el Sr. Martín Sánchez, siquiera por su carrera no le podrá decir el Sr. Ministro de la Guerra que es incompetente.» Yo creo que esta fué la razón que tuvo el Sr. Cánovas del Castillo para designarme á mí.

Pero en fin, no he de insistir más en si aquí deben ó no deben venir capitanes ni tenientes, porque sobre las cosas juzgadas no debe discutirse; y sobre todo, no lo hemos de discutir nosotros, porque mi partido ha sido el primero que no quería que vinieran al Parlamento oficiales de cierta graduación. Pero el Sr. Ministro de la Guerra me parece á mí que no era el más autorizado para traer esta cuestión al debate, y traerla por lo menos cinco ó seis veces en que insistió sobre este punto, claro está que reconociendo siempre mi derecho. ¡No faltaba más sino que lo negara, estando, como está, tan claro como la luz del sol! Pero S. S. quería sin duda arro-

jar sombras para empañarlo; por eso insistió en ello, con propósito tal vez de desviar el debate, para que se fijaran las gentes en que era un capitán de artillería el que discutía con el Ministro de la Guerra, que eso no se juzgaría bien y que yo había hecho muy mal en tratar esta cuestión.

No he de decir una palabra de lo que hacía el general López Domínguez cuando discutía desde estos bancos enfrente del capitán general, Ministro de la Guerra y Presidente del Consejo, D. Ramón María Narváez. Dice el Sr. Ministro de la Guerra que estaba muy amable con aquel Ministro y que éste le daba las gracias; pero luego se desdice, puesto que manifiesta que lo mandó á Melilla, y no creo que lo mandaría por pronunciar discursos aquí en el Congreso.

Yo empecé el primer día anunciando al Sr. Ministro de la Guerra que si alguna frase le molestaba, podía darla por retirada, que en mi ánimo no entraba el molestar á nadie. Apelo á todos los que me han oído, y al *Diario de las Sesiones*, á ver si hay una sola frase, un concepto, que se dirija á molestar personalmente al Sr. Ministro de la Guerra; y cuidado que la prensa ha dicho cosas mayores y está diciéndolas todos los días. No he hecho ni siquiera una reticencia, porque la frase tantas veces repetida por el Sr. Ministro de la Guerra: «A Melilla ó á mi casa», no ha sido criticada por mí; antes al contrario, he sido el primero en decir que obró S. S. muy bien en aquella ocasión, y que fué altamente patriótico el ceder y quedarse en el Ministerio; de modo que precisamente S. S. se quejaba de una de las cosas en que le he dado la razón. No he descendido, pues, nunca á las cuestiones personales, porque las odio; pretendo únicamente discutir cosas de importancia y hechos generales. Nunca, en el tiempo que llevo aquí, he hecho, ni aunque lleve mucho tiempo haré, interpelaciones por cuestión de personas; ni las haré tampoco inspirándome en asuntos que sólo interesen á cuerpos ó colectividades determinados, y no porque no tengo derecho á ello, que bien sé que lo tengo, sino porque no entra en mis principios políticos el hacer esta clase de interpelaciones. ¿Me he levantado yo acaso en estos bancos á hacer preguntas, ruegos ó interpelaciones al Sr. Ministro de la Guerra sobre si ha ascendido á este general ó al otro, ó ha dado el mando de tal ó cual regimiento á un jefe determinado? Jamás. Siempre que he hablado en el Congreso ha sido con objeto de tratar cuestiones nacionales y de interés general para el país, y sólo en ellas intervendré.

De modo que me parece, Sres. Diputados, que no estaba justificado el que al Sr. Ministro de la Guerra se quejara porque yo interviniera en un asunto que, aunque tenga un aspecto puramente militar, es ante todo y sobre todo eminentemente nacional; y siendo una cuestión que había yo estudiado con algún detenimiento, he querido tratarla aquí. Conste, pues, que no he ofendido absolutamente en nada al Sr. Ministro de la Guerra; y quedé admirado cuando al levantarse S. S. la otra tarde, me dirigió aquellas acusaciones; no he pronunciado una sola palabra, ni una sola, que personalmente pueda afectarle; casi siempre he procurado dirigirme al Gobierno, y naturalmente, como el Sr. Ministro de la Guerra era su representante en ese banco, claro está, iban de rechazo al Sr. Ministro de la Guerra los cargos que yo dirigía.

De modo que, dejando aparte esta cuestión, á la cual quería sin duda llevarme el Sr. Ministro de la Guerra y en la que no he de entrar, vamos á examinar lo que ha contestado S. S. á los cargos que formulé.

Decía el Sr. Ministro de la Guerra que no tiene gravedad alguna lo sucedido en Melilla; que eso ha ocurrido otras veces y que es frecuente en todas las Naciones, y que si tuvo importancia, debióse únicamente á que fueron allí 15 ó 16 representantes de la prensa, interesados, no sé por qué, en abultar los hechos y en darles una extensión, un giro que no habrían tomado á no disponer de los poderosos medios de rápida comunicación que tiene la prensa.

Aquí hay dignísimos y elocuentes representantes de ella que se encargarán de recoger seguramente esa afirmación de S. S.; pero sólo el hecho de que al conocerse los sucesos del 2 de Octubre salieran de Madrid 15 ó 16 representantes de la prensa, prueba por sí solo que lo ocurrido en Melilla era de suma gravedad.

Que el comandante general de la plaza de Melilla se dirigía al Sr. Ministro de la Guerra diciéndole que no temía ningún ataque por parte de los moros; que todo obedecía á las gestiones de tres ó cuatro personas de escasa influencia en las kabilas, y que no debía tenerse cuidado. Desde el 2 de Julio, en que el comandante general de la plaza de Melilla escribía al Sr. Ministro de la Guerra diciéndole que los moros se iban á oponer á la construcción del fuerte, y que por lo menos era indispensable cubrir las 300 bajas que había en aquella guarnición, desde aquel día hasta los telegramas del 27 ó 28, recibió el Sr. Ministro de la Guerra varias cartas en las que el comandante general le decía que para construir el fuerte de Sidi-Aguariach había que tomar precauciones, porque los moros se opondrían de todas maneras.

Las precauciones debieron tomarse desde que se recibió la comunicación del general Margallo que leí aquí la otra tarde, y en la cual los moros suplicaban que se variara el emplazamiento del fuerte, y de la que se desprende que habían hecho antes otra instancia que enviaron á Tánger, y que sin duda vino á Madrid; hecho que el Sr. Ministro de la Guerra niega, pero que afirmaron periódicos tan veraces como *El Imparcial* y *La Epoca*, nada menos que en el 2 de Julio, es decir, tres meses antes de los sucesos.

Siento que el Sr. Ministro de la Guerra haya dicho aquí en la tarde de ayer que él hasta el 2 de Octubre no dijo nada á sus compañeros de lo que pasaba en Melilla; que eran cuestiones del Ministerio de la Guerra; que él asumía toda responsabilidad, y que no tenía que dar cuenta á los demás Ministros. Dispénseme el Sr. Ministro de la Guerra que le diga que en cuestiones de la gravedad de ésta me parece que no hizo bien S. S. en aceptar toda esa responsabilidad, en no haber hablado en el Consejo de Ministros de que se trataba de construir el fuerte de Sidi-Aguariach, y en no haber dicho que los moros se oponían á la construcción, porque éste es el punto de donde arranca todo lo que ha pasado después; aquí está la responsabilidad del Gobierno, y de ahí que yo dijera que de la muerte del general Margallo, como de la muerte de todos los soldados, y de todos los gastos que se han hecho, es responsable el Gobierno, pues ha podido evitarlo todo.

¿Para qué está el tratado de Wad-Ras? ¿Cree el

Sr. Ministro de la Guerra que construir un fuerte en Pamplona, en Zaragoza, por ejemplo, es lo mismo que construirlo en un límite fronterizo, exponiéndose á una cuestión internacional con Marruecos, ya que los moros podían oponerse? No; para eso no tiene autorización S. S.; era al Gobierno todo de S. M. á quien correspondía determinar si se construía ó no el fuerte; de modo que hizo muy mal S. S. en no poner los hechos en conocimiento del Consejo de Ministros, como era su deber, y éste en no advertir al Sultán de Marruecos que se iba á construir un fuerte, pidiéndole al mismo tiempo que se cumpliera el tratado de Wad-Ras, con lo cual no hubiéramos tenido necesidad de llevar allí soldados, ni hubiera habido ninguna cuestión con los moros.

Señor Presidente, tengo que extenderme algo, y como han pasado las horas de Reglamento, mañana podría continuar, si S. S. lo cree conveniente.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

A propuesta del Sr. Presidente, el Congreso acordó que se procediera á la elección parcial de un Diputado á Cortes por el distrito de Carrión de los Condes (Palencia), vacante por fallecimiento del señor Betegón, anunciando un Sr. Secretario que se pondría este acuerdo en conocimiento del Gobierno.

Se anunció que pasaría á la Comisión de peticiones una solicitud de la Junta de propietarios del fomento de la izquierda del ensanche de Barcelona, pidiendo al Congreso que no se aprueben los tratados de comercio pendientes de ratificación.

Se leyó, anunciándose que quedaría sobre la mesa y se imprimiría, una comunicación de la Comisión general de presupuestos manifestando que nada tiene que oponer á la aprobación del dictamen sobre el proyecto de ley relativo á la concesión de pensiones á las familias de los fallecidos y á los impedidos con motivo de la explosión ocurrida el 21 de Marzo último en Santander. (Véase el Apéndice 8.º á este Diario.)

El Congreso quedó enterado de las comunicaciones en que participan su constitución, habiendo nombrado presidentes y secretarios á los señores que al enumerar cada una de ellas se expresa, las Comisiones encargadas de dar dictamen sobre los asuntos siguientes:

Concesión de prórroga al ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril, á los Sres. Fernández Villaverde y García Prieto.

Variación de la forma de pago de la subvención del ferrocarril de Linares á Almería, á los Sres. Canalejas y Navarro.

Exención de derechos arancelarios al material importado del extranjero para la construcción de los puentes de hierro necesarios en las carreteras provinciales de Puerto Rico, á los Sres. Conde de Torrependo y Gullón.

Inclusión en el plan general de carreteras de la de la Ermita Nueva de Peña-Castillo á la zona de Maliaño, á los Sres. Eguilior y Viesca (D. José María).

Idem id. id. de la de Torres de Gaitán á la de El-

che á Dolores, á los Sres. Alvear y Marqués de Villamanrique.

Idem id. id. de las de Coronil á Morón, de Morón á Montellano y de Puebla de Cazalla á la de Eciija á Olvera, á los Sres. Ramos Calderón y Montes; y

Modificación del trazado de las de Sevilla á la estación de Alcantarillas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija, á los Sres. Duque de Almodóvar del Río y Ariño.

El Congreso quedó enterado de una comunicación del Sr. D. Fermín Calbetón, Diputado por los distritos de San Sebastián y Colón (Cuba), participando que optaba por el de San Sebastián.

Se leyeron, y quedaron sobre la mesa, anunciándose que se señalaría día para su discusión, los siguientes dictámenes:

Concediendo un suplemento de crédito al capítulo 19 de la sección 7.^a del presupuesto de gastos vigente de obligaciones de los Departamentos ministeriales (Véase el Apéndice 1.^o al Diario núm. 117, que es el de esta sesión);

Aprobando la concesión de créditos extraordinarios y suplementos de crédito otorgados á los presupuestos de 92-93 y 93-94 durante el último período de suspensión de sesiones (Véase el Apéndice 2.^o á este Diario);

Concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 7.^a del presupuesto de gastos vigente de obligaciones de los Departamentos ministeriales (Véase el Apéndice 3.^o á este Diario);

Concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 8.^a del presupuesto de gastos vigente de obligaciones de los Departamentos ministeriales (Véase el Apéndice 4.^o á este Diario);

Concediendo un crédito extraordinario al capítulo 8.^o del presupuesto de gastos vigente del Ministerio de Gracia y Justicia (Véase el Apéndice 5.^o á este Diario);

Concediendo un suplemento de crédito al capítulo 16 de la sección 3.^a del presupuesto de gastos vigente de obligaciones de los Departamentos ministeriales (Véase el Apéndice 6.^o á este Diario);

Exceptuando del pago de derechos arancelarios durante el año económico de 94-95 las máquinas, herramientas, armas y municiones que adquiriera en el extranjero el Ministro de la Guerra (Véase el Apéndice 7.^o á este Diario);

Concediendo pensiones á las familias de los fallecidos y á los inutilizados por consecuencia de la explosión ocurrida el día 21 de Marzo último en la ciudad de Santander (Véase el Apéndice 8.^o á este Diario);

Variando la forma de pago de la subvención concedida al ferrocarril de Linares á Almería (Véase el Apéndice 9.^o á este Diario);

Prorrogando el plazo legal establecido para la construcción del ferrocarril de Pontevedra al puerto del Carril (Véase el Apéndice 10.^o á este Diario);

Declarando incluidas en el plan general de carreteras las siguientes:

Del Coronil á Morón; de Morón á Montellano; de Puebla de Cazalla á la de Eciija á Olvera (Véase el Apéndice 11.^o á este Diario); y de los Hoteles de Aparicio al faro de Cabo Mayor (Véase el Apéndice 12.^o á este Diario);

Modificando el trazado de las carreteras de Sevilla á la estación de las Alcantarillas, y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija (Véase el Apéndice 13.^o á este Diario);

Sobre 13 suplicatorios que los jueces de primera instancia de los distritos del Centro y de la Universidad de esta corte han dirigido al Congreso pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió (Véase el Apéndice 14.^o á este Diario), y

Sobre el proyecto de ley del Gobierno, relativo á la represión de delitos cometidos por medio de explosivos. (Véase el Apéndice 15.^o á este Diario.)

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para mañana;

Dictamen de la Comisión general de presupuestos, concediendo un suplemento de crédito de 10.000 pesetas al capítulo 19 del presupuesto del Ministerio de Fomento del actual año económico 1893-94.

Dictamen de la Comisión general de presupuestos, aprobando los créditos extraordinarios y suplementos de crédito otorgados á los presupuestos de 1892-93 y 1893-94 durante el último período de suspensión de sesiones.

Dictamen de la Comisión general de presupuestos, concediendo créditos á la sección 7.^a «Ministerio de Fomento», del presupuesto de 1893-94, y un crédito extraordinario para gastos en la concurrencia de España á la Exposición de Chicago.

Dictamen de la Comisión general de presupuestos, concediendo un crédito extraordinario de pesetas 59.248-66 á un capítulo adicional del presupuesto del año económico de 1893-94, de la sección 8.^a, «Ministerio de Hacienda.»

Dictamen de la Comisión general de presupuestos, concediendo un crédito extraordinario de pesetas 135.000 al capítulo 8.^o del presupuesto del Ministerio de «Gracia y Justicia», correspondiente al año económico de 1893-94.

Dictamen de la Comisión general de presupuestos, concediendo un suplemento de crédito de 17.500 pesetas al capítulo 16 del presupuesto de la sección 3.^a, «Gracia y Justicia», del año económico de 1893-94.

Dictamen de la Comisión general de presupuestos, exceptuando del pago de los derechos arancelarios durante el año económico de 1894-95 las máquinas, herramientas, armas y municiones que adquiriera en el extranjero el Ministro de la Guerra.

Dictamen de la Comisión acerca del proyecto de ley, concediendo pensiones con motivo de la explosión ocurrida el día 21 de Marzo último en la ciudad de Santander.

Dictamen de la Comisión variando la forma de pago de la subvención concedida al ferrocarril de Linares á Almería.

Dictamen de la Comisión acerca del proyecto de ley sobre represión de delitos cometidos por medio de explosivos.

Dictámenes sobre los suplicatorios del juez de primera instancia de la Universidad de esta corte, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. José Muro, y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y cuarenta minutos.

QUINCE APÉNDICES

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno, concediendo un suplemento de crédito al capítulo 19 de la sección sétima del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley concediendo un suplemento de crédito de 10.000 pesetas al capítulo 19 del presupuesto del Ministerio de Fomento del actual año económico 1893-94, como auxilio para los gastos de traslación de local de la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales; y hallándose en un todo conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 10.000 pesetas al capítulo 19, «Establecimientos científicos, artísticos y literarios», artículo

único, «Material», concepto de «Subvención á la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales», sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», del presupuesto de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94.

Art. 2.º El importe del mencionado suplemento de crédito se cubrirá transfiriendo 8.000 pesetas del capítulo 5.º, «Instrucción pública», artículo único, «Material», concepto de «Para gastos de oposiciones,» y 2.000 del capítulo 7.º, «Material», art. 2.º, «Fomento de la instrucción popular», último concepto, «Subvención á las Escuelas especiales de comercio de Santander y Valencia, industrias de Toledo, etc.»

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—Andrés Mellado, presidente.—Isidoro García Barrado, vicesecretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno, aprobando los suplementos de crédito y créditos extraordinarios concedidos por medidas gubernativas á los presupuestos de gastos de 1892-93 y 1893-94.

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley aprobando los créditos extraordinarios y suplementos de créditos otorgados á los presupuestos de 1892-93 y 1893-94, durante el último período de suspensión de sesiones; y tomando en consideración lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se aprueba un suplemento de crédito de 5.742 pesetas y un crédito extraordinario de 1.754.693'51, otorgados respectivamente por Reales decretos de 10 de Octubre y 26 de Diciembre de 1893, al presupuesto de la sección 9.ª del año económico de 1892-93, para comisiones é indemnizaciones de los administradores de loterías, y para satisfacer al Banco Hipotecario de España el saldo á su favor en las cuentas de dicho período por la negociación de bienes desamortizados.

Art. 2.º Se aprueban asimismo los siguientes suplementos de crédito concedidos al presupuesto del año económico de 1893-94: 3.000 pesetas á la sección 2.ª, «Ministerio de Estado», para la creación de una plaza de Joven de lenguas en la Legación de España en Tánger, autorizado por Real decreto de 30 de Noviembre; 35.000 pesetas á la sección 6.ª, «Ministerio de la Gobernación», para indemnizaciones por pérdida de certificados y objetos asegurados, autorizado por Real decreto de 16 de Enero; 40.000 á la sección 9.ª, «Gastos de las contribuciones y rentas públicas», para premios de ventas y de investigación

de bienes desamortizados, autorizado por Real decreto de 3 del actual, y 213.000 á la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», para «Estudios y obras nuevas de carreteras por administración, copias é impresiones.»

Art. 3.º Se aprueban también los siguientes créditos extraordinarios concedidos al mismo presupuesto de 1893-94: el de 400.000, á la sección 6.ª, «Ministerio de la Gobernación», para remediar los daños causados por las inundaciones en varias provincias, y por la explosión del vapor *Cabo Machichaco* en la de Santander, otorgado por Real decreto de 18 de Noviembre; el de 180.000 á la misma sección, para pago del primer plazo del importe en que se calculó el establecimiento de un cable telegráfico entre el Peñón de la Gomera y Ceuta, autorizado por Real decreto de 31 de Octubre, y por último, el de 62.125 pesetas á la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», para gastos de administración y explotación del Canal de Isabel II durante el segundo semestre, otorgado por Real decreto de 9 de Febrero.

Art. 4.º El importe del suplemento de crédito y el del crédito extraordinario concedidos al presupuesto de 1892-93, se cubrirá con la deuda flotante del Tesoro; el de todos los créditos extraordinarios, excepción hecha del de 62.125 pesetas al Ministerio de Fomento para atenciones del Canal de Isabel II, y los suplementos de crédito de 35.000 pesetas al de la Gobernación para indemnizaciones por pérdida de certificados y objetos asegurados, y de 40.000 al de Hacienda para premios de ventas é investigación de bienes desamortizados, otorgados al presupuesto de 1893-94, con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satis-

fagan, y, á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro; el suplemento de crédito de 3.000 pesetas del Ministerio de Estado, anulando 4.000 consignadas para un Correo de gabinete en el capítulo 1.º, artículo 5.º; el crédito extraordinario de 62.125 pesetas al Ministerio de Fomento, trasladando igual suma del crédito de 300.000 pesetas asignado en el capítulo 29. art. 1.º para subvenciones de canales y

pantanos, y el suplemento de 213.000 pesetas á dicho último Departamento, transfiriendo también una cantidad equivalente del fijado al capítulo 25, artículo 1.º, concepto cuarto, «Obras por contrata».

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El presidente, Andrés Mellado.—El vicesecretario, Isidoro García Barrado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno, concediendo varios suplementos de crédito á varios capítulos, y un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección sétima del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley concediendo un crédito extraordinario de 700.000 pesetas á un capítulo adicional de la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», del año económico de 1893-94, para pago de los gastos ocasionados con motivo de la concurrencia de España á la Exposición de Chicago, y un suplemento de crédito de 1.233.250 á diferentes capítulos y artículos de la propia sección, y presupuesto para servicios que han sido insuficientemente dotados; y hallándose en un todo conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se conceden varios suplementos de crédito, por un importe en junto de 1.233.250 pesetas, á los capítulos, artículos y servicios que detalla la adjunta relación, correspondientes todos á la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», del presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94, y un crédito extraordinario de 700.000 pesetas á un capítulo adicional de la misma sección y presupuesto, «Para gastos en la concurrencia de España á la Exposición de Chicago».

Art. 2.º El importe de 1.233.250 pesetas á que ascienden los mencionados suplementos de crédito se cubrirá transfiriendo; 30.000 del capítulo 10, «Universidades», artículo único, «Personal»; 160.000 del capítulo 20, «Construcciones civiles», art. 2.º, «Obras», concepto de «Academia de la Lengua»; 297.200 del capítulo 25, «Carreteras», art. 1.º, «Material de estudios y obras nuevas», concepto de «Obras por contrata»; 248.000 del mismo capítulo, art. 2.º, «Conservación y reparación»; 30.000 del capítulo 29, «Material», art. 1.º, «Estudios y obras nuevas», concepto de «Para subvención de canales y pantanos»; 398.050 del propio capítulo y artículo, concepto de «Obras de defensa para prevenir las inundaciones del Segura, etc.»; 40.000 del capítulo 31, art. 2.º, «Faros», concepto de «Gastos de estudios de proyectos de faros y obras contratadas», y 30.000 del mismo capítulo, art. 3.º, «Boyas y valizas», concepto de «Para nuevas subastas»; y las 700.000 del mencionado crédito extraordinario, con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y, á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El presidente, Andrés Mellado.—El vicesecretario, Isidoro García Barrado.

RELACIÓN por capítulos, artículos y conceptos de los servicios de la sección 7.^a, «Ministerio de Fomento», del presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94, y cuyos respectivos créditos afectan los suplementos que se solicitan de las Cortes en proyecto de ley de esta fecha, por un importe total de 1.233.250 pesetas.

Capítulos.	Artículos.	SERVICIOS	Pesetas.
5.º	Unico.	Material de instrucción pública.....	19.500
6.º	»	Personal de primera enseñanza.....	67.000
7.º	1.º	Material ordinario de idem id.....	7.250
	1.º	Personal de Institutos.....	225.000
8.º	2.º	Idem de Escuelas de Artes y Oficios.....	23.200
	3.º	Idem de Escuelas de Comercio.....	12.000
9.º	2.º	Material de las Escuelas de Artes y Oficios.....	4.000
	3.º	Idem de las Escuelas de Comercio.....	1.000
11	Unico.	Material de Universidades.....	900
14	»	Personal de Bellas Artes.....	4.000
15	»	Material de idem id.....	9.500
16	»	Personal de Archivos, Bibliotecas y Museos.....	1.500
17	»	Material de idem id.....	17.000
18	»	Personal de establecimientos científicos, artísticos y literarios.....	2.400
20	1.º	Indemnizaciones personales.....	10.000
	2.º	Obras.....	408.000
22	2.º	Agricultura.....	10.000
	3.º	Montes y pesca.....	60.000
23	6.º	Dietas é indemnizaciones.....	200.000
24	2.º	Material de gastos generales de obras públicas.....	8.000
31	3.º	Idem de boyas y valizas.....	30.000
Adicional	1.º	Gastos del centenario del descubrimiento de América.....	38.000
Idem.	2.º	Conservación, reparación y explotación del Canal del Isabel II.....	75.000
			<hr/> 1.233.250 <hr/>

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El presidente, Andrés Mellado.—El vicesecretario, Isidoro García Barrado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno, concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección octava del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley concediendo un crédito extraordinario de 59.248'66 pesetas á un capítulo adicional del presupuesto del año económico de 1893-94, de la sección 8.ª, «Ministerio de Hacienda», para satisfacer á la testamentaria de D. Ignacio Sabater la suma á que tiene derecho en virtud de sentencia del Tribunal de lo Contencioso administrativo; y hallándose en un todo conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 59.248 pesetas 66 céntimos á un capítulo adi-

cional de la sección 8.ª, «Ministerio de Hacienda», del presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico 1893-94, para reintegrar á la testamentaria de D. Ignacio Sabater la cantidad á que tiene derecho como diferencia entre la suma á que se le declaró responsable y la que para su pago ingresó en la Hacienda, computando el precio de venta de varias fincas.

Art. 2.º El importe del mencionado crédito extraordinario se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y, á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El presidente, Andrés Mellado.—El vicesecretario, Isidoro García Barrado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno, concediendo un suplemento de crédito al artículo único del capítulo 8.º de la sección tercera del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley concediendo un crédito extraordinario de 135.000 pesetas al capítulo 8.º del presupuesto del Ministerio de Gracia y Justicia, correspondiente al año económico de 1893-94, para atender á la manutención de confinados y reclusos; y hallándose conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 135.000 pesetas al capítulo 8.º, «Establecimien-

tos penales», artículo único, «Material», servicio de «Suministros», de la sección 3.ª, «Ministerio de Gracia y Justicia», del presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico 1893-94.

Art. 2.º El importe de dicho suplemento de crédito se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y, á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—Andrés Mellado, presidente.—Isidoro García Barrado, vicesecretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno, concediendo un suplemento de crédito al art. 4.º del capítulo 16 de la sección tercera del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley concediendo un suplemento de crédito de 17.500 pesetas al capítulo 16 del presupuesto de la sección 3.ª, «Ministerio de Gracia y Justicia», del año económico de 1893-94, para pago de bulas del Arzobispo de Burgos y nueve Obispos que han de ser preconizados en el próximo Consistorio; y hallándose conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédi-

to de 17.500 pesetas al capítulo 16, «Gastos generales», art. 4.º, «Imprevistos y eventuales en general», de la sección 3.ª, «Ministerio de Gracia y Justicia», del presupuesto de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94.

Art. 2.º El importe del mencionado suplemento de crédito se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y, á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—Andrés Mellado, presidente.—Isidoro García Barrado, vicesecretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno, prorrogando durante el año económico de 1894-95 la autorización legal concedida al Ministerio de la Guerra para introducir del extranjero material de guerra exento del pago de derechos arancelarios.

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley exceptuando del pago de los derechos arancelarios durante el año económico de 1894-95 las máquinas, herramientas y municiones que adquiriera en el extranjero el Ministro de la Guerra; y hallándose en un todo conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se prorroga al año económico

de 1894-95 la autorización concedida por la ley de 29 de Julio de 1893 sobre excepción del pago de los derechos arancelarios de las máquinas, herramientas, armas y municiones que adquiriera en el extranjero el Ministerio de la Guerra, en virtud del Real decreto de 30 de Noviembre de 1892 declarando reglamentario el fusil Maüsser de siete milímetros.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—Andrés Mellado, presidente.—Isidoro García Barrado, vicesecretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre el proyecto del Gobierno, concediendo pensiones á las familias de los fallecidos y á los impedidos con motivo de la explosión ocurrida el 21 de Marzo último en la ciudad de Santander, y comunicación de la Comisión general de presupuestos.

Excmo. Sr.: Enterada la Comisión general de presupuestos de la comunicación de V. E., fecha 19 del corriente, y del dictamen que la acompaña, sobre el proyecto de ley relativo á la concesión de pensiones á las familias de los fallecidos y á los impedidos con motivo de la explosión ocurrida el 21 de Marzo último en la ciudad de Santander, ha acordado hacer presente al Congreso, en cumplimiento de la prescripción reglamentaria aprobada en la sesión de 27 de Febrero de 1883, que nada tiene que oponer á la aprobación del mencionado dictamen.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El presidente, Andrés Mellado.—El vicesecretario, Isidoro García Barrado.—Señor Presidente de la Comisión encargada de dar dictamen acerca del proyecto de ley concediendo pensiones á las familias de los fallecidos y á los impedidos con motivo de la explosión ocurrida en 21 de Marzo último en la ciudad de Santander.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca del proyecto de ley concediendo pensiones con motivo de la explosión ocurrida el día 21 de Marzo último en la ciudad de Santander, ha examinado el articulado del mismo, y entiende que los fundamentos que se exponen en el preámbulo justifican plenamente que el Gobierno de S. M. haya considerado como imperioso deber acudir á las Cortes en demanda de los medios necesarios para el sostén de las familias que perdieron sus vidas por salvar las de sus semejantes y evitar á aquella capital las peligrosas contingencias á que se hallaba expuesta mientras no

desapareciesen por completo las materias explosivas que aún encerraba el casco del vapor *Cabo Machichaco*.

La Comisión hace suyas todas las consideraciones que el Sr. Ministro expone en el preámbulo del proyecto, consideraciones que ponen de relieve las excepcionales circunstancias que concurren en el caso de que se trata, y alejan desde luego la sospecha de que pueda establecerse un precedente que dé lugar á abusos en lo sucesivo. El carácter excepcional único que han revestido las catástrofes de Santander, justifica, á juicio de la Comisión, cuanto tenga por objeto hacer menos angustiosa, en la forma más práctica posible, la situación de las familias de los desgraciados obreros á que el proyecto se refiere.

Solamente se modifican los artículos 1.º, 3.º y 5.º, ya para aclarar su concepto, ya para que se entienda que el espíritu del proyecto exige que la pensión sea proporcionada á los haberes que cada cual disfrutaba.

La Comisión tiene, por tanto, el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Las familias de los que, ocupados en los trabajos que se practicaban en el vapor *Cabo Machichaco*, fallecieron á consecuencia de la explosión ocurrida el día 21 de Marzo último en Santander, si hubieren quedado sin medios de subsistencia, serán favorecidas con una pensión proporcionada al importe de los jornales de aquéllos, y que no exceda en ningún caso de 1.250 pesetas al año.

Art. 2.º Igual concesión y en los mismos térmi-

nos se hará á los que, habiendo sufrido heridas en dicho acto, hubiesen quedado imposibilitados para el trabajo.

Art. 3.º Dichas pensiones se determinarán por el Ministerio de la Gobernación, previa la instrucción de los oportunos expedientes, que necesariamente serán consultados con la Comisión de reformas sociales.

Para graduar la pensión se tendrán presentes las bases siguientes:

Jornal de costumbre en la localidad para los trabajos que practicaban los fallecidos;

Jornal que éstos ganaban cuando ocurrió la explosión.

Que el máximo de la pensión pueda concederse solamente á las familias de los fallecidos que percibían mayores jornales; reduciéndose proporcionalmente las pensiones que correspondan por los fallecidos ó inutilizados que ganaban menores jornales.

Art. 4.º No se comprenderán en estos beneficios

á los hijos mayores de edad, hijas casadas, ni á individuos que tengan medios propios de subsistencia.

Art. 5.º No se concederá por cada familia más de una pensión, que recaerá en un solo individuo de ella, para que se distribuya, según los casos, entre la viuda, hijos, madre y abuelos, á cuyas necesidades estuviesen proveyendo el fallecido ó imposibilitado para el trabajo cuando ocurrió la catástrofe; y en todo lo demás, se regularán las pensiones por las disposiciones generales administrativas y civiles que rigen en la materia.

Art. 6.º Queda encomendado al Ministro de la Gobernación la ejecución de la presente ley, estando igualmente facultado para dictar las disposiciones al efecto necesarias.

Palacio del Congreso 18 de Abril de 1894.—Manuel de Eguillor, presidente.—José de Garnica.—Juan de Spottorno.—Luis Soler.—Alvaro Saavedra.—Rafael Monares.—José María de la Viesca, secretario.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de Ley sobre el seguro de la vejez, con motivo de la explosión ocurrida en el 21 de Marzo último en la ciudad de San Sebastián, y remisión de la Comisión general de presupuestos.

La Comisión general de presupuestos, en virtud de lo acordado en su sesión de 14 de Marzo último, ha tenido el honor de presentar al Sr. Ministro de la Gobernación el presente proyecto de Ley.

El Sr. Ministro de la Gobernación, en su contestación de 15 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley, y ha indicado que el Sr. Ministro de Hacienda, en su contestación de 16 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley, y ha indicado que el Sr. Ministro de Fomento, en su contestación de 17 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley.

El Sr. Ministro de Fomento, en su contestación de 17 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley, y ha indicado que el Sr. Ministro de Hacienda, en su contestación de 16 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley.

El Sr. Ministro de Hacienda, en su contestación de 16 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley, y ha indicado que el Sr. Ministro de Fomento, en su contestación de 17 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley.

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Los trabajadores de la industria y del comercio, que en el momento de su fallecimiento no hubiesen alcanzado la vejez, tendrán derecho a una pensión de vejez, que se pagará a sus herederos o a sus viudas, hijos, madre y abuelos, á cuyas necesidades estuviesen proveyendo el fallecido ó imposibilitado para el trabajo cuando ocurrió la catástrofe; y en todo lo demás, se regularán las pensiones por las disposiciones generales administrativas y civiles que rigen en la materia.

La Comisión general de presupuestos, en virtud de lo acordado en su sesión de 14 de Marzo último, ha tenido el honor de presentar al Sr. Ministro de la Gobernación el presente proyecto de Ley.

El Sr. Ministro de la Gobernación, en su contestación de 15 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley, y ha indicado que el Sr. Ministro de Hacienda, en su contestación de 16 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley.

El Sr. Ministro de Hacienda, en su contestación de 16 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley, y ha indicado que el Sr. Ministro de Fomento, en su contestación de 17 de Marzo último, ha expresado su conformidad con el proyecto de Ley.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión acerca de la proposición de ley estableciendo una nueva forma de pago de la subvención concedida al ferrocarril de Linares á Almería.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley variando la forma de pago de la subvención del ferrocarril de Linares á Almería, después de haber estudiado con detenimiento el dictamen emitido acerca del mismo proyecto por la Comisión nombrada por las Cortes anteriores, entiende que se halla perfectamente ajustado á las razones de equidad y de justicia que decidieron en 13 de Junio de 1892 al Ministro de Fomento á la presentación del mismo proyecto de ley, y por lo tanto, teniendo en cuenta los motivos alegados en el preámbulo de este proyecto y los fundamentos en que se apoyaba aquel dictamen, los Diputados que suscriben, en virtud de exposición elevada al Gobierno de S. M. por la Compañía de cam nos de hierro del Sur de España, concesionaria de la línea de Linares á Almería, solicitando la reforma del párrafo 2.º del artículo 1.º de la ley de 5 de Mayo de 1887, entienden que esta reforma se justifica, pues resulta una contradicción que hace imposible el cumplimiento de una de las condiciones de la concesión.

En su vista, y teniendo en cuenta el informe favorable de la mayoría de la Junta consultiva de caminos, canales y puertos, y del informe, también favorable, del Consejo de Estado en pleno, y teniendo también en cuenta que de subsistir dicha contradicción se hace imposible el abono de la subvención en la forma votada y aprobada por las Cortes, sin que en ningún caso pueda dejar de cumplirse esta condición, á no ser por no haberse hecho por parte de la Compañía la cantidad de obras que determina la ley; en vista también de que la causa de haberse sometido á las Cortes esta modificación ó reforma es sencillamente por la imposibilidad en que ha creído

hallarse la Administración de reformar una solución legislativa, siquiera sea con el propósito bien determinado de especificar y aclarar el concepto en que indudablemente se inspiró el legislador; y, por último, teniendo también en cuenta que de subsistir la ley de 5 de Mayo de 1887 sin la variación y aclaración que sólo en cuanto á su forma, y nada en cuanto al fondo, implica la aprobación del proyecto de ley de que se trata, resultaría subsistente la contradicción que existe entre el párrafo 2.º del art. 1.º, que establece la entrega á la Empresa del valor oficial de la tercera parte de las obras ejecutadas, y el terminante precepto de que el total de la subvención ha de entregarse en seis anualidades consecutivas é iguales.

Si la Empresa, cumpliendo la condición del párrafo 2.º hiciese obras por el valor de la anualidad correspondiente con arreglo á su nuevo presupuesto, terminaría la construcción en cuatro años, en lugar de los seis que la ley le concede, y quedarían dos anualidades de la subvención pendientes de entrega, por ser ya imposible cumplir la condición establecida en dicho párrafo por falta de obra que ejecutar, ó percibiría, de no ejecutarse más que la obra proporcional á los seis años en que ha de terminarse la construcción, poco más de 3 millones, en cuyo caso resultaría al término de las obras un remanente en favor de la Empresa que ésta no tendría forma hábil de percibir, y se dejaría sin cumplimentar el terminante precepto del párrafo 1.º del mismo artículo, que ordena que el abono de la subvención se efectúe en seis anualidades, siendo preciso en ambos casos la intervención del Poder legislativo para la resolución de estas dificultades.

Por estas razones, y vistos los informes ya citados del Consejo de Estado en pleno, la Junta consul-

tiva y el Negociado del Ministerio, los Diputados que suscriben tienen la honra de proponer á las Cortes la aprobación del siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Aprobado que sea el presupuesto del nuevo proyecto facultativo del ferrocarril de Linares á Almería, presentado por la Compañía de los caminos de hierro del Sur de España, concesionaria del mismo, se abonará á ésta la subvención que no haya percibido en tantas anualidades iguales cuantos sean los años que falten para terminar las obras, á contar de la fecha en que se apruebe definitivamente el presupuesto mencionado, asignando á la fracción de año la parte proporcional que le corresponda.

Art. 2.º El abono de dichas anualidades se hará entregando á la mencionada Compañía un tanto por ciento de las obras que ejecute, el cual se determi-

narà una vez aprobado dicho presupuesto, de manera que la Compañía perciba el total de la subvención que le está asignada al terminar las obras del camino, si lo verifica en el plazo á que se ha comprometido.

Art. 3.º Para el abono de cada una de las anualidades referidas se tendrá en cuenta á la Compañía lo que haya dejado de cobrar en los años anteriores por no haberse aplicado para las entregas de subvención el nuevo tanto por ciento, pero con la condición precisa que cada anualidad, cualquiera que sea la obra que se considere ejecutada, no podrá exceder del importe que para ella resulte de la aplicación del art. 1.º de esta ley.

Palacio del Congreso 26 de Abril de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Rafael Serrano Alcázar.—José de Cárdenas.—Julián Suárez Inclán.—Nicasio de Montes.—Marcial Taboada.—Antonio Navarro, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley, concediendo prórroga para la construcción del ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril.

La Comisión nombrada para emitir dictamen acerca de la proposición de ley concediendo prórroga para la construcción del ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril, ha examinado este asunto; y de conformidad con lo propuesto por su autor, tiene la honra de someter á examen y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se prorroga por tres años más, á contar desde la promulgación de la presente ley,

el plazo de que disfruta la Sociedad «The Coruña Santiago and peninsular railway Company limited,» para la construcción de las obras del ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril; entendiéndose concedida esta prórroga en los mismos términos que contiene el art. 1.º de la ley de 8 de Julio de 1892.

Palacio del Congreso 26 de Abril de 1894.—Raimundo Fernández Villaverde, presidente.—Antonio Barroso y Castillo.—Gabino Bugallal.—Francisco de Federico.—Antonio Díez de Rábago.—Manuel García Prieto, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras las del Coronil á Morón, de Morón á Montellano y de Puebla de Cazalla á la de Ecija á Olvera.

La Comisión nombrada para emitir dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras varias en la provincia de Sevilla, ha examinado este asunto; y conforme con lo propuesto por su autor, tiene la honra de someter á la aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se declaran incluidas en el plan general de carreteras de tercer orden las siguientes:

Una que, partiendo del Coronil, termine en Morón.

Otra que, partiendo de Morón, termine en Montellano; y

Otra que, partiendo de Puebla de Cazalla, y pasando por el Fontanar y Villanueva de San Juan, termine en la de Ecija á Olvera.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo dispuesto en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 26 de Abril de 1894.==
Antonio Ramos Calderón.=Miguel Muruve.=Ger-
mán Avedillo.=Joaquín Liaño.=Cándido Ruiz Mar-
tínez.=Nicasio Montes.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una del sitio llamado de los Hoteles de Aparicio al faro del Cabo Mayor.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una del sitio denominado «Hoteles de Aparicio» al faro de Cabo Mayor, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto, tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado, en la provincia de Santander, una de tercer orden que, partiendo del sitio llamado de los «Hoteles de Aparicio», en la de esta capital al

Sardinero, y siguiendo la dirección de la calleja de Pontejos, pase por los sitios denominados de las Llamas, Quemada, Valderroja y Ricial, atraviése el centro al barrio de Buenavista, en el puente de Cuento, y termine en el faro de Cabo Mayor.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 sobre construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—Manuel de Eguilior, presidente.—El Conde de Troncoso.—Fernando Merino.—Luis Soler.—Manuel Crespo Quintana.—Eusebio de Alvear.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Primeras de Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una del sitio llamado de los Hoteles de Aparicio al faro del Cabo Mayor.

Sarlinero, y siguiendo la dirección de la calle de Pontón, pase por los sitios denominados de las Llamas, Guadalupe, Valdivia y Rialto, atravesando al centro el barrio de Huancabamba, en el punto de Guadalupe y terminando en el faro de Cabo Mayor. Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1887 sobre construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 23 de Abril de 1894.—Ma-
nuel de Eguíluz, presidente.—El Conde de Lencoe-
so.—Fernando Martínez.—Juan Soler.—Manuel Giza-
no.—Quintana.—Rueda de Alvar.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una del sitio denominado «Hoteles de Aparicio» al faro de Cabo Mayor, ha examinado este asunto y conformándose con lo propuesto, tiene el honor de someter a la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado, en la provincia de Santander, una de tercer orden por el camino del sitio llamado de los Hoteles de Aparicio, en la zona capital al

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley, modificando el trazado de las carreteras de Sevilla á la estación de Alcantarillas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley disponiendo que las carreteras de Sevilla á la estación de Alcantarillas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija enlacen con la de Madrid á Cádiz, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto, tiene la honra de someter á la aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Las carreteras de Sevilla á la estación de las Alcantarillas, por Dos Hermanas y Los Palacios, y de Sanlúcar de Barrameda á Lebri-

ja, por Trebujena, incluídas respectivamente en el plan general de las del Estado por las leyes de 26 de Enero de 1883 y 21 de Julio de 1891, deberán precisamente enlazar con la carretera de primer orden de Madrid á Cádiz, á la que son afluentes, y terminar en aquellos puntos de empalme que como más ventajosos se fijen al estudiar sus proyectos respectivos.

Palacio del Congreso 26 de Abril de 1894.—El Duque de Almodóvar del Río, presidente.—Miguel Muruve.—Juan Alvarado.—Antonio Ramos Calderón.—Antonio Barroso y Castillo.—Tomás María Ariño, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictámenes de Comisión sobre los suplicatorios de los jueces de primera instancia de los distritos del Centro y de la Universidad de esta corte, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso, con fecha 7 de Junio último, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió, por la publicación en el periódico *El País*, correspondiente al 13 de Mayo anterior, de dos artículos, «El crimen consumido» y «Canallas», ha examinado este asunto; y

Considerando que no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persigan en el suplicatorio mencionado, ni tampoco el fundamento de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que puedan hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización solicitada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias de los mismos escritos, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen, entiende la Comisión que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal ó de partido,

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva

negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Anselmo de Córdova.—Joaquín Sánchez de Toca.—Luis García Alonso.—Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso, con fecha 7 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió por la publicación en el suplemento al periódico *El País* correspondiente al día 13 de Mayo último de dos artículos titulados «Al retraimiento» y «Legítima defensa», ha examinado este asunto; y

Considerando que no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persigan en el suplicatorio mencionado, ni tampoco el fundamento de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que puedan hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización solicitada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra

quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias de los mismos escritos, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen, entiende la Comisión que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal ó de partido,

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde por los dos artículos mencionados.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Anselmo de Córdoba.—Joaquín Sánchez de Toca.—Luis García Alonso.—Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito del Centro de esta corte dirige al Congreso, con fecha 8 de Junio último, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió por la publicación en el periódico *El Ideal*, correspondiente al día 12 de Mayo último, de un artículo y dos sueltos titulados respectivamente «El golpe de los yernos», «El golpe de Estado» y «La Regente», ha examinado este asunto y;

Considerando que no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persigan en el suplicatorio mencionado, ni tampoco el fundamento de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que puedan hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización solicitada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias del mismo escrito, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen, entiende la Comisión que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal ó de partido,

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito del Centro de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación del artículo mencionado.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Joaquín Sánchez de Toca.—Luis García Alonso.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del

distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso, con fecha 10 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado Don Vicente Dualde y Furió por la publicación en el periódico *El País*, correspondiente al día 9 de Abril último, de un artículo titulado «La Patria y los Borbones» ha examinado este asunto; y

Considerando que no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persigan en el suplicatorio mencionado, ni tampoco el fundamento de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que puedan hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización solicitada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias del mismo escrito, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen, entiende la Comisión que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal ó de partido,

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación del artículo mencionado.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Anselmo de Córdoba.—Joaquín Sánchez de Toca.—Luis García Alonso.—Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Manuel de Burgos y Mazo.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso con fecha 14 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado Don Vicente Dualde y Furió por la publicación en el periódico *El País*, correspondiente al día 29 de Abril último, de un artículo titulado «Fatalidad», ha examinado este asunto; y

Considerando que no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persigan en el suplicatorio mencionado ni tampoco el fundamento de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que puedan hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización citada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias del mismo escrito, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen,

entiende la Comisión, que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal de partido,

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación del artículo mencionado.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Joaquín Sánchez de Toca.—Anselmo de Córdova.—Luis García Alonso.—El Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Manuel de Burgos y Mazo.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso, con fecha 15 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió, por la publicación en el periódico *El Pats*, correspondiente al día 7 de Marzo último, de dos artículos titulados «La opinión y el Ejército» y «Adelante» ha examinado este asunto; y

Considerando que no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persigan en el suplicatorio mencionado, ni tampoco el fundamento de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que puedan hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización solicitada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias de los mismos escritos, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen, entiende la Comisión que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal ó de partido;

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación de los artículos mencionados.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Anselmo de Córdova.—Joaquín Sánchez de Toca.—Luis García Alonso.—Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso con fecha 15 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió, por la publicación en el periódico *El Pats*, correspondiente al día 27 de Marzo

último, de un artículo titulado «Fiesta Republicana», ha examinado este asunto; y

Considerando que no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persiguen en el suplicatorio mencionado, ni tampoco el fundamento de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que puedan hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización solicitada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias del mismo escrito, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen, entiende la Comisión que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal ó de partido,

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación del artículo mencionado.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Anselmo de Córdova.—Luis García Alonso.—Joaquín Sánchez de Toca.—Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso, con fecha 15 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió por la publicación en el periódico *El Pats*, correspondiente al día 4 de Mayo último, de un artículo titulado «Ante el golpe de Estado», ha examinado este asunto y;

Considerando que no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persigan en el suplicatorio mencionado, ni tampoco el fundamento de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que pueden hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización solicitada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias del mismo escrito, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen, entiende la Comisión que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal ó de partido,

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación del artículo mencionado.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Joaquín Sánchez de Toca.—Anselmo de Córdova.—Luis García Alonso.—Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso, con fecha 15 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió por la publicación en el periódico *El País*, correspondiente al día 12 de Mayo último, de un artículo titulado «El único camino,» ha examinado este asunto; y

Considerando que no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persiguen en el suplicatorio mencionado, ni tampoco el fundamento de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que puedan hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización solicitada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias del mismo escrito, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen, entiende la Comisión que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal ó de partido,

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación del artículo mencionado.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Anselmo de Córdova.—Joaquín Sánchez de Toca.—Luis García Alonso.—Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso, con fecha 15 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió por la publicación en el suplemento al periódico *El País*, correspondiente al día 12 de Mayo último, de un artículo titulado «Cuatro palabras,» ha examinado este asunto; y

Considerando que, no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persigan en el suplicatorio mencionado, ni tampoco el fundamento

de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que puedan hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización solicitada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias del mismo escrito, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen, entiende la Comisión que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal ó de partido,

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación del artículo mencionado.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Anselmo de Córdova.—Joaquín Sánchez de Toca.—Luis García Alonso.—Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito del Centro de esta corte dirige al Congreso, con fecha 16 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió por la publicación en el periódico *El Ideal*, correspondiente al día 13 de Mayo último, de cuatro artículos titulados «Nuestra misión,» «Supresiones,» «A decidirse» y «Energía,» ha examinado este asunto; y

Considerando que no siendo de su competencia el examinar el delito ó delitos que se persigan en el suplicatorio mencionado, ni tampoco el fundamento de la querella presentada, sino solamente si existen indicios racionales que puedan hacer creer que por parte de alguien ha habido intención de privar de su mandato á un representante del país, en cuyo caso nunca podría ser concedida la autorización solicitada;

Considerando que si bien en este suplicatorio no aparece ningún motivo para fundar racionalmente el supuesto de que su móvil sea el impedir que continúe ejerciendo el cargo de Diputado aquél contra quien se dirigen los procedimientos, sin embargo, dadas las circunstancias de los mismos escritos, así por lo que se refiere á los hechos en que se fundan sus apasionados ataques é impugnaciones, como por lo relativo á las autoridades contra quienes se dirigen, entiende la Comisión que aconseja la prudencia evitar en esto hasta las más remotas apariencias de que en la concesión de este suplicatorio influya algún interés ó pasión personal de partido,

Tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito del Centro de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación de los artículos mencionados.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Anselmo de Córdova.—Luis García Alonso.—Joaquín Sánchez de Toca.—Marqués del Vadillo.—Eduardo Romero Paz.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso, con fecha 15 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió por la publicación en el periódico *El Pats*, correspondiente al día 6 de Marzo último de un artículo titulado «Viajeros al tren», y varios sueltos, ha examinado este asunto; y

Considerando que por hallarse los hechos que han dado lugar á estos procedimientos comprendidos en el art. 47 de la Constitución, se refieren á la inmunidad parlamentaria, y que en el trámite del suplicatorio aparecen cumplidos todos los requisitos especiales que al efecto determinan las leyes;

Considerando que la prerrogativa constitucional de la inmunidad parlamentaria no se ha establecido para un interés particular ó personal, sino en beneficio del Congreso mismo y de las funciones políticas de la representación en Cortes, pues tiene exclusivamente por objeto el evitar que por miras políticas ó por inspiración de pasiones ó intereses no ajustados á la serenidad que ha de imperar en la acción de la justicia, se prive á algún Diputado de su función representativa, y que, por lo tanto, fuera de tales casos excepcionales en que resultan indicios de persecución y vejamen, el criterio que se impone en la aplicación del principio de la inmunidad parlamentaria es que para los Diputados, lo mismo que para los demás ciudadanos, rija en toda su integridad la ley común;

Considerando que por virtud de la naturaleza de la misma prerrogativa de la inmunidad parlamentaria debe contraerse el examen de este suplicatorio á la averiguación de si la acción entablada se funda en caracteres de seriedad y sinceridad, y de si aparece directa ó indirectamente apartada de todo lo que pudiera constituir indicio racional de inspirarse en espíritu de pasión ó intereses no ajustados á la más estricta justicia; no siendo, por tanto, fuera del alcance peculiar de estas averiguaciones, competencia propia de las Comisiones de suplicatorios el calificar el delito ó delitos que se persigan y determinar la responsabilidad del inculcado, pues esto equivaldría á una intrusión en lo que es propio y exclusivo de los tribunales de justicia, y cualquier extralimitación de esta índole envolvería gravísimo riesgo de conflicto entre la apreciación parlamentaria y la apreciación ulterior de los tribunales;

Considerando que no pueden confundirse las prerrogativas constitucionales de la inmunidad parlamentaria con las propias y peculiares de la inviolabilidad definida por el art. 46 de la Constitución, y menos aún dar á la inmunidad definida por el artículo 47 un alcance por el que resulte que arraigándose así peligrosas y gravísimas corruptelas, en virtud de las cuales resultaría prácticamente sancionada por el Congreso la impunidad de toda clase de delitos que se cometan por los medios de la im-

prenta, y dándose además á la inmunidad parlamentaria un alcance cuyas consecuencias serían el que resulte impune para los Diputados á Cortes aquello mismo que estaría sujeto á corrección de disciplina parlamentaria si lo ejecutaran en el ejercicio de las funciones de su cargo dentro del propio Congreso; y

Considerando, por último, que el más grave y peligroso de todos los errores y abusos dentro del régimen constitucional, pues equivaldría á la negación del más fundamental de sus principios, sería, en materia de inmunidad parlamentaria, conceder á ésta una extensión por la que resultara quebrantado ó anulado el art. 48 de la Constitución del Estado, que declara sagrada é inviolable la persona del Monarca,

La Comisión tiene la honra de proponer al Congreso lo siguiente:

1.º Que se sirva negar la autorización solicitada por el juez del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación en el periódico *El Pats* del día 6 de Marzo último, de los sueltos «El último consejo», «Ayer se lo hemos demostrado», «Eso no lo sabe la Monarquía» y «El resultado de las elecciones»; y

2.º Que se sirva conceder la autorización solicitada por el mismo juez para procesar al mismo señor Dualde por la publicación en el susodicho periódico de un artículo titulado «Viajeros al tren».

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—El Marqués del Vadillo.—Joaquín Sánchez de Toca.—Eduardo Romero Paz.—Luis García Alonso.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte dirige al Congreso, con fecha 7 de Junio próximo pasado, pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde y Furió por la publicación en el periódico *El Pats*, correspondiente al día 25 de Abril último, de un artículo titulado «Preparativos de viaje», ha examinado este asunto; y

Considerando que por hallarse los hechos que han dado lugar á estos procedimientos comprendidos en el art. 47 de la Constitución, que se refiere á la inmunidad parlamentaria, y que en el trámite del suplicatorio aparecen cumplidos todos los requisitos especiales que al efecto determinan las leyes;

Considerando que la prerrogativa constitucional de la inmunidad parlamentaria no se ha establecido para un interés particular ó personal, sino en beneficio del Congreso mismo y de las funciones políticas de la representación en Cortes, pues tiene exclusivamente por objeto el evitar que por miras políticas ó por inspiración de pasiones ó intereses no ajustados á la serenidad que ha de imperar en la acción de la justicia se prive á algún Diputado de su función representativa, y que, por lo tanto, fuera de tales casos excepcionales en que resultan indicios de persecución y vejamen, el criterio que se impone en la aplicación del principio de la inmunidad parlamentaria es que para los Diputados, lo mismo que para los demás ciudadanos, rija en toda su inteligencia la ley común;

Considerando que por virtud de la naturaleza

misma de la prerrogativa de la inmunidad parlamentaria debe contraerse el examen de este suplicatorio á la averiguación de si la acción entablada se funda en caracteres de seriedad y sinceridad y de si aparece directa ó indirectamente apartada de todo lo que pudiera constituir indicio de inspirarse en espíritu de pasión ó intereses no ajustados á la más estricta justicia, no siendo, por tanto, fuera del alcance peculiar de estas averiguaciones, competencia propia de las Comisiones de suplicatorios el calificar el delito ó delitos que se persigan y determinar la responsabilidad del inculcado, pues esto equivaldría á una intrusión en lo que es propio y exclusivo de los tribunales de justicia, y cualquier extralimitación de esta índole envolvería gravísimo riesgo de conflicto entre la apreciación parlamentaria y la apreciación ulterior de los tribunales;

Considerando que no pueden confundirse las prerrogativas constitucionales de la inmunidad parlamentaria con las propias y peculiares de la inviolabilidad definida por el art. 46 de la Constitución, y menos aún dar á la inmunidad definida por el artículo 47 un alcance por el que resulte que arraigándose así peligrosas y gravísimas corruptelas, en virtud de las cuales resultaría prácticamente sancionada por el Congreso la impunidad de toda clase de

delitos que se cometan por los medios de la imprenta, y dándose además á la inmunidad parlamentaria un alcance cuyas consecuencias sería el que resulte impune para los Diputados á Cortes aquello mismo que estaría sujeto á corrección de disciplina parlamentaria si la ejecutaran en el ejercicio de las funciones de su cargo dentro del propio Congreso;

Considerando, por último, que el más grave y peligroso de todos los errores y abusos dentro del régimen constitucional, pues equivaldría á la negación del más fundamental de sus principios, sería, en materia de inmunidad parlamentaria, conceder á ésta una extensión por la que resultara quebrantado ó anulado el art. 48 de la Constitución del Estado, que declara sagrada é inviolable la persona del Monarca,

La Comisión tiene el sentimiento de proponer al Congreso se sirva conceder la autorización solicitada por el juez de primera instancia del distrito de la Universidad de esta corte para procesar al Sr. Dualde por la publicación del artículo mencionado.

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1893.—Alberto Aguilera, presidente.—Marqués del Vadillo.—Joaquín Sánchez de Toca.—Eduardo Romero Paz.—Luis García Alonso.—Manuel de Burgos y Mazo, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión acerca del proyecto de ley del Gobierno sobre represión de delitos cometidos por medio de explosivos.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para emitir dictamen acerca del proyecto de ley sobre represión de delitos cometidos por medio de explosivos, lo ha examinado detenidamente; y aceptando las consideraciones á que responde, se limita á introducir algunas reformas que no alteran su espíritu, ni tendencias.

Tratándose de una ley circunstancial, cuya urgente necesidad no permite las naturales dilaciones de una reforma del Código penal y otras leyes que con él se enlazan, los firmantes de este dictamen han considerado que debían acallar toda diferencia de doctrina en cuanto al método, apreciación de alguna forma de la penalidad y competencia de los tribunales.

En su consecuencia, tienen el honor de proponer al Congreso la aprobación del siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º El que empleare cualquier sustancia ó aparato explosivos para atentar contra las personas ó causar daño en las cosas, será castigado:

Primero. Con la pena de cadena perpetua á muerte, si por consecuencia de la explosión resultare alguna persona muerta ó lesionada.

Con la misma pena, si se verificase la explosión en edificio público, lugar habitado ó donde hubiere riesgo para las personas, y resultare daño en las cosas.

Segundo. Con la de cadena temporal en su grado máximo á muerte, si se verificase la explosión en edificio público, lugar habitado ó donde hubiese riesgo para las personas, aunque no resultare daño en las cosas.

Tercero. Con la de cadena temporal en los demás casos.

Art. 2.º El que colocare sustancias ó aparatos explosivos en cualquier sitio público ó de propiedad particular con ánimo de que hagan explosión para producir daño ó causar alarma, aunque la explosión no se realice por circunstancias ó accidentes extraños á la voluntad del agente, y los que fueren aprehendidos con dichos aparatos ó sustancias antes de colocarlos ó de producir su explosión para los fines antedichos, serán castigados con las penas de presidio mayor en su grado máximo á cadena temporal en su grado medio.

Art. 3.º El que sin estar legalmente autorizado ó con infracción de reglamentos, tuviese sustancias ó aparatos explosivos, incurrirá en la pena de presidio correccional en su grado medio á presidio mayor en su grado mínimo.

Art. 4.º El que sin estar legalmente autorizado ó con infracción de reglamentos fabrique, facilite ó venda sustancias ó aparatos explosivos, será castigado con la pena de presidio mayor.

Art. 5.º La conspiración para cometer cualquiera de los delitos comprendidos en esta ley, será castigada con la pena de presidio mayor.

La proposición encaminada al mismo fin, se castigará con la pena de presidio correccional.

Art. 6.º El que amenazase con causar algún mal de los previstos en el art. 1.º de esta ley, aunque la amenaza no sea condicional, será castigado con la pena inferior en dos grados á las señaladas en dicho artículo para el delito respectivo.

Art. 7.º El que aun sin inducir directamente á otros á ejecutar cualesquiera de los delitos enumerados en los artículos anteriores, provocase de palabra, por escrito, por la imprenta, el grabado ú otro medio de publicación, á la perpetración de dichos delitos, incurrirá en la pena señalada á los autores respectivos, si á la provocación hubiera seguido la per-

petración, y en la inferior en un grado cuando no se realizase el delito.

Art. 8.º La apología de los delitos ó de los delinquentes penados por esta ley, será castigada con presidio correccional.

Art. 9.º Las asociaciones en que se cometiesen cualquiera de los delitos comprendidos en los artículos 3.º, 4.º, 5.º, 6.º, 7.º ú 8.º de esta ley, se reputarán ilícitas y serán disueltas, aplicándose, en cuanto á su suspensión, lo dispuesto en la ley de asociaciones.

Los directores, presidentes ó jefes de estas asociaciones, y los individuos de las mismas que tomaren parte directa en la ejecución de los hechos punibles, serán castigados con las penas respectivas de los artículos precedentes.

Los individuos de las mismas asociaciones que en cualquiera forma no comprendida en los artículos anteriores concurriesen á la realización de los referidos delitos, serán castigados con la pena de arresto mayor.

Art. 10. Corresponde al tribunal del Jurado el conocimiento de las causas que se instruyan por cualquiera de los delitos á que se refiere esta ley.

Art. 11. En la instrucción de dichas causas los jueces respectivos practicarán con urgencia todas las actuaciones, omitiendo las que no fueren precisas para determinar las circunstancias del delito y la responsabilidad de los culpables, y emplearán los procedimientos más rápidos para hacer constar cuando fuere necesario á dicho objeto la edad ó identidad de los presuntos culpables. Cuando sean varios los procesados, el juez instructor podrá acordar la formación de las piezas separadas que estime conveniente y activar los procedimientos á fin de que no se dilate el castigo de los que resulten confesos y convictos.

Los tribunales superiores corregirán severamente á los responsables de las dilaciones injustificadas que observen en la instrucción de los sumarios.

Art. 12. Terminado el sumario por el juez instructor, lo remitirá á la Audiencia, con emplazamiento de las partes por término de cinco días.

Llegados los autos á la Audiencia, ésta, en el término de tercero día, confirmará el auto de terminación del sumario, ó mandará, si lo estima indispensable, practicar las diligencias que, solicitadas por las partes acusadoras, hubiesen sido denegadas por el juez.

Confirmado el auto de terminación del sumario, se comunicará inmediatamente por tres días al fiscal, y después, por igual plazo, al acusador privado, si, en caso de haberle, hubiere comparecido. Uno y otro solicitarán por escrito el sobreseimiento, la inhibición ó la apertura del juicio. En este último caso, formularán las conclusiones provisionales y articularán las pruebas de que intenten valerse.

La Audiencia acordará el sobreseimiento ó la inhibición en los casos en que la ley impone estas resoluciones, ó decretará la apertura del juicio en los demás.

Si el acusado ó los acusados no nombrasen de-

fensor, se hará la designación de oficio, en cuyo caso las defensas tendrán lugar bajo una sola dirección, si no fuesen incompatibles.

La Audiencia dispondrá que se pongan los autos de manifiesto en la secretaría á los distintos defensores, para su instrucción, en el plazo que señale, y que no deberá exceder de diez días comunes para todos.

Si el defensor ó defensores se excusaren de asistir al juicio por cualquier causa que el tribunal no estime debidamente justificada, se nombrará defensor de oficio.

Art. 13. Inmediatamente que la causa se halle en estado de ser sometida al Jurado, el tribunal dispondrá lo conveniente para que, de conformidad con lo prevenido en el párrafo 3.º del art. 42 de la ley del Jurado, se reúna desde luego el correspondiente al partido de donde proceda la causa, aun cuando no se haya verificado el alarde general; y la vista de estas causas se celebrará con preferencia á las de cualesquiera otras, aunque estuviesen señaladas con anterioridad.

Cuando se someta la causa al conocimiento de nuevo Jurado, deberá tener lugar el segundo juicio dentro de los quince días siguientes á la terminación del primero.

Art. 14. Las competencias que se promuevan con ocasión de las causas á que se refiere la presente ley entre jueces y tribunales de la jurisdicción ordinaria, se sustanciarán con arreglo á lo dispuesto en el art. 782 de la ley de enjuiciamiento criminal.

Art. 15. El término para preparar el recurso de casación por infracción de ley, será de dos días, contados desde la publicación de la sentencia.

En el mismo plazo se podrá interponer el recurso por quebrantamiento de forma y anunciar el de infracción de ley.

Dentro del término del emplazamiento, se formalizará el recurso por infracción de ley si se hubiere anunciado ó preparado.

Ambos recursos, si se hubieren interpuesto, se sustanciarán conjuntamente en el Tribunal Supremo y los autos se pondrán de manifiesto á las partes en los traslados que proceda.

El Tribunal Supremo sustanciará y resolverá estos recursos con preferencia á los demás, aun cuando sea en el período de vacaciones.

DISPOSICIÓN FINAL

Se aplicarán las disposiciones establecidas en el Código penal y en las leyes de enjuiciamiento criminal y del Jurado, tanto generales como especiales, en todo lo que no se halle expresamente modificado por la presente ley.

Palacio del Congreso 26 de Abril de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Francisco Lastres. Antonio Ramos Calderón.—Faustino Rodríguez San Pedro.—Félix Suárez Inclán.—Tomás María Ariño.—Tiburcio Castañeda, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL VIERNES 27 DE ABRIL DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Sentencia relativa á una reclamación del brigadier Barrios contra una Real orden que le denegó el pase al Estado Mayor general del ejército: comunicación.

Carretera de Parajés á Lindín: proposición de ley.—Apoyada por el Sr. Martínez González, se toma en consideración.

Causas y nota de gastos de la concentración en Madrid de los representantes de España en el extranjero: preguntas del Sr. Osma.

ORDEN DEL DÍA: Concesión de suplementos de crédito y de créditos extraordinarios al presupuesto vigente; aprobación de los concedidos por medida gubernativa; exención de derechos arancelarios al material de guerra introducido del extranjero; modificación de la forma de pago de la subvención del ferrocarril de Linares á Almería; concesión de pensiones á familias de fallecidos y á inuti-

lizados por consecuencia de la última explosión de Santander: dictámenes.—Quedan aprobados sin discusión.

Elección de Miranda: continúa la discusión pendiente sobre el dictamen de la Comisión de actas, y el Sr. Villegas en el uso de la palabra.—Lectura de los artículos 139 y 140 del Reglamento.—El Congreso acuerda en votación nominal que continúe en el uso de la palabra el Sr. Villegas.—Se suspende la discusión.

Sucesos de Melilla: continúa la discusión sobre la interpección del Sr. Martín Sánchez, y éste señor en el uso de la palabra.—Rectificaciones de los Sres. Ministro de la Guerra y Martín Sánchez.—Alusión personal del Sr. Alfau.—Contestación del Sr. Ministro de la Guerra.—Rectificación del Sr. Alfau.—Se suspende la discusión.

Constitución de Comisiones: comunicaciones.

Exención de derechos arancelarios á favor de un libro del Sr. Grilo: proyecto de ley.

Peticiones: carretera de Manatí á Juana Díaz; exención de derechos arancelarios en favor del material de guerra destinado á carreteras de Puerto Rico: dictámenes.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las seis y media.

Abierta la sesión á las dos y media de la tarde, y leída el Acta de la anterior, fué aprobada.

Se anunció que pasaría á la Comisión encargada de dar dictamen sobre la comunicación del Gobierno dando cuenta de haber suspendido el cumplimiento de la sentencia del Tribunal Contencioso-administrativo relativa al ingreso de D. Gaspar Salcedo en el Estado Mayor general del ejército, la copia de la sentencia en que se había resuelto acerca de la reclamación del brigadier D. Cándido Barrios y Anguiano contra la Real orden del Ministerio de la Guerra que le denegó el pase al Estado Mayor general del ejército.

Se leyó una proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras del Estado una de Parajés á Lindín. (Véase el Apéndice 10.º al núm. 116.)

En su apoyo dijo

El Sr. **MARTINEZ GONZALEZ**: Ruego al Congreso se sirva tomar en consideración la proposición de que se acaba de dar lectura.»

Leída por segunda vez, fué tomada en consideración la proposición, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Osma.

El Sr. **OSMA**: La he pedido para dirigir una pregunta á los Sres. Ministros de Estado y Hacienda; pregunta cuya trasmisión encomiendo á una especial benevolencia del Sr. Presidente, que no dudo que se apiadará de mi soledad.

Pregunto al Sr. Ministro de Estado si la concentración en Madrid de los señores embajadores de España en el extranjero, de que da cuenta la prensa, obedece á alguna comisión del servicio diplomático; y en caso afirmativo, la segunda parte de mi pregunta, que se dirige al Sr. Ministro de Hacienda, es esta: ¿tiene inconveniente en suministrarnos una nota, que creo fácil de calcular, con arreglo á las disposiciones vigentes en la carrera diplomática, expresiva del coste de esta movilización, si lo fuere, de las últimas reservas? Hago esta pregunta, tanto para recoger un dato, nunca despreciable para ir calculando el déficit del actual presupuesto, como para que el país contribuyente no calcule, en su caso, con ninguna exageración lo que á él le cuestan los votos impopulares.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Se transmitirán á los Sres. Ministros de Estado y de Hacienda las preguntas de S. S.

ORDEN DEL DIA

Sin discusión sobre la totalidad ni sobre ninguno de los artículos de que constan, quedaron aprobados los siguientes dictámenes:

Concediendo un suplemento de crédito de 10.000 pesetas al capítulo 19 del presupuesto del Ministerio

de Fomento del actual año económico de 1893-94. (Véase el Apéndice 1.º al núm. 117.)

Aprobando los créditos extraordinarios y suplementos de crédito otorgados á los presupuestos de 1892-93 y 1893-94 durante el último período de suspensión de sesiones. (Véase el Apéndice 2.º al número 117.)

Concediendo varios suplementos de crédito á la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», del presupuesto de 1893-94, y un crédito extraordinario para gastos en la concurrencia de España á la Exposición de Chicago. (Véase el Apéndice 3.º al núm. 117.)

Concediendo un crédito extraordinario de pesetas 59.248'66 á un capítulo adicional del presupuesto del año económico de 1893-94 de la sección 8.ª, «Ministerio de Hacienda». (Véase el Apéndice 4.º al número 117.)

Concediendo un suplemento de crédito de 17.500 pesetas al capítulo 16 del presupuesto de la sección 3.ª, «Gracia y Justicia», del año económico de 1893-94.

Concediendo un suplemento de crédito de 135.000 pesetas al artículo único del capítulo 8.º de la sección tercera del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.» (Véase el Apéndice 5.º al núm. 117.)

Exceptuando del pago de los derechos arancelarios durante el año económico de 1894-95 las máquinas, herramientas, armas y municiones que adquiriera en el extranjero el Ministro de la Guerra. (Véase el Apéndice 7.º al núm. 117.)

Variando la forma de pago de la subvención concedida al ferrocarril de Linares á Almería. (Véase el Apéndice 9.º al núm. 117.)

Concediendo pensiones á las familias de los fallecidos y á los inutilizados con motivo de la explosión ocurrida el 21 de Marzo último en la ciudad de Santander. (Véase el Apéndice 8.º al núm. 117.)

Elección de Miranda de Ebro.

Continuando la discusión pendiente del dictamen de la Comisión de actas, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Villegas continúa en el uso de la palabra.

El Sr. **VILLEGAS**: Señores Diputados, ya tuve el gusto de demostraros anteayer el error que padecía la Comisión al asegurar que el Diputado que durante diez y siete años ha sido elegido por el distrito de Miranda de Ebro tenía mucho arraigo en el país. Me convenía sentar este precedente, y aduje las razones que los naturales de aquel país alegan para justificar el por qué no quieren que ese candidato siga representándoles ahora. Entre otros documentos, presenté á la Cámara una certificación de un Ayuntamiento, y podría haber presentado otras muchas, en la cual se prueba que los gastos ocasionados en las elecciones de este mismo candidato se pagaban por el Ayuntamiento; y esta es una de las razones por las cuales los pueblos no querían apoyarlo. Como este es un argumento de eficacia, y como no he visto el documento inserto en el *Diario de las Sesiones*, voy á entregarlo á los señores taquígrafos para que tengan la bondad de publicarlo. (El Sr. Torres: ¿Es algún certificado de asuntos administrativos?) Es un certificado de las cuentas municipales de un pueblo.

(El Sr. Torres: Aquí no se pueden presentar cuentas de gastos electorales.) Conforme; y de eso era de lo que se quejaban (porque ni aquí ni en ninguna parte deben cargarse á los pueblos estos gastos); pero precisamente por este certificado se demuestra que los amigos del Sr. Salcedo hacían pagar al pueblo los gastos del candidato por quien habían votado, y con él se justifica el dicho de aquel que me explicaba por qué no quería votar á este candidato el pueblo, que tenía que sacar los cuartos de su bolsillo. (El señor Torres: Los pueblos no pueden dar certificados de eso.) Podrán ó no podrán; pero resulta que lo que me decían no es ni falso ni calumnioso, sino cierto. Y por eso, sin duda, cuando la persona que me envió ese certificado ha tenido noticias por los periódicos y telegramas de Burgos de que se había puesto en duda la existencia de ese dato que yo aduje, me ha escrito una carta, que he recibido en el correo de hoy, y que también deseo que conste en el *Diario*. Dice así:

«Mi querido amigo: He visto los partes que trae el *Diario de Burgos* referentes á la discusión del acta de este distrito y como supongo que la certificación que usted ha leído es la que yo le remití, puede usted manifestar al Sr. Salcedo, á la Comisión de actas y al Congreso, que en esta Secretaría existe el libramiento, del cual el secretario ha certificado y yo he firmado el V.º B.º»

«Si quieren, que pidan otra certificación, y repetiremos la misma que usted tiene, y además le enviaré otra certificación de la sesión que este Ayuntamiento celebró para la aprobación de las cuentas del año de 1892 á 1893.»

Esto es lo que dice el que me envió ese certificado, y es una persona muy formal y muy respetable, para probar sin duda que no se trataba de una falsedad ni de una calumnia, como se imputaba por mi contrincante, al que me hizo la referencia, sino de un hecho cierto.»

La certificación á que se refiere el orador dice así:

«Juan de Benito Ochoa, secretario del Ayuntamiento de Belorado.

Certifico: Que entre los documentos que existen en la Secretaría de mi cargo se encuentran los que paso á copiar:

1.º Un libramiento perteneciente á la cuenta municipal de 1892-93, que literalmente decían:

«Ayuntamiento de Belorado.—Presupuesto de 1892 á 1893.—Libramiento número: del Diario, 95; del concepto ó capítulo, 19.

Capítulo 1.º.—Artículo 7.º.—El alcalde presidente, y como tal, ordenador de pagos, al depositario de los fondos municipales de este distrito.—Sírvasse usted satisfacer á D. Evaristo Alarcía la cantidad de 25 pesetas por gastos de elecciones de Diputados á Cortes en el año económico actual de los vecinos del barrio de San Miguel. Y en virtud de este libramiento, tomada razón por el interventor, y con el recibí del interesado, sentará usted en la cuenta respectiva al ejercicio de dicho presupuesto de la mencionada suma.

Belorado á 25 de Junio de 1893.—El alcalde, Victoriano Juás.—Rubricado.—Son pesetas 25.—Tomé razón.—El Secretario, Juan de Benito.—Rubricado.—Recibí, Evaristo Alarcía.—Rubricado.—Hay un sello móvil que dice: «Timbre móvil, 1893: 10 céntimos.»

2.º Así bien, certifico: Que D. Evaristo Alarcía

era alcalde de barrio de San Miguel de Pedroso, agregado á este distrito, al verificarse las elecciones de Diputados á Cortes en 5 de Marzo de 1893, según los datos que existen en estas oficinas.

3.º También certifico: Que en el año económico de 1892-93 no se verificaron en este distrito electoral otras elecciones para Diputados á Cortes que las que tuvieron lugar en 5 de Marzo de 1893.

4.º Igualmente certifico: Que en el referido barrio de San Miguel no hubo cuando se verificaron las elecciones aludidas, ni hay en la actualidad, colegio electoral ni Mesa alguna, ni por sí solo constituyó ni constituye sección, ni se verificó entonces en él, ni se ha verificado después, operación alguna electoral, ni aparece que el alcalde de barrio, ni otro por él, tuviera intervención en los actos que la ley confiere á las autoridades, auxiliares y agentes; al menos no consta documentalmente en esta Secretaría.

5.º Del mismo modo certifico: Que el número de electores que como moradores del citado barrio figuraban en las listas del censo electoral para Diputados á Cortes cuando tuvo lugar la ya mencionada, era el de 55.

6.º De igual manera certifico: Que el número de electores del mencionado barrio que tomaron parte en la repetida elección de Diputados á Cortes fué el de 45, según resulta de las listas que obran en el expediente de referencia.

7.º Y por último, certifico: Que D. Victoriano Juás fué nombrado alcalde presidente del Ayuntamiento de Belorado por Real orden de 23 de Junio de 1891, comunicada por el señor gobernador civil de la provincia con fecha 27 de los propios mes y año, y ha ejercido dicho cargo desde 1.º de Julio de 1891 á 31 de Diciembre de 1893.

Y á petición de D. Manuel Vitores Puro, y de acuerdo del Ayuntamiento, expido la presente, que sella y visa el señor alcalde en Belorado á 2 de Abril de 1894.—V.º B.º=El alcalde, Emilio Villalain.—Juan de Benito, secretario.»

Expuse, además, que otra de las causas del escaso arraigo del Sr. Salcedo en el distrito, dependía de lo poco que hacía por el distrito, y de lo mucho que hacía por su persona. Dije igualmente que otra de las cosas que le habían enajenado las simpatías de aquel distrito era la circunstancia de presentarse á hacer la elección con el fajín de general, lo cual, en un país tan serio como aquel noble solar castellano, producía mal efecto; que repetido en una y otra elección, había concluido por enajenarle las simpatías del mayor número de electores. Razones todas que justificaban que los naturales de aquel país no quisieran por Diputado á ese candidato.

En comprobación de esto, referí los medios de que se valió, y que á mí, y creo que á todos, parece que sólo pudo resolverle á usarlos el ver que la elección se le escapaba de las manos; pues resulta que no bastándole tener á su devoción los alcaldes, los jueces municipales y todas las autoridades locales de aquel país, excitó el sentimiento religioso de aquellos pueblos, con lo que consiguió que todos los curas de los pueblos se pusieran en contra mía, subieran al púlpito y amenazaran con las penas del infierno y con no enterrar en sagrado á los que me votaran á mí. Como á mí me era muy conveniente llevar á vuestro ánimo el convencimiento de por qué

aquellos pueblos no querían, en efecto, como representante suyo al candidato vencido, os relaté el papel que tuvo que hacer, entre otros pueblos, en Quintanilla San García, en donde, á pesar de ser general del ejército liberal que se ha batido tantas veces en aquellas montañas en defensa de las instituciones vigentes, recibió homenajes de los carlistas al grito de ¡viva Carlos VII!, y no solamente no protestó contra ellos, sino que les dió su completo asentimiento y beneplácito.

Estando en esto, me interrumpió el Sr. Presidente, verificándose una intermisión en mi discurso, que tuvo que quedar para reanudarle en otra sesión; han transcurrido tres días, y después de este pequeño resumen que os he hecho, necesario para encauzar las ideas, voy á continuar mi peroración.

He sabido que por algunos se ha juzgado mal mi conducta, suponiéndome interesado en desnaturalizar los hechos y sacar la cuestión del debido terreno, y realizando agresiones para dar al debate un carácter personal, con el fin de meterlo todo á barullo. Pero es todo lo contrario; yo tengo el convencimiento íntimo y profundo de que me asisten la razón y la justicia, y nada puede estar más lejos de mi propósito que desvirtuar la fuerza de mis razonamientos dando carácter personal á esta cuestión.

Si he dicho algo que haya podido producir alguna excitación, no ha sido mía la culpa, pues yo me he limitado á referir hechos, sin hacer comentarios que tendiesen á juzgar esos hechos, ni bajo el punto de vista de los intereses del Gobierno, ni bajo el punto de vista de las relaciones personales de mi contrario; yo no me he metido á juzgar sobre estas cosas, ni tenía por qué hacerlo, porque sé que el aspecto personal de estas cuestiones no debe traerse al Parlamento; y el otro aspecto, que afecta á los intereses de gobierno, no es á mí, sino al Gobierno mismo, á quien toca juzgarle.

El hecho de que un general del ejército español, defensor de nuestras libertades, aparezca á la cabeza de gentes que dan gritos subversivos en aquellas montañas donde aún está vivo el rescoldo de la guerra civil, es cuestión que toca juzgar al Gobierno, y por eso no la he juzgado yo.

El hecho de que una persona que ha ejercido el cargo de Diputado durante muchos años y que ha tomado parte en la confección de las leyes liberales, y que se muestra entusiasta amigo de uno de los partidos que defienden la legalidad, haya ido por los pueblos recibiendo homenajes de la especie de los que le hicieron á mi contrario en Quintanilla de San García, no he de ser yo quien lo ha de juzgar: á las instituciones, al Gobierno y al partido conservador, que tiene en su seno á quien tal hace, es á quien toca resolver; yo no tengo que entrar en consideraciones sobre esto; como tampoco he juzgado la conducta de ese general de este ejército, defensor de las libertades conseguidas á costa de tanta sangre en nuestra querida Patria, y que, no obstante, va excitando por los pueblos el sentimiento y el fanatismo religioso para lograr alguna ventaja sobre el candidato que le disputa el acta. El argumento que yo hago, y que creo de gran fuerza al fin que aquí se discute, es este: que cuando un Diputado del período constituyente, representante de un distrito diez y siete años, y que es además general del ejército liberal, se ve en la necesidad de apelar á estos medios,

es porque ya se ha visto en una situación muy crítica; de donde deduzco, y creo que deben deducir todos, que los que creían que el general Salcedo tenía mucho arraigo en aquel distrito estaban completamente equivocados. Este es mi argumento, que juzgo de una fuerza tal que me parece incontestable; por eso hablé de esas cosas. No me juzguéis, pues, mal. Yo no provoqué cuestiones personales, yo no he hecho más que exponer hechos, y por eso no fui yo quien llevó al distrito nada de mi vida privada ni de la del general Salcedo; ni fui yo quien trajo aquí al Parlamento si en nuestras familias ha habido ó no carlistas, ni me incumbe tratar, ni tengo para qué ocuparme de si nuestros padres han vivido dando lecciones del bello canto, ó de cualquiera otra clase de música (*Risas*); todas estas cosas no las traigo yo al debate porque me parecen completamente impertinentes. Otro es el que las ha traído; y yo no he hecho más que contestar en ese terreno personal como todos habéis presenciado. P volviendo á la cuestión principal, me parece que queda demostrado que el general Salcedo no tenía asegurado el distrito, ni puede, por consiguiente, decir que se le ha arrebatado el acta.

Ahora necesito demostrar que no solamente no tenía el general Salcedo elementos para triunfar en aquel distrito, sino que los elementos los tenía yo.

Como aquí han pasado cosas tan extraordinarias, es natural que resulten algunas consideraciones muy duras; pero yo no tendré la culpa, puesto que me limitaré á referir los hechos; y al que se sienta molesto, le será aplicable la frase del poeta:

«...Arrojar la cara importa,
que el espejo no hay por qué.»

Quedamos el otro día en la entrada del general Salcedo en el pueblo de Quintanilla de San García, y voy á referir todo lo que allí aconteció. Ya visteis que cuando entró, las masas carlistas alborotaban gritando ¡viva Carlos VII!; ya visteis que después que él hizo algunas visitas por el pueblo, salieron sus partidarios con unos cuantos mozos apedreando las casas y disparando tiros contra mis electores.

Los excesos que allí se cometieron son incalculables; cuando alguno se asomaba á la ventana, le hacían meterse dentro á tiros; cuando querían salir á la calle, se encontraban con gente armada que impedía todo movimiento para ponerse de acuerdo con los demás; y hasta ha habido vecino á quien le derribaron la puerta de la casa. Pero lo más grave es que como los que ejercían autoridad eran partidarios del Sr. Salcedo, y éste estaba allí, al día siguiente pusieron presos á los mismos á quienes habían agredido, y les decían: ya os tenemos empapelados; si no votáis por el general Salcedo, váis á preso, porque vosotros sois los autores de los tiros y de los escándalos que se han cometido la noche anterior.

Esto produjo un resultado extraordinario; aquella gente se atemorizó; y como á los dos días eran las elecciones, el general Salcedo obtuvo mayoría allí donde debió tener minoría. Votaron en aquel pueblo 145 electores y se retrajeron muchos; 24 es la mayoría que, echando las cuentas á su gusto, supone el señor Salcedo que tiene sobre mí, dígas si, aun siendo esto cierto, no debería ser el hecho de Quintanilla motivo para que se anulase la elección.

Pero debe llamar la atención de los Sres. Diputados sobre este hecho, por las circunstancias especialísimas que concurren en él. Se siguió la causa, con la circunstancia, muy digna de tenerse en cuenta, de que el juez municipal, que fué el que dirigió todos aquellos movimientos vandálicos, fué el encargado por el juez de primera instancia de Briviesca de extender las diligencias. Y eran tan evidentes los excesos y atropellos que habían cometido los amigos del Sr. Salcedo contra mis amigos, que cuando las diligencias ya se formalizaron, tuvo el juez de Briviesca (sin embargo de haber delegado en el juez municipal de Quintanilla, que era uno de los cabecillas), tuvo que procesar á 17 amigos del general Salcedo. Uniendo ahora á las atroces coacciones religiosas dichas, estos salvajes atentados de los salcedistas, pueden empezar á comprender los Sres. Diputados lo imparcial y acertada que ha estado la Comisión de actas al decir que estos hechos no tenían importancia, y al prescindir de ellos para pedir la proclamación del Sr. Salcedo por 24 votos.

Ante estos hechos vandálicos, ante unos actos de salvajismo tan atroces y de un conjunto de inmoralidades tales como la existencia de estos hechos implica, pueden irse penetrando los Sres. Diputados del fundamento con que se puede decir lo que dice la Comisión de actas respecto de la de Miranda, es á saber: que no tiene más que una raspadura, de la cual me ocuparé después.

Esto, señores, entra en la categoría de lo inícuo. Y no se diga que obró así la Comisión por ignorancia; para que dictaminara la Comisión con más conocimiento, enviaron los vecinos de Quintanilla de San García al Congreso una relación de aquellos hechos; mas bastó que los amigos del candidato vencido mandaran otra relación, para anular el sentido de aquella; y la Comisión, sin detenerse á examinar la una y la otra en relación con los informes del juez de Briviesca, que también los hice yo traer, dió por seguro que lo que decían los partidarios del Sr. Salcedo era la verdad.

Esta relación de hechos ofrece una singularidad que evidencia que es falsa, según yo tuve el honor de exponer y probar ante la Comisión de actas; pero esta Comisión estaba ciega, ó no quería ver, y no se hizo cargo de mi explicación.

Algunos vecinos del pueblo habían hecho esa relación pintando las cosas á su manera, y el general Salcedo fué el encargado de presentarla en la Comisión de actas. En esa relación decían lo que á ellos les convenía: que mis amigos eran los que habían insultado, y que, como es natural, ellos, las autoridades del pueblo, habían restablecido el orden; esto lo decían cuando ya estaban procesados los amigos del señor Salcedo, los mismos que firmaban la relación; y después de referir estos sucesos en el sentido de que fué el Sr. Salcedo la víctima, ponen como testigo al cura, de este modo: «Que posteriormente y hallándose el Sr. Salcedo cenando en compañía de varios amigos, y entre ellos el señor cura párroco de esta villa, fué insultado por segunda vez, no solamente de palabra, sino también con disparos de arma de fuego, que se vieron salir de la casa de Román Martínez y Manuel González, partidarios de dicho Sr. Villegas, y á la vez con muera Salcedo »

De modo que afirman que el cura del pueblo era testigo de estos sucesos. Y como cuando el general

Salcedo entregó este documento en la Comisión de actas lo hizo con un escrito que decía «que acompañaba certificaciones de las autoridades del pueblo, en que se hace constar las agresiones de que fueron objeto, no sólo sus partidarios, sino él mismo, y en que se refiere el suceso ocurrido de que él fué testigo presencial», resulta que el general Salcedo se declara y se reconoce aquí testigo presencial de los hechos que sus amigos denuncian en esta exposición.

Ahora bien; los amigos del general Salcedo dicen que el mismo general había sido agredido, y que el cura párroco había sido testigo de la agresión; y como á mí me parecía imposible que aquel cura, que, sin ofender á nadie, es de lo más distinguido y más decente que allí hay en su clase, pues es de los pocos curas que pertenecen á familias acomodadas (*Risas*); sí, porque todos sabemos que los curas son generalmente hijos de gente pobre, que escogen esta carrera en la edad donde no se distinguen aún las vocaciones, por encontrar una manera de vivir; como á mí me parecía imposible, repito, que ese sacerdote, que sabía yo que era una persona tan respetable y tan digna, pudiera hacerse cómplice de una falsedad tan evidente como ésta, le escribí una carta diciéndole que deseaba saber la verdad de lo acontecido en el pueblo; que la relación de los amigos del Sr. Salcedo decía que había sido él testigo de esos hechos, que yo creo no son ciertos; pero que si él me afirmaba que lo eran, variaría de opinión. Y el cura me contestó, y dijo: «Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: he recibido su carta por conducto del Sr. Matías Berga, en la que usted me dice desea saber los sucesos ocurridos en la noche que el Sr. Salcedo pernoctó en este pueblo. Es cierto que yo me hallaba con el Sr. Salcedo la noche del suceso, acompañándole con varias personas en casa del señor juez municipal (que era el cabecilla, el que armaba estos escándalos) D. Alberto Cano, y esto lo hice para corresponder á la visita que el primero me hizo, y cediendo á las instancias de varias personas que le acompañaban cuando vinieron á mi casa ya al anochecer; lo mismo que hice cuando tuve el gusto de saludar á usted en esta su casa.» Este señor cura es una persona de una educación esmerada; no hay más que ver la carta para conocerlo. Obraba lo mismo con unos y con otros. «No ignora usted que un párroco tiene que ser para todos, y en este sentido, para que no hubiera motivo de preferencia, acompañé al Sr. Salcedo, lo mismo que hice con usted, sin significarme por ninguno.» Esto prueba la sinceridad y la dignidad de los actos de este señor. «Es absolutamente falso (continúa diciendo, y ruego al Congreso que se fije ahora en la gravedad que tiene esto) que al Sr. Salcedo se le insultase mientras permanecí yo allí presenciando las presentaciones que le hacían sus amigos, y la cena (de la cual yo nada tomé), ni con palabras ni con obras. Yo nada ví; tan sólo ví que vinieron á notificar que en varias casas se oían grandes gritos y se veían disparos de armas de fuego...» (*Risas*.) Dice se veían, y, efectivamente, tiene razón, porque de noche el disparo se ve, pues produce dos efectos: el ruido y el fogonazo. «...sin ver de dónde procedían. Pero lo que más me llama la atención es que se diga que Román Martín (este era uno de los amigos que yo tenía allí) disparase arma de fuego é insultase, siendo el hombre más pacífico y de costumbres más morigeradas

que hay en el pueblo. Nada sé de lo que sucedió en el centro del pueblo, que es donde habitan los que dicen fueron causantes del tumulto; pero vuelvo á repetir que en el tiempo que yo permanecí donde se hospedó el general, no ví ni oí el menor insulto contra él.»

Aquí, como ven los Sres. Diputados, existe un hecho grave, que es la declaración de los amigos del Sr. Salcedo de un suceso que se sabía que no era cierto y de que dice él ser testigo presencial. Los que afirmaban que vieron que fué insultado el señor Salcedo por segunda vez de palabra y también con disparos de armas de fuego, y que de todo esto había sido testigo el señor cura, afirman una cosa que reconocidamente sabían que no era verdad, faltaban á sabiendas á la verdad; y el que se dice testigo presencial de esos hechos, el que, estando allí, se hace testigo de esos hechos y los acepta y los presente tal y como los refieren los que los relatan, también falta á sabiendas á la verdad, si las palabras del señor cura, de las cuales no puede dudarse, son ciertas.

Vean ahora en este mi modo de juzgar un hecho tan grave, los que creen que yo vengo aquí á promover cuestiones personales con el fin de impedir el brillo de la razón y la justicia, de parte de quién está la moderación y la templanza, y vean los que están llamados á juzgar del acta de Miranda que no sólo son las coacciones religiosas y los actos vandálicos de salvajismo, sino un descaro que no tiene límites para escarnecer la razón y la ley, las armas con que se me combate. Vea el Congreso, ya que no quiso verlo la Comisión, que no sólo he sido víctima de hechos penables, sino de artimañas y de falsedades; palabra de que uso porque como se va acercando la hora de hablar de las actas falsificadas; y quiero que quede consignada esta prueba evidente, incontestable, de que se me ha combatido por medio de falsedades; y quiero que se note también esta calma, y esta justificación, y estas razones que yo ostento con tanta prudencia y con tantísima tranquilidad en presencia de hechos tan graves y que me son perjudiciales.

Yo siento mucho que los señores de la Comisión no estén en su banco; y que el candidato, Diputado durante diez y siete años, que con tanta insistencia ha solicitado venir aquí á defender su acta, no esté aquí tampoco para hacerse cargo de los argumentos y demostraciones que contra dicha acta se pueden aducir; pues como he dicho hace un momento, aquí ahora se trata de un hecho que si bien se ha afirmado por mis contrarios que era cierto, resulta, según he demostrado, que es falso, y deseaba yo saber qué tenían que contestar á esto los que dicen que en el acta de Miranda no hay más que las raspaduras de Oron y de Encio.

Como ven los Sres. Diputados, el hecho y las circunstancias de poner presos á esas pobres víctimas de atentados salvajes, y de acusar por distintos modos á las víctimas de los mismos ultrajes que han padecido, es repugnante; pues aún es más lo que ha pasado después. Aquella causa se comenzó á instruir el día 3 ó 4 de Marzo de 1893, y aunque estaban todos los elementos que podían servir para su esclarecimiento inmediatos al juez, ha durado un año, con diferencia de días, y ha resultado una cosa escandalosísima: que en esta causa, el único penado ha sido uno de los amigos míos. ¿Por qué? Porque dijo que

no podía declarar en ella ante el juez municipal por haberle visto á la cabeza de los amotinados.

Con ese motivo, fué á declarar ante el Juzgado de Briviesca; y la Sala de Burgos, en lugar de tomar este hecho como indicio de prueba de que mis amigos habían sido atropellados, y unirlo á los otros para destituir al juez municipal y que no subsistiera el escándalo de que actuara como juez instructor el más grande criminal, impuso á ese hombre honrado que denunciaba y protestaba al juez, una multa; ¡en lugar de castigarse al juez municipal, sale castigado el que no quiso declarar ante él por haberle visto á la cabeza de los amotinados; y esto podrá ser, en la forma, correcto y regular, pero en el fondo, ¡ah, señores! ¡cuánta deficiencia manifiesta, qué fondo de inmoralidad revela!

Pero hay más: llega el período del juicio; los ofendidos, que en vista de estas irregularidades temen verse indefensos ante el poder fiscal, piden que se les haga parte en la causa, pero el tribunal lo desestima. Y aunque el fiscal pide poner en libertad á los procesados, y aunque los ofendidos desean defenderse y que caiga la culpa sobre los que ellos vieron procesados y creen que son culpables, no se les hace caso. Señor Ministro de Gracia y Justicia, señor fiscal del Supremo, ¡cuánta parcialidad revelan estas cosas en favor de mi contrario y en contra de mis buenos amigos! Equidad, equidad; porque si no...

Habéis visto atentados salvajes, coacciones religiosas, parcialidad existente por parte de los tribunales, que si bien se manifiesta en hechos posteriores existió también durante las elecciones, como podría demostraros hablando del juez de Miranda; pero, para no molestaros mucho, voy á seguir exponiendo excesos que se cometieron en el acto de la votación, y que tienen mucha gravedad.

Tuve yo noticia de que por efecto de aquellas coacciones religiosas de que os he hablado, de entre los interventores que yo tenía, algunos habían desistido de representarme, porque decían que si yo tenía pacto con el diablo, no era cosa de que se condenaran; y había algunos pueblos en que me quedaba sin ningún interventor. Tal supe que acontecía en Albaina, donde hay una nutrida votación; y presumiendo que aquella Mesa iba á arrojar un número de votos considerable contra mí, busqué un notario y me marché al pueblo para evitar las contingencias de aquel hecho. Llegamos al pueblo el notario y yo, y lo primero que hicimos fué ponernos con testigos, á la puerta del colegio para poder tomar nota de todos los electores que iban entrando, y poder confrontar después su número con el de las papeletas del escrutinio.

Cuando llegó el momento del escrutinio, nos acercamos al salón; y al comenzarse, otro amigo elector y yo íbamos tomando nota de las papeletas que salían á favor de uno y de otro candidato; y al ver que la suma que hacían los individuos de la Mesa no coincidía con la que hacíamos nosotros, suplicamos al presidente que se hiciera el recuento de votos que manda la ley. No quiso hacer caso; y en lugar de cumplir con ese requisito legal, mandaron que se quemaran las papeletas fuera del local. Cuando yo ví aquel procedimiento tan absurdo é ilegal, le dije al presidente: «Señor presidente, apelo á la ley.» Contestó: «Nosotros ya hemos hecho la cuenta; y si á usted no le sale, nada tenemos que ver.»

Pedimos que se consignara en el acta la protesta de no haberse querido hacer el recuento y de haber quemado las papeletas, sin acceder al recuento y sin preguntar si había alguna reclamación que hacer, y no se nos hizo caso. Requerimos al notario para que diera fe de aquello que pasaba allí; y á todo esto las papeletas quemándose fuera del local. Vino el notario, solicitó actuar, se lo concedió el presidente, é iba á dar testimonio de lo que estaba sucediendo, cuando comenzaron á gritar los enemigos y se armó allí un *Canfranc*. (*Risas*.) Gritaban unos: ¡que se vaya el notario! ¡que se vaya el Sr. Villegas!, etc. El presidente mandó despejar el salón, nos echaron á todos á la calle y cerraron las puertas del colegio.

Claro es que se había cometido allí un atropello; claro es que de esa manera se demostró que se quería ocultar la verdad electoral; pero no es esto solo lo que pasó, sino que después continuó el tumulto en el pueblo, profiriéndose amenazas y terribles blasfemias por aquellos mismos que se decían católicos, é iban dirigidos por los curas, para que retiráramos la protesta bajo pena de la vida.

Sin embargo, nosotros tuvimos el valor de permanecer allí hasta las ocho y media de la noche. A esta hora vino un individuo de los que estaban arriba encerrados y fijó á la puerta del colegio el certificado con el resultado de la elección, que era tal cual ellos querían que fuese. Quisimos nosotros que subiera el notario, á ver si se habían consignado las protestas; los gritos aumentaron entonces, y el notario me rogó, que puesto que lo que allí se quería era que yo me fuese, que me retirara, en la seguridad de que él sabría cumplir con su obligación, y haría la protesta en debida forma, según le había yo encargado, y se evitaría todo motivo ó pretexto para escándalo. En efecto; me retiré á mi casa á las nueve de la noche, y el notario pidió permiso para subir al salón. Al principio se lo negaron, creyendo que yo estaba allí y que íbamos á entrar los dos; pero después le dijeron que podía subir; sólo que le añadieron: «Puede usted subir cuando quiera; pero los testigos que dice usted necesita que entren, esos no entran.»

Todo esto consta en el acta notarial, cuya única falta, según nuestros enemigos, es que no fué extendida, como manda la ley, dentro del local; pero que tuvo que extenderse fuera del local, porque no dejaron al notario ejercer dentro su ministerio. Ahora bien; á pesar de las afirmaciones de esa acta notarial, en que se ponen en evidencia esos delitos electorales cometidos y todo lo que allí sucedió, dice la Comisión que no hubo protesta ni reclamación alguna; y á pesar de que el notario afirma que él mismo las formuló, y que él y yo fuimos echados del colegio, y que nos amenazaron para que retirásemos las protestas, dicen tan frescos los de la Comisión que no hubo protesta, se desentendió esta de lo sucedido y como si se tratara de un acta ordinaria donde no hubiera pasado nada, hizo el cómputo de 170 votos de mayoría en favor del Sr. Salcedo, la mayor votación que ha obtenido en el distrito. La Comisión de actas no ha tomado nada de esto en cuenta, ¿y qué alega para hacerlo? Yo siento que no se halle presente ni siquiera un solo individuo de la Comisión, lo que me parece que es hasta una falta de cortesía; pero en fin...

El Sr. PRESIDENTE: La Comisión está ocupada en el examen de otra acta, y leerá lo que S. S. dice

en el *Diario de Sesiones*, al que S. S. mismo da tanta importancia, como demuestra el hecho de haber insertado en él todos los documentos.

El Sr. VILLEGAS: Creo que, por lo menos, el ponente debía asistir á la discusión; pero ya que al señor Presidente le parece bien, y que eso está justificado...

El Sr. PRESIDENTE: Lo que no encuentro justificado es lo que dice S. S.; que no tiene la palabra más que para defender el acta.

El Sr. VILLEGAS: El acta notarial después del encabezamiento, con cuya lectura no quiero molestar á los señores que me escuchan, y así seguiré las indicaciones del Sr. Presidente, que quiere que yo sea lo más conciso posible; dice: «que previa manifestación al presidente del propósito de intervenir, y leídas que habían sido las papeletas extraídas de la urna por el señor presidente en el período del escrutinio, se concluían de quemar por un alguacil, sin hacerlo á presencia de los concurrentes, según lo dispuesto en el art. 53 de la ley del sufragio universal, y sin haber preguntado el señor presidente, antes de proceder á la quema de las papeletas, si había alguna protesta que hacer contra el escrutinio.»

Esta es la protesta que el notario quiere formular; y como no puede formularla porque le echan del salón, tiene que decir todo esto cuando está fuera del local, pero es porque se le ha obligado á salir; y esta es una prueba evidente de lo que yo trato de demostrar, á saber: que aquella acta no expresa la verdad electoral.

Pero, ¿por qué no consignó esta protesta? El mismo lo dice: «Yo el notario iba á comenzar ya á extender el acta, cuando por la excitación creciente que había en los ánimos de bastante número de electores presentes en el local, que manifestaban su oposición á la solicitud del Sr. Villegas y electores, como queda dicho, dispuso el señor presidente que inmediatamente se desalojara el local, como así se verificó, quedando los señores individuos de la Mesa á puerta cerrada. Que desde este momento el Sr. Villegas y los electores que se interesaban en su propio fin, acompañados del presente notario, permanecemos en la calle esperando la resolución de la Mesa; que al mismo tiempo había varios grupos de electores en la calle también, y en vista de que algunos de ellos se mostraban bastante excitados, varias personas se nos acercaron aconsejando repetidamente al Sr. Villegas retirase las reclamaciones y protestas que había formulado, pues de no hacerlo así se corría peligro. Que á pesar de esto y de haberse notado varias expresiones y actitudes imponentes, permanecemos en nuestro sitio, hasta que á las ocho y media ó nueve se abrió la puerta, etc.»

Queda perfectamente demostrado con el testimonio de una acta de presente extendida por un notario, que hubo una excitación grande, que nos echaron del salón y que en la puerta nos amenazaban con palabras y actitudes imponentes si no retirábamos las protestas.

¿Qué es lo que la Comisión de actas alega para demostrar que no se debió tomar en cuenta esa acta notarial? Lo siguiente: los amigos del Sr. Salcedo buscaron otro notario, y al cabo de algunos días de ocurrir los hechos que he referido, se presentaron allí, llamaron á 33 electores de los 243 que habían votado, y con esos 33 electores se extendió un acta de

referencia en la que pinta las cosas á su manera, pero que después de todo venía á comprobar lo que dice el notario y lo que digo yo, de que aquella acta no pudo tomarse en consideración para el cómputo de votos. En esa acta se hacen las afirmaciones siguientes: «que las papeletas fueron quemadas por mandato del presidente en el sitio de costumbre, como siempre, á presencia de los concurrentes, cuya quema tuvo lugar frente á las puertas que dan entrada al referido local.» Es decir, que confiesa, no sólo lo que dice el notario, sino que ellos mismos reconocen que las papeletas se quemaron fuera del local; esto es ya un delito electoral.

Y añade que «ni durante la elección, ni durante el escrutinio, ni en la quema de papeletas, con la que quedaba terminada la elección, hubo excitación de ánimos en los electores que había en el local y fuera del local, y que reinó el orden más perfecto.» Aquí, no sólo se faltó á la verdad electoral, sino que se cometió un delito común, porque es desmentir al notario que en ministerio de su deber da cuenta de lo ocurrido por medio de un acta de presente.

Sin embargo, el acta que ha servido á la Comisión para decir que esto no tuvo importancia, dice que no hubo desorden.

Treinta y tres electores de los 243 que habían votado, dicen que no hubo desorden, y la Comisión cree á esos reos de su culpa, á esos que tuvieron la culpa de lo sucedido, y no quiere creer á un notario que, en cumplimiento de su deber, da fe de esos atropellos, de esas amenazas y de esos insultos que se nos habían hecho.

Dice también que «después de pedir las certificaciones los Sres. D. Eustaquio Marquina y D. Baldomero Villegas, se ausentaron, volviendo después dicho Sr. Villegas reclamando á la Mesa cinco votos que le faltaban, según su cuenta.» Y siendo así que los interventores de la Mesa confiesan en esta acta que hubo reclamaciones, ¿no ve la Comisión de actas, no ve el Congreso que es falsa el acta de escrutinio en que estos interventores dicen que no hubo reclamaciones ni protestas? Y ante esa contradicción en que incurren los interventores, ante esa demostración de falsedad del acta del escrutinio, ¿cómo computan los señores de la Comisión los votos que contiene el acta de Albaina para el escrutinio general?

Si el Sr. Presidente lo permite, le ruego que traigan el expediente del acta de Miranda, para que los Sres. Diputados vean que el acta de escrutinio del pueblo de Albaina dice que no hubo protesta ni reclamación alguna.

Han dicho cinco, como podrían haber dicho uno ó cincuenta; pero esto no es del caso; el hecho es que hubo reclamación, y está, como se vé, confesado por los mismos interventores. Pues bien; la Comisión acepta y se obstina en que no hubo protestas y que allí no se alteró para nada la verdad electoral. Ya ven los Sres. Diputados de qué manera tan arbitraria, tan inconveniente é irracional se ha procedido contra mí.

Esos mismos interventores dicen luego: «Que en vista de la insistencia del Sr. Villegas en sus reclamaciones ilegales, inoportunas y fuera de tiempo, y de que se permitía escribir sobre la urna que estaba sobre la mesa, cuando ya todo acto electoral, excepción hecha de la extensión de las actas, estaba concluido; entonces fué cuando varios electores solici-

taron del señor presidente que, toda vez que el Sr. Villegas no había justificado ser elector ni candidato proclamado, se le expulsara del local, y dicho señor presidente ordenó que, tanto el Sr. Villegas como los electores, despejaran el local, sobre las seis de la tarde, para que la Mesa quedara á puerta cerrada.»

Y en esta confesión que hacen resultan dos declaraciones preciosas: una, que fué á las seis cuando se quedaron á puerta cerrada, y como en otra parte dicen que se quedaron así hasta las ocho y media ó nueve, resulta que confiesan haber faltado al art. 54 de la ley. Otra, que como confiesan que el despejar el salón fué para quedarse á puerta cerrada, y como el art. 55 dice que el quedarse á puerta cerrada es para consignar las protestas, resulta que las reclamaciones y protestas hechas por mí no eran inoportunas ni fuera de tiempo, y que faltaron á su deber al no consignarlas. ¿Por qué no las consignaron? ¿Será por el gusto de cometer delitos y de contraer responsabilidades?

No hay más que leer los artículos de la ley electoral para comprender que cometieron graves delitos. El art. 52 dice así: «Hecho el recuento de los votos según resulte de las operaciones anteriores, preguntará el presidente si hay alguna protesta que hacer contra el escrutinio.»

Recuento, según el Diccionario de la Lengua, quiere decir: cuenta ó enumeración que se hace de una cosa. De modo que después de la cuenta debió preguntarse si hay alguna protesta que hacer, y en vez de eso no se quiso admitir la protesta, y se salió del paso diciendo la Mesa en el acta de escrutinio que *no se presentó protesta ni reclamación alguna.*

¿Se quiere mayor desplante? ¿No indica esto que allí no se atenían á la ley, y que todo era arbitrario? El art. 53, dice: «En seguida se quemarán, á presencia de los concurrentes, las papeletas extraídas de la urna, con excepción de aquellas á que se hubiese negado validez ó que hubiesen sido objeto de alguna reclamación, las cuales se unirán todas al acta, rubricadas por los interventores, y se archivarán con ella para tenerlas á disposición del Congreso.»

Ahora bien; en el acta de referencia de los 33 electores, se dice que las papeletas no se quemaron en el local, sino frente á la puerta. Pues aunque así fuera, que no lo es, resultaría que no se habían quemado á presencia de todos los electores, sino de los electores que estaban al lado de la puerta.

Y dice el art. 54: «el resultado del escrutinio se publicará inmediatamente por certificación fijada en la parte exterior del edificio.» Ya hemos visto que tanto, según dice por acta de presente el notario llevado por mí, como dice por referencia unos días después el llevado por ellos, el resultado no se publicó hasta las ocho y media de la noche; luego también en esto hubo delito. El art. 55 dice: «Concluídas todas las operaciones anteriores y á puerta cerrada, el presidente y los interventores de la Mesa firmarán el acta de la sesión, en la cual se expresará detalladamente el número de electores que haya en la sección, según las listas del censo electoral, el de los electores que hubiesen votado y el de los votos obtenidos por cada candidato, y se consignarán sumariamente las reclamaciones y protestas formuladas.»

Y á pesar de que esto está tan claro y terminante, y á pesar de que ellos confiesan que nosotros hicimos las reclamaciones antes de que se quedaran

las puertas cerradas, las reclamaciones y protestas no se consignaron. Ahora bien; no se comprende que se cometieran tantos delitos por el gusto de faltar á la ley, sino por la necesidad de sostener el propósito que tenían de hacer que resultara una votación contraria á la verdad.

Dice también el acta que presentan los amigos del general Salcedo: «que terminados dichos actos próximamente á las ocho y media ó nueve de la noche...»

Ya lo oís, á las ocho y media ó nueve, desde las cinco ó cinco y media en que quedaron las puertas cerradas; porque ya saben los Sres. Diputados que á las cuatro se da por terminada la votación; podrían tardar hasta las cinco y media en hacer el recuento; pues ahí tenéis otra prueba de delito, *porque reardaron indebidamente el conocimiento de la verdad electoral*. Y sigue diciendo el acta: «y cuando el presidente y los interventores se disponían á retirarse á sus casas, llamaron á la puerta del colegio, que abrió dicho Sr. Presidente viendo que el que llamaba era el notario, que sólo solicitaba permiso para entrar, y le fué concedido, ordenando además el presidente que entrara también el elector D. Melquiades López de Ulibarri (que era el cura de Páriz, que capitaneaba los grupos del general Salcedo) para que presenciara la petición del notario». Pues ahí tenéis otro delito electoral por prohibir entrar al notario *con dos testigos*, y dejándose imponer el presidente por el que capitaneaba los grupos, el cura de Páriz, con lo que resultó *imposibilitado el notario de ejercer su ministerio*.

Por último, en esta acta que suscriben esos interventores, y en la que ellos mismos dicen que no ha pasado nada ni ha habido ningún escándalo, viene también una declaración de D. Nicanor Samaniego, alcalde pedáneo del pueblo, y este señor afirma que «ni durante la elección ni después de ella, ni dentro ni fuera del colegio, se alteró el orden.» Ya han visto los Sres. Diputados lo que dice, con los requisitos legales, el notario llevado por mí; á saber: «que hubo amenazas de palabra y con actitud imponente; que hubo tumulto en la calle. Pues aquí hay otro delito, por tratar de desmentir al notario; cosa que se explica, porque eran este mismo alcalde de barrio y sus criados los que estaban con el cura de Páriz al frente del motín, cometiendo esos atentados, no sólo contra la ley electoral, sino contra la ley común.

Como ven los Sres. Diputados, el modo de proceder de la Comisión de actas no tiene justificación; porque hay que considerar que en la elección de Miranda, y según las cuentas que hace el señor general Salcedo, mi contrario, debe ser proclamado él por 24 votos de mayoría; y la Comisión se funda en estas apreciaciones del Sr. Salcedo para deducir que, en efecto, él tiene respecto de mí una mayoría de 24 votos. Tratándose de un acta en que, como acabamos de ver, da una mayoría de 170 votos, y dado el criterio legal que hay en estas Cortes de anular las actas cuando reconocidamente son falsas ó prueba de que no representan la verdad de la elección, esta acta no se ha debido tomar para el cómputo de los votos; y anulando 170 votos, y descontando los 24 que el Sr. Salcedo supone tener de mayoría, pueden deducir los Sres. Diputados quién debe ser, por razón aritmética, aun sin tomar en cuenta esos abusos

de las coacciones religiosas y esos atropellos vandálicos de Quintanilla de San García, tomando únicamente en cuenta pruebas como éstas, frente á las cuales nada debe aducirse en contra, pueden deducir los Sres. Diputados quién debe ser el verdadero representante del distrito de Miranda; y si se toma en cuenta todos los excesos que contra mí se han cometido, no puede caberles duda alguna de que debo serlo yo.

Cuando el notario, en cumplimiento de lo que marca la Real orden de 8 de Abril de 1884, dió cuenta al juez de primera instancia de los excesos cometidos y de los atropellos realizados para impedirle que cumpliera con su ministerio, el juez de Miranda y la Audiencia de lo criminal de Burgos han apreciado estos hechos de tal manera, que en lugar de hacerse cargo de todos ellos, en sus resultandos y considerandos ven lo que quieren ver, y resulta como si no existieran otras cosas que no debieran dejar de ver, y dan su juicio absolviendo con la condición de provisional, pero absolviendo á los autores de esos atentados. Para que el Congreso y las personas que gusten enterarse de la sinceridad con que se cumplen las leyes en nuestro país, puedan juzgar de la conducta de la Audiencia de lo criminal de Burgos en esta cuestión, voy á leer el acta del notario, que es el mismo proceso, y expresa por sí sola los delitos; y la sentencia; y sin necesidad de hacer ningún comentario, creo que verán los Sres. Diputados, y todos los que tengan conocimiento de estas cosas, una parcialidad tan grande en aquel tribunal, que espero servirá de prueba para demostrar las dificultades insuperables, inmensas, con que el cuerpo electoral ha luchado, y verán el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, y principalmente el señor fiscal del Supremo, la necesidad de proveer, hoy ó algún día, á una necesaria reparación.

Para no hacer la cosa más pesada, que ya lo ha sido desgraciadamente bastante por sí misma, no leeré toda el acta del notario, sino que condensando, se ve que constan en ella tres cosas: primera, que el notario fué echado del salón por los gritos y el alboroto que se promovió, y quedando la Mesa á puerta cerrada, con lo que se impedía que aquél cumpliera con su ministerio; segunda, que mientras el notario estaba á la puerta del colegio, con objeto de esperar á que terminase la operación y poder dar fe de lo que había pasado en dicho edificio mientras el notario, digo, esperaba á la puerta del edificio, desde las cinco y media próximamente hasta las ocho y media ó las nueve, se dirigieron grandes amenazas de palabra y con actitudes imponentes, para que se retirasen las reclamaciones y protestas; tercera, que cuando ya dejaron entrar en el salón al notario, no le permitieron que lo hiciera con dos testigos para que pudiese dar testimonio de los hechos, sino sólo, y con los que capitaneaban los grupos de los contrarios.

Hay, pues, tres delitos graves en esta acta notarial del pueblo de Albaina; y á pesar de las terminantes declaraciones del notario, la sentencia se desentien- de de esas faltas, y dice: «Resultando que enviada copia del acta al juez de instrucción de Miranda de Ebro, y comenzada esta causa, dicen el presidente é interventores de la mesa electoral de Albaina, que verificando el escrutinio preguntó el presidente si estaba bien; que las papeletas se quemaron en un pasillo por estar entarimada la sala en que la elección tuvo lugar, y

por el mucho humo que hubieran dado; que estuvieran esperando como un cuarto de hora al notario, y viendo que no venía, se marcharon. Resultando que terminado el sumario y celebrada la oportuna vista, solicita el ministerio fiscal el sobreseimiento provisional. Considerando que de las diligencias practicadas no resulta debidamente justificada la perpetración del delito que ha motivado la formación del sumario. Visto el art. 641 de la ley de enjuiciamiento criminal, se sobresee provisionalmente en esta causa.»

¿A qué llamará esa Sala perpetrar un delito, cuando aquí se acaban de manifestar tres clases de delito, no solamente en el acta del notario Sr. Salmones, llamado por mí, sino también en las actas de referencia levantadas por los partidarios del Sr. Salcedo? Pues bien; sin embargo de esto, dice la Audiencia de Burgos que en vista de que no hay delito ninguno, sobresee provisionalmente. Yo tengo necesidad de encontrarme en presencia de los Sres. Ministros para hacer algunas consideraciones sobre este particular. El hecho, como se ve, es bastante notable, y sin embargo, aquellos señores magistrados, ó no vieron ó no quisieron ver.

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Villegas, yo tengo el sentimiento de decir á S. S. que se van á cumplir las cuatro horas que le concede el Reglamento para hablar sobre este asunto sin que nadie le conteste, y que son cabalmente las que dura una sesión.

Por consiguiente, si puede S. S., en los pocos minutos que restan, concretar la exposición de sus ideas, se suspendería luego la discusión y le contestarían á S. S. en la sesión inmediata; pero si S. S. ha de hablar mucho más tiempo, no hay más remedio que preguntar al Congreso si concede autorización para que S. S. continúe hablando, puesto que yo no tengo facultades para ello.

El Sr. **VILLEGAS**: Señor Presidente, yo tengo todavía bastante que decir. (*Rumores.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Ya comprenderá S. S., por las indicaciones que le hacen, que acaso sería lo más favorable para S. S. el concretar en pocas palabras su pensamiento, á fin de que luego le contestaran.

El Sr. **VILLEGAS**: Cuando un asunto es muy vasto, es difícil concretar en pocas palabras.

El Sr. **PRESIDENTE**: Pero por vasto que sea un asunto, el Reglamento considera que con una sesión basta ordinariamente para que un orador exponga cuanto se le ocurra acerca de él. Su señoría ha hablado ya cuatro horas acerca del particular, y hay otras actas que están esperando que se tome una resolución sobre la que se está discutiendo.

El Sr. **VILLEGAS**: Señor Presidente, yo en esta cuestión estoy en notoria desventaja con S. S.; porque no puedo, ni el Reglamento lo consiente, entrar en cierta discusión con la Presidencia; así es que yo lo único que debo manifestar es que me restan que hacer todavía una porción de consideraciones.

Yo, Sr. Presidente, voy á exponer á S. S. una cosa, si me lo permite. Yo soy un oficial del ejército que he tratado de cumplir siempre con mis obligaciones, y he tenido la ocasión y la suerte de prestar uno de los servicios más importantes y delicados que puede hacer un oficial en su carrera, según es público y es notorio, que es lo que más estimo yo, y ese servicio consiste en que soy el autor

del plan de campaña con que se dió fin á la última guerra civil; y á pesar de ser esto una verdad, he tenido resignación y paciencia cuando me he visto olvidado y preterido por mis superiores, y me he conformado con mi modesta posición. Después me he encontrado en cierta ocasión agraviado por uno de mis superiores, y hube de apelar á S. M. la Reina, como jefe superior del ejército, en demanda de la reparación que yo consideraba necesaria; y aunque los altos Poderes del Estado debieron de atenderme, tuve la desgracia de que el mismo que había cometido el atropello contra el cual yo reclamaba, vino á ser Ministro de la Guerra, y encontrándose juez en el mismo asunto en que era parte, tomó el nombre de S. M. y resolvió el asunto en su favor; y aunque no pudo resolverle en contra mía perjudicándome directamente, lo hizo de modo que se dilatase indefinidamente la resolución; y ésta, en efecto, no ha venido aún, y me encuentro perjudicado en mi carrera, molestado y agraviado por culpa de mis superiores.

En esta situación, viendo que á otros les sucede otro tanto, y que en nuestro país no se toman en cuenta los servicios que se prestan, y que ni siquiera se procede rectamente en la administración de justicia, me confirmé en la idea que tenía de lo desconcertado que está nuestro país, y he acudido al cuerpo electoral, con el anhelo de contribuir á poner término á los males que sufre la Patria; mas he visto que, aun cuando he luchado al lado del partido liberal, he tenido en contra todo el mecanismo gubernamental; y habiendo, sin embargo, vencido en buena lid, se me disputa el triunfo y se me arrebató el acta con intrigas de antecámara, y me veo abandonado por los mismos señores en donde creía yo hallar amparo para mi derecho; y cuando, como en última instancia, apelo al Congreso, me encuentro con que se ponen límites á mi derecho de defensa y no se me deja seguir hablando. Debo consignar que la decepción es horrible, y no cese de preguntarme: ¿es que en nuestra Nación está cerrado el camino del derecho á toda aspiración noble, y que no hay otro remedio que pensar en términos de violencia ó en someterse á vivir de la cábala y de la intriga?

Si he sacrificado mis intereses y he empleado mis energías en la lucha electoral para emancipar á los electores de un distrito de la tiranía del caciquismo de que venían siendo víctimas, y que estaban deseando que comenzase para ellos el reino de la justicia; si después de tener un éxito tan grande, vieran los pueblos estériles sus esfuerzos por falta de apoyo en estos centros, y que hasta se les negaba los medios naturales de defensa, ¿qué recurso les queda?

Yo ruego al Sr. Presidente que no me quite la palabra, y en último caso, que consulte á la Cámara si me concede autorización para continuar haciendo uso de ella.

El Sr. **PRESIDENTE**: La Mesa no tiene otro interés que el de que se cumpla el Reglamento, el del buen orden de los debates y el de la marcha regular de los asuntos parlamentarios. En este concepto, considera que tal vez podría S. S., en beneficio propio, procurar que le contestase pronto la Comisión, y al volver á hablar después, decir todo lo que según S. S. tiene aún que añadir, cuando, después de todo, hoy muy poco tiempo ha de poder continuar, porque tenemos que pasar en seguida á otro asunto.

El Sr. **VILLEGAS**: Señor Presidente, yo atiendo con mucho gusto siempre las indicaciones de S. S.; deseo complacerle y servirle; y es para mí una gran contrariedad el tener que ocasionar molestias á la Cámara y á S. S.; pero he examinado los artículos del Reglamento que se refieren á este punto, y sin ánimo de discutir con la Mesa, quiero defender mi derecho; y por tanto, suplico al Sr. Presidente que se dé lectura al art. 139 del Reglamento antiguo, que ahora es el 140.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Dice así:

«Art. 140. Para que un discurso pueda prorrogarse más tiempo que el de una sesión, se necesita el acuerdo del Congreso.»

El Sr. **VILLEGAS**: Tenga S. S. la bondad de hacer que se lea el art. 138 del Reglamento antiguo, ó sea el 139 del actual.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Dice así:

«Art. 139. Todo discurso se pronunciará de viva voz y se continuará sin intermisión, salvo que fueren pasadas las horas de Reglamento, y el Congreso no acuerde prorrogar la sesión.»

El Sr. **VILLEGAS**: Perfectamente; de modo que todo discurso...

El Sr. **PRESIDENTE**. Su señoría va á discutir con la Mesa; ésta entiende que S. S. ha hablado cuatro horas en este asunto sin que nadie le conteste, y como no es posible, por el orden de los trabajos legislativos, que las cuatro horas de sesión se destinen á este asunto, le digo á S. S. lo que á otros señores Diputados electos que se encontraban en su mismo caso. Yo creo que lo mejor es consultar á la Cámara si S. S. ha de continuar en el uso de la palabra; y si la Cámara lo considera oportuno, sea en buen hora. Yo no tengo ningún interés en que deje de hacerlo.

El Sr. **VILLEGAS**: Pues yo ruego al Sr. Presidente que se consulte á la Cámara.

El Sr. **PRESIDENTE**: Eso es lo que yo he dispuesto.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): ¿Acuerda la Cámara otorgar mayor tiempo al Sr. Villegas para que explane su discurso?»

Habiendose pedido por suficiente número de señores Diputados que la votación fuera nominal, se verificó ésta y dió el resultado siguiente:

Señores que dijeron sí:

Ramos Calderón.
Amat Esteve.
Martos.
Fernández Daza.
Alvarez Capra.
Marengo.
Vergez.
Aznar.
Avila.
Pacheco.
Trueba.
Requejo.
Risueño.
Spottorno.
Auñón.
Villamanrique (Marqués de).
Peralta.
Garzón.
Fernández Blanco.
Montes.

Rodrigáñez.

Sánchez Pastor.

Font de Mora.

López Oyarzábal.

Comas.

Alsina.

Gallo.

Aparicio y Muñoz.

Recio.

González Ugidos.

García Molina.

Montilla.

López Muñoz.

Pardo Balmonde.

Quiroga.

Ariño.

Ortega.

Muro.

Lostau.

Mont Roig.

Sánchez Guerra.

Sánchez Albornoz.

Castillo Soriano.

Cuevas (Marqués de).

Torán.

Quintana (D. Pompeyo).

Prieto.

Laá.

Ceballos.

Gutiérrez Mas.

Liaño.

Pedregal.

Castañeda.

López Puigcerver.

Eguillor.

Ruiz Martínez.

Presilla.

Sendín.

Ballester.

Fernández Velasco.

Soler y Plá.

Esquerdo.

Sr. Presidente.

Total, 63.

Señores que dijeron no:

Gullón.
García Prieto.
Bugallal.
Calzado.
Figüeroa (Marqués de).
Bores.
Terol.
Cabezas.
Córdova.
Alonso Castrillo.
Torres (D. Antonio).
Burgos.
Lema (Marqués de).
La Fuente.
Casa-Torre (Marqués de).
Sánchez de Toca.
Viñaza (Conde de la).
Henestrosa.
Vilana (Conde de).
Dato.

Ruiz.
 Cos-Gayón.
 Osma.
 Pérez Ibáñez.
 Villaverde.
 Camacho.
 Ordóñez.
 Vadillo (Marqués del).
 Zozaya.
 Santos y Fernández Laza.

Total, 30.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Lastres): En vista del resultado de la votación, continuará el Sr. Villagosa oportunamente en el uso de la palabra.

Se suspende esta discusión.

Sucesos de Melilla.

Continuando la discusión sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Lastres): El señor Martín Sánchez continúa en el uso de la palabra.

El Sr. **MARTÍN SANCHEZ**: Procuraré ser lo más breve posible en mi rectificación, porque han de intervenir en este debate los primeros oradores de la Cámara, y creo que estaréis ansiosos por que eso suceda cuanto antes.

Decía yo ayer que el Sr. Ministro de la Guerra, con una habilidad especial, había tratado de desviar este debate, había pasado muy ligeramente sobre los cargos importantes que yo le había dirigido, y con su práctica parlamentaria, se había fijado en algunos puntos que yo de pasada había tratado, y que no eran los más esenciales.

El cargo más importante que yo había formulado contra el Gobierno de S. M. era el de imprevisión y de abandono hasta el 2 de Octubre. El Sr. Ministro de la Guerra y el Gobierno del partido liberal, que tenían noticia de que al construir el fuerte de Sidi-Aguariach habían de oponer cierta dificultad los moros fronterizos, debieron hacer que se cumpliera el tratado de Wad-Ras, puesto que no teníamos prisa alguna para la construcción de ese fuerte, porque según habíamos estado treinta años sin construirle podíamos haber estado treinta y dos ó treinta y tres, y cumpliendo ese tratado no hubiera sucedido absolutamente nada de lo que ha pasado. No puede alegar ignorancia el Gobierno de S. M., porque los periódicos se ocuparon con mucha anticipación de este asunto, porque el comandante general de Melilla lo anunció desde el mes de Julio y porque el comandante general de Melilla estaba pidiendo continuamente que se cubrieran, por lo menos, las bajas que había en los regimientos de la plaza.

De manera que esto que parece que tiene poca importancia, la tenía, y grande, á pesar de que el señor Ministro de la Guerra decía que con 300 hombres más, poco podríamos haber hecho en Melilla. Quizá después de provocado el conflicto, quizá en los sucesos del día 2 de Octubre, con estos 300 hombres más, hubiéramos batido á los moros, en cuyo caso hubiésemos quedado en circunstancias ventajosas para haber mandado uno ó dos batallones, los suficientes para que se hubiera continuado la construcción del fuerte.

Digo esto, porque las fuerzas que tomaron parte en el combate del día 2, sabe S. S. que pasaron muy poco de 300 hombres, y que aquellas fuerzas se retiraron, no porque se consideraran derrotadas, porque eran las suficientes para contener á los moros y para conservar el fuerte de Sidi-Aguariach; se retiró aquel comandante general, porque como no tenía reservas, tenía miedo á que algunas kabilas, la de Benisicar, por ejemplo, de las que estaban al flanco derecho, pudiera tomar parte en el combate y llegar hasta apoderarse de la plaza, si ésta no contaba con fuerza alguna.

De modo que el general Margallo, que por esto recibió los plácemes del Gobierno y del Sr. Ministro de la Guerra, hizo muy bien en retirarse, no porque le obligaran á ello fuerzas superiores, porque contaba con 300 hombres para batirlos, sino porque, antes que la conservación del fuerte, prefería desde luego la conservación de la plaza, y por eso se retiró, llegada la noche, verificando una retirada muy honrosa. Repito que si allí hubiera habido 600 hombres, es muy probable que los moros que atacaron el día 2 hubieran encontrado su castigo aquel mismo día.

El Sr. Ministro de la Guerra manifestó que en aquel telegrama que dirigió al general Margallo el día 1.º de Octubre le decía que obrara con arreglo á su espíritu y honor, y que no siempre debe interpretarse por los militares que lo que le aconsejan su espíritu y honor es batirse. Desde luego que dirigiéndose á un comandante general de una plaza, á una persona que tiene tan grandes responsabilidades, no siempre estas frases han de querer decir que ha de salir á batirse; pero como allí lo que decía el comandante general, era: temo que haya un conflicto; me piden que suspenda las obras; no tengo autorización para ello; ¿qué hago? Lo natural y lo lógico era que el Gobierno le hubiera contestado: pues suspenda las obras hasta que se resuelva la instancia (porque esto era lo que pedían siempre los moros) que han dirigido á S. M. la Reina, esa instancia que no ha parecido por ninguna parte. En estas condiciones, claro está que todo comandante general hace lo mismo que el general Margallo: continuar las obras del fuerte; y si le atacan, defenderse.

De todas las comunicaciones que dirigió el Gobierno al comandante general de Melilla después del día 2 de Octubre se deduce que no pensó nunca el Gobierno en el castigo de las kabilas. El Gobierno pensó en la construcción del fuerte; pero nunca en el castigo, si no se oponían otra vez; es decir, defenderse si volvían á agredir. En esto se fundaba otro cargo que yo dirigía al Gobierno. Yo entendía que debió pensarse en castigarlos, y después en construir el fuerte, porque íbamos á necesitar muchos hombres, mucho dinero y, sobre todo, mucho tiempo para construir un fuerte al frente de un enemigo que iba estando cada vez más envalentonado.

Hablaba en mi discurso de que se podían haber mandado á Melilla en seis ú ocho días 8.000 hombres, y respecto de esto, que el Sr. Ministro de la Guerra ha tratado de ponerlo, no diré en ridículo porque la frase no es á propósito, pero de considerarlo como una cosa imposible, no tengo que contestar más que S. S. los ha mandado. No tiene S. S. más que ver las fechas en que embarcó el ejército que mandó cuando fué á Melilla el capitán general Sr. Martínez Campos, y verá cómo en menos de ocho

días mandó 8.000 hombres; y como el campo atrincherado y los alojamientos que tenía preparados S. S. no eran más que para 12 ó 14.000 hombres, y S. S. mandó 8.000 más, es evidente que éstos llegaban en las mismas condiciones que si hubieran ido el primer día del conflicto. De manera que exactamente, con la misma actividad que S. S. desplegó cuando fué nombrado general en jefe del ejército de África el Sr. Martínez Campos mandando 8.000 hombres, hubiera podido mandarlos el día 4, el 5, el 6 ó el 7 de Octubre.

Y en cuanto á que estos 8.000 hombres se pasearan por el campo de Melilla y fueran á Frajana, Mazuza, Benisicar y Mezquita, tampoco es un imposible; porque estos 8.000 españoles, habiéndolos mandado con material, sobre todo con provisiones y medios de transporte, podían haber salido á las cinco ó las seis de la mañana de la plaza de Melilla; en una hora ó en hora y media, á lo sumo en dos, podían haber llegado al poblado más lejano de los antes indicados, á las nueve de la mañana, batir á aquella kabila, y á la una, á las dos de la tarde, en pleno día, retirarse; y si no cabían en la plaza, quedarse en el Polígono, ó acamparlos; que S. S., sin duda, dormiría al raso durante la guerra de África; esos 8.000 hombres hubieran pasado cuatro días esos trabajos sin gran quebranto, pues precisamente una de las condiciones del soldado español es la de que necesita menos comodidad que ningún otro para batirse. De manera que no era un imposible el haber mandado estas fuerzas á Melilla en ocho días y que el castigo de los rifeños hubiera sido inmediato.

Yo no he criticado que se hagan allí trincheras y campos atrincherados; lo que he censurado ha sido que se haya pensado en una campaña en el Riff, pues allí no tenemos nosotros que hacer ninguna campaña; porque en cualquier condición que nosotros vayamos al Riff, lo haremos siempre en muy malas, ganaremos poco y perderemos mucho. De manera que allí, cuanto menos gente vaya, mejor; y en mi concepto, ahora no había que haber hecho más que haber ido en los primeros días á castigar á las kabilas y después á conservar la plaza, y luego que el Sultán se hubiera entendido con los rifeños; yendo nosotros en todo caso á Ceuta, pero nunca á una campaña formal con el Riff.

Esta es mi opinión, la misma que han sostenido casi todos los generales españoles que han tratado de este asunto, como sabe el Sr. Ministro de la Guerra.

Con la habilidad que distingue á S. S., daba importancia á algunas cosas de mi discurso que no tenían ninguna y sacaba unas consecuencias enteramente contrarias á lo que de ellas se deduce; porque, en primer lugar, yo no leí aquí ningún telegrama en el cual se dijera que los moros habían escrito al bajá del campo para que fuera á la plaza de Melilla y exigiera una carta al general Margallo en la cual mostrara arrepentimiento de los hechos ocurridos el día 2, que prometiera que no se repetirían y que les admitiera á vender sus productos en Melilla. Para demostrar yo lo envalentonados que estaban los moros, hacía este argumento: que los moros no se contentaban ya con proferir amenazas y con disparar sobre nuestros soldados, fuertes y plaza, sino que llegaban en su osadía á querer que les diéramos una explicación. Esto no lo calificaba yo de

vergüenza. ¿Cómo había de calificar como vergüenza esto? Lo que decía era que por no haberles castigado pronto, por permitirles entrar en nuestro campo y demás cosas que hacíamos con ellos, dábamos lugar á que nos tuvieran casi conmiseración.

Y no quiero hablar de aquello que dijo aquí el Sr. Ministro de la Guerra de que lo mismo que había dicho en el salón de conferencias decía desde el banco azul. Si S. S. ha leído, que desde luego creo habrá leído, lo que la prensa dijo sobre lo que S. S. había hablado en el salón de conferencias, se habrá convencido que no es lo mismo ni se parece lo que ha dicho desde el banco azul. Pero repito que no quiero entrar en esta discusión, porque nos llevaría un poquito lejos; si he de hacer constar que los que á S. S. le han informado de lo que decía el general Margallo antes del 2 de Octubre y después del 2 de Octubre, no siempre le han informado con exactitud; y una prueba de ello es que S. S. dijo aquí una cosa que voy á leer:

«Voy á relatar una anécdota referente á este valiente soldado. Mandaba en Melilla un regimiento de la guarnición (y tened presente que esto os lo relato nada más que para que cause en vosotros el debido efecto); era comandante general de Melilla otro ilustre general, y en muchas ocasiones le decía el coronel del regimiento: «Mi general, allí, en aquella altura, hay un entorchado.»

Pues el que le ha informado á S. S. de esto, no le ha informado exactamente; porque tengo aquí la hoja de servicios del general Margallo, y no ha estado en Melilla más que cuando ha ido de comandante general. De modo que no habiendo estado de coronel en Melilla, no podía intentar aquel valiente soldado el ganar un entorchado en una altura que ni siquiera conocía.

No tengo autoridad para dar á S. S. consejos, y por esto no se los doy; pero me parece que S. S. no necesitaba deprimir la figura de ese soldado para su defensa en la cuestión del conflicto de Melilla. Creía el Sr. Ministro de la Guerra que yo le dirigía aquí un cargo concreto, y que arrojaba sobre él el cadáver del general Margallo, y ante esto se revolvía, y con razón. No hay tal cargo. Su señoría venía muy prevenido contra esto, y nos hizo un relato de lo sucedido el día 27, que no se parece en nada, Sr. Ministro de la Guerra, á lo que allí había pasado, y todo nada más que porque creía que le íbamos á arrojar el cadáver del general Margallo, y trataba de defenderse de eso.

El día 27, según el parte del general Ortega, de ese general que ha hablado con S. S. al pasar por Madrid, y según tres cartas que tengo en mi poder de distintos jefes, que no se conocen uno á otro, cuyas tres cartas coinciden, y según el testimonio de otras ocho ó diez personas que estaban allí y me lo han referido, he llegado á formar una idea bastante perfecta de lo ocurrido, y he podido comprender que S. S., en la relación que hizo de lo que había pasado el día 27 en Melilla, inventó nada menos que un fuerte que entonces no existía.

El general Margallo recibió la orden del señor Ministro de la Guerra, é interpretándola lo mismo que la interpretaron el general Ortega y la Junta de defensa de la plaza, salió á las nueve de la mañana á construir el reducto llamado entonces X, es decir, el fuerte que está saliendo de Camellos á la izquierda

da del camino de Sidi-Aguariach. La víspera había remitido á S. S. un telegrama en el cual decía: «Mañana salimos á construir el reducto X, ordenado por V. E.»; y el general Ortega, en su parte, decía lo que el otro día leí y volveré á leer: «Excmo. Sr.: Según oportunamente se dió á V. E. conocimiento, el 27 del actual se empezó la construcción de una batería frente al fuerte de Camellos, la del reducto X, proyectado por la Junta mixta, y se continuó el trabajo en las trincheras que debían enlazar, etc.»

De manera que aquel día salieron las compañías de ingenieros, y se dirigieron, dos compañías al reducto X, una compañía á una trinchera que había delante de Cabrerizas, de la que se apoderaron por la noche los moros, y otra compañía á construir una trinchera entre San Francisco y el sitio llamado Las Guarreras. De modo que no fué ninguna á ese fuerte que ahora se llama Reina Regente, y que cuando llegó allí el general Macías se llamaba X, porque entonces no existía. Así quedaron distribuídas las cuatro compañías de ingenieros.

El general Ortega estuvo con el general Margallo hasta las doce y media de la mañana; á las doce y media estaban todos en el reducto X viendo á los moros que se movían mucho por la parte de Cabrerizas Altas, no por Sidi-Aguariach, porque los moros en su táctica sabían muy bien que no podían atacar á los que estaban en Camellos porque estaban defendidos por el fuerte, pero que á Cabrerizas Altas podían atacarle casi á mansalva. En estas condiciones, vieron que los moros se dirigían á Cabrerizas Altas; el general Margallo dió orden al general Ortega de que se fuera á almorzar á la plaza, cogiera después el batallón de Extremadura y fuese con él á reforzar á un batallón de Borbón que estaba en Cabrerizas Altas. Continuaron los trabajos de ese fuerte X hasta las tres y media ó las cuatro de la tarde, y á esa hora sonó el primer tiro en Cabrerizas Altas; en seguida se corrió el fuego por toda la línea, desde Rostrogordo hasta Sidi-Aguariach.

El general Margallo hizo que se retiraran los trabajadores, desplegó en guerrilla los tiradores Matíser, despejó aquello de moros, y se retiraron las fuerzas á Camellos sin tener una baja; y cuando vió que por Cabrerizas Altas existía un fuego nutridísimo, mandó las fuerzas á la plaza, y él con su Estado Mayor se dirigió á aquel sitio. No fué el general Margallo el último que entró en el fuerte de Cabrerizas Altas; cuando llegó el general Margallo, las compañías de Borbón y de Extremadura no se habían retirado, sino que seguían en las trincheras; y tanto no se habían retirado, como que el general Margallo tuvo que mandar á un corneta que tocara retirada, y entonces entraron en el fuerte y entró él, estando ya corrido parte del puente.

Una vez en el fuerte, claro está que me ha de hacer la justicia el Sr. Ministro de creer que yo sé algo de lo que allí pasó aquella noche y al día siguiente; que el general Margallo se portó muy bien, como un valiente que era. A la mañana siguiente fué cuando salió aquel valeroso oficial de Estado Mayor á quien se refería S. S. ayer, que con riesgo de su vida fué á Rostrogordo á comunicar por teléfono con la plaza; y encontrando el teléfono descompuesto, fué á la plaza misma, donde se organizó aquella columna de socorro. El general Margallo no estuvo copado, ni mucho menos; pudo ir á la plaza, si hubiera querido, con las

fuerzas que reunió en Cabrerizas Altas, pero no lo hizo, ni lo intentó siquiera; lo que intentó fué desalojar á los moros de los barrancos que hay junto á ese fuerte que se ha construído después, para que no interceptaran el paso á las fuerzas que habían de venir de la plaza; y en esta salida para batir á los moros que estaban en aquellos barrancos, murió valientemente en las guerrillas aquel general, dando ejemplo á nuestras tropas de cómo se conducen sus generales.

No sé si el Sr. Ministro de la Guerra se habrá convencido de que el fuerte X que llamaba S. S., y que está entre Cabrerizas Altas y Bajas, entre aquellos dos barrancos donde tantas bajas nos causaron los moros, no existía ni había siquiera señales de él, como no fuera en la imaginación de S. S., ni habían pensado los jefes de la plaza en construirlo, hasta que después de la derrota del 27 y 28 de Octubre, cuando vieron que los moros podían ir por el espigón de Benisicar, subir por el barranco que se llama de «la muerte», y colocarse entre los dos barrancos que hay entre Cabrerizas Altas y Cabrerizas Bajas, se comprendió que era necesario construir otro fuerte que dominara estos dos barrancos, donde no podrían llegar los tiros ni de Cabrerizas Altas ni de Cabrerizas Bajas. Entonces fué cuando el general Macías, aconsejado por los ingenieros, resolvió construir ese fuerte; pero el día 27 no existía. Bien claramente se desprende de lo que dice el general Ortega en el parte que voy á leer para que la Cámara, no sólo me crea por mi palabra honrada, sino por lo que dice el comandante general que quedó en la plaza á la muerte del general Margallo.

«Acudí al sitio de la ocurrencia, en vista de las noticias que recibiera, cuando empezó el fuego y para sostener las sorprendidas fuerzas del regimiento de Borbón». Esta es la compañía del regimiento de Borbón que estaba protegiendo á la de ingenieros, que construía la trinchera delante de Cabrerizas Altas. Y sigue diciendo: «que tuvo que cambiar los útiles por las armas para defenderse; llamé en su apoyo al segundo batallón del de Extramadura, que estaba prevenido de antemano en previsión de cualquier intento por parte de los moros. Otra compañía de Borbón destacada en Cabrerizas Bajas.» Si hubiera existido el fuerte ó trabajos para el mismo entre Cabrerizas Bajas ó Altas, lo lógico, lo natural hubiera sido disponer ante todo de los trabajadores y fuerzas que allí estuvieran; pero el general Ortega tuvo que apelar á las fuerzas de Cabrerizas Bajas porque eran las más próximas. «Otra compañía de Borbón, destacada en Cabrerizas Bajas, recibió encargo de apoyar las anteriores fuerzas.» Y más adelante dice: «el batallón Cazadores de Cuba, que se retiraba de Camellos á su acantonamiento del Polígono, al entablarse el combate de Cabrerizas Altas, acudió y se estableció en Cabrerizas Bajas, y también sostuvo nutrido fuego con el enemigo.»

De modo que de Camellos, que está á la parte opuesta, el batallón Cazadores de Cuba cuando se retiraba á la plaza acudió á Cabrerizas Bajas. Si hubiera habido fuerzas y una compañía de ingenieros construyendo el fuerte entre Cabrerizas Altas y Cabrerizas Bajas, esta compañía y las fuerzas que le protegieran hubieran sido las primeras que acudirían al fuego; pero no había nada de esto, ni había una compañía de ingenieros, porque solo había cua-

tro compañías y estaban donde he dicho á S. S.; ni había fuerzas de apoyo, porque no había fuerte ni pensamiento de hacerlo.

No se necesitaba haber leído este parte del general Ortega, para comprender sin más que saber lo que íbamos á hacer á Melilla, que los fuertes no podían estar á la izquierda del Río Oro. ¿A qué iba allí nuestro ejército? A construir el fuerte de Sidi-Aguariach; de manera que teníamos que ir por la derecha del río desde Camellos á Sidi-Aguariach. ¿Y qué dice el general Margallo en la conferencia telegráfica que sostuvo con S. S. en la noche del 2 de Octubre? «Para llegar á Sidi-Aguariach, creo conveniente construir fuertes intermedios.» Pues á eso fué la Comisión técnica, á ver dónde debían construirse esos fuertes; y propuso un fuerte intermedio, que entonces llamaron X, y ahora núm. 1, y otro que se llama Sidi-Aguariach Bajo, formando un triángulo con el fuerte de Sidi-Aguariach que se quería construir; el fuerte de Sidi-Aguariach Bajo y el núm. 1 ó X, dominaban á Sidi-Aguariach y las canteras á que se refería S. S. el otro día, de donde se sacaba la piedra y la cal para el fuerte; es decir, que aquellos fuertes cumplían las condiciones que tenían que llenar; porque se necesitaba proteger á los trabajadores y á las fuerzas que protegían á éstos. De modo que es natural y lógico que los fuertes que proyectó la Junta técnica fueran emplazados á la derecha del río.

Por consiguiente, no necesitaba S. S., para defenderse de la muerte del general Margallo el día 28, recurrir á esto. Al general no le atacaron al construir aquel reducto; el ataque fué en la parte opuesta; de modo que quizá le hubieran atacado del mismo modo sin salir á construir el reducto X, y yo creo que el ataque fué independiente de la construcción del fuerte. De manera que aquí tenía S. S. la defensa, sin necesidad de otra cosa; y voy á la organización.

De la organización, dice el señor general López Domínguez que si no hubiera sido por las desgracias que ha traído para la Patria la cuestión de Melilla, quizá podría alegrarse, por haber visto que su organización ha dado excelentes resultados. Pero en el párrafo siguiente de su discurso al en que decía S. S. eso, hizo otro argumento con el cual se destruye completamente lo que dijo en el anterior; porque dice S. S.: yo quise llevar el segundo cuerpo de ejército á Melilla, y que el primero, que era reserva de aquél, cubriera sus guarniciones; este fué mi pensamiento; pero me encontré con que si todos los soldados iban de una región, y había muchas bajas, esa región iba á salir muy castigada.

Y ahí está el defecto de su organización; porque con la organización del general Azcárraga, que estaba ya en divisiones y en brigadas mandadas por sus generales respectivos, con aquella organización, S. S. hubiera cogido una brigada de Barcelona, una brigada de Valencia, otra de Zaragoza, otra de Extremadura ó de Galicia, de cada cuerpo de ejército una brigada, y si no era bastante, una división con sus generales, y así hubiera desaparecido el inconveniente que encontró en su organización.

Y vamos á la cuestión de las reservas, porque quiero concluir muy pronto.

Otro de los cargos graves que yo formulé contra el Gobierno de S. M. fué el relativo al llamamiento de las reservas, cargo que, en vez de desvanecerlo, ha

sido corroborado por el Sr. Ministro de la Guerra; porque dice S. S. en su discurso: «Yo fuí opuesto á que se llamara á las reservas; yo en aquel Consejo de Ministros me opuse á ello, porque creí que no eran necesarias; pero el país lo pedía, el país quería guerra, hubo manifestaciones, hubo efervescencias, y era naturalmente necesario dar una satisfacción al país.» Exactamente lo mismo que lo que yo decía. Y se llamaron las reservas, no porque hubiera necesidad de ellas, sino porque tenían miedo de que aquellas manifestaciones acabaran con el Gobierno.

De manera que para acallarlas era preciso darles gusto, y llamásteis á las reservas. Y no quiero insistir en este cargo, porque en vez de desvanecerle le ha confirmado, repito, el Sr. Ministro de la Guerra.

Una vez llamadas las reservas, dice el Sr. Ministro de la Guerra en su elocuente discurso: «Efectivamente, no hacían falta más que unos 65.000 hombres; pero yo llamé 112.000, es decir, llamé los tres reemplazos correspondientes á la primera reserva, porque era una organización nueva y quería ver el resultado que daba.» A esto, Sr. Ministro de la Guerra, tengo yo que contestar que mucho más fácil hubiera sido á la Administración central llamar nada más que el reemplazo del 89, y en cuanto se hubiera incorporado, llamar si hacía falta al del 88, y después al del 87; y puesto que no había prisa en la movilización (que este era el argumento de S. S.), haber ido haciéndolo así todo, con lo cual se hubieran llamado solo 30.000 hombres, se hubieran cubierto las bajas y nos hubiéramos ahorrado, poca cosa, unos 6 ú 8 millones de pesetas.

El cargo que yo dirigí á S. S. por haber llamado la reserva de caballería, la de artillería y la de ingenieros, no tiene defensa posible. Decía el Sr. Ministro de la Guerra: «aun cuando no se aumentó el material, como por economías se había dejado menos ejército permanente, tuve que llamar á esas reservas para que pudieran prestar todos los servicios ordinarios.» Pero, Sr. Ministro de la Guerra, ¡si había llamado S. S. á los que están con licencia ilimitada! ¡Si á los que S. S. licencia, si á los que tiene autoridad para licenciar son á aquellos que no llevan tres años de servicios, y los había llamado á todos y estaban ya completos los regimientos! De modo que estó fué una salida del Sr. Ministro de la Guerra, para que la Cámara creyera que efectivamente S. S. había hecho bien en llamar á las reservas. No; el gasto que se ha hecho por llamar á las de esas tres armas, es un gasto completamente inútil; no han hecho nada ni podían hacer, porque no había material, ni ganado, ni nada, para ello.

Sobran con los que estaban con licencia ilimitada; y la prueba es, que lo mismo en caballería que en artillería y que en ingenieros, sirven tres años, y al servir esos tres años, la cuarta parte, ó quizás más, se encuentran disfrutando licencia ilimitada; cuando ocurrió el conflicto en Melilla, por virtud de las economías realizadas en Guerra, S. S. llamó á esa cuarta parte, y eso estuvo perfectamente hecho; pero en cuanto á las reservas, lo primero que había que hacer era comprar ganado y material; porque sin eso, ¿para qué se querían las reservas? ¿Qué iban á hacer los de caballería sin caballos y qué iban á hacer los de artillería sin tener mulos para arrastrar el material? De modo que ese gasto de más de un millón de pesetas ha sido completamente inútil, y ade-

más se habrían evitado las molestias que se ocasionaron á esos infelices que salieron de sus casas.

Que en Francia, cuando se movilizaron las reservas, éstas pasaron hambre, pidieron limosna, y que lo hicieron muy mal. Naturalmente que lo hicieron mal; como que tenían una organización defectuosa y había en aquella época en Francia un espíritu mucho menos patriótico que el que hemos visto en España al hacer esta movilización.

Que España ha respondido perfectamente al llamamiento de las reservas. Los elogios que, según el Sr. Ministro de la Guerra, nos han tributado los extranjeros, no han sido con respecto á la organización, sino con referencia al espíritu patriótico que animaba á todos los españoles; los cuales, sin saber si tenían que venir ó no tenían que venir, se dirigían inmediatamente á las autoridades para ver si estaban comprendidos ó no en el llamamiento, y, en caso de duda, acudían. De modo que eso se ha debido al gran deseo que tenían todos de prestar un servicio á la Patria.

Por lo que hace á la cuestión de Getafe, de la cual el Sr. Ministro de la Guerra creyó que yo había hecho un gran argumento, debo manifestar á S. S. que no era ese el argumento principal que yo oponía á la organización dada á las reservas por S. S. Lo que yo decía era que habiendo estado el día 20 todos los reservistas en sus respectivos regimientos de reserva, con la organización del general Azcárraga el día 21 hubieran estado todos en sus cuerpos, y con la organización de S. S. resultó que el día 20 los que estaban en Getafe tuvieron que ir á Zaragoza, á Oviedo, á la Coruña, á Badajoz, y algunos se quedaron en Madrid. De modo que esos gastos y ese tiempo que se perdió revelan un gran defecto en su organización; y como le dije á S. S. cuando expliqué la interpelación, yo de esto me he de volver á ocupar, y si sigue S. S. mucho tiempo de Ministro de la Guerra tendré mucho gusto en volver á discutir con S. S.; pero si mi partido viene al poder, y esto de las reservas no se reforma, también discutiré con el Ministro de la Guerra de mi partido; porque la organización de las reservas, tal como se halla hoy, cuesta mucho y se tarda muchísimo tiempo en ponerlas en condiciones de batirse.

Por consiguiente, no crea S. S. que, al decir esto, me guía ningún afán de molestarle, sino únicamente mi deseo de que se reforme esa organización.

Que yo dije aquí que en dos días se podían movilizar las reservas. Incorporarse en España los reservistas á los regimientos de reserva, eso debe hacerse en dos días, porque la movilización en España es mucho más fácil y más sencilla que en Alemania, que en Francia y que en Italia, puesto que las distancias en España son muchísimo más cortas que en aquellos países. El Sr. Ministro de la Guerra, para contestar á mi argumento, hablaba de la concentración al propio tiempo que de la movilización, y eso en España es muy difícil porque viene en seguida la cuestión de los ferrocarriles. La concentración en España es difícilísima y se tarda mucho tiempo en realizarla por falta de líneas y de material ferroviario; pero la movilización, la presentación á los regimientos de reserva, eso en España es sencillísimo.

La prueba es fácil. ¿Dónde están los reservistas del regimiento de reserva de Madrid? En la provincia de Madrid. Y en el partido judicial de Illescas,

de la de Toledo, ¿cuánto tendrían que tardar en ir á Getafe? ¿tardarían dos días? No. Luego si, por ejemplo, se publica el decreto el día 4 y por telégrafo se comunica á los alcaldes, y éstos convocan á los reservistas, el día 6 pueden estar todos en Getafe.

Claro es que la movilización, lo que en la ciencia militar se llama movilización, no es esto sólo; pero esto sólo es lo que hemos hecho en España en esta ocasión.

Decía el Sr. Ministro de la Guerra que en Alemania la movilización de 1870 había tardado nueve y once días. Dispénsame S. S.; no dudo que así lo habrá leído; pero yo he leído autores alemanes que dicen que esa movilización la hicieron en seis días la infantería y en siete la caballería, y he leído dos autores franceses que dicen que esa movilización la hizo en siete días la infantería y en nueve la caballería. Pero de todos modos, no cabe comparación, porque en Alemania en los cuerpos de ejército que estaban cerca de la frontera se hizo la movilización y al mismo tiempo la concentración; fueron simultáneas.

Además, en Alemania movilizaron, no sólo, como aquí, la primera reserva, que si esto sólo hubieran hecho lo hubieran conseguido en dos días, sino que movilizaron la *Landwehr* y *Landsturm* y también los voluntarios de un año; es decir, todos aquellos que habiendo servido tres años en el ejército permanente no hubieran cumplido 40 años. Todas esas fuerzas entraron en la movilización. Ahora dígame el Sr. Ministro de la Guerra si en España quisiéramos hacer cosa semejante lo que pasaría y el tiempo que invertiríamos.

Por otra parte, nosotros hemos hecho ahora una movilización en tiempo de paz; porque cuando los reservistas han tenido que ir de una á otra parte, ¿han encontrado algún inconveniente para ello? ¿ha procurado nadie impedirlo? ¿Y pudieron moverse así los franceses? No; por eso lo hicieron tan mal; como lo hubiéramos hecho nosotros si hubiéramos tenido 50 ó 100.000 franceses en los Pirineos; entonces hubiera visto S. S. qué resultados daba su organización.

Se quejaba también el Sr. Ministro de la Guerra de que se había reducido el presupuesto, de que hace veinticinco años que se viene disminuyendo constantemente el presupuesto de la Guerra. ¿Pues de qué acusaron á S. S. los Diputados militares cuando se discutieron los presupuestos? Yo no pude hacerlo porque no estaba aquí; pero otros compañeros, ¿de qué acusaron á S. S.? Precisamente de eso: de que disminuía peligrosamente la consignación que había para material. De modo que no ha debido el Sr. Ministro de la Guerra quejarse de una cosa que S. S. mismo ha hecho.

Y voy á terminar con una brevísima rectificación respecto de la última parte del discurso elocuentísimo que pronunció el Sr. Ministro de la Guerra cuando se refería á la crisis y al nombramiento de general en jefe para el ejército de Africa.

¡Con qué habilidad, con qué elocuencia, con qué talento y con qué sinceridad, sobre todo, describía S. S. lo que había pasado para el nombramiento de general en jefe! ¡Con qué sagacidad agigantaba S. S. la figura del ilustre general Martínez Campos, de cuyos prestigios ha vivido y sigue viviendo el Gobierno, para colocarse detrás de ella y para que no

viéramos las grandes faltas que había cometido antes de aquel nombramiento el Gobierno de S. M.!

La llegada de Martínez Campos, la crisis, la enfermedad del Presidente del Consejo, las corazonadas en desprestigio del invicto general, todo esto llegó á impresionarme, y creí que el día 25 de Noviembre no tenía otra salida el Gobierno; que hizo perfectamente en proponer al general Martínez Campos para general en jefe del ejército de Africa y en quedarse el Sr. Ministro de la Guerra en su Ministerio. Pero si al argumento que S. S. expuso se le quita el ropaje, la elocuencia con que lo adornaba, ¿qué es lo que aparece allí, sino la idea que informaba todo mi discurso: que cuanto ha hecho el Gobierno del partido liberal no ha tenido otro objeto que conservarse en el poder?

¿Cuál era mi argumento al hablar del general en jefe? Mi argumento, que no sólo ha quedado incontestado, sino que lo ha confirmado plenamente S. S. con sus palabras, era el siguiente: el día 3 de Noviembre se reunió el Consejo de Ministros, y en aquella reunión se pusieron dos cuestiones sobre el tapete: el llamamiento de las reservas y el nombramiento del general en jefe. El llamamiento de las reservas, después de oponerse el general López Domínguez y no sé si algún otro Ministro, fué acordado por unanimidad; se acordó que el país gastara 14 millones de pesetas. El nombramiento de general en jefe no se hizo, y esto interesaba muchísimo al país, porque si aquel día se hubiera hecho, el general López Domínguez hubiera ido á Melilla ó se hubiera ido á su casa, lo cual después de todo, no importaba gran cosa al país; al país lo que le importaba en aquellos momentos era el nombramiento de general en jefe, para que el día 5 hubiera estado en los campos de Melilla, quince días antes de llegar el Príncipe Muley-Araaf, se hubiera castigado á los rifeños y hubiese vengado las ofensas recibidas; en una palabra, que las armas españolas y la bandera de la Patria se hubieran llevado á la altura á que las saben llevar todos los generales españoles, cualquiera que hubiera sido el general en jefe.

Claro está que el Gobierno y el Ministro de la Guerra han ganado con esta solución; pero todo lo que han ganado SS. SS. lo han perdido los intereses generales del país y el prestigio de la Patria.

He dicho.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Ha de permitir el Congreso que conteste en brevísimas frases á la rectificación del Sr. Martín Sánchez; y lo hago así, porque este debate se va convirtiendo en un debate técnico militar, y es posible que continúe siéndolo; y no son las Cámaras legislativas, en opinión mía, el lugar más á propósito para debatir detalles más ó menos importantes de organización técnica del ejército.

Contestando al primer discurso del Sr. Martín Sánchez, he dicho sobre la organización lo que he creído conducente á la defensa del Gobierno; el Congreso ha oído lo que de un lado y otro se ha manifestado, y él podrá juzgar. De todas maneras, voy á hacerme cargo de una cuestión que no es de gran importancia, pero que al fin y al cabo es conveniente esclarecer.

El Sr. Martín Sánchez, con el parte dado por el

general Ortega, el día 28 de Octubre, en la mano, quería explicar la situación de las fuerzas en los trabajos que empezaron el día 27 por la mañana; y S. S., que, naturalmente, habrá estudiado los planos, confrontando con ellos las cartas y las noticias de allí recibidas, se empeña en una cosa que no está conforme con la realidad.

Para convencerse del error en que está, ruego á S. S. se sirva pasarse por el Ministerio de la Guerra cuando guste, y allí sobre una mesa encontrará los sucesivos planos, que desde el principio de las operaciones en Melilla se han ido corrigiendo, ajustándolos á los distintos pareceres que se han emitido, primeramente por el comandante general de Melilla Sr. Margallo, después por la Comisión técnica, é introduciendo, por último, en ellos aquellas variaciones que estando ya en Melilla los generales Macías y Martínez Campos han ido éstos proponiendo y planteando. Y el Sr. Martín Sánchez encontrará en la delineación de los primeros proyectos marcada con la letra X la única altura en que debía construirse ese fuerte, que es el que está entre ambas Cabrerizas, avanzado sobre el río Oro, y también sobre Sidi-Aguariach; porque era el que por el flanco derecho había de proteger todas las operaciones en Sidi-Aguariach, y con la letra X se le designó en los primeros momentos, y con ella se le siguió designando, hasta que últimamente se le dió otro nombre. Suponía S. S., y no sé quién le habrá informado, que con esa letra X estaba señalado en el plano un fuerte que había de construirse delante de Camellos; podrá haber visto S. S. eso, y á mí me basta con que S. S. lo afirme; pero yo le aseguro que oficialmente nunca se designó con esta letra más que el que he indicado á S. S. Marcóse esa altura en los primeros momentos, por la importancia que tenía, no sólo para operar sobre Sidi-Aguariach, sino también para defender los barrancos ó derivaciones, que arrancan de Benisicar.

Yo, Sres. Diputados, desde el primer instante me fijé en esa altura, y cuando salió la Comisión técnica, cuyo presidente, el señor general Sanchís, estaba en Madrid, se le dió un plano, que constituía la base de las instrucciones para desarrollar sus proyectos, sin embargo de llevar amplia libertad para no sujetarse á él estrictamente; y en ese plano precisamente iba marcado el fuerte Canteras, ese fuerte llamado así por el general Margallo, á vanguardia del de Camellos, y también lo estaba una batería delante del fuerte señalado con la letra J. Recuerdo perfectamente estos detalles; tantas veces he examinado el plano, que no puedo menos de recordarlos!

Iban marcados en el plano facilitado al general Sanchís, el ensanche de fortificaciones en ambas Cabrerizas, la situación de ese fuerte X y una batería atrincherada delante del Polígono, y que enfilaba la avenida de Río de Oro; también estaban marcados el ensanche de Rostrogordo y una trinchera que había de cubrir el barranco por el cual se comunicaban ambos fuertes.

Igualmente se habían marcado, cuando se formó la Comisión técnica, y, por lo tanto, antes de que ésta diese dictamen, otra altura que está á la izquierda de Río de Oro, delante del fuerte X y á la izquierda del Espigón de Benisicar, sobre los límites de la zona neutral; y además, para la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, otra altura á la izquierda, de

cota igual á la del emplazamiento de dicho fuerte.

Al devolver la Junta técnica el plano, se había puesto en duda la construcción de alguno de los fuertes sobre la línea, pero del fuerte X, no; y venía marcado con las mismas condiciones y en el mismo sitio; y ya el general Margallo sabía que se había aprobado ese proyecto cuando se le daban instrucciones sobre la construcción del fuerte X; de manera que no sé quién puede equivocarse aquí. Lo que aseguro al Congreso es, que jamás se ha entendido, cuando se ha hablado del fuerte X, sino que se hablaba del que estaba frente á ambas Cabrerizas. Podrá decirse lo que se quiera, podrá llamarse el fuerte de uno ó de otro modo, podrán los que han estado á las órdenes del comandante general y los que han escrito después, decir cuanto se les ocurra; pero lo oficial es lo que yo he manifestado al Congreso; y no para basar en ello mi defensa, porque no lo necesitaba, sino para explicar lo que había sucedido.

Quizás se trate de nuevo esta cuestión, á la que yo no doy importancia; y en tal caso, como los planos están en el Ministerio de la Guerra á disposición de todos los Sres. Diputados, y hasta pueden ser remitidos á la Cámara, en ellos podrá estudiar lo que guste el que crea que de eso ha de recoger algún fruto, aunque repito que, á mi parecer, tiene poca ó ninguna importancia.

Pasó S. S. á tratar de la concentración de las reservas. No quiero entrar en esa cuestión. No dudo que S. S. haya leído que el ejército alemán se movilizó y concentró en ocho ó nueve días. Yo he leído las obras publicadas por generales franceses, entre las cuales me parece que la que tiene mejor concepto, no sólo en Francia, sino fuera de Francia, es la publicada por el distinguido general Derrecagaix, y en los dos tomos de que consta esa obra he visto los datos que cité ayer; pero comprenda S. S. que no voy á discutir sobre si se tardó uno ó dos días más ó menos en movilizar el ejército alemán. Reconozco el derecho que tiene S. S. para combatir la organización de la segunda reserva tal como yo la he determinado, aunque me parece que su mismo partido había de combatirlo si insistiera en ello; pero le diré que en Francia, donde existe la organización por zonas de reclutamiento, como existía en España antes de la reforma que yo he decretado; en Francia han establecido, además de esas zonas, los regimientos de reserva, de la misma manera, poco más ó menos, que como yo los he planteado últimamente. Cada día se hacen más elogios en Francia de estos regimientos de reserva. Si el partido conservador, si otro Ministro de la Guerra quiere cambiar esto porque lo crea malo, sea enhorabuena. Yo tengo esa opinión, que no impongo á nadie, si bien expongo lo que en otros pueblos dicen de esos regimientos.

Después de esto, se ha ocupado S. S. de otra cuestión que S. S. puede juzgar con gran libertad. Me refiero á la manifestación de S. S. de que el Consejo de Ministros designó al general Martínez Campos casi exclusivamente para vivir más tiempo y vivir del prestigio de este distinguido general.

Piensa S. S. que el 5 de Noviembre en un Consejo de Ministros se discutió el llamamiento de las reservas y el nombramiento de general en jefe, y podría suceder que S. S. estuviera equivocado, pues no creo que S. S. haya visto las actas del Consejo de Ministros; yo mismo no recuerdo ese Consejo. No me

opuse al llamamiento de las reservas cuando se trató de esto en Consejo de Ministros.

En distintos Consejos, cuando se presentaba esta cuestión, iniciada por muchos elementos de opinión, ya dije que yo había sido de los que más tiempo tardaron en decidirse al llamamiento de las reservas. Este llamamiento se impuso por todas las razones que el día pasado expliqué ante el Congreso, y que no quiero repetir. Aunque el Sr. Martín Sánchez no quiera entender los motivos que hubo para esa movilización, sostengo que la reserva estuvo bien llamada. Si no ha sido necesario hacer uso de ella, en buen hora ha sido; pero si desgraciadamente hubiéramos tenido que recurrir á la reserva y no se la hubiera llamado, ¡qué tremendas responsabilidades caerían sobre este Gobierno y sobre el Ministro de la Guerra! Después de todo, cuando han pasado los sucesos se puede fácilmente argumentar y decir: hicisteis un gasto innecesario; pero cuando esos hechos se presentan, entonces es menester inspirarse en el ambiente que nos rodea, atemperarse á la atmósfera que nos domina, estudiar las razones que hay para prepararse á una guerra posible; y en esos momentos, el Gobierno creyó oportuno tomar esa precaución, y la tomó.

Su señoría se ha apoyado también en un Consejo de Ministros para censurar el afán inmoderado de este Ministerio de continuar en el poder. En aquellos momentos, estos puestos lo eran de honor; no eran de los que se abandonan por gusto y se sostienen por placer. Deberes de honor imponen á los Gobiernos la obligación ineludible de mantenerse en su puesto, tanto más, cuantas más dificultades encuentren, si creen lealmente que pueden salvar las dificultades; porque si no lo creen, deben dejar su puesto á aquellos que puedan salvarlas. No ha habido, pues, más ni menos motivos que éstos; y como parece que esta discusión ha de ser larga y que han de tomar parte en ella distinguidos oradores, que reproducirán algunos de los argumentos expuestos por S. S., ruego á S. S. que no tome á descortesía si no entro en todos los detalles de su rectificación y que me permita reservarme para momentos más oportunos.

El Sr. MARTIN SANCHEZ: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. MARTIN SANCHEZ: Nada más que para decir al Sr. Ministro de la Guerra que, efectivamente, yo no he leído las actas de las sesiones celebradas por el Consejo de Ministros; pero del discurso que pronunció S. S. en la tarde de ayer, se desprende que antes del día 3 se trató en Consejo de Ministros del nombramiento de general en jefe.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Alfau es el primero que tiene pedida la palabra para alusiones personales.

El Sr. ALFAU: Yo no tengo inconveniente en que antes que yo haga uso de ella el Sr. García Alix, si el Sr. Presidente no le tiene en reservarme la palabra para usarla inmediatamente después del señor Alix. Me someto á lo que el Sr. Presidente disponga.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Alfau está el primero en la lista; pero si S. S. no tiene inconveniente en que hable antes el Sr. García Alix, S. S. comprenderá que á la Mesa le es indiferente. (El Sr. García Alix: Yo estoy á disposición del Sr. Presidente.)

Puede el Sr. Alfau, si gusta, hacer uso de la palabra.

El Sr. ALFAU: Nunca, Sres. Diputados, me he

levantado en este recinto á cumplir con el deber que nos impone nuestra investidura, bajo el peso de tantas circunstancias y tantos sentimientos que depriman mi pensamiento y cohiban mi palabra; pero los que nos hemos formado en el culto á las glorias del ejército y en el culto á la grandeza de la Patria, hasta el extremo que ellos vengan á constituir la característica de nuestra existencia y el principal objetivo de nuestros actos, ¡ah! los que estamos en su caso reconocemos la fuerza del deber para levantarnos aquí en ocasiones como la presente á reivindicar en toda su integridad las glorias del ejército y la grandeza de la Patria.

Ya va pasando de moda, Sres. Diputados, el encomendarse á vuestra benevolencia, sin duda porque vuestra benignidad reconocida lo hace innecesario; pero son tantas las dificultades que he de arrostrar en este debate, que yo esta vez os la pido encarecidamente.

Después de la historia que aquí se ha hecho de los sucesos desarrollados en los campos de Melilla, historia que ha desenvuelto con grande elocuencia mi digno y querido compañero el Sr. Martín Sánchez, y que ha completado con gran lealtad el señor Ministro de la Guerra, yo no he de volver sobre esos sucesos, porque, además, ellos se han dilucidado en la prensa periódica y fueron demasiadas las impresiones que dejaron en nuestra alma para que no estén presentes en la memoria de todos.

Yo, pues, voy á reducir mi intervención en este debate á dos solas preguntas dirigidas á ese Gabinete, y que son las siguientes. ¿Qué habéis hecho de la dignidad del ejército? (*Rumores en la mayoría.*) ¿Qué habéis hecho de la dignidad de la Patria? (*Nuevos rumores en la mayoría.*)

No me explico esos rumores antes de desenvolver yo mi argumento. Y al residenciar, no como hombre político, según dije mi digno compañero el Sr. Martín Sánchez, sino como simple individuo del ejército y como simple español, á ese Gobierno por cuestión tan grave como la de Melilla, no quiero tratar esta cuestión como individuo de partido; yo quiero tratarla á la altura de una cuestión nacional; y en ese concepto, no pienso dirigir el menor cargo al Sr. Ministro de la Guerra, pienso encaminarlos todos al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, porque considero que en esta cuestión una vez más ha querido buscarse una víctima propiciatoria para cubrir responsabilidades propias, y que el Sr. Sagasta, pensando constituirse en una especie de poder irresponsable, va buscando Ministros que carguen con todas las responsabilidades de sus actos, para abandonarlos después y continuar tranquilamente en el poder.

Y al preguntaros por lo que habéis hecho contra la dignidad del ejército, yo lo hago en nombre de todo el ejército español (*Rumores*), sin excluir al mismo Sr. Ministro de la Guerra. Pues qué, ¿no sé yo que, hasta cierto punto, él ha sido más víctima que nadie en ese puesto? Yo reclamo todas las responsabilidades ante la Cámara para el Gobierno de S. M. y para el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, porque en una cuestión esencial y eminentemente nacional como ésta, en una cuestión de derecho internacional, en una cuestión en que se atrevesaban tan grandes y encontrados intereses como envuelve la cuestión de Melilla, nadie más que el Sr. Presi-

dente del Consejo de Ministros debe responder ante el Parlamento de los actos y resoluciones del Gobierno.

Y viniendo ya á la cuestión de la dignidad de las armas españolas, y aceptando todos los hechos que aquí se han expuesto, nos fijáremos en el 2 de Octubre. ¡Luctuoso día! Los bárbaros rifeños han arrasado las obras del fuerte de Sidi-Aguariach, han penetrado en nuestro territorio, han hecho replegarse á nuestras tropas á los fuertes; nuestros soldados, víctimas del cumplimiento de su deber, heroicamente cumplido en esta ocasión como en todas, han quedado tendidos en el campo, sus cadáveres han sido bárbaramente mutilados, y los rifeños, apoderados de nuestro campo, como en propio territorio, levantan sus trincheras. Esta era la situación.

Ante ella, ¿qué hizo el Gobierno de S. M.? Nos lo dice gráficamente la nota dirigida por el Sr. Ministro de Estado á nuestro representante en Tánger acerca del particular.

En aquella nota, Sres. Diputados, después de transmitirle los partes del general Margallo, se le dan como primeras instrucciones á nuestro representante en Tánger las de solicitar del Ministro de Negocios extranjeros del Sultán, que obtenga por todos los medios posibles que éste acuda al Riff á imponerse á los rifeños, á castigar á las kabilas y á ponernos en posesión de nuestro territorio violado. ¿Era esa la actitud digna que debía guardar el Gobierno de S. M.? En una cuestión de plena y pura soberanía para nosotros, violado nuestro territorio, violado el tratado de Wad-Ras por el mismo Sultán de Marruecos, que no tenía allí las fuerzas necesarias para mantener en respeto á aquellas hordas, ¿era digno ir á solicitar el apoyo del Sultán para castigar á los rifeños dentro de nuestro territorio y para recuperar ese territorio en toda su integridad? ¡Ah! Sres. Diputados, yo pregunto ahora á todos los que tienen la honra de vestir el uniforme militar; si el Sr. Ministro de la Guerra hubiera podido obedecer á sus propios impulsos, á esos patrióticos sentimientos que ha puesto ayer de manifiesto en esta Cámara, explicando lealmente su conducta en esta cuestión; si el Sr. Ministro de la Guerra, como tal Ministro de la Guerra, como jefe del ejército, en representación del Jefe supremo, que es S. M. el Rey, hubiera procedido por su propio impulso, ¿qué habría hecho?

¿No habría movilizad inmediatamente las fuerzas necesarias? ¿No las habría concentrado? ¿No habría acudido, sin dar cuenta á nadie, absolutamente á nadie, á restablecer la integridad de nuestro territorio, en los campos de Melilla violada? Yo estoy seguro de que esos eran los impulsos del Sr. Ministro de la Guerra, porque eran los de todo el ejército y todo el pueblo español; pero el resto del Gobierno se lo impidió.

De que la actitud del Gobierno de S. M. no era otra que esperar el restablecimiento del orden en el Riff por las huestes del Sultán de Marruecos, no cabe la menor duda. Todos sabemos cómo acudieron SS. SS. á aquel memorable Consejo de Ministros que presidió S. M. la Reina; todos sabemos que SS. SS. iban allí á mantener esa política musulmana, triste y desmedrada del Sr. Sagasta, consistente en confiar la solución de los más arduos problemas al tiempo, á cualquier cosa, menos á lo que imponga la dignidad de la Patria.

Pero ¡ah, Sres. Ministros! en el Consejo debieron sentir vuestras cabezas abatidas extraños efluvios; allí debieron sentir el influjo de algo [que está muy por encima de todas nuestras miserias políticas, de algo que vive más que vosotros en contacto con la opinión pública en este pobre país, de algo que no se inspira más que en el deseo de esta pobre Patria española, tan digna de mejor suerte.

Allí habían repercutido sin duda los lamentos de las madres españolas, que todas debieron sentir conmovidas sus entrañas al considerar que los hijos de algunas, muertos en el campo del honor, habían sido luego bárbara y salvajemente mutilados; y entonces, sufriendo vosotros cierta sugestión, ajena á todos vuestros procedimientos, fué cuando salisteis de aquel Consejo de Ministros proclamando que balas y no notas había que enviar á Marruecos. Eso era lo que desde el primer momento os exigía la opinión pública, esto era lo que demandaba España, esto lo que pedía el ejército, disputándose la honra de realizarlo cuando acudía presuroso á aquella lotería de la gloria, representada en el sorteo de fuerzas para marchar al Riff. ¿Cómo no había de levantarme aquí yo, el más modesto de todos los que visten el uniforme militar, para volver por la honra de ese ejército, que habéis puesto en un equívoco lamentable, y que dió lugar á tantas falsas y depresivas interpretaciones?

Pero pasó el momento de la sugestión; la resolución se había tomado, y había que ir á los campos de Melilla á vengar la afrenta con nuestras propias armas, y había que dar esa satisfacción al ejército, que os la reclamaba y al pueblo que os la pedía en las calles de todas las poblaciones de España; y sin embargo, dísteis tiempo al tiempo, que esta es toda la fórmula política del Sr. Sagasta para cuantos problemas difíciles se le presentan; y dando tiempo al tiempo, habíais de preparar aquella especie de lazo en que cayó el ilustre general Martínez Campos, que cuando acudió presuroso á dar satisfacción al ejército y á la Patria, se encontró con que la presencia del Príncipe Araafa, dando nuevo aspecto á la cuestión, levantaba insuperable obstáculo á su nobilísima aspiración.

Cuando ya estaban concentradas en el litoral andaluz la mayor parte de las fuerzas que habían de ir á Melilla, no habiendo ya pretexto para dilatar más la concentración en aquellos campos, se acudió al subterfugio de una sustitución de armamento al frente del enemigo. ¡Ah! Yo no he sido nunca opuesto al cambio de armamento, á su sustitución por uno que reúna todos los modernos adelantos; al contrario; si yo vengo hoy á cumplir aquí una especie de emplazamiento que hay entre ese Gobierno y este humilde Diputado desde que se discutió el presupuesto vigente del Ministerio de la Guerra, si entonces, retirándome á una frase que pusísteis en el mensaje en labios de S. M. yo os decía que era una demencia dejar para mejores días la reorganización del ejército, y vosotros, siempre en apoyo de esa teoría musulmana del Sr. Sagasta, me contestábais que no había ningún conflicto internacional que nos amagase! Y preguntaba yo: ¿y la cuestión de África? ¿y la cuestión de África, que está siempre, como nueva espada de Damócles, pendiente sobre nuestra cabeza...? Si yo os decía todo eso, ¿cómo había de rechazar la reforma del armamento ni reforma algu-

na progresiva, si, contra mi opinión, os cogió el conflicto desprevenidos?

Pero de esto á hacer la sustitución de los fusiles al frente del enemigo, hay una distancia inmensa, porque eso es contra toda prudencia en el orden militar. Yo no he de ofreceros, Sres. Diputados, porque ya todos lo habéis visto, el hermoso contraste que presentó la acción lenta del Gobierno con lo que ha sucedido en Melilla desde que fué nombrado general en jefe del ejército el ilustre general Martínez Campos.

Todos recordáis aquella actividad, aquella salida sin demora y alborozada, para embarcarse en Málaga y pasar á Melilla, y al llegar á la plaza montar, sin tener á mano ni aun las botas del caso, y por su falta, suplirlas con unas trabillas para ir á recorrer el campo y revistar las tropas en el acto y electrizarlas con su presencia y con su ejemplo; todos recordáis que lo que hasta entonces se había creído que era preciso hacer con una serie de fuertes escalonados al abrigo de un camino cubierto, él lo realizó en cuarenta y ocho horas, y llevando á Sidi-Aguariach, en són de desafío y de provocación necesaria para lavar la mancha inferida á nuestra dignidad nacional, á los soldados, que deseaban, que ansiaban batirse y vengar á sus compañeros de armas.

Todos recordaréis que no sabiendo cómo inducir á los rifeños á una agresión para imponer en el acto nuestro triunfo y su castigo, fué á las alturas de Aguariach, y haciendo levantar allí el ara santa, mandó celebrar el santo sacrificio de la misa, allá en presencia de aquellos salvajes atónitos, encima de la mezquita, encima del cementerio, que dieron origen á todo el conflicto... Y este proceder, ¿qué significa? Significa el gran triunfo moral de nuestras armas, significa la gran reparación moral que necesitaba nuestro ejército; pero que ya, sólo moral podía ser, gracias al plan dilatorio del Gobierno y al lazo que había tendido al invicto caudillo ese Gobierno mismo.

Y voy á ocuparme ahora, ya que la honra del ejército ha quedado vindicada por el ejército mismo, por el pueblo español y por el general Martínez Campos, voy á ocuparme, digo, de lo que hicísteis con la honra de la Patria. Tratábase, como antes manifesté, de una cuestión de soberanía para España; tratábase del restablecimiento de esa plena soberanía en territorio nuestro, y de castigar con nuestras propias armas á los que la habían desconocido. Pues bien; cuando se trató de pedir cuentas y exigir reparaciones al Sultán de este hecho, que era consecuencia inmediata del incumplimiento del tratado de Wad-Rás, ¿qué fué lo que hizo el Gobierno? Pues lo primero que hizo el Gobierno fué mendigar por todos los medios posibles el apoyo de las grandes Potencias europeas. ¡Ah, Sr. Sagasta! Ahí está el baldón, en haber pedido el apoyo de las extrañas Potencias para una cuestión de soberanía nuestra! Comparad este con otros conflictos recientes ocurridos en nuestra propia España; comparad este con aquellos insultos soeces que unas salvajes turbas de París, semejantes en esto á los rifeños, infirieron á nuestro inolvidable y nunca bastante llorado Rey Don Alfonso XII. (Rumores.—*El Sr. Muro*: ¡Sería un poco de plebe! ¡Pero el pueblo de París!—*Otro Sr. Diputado*: La chusma). Pues bien; el pueblo ó la chusma de París, semejantes á los rifeños en aquella ocasión, tan salvajes como los rifeños y peores que los rifeños, por-

que tenían más deberes que cumplir por pertenecer á un país civilizado, infirieron una injuria á España en la persona de nuestro Rey. Yo no tengo que repetir lo que todos sabéis, para satisfacción vuestra; no tengo que recordaros las circunstancias en que el Presidente de la República francesa, Mr. Grevy, comprendiendo la solidaridad que al mismo Gobierno alcanzaría en aquellos sucesos lamentables, fué á suplicar al Rey de España que permaneciera siquiera un día en París, para que viera cuáles eran los verdaderos sentimientos de la Francia civilizada. Todos recordáis cuán gallardamente supo dejar tan alto como merece el pabellón español el primer mantenedor de él: el Rey de España.

Pues bien; con motivo de aquellos sucesos, levantóse un Diputado alemán en el Reichstag y preguntó al Príncipe de Bismarck qué pensaba hacer el Gobierno, qué medidas pensaba adoptar ante los agravios dirigidos al Rey de España con ocasión de vestir el uniforme de coronel de hulanos; y el Príncipe de Bismarck, conociendo, sin duda, más y mejor la dignidad de España que ese Gobierno, se levantó en el Reichstag y dijo que no podía agraviar la dignidad de España interviniendo en esa cuestión, porque España se bastaba y se sobra para alcanzar de Francia el respeto y la reparación debidos, como en efecto los alcanzó. Comparad ahora, Sres. Diputados, el concepto que el mundo tiene de nosotros y el concepto que de nosotros tiene ese Gobierno, que pide el apoyo de las Potencias para restablecer una cuestión propia de nuestra soberanía.

Otro suceso más reciente podría también servirnos de ejemplo. Recordad el conflicto de las Carolinas, recordad aquella hermosa explosión del entusiasmo patrio de España, recordad cómo impusimos respeto á todo el mundo en aquella ocasión memorable. ¡Ah, Sres. Diputados! ¡Qué contraste!... ¡El anciano general Antequera dirigiéndose al puerto de Barcelona para ponerse al frente de la escuadra de instrucción, constituida entonces por cuatro barcos viejos, para ir con esa triste armada á interponerse en el camino de la flamante y fuerte escuadra alemana é impedirle el paso por el estrecho de Gibraltar!

Recordad las provocaciones que el pueblo español en aquella ocasión dirigió á Alemania; recordad que esto significaba en el pueblo español su decisión al suicidio. Pues bien; yo quiero al pueblo español decidido al suicidio; yo le quiero más así, porque entonces es cuando es grande, entonces es cuando es digno de su historia gloriosa. Pero el pueblo español mendigando el apoyo de las Potencias para pedir la indemnización al Sultán, ¡ah! de eso no había ejemplo ni precedente en nuestra historia nacional, mientras no ha venido á poner en ella tan negra y triste nota este Gobierno. Me diréis que de la cuestión de Melilla hemos salido en definitiva muy bien librados, y dirá con muchísima razón el Sr. Ministro de la Guerra que á aquella guerra chica ha puesto fin una gran paz; es cierto. Pero ¿qué os corresponde de esa gloria á los que os sentábais en el banco ministerial, si después de mendigar el apoyo de las Potencias extranjeras para una cuestión propia en que ellas no debían tener ingerencia de ningún género, si después de haberlo obtenido, el Sultán se negaba en absoluto á conceder la indemnización? El Sultán habló al

ilustre general Martínez Campos de la ridícula cifra de 100.000 pesos. ¿Y sabéis á qué se debe el haber obtenido la indemnización? Pues se debe exclusivamente á la energía personal del general Martínez Campos, á la actitud que adoptó, y que produjo profunda emoción en el Sultán, y á que el general tenía más conciencia que vosotros del alcance de este conflicto; sabía que Europa no podía ir á la guerra en Marruecos, que estaba más interesada que nosotros en la paz, y no podía provocar la general conflagración; y firme el general en esa creencia, más político que vosotros, poseído de la dignidad del soldado español, mostró cuán grandes son nuestro ejército y nuestra Nación misma frente al Sultán, y le hizo comprender que, ó se prestaba á la indemnización y á la reparación, ó vendría la guerra.

Esto exclusivamente al general Martínez Campos se debe; y si el general Martínez Campos tiene prestigios en este país, y si es el verdadero iris donde volvemos todos la vista en los días de supremas angustias para la Patria, no es sino por ser él un perfecto español y un perfecto soldado. ¿Y sabéis también en qué consiste su prestigio, el primero hoy entre los políticos españoles? Pues consiste simplemente en que no le importa, como á vosotros, ningún interés secundario; en que no le preocupa más que el interés augusto de la Patria; en que, llegado el momento, así como dejó todos los convencionalismos en presencia del Sultán de Marruecos y olvidó todos los ritos de la etiqueta, así olvida todos los convencionalismos ridículos de esta política decadente. Algunos le apellidan *inocente* como político. ¡Ah! ¡Cuán fructífera será esa inocencia, que yo llamo lealtad caballeresca, del Sr. Martínez Campos en política para el porvenir de la Patria española, y cuán fecunda! Por eso el ilustre hombre público simpatiza con las corrientes que, á pesar vuestro, nos invaden de la opinión sana del país; por eso simpatiza con que rompamos toda esta triste tradición político-bizantina, que no nos trae más que miseria, desastres y confusión; por eso simpatiza acaso con este movimiento de renovación y transformación purificadora de los partidos; porque sabe muy bien, como sé yo, el último de los políticos españoles, que ese movimiento que vosotros, en vuestras angustias por la pérdida del poder, apellidáis descomposición de los partidos, no es más que la regeneración de ellos, para bien de la Patria y para el restablecimiento de nuestra gloriosa historia.

He dicho.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Es caso singular, Sres. Diputados, lo que ocurre en este debate. Levántase en el día de hoy el digno Diputado Sr. Alfau, y empieza, en nombre de la dignidad del ejército y de la dignidad de la Patria, á preguntar al Gobierno de S. M. qué ha hecho de esas dos dignidades. Y después, continuando su argumentación, dice S. S. lo siguiente: «la dignidad del ejército, moralmente se ha restablecido, gracias á la alta personalidad del digno general Martínez Campos; por la de la Patria, que vosotros habéis abandonado, también ha velado esa misma elevada personalidad, porque delante del Sultán de Marruecos llegó un momento en que le amenazó con la guerra.» Pero, señores Diputados, ¿ha abandonado los intereses públicos

este Gobierno, que no piensa más que en el poder, que vive por y para el poder, desde que se inició la cuestión de Melilla el día 2 de Octubre, hasta que el general Martínez Campos tomó el mando del ejército de Africa, y más tarde marchó á Marruecos como embajador extraordinario cerca del Sultán? ¿Ha abandonado la dignidad del ejército? ¿Ha abandonado la honra de la Patria porque, según el Sr. Alfau, la sangre derramada el día 2 de Octubre no fué vengada inmediatamente? ¿Ha abandonado la honra de la Patria por haber recurrido á las altas Potencias europeas?

De manera, Sres. Diputados, que lo que aquí hemos discutido en días anteriores al hablar de las medidas que el Gobierno y el Ministro de la Guerra habían tomado para poner el campo de Melilla en condiciones de que nuestras tropas pudiesen vengar los agravios y de hacer la guerra al Imperio de Marruecos; lo que aquí hemos discutido es, que el Gobierno es un descuidado y un abandonado, que deja por los suelos la dignidad del ejército. ¿Y por qué? Sólo por amor al poder. Argumentando así, Sres. Diputados, es sumamente difícil defenderse.

Pero el Sr. Alfau me ha considerado como una víctima propiciatoria entre la tribu musulmana del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, cuya política es esperar y dejar al tiempo que resuelva las cuestiones.

No, Sr. Alfau; yo seré un hombre leal, complaciente y bondadosísimo, lo que quiera S. S., menos una víctima de nadie en el puesto en que me encuentro. Desempeño este cargo por la confianza de la Reina; estoy al frente del ejército, y en cumplimiento de mi deber, acuerdo con mis compañeros todo aquello que en mi concepto y según mi conciencia puede ser beneficioso para los intereses de la Patria, pero no tengo nada que someter á ninguna otra persona.

Pero faltaba todavía un ataque que dirigir al Ministro de la Guerra, que yo esperaba, y que al fin ha aparecido. Ese cargo es la pereza del señor Presidente del Consejo de Ministros, el cual la trasmite á todos sus compañeros de Gobierno. Pues bien; esa pereza se revela en que el Ministro de la Guerra adquirió armamento Maüsser para batir á los enemigos de la Patria. ¿Para qué ha traído aquí el Sr. Alfau lo del Maüsser? Porque yo he oído ya por ahí, pues todo se dice y trasciende, que había alguien que me dirigía cargos gravísimos porque había cambiado el armamento al frente del enemigo, según ha dicho esta tarde el Sr. Alfau. ¿No ha dicho S. S. esto? Pues, Sres. Diputados, el haber adquirido armamento perfeccionado para el ejército de Melilla, no ha detenido ni un solo día ni un solo instante las operaciones que allí debieron emprenderse. La adquisición de ese armamento la creyó conveniente el Ministro de la Guerra, porque el Ministro de la Guerra no se preparaba en Melilla para imponer un castigo más ó menos fuerte á las kabilas levantiscas del Riff, sino que se preparaba para todo; y creyó conveniente, y sigue creyéndolo, dotar á 10.000 hombres, y ¡ojalá lo hubiera podido haber realizado con 20.000! de un armamento superior y perfeccionado al del enemigo; sin que eso quiera decir que sin ese armamento el ejército no hubiera cumplido con su deber de la misma manera.

Pero ¿qué es lo que se pretende al dirigir un cargo por eso que se suele decir cambio de armamento

delante del enemigo? Pues qué, el Sr. Alfau, tan versado en la historia militar de los pueblos modernos, ¿no recuerda que se haya cambiado de armamento al frente del enemigo en ningún ejército de los países cultos y civilizados? (*El Sr. Alfau:* Sí; en la guerra del 70 lo cambió Francia delante del enemigo, y ya sabe S. S. el resultado que eso produjo.) En la guerra de Italia y Francia contra el Austria, á que tuve la fortuna de asistir, el Emperador Napoleón dotó á su artillería de una pieza rayada que no conocían los artilleros en el instante en que salió el ejército para campaña, y yo vi á muchos oficiales de artillería del ejército francés que les costaba trabajo aplicar el mecanismo que se les entregaba para el manejo de la pieza. ¿Pues qué peligros ocasionó eso y qué resultados se obtuvieron? Que hubo una superioridad inmensa de parte del ejército francés sobre el austriaco; y acaso acaso las glorias que alcanzó el ejército francés en aquellos combates se debieron en gran parte al cambio de armamento. ¿Es que el ejército alemán no fué á las campañas de los ducados con un fusil de aguja que no se había experimentado todavía en la guerra con aquellos ducados, y aquellos valientes soldados adversarios suyos no sucumbieron bajo un fuego que no pudieron sufrir? ¿No fuimos nosotros mismos, como ayer dije, á la guerra de Africa, y no llevamos un armamento que se cambió al frente del enemigo?

Esto, Sres. Diputados, es una cosa corriente cuando se trata de un arma fácil de manejar y de un soldado como el nuestro, que en media docena de días aprende á manejar, no digo el mecanismo del fusil Maüsser, que es muy sencillo, sino otro más complicado, y se encuentra en disposición de poder hacer uso de él, de tal modo que no había á los ocho días de enseñarle el manejo de ese armamento ningún soldado que no manejara perfectamente el fusil Maüsser.

Esto, además de no ofrecer peligro alguno, daba á aquel ejército una fuerza moral y material extraordinaria para el caso en que hubiera tenido que combatir. ¿Habíamos, por temor á ese cargo del cambio de armamento al frente del enemigo, y de un enemigo como el rifeño, de dejar de dotar al ejército de ese armamento?

Pero, en fin, ¿qué es lo que ha hecho el Gobierno de la dignidad del ejército? ¿Qué ha hecho? Llevarle á Africa. ¿Qué ha hecho? Prepararlo para la guerra, si ésta sobreviniera. ¿Qué castigo se había de imponer á las kabilas? ¿Es que éste había de consistir en cortar unas cuantas cabezas y arrasar unos cuantos aduares? (*El Sr. Alfau:* Ocupar nuestro territorio para no perderle jamás.) ¿El territorio rifeño? (*El Sr. Alfau:* Nuestro territorio.) El nuestro, ¿cuándo se ha perdido? Jamás. ¿Quiere hacerme cargos S. S. suponiendo que desde el día 2 de Octubre hasta el 28 estuvo nuestro territorio ocupado por los rifeños? Pues yo tengo los partes oficiales donde se me dice que ese territorio no estuvo ocupado. (*El Sr. Alfau:* ¿No estaban atrincherados los rifeños en Sidi-Aguariach?) No, señor; ese es uno de los grandes errores que por ahí han circulado.

Yo, Sr. Alfau, para hacerme cargo de cuestiones de este orden, he de atenerme á los partes oficiales; y en ellos, que no están lejos de aquí, y que si es necesario pueden traerse, el comandante general de Melilla decía al Ministro de la Guerra, que ni un solo

día había estado ocupado nuestro territorio por los rifeños.

Solamente cuando el *Conde de Venadito* hizo fuego, cuando se creía que en el hito núm. 2 habían abierto los rifeños una trinchera, se presentó el bajá dispuesto á que inmediatamente se hiciera cubrir, y así se verificó, aquella trinchera que parecía hallarse en el hito núm. 2. Pero en Sidi-Aguariach, jamás, porque el fuego de la artillería no lo hubiera permitido.

Después del 28 de Octubre, sí, vinieron á ocupar las trincheras que habían sido abandonadas por nuestras tropas para combatir desde ellas á los convoyes; pero inmediatamente que se presentaba una sola guerrilla, desaparecían los rifeños.

Donde se atrincheraron fuertemente los rifeños fué en su campo; pero aun allí los persiguió el fuego de nuestra artillería, como saben todos los señores Diputados. Los rifeños confiesan, y se ha confirmado por todo género de noticias, que lo menos á 1.000 llegaron los muertos que tuvieron, y los heridos no pueden calcularse; y que todos los adueros que estaban al alcance de la artillería de los fuertes habían sido destruidos, como se les destruyó la mezquita y el cementerio. ¡Ah! Eso no es castigo; eso serán caricías. (*Aprobación.*)

Aparte de esto, el ejército se preparaba como era menester para todo género de operaciones. ¿Es que esto no era necesario? ¡Ah! Ya lo he dicho antes; ahora, después que las cosas han sucedido, se puede hablar con mucha libertad, y sobre todo como Diputado de oposición; pero en aquellos días, las noticias que tenía el Gobierno y que por todas partes circulaban, anunciaban que en el Riff iban á acumularse todas las fuerzas de que podía disponer aquella región, para oponerse á la construcción del fuerte; y cuando esto se temía, ¿íbamos á contentarnos con mandar á Africa 4 ó 5.000 hombres? ¿Para qué? ¿Para que al primer movimiento hubieran tenido que hacer nuestras tropas otra retirada, más ó menos honrosa, pero retirada al fin, y no hubiera quedado un español que no lanzase contra el Gobierno toda clase de improperios? Por eso se puso aquel telegrama diciendo: ya no se ocupa una sola pulgada de terreno para abandonarla después; y para eso había que prepararse con todas las condiciones, con todos los elementos militares necesarios.

De manera, Sr. Alfau, que cuando el dignísimo general Martínez Campos llegó á tomar el mando del ejército de Melilla, sin llevar entonces más que cuatro ó cinco batallones, fué el preciso momento en que se debió hacer lo que hizo el general Martínez Campos, como él mejor que nadie sabe hacerlo: estar al día siguiente en condiciones para combatir en todos los terrenos, para salir de su campo atrincherado con dos cuerpos de ejército más ó menos numerosos, y pasearse por el campo, provocando al enemigo y haciendo todo lo que el general Martínez Campos hizo al frente de aquellas tropas.

Pues todo esto lo había preparado aquel Gobierno apático, perezoso é indiferente, que no había sabido velar por la dignidad del ejército. (*Muy bien.*)

Hay que ser justos, Sr. Alfau; no disminuir en nada, absolutamente en nada, la importancia del dignísimo general que estuvo al frente de aquellas tropas; pero no levantar esa gran figura para deprimir y arrojar al hemicycleo á este Gobierno, tachándole

de abandonado, de ambicioso, de descuidado y de indiferente, diciendo que ha dejado por el suelo la dignidad del ejército. (*Muy bien.*) Eso no es justo, señor Alfau; eso no es digno de S. S.

Y vamos á la honra de la Patria, también abandonada por este Gobierno.

Decía el Sr. Alfau: «acudisteis á las Naciones extranjeras»; y nos recordó lo de las Carolinas y no sé qué otras cosas de París. Yo no quiero hablar de París, Sr. Alfau; porque S. S. se equivocó al decir que el salvaje pueblo de París había hecho lo que los rifeños con la augusta persona de Don Alfonso XII. No, el pueblo de París no fué salvaje; es un pueblo muy culto, y hay que enaltecerlo y no deprimirlo en este sitio. Después de todo, en París hay lo que en todas las grandes poblaciones: unos cuantos que, guiados por un sentimiento más ó menos exagerado, cometen desmanes; y de esto no debemos hablar, porque nuestro pueblo no se queda atrás en hechos de esa naturaleza.

¿Qué se acudió á las Naciones extranjeras! Pues qué, Sr. Alfau: un Gobierno que se estima; un Gobierno que está en amistosas relaciones con las Potencias europeas que tienen intereses en Marruecos; un Gobierno que va á exigir satisfacciones que pueden llegar á provocar una guerra, ¿no tiene el deber de informar á esas Naciones amigas que va á mandar á Marruecos una Embajada que lleva por objeto exigir el cumplimiento de tratados, y que si no lo logra, irá á la guerra? ¿Es que no debe decirse nada á esas Naciones, que, teniendo allí intereses que pueden dar lugar á conflictos y peligros, hacen uso de su derecho, enviando ó no emisarios y notas, y tomando precauciones para el caso de que la guerra sobreviniera? ¿Es eso mendigar? ¿Es que el general Martínez Campos, á quien S. S. elogiaba porque se impuso al Sultán amenazándole con la guerra, contaba entonces con la ayuda de otras Naciones? Al proferir la amenaza, ¿no tenía detrás á la Nación española y dos cuerpos de ejército, uno en Melilla y otro en el litoral? Esa era la fuerza de la Patria, esos eran los medios que había acumulado este Gobierno para defender esa honra que S. S. cree mancillada por nosotros.

Vea S. S. cómo ha estado harto injusto con el Gobierno de S. M., al cual ha hecho cargos que no tenían base; porque argumentando después ha venido S. S. á contradecirse á sí propio, poniendo de relieve lo que el Gobierno ha hecho en pro del ejército y de la honra de la Patria. Y como de esto, Sr. Alfau, el Gobierno está orgulloso, no tiene más que contestar á S. S.

El Sr. ALFAU: Pido la palabra para rectificar.

El Sr. PRESIDENTE: Si la rectificación de S. S. es de pocos minutos, puede hacerla, para dejar terminado este incidente.

El Sr. ALFAU: Tan corta, Sr. Presidente, como que no me levanto á rectificar más que por pura cortesía al Sr. Ministro de la Guerra, porque la síntesis de mi discurso ha quedado en pie en absoluto; tan en absoluto, como que ha tenido que refugiarse el Sr. Ministro en ciertos argumentos técnicos que casi son ajenos á esta discusión; y en último término, se reducía á poner de relieve que el prestigio de la Nación española fué el único con que contó el ilustre general Martínez Campos al imponerse al Sultán de Marruecos, en lo cual no ha estado en contradicción

conmigo, puesto que yo había afirmado que, con el apoyo de las Naciones, ó sin él, nuestro embajador obtuvo por sí, y contando sólo con la Nación española, el brillante resultado que todos reconocemos; en lo cual no hay contradicción entre mis afirmaciones y las del Sr. Ministro de la Guerra.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende esta discusión.»

Se leyó, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión, un proyecto de ley, remitido por el Senado, declarando libres de los derechos de Aduanas, á su introducción en España, los ejemplares que constituyen la edición del libro de poesías de D. Antonio Fernández Grilo, impreso en París á expensas de S. M. la Reina Doña Isabel II. (Véase el Apéndice 1.º al Diario núm. 118, que es el de esta sesión.)

El Congreso quedó enterado de las comunicaciones en que participan su constitución, habiendo nombrado presidentes y secretarios á los señores que al enumerar cada una de ellas se expresa, las Comisiones encargadas de dar dictamen sobre los asuntos siguientes:

Inclusión en el plan general de carreteras de la de Manatí á Juana Díaz (Puerto Rico), á los Sres. Lastres y Martín Sánchez.

Idem id. de la prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapiedra hasta Peñaranda, á los señores Duque de Almodóvar del Río y Soriano.

Se leyeron, anunciándose que quedaban sobre la mesa y que se señalaría día para su discusión, los siguientes dictámenes:

De la Comisión de peticiones, sobre las señaladas

con los números del 25 al 64. (Véase el Apéndice 2.º á este Diario.)

Incluyendo en el plan general de carreteras una de Manatí á Juana Díaz (Puerto Rico.) (Véase el Apéndice 3.º á este Diario.)

Declarando exento del pago de derechos de Aduanas al material extranjero introducido para la construcción de los puentes de hierro necesarios en las carreteras provinciales de Puerto Rico. (Véase el Apéndice 4.º á este Diario.)

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para mañana:

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley modificando el trazado de las carreteras de Sevilla á la estación de Alcantarilas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija.

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras varias en la provincia de Sevilla.

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una del sitio llamado Hoteles de Aparicio al faro de Cabo Mayor.

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley concediendo prórroga para la construcción del ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril.

Dictamen de la Comisión de peticiones sobre las señaladas con los números del 25 al 64.

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Manatí á Juana Díaz.

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley concediendo exención de derechos arancelarios al material de hierro importado del extranjero para la construcción de los puentes necesarios en las carreteras provinciales de Puerto Rico, y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y media.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, remitido por el Senado, declarando libre de derechos de Aduana los ejemplares de un libro de poesías de D. Antonio Fernández Grilo.

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Senado, conformándose con lo propuesto por varios individuos de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se declaran libres de los derechos de Aduana á su introducción en España los

ejemplares que constituyen la edición del libro de poesías de D. Antonio Fernández Grilo, impreso en París á expensas de S. M. la Reina Doña Isabel II.

Y el Senado lo pasa al Congreso de los Diputados, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Senado 26 de Abril de 1894.—El Marqués de la Habana, Presidente.—El Marqués de Puerto Seguro, Senador Secretario.—El Señor de Rubianes, Senador Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictámenes de la Comisión de peticiones, sobre las señaladas con los números del 25 al 64.

AL CONGRESO

La Comisión de peticiones ha examinado las correspondientes á los números 25 al 64 inclusive de la tercera lista presentada al Congreso en la actual legislatura; y conforme á lo dispuesto en los artículos 189, 190 y 191 del Reglamento, tiene la honra de someter á su deliberación y aprobación los siguientes dictámenes:

Núm. 25. El Ayuntamiento de Montblanch, provincia de Tarragona, solicita que no alcance al Juzgado de primera instancia é instrucción de esta villa y su partido, el proyecto presentado por el Sr. Ministro de Gracia y Justicia sobre supresión de algunos Juzgados.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Gracia y Justicia.

Núm. 26. El vicepresidente de la Comisión provincial de Málaga solicita que las Cortes aprueben una ley concediendo el libre cultivo del tabaco en el territorio de dicha provincia.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase á los Ministerios de Hacienda y Fomento.

Núm. 27. La Sociedad Barcelonesa protectora de los animales y plantas, pide á las Cortes sancionen leyes penales para los que maltraten á los animales, á semejanza de lo que se hace en otros países.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Gracia y Justicia.

Núm. 28. Los secretarios de los Ayuntamientos del partido judicial de San Feliú de Llobregat, provincia de Barcelona, en exposición que elevan á las Cortes, suplican que al discutirse el proyecto de ley de administración local, se tengan en cuenta las observaciones que respecto á los secretarios de Ayuntamientos se mencionan en dicha exposición.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de la Gobernación.

Núm. 29. Don Juan Eugenio Ruiz Gómez, en exposición á la que acompaña un ejemplar de su obra «El nuevo mundo moral», suplica al Congreso dicte una ley derogando todas las disposiciones que establecen la pena de muerte.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Gracia y Justicia.

Núm. 30. El Ayuntamiento de Sacedón (Guadalajara), en nombre de las diferentes clases sociales de aquel partido judicial, solicita que no sea su Juzgado incluido en el número de los que han de suprimirse según la nueva ley de presupuestos.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Gracia y Justicia.

Núm. 31. Los Ayuntamientos de Felanitx, Porreras, Capdepera, Villafranca, Benisalem, Campanet, Costit, Santa Eugenia y Santa Margarita, provincia de las Baleares, en exposiciones que dirigen á las Cortes, solicitan que se suprima el impuesto especial sobre los alcoholes extraídos del jugo de la uva, y que se acuerde la libre circulación del vino por toda la Península é islas adyacentes.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 32. El Ayuntamiento y mayores contribuyentes de la villa de Bollullos del Condado, provincia de Huelva, solicita la condonación de contribuciones por la aflictiva situación en que se encuentra dicha villa.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 33. Don Eduardo Herman Neville, de Gijón, Forjas del Piles, en exposición que dirige á las Cortes, solicita que se reclame al Ministerio de Hacienda

da el expediente instruido para la concesión sin su-
basta, por siete años, á D. Domingo de Orueta, del
suministro de los frascos de hierro para las minas
de Almadén, y en su vista acordar se derogue el
Real decreto de 25 de Abril último.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 34. La Comisión provincial de Lérida soli-
cita que, en vista de la aflictiva situación en que se
encuentra aquella agricultura, se tengan en cuenta
las disposiciones que menciona en su exposición.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Fomento.

Núm. 35. Los farmacéuticos de Ibiza (Baleares)
presentan una exposición á las Cortes suplicando se
sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de
la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 36. Los farmacéuticos de Medina-Sidonia
(Cádiz) presentan una exposición á las Cortes supli-
cando se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del
art. 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 37. Los farmacéuticos de Carmona (Sevi-
lla) presentan una exposición á las Cortes suplican-
do se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del artícu-
lo 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 38. El Consejo provincial de Agricultura,
Industria y Comercio de Castellón, en exposición que
dirige á las Cortes, suplica que en el nuevo tratado
con Italia se consignen para los cáñamos extranje-
ros, los mismos derechos de importación que fija el
arancel vigente.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 39. La Comisión provincial de Castellón
de la Plana, en nombre de la Diputación, dirige á las
Cortes una exposición suplicando que en el tratado
comercial con Italia se fije como tipo de adeudo para
las importaciones en España del cáñamo italiano,
10 pesetas por cada 100 kilos.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 40. La Diputación provincial de Barcelo-
na, en exposición que dirige al Congreso, suplica
que no se ratifiquen los tratados de comercio con-
certados por el Gobierno español con los de Alema-
nia, Italia y Austria-Hungría.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Estado.

Núm. 41. Los farmacéuticos de Talavera de la
Reina suplican á las Cortes se sirvan derogar el apa-
rtado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 42. El Ayuntamiento de Balaguer (Léri-
da), en exposición que dirige á las Cortes, suplica
que en el nuevo tratado con Italia se consignen para
los cáñamos extranjeros, los mismos derechos de im-
portación que fija el arancel vigente.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 43. Los farmacéuticos de Soria, en expo-

sición que dirigen á las Cortes, suplican se sirvan
éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley
del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 44. Los farmacéuticos de Cervera del Río
Pisuerga, en exposición que dirigen á las Cortes, su-
plican se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del
art. 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 45. Los representantes de la industria
minera de la ciudad de Linares y demás interesados
de la provincia de Jaén, solicitan que las Cortes se
dignen derogar por medio de una ley, todos los im-
puestos especiales que directa ó indirectamente afec-
tan á dicha industria, dejando únicamente el canon
por derecho de superficie.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 46. Los farmacéuticos de Valdepeñas, en
exposición que dirigen á las Cortes, suplican se sir-
van éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la
ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 47. La Diputación provincial de Puerto
Rico, en exposición que dirige á las Cortes, solicita
se revoque la Real orden de 18 de Octubre de 1893,
y conceder la exención de los derechos arancelarios
para el material metálico necesario para el puente
sobre el río Canovanillas, y se acuerde al propio
tiempo la devolución por la Intendencia general de
Hacienda, de la cantidad á que asciende el importe
de los derechos devengados.

La Comisión es de dictamen que esta petición
se tenga presente en tiempo oportuno.

Núm. 48. El Ayuntamiento de Cangas de Onís,
provincia de Oviedo, en exposición que dirige á las
Cortes, solicita que éstas se dignen acordar se in-
demnice á este Ayuntamiento del coste de construc-
ción del palacio de justicia y cárcel, ó cuando menos
del primero de dichos edificios, pudiendo en su vir-
tud incautarse de ellos el Estado, y en caso de que
así no se estime, resolver que se acuda en auxilio de
este Municipio con una subvención á dicho objeto.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Gracia y Justicia.

Núm. 49. El Ayuntamiento de Cangas de Onís,
provincia de Oviedo, solicita que las Cortes se dignen
acordar el restablecimiento del Juzgado de primera
instancia é instrucción de esta villa, devolviendo la
zona militar á la misma.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Gracia y Justicia y Guerra.

Núm. 50. Los farmacéuticos de Santa Cruz de
la Palma (Canarias), en exposición que dirigen á las
Cortes, suplican se sirvan éstas derogar el apartado 8.º
del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 51. Los farmacéuticos de Málaga, en ex-
posición que dirigen á las Cortes, suplican se sirvan
éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley
del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición
pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 52. El Ateneo obrero de Barcelona, solicita que no sean aprobados los tratados con Alemania é Italia, por entender que perjudican profundamente á la industria nacional.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Estado.

Núm. 53. Los farmacéuticos de Puebla de Sanabria (Zamora) suplican á las Cortes se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 54. Los farmacéuticos de Cáceres suplican á las Cortes se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 55. El Ayuntamiento de Barcelona solicita que las Cortes se sirvan denegar su aprobación á los tratados con Italia, Austria-Hungría y Alemania.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Estado.

Núm. 56. Los farmacéuticos del distrito de la Audiencia y de la Plaza, de Valladolid, suplican á las Cortes se sirvan éstas derogar el apartado 8.º del artículo 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 57. El Ayuntamiento de Tineo (Oviedo) solicita se le abonen los gastos hechos para la instalación de la Audiencia de lo criminal y cárceles, suprimidas por la ley de presupuestos de 1892-93, ó que se le subvencione para amortizar la deuda contraída ó se le condonen las contribuciones hasta llegar al mismo fin.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Gracia y Justicia.

Núm. 58. Los farmacéuticos de Palencia suplican á las Cortes se sirvan derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 59. La Comisión ejecutiva del *meeting* agrícola celebrado en Logroño el día 28 de Febrero próximo pasado, eleva á las Cortes una exposición en demanda de prontas y eficaces medidas que pongan á salvo la ya mermada riqueza agrícola, adoptándose los medios que en la misma propone.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Fomento.

Núm. 60. La antigua Junta de propietarios del fomento de la izquierda del ensanche de Barcelona, suplica al Congreso no apruebe los tratados de comercio.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Estado.

Núm. 61. Don Juan Enríquez Mimoso, teniente que fué del regimiento infantería de Covadonga, suplica se amplíe la amnistía que por delitos políticos se concedió en el año de 1893, á fin de que los beneficios de la misma alcancen á los militares que no llevaban veinte años efectivos de servicios.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de la Guerra.

Núm. 62. Los farmacéuticos de San Roque (Cádiz) suplican á las Cortes se sirvan derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 63. Los farmacéuticos de Alcalá de Henares suplican á las Cortes se sirvan derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Hacienda.

Núm. 64. Los farmacéuticos de Rivadeo suplican á las Cortes se sirvan derogar el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

La Comisión es de dictamen que esta petición pase al Ministerio de Hacienda.

Palacio del Congreso 27 de Abril de 1894.—Anselmo de Córdoba.—Vicente Sanchis.—Gustavo Ruiz. Fernando Mellado.—Ricardo de la Puerta y Escolar, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras de Puerto Rico, una de Manatí á Juana Díaz.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para emitir dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras, en la isla de Puerto Rico, una de Manatí á Juana Díaz, ha examinado este asunto; y conforme con lo propuesto por su autor, tiene la honra de someter al examen y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se incluye en el plan general de carreteras del Estado, en la isla de Puerto Rico, una que, partiendo de Manatí, termine en Juana Díaz, pasando por el pueblo de Ciales y barrio de Cialitos.

Palacio del Congreso 26 de Abril de 1894.—José de Santos Laza.—Vicente Sanchís.—El Conde de Torrependo.—Francisco Martín Sánchez.—Vicente Balbás.—Ignacio Díaz Caneja.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Tratamiento de Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras de Puerto Rico, una de Manantí a Juana Díaz.

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se incluye en el plan general de carreteras del Estado, en la isla de Puerto Rico, una que partiendo de Manantí, terminará en Juana Díaz, pasando por el pueblo de Chiles y pasando de Chiles al Puerto del Congreso 78 de Abril de 1904.—Los señores Latorre, Vicens Sanchis, El Comisario de Tránsito, Francisco Martín Sánchez, y Vicens Sanchis.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para emitir dictamen sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras en la isla de Puerto Rico, una de Manantí a Juana Díaz, ha examinado este asunto y conviene con lo propuesto por su autor, tiene la honra de someter al examen y aprobación del Congreso el siguiente

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley concediendo exención de derechos arancelarios al material de hierro importado del extranjero para la construcción de los puentes necesarios en las carreteras provinciales de Puerto Rico.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley concediendo exención de derechos arancelarios al material importado del extranjero para la construcción de los puentes de hierro necesarios en las carreteras provinciales de Puerto Rico, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto, tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede exención de los derechos arancelarios al material importado del extranjero para la construcción de los puentes de hierro que

sean necesarios para las carreteras provinciales de la isla de Puerto Rico.

Art. 2.º En el caso de que la Diputación provincial de dicha isla hubiese satisfecho, á la publicación de esta ley, el importe de los derechos arancelarios á que hace referencia el artículo anterior, por el Ministerio de Ultramar se dictarán las oportunas órdenes para la devolución de las cantidades cobradas á la citada Corporación por el expresado concepto.

Palacio del Congreso 26 de Abril de 1894.—El Conde de Torrependo.—José de Santos y Laza.—Cristino Martos.—Francisco Martín Sánchez.—Eduardo Gullón, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Sr. D. Juan de Dios, en nombre de la Comisión de Fomento, hizo presente a la Comisión de Fomento la proposición de ley concediendo exención de derechos de importación al material de hierro necesario para la construcción de los puentes necesarios en las carreteras provinciales de Puerto Rico.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley concediendo exención de derechos de importación al material de hierro necesario para la construcción de los puentes de las carreteras provinciales de Puerto Rico, ha examinado este asunto y con acuerdo de la Comisión, tiene la honra de someter a la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede exención de los derechos de importación al material de hierro necesario para la construcción de los puentes de las carreteras provinciales de Puerto Rico.

Palacio del Congreso 25 de Abril de 1894.—El Sr. D. Juan de Dios, en nombre de la Comisión de Fomento, hizo presente a la Comisión de Fomento la proposición de ley concediendo exención de derechos de importación al material de hierro necesario para la construcción de los puentes necesarios en las carreteras provinciales de Puerto Rico.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL SÁBADO 28 DE ABRIL DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Elección parcial en el distrito de la Habana; caso de compatibilidad del Sr. Perojo: dictámenes.

Aplicación de la ley del timbre á los productos farmacéuticos: exposición presentada por el Sr. Castillo.

Ratificación del tratado de comercio con Alemania: exposición presentada por el Sr. Quintana.

Fomento del arbolado: proposición de ley.—La apoya el señor Puerta.—Declaraciones de los Sres. Ministro de la Gobernación y Puerta.—Se toma en consideración.

Política general de Ultramar; solución de la cuestión monetaria en Puerto Rico: recuerdo de una interpelación anunciada por el Sr. Caneja y preguntas de dicho Sr. Diputado.—Contestación del Sr. Ministro de Ultramar.—Rectificaciones de los Sres. Caneja y Ministro de Ultramar.—Alusión personal del Sr. Lostau.—Rectificación del señor Caneja.

Carretera de Villagonzalo á La Oliva de Mérida: proposición de ley.—La apoya el Sr. Groizard.—Se toma en consideración.

Condonación de cantidades adeudadas al Pósito de Bonilla: proposición de ley.—La apoya el Sr. Sendín.—Se toma en consideración.

Aplicación de la ley del timbre á los productos farmacéuticos: exposición presentada y ruego hecho por el Sr. Avila.—Manifestación del Sr. Ministro de la Gobernación.

Carretera de Pertusa á la de Huesca á Robres; idem de Grañén á la estación de Huesca, de Bolea á la de Ayerbe y de Tamarite de Litera al puente de Laclamor: proposiciones de ley.—Las apoya el Sr. Alvarado.—Se toman en consideración.

Expediente de nulidad de las elecciones municipales de Laza: reclamación y pregunta del Sr. Canido.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Rectificaciones de ambos señores.

Aprovechamiento de las aguas de la Fe: pregunta del señor Marqués de Figueroa.—Manifestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Rectificación del Sr. Marqués de Figueroa.

Protección á la Sociedad de conducción de aguas de Arteta: instancia presentada por el Sr. Marqués del Vadillo.

ORDEN DEL DÍA: Aprobación definitiva de proyectos de ley.

Modificación del trazado de las carreteras de Sevilla á la estación de Alcantarillas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija; carreteras del Coronil á Morón, de Morón á Montellano y de Puebla de Cazalla á la de Ecija á Olvera; idem de los Hoteles de Aparicio al faro de Cabo Mayor; prórroga de la concesión del ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril; exención de derechos arancelarios en favor del material de hierro destinado á carreteras de Puerto Rico; carretera de Manatí á Juana Díaz: dictámenes.—Se aprueban sin discusión.

Sucesos de Melilla: continúa la discusión sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez.—Alusión personal del señor

García Alix.—Discursos de los Sres. Ministros de la Guerra y de Estado.—Rectificación del Sr. García Alix.—Se suspende la discusión.

Elección parcial en el distrito de Colón (Cuba): acuerdo.
Constitución de una Comisión: comunicación.

Ferrocarril de Llerena á Linares: proyecto de ley.

Real decreto de suspensión de garantías constitucionales en Barcelona: dictamen.

Orden del día para el lunes.—Se levanta la sesión á las seis y treinta y cinco minutos.

Abierta la sesión á las dos y media, y leída el Acta de la anterior, fué aprobada.

Se leyeron y quedaron sobre la mesa, anunciándose que se señalaría día para su discusión, los dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades sobre la elección parcial verificada en el distrito de la Habana y sobre el caso de compatibilidad del Diputado electo D. José Perojo y Figueras. (*Véase el Apéndice 1.º al Diario núm. 119, que es el de esta sesión.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Castillo tiene la palabra.

El Sr. **CASTILLO** (D. Rodolfo): Tengo la honra de presentar á la Cámara una exposición de los farmacéuticos de Cádiz y Córdoba, en la que piden la derogación del apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado, á fin de que se suprima el sello móvil de 10 céntimos que se exige para la venta de específicos y aguas minerales.

El Sr. **SECRETARIO** (Bugallal): Pasará á la Comisión de peticiones.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Quintana tiene la palabra.

El Sr. **QUINTANA Y SERRA**: Tengo la honra de presentar al Congreso una exposición de la Junta directiva de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Palamós (Gerona), en súplica de que el Congreso se sirva ratificar el tratado de comercio con Alemania.

Socio honorario de aquella Cámara, y habiendo aceptado al propio tiempo su representación para defender aquí sus intereses, excuso decir que sus aspiraciones y sus deseos son mis deseos y mis aspiraciones. Cuando se discuta el tratado, entonces será el momento oportuno, y me propongo hacerlo, de demostrar la sinrazón de los ataques á la industria corcho-taponera dirigidos, y la importancia de esta industria entre las primeras de la producción española, y de protestar, y he de hacerlo con energía, de la acusación de egoísmo con que se ha pretendido ponerla en lucha, que lamento, pues deseo la armonía de todos los intereses, con las demás producciones nacionales.

En tanto, ruego al Sr. Presidente se sirva dar á esta exposición el curso que corresponda.

El Sr. **SECRETARIO** (Bugallal): El Congreso queda enterado.»

Se leyó una proposición de ley del Sr. Puerta sobre fomento del arbolado. (*Véase el Apéndice 15.º al Diario núm. 116.*)

En su apoyo, dijo

El Sr. **PUERTA**: Con mucho gusto entraría á hacer largas consideraciones en apoyo de la proposición que acaba de leerse, tratándose de un asunto tan importante como es el fomento del arbolado; pero por no molestar la atención del Congreso, sólo diré breves palabras para cumplir el precepto reglamentario.

Todos los Sres. Diputados saben la gran utilidad del arbolado para la agricultura, para el mejoramiento de las condiciones del clima, para la salud pública y para el embellecimiento y ornato de las poblaciones; y bien conocida es la influencia general que la vegetación ejerce en el estado higrométrico de la atmósfera, en la temperatura de una localidad, en las condiciones del terreno, en la dirección y velocidad de los vientos y en el clima en fin, que tanto importa á la salud.

Hasta la evidencia se ha demostrado que los árboles contribuyen á aumentar la humedad en la atmósfera y atraer las lluvias, siendo por lo tanto una cuestión del mayor interés la del arbolado para la higiene y para la agricultura.

Y ya que hablo de la atracción de las nubes por los árboles y su influencia en las lluvias, tan necesarias á nuestros labradores, recuerdo lo que hace días, en el seno de la confianza y de la amistad, nos refería un Sr. Diputado, querido amigo mío, que se sienta en estos escaños, diciendo que había recibido carta de sus electores en la que le manifestaban que no llovía hace mucho tiempo, que la cosecha se presentaba muy mala y que si él no influía para que lloviese, nunca más le darían sus sufragios en otras elecciones.

Esto causó extrañeza y hasta risa en las personas que le escuchábamos, porque la verdad es que al pronto parece una exigencia absurda de esas que suelen tener los electores para con sus Diputados; pero si se analiza y se descarta y separa lo brusco y lo tosco de la forma, aparece en el fondo un sentido, una idea, algo, en fin, que, lejos de ser una exigencia y un absurdo es una pretensión y demanda que puede hacerse al que ejerce la función legislativa, y, por consiguiente, auxiliado de los principios de la ciencia, puede contribuir á la formación y planteamiento de una ley que aporte las necesidades que siente el labrador.

Creo que no necesito esforzarme en demostrar que donde no hay arbolado no puede haber lluvias, y donde no hay lluvias no puede haber cultivo.

Pues bien; á esto y á lo que he dejado indicado anteriormente, sin entrar en otro género de consideraciones, por no ser molesto, es á lo que tiende la

proposición que he presentado, análoga á una que presenté mi señor padre en las Cortes del 86, que no tuvo la suerte de llegar á ser ley. Y como tengo la convicción, porque es práctica antigua en esta casa, de que los proyectos de iniciativa particular del Diputado rara vez llegan á ser ley si no los patrocinan los Gobiernos, yo me permito rogar al Sr. Ministro de la Gobernación que, si en ello no tiene inconveniente, se sirva prestar su valioso concurso á una cuestión que, como ésta, es de interés general y de utilidad pública, y creo que muy simpática para S. S., puesto que el Sr. Ministro de la Gobernación es uno de los que más han contribuido al embellecimiento y saneamiento de Madrid en esta materia, y á su iniciativa se debe mucho del arbolado que tenemos.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Aunque, por la rápida lectura que acabo de hacer, me parece que en algunos detalles la proposición que ha presentado al Congreso el Sr. Puerta merece un maduro examen y habrá de ser objeto de detenida deliberación tratando de determinar con toda precisión el alcance de algunos de sus preceptos, el Gobierno, en principio, con muchísimo gusto se asocia al fin que informa la proposición, y por consiguiente, ruega á la Cámara que la tome en consideración.

El Sr. **PUERTA**: Doy gracias muy expresivas al Sr. Ministro de la Gobernación, y con sumo gusto admitiré todas las indicaciones que tenga por conveniente hacer S. S., lo mismo que el Sr. Ministro de Fomento y las que en su día haga la Comisión que se nombre; y en vista de las palabras del Sr. Ministro, abrigo la esperanza de que llegue á ser ley esta proposición.»

Leída de nuevo, fué tomada en consideración la proposición, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Díaz Caneja.

El Sr. **DÍAZ CANEJA**: Señores Diputados: de la espontaneidad y elocuencia con que la otra tarde contestaba el muy digno Sr. Ministro de Ultramar á varias preguntas que un distinguido Diputado de la Habana, el Sr. Carvajal, había tenido por conveniente dirigirle, deduje yo, y deduje bien, y en ello siento especial satisfacción, que el Sr. Ministro de Ultramar se halla animado de los mejores deseos para abordar de lleno todas las cuestiones que se rozan con su Departamento, y que, dicho sea de paso, son numerosas y de gran trascendencia.

Esta buena disposición del digno Sr. Ministro de Ultramar, que yo celebro y aplaudo, hame inspirado á mí el propósito y el deseo de dirigirle también una pregunta, y con ella un ruego. Ha ya días, Sres. Diputados, que tenía anunciada una interpelación sobre política general de Ultramar y sobre política general de la Nación, así como acerca de otros extremos relativos á la administración de la isla de Puerto Rico, y espero explicar esa interpelación, así que el Sr. Ministro me señale día y así que el Sr. Presidente de la Cámara me conceda el uso de la palabra, que no dudo será pronto; porque es verdaderamente lamen-

table, Sres. Diputados, que el curso de los debates vaya dificultando aquí el tratar de cuestiones que afectan al interés nacional, mientras se hallan tantos recursos para perder el tiempo lastimosamente; mientras, por ejemplo, los señores republicanos encuentran en el Reglamento multitud de medios para seguir cantándonos, á diario, las excelencias de esa república ideal y fantástica con que sueñan; mientras las minorías y mayorías no ponen reparo en dar todo el vuelo, como si se tratara de cuestiones de carácter nacional y hasta internacional, á las que sólo merecen la categoría de un asunto de familia; y que esto se haga en tanto que se vuelve comúnmente la espalda á las necesidades que siente el pueblo y se deja de la mano asuntos que merecen un interés primordial.

Por eso yo, Sres. Diputados, sobreponiéndome á las circunstancias, héme decidido á romper hoy el silencio, para someter á la consideración del dignísimo Sr. Ministro de Ultramar un punto trascendentalísimo y de resolución urgente como ninguno, no sólo por lo que vale y significa en sí ese punto, sino porque se refiere á una región como la isla de Puerto Rico, que constituye una de las más grandes y de las mejores provincias del reino, no sólo por su riqueza, sino por su población, que llega á muy cerca de un millón de habitantes; y no sólo por su fidelidad, nunca desmentida, sino por los nobles y meritorios servicios que tiene contraídos, ahora y siempre, con su madre Patria.

Este asunto se refiere á la cuestión monetaria, tal como hoy está allí planteada, y que por circunstancias del momento, y por otras que arrastran de tiempos ya pasados, ha llegado á convertirse en una pavorosa cuestión, en una cuestión social y de orden público.

Sobre ella voy á concretar mi pregunta. No pienso abordar de lleno esta cuestión importantísima, porque el Reglamento me lo prohíbe, y el tiempo que se concede al que formula una pregunta no me da latitud para explicarla; pero, debo exponer algunos antecedentes que justifican mi propósito, y que le sirven como de preámbulo.

Hará como unos veinticinco años que el Gobierno de S. M., por decreto, legitimó en Puerto Rico un estado monetario, por virtud del cual una moneda extranjera, la moneda mejicana, comenzó á gozar de todas las prerrogativas y preferencias de la moneda española, debiendo recibirse, y recibéndose como tal moneda nacional, con curso forzoso, tanto en las transacciones particulares como en las oficiales ó del fisco. Mientras esa moneda estuvo en su apogeo, mientras en el mercado tuvo toda la cotización de su valor representativo, puede decirse que las cosas no marchaban mal, y aun puede decirse que marchaban bien; pero los tiempos han cambiado, las oscilaciones de esa moneda llegaron á ser perturbadoras, acentuándose sobre todo en los últimos diez años, y desde entonces Puerto Rico ha comenzado á ser víctima, y víctima terrible y desastrosa, de aquellas oscilaciones.

Hoy, Sres. Diputados, la situación ha llegado al colmo, y este colmo es en grado insostenible; pues, mientras esa moneda alcanza en los mercados exteriores una depreciación de más de un 50 por 100, se continúa recibiendo en las plazas de Puerto Rico por todo su valor nominal. De aquí, señores,

que no sepamos á qué atenernos en materia de contratos, pues todos resultan inciertos, por virtud de esas oscilaciones; de aquí que no sepamos qué pensar de las operaciones mercantiles que están sometidas á los cambios; de aquí que no sepamos á qué atenernos en materia de giros públicos, que van subiendo y subiendo, cada día más y más; y de aquí, sobre todo, ese odioso y desolador contrabando, que no cesa de velar las ocasiones de sus inmorales lucros, y que en pequeñas, pero frecuentes remesas, está llenando la isla de una moneda que reduce la riqueza de aquella hermosa provincia en más de una mitad; pues sabido es que así como la moneda buena echa á la mala, así la moneda mala invade los mercados donde se la recibe bien.

En tal situación, señores, Puerto Rico comenzó á clamar, y clamó muy alto, pero sus clamores se perdieron en el vacío; en tal situación, Puerto Rico no pudo menos de dirigir la vista á su madre Patria. ¿A quién la había de volver? Y pidió que se llevara allí como signo de la soberanía nacional la moneda española á que tiene derecho Puerto Rico por propio derecho de su ciudadanía; solicitó el cambio de la moneda circulante extranjera por otra del cuño nacional, proponiendo el medio de la reacuñación de la primera, de que hay precedentes en aquella isla desde el año 57, cuando se verificó el canje de la moneda macuquina, y de que hay también precedentes en esta tierra.

En efecto, Sres. Diputados, todo está allí preparado para la operación; los estudios y los cálculos se hallan hechos; y se demuestran las ventajas de la operación de ese canje, porque nosotros hemos de dar una moneda que vale intrínsecamente más que la española, una moneda que tiene más peso y más ley y más fino que la española, según datos que se han hecho públicos de la misma Casa de Moneda de Madrid.

Allí los ánimos están completamente dispuestos para recibir esa moneda; compruébalo el hecho de una información, que, no hace mucho, allí se ha abierto. Cuenta aquí, además, el Sr. Ministro de Ultramar con una celosa diputación puertorriqueña, que interesa sin cesar cerca de él la resolución de ese trascendental problema. Tiene también S. S. en su Departamento jefes ilustrados é inteligentes que le servirían de utilísimos auxiliares. ¿Qué falta, pues, para que el legítimo deseo de la isla de Puerto Rico se vea convertido en hermosa realidad? Falta únicamente que el digno Sr. Ministro de Ultramar pronuncie su poderoso *fiat*, llevando ya á la deliberación del Consejo de Ministros el decreto convenientemente preparado y dispuesto.

Esto dicho, Sres. Diputados, yo, como Diputado de aquella isla, como representante de aquella patriótica provincia, amante, como el que más, de su riqueza y bienestar, y enemigo de su ruína y desolación, voy á permitirme dirigir unas preguntas al señor Ministro de Ultramar. ¿Está decidido S. S. á llevar á cabo el canje monetario en la isla de Puerto Rico, en los términos que tantas veces se ha solicitado? ¿Se propone S. S. reproducir el plausible decreto de 1891, ordenando terminantemente ese canje? ¿Piensa S. S. hacer uso de la autorización que le concede la vigente ley de presupuestos, para surtir á aquella provincia española de todas las clases de moneda que hay en el Reino, valiéndose de la reacu-

ñación de la mejicana, y empleando en los gastos de la operación los beneficios que de la reacuñación resulten, como la ley dice? ¡Ah, Sr. Ministro! ¡Grande sería la gloria de S. S. si tal hiciese, y grande la felicidad de Puerto Rico, el día en que ese decreto llegase á aquellas esferas oficiales, realizando lo que tanto ansían todos los puertorriqueños!

Después de esto, yo he de dirigir un ruego al señor Ministro de Ultramar, y es, que en el tiempo más breve posible, trayendo á la vista el expediente de referencia, se sirva acordar lo que, respecto de esta transcendental é importantísima cuestión reclaman, de consuno, la justicia, la equidad y el derecho, para salvar de la ruína que amenaza á la siempre fiel, patriótica y leal isla de Puerto Rico. Esta isla, Sres. Diputados, todo lo espera de su actual Ministro de Ultramar, á quien considera como campeón de esa salvadora medida, desde que en 1891 expidió aquel notable decreto, para que se llevara á efecto el ansiado canje.

No olvide S. S. que esta cuestión entraña un pavoroso problema de orden público y social; no olvide que esta cuestión es, no solamente económica por los quebrantos que produce en todas las riquezas, sino social y política. Social, porque ha excitado ya á unas clases contra otras, produciendo infinidad de conflictos; y política, porque sería muy doloroso, Sres. Diputados, para la isla de Puerto Rico, que después de tanto suplicar á su madre Patria, ésta, desdeñosamente, le volviese la espalda en la hora suprema de su infortunio. No olvide además S. S. que niñas de los ojos de la Nación llamaba un estadista á las monedas. ¿Qué sería de Puerto Rico, sin esa luz, abandonado á las negruras de un porvenir revelado ya en el aniquilamiento de todas sus riquezas?

Suplico, pues, al Sr. Ministro de Ultramar que considere este punto con el interés que para él tienen todas las cuestiones de Ultramar.

Yo bien sé que el Sr. Ministro se halla animado de los mejores deseos, pero también sé que los males públicos no se curan con buenos deseos; se curan con hechos y no con palabras. Y cuando menos, señor Ministro, y por hoy, Sres. Diputados, yo deseo que de los labios autorizados de S. S. se oigan antecedentes respecto de lo que piensa inmediatamente hacer en el particular; y sobre todo, que diga algo que, con su autoridad, lleve un rayo de esperanza á aquellos habitantes y un consuelo á aquellos corazones atribulados ante el pavoroso problema monetario.

Ruego, por último, al Sr. Ministro, se sirva dispensarme, si he sido inoportuno con las preguntas que acabo de hacerle, obligado por el deseo que siento de defender el interés de Puerto Rico, y por el deber que me impone la representación que ostento; deber que es superior á todo otro linaje de consideraciones.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de Ultramar tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): Empiezo por dar las gracias al Sr. Díaz Caneja, quien hace tiempo que tuvo la bondad de indicarme su propósito de explanar una interpelación. Dóile las gracias por las expresiones benévolas que se ha servido dedicarme y por la confianza que indica tener en el Ministro de Ultramar, confianza de que espero no tendrá que arrepentirse.

Dejo aparte las apreciaciones de S. S. respecto á

los señores republicanos. Esa minoría, que tan brillantemente representa aquí á su partido, contestará si lo tiene por conveniente; por mi parte, ni sería oportuno, ni siquiera respondería á otro orden más alto de consideraciones si me entrometiera á contestar. (*El Sr. Lostau:* No hemos tenido el gusto de oír la alusión, y desearíamos que se repitiese.)

Y salvado esto, he de decir una cosa: yo tengo por costumbre contestar en el acto á toda interpelación que se me anuncia, cuando tengo datos bastantes para ello, salvo los deberes y compromisos que tienen los Gobiernos, y sobre todo, el respeto que debo á la Mesa, tanto por lo que representa como por los especiales respetos que me merece la digna persona que ocupa en ella el más alto puesto, llamada á establecer el orden de las discusiones y á dar la preferencia á los asuntos que han de someterse á debate.

Después de estas manifestaciones, voy á ser muy breve en lo que se refiere al punto principal que constituye las preguntas del Sr. Díaz Caneja. Y para dejar el camino expedito, he de decir que S. S. no tiene por qué rogarme que le perdone; todo lo contrario: le doy las gracias. A mí no me molestan nunca las indicaciones de los Sres. Diputados, porque sé que, como ahora el Sr. Díaz Caneja, al intentar todo lo que intentan, obedecen á los más puros móviles y están inspirados é informados por su deseo de servir en lo que sea posible á las provincias que les han honrado con su representación y se honran con tenerles por representantes.

La cuestión monetaria en Puerto Rico es de tanta gravedad como ha manifestado S. S., y no es de ahora, es ya de mucho tiempo; y el Ministro que tiene la honra de dirigirse al Congreso en estos momentos, llevó en su día al Consejo de Ministros la solución que él creía más apropiada; esto fué en la penúltima vez, porque esta será la última, que ocupó, aunque inmerecidamente, este puesto. La solución sería buena ó mala, no hay para qué hablar ahora de ella; pero es el hecho, y me conviene hacerlo constar, que no de ahora, sino de mucho tiempo atrás, vengo ocupándome de esta cuestión.

Desde el momento en que he vuelto á ocupar la cartera de Ultramar, he empezado á ocuparme de la cuestión monetaria de Puerto Rico, porque entiendo que es de perentoria necesidad. Es la isla de Puerto Rico una provincia notable, no sólo por su fidelidad, sino también por su progreso, su ilustración, y ¿por qué no decirlo todo? por una administración que, á tenerla España igual, tendría poco que envidiar á las demás Naciones. Es verdad que se dice que se hace allí el contrabando. Yo no lo sé, pero es posible, porque hay contrabando donde quiera que hay ganancias; pero en cuanto á otro género de rumores, yo tengo por costumbre hacer poco caso de ellos. Sólo añadiré que las dignas autoridades de la isla merecen mi absoluta confianza, y tengo la misma en ellas que si yo ocupara su puesto.

Las soluciones que á la cuestión han de darse no dependen sólo del Ministro de Ultramar, porque el Ministro de Ultramar, para buscar los medios que necesita, tendrá probablemente que entenderse, no sólo con otros Ministros, sino con Centros financieros de gran importancia, como exigen estas cuestiones de intereses.

En resumen, he de decir á S. S. que pienso en-

contrar pronto una solución, que no descansaré hasta dar con el medio de llevarla á cabo; pero cuando llegue la ocasión, dispénsenme los Sres. Diputados que les diga que nadie sabrá nada hasta que por telegrama cifrado lo comunique á mi amigo el señor gobernador de la isla de Puerto Rico. Y el Sr. Caneja comprenderá las razones que tengo para proceder de esta manera.

Si fuera posible, á pesar de la confianza que tengo en mis dignos compañeros, si fuera posible, les pediría, como ya intenté hacerlo otra vez, autorización para hacerlo sin comunicar ni á ellos mismos la solución, no porque no tenga, repito, absoluta confianza en ellos, sino porque cuestiones de esa especie debe saberlas el menor número posible de personas, por aquello de que cada uno tiene un amigo, y el secreto que pasa por tres, cuatro ó seis personas es de temer que deje de serlo.

No sé si lo que acabo de decir habrá dejado satisfecho á mi amigo el Sr. Caneja. En caso contrario, espero que se servirá indicármelo.

En cuanto á la interpelación que desea explicar S. S., cuando la Mesa lo crea conveniente, á partir desde este momento, S. S. me tiene á sus órdenes. Es cuanto tenía que decir.

El Sr. DIAZ CANEJA: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S. para rectificar.

El Sr. DIAZ CANEJA: Señores Diputados, natural es, y además justo, que me sienta sumamente agradecido hacia el Sr. Ministro de Ultramar, y que me levante á expresarle mi más sincero reconocimiento por las benévolas frases que á mis pobres preguntas acaba de consagrar; frases que ciertamente se deben, más que al mérito mío, que no tengo ninguno, al mérito de la generosidad de S. S.

Yo vuelvo á repetir que estoy seguro de los buenos deseos del Sr. Ministro de Ultramar en esto que llamamos cuestión monetaria de Puerto Rico, que allí ha producido infinidad de conflictos y ha causado grandes males; porque puedo repetir, como antes he dicho, que es ella una cuestión pavorosa, una cuestión social y una cuestión de orden público, á la cual no puede ser indiferente el Sr. Ministro de Ultramar.

Yo no puedo solicitar del digno Sr. Ministro que hoy mismo lleve á cabo ese cambio monetario, que tanto se pide y se espera en Puerto Rico, para salvar á la isla de su inminente ruina. Pero yo debo decir también que aquella isla no puede salvarse sólo con esperanzas; que aquella isla espera algo más que palabras, que hace ya mucho tiempo se le vienen dando, aunque no me refiero, al decir esto, al actual señor Ministro de Ultramar, que ha publicado el decreto ordenando terminantemente que se llevara á cabo el ansiado canje monetario en aquella isla, como era lógico que se hubiera hecho, y como es natural esperar que muy pronto se verifique. Porque allí, señores, hay una provincia española que está en el pleno goce de todos los derechos de la ciudadanía española, y es indudable, señores, que la moneda es el principal emblema de esa misma ciudadanía; moneda de la cual carece la isla de Puerto Rico, estando hoy día sometida al agiotaje y á las oscilaciones de otra moneda depreciada en todos los mercados, no por su valor intrínseco, que es mayor que el de la moneda española, como se ha demostrado, sino por

su valor representativo y por otras causas que no son de este lugar.

Yo no pido al Sr. Ministro que mañana mismo dé el decreto; pero yo tengo derecho á esperar de su benevolencia que desde mañana empiece á preparar las cosas, bien ordenando en su Departamento lo que corresponda, bien conferenciando con su compañero el dignísimo Sr. Ministro de Hacienda, para que los deseos, para que las aspiraciones justísimas de aquella isla no se vean defraudadas.

Por ahora, Sres. Diputados, yo me siento altamente satisfecho por las buenas palabras que me ha dado el Sr. Ministro de Ultramar, y espero que cuando menos serán para aquellos habitantes un rayo de esperanza, y que servirán de consuelo para aquellos corazones, hoy atribulados ante el porvenir de nuestra querida provincia española.

Ahora, si la Mesa me lo permite, diré dos palabras para calmar cierta alarma que parece han promovido entre los señores republicanos, ó al menos entre los dignísimos Sres. Diputados de la minoría republicana que en este momento se sientan en esos bancos, algunas manifestaciones mías.

No tienen por qué alarmarse esos compañeros, puesto que yo he hecho tan sólo una apreciación general, en la cual supongo que SS. SS. estarán de acuerdo con el que tiene el honor de dirigir la palabra á la Cámara. Yo he dicho, después de haber manifestado que tengo anunciada una interpelación há ya algunos días, que creía lamentable que el curso de los debates actuales impidiese tratar de asuntos de verdadero interés nacional, deplorando que hubiera tantos recursos en el Parlamento para hacer que se perdiera el tiempo lastimosamente; yo he dicho que era lamentable, Sres. Diputados de la minoría republicana, que SS. SS. tuvieran tantos medios reglamentarios para estar cantándonos con tanta frecuencia las excelencias de su república ideal y fantástica; y he dicho eso, porque los tres ó cuatro primeros discursos que yo he oído en este recinto, pronunciados, bien por haber pedido directamente la palabra SS. SS., ó bien por alusiones personales concertadas, se han referido á ese particular; sintiendo al propio tiempo que la mayoría y las minorías diesen vuelos de cuestiones nacionales é internacionales á las que en mi sentir sólo tienen categoría de asuntos de familia, mientras se vuelve la espalda á lo que interesa á la Patria en general y á sus provincias, y se relegan á segundo término las cuestiones que son de verdadero interés social, que estamos en el deber de defender todos aquí, porque esa es nuestra misión, la misión de los que nos sentamos en estos escaños.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): Voy á ver si puedo resumir de la manera más breve y clara que me sea dable lo que tengo que contestar al digno Sr. Caneja, Diputado por Puerto Rico.

En primer lugar, S. S. dice, y está bien que tenga ese temor, aunque no sea enteramente justificado, que la isla de Puerto Rico desea que no se quede en palabras, sino que se traduzca en hechos cuanto ya aquí he manifestado. En primer lugar, yo no conozco medio de contestar á las palabras más que con las palabras; y además, me parece que de ningún

hombre serio que ocupe, aunque innecesaria, dignamente este puesto, se puede desconfiar, ni presumir que sólo venga aquí á pronunciar palabras para no realizar después los hechos.

Dice S. S. que desde mañana empiece á ocuparme de esa cuestión que á Puerto Rico afecta; para eso no hay más que un inconveniente, y es, que de esas y de todas las cuestiones que á Puerto Rico interesan, me vengo ocupando desde mucho antes de mañana y de hoy; de modo que lo que haré será continuar ocupándome en este estudio.

Este acto que S. S. ha realizado, á mí me parece perfectamente; prueba su interés por la isla de Puerto Rico; y seguramente, si S. S. hubiera sido el primer Diputado representante de aquella isla que hubiera venido aquí, nadie se le habría adelantado á practicar estas gestiones en favor de Puerto Rico; pero es el caso, que con el mismo deseo, con el mismo interés, no mayor ni menor tampoco que el interés y el deseo de S. S., se le han adelantado otros Sres. Diputados, no por ser más diligentes que S. S., sino porque han llegado antes y deseaban lo mismo que S. S. desea.

También necesito contestar á S. S. respecto de otro punto. Ha dicho S. S. que podrían suceder no sé qué cosas si España volviera la espalda á la isla de Puerto Rico; esto declaro que no lo entiendo; porque no sé yo cómo se puede uno volver la espalda á sí mismo, y la isla de Puerto Rico no es ni más ni menos España que Madrid, Granada, Valencia ó cualquiera otra provincia de la Nación española. Por lo demás, el Gobierno de España no puede haber pensado siquiera en volver la espalda á aquella isla, tan adelantada, tan pacífica y tan segura para la madre Patria.

Me parece que con lo dicho, el Sr. Caneja quedará completamente satisfecho; y termino, advirtiéndole que yo necesito de la ayuda del Sr. Caneja, como de todos sus compañeros, para resolver esos problemas, que no por ser de una extrema necesidad dejan de tener complicaciones, y que no pueden resolverse sólo con buen deseo, sino que además de un deseo, de una firme voluntad, requieren inteligencia, sin que pueda faltar ninguno de estos elementos para la resolución de estos problemas.

El Sr. **DIAZ CANEJA**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.; pero le ruego que termine en el menor tiempo posible, porque hay muchos señores que tienen pedida la palabra, y el reloj marcha sin consideración ninguna.

El Sr. **DIAZ CANEJA**: Sólo quiero hacer justicia á los honrados y nobles sentimientos del Sr. Ministro de Ultramar; sentimientos cuya grandeza yo jamás he desconocido, y que espero han de producir pronto en Puerto Rico muchos beneficios.

Quiero hacer justicia también á la dignísima representación en Cortes de Puerto Rico. Precisamente su intachable y ejemplar conducta, su entusiasmo y su constancia en la materia del canje monetario, me han impulsado á pedir la palabra en esta Cámara, porque, sabiendo cuánto han gestionado mis dignos compañeros cerca del Sr. Ministro de Ultramar para conseguir lo que todos anhelamos, no podía yo ser una excepción entre ellos, y he venido á tomar parte en el concierto de esa aspiración constante de la digna diputación puertorriqueña.

También he de hacer constar que yo no he dicho

que la madre Patria vuelva la espalda á Puerto Rico, á aquella su hija predilecta, no; porque tampoco aquella hija predilecta merece ese desdén; y sólo he dicho que la cuestión á que he hecho referencia podía afectar caracteres sociales y políticos; y teniendo en cuenta la gravedad de este problema formulaba una hipótesis, diciendo: ¿qué pensaría aquella fidelísima isla de Puerto Rico, si después de tanto anhelar y suspirar por el canje monetario le volviese la espalda su madre Patria en este trance supremo de su infortunio?

Esto lo he dicho en hipótesis, porque creo que jamás debe realizarse; y por eso digo y repito, que espero y confío en que los nobilísimos sentimientos del Sr. Ministro de Ultramar sean pronto para Puerto Rico una halagüeña realidad. No tengo más que decir.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Lostau me parece que ha pedido la palabra sobre este asunto á propósito de alusiones del Sr. Díaz Caneja.

El Sr. LOSTAU: De alusiones del Sr. Díaz Caneja, y hasta del Sr. Ministro de Ultramar, que ha dicho que las alusiones del Sr. Díaz Caneja debía contestarlas esta minoría (*El Sr. Díaz Caneja:* Yo he hecho apreciaciones); y encontrándome sólo en estos bancos en aquel momento, yo pedí la palabra para contestar cumplidamente á las insinuaciones del señor Díaz Caneja, y dejar á esta minoría en el lugar que le corresponde. En este sentido, si S. S. cree que tengo derecho á hacer uso de la palabra...

El Sr. PRESIDENTE: He preguntado si se trataba de este asunto; porque no siendo así, y habiendo otros señores que han pedido la palabra para otros asuntos, tendría S. S. que ocupar el lugar que le correspondiera.

El Sr. LOSTAU: Me circunscribiré por ahora á la alusión, por más que también tengo necesidad de ocuparme de otros asuntos acerca de los cuales he dirigido al Gobierno preguntas que los Sres. Ministros no han tenido á bien contestar.

El Sr. Díaz Caneja, con un tono por cierto bien poco piadoso y en momentos en que el hecho tuvo lugar, hasta con notoria inoportunidad, puesto que veía desiertos los bancos de esta minoría, nos ha hablado de que nosotros éramos causa de la prolongación y de la esterilidad de los debates de esta Cámara. (*El Sr. Díaz Caneja hace signos negativos.*) Permítame S. S. que le diga, ya que he tenido la calma de oír dos veces tal impropio, permítame que le diga que era poco piadoso cuando ha dirigido alusiones á los Diputados de una minoría que estaban ausentes. (*El Sr. Díaz Caneja:* Yo no he dirigido al Sr. Lostau alusión ninguna.) El Sr. Díaz Caneja nos ha dicho que los ideales republicanos eran utópicos, apreciación por cierto que no encajaba ni poco ni mucho en la pregunta que hacía al Sr. Ministro de Ultramar. Se conoce que el Sr. Díaz Caneja sueña con los republicanos, puesto que dirigiéndose al Sr. Ministro de Ultramar, no sólo ha traído á colación los ideales republicanos para calificarlos de utópicos sino que ha atribuido á esta minoría la culpa de que estos debates se prolonguen y de que se pida la palabra para alusiones personales que no son tales alusiones, sino más bien ilusiones; y yo no sé cómo ya puesto en este camino no ha dicho también que nosotros tenemos la culpa de que el Congreso no se haya abierto sino hace tres ó cuatro semanas.

El Sr. Díaz Caneja es muy injusto con nosotros. Su señoría, por lo visto, está bajo el influjo de una obsesión que yo no me explico. ¿Qué necesidad tenía S. S. de mentar á esta minoría?

Se trata precisamente de una minoría republicana, que ha dado ejemplos de moderación y de templanza, que yo hasta estoy por decir que critico, porque es la única que podía ser fiscal de una mayoría y de una minoría monárquicas; y cuando de un lado y de otro se han lesionado grandes intereses... (*Un Sr. Diputado:* Esas son apreciaciones de S. S.) Nosotros hemos escuchado tranquilos cómo de unos á otros miembros de la familia monárquica se estaban dirigiendo dardos envenenados. (*Denegaciones.*) Pues qué, ¿no habéis visto los dardos que, partiendo de aquellos bancos (*Señalando á la minoría conservadora*), se han clavado en el cuello del Sr. Sagasta? ¿Y aún seréis capaces de decir que no hemos dado nosotros ejemplo de templanza, cuando hemos presenciado tranquilos, sin tratar de aprovecharnos de ellas, vuestras desavenencias? No digáis eso de nosotros, que por algo sois gentes que dirigís la sociedad y os preciáis de ser los supremos inteligentes. Por consiguiente, Sr. Caneja, la república está muy lejos de ser una utopía; y esta afirmación me extraña más en S. S. representante de Puerto Rico. Tenga S. S. la seguridad de que cuando en la libre América, poblada de Repúblicas, se sepa que un representante de Puerto Rico ha llamado utopía á la República, se dirá que ese representante de Puerto Rico no ha querido hacer otra cosa que un acto de adhesión al Gobierno, y que por eso ha tenido la poca prudencia de dirigir cargos á esta minoría. ¡Y en qué ocasión lo hace S. S. y á qué partido los dirige S. S.! Cuando precisamente se dice que España no se porta como madre, sino como madrastra, con Puerto Rico, y precisamente á un partido que quiere aplicar á Puerto Rico absolutamente todas las libertades de España.

Eso es altamente injusto, y no extraña el señor Caneja que le diga que eso acusa cierta malquerencia en S. S., que sabe perfectamente que la república no es una utopía. Tome S. S. el tren, atraviése el Pirineo, y verá cómo esa República es una realidad; vaya S. S. á la libre América, y verá cómo la República no es una utopía. Si todas las utopías de que habla S. S. tienen tanta realidad como esta, yo me felicito de la palabra utopía y de la palabra *fantasia* que ha empleado S. S. respecto á los ideales que sostiene la minoría republicana.

El Sr. DÍAZ CANEJA: Pido la palabra para rectificar.

El Sr. PRESIDENTE: Yo rogaría á S. S. que no prolongue un debate que es completamente inútil. Su señoría no ha tenido intención de molestar á la minoría republicana, y creo que con esto basta.

El Sr. DÍAZ CANEJA: Debo hacer constar que si la tuviera la sostendría; y que el Sr. Lostau, señor de toda mi consideración, sin duda se cree inviolable, y no permite que se hagan apreciaciones sobre la minoría republicana; y, Sres. Diputados, el señor Lostau ha hablado precisamente de todo menos de lo que yo he tratado. Yo no he hecho más que una apreciación general respecto á mayorías y minorías, incluyendo á la republicana, sin que haya empleado palabra alguna que pudiera molestar á los republicanos, y que hubiera obligado al Sr. Lostau á hacer uso de la palabra, únicamente para demostrar lo que

acabo de decir: que es muy ostensible el afán de los señores republicanos por cantar loores á la República. (*El Sr. Lostau*: Con perfecto derecho.) Lo mismo que el nuestro.

Se leyó una proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de la estación de Villagonzalo á La Oliva de Mérida. (*Véase el Apéndice 13.º al Diario núm. 116.*)

En su apoyo dijo

El Sr. **GROIZARD**: En cumplimiento del precepto reglamentario, ruego al Congreso se sirva tomar en consideración esa proposición.»

Leída segunda vez, y previa la oportuna pregunta, fué tomada en consideración, acordándose que pasara á las Secciones para nombramiento de Comisión.

Se leyó una proposición de ley condonando á D. Lucio de la Fuente Moya y otros, varias fanegas que adeudan al Pósito de Bonilla, subsidiariamente, como concejales que fueron de aquel Ayuntamiento. (*Véase el Apéndice 23.º al Diario núm. 110.*)

En su apoyo dijo

El Sr. **SENDIN**: Tengo el propósito de molestar por muy poco tiempo la atención del Congreso, y bien quisiera desde luego referirme á los fundamentos que la misma proposición contiene, para ahorraros la molestia de escucharme; pero la moción es de tal índole, y la historia de ella es tan accidentada, que me obligan á ocupar vuestra atención en este momento por más tiempo del que me proponía. Ya tuve el honor de apoyar en las Cortes de 1889 esta misma proposición que se aprobó definitivamente en este Cuerpo Colegislador y pasó al Senado, donde fué sorprendida con la disolución de aquellas Cortes, cuando se había nombrado la Comisión que había de dictaminar.

Como el art. 97 del Reglamento del Congreso dispone que los negocios pendientes en una diputación deberán comenzarse en las siguientes, no cabe otra solución al Diputado que se dirige al Congreso que reproducir las pretensiones formuladas en 1889.

Dos móviles me impulsaron entonces y me obligan hoy á insistir en la proposición indicada.

El primero, que siendo Diputado por el distrito de Huete, donde está enclavado el pueblo de Bonilla, á cuya localidad afecta esta resolución, me incumbe el deber moral de patrocinarla, porque la conceptúo completamente justa.

Y el segundo es el que procede del cumplimiento de una Real orden del Ministerio de la Gobernación de 31 de Agosto de 1887, por virtud de la que se ordenaba que se presentase el oportuno proyecto de ley, ya que el párrafo tercero del art. 6.º de la ley de 26 de Junio de 1877, prohíbe hacer esta condonación por otro procedimiento.

Impulsado por estos estímulos, presenté en 1889, y reproduzco hoy, la proposición leída, cuya explicación y alcance paso á exponer.

La legislación administrativa, y particularmente la que se refiere á los Ayuntamientos, está inspirada en un criterio de desconfianza, que si puede estar muchas veces justificada por la censurable gestión de estos organismos, en otras produce monstruosida-

dades como aquella de que son víctimas los individuos que formaban parte del Ayuntamiento de Bonilla en 1869, y cuyos hechos paso á exponer refiriéndome á los que resultan del expediente remitido por el Gobierno al Congreso en 1889, y que hoy obra en la Secretaría del Senado.

D. Juan Francisco Balgañón adeudaba al Pósito de Bonilla desde 1817, 559 fanegas, 22 cuartillos de trigo. Desde aquella fecha hasta el año 1869, no se practicó gestión alguna por parte de nadie para que el deudor reintegrara la deuda. En mal hora para el Ayuntamiento de aquella época, le ocurrió meterse á redentor del Pósito, y como frecuentemente ocurre, resultó crucificado. Aquel Municipio, celoso del cumplimiento de su deber, entabló la vía de apremio contra el deudor, enajenando los bienes que se le encontraron, cuyo precio se invirtió en trigo, que ingresó en el Pósito. Todavía, á pesar de estos apremios, Balgañón quedó adeudando la cantidad de 369 fanegas, 22 cuartillos de trigo. Infructuosas fueron las gestiones practicadas por aquel Municipio para conseguir que el Pósito se reintegrara en su totalidad; y demostrado está en el expediente que apuraron la vía de apremio sin hallar más bienes del deudor que los que se habían enajenado, y cuyo precio había ingresado en el Pósito, El Ayuntamiento, ante la ineficacia de sus gestiones y desconociendo la esfera de acción de sus atribuciones, acordó declarar partida fallida la cantidad que restaba Balgañón.

Pecado fué el que constituye esta inocente declaración, que vienen purgando con severa expiación los individuos que constituían aquella Corporación; porque de este hecho, y por el carácter suspicaz de nuestra legislación, se deriva la responsabilidad subsidiaria de aquellos concejales y el carácter de deudores al Pósito de Bonilla con el que comparecen hoy ante el Congreso. Esta declaración de la Comisión de Pósitos de Cuenca y del Ministerio de la Gobernación pugnaba con los más elementales principios de derecho y de equidad; y fundados en ello, solicitaron los desdichados concejales la condonación de la deuda.

Y aquí aparece otra vez la legislación suspicaz en lo que á Ayuntamientos se refiere. Entonces los concejales de Bonilla tropezaron con el párrafo 3.º del art. 6.º de la ley de 26 de Junio de 1877, que dispone que sólo por medio de una ley podrán ser condonadas las deudas á favor de los Pósitos que excedan de 10.000 reales ó de 250 fanegas de trigo; y como, por una ficción legal, los concejales de Bonilla aparecían debiendo trescientas y tantas fanegas de trigo, evidente era que sólo por este procedimiento podían obtener aquellos concejales tan justa condonación. Fundado en esto, el Ministerio de la Gobernación ordenó en la Real orden de 31 de Agosto de 1887 que se presentase el oportuno proyecto de ley. Como el Gobierno no cumplía con este deber, el Diputado que se dirige al Congreso, usando de las facultades parlamentarias que le competen é impulsado por los móviles expuestos al comenzar, presentó en 1889, y reproduce hoy, la proposición leída, que somete á la consideración del Congreso.

Estos son los hechos que sirven de base á la proposición de ley, y de ellos se deriva la conclusión de que los individuos que componían el Ayuntamiento de Bonilla en 1889, no realizaron acto alguno que determine su directa responsabilidad, ni han incurrido

en negligencia ó abandono por donde pueda explicarse la ficción legal que los califica de deudores al pósito de Bonilla; y si tuvieran estos hechos aquel carácter, no sería el Diputado que se dirige á la Cámara el que hubiera presentado esta proposición de ley. Esta justicia debo exigir de todos los Sres. Diputados. Se suprime, pues, la condonación de la imaginaria deuda; pues bien puede afirmarse que un exceso de celo por parte de aquel Ayuntamiento, es lo que ha producido el martirio que viene sufriendo hace bastante tiempo.

He de concluir dirigiendo un ruego á la Mesa de esta Cámara.

Como la proposición aprobada oportunamente en el Congreso, pasó al Senado en 1889, con ella fué el expediente que se refiere al Pósito de Bonilla, enviado á mi instancia por el Ministro de la Gobernación.

Suplico al Sr. Presidente, en su consecuencia, se sirva reclamar del Senado este expediente, para que sea conocido por la Comisión que se nombre y por los demás Sres. Diputados, para que vean comprobados cuantos hechos me he permitido exponer ante la Cámara, molestándola más de lo que me proponía.

He dicho.

Leída nuevamente la proposición de ley, fué tomada en consideración, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Avila tiene la palabra.

El Sr. **AVILA**: Había pedido la palabra en dos momentos distintos.

En el primero me proponía contestar á las alusiones que nos había dirigido el Sr. Caneja; pero habiéndolo hecho tan perfectamente el Sr. Lostau, renuncio, por consiguiente, á este punto.

En el segundo, pedí la palabra con el objeto de presentar á la Mesa una exposición de los farmacéuticos del distrito primero de Barcelona, pidiendo que se derogue el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado.

Al propio tiempo, tengo necesidad de decir dos palabras sobre esta cuestión, porque hace algunas tardes he oído al Sr. Ministro de Hacienda hacer aquí unas distinciones sobre el carácter comercial del farmacéutico y sobre el carácter industrial del mismo, que yo creo que son la causa del error cometido por el Gobierno en este punto, olvidando que por encima del carácter comercial del farmacéutico está el profesional. Esto es tan elemental, que desde luego se comprende que si no fuera así sería imposible garantía alguna para la salud pública; y bajo este punto de vista, me dirijo también al Sr. Ministro de la Gobernación, para que vea la manera de tomar alguna medida respecto á lo que está sucediendo en el ejercicio de esta profesión, que ha llegado á un estado verdaderamente lastimoso en nuestra Patria. Aquí se le exige al farmacéutico toda clase de garantías ó de conocimientos científicos; se le hace pasar una gran parte, la tercera cuando menos, de su vida, en adquirir esos conocimientos, para después abandonarle á sí propio y combatirle por todos los medios posibles, no sólo dejándole enfrente de la competencia que le hacen los demás farmacéuticos, sino también de la que le hacen los Municipios y aun el mis-

mo Estado, estableciendo las farmacias que se llaman militares.

El Estado paga un laboratorio central con fondos de ese mismo Estado y de los mismos farmacéuticos que contribuyen al presupuesto; allí hay farmacéuticos que adquieren por oposición sus plazas; allí hay también grandes máquinas y aparatos para confeccionar toda clase de medicamentos, y todo eso lo paga el Estado; después se abren al público farmacias cuyos locales paga el Estado, cuyo personal paga el Estado, cuyo alumbrado paga el Estado, y, sin embargo, no satisfacen contribución alguna; y en estas condiciones se deja á los farmacéuticos para que se hagan competencia. De aquí proviene la demoralización tan grande que se observa en el ejercicio de esta profesión, no por culpa de esos profesores, sino por culpa del Gobierno, y que la salud pública se resienta y ocurran los frecuentes envenenamientos que se ven todos los días; todo lo cual constituye motivos suficientes para llamar la atención del Gobierno sobre este asunto, á fin de que procure poner alguna cortapisa á esos abusos.

El Sr. **SECRETARIO** (Bugallal): La exposición presentada por el Sr. Avila pasará á la Comisión correspondiente.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): El Gobierno tendrá muy en cuenta las observaciones que se ha servido hacer el Sr. Avila, y yo pondré en conocimiento del Sr. Ministro de Hacienda aquello que se refiere á su Departamento.

Se leyeron dos proposiciones de ley incluyendo en el plan general de carreteras: en la primera, una de Pertusa á la de Huerta á Robres; y en la segunda, una de Grañén á la estación de Huesca, otra de Bolea á la de Ayerbe y otra de Tamarite de Litera al puente de Laclamor. (*Véanse los Apéndices 17.º al número 102 y 12.º al núm. 116.*)

En su apoyo dijo

El Sr. **ALVARADO**: Como las dos proposiciones que se acaban de leer tienen por objeto dotar de medios de comunicación á pueblos que carecen de ellos y que teniendo verdadera riqueza de productos se ven imposibilitados de explotarlos debidamente, ruego al Congreso se sirva tomarlas en consideración.»

Leídas por segunda vez, y previa la correspondiente pregunta, el Congreso las tomó en consideración, anunciándose que pasarían á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Canido tiene la palabra.

El Sr. **CANIDO**: Para dirigir un ruego y hacer una pregunta al Sr. Ministro de la Gobernación.

Por infracciones legales y por arbitrariedades que envolvían responsabilidades fueron protestadas y reclamadas de nulidad las elecciones municipales de Laza, en el distrito de Verín; pero á los encargados de tramitar este expediente ó á los directamente interesados en él, les pareció que el camino más rápido, más fácil ó más seguro para dar solución satisfactoria á los vicios de nulidad que el expediente envolvía era hacerlo desaparecer, creyendo que se haría el silencio, que nadie reclamaría y continua-

rían en sus puestos los concejales por tales procedimientos elegidos. Pero como las cosas no ocurren siempre á medida y á gusto y á programa de prestigios de expedientes, la prensa de la provincia se ocupó de la desaparición de ese expediente, la Comisión provincial nombró un delegado para que averiguase dónde había ido á parar el de Laza, al cual delegado le ocurrieron accidentes y peripecias muy curiosos; y por último, el señor juez de primera instancia de Verín incoó procedimiento criminal contra el alcalde de Laza, á quien procesó y suspendió.

Pasados largos tres meses, de pronto el gobernador de Orense, aquel propio Sr. Llamas Nová, de triste recordación, cuya conducta electoral no se ha discutido aquí por fortuna suya, pero que puede ser discutida con motivo de este expediente, de improviso, digo, el gobernador de Orense acude á la Comisión provincial con el expediente desaparecido debajo del brazo, requiere á la Comisión para que lo discuta en el acto, y habiéndose puesto á votación y habiendo empate entre los individuos que componen la Comisión, por su único voto, expediente que tenía tal origen y había corrido tales peripecias, fué aprobado; esto es, fueron aprobadas las elecciones municipales. De esta resolución se han alzado para ante el Ministerio de la Gobernación.

Yo ruego al Sr. Ministro que este expediente, luego que tenga estado, se sirva remitirlo al Congreso.

Y ahora, la pregunta que arranca de la relación que acabo de hacer para formular mi ruego, es á saber: ¿cree el Sr. Ministro de la Gobernación que los gobernadores civiles, invocando el precepto del art. 28 de la ley provincial, pueden ni deben intervenir con su voto en las decisiones de las Comisiones provinciales en que se ventilen asuntos electorales? Esta es la pregunta concreta que formulo á S. S., esperando que la habrá de contestar con gran claridad y de conformidad con sus antecedentes democráticos y con el espíritu y sentido que informa la ley electoral.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): No discutiré el fondo de la cuestión aquí tratada por el Sr. Canido, porque tampoco respecto de él ha hecho S. S. más que ligeras indicaciones; pero sí me referiré concretamente á la pregunta que se ha servido dirigirme.

Yo creo que el gobernador debe intervenir y puede intervenir en las deliberaciones y acuerdos de la Comisión provincial, cuando, con arreglo á su conciencia y á las necesidades políticas, cree conveniente hacerlo. Es indudable que tiene esta facultad con arreglo al art. 28 citado por S. S., y más concretamente determinada en la ley provincial. Como presidente de la Comisión provincial puede, pues, tomar parte en las deliberaciones y decidir una votación cuando hay empate; está en su perfecto derecho. (El Sr. Canido: ¿En materia electoral?) En todas las materias.

El Sr. **CANIDO**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **CANIDO**: Me parecía á mí que el señor gobernador civil de Orense no debía intervenir con su voto en ningún expediente en que se ventilase asunto

tos electorales... (El Sr. Ministro de la Gobernación: Todos los gobernadores intervienen. Si quiere S. S., yo le citaré casos recientes que están en la memoria de todo el mundo.) Me parecía á mí, repito, que el gobernador de Orense no debía intervenir en ningún asunto en que se ventilase cuestión electoral; pero me parecía que debía guardarse cuidadosamente de intervenir en un expediente que tenía tal origen y que había pasado por tales peripecias y tenido tales desenvolvimientos. Pero en fin, como esto lo habré de discutir cuando el Sr. Ministro de la Gobernación remita el expediente al Congreso, me abstengo en este momento de toda calificación que concretamente se refiera al expediente en cuestión.

Examinando ahora la contestación que S. S. se ha servido dar á la pregunta que en tesis general he formulado, confieso que me ha sorprendido; creía yo que las declaraciones, todas muy explícitas y repetidas por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros y por el Sr. Capdepón y por el Sr. Núñez de Arce en la Junta del Censo, le imponían á S. S. un precedente y una obligación respecto á la manera cómo había de contestar á esta pregunta.

El Sr. Sagasta, el Sr. Capdepón y el Sr. Núñez de Arce sostuvieron repetidamente en la Junta Central del Censo, por supuesto cuando no eran Gobierno, lo que el Sr. Ministro de la Gobernación va á oír.

«El espíritu de la ley electoral es completamente contrario á la intervención de los gobernadores en los actos relacionados con las elecciones.»

Así, claramente. Ahora el Sr. Ministro de la Gobernación entiende otra cosa, porque entiende que deben intervenir.

En esa misma reunión de la Junta Central del Censo á que acabo de referirme, el Sr. Silvela opinaba que era necesario mantener el principio de que los gobernadores podrían intervenir, pero que él les aconsejaría constantemente que se abstuvieran de hacerlo. Enfrente de esta afirmación del Sr. Silvela había la otra que acabo de exponer del jefe del partido liberal. A mí, como conservador, me basta con recoger la afirmación que el Sr. Ministro acaba de consignar, porque esto prueba una vez más y robustece la opinión, que es bastante general, de que los hombres de ese Gobierno tienen dos criterios, uno liberal hasta el radicalismo cuando están en la oposición, y otro reaccionario hasta la arbitrariedad cuando están en el poder.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): El Gobierno no tiene criterio reaccionario ni radicalísimo.

Tratándose de preguntas concretas como la que ha hecho S. S., tiene que atenerse al espíritu que ha informado la ley y al tenor literal de la ley misma, y esto es lo que ha contestado á S. S. El Sr. Canido me preguntaba si los gobernadores deben ó si pueden intervenir. Yo he dicho que deberán intervenir en los casos en que, con arreglo á su conciencia, lo juzguen necesario; pero que tienen libérrima y absoluta esa facultad, con arreglo, no sólo al sentido que informa la ley, sino al tenor literal de ella.

Esto he sostenido, y no está en contradicción porque la materia es distinta, lo que se refiere á lo

expuesto en la Junta Central del Censo por los señores Sagasta, Capdepón y Núñez de Arce, con el criterio que yo tengo respecto de los artículos de la ley provincial.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Marqués de Figueroa tiene la palabra.

El Sr. Marqués de **FIGUEROA**: Me levanto para dirigir una pregunta que ayer anuncié por carta al Sr. Ministro de Fomento. Sin duda por causas independientes de su voluntad no ha podido venir á la Cámara el Sr. Ministro, y ruego á la Mesa se sirva poner esta pregunta en su conocimiento. Se refiere á la cuestión que se ha suscitado en Palma de Mallorca con motivo del aprovechamiento de las aguas de la acequia; cuestión que tiene conmovido allí el espíritu público, que espero satisfará el Sr. Ministro á que me dirijo, entendiendo en este asunto con el criterio de plaza y de justicia que es propio del Sr. Groizard.

En 1890, y voy á referirme con brevedad suma á lo acontecido, el gobernador civil dispuso que se celebrase una junta de los interesados en las aguas, para que, en vista de la ley de 1879, en su art. 231, decidiesen en qué forma se había de resolver sobre las materias concernientes al régimen interior de esta asociación, y resolvieron que se atuviese al régimen por que venía rigiéndose hasta entonces. El que era gobernador civil en aquella época, aprobó este acuerdo, y no hubo alzada ante el Ministro, viniendo, por consiguiente, el acuerdo á ser firme. A pesar de esto, el 5 de Octubre de 1893, según parece, el gobernador civil anula el acuerdo citado, y ordena al director del Sindicato de aguas que convoque á nueva junta.

El presidente del Sindicato se alzó al Sr. Ministro de Fomento, y el gobernador de la provincia, ante este recurso, se negó á la tramitación de la alzada. Por mandato del gobernador, ante la actitud del Sindicato, hizo el Ayuntamiento una convocatoria para celebración de junta, y el Sindicato reclamó en contra, logrando del Sr. Ministro de Fomento la suspensión de aquella, y una Real orden, fecha 8 de Marzo del año corriente, en la que se dispone que se celebre la junta, y que cada uno de los usuarios del riego tenga voto en proporción á la cantidad de aguas á que tenga derecho. El 24 de Marzo se celebra esta reunión, pero no cumpliendo lo dispuesto en la Real orden de 8 de Marzo sobre asistencia de todos los usuarios de las aguas, pues el gobernador, según diversas referencias, se presenta con una lista que excluye á varios de los usuarios, á quienes niega voz y voto, motivando su retirada, y el que quede como árbitro, por tanto, una minoría.

De esto protestan los excluidos ante el Sr. Ministro de Fomento. Con motivo de este recurso me dirijo al Sr. Ministro para que procure que aquellos usuarios de aguas cuyo derecho fué desconocido, obtengan las aclaraciones que piden á la Real orden de Marzo último, y disponiendo lo conveniente para que sus derechos se ejerciten y para que el Sindicato subsista con su personalidad y carácter tradicional, desconocido, á la cuenta, por el señor gobernador.

Los interesados se prometen resolución favora-

ble de la justificación del digno Sr. Ministro de Fomento.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Ruego al Sr. Marqués de Figueroa que se fije en que el Sr. Ministro de Fomento ha tenido necesidad de ir al Senado para ocuparse de este mismo asunto, y me ha encargado que viniera hoy aquí á decirlo á S. S. y anunciarle que el lunes próximo vendrá á esta Cámara á contestar su pregunta.

El Sr. Marqués de **FIGUEROA**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Marqués de **FIGUEROA**: Solamente para consignar que mi indicación no ha tenido carácter ninguno de queja, y que ya presumía que cuando el Sr. Ministro de Fomento no había venido, era porque estaba ocupado en otra parte.

Desde luego, vendré el lunes con mucho gusto á oír las explicaciones del Sr. Ministro de Fomento, que me anuncia su compañero el de la Gobernación.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Marqués del Vadillo.

El Sr. Marqués del **VADILLO**: La he pedido para presentar á las Cortes, como también lo hacen mis compañeros los Diputados por la circunscripción de Pamplona, Sres. Sanz y Campión, una instancia en que el Ayuntamiento y vecinos demandan la protección necesaria del Gobierno, para que la empresa abastecedora de aguas de Arteta á Pamplona pueda llevar á cabo las obras de importancia que son necesarias. Con esta ocasión, quiero hacer constar la confianza que abriga Pamplona de que esta vez siquiere, como en otras ocasiones, la Cámara ha de atender su súplica, porque aquella población carece del agua indispensable para sus necesidades.

Ruego, pues, á la Mesa que haga pasar esta instancia á la Comisión correspondiente, entendiéndose que no por esto renunciamos á usar de nuestro derecho de iniciativa parlamentaria.

El Sr. **SECRETARIO** (Bugallal): Pasará á la Comisión de peticiones la instancia presentada por S. S.

ORDEN DEL DIA

Corrientes por la Comisión de corrección de estilo, y previa declaración de hallarse conformes con lo acordado, se leyeron y quedaron aprobados definitivamente, anunciándose que pasarían al Senado, los siguientes proyectos de ley:

1.º Determinando la manera y plazos de abonar la subvención correspondiente á la Compañía del ferrocarril de Linares á Almería. (*Véase el Apéndice 2.º á este Diario.*)

2.º Concediendo pensión á las familias de los operarios fallecidos á consecuencia de la explosión ocurrida en Santander en el vapor *Cabo Machichaco* el día 21 de Marzo último. (*Véase el Apéndice 3.º á este Diario.*)

3.º Aprobando varios suplementos de crédito y

créditos extraordinarios otorgados por los Reales decretos que se expresan, á distintas secciones del presupuesto general del Estado para el año económico de 1892-93 y para el de 1893-94. (*Véase el Apéndice 4.º á este Diario.*)

4.º Concediendo un crédito extraordinario de 59.248'66 pesetas á un capítulo adicional de la sección 8.ª, «Ministerio de Hacienda», presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94, para reintegrar á la testamentaria de D. Ignacio Sabater. (*Véase el Apéndice 5.º á este Diario.*)

5.º Prorrogando la autorización concedida por la ley de 29 de Julio de 1893 sobre excepción del pago de los derechos arancelarios de las máquinas, herramientas, armas y municiones que adquiriera en el extranjero el Ministerio de la Guerra. (*Véase el Apéndice 6.º á este Diario.*)

6.º Concediendo un suplemento de crédito de 135.000 pesetas al capítulo 8.º de la sección 3.ª, «Ministerio de Gracia y Justicia», del presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94. (*Véase el Apéndice 7.º á este Diario.*)

7.º Concediendo otro suplemento de 17.500 pesetas al capítulo 16 de la misma sección, «Gracia y Justicia», y del mismo presupuesto. (*Véase el Apéndice 8.º á este Diario.*)

8.º Concediendo varios suplementos de crédito que importan 1.233.250 pesetas á varios capítulos de la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», del presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94, y un crédito extraordinario de 700.000 pesetas á un capítulo adicional de la misma sección y presupuesto «para gastos en la concurrencia de España á la Exposición de Chicago». (*Véase el Apéndice 9.º á este Diario.*)

9.º Concediendo un suplemento de crédito de 10.000 pesetas al capítulo 19 de la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», del presupuesto de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94. (*Véase el Apéndice 10.º á este Diario.*)

Sin discusión fueron aprobados, anunciándose que pasarían á la Comisión de corrección de estilo los siguientes dictámenes de Comisión:

Disponiendo que las carreteras de Sevilla á la estación de Alcantarillas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija, enlacen con la de Madrid á Cádiz. (*Véase el Apéndice 13.º al Diario núm. 117.*)

Incluyendo en el plan general de carreteras la de Coronil á Morón, de Morón á Montellano, y de la de Puebla de Cazalla á la de Ecija á Olvera. (*Véase el Apéndice 11.º al Diario núm. 117.*)

Incluyendo en el mismo plan una carretera del sitio denominado Hoteles de Aparicio al faro de Cabo Mayor (Santander). (*Véase el Apéndice 12.º al Diario núm. 117.*)

Concediendo prórroga para la construcción del ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril. (*Véase el Apéndice 10.º al Diario núm. 117.*) y

Concediendo exención de los derechos arancelarios al material importado del extranjero para la construcción de los puentes de hierro que sean necesarios para las carreteras provinciales de la isla de Puerto Rico. (*Véase el Apéndice 4.º al Diario número 118.*)

Incluyendo en el plan general de carreteras en la isla de Puerto Rico una que, partiendo de Manatí, termine en Juana Díaz, pasando por el pueblo de Ciales y barrio de Cialitos. (*Véase el Apéndice 3.º al Diario núm. 118.*)

Sucesos de Melilla.

Continuando la discusión sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. García Alix tiene la palabra para una alusión personal.

El Sr. **GARCIA ALIX**: Voy á empezar, señores Diputados, tratando de complacer al Sr. Ministro de la Guerra. No voy á discutir ni la cuestión gravísima de Melilla, ni el movimiento de tropas en los días 2, 27 y 28 de Octubre; no me voy á ocupar del emplazamiento del fuerte X, ni de todo eso que, si no menudencias, son cuestiones de carácter técnico, é importan por lo general muy poco, á asambleas de índole política como es el Congreso. Voy á entrar, Sres. Diputados, en la cuestión de Melilla desde este sitio en que estoy colocado de la mayoría parlamentaria, pero voy á entrar sin convencionalismos, que son ya, por desgracia, no enojosos, si no causa de que se depriman nuestras discusiones y que no se ponga en armonía la opinión de esta Cámara con la opinión del país.

Voy á buscar la esencia misma de la cuestión de Melilla, no en esos hechos de carácter público, discutidos primero en la prensa y después en el Parlamento, sino en algo que conviene conocer, que es causa fundamental, que conviene tener en cuenta en esa grave cuestión, en que no va envuelta sólo la importancia que tiene un ataque de los riffeños y un encuentro con nuestros bravos soldados, sino la grave cuestión de nuestra política en Africa; porque esa costa de Marruecos, que se discute con tanta indiferencia y despreocupación, es la garantía segura de la nacionalidad española.

He dicho que voy á hablar desde la mayoría, donde estoy colocado, para evitar toda clase de equívocos; pero como yo considero que esta no es ni puede ser una cuestión política; que esta, por su naturaleza, por su desarrollo y por su alcance, es una cuestión nacional, yo, Sres. Diputados, veo que, desaparecen las lindes que separan á los partidos desde el momento en que se agigantan y se hacen más ostensibles las fronteras que separan á las Naciones. Dentro, pues, de esa política nacional, que es común á todos los que tenemos representación en esta Cámara, sea cualquiera el partido en que militemos, vamos á abordar de una vez esa cuestión, que ha sido por espacio de mucho tiempo la preocupación fundadísima de todas las Naciones y de toda la opinión pública.

Decía el Sr. Ministro de la Guerra, contestando al Sr. Martín Sánchez, que en la cuestión de Melilla lo que verdaderamente había habido era una exageración por parte de la prensa; era, no deficiencia en el orden de la bizarria, pero tal vez en el orden de la previsión por parte del general Margallo, muerto gloriosamente en defensa de la Nación española en el campo de Melilla.

Yo creo que en la cuestión de Melilla hay algo

más que esas exageraciones de la prensa, que han avivado, según el Sr. Ministro de la Guerra, á la opinión pública hasta el punto de que haya tomado esta cuestión un desarrollo que no tomaron en 1873 los ataques de los rifeños, ni en 1871 cuando la desviación del río Oro. Y es natural que lo tomara. ¿Por ventura no recordamos lo que acaeció en España en Octubre y en Noviembre? ¿No tiene importancia una cuestión que nos ha tenido á dos dedos de una guerra con Marruecos, y que ha podido ser causa de una guerra europea? ¿No tiene importancia una cuestión en momentos tan tristes para nuestro estado financiero, cuando por un acto de patriotismo, y en nombre de grandes intereses, venimos á votar unos presupuestos de la paz que vinieron á herir los organismos oficiales en nuestros propios distritos, y á sacrificar esos mismos intereses que, después de todo, teníamos obligación de defender porque son los que nos han mandado á representarlos en este sitio? ¿No ha de tener importancia, Sres. Diputados, si se han venido á gastar 30 millones de pesetas? ¿Y en qué se han gastado? ¿En adquirir gloria? No. ¿Se han gastado en provecho propio? Tampoco. Esos 30 millones, gastados en momentos de mayor angustia económica, han sido como arrojados á la calle.

La opinión pública, que de una parte veía alguna ofensa á la bandera, y de otra que tenía que hacer sacrificios superiores á sus fuerzas, se preocupó hondamente, porque después de todo, tal vez en los quince últimos años no hayamos tenido suceso más grave ni de mayor importancia que el que ha estado á punto de surgir con motivo del conflicto rifeño. Por eso, señores, desde el campo mismo de la mayoría hay que tratar estas cuestiones con absoluta libertad. ¿Vamos á ser los Diputados de peor condición que los Sres. Ministros? ¿No decía el Sr. Ministro de la Guerra que en el seno mismo del Gobierno, en cuanto á procedimiento y á conducta, habían surgido diferencias en cuestiones graves que votaron ó que por lo menos discutieron, como la del llamamiento de las reservas y la idea de S. S. de ir á tomar el mando del ejército de Melilla?

¿Qué extraño es, pues, que tengamos que discutir aquí con completa libertad los que no estamos ligados por los compromisos que ligan al Gobierno, si bien dentro de un partido político tenemos la libertad de acción y de criterio para estudiar aquellas cuestiones que, no siendo dogma esencial del partido, son pura fórmula de procedimiento que no alteran en nada ni la manera de pensar ni la manera de sentir los compromisos políticos?

Hay que discutir otra cuestión, Sres. Diputados; y esa otra cuestión vengo á discutirla aquí con pena, pero cumpliendo un compromiso sagrado que he aceptado voluntariamente y que pienso llenar.

Se ha dicho, no precisamente en este sitio, por más que algunas insinuaciones han partido, se ha dicho fuera de esta Cámara y se ha extendido por todo el país la opinión de que un bizarro militar que ha rendido á su Patria el tributo de su vida, no se había portado con aquella previsión, con aquella altura de miras, con aquella corrección, en fin, que es exigible al que, mandando una plaza de guerra enclavada en territorio enemigo, representa allí, no sólo la gloria del ejército, sino la bandera de su Nación. Yo vengo, señores, á demostrar aquí, y á demostrarlo cumplidamente, que el menor sacrificio que ha hecho por

la Patria el general Margallo, ha sido el rendirla el tributo de su vida en defensa de su bandera. Como comandante general de Melilla, como representante del ejército y de la Patria en esa plaza de guerra que se alza en el territorio rifeño, el general Margallo cumplió con una previsión tan grande, que ya hubiese yo querido que, no igual á aquella, sino nada más que la mitad, hubiera tenido nuestra Legación en Tánger y algunos Ministros que formaban parte del Gobierno al acaecer aquellos sucesos dolorosos.

Voy, Sres. Diputados, á enseñar de la cuestión de Melilla aquello que la antigua escuela económica francesa decía que existía en el fondo de toda cuestión. Se decía que toda cuestión tenía lo que se ve y lo que no se ve. Lo que se ve, lo habéis visto en la prensa y en las discusiones anteriores; y yo voy á mostraros, Sres. Diputados, para que podáis apreciarlo esta tarde delante de esta Cámara, lo que no se ha visto, lo que no se ve en la cuestión de Melilla.

Voy á justificar mis afirmaciones; voy á robustecer mis dichos con prueba documental, que yo no podría tratar esta cuestión importantísima si no tuviese en mi poder documentos que acreditan la certeza de los hechos que voy á exponer á la consideración de los Sres. Diputados.

Voy á demostrar que la cuestión de Melilla, con un poco de previsión, no de previsión, con sólo haber visto claro, con golpe de vista gubernamental, se hubiera terminado el día 2 de Octubre sin consecuencias ni desarrollos ulteriores. Voy después á ponerlos de manifiesto que mientras se verificaban las operaciones militares, no sólo se estaba negociando con el Emperador de Marruecos, sino que existían otras negociaciones, que por cierto, á pesar de haberlas pedido, ni vienen en el *Libro Encarnado*, ni se ha dignado mandarlas á la Cámara el Sr. Ministro de Estado. De manera que de una parte tenemos que el general Margallo previno, advirtió, estuvo atento á todo lo que ocurría en el campo rifeño, y que dió los antecedentes suficientes para que se pudiera contener esa cuestión y no tuviera desarrollo; y de otra, que mientras se estaba realizando una acción militar, ya exigida por la opinión pública y patrocinada por el Sr. Ministro de la Guerra, se entablaban secretas negociaciones, y se llegaba, Sres. Diputados, hasta á garantizar á aquellas kabilas rifeñas que no pondrían nuestros soldados un pie fuera de los límites del territorio de la plaza española.

Voy, por último, á demostrar á la Cámara que esa campaña de Melilla pudo y debió contenerse por el Gobierno con entereza y con virilidad; en primer término, porque nosotros no podíamos llevar una campaña al Riff, donde tenía que ser por fuerza costosa, sangrienta y estéril; y además, porque el Gobierno de S. M. debía saber, si son ciertas las notas que se han cruzado entre las Cancillerías europeas, que desde el día 9 de Octubre, y aun antes, ya se había limitado su acción, diciéndole que nunca llegara á poner el pie fuera de los límites del campo de Melilla; que castigara á los rifeños, pero sólo dentro de este campo; y para corregir á los rifeños dentro del campo de Melilla no era necesaria evidentemente la preparación de un gran ejército, que, en último caso, no podía estar más que á la defensiva.

Y entrando con el orden con que debe entrarse en estos debates, he de decir á los Sres. Diputados que hay que abordar otra cuestión difícil, otra cues-

tión que se ha querido agigantar y engrandecer, recogiendo de esas sentinas de las plazas de nuestros presidios todo lo que en ellas hay de cieno, de miseria y podredumbre; y esta cuestión es la del contrabando. Yo voy á demostrar aquí que esa cuestión del contrabando es una cuestión menuda; que el contrabando se ha hecho por donde sabe el Gobierno que se hace; no por la plaza de Melilla, no por la costa rifeña, sino á ciencia y paciencia de nuestras autoridades de Marina y de nuestra división de guarda-costas del Estrecho y del Mediterráneo: por Río Martín, por la Puntilla, por toda la costa del Imperio de Marruecos; amparado, Sres. Diputados, por la bandera inglesa. (*Rumores.*)

Esta no es una afirmación gratuita, Sres. Diputados. ¿Lo dudáis? Pues yo os digo que nuestra división de guarda-costas comunicó mucho antes del 23 de Julio, ya en el mes de Junio, al Sr. Ministro de Marina, por conducto del comandante general de Algeciras, que aquellos guarda-costas se habían encontrado con un hecho que los ponía en situación difícil y poca airosa; porque del puerto de Gibraltar se estaban despachando diferentes barcos, haciendo constar en su documentación que iban con cereales para descargar en Río Martín, es decir, en Tetuán, y aquellos guarda-costas habían visto que bajo la bandera inglesa de aquellos barcos y con esos papeles falsos, lo que se llevaba era contrabando de guerra, municiones y armamento. El Sr. Ministro de Marina, al recibir esa comunicación, dictó una Real orden, como se hace en estos casos, poniendo estos hechos en conocimiento del Sr. Ministro de Estado, para que éste practicara la gestión diplomática correspondiente, á fin de cortar estos abusos. Esto ocurría, señores, en 23 de Julio. Llegó esa Real orden al Ministerio de Estado, y, debo decirlo: ni fué al Consejo de Ministros, ni se entabló negociación ninguna; y nuestras escampavías y nuestros guarda-costas tuvieron que seguir presenciando, durante los meses de Julio, Agosto y Septiembre, el desembarco que bajo la bandera inglesa se hacía de armas y municiones que se vendían para agredirnos después en el campo de Melilla.

¿Demostración? El expediente y los antecedentes remitidos por el Gobierno al Congreso. Mientras el Sr. Ministro de Estado no me ha mandado ni la negociación sostenida entre Tánger y el gobernador de Urda, en esa documentación verdaderamente desagradable, por virtud de la cual llamábamos en nuestro auxilio á Abd-el-Kader y á Maimón Mohatar, en todos estos antecedentes que empuñan en el orden diplomático la cuestión de Melilla, y que empuñan en el orden de la representación é importancia de este país, me ha mandado entre esos documentos esa Real orden; y, señores, fué grande mi sorpresa cuando, después de ver su fecha, la encontré sin decretar y sin tomar sobre ella disposición ninguna.

Es además un hecho innegable que ya en Abril del año pasado, hace más de un año, porque fué en 6 de Abril, el general Margallo, con grandísima previsión, dirigió al Sr. Ministro de la Guerra una carta dándole cuenta de lo que se notaba en el campo de Melilla. Aprovechando, ó mejor dicho, utilizando el fanatismo religioso, Maimón Mohatar, árbitro de aquel campo, de gran autoridad entre aquellas kabilas, elemento de cuidado y hombre turbulento y dado

á ese género de política, había agitado en tales términos aquellas kabilas, que ya comenzaban á predicar algunos santones la guerra santa.

Me dispensaréis, Sres. Diputados, ciertas incorrecciones, porque como tengo que justificar con documentos cada uno de los hechos, no puedo darle al discurso la amenidad que vosotros deseáis, y que no está tampoco en los medios de que yo dispongo.

Pues en aquella fecha, el gobernador de la plaza de Melilla, notadlo bien, en los primeros días de Abril del año pasado, ponía en conocimiento de su jefe el Sr. Ministro de la Guerra, en carta particular, y estas cartas particulares hacen una gran fe, Sres. Diputados, porque, como no se habla en ellas de asuntos privados, como se relaciona con asuntos del oficio, como después de todo ha muerto el que las escribió y han sobrevenido hechos que constituyen un acontecimiento que ha de narrarlo la historia de España, bueno es que, para que la historia tenga todos los datos necesarios, demos aquí á conocer estos que son documentos verídicos que vienen á aclarar la cuestión. En Abril, pues, del año pasado, el general Margallo escribía al Sr. Ministro de la Guerra y le decía, que por confidencias tenidas del campo rifeño, sabía que se preparaba una gran agitación contra los cristianos; que para hacernos confiar se estaba manifestando en los grandes zocos rifeños que la agresión iba dirigida contra los moros argelinos; pero como estaba notando el movimiento de Maimón Mohatar (y la preocupación constante del general Margallo era este personaje, que desde que fué privado del bajalato no dejaba de alterar un día la paz en el campo rifeño), podíamos vernos sorprendidos; y porque además el santón de la Puntilla se aprovechaba de todas estas revueltas para introducir armas y municiones. Tales antecedentes daba, que el Sr. Ministro de la Guerra mantenía constantemente comunicación con el general Margallo y contestaba á las cartas que sobre el estado del campo rifeño le escribía.

En una, fecha 6 de Abril, le decía lo siguiente:

«Su grata de 1.º de Abril me enteró de las noticias que recibe sobre agitación en el campo marroquí, con motivo de prepararse, al parecer, á la guerra santa contra los franceses. Algo de esos rumores había llegado al Ministerio de Estado; pero luego se han descontado, atribuyéndolos á cuestiones locales y políticas, y no sería inverosímil que, como usted me indica, lo aprovechase el santón de ese campo para el tráfico de contrabando de armas, etc.

»De todas maneras, esté usted prevenido y déme cuenta de cuanto observe ó sepa.

»Queda de usted afectísimo amigo, que S. M. B., José López Domínguez.»

Es decir, que ya en 6 de Abril del año pasado el Sr. Ministro de la Guerra tenía conocimiento de que se traficaba en armas en el campo rifeño, que comenzaba una agitación que podía traducirse y que había que esperar que se tradujera en una hostilidad para nuestra plaza; y no sólo lo sabía él, sino el señor Ministro de Estado, puesto que el Sr. Ministro de la Guerra, con referencia al de Estado, dice que en este Ministerio se tenía noticia de que eso era por cuestiones locales.

La cuestión local daba más gravedad al asunto; porque mientras la predicación hubiera sido la guerra santa contra los franceses, allá las guarnicio-

nes de las plazas francesas se las hubieran arreglado con los rifeños; pero desde el momento que se reconocía que la causa era local, que estaba allí en el campo de Melilla, al lado y junto á nuestras fortalezas, desde ese momento el peligro era más grave para la escasa guarnición española que había en Melilla. (El Sr. Ministro de la Guerra: ¿Quiere S. S. leer la carta de 1.º de Abril?) La carta no la tengo. (El señor Ministro de la Guerra: Aquí está el original; ¿lo quiere S. S.?—El Sr. Ministro de la Guerra entrega la carta á un ujier, que la pone en manos del Sr. García Alix.)

«Mi respetado y querido general: Según me notician mis confidentes, ayer, en Mazuza, durante la feria se leyó carta del Emperador dirigida al santón de la Puntilla, en que ordena se provean de caballos, armas y municiones, pues en acabando el Ramadán (17 del actual) declarará la guerra santa á los franceses que se han apoderado de Tafílete.

»Se asegura entre ellos que los de aquella comarca amenazan al Sultán con proclamar Rey á Bu-Amema si pronto no acude en defensa del territorio.

»Por si hubiese algo de verdad, creo de mi deber ponerlo en su superior conocimiento, haciendo presente que el mencionado santón, como varias veces he manifestado, se dedica á la venta en gran escala de armas y municiones, que desembarca en cabo Tresforcas, y muy bien pudiera ser inventada la citada carta para hacer mayores ventas.

»Usted, que está al corriente de los acontecimientos, podrá apreciar el valor que deba dar á esta confidencia.

»Se repite de usted, etc.»

Viene conforme, Sr. Ministro de la Guerra, con la contestación de S. S. Esta carta, que no he encontrado en el copiadore del general Margallo, viene á confirmar la mía; y yo creo que es más grave la de S. S., porque mientras que la guerra se predicara contra los franceses, cosa inverosímil, porque la guerra santa es contra todos los cristianos, pero en fin, mientras se predicara contra los franceses, podía afectar poco á la plaza española; pero desde el momento en que S. S. reconocía, por los datos que le comunicaba el Ministerio de Estado, que era una cuestión local, la gravedad era mucho mayor; era el choque, era el encuentro, era el conflicto.

Debo, Sres. Diputados, sólo para fijar el punto del debate, afirmar, y esto se comprobará con datos oficiales, que todo cuanto se ha dicho respecto de la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, y de que los capitanes generales de Granada tuvieron una previsión extraordinaria suspendiéndola, y que al prescindirse de sus advertencias se ha procedido con gran ligereza, todo esto es una pura novela. Necesito decir esto, porque estoy defendiendo al general Margallo, para desvanecer, para apartar de él esas sombras que, no solamente aquí, sino fuera de aquí, se han echado sobre su memoria; y yo tengo que relatar estrictamente los hechos verídicos, favorezcan ó perjudiquen, pero la verdad, y nada más que la verdad; eso de las previsiones de los capitanes generales de Granada es una completa fábula.

Los capitanes generales nada previeron, nunca hicieron más que remitir al Ministerio de la Guerra, sin informe por su parte, las comunicaciones del general Margallo, y jamás consignaron opinión alguna

al pie de esas comunicaciones. Se suspendió la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, no porque faltaran fuerzas, sino porque faltaban elementos de ingenieros y de material; porque se necesitaban grandes escoltas para conducir los penados; la guarnición estaba reducida; la suspensión no la propuso definitiva el general Margallo; el capitán general no hizo más que comunicarla al Ministerio de la Guerra con el informe de la Comandancia general de Melilla. Su señoría remitía esas comunicaciones al Negociado correspondiente, que era el de material; con la nota del Negociado y los antecedentes, fueron á la Junta consultiva, y ésta acordó que fuese la suspensión provisional mientras durase la falta de elementos necesarios para la construcción, y se mandó que el fuerte se construyera; pero todo esto ocurría desde 1892. Por eso es menester decir la verdad, para que no se acuse á los unos de imprevisión y á los otros de previsión, sino que resulte previsor el que lo haya sido é imprevisor el que de imprevisión haya pecado.

Pues bien; el general Margallo se encontraba á fines de Junio en una situación difícilísima, no por el temor del ataque de los rifeños, sino ante el posible ataque, al ver que no tenía elementos, no para resistir, que la plaza de Melilla no se toma fácilmente, sino para construir un fuerte que estaba á 3.000 metros de la plaza; y se dirigió á S. S. exponiéndole la situación en que se encontraba, con todo el comedimiento y con todos los respetos con que puede dirigirse un comandante general de una plaza que tiene una categoría de general de brigada, al Ministro de la Guerra, con toda la circunspección que le imponía la diferencia de categoría que él tenía y la del Sr. Ministro de la Guerra, jefe del ejército, con lo cual tenía bastante para que sus indicaciones nunca se reputaran como temor; porque como el comandante general tenía un corazón de soldado español, no podía ni debía nunca dar lugar á que se creyera que era debilidad, que era vacilación, que era temor lo que sentía. Viniendo así á cohonestarse los dos deberes, el de autoridad de la plaza, representante del honor de España allí, y el de soldado que no debe temblar, escribió á S. S. en 1.º de Julio la carta que voy á leer íntegramente, y que después entregaré para que se publique en el *Diario* y en el *Extracto*:

«Mi respetable y querido general: De oficio digo hoy al excelentísimo señor capitán general lo que pretenden los moros, referente á la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach.» Ya me ocuparé de la petición de los moros, de la que tenéis algún conocimiento, y que consistía en que se variase la construcción de ese fuerte, á fin de que no estallara el sentimiento religioso de las kabilas. «Y con el fin de que tenga usted más inmediato conocimiento, me ha parecido oportuno acompañarle copia.» Le enviaba copia de la comunicación oficial, en la que venía á decir lo que en síntesis decía al Sr. Ministro de la Guerra en carta para fijarle más la atención, puesto que S. S. no abre las comunicaciones, sino que se abren en los Negociados correspondientes. «Me consta que han enviado un correo á Fez, siendo de esperar que el Gobierno marroquí pida á nuestra Augusta Soberana la merced que desean los fronterizos.» Esta merced era el acta que se levantó por el general Margallo de la manifestación del bajá de Ma-

zuza y de 50 cabos de kabila, que fueron á pedir el emplazamiento en sitio distinto del fuerte de Sidi-Aguariach. «Los trabajos de carretera continúan, y si no hay entorpecimiento, no se tardará en establecer en el lugar designado para el fuerte la caseta protectora». Caseta protectora que fué la que se construyó el día 1.º de Octubre, y que sirvió de pequeño baluarte á aquellos 40 hombres que se defendieron en la agresión del día 2. «Antes que esto suceda, convendría se destinaran al regimiento de Málaga ocho oficiales subalternos que le faltan, uno á la sección de caballería y otro al batallón disciplinario, y que á éste se le dotara con el completo de su fuerza, aun destinándola, como otras veces se ha hecho, de los procedentes del reemplazo, por no haber suficiente número de castigados, pues hoy este cuerpo, que tiene completo el cuadro de oficiales y clases, con sólo la vacante antes dicha, no puede cubrir más servicio que dos pequeños destacamentos en los fuertes exteriores y su guardia de prevención. La fuerza reglamentaria es de 450 hombres, y sólo tiene 332. De éstos hay 85 que por estar ausentes ó cumpliendo condenas no prestan servicio; por lo que sólo quedan para desempeñarlos 247 hombres, en que están incluidos los cabos, sargentos, asistentes y demás destinos reglamentarios. Los siete fuertes exteriores, con destacamentos reducidísimos en la actualidad, tienen que guarnecerse convenientemente en el momento en que haya con el campo alguna tirantez; y para los trabajos de Sidi-Aguariach habrá que emplear fuertes escoltas, tanto para rechazar agresiones, si llegase á haberlas, cuanto para evitar fugas de los confinados, que, próximos á los límites, las han de intentar en crecido número. La sección de caballería tampoco tiene número de hombres de plantilla, por no haberlos del Disciplinario que procedan de cuerpos montados.

«La compañía de ingenieros tiene en Sevilla por la plana mayor del regimiento los reclutas de este año, y sería conveniente se incorporasen á esta plaza, donde en previsión de sucesos extraordinarios deberían las unidades mantenerse al completo de fuerza. Creyendo cumplir lo que me tiene ordenado de que particularmente le dé conocimiento de cuanto se refiera á las relaciones con los fronterizos, queda como siempre de usted afectísimo, etc.»

De manera, Sres. Diputados, que el difunto general Margallo, el gobernador imprevisor de Melilla, esa figura que se quiere sombrear, no sé con qué objeto ni para qué fin, en 2 de Julio, cuando se comenzaba la última obra precursora ya de la construcción de los muros del fuerte, cuando se estaba terminando la carretera que unía los fuertes exteriores con el fuerte avanzado de Sidi-Aguariach, manifestaba la situación de su fuerza y la situación de su plaza, diciendo: tengo en el regimiento que la guarnece ocho bajas de oficiales subalternos; tengo el batallón disciplinario completamente en cuadro, puesto que sólo puede disponer de 247 hombres, incluyendo en ellos los asistentes, los cabos, los sargentos y los oficiales subalternos hasta capitán; no tengo la sección de caballería completa, porque, nutriéndose con los soldados de caballería que van al disciplinario, no los hay en este instituto, y me encuentro con que ésta, que es hasta la garantía personal del mismo jefe, del comandante general, para el reconocimiento de los fuertes, no la tengo; la com-

pañía de ingenieros, que es constructora y combatiente al mismo tiempo, tiene dentro del reducido contingente de paz, sus reclutas disponibles con la plana mayor en Sevilla; en una palabra, carece la plaza de la guarnición necesaria, no ya para la construcción del fuerte, no ya para obras fronterizas, no ya para realizar un hecho que dentro, sí, de nuestro derecho podía dar lugar á una hostilidad por parte de los moros, pero ni siquiera para responder de aquella plaza, no de la entrega, sino de su defensa ordenada. Así estaba el general Margallo en 2 de Junio del año pasado. (*El Sr. Ministro de la Guerra*: Esa carta, ¿la ha visto S. S.?) Yo he copiado esta carta del copiadador del general Margallo, y he presumido que es cierta, pues de otro modo no la hubiese aquí leído; porque algunas de fecha posterior, las de 12 de Julio y 27 de Setiembre, que S. S. ha leído, constan también en el copiadador del general Margallo, y por eso tenía yo que presumir que lo mismo que eran exactas las de 12 de Julio y 27 de Setiembre, que S. S. leyó en días anteriores, debía serlo ésta del 2 de Junio. (*El Sr. Ministro de la Guerra*: ¿Me permite S. S. que diga cuatro palabras, si lo consiente el señor Presidente?) Yo estoy completamente á la disposición de S. S.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): ¿Me permite el Sr. Presidente que use de la palabra en este momento?

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Como es muy conveniente que en esta discusión no nos impresionemos con lectura de documentos, voy á decir cuatro palabras.

Tengo aquí todas las cartas originales que he recibido del general Margallo, y entre ellas no figura ninguna con la fecha que ha indicado el Sr. García Alix. ¿Quiere esto decir que yo dude de que S. S. haya sacado copia de esa carta del copiadador del general Margallo? De ninguna manera; yo no pongo en duda eso; pero lo que digo es que esa carta no ha llegado á mis manos. Y ahora añado que cuanto se relaciona en esa carta que ha leído S. S., de deficiencias en la guarnición de Melilla, consta en una comunicación dirigida por el general Margallo al capitán general de Granada con fecha 10 de Diciembre de 1892, y esto lo dije yo, como recordarán los Sres. Diputados, en mi discurso contestando al señor Martín Sánchez.

No existen en mi poder más cartas oficiales que las que tengo aquí, entre las cuales hay una dirigida, con fecha 10 de Diciembre de 1892, al capitán general de Granada por el general Margallo, y que fué unida al expediente que terminó, y otra comunicación dirigida en Julio por el general Margallo al capitán general de Granada, y que éste comunicó al Ministro de la Guerra.

De modo que entre los documentos oficiales que hay en el Ministerio de la Guerra no consta esa carta; esa carta no la ha recibido el Ministro de la Guerra; puede haberse extraviado; pero bueno es que conste que lo que se dice en ella está muy en conformidad con lo que se expone en la comunicación de 10 de Diciembre.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. García Alix puede continuar en el uso de la palabra.

El Sr. **GARCÍA ALIX**: Comprenderá la Cámara,

á la que en primer término me dirijo, y después al Sr. Ministro de la Guerra y al Gobierno, que si el general Margallo viviera, que si por tan tristes sucesos, tristes para su familia en el orden privado y tristes para la Patria en el orden público, que profundamente la conmovieron, no hubiera perdido la vida el general Margallo y él pudiera defenderse de determinados ataques y censuras, yo no vendría aquí á hacer uso de esta clase de documentos.

Pero se trata, Sres. Diputados, de un bravo oficial del ejército español, de un español que ha dado cuanto podía dar en defensa de su bandera y de la Patria; de un español que ha dejado por triste herencia una viuda y nueve huérfanos, alguno de los cuales ha tenido que recoger el bondadoso corazón de S. M. la Reina; de un veterano que estaba en Melilla porque con la familia que le rodeaba no encontraba para la carrera de sus hijos otro destino que le permitiera medios de subsistencia; y cuando en esa casa se ha ido con el corazón el pan, no he tenido más remedio que, al pedirme que defienda su memoria, defenderla, y defenderla ante vosotros, porque defendiendo al español, al oficial honrado, al mártir del deber, al que, después de todo, todo se lo dió á la Patria, y la Patria no le deja para su familia más que desventuras y desengaños.

Yo he tomado, sin embargo, las precauciones que toma todo hombre de honor; he examinado los borradores, el copiadore, todos los antecedentes que se me han remitido; los he copiado bajo la garantía de personas de honor; que de otra manera, crean los Sres. Diputados que yo no leería aquí las cartas. Pero, ¡si es que esta carta concuerda perfectamente con la de 27 de Setiembre, en la que volvía sobre el mismo asunto! Aquella carta está en el *Diario de las Sesiones*, y todos la habéis oído, porque la leyó, con gran nobleza y sinceridad, el Sr. Ministro de la Guerra. En ella daba noticias de la fermentación sediciosa del campo, de lo que observaba, de lo que podía pasar; que unos querían la guerra y otros imponían la paz, y que el bajá daba seguridades, y otros moros decían que hasta iban á atacar el Polígono; que eran frases, conversaciones, murmullos que por allí corrían; y concluía el general Margallo, después de haber avisado esto, con lo que tenía que concluir: «le ruego no se olvide usted de que se me cubran las bajas»; y éstas bajas eran los ausentes del Disciplinario, el completo de la fuerza de ingenieros, los elementos, en fin, de que podía disponer el comandante general de Melilla para el caso de ser agredido por las hordas rifeñas.

En la carta de 12 de Julio, que es también lo que me ha animado á leer ésta, viene á coincidir con lo que dice en las demás. El general Margallo no se muestra nunca con exceso de confianza; lo que dice es lo que manifestó en un período que os voy á referir. Debo advertiros que la plaza de Melilla tiene algo de una casa de vecindad; yo, que he vivido allí algunos meses, sé que se está en una comunicación constante, y que autoridades, jefes, oficiales y comercio, todo el mundo vive allí en completa mancomunidad de afectos, relaciones y vínculos que les obliga á comunicarse continuamente.

Pues bien; en una reunión habida después de los sucesos del 2 de Octubre, se le dijo al general Margallo, que tan brillantemente se portó, según confesión del Sr. Ministro de la Guerra: «Pero, mi gene-

ral, ¿cómo no tenía advertido la situación en que estaba la plaza?» Y contestó á los jefes y oficiales que estaban reunidos en la Comandancia general: «Yo, compañeros, he advertido, he indicado, con los respetos propios de mi jerarquía y con el comedimiento del que se dirige á superiores; lo que no he hecho nunca, en ninguna de mis comunicaciones, es manifestar miedo.»

Esta es la contestación que oyeron todos.

Pues bien, Sres. Diputados; el 12 de Julio el general Margallo volvía á coger la pluma y á escribir sobre la situación del campo lo siguiente:

«Por confidencias fidedignas sé que el célebre Maimón Mohatar ha aconsejado á algunos moros de representación que no hagan oposición violenta á la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach. Que las cinco kabilas fronterizas nombren una Comisión que se presente al Sultán, pidiéndole interceda con el Gobierno español para conseguir la variación de emplazamiento, y si no se lograra, que lleve la Aduana de Melilla á la Alcazaba de Saida en el Kiss y prohiba en absoluto que los moros se acerquen á esta plaza.

»Esto sería la ruina de los propietarios y la muerte del naciente comercio, por más que también fuera el empobrecimiento de las kabilas cercanas que hoy comercian con Melilla y tendrían que ir luego á dos jornadas.

»Debe tenerse en cuenta que dichas kabilas hacen ya estas dos jornadas para vender sus granos y ganados, por no poderlos exportar por nuestra plaza, y poco más les importaría llevar las gallinas y huevos, únicas cosas que de ellos compramos. Como de todo lo que ocurra que pueda afectar á nuestras relaciones con Marruecos me creo en el deber de dar cuenta á usted, al propio tiempo que lo hago al capitán general del distrito, es por lo que molesto su respetable atención con este relato.»

Esto decía el 12 de Julio, dando ya, como véis, cuenta al Sr. Ministro de la Guerra de la agitación y de la perseverancia en los trabajos, á mi juicio poco tranquilizadores, de Maimón Mohatar.

Como si no fuera bastante, hay aquí una carta muy interesante, la del 20 de Julio.

Decía el general Margallo:

«Mi respetable y querido general: Continúa la agitación entre las kabilas vecinas, habiendo acudido la de Benisicar á la de Mazuza solicitando ponerse de acuerdo para no permitir que ningún moro éntre en la plaza. La segunda se ha negado, y en su vista los de la primera se han dirigido á las otras próximas con igual pretensión. Si logran convenirse, obligarán á Mazuza á que las siga. Siendo de esta kabila el terreno en que están la mezquita y cementerio de Sidi-Aguariach, se va comprendiendo no es el fuerte otra cosa que el pretexto que aprovecha Maimón Mohatar para revolver el campo y reanudar sus pretensiones al Bajalato en busca de venganzas. Se repite de usted, etc., Juan García Margallo.»

Esto decía el 20 de Julio, corroborando las del 2 y 12 del mismo mes, que dejó á la apreciación del Gobierno y de la Cámara.

Yo, Sres. Diputados, temo molestar con estas lecturas; quisiera concluir mi cometido en el tiempo más breve posible; pero como defiendiendo á persona que ya no existe de ciertos cargos graves, hay que leer todos los documentos que abonan su conducta. Yo

creo que en este caso, es caso de conciencia no dejar de leer todos aquellos datos que sirvan para vindicar su memoria.

Después de esas cartas viene ya la del 27 de Setiembre, que yo no tengo para qué leer, porque la ha leído el Sr. Ministro de la Guerra.

Estos son los hechos que se refieren al Ministerio de la Guerra.

El general Margallo avisó, por los medios que he puesto de manifiesto ante la Cámara, diciendo cuál era la situación en que se encontraba y la escasa guarnición de que disponía.

Yo presumo que si el día 2 de Octubre se hubiera encontrado el general Margallo, ó cualquiera otro comandante general que allí hubiera estado, con que en vez de los 314 combatientes, que fué de los que podía disponer, hubiera dispuesto de 1.600 hombres, no habría ocurrido el conflicto de Melilla; habría habido choque, pero se les hubiera castigado en el acto, y hubiera pasado lo que tantas veces y en tan diferentes ocasiones ha ocurrido en Melilla y lo que pasó en tiempos del general Buceta.

En todas esas ocasiones en que han agredido á la plaza, han sido castigados; después se quedaban en el campo algún tiempo sin venir á la plaza á vender gallinas ni huevos, etc.; pero luego volvían otra vez, y si sangre nos habían hecho ellos, con sangre les habíamos castigado. Aquellos 314 hombres se batieron bien, no pudieron hacer más de lo que hicieron, teniendo como tenía que cuidar el general Margallo de aquellos 40 hombres que estaban en la caseta; pero que por falta de fuerzas quedaron los moros, que son jactanciosos de por sí, en la creencia de que habían obtenido un gran triunfo sobre la guarnición de la plaza.

Dejo esta parte del Ministerio de la Guerra, que se refiere á medidas de previsión, y prescindo de estas cuestiones militares, puesto que yo no me creo competente para discutir las; pero voy ahora á demostrar que el general Margallo fué más previsur que todos nuestros empleados de carácter diplomático que han figurado en estas negociaciones, y que de haberse acudido á tiempo y haber atendido las indicaciones que hizo el general Margallo, pudo el Gobierno evitar con tres meses de anterioridad las agresiones de que fué objeto la plaza en los meses de Octubre y Noviembre.

En esta parte pedí yo al Sr. Ministro de Estado, y no ha venido por cierto, copia de una Memoria ó la Memoria misma, que debió redactar nuestro representante en Tánger, Sr. Marqués de Potestad Fornari, á consecuencia de una visita que giró á las plazas de Africa en los primeros días del mes de Agosto del año pasado. Que ocurría algo en las plazas de Africa, algo que llamaba la atención del Sr. Marqués de Potestad Fornari en Tánger, es indudable, cuando el ministro de S. M. salía de su residencia para ir á inspeccionar lo que pasaba en Melilla. No hay duda de que á la Legación de España en Tánger fueron noticias de que algo ocurría en Melilla que hacía necesaria una inspección.

Pero no es esto solo; es, Sres. Diputados, que la legación de Tánger tenía conocimiento de todo lo que ocurría en aquel tiempo; y tanto tenía conocimiento, que en una carta, única que ha venido de esos documentos que yo he pedido al Sr. Ministro de Estado, le dice el Sr. Marqués de Potestad Fornari:

«Ya remitiré á V. E. la Memoria que estoy redactando. Por de pronto, le diré que los que me han prestado una gran cooperación son las autoridades militares de Ceuta y Melilla.» Pero es que el general Margallo, entre las advertencias, indicaciones ó relaciones que tuvo que hacer al Sr. Marqués de Potestad Fornari, le hizo una, la más importante de todas, respecto á que estaba sin cumplir el tratado de Wad-Ras, y sin cumplir precisamente en lo que más afectaba á la paz, tranquilidad y seguridad de la plaza. Le habló también de la conveniencia de abrir aquella plaza al comercio y de procurar que la exportación de cereales, que se venía haciendo por otras partes, y principalmente por la Argelia, se realizara por Melilla; le habló de tender un cable telegráfico, y ponerse en comunicación con Nemours; pero, aparte de esto, cuando llegaron á la cuestión más importante, el general Margallo dijo al Sr. Marqués de Potestad Fornari: «Mire usted cómo estamos; no hay apenas guarnición, y usted sabe perfectamente el estado de las kabilas.»

Los hechos han venido á demostrar bien pronto lo que ya presentía el general Margallo en los meses de Junio y Julio; las agresiones eran ya, aunque de poca importancia, bastante perceptibles, y hablando de ellas decía el general Margallo: «Lo peor es que me encuentro con un bajá del campo que es una autoridad puramente nominal, porque cuando le voy á dar cuenta de los desmanes cometidos por los moros, dice que carece de recursos materiales y morales para poner remedio; y de ahí resulta que como el que va á garantizar el tratado de Wad-Ras es el bajá del campo conmigo, me encuentro con una autoridad que no lo es más que en el nombre y que no me da garantías de ninguna clase.» Y se marchó el Sr. Marqués de Potestad con estas impresiones, que debió, en cumplimiento de su deber, consignar en la Memoria ó comunicación que redactaría para dar cuenta de su visita.

Hay más, Sres. Diputados: el general Margallo, que tenía la preocupación constante de la hostilidad del campo, que estaba presintiendo y casi percibiendo el choque, y verdaderamente se anticipaba á los sucesos, escribía en 20 de Agosto al Sr. Marqués de Potestad Fornari sobre los arreglos comerciales que debían hacerse, la parte más importante, de que voy á dar lectura á los Sres. Diputados.

«Me permito recordarle cuanto le dije respecto á la necesidad de que el bajá del campo tenga el suficiente número de hombres armados para hacerse respetar de las kabilas, castigando á los que en nuestro territorio cometen faltas, los que con arreglo á los tratados se entregan á dicha autoridad, que se ve en la precisión de ponernos en libertad por imposiciones de sus familias. De lo contrario, sería preciso autorizar á los gobernadores de estas plazas á enviar á Tánger á los que moralmente fueron convencidos autores de atropellos que merecen severos castigos, pero que por falta de prueba legal no se pueden sentenciar por nuestro Código, porque los moros nunca declaran ante los jueces lo que confidencialmente dicen á las autoridades.»

Ved, señores, la previsión diplomática del difunto general Margallo: se encontraba con la agresión en el campo, y le decía al Ministro de España en Tánger lo que había que hacer, que era llevar allí una representación verda del Sultán, una autoridad con

fuerza moral y material suficiente para garantizar el cumplimiento del art. 7.º del tratado de Wad-Ras, y no contentarse con tener allí esas insuficientes autoridades marroquíes, que cuando se les entregaban moros que habían cometido alguna falta ó alguna agresión, se veían en la precisión de ponerlos en libertad bajo la presión ó la imposición de sus familias. De suerte que ya en 20 de Agosto el general Margallo daba cuenta de hechos que no debieron pasar desapercibidos para el ministro de España, ni debió éste dejar de ponerlos en conocimiento de su jefe el Ministro de Estado; y así se deduce de la contestación que á esa carta del 20 de Agosto dió en 25 del mismo el Sr. Marqués de Potestad Fornari. No voy á leer esta carta del 25, y me limitaré á decir que en ella constan las siguientes palabras, contestando á la indicación del general Margallo: «No dejaré de cumplir su encargo relativo á la guardia de moros en esa línea». Es decir, no dejaré de entablar negociaciones respecto á esa guardia mora. Pero se deduce, Sres. Diputados, por estas cartas, que no son de carácter privado, puesto que versan solamente sobre asuntos públicos, y en relación con un hecho tan importante, que el Sr. Marqués de Potestad tenía la creencia de que se podía hacer de palabra más que por escrito, y en esta misma carta dice al general Margallo: «Yo creo que antes que entrar en negociaciones en que se tarda tiempo, cuando vaya á Marruecos expondré de palabra lo que se necesita y llevaré la negociación de palabra; y quiere decir, que si ahora se tarda algo más, luego la resolución será más pronta, porque es el modo de tratar con esta gente».

De manera que el general Margallo acudió á tiempo como representante del Ministerio de Estado en aquella plaza, puesto que á ello le autoriza el artículo 7.º del tratado de Wad-Ras. ¿Y á quién acudió? Acudió á nuestro ministro en Tánger, porque está mandado que las autoridades moras de la línea y el comandante de la plaza diriman las dificultades entre la plaza y el campo, y acudan las unas al Ministro del Sultán y el otro á nuestro ministro plenipotenciario en Tánger.

Pero aun hay más, Sres. Diputados. Me parece que todos estos hechos que estoy relatando, y que se desprenden del contenido de las cartas del general Margallo, eran lo bastante y tenían la fuerza suficiente para mover un poco á los Sres. Ministros y hacer que se preocuparan de lo que pudiera ocurrir en Melilla. ¿Por qué? Por eso mismo que decía el señor Ministro de la Guerra: porque allí se estaba en guerra continua; porque allí se aprovecha siempre el suceso más pequeño para hostilizarlos; porque, después de todo, esa plaza debe tener bien preparados los centinelas que vigilen los fuertes exteriores para contestar á la agresión, como la eficacia de la autoridad para mantener las relaciones en el orden político. Y, sin embargo, en todo este tiempo nada se hizo, y el general Margallo hubo de proceder en estos términos. En 30 de Setiembre, tres ó cuatro días antes de los sucesos, se dirige de nuevo á nuestro ministro en Tánger, y le dice:

«Muy señor mío y distinguido amigo: De la suya del 25 de Agosto enteré á los comerciantes y propietarios de esta vecindad, que esperan mucho de sus valiosas gestiones en pro de los intereses de esta localidad.

»Hemos empezado las obras del camino y fuerte de Sidi-Aguariach, y se ha colocado la gente del campo en una actitud que creo nos hostilizarán y tendremos que defendernos.

»He celebrado varias entrevistas con el bajá, para que evite hoy la última, y asegura que sólo tiene diez soldados, con los que nada puede hacer. De modo que es una autoridad completamente inútil.

»Todo su esfuerzo se reduce á que suspendamos las obras y nos retiremos á la plaza, único medio que encuentra para apaciguar á las kabilas. Excuso decir á usted si decorosamente podría acceder.

»Esta noche dejo 40 hombres en lo edificado. Veremos lo que resulta.

»Un vecino de la plaza me entrega una nota que me permite acompañar, por si debe hacer algo en la cuestión de minerales á que se refiere.

»Y deseando lo pase bien, con afectos cariñosos de mi familia, extensivos con los míos para sus compañeros de expedición, se reitera de usted afectísimo amigo s. s. q. s. m. b., etc.»

Ved, pues, Sres. Diputados, cómo antes de la agresión del 2 de Octubre la representación de España, con arreglo á los tratados en el campo rifeño, había puesto en conocimiento de la Legación en Tánger que no estaba garantido el tratado; que el bajá, por toda excusa, le había manifestado que no tenía más que diez soldados. Y aun después hay quien supone que las agresiones han partido de la plaza española, y que somos los españoles los causantes de ellas. ¡Mengua de quien tal diga, que parece que en esto no responde al sentimiento nacional! La agresión partió de los rifeños; nosotros teníamos perfecto derecho para castigarlos severamente en el acto y para proceder sin contemplaciones de ninguna clase, y no consentir que se viniera diciendo que aquellas eran hordas salvajes que habían roto el fuego, y que el comercio de la plaza era causa de la agresión, cuando estaba elaborándose por espacio de tres meses á presencia de la autoridad de Melilla y de nuestro representante en Tánger.

¡Ah señores! Si la previsión en estos asuntos hubiera existido, no se hubieran experimentado tantas amarguras, empezando por las que ha sufrido el Gobierno. Yo debo, á fuer de leal, hacer esta declaración, que desde luego exige la seriedad del asunto y la veracidad y conciencia con que discuto. El Gobierno, como Gobierno, no tuvo de nada de esto conocimiento. Ni las cartas ni antecedentes relativos á la construcción del fuerte Sidi-Aguariach, ni las cartas posteriores del general Margallo, ni las negociaciones tenidas por dicho general con la representación de España en Tánger, ni los avisos posteriores que dió á esta Legación de Tánger, comunicándole el conflicto, hablándole de la agresión y de la indefensión en que estaba la línea, nada de esto se llevó al Consejo de Ministros, porque unas cosas quedaron en la Junta consultiva y Negociado del Ministerio de la Guerra, y otras en el Ministerio de Estado. Yo, que vengo á discutir de buena fe, digo, porque he tratado de comprobar el hecho, que el Consejo de Ministros, como tal Consejo, no supo lo que ocurría en Melilla hasta el día 3 de Octubre, después del parte en que se daba cuenta de la acción y resistencia de los moros. Y hay más, Sres. Diputados: el Sr. Ministro de Marina mandó la Real orden á que me he referido antes sobre el contrabando, co-

municando la del comandante de Algeciras al Ministerio de Estado, y de esa Real orden tampoco se dió cuenta en Consejo de Ministros. Creo yo que si el Sr. Ministro de Estado hubiera llevado estos antecedentes, y que si, unidos á ellos, el Sr. Ministro de la Guerra hubiese expuesto las cartas y antecedentes que él tenía, creo que el Gobierno hubiese tomado alguna medida con anterioridad á los sucesos. Esto hubiese evitado muchos conflictos.

Porque, Sres. Diputados, podéis creerlo ó no, pero lo digo con antecedentes y datos que tengo: la cuestión de Melilla no es una cuestión resuelta; es una cuestión aplazada.

Voy á entrar en la última parte de mi discurso; porque, Sres. Diputados, yo os agradezco mucho la benevolencia con que me escucháis; pero temo estaros fatigando. (No, no.) Voy á entrar en la última parte, que se refiere á una cuestión en la que declaro tengo verdadero temor de entrar, no porque sea de una naturaleza tal que pueda constituir para el Gobierno, ni para la Cámara, ni para el país, ninguna clase de ofensas, sino porque se refiere á un procedimiento que yo no comprendo, pero que se aclarará indudablemente.

Lo ocurrido en la cuestión de Melilla es una cosa por demás singular. De una parte, el Sr. Ministro de la Guerra organizaba el ejército, preparaba los elementos de combate en armonía con las aspiraciones de la opinión, que en esta ocasión no veía más que la sangre derramada y la ofensa inferida, y no pensaba más que en amontonar elementos de guerra sobre la plaza. Y de la otra, el Sr. Ministro de Estado, que, belicoso en un principio hasta el punto de que quería suprimir las notas y mandar balas á los moros, después comenzó unas negociaciones. Y, francamente, ya se ha visto que estas negociaciones, que son las que están en el *Libro rojo*, dirigidas de Potencia á Potencia y de Nación á Nación, nada de particular tienen.

Yo creo que estaban demás, ó la acción diplomática, ó la acción militar; que, mientras estuviera en pie la una, debía suspenderse la otra, y que la una debía ceder el paso á la otra, para llevar con más ventaja y con más cautela ese asunto. (Rumores.)

No comprendo la extrañeza; porque, por regla general, en todo encuentro de ese género, cuando no se rechaza en el acto y se quiere entablar la negociación diplomática, se suspende todo acto de agresión militar y empiezan los diplomáticos; se preparan los elementos, se preparan en las condiciones en que deben prepararse y en el terreno donde deben prepararse. Y no se me diga que se preparaban en el campo rifeño, porque en el campo rifeño no podíamos operar, porque allí debíamos estar dentro completamente de nuestros límites, porque allí toda acción hubiera sido totalmente estéril, sangrienta y sin comunicación con el país, puesto que no teníamos medios siquiera para asegurar la comunicación. Y cuando se hubiera visto que la acción diplomática no daba resultado, entonces es cuando se debían haber mandado todos esos elementos de combate.

Pero no, señores: aquí lo que ha pasado es, que el Sr. Ministro de la Guerra, encerrado dentro de su Departamento, y obrando como Ministro de la Guerra, como militar, por más que fuera parte del Gobierno y pensara en los altos intereses en que nos decía tardes anteriores que pensaba, organizaba la acción mi-

litar; mientras que por otra parte, sin que lo supiera, sin que tuviera de ello conocimiento el Sr. Ministro de la Guerra, se estaba siguiendo la acción diplomática, hasta el punto de aparecer en el campo rifeño Muley-Araaf, con gran sorpresa del Sr. Ministro de la Guerra, que no esperaba, por cierto, al hermano del Emperador, cuando concluía de dar las órdenes al comandante general de Melilla, Sr. Macías, para que atacara y tomara la ofensiva.

Pero aun hay más, Sres. Diputados; aun existe otra acción, si bien yo declaro que es una acción ejercitada fuera del Gobierno, no por acuerdo del Consejo de Ministros; pero acción que existía, y que debía saber que existía el Sr. Ministro de Estado.

Mientras de una parte se negociaba con el Sultán, y se le buscaba, porque no se sabía dónde estaba; mientras se despachaban correos y se pedían treguas, el Sr. Ministro de Estado, ó mejor dicho, nuestra Legación en Tánger (puesto que yo no hago más inculpaciones que las que se desprenden de los documentos que han venido á la Cámara) negociaba con el gobernador de Urdja, negociaba con Maimón Mohatar, negociaba con Abd-el-Kader, consideraba casi como Estados y como una fuerza reconocida á aquellas kabilas montaraces que nos habían agredido villanamente. Y lo prueba, Sres. Diputados, el que se exigió al Sr. Ministro de la Guerra que pusiera un telegrama al general Margallo el día 18 de Octubre, mejor dicho, que le avisara primero por carta anunciándole el telegrama, que si se le presentaban Abd-el-Kader y Maimón Mohatar, los tratase muy bien y los mandara á Tánger, porque los reclamaban de allí.

Es decir, que á Maimón Mohatar, á Abd-el-Kader, al que hacía el contrabando de armas en Abril, al que levantaba en armas el Riff contra nosotros el día 2 de Octubre, al que era la causa, según todos los informes, primordial y fundamental de aquellos sucesos, el día 18 se mandaba al comandante general de Melilla que si se presentaba voluntariamente, le tratase muy bien para remitirle á Tánger. Y cuidaba muy bien el Sr. Ministro de la Guerra, para eludir responsabilidades, de decir: «yo no sé para qué eso lo piden de Tánger.»

De manera que el Sr. Ministro de la Guerra no sabía para qué, y sin embargo, daba orden al comandante general de Melilla de que prendiera, si iban voluntariamente á Melilla, á Maimón Mohatar y á Abd-el-Kader, porque de Tánger los reclamaban; es decir, á los dos caudillos de la rebelión del campo de Melilla. Yo, Sres. Diputados, algunos documentos de estos tengo que relatarlos; si se ponen en duda, daré lectura de ellos, pero será obligado; porque yo no vengo más que á decir lo que contienen y dejarlos á disposición de los Sres. Diputados.

Pero aun hay otra cuestión; el día 18 de Octubre se remitió desde Tánger al general Margallo una carta en la que se le decía: «Aproveche usted los medios de que disponga, y llame á los administradores de la Aduana, para que estas cartas vayan á donde están dirigidas, al interior.» Y explicaba el por qué; «porque los trabajos que aquí se hacen, como no se sabe dónde está el Sultán, como todas las noticias indican que hasta el año próximo él no podrá poner remedio (porque esas eran las primeras noticias de Tánger), como este Ministro del Sultán, este pobre Torres, no tiene elementos materiales ni morales, hay que trabajar con

cierta habilidad, para ver de conseguir por ardides lo que no es posible conseguir por la fuerza; y para esto hay que llevar esas cartas, con objeto de que las kabilas de Beni-Snacén y las dependientes del Urdja, no se acerquen á la plaza de Melilla, sino que queden aisladas las cuatro kabilas fronterizas, y de esta manera la guerra no tenga importancia y la lucha sea mucho menor.»

El general Margallo llamó á los administradores de la Aduana y les entregó esas cartas, y las cartas salieron á buscar al gobernador de Urdja, y al bajá de Beni-Snacén y á todas esas grandes potencias que tenemos esparcidas por el territorio del Riff.

Aun hay más: con posterioridad á estas negociaciones, me parece que en 19 ó 20 de Octubre, se enviaban nuevos pliegos; y con esto ¡ah, Sres. Diputados! con esto se ve que en esa fecha ya se sabía que no había guerra. El gobernador de Urdja, el bajá de Beni-Snacén, los cabos y las personas influyentes de las kabilas del interior, ya habían manifestado al ministro en Tánger que si los españoles no pisaban el campo exterior, si se mantenían dentro de sus límites, si ellos podían estar seguros de que no saliendo la agresión de esos límites no habían de sufrir perjuicio sus personas y sus intereses, entonces Frajana, Benisicar, Benifuror, y en parte Mazuza, ya casi sometida, eran las únicas kabilas contra las cuales España tendría que combatir, porque esas otras del interior no concurrirían con las fronterizas á la agresión contra la plaza de Melilla.

Y la importancia capital que estas gestiones tuvieron, se desprende de las notas que están en el *Libro encarnado*, remitidas á consecuencia de esas negociaciones por el Sr. Ministro de Estado. Primero, según las noticias de Tánger, todas las kabilas del interior iban á atacar la plaza de Melilla; entendía el ministro en Tánger que para esto había tenido lugar una formidable reunión de guerreros, que estaban perfectamente armados y municionados, y hasta daba cuenta á S. S. de que se habían municionado en Río Martín, en otro alijo hecho desde la plaza inglesa. Posteriormente se obtiene la seguridad de la neutralidad del gobernador de Urdja y de Abd-el-Kader; se sabe que no serían más que 12.000 combatientes; se dice que tampoco Benisicar responde al llamamiento de las kabilas fronterizas, y entonces se envía al general Margallo el último parte que recibió, y al que contestó en el día 25, dos días antes de su muerte; y en ese parte se le dice desde Tánger: «Nada; las kabilas fronterizas quedan aisladas; no pongan ustedes el pie fuera del territorio español, y ni Beni-Snacén, ni Urdja, ni ninguna de las kabilas del interior tendrán motivo para agredir á la plaza de Melilla.»

Esta es la negociación más importante; la que no se ve, la que no figura en el *Libro encarnado*, la que se ha sostenido con el gobernador de Urdja y con el bajá de Benisicar, consiguiendo que asegurasen, con la condición de que no saliéramos de nuestros límites, que no se realizaría aquella formidable agresión de que se hablaba, sino que dejarían aisladas á las kabilas de Benisicar, Benifuror, Frajana y Mazuza, y sería, por tanto, una agresión que no tendría verdadera importancia.

Señores Diputados, para convencerlos de que este era un hecho que no podía figurar en el *Libro encarnado*, ved la nota-circular del Sr. Ministro de Es-

tado de 9 de Octubre; esa nota lo dice todo, y lo confirma la circular posterior que el mismo Sr. Ministro dirige á nuestros embajadores dándoles cuenta del resultado de sus gestiones; y en esa circular, el señor Ministro de Estado, sin ponerlo, dice todo lo que hay que decir. Le hacen un argumento que ya me lo esperaba yo: le dicen que limite la acción dentro de nuestros límites; eso fué lo primero que le dijeron las Potencias, y á eso se encamina toda la negociación; y como no era posible que el país consintiera que si éramos agredidos por las fuerzas de Benisicar y Urdja, donde ya se había predicado, según noticias que tenía el Sr. Ministro de Estado, la guerra santa, y había 30.000 combatientes dispuestos, no contestáramos con la guerra, de ahí los trabajos que había que emplear para negociar, antes que con Muley-Araafa, con el gobernador de Urdja y con el bajá de Beni-Snacén. Yo lo creo todo, Sres. Diputados; pero saco el convencimiento de todas estas negociaciones, que desde el día 18 de Octubre era ya imposible una guerra formal con Marruecos; todo podía reducirse á construir el fuerte de Sidi-Aguariach, no podíamos hacer más, y por lo tanto, los grandes gastos militares que se han hecho para llevar á Melilla tantos aprestos, han sido un verdadero lujo; no eran necesarios 25.000 hombres; y no lo eran, porque desde el día 5 de Octubre, en que las Potencias supieron lo que ocurrió en Melilla, nuestra acción no podía ser más que puramente defensiva; y esto lo sabía el Sr. Ministro de Estado.

Hay más: ese *Libro encarnado* lo va diciendo; en él se ve lo que no se dice. El 25 de Noviembre rompieron las autoridades de Melilla, por acuerdo del señor Ministro de Estado, sus relaciones con Muley Araafa; éste manifestó que carecía de poderes para tratar; que él no podía dar satisfacción en nombre del Emperador. Su señoría comunicó inmediatamente en otra nota-circular á nuestros representantes estas noticias, ¡y qué pronto supo S. S. que á pesar de las manifestaciones de Muley-Araafa se vería el Sultán obligado á tratar y á darnos las garantías que se le pidieran! ¿Por qué? Porque reconocía el primer compromiso: «Manténgase España á la defensiva dentro de sus límites, y el Sultán dará satisfacción; porque no es lícito que pueda España comprometer á Europa en una guerra internacional.» Y sobre este punto no digo más.

Para terminar, he de decir algo sobre lo que indicó el Sr. Ministro de la Guerra, de que todo aquello se debía en parte á las imposiciones de la opinión pública y de la prensa. Yo creo que la cuestión era tan grave, el asunto tan vital, las consecuencias que de él podían derivarse de tanta importancia, que aquel Gobierno debió resistir, estando como estaba completamente enterado de todo lo que había en el fondo de la cuestión.

Porque S. S., que es, y yo me complazco en reconocerlo, una autoridad militar y conoce perfectamente la cuestión de Africa; S. S., que ha demostrado grandes conocimientos al tratar la cuestión del Estrecho en un documento que va á la cabeza de un libro notable; S. S., que nos ha dicho aquí que conoce la plaza de Melilla porque ha estado en ella, sabía perfectamente que nosotros, no pasando de nuestros límites, no necesitábamos aquel ejército. Y S. S. sabe más: sabe que para garantizar la seguridad de la plaza había necesidad de ocupar toda la península Tres

Forcas, que comprende los caminos de Tafersiel al Muluya y Alhucemas, á fin de tener las calas y ensenadas de Calatrasmontana, Zera y Casaza y dar la vuelta al Gurugú, que cierra la península formada por el cabo de Tres Forcas; sabe que para tener garantida la fortificación exterior de Melilla y evitar, colocados en buenas posiciones, las agresiones rifeñas, se necesitaba que nuestro campo se extendiera desde Punta Negra hasta Punta Kibdana, comprendiendo el Cerro Colorado, el de Mariguari y el de los Pajares; y sabiendo todo esto, no debió S. S. hacer lo que el vulgo con sus excitaciones, las gentes con sus sospechas y, por último, el sentimiento nacional exigían que se hiciera; y no se podía hacer, no porque aquellos 25.000 hombres no fuesen más que suficientes para ocupar la península Tres Forcas; es que nosotros no podíamos ocuparla, porque ya sabía el Sr. Ministro de Estado, y lo dice en su circular de 9 de Octubre, que nosotros teníamos que mantenernos dentro de los límites de la plaza, porque si no el conflicto no hubiera sido con Marruecos, hubiera sido en el Mediterráneo, en el que tal vez se hubiera derramado mucha sangre española y se hubiera jugado la suerte de este país. Su señoría sabía perfectamente que las Naciones europeas no podían dejar que nos apoderáramos de la bahía de Zera, y para este efecto la escuadra inglesa estaba anclada en Gibraltar, y muy cerca tenían también sus avisos los franceses.

Estas cuestiones hay que estudiarlas atendiendo á lo que interesa al país; porque eso de apoderarse de la bahía de Zera para garantizar las comunicaciones con España, es algo como apoderarse de aquel camino que en la Edad Media siguieron los mercaderes venecianos para entrar en el corazón del Imperio, y que llevó en su gran política al Cardenal Cisneros á construir aquellas fortalezas cuyos restos aun existen, por si tenía que empeñarse España en conquistar aquello que en algún tiempo nos arrebataran. No os voy á molestar ya mucho, Sres. Diputados; voy á concluir. Habréis comprendido todos que al hablar como lo he hecho desde esta mayoría, como Diputado de esta mayoría, en uso de un perfecto derecho, sin rebasar ninguna línea, únicamente cumpliendo deberes de conciencia que hay que cumplir aquí, he dado á esta cuestión todo el carácter nacional que la cuestión exigía. Yo estoy dispuesto, con las escasas fuerzas que tengo y con los medios reducidos que poseo, á que aquí se discutan las cuestiones en forma que estas grandes Cámaras, elegidas por el sufragio universal, sean la representación del país, y al país le digan toda la verdad, para poner en comunicación á los de fuera, que son los que nos alientan y sostienen, con los de dentro, que no somos más que los órganos de la opinión del país. Necesitamos ya dejar á un lado estos convencionalismos que á todos nos devoran, que van á ser causa de que gastándose estas grandes manifestaciones de la opinión y del régimen parlamentario, descarguemos en otros poderes, que de suyo tienen bastante que hacer, toda la responsabilidad, y engendremos otra autoridad que sería perniciosa en el camino del progreso.

Necesitamos ponernos en armonía con las corrientes de la opinión; y yo, individuo de esta mayoría, que no he hecho más que dar muestras de adhesión y facilitar medios de gobierno; yo, pechero de esta mayoría, que con ella levanto las cargas y

contribuyo al sostenimiento de un partido político, debo declarar que, en bien de las instituciones y en bien del país, no puede ligarse una mayoría á la suerte de un Gobierno hasta el punto de no discutir siquiera los excesos, los fracasos, las dificultades de todo Gobierno, sino que hay que discutir eso aquí, siendo el Parlamento expresión fiel de la vida política y representante de las necesidades del país. Hemos mantenido diferencias esenciales respecto de los demás partidos; hemos sostenido luchas formidables de partido á partido, mientras cada partido ha tenido su programa y su bandera; cuando todas las aspiraciones del derecho constituyente están traducidas en realidades legales en el derecho constituido, lo que hay que hacer es responder á las necesidades del país. No tenemos ya derecho que conquistar ni libertad que garantizar; el derecho está conquistado y la libertad garantida.

Hay que gobernar, ¿cómo? En armonía con las necesidades públicas; y cuando esas necesidades son las económicas, las de una política internacional y de una política colonial, problemas que hay que resolver, es necesario que los Gabinetes sean la resultante de las mayorías, y éstas las representantes del país en sus aspiraciones económicas, en sus aspiraciones internacionales, en sus aspiraciones coloniales; y es necesario expresar en el Parlamento lo que se piensa y lo que se siente, porque si no, resulta lo que ha resultado con la cuestión de Melilla; es decir, que donde debía haber unidad, hay disparidad hasta el punto de que ni siquiera había unanimidad dentro del Consejo de Ministros cuando se trataba de nombrar general en jefe del ejército de Africa. Se trató de llamar las reservas por si venía una guerra, y no hace mucho decía el Sr. Ministro de la Guerra que él y el Sr. Ministro de Marina creían que no debían ser llamadas las reservas, pero que había otros Ministros que opinaban lo contrario; y lo mismo sucede cuando surgen las cuestiones económicas, que son luchas de intereses sagrados, como lo son las luchas de los sentimientos, y entonces unos Ministros opinan una cosa y otros opinan lo contrario; hay que buscar, no Gabinetes de tendencias, sino Gabinetes de soluciones.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): La primera parte del discurso del Sr. García Alix ha sido consagrada casi exclusivamente á la defensa del general Margallo, á la defensa de acusaciones que S. S. ha recogido dentro y fuera de la Cámara; pero que, según S. S. mismo ha manifestado, han sido recogidas en su mayor parte fuera de aquí. Al hacer eso, no sólo ha estado S. S. en su perfecto derecho, sino que ha hecho esa defensa con aplauso de todos los Sres. Diputados, y ciertamente no ha de faltarle el mío. Lo que me parece á mí un tanto extraño es que para la defensa del comandante general de Melilla haya de inculparse al Ministro de la Guerra de aquello en que el Ministro de la Guerra no se cree incurso. Yo, Sres. Diputados, no os he negado ningún dato de cuantos había en el Ministerio de la Guerra, para explicar los sucesos de Melilla, y he traído copias de cartas del difunto general Margallo, que esta tarde ha leído el Sr. García Alix. Solamente S. S. ha leído en un copiadór dos que yo

no he recibido; lo declaro honradamente ante el Congreso, y yo espero que la Cámara lo creará, siquiera por la conducta que he observado en este sitio. ¿Están en el copiadore? Se habrán extraviado; al Ministerio de la Guerra no han llegado. Si fueran comunicaciones oficiales, podría dudarse de esto, podrían estar en un Negociado y por un descuido cualquiera no habérseme dado conocimiento de ellas y no tener yo por consiguiente el necesario y debido; pero es que la correspondencia particular que yo sigo con las autoridades militares la tengo bajo llave, y esa no la conoce nadie más que yo.

Por consiguiente, á mí no me falta ninguna carta de las que he recibido del general Margallo desde 1.º de Abril.

Antes hice una interrupción al Sr. García Alix, para explicarle cómo comprendo la carta del 12 de Junio que S. S. ha leído en ese copiadore.

Se observa una cosa singular: después de pasados los sucesos de Melilla, resulta por las cartas, las noticias recibidas y las comunicaciones á Tánger, que el comandante general anunciaba sucesos en las kabilas, y al Ministro de la Guerra no le exponía la necesidad de fuerzas, de medios de combate, de pertrechos, de municiones, de material, porque solamente pedía, lo mismo en esa carta, que yo no conozco, que en la de 27 de Setiembre, cuatro días antes de los sucesos, que se cubrieran las bajas de la guarnición.

¿Es, Sres. Diputados, que con 300 hombres más se hubiera restablado el orden de combate el día 2 de Octubre y hubiéramos construido el fuerte de Sidi-Aguariach? Esto, ni á militares, ni á paisanos, ni á nadie, se le puede ocurrir. Por consiguiente, aunque esos 300 hombres que pedía, los hubiera tenido, no habrían sido suficientes para concluir con el conflicto de Sidi-Aguariach. Si en ese tiempo había necesitado más fuerzas el comandante general, como yo no había de leer entre líneas, debió manifestarme el temor que tenía. El comandante general de una plaza, con la responsabilidad que tiene delante de unos sucesos posibles, que pueden ser más ó menos sangrientos, tiene el deber de comunicar al Ministro de la Guerra hasta su más mínimo temor, y decirle: necesito 40.000 hombres, ó 20.000 ó 5.000. De lo contrario, ¿qué hacen las autoridades militares? No deben tener temor ante el enemigo, temor en la pelea; pero sí previsión; para eso están las autoridades militares y para eso tiene el Ministro de la Guerra confianza en ellas; pero aquí resulta unas veces que soy tan imprevisor que no hago nada, y otras que no me ocupo de defender los intereses de la Patria.

Tengo la seguridad, y esto no es jactancia, de que todos los Ministros de la Guerra hubieran procedido de la misma manera; porque, concretando la cuestión á sus verdaderas proporciones, el comandante general de Melilla estaba autorizado para invertir una cantidad determinada en acopios y pertrechos para construcción de fuertes; empezó un camino, y agotado el crédito, se iba á abrir otro, y nada más.

No quiero, Sres. Diputados, que en mis palabras, contestando al Sr. García Alix, pueda ver nadie la más mínima jactancia, ni falta de consideración y respeto al general Margallo. Yo cumplo con un deber de conciencia dando cuenta á las Cortes y al país de lo sucedido, y espero tranquilo el fallo de las Cortes y de la opinión.

Pero luego (porque sobre los sucesos hasta el 2 de Octubre nada tengo ya que decir) han venido otros cargos de parte del Sr. García Alix sobre la negociación entablada por el Sr. Ministro de Estado, deduciendo de ella que el Gobierno debía tener el convencimiento de que á cierta fecha y en virtud de ciertos documentos, no se iba á la guerra, y por consiguiente que se debía haber suspendido todo lo referente á aprestos para la guerra y haber dejado á la diplomacia que hiciera las gestiones necesarias para llegar á una paz.

Pues bien; dejando aparte la cuestión diplomática, de la que se ocupará el Sr. Ministro de Estado, yo lo que puedo asegurar al Congreso es que ni el Gobierno, ni el Ministro de la Guerra, han creído que la cuestión de la guerra hubiese cesado un momento, incluso cuando nuestro embajador estaba delante del Sultán. Si lo hubieran creído, ni hubieran llamado á las reservas, ni hubieran tenido 25.000 hombres en Melilla. ¿Cree el Congreso que el Ministro de la Guerra hacía esto sólo por el gusto de gastar y para que después se le hiciesen cargos, como se le han hecho, por haber tomado esas medidas?

Que se había acumulado en el campo de Melilla un número de hombres excesivo para operar en aquel campo. Respecto de esto tengo que manifestar que jamás por ninguna nota, por ningún indicio de la negociación, ha creído el Gobierno que el ejército acumulado en Melilla no pudiese pasar los límites de nuestro campo. Por el contrario, siempre, en todo tiempo, ha creído el Ministro de la Guerra que para castigar á aquellas kabilas, para defender nuestro derecho, para hacer el fuerte, no había nadie que pudiera impedirnos llevar nuestra bandera allí donde lo tuviéramos por conveniente con objeto de realizar la construcción del fuerte.

Pero se me ha hecho el cargo de que se han llevado á Melilla 25.000 hombres, siendo así que en Melilla no se puede operar con ese número de combatientes.

¿Quieren los Sres. Diputados que discutamos aquí planes de operación en el Riff? Porque si queréis, yo me encuentro muy dispuesto. Yo confesaré que Melilla es una mala plaza de operaciones, que es defectuosa; pero ¿no se puede operar en el campo de Melilla sobre el Riff? Permitame S. S. (*El Sr. García Alix hace signos negativos.*)

Pues entonces, ese cargo que se me ha dirigido aquí, y fuera de aquí, de que acumulaba muchas tropas en Melilla, es infundado. Precisamente tengo una opinión sobre esto diferente á la de muchos militares.

Todo el terreno que comprende el Riff es á propósito para una campaña de parte nuestra ó de cualquiera Nación que quiera imponerse al Imperio de Marruecos. ¿Es que para esa campaña se ha de elegir por base de operaciones Melilla y no se pueden elegir otras, esa misma que ha indicado esta tarde el Sr. Alix, perfectamente estudiada, y que yo he leído en algún libro? (*El Sr. García Alix:* Es el programa de operaciones que existe en el Ministerio de la Guerra; el mismo que siguieron los Reyes Católicos para apoderarse de la plaza. No es ninguna novedad.) Dispense S. S., no he dicho eso para quitar mérito á sus indicaciones, porque sobre operaciones en el Riff hay tantas opiniones como folletos se han impreso tratando esta cuestión; lo que sostengo

es (y no hablaré más sobre planes de operaciones militares, porque de lo contrario incurriría en contradicción con opiniones mías que antes de ahora os he expuesto), que había medios preparados para operar, no sólo en el campo de Melilla, sino hasta para un desembarco; sin que tenga yo necesidad de indicar ahora el punto en que para hacerle se había pensado, comprendiendo una línea de operaciones de gran importancia para llegar á dominar el Imperio de Marruecos, y desde luego para facilitar ulteriores desenvolvimientos de las operaciones que se emprendieran.

Por lo demás, crea el Sr. García Alix que porque se tenía allí aquel ejército se han obtenido los éxitos alcanzados, aparte de la habilidad de mi digno compañero el Sr. Ministro de Estado.

Me parece que no debo cansar más la atención de los Sres. Diputados, y solo diré al Sr. García Alix, que es plausible la actitud de S. S. para quien crea que el derecho de los Diputados no tiene ningún género de límites; que en la mayoría, en la minoría, en el centro y en todas partes, actos que se hacen en conciencia no merecen más que aplausos; pero si las mayorías parlamentarias, al juzgar actos de Gobiernos pertenecientes á su partido, creyeran que á cada momento se puede juzgar á los Gobiernos en la forma que hoy ha juzgado á éste el Sr. García Alix, ¡ay de los partidos que confien en esas mayorías y de los que se crean sus representantes con sus programas, sus jefes y sus huestes! que por esos caminos los partidos no pueden lograr triunfos; lo que lograrán en todo caso será destrucción y ruínas. (*Muy bien, en la mayoría.*)

El Sr. GARCÍA ALIX: Pido la palabra.

El Sr. Ministro de ESTADO (Moret): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de Estado tiene la palabra.

El Sr. Ministro de ESTADO (Moret): Voy á ahorrar trabajo al Sr. García Alix, dándole ocasión de que pueda hacer la rectificación en un solo discurso.

Por lo que á mí concierne, hay dos clases de observaciones que me importa rectificar, ó mejor dicho, someter á la Cámara para que forme su opinión con entera claridad.

La primera es la referente al conocimiento más ó menos vago que pudo tener el Ministro de Estado de los hechos que se preparaban en Melilla antes del 2 de Octubre, y que de haber sido conocidos en el Ministerio de mi cargo, y no haberlos llevado al Consejo de Ministros, hubiera incurrido en una gran responsabilidad. La segunda es bastante elástica para que yo me ocupe de ella con más libertad. En el primer asunto no la tengo, porque el Sr. García Alix, con la simpatía de todos los que le han oído, se ha ocupado en defender la memoria de un muerto, y en caso tal no queda nadie en libertad más que para mirar con respeto esa desgracia, y yo no he de decir ni hacer nada que en lo más mínimo pueda debilitar lo expuesto por S. S.

El Sr. Marqués de Potestad Fornari me pidió autorización á fines de Julio para visitar las plazas fuertes del litoral africano, dando como razón para este viaje la conveniencia de ponerse en contacto inmediato con los comandantes militares de esas plazas, sin que ninguna razón, ni grave, ni ligera, ni de importancia, ni baladí, ni aun en el concepto de ru-

mor, le hubiera hecho creer que era necesario que por sí mismo se enterase de la situación de las plazas de Melilla y Ceuta.

Cuando el ministro de España en Tánger volvió de su expedición, me dió cuenta en ese despacho á que S. S. se ha referido, de que se encargaba nuevamente de la Legación, y me anunció que me enviaría una Memoria en la cual haría constar el resultado de sus observaciones.

Poco después, en carta particular, me dijo que, habiendo de venir á Madrid en uso de licencia, me enteraría verbalmente de lo que creía conveniente que yo supiera. Iba á hacer uso de la licencia el mismo día 2 de Octubre, tanto que en mi primer despacho le decía que se quedase en Tánger, y así lo hizo, y no ha usado la licencia hasta que ha concluido todo. Conmigo ha hablado en Madrid, y yo aseguro, Sr. García Alix, de la manera más terminante, que nada que se refiera al temor de una asechanza, de un ataque de los moros al construirse el fuerte, nada de eso me ha referido el Sr. Marqués de Potestad Fornari por haberlo oído, y no puedo poner, ni por un momento, en duda su palabra, de los labios del general Margallo.

La carta del general Margallo al Ministro de España en Tánger, que S. S. ha leído, ó yo he oído mal, ó en nada altera el sentido de esta conversación del ministro de España en Tánger conmigo; se refiere á hechos que naturalmente ocurrían, de los que habían hablado, y que se enlazaban con la visita del ministro de España en Tánger, para preparar en el porvenir, no sólo el mejor cumplimiento del tratado de Wad-Ras, sino alguna rectificación que pudiera evitar sucesos como los que entonces ocurrieron. De suerte que S. S. me hará el favor de pensar que la carta fechada el 30 de Setiembre por el general Margallo, que no llegó á Tánger hasta el 4 ó 5, cuando los sucesos habían pasado, seguramente no hubiera permitido al ministro de España en Tánger formar idea de dichos sucesos.

Esto es lo que yo debo contestar; pero ya que de este punto se ha tratado, quiero añadir que he hecho buscar en el archivo de la Legación de España en Tánger todos cuantos antecedentes existieran, deseoso yo de saber si los había habido respecto de esta cuestión; porque aun cuando yo tuviera sólo la responsabilidad moral, si se había sabido algo y no se había hecho nada, yo debía responder ante el país, y me importaba más que esta responsabilidad, el corregir para el porvenir cualquier falta ó deficiencia que hubiera.

Las indagaciones hechas me han dado la completa seguridad de que en el Ministerio de Estado no había podido conocerse absolutamente nada que se hubiera sabido en una semana anterior á los sucesos. Estaba, pues, de acuerdo con lo que el Sr. Ministro de la Guerra había manifestado en la Cámara.

Y aquí concluyo de ocuparme de los hechos que en algo pueden referirse á las relaciones del general Margallo con el ministro de España en Tánger.

Se verifican los sucesos, y por cierto, Sres. Diputados, que nada me ha parecido más extraño que la clase de crítica que el Sr. García Alix ha dirigido á la conducta de nuestra Legación en Tánger. No me parecía posible que durante una situación de guerra se hiciese un cargo al que estaba procurando debilitar las fuerzas é impedir que se concentrasen sobre

la plaza de Melilla todas las de las kabilas, que se calculaban en 30.000 hombres, evitando, ¿quién sabe? si una noche triste ó un día luctuoso. Ese servicio de entregar cartas y facilitar el viaje á los que iban á aquellos sitios á dar consejos é introducir la desconfianza y la discordia entre ellos, era consecuencia de la actitud del Gobierno español, y era necesario que el representante de España, á quien se le decía que pidiera á aquellas autoridades el cumplimiento del tratado de Wad-Ras, se valiera de unos y de otros hombres para hacer comprender á los rifeños cuáles eran las consecuencias que podían seguirse de su conducta, y la Legación no pudo, por consiguiente, dejar de remitir al comandante general de Melilla los papeles y los avisos y las cartas que se le enviaban.

¿Ha pensado el Sr. García Alix si todo lo que se puede decir sería prudente y conveniente decirlo en esta Cámara? (*El Sr. García Alix*: Dije que no iba á hacer más que referencias.)

Porque, efectivamente; yo, por lo menos, no puedo referir muchas de las cosas que sé. No puedo ni aun citar ciertos nombres; no podría, sin faltar á la prudencia más vulgar, dar explicaciones de algo de lo ocurrido en Melilla dentro del campo marroquí, tal como lo conoce el Gobierno. En este momento están sujetas á sanción penal del Sultán algunas personas, otras sufren castigo, otras no han sido habidas ó no serán castigadas; el general en jefe del ejército de Africa, cuando ha estado representando á España en Marruecos, ha podido recoger sobre este punto datos, y ha sido testigo de hechos que no ha llegado el momento de referir.

Pero después de todo esto, yo debo decir al señor García Alix que esa conducta de la Legación de España en Tánger tiene mi más absoluta aprobación; y al decirlo yo que todos los empleados, que todos los españoles allí residentes, los militares, los civiles, los médicos, los frailes, debían ponerse al servicio de las necesidades de la Patria, le daba una misión que ha cumplido con grandísimo celo, y en esa nota que ha esbozado S. S. se ve que ha llenado cumplidamente esa misión importantísima para el país.

Una consecuencia ha sacado S. S., sobre la cual yo tengo que ser muy claro ante la Cámara. España no contrajo nunca el compromiso de hacer esta ó la otra política en Marruecos. Cúmpleme decir que lo mismo para hacer la guerra en aquella parte del territorio que en otro cualquiera, lo mismo para aumentos territoriales conseguidos por nuestras armas, que para haber exigido una indemnización territorial del Sultán, teníamos la más absoluta y completa libertad, por nadie puesta en duda; y en todo caso, de ninguna manera hubiera aceptado la limitación el Gobierno español. Estoy hablando desde donde me pueden oír y me oirán muchos, y faltaría á mi deber si no dijese á la Cámara cuál era la situación en aquellos días, y que aquel juicio formado por la detención de la escua dra inglesa en las aguas de Gibraltar no fué más que una de tantas impresionabilidades de la opinión, de esas que tanto daño nos han hecho y tanto han oscurecido el juicio que merece la negociaci6n y el desenlace de los sucesos de Marruecos.

Por mi parte, Sres. Diputados, no he tenido un momento de vacilaci6n en la cuesti6n de Marruecos; á mí me duele que el Sr. García Alix, cuyo claro en-

tendimiento ha sido mostrado una vez más esta tarde, haya recogido algunas palabras por mí pronunciadas en los primeros momentos; pero en fin, tantas veces se ha repetido esa frase, que alguna vez había de llegar ocasi6n en que yo pudiera recogerla y rectificarla en su verdadero sentido.

Dicho está en el *Libro Encarnado*, y á él me refiero, que desde las primeras instrucciones del Gobierno á su representante en Marruecos, todas absolutamente las que se dieron estaban acordadas en Consejo de Ministros. El Consejo de Ministros discutió y aprobó la cuesti6n bajo el punto de vista diplomático que yo tuve el honor de someterle, como discutió y aprobó la cuesti6n bajo el punto de vista militar que le había sometido el Sr. Ministro de la Guerra, y en Consejo quedó determinada perfectamente nuestra política en Marruecos. Una vez acordada esta política, no era posible vacilar; si yo hubiera vacilado, entonces sí que hubiera contraído enorme responsabilidad. El dilema se presentaba claro: ó con el Sultán ó contra el Sultán; ó amparándose en el tratado de Wad-Ras para pedir su cumplimiento, ó recabando España su absoluta libertad para hacer lo que quisiera. Las dos cosas á la vez no era posible; una de las dos había que escoger, y esa fué el cumplimiento del tratado de Wad-Ras. Se trataba, pues, de utilizar la grande obra de D. Leopoldo O'Donnell, de utilizar en provecho de España lo que ha quedado de la primera guerra con Marruecos; porque sin ese artículo del tratado de Wad-Ras, España no tendría ninguna clase de seguridades para la guarnici6n de sus plazas de Ceuta y de Melilla, y estaríamos á merced de los ataques de cualquiera de las kabilas; ataques que en cualquier momento podrían dar por resultado otra guerra provocada, Dios sabe con qué elementos, con qué oro y para qué propósitos.

No; España no puede aceptar la responsabilidad de una lucha frente á unas hordas; y el general O'Donnell, comprendiéndolo perfectamente, puso siempre al Sultán y al Imperio entero en el compromiso de garantizar á España, haciéndole responsable de cuanto pudiera ocurrir alrededor de la plaza de Melilla como alrededor de la plaza de Ceuta. Así es, que yo, Sres. Diputados, representante de esa política internacional, depositario de esas tradiciones, yo no podía olvidar lo que el general Martínez Campos ha recordado en su orden del día al retirarse de Melilla; antes al contrario, debía tener muy presente que no en balde habían sido muertos tantos soldados españoles en el suelo africano. que no se habían recogido tantos laureles para dejarlos caer bajo las alharacas de la opini6n, sino que era preciso exigir al Sultán la responsabilidad de lo ocurrido y pedirle el cumplimiento del tratado; porque si se negaba á cumplirlo y llegaba el caso de adoptar la otra política, que era la de la guerra, ¡ah! entonces la guerra no hubiera sido seguramente en los desfiladeros del Riff. Si el Sultán no hubiera dado la satisfacci6n que España tenía derecho á esperar, la guerra hubiera sido en los puertos y en las playas africanas, donde las armas de España y los soldados españoles estuvieran en condiciones favorables para ejercitar su valor y obtener cumplida victoria.

Pues bien, señores, después de un Consejo de Ministros el día 9 ó 10 de Octubre, me encontraba yo rodeado de un grupo de periodistas, y adelantán-

dose uno de ellos, amigo mío particular, me dijo: Sr. Ministro, ¿cuándo salen esas notas? Y á esto contesté yo: no es ahora tiempo de notas, sino de balas.

Hé aquí la frase, que tan mal se ha interpretado. ¡Ah, señores! Si yo hubiera dicho, para que la prensa y al día siguiente España entera lo supieran: «no es tiempo de balas, sino de notas», entonces sí que hubiera cundido la alarma y la inquietud en los alrededores de Melilla, entonces sí que hubiera vacilado la fe que prestaba toda Europa á este dilema que francamente habíamos expuesto á su consideración», de obtener una satisfacción que nos era debida ó hacer la guerra; entonces sí que toda nuestra política hubiera caído por su base. (*Muestras de aprobación.*)

Hallábame, pues, en el caso, no de mentir, que entonces no mentía, sino de decir lo único que podía decir, lo único que en aquellas circunstancias podía lanzarse al público y lo que realmente convenía decir para realizar la política del Gobierno, la política que nuestros antecedentes y nuestros intereses en Marruecos nos imponían.

Comprenderán los Sres. Diputados que no puedo ser más explícito respecto á ciertas cuestiones, y espero que el Sr. García Alix no me pedirá mayores explicaciones respecto á lo que ha constituido la primera parte de su discurso; pero, en todo caso, le anticipo que todas sus críticas no bastarán á arrancarme frases más ó menos dudosas para el fin que S. S. ha perseguido: para los muertos, la paz y el respeto.

En cuanto á la conducta seguida después en las negociaciones, yo no he de expresar mi deseo de que se discuta, porque el juicio que sobre ella ha formado ya el país pudiera hacer inútil la discusión; pero holgárame mucho de tener ocasión de discutirla y de exponer con absoluta claridad los puntos de vista del Gobierno. Lo único que en ese punto me duele es que el Sr. García Alix, y me parece que algún otro Sr. Diputado, crean que en esos momentos críticos lo primero ó lo único que hay que hacer, en lo que á la diplomacia se refiere, es responder á la opinión del país. ¿A qué opinión, Sr. García Alix? ¿Flaquea la memoria de S. S. y no recuerda los vaivenes que en los primeros momentos, como ola movida por la tempestad, ha tenido la opinión en España en la cuestión de Marruecos? Precisamente los que no deben responder á las oscilaciones de esa opinión, son los encargados de sostener la política internacional, que no es resultado de un momento, sino que es el fruto de muchas generaciones y el resultado de ella debe corresponder también al estado de los demás países; todo eso no puede estar más que en la mente de muy pocos hombres, no en las masas, cuyas impresiones pasan y allá se van sin dejar nada.

Los llamados á manejar el timón, son los que han de tener la vista serena y fija en todas estas cosas que se relacionan con la política internacional, porque es lo más fundamental para la vida de un país.

Discutamos, si se quiere, la política de España en Marruecos; mas para mí, como para el Gobierno todo, no había más que dos caminos que seguir: ó continuar la política del Duque de Tetuán en la primera guerra y cumplir el tratado de Wad-Ras, ó lanzarnos á correr una aventura sangrienta en Marruecos, con la seguridad de traer males para la Patria y un conflicto para toda Europa. Entre estos

dos dilemas, yo he sostenido el primero; mis compañeros me han creído; acumulamos elementos de guerra, porque íbamos á guerrear; defendimos nuestro derecho en la vía diplomática, porque íbamos á contratar. Ignorar eso, es ignorar cómo pasan en el mundo de los hechos las luchas, y cómo se obtienen los triunfos diplomáticos. (*Muy bien, en la mayoría.*)

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. García Alix tiene la palabra para rectificar.

El Sr. GARCÍA ALIX: La contestación dada á mis observaciones por los Sres. Ministros de Estado y de la Guerra, me obliga á muy pocas, á poquísimas rectificaciones.

Yo no he censurado los resultados de la campaña del general O'Donnell, ni el que se siguiera en España una política para asegurarla y confirmarla. Precisamente esta tarde lo he afirmado como nunca; y el Sr. Ministro de Estado sabe, y sabe la Cámara, porque algunos Sres. Diputados me han oído en las diferentes veces que he tratado esta cuestión, que siempre he dicho que el verdadero resultado beneficioso en Africa se obtuvo en la campaña de 1860. Por eso he lamentado en el fondo de mi alma que esto se haya comparado con aquello; porque esto no es nada más que la caricatura de aquella gran campaña. (*El Sr. Ministro de Estado:* ¡La caricatura en una cuestión nacional de esta importancia! Eso no lo cree nadie.—*El Sr. Marengo:* Todos nosotros lo creemos.—*El Sr. Ministro de Estado:* Lo creerá S. S., y pocos más.—*El Sr. Marengo:* Muchos más.—*Varias voces en la mayoría:* ¡No, no! Voy á demostrarlo al Sr. Ministro de Estado, no en lo que afecta á lo nacional. Pues ¿qué resultados hemos obtenido después de la campaña de 1860? ¿A qué se han dirigido todas las negociaciones más que á asegurar el tratado de Wad-Ras, á establecer una línea de garantía en Melilla, á que sean respetados nuestros derechos, á obtener la zona neutral, á que las autoridades de Marruecos garanticen la seguridad de nuestras plazas?

Eso es lo que se ha conseguido en estas negociaciones y eso estaba estipulado en el tratado de Wad-Ras. ¿Es que S. S. quiere brindarnos como una concesión esa indemnización de guerra que se nos ha dado? Esa indemnización responde á la política tradicional impuesta por toda Europa á Marruecos. Esa indemnización de guerra no es el reconocimiento de derechos en el sentido que se le ha dado; es la indemnización de los perjuicios ocasionados por unas kabilas, por unos súbditos rebeldes del Sultán, que han ocasionado 400 bajas á nuestro ejército y nos han obligado á hacer gastos considerables. (*El señor Ministro de Estado:* Es la fórmula del reconocimiento del derecho.) Pero esa fórmula, con los 30 millones de pesetas que ha habido que gastar para los preparativos de una campaña, no puede venir á dar importancia al éxito obtenido en Melilla por la indemnización de guerra; y en lo demás no se ha hecho otra cosa sino obligar al Sultán á que cumpla lo que ya estaba obligado á cumplir desde 1860.

Por lo demás, debo decir al Sr. Ministro de Estado, que no he sido yo el que ha supuesto ciertas limitaciones á nuestro derecho de obrar respecto á política internacional; lo ha supuesto y lo ha dicho S. S. mismo en la nota-circular que pasó á las Potencias extranjeras en 9 de Octubre, á raíz de los sucesos, y que dice, porque la he copiado textualmente, lo siguiente:

«He recibido inmediatamente contestación satisfactoria para el Gobierno español; pero indicando al mismo tiempo la conveniencia, por no decir la necesidad, de limitar la cuestión á los muros de Melilla y al castigo de los rifeños.»

¿Es que al venir Europa, por medio de sus Ministros acreditados en Madrid, á declarar que debía limitarse la acción al campo de Melilla y al castigo de los rifeños que nos agredían en aquel campo, se puede decir, discutiendo de buena fe ante el país, como deben discutirse estas cosas, que el Gobierno español quedaba en libertad absoluta de obrar, de realizar una agresión en el campo rifeño, y de ocupar militarmente parte de aquel territorio? (*El señor Ministro de Estado:* Ahí obra mi despacho de cuando fué el general Martínez Campos á Melilla.) Señor Ministro de Estado, yo discuto esto quizás con falta de condiciones y no apreciándolo con la perspicacia y el talento con que S. S. lo aprecia; pero con honrada conciencia de verdad digo que todos los telegramas que están en el *Libro Encarnado*, absolutamente todos, van encaminados desde el principio ¿á qué? á obtener un buen resultado por la mediación de las Potencias y á que nosotros no traspasemos los límites del campo de Melilla. Y la prueba es la nota que mandó S. S. á raíz de los sucesos, las manifestaciones que hizo á Inglaterra, Italia y Alemania, y las que después hizo al representante de Francia, de palabra, el mismo Sr. Ministro de Estado.

Siempre toda la acción diplomática ha sido encaminada á limitar nuestra gestión y nuestra acción al campo de Melilla, dentro de los límites de nuestra plaza. Ya lo dije y lo demostré al principio. Es verdad que S. S. tiene más deberes que cumplir que yo, y guarda cierta circunspección sobre determinados actos; pero yo que no tengo los deberes de S. S., que soy un Diputado español, atento á los intereses de mi país, sé lo que debo decir y lo que debo callar, y al hablar de las negociaciones seguidas con el gobernador de Urdja y con el bajá de Beni-Snacen, he dicho, y testigo ha sido la Cámara, que los documentos no los presentaría como no se negasen, porque yo no puedo hacer uso de cierta clase de documentos desde el momento en que se ventila en ellos una cuestión de carácter internacional; y aun después de negados, he añadido que en vez de leerlos los pondría á disposición de los Sres. Diputados. He obrado con toda esa circunspección, porque creo que no debemos discutir en público esas negociaciones de las Legaciones, que en último término entrañan responsabilidad grande, no por el orden de la política española solo, sino por hacerlas públicas dentro de Tánger y respecto de los marroquíes.

Dije también, y esto lo mismo corresponde al Sr. Ministro de Estado que al Sr. Ministro de la Guerra, que, según se deduce de notas tan serias como las diplomáticas, de todos los antecedentes y de esas cartas y documentos, se ofreció desde luego que no pasando los límites del campo rifeño, no seríamos agredidos por esas formidables fuerzas de que hablaba á S. S. el ministro de Tánger; primero haciéndolas subir á 30.000 hombres, luego reduciéndolas á 12.000, y por último á las cuatro kabilas fronterizas á Melilla. Y dije que habíamos dado esa garantía, porque, ¿creéis vosotros que sin asegurar la pretensión que tenían de que nuestra planta no hollara el campo de los moros, ellos, por sí y antes, rebeldes como esta-

ban, excitados por la guerra santa, dispuestos, como sabe el Sr. Ministro de Estado, los de Beni-Snacen á concurrir, puesto que tenían ya los caballos preparados, al campo de Melilla, creéis que sin haberles hecho algún ofrecimiento y sin haberles dado alguna seguridad, sólo por exigírselo de palabra hubieran dejado de concurrir á la defensa que ellos estimaban sagrada de sus compañeros? Para eso fueron las negociaciones: eso es indudable, Sr. Ministro de Estado; yo le decía antes al Sr. Ministro de la Guerra y también á la Cámara, y vuelvo á repetirlo ahora, que la cuestión de Melilla era una cuestión aplazada, pero no resuelta. Y desde el momento mismo en que los moros no han sido para los efectos del combate, en el fragor de la pelea, castigados en la forma que debieron serlo por su agresión, siquiera después sufran todos los perjuicios y todos los castigos que imponga el Gobierno del Sultán, desde ese momento la situación de nuestra plaza de Melilla queda algún tanto difícil bajo el punto de vista de su importancia y de su altura en el orden militar; porque (y esto el Sr. Ministro de Estado lo sabe lo mismo que yo, y lo sabe también la Cámara, y por consiguiente no hay para qué ocultar la verdad) los sucesos del 2, del 27 y del 28 de Octubre se han estimado en todo el campo rifeño como un triunfo que ellos han obtenido, como un alarde del valor salvaje de aquellos montaraces; porque ellos han estado casi al lado mismo de nuestros fuertes asediando á nuestras guarniciones, han estado ocupando, como pasó en la noche del 27 al 28, nuestro propio campo, y se cobraron en la vida del comandante general, que para ellos es el general en jefe de un ejército.

Y bien lo sabe S. S., y bien lo sabe la Cámara: en esos zocos marroquíes, mientras se descarga el camello que conduce la lana que explota el fabricante y el comerciante inglés, bien contará el moro que los entretiene todos los episodios de la guerra de Melilla, y bien se alabarán por el triunfo obtenido en las memorables jornadas del 2, del 27 y del 28 de Octubre.

Claro es, y me apresuro á marcar bien mi opinión ante los movimientos inequívocos del Sr. Ministro de Estado, que yo refiero lo que ellos dirán, sin declarar, por mi parte, el crédito que sus dichos merezcan; pero sólo el hecho de que lo digan es bien triste para todos nosotros.

Por lo demás, cuando vino la escuadra inglesa á Gibraltar, aun cuando yo no tengo los motivos que tiene S. S. para saber eso, sin embargo, es lo cierto que hasta entonces S. S. recelaba porque no tenía en aquella fecha la contestación de todas las Potencias; y no hay para qué decir, demasiado lo sabe S. S., que la verdadera dificultad de la cuestión de Melilla ha consistido en unir en un mismo sentimiento, en un mismo propósito, las aspiraciones de Italia, de Alemania y de Inglaterra, con las de Francia y de Rusia. Así es, que cuando S. S. las consideró unidas, entonces ya se juzgó triunfante, porque ya desde entonces la cuestión de Melilla no podía tener ulteriores desarrollos, porque ya desde entonces la cuestión de Melilla, que en un principio hubiera sido para nosotros, no sólo una cuestión con el Imperio marroquí, sino una cuestión ocasionada á provocar una guerra internacional (y eso lo sabe S. S., puesto que lo confiesa en sus notas), había perdido ya este paavoroso carácter. (*El Sr. Ministro de Estado:* Eso lo sa-

bía todo el mundo.) Perfectamente; pero desde el momento en que S. S. reconoce que antes de ese instante pudo ser una guerra internacional, S. S. me da el argumento hecho: los interesados en no sufrir las consecuencias de la guerra internacional han sido las Potencias, y á eso debemos una gran parte del éxito obtenido, y que nos hayan dado lo que teníamos derecho á reclamar: el tratado de Wad-Ras y la indemnización debida.

En cuanto al Sr. Ministro de la Guerra, ya le dije modestísimamente que no era que censurase yo ninguna operación militar; lo que yo indicaba á S. S. (puesto que el Sr. Ministro de la Guerra conoce perfectamente á aquella gente y conoce tan bien la situación de Africa) era que nosotros no podíamos en manera alguna ocupar toda la península de Tres Forcas; y no la podíamos ocupar, porque saben los ingleses y los franceses que para ocuparla se necesita hacer nuestra la bahía de Casaza, que desde la época de los mercaderes venecianos enseñó el camino seguro de Fez; y ellos no podían consentir sin grave daño de esas aspiraciones que todas las Naciones tienen respecto de Marruecos y del deseo de mantener el *statu quo*, que ocupáramos un camino para penetrar en el corazón del Imperio marroquí; lo cual no quiere decir que no sea ese un buen campo de operaciones. Yo lo que creo, Sr. Ministro de la Guerra, es que si S. S., al frente de un ejército, pudiera penetrar en ese camino para llegar á Fez, quizá se obtendrían en el orden militar más éxitos de los que se obtuvieron en la guerra de 1860. Ya ve, pues, el Sr. Ministro de la Guerra que yo considero buen camino el que dijo S. S.

Su señoría ha entrado después en consideraciones respecto á la documentación que yo he tenido el honor de presentar á la Cámara. Ya he explicado el origen de mi conducta; ya he manifestado que tenía que usar de esa documentación porque se trataba de la defensa de una persona que no existe, de un soldado valeroso; y desde el momento en que S. S. ha podido apercibirse, y la Cámara también, de que aún la sombra rodea la memoria del general Margallo, tenía su familia, tenían sus hijos, que no han heredado más que su nombre honrado, derecho á que esa memoria fuera defendida aquí, aclarando perfectamente la conducta de aquel bizarro militar; y como yo me había comprometido en un orden de relaciones particulares, pero con mucho gusto, á cumplir ese deber, le he cumplido en la medida y con las fuerzas que me han permitido mis escasos medios.

En la cuestión política, el Sr. Ministro de la Guerra, contestando á las manifestaciones que he hecho, viene á ostentar y á mostrarnos la antigua y vieja disciplina en la organización de los partidos. Gobernando con soluciones nacidas de las mayorías parlamentarias, viven los Poderes de Naciones como Francia, Naciones como Italia, Naciones como Inglaterra, Naciones todas en las cuales una cosa es el Gabinete y otra cosa son las mayorías. Pues qué, si tenemos necesidad de poner en práctica y de ejercitar el derecho de sufragio, y de sufragio universal, cada vez que ocurra una dificultad ministerial, porque con los Ministerios caigan las mayorías, ¿no

comprende S. S., no comprenden los Sres. Diputados la situación que vamos á crear á aquello que está por encima de nosotros y que tenemos todos interés en conservar tanto como el régimen parlamentario en que vivimos? ¿No comprendéis que si hoy, por efecto de la cuestión de Marruecos, mañana por una cuestión económica, otro día por otra cuestión diversa, resultase que al año de elegirse unas Cortes por sufragio universal, hubiera que elegir otras, porque fracasando un Ministerio, fracasara la mayoría, las nuevas Cortes se elegirían para durar quizás menos tiempo que las anteriores, y vendrían otras elecciones y otras después? Y á la cuarta elección, cuando en el período de seis, ocho ó diez meses, ó de dos años, se gastaran los instrumentos que realizan el poder, entonces, ¿qué pasaría, Sr. Ministro de la Guerra? Entonces comprometeríamos, por un convencionalismo que muere, aquello que todos tenemos el deber de conservar, de mantener y salvar.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.»

A propuesta del Sr. Presidente, el Congreso acordó que se proceda á nueva elección en el distrito de Colón, provincia de Matanzas, en la isla de Cuba, vacante por haber optado por el de San Sebastián el Sr. Diputado D. Fermín Calbetón.

El Congreso quedó enterado de la comunicación en que participa su constitución la Comisión nombrada para entender en el Real decreto suspendiendo una sentencia del Tribunal de lo Contencioso administrativo recaída en la demanda interpuesta por D. Antonio Vázquez y López Amor sobre pago de derechos reales, habiendo nombrado presidente al Sr. Laá, y secretario al Sr. Peralta.

Se leyó, anunciándose que quedaría sobre la mesa y se señalaría día para su discusión, el dictamen de la Comisión encargada de informar sobre el Real decreto suspendiendo las garantías constitucionales en la provincia de Barcelona. (Véase el Apéndice 11.º á este Diario.)

Se leyó, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de los Sres. Diputados que han de formar parte de la Comisión mixta, el proyecto de ley, remitido por el Senado, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril económico de Llerena á Linares. (Véase el Apéndice 12.º á este Diario.)

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para el lunes: El dictamen que se ha leído, y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y treinta y cinco minutos.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades sobre la elección parcial del distrito de la Habana y sobre el caso de compatibilidad del Diputado electo D. José del Perojo y Figueras.

La Comisión de actas ha examinado el expediente relativo á la elección parcial de dos Diputados á Cortes verificada el día 9 de Julio de 1893 en el distrito de la Habana, y

Resultando;

1.º Que la designación de interventores se verificó sin protesta ni reclamación alguna.

2.º Que en la sección 14.ª se protestó porque no se admitió el voto de un elector en vista de que había votado otro con el mismo nombre en las 34, 43 y 52, porque los presidentes de las secciones no tenían capacidad para este cargo y no se había anunciado con anticipación el local en que debía constituirse la Mesa, ó se constituyó en sitio distinto del anunciado, y en la 174 porque no era elector de la circunscripción uno de los interventores de la Mesa.

3.º Que en el acto del escrutinio general no se hizo protesta alguna contra el recuento y cómputo de votos; pero el elector comisionado de la sección 46 protestó porque no se habían constituido legalmente las Mesas de 72 secciones que citó.

4.º Que el número de electores de la circunscripción es el de 19.210 y el de votantes 10.977, habiendo obtenido

	votos
D. Francisco Cabrero Saavedra.....	4.218
D. José del Perojo y Figueras.....	3.467
D. Celso Golmayo.....	2.263
Otros dos candidatos.....	7
En blanco.....	22
Total.....	10.977

Siendo, en consecuencia, proclamados Diputados electos los dos primeros.

5.º Que el elector D. Juan Gafas Vicens, en exposición, fecha 25 de Julio de 1893, presentada al Congreso en la sesión del día 6 del corriente, solicita que se declare la nulidad de la elección por haber ejercido coacción el gobernador general de la isla de Cuba, nombrando alcalde en la circunscripción durante el período electoral; por haber destituido el día 9 de Julio al alcalde de Bejucal y el 6 al de Santiago de las Vegas y otros nombrándoles sustitutos; porque el alcalde de la Habana el día 4 de Julio destituyó á todos los alcaldes de barrio, nombrando nuevos alcaldes en período electoral; porque dicho alcalde nombró presidentes de las secciones á personas que no habían sido alcaldes de barrio, y por último, porque no se designaron los locales de los colegios diez días antes de la elección, y después de designados se variaron la víspera de la elección.

Considerando que coincidiendo el período electoral con la época en que debían constituirse los Ayuntamientos, en cumplimiento de los artículos 49, 52 y 55 de la ley municipal vigente en Cuba, no podrían dejar de nombrarse los alcaldes que habían de presidir aquellas Corporaciones, así como los alcaldes de barrio, sin que esté demostrado que estos nombramientos hayan influido en el resultado de la elección, y que las demás protestas tampoco afectan á este resultado,

La Comisión tiene la honra de proponer al Congreso se sirva aprobar la elección parcial verificada en el distrito de la Habana, y admitir como Diputado por este distrito al Sr. D. José del Perojo y Figueras, que ha presentado su credencial y cuya capaci-

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, estableciendo una nueva forma de pago de la subvención concedida al ferrocarril de Linares á Almería.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, tomando en consideración lo propuesto por varios individuos de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Aprobado que sea el presupuesto del nuevo proyecto facultativo del ferrocarril de Linares á Almería, presentado por la Compañía de los caminos de hierro del Sur de España, concesionaria del mismo, se abonará á ésta la subvención que no haya percibido en tantas anualidades iguales cuantos sean los años que falten para terminar las obras, á contar de la fecha en que se apruebe definitivamente el presupuesto mencionado, asignando á la fracción de año la parte proporcional que le corresponda.

Art. 2.º El abono de dichas anualidades se hará entregando á la mencionada Compañía un tanto por ciento de las obras que ejecute, el cual se determi-

nará una vez aprobado dicho presupuesto, de manera que la Compañía perciba el total de la subvención que le está asignada al terminar las obras del camino, si lo verifica en el plazo á que se ha comprometido.

Art. 3.º Para el abono de cada una de las anualidades referidas se tendrá en cuenta á la Compañía lo que haya dejado de cobrar en los años anteriores por no haberse aplicado para las entregas de subvención el nuevo tanto por ciento, pero con la condición precisa que cada anualidad, cualquiera que sea la obra que se considere ejecutada, no podrá exceder del importe que para ella resulte de la aplicación del art. 1.º de esta ley.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo pensiones á las familias de los fallecidos y á los impedidos con motivo de la explosión ocurrida el 21 de Marzo último en la ciudad de Santander.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, tomando en consideración lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Las familias de los que, ocupados en los trabajos que se practicaban en el vapor *Cabo Machichaco*, fallecieron á consecuencia de la explosión ocurrida el día 21 de Marzo último en Santander, si hubieren quedado sin medios de subsistencia, serán favorecidas con una pensión proporcionada al importe de los jornales de aquéllos, y que no exceda en ningún caso de 1.250 pesetas al año.

Art. 2.º Igual concesión y en los mismos términos se hará á los que, habiendo sufrido heridas en dicho acto, hubiesen quedado imposibilitados para el trabajo.

Art. 3.º Dichas pensiones se determinarán por el Ministerio de la Gobernación, previa la instrucción de los oportunos expedientes, que necesariamente serán consultados con la Comisión de reformas sociales.

Para graduar la pensión se tendrán presentes las bases siguientes:

Jornal de costumbre en la localidad para los trabajos que practicaban los fallecidos;

Jornal que éstos ganaban cuando ocurrió la explosión.

Que el máximun pueda concederse solamente á las familias de los fallecidos que percibían mayores jornales; reduciéndose proporcionalmente las pensiones que correspondan por los fallecidos ó inutilizados que ganaban menores jornales.

Art. 4.º No se comprenderán en estos beneficios á los hijos mayores de edad, hijas casadas, ni á individuos que tengan medios propios de subsistencia.

Art. 5.º No se concederá por cada familia más de una pensión, que recaerá en un solo individuo de ella, para que se distribuya, según los casos, entre la viuda, hijos, madre y abuelos, á cuyas necesidades estuviesen proveyendo el fallecido ó imposibilitado para el trabajo cuando ocurrió la catástrofe; y en todo lo demás, se regularán las pensiones por las disposiciones generales administrativas y civiles que rigen en la materia.

Art. 6.º Queda encomendado al Ministro de la Gobernación la ejecución de la presente ley, estando igualmente facultado para dictar las disposiciones al efecto necesarias.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, aprobando los suplementos de crédito y créditos extraordinarios concedidos por medidas gubernativas á los presupuestos de gastos de 1892-93 y 1893-94.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, tomando en consideración lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se aprueba un suplemento de crédito de 5.742 pesetas y un crédito extraordinario de 1.754.693'51, otorgados respectivamente por Reales decretos de 10 de Octubre y 26 de Diciembre de 1893, al presupuesto de la sección 9.ª del año económico de 1892-93, para comisiones é indemnizaciones de los administradores de loterías, y para satisfacer al Banco Hipotecario de España el saldo á su favor en las cuentas de dicho período por la negociación de bienes desamortizados.

Art. 2.º Se aprueban asimismo los siguientes suplementos de crédito concedidos al presupuesto del año económico de 1893-94: 3.000 pesetas á la sección 2.ª, «Ministerio de Estado», para la creación de una plaza de Joven de lenguas en la Legación de España en Tánger, autorizado por Real decreto de 30 de Noviembre; 35.000 pesetas á la sección 6.ª, «Ministerio de la Gobernación», para indemnizaciones por pérdida de certificados y objetos asegurados, autorizado por Real decreto de 16 de Enero; 40.000 á la sección 9.ª, «Gastos de las contribuciones y rentas públicas», para premios de ventas y de investigación de bienes desamortizados, autorizado por Real decreto

de 3 del actual, y 213.000 á la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», para «Estudios y obras nuevas de carreteras por administración, copias é impresiones.»

Art. 3.º Se aprueban también los siguientes créditos extraordinarios concedidos al mismo presupuesto de 1893-94: el de 400.000, á la sección 6.ª, «Ministerio de la Gobernación», para remediar los daños causados por las inundaciones en varias provincias, y por la explosión del vapor *Cabo Machichaco* en la de Santander, otorgado por Real decreto de 18 de Noviembre; el de 180.000 á la misma sección, para pago del primer plazo del importe en que se calculó el establecimiento de un cable telegráfico entre el Peñón de la Gomera y Ceuta, autorizado por Real decreto de 31 de Octubre, y por último, el de 62.125 pesetas á la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», para gastos de administración y explotación del Canal de Isabel II durante el segundo semestre, otorgado por Real decreto de 9 de Febrero.

Art. 4.º El importe del suplemento de crédito y el del crédito extraordinario concedidos al presupuesto de 1892-93, se cubrirá con la deuda flotante del Tesoro; el de todos los créditos extraordinarios, excepción hecha del de 62.125 pesetas al Ministerio de Fomento para atenciones del Canal de Isabel II, y los suplementos de crédito de 35.000 pesetas al de la Gobernación para indemnizaciones por pérdida de certificados y objetos asegurados, y de 40.000 al de Hacienda para premios de ventas é investigación de bienes desamortizados, otorgados al presupuesto de 1893-94, con el exceso que ofrezcan los ingresos

que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y, á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro; el suplemento de crédito de 3.000 pesetas del Ministerio de Estado, anulando 4.000 consignadas para un Correo de gabinete en el capítulo 1.º, artículo 5.º; el crédito extraordinario de 62.125 pesetas al Ministerio de Fomento, transfiriendo igual suma del crédito de 300.000 pesetas asignado en el capítulo 29, art. 1.º para subvenciones de canales y pantanos, y el suplemento de 213.000 pesetas á di-

cho último Departamento, transfiriendo también una cantidad equivalente del fijado al capítulo 25, artículo 1.º, concepto cuarto, «Obras por contrata».

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección octava del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 59.248 pesetas 66 céntimos á un capítulo adicional de la sección 8.ª, «Ministerio de Hacienda», del presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico 1893-94, para reintegrar á la testamentaria de D. Ignacio Sabater la cantidad á que tiene derecho como diferencia entre la suma á que se le declaró responsable y la

que para su pago ingresó en la Hacienda, computando el precio de venta de varias fincas.

Art. 2.º El importe del mencionado crédito extraordinario se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y, á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, prorrogando durante el año económico de 1894-95 la autorización legal concedida al Ministerio de la Guerra para introducir del extranjero material de guerra exento del pago de derechos arancelarios.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se prorroga al año económico de 1894-95 la autorización concedida por la ley de 29 de Julio de 1893 sobre excepción del pago de los derechos arancelarios de las máquinas, herramien-

tas, armas y municiones que adquiriera en el extranjero el Ministerio de la Guerra, en virtud del Real decreto de 30 de Noviembre de 1892 declarando reglamentario el fusil Maüsser de siete milímetros.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo un suplemento de crédito al artículo único del capítulo 8.º de la sección tercera del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 135.000 pesetas al capítulo 8.º, «Establecimientos penales», artículo único, «Material», servicio de «Suministros», de la sección 3.ª, «Ministerio de Gracia y Justicia», del presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico 1893-94.

Art. 2.º El importe del referido suplemento de crédito se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y, á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Y el Congreso de los Diputados, lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo un suplemento de crédito al art. 4.º del capítulo 16 de la sección tercera del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 17.500 pesetas al capítulo 16, «Gastos generales», art. 4.º, «Imprevistos y eventuales en general», de la sección 3.ª, «Ministerio de Gracia y Justicia», del presupuesto de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94.

Art. 2.º El importe del mencionado suplemento de crédito se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y, á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo varios suplementos de crédito á varios capítulos, y un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección sétima del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se conceden varios suplementos de crédito, por un importe en junto de 1.233.250 pesetas, á los capítulos, artículos y servicios que detalla la adjunta relación, correspondientes todos á la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», del presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94, y un crédito extraordinario de 700.000 pesetas á un capítulo adicional de la misma sección y presupuesto, «Para gastos en la concurrencia de España á la Exposición de Chicago».

Art. 2.º El importe de 1.233.250 pesetas á que ascienden los mencionados suplementos de crédito se cubrirá transfiriendo; 30.000 del capítulo 10, «Universidades», artículo único, «Personal»; 160.000 del capítulo 20, «Construcciones civiles», art. 2.º, «Obras», concepto de «Academia de la Lengua»;

297.200 del capítulo 25, «Carreteras», art. 1.º, «Material de estudios y obras nuevas», concepto de «Obras por contrata»; 248.000 del mismo capítulo, art. 2.º, «Conservación y reparación»; 30.000 del capítulo 29, «Material», art. 1.º, «Estudios y obras nuevas», concepto de «Para subvención de canales y pantanos»; 398.050 del propio capítulo y artículo, concepto de «Obras de defensa para prevenir las inundaciones del Segura, etc.»; 40.000 del capítulo 31, art. 2.º, «Faros», concepto de «Gastos de estudios de proyectos de faros y obras contratadas», y 30.000 del mismo capítulo, art. 3.º, «Boyas y valizas», concepto de «Para nuevas subastas»; y las 700.000 del mencionado crédito extraordinario, con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y, á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

RELACION por capítulos, artículos y conceptos de los servicios de la sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», del presupuesto de obligaciones de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94, y cuyos respectivos créditos afectan los suplementos concedidos por el adjunto proyecto de ley de esta fecha, por un importe total de 1.233.250 pesetas.

Capítulos.	Artículos.	SERVICIOS	Pesetas.
5.º	Unico.	Material de instrucción pública.....	19.500
6.º	»	Personal de primera enseñanza.....	67.000
7.º	1.º	Material ordinario de idem id.....	7.250
	1.º	Personal de Institutos.....	225.000
8.º	2.º	Idem de Escuelas de Artes y Oficios.....	23.200
	3.º	Idem de Escuelas de Comercio.....	12.000
9.º	2.º	Material de las Escuelas de Artes y Oficios.....	4.000
	3.º	Idem de las Escuelas de Comercio.....	1.000
11	Unico.	Material de Universidades.....	900
14	»	Personal de Bellas Artes.....	4.000
15	»	Material de idem id.....	9.500
16	»	Personal de Archivos, Bibliotecas y Museos.....	1.500
17	»	Material de idem id.....	17.000
18	»	Personal de establecimientos científicos, artísticos y literarios.....	2.400
20	1.º	Indemnizaciones personales.....	10.000
	2.º	Obras.....	408.000
22	2.º	Agricultura.....	10.000
	3.º	Montes y pesca.....	60.000
23	6.º	Dietas é indemnizaciones.....	200.000
24	2.º	Material de gastos generales de obras públicas.....	8.000
31	3.º	Idem de boyas y valizas.....	30.000
Adicional	1.º	Gastos del centenario del descubrimiento de América.....	38.000
Idem.	2.º	Conservación, reparación y explotación del Canal del Isabel II.....	75.000
			<hr/> 1.233.250 <hr/>

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo un suplemento de crédito al capítulo 19 de la sección séptima del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 10.000 pesetas al capítulo 19, «Establecimientos científicos, artísticos y literarios», artículo único, «Material», concepto de «Subvención á la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales», sección 7.ª, «Ministerio de Fomento», del presupuesto de los Departamentos ministeriales del año económico de 1893-94.

Art. 2.º El importe del mencionado suplemento de crédito se cubrirá transfiriendo 8.000 pesetas del capítulo 5.º, «Instrucción pública», artículo único, «Material», concepto de «Para gastos de oposiciones,» y 2.000 del capítulo 7.º, «Material», art. 2.º, «Fomento de la instrucción popular», último concepto, «Subvención á las Escuelas especiales de comercio de Santander y Valencia, industrias de Toledo, etc.»

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión nombrada para informar sobre el Real decreto suspendiendo las garantías constitucionales en la provincia de Barcelona.

La Comisión nombrada para emitir dictamen respecto á la publicación del Real decreto de 9 de Noviembre de 1893 suspendiendo las garantías constitucionales en la provincia de Barcelona, entiende:

Que, plenamente justificadas, con los hechos allí acaecidos, la gravedad y la notoria urgencia de que habla el párrafo 2.º del art. 17 de la Constitución del

Estado, procede aprobar la conducta del Gobierno, y así tiene la honra de proponerlo al Congreso,

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—
Agustín de la Serna, presidente.—Antonio López Muñoz.—Juan Felipe Sendín.—Manuel Ibarra.—
Joaquín Liaño.—Vicente González Ugidos.—José de la Presilla, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Distamen de la Comisión nombrada para informar sobre el Real decreto suspen-
dido las garantías constitucionales en la provincia de Barcelona.

La Comisión nombrada para emitir dictamen res-
pecto al Real decreto de 7 de No-
viembre de 1841 suspendiendo las garantías cons-
titucionales en la provincia de Barcelona, entran-
do a consideración de la Cámara, en la sesión de
17 de Mayo de 1842, por haberse allí
reunido la mayoría y la Comisión nombrada para
emitir el dictamen, leyó el dictamen en los
siguientes términos: El Estado, por el que se
suspenden las garantías constitucionales en la
provincia de Barcelona, es contrario a la
Constitución de España, y por lo tanto, debe
ser declarado inconstitucional y anulado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, remitido y modificado por el Senado, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril económico de Llerena á Linares.

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Senado tomando en consideración lo propuesto por ese Cuerpo Colegislador, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno para otorgar á D. Ramón Romasanta y Pérez la concesión para construir y explotar, sin subvención del Estado, un ferrocarril económico de vía estrecha que, partiendo de Llerena, en la provincia de Badajoz, termine en Linares, de la de Jaén, pasando por la cuenca carbonífera de Bélmez, de la de Córdoba, con arreglo al proyecto y pliego de condiciones que, á propuesta del concesionario, apruebe el Ministerio de Fomento.

Art. 2.º Este ferrocarril se declara de utilidad

pública y con derecho á la expropiación forzosa, así como al aprovechamiento y ocupación de los terrenos de dominio público y á las demás ventajas que disposiciones de carácter general otorguen á los de su clase.

Y habiendo introducido en el proyecto de ley remitido por ese Cuerpo Colegislador las modificaciones que del aprobado por éste resultan, formarán parte de la Comisión mixta que ha de coneciliar las opiniones de ambas Cámaras los Sres. Senadores Don José Maluquer, D. Jacinto Anglada, Marqués de Almanzora, Conde de las Almenas, D. Enrique Lassus, Marqués de Vissca de la Sierro y Conde de la Encina.

Palacio del Senado 27 de Abril de 1894.—El Marqués de la Habana, Presidente.—El [Marques de Puerto-Seguro, Senador Secretario.—El Señor de Rubianes, Senador Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL LUNES 30 DE ABRIL DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Memoria del Tribunal de Cuentas sobre créditos otorgados durante el interregno parlamentario; declaración de excedencia del Sr. Vila Vendrell; datos y antecedentes de la cuestión de Melilla, reclamados por el Sr. Marengo: comunicaciones.

Elección parcial en el distrito de Ledesma: acuerdo.

Función cívico-religiosa del Dos de Mayo: comunicación.—Propuesta del Sr. Presidente.—Acuerdo.

Remedio de la crisis obrera en Huelva; expediente de recurso de nulidad de una sesión de la Comisión provincial de Huelva: recuerdo de una pregunta anterior y reclamación del Sr. Burgos.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Rectificación del Sr. Burgos.—Contestación del Sr. Ministro de Fomento.

Emplazamiento de la estación de empalme del ferrocarril de Torralba á Soria con el de Madrid á Zaragoza: recuerdo de preguntas anteriores del Sr. Córdova.—Contestación del Sr. Ministro de Fomento.—Rectificación del Sr. Córdova.

Aprovechamiento de las aguas de Palma: contestación del Sr. Ministro de Fomento á una pregunta del Sr. Marqués de Figueroa.—Rectificación del Sr. Marqués de Figueroa.

Resolución del expediente del canal de Tamarite: preguntas del Sr. Alvarez Capra.—Contestación del Sr. Ministro de Fomento.—Rectificación del Sr. Alvarez Capra.—Obser-

vación del Sr. Alvarado.—Contestación del Sr. Ministro de Fomento.

Inclusión en el plan general de carreteras de varias pertenecientes al partido judicial de Herrera del Duque: ruego del Sr. Fernández Blanco.—Contestación del Sr. Ministro de Fomento.

Pliegos de condiciones de las concesiones de las líneas de Madrid á Zaragoza y Alicante, de Valencia á Almansa y de Madrid á Irún; ingreso en la caja de instrucción pública de Barcelona de las cantidades destinadas al pago de maestros de instrucción primaria: contestación del Sr. Ministro de Fomento á la reclamación del Sr. Llorens y á la pregunta del Sr. Lostau.—Rectificación del Sr. Lostau.

Falsedades cometidas en la inclusión de electores en el censo electoral de la Habana; contestación de la autoridad superior de Cuba á las preguntas del Sr. Carvajal acerca de la proyectada suspensión del Ayuntamiento de la Habana y del nombramiento de tenientes de alcalde de la misma población: anuncio de interpelación y manifestaciones de dicho Sr. Carvajal.—Contestación del Sr. Ministro de Ultramar.—Rectificaciones de ambos señores.

Acta de la toma de posesión de la presidencia de la Comisión de tratados por el Sr. Salvador; ponencia del Consejo de Ministros sobre el tratado con Alemania: reclamaciones del Sr. Osma.

Contrabando de armas en Melilla: pregunta del Sr. Sanchís. Contestación del Sr. Ministro de la Guerra.—Rectificaciones de ambos señores.

ORDEN DEL DÍA: Elección del distrito de la Habana: dictámenes.—Se aprueban sin discusión.

Sucesos de Melilla: continúa el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez.—Discurso del Sr. Sanz consumiendo el segundo turno.—Idem del Sr. Ministro de la Guerra.—Rectificaciones de ambos señores.—Se suspende la discusión.

Proyectos de ley aprobados definitivamente.

Lista de Sres. Diputados que han de asistir á la función cívico-religiosa del Dos de Mayo.

Erección de una estatua á Guzmán el Bueno: proyecto de ley.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las seis y cuarenta minutos.

Abierta la sesión á las dos y treinta minutos, y leída el Acta de la anterior, fué aprobada.

Se anunció que pasaría á la Comisión general de Presupuestos la Memoria del Tribunal de Cuentas relativa á los créditos otorgados por el Gobierno de S. M. durante el interregno parlamentario que terminó en 4 del actual mes, remitido por la presidencia de dicho Tribunal. (*Véase el Apéndice 1.º al Diario núm. 120, que es el de esta sesión.*)

El Congreso quedó enterado de una Real orden del Ministerio de Ultramar, trasladada por el señor Ministro de dicho ramo, concediendo á D. Simón Vila y Vendrell, catedrático numerario de la Universidad de la Habana y Diputado á Cortes, la excedencia que tenía solicitada por haber optado por el cargo de Diputado.

Se anunció que quedarían sobre la mesa y á disposición de los Sres. Diputados:

Los datos remitidos á petición del Sr. Marengo, por el Ministerio de la Guerra, relativas á los gastos hechos con motivo de la cuestión de Melilla, y á las bajas, tanto de sangre como por enfermedad, que allí han ocurrido desde el 2 de Octubre hasta fin de Marzo, así como copia de las comunicaciones que han mediado entre el Ministerio y el general Macías; y

Los expedientes remitidos por el Ministerio de Estado por virtud de reclamación de dicho Sr. Marengo, relativos á los sucesos ocurridos en Melilla el año 1871, y al replanteo de los límites de dicha plaza; y una relación de los asuntos con Marruecos, pendientes de reclamación.

A propuesta del Sr. Presidente, el Congreso acordó que se proceda á nueva elección en el distrito de Ledesma, provincia de Salamanca, vacante por renuncia del Diputado D. José Messía y Gayoso, Duque de Tamames, y que se ponga en conocimiento del Gobierno dicho acuerdo.

Se dió cuenta de una comunicación del Ayuntamiento de Madrid, invitando al Congreso á que asis-

ta á la fiesta cívico-religiosa que se celebrará el día 2 de Mayo próximo.

A propuesta del Sr. Presidente, acordó el Congreso que se nombrara una Comisión, compuesta de doce Sres. Diputados y seis suplentes, para asistir á la función cívico-religiosa del Dos de Mayo.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Burgos tiene la palabra.

El Sr. **BURGOS**: Hace días tuve la honra de dirigir al Sr. Ministro de la Gobernación algunas preguntas, y como no he tenido la fortuna de que sean contestadas, vuelvo á formularlas.

Preguntaba el otro día al Sr. Ministro de la Gobernación si el Gobierno tenía cabal conocimiento del estado de la crisis obrera de Huelva, y cuáles eran los medios que trataba de plantear para conjurar esa crisis, ó al menos para aminorarla todo lo posible. Reproduzco la pregunta, porque creo que el caso es urgentísimo y que están reclamados esos medios con toda perentoriedad.

Ahora voy á añadir un ruego al Sr. Ministro de la Gobernación, y es, el de que remita S. S. á la Cámara el expediente que ha debido formarse con motivo del recurso entablado por alguno de los vocales de la Comisión provincial de Huelva solicitando la nulidad de la sesión celebrada por dicha Comisión en 22 de Diciembre último. Desearía que el examen de ese expediente no confirmara la idea que tengo de que la resolución recaída en el asunto es arbitraria y contraria á las leyes.

Creo que el Sr. Ministro de la Gobernación ha tenido en el asunto una participación pequeñísima, la participación natural al firmar una Real orden; pero tengo la seguridad de que S. S. no se ha fijado en lo que constituía la materia de esa Real orden, porque, de otra suerte, hago á S. S. la justicia de creer que no la habría firmado.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Tendré el gusto de remitir al Congreso el expediente á que se refiere S. S., para que podamos discutir el fondo del mismo y la resolución que en él se ha dictado; resolución que podrá ser discutida, pero que ha sido adoptada de acuerdo con el Consejo de Estado, y, por consiguiente, desde luego puede asegurarse que tiene algún fundamento legal. Repito á S. S. que en breve término estará el expediente en el Congreso, para que S. S. y todos los Sres. Diputados puedan examinarlo.

Si no he contestado antes á la pregunta que hoy ha repetido S. S., ha sido efecto de las circunstancias. Yo he estado aquí á primera hora todos los días, excepto uno que tuve que asistir al Senado, y sin duda habré tardado algún día unos minutos y habré llegado después de haber entrado en el orden del día.

Puedo asegurar á S. S. que el Gobierno ha adoptado todas aquellas medidas que están dentro de sus atribuciones para subvenir á la calamidad de que S. S. se hace eco con tanta razón; pero S. S. sabe que, suprimido el fondo de calamidades, no hay medios de qué disponer para atender con los recursos que fuera de desear á conflictos de esa clase.

Tan pronto como tuve conocimiento de la crisis obrera, no sólo de Huelva, sino de toda Andalucía, reuní en el Ministerio de la Gobernación á todos los dignos representantes de aquellas provincias. Creo que S. S. no estaba en Madrid; en otro caso, seguramente, con el interés que le distingue por todo lo que se refiere á la provincia que representa, habría expuesto los medios que á su juicio debían emplearse para conjurar la crisis obrera de Huelva. En la reunión á que vengo refiriéndome, los dignos representantes de aquellas provincias me indicaron las obras públicas que podrían emprenderse para dar trabajo á las clases obreras, y por el Ministerio de Fomento, al que al efecto se dirigió el de Gobernación, se instruyen los correspondientes expedientes con la rapidez posible.

Su señoría sabe muy bien que hay trámites que no pueden dejar de llenarse, que hay obras que no pueden emprenderse inmediatamente por administración, y que hay otras que no pueden ejecutarse sin previo estudio de los ingenieros. De esto se está ocupando el Gobierno, que llevará á la provincia de Huelva aquellos elementos que ha podido llevar á otras provincias andaluzas, á la de Cadiz y á la de Córdoba. También se ha llamado la atención del gobernador para ver si aquella Diputación cuenta en los recursos del fondo de calamidades con algo que aplicar á los pueblos que estén más necesitados. Su señoría, con más conocimiento de causa, puede desde luego, con entera franqueza, decir al Ministro de la Gobernación, particular ú oficialmente, aquellos medios que considere más convenientes para subvenir á esas necesidades, y el Ministro se hará agente de los deseos de S. S. cerca de sus compañeros, y procurará por todos los medios resolver aquellas cuestiones que puedan conducir al fin que todos deseamos.

El Gobierno no puede hacer otra cosa dentro de los límites infranqueables del presupuesto. Si tuviera fondos que aplicar á estas necesidades, desde luego los aplicaría; pero en las circunstancias especialísimas en que se encuentra, no tiene más remedio que apelar al recurso que las obras públicas le ofrecen, para llegar á conseguir que se mejore algo la situación de la clase obrera.

El Sr. **BURGOS**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **BURGOS**: Empiezo por dar las gracias más cumplidas al Sr. Ministro de la Gobernación por los buenos propósitos y deseos que acaba de manifestar.

Realmente, yo no estaba en Madrid cuando se celebró esa reunión de los representantes de aquella provincia bajo la presidencia de S. S.; pero en el acto que tuve conocimiento de ella, puse un telegrama á S. S. adhiriéndome á todos aquellos acuerdos

que redundaran en beneficio de aquella provincia.

Yo no pedía nada del fondo de calamidades; sé que ese fondo, por sí escaso, estaba agotado (*El señor Ministro de la Gobernación*: Es que no existe), y que, por tanto, no podía servir para atender á las grandes calamidades que afligen á aquel país. Aquella crisis no es tampoco una crisis pasajera; no es una crisis que se resuelva con medios del momento, sino que es una crisis más honda, es una crisis que proviene de haberse perdido las cosechas casi en absoluto desde hace tres años, de que se han agotado los fondos de reserva, los recursos que tenían los labradores y los agricultores; de que por la falta de buenos tratados de comercio nuestros productos no tienen exportación, y de que aun aquellos pueblos del litoral que se mantenían de la pesca, al efectuarse el tratado con Portugal han sido perjudicados. Todas estas son causas profundas, causas que no son del momento; por consiguiente, la crisis obrera de Huelva tiene un carácter de mayor gravedad que en el resto de Andalucía; pero para proporcionar siquiera un alivio á aquellos pueblos, para conjurar la crisis algún tanto, se necesitan, no ya recursos que, después de todo, repartidos entre tantos pueblos, habían de ser insuficientes, sino proporcionar algún trabajo; en otras provincias se ha procurado fomentar las obras públicas, dando trabajo á una porción de obreros que estaban desocupados, pero allí hemos tenido la desgracia de que hasta ahora no se haya emprendido ninguna.

Conozco perfectamente que para esto se necesitan trámites, algún poco de tiempo; pero hay ciertas obras pendientes de un trámite tan sencillo, que con facilidad se pueden ultimar, y esas son precisamente las que yo pido al Sr. Ministro de la Gobernación; y ya que está presente el Sr. Ministro de Fomento, también tengo la honra de suplicárselo en estos momentos que sean soportables. Allí hay una porción de obras del puerto de Huelva cuyos expedientes están casi ultimados en la Junta de obras. Existen también proyectos de carreteras y estudios hechos que penden de trámites sencillísimos, y sin embargo, hace ya bastantes años que están en la jefatura de los ingenieros de la provincia sin que se les haya dado curso. Yo ruego, pues, al Sr. Ministro de Fomento que avive un poco el celo del ingeniero-jefe de aquella provincia, á fin de que se puedan ultimar esos expedientes y darse trabajo á la clase jornalera, necesitada hoy más que nunca.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Puedo asegurar al Sr. Burgos, relativamente á las obras públicas de la provincia de Huelva, que teniendo en cuenta la importancia que para toda España, y particularmente para las provincias del Mediodía, tenía la cuestión obrera, he dedicado una preferente atención á todos los expedientes que estaban en curso y próximos á su terminación respecto á carreteras, y puedo vanagloriarme de que he facilitado la solución de esa misma cuestión obrera, aprobando presupuestos de obras y sacando á subasta las que estaban en situación de hacerlo.

Concretamente no puedo decir á S. S. cuál sea el estado de las obras públicas en la provincia de Huelva; pero en vista de lo que he oído á S. S., puedo

ofrecerle que preguntaré, tomaré antecedentes sobre ello, y que todo aquello que yo pueda hacer, dentro del estado en que los expedientes se encuentren, tendrá muchísimo gusto en ejecutarlo.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Córdova tiene la palabra.

El Sr. **CORDOVA**: Habiendo indicado hace pocos días al Sr. Ministro de Fomento que me proponía reproducir las preguntas que en 8 de Junio del año anterior dirigí á su antecesor, y puesto que el señor Ministro de Fomento se halla en su banco, voy á reproducirlas para ver si obtengo una contestación satisfactoria.

Las preguntas que quedaron sin contestación satisfactoria, son éstas: «si el ferrocarril de Torralba á Soria ha sido cedido á otra Sociedad, y cuál sea su nombre; si el Gobierno debe á la Empresa alguna cantidad que esté vencida, y cuándo vence el plazo concedido por Real orden para obligarle á terminar el empalme con la línea de Madrid á Zaragoza.»

Estas preguntas fueron contestadas por el anterior Ministro de Fomento, diciéndome que si había recibido ya la Empresa el tercer plazo, el cuarto no le recibiría hasta que hubiera seguridad de que había cumplido lo dispuesto respecto del asunto; y yo manifesté, y por desgracia he acertado, que pasarían nuevos plazos y me vería precisado á hacer idénticas reclamaciones. Efectivamente, la Compañía sigue cometiendo los mismos abusos que cometen otras Compañías, y haciendo el mismo caso de las Reales órdenes que de un recado de sus oficiales.

De manera que tenemos un acordonamiento en aquella provincia, sin que su ferrocarril empalme con la red general; allí no existe estación, y no solamente no hay un local cubierto para los viajeros, sino que tampoco lo hay para las mercancías vivas, que se asfixian en este tiempo en que ya empieza el calor, con sólo tener que sufrir dentro de los vagones una detención de veinticuatro horas.

Además, el correo llega ahora más tarde que antes; la Compañía comete muchos abusos; y yo, para que se vea que tenemos siquiera algún interés en esto, ruego al Sr. Ministro de Fomento procure hacer efectiva la obligación que tiene esa Compañía de terminar las obras, como la ley de concesión le impone, pues va á resultar que, después de cuatro plazos de seis meses para fijar el empalme, el Gobierno va á decir que se haga donde marca la ley, que es lo que se debió decir desde un principio y á lo que viene obligada por el pliego de condiciones de la subasta.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Hace tiempo que viene el Sr. Córdova lamentándose de que, teniendo obligación la línea de Zaragoza de empalmar con la de Soria á Torralba, por más gestiones que ha hecho no ha podido lograrlo hasta ahora. De lo pasado, yo no tengo la culpa, ni creo que la tiene tampoco mi antecesor, el cual, no sólo en 1891, sino en diferentes ocasiones, ha dado órdenes terminantes para que se efectúe el empalme de las dos líneas como es justo y procedente. Lo que hay es, que cuando ha contestado á S. S. no ha dejado de advertirle

que consideraba que había algunas cuestiones que oponían obstáculos á la inmediata realización de ese justísimo proyecto.

Yo, en realidad, puedo hoy decir algo más á S. S.: no solamente estoy dispuesto á exigir con imperio lo mismo que cerca de la Compañía de Madrid á Zaragoza ha procurado el Sr. Moret, sino que me he anticipado á los deseos de S. S., y con fecha 24 de este mes se ha prevenido á la Empresa que en un término breve, cumpliendo todo lo que establecen las anteriores órdenes, proceda á presentar los planos en el sitio designado para estación. Y todavía puedo añadir á S. S. otra cosa, y es, que con el fin de ver si se pueden obviar dificultades que hasta ahora se han encontrado, se ha puesto una excepción á la orden á que acabo de aludir, diciendo á las Compañías interesadas que podrían dispensarse de ello si en el término de tres meses, poniéndose de acuerdo entre sí, convenían las dos en fijar el enlace en la estación de Alcuneza, lo cual podría quizá ser una solución práctica para llegar á los fines que S. S. persigue. Con esto creo que por mi parte he de haber dejado satisfecho á S. S.; porque la materialidad de ofrecerle con seguridad absoluta que se hará construir el empalme en el sitio que S. S. desee ó proceda, eso, ni lo ha podido hacer el Ministro de Fomento anterior, ni yo tampoco lo he de poder hacer; si bien estoy decidido á emplear todos aquellos recursos que las leyes consientan, pero nada más que los que las leyes consientan, para que no queden más tiempo defraudados los intereses de la Compañía de Torralba á Soria y los de aquella región de España.

Además, dirigió S. S. un ruego á mi antecesor, que me repite á mí, como si mi antecesor no le hubiera dado la única contestación que puede dársele, y que yo me voy á ver obligado á repetirlo. El acelerar y variar el movimiento de los ferrocarriles, el hacer que cambien las horas de salida ó de llegada, no corresponde al Ministerio de Fomento, eso es propio del Ministerio de la Gobernación, que lo hace de acuerdo ú oyendo por lo menos el dictamen autorizadísimo de la Dirección de Comunicaciones, y de acuerdo también con las Empresas. Si entiende, pues, S. S., como yo creo, después de oírlo, que á los intereses de aquellos pueblos, y especialmente á los de la provincia de Soria, afecta el que no tengan que detenerse tanto tiempo los trenes en el final de la estación para tomar la línea general, debe excitar á los pueblos para que se dirijan al Ministerio de la Gobernación, y éste creo que, convencido de la razón que pueda asistirles, ha de satisfacer su justa demanda.

Después de contestar al Sr. Córdova, voy á decir también algo acerca de un ruego que el Sr. Marqués de Figueroa tuvo á bien dirigir al Ministro de Fomento (*El Sr. Córdova pide la palabra para rectificar*), relativo á la importantísima cuestión del aprovechamiento de las aguas de Palma.

Cuestión es esta que tiene en este momento el privilegio de agitar los ánimos en aquel país, y de levantar, tanto en la otra Cámara como en ésta, ecos de encontrados intereses, á los cuales el Ministro de Fomento tiene obligación de atender, sin dejarse arrastrar por la pasión con que unos y otros defienden lo que creen que es su respectivo derecho.

Hay, efectivamente, en Palma, mejor que una comunidad, una forma de organización respecto de riegos, que constituye una especialidad en aquel país. Hay derechos tradicionales para el abastecimiento de la población con las aguas de la fuente que creo que se llama de la Villa; hay también quien ejercita sobre ese caudal de aguas derechos que se utilizan bajo la dirección y régimen de un Sindicato especial, y, por último, todavía se utilizan esas aguas para poner en movimiento diferentes artefactos industriales. De aquí la constante lucha entre los intereses del Ayuntamiento, que personifica los del vecindario, para el surtido de aguas de la población; el del presidente del sindicato, que determina la protección de los derechos de los regantes, y, por último, el de los industriales.

Basta exponer esto para que los señores que tienen conocimiento de la legislación de aguas puedan apreciar que, en rigor, no es posible sujetar este complicado y anómalo organismo á ningún precepto concreto de la ley de aguas. Yo, señores, que por el cargo que ejerzo es muy posible que si continúo algún tiempo en este sitio (y digo esto porque el expediente exige larga tramitación), me vea obligado á resolver en justicia una ó muchas de las cuestiones de derecho con tanto empeño y pasión sustentadas por los diversos interesados, tengo que hacer ante el Congreso una declaración que éste no extrañará, y es, que me veo obligado á no dar mi parecer, á guardar silencio por completo sobre la cuestión de fondo relativa á las aguas de la ciudad de Palma. Sin embargo, yo espero poder contestar y dejar satisfechas las preguntas del Sr. Marqués de Figueroa, como entiendo que he de satisfacer con mis indicaciones las de otras personas que en el Senado han defendido intereses relacionados con esta cuestión.

El Sr. Moret, siendo Ministro de Fomento y comprendiendo lo complicado de los problemas que en la cuestión van envueltos, acordó fijar un procedimiento previo para resolver todos los puntos litigiosos que hubiera en esta cuestión. Ese procedimiento previo se determinó en Real orden de 7 de Marzo del año corriente, en la cual no se prejuzgó la cuestión de fondo, sino que se dijo que se convocara á una junta de todos los usufructuarios de las aguas, cualquiera que fuera la actitud que tuvieran, ya fueran usufructuarios de las aguas destinadas al abastecimiento de la ciudad, al riego de los campos ó á motores de industrias, y se mandó que á esa junta concurrieran todos y propusieran cuál había de ser el organismo á que el régimen de las aguas debía sujetarse sin que resultara perjuicio para nadie, á cuyo efecto, en esa junta debían tener voto todos los que tuvieran participación en las aguas. Se dispone, además, que luego que esto se hiciera, y después de oídas todas las opiniones, pasase el expediente á la Junta de agricultura, industria y comercio para que emitiese su opinión, que fuese después á la Diputación y, por último, al gobernador de la provincia, sin duda alguna con el propósito de que después pasase á los altos Cuerpos consultivos, para que éstos pudieran aconsejar una resolución definitiva, completamente ajustada á justicia y como exige la diversidad de interesados en este asunto.

En este estado he encontrado yo el asunto, y tanto porque mi antecesor lo consideró necesario, cuanto porque á mí me parece justo lo por él resuelto, he

entendido que debía sostenerlo. Después de esa Real orden, no ha venido al expediente más que una comunicación del presidente del sindicato de riegos, el cual ha pretendido que había oscuridad en la Real orden de 7 de Marzo y que conviene aclarar dos puntos: primero, si el organismo que había de aceptarse era el antiguo ú otro moderno; y segundo, cuál era el tipo máximo por que debían estimarse los votos.

A esta consulta, de conformidad con la Dirección correspondiente, hace dos días que he contestado, ó por mejor decir, he resuelto, primero: que no había motivo para aclarar la Real orden, que estaba completamente explícita; que no se trataba de prejuzgar ninguna cuestión de fondo; que no se exigía que en esa junta se determinase un organismo antiguo ni moderno, sino únicamente que todos los reunidos, cada cual defendiendo sus intereses, expresaran lo que entendiesen mejor para poder ilustrar las resoluciones que en su día se adoptaran respecto de aquella anómala comunidad de regantes, y que lo que resolviese la mayoría viniera al Ministerio, más lo que manifestasen las minorías, y las protestas ó recursos que dichas minorías formularan; porque en el momento actual, ni el anterior Ministro ni yo, considerábamos que estábamos en otro trámite que en el de información é ilustración, para resolver en su día, oyendo á los Cuerpos consultivos que procediere, cuestión tan grave y delicada como la de las aguas de Palma.

El Sr. Marqués de Figueroa ha hablado de otros recursos y de otras alzadas que ha indicado fueron elevadas al Ministerio de Fomento por los representantes de los regantes, que dicen haber quedado en minoría en esa junta; pero yo debo decir que semejantes recursos ó alzadas no han llegado al Ministerio ni forman parte del expediente; por consecuencia, yo no los he podido estimar todavía. Hay, sí, un impreso, que ha llegado á mis manos, y que anda en las de las personas que se interesan en esta clase de asuntos de las aguas de Palma; pero ni estos son recursos legales, ni el Gobierno está en el caso de resolver las protestas que por medio de la prensa se hacen. En ese impreso se manifiesta, y á esto sin duda se refería el Sr. Marqués de Figueroa, que se ha celebrado una junta el día 22 y 24; que el gobernador ha llevado una lista de las personas que á juicio suyo debían formar la reunión; que á esto se han opuesto otros usuarios, y que ha habido protestas, discordias y disgustos con el gobernador; pero de nada de esto hay antecedentes oficiales en el Ministerio de Fomento.

Así, pues, siendo los que acabo de referir los trámites en que se encuentra el asunto, por mi parte he acordado que se diga al gobernador, y claro que al acordarlo doy la prueba de deferencia y consideración que debo á los Sres. Senadores y Diputados que han intervenido en el asunto, que al informar lo haga con expresión bastante para poder apreciar todo lo que en esas juntas se haya acordado, los votos de las minorías y las protestas ó recursos que éstas hayan entablado ó anunciado.

No puede, por tanto, llevarse más lejos el deseo de satisfacer los ruegos de los Sres. Senadores y Diputados, y al mismo tiempo el propósito que me anima de no resolver en cuestión de fondo sin la debida ilustración. Y después que esto se ejecute, después que esas órdenes salgan del Ministerio, también he

resuelto que se envíe el expediente al Senado, donde ha sido reclamado para el día en que la tramitación tuviera estado; pero como quiera que, mientras el gobernador recibe las órdenes y prepara su informe, ha de transcurrir un pequeño plazo, me ha parecido que no había inconveniente ninguno en que el expediente pasara al Senado.

Creo que el Sr. Marqués de Figueroa con estas explicaciones ha de quedar completamente tranquilo, en la seguridad de que hoy día para el Gobierno no hay más que una cuestión de procedimiento pendiente, y este procedimiento tiene por base la mayor ilustración; y que no ha de consentir el Gobierno que, iniciada una cuestión informativa sobre la verdad, la importancia y la justicia de los intereses de los usuarios, vengán por nadie, de una manera incidental, á resolverse cuestiones de derecho, cuya apreciación se ha reservado el Gobierno.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Córdova tiene la palabra para rectificar.

El Sr. CORDOVA: El Sr. Ministro de Fomento me ha de permitir que le diga que á pesar de la seguridad que tengo de la buena voluntad que le anima para cumplir las leyes y Reales órdenes, tratándose de Compañías de ferrocarriles, el hecho positivo es, que ni se cumplen esas disposiciones, ni hay Ministro que las haga cumplir. Y en la cuestión que he suscitado, está probado; tres veces he pedido que se cumpla la ley, y tres veces el Sr. Ministro me ha dado las mejores palabras, pero hemos seguido siempre lo mismo; hasta que hoy, por único consuelo, me dice el Sr. Ministro que se ha exigido á las Compañías que dentro de tres meses remitan al Ministerio un proyecto definitivo.

Ya se puede asegurar que antes de que esto se realice pasarán seis ú ocho meses, y todo el tiempo necesario para que no quede un plazo de la subvención por pagar; y por cierto que S. S. no me dice qué plazos están pagados; pero creo que desde que reclamo en este asunto, se han dado 10 millones de reales. Ahora bien; ¿no sería conveniente que si al fin el Gobierno ha de hacer lo que la Compañía no quiere ó no puede hacer, el Gobierno se quedara con fondos de la Compañía para poderlo hacer?

Respecto á la marcha reglamentaria de los trenes, que, según me dice el Sr. Ministro, es asunto de la competencia del Ministerio de la Gobernación, debo debir á S. S. que he acudido á Gobernación, y me han dicho lo que es natural: que cuando empieza la explotación de una línea, el Ministerio de Fomento es el que determina respecto de la rapidez de la marcha, y que establecida la marcha por Fomento, el de Gobernación puede en un caso variar las horas, pero sin variar el itinerario en la rapidez, que sólo puede ordenar el de Fomento.

Si sucediera que el empalme se hiciese en Alcuneza, tengo la seguridad de que la provincia de Soria protestaría con razón; porque después de cuatro años sin empalme, iba á tener uno con perjuicios más enormes que ahora, que al fin es interino, si bien en España lo interino es lo más permanente; pero si se hiciera el empalme en Alcuneza, el mal no tendría remedio. Aun para los viajeros entre Soria y Madrid, menos mal, sufriendo cuatro horas

de espera; pero los que tengan que ir á Aragón, para recorrer seis kilómetros tendrán que andar 28. De modo que si se realizara eso, sería para conveniencia de las Compañías y no del país, y quedarían sin compensación los sacrificios llevados á cabo por la Nación en general y por las provincias de Soria en particular. Resultado: que, hoy por hoy, se habrá pagado 1.250.000 pesetas de subvención desde que yo vengo denunciando el abuso, y el abuso continúa subsistente, y la Compañía habrá cobrado cinco ó seis plazos haciendo burla del Gobierno; para esto, valdría más que legislasen las mismas Compañías.

No tengo más que decir á S. S., sino que confío que obligará á que se cumpla la ley.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Marqués de Figueroa tiene la palabra para rectificar.

El Sr. Marqués de FIGUEROA: Doy gracias al Sr. Ministro de Fomento por sus satisfactorias manifestaciones en cuanto á su propósito de dedicar detenido examen y de hacer objeto de meditada resolución asunto como éste, que S. S. con fundamento considera de grande importancia, no sólo por la que la cuestión en sí misma entraña, sino por la excitación que ha producido en Palma de Mallorca.

Nada nos ha podido decir sobre el fondo el Sr. Ministro de Fomento, de la resolución que ha de adoptar, y nada naturalmente puedo yo añadir al ruego que el otro día le dirigí. Únicamente, respecto á la resolución contestando á la consulta sobre la Real orden de 8 de Marzo último, he de dar á S. S. especiales gracias, puesto que en esta contestación el Sr. Ministro de Fomento se digna disponer que vengán á su conocimiento las resoluciones de la Junta, previniendo que se le remitan, no sólo las soluciones de la mayoría, sino también la protesta que las minorías formulen. Precisamente el ruego principal que á S. S. dirigí la otra tarde, atendiendo la queja que á nosotros ha llegado, y de que yo me hice eco, tenía por objeto evitar que ocurra, como se cree que ha ocurrido, que una minoría trate de imponerse á los acuerdos de la mayoría.

Y proponiéndose S. S. estudiar ese asunto con todo el detenimiento que su importancia merece, según S. S. nos acaba de decir, sólo me resta añadir que quedo muy agradecido á las manifestaciones de S. S., y que espero que aquellos intereses han de confiar tranquilos en que la resolución que dicte S. S. ha de ser, como de los antecedentes de S. S. no puede menos de suponerse, la más justa y la más acertada.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Alvarez Capra.

El Sr. ALVAREZ CAPRA: He pedido la palabra para dirigir un ruego al respetable Sr. Ministro de Fomento, mi querido amigo particular y político.

Durante la primera parte de esta legislatura, ya de un modo que pudiera llamarse oficioso ó ya de un modo oficial aquí en el Parlamento, varios señores Diputados, entre ellos los Sres. Alvarado y Castell y el que tiene el honor de dirigirse al Congreso en este momento, excitamos el interés del digno antecesor de S. S. á fin de que tomara alguna resolu-

ción después de estudiar el expediente del canal de Aragón y Cataluña, conocido vulgarmente con el nombre de canal de Tamarite, partiendo de la base de que la concesión de dicho canal se había declarado caducada por un Ministro conservador, el Sr. Linares Rivas, á quien en este sitio tuve ocasión de rendir público testimonio de gratitud en nombre de los pueblos interesados de Aragón, por la energía que demostró al decretar la caducidad; testimonio que, dichosea de paso, mees muy grato volver á reiterar, porque siempre me he gozado haciendo justicia lo mismo al amigo que al adversario político; siendo el caso, repito, que excitamos el interés del anterior Ministro de Fomento, Sr. Moret, para que se sirviera estudiar el asunto y viera si había medios de realizar uno de los sueños dorados del Alto Aragón, que es la construcción de dicho canal, al que considera como una nueva fuente de ventura.

El Sr. Moret, aparte del celo, siempre notorio, que le pudieran inspirar los asuntos de su Departamento, como en cuestión de canales era un convencido, ofreció hacer ejecutar la liquidación del citado canal con las obras practicadas por la empresa constructora y ver si había alguna solución de concordia con la citada empresa caducada, que á la sazón tenía entablados tres recursos en contra de su caducidad. Y tan á maravilla cumplió su ofrecimiento el Sr. Moret, que, según mis noticias, en este momento debe obrar en el Ministerio de Fomento una instancia de la representación de la Compañía, aceptando la caducidad, propuesta ó acordada, como he dicho, por el Sr. Linares Rivas, acatando la pérdida de la fianza, que no es nada insignificante, puesto que se eleva á 10 millones de reales, desistiendo de los tres recursos á que he hecho mención anteriormente, y conformándose con la liquidación practicada por los señores ingenieros del ramo.

Ahora bien; después de haber expuesto estos antecedentes, mi súplica al Sr. Ministro de Fomento se reduce á que ponga mano en el asunto y vea si hay medio de llegar á sacar nuevamente á subasta las obras del canal, ó acordar la resolución que proceda, pero todo con la actividad que á S. S. caracteriza.

El Alto Aragón debe gratitud á muchas personalidades importantes, entre ellas á los dos ilustres jefes de los partidos militantes, que han mirado siempre con verdadera predilección ese asunto; pero si S. S. logra llevar á la práctica tan importante obra, á S. S. le cabrá la gloria de haber realizado un acto que todo Aragón bendecirá, especialmente la clase trabajadora del Alto Aragón, que se halla casi pereciendo hoy de hambre, y teniendo S. S., como justamente disfruta, el aprecio de Extremadura, podrá añadir á aquél las alabanzas del honrado pueblo aragonés, tan sufrido y trabajador como digno de que se le atienda por multitud de causas, aunque en especialidad por la crisis agrícola por que atraviesa hace más de cuatro años, y que va minando lentamente su vida.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): La importancia del canal de Tamarite puede decirse que no hay español que no la reconozca, ni Gobierno que no haya dado pruebas, por algún acto relacionado

con la historia de esa concesión, de que estimaba de la mayor importancia la conclusión de esa obra y el cumplimiento de los altos fines para todo el Alto Aragón y las provincias limítrofes que al emprender las obras y al solicitar la concesión se propusieron las primitivas empresas, y claro está que no ha de ser menor mi afán y mi deseo de contribuir en algo á tan fecundo resultado.

El Sr. Alvarez Capra ha dicho todo lo necesario para que el Congreso pueda apreciar el estado del asunto. Caducó una empresa, y perdió el derecho á la fianza. Esta empresa acudió contra la Real orden que, causando estado en la vía gubernativa, le privaba de la concesión y de la fianza que había dado para realizar esa concesión, á la vía contenciosa; y estando el pleito en la vía contenciosa, se vino, puede decirse así, á una transacción entre aquella Empresa y el Ministro de Fomento; transacción fecunda á los intereses del Estado y fecunda también á los fines de la realización de la obra. Renunció á la defensa del pleito la Compañía, convino en la pérdida de la fianza y sólo exigió que se valorasen las obras que se habían verificado, se viera la diferencia que había entre la fianza y el valor de esos trabajos, y que esta liquidación sirviera de base para el asiento necesario si el Estado por sí ejecutaba la obra, ó como carga del futuro presupuesto por si salía á nueva subasta y se formaba otra nueva Compañía; y en este estado, señores, se encuentra el asunto.

Ahora bien; este antiguo negocio, esta noble é importantísima empresa puede ejecutarse de dos maneras: ó por administración, realizándola el Gobierno. ó por medio de una nueva subasta. Yo debo decir claramente, que en materia de obras públicas soy enemigo de la administración por el Estado, puesto que, por regla general, esas administraciones son ocasionadas á irregularidades, y que cuando esas irregularidades no tienen lugar, todavía la columna ve en los funcionarios probos que están al frente de ellas motivo bastante para levantar sospecha contra su recta conducta. Estamos en una época de desconfianza, y la salvaguardia del honor de los Gobiernos es también esa propia desconfianza.

Así, pues, yo lo digo ingenuamente, no propondría ni al Consejo de Ministros ni al Congreso que se hiciese esa obra tan importante por administración.

Claro está que desde el momento en que expongo esta opinión, puede darse por manifestado que soy partidario de la subasta. Pero yo, que sinceramente quisiera, en primer lugar por cumplir mis deberes, y además porque no deja de ser grato á los hombres públicos el aprecio del país, yo, que quisiera merecer esos plácemes que el Alto Aragón me reserva, según parece haber indicado mi amigo el señor Alvarez Capra, debo hacer también otra declaración, y es la siguiente: la experiencia, la práctica en la aplicación de la ley de auxilios de canales y pantanos, da motivos suficientes para asegurar que esa nueva subasta, en el estado actual de la legislación, sería deficiente, y, aún más, sería nula, sería completamente estéril. No hay más que ver lo que hasta ahora viene sucediendo: á la sombra de la legislación actual de canales y pantanos, ¿qué Compañía ha prosperado? No recuerdo con precisión el número; pero creo que pasan de treinta y tantas las concesio-

nes que se han hecho para la aplicación de la ley de canales y pantanos: pues no vive más que una sola Compañía; todas las demás, ó no han hecho nada, ó se han arruinado con lo que han hecho. De esto es lógico sacar la consecuencia de que la legislación de auxilios de canales de riego tiene un defecto esencial, intrínseco, y efectivamente le tiene. ¿Por qué? Porque con el mejor deseo, lo que podría llamarse auxilio á esas empresas se dividió en dos partes: se fijó una cantidad para auxiliar á la construcción de los canales de riego y se reservó otra cantidad como premio para repartirla, después de concluidas las obras, á los que hubieran hecho ya el sistema completo de riegos; de donde ha resultado que el aliciente, que el interés, que el dinero, en una palabra, con que se auxilia á las empresas constructoras, es deficiente, no basta para que esas empresas puedan acudir con fruto á tomar parte en las licitaciones públicas y realizar por completo las obras, demostrándose así que es indispensable que aquellos premios que ahora se reparten después de concluidas las obras, y dispuestos los riegos, vengán á engrosar y aumentar la cantidad de subvención que se concede para la construcción de las obras. Al menos, esto es lo que yo, después de haber estudiado el asunto, entiendo, y conmigo algunas otras personas competentes.

Ahora bien; yo someto al Sr. Alvarez Capra este dilema: ¿qué es lo que más interesa á Aragón, que se saquen inmediatamente á subasta las obras del canal con la legislación vigente, ó que se espere á sacar las obras á subasta después de estudiar este asunto (que ya creo está sometido á la Junta consultiva, y si no lo está se le enviará en seguida), y acordar en debida forma, y previos los oportunos informes, el cambio necesario en la legislación relativa á esta materia? Porque yo tengo la seguridad de que el día que hubiese cierta analogía entre las subvenciones otorgadas á las empresas de riegos y las que se otorgan á otras obras públicas, y sobre todo á las empresas de ferrocarriles, dejará de ocurrir lo que hasta ahora viene pasando en España: que una de las leyes que creíamos que había de dar mayor prosperidad á nuestro país, ha sido, según ha demostrado la experiencia, una de las ilusiones más tristes y uno de los esfuerzos más inútiles que se han hecho por los Cuerpos Colegisladores.

Con esto creo haber dicho lo bastante para que el Sr. Alvarez Capra comprenda que yo, en cumplimiento de mi deber, estoy dispuesto á hacer cuanto pueda para contribuir á la realización de una de las obras más importantes pendientes de ejecución en España.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Alvarez Capra tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **ALVAREZ CAPRA**: Doy las gracias al señor Ministro de Fomento por la sinceridad en que ha envuelto sus palabras; y como S. S. ha tenido la bondad de presentar un dilema á mi modesta consideración, voy á contestar; aunque antes de verificarlo debo decir que el Sr. Ministro de Fomento tiene tanta razón en el punto que ha señalado referente á la actual legislación de auxilio á los canales y pantanos de riego, que no es solamente atendible al objeto la caducidad de las Compañías que pidieron concesiones con arreglo á la ley de 1870, sino que hay otro dato que corrobora más las indicaciones del Sr. Ministro.

Este dato es, que modificada la legislación de 1870 en 1883, como el propio Sr. Ministro de Fomento sabe, no se ha solicitado una sola concesión en este período de tiempo; por consiguiente, una experiencia de más de veinte años es bastante para llevar al señor Ministro por el camino firme que aquí nos ha señalado.

Es tan necesaria la modificación de aquella ley, que precisamente mi digno amigo el Sr. Alvarado, que ha sido uno de los constantes adalides de esta cuestión, y que en unión mía y de otros Sres. Diputados, como antes he dicho, tratamos del asunto, siempre hemos partido de la modificación de la ley. Por tanto, yo sólo contesto á S. S. que Aragón esperará el tiempo necesario para que S. S. estudie el asunto y el preciso también para tomar una medida legislativa, cosa indispensable á todas luces; y termino rogando á S. S. que, puesto que el expediente está en las condiciones que ha indicado S. S., le imprima la actividad que sabe imprimir á todos los asuntos que tiene á su cargo.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Alvarado me parece que ha pedido la palabra sobre este mismo asunto.

El Sr. **ALVARADO**: Sí, Sr. Presidente, para dirigir brevísimas observaciones al Sr. Ministro de Fomento.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene S. S. la palabra.

El Sr. **ALVARADO**: Ha demostrado el Sr. Ministro de Fomento, en las palabras que acaba de oír la Cámara, conocer tan profundamente las deficiencias de la actual legislación sobre canales y pantanos, que no puedo menos de mostrarme en absoluto conforme con lo dicho por S. S. acerca de este punto. Ha expuesto también su opinión, y más que su opinión, su resolución irrevocable acerca del expediente de que se trata; ha expuesto su propósito de proceder á nueva concesión después de modificar la ley, en términos tan absolutos, que si yo fuera ahora á contradecirle, demostrando las ventajas de otros procedimientos, provocaría un debate á que no se prestan ni el tiempo ni la ocasión y á que no me da derecho el Reglamento. Por tanto, me limito, al recoger la alusión de mi querido amigo el Sr. Alvarez Capra, á llamar la atención del Sr. Ministro de Fomento sobre la necesidad de que S. S. provea el caso de que, aun introducidas en la ley actual las modificaciones por S. S. indicadas, no haya empresa que acometa la construcción del canal de Aragón y Cataluña; caso en el cual el Gobierno se encontraría en una nueva alternativa, distinta de aquella de que S. S. nos hablaba; en la alternativa de perder obras que hoy le pertenecen en plena propiedad, valoradas en cerca de 4 millones de pesetas, ó de terminar el canal por su cuenta, no por administración, sino como se construyen las carreteras, los puertos, los faros, y la casi totalidad de las obras públicas, por cuenta del Gobierno, sí, pero previa subasta pública; procedimiento fundado en nuestra legislación actual, que aleja toda clase de sospechas de la índole de las apuntadas por el Sr. Ministro de Fomento en su discurso.

Creo, pues, que una de las bases de ese proyecto de ley que el Sr. Ministro de Fomento ha ofrecido traer con urgencia, ha de ser la de que si verificada la subasta resultase desierta, el Gobierno quedara desde luego autorizado por las Cortes para construir esas obras por su cuenta, contratando en subasta pública.

blica su ejecución parcial, para que sea más llevadera la carga que pese sobre el presupuesto.

Para un proyecto de ley en que exista esa base, puede el Sr. Ministro contar con nuestro modestísimo concurso; si bien nosotros hemos de pedir todas las garantías suficientes, para que, si se verifica la nueva concesión, no se repita la triste historia de este desdichadísimo asunto, todas las garantías de que el canal ha de construirse sin aplazamientos de ningún género. Tenga, además, presente mi distinguido amigo el Sr. Ministro de Fomento, que cada día que pasa sufren deterioros y depreciaciones aquellas obras, que exigen cuantiosos gastos de conservación, por lo que es necesario llegar en plazo brevísimo á la resolución definitiva del expediente.

Y hechas estas consideraciones, que encontrarán de seguro benévola acogida en el ánimo del Sr. Ministro de Fomento, no tengo más que dar las gracias á S. S. en nombre de los pueblos interesados en la construcción de estas obras, de las cuales esperan con fundamento su redención material, como de otras obras análogas, muchísimo menos costosas que éstas, la esperan también otros pueblos de la misma provincia, igualmente desgraciados; y rogarle que, siguiendo el ejemplo de su dignísimo antecesor, y cumpliendo la promesa que esta tarde ha hecho, procure por todos los medios que cuanto antes venga á las Cortes el nuevo proyecto de ley.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Ofrezco mirar con preferente atención todo cuanto á este asunto se refiere, y por consiguiente, abreviar todo lo necesario la tramitación administrativa, á fin de preparar el proyecto de aquel canal que, por lo visto, también le desean los señores que han usado de la palabra como lo desea el Ministro de Fomento. Yo tendré también muy en cuenta las observaciones de mi antiguo amigo el Sr. Alvarado; lo que yo he dicho sobre los inconvenientes de las obras por administración, no se podía concretamente referir á una negativa absoluta de que por administración no hubiera necesidad de hacer las obras importantísimas de que se trata. Yo entiendo que con las modificaciones que pudieran prepararse en la ley de riegos, ha de haber empresas que tomen á su cargo la realización del proyecto; pero si no la hubiera, bueno será que se provea algo para que no queden en este estado los grandes trabajos y los grandes gastos ejecutados en aquella parte de España. El Sr. Alvarado ha dicho lo que en último extremo ningún Ministro de Fomento tendría inconveniente en aceptar, que es, que con el concurso de los Cuerpos Colegisladores pudiera realizarse por cuenta del Estado esa obra, lo cual no es lo mismo que acordarlo por sí y ante sí un Ministro; tanto más, cuanto que llegada esa circunstancia podía muy bien dividirse la índole de los trabajos y consentir subastas especiales para cada uno de los proyectos que fueran formulados. Así, pues, acepto en su espíritu las observaciones de S. S., y no dude que las tendré en cuenta cuando sea llegado el momento de examinar las opiniones de los Cuerpos consultivos que deben darlas, para obrar con las mayores garantías de acierto en la resolución del expediente.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Fernández Blanco.

El Sr. **FERNANDEZ BLANCO**: La he pedido para dirigir un ruego al Sr. Ministro de Fomento.

Hace muchos años que cuantos hemos representado el distrito que yo tengo la honra de representar, hemos venido solicitando se lleven al plan general, varias carreteras pertenecientes al partido judicial de Herrera del Duque, olvidado en absoluto por todos los Gobiernos y situado en un extremo de la provincia que confina con otras montañosas, como son las de Cáceres, Ciudad Real y Toledo, con caminos intransitables; teniendo la desgracia de quedar completamente incomunicada con el resto de la provincia por dos caudalosos ríos, como son el Sújar y el Guadiana, sin que ninguno de ellos tenga puente ni medios de garantizar la seguridad personal de los que tienen necesidad de atravesarlos. De las carreteras concedidas, unas no se ha podido conseguir que sean incluidas en el plan general de estudios, como sucede con las de Castuera á Monterrubio de la Serena y la de Almadén á Herrera; otras, como la de Cabeza del Buey á Talarrubias, se encuentran en estudio en Badajoz, sin que se haya resuelto nada, produciendo esa negligencia grandes perjuicios á los habitantes de aquel país; y por último, con otras, como la de Castuera á Navalpino, sucede que de 17 trozos de que se compone, sólo se ha podido construir el primero y empezarse los trabajos en el 16 y 17, aunque los demás están en condiciones de sacarse á subasta.

Yo que tengo la honra de haber tratado al señor Ministro de Fomento, que conozco los altos móviles en que inspira sus actos y que sé el afecto que profesa á aquel país, voy á dirigir á S. S. tres ruegos: primero, que dé las órdenes convenientes á fin de que sean incluidas en el plan general de estudios las carreteras de Castuera á Monterrubio y de Almadén á Herrera, y en otro caso, se digne conceder autorización á los Ayuntamientos ó particulares, si, amparados en el Real decreto de 8 de Abril de 1893, quieren realizar los trabajos por su cuenta; segundo, que pida á Badajoz que ultimen los estudios y proyecto de obras de la carretera de Cabeza del Buey á Talarrubias; tercero, que se saque á subasta la carretera desde Castuera á Navalpino, si hay posibilidad de hacerlo.

Si S. S. accede á mis ruegos, no sólo bendecirá su nombre aquella región, completamente olvidada, sino que le vivirán agradecidas millares de familias que hoy imploran la caridad pública ó están emigrando por la paralización absoluta de los trabajos; y además de dejar S. S. ese gratísimo recuerdo, realizará un acto de justicia dotando á aquel país de vías de comunicación, que tanto necesita y á que es tan acreedor, puesto que en todo tiempo cumple sus sagrados deberes contribuyendo á levantar las cargas del Estado.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Como el Sr. Fernández Blanco, conozco lo que sufren los pueblos de la región extremeña á que S. S. se ha referido por la falta de vías de comunicación, y, como S. S., por motivos que son conocidos al Congreso, yo deseo remediar ese mal; pero no hay más remedio

que ir desenvolviendo la preparación y ejecución de las obras, según lo permitan los recursos destinados á ese objeto. No desconoce esto mi amigo el Sr. Fernández Blanco; porque acaba de hablar de dos carreteras de Castuera á Monterrubio y de Almadén á Herrera, concedidas hace mucho tiempo, pero que á pesar de eso no han entrado en ningún plan general ni particular y que por tanto no han podido hacerse. En el actual estado, el Ministro de Fomento no puede hacer otra cosa que procurar incluirlas en el plan general de las carreteras del Estado cuando ese plan haya de hacerse en Agosto, ó en algún plan extraordinario, si las necesidades públicas exigen que éste se forme. Esto es lo que ofrezco á mi amigo el Sr. Fernández Blanco.

Nada, ó muy poco, por lo pronto, podemos tampoco hacer respecto de la carretera de Cabeza del Buey á Talarubias, porque respecto de ésta, que está mandada estudiar desde 1891, por causas que yo no conozco, cuando he pedido antecedentes sobre ella al Ministerio, me han contestado que no se ha remitido ningún proyecto por los ingenieros. Así, pues, yo todo lo que puedo hacer es dirigirme al ingeniero jefe de aquella provincia, preguntándole el estado de ese expediente; si están terminados los trabajos, decirle que los remita; y si no, que proceda á hacer un nuevo estudio.

Lo que ya está más cerca de alcanzar el logro y las conveniencias de una realidad, es lo relativo á los tres trozos que faltan por sacar á subasta de la carretera de Castuera á Navalpino. Su señoría ha manifestado que pueden desde luego estos tres trozos, ó alguno de ellos, sacarse á subasta; pero, por lo pronto, tampoco eso es posible, porque para sacarlos á subasta es preciso también que se comprendan en un plan general, ó en un plan extraordinario de obras públicas.

Yo creo que esto ha de poder hacerse; porque yo, aun cuando no puedo afirmar al Congreso que he de poder realizarlo, me ocupo en estos momentos de ver el crédito que pueda restar para aplicarle á las obras públicas, las exigencias principales de las provincias, á fin de venir á resolver si puede ó no en estos momentos, y antes que llegue la formación del plan general de obras públicas, que, como sabe el Congreso, tiene lugar en el mes de Agosto, formarse un plan extraordinario de obras que pudiera contribuir, no solamente á facilitar las comunicaciones tan necesarias entre nuestros pueblos, sino á aliviar la triste condición de nuestros jornaleros. Así, pues, lo que yo ofrezco al Sr. Fernández Blanco es hacer que aquellos trozos de la carretera de Castuera á Navalpino que consienta el equilibrio que debe haber en el repartimiento de las obras públicas entre las provincias, entren en el futuro plan general de obras públicas, y si llegáramos á poder hacer un plan extraordinario, tener en cuenta la situación de esos pueblos, para ver si en condiciones análogas á las que se encuentran otros de otras provincias, pueden entrar, como yo desearía, en el plan extraordinario, y ejecutarse entonces en breve tiempo esas subastas que S. S. desea.

Con esto me parece haber contestado á los ruegos del Sr. Fernández Blanco.

Y ya que estoy de pie, voy á satisfacer dos pequeñas deudas: una con el Sr. Llorens, el cual pedía

con empeño que viniesen al Congreso los pliegos de condiciones y Reales órdenes modificativas de las concesiones de las líneas de Madrid á Zaragoza y Alicante, de Almansa á Valencia y Tarragona y de Madrid á Irún.

Su señoría dijo que hacía nueve meses que venía pidiendo estas cosas, que no se remitían los expedientes, que era un hombre de mucha paciencia, y que iba á repetir frecuentemente sus preguntas. Pues el actual Ministro de Fomento no tiene que acusarse del pecado de que S. S. abuse de su paciencia, porque la primera vez que han llegado sus ruegos á su noticia, se ha apresurado á dar las órdenes para que vengan los expedientes que desea, al Congreso.

El Sr. Lostau también tuvo á bien llamar mi atención para que diera órdenes al delegado de instrucción pública de la provincia de Barcelona, á fin de que se pagaran las atenciones de instrucción primaria, y para que ingresaran en caja las cantidades destinadas á pagos de la primera enseñanza.

Yo no he podido ni puedo dar esas órdenes directas al delegado de instrucción pública de la provincia de Barcelona; pero, en cambio, he dirigido inmediatamente un telegrama al gobernador llamando su atención sobre este asunto. Y no me he contentado con eso, sino que también, en debida forma y con los respetos oportunos, he pasado comunicación al Ministro de Hacienda llamando su atención sobre la conducta que se atribuye al delegado, para que, si es cierta, se ponga el correctivo necesario (*El señor Lostau: Pido la palabra*), y á fin de que sean atendidos esos desgraciados, con los cuales estamos quizá cometiendo un delito de lesa civilización; y yo, por mi parte, deseo, y para eso solicito el auxilio de todos los que tengan amor á la pública cultura, que sean atendidos como es de justicia, como es de derecho y conveniente.

Creo, pues, con todo lo dicho, haber cumplido todos los deberes que yo tenía con los Sres. Diputados, y no me resta otra cosa que pedirles mi excusa si no he venido antes á cumplirlos, porque me retenían deberes de análogas preguntas en el Senado, y cuando ya llegaba la hora de concluir en una Cámara para venir á la otra, me encontraba que no llegaba á tiempo de satisfacer mis deseos.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Lostau tiene la palabra.

El Sr. **LOSTAU**: Para dar las más expresivas gracias al Sr. Ministro de Fomento por las declaraciones que acaba de hacer en favor de los maestros de instrucción primaria en la provincia de Barcelona.

Yo ya sabía que S. S. no podía ordenar esto directamente al delegado de instrucción pública; pero sea por la precipitación con que hablé ó por otras causas, parece que yo dirigí á S. S. ese ruego. Yo, realmente, lo que pedía á S. S. era que excitara el celo de su compañero el Ministro de Hacienda, á fin de que ingresaran en la caja de instrucción pública de la provincia de Barcelona, las cantidades que hiciesen falta para subvenir á estas necesidades. Este ruego lo fundaba yo en una exposición que los maestros de instrucción primaria habían dirigido al delegado de Hacienda, y en una copia de dicha exposición que me remitieron, me suplicaban hiciera este

ruego á la Cámara, y especialmente al Sr. Ministro de Hacienda.

Yo me congratulo de la manifestación de S. S. y de la atención que ha tenido de contestarme, lamentando que otros Ministros dejen incontestadas preguntas de tanto interés.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Carvajal y Domínguez tiene la palabra.

El Sr. CARVAJAL Y DOMÍNGUEZ: Para manifestar al Sr. Ministro de Ultramar que, habiendo sido confirmadas por este correo todas las denuncias que tuve el honor de hacerle en una de las sesiones anteriores sobre falsedades, no electorales, sino sobre verdaderas falsedades cometidas en la Habana en la publicación de las listas, y no permitiendo el Reglamento que yo trate esta cuestión con la extensión que deseo, anuncio sobre el particular una interpelación al Sr. Ministro de Ultramar, para explanarla cuando S. S. y la Mesa lo tengan por conveniente.

Al mismo tiempo doy las gracias al Sr. Ministro de Ultramar por haberme transmitido la contestación que la autoridad superior de la isla de Cuba se ha servido dirigir á S. S. sobre las preguntas con que yo molesté su atención en una de las sesiones pasadas.

Esta contestación deja á la representación del partido unión constitucional, en cuyo nombre tuve el honor de ocupar la atención de la Cámara, en una situación en extremo difícil. Esa representación ha procurado imprimir siempre, y creo lo ha logrado, á todos sus actos, dentro y fuera del Parlamento, un carácter de seriedad que quedaría hondamente quebrantado si prosperara ese telegrama. Esto no es un telegrama de una autoridad seria, es una evasiva. (*El Sr. Ministro de Ultramar:* Es bien explícito.) Yo voy á demostrar á S. S. que todos, absolutamente todos los cargos que me permití hacerle, son exactos, y lo voy á demostrar con pruebas; y una vez comprobados, recabo, para satisfacción de mis compañeros los Diputados derechistas, toda la respetabilidad á que tienen derecho; porque quedará sentado que el que ha faltado á la verdad, el que ha desfigurado los hechos, no sé en provecho de quién, pero no en el del prestigio de su autoridad, ha sido el gobernador general de la isla de Cuba.

Voy á tratar, punto por punto, del telegrama del gobernador general de Cuba...

El Sr. PRESIDENTE: Señor Carvajal, ha pedido S. S. la palabra para hacer una pregunta y no para dirigir una interpelación, y veo que dice S. S. que va á tratar punto por punto no sé qué.

El Sr. CARVAJAL Y DOMÍNGUEZ: Iba solamente á leerlo y á glosarlo; si S. S. me lo permite, haré uso de la palabra; pero si la Mesa no encuentra medio de que yo pueda leer el telegrama, desde luego renuncio á ello, y anunciaré una interpelación al efecto, que me dará más amplitud, porque es un asunto éste que no se puede tratar sobriamente.

El Sr. PRESIDENTE: A mí me parece mejor que anuncie S. S. una interpelación, porque hay otros Sres. Diputados que tienen pedida la palabra para dirigir hoy ruegos y preguntas al Gobierno.

El Sr. CARVAJAL Y DOMÍNGUEZ: Pues entonces, con la venia del Sr. Ministro de Ultramar y

de la Presidencia, queda anunciada la interpelación.

El Sr. Ministro de ULTRAMAR (Becerra): Ruego á S. S. que se sirva leer el telegrama.

El Sr. CARVAJAL Y DOMÍNGUEZ: Pero es que leerlo sin comentarios...

El Sr. Ministro de ULTRAMAR (Becerra): Ahora no importa; léalo S. S. sin comentarios.

El Sr. CARVAJAL Y DOMÍNGUEZ: Voy á complacer al Sr. Ministro de Ultramar.

Señor Presidente: ¿puedo leer el telegrama?

El Sr. PRESIDENTE: Sí, señor, no hay ningún inconveniente.

El Sr. CARVAJAL Y DOMÍNGUEZ: Pues dice así:

«Santa Clara 26 de Abril de 1894.—El gobernador general de Cuba al Sr. Ministro.

Carece fundamento háyase pensado suspender concejales derechistas Habana. Nada hay respecto nombramiento tenientes de alcalde, cuya relación pedida salió correo 10 actual. Prensa no es perseguida; si denunciada cuando fiscal Audiencia Juzgado procedente. Vucencia conoce cada correo denuncias hechas. Siempre he dejado cuerpo electoral libre iniciativa, sin inmiscuirme para nada que no sea exigir cumplimiento ley.»

Como yo repito que absolutamente nada de esto es cierto, y el Sr. Presidente considera que dentro del campo que me permite un ruego ó pregunta no puedo demostrarlo, queda anunciada la interpelación, y ruego al Sr. Ministro de Ultramar que me fije día para explanarla. De todos modos, conste que niego el telegrama, y que con demostraciones haré firme mi negativa.

El Sr. Ministro de ULTRAMAR (Becerra): Me he permitido rogar al Sr. Carvajal que tuviera la bondad de leer el telegrama del señor gobernador general de la isla de Cuba, simplemente para probar lo que yo había afirmado: que no era una evasiva, que era una negativa rotunda, ó, si se quiere, una afirmación. No entro ahora á decir si tenía razón ó no aquella autoridad; si la verdad que afirma es una verdad ó no lo es. Por de pronto, yo tengo que atenerme á la verdad oficial, que es el telegrama; porque sino fuera así, realmente habría en aquella dignísima autoridad algo más que una falta, que era afirmar oficialmente lo que no era cierto.

Pero ¿á qué hemos de entrar en el fondo de esta cuestión? Mi deber es creer lo que me dicen las autoridades. No se ofenda de esto el Sr. Carvajal, porque si se tratara de hechos presenciados por S. S., si se tratara de hechos expuestos aquí bajo la palabra de S. S., claro es que esto sería un artículo de fe para el Ministro Manuel Becerra; pero la afirmación de hechos políticos de partidos ó grupos de partido que creen tener quejas, que tal vez tienen datos, que yo no niego, no puede ser aceptada por mí mientras no venga una demostración, pues mi deber es tomar como verdad inconcusa lo que me dice la digna autoridad á que me he referido.

Como S. S. ha tenido la bondad de anunciar una interpelación, el Gobierno señalará día para contestar á ella. Por lo que á mí se refiere, yo desde luego digo que le contestaría en el acto ó lo más pronto posible; pero no me comprometo á más, porque corresponde á la Mesa y al Gobierno ver, á cuál de las interpelaciones que hay pendientes hay que dar la preferen-

cia. Sin embargo, yo digo que contestaré tan pronto como las circunstancias me lo permitan y S. S. quiera tener la bondad de explicar la interpelación.

Ahora, como comprobación de lo que yo he afirmado de que el telegrama del gobernador general de Cuba no es, como S. S. supone, una evasiva, diré que en ese telegrama contesta á otro que voy á leer dirigido por el Ministro de Ultramar á aquella autoridad. El Congreso juzgará si es una evasiva ó una contestación rotunda á lo que yo había preguntado.

Dice así: «Diputado Carvajal formuló Congreso siguientes preguntas. Si era cierto pensamiento suspender varios concejales derecha Ayuntamiento Habana, reemplazándoles por otros distinto partido. Qué había acerca nombramiento tenientes alcaldes y por qué se perseguía prensa que combate conducta política autoridades. Hablóme particularmente otro Diputado que encargase á V. E. haya absoluta imparcialidad elecciones provinciales Matanzas. Vuecencia conoce mi criterio, el mayor respeto al cuerpo electoral á imparcialidad completa autoridades, limitándose á hacer cumplir la ley.»

Este es el telegrama dirigido por el Ministro al gobernador general de Cuba.

Repito que como S. S. ha anunciado una interpelación sobre este asunto, no tengo por qué ocuparme de los demás extremos á que se ha referido. Por lo demás, Sres. Diputados, yo he recomendado, y bien lo sabe el Sr. Carvajal, el mayor respeto á aquellas autoridades, á las que he tratado con severidad, y no creo que apoyen más á un partido que á otro; y en lo que de mí depende, he de seguir esta conducta, porque favores á partidos que estén más ó menos al lado del Gobierno, eso no ha pensado jamás hacerlos el Ministro de Ultramar.

El Sr. **CARVAJAL Y DOMINGUEZ**: Yo no he pretendido que el Sr. Ministro de Ultramar me crea por mi palabra; lo que he pretendido es probar con hechos concretos cuantas indicaciones he hecho aquí, á fin de que pueda el Sr. Ministro dictar alguna resolución para que las autoridades de Ultramar no cometan una injusticia.

Y como quiera que el Reglamento no me permite ser más extenso, como desearía, en mis indicaciones, á fin de poderlas expresar con el detenimiento debido, he anunciado al Sr. Ministro una interpelación sobre el asunto. Yo no quiero que el Sr. Ministro tome por artículo de fe mis palabras, pero sí le ruego que suspenda su juicio hasta que, explanando yo mi interpelación, tenga ocasión de ver la razón con que los Diputados de Cuba pedimos á S. S. que interponga su recto juicio y proceder.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): Mi particular amigo el Sr. Carvajal no me ha entendido bien; porque yo he dicho y repito que cuantas palabras ha pronunciado S. S., por ser de S. S., eran para mí artículo de fe; pero que en las relaciones y reclamaciones de los partidos de Cuba, que pueden ser más ó menos apasionadas, tenía que atenerme á lo que me dice el representante de la autoridad en aquella isla.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Osma.

El Sr. **OSMA**: Las circunstancias de todas las dis-

cusiones pendientes en cualquier momento y la prioridad que unas ú otras merezcan dentro del orden del día, son circunstancias que aprecia el señor Presidente libérrimamente, en beneficio siempre de los intereses generales de que él es guardador, y con un acatamiento por mi parte tan completo, que casi diría que es un acatamiento especial, si no temiera menoscabar con la palabra la absoluta unanimidad con que acatan todos los Sres. Diputados el criterio de su Presidente.

Quiero decir también, para alejar de mis palabras y de las peticiones que voy á formular toda sospecha de insinuación velada, que estoy completamente convencido de que el aplazamiento que sufre la explicación completa, necesaria y desde hace mucho tiempo inevitable, de una interpelación que he tenido la honra de iniciar, es tan ajeno al deseo del Sr. Ministro de Estado como al propio deseo mío. Más ajeno no cabe.

Sírvame esta manifestación para legitimar en cierto modo mi deseo de que aprovechemos todos el mismo aplazamiento, para que en su día sea más útil y decisiva la discusión; este es el objeto de las dos peticiones que voy á formular, encomendando la trasmisión de ambas á la Mesa; la una al Sr. Ministro de Hacienda, en demanda de un documento de interés relativamente secundario; y la otra al Sr. Ministro de Estado, relacionada con otro documento que á mí no me compete apreciar si acaso pueda ser de interés esencial.

Del Sr. Ministro de Hacienda solicitaría la remisión al Congreso del acta, en cualquier forma que se haya levantado, de la sesión en que le dió posesión del cargo de presidente de la Comisión negociadora de los tratados, su predecesor en el Ministerio de Hacienda, el Sr. Gamazo. Tengo entendido que ese acta existe, y de todas suertes lo hubiera presumido, por haberse hecho mención, con alguna solemnidad, de aquel acto.

De la conveniencia de traer aquí, si fuera posible, otro documento, han acabado de persuadirme algunas palabras pronunciadas por el Sr. Ministro de Estado, en una de las recientes ocasiones en que el Congreso tuvo el gusto de escuchar su voz. No estaba yo presente, pero he leído en el *Extracto* de la sesión que el Sr. Ministro de Estado dijo, contestando al Sr. Marqués de Pozo Rubio, y al parecer con referencia á la discusión pendiente, á la que yo también me he referido, que acaso no fuera completa la documentación que existe sobre la mesa del Congreso y que no bastara para la indispensable preparación del debate.

Si al decir esto entendía el Sr. Ministro de Estado que sería conveniente agregar á esa documentación el texto de la ponencia defendida en el Consejo de Ministros por el Sr. Morét, en unión con el señor Gamazo, yo tendría la satisfacción, para mí siempre grande, de hallarme, respecto de la conveniencia de que esa documentación viniera á conocimiento de la Cámara, en una conformidad de opiniones con el señor Ministro de Estado, que si de mi solo deseo se tratara, desearía mantener respecto de otras muchas cuestiones.

Recuerdo, pues, con este motivo, que hace tiempo que respecto de ese documento solicité su remisión á la Cámara, en forma de una copia sencilla, de una copia cualquiera de la minuta ó de la nota que

se haya conservado de esa ponencia. Con cualquiera copia bastaría para los efectos de la discusión.

Reitero ahora el ruego é insisto en la súplica. Ningún motivo tengo, ni derecho para suponer que pueda haber inconveniente en acceder á mi petición; pero deseo también, en el caso, que no presumo, de que faltase ese documento, poder ejercitar con tranquilidad completa de mi conciencia y respecto de la falta que hiciera, el comentario natural del *cui prodest*.

El Sr. **SECRETARIO** (Alonso Martínez): Se pondrán en conocimiento de los Sres. Ministros de Hacienda y de Estado las peticiones del Sr. Osma.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Sanchís.

El Sr. **SANCHÍS**: La he pedido, Sres. Diputados, con objeto de dirigir al Gobierno de S. M. una pregunta, acerca de un asunto que estimo de bastante importancia; pregunta á la cual podrían contestar lo mismo el Sr. Ministro de la Gobernación que el de Guerra ó el de Marina, si es que para ello están de acuerdo.

Un periódico de la mañana, *El Nacional*, ha publicado el telegrama que voy á tener el honor de leer á la Cámara:

«Málaga 29 (7,35 t.)—Ha zarpado para Melilla el crucero *Isla de Cuba*. Según de público se dice, llamado por el gobernador general de aquella plaza, para que dicho buque de guerra proteja nuestro campo, expuesto de continuo á agresiones que se esperan de la actitud de las kabilas de la tribu de Mazuza, que desde la playa hostilizan ó amenazan á nuestros soldados.

Los referidos moros tienen fusiles Maüsser y ametralladoras Schmidt, menudeando en sus aduanares la llegada de armas de contrabando en cantidad para esperar que después de la siega de las mieses intenten alguna hazaña contra España en sus dominios de Melilla.»

Como quiera que al Diputado que en estos momentos tiene la honra de dirigirse al Congreso le consta que la persona que firma este telegrama es de creer, yo ruego al Gobierno de S. M., y por lo tanto á cualquiera de los Sres. Ministros que antes he citado, se sirvan decirnos (si es que dan bastante importancia á este asunto del contrabando, lo cual yo me permito dudar), qué hay de cierto en este telegrama. Esto es lo único que por ahora les pido, reservándome el derecho de decir algo más, según la contestación que me sea dada.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Voy á tranquilizar al Sr. Sanchís.

La salida del crucero *Isla de Cuba* del puerto de Málaga, no ha tenido más importancia que la de haber solicitado el comandante general de Melilla del Ministerio de la Guerra que fuera, á aquella plaza un crucero que creía él conveniente que estuviese en la rada de Melilla, precisamente para perseguir, caso de presentarse, algunos barcos sospechosos de contrabando de armas; porque recientemente se había observado la presencia de unos faluchos que bordeaban en aquellas aguas sin haber tomado puerto ni haberse aproximado á ningún punto de la costa; y temerosa aquella autoridad de que pudieran

ser barcos de contrabando, me hacía esta indicación. Me dirigí entonces al Sr. Ministro de Marina, por si podía disponer de ese crucero, y me contestó que precisamente en el puerto de Málaga estaba el *Isla de Cuba* para todos los servicios que fueran necesarios en Melilla, y que por un telegrama podía disponer el comandante general de Melilla de ese barco. Salió, pues, de Málaga ese buque, sin más objeto que observar aquellos barcos que en días anteriores se habían visto desde la plaza.

En cuanto al contrabando de armas, no puedo ser explícito con S. S., porque no tengo noticia ninguna.

Que se hace contrabando de armas en la costa marroquí, es de tiempo inmemorial; pero eso de que salían de Gibraltar y que las compraban en Benisicar, son noticias que circulan por los periódicos con más ó menos exactitud, pero el Gobierno no tiene de ellas conocimiento ninguno por sus agentes; de si se ha hecho este contrabando con bandera inglesa en tiempos pasados ó de si se hace hoy, el Gobierno no puede responder; lo que sí puede asegurar á S. S. es que tiene tomadas sus medidas para que haya barcos de poco calado por esa costa, que vigilen cuanto sea posible para impedir que se haga ese contrabando, difícil de evitar.

Yo rogaría, sin embargo, al Sr. Sanchís que, por muy verídicos que sean los corresponsales que telegrafíen de Málaga, tenga en cuenta lo que es el país á que tengo la honra de pertenecer; suelen allí exagerarse mucho las noticias; y basta que salga de Málaga el *Isla de Cuba* con destino á Melilla, para que Melilla esté poco menos que ardiendo; y como las noticias, á poco que circulen, se abultan, y los corresponsales tienen el deber de telegrafiarlas, no hay que dar demasiada importancia á esos telegramas.

Tenga S. S. la seguridad de que el *Isla de Cuba* no ha salido de Málaga con otro objeto. Además, tengo ya noticia por el comandante general de Melilla, de la llegada del *Isla de Cuba*, y dice que esos barcos que se veían por la costa, han desaparecido por completo.

No tengo más que decir.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Sanchís tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **SANCHÍS**: Brevísimas palabras, porque no voy á entrar en el fondo de esta cuestión, que quizá se trate en el curso del debate pendiente en esta Cámara, acerca de los sucesos de Melilla; pero no puedo menos de llamar la atención de S. S. sobre una circunstancia, cual es la de que no puede ser una contestación satisfactoria para el Diputado que ha tenido el honor de interpellarle, ese hecho que S. S. acaba de indicar acerca del carácter de sus paisanos, propensos á abultar los hechos. Indudablemente las manifestaciones que el Sr. Ministro de la Guerra acaba de hacer en la Cámara han de satisfacer, puesto que S. S. ha dicho que la salida del *Isla de Cuba* no ha respondido á ninguno de los fines indicados en ese telegrama.

Hay otra circunstancia sobre la que debo llamar también la atención de S. S., y es, que no le da importancia, ó le da muy poca, al contrabando de armas, según se desprende de las palabras que acaba de pronunciar.

No me choca nada, Sr. Ministro de la Guerra, ocupando el poder el partido liberal, (*El Sr. Ministro de*

la Gobernación se sonríe.) No se ría mi distinguido amigo particular el Sr. Aguilera. Va á verlo S. S.; porque voy á darle un solo dato, el cual sería bastante para originar aquí un debate, en el que se pondrían de relieve muchas cosas que no sé si conocerá S. S.

He dicho que no tiene de particular que el partido liberal no dé importancia á la cuestión del contrabando de armas, porque si mal no recuerdo, y esto lo saben muchos de los Sres. Diputados, en 1888 se dictó una Real orden por el Ministerio de la Guerra, siendo Presidente del Consejo el Sr. Sagasta, en la cual se autorizaba para vender fusiles y carabinas de varios sistemas, y además 10 millones de cartuchos, cuyos cartuchos fueron comprados por paisanos del Sr. Ministro de la Guerra, los malagueños y los rifeños. (*Risas.*) Ha sido que ha faltado una coma en mi discurso; ya lo habrán notado los Sres. Diputados. Estos 10 millones de cartuchos fueron á parar casi todos, primero á los malagueños y después á los rifeños (me parece que está explicado el argumento), y con ellos nos han estado haciendo fuego los moros en los meses de Octubre y Noviembre.

Por tanto, yo aconsejaría á S. S. y al Sr. Ministro de Marina, que viesen esto con más cuidado y procurasen que todos esos faluchos que andan por el Estrecho, como ha dicho S. S., y que son barcos sospechosos, no lleguen á la costa de Africa; porque según las noticias de los periódicos, á las que S. S. da tan poca importancia, esos faluchos que se ven cruzar por el Estrecho, desembarcan en Africa el contrabando, y los moros se surten de toda clase de armas y municiones.

Y no tengo más que decir.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Solamente para decir al Sr. Sanchís que no he dicho yo que el Gobierno no dé importancia al contrabando de armas en la costa marroquí.

El Gobierno le da toda la que tiene, y toma todas las medidas necesarias para evitarlo en lo posible. Lo que hay es, que es sumamente difícil el evitarlo por la calidad de los barcos que hacen el contrabando, porque se abanderan con bandera inglesa, y porque, desgraciadamente, ese comercio se ha hecho, en efecto, por muchos españoles. Aunque me duela decirlo, esta es la verdad.

Pero S. S. atribuye al partido liberal, nada menos que el descuido de haber ordenado la venta de armas y cartuchos en 1888, y yo diré á S. S. que si esa cuestión se trata, como ha dado á entender, traeré la legislación que hay sobre prohibición y autorización de venta de armas, y desde ahora he de añadirle que esos millones de cartuchos que se vendieron en la época á que S. S. se ha referido, con los cuales S. S. supone que los moros nos han hecho fuego, eran de desecho, y quizás en las manos de los marroquíes les hayan causado á ellos más daño que el que intentaban hacernos á nosotros.

Y como es posible que se trate de este asunto en el debate que va á empezar, sólo quiero que sepa S. S. que no son exactas las noticias en cuanto á que se temiera por parte del comandante general de Melilla agresión ninguna, ni de los rifeños de la kabila de Mazuza, ni de los de ninguna otra; se refiere sólo

á provisiones, por si se aproximaba algún contrabando de armas á las costas de Melilla.

ORDEN DEL DIA

Elección del distrito de la Habana.

Sin discusión fueron aprobados los dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades respecto á la del distrito de la Habana (*Véase el Apéndice 1.º al Diario núm. 119*), siendo admitido y proclamado Diputado el Sr. D. José del Perojo y Figueras.

Sucesos de Melilla.

Continuando el debate pendiente acerca de la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Sanz tiene la palabra para consumir el segundo turno.

El Sr. SANZ: Señores Diputados, sólo cediendo al ineludible deber de ayudar á mis compañeros de minoría en las tareas parlamentarias, puedo decidirme á tomar parte en este debate; y os aseguro que entro en él con verdadera pena, pues á pesar de que mis amigos me han dejado, al honrarme con su confianza, la más absoluta libertad de apreciación, el amor á la verdad, esa misma representación y hasta el patriotismo me trazan inflexiblemente una senda, en la que tal vez vengan á sufrir alguna violencia afecciones personales. Yo reconozco en el Sr. Ministro de la Guerra altas dotes de inteligencia y de caballerosidad; siento hacia él verdadero aprecio, y hubiera deseado tener ocasión de aplaudirle; pero me encuentro en el caso de censurarle. Estas advertencias, ó manifestaciones, debo hacer presente que no tienen por objeto dar mayor validez á las censuras ni á los cargos; esto es completamente ajeno á mi modo de ser; lo que sí deseo hacer constar es que, por fuertes que puedan parecer las recriminaciones que yo haga, siempre trato de dejar completamente á salvo las intenciones del Sr. Ministro de la Guerra, que creo ha tratado de inspirarse en sentimientos levantados; pero, doblegándose tal vez á lo que consideraba legítimas influencias políticas, ha incurrido, en mi concepto, en lamentables errores.

A todas las deferencias recibidas del general López Domínguez vienen á unirse las nobles palabras que hace unos días pronunció, dirigidas á los que fueron mis compañeros de armas; palabras que en su boca tienen grandísima autoridad, y que sellarían la mía, si no tuviera la seguridad de que ese no era su objeto al pronunciarlas; y así como es celoso en el cumplimiento de sus deberes, no pretenderá que yo abandone por gratitud los míos.

El Sr. Martín Sánchez decía el otro día, pero indudablemente no era esa su intención, que el encerrar á los soldados tras de las trincheras tendía á rebajar su moral, y el Sr. Ministro de la Guerra apelaba al testimonio de la minoría carlista.

Efectivamente, cómo ha de rebajar la moral del soldado el aprovechar todos los medios, que la ciencia militar aconseja para disminuir el número de bajas? Sabido es que los reglamentos tácticos en sus órdenes de combate mandan al soldado que siempre

aproveche todos los accidentes naturales ó artificiales, que puedan servirle para ocultarse tras ellos, poniéndose al abrigo de los disparos del enemigo, y el Sr. Martín Sánchez es demasiado ilustrado para que haya tenido el propósito de tachar de deshonesto semejante recurso; porque yo no puedo confundir á S. S. con esos estratégicos de café, que, cuando hablaban de la pasada guerra del Norte, suponían que los carlistas estaban metidos siempre en los agujeros, como los topes. No; el Sr. Martín Sánchez lo que ha querido indudablemente afirmar es que, al par de esas medidas de prudencia, no ha visto las medidas verdaderamente enérgicas, que el decoro nacional aconsejaba.

Doy, pues, nuevamente las gracias al Sr. Ministro de la Guerra; y ya sólo diré respecto de esta alusión, que no quiero aprovecharla para deshacerme en elogios, como yo desearía, de mis queridos compañeros de armas. El Sr. Llorens, elocuente Diputado compañero mío, lo ha hecho siempre que ha habido absoluta necesidad, y esas palabras, que en los labios del Sr. Ministro de la Guerra resultaban simpáticas y llenas de caballerosidad, en los míos tal vez pudieran tener un sabor que nunca menos que ahora quisiera darlas, pues la cuestión que se ventila es de patriotismo, y á todos interesa por igual.

El señor general López Domínguez decía: de eso que llamáis *vergüenzas* de Melilla, yo soy el único responsable. No, Sr. Ministro de la Guerra; no es S. S. el único responsable: lo es con S. S. todo el anterior Gobierno, y muy especialmente el Sr. Ministro de Estado; y tal vez el de Hacienda, que, aunque há pocos días nos decía el Sr. Ministro de la Guerra que el Sr. Gamazo había hecho el ofrecimiento de 60 millones de pesetas, tal vez el ejército pudiera aplicarle el conocido epigrama del Sr. D. Juan de Robres, que estableció un hospital, y también hizo los pobres.

El asunto no era tan baladí, ni preocupaba tan poco á la opinión, que las determinaciones que imprimieran verdadera marcha no recibieran la sanción de todo el Gabinete. Cuadra muy bien en S. S. ese deseo de asumir responsabilidades; pero la Cámara y el país son también bastante justos para dar á cada uno lo que le corresponde; y no hay para qué recargar con ajenas responsabilidades la de S. S., que á mí me parece que es ya de por sí bastante grande.

Insistiendo en la misma idea, nos decía en la última sesión el general López Domínguez que ninguno de sus compañeros había tenido participación, no sólo en los asuntos que precedieron al conflicto del día 2 de Octubre, sino tampoco en los posteriores; y decía también, si no recuerdo mal sus palabras: «no pienso nombrar ya en esta discusión al general Margallo, valeroso soldado, muerto en defensa de la Patria, si no es para elogiarle». Reconozco perfectamente, Sr. Ministro, á cuánto obliga y á cuánto autoriza el uso de la propia defensa; pero sería muy sensible que quedaran á salvo completamente las responsabilidades de los vivos, y sin justificación bastante, sin absoluta necesidad y sin pruebas concluyentes, viniera á oscurecerse un tanto la memoria de los que no existen. Yo he tenido al general Margallo por un cumplido caballero; le conocí hace muchos años, cuando era un brillante capitán de cazadores de Figueras, y todo el mundo le tenía por un verdadero hombre de honor; y hoy la figura de este

militar está realzada por su fin triste, pero glorioso, digno de un soldado, y sería lamentable que de este debate saliera esa figura más ó menos oscurecida.

He examinado detenidamente y sin prejuicio esta cuestión de Melilla; no soy de los que creen ó creían que esta Nación empobrecida se hallaba en el momento más oportuno para lanzarse en busca de aventuras peligrosas; es más: no creo, aun á pesar de lo que se ha dicho aquí, que el Riff sea campo abonado para cosechar fáciles laureles; comprendo perfectamente las dificultades de esa guerra, no teniendo por base de operaciones más que una plaza separada de la Península por un mar tempestuoso, y enfrente un terreno sumamente quebrado, sin vías de comunicación, careciendo completamente de recursos y con un enemigo valiente, pero sagaz, que no presentaría decisivos combates.

Pero, por lo mismo que reconozco todo esto, creo que nunca hubo razón bastante para llevar un ejército poderoso á Melilla, puesto que allí no pensábamos hacer ninguna operación seria, como ya se ha demostrado; y creo que si alguna vez las aspiraciones nacionales nos empujaban á Africa, no sería seguramente de Melilla del solo punto de donde partiría la ofensiva; y si alguna vez tuviéramos que penetrar en el Imperio marroquí por la costa Norte, es indudable que antes tendríamos que preparar puerto en Chafarinas para dar abrigo seguro á la escuadra, que debiera hacer allí un desembarco y aprovechar la cuenca del Muluya.

Ya hemos visto que para llevar 14.000 hombres á las playas de Melilla se ha necesitado más de un mes, y al mismo tiempo todos recordamos que el 16 de Mayo de 1509 llevaba igual número de hombres la escuadra, que zarpaba del puerto de Cartagena, y á las cuarenta y ocho horas descansaban en la conquistada plaza de Orán; la diferencia es tan grande, como la diferencia que hay de aquel pueblo y de aquellos gobernantes á los gobernantes y á la Nación actual.

Pero no se trataba de tan vastas empresas, mucho más fácilmente podíais realizar lo que el decoro nacional exigía, y, sin embargo, en cuanto ha ocurrido, desde que el día 2 de Octubre, abrumados por el número, se retiraban nuestros soldados desde la caseta de Sidi-Aguariach, hasta los momentos en que las habilidades diplomáticas del Sr. Moret y la interesada generosidad de las Potencias nos alcanzaban el tratado de paz que todos conocéis, ha cometido ese Gobierno tantos desaciertos y nos ha hecho sentir tan hondas y patrióticas alarmas, que me parecerían suaves todas las censuras, si no las merecíais mucho mayores por no haber evitado el conflicto, en que tan mal parado había de quedar nuestro orgullo nacional.

En la última sesión decía el Sr. García Alix, con gran elocuencia, que iba á hablar de lo que no se ve. Yo espero que también mi compañero el Sr. Mella pueda recorrer algo más el velo; á mí, por acuerdo de la minoría á que pertenezco, no me toca más que hablar de lo que se ve, de lo que ha visto todo el mundo, de lo que vienen ocupándose todos los oradores, que me han precedido en el uso de la palabra.

Ante lá Cámara se han presentado las piezas del largo proceso para la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, y todos habéis podido ver que, mientras la plaza de Melilla dependía de los capitanes gene-

rales de Granada, éstos, con suma prudencia, pusieron siempre dificultades á la construcción de ese malhadado fuerte, que temo no ha de servirnos para nada; y esta opinión la fundo, no sólo en que lo es de personas competentes, sino en el hecho de haberse construido el Alfonso XIII, fuerte que dista, todo lo más, 300 metros del que ha sido causa de que, á pesar del proverbial valor de nuestro ejército, hayamos sufrido dos sangrientos reveses, y que ha dado motivo á que pongamos ante Europa nuestro poderío militar mucho más pequeño de lo que es en realidad.

He dicho que el fuerte Sidi-Aguariach no es de grande importancia, y he alegado una razón; pero aún pudiera alegar otra, que es la siguiente: sabido es que un fuerte que se construye para que bata el campo enemigo; si le construimos en los mismos límites de la zona neutral, y ésta está ocupada por los rifeños, claro es que pueden acercarse impunemente á los pies del fuerte; de modo que el fuerte no debía construirse hasta que se hubiera demarcado la zona neutral.

El Sr. García Alix calificaba anteayer de pura novela la previsión afirmada por el Sr. Martín Sánchez de los capitanes generales de Granada, y la novela no veo yo que exista; nada tiene de fábula, y es un hecho real. Basta que los Sres. Diputados se tomen la molestia de leer ese largo expediente, y en él encontrarán infinidad de comunicaciones dirigidas por los capitanes generales de Granada, en las cuales opinan que debe demorarse, ya el estudio de la construcción del fuerte, ya los trabajos de replanteo, etc.; en casi todas expresan el temor de que esto puede producir rozamientos con los rifeños.

Aquí tengo una comunicación de fecha 12 de Marzo de 1891, firmada de orden del capitán general, por el segundo cabo D. Eugenio Seijas, en la que se hacen las observaciones que acabo de indicar. Además, yo no veo que esto viniera á perjudicar en lo más mínimo la memoria del malogrado general Margallo; lo que únicamente resultaría es, que á las muchas razones, que el Sr. García Alix ha expuesto para demostrar la falta de previsión del Gobierno, habría que añadir esta, que es una prueba documental, y que, lejos de contradecir lo que S. S. afirmaba, viene á dar mayor fuerza á los argumentos de S. S.

La política internacional, y no hablo ya de la política de la guerra, que no es otra cosa que la continuación de aquélla con diferentes medios, pues esa política internacional aconseja á los Gobiernos, no sólo no provocar, sino ni aun dar el menor pretexto para que la paz pueda alterarse, á no ser que la guerra sea justa, y de ella puedan resultar grandezas morales y materiales para el país; y aquí es indudable que no sucedía así: el país no estaba en condiciones de hacer la guerra, ni vosotros tratábais de hacerla.

El Sr. Ministro de la Guerra, en todos los días que llevamos ocupándonos de esta cuestión, ha desviado constantemente la atención de este punto, que es el verdaderamente grave, que es el único, el de que la construcción del fuerte Sidi-Aguariach se ha debido evitar, y no se ha evitado, y por eso ha venido el conflicto que todos lamentamos.

Al iniciarse el debate, decía el Sr. Presidente del Consejo de Ministros que en nombre del patriotismo demandaba á todos una prudente reserva, y yo, que lo que más temo es que alguna vez pueda tacharse-me de falta de patriotismo, pensaba limitarme á ex-

poner los cargos, creyendo que su simple enunciación bastaba para demostrar la responsabilidad del Gobierno; pero desde el momento que ya se ha hablado aquí de todo, y digo de todo, porque, si aun hubiera algo más grave, á eso no pienso llegar, creo tener derecho á preguntar: ¿por qué se ha ordenado precipitadamente la construcción de ese fuerte, usando de un derecho reconocido hace treinta y cuatro años?

Las noticias recibidas, en que, por lo menos, se expresaban temores de que esto pudiera dar lugar á un conflicto, ¿no eran motivo más que suficiente para que el Sr. Ministro de la Guerra, aunque no fuera más que por alejar su responsabilidad, diera cuenta á sus compañeros de Gabinete, y se averiguara cuál era el estado del campo rifeño? Hemos esperado meses después de sangrienta ofensa, y no cabía la más pequeña dilación cuando se nos pedía humildemente, comenzando por reconocer nuestro perfecto derecho, y se nos suplicaba invocando lo que hay más sagrado para el hombre de fe, que son sus creencias religiosas.

Pues nada de esto sirvió; el Sr. Ministro de la Guerra dice que no dió cuenta á sus demás compañeros de Gobierno. ¿Por qué? Llega el 29 de Setiembre, y el comandante general de la plaza de Melilla da parte de que los moros han destruido los trabajos, y el Sr. Ministro de la Guerra, ante estos datos, parecía natural que ordenase la suspensión de ellos al comandante general y el de Estado exigir enérgicamente del Sultán el respeto de nuestro derecho, ó si teniendo en cuenta que habían mediado algunos actos de hostilidad y que los rifeños no respetan sino á quien se les impone con bravura, se quería fortalecer nuestro prestigio ante aquellas kabilas, mandar antes de la continuación de los trabajos, los elementos indispensables, porque sabido es que de todos carecía la plaza y disponíamos de una insignificante guarnición. La contestación fué: «continúen trabajos y obre con energía».

Alega en su defensa la confianza depositada en el comandante general, el contenido de algunas comunicaciones y párrafos escogidos de algunas cartas de las que, á lo sumo, puede deducirse que el general Margallo no dió toda la importancia que tenía á la actitud de los rifeños pero en todas las noticias emitía la opinión de que se opondrían á las obras, y estas noticias eran más que suficientes para que el Sr. Ministro de la Guerra llamara la atención del Gobierno, y se procediera con la prudencia que exigía tan delicado asunto.

Yo no veo ninguna razón que pueda disculpar al Sr. Ministro de la Guerra, y no la encuentro tampoco en las Ordenanzas. El art. 7.º de las órdenes generales para oficiales, dice que *ningún oficial se puede disculpar con la omisión ó descuido de sus inferiores...*; y termina: *en el caso que este (el inferior) resultare culpado, tomará con él por sí mismo la providencia correspondiente, en la inteligencia de que por el disimulo recaerá sobre él la responsabilidad.*

¿Qué medidas se tomaron con el general Margallo después que se tuvo conocimiento de los sucesos? Si los informes que daba no eran exactos, y esta fué la causa de que el Gobierno se equivocara, ¿por qué, al ver que había faltado á sus deberes en cosa tan importante, no se le exigió responsabilidad? ¿Por qué no se le depuso? No se le depuso, porque no había fal-

tado; pues no puede alegarse como descargo la confianza depositada en el comandante general.

El día 30 da parte el general Margallo de que la noche anterior han sido otra vez destruidos los trabajos; que los moros han atacado un tejár próximo á la plaza, llegando los proyectiles al primer recinto; que el bajá del campo, considerándose impotente, pide suspensión, hasta que el Sultán pueda mandar órdenes, y el general agrega que considera inevitable el rompimiento. Añade que como toda medida, pues no dispone de fuerza para más, ha colocado 40 hombres en la caseta en construcción de Sidi-Aguariach, que, como los Sres. Diputados saben, dista casi una legua de la plaza. Ante estos datos, y el perfecto conocimiento de nuestros escasos elementos, debería adoptar y comunicar prudentes disposiciones, que, refrenando el ardimiento del general, dieran tiempo al envío de recursos para asegurar la ejecución de las proyectadas defensas. No, señor; lo que el Ministro dicta es un telegrama en que de manera categórica se le ordena que continúe los trabajos, añadiendo: «Obre V. E. con energía y con arreglo á lo que le dicte su espíritu y honor.»

Señores, el ejército tiene unas Ordenanzas, que son un precioso legado de aquellos tiempos que llamáis de oscurantismo. En el lenguaje ordinario, en todas las conversaciones de los militares, en las amonestaciones, en las órdenes, se usan constantemente trozos entresacados de sus artículos. Todos sabéis que, por inevitable asociación de ideas, frases completas significan muchas veces un pensamiento algo distinto de lo que la letra dice, según en las circunstancias en que se emplea y personas á quienes se dirigen. Pues bien; el telegrama del Sr. Ministro de la Guerra terminaba precisamente con la misma frase que el art. 9.º de las órdenes generales para oficiales, y al encontrarse con ese telegrama el general Margallo, ya no vió el telegrama, sólo vió el art. 9.º, que se refiere al exacto cumplimiento de las órdenes recibidas: *en los casos no prevenidos, obrar conforme á lo que corresponde á su situación, caso y objeto; y en los dudosos, elegir el partido más digno de su espíritu y honor.* ¿Cuáles son las órdenes que debía cumplimentar? La construcción del fuerte de Sidi-Aguariach. ¿Cuál era su situación y objeto? Sostener el prestigio de nuestras armas. ¿Qué le dictaba su espíritu y honor? Sacrificarse en aras del cumplimiento del deber.

No había duda: ya terminó toda vacilación para el general Margallo, sea ó no prudente lo que se le ordene, el camino que debía seguir lo creía marcado; la responsabilidad de cometer una imprudencia que atrajese á su país los males de una guerra ya no pesan sobre él. Dada esta interpretación al telegrama, no le queda ya más que esperar prevenido la agresión del enemigo, luchar con bravura para dejar bien puesto el honor de unas armas que, vencidas ó vencedoras, siempre se habían cubierto de gloria, y, por último, sellar, como lo hizo con una muerte de soldado el cumplimiento de órdenes tal vez poco meditadas.

Conste, pues, que el Gobierno es el único responsable de todo cuanto ha ocurrido; que la responsabilidad nace de este momento; que todos los cargos que después yo á la ligera indique, como la mayor parte de los que se han formulado aquí, son insignificantes en relación con éste, porque es la base de lo ocurrido, es el principio y el fundamento del con-

flicto á que hemos estado avocados, y del desaliento que en todos nosotros ha producido el desenlace.

Voy á dispensaros del tristísimo relato de lo ocurrido el día 2 de Octubre. Lo habéis oído todos; no hay en él nada halagüeño, todo es triste; no se disponía de fuerzas bastantes para que escalonadas convenientemente pudieran proteger el movimiento de los que estaban en la caseta, y éstos tuvieron que abandonarla en angustiosa carrera, recorriendo más de un kilómetro, y no pudo verificarse, á pesar de la bravura y pericia que en aquella ocasión demostró el comandante general, de una manera ordenada, sino desde Camellos á la plaza.

Y aquí recuerdo una cosa que nos decía el señor Ministro de la Guerra contestando á uno de los que me han precedido en el uso de la palabra. ¿Y qué se hubiera conseguido, decía el Sr. Ministro, con 400 hombres más, que eran los que se necesitaban para cubrir las bajas?

Señores, 400 hombres, para un ejército de 50.000 hombres son un grano de anís, pero para sumarlos con 300 son muchísimos, y con ellos se hubiera conseguido que aquella hubiese sido una retirada como lo fué desde Camellos hasta la plaza.

El 2 de Octubre debió ser sangriento aviso para que el Gobierno hubiese tomado rápidas medidas que bastaran á dejar bien puesto el prestigio de nuestras armas; que sirvieran para vengar el ultraje recibido, y sobre todo para colocarnos en condiciones mejores para obtener por la vía diplomática las necesarias reparaciones.

Pues bien; el Gobierno nada de esto hizo, el Gobierno dejó correr días y días, y mandaba recursos y refuerzos al menudeo, el material de guerra sobre todo, sin orden ni concierto, y así sucedió que cuando llegó el general Macías creo que faltaba mucho de lo más indispensable, pues he oído que había cañones que no tenían más que cinco ó seis tiros, y algunos nada, á pesar de que se buscó material hasta en las plazas más remotas. Hasta de Seo de Urgel hubo que llevar espoletas.

Vamos al día 23, y diré muy poco también. El día 23 avisó el general Margallo que los moros insistían en oponerse á los trabajos; que pedían se suspendiesen por unos días, y que si el Sultán lo ordenaba, ellos dejarían construir el fuerte.

Ya no era momento, ni por la imaginación se le pasó al general Margallo, ni al Gobierno, el ordenar la suspensión de trabajos, que pedían los rifeños. Así es que el Sr. Ministro de la Guerra, contestó:

«Puede V. E., con fuerzas y recursos que ya tiene, ordenar trabajos de ensanche y fortificación en Camellos, Cabrerizas Altas y Bajas y Rostrogordo; y si hostilizan moros, fuego de cañón, etc.»

Al ocuparse de esto el Sr. Martín Sánchez, el señor Ministro de la Guerra pretendió demostrar que él no había dispuesto que esos trabajos se empezasen á la vez fraccionando las fuerzas; pero el general Margallo, teniendo en cuenta otro telegrama de fecha anterior en que se le decía: «hay que satisfacer entusiasmo país obrando con rapidez», pudo interpretar perfectamente que se le señalaban todos esos trabajos como simultáneos.

De todas maneras, la orden del Ministro, bien ó mal interpretada, es la que llevó al general Margallo á encerrarse el día 27 con sus tropas en el fuerte de Cabrerizas, y al día siguiente, por no ver el espec-

táculo triste del campo en poder del enemigo, á salir fuera de la plaza, afrontando una muerte casi segura, prefiriendo ésto á que sus mismas tropas vieran á abrir las puertas de su prisión.

Dos descalabros han sido el resultado de la funesta política militar de este Gobierno. Después de ellos, todos sabéis lo que ha pasado: por más que se diga, nuestra bandera flotaba escarnecida y sólo venían muy de tarde en tarde á cubrirla como de negros crespones los fogonazos del lento cañoneo. Cañoneo que no podía representar nada, que no era nada más que, en caso, salvas fúnebres por algo que había muerto y que no tratábamos de revivir; cañoneo que ante los principios militares es el desacierto más completo que se ha podido imaginar. ¿Dónde se ha visto que la artillería haga fuego de cañón á hombres sueltos? ¿Qué objeto tenía ese cañoneo, más que cubrir de hierro, no de hierro, de plata (y no nos sobra mucha) aquel suelo enrojecido con la sangre española?

De esta manera iban pasando días y días, y de esta manera se daba tiempo (yo creo que el Sr. Ministro de la Guerra no lo hacía intencionalmente, porque siente también las glorias militares y entendía que debíamos vengar las ofensas), pero se daba tiempo á que viniera ese Príncipe Jarafa, desde cuyo momento quedamos completamente imposibilitados para hacer nada de lo que la Patria demandaba y la parte sensata de ella exigía con razón. ¿Queréis que llamemos glorioso al resultado de esta campaña? ¿Por qué ha de ser glorioso? ¿Porque á pesar de vuestras torpezas se haya conseguido una paz que no es más que el reconocimiento de derechos adquiridos, una indemnización muy inferior á los sacrificios que habéis impuesto al país; paz que no se nos ha concedido, como se nos contaba, por el prestigio de nuestras armas, ni porque se vieran 22 ó 23.000 hombres en la plaza de Melilla? ¿Como si necesitaran las Naciones ni el mismo Riff ver 22.000 soldados en Melilla para saber que los tenemos!

No quiero extenderme más en estas consideraciones. El prestigio de nuestras armas ha quedado por el suelo, y este sólo hecho puede traer funestas consecuencias; la de que las kabilas del Riff, esas gentes, no salvajes, pero que aprecian sólo el valor, por creernos débiles, nos atacarán cuando menos lo esperemos, y entonces tendrá confirmación lo que decía el Sr. García Alix: la cuestión no está terminada, no está más que aplazada. ¿Podemos ser ya un factor importante ante las Naciones de Europa, cuando han podido ver que no teníamos ni organización, ni material de guerra, ni armamento; en fin, nada para hacernos respetar más que el incuestionable valor de nuestros soldados? No teníamos cartuchos. ¿Por qué no los teníamos? Ayer nos dijo el Sr. Ministro de la Guerra que hubo que traerlos del extranjero, pagándolos más caros, y os habían costado á 140 ó 150 pesetas millar. (*El Sr. Ministro de la Guerra hace signos negativos.*) Su señoría dijo que después de trabajar las fábricas nacionales, hubo que acudir al extranjero. (*El Sr. Ministro de la Guerra: ¿Por cartuchos?*) En el *Diario de las Sesiones* debe constar... (*El Sr. Ministro de la Guerra: Si consta, es una equivocación.—El Sr. Ramos Calderón: No consta.—El señor Ministro de la Guerra: No han venido más que los Maüsser.*) Bueno, pues ni aun para los Maüsser debía haberse acudido; podíamos haberlos tenido aquí.

En este momento, ante la contradicción del Sr. Ministro de la Guerra, me ocurre un recuerdo.

Hace dos años pedía yo aquí que se fabricaran, no sólo cartuchos, sino latones en nuestras fábricas, y dije: la de Toledo tiene elementos para construir cartuchos y latones. Estaba ya adoptado el Maüsser, y se nombró una Comisión del cuerpo de Artillería, de la que formaba parte el comandante Sr. Cerón, que marchó al extranjero á hacer los estudios necesarios.

Si efectivamente el Sr. Ministro de la Guerra tiene seguridad de no haber dicho que habíamos tenido que pedir cartuchos al extranjero, no continúo desarrollando este argumento.

Remington. Se ha dicho que nuestro armamento era ya algo anticuado, y por eso se compró precipitadamente y sin los requisitos necesarios ese Maüsser, que se dió á última hora á los soldados de Melilla.

¿Qué razón hay que justifique esa precipitación para arrancar de las manos de nuestros soldados enfrente del enemigo el armamento que sabían manejar, para darles uno que les era completamente desconocido? ¿Qué idea se ha de formar al ver el modo de apreciar las ventajas de ese armamento de mayor precisión? En pocos días podrían nuestros soldados, aunque con torpeza, manejar el aparato de cierre; pero esto no es suficiente para utilizar los verdaderos beneficios de ese arma de mayor alcance, rapidez y precisión. La principal ventaja es para el tiro á largas distancias, y éste se verifica sólo sobre masas directamente ó por sumersión. Pierde gran parte de su utilidad, cuando se usa contra gente que, como los rifeños, combaten generalmente en orden muy abierto. Del Maüsser entregado en estas condiciones, no podíamos reportar más que el inconveniente de un excesivo consumo de municiones, cuando apenas se contaba con las necesarias para dos ó tres días de combate.

Además tenía otro inconveniente gravísimo la entrega de los fusiles Maüsser á una parte de aquél ejército, y es, que venía á deprimir la moral de los que no usaban dichos fusiles, que por la precipitación con que los habíais encargado debían suponer que el nuevo armamento proporcionaba inmensas ventajas; y esta depresión moral en los demás soldados, esta desigualdad, parecerá, quizá, como ha parecido á algunos, un argumento sumamente pequeño; pero es de gran importancia en un ejército, y siempre lo ha sido. Por consideraciones análogas á ésta, desaparecieron hace tiempo las compañías de preferencia. ¿Por qué? Porque al mismo tiempo que se elevaba su nivel se rebajaba el nivel moral de las demás y se corría el riesgo de que, si en un episodio del combate eran rechazadas algunas compañías de preferencia, entrase el desaliento en aquéllas á quienes se consideraba de inferior condición. [Pues esto mismo pudo ocurrir por repartir á unas fuerzas el Maüsser y dejar á otras el Remington.]

Movilización. Nunca he visto más confirmado que ahora aquéllo de que las cosas afectan el color del cristal con que se miran.

El Sr. Ministro de la Guerra nos decía: si no fuera por la sangre que ha costado, casi casi me felicitaría de que haya habido un conflicto que ha venido á probar la bondad de mi organización.

Yo, quizá usando de otro cristal, que no es el verdadero, creería que ha sucedido lo que anuncié;

al discutir las reformas militares decía yo lo siguiente: *En la continua tarea de demolición no queda jamás tiempo para contemplar la belleza del edificio que últimamente alzáis, porque cae antes que hayan desaparecido los escombros y disipádose las nubes de polvo producido por la ruina del que le precedió.*

Pues esto hacéis: destruir en vez de reformar nuestra antigua y casi tradicional organización. Yo no digo que la organización actual sea mala, ni que lo fuera la anterior; lo que digo es que ha habido tantas organizaciones nuevas y tan seguidas, que los centros de reclutamiento y de organización no tenían ni aun la documentación necesaria para poder cumplir con su misión.

Hace unos cuantos días que, hablando yo con un jefe de la reserva, le preguntaba cómo se habían arreglado para la movilización, y me decía: «perfectamente; no había más dificultad sino que nosotros mandábamos á los regimientos á los que se presentaban, y como no teníamos antecedentes, es muy posible que hayamos enviado como soldados á muchos paisanos.» Este es el inconveniente que tiene el estar todos los días cambiando la organización del ejército, porque la habéis cambiado sin que se pudieran ver los efectos de la organización del general Azcárraga, y aun no recuerdo si había otra planteándose, cuando se varió por la del anterior Ministro de la Guerra. Ahora yo reconozco con gusto, cómo no lo he de reconocer si hasta se ha ocupado de ello la prensa extranjera y lo ha aplaudido, haciendo elogios por la brevedad de la movilización! Yo reconozco, digo, el magnífico resultado que ha dado este ensayo, y estoy seguro de que no habrá habido ninguna Nación en la que tan completa sea la incorporación de los reservistas; pero esto indica celo en los jefes y oficiales, y celo también, no he de negarlo, en el Sr. Ministro de la Guerra; pero indica sobre todo la bondad de la primera materia, porque aquí no ha habido ningún soldado que se esconda para eludir el reclutamiento, sino que, por el contrario, se han presentado todos, y aun ha habido alguno que de su bolsillo ha puesto un telegrama con contestación pagada al coronel de su reserva preguntándole á qué regimiento debía ir.

Claro está que un país que tiene estas condiciones, se moviliza muy bien; lo que es necesario es que á estos deseos del país y á esta voluntad responda la organización que haya dado el Gobierno.

División regional. Aquí, en esta cuestión, tengo yo un criterio distinto del que he oído expresar en esta Cámara. Se ha censurado al Sr. Ministro de la Guerra porque al enviar fuerzas á Africa destruyó la organización de cuerpos de ejército que acababa de implantar, y yo, que considero no debe subordinarse á ella la formación de cuerpos expedicionarios, encuentro muy mal el que se tratara de mandar todo el segundo cuerpo de ejército, no teniéndose en cuenta el grave inconveniente que ofrecía el que todos los soldados fueran de un mismo país, y que no había ningún derecho para privar á los de las demás regiones del honor de defender nuestra bandera. Después, por razones que quizás no me son desconocidas, se cambió, afortunadamente, de criterio.

El envío de regimientos de dos batallones casi en cuadro, que vino á producir exceso de gastos, mereció justas censuras, pero desacertada fué también la determinación que en sentido opuesto se tomó,

porque venía á introducirse un notable desequilibrio entre las dos unidades de cada regimiento; el primer batallón lo constituirían soldados jóvenes y el segundo reservistas de tres contingentes, casados gran parte de ellos. En determinaciones tan opuestas creyó encontrar el Sr. Ministro la verdadera solución del problema, y en mi concepto se equivocó siempre, pues ésta se hallaba en un término medio. En los cuerpos que debían marchar instantáneamente, un batallón con la fuerza de los dos del regimiento, y en aquellos que debían tardar en embarcarse la nutrición de fuerza, conservándose las unidades. De esta manera se hubieran evitado las molestias y gastos consiguientes á duplicados viajes de jefes y oficiales, y si la guerra hubiese llegado á formalizarse, habría la debida homogeneidad, pues reclutas y reservistas estarían aproximadamente en la misma proporción en cada uno de los batallones.

Todos estos me parecen á mí que han sido desaciertos, desaciertos que algunos pudieran encontrar disculpa en que se estaba iniciando una organización; pero hay otro error al cual no encuentro ninguna disculpa, y que nos ha expuesto á las censuras de la prensa militar extranjera: consiste en haber formado con poco más de 20.000 hombres, fuerza casi insuficiente para constituir cuerpo de ejército, dos, divididos cada uno en dos divisiones de á tres brigadas, es decir, que cada general tenía el mando de dos batallones. Esto no ha sucedido nunca en ningún país de Europa, ni creo que en América suceda tampoco.

Por si esto no fuera bastante, ese ejército expedicionario llevaba más de 30 generales, 28 coroneles y más de 220 jefes y oficiales sin mando directo de tropas. Señores, esto me parece poco serio; esto prueba que el favoritismo y las exigencias se imponen á los más elementales principios de organización. ¿De esta manera se pretende dar fuerza y autoridad á la ley de ascensos, cuando precisamente los que la combaten lo hacen porque creen que abriéndose la puerta al mérito, por ella pasará, no el mérito, sino el favor? Todo ese cúmulo de jefes y oficiales iban allá llevados por un espíritu que yo no censuro, porque siempre es honroso el deseo de batirse; pero en fin, aunque fuesen llevados de tan noble aspiración, lo cierto es que el hecho de ir muchos más de los que debían, redundaba en perjuicio de la organización del ejército y de la economía y proporcionalidad que debe conservarse cuidadosamente para no perjudicar en su derecho á otros muchos oficiales que tenían su puesto en filas.

No quiero molestar más tiempo la atención del Congreso. Algunas otras indicaciones pensaba hacer; pero así como temo mucho que se me tache de poco patriota, temo también molestar á los que tienen la bondad de escucharme. No quiero decir absolutamente nada de lo que se refiere á las negociaciones diplomáticas, aunque mucho encuentro en ellas de discutible; pero como quiera que de esto habrá de ocuparse mi distinguido compañero el Sr. Mella, no me ocuparé de ello. En cuanto al aspecto militar, mucho he dejado sin discutir; pero mi particular amigo el Sr. Sanchís, con su reconocida competencia, lo tratará, y él llenará todas las deficiencias en que yo haya incurrido.

Termino, pues (*El Sr. Sanchís pide la palabra*), afirmando con toda la lealtad y sin obedecer á móvil

alguno político, que considero habéis dado á la Europa triste espectáculo, que habéis sometido á durísima prueba la obediencia de 20.000 soldados españoles que abandonaban el suelo de la Patria entre frenéticas aclamaciones, y al regresar, sin culpa de ellos, lo han encontrado frío y silencioso, y los habéis obligado á sufrir durante muchos meses la insolencia y la impunidad de los que nos habían ultrajado.

No habéis sabido encauzar las corrientes de entusiasmo, oponiéndolos unas veces á lo que la opinión sensata demandaba, ó siendo en otras juguete de sus extravíos, y por último no habéis sabido colocaros á la altura de este pueblo, que podrá dejarse arrastrar á veces por entusiasmos exagerados, pero que lo mismo en Navarra, que en Cataluña, en una palabra, en todas las regiones de la Península, se ha demostrado que desaparecen toda clase de diferencias y se olvidan toda clase de agravios cuando se trata de sacar incólume el nombre de España.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Señores Diputados, á pesar del cansancio que estas discusiones pueden llevar al Congreso, á pesar de la clase de debate que aquí se ha entablado, os aseguro que quisiera ocuparme mucho tiempo discutiendo con el digno Diputado Sr. Sanz; porque después de hacer algunos cargos, que procuraré rebatir, S. S., repitiendo algo que ya se ha dicho, se ha reducido esta tarde á hacer una crítica militar de todo lo hecho por el Ministro de la Guerra para la defensa de la integridad nacional y del decoro de la Patria en el Riff. Estas discusiones técnico-militares se prestan, Sres. Diputados, á tantas opiniones como individuos del ejército tomaran parte en ellas. Pero al fin y al cabo, contestando algunos de los argumentos del Sr. Sanz, dejaré asentadas mis opiniones frente de algunas emitidas por S. S.

Los cargos principales dirigidos al Ministro de la Guerra se han referido á los hechos preliminares de la cuestión del Riff, que comenzaron á principios de Abril y terminaron el 2 de Octubre; ahí está toda la responsabilidad del Gobierno, y principalmente del Ministro de la Guerra.

Creí que en días pasados había llevado al ánimo del Congreso algo que no se quiere comprender; y este algo no es otra cosa que una confianza que tuvo el Ministro de la Guerra en el comandante general de Melilla, acaso exagerada. Si de esta exageración resulta cargo para el digno comandante general de Melilla, yo retiro la palabra; pero es posible que muchos de los Sres. Diputados que han tomado parte en este debate, si se hubieran encontrado en las mismas condiciones en que yo me encontré, hubieran dado menos importancia á eso que ahora con motivo de combatir al Gobierno se exagera, y se exagera, sobre todo, por consecuencias en las que yo nunca pensé.

Que antes de estas operaciones preliminares hubo comunicaciones de los capitanes generales de Granada; que, antes de separarse la Comandancia general de Melilla de aquella Capitanía general, hubo avisos y comunicaciones en que se manifestaban ciertas dificultades para la construcción de los fuertes, ya lo he explicado otras tardes, y era cosa que ya había terminado para mí en el expediente concluso á prin-

cipios de Diciembre del año 92, en el cual constan las opiniones de los capitanes generales de Granada; pero la Junta de defensa, la Junta técnica de la plaza de Melilla, la Junta consultiva de Guerra, en una palabra, todos aquellos cuerpos que asesoran á los Ministros de la Guerra, habían informado respecto á la posición del fuerte de Sidi-Aguariach, y jamás habían puesto dificultades para su construcción. Pero vinieron los sucesos del 2 de Octubre, y ya he dicho en días anteriores lo que ocurrió, sintiendo tener que repetirlo, para ver si de esa manera se deshacen los errores de apreciación en que se ha incurrido respecto á ellos. Se inicia en la plaza de Melilla el comienzo de los trabajos para la construcción del fuerte Sidi-Aguariach, y ni el gobernador general de Melilla, ni la Comandancia de ingenieros, ni la Junta consultiva de Guerra, hacen ninguna advertencia al Ministro en contra de esa construcción. Se adquieren los medios para empezar el camino de Sidi-Aguariach, y ni el comandante general de Melilla, ni persona alguna, indican al Ministro de la Guerra que es preciso aumentar la guarnición de aquella plaza. Viene en Julio una comunicación diciendo que los moros oponían dificultades y pedían al comandante general de Melilla la variación del fuerte; éste contesta que se dirijan por medio del embajador al Gobierno de S. M., y el comandante general de Melilla, ni en esa comunicación ni en sus cartas, pone dificultades de ningún género; al contrario, no da importancia al hecho, y no pide refuerzos, ni aumento de guarnición, ni material, ni nada.

Aquí, Sres. Diputados, se han leído cartas, párrafos de otras y documentos de todo género, y excepto en la carta, que yo no he recibido, del 2 de Julio, en la cual se estampa y se fotografía lo mismo que se decía en la comunicación de Diciembre, excepto en esa carta, nada se ha dicho de todo eso; porque el comandante general de Melilla decía: «ahora no es oportuno, porque acabo de licenciar la quinta de este año, y quedan casi en cuadro las fuerzas defensivas de la plaza». Después del mes de Julio, ya no hubo esas bajas; hubo las bajas de licencia ilimitada que se habían dado á esos 300 á que se refería el comandante general tres ó cuatro días antes de empezar las operaciones del fuerte Sidi-Aguariach.

De manera que el comandante general de Melilla podía sentir todo género de temores; yo creo que no los sintió; pero el hecho es que no se los comunicó al Ministro de la Guerra.

Creo que el general Margallo estaba sumamente confiado en que el fuerte se construiría sin ninguna oposición, y que si acaso había alguna, no sería de gran importancia, conociendo, como es verdad que conocía, el estado de las kabilas que rodean á Melilla y teniendo contacto con ellas constantemente. Lo que puedo asegurar es, que si él llegó á temer un rompimiento, nunca pidió fuerzas, y que, por lo tanto, entendía que si ese rompimiento llegaba, se reduciría á una de esas escaramuzas tan frecuentes en los límites de Melilla.

El general Margallo, repito, no le comunicó al Ministro de la Guerra ninguna clase de temores ni ningún género de desconfianza.

Toda la responsabilidad que pesa sobre el Ministro de la Guerra se reduce á lo siguiente: á una confianza ilimitada en el comandante general de Melilla; y yo tenía esa confianza ilimitada en él, porque

en ninguna de sus cartas, ni en ninguno de los documentos que me remitió, manifestaba recelos ni temores de ningún género que indujeran á pensar que podían llegar á suspenderse las obras hasta que recibiera mayores fuerzas. Y cuando dirigió el telegrama en el que comunicaba que los moros durante la noche habían destruído algunas de las zanjás que se habían abierto para delinear el fuerte, se le contestó por el Ministro de la Guerra que obrara con energía y según las circunstancias, contando con los recursos que tenía. Entiendo, Sres. Diputados, que para dirigirse á esa distancia, á una persona conocedora del terreno, no hay más fórmula que esa, puesto que entonces el comandante general de Melilla, si creía que aquellos recursos no eran suficientes, pudo desde aquel momento suspender las obras y decir el Ministro de la Guerra lo siguiente: «pido á usted que me envíe 5, 10, 15 ó 20 batallones porque temo algún ataque por parte de los moros, y hasta que no reciba ese refuerzo no puedo continuar las obras;» y aquí se hubiera terminado toda la pavorosa cuestión que luego ha sobrevenido.

Así es, Sres. Diputados, que podéis pensar todo lo que queráis del Ministro de la Guerra, acusándole de confiado y de imprevisor; pero os aseguro que el día 2 de Octubre fué acaso (no acaso, mucho más que lo pudo ser el comandante general de Melilla) tan sorprendido por el ataque á las obras del fuerte en construcción, como lo fué el general Margallo.

Después ha hablado el Sr. Sanz con gran conocimiento, de la Ordenanza militar, para explicar á la Cámara lo que significa inspirarse en su propio espíritu y honor. Evidentemente, la interpretación natural del espíritu de las ordenanzas es esa, y por esta razón se le decía que obrara con energía. Y no es que yo, al manifestar esto, quiera descargar la responsabilidad que me pueda caber en lo sucedido; pero tampoco deseo que se me haga responsable de aquello que no corresponde al ejercicio de mis atribuciones como Ministro de la Guerra. No creo que hay mando de mayor independencia, pero al propio tiempo de mayor responsabilidad ni que tenga más libertad para obrar, que el de las plazas fuertes, el de las plazas juradas. Como yo no había recibido petición de fuerzas ni aviso de peligros inminentes, no tenía por qué alarmarme ni presumir que allí ocurriera lo que sucedió el día 2 de Octubre. Esto es todo lo que puedo decir en mi descargo, creyendo así salvada mi responsabilidad; y cuantas veces se insista en este particular, no puede ser otra mi contestación. Si no satisface á los señores que me combaten, lo deploraré, pero yo no puedo darles otra; y por lo tanto, cuantas veces, repito, se insista en ese particular, tendré que contestar con las propias palabras.

Dice el Sr. Sanz que debí dar cuenta al Gobierno, que el Gobierno debió tener conocimiento de todo lo que ocurría, y que en este sentido el Gobierno no deja de ser responsable, y que á mí me afecta una mayor responsabilidad por no haberle dado cuenta. Pues bien, Sr. Sanz; yo no dí cuenta al Gobierno porque entendía y entiendo que para disponer construcciones de obras determinadas, para movimiento de tropas, para acumulación de materiales, para refuerzo de guarniciones, para toda esta clase de trabajos y de resoluciones, no tiene el Ministro de la Guerra por qué ni para qué dar cuentas al Consejo de Ministros. Y me parece que esto es evi-

dente, Sres. Diputados. Pues si todas las cuestiones que de esta manera correspondiesen á un Departamento ministerial, hubieran de llevarse en cada momento y en cada ocasión al Consejo de Ministros, ni aun para atender solamente á esas cuestiones habría tiempo en los Consejos que se celebrasen.

No, eso es de la competencia exclusiva del Departamento de Guerra, y por eso yo asumo la absoluta responsabilidad de todo ello, y continúo creyendo que no tuve por qué ni para qué dar cuenta de todo eso al Consejo de Ministros.

Y la prueba de que esto es lo natural, es que si el fuerte se hubiera construído sin que ocurriese novedad ninguna, no cabe duda, á nadie le hubiera extrañado el que en semejante cuestión que no presentaba dificultades extraordinarias ni gravedad especial, el que el Ministro de la Guerra hubiera procedido por sí sin dar cuenta al Consejo, mandando una ó dos compañías más, disponiendo que se construyese una zanja, que se abriera un camino; y que se hiciera acopio de materiales para la construcción de las obras del fuerte.

Ahora, desde el día 2 de Octubre, ya es otra cosa: entonces se presentaba una cuestión grave; aquellas fuerzas, en número bastante corto, habían sido atacadas por un gran número de rifeños, y se habían visto obligadas á retirarse, no á huir, Sr. Sanz; porque demasiado sabe S. S. que muchas veces fuerzas del ejército poco numerosas, obligadas á combatir con un enemigo triple ó cuádruple en número, se retiran ordenadamente, pero á paso ligero, y aun todo lo de prisa posible, sin que por ello padezca en nada su decoro, ni se pueda decir que huyen, porque después encuentran fuerzas y elementos de combate que ayudan la retirada y contienen al enemigo para que no llegue á dominarla. Y si en retiradas de esta índole quedan en el campo cuatro ó cinco cadáveres, eso es lo menos que puede suceder en la guerra; S. S. lo sabe tan bien ó mejor que yo.

Dice S. S. que si allí hubiera habido 300 hombres más, hubieran podido resistir mejor el ataque. Evidentemente; pero tenga S. S. la seguridad (de fijo lo comprenderá así) de que con 300 hombres más en esas operaciones, aquellas fuerzas se hubieran batido más tiempo, hubieran tenido muchas más bajas, pero no hubieran podido de ninguna manera quedarse en Sidi-Aguariach. Destacados allí 500 ó 600 hombres, no hubieran podido estar todos dentro de la caseta defensiva, y fuera de ella, delante de 4 ó 5.000 rifeños que contra ellos combatían entonces, porque es sabido que estaban allí las cinco kabilas de los alrededores de Melilla, no hubieran podido sostenerse, y, en definitiva, su mayor resistencia no hubiera variado el resultado más que con ser mayor el número de bajas.

Después del 2 de Octubre, Sres. Diputados, se me quiere exigir una gran responsabilidad porque no mandé inmediatamente, respondiendo al espíritu público y á los entusiasmos manifestados por la opinión, muchas fuerzas y mucho material, para vengar en seguida el agravio y para hacer tantas y tantas cosas como aquí se han dicho y se han escrito. He explicado ya mi conducta en este particular; he expuesto, me parece que con bastante claridad, la justificación de lo que entonces hice, y me extraña que persona tan entendida en cuestiones militares, como el Sr. Sanz, repita este argumento. Ya he di-

cho y repito, y sobre la mesa están los partes que demuestran esta afirmación, que las fuerzas y el material que envié á Melilla después del 2 de Octubre se han limitado á satisfacer las peticiones que me han hecho los comandantes generales ó los generales de división que han estado al frente de aquellas tropas, que constantemente estaban conteniéndome para que no enviara más, y siempre he tenido fuerzas y material sobrantes en el litoral andaluz para atender al envío de todos los refuerzos que se me pidieran. Por consiguiente, en Melilla el día 27 de Octubre hubo más fuerzas que las que me había pedido el general Margallo, porque cuando me dijo que no enviara más, ya estaban en camino dos ó tres batallones.

¿Queréis, por tanto, exigirme responsabilidad por no haber desoído las indicaciones de los generales que mandaban aquellas tropas, enviando á Melilla al instante un gran número de tropas, mejor ó peor dispuestas, mejor ó peor aprovisionadas y municionadas, sin cuidarme de si podría así ocurrirles alguna desgraciada aventura? Pues yo doy gracias á Dios por haber tenido, por mis años y mi experiencia, bastante calma y voluntad suficiente para oponerme á esas apasionadas corrientes de la opinión, que exigen en ocasiones á los Ministros y á los generales lo que no se puede ni se debe ejecutar, lo que yo estoy satisfecho de no haber realizado.

He explicado en días anteriores todo lo que ocurrió hasta el 27 y 28 de Octubre. Sobre eso no me ha hecho el Sr. Sanz más cargo, que el de no haber mandado allí más fuerzas; porque el de no haber exigido responsabilidad al general Margallo, pertenece al género de esas hermosísimas teorías que cuando se aplican *à posteriori* suelen tener cierto aspecto de aparente razón; pero como yo tenía la conciencia de que el general Margallo había sido sorprendido, como yo lo fui, por la agresión; como cumplió desde aquel momento con sus deberes perfectamente y no me pedía fuerzas más que para rechazar las agresiones que pudieran sobrevenir, no encontré razón bastante para exigir una responsabilidad que no tenía más fundamento que eso que ha dicho S. S., una confianza grande en sí mismo y en los medios de que disponía; y eso no era suficiente delante de unas operaciones militares, para exigir responsabilidad al general Margallo. Y en último término, ¿qué se podía hacer? ¿Relevar al general Margallo y mandar otro general? ¿Lo hubiera hecho mejor? Ante hipótesis, yo no quiero discutir.

Pasaron los sucesos de los días 27 y 28 de Octubre, y también el Sr. Sanz me ha querido hacer responsable de que el general Macías no encontrara en Melilla todo lo necesario para alojar en aquellos campamentos los 14 ó 16.000 hombres que se enviaban. No quiero acumular responsabilidades sobre nadie; ya he dicho que remití todo lo que se me pidió; y los servicios de trasportes, de administración militar y todos los encomendados á los cuerpos auxiliares, se han hecho de tal manera, que yo no tengo más que elogios para éstos. La prueba de ello es, que cuando el general Martínez Campos llegó á Melilla, me escribió diciéndome: «aquí de todo hay sobrado». Sin embargo, yo tenía dispuestos en el litoral 11 batallones, y me dijo que no mandara más, que tenía lo suficiente, que el soldado estaba alimentado como nunca; en una palabra, que tenía

todo lo que necesitaba; y no quiero decir más, porque vendría á resultar en elogio mío, y yo no quiero elogiarme.

Se ha tratado aquí de la cuestión de los fusiles Maüßer. Ya había yo leído en la prensa que se había hecho mal en mandar esos fusiles; y aunque el otro día indiqué algo, he de decir al Sr. Sanz y á los que opinan en contra de la compra de ese armamento, que afortunadamente esa compra pudo hacerse en poco tiempo, y que cuando se verificó no hubo para eso más que elogios: fué una de las pocas cosas que se me aplaudieron.

La importancia que eso tenía era muy grande. Yo tuve ocasión de poder conseguir ese armamento, que se estaba construyendo para una de las Repúblicas hispano-americanas, y aunque no era del calibre que se había adoptado, aunque sí del que se ensayó, sin embargo, como se me proporcionaban al precio de contrata 10.000 fusiles y 10 millones de cartuchos, me aproveché de esta oportunidad para armar al ejército; porque, después de todo, yo entonces me preparaba para la guerra en el Riff, pero tenía que prepararme también para una guerra posible con Marruecos; y si hubiera venido el conflicto y no hubiese estado preparado, entonces sí que la responsabilidad hubiera sido inmensa para mí. Por consiguiente, tengo á gala el haber procurado y aprovechado esa ocasión, dotando de este modo de fusiles Maüßer al ejército de Melilla.

Que había allí fuerzas, unas con armamento nuevo y otras con el antiguo Remington, y que éstas estarían deprimidas con respecto á las otras.

Esto, Sres. Diputados, no es un defecto grave, ni esa depresión es de tanta importancia como se quiere suponer; precisamente yo adopté ese armamento por la facilidad y sencillez de su manejo, y puedo decir al Sr. Sanz, que á los ocho días el soldado estaba instruido en él, y esto está confirmado por los partes que he recibido de los generales de Melilla, y á esos partes me atengo. (*El Sr. Sanz*: Su señoría sabe que no es posible que en ocho días se aprenda á manejar un arma de precisión y se conozcan todas sus ventajas.) Pues yo sostengo, contra la opinión de S. S., que el manejo del Maüßer ha sido perfectamente conocido por el soldado en ocho días, y que es tan sencillo de aprender como el del Remington. (*El señor Sanz*: Indudablemente, eso se aprende en tres días.) ¿Pero es que quiere S. S. que el soldado joven conozca perfectamente los efectos del alza del Maüßer á 4.000 metros? Eso no puede conocerlo el soldado; pero para nada importaba. Lo que importaba era que tuvieran confianza en el armamento, y esa la tenían, como tenían una gran fuerza moral, fundada en las experiencias hechas por los tiradores Maüßer; el alza y el alcance ya lo hubieran aprendido sobre el campo de batalla. Ha hablado el Sr. Sanz de que aparece en el *Diario de las Sesiones* que se habían comprado cartuchos Remington en el extranjero; S. S. se habrá convencido de que no es cierto, pues la fábrica de Toledo construye todo el número de cartuchos necesarios, y hemos tenido todos los que nos han hecho falta.

Se ha dicho por ahí que la plaza de Melilla había carecido hasta de cartuchos; S. S. ha indicado que algunas piezas de artillería no tenían municiones más que para cinco tiros. Todo esto es pura novela: el 1.º de Octubre había en Melilla 909.189 cartuchos

Remington con la reforma Freire-Brull y 710.171 de los ordinarios, es decir, más de millón y medio; el 1.º de Noviembre había 1.400.000 de los primeros y 1.210.000 de los segundos, y 66.500 Maüser porque entonces no había allí más que las secciones de tiradores formadas con soldados de Saboya y Puerto Rico, y el general que mandaba en Melilla me dijo que no mandara más cartuchos Remington, de los cuales, á consecuencia de órdenes mías, había 5 millones en Málaga. Vea S. S. la necesidad que yo tenía de comprar cartuchos en el extranjero. Llegó á haber en Melilla 1.800.000 sistema Remington, 3.116.295 del Remington reformado y 7.060.975 Maüser, de los que también se ha dicho que no había más que 2 millones.

No quiero molestar al Congreso leyendo todas las cifras de las municiones que se habían reunido en Melilla, porque sería enojoso; y únicamente diré que al empezar las operaciones, para las piezas de servicio había 14.886 granadas, 459 granadas de metralla y 1.554 botes de metralla. Después, había 15.600 granadas, 1.313 granadas de metralla y 1.554 botes de metralla. Esto es lo que quedaba sin tirar.

De la artillería de campaña, que es quizás lo que ha dado lugar á ciertas noticias, cuando había dos baterías existían 6.810 granadas y 728 granadas de metralla, 761 botes de metralla, y espoletas 14.586; en Enero, 38.372 granadas ordinarias, 25.097 de metralla, 4.865 botes de metralla, y 67.717 espoletas. Como no tengo nada que ocultar, debo decir al señor Sanz que lo que se compró en el extranjero fueron espoletas de percusión, aunque no en gran número, porque aunque la pirotecnia y la Maestranza de Sevilla y la fábrica de Trubia construyeran al máximo, no había bastante para satisfacer los pedidos que de Melilla se hacían de municiones y espoletas; que era tan extraordinario, que alguna vez tuve que llamar la atención de los comandantes generales, porque se hacían pedidos para las operaciones sucesivas. No he querido decir los esfuerzos que se han hecho en el Ministerio de la Guerra para acumular todo lo que se ha enviado á Melilla; algún día se publicarán esos datos y se verá qué se ha hecho en ese tiempo, que tan largo ha parecido á muchos. Ha habido que traer algo de otras partes, porque hay que reconocer que falta algún material de guerra; pero, por desgracia, eso ha sucedido siempre con todos los Gobiernos, con todos los presupuestos y en todas las épocas. Puedo decir á S. S. que en Cartagena, sitiando á los cantonales, y no fué un sitio formidable, ni duró un tiempo extraordinario, se disparaban municiones que se fundían en Trubia, de donde eran llevadas á Gijón y luego á Cartagena. Así estábamos entonces, ahora estamos mejor; pero cuando ocurre una guerra, hay que recurrir á todos los medios que se encuentren.

Es muy fácil, Sres. Diputados, hacer cierto género de críticas en momentos como este, acumulando sobre un Gobierno la responsabilidad de todo aquello que resulta de una serie larguísima de presupuestos y de exigencias de la opinión para que los gastos no se eleven.

No quisiera molestar mucho á los Sres. Diputados; pero he de hacerme cargo de los argumentos del Sr. Sanz, y el Sr. Sanz ha discutido técnicamente todo lo que ha ocurrido en Melilla. Su señoría cree que la conducta militar del Gobierno, acumulando

todos los medios de acción en Melilla para operaciones sucesivas, ha sido deficiente; S. S. ha criticado, como militar entendido, la organización de los cuerpos de ejército con menor número de batallones del que exige una buena organización, y ha criticado también el número de generales allí reunidos. Ese es un argumento que he oído mucho por ahí. No he de discutir respecto del número exagerado de jefes y oficiales que hayan ido á las órdenes de los generales.

No discuto la cifra que ha expuesto S. S., porque ni siquiera la he comprobado, ni tengo por qué; pues eso responde ni más ni menos á que aquí se manda á las Comandancias generales de artillería, de ingenieros, de Estado Mayor, etc., á oficiales generales que llevan á sus órdenes ayudantes de campo y algunos oficiales; todos aquellos hay que mandarlos, porque es reglamentario, y de esta manera se aumenta el número de generales; pero aquí se ha dicho que había 33 generales para 25.000 hombres. Pues eso, Sres. Diputados, obedecía á la división de dos cuerpos de ejército completos, en los que, de cada uno de los regimientos que los constituían, había solamente un batallón, porque el pensamiento en el Ministerio de la Guerra era muy sencillo: operando en Melilla y preparándose para operar en Marruecos, fuera por Tetuán ó por otro punto, que esta cuestión no hay por qué discutirla ahora ante el Congreso, teniendo en el litoral bastante número de batallones, y fuera del litoral preparados los segundos de los regimientos, sin mandar un general ni un coronel, ni un jefe de administración más, sino todos esos batallones completos, tenía España en Africa para combatir con quien hubiera que combatir, dos cuerpos de ejército de á 25.000 hombres, á sean hombres 50.000.

A eso obedecía esa defectuosa organización: sin hacer más que mandar, como ya he dicho, los segundos batallones que estaban aquí, vestidos, armados, dispuestos para embarcar, se completaban los regimientos, elevando el efectivo del ejército de operaciones á 50.000 hombres, y entonces no sé que sobrara ningún general. Puede que sobrara alguno de los oficiales que estaban á sus órdenes, pero de los generales no sobraría ninguno.

Creo que ya me queda poco que decir al Sr. Sanz, porque las responsabilidades que se acumulan sobre el Gobierno por las negociaciones llevadas á cabo con el Sultán, por las notas pasadas á las Potencias extranjeras, todo esto son cargos de los que es posible se ocupe todavía el Sr. Ministro de Estado en la parte que á él le compete, limitándome yo á presentar ante el Congreso los resultados.

Hemos movilizado un ejército que podía haber llegado, como he dicho antes, para el caso de una campaña con quien quisiera que fuese, á 50.000 hombres; hemos dotado á ese ejército de todo lo necesario para la guerra; hemos construido el fuerte en cuestión y otros accesorios en nuestro campo; hemos tratado entretanto con el Sultán, y se delimitará la zona neutral y se cumplimentará el tratado de Wad-Ras. ¿No hemos conseguido más que el cumplimiento del tratado de Wad-Ras? Pues, por lo menos, ahora se cumplimentará, porque hace treinta y tres años que existe y no se ha cumplimentado. Y lo hemos cumplimentado, ¿cómo? Con una pérdida de 200 bajas en el ejército de Africa; 200 bajas nada más, y

ha habido once días de combate, porque los muertos de enfermedades, lo mismo hubieran muerto en la Península, ó más, porque la mortalidad en el ejército de Africa ha sido menos en proporción que la habida en el ejército de la Península. ¿Hemos obtenido todo esto? ¿No han quedado escarmentados los rifeños? (*El Sr. Sanz: ¡Qué!*) ¿Qué no? De eso no puede responder S. S., ni yo; S. S. puede creer que no, yo que sí, y el tiempo dará la razón á quien la tenga. (*El Sr. Conde de Casasola: Eso es perfectamente opinable.*) Perfectamente; por eso yo mantengo mi opinión.

Hemos hecho estos grandes esfuerzos, hemos movilizado las reservas, hemos ajustado un tratado de paz con el Gobierno marroquí, el Sultán se ha comprometido á pagar la indemnización que le hemos pedido, estamos en perfecta y completa cordialidad con el Gobierno de Marruecos, tenemos allí hoy una influencia que acaso no hemos tenido nunca, y los gastos de la guerra casi se cubrirán con la indemnización; porque los gastos ocasionados en la campaña no han llegado á tantos millones como algunos han supuesto. Ahí están los datos, que los he traído á petición de un Sr. Diputado, y de ellos resulta, hecho un cálculo aproximado y acumulando casi el máximo en todas las partidas, que no hemos pasado mucho de 20 millones de pesetas. Ahí está el estado demostrativo; que lo estudien los Sres. Diputados, y verán que en aquellas partidas, que no se pueden poner con exactitud porque no están liquidadas, como son las de los trasportes por ferrocarril y algunos trasportes por mar, se ha consignado casi la tercera parte más de lo gastado; y á pesar de eso, esos gastos ascienden á poco más de 20.800.000 pesetas. Si esto no es un resultado satisfactorio, y no lo llamo glorioso porque por desgracia para mí, como militar, y para los valientes soldados y dignos generales que fueron allí ansiosos de guerra y de grandes victorias, no ha habido ocasión de conseguir las; si esto, digo, no es un resultado satisfactorio, puesto que con la indemnización, aunque sea pagada á plazos, se cubrirán casi los gastos de esa campaña, no sé lo que se entenderá por resultado satisfactorio.

Aquí debería poner punto á mi discurso; pero antes de terminar quiero decir algo respecto de eso del fuego lento que tanto se ha criticado.

Del día 2 de Octubre al 27 del mismo mes se hizo muy poco fuego de cañón. Yo había dicho al general Margallo: «si le hostilizan á usted, destruya usted todo cuanto encuentre á la vista.» No le hostilizaron hasta el 27 de Octubre, y no quiso hacer fuego de cañón, é hizo bien. Pero entonces se decía: ¿qué hace esa artillería que no rompe el fuego sobre esos moros que se dice que molestan con sus disparos á nuestros soldados? Entonces se criticaba al Ministro de la Guerra por esto, y desde el día 27 hasta que se presentó el Príncipe Muley Araafa, se hacía ese fuego lento que anunciaba el comandante general. Pues bien; yo no voy á ajustar la cuenta de si se hizo algún disparo que no estuviese perfectamente dentro de los reglamentos y del uso que debe hacerse de la artillería; es esa cuestión tan nimia que no quiero entrar en ella; lo que sé es que la opinión decía que los rifeños construían trincheras en el campo nuestro y no se les molestaba, cuando lo que hacía el comandante general era precisamente hacer fuego de artillería contra los trabajadores que

venían á construir las trincheras, no contra las trincheras, contra las cuales no se hace fuego, por el poco efecto que causa, como S. S. sabe muy bien, y á este propósito recuerdo lo que nos sucedía con aquellas trincheras carlistas tan magníficas y tan bien construidas que se han aceptado como modelo en los tratados de fortificación.

Pero los oficiales de artillería que estaban en los fuertes, cuando divisaban fuerzas que venían á trabajar en las trincheras, hacían, y obraban perfectamente, hacían fuego lento de cañón, y de este modo destruyeron la mezquita, el cementerio y los aduare, ocasionando á los enemigos muchas bajas, y viniendo á conseguir el mismo resultado que hubiera podido obtenerse con una expedición de 6 ú 8.000 hombres que se hubieran internado para destruir el campo enemigo y destrozar á éste, caso de que se hubiera presentado, porque es casi seguro que no habrían encontrado á nadie, toda vez que los moros no acostumbran á luchar de frente.

Eso es lo que se consiguió con aquel fuego tan criticado, aquel fuego lento tan censurado por algunos maestros en el arte de la guerra; pero yo digo, y repito, que no he de ajustar la cuenta de los disparos que se hicieron, á un comandante general y á jefes y oficiales que al frente del enemigo hacen el fuego de artillería que comprenden que deben hacer, y que pueden apreciar mejor que yo el uso que han de hacer de esa importante arma.

Me parece que no he dejado de contestar á ninguno de los argumentos del Sr. Sanz; si alguno he olvidado, como habrá probablemente que rectificar; contestaré á S. S.

Únicamente añadiré, que desde el principio, como en la segunda parte de las operaciones, y hasta la pacificación, el Gobierno ha cumplido con su deber; que creo que, al fin y al cabo, cuando pase el tiempo de la pasión política, que exige ciertas actitudes, el país reconocerá los servicios prestados; que la bandera de la Patria ha quedado á la altura que debe quedar, y nuestro prestigio fuera y dentro en el lugar que le corresponde; y que el Gobierno, en mi opinión, (si no fuera esa ¡qué diríais de mí, que os estoy dando cuenta de su gestión en este asunto!), puede estar satisfecho de haber cumplido con su deber.

El Sr. SANZ: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. SANZ: Doy las gracias al Sr. Ministro de la Guerra por la bondad con que ha contestado á mis distintas observaciones. A la primera y fundamental, que se refería á la responsabilidad que yo creía debía exigírsele al Gobierno, como la más grave de todas, por su falta de previsión, ha contestado efectivamente el Sr. Ministro con los mismos argumentos que anteriormente habíamos oído, y es evidente que cuando, á pesar de ello, he insistido, es porque no los creía bastante convincentes para dejar completamente á salvo la responsabilidad del Gobierno.

He dicho que no consideraba bastante la confianza que el Sr. Ministro depositaba en el general Margallo para que ante una indicación, aunque fuera ligera, sobre temores de un rompimiento como consecuencia de la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, el Sr. Ministro no debiera dar cuenta de ello á sus compañeros de Gabinete. A esto ha contestado S. S. que si siempre que tiene que mover fuerzas, autorizar la apertura de una trinchera en cual-

quier parte ó la construcción de un cuartel, ha de reunir el Consejo de Ministros, estaría éste siempre reunido.

Es evidente; pero no es que yo pretenda que para verdaderas nimiedades ó para aquello que está dentro de las facultades del Ministro tenga que acudir al Consejo; yo deseo que acuda cuando pueda resultar un conflicto de verdadera importancia; en ese caso es cuando el Ministro tiene el deber de dar cuenta al Gobierno, para que todo él se haga solidario de las medidas que aquél adopte.

Por lo demás, he explicado y he insistido en lo que yo creía que debía hacer el Ministro, no en lo que debió hacer en la ocasión de que se trata, porque en mi concepto el general Margallo obró perfectamente y no hubo motivo para que se le depusiera; al contrario: lo que yo he dicho es que si el general Margallo no hubiera obrado bien y hubiera sido la causa de que viniera el conflicto á que nos referimos, entonces procedía que el Gobierno lo hubiera separado inmediatamente de su puesto; no lo hizo porque aprobó su conducta, y así lo creo yo, y porque además el día 2 de Octubre su comportamiento y el de las tropas fué dignísimo. Pero á pesar de esto, sin haber habido ningún nuevo hecho de armas después del mencionado, todos sabemos que el general Margallo fué relevado, aunque no llegó á enterarse, porque el 27, estando en Cabrerizas Altas, fué cuando se recibió la orden en la Comandancia general. Lo indudable es que se había dispuesto que viniera á dar cuenta de su conducta.

Pues esto, que con razón ó sin ella hizo el Gobierno, esto mismo, si el general Margallo no tuvo al Gobierno al corriente de todo lo preciso para que pudiera tomar las medidas necesarias, pudo hacerse el primer día, y esas energías que, como dice el señor Ministro, se toman muy bien *à posteriori*, son las energías á que está obligado un Gobierno que no se deja arrastrar por los impulsos de la opinión y que tiene conciencia de sus deberes.

Pero sería hasta de mal gusto el insistir sobre el particular. La Cámara ha oído mis argumentos y los que el Sr. Ministro viene exponiendo con gran habilidad hace días, y juzgará de qué parte está la razón.

Ya hemos sabido que el Sr. Ministro de la Guerra fué sorprendido, como fueron sorprendidos en la caseta de Sidi-Aguariach los soldados que la defendían, y que no mandó fuerzas inmediatamente, porque se dice esto con gran facilidad y las dificultades para hacerlo son mayores. ¡Ya lo creo que es difícil mandar un ejército completo! Pero en los primeros momentos, 3 ó 4.000 hombres que hubieran desembarcado allí, hubieran podido echar fuera de nuestro campo y de la zona neutral á los moros. No era el número de éstos tan crecido que 4 ó 5.000 soldados no hubieran podido realizarlo.

He dicho también que se fué mandando lentamente, y sin un gran orden, algún material de guerra; tanto, que cuando llegó el general Macías faltaban elementos indispensables para tomar la ofensiva. El Sr. Ministro de la Guerra me ha contestado que había elementos; yo no he querido ir por datos al Ministerio, porque teniendo el compromiso de fiscalizar los actos de S. S., he querido atenerme á los que ha enviado al Congreso; pero he oído asegurar que los cañones Sotomayor no tenían sino muy pocos disparos.

Viveres. También he oído, y tengo que hacerme eco de todos estos rumores, sin tener datos ciertos, que no se podía emprender ninguna operación seria, porque el general Macías no tenía ni los viveres necesarios, es decir, á propósito para poderse alejar de la plaza, ni medios de transporte para racionar á 4 kilómetros de ella, á la fuerza.

De la oportunidad de comprar el fusil Maüsser de un modelo distinto del adoptado para el ejército y sin las convenientes reformas introducidas por nuestra Junta de armamento, se ha defendido el Sr. Ministro diciendo que lo hizo porque la opinión lo reclamaba y que ahora le censurábamos por haber cambiado el fusil. Pues yo respondo de que ahora y siempre lo he encontrado muy mal; pues teniendo el enemigo un Remington de malísima calidad, el que llevaban nuestros soldados era suficiente, y he insistido y vuelvo á insistir en que, si bien es verdad que nuestro soldado aprende con facilidad el manejo del arma, es decir, la parte referente á poner y quitar el cartucho, también lo es que sin las experiencias de los campos de tiro y sin conocer perfectamente los efectos de un arma, no se puede sacar de ella el provecho y las ventajas que ofrece.

El Sr. Ministro nos ha dicho que hizo el cambio de armamento, no sólo por las ventajas del nuevo fusil, sino por la influencia que en la moral de las tropas tiene toda arma perfeccionada. Antes S. S. había llamado nimia la observación que yo hacía del desequilibrio moral que resultaba de dar Maüsser á unos soldados y no dárselos á todos. En fin, S. S. lo ha confirmado, y yo no insisto; pero luego ha dicho que la opinión pública pedía el cambio de armamento. Yo no sé qué opinión sería la que oiría S. S.; pero lo que puedo decir es, que la que yo he oído, es decir, la opinión pública sensata é inteligente, no lo pidió. (El Sr. Ministro de la Guerra: No he dicho que lo pidió la opinión; la opinión pública no lo sabía. Lo que he dicho es que la opinión pública lo aplaudió.) Bueno; pues la opinión que lo aplaudió era aquella opinión pública que pedía que fuéramos al Gurugú y que dotáramos á nuestros soldados repentinamente de armas perfeccionadísimas.

Pero yo me atengo á la opinión ilustrada, y censuraba con dureza esa determinación, porque comprendía que ese nuevo armamento nos imponía gastos perfectamente innecesarios, puesto que luego hemos de reemplazarlo.

En si teníamos ó no teníamos cartuchos suficientes allí, no quiero insistir porque mis indicaciones se habían fundado en palabras que creí entender á S. S.; pero á pesar de todo eso, y con el dato que nos da S. S. de que había muchos cartuchos en Melilla, yo tengo que decir que el hecho de que hubiera muchos cartuchos en Melilla, no prueba que hubiera muchos en España; porque así como de la Seo de Urgel se sacaron las espoletas y la plaza se quedó sin ellas, de igual manera los cartuchos se pudieron sacar de los parques para llevarlos á Melilla y dejar á éstos desprovistos.

El fuego lento le había censurado antes, y no me arrepiento de ello, porque creía, y sigo creyendo, que de nada sirve. Lento ó vivo, mientras se haga fuego sin verdadero objeto, yo tengo que censurarlo; ya recordaréis que la prensa ha dicho que á un moro que iba á lavarse en el mar se le disparó un cañonazo. ¿Puede darse cosa más ridícula que

disparar un cañonazo á un hombre solo? ¿Qué se consigue con ese fuego de artillería? Absolutamente nada; porque, no sólo no hace daño material, sino que no produce efecto moral; y sabido es que uno de los efectos que se buscan en las armas es el efecto moral, el terror que impone ese arma de combate al que no está acostumbrado á sus efectos; pero si se empieza á cañonear á los moros todos los días y por cualquier cosa, llegarían á no hacer caso de los cañones. Yo podría decir lo que he visto, y S. S. lo sabe mejor que yo; en pueblos que han estado siendo cañoneados meses y meses, en los primeros días había un pánico horrible, todos los vecinos se metían en las bodegas; pero después se iban acostumbrando, y á los pocos días bailaban en la calle, se retiraban cuando sonaba la campana, y después, cuando pasaba el cañonazo, volvían á bailar. De manera que el efecto moral se pierde con el abuso. Pero en fin sobre todo esto algo más os dirá mi compañero y amigo el Sr. Llorens.

Dos cuerpos de ejército con 25.000 hombres cada cuerpo, dos divisiones, cada división tres brigadas y cada brigada dos batallones; esto era, ha dicho S. S., una preparación para duplicar el ejército. Es decir, que íbamos á tener allí 50.000 hombres. Pero, señores, y ¿para qué queríamos toda esa gente dentro de Melilla? ¿Es que desde allí, en són de guerra con el Imperio, se iban á emprender las operaciones? ¿No era más natural que se organizaran en nuestros puertos del Mediterráneo y desde allí se dirigieran al punto donde hubiera de hacerse el desembarco?

Pues, ¿no ha dicho S. S. que el puerto de Melilla tiene condiciones terribles y que el Gobierno ha tenido que salvar dificultades inmensas, porque los temporales impiden el acceso de los barcos á aquella costa? ¿Y en esas malas condiciones quería S. S. llevar, además de los 25.000 hombres que allí había, otros 25.000 para que se uniesen á sus generales que les estaban esperando para ir á donde fuera necesario? Eso podrá ser una explicación más ó menos hábil, pero no responde á nada que tenga realidad.

Que no nos ha prestado ayuda nadie; que todo lo hemos conseguido por nuestra propia influencia; y que la paz obtenida ha sido por el temor que hemos sabido imponer al Sultán de Marruecos. Si hay empeño en que esto sea así, pase; pero todos los señores Diputados que me escuchan saben lo que hay de cierto en el asunto, sin que esto redunde en menoscabo de la habilidad del que ha hecho el tratado.

Que hemos conseguido mucho. Yo no creo que hemos conseguido nada más que la ratificación del tratado de Wad-Ras. ¿Es que el tratado no se había cumplido? Pero ¿se ha cumplido ahora? Por ahora estamos en el mismo caso; el tratado de Wad-Ras nos reconocía unos derechos; ahora nos han reconocido los mismos derechos; cuando se cumpla este tratado, podremos decir que éste ha sido más efectivo que aquél; por ahora, no. Y no quiero molestar más á la Cámara.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Poquísimas palabras para rectificar.

En primer lugar, lo relativo al relevo del general Margallo.

El general Margallo no fué relevado. Esa carta

á que S. S. se refiere fué escrita porque habiéndose elevado la categoría de la Comandancia general de Melilla, me creí en la necesidad de escribir al general Margallo diciéndole que las fuerzas acumuladas en Melilla exigían un mando superior, y que se iba á nombrar al general Macías; que cuando éste llegara, viniera él á Madrid, precisamente para que habláramos de todo lo ocurrido en Melilla, á donde hubiera ó no vuelto, porque esto correspondía resolverlo después de nuestra conferencia. De modo que no hubo relevo.

Respecto á los fusiles Maüsser, esta especie de contienda técnico-militar no tiene su lugar apropiado en este sitio; mas como quiera que sea, he de decir dos palabras. El Maüsser tiene dos ventajas: tiene la de un alcance extraordinario para el principio del fuego, y tiene luego para el combate sucesivo la de proporcionar una nutridísima línea de fuegos, por la repetición del arma, que es lo que principalmente ha decidido el éxito de las guerras modernas en que se han empleado esas armas perfeccionadas; y por lo tanto, si los rifeños hubieran sufrido desde cualquier altura el fuego del fusil Maüsser, se hubiera obtenido un gran resultado.

Es verdad, y no me arrepiento de haberlo dicho, que el fusil Maüsser hubiera dado al soldado cierta fuerza moral; pero crea S. S. que lo importante no hubiera sido la fuerza moral, sino la material, que era lo que principalmente se buscaba, aparte de que cuando se presenta el caso de tener las tropas dos armamentos distintos, claro es que al que le tiene más perfeccionado se le pone en puesto de un peligro distinto del que no le tiene. Pero me parece que no estamos en el caso de entablar aquí una discusión técnica sobre este punto. Yo creo, y S. S. también, que el fusil Maüsser hubiera sido de un efecto desastroso para el enemigo y de gran importancia para nosotros.

Pero también se ha dicho aquí: ¿por qué habéis comprado un fusil cuyo modelo estaba desechado, ó al menos reemplazado por otro, realizando así un gasto inútil, porque no ha habido guerra? El gasto no será inútil: de estos fusiles del modelo de 7'65 (que es el calibre del que aquí se había ensayado y del que ya tenían el regimiento de Saboya y el batallón cazadores de Puerto Rico, y que, por consiguiente, lo sabía manejar el soldado), he tenido cuidado de que se compre un número tal, que cuando vengan del nuevo modelo de 0,007, serán aquéllos perfectamente utilizables en Cuba, donde con 10 ó 12.000 Maüsser podremos armar aquellas tropas ante cualquier posibilidad de un conflicto.

Por consiguiente, no se ha perdido ni una peseta: es un gasto ya en presupuesto; esos fusiles se están ya recogiendo, y cuando se recojan 10.000 irán á Cuba y Puerto Rico.

Yo no quiero hablar ahora del fuego lento: ya veremos lo que dice sobre el particular ese digno señor Diputado que ha sido artillero, y entonces se le constatará.

El Sr. Sanz cree que el resultado de la guerra ha sido insignificante y que el tratado de Wad-Ras no se ha cumplido todavía. Por lo pronto, lo que se ha tratado con el Sultán lo tenemos ya; es decir, que esos fuertes cuya construcción tantas dificultades presentaba, y á la que se oponían los rifeños, acudiendo al Emperador, están concluidos.

La zona neutral, que hasta ahora no ha existido porque estaba ocupada por los rifeños, se demarcará cuando el Gobierno lo crea conveniente, porque si no lo hace el Sultán, lo haremos nosotros.

Por consiguiente, si está incumplido el tratado de Wai-Ras, éste, nuevo en su mayor parte, lo está ya con provecho y con honra para España.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende esta discusión.»

Corrientes por la Comisión de corrección de estilo y previa la declaración de hallarse conformes con lo acordado, se aprobaron definitivamente, anunciándose que pasarían al Senado, los siguientes proyectos de ley:

Modificando el trazado de las carreteras de Sevilla á la estación de las Alcantarillas, y de Sanlúcar de Barrameda á Nebrija. (*Véase el Apéndice 2.º á este Diario.*)

Incluyendo en el plan general de carreteras las siguientes:

De Coronil á Morón, de Morón á Montellano, y de Puebla de Cazalla á la de Ecija á Olvera (*Véase el Apéndice 3.º á este Diario.*) y

Del sitio llamado de los Hoteles de Aparicio al faro de Cabo Mayor. (*Véase el Apéndice 4.º á este Diario.*)

Prorrogando por tres años más el plazo concedido para la construcción de las obras del ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril. (*Véase el Apéndice 5.º á este Diario.*)

Exceptuando de los derechos arancelarios el material para construir los puentes de hierro en las carreteras provinciales de la isla de Puerto Rico. (*Véase el Apéndice 6.º á este Diario.*)

Incluyendo en el plan de carreteras de Puerto Rico una de Manatí á Juana Díaz. (*Véase el Apéndice 7.º á este Diario.*)

Se leyó la siguiente lista de los Sres. Diputados que componen la Comisión para asistir á la función cívico-religiosa del Dos de Mayo.

Comisión para asistir á la función cívico-religiosa del Dos de Mayo.

Sres. D. Inocente del Pozo.
D. Ricardo Fernández Blanco.
D. Luis Espinosa y Villapececlín.
D. Eusebio Giraldo Crespo.
D. Juan García del Castillo.
D. Isidoro García Barrado.
D. Luis Ussia y Aldama.
D. Rafael Monares.
D. Antonio Barroso.
D. José Sánchez Guerra.
D. Julián García San Miguel.
D. Julián de Zugasti.

Suplentes.

1.º D. Antonio Ramos Calderón.
2.º D. Joaquín Liaño.
3.º D. Romualdo Cesáreo Sanz y Escartín.
4.º D. Matías Barrio y Mier.
5.º D. Juan José García Gómez.
6.º D. Gabriel Ballester Boada.

Se leyó, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión, un proyecto de ley remitido por el Senado disponiendo la erección en León de una estatua representativa de Alonso Pérez de Guzmán «el Bueno.» (*Véase el Apéndice 8.º á este Diario.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para mañana: Los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión».

Eran las seis y cuarenta minutos.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Memoria del Tribunal de Cuentas del Reino, referente á los créditos extraordinarios y supletorios concedidos por el Gobierno durante el interregno parlamentario desde el 2 de Agosto de 1893 hasta el 4 de Abril de 1894.

A LAS CORTES

Cumpliendo este Tribunal el deber que le imponen el párrafo segundo del art. 27 del proyecto de ley de administración y contabilidad de Hacienda pública de 10 de Mayo de 1893, puesto en vigor por el art. 26 de la de presupuestos de 5 de Agosto del mismo año y el 16 de la ley orgánica por la que el mismo Tribunal se rige, tiene el honor de elevar á las Cortes la Memoria referente á los créditos extraordinarios y supletorios que el Gobierno de S. M. le ha remitido para su toma de razón durante el interregno parlamentario que comprende desde el 2 de Agosto de 1893 hasta el 4 de Abril de 1894; en ella, haciendo uso de la atribución undécima consignada en el art. 16 de la ley orgánica antes citada, emite su juicio acerca de la legalidad de cada crédito, expone las observaciones que le han sugerido el detenido examen de los expedientes formados para acordar la concesión, y somete al conocimiento y deliberación de las Cortes cuantos particulares relacionados con los nuevos créditos ó ampliación de los consignados en los presupuestos generales del Estado entiende dignos de fijar su superior atención, cumpliendo así lo preceptuado en el art. 44 de la ley de administración y contabilidad de 25 de Junio de 1870 y en el párrafo último del art. 65 del reglamento orgánico de este Tribunal de 28 de Noviembre de 1893.

Once son los expedientes de que el Tribunal ha tomado razón, según demuestra el estado que se acompaña; y del detenido examen que de los mismos se ha hecho en cumplimiento de las disposiciones citadas, resulta que las causas que han motivado las indicadas concesiones han sido las siguientes:

Expediente núm. 1.—La Dirección general del Tesoro, en vista de que la recaudación íntegra obtenida en el ramo de Loterías durante el año económico de 1892-93 había superado á la que se consideró realizable al formarse el presupuesto en la suma de 455.131 pesetas, hizo constar que siendo los gastos por comisiones de los administradores del ramo una consecuencia inmediata de dichos ingresos, había, naturalmente, excedido proporcionalmente del crédito legislativo consignado con dicho objeto en la suma de 5.741'06 pesetas, y al efecto solicitó un crédito supletorio para el capítulo 7.º, art. 1.º, de la sección 9.ª del presupuesto de 1892-93 por la referida suma, para satisfacer aquellas obligaciones proporcionales á los ingresos y cuyo pago era ineludible é improrrogable.

Expediente núm. 2.—Los recientes acontecimientos ocurridos en el campo de Melilla dieron lugar á que el Gobierno de S. M. adoptase acuerdos que sin dilación habían de llevarse á cabo, emprendiendo al efecto las operaciones militares en aquel campo, acuerdos que originaban gastos extraordinarios que habían de afectar á la mayoría de los capítulos y artículos del presupuesto del Ministerio de la Guerra; y ante la imposibilidad de detallar este Centro las cifras necesarias en cada uno de ellos, solicitó para hacer frente á los que habían de originarse con aquellas operaciones, un crédito extraordinario cuya cuantía no podía precisar por depender el gasto de las diversas circunstancias que pudieran ocurrir en la realización de servicios tan accidentales como imprevistos.

Expediente núm. 3.—Interrumpida la comunicación del cable telegráfico entre Almería y Melilla en

los momentos críticos en que se hacía más necesaria con ocasión de los acontecimientos de esta última plaza, el Ministerio de la Gobernación significó la imprescindible necesidad de establecer una sección de cable entre el Peñón de la Gomera y Ceuta, con el propósito de evitar el riesgo de que por averías sufridas en aquel cable se viera suspendida la comunicación entre la Península y las costas españolas de Africa, y en atención á que en el presupuesto vigente no figura crédito alguno para construcción de líneas telegráficas, solicitó y fué otorgado un crédito extraordinario de 180.000 pesetas á un capítulo adicional de la sección 6.ª del presupuesto de 1893-94, para satisfacer el primer plazo, mitad de las 360.000 en que se calcula el coste del servicio, toda vez que el resto, ó sea la otra mitad, no había de satisfacerse hasta terminar el plazo de un año, señalado para garantizar la instalación, y para cuya fecha se deberá comprender el crédito necesario en el próximo presupuesto.

Expediente núm. 4.—Los daños causados por efecto de las inundaciones ocurridas en el mes de Setiembre del año último, que alcanzaron á determinadas regiones enclavadas en las provincias de Córdoba, Guadalajara, Palencia, Valladolid, Toledo y Zamora, dieron lugar á que para atenciones perentorias de los pueblos perjudicados, concesiones de socorros y servicios ejecutados en dichas localidades, se dictase la Real orden de 15 del mismo mes por la que la Comisaría Regia de Consuegra-Almería anticipó fondos con aquel fin por carecer el presupuesto corriente del Ministerio de la Gobernación del crédito necesario.

Con el objeto de arbitrar recursos para reintegrar en primer término á la Comisaría Regia de las cantidades facilitadas, proceder al pago de los servicios ejecutados y llevar á efecto los iniciados ó proyectados, el Ministerio de la Gobernación solicitó la concesión de un crédito extraordinario de 400.000 pesetas al presupuesto del corriente año económico, que fué otorgado por Real decreto de 18 de Noviembre de 1893, en cuya disposición se hizo extensivo al socorro de las desgracias ocurridas en Santander con motivo de la explosión del vapor *Cabo Machichaco*.

Expediente núm. 5.—La movilidad y aprovisionamiento de los buques que prestaban servicios extraordinarios con motivo de las operaciones que se estaban practicando por consecuencia de la campaña de Melilla, y en la que tenía que tomar una parte tan activa la escuadra, habían de ocasionar inevitablemente crecidos gastos, que por ser tan extraordinarios como imprevistos no podían en modo alguno ser atendidos con los créditos que le habían sido señalados en el presupuesto vigente del Ministerio de Marina, por hallarse éstos considerablemente reducidos por efecto de la imperiosa necesidad de las economías, por cuya causa, y para atender á tan sagradas y preferentes obligaciones, solicitó dicho Ministerio la concesión de un crédito en condiciones iguales al otorgado al Ministerio de la Guerra. Cumplidos en el expediente los trámites legales, se dictó por S. M. el Real decreto de 24 de Noviembre de 1893, concediendo á un capítulo adicional de la sección 5.ª, «Ministerio de Marina», un crédito extraordinario por la cantidad á que asciendan las obligaciones que se reconozcan y liquiden por servicios

de carácter imprevisto que se originen con motivo de los sucesos acaecidos en Melilla.

Expediente núm. 6.—El Ministerio de Estado, ante la necesidad imprescindible de tener que aumentar al servicio de intérpretes en la Legación de España en Tánger, creando una plaza de joven de lenguas, incoó el oportuno expediente en el que proponía para compensar aquella modificación sin aumento de gastos en su presupuesto, la supresión de una plaza de correo de gabinete del exterior, que en aquella ocasión estaba vacante, y solicitaba para dicho efecto la concesión de un suplemento de crédito de 3.000 pesetas al capítulo 3.º, art. 1.º, que se cubriría deduciendo 4.000 del capítulo 1.º, art. 5.º

El parecer emitido por la Intervención general de la Administración del Estado en el expediente fué contrario á la concesión solicitada, fundándose para ello en que la autorización del Gobierno no estaba limitada á la concesión de suplementos en cuanto lo exijan los créditos fijados por la no realización de las bajas calculadas, pero no para otorgarlos cuando representen la creación de nuevos servicios, pues de otro modo podría suceder que las obligaciones previstas en el presupuesto vinieran á resultar indotadas por haberlas dado otro destino que el que les es propio.

Pasado el expediente á informe de este Tribunal por haberlo considerado comprendido en el art. 12 del Real decreto de 29 de Agosto último, opinó favorablemente á lo propuesto por el Ministerio de Estado, basando su juicio en que lo que solicitaba era, más bien que un suplemento de crédito, una trasfendencia entre capítulos de su presupuesto, de lo que no resultaba perjuicio alguno para el Tesoro; y no existiendo éste, se hallaba el Gobierno de S. M. autorizado por el artículo 25 del proyecto de ley de administración y contabilidad, puesto en vigor por la de 5 de Agosto del año próximo pasado, para modificar los servicios ó crear otros nuevos sin exceder del crédito asignado á la sección.

Conforme el Consejo de Estado en pleno con el anterior parecer del Tribunal, se expidió por S. M. el Real decreto de concesión de un suplemento de crédito de 3.000 pesetas al cap. 3.º, art. 1.º, del presupuesto vigente del Ministerio de Estado, y cuyo importe se cubrirá por medio de transferencias del cap. 1.º, art. 5.º, del mismo presupuesto.

El expediente señalado con el núm. 7 fué incoado en solicitud de un crédito extraordinario de pesetas 1.754.693'51 para efectuar el pago al Banco Hipotecario de España de las cantidades por las que le era deudor el Tesoro, según saldo de su cuenta cerrada en 30 de Junio de 1893, sumas que por los conceptos de pagarés devueltos, comisiones devengadas á intereses de demora y cuenta corriente, ascienden á la cifra de 1.918.788'83 pesetas, de la que habrá que descontarse la de 130.048'41 pesetas por intereses de demora y de cuenta corriente, cuyo pago se pudo hacer desde luego con cargo al concepto que figuraba en el presupuesto para «Entretimiento de la Deuda flotante», y la de pesetas 44.016'91 á que asciende el importe de las comisiones devengadas por el Banco Hipotecario, y á cuyo pago se aplicó la cifra de 40.000 pesetas, figurada en el capítulo 14, artículo único, de la sección 9.ª del presupuesto; quedando un resto por pagar de 4.016'91 pesetas, para cuyo pago era precisa la obtención de

las Cortes de un suplemento de crédito, por no figurar este concepto entre los ampliables cuya relación acompaña á los presupuestos, y que con respecto á los pagarés devueltos sin realizar, para cuya obligación no existe cantidad alguna consignada en presupuestos, se concediese un crédito extraordinario de 1.754.693'51 pesetas.

La Dirección general del Tesoro público, en su informe de fecha 18 de Octubre de 1893, hizo constar que, según contrato con aquel establecimiento, debían entregarse pagarés; pero no existiendo valores disponibles de esa clase para ser entregados, ni ser fácil reunirlos hasta Noviembre próximo, veía imposible por el momento hacer el pago en esa clase de valores, encontrándose el Tesoro en la precisión de arbitrar otros recursos para satisfacer aquella obligación. La Intervención general de la Administración del Estado y el Consejo de Estado en pleno informaron de conformidad con lo solicitado, y, en armonía con ello, se expidió el oportuno Real decreto con fecha 26 de Diciembre de 1893.

En el expediente señalado con el núm. 8, formado por el Ministerio de la Gobernación, se solicitó un suplemento de crédito de 35.000 pesetas para pago de «Indemnizaciones por pérdida de certificados, objetos asegurados y pliegos con valores declarados, pertenecientes á la Península, islas adyacentes y extranjero.» Fúndase la petición del Ministerio de la Gobernación en que á la fecha en que se solicitó el suplemento (19 de Setiembre), es decir, transcurridos dos meses y diez y nueve días del presupuesto en ejercicio, no sólo estaba agotada la cantidad que en él aparecía consignada para ese concepto, sino que se habían reconocido obligaciones por la suma de 6.600 pesetas más. Pasado á informe de la Intervención general el expediente de referencia, este Centro propuso, y fué acordado, que se devolviese al Ministerio de la Gobernación, para que justificase de una manera más completa la urgencia del suplemento solicitado y practicase una liquidación en la que aparecieran detalladas las obligaciones reconocidas y la conveniencia de que, examinados los créditos de los demás servicios de su sección, estudiara el medio de que el suplemento pedido pudiera ser cubierto mediante trasferecia de los demás capítulos, si éstos ofreciesen remanente.

En 29 de Noviembre, el Ministerio de la Gobernación devolvió el expediente, manifestando la imposibilidad de trasferir cantidad alguna de otros capítulos, y exponiendo que tratándose de indemnizaciones á particulares imponentes de cartas certificadas y pliegos con valores declarados que sufrieron extravío, el pago de estas obligaciones no podía demorarse en manera alguna por la índole especialísima del servicio, haciendo constar además el Ministerio de la Gobernación, que siendo la suma presupuesta para aquel capítulo de 20.000 pesetas y ascendiendo en 25 de Noviembre á 39.400 las obligaciones por este concepto, resulta un déficit de 19.000 pesetas; razones todas que aduce en justificación de la urgencia del crédito, exponiendo que la cifra que se señala es la menor posible, dadas las extraordinarias proporciones que este servicio va tomando de día en día. La Intervención general y el Consejo de Estado en pleno en sus respectivos informes, fueron de opinión que se estaba en el caso de proponer á S. M. la concesión del suplemento solicitado.

Expediente núm. 9.—Determinado por la ley de presupuestos vigente el arriendo de la explotación del Canal de Isabel II, sólo se autorizaron por éstos, los créditos necesarios para el pago de las obligaciones del primer semestre del mismo, en el supuesto de que el arriendo se verificaría antes del 1.º de Enero; mas como quiera que por dificultades surgidas, no ha podido efectuarse el arriendo proyectado, y aun en el caso de que éste se realice se encontrarían indotadas las obligaciones que por aquel servicio se devenguen en el segundo semestre hasta el día en que tenga lugar el arriendo, el Ministerio de Fomento solicitó un crédito extraordinario que juzgaba absolutamente preciso para cubrir las atenciones del personal, cuyo coste era de 45.700 pesetas, y 16.425 pesetas para material de oficina y gastos de conservación y explotación, formando un total de 62.125 pesetas, que propone se satisfagan mediante trasferecia del crédito de 300.000 pesetas fijado al capítulo 29, art. 1.º, de dicho presupuesto para subvenciones de canales y pantanos, que no ha de tener aplicación en el corriente año económico.

De los informes emitidos por la Intervención general y Consejo de Estado, aparece demostrada la urgencia de la concesión, de conformidad con lo solicitado por el Ministerio de Fomento, y en su consecuencia fué sometido á la aprobación de S. M. el oportuno Real decreto, que fué dictado en 9 de Febrero del año actual.

Expediente núm. 10.—Siendo de todo punto necesario continuar las obras públicas emprendidas en varias provincias para conjurar la crisis obrera, se hacía preciso dotar á las Comisiones de estudios nombradas de fondos suficientes para sufragar los gastos que sus trabajos originen; y como para estas atenciones resultaban insuficientes las 500.000 pesetas calculadas en el presupuesto, toda vez que sólo existe un remanente de 57.000 pesetas, y los pedidos de fondos hechos por las Jefaturas y Comisiones de estudios para el mes de Marzo ascendieron á 106.000 pesetas, el Ministerio de Fomento solicitó un suplemento de crédito de 213.000 pesetas al capítulo 25, artículo 1.º, del presupuesto de dicho Ministerio para «Estudios y obras nuevas de carreteras.»

Habiendo emitido informe el Consejo de Estado en pleno y la Intervención general de conformidad con lo solicitado, se sometió á la aprobación de S. M. el oportuno Real decreto, que fué expedido en 3 de Abril.

Expediente núm. 11.—Por Real orden de 1.º de Febrero último se dispuso un pago de 10.000 pesetas para atender á los gastos que se originen al ingeniero D. Enrique Martín Bonisana, en la práctica de los trabajos de medición de unas fincas, con objeto de investigar las ocultaciones que en ellas pudieran existir, situadas en terrenos que constituyen las dehesas de Cazalla de la Sierra y Constantina, en la provincia de Sevilla; y en vista de que el remanente para pago de dichas obligaciones sólo es de 4.869 pesetas, y se hallan además pendientes de resolución varias reclamaciones por impresión de *Boletines oficiales* que no han podido cursarse por dicha circunstancia, el Ministerio de Hacienda solicitó la concesión de un suplemento de crédito de 4.000 pesetas al capítulo 12, artículo único, «Premios de investigación y gastos generales de ventas, sección 9.ª «Gastos de las contribuciones y rentas públicas», del presupuesto del corriente año económico.

Pedido informe al Consejo de Estado é Intervención general, éstos lo emitieron de conformidad con lo solicitado, y en su consecuencia se sometió á la aprobación de S. M. el correspondiente Real decreto, que fué expedido con fecha 10 del corriente.

En los expedientes de que se deja hecha mención, los Departamentos ministeriales que han solicitado las concesiones para su presupuesto, han patentizado en cada uno las razones en que apoyaban la petición y la necesidad y urgencia de que fueran otorgados, así como también resulta cumplida la disposición consignada en el párrafo 3.º del art. 41 de la ley de contabilidad de 25 de Junio de 1870, toda vez que en ellos aparece la opinión emitida por el Consejo de Estado en pleno y la Intervención general favorable en todos los casos, y aduciendo en pro de su otorgamiento consideraciones de tal índole, que ponen de manifiesto la premura de atender al pago de tan sagradas obligaciones, que de demorarse sería en desprestigio del Tesoro y del crédito de la Nación.

Si bien se ha cumplido en todos los expedientes con tan importante como preferente particular, que es ineludible concurra en toda concesión cuando al ser solicitado el otorgamiento estén cerradas las Cortes, nótese no obstante un olvido á lo preceptuado en el art. 27 del proyecto de ley de administración y contabilidad de la Hacienda pública, puesto en vigor por la de presupuestos de 5 de Agosto último, que dispone que se cubra el importe de los créditos extraordinarios y supletorios que se otorguen, primeramente por medios de transferencias, cuando las hagan posibles los remanentes que ofrezcan otros capítulos ó artículos de la misma sección del presupuesto; y de no existir éstos, lo sean con la deuda flotante del Tesoro, en el caso de que las rentas ó recursos del mismo no proporcionasen valores superiores á los presupuestos en cantidad igual ó mayor á la que representan aquéllos.

Para que esta disposición tuviera el debido cumplimiento, sería preciso que la Ordenación de pagos del Departamento ministerial respectivo acompañase al expediente una liquidación de créditos de su presupuesto en la que se demostrase la imposibilidad de transferir remanentes de otros capítulos de la misma sección, y las circunstancias que lo impidiesen, pues aun en aquellos Centros en que se da acatamiento al precepto legal, no lo hacen en la forma indicada, puesto que se concretan á manifestar que no resultan sobrantes que transferir.

El cumplimiento de esta disposición es ineludible, cualquiera que sea la época que lleve en ejercicio el presupuesto; y si en algún expediente la falta á este precepto ha podido disculparse en parte, por tratarse de concesión de créditos á un presupuesto cuando acababa de ponerse en ejecución, por lo difícil que sería conocer los sobrantes que pudieran resultar en los diferentes capítulos de la sección, no así cuando se trata de una concesión como la que produjo los expedientes señalados con los números 1 y 7, concedidos por Reales decretos de 10 de Octubre de 1893 y 26 de Diciembre del mismo año, con cargo al presupuesto de 1892-93; es decir, cuando éste había entrado ya en el período de ampliación, no cabe en modo alguno en descargo de esa omisión razón que excuse el olvido de aquel precepto, que, al dictarse, fué inspirado en la conveniencia de no aumentar la

deuda flotante del Tesoro, cuando sea posible aplicar al pago de la nueva obligación sobrantes de otros capítulos del mismo presupuesto.

Repetidas veces este Tribunal se ha ocupado en Memorias anteriores de la inobservancia de tan importante disposición de la ley, y al repetirla hoy nuevamente, lo hace, no sólo en cumplimiento de su deber, sino porque también juzga de necesidad el que en lo sucesivo se dé por los Centros encargados de llevar la cuenta y razón el debido acatamiento á lo dispuesto en el art. 41 de la ley de administración y contabilidad de 25 de Junio de 1870, y en el 27 del proyecto de la de 10 de Mayo de 1893, puesto en vigor por la de presupuestos de 5 de Agosto siguiente.

Nótase también en los decretos de otorgamiento de créditos, excepción hecha de los que el importe ha de cubrirse por transferencias de otros capítulos, que en aquellos se dice: «que el importe de dichos créditos se cubrirá con la deuda flotante del Tesoro si los recursos del presupuesto no fuesen suficientes al efecto.» Esta fórmula, tan poco concreta para determinar el recurso con el que ha de satisfacerse la deficiencia de un crédito ó el nuevo servicio creado, no puede el Tribunal aceptarla, porque con ella desconoce cuál de los dos medios ha utilizado el Tesoro, y no puede ser aceptada porque las obligaciones creadas por aquellas Reales disposiciones, en rigor no debían satisfacerse hasta que llegada la liquidación del presupuesto se conociera de una manera cierta si los recursos habían proporcionado ingresos que superasen á los gastos en cantidad bastante para atender al pago de los créditos citados. Y fúndase el Tribunal, para emitir este juicio, en el precepto de las leyes anteriormente citadas, que especifican ordenadamente los medios á que habrá de recurrirse antes que á la deuda flotante del Tesoro.

Los expedientes señalados con los números 2 y 5 se refieren al otorgamiento de dos créditos extraordinarios concedidos respectivamente á los Ministerios de la Guerra y de Marina por la suma á que asciendan las obligaciones que se reconozcan y liquiden por servicios de carácter imprevisto que se originen con motivo de las operaciones militares á que den lugar los sucesos acaecidos en el campo de Melilla, y cuyos créditos era de reconocida urgencia el otorgarlos para atender á las necesidades que ocasionaran aquellos acontecimientos, y así lo hicieron constar en sus razonados informes la Intervención general y el Consejo de Estado en pleno, siendo de parecer ambos Centros que el cumplimiento de los acuerdos adoptados por el Gobierno de S. M. exigía que sin dilación alguna se emprendiesen las operaciones militares, haciendo, por consiguiente, necesario verificar gastos extraordinarios no consignados en presupuestos unos é insuficientes otros; y como la cuantía de los nuevos créditos y la cifra en que habían de ser ampliados los que figuran en presupuestos era muy difícil de apreciar, si no imposible, por desconocerse, no sólo la extensión de las citadas operaciones, sino también el número de las fuerzas militares que serían precisas, convinieron en su virtud los Centros consultados en la necesidad de otorgar un crédito, sin determinar suma, á un capítulo adicional y por la cantidad á que asciendan las obligaciones que se reconozcan y liquiden por servicios de carácter imprevisto que se originen con aquel motivo. La sola objeción que

respecto á los dos créditos cree de su deber hacer el Tribunal, se refiere á lo anormal que resulta que no se haya señalado á cada uno de ellos una cantidad determinada, siquiera ésta no tuviese otro fundamento que un cálculo más ó menos aproximado, porque por errónea que fuese, siempre sería más conveniente y conforme con las buenas prácticas de toda contabilidad bien ordenada, que dar á aquellos servicios una ilimitación absoluta por aquel concepto, que no es fácil conocer con certeza hasta que los diferentes capítulos que constituyen los servicios ordinarios del presupuesto vayan llevando, con aplicación al capítulo adicional, los gastos reconocidos con el carácter de extraordinarios; en tanto que de haberse señalado una cifra, los gastos hechos en los del servicio ordinario con aplicación á aquél, hubieran ocasionado una deducción en la suma del crédito extraordinario, y á simple vista podría apreciarse la cuantía de los gastos ocurridos.

Excepción hecha de este particular, el Tribunal reconoce nuevamente, y de conformidad con su acuerdo de 12 de Diciembre último, que la concesión de los créditos de que se trata se ha verificado con observancia de todas las disposiciones legales.

La frecuencia con que se repiten las faltas que se dejan consignadas, acusan una inobservancia de los preceptos de las leyes de contabilidad por los centros que han incoado los expedientes sobre solicitud de créditos, dando con ello ocasión á que la deuda flotante del Tesoro sufra un considerable aumento y sean ineficaces las previsiones del presupuesto general del Estado; por tal causa, juzga de su deber el Tribunal llamar sobre ello la atención de las Cortes, así como también y con igual propósito somete á su alta consideración la conveniencia de que sean más limitados los servicios que figuran en el estado que forma parte del presupuesto, y cuyos créditos, por su naturaleza, se conceptúan ampliables, por ser muchos de ellos sobradamente conocidos para que á la formación de aquél no hubieran sido convenientemente dotados; con lo cual no se repetirían casos como el que presenta el expediente señalado con el núm. 8, formado en solicitud de un crédito supletorio para pago de «Indemnizaciones por pérdida de certificados», del que resulta que apenas transcurridos cinco meses de estar en ejercicio un presupuesto, fué ne-

cesario otorgar un suplemento de crédito por mayor suma que la calculada para aquel servicio, y se evitaría en gran parte con esa limitación otro de los motivos que coadyuvan al crecimiento de la deuda flotante del Tesoro, y como consecuencia lógica, el que á la liquidación del presupuesto aparezca el déficit en mayor suma que la que resultaba al ser sancionado.

El Tribunal debería ocuparse también en esta Memoria de los créditos extraordinarios y supletorios concedidos para servicios de las provincias de Ultramar, cumpliendo la obligación que le impone el párrafo 11 del art. 16 de su ley orgánica de 25 de Junio de 1870, el 42 de la de administración y contabilidad de la misma fecha y 65 del reglamento orgánico de 28 de Noviembre de 1893; pero se halla en la imposibilidad de hacerlo porque no se le han remitido por el Ministerio de Ultramar los respectivos expedientes, no obstante lo establecido por esas leyes y reglamentos y por el decreto de contabilidad de Ultramar de 12 de Setiembre de 1890, el Real decreto de 26 de Agosto de 1876 y la ley de presupuestos de Cuba de 29 de Junio de 1888.

Otro tanto ha sucedido en años anteriores, y el Tribunal ha llamado la atención de las Cortes sobre ello, exponiendo las razones en que se funda para estimar que el expresado Ministerio debe remitirle los expedientes de que se trata de igual manera que se le envían los de la Península; por lo que se limita ahora á consignar el hecho y dar por reproducido lo que expuso en sus Memorias de 24 de Marzo de 1891, 25 de Enero de 1881, 14 de Mayo de 1877, 13 de Marzo de 1876, 21 de Mayo de 1872 y 1.º de igual mes de 1871.

El Tribunal Pleno, de conformidad con su fiscal y en cumplimiento de su deber, tiene el alto honor de someter al superior juicio de las Cortes las observaciones que deja consignadas, para que con su mayor ilustración resuelvan lo que consideren más procedente y acertado.

Madrid 25 de Abril de 1894.—Ricardo Chacón, presidente.—José González Blanco.—Francisco Botella.—Salvador Muro.—Antonio Laá.—Joaquín Chinchilla.—Salvador López Guijarro.—A. Mínguez, secretario general.

ESTADO de los créditos extraordinarios y supletorios otorgados durante el interregno parlamentario que comprende de 2 de Agosto de 1893 hasta 4 de Abril de 1894.

Número de orden.	Fecha de los Reales decretos de concesión.	Importe de los créditos concedidos.	Clase crédito.	Artículo y Sección del presupuesto á que se aplican.					Recursos con que han de cubrirse.	OBLIGACIÓN Á QUE SE DESTINA
				Ministerio.	Sección.	Capítulo.	Artículo.	Presupuesto.		
1.º	10 Octub. 93	5.742	Supletorio	Hacienda	9.ª	7.º	1.º	1892-93	Deuda flotante del Tesoro.....	Indemnizaciones y comisiones á administradores de loterías.
2.º	19 Octub. 93	Ilimitado.	Extraord.º	Guerra	4.ª	Adic.	"	1893-94	Idem id. id.....	Para satisfacer el importe de las obligaciones que se reconozcan y liquiden por servicios de carácter imprevisto que se originen por efecto de las operaciones militares en el campo de Melilla.
3.º	31 Octub. 93	180.000	Idem	Gobernación	6.ª	Adic.	"	1893-94	Idem id. id.....	Pago del primer plazo de instalación del cable telegráfico entre Ceuta y el Peñón de la Gomera.
4.º	18 Nov. 93	400.000	Idem	Idem	6.ª	Adic.	"	1893-94	Idem id. id.....	Remediar los daños causados por inundaciones en varias provincias y socorro de la ciudad de Santander, damnificada por la explosión del vapor <i>Cabo Machichaco</i> .
5.º	24 Nov. 93	Ilimitado.	Idem	Marina	5.ª	Adic.	"	1893-94	Idem id. id.....	Para satisfacer el importe de las obligaciones que se reconozcan y liquiden por servicios imprevistos que se originen en las operaciones militares del campo de Melilla.
6.º	30 Nov. 93	3.000	Supletorio	Estado	2.ª	3.º	1.º	1893-94	Trasferencia, cap. 1.º, art. 5.º...	Creación de una plaza de joven de lenguas en la Legación de España en Tánger.
7.º	26 Dic. 93	1.754.693'51	Extraord.º	Hacienda	9.ª	Adic.	"	1892-93	Deuda flotante del Tesoro.....	Para pago al Banco Hipotecario del saldo de las cuentas por la negociación de pagarés de bienes desamortizados.
8.º	16 Enero 94	35.000	Supletorio	Gobernación	6.ª	18	1.º	1893-94	Idem id. id.....	Para pago de indemnizaciones por pérdidas de certificados, objetos asegurados y cartas con valores declarados.
9.º	9 Febrero 94	62.125	Extraord.º	Fomento	7.ª	2 adics.	"	1893-94	Trasferencia, cap. 29, art. 1.º...	Para gastos del personal administrativo y conservación, explotación y material del Canal de Isabel II.
10	3 Abril 94	213.000	Supletorio	Idem	7.ª	25	1.º	1893-94	Idem, cap. 25, art. 1.º, concep. 4.º	Para estudios y obras nuevas de carreteras.
11	3 Abril 94	40.000	Idem	Hacienda	9.ª	12	Unico	1893-94	Deuda flotante del Tesoro.....	Premios de investigación y gastos generales de ventas.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, modificando el trazado de las carreteras de Sevilla á la estación de Alcantarillas y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por varios individuos de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Las carreteras de Sevilla á la estación de las Alcantarillas, por Dos Hermanas y Los Palacios, y de Sanlúcar de Barrameda á Lebrija, por Trebujena, incluídas respectivamente en el plan general de las del Estado por las leyes de 26

de Enero de 1883 y de 21 de Julio de 1891, deberán precisamente enlazar con la carretera de primer orden de Madrid á Cádiz, á la que son afluentes, y terminar en aquellos puntos de empalme que como más ventajosos se fijen al estudiar sus proyectos respectivos.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Eduardo Gullón, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras las del Coronil á Morón, de Morón á Montellano y de Puebla de Cazalla á la de Ecija á Olvera.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se declaran incluídas en el plan general de carreteras de tercer orden las siguientes:

Una que, partiendo del Coronil, termine en Morón.

Otra que, partiendo de Morón, termine en Montellano; y

Otra que, partiendo de Puebla de Cazalla, y pasando por el Fontanar y Villanueva de San Juan, termine en la de Ecija á Olvera.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo dispuesto en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Eduardo Gullón, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una del sitio llamado de los Hoteles de Aparicio al faro del Cabo Mayor.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado, en la provincia de Santander, una de tercer orden que, partiendo del sitio llamado de los «Hoteles de Aparicio», en la de esta capital al Sardinero, y siguiendo la dirección de la calleja de Pontejos, pase por los sitios denominados de las Lla-

mas, Quemada, Valdenoja y Ricial, atraviése el centro al barrio de Buenavista, en el puente de Cuento, y termine en el faro de Cabo Mayor.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 sobre construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Eduardo Gullón, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo prórroga para la construcción del ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se prorroga por tres años más, á contar desde la promulgación de la presente ley, el plazo de que disfruta la Sociedad «The Coruña

Santiago and peninsular railway Company limited,» para la construcción de las obras del ferrocarril de Pontevedra al puerto de Carril; entendiéndose concedida esta prórroga en los mismos términos que contiene el art. 1.º de la ley de 8 de Julio de 1892.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Eduardo Gullón, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo exención de derechos arancelarios al material de hierro importado del extranjero para la construcción de los puentes necesarios en las carreteras provinciales de Puerto Rico.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por varios individuos de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede exención de los derechos arancelarios al material importado del extranjero para la construcción de los puentes de hierro que sean necesarios para las carreteras provinciales de la isla de Puerto Rico.

Art. 2.º En el caso de que la Diputación provincial de dicha isla hubiese satisfecho, á la publicación de esta ley, el importe de los derechos arancelarios á que hace referencia el artículo anterior, por el Ministerio de Ultramar se dictarán las oportunas órdenes para la devolución de las cantidades cobradas á la citada Corporación por el expresado concepto.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Eduardo Gullón, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras de Puerto Rico una de Manatí á Juana Díaz.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se incluye en el plan general de

carreteras del Estado, en la isla de Puerto Rico, una que, partiendo de Manatí, termine en Juana Díaz, pasando por el pueblo de Ciales y barrio de Cialitos.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Eduardo Gullón, Diputado Secretario.—Manuel García Prieto, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley del Senado, disponiendo la erección en León de una estatua de Alonso Pérez de Guzmán «el Bueno»

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Senado, tomando en consideración lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se erigirá en León una estatua representando la figura de Alonso Pérez de Guzmán «el Bueno», hijo de aquella ciudad.

Art. 2.º La longitud de la referida estatua, con inclusión del plinto, será de 3'50 metros, y se fundirá por cuenta del Estado en la fábrica de cañones de artillería de Sevilla, facilitando el Ministerio de la Guerra, para el expresado objeto, el bronce necesario, considerado como inútil ó procedente de desecho.

Art. 3.º A los tres años de promulgada esta ley, el director ó jefe de dicha fábrica hará entrega de la estatua á la Diputación provincial de León, la cual costeará con fondos de su presupuesto el modelo en yeso, así como la construcción del pedestal, em-

pleando precisamente para éste materiales producto de la provincia; y para ambos objetos se abrirá un concurso público entre escultores y arquitectos españoles, cuyos proyectos remitirá aquella Corporación á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, para que ésta elija los que considere más adecuados por su carácter y condiciones al expresado fin.

Art. 4.º A los tres meses de haber publicado la *Gaceta* esta ley, la Diputación provincial de León anunciará oficialmente quedar abiertos los concursos á que se refiere el artículo anterior.

Art. 5.º La Real Academia de la Historia redactará en castellano la inscripción que habrá de esculpirse ó de grabarse en uno de los frentes del pedestal.

Y el Senado lo pasa al Congreso de los Diputados, acompañando el expediente conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Senado 28 de Abril de 1894.—El Marqués de la Habana, Presidente.—El Conde de Cervera, Senador Secretario.—El Vizconde de los Asilos, Senador Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL MARTES 1.º DE MAYO DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Cumplimiento de la ley de procedimiento administrativo; legalidad del grito «viva la República» y de la propaganda separatista; represión de los ataques de la prensa á la persona del Monarca: comunicación del Gobierno, relativa á las preguntas del Sr. Sánchez Toca.

Concesión de prórroga al ferrocarril de Madrid á San Martín de Valdeiglesias: proposición de ley.—La apoya el señor Marqués de Valdeiglesias.—Se toma en consideración.

Rumores sobre aumentos de gastos en los presupuestos; remedio de la crisis obrera en Béjar: preguntas del señor Bullón.

Publicación del reglamento de vinos; expediente de suspensión de 15 diputados provinciales de Málaga: preguntas del Sr. Bores y Romero.

Juramento del Sr. Perojo.

Restablecimiento á cargo del Estado del servicio de carterías municipales; atentado cometido por el juez municipal de Aranjuez en la persona de la Sra. Marquesa de Remisa: ruegos del Sr. Muñoz.

Aplicación de la ley del timbre á los productos farmacéuticos: exposiciones presentadas por lo Sres. Alvear y Junoy.

Diversidad de origen de la representación antillana en Cortes: manifestación del Sr. Perojo.

Libertad del cultivo del tabaco: proposición de ley.—La apoya el Sr. Avila.—Declaración del Sr. Ministro de Hacienda.

Concesión de suplementos de crédito y créditos extraordinarios al presupuesto vigente: proyectos de ley.

Libertad del cultivo del tabaco: se toma en consideración la proposición del Sr. Avila.

Datos para la discusión del proyecto de ley de represión de los delitos cometidos por medio de explosivos; modificación de la tarifa especial del ferrocarril del Norte, combinada con la línea de Zaragoza, para el transporte de la sal: reclamación y ruego del Sr. Amat.

Situación especial de un individuo que se dice condenado á muerte por un tribunal militar en Barcelona; conducción de testigos por tránsitos de justicia: ruegos del Sr. Lostau.—Contestación de los Sres. Ministros de la Guerra y de Gobernación.—Rectificaciones de los Sres. Lostau y Ministros de la Guerra y de Gobernación.—Manifestación del Sr. Muro.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Rectificaciones de ambos señores.—Manifestación del Sr. Presidente.

Sorteo de Secciones.

ORDEN DEL DÍA: Sucesos de Melilla: continúa el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez.—Discurso del Sr. Sanchís para alusiones personales.—Contestación del Sr. Ministro de la Guerra.—Rectificación del Sr. Sanchís.—Alusión personal del Sr. Llorens.—Contestación del Sr. Ministro de la Guerra.—Rectificaciones de ambos señores.—Se suspende la discusión.

Suspensión de una sentencia del Tribunal Contencioso, relativa al tranvía de San Sebastián: comunicación.

Constitución de Comisiones: comunicaciones.

Pliegos de condiciones de las concesiones de las líneas de Madrid á Zaragoza y Alicante, Almansa á Valencia y Madrid á Irún: comunicación.

Tratados de Alemania é Italia: exposición.

Concesión de un crédito extraordinario al presupuesto de

Puerto Rico; ferrocarril de Lezama á Guernica; idem de Guernica á Ondárroa; carretera de Torres de Gaitán á la de Elche á Dolores; idem de Híjar á la estación de Val de Zafán; idem de Sevilla á la de Lora del Río á Santiponce; idem de Torrevellilla á Maella; prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapiedra hasta Peñaranda de Bracamonte: dictámenes.

Orden del día para el viernes.—Se levanta la sesión á las siete.

Abierta la sesión á las dos y media, y leída el Acta de la anterior, fué aprobada.

Se anunció que quedaría sobre la mesa una comunicación del Sr. Presidente del Consejo de Ministros acusando el recibo de la comunicación de Secretaría en que se le participan las preguntas hechas por el Sr. Diputado D. Joaquín Sánchez de Toca sobre las causas que hayan motivado la falta de publicación del estado-resumen de los expedientes despachados por las oficinas del Estado en 1893; sobre si pueden considerarse legales el grito de «viva la República» y la propaganda separatista, y sobre la actitud del Gobierno en punto á la represión de los ataques inferidos por la prensa á la persona del Monarca.

Se leyó una proposición de ley concediendo una prórroga de dos años á la Compañía concesionaria del ferrocarril de Madrid á San Martín de Valdeiglesias. (Véase el Apéndice 9.º al Diario núm. 116.)

En su apoyo dijo

El Sr. Marqués de VALDEIGLESIAS: Únicamente voy á decir dos palabras, para rogar al Congreso que se digne tomar en consideración la proposición de ley que acaba de ser leída, en la que se pide una prórroga de dos años para concluir las obras del ferrocarril económico, sin subvención alguna del Estado, que ha de unir la capital de España con el vecino pueblo de [San Martín de Valdeiglesias.]»

Leída por segunda vez, fué tomada en consideración la proposición, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Bullón tiene la palabra.

El Sr. BULLON: Señores Diputados, por la prensa periódica, durante mi breve ausencia de Madrid, he tenido ocasión de enterarme de que el digno Sr. Presidente del Gobierno, nuestro querido jefe, ha recomendado á los Ministros que al formar los presupuestos no consignen aumento alguno en los de gastos; pero al lado de tan grata noticia, he averiguado por el mismo conducto que, á pesar de esta patriótica y saludable advertencia, en algunos De-

partamentos se piensa en consignar mayores gastos que los hasta aquí presupuestos, y aun excederse mucho con relación al presupuesto del ejercicio anterior.

Considerando esto atentatorio al crédito de la Nación, cuya defensa constituye la misión preferentísima de todo hombre de gobierno, yo ruego al Sr. Presidente del Consejo que no consienta estos aumentos, que no los tolere, que no los soporte, como diría un silvelista, arrancando si fuese menester la dimisión á quienes de ese modo faltan á los compromisos solemnemente contraídos con el país, dando al olvido el programa de economías que sirve de bandera y constituye la fuerza más positiva del gran partido liberal.

Para autorizar mayores gastos, es absolutamente preciso tener asegurados mayores ingresos; y como en la crítica situación por que el país atraviesa, es antipatriótico y ocasionado á gravísimos trastornos político-sociales aumentar los ingresos con cargo á las abatidas agricultura, industria y comercio, antipatriótico y hasta peligroso es también aumentar los gastos. Además, el hacer esos aumentos sería dejar de cumplir lo ofrecido en el programa político del partido liberal, que es introducir economías y nivelar los presupuestos.

Y ya que estoy en el uso de la palabra, voy á hacer también un ruego al Sr. Ministro de Fomento, que espero le sea transmitido por la Mesa.

Hoy he recibido carta del señor alcalde de la siempre heroica ciudad de Béjar, dándome cuenta de la manifestación obrera que allí se ha llevado á cabo, y en la que de 2 á 3.000 obreros han pedido, con energía tan dolorosa, como laudable prudencia, pan y trabajo, porque falta éste en aquellas fábricas y los obreros están en la mayor miseria. Entre otros medios para remediar esta desgraciada situación de los laboriosos y honrados bejaranos, se me indica por el alcalde de dicha ciudad que gestione la continuación de las obras de la carretera de Béjar á Sequeros, que están interrumpidas por motivos que no debieran serlo.

En el plan de obras públicas de la provincia de Salamanca para el año económico anterior figuraba la cantidad de 289.000 pesetas para la construcción del segundo trozo de la carretera de Béjar á Sequeros, sin que se hayan llevado á efecto dichas obras.

Llamo hoy la atención del Congreso y mañana la del país, que leerá lo que digo acerca del particular. Se hizo el replanteo, ¿y sabéis lo que ocurrió? Pues

ocurrió que el presupuesto era tan excesivo, que podía hacerse la obra por una cuarta parte menos de lo presupuesto. Entonces el celoso jefe de ingenieros de aquella provincia envió los trabajos á la Dirección general, ésta á la Junta consultiva, y, en efecto, en la Junta consultiva está el expediente desde el 8 de Febrero, sin que las gestiones de los señores Senadores y Diputados de la provincia de Salamanca, ni las que yo especialmente he practicado por lo mucho que interesa al distrito de Sequeros, hayan tenido éxito ninguno.

Yo ruego al Sr. Ministro de Fomento y al muy digno señor director de obras públicas, á quien envío el testimonio de mi cordial afecto por ser uno de los altos funcionarios del Estado que mejor recibe y trata á los representantes del país, que ese expediente se resuelva cuanto antes, para dar ocupación á los innumerables obreros de Béjar y á los no menos innumerables y necesitados del distrito de Sequeros; y si ese expediente no se resuelve, podremos tener un motivo más para repetir lo que en este sitio dijo un Ministro de la Gobernación á propósito de ciertas Juntas consultivas, que más que consultivas parecían Juntas *dificultativas*; y la verdad es, dicho sea de paso, que si esas Juntas no sirven para otra cosa que para entorpecer la buena marcha de la administración pública, lo mejor sería suprimirlas, llevando así al presupuesto del Estado una gran economía.

Suplico á la Cámara que dispense la molestia que la he ocasionado, y á la Mesa que ponga en conocimiento del Sr. Presidente del Consejo de Ministros y del Sr. Ministro de Fomento los ruegos que he tenido el honor de dirigirles.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Se transmitirán los ruegos de S. S. á los Sres. Presidente del Consejo y Ministro de Fomento.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Bores tiene la palabra.

El Sr. **BORES Y ROMERO**: No es extraño, señores Diputados, que el banco azul esté desierto, porque lo mismo sucede casi todos los días, pues no parece sino que los Sres. Ministros no conceden importancia ninguna á los ruegos y preguntas que tienen que dirigirles los Diputados de las oposiciones; llegando á tal extremo la indiferencia del Gobierno, que no hace caso ninguno de las preguntas de los mismos, é igualmente de las de los individuos de la mayoría, aunque éstas puedan hacerle menos daño.

Dirigí un ruego hace días al Sr. Ministro de Hacienda, el cual me contestó que procuraría informarse, y con efecto, todavía no se ha informado. Yo espero que se digne S. S. venir al Congreso, y que si no trae el expediente relativo á la justificación del retraso en la publicación del reglamento sobre el consumo de los vinos, se sirva aducir aquellas razones que, según dijo, eran de peso, á las que había obedecido dicho retraso.

Hoy he de dirigir otro ruego al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, y suplico á la Mesa se digne transmitírsele, para que el Sr. Ministrose entere y se sirva atender las indicaciones que voy á tener la honra de hacer:

En 2 de Diciembre último fueron suspensos 15 diputados provinciales de la Diputación de Málaga, acordándose en la Real orden de suspensión que se pasara el tanto de culpa á los tribunales de justicia. En efecto; el expediente debió pasar á la Audiencia territorial de Granada; pero trascurrieron los sesenta días que fija el art. 138 de la ley provincial, y como la Audiencia de Granada no había dictado auto de procesamiento, aquellos diputados provinciales suspensos se presentaron ante la Comisión provincial á reintegrarse en la posesión de sus cargos. El gobernador civil de aquella provincia, que es modelo de gobernadores puestos al servicio del caciquismo, tuvo á bien, juzgando que aquel hecho legítimo de los diputados provinciales suspensos les hacía acreedores á ello, mandarlos nuevamente á los tribunales de justicia. Van trascurridos dos meses desde que hizo esto el gobernador civil de la provincia de Málaga, y todavía sobre estas diligencias instruidas en la Audiencia territorial de Granada no se ha resuelto nada; mi ruego, pues, al Sr. Ministro de Gracia y Justicia se reduce á que excite el celo de aquella Audiencia por medio del ministerio fiscal, para que resuelva, tanto sobre la causa de la suspensión de los diputados provinciales, como sobre esta causa instruida por haberse presentado los diputados suspensos á reintegrarse de sus cargos.

Espero que la Mesa tendrá la bondad de transmitir este ruego mío al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, y espero que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, como los demás Ministros de la Corona, vendrán aquí á cumplir con el deber que tienen de dar respuesta y satisfacción á las preguntas que les formulan los Diputados del país.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Se transmitirán á los Sres. Ministros de Hacienda y de Gracia y Justicia los ruegos de S. S.

Juró el cargo de Diputado el Sr. Perojo.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Muñoz tiene la palabra.

El Sr. **MUÑOZ**: La había pedido para dirigir un ruego al Sr. Ministro de la Gobernación acerca de un asunto que se relaciona en cierto modo con el ruego que he tenido el gusto de oír formular á mi amigo el Sr. Bullón; pero difiriendo un tanto de la idea que al Sr. Bullón anima, porque el Sr. Bullón manifestaba serios temores de que pudieran aumentarse los gastos del Estado en los próximos presupuestos, y yo, con el ruego que voy á dirigir al señor Ministro de la Gobernación, pudiera parecer que me propongo que se aumenten; pero yo no sé si en realidad se habrán de aumentar ó de disminuir.

Digo esto, porque mi propósito es rogar al señor Ministro de la Gobernación que cuando se ocupe en realizar los proyectos que, según noticias de la prensa, se propone realizar en el servicio de correos, tenga presentes las circunstancias difíciles en que se hallan muchos Ayuntamientos, á cargo de los cuales ha quedado el servicio de las carterías; los Ayuntamientos no tienen consignación en sus presupuestos ó no tienen fondos para hacer esas consignaciones, y resulta que hay muchos pueblos en España donde

no hay posibilidad, como no vayan por el aire, de que lleguen las cartas á ninguna persona. Este estado de cosas, que es muy triste, por los graves perjuicios que con él se pueden irrogar y se irrogan de hecho á muchos españoles, es el que desearía yo que se remediara, restableciendo el servicio de las carterías al estado que tenía anteriormente.

Y dicho esto, voy á hacer otra manifestación, dirigida al Sr. Ministro de Gracia y Justicia.

A primeros del mes pasado, una persona de mi familia, cuyo nombre no tengo para qué ocultar, la Marquesa de Remisa, se dirigía desde una posesión suya, sita en término de Belinchón, á la ciudad de Granada á unirse con su único hijo, con quien ha vivido toda la vida.

Iba acompañada de criados antiguos y leales, y además del administrador suyo, persona de toda su confianza. En la estación de Aranjuez se presentó el juez municipal de allí, y á instancia de un yerno suyo, con el cual dicha señora tenía pendientes graves cuestiones de intereses, y con pretextos que no es del caso relatar (si estuviera el Sr. Ministro de Gracia y Justicia presente, tal vez me entretuviera más en esto), el dicho juez municipal con artes curialescas, arrebató á esta señora de brazos de su hijo, realizando con ella, aunque en términos más ó menos judiciales, una especie de secuestro, puesto que la obligó á permanecer depósito en casa de ese yerno suyo, cuyas circunstancias acabo de indicar.

Considero yo que este asunto tiene grande importancia, porque reviste los caracteres de un verdadero atentado contra los derechos individuales, y además porque puede constituir una prevaricación de la mencionada autoridad judicial. Están, pues, en el caso el presidente y el fiscal de la Audiencia de tomar las medidas oportunas, y yo, por medio del Sr. Ministro de Gracia y Justicia, excito su celo para que tomen conocimiento de este hecho, del cual probablemente no será esta la última vez que me ocupe. He dicho.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Se transmitirán á los Sres. Ministros de Gobernación y de Gracia y Justicia las indicaciones de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Alvear tiene la palabra.

El Sr. **ALVEAR**: He pedido la palabra para tener la honra de presentar al Congreso, en nombre de los farmacéuticos de Santander, una exposición que elevan á las Cortes, reclamando la derogación del apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre del Estado, que previene contribuyan por el tipo fijo de 10 céntimos de peseta los específicos y aguas minerales cuando se pongan á la venta.

Son tan fundadas las consideraciones que los interesados alegan, que yo espero que la Cámara recibirá con benevolencia esta petición, y ruego á la Mesa haga pasar la exposición á la Comisión correspondiente.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Pasará á la Comisión de peticiones.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Junoy.

El Sr. **JUNOY**: La había pedido, con idéntico objeto que el Sr. Alvear: para tener el honor de presentar á las Cortes otra exposición de la respetable clase de farmacéuticos, para la cual tuvo el otro día el señor Ministro de la Gobernación palabras de simpatía y de confianza.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Pasará á la Comisión correspondiente.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Perojo.

El Sr. **PEROJO**: Señores Diputados, no he querido tomar asiento en estos escaños al lado de mis antiguos y constantes amigos y correligionarios del partido liberal sin consignar un hecho, para mí doloroso, y que no por estar ya sancionado por la práctica y por las costumbres, debemos dejar pasar sin concederle toda la importancia que realmente tiene.

Al venir yo á estas filas de la mayoría, al levantar mi voz entre vosotros por la representación que me ha conferido un partido antillano, el partido autonomista, mis primeras palabras han de ser para deplorar que en este augusto recinto nos hallemos reunidos Diputados cuya elección se funda en distintos conceptos, unos en un principio de derecho electoral, otros en la cuantía de la tributación; estableciéndose así una representación que, aunque igual en derecho, es distinta en origen y procedencia, y viene á constituir una especie de categorías, que podrán la ley y el reglamento sancionar, pero que la conciencia rechaza.

No puede haber jerarquías ni diferencias en cuanto se refiere á la representación de estos partidos antillanos; y como hay en este punto cierta desigualdad, para mí muy sensible, me he creído en el deber de pedir la palabra para reclamar el concurso de todos mis colegas antillanos, y que juntos tratemos de hacer desaparecer estas diferencias y contribuyamos á establecer la perfecta igualdad de origen y procedencia, así como de representación de todos los Sres. Diputados á Cortes.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Marqués de Lema.

El Sr. Marqués de **LEMA**: Como mi objeto era dirigir una pregunta al Sr. Ministro de Ultramar, á quien he tenido la honra de rogar que concurriera... (El Sr. Corrales: No hace más que veinte minutos que S. S. ha pasado el aviso, razón por la cual el Sr. Ministro de Ultramar no ha podido venir.)

No era mi ánimo dirigir una censura al Sr. Ministro de Ultramar, sino rogar á la Mesa que me reservase la palabra.

De manera que no era esto motivo para que el Sr. Corrales saliera en defensa del Sr. Ministro, considerándole ofendido. En modo alguno había en mis palabras cargo contra el Sr. Ministro, á quien deseaba yo ver en el banco azul.

El Sr. **PRESIDENTE**: Y aunque lo hubiera habido, Sr. Marqués de Lema, tocaba al Presidente, y no á ningún Sr. Diputado, indicar por qué no estaba aquí el Sr. Ministro.

El Sr. Marqués de **LEMA**: Señor Presidente, comprenderé S. S. que únicamente me he hecho cargo de

esa interrupción para que no pareciera que había dirigido censura alguna al Sr. Ministro de Ultramar. Por lo demás, la observación de S. S., más me parece que irá dirigida al Sr. Diputado que me ha hecho la interrupción, que á mí.

Ruego al Sr. Presidente tenga la bondad de reservarme la palabra para cuando el Sr. Ministro de Ultramar se halle en su banco.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Avila tiene la palabra.

El Sr. **AVILA**: Ruego al Sr. Presidente que, si no encuentra en ello dificultad, se sirva ordenar la lectura de una proposición de ley que hace días ha sido presentada por mí.»

Se leyó una proposición de ley del Sr. Avila autorizando en España é islas adyacentes el libre cultivo de la planta del tabaco. (Véase el Apéndice 11.º al Diario núm. 110.)

En su apoyo dijo

El Sr. **AVILA**: Poco esfuerzo necesitaré para llevar al ánimo del Congreso el convencimiento de la importancia grande que entraña la proposición que he tenido el honor de presentar, firmada por mí y otros Sres. Diputados de esa mayoría y de esta minoría. Es imposible resistir por más tiempo mudos al estado de penuria que atraviesa nuestro país.

No entraré en digresiones sobre el derecho eminente del Estado, por virtud del cual se puede crear autorizado para prohibir que el dueño de los terrenos pueda dedicarlos á lo que crea más conveniente á sus intereses y sacar de ellos la mayor utilidad posible; no es este el momento oportuno para dilucidar esta cuestión; trataremos de ella si llega á discutirse esta proposición á su debido tiempo.

Como saben los Sres. Diputados, la filoxera ha invadido una gran parte de nuestro territorio; sobre todo, en algunas de nuestras provincias se ha ido extendiendo como una mancha de aceite, que cada día se ensancha más; y esto ha hecho que nuestra viticultura se vea arruinada en muchos puntos de la Península. Por otra parte, las dificultades de la exportación de nuestros vinos, la verdadera imprevisión con que se extendió el cultivo de la vid en las proporciones en que se ha hecho por las ventajas que años atrás se obtuvieron en su venta, durante el tiempo en que la filoxera invadía á la vecina República, la despoblación de los montes que se dedicaron á viñas, que ahora nada producen; la escasez de recursos para repoblarlos; el largo tiempo que hay que esperar para conseguirlo, todas estas circunstancias reunidas han constituido á muchas de esas comarcas, productoras de vinos en días más felices, en un estado verdaderamente lamentable, al cual los Poderes públicos no pueden menes de atender.

Muchos particulares y aun Corporaciones, y sobre todo hombres de ciencia entusiastas, se han dedicado hace algún tiempo á hacer una propaganda en pro del cultivo del tabaco. Estos trabajos hasta ahora han sido aislados, y por tanto, ineficaces; únicamente con la cooperación de las Cortes, y yo espero que con la del Gobierno, podría llegarse á una armonía entre los diversos intereses que aparecen encontrados en la cuestión del cultivo del tabaco.

Yo bien sé que este cultivo no es una panacea

para evitar los males de nuestra agricultura; pero todos sabéis también que puede ser un medio eficaz para remediar una parte de esos males. Todos los días vemos en la prensa, sobre todo de Andalucía, algo que se refiere al asunto; hoy mismo, si no estoy equivocado, se publica una noticia en uno de los periódicos diciendo que se han arrancado 60.000 plantas de tabaco en una de nuestras provincias; destrucción que en algunos años llegó á muchos millones, que representan un valor inmenso que se inutiliza, mientras que los agricultores andaluces y de otras provincias perecen por falta de movimiento en sus mercados.

Este afán de destruir lo que la naturaleza da espontáneamente ó con poco trabajo, y que es una riqueza para el país, es verdaderamente lamentable; contrista el ánimo más sereno.

Otra de las ventajas que del libre cultivo del tabaco reportaría el país, sería que la Compañía arrendataria podría dar más barato el tabaco, porque en aquellos países donde el bienestar y la riqueza son mayores, el consumo es también mayor. Así vemos, por ejemplo, que en Bélgica se consumen por cada habitante 250 kilos, en Holanda 200 y en Alemania 150; y esta cifra va disminuyendo en las otras Naciones, según la riqueza de cada una, siendo España la que ocupa el núm. 12; es decir, que después de nosotros, únicamente Suecia y Dinamarca consumen menos tabaco.

La Compañía arrendataria, así como el Gobierno, deben saber también que el consumo del tabaco es menor en aquellas provincias y en aquellos años en que las epidemias, las tormentas ú otros males son grandes y las cosechas se han perdido, lo cual quiere decir, que fomentando la riqueza del país se aumenta el consumo del tabaco y de la renta del mismo.

Debo también llamar la atención del Congreso hacia un dato importante que me ha suministrado un amigo mío, conocedor profundo en la materia, sobre los rendimientos que esta planta produce en los países donde se cultiva.

En los Estados Unidos el acre de terreno sembrado de trigo sólo da 8 ó 9 duros; el de algodón 49 y el de tabaco 69. Este es un dato que debe tenerse muy en cuenta para que la Cámara tome en consideración esta proposición. El suelo y el cielo de nuestro país son para el objeto inmejorables, y tanto es así, que cuando se discutió el arrendamiento de la renta del tabaco algunos periódicos extranjeros se lamentaban y se sorprendían de que teniendo como tenemos un suelo tan á propósito para este cultivo y en el que tan fácilmente se obtiene la producción de tan gran riqueza, se prohibiera en España el cultivo del tabaco, que se permite en nuestras posesiones de Ultramar, Antillas, Filipinas y en el Golfo de Guinea, que se permite en las islas Canarias, y en las Baleares aun existe desde cuando pertenecían á los ingleses. No se explican, pues, fácilmente los periódicos á que me refiero, que el cultivo del tabaco haya podido prohibirse en la Península.

Al Tesoro produciría también este cultivo ventajas enormes, puesto que podría imponerse al tabaco una contribución de un tanto por ciento muy respetable, como, si no estoy mal enterado, ha propuesto la Asociación de ingenieros agrónomos en un proyecto de bases para el establecimiento del cultivo

del tabaco en España, presentado al Sr. Ministro de Hacienda, según el cual se obtendría un ingreso para el Tesoro de 20 pesetas por hectárea como contribución extraordinaria; y desde luego muchos Municipios podrían vivir con este subsidio, como sucede en algunos de Méjico y en otras Naciones de América y Europa.

La Compañía Arrendataria tampoco perdería nada, puesto que en lugar de traer el tabaco de los Estados Unidos, podría adquirirlo en la Península más barato y tan bueno ó mejor que el de aquel país, ahorrándose desde luego el flete y la diferencia de los cambios, que, como es sabido, están ahora muy altos. Y esas cantidades que hay que pagar en oro y que van á los Estados Unidos, podrían muy bien quedar en nuestra Península, donde hace tanta falta ese metal.

Claro es que todo esto tendrá que hacerse de acuerdo con la Compañía arrendataria de tabacos, como se indica en la proposición, puesto que el cultivo en las condiciones que se propone requiere una vigilancia y una reglamentación grande, como sucede en Francia, en Italia y otros países, donde es libre el cultivo del tabaco y está además estancado. Esta reglamentación se podría hacer de muchas maneras, y como no puedo ahora entrar en ese terreno, sólo me limito á indicarlo.

A nuestras posesiones de Ultramar tampoco les puede importar que la Península se dedique á este cultivo, porque el tabaco de las Antillas es de una calidad tan superior que en todas partes tiene un gran mercado, y el que se cultivara en España podría acordarse que entrara en aquellas islas. Además, según la base 11.ª del contrato, la Compañía arrendataria está obligada á tomar una cantidad de tabaco de las Antillas, lo mismo que de Canarias y de Filipinas, y hasta del Golfo de Guinea, si llegara allí á cultivarse; y, por consiguiente, no las puede perjudicar esta proposición. La única Nación á quien puede perjudicar es á los Estados Unidos, donde se siembran inmensos terrenos de tabaco que constituyen una gran riqueza y tienen su mercado en toda Europa. Lo mismo pasa en Méjico, en toda la América central y meridional, en el Brasil, en Buenos Aires; hoy se cultiva en Africa, en la Argelia, y en Asia; en Siria, Persia, Arabia y otros puntos; en Oceanía, Australia, Java, etc.; y en Europa, en Italia, Francia, Alemania, Holanda, Hungría, Austria, la misma Rusia, y solamente en alguna Nación del Norte de Europa es donde no puede cultivarse porque el clima no lo permite.

Teniendo, pues, en cuenta la necesidad en que está nuestra agricultura de variar de cultivo allí donde las necesidades lo exigen imperiosamente, en vista de las circunstancias críticas, gravísimas, yo ruego á la Cámara que tome en consideración la proposición que he tenido el honor de apoyar.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de Hacienda tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Para decir únicamente que el Gobierno no puede prestar su apoyo á esta proposición, porque entiende que por una ley de este género no puede derogarse una ley-contrato del Reino.

Y ya que estoy en el uso de la palabra, y con la venia del Sr. Presidente, voy á leer varios proyectos de ley.»

Inmediatamente subió á la tribuna el Sr. Ministro y leyó los siguientes proyectos de ley:

Concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 6.ª del presupuesto vigente de Obligaciones de los Departamentos ministeriales. (Véase el Apéndice 1.º al Diario núm. 121, que es el de esta sesión.)

Concediendo dos suplementos de crédito á los artículos 4.º y 5.º del capítulo 5.º de la sección 4.ª del presupuesto vigente de Obligaciones de los Departamentos ministeriales. (Véase el Apéndice 2.º á este Diario.)

Concediendo un suplemento de crédito al artículo 1.º del capítulo 31 de la sección 7.ª del presupuesto vigente de Obligaciones de los Departamentos ministeriales. (Véase el Apéndice 3.º á este Diario.)

Ampliando el remanente de crédito que ofrece el concedido por ley especial á la sección 6.ª del presupuesto de gastos vigente de Obligaciones de los Departamentos ministeriales para gastos de epidemias (Véase el Apéndice 4.º á este Diario); y

Concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 3.ª del presupuesto de gastos vigente de Obligaciones generales del Estado. (Véase el Apéndice 5.º á este Diario.)

El Sr. **SECRETARIO** (García Prieto): Los proyectos de ley leídos por el Sr. Ministro de Hacienda pasarán á la Comisión de presupuestos.»

Leída nuevamente la proposición de ley del señor Avila, fué tomada en consideración, anunciándose que pasaría á las Secciones para el nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Amat.

El Sr. **AMAT**: Para dirigir sendos ruegos á los Sres. Ministros de Gracia y Justicia y de Fomento.

Al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, para que se pueda tener en cuenta al discutir y votar el proyecto de ley sobre represión de los delitos cometidos por el empleo de sustancias ó materias explosivas, le rogaría que tuviese la bondad de remitir á la Cámara las hojas histórico-estadísticas de las causas que por flagrantes delitos se hayan seguido en las Audiencias provinciales, y antes Salas de lo criminal de Barcelona y Madrid, en el período comprendido desde la última estadística oficial hasta el presente.

Asimismo, una nota, con omisión de nombres propios, de las correcciones disciplinarias que se hubieran impuesto por el Tribunal Supremo ó por las citadas Audiencias á los encargados de instruir procedimientos y fallarlos por retardo en la instrucción y prosecución de estas causas.

Al Sr. Ministro de Fomento le ruego que tenga la bondad de prestar su atención á un asunto trascendental para el comercio de la provincia uno de cuyos distritos tengo la honra de representar, la de Avila.

Según mis noticias, á propuesta de la Compañía de los ferrocarriles del Norte, se somete á la aprobación del Sr. Ministro de Fomento la modificación de la tarifa especial, serie N. M. A., núm. 2.º de Alicante y Andaluces, para el transporte de la sal. Com-

prende esta tarifa el transporte del artículo que he citado, desde Sigüenza á Avila, Medina del Campo y Valladolid. La Compañía de los ferrocarriles del Norte intenta modificarla, aplicándola tan sólo al ramal comprendido entre Villalba y Medina del Campo, excluyendo de los beneficios que hoy disfruta las estaciones comprendidas entre Villalba y Medina del Campo, pasando por Avila y Arévalo.

Indudablemente, si por esta modificación se pretende anular la competencia de las sales portuguesas, más bien parece que con la reforma que se intenta se trata de otra cosa que la que acabo de indicar; y como no hay razón ninguna que apoye la pretensión que el ferrocarril del Norte tiene de excluir de la proyectada reforma á las estaciones comprendidas entre Villalba, Avila, Arévalo y Medina del Campo, yo ruego al Sr. Ministro de Fomento que antes de dar su aprobación á esta modificación, toda vez que sin la aprobación del Ministerio no puede ser puesta en vigor la tarifa, preste atención, como seguramente la ha de prestar, según es notoria su rectitud, á los graves perjuicios que han de soportar todos los pueblos de aquella provincia, que no disponiendo de otra vía férrea que la que acabo de indicar, á los mercados de Avila y Arévalo han de venir los pueblos de aquella provincia, ó se han de proveer de dicho artículo en las fronteras de Portugal, haciendo aún más precaria su situación, como si fueran pocas las cargas que pesan sobre pueblos como aquellos que no tienen la fortuna de merecer, como otros, los favores del Gobierno.

Así es, que ya que las Compañías no cumplen las condiciones estipuladas, como cerrar los pasos á nivel, aislar las vías y construir estaciones definitivas, poniendo en peligro la vida de los viajeros, como aconteció no hace mucho tiempo en la línea de Avila, ruego al Sr. Ministro que no preste su aprobación á modificaciones de tarifas que, sin beneficio para la Compañía, han de producir grandísimos perjuicios á los pueblos de la provincia que tengo el honor de representar.

El Sr. SECRETARIO (García Prieto): Los ruegos de S. S. se pondrán en conocimiento de los señores Ministros de Gracia y Justicia y Fomento.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): Se va á proceder al sorteo de Secciones.

El Sr. LOSTAU: Señor Presidente, yo tenía pedida la palabra para hacer una pregunta sobre un asunto de grandísimo interés en estos momentos.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): A la Mesa no consta que S. S. tenga pedida la palabra.

El Sr. LOSTAU: Pues la pedí ayer, y hoy he reiterado mi petición al Sr. Presidente, antecesor de S. S.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): Tratándose de un asunto urgente, como S. S. indica, puede S. S. hacer uso de la palabra para formular su pregunta.

El Sr. LOSTAU: He leído en los periódicos llegados hoy y en los telegramas que se publican en los periódicos de Barcelona, que en aquella ciudad hay cinco condenados á muerte, que si á estas horas

no han sido fusilados, están próximos á serlo. Yo no quiero hacer otra cosa en estos momentos que citar un hecho. Uno de esos condenados, que están en el castillo de Monjuich, me ha escrito una carta, que tengo aquí, en la cual me dice cosas que justifican mi impaciencia por explanar mi interpelación, que desde el 7 de Abril tengo anunciada. Pues bien; en las cartas que tengo se me dice que á ese procesado, ó condenado hoy, se le han inferido tormentos de tal gravedad, que únicamente ante la violencia de estos tormentos se explica el que haya podido hacer declaraciones como las que ha hecho. Denuncio este hecho á la Cámara, al efecto de que se entere el Gobierno y se enteren los Poderes supremos, á fin de que no se proceda de una manera tal vez precipitada y se ejecuten sentencias que pueden no estar inspiradas en la mayor sangre fría.

Hago esta indicación, porque la creo cuestión de humanidad y porque en la carta á que me refiero se dicen cosas gravísimas, no sólo respecto á este individuo, sino á los demás comprendidos en el proceso; pues se manifiesta que se les ha inferido tales tormentos que rayan en la crueldad. Si esto resultara exacto, yo dejo á la consideración del Gobierno y de la Cámara el apreciar el juicio que merecen declaraciones obtenidas con tormentos que la naturaleza humana rechaza.

Otro ruego tengo que hacer al Sr. Ministro de la Gobernación.

Hace días que el Sr. Ministro de la Gobernación me decía que no sabía si el *paso*, ese procedimiento á que me he referido el otro día, era una realidad en nuestra época, y declaraba que en todo caso era contrario á las leyes. Yo ofrecí á S. S. traer pruebas de que el *paso* era una realidad, y como no me gusta hacer afirmaciones de ligero, he adquirido por mí mismo las pruebas, y tengo aquí cartas de los interesados.

Pues bien; en Badajoz hay dos personas que hace cinco meses fueron llevadas de *paso* desde Barcelona á Badajoz, y entiéndase bien que no había ni el pretexto de que no fueran del mismo Barcelona, pues vivían y estaban empadronados en la capital de Cataluña; hace ocho días que han llegado esos infelices á Badajoz maltrechos y llenos de miseria, y cuando han llegado allí y han sido puestos en libertad, el gobernador de Badajoz, por todo consuelo á sus lamentos, les ha dicho que vuelvan á Barcelona; es decir, que vuelvan á hacer la peregrinación de cinco meses de cárcel en cárcel y maniatados como criminales, mientras que sus mujeres é hijos se están muriendo de hambre.

Tengo aquí á disposición del Sr. Ministro de la Gobernación la carta escrita desde la cárcel de Badajoz, en que me anuncian su partida y piden al Gobierno que, ya que se trata de una conducción que creen ilegal é injusta, debiendo llegar el 2 ó el 3 de Mayo á la ciudad de Mérida, se les haga, cuando menos, la gracia de ponerles allí en libertad, y no se les obligue á pasar otro cautiverio de cinco meses, para que al llegar á Barcelona se les mande quizá á otra parte.

Estos dos asuntos merecían la pena de que se interrumpiera el curso de los debates. Yo pido perdón á la Presidencia, que no dudo me lo concederá, porque se trata de asuntos de humanidad.

Es de tal importancia y gravedad lo que sucede

en Barcelona, Sres. Diputados, que yo desearía que todos vosotros, haciendo un punto de suspensión en las cuestiones políticas pendientes, permitiérais al último de los Diputados que os dirige la palabra un poco de tiempo para explicároslo con todos los detalles, á fin de que, prescindiendo de cuestiones de partido, que no debe haber en esto, pudiéramos tratar la cuestión social con la elevación con que debe tratarse, y no convirtiéramos, como quieren ciertos terroristas, como pretenden ciertas gentes cuyo cerebro está perturbado, una cuestión que hay medio de resolver en buen terreno, en una cuestión de clases; porque si se convierte en una cuestión de esta índole, entonces, ¡ay de la sociedad y ay del país! He dicho.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): El Sr. Lostau ha recibido una carta de un procesado y condenado á muerte, según dice S. S. (*El Sr. Lostau*: Los periódicos lo dicen), en la cual hace delaciones gravísimas respecto de lo que dice que le ha ocurrido durante el proceso, que ha sido por cierto bastante largo para que hubiera podido acudir ese procesado con reclamaciones en justicia; porque, señores Diputados, es extraño que después de los meses transcurridos desde el hecho de la Gran Vía, que es el origen de la causa á que se refiere el Sr. Lostau, se venga por un Sr. Diputado, en el momento en que ya ha sido condenado ese reo, de quien no me ocupo porque no sé quién es, á manifestar que este reo refiere todos esos horrores que S. S. ha denunciado. Yo empiezo por negar, desde el punto de vista del Gobierno, esos horrores y hechos que denuncia el reo, porque yo no puedo comprender que la justicia se administre en España en esa forma. Esos son procedimientos inadmisibles en una sociedad civilizada, y yo tengo bastante confianza en la justicia de Barcelona para creer que eso se haya verificado; pero de todas maneras, esos procesados han tenido muchos recursos á qué acudir, para que, si hubiera sucedido algo de eso, se hubiera evitado por los medios que tiene en su mano la justicia.

Yo no puedo contestar al Sr. Lostau más que en estos términos. Así y todo, he de decir á S. S. que hasta por telégrafo he de preguntar yo á Barcelona qué puede haber de lo que ha referido S. S., si es que algo ha habido, empezando desde luego por negar que eso sea posible.

En cuanto á los procesados, en Madrid no puede haber hasta hoy más noticias que los telegramas relativos á la terminación de esas causas; de modo que no se conocen, ni los reos, ni los hechos, ni las condenas. De todo eso ha de tener noticia el Gobierno, y el Gobierno procederá en completa y recta justicia. De eso tenga S. S. completa seguridad.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Vuelvo á repetir lo que tuve el honor de indicar á la Cámara, á consecuencia de una pregunta análoga hecha por el mismo Sr. Lostau respecto del procedimiento llamado del *paso*; es decir, que desde hace mucho tiempo, desde que el Sr. Albareda, siendo Mi-

nistro de la Gobernación, lo prohibió, dictando órdenes concretas al efecto, no sé si habrá habido alguna incorrección legal en este sentido; pero yo le puedo asegurar á S. S. que desde la época en que el partido liberal ocupa el poder, lo mismo mis dignos antecesores que yo, no nos hemos prestado á semejante procedimiento; le hemos impedido, ó mejor dicho, no hemos tenido necesidad de hacer nada, porque los gobernadores civiles, inspirándose en el criterio de humanidad, no han adoptado en ningún caso semejante procedimiento. Recordará el Sr. Lostau, que cuando me dirigió la pregunta hice una excepción, que fué la de la provincia de Barcelona, porque esta provincia ha estado en circunstancias verdaderamente excepcionales, que han motivado allí la suspensión de garantías y han puesto en manos de aquella autoridad resortes de gobierno que, empleados en ciertos momentos de tribulación para aquella ciudad, ante la presión que en el ánimo de todos ejercían los terribles hechos acaecidos en la Gran Vía y en el Liceo, no tiene nada de particular que el gobernador apelara á ciertos medios para desalojar la ciudad de algunos elementos que pudieran ser peligrosos.

Ahora, si este acto, que fué perfectamente legal y oportuno, que obedece á circunstancias verdaderamente tremendas, que el Sr. Lostau comprenderá perfectamente; si el acto del gobernador de Barcelona, después en su desarrollo, cuando han transcurrido cinco meses, se ha verificado en el sentido que S. S. indica, yo me enteraré del caso y pondré término á la incorrección; pero repito que ningún gobernador ha incurrido en ese procedimiento, y que únicamente lo ha hecho el de Barcelona en virtud de las circunstancias excepcionales; y yo no creo que ese gobernador, de quien todo el mundo se hace lenguas, á quien S. S. ha calificado de autoridad dignísima, á quien propios y extraños, liberales y conservadores, republicanos y carlistas, y todo el mundo, alaba por la defensa que hizo de la sociedad y por los procedimientos que empleó para defenderla en los momentos de lucha, exponiendo su propia personalidad, sea digno de censura por haber utilizado los medios que ponían en sus manos las circunstancias.

Si esos individuos á que S. S. se ha referido han de volver á Barcelona, y por consiguiente, no ha de ser eficaz la medida adoptada, yo evitaré que vuelvan en las circunstancias á que S. S. se ha referido, á no ser que hayan sido reclamados por un Juzgado ó haya algo que yo ignore y pueda dar lugar á la resolución del gobernador de Badajoz.

El Sr. **LOSTAU**: Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. **LOSTAU**: Comprenderá el Sr. Ministro de la Guerra que al levantarme yo á hacer una afirmación tan grave como la que he hecho, no podía hacerla, ni era prudente que yo lo hiciera, sin tener datos que completaran ó que por lo menos en alguna parte justificasen y demostrasen la posibilidad del hecho denunciado, y por esto lamentaba yo que la perentoriedad del tiempo me obligara hoy á hacer esta pregunta al Gobierno, porque sobre el particular tengo datos preciosísimos que poner á su disposición. He dicho antes, y repito ahora, que me duele en el alma que á una cuestión que tanto interesa á la Cámara, como es la cuestión social, la cuestión

del anarquismo; que á estos hechos, que son poderosos y que miran al modo de estar de un pueblo y que pueden hacer que la civilización á tanta costa conseguida retroceda un puñado de años, no se les preste la debida atención.

El Sr. Ministro de la Guerra, hombre liberal, no puede menos de rechazar que en pleno siglo XIX se arranquen declaraciones á los procesados por medio del tormento del sueño y del hambre, dando de comer á un hombre únicamente bacalao seco, sin permitirle beber un vaso de agua. Esto ha sucedido; lo explicaré en ocasión oportuna minuciosamente á la Cámara, y no me refiero únicamente al individuo á quien he aludido.

Hago uso de la palabra porque el telegrama que he leído en los periódicos esta mañana me ha alarmado, y no podía menos de suceder así al saber que las pruebas aducidas ante un Consejo de guerra han consistido en declaraciones arrancadas por ese procedimiento, y eso me ha hecho dar la voz de alerta al Gobierno. Tengo datos referentes no sólo á ese individuo de quien hablo, y cuyo nombre ni siquiera he querido citar, sino de otros varios, y á disposición del Sr. Ministro de la Guerra pondré esta carta para que se entere de todos los detalles de esos tormentos, tan repugnantes que ni siquiera quiero indicarlos, porque deseo ahorrar á mi país la vergüenza de que consten en el *Diario de las Sesiones* los tormentos sufridos en el fondo de un calabozo. Sé que ha habido individuos que después de haber padecido esos sufrimientos, fueron puestos en libertad por el juez instructor, y ha habido algunos que después de haber sido puestos en libertad dos veces por la autoridad judicial, dos veces han continuado en el fondo de un calabozo sometidos á horribles tormentos por orden de la autoridad gubernativa.

En cuanto á lo demás, celebro que á estas horas tal vez no sea un hecho lo que la prensa dice respecto de los condenados á muerte en Montjuich, y tenga entendido el Gobierno y tengan entendido los Sres. Diputados que no digo eso porque quiera la impunidad para todos los delitos; lo que quiero es que esta sociedad tenga más presencia de ánimo que la que tiene, que estudie el fondo que hay en el estado social, y distinga, cuando se trate de las clases obreras que tanto sufren, la parte sana de ellas y la parte que está podrida, y esto me parece que no se hace.

En mis palabras no doy á entender de quién es, á mi juicio, la responsabilidad, si es ó no del gobernador civil, porque para acusar es necesario tener pruebas, y yo no las tengo; expongo los hechos, que son los que más autoridad revisten, porque contra ellos no caben argumentos. En cuanto á los procesados de Montjuich, debo decir que antes de ser entregados á la autoridad militar, y lo digo en honra de la autoridad militar de Barcelona, con cuya amistad me honro, fueron sujetos á grandes tormentos. Sé de tres individuos que lo sufrieron, y alguno fué atormentado durante ocho días, y todos ellos sufrieron esos padecimientos hasta que firmaron cierto atestado; en cuanto lo firmaron, dejaron de estar sujetos al tormento.

Repito que no pido la impunidad; lo que sí deseo es que la sociedad estudie lo que hay en el fondo de este asunto... (El Sr. Presidente agita la campanilla.) Permítame el Sr. Presidente: la índole del asunto

vale la pena de que hablemos de él, y recuerde el Sr. Presidente que se han explanado tres interpelaciones anunciadas después de la mía.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): Permítame S. S. La Presidencia no niega á S. S. el derecho que tiene de anunciar una interpelación. (El Sr. LOSTAU: Lo he hecho hace tiempo.) Pero no puede permitir que S. S., con motivo de una pregunta, esté explanando una interpelación, y por eso la Mesa le llama la atención, para que se concrete á lo que ahora tiene derecho á hacer únicamente, ó sea á rectificar.

El Sr. LOSTAU: Cabalmente me ha interrumpido la Presidencia en el momento en que iba á dirigir un ruego al Sr. Ministro de la Guerra; ruego que yo debía fundamentar, porque sería una cosa rarísima que pidiera que se suspendiese la ejecución de una sentencia, sin explicar el motivo de esta petición.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): Su señoría está rectificando, tal vez de una manera abusiva, como en esta Cámara se rectifica; pero conviene hacer presente que S. S. debió formular el ruego al hacer la pregunta. Ahora estaba S. S. rectificando hechos que, sin duda alguna, le habrían atribuido en la contestación dada por los Sres. Ministros.

El Sr. LOSTAU: Yo hago juez á S. S. y también á la Cámara; sólo en virtud de la contestación que yo acababa de recabar del Gobierno, me era posible fundar la petición que iba á hacer. No sabía yo lo que el Sr. Ministro me diría; ¿cómo podía pedirle nada?

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): Continúe S. S.

El Sr. LOSTAU: Yo me limito á pedir al señor Ministro de la Guerra, porque sé las bellas cualidades de S. S., conozco su historia liberal, sé que no ha podido olvidar los martirios que en nombre de una causa semejante otra vez se han aplicado, contra los que todos hemos protestado; yo me limito á pedir, no la impunidad de un reo, porque no es este el caso actual, pero sí que ante lo que acabo de anunciar á la Cámara, se suspenda la aplicación de la sentencia hasta que los hechos que he denunciado queden completamente averiguados; hasta que la opinión pública sepa de una manera cierta, y sobre todo, sepa la clase obrera, que no es un mártir, sino un criminal, aquel á quien la ley castiga, y no considere mártir al que tal vez sea un criminal.

Ahora debo, no rectificar lo que ha dicho el señor Ministro de la Gobernación, sino ponerle en autos de lo que ha sido objeto de esta pregunta.

Los individuos que fueron mandados de *paso* hace un mes, y que hace pocos días han llegado á Badajoz, son aquellos cuyos nombres constan en esta carta, que después entregaré á S. S., y de esta manera podrá enterarse; pero debo hacer presente que, en mi concepto, en concepto del Gobierno y en el de toda la Cámara, el trasladar á uno á distancia tan larga como la que hay desde Barcelona á Badajoz, y hacerlo por el procedimiento del *paso*, no está entre las atribuciones consignadas en la ley de orden público vigente, cuando se suspenden las garantías constitucionales. La distancia más larga á que puede ser desterrada una persona, según esta ley, es 250 kilómetros. Vea S. S. si de Barcelona á Badajoz hay solamente 250 kilómetros. Y todavía al autorizar la

ley de orden público que se pueda hacer cambiar de residencia á una persona trasladándola á un punto distante 250 kilómetros de aquel en donde reside, de ninguna suerte dice que el individuo desterrado debe ir por el procedimiento del *paso*, maniatado y con esposas, como han ido algunos á la ciudad que acabo de indicar, como han ido otros á Castellón, á Huesca y á otros puntos, y cuyos nombres, así como los de los individuos de que se trata, puedo manifestar.

Decía que yo no acusaba al gobernador civil. ¿Por qué había de acusarle? ¿Por ventura sé yo las instrucciones que este funcionario tenía? ¿No he de suponer que este Gobierno está perfectamente enterado de cuanto dicho señor debía hacer? Por consiguiente, para mí huelga esta acusación; y cuando pueda explicar la interpelación anunciada por mí, no tendré para qué ocuparme del gobernador, ni diré una palabra que le moleste, porque es un caballero, porque es una persona de quien he merecido grandes atenciones. Pero ¿implica esto que no haya habido trasgresión de la ley? ¿Quiénes han de ser para mí los responsables? Nadie más que los Ministros de la Corona; las demás autoridades, no.

Yo, Sr. Ministro de la Gobernación, y con esto verá S. S. que no me ha impulsado un deseo de exhibición al pronunciar estas palabras, vine á Madrid en el mes de Febrero, casi expresamente para manifestar al entonces Ministro de la Gobernación, señor Puigcerver, todo cuanto en esta interpelación anunciada he de manifestar cuando la Cámara y el Gobierno me dispensen el honor de escucharme; y al referir al Sr. Puigcerver estas crueldades del *paso*, estos sufrimientos impuestos á procesados á quienes no se había tomado ninguna clase de indagatoria, el Sr. Puigcerver manifestó que de ninguna manera podía aprobar estos hechos; que estos procedimientos estaban reñidos con los preceptos legales y con todo cuanto al partido liberal...

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): Señor Lostau...

El Sr. LOSTAU: Me siento, Sr. Presidente.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): Hace perfectamente V. S.

El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): El Sr. Lostau comprenderá, que cuando se ha seguido un proceso durante cuatro ó cinco meses; cuando se han admitido todo género de pruebas, con la correspondiente intervención de los defensores de los reos, y comunicación de éstos con aquéllos; cuando el procedimiento judicial, lo mismo en la jurisdicción civil, que en la militar, tiene todos estos trámites y no se han presentado ante el tribunal las denuncias de hechos tan gravísimos como los que aquí viene á denunciar el Sr. Lostau, comprenderá S. S. que el Ministro de la Guerra no puede menos de negar en absoluto y por completo que tales hechos punibles se hayan verificado; y negándolos, y no habiéndose entablado ante los tribunales los recursos que proceden por los reos víctimas de esos supuestos atropellos, el Gobierno únicamente tiene acción para lo que yo he prometido antes á S. S. Yo, aun en la duda que debo tener y tengo de la realidad de esos hechos, preguntaré á aquellas autoridades si á ellas se ha recurrido con delaciones de gravedad tan inmensa como la que ha formulado aquí el señor Lostau.

Yo no acrimino á nadie; pero no puedo considerar mártires á los que sean reos implacables; yo siento por ellos todo el dolor, toda la compasión que debe inspirar un reo; pero al recordar á los que pueden ser mártires, no puedo menos de recordar también, á los que desde luego han sido víctimas inocentes de atropellos inauditos. (*Muy bien.*)

Por consiguiente, á pesar de mis sentimientos de liberalismo y de humanidad, no puedo acceder á los ruegos del Sr. Lostau más que en la forma que antes dije. El Gobierno no puede aplazar ni suspender sentencias de los tribunales; pero puede, dentro de sus facultades, informarse; bastándole que un Diputado de la Nación formule una denuncia, para tomarla desde luego en cuenta y darla toda la importancia que merece la respetabilidad de la persona denunciadora y el sitio en que nos encontramos. Y fuera de esto, el Gobierno nada puede prometer.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Ministro de la Gobernación tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Yo hago más, en lo que se refiere á mi digno antecesor y á la digna autoridad de Barcelona, las palabras que ha pronunciado el Sr. Ministro de la Guerra. Desde luego, afirmo que el gobernador de Barcelona y el Ministro de la Gobernación á quien he tenido la honra de suceder, han ajustado de seguro su conducta á la ley. Desconozco los detalles y antecedentes de estas cuestiones á que el Sr. Lostau ha hecho referencia; no sé por qué salieron esos individuos de Barcelona, ni por qué llegaron á Badajoz; pero si esto ocurrió por virtud de disposición gubernativa, esa disposición cabía seguramente dentro de las facultades que á aquel gobernador concedían las leyes en aquella ocasión. Porque S. S. parte del supuesto erróneo, de que el gobernador los desterró á Badajoz, y no hubo tal destierro; pudieron llegar á Badajoz en virtud de disposición gubernativa, sin que yo pueda afirmar en qué se fundó esa disposición gubernativa; pero lo que afirmo es que el Ministro de la Gobernación se hace solidario de la conducta seguida por el gobernador de Barcelona y de sus antecesores al sancionar... (*El Sr. Lostau:* Nadie ha hablado del gobernador.) Está bien; pues el actual Ministro de la Gobernación se hace solidario de la conducta de su antecesor, Sr. Puigcerver, ya que S. S. le ha nombrado, y acepta la conducta seguida en este asunto por este dignísimo Ministro.

El Sr. Lostau, como decía perfectamente el señor Ministro de la Guerra, se olvida de una cosa, y es, de las circunstancias gravísimas por que atravesaba Barcelona; S. S. se olvida del temor que sintió su misma familia, y que sintieron todos los dignos representantes de Barcelona, y que experimentó todo el pueblo catalán, ante las amenazas, ante hechos tan graves, ante hechos tan inusitados, ante hechos tan desacostumbrados como los que ocurrieron en la Gran Vía y en el teatro del Liceo; S. S. sabe perfectamente, como lo sabe todo el mundo, que aquellos sucesos no fueron aislados, que obedecieron á maquinaciones de determinadas asociaciones, de determinados individuos que comulgaban en una idea criminal, que sembraron el terror y el pánico en las familias honradas de Barcelona, en las mismas clases obreras de la ciudad.

La sociedad, ante esos hechos, se defendió, no atacando los fueros de la clase obrera de Barcelona, no.

La clase obrera de Barcelona, como la de toda España, se asocia para fines lícitos, como ha sucedido en Sabadell y como sucedió al elegir Diputado al señor Salmerón, y en todas partes ha tenido la clase obrera libertad de acción para esos fines lícitos; pero dentro de esa clase, ó fuera de ella, había personas que cometían aquellos atentados, que ejecutaban aquellos hechos extraordinarios, y contra tales acciones toda la energía salvadora de la autoridad de Barcelona era poca, y por consiguiente el gobernador obró bien en todo cuanto hizo, pues todos sabéis que hasta su misma vida expuso en un momento dado, siendo objeto de uno de esos brutales atentados, y por tanto, repito que obró bien y que ha merecido su conducta plácemes de propios y extraños. Aquella autoridad procedió contra personas que se habían colocado fuera de la ley, que habían cometido trasgresiones de la misma, contra individuos que se habían asociado para atentar contra la vida de seres inocentes; y si el gobernador pudo en algún trámite, como S. S. supone, olvidarse de la ley, que no la olvidó; aunque se hubiera olvidado en aquellos momentos, *salus populi, suprema lex.* (El Sr. Lostau: Dentro de la ley: fuera de la ley, nunca.) Lo haría S. S. mismo.

Ante las circunstancias horribles por que atravesaba Barcelona ante los sangrientos despojos de niños inocentes y las mujeres que sucumbieron en el teatro del Liceo, una autoridad puede omitir un trámite de la ley, y no afirmo que lo omitiese el gobernador de Barcelona; lo que digo es, que yo en su lugar, si hubiera tenido necesidad de hacerlo para salvar á la sociedad de violencias como aquellas, lo hubiera hecho y hubiera aceptado la responsabilidad que con ello hubiese contraído, sin creer que por eso prescindía de mis antecedentes democráticos, de mi amor á la clase obrera y de mi respeto constante á todo... (El Sr. Muro: Nosotros no hacemos la apología del crimen, hacemos la apología de la ley.) Indirectamente, no en el fondo, sino por determinadas apariencias, en estos momentos, Sr. Muro, pudiera resultar algo parecido á la apología del crimen. (El señor Lostau: Yo protesto de esas palabras, que son indignas de quien ocupa ese sitio.)

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): Señor Lostau, ruego á S. S. que guarde compostura y no use de la palabra sin que antes se la conceda la Presidencia.

El Sr. LOSTAU: Señor Presidente, el Sr. Ministro de la Gobernación, con una injusticia indigna del sitio que ocupa, ha dicho que aquí se hacía la apología del crimen, y eso no lo tolero, ni como caballero, ni como Diputado.

El Sr. SALMERON: Son palabras que debe rectificar el Sr. Ministro de la Gobernación.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Duque de Almodóvar del Río): Ruego á SS. SS. que guarden orden.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Señor Lostau, el Ministro de la Gobernación sabe los deberes que le corresponden como caballero, y S. S. no tiene derecho á apelar á la caballerosidad del que ocupa este puesto, ni á pronunciar ciertas frases, que le devuelvo; pero de su conducta como Ministro de la Gobernación está siempre dispuesto á dar, cuando no se le pidan, todas las explicaciones que pueda de-sear esa minoría, cuyos individuos me merecen y me han merecido siempre todo género de respetos.

Yo había partido de una hipótesis, me fundaba en una frase que, interrumpiéndome, había pronunciado el Sr. Muro, y no he hecho la afirmación que me atribuía el Sr. Lostau en frases que ha tenido á bien exponer de cierta manera, que yo únicamente puedo aceptar al efecto de devolvérselas. Lo que he hecho, partiendo de un supuesto del Sr. Muro, ha sido decir que algo podía haber que, en la apariencia, no en el fondo, porque yo siempre respeto los móviles á que obedecen SS. SS., se semejara más ó menos á la apología del delito. Si S. S. se satisface con esta explicación que espontáneamente le doy, enhorabuena; y si no, á mí no me duelen prendas, y estoy dispuesto á reconocer el valor que tienen mis palabras.

El Sr. SALMERON: Constando siempre que ni en la realidad ni en la apariencia aquí nadie ha hecho apologías del crimen.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Pero, Sr. Salmerón, esos son puros convencionalismos, permítame S. S. que se lo diga, sin mermar en lo más mínimo su respetabilidad; esas son palabras huecas. Pues qué, ¿no sabe S. S. que yo le conozco bien y le considero incapaz de semejantes iniquidades? Pues teniendo conciencia de esto, ¿para qué interpelarme por estas palabras?

En resumen: yo lo que afirmaba, y esto sería lo que, si acaso, podría servir de fundamento á la impugnación del Sr. Lostau, es que me hacía solidario de la conducta del Gobierno anterior y del gobernador de Barcelona; que aprobaba por completo el modo de proceder de aquella digna autoridad y del Gobierno á quien representaba; y además, dije que no creía que hubiese cometido ni el gobernador de Barcelona ni el Gobierno anterior ninguna trasgresión, en el sentido que el Sr. Lostau indicaba. Pero por mi propia cuenta añadí, y aquí puede venir la impugnación de S. S., que yo, en circunstancias parecidas, ante crimen tan horrendo, ante la posible impunidad de los criminales, dados los escasos medios de acción y los escasos elementos de que disponía la autoridad civil de Barcelona en aquellos instantes, ante la justificada alarma de la opinión, ante la urgencia de perseguir esos atroces crímenes, no hay que reparar demasiado en aquellos detalles no esenciales del procedimiento; por consiguiente, si hubiera necesidad de prescindir de algún trámite, yo no tendría inconveniente en arrostrar la responsabilidad, y vendría luego á pedir un *bill de indemnidad* con la conciencia muy tranquila y con la frente levantada, si á cambio de alguna omisión de ese género había llegado al descubrimiento de los culpables, á la aplicación de la sanción penal y á la satisfacción moral y material que la sociedad en esos momentos tremendos necesita. (El Sr. Salmerón: Pero no empleando los recursos abominables del tormento.) Eso es lo que exige prueba. ¿Dónde están las pruebas de tal afirmación? (El Sr. Ballester: Para eso queremos la interpelación, para demostrarlo.) Esa clase de procedimientos ha dicho el Sr. Lostau que se emplearon antes de que fuera el proceso á la autoridad militar, y esto es decir claramente que se emplearon por la autoridad gubernativa.

Pero, señores, esos procesados, ¿no han tenido, dentro ya de la jurisdicción militar, defensores que los amparasen? ¿No han tenido tribunal perfectamente ajustado á la ley y al procedimiento? ¿Les parece

á S. S. que esos jueces que visten el honroso uniforme del ejército, que el defensor y el fiscal, que también son militares, habrían dejado de cumplir con su deber, y habrían desoído las indicaciones y las protestas que á ellos, como al Sr. Lostau, les dirigieran los procesados, si tenían que quejarse de procedimientos atentatorios á la dignidad de la personalidad humana? ¿Le parece á S. S. que ese tribunal no los hubiera atendido, y que, fundado en elementos no apreciables en juicio, hubiera firmado una sentencia? La ofensa la hace S. S., no á aquella autoridad gubernativa, sino á todos los dignos individuos del ejército que han intervenido como defensores, como fiscales ó como jueces, en los procedimientos á que S. S. se han referido.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Lostau tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **LOSTAU**: Me permitiré hacer una indicación á la Cámara.

Si al contestar para rectificar dos errores gravísimos que se me han atribuido, á cada momento la Presidencia ha de creer que estoy fuera del Reglamento y no se me ha de dar la misma holgura que se ha permitido á la contestación que se ha dado á mis palabras, ante esa parcialidad, no contestaré. (*El Sr. Ministro de la Gobernación pide la palabra.*)

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): Señor Lostau, en primer lugar, la Mesa no ha escuchado la palabra *parcialidad*, si es que por acaso se pronunciara. La Mesa jamás tiene parcialidad; aplica el Reglamento estrictamente y procura cumplirle. La Mesa no tiene la culpa de que S. S. no pueda usar de la palabra en toda ocasión como puede hacerlo el Gobierno; pero tiene S. S. derechos reglamentarios para hacer uso de la palabra siempre que guste, ajustándose á los preceptos del Reglamento.

Ciertamente que en la rectificación de una pregunta, aun aplicando el Reglamento con toda la amplitud que fuera de desear por el Diputado más exigente, no podría la Mesa conceder á S. S. toda aquella extensión que al parecer reclama. Pero yo invito á S. S. á que, usando de sus derechos reglamentarios, proponga al Gobierno una interpelación ó apele á otro recurso que le conceda el Reglamento.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): Perdone S. S., pero ahora está en el uso de ella el Sr. Lostau.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Con permiso del Sr. Lostau, iba á proponer á S. S. que, si no tenía ningún inconveniente, ya que no hoy, porque es tarde, para el primer día de sesión, aceptaba desde luego la interpelación de S. S., á la cual tendrá mucho gusto en contestar el Gobierno.

El Sr. **LOSTAU**: Dos palabras. Creo que ha dicho el Sr. Ministro el primer día de sesión. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: Precisamente, porque así yo también podré adquirir los datos suficientes para contender con S. S.) Pues bien; ahora debo sólo rectificar á lo dicho por el Sr. Ministro de la Gobernación y por el Sr. Ministro de la Guerra, en la parte que se refiere á que yo haya venido aquí á hacer la acusación de ningún Gobierno; y no lo hago, por la razón sencillísima, Sr. Ministro de la Gobernación, de que, como he dicho antes, en el mes de Febrero

expuse verbalmente al digno antecesor de S. S. las denuncias de todo cuanto he de decir en la interpelación; y más tarde, por carta desde Barcelona, se lo recordé á S. S.; y tanto sobre lo del *paso* como sobre lo demás, en todo cuanto he dicho en la Cámara no he hecho más que esclarecer hechos que se me han denunciado; y, por consiguiente, no he hecho, ni directa ni indirectamente, apología de crimen ninguno; solamente, sí, debía extrañarme de que se ignorara lo del procedimiento del *paso*, cuando se ha ocupado de ello, nada menos que toda la prensa de España. Pero de esto nada más diré, porque será objeto de la interpelación.

Al Sr. Ministro de la Guerra ya he dicho antes que él no debía creer lo que he denunciado; pero como quiera que dentro de pocos días tendré el gusto de explanar la interpelación, entonces aduciré las pruebas que tengo en mi poder, para esclarecer estos hechos que interesan vivamente á la Nación y á todos los partidos.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Para decir al Sr. Lostau que esperaré, naturalmente, á que S. S. explique la interpelación que ha anunciado al Gobierno, limitándome ahora á hacerle una sencilla pregunta, porque es muy grave lo que S. S. ha dicho. Su señoría se ha referido á lo largo del procedimiento y á los medios á que ha podido recurrir ese reo; pero ¿no tenía noticias S. S. de esos hechos hace mucho tiempo? (*El Sr. Lostau*: El mes de Febrero los denuncié al Sr. Ministro de la Gobernación.) Perfectamente; y desde el mes de Febrero hasta hoy, S. S., que mantiene tan buena amistad con la digna autoridad militar de Cataluña señor general Weyler, ¿no ha podido manifestarle esos hechos, para que, incoado el proceso, hubiera podido éste poner coto á esos desmanes á que S. S. se refiere? ¿Por qué no lo ha hecho?

El Sr. **LOSTAU**: Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene V. S.

El Sr. **LOSTAU**: Está equivocado el Sr. Ministro de la Guerra. Antes de venir de Barcelona, y cuando supe que habían sido entregados á la autoridad militar ciertos individuos, estando en mi propia casa el dignísimo señor general Weyler, le manifesté mis temores de que la justicia no recayera sobre quien debía recaer, por la presunción que yo tenía de que el ramo de vigilancia es deficiente. Le hablé también de que en los primeros días de Febrero á algunos de los reos se les había aplicado el tormento. Y como yo estuve en el castillo de Montjuich á raíz del atentado de Pallás, con permiso que amablemente me facilitó el señor general Martínez Campos, y pude cerciorarme de que ni entonces ni después, por parte de la autoridad militar ni tampoco por parte de los presos, se había verificado el hecho que se me denunciaba, comprenderá S. S. que me tuve que limitar á hacer meros recuerdos al señor general Weyler de lo que allí se me había dicho.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Celebro mucho haber tenido ocasión de hacer la anterior pregunta al Sr. Lostau, porque esto aclara bastante la culpabilidad que pudiera recaer sobre la autoridad y los tribunales militares. Y he hecho la pregunta con tanto más motivo, cuanto que en algún periódico se hicieron delaciones respecto á las causas del fallecimiento de un infeliz que murió en los calabozos de Montjuich, en las que, no con reticencias, sino con una claridad criminal, se atribuía á aquella digna autoridad ese fallecimiento.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Muro había pedido la palabra sobre este incidente. ¿Insiste en usarla S. S.?

El Sr. **MURO**: Un solo minuto, Sr. Presidente.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): Tiene S. S. la palabra.

El Sr. **MURO**: Noblemente, el Sr. Ministro de la Gobernación tuvo la bondad de explicar unas palabras suyas con motivo de una interrupción mía; pero como había cierto ruido en la Cámara y la palabra del Sr. Ministro de la Gobernación es apasionada y rápida, quizás aquellas mismas palabras no han llegado con toda exactitud á mi oído. No quiero que se lea nada; pero quiero dejar establecido, con el asentimiento del Sr. Ministro de la Gobernación, lo siguiente: que S. S. ha reconocido noblemente, vuelvo á repetir, que de aquí, ni en la apariencia ni en la realidad, ni directa ni indirectamente, ni en la hipótesis ni en la afirmación, ha salido ninguna clase de apología del crimen.

Esto me parece que es lo que S. S. ha reconocido; y á eso tengo yo que añadir lo que ya dije en la interrupción: que no sólo no ha salido de estos bancos la apología del crimen, sino que el Sr. Lostau en sus manifestaciones, y nosotros en nuestras interrupciones, lo que hemos querido hacer constar es que de estos bancos salió la defensa de la ley, la apología de la ley, y por consecuencia, la condenación de todo aquello que fuese contrario á la letra y al espíritu de la ley, en una cuestión tan grave como la que el Sr. Lostau ha planteado esta tarde.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Ministro de la Gobernación tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Yo no tengo que atenerme más que á lo que he dicho anteriormente, y no necesito en este sentido dar explicación ninguna.

Supongo que el Sr. Muro, de quien partió la frase de apología del crimen, no lo diría con relación á nada que fuera incorrecto de mi parte; por consiguiente, puedo suponer S. S. que yo había de seguir en ese modo de proceder y de pensar á S. S., y que lo que yo había de suponer en S. S. era lo mismo que anteriormente S. S. suponía en mí.

El Sr. **MURO**: Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): La tiene S. S.

El Sr. **MURO**: Ahora entiendo menos al Sr. Ministro de la Gobernación; declaro francamente que no he comprendido á S. S.; porque, ¿cómo había yo de atribuir al Sr. Ministro de la Gobernación la apología del crimen, ni nada que á esto se pareciera? Yo lo que dije á S. S., interrumpiéndole cuando decía que en ciertos momentos podía la autoridad permitirse ciertas libertades, fué que de aquí jamás ha-

bía salido la apología del crimen; no era, pues, que yo imputase á S. S. nada que se pareciera á eso. Pero yo quiero que S. S. tenga la bondad de declarar terminantemente si es ó no verdad lo que nosotros entendimos antes; es á saber: que nunca de estos bancos habían salido excitaciones que á eso se parecieran. ¿Lo entiende así el Sr. Ministro de la Gobernación?

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Ministro de la Gobernación tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Yo entiendo, Sr. Muro, lo que he dicho antes. Yo lo he confesado espontáneamente; ahí están mis palabras escritas, que han satisfecho á S. S., lo mismo que han satisfecho á mi digno amigo el Sr. Salmerón, que parecía excitado, y su excitación cesó en el momento en que yo pronuncié aquellas palabras. Por consiguiente, no me obligue S. S. á dar explicaciones bajo la presión de las indicaciones de S. S., porque lo que yo digo espontáneamente, lo repito siempre sin necesidad de excitación, pero no porque ésta se me haga; me atengo, pues, á lo que anteriormente he dicho.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): Señores Diputados, la Presidencia tiene necesidad de intervenir en este incidente, provocado sin duda alguna en el calor de la discusión, sobre materia que importaba mucho á todos, y singularmente excitaba al Sr. Lostau á provocar un debate sobre asunto que es de indudable importancia, tanto para la minoría que promovía el debate, como para el interés público en general, que interesados estamos todos en que la ley se cumpla por igual por todos y para todos.

En manera alguna, tanto por parte de la minoría republicana, como por parte del Gobierno de S. M., se han pronunciado, á juicio de la Mesa, palabras y conceptos que envuelvan apología de delitos ni encomios de nada que signifique trasgresión de las leyes. Esto ha entendido la Presidencia; esto cree que ha podido entender la Cámara toda; y suplicando la Mesa á los Sres. Diputados que se atengan á esta interpretación ó audición exacta de todo cuanto se ha dicho, invitaría á todos á que se diera por terminado el incidente.

Inmediatamente se procedió al sorteo de Secciones, y verificado que fué, dió el resultado que aparece en el *Apéndice 6.º*

ORDEN DEL DIA

Sucesos de Melilla.

Continuando el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Duque de Almodóvar del Río): El Sr. Sanchís tiene la palabra para alusiones personales.

El Sr. **SANCHIS**: Señores Diputados, entro en este debate verdaderamente descorazonado, y solamente con el objeto de cumplir un deber de cortesía hacia mi particular amigo el Sr. Sanz, que ha tenido

la bondad de aludirme; pero, realmente, esta frialdad de la Cámara ante el debate iniciado con motivo de los sucesos de Melilla se comprende fácilmente, ó por lo menos yo creo que todos podemos comprenderle. La verdad es que este debate está ya agotado, y que huele, como vulgarmente se dice, á fiambre y trasnochado; y sin embargo, es de tanta importancia lo que esta discusión entraña, que yo faltaría al deber, que me he impuesto, si no hiciese algunas consideraciones con objeto de contestar á la alusión, que se ha servido dirigirme el digno individuo de la minoría carlista antes citado.

Ante todo, debo decir al Sr. Ministro de la Guerra que no me asalta temor ninguno de que S. S. no me conceda la alternativa para tomar parte en este debate; y me fundo para creer esto, en que, habiendo repasado esta mañana, con gran gusto de mi parte, los *Diarios de Sesiones*, donde consta la discusión que tuvo lugar aquí el año pasado acerca del presupuesto del Ministerio de la Guerra, he visto que en los discursos de S. S. me dedicaba palabras harto lisonjeras, que en verdad no merezco; así que no me asalta el temor que pudiera tener en virtud de ciertas palabras pronunciadas por S. S. cuando contestó al discurso del Sr. Martín Sánchez.

Señores Diputados, los que hayan seguido con interés este debate sobre los sucesos de Melilla habrán podido observar una cosa que salta á la vista, y es, que los cargos que han dirigido al Gobierno todos los oradores que en el debate hasta ahora intervinieron, han quedado completa y totalmente incontestados. El Sr. Ministro de la Guerra, con una habilidad, que todo el mundo le reconoce, y que es, sin duda alguna, hija de su práctica parlamentaria y de su gran ilustración en estas materias, ha hecho lo que vulgarmente se llama *sortear el peligro*. A los cargos fundadísimos, que le dirigió en su elocuente y razonado discurso mi amigo y compañero el señor Martín Sánchez, S. S. opuso algunos argumentos, que yo me permitiría calificar de sistemático silencio; los mismos argumentos ha empleado el Sr. Ministro de la Guerra al contestar el discurso elocuente y verdaderamente notable que pronunció aquí hace dos ó tres tardes mi amigo particular el señor García Alix, quien trató la cuestión bajo puntos de vista enteramente distintos de los del Sr. Martín Sánchez; y por último, cuando en la tarde de ayer el Sr. Sanz, digno individuo de la minoría carlista, dió otro giro al debate, el Sr. Ministro de la Guerra le contestó recurriendo á los mismos argumentos y empleando términos tales, que cualquiera que hubiera escuchado solamente la contestación de S. S. al último discurso, hubiera dicho que aquí no había pasado nada.

En la contestación al Sr. García Alix, en cuyo discurso hubo otros cargos de importancia y gravedad, tomó parte el Sr. Ministro de Estado, el cual, con una ingeniosidad que toda la Cámara aplaudió, dió aquí tal explicación á cierta frase, que todos nos quedamos estupefactos al oírle.

No voy á seguir en mi peroración, ni al Sr. Sánchez, ni al Sr. García Alix, ni al Sr. Sanz, y tampoco voy á decir nada nuevo, porque ya sé que el Sr. Ministro de la Guerra me va á contestar en la misma forma.

En esta cuestión de Melilla, Sres. Diputados, habréis observado que los oradores que han tomado

parte en la interpelación en contra del Gobierno, todos ellos han formulado cargos gravísimos, cargos de importancia suma y de gran trascendencia; pero el Sr. García Alix, examinando, como he dicho, la cuestión bajo otros puntos de vista, ha sido el que ha puesto de relieve la imprevisión que ha presidido en todos los actos del Gobierno; imprevisión que ha dado lugar á esas catástrofes que todos hemos deplorado; y sin embargo, ya habéis visto la contestación que se le ha dado.

Todo el mundo reconoce aquí que la cuestión de Melilla, lo que pudiéramos llamar el alma ó la esencia de esa cuestión, está en la construcción del fuerte Sidi-Aguariach. Pues bien, Sres. Diputados; en la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, después de haberse dicho tanto en esta Cámara, hay una cosa que yo voy á decir, no porque sea el único que lo sabe, todos seguramente lo saben, sino porque no la he visto surgir en el debate. Ha ocurrido aquí una cosa notable: el fuerte de Sidi-Aguariach no se debió construir en el punto donde está, á pesar de estar marcado en el tratado de Wad-Ras y á pesar de todo lo dicho; hay aquí una cosa que explicaré sencillamente, sin necesidad de recurrir á grandes argumentos, únicamente citando dos ó tres hechos que son casi del dominio público.

El Sr. Ministro de la Guerra, que sabe perfectamente todo lo ocurrido, debe saber, como sabemos muchos, que en el plan general de defensa que se hizo el año 1868, el fuerte de Sidi-Aguariach no figuraba en el punto en que luego le hemos visto todos en el plano que se nos ha presentado, y que ninguno conocía hasta que surgieron estos acontecimientos de Melilla. El punto marcado para el fuerte Sidi-Aguariach en el plan de defensa de Enero de 1868, era el que se llama Sidi-Aguariach Bajo. No tengo necesidad de hacer descripción ninguna, porque después de lo ocurrido en Melilla, en los periódicos ilustrados y en los de gran circulación hemos visto el plano de Melilla, y tengo la seguridad de que todos los Diputados que me escuchan saben de memoria la estructura y detalles de este plano. Pues bien; en el plan general de defensa estaba marcada la construcción de este fuerte en lo que se llama Sidi-Aguariach Bajo, que tiene de cota, me parece, 48 metros de altura. Vinó este plan de defensa al Ministerio de la Guerra; se envió, como se envían todas estas cosas, á la Junta consultiva, y ésta varió el emplazamiento del fuerte y lo colocó en lo que se llama Sidi-Aguariach Alto, que tiene 24 metros más de altura el terreno, ó sean 72 metros de cota, y se ha dicho que estando á esa altura puede dominar más el terreno.

Esto es verdaderamente una ilusión, y lo sabe el Sr. Ministro de la Guerra; porque desde esa altura no se domina nada, porque ni siquiera se dominan aquellas hondonadas que existen en la parte de Sidi-Aguariach Bajo; y si se hubiera construido allí el fuerte y la caseta de ingenieros, el 2 de Octubre, al retirarse nuestras tropas, hubieran podido ser defendidas en su retirada por los fuertes de Cabrerizas Bajas y de Camellos. Los que emplazaron el fuerte en Sidi-Aguariach Alto lo hicieron, sin duda, porque teniendo 24 metros más, entendían que sería mayor su dominación, y no se fijaron en el detalle siguiente, cual es, que al emplazarlo en esa posición nueva adelantaban 700 metros más hacia el territorio enemigo; y como sabe el Sr. Ministro, aunque esto no

esté en el plano del Depósito de la Guerra y ninguno lo ha publicado, hay un cerro en ese sitio, llamado de Pajares, que tiene 96 metros de altura, ó sea 24 más de cota; y se diría, ¿qué más da? Esta altura puede batir lo mismo á Sidi-Aguariach Alto que á Sidi-Aguariach Bajo; pero como los moros no disponen de artillería, esta distancia de 700 metros tiene una gran importancia cuando se usan solamente armas de fuego portátiles.

De manera que vemos que esta Junta consultiva se equivocó (como se equivoca en muchas cosas) en ese punto, ó por lo menos se equivocó juzgando el asunto como podemos juzgarlo nosotros, *à posteriori*, que es como se ha hecho todo; porque lo que es *à priori*, nadie ha formado ningún juicio. Y, Sres. Diputados, esto que parece una cosa rara, tiene una demostración palpable, ó por lo menos un testigo de mayor excepción: una autoridad que todos tenemos que reconocer como la primera en esta cuestión de Melilla, le ha dado su sanción. El señor general Martínez Campos, en el momento mismo que llegó á Melilla, lo primero que hizo, al día siguiente, fué mandar construir una torre en el punto de Sidi-Aguariach Bajo. De manera que el general Martínez Campos, sin saber cómo, echó por tierra el informe de la Junta consultiva, mandando variar el emplazamiento del fuerte.

Hechas estas observaciones preliminares, y entrando ya en el fondo de la cuestión, aun cuando someramente, podrán ver los Sres. Diputados la importancia que tiene el escoger una ú otra posición. Han dicho muy bien los Sres. García Alix y Martín Sánchez, y lo han demostrado hasta la evidencia sin que haya surgido del banco azul ningún argumento en contra, que todo lo ocurrido en Melilla ha sido debido á la imprevisión del Gobierno. Hay muchos hechos que lo demuestran, partiendo del punto que yo he tomado. El señor general Margallo, y no hay más remedio que citar á este dignísimo general porque indudablemente ha tomado una parte tan activa que no se puede hablar de Melilla sin que la figura de aquel general surja como por encanto; el general Margallo, después de los tristes sucesos del día 2 de Octubre, asesorándose únicamente del comandante de ingenieros de la plaza, propuso al Sr. Ministro de la Guerra, en un plan que debió llegar á Madrid hacia el día 8 ó 9 de Octubre (y el Sr. Ministro de la Guerra, si tiene la bondad de contestarme, dirá si me equivoco ó me rectificará), propuso el siguiente sistema para construir el fuerte de Sidi-Aguariach, que era después del 2 de Octubre el único objetivo de lo que ha dado en llamarse la campaña de Melilla.

Primeramente, un fuerte en el sitio llamado Albacem, altura que está situada á la izquierda, colocándose en la plaza de Melilla y mirando hacia el campo exterior. Pues bien; lo primero era construir un fuerte, una especie de *blockhaus*, que era lo único que se podía construir en Melilla; fortificaciones que se pudieran hacer pronto, porque lo que se quería era adelantar y no perder tiempo. Después de hecho apresuradamente un fuerte en esa altura de Albacem, á la izquierda de Sidi-Aguariach, hacer otro en lo que se llama la Cantera, que está á retaguardia, entre Sidi-Aguariach Alto, ó sea el punto que se destinó últimamente para el emplazamiento del fuerte, y el fuerte de Camellos; otro en el punto verdadera-

mente estratégico donde debía construirse el fuerte de Sidi-Aguariach Bajo. Y, finalmente, la caseta de ingenieros que está próxima al vértice núm. 8.º de la zona neutral; de manera que se formaba un cuadrilátero de defensa que envolvía por completo el fuerte de Sidi-Aguariach.

Este plan llegó al Ministerio de la Guerra, y el Sr. Ministro, acto continuo (no puedo asegurarlo porque no he penetrado en los secretos del Ministerio, y me fundo sólo en el resultado que han dado los hechos) debió reunir una Comisión de personas de su confianza, que trazó otro plan de operaciones. Este plan para construir el fuerte Sidi-Aguariach era el que todos sabemos, y no voy á entrar en una discusión técnica.

El Sr. Ministro de la Guerra ha dicho que estas cuestiones técnicas son improcedentes en esta Cámara, y efectivamente tiene razón S. S.; y hace bien en no tenerlas con los militares, porque los que vestimos el uniforme tenemos obligación de saber algo de estas cosas. Es mucho mejor tenerlas con los hombres civiles, á los cuales puede S. S. decir, como dijo al Sr. Sanz, aun cuando este Sr. Diputado no puede ser considerado como paisano, que con los Maüsser se puede apuntar por medio del alza hasta 4 ó 5.000 metros; y como me dijo á mí, contestando á una pregunta que le dirigí en la primera parte de la sesión de ayer, que esos cartuchos Remington que se habían vendido de desecho, causaban más daño á los moros que el que ellos intentaban causarnos á nosotros al hacernos fuego. Eso hace mucho efecto en la Cámara, sobre todo al discutir con un hombre civil; pero demasiado sabe S. S., como distinguido oficial que fué de artillería, que los cartuchos de desecho, suponiendo que fueran de desecho los 10 millones que se vendieron el año 88 siendo Presidente del Consejo el Sr. Sagasta, y que fueron á parar á los moros, que los cartuchos de desecho, si son inútiles, no pueden serlo más que por dos ó tres cosas.

Estos cartuchos si están inútiles es porque se ha amalgamado la cápsula; y sabe S. S. que esto sucede cuando se combina el fulminato de mercurio con el metal de la cápsula y ha perdido su fuerza explosiva, ó porque la pólvora se ha humedecido, en cuyo caso lo que hace es no arder, y á quien no le hace daño es al que está delante; pero si ninguna de estas cosas ha ocurrido, sale la bala, y al que le hace daño es al que está delante, nunca al que dispara. Esta es una digresión para decirle al Sr. Ministro de la Guerra que en estas cuestiones técnico-militares lleva la ventaja cuando discute con los hombres civiles, que es lo que parece que persigue S. S.

Como iba diciendo, yo no quiero entrar en una discusión técnico-militar respecto de la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach. El Sr. Ministro de la Guerra, asesorado de las personas que tuvo por conveniente y merecían su completa confianza, en vez del plan de defensa que le remitió el difunto general Margallo, ordenó otro que yo no voy á describir en términos técnicos, sino en términos vulgares para que lo comprenda todo el mundo.

Suponiendo que estamos mirando al campo exterior desde la plaza de Melilla, hay el río Oro; á la derecha, está el fuerte de Rostrogordo, Cabrerizas Altas y Cabrerizas Bajas; á la izquierda, el fuerte de Camellos, la colonia de María Cristina, la Cantera, y por último, el fuerte de Sidi-Aguariach. Pues bien;

el plan primitivo del Sr. Ministro de la Guerra era empezar á construir una porción de trincheras, baterías avanzadas y pequeños fuertes por todas partes.

Esto tenía la ventaja considerable de que no hacía falta alguna porque estaban colocadas estas trincheras en puntos que podían ser batidos perfectamente por los fuertes. ¿Y qué sucedió? Que al reforzar la guarnición de Melilla con los regimientos de Extremadura, Borbón y Cazadores de Cuba, que en total serían 1.000 hombres, unidos á las fuerzas que quedaron después del suceso del 2 de Octubre, se tenían que guarnecer estas trincheras, con lo que se distraían muchas fuerzas, y esto fué la causa principal de lo que debemos llamar la encerrona de la brigada Ortega en el fuerte de Cabrerizas Altas. Además había otro plan, que yo no me atrevo á juzgarle; los Sres. Diputados podrán darle el calificativo que quieran; yo lo califico de disparate. Pero luego vino otro mejor, que fué el de la Comisión técnica. Esta Comisión, compuesta de personas muy ilustradas, no hicieron más que asomarse al campo, pero no visitaron los puntos estratégicos que debían visitar. Sin embargo, propusieron un plan de defensa muchísimo más vasto, porque había trincheras, baterías avanzadas y tal cantidad de fuertes, que sumando lo que nosotros llamamos la magistral, es decir, el desarrollo en línea recta de todos estos fuertes, trincheras y baterías avanzadas, alcanza próximamente una extensión de 10 kilómetros, como lo pueden ver los Sres. Diputados en el expediente remitido al Congreso por el Sr. Ministro de la Guerra. Para esto proponía la Comisión técnica 8.000 hombres; de manera que, como ven los Sres. Diputados, en toda esta cuestión de la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, desde el primer momento se ha ido de disparate en disparate, de error en error, y así ha salido ello.

Yo no voy á extenderme más, no quiero cansar la atención de la Cámara hablando de estos asuntos técnicos, que son sumamente áridos; solamente tenía que dar mi opinión, y me parecía que había quedado este cabo suelto, lo cual no tiene nada de extraño, puesto que el asunto es verdaderamente muy vasto; me parecía, repito, que había quedado ese cabo suelto; después de lo mucho que habían dicho los Sres. Diputados que me han precedido en el uso de la palabra, yo tenía necesidad de fijar la atención sobre el mismo.

Al haber tratado la cuestión en esta forma, no he sido llevado de otra idea ni de otro deseo sino el de manifestar lo que el Sr. García Alix expuso á la consideración de la Cámara y demostró cumplidamente; esto es, que en la campaña de Melilla, que en los sucesos que en aquella plaza han tenido lugar, el verdadero factor, el factor terrible, ha sido la imprevisión, pero la imprevisión lamentable, la imprevisión que ha dado lugar á todas estas desgracias que lamentamos.

Y, Sres. Diputados, hasta en los detalles más insignificantes se nota la imprevisión del Gobierno.

Todos vosotros habréis buscado, desde el instante en que se tuvo conocimiento de los acontecimientos de Melilla, que tuvieron el privilegio, como tienen siempre todos estos incidentes que afectan á la honra de la Patria, de excitar el sentimiento del patriotismo, el plano de Melilla.

Pues bien, Sres. Diputados (y quiero hacer cons-

tar antes de decir lo que voy á explicar ahora á la Cámara, que no va á haber en las palabras que voy á pronunciar, censuras para nadie, ninguna, absolutamente ninguna, puesto que nada está más lejos de mi ánimo que el dirigir censuras por eso, toda vez que lo único que pretendo es simplemente demostrar que en todos los detalles de esa cuestión ha ejercido constantemente su influencia perniciosa la imprevisión; el plano de Melilla que ha dado el Depósito de la Guerra, no hay más que verlo y examinarlo para comprender que es un plano en extremo deficiente. Ese es el plano de un territorio en el cual se cree que se va á iniciar una campaña; y en ese territorio, Sres. Diputados, ¿qué es lo que hay? ¿qué hay en ese plano? Ese plano no puede ser más reducido, puesto que en él no se ve más que el terreno que nos pertenece, sujeto como con una argolla de hierro por esa zona neutral, que era la que verdaderamente encerraba todas nuestras aspiraciones; pero aparte de la zona neutral no se ven allí ni los aduanares, ni los caseríos, ni nada del territorio del Riff. (*El Sr. Suárez Inclán, D. Julián*: No era fácil, porque allí no se puede entrar.) ¡Ah Sr. Suárez Inclán! me parece que esa observación de S. S. no es acertada. Me parece que á los alemanes en 1870 no les era dado penetrar en el territorio francés, y sin embargo, no había un general que no tuviese en su bolsillo la carta topográfica del territorio francés. (*El Sr. Suárez Inclán, D. Julián*: El territorio francés lo conoce todo el mundo, y el Riff no lo conoce nadie; por consiguiente, hay una diferencia inmensa.) Pues para eso me parece que están los encargados de hacer las cartas topográficas, para ir donde se tiene que ir, y no para estar donde están.

Créame el Sr. Suárez Inclán, contestando á esa observación de S. S...

El Sr. PRESIDENTE: Al Congreso, Sr. Sanchis.

El Sr. SANCHIS: Tiene muchísima razón el señor Presidente. Pues bien; contestando al Congreso acerca de la observación que me ha hecho el señor Suárez Inclán...

El Sr. PRESIDENTE: Dirigiéndose al Congreso y contestando á la alusión, Sr. Sanchis.

El Sr. SANCHIS: En estas pequeñeces, en estas cosas insignificantes es donde se revelan, Sres. Diputados, hasta cierto punto, las aspiraciones de los pueblos, las aspiraciones de las Naciones; y os lo voy á demostrar con un hecho bien sencillo, con este que he citado antes, y que si de él hice mención, fué porque me ha llamado la atención un Sr. Diputado que todo el mundo conoce, y cuyo nombre no tengo necesidad de pronunciar, porque acaba de hacer uso de la palabra.

En 1870, como decía anteriormente, todo el mundo sabe que los franceses, movidos por ese sentimiento hermoso del patriotismo, decían: *A Berlín, A Berlín...* Y el único plano que publicaban los periódicos y que circulaba por todas partes para que pudiera servir de auxiliar á cuantos querían seguir el curso de las operaciones, era lo que ellos creían el probable teatro de la guerra. Esto era quijotesco, fantástico, como queráis llamarlo; pero era grande, hermoso, sublime, como lo es todo aquello que vive en la atmósfera de la ambición y es sacudido por el turbión del patriotismo.

¿Y qué sucedió? Que al día siguiente de la rota de Wisemburgo, en cuanto el ejército alemán pene-

tró en territorio francés, no había plano, no se podían seguir las operaciones; y quizás por un decreto de la Providencia, Sres. Diputados, el pueblo francés halló en esto una ventaja, porque de este modo no pudo enterarse de su tristeza, no pudo tener noción completa de sus desgracias y de las sublimes derrotas de Reichssoffen, de Gravelotte, Saint-Privat y otras tantas; no pudo ver sino aquellas hermosas cargas de la caballería, aquellos hechos heroicos realizados por los valientes soldados que se batían á la desesperada, causando la admiración y el respeto que siempre inspira el valor desgraciado; y hasta la catástrofe de Sedán, aquella página triste de la guerra de 1870, aparecía como un punto negro, como un punto invisible, cubierto con el velo del misterio, que es el que suele envolver todas las tristezas, todos los infortunios y todos los desastres. (*El Sr. Suárez Inclán pronuncia algunas palabras que no se perciben.*)

El Sr. PRESIDENTE: Orden, Sres. Diputados; tengan SS. SS. en cuenta que ahora no se discute la campaña franco-alemana.

El Sr. SANCHIS: Voy á terminar el argumento, Sr. Presidente, y S. S. me da el camino para terminarlo. ¿Qué hemos hecho nosotros? Pues presentar un plan mezquino, donde no había nada más que el campo nuestro, y como he dicho antes, la corbata de hierro de la zona neutral, y más adelante las alturas como fantasmas cuyas siluetas se dibujan sobre el fondo azul amenazando nuestro territorio.

Así es que cuando llegó el 29 de Octubre, y el pueblo español despertó con la noticia de la muerte del general Margallo, dirigió la vista al plano y no vió más que la mancha roja con que se ha señalado el fuerte de Cabrerizas Altas, y ante su imaginación apareció como un charco de sangre en el que flotaba el cadáver del general Margallo, víctima de su heroísmo y de vuestra imprevisión, víctima de esa inercia fatal, contra la que han venido á estrellarse todas las energías, todas las aspiraciones y todos los deseos. Me parece que este ha sido un pequeño argumento que añadir á todos los demás expuestos en la Cámara para demostrar la imprevisión del Gobierno en todo lo referente á la campaña de Melilla.

Yo no voy á juzgar lo ocurrido allí; ya he dicho que no quiero repetir ninguno de los argumentos que han empleado los señores oradores que me han precedido en el uso de la palabra, porque sé que el Sr. Ministro de la Guerra me contestaría como les ha contestado á ellos, que no ha pasado nada, que ha procedido con arreglo á su conciencia, honor é inteligencia, y que al que no le guste el argumento, que no lo tome y que lo deje. Esto ha dicho una y cien veces, y yo no quiero que me repita lo mismo.

Pero hay una cuestión que también ha quedado en el estado de nebulosa, como otras muchas cosas. La cuestión del *cañoneo lento*. Y permítame el Sr. Ministro de la Guerra que le diga que la explicación que ha dado no ha satisfecho á nadie, ni á mí tampoco, que me considero el último, y crea S. S. que estaba en disposición de dejarme convencer. No comprendo aquella orden de hacer fuego desde los fuertes con cañones de 10 y 14 centímetros, únicos que allí había cuando empezaron los sucesos; piezas que, como sabe S. S., no pueden descubrir el terreno. Ya sé que se llevaron creo que cuatro obuses Mata, los cuales, por el gran ángulo de caída que tienen sus proyectiles, pueden descubrir aquellas hondonadas;

pero no lo sé; me lo han dicho; como decía el señor Sanz, creo que están en el muelle de Melilla sin haberse montado. Me alegraría que hubieran hecho fuego, pero no tengo noticia de que así sea. ¿Y qué ha sucedido con el cañoneo lento? ¿Para qué servía? ¿Para destruir los caseríos de los moros?

¿Sabéis cuánto cuesta una casa de los moros, de esas que se querían destruir con el cañoneo lento? Pues las compran á 5 duros; y el poner en el aire la bala de uno de esos cañones con que se les disparaba, cuesta 14 duros; de manera que con haberles dado 5 duros á los dueños de las casas, ellos las hubieran destruido y nos hubiéramos ahorrado el doble. (*El Sr. Navarro y Ramírez de Arellano: Ese es un argumento de fuerza.*) ¡Ya lo creo que es argumento de fuerza! Pero sobre todo, es argumento de peso; tanto, que refuto que se habría ahorrado mucho dinero con haber dado 5 duros á cada moro para que destruyera su casa.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Sanchís, me parece que es ocasión de que S. S. éntre en la alusión.

El Sr. SANCHIS: Yo creo que estoy hablando dentro de la alusión; porque se me ha aludido para que dijera lo que de estas cosas de Melilla pensaba, y el cañoneo lento es uno de los sucesos de Melilla.

El Sr. PRESIDENTE: Perdona S. S. que le diga que, si bien eso es parte de la alusión, hay otras personas que tienen que usar de la palabra.

El Sr. SANCHIS: Tiene razón el Sr. Presidente, y voy á terminar al momento, porque no tengo interés alguno en prolongar el debate, repitiendo lo que mi dignísimo compañero Sr. Martín Sánchez ha dicho aquí en su notabilísimo discurso. En esto de Melilla se ha discutido una cuestión que me apenas se haya traído al debate; creo que aquí no se ha puesto en duda, ¿qué digo en duda? pero ni en tela de juicio, la conducta de aquel ejército que se ha batido en Melilla. El ejército que ha ido á Melilla ha sido modelo de valor, de entereza y disciplina, y merece los plácemes de todos, merece bien de la Patria. El señor Ministro de la Guerra, y esta es la única medida que yo tengo que aplaudirle de cuantas ha dictado, ha concedido á ese ejército una recompensa especial; pero á mí me parece que ha debido concederle otra, que es la que todos le concedemos: la medalla del sufrimiento por la Patria.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Ministro de la Guerra.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Si el Sr. Sanchís no lo tomara á mal, le suplicaría que me dispensara que no conteste á todo su discurso; porque habiendo de tratar también esta cuestión el Sr. Llorens desde el punto de vista de la artillería, cuando conteste á este señor tendré ocasión de hablar de lo de los cartuchos y del fuego lento, de que se ha ocupado el Sr. Sanchís.

Pero ha hecho S. S. un argumento respecto de la situación disparatada del fuerte de Sidi-Aguariach, que no quiero dejar de contestar inmediatamente. Si yo hubiera mandado construir el fuerte, le pasaría á S. S. el adjetivo, porque respecto de mi persona estoy tan acostumbrado á esos calificativos y á otros mucho más fuertes, que ya voy estando blindado. Pero se trata nada menos que de la Junta técnica que fué á Melilla, y de la cual ha dicho S. S. que apenas vió el terreno; se trata, digo, de esa Junta, compues-

ta de distinguidos generales de Artillería, de Ingenieros y de Estado Mayor, y además se trata también de la Junta consultiva de Guerra, donde están las ilustraciones del ejército español. Su señoría, que ha estudiado tanto en esos imperfectos planos, no ha querido, sin duda, estudiar dos informes de la Junta consultiva de Guerra, referentes á la situación del fuerte de Sidi-Aguariach.

En ambos, la Junta consultiva establece como punto preciso y necesario para la situación del fuerte la altura de Sidi-Aguariach, esa que tiene 85 metros de cota. Ese otro Sidi-Aguariach Bajo á que S. S. se ha referido, no entraba en el plan de defensa del campo atrincherado de Melilla. La Junta consultiva de Guerra, en sus dos informes, señaló la altura de Sidi-Aguariach, porque en un principio, allá por los años de 1868 á 70, había habido alguna divergencia sobre si había de colocarse el fuerte en esa altura ó en otra que está á la izquierda del río Oro, de cota superior, pues es de 95 metros, pero que avanza mucho sobre la altura de Mari-Guari, y, por consiguiente, domina más esa altura que Frajana á la altura de Sidi-Aguariach. Pero en fin, Sres. Diputados, yo no vengo aquí á explicar al Congreso los dictámenes técnicos de las Juntas superiores que asesoran al Ministro de la Guerra. Permítame S. S. que le diga que en esta cuestión, por combatir al Ministro de la Guerra, ha combatido, como he dicho, á todas las ilustraciones militares de España (*El Sr. Sanchís pide la palabra*); porque yo no he tenido que dar opinión, ni tengo por qué darla en este sitio; me he conformado con los informes de esas Juntas consultivas, los he aceptado, y por consiguiente, me parecen los mejores.

Su señoría, para justificar su aserto de que fué un disparate la elección de esa altura para la construcción del fuerte, dice: la prueba es, que cuando llegó el general Martínez Campos, lo primero que hizo fué fortificar ó intentar fortificar el Sidi-Aguariach Bajo.

¿Voy, Sres. Diputados, á cansaros haciendo apreciaciones de todos los puntos de mayor ó menor importancia que existen en el campo atrincherado de Melilla, y de la que el Sr. Sanchís concede á Sidi-Aguariach Bajo, llegando á suponer que si el 2 de Octubre se hubiera estado construyendo, no hubiera ocurrido nada de lo que ocurrió? Para eso tendría que hacerlos una larga demostración y convencerlos de que no está muy enterado el señor Sanchís de la situación de Sidi-Aguariach Bajo, al calificar de disparate lo acordado por la Junta consultiva de Guerra. La variación del plan propuesto por la Junta de defensa de Melilla, transmitida por el general Margallo en los primeros días posteriores al 2 de Octubre, no se aceptó precisamente porque se consideró muy lenta su ejecución, al punto que lo que se pedía por la Junta de defensa para la construcción de tres *blokaus* exigía nada menos que tres meses de construcción y significaba una inmensa dificultad para reunir en Melilla los obreros y acumular los materiales y todo lo demás necesario al efecto; porque, evidentemente, el sistema de *blokaus* defensivos, da grandes resultados y es muy ventajoso para campos atrincherados; la caseta defensiva no viene á ser más que un pequeño *blokaus*; pero los que se pedían eran de tales dimensiones, que en la construcción de los tres se hubieran in-

vertido en Melilla y en el litoral andaluz dos ó tres meses. Vea S. S. si eso era más lento que la construcción de los fuertes que se iniciaron por la Junta técnica.

Que había trincheras, que había pequeños fuertes. Pero, Sr. Sanchís, si la Junta técnica aconsejaba la construcción de trincheras y pequeños fuertes, era para establecer un campo atrincherado, dentro del cual acamparan las fuerzas que se proponía enviar allá el Gobierno; y esas trincheras y esos enlaces de los fuertes por medio de trincheras no iban á constituir la fortificación definitiva de Melilla. ¿Por qué no ha estudiado S. S. la división de esos trabajos en ese preliminar del campo atrincherado? ¿Pero vamos á discutir esto? ¿Es acaso lo que importa al país y al Congreso que se discuta cuando se trata de exigir responsabilidades al Gobierno, al cual se le están exigiendo con la misma palabra, repetida hasta la saciedad, de imprevisión, imprevisión é imprevisión?

A esa acusación de imprevisión he contestado con los argumentos que he creído oportunos; si no convencen á los señores de enfrente, yo lo siento mucho, pero no tengo otros, y siempre que se me dirijan los mismos cargos, contestaré de igual manera.

Después de esta parte de mi discurso, en que he intentado rebatir, aunque no sé si lo habré conseguido, los cargos de imprevisión que el Sr. Sanchís ha dirigido al Gobierno por los *disparates* que ha intentado en el campo de Melilla, diré á S. S. que ese cargo de imprevisión va dirigido contra todos los Gobiernos, porque al fin y al cabo era ya muy antiguo el acuerdo de construir el fuerte, y mis antecedentes debieron ocuparse y preocuparse de lo que pudiera suceder cuando ese fuerte se construyera, bien por fuerzas del Sultán, conforme al tratado, bien por las fuerzas que mandara el Gobierno.

Dice el Sr. Sanchís que el Depósito de la Guerra no presentó más que planos malos é incompletos, y á ese propósito recordaba S. S. que los planos de Francia, cuando la guerra del 70, se habían reducido á los del territorio alemán donde pensaba ir el ejército francés á combatir al enemigo. Señor Sanchís, yo siento que S. S. no esté muy bien informado; esos planos que S. S. vió vender en las librerías de Francia, y en los que no había más que el terreno alemán, eran ni más ni menos que los hechos bajo la influencia de los entusiasmos del momento, siguiendo aquel pensamiento de invadir á Alemania y llegar á Berlin; pero ¿no conocía S. S. los planos que tenía el Gobierno francés de su territorio? ¿No ha visto S. S. más que el punto negro de Sedán en los planos franceses, cuando tenían unos trabajos tan magníficos, tan completos y tan acabados como nosotros no los hemos tenido nunca, y tras de los cuales caminamos? No ofenda S. S., por atacarme á mí, á una Nación amiga, á un ejército que podrá tener algunos defectos, pero dentro del cual hay y había grandes ilustraciones militares que han conquistado grandes glorias, y sería imperdonable suponer que no hubieran tenido siquiera los planos de su territorio.

Pues bien; en España todo el mundo tenía afán por conocer nuestro territorio en Melilla, y por eso se encargó al Depósito de la Guerra que hiciera planos que pudieran llevar los jefes y oficiales destina-

dos al ejército de operaciones, y se hicieron esos planos, que no son tan imperfectos, que son de curvas de nivel; y en defensa de esos Centros militares, que S. S. no ha tratado con gran piedad esta tarde, diré á S. S. que el cuerpo de Ingenieros ha podido hacer un plano de relieve del campo de Melilla por los planos de curvas de nivel que hizo el Depósito de la Guerra, y yo he tenido el gusto de que los generales que han estado en Melilla y han estudiado esos planos, los hayan encontrado perfectos. No serían tan malos, Sr. Sanchís, esos planos que hizo el Depósito de la Guerra, cuando sobre ellos ha podido hacerse un plano de relieve.

Creo que lo que he dicho basta, no para defenderme, sino para defender á las Juntas superiores consultivas del Ministerio de la Guerra y al Depósito de la Guerra, donde se hacen trabajos que pueden competir con los mejores de los pueblos más adelantados en su organización militar; y vea S. S. cómo no se han ejecutado esos disparates que S. S. dice, calificativo que acepto en cuanto á mí se refiera, pero que rechazo en nombre de la verdad y de la justicia que se deben á los trabajos ejecutados por ese cuerpo consultivo; y no digo más, porque me reservo contestar á la parte técnica artillera del discurso de S. S. cuando el Sr. Llorens se digne hacermeme nuevos cargos.

El Sr. SANCHÍS: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. SANCHÍS: Breves palabras, en contestación á las que ha tenido la bondad de dirigirme el Sr. Ministro de la Guerra. En primer lugar, felicito á S. S. por la habilidad con que ha contestado á mi mal hilvanado discurso. Desde que este debate empezó, S. S. ha seguido el sistema, que yo le aplaudo, de llevar la cuestión al terreno que le conviene; yo haría lo mismo si me encontrara en el caso de S. S.

Esa palabra que ha chocado á S. S., que en varias ocasiones ha repetido, la palabra *disparate*, recordará la Cámara que cuando la pronuncié tuve buen cuidado de hacerlo con cierta reserva; la empleé porque no encontraba otra más adecuada para calificar... (*Rumores.*) Señores, cada uno expresa las cosas en la forma que puede; por eso digo que no hallaba palabra más adecuada para expresar mi idea que la de *disparate*, como representando la cosa que yo creía que se apartaba más de la que me parecía buena; pero cuestión de adjetivo más ó menos, crea S. S. que no me importa; y si S. S. encuentra otra palabra más adecuada que ésta, yo estoy dispuesto á admitirla y aplicarla á esos hechos que he calificado anteriormente.

La cuestión de la guerra franco-prusiana y de los planos franceses han sido cosas incidentales, hijas de una interrupción que un distinguido amigo mío se ha servido hacerme, y para contestarle se me ha ocurrido eso. Ya sé que el Estado Mayor francés tiene unos planos perfectos de su territorio; pero lo que quise decir para hacer el argumento que me proponía, era que los planos que se dieron á los generales de brigada, que los planos que se publicaron para todo el mundo, eran del terreno que los franceses creían que sería el teatro probable de las operaciones.

Desde luego, ya sé que el Estado Mayor francés tenía unos planos perfectos de Sedán y de todo el territorio francés; pero si yo hice alusión á ello, fué para deducir la consecuencia de que así como allí lo

que se entregaba era los planos del territorio que se iba á invadir, nosotros nos hemos limitado á presentar los planos del territorio nuestro, sin aspiraciones de ninguna otra clase. Podrá decirme S. S. todo lo que quiera. Es indudable que en esos planos no hay ni una línea más allá de la zona neutral, ni una siquiera, y esto es lo que á mí me había llamado la atención. Si se quería emprender una campaña contra el Riff, á todo el mundo le había de causar gran extrañeza que no se empezase por conocer el territorio que se iba á invadir, y la manera más gráfica de conocerlo, era por medio de la publicación de los planos de ese territorio.

Esto es lo que se me había ocurrido.

Por lo demás, sabe S. S. que yo conozco á los dignísimos jefes que sirven en el Depósito de la Guerra, que reúnen condiciones para que allí se realicen trabajos que pueden competir, y me complazo en decirlo, con los del extranjero; pero el plano que han presentado no ha satisfecho las aspiraciones de aquellos que esperábamos otra cosa más completa.

Para estudiar la campaña de Melilla, yo tuve necesidad de que un amigo mío fuera á mi casa y me marcara con lápiz azul ó encarnado en ese plano, las posiciones y puntos del territorio marroquí de que él tenía conocimiento, y que no estaban señalados en el plano oficial del Depósito de la Guerra, puesto que el plano se refería sólo á nuestro territorio.

Creo S. S. que no he dirigido ni ha sido mi ánimo dirigir censuras á la Junta consultiva de Guerra, ni á esas otras Juntas que S. S. ha citado.

Hace muy bien S. S. en procurar que los cargos pasen por encima del banco azul y vayan á dar de rebote contra esas Corporaciones; es un sistema de defensa que yo aplaudo, porque S. S. está en su derecho al emplearlo; pero yo no he dirigido censura alguna á las personas que forman la Junta consultiva. Sabe S. S. que cuando se discutió aquí, y yo combatí muy rudamente, el presupuesto de la paz, dije, y estoy casi por repetirlo, que, á mi parecer, la Junta consultiva de Guerra era una rueda inútil de la Administración central. Esta era una opinión mía. Recuerdo que, habiendo hecho muchísimos cargos á la Junta consultiva, diciendo que era un organismo deficiente, y que esa Junta estaba muerta, el señor Auñón, con ese gracejo que le distingue, repitió aquello de

«Los muertos que vos matáis
gozan de buena salud.»

Efectivamente gozan de buena salud, á pesar de los disparos que yo dirigí á esa Junta entonces y que le he dirigido ahora incidentalmente.

Los dignísimos generales y jefes que sirven en la Junta consultiva, son de los más ilustrados que hay en el ejército; de lo que se trata es de que la Junta funcione mal, y si S. S. quiere la prueba, se la voy á dar antes de sentarme.

El día 2 de Julio se remitió á informe de la Junta consultiva esa célebre exposición, de los jefes de kabilas, que pueden ver los Sres. Diputados porque consta en el expediente remitido á esta Cámara, y cuando la Junta emitió su informe fué el día 7 de Octubre; es decir, cinco días después de los sucesos del 2 de Octubre, cuando no había más remedio que sostener *à fortiori* la necesidad de construir, por dignidad

y por decoro nacional, el fuerte de Sidi-Aguariach contra viento y marea.

He dicho. (*El orador es felicitado por todos los individuos de la minoría conservadora.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Llorens tiene la palabra.

El Sr. **LLORENS**: Señores Diputados, me propongo huir de todo lo que se ha hablado en el Congreso sobre fuertes, trincheras, cañones, partes, consultas, etc., referentes á Melilla, porque me parece que la cuestión está bastante discutida. Quiero tan sólo hacerme cargo de algunos juicios, á mi entender muy graves, emitidos por el Sr. Ministro de la Guerra, y rogarle también que aclare ciertas nebulosidades que veo en los hechos anteriores al combate del 2 de Octubre.

Mucho de lo ocurrido en Melilla procede, sin duda alguna, de la manera como se marcaron los límites de lo que se llama campo de la plaza. Sujétose esa demarcación al alcance de los disparos de un cañón de á 24, con lo cual claro es que resultó una parte de círculo casi perfecta; pero me parece que hubiera sido mucho mejor exigir el terreno con las alturas bastante apropiadas para construir allí fuertes, puesto que de este modo se hubiera conseguido que aquel campo fuera completamente nuestro; y que los españoles que quisieran establecerse allí pudieran hacerlo con suficientes garantías de sus vidas y haciendas, en vez de lo que sucede ahora; que aquel es un pedazo de terreno que, aunque lleva el nombre de campo de Melilla, tiene más de moro que de español.

Ha dicho el Sr. Ministro de la Guerra, que á pesar de haber trascurrido treinta y tres años desde que se firmó el tratado de Wad-Ras, no se ha cumplimentado.

Parece imposible, realmente, Sres. Diputados, que en esos treinta y tres años haya habido Gobiernos compuestos de Ministros españoles, y que éstos nunca exigieran lo que aquel contrato dispone; y es al propio tiempo bien sensible que esto haya ocurrido, porque si se hubiera cumplido, demarcando la zona neutral y obligando al Emperador de Marruecos á colocar las guarniciones de moros de rey que están fijadas en aquel documento, no hubieran tenido lugar los hechos del 2 de Octubre.

Examinando la historia de esos treinta y tres años, se ve que, en primer lugar, parece que los moros tenían interés en decir á la Nación española: «el tratado de Wad-Ras está incumplido»; porque constantemente, con sobrada frecuencia, se derramaba allí sangre de soldados españoles, se despojaba á nuestros compatriotas de sus intereses, de sus haciendas, y en alguna ocasión se ha llegado á desgarrar la bandera nacional.

Tengo aquí una larga relación de esta clase de hechos; creo no tendré necesidad de leerla; pero sí diré que por ella se ve que, periódicamente, algunas veces en pequeños espacios de uno y dos meses, se han repetido estos hechos, y siempre nos hemos conformado con recibir como indemnización un puñado de duros entregados por el Emperador de Marruecos, y con que las baterías de Tánger hayan gastado en salvas algunos kilogramos de pólvora húmeda.

Estas son las únicas satisfacciones que hemos conseguido; pero jamás alcanzamos lo que teníamos derecho á reclamar; y aun hoy, después de todos los

sucesos de Melilla, resulta que ni el general Sr. Martínez Campos, ni nadie, ha topado con aquella factoría que se debía llamar Santa Cruz de Mar Pequeña.

Este cargo le ha hecho resaltar el Sr. Ministro de la Guerra, y á mí me ha convenido apoderarme de él, con objeto de demostrar que en esos Gobiernos, afortunadamente para mí, todos liberales, no ha habido la atención ni el cuidado que yo creo han debido tener por los intereses y hasta por el decoro de la Patria.

Creo, quizás equivocadamente, que si la plaza africana, plaza fuerte, fronteriza á campo enemigo, hubiera recibido el carácter más comercial posible, se hubieran evitado esas continuas agresiones de los moros, ó por lo menos se habrían disminuído mucho.

Melilla no produce, á mi entender, á España, como plaza fuerte, más beneficio que el de ocuparla para que no la posea otro; este creo que es el único porvenir militar de ella; porque es imposible que pueda servirnos de base de operaciones para emprender jamás una campaña en el territorio de Marruecos. Pero, en cambio, esa plaza es el punto de partida de una gran vía de comunicación, que va á parar al corazón del Imperio marroquí, y es seguro que si en vez de gastar inútilmente en el fuerte de San Cristóbal de Pamplona 16 millones de pesetas, se hubiese gastado alguna parte de esta suma en el puerto de Melilla, todo el comercio que hoy va á parar á la frontera argelina vendría á España, y no resultaría lo que hoy estamos viendo: que la plaza, ni aun como comercial, conviene á los intereses de la Patria.

En esta discusión respecto á lo sucedido antes del día 2 de Octubre, se ha evidenciado algo que verdaderamente ha llamado mi atención, y tal vez la de muchos Sres. Diputados. Tomando los partes remitidos al Sr. Ministro de la Guerra por el comandante general de la plaza citada, como ordenadas de un sistema, y el tiempo que media entre ellos como abscisas, resulta una curva analítica, y en ella se ven grandes máximos y mínimos, ó sea que unas veces el bajá del campo y los cabos de las kabilas decían que se oponían al emplazamiento del fuerte de Sidi-Aguariach, y al poco tiempo se presentaban á decir que consentían su construcción; pero luego, con un pequeño intervalo de semanas, volvían á oponerse; y yo no me explico este cambio de ideas y de propósitos en aquellas kabilas. Esto me obliga á preguntar al Sr. Ministro de la Guerra: ¿había alguna otra causa que pudiera mover á esas kabilas? ¿Había algún motivo que obligara á que en algunas ocasiones se predicase la guerra santa, no contra los franceses, sino contra los españoles de Melilla? ¿Ocurrieron allí hechos muy graves, cuya explicación yo no he encontrado en ninguno de los documentos que se han remitido al Congreso referentes á lo que sucedió en dicha plaza? ¿Qué sabe el Sr. Ministro de la Guerra de esto? Y se lo pregunto al Sr. Ministro de la Guerra, aunque parece que la persona más adecuada sería el Sr. Presidente del Consejo, porque no estando presente este señor, no puedo dirigírsela; y además, no lo hago porque temo siga viviendo en el limbo fusionista que se ha creado para su uso particular, y que me conteste, como dijo al tratarse aquí de los tristes sucesos de Valencia, que *aun no se ha enterado de nada*.

Vinieron los sucesos del 2 de Octubre, y no quiero ocuparme de ellos, porque, como he dicho, han sido ya muy debatidos en la Cámara, y porque á mí me basta para mi satisfacción de español el saber que, si con heroísmo no superado jamás por ningunas tropas, se batieron en la Península no hace muchos años españoles contra españoles, en Africa su bravura ha sido mayor, y han llenado con exceso los peberes que impone el vestir el uniforme.

Pero España entera supo con admiración que aquellos riñeños estaban armados con fusiles Remington y tan bien ó mejor municionados que los soldados de nuestro ejército.

Dijo el Sr. García Alix, en su notabilísimo discurso, que se hacía el contrabando entre Gibraltar y la costa marroquí comprendida desde la frontera argelina hasta Tánger, á ciencia y paciencia del Gobierno español, y que existe una Real orden del Ministro de Marina, referente á esto, motivada en las quejas de los comandantes de los cañoneros que vigilan el Estrecho, quejas que consistían en manifestar que barcos con bandera inglesa y con papeles falsos iban á la ría de Tetuán y á otros puntos, y en lugar de trigo desembarcaban fusiles, ametralladoras y municiones.

El hecho es gravísimo, y hasta ahora ni el señor Ministro de la Guerra ni el Sr. Ministro de Marina han dicho nada sobre esto. Yo, por lo menos, no lo he oído ni lo he leído, á pesar de que con gran atención he escuchado el debate.

Añadió el Sr. García Alix que por la plaza se hacía contrabando, pero que no tenía importancia.

Para mí la tiene grandísima; porque esos barcos con bandera inglesa, al trasportar armamento, claro es que barrenaban leyes internacionales; pero el que comerciara con él en la plaza en poca ó en gran cantidad, ese era traidor á España. Yo encuentro notable diferencia entre uno y otro delito.

Con este motivo se ha instruído una causa, que he reclamado con gran insistencia del Sr. Ministro de la Guerra; pero no ha llegado. Privadamente me había procurado y obtenido antecedentes de ese asunto, que no dudo en calificar de escandaloso; visto su retraso, he vuelto á escribir, para saber por qué no se remitía, y contestan diciéndome, no sé si exactamente, que de ese sumario han desaparecido muchas hojas y que á estas fechas está casi deshecho.

Vuelvo á rogar al Sr. Ministro de la Guerra que exprese si eso es cierto, y que si no lo es, obligue á las autoridades de Melilla á que lo remitan á la Cámara, manifestándoles su extrañeza y desagrado de que á pesar de hacer más de veinte días que se ha pedido, y cuando han venido todos, absolutamente todos los documentos reclamados sobre el asunto de Melilla, no hayamos podido conseguir que envíen ese sumario ni el proceso instruído contra aquel bravísimo presidiario que se llamaba Farreu. También tengo que preguntar al Sr. Ministro de la Guerra si tiene conocimiento de lo que encerraba esa causa, y si en ella hay algo que le impida traerla á la Cámara; yo no sé qué pueda contener, y por ello pretendo estudiarla y discutirla.

Voy á hacer una declaración, con objeto de que, con entera libertad, pueda S. S. mandarla al Congreso. Sé desde hace muchos años, que tanto la fiscalización del Diputado como la discusión de un asunto, concluye al encontrarse con los misericordiosos

y abiertos brazos de una cruz; ante ella no cabe más que descubrirse, doblar las rodillas y rezar.

Se ha ocupado el Sr. Sanchís de lo que se llamó cañoneo lento. Desde el primer momento en que se rompió el fuego en Melilla, leí con verdadera atención todo lo que decía la prensa, y confieso que la encontré dividida en dos partes distintas: había una que daba cuenta exacta de lo que ocurría, y allí se veía al corresponsal inteligente, instruído, que conoce la guerra, que sabe lo que es y cómo se deben dar ciertas noticias; y otra parte que, movida por no sé qué clase de interés, publicaba telegramas y noticias basadas en hechos no realizados, en actos que convenía callar, y algunas veces llegó hasta dar cuenta de acciones que no se empeñaron.

Despertóse en alto grado el entusiasmo nacional, y con él el periodístico, y por lo tanto, el afán de dar noticias. De ahí nacieron las indispensables *interviws* con los jefes de cada uno de los partidos y agrupaciones, como si todos tuvieran obligación de dar su parecer sobre los sucesos de Melilla; y debo confesar que el que mejor encontré, el que á mi juicio se dió con mayor talento, fué el del Sr. Silvela, que dijo que no era militar, y que por consiguiente no podía emitir su opinión sobre un asunto guerrero. Entonces nació la idea del cañoneo lento, como nació también la idea de la toma del Gurugú, y parecía que los españoles estaban acatarrados, porque no se oía por todas partes nada más que la palabra Gurugú, sin comprender que es un verdadero disparate la idea de que era posible tomar aquellas alturas. Se hubieran necesitado muchos hombres, muchos elementos, quizá más de los que poseemos, derramar ríos de sangre y oro, y aun así el resultado no hubiera sido nada seguro.

El cañoneo lento hace muchísimos años que está perfectamente juzgado por un distinguidísimo general de artillería, D. Tomás de Morla, cuya obra, si bien anticuada en algunos puntos por los progresos que ha tenido la balística, contiene principios é ideas tan permanentes hoy como cuando se escribió. Pues allí se dice que el cañoneo lento desacredita al general que lo ordena y al oficial que lo ejecuta, porque sólo produce tres efectos: destruir en el enemigo el efecto moral de la artillería, que, como sabe perfectamente el Sr. Ministro de la Guerra, suele ser mayor que el material; dejar los parques sin municiones, y obligar al Estado á hacer un gasto de resultados completamente inútiles. Todo el mundo sabe que en Melilla los cañones emplazados en los fuertes y los que artillan algunos buques han cañoneado á diestro y siniestro, no solamente á hombres aislados, sino á las piteras y á los acantilados que forman una parte de la costa; en fin, aquí dijo un Sr. Diputado, con muchísima razón, que se daba cuenta por telégrafo de que uno de los buques de guerra que cruzaba vió á un moro bañándose en el mar y empezó á cañonazos con él.

Este exageradísimo é inútil cañoneo lo evidencia el número de disparos que se han hecho en Melilla; no lo conozco exactamente, pero sé que ha llegado á una gran cifra. Ese cañoneo, que también se empleó en la campaña del Norte, al principio producía un efecto material relativamente pequeño y un gran efecto moral sobre las tropas carlistas; pero, por último, estábamos tan acostumbrados al silbido y á la explosión de las granadas, que nadie se preocupaba

de ellas. En las kabilas, el resultado está gráficamente explicado por las mismas palabras de los moros: *fusila grande matar tierra*.

Siento que no esté presente el Sr. Ministro de Marina, porque quería ocuparme de las recompensas otorgadas á la oficialidad, clases, maquinistas, fogoneros, cocineros de equipaje, marineros, etc., etc., del cañonero *Cuervo*, y deseaba demostrar á dicho Sr. Ministro que los disparos hechos por ese buque, artilleramente hablando, fueron absolutamente inútiles. Se ocupaba en aquel día en llevar un parte; no tenía ninguna necesidad de hacer servir los cañones, porque hubo de dejar la ruta marcada para el cumplimiento de la misión que se le había encomendado, á fin de acercarse á tierra y tener el gusto de hacer fuego á unos cuantos moros que se presentaron sobre un acantilado.

Le diría al Sr. Ministro de Marina que los disparos hechos con proyectil á propósito de abajo á arriba, en la rama ascendente de la trayectoria, no hacen absolutamente daño á nadie; porque á poco que se quede la puntería corta, revientan los proyectiles á algunos metros debajo del blanco; y si la puntería es un poco alta, van á estallar á muchos metros á retaguardia del objetivo; pero resultaron más inútiles los cañonazos, porque no fueron hechos con granada de segmentos (única que puede causar daño á pequeños grupos), puesto que los buques llevaban dos clases de proyectiles: de acero y de una pared, pero de segmento, ninguno, y los disparos de ese buque no pudieron ser más que de alguna de aquellas dos clases. Hubo la suerte de que un marinero saliera herido, no sé si de bala ó por otra causa, y verdaderamente es asombroso que por esa herida haya resultado premiada absolutamente toda la tripulación. (*Un Sr. Diputado: ¿Quién mandaba el barco?*) No puedo decirlo á S. S.; pero aquí tengo un periódico que trata de esto, y que está á su disposición.

En fin, como yo tengo que discutir todavía bastante con el Sr. Ministro de Marina, porque hay asuntos sobrados para que nos ocupen esta legislatura y aun en la siguiente, ya veré la manera de introducir en una de ellas este *emparedado* para discutir las propuestas á que me refiero. (*Risas.*)

He oído muchos y muy justos elogios para aquellos barcos que formaron la «escuadra de operaciones en Melilla», y que han cumplido admirablemente con su deber; pero no los he oído para el comandante del crucero *Reina Mercedes*, que fué á Hamburgo por los fusiles Maüsser cuando por algunos se creyó que realmente hacían falta y que eran necesarios al ejército para combatir contra los enemigos de la Patria. Aquel jefe, á pesar de los temporales y de las averías que sufrió el barco, abandonó los puertos en los momentos en que buscaban refugio en ellos todos los buques, y exponiéndose á irse á pique, jugándose á cada momento la vida aquella valiente tripulación, luchando con las olas y arrojando toda clase de peligros, trasportó los fusiles á Melilla á los pocos días.

Aquí, donde tanto se elogia á todo el mundo, no ha habido frases encomiásticas para dicho jefe, ni para la tripulación; llegando la injusticia hasta el punto de que la inmensa mayoría de los españoles no sepamos siquiera su nombre. (*El Sr. Auñón: Se llama D. Eduardo Trigueros.*) Pues á D. Eduardo Trigueros envió desde aquí mi más entusiasta felicitación, y

ahora sólo me resta averiguar el premio que se le ha dado. (*El Sr. Ministro de la Guerra: Lo tendrá, porque está por resolver la propuesta.*) Pues si está en relación con sus hechos y con la pauta seguida, ya puede S. S. darle el empleo superior, porque, á mi entender, lo ha ganado.

Movilización. También ha sido este punto muy discutido, y yo debo decir muy pocas palabras sobre él. He leído en los periódicos relaciones tristísimas sobre las despedidas de los reservistas que tenían que dejar abandonados á sus mujeres é hijos. Esto procede de que á esos soldados se les autoriza para que puedan casarse estando en la primera reserva; y como esto tiene gravísimos inconvenientes, me atrevo á proponer al Sr. Ministro de la Guerra que se corrija el mal.

En primer lugar, es indudable que, aun cuando sea ya un gran trastorno para las familias el que se llame á los reservistas á las armas, se hace mayor desde el momento en que están casados, porque tienen que dejar en la indigencia á la familia que se han creado.

También es indudable, y la práctica lo ha enseñado, que se bate mejor el soldado soltero que el casado, y sin que yo trate de herir la susceptibilidad de ningún cuerpo, esto se ha patentizado en la guerra del Norte, donde he visto cuerpos compuestos de hombres casados, que á pesar del ejemplo que les daban los batallones de línea y de cazadores, que acometían como leones, se mantenían á gran distancia de las balas y no había quien pudiera empujarlos hacia adelante. Se comprende perfectamente. Este es uno de los defectos que han quedado demostrados con la movilización; defecto que yo hago resaltar con objeto de que si, como creo, el mal ha sido realmente grande, se corte de raíz.

También se me hizo una alusión sobre el atrincheramiento; y no voy á referirme á cosas que ya pasaron; voy á hacerlo á sucesos de actualidad.

Aquí, en este país, sólo se preocupan las gentes, sólo se consideran como graves aquellas cuestiones que se relacionan con la repartición del presupuesto; pero en otras Naciones, en otros países, la cuestión de obtener el poder es asunto de detalle, y en ellos la opinión pública y el ejército estudian con singularísima atención un problema pavoroso que está sin resolver, y es que, dada la pólvora sin humo, dado el alcance de las armas y dada la precisión en los disparos, no se sabe cuál va á ser el sistema más á propósito para el ataque de una posición. El de defensa se comprende, porque se ha facilitado; pero ¿cuál va á ser el mejor ofensivo?

Hace muy pocos días he leído en los periódicos franceses que la Comisión encargada por el Gobierno de la vecina República de dar solución á ese problema lo ha resuelto, y que en el mes próximo se publicará lo acordado, que consiste en proponer un cambio radical en los antiguos moldes de ataque. Esa Junta dice que hoy no cabe más que el orden muy abierto como explorador, puesto que la falta de humo en los disparos ha de hacer sea difícil averiguar dónde está el enemigo y su número; que el asalto ó toma de posiciones se ha de verificar apoyándolo en fuerzas resguardadas del fuego mediante trincheras, para lo cual se propone dar útiles á los regimientos de infantería, á fin de que puedan construirlos lo más ligeramente posible, y que el ataque se efectuará á

favor de tropas formadas en líneas perpendiculares al frente del enemigo. Este dictamen demuestra plenamente que los atrincheramientos, no solamente han tenido objeto hasta ahora, sino que en adelante lo tienen más que nunca, á consecuencia de los adelantos balísticos.

Otro de los expedientes que pedí, como ya he dicho al Congreso, ha sido el proceso sumarísimo instruido al presidiario Farreu. Tampoco ha venido, y deseo que se traiga porque en esa causa hay algo que para mí es muy nebuloso. Farreu cometió un delito, y éste lo llevó á presidio. Soy partidario de que se castigue á todo el que falta, y por lo tanto, sólo debo añadir que estuvo bien sentenciado; pero deseo hacer constar que por la misma causa (matar á un confidente no juzgado en Consejo de guerra), por ese mismo delito ha habido quien se ha puesto los galones de comandante de ejército; y es triste que á unos lleve ese hecho á presidio por 20 años y á otros les permita ostentar la condición de jefes. Era Farreu un presidiario que estaba cumpliendo condena, y llegó un momento en que se creyó, no discuto ahora si bien ó mal, que eran necesarios los servicios del presidiario para que como perro leal vigilase por la tranquilidad del ejército acampado en Melilla, y ese hombre, como otros compañeros suyos, sufriendo la lluvia, de noche, arrastrándose por el barroso suelo, cayendo cien veces, y sosteniendo combates personales con los moros, hacía la ronda, como he dicho, sirviendo como perro leal á la bandera española.

Los diarios publicaron una proclama del capitán Ariza, y en la que decía: «No mataremos á los moros, les cortaremos las orejas, á ver si desorejamos á medio Riff.» Ya comprendo que el capitán Ariza es sobradamente instruido para que este fuese su propósito; pero, Sres. Diputados, á un hombre que ha matado á pesar del Código, y á quien se le pone un arma en la mano y se le dice «á matar», sin miedo á ese Código, y que oye decir á su jefe «á cortar orejas», á ese hombre hay que considerarlo de otro modo; cree, sin duda, que la Patria le ha de premiar. Esto, suponiendo que Farreu fuera quien cortara las orejas á aquel miserable, traidor á su religión y á su Patria, porque creo que aun no está bien averiguado si fué él quien llevó á cabo la amputación. Ese hombre, ese presidiario convertido en soldado, fué condenado á muerte sin que en el hecho se encontrara circunstancia alguna atenuante; ese hombre fué fusilado por la espalda, como traidor á la Patria, en los mismos momentos en que pensaba que había ganado su indulto.

Me podrá decir el Sr. Ministro de la Guerra que era necesario; sé los tristes deberes que tiene que cumplir un general en jefe que está al frente de un ejército; pero fusilarlo por la espalda como traidor á la Patria, ¿por qué? No es lo mismo una cosa que otra; porque hay muchísimos que cuentan en sus familias gentes fusiladas por el pecho y se creen muy honrados; pero no sucede lo mismo cuando á uno se le fusila por la espalda como traidor á la Patria. Esto es lo que yo quiero discutir con el señor Ministro de la Guerra.

Tengo aquí el Código de justicia militar, y no he encontrado un artículo en que pueda justificarse el fallo. Ruego, pues, al Sr. Ministro de la Guerra que traiga el expediente, y para cuando lo revise, tengo

desde luego el honor de anunciar á S. S. una interpelación sobre este asunto.

Dejando de ocuparme de los combates de los días 27 y 28 de Octubre, vamos á examinar la ida á Melilla del general Martínez Campos. Guardo recortes de periódicos en los cuales consta de una manera explícita que decía á todos los que lo querían oír: «yo voy á Melilla para llevar las tropas al límite del campo; si encuentro moros, los atacaré; y si no los encuentro, iré á buscarlos.» ¿Qué pasó, Sr. Ministro de la Guerra, que el general Martínez Campos llegó á Melilla, y en lugar de sacar las tropas y buscar á los moros, se contentó con celebrar unas cuantas conferencias con el Príncipe Araafa, tomar café con él, llevar á las tropas á que oyeran misa en Sidi-Aguariach, hacer unos cuantos ejercicios, y que los únicos cartuchos Maüser que se disparasen fueran los que sonaran en el fusilamiento del infeliz penado Farreu? Esta es otra de las nebulosidades que yo quisiera que el Sr. Ministro de la Guerra me explicara, porque hasta ahora yo no he encontrado solución satisfactoria.

Después fué nombrado el general Martínez Campos embajador extraordinario cerca del Emperador de Marruecos; yo creo que eso es lo mejor que ha hecho el Gobierno, y entiendo que merece por ello grandes aplausos, puesto que el señor general Martínez Campos es seguramente una de las personas más apropiadas para ir de embajador al campo enemigo.

Tuvo la habilidad en Cuba de encontrar la manera de hacer que aquellos filibusteros depusieran las armas, y firmó la paz del Zanjón; tuvo la habilidad de encontrar en el Centro jefes carlistas que se vendieran, y firmó la paz que pudo llamarse de Cantavieja; tuvo la suerte de encontrar en Cataluña un Saballs que se vendiera, y firmó aquella paz que podía llamarse de la Seo de Urgel; tuvo la fortuna de ir al Norte y encontrar un Pérula que se vendiera, y firmó la paz que se podía llamar de Peña Plata. Era natural, pues, que fuera á Marruecos el señor general Martínez Campos y consiguiera firmar allí también una paz.

La Embajada que se envió á Marruecos fué una exacta, exactísima representación de ese Gobierno, ó, mejor dicho, de esos Gobiernos. ¿Y cómo no había de ser así, cuando figuraban en ella nada menos que seis individuos pertenecientes á esa dichosísima raza denominada la *yernocracia*? Aquella ¿fué una embajada de familia?

Como decía el Sr. Sanchís, este debate está ya agotado, y yo únicamente me he limitado á exponer las dudas que tengo sobre algunos de los puntos referentes á los sucesos ocurridos en Melilla, esperando que el Sr. Ministro de la Guerra tendrá la bondad de desvanecerlas.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Yo lamento, Sres. Diputados, el final del discurso de mi amigo el Sr. Llorens. Parece que ha respondido el Sr. Llorens en esa última parte de su discurso al deseo de hacer cierto género de manifestaciones sobre la conducta de algunos individuos que pertenecieron al ejército carlista, puesto que, después de todo, los cargos que en apariencia dirigía el Sr. Llorens á la dignísima persona del señor general

Martínez Campos, recaían todos sobre aquellos que, según entiende S. S., se vendieron, y, sin embargo, S. S. no ha estado completamente exacto.

La paz del Zanjón todavía no se ha juzgado, no se ha criticado, ni se ha combatido en el sentido de que para llegar á ella se hubiera hecho uso del dinero. Otros altos móviles de patriotismo guiaban al dignísimo general Sr. Martínez Campos cuando, después de batirse denodadamente en aquellos campos en defensa de la integridad de la Patria, ponía su firma al pie del tratado de paz del Zanjón, que ya ha sido juzgada por la opinión.

En la Seo de Urgel, yo no sé si hubo ó no venta: pero lo que sí puedo asegurar es, que no se puede imputar ese hecho á Saballs, y S. S. ha echado sobre ese desgraciado muerto una culpa que no puede imputársele, porque la Seo de Urgel estaba defendida por Lizárraga (*El Sr. Llorens pide la palabra*), al cual creo incapaz de ventas de ningún género (*El señor Llorens: Es verdad.*) Le conocí en el ejército y sé lo que valía este jefe, para que ni remotamente pueda admitir la sospecha de que la plaza de Seo de Urgel se hubiera entregado por una venta. Allá en el Norte, si hubo un Pérula, eso lo sabrá S. S.; yo lo que sé es que el general Martínez Campos emprendió una marcha peligrosa y decidida para atravesar el puerto de Velate, á la que yo no sé, en aquellos días de nieve y de escarchas por aquellos vericuetos, por qué no se opusieron los carlistas; allá ellos ajusten sus cuentas entre sí, que yo no recuerdo para nada á Pérula. Pero no creo que el Sr. Llorens haya debido esta tarde, en el final de su discurso, venir á escatimar las glorias del general Martínez Campos. (*El Sr. Llorens hace signos negativos.*) Si no lo ha intentado, ha parecido desprenderse algo de eso de su discurso. Tengo la seguridad de que la opinión pública del ejército y la Patria saben hacer justicia á las glorias del digno general Martínez Campos.

Y dejando este episodio aparte, voy á contestar brevemente, porque ya no es posible hablar mucho de estas cuestiones, al Sr. Sanchís sobre un punto que no me acordé de rectificar antes. La Junta consultiva de Guerra, á la que tan mal quiere S. S., no recibió el expediente para informar sobre la variación del fuerte de Sidi-Aguariach en Julio; se le envió el 10 de Agosto, y contestó á principios de Octubre. En ese estudio, que S. S. habrá visto, no se redujo la Junta á la variación del fuerte, sino que también habló de operaciones posibles para la defensa de esa línea atrincherada.

Volviendo al Sr. Llorens, le diré que los expedientes, no los procesos incoados en Melilla, que S. S. ha pedido, y yo también de oficio y por telégrafo, se reducen á la causa contra el desgraciado penado y el proceso sobre venta de armas. No ha venido todavía el primero, no sé por qué; yo le he pedido reiteradamente, y vendrá para que S. S. me interpele y tratemos esa cuestión con toda la amplitud que quiera; pero el proceso sobre contrabando de armas, en el que expone S. S. que faltan fojas, no ha podido venir porque no está terminado; se halla en sumario, y es imposible mandar aquí una causa en estado de sumario. En cuanto á si faltan ó no fojas, son noticias que tendrá S. S. directamente de Melilla, de las que yo no puedo responder, porque no tengo conocimiento de que se hayan cometido tales faltas en el proceso.

Me preguntaba S. S. si yo creía que en los sucesos de Melilla habían podido influir otros de distinta índole, relacionados acaso con esas causas que S. S. demanda. Tampoco puedo contestar á S. S. porque no puedo venir aquí á hacerme eco de rumores, de noticias de periódicos; yo no puedo responder á un señor Diputado con acusaciones más ó menos anónimas, más ó menos apasionadas, y probablemente inexactas; pero aseguro á S. S. que cuando ese proceso haya terminado, me enteraré de lo que haya ocurrido, y si ha habido faltas de cualquier género, se aplicará durísimamente la ley.

Después de esta parte, ha venido S. S. á tratar de lo que sucedió desde el 2 de Octubre, y S. S. ha repetido lo del cañoneo ó fuego lento, censurándolo con máximas de Morla, tan respetables para todos los que hemos estudiado en la Academia de artillería, pero que en realidad ya están pasadas de moda. Yo, el otro día, contestando al Sr. Sanz, no pude decir que se haya podido abusar ó no del fuego de artillería; tenía dada orden de que se contestara la agresión de los moros con el fuego de la artillería; pero no puedo decir si hubo más ó menos disparos de los que debía haber. Vinieron después los sucesos del 27 y 28 de Octubre, y hubo varios combates para aprovisionar los fuertes; los enemigos venían á construir sus trincheras al alcance del fuego de los fuertes, y en las distintas formas de ataque que adoptaban, no puedo apreciar lo que los dignos jefes del arma de artillería determinarían para rechazar las agresiones; pero es seguro que ellos, que han estudiado y saben las reglas de artillería y han podido apreciar los sucesos, lo habrán hecho con el conocimiento y con la discreción de todo el que tiene una responsabilidad, y no se habrán entretenido en disparar sobre uno que se iba á bañar.

No tengo aquí el dato de los disparos de artillería que se han hecho; pero si S. S. desea verlo, ahí en el despacho de Ministros lo tengo. Me parece que la artillería de campaña ha hecho 1.200 disparos después del 2 de Octubre, y que antes de este día se habían hecho 200. ¿Juzga S. S. excesivo ese número de disparos? (*El Sr. Llorens: ¿Cuántas piezas?*) No puedo decir á S. S. qué número de piezas fueron las que dispararon, porque en este momento, aun cuando tengo el dato, no lo recuerdo; pero dispararon las piezas de Rostrogordo, Cabrerizas y Camellos. Cuando tenga á la vista el número exacto de piezas, ya se lo diré á S. S.; pero vuelvo á repetir que el número de disparos que se hayan hecho habrá sido aquellos que los jefes que tenían la responsabilidad del mando hayan considerado necesarios.

Por lo demás, todo eso de que se ha llegado á disparar un cañonazo á un moro que se iba á bañar, todo eso es muy á propósito para un poco de broma y hacer crítica festiva, pero no lo creo propio de la seriedad de los que nos sentamos en estos bancos.

El Sr. Sanchís habló esta tarde en su discurso de los obuses Mata que se mandaron á Melilla, y que dice no se llegaron á disparar, cuando podían con sus tiros haber hecho mejor efecto que el cañoneo lento. Pues á eso tengo que decir á S. S. que los cuatro obuses Mata fueron puestos en batería en la muralla de Melilla y que han disparado con grande éxito mientras ha sido necesario, y cesó el fuego de estos obuses cuando se creyó que habían hecho lo

que tenían que hacer. De manera que á S. S. le han dado noticias equivocadas.

No quisiera olvidar nada de lo dicho por el señor Llorens. Me parece que el discurso del Sr. Llorens se ha encerrado dentro de estos términos; pero ahora desea S. S. que hable un poco de marina.

Tengo la seguridad de que mi digno compañero el Sr. Ministro de Marina contestará á S. S., en esa anunciada interpelación, á todos los detalles que S. S. quiera tratar. Yo supongo que la derrota del cañonero *Cuervo*, que llevaba pliegos á Málaga, no había de sujetarse precisamente á una línea completamente recta y lo más corta de Melilla á Málaga, porque sin ser marino comprendo que el estado del mar y el estado del tiempo hacen que muchas veces barcos de pequeño calado, como el cañonero *Cuervo*, busquen como amparo á los vientos la costa.

Por consiguiente, esos vientos pudieron llevar al cañonero *Cuervo* á acercarse á la costa, y al reconocer el cabo de Tres Forcas, aproximarse á ese acantilado desde el cual le hicieron los disparos á que S. S. se ha referido; y hubiera sido poco satisfactorio para S. S. y para mí, que siendo un barco de nuestra escuadra fogueado por los riffeños, no les hubiera contestado con aquellas piezas que á su disposición tenía. Este es el hecho del cañonero *Cuervo*, que me parece satisfactoriamente explicado. ¿Qué resulta, Sres. Diputados, de lo que aquí ha manifestado el Sr. Llorens? ¿Que se ha recompensado mucho á la tripulación de ese barco? Ese cargo podrá ser que no esté tan justificado como S. S. piensa, porque para saber lo que cada oficial de la armada, contraalmirante ó marinero, se ha distinguido, para aplicar las leyes de recompensas, es necesario formar un juicio que compete exclusivamente al Ministro de Marina, y creo firmemente que el Sr. Ministro de Marina habrá aplicado aquellos reglamentos y aquellas facultades que por las leyes tiene.

Me permitirá S. S. que no diga más sobre el cañonero *Cuervo*, porque más no sé. (*El Sr. Romero Robledo: No le quitaron ningún ala al Cuervo.—Risas.*) Yo creo que no; pudo llegar á Málaga sin novedad en su importante salud. (*Risas.*)

Paréceme que no he dejado de contestar, siquiera haya sido con la parquedad que exige ya este debate, á los cargos que S. S. ha dirigido al Gobierno. Espero que si no está satisfecho insistirá en ellos, para poderme yo extender más en la contestación.

El Sr. **LLORENS**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S. para rectificar.

El Sr. **LLORENS**: Yo no he hecho cargo ninguno, Sr. Ministro de la Guerra, al general Martínez Campos; yo no he hecho más que sentar hechos que constan en la Historia, y que ni S. S. ni nadie podrá negar.

Yo no he dicho que el general Sr. Martínez Campos derramase el oro para hacer la paz del Zanjón. Lo ha dicho S. S., yo no. Lo único que sé es que estando allí entablada una guerra á muerte, de repente se firmó una paz, y como detalle que me ha hecho recordar S. S. con sus palabras, le diré que después de esa paz empezó á no pagarse al ejército. ¿Es que ese dinero fué el que se derramó en la paz del Zanjón? No lo sé. Si S. S. tiene más datos, haga el favor de decirlo.

He sentado también un hecho llamándole paz, y

advirtiéndole que esa paz podía apellidarse de Cantavieja ó de la Seo de Urgel, no porque la paz fuera pactada en Cantavieja ó en la Seo, no; allí estaban lealísimos generales carlistas que rechazaron varios asaltos que les dió el general Martínez Campos, y que si se rindieron, fué porque materialmente no podían resistir más. Cuando he llamado paz de Cantavieja, ha sido porque no había habido tratos anteriores á ese.

Que el señor general Martínez Campos encontró jefes que se vendieron. Sí, señor; pues ese es el mal que tuvo el ejército carlista; pero que al fin y al cabo nos honra á los que, como el Sr. Sanz y otros muchísimos jefes y yo, no nos vendimos y no abandonamos el campo hasta que el augusto Sr. D. Carlos de Borbón nos dijo: entren ustedes en Francia; porque si no, ó habríamos muerto ó continuaríamos luchando.

Podría decir á S. S. que aquí en Madrid encontramos un general liberal que se vendió; no quiero decir su nombre, pero añadiré...

El Sr. **PRESIDENTE**: Pues hace S. S. mal en hacer esas indicaciones.

El Sr. **LLORENS**: Es para demostrar al Sr. Ministro de la Guerra que en todas partes hay gentes que se venden, y con esto no hago más que presentar datos.

A este efecto, debo recordar á S. S. el adagio militar que dice: que hay muchas plazas que no se pueden tomar á cañonazos, y que, en cambio, una mula cargada de oro salta por encima de las murallas. De manera que la habilidad del señor general Martínez Campos ha sido encontrar jefes que se vendieran.

¡Si yo no niego que hubo traidores! ¡Ay, si no los hubiera habido, Sr. Ministro de la guerra, Dios sabe lo que habría pasado en este país!

Tuve la suerte de ser de los que se opusieron en Peña Plata al paso del señor general Martínez Campos, y con tres batallones y una batería estuvimos día y medio haciendo frente á aquellos 22.000 hombres que guiaba el dicho general y si nos retiramos de allí fué porque el general en jefe Sr. Pérula nos mandó cartuchos Berdam cuando nuestro armamento era Remington, y la traición queda probada por este dato que acabo de aducir; y si no fuera bastante, viene á acabar de demostrarlo el hecho de que á raíz de terminar la guerra, fué el Sr. Pérula nombrado director general de Aduanas en Cuba. ¿Cree S. S. que este nombramiento se hizo para pagarle los servicios que había prestado á la causa que personifica el augusto Sr. D. Carlos de Borbón?

La marcha del Baztán. No es ocasión de que discutamos esa marcha; pero yo creo que si S. S. reúne un Consejo de generales, les pone los planos delante y les explica la marcha del señor general Martínez Campos, de seguro que el Consejo deduce una de estas dos consecuencias: ¿contaba el señor general con el Sr. Pérula? Pues entonces, la marcha es muy sencilla, no tenía nada de particular, porque estaba convenida. ¿No contaba? Pues es un disparate militar; bordear Velate, dejar cortadas las comunicaciones con Pamplona, pasar por Elizondo y por el puerto de Ostondo, y luego acampar en el rincón de Zugarramurdi. Eso fué meterse en una verdadera ratonera, de donde salió gracias á la benevolencia del Gobierno francés, que le proveía de víveres. Nosotros

cogimos dos carros de galletas que en el anverso llevaban el escudo de Burdeos. ¿Qué hubiera pasado si el general Martínez Campos, en lugar de encontrarse con tres batallones y una batería, hubiera tropezado con diez ó doce batallones carlistas? Lo dejó á la consideración de S. S.

Yo, Sr. Ministro de la Guerra, he tenido que ocuparme del contrabando por las noticias que he podido adquirir, porque no he conseguido que S. S. remita á la Cámara el expediente; he sido el único Diputado que ha tenido la desgracia de que no haya sido atendido mi ruego y de que no se hayan remitido á la Cámara los documentos que he pedido; pero crea S. S. que no soy de los que se fían únicamente en noticias de periódicos; y la prueba de ello es, que los Sres. Ministros tienen que confesar que lo que digo es exacto, como ha sucedido al Sr. Ministro de Marina. Puedo asegurar que después del fuego del 2 de Octubre, se vendían en el Polígono cajones de cartuchos á los moros. Su señoría, á imitación del Sr. Sagasta, dirá que no lo sabe; pero de seguro no se atreve á negarlo.

En cuanto á lo que ha dicho respecto del cañonero, del *Cuervo*, he preguntado á oficiales de marina y me han dicho que cuando un comandante va á llevar un parte, lo lleva sin ocuparse de más y sin apartarse nunca del derrotero, y me han asegurado que para hacer ese reconocimiento que dice S. S., fué necesario apartarse del derrotero. (*El Sr. Auñón pide la palabra.*) Pero dejando á un lado si un comandante de un buque puede ó no apartarse del derrotero, lo cierto es que allí se dispararon algunos cañonazos y hubo un herido. Eso ha sucedido en bastantes ocasiones; por las costas marroquíes han pasado muchos barcos, los moros les disparaban algunos tiros, ellos contestaban con algunos cañonazos, y no sé que á los comandantes de aquellos barcos se les haya dado un premio. Creo que está contestado lo principal del discurso de S. S.; es muy tarde, y no quiero molestar por más tiempo la atención de la Cámara.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Muy pocas palabras he de pronunciar. Sólo deseo hacer constar que no he hablado nunca ni desciendo jamás al terreno de la venta de nadie; me he encontrado con el argumento empleado por S. S., en el cual parece como que se trata de aminorar el mérito de algunas operaciones realizadas por el general Martínez Campos, y he salido á su defensa, no porque las opiniones de S. S. no sean respetables, sino porque de ellas pudiera deducirse que ha habido alguien que le ha facilitado la gloria por recompensas de cierto orden, y por eso he acudido á ese terreno. Por lo demás, si ha habido alguien en una ó en otra parte que se haya vendido, tanto peor para él, sea quien fuere; si han existido esas personas, peor para ellos. Lo que me importa hacer constar es esta especie de protesta de que jamás acudo á ese terreno sino cuando á ello se me obliga por haberse planteado en él la cuestión.

Tampoco quiero hablar de la paz del Zanjón ni de eso de que no se pagaban los sueldos del ejército, y el oro se derramaba por otras partes. Empiezo por no creer en cosas de esa naturaleza, y después de todo, es un ardid de la guerra; y en la ignorancia de

los hechos, yo recojo el éxito y dejo la responsabilidad para quien corresponda.

No tengo más que decir respecto de eso, ni tampoco en cuanto al contrabando de armas, porque en la cuestión de marina no soy competente; ya se tratará en su día y se depurarán los hechos.

Respecto de los datos que ha indicado S. S., no he remitido uno de los procesos porque está en sumario. Cuando se encuentre en estado de ser remitido á la Cámara, lo traeré, y entonces discutiremos, y veremos sobre quién debe recaer la responsabilidad. Yo, por mi parte, estoy dispuesto á que se aplique la ley con dureza.

Con esto creo haber contestado á S. S., y dejo para otra ocasión discutir algún otro punto de los que ha tocado.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

Se anunció que pasaría á la Comisión que entiende en la suspensión de la sentencia del Tribunal Contencioso-administrativo, referente al tranvía de San Sebastián, la siguiente comunicación:

«Excmos. Sres.: De Real orden tengo la honra de remitir á V. EE. la relación á que se refiere su atenta comunicación de 14 del corriente; siendo de advertir, por lo que convenir pueda al mejor esclarecimiento del asunto, que de estimarse condición precisa para considerar enlazadas dos líneas férreas, que los trenes puedan pasar directamente de una á otra, puede decirse que no existe ningún tranvía concedido por el Ministerio de Fomento que enlace con las líneas ferroviarias generales, por establecer solución de continuidad entre los primeros y las segundas el distinto ancho de vía.

Dios guarde á V. EE. muchos años. Madrid 26 de Abril de 1894.—Alejandro Groizard.—Sres. Diputados Secretarios del Congreso.»

El Congreso quedó enterado de que las Comisiones que habían de dar dictamen sobre las proposiciones de ley referentes á la concesión de los ferrocarriles de Lezama á Guernica y de Guernica á Ondárroa, se habían constituido, nombrando ambas presidente al Sr. Marqués de Casa-Torres y secretario al Sr. Arrótegui y Amunátegui.

Se anunció que quedarían sobre la mesa, á disposición de los Sres. Diputados, los extractos de Secretaría de los expedientes de ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y Alicante, Valencia á Almansa y Tarragona, y Madrid á Irún, en que constaban los pliegos de condiciones y los acuerdos que habían podido modificarlos, remitidos por el Sr. Ministro de Fomento á petición del Sr. Llorens.

Se anunció que pasaría á la Comisión de peticiones una instancia del Ateneo Mercantil de Valencia pidiendo la aprobación de los tratados de comercio concertados con Alemania é Italia.

Se leyeron, anunciándose que quedarían sobre la mesa, los dictámenes siguientes:

Concediendo un crédito extraordinario al presupuesto de la isla de Puerto Rico de 1893-94, para atenciones de la brigada disciplinaria de la isla de Cuba. (*Véase el Apéndice 7.º á este Diario.*)

Autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de los ferrocarriles siguientes:

De Lezama á Guernica. (*Véase el Apéndice 8.º á este Diario.*)

De Guernica á Ondárroa. (*Véase el Apéndice 9.º á este Diario.*)

Incluyendo en el plan general de carreteras del Estado las siguientes:

De Torres de Gaitán á la provincial de Elche á Dolores. (*Véase el Apéndice 10.º á este Diario.*)

De Híjar á la estación de Val de Zafán. (*Véase el Apéndice 11.º á este Diario.*)

De Sevilla á la de Lora del Río á Santiponce. (*Véase el Apéndice 12.º á este Diario.*)

De Torrevelilla á Maella (*Véase el Apéndice 13.º á este Diario*); y

La prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapiedra, desde este último punto á Peñaranda de Bracamonte. (*Véase el Apéndice 14.º á este Diario.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para el viernes: Dictamen concediendo prórroga para la terminación de todas las líneas á la Compañía de ferrocarriles del Bajo Llobregat; los dictámenes que se han leído, y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las siete.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley del Gobierno, concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección sexta del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

A LAS CORTES

Ocurrida una avería en el cable telegráfico submarino de Tarifa á Tánger, que ha venido á interrumpir la comunicación eléctrica entre ambos puntos, se hace indispensable proceder desde luego á la reparación, según demandan apremiantes necesidades del servicio y en evitación de que el desperfecto pueda adquirir mayores proporciones si no es inmediatamente corregido, imponiendo sacrificios más crecidos al Estado.

Pero como para solventar esta obligación imprevista, cuya cuantía se calcula en la cantidad de 30.600 pesetas, no existe en el presupuesto corriente del Ministerio de la Gobernación crédito alguno á que el gasto pueda imputarse, ni los asignados para otros servicios permiten realizar transferencias, medida á que el Gobierno aspira en primer término para hacer frente á nuevas obligaciones y á las que han resultado deficientemente dotadas, no queda otro recurso que el de recurrir á la concesión

de un crédito extraordinario con aumento á los créditos de dicho presupuesto; y en esta atención, con la autorización de S. M., de acuerdo con el Consejo de Ministros, tengo la honra de someter á la aprobación de las Cortes, el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 30.600 pesetas á un capítulo adicional de la sección 6.ª, «Ministerio de la Gobernación,» del presupuesto de Obligaciones de los Departamentos ministeriales del actual año económico 1893-94, para gastos en la reparación de una avería en el cable telegráfico submarino de Tarifa á Tánger.

Art. 2.º El importe de dicho crédito extraordinario se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Madrid 1.º de Mayo de 1894.—El Ministro de Hacienda, Amós Salvador.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley del Gobierno, concediendo dos suplementos de crédito á los artículos 4.º y 5.º del capítulo 5.º de la sección cuarta del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

A LAS CORTES

El aumento de las comisiones indemnizables que por ineludibles necesidades del servicio ha sido forzoso conceder por el Ministerio de la Guerra, y el mayor número de jefes y oficiales que han pasado á situación de reemplazo y excedentes, así como la imposibilidad de realizar las bajas consignadas por amortización, han originado de modo inevitable déficits en los arts. 4.º y 5.º del capítulo 5.º del presupuesto de dicho Departamento correspondiente al actual año económico 1893-94, por un importe de 110.000 y 70.000 pesetas respectivamente.

Forzoso es, por lo tanto, allegar recursos que permitan hacer frente á tan ineludibles obligaciones, cuya naturaleza eventual impide que la fijación de créditos se ajuste á sus necesidades, sometidas constantemente á diversas y eventuales circunstancias.

En esta atención, y con la autorización de S. M., de acuerdo con el Consejo de Ministros, tengo la honra de someter á la deliberación y aprobación de las Cortes el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 110.000 pesetas el capítulo 5.º, «Cuerpos permanentes», art. 4.º, «Comisiones activas y extraordinarias del servicio», y otro de 70.000 al mismo capítulo, art. 5.º, «Jefes y oficiales en situación de reemplazo y excedentes», del presupuesto de Obligaciones de los Departamentos ministeriales, sección 4.ª, «Ministerio de la Guerra»; del corriente año económico 1893-94.

Art. 2.º El importe de 180.000 pesetas á que en junto ascienden los referidos suplementos de crédito, se cubrirá transfiriendo 60.000 pesetas del propio capítulo 5.º, art. 3.º, «Generales sin destino determinado y en situación de cuartel y reserva», y 120.000 del capítulo 14, artículo único, «Premios de enganche y reenganche de la misma sección y presupuesto.»

Madrid 1.º de Mayo de 1894.—El Ministro de Hacienda.—Amós Salvador.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley del Gobierno, concediendo un suplemento de crédito al art. 1.º de la sección sétima del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

A LAS CORTES

Las dos explosiones del vapor *Cabo Machichaco* recientemente ocurridas, tienen afligida á la población de Santander por las desgracias personales y considerables pérdidas que la catástrofe ha originado. Entre estas últimas, la Junta de obras del puerto ha experimentado grandes perjuicios por los desperfectos y destrucción que ha sufrido su material, y por los gastos que ha de causarle la extracción de los restos del vapor, á que ha de acudirse presurosamente para restablecer la normalidad de la navegación.

No considera el Gobierno de S. M. que el Estado deba sustraerse al alivio de tan inmensos males; antes, por el contrario, juzga un deber ineludible facilitar el auxilio que demanda el abatido espíritu de esta población, previniendo el gran riesgo de que la falta de recursos no permitan á dicha Junta proseguir las obras con la diligencia que precisa cuya paralización podría ser causa de conflictos entre la clase obrera.

Y como el crédito autorizado al presupuesto del

Ministerio de Fomento del corriente año económico para subvenciones á las Juntas de obras de puertos, no ofrece remanente alguno de que pueda disponerse, con la autorización de S. M., de acuerdo con el Consejo de Ministros, tengo la honra de someter á las Cortes el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 200.000 pesetas al capítulo 31, art. 1.º «Puertos», «Material», concepto de «Subvenciones á las Juntas», del presupuesto de Obligaciones de los Departamentos ministeriales, sección 7.ª «Ministerio de Fomento», del corriente año económico 1893-94, con destino á la Junta de obras del puerto de Santander.

Art. 2.º El importe de dicho suplemento se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Madrid 1.º de Mayo de 1894.—El Ministro de Hacienda, Amós Salvador.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley del Gobierno, ampliando el remanente de crédito que ofrece el concedido por ley especial á la sección sexta del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales,» para gastos de epidemias.

A LAS CORTES

Del crédito extraordinario de un millón de pesetas concedido por ley de 29 de Julio al presupuesto del Ministerio de la Gobernación del corriente año económico 1893-94, para atenciones generales de epidemias, resultó en fin de Marzo último un remanente de 673.083'36 pesetas, y aunque el estado sanitario actual es, por fortuna, satisfactorio, sin que, por lo tanto, se imponga de una manera apremiante la necesidad de dotar con mayor suma esta obligación, hay, sin embargo, peligros de que el cólera y la fiebre amarilla que aqueja á otros países, tan cercano alguno como el de Portugal, donde la primera de dichas epidemias se deja sentir, llegue á propagarse á nuestro territorio; y ante la eventualidad de que esto ocurra, es conveniente que el Gobierno se halle prevenido y en condiciones de acudir pronto y eficazmente al remedio del mal que, con más ó menos probabilidades, nos amenaza, sin omitir por de pronto las medidas que para combatirlo aconseja la ciencia, según viene haciéndose de algunos años á esta parte, solicitando de las Cortes los recursos que se juzgan necesarios.

Al presente, y si bien, como queda dicho, se dispone de elementos que permitirían acudir desde luego á tan importantes servicios, es de tener en cuenta que el citado remanente en la cantidad que no se invierte, ha de ser anulado al terminar el corriente año económico, lo cual podría ocasionar el grave riesgo de que en determinado momento se careciese de recursos que las circunstancias puedan hacer precisos, é impondríase en tal caso la necesidad de

solicitar la concesión de un crédito extraordinario, cuyas dificultades se alejarían ampliando á un millón de pesetas las 673.083'36 pesetas en que consiste el repetido remanente, y declarando la transferencia al presupuesto inmediato de 1894-95, de la suma que en fin de Junio aparezca sin aplicación.

Por lo expuesto, con la autorización de S. M., de acuerdo con el Consejo de Ministros, tengo la honra de someter á la aprobación de las Cortes el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se amplía á un millón de pesetas el remanente de 673.083'36 que en 31 de Marzo último ofrece el crédito de otro millón concedido por la ley de 29 de Julio de 1893 al presupuesto de la sección 6.ª, «Ministerio de la Gobernación», del corriente año económico 1893-94, para los gastos á que pueda dar lugar la epidemia colérica y cuantas enfermedades, lo mismo exóticas que propias, revistan carácter epidémico.

Art. 2.º El remanente que ese crédito ofrezca en fin de Junio próximo, se transferirá al presupuesto del inmediato año económico de 1894-95 y constituirá el de un capítulo adicional al de dicho Departamento con la aplicación determinada en el artículo anterior.

Art. 3.º El importe de 326.916'64 pesetas en que consiste el citado suplemento de crédito, se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Madrid 1.º de Mayo de 1894.—El Ministro de Hacienda, Amós Salvador,

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley del Gobierno, concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección tercera del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones generales del Estado.»

A LAS CORTES

Consignada en el presupuesto de 1892-93 la suma de 6 millones de pesetas para atender al quebranto de la situación de fondos en el extranjero con destino al pago de intereses de la deuda exterior, hay que tener en cuenta que el último párrafo del art. 3.º de la ley de 30 de Junio de 1892 dispuso que si las obligaciones que se reconocieran y liquidaran durante el ejercicio de dicho presupuesto por el mencionado concepto excedieran de aquella cifra, se imputara el exceso al presupuesto extraordinario aprobado por la ley de 14 de Junio de 1881, reduciendo en igual suma el crédito de 150 millones destinados por dicha ley al pago de atenciones de Guerra, Marina y Obras públicas en la proporción que el Gobierno estimare conveniente.

Practicada oportunamente la liquidación, el importe de los gastos á que dicha obligación se elevó resultó ser de 13.575.909, ó sean 7.575.909 sobre el crédito autorizado que se han satisfecho en el año corriente con cargo á los créditos del extraordinario en la siguiente proporción: 6.017.418 pesetas del de la Guerra, 991.768 del de Marina y 566.723 del de Fomento, cuyos créditos de 16, 171 y 47 millones en que se fijaron por las leyes de 7 de Julio de 1888 y 14 de Julio de 1891, quedaron limitados á pesetas 9.982.582, 170.008.232 y 46.433.277 respectivamente.

Solventadas de este modo las obligaciones del presupuesto de 1892-93, el art. 20 de la ley de 5 de Agosto último dispuso que se refundieran en el ordinario las de los servicios de Fomento que figuraban en el extraordinario, aplicándose los 14 millones de su importe en 1893-94 á los gastos en el mismo

por la obligación de que se trata; pero como hasta dicha fecha, 5 de Agosto, y en virtud de Real decreto de 30 de Junio anterior, rigió por autorización el presupuesto de 1892-93, el referido Ministerio había adquirido durante ese lapso de tiempo compromisos ineludibles por obras de ferrocarriles y subvenciones á puertos y canales, importando en junto pesetas 1.391.150'44, y por consiguiente, invertida esta suma en atenciones de su presupuesto extraordinario antes de la promulgación de la ley de 5 de Agosto, los 14 millones á que se refiere el art. 20 de la misma se redujeron á 12.608.849 pesetas 56 céntimos, en cuya cantidad consiste el crédito de que ha podido disponerse en el corriente año económico para gastos imputables á él en la situación de fondos en el extranjero con destino al pago de intereses de la deuda y demás obligaciones del Estado.

La situación actual de dicho crédito y los recursos que se han utilizado del presupuesto extraordinario, son las que expresan la siguiente demostración:

Créditos.

Del Ministerio de la Guerra.....	6.017.418	
Idem de Marina..	991.768	
Idem de Fomento.	13.175.572'56	
		20.184.758'56

Pagos ejecutados y formalizados en cuenta hasta fin de Marzo último por la situación de fondos en el extranjero, con

destino al pago de la deuda exterior, de los cuales 7.577.271'54 corresponden al presupuesto de 1892-93, y 4.225.875'86 al primer trimestre de 1893-94 corriente, vencido en 1.º de Octubre.....	11.803.147'40	
Idem id. por diferencias y comisiones en los pagos que ejecuta el Tesoro por cuenta de los diferentes Ministerios.	2.179.815'51	13.982.962'91
Remanente en 31 de Marzo...	6.201.795'65	

Pero como existe pendiente de formalización la suma satisfecha por la situación de fondos para pago de la deuda exterior del segundo trimestre, vencido en 1.º de Enero, que asciende en números redondos á 4.400.000 pesetas, calculando en igual suma la que sea necesaria para el tercero, ó sean 8.800.000, y agregando 800.000 que se supone han de representar las obligaciones que se contraigan por diferencias y comisiones en los pagos por cuenta de los diferentes Ministerios, hacen en junto

Resulta un déficit de.....	3.398.204'35
----------------------------	--------------

Que se elevaría á mayor importe si el cuarto trimestre de la deuda exterior hubiese de satisfacerse dentro del año económico; pero como el pago no se abre hasta su vencimiento, ó sea en 1.º de Julio próximo, tanto los intereses como los gastos en la si-

tuación de fondos han de aplicarse al presupuesto de 1894-95, conforme á lo que determina el ar. 33 del proyecto de ley de administración y contabilidad de la Hacienda pública puesto en vigor por la referida ley de 5 de Agosto último.

Resulta, pues, que habiéndose dotado este servicio en el presupuesto corriente con la suma de pesetas 12.608.849'56, y ascendiendo á 6.405.691'37 las satisfechas hasta fin de Marzo para atenciones devengadas en el mismo, y á 9.600.000 las que se calcula han de devengarse hasta la terminación del año económico, ó sean á una suma de 16.005.691'37, aparece dicho crédito deficiente en 3.396.841'81; y como se trata de una obligación sujeta á vencimiento fijo, cuyo pago es ineludible, sin que exista en la vigente ley de presupuestos la autorización que para considerarlo ampliado en la cantidad á que asciendan las que se reconozcan y liquiden ha venido á consignarse en las anteriores á la de 1892-93, se impone la necesidad de allegar los medios necesarios, y al efecto, en virtud de lo que preceptúa el art. 27 del proyecto de ley de administración y contabilidad de la Hacienda pública, puesto en vigor por la ley de 5 de Agosto último, con autorización de S. M., de acuerdo con el Consejo de Ministros, tengo la honra de someter á la deliberación y aprobación de las Cortes el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 3.400.000 pesetas á un capítulo adicional de la sección 3.ª, «Obligaciones generales del Estado», del presupuesto ordinario del corriente año económico de 1893-94, para atender al quebranto que produzca la situación de fondos en el extranjero con destino al pago de intereses de la deuda exterior y de las diferencias de cambio y comisiones en los pagos que ejecute el Tesoro en el extranjero por cuenta de los diferentes Ministerios.

Art. 2.º El importe de dicho crédito extraordinario se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Madrid 1.º de Mayo de 1894.—El Ministro de Hacienda, Amós Salvador.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Lista por orden alfabético de los Sres. Diputados que han de componer las Secciones durante el mes de Mayo de 1894.

SECCION PRIMERA

Señores

Aicart Moya (D. Cristóbal).
 Aldama (D. Luis Ussia y Aldama, Marqués de).
 Alfau y Baralt (D. Antonio).
 Alonso Castrillo (D. Demetrio).
 Alvarez Capra (D. Lorenzo).
 Calvo de León y Benjumea (D. Juan).
 Campión y Jaimebón (D. Arturo).
 Canalejas y Méndez (D. José).
 Casasola (D. Gonzalo de Aguilera y Gamboa, Conde de).
 Céspedes y Céspedes (D. Valentín).
 Córdova y García (D. Anselmo de).
 Crespo Carro (D. Antonio).
 Cuevas del Becerro (D. Marcos Castrillo y Medina, Marqués de las).
 Elduayen y Mathet (D. Angel).
 Fernández Daza y Gómez Bravo (D. Mariano).
 Flores-Dávila (D. Manuel de Aguilera y Gamboa, Marqués de).
 Font de Mora y Jáuregui (D. Pedro).
 Galán y Castillo (D. Francisco).
 García San Miguel (D. Crescente).
 Gasset y Chinchilla (D. Eduardo).
 Gavín y Estaún (D. Manuel).
 Gómez Pelayo (D. José).
 González Longoria (D. Javier).
 Groizard y Coronado (D. Carlos).
 La Cadena (D. Ramón de Lacadena y Laguna, Marqués de).
 López Oyarzábal (D. Rafael).

Sres. López Puigcerver (D. Vicente).
 Lopo y Molano (D. Casimiro).
 Los Arcos y Miranda (D. Javier).
 Llorens Fernández de Córdova (D. Joaquín).
 Marengo y Gualter (D. José).
 Marianao (D. Salvador de Samá y Torrents, Marqués de).
 Martín Sánchez (D. Francisco).
 Martínez González (D. Francisco).
 Mellado y Leguey (D. Fernando).
 Monistrol (D. Joaquín Escribá de Romani, Marqués de Aguilar y de).
 Morales y Rodríguez (D. Gustavo).
 Moret y Prendergast (D. Segismundo).
 Moya y Ojanguren (D. Miguel).
 Muro López (D. José).
 Pablos y López (D. Anacleto).
 Parra y Aguilar (D. Jenaro de la).
 Pérez Castañeda (D. Tiburcio).
 Perojo y Figueras (D. José del).
 Prieto y Caules (D. Rafael).
 Quintana y León (D. José de).
 Rodríguez de la Borbolla y Amoseótegui (D. Pedro).
 Salvador y Rodrigáñez (D. Amós).
 Sánchez Mira (D. Manuel).
 Sánchez de Toca y Calvo (D. Joaquín).
 San Miguel y Gándara (D. José).
 Silva y Valle (D. Fernando de).
 Terol Maluenda (D. Rafael).
 Torres de Orduña (D. Antonio).
 Valderrazo (D. Ulpiano González de Oláneta, Marqués de).
 Villanova de la Cuadra (D. Luis).
 Zozaya y Mendiberry (D. Martín).

SECCION SEGUNDA

Señores

Aparicio y Muñoz (D. Vicente).
 Arroyo Rodríguez (D. Enrique).
 Ballester y Mochales (D. Juan Gualberto).
 Baró y Sureda (D. Teodoro).
 Belascoain (D. Juan García del Castillo, Conde de).
 Cabezas y Montemayor (D. Rafael).
 Camacho y del Rivero (D. Antonio).
 Camo (D. Manuel).
 Canido Pardo (D. Senén).
 Canillejas (D. Manuel de Vereterra y Lom-bau, Marqués de).
 Carvajal y Domínguez (D. Angel María).
 Castillo y García Soriano (D. Ramón).
 Ceballos y Solís (D. Fernando).
 Cepeda Montero (D. Ramón).
 Comas y Masferrer (D. José).
 Espinosa y Villapececlín (D. Luis).
 Federico Martínez (D. Francisco de).
 Fernández Arroyo (D. Juan José).
 Fernández Blanco y Moral (D. Ricardo).
 Fernández Latorre (D. Juan).
 Fernández de Velasco (D. Leovigildo).
 Gallego Díaz (D. José Santiago).
 García Barrado (D. Isidoro).
 García Iñiguez (D. Manuel).
 Garijo y Aljama (D. Cipriano).
 Garrigues Amador (D. Francisco Pascual).
 Gayo (D. José Luis).
 González Ugidos (D. Vicente).
 Hernández Prieta y Peña (D. José).
 Jerez de los Caballeros (D. Manuel Pérez de Guzmán y Bozas, Marqués de).
 Junoy (D. Emilio).
 Lersundi (D. Modesto del Valle é Iznaga, Conde de).
 López Muñoz (D. Antonio).
 Lostau Prats (D. Baldomero).
 Luca de Tena y Alvarez Osorio (D. Torcuato).
 Mina (D. Manuel Falcó y Osorio, Marqués de la).
 Mont-Roig (D. Antonio Ferratges de Mesa, Marqués de).
 Moret y Beruete (D. Lorenzo).
 Mudela (D. Francisco Losada de las Rivas, Conde de Valdelagrana y Marqués de).
 Núñez Granés (D. Carlos).
 Ortega y Sáenz Diente (D. José).
 Pacheco y Montoro (D. Francisco de Asís).
 Pascual Ruilópez (D. Bruno).
 Planas y Casals (D. José María).
 Pozo y Egozque (D. Inocente del).
 Prefumo Dodero (D. José).
 Rocafort y Casamitjana (D. Ramón de).
 Rodríguez Lagunilla (D. Narciso).
 Rosell y Rubert (D. Juan).
 Rózpide y Bériz (D. Pablo).
 Ruiz y López Falcón (D. Gustavo).
 Samaniego y Soroa (D. Víctor).
 Sancho Gil (D. Faustino).
 Soler y Casajuana (D. Luis).

Sres. Spottorno y Bienert (D. Juan).
 Viesca y Roiz (D. José María de la).
 Vila y Vendrell (D. Simón).

SECCION TERCERA

Señores

Aguilera y Velasco (D. Alberto).
 Andrés Moreno García (D. Santiago de).
 Ariño y González (D. Tomás María).
 Aznar y Butigieg (D. Angel).
 Benot y Rodríguez (D. Eduardo).
 Bergamín García (D. Francisco).
 Bugallal Araujo (D. Gabino).
 Burgos y Mazo (D. Manuel de).
 Cañellas Tomás (D. Juan).
 Cárdenas y Uriarte (D. Juan José de).
 Castel y Clemente (D. Carlos).
 Cobián y Roffignac (D. Eduardo).
 Comas y Blanco (D. Augusto).
 Domínguez y Pascual (D. Lorenzo).
 Dualde y Furió (D. Vicente).
 Fernández de las Cuevas (D. Mario).
 Figueroa y Torres (D. Rodrigo).
 Fuente Alvarez Cedrón (D. Juan de la).
 García Alix (D. Antonio).
 García Molinas (D. Francisco).
 Garnica y Díaz (D. José de).
 González Fiori (D. Joaquín).
 González Marrón (D. Joaquín).
 Guardia y Corencia (D. Miguel de la).
 Guasp y Pujol (D. Manuel).
 Guelbenzu y Sánchez (D. Martín Enrique de).
 Ibarra y González (D. Eduardo de).
 Llorente y Olivares (D. Teodoro).
 López de Tejada y Martínez (D. Antonio).
 Maluquer y Viladot (D. Juan).
 Martínez Bande (D. Vicente).
 Moncasi Cudós (D. José).
 Muñoz Chaves (D. Joaquín).
 Muruve y Galán (D. Miguel).
 Pidal y Mon (D. Alejandro).
 Pí y Margall (D. Francisco).
 Prieto y de la Torre Ontiveros (D. Manuel).
 Quijano y Fernández (D. Gilberto).
 Quintana y Serra (D. Pompeyo de).
 Romero Paz (D. Eduardo).
 Ruano Blázquez (D. Raimundo).
 Ruiz y Valarino (D. Trinitario).
 Sagasta Echeverría (D. Bernardo Mateo).
 Sagasta y Vidal (D. José).
 Salmerón y Alonso (D. Nicolás).
 San Bernardo (D. Manuel Mariátegui y Vinyals, Conde de).
 Sanchis y Guillén (D. Vicente).
 San José (D. Rafael Moore y de Pedro, Marqués de).
 Santos y Ecay (D. Joaquín).
 Santos y Fernández Laza (D. José de).
 Silvela y Corral (D. Eugenio).
 Soriano y Gaviria (D. Fernando).
 Torre Mínguez (D. Eustaquio de la).
 Torres Jordí (D. Pedro Antonio).
 Vallés y Ribot (D. José María).
 Vázquez de Mella y Fanjul (D. Juan).
 Villanueva y Gómez (D. Miguel).

SECCION CUARTA

Señores

Aguilera y Rodríguez (D. Luis Felipe).
 Alcover y Maspons (D. Juan).
 Alonso Martínez y Martín (D. Vicente).
 Amat y Vera (D. Constancio).
 Benayas Portocarrero (D. Manuel).
 Bores y Romero (D. Francisco Javier).
 Cañé y Baulenas (D. José).
 Carvajal y Hué (D. José).
 Carvajal y Trelles (D. Bernardo).
 Castelar (D. Emilio).
 Celleruelo y Poviones (D. José María).
 Cort y Gosálvez (D. José).
 Cruz y Orgaz (D. Pablo).
 Drake de la Cerda (D. Emilio).
 Enríquez González (D. Aurelio).
 Gallardo Tovar (D. José Mariano).
 Gamazo y Calvo (D. Trifino).
 García Camisón (D. Laureano).
 Garijo y Lara (D. Antonio).
 Gaset y Chinchilla (D. Rafael).
 Gil Berges (D. Joaquín).
 Godó y Pie (D. Carlos).
 Gual Doms de Torrella (D. Fausto).
 Gutiérrez Mas (D. Sinibaldo).
 Hoces y Losada (D. José Ramón).
 Iranzo Benedito (D. Manuel).
 Marín y Carbonell (D. Joaquín).
 Martínez Asenjo (D. Lamberto).
 Merino Villarino (D. Fernando).
 Mompeón y Goser (D. Juan).
 Monedero Díez Quijada (D. Fernando).
 Navarro Ramírez de Arellano (D. Antonio).
 Niebla (D. Alonso Alvarez de Toledo y Caro, Conde de).
 Osma y Scull (D. Guillermo Joaquín).
 Pardo Balmonte y Gil (D. Pegerto).
 Pardo y Pérez (D. Juan José).
 Peralta y Apezteguía (D. Juan).
 Pérez Ibáñez (D. Emilio).
 Puerta y Escolar (D. Ricardo de la).
 Rey y Medrano (D. Luis del).
 Revilla-Gigedo (D. Alvaro Armada Fernández de Córdova, Conde de).
 Rodríguez García (D. Calixto).
 Rodríguez San Pedro (D. Faustino).
 Ruiz Martínez (D. Cándido).
 Rusiñol Prats (D. Alberto).
 Saavedra Magdalena (D. Alvaro).
 Sala Argemi (D. Alfonso).
 Sánchez Albornoz y Hurtado (D. Nicolás).
 Santa María de Paredes (D. Vicente).
 Sardoal (D. Angel Carvajal y Fernández de Córdova, Marqués de).
 Serna y López (D. Agustín de la).
 Soler y Pla (D. Luis).
 Suárez Inclán (D. Julián).
 Terry y Dórticos (D. José Emilio).
 Troncoso (D. Quintín Arévalo y Bayón, Conde de).
 Trueba Pardo (D. Andrés).
 Valdeiglesias (D. Alfredo Escobar y Ramírez, Marqués de).

SECCION QUINTA

Señores

Abellán Casanova (D. Antonio).
 Almodóvar del Río (D. Juan Manuel Sánchez y Gutiérrez de Castro, Duque de).
 Alvarado (D. Juan).
 Amat y Esteve (D. Pascual).
 Anglada y Ruiz (D. Juan María).
 Arrótegui y Amunátegui (D. Manuel María de).
 Atienza y Tello (D. Gaspar de).
 Auñón y Villalón (D. Ramón).
 Ballester Boada (D. Gabriel).
 Barroso y Castillo (D. Antonio).
 Bonilla y Forcada (D. José de).
 Bullón de la Torre (D. Agustín).
 Calzado y Sanjurjo (D. Adolfo).
 Casa-Torre (D. José María de Lizana y Hormaza, Marqués de).
 Castillo y Quartillers (D. Rodolfo del).
 Comyn y Crooke (D. Antonio).
 Dato Iradier (D. Eduardo).
 Dávila y Bertololi (D. Bernabé).
 Eguilior y Llaguno (D. Manuel de).
 García Gómez (D. Juan José).
 Garzón Pérez (D. José).
 Giraldo Crespo (D. Eusebio).
 Guerrero y Segura (D. Juan Manuel).
 Gullón y Dabán (D. Eduardo).
 Gurrea y Zaratiegui (D. Cecilio).
 Jiménez Ramírez (D. Juan José).
 Jimeno de Lerma (D. José María).
 Laá y Rute (D. Román).
 López Puigcerver (D. Joaquín).
 Mansi y Bonilla (D. Rufino).
 Manteca y Oria (D. José).
 Martínez del Campo y Acosta (D. Federico).
 Martínez de las Rivas (D. Francisco).
 Martos y Llobell (D. Cristino).
 Maura Montaner (D. Antonio).
 Montilla y Adán (D. Jerónimo).
 Muñoz y García Luz (D. José).
 Nieto y Pérez (D. Emilio).
 Ochando y Chumillas (D. Andrés).
 Ojeda Martín (D. Luis).
 Olavarrieta (D. Ventura).
 Pérez García (D. Pío Abdón).
 Quiroga Vázquez (D. Vicente).
 Rey y Aparicio (D. Gil).
 Requejo Avedillo (D. Federico).
 Ripalda (D. Salvador Bermúdez de Castro y O'Lawlor, Marqués de Lema y Duque de).
 Rius (D. Mariano Rius y Montaner, Conde de).
 Rodrigáñez y Sagasta (D. Tirso).
 Ruiz Martínez (D. Leandro Antolín).
 Sagasta (D. Práxedes Mateo).
 Sagasta (D. Primitivo Mateo).
 Sánchez Arjona y Velasco (D. Luis).
 Testor y Pascual (D. Carlos).
 Teverga (D. Julián García San Miguel, Marqués de).
 Vilana (D. Fernando Casani y Díaz de Mendoza, Conde de).
 Villamanrique (D. Mariano Ruiz de Arana y Osorio de Moscoso, Marqués de).

SECCION SEXTA

Señores

Agelet y Besa (D. Miguel).
 Agüera (D. César de Cañedo y Sierra, Conde de).
 Alvear y Pedraja (D. Emilio).
 Avila y Rodríguez (D. Tiberio).
 Azcárate (D. Gumersindo de).
 Ballesteros y Contín (D. Manuel).
 Becerro de Bengoa (D. Ricardo).
 Bosch y Bosch (D. Mateo).
 Castellano (D. Tomás).
 Corrales y Morado (D. Enrique).
 Crespo Quintana (D. Manuel).
 Chavarri y Salazar (D. Benigno).
 Díaz Caneja y Alonso (D. Ignacio).
 Esquerdo y Zaragoza (D. José María).
 Esteban Fernández del Pozo (D. Eugenio).
 Fernández de Henestrosa y Boza (D. Francisco).
 Figueroa (D. Juan Armada Losada, Marqués de).
 Figueroa y Torres (D. Alvaro).
 Franco-Alonso Cordero (D. Bernardino).
 García Prieto (D. Manuel).
 García Traperó (D. Ricardo).
 González y Lozano (D. Alfonso).
 Grande de Vargas (D. Manuel).
 Hermida y Vereá (D. Benito María).
 Ibarra y Cruz (D. Manuel).
 Julián Martín (D. Gonzalo).
 Labra (D. Rafael María de).
 Lastres y Juiz (D. Francisco).
 Martí y Torras (D. Juan).
 Martínez Rodas (D. Francisco).
 Montes Sierra (D. Nicasio).
 Navarro Reverter (D. Juan).
 Oñativia (D. Eduardo García Oñativia, Conde de).
 Ordóñez y González (D. Ezequiel).
 Padierna de Villapadierna y Muñiz (D. León).
 Pedregal y Cañedo (D. Manuel).
 Presilla y López (D. José de la).
 Quiroga López Ballesteros (D. Benigno).
 Recio Sánchez de Ipola (D. Isidoro).
 Riu Casanova (D. Leopoldo).
 Rodríguez Correa (D. Ramón).
 Romeral (D. Lorenzo de Codes y García, Marqués del).
 Romero Robledo (D. Francisco).
 Sánchez-Guerra Martínez (D. José).
 Sánchez Pastor (D. Emilio).
 Silvela (D. Francisco Agustín).
 Soto Barro (D. Teodolindo).
 Suárez Inclán (D. Félix).
 Suárez Valdés (D. Alvaro).
 Taboada de la Riva (D. Marcial).
 Torre (D. Francisco Serrano y Domínguez, Duque de la).
 Torrependo (D. Juan Bautista de la Torre y de Vega, Conde de).
 Urzáiz y Guesta (D. Angel).
 Vergez (D. José Francisco).
 Vincenti Reguera (D. Eduardo).
 Zubizarreta Olavarriá (D. Eusebio).

SECCION SÉTIMA

Señores

Alonso Martínez y Martín (D. Lorenzo).
 Aparicio y Ruiz (D. Francisco).
 Arredondo y Ramírez de Arellano (D. Federico).
 Avedillo Juárez (D. Germán).
 Baillo y Baillo (D. Ramón).
 Balbás y Capó (D. Vicente).
 Barrio y Mier (D. Matías).
 Baselga y Chaves (D. Eduardo).
 Calbetón y Blanchón (D. Fermín).
 Cánovas del Castillo (D. Antonio).
 Casanova y Moreno (D. Jesús).
 Corzana (D. José Osorio y Heredia, Conde de la).
 Cos-Gayón (D. Fernando).
 Crooke y Larios (D. Enrique).
 Chicheri (D. Juan Bautista).
 Díaz de Rábago y Aguiar (D. Antonio).
 Fernández Alsina (D. Enrique).
 Fernández Villaverde (D. Raimundo).
 Flórez de Losada y Quiroga (D. Alfonso).
 Gamazo y Calvo (D. Germán).
 García Sánchez (D. Agustín).
 Gasca Vallabruga (D. Juan José).
 Gascón y Fernández Rubio (D. Juan Francisco).
 Gil y Becerril (D. Francisco Javier).
 González Alonso (D. Lisardo).
 Gutiérrez Abascal (D. José).
 Infantas (D. Fernando Pérez del Pulgar, Conde de las).
 Isasa y Valseca (D. Santos).
 Liaño y Camacho (D. Joaquín).
 Linares Rivas (D. Aureliano).
 Martínez Montenegro (D. Cándido).
 Mellado y Fernández (D. Andrés).
 Monares Insa (D. Rafael).
 Mon y Martínez (D. Alejandro).
 Muñoz y Miguel (D. Julián).
 Page y Blake (D. Luis).
 País Lapidó (D. Pedro).
 Pérez y Pérez (D. Vicente).
 Ramos Calderón (D. Antonio).
 Risueño Briz (D. Joaquín).
 Romero Donallo (D. Felipe).
 Ruiz y Capdepón (D. Trinitario).
 Sales Reig (D. José María).
 Sanz y Escartín (D. Romualdo Cesáreo).
 Sapiña y Rico (D. Manuel).
 Sendín y García-Hidalgo (D. Juan Felipe).
 Seo de Urgel (D. Ramón Martínez de Campos, Duque de).
 Serrano Alcázar (D. Rafael).
 Serrano Díez (D. Nicolás María).
 Sol y Ortega (D. Juan).
 Sors Martínez (D. Enrique).
 Torán Herreras (D. Leoncio).
 Vadillo (D. Javier González de Castejón y Elío, Marqués del).
 Vega de Armijo (D. Antonio Aguilar y Correa, Marqués de Mos y de la).
 Viñaza (D. Cipriano Muñoz, Conde de la).
 Zugasti y Sáenz (D. Julián de).

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión sobre el proyecto de ley del Gobierno, concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional del presupuesto de gastos vigente de la isla de Puerto Rico.

La Comisión de presupuestos de Puerto Rico ha examinado el proyecto de ley sobre concesión de un crédito extraordinario al presupuesto de aquella isla para atenciones de la brigada disciplinaria de Cuba; y de conformidad con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 11.413 pesos 64 centavos, con aplicación al capítulo adicional de la sección 3.ª, «Guerra», del presupuesto de gastos de la isla de Puerto Rico de 1893-94.

Art. 2.º Los referidos 11.413 pesos 64 centavos se destinarán al pago de la quinta parte del coste de la brigada disciplinaria de la isla de Cuba, de conformidad con lo dispuesto en el art. 6.º del Real decreto de 7 de Enero de 1892.

Art. 3.º El importe de este crédito se cubrirá con la deuda flotante del Tesoro de la isla, si los ingresos que se realicen por cuenta del citado presupuesto no fuesen bastantes á satisfacer las obligaciones liquidadas con cargo al mismo.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—Agustín de la Serna, presidente.—El Conde de Torrependo = Enrique Corrales. = José de Santos Laza.—José Gutiérrez Abascal.—Francisco García Molinas, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Lezama á Guernica.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley sobre concesión de un ferrocarril de vía estrecha de Lezama á Guernica, lo ha examinado detenidamente; y de conformidad con lo propuesto, tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á la Compañía del ferrocarril de Bilbao á Lezama la concesión de un ferrocarril de vía estrecha á un metro para su construcción y explotación, sin subvención directa ni indirecta del Estado, que, partiendo de Lezama, termine en Guernica. Este ferrocarril se considerará de utilidad pública para los efectos de la expropiación forzosa, y disfrutará de las demás exenciones y ventajas que las leyes concedan á los de su clase.

Art. 2.º La concesión se hará por noventa y nueve años, y su construcción se sujetará al proyecto facultativo que se apruebe por el Ministerio de Fomento, al cual se sujetarán también en un todo las obras que se efectúen.

Art. 3.º Las obras para la construcción de esta línea darán principio al año de la fecha de otorgada la concesión, y deberán quedar terminadas á los cinco años, á partir de dicha fecha; debiendo, antes de dar principio á las obras, depositar en garantía de su ejecución la cantidad equivalente al 3 por 100 del total del presupuesto de dichas obras, fianza que quedará en garantía conforme á las disposiciones vigentes, y que podrá retirar el concesionario cuando haya invertido triple cantidad en obras y materiales acopiados para la línea.

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—Manuel María de Arrótegui.—El Marqués de Casa Torre.—Joaquín Sánchez de Toca.—Benigno de Chávatri.—Francisco Martínez Rodas.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Guernica á Ondárroa.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dictaminar acerca de la proposición de ley sobre concesión de un ferrocarril de vía estrecha de Guernica á Ondárroa, lo ha examinado detenidamente; y de conformidad con lo propuesto, tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á la Compañía del ferrocarril de Bilbao á Lezama la concesión de un ferrocarril de vía estrecha á un metro para su construcción y explotación, sin subvención directa ni indirecta del Estado, que, partiendo de Guernica y pasando por Lequeitio, termine en Ondárroa.

Este camino se considerará de utilidad pública para los efectos de la expropiación forzosa, y disfrutará de las demás exenciones y ventajas que las leyes concedan á los de su clase.

Art. 2.º La concesión se hará por noventa y nueve años, y su construcción se sujetará al proyecto facultativo que se apruebe por el Ministerio de Fomento, al cual se sujetarán también en un todo las obras que se ejecuten.

Art. 3.º Las obras para la construcción de esta línea darán principio al año de la fecha de otorgada la concesión, y deberán quedar terminadas á los cinco años á partir de dicha fecha, debiendo, antes de dar principio á las obras, depositar en garantía de su ejecución la cantidad equivalente al 3 por 100 del total del presupuesto de las mismas, fianza que quedaría en garantía conforme á las disposiciones vigentes, y que podrá retirar el concesionario cuando haya invertido triple cantidad en obras y materiales acopiados para la línea.

— Palacio del Congreso 28 de Abril de 1891.—Manuel María de Arrótegui.—El Marqués de Casa Torre.—Joaquín Sánchez de Toca.—Francisco Martínez Rodas.—Benigno de Chávarri.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre el proyecto de ley, remitido por el Senado, incluyendo en el plan general de carreteras una de Torres de Gaitán á la de Elche á Dolores.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca del proyecto de ley remitido por el Senado, incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de Torres de Gaitán termine en la de Elche á Dolores, ha examinado este asunto y conformándose con lo propuesto por dicho Cuerpo Colegislador, tiene el honor de someter á la aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de las Torres

de Gaitán, en la de Aspe á Santa Pola, y pasando por la parte Norte del Caserío de San Andrés y sitio llamado de las Rebalsadas, enlace en el punto que se crea conveniente con la provincial de Elche á Dolores.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886, sobre construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 26 de Abril de 1894.—Emilio de Alvear, presidente.—El Marqués de Villamanrique.—Trinitario Ruíz y Valarino.—El Conde de Belascoain.—Enrique Arroyo.—Antonio Abellán.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley, incluyendo en el plan general de carreteras una de Híjar á la estación de Val de Zafán.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Híjar á la estación de Val de Zafán, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto, tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de ca-

rrerteras del Estado una que, partiendo de Híjar (Téruel), y pasando precisamente por La Puebla de Híjar, termine en la estación de Val de Zafán.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—Juan José Gasca.—Tomás María Ariño.—Francisco García Molinas.—Augusto Comas y Blanco, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley, incluyendo en el plan general de carreteras una de Sevilla á Lora del Río á Santiponce.

La Comisión nombrada para emitir dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de Sevilla, termine en la de Lora del Río á Santiponce, ha examinado este asunto; y de conformidad con lo propuesto por sus autores, tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden que, partiendo de Sevilla, se dirija á la Algaba por la mar-

gen izquierda del Guadalquivir, y termine en la carretera de tercer orden de Lora del Río á Santiponce.

Esta carretera queda incluida en el plan de las de tercer orden del Estado, con la denominación de carretera de tercer orden de Sevilla á la de Lora del Río á Santiponce, pasando por la Algaba.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 sobre construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 24 de Abril de 1894.—Lorenzo Domínguez Pascual.—Juan Alvarado.—El Marqués de las Cuevas.—Bruno Pascual Ruilópez.—Antonio García Alix.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Reunión de la Comisión para el estudio de las reformas en el plan general de la enseñanza con el objeto de formar una ley de enseñanza.

La Comisión para el estudio de las reformas en el plan general de la enseñanza se reunió en la tarde del día 15 de Mayo de 1904, a las 4 de la tarde, en el salón de sesiones del Congreso de los Diputados, para dar cumplimiento a lo dispuesto en el artículo 1.º de la Ley de 1.º de Mayo de 1904, que faculta a la Comisión para el estudio de las reformas en el plan general de la enseñanza, a fin de formular una ley de enseñanza.

En la sesión de la tarde del día 15 de Mayo de 1904, se leyó y aprobó el acta de la sesión anterior, celebrada el día 14 de Mayo de 1904, en la que se acordó que la Comisión para el estudio de las reformas en el plan general de la enseñanza, formulara una ley de enseñanza, que se presentara al Congreso de los Diputados en el mes de Julio de 1904.

PROYECTO DE LEY

El Congreso de los Diputados, en su sesión del día 15 de Mayo de 1904, aprobó el proyecto de ley de enseñanza, que se presenta al Congreso de los Diputados en el mes de Julio de 1904.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión acerca de la proposición de ley, incluyendo en el plan general de carreteras la de Torrevelilla á Maella.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Torrevelilla á Maella, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto, tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Torreve-

lilla (Teruel), y pasando por Torrecilla, Valdealgón y Mazaleón, termine en Maella.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—Juan José Gasca.—Francisco García Molinas.—Tomás María Ariño.—Rodrigo Figueroa.—Augusto Comas y Blanco, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Actas de la Comisión encargada de la proposición de ley, incluida en el plan general de las Cortes de la Torre de la Torre.

El día 1.º de Mayo de 1884, a las 10 de la mañana, se celebró en el salón de sesiones de la Cámara de Diputados la sesión ordinaria número 1.ª, en la que se leyó y aprobó el acta de la sesión anterior. Después de lo cual se procedió a la discusión de la proposición de ley que el Sr. D. Juan de Dios Martínez había presentado con el título de: "Proyecto de ley para la creación de un Tribunal de Justicia en la ciudad de Madrid".

El Sr. D. Juan de Dios Martínez expuso el objeto de su proposición, que era la creación de un Tribunal de Justicia en la ciudad de Madrid, para que se ocupara de los asuntos judiciales que en ella se produjeran. Dijo que esta medida era necesaria para mejorar el servicio judicial y para que los ciudadanos tuvieran más confianza en el Poder Judicial.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley, incluyendo en el plan general de carreteras la prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapiedra hasta Peñaranda de Bracamonte.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras la prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapiedra hasta Peñaranda de Bracamonte, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto, tiene el honor de someter á la aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado la prolongación de la de Nava

del Rey á Cantalapiedra, desde este último punto á Peñaranda de Bracamonte.

Art 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 27 de Abril de 1894.—El Duque de Almodóvar del Río, presidente.—Fernando Soriano.—Juan de la Fuente Alvarez Cedrón.—José Luis Gallo.—Joaquín Sánchez de Toca.—Isidoro García Barrado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL VIERNES 4 DE MAYO DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Elección de Aranda de Duero: credencial.

Elecciones de Carrión de los Condes y de Ledesma: Reales decretos.

Elección de Alcaraz: comunicación del Diputado electo.

Ferrocarril de Pamplona á la Concha de San Sebastián: proyecto de ley.

Carretera de Torroja á la general de Jorba á Folguer: proposición de ley.—Apoyada por el Sr. Alonso Martínez (D. Vicente), se toma en consideración.

Aplicación de la ley del timbre á los productos farmacéuticos: exposición.

Declaraciones hechas en el Senado á propósito de las negociaciones del «modus vivendi» con Francia: manifestaciones del Sr. Cánovas del Castillo, anunciando una interpelación sobre la materia.—Declaración del Sr. Ministro de la Gobernación.

Procedimientos seguidos por las autoridades con los detenidos y encausados por los últimos sucesos de Barcelona:

interpelación.—Discurso del Sr. Lostau explanándola.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Se suspende la discusión y el discurso de dicho Sr. Ministro.

ORDEN DEL DÍA: Sucesos de Melilla: continúa el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez.—Alusión personal del Sr. Auñón.—Discurso del Sr. Esquerdo consumiendo el tercer turno.—Contestación del Sr. Ministro de la Guerra.—Rectificación del Sr. Esquerdo.—Se suspende la discusión.

Concesión de un crédito extraordinario al presupuestado de Puerto Rico; idem de prórroga á la Compañía de ferrocarriles del Bajo Llobregat; carreteras: de Torres de Gaitán á la de Elche á Dolores; de Hijar á la estación de Val de Zafán; de Sevilla á la de Lora del Río á Santiponce; prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapiedra hasta Penaranda de Bracamonte; de Torrelilla á Maella; ferrocarril de Guernica á Ondárroa; idem de Lezama á Guernica: dictámenes.—Se aprueban sin discusión.

Elecciones de Alcaraz, Yecla y Sabadell: credenciales, de los Diputados electos.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las seis y media.

Abierta á las dos y treinta minutos de la tarde, se leyó y fué aprobada el Acta de la anterior.

Se anunció que pasaría á la Comisión de actas la credencial presentada eu Secretaría por D. Diego Arias de Miranda, Diputado electo por el distrito de Aranda de Duero (Burgos).

El Congreso quedó enterado de dos Reales decretos, trasladados por el Sr. Ministro de la Gobernación, disponiendo que el domingo 27 del mes actual se proceda á elección parcial de un Diputado á Cortes en los distritos de Carrión de los Condes (Palencia) y Ledesma (Salamanca).

Se anunció que pasaría á la Comisión de incompatibilidades una comunicación del Sr. Ministro de la Guerra remitiendo un oficio original del general de división D. Federico Ochando y Chumillas, en el que se participa haber sido elegido Diputado á Cortes por el distrito de Alcaraz (Albacete).

Se anunció que pasaría á las Secciones, para nombramiento de Comisión, el proyecto de ley, aprobado y remitido por el Senado, autorizando al Gobierno para otorgar á D. Eugenio de Berdiel y Artieda la concesión de un ferrocarril que, partiendo de Pamplona, termine próximo á la Concha de San Sebastián. (*Véase el Apéndice á este Diario.*)

Se leyó una proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de Torroja, termine en la general de Jorba á Folguer. (*Véase el Apéndice 7.º al núm. 116.*)

En su apoyo dijo

El Sr. **ALONSO MARTINEZ** (D. Vicente): Siendo de indudable importancia la obra á que se refiere la proposición que he tenido el honor de presentar en unión con el Sr. Maluquer, me limito á rogar al Congreso que se sirva tomarla en consideración.»

Leída segunda vez la proposición, fué tomada en consideración, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ordóñez tiene la palabra.

El Sr. **ORDÓÑEZ**: Tengo el honor de presentar al Congreso una exposición que los farmacéuticos del distrito de Tuy dirigen á las Cortes, solicitando que se anule el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre, el cual dispone que han de contribuir por el tipo fijo de 10 céntimos de peseta todos los específicos y aguas minerales de cualquier clase, cuando se pongan á la venta.

Las razones en que los exponentes se fundan son de tan evidente justicia, que yo espero han de ser tenidas en cuenta por el Congreso y por el Sr. Mi-

nistro de Hacienda, é inclinarán su ánimo á una favorable resolución.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Pasará á la Comisión de peticiones.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Cánovas del Castillo tiene la palabra.

El Sr. **CANOVAS DEL CASTILLO**: Me levanto, Sres. Diputados, á esta hora desacostumbrada para mí, con el fin de anunciar una interpelación al Gobierno de S. M.

Tengo, según el Reglamento, aunque no el derecho de discutir hoy, y no discutiré, el de esclarecer el objeto de mi interpelación, con el fin de que llegue á conocimiento de los Sres. Ministros en general, y especialmente del Sr. Ministro de Estado. En realidad, casi no puedo decir que mi interpelación se dirige al Gobierno de S. M.; porque desde el instante en que éste ha declarado, como era natural que declarase, que ciertas palabras que se me han atribuido públicamente no habían tenido relación ninguna con el *modus vivendi* últimamente ajustado con Francia, y que el Gobierno había realizado ese pacto por convicciones propias, por motivos propios, sin que hubiera habido previa promesa ninguna hecha á Francia, desde el momento en que se ha declarado que por eso mismo (y en verdad que de otra suerte no se comprendería) el Gobierno había pedido al Parlamento el *bill de indemnidad*; desde el instante, repito, en que el Gobierno ha declarado esto, declarado queda que semejantes palabras mías, aun en el caso manifestamente inverosímil y hasta imposible de que estuvieran exactamente transmitidas, ninguna importancia han tenido en la resolución del grave asunto público de que se trata.

Si el Gobierno de S. M., conocedor de las palabras á que me refiero, les hubiera dado algún valor, entonces, es claro, hubiera yo tenido razón para quejarme altamente del Gobierno, no tanto en nombre mío, como en nombre de los intereses públicos, de que se hiciera caso de una versión, cualquiera que ella fuese, sin consultar las dos partes, sin verificar la una por la otra; y de que pudieran otorgarse concesiones y pudiera perturbarse el régimen del país por la mera indicación de un elemento, fuese el que fuese, sin tener en cuenta otro elemento, que era nada menos que el que había estado al frente de la dirección del país anteriormente y en la época á que la versión se refería.

Pues nada de esto ha hecho, con efecto, el Gobierno de S. M. El Gobierno de S. M., que en muchas ocasiones, y señaladamente el Sr. Ministro de Estado, ha considerado que debía hacerme partícipe de cuestiones internacionales, por lo mismo que éstas no son cuestiones de partido y que á todos nos interesan igualmente, el Gobierno mismo, que esto ha hecho tantas otras veces, no ha creído que debía enterarme á mí de la existencia de semejantes palabras. ¿Ni cómo había de obrar de otra suerte, si no les ha dado valor ninguno? Y digo esto, para demostrar que mi iniciativa en este instante no va precisamente contra el Gobierno, ni á hacerle cargos en que, á mi juicio, no ha incurrido; si tomo esta forma parlamentaria, como pudiera tomar cualquier otra, es para rendir un tributo á la opinión pública, que desea ser

completa y verdaderamente enterada de todo cuanto ha ocurrido en el particular.

Ese es, pues, el objeto de mi interpelación. Yo debo ante la opinión pública esclarecer los hechos, y cumpliré, como hombre público, con mi deber.

En cuanto á mí personalmente, aunque pudiera parecer que esto me importaba alguna cosa, y hasta así se ha supuesto, hay un error: á mí esto no me importa absolutamente nada; porque es de tal suerte insólito, es de tal suerte extraordinario, es de tal suerte manifestamente erróneo, sefunda de tal modo en la ignorancia de las prácticas diplomáticas, es de tal manera en sí indefendible, que, no tratándose de asuntos que preocupan á la opinión pública, no tendría acaso que oponerle otra respuesta que el desdén.

Por de pronto, y para que se conozca sobre qué ha de versar sustancialmente mi interpelación, ó sea mi rectificación, voy á fijarme brevemente en dos puntos de la cuestión.

Tan pronto como un telegrama de París, dirigido á un periódico de esta corte, dió á conocer que este runrún corría por allí, comprendiendo yo ya cuál podía ser su origen, y sospechando que cualquier fracaso diplomático pudiera disimularse más ó menos con esos rumores, procedí, no por motivos propios, repito ahora, sino por motivos de alto interés público, á lo que convenía á mi posición y á mis deberes: procedí á dirigirme directamente á la persona que estaba en Madrid más interesada y más en el caso, por su representación, de saber la verdad, á pedirle aclaraciones. Envié para esto á un digno Diputado de la minoría conservadora de esta Cámara, el cual, á su tiempo, hoy no, porque hoy no queremos ni él ni yo discutir, el cual, á su tiempo, expondrá aquí las explicaciones que se le dieron. De estas explicaciones, que ya conoce bastante el público, no quiero recoger ahora más que una sola.

La persona á quien aludo, y á quien procuraré no nombrar, porque me duele altísimamente que el nombre de un diplomático se traiga para ser juguete de las pasiones políticas á la Cámara (*Varios señores Diputados*: ¡Muy bien!); pero la persona á quien me refiero, hizo espontáneamente esta primera declaración; espontáneamente, entendedme bien, Sres. Diputados: «El señor embajador agradeció la atención, después de observar espontáneamente que jamás había intervenido el Sr. Cánovas en las negociaciones seguidas por el Sr. Duque de Tetuán».

Y después de esto, voy á dar á conocer, hoy del todo, porque eso es lo que me reservo para la discusión; pero antes de concluir, voy á dar á conocer á la Cámara lo que sé, lo que me consta, que en la actualidad ha acontecido en la cuestión, hasta llegar á ese punto, que, por deber ser el objeto preciso del debate, reservo para otra ocasión.

Estoy autorizado, porque he tomado las palabras rigurosamente de donde debía tomarlas para que fueran ciertas, y las he tomado completas; estoy autorizado, repito, para revelar á la Cámara cuál fué la primera parte del despacho recibido en París, de que se arrancaron algunas palabras sueltas, en sí no poco inexactas también, pero al fin todavía más inexactas por ser palabras sueltas que han sonado la otra tarde en el Senado.

Esta es la primera parte, hasta llegar á las frases que me reservo discutir ampliamente. «El Sr. Cánovas se ha felicitado de la conclusión del *modus vi-*

vendi, al cual considera, por otra parte, como la única combinación práctica en presencia de la actitud de los proteccionistas franceses. A propósito de la disparidad que existe entre las dos tarifas» (ésta era y será una pretensión francesa constantemente rechazada por el Gobierno que tuvo el honor de presidir), entre las dos tarifas mínimas, me ha dicho: «no nos pidáis nada más, porque no podremos haceros ninguna concesión directa mientras vosotros mismos no nos hagáis alguna en la escala alcohólica».

¿Es esto terminante? Lo que sigue á esto, ¿no debe necesariamente referirse á esta afirmación absoluta? Pues esto es textual; y esto, que desde ahora afirmo que no lo desmentirá nadie, es completo y oficial. Seguía á esto lo siguiente: «En el entretanto, no os aprovecharán más que las concesiones indirectas (indirectas, entiéndase bien) que beneficien á otros países»...

¿Eran beneficios indirectos para otros países los tratados? ¿Se concibe que á nadie se le ocurra cosa semejante?

Pero á mí no me basta con esto. Voy á concluir ya en dos palabras, porque comprendo la benevolencia con que el Sr. Presidente y la Cámara me están escuchando, y que agradezco.

¿Cuáles podrían ser estos beneficios indirectos? En el Senado se dijo, ante todo, y como primer ejemplo, y aun pudo haberse dado como el ejemplo único, el beneficio otorgado á Suecia. Pues bien; yo afirmo, sin temor tampoco de ser contradicho, que en el tratado con Suecia no hay nada que tenga absolutamente ni pequeña ni gran relación con el convenio francés, con el *modus vivendi* que entonces regía. Yo afirmo que el tratado de Suecia no encierra ninguna ventaja que al francés pueda aprovechar, haya aprovechado, ni pueda aprovechar.

¿Qué es lo que había en el tratado con Suecia? Pues he aquí, señores, el motivo de la confusión, que no ataca á la lealtad de nadie; pero he aquí el motivo evidente. Si no había nada en el tratado de Suecia que aprovechara á Francia, ¿dónde estaba lo que, hablándose de Suecia, podía á la Francia aprovechar? Pues en dos palabras sabrá el Congreso la historia, si no la recuerda, que bien podrá ser que haya quien la recuerde con completa exactitud.

En la grande información que precedió á la formación del arancel vigente, hubo muchos informantes, industriales importantes de Cataluña, que pugnaron por que no se elevara tanto el derecho sobre el bacalao, á causa de que esto encarecía la alimentación de los obreros que hacían de este artículo materia muy principal de su sustento. Después de publicado el arancel, quedó esta reclamación viva; y con esta reclamación coincidió la demanda del señor ministro de Suecia en esta corte, que todavía reside aquí, que insistía ardientemente por que se rebajaran los derechos sobre el bacalao. Por entonces lograron las personas que querían que se rebajaran, como regla general, estos derechos sobre el bacalao, á fin de proteger por semejante manera su industria, lograron que se presentara aquí, por iniciativa particular, una proposición de ley rebajando con efecto esos derechos.

El Gobierno que tenía entonces la honra de regir los destinos públicos, aceptando á un tiempo la petición de los productores, representados aquí por una proposición de ley, y la demanda del señor mi-

nistro de Suecia en Madrid, apoyó aquel proyecto de ley; el cual llegó á ser ley, y Suecia obtuvo, con efecto, por esa ley especial, particular, que nada tenía que ver con el tratado, una mejora considerable en los derechos sobre el bacalao.

La primera Nación importadora en España de esta materia, es, como nadie ignora, Suecia; la segunda es Francia; y lo que la persona á quien ya me he referido oyó, fué que esta ventaja indirecta que recibía Suecia era ya una ventaja que obtenía Francia por la razón de tratarse de una ley especial.

Aquí ha estado el error; error evidente, porque no habiéndose convenido absolutamente nada que se parezca á ventaja para Francia en el tratado de Suecia, ni pudiéndose tratar tampoco, puesto que en la economía de aquellos tratados estaba que no fuera aplicable lo de una Nación á lo de otra, sino que cada cual, las ventajas recíprocas que obtenía, las obtuviera especiales y particulares, claro está que la referencia á la ventaja que había obtenido Francia por nuestras relaciones con Suecia, estaba en la ley especial que aquí se votó, y no en el tratado.

Esto es de tal evidencia, que delante de mí no lo ha impugnado nadie, porque esto no se puede impugnar. Hay, pues, ahí tal vez una inexactitud, nacida de una cosa que yo no quiero juzgar, que yo no quiero, sobre todo, juzgar severamente, aunque quizás pudiera; pero no la juzgo, ni severamente ni de ningún modo, por tener el convencimiento de que hubo, en este error evidentísimo, completa buena fe. El error nació, en todo caso, de transmitir conversaciones particulares, conversaciones de persona completamente incompetente para hacer promesas ni contraer ninguna obligación con las Naciones extranjeras, puesto que eso sólo pertenece á los Ministros de Negocios extranjeros, así de España, como de Francia, de Rusia, como de Alemania, y de todos los pueblos civilizados.

Concíbese que una ó más conversaciones particulares mantenidas de una manera puramente confidencial y como meras impresiones recíprocas, á pesar de las declaraciones más expresas y más reconocidas hoy en día de que eso no ha debido jamás trascender al público, concíbese, digo, que se creyera un representante extranjero en el caso de ponerlas en conocimiento, también confidencial, de su Gobierno. Se comprende esto, y ya digo que aún cuando yo no haya obrado de igual suerte en parecidos casos, lo excuso, porque estoy completamente seguro de la buena fe con que eso se ha hecho; pero ese procedimiento, tan contrario al de la diplomacia, en que siempre que se celebra una conversación cualquiera que pueda causar estado, si se me permite el uso de esa frase jurídica, es costumbre leerse unos á otros los textos, para que unos y otros reconozcan la exactitud completa de los textos que han de influir en la cosa pública; es, digo y repito, esto tan contrario á esos excelentes y constantes usos diplomáticos, que pudo ocasionar algunos perjuicios, que pudo ocasionar alguna mala inteligencia, por el pronto irremediable. Pero no la ha causado, porque ni el Gobierno de S. M. ha tenido para nada esto en cuenta, ni yo, convencido de que en esa equivocación manifiesta no ha habido mala fe, me quejé, ni protesté, ni hago otra cosa más que exponerla á la consideración de la Cámara. Pero es evidente y categórico, que nadie me autorizará á mí, ni aquí, ni en París, si yo fuera ca-

paz de pedir semejante autorización, para exponer aquí ante esta Cámara todas las conversaciones en que he tomado parte, todas las afirmaciones confidenciales que yo he escuchado, y de las cuales no he hablado jamás ni aun á mis compañeros de Gabinete; porque desde el instante en que no estaban en estado de producir efecto alguno sobre nuestras relaciones internacionales ni sobre los intereses públicos, esas conversaciones, hijas de la expansión extranjera, por no calificarlas de una manera más concreta, debían quedar, como han quedado siempre, en el fondo de mi corazón. Digo y repito con confianza que nadie me autorizará á mí para descorrer el velo de las conversaciones particulares.

Por circunstancias que no me cansaré de repetir, por parte de la digna persona que ha tratado conmigo, ha habido completa buena fe; ¿por qué extrañas circunstancias, otras conversaciones particulares mal entendidas han venido aquí á ser objeto de discusión de las Cámaras? Todo esto irá naturalmente á conocimiento del Gobierno, y le servirá, si lo necesita, que no espero que lo necesite, para preparar su respuesta. De todas suertes, indicaciones son éstas que he hecho nada más que para que se conozca cuál será el objeto del debate que está tarde anunciado. En cuanto á lo demás, el Gobierno fijará el día que quiera, el Gobierno aceptará el debate cuando le convenga. Todo aquello que personalmente pudiera interesarme, como jefe que fui del Gobierno y representante responsable entonces de S. M. la Reina, lo tengo dicho; lo demás, á juicio del Gobierno de S. M. lo dejo; ninguna prisa tengo; nada me apura; lejos de que esto enardezca mi oposición á ciertos proyectos de ley, como se pretende, quizá, sin abandonar jamás mis puntos de vista, que no puedo abandonar por lo firme de mis convicciones, me haga más moderado todavía; no tengo por qué molestar me; no he recibido, todo lo más, sino una infrecuente y estéril tentativa de agravio. (*Muy bien.*) No me resentío por eso; puedo aguardar, y aguardaré; mi razón es tan grande, que será igual, enteramente igual, en cualquier tiempo. (*Bien, bien.*)

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Comprenderán los Sres. Diputados que únicamente un deber de cortesía, más imperioso aún que de ordinario por tratarse de la persona de quien se trata, del jefe respetabilísimo del partido conservador, es el que mueve mis labios en estos momentos para aceptar, en nombre del Gobierno, la Interpelación que anuncia el Sr. Cánovas del Castillo. Y digo que únicamente un deber de cortesía es el que me mueve á hablar, porque el Congreso habrá visto que ni el señor Cánovas del Castillo ha formulado una pregunta, ni tampoco ha explanado una Interpelación; ha expuesto los antecedentes que pueden servir de base á una Interpelación que está pronto á explanar cuando el Gobierno lo crea conveniente. Su señoría sabe, por otra parte, perfectamente, que estando pendiente en la alta Cámara un debate que tiene grandes puntos de analogía con el que S. S. se ha servido iniciar, y estando allí la persona que, por su carácter especial dentro del Gobierno, ha de contestar á las observaciones de S. S., el Gobierno tiene que esperar á que concluya aquel debate, en el que es absolutamente

necesaria la presencia del Ministro de Estado, para inmediatamente ponerse á las órdenes del Sr. Cánovas del Castillo y contestar á las observaciones que tenga á bien hacer, fundadas en las importantísimas, mal que le pese á S. S., que ha hecho aquí esta tarde; porque la sola presencia del Sr. Cánovas del Castillo á primera hora, la solemnidad que ha dado á sus palabras, que siempre la tiene en sus labios, las circunstancias de que ha rodeado la iniciación de este debate, dan desde luego, á pesar de lo que S. S. haya podido pensar en contrario, verdadera importancia á la cuestión. El Gobierno se la concede desde luego, y porque se la concede, otro ha de ser necesariamente el Ministro que conteste á S. S.

Yo me limito á repetir lo que he indicado al principio: que el Gobierno acepta la interpelación, que está á las órdenes del Sr. Cánovas para contestar cuando terminen los debates en el Senado, y que en todo caso, si el Sr. Cánovas manifestara el deseo de explicar antes su interpelación, el Gobierno estará aquí debidamente representado para contestar á S. S. á cuanto tenga á bien decir sobre este asunto.

El Sr. **CANOVAS DEL CASTILLO**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **CANOVAS DEL CASTILLO**: No tengo, por ahora, que hacer más que dar las gracias al señor Ministro de la Gobernación por su contestación benévola.

Procedimientos seguidos por las autoridades con los detenidos y procesados por los últimos sucesos de Barcelona.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Lostau para explicar su anunciada interpelación.

El Sr. **LOSTAU**: Señores Diputados, yo os ruego que, ya que no por la insignificancia de la persona, por lo grave del asunto que voy á tratar, tengáis la misericordia de prestarme un poco de atención. No se trata, Sres. Diputados, de un asunto que interese á tal ó cual partido; no se trata de un asunto que interese á tal ó cual rama de la producción nacional: se trata de algo que parece debiera conmoveros, puesto que en el fondo se agitan cosas importantes que interesan á toda la sociedad; y por eso yo os pido benevolencia y que me concedáis un poco de atención, sin lo cual me será completamente imposible desarrollar la interpelación que tengo anunciada.

Todos recordaréis, Sres. Diputados, que varias veces ha intentado este humilde Diputado explicar esta interpelación; porque entiendo que así como en Francia y en todos los países donde la clase obrera se agita, ofrece un interés de primer orden todo lo que con la cuestión social se relaciona, en España muy especialmente interesa conocer, discutir y dilucidar los pormenores todos de la conducta del Gobierno y de sus autoridades con relación á los hechos que han tenido lugar desde el atentado contra el general Martínez Campos en Setiembre último. Yo estimo, Sres. Diputados, que el conocer estos acontecimientos, el saber la causa, los propósitos y la manera como se han desarrollado, y la forma y modo como la sociedad pretende defenderse... (*Rumores.*)

Señor Presidente, el Congreso está convertido en una tertulia, y realmente no puedo hacerme oír.

El Sr. **PRESIDENTE**: He llamado varias veces la atención de los Sres. Diputados, á fin de que oigan á S. S.; pero esto sucede casi siempre que hay un acontecimiento de la índole del que hemos presenciado, aunque comprendo que es doloroso para el que tiene que hablar.

El Sr. **LOSTAU**: Intentaré reanudar mi discurso; y si no puedo conseguirlo, aguardaré unos instantes, puesto que el tiempo nos sobra.

El Sr. **PRESIDENTE**: Yo creo que después de haber llamado la atención de los Sres. Diputados, S. S. podrá hablar y decir todo lo que quiera de los asuntos importantes de que va á ocuparse.

El Sr. **LOSTAU**: Recordaréis, Sres. Diputados, que en la última sesión me limité á suplicar al Gobierno que sobre hechos que yo estimaba gravísimos, y que á mí directamente se me habían denunciado, averiguara lo que en ellos había de exacto; y hecha esta súplica, que yo encontraba racional y justa, se levantó aquí una verdadera tempestad entre todos vosotros, como si yo hubiese dicho algo que fuese en realidad pecaminoso.

Yo estimo que nuestros Congresos, que nuestros Cuerpos Colegisladores, no prestan la debida atención á los síntomas que manifiesta el problema social, y que este vicio hereditario de nuestros Congresos repercute, como es muy natural, de tal forma en el mismo Gobierno, sea cual sea el que ocupe ese banco, que cosas en que debieran estar los Gobiernos apercibidos y debieran las Cámaras estar, como se dice, con ojo avizor, les cogen siempre desprevenidos.

Yo hoy os voy á decir cuál ha sido en España la clase que os ha dado á vosotros legisladores el grito de alerta para que os previniéis contra ciertos infames atentados, que toda persona bien nacida, que toda persona honrada debe rechazar. Yo no sé si el Gobierno lo sabe, yo no sé si vosotros, Sres. Diputados, lo ignoráis; yo tengo el deber honrado de decirlo.

En el año 1893, allá á principios de Enero, la federación obrera, que tenía entonces por nombre el de anárquico-colectivista, os avisó á vosotros, os dió el grito de alerta, os indicó el peligro que se corría, y os manifestó de una manera rotunda, pública y clara, los elementos que la perturbaban, que eran partidarios del dinamiterismo y que producían dentro de la clase obrera estas perturbaciones que más tarde os han cogido á todos desprevenidos.

Como yo no quiero de manera alguna que me creáis por lo que os diga, os leeré brevísimas palabras de un manifiesto publicado en aquel entonces; y hago este distinguo en estos momentos, porque estimo que aquí se padece un grave error.

Hay necesidad, Sres. Diputados, como os decía el otro día, de distinguir de los obreros á los terroristas. á estas gentes que en el fondo de sus antros están conspirando, no contra vosotros precisamente, no, sino contra los mismos obreros, puesto que está probado de una manera inconcusa que contra quien dirigen sus dardos es contra los mismos obreros que no piensan ni quieren obrar como ellos, y contra esta pequeña clase media, que al fin y al cabo no es más que una extensión del proletariado; yo os indicaba la necesidad que había de tener muchísimo tacto, para no confundir especies distintas, para no creer que la clase obrera que comulgaba en ciertas ideas, era ni directa ni indirectamente favorable

á este sistema, que, si á alguien perjudica, es precisamente á la misma clase obrera.

Voy á leeros estas brevisimas declaraciones, que como quiera que son anteriores á todo lo sucedido en Barcelona, puede asegurarse que ellas por sí solas vindican á la clase obrera de las acusaciones que contra ella, más ó menos claramente, hayan podido hacerse. No os leeré toda esta larga documentación; bastan las afirmaciones concretas que en la fecha que os he indicado dirigian á la Nación entera estos obreros que se apellidaban anárquico-colectivistas:

«Conste, pues (decían los obreros), que si los trabajadores anárquico-colectivistas aspiramos á la abolición de los Estados político-jurídicos actualmente existentes y á la transformación de la propiedad individual de la tierra y de los grandes instrumentos del trabajo en propiedad colectiva, lo efectuaremos cuando tengamos medios y poder para verificarlo por medio de la revolución social; *y no queremos, ni podemos, ni debemos hacer propaganda en pro de tan grande y justa transformación: ni por el robo, ni por el secuestro, ni por el asesinato. El que roba, siempre será un ladrón; el que secuestra, un secuestrador; y el que asesina, un asesino: lo mismo en la sociedad presente que en la del porvenir.*»

Y después de esta manifestación que hacía la representación de 70.000 obreros asociados, denunciaban que habían intentado ingresar entre ellos elementos insanos, que habían sido rechazados, y que trataban de hacer esto que infamemente llaman propaganda del hecho, por medio del puñal y de la dinamita; y manifiestan que los que tal hacían constituían una sociedad secreta que usaban un sello que decía: *Los desheredados.—Organización Revolucionaria Anarquista.—Comité de guerra de la Región española.* Y en cuyo fondo, y en forma de cruz, había grabados un puñal y una antorcha.

Ya véis cómo los mismos obreros os estaban denunciando en Enero del año 1893 los elementos corrompidos que trataban de divorciar á la clase obrera de la pequeña clase media, que trataban de sembrar el terror dentro de la propia clase obrera, para favorecer intereses que, por cierto, no serían los de dicha clase.

¡Ah, Sres. Diputados! Si en este país, como en otros, las clases que dirigen y que se creen ilustradas fijaran un poco más la atención en lo que sucede en ciertas clases sociales, se evitarían muchas cosas.

De haberse fijado en ese dato importantísimo, hubieran vigilado, como vigilaban los mismos obreros que se veían perturbados por estos elementos extraños, y digo extraños porque estos elementos habían sido importados en Cataluña; porque Cataluña no es tierra de asesinos, porque Cataluña no produce gentes que, deliberada y fríamente, realicen actos viles como el del Liceo ni como el atentado contra el general Martínez Campos. Si hubiese habido un servicio de vigilancia á la altura de las circunstancias, ¿quién duda que desde Enero á Setiembre habría habido tiempo para destruir este foco de infección, con el que se trataba de corromper á una de las clases más honradas y más dignas de la sociedad?

Os digo esto para que veáis con cuánta injusticia y con cuánto peligro para ese alto espíritu moral, que todos debemos tener interés en mantener, se confunden las ideas erróneas ó no erróneas de las gen-

tes que las profesan honradamente, con los actos de gentes que en realidad son criminales.

Ahora os he de decir algo del por qué de esta pequeña campaña que estoy haciendo.

El que examine un poco la historia de nuestras luchas políticas, verá que en los momentos en que la sociedad se sobrecoge de pavor, tanto gobernantes como gobernados se acogen á aquel principio del *salus populi, suprema lex esto*, cuando no debe aplicarse tal principio, sino el del cumplimiento estricto de la ley establecida, pues de lo contrario puede suceder que se apliquen los rigores de la ley equivocadamente y se fusile á personas que, al cabo de más ó menos tiempo, resulte que eran inocentes.

Yo que he hablado confidencialmente con los señores Ministros de la Gobernación y de la Guerra, que he hablado también del asunto en esta Cámara, y nada tengo que decir respecto del trato particular que haya podido merecer de las autoridades de Barcelona; yo que en este momento no hago acto de oposición al Gobierno, puesto que me dirijo á todo un estado de cosas, tengo interés en marcar esta línea divisoria, porque no quiero verme agredido otra vez con palabras que repugnan á mis oídos y que levantan en el fondo de mi corazón toda clase de protestas, y os diré con toda franqueza todo cuanto pensé sobre esta cuestión cuando el atentado contra el general Martínez Campos.

Yo opiné, y así se lo dije al general Martínez Campos cuando el atentado de Pallás, que, lejos de precipitar su muerte, era más político y más conveniente en aquellos instantes hacer que Pallás fuese presentado al pueblo tal cual era: un fanático, un loco, criminal impenitente; con lo que habría podido evitarse que aquella parte del pueblo cuya inteligencia estuviera á un bajo nivel, no cambiara los papeles y tomara como mártir al que no era más que un loco ó un criminal fanatizado con obsesión de notoriedad. Si os leo aquí lo que contestó el general Martínez Campos á mi demanda de indulto, casi tengo la seguridad de que me absolveréis del cargo que pudiera deducirse contra mí por mi intervención en estas cuestiones, rechazando la idea de que yo pueda venir aquí á hacer la apología de criminales ó del crimen, como indicó el Sr. Ministro.

Si yo me hubiera atrevido el último día de sesión á deciros lo que en carta particular me dijo aquel mismo día el general Martínez Campos, le hubierais cuasi apropiado ese concepto de apologista del asesinato cometido por medio de la dinamita. Porque me decía el general Martínez Campos:

«El fanatismo de ese hombre, me conmueve; su valor, me admira; pero yo no puedo pedir su indulto porque sería achacado á miedo, después de los infinitos anónimos que he recibido amenazándome si se ejecutaba la pena de muerte.»

Ya lo véis, Sres. Diputados. Pero sucede una cosa extraña: tiene lugar la ejecución de Pallás, se prende á unos cuantos individuos de aquellos que, siguiendo la antigua costumbre anterior á la revolución de Setiembre, estaban siempre en lista en los Gobiernos de provincia, resultando que algunos de ellos, por cierto, habían muerto hacía tiempo; y después de prender á 15 ó 20 personas, todo queda en una paz octaviana.

He de decir, con verdad, que el Gobierno tenía el deber de procurar la tranquilidad pública; y es ver-

dad también que el ramo de vigilancia, allí y en todas partes desgraciadamente, está muy mal servido, lo cual es causa de muchas de las cosas que suceden; y en vez de averiguar si quedaba algo de aquel rescollo que los obreros habían denunciado con tantos meses de anticipación, en vez de averiguar qué había allí al rededor de aquel asesinato, la policía se dedicaba á otros servicios y no se ocupaba realmente de lo que había debido tener presente, después de los dos avisos recibidos y del hecho criminoso del mes de Setiembre.

Ocurre lo del Liceo, y hemos de confesar que si el Gobierno se hubiera preocupado de esos dos antecedentes, tal vez no hubiera tenido lugar ese hecho, porque el día de la apertura del Liceo, cuando se sabía que habían de concurrir, como siempre, en un día de apertura, todas las autoridades y todas las personas de cierto viso, que tienen sentimientos artísticos; en vez de haber aislado el quinto piso del Liceo, cosa que hubiera sido fácil colocando el debido número de agentes, no había allí un solo agente, y el público tuvo que organizar el salvamento.

Después, ¡ah! después hubo verdadero furor de persecución, verdadero atolondramiento; y se comprende. Yo puedo decir al Sr. Ministro de la Gobernación, que en aquella catástrofe perdí seis personas queridas; y yo, que después de pasado algún tiempo no puedo pensar friamente sobre aquellos actos, yo os aseguro, señores, que si en aquellos momentos hubiera encontrado al asesino, le hubiera linchado en el primer árbol de la Rambla; pero esto sólo lo hubiera hecho estando completamente seguro de que era el verdadero autor del atentado.

El Gobierno y las autoridades están en el deber de tener presencia de ánimo y sangre fría, para saber distinguir al criminal del que no lo es.

¿Y no es verdad que aquel *no importa* de los dinamiteros no puede repetirle ningún Gobierno honrado, ningún juez honrado? Los dinamiteros van contra todo el mundo; bien claramente lo ha dicho ese infeliz que pronto sufrirá en París la última pena; para ellos, la cuestión es matar; lo mismo les da que el muerto resulte Juan, ó Pedro, ó Diego; pero á un Gobierno y á la administración de justicia de un país civilizado, ¿puede importarle poco que la persona á quien se manda á la cárcel sea inocente ó sea criminal? Esta es la cuestión; y en este sentido, hay que reconocer que el Gobierno ha sido deficiente, ha sido extremadamente débil; porque lo que ha hecho no prueba su potencia, sino que prueba su miedo, su debilidad.

Enhorabuena que en los primeros momentos se prendiera á todo el que inspirase sospechas; pero al hacerlo así, el Gobierno tenía otro deber que cumplir; tenía el deber de entregar á esos presuntos delinquentes á los tribunales, para que por éstos fueran juzgados, y si se les declaraba inocentes fueran puestos en libertad, y si resultaban culpables se los castigara con arreglo á la ley. ¿Se ha hecho esto? No; y este es el fundamento de mis quejas.

No se dirá, Sres. Diputados, que hemos precipitado la discusión de este asunto; por el contrario, deseando nosotros como el que más que los culpables sufrieran el merecido castigo por su infame delito, hemos estado aguardando, y lo único que hemos pedido al gobernador de Barcelona y al Gobierno ha sido que los presos fueran sometidos á juez compe-

tente. ¿Creéis que es gollería pedir esto? Pues entonces, ¿para qué sirven los tribunales? ¿para qué sirven las leyes?

¡Ah! ¡Si supiérais el efecto que esto produce entre la clase obrera! Cuando ven que con ellos se prescinde de la ley, y se les niegan todas las consideraciones debidas, y que sólo á los que ocupan un rango más elevado se les guardan estas consideraciones y se les garantiza la exacta aplicación de la ley, ¡ah! entonces esos obreros sienten un amargo descorazonamiento, y una triste desconfianza en el porvenir se apodera de ellos; y de esta suerte, lo que con esta conducta hacen los Gobiernos, es ni más ni menos que abrir un banderín de enganche para los dinamiteros. Sí; porque cuando los obreros oyen que deben respetar la ley, que debe ser igual para todos, y luego ven que todo pasa al revés, y que la ley, para ellos, sólo se cumple en lo que les oprime, y se falta á ella en lo que les garantiza sus derechos, entonces empiezan por desconfiar, y acaban por lanzarse desesperados por el camino hacia el cual les empujan aquellos enemigos del orden y de las libertades públicas.

Por esto yo quería que se juzgara á los que están presos, y me lamentaba tan dolorosamente el otro día al ver que una petición mía tan justa, tan fundada y tan natural, se interpretaba de una manera tan injusta como poco meditada.

Yo en el mes de Febrero, ya lo dije el otro día, cuando recibí ciertas denuncias me tomé el impropio trabajo de comprobar los hechos que se me denunciaban; y cuando los ví confirmados, vine á Madrid y me acerqué al Ministro de la Gobernación, que entonces era el Sr. Puigcerver; y le dije: en Barcelona sucede esto; yo no puedo creer que el Gobierno sea capaz de tolerarlo. (*El Sr. López Puigcerver: Pido la palabra.*) Yo no creo que el Gobierno pueda consentir que estén un mes y otro en la cárcel esas gentes, sin que nadie les haya dicho por qué están allí, sin que ningún juez les haya tomado una sola indagatoria; yo no creo que el Gobierno pueda tener conocimiento de que para arrancar declaración á un preso se le somete á la tortura y al martirio, y tolere este abuso; y cuando yo dije esto al Sr. Puigcerver, me contestó que yo pensaba bien; que, realmente, el Gobierno no toleraba esto, ni lo podía proteger; que pensaba como yo; que pondría enérgico correctivo; que el Gobierno debía poner coto y castigar duramente estas trasgresiones de la ley.

¿Es esto cierto, Sr. Puigcerver? ¿Es cierto que tuvimos esta misma conversación en el Ministerio de la Gobernación? (*El Sr. López Puigcerver hace signos afirmativos.*) Ya véis, pues, que lo primero que hice fué poner en conocimiento del Gobierno lo que ocurría en Barcelona. Pero el caso es, que han trascurrido algunos meses, y que esos individuos á que me refiero continúan presos: unos en el crucero *Navarra*, donde están en completa incomunicación con sus familias, pues sólo se les permite cada quince días ver durante diez minutos á sus mujeres, y donde tienen que dormir con el pie en el cepo, porque así lo dispone el reglamento en los barcos de guerra; otros están en el castillo de Montjuich, y algunos más en la cárcel de Barcelona, y todos ellos continúan sin saber por qué están presos; y cuantas gestiones yo hice para que, cuando menos á los que estaban en la cárcel de Barcelona, se les pusiera en condiciones de vida, se les colocara en un lugar bas-

tante capaz para la gente que allí estaba presa, fueron completamente inútiles; la buena voluntad del director de la cárcel se estrellaba ante la imposibilidad de acceder á mi petición, por ser la cárcel pequeña para tanta gente como allí había. La estancia allí es horrible; no es posible penetrar en aquel pequeño calabozo, en el que había más de 70 personas, donde no caben más que 20, sin temor á la asfixia; y la desesperación de los hombres que hay allí dentro, es, sobre todo, porque á pesar de las instancias dirigidas al Gobierno para que se les diga siquiera por qué están presos, no lo han podido conseguir; y llegó un día á tal punto su desesperación, que acordaron no comer, prefiriendo morir por hambre antes que por asfixia, como habían muerto tres detenidos, y estuvieron cuarenta y ocho horas sin comer, y lo que pedían era sencillamente que el juez les interrogara, que el gobernador, á cuya disposición estaban, les dijera el motivo de por qué estaban allí; en suma, pedían ser juzgados.

Todo esto fué completamente inútil. Algunas personas, y el director de la cárcel, sobre todo, persona digna, lograron convencer á aquellos desgraciados para que comieran, y en esta situación han continuado.

Tengo 60 ó 70 cartas de aquellos presos, en que se manifiesta lo que estoy relatando, y no me refiero á ninguno de los que están en la lista presentada por S. S., y que están entregados al juez competente; me refiero á otros que no están en esa lista, algunos de los cuales llevan seis meses presos, y cuya lista tengo á disposición del Gobierno, y á los cuales, como he dicho antes, no se les ha dicho por qué están presos. Eso, ¿qué prueba? Yo no puedo suponer, en persona de las condiciones del gobernador de Barcelona, en personas de las condiciones del Ministro de la Gobernación y de su antecesor, que quepa la idea de provocar aquí por medio de ese terrorismo, una guerra de clases, diciendo: «Habéis triturado carne (que dirían ellos) burguesa, y nosotros vamos á triturar carne de la clase obrera». No; esto no es posible que lo haga el Gobierno; pero si no es esto, lo que resulta es que las diligencias anteriores y el sistema deficiente de vigilancia que tiene, han hecho que lo atropelle todo, y de ahí estas prisiones, que continúan injustificadas.

Decía yo el otro día al Sr. Ministro de la Gobernación, (y vamos á otro asunto), decía yo á S. S. y he dicho en tres ó cuatro ocasiones en que me he quejado de lo que en Barcelona sucedía: pero, señor, ¿es que este procedimiento del *paso* es un procedimiento legal? ¿es que está establecido en alguna ley que un gobernador, por denuncia de cualquiera, pueda coger á un ciudadano y mandarle de cárcel en cárcel, del uno al otro confín de España, y cuando allí llegue, volverle otra vez conducido por el mismo sistema, con lo cual sucede que el infeliz víctima de semejante trato acaba con su existencia y á veces con la de la propia familia? A esto se me decía: no; las leyes no lo autorizan, no tenemos conocimiento de semejante cosa. Yo me pasmaba al oír estas afirmaciones; porque, Sres. Diputados, son tan públicos estos hechos, es tan evidente que el *paso* existe, han levantado tal clamoreo en la prensa de Barcelona actos que han repugnado al sentimiento liberal de aquel país, que yo creía que el Gobierno, siquiera por atender al clamoreo, no de mi persona, sino de la prensa de

todos los matices, se habría preocupado de estos graves hechos. Así es, que yo, cuando he visto esas negativas del Gobierno, he dicho: pues vamos á poner las cosas en claro, y si es preciso, acudiremos al testimonio de un notario para todo lo que tengamos que decir aquí.

Así, pues, y como prueba de mis asertos, voy á leer el artículo periodístico, publicado por una persona que ciertamente no tiene nada de federalista ni aun de republicano; antes al contrario, se trata del Sr. Peris Mencheta, que creo que es conservador, y que se indignaría si alguien le dijese que Cánovas del Castillo valía menos que Bismarck. Vais á oír, Sres. Diputados, lo que el Sr. Peris Mencheta decía en su periódico *El Noticiero Universal*, con fecha 2 de Febrero último, expresando su indignación ante el espectáculo del *paso*, que había presenciado en Barcelona.

«Arrancar á un ciudadano del seno de su familia, de su labor honrada, de su taller, de la sociedad en que vive mereciendo estimación y respeto; recluirle, porque sí, en un calabozo, sometiéndole á humillantes faenas dirigidas á latigazos, como se hacía en los cubanos ingenios cuando existía la odiosa esclavitud; sacarle de la prisión, enviándole á recorrer el tremendo Calvario de la conducción por tránsitos de justicia, de pueblo en pueblo, de cárcel en cárcel, de sufrimiento en sufrimiento, y no alegar fundamento alguno explicativo del encierro, ni de los malos tratos, ni de la conducción, será todo lo admisible, usual y corriente que se quiera en las modernas prácticas policíacas, pero es un atentado de lesa humanidad, un escarnio al progreso que alcanzamos, un crimen no consignado en el Código, siquiera existan en él artículos prohibiendo algo semejante al *paso*».

»Cuando las detenciones obedecen á mandatos gubernativos ó judiciales inspirados en exigencias de la administración de justicia; cuando los detenidos saben por qué lo están y se penetran del por qué de su traslación á largas distancias, y cuando al llegar á su destino son interrogados para su inmediato procesamiento ó su libertad inmediata, claro es que, si tienen culpa, se han de resignar con su suerte, y si padecen persecución sin causa, dan por buenos los padeceres á cuyo término saben que resplandecerá su inocencia proclamada y reconocida... Pero al no suceder nada de esto, córrase un grave peligro: el de convertir á los perseguidos por una culpabilidad química, en enemigos del mismo alto principio de vitalidad social en cuyo nombre son maltratados.

»Ejemplo al canto: ha llegado á las cárceles nacionales una conducción de supuestos anarquistas, procedentes de no lejana capital de provincia. Veamos qué han hecho algunos de los detenidos, concretándonos á dos únicamente, para no alargar mucho la prueba.

»El primero, industrial acreditado, establecido años há en una de las calles más céntricas de la capital aludida, regresa de un viaje de compras para su negocio. A las pocas horas de llegar, le visita un inspector (hoy cesante) y le pregunta el paradero de un su dependiente. El industrial lo ignora, el inspector insiste, y poco después vuelve á la tienda y dice: «venga usted conmigo; el gobernador quiere hablarle.» ¿Cómo desatender la invitación de la superior autoridad provincial? Vístese el hombre, enguántase y

se arregla para presentarse donde le llaman, y sigue al inspector...

»En la Jefatura de vigilancia le hacen esperar; de la Jefatura, llegada la noche, trasládalo a la cárcel; allí, en unión de otros en análoga situación por los mismos *graves* motivos, es obligado a barrer y baldear los suelos, bajo la dirección de unos sicarios que acompañan sus órdenes a vergajazo limpio... Pasaron días y días. ¿Y el gobernador?... ¡Bueno! ¡Las causas de la prisión?... ¡Nadie las supo! Quince días más tarde, los detenidos fueron llamados, *manillados* y entregados a la fuerza pública. A la carretera salieron las esposas y los hijos con lloros y desesperos. ¿Y qué? El *paso* estaba ordenado, y se cumplió. Dos meses han tardado en venir a Barcelona el industrial del cuento y sus hermanos de martirio. Llegan, con la nota de anarquistas, y quedan a disposición del gobernador. Nadie se apresura, si son anarquistas, a someterlos al más breve interrogatorio; nadie se cuida, si son inocentes, de acordar su libertad; y en la cárcel están aglomerados, confundidos con hombres de criminalidad probada, maleándose y dejando en sus cerebros germinar negras ideas y más negros pensamientos...

»Segundo caso: un obrero de honrados antecedentes, casado y con cinco hijos, cometió el pecado inaudito de presidir una Sociedad de trabajadores, disuelta cuatro años há. Ni él se acuerda ya de Sociedad semejante, ni ésta existió con propósitos criminosos. Sin embargo, alguien tiene buena memoria, y denuncia al obrero ex-presidente, y le prenden, le maltratan, le envían al *paso*. La mujer y los cinco hijos, pueden morir de hambre tranquilamente. Su protector único va por esos caminos de Dios, transida el alma de amargura, y yace luego, por tiempo ilimitado, en una prisión, sin esperanzas de volver al trabajo, pan de sus hijos y finalidad única de su existencia.

»En presencia de estos hechos, presumiendo los muchos otros que se han cometido, se cometen y pueden cometerse, ¿qué menos podemos hacer que llamar la atención pública sobre unos procedimientos en pugna con la justicia y con la humanidad?

»Ese trasiego de hombres es un ultraje a la ley y a la sociedad. Como recurso para ejercer venganzas mezquinas, ninguno más a propósito ni más rico en agravaciones inquisitoriales de una pena que la mayor parte de las veces dicta el rencor ó aconsejan ocultas pasiones.

»Y el *paso* no termina con el transporte de los sentenciados al punto en que se supone tienen cuentas que rendir, porque al llegar se les dice: «vuelva usted a su procedencia»; y otra vez a la carretera, de pueblo en pueblo, de cárcel en cárcel, de hambre en miseria, de humillación en humillación.

»No entraremos a formular consideraciones; no comentaremos. Relatamos sucesos comprobables. Denunciamos lo que muchos saben, y todos aparentan ignorar... Sólo diremos que por estos rumbos se fomenta lo que se quiere destruir; se da mayor lozanía a lo que se pretende agostar; se hace antipático lo que debiera inspirar únicamente veneración y respeto.»

Estas son las frases que los hechos que he tenido el honor de denunciar a la Cámara arrancaban a un escritor tan conservador como el Sr. Peris Mencheta.

»Pero he de ir a Barcelona para probaros la ig-

nomina de este procedimiento del *paso* y para manifestaros y probaros que es verdad que existe? Pues bien; poco tiempo hace que para traer a un desgraciado desde Albacete a Madrid (en cuyo viaje sólo se invierten diez ó doce horas de ferrocarril), con objeto de prestar una declaración ante los tribunales de justicia, se le cargó de esposas y se le condujo de cárcel en cárcel, invirtiendo una porción de días: un mes, creo. Por consiguiente, no se diga, porque nadie lo creerá, que el procedimiento del *paso* no existe, porque existe.

El otro día di pruebas bien palmarias de individuos que habían sido deportados de la misma manera, y aprovecho la ocasión para dar gracias al señor Ministro de la Gobernación, que, haciendo un acto de justicia, ha venido en favor de dos individuos que deben estar en Mérida en estos instantes y de regreso a Barcelona.

Existe, pues, el *paso*, que es contrario a toda ley y contrario a la humanidad; y precisamente hace ocho ó diez años, ó más, que hubo un Ministro bastante humanitario que dictó reglas prohibiendo este procedimiento. Conste, pues, Sres. Diputados, que en la ciudad de Barcelona, en el cruce de *Navarra* y en las cárceles de dicha capital existe un determinado número de obreros; yo tengo noticia de 45 ó 50, no sé si hay algunos más, de los que tengo cartas que prueban lo que estoy denunciando.

Por más que la ley de orden público, en virtud de la cual gobierna en Barcelona el representante de este Gobierno, dice que aquél debe excitar el celo de los tribunales de justicia para que procese a los individuos que crea delincuentes, aquí se ha dado el caso de que no ha sido el gobernador el que ha tenido que excitar el celo de los tribunales, sino que han sido los presos los que solicitan, hasta con peligro de su vida en algunos momentos, el derecho de ser juzgados, porque están seguros completamente de su inocencia.

Yo comprendería el aturullamiento de las autoridades, que, en los momentos de perturbación por que pasó Barcelona, no sabían a quién apresar; pero, Sres. Diputados, ¡si la catástrofe del Liceo hace ya seis meses que ha ocurrido!... Lo que se ha perseguido aquí, ha sido evitar que los tribunales de justicia entendiesen en el asunto, haciendo oídos sordos a las peticiones de los presos; porque está visto que esto tiene todos los caracteres de una guerra contra la clase obrera.

Y dicho esto, vamos a lo que realmente reviste verdadera gravedad, a lo que podríamos llamar especie de coronamiento de este estado desdichado por que está pasando Barcelona.

Se me ha negado repetidas veces que en Barcelona se haya aplicado el tormento. Ya dije que tenía cartas de algunos de los que han sido sentenciados en Montjuich, en las cuales manifestaban que el tormento se les había aplicado a ellos mismos. Entre las cartas, hay una de un obrero que fué preso a raíz del atentado del Liceo, encerrado en las cárceles nacionales de Barcelona, sometido a la autoridad judicial, ó sea al juez instructor, Sr. García Domenech; este individuo se llama Emilio Navarro, y es uno de los que S. S. hace figurar en esta lista como entregados al juez especial. El juez, después de preguntarle y repreguntarle, declaró que no había lugar al procesamiento, y lo puso en libertad; a los dos días,

volvió á ser preso y conducido á la cárcel; de la cárcel fué sacado á las dos de la madrugada por unos números de la bejemérita, al mando de un teniente, y en la carretera de Montjuich se le hicieron amenazas porque no declaraba lo que sabía sobre el atentado del Liceo. El individuo declaró que no podía hablar ni hacer revelación de cosas que ignoraba completamente; que fácilmente, como lo había podido ver el juez, se podía comprobar la exactitud de lo que decía, por cuanto era oficial que trabajaba tal vez en el mejor establecimiento de zapatería que hay en Barcelona, y su principal podía decir á qué hora había salido del establecimiento; por consiguiente, que no había, ni directa ni indirectamente, tomado parte en el atentado del Liceo, que reprochaba.

Volvió á la cárcel, y de ésta desapareció un día, siendo conducido al segundo piso del Gobierno civil. Allí se le dijo que si no declaraba la verdad, no se le daría otro alimento que bacalao seco y pan, con exclusión de agua. Se quejó, como es natural, y dijo que no podía declarar lo que ignoraba. Pasaron de esta manera seis ó siete días; no se le dejaba dormir; cuando se dormía, se le daba un latigazo; y quedó extenuado, hasta que dijo: «¿qué es lo que ustedes pretenden?» Y se le contestó: «es preciso que firme este atestado, porque si no morirá aquí.» En el colmo del dolor, recordando que tenía mujer é hijos, y casi sin alientos, dijo que firmaría lo que quisieran. Entonces fué cuando el que dirige la palabra al Congreso, teniendo conocimiento del hecho, reclamó este preso, y éste volvió á la cárcel. Fué nuevamente interrogado por el Sr. García Domenech, y nuevamente puesto en libertad; pero cuando iba á salir de la cárcel por virtud de la orden del juez, se le dijo que quedaba á disposición de la autoridad gubernativa, y en la cárcel sigue de esta manera.

Yo no voy á molestar al Congreso leyendo este volumen de cartas, pero sí creo que debo leer lo más saliente de ellas. Yo pedí esta carta por no fiarme de mi memoria. Cuando fuí á ver á ese obrero, lo cual tuvo lugar á los pocos días de haber sufrido los tormentos que he indicado, me mostró las señales que en su cuerpo tenía á consecuencia de los castigos que le habían impuesto, y realmente tenía el cuerpo que daba lástima verle.

Dice así la carta que me dirigió ese individuo:

«Cárcel de Barcelona 28 de Marzo de 1894.—Sr. D. Baldomero Lostau.—Muy señor mío: Al dirigirme la presente, sólo me guía el deseo de manifestarle el proceder de los encargados de ayudar á la justicia histórica en sus investigaciones.

«Para nadie es un secreto que las ideas anarquistas... (Él no niega las ideas que profesa; y á pesar de lo mucho que le habían hecho padecer, dice: «yo pienso de esta manera») han venido hasta hace poco propagándose públicamente, tanto en reuniones públicas, por medio de la palabra, como en periódicos, folletos y aun libros á los que la opinión pública ha calificado de importantes.

«Toda esta propaganda se ha hecho al amparo de las leyes, por cuyo motivo á nadie se le ocurrió jamás que el estudio del problema social pudiera ser calificado de delito; y en esta creencia, muchos trabajadores, y un servidor, entre ellos, se dedicaron con celo plausible á estudiar todos los problemas que, más ó menos directamente, se relacionaban con la magna cuestión que á tantos hoy preocupa.

«Tranquilos nos hallábamos, siguiendo el curso de nuestros estudios, sin que por eso olvidásemos nuestros deberes, tanto para con la sociedad, como para con nuestras familias, cuando hubieron de ocurrir hechos que á nadie más que á las autoridades correspondía esclarecer, y por cuyas resultas fuimos presos unos centenares de obreros.

«En lo que á mi humilde persona atañe, debo decirle que el juez especial Sr. Domenech, no encontrando motivo para procesarme, decretó mi libertad. Ya creía terminadas mis molestias, cuando á los pocos días fuí de nuevo separado de mi familia y conducido á Gobernación, desde donde salí á las pocas horas, maniatado cual un criminal, para la cárcel, en cuyo recinto permanecí cerca de un mes, sin que nadie me comunicara el motivo de mi detención.

«Un día fuí incomunicado en un calabozo de la misma cárcel, donde me tuvieron diez días, al cabo de los cuales me trasladaron á los calabozos de Gobernación, donde, amarradas las manos con una cadena, permanecí siete días sufriendo tormentos inquisitoriales é impropios de nuestra civilización.

«Usted juzgará. Apenas ingresé en dichos calabozos, me comunicaron la orden de que mientras no declarase (á gusto de ellos), sólo me alimentaría de pan y bacalao seco, estándome prohibido el beber agua, como así lo cumplieron.

«Tampoco me permitían sentarme, y mucho menos dormir; que lo había de hacer, impulsado por la necesidad, de pie, y estando expuesto continuamente á sufrir un latigazo de mi guardián.

«Como mis declaraciones, expresión fiel de cuanto sabía, no satisfacían al teniente Sr. Porta, fuí injuriado continuamente con palabras indecorosas y maltratado á puntapiés, bofetones, y hasta con un palo.

«También, y para que los lamentos que el dolor me arrancaba no molestaran los oídos de mis atormentadores (un individuo de la Guardia civil y otro del orden público), me pusieron una mordaza en la boca.

«Por fin, como todo tiene su término, también cesaron mis martirios, y con el atestado que, arrancado á viva fuerza por los medios antes dichos, formuló el antes dicho teniente, fuí por segunda vez á disposición del juez Sr. Domenech, quien decretó mi libertad, quedando, sin embargo, detenido en esta cárcel por orden del señor gobernador.

«Ahora bien; si ser anarquista es considerado como un ser criminal, ya que sin otra causa nos hallamos privados de libertad una porción de trabajadores, ¿por qué no se considera de igual modo á los causantes de nuestro anarquismo?

«¿No era la justicia histórica, no eran las leyes quienes permitían la propaganda de la idea anarquista? ¿Por qué, pues, esa justicia nos castiga ahora?

«Para todo delito existe un castigo para sus cómplices, y, una de dos: ó nuestra detención es una arbitrariedad, ó los cómplices de nuestro delito deben sufrir á nuestro lado idéntica suerte á la nuestra.

«Esto es lo ocurrido en mi humilde persona y las consideraciones que me ha sugerido.

«Usted hará de esta mal pergeñada carta el uso que crea conveniente.

«Se ofrece de usted, etc., Emilio Navarro.»

He leído esta carta, como muestra; pero hay otras. (El Sr. Ministro de la Gobernación: Todas de procesados, por supuesto.—El Sr. Azcárate: No, que van

á contar esas cosas los que las han hecho.—*El Sr. Bañestero*.—Parece imposible que diga eso el Sr. Aguilera.—*El Sr. Ministro de la Gobernación*: Precisamente lo digo porque conozco el procedimiento, y no hay malhechor que no lo emplee.) Permítame el Sr. Ministro, y tenga calma, que la cuestión lo merece. Yo no tengo más interés que el de que la justicia prospere. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: Y yo lo mismo.) Como he dicho antes, me he fijado en este individuo por las razones que diré en este momento; no iba yo á ser tan ligero que me bastara recibir una carta de este género para hacer en la Cámara una acusación al Gobierno. No; yo hice más: me enteré si era verdad que había sido puesto en libertad dos veces. Esto era y es verdad; me enteré si en su cuerpo había señales de haber recibido estos malos tratos de que se queja. Esto, Sr. Ministro, lo he visto, y es verdad. Me enteré si la conducta de este individuo respondía á aquellos dictados de honradez pública y privada que dan garantía del cumplimiento de una palabra; fuí á ver á su maestro, quien me dijo las vivísimas gestiones que había hecho para que se le pusiera en libertad, movido únicamente por ser hombre que conocía desde hace muchos años, sabía su honradez, la sabían todos sus compañeros, y por su honradez, buena conducta y carácter especialmente quieto y tranquilo, la Sociedad de zapateros de Barcelona le había nombrado su depositario. Cuando me enteré de las gestiones que se habían hecho, visité al gobernador, á quien yo nunca he pedido más, señor Ministro, que una cosa, las veinte ó treinta ó cien veces; que me he interesado en favor de alguno de esos desgraciados, que lo sometiera á los tribunales de justicia, no que lo pusiera en libertad, que lo entregara al juez. Yo tenía bastante confianza en los tribunales, y bastante respeto me inspiraban y deben inspirar á todos, para pedir únicamente que se entregara á los detenidos al juez. De consiguiente, hice lo mismo con el Sr. Navarro, y el gobernador me contestó que no podía ser puesto en libertad porque estaba acusado de complicidad manifiesta. Sin embargo, si el juez le había puesto en libertad por dos veces, tratándose de un juez de la honradez, respetabilidad y severidad de principios del Sr. García Domenech, no había motivo para que de una manera indeterminada continuara este hombre en su cautiverio.

De consiguiente, no está procesado. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: ¿Tiene S. S. la bondad de decir su nombre?) Emilio Navarro. Este Emilio Navarro figura como entregado al juez; pero posteriormente, después de haberle entregado, el juez especial lo puso en libertad, y, según carta que tengo del gobernador, fué detenido de nuevo á disposición de la autoridad gubernativa, lo cual me ha confirmado el jefe de la cárcel Sr. Trigueros. Esto es lo que pasó con Navarro.

Hay otros seis individuos de que tengo conocimiento que han sido sometidos al mismo tratamiento, y de dos de ellos tengo cartas, y en una se contienen algunas agravantes. Este otro que escribe la carta es Mariano Cerezueta, y según él manifiesta, (luego diré los motivos que tengo para saber que es exacta esta manifestación), además del tiempo que estuvo en el calabozo, de no dejarle dormir, de sitiarse por sueño y hambre, fué conducido á orillas del mar y se hizo con él una operación altamente dolorosa y cruel en las partes genitales. ¿Qué extraño es que

ante esta operación cruenta este interesado hiciera las revelaciones que quisieron arrancarle? Esta operación se la hizo el teniente Peña, y fué tan cruel, que cayó exánime y manando sangre de sus manos por lo muy apretadas que llevaba las esposas, y como no pudiera andar, le arrastraban por el calabozo tirando de las cadenas de las esposas. Después de esto, dice que confesó todo lo que se le pedía, y así se comprenderá cómo una cosa que tanto había costado descubrir, de la noche á la mañana se sabe con todos los detalles.

Hay otro individuo, que es Jaime Sojas. Este trabajaba en un establecimiento de primer orden, como es el del Sr. Claremont, fabricante de cristalería. Se le martirizó y se le hizo que confesase, y ahí está su principal, que no puede ser tachado de sospechoso, que ha sido concejal del partido conservador y que responde de su honradez y de su probidad.

Por consiguiente, los hechos denunciados creo yo que tienen bastante evidencia, porque, además, los he comprobado; y ahora diré cómo he sabido todo esto. En primer lugar, porque, como he dicho, yo lo he averiguado; y en segundo, porque me lo han dicho algunos individuos de la misma policía de Barcelona, que apretados á preguntas por mí, y después de exigirme que no revelaría su nombre, me han dicho que sí era cierto, y que no sólo era esto cierto, sino que entre los presos hay, por atentado al gobernador, un individuo que se llama Carnei y Sans, que dice en carta, que se le ha hecho todo esto; y hay otro, que se llama Ramón Felip, que estuvo veintidós días en el segundo piso del Gobierno civil de Barcelona, donde le infirieron estos malos tratos, queriendo que confesara su complicidad en el atentado contra el gobernador; y que, por último, no pudiendo más, cayó exánime al suelo; y espantado el jefe de policía, mandó llamar á un médico, cuyo nombre diré, el Sr. Platero, el cual tuvo que darle un reactivo para poderle levantar del suelo y ponerle en disposición de que le condujeran á la cárcel.

Yo desearía, Sres. Diputados, como he dicho al principio, que no se viera en lo que estoy diciendo ni un acto de exhibición, ni un propósito de querer molestar al Gobierno. Lo que estoy diciendo lo sabe todo el mundo en Barcelona. De consiguiente, una cosa que saben todos en Barcelona, y cuya certeza he adquirido yo personalmente, no se puede decir que no se sabe, ni oponerle una negativa; porque esta negativa, por mucha autoridad que tenga el Gobierno, ante las pruebas y ante los hechos, que tienen una realidad espantosa, no tiene fuerza.

Calculen los Sres. Ministros, calcule bien el Gobierno, lo que eso en sí puede traer en aquella populosa ciudad. En primer lugar, á cuántas gentes se dirijan con sano criterio á la clase obrera para decirle que para el remedio de sus males es necesario que acuda á la vía legislativa en busca de leyes que mejoren su situación, les contestará esa gente que sabe que todo esto es cierto: que cuando se trata de la clase obrera no hay leyes para ella; y por consiguiente, tendremos que asistir á un espectáculo peligroso, porque en esta clase, como en todas, hay de todos los linajes. Como el terror llama el terror, podrán venir á Barcelona días luctuosos, que todos tenemos interés en hacer que no vengan, preparando las cosas de modo que la verdad y la justicia resplandezcan. En la clase obrera de Barcelona, como

en la clase obrera de todos los países, y en todas las épocas (no hay más que ver la historia de la clase obrera), puede haber momentos en que, cuando la desesperación éntre en sus filas, se produzcan actos que después todos hemos de arrepentirnos de no haberlos previsto.

He empezado esta interpelación manifestando la incuria y la imprevisión, no de este Gobierno, sino de los Gobiernos; he empezado diciendo que quienes habían dado el grito de alerta contra los terroristas eran precisamente las sociedades obreras colectivistas, que se llaman anarquistas, pero que quieren su desenvolvimiento de una manera pacífica. Si hoy, por aquello de que se ha opuesto una negativa á mis afirmaciones, por aquello de que no se quiere reconocer que la autoridad pueda equivocarse, por aquello de que se quiere dejar sentado que todo lo hecho está bien hecho, no se procura poner un correctivo á estos hechos, realmente, señores, inferís un grave daño no sólo á la clase obrera, sino también á la clase media y á la sociedad misma que debéis proteger. Yo entiendo, señores, y tengo motivos para creerlo, que hay alguien que está interesado en este divorcio de la clase obrera y la clase media; porque la clase obrera y la clase media unidas, es lo cierto que son las que en España han traído esta era de relativa libertad y de civilización que disfrutamos hoy; y si hay alguien que pretende abrir un foso entre estas dos clases, y por eso vemos que los terroristas más se dirigen á los pequeños burgueses que á los grandes capitalistas, que á los altos propietarios, no debe consentirse así que lo que he denunciado prospere, ni que Barcelona continúe con la suspensión de garantías constitucionales; porque el hecho de haber habido tres ó cuatro criminales que han lanzado bombas, como antes hubo quien pegara fuego á las fábricas, como antes hubo quien con su puñal hería de muerte á los fabricantes; porque haya estos hechos de carácter individual, los cuales, si dáis expansión á las clases obreras, serán quien los castiguen; si por todo esto hacéis que sea la responsable la clase obrera, francamente, no comprendo la lógica de estos Gobiernos, y estimo que no conocen el problema social. Todo el interés del Gobierno y de las clases que hoy están al frente de la sociedad, está en que esta clase obrera, en ejercicio el sufragio universal, venga á estos bancos y con vosotros discuta y con vosotros prepare esta legislación obrera á que tienen derecho, porque son clases sociales que no han estado convidadas hasta ahora al banquete de la vida. No hacer esto, será la resistencia; porque si creéis que las leyes no han de ser leyes cuando se trata de la clase obrera, entonces dáis la razón á los dinamiteros, porque decís: no importa; que es lo mismo que los dinamiteros quieren indicar al decir: lo que importa es que la sociedad desaparezca; y entonces daréis lugar á que se crea una cosa que vosotros no queréis que se crea, pero que realmente resulta de vuestro proceder; esto es, que no os importa el problema social. He dicho.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Comprendo que no tengo más que unos minutos para contestar al Sr. Lostau, y por consiguiente me ha de permitir S. S. que no penetre en el fondo de la

cuestión y que me limite á oponer algunas negativas á las afirmaciones que acaba de hacer S. S.

Primera negativa: la de que la clase obrera no está aquí representada. La presencia de S. S. demuestra precisamente lo contrario; S. S. lo ha dicho: S. S. es un dignísimo representante de la clase obrera; por su propia fuerza ha venido S. S. á estos bancos; por el sufragio, libérrimamente emitido por la clase obrera, ha venido á representarla tan dignamente, como lo prueba su último discurso y la elocuencia que caracteriza todos los que pronuncia. Ya ve S. S. cómo con la representación de su personalidad queda destruída la exageración de una de sus afirmaciones, porque carece de fundamento que haya interés en negar representación á la clase obrera y en perseguirla con cierta clase de atentados. No; no son los honrados obreros de Barcelona ni los honrados obreros del resto de la Península los que son causa de esos atentados; podrán nacer de la clase obrera, como de la clase media, que de todas ellas han nacido esos criminales vulgares y peligrosos; pero el que se persiga á estos criminales en aquellos sitios de donde proceden, en sus orígenes, en su desarrollo, ¿quiere decir que haya un prejuicio determinado en el Gobierno contra la honrada clase obrera de Cataluña? (El Sr. Lostau: Es abandono.) ¿De dónde deduce esto el Sr. Lostau? ¿Qué clase de procedimientos se han entablado, qué ordenes se han dado, qué género de efectos se han producido, para que esta demostración que S. S. intentaba tuviese realidad? Ninguno, absolutamente ninguno. Y lo mismo que digo de esto, digo de lo anterior.

Niego en redondo que hayan tenido realidad, que hayan existido algunos de los hechos que S. S. ha referido, fundado en antecedentes completamente erróneos. Lo niego, y me basta un solo dato. No S. S., las personas que han enterado equivocadamente á S. S., han atribuido esos hechos á un oficial de la Guardia civil. Me basta saber que ese Sr. Peña ó Porta, ó como se llame, viste ese honroso uniforme, para negar en absoluto que haya podido ejecutar los hechos que S. S. le atribuye. No es posible que esos hechos, en la forma que S. S. ha indicado, hayan sido ejecutados por un digno oficial de la Guardia civil; y voy á demostrar á S. S. inmediatamente que mi afirmación, no sólo descansa en la confianza absoluta que tengo en todas las personas dignísimas que visten ese honroso uniforme, sino que me fundo en las mismas palabras de S. S. Empezaba S. S. su discurso diciendo: «Dejo á salvo, aparte, descarto la personalidad del gobernador de Barcelona; es una persona dignísima, que merece toda mi confianza desde el punto de vista particular; bajo su mando han tenido lugar ciertos hechos, pero le creo incapaz de cualquier indignidad.» Se refería S. S. en seguida al director de la cárcel, y hacía respecto de él las mismas salvedades que respecto del gobernador. (El Sr. Lostau: ¿Me permite S. S. que le interrumpa?) Con mucho gusto. (El Sr. Lostau: Ni en la cárcel, ni en ninguna de las prisiones militares, tengo noticia de que se haya realizado ninguno de los actos que he denunciado á la Cámara.) Entonces se referirá S. S. á las prisiones militares. (El Sr. Lostau: Al segundo piso del Gobierno civil.) ¿Pues no vive en el Gobierno el gobernador civil? ¿No se hace todo bajo su inspección, por sus órdenes y con su conocimiento? Pues á eso iba, Sr. Lostau.

Su señoría se refiere á hechos que han tenido lugar ó en la cárcel ó en el Gobierno civil, y yo digo á S. S. que todo lo que ocurre en la cárcel ocurre teniendo de ello conocimiento el director; y no se comprende que tratándose del gobernador y del director de la cárcel, que merecen á S. S. un concepto tan elevado, crea S. S. que en el Gobierno ó en la cárcel han tenido lugar esos hechos. ¿No hace esto dudar de la veracidad de las personas que han enterado á S. S.? Todavía no nos ha dicho S. S. nada que pueda relacionarse con los hechos presenciados por las personas que han dado á S. S. los informes. Únicamente se refiere S. S. á los perjudicados, á los procesados, á los anarquistas. Pues bien; yo sé que alguno de esos á que S. S. se ha referido (y esto se ha demostrado, no con pruebas arrancadas por el tormento, sino por pruebas nacidas de las investigaciones judiciales, perfectamente realizadas); que alguno de esos por quien S. S. se muestra muy interesado, creyéndole honrado y muy digno de su protección; que alguno por quien S. S. habló al gobernador civil como si se tratara de un obrero honrado, incapaz de cometer un crimen, es uno de los más comprometidos en el atentado del Liceo, uno de los que tomaron más directa y principal parte en aquellos hechos, uno de los que iniciaron, protegieron y ampararon á los autores; que si no fué autor material, fué cómplice, instigador, resorte necesario para cometer aquel crimen; y S. S., de buena fe, influido por las primeras noticias, inspirándose en un sentimiento de compasión, plausible en su origen, pero perjudicial en sus efectos, habló ó escribió al gobernador interesándose por esa persona, que ha resultado culpable, y, repito, no por declaraciones arrancadas mediante el procedimiento de que habla S. S., sino por datos fehacientes traídos al proceso.

Ya ve S. S. con cuánto pulso hay que andar para hacer ciertas afirmaciones.

No voy á abusar de la amabilidad del Sr. Presidente, porque aparte de la deferencia que S. S. me merece, comprendo cuáles son mis deberes y cuál es el límite de mi derecho. Así, pues, concluyo rogando á la Presidencia que me reserve el uso de la palabra para mañana, pues ahora no he hecho más que oponer una negativa rotunda, absoluta, en contra de las indicaciones que respecto de funcionarios dignísimos de Barcelona y de individuos del instituto de la Guardia civil ha hecho el Sr. Lostau; y en el próximo día me ocuparé de los detalles, y contestaré, punto por punto, á las observaciones que S. S. ha expuesto.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende esta discusión.

ORDEN DEL DIA

Sucesos de Melilla.

Continuando el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Auñón tiene la palabra para alusiones personales.

El Sr. **AUÑÓN**: Lo agotado que está ya el tema referente á la campaña de Melilla y el gran cansancio de la Cámara, me impulsan á empezar mi dis-

curso tranquilizando al Congreso con la seguridad de que no voy á ocuparme extensamente de este asunto; voy á tratar únicamente de dos hechos concretos, que han sido traídos al debate como de pasada, y ni siquiera para contradecir lo expuesto por los Sres. Diputados que se han ocupado de ello, sino exclusivamente para ampliar explicaciones, que creo necesarias, no tanto para la Cámara, como para los que fuera de ella, al leer el *Diario de Sesiones*, puedan haber interpretado lo dicho en este sitio en distinto sentido de aquel con que fué expresado.

Uno de los puntos es el relativo á lo que ha dado en llamarse el contrabando de guerra, y otro el relativo á ciertos pormenores de operaciones llevadas á cabo por nuestros buques de guerra con ocasión de la campaña de Melilla.

Respecto al contrabando de guerra, el Sr. García Alix, en el discurso elocuentísimo que pronunció hace pocos días, discurso encaminado á enaltecer la memoria de un valiente soldado, muerto en defensa de la Patria, expuso que el contrabando de armas se había llevado á cabo principalmente, no por la rada de Melilla, sino por la rada de Tetuán ó por el río Martín, en buques extranjeros, á ciencia y paciencia de los que tripulaban nuestros guardacostas. Esta frase de *á ciencia y paciencia*, entendí desde luego, y después he adquirido la completa certeza de que no envolvía la menor censura á las autoridades de Marina, sino que estaba dicha en el sentido gramatical de las palabras, y voy á confirmarlo.

Para juzgar de aquellos hechos con sereno juicio, es necesario no olvidar que España, aun en aquellos días en que combatía rudamente con los rifeños, bajo el punto de vista internacional, estaba en perfecta paz con todas las Naciones, incluso con el Imperio de Marruecos; y claro es que no habiéndose hecho declaración de guerra, no podía haber lo que propiamente se llama contrabando de guerra. Podría haber, ciertamente, contrabando de armas, comercio ilícito de armas, como el que en plena paz se hace con otros objetos de comercio; pero respecto de ese punto, España estaba en su derecho al ejercer su acción dentro de sus puertos y de sus aguas jurisdiccionales ó de los buques españoles; pero en lo que se refiere á las aguas de Inglaterra y á las de Marruecos para el comercio ejercido por buques de Potencias amigas, en esas aguas, y en lo que se llama alta mar ó mar libre, España no tenía nada que hacer; en las últimas, porque son aguas libres; y en las otras, porque corresponden á los Gobiernos que tienen jurisdicción en ellas.

Claro es que, considerado bajo este punto de vista el comercio de efectos lícitos, aun cuando en este caso fuera dañino para nosotros, España no tenía el derecho de intervenir en ese comercio, por la misma razón que ninguna de las otras Potencias, incluso el Imperio de Marruecos, si hubiera dispuesto de fuerzas navales, no hubiera tenido derecho á oponerse á lo que nosotros mismos hicimos, que fué comprar en aquellos momentos armas en Alemania para combatir con los rifeños, y, si hubiera llegado el caso, con el mismo Imperio de Marruecos.

Por consecuencia, la expresión del Sr. García Alix de que ese comercio se hacía á ciencia y paciencia de nuestros marinos, es perfectamente exacta en su sentido gramatical: se hacía *á ciencia* de las autoridades de marítima, porque estas autoridades tenían

el convencimiento de que esos buques con bandera extranjera, y en uso legítimo de ella, hacían comercio de armas, que naturalmente habían de servir para utilizarlas acaso contra nosotros; se hacía también á *paciencia* de esos mismos guardacostas, porque teniendo tal convencimiento, y fuerza material para impedirlo, no tenían la potestad legítima que con arreglo al derecho internacional es necesaria para ejercer ni aun el derecho de visita.

Porque no hay que confundir, Sres. Diputados, el derecho que se llama de *investigación*, y que consiste sólo en cerciorarse del uso legítimo de una bandera, con el derecho de *visita*, que consiste en examinar la naturaleza de la carga y el objeto á que se destina. En el estado de paz en que nos encontrábamos, los buques de guerra españoles tenían el derecho de ejercer la investigación sobre los buques extranjeros; pero una vez convencidos de que la bandera que llevaban era la legítima, en aquel momento cesaba toda acción por parte de la marina española, y no podían aquellos guardacostas entrar en el examen de la carga del buque investigado, ni de su destino.

Por consiguiente, el Sr. García Alix ha dicho muy bien: aquel comercio que nos perjudicaba se hacía á ciencia y paciencia de los buques guardacostas; pero sin que esta frase pueda envolver censuras para esos buques, que hicieron todo aquello que les era permitido.

Ahora bien. ¿Quiere decir esto que por aquellos buques se viera con indiferencia aquel comercio de armas? No. El mismo Sr. García Alix lo ha dicho. El comandante de los buques guardacostas de Algeciras comunicó al capitán general del departamento las noticias que tenía, por confidencias recibidas, de que aquellos buques con bandera inglesa, y en uso legítimo de esta bandera, llevaban armas para los moros; el capitán general del departamento trasladó estas comunicaciones al Sr. Ministro de Marina, y éste á su vez al de Estado; y es de suponer que el Ministerio de Estado haría de esas comunicaciones el uso debido, y entablaría, por la vía diplomática, las gestiones que fueran procedentes con arreglo al derecho internacional.

Por consiguiente, conste que el comercio de armas, lícito ó ilícito, sobre esto no he de discutir yo ahora, se ha realizado á ciencia y paciencia de los buques guardacostas, en el sentido gramatical de esta expresión; pero cumplieron su deber, y no han podido hacer más que lo que hicieron.

Aquí tengo las comunicaciones que acreditan cuánto llevo dicho, y las pongo á disposición de los Sres. Diputados; no las leo, porque no me parece necesario; y temeroso de cansar á la Cámara, paso al segundo punto.

Hablando de ciertas operaciones llevadas á cabo por la marina de guerra en la campaña de Melilla, se ha hecho referencia aquí á un episodio ligero, de no muy grande importancia: del tiroteo sostenido por el cañonero *Cuervo*. Ya sé yo que al hablar de esto no se trataba de censurar al cañonero *Cuervo* ni á sus tripulantes; ya sé yo que no se trataba, como dijo el Sr. Romero Robledo, de que los disparos lanzados por un Sr. Diputado fueran encaminados á romperle un ala al *Cuervo*, sino que iban encaminados á que rebotaran sobre el *Cuervo* y fueran á dar á otra parte; pero, en fin, lo que resulta de los hechos es, que

yendo el cañonero *Cuervo* á llevar comunicaciones de Melilla á Málaga, fué hostilizado por unos moros; que su comandante creyó conveniente variar el rumbo para acercarse á los que le hostilizaban, y cambió con ellos algunos disparos de mayor ó menor importancia. Ya el Sr. Ministro de la Guerra explicó los motivos que en ocasiones determinadas pueden aconsejar al comandante de un buque de guerra separarse de la línea de derrota, variar el rumbo y acercarse á uno ú otro lado para determinados fines ó para buscar resguardo sin faltar á sus deberes, antes bien, en ocasiones, con ventaja para el servicio mismo, puesto que puede ser necesario resguardarse de marejadas, vientos ó corrientes, ó para esquivar algunos de tantos tropiezos como pueden presentarse á los buques en el mar. Pero de todo esto resulta indudablemente el hecho claro y concreto de que un comandante de un buque de guerra, al pasar cerca de la costa, fué hostilizado por unos rifeños, los cuales, según el Sr. Diputado que de esto hablaba, se asomaron por curiosidad, y aun creo que alguien dijo que alguno de esos rifeños estaba ocupado en lavarse. Yo no sé si los moros se lavan por entretenimiento (*Risas*); pero el hecho es, que aquellos rifeños no se asomaron sólo por curiosidad, ó que llevaron su curiosidad hasta hacer disparos, de los cuales resultó herido alguno de los tripulantes. (*El señor Zubizarreta*: Y por eso se han dado treinta y seis gracias.) Todavía no hemos llegado á eso; ahora estamos batiéndonos; después iremos á las gracias.

Este buque, al pasar cerca de la playa, se vió hostilizado por los rifeños. Y no me parece que debe ser objeto, no ya de censura, pero ni siquiera de ironía, el hecho de que, al hallarse en estas circunstancias el comandante de ese buque, resolviese contestar al ataque recibido. En el momento en que el comandante del *Cuervo* se vió hostilizado por los disparos de los rifeños, pudo hacer una de dos cosas: forzar la máquina y huir del fuego, aun cohonestándole con el deseo de acelerar su comisión, ó cambiar el rumbo y acercarse á él; aquel comandante optó por acercarse al fuego y responder á él, como correspondía á la condición valerosa de nuestra raza, al honor de las armas y al prestigio de la bandera que llevaba arbolada en la popa del buque. Me parece que esto no merece censuras. (*El Sr. Zubizarreta*: Pero tampoco merece treinta y seis gracias.) Vamos á las gracias, porque parece que la importancia está en la gracia. (*El Sr. Zubizarreta*: En las gracias.—*El Sr. Lostau*: Que maldita la que tienen.) Es, en efecto, cierto que este hecho fué recompensado. Si la gracia fué proporcionada al servicio, ese es asunto cuya apreciación pertenece á los Centros consultivos y al Gobierno, y por tanto, no tengo para que entrar en él; pero contestando á la interrupción que se me ha hecho, diré que, si materialmente resultan, en efecto, treinta y seis gracias, es porque, con estado la dotación del buque de treinta y seis personas, y habiéndose hecho mención honorífica de ella, resultan, en efecto, treinta y seis agraciados; pero como recompensa retribuida no hubo más que las concedidas al comandante y al marinero herido.

Aquí se ha dicho, en tono humorístico, que fué la gracia tan extensa que alcanzó al cocinero; y yo debo decir, que la mención honorífica se concedió en efecto á toda la tripulación, incluso al cocinero; porque

el cocinero, Sres. Diputados, no es más que un marinero que forma parte de la tripulación, y que, cuando llega el momento de batirse, cambia el asador por la carabina y se defiende á tiros como los demás marineros de la tripulación.

Por lo demás, ya lo he dicho, yo no entro á hacer apreciaciones, ni tengo para qué, acerca de la cuantía de la recompensa; eso corresponde apreciarlo al Gobierno; lo único que yo afirmo es, que el comandante de ese buque se condujo como debía, que es oficial inteligente y distinguido, y merece que se hable de él con las debidas consideraciones, sea excesiva ó sea proporcionada la recompensa que se le otorgara.

Si S. S. queda satisfecho con lo dicho respecto á la recompensa, no diré más. (*El Sr. Sanchis*: No hubo combate.) Hubo fuego de una y otra parte. (*El Sr. Sanchis*: El cocinero no tomó parte en el combate.) El cocinero y todos los que van en los buques, y más en buques como el de que se trata, que es más pequeño que este salón, cuando hay combate no pueden menos de tomar parte en él. (*El Sr. Sanchis*: No dejó las cacerolas para tomar el fusil.) Probablemente las dejaría, como todo el mundo deja lo que tiene que hacer cuando llega el momento del combate. (*El señor Conde de Casasola*: ¡Si no han cañoneado más que á los peñones!) Y á los moros que estaban encima, y cuyos disparos hirieron á un tripulante; ¿ó es que los peñones disparaban con bala?

Señores, á mí me parece, y lo digo á los señores que me interrumpen, que en el Congreso español no debe tratarse en broma la conducta del comandante de un buque de guerra que, hostilizado por el enemigo, en grande ó en pequeña escala, cumple con su deber y se inspira en su espíritu y honor. (*El señor Conde de Casasola*: Pido la palabra.) Y no digo más del Cuervo. (*El Sr. Sanchis*: Tiene las dos alas intactas.) Tiene las dos alas y el pico.

Después se ha dicho que otro servicio más importante, cual era el realizado por el crucero *Reina Mercedes*, había pasado como inadvertido y que su comandante no había sido recompensado. En efecto, el servicio prestado por el *Reina Mercedes*, que no fué bastante conocido, consistió principalmente en haber hecho un viaje peligroso por las circunstancias en que se llevó á cabo y por las dificultades con que allí tropezó; y si se habló poco de él, fué sin duda por la modestia del comandante, que acaso no haya referido en público todas las incidencias del viaje.

Yo estoy completamente conforme con el señor Diputado que se ocupó de este asunto, en que ese comandante debe ser recompensado, y ya oyó el Congreso días pasados al Sr. Ministro de la Guerra decir que ese expediente no estaba concluido. Si fuera necesario, que no creo que lo sea, yo uniría mi ruego al del Sr. Diputado que hablaba de este asunto, para que no deje de ser recompensado el comandante del *Reina Mercedes*; y no lo pido como amigo y compañero, sino como representante del país, que desea que los hechos meritorios obtengan la debida recompensa. Y desde luego voy á concederle la única que puedo, que es repetir aquí, para que llegue á todas partes, que el jefe distinguido que ha realizado aquel importantísimo servicio, es el capitán D. Eduardo Trigueros.

Y con esto dejo cumplido el objeto para que había pedido la palabra.

No he de hablar, porque son harto conocidos, de los servicios del Sr. Díaz Moreu, comandante del *Venadito*, ni de los del Sr. Jacome, comandante del *Alfonso XII*, que cañoneó la costa y destruyó todas las viviendas de la costa del Riff.

Tampoco he de hablar de los comandantes y tripulaciones de los cruceros *Isla de Cuba*, *Isla de Luzón*, el *Temerario*; ni de los servicios más oscuros, pero no menos útiles, del *Legaspi* y de la fragata *Gerona*; ni de la acertada dirección del almirante Ocaña, ni de la distinguida marina mercante, que tanto y tan bien ha cooperado al éxito de las operaciones. Sólo diré, como resumen, que cuál no habrá sido la conducta correcta de esa escuadra, cuáles sus relevantes servicios, cuando en este Congreso, donde con tanta facilidad se levantan los Sres. Diputados á exigir responsabilidades por todo lo que con los sucesos de Melilla se relaciona, y especialmente por todo lo que á la marina se refiere, hasta ahora, y en buen hora lo diga, no se ha levantado ni una sola voz de censura para nuestra escuadra de operaciones. Ese silencio es el mejor elogio de ella.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Insiste el Sr. Conde de Casasola en usar de la palabra?

El Sr. Conde de CASASOLA: No, Sr. Presidente; después de las últimas que he oído al Sr. Auñón, no lo creo necesario.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Marengo para consumir el tercer turno.

El Sr. MARENCO: Señor Presidente, no encontrándome bien de salud, si S. S. lo permite, deseo ceder el turno que me correspondía á mi amigo y compañero el Sr. Esquerdo.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Esquerdo.

El Sr. ESQUERDO: Señores Diputados, á una desgracia debo la alta honra de dirigiros la palabra, al mal estado de salud de mi excelente amigo el Sr. Marengo. Vosotros lo sentiréis doblemente; en primer término, porque está enfermo nuestro compañero, y en segundo lugar, porque en vez de su palabra elocuente, de su palabra entendida, allá va mi palabra llana, indocta y desharrapada. Pero no temáis que yo moleste largo tiempo vuestra atención; profeso la máxima moral de no querer para los demás lo que no quiero para mí; y, francamente, los discursos largos, salvo honrosas excepciones, me apestan.

Además, yo me encuentro en circunstancias muy especiales; yo soy adversario decidido del parlamentarismo, y, es claro, la primera vez que asisto al Parlamento me hallo en las mismas condiciones del hombre que odia á muerte á un enemigo, que quisiera dársela por su propia mano, pero al ver cómo sufre y cómo padece, se apiada y dice: muere, si es preciso; pero no sea yo quien coadyuve á tus tormentos. Yo creo que, real y positivamente, el parlamentarismo, no ya sólo está en decadencia, sino que se hunde; y se hunde, no por natural vejez (iba á decir que perecía como viejo crapuloso), más que por la pesadumbre de sus años, por sus asquerosos vicios.

Yo debo hacer una declaración previa, antes de hablar de los sucesos de Melilla; y es, que ni ahora, ni antes, he sido partidario de la guerra. Es más: de los que nos sentamos en estos bancos, no hay uno siquiera que fuera partidario de la guerra. Los sucesos de Melilla representan un sangriento ultraje inferido á España dentro de territorio propio, y consi-

guientemente, para vengarlo no necesitamos de notificación alguna al Sultán ni á las Potencias extranjeras. ¡No faltaba más que para defendernos en nuestra propia casa fuéramos con esos miramientos que entorpecen toda acción rápida, enérgica!

Hay notificaciones que implican desconocimiento del derecho ó solicitudes de amparo, y jamás España ha necesitado de ayuda extranjera para vengar sus agravios.

Entiendo que son cuestiones diferentes si el Africa representa ó no nuestra natural zona de ensanche; entiendo que son cuestiones diferentes si el Africa representa allá para el porvenir una expansión de dilatados horizontes, donde España obtendrá días de gloria y días de prosperidad; entiendo que, aunque mentalmente, nos remontemos á las pasadas edades para inspirarnos en nuestra tradición histórica, y profundicemos hasta lo más hondo de nuestra raza, la más apropiada para colonizar el Africa, toda vez que recuerda nuestra huella é intervención cuanto tiene cultivado la Argelia.

Entiendo que, aunque nos elevemos en alas de la mente, á las cumbres del Atlas y de los Pirineos, y extendamos la vista por esa inmensa llanura, por ese extenso valle en que el Mediterráneo, más que un mar, parece un río, eso queda para el porvenir; y para la diplomacia, en el instante presente, la cuestión está limitada á una cuestión de honra, de dignidad, de patriotismo; y para resolver esta clase de cuestiones, basta sólo tener conciencia y corazón.

Yo estudiaré la cuestión de Melilla como si se tratase de una enfermedad, que enfermedad, y grave, es en mi entender, y enfermedad repugnante, como esas que se adquieren por el vicio y que brotan á la piel, llevando á la cara estigmas del deshonor, porque estigmas del deshonor han brotado para la Patria y para el ejército español.

Señores Diputados, á mí me duele mortificar al Sr. Ministro de la Guerra; le tengo en muy alta estimación, y yo todavía no he aprendido esos convencionalismos vuestros, y me parece que nunca me atemperaré al medio ambiente; pero, francamente, aunque á él le moleste, he de decir que en el Gobierno ha habido una gran imprevisión; imprevisión en todo el Gobierno. Para que los pueblos sepan regirse, las ofrendas de abnegación maldita la cosa para que sirven; los que sirven son los resultados de las informaciones; y no basta que el Sr. Ministro de la Guerra quiera cargar con toda la responsabilidad: con ella debe cargar quien la tiene.

Aquí unos Diputados demostraron que el general Margallo informó al Gobierno; otros Sres. Diputados demostraron que la Capitanía general de Granada informó al Gobierno; otros Sres. Diputados demostraron que por la vía diplomática fué el Gobierno informado. Pero, es más: yo creo que, aunque por ninguno de estos procedimientos se hubiera informado al Gobierno, el Gobierno estaba en el deber de conocer lo que pasaba al otro lado del mar. Pues qué, cuando los miasmas están en el ambiente, ¿es necesario que se inoculen para transmitirse? Cuando el medicamento se respira en el aire, ¿es preciso que se le dé al enfermo á cucharadas? ¿Qué necesidad había de que informaran, ni el heróico Margallo, ni la Capitanía general de Granada, ni la vía diplomática, si todo el mundo, absolutamente todo el mundo, lo sabía, menos el Gobierno? ¿A qué aguardabais? A que

las salvajes kabilas del Riff os notificasen en toda regla la agresión?

Decid, con franqueza, que, preocupados con los desórdenes del país, cuyo estado era tan anárquico, inermes desolsteis todo linaje de avisos.

Escuchad: ¿No recordáis el ataque del pailebot *Miguel Teresa*? ¿No recordáis que á poco tiempo vino el asalto del laúd *San Juan*? ¿No recordáis que después tuvimos el del *San José*? ¿No recordáis que vino también el ataque del pailebot *Tonda*, y no ocurrió luego el ataque de los soldados, que citó el Sr. Ministro de la Guerra? ¿No recordáis tampoco el ataque á un pobre pastor y el asesinato de un humilde niño? Y cuando pasa eso, ¿todavía se esperan nuevos informes? Esto, real y positivamente, obligaba al Gobierno á estar prevenido, porque constituía un conocimiento de los braceros de mi país, sí; lo constituía realmente, porque allí decían: «Los moros están tan envalentonados, que el día menos pensado se nos vienen encima.» Y aquí, está visto: todos, absolutamente todos lo conocían, menos el Gobierno, que tenía el deber de conocerlo. Y el Sr. Ministro de la Guerra, para exculparse (yo creo que padecía un error), decía: «No me acuséis de imprevisor, porque los sucesos del 2 de Octubre me sorprendieron.» Realmente, no hay imprevisión cuando existe el desconocimiento; pero yo creo que la excusa es peor que la falta, porque es lo mismo que coger el tintero en vez de la salvadera para secar un borrón; y el Sr. Ministro de la Guerra ha arrojado todo un tintero sobre el borrón, puesto que realmente queda demostrado que no estaba informado de la gravedad que tenían en Melilla sucesos como el que desgraciadamente lloramos.

Siguiendo el procedimiento que antes he indicado, diré que el curso de esta enfermedad, ó sea de los sucesos de Melilla, en vez de ser progresivo y ascendente hasta una terminación ventajosa, ha sido lo que nosotros llamamos intercadente, ha sido intermitente, atáxico, desatentado. ¿Y sabéis por qué? Aquí cada cual ha dado sus explicaciones. Dice el refrán que «cada maestrillo tiene su librillo», y sin ser yo maestro, voy á dar también la mía. Uno de los señores Diputados, que no cito nominalmente por si acaso me equivoco, dijo que la causa estaba en la gran altura de ese Ministerio, en la gran talla de sus hombres, porque esa gran talla va acompañada de cierta nivelación, y consiguientemente no había entre ellos la subordinación necesaria para que resultara unidad. ¿No es esto? Una razón, y en mi entender de gran peso, que la experiencia de todos los días y de todos los pueblos acredita, es que los hombres de nivel aproximado no se subordinan fácilmente los unos á los otros. Pero yo creo que hay otra que llamaré anatomo-fisiológica: yo creo, y dispénsenme los buenos mozos de la Cámara... (Risas.)

No he aludido á nadie, y en todo caso podían todos darse por aludidos; creo que la distancia entre el corazón y la cabeza es mayor en los buenos mozos que en los hombres medianos y pequeños, y para resolver el punto, que afecta á la honra de la Patria y á la dignidad del ejército, es necesario que el corazón esté articulado en la cabeza, es necesario que el corazón se suba á la cabeza para resolver bien ese problema. Hay otra razón que yo estimo todavía más valedera que esta, porque la ha dado el Sr. Presidente del... Tengo yo manía en llamar al Sr. Ministro de la Guerra Presidente del Consejo de Minis-

tros, y es porque se lo merece. (*El Sr. Ministro de la Guerra: Muchas gracias.*)

El Sr. Ministro de la Guerra nos dijo el otro día con una sinceridad que encanta: «En el Ministerio, los menos belicosos éramos el Ministro de Marina y yo.» Pues esa es la causa por que ha tenido tan mala solución la cuestión de Melilla. ¿No sabe el Sr. Ministro de la Guerra que no se puede atentar contra la naturaleza sin anularla implícitamente, trátase de lo que se quiera? Recorred todos los vastos círculos de la creación, desde lo que se realiza en la materia orgánica hasta allá en las más altas regiones, donde se forja el pensamiento; todo, absolutamente todo, está subordinado á su esencia, á su naturaleza; y cuando se falta á la naturaleza, se la anula.

Quitad la luz al sol, quitad la bravura al león, quitad la ternura á la madre, y sol, león y madre no significarán nada; serán, en el orden verbal, palabras vacías, hueras, que no dicen nada al entendimiento. Pues eso es lo que pasa.

El Sr. Ministro de la Guerra y el Sr. Ministro de Marina, que por propia naturaleza debieron ser los más belicosos, no lo fueron, y consiguientemente se anulaban. Señores Diputados, ¡si hasta vulgarmente se da una lección en esta materia! ¿Qué es lo que sucede en la casa donde los pantalones no los lleva el hombre? (*Risas.*) Que todo anda mal.

Otro de los Sres. Diputados dió una razón que á mí me sorprendió. Acaso por defecto de profesión, quizás porque he visto cuántas veces se abusa de la palabra para hacerla servir de instrumento de engaño, yo acostumbro á mirar más á la fisonomía que escuchar las palabras que se pronuncian; y recuerdo que uno de los oradores decía: «la causa de esta desastrosa conducta, ó mejor dicho, gestión, pendía de que dentro del Ministerio había evidente paralelismo, pero que marchaba en dirección contraria.

Yo miré entonces al Sr. Ministro de Estado, y no se sonrojó; y miré al Sr. Ministro de la Guerra, y no se indignó; y dije: ¿qué es esto? Como es natural, esperé á que hablara más tarde el Sr. Ministro de la Guerra, que ha contestado de una manera maravillosa á cuantos cargos le han hecho, dada su difícil situación; sin embargo, no contestó. ¿Es que realmente hubo un tiempo en que los Sres. Ministros de Estado y de la Guerra marchaban paralelos, pero en dirección contraria? ¡Ah, si eso fuera cierto, qué responsabilidad tan grave para ese Ministerio!

Yo citaba como una de las causas primordiales de la desatentada conducta del Ministerio en el asunto de Melilla, la falta de dirección; porque, así como en los individuos el poder coordinador es una facultad suprema de su entendimiento, así en las asociaciones el poder coordinador es una facultad superior para el asociado; y la falta de Presidente del Consejo de Ministros ha sido, en mi sentir, la causa fundamental de esa conducta torpe, de esa conducta desastrosa, y no digo infamante, porque yo creo que no han querido hacerlo así intencionalmente los señores que componen ese Ministerio.

Y no vale tampoco presentar aquí rasgos de sentimentalismo y rasgos de abnegación, no: yo creo que, si no se proveyó la plaza de Presidente del Consejo de Ministros, que de hecho estaba vacante por enfermedad del Sr. Sagasta, no fué por afecto y respeto al mismo, sino por rivalidad; no por amor y consideración al Sr. Sagasta, sino por un interés

egoísta, y esto agrava considerablemente vuestra situación. Fué porque en ese banco hay miembros, tres por lo menos, que tienen la categoría de Presidentes de Consejo de Ministros, y no querían, sabiendo lo que en este país valen los Presidentes, no querían, digo, que tomara posesión ninguno de ellos de esa Presidencia. El Sr. López Domínguez, que tiene títulos sobrados para ser Presidente del Consejo de Ministros, y hasta parecía que hoy yo inadvertidamente lo decía. El Sr. Gamazo, que por las circunstancias excepcionales por que atravesaba el país, cuyo estado económico era aflictivo, le daban principal importancia dentro del Ministerio, y el señor Moret, que real y positivamente había recibido ya la alternativa. (*Risas.*) Es más: yo creo que todavía había un Presidente con superiores títulos á todos vosotros; esto es, el Presidente de la Cámara.

Y por el temor de que constituyesen un Ministerio el general López Domínguez, el Sr. Gamazo, el Sr. Moret ó el Sr. Presidente del Congreso, habéis tenido un Ministerio acéfalo, un Ministerio sin Presidente, esto es, sin cabeza; y por esto han ocurrido en la campaña de Melilla los mayores desastres, las mayores torpezas; en una palabra: si hubiéseis hecho oposición, si hubiérais entre vosotros abierto un concurso para ver quién lo hacía peor, yo tengo la seguridad que el Jurado no sabría á quién dar el premio.

Decía, Sres. Diputados, que la marcha del Ministerio en la cuestión de Melilla había sido intermitente. Unas veces parecía el Ministerio inflamado del amor patrio, que siente el pueblo entero; otras veces parecía que se habían extinguido en él esos grandes sentimientos que elevan á los pueblos á la suprema dignidad. Un día aparecía el Ministro de Estado diciendo que á Melilla había que mandar balas y no notas; é inmediatamente tuvo tal resonancia, se extendió de tal modo, hizo vibrar los pechos de estos cándidos españoles de tal suerte, que todos parecía que nos íbamos preparando para ir á la guerra.

Mas el Sr. Ministro de Estado, el otro día nos explicó esa frase con un derroche de ingenio, es verdad, pero que en último resultado vino á demostrar que él no estaba en aquellos momentos animado de ese impulso bélico que argüían las frases; de tal naturaleza, que sin querer me acordé yo de Ríos Rosas, sin querer pensé en la antinomia que hay siempre entre la propiedad de los términos parlamentarios y la Academia, y hasta pensé en los tormentos que pasaría el Sr. Ministro de Estado el día que fuese académico, y finalmente, se me ocurrió: este señor nos va á dar una explicación más, va á decirnos que aquellas balas á que él se refería en ese famoso día, no eran balas de plomo, sino de algodón; para que cayeran en blando los moros cuando libaran con el futuro general en jefe.

No quiero ocuparme de una frase del Sr. Ministro de la Guerra de «á mi casa ó á Melilla», que explicó de un modo que hace mucha honra al caballero, pero, francamente, poco honor al hombre de Estado. El Sr. Ministro de la Guerra dijo: yo me encontré, al venir el general Martínez Campos, con que estaba enfermo el Presidente del Consejo, con que mi salida provocaría una crisis y con que esta crisis se atribuiría á una corazonada del general Martínez Campos. Pues qué, ¿no sabía el Sr. Ministro de la Guerra, al formular aquella afirmación de que iría á Melilla ó á su casa, que estaba ya enfermo el señor

Presidente del Consejo de Ministros? ¿No sabía que su salida había de provocar una crisis ministerial? Lo único que resulta ahí nuevo es la venida del general Martínez Campos, y, francamente, yo soy afecto al romanticismo, me parece bien que los hombres se sacrifiquen; pero llegar al suicidio, como llegó el Sr. Ministro de la Guerra, para que no atribuyeran la crisis á una corazonada del general Martínez Campos, eso es un exceso de sensibilidad parecido á aquel de cierto alcalde que se murió de pena porque á un amigo le hicieron un chaleco corto.

Fué el de S. S. un acto que le honra y le enaltece; pero á la Patria casi importaba más la vida del señor Ministro de la Guerra que la del Sr. Martínez Campos, y no debió sacrificarla, siquiera fuera en honor de aquel ejército, que en aquellos momentos no tenía más jefe que S. S.

Y llegado á esta altura, yo le suplico al Sr. Ministro de la Guerra que me preste atención, aunque hasta ahora me ha honrado con ella, porque voy á tratar un asunto que afecta á todas las minorías, y, si se quiere, porque yo estoy temeroso de extender el dictado de revolucionarios á todos mis compañeros, si en ello hay riesgo, redúzcase á la minoría progresista.

El Sr. Ministro de la Guerra dijo en los pasillos del Congreso, aunque no lo reprodujo aquí, con la circunstancia agravante que señalaré, pero en términos tales, que, dados los comedimientos parlamentarios, probablemente responden esas palabras á lo que llamaré un estado de conciencia, dijo lo que voy á tener la honra de leer al Congreso. Se trata de la llamada de las reservas:

«Yo me resistía, á pesar de todo, á llamarlas, mientras sólo se trataba de una cuestión con los rifeños; pero cuando se presentó como inminente una guerra con Marruecos, y además la coincidencia de existir en la Península ciertos manejos revolucionarios (pues aquí, á pesar del patriotismo, cada uno va á su negocio), entonces, y ante la posibilidad de tener que mandar 50.000 hombres al Africa, fué cuando me decidí á llamarlas.

«Después de todo, el haber puesto 25.000 hombres en Melilla no ha sido inútil, pues tengo para mí que algo habrá influido en el resultado de las negociaciones la presencia de aquel ejército en Melilla y los batallones que había preparados en el litoral por si era necesario enviarlos.»

Después en el Congreso reprodujo lo que también voy á tener la honra de leer:

«¡Señores Diputados! ¡Pensar que un Gobierno que tenía que atender á todos aquellos motines y tumultos que ocurrieron en el verano con el presupuesto vigente de la Guerra, en el cual bien sabía yo los medios materiales de que disponía para cualquier conflicto; un Gobierno que había de tener constantemente puesta su atención en los hilos del telégrafo, porque además de esos motines y asonadas hay siempre en este país una conspiración latente que por todas partes asoma, procurando aprovecharse de la menor confusión, de cualquier desorden que por diversas causas ocurra; pensar que en esos momentos y en tales condiciones el Gobierno pretendía distraer la atención del país de lo que ocurría en la Península y hacer que se fijase en Africa, produciendo allí una guerra! ¿Merece esto siquiera ser combatido?»

Yo comprendo, Sres. Diputados, lo espinoso que es tratar en el Congreso estos asuntos, y, francamente, aunque supiera con habilidad evitar los riesgos, prefiero suplicar directamente al Sr. Ministro de la Guerra que diga con franqueza si esos trabajos revolucionarios se referían á los republicanos; porque, una de dos cosas, ó el Sr. Ministro de la Guerra desconocía los trabajos revolucionarios del verano próximo pasado, y, de desconocerlos, no pudo apercibirse de cuándo suspendieron su acción dichos trabajos, ó por el contrario, los conocía el Sr. Ministro de la Guerra, y debía saber que apenas ocurrieron los sucesos de Melilla todo el mundo dijo: arma al brazo; esperemos otra ocasión. ¿Le es lícito á un Ministro de la Guerra, que no ha tenido más que palabras de bondad para todos, á pesar de las acusaciones tan acres que se le han dirigido, formular ese cargo contra un partido honrado y tan patriota como el que más, contra un partido que, desde su insigne jefe D. Manuel Ruiz Zorrilla, hasta el último de sus servidores que tiene la honra de dirigidos la palabra, ha demostrado, sin excepción, tener como carácter preeminente de su temperamento el amor á la Patria? ¡Qué injusticia! ¡Qué crueldad! ¿No sabe el Sr. Ministro de la Guerra que á los pocos días de los sucesos del 2 de Octubre, no ante españoles, sino ante franceses, el Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla brindaba en esta forma:

«Por el contrario (hablaba de los sucesos de Melilla), si la guerra fuera declarada contra Marruecos, como contra cualquiera Potencia que nos insulte, entonces veréis cómo luchan los españoles por su honor, sin distinción de partidos ni matices. Yo sería el primero que si declarara mi país la guerra á una gran Potencia, pasaría la frontera y ofrecería mis servicios aun á D. Carlos, si D. Carlos mandara en España. Ya podía ser Francia el enemigo; que contra Francia, á quien amo y considero como mi segunda patria, lucharía.»

¡Qué hermosa, valiente y patriótica declaración!

Después de los ofrecimientos que han hecho nuestros expatriados, ¿es lícito decir que se llamó á las reservas por temor á nuestros trabajos? Si esto es lícito, que venga Dios y lo vea; á mí no me parece que lo es.

Y voy, Sres. Diputados, para no molestaros ya más, á decir cuatro palabras respecto de la conducta del ejército en Melilla, dejando para mi queridísimo amigo el Sr. Marengo todo lo referente á la negociación diplomática. Yo, Sres. Diputados, creo que el ejército en Africa no ha estado á la altura de sus brillantes antecedentes, ni ha correspondido á las esperanzas cifradas en él por la Patria. Yo creo honrar más la memoria del ejército, el concepto del ejército... me he equivocado al decir honrar, porque tratándose de honra, el ejército la da, no la recibe de nadie; yo creo enaltecer más al ejército diciendo que no ha estado á la altura de sus brillantes antecedentes ni ha correspondido á las esperanzas de la Patria; porque otra cosa sería tener de ese ejército, tan valeroso en todas ocasiones, un humildísimo concepto, y yo le tengo muy elevado.

Decir que la bandera de España está á la misma altura que la dejaron en Castillejos y bajo los muros de Tetuán, es un agravio al ejército. ¡Si la bandera hoy sirve de sudario al ejército! Y la culpa no la tiene exclusivamente el Sr. Ministro de la Guerra,

que ha venido aquí á ser el Cristo en toda esta campaña; la culpa la tiene la Restauración. (*Rumores.*) Sí; la Restauración. ¿Pues qué, vosotros (*Dirigiéndose á las minorías conservadoras*) no habéis tenido en la desorganización del ejército tanta parte como los de enfrente? (*Un Sr. Diputado:* ¿Qué hizo la República con el ejército?) La República no ha desorganizado el ejército; antes al contrario... (*El Sr. García Alix:* ¿Y lo de Cartagena? Todos estamos enterados.) ¿Qué más quisiérais vosotros que haber llevado á Melilla un ejército como el que os dejó la República!

El Sr. PRESIDENTE: Ruego al Sr. Esquerdo que comprenda lo grave que es tratar cierta clase de cuestiones.

El Sr. ESQUERDO: Señor Presidente, me merece tanto respeto S. S., por ser quien es y por el cargo que desempeña, que yo, en lugar de esas frases que antes repugnaba, buscaré otras más parlamentarias. ¿Se puede decir los Gobiernos de la Restauración? (*El Sr. Salmerón:* Y la Restauración también. ¿Pues no faltaba más!)

El Sr. PRESIDENTE: Yo creo que S. S. no ha comprendido bien mi intervención en estos momentos; no se trataba exclusivamente de la Restauración en general, ni siquiera de los Gobiernos, que verdaderamente son los que la representan; se trataba de cierta clase de cuestiones que es muy difícil tocar, como habrá visto el Sr. Esquerdo, sin levantar en la Cámara discordias que yo tengo el deber de evitar. Por eso he llamado la atención del Sr. Esquerdo: S. S. tiene una palabra que obedece perfectamente á su pensamiento, y puede evitar que se produzcan esas discordias.

El Sr. ESQUERDO: Doy las gracias al Sr. Presidente, y seguiré el consejo.

Yo creo que los Gobiernos de la Restauración tienen la culpa de lo que ha ocurrido en Melilla.

Yo creo que habéis desorganizado y anulado el ejército y malversado los caudales de la Nación, dejándole indotado de material y castrado su brío y pujanza, por temor de que se subleve. Habéis suprimido las clases, y ¿sabéis lo que ha ocurrido? Lo que no podía menos de suceder: que cuando habéis echado mano á la espada, os habéis encontrado con el puño solo; pues como habíais roto la espiga, la hoja no respondió al puño. (*El Sr. Sanchís:* El ejército no se subleva hoy.) ¿Pero cree el Sr. Sanchís que si yo entendiera que se sublevaba el ejército, había de decirlo aquí? ¡No tanta candidez! (*El Sr. Cos-Gayón:* No es el ejército el que ha faltado en Melilla.) El ejército no ha estado en Melilla á la altura de sus antecedentes, y lo dicen los mismos militares. (*El señor Sanchís:* A la altura de sus antecedentes, y como el primero.) ¡A la altura de sus antecedentes, y ha tenido que estar encerrado en los fuertes! (*Un señor Diputado:* Esperando que le dieran órdenes.)

Yo no ataco á los de abajo, sino que hago responsables á los de arriba; y ahí está el Sr. Ministro de la Guerra para responder de lo que ha pasado. (*El señor Aznar:* El ejército ha dado pruebas de disciplina.) No quiero descender á demostrar que amo al ejército tanto como vosotros. (*Un Sr. Diputado:* No.) ¿Cómo que no? (*Varios Sres. Diputados interrumpen al orador:* momentos de confusión.—*El Sr. Presidente llama repetidas veces al orden. Los Sres. Salmerón, Marenco, Sanchís, Lostau, Cos-Gayón, Alfau, y otros, pronuncian palabras que no se entienden.*)

El Sr. PRESIDENTE: Poco afectos al Gobierno parlamentario y á la discusión son los que dan al debate el carácter que le están dando en este momento. Ahora verá el Sr. Esquerdo con cuánta razón le decía yo que cierta clase de cuestiones es mejor no tratarlas. Ruego á S. S. que dé otro giro á su discurso, y que no siga ese camino, que perturba por completo el orden de la discusión.

El Sr. ESQUERDO: Señor Presidente, yo no he venido con el propósito de levantar tempestades; y real y positivamente, si faltó á mi propósito, debe atribuirse á mi impericia, porque yo tenía hasta la vana pretensión de conquistar adeptos entre vosotros... ¡Ah! tienen razón mis amigos. Realmente, me repugna hablar en alabanza propia; pero cuando desde esos bancos se levantaban los Sres. Diputados, no diré cómo para que no se irriten, diciendo que tenían tanto amor al ejército como yo; cuando se levantaban todos contra mí, me preguntaba: ¿por qué? Porque he dicho del ejército lo que creo que debía decir. Yo puedo demostrar que he amado tanto y tan constantemente al ejército, que á la manera de aquel inglés presuntuoso que decía á un francés, «si no fuera inglés, quisiera ser francés»; yo digo: si no fuera médico, querría ser militar. (*El Sr. Cos-Gayón:* Nadie ha negado á S. S. su amor al ejército.) Pues aunque á mí no me gusta hablar de hechos personales, diré que demostré ese amor al ejército en la guerra del Norte, abandonando una clientela, abandonando una familia, abandonando una enseñanza, y yendo allí á curar heridos, con la sola condición de que no se me retribuyera ni material ni honoríficamente. El que eso ha hecho, puede decir que ama al ejército.

Si yo hubiera querido lastimar al ejército, ¿no hubiera hablado de la forma en que lo alojásteis? ¿No os diría que á la caballería, que, según el lenguaje moderno, es las alas del ejército, la metisteis dentro de los muros de Melilla, donde tenía que tener las alas plegadas, y no digo que con la cabeza debajo de las alas, porque no quiero que provoquéis tempestades? ¿Es posible que el Sr. Ministro de la Guerra dijera que la caballería fuera colocada allí? (*Varios Sres. Diputados de la minoría conservadora:* Eso, al Gobierno.)

En último término, ahí está; que se defienda; que yo no he venido á defenderle.

Se organiza á los ejércitos científica y no empíricamente, obedeciendo á determinados principios, con las reformas que la experiencia acredita, y vosotros no habéis obedecido á ningún principio. á no ser que elevéis á categoría de principio el miedo, que es un sentimiento muy torpe que no ha arrancado nada en el mundo; porque el atrevimiento, las gallardías, las osadías, han hecho todo lo grande; pero la pequeñez, el miedo, todo lo mata.

Si vosotros hubiérais organizado el ejército, como lo haremos nosotros mañana... (*Risas.*) Aunque sea más tarde, dentro de un mes. Si vosotros hubiérais organizado el ejército diciendo al soldado que en la mochila tiene el bastón de mariscal y que no necesita pertenecer á determinadas familias... (*El señor Suárez Inclán, D. Julián:* Y no necesita eso; no necesita más que instrucción.)

Yo no he interrumpido á ninguno de vosotros; y yo diré dislates, pero ¿qué de cosas dijisteis vosotros! Pues hay que organizarlo obedeciendo á ese prin-

cipio democrático como ha hecho la República francesa, ó bien á un principio aristocrático, como hace Prusia; pero no como vosotros, que no sois carne ni pescado, y en tanto echáis mano de un principio y en tanto de otro, ó mejor dicho, sois la negación de todos los principios. Por el temor á las sublevaciones habéis empleado lo que vosotros llamaréis un procedimiento selectivo, y que yo diría que es un procedimiento regresivo; y como quiera que el ardor y el carácter belicoso, cuando llegan momentos de guerra, son necesarios, ¿qué ha ocurrido? Que habéis llamado al ejército para ir á Melilla y os habéis encontrado con que no tenéis tal ejército. La forma de reclutarlo, el tenerlo dos años en el servicio sin campos de instrucción, hace que no sirva para la guerra; obrar así es tomar del extranjero lo malo, sin adaptarlo al medio ambiente y sin complementarlo después con lo que tenga de bueno.

Finalmente: habéis educado al ejército como hijo de viuda rica, y en la primera ocasión el ejército ha dado un testimonio inequívoco de su desorganización. ¡Y quiera el cielo, señores, quiera el cielo que no tengamos una guerra extranjera, porque si no, me temo que todavía lloraría la Patria mayores males!

Remediar el mal, es mi intento; no ultrajar. Que la solución del conflicto de Melilla no ha satisfecho al país ni al ejército, eso está en la conciencia de los mismos que antes me interrumpían. Que no ha satisfecho al país, es evidente. ¿No recordáis cómo fué despedido nuestro ejército? ¿No recordáis que ahí cerca, en la estación de Atocha, las mujeres, los ancianos, los niños, se echaban en brazos de los soldados y los besaban, porque creían que marchaban al Africa á reconquistar nuestros laureles? ¿No recordáis que en Andalucía, aquellas mujeres, que con su aliento son capaces de inflamar témpanos de hielo, se arrojaban también en brazos de esos mismos soldados, pensando que iban á renovar las glorias de nuestro ejército? ¿Y qué ha sucedido al volver? Que se han asomado á los balcones, como se asoman cuando pasa un entierro, como se asoman cuando pasa un cadáver, con llanto en los ojos y tristeza en el corazón.

Ved también el recibimiento que se ha hecho al general en jefe. ¿Qué recibimiento le han hecho los pueblos? El que recuerde aquel elocuente entusiasmo con que fueron recibidos los caudillos del ejército durante la campaña de Africa en 1860, sólo aquél puede formar un perfecto juicio de la significativa diferencia entre la recepción que se hizo á aquellos caudillos y la que se ha tributado ahora al general en jefe. Se le ha agasajado arriba, muy arriba. ¿Por qué? Porque ha servido arriba. Pero lo que es abajo, no; porque no ha servido la causa del pueblo.

¿Ha satisfecho esa solución al ejército? ¡Ah! Si hubiese satisfecho al ejército, amo yo tanto á esa clase, tengo de ella tan alta idea, me merece concepto tan elevadísimo, que diría: me he equivocado; no puede ser que el que representa el máximo de honor de un pueblo, quede satisfecho habiendo resultado deshonrosa la campaña. Eso de que el ejército quedó descontento, está también demostrado. ¿Cómo no, si le habéis condenado á la inercia? Si no temiera mortificaros, leería algunos artículos de periódicos militares, y veríais si ha quedado ó no satisfecho el ejército; porque yo entiendo que así como cuando

se trata de una cuestión médica, para buscar el grado de la ofensa que la clase médica ha recibido es necesario leer las revistas médicas, así para juzgar cómo aprecia la milicia, entiendo que deben revisarse sus periódicos, porque ellos son el eco del ejército, y en verdad que retratan elocuentemente su disgusto, su profunda indignación.

De *La Correspondencia Militar*:

«Las desgracias, la execración.»

Y luego añade *El Eco Militar*:

«Después de lo ocurrido, se necesita mucho valor para salir á la calle vestido de uniforme...»

«En tales condiciones (dice *El Correo Militar*) marcha el general Martínez Campos á Marruecos, dejando á su espalda un ejército disgustado y un Gobierno prostituido.»

En fin, todo esto lo había recogido para leerlo en la Cámara, no creyendo que me había de agitar tanto; estoy, realmente, cansado, y no prosigo más.

Ruego encarecidamente al Sr. Ministro de la Guerra, que al contestarme, si es que se digna contestarme, haga declaraciones terminantes acerca del extremo á que me he referido, que no más, porque á mí no me interesan los asuntos de partido más que los asuntos de la Patria; pero creo que debo llamar la atención especialmente para que haga declaraciones terminantes, explícitas, cual cumple á su deber, acerca del extremo á que me he referido al hablar de trabajos revolucionarios; porque si bien me interesan sobremanera los asuntos que afectan á la Patria, no pretendo vincular en mi humilde persona el amor á las glorias nacionales y del ejército; pero en cambio me creo obligado, por la representación que inmerecidamente tengo, á demandar declaraciones francas en nombre de un partido que blasona con justicia de entrañable amor á la Patria, esperando de S. S. se sirva decir si al hablar de esos trabajos revolucionarios se refería ó no á los elementos republicanos.

Es cuanto tenía que decir.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): El digno Diputado Sr. Esquerdo ha dicho que á mí me tiene afecto y consideración, y así lo creía yo, dado el que yo le he tenido á S. S. siempre, y al mismo tiempo ha manifestado que es enemigo del parlamentarismo; pero me parece á mí que lo que resulta resplandeciente del discurso de S. S. de esta tarde es lo segundo, quedando lo primero un poco velado. A pesar de todo, Sr. Esquerdo, yo amo tanto el parlamentarismo, que no le creo, como S. S., decadente ni próximo á morir, porque ni la historia contemporánea ni la pasada me lo da á conocer por ningún síntoma; todavía me parece el discurso de S. S. bien, porque es parlamentario. Lo que no me parece bien es que S. S., arrogándose conocimientos militares porque estuvo en el Norte á curar heridos, crea interpretar no sé qué ideales, manifestando aquí que el ejército de Africa ha sido un ejército que casi se ha deshonrado, y añadiendo que el ejército está así desde la Restauración.

Lo que hay para S. S. desde la Restauración, es que os apena que cuando se reúne una fuerza considerable no aparezca allí el motín ó el pronunciamiento, cosa que pudiera favorecer á S. S. Lo que hay en el ejército de la Restauración, Sr. Esquerdo, es la

disciplina más estrecha y es espíritu militar levantado á gran altura, y es el conocimiento y la conciencia de sus deberes. Por eso acaso le motejáis y le criticáis, porque véis que el ejército no responde á vuestros fines. (*Muestras de aprobación.*)

Pues qué, ¿es lícito decir que el ejército de África no ha estado á la altura de su misión? ¿Y por qué? (*Un Sr. Diputado de la minoría republicana:* Porque no le habéis dejado batirse.)

Pues si no se le ha dejado batirse y no se ha batido, ha cumplido con su deber con la Ordenanza; por consiguiente, la inculpación no es al ejército.

El Sr. **SALMERON**: Al régimen.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): ¿Es que con el régimen vuestro daba el ejército estos resultados? ¿Vamos á recordar desgracias pasadas? ¿Queréis que yo recuerde estas tristísimas historias?

El Sr. **SALMERON**: Sin inconveniente.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): ¿Queréis que recordemos aquellos barcos de guerra españoles convertidos en piratas? (*Aplausos.*) ¿Queréis que hablemos de aquel ejército soliviantado por la Diputación de Barcelona contra sus jefes y oficiales y sublevado al grito de *que bailen*? (*Nuevos aplausos.*)

El Sr. **SALMERON**: Cuando S. S. fué á Cartagena, ¿no fué obedeciendo á los que sublevaban el ejército?

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): ¿Y no habían pasado esas vergüenzas, Sr. Salmerón?

El Sr. **SALMERON**: No era una vergüenza, porque S. S. se honraba con ello. (*El Sr. Presidente llama repetidamente al orden.*)

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): ¡Ah, Sr. Salmerón! ¡No sabe S. S., por eso no lo comprende, lo que hemos pasado los que hemos tenido el deber de enfrenar y de llevar á la Ordenanza aquellas hordas que estaban insubordinadas!

He dicho que no quería llegar á ese terreno; me habéis provocado, y no me ha sido posible evitar el pronunciar algunas palabras; pero basta de historia retrospectiva.

El Sr. **SALMERON**: No bastará, porque lo discutiremos.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Cuando quiera S. S.

El Sr. Esquerdo, para atacar al Ministro de la Guerra, por quien tanto afecto siente S. S., ha venido esta tarde á discutir con él, usando los mismos argumentos que aquí hemos oído repetidamente: los argumentos de la imprevisión del Gobierno. Creía yo haber contestado á eso; pero al Sr. Esquerdo no debe haberle bastado mi contestación, porque ha insistido, y ha recordado como síntoma del estado de las kabilas fronterizas á Melilla, que el falucho tal ó la escampavía cual fueron sorprendidos por los moros; como si eso fuera síntoma de que los rifeños iban á atacar á Melilla, y como si eso no fuera una página más de la historia de lo que hace tiempo ocurre, lo mismo en aguas de Gibraltar que en las costas del Mediterráneo y del Atlántico, con el contrabando que se hace con los rifeños.

La cuestión de Melilla hay que encerrarla en sus propios límites; y los síntomas que había observado el Gobierno y los que se le comunicaron por el comandante general de la plaza de Melilla, no eran ni más ni menos que aquellos que tengo expuestos ya

repetidas veces en sesiones anteriores. Y con esa explicación y con esa historia respondo á los cargos de imprevisión; y si continúan creyéndome imprevisor los Sres. Diputados y el país, imprevisor seré.

Después, el Sr. Esquerdo, pasando por los refuerzos enviados á Melilla, por los sucesos del 2 de Octubre, y por todo cuanto aquí se ha dicho en tardes anteriores, llegó á la explicación que dí en esta Cámara sobre el nombramiento de general en jefe para el ejército de África. Su señoría ha llegado, tratando de esta explicación, hasta decir que yo no había respondido al honor mío con las explicaciones que había dado. (*El Sr. Esquerdo:* ¡Quí! No; por el contrario.) Su señoría ha dicho que mi honor me aconsejaba sacrificar al general Martínez Campos, y que yo no le quería sacrificar. ¿Es esto, ó no? Porque á mí me gusta discutir en firme.

El Sr. **ESQUERDO**: Si el Sr. Presidente me lo permite...

He dicho lo siguiente: que en casos supremos como ese de que se trata, los hombres públicos se deben á su Patria, no á sus afecciones individuales; y por sagrados que sean los vínculos de la amistad, deben sacrificar á su mejor amigo; y que aun cuando el general Martínez Campos fuera lo que es para S. S., le debía sacrificar. ¡Quién sabe si otra fuera la solución obtenida en Melilla!

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Luego yo no respondía á lo que me aconsejaba mi propio honor.

El Sr. **ESQUERDO**: Yo entiendo que el Sr. Ministro de la Guerra obró en conciencia, si ésta le dictaba otra cosa distinta de lo que yo he indicado.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Está bien; yo era responsable de la venida del general Martínez Campos; yo sabía que estaba enfermo el Sr. Presidente del Consejo de Ministros; yo debía prever una crisis al presentar mi dimisión.

Pues todo eso, que es exacto, no acusaba evidentemente una crisis de Gabinete; porque yo decía á todos los Ministros en aquel Consejo: aquí no hay más que una cosa que hacer: reemplazar al Ministro de la Guerra, nombrar general en jefe á Martínez Campos, y no ha pasado nada más; sacrificaba mi propia persona. Por consiguiente, si la explicación no satisface á S. S., lo siento; pero yo no tengo otra que dar.

Pero el Sr. Esquerdo me hacía un cargo gravísimo, al punto de hacer desaparecer la organización del Gabinete, ante la idea de que yo manifestara aquí que el Ministro de Marina y el Ministro de la Guerra eran los menos belicosos del Consejo de Ministros, y decía: esto es contra naturaleza; y entonces presentó dos ó tres símiles muy bien dichos, como dichos por S. S.; pero que no encajan en la cuestión absolutamente tal como yo la planteaba.

El Ministro de Marina y el Ministro de la Guerra en aquel primer Consejo eran poco belicosos, porque tenían la conciencia de su deber, y el de conocer lo que era ir á Melilla en aquellos momentos con 4, 5 ó 6.000 hombres, como pedía la opinión para batir á los rifeños del territorio marroquí; y su deber y su conciencia les obligó á decir á aquellos Ministros, que podían estar más ó menos impresionados con el estado de la opinión, que eso no se podía hacer; porque nosotros debemos conocer la situación del país y la clase de guerra, y apreciar las

consecuencias de enviar allí 5 ó 6.000 hombres para castigar á los rifeños y que pudieran volver con mucha gloria ó con otra cosa peor. Que el deber de los hombres de gobierno es sobreponerse á esos sentimientos, cuando tienen la conciencia de que no se puede hacer lo que pide la opinión, más ó menos exagerada, más ó menos apasionada. Su señoría ó algún otro Sr. Diputado ha dicho que un Ministro marchaba en un sentido y otro en sentido distinto, y puedo asegurar que en el Ministerio no ha habido corrientes contrarias: ha habido acción militar, preparatoria de una guerra posible, sin ningún género de límites ni de cortapisas; ha habido acción diplomática por el Ministro á quien le correspondía, paralela á aquélla y marchando siempre en la misma dirección; y por consiguiente, ni el Ministro de Estado tenía por qué ponerse colorado, ni por qué alterarse el Ministro de la Guerra. Y como he repetido tantas veces cuanto en Melilla ha ocurrido, voy á ocuparme de algo que S. S. me ha preguntado terminantemente, y he de contestarle con entera franqueza y lealtad, como hago siempre.

Durante el verano anterior al desenvolvimiento de los acontecimientos de Melilla, hubo en España una serie de motines y de desórdenes que se nos han echado en cara constantemente en esta Cámara y fuera de ella; y yo dije en ese párrafo que S. S. ha leído, que los revolucionarios, quienes quiera que fuesen, que por desgracia en España suelen no faltar nunca, se aprovechaban de esas difíciles circunstancias para proseguir su conspiración con asiduidad y de la manera persistente con que siempre la han llevado á cabo. ¿Quiénes eran esos revolucionarios, preguntaba S. S.? Yo no vengo á decir aquí quién conspira y quién deja de conspirar. Lo que dije fué una cosa evidente, porque á eso del telégrafo, á que S. S. se ha referido, no tengo que contestar sino que sentía la conspiración por todas partes y á todas horas; lo que dije fué que, cumpliendo los deberes de gobierno, cuando llegó el caso de llamar á las reservas, á que tanto me había opuesto, no en Consejo de Ministros, como aquí se ha dicho, sino ante excitaciones de todo género, cabía pensar en ello, porque acumulando grandes fuerzas en Melilla, iban desgarneciéndose puntos importantes de la Península (y esto podría ser peligroso), como Barcelona, de donde se mandaron dos brigadas, y como Madrid, de donde se enviaron tres.

El Ministro de la Guerra debía preocuparse de ello; y por tanto, si el Sr. Ruiz Zorrilla, y el señor Esquerdo, y todo el mundo, hicieron entonces protestas de que ante el peligro de la Patria cesaba toda conspiración y todo trabajo, ¿cree S. S. que un Ministro de la Guerra, que había sentido en meses anteriores todas esas palpitaciones, había de estimar suficientes esas manifestaciones, que yo creo leales, hechas en un periódico, ó en una carta, ó en un brindis, para desgarnecer las plazas y dejar el orden público expuesto á perturbaciones? Entonces sí que la palabra «imprevisión» no hubiera tenido límites para mí. Por consiguiente, no tiene S. S. por qué hacerme esa pregunta concreta que me ha hecho. Yo no tenía conocimiento de quién cesaba en sus gestiones revolucionarias y quién no cesaba; lo que yo sé es que en este país ha habido siempre perturbadores del orden público, y que el Gobierno no podía desarmarse, en previsión de cualquier disturbio, vi-

niera de donde viniera. Creo que S. S. no habrá oído que yo me haya referido á ningún partido político; y si esto es cierto, ¿por qué se ha creído aludido?

¡No parece sino que la historia de España está exenta de acontecimientos que demuestran que toda previsión es poca! ¡No parece sino que en épocas en que las tropas marchaban á América no se promovían desórdenes en los mismos puntos de embarque! Tenía, pues, el Ministro de la Guerra que velar aquí, en Melilla y en todas partes; que no basta que haya muchos patriotas, si puede haber alguien que entienda el patriotismo de manera distinta.

Creo que he contestado concretamente á la pregunta de S. S.; pero antes de terminar he de decirle, ya que viene al Congreso á criticar la organización actual del ejército y á decir que éste se halla disgustado interiormente, que si ha tenido en Melilla grandes virtudes, ha podido regresar con un solo sentimiento, con el de que no se le proporcionara la honra de batirse y de conquistar laureles para la Patria. Ese ejército, sin necesidad de batallar ni de pelear, por su fuerza moral, por su organización, por quien le mandaba, por todo, era una fuerza bastante para poder recabar la paz más gloriosa, ó emprender la guerra más gloriosa también, si era necesario.

Pero los Gobiernos que velan por las instituciones y por el orden público, tienen que precaverse contra toda contingencia. Pues qué, esta tarde S. S., al criticar la organización del ejército, ¿no ha venido con cantos de sirena, con promesas que no sé á dónde pueden llegar, repitiendo eso de que el bastón de mariscal lo lleva el soldado en la mochila, frase que por lo anticuada está llamada á desaparecer, y diciendo que el ejército no será patrimonio de familia? Pues qué, ¿acaso el ejército actual es patrimonio de ninguna familia? Pues qué, entre los conocimientos que se exigen á la oficialidad para la entrada en el ejército, como sucede en todas partes donde hay ejército organizado, ¿están los títulos de familia y de procedencia? No se exige otra cosa sino que éntre el que más sepa y el que más valga.

¿Qué promete S. S.? ¿Qué halagos son esos? ¿Cuáles son sus fines el día de mañana ó el mes que viene? ¡Ah, Sr. Esquerdo! ¡Cómo manifiesta S. S., sin quererlo, el hondo pesar que siente porque no se cumplen algunos fines que S. S. persiguiera! Pero tenga S. S. por evidente que este Ministro de la Guerra, imprevisor, poco belicoso, que no ha proporcionado glorias al ejército y no procura darle esa organización perfecta que S. S. promete; este Ministro de la Guerra, y cualquiera otro, que todo el que venga será muy superior á mí, todos velaremos con entereza para que ese ejército sea un ejército modelo; y si en realidad carece de algunas condiciones, es porque vivimos en un país pobre que no puede derramar el dinero, que tanto trabajo cuesta obtener del contribuyente, que está abrumado por las cargas que tiene, y no pide más que economías, y tenemos que mirar por esos altísimos intereses de la Nación. Tenga S. S. la seguridad de que ni SS. SS. ni nadie que aquí pudiera venir, han de velar ni mirar con más cuidado que nosotros por los intereses del ejército, para que sea la representación más alta de la Patria, con la ayuda de todos los Poderes, como lo es el ejército de la Monarquía constitucional de Don Alfonso XIII. (*Muy bien, muy bien.*)

El Sr. ESQUERDO: Pido la palabra,

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **ESQUERDO**: Con el objeto de que no se me olvide, principiaré por el fin.

Yo no he acusado de incapaz, ni de negligente, ni de abandonado, al Sr. Ministro de la Guerra; antes, al contrario, he querido que compartiera la responsabilidad con todos sus compañeros, y he dicho que no prestaban atención á los sucesos de Melilla, porque se preocupaban con los motines de aquí, porque éstos derriban Ministerios, mientras que lo de Melilla no amenazaba á la integridad de ese Gabinete. Por consiguiente, no me atribuya el Sr. Ministro de la Guerra ofensas ni cargos que yo no le he dirigido. Si necesitaba el Sr. López Domínguez hacer un argumento de gran efecto para el señor general Martínez Campos, no tenía por qué atribuirme á mí que le infería un agravio que no le he inferido.

El Sr. Marengo me ha recordado una cosa que yo olvidé, puesto que con tantas interrupciones (no diré yo que no sé lo que me he dicho, puesto que respondo de todo lo que he expuesto ante la Cámara), es fácil que se me hubiese olvidado algo; el Sr. Marengo me ha recordado, repito, que mis palabras fueron éstas: «que honraba eso mucho al hombre, al caballero, pero no al político.» ¿Hay en esto ofensa, señor López Domínguez? No ha querido darme S. S. la contestación que merecíamos. Pues á mí me basta, porque sabe todo el mundo que soy incapaz de mentir, con declarar á la faz del Parlamento que desde el instante en que ocurrieron los sucesos de Melilla, los republicanos no dimos ni un solo paso en sentido revolucionario.

Nos ha hablado el Sr. Ministro de la Guerra de la ciencia y del saber. Pues qué, ¿se obtienen las victorias sólo con legiones de sabios? El valor ¿no es nada en el ejército? Pues nosotros al valor le daremos un lugar preferente, sin menospreciar la cultura. Es cuanto tengo que decir.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende esta discusión.

Sin discusión fueron aprobados los siguientes dictámenes, anunciándose que se señalaría día para su aprobación definitiva:

Concediendo un crédito extraordinario al capítulo de gastos del presupuesto de la isla de Puerto Rico. (Véase el Apéndice 7.º al Diario núm. 121.)

Otorgando prórroga para la terminación de todas las líneas á la Compañía de ferrocarriles del Bajo Llobregat. (Véase el Apéndice 11.º al Diario núm. 87.)

Incluyendo en el plan general de carreteras las siguientes:

De Torres de Gaitán á la de Elche á Dolores (Véase el Apéndice 10.º al Diario núm. 121);

De Híjar á la estación de Val de Zafán (Véase el Apéndice 11.º al Diario núm. 121);

De Sevilla, á en la de Lora del Río á Santiponce (Véase el Apéndice 12.º al Diario núm. 121);

La prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapedra hasta Peñaranda de Bracamonte (Véase el Apéndice 14.º al Diario núm. 121), y

De Torrevelilla á Maella. (Véase el Apéndice 13.º al Diario núm. 121.)

Autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de los siguientes ferrocarriles:

De Guernica á Ondárroa (Véase el Apéndice 9.º al Diario núm. 121), y

De Lezama á Guernica. (Véase el Apéndice 8.º al Diario núm. 121.)

Se anunció que pasarían á la Comisión de actas las credenciales presentadas en Secretaría por los Sres. Ochando y Chumillas (D. Federico), Fernández Soler y Bustillo López, electos Diputados, respectivamente, por los distritos de Alcaraz, Yecla y Sabadell.

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para mañana: La interpelación del Sr. Lostau, y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y media.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, del Senado, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril que, partiendo de Pamplona, termine en San Sebastián.

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Senado, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno para otorgar á D. Eugenio de Berdiel y Artieda la concesión de un ferrocarril que, partiendo de Pamplona, y pasando por Lecumberri, Betelu, Tolosa y Lazarte, termine próximo á la Concha de San Sebastián.

Art. 2.º Este ferrocarril se declara de utilidad pública y con derecho á la expropiación forzosa y á la ocupación de terrenos de dominio público.

Art. 3.º La ejecución de las obras comenzará

dentro de los seis meses siguientes á la fecha en que se otorgue la concesión, y éstas habrán de terminarse á los tres años de empezadas.

Art. 4.º Esta concesión se otorgará sin subvención del Estado, por noventa y nueve años, con sujeción al art. 68 de la ley de ferrocarriles, y con arreglo á las formalidades del Real decreto de 17 de Marzo de 1891.

Y el Senado lo pasa al Congreso de los Diputados, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Senado 1.º de Mayo de 1894.—El Marqués de la Habana, Presidente.—El Conde de Cervera, Senador Secretario.—El Vizconde de los Asilos, Senador Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL SÁBADO 5 DE MAYO DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Carretera de Cesures á Balaira: proposición de ley.—Apoyada por el Sr. Sagasta (D. Bernardo), se toma en consideración.

Reforma del procedimiento en materia de suspensión de pagos y quiebras: queda retirado el dictamen por manifestación del Sr. Lastres.

Impuestos sobre la exportación de plomos argentíferos y sobre el producto bruto de las minas: manifestaciones del Sr. Abellán al presentar una exposición del distrito de Sierra Almagrera y Herrerías.—Reclamación del Sr. Lostau.—Declaraciones de los Sres. Presidente y Abellán.

Restablecimiento de la Escuela de comercio de Valencia: pregunta del Sr. Page.

Prórroga para la construcción del ferrocarril de Estella á Vitoria y Durango: proposición de ley.—Apoyada por el Sr. Becerro de Bengoa, se toma en consideración.

Atropellos cometidos en Tortosa con unos periodistas; impuesto sobre la fabricación de aguardientes y espíritus de orujo: ruegos del Sr. Torres.—Contestación del Sr. Ministro de Hacienda.

Propósitos del Gobierno en punto á restablecimiento de Juzgados de primera instancia y de instrucción suprimidos: preguntas del Sr. Martínez González.

Régimen arancelario de la isla de Puerto Rico: preguntas del Sr. García Molinas.—Contestación del Sr. Ministro de Ultramar.—Rectificación del Sr. Sr. García Molinas.

Situación del Archivo de Indias de Sevilla: preguntas del señor Marqués de Lema.—Contestación del Sr. Ministro de Ultramar.—Rectificaciones de los Sres. Marqués de Lema y Liaño.

Gestión financiera del partido liberal: reclamación de datos y explanación de interpelación del Sr. Cos-Gayón.—Manifestación del Sr. Ministro de Hacienda.—Se suspende esta discusión.

ORDEN DEL DÍA: Sucesos de Melilla: continúa el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez.—Alusión personal del Sr. Marengo.—Discurso del Sr. Ministro de la Guerra.—Se suspende la discusión y el discurso.

Carretera de la Ermita nueva de Peña Castillo á la zona de Maliaño: dictamen.

Elecciones de Cazorla é Hinojosa del Duque: credenciales de los Diputados electos.

Suspensión del cumplimiento de una sentencia del Tribunal Contencioso-administrativo, relativa á la situación militar del general D. Gaspar Salcedo: comunicación.

Orden del día para el lunes.—Se levanta la sesión á las siete menos diez minutos.

Abierta la sesión á las dos y treinta minutos de la tarde, se leyó y fué aprobada el Acta de la anterior.

Se leyó una proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Cesures á Balóira. (Véase el Apéndice 16.º al Diario núm. 110.)

En su apoyo dijo

El Sr. **SAGASTA** (D. Bernardo): Ruego al Congreso se sirva tomar en consideración la proposición que acaba de leerse.»

Leída nuevamente la proposición de ley, fué tomada en consideración, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Lastres tiene la palabra.

El Sr. **LASTRES**: He pedido la palabra para retirar el dictamen relativo á reformas en las leyes que organizan las suspensiones de pagos y las quiebras, con el propósito de que la Comisión vuelva á redactarlo y presentarlo de nuevo á la consideración del Congreso.

El Sr. **SECRETARIO** (García Prieto): Queda retirado.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Abellán tiene la palabra.

El Sr. **ABELLAN**: Señores Diputados, al tener la honra de presentar al Congreso una exposición que varios propietarios, mineros, industriales y obreros de la ciudad de Cuevas dirigen á las Cortes haciendo observaciones sobre los tributos que gravitan sobre la minería, me voy á permitir dirigir al Congreso brevísimas palabras, poniendo de relieve la importancia que tiene la exposición que dirigen al Congreso los vecinos de esa ciudad.

En la parte más abandonada de la desgraciada provincia de Almería existe uno de los distritos más importantes en minería que hay en España, el distrito de Sierra Almagrera; distrito de antiguo renombrado en el mundo, así por la gran cantidad como por la excelente calidad de sus productos.

Antiguamente existían en dicho distrito minero una multitud de fundiciones, que hoy, desgraciadamente, por efecto de los tributos que gravitan sobre dicha industria, se han visto en la necesidad de cerrarse; antiguamente existían sobre unas 12 ó 14 fundiciones; hoy no existen más que cuatro ó cinco que, de seguir tributando en la forma que actualmente lo hacen, tendrán que cerrarse. Las Sociedades que explotaban las minas tendrán necesariamente que disolverse, sin más que considerar la depreciación del producto en el mercado; antiguamente el valor del plomo en los mercados de Londres era de 20 á 25 pesetas por quintal; hoy escasamente alcanza el plomo el precio de 45 reales, que es el á que se han vendido las últimas partidas en dicho mercado. La plata llegó á alcanzar el precio de 23 reales la onza, que creo fué el precio máximo; hoy tenemos la plata á 14 reales, bien entendido que en estos precios va incluido el cambio que hay entre nuestras plazas y las de Inglaterra. Agréguese á esto los derechos de exportación del plomo argentífero y

los derechos de entrada de los carbones, y se comprenderá la enorme diferencia que existe entre el producto líquido de la industria de unos tiempos á otros.

Ahora bien; en los tiempos en que los productos alcanzaban los precios que acabo de indicar, esos productos estaban sujetos á un gravamen de un 1 por 100; hoy este gravamen es del 2, y además el 30 por 100 de recargo, que se ha impuesto en tiempos del partido liberal; es decir, que antes, valiendo más los productos, pagaban impuestos mucho menores.

Sin más que estas sumarias indicaciones, se comprende cuál será la situación en que habrá de encontrarse actualmente la industria minera. El distrito de Sierra Almagrera, que, vuelvo á repetir, es uno de los más importantes que existen en España (quizás muchos de vosotros no le conozcáis, porque allí no existen ni aun vías de comunicación, y ya por casualidad, ya por causas que no he de examinar en este momento, estamos completamente aislados, hasta el punto que algunos creen que ir á Almería es poco menos que ir á Africa); el distrito de Sierra Almagrera, digo, limitándome únicamente por ahora á llamar la atención del Congreso sobre los fundamentos de la exposición que tengo la honra de presentar, acude á las Cortes en demanda del único remedio que de momento se puede aplicar al grave mal que padece. Este remedio no puede ser otro que el alivio de los pesados tributos que gravitan sobre la producción minera; y no se alarme mi respetable y distinguido amigo el Sr. Ministro de Hacienda; porque, aparte de las razones de justicia que en pro de la pretensión militan, S. S. no desconoce seguramente la profunda enseñanza que se contiene en el antiguo refrán que dice: «valen más muchos pocos que pocos muchos.»

Si hoy se exige el tributo del 2 por 100 sobre la minería, claro es que el día que haya más materia imponible, el día que se exploten más minas, aunque la cuantía del impuesto disminuya, el producto para el Tesoro aumentará; mientras que si tiene que cesar la explotación de las minas por las circunstancias que he indicado, obtendrá el Estado menor rendimiento por ese impuesto.

No hay que perder de vista tampoco cuál es la situación de los jornaleros de aquel país; la emigración á Africa cada día es mayor en esta provincia, hasta el punto de que hoy no se encuentra, no sólo un bracero para dedicarse á la explotación de las minas, pero ni siquiera un jornalero que quiera servir de propio para ir á cualquier parte. Si se prolonga esa situación, sería de temer que ocurrieran lamentables sucesos que han ocurrido en otras partes, y que allí afortunadamente hasta ahora no han ocurrido.

Hay que tener en cuenta las condiciones de los obreros de aquella provincia. Allí no se profesan las ideas socialistas; allí no se celebran ciertos *meetings*, como en otras partes, en contra de los patronos; allí se han predicado ciertas doctrinas y no han encontrado eco en los honrados braceros de aquella localidad, en vindicación de cuyo buen nombre hago estas manifestaciones. (El Sr. Lostau: Se puede ser socialista y muy honrado.) No lo dudo; pero comprenderá perfectamente S. S. que no voy á entrar ahora á discutir las ideas socialistas; afirmo el hecho de que los obreros de aquella provincia jamás se han

rebelado contra sus patronos; antes al contrario, les profesan cariño, hasta el punto de que, llegado el caso, capaces son hasta de sacrificarse por ellos; y siendo esto así, si á nadie puede ofrecer duda que es justo que nos ocupemos aquí de la situación de los obreros de toda España, no se me negará que son aún más dignos de consideración los obreros que tienen las condiciones que acabo de indicar, y que merecen más que ningunos otros que procuremos aliviar la triste y aflictiva situación en que se encuentran.

Ruego, por tanto, encarecidamente al Gobierno y á todos mis compañeros, interesados, como no pueden menos de estar, en este asunto, que agreguen á los míos sus esfuerzos para suplir con su inteligencia las omisiones en que yo pueda incurrir, y todos juntos veamos de aliviar la situación de la industria minera. Y como no dudo que el Gobierno tendrá en cuenta estas observaciones, siquiera hayan sido hechas por el más insignificante Diputado de la Cámara, concluyo rogando al Gobierno y al Congreso que, estudiando el asunto con el detenimiento que su importancia exige, procuren hacer cuanto esté dentro de sus facultades para conseguir el objeto que me ha movido á hacer uso de la palabra.

El Sr. **SECRETARIO** (García Prieto): La exposición presentada por S. S. pasará á la Comisión correspondiente.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Page.

El Sr. **LOSTAU**: He sido aludido por el Sr. Abellán, y siquiera por cumplir un deber de cortesía, creo que estoy en el caso de decir cuatro palabras.

El Sr. **PRESIDENTE**: Hay tantos Sres. Diputados que tienen pedida la palabra...

El Sr. **LOSTAU**: Me parece, Sr. Presidente, que estoy en el caso de decir dos palabras; pero me someto...

El Sr. **PRESIDENTE**: Lo primero que hay que hacer es atender las indicaciones de la Presidencia. Su señoría quiere hablar para contestar á unas palabras pronunciadas por el Sr. Abellán, y que parece han molestado á S. S....

El Sr. **ABELLAN**: No he querido aludir al señor Lostau; S. S. me ha interrumpido, y he tenido que nombrarle.

El Sr. **PRESIDENTE**: Desde el momento en que el Sr. Lostau ha interrumpido, para lo cual no tenía derecho, no hay alusión; porque el Sr. Abellán ha tenido que nombrar á S. S., pero declara que no ha querido aludirle.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Page tiene la palabra.

El Sr. **PAGE**: Antes de formular un ruego á mi ilustre y respetable amigo el Sr. Ministro de Fomento, he de fundamentarle, aunque brevemente.

El Real decreto de 11 de Agosto de 1887 reorganizó las Escuelas elementales y superiores de comercio, y se establecieron con arreglo á las condiciones que determina dicha disposición, las de Alicante, Bilbao, Coruña, Zaragoza, Valladolid y otras, y se eliminó la que con carácter de oficial existía de antiguo en Valencia.

Desde aquella fecha hasta la presente no han dejado de ser presentadas respetuosamente ante los Poderes públicos reclamaciones por parte de deter-

minadas Corporaciones de Valencia, de los mismos alumnos de la Sociedad «El Ateneo mercantil», etc.; y en virtud de ellas, se ha concedido más tarde, por otra Real orden del Ministerio de Fomento, un local para que se dé allí la explicación de las asignaturas, pero sin que esto tenga carácter oficial; y, por lo mismo, al terminar cada curso, ha habido necesidad de apelar al nombramiento de Comisiones que vayan de Madrid para examinar á los alumnos.

No quiero molestar la atención de los Sres. Diputados haciendo la historia administrativa de lo ocurrido allí desde 1887 hasta ahora; pero es lo cierto que, por virtud de las gestiones de todos los que han venido en diferentes épocas á tratar de este asunto, se ha llegado á obtener la inclusión en el presupuesto del Ministerio de Fomento de una partida para subvencionar las Escuelas de comercio de Santander y Valencia. Esta partida es de 50.000 pesetas, de las cuales, ahora, que yo sepa, quedan más de 15.000.

Hay una comunicación del rector de la Universidad de Valencia, dirigida á la superioridad, y una certificación, en las que consta que hay 165 alumnos que pagan sus matrículas; y como el importe de estas matrículas asciende próximamente á 10.000 pesetas, con éstas y las 15.000 de que se puede disponer, correspondientes al crédito consignado en el artículo 2.º del capítulo 7.º del presupuesto del Ministerio de Fomento, habrá lo necesario para el gasto de la Escuela á que me refiero; y por lo mismo, entiendo que no debe haber dificultad para proceder á la redacción del oportuno Real decreto declarando la validez académica de los estudios que se hagan en la Escuela de comercio de Valencia, ó mejor dicho, el de creación de esta Escuela, á lo que Valencia tiene tantos títulos como puedan tener las otras poblaciones donde fueron creadas Escuelas de comercio en 1887; porque, como saben los Sres. Diputados, descontando á Madrid, es la segunda capital de España en población y en importancia comercial.

Mi ruego se reduce á suplicar al Sr. Ministro de Fomento que, atendiendo á las consideraciones expuestas, formule el oportuno decreto para la creación de esta Escuela.

El Sr. **SECRETARIO** (García Prieto): Se pondrá en conocimiento del Sr. Ministro de Fomento el ruego de S. S.

Se leyó una proposición de ley otorgando á la Compañía concesionaria prórroga del plazo señalado para la terminación de las obras del ferrocarril de Estella-Vitoria-Durango.

En su apoyo, dijo

El Sr. **BECERRO DE BENGOA**: La proposición de ley que he presentado se refiere á la importante vía férrea de Estella-Vitoria-Durango, una de las más necesarias en el Norte de España, porque pone á Vitoria en comunicación con el centro del país vascongado, en la línea de unión de Guipúzcoa y Vizcaya, y que, por lo mismo, aunque sea de vía estrecha, es de tanta trascendencia, comercial y económicamente considerada, como la de Miranda á Bilbao y como la del Norte, en su sección de Vitoria á San Sebastián. Pero del mismo modo que ocurrió en la construcción de éstas, la difícilísima ejecución de las obras de paso y bajada de la cordillera cantábrica

exige mucho tiempo y muchos capitales. Felizmente, la travesía del puerto de Arlabán y descenso de Salinas y Marín á Escoriaza, está hecha, y muy pronto la locomotora se detendrá, después de recorrer aquella bajada, en Escoriaza. Está, pues, vencida la principal dificultad; pero el plazo de la primera prórroga que pedí, y obtuve, termina pronto, y se hace necesario prorrogarlo de nuevo, para que se termine la construcción de las obras que quedan desde Escoriaza á Los Mártires sobre la línea de Durango á Zumárraga. No pueden ni deben quedar suspendidos los trabajos donde se hallan hoy, después de tanto capital y de tanto esfuerzo como se ha invertido en realizarlos, y es de justicia el conceder la prórroga que se pide. Ningún interés particular me mueve á pedirla, sino el cumplimiento del deber de representante de Vitoria, cuya ciudad resultará, seguramente, muy beneficiada siempre con la apertura de esta nueva vía; y el cumplimiento también de mi deber como representante del país vascongado, que encontrará en la explotación de esta línea central un nuevo elemento de vida. Mi único deseo en esta cuestión es que cuanto antes Vergara y Vitoria estén en constante relación, porque así se aproxima por completo Guipúzcoa á Alava, y porque Bilbao quedará también unido con fáciles relaciones con la capital alavesa.

Poco falta para ello; pero la prórroga se impone, por lo cual ruego al Congreso que se sirva tomar esta súplica en consideración.»

Leída por segunda vez, fué tomada en consideración la proposición, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Torres tiene la palabra.

El Sr. TORRES (D. Pedro Antonio): He pedido la palabra para dirigir algunos ruegos á los señores Ministros de Gracia y Justicia, de la Gobernación y de Hacienda. Como los dos primeros no están presentes, ruego á la Mesa que se sirva transmitirles mis súplicas.

Hace tres semanas tuve la honra de exponer al Congreso que la redacción de un periódico de Tortosa había sido atropellada, y señalé como autores de este atropello á los agentes armados de aquel Municipio. Hubo de desmentírseme; pero el Juzgado de instrucción de aquella ciudad ha venido á darme la razón, por cuanto ha procesado á diez ó doce individuos del resguardo de consumos de aquella población; y es el caso, que á pesar de este procesamiento, el alcalde aún no ha tenido por conveniente suspenderlos de sus cargos, y siguen ejerciendo las mismas funciones que venían desempeñando respecto del Municipio, así como también continúan armados, y en disposición de ejercer las otras funciones á que se han dedicado, con escándalo de toda la población.

Fundado en estos hechos, yo ruego al Sr. Ministro de Gracia y Justicia que se sirva indicar á aquel Juzgado la necesidad de que en este, como en todos los demás asuntos, proceda con estricta justicia; porque aunque no dudo que aquel juez ha de tener presentes los deberes de su cargo, la verdad es que en este caso, después de tres semanas de estar procesados esos agentes armados del Municipio de Tortosa como

presuntos autores de un atropello, no se concibe cómo pueden seguir siendo tales agentes del Municipio.

Ruego también al Sr. Ministro de la Gobernación que excite el celo del señor gobernador civil de aquella provincia, para que no continúe allí este estado de cosas, que encierra verdaderos peligros, puesto que aquellos agentes siguen en disposición de cometer nuevos atropellos, que se tienen como seguros en Tortosa, según ya tuve el honor de manifestar, si no se toman las medidas que en casos como éste proceden, y aun parece que se presentan otra vez señales que anuncian la probable repetición de las escenas que denuncié.

He sentido mucho no haber podido hacer una indicación al Sr. Ministro de Hacienda antes de entrar aquí, para que tuviese conocimiento del ruego que tenía el propósito de dirigirle; pero ya que está S. S. en el banco ministerial, voy á exponer mi ruego esperando que no ha de tomar á mala parte, después de esta explicación, el que no le haya avisado antes.

Hace bastante tiempo, cuando S. S. se encargó del Ministerio, tuve la honra de entregarle en propia mano una instancia suscrita por la inmensa mayoría de los fabricantes de aguardientes y espíritu de orujo de la provincia de Tarragona, pidiendo alguna modificación en el impuesto con que se les grava, fundándose en razones tan convincentes, que tengo la seguridad de que, á poco que se fije S. S. en ellas, verá que aquellos fabricantes tienen razón que les sobra.

En esa instancia prueban que los fabricantes de aguardiente con espíritu de orujo pagan exactamente el mismo impuesto que satisfacen al Tesoro los fabricantes de espíritu de vino; y como sabe todo el mundo, el espíritu de vino, en primer lugar, alcanza mayor precio en los mercados que el espíritu de orujo, y es además público y notorio, y mejor que nadie lo sabe S. S., por su reconocida competencia en esta clase de asuntos, que una máquina que en un día produce una pipa de espíritu de vino, necesita cinco ó seis días para producir igual cantidad de espíritu de orujo; habiendo, por otra parte, materia á mano para hacer espíritu de vino durante todo el año, mientras que sólo hay tres meses para poder aprovechar el orujo.

De aquí que se crean lesionados, con lesión enorme, los fabricantes del espíritu de orujo, y acudan al Ministerio de Hacienda, para que, teniendo presentes estas razones, y otras que podría añadir, y de las que hago gracia á la Cámara porque quiero molestarla lo menos posible, procure el Sr. Ministro de Hacienda hacer lo que pueda en obsequio de aquellos industriales, que representan una gran riqueza de nuestro país. Y hoy es más oportuno que nunca que S. S. se fije en esto, porque conforme al proyecto de tratado con Alemania, sabe S. S. perfectamente que van á pagar muy poco derecho los barnices, y precisamente en mi país el espíritu de orujo es el destinado casi exclusivamente á fabricar aquella materia industrial.

Tenga S. S. presentes estas explicaciones cuando tenga la bondad de ver la instancia á que me he referido.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Me levanto para manifestar al Sr. Torres que estudiaré con mucho gusto y detenidamente la exposición á que S. S. se ha referido, y me alegraré encontrar términos hábiles de complacerle.

Y ya que me encuentro de pie, voy á decir dos palabras á los Sres. Domínguez (D. Lorenzo) y Lostau, que en días pasados se quejaron de que yo no había contestado á preguntas aquí hechas.

El Sr. Domínguez (D. Lorenzo) tenía razón al quejarse; pero era por una circunstancia especial que me había hecho caer en error. Después de subsanado el error, el Sr. Domínguez (D. Lorenzo) quedó conforme en que no había habido falta de cortesía de mi parte; pero á pesar de esto, he querido darle desde aquí esta satisfacción.

Con más razón he de dársela al Sr. Lostau, porque las apariencias pudieran en cierto modo justificar lo de que S. S. se quejaba; y aunque yo no he tenido la culpa, tengo mucho gusto en dar á S. S. estas explicaciones.

El Sr. **SECRETARIO** (García Prieto): Los ruegos del Sr. Torres (D. Pedro Antonio) se pondrán en conocimiento de los Sres. Ministros de Gracia y Justicia y de la Gobernación.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Martínez y González tiene la palabra.

El Sr. **MARTINEZ GONZALEZ**: Para dirigir dos preguntas al Sr. Ministro de Gracia y Justicia; y como no se halla presente, ruego á la Mesa tenga la bondad de trasmitírselas. He leído en algunos periódicos que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia tenía el propósito de solicitar ampliación de crédito para reponer 50 Juzgados. Es de advertir, que en virtud de una disposición del 18 de Julio del 92, fueron suprimidos 20, que con los 87 suprimidos en virtud de la actual ley de presupuestos, hacen un total de 107. Mi primera pregunta consiste en lo siguiente: esos 50 Juzgados que ahora se trata de reponer, ¿van á tomarse de entre los 107 que comprenden las dos supresiones llevadas á cabo el 92 y el 93, procurando además que queden dotados todos los distritos electorales de España de un tribunal de esa clase, ó, por el contrario, se van á tomar únicamente de entre los 87 últimamente suprimidos, sin tener en cuenta para su distribución la base indicada?

Segunda pregunta: para el caso de que no lleguen á ser ley los presupuestos que al parecer se confeccionan, y rijan los vigentes, ¿se considerará como definitiva para el próximo año económico la actual organización de tribunales de justicia, ó, por el contrario, y cumpliendo el último párrafo de la disposición tercera del art. 4.º de la ley de presupuestos, se dotará de un Juzgado de primera instancia é instrucción, dentro de la cifra de los 400 existentes, á todos los distritos electorales que carecen de él por haberles sido suprimido en las fechas indicadas?

Como de las respuestas que me dé el Sr. Ministro de Gracia y Justicia depende el que yo le anuncie una interpelación sobre esos extremos, caso de no ser satisfactorias, me limito por hoy á rogar á la

Cámara me perdone el mucho tiempo que la he molestado.

El Sr. **SECRETARIO** (García Prieto): Se pondrán en conocimiento del Sr. Ministro de Gracia y Justicia las preguntas de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. García Molinas tiene la palabra.

El Sr. **GARCIA MOLINAS**: Señores Diputados, desde que á consecuencia del desequilibrio que en la renta de Aduanas de Puerto Rico produjo el tratado de comercio con los Estados Unidos, y para cubrir las bajas probables, hubo necesidad de modificar los aranceles, no han dejado de producirse quejas y reclamaciones de aquellos gremios comerciales é industriales, pidiendo la derogación de aquella reforma y la denuncia del tratado con los Estados Unidos, por los perjuicios que les irroga.

No quiero entrar ahora en ciertas apreciaciones respecto á la falta de consideración y hasta de cortesía que se tuvo con la isla de Puerto Rico cuando la famosa información de 1891, que precedió á la estipulación de este convenio, no consultando á sus representantes ni teniendo para nada en cuenta sus intereses y aspiraciones. Hoy me limito á rogar al Sr. Ministro de Ultramar, mi respetable amigo, que active la confección de los nuevos aranceles, que dejó casi ultimados su digno antecesor el Sr. Maura, para que no sufran quebranto los intereses del comercio, y especialmente la renta de Aduanas de aquella isla, hoy muy disminuída á causa de que todos los comerciantes tienen paralizadas sus transacciones mercantiles, esperando la anhelada reforma.

También me permito rogar á S. S. que si al aprobarse la reforma arancelaria pendiente hoy de discusión en el Senado de los Estados Unidos, no queda anulado de hecho, como espero, el convenio comercial entre aquella Nación y las Antillas, le denuncie S. S., atendiendo una unánime aspiración de las clases comerciales y productoras de Puerto Rico, porque la experiencia ha demostrado que no ha producido más que inconvenientes y perjuicios, sin ninguna ventaja. Lo que Puerto Rico desea hoy especialmente es un cabotaje recíproco y absoluto con la Península, un *zollverein* verdad, un libre cambio verdadero entre sus productos y los de la metrópoli; porque es absurdo, Sres. Diputados, que los productos peninsulares gocen en aquella colonia española de franquicia ilimitada, mientras que los productos insulares sufran gravámenes casi prohibitivos en el mercado nacional.

Todavía, antes de sentarme, voy á dirigir otra súplica al Sr. Ministro de Ultramar. Cuando se trate de concertar nuevos tratados de comercio, si el caso llega, no deben confundirse y englobarse, como rutinariamente viene haciéndose, á las islas de Cuba y Puerto Rico, sin tenerse en cuenta que tienen intereses á veces encontrados, y que sus productos necesitan mercados diferentes por ser diversas las condiciones de producción y de comercio; y puesto que ambas islas tienen distintos presupuestos, distintos deben de ser también sus aranceles, sus tratados comerciales y hasta sus obligaciones. He dicho.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): Pocas palabras necesito decir para contestar á mi amigo el Sr. García Molinas.

Por lo que se refiere al tratado comercial con los Estados Unidos, no fué ajustado en mi tiempo, ni yo he sido de él muy partidario. No entro ahora á censurarlo ni á aplaudirlo; digo que, en mi opinión, hubieran sido preferibles otros procedimientos; pero todo esto no es congruente con la pregunta.

Otra apreciación ha hecho el Sr. García Molinas, respecto á que no se ha contado con la isla de Puerto Rico, ni cuando vino aquella famosa Comisión de representantes antillanos, ni tampoco cuando recientemente se ha concertado un tratado con los Estados Unidos. Esa misma falta había yo notado; y además, he tenido siempre la opinión, conforme en este punto con la de S. S., de que las islas de Cuba y de Puerto Rico tienen muchas veces diferencias de intereses; y el deber del Ministerio de Ultramar, el deber del Gobierno, es armonizar en la parte posible estos intereses, pero de ninguna manera obligar á la isla de Puerto Rico á que siga como satélite á la gran Antilla; tanto la isla de Puerto Rico como la de Cuba son satélites de la Metrópoli, pero no una de otra.

Con relación á los aranceles, S. S. puede estar tranquilo; en el Ministerio de Ultramar se están ocupando actualmente en examinar, discutir y analizar las observaciones hechas, así por Sociedades como por particulares y por representantes de los intereses comerciales de Puerto Rico.

Pero S. S. comprende bien que no se puede proceder á reformar unos aranceles sin tener estos datos á la vista y sin considerar los diferentes intereses que se rozan con este género de disposiciones.

Por lo que á las relaciones comerciales se refiere, yo no puedo ahora decir si son ó no como debieran; son necesidades de gobierno que yo no he creado, y deseo muchísimo que los intereses de la Península y de Puerto Rico se armonicen de tal suerte que para todos reine la justicia y la equidad que debe haber entre provincias del mismo país y territorios de la misma Nación.

Es cuanto tengo que decir á S. S., que paréceme quedará satisfecho. Y tenga la seguridad S. S. de que en cuanto á los aranceles para la isla de Puerto Rico, entiendo yo que tardarán algo, pero se traerán á la Cámara.

Es cuanto tenía que decir.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. García Molinas tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **GARCÍA MOLINAS**: Doy gracias á mi digno amigo el Sr. Ministro de Ultramar, felicitándole de que coincida conmigo en las opiniones respecto al tratado con los Estados Unidos y á la conveniencia de armonizar los intereses de la Península y los de Puerto Rico respecto á sus productos.

Como mi objeto era que el comercio de Puerto Rico conociese las opiniones de S. S., me doy por satisfecho con sus explicaciones y le agradezco mucho la bondad con que se ha servido contestarme.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Marqués de Lema tiene la palabra.

El Sr. Marqués de **LEMA**: Con motivo de la pre-

gunta que tuve el otro día el honor de anunciar al Sr. Ministro de Ultramar, debo darle, en primer término, las gracias por su bondad en haber asistido en el día de ayer y en el de hoy á contestar esta pregunta que tengo el propósito de dirigirle.

Toda la prensa, y muy particularmente el periódico *El Imparcial*, se ocuparon hace días de un asunto por demás importante, y en el cual el referido periódico mostró un celo digno de todo encomio.

Se referían las indicaciones de la prensa á la situación por que atraviesa el Archivo de Indias, situado en Sevilla, por causa de la falta de espacio para que sean colocados debidamente los legajos que allí se encierran, indicándose la necesidad de que algunos Institutos y Corporaciones que ocupan la planta baja de aquel edificio, la desalojen, para dar mayor espacio al que es el fin principal á que se halla destinado aquel hermoso edificio, llamado la antigua Casa-Lonja.

Personalmente he tenido ocasión de apreciar las razones que tenía la prensa para reclamar esta medida tan necesaria, puesto que en mi reciente visita á Sevilla he visto la situación en que se hallan todos esos expedientes y los grandes peligros por que atraviesan aquellos que se encontraban anteriormente en los estantes. En efecto; aquel olor suave y agradable que antes se percibía de caoba y de cedro, ha sido hoy sustituido por un olor molestísimo, como es el de la naftalina, que aquel funcionario que desempeña el Archivo ha tenido que emplear para evitar el contagio de que los legajos existentes se hallaban amenazados con motivo del estado deplorable de los últimos papeles de Cuba enviados á aquel Archivo. Y así es, que en la parte externa, en el vestíbulo, hallanse aglomerados los papeles de Cuba, que el archivero ha tenido que salvar apartándolos para que no se infestasen como los demás; y es tanta la falta de espacio del edificio de Indias, que los papeles de Escribanías de Cámara están colocados en una galería inferior, al descubierto, en carpetas colocadas unas sobre otras, en número de 1.800; los papeles de Estado están en la galería principal, en medio, también unos sobre otros, sin que puedan encontrar colocación en los estantes; y lo mismo pasa á los papeles de Correos, que creo forman en número de 1.200 legajos.

Resulta, pues, que, aparte del peligro gravísimo que corren los papeles, aun después de tomadas las disposiciones á que me he referido por parte del digno archivero, el espacio que ocupa el Archivo de Indias es tan escaso, que verdaderamente urge un pronto y eficaz remedio; y este remedio es tanto más fácil de aplicar, cuanto que existen disposiciones de otros Ministros de Ultramar, y entre ellos del último que ejerció ese cargo antes que el Sr. Becerra, por las cuales se ordena que ciertas Corporaciones que ocupan la parte inferior del edificio, la desalojen inmediatamente, puesto que los fines que ellas llenan, ni tienen la importancia del Archivo de Indias, tan necesario, sobre todo, para los americanos que visitan nuestra Península, ni hay razón tampoco para que ocupen aquel edificio, que, con arreglo al pensamiento de Carlos III, debe destinarse todo él á Archivo de Indias.

La Junta de obras del río ocupa allí un salón, del cual se aprovecha también la Cámara de comercio para sus reuniones periódicas y rarisimas. Esta ins-

titución de la Cámara de comercio tiene todo el resto del piso inferior del edificio sin muebles y sin condición ninguna que demuestre que aquello se usa y sirve para algo. De manera que para que se renuncie de cuando en cuando, como digo, rarísima vez, los individuos que forman esa Junta de comercio, se halla privado el Archivo de una porción de estancias que le son absolutamente necesarias, y que no sirven para nada á las otras instituciones á que me he referido. Sirven algunas veces para actos de recreo y espectáculos entre los socios y amigos de la Cámara de comercio; lo cual, si no deja de ser interesante para ellos, no creo que revista la menor importancia, ni para el Ministro de Ultramar, ni para ninguno de aquéllos que se interesan por la conservación de un Archivo tan importante como es el de Indias.

Tengo entendido que con motivo de la orden dada por el Sr. Maura de que se desaloje por la Cámara de comercio y por la Junta de obras del río la parte inferior del edificio, los individuos y personas interesadas en la conservación de estas instituciones ó corporaciones en el local que hoy ocupan, se dirigieron al Sr. Ministro de Ultramar pidiéndole que se les diese un ruinoso cuartel de Carabineros y se les concediese el medio de reedificarlo, una vez hecho lo cual se trasladarían á ese edificio. Mas como esto parece que reviste ciertas dificultades, porque había que contar seguramente con el ramo de Guerra, y además porque tal vez el Ministerio no encuentre medios suficientes para allegar los fondos necesarios á la reconstrucción que piden los individuos de la Cámara de comercio, es lo cierto que continúan todavía, y al parecer indebidamente, en el local que actualmente ocupan. (*El Sr. Llaño: Pido la palabra.*)

Y yo pregunto al Sr. Ministro de Ultramar: ¿es que con motivo de las dificultades para allegar fondos ó para trasladar por lo menos á otro edificio esas Corporaciones va á seguir el Archivo de Indias sin esa parte tan necesaria de la antigua Casa-Lonja, exponiéndose los legajos al contagio de la polilla que tienen los papeles de Cuba á que antes me he referido?

Yo rogaría al Sr. Ministro de Ultramar, que con tanto celo desempeña las funciones de los cargos que ejerce, nos dijera lo que piensa sobre la materia, y las disposiciones que ha tomado para remediar estos males, más que posibles, probables. Su señoría, aunque puede prestar todavía y prestará seguramente muchos servicios á su partido y á su país, se halla, sin embargo, en esa edad en que los recuerdos del pasado tienen bastante importancia. Claro es que á S. S. le interesará la conservación de todo aquello que por haber adquirido un carácter duradero y referirse á siglos verdaderamente gloriosos, merece, por honra de España, por bien de todos y por utilidad de las antiguas colonias americanas que nos pertenecían, que se conserve tal como tenemos derecho á esperar, y que por razones más ó menos fútiles, aunque á algunos parezcan interesantes, el hecho es que no hay medio de conservarlo mientras no disfrute el Archivo de todo el local y del espacio que necesita para que se coloquen debidamente los legajos.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): Voy

á ver si la edad permite que yo me explique con bastante claridad, para poder dejar satisfecho á mi amigo particular el Sr. Marqués de Lema. (*El Sr. Marqués de Lema: No era mi ánimo llamar á S. S. viejo.*) No es lo peor que lo dijera S. S. con su manera cortés acostumbrada; lo peor es que sea verdad. (*Risas.*)

Empezaré por donde comenzó S. S. Tuvo la bondad S. S. de anunciarme en un B. L. M., me parece que el martes, que concurriera aquí para hacerme esa pregunta. Lo recibí á las dos y cuarto de la tarde, cuando iba al Senado, donde tenía que hablar, como efectivamente le manifesté, y esa es la razón por qué no he acudido á la cita que S. S. tan bondadosamente me hacía. Sirva esto de satisfacción en este sitio, como en particular se la he dado á S. S.; porque yo soy incapaz de cometer esa desatención con S. S., ni S. S. es capaz de suponer que yo pudiera cometerla.

Y ahora entremos en el asunto, que no puede ser más importante, porque aunque se trata de cosas más anticuadas y más viejas que el Ministro de Ultramar, tienen grandísima importancia. Dice el Sr. Marqués de Lema que recientemente ha visto el Archivo; también yo, antes de ocupar este puesto la última vez, tuve ocasión de visitar el magnífico edificio de la Lonja y el Archivo; y por las noticias del digno funcionario que está á su frente, he podido formar el juicio de que el Archivo de Indias carecía realmente del desahogo y de las condiciones necesarias para guardar aquellos documentos tan importantes de nuestra historia. Esta cuestión viene tratándose desde hace tiempo; y en ella, como sucede siempre en casos tales, hay intereses encontrados. La planta baja del edificio está ocupada por la Junta de obras del río, por la Junta de agricultura y por la Cámara de comercio. Es inútil que discutamos sobre cuál de estos institutos es más importante, porque son heterogéneos; grandísima es la importancia de todos ellos; pero lo que no tiene duda es que la conservación de aquel Archivo, que es, no sólo el objeto de las investigaciones de cuantos americanos lo ven, sino también de los eruditos y de las personas más sabias de Europa, representa una importancia de primer orden.

El 9 de Noviembre se dió una orden por el Ministerio de Hacienda cediendo aquel edificio al de Ultramar; más tarde, en Diciembre ó Enero, se ha dado una Real orden para que la Cámara de comercio, la Junta de agricultura y la de obras del puerto dejaran el espacio que ocupan en toda la planta baja. Después se han dado varias órdenes, y hasta ahora no se ha conseguido más que una cosa, es á saber: que dejara el edificio la Junta de agricultura; pero allí siguen las otras.

El Ministro de Ultramar ha dado repetidas órdenes al funcionario encargado de la dirección del Archivo, no sólo para que adopte todas las medidas necesarias á fin de combatir la polilla, que ha empezado ya á devorar algunos de los legajos colocados en medio de las naves ó de las crujías del edificio, sino para que se construyeran las estanterías necesarias, se aislaran los legajos que estuvieran inficionados, y se les diera la colocación conveniente; porque claro es que además de la importancia que representa para los estudios históricos la conservación de aquellas preciosidades bibliográficas, sería una gran vergüenza para España que, por falta de cuidado ó por

otras circunstancias, dejáramos que se perdieran aquellos documentos históricos que allí existen.

Por lo que he expresado antes, me hará el obsequio el Sr. Marqués de Lema de convenir conmigo que el Ministro de Ultramar abunda absolutamente en las mismas ideas que S. S. ha expuesto. Tenga la seguridad absoluta S. S. de que cuantos medios estén al alcance del Ministro de Ultramar, todos ellos se emplearán para que aquél Archivo, que encierra tan buenos libros, tantos legajos y algunos ejemplares magníficos de historia natural, y que S. S. conoce tan bien como yo, tenga el desahogo y la colocación necesaria, cual corresponde á un monumento de esa especie en los tiempos modernos.

Esto es cuanto tenía que decir al Sr. Marqués de Lema, y sentiría no haberle dejado satisfecho.

El Sr. Marqués de LEMA: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S. para rectificar.

El Sr. Marqués de LEMA: Agradezco, en primer término, nuevamente la atención del Sr. Ministro de Ultramar, no sólo en haber contestado la pregunta que he tenido la honra de dirigirle, sino también en haber dado sus excusas, que no eran necesarias, puesto que yo conozco los motivos que impidieron venir á S. S. el primer día, respecto de su ausencia en las pasadas sesiones. Igualmente me hallo profundamente agradecido á S. S., y creo que lo estarán todos los que se interesan por los estudios históricos y por la conservación de documentos tan interesantes como encierra el Archivo de Indias, por el interés y la solicitud que ofrece en favor de la conservación de tan importantes legajos. Pero lo que yo deseaba de una manera más concreta que S. S. me contestase, era si en virtud de esa orden, que creo ha dicho S. S. es del mes de Enero, por la cual se mandó desalojar el local á todas las Corporaciones que ocupan la planta baja del edificio de la Casa-Lonja... (*El Sr. Ministro de Ultramar*: Después se han dado otras órdenes.) Yo tenía en cuenta lo que S. S. había dicho. Ahora me dice S. S. que están contrariadas por otras órdenes posteriores; pero, en fin, yo iba únicamente á insistir en preguntarle si en virtud del espíritu que á S. S. anima, y que yo me complazco tanto en alabar, se halla dispuesto á remover todos los obstáculos posteriores que á la orden terminante del Sr. Maura se han opuesto para que el Archivo de Indias, situado en Sevilla, ocupe todo el local, y las Corporaciones que se hallan situadas en la planta baja lo abandonen para llenar sus fines, más ó menos importantes, en diferente local. Esto es lo que yo quería que S. S. me dijese; si con ocasión de ese expediente que se ha promovido con motivo de esa pretensión de ocupar un edificio dependiente del ramo de Guerra, según tengo entendido, y hallar los medios suficientes para restaurar este edificio á que desea trasladarse la Cámara de comercio, va á continuar indefinidamente el Archivo de Indias privado de esa parte de edificio que tanto necesita; pues como S. S. recuerda, y yo puedo testificar por mi impresión ocular, se hallan los documentos colocados de tal manera, que á pesar de todos los cuidados del archivero es muy de temer que contra toda clase de precauciones ya tomadas, invada la polilla tan precioso tesoro.

Al mismo tiempo, aunque no fuera de temer ese peligro, es difícil que el archivero pueda colocar los estantes á que S. S. se ha referido, puesto que en esa

parte superior carece de local suficiente para ello; y por tanto, de la misma manera que la Junta de agricultura ha dejado ya una estancia, como S. S. ha dicho muy bien, en la parte baja del edificio, que ha sido aprovechada por el archivero de Indias, habiendo trasladado á ella papeles de las Escribanías de Cámara, del mismo modo es de desear que las otras Corporaciones tengan á bien dejar esas habitaciones que ocupan, la mayor parte de las cuales no les sirven á esas mismas Corporaciones, puesto que no las tienen amuebladas, y puedan colocarse los legajos con toda la holgura y el espacio convenientes.

Y únicamente para concluir esta pequeña rectificación, debo decir á S. S. que al apelar yo á los recuerdos de los tiempos pasados y manifestar que eso sería grato á S. S., no estaba en mi ánimo seguramente recordar á S. S. lo que no se recuerda jamás ni á señora ni á hombre, sino sencillamente decir á S. S. que, naturalmente, como ya conserva de su larga vida y experiencia muchos recuerdos, y de ellos tiene una impresión gratísima, según afirman cuantos han oído á S. S., que como es notorio que S. S. aprecia y avalora estos pasados recuerdos de su vida, parecía natural que tuviera un estímulo mayor para apreciar estos recuerdos de los pasados tiempos, tanto más cuando tan grandes servicios presta á España y al continente americano un Archivo que tan alto pone el nombre de la Patria con el recuerdo de sus antiguas glorias.

El Sr. Ministro de ULTRAMAR (Becerra): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de ULTRAMAR (Becerra): He tenido la desgracia de no haberme explicado con bastante claridad, puesto que lo que S. S. acaba de indicarme me pareció haberlo afirmado en las siguientes frases. Hablando de las estancias que habían quedado desocupadas y del mayor espacio que necesita el Archivo de Indias, dije que se habían dictado varias órdenes al efecto y que tuviera S. S. la seguridad de que cuanto dependiera de mí, mientras tenga el honor de desempeñar el Ministerio de Ultramar, aunque inmerecidamente, lo haré con mucho gusto para que el Archivo de Indias esté con la holgura, orden y decencia que permita nuestra situación financiera, nunca muy desahogada, por desgracia.

Yo entendía que con esto contestaba á la excitación de S. S.; de modo que á lo que más tarde se sirve preguntarme, no hago más que repetir lo dicho; y si aún no fueran mis palabras bastante claras, déles S. S. el sentido de las que tan elocuentemente ha pronunciado.

Concluido este punto tan importante, sólo me queda decir al Sr. Marqués de Lema que no necesitaba darme ninguna satisfacción sobre el otro de la edad. Sé que S. S. no es capaz de ofender á nadie, ni de decir nada que me pueda molestar; es demasiado caballero y delicado para hacer eso ni aun indirectamente. Yo lo tomé un poco á broma al contestar; pero después de todo, aunque S. S. no lo haya dicho, no deja de ser la verdad; y eso es lo que siento, que tengo ya mucha edad, aunque no tengo yo la culpa de haber nacido tan temprano.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Liaño tiene la palabra.

El Sr. LIAÑO: Habiendo intervenido yo en las

últimas gestiones que se han hecho por la Cámara de comercio con motivo de la traslación al piso bajo de la Casa-Lonja del Archivo de Indias, me veo en la necesidad imprescindible de molestar al Congreso breves instantes.

Creo que el Sr. Marqués de Lema, interesado, como lo estamos todos los españoles, y muy singularmente Sevilla, por la conservación del Archivo, puede estar tranquilo, porque aparte de que en el piso superior hay realmente, como habrá visto S. S., un espacio suficiente para que puedan estar allí todos los legajos, es un hecho indudable que en la parte baja del edificio se han destinado ya algunas habitaciones, las bastantes según el archivero, para que esos legajos picados y apolillados puedan trasladarse, librándolos, como se ha hecho, del contagio.

El Consejo de agricultura ha dejado dos habitaciones espaciales, y todos los legajos que S. S. habrá visto debajo de la escalera, procedentes de la parte superior donde había polilla, se han bajado á aquellas.

Dadas las condiciones especiales en que se encuentra el edificio del Archivo, debe hacerse con prontitud que desalojen la Cámara de comercio y las demás oficinas lo más pronto posible. Yo puedo asegurar á S. S., que lo mismo la Cámara de comercio que el Consejo de agricultura, lamentan que se tarde ya en hacer la traslación de sus dependencias. El Archivo de Indias corresponde á España, y está regido por el Gobierno; pero siendo también las Cámaras de comercio dependencia del Gobierno, ¿dónde se van á trasladar éstas últimas? Porque resulta que lo mismo la Cámara de comercio que el Consejo de agricultura, tienen una gran cantidad de legajos, lo cual dificulta el encontrar locales donde puedan acomodarse. Han estado buscando, no sólo ese cuartel de carabineros, que está en la calle que hay enfrente del edificio donde está la fonda de Madrid, sino que han buscado local en el edificio de la Academia de Medicina, y allí solicitaron del Sr. Ministro de Hacienda que les autorizara para establecerse, lo que benévolamente esperan conseguir.

De suerte que hoy se encuentran esas dos Corporaciones pendientes de que el Gobierno fije el sitio á donde deben trasladarse. A pesar de todo esto, no se debe perder de vista que la Casa-Lonja de Sevilla fué construida por los mercaderes de aquella ciudad, á su costa, diciéndose en la Real cédula de concesión, que en el caso en que quiera disponer el Rey de ese edificio, les daría otro local igual donde establecerse. Por tanto, no se debe perder de vista que esa Casa-Lonja es de los mercaderes de Sevilla, á quienes representa hoy la Cámara de comercio.

Uno, pues, mi ruego al del Sr. Ministro, para que cuanto antes se facilite ese local; y tenga la seguridad el Sr. Marqués de Lema que cuando lo tengan, se trasladarán las Corporaciones que allí se encuentran.

El Sr. Marqués de LEMA: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Marqués de LEMA: Tengo que hacer una ligera rectificación.

Debo decir al Sr. Liaño, en primer término, que yo, con tal de que el Archivo de Indias goce del espacio que necesita para estar convenientemente ordenado, me hallo dispuesto á coadyuvar con S. S. al fin de que el Gobierno señale locales para esas otras dependencias. Respecto á lo que anteriormente ha

dicho S. S. de que los legajos de papeles estaban bien colocados, yo puedo asegurar á S. S., porque lo he visto, que necesitan más amplitud, que no puede evidentemente considerarse que están bien colocados los legajos que se hallan en estantes puestos en el centro de una galería.

En segundo lugar, lo mismo que la Junta de agricultura ha desalojado pronto la parte que ocupaba en el edificio, pueden hacerlo las otras Corporaciones. Además, no creo que esas Corporaciones puedan alegar ante el Estado los mismos títulos que el Archivo de Indias. Respecto de la historia á que S. S. se ha referido ligeramente, he de hacer constar que no solamente contribuyó á la construcción de ese edificio el comercio de Sevilla, sino también la Corona, cediendo los terrenos y echando abajo los edificios que existían al construirse la Casa-Lonja. En último término, no puedo menos de considerar verdaderamente curiosa la pretensión de la Cámara de comercio de representar nada menos que el poderoso comercio del siglo XVI, cuando sabido es el origen tan reciente de estas Cámaras, y que su dependencia del Estado no es tan directa como, por ejemplo, la del Archivo de Indias; y además, que mucho tiempo había mediado desde que aquel comercio poderoso había desaparecido, y á otros fines habíase aplicado por Monarcas posteriores á Felipe II aquel edificio suntuoso.

El Sr. LIAÑO: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. LIAÑO: Para dar las gracias al Sr. Marqués de Lema por la lección que, en esto de la sucesión de la Cámara de comercio al antiguo comercio de Sevilla, ha tenido á bien darme.

Su señoría no puede apreciar eso. (El Sr. Marqués de Lema: Lo aprecio por sevillanos que me han enterado de ello.) Entiendo que la Cámara de comercio representa al comercio de Sevilla. En esto no cabe duda alguna; y si los antiguos mercaderes de Sevilla eran el comercio de Sevilla, no hay otra entidad moral que pueda representarlos más que esa. Es preciso apelar á la distinción que hace S. S., para venir á declarar que la Cámara de comercio no es representante del comercio de Sevilla. ¿Quién lo representa entonces?

Queda, pues, sentado este antecedente, y demostrado, por tanto, que cuando menos ocurre la duda, no la afirmación que ha hecho S. S., porque si no, S. S. podría contestar á esta pregunta: ¿quién representa al comercio de Sevilla, si no lo representa la Cámara de comercio? (El Sr. Marqués de Lema: Pero no es razón para que sea descendiente natural de aquel comercio.) Yo no he tratado de descendientes, Sr. Marqués de Lema; lo que yo trato de demostrar es que el comercio de Sevilla tiene una representación, y esa entiendo yo que es la Cámara de comercio. Si no es esa, ¿cuál es? Bajo este punto de vista, pues, dejemos la cuestión en el terreno de la duda.

Respecto á los demás particulares, yo he de decir á S. S. que la Cámara de comercio de Sevilla, como la Junta de agricultura, industria y comercio, como la Junta de obras del puerto, no hacen resistencia de ninguna clase para que los legajos que están en la parte superior se lleven á la parte baja, teniendo presente que en este local, en este piso inferior, si se van á colocar todos los legajos, es posible que no estén como se encuentran hoy, es decir, todos bajo una

llave, como se encuentran en el piso superior, en donde tienen una anchura de 12 varas; de manera que puede perfectamente colocarse enmedio una estantería, con la cual resultaría que habría local suficiente para esos legajos. Esto no lo digo yo; lo dicen los diferentes expedientes que se han formado. (El Sr. Marqués de Lema: El archivero actual dice lo contrario.) En tiempo del Sr. Montes Sierra se incoó un expediente, y quedó demostrado que se podía hacer una estantería enmedio, para que se colocaran allí todos los legajos del Archivo de Indias.

Su señoría lo que desea es que cuanto antes salgan esas Corporaciones, y yo, en nombre de ellas, manifiesto que están dispuestas á salir; pero para esto se necesita que el Gobierno tenga la bondad de señalar un local á donde puedan trasladarse, porque de lo contrario se van á originar perjuicios de consideración, lo mismo á la Junta de obras del puerto que á la Cámara de comercio. En el momento en que el Gobierno dé esa orden, una y otra Corporación saldrán de allí.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Cos-Gayón tiene la palabra.

El Sr. COS-GAYÓN: Me propongo promover, si el Sr. Ministro de Hacienda accede á ello, un debate sobre la gestión financiera del partido liberal; creo conveniente esta discusión por varias razones; acaso podrá parecer á alguien que es tarde ya para discutir los asuntos relativos al presupuesto de 1893-94, cuando debe estar tan próximo el examen del presupuesto siguiente, y que es todavía prematuro hablar del presupuesto de 1894-95. Yo entiendo que el señor Ministro de Hacienda ha de participar de mi opinión de que, por el contrario, conviene anticipar y tener un debate sobre la gestión financiera del partido liberal, por varias razones. En primer lugar, hay asuntos en que, por mucha que sea nuestra inclinación al silencio, no podemos menos de dirigir preguntas al Gobierno de S. M.; yo, por mi parte, creo que no he interpelado ni he preguntado á los Gobiernos de mis adversarios políticos sobre actos suyos gubernativos y administrativos que no se refieran al sistema general de la Hacienda; pero hay asuntos que tampoco estaría bien que los dejáramos sin siquiera hacer una pregunta que provoque una necesaria explicación.

Voy á poner de esto solamente dos ejemplos: en la *Gaceta* del día 29 de Abril último, la Presidencia del Consejo de Ministros ha publicado, en cumplimiento de la ley, el resumen de los trabajos realizados por los diferentes Ministerios y dependencias del Estado, y allí se encuentran estos números, que á mí me parece que convendría que alguien competentemente explicara. En la Subsecretaría de Hacienda, el día 1.º de Enero de 1893, á las tres semanas de dejar el partido conservador el poder, había pendientes de despacho 150 expedientes, muchos menos de los que debieron entrar en los días que mediaron entre la salida del Gobierno conservador y aquel 1.º de Enero; y el día 1.º de Enero de 1894 había pendientes 17.438 expedientes. Solamente el pico es tres veces mayor que los que había el día 1.º de Enero de 1893. Yo supongo que esto tendrá una explicación fácil, y quizás satisfactoria; pero por fácil y satisfactoria que ella sea, no es menos indispen-

sable; y aun no habría estado de más que por medio de una nota al pie de esta relación, la hubiera dado la Presidencia del Consejo de Ministros.

Claro es que esta explicación no ha de ser nunca la de que ha faltado ni el celo, ni la inteligencia, ni la laboriosidad en el Ministerio de Hacienda durante el año 1893; pero podría ser que, en el afán que todos hemos tenido de realizar economías, haya resultado insuficientemente dotado algún servicio, y convenga, reconociendo desde luego sinceramente el error, poner el debido remedio.

Otro ejemplo de la necesidad de este debate, se puede encontrar en la Real orden por la cual el Ministerio de Hacienda resolvió la cuestión relativa á cómo se había de pagar el impuesto de 5 céntimos por 100 sobre los valores del Estado. Respecto de este punto, hay dos cuestiones: la una, relativa á si el Ministerio de Hacienda ha interpretado bien la ley entendiéndola que están sometidos á este impuesto todos los valores, aunque no sean objeto de una transmisión de dominio, ó si, por el contrario, lo están únicamente los que cambien de dueño. Hay además la cuestión de si el Ministerio de Hacienda ha cometido, ó no, una ilegalidad, eximiendo de esta contribución, entre otros, al Banco de España.

Desde luego anticipo la noticia de que mi parecer respecto á la primera de estas dos cuestiones se acerca más á la opinión del Sr. Ministro de Hacienda que á la de sus impugnadores, á pesar de que hay evidente contradicción entre las explicaciones de la Memoria ministerial del año pasado y el texto legal; pero que respecto de la segunda me parece absolutamente indefendible la excepción que se ha hecho en favor del Banco de España.

Asuntos como este, y otros parecidos, creo que no debemos dejarlos para cuando venga la discusión de los presupuestos de 1894-95, con los cuales no tienen absolutamente nada que ver.

Este debate, además, interesa al Gobierno de S. M., y especialmente al Sr. Ministro de Hacienda, por más de una razón. Aun aquello que pudiera tener lugar oportuno ahora ó cuando se discutan los presupuestos, es una ventaja que lo examinemos antes; eso más tendremos examinado, y menos difícil será la tarea de estudiar y analizar los presupuestos; y por otra parte, al Sr. Ministro de Hacienda se le presta un señaladísimo é indudable servicio, adelantándonos desde los bancos de la oposición á manifestar cosas que á S. S. no puede menos de ser penoso decir. Se le presta, indudablemente, un servicio, proporcionándole ocasión de que haga en el Congreso lo mismo que ha hecho en el Senado.

Cuando todavía se oye por ahí á gentes que parecen estudiosas, preguntar con una admirable candidez: «es verdad que el partido liberal, por medio de la maravillosa gestión recaudatoria del Sr. Gamazo, ha nivelado los presupuestos?» no puede menos de ser difícilísimo al Sr. Ministro de Hacienda venir á decirnos que hay, no sólo un déficit, sino un déficit enorme, en los presupuestos del Estado. De este modo me propongo prestar al Sr. Ministro de Hacienda el mismo servicio que el Sr. Marqués de Aguilar de Campóo le ha prestado en el Senado. El Sr. Marqués de Aguilar de Campóo, anticipando cifras que no son un secreto para nadie, que todo el mundo puede reunir, preguntó á boca de jarro al Sr. Ministro de Hacienda si el déficit del presupuesto para 1894-95

pasaría de 100 millones de pesetas, y el Sr. Ministro de Hacienda dijo lo que por sí, por propio movimiento suyo, no habría podido decir: «me parece que el Sr. Marqués de Aguilar de Campóo exagera algo; yo creo que, tanto como 100 millones, no.»

El Sr. Ministro de Hacienda hizo sinceramente la enumeración de lo que habrá que rebajar en los ingresos que ha habido este año y que no habrá el año próximo, y lo que habrá que aumentar en los gastos; enumeración casi completa, y de la cual no digo yo que deba deducirse la cifra de 100 millones de pesetas, pero desde luego resultará una cifra muy considerable, como reconocía el Sr. Ministro de Hacienda, declarando que, sin duda alguna, el déficit que se presenta para el año 1894-95 es una cosa grave é importante, y constituye una dificultad muy grande para la formación del presupuesto.

Dijo más el Sr. Ministro de Hacienda: que él, por su parte, no se adelantaba á fijar ninguna cifra, porque esto ofrecía varios inconvenientes; él no podía decir una cifra sino después de varios trámites, entre los cuales estaba el de que el Gobierno de S. M. se preguntara á sí mismo qué iba á hacer del déficit, y como primera de las cuestiones previas, si lo había de confesar.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Eso no ha sido nunca cuestión previa; porque confesar la verdad es cosa siempre resuelta para nosotros.

El Sr. NAVARRO REVERTER: Sólo que nunca se ha practicado.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Mal hecho por los que lo hayan hecho.

El Sr. COS-GAYON: Digo que en el *Diario de Sesiones* aparece como una de las razones que el señor Ministro de Hacienda tenía para no manifestar desde luego la cuantía del déficit, que lo primero que había que ver era si el Gobierno se resolvía á confesarlo ó no.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): ¿A que no dice eso?

El Sr. COS-GAYON: Desde el momento en que S. S. asegura que no lo dice, yo no hago caso del *Diario de las Sesiones*; pero como excusa de haberlo afirmado yo, voy á leer lo que el *Diario* dice:

«No es porque no quisiera hacerlo, ni porque signifique que rehuyo la discusión, ni que pienso en una retirada; pues si fuera esto, no tendría inconveniente en confesarlo, puesto que á ello me obligarían en todo caso grandes deberes de patriotismo y de prudencia; pero, en suma, no puedo discutir con números ese déficit, porque no puedo dar á la discusión un número que había de ser muy debatido, sin los razonamientos conducentes á pensar qué se va á hacer de ese déficit, si se ha de confesar sinceramente, abandonándolo á la deuda flotante, si se han de allegar recursos, y diciendo cuáles son...»

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Confesarlo sinceramente siempre, pero abandonándolo ó no. (El Sr. Navarro Reverter pronuncia algunas palabras que no se oyen.) O no abandonándolo, pero siempre sinceramente. No hay que tergiversar.

El Sr. COS-GAYON: Yo no tergiverso. Aquí dice: si se ha de confesar sinceramente.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Pero no completa S. S. la frase.

El Sr. COS-GAYON: Por lo demás, yo no insisto ya en lo que diga el *Diario de las Sesiones*.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): ¡Si no lo dice!

El Sr. COS-GAYON: Desde el momento en que S. S. cree que yo lo entiendo mal, entre la interpretación que S. S. da á sus palabras y la que pueda darles yo, claro es que no he de tener la temeridad ni la descortesía de insistir en este punto. Valga, pues, la interpretación que da S. S. Yo sólo añadiré, como una opinión particular mía, que me parece que S. S. adoptará un término medio: confesará parte del déficit, y la otra parte la disimulará como pueda. (Risas.)

Voy, pues, á limitarme, después de haber hecho estas breves consideraciones, encaminadas á justificar la oportunidad de este debate, que deseo entablar, y que espero que aceptará el Sr. Ministro de Hacienda; voy á limitarme á anunciar cuál será el sentido de mi interpelación, cuáles son las cosas que yo me propongo demostrar en ella, si S. S., como espero, se digna aceptarla; y en segundo lugar, voy á hacer algunas preguntas, encaminadas á facilitar los datos necesarios para explanar mi interpelación.

La cuestión de Hacienda no es una cuestión única, como con gran error, causa de otros muchos errores en los procedimientos, se cree por la generalidad; la cuestión de Hacienda no es sencillamente la cuestión de la nivelación; por lo menos, mientras haya déficit, estado casi permanente de la Hacienda durante todo el curso de la historia, mientras haya déficit habrá siempre dos cuestiones: la cuestión de la nivelación y la cuestión del crédito, que comprende lo relativo á la deuda flotante del Tesoro y á las relaciones de éste con el Banco y con los mercados. Y es de notar que entre estas dos cuestiones suele haber cierta contrariedad en las tendencias, de tal suerte, que lo que á una le conviene, suele ser malo para la otra; porque la una constituye una enfermedad aguda y la otra constituye una enfermedad crónica de la Hacienda; y con frecuencia acontece en medicina, que lo que es bueno para la enfermedad aguda, es malo para la enfermedad crónica.

Ahora no eran sólo estas dos las cuestiones de Hacienda; por las circunstancias del momento, la cuestión de Hacienda se componía y se compone de tres cuestiones capitales: la cuestión de la nivelación, la cuestión del crédito del Tesoro y la cuestión arancelaria. De la cuestión arancelaria no pienso ocuparme en este debate; están anunciados tantos motivos, tantas ocasiones de hablar de ella, que sería verdaderamente impertinente el introducirla en un debate más; y únicamente manifestaré cuál será el sentido de todas las declaraciones y de todas las explicaciones que yo formule, en los discursos que pronuncie aquí respecto de la cuestión arancelaria.

Yo entiendo que existe una confusión grandísima en esta materia; confusión que está bien á la vista de todo el mundo, hasta el punto de que las demostraciones más evidentes en este punto, apenas se encuentra quién las sepa entender; y los incidentes más inverosímiles y más increíbles perturban las inteligencias de todo el mundo, como está sucediendo en estos días; y yo entiendo que esta confusión procede de tres equívocos. Uno de estos equívocos está en lo que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros llama su oportunismo; que yo me propongo demostrar que no puede entenderse como tal oportunismo, dando á esta palabra la única signifi-

cación que puede tener en un debate técnico; después existe el equivoco del proteccionismo, que ha resultado tan parcial y tan incompleto, del anterior Ministro de Hacienda; y después hay la contradicción y ambigua é insostenible combinación económica, por la cual el Sr. Ministro de Estado, al mismo tiempo que declara que continúa siendo el libre-cambista de siempre, se ha encargado de proseguir la tarea proteccionista que ha heredado del Gobierno conservador.

De ese oportunismo del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, oportunismo que es preciso ya definir claramente; de ese proteccionismo parcial é incompleto del Sr. Gamazo, que es preciso ya definir también con toda claridad; y de esa situación equívoca é insostenible del Sr. Ministro de Estado, libre-cambista impenitente, que toma la dirección de la tarea proteccionista, ha resultado lo que no podía menos de resultar: la confusión, el desorden, el barullo, la imposibilidad de entenderse unos Ministros con otros Ministros, los embajadores con sus jefes, unos partidos políticos con otros, el Gobierno de nuestro país con los de los países extranjeros; resultando que el único que tiene razón en su conducta, venciendo en toda la línea, es el Sr. Duque de Almodóvar del Río, que enfrente del oportunismo del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, y enfrente del proteccionismo parcial é incompleto del Sr. Gamazo, y enfrente de la combinación extraña de libre cambio y protección del Sr. Moret, declaró valientemente aquí, en las últimas Cortes conservadoras, que el partido liberal es libre-cambista, que dentro del partido liberal no cabe más que el libre cambio, que el partido liberal no puede hacer otra cosa que practicar las ideas del libre cambio. Pero estos asuntos arancelarios los dejo por completo para otro debate. *(Risas.)*

Si os ha parecido bastante, yo, por mi parte, no puedo menos de darme por satisfecho con esas manifestaciones. Si os hubiera parecido poco, os diría que aún me queda mucho que decir.

Restan las otras dos cuestiones, la relativa á la nivelación y la referente á las relaciones del Banco y del Tesoro.

Respecto á la nivelación, no voy en este momento á entrar en comparaciones menudas entre lo que realizó el partido conservador y lo que ha realizado el partido liberal, para demostrar si en la mejora de la recaudación tiene más parte el uno que el otro, y si en las economías hemos realizado nosotros más que vosotros. No; esas comparaciones son muy justas, son muy oportunas, las tenemos ya hechas; pero en este momento son innecesarias.

La opinión pública está sobre esto bastante formada, para que nosotros, por lo menos mientras no haya provocación, llevemos la discusión á ese terreno.

Más útil y más digno de un debate parlamentario, es empezar reconociendo que en la política de la nivelación hay mucho que nos es común y hay algo en que nos diferenciamos. Sería injusticia negar que lo mismo el partido conservador que el partido liberal han hecho grandes esfuerzos, tanto para rebajar los gastos como para aumentar los ingresos. No me mueven siquiera á tratar este asunto, habilidades como las que he visto en la prensa ministerial de ayer noche, sin ir más lejos, en la cual se pretende

que está realizado el programa del partido liberal en la parte relativa á aumentar 30 millones en los ingresos.

Esto, en el caso de que fuera cierto, habría que entenderlo como lo explica hábilmente el Sr. Gamazo en la Memoria ministerial del año pasado: 30 millones más de ingresos resultan, no entre el presupuesto del partido liberal y el último del partido conservador, sino entre el presupuesto de 1893-94, en que actualmente estamos, y el de 1890-91, que rigió también para 1891-92. Hábilmente hizo la comparación el Sr. Gamazo; pero sus apologistas, ó no entendiéndola bien la habilidad del Sr. Gamazo, ó entendiéndola demasiado bien, aplican todas las ventajas conseguidas al presupuesto del Sr. Gamazo y prescinden del que inmediatamente le precedió.

Pero, en fin, basta por ahora con asentar que lo mismo los conservadores que los liberales, hemos marchado en muchas cosas en la misma dirección y del mismo modo, trabajando lo mismo para rebajar los gastos que para aumentar los ingresos.

¿Cuáles eran las diferencias? Las diferencias eran dos. La una, que el Sr. Gamazo proclamó aquí la posibilidad y la resolución que él tomaba, y con él el partido liberal, de suprimir de repente el déficit y de hacer la nivelación en un solo año, mientras nosotros habíamos entendido que la nivelación no podía hacerse sino en varios años. La otra era, que el señor Gamazo, adoptando una doctrina que había sostenido en la oposición el Sr. Moret, hizo también parte principal de su sistema la regla de que no se puede aumentar una peseta en los ingresos, sin disminuir una peseta en los gastos; que no se puede decir á los contribuyentes que van á dar 2 ó 3 millones de pesetas más, si al mismo tiempo, como justificación, no se suprimen 2 ó 3 millones en los gastos. Pues ha llegado ya la hora de preguntar al Gobierno liberal qué hay de estas dos cosas: ¿qué hay de la nivelación instantánea? ¿se puede continuar con la doctrina de que el presupuesto de gastos contribuya á ella en iguales cantidades que el de ingresos?

Verdad es que yo casi me veo imposibilitado de preguntárselo al actual Sr. Ministro de Hacienda, quien declara que hay un desnivel muy grande, de mucha importancia; como casi me imposibilita S. S. de preguntar por qué no ha traído los presupuestos, pues lo ha dicho ya en el Senado, declarando explícitamente que no los trae porque encuentra muy difícil hacerlos. Pero de todas suertes, doy por averiguadas estas dos cosas: primero, está demostrado el error que tantos daños ha producido, que ha sido causa principal de los conflictos de toda clase de orden económico y de orden público, que ha habido durante el año pasado: el error de creer que se podía hacer de repente la nivelación; y segundo, está demostrado igualmente que para la extinción del desnivel que el Sr. Ministro de Hacienda reconoce que existe de una gran magnitud, no es posible pedirle al presupuesto de gastos que contribuya en la misma proporción en que ha de contribuir el de ingresos.

Por lo tanto, las dos partes del programa del partido liberal en lo relativo á la nivelación, han fracasado.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Cos-Gayón, ¿es una interpelación lo que S. S. está explanando?

El Sr. COS-GAYÓN: Señor Presidente, había dicho antes que deseo anunciar al Sr. Ministro de Ha-

cienda una interpelación, porque no creía conveniente dejar todas las cosas relativas á las cuestiones de Hacienda para cuando vengan los presupuestos, que supongo vendrán pronto. He dado antes muy ligeramente, y para ello tenía derecho parlamentario, una explicación de cuáles eran los motivos por que yo creía que era oportuno este debate, si el Sr. Ministro lo acepta.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Como voy á aceptar en el acto la interpelación, no se moleste S. S., puede explanarla desde luego.

El Sr. PRESIDENTE: Ya conoce S. S. la intención del Sr. Ministro de Hacienda; por consiguiente, puede seguir explanando su interpelación hasta las cuatro y media, que entraremos en el orden del día.

El Sr. COS-GAYON: Ahora ya estoy dentro del artículo del Reglamento, que dice que el que interpela puede explanar su interpelación en los términos que tenga por conveniente, y por consiguiente, sin que se me haga advertencia de ninguna clase; pero es el caso, que ahora es cuando me siento movido á no seguir hablando (*Risas*); porque cortarme á mí esta pequeña exposición, que era sólo la proposición de un discurso que tengo ya preparado para en adelante, y además, cortarme en el momento que voy á hacer estas preguntas, para decirme que lo que estoy haciendo es interpelar, equivale á no poder dejarme desarrollar ya, sin gran abuso de la benevolencia del Congreso, las materias que he tratado ya, y á las que tendría que volver, cuando, además, dentro de un cuarto de hora me van á decir que tenemos que entrar en el orden del día. Por consiguiente, yo tengo que escoger entre ir á hacer compañía al Sr. Osma, que hace diez días empezó un discurso, se lo cortaron á la mitad, y no sabe cuándo lo va á concluir (*Risas*); ú otra cosa que todavía me disgusta más, cual es, hacer un discurso dirigido contra el Gobierno, para que el Gobierno no me pueda contestar. Porque si yo á esto le doy el carácter de interpelación, ¿cómo vamos á evitar, Sr. Ministro de Hacienda, que los maliciosos crean que S. S. ha querido cortar el debate y dejarlo para otro día? (*El Sr. Ministro de Hacienda*: Lo que van á creer es que S. S. no quería hoy hacer la interpelación.—*El Sr. Romero Robledo*: No quedan más que quince minutos.—*El Sr. Ministro de Hacienda*: Yo he estado aquí á las dos y media en punto.)

Voy á continuar. Decía que la cuestión de Hacienda tiene tres partes: la parte relativa á la cuestión arancelaria, que dejaremos para otro día; la parte relativa al déficit, de la cual no he hecho otra cosa que presentar las líneas generales de un discurso que me proponía pronunciar; y la tercera, relativa al crédito y á la deuda flotante. En esta tercera parte, el programa del partido liberal era también muy explícito. El partido liberal se proponía hacer nada menos que cinco conversiones: conversión de la cartera del Banco en cartera de particulares; conversión de la deuda flotante en deuda perpetua ó amortizable á largo plazo por medio de un empréstito de 500 millones; conversión de la amortizable en perpetua; conversión de la forma actual de las subvenciones de ferrocarriles en el sistema de pagar por anualidades; conversión de las consignaciones voluntarias de los particulares y de las Corporaciones, que hoy van al Banco de España, y que el partido liberal quería trasladar á la Caja de Depósitos.

¿En qué estado se hallan estas cinco conversiones? ¿Qué se ha hecho de ellas? Algunas se han presentado, y han fracasado por completo; las otras ni siquiera se han intentado. En las cuestiones de crédito, lo que no es avanzar, es retroceder, y por consiguiente, estamos peor que el año pasado.

El Gobierno liberal, inmediatamente que se publicó la ley de 24 de Junio último, quiso hacer la primera de estas conversiones, creó las obligaciones del Tesoro, se las ofreció al mercado, y el mercado no las tomó. Es verdad que en los últimos meses esta situación ha mejorado bastante. De los 333 millones de pesetas en que quedó convertida la deuda flotante, al principio no se pudieron colocar sino unos 74; hoy ya suben á 143; es decir, quedan en manos del Banco 190, en vez de 333. Está concluyendo el año; la ley manda terminantemente que esté hecha la liquidación con el Banco antes del 30 de Junio, y es imposible hacerla, porque para ello se necesita, como trámite previo, la contratación de un empréstito. Ha llegado, pues, el momento oportuno de preguntar al Gobierno de S. M.: ¿qué hay de esto? ¿abandonáis vuestros proyectos? Pues confesad que habéis fracasado. ¿No abandonáis vuestros proyectos? Pues realizadlos: atreveos á decir que vais á hacer, de aquí al 30 de Junio, esas cinco conversiones.

Y puesto que queda tan poco tiempo al Sr. Ministro de Hacienda para contestarme, voy á terminar diciendo que respecto de la primera de las preguntas que le había anunciado, apenas tengo que hacer otra cosa más que recordarla. ¿Por qué no se han presentado todavía los presupuestos para 1894-95? ¿Cuál es la explicación de este hecho, que no tiene precedentes desde que rige la Constitución de 1876? El año pasado demostramos aquí que no había ejemplo de tardanza igual para la tráfida de los presupuestos como la que entonces se realizó, viniendo los presupuestos el día 10 de Mayo; ahora ya es evidente que el 10 de Mayo no habrán venido; pero hay la diferencia de que no estamos, como el año pasado, en una primera legislatura, sino en una legislatura que llamaré última, como la llama el Reglamento, que á todas las llama así menos á la primera; y jamás ha sucedido que se llegue á esta época sin haber traído los presupuestos. Ahora es tanto más sorprendente, cuanto que desde antes de cerrarse el primer período de la legislatura, el año pasado, estuvo anunciando el Gobierno que el primer día de reunir las Cortes, por el mes de Octubre, traería los presupuestos; y cuando decidió dejar la apertura para el mes de Noviembre, anunció que los traería el primer día de sesión; y cuando luego la aplazó hasta Diciembre, anunció lo mismo; es decir, que constantemente nos ha estado anunciando que los presupuestos vendrían aquí el primer día de sesión.

Dice la prensa ministerial que no han venido los presupuestos todavía porque han tardado en reunirse las Cortes. Esta habría sido una razón para que las Cortes se hubieran reunido antes. Pero dejo también á un lado esta cuestión, que ya tendría más de política que de financiera, pues no quiero hablar por el momento más que de la cuestión de Hacienda. Esa, en todo caso, sería razón para no haber traído los presupuestos á las Cortes mientras no estaban reunidas; pero desde el día 4 de Abril, ¿por qué no se han traído ya? Para mí el hecho no tiene más que una sola explicación, la que ha indicado el Sr. Mi-

nistro de Hacienda en el Senado: los presupuestos no han venido hasta ahora porque es muy difícil en estos momentos, lo sería para todo el mundo, difícilísimo para cualquier Ministro del partido liberal, imposible de toda imposibilidad para el Sr. Gamazo, traer al Parlamento los presupuestos de 1894-95. Tiene que ser una confesión tan grande, tan paladina, del fracaso verdaderamente enorme del partido liberal en la gestión financiera, que el partido liberal no ha de traer aquí los presupuestos sino en el último momento, cuando ya no pueda más. Ya se está preparando el Sr. Ministro de Hacienda (entiéndanlo bien los Sres. Diputados, no se lo he oído á nadie, pero no tengo inconveniente en afirmarlo); ya se está preparando el Sr. Ministro de Hacienda para cuando termine este período de esta legislatura, uno de esos períodos arbitrarios que ha inventado el partido liberal, y que no tienen significación alguna legal, que le sirvieron una vez, cuando aquel escándalo inaudito de la silba dada á un Presidente de la Cámara, para destituirle legalmente, dando por terminada la legislatura, y que ahora le van á servir para lo que yo os voy á decir: cuando concluya este período de las sesiones, el Sr. Ministro de Hacienda dirá (oid bien Sres. Diputados lo que os digo), dirá que ha pasado el tiempo en contestar á las preguntas que le ha dirigido el Sr. Cos-Gayón y otros Sres. Diputados y Senadores, y no ha podido hacer los presupuestos, y que no los podrá hacer tampoco si la nueva legislatura se abre á las veinticuatro ó cuarenta y ocho horas de cerrada la actual, como está anunciando el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, y que necesita mayor espacio de tiempo para hacer los presupuestos. (*El Sr. Ministro de Hacienda: Adivinar es.*) ¿Adivinar es? Eso es apuntar una cuestión que no le interesa á nadie, que es la de si yo soy buen ó mal profeta, cuestión que á nadie le importa nada, y á mí menos que á nadie, porque no tengo pretensiones de esa clase. Lo que interesa á todos es que S. S. afirme ó niegue lo que yo acabo de decir: diga S. S. que no lo diré, ó diga S. S. que lo diré, y déjese de preocuparse de si yo soy buen ó mal profeta. (*El Sr. Ministro de Hacienda: Ya lo diré.*) ¿Cuándo? (*El Sr. Ministro de Hacienda: Cuando á mí me convenga, y no cuando les convenga á SS. SS.*) Pregunta, pues, reservándome, puesto que el Reglamento me lo da amplio en esto de las interpelaciones, el derecho de replicar... (*Risas.*)

Dice el Reglamento que el Diputado explanará la interpelación en los términos que él tenga por conveniente, y después añade que podrá replicar. Reservándome yo, pues, el precioso derecho de replicar, hago en este momento al Sr. Ministro de Hacienda las siguientes preguntas: ¿Por qué no está presentado todavía el presupuesto para 1894-95? ¿Cuáles son las causas de que no se haya ejecutado la ley de 24 de Junio del año pasado, que manda liquidar antes del día 30 de Junio de 1894 las cuentas entre el Banco y el Tesoro, siguiendo aquel sistema que prevaleció el año pasado en el Gobierno liberal, de resolver todas las cuestiones radicalmente y de repente? ¿Cuáles son las causas de que no se haya realizado ni se piense realizar el empréstito de 500 millones, en todo ni en parte, á pesar de que está también exigido por la ley que á estas horas estuviera ya anunciado por lo menos? ¿Cuáles son las razones que ha habido para no dar cumplimiento al precepto

de la ley de presupuestos que manda abrir la Caja de Depósitos á las consignaciones voluntarias en metálico de los particulares y de las Corporaciones? ¿Por qué razón el Gobierno liberal, después de haber hecho una de las partes principales de su programa, la exigencia de la autorización para convertir la deuda amortizable en perpetua, no ha intentado esa conversión? ¿Cuáles son las causas de que no se haya intentado, ni al parecer se intente realizar, la transformación de pago de subvenciones á los ferrocarriles en un sistema de anualidades, con cuya operación se aliviaría grandemente el presupuesto de gastos?

Después de esto, yo no tengo otra cosa que hacer, conteste el Sr. Ministro de Hacienda lo que quiera, sino decir que replicaré, en uso de mi derecho, para insistir en la demostración de que lo mismo en la cuestión de la nivelación que en las cuestiones relativas al crédito y á la deuda, el programa financiero del partido liberal ha fracasado en todas sus partes, y que por eso urge mucho, muchísimo, que el señor Ministro de Hacienda y el partido liberal, si ha de continuar en el poder, nos traiga pronto otro programa, porque el anterior no ha prosperado, ni sirve ya para cosa de provecho.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Dos palabras nada más, puesto que sólo dos minutos faltan para que terminen las horas reglamentarias destinadas á preguntas, para decir al Sr. Cos-Gayón que no sé qué hacer; porque S. S. ha dicho durante su discurso que ahora que se encontraba de lleno en la interpelación, podía disponer las cosas á su antojo para llevar la discusión por donde tuviera por conveniente; pero al final se había olvidado de que había estado explanando una interpelación, y me ha dirigido varias preguntas.

¿Contesto á ellas, suponiendo que son el objeto del discurso de S. S., ó me callo para responder en el curso de la interpelación, si es que S. S. la explanaba? Esto es lo primero que necesito saber.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Ministro, el Sr. Cos-Gayón ha reconocido ya que estaba explanando la interpelación.

El Sr. COS-GAYÓN: ¿Me permite el Sr. Presidente que conteste al Sr. Ministro, para sacarle de la duda que ahora le asalta? Yo creo que en el estado á que han llegado las cosas, no podemos ya entender sino que yo he hecho uso del derecho de interpelación; el Sr. Ministro me contesta, si quiere, ó no me contesta, según tenga por conveniente; y yo, con arreglo al Reglamento, tengo el derecho de replicar, en el caso de que me conteste.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Perfectamente; entonces, la interpelación está ya hecha; yo contestaré á S. S. después que lo haga el Sr. Gamazo, que ha pedido la palabra antes que yo, y S. S. usará del preciosísimo derecho de replicar. Pero dejo á la consideración del Sr. Presidente, si, faltando dos minutos para la hora de entrar en el orden del día, comienzo mi contestación, ó la dejo para otro día. Por mi parte, estoy dispuesto á contestar ahora mismo.

El Sr. PRESIDENTE: Me parece que, faltando tan poco tiempo, se puede dejar para otro día. Se suspende esta interpelación.

ORDEN DEL DIA

Sucesos de Melilla.

Continuando la discusión pendiente sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Marenco tiene la palabra para alusiones personales.

El Sr. **MARENCO**: Señores Diputados, por causas ajenas á mi deseo y conveniencia, me levanto en estos momentos á intervenir en este debate, ya agotado, y promovido con motivo de los sucesos de Melilla, calificados por muchos de vergonzosos, por alguien de malhadados, y por todos de tristes é imputables á la imprevisión del Gobierno desde sus comienzos hasta su terminación.

Después de las interrupciones que provocó el discurso de mi querido amigo el Sr. Esquerdo en el día de ayer, habrá de serme lícito hacerme cargo de algunas de ellas por pertenecer á un partido abiertamente hostil á las instituciones imperantes, y al mismo tiempo al Cuerpo general de la armada.

Debo empezar por manifestar que yo no he hecho nunca, jamás, ostentación de mis ideas sino en tanto cuanto mis correligionarios me invistieron con la toga del legislador y me dieron las mismas prerrogativas y derechos que á todos los demás señores Diputados. Y después de todo, entre ocultar más ó menos maliciosamente las propias opiniones, aceptando mañana de Gobiernos adversos determinados mandos para volver luego las tropas que le fueron confiadas contra aquellos Gobiernos y aquellas instituciones, entre eso y mi conducta y opiniones, que ostensiblemente, sin alardes de ningún género, manifiesto cuáles sean, creo que hay notable diferencia, que deja á mi favor títulos á la consideración de todos.

Yo he servido á mi Patria, la sirvo y la seguiré sirviéndola; no sirvo á las instituciones. Las instituciones pasan; yo he servido en tiempo de Doña Isabel II, y en aquella época he hecho, en la modestísima medida de mi corto empleo, la guerra de Santo Domingo; he servido luego al Gobierno provisional, serví á la Monarquía de Don Amadeo de Saboya, á la República, y pude ver que, si los Gobiernos y las instituciones desaparecen, la Patria siempre queda. Yo he servido, sirvo y serviré lealmente á mi Patria.

Lo que no he hecho nunca, ni hice en 1868, siendo ayudante del general Prim, fué aceptar empleo, ni gracias, ni consideraciones, por sublevaciones militares; lo que no me ha pasado jamás por mis mientes, cuando el país estaba empeñado, como el año 1874, en una guerra separatista en las colonias y dos guerras civiles en la Península, cuando el ejército combatía contra los sublevados, es sublevar á ese mismo ejército; porque ante mí se hubiesen levantado, como fantasma acusador, los grandes peligros que podía correr la Patria. Eso no lo he hecho yo nunca, no lo he pensado, ni lo pensaré jamás.

Nos habéis acusado de haber llevado la indisciplina al ejército, y no es cierto; nosotros lo que hicimos fué restablecer la disciplina, que vosotros habíais roto, y cuando estaba restablecida volvió á romperla en Sagunto el general Martínez Campos. Nosotros acusamos á los Gobiernos del régimen imperante, porque son los que han desorganizado y desmoralizado al ejército. Nosotros no hemos hecho

una revolución en 1868 para derrocar á los Borbones, y luego transigir con ellos; nosotros no hemos hecho una revolución en 1874 contra las instituciones, que el país se había dado: la República, la única forma de gobierno que ha llegado al poder por la ancha puerta de la legalidad.

Nosotros os acusamos de que en los veinte años, que llevamos de Restauración, habéis gastado en atenciones del ejército 3.000 millones de pesetas, es decir, 12.000 millones de reales; más del importe de cuatro presupuestos generales del Estado; y después de haber gastado ésto, hemos podido ver, con motivo de los sucesos de Melilla, que no tenemos los elementos necesarios para llevar la guerra fuera de España; que no tenemos vestuario, ni armamento portátil moderno; no tenemos parques provistos del material de guerra, ni sanitario, ni ferrocarriles estratégicos, ni campos atrincherados; que las costas están desguarnecidas y desamparadas. ¿Qué habéis hecho de estos 3.000 millones de pesetas? ¿En qué los habéis invertido? Pues de esto os acusamos.

Y os acusamos, además, de ese estado de postración, de la miseria que sufren los oficiales y jefes del ejército, de esa falta de porvenir que tienen los mismos; os acusamos de que haya catorce clases de sueldos distintos para los capitanes; de modo que, mientras algunos cobran tanto como un comandante, hay otros que perciben lo que un teniente. Nosotros os hemos acusado de todas estas cosas y de la paralización de las escalas, y os decimos que no hay posibilidad de tener un ejército entusiasta cuando se da el caso de existir centenares de tenientes y capitanes, que permanecen diez y seis años en sus respectivos empleos sin que les sea posible aspirar á terminar su carrera con el empleo de coronel.

No tengo yo la insensata pretensión de constituir por mí sólo garantía de lo que ha de ser la disciplina del ejército en los futuros Gobiernos de la República; pero sí puedo decir que mis correligionarios, mis compañeros, aun cuando no participen de mis opiniones políticas, los que han servido conmigo ó á mis órdenes, y aquellos jefes, á cuyas órdenes he servido, tengo la evidencia de que ninguno de ellos, nadie temerá que sea el advenimiento de la República peligro para la disciplina de la Marina. En el ejército de tierra, tengo derecho á decir, y no creo que cometo ninguna indiscreción diciéndolo, que el general Arolas, republicano como yo, que tampoco lo oculta, que tampoco ha engañado á nadie, que tampoco hará traición, que tampoco se sublevará ante desdichas como las que ocurrían á la Patria el año 74, el ilustre general Arolas, uno de los prestigios más puros del ejército, es una garantía para los jefes y oficiales, de que no habrá indisciplina para el ejército de tierra; y no es esto necesario, porque los hombres civiles, empezando por el jefe ilustre de mi partido y concluyendo por el Sr. Pí y por el Sr. Salmerón, no menos ilustres, tampoco son partidarios de la indisciplina en el ejército; nosotros no queremos más garantía para hoy y mañana que el ejército; pero queremos el ejército para la Patria, le queremos para la Monarquía lo mismo que para la República; que sirva y llene su alta misión lo mismo con la Monarquía que con la República; no queremos un ejército á nuestro servicio; pero, si hubiera indisciplina ó la hubiera habido, la culpa estaría en vosotros.

Lo mismo los de la derecha que los de la izquierda monárquica, le habéis sublevado contra las instituciones mil veces, y nosotros jamás hemos derrocado Gobierno ni dinastía ninguna sublevando al ejército: eso lo habéis hecho vosotros; vosotros sois los que habéis dado lugar á ese concepto que por los pronunciamientos hemos adquirido en Europa. Esa es obra vuestra, como lo es la indisciplina del ejército, siempre que la ha habido.

Dicho esto, como mi ilustre y elocuente amigo el Sr. Salmerón, aceptando el reto que ayer partió del banco azul, ha de ocuparse con su elocuente palabra, en contraposición á la mía, torpe y difícil, de estos asuntos, abandono el punto, y voy á entrar en lo que podemos decir que es realmente la materia de la interpelación.

Yo no tengo propósito de mortificar al Sr. Ministro de la Guerra; hago más las declaraciones, que en este sentido hizo ayer mi correligionario el señor Esquerdo; pero entiendo que por muchos esfuerzos que el Sr. Ministro de la Guerra haga, además de los que ha hecho, para sincerarse del cargo de imprevisor, á mi juicio, no lo logrará. La imprevisión, desdichadamente, Sres. Diputados, podemos decir que es la madre de los tristes acontecimientos de Melilla. No es de ahora, y raya en lo inconcebible, la falta de amor al bien del país, la política mezquina y de egoísmos, que aquí viene haciéndose desde tiempo inmemorial por todos los Gobiernos, el imperio del caciquismo y de la inmoralidad, el abandono total y absoluto de todo lo que pueda ser útil para el país.

Estas son, Sres. Diputados, las causas esenciales de los tristes acontecimientos de Melilla.

Yo acepto como buena y verídica la historia, que de ellos ha hecho el Sr. Ministro de la Guerra, y deduzco que por sus propias declaraciones se encuentra convicto y confeso del cargo de imprevisor. Yo he de poner un ejemplo que aclare mejor que podría hacerlo mi torpe palabra hasta dónde llega vuestra imprevisión. Más grave, mucho más grave que lo de Melilla es, sin disputa, lo de Gibraltar. Tenemos fortificada la frontera portuguesa, y me parece que de los portugueses nada tenemos que temer por hoy; hemos fortificado la frontera francesa, y hace muchos años que nada tenemos que temer de esta República, y en cambio tenemos en el más absoluto y criminal abandono la fortificación de la frontera inglesa. Y conste, Sres. Diputados, que tengo noticias de que hace tres años el gobernador de Gibraltar recibió orden de invadir nuestra costa de la bahía de Algeciras si llegaba á ocurrir, la temida conflagración europea. Acaso esto sucedía á la entrada de la última escuadra rusa en el Mediterráneo.

Pues bien; ¿por qué extrañarnos, Sres. Diputados, de que hace treinta y cuatro años esté incumplimentado el tratado de Wad-Ras, único fruto de aquella guerra, cuando hace ochenta y cuatro años que permitimos se dismantelasen las fortalezas fronterizas á Gibraltar, retiramos de allí nuestros cañones y soldados, se llevaron aquéllos á Gibraltar, á condición de devolvérnoslos y de reedificar ellos nuestras fortalezas, y este es el momento en que no hemos exigido el cumplimiento del compromiso? Yo he tenido el honor de dirigirme al Sr. Presidente del Consejo de Ministros y al Sr. Ministro de Estado, solicitando de éste que trajera á la Cámara todos los documentos, que hayan podido modificar en parte ó en

algo nuestra situación con Inglaterra después de celebrado el tratado de Utrech, y hasta ahora no he tenido la fortuna de lograrlo. Yo no he tenido ni tengo interés alguno en ser el iniciador de una proposición encaminada á que se declare urgente y de carácter verdaderamente nacional la fortificación de Sierra-Carbonera, para anular completamente esa fortaleza, que, para vergüenza nuestra, está en manos extrañas. Si el Gobierno de S. M. no lo hiciera antes de terminar la legislatura, yo tomaría la iniciativa y presentaría la correspondiente proposición de ley.

Pues bien; si esto hacemos con Gibraltar, ¿por qué ha de extrañar nuestra conducta en Melilla? Esta es la única disculpa seria que, á los ataques que se le han dirigido, ha opuesto el Sr. Ministro de la Guerra. Su señoría ha dicho: «yo he sido imprevisor; pero otros Ministros de la Guerra lo han sido también, y cualquiera en mi lugar lo hubiera sido igualmente.» Ya nos dijo el Sr. Ministro de la Guerra, al tratar de este particular, que, recientes los laureles conquistados por nuestro ejército el año 60, y acabado de firmar el tratado de Wad-Ras, hubo en el campo de Melilla una agresión, que no se hubiera verificado de haberse cumplido el tratado en la cláusula sétima. Este tratado y aquella guerra, fué, aunque nacional, llevado á cabo por el partido unión liberal, y á ese partido ha pertenecido el Sr. Ministro de la Guerra, y por lo tanto, es un testigo de mayor excepción en este punto. La sangre que se ha vertido desde el año 60 hasta ahora inútilmente en Melilla, está fuera de duda que debe pesar sobre aquel Gobierno que no supo aprovechar las consecuencias de la guerra, justamente calificada de grande, y su paz de pequeña, por el abandono incalificable que se tuvo en aquellos momentos; frescos aún sus laureles, con un ejército aguerrido y acostumbrado á batir á los moros, obligados más que en ninguna otra ocasión al cumplimiento de lo que acababan de pactar por el vencimiento, con un ejército reunido y formado como no lo tienen hoy, es evidente, Sres. Diputados, que debió procederse inmediatamente á la única garantía posible con aquellas hordas del Riff, al cumplimiento del tratado.

No lo hicieron, incurrieron por ello en grave responsabilidad é imprevisión, que han venido contrayendo todos los Ministros de la Guerra y de Estado, que sucedieron á los de aquella época, no ciertamente en la misma medida, porque es de todo punto evidente que desde el año 68 al 74 no pudieron los Gobiernos, dadas nuestras revueltas, con una guerra separatista en Cuba y con otra civil en la Península, dedicar su atención al cumplimiento del tratado de Wad-Ras, cuyo abandono había de ser causa de frecuentes agresiones y aun de otra nueva guerra; pero después de hecha la paz del Zanjón y del convenio de Amorevieta, con un ejército perfectamente aguerrido en Cuba y otro en la Península, y con las agresiones, que no habían cesado, parecía natural, señores Diputados, que aquellos Gobiernos creyeran llegado el momento de exigir el cumplimiento del tratado y tener de este modo la única garantía posible; tampoco lo hicieron, y también incurrieron en responsabilidad grandísima. Y para que no se me olvide, he de exponer una opinión mía.

Si existiera el servicio militar obligatorio; si los hijos de los Ministros de la Guerra y de las personas

más importantes hubieran de guarnecer y defender como soldados la plaza de Melilla, indudablemente estaría fortificada, como debiera estarlo, y perfectamente guarnecida; como sólo han derramado su sangre allí los hijos de las clases más modestas, los hijos del pueblo, por eso no se ha hecho nada para garantizar su vida, ni se hará, con toda seguridad; no se hará. ¿Qué motivo, qué excusa ni qué pretexto puede alegar el Sr. Ministro de la Guerra cuando dice que es escasa la guarnición de Melilla? ¿Por qué es escasa? ¿Lo es acaso nunca la de Gibraltar? ¿No tiene esta plaza constantemente medios para rechazar toda agresión? ¿Tiene algo que temer de nosotros, sobre todo agresiones imprevistas? Evidentemente que no. Inglaterra, que trata con un país civilizado, puede estar segura de que sin una declaración de guerra no hemos de agredirla, y sin embargo, hace lo que el Sr. Ministro de Estado dice que es necesario hacer: *si vis pacem para bellum*: estar constantemente preparada para la guerra.

Que no hay cuarteles en Melilla. ¿Por qué? Tenemos allí todo el material necesario, y el no haber cuarteles demuestra hasta dónde llega la inconcebible negligencia de todos los Gobiernos; porque allí tenemos cales, piedra, arena y mano de obra en una crecida población penal que no hace nada, porque el sistema penitenciario en España está al mismo nivel que todo; es decir, lo peor que puede estar. ¿Por qué no se han hecho caminos cubiertos desde hace treinta y cuatro años, conviniendo en que la guerra de Africa fué un momento crítico en nuestras relaciones con Marruecos? ¿Por qué no se limita la población civil, como se hace en Gibraltar? ¿Por qué no se hace algo para poner á cubierto nuestros soldados de las agresiones de los moros? Precisamente la responsabilidad del Sr. Ministro de la Guerra está en que S. S. conoce la historia de Melilla, y desde el parte de 30 de Setiembre, en que el malogrado general Margallo decía á S. S. que presentía un rompimiento, S. S., que conoce los antecedentes de Melilla, debió sospechar inmediatamente, indefectiblemente, como de absoluta necesidad, lo que venía después: la agresión.

Hay en este punto algo que ya indicaba mi amigo el Sr. Esquerdo.

El Sr. Ministro de la Guerra, con una nobleza de conducta, que para los que le conocen no tiene nada de extraño, olvidando toda clase de resentimientos políticos (y cuenta que son muchos los que pudiera tener con el jefe de su partido), pretende recabar para sí en estos desgraciados sucesos de Melilla la mayor parte ó toda la responsabilidad; y yo he de decir que, aunque reconozca que á eso se cree obligado el Sr. Ministro de la Guerra por su exquisita delicadeza, para discutir no puedo aceptar eso; no puedo creer que el Sr. Ministro de la Guerra, jefe que ha sido de un partido político, persona de clarísimo entendimiento, de grandísima prudencia en lo que se refiere al gobierno y á la administración del ejército, adornado de estas condiciones, ocultara al Consejo de Ministros, por creerlo propio de su exclusiva incumbencia, asuntos tan graves como los preliminares de los sucesos de Melilla, que podían llevar, como han llevado, al país á una situación por todo extremo grave. Yo creo que el Sr. Ministro de la Guerra asume esa responsabilidad, no porque haya de hacerse efectiva, que, desgraciadamente, en este

país, jamás se hace tratándose de los Ministros, sino porque no es creíble que dejase de poner en conocimiento de sus compañeros acontecimientos de por sí graves.

Y voy á ocuparme muy brevemente de lo que se refiere al general Margallo, porque también entiendo que puedo decir algo que convenga al Sr. Ministro de la Guerra. Hay indudablemente hechos, que no están todavía bastante aclarados en lo que respecta al malogrado general Margallo. No voy á entrar en su defensa, porque fuera en mí una insensatez hacerlo después del hermoso discurso que el Sr. García Alix pronunció con dicho objeto en esta Cámara; pero yo debo hacer alguna que otra rectificación.

El Sr. Ministro de la Guerra hubo de decirnos, para que todos lo tuviéramos en cuenta, que, siendo coronel el Sr. Margallo y mandando un regimiento de la guarnición de Melilla, dijo al ilustre general que mandaba la plaza: «Mi general, allí hay un entorchado.» Se refería á la altura de Sidi-Aguariach. Pues el que ha dado esta noticia al Sr. Ministro de la Guerra, el que ha referido la anécdota ó la anécdota (no sé si pertenece ya á la Academia el Sr. Ministro de Estado), no se encuentra en el caso de la Iglesia católica, que no puede engañarse ni engañarnos, porque se ha engañado y ha engañado al señor Ministro de la Guerra. El coronel Margallo no estuvo jamás en Melilla, y como no estuvo en Melilla no pudo decir eso.

Como visiblemente, aun para el más torpe la síntesis de la anécdota de S. S. era que el general Margallo, por amor al entorchado, por una ambición quizá loable, había comprometido las vidas de los que estaban á sus órdenes, bueno es que el Sr. Ministro de la Guerra quede enterado de la rectificación.

También debo decir, que después de haber leído el Sr. García Alix documentos importantísimos, dando en mi concepto un ejemplo loable, un ejemplo, no de indisciplina, sino de independencia necesaria para que el sistema parlamentario no languidezca, como al presente sucede, conviene que se sepa de qué manera han podido llegar esos documentos á manos del Sr. García Alix, y cómo se salvaron.

Cuando el general Macías llegó á la plaza de Melilla, creyó (y yo acepto que fuera una necesidad militar perfectamente justificada) que debía apoderarse, ó mejor dicho, ocupar, posesionarse, la palabra que estiméis más suave y que exprese mejor un concepto benévolo, incautarse de la documentación que había tenido en su poder el general Margallo. Pidió las llaves del pupitre que los contenía, no las encontraron, y entonces hizo descerrajar los cajones. La viuda del general Margallo, á pesar de su inmensa pena y aflicción, hubo de hacer, al saberlo, alguna protesta; el general Macías contestó con la cortesía y la consideración propias en aquellos momentos, pero al fin y al cabo se excusó. La viuda decía que por lo menos podía haberlo efectuado en presencia de alguno de la familia de ella, y si no, ante un fiscal ó autoridad, que hubiera inventariado los documentos; porque, aunque se trataba de un despacho oficial, evidentemente podía haber en aquel pupitre documentos particulares.

Los documentos de que se trata no fueron á poder del general Macías, porque el general Margallo, por intuición, recelando ya la víspera, por los telegramas que recibía, cuál pudiera ser su suerte, quiso

retenerlos para que le sirvieran de justificación, y en efecto, han servido para la nobilísima tarea del Sr. García Alix.

Pero sin esta intuición del general Margallo, dados los procedimientos empleados respecto á su correspondencia, la Cámara no hubiera tenido noticia alguna de los documentos que han servido para justificar la memoria del general Margallo.

Yo entiendo, y en esto creo que se le ha exigido también un sacrificio al Sr. Ministro de la Guerra, porque contraría por completo su manera de ser, bondadosa y generosa; yo entiendo, repito, que aquí se ha pretendido sacrificar inútilmente al heroico general Margallo, empleando con él procedimientos no vistos, y menos explicados, después de haber prodigado de una manera injusta, notoriamente injusta, á manos llenas, las recompensas al ejército de Melilla. Se ha querido sacrificar al general Margallo, se le ha querido hacer responsable de los deplorables sucesos de Melilla; y advierta el Sr. Ministro de la Guerra que el que esto le haya aconsejado, no lo ha hecho con cordura, porque si la tan afligida como respetable viuda del general Margallo no se hubiera visto en la necesidad de defender el nombre del padre de sus hijos, innecesaria era la defensa del Sr. García Alix, y la Cámara no conociera esos documentos, que tanto han perjudicado la situación personal del Sr. Ministro de la Guerra y del Sr. Ministro de Estado.

Porque hay que tener en cuenta la acusación contenida en el discurso del Sr. García Alix, cuando dijo que el Sr. Ministro de Estado ocultaba al de la Guerra las primeras negociaciones, y que el Sr. Ministro de la Guerra, por no saber esto, había acumulado, con notable perjuicio para el Tesoro y para lo que no es el Tesoro de España, 25.000 hombres en Melilla, que nada tenían que hacer allí.

Conviene, Sres. Diputados, averiguar quién daba calor al Sr. Ministro de Estado para mantener secretas estas negociaciones; esto es de todo punto interesante; porque, después de todo, no se comprende que, teniendo conocimiento el Sr. Ministro de la Guerra de estos hechos, de estas ocultaciones por parte del de Estado, no se comprende, digo, que después de esto permanezcan los dos en el banco azul.

Hay otro detalle también del mayor interés: los documentos pertenecientes al general Margallo, salvados milagrosamente en Melilla, se me asegura que aquí en Madrid fueron objeto de codiciados deseos y se hicieron no pocos esfuerzos para apoderarse de ellos.

Otro punto quiero rectificar, en lo que se refiere al general Margallo. Hay error evidente en lo que supone el Sr. Ministro de la Guerra en la relación que hizo de los sucesos del día 27. El general Margallo, cumpliendo órdenes del Sr. Ministro de la Guerra, salió á hacer la ampliación de los trabajos; estaba en Camellos; dió orden al general de brigada Sr. Ortega para que retirara á Cabrerizas las fuerzas y trabajadores que tenía á sus órdenes, con tiempo suficiente para que la retirada se hiciera con luz solar, conociendo perfectamente la manera que tienen de hacer la guerra los rifeños; el general Margallo retiró las suyas perfectamente y sin contratiempo alguno; pero ya cerca de la plaza notó el fuego hacia Cabrerizas, y vió además con sorpresa y disgusto que el general de brigada Sr. Ortega no

cumplía las órdenes que le había dado; y en presencia del fuego enemigo, cumpliendo su deber, como todo militar que en algo se estima, y él con más motivo, porque tenía la mayor responsabilidad, se dirigió personalmente á ver qué era lo que ocurría. Deploró, y así se lo dijo al general Ortega, lo que pasaba; y por esto entiendo yo, que no solamente no incurrió en responsabilidad ninguna, sino que realizó un acto meritorio, á pesar de que no hacía más que cumplir con su deber como militar pundonoso.

Que la plaza quedó al mando de un coronel. Esta es otra contradicción, en que incurre el Sr. Ministro de la Guerra. Pues qué, cuando los sucesos del día 2, ¿no quedó la plaza en poder de un coronel? ¿Es que esto lo censuró el Sr. Ministro de la Guerra? Pues, por el contrario, esto no fué óbice para que se aprobara la conducta del valiente general Margallo en nombre de S. M. la Reina, en nombre del Gobierno, y especialmente del Sr. Ministro de la Guerra, que es quien lo proponía. El general Margallo publicó esta aprobación de su conducta en la orden del día, hizo una propuesta, contrajo méritos, y no basta ahora pretender que el general Margallo fuese por su conducta la causa de lo que allí ocurrió, porque después de todo, el general Margallo no perdió fuerzas que disminuyeran aquel contingente en términos que impidieran continuar las operaciones.

Otra especie ha vertido el Sr. Ministro de la Guerra á todas luces equivocada: que en la feria de Frajana estuvieran el día 2 soldados del regimiento disciplinario. Señores, yo creo, por lo que han dicho los que han estado en Melilla y por el conocimiento que todos tenemos de aquellos sucesos, que esto es inverosímil. Nosotros no vamos al campo de los rifeños; ellos vienen al nuestro y han venido siempre, y cuando han querido; y ya al frente del ejército el general Martínez Campos, y en ocasión de maniobrar la división Ortega, hubo de entrar parte de ella en el campo neutral, y si no fué agredido ¿no faltaba más!, si motivó este acto una reclamación, en tanto que los rifeños pasaban á diario por nuestro territorio.

De consiguiente, me parece que el autor de esa noticia corre parejas con el que le refirió la anécdota, de que antes he hecho mención.

Quiero rectificar otro hecho, y es, que, tratándose del general Margallo, y á pesar de sus escasas fuerzas, se le conminó reiteradamente para que no consintiera ni por un momento pasara un solo rifeño á nuestro territorio. Conviene dejar sentado este hecho por lo que diré inmediatamente. En cambio, al general Macías, con 12.000 hombres, jamás se le exigió que repeliera á los rifeños, que ocupaban nuestras trincheras desde el día 27 ó el 28, según creo. Por consiguiente, al general Margallo se le relevó porque era de absoluta necesidad relevarlo, porque así convenía á los planes del Gobierno. El general Margallo se había batido bizarramente con pocas fuerzas, al general Margallo se le había ordenado que no consintiera ningún rifeño en nuestro territorio, y por tanto, no se le podía exigir luego, cuando se reforzaran las tropas que tenía á sus órdenes, que permitiera la permanencia en nuestro campo de los rifeños. De modo que el general Margallo estorbaba. El general Margallo no mereció censuras por lo del 27, pues aquél desgraciado pagó con su vida su bizarro comportamiento; pero el general

Margallo no podía convenir allí de ninguna manera. No se le censuró por lo del día 27, no se le relevó por eso, porque estaba ya relevado; de aquí que su muerte pareciera á alguno un suicidio y á otros un fusilamiento; aunque estaba relevado, no tuvo de ello noticia, y por tanto no puede imputarse á temeridad lo que hizo, pues no llegó á tener conocimiento de su relevo.

Y dicho esto, no volveré á citar al general Margallo; si á deplorar la injusticia con que se ha procedido con su familia. Aquí, donde tanto teniente general hay con la gran cruz de San Fernando, con laurel y pensión, otorgada algunos años después de haber tenido lugar el hecho que motivó la concesión, no se explica que á un general, que muere en campaña y que muere en las guerrillas tratando de llevar adelante y de empujar los soldados á sus órdenes, al ver que retrocedían, cosa natural ante aquel fuego terrible de fuerzas muy superiores en número, á ese general se le deje sin recompensa, ya que no para él, para su viuda y huérfanos. Pero yo de esto, como he dicho al principio, no echo la culpa al Sr. Ministro de la Guerra, cuya bondad y cuya generosidad es de todos reconocida; y voy á examinar otro aspecto de la cuestión.

Al general Macías, á ese sí se le ha concedido el segundo entorchado, y yo creo que le ha merecido; creo que debiérais haberle dado todavía mayor recompensa, no por lo que ha hecho, sino por lo que le habéis obligado á dejar de hacer. El general Macías no fué á Melilla á combatir, el general Macías fué de precursor del Sr. Ministro de la Guerra; no tenía otra misión que la de informar, á su juicio, de cuanto se necesitaba para poder emprender operaciones importantes, y, en efecto, cumplió su compromiso.

Nada hizo; sobre todo, nada de provecho y nada que redundase en beneficio de la moral del soldado; pero hizo mucho para concluir con el espíritu del ejército. Y la prueba de lo que digo está en aquellos convoyes para aprovisionar los fuertes, demostración palpable y evidente del estado en que tenemos las fortificaciones de Melilla; aquellos convoyes en que perdíamos ocho ó diez soldados diariamente para llevar una cuba de agua y algunos víveres, sin posibilidad de represalias, porque nos manteníamos en la más absoluta defensiva; y aunque yo no presuma de competente en materias militares, sé bien, como sabe todo el mundo, que la guerra, cuando se hace de ese modo, cuando se limita estrictamente á la defensiva, acaba por perjudicar la moral del ejército, la deprime.

Por entonces, y no extrañéis que hable del estado de la opinión en la Península porque influía directamente en nuestra conducta en Melilla; por entonces, y cediendo á la opinión, os creíais en la necesidad de hacer la guerra. Los acontecimientos del 27 y 28 habían sublevado el sentimiento de todos los españoles, sin distinción de partidos ni de opiniones; pero esos sucesos de tal modo venían á facilitar al Gobierno su misión, que no es de extrañar que, como decía el Sr. Martín Sánchez, hubiera maliciosos que llegasen á suponer que los asuntos de Melilla eran obra del Gobierno. ¿Por qué? Porque todos recordáis el estado de la Península en aquella época.

Estaban las economías del Sr. Gamazo en su plenitud; los motines eran diarios; el Sr. Presidente del

Consejo de Ministros, tan popular hace tres años, y el mismo Sr. Ministro de la Guerra, habían recibido inequívocas y desagradables manifestaciones ó pruebas de su impopularidad; todas las clases, todas las regiones y hasta todos los individuos, tenían alguna protesta que elevar contra la conducta del Gobierno. Pero ocurren los sucesos de Melilla, y como por encanto se restablece la paz en la Península, y nadie piensa más que en la guerra; surgieron de todas partes los ofrecimientos y se produjo aquel entusiasmo, que á muchos, y á mí entre ellos, nos hizo creer que, por lo menos, de vuestras administraciones y de vuestros Gobiernos habíamos sacado incólume el santo amor á la Patria. Y ante este espectáculo, á que todos asistimos, ante esta transformación completa, el *cui prodest* le vió todo el mundo.

¿A quién conviene y aprovecha esto? En lenguaje tan vulgar como lo oí, lo repetiré: el Gobierno va á echarse un remiendo con los sucesos de Melilla. Y como era incomprensible que el general Margallo procediera á la construcción del fuerte sin que el Gobierno tuviera noticia de ello, aquí tiene explicados el Sr. Ministro de la Guerra los fundamentos de la malicia popular.

Movilizásteis las reservas; y esto yo no lo he de tratar bajo el punto de vista técnico, ni tengo competencia, ni lo creo además necesario. ¡Movilización! No puede haber movilización. También en esto, por muchos que sean los esfuerzos que haga el Sr. Ministro de la Guerra, podrá demostrarnos sus conocimientos técnicos, sus cualidades de orador parlamentario, pero no que la movilización se hizo bien; eso es de todo punto imposible; no puede ser; es materialmente imposible hacerlo, porque no tenemos red de ferrocarriles; porque no tenemos material en los pocos ferrocarriles con que contamos; porque carecemos de organización que responda á las necesidades de las grandes movilizaciones; porque carecemos de armamento, de vestuario, de cuarteles, de material, de todo lo más indispensable para movilizar fuerzas; y por eso, todo el mundo pudo ver lo que pasó con los reservistas. Es cierto que el Sr. Ministro de Estado, que se conoce es partidario de que las bromas deben ser pesadas ó no darlas, dijo en una nota á nuestros representantes en el extranjero, que en quince días podíamos movilizar 300.000 hombres. Yo creo que esto es una labor antipatriótica; esto no puede tener otro resultado útil que el de engañar á los más de los españoles y hacerlos creer que, en realidad, nosotros estamos en el caso de movilizar 300.000 hombres.

Recuerdo haber hablado por aquellos días con dos dignísimos coroneles, el uno de infantería y el otro de ingenieros, sobre la movilización; y haciendo comentarios de lo que veía y oía, hube de preguntarle: ¿de modo que para organizar aquí 100.000 hombres?... Y me dijeron los dos: «no haga usted supuestos absurdos.» Efectivamente, ¿qué hemos de movilizar, si el ejército que tenemos bajo las banderas hoy está desigualmente armado y carece de todo lo preciso, como hemos visto en Melilla? Nosotros entendemos que para facilitar la organización, y en esto yo no hago más que apuntar una idea que pudiera hasta ser propia, y conste que yo no acuso de fracaso en la movilización al Sr. Ministro de la Guerra, porque creo que su movilización es defectuosa y deficiente, como lo era la anterior y como lo son to-

das, y no culpo á S. S. más ni menos que á sus antecesores. Pero si se trata de movilizar dentro de nuestros escasos medios, nosotros entendemos que para facilitar la movilización es necesario que hagamos lo que Francia, Italia y Alemania respecto de los ferrocarriles: llevar á todos ellos la inspección militar. Para movilizar el ejército es preciso que los ferrocarriles, en esos casos por lo menos, estén intervenidos por el ejército mismo, y ahí tiene S. S. un medio fácil para dar salida á una multitud de jefes y oficiales, que favorecerían su plan, seguramente, haciendo lo que, se llama «saltar el tapón.»

Creo también que, para que la movilización sea algo más perfecta, se hacía necesario que, tanto en los Municipios de las grandes poblaciones, como en los de pueblos importantes, haya una sección de quintas; porque hoy día los alcaldes, y sobre todo los de los pueblos pequeños, no cumplirán jamás las órdenes de la movilización, precisamente en esta triste época que atravesamos, en que el caciquismo lo es todo, y nada el imperio de la ley.

Al Sr. Macías lo dejamos paralizado en Melilla, viendo cómo se enervaba la moral del ejército y sin poder poner remedio á lo que ocurría, obedeciendo, sin duda alguna, á orden superior. Y vino el nombramiento del general Martínez Campos. Creo, en este punto concreto, que el Sr. Ministro de la Guerra fué nuevamente víctima é hizo otro sacrificio perjudicial para su persona y quizás nada útil para nadie. Ha dado una explicación S. S. de cómo ocurrió el nombramiento del general en jefe, y yo someto á la consideración de los Sres. Diputados la siguiente reflexión. No necesito enumerar, porque todos recordaréis bien las excepcionales condiciones que reúne el señor general López Domínguez. ¿Es posible creer que en aquellos momentos autorizara la venida á Madrid del capitán general de Cataluña, cuando se movilizaban las brigadas que tenía á sus órdenes, cuando abrigaba los temores de que S. S. nos ha hablado en la tarde de ayer, y de que yo he de ocuparme, y cuando ese capitán general era el Sr. Martínez Campos, sin que S. S. diera noticia á sus compañeros de Gobierno de su llegada ni de su autorización para ello? ¿Cómo es esto posible, cuando á las veinticuatro horas se veía el gravísimo compromiso en que ponían al señor general Martínez Campos si se llevaba á cabo la crisis, porque pudiera creerse que se trataba de una corazonada, muy propia, después de todo, del señor general Martínez Campos? Yo creo que no; yo no acepto el sacrificio que hace el Sr. Ministro de la Guerra, y creo firmemente, ó que S. S. no tenía conocimiento, ni de la venida del general Martínez Campos, ni de la visita que le había hecho el Sr. Duque de Tetuán, ó que el señor general López Domínguez, sacrificándose otra vez, se hacía responsable de una impremeditación que no cabe en su manera de ser. Pero de todos modos, observen los Sres. Diputados y recuerde el señor general López Domínguez que antes de que desistiera de ir á Melilla, aun permaneciendo en el Ministerio, ya la casi totalidad de la prensa profetizaba que S. S. no iría á mandar el ejército de Melilla.

Su señoría nos ha hecho una relación de lo que pasó en Consejo de Ministros, y de ella resulta que pocos de sus compañeros, muy pocos, opinaban que el Sr. Ministro de la Guerra debía ir á Melilla para ponerse al frente del ejército de operaciones. Muy

pocos estarían al lado de S. S., y supongo que serían dos á lo sumo; los demás Sres. Ministros creían que el señor general López Domínguez no podía ni debía ir á Melilla. ¿Por qué? Las razones no las ha puntualizado el Sr. Ministro de la Guerra, y por eso creo yo, Sres. Diputados, que ha de serme lícito discurrir, siquiera sea brevemente, acerca de lo que creyeran, de lo que pensaban sus compañeros de Ministerio para oponerse tan obstinada y resueltamente á que S. S. fuera á mandar el ejército de operaciones.

El Sr. Ministro de la Guerra nos ha dicho que en aquellos momentos y después, ha sido víctima y objeto de toda clase de censuras, se le han lanzado recriminaciones, y que se había llegado con él hasta la injuria y la calumnia.

Su señoría nos ha asegurado que planteado el problema de ir á Melilla, le dicen resueltamente que no; y el Sr. Ministro de la Guerra reforzaba su opinión con la del general Martínez Campos, que noticioso del deseo de S. S. de reservarse el mando de Melilla, le contestó que no volvería á preguntarle sobre tal nombramiento, porque él en su caso ni á su padre le cedería el mando de aquel ejército. Es deplorable que el Consejo de Ministros, tan sumiso y obediente á las menores indicaciones del general Martínez Campos, no aceptara que el general Serriá, por ejemplo, ocupara temporalmente el Ministerio de la Guerra y S. S. mandase el ejército de Melilla. Teniendo en cuenta las calumnias, las injurias, las censuras, los peligros que luego se niegan aquí con intempestivas interrupciones, pero que no eran menos ciertos entonces para todo lo existente, yo creo que los Ministros dijeron: el general López Domínguez va á Melilla á una de dos cosas, á tomar la ofensiva ó á permanecer á la defensiva. Si toma la ofensiva y hay un descalabro, cosa fácil después de todo, porque lo hubo en los comienzos de la guerra de Africa; si esto ocurre, ¿qué hará aquel ejército, qué hará el país, qué será del Gobierno, qué será de aquello por lo que el Gobierno tiene más interés que por la Patria misma?

Si permanece á la defensiva, esto requería un gran prestigio, y yo no se lo niego ni se lo regateo al general Martínez Campos. Era necesario mucho prestigio que oponer al deseo del ejército por combatir, con el desgaste consiguiente á todo lo que en lo moral ó en lo mecánico soporta gran esfuerzo, para que permaneciera inactivo un ejército de 25.000 hombres, algunos de los cuales habían sido testigos presenciales de la muerte de nuestros soldados y de aquellas bárbaras mutilaciones, y que además habían visto nuestro territorio invadido por los rifeños, que eran en aquella sazón, y lo fueron durante muchos días, dueños de ese territorio. Para esto se necesitaban todos los prestigios del general Martínez Campos, que aunque eran muchos y sirvieron para lo que se deseaba, no pudieron evitar en absoluto que quedara algún descontento en aquellas fuerzas.

Comprenderéis, Sres. Diputados, que el general Martínez Campos tampoco fué á Melilla á pelear; fué, como acabo de decir, á poner su prestigio incontestable á un procedimiento, á una línea de conducta ya acordada de antemano, de funestos resultados para nuestra política en Marruecos, para nuestro prestigio y para todo; porque una de las cosas que hemos perdido en estos desgraciados sucesos de Melilla, es la consideración ante el extranjero. Como

Potencia militar, nos hemos manifestado tan débiles, que como en el mundo se vale tanto como se puede, y nosotros hemos demostrado valer y poder poco militarmente, nuestra consideración con las otras Naciones ha de resentirse por esta falta de virilidad que hemos demostrado. Fiel á su mandato, el general Martínez Campos no fué á combatir, y no combatió.

Desde su llegada, no hubo más tiros que los que sonaron para quitarle la vida á aquel desgraciado y mísero Farreu. Ya se ha ocupado de esto, aunque ligeramente, el Sr. Llorens, y yo he de hacer algunas consideraciones sobre ello, porque aun cuando por mi condición de militar he podido apreciar los efectos de la guerra y visto matar á mucha gente, no por esto creo justificado ni disculpable que se mate á nadie sin razón, sin motivo, sin justificación, sin necesidad que lo reclame y sin propósitos verdaderamente levantados y disculpables. Esto me lleva á asegurar, Sres. Diputados, que la muerte de aquel desgraciado que defendió al ejército y expuso su vida repetidas veces todas las noches, ni está justificada, ni legalizada siquiera.

El desgraciado Farreu, Sres. Diputados, no impidió la llegada á la plaza sitiada (que así se declaró) de Melilla á ningún confidente, en primer lugar, porque aquel bribón de Amadi no era confidente, y en segundo, porque no pareció por la plaza desde que se rompieron las hostilidades.

Yo he tenido posteriormente noticias de que el objeto que le llevaba á la plaza, era investigar si el moro Haó-ei-Hasar, criado del distinguido comandante de ingenieros Sr. Cervera, estaba al servicio de España, para si lo investigaba, y era cierto, cuando volviera otra vez al Riff, ó á pasar la zona neutral, como ya había ido con una comisión del general Sr. Macías, que fuera asesinado.

Contra aquel desgraciado Farreu, no sólo no hay indicios de que impidiera llegar á la plaza al confidente (y ya he dicho que no había tal confidente), sino que, por el contrario, apresuró el momento de que lo realizase, puesto que por aquellas leves heridas que sufrió Amadi, fué por lo que cuanto antes lo llevaron á la presencia del general Martínez Campos.

Además, no está tampoco legalizado el fusilamiento del desgraciado Farreu, porque no había más acusación que la de Amadi, y éste no culpaba á Farreu, sino que lo hacía á su compañero Pareja; fué éste el que culpó á Farreu, sin que se presentase ninguna otra prueba, porque otros dos testigos que declararon se mantuvieron en la más absoluta negativa.

Y tengo entendido que el general Martínez Campos sabía que la víctima era inocente; pero por la ley de la guerra creyó que había necesidad de sacrificar la vida de ese desgraciado, y evitarse con esto tener que poner mano en la de alguna otra persona que reuniera condiciones superiores á las del infeliz Farreu.

Como no podía menos de suceder, causó esto mala impresión en el ejército de Melilla, en España y en la conciencia de todo el mundo; porque se creyó, con justicia, que hubiera sido más conveniente no sacrificar injustamente á aquel desgraciado, y poner mano, si hubiese sido necesario, en algún general, coronel ú oficial; y, cosa sensible, pero que se hace inevitable para prevenir mayores males, voy á

referir yo á mi vez una anécdota, que creo que es más verídica que la que nos refirió el Sr. Ministro de la Guerra, y que tiene incontestable oportunidad con lo que voy narrando.

La paciencia del general Martínez Campos tuvo, indudablemente, momentos de eclipse; y en uno de esos momentos hubo de dar la orden á uno de los generales que ejercían mando más preeminente en Melilla, de municionar dos brigadas. Aquel su subordinado y amigo le contestó: «Como quieras; en el acto daré la orden, si así lo mandas.»

En esta reserva, bien clara y evidente, pudo comprender el señor general Martínez Campos, que por parte de su subordinado y amigo había algo que le hacía creer que lo que intentaba no era conveniente, y le dijo: «¿Qué, te parece mal?»—«No; haré lo que usted mande.» (No quiero que se trasparezca quien pueda ser ese general.) «Lo que usted mande yo lo he de obedecer.» El general Martínez Campos en aquel momento, modificando su pensamiento, le dijo: «¡Bah! quizá tengas razón; no lo haga usted.» El general á quien le dió la orden, contestó: «Irémos fácilmente; pero, ¿qué conflicto no vamos á crear al regreso?» Y yo sé que otro general de tanta graduación como el aludido, y que estuvo también en Melilla, deploraba que la orden no se la hubiera dado á él el general Martínez Campos, porque la hubiera cumplimentado inmediatamente.

Y volviendo á mi argumentación anterior, tenemos, pues, que el nombramiento del capitán general Sr. Martínez Campos sirvió para aplacar mucho los ánimos; porque, es claro, todo el mundo discurrió, como era natural: un general de iniciativas reconocidas y probadas en diferentes ocasiones, como lo es el general Martínez Campos; un general que cuando en su Patria ardía la guerra civil y estaba en peligro la libertad, al menos la libertad tal como la entendemos nosotros, ya que no sea como la entienden los carlistas; y cuando había que luchar con los separatistas de Cuba en guerra de índole muy diversa, comete aquella temeridad, que fué severamente juzgada por el que había sido mucho tiempo su jefe, y si dejó de serlo brevemente, lo es ahora de nuevo (jefe político, se entiende), y que el hoy Presidente del Consejo de Ministros, tan deseoso y tan solícito de obtener la menor sonrisa del ilustre caudillo, calificó entonces dicha temeridad de vergonzosa, y bastante por sí sola para deshonorarnos ante Europa (y me remito á los que interrumpían ayer y nos acusaban de posibles sublevaciones, que jamás han estado en nuestro ánimo en los momentos de la guerra); un general de estas condiciones, ¿cómo es posible, habiendo declarado que se había ultrajado nuestra bandera, viendo el estado del país, y teniendo 25.000 hombres bajo sus órdenes, que no combata, como se lo demandaba su historia, el deseo de la opinión, y hasta nuestro prestigio é incuestionable derecho?

Todo el mundo pudo apreciar que iba á Melilla, no á la guerra, que eso nadie lo quería, y ya lo dijo la prensa en varias ocasiones, sino á castigar por nuestra mano á los que repetidas veces han derramado sangre española ante los muros de Melilla. ¿Cómo no había de creer eso y esperarlo todo el mundo de quien intentara y realizara la temeridad de Sagunto? Pero ¡un desengaño más! No lo hizo; ni siquiera destruyó á su llegada las trincheras que se encontraron hechas en nuestro territorio; con todo transigió; y lo

hizo de tal suerte, que hay algo verdaderamente digno de censura juzgándolo serenamente y sin apasionamientos.

Vino aquel desdichado suceso de las balsas: invaden nuevamente nuestro territorio unos rifeños de la kabila de Mazuza, se les cañonea, se exige luego la entrega de los principales autores de la agresión, para que fueran fusilados en Melilla ante nuestro ejército, y en efecto, esta reclamación, como todas las que tenían algún carácter de energía, del señor general Martínez Campos, fué desatendida por completo. Los Sres. Diputados que se hayan tomado la molestia de leer eso que se llama el *Libro Rojo* (y yo creo que está bien ese color, por la vergüenza de lo que revela, aunque no era menester que fueran rojas sus cubiertas, porque las enrojecería la vergüenza del que lo lea), habrán visto que no se realiza el castigo y que desaparece la exigencia á pesar de la reclamación del Sr. Ministro de Estado, y debido á la negativa de Muley Araafa; y ¿sabéis por qué ni fueron presos esos rifeños ni fusilados, ni se hizo absolutamente nada, ni se les castigó?

Pues porque cuando la división Ortega, impensadamente, no con deliberado propósito, no adrede, pisó la zona neutral, no la de los rifeños, sino la neutral, porque nosotros tolerábamos á los rifeños que entraran en nuestro terreno; pero ¡ay, si por casualidad pisaban nuestros soldados la zona neutral!; cuando eso sucedió, vino Muley Araafa y vinieron las reclamaciones, y se canjeó á los que debían ser castigados y fusilados por lo de las balsas, tomando por pretexto y causa la impremeditación del general Ortega. Yo no sé si el Gobierno de S. M. entiende que son estos los procedimientos más adecuados para conseguir prestigio en el Rif y en Marruecos; porque hay que advertir, señores, que el nivel de civilización entre las kabilas rifeñas y el Imperio marroquí marca tan poca diferencia, que hay que mirarle con microscopio, y con microscopio de lente muy poderoso, para poderle distinguir.

Si el Gobierno cree que estos procedimientos y todas las condescendencias y humillaciones sufridas por nosotros son la base de la política que hemos de seguir en Marruecos, yo me permitiría (rogando á los Sres. Ministros y al Congreso que perdonen el atrevimiento), yo me permitiría decir que desconocen por completo la política marroquí y todo lo que á la manera de ser de aquel Imperio se refiere, sin que se pueda alegar excusa, pues de ese completo desconocimiento ha dado lamentabilísimas y repetidas pruebas el Gobierno.

Y me será lícito ahora ocuparme del general Martínez Campos como negociador, porque como caudillo y militar, nada tenía que hacer y nada hizo; y del Sr. Ministro de Estado, el cual, á mi entender, para desdicha de la Patria, hacía tiempo venía tejendo la red en que nos hemos dejado intereses muy caros y dignos de estimación por parte de España. Voy á entrar en las negociaciones y á ocuparme del *Libro Rojo*, que en esta materia es una verdadera mixtificación.

Si la palabra no es castellana, como el libro lo ha redactado, y pasa bajo la responsabilidad del señor Ministro de Estado, diré que en las notas que contiene ese libro, ó que debía contener, se ha operado un verdadero escamoteo, vocablo que no podrá ofender á S. S. porque él mismo lo ha empleado.

Y ya que me empiezo á ocupar del Sr. Moret, es deplorable, y ha de serme permitido lamentarlo, que cuando se trata de sucesos de esta importancia y se quiere ejercer el derecho que tenemos todos los Diputados de juzgar la conducta de los Gobiernos, no haya venido á tomar parte y á oír la discusión, porque yo tengo cargos personales que hacerle; su conducta me merece las mayores censuras, y tengo que hacerle cargos graves, y quisiera, á ser posible con la palabra, residenciarle, sentenciarle y juzgarle. Y lo haría por considerarle autor de todas nuestras vergüenzas y desdichas; y á nadie debe extrañar que yo piense así, porque, dadas las condiciones que reúne el Sr. Moret para gobernar, todavía me pareció que íbamos á salir peor, á pesar de que hemos salido bastante mal.

Es el Sr. Moret acaso el primer orador en su género; nadie le gana en abundancia y fluidez de palabra, en multiplicidad de conceptos, en flexibilidad de talento, en laboriosidad, en todo lo que se requiere para pronunciar discursos admirables; pero en cambio no le pidáis (alguna compensación ha de haber, Sres. Diputados), no le pidáis nada útil ni práctico, porque de esto no puede dar nada el Sr. Moret. En su paso por la mayor parte de los Ministerios no deja más que huellas estériles; nada ha hecho ni hará nunca en parte alguna; pero no se le puede negar, en cambio, que desde los bancos de la oposición es un prodigio; y lo es á tal punto, que yo he creído siempre, Sres. Diputados, que si no el partido liberal, por lo menos el Sr. Moret debía estar eternamente en la oposición. ¡Qué clarividencia, qué facilidad para arreglar las mayores dificultades! No hay problema que se le resista; todo lo domina, hasta lo más abstruso. Si se trata de la cuestión financiera, tan difícil de suyo, tan compleja en nuestro país, ¡ah! se levanta el Sr. Moret, y en cinco minutos habla de Italia, de lo que hace Francia, de la situación de Inglaterra, y todo cuanto se hace en todo el mundo; encanta y maravilla; pero después, Sres. Diputados, cuando ocupa un puesto en el banco azul, cuando desempeña una ó dos ó varias carteras, que para todo tiene entendimiento y voluntad (*Kisas*), no le pidáis al Sr. Moret, como he dicho antes, nada que sea útil ni de provecho al Gobierno y á su país.

No siendo posible que exista nada perfecto en el mundo, el Sr. Moret, que tiene tantas perfecciones, no puede tener las que se necesitan para el Gobierno. La enfermedad del Sr. Sagasta le brindó ocasión para funcionar de Presidente del Consejo, é hizo lo que todos sabemos: sustraer por lo pronto al conocimiento del Ministro de la Guerra la primera negociación, que yo estimo vergonzosa, pero que es, al fin y al cabo, interesante, no pudiendo por esta razón el Ministro de la Guerra evitar cuantiosos gastos; del conocimiento de los representantes del país ha sustraído otra negociación más importante, y que, sin embargo, se dibuja perfectamente en el *Libro Rojo*, quitándonos los medios de ejercitar la debida fiscalización. Nadie trata de invadir atribuciones que tiene el Poder ejecutivo; pero nosotros tenemos la de someter al más severo y minucioso análisis todo aquello que de derecho por la Constitución nos corresponde, y esto no podría hacerse, Sres. Diputados, con los escasos datos que se han llevado al *Libro Rojo*. El Sr. García Alix suplió con su discurso parte de esto, y yo voy á explicar lo que tienen de vergonzosas y de poco dig-

nas las primeras negociaciones, las que se llevaron con el gobernador de Urdja y los demás jefes de kabila, exceptuando la de Guelaya ó Quelaya.

Esas negociaciones se entablaron por conducto de Maimón Mohatar. Puede considerarse esto como una vergüenza, una indignidad, un desprestigio y un peligro grave; porque es de todos sabido que Maimón Mohatar fué uno de los principales autores de los ataques de nuestros soldados en Melilla, en unión de Alí el Rubio y el Santón de la Puntilla. Es sabido que cuando Maimón Mohatar ocupó el bajalato, lo desempeñó con provecho para España. Pero, ¿por qué? Porque Maimón Mohatar en los casos de robos, hurtos y demás incidentes de pequeña monta, aceptaba la multa que imponía de acuerdo con el gobernador de Melilla, y si había que cobrar 20, pedía 100, y se guardaba los 80 restantes. Los moros acabaron por entender que no les convenía robar nada en tiempos del ladrón Maimón Mohatar. (Risas.)

Pero al fin y al cabo se sublevaron contra él, le quemaron la casa, le hicieron huir y le amparó parte de su familia de la kabila de Benisicar; allí, empleando sus malas artes y su superioridad de entendimiento y de medios respecto de los demás riffiños, é interesado en realizar su propósito de demostrar que mientras no volviese á ser bajá en los límites fronterizos no habría paz, efectivamente, lo consiguió, siendo el autor de todo lo que ha ocurrido en Melilla. Pues con este personaje hemos negociado; y decía á este propósito el Sr. Ministro de Estado, dirigiéndose al Sr. García Alix, que no se explicaba cómo se podía atacar á nuestra Legación ni á nadie por estas negociaciones. En efecto; ¿cómo atacar á nadie por tratar de dividir al enemigo, y mucho más cuando este enemigo son las kabilas del Riff? Comprendo que eso se hiciera para conseguir que algunas de esas kabilas nos fueran favorables para hacer la negociación; para sólo dividir las sin castigarlas por nuestras propias manos, eso es una vergüenza, eso no es digno, eso nos ha acabado de quitar el poco prestigio que teníamos en Marruecos; y esto no lo digo yo, lo ha declarado el general Martínez Campos, embajador extraordinario en Marruecos.

Hay que tener en cuenta, Sres. Diputados, y permitidme esta digresión, que los sucesos han ocurrido hace siete meses; que ha tenido ese tiempo el Sr. Ministro de Estado para preparar el *Libro Rojo*; que ha tenido siete meses para preparar el Sr. Ministro de la Guerra su exculpación; que se trata de parlamentarios de las condiciones de los Sres. Moret y general López Domínguez, y que hemos de creer que ya los hechos vienen después de haber pasado por todos los tamices necesarios para facilitar una verdadera defensa; y cuando vemos que la defensa no aparece, tenemos derecho á pensar: ¿qué hubiera sucedido si no hubieran tenido tanto tiempo de preparación!

Al Sr. Ministro de Estado le ha convenido no entender lo que le decía el Sr. García Alix cuando hacía cargos á la Legación. ¿Por dónde eran á la Legación esos cargos? ¡Ojalá siempre hubiera sido desempeñada como al presente lo está por el digno, pun-donoroso y enérgico Marqués de Potestad Fornari!

Entre otros abandonos de la política de Marruecos, uno de ellos ha sido le tener representantes allí que distaban mucho de reunir las condiciones que hacen

falta para estar al frente de la Legación. Pero el señor Marqués de Potestad Fornari las reúne todas. Basta, Sres. Diputados, para dar una prueba de su entereza, el decir que el Sr. Marqués de Potestad Fornari fué el que opinó, estando en Washington, desfavorablemente á la negociación Mora.

Cuando el Sr. García Alix acusó concretamente, lo hacía al Sr. Ministro de Estado, y no á la Legación en Tánger. El Ministro de Estado es el responsable, y es curioso que todo lo perteneciente á este punto, que era de gran interés para apreciar su conducta, se haya perdido. El Marqués de Potestad Fornari solicita permiso del Ministro el 2 de Julio para visitar nuestros presidios menores, y lo solicita de *motu proprio*, para poder apreciar por sí mismo la importancia que pudieran tener los acontecimientos que allí paulatinamente se desarrollaban, y sobre los cuales había serios temores; escribe una Memoria; y ¡qué casualidad! solicita licencia para venir á Madrid, no remite la Memoria, y precisamente el día que pensaba hacer uso de la licencia fué el 2 de Octubre, en que tuvieron lugar los primeros acontecimientos. ¡Coincidencias lamentables!

Esta fué la primera negociación, la subterránea, la subalterna, la poco decorosa; la que se llevó á cabo para dividir las kabilas. La otra, de la que hay huellas en el *Libro Encarnado*, es la seguida con las Potencias de Europa. Sabía yo, y lo comuniqué á mis amigos antes de que se repartiese el *Libro Rojo*, que España, tal vez en tiempo del Sr. Moret, había celebrado un convenio con Italia é Inglaterra para entenderse respecto de las cuestiones de Marruecos; y hé aquí confirmadas mis noticias en el *Libro Rojo*, el cual revela por modo indudable que nosotros tenemos un tratado secreto, y lo creeré en tanto no lo contradiga el Sr. Ministro de Estado, hecho, claro está, á espaldas del Parlamento y del Gobierno. Aparte de que esto sea más ó menos lícito, lo encuentro, además, poco acertado, porque no sé que se haya demostrado que Inglaterra ó Italia sean las Naciones más preponderantes en Marruecos. Para que no quede la afirmación escueta y al aire, voy á leer algo, aunque muy poco, del *Libro Rojo*.

En el despacho de 7 de Octubre á nuestro representante en Tánger, decía el Sr. Ministro de Estado: «Prevenidos los Gobiernos de Alemania, Austria, Italia, Francia é Inglaterra, todos están contextes y conformes, etc.» Y más adelante añade: «Para completarla y auxiliarles, debe contar V. E. desde ahora con los representantes de Italia y de Inglaterra.» Esto en la propia comunicación; y yo pregunto: ¿es qué puede la elocuencia del Sr. Moret llegar hasta haber acertado las distancias entre España é Italia y entre España é Inglaterra; á que sea menor esa distancia que la que hay entre Francia y España? ¿Cómo ha podido ser esto? ¿No había tratado? ¿Por qué, entonces, esa seguridad que se da en esa nota? Vamos á otra: «Los Ministros de Inglaterra é Italia han recibido órdenes terminantes de sus Gobiernos para apoyar las reclamaciones de V. E. pidiendo á ese Ministro de Negocios extranjeros que intervenga resueltamente para impedir nuevas agresiones de los riffiños.»

Aquí empieza otra de las desdichas de la negociación, la amplia, la sublime, la piramidal, esa á que se refiere el Sr. Ministro de Estado. «No acepte V. E. la excusa de impotencia ó inutilidad; los datos

que yo voy reuniendo y las noticias que á mí llegan, me hacen ver que en todo el territorio del Riff, ó al menos en el que ocupan las kabilas que rodean á Melilla, el Sultán cobra los impuestos regularmente y tiene medios constantes y regulares de hacerse respetar.» ¿Si estará enterado el Sr. Ministro de Estado de la influencia que tiene en el Riff el Sultán? Pudiera leer tantas notas cuantas fueran necesarias para llevar al ánimo de los Sres. Diputados el convencimiento de que todo hace creer que existe un tratado secreto entre Inglaterra é Italia de una parte, y de otra España, para ajustar á él nuestra conducta en Marruecos.

No quiere decir esto que Inglaterra se acomode á nuestros procedimientos. No sé si recordaréis que habiendo solicitado amarrar un cable submarino en la costa de Marruecos, hubo dimes y diretes, Inglaterra envió una escuadra, desembarcaron los que habían de hacer la operación de amarrar el cable y lo amarraron. No hubo notas ni intervención de ninguna clase; fué la escuadra y se realizó el hecho á que me refiero.

De la misma suerte amenazó después bombardear á Tánger si no se daba indemnización por el asesinato de un protegido inglés.

En cambio, nosotros hemos ido preparando los desastres de Melilla, dejando en la más completa impunidad todos los hechos bárbaros allí realizados, en términos que yo tengo entendido que así como el Sultán se ha negado á concedernos en Ceuta los límites que pactamos en el tratado de Wad-Ras, del propio modo hace dos años que se niega por completo á darnos toda clase de satisfacciones. Para lograrlas, creyó nuestro ministro residente en Tánger que el embajador extraordinario, que iba acompañado de grandes prestigios, era de suponer al menos que así fuera, debía hacerse cargo de las reclamaciones pendientes, solicitándolo así del Gobierno, que en efecto, no lo creyó oportuno, y él sabrá por qué; quizá por temor á la guerra, sin procurar siquiera encubrirlo, y sometién dose en cambio á toda clase de condescendencias, de humillaciones; procedimiento el más ineficaz para negociar con ninguna Potencia, y menos con un país como Marruecos.

Se trata de gentes que no respetan otro procedimiento que el de la fuerza; y cuando no se apela á ella, sucede lo que ha sucedido, que desde el Sur hasta Tánger, y desde Mogador hasta el Muluya, todo el mundo dice que nos han vencido, que nos han derrotado. Cosechamos lo que hemos sembrado, recogemos lo que es natural que recojamos: este fruto amarguísimo que, repito, menos mal si se distribuyera entre todos los españoles, pero sólo pesa sobre determinadas clases. A menos que no sea con una idea diplomática que yo no alcance, no comprendo la marcha que se ha seguido, porque supone el desconocimiento de lo que es Marruecos. Comprendo la primera nota dirigida á Mohamed Torres; pero él mismo lo dice: no es más que un criado del Sultán, no es más que un siervo de su amo, no tiene facultades absolutamente para nada. No las ha tenido ni siquiera para tolerar que se infrinja, no una ley, sino un precepto del Sultán, porque en Marruecos no hay leyes propiamente dichas; no ha consentido embarcar un caballo destinado al embajador; pero el Sr. Moret llegó á creer que teniendo exigencias con Mohamed Torres iba á conseguir algo.

Digo lo mismo respecto de Muley Araaf. El intento principal del Sr. Ministro de Estado, y yo creo que lo ha conseguido, ha sido extraviar la opinión, engañarnos á todos para que no conozcamos las vergüenzas que entraña la negociación de Melilla; Muley Araaf no tenía atribuciones para nada; eso lo sabía todo el mundo que hubiera visto el plano del Imperio de Marruecos, pues no precisa haber estado allí ni haber hablado con nadie que conozca aquel país para saber que era completamente inútil llevar al embajador á una serie de actos que lo han desprestigiado como capitán general del ejército español; como embajador, desprestigiando á la vez al país que representaba.

Estas fueron las negociaciones con Muley Araafa. En efecto; se solicitó primero la entrega de cuatro ó seis de los principales autores de los sucesos de Melilla, para fusilarlos.

Estos muertos, Sres. Diputados, estos muertos que ha matado el general Martínez Campos, sí que gozan de buena salud.

Pero hay otra cosa que también merece que fijéis en ella vuestra atención.

Una de las cosas que se dice en el tratado, es que se castigará á los rifeños en el verano. ¡Pero, Sres. Diputados! ¿Es que van á estar allí esperando los rifeños hasta el verano, para que los degüellen? ¿No tendrán buen cuidado de quitarse de en medio? ¿Van á estar allí esperando á que venga el castigo? ¿Hay nada más ridículo que esto? Esta es, por consiguiente, una petición que corre parejas con otras igualmente absurdas.

Yo repito que de esto no me alegro, ni se alegra esta minoría, que quisiera tener sólo aplausos que tributar al general Martínez Campos, como general del ejército español y como embajador extraordinario; lo que hay es, que lo que no se puede hacer, no es posible hacerlo, y es cosa que pertenece al género de las que no pueden hacerse, el tributar aplausos al general Martínez Campos.

Solicitó además el general Martínez Campos la demarcación, y con efecto, ya sabéis que no hay nada de eso. Solicitó el desarme. Sin duda el Sr. Ministro de Estado se creía que estaba en la época de Espotero y de la Milicia Nacional, y que desarmar á los rifeños era lo mismo que desarmar á los milicianos. (Risas.)

Esto acusa un desconocimiento absoluto, inconcebible; á tal extremo, que ya, por no ser concebible, no acusa desconocimiento. No; no desconocía lo absurdo de esta pretensión el Sr. Ministro de Estado, que sabe todo lo que necesita saber, y algo más de lo que le hace falta saber; y esto lo que indica es el propósito deliberado de engañarnos.

Muley Araaf no concedió absolutamente nada, porque no lo podía conceder; y si se ha pretendido cohonestar estas denegaciones ó fracasos con la presentación de los cabos de las kabilas y de los bajás, se ha pretendido una cosa que no se ha conseguido. Aquello fué otra comedia ridícula, que, no poco avergonzados, presenciaron varios generales que estaban en Melilla, obligados á tomar parte en aquella farsa porque así se les mandó. Aquellos 15 ó 20 desaharrapados que fueron á rendir homenaje á España en la persona del embajador, eran meramente vendedores de huevos y de gallinas. (Risas.)

Y si aun se quiere sostener que estaba allí re-

presentado todo el Riff, recordad que en la nota en que el malogrado general Margallo daba cuenta de la petición hecha por los rifeños de que no se destruyera el fuerte de Sidi-Aguariach, decía que habían acudido 150 jefes; y tened en cuenta, además, que no estaban allí representadas más que las kabilas del Guelaya, la de Benisicar, la de Mazuza, la de Frajana, las de frente á Melilla, y sin embargo, eran 150 los jefes reunidos.

Pero se creyó conveniente hacer esa comedia ridícula, no sé con qué objeto, y al mismo tiempo vinieron las reclamaciones á Mahomed Torres, perdiendo lastimosamente el tiempo, porque dirigirse á él con peticiones era lo mismo que pedir la concesión de un título nobiliario á una de las estatuas de la plaza de Oriente, que aunque son reyes, nada pueden conceder; y prueba de ello es, que el propio embajador extraordinario ha dicho que jamás se ha dado el caso de que el Sultán delegara en nadie, como, en efecto, así ha sucedido.

Muley Araafa se presentó á los rifeños como protector de los verdaderos creyentes; se presentó como protector de los rifeños contra nosotros; les aseguré que si pisábamos la zona neutral, moriría á la cabeza de ellos, luchando contra nosotros; porque á eso y no á otra cosa fué. Y es natural; todo el mundo sabe que este es el procedimiento que siempre se emplea allí; no es nuevo, ni mucho menos, y de ello tenemos la culpa nosotros.

Ya ocurrió, con motivo de los sucesos de 1891, algo que es muy digno de tenerse en cuenta, señores Diputados, para juzgar lo que ahora ha ocurrido. Entonces hubo otra agresión, hubo derramamiento de sangre, hubo pérdida de vidas, hubo una negociación, y se estipuló que para desagraviarnos se saldaría nuestra bandera, se castigaría á los culpables y se nos indemnizaría. Pues, ¿sabéis lo que pasó? Que el Sultán dijo á los suyos, como él dice las cosas, por medio de una carta que se leyó en las mezquitas, que nos había castigado á sufrir veintiún disparos de cañón á nuestra bandera. (*Risas.*) Y, en efecto, así fué. Secundó esto la Legación en Tánger; no se avisó la llegada del buque de guerra que había de recibir el homenaje, y los moros, aprovechando el embarque del sheriff de Wazzan, hicieron el saludo, que pasó como un honor tributado al sheriff.

Castigo, no lo hubo; nuestra Legación pidió que se perdonara al pobre, al inocente, al bendito Maimón Mohatar, que era uno de los autores de la agresión, porque ya estaba bastante castigado por los suyos, que le habían quemado su casa y perseguido; y ahora, en estos últimos sucesos, cuando quien debía pedir su perdón era el Sultán, para no verse privado de uno de los elementos más valiosos para él en el Riff, nuestro embajador ha sido quien lo ha solicitado, en vez de esperar á que se lo pidieran, teniendo que deber un favor en vez de otorgar una gracia; justificándose de este modo el dicho del Sr. Presidente del Consejo, de que la suerte nos había deparado en el ilustre general Martínez Campos un ilustre caudillo, un gran diplomático. Nadie ignora que el Sultán por sí mismo tiene escasa influencia en el Riff, y necesita servirse de intermediarios como Maimón Mohatar, el santón de la Puntilla ó Alí el Rubio, que es uno de los más famosos en esto de asesinar españoles, y que ha sido recientemente nombrado bajá del campo, para vergüenza nuestra.

Pues bien, y voy á terminar brevemente con esto de la negociación; entre las deficiencias más notables que en ella se advierten, están las siguientes: primera, demostrar que deseábamos nosotros la paz, costara lo que costara, cuando el más necesitado en que no se turbe la paz en Marruecos es el Sultán; segunda, que todos los medios empleados por nosotros parecen encaminados á buscar nuestro desprestigio y á colocarnos en las peores condiciones para tratar, porque hay que advertir, Sres. Diputados, aunque parezca nimio, que en realidad no lo es tratándose de un país como Marruecos, que el general Martínez Campos se ha prestado á permanecer descubierto ante el Sultán, no siendo esta ya la práctica seguida en aquel país. La última Embajada francesa, que realizó Mr. Ordegá, no fué recibida de esa manera, pues cuando á aquel embajador le anunciaron la etiqueta propia del Imperio marroquí, dijo que el embajador de la República francesa no permanecería descubierto ante el Sultán. El embajador español, sin embargo, no ha tenido inconveniente en permanecer con el casco en la mano, mientras el Sultán estaba á caballo; y nótese que nosotros íbamos á exigir reparación de un gran agravio, en tanto que Mr. Ordegá no tenía esa misión.

Tampoco lo hizo su antecesor el ministro inglés, Sir Charles Ewans Smith.

Las negociaciones, por consiguiente, tanto por lo de Melilla como por nuestra conducta anterior, como por todas las manifestaciones que hemos hecho en Marruecos, se han resentido precisamente de falta de prestigio y de energía, demostrada de una manera vergonzosa, y acaso innecesaria; vergonzosa, porque hemos ido á remolque de Potencias europeas que tienen menor interés que nosotros en Marruecos; é innecesaria, porque han de saber los Sres. Diputados, que ni Italia, ni Inglaterra, ni tampoco Francia se oponían á nuestra ocupación permanente de Tetuán, ni á la de Tánger, hasta tanto que fuéramos desagraviados, poniendo Inglaterra por condición que la de este último punto fuese temporal. El conflicto en Melilla nos lo han creado las humillaciones, el desaliento, la flaqueza, no sé cómo decirlo, del Gobierno; y si el señor Moret es el que ha llevado la negociación, principalmente del Sr. Moret.

Nosotros hemos podido, y lo han dicho ya con mucho acierto los Sres. Martín Sánchez y García Alix, tomarnos la justicia por nuestra mano en los primeros momentos, acumulando allí la fuerza necesaria para castigar el ultraje hecho á nuestra bandera, y nada más en Melilla; y para obligar al Sultán al cumplimiento del tratado de Wad-Ras y darnos la debida reparación, ocupar á Tetuán, como lo hubiéramos hecho sin disparar un tiro, utilizando, si hacían falta, los servicios de la kabila de Anghera, que se ofreció al comandante general de Ceuta, no sólo á dejarnos el paso libre, sino á acompañarnos á Tetuán.

Lo más grave, Sres. Diputados, de todo esto, es que aquí no sabemos de dónde nace, de quién parte, qué interés ha habido, quién daba calor al Sr. Ministro de Estado para hacer estas cosas, para llevar esta negociación con las Potencias extranjeras, y para llevarnos en Marruecos, como nos ha llevado, á todos los descréditos y desprestigios.

Claro está que se ha derramado sangre y se derramará más, porque la cuestión de Melilla, lo sabe

todo el mundo, está aplazada, no resuelta; pero conviene mucho que sepan todos los españoles, quién es el principal culpable de esta sangre que se ha derramado; y si llega á derramarse más, como sucederá en breve, desgraciadamente, que sepa el país á quién ha de pedirle cuentas y á quién debe cobrárselas.

Esta es nuestra negociación; y en tanto el tratado de Wad-Ras sigue incumplimentado en todas sus partes; y yo, antes de sentarme, tengo que hacer algunas preguntas directa y personalmente al señor Ministro de Estado.

¿Cuándo se empieza á cumplir el tratado de Wad-Ras? Porque claro está que ya nos ocuparemos aquí los Diputados que amamos el honor de la Patria y la vida de nuestros soldados, de que no se olviden estas cosas; pero, por de pronto, bueno es que el Gobierno lo diga: el tratado está incumplimentado en todas sus partes. Falta la delimitación de Ceuta, porque la delimitación actual no es la convenida; y por cierto que ya que de esta cuestión de límites hablo, y ya que se ha invocado como pretexto para agredirnos el fanatismo religioso, tengo que decir que al hacer la primera limitación de Ceuta nos encontramos con sepulcros de santones y con una mezquita completamente dentro de los límites; y para evitar conflictos, se obligó á los moros á que retiraran los restos mortales de sus santones.

Esto mismo debió hacerse en Melilla, sin perder de vista por esto que todo ello es un pretexto nuestro, que en Tetuán tienen los moros el cementerio á la salida del pueblo, y allí van sus mujeres, y todo el mundo las ve y no hay ninguna clase de protestas. Y en Tánger el cementerio está dentro de la ciudad. Se dirá acaso que son más civilizados los moros de Tánger y los de Tetuán; pero sucede lo mismo con la kabila de Anghera; de manera que esa no es razón ninguna.

Pues en Melilla, no sólo no hacemos lo que se hizo en Ceuta, sino que se ha cometido la torpeza de permitir que la mezquita y el cementerio sean cercados con un muro, y la llave de la puerta que habrá en esa cerca, quedará en poder del bajá del campo; esto será, seguramente, un semillero de disgustos.

Otro punto del tratado de Wad-Ras que está también incumplido. En Tetuán nos concedió el tratado derecho á poseer terrenos para construir el Consulado y una iglesia; pero nada de esto se ha hecho efectivo, y pagamos un canon al Sultán indebidamente.

Tengo también que preguntar al Gobierno por otra cláusula del tratado de Wad-Ras. ¿Cuándo vamos á posesionarnos de Santa Cruz de Mar del Sur?

El embajador extraordinario ha renunciado al derecho que tenemos de establecer una misión de Franciscanos en Fez, bajo el pretexto de no ser benéfica, y sí, por el contrario, poder ser causa de un semillero de disgustos y conflictos por el fanatismo.

Pues bien, Sres. Diputados, la Sociedad bíblica de Londres tiene ya una misión en Fez, y nadie se mete con ella. ¿Qué diferencia de Inglaterra á España!

Está, pues, el tratado de Wad-Ras incumplido en todo lo esencial y en lo accidental; y yo vuelvo á preguntar al Sr. Ministro de Estado y al Gobierno de S. M.: ¿cuándo vamos á poner en vigor el tratado? Interesa saberlo. Continuemos con las negociaciones.

Empezó el embajador pidiendo una indemnización de 40 millones de pesetas, que se negó por el

Sultán, y sin discutir rebajó la suma á 25 millones. Luego se ha contentado con 20 millones, obtenidos por la mediación de las Potencias extranjeras, á pesar de que en notas que contiene el *Libro Rojo* se rechaza toda idea de mediación ó arbitraje. Esas notas respiran balas del Sr. Ministro de Estado; pero eso fué al principio; después hemos ido, como os decía, de la mano, conducidos, apoyados por las Potencias extranjeras, apelando éstas á todos los medios, aun á los más coercitivos, en nuestro favor, para lograr algo siquiera de aquello á que teníamos derecho. De suerte que el embajador, que empezó pidiendo 40 millones de pesetas, se ha conformado, en último término, con 20 millones, y esos nominales, puesto que se van á pagar en moneda isabelina, que no circula en Marruecos sino con una depreciación de 40 por 100.

Por tanto, sólo recibiremos 12 millones de pesetas. Estimaba el embajador, cuando rebajó á 25 millones la cuantía de la indemnización, que de este modo partíamos los gastos de la guerra el Sultán y nosotros; lo cual quiere decir, á poca aritmética que se sepa, que aquellos gastos se elevan á 50 millones de pesetas, según el embajador. La indemnización ha quedado reducida á 12 millones. De modo que ya saben los Sres. Diputados y sabe el país, que en materia pecuniaria hemos perdido la diferencia de 12 á 50, ó sean 38 millones. En vidas, no bajan de 400. Y todo, ¿para qué? Esto es lo que espero que diga el Sr. Ministro de Estado. Porque si es para perseverar en nuestra política en Marruecos, ¡ah! entonces será necesario meditar lo que hacemos, señores Diputados; si el Gobierno se propone continuar por ese camino, habrá necesidad de pensar qué debe hacer este desgraciado país para escapar de las manos de un Gobierno que así procede, y tiene el propósito de continuar procediendo así.

Total: un desastre bajo todos sus aspectos; la cuestión de Marruecos nos llena de vergüenza; nos hemos desacreditado ante el extranjero, demostrando que no tenemos recursos para organizar 25.000 hombres; nos hemos desacreditado ante los marroquíes y rifeños, porque ellos, al mismo tiempo que han ocupado nuestro territorio cuando han querido, nos han agredido siempre que lo han creído conveniente y se han retirado del fuego cuando lo han estimado oportuno. Recuerdo que decía el Sr. Sagasta: «¿qué queréis que hiciera el Sr. Martínez Campos, si no se encontraba un moro por un ojo de la cara?» ¡Claro que no los había! Porque en las kabilas fronterizas hay ordinariamente 4 ó 5.000 hombres; hemos estado allí treinta días desembarcando oficiales; mes y medio desembarcando generales, porque para 33 generales, ese tiempo habrá sido necesario; y desembarcando cañones, caballos y 25.000 hombres; y los rifeños, que de tontos no tienen nada, naturalmente, hurtaron el cuerpo al fuego, á condición de emprenderlo y agredirnos siempre que les parezca conveniente. Ellos han estado en nuestro territorio; nosotros jamás hemos pasado al suyo. Y aquí tenéis explicados los motivos de nuestro desprestigio, que, si ha sido muy grande en Melilla, no ha sido menor como resultado de la Embajada del general Martínez Campos. He dicho.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez):

El Sr. Marengo, con una oratoria que le es peculiar, y que yo admiro, ha hecho aquí un relato de las negociaciones llevadas á cabo en Marruecos y del principio de las operaciones en Melilla con una libertad de expresión y de juicio, que cualquiera que le haya escuchado, como le ha escuchado atentamente la Cámara, por el encanto de su palabra y esa misma libertad de expresión, creo firmemente que no se habrá podido formar idea exacta de lo que ha ocurrido allí. Porque, Sres. Diputados, un desastre y un descrédito ante Europa y ante el mundo, eso ha sido la cuestión de Melilla; con esa afirmación tan sorprendente ha concluido su discurso el Sr. Marengo. Pues yo me alzaría de esa opinión, expresada ante el Parlamento español por un Diputado de la Nación, me alzaría alegando el juicio que ha merecido á toda Europa ese principio de operaciones y ese resultado final de la Embajada. Pero como, al fin y al cabo, todo se ha de discutir, conservad, Sres. Diputados, las exageraciones del Sr. Marengo en vuestra memoria, é iréis viendo en el desenvolvimiento del debate, que sin esas hipérboles, todavía no se hubiera aproximado el señor Marengo á la realidad de los hechos, aun suavizándolos mucho.

Ante todo, diré á S. S., cumpliendo un deber de compañerismo, que el Sr. Ministro de Estado no ha asistido á esta Cámara, y S. S. lo sabe perfectamente, porque deberes de otra índole le llamaban al Senado; pensaba que podría concluir allí á tiempo de venir á discutir con S. S., porque se le ha dicho que se iba á tratar de las negociaciones con Marruecos; pero no quedará S. S. sin contestación, y tengo la seguridad de que el Sr. Ministro de Estado cumplirá con su deber, respondiendo á todos los cargos que S. S. le ha dirigido.

Antes de entrar en materia, séame permitido responder á la introducción del discurso del Sr. Marengo, diciéndole que la historia de los pronunciamientos, de las sublevaciones y de los hechos de armas de que está cuajada nuestra vida política, y que S. S. ha narrado á su manera, no quisiera yo traerla al debate. Ayer mismo lo dije; pero si se trae, en los mismos términos en que venga he de contestar yo. Desgraciadamente para mí, porque ya soy viejo, he presenciado casi todos los hechos militares de estos últimos tiempos. Pero debo decir á S. S. que las manifestaciones que ha hecho como Diputado de la Nación, diciendo al mismo tiempo que pertenece á la armada española yo como Diputado, las respeto; como militar, las lamento; y lamento más todavía que S. S. haya traído al debate nombres de generales que no están en esta Cámara.

Cualesquiera que sean sus opiniones, cualesquiera que sean sus declaraciones, á mí me parece, por lo menos, imprudente traer aquí nombres de militares que están en activo servicio, de militares honrados y leales que saben cumplir con su obligación. Conviene mucho, Sres. Diputados, que de estos ejemplos se den pocos, y conviene á todos, á vosotros como á nosotros.

Repito que no quisiera entrar en este debate; y como S. S. se ha contenido, diciendo que un correligionario suyo, el Sr. Salmerón, ha de tratar esta cuestión... (*El Sr. Salmerón*: Concretamente esa, no; si viene al debate, sí). Pues yo no he de decir más, porque no la he de traer al debate. La conquista de nuestros derechos políticos ha costado mucha sangre. (*El*

Sr. Salmerón: Identificado con ella está el ejército.) Esos derechos políticos inherentes á la personalidad humana, se han conquistado... (*El Sr. Salmerón*: Con la intervención del ejército.) El ejército, por sí solo, no conquista los derechos; la justicia y los derechos los conquista con la opinión pública. (*Muy bien*.)

¡Quiera el cielo, Sres. Diputados, que concluya para siempre la intervención de la fuerza armada en defensa de ningún derecho político, ya que afortunadamente podemos decir que todos los hemos conquistado! (*El Sr. Vázquez de Mella*: Ahora que no hace falta.) ¡Es claro! Yo acudo al cielo en nombre de la pacificación y de la paz pública; acudid vosotros en nombre de lo que queráis; que el país, la opinión y el ejército han de cumplir siempre con su deber. Yo pido al cielo que no lleguemos á esos actos de fuerza, Sres. Diputados, porque las exclamaciones en este sitio y las promesas y los propósitos pueden ser encaminados á un noble fin; pero cuando se llegue á la ejecución, puede muy bien suceder que no resulte la hermosura y la grandeza de la obra emprendida, y que la fuerza aunada llegue en cambio por ese camino á actos de indisciplina y de insubordinación, que no aprovechan, ni al que lo intenta, si es vencido, ni siquiera si fuera vencedor. Y sobre esto ni una palabra más.

Pero el Sr. Marengo ha vuelto á insistir en el principio de los sucesos de Melilla, calificando, como se ha repetido aquí muchas veces, de imprevisor al Gobierno y al Ministro de la Guerra; y para demostrarlo ha venido á hacer la apología del digno general Margallo, cuyo nombre parece que todo el mundo se ha empeñado en traer aquí. Ya dije el primer día todo lo que podía decir sobre esa personalidad ilustre y desgraciada; pero se empeñan tanto los oradores que en esta cuestión toman parte en venir aquí á exagerar los conceptos, que yo, aunque declaro que temería entrar por ese camino, si á él me llevan, también en él he de defenderme.

El Sr. Marengo ha relatado aquí algo que yo desconozco, algo de descerrajar papeleras, algo de busca de documentos, algo de incautación de papeles, que si se ha verificado y si lo ha hecho el comandante general de Melilla, era porque tenía que cumplir con su deber. (*El Sr. Marengo*: He dicho que eran lícitos.) Pues si alguien había sustraído documentos porque temiera esas investigaciones, con acudir á la apertura y al descerrajamiento de esos bufetes se hubiera evitado tener que sustraer ningún documento. (*El Sr. Marengo*: No lo sabía, Sr. Ministro de la Guerra.) Y después de todo esa intuición de alguien que pudiera temer el ser perseguido y que se le dejara indefenso, ¿de qué ha servido? ¿Se sustrajo un documento tan importante que ha venido aquí á ser un arma poderosa en defensa del comandante general de Melilla? ¿Se han leído aquí algunas cartas? Pues todas las originales las tenía yo aquí, porque en esta cuestión no me duelen prendas, y he dicho que aquí iba á decir toda la verdad. Una carta, que parecía que era la que con mayor pesadumbre iba á caer sobre el Ministro de la Guerra, ya he dicho que no la he recibido; y debéis creerlo, porque si la hubiera recibido no tenía por qué ocultarla; y una comunicación mediada entre el comandante general de Melilla y nuestro ministro en Tánger en días en que no podía causar efecto alguno, esos son los documentos de tanta importancia recogidos en Melilla.

Después de todo, en tardes anteriores he recabado la responsabilidad que me podía caber por mi llamada imprevisión, y una vez más tengo que insistir en esa declaración, puesto que si yo he sido imprevisor, creo que en mi caso lo habría sido cualquiera, ya que nada más lejos de mi ánimo que el pensar que podían surgir esos peligros que se manifestaban muy incidentalmente en alguna correspondencia, toda vez que aun en la noche del 1.º de Octubre (y ahí está el despacho, y se ha leído) el comandante general de Melilla decía que no se habían roto las hostilidades, y que si se rompieran, estaba todo dispuesto y preparado para contestar á la agresión. No dice, por consiguiente, que le faltaran elementos para el caso de que llegaran á romperse las hostilidades.

Pasando después al 27 de Octubre, también el señor Marengo ha querido hacer una defensa de aquel que no ha sido atacado; porque entre el relato de S. S. y el mío no hay más que una diferencia. Creyó S. S. hallar una contradicción en que yo no encontrase mal que el comandante general de Melilla estuviera fuera de la plaza el día 2 de Octubre, quedando aquélla al mando de un coronel, y que no me pareciese tan bien que el 27 de Octubre el comandante general de Melilla prefiriera irse á un fuerte donde había otro general, dejando por segunda vez la plaza al mando de un coronel.

Pues bien; en esto no hay absolutamente contradicción ninguna, y únicamente queda á la apreciación de todos los que nos escuchan el juzgar quién de los dos está más en lo firme. Parecióme muy bien que el comandante general de la plaza de Melilla se fuera el día 2 de Octubre, con los elementos de que disponía, á retirar las fuerzas que estaban guardando la caseta de Sidi-Aguariach, y no me pareció tan bien que la noche del 27 de Octubre estuvieran dentro del fuerte de Cabrerizas Altas los dos únicos generales que había en aquella plaza, esto es, el general Margallo y el general Ortega, quedando la plaza al mando de un coronel. Pero en fin, ese es un juicio mío, y para el cual tengo la misma libertad de apreciación que pueden tener todos los Sres. Diputados.

Pero el Sr. Marengo dirigía graves cargos al Gobierno porque no prestaba al asunto toda aquella atención que requiere tan delicada cuestión; y sin embargo, Sres. Diputados, en esa plaza se han venido construyendo fuertes y atrincherando un campo en el cual ya no faltaba más que la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach. En eso se ha gastado gran cantidad de dinero, y eso ha merecido la atención de todos los Gobiernos. ¡Ah! pero hay en esto una cosa importantísima, según S. S., y es, que no hemos hecho lo propio en Gibraltar; y á propósito de esto se ha extendido S. S. en grandes consideraciones, formulando tremendas censuras.

¿Quiere S. S. que discutamos en el Congreso español las medidas que los Gobiernos deben tomar en Sierra Carbonera ó en la bahía de Algeciras? ¿Lo cree S. S., no ya conveniente, sino oportuno? (*El señor Marengo*: Necesario.) Pues no ha habido más que una discusión en Europa, que yo conozca al menos, respecto de la cuestión de fortificaciones y fronteras, que ha sido la que tuvo lugar en la Cámara francesa respecto de las fortificaciones del Este de Francia. Se discutió este asunto en la Cámara popular de París, y hubo tal debate, Sres. Diputados,

que por acuerdo tomado entre el Gobierno y todos los Sres. Diputados, ni siquiera se discutieron después las fortificaciones de París. Tan perjudicial, tan peligrosa, tan expuesta se creyó en Francia esa discusión. (*El Sr. Salmerón*: No se trata de la discusión técnica y de detalle.) Pues esa fué la que hubo en el Congreso de los Diputados de París. (*El Sr. Marengo*: No se pide eso; se pide que en principio se discuta, y que el Gobierno ejecute.) El Sr. Marengo quizás no esté enterado de las medidas que el Gobierno tenga ya tomadas respecto al particular, y puede ser que si S. S. pidiera ciertos datos, el Gobierno, con harto pesar suyo, se viese obligado á no poder complacer á S. S. (*El Sr. Marengo*: Por eso expongo mi opinión.) Tienen los Gobiernos y los Parlamentos, en estas cuestiones internacionales, que proceder con una grandísima prudencia, y mucho más cuando se trata de Naciones como la nuestra, que, por desgracia suya, no está en el caso de hacer todo aquello que debe, sino lo que puede.

Y vamos á lo relativo al mando del general Macías. Fué el general Macías á Melilla á preparar un cuerpo de ejército para que tomara el mando otro general. El Sr. Marengo está equivocado al afirmar tal cosa; el general Macías, nombrado comandante general de Melilla, llevó la misión de prepararlo todo para desembarcar allí 14 ó 15.000 hombres, los que el Gobierno tuviera por conveniente; pero el general Macías no ha recibido órdenes de ninguna especie que mermaran sus facultades para hacer todo aquello que hubiera tenido por conveniente; y el general Macías cumplió con su deber en términos que cuando tomó el mando del ejército el dignísimo general Martínez Campos, ya he leído aquí el despacho, no tuvo más que elogios para lo que encontró y para el estado en que se hallaba aquel ejército.

Su señoría ó SS. SS. demuestran una extraña afección al dignísimo general Martínez Campos; le consideran un gran soldado, un distinguido caudillo, un hombre de altas condiciones; pero cuando pone la mano en alguna cosa, siempre lo hace mal, y se ve envuelto en esos elogios el ataque constante á la personalidad del general: esa es vuestra idea constante; y en esa idea, yo digo que lo que va envuelto es la grandísima injusticia con que le tratáis. Buena prueba de ello es que el Sr. Marengo ha traído esta tarde al debate la misma idea que enunció el señor Llorens: el fusilamiento de un penado. Esa causa está terminada, esa causa está pedida, y vendrá al Congreso con oportunidad; pero en esa causa se han llenado todos los requisitos de la ley, y no es lícito que se diga que ilegalmente ha sido fusilado ese desgraciado. ¿Qué hiciera? ¿Qué delito cometió? ¿Qué ley se le aplicó? Pues cometió el delito ó hizo aquello por lo que el Código penal le impone la tristísima condición de un reo sometido á la última de las penas. Ni más ni menos. ¿Cómo después de esto se puede echar sobre la persona del general Martínez Campos, asesorado de su auditor ante un Consejo de guerra sumarísimo, la responsabilidad de la muerte de aquel desgraciado, y decir que sea la única sangre derramada por ese ilustre caudillo?

Que el general Martínez Campos, con un ejército de 25.000 hombres, no peleó. El general Martínez Campos iba allí á pelear si se le presentaba resistencia, á mantener lo que mantuvo admirablemente, la

disciplina y el espíritu militar de aquel ejército, del cual no ha tenido, ¡hablad lo que queráis del ejército!, no ha tenido que corregir ni siquiera faltas leves que hayan obligado á insignificantes medidas gubernativas, arrestos, ni castigos de ninguna clase. Tal espíritu había en aquel ejército, cuya moral estaba decaída en concepto del Sr. Marengo, cuando mandaba allí el general Martínez Campos.

Voy á terminar, por hoy, Sres. Diputados, porque el Sr. Presidente no deja de dírirme algunas miradas, indicándome que estoy fuera del Reglamento; pero antes de que continúe, cuando también por Reglamento me corresponda volver á hablar de este asunto, he de hacerme cargo de los durísimos ataques que ha dirigido el Sr. Marengo al Gobierno y á todos los Gobiernos porque aquí no tenemos ejército, ni reservas, ni material de guerra, ni sanitario, ni nada absolutamente.

Señores, esta afirmación es tristísima, hecha por un Diputado español; porque después de todo, yo creo que allá los militares de otros países, que allá en el extranjero sabrán que aquí no estamos organizados, desgraciadamente, con aquel lujo y aquel desahogo de otros pueblos cuyos presupuestos son más crecidos; pero nadie podrá negar que aquí hemos podido poner sobre las armas para pelear en Marruecos 50.000 hombres. (*El Sr. Marengo*: Trescientos mil dijo el Ministro de Estado.) Allá voy, y ahora me ocuparé de eso; pero al fin y al cabo, 50.000 hombres dotados de todo cuanto puede necesitar un ejército se han puesto sobre las armas, y por consiguiente, no carecemos ni de material de guerra, ni de campamentos, ni de material sanitario, ni de nada de cuanto este ejército necesitaba, porque estaba completamente dotado de todo.

Pero, Sres. Diputados, dos coroneles le dijeron al Sr. Marengo que aquí no se podían poner 100.000 hombres sobre las armas. Pues yo diré á S. S. que con el llamamiento de las reservas hemos llegado á tener sobre las armas 170.000 hombres. (*El Sr. Marengo*: ¿Hombres vestidos?) Vestidos, uniformados, municionados, armados y acuartelados. (*El Sr. Marengo*: Esos no son soldados.) ¡No son soldados! ¡Ah! ¡Ya quisiera yo que en todas ocasiones se pudiera disponer de la fuerza que se necesitara para una campaña, con batallones de reservistas como los últimos que han venido á Madrid!

Es bueno, Sr. Marengo, que no despreciemos tanto eso que luego queremos enaltecer, y que á trueque de atacar á un Ministro y á un Gobierno, sea éste ó el otro, desconozcamos lo que ve y lo que ha visto todo español, y, sobre todo, lo que hemos tocado y lo que se ha visto en Africa. Esos 300.000 hombres de que habló el Sr. Ministro de Estado, es porque nosotros hemos tenido esa gente sobre las armas, es porque llamando á las armas las reservas y los ex-

cedentes de cupo, podemos llegar á muchos más; y por tanto, no hizo mal el Sr. Ministro de Estado, al dirigirse á un Gobierno extranjero, en decir que cuando el país tiene entusiasmos y quiere arbitrar recursos, podemos disponer de esos 300.000 hombres, porque la materia está ahí. (*El Sr. Marengo*: ¡Ya lo creo! ¡Como que somos 18 millones de españoles!) Pues eso es lo que dijo el Sr. Ministro de Estado.

Termino, porque la hora no me permite extenderme más; siento mucho no poder contestarlo todo, aunque de esta manera el lunes tendré el gusto de referirme á todo lo que ha dicho el Sr. Marengo y contestar sus ataques, envueltos entre los elogios, que yo le agradezco, que ha dirigido á mi persona.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

Se leyó, anunciándose que quedaría sobre la mesa y se señalaría día para su discusión, el dictamen sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Ermita Nueva de Peña-Castillo á la zona de Maliaño. (*Véase el Apéndice único á este Diario.*)

Se anunció que pasarían á la Comisión de actas las credenciales señaladas con los núms. 457 y 458, presentadas por los Sres. D. Miguel Manuel Gómez y Sigura y Conde de Xiquena, Diputados electos por los distritos de Cazorla (Jaén) é Hinojosa del Duque (Córdoba), respectivamente.

Se anunció que pasarían á la Comisión que entiende en el asunto, unas copias de la sentencia del Tribunal de lo Contencioso-administrativo, relativa al general de la armada D. Gaspar Salcedo, de la comunicación con que fué remitida al Ministerio de la Guerra, de la Real orden por la cual se suspendió dicha sentencia, y del Real decreto-sentencia de 7 de Julio de 1879, absolviendo á la Administración de la demanda interpuesta por D. Cándido Barrios contra la Real orden en que á éste y á D. Gaspar Salcedo les fué negado su ingreso en el Estado Mayor general, remitidas por el Ministro de la Guerra á petición de la expresada Comisión.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para el lunes: Continuación del debate pendiente sobre la interpelación del Sr. Cos-Gayón; el dictamen que se ha leído, y los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y cincuenta minutos.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de la de Valladolid á Santander termine en la zona de Maliaño.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de la ermita nueva de Peña-Castillo á la zona de Maliaño, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto, tiene el honor de someter á la aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de primer orden que, par-

tiendo de la de Valladolid á Santander desde el sitio de la ermita nueva de Peña-Castillo, atraviase la de Burgos á este pueblo y termine en Santander, en el punto más conveniente de la zona de Maliaño.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la ejecución de obras públicas.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—Manuel de Eguillor, presidente.—El Duque de Seo de Urgel.—José de Garnica.—Luis del Rey.—Luis Soler.—José María de la Viesca, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL LUNES 7 DE MAYO DE 1894

SUMARIO

A bierta la sesión á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Elecciones de La Cañiza y de Chiva: credenciales de los Diputados electos.

Expedientes de defraudación de Aduanas incoados en Barcelona; rumores acerca de aumento de gastos en los próximos presupuestos; elección del Sr. Cende de Xiquena; acta de la sesión de 27 de Julio último de la Comisión especial de convenios de comercio; publicación del reglamento de vinos: comunicaciones.

Carretera de Saqués á Panticosa; idem de Baños de Montemayor á la de Béjar á Ciudad Rodrigo: proyectos de ley. Aplicación de la ley del timbre á los productos farmacéuticos: exposiciones presentadas por los Sres. Gayo y Muro. Rebaja en los amillaramientos de la riqueza destruída por la filoxera: proposición de ley.—Apoyada por el Sr. Sala, se toma en consideración.

Tratado de comercio con Italia: exposición presentada por el Sr. Sánchez Pastor.

ORDEN DEL DÍA: Votación definitiva de proyectos de ley.

Carretera de la Ermita Nueva de Peña-Castillo á la zona de Maliaño: dictamen.—Queda aprobado.

Gestión financiera del partido liberal: continúa la interpelación del Sr. Cos-Gayón.—Discurso del Sr. Ministro de Hacienda.—Alusión personal del Sr. Gamazo.—Réplica del Sr. Cos-Gayón.—Se suspende la discusión.

Constitución de Comisiones: comunicaciones.

Proyectos de ley de créditos extraordinarios y suplementos de crédito: expedientes.

Reforma de la comunidad de regantes de la huerta de Palma de Mallorca: Real orden.

Tratado de comercio con Alemania: exposición.

Elecciones de La Cañiza, Yecla, Hinojosa del Duque, Chiva, Alcaraz, Aranda de Duero, Cazorla, Sabadell y Motril; casos de compatibilidad de los Sres. Silvela (D. Francisco), Fernández Soler, Conde de Xiquena, González de la Fuente, Arias de Miranda, Ochando, Gómez Sigura y Bustillo y López; suplicatorio para procesar al Sr. Dualde: dictámenes.

Carretera de la de Torrelavega á Oviedo á Pola de Siero: proyecto de ley.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las seis y cuarenta minutos.

Abierta á las dos y media, se leyó y fué aprobada el Acta de la anterior.

Se anunció que pasarían á la Comisión de actas las credenciales presentadas en Secretaría por los Sres. D. Francisco Silvela y de Le-Vielleuze y Don Marcial González de la Fuente, electos Diputados respectivamente por los distritos de Cañiza (Pontevedra) y Chiva (Valencia).

Se anunció que quedarían sobre la mesa, á disposición de los Sres. Diputados, varios expedientes incoados en la Aduana de Barcelona por defraudación, remitidos por el Sr. Ministro de Hacienda á petición del Sr. Lostau, en comunicación en que á la vez manifiesta que el expediente instruido en Port-Bou, y que afecta á los fabricantes de Sabadell y Tarrasa, ha sido pedido á Gerona, donde se encuentra, y será remitido al Congreso tan pronto como se reciba.

El Congreso quedó enterado de una comunicación del Sr. Presidente del Consejo de Ministros manifestando quedar enterado de lo dicho por el Sr. Bullón en sesión del día 1.º del actual respecto á los rumores de la prensa relativos al aumento de gastos que se supone hay intención de hacer en los próximos presupuestos.

Se anunció que pasarían á la Comisión de incompatibilidades las dos comunicaciones siguientes:

De la Presidencia del Consejo de Ministros, remitiendo la que le ha sido dirigida por el presidente del Consejo de Estado, Sr. Conde de Xiquena, participando haber sido elegido Diputado por el distrito de Hijoja del Duque.

Del Ministerio de Gracia y Justicia, trasladando la que le ha sido dirigida por el subsecretario de dicho Ministerio, D. Marcial González de la Fuente, participando haber sido reelegido Diputado por el distrito de Chiva.

Se anunció que quedaría sobre la mesa, á disposición de los Sres. Diputados, una copia del acta de la sesión celebrada por la Comisión especial de convenios el 27 de Julio de 1893, remitida por el Sr. Ministro de Hacienda á petición del Sr. Diputado Don Guillermo Osma.

El Congreso quedó enterado de una comunicación del Ministerio de Hacienda, manifestando, por contestación á una pregunta del Sr. Bores y Romero, que no se instruyó expediente alguno para el reglamento sobre consumo de los vinos, y que el retraso en su publicación fué ocasionado por los muchos antecedentes y datos que han tenido que consultarse para la redacción del mismo.

Se leyeron, anunciándose que pasarían á las Secciones, el primero para nombramiento de los señores Diputados que han de formar parte de la Comisión mixta, y el segundo para nombramiento de Comisión, los proyectos de ley, remitidos por el Senado, incluyendo en el plan general de carreteras las siguientes:

De Saqués á Panticosa. (*Véase el Apéndice 1.º al núm. 124, que es el de esta sesión.*)

De Baños de Montemayor al punto que se considere más conveniente en la de Béjar á Ciudad Rodrigo. (*Véase el Apéndice 2.º á este Diario.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Gayo tiene la palabra.

El Sr. **GAYO**: Ruego á la Mesa se sirva acordar que pase á la Comisión correspondiente la exposición que dirigen á las Cortes los farmacéuticos de Béjar pidiendo la derogación del apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre, que impone el gravamen de 10 céntimos de peseta á cada frasco ó botella, caja ó paquete de específicos y aguas minerales.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Pasará á la Comisión de peticiones.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Muro tiene la palabra.

El Sr. **MURO**: Tengo el honor de presentar al Congreso una exposición que le dirigen los farmacéuticos de Burgos, y otra, en igual sentido, suscrita por los representantes de los Colegios de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Granada, acompañando un volumen que contiene otras exposiciones análogas con millares de firmas, solicitando la derogación del caso 8.º del art. 179 de la ley del timbre, haciendo ver los perjuicios que les causa esa disposición legal.

Ruego á la Mesa se sirva disponer que estas solicitudes pasen á la Comisión correspondiente.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Pasarán á la Comisión de peticiones.»

Se leyó una proposición de ley fijando un plazo para instruir los expedientes de rebaja en los amillaramientos de la riqueza destruída por la filoxera. (*Véase el Apéndice 2.º al núm. 110.*)

En su apoyo dijo

El Sr. **SALA**: La proposición de ley que acaba de ser leída, y que tuve el honor de firmar con otros dignísimos compañeros, tiende á conjurar un conflicto que cada vez se presenta más grave en las comarcas vinícolas, pues mientras los agricultores ven destruída su riqueza por la plaga filoxérica, tienen que seguir pagando las contribuciones; y lo peor es, que por no poder pagarlas, tienen que contemplar cómo los agentes ejecutivos venden todas sus fincas.

Además, esta proposición de ley se funda en un principio de justicia, porque los tributos que se deben al Estado han de fundarse en la riqueza líquida imponible que los contribuyentes tienen. También hay que cumplir la ley de 18 de Junio de 1885, cuyas disposiciones complementarias no han sido dic-

tadas, porque si bien es posible, después de trámites muy largos, difíciles y costosos, obtener la rebaja en los amillaramientos, es completamente imposible obtenerla en los cupos de los pueblos.

Por estas razones, suplico al Congreso que tome en consideración lo que propongo.»

Leída por segunda vez, fué tomada en consideración la proposición, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Sánchez Pastor tiene la palabra.

El Sr. **SANCHEZ PASTOR**: La he pedido para presentar al Congreso una exposición que le dirige la Liga de contribuyentes de Castellón de la Plana, y en la que pide que se sirva desaprobado el tratado de comercio con Italia, porque perjudica á la producción agrícola de aquella provincia, especialmente á la de los cáñamos.

El Sr. **SECRETARIO** (Gullón): Pasará á la Comisión correspondiente.

ORDEN DEL DIA

El Sr. **PRESIDENTE**: Se va á proceder á la votación definitiva de varios proyectos de ley.»

Corrientes por la Comisión de corrección de estilo, se leyeron, y previa declaración de hallarse conformes con lo acordado se aprobaron definitivamente, anunciándose que el primero de ellos se elevaría á la sanción de S. M. y los demás pasarían al Senado, los siguientes proyectos de ley:

Incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de las Torres de Gaitán, en la de Aspe á Santa Pola, enlace con la provincial de Elche á Dolores. (*Véase el Apéndice 3.º á este Diario.*)

Concediendo á la Compañía concesionaria de los ferrocarriles del Bajo Llobregat prórroga del plazo establecido para la terminación de todas sus líneas. (*Véase el Apéndice 4.º á este Diario.*)

Concediendo un crédito extraordinario, con aplicación á un capítulo adicional de la sección 3.ª, «Guerra», del presupuesto de gastos de la isla de Puerto Rico de 1893-94. (*Véase el Apéndice 5.º á este Diario.*)

Incluyendo en el plan general de carreteras del Estado las siguientes:

De Híjar (Teruel) á la estación de Val de Zafán (*Véase el Apéndice 6.º á este Diario*);

De Sevilla á la de Lora del Río á Santiponce (*Véase el Apéndice 7.º á este Diario*);

La prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapiedra, desde este último punto á Peñaranda de Bracamonte (*Véase el Apéndice 8.º á este Diario*), y

De Torrevelilla (Teruel) á Maella. (*Véase el Apéndice 9.º á este Diario.*)

Autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de los ferrocarriles siguientes:

De Guernica á Ondárroa (*Véase el Apéndice 10.º á este Diario*), y

De Lezama á Guernica. (*Véase el Apéndice 11.º á este Diario.*)

Abierta discusión sobre el dictamen de la Comisión encargada de informar sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de la Ermita Nueva de Peña-Castillo á la zona de Maliaño (*Véase el Apéndice único al núm. 123*), y no habiendo quien pidiera la palabra sobre la totalidad, se procedió á la discusión por artículos, y sin discusión quedaron aprobados los dos de que consta el dictamen.

Gestión económica del partido liberal.

Continuando la discusión pendiente sobre la interpelación del Sr. Cos-Gayón, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de Hacienda tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Señores Diputados, desde el momento en que el Sr. Cos-Gayón tuvo la amabilidad de anunciarme por carta que me iba á hacer algunas preguntas en el Congreso, y que á propósito de ellas iba á explanar una interpelación, me apresuré á decir á S. S. que estaba dispuesto á contestar á la interpelación en el acto ó en el día siguiente; yo no podía pensar en aprovecharme en este caso de la libertad que me deja el Reglamento para aplazar la discusión de las interpelaciones; es demasiado el gusto que siempre tengo en discutir con el Sr. Cos-Gayón, y sobre todo, el gusto que ha de proporcionarme una discusión con S. S. sobre los asuntos que forzosamente me tienen que ocupar en estos instantes, para que yo pensara en hacer uso de semejante derecho. De suerte que no sólo aceptaba con gusto esa interpelación, sino que venía dispuesto á dedicar al discurso de S. S. toda la atención que me fuera dable; á pesar de lo cual, no pude menos de distraer mi atención con su propio discurso, porque á medida que S. S. hablaba, me iba yo diciendo: «este es, en efecto, un discurso notable, y lo será más cuando, con motivo ó con pretexto de las preguntas, trate, como ha de tratar, de cuanto con la Hacienda se relaciona bajo todos sus puntos de vista; pero no es, sin embargo, el notable; el verdaderamente notable sería el que el Congreso oiría á S. S. si en estos momentos pudiéramos cambiar los papeles, y el señor Cos-Gayón se sentara en este sitio, y yo desde los de enfrente preguntase á S. S. por qué no había hecho todas esas cosas que S. S. pretende que yo haya hecho al mes y medio de ser Ministro, siendo Ministro nuevo y con las Cortes abiertas.» ¡No hubiera sido floja la arremetida que me figuraba yo que habría de darme el Sr. Cos-Gayón, dado su carácter, que cuando no tiene con quién incomodarse se incomoda con los amigos, como demostró el otro día! Y yo me imaginaba á S. S. paseando delante del banco azul, cambiando de lugar los papeles, quizá tirando la vela, como alguna vez ha hecho (*Risas*); y me decía á mí mismo: si todos esos razonamientos que el Sr. Cos-Gayón hiciera para contestarme pudiera yo utilizarlos ahora, tendría la seguridad de dar con ellos á S. S. la contestación más explícita y terminante. Por esto mismo creo que mi misión ahora es sumamente fácil; porque como el Sr. Cos-Gayón tiene ya en su cerebro la contestación á todas sus preguntas, entiendo que con poco que yo le diga se ha de dar por contestado.

Pero S. S., que es un hombre ducho, muy ducho, en materias parlamentarias, se curaba ya en salud, y trataba de justificar la pertinencia de este debate, á pesar de que dentro de pocos días han de venir al Congreso los presupuestos generales del Estado. Pues, ni por esas, Sr. Cos-Gayón, consiguió S. S. demostrar que este debate sea pertinente. Yo no he de negarle que, bajo algunos puntos de vista, realmente no había otro medio de tratar estas cuestiones que explanando una interpelación; pero lo que es bajo otros muchos, y muy particularmente bajo el que se relaciona con los presupuestos del Estado, es indudable que no es ésta ocasión de discutir esas cuestiones. Encuentro que lo que sucede, tanto en este asunto como en el arancelario, es que el señor Cos-Gayón y sus correligionarios hacen lo posible para demostrar que quieren discutirlos, cuando en realidad lo que hacen es rehuir la discusión. ¿No les parece á SS. SS. que lo más natural, cuando se quiere discutir los presupuestos ó los tratados comerciales, es discutirlos concretamente?

No me sorprende la extrañeza que producirá á muchos el que yo asegure que no quieren discutir los tratados de comercio, cuando se ha hecho una interpelación en el Senado por el Sr. Duque de Tetuán, que ha durado bastantes días; cuando todavía no ha terminado allí el debate sobre el régimen arancelario de 1.º de Enero de este año, cuando aquí se hizo otra interpelación sobre la crisis, convertida bien pronto en cuestión arancelaria, y cuando ahora mismo tenemos pendiente en esta Cámara otra interpelación del Sr. Osma también sobre estas cuestiones. Pero precisamente esto, Sres. Diputados, es lo que á mí me demuestra que no se quieren discutir los tratados.

Anteayer mismo decía el Sr. Cos-Gayón que no quería discutir materias arancelarias, y, sin embargo, dijo sobre ellas todo lo que tuvo por conveniente; afirmó que los tratados últimamente estipulados son imposibles, que la política económica del partido liberal es ruinosa, y otra porción de lindezas por el estilo. Y yo pregunto: si los tratados son tan malos, si el régimen comercial es tan ruinoso, si están SS. SS. tan convencidos, ¿por qué no se da dictamen y se traen á discusión los tratados? Pero es que cuando se trata de dar dictamen para discutirlos, entonces dicen SS. SS. que la materia es muy grave, que es necesario estudiarla con detenimiento, que son necesarias amplias informaciones, y sólo cuando después de ellas se haya formado un criterio justo sobre la cosa, es cuando podrá darse dictamen y discutirlo. Así es que á mí me ocurre preguntar: ¿en qué quedamos? ¿es que están tan convencidos SS. SS. de que los tratados son malos? Pues ¿para qué estudiarlos? ¿á qué esas informaciones? ¿Es que estas informaciones son tan necesarias como SS. SS. suponen? Pues entonces, ¿por qué nos dicen á cada momento que son tan malos esos tratados, si no los conocen ni han hecho el estudio de ellos?

Lo que sucede es, que SS. SS. reconocen la situación difícil de los Gobiernos cuando se trata de cuestiones internacionales en las Cámaras, y saben también SS. SS. la ventaja que tienen siempre las oposiciones discutiendo estas materias por medio de interpelaciones, porque en ellas contestan los Ministros y no pueden hacerlo con la amplitud necesaria. Lo que sucede es, que SS. SS. no quieren discu-

tir con las Comisiones, que tienen mayor holgura para tratar, y pueden oponer razonamientos vedados á los Gobiernos, y mucho más á personas que han intervenido en los tratados. Y así, pareciendo que quieren discutir los tratados, resulta que no quieren discutir nada de lo que se relaciona con ellos.

Y lo mismo digo de los presupuestos: si los presupuestos se van á presentar de un día á otro, y se van á tener datos precisos de todas las cuestiones que con la Hacienda se relacionan, ¿cómo se justifican estas interpelaciones prematuras? Es preciso conocer la marcha y desarrollo de los presupuestos pasados, y ver cómo se forman los nuevos, para no discutir solamente sobre hipótesis.

Además, tienen SS. SS. otra ventaja, no sólo por las circunstancias especiales en que se encuentra el Ministro de Hacienda, que le impiden contestar á muchísimas de las preguntas que se le hacen, sino, además, porque ya ha dicho en la otra Cámara que no podía contestar á éstas; y sabiéndolo esto de antemano el Sr. Cos-Gayón, su situación es la más libre y desahogada del mundo; porque dirá S. S.: «Si el Sr. Salvador me contesta, malo; acusa una gran inconsecuencia y descortesía hacia la otra Cámara, donde no ha querido hacer lo que en ésta, y hacia un señor Senador, á quien no ha dicho lo que ahora dice á un Diputado; comete, además, una imprudencia, que yo no cometería en su caso, y de la cual me encargaré yo de sacar las consecuencias; y si no me contesta, también sacaré partido de su silencio, diciendo que mis razonamientos quedan incontestados.»

En la otra Cámara decía yo que no podía tratar en aquel momento estos asuntos, y hubiera dado inmediatamente por terminado aquel discurso, sin la necesidad de defender al Sr. Gamazo, cuya gestión me creía yo más en el deber de defender que la mía propia; y á tal fin dije, sin citar cifras, todas las razones que me parecieron convenientes para que no se extraviara la opinión.

En todo caso, yo me encontraría esta tarde con ese camino andado; porque habiéndola defendido entonces como me pareció oportuno y conveniente, no tendría hoy necesidad de volver sobre aquellos puntos de vista; pero, á mayor abundamiento, como el ataque se ha hecho en una Cámara á la que pertenece el Sr. Gamazo, y como inmediatamente que oyó ese ataque el Sr. Gamazo pidió la palabra, y él ha de defenderse seguramente con más acierto que yo lo pudiera hacer, tengo de todas suertes, digo, resuelta esta primera parte del problema, toda vez que el Sr. Gamazo ha de contestar mucho mejor que pudiera hacerlo yo.

Voy, pues, por mi parte, á limitarme á las preguntas que tuvo la bondad de hacerme por escrito el Sr. Cos-Gayón, porque si bien es cierto que estas preguntas ya no son tales preguntas, porque si bien es cierto que estas preguntas las amplió S. S. tanto como le convenía para coger en ellas al Sr. Gamazo, sin embargo, y puesto que dicho señor ha de contestar á esas ampliaciones de las preguntas, á mí me toca contestar, siquiera sea lacónicamente, á las que me han sido dirigidas.

Es la primera: ¿cuáles son las causas de que no se hayan presentado todavía los presupuestos para 1894-95? Y aquí es cuando vuelvo á recordar el discurso que hubiera hecho el Sr. Cos-Gayón si yo le hubiera dirigido la misma pregunta. No se han

presentado antes del 4 de Abril, porque no había Cortes á quienes presentárselos; no se han presentado el 4 de Abril, porque no ignora nadie que hubo una crisis ministerial, y una crisis laboriosa y larga, durante la cual no habían de pretender los Ministros salientes hacer los presupuestos á los Ministros entrantes, porque habían de suponer que lo menos que podían querer los entrantes era estudiar por sí mismos los presupuestos respectivos, y los Ministros entrantes es claro que no han tenido espacio con las Cortes abiertas, que, como sabe S. S., quitan mucho tiempo, de hacer en mes y medio unos presupuestos bien estudiados, con tanta más razón cuanto que estos presupuestos no son nada fáciles.

Y digo que no son nada fáciles, no porque yo no lo sepa, sino porque, aun cuando no lo supiera, que sería una ignorancia inexcusable, tendría que saberlo porque SS. SS. me lo han dicho. Ha empezado por decirlo el Sr. Cánovas del Castillo; lo han dicho en el Senado los Sres. D. Manuel Girona y Marqués de Aguilar de Campóo y algún otro, y lo ha dicho, en último término, el Sr. Cos-Gayón en el discurso que pronunció la tarde del sábado. Porque todos aquellos razonamientos que S. S. hacía para demostrar que estamos en una situación desastrosa, que la gestión del partido liberal ha sido mala hasta lo inconcebible, y que los nuevos presupuestos habían de resultar con déficit asombrosísimo, aunque S. S. no citaba la cifra que citaba el señor Marqués de Aguilar de Campóo, todos esos razonamientos conducen á demostrar que la situación no es buena.

Puede, pues, aquí preguntarse: ¿en qué quedamos? O la situación es desembarazada, y entonces ha lugar á la extrañeza de que no se ha yan presentado los presupuestos en unos cuantos días, ó la situación es difícil, y entonces no está justificada la extrañeza. En el primer caso, no digamos que estamos mal; y en el segundo, reconozcamos que no se hacen pronto las cosas difíciles.

Y demostrado que no han podido mis compañeros terminar sus presupuestos, ¿me quiere decir el Sr. Cos-Gayón cuál es el secreto que S. S. tiene y el que debieran tener todos los Ministros de Hacienda para presentar los presupuestos generales antes de conocer los parciales de los Departamentos?

Pero en fin, decía S. S. que es inaudito esto que sucede, porque no se han presentado jamás los presupuestos en fecha tan atrasada. Pues bien; yo he hecho formar una nota de las fechas en que se han presentado los presupuestos desde 1876 en que viene rigiendo la Constitución vigente hasta hoy, y resulta que ni uno solo ha sido presentado antes del 11 de Febrero, comodispose la ley de contabilidad, que no sé si tiene aplicación al caso, porque se hizo antes del 76. Aquí tengo la nota, y no he de molestar al Congreso leyéndola; pero me encuentro con tres presupuestos; el uno del Sr. Orovio, de 1879 80, que se presentó en 26 de Junio del 79. (*El Sr. Cos-Gayón: El día que se constituyó el Congreso.*) A eso voy. El otro del Sr. Cos-Gayón, que se presentó en 14 de Junio. (*El Sr. Cos-Gayón: A las veinticuatro horas de constituirse el Congreso.*) A eso voy. Y el del 83, presentado por el Sr. Camacho en 12 de Junio.

Ya sé yo que el Sr. Cos-Gayón me dirá que esos presupuestos que cito, y que se han presentado en Junio se presentaron en esa fecha porque no había

más remedio y porque estaba justificado el no haberlos presentado antes. Perfectamente; pero yo, á mi vez, creo poder afirmar que si grandes son los motivos que han justificado la presentación de aquellos presupuestos en fecha tan avanzada, grandes son también los que existen hoy para no haberlos presentado ya; lo cual quiere decir que el razonamiento que yo aprovecho para el caso, es que cuando está justificado que no se presenten los presupuestos, no hay que extrañarse de ello; y en esta ocasión está en la atmósfera y en la conciencia de todo el mundo que no puede exigirse responsabilidad ni extrañarse nadie de que el Gobierno no los haya presentado al mes y medio de desempeñar yo la cartera de Hacienda. (*El Sr. Cos-Gayón: Empezando la historia del Gobierno en 11 de Marzo. Digo esto en contestación á lo que dice S. S.; porque el cargo no puede ser para su señoría; es que S. S. lo endosa.*) Yo no lo endoso á nadie, porque he empezado por demostrar que antes del 4 de Abril no se habían presentado porque no estaban las Cortes abiertas, y el 4 de Abril no se presentaron porque hubo una crisis; de manera que está perfectamente demostrado que no se han podido presentar.

Pero si la contestación á esta primera pregunta es fácil, la siguiente lo es mucho más. ¿Cuáles son las causas de que no se haya dado cumplimiento á la ley que mandó liquidar la cuenta del Banco de España con el Tesoro? Con decir á S. S. que desde el día siguiente que tomé posesión me estoy ocupando con este asunto, está contestada la pregunta. ¿Es que le parece mucho á S. S. mes y medio para terminar esta cuestión? Pues es señal de que no es nada fácil. ¿Pero se puede jamás pretender que sea nadie responsable de lo que no depende exclusivamente de su voluntad? En asuntos que han de resolverse por la voluntad de otro, en concurrencia con la propia, ¿cómo es posible echar la culpa de que no sucedan las cosas rápidamente sólo á una de las partes? Resulta, pues, que si no se ha hecho antes es porque la cosa es difícil, porque no se presenta clara y hay necesidad de estudiarla mucho; porque no creo yo que haya Ministro de Hacienda que pudiendo resolver las cuestiones difíciles en veinticuatro horas, las aplase mes y medio.

La tercera pregunta es la siguiente: ¿por qué no se ha contratado el empréstito de 500 millones de pesetas? Aparte de que el Gobierno no tiene la obligación de hacer el empréstito dentro de este año económico, porque está facultado para llevarlo á cabo cuando lo crea oportuno, yo le pregunto al Sr. Cos-Gayón si los empréstitos se hacen cuando uno quiere ó cuando se puede y cuando se debe, aprovechando las circunstancias más favorables para realizarlos en buenas condiciones. ¿Y cree el Sr. Cos-Gayón que han sido las circunstancias más favorables para hacer un empréstito aquellas en que todos los mercados estaban alarmados por la guerra de Melilla y porque no sabíamos á dónde nos iba á conducir una guerra en Africa? Pero aun prescindiendo de ese período, ¿cree S. S. que yo he tenido mucho tiempo para hacer cosas de esa trascendencia? Además, ¿cree S. S. que yo puedo decir en este sitio si pienso hacer el empréstito dentro de quince días, si lo tengo ultimado, si lo habré de hacer al terminar el año económico ó en el mes de Diciembre? ¿Cree S. S. que sería prudente decirlo? ¿Lo haría S. S.? (*El Sr. Cos-*

Gayón hace signos negativos). Pues si S. S. no lo haría, no me exija á mí que lo haga. (*El Sr. Cos-Gayón: Ni lo pregunto.*)

Y en cuanto á la segunda pregunta, porque ahora las voy recorriendo todas en sentido inverso, ¿quiere S. S. que venga á decirle todo lo que estoy tratando con el Banco de España, no haciendo nada por el éxito con estas declaraciones y tratando de poner á discusión cosas que todavía no se han concertado y que pudieran modificarse? Pues es una de las preguntas á las que tampoco puedo contestar, como S. S. no contestaría tampoco, y, sin embargo, S. S. me la hace.

Y queda también en este orden inverso la primera pregunta, que se refiere á los presupuestos. Yo le digo al Sr. Cos-Gayón lo siguiente. ¿Puedo traer ahora á la discusión de la Cámara los presupuestos que se han de presentar dentro de unos cuantos días? ¿Quiere S. S. que venga aquí la cifra del déficit que tanto le ha extrañado á S. S. que dijera que había de pensarse seriamente en si se había de confesar con sinceridad para abandonarle á la deuda flotante ó para decir cuáles habían de ser los recursos que se propone para saldarlo, pero siempre contando que en todo caso había de haber sinceridad? ¿Quiere S. S. que se lo diga antes de conocerlo? Porque no creo que ni S. S. ni nadie pueda conocer el déficit de un presupuesto general sin conocer antes los presupuestos parciales de los Departamentos.

Resulta, pues, que á ninguna de estas tres preguntas contestaría el Cos-Gayón si se encontrara en mi lugar, y sin embargo, pretende S. S. que yo cometa la imprudencia de contestarlas. Ahora bien: el Sr. Cos-Gayón me podrá negar todas las condiciones que quiera, que si hoy no me las niega, ya me las negará mañana; pero lo que no podrá negarme es que hago todo lo posible por tener aquella prudencia que las circunstancias imponen á un Ministro de Hacienda.

No he de rehuir el debate, como ya he dicho en otra parte. No es posible que un Ministro de Hacienda no tenga en este momento bulléndole en la imaginación todos los razonamientos que conduzcan al estudio de ese asunto, y no es posible que no tenga yo en la memoria todas las cifras y pueda barajarlas á cada instante. En todo caso, si hubiera sido tan abandonado que no me hubiese dedicado á ese estudio, habría bastado el anuncio de la interpelación del Sr. Marqués de Aguilar de Campó para llamarme la atención sobre ello; y si aun aquello no hubiese bastado todavía, bastaría el discurso del Sr. Cos-Gayón en la otra tarde, después del cual he tenido tiempo sobrado para prepararme y contestar aun sobre asuntos que desconociera por completo.

No es, pues, por falta de datos para la discusión por lo que yo no entro en ella; es porque, repito, motivos y estímulos de prudencia grande me obligan á callarme en este momento y á aplazar esta discusión hasta el instante en que deba tener lugar; esto es, dentro de unos cuantos días, en que se presentarán los presupuestos generales del Estado, y entonces, con la Memoria que acompañe á esos presupuestos, tendremos los datos suficientes para poder discutir; y créame el Sr. Cos-Gayón, no solamente estaré dispuesto á discutir hasta el último detalle con S. S. ó con cualquier otro Sr. Diputado ó Senador, sino que especialmente á S. S. le he de oír con tanto agrado

y atención, que hasta me propongo tomar las lecciones del Sr. Cos-Gayón, y todo aquello que me convenza de que es bueno y que puede redundar en beneficio del país, cuente con que el Ministro de Hacienda lo aceptará desde luego.

El Sr. **COS-GAYÓN**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Gamazo para una alusión personal.

El Sr. **GAMAZO** (D. Germán): Pedí la palabra, señores Diputados, en el momento en que el Sr. Cos-Gayón reclamaba explicaciones que estima necesarias para el esclarecimiento de la gestión financiera del partido liberal. Me incumbe una responsabilidad grandísima en esa gestión, que entiendo beneficiosa para mi país, y yo no podía desertar de un combate al cual me invitaba con formas muy corteses y muy comedidas el Sr. Cos-Gayón.

He de notar, y lo noto con gran complacencia, que el lenguaje del Sr. Cos-Gayón en el último día, aparte aquellas agresiones de carácter político que S. S. improvisa con una espontaneidad verdaderamente admirable y envidiable, fué de una templanza, fué de un comedimiento y de una prudencia que quisiera yo que no faltaran jamás en las discusiones de los asuntos de Hacienda; porque, decía acertadamente el Sr. Cos-Gayón, y más que tiempo de decirlo es tiempo de practicarlo, estas cuestiones no pueden ser cuestiones de partido, aparte la responsabilidad peculiar que por sus desaciertos ú omisiones hayan contraído los gestores de la Hacienda pública; que son cuestiones de un interés nacional, superior á nuestras contiendas, cuestiones de las cuales es menester que se deponga, no sólo la pasión con que combatimos en las lides políticas, sino todo artificio de aquellos que, si por el momento hieren al adversario, á la larga nos crean á nosotros mismos serias dificultades y producen no pocos obstáculos á la marcha ordenada de nuestra Hacienda. (*Muy bien.*)

El Sr. Cos-Gayón dijo que no quería establecer comparaciones; que no iba á discutir cuál era mejor política, si la del partido conservador ó la del partido liberal. Quiero yo seguirle en este camino, y no he de decir nada que tienda á demostrar que los predecesores del partido liberal en la gestión de la Hacienda han hecho cosas contrarias á los intereses públicos, ni siquiera he de permitirme lo que podría ser para mí una satisfacción, el gusto de comparar cómo la suerte, los hados, la casualidad, lo que se quiera, ha podido ser más favorable á una gestión que á otra gestión. Creo, sin embargo, que faltaría á un deber con mis país si en el examen de los problemas que el Sr. Cos-Gayón ha planteado no hiciese notar el evidente progreso en que la gestión de la Hacienda española marcha desde hace algunos años. Y si á este fin es preciso, á mi juicio, recordar algún antecedente, entiendo que no lo hago con el espíritu, con la intención, ni con el más remoto propósito de atacar á nadie ni de causar la menor molestia; lo haré únicamente para que sea notoria la injusticia de aquellos que se entretienen en publicaciones de nuestro idioma y de idiomas extranjeros, aunque positivamente á ellos han sido traducidas del español, para que cunda por todas partes, en propalar un descrédito que no merecemos, en pintar una situación financiera de España crítica y desagradable, que dista de todo en todo de la realidad y de la verdad.

Empezaré por cosas pequeñas, para tratar después de las de mayor importancia, si no me falta vuestra benévola atención.

Decía el Sr. Cos-Gayón, que se ha confesado (y en repetirlo yo no le infiero por tanto ofensa) enemigo de las economías, en teoría, aunque también ha dicho, y no tengo por qué discutirlo, sino que lo reconozco, que en la práctica ha hecho tantas como el primero; pero, en fin, decía el Sr. Cos-Gayón que tal vez un fenómeno extraño que él recogía de cierta estadística de la *Gaceta*, pudiera explicarse por algunas reducciones poco meditadas del personal administrativo, y que de todas suertes convendría que ese fenómeno quedara esclarecido. El fenómeno es el siguiente: en la *Gaceta* publica la Presidencia del Consejo de Ministros, cumpliendo con la ley del año 1889, un resumen de los trabajos hechos por los distintos Departamentos ministeriales; y notaba el Sr. Cos-Gayón, examinando los datos relativos á los dos últimos años, que la Subsecretaría de Hacienda figuraba con ciento y tantos expedientes pendientes de despacho en 31 de Diciembre de 1892, al paso que en 31 de Diciembre de 1893 la misma dependencia tiene 17.400 expedientes sin despachar.

Ya por lo que el caso tenía de extraño, ya también porque parece que S. S. está preocupado con la reducción del personal, que verdaderamente ha sido extraordinaria, me creo en la necesidad de decir á S. S. en qué ha consistido esta diferencia de asuntos que le admira.

El Sr. Cos-Gayón sabe, porque lo ha oído discutir y además por otras razones, que la Subsecretaría de Hacienda sufrió una transformación en Diciembre de 1892; pasaron de la Dirección de propiedades á la Subsecretaría, en su mayor parte, pues algunos Negociados fueron á la Deuda y aun á la Intervención, los expedientes que aquella Dirección despachaba; no ignora el Sr. Cos-Gayón, que tanto tiempo ha desempeñado la cartera de Hacienda, en qué número existían expedientes en la Dirección de propiedades; y suprimida esta Dirección, no puede figurar en la estadística de 1893. En cambio, sus asuntos figuraban incorporados á la Subsecretaría de Hacienda, que ya en este año no tiene sólo, como en los anteriores, aparte los acuerdos con el Ministro, los expedientes de conservación y alquiler de edificios, sino también los de la Sección de propiedades. Por eso se advierte que hay una existencia grande de expedientes en la Subsecretaría en 1893, cuando eran muy escasos los que había en 1892. Pero ¿quiere decir esto que por la supresión de personal realizada al suprimir la Dirección de propiedades, pasando una parte de sus asuntos á la Subsecretaría, otra á la Deuda y otra á la Intervención general, se haya causado daño al servicio público? ¿Han sufrido dilación los expedientes? ¿Se ha causado daño á los particulares ni al Estado? No, señores Diputados; tranquilícese el Sr. Cos-Gayón, porque ahora va á saber cómo aquella disminución de personal, que fué verdaderamente extraordinaria, no sólo no causó daño al servicio público, sino que, no diré que lo mejoró, porque no atribuyo la mejora á la supresión, pero pudo coexistir con la mejora indudable del despacho de los asuntos del Ministerio de Hacienda.

La Subsecretaría, de la que forma parte ahora la Sección de propiedades, despachó en 1893: expedientes de trámite, 3.561; de resolución del jefe, 2.001;

total de expedientes, 5.562; órdenes puestas, 6.753. Comparación con el año anterior, en que existía la Dirección de propiedades independiente, con el personal que ahora diré. La Dirección de propiedades en 1892 despachó en junto 4.692 expedientes; la Sección incorporada á la Subsecretaría ha despachado 6.753; la diferencia, pues, á favor de la Sección de propiedades incorporada á la Subsecretaría, es de 2.061 expedientes. ¿Con qué personal? Ahora váis á verlo. Cuando se despachaban 4.692 expedientes, había siete jefes de Negociado y 36 oficiales; total, 43. Cuando se han despachado 6.753, había seis Negociados con sus respectivos jefes, y 23 oficiales; total, 29. Es, pues, en mi sentir, el dato á que aludía el señor Cos-Gayón la prueba más evidente de que la reducción del personal y la transformación operada en el Ministerio al confundir la Dirección de propiedades con la Subsecretaría y algún Negociado con la Deuda, no sólo no ha perjudicado, sino que ha coexistido con una mejora en el despacho de los asuntos del Ministerio de Hacienda.

Otro esclarecimiento pedía el Sr. Cos-Gayón, que particularmente me incumbe dar á la Cámara. Quiso S. S. que se discutiera en este sitio la resolución del Gobierno por la cual se ha aplicado el impuesto de 5 céntimos por 100 sobre los valores del Estado industriales y mercantiles que circulen en el mercado. El Sr. Cos-Gayón dijo que había dos cuestiones que examinar aquí, y en efecto, reconozco que pueden esas dos cuestiones formularse y ser examinadas en este sitio; la primera, el sentido que se ha de dar al verbo *circulen* que emplea la ley, y la segunda, la aplicación que de ese verbo se ha hecho en las dos resoluciones dictadas por el Gobierno. No os molestaré, Sres. Diputados, tratando ahora esas dos cuestiones, que el Sr. Cos-Gayón no hizo más que iniciar. Como S. S. se reservó el derecho de réplica, yo, si S. S. tiene á bien que las discutamos por extenso, me reservo, y desde ahora le pido al Sr. Presidente de la Cámara, un turno en la interpelación. Entonces las discutiremos.

No creáis que es esta una determinación estratégica. Yo no tendría ninguna dificultad en examinar ahora esos dos puntos; pero el Sr. Cos-Gayón, en el primero, declaró ingenuamente que propendía más á la opinión del Ministro de Hacienda que á la de sus impugnadores, y yo, por tanto, nada he de oponer. Respecto al segundo, dijo que era indefendible la resolución del Ministro; á lo cual contesto yo, que siendo el primer punto dudoso, la segunda resolución es inatacable. A un adjetivo opongo otro adjetivo; y cuando vea la demostración de lo *indefendible*, os daré, si lo permitís, la demostración de lo *inatacable*.

Tengo, además, para obrar así una razón en que discrepo de mi respetable amigo particular el señor Cos-Gayón. Su señoría ha provocado este debate porque cree que desenvolviendo ahora los puntos de vista de la oposición y de los impugnadores de la gestión ministerial y contestándole el Gobierno, tendremos algo adelantado para el debate de los presupuestos. Yo siento mucho no participar de la opinión del señor Cos-Gayón, de cuya experiencia confieso que he oído con asombro esta conclusión. Tengo, por el contrario, la opinión de que no sólo no economizaremos un solo minuto de debate para mañana, sino que sembraremos una fecunda semilla, que se mul-

tipificará cuando haya de tratarse de los presupuestos. Y como yo estoy más deseoso de que prediquemos con las obras, con el ejemplo, que con las palabras, no quiero contribuir directamente á este daño grave para el régimen en que vivimos y para el crédito de que gozamos entre nuestros conciudadanos.

Voy, pues, dejando ya estas dos á manera de introducciones de la interpelación de S. S., á ocuparme de aquellos aspectos que examinó S. S. con mucha gracia, aunque no sin injusticia, en lo que se refiere al presupuesto, diciendo que había tres cuestiones que iba á tratar.

La primera era la cuestión arancelaria, de la cual prometió que no iba á decir nada, aunque hizo un resumen de adjetivos y de apreciaciones que pueden tener un largo desenvolvimiento, y cuya causalidad es difícil que pueda ser aumentada en los desenvolvimientos posteriores. De la cuestión arancelaria dijo el Sr. Cos-Gayón que el Gobierno liberal tenía que dar amplias explicaciones, tanto del oportunismo, que varias veces ha proclamado como su dogma el digno Sr. Presidente del Consejo de Ministros, como de un proteccionismo deficiente que yo padezco, y de una afición al libre cambio que se ostenta por alguno de los dignos Ministros, que al propio tiempo parece ser el encargado de realizar las ideas proteccionistas del partido conservador.

Todas estas cosas, Sres. Diputados, han pasado por este hemicycle; hasta han conmovido la opinión de los aquí presentes y de los que se hallaban fuera; pero hace ya muchos años, y esos años han sido de una gran enseñanza para el país; después de esto, apenas hay ya nadie que se conmueva por los alarides que el partido conservador hace de ser el único, el legítimo, el verdadero representante de los intereses del país.

¿Dónde está la medida del proteccionismo, y cuándo se averigua si es suficiente ó si es deficiente? He aquí una curiosidad que yo tengo, y la cual temo mucho que no han de llegar á satisfacer las explicaciones del Sr. Cos-Gayón, no obstante todo su talento. El proteccionismo verdadero, el legítimo, ¿está (no hablemos de la tarifa máxima) en la tarifa mínima del arancel de 1891? ¿Es esa la fórmula, la legítima fórmula del proteccionismo? ¿A que no dice que sí el Sr. Cos-Gayón? Me ahorraría discutir en hipótesis si S. S. tiene á bien contestar.

El Sr. COS-GAYÓN: Yo no pretendo contestar, prefiero oír; pero parece que faltó al Sr. Gamazo no contestándole.

El Sr. GAMAZO (D. Germán): Creo que con un monosílabo afirmativo ó negativo podría contestar S. S., diciendo si cree que la verdadera, la auténtica fórmula proteccionista, está ó no en la segunda columna del arancel de 1891.

El Sr. COS-GAYÓN: Esa pregunta no puede contestarse mientras sólo se haga de ese modo.

El Sr. GAMAZO (D. Germán): Si S. S. necesita pronunciar un discurso para contestarla, esperaremos; pero si pudiera hacerlo por un monosílabo, se lo agradecería.

El Sr. COS-GAYÓN: Si me permiten S. S. y el Sr. Presidente, contestaré á la pregunta.

El Sr. GAMAZO (D. Germán): Por mi parte, con mucho gusto.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Cos-Gayón.

El Sr. COS-GAYÓN: Me pregunta el Sr. Gamazo si la medida del proteccionismo está en la segunda columna del arancel de 1891. Tengo que contestarle rotundamente que no, con el más rotundo de los *noes* que se puede pronunciar; y es más, no comprendo la pregunta; pero para que S. S., si sigue tratando de este punto, no malgaste el tiempo, debo decirle que yo no he dicho que el proteccionismo del Sr. Gamazo sea *deficiente*, sino que dije que el proteccionismo del Sr. Gamazo era *parcial é incompleto*, con lo cual quería decir una cosa distinta enteramente, de que fuera ó no fuera insuficiente. Lo que yo he querido decir es, que el proteccionismo del señor Gamazo es libre cambio, á la manera que es libre cambio el oportunismo del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, á la manera que la conducta ó la política arancelaria del Sr. Ministro de Estado es libre cambio. ¿Lo quiere S. S. todavía más claro? ¿No se contenta con esto? ¿Es que S. S. no ha comprendido el eufemismo que yo empleaba al usar el calificativo que aplicaba al Sr. Gamazo, y lo quiere más claro? Pues se lo diré. Yo entiendo que el Sr. Gamazo no trata la cuestión arancelaria como un proteccionista; es decir, como un hombre de Estado que profesa la alta doctrina de que la protección del trabajo nacional no es meramente un interés de los industriales ó de los agricultores, sino un asunto de interés nacional, sino como el representante de un distrito agrícola que quiere que el Gobierno sea proteccionista para lo que le conviene y librecambista para todo lo demás. ¿Lo quiere S. S. todavía más claro? Pues allá va. Entiendo que el Sr. Gamazo no habla de este asunto como un proteccionista, sino que pretende hablar como un protegido.

El Sr. GAMAZO (D. Germán): Doy gracias al señor Cos-Gayón por la forma cortés y comedida con que ha aprovechado mi tolerancia para contestarme. ¿Qué me quiere decir el Sr. Cos-Gayón? ¿Es que S. S. descende de la posición en que se encuentra legítimamente, para recoger en el arroyo lo que es un insulto, lo que se puede decir inspirándose en los móviles del patriotismo? Eso es bueno para una gaceta; eso es indigno de la altura de S. S. (*Muy bien.*)

Crea el Sr. Cos-Gayón, que, dentro de los respetos que todos nos debemos aquí, más de una vez los que parecen hombres de calma y de posesión de sí mismos, ponen freno al pensamiento, y que no puede ser privilegio de nadie entregarse, como se entrega S. S., en momentos de calor, á determinadas suposiciones.

Estábamos discutiendo una cuestión que no tiene nada que ver con el distrito que yo represento y que no justifica en modo alguno la insinuación relativa á si pretendo ser protegido ó ser protector. Después de todo, ¿es que S. S. quiere que entremos en el examen de los móviles por los cuales se han fijado las partidas del arancel? Pues yo tengo que decir una cosa, si se me provoca á esta contienda, y es, que habiendo sido ponente de la sección que podía interesar más á la región que directamente represento, fui el que dió la mayor medida de prudencia en la consignación de los derechos arancelarios. Invito á S. S. y á los que me combaten á que examinemos si alguna ponencia fué más comedida que la mía al consignar los derechos arancelarios.

Así es como se procede, no con palabras que sólo

demuestran irritación y que pueden redundar en ofensa y en desprestigio de cada uno de los dignos Diputados de la Nación. (*Los Sres. Cos-Gayón y Romero Robledo pronuncian algunas palabras que no es posible oír.*—*Protestas por parte de los Sres. Diputados de la mayoría.*)

El Sr. PRESIDENTE: Orden, orden, Sres. Diputados.

El Sr. GAMAZO (D. Germán): Dejando á un lado estos accidentes del debate, vuelvo á preguntar si por acaso la medida de la protección completa y total, no de la parcial é incompleta que se me atribuye, está ó no en el arancel de 1891, para que no se haga aquí juego de palabras. Dice el Sr. Cos-Gayón que no está; y entonces yo pregunto: ¿es que se ha de pasar aun del arancel de 1891? ¿Está por encima de la protección necesaria ó está por bajo de la protección necesaria? (*El Sr. Cos-Gayón: Puede haber distintas opiniones.*) Pero para sus autores no puede haber más que una; porque el sistema del partido conservador debe ser muy claro y muy definido; él, que quiere monopolizar la gloria de protector de los intereses nacionales, debe saber bien qué es lo que ha querido hacer al hacer el arancel de 1891. Y yo pregunto: ¿es que en él ha puesto lo que en su conciencia estimaba justa medida para la protección de los intereses nacionales? ¿Ha puesto menos? Pues voy á examinar las dos hipótesis, y se convencerá el Sr. Cos-Gayón de la tesis que yo empezaba á sostener; es á saber: de que ya, por muchos recursos retóricos, por muchas energías y por muchos desplantes que se pongan en la defensa de la tesis que ahora sustenta S. S., es decir, la tesis de que el partido conservador es el único que puede proteger y amparar los intereses de la producción nacional, nadie, absolutamente nadie se va á con-mover; de aquí en adelante, nadie va á ser tan inocente que lo crea.

Y cuidado, Sres. Diputados, lo digo para que no adelantéis juicios temerarios; cuidado que yo no pretendo entrar en licitación con nadie sobre esta cuestión; me convencí hace mucho tiempo de que no era posible que los partidos políticos, con su organización actual, necesaria é insustituible, no pueden prestar amparo á exageraciones doctrinales de ninguna escuela económica. Os examiné á vosotros, y os ví tan débiles, tan enfermos, tan amenazados de descomposición, como pudieran estarlo fuera de aquí otros partidos políticos de diferentes opiniones. ¿Y qué hice entonces? ¡Ah! No es ahora cuando lo declaro, lo declararé desde aquellos bancos cuando vosotros gobernábais; hice entonces lo que era mi deber: renunciar á lo que estimaba mejor, por obtener lo que consideraba posible; y desde ese momento declaré que procuraría, dentro de mi partido, en la organización que mi partido tiene, aquellas ventajas que según mi conciencia tuviera derecho á pretender el país, contrapesándolas, discutiéndolas, valorándolas, aquilatándolas con los que desde otro punto de vista pudieran creer que esas no son ventajas, sino inconvenientes, y llegando á la medida de lo que en estas Cámaras, y con las inspiraciones de la opinión pública, pudiera hacerse en pro del interés común. (*Muy bien.*)

Así, pues, desde entonces, desde Junio de 1891,

no me podéis preguntar, no tenéis derecho á preguntarme, sería una curiosidad indisculpable que me preguntárais qué es lo que pienso, qué es lo que soy aquí. Soy un hombre convencido, que aspira á lo posible en la realización de su convencimiento con un medio que considera irremplazable, con el medio del partido liberal. (*Muy bien.*)

Por eso digo que yo no entro en licitación con nadie sobre este punto, pero me será lícito saber quiénes son los licitadores; y esa averiguación es la que empiezo no más ahora, y que proseguiré cuando vengan aquí otras discusiones; porque si ha habido alguien en cuya mente se haya albergado, siquiera por un momento, la sospecha de que yo, Ministro ayer, renegaría hoy de ese hecho y procuraría sustraerme á las responsabilidades indirectas, remotas, meramente sospechadas, de mi intervención en los actos del Gobierno, ese no me conoce, y es digno de mi compasión. (*El Sr. Cos-Gayón: Eso no irá conmigo.*) No; yo lo digo para el que lo haya creído. (*El Sr. Romero Robledo: Aquí no está; estará en la mayoría.*) Si ha habido alguno que lo pensara, ya está contestado. Todavía se conformaría mejor á mi carácter el rehuir participaciones en aquellos actos que engendraran gloria, ó que, siquiera por el momento, no estuviesen expuestos á las censuras públicas; pero huir de la censura, cuando otros que estaban á mi lado la sufran, ¡ah, señores! que no lo esperen mis enemigos, que no lo teman mis amigos y correligionarios. (*Muy bien, muy bien, en la mayoría.*)

Ese punto de la cuestión arancelaria del Gobierno ha quedado aplazado por el Sr. Cos-Gayón. También yo lo voy á aplazar; pero no sin decir antes algo, á imitación de S. S., que si bien creyó iba á decir poco, luego estimó que había sido suficiente. Si hay alguien que al oír lo poco que voy á decir entienda que ha pasado la oportunidad de decirlo, yo creo, por el contrario, que la única ocasión del Ministerio sucesor de la política arancelaria del partido conservador, solidario con el partido conservador de los compromisos contraídos con otras Naciones, que la única ocasión propia para las manifestaciones que voy á hacer, es ésta.

La contestación que tengo que dar es muy breve. El partido conservador hizo un arancel con tarifas máximas de que no hay que hablar, porque aun cuando haya algunas Naciones que las padezcan, son tan intermitentes los sufrimientos, que todavía no se han quejado, y tarifa mínima que no duró más que el tiempo que se tardó en entablar negociaciones para hacer tratados.

Soy extraño, como lo es el partido liberal, á los procedimientos, reglas y métodos por los cuales se formó la tarifa mínima. No digo nada nuevo, á quien quiera que conozca nuestra Administración, afirmando que si para formar esa tarifa se pudieron recoger datos excepcionales y extraordinarios, allí acababan los datos de la Administración; y que después de eso, informes parciales, cartas, documentos con más ó menos autenticidad ó puramente confidenciales, habrán podido completar el expediente de la formación de la tarifa.

Ahora bien; el partido conservador, autor de la tarifa mínima, había hecho varios tratados, de los cuales no mencionaré más que uno, el de Suiza.

En el tratado con Suiza había llegado á rebajar la tarifa mínima alguna vez en un 60 por 100, otra

en un 58, alguna en un 40, y así por el estilo, señores Diputados. ¿Quién que no estuviera en los secretos podría entender que el límite de acción del Gobierno para contratar era un límite preestablecido, fijo, inalterable? Si el propio autor de la tarifa, á quien yo no hago la injusticia de suponer que formándola para tiempos de paz y para Naciones amigas, formándola con el designio de que coexistiera la variedad de industrias y de producciones que alberga el país, elevara inconsideradamente los derechos en unos artículos y los dejara moderados en otro, sino que le hago la justicia de creer y afirmar que tuvo un criterio para formar la tarifa, criterio uniforme, que no protegiera á unos con daño de los otros, que no se olvidara del centro pensando en la costa, ó del Mediodía pensando en el Norte; si el partido conservador, procediendo con esta rectitud, hizo la tarifa mínima, y en el primer tratado que estipuló rebajó el 60 por 100 en algún artículo, ¿qué elementos de juicio podría tener quien tratara de saber qué regla había de seguir para hacer las concesiones?

Señores Diputados, comprendo la jactancia de los proteccionistas franceses, que al emitir su informe sobre la tarifa mínima, y al defender su inalterabilidad después, han aseverado constantemente que los derechos de esa tarifa mínima estaban estrictamente medidos con arreglo á las necesidades de la producción; pero el que después de fijar la tarifa mínima rebaja un 60 por 100, un 58 ó un 40, ¿qué títulos puede invocar al respecto de los que se ríen del criterio proteccionista del partido conservador?

Otros dos aspectos examinó rápidamente el señor Cos-Gayón: el aspecto de la deuda y el aspecto del crédito. Dijo S. S., con una autoridad que no se le podría negar sin evidente injusticia y con un conocimiento de la materia que yo me he apresurado á reconocer antes de ahora, y ahora también, que las cuestiones de crédito y deuda flotante son de tal índole, que á veces pueden hallarse en oposición con el aspecto verdaderamente fiscal del presupuesto; que lo que es bueno para una cosa suele no serlo para otra. Tiene razón S. S., y yo no he de discutir sobre esto; pero de la gestión del partido liberal, no hablemos ya del presupuesto, de la gestión del partido liberal, ¿qué puede inferirse útilmente para ese doble aspecto del problema que S. S. presentaba? ¡Ah! Vosotros habéis pedido cinco autorizaciones, habéis proyectado cinco conversiones; ¿y qué ha sido de todo eso? No hay nada hecho.

Llegué á creer que el Sr. Cos-Gayón hablará, y rectifico, porque he leído después el discurso y he visto que en efecto no habló de la conversión de las pensiones de las clases pasivas en deuda del Estado. (*El Sr. Cos-Gayón:* No he entendido bien á S. S.) Digo que creí entender que hablaba S. S. de eso; que luego me he convencido de que no, y no hablaré de ello. Pero habló S. S. de otra conversión, de la conversión de las subvenciones de ferrocarriles en anualidades con un 6 por 100 de interés. ¿Por qué no habéis hecho nada de eso? ¿Qué es de esas operaciones que proyectábais? El fracaso del partido liberal es evidente, por estas y otras operaciones que no ha realizado. Pues no tengo más que decir, señores Diputados, sino que ese artículo de la ley de presupuestos ha pasado de presupuesto en presupuesto desde 1885; que ha estado en ese tiempo S. S. en el Ministerio de Hacienda por espacio de año y medio,

y S. S. ha salido del Ministerio sin hacer nada en ese punto; y voy á dar la tranquilizadora noticia al país de que el Sr. Cos-Gayón no se creyó fracasado por no haber hecho nada de eso.

De modo que una autorización de que no se haga uso, no ha sido hasta ahora argumento para que se crea fracasada la política de un partido. Pero se añade: intentásteis una operación sobre la deuda flotante con el Banco de España; esa operación fracasó. Segundo motivo para asegurar que la política del partido liberal ha concluido. ¿Es que cree S. S. de verdad que la operación realizada entre el Banco y el Tesoro emitiendo obligaciones al 5 por 100, reembolsables á un año, constituye un fracaso tal que deba envolver nada menos que la muerte de la situación liberal? Pregunto si lo cree S. S. en conciencia, porque yo ya sé que cuando se levanta dice algunas cosas excesivas; pero ahora que está sentado, apelo á su conciencia más en reposo. (*Risas.—El Sr. Cos-Gayón:* Yo no he dicho una palabra de la muerte del partido liberal, ni de haber pensado en ello, ni de desearlo siquiera.) Nosotros, considerando que S. S. tuviera la potestad de podernos prolongar la vida, juzgaríamos y aceptaríamos de una benevolencia extraordinaria la declaración que ahora hace; pero cuando S. S. no tiene ese poder, nos parece que no es un gran favor el que nos dispensa.

De todas suertes, S. S. habla de un fracaso. ¿No recuerda S. S. de ninguna operación anunciada con solemnidad, preparada con mucho tiempo, y en la cual se había embarcado á una porción de potestades de la banca, y cuya operación no llegó á consumarse, y produjo como resultado que el Banco tuviera que cargar con un residuo que nadie tomaba? ¿No recuerda S. S. nada de eso? Pues, seamos justos: si esto pasó con una operación de conversión en amortizable á buenos tipos, con la esperanza de la lotería y con una preparación extraordinaria, yo pregunto si habrá nadie que se pueda extrañar de que una operación que se empezó á anunciar el día 25 ó 26 de Junio para terminarla el 30 de Junio, no diera más resultado que el obtenido en Madrid de las gentes que tenían su dinero colocado en otra de las formas de deuda del Tesoro y la sustituían por la nueva. Pero S. S. lo ha dicho también: eso se ha modificado con posterioridad, y hoy no pesa sobre la cartera del Banco más que una parte poco superior á la mitad de aquella deuda que se emitió.

En último caso, Sres. Diputados, cuando se quieren analizar y examinar las condiciones de aquella operación, los términos en que fué propuesta, los plazos angustiosos en que había de desenvolverse, y compararla con cualquiera otra, yo no tengo inconveniente en que se haga. Y digo, además, que habiendo sido aquella operación poco activa, poco eficaz para los fines que el Gobierno se proponía, ni en poco ni en mucho se había malogrado el propósito del partido liberal. Podría retardarse; malograrse, ¿por qué?

Y en cuanto á la operación de los 500 millones de pesetas, el digno Sr. Ministro de Hacienda ha empleado el lenguaje único que cabía emplear en este caso. Yo no tengo para qué averiguar cómo está ese asunto y si va á tener una solución próxima ó más ó menos remota. Pero, Sres. Diputados, ¿es que el señor Cos-Gayón nos habría economizado las censuras? ¿Es que no habría puesto los tonos más vivos de

color en su discurso, si en período anormal, en que la paz pública en el interior ó en el exterior no estaba completamente asegurada, en que podía existir una sombra, siquiera remota, de intranquilidad para el capital, el partido liberal ó su Gobierno se hubiera apresurado á mendigar el auxilio de los capitalistas para hacer la operación? ¡Con cuánta razón habría dicho S. S. entonces que celábamos poco del interés público, que teníamos una precipitación culpable; en una palabra: que sin cuidarnos del medio en que vivíamos, lanzábamos por un despeñadero el crédito, la Hacienda y el Tesoro nacional!

No diré, pues, una palabra más sobre la cuestión de crédito y de deuda flotante. El Gobierno tiene tiempo para resolver estos dos problemas; el patriotismo de todos está interesado en ayudarles; cualquiera que sea la solución que dé, será buena solución, yendo á estos dos fines: á aliviar al Banco de España de la enorme cartera de los valores del Tesoro que hoy le aflige, y á producir, por una transformación de la deuda flotante, mayor confianza para las operaciones ulteriores de nuestro Tesoro y una desenvoltura y una agilidad de movimientos de que ahora, por desgracia, aunque no carecemos totalmente, pudiéramos en algún momento estar necesitados.

Y vengamos á la cuestión de nivelación. El señor Cos-Gayón empezó por plantearla á su gusto, para que de esta suerte fuera su victoria más fácil. ¿Qué hay de aquella nivelación instantánea, á golpe de electricidad, que nos anunciábais? ¿Y quien ha anunciado esto? Yo no he consultado, yo no necesito consultar antecedentes en este punto; fui objeto por parte de S. S., cuando ocupaba el banco azul, de una interpección directa en el momento en que estaba usando de la palabra; S. S. me dijo: ¿de veras cree S. S. que el presupuesto está nivelado? Y contesté: éste, sí. ¡Ah! dijo S. S. Pero qué, ¿al decir esto es que yo he tratado de ocultar á nadie la verdad? Ya sabía yo que era necesario pensar en los presupuestos sucesivos; y porque lo sabía, traje á esta ley de presupuestos artículos que produjeron dificultades, algunos de los cuales tuve que sacrificar á vuestra oposición; otro pasó solamente por vuestro patriotismo y tolerancia, comprendiendo, como comprendéis los que habéis gobernado, que sin él era imposible que el Gobierno pudiera desenvolver el presupuesto. Pero yo jamás afirmé que la nivelación del actual presupuesto implicara sin nuevos medios, que también procuré, la nivelación del presupuesto futuro.

Había esta diferencia entre vosotros y yo, ¿por qué no decirlo, puesto que he declarado ya que soy responsable, singular y únicamente responsable, de los métodos por los cuales se había de ir á la nivelación, así como soy solidario con el partido liberal de la aspiración constante y mantenida, de la enérgica aspiración de ir á la nivelación de los presupuestos? Pero había esta diferencia, y es, que vosotros creíais que dejando un déficit en este año, y otro déficit menor en el año siguiente, y otro menor en el tercero, al cuarto se podía llegar á la nivelación. (*Rumores en la minoría conservadora.*) Yo creo haber entendido esto: ir á la nivelación paulatinamente y por grados, me parece que significaba esto, reducir los déficits sucesivos, constantemente: esto creía yo. (*El Sr. Cos-Gayón hace signos afirmativos.*) Pues bien (el Sr. Cos-Gayón asiente, y no puede menos de ser así); pues bien,

yo tenía una opinión distinta. Yo entendía que por pequeño que fuera el déficit de este año, y el del siguiente, y el del tercero, esos tres déficits habían de constituir una dificultad insuperable para la nivelación del cuarto presupuesto; y quise imponer, y quise rogar, quise pedir, quise, invocando el patriotismo de todos, decretar que nos impusiéramos un sacrificio transitorio, el sacrificio de un año, el de dos, si era necesario, en tanto que se realizaban los recursos extraordinarios con que entendía yo llegar á la nivelación definitiva; que en ese tiempo se acallaran las exigencias de respetables intereses, se modificaran las pretensiones justísimas de otros que no están satisfechos, y ahorrando el déficit del primer año, y si fuera menester del segundo, llegáramos al tercero con aquellos recursos que preparaba la ley de presupuestos, y atendiéramos, no sólo á las necesidades posteriores al presupuesto de 1893-94, sino á las necesidades no satisfechas de este año y de los ulteriores; esa era la nivelación que yo profesaba.

¿Qué daño, qué quebranto, qué trastorno podía traer esa nivelación? Yo, Sres. Diputados, tengo que declararlo con completa sinceridad; ya lo suponía cuando me argüían con dificultades de la índole de las que ahora explicaré. Ahora estoy convencido; doy este testimonio de reparación (no debido por mí, debido en nombre de aquellos que hacían tales argumentos) á los institutos armados de la Nación española: «dificultades, se decía, surgirán de esta ó la otra parte, donde son verdaderamente peligrosas;» para gloria del Ejército y de la Marina española, para enaltecimiento y orgullo de todos nosotros, hay que decir que de ahí no ha salido la más insignificante protesta. (*Aplausos.*) ¡Ah, los intereses regionales, los intereses locales! ¡Tempestades en un vaso de agua! ¿Qué dificultad sería, qué perturbación han producido ninguna de esas agitaciones convencionales de esta ó la otra región, de esta ó la otra localidad? Por el presupuesto, oídlo bien, ninguna. La demostración, cuando se discuta este punto, estoy pronto á darla. Pero dolámonos, señores, de que no haya sido este agosto recinto tan extraño como debiera á la iniciación, al aliento ó á la protección de esas pequeñas agitaciones.

Contraigo yo aquí á la faz de mi país el compromiso, que fianzas tiene de que no será baldío, puesto que lo he practicado antes de ofrecerlo, de que jamás, jamás, intereses de esa índole levantarán mi voz contra la obra nacional de nivelar el presupuesto y de asegurar la regeneración de nuestra Hacienda. (*Muy bien.*)

¿Pero es que, dentro de estas líneas generales del programa financiero del partido liberal, la obra ha fracasado? ¿Es que el presupuesto actual no se saldará sin déficit? El Sr. Cos-Gayón afirma que no. Yo no voy á seguir un ejemplo, que muchas veces en la historia parlamentaria de mi Patria me ha hecho sonreír, el ejemplo de disputar quién es mejor prefeta, si el de la oposición, que augura todo género de desdichas, y el ministerial, que ve todas las cosas de color de rosa. Dos meses faltan para la terminación del ejercicio. Poco hemos de vivir, si no lo vemos; para entonces me comprometo á discutir con el señor Cos-Gayón si el presupuesto de 1893 á 94 ha resultado ó no saldado sin déficit.

Ahora, sin embargo, me voy á permitir algunas afirmaciones, deducidas de los datos oficiales de nueve meses de ejercicio de ese presupuesto.

Hay en los presupuestos vigentes un ingreso calculado de 737 millones, cifra redonda. Van recaudados de este presupuesto el día 31 de Marzo (no quiero hablar de Abril porque todavía no son oficiales los datos, pero estos que voy á citar los tiene como yo cualquier Sr. Diputado, y el Sr. Cos-Gayón más, seguramente), van recaudados 516.663.000 y pico de pesetas. Habréis leído todos en la prensa, que se ocupaba de anticipar mi fracaso, un cálculo que parece racional: 737 millones distribuidos en doce mensualidades, dan una cantidad proporcional superior á la recaudada en los nueve meses; hay, pues, un evidente déficit de 50, 60, 70 ó más millones.

Esta es un arma lícita en quien no haya pasado por el Departamento de Hacienda y no sepa la desigualdad con que se recaudan los tributos, en quien no tenga la idea de la necesidad ineludible de aguardar al resultado de los cuatro trimestres para el desenvolvimiento de los presupuestos, á causa de que siempre son más fijos y efectivos los vencimientos de las obligaciones que los ingresos.

Pero hay otra manera de estudiar este asunto, que es ver la marcha de los presupuestos anteriores en un quinquenio, y examinar si el presupuesto actual va, con relación á aquéllos, en una mejora evidente que permita esperar que se saldará sin déficit. Y ese trabajo, voy en pocas palabras á presentarlo á vuestra consideración; porque las mismas ó parecidas circunstancias concurren en cada año del quinquenio, y las mismas dificultades para la realización de los impuestos en un mes del año 1893-94 que en igual mes de 1892-93, de 1891-92 y de 1890-91. Para apreciar, pues, con exactitud la situación presente del presupuesto de 1893-94, dejándose de lucubraciones y matemáticas complicadas, me parece éste el método más claro.

¿Qué presupuestos teníamos desde 1889-90 al presente? ¿Qué ingresos habíamos realizado hasta el día 31 de Marzo? ¿Qué diferencia hay entre los ingresos presupuestos y los realizados en esa fecha? Por esta diferencia se podrá venir en conocimiento de lo que ha de resultar normalmente el 30 de Junio de 1894. (*El Sr. Cos-Gayón:* Todo eso es incuestionable; pero eso no cabe en una alusión personal, contestándome á mí sobre lo que no he hablado.) ¿No dijo S. S. que no hay nadie que crea que por la gestión recaudadora se haya nivelado el presupuesto? (*El Sr. Cos-Gayón:* Comencé reconociendo la mejora de la Hacienda. Está muy bien lo que S. S. dice; lo oigo con gusto; lo que hay es, que protesto de que lo que S. S. dice no va contra mí.)

Veremos si demuestro lo que me he propuesto, es á saber: que este presupuesto se saldará como no se han saldado los anteriores; que en este presupuesto, en cuya ley vigente hay medios para acudir al déficit de necesidades que no hemos tenido en otros ejercicios... (*El Sr. Cos-Gayón:* Eso será bueno para S. S., pero malo para quien le siga; porque esa nivelación de los presupuestos transitoria, es un perjuicio para los que le sucedan, porque se consigue aumentando el desnivel de los presupuestos venideros.)

Si á S. S. no le molesta, voy á seguir con el argumento, para que se vea que la tesis, por S. S. y por mí sustentada, de que va nuestra Hacienda en progreso, es una verdad incontrovertible.

Pues bien, Sres. Diputados; sin perjuicio de dar al *Extracto* la demostración de lo expresado, os daré

un resumen anticipado. Setecientos setenta y nueve millones era el presupuesto de 1889-90, y se recaudaron hasta 31 de Marzo 486 millones: diferencia por cobrar, 293 millones. Era el presupuesto de 1890-91 de 749 millones, y se recaudaron hasta 31 de Marzo 490: diferencia, 259 millones. Hay, como véis, un visible progreso, que se interrumpe en el año de 91-92, que el presupuesto es 749 millones y se recaudaron 475: diferencia, 274. En 1892-93, el presupuesto es de 747 millones, la recaudación de 488, y la diferencia 258. En 1893-94, el presupuesto es de 737 millones, la recaudación de 516, y la diferencia de 221 millones. El presupuesto de 93-94, en 31 de Marzo de 94, lleva, pues, de ventaja al presupuesto de 92-93, 37.907.041 pesetas entre lo recaudado y lo presupuesto. Si esta proporción sigue, y por las noticias que tengo del mes de Abril, no sólo sigue, sino que se mejora, á los doce meses la diferencia entre lo presupuesto y lo recaudado en el año pasado y en el presente será de más de 50 millones. Es así que el déficit del presupuesto de 92-93 fué de 47 millones, luego, hoy por hoy, tengo el derecho de afirmar que el superávit de este presupuesto será de 3 millones y medio de pesetas. Esto por lo que toca á los ingresos, Sres. Diputados.

Por lo que toca á los gastos, haciendo la comparación con aquellos datos oficiales que poseemos, desde Diciembre de 92 hasta la fecha resulta lo siguiente: que siendo el presupuesto de 92-93 de 742 millones de gastos, en 31 de Marzo se habían pagado 588 millones: diferencia entre el presupuesto de gastos y los pagos hechos: 153 millones. Presupuesto de 93-94: el presupuesto de gastos es de 737 millones; se han pagado en 31 de Marzo, 612: diferencia: 125 millones entre lo presupuesto y lo pagado. Diferencia entre una y otra diferencia, es decir, más obligaciones satisfechas en 93-94 el 31 de Marzo que en 92-93 el mismo día, 28.646.000 pesetas; es decir, que como esto no podrá ya pesar sobre los meses ulteriores, hay que contar con ello también para suponer autorizada, legítima, indiscutiblemente, una nueva fuente de superávit en este presupuesto. (*Muy bien, en la mayoría.*)

Que habrá ampliaciones de crédito; que hay que contar con las ampliaciones de crédito; que yo hago la comparación sobre los gastos presupuestados; que esos gastos se habrán aumentado. Pero, Sres. Diputados, ¿es que yo trato de engañar á nadie? ¿es que con cosas tan elementales se puede engañar á nadie? No; habrá aumento de gastos; habrá créditos supletorios; no habrá los 51 millones de créditos supletorios que ha tenido algún presupuesto anterior; no los habrá; pero con eso, ¿qué se quiere decir? ¿Negaréis que esta ventaja de los 28 millones en los pagos ya realizados, de los 3 millones en los ingresos casi realizados también, se ha de sentir en los aumentos de crédito? ¿Es que no será un factor de la operación que haya de realizarse al liquidar definitivamente el presupuesto?

Pues todavía tengo que añadir otra cosa, y es, que mi sinceridad y la franqueza con que yo trato estos asuntos no me permiten invocar aquí un recurso derivado de la ley de contabilidad, que necesariamente ha de aligerar en más de 70 millones el presupuesto actual.

No lo invoco, porque eso realmente no es mérito ninguno, porque eso no es obra de recaudación ni de

reducción de gastos, porque eso lo que hace es prorrogar la contabilidad de un trimestre de la deuda, para el cual, sin embargo, hay dotación en el vigente presupuesto. Sin embargo, no tomo esto en cuenta para mis cálculos, aunque lícito le ha de ser al Gobierno tenerlo entendido. Y veamos, ya que se habla del estado de la Hacienda y del Tesoro, unas cuantas cifras sobre el estado del Tesoro y de la deuda flotante. No leeré detalles, no leeré más que resúmenes, para ver hasta qué punto vamos mejorando, sean las que sean las exageraciones de nuestros detractores en el interior y en el exterior.

Deuda del Tesoro: en 31 de Diciembre del 92, era de 293.614.290 pesetas; en 31 de Diciembre del 93, se elevó á 338.877.332 pesetas; había, pues, aumentado, en números redondos, en 45 millones.

Pues veamos si ha seguido la progresión ascendente, ó si, por el contrario, está en una marcada descendente progresión. El año 1891, la deuda flotante era de 375.233.846. El 31 de Diciembre de 1892 se debían al Banco de España 293.614.290 pesetas; se había convertido en aquel año la deuda flotante en amortizable por valor de 202 millones y medio. Había, pues, la deuda flotante, desde 31 de Diciembre de 1891 á 31 de Diciembre de 1892, llegado á 496.114.290; ó lo que es igual, había crecido durante el año 1891-92 en 120 millones de pesetas. Durante el año 1893 no ha crecido más que 45.253.042; luego se ha mejorado durante el año 1893 en 75 millones.

¿Os parece que por aquí vamos perdiendo? (*El Sr. Cos-Gayón*: Ya ajustaremos las cuentas.) Las ajustaremos cuando S. S. quiera. (*El Sr. Cos-Gayón*: Ahora mismo.) Ahora unas cuantas partidas de la cuenta del Tesoro, para probar que también aquí estamos en evidente progreso. No más que unas partidas; no quiero molestaros, porque el dato es oficial y está al alcance de todos. En 31 de Diciembre de 1892 se debían al Banco de España, por saldo de la cuenta de Tesorería, 32.333.857 pesetas. En 31 de Diciembre de 1893 debía el Banco de España al Tesoro, por saldo de Tesorerías, 15.457.757 pesetas. En el año 92 tenía el Tesoro como reserva de contribuciones para pago de la deuda, 49.941.296. En 1893 tenía 69.765.802 pesetas. El saldo desfavorable de la cuenta de resultados de este año había descendido, desde 430 millones, que era en 31 de Diciembre de 1892, á 399 millones, ó lo que es igual, 31 millones, poco más ó menos.

Estas son, me parece, inequívocas demostraciones de que no hemos retrocedido, desde que el partido liberal se encuentra en el poder, en la gestión de la Hacienda. Si hay errores en el desenvolvimiento de los propósitos comunes, si hay deficiencias, y, si queréis, absurdos en mis determinaciones, yo los entrego á vuestras censuras; no pretendo pasar á la posteridad como una notabilidad financiera; me basta acreditar que no he hecho traición á los propósitos nobilísimos de mi partido, que he cumplido sus compromisos en la medida que mis fuerzas me han permitido, y que con el auxilio de dignísimos funcionarios, que han sabido llenar el vacío del número con la laboriosidad y el celo, he realizado la obra del presupuesto. Sobra para mi tranquilidad que en mi mano no hayan sufrido detrimento los altos intereses que me estaban encomendados.

Ahora, para concluir y no molestar por más tiem-

po al Congreso, diré que no quiero ocultar al país, ni menos al Gobierno, que todavía, no obstante el progreso indudable de nuestros presupuestos, se necesitan heroicos esfuerzos para llegar á la definitiva normalidad de nuestro crédito y al asiento inalterable de nuestra Hacienda; que esos esfuerzos son demandados y se hacen inexcusables por varias causas que no hemos creado nosotros, por varias causas que, si queréis, son enfermedades endémicas, y de las que no hay que acusar á nadie. Una de esas causas es el presupuesto extraordinario, cuyos recursos se han agotado y hay que sustituir. Lo creamos por el impulso del entusiasmo y con la esperanza puesta en el porvenir, á raíz de la Regencia; y ese presupuesto, que ha venido destinado á distintos usos, según han sido más ó menos apremiantes las exigencias del momento, hay que destinarlo á la terminación de la escuadra en cuanto sea ineludible, ya que se han podido colocar en otra parte las atenciones del material de Guerra y de Fomento. La desgracia que sobre nosotros pesa con motivo de los cambios internacionales es otra necesidad, espero que transitoria, de que justamente debe preocuparse el Gobierno.

Por lo demás, no es lícito pensar en nuevos gastos ni en atender necesidades que no sean absolutamente indispensables; no es posible satisfacer ninguna clase de apetitos, por legítimos que sean, mientras estemos en las presentes circunstancias. Hay que salvar estos momentos de angustia, resignándose á sufrirllos como una desgracia de todos los partidos; pero, lejos de sentir flaqueza, hemos de sacar de ellos el estímulo y la fuerza necesarios para salir al encuentro de un porvenir más lisonjero.

¡Ay de aquel que en esta difícil situación niegue su concurso á la Patria en la obra de levantar nuestro crédito y normalizar nuestra Hacienda! No importa qué partido haya de realizar el suceso venturoso que perseguimos; quien quiera que él sea, siempre se cobijará bajo la bandera de la Patria. (*Aplausos en la mayoría.*)

El Sr. COS-GAYÓN: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. COS-GAYÓN: Necesario ó no, en mi concepto absolutamente innecesario é injustificado, el llamamiento que hace al patriotismo, de esta minoría por lo menos, el Sr. Gamazo, yo debo empezar por declarar que nuestro apoyo por nada ha de faltar al Gobierno actual para la empresa patriótica de hacer el presupuesto y llegar á la deseada nivelación, como no le faltó el año pasado al Sr. Gamazo; habiendo contrastado notablemente la conducta que esta minoría conservadora observó con la que el partido liberal había observado el año anterior. (*El Sr. Gamazo, D. Germán*: Lo discutiremos.) Su señoría discutirá lo que tenga por conveniente; pero los hechos son estos. Su señoría pudo traer, sacar adelante y ver aprobado el presupuesto, traído tardíamente, como todos los del partido liberal, el día 10 de Mayo, lo cual no tiene precedente en la historia parlamentaria de España, y lo sacó exclusivamente por el apoyo decidido que para la formación de aquel presupuesto le dió la minoría conservadora.

Es cierto que hubo para la discusión de aquel presupuesto dos momentos que conviene separar. Fué el primero aquel en que el partido liberal, queriendo prevalerse de las condiciones excepcionales

de la ley de presupuestos, pretendió obtener una dictadura para cada uno de los Sres. Ministros; la derogación completa de todo lo que se había legislado en materia de derecho penal desde 1850 hasta 1893, la reforma de las leyes de enjuiciamiento civil, de enjuiciamiento criminal é hipotecaria; en suma, una autorización legislativa para una dictadura como no se había visto jamás; pero después que los señores individuos del Gabinete liberal comprendieron que no tenían razón para continuar sosteniendo aquella pretensión, todo fué facilidades nunca vistas, que hicieron pasar, no sin discusión, pero con poquísima discusión, el presupuesto de 1893-94.

Desde el primer momento, en nombre de la minoría liberal conservadora, anuncié al Gobierno, y especialmente al Ministro de Hacienda, que lo era á la sazón el Sr. Gamazo, que todo lo que se refiriera á la cuestión de Hacienda pasaría sin dificultades; que impugnáramos lo que no nos pareciera bien; que votaríamos contra lo que nos pareciera mal; pero que no pondríamos inconveniente á que el Gobierno sacara de las Cortes lo que la mayoría, en uso de su derecho, creyera que debía sacar.

En lo relativo al empréstito, yo dije á aquel Ministro de Hacienda que si el Gobierno entendía que eso debía ir á la ley de presupuestos, nosotros no diríamos lo que la minoría liberal nos había dicho el año anterior. El año anterior, el partido liberal no había dejado pasar en la ley de presupuestos la autorización para un empréstito, y después no la había dejado pasar en una ley especial; y nosotros, en el año pasado, consentimos desde luego en que fuera á la ley de presupuestos; y no contentos con esto, la autorización que el Sr. Gamazo obtuvo del Parlamento fué, gracias á la iniciativa de la minoría conservadora, muchísimo más amplia que la que él había pedido.

Nosotros, pues, no necesitamos que se apele á nuestro patriotismo; tenemos dadas pruebas de que nos interesamos por el bien de la Patria.

Al discurso del Sr. Ministro de Hacienda, tengo, como S. S. no podrá menos de reconocer, poco que contestar. Su señoría, con muchísima razón, ha comprendido que todo lo que pudiera haber en las observaciones que yo hice aquí el otro día que se refiriese á la gestión anterior del partido liberal, más bien correspondía que lo contestara el Sr. Gamazo. Reconozco que esto es muy natural y muy correcto; y si fuera preciso, recordaría que yo me he encontrado en un caso parecido. En las Cortes anteriores, se hacían cargos al Gobierno, siendo yo Ministro de Gracia y Justicia, por la gestión financiera del partido conservador en los tiempos en que yo había sido Ministro de Hacienda; y todo el mundo encontró natural que yo solicitara y obtuviera de mi compañero el permiso de hablar en vez de él. Está, pues, muy en su lugar la conducta seguida por el Sr. Ministro de Hacienda y por el Sr. Gamazo. Pero algo tengo que contestar á lo dicho por el Sr. Ministro de Hacienda.

Me ha dicho S. S., contestando á mi primera pregunta, que no era posible traer los presupuestos á las Cortes cuando las Cortes estaban cerradas, lo cual es indudable. Pero, ¿de quién es la responsabilidad de que las Cortes, en vez de abrirse antes del día 1.º de Enero, como ha sido práctica constante desde que rige la Constitución de 1876, no se hayan

abierto hasta el día 4 de Abril? Porque sobre esto, muchas explicaciones podrá haber, pero yo hace mucho tiempo que tengo arraigada la opinión de que en vez de haberse dejado de traer los presupuestos á las Cortes porque las Cortes no estaban abiertas, se ha dejado de abrir las Cortes por no traer los presupuestos.

Por eso en 10 de Marzo, cuando S. S. ha subido al Ministerio de Hacienda, se ha encontrado con el hecho, ocurrido ahora por primera vez, de que el Ministerio de Hacienda no hubiera pedido los presupuestos parciales á los diferentes Departamentos. No se citará un solo año en que el Ministerio de Hacienda no haya pedido los presupuestos á los otros Ministerios ya en el mes de Octubre, ó lo más tarde en el mes de Noviembre. ¿Por qué no se han pedido ahora, ni en Octubre, ni en Noviembre, ni en ninguno de los meses posteriores? ¿Por qué ha podido llegar el actual Sr. Ministro de Hacienda al Departamento ministerial, que dignamente desempeña, el día 10 de Marzo sin que todavía se hubiera hecho ni la más pequeña indicación á los otros Sres. Ministros para que hicieran y presentaran sus respectivos presupuestos?

Es verdad que en 1879, en 1884 y en 1889 no se han presentado los presupuestos hasta el mes de Mayo ó hasta el de Junio; pero en aquellos tres casos, los respectivos Ministros de Hacienda leyeron el presupuesto á las veinticuatro ó á las cuarenta y ocho horas de haberse constituido definitivamente el Congreso; porque en los tres casos había tenido lugar una disolución del Parlamento anterior. No, no es esta la razón; la verdadera razón es la que ha dado también S. S.; esa es la que lo explica todo.

El Sr. Ministro de Hacienda ha confesado lealmente que no ha traído todavía los presupuestos porque los presupuestos de 1894 á 95 son muy difíciles de hacer. Esta es la verdadera razón. Por esa razón no se habían pedido los presupuestos parciales anteriormente, por esa razón no se habían reunido las Cortes, por esa razón el Sr. Gamazo no permitió que se reunieran las Cortes en Octubre, cuando el Ministro de la Gobernación, Sr. González, tenía empeño en que se abrieran para discutir el proyecto de ley de reforma de ley municipal; por esa razón el señor Gamazo no permitió que las Cortes se reunieran en Diciembre, cuando el Sr. Ministro de Estado tenía interés en que se reunieran para la aprobación de los tratados. (*El Sr. Gamazo, D. Germán:* Está equivocado S. S.)

Por esa razón, Sr. Ministro de Hacienda, mi pregunta á S. S. ha quedado sin contestar, porque no puede decirse que es contestación la que S. S. ha dado. «¿Pueden hacerse, Sr. Cos-Gayón, los presupuestos sin tener reunidos los parciales de los Ministerios?» Eso no es contestar á mi pregunta; porque, en ese caso, mi pregunta contiene esta otra: ¿por qué no se han pedido los presupuestos parciales á tiempo? Es claro que cuando digo por qué no se han presentado los presupuestos, no me refiero al acto material de subir S. S. á la tribuna, vestido de uniforme, á leerlos; á lo que me refiero es á no estar preparados, á que no se ha hecho todo lo necesario para traerlos.

Todo esto lo que prueba es lo que, á pesar de las afirmaciones contrarias, en sentido optimista, del Sr. Gamazo, ha dicho el Sr. Ministro de Hacienda,

es á saber: que no se han traído todavía porque son muy difíciles de hacer, lo cual le quita á S. S. la libertad de decir, como dice, que los va á traer dentro de muy pocos días. Si no sabe S. S. á estas horas cómo los va á hacer, ¿cómo asegura que los va á traer dentro de muy pocos días?

Yo no le he preguntado al Sr. Ministro de Hacienda si tiene hechas ó entabladas negociaciones para la contratación del empréstito, ni tampoco si las tiene entabladas con el Banco de España, ni en qué estado se encuentran. Si yo le hubiera preguntado á S. S. eso, tendría S. S. muchísima razón para decirme que no lo debía preguntar. Yo he hecho un argumento que se refiere al estado actual de la Hacienda pública, y que no puedo menos de hacer, pues de ese modo defendiendo la doctrina que constantemente he estado defendiendo aquí, y contra la cual se han dado leyes que no se ejecutan.

Sois vosotros los que el año pasado hicisteis un plan para resolverlo todo de repente; de repente la nivelación, de repente la transformación de la cartera del Banco; sois vosotros los que os habéis impuesto en la ley, contra mi opinión expresa, la obligación de hacer todas estas cosas en día fijo; el vencimiento de esa obligación que os habéis impuesto, muy desafortunadamente en mi opinión, llega, y no podéis ó no sabéis cumplirla; y por eso os digo que no cumplís la obligación que imprudentemente os impusisteis. Vengo, pues, á decirlos: ¿no veis cómo os equivocasteis? ¿no veis ahora cómo tenía yo razón el año pasado cuando os aconsejaba que no os impusierais esa obligación á fecha determinada?

En realidad, lo que yo preguntaba lo ha contestado ya el Sr. Ministro en el Senado; en realidad, lo que yo preguntaba, á pesar de la contradicción que hay entre lo dicho por el Sr. Gamazo y lo dicho por el Sr. Ministro de Hacienda... (*El Sr. Ministro de Hacienda*: ¿Qué contradicción?) Ahora va. Digo que lo que yo preguntaba está ya contestado, porque ya sabemos que no se cumplirá la ley de 24 de Junio último.

La contradicción que he notado consiste en que el Sr. Gamazo me dice: pues qué, ¿le parece poco tiempo al Sr. Cos-Gayón más de mes y medio para que podamos juzgar todas estas cosas? Y el Sr. Ministro de Hacienda ha dicho en el Senado: yo me he dirigido al Banco de España y he entablado con él negociaciones. Pues el primer supuesto de estas negociaciones tiene que ser necesariamente la imposibilidad de cumplir la ley, porque para cumplir la ley no necesita S. S. negociar nada. (*El Sr. Ministro de Hacienda*: No veo la contradicción, ni admito esa segunda parte.)

Si el Sr. Ministro de Hacienda dice ahora que la ley de 24 de Junio último va á quedar cumplida antes del 30 de Junio, no sólo no hay contradicción, sino que yo quedo completamente contestado; pero mientras ni el Sr. Ministro de Hacienda ni el Sr. Gamazo se atreven á decir que antes del 30 de Junio estará transformada la cartera del Banco en cartera de particulares, y esa cartera de particulares transformada por un empréstito, desde ese momento, yo estoy en mi derecho afirmando rotundamente que antes del 30 de Junio no estará cumplida la ley. (*El Sr. Gamazo*: ¿Y no sería mejor esperar al 30 de Junio?)

Basta ya de excepciones dilatorias; he admitido

de muy buena fe, con muchísimo gusto, la excepción dilatoria que, alegando falta de personalidad en el demandado, me ha presentado el Sr. Ministro de Hacienda; pero no he de admitir ahora la excepción dilatoria del Sr. Gamazo para hablar de su gestión mientras ha sido Ministro de Hacienda.

Con esto me parece que he contestado lo que debía contestar al Sr. Ministro de Hacienda; porque otra cosa que apunté al tomar notas del discurso de S. S., merece capítulo aparte y encajará mejor cuando conteste á cosas parecidas que ha dicho el Sr. Gamazo. Me refiero al punto relativo á que los gastos de Melilla no corresponden al año económico de 1893-94. Después de tanto como se ha discutido y después que tantas cosas se iban poniendo en duda, sólo nos faltaba oír que lo de Melilla no ha sucedido el año 1893, y que toda la responsabilidad ó toda la gloria en los desaciertos y en los aciertos del Gobierno, todos los desastres que sobre el país han caído, no tienen nada que ver con el año en que ha sido Ministro de Hacienda el Sr. Gamazo. Pero ya digo que esto lo dejo para después, y paso á ocuparme del discurso del Sr. Gamazo.

Comenzó S. S. recordando que yo me he declarado siempre constante enemigo de las economías, á pesar de que, al mismo tiempo, yo he hecho tantas economías como el que más. Lo que hay en esto de cierto es, que yo constantemente he dicho y defendido que á la nivelación del presupuesto no se podía ir sólo por economías en el presupuesto de gastos; que además era preciso que el presupuesto de ingresos, si hemos de llegar á la nivelación, contribuyera á ese resultado más que el presupuesto de gastos.

Llegué á no estar conforme, como es público y notorio, con el programa general del partido conservador en este punto; y digo esto, porque ya lo explicó, al tratar de la crisis ministerial de Noviembre de 1891, el Presidente del Consejo de Ministros que lo era á la sazón, el Sr. Cánovas del Castillo. Pero también es verdad que yo he traído mi aportación al trabajo de las economías; y que, con recordar que he suprimido, como Ministro de Hacienda, la casi totalidad de las Administraciones subalternas, y como Ministro de Gracia y Justicia 46 Audiencias provinciales, entre otras cosas, dicho se está que no soy el que menos ha trabajado para que se hagan economías; pero defendiendo siempre la doctrina, que continúo defendiendo y que ahora ya me parece evidente por los hechos, de que del presupuesto de gastos exclusivamente no ha de salir la nivelación del presupuesto.

La explicación que el Sr. Gamazo ha dado del hecho, á primera vista sorprendente, de que habiendo dejado los conservadores al corriente el despacho de los asuntos de la Secretaría del Ministerio de Hacienda, hasta el punto de que en 31 de Diciembre de 1892, tres semanas después de la salida del partido conservador, no había, según acaba de decir en la *Gaceta* la Presidencia del Consejo de Ministros, más que 150 expedientes, que son menos de los que debieron entrar en esas tres semanas, y en 31 de Diciembre de 1893 había nada menos que 17.431; la explicación que de este hecho ha dado el Sr. Gamazo, era la que yo me presumía.

Pero aquí hay también otra diferencia de criterio y de doctrina entre el Sr. Gamazo y yo; resulta que esta enorme distancia entre el número de los ex-

pedientes despachados al corriente al empezar el año 93 y los 17.431 que había pendientes al concluir el 93, consiste en haber sido trasladados todos esos expedientes y 6 ó 7.000 más desde la Dirección general de propiedades á la Subsecretaría.

Yo he entendido siempre, y ahora con más razón que nunca, que uno de los mayores errores que se podían cometer en la organización del Ministerio de Hacienda era la supresión de la Dirección general de propiedades; y ese número bastaría para darme la razón. Entended, Sres. Diputados, que en estas estadísticas de la Presidencia, como en todas las estadísticas, se pueden cometer muchas equivocaciones con la mera lectura, si no se saben apreciar bien los guarismos; que una oficina puede llamar expediente á cualquier cosa, á meras exposiciones, á documentos que entran á granel, á todo lo que se registra; y que otras pueden tener su cantidad de expedientes formados con asuntos de mayor importancia. Pues bien; en la Dirección general de propiedades, por la índole de los asuntos, no hay expedientes que consistan en uno ó dos documentos; allí no hay más que cuestiones que están ya en último trámite, cuestiones reñidas entre la Administración y los compradores ú otra clase de interesados; cada uno de los expedientes es un pleito de mayor cuantía entre el Estado y los particulares.

Bastaría ver que se han llevado de golpe, después de llevar no sé cuántos, otra mitad acaso, ó una tercera parte, por lo menos, á la Dirección de la Deuda, 23.000 á la Subsecretaría, para comprender que no han podido menos de quedar debilitados todos los resortes del Gobierno para defender los intereses del Estado. Entre esos millares de expedientes, hay de seguro muchos centenares, en cada uno de los cuales se controvierten cantidades por más de un millón de pesetas. De modo que con que en uno ó en varios expedientes, por haberse debilitado la acción del Estado, éste resulte indefendido, quedan anuladas de un modo muy desfavorable las economías de muchos años. Y no hay que alegar que se han despachado muchos expedientes, porque tan mala puede ser en asuntos de esta importancia la excesiva rapidez en el despacho como la excesiva lentitud. Lo que importa es que los organismos sean lo suficientemente fuertes y amplios para poder responder á los fines para que se han creado.

Uno de los defectos de nuestros presupuestos de ingresos y de gastos, consiste principalmente, por lo que se refiere al presupuesto de ingresos, en la pobreza del patrimonio nacional; y por lo que se refiere al presupuesto de gastos, en las enormes cantidades que pesan sobre él por consecuencia de la desamortización.

Saben todos los Sres. Diputados que el presupuesto de ingresos se divide generalmente en contribuciones directas, contribuciones indirectas y patrimonio del Estado, subdividiendo lo relativo al patrimonio del Estado en monopolios del Estado y en los bienes nacionales.

Pues bien; consecuencia de la manera con que se ha hecho la desamortización en España, lo cual es acaso la principal causa del malestar de la Hacienda, no solamente por sus resultados directos sino indirectamente, porque se ha acostumbrado el país á vivir de muy mala manera, ha sido el convertir en deuda del Estado todo el capital que estaba

amortizado. Por cada millón de pesetas de bienes nacionales que ha vendido el Estado, tiene éste ahora una deuda de un millón de pesetas; por cada millón de pesetas que ha vendido de bienes de la Iglesia, de los pueblos, de la beneficencia, de la instrucción pública, el Estado tiene un millón de pesetas de deuda. Muchas veces he hecho aquí la demostración de que los desestancos están hoy produciendo efectos desastrosos en el presupuesto de ingresos y en el de gastos; solamente el desestanco de la sal, hace que falten 35 ó 40 ó acaso más millones de pesetas en el presupuesto de ingresos, al mismo tiempo que la necesidad de cubrir el déficit que por consecuencia de ese desestanco ha habido en los presupuestos desde 1869 acá, está pesando en el presupuesto de gastos de una manera lamentable.

Por esta razón, entiendo que la Dirección de propiedades debía de haberse robustecido llevando al Ministerio Hacienda desde el de Fomento, como primera providencia que había que tomar en este sentido, los montes del Estado y el cuidado y vigilancia de todos los de los pueblos.

Pero se hiciera ó no una mayor ampliación de las tareas de la Dirección de propiedades, por lo menos convenía no debilitar la organización de este servicio, como es de temer que se haya debilitado, á pesar del celo de los funcionarios á quienes ha quedado encomendado.

La cuestión relativa á la manera con que el señor Gamazo ha resuelto el cumplimiento de la ley de presupuestos en lo que se refiere al impuesto de 5 céntimos por 100 sobre todos los valores del Estado, industriales y mercantiles, abraza dos extremos.

Su señoría ha entendido, y ha entendido bien, que yo estoy mucho más inclinado á profesar la doctrina que S. S. ha convertido en precepto gubernativo que á ayudar á los impugnadores de la misma; pero en lo que yo no estoy conforme de ninguna manera, es que entendiéndose como S. S. la ha entendido, la primera cuestión de esa suerte, queda S. S. ya defendido en lo relativo á la segunda. No, advierto á S. S. que al ponerme á su lado en la primera cuestión, le dejo completamente indefendible en la segunda.

La ley de presupuestos manda que la contribución nueva se exija sobre todos los valores que *circulen en el mercado*. Yo no tengo ningún inconveniente en contrariar la opinión casi unánime que hay en el país, para entender que S. S. se ha extralimitado de la ley. En vez de coadyuvar á la defensa de esa opinión, me pongo de parte de S. S., me lo exige mi conciencia. Las palabras *circular* y *circulación* son palabras técnicas, palabras que corresponden al tecnicismo de la ciencia financiera. Se entiende por circulante todo valor que está vivo, hállese en movimiento ó muy guardado en las cajas ó carteras. No hay ningún periódico profesional, que diaria ó semanalmente, según sea el período de su publicación, no ajuste la cuenta del oro que hay en circulación en cada uno de los países europeos, dejando de tomar en cuenta, en primer término, el que se halla en los Bancos de emisión, por muy inmovilizado que en ellos se encuentre. La circulación de oro en España consiste casi exclusivamente en el que tiene el Banco, á pesar de que esté más inmovilizado que pueda estar la deuda amortizable poseída por aquel establecimiento. La circulación se com-

pone de todos los valores que están vivos, y están vivos todos los que se encuentran en las carteras de los acreedores. Por eso el mismo Banco cuenta como circulantes todos sus billetes que están fuera de sus cajas, y considera fuera de la circulación los que tiene sobre las mesas de sus oficinas dispuestos para los cambios ó para los pagos.

Siendo esto así, ¿cómo es posible defender lo que ha hecho S. S. al eximir de esa contribución al Banco de España, por lo que se refiere á los títulos de deuda amortizable que tiene en su cartera? ¿Para qué ha cometido S. S. esta ilegalidad? Porque tengo la seguridad absoluta, sin haber hablado de esto con nadie, de que al Banco de España no le ha podido parecer siquiera bien. Por lo pronto, hay un dato, y es, que al Banco de España, que venía repartiendo hace muchos años 30 millones de pesetas entre sus accionistas, en este año, merced á las redentoras combinaciones de la ley de 24 de Junio último, que ha hecho que se le pague 5 por 100 por lo que antes venía cobrando 3, ha repartido 33 millones; y al Banco de España, para repartir 33 millones de pesetas á sus accionistas, no le podía importar nada una exención, que podía significar 150 ó 200.000 pesetas, puesto que por eso no les había de repartir una peseta más ni una peseta menos.

Pero en fin, esta no es cuestión para nosotros; allá el Banco de España la entienda como la tenga por conveniente.

A nosotros lo que nos interesa es averiguar si hay alguna razón plausible que excuse la ilegalidad cometida por el Sr. Ministro de Hacienda.

Dice la Real orden en que se ha concedido esa exención, en mi concepto evidentemente ilegal, que el Banco de España tiene que llenar ciertas formalidades ó encuentra ciertas dificultades cuando quiere negociar títulos de su cartera. Yo esto lo niego en absoluto. El Banco de España, para vender títulos de su cartera, tendrá que llenar la formalidad de que al que haya de llevarlos á la plaza se lo mande el gobernador y que el gobernador no se lo mande sin que se lo haya autorizado su Consejo de gobierno. Pero eso le sucede á cualquier particular: ningún apoderado, ningún administrador, vende los valores de su dueño sin que se lo mande hacer el dueño de los mismos. Fuera de esta mera formalidad administrativa, ¿qué dificultad puede tener el Banco de España, cuando hasta las leyes mismas aconsejan que venda su cartera?

Y ahora, siguiendo el mismo curso de las ideas del Sr. Gamazo, voy á ocuparme brevemente de aquellas palabras airadas que me dirigió S. S.; porque yo, que estaba muy callado, oyéndole muy respetuosamente, tuve que romper mi silencio por la insistente pertinacia con que el Sr. Gamazo me provocó á ello; manifestaciones airadas que no me explico, porque eran completamente innecesarias para arrancar aquellos aplausos que arrancó de sus amigos, los cuales están dispuestos siempre á prodigárselos á S. S., sin necesidad de que cometa injusticias conmigo.

Yo sostengo una doctrina, en la cual, como en toda doctrina, no hay agravio para nadie; yo sostengo una doctrina, que he indicado aquí el otro día, que he vuelto á indicar hoy, y que me propongo explicar hasta que todo el mundo la tenga bien entendida, según mi costumbre de repetir mis argumentos hasta hacerlos triunfar; y esta doctrina consiste, como

dije ya el otro día, en afirmar que esa confusión que el Gobierno liberal ha introducido en las cuestiones arancelarias, hasta el punto de que ya nadie se entiende, de que unos Ministros no se entienden con otros, de que los embajadores no se entienden con sus jefes, de que los partidos no se entienden entre sí, de que la Nación española no se entiende con las Naciones extranjeras, procede de que estáis obrando con tres equívocos: el oportunismo del Sr. Presidente del Consejo de Ministros es un equívoco, el proteccionismo parcial é incompleto del Sr. Gamazo es otro equívoco, y la política contradictoria arancelaria del Sr. Ministro de Estado es otro equívoco.

Lo que hay que hacer es poner las cosas en su verdadero punto, ponerlas á su verdadera luz y hacer entender al país que ahí no hay otra cosa, debajo de todos esos equívocos, más que el libre cambio en toda la línea: libre cambio en la Presidencia del Consejo de Ministros, libre cambio en el Ministerio de Hacienda y libre cambio en el Ministerio de Estado.

Cuando el Sr. Gamazo dijo: ¿cómo el Sr. Cos-Gayón me acusa á mí de proteccionismo deficiente? yo estaba oyéndole respetuosamente como siempre. Pero S. S. se empeñó en que había de contestarle á cosas que realmente no tienen contestación. Su señoría me decía: la fórmula del proteccionismo, ¿está en la tarifa mínima del arancel de 31 de Diciembre? Y yo me contentaba con preguntarme á mí mismo, en vez de responder: ¿pero qué cosas preguntan algunas veces los hombres de talento! (*Risas.*) Su señoría se empeñó en que yo había de contestar, é insistía mucho en aquello de *deficiente*, como si le hubiera inferido algún ultraje con esa expresión nada ofensiva para el Sr. Gamazo, al cual en aquellos momentos le interesaba decir palabras tan gruesas como que yo había *recogido especies del arroyo*, palabras que yo no he pronunciado jamás en discusión con S. S. ni con nadie.

Yo no había calificado el proteccionismo de S. S. de deficiente, sino de parcial é incompleto, cosa que todo el mundo sabe, porque es un hecho oficial innegable, que nosotros hemos ido constantemente en la grata compañía del Sr. Gamazo, aun cuando el Sr. Gamazo, para darnos aquél gusto, tuvo que ponerse en oposición con su partido, mientras hemos tratado de la protección á la ganadería y á la agricultura únicamente; pero el Sr. Gamazo nos ha abandonado por completo cuando hemos tratado de la cuestión arancelaria. (*El Sr. Gamazo:* Está equivocado S. S.; porque yo he asistido á la información arancelaria, y ahí están mis votos, de que no reniego.) El que yo esté equivocado es otra cuestión. Puedo muy bien equivocarme, porque yo nunca he presumido de infalible; puede que S. S. tenga razón y yo no la tenga; si S. S. cree que estoy equivocado, demuéstrela, que no le costará mucho trabajo; pero no hay motivo para decirme que recojo armas del arroyo, entre otras cosas, porque me parece que yo, sin bajarme tanto, de cuando en cuando demuestro que las tengo propias y bien templadas. (*Risas.*)

Tampoco hay ofensa ninguna para S. S. ni para nadie en decir que al tratar la cuestión arancelaria, y sobre todo al tratarla en sentido proteccionista (y esto que voy á decir se puede aplicar ya á los libre-cambistas igualmente) se defienden intereses legítimos. ¿Qué injuria hay en eso? Recuerdo que estando yo en el banco azul, algún Sr. Diputado de la mino-

ría dijo que defendiendo las soluciones proteccionistas defendíamos intereses particulares; y no me incomodé, ni dije á aquel Diputado que había recogido aquellas armas del arroyo, ni nada que se pareciera á eso; sino que, con la cabeza muy alta, contesté que, en efecto, eso estaba en la misma naturaleza de las cosas, y que nosotros defendíamos, como no podíamos menos de defender, intereses legítimos. En cuanto á lo de los móviles de que ha hablado S. S., no sé lo que ha querido decir.

En todo caso, lo más agrio que ha podido haber en aquella interrupción que S. S. me exigió, ha sido el haber yo dicho que S. S. defendía intereses particulares, intereses legítimos de la comarca de que es glorioso representante, pero al fin intereses particulares.

Dejo, pues, este punto como lo ha dejado el señor Gamazo, para tratarlo en sazón oportuna, pues no crea el Congreso que ya he dicho todo lo que tengo que decir en el asunto. Sin embargo, diré únicamente á S. S. para terminar, que ya me parece que cuando dice S. S. que siempre ha entendido que los partidos en las cuestiones arancelarias no deben admitir ninguna exageración doctrinal, se coloca en un terreno en que no es posible que podamos entendernos. ¿Qué es eso de la exageración doctrinal, cuando se trata de saber si un partido ó un individuo es proteccionista ó libre cambista? Eso es ya el oportunismo del Sr. Presidente del Consejo de Ministros. (*El Sr. Gamazo:* Y el de S. S.) Porque no hay nada más cómodo que decir: ahora convienen las doctrinas proteccionistas; pues las aplico, aun siendo libre cambista. Pero eso no es oportunismo más que para el Sr. Presidente del Consejo, al cual le son lícitas muchas cosas, entre otras la de entender, cuando dice que es oportunista, que en cada caso puede hacer lo que crea oportuno; que es una fórmula cortés y parlamentaria de decir: yo en cada caso hago lo que me da la gana. En términos científicos, eso no se puede decir; todo el mundo, en cualquier ocasión, puede ser oportunista. El Sr. Ministro de la Gobernación nos decía el otro día: «nos llamáis libre cambistas, y estamos sosteniendo un arancel proteccionista que impone derechos de 40 y 50 por 100.» Por ese sistema resultaría oportunista hasta el Sr. Figuerola cuando hizo su arancel de 1869; pero yo no he oído á nadie decir que aquella obra del Sr. Figuerola dejara de ser libre cambista.

Si S. S. entiende por oportunismo y llama oportunista al que no aplica en su totalidad y radicalmente la doctrina propia en una ocasión determinada, entonces es muy difícil que deje nadie de ser oportunista. Pero no se trata de eso; de lo que se trata es de que á pesar del oportunismo del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, el partido liberal en 1882, en 1886, en 1890 y 1893 ha marchado siempre en la dirección del libre cambio. Es oportunista el individuo ó el partido que no aplica radicalmente sus doctrinas, sino que las aplica según la oportunidad, y siempre en una dirección, y á condición de tener doctrinas y saber cuáles son; puede ir lo despacio que quiera, cuando es libre cambista, en la dirección del libre cambio, como cuando es proteccionista hacia la protección.

Y ahora recuerdo que no dije antes que los libre cambistas no podían decir ahora que no defienden también intereses particulares, porque ahora

constantemente están contraponiendo á los intereses de los productores, no ya los de los consumidores, pues al cabo de mucho tiempo y de mucho trabajo se han enterado ya por fin de que todos somos consumidores, si no los más concretos y determinados de los comerciantes.

El Sr. Gamazo me preguntaba si la fórmula del proteccionismo, si la medida, el patrón de la protección que necesita la industria, está en la tarifa mínima. Pues á eso contesto al Sr. Gamazo: ese patrón no está ni puede estar en ninguna parte. Si esto, en vez de ser un Congreso y estar yo contestando á una alusión personal, fuera una Academia, yo entraría, extensamente á demostrar que no hay manera posible de encontrar la medida exacta que la protección de una industria exija en un momento determinado.

El argumento del Sr. Gamazo de que el Gobierno conservador después de haber establecido la tarifa mínima hizo concesiones por debajo de ella, tiene muy poca fuerza, no pertenece á este debate, pertenece á otros que se están sosteniendo en otra parte, y que vendrán aquí, porque están anunciados de muchas maneras; pero la mera enunciación de la cuestión prueba la sinrazón con que están procediendo ese Gobierno y sus agentes, más ó menos sublevados contra él, porque la tarifa mínima tiene una explicación que nadie desconoce en el mundo, ni en España ni fuera de España.

Preguntaba el Sr. Gamazo qué suceso ocurrió entre la información arancelaria y la publicación del arancel, para que la tarifa no correspondiera exactamente á los resultados de aquella información. ¡Y esto lo pregunta el Sr. Gamazo, que estuvo en aquella información, que ha sido después Ministro de Hacienda, que ha legislado sobre estos asuntos y que tiene obligación de conocer todos los incidentes de esta cuestión! Me pregunta el Sr. Gamazo qué ocurrió. Pues no ocurrió, entre la conclusión de la información y la promulgación del arancel, sino el hecho más grande, el hecho más capital que ha habido en estos asuntos jamás desde hace muchos años, que fué la actitud resuelta tomada á fines de Octubre de 1890 por el Gobierno francés. Y con esto, dentro de los límites de que es posible ahora tratar la cuestión, queda contestado el Sr. Gamazo.

Si se hubiera tratado de dar la medida exacta de la protección que necesitaban la industria y la fabricación en España en aquel momento determinado, el arancel no habría tenido más que una sola columna. Tenía dos columnas, porque era necesario negociar delante de la actitud tomada por todas las Naciones, y sobre todo por el Gobierno francés, que decía: yo tengo dos tarifas, una alta, crecida, muy crecida, para todo país que no negocie conmigo, y otra baja para aquellos que negocien; no había más remedio que, ó entregarse atados de pies y manos al extranjero, ó tener una doble tarifa con la que poder negociar.

Que se hicieron concesiones por debajo de ella. ¿Tampoco ha entendido el Sr. Gamazo cuál era el sentido claro, evidente, de la razón por la que el Gobierno se reservó hacer concesiones por debajo de la tarifa mínima? ¿No se ha enterado todavía de que le repugnaba al Gobierno, como le repugnaba al país, aceptar la tarifa mínima francesa, y que era absolutamente imposible pedir á los franceses que hicieran concesión ninguna sobre la tarifa mínima, sin reser-

varse el derecho, la facultad de que en aquellas cosas en que no fuera absolutamente necesario defender el arancel que estaba hecho, se les pudieran hacer rebajas compensadoras?

Y antes de terminar este punto, voy á decir solamente una frase como protesta.

Señores Diputados, si hay entre vosotros alguno que no haya estudiado estos asuntos con la atención que hemos tenido que hacerlo otros, yo le aconsejo que siempre que oiga hablar del 60 por 100 que se aumenta y del 80 por 100 que se rebaja, entienda que esos tantos por ciento no tienen valor absolutamente de ninguna clase; que eso sí que es arbitrario, que eso sí que es ficticio, que eso sí que carece de todo sentido, aun cuando esté en la famosa ley arancelaria de 1869. Yo podría citaros ejemplos que acaso os parecieran ya hasta cómicos é indignos de un debate parlamentario, para que entendiérais á qué quedan reducidas algunas veces esas declamaciones, con tanto énfasis pronunciadas, sobre los aumentos del 60 y del 80 y del 100 por 100.

Y ahora vamos á las cuestiones que informaban el contenido de mis preguntas. Mi tesis era ésta: ha mejorado indudablemente la Hacienda pública española en los últimos años, por lo cual ha estado completamente fuera de su derecho el Sr. Gamazo al decir lo que ha dicho contestando á censuras que S. S. creía podrían pasar entre gentes que no hubieran puesto jamás los pies en el Ministerio de Hacienda, pero que eran inverosímiles para los que tienen la obligación de conocer algo de estos asuntos. Y digo que S. S. carecía absolutamente de derecho para hacer estas cosas, porque como S. S. usaba de la palabra para contestar una alusión que suponía que yo le había dirigido, S. S. no podía decir cosa ninguna por muy buena que fuera, que á mí me han parecido muy buenas todas las que ha dicho S. S., porque todo el mundo podía entender que esas frases despreciativas de S. S. para los que hacen cierta clase de argumentos, se dirigían á mí. A pesar de lo cual, yo no digo que S. S., cuando se ve apurado, tenga desplantes y hable airado, ni se descomponga, ni recoja nada del arroyo. Me contento con manifestar que muchas cosas que ha dicho S. S. me parecen admirables, pero que hubieran sido oportunas en cualquiera otra ocasión y no dirigiéndose á mí.

He dicho, Sres. Diputados, que la Hacienda española, incuestionablemente, ha mejorado; primero por los esfuerzos del partido conservador; después, por los esfuerzos del partido liberal en los últimos años.

Esto no se puede negar; quien niegue que hoy están contenidos los gastos, niega la evidencia. No sé si la gloria es sólo del Sr. Gamazo; pero, en fin, repáranse SS. la gloria ó lo que sea; lo cierto es, que el partido liberal constantemente en todos los anteriores períodos de su mando había hecho crecer enormemente los gastos, sobre todo los gastos del personal. Ahora, en el año y medio escaso que felizmente nos rige, no ha incurrido en ese defecto; podrá creerse que no ha estado acertado en algunas economías; podrá discutirse si las ha hecho bien ó las ha hecho mal; lo que no puede negarse es que ha contenido y aun rebajado los gastos. Tampoco es cuestionable que ha aumentado algo los ingresos. ¿Qué parte nos corresponde á los conservadores y qué parte corresponde al partido liberal? Ni á mí el otro día, ni hoy

al Sr. Gamazo, nos ha parecido eso asunto digno de discutirse.

Nosotros hemos dicho, y lo hemos dicho muy alto, que la mayor parte de las mejoras es nuestra; ahí enfrente podrá haber otra opinión, pero esta es cuestión pequeña ante la magnitud de otras cuestiones. Dejándola á un lado, he de preguntar á S. S.: en las dos cuestiones de la Hacienda, la cuestión de la nivelación y los problemas relativos al Tesoro y al crédito, ¿en qué nos diferenciamos? ¿cuál es el sentido de la ley de presupuestos que hemos hecho el año pasado? Aquél programa, ¿está ejecutado? Y advierto al Sr. Gamazo que al tratar esta cuestión podría empezar un poco más atrás; bien podría yo decir que el partido liberal había llegado al poder con tres programas financieros esencialmente distintos: el programa que está contenido en el voto particular de la minoría liberal, y que por esto no podía estar más autorizado y parecía la verdadera y genuina representación del pensamiento del partido liberal; el programa de Borines, aquél que anunció el Sr. Sagasta en su expedición por Asturias, y que por ser del Sr. Sagasta también puede considerarse como una expresión muy autorizada del pensamiento financiero del partido liberal; y por último, el programa del Sr. Gamazo, que está impreso en las exposiciones de la Liga agraria y en los discursos que pronunció S. S. entre sus amigos y contra sus amigos; no me obligue el Sr. Gamazo á recordar en qué términos fueron juzgados aquéllos discursos por el Ministro de Hacienda del partido liberal.

Nada de esto he tomado yo en cuenta; he reducido la cuestión á saber cuál ha sido la forma de ejecución y de inteligencia de la ley de presupuestos del año pasado. Tomé como programa del partido liberal la ley de presupuestos del año pasado. Con arreglo á ella, ¿cuál era el programa del partido liberal en cuanto á la nivelación de los presupuestos; cuál era el programa de ese partido en cuanto á las cuestiones del Tesoro y del crédito? ¿En qué se diferenciaban, en lo primero, el programa del partido liberal y el programa que podemos llamar común? Digo común, porque ya no me refiero sólo á la minoría conservadora, sino á todas las minorías y á todos los españoles, porque el programa para la nivelación del presupuesto, así como el de las cuestiones de crédito, tienen que ser programas comunes á todos en sus términos fundamentales. ¿En qué se diferencia de nuestro programa en cuanto á la nivelación, el programa del partido liberal, puesto el partido liberal en el trance de tener que hacer economías y de consignarlas en la ley de presupuestos?

Yo dije: el programa del partido liberal se diferenciaba del nuestro, en cuanto á la nivelación, en dos cosas: la una era que el Sr. Gamazo pretendía que se podía ir á la nivelación rápida, súbitamente, y la otra que el Sr. Gamazo había adoptado la teoría que había estado sosteniendo en la oposición el señor Moret, de que no era lícito pedir un aumento de un millón de pesetas en el presupuesto de ingresos sin hacer una economía de un millón de pesetas en los gastos.

Y yo preguntaba: ¿qué queda de esto? ¿á cuánto estamos de la nivelación instantánea? Después que el Sr. Ministro de Hacienda, rompiendo por primera vez el silencio del partido liberal en cuanto á si hemos ó no hemos conseguido la nivelación, dijo al Sr. Mar-

qués de Aguilar de Campóo, que le preguntaba si llegaría el déficit á 100 millones de pesetas, «no estoy en el caso de dar cifras; basta con que se sepa que yo creo que es muy grande el déficit.» Después de esto, yo preguntaba: ¿á cuánto estamos de la nivelación en sólo un año económico?

En cuanto á la otra parte de este programa, aquella de que no es lícito exigir á los contribuyentes un millón de pesetas más sin hacer una economía de otro millón, ¿qué dice de esto el partido liberal? Ya sé que no necesito preguntarlo. Cuando el Sr. Gamazo dijo que no necesitaba los presupuestos parciales de los otros Ministerios, porque no había de consentir que se discutieran más que las diferencias; cuando las notas oficiosas han dado la explicación de esta omisión que no tiene precedentes en la historia administrativa de España; cuando la última nota oficiosa del Consejo de Ministros de ayer, publicada en los periódicos de esta mañana, dice que el Gobierno se contenta con no permitir que los Ministros hagan más aumentos (porque esto de los aumentos en los gastos ya es indispensable) que aquellos que puedan compensarse con rebajas en otros gastos, claro es que está abandonada por completo la teoría de que el presupuesto de gastos tiene que contribuir lo mismo que el de ingresos á la nivelación.

Este es un hecho muy grave, del que no es posible dejar de tomar acta. El primer día que el señor Gamazo, invocando un artículo de la ley de presupuestos de 1887, artículo que el Sr. Puigcerver incluyó aceptando una enmienda mía, dijo que no necesitaba los presupuestos parciales porque no iba á consentir que se discutieran más que las diferencias, aquel día abandonó la mitad del programa del partido liberal en materia de nivelación, aquel día declaró que estaba concluida por el partido liberal la campaña de las economías. (*El Sr. Gamazo D. Germán*: ¿No caben las reformas por reducción de gastos?)

Pero el decir que no hay necesidad de traer todos los presupuestos, sino que únicamente se trata de discutir las diferencias, implica claramente que las diferencias van á ser escasas. El Sr. Gamazo sabe mejor que nadie lo que cuesta arrancar economías á los Ministros; tanto, que para arrancar economías S. S. tuvo que ir arrancando Ministros á los Ministerios.

Y lo que es ahora, yo no sé ya quién va á hacer economías, según lo que dicen los Sres. Ministros actuales. El Sr. Ministro de Gracia y Justicia no dice nada que se parezca á que está dispuesto á hacer economías. El Sr. Ministro de la Guerra no las hará, con completa seguridad; en la nota oficiosa que publican los periódicos del Consejo de ayer, aparece que el Sr. Ministro de la Guerra ha dicho que necesitará unos cuantos millones más; el Sr. Ministro de Fomento dice que todos sus servicios están indotados; el Sr. Ministro de Marina... el Sr. Ministro de Marina, supongo yo que estará dispuesto á hacer lo mismo que ha hecho el año pasado; que después de haber salido del Ministerio el Sr. Cervera por no querer hacer las economías, el Sr. Pasquín se quedó dentro del Ministerio, y no las hizo. (*Risas*.)

Pero dice el Sr. Gamazo: «yo no digo si están ó no nivelados los presupuestos del Estado para los años venideros; ya el año pasado me adelanté yo á deslizar algunas frases, previendo que llegaría esta oca-

sión; ya dije que lo que estaría nivelado sería mi presupuesto.» Esto me hizo interrumpir á S. S., diciendo que si era verdad, sería mejor para S. S. y peor para el país; porque al país lo que le interesaba era que estuvieran nivelados los gastos permanentes con los ingresos permanentes; y si para nivelarlos en un año se han creado más obligaciones y se ha perjudicado el crédito público, como es notorio que ha sucedido, y se ha embarullado todo, creándose una situación difícilísima al Sr. Ministro de Hacienda, que ahora viene á decir, por una parte, que va á presentar dentro de unos días los presupuestos, y por otra parte que tropieza con dificultades... (*Varios señores Diputados de la mayoría*: No se oye nada, señor Cos-Gayón.) Señores de la mayoría; cuando menos, respetad la jerarquía, y cuando interrumpa el señor Gamazo, no aboguéis sus interrupciones; permaneced callados. (*Risas*.—*El Sr. Conde de Torrependo*: Lo hacemos por el deseo de oír á S. S.—*El Sr. Gamazo*: Si yo no oigo lo que dice S. S., mal podré darle después la contestación necesaria.) Yo no he dicho nada más sino que sería ese un resultado siempre plausible para S. S.; porque S. S. siempre podría decir: los presupuestos de mi año, ya los he nivelado; el que venga atrás, que nivele el suyo; si cada uno hace lo que yo, iremos bien; para eso he tenido yo el cuidado de marcharme antes de que se reunieran las Cortes y antes de que tuviera que presentar los nuevos presupuestos. (*El Sr. Gamazo*: Ahora ya estoy enterado.)

Y ahora, vamos á decir algo de lo de Melilla. (*Rumores*.) No crean los Sres. Diputados que voy á ser un orador más en el debate relativo á los sucesos de Melilla, no; eso está ya en tales términos, que no pueden hablar más que los capitanes.

El Sr. Ministro de Hacienda ha dicho, contestando á mi compañero y amigo el Sr. Marqués de Aguilar de Campóo, que le preguntaba cómo se saldaría el presupuesto de 1893-94: que se saldaría según se hiciera la liquidación; porque hay cuatro maneras distintas de hacer la liquidación, según decía S. S.; si quitamos los intereses y la amortización de la deuda del cuarto trimestre, nos va á resultar un superávit enorme. Si quitamos lo de Melilla, también va á resultar superávit. Hace muchísimo tiempo que se oye repetir con frecuencia, con sonrisa irónica, aquel cuento, que yo supongo que es cuento, de aquel Subsecretario ó alto funcionario del Ministerio de Hacienda que le preguntaba á su jefe cuando le mandaba hacer los presupuestos: ¿alos quiere usted con sobrante, ó con déficit? Esto era tratándose de presupuestos; pero lo que es tratándose de liquidaciones, pasa ya los límites de lo tolerable.

La liquidación no se puede hacer más que de una manera, sobre todo después de suprimido el semestre de ampliación, que ha venido á cortar por lo sano, aboliendo muchas ficciones; no se pueden tener en cuenta más que los gastos cuyos pagos estén hechos en 30 de Junio y los ingresos que se hayan realizado hasta el mismo día. De modo que no hay cuatro maneras de hacer la liquidación. (*El Sr. Ministro de Hacienda*: ¿Qué bien arregla S. S. las cosas á su gusto! Las arregla como le parece mejor, y así le salen muy bien.) La parte relativa al último trimestre de la deuda no hay manera de incluirla dentro de la cuenta de este año. (*El Sr. Ministro de Hacienda*: ¿He dicho yo lo contrario?) Por tanto, necesi-

riamente tiene que resultar en la contabilidad oficial un gran superavit. No quiero valarme de una ventaja que me pudiera dar este asunto; pues si no se podía pagar el cuarto trimestre dentro del período legal, no se ha debido poner en el presupuesto; lo que no puede caber en la cuenta, no ha debido figurar en el presupuesto; por lo cual el Sr. Gamazo no debía haber hablado de esto en los términos que lo ha hecho, porque resulta para S. S. este error, que yo no le echo en cara. Verdaderamente había una gran dificultad en haber presentado los presupuestos de tal suerte que resultara ese gran sobrante, que es solo aparente, y constituye una anomalía inevitable por la transición de uno á otro sistema de contabilidad.

Lo de Melilla dice el Sr. Ministro de Hacienda que se puede separar de la cuenta de 1893-94. (*El Sr. Ministro de Hacienda*: ¿Cuándo he dicho yo eso?) Me parece que lo he leído. (*El Sr. Ministro de Hacienda*: Me parece que S. S. no hace uso de aquel precioso derecho de replicar. No he dicho eso.)

De lo que he hecho uso es de un sistema constante de cortesía, de lo cual di una pequeña explicación anteayer, y es que, aun cuando tengo aquí el *Diario de Sesiones* del Senado, y lo he leído varias veces, y tengo completa seguridad de que lo dice, yo no he de atribuirle á S. S. opiniones que S. S. dice que no deben entenderse como yo las he entendido. Ante esa manifestación de S. S., yo me reduzco inmediatamente al silencio y no cometo la temeridad ni la descortesía de interpretar pensamientos de S. S. diga lo que quiera el *Diario de Sesiones*. (*El Sr. Ministro de Hacienda*: Muchas gracias; pero no dice otra cosa.)

Dejo, pues, eso á un lado; pero si no lo ha dicho S. S., el hecho es que se ha oído; y para no provocar otra explicación de este género, no quiero decir cuándo ni cómo se ha oído.

Los gastos de Melilla, ¿por qué se han de separar del presupuesto de 1893-94? ¿Habrán en el presupuesto de gastos de 1893-94 ningún gasto que sea más propio de él que el ocasionado por los sucesos de Melilla? ¿En que razón nos habíamos de fundar para eliminarlos, á fin de hacer la comparación de este año económico con otros? ¿En que esos gastos han sido imprevistos y no son permanentes? ¿No es esto? Y no diréis, señores, que yo no llevo el análisis hasta donde se puede llevar.

Es claro, que discutiendo de buena fe, no cuando se haga la liquidación del presupuesto, sino cuando se diga si el Sr. Gamazo estuvo ó no acertado en sus previsiones, será justo decir que ha habido estos gastos de Melilla que fueron imprevistos, que no pudo prever el Sr. Gamazo; pero si quitáis los gastos de Melilla del presupuesto de 1893-94, porque han sido imprevistos y porque no son permanentes, la justicia exige que traigáis á este presupuesto los gastos que estaban previstos ó debían estar previstos, y que son permanentes. Entre ellos están, como sabe todo el mundo, las subvenciones á los ferrocarriles, y el quebranto de los giros para pago de atenciones en el extranjero. Sigamos un sistema ó sigamos el otro. ¿Quitáis unos gastos porque no estaban previstos y porque no son permanentes? Pues entonces, al hacer la cuenta, tenéis que traer del presupuesto extraordinario por lo menos los que debían estar en el ordinario.

Estaban en el presupuesto extraordinario por

una razón muy sencilla, que yo voy á explicar muy brevemente. Estaban en el presupuesto extraordinario, y el Sr. Gamazo hizo muy bien en ponerlos en él, porque este presupuesto extraordinario fué creado el año 1887 para que durase cuatro años, dotándole desde luego con recursos para dos años, y dejándole indotado para los otros dos. Después, el partido conservador, encontrándose con que estaban agotados los recursos del presupuesto extraordinario, pero no estaban satisfechas las obligaciones del mismo, le dotó con nuevos recursos.

El presupuesto extraordinario, que tal como le había formado el partido liberal tenía decretados los gastos, pero indotados los ingresos, con la transformación que le dió el partido conservador, vino á parar en los términos inversos; sobaban recursos, y sobrando recursos en el presupuesto extraordinario, así como antes habían faltado, hicieron muy bien, primero, en pequeña parte, el partido conservador, y después, en mucha mayor parte, el partido liberal, en llevar á él algunos gastos ordinarios.

Todo esto lo que demuestra es, que no se puede hacer la liquidación del presupuesto de 1893-94 sin tomar en cuenta el presupuesto extraordinario, con lo cual le basta para tener gran déficit; déficit que resulta de ese presupuesto como resulta de los anteriores, y no quiero decir cómo va á resultar en el siguiente, porque en el siguiente, á consecuencia de la gestión del partido liberal, el déficit va tomar proporciones que para todos nosotros eran imprevistas.

No hay, pues, tal nivelación; la nivelación resulta de distribuir caprichosamente los gastos y los ingresos entre los presupuestos.

Por lo relativo, pues, á la nivelación, yo he hecho estas dos afirmaciones en las cuales consiste toda mi argumentación: que todo el programa del partido liberal, enfrente del nuestro, consiste en dos cosas: en hacer la nivelación instantáneamente, en sacar del presupuesto de gastos una cifra de economías igual por lo menos al aumento que se haga en el presupuesto de ingresos; y digo yo, que una y otra cosa son imposibles ya de sostener, y que, por tanto, la gestión del partido liberal ha fracasado; y ha fracasado, produciendo además una infinidad de inconvenientes.

Cuando hoy el Sr. Gamazo aseguraba con gran desenvoltura que el presupuesto de 1893-94 no había producido ni siquiera cuestiones de orden público en ninguna parte, á mí, por la índole de la declaración, me parecía que estaba oyendo, no al señor Gamazo, sino al Sr. Sagasta, que es el único capaz de decir esas cosas. Vuestro maestro y director, el Sr. Castelar, os había aconsejado que hiciérais el presupuesto de la paz; y el presupuesto de 1893-94, si ha de ser calificado en este orden de ideas, no merecerá de la historia otro calificativo que el de presupuesto de *las camorras*; porque las produjo en todas partes, dentro del Ministerio, en los pueblos, en las provincias, en todas partes. De esto pueden dar fe los mismos Ministros; no digo ya el Sr. Montero Ríos y el Sr. Cervera, que tuvieron que enterarse algo de esto, sino el Sr. Ministro de la Guerra, que fué testigo de la paz que habíais llevado á Vitoria, y el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, que fué también testigo y actor, siquiera fuese pasivo, en los sucesos de San Sebastián. (*El Sr. Gamazo*: ¿Qué tenía eso que ver con los presupuestos?) ¿No tiene

nada que ver ni lo de la Coruña, ni lo de Vitoria, ni lo de Navarra? Porque todavía entre las víctimas de los disgustos que había producido el presupuesto, se me había olvidado contar al Sr. Gamazo, que no ha salido del Ministerio, como muchos creen, por evitar las dificultades de la situación financiera, sino pura y sencillamente por aquella cuestión que surgió con Navarra.

En cuanto á la segunda parte del programa financiero del partido liberal, ó sea la relativa á las cuestiones de crédito y de deuda, ¿es cierto ó no es cierto que en la ley de presupuestos y en la ley de 24 de Junio del año pasado se formuló este programa con las cinco conversiones siguientes: conversión de la cartera del Banco, compuesta de valores del Estado, en cartera de particulares; conversión de esa cartera, después que estuviera en manos de particulares, en deuda del Estado por la contratación de un empréstito; conversión de la deuda amortizable en deuda perpetua; conversión del sistema de consignaciones voluntarias que van hoy al Banco de España en metálico, llevándolas á la Caja de Depósitos, y conversión del sistema actual de subvenciones á los ferrocarriles, al sistema de anualidades?

¿Era este ó no era este el programa del partido liberal? ¿Es cierto ó no es cierto que de estas cinco conversiones las que se han intentado han fracasado y las otras no se han intentado siquiera? Estas son mis afirmaciones, tan innegables como son aquellas dos á que he reducido lo relativo á la nivelación.

Dice el Sr. Gamazo: «el Sr. Cos-Gayón sabe mejor que nadie que el pensamiento de sustituir la forma actual de subvenciones á los ferrocarriles por el sistema de anualidades se ha puesto otras veces en el presupuesto.» Se puso en el del año 1885, y luego se volvió á poner en el del año 1890, y esta vez no ha producido resultados, como no los produjo en los años anteriores. Pero con esta diferencia: que el año 85, siendo yo Ministro de Hacienda, se admitió una enmienda, que no fué proyecto ninguno traído por el Gobierno, á última hora, á la ley de presupuestos, entendiéndolo yo cuando la admití que aquello sería desde luego letra muerta, y si no recuerdo mal, lo manifesté aquí públicamente; hasta tal punto aquello no formaba parte del programa del Gobierno. Hubo alguien que creía que se podía estudiar este asunto, y yo, Ministro de Hacienda, no me opuse á que se estudiara. De esto á formar parte del programa del Gobierno, que empieza por suprimir en el presupuesto del Ministerio de Fomento las subvenciones de los ferrocarriles, hay una grandísima diferencia.

Después se volvió á poner ya por el partido liberal en el presupuesto de 90-91. (*El Sr. Gamazo*: Y por el conservador en el 92.—*El Sr. Linares Rivas*: En el presupuesto de 92-93, absolutamente no; está S. S. equivocado.—*El Sr. Gamazo*: Se verá pronto, porque lo voy á leer; que lo digan los que lo pusieron.) Cuando S. S. lo dice, yo ya no lo niego; pero con oír á quien era Ministro de Fomento en aquella ocasión y con oírme á mí, queda demostrado que, si ha existido esa idea en el presupuesto de 1892-93, como S. S. afirma, y como yo no recuerdo, no habría tenido mayor importancia que en 1885, es decir, que no formaba parte de nuestro pensamiento. Nosotros pusimos en el Ministerio de Fomento lo necesario para satisfacer las subvenciones de los ferrocarriles,

así como respecto del presupuesto de 1890-91 nosotros no habíamos hecho otra cosa más que venir á pedir á las Cortes que concedieran un crédito, que no sé si fué de 20 millones, para pagar las subvenciones que vosotros habíais suprimido, como ahora. De suerte que en ningún caso eso ha formado parte esencial ni parte ninguna del programa financiero del partido conservador. Ha podido ó no acceder á que ese asunto se estudiara, porque es claro que si hay alguna entidad respetable que dijera: «yo me encargo de pagar las subvenciones de los ferrocarriles por este sistema», el Gobierno no tendría que hacer más que estudiar si las condiciones le convenían. Yo siempre he creído que ese proyecto era completamente impracticable.

¿Y la liquidación con el Banco? El Sr. Gamazo el año pasado quiso resolver también instantáneamente ó en el plazo de un año esta cuestión; entendía que lo primero que había que hacer era una ley que obligara al Gobierno á liquidar con el Banco, á fin de que disminuyera la circulación fiduciaria y se descargara la cartera del Banco. Yo, siguiendo en esto el mismo sistema que para la nivelación del presupuesto, creía que se debía proceder poco á poco; que ni aun lo de la circulación fiduciaria se debía intentar con esa rapidez; que la circulación fiduciaria interín se conserve el crédito, no puede representar otra cosa sino la satisfacción de las necesidades del mercado. Puede esa circulación ser excesiva si se sigue aumentando; y puede también ser excesiva si al crédito sucede un momento de pánico. ¿Qué se necesita para evitarlo? Dos cosas: la una no aumentar la circulación, y la otra procurar conservar el crédito.

El Sr. Gamazo se lamentaba antes de que en alguna impugnación y en algunas censuras que publican los periódicos ó que se hacen en otras partes, se dicen cosas que pueden perjudicar al crédito. Yo en esto me pondría resueltamente de parte de S. S., pero podría recordar hechos que no están muy distantes y no pueden haber sido olvidados.

Yo podría recordar la campaña que hizo el partido liberal contra una ley del partido conservador, campaña que fué el arma más poderosa que se pudo proporcionar á los especuladores extranjeros para que trabajaran después contra nuestro crédito; y aun cuando el Sr. Gamazo no hubiese hecho ahora unos movimientos de cabeza, que parece que quieren decir que S. S. no tuvo la más pequeña parte en aquella campaña del partido liberal, yo lo recordaba perfectamente, y estaba dispuesto desde luego, sin ninguna clase de excitación, á reconocer lealmente que, en efecto, el Sr. Gamazo no puede ser reconvenido por los pesimismos que entonces aquí se manifestaron y que no pudieron favorecer á nuestro crédito.

Aun en el caso de que fuera mejor la doctrina del Sr. Gamazo que la nuestra, aunque hubiera estado en las fuerzas del Sr. Gamazo y en las del país hacer, como S. S. pretendía, que para el 30 de Junio de este año hubiera disminuído la cartera del Banco de España, disminuyendo también la circulación fiduciaria, y mejorando los cambios, lo que importaba era hacerlo, no decretarlo por una ley, que la ley no podía tener más objeto que crear las dificultades en que ahora estamos. ¿Se podía hacer? Pues haberlo hecho: no se necesitaba para eso ninguna ley.

No había necesidad de fijar el plazo fatal del 30 de Junio. Se fijó el plazo, no se ha podido hacer lo que se quería, y ahora hay, ó que derogar la ley, ó que dejarla incumplida.

¿Qué queda de aquellas jactancias del Sr. Gamazo, cuando discutiendo conmigo la ley de 24 de Junio, decía: «yo no paso más por esto; esto se ha concluido; la cartera del Banco va á desaparecer; y esto producirá un resultado tan beneficioso que á mí me importa muy poco pagar 5 por 100 de interés por aquello que antes se pagaba el 3, entre otras cosas, porque como eso lo vamos á hacer en seguida, eso va á durar muy poco.»

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Cos-Gayón, van á terminar las horas reglamentarias de sesión.

El Sr. **COS-GAYÓN**: El Sr. Presidente me dice que es la hora de terminar, y concluyo, aun cuando algo quería decir sobre la deuda flotante y sobre la situación del Tesoro, en lo cual no puedo concederle al Sr. Gamazo, al menos en la extensión que S. S. quiere, que se han obtenido las ventajas que S. S. ha indicado.

Yo concluyo diciendo, aun cuando sea repetirme ya demasiado, porque quiero que quede bien precisa mi argumentación, que el programa del partido liberal en cuanto á la nivelación constaba de dos partes, á saber: que la nivelación había de ser instantánea, y que á la nivelación había de contribuir el presupuesto de gastos en la misma proporción que el de ingresos, y entiendo que ambas cosas han fracasado.

En cuanto á las cuestiones más importantes, más urgentes en mi concepto que la de la nivelación, relativas al crédito y al Tesoro, consistían los propósitos del Gobierno liberal en haber realizado cinco conversiones, de las cuales, unas que se han intentado, han fracasado, y otras no se han intentado siquiera.

¿Es cierta ó no es cierta mi argumentación? ¿Es cierto ó no es cierto que el programa del partido liberal está sin cumplir en todas y cada una de sus partes? Y de todo no deduje el sábado ni deduzco hoy otra consecuencia sino la de que urge mucho que el Sr. Ministro de Hacienda nos traiga otro programa, puesto que el del Sr. Gamazo no ha logrado realizar lo que con él se había propuesto el partido liberal.

El Sr. **PEDREGAL**: Pido la palabra para consumir el tercer turno en esta interpelación.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende esta discusión.

El Congreso quedó enterado de las comunicaciones en que participaban su constitución, habiendo nombrado presidentes y secretarios á los señores que al enumerar cada una de ellas se expresa, las Comisiones encargadas de informar sobre los asuntos siguientes:

Suplicatorio pidiendo autorización para procesar al Sr. Ballester: á los Sres. Carvajal y Conde de Casasola.

Idem id. al Sr. Dualde: á los Sres. Gutiérrez Mas y Baillo.

Se anunció que pasarían á la Comisión de presupuestos los expedientes de cinco proyectos de ley del Gobierno concediendo créditos extraordinarios y

suplementos de crédito al presupuesto corriente, remitidos por el Sr. Ministro de Hacienda.

Se anunció que quedaría sobre la mesa, á disposición de los Sres. Diputados, la copia de la Real orden de 28 de Abril último, remitida por el Sr. Ministro de Fomento á consecuencia de una pregunta del señor Diputado Marqués de Figueroa, relativa á las cuestiones promovidas á consecuencia de la reforma de la comunidad de regantes de la huerta de Palma de Mallorca.

Se anunció que pasaría á la Comisión de peticiones una exposición de la Cámara de Comercio española de Burdeos pidiendo que se apruebe el tratado de comercio con Alemania.

Se leyeron, anunciándose que quedarían sobre la mesa y se señalaría día para su discusión, los siguientes dictámenes:

De la Comisión de actas, sobre las elecciones de los distritos siguientes:

La Cañiza (Pontevedra).

Yecla (Murcia).

Hinojosa del Duque (Córdoba).

Chiva (Valencia).

Alcaraz (Albacete).

Aranda de Duero (Burgos).

Cazorla (Jaén).

Sabadell (Barcelona).

(Véase el Apéndice 12.º).

Motril (Granada). (Véase el Apéndice 14.º)

De la Comisión de incompatibilidades, sobre los casos de los señores

Silvela (D. Francisco), Diputado electo por La Cañiza.

Fernández Soler (D. Salvador), idem id. por Yecla.

Conde de Xiquena, idem id. por Hinojosa del Duque.

González de la Fuente (D. Marcial), idem id. por Chiva.

Ochando y Chumillas (D. Federico), idem id. por Alcaraz.

Arias de Miranda (D. Diego), idem id. por Aranda de Duero.

Gómez Sigura (D. Manuel), idem id. por Cazorla.

Bustillo y López (D. Timoteo), idem id. por Sabadell

(Véase el Apéndice 13.º); y

De la Comisión encargada de informar sobre el suplicatorio del juez de instrucción de la Universidad de esta corte pidiendo autorización para procesar al Sr. Dualde. (Véase el Apéndice 15.º)

Se anunció que pasaría á la Secciones para nombramiento de Comisión un proyecto de ley, remitido por el Senado, incluyendo en el plan general de carreteras una de la de Torrelavega á Oviedo á la estación de Pola de Siero.

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para mañana: Los dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades que se han leído, y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y cuarenta minutos.

DIEZ Y SEIS APÉNDICES

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, remitido por el Senado, incluyendo en el plan general de carreteras una de Saques á Panticosa.

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Senado, tomando en consideración lo propuesto por ese Cuerpo Colegislador, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden que, partiendo del pueblo de Saqués, en la de tercer orden de Biescas á Panticosa, y pasando por el molino de El Pueyo de Jaca y este mismo pueblo, enlace en el de Panticosa con la antes referida.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de

Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas, y Real decreto de 17 de Marzo de 1891.

Y habiendo introducido en el proyecto de ley remitido por ese Cuerpo Colegislador la modificación que del aprobado por éste resulta, forman parte de la Comisión mixta que ha de conciliar las opiniones de ambas Cámaras los Sres. Senadores D. Santiago Liniers, D. Joaquín Miravete, Conde de la Encina, Conde de Serra, D. Víctor Balaguer, D. Manuel María Alvarez y D. Fernando O'Lawlor.

Palacio del Senado 5 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Habana, Presidente.—El Conde de Cervera, Senador Secretario.—El Vizconde de los Asilos, Senador Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, remitido por el Senado, incluyendo en el plan general de carreteras una de la estación de Baños de Montemayor á la de Béjar á Ciudad-Rodrigo.

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Senado, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden que, partiendo de la estación de Baños de Montemayor, en el ferrocarril de Malpartida de Plasencia á Astorga y pasando por Peñacaballera, el Cerro y Lagunilla, pueblos de la provincia de Salamanca, termine en la

carretera de Béjar á Ciudad Rodrigo, en el sitio que la ciencia, en armonía con los intereses agrícolas de la comarca, considere más conveniente.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Senado lo pasa al Congreso de los Diputados, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Senado 5 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Habana, Presidente.—El Conde de Cervera, Senador Secretario.—El Vizconde de los Asilos, Senador Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Propuesta de ley, aprobada por el Senado, facultando en el caso general de guerra, una de la custodia de bienes de Montemayor a la de la casa de Córdova-Hodago.

Participa de Botar y Ciudad, Montemayor en el año 1891, en ciencia, en armonía con los intereses agrícolas de la comarca, con el fin de que los intereses de esta se tengan en cuenta en el establecimiento de la Hacienda de Montemayor. Dado en la sesión de 1891, celebrada en la casa de Córdova-Hodago, a 27 de Mayo de 1891. Y el Senado lo pasa al Congreso de los Diputados. Y el Congreso lo pasa al Senado, con el fin de que se acuerde el establecimiento de la Hacienda de Montemayor en el año 1891, a la fecha de 1891. Palacio del Senado a 27 de Mayo de 1891. El Marqués de la Habana, Presidente. El Conde de Lersua, Secretario. El Vizconde de los Ases, Secretario.

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS. El Senado, con el fin de que se acuerde el establecimiento de la Hacienda de Montemayor en el año 1891, a la fecha de 1891. Dado en la sesión de 1891, celebrada en la casa de Córdova-Hodago, a 27 de Mayo de 1891. Y el Senado lo pasa al Congreso de los Diputados. Y el Congreso lo pasa al Senado, con el fin de que se acuerde el establecimiento de la Hacienda de Montemayor en el año 1891, a la fecha de 1891. Palacio del Senado a 27 de Mayo de 1891. El Marqués de la Habana, Presidente. El Conde de Lersua, Secretario. El Vizconde de los Ases, Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una de Torres de Gaitán á la de Elche á Dolores.

SEÑORA: Las Cortes han aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de las Torres de Gaitán en la de Aspe á Santa Pola, y pasando por la parte norte del caserío de San Andrés y sitio llamado de las Rebalsadas, enlace en el punto que se

crea conveniente con la provincial de Elche á Dolores.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 sobre construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo presenta á la sanción de V. M.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—Señora: A L. R. P. de V. M.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de obras de las Cortes una de Torres de Gaitán y la de Plaza de Bolívar.

Ordenado con la provincial de Elba A. Do-
los. Para la ejecución de esta ley se tendrá
Art. 2.º. Para la ejecución de esta ley se tendrá
en cuenta lo establecido en el Real decreto de 1 de
Diciembre de 1886 sobre construcción de obras pú-
blicas.
Y el Congreso de los Diputados lo presenta a la
sancción de V. M.
Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1891.—Pe-
dram A. de R. P. de V. M.

Basas: Las Cortes han aprobado el siguiente
El Congreso de los Diputados y el Senado con
la mayoría de los votos. P. D. L. Y. no se opone
a la ley.
Artículo 1.º. Se incluye en el plan general de co-
nstrucción del Estado una que pertenece de las Torres
de Gaitán en la Asa a Santa Pola, y pasados por
la parte norte del castillo de San Andrés y alio ha-
biendo de las habitaciones, en las en el punto que se

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo prórroga para la terminación de todas las líneas á la Compañía de ferrocarriles del Bajo Llobregat.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se concede prórroga de tres años á la Compañía concesionaria de los ferrocarriles del

Bajo Llobregat para la terminación de todas sus líneas, contados desde la fecha de la promulgación de esta ley.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley aprobado definitivamente concediendo privilegio para la terminación de todas las líneas de la Compañía de ferrocarriles del Bajo Llobregat.

El Sr. Llobregat para la terminación de todas las líneas, concurridas desde la fecha de la promulgación de esta ley.

Y el Congreso de los Diputados para el señalamiento de las líneas de los ferrocarriles de la Compañía de ferrocarriles del Bajo Llobregat, en el art. 8.º de la ley de 19 de Julio de 1817.

Palacio del Congreso, 7 de Mayo de 1894. — El Sr. Llobregat, Diputado Secretario.

Alonso Martínez, Diputado Secretario. — Gabriel Ruiz, Diputado Secretario.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, concurridos con el proyecto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único. Se concede privilegio de tres años a la Compañía concesionaria de los ferrocarriles del Bajo Llobregat, para la terminación de todas las líneas de la Compañía de ferrocarriles del Bajo Llobregat, en el art. 8.º de la ley de 19 de Julio de 1817.

Los señores Diputados, en sesión de 19 de Julio de 1817, acordaron que se conceda privilegio de tres años a la Compañía concesionaria de los ferrocarriles del Bajo Llobregat, para la terminación de todas las líneas de la Compañía de ferrocarriles del Bajo Llobregat, en el art. 8.º de la ley de 19 de Julio de 1817.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional del presupuesto de gastos vigente de la isla de Puerto Rico.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 11.413 pesos 64 centavos, con aplicación á un capítulo adicional de la sección 3.ª, «Guerra», del presupuesto de gastos de la isla de Puerto Rico de 1893-94.

Art. 2.º Los referidos 11.413 pesos 64 centavos se destinarán al pago de la quinta parte del coste de

la brigada disciplinaria de la isla de Cuba, de conformidad con lo dispuesto en el art. 6.º del Real decreto de 7 de Enero de 1892.

Art. 3.º El importe de este crédito se cubrirá con la deuda flotante del Tesoro de la isla, si los ingresos que se realicen por cuenta del citado presupuesto no fueran bastantes á satisfacer las obligaciones liquidadas con cargo al mismo.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley aprobado definitivamente con el voto de 125 votos contra 10, en el capitulo adicional del presupuesto de gastos de la sala de la Corte de Justicia.

La ley de 18 de mayo de 1891, en virtud de la cual se dispuso en el art. 2.º del Real decreto de 18 de mayo de 1891, que el importe de este crédito se cubriera con el fondo de reserva del Tesoro de la sala de la Corte de Justicia, se ha acordado que el importe de este crédito se cubriera con el fondo de reserva del Tesoro de la sala de la Corte de Justicia, en virtud de la ley de 18 de mayo de 1891, en virtud de la cual se dispuso en el art. 2.º del Real decreto de 18 de mayo de 1891, que el importe de este crédito se cubriera con el fondo de reserva del Tesoro de la sala de la Corte de Justicia.

AL SENADO
El Gobierno de las Cortes de Justicia, con el voto de 125 votos contra 10, en el capitulo adicional del presupuesto de gastos de la sala de la Corte de Justicia, se ha acordado que el importe de este crédito se cubriera con el fondo de reserva del Tesoro de la sala de la Corte de Justicia, en virtud de la ley de 18 de mayo de 1891, en virtud de la cual se dispuso en el art. 2.º del Real decreto de 18 de mayo de 1891, que el importe de este crédito se cubriera con el fondo de reserva del Tesoro de la sala de la Corte de Justicia.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una de Híjar á la estación de Val de Zafán.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Híjar (Teruel), y pasando precisamente por La Puebla de Híjar, termine en la estación de Val de Zafán.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley aprobado definitivamente incluyendo en el plan general de carreteras una línea férrea de la estación de San Juan de los Rios a la estación de San Juan de los Rios.

Art. 1.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real Decreto de 2 de Diciembre de 1888 dictado en vista de las disposiciones de otras leyes.

Y el Congreso de los Diputados se pone al tanto de lo acordado en la sesión de 2 de Mayo de 1888.

El Estado del Congreso 1 de Mayo de 1888. — El Marqués de San Juan de los Rios, Presidente. — El Marqués de San Juan de los Rios, Secretario. — El Marqués de San Juan de los Rios, Secretario. — El Marqués de San Juan de los Rios, Secretario.

AL SEÑOR PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

El Congreso de los Diputados, con la aprobación de la Comisión de Carreteras, ha acordado en la sesión de 2 de Mayo de 1888 lo siguiente:

PROYECTO DE LEY.

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una línea férrea de la estación de San Juan de los Rios a la estación de San Juan de los Rios.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una de Sevilla á la de Lora del Río á Santiponce.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por varios individuos de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden que, partiendo de Sevilla, se dirija á la Algaba por la margen izquierda del Guadalquivir, y termine en la carretera de tercer orden de Lora del Río á Santiponce.

Esta carretera queda incluida en el plan de las

de tercer orden del Estado, con la denominación de carretera de tercer orden de Sevilla á la de Lora del Río á Santiponce, pasando por la Algaba.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 sobre construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras la prolongación hasta Peñaranda de Bracamonte de la de Nava del Rey á Cantalapiedra.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por varios individuos de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado la prolongación de la de Nava del Rey á Cantalapiedra, desde este último punto á Peñaranda de Bracamonte.

Art 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LA

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras la prolongación hasta Pinar del Rio de la línea del Rio de Cayalagüey.

Art. 2.º. Para la ejecución de esta ley se tendrán en cuenta los establecidos en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1831 y las reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado para su aprobación definitiva, conforme a lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Preside del Congreso D. José María de Azara. El Secretario es D. Antonio Martínez. El Diputado Secretario es D. Manuel de la Cruz.

AL EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DEL SENADO.

El Congreso de los Diputados condecora con la presente por sus relevantes servicios a su seno, la persona de D. Juan de la Cruz.

PROYECTO DE LEY.

Artículo 1.º. Se incluye en el plan general de carreteras del Estado la prolongación de la línea del Rio de Cayalagüey desde este último punto hasta Pinar del Rio.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras la de Torrevelilla á Maella.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Torrevelilla (Teruel), y pasando por Torrecilla, Valdealgorfa y Mazaleón, termine en Maella.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Guernica á Ondárroa.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, tomando en consideración lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á la Compañía del ferrocarril de Bilbao á Lezama la concesión de un ferrocarril de vía estrecha á un metro para su construcción y explotación, sin subvención directa ni indirecta del Estado, que, partiendo de Guernica y pasando por Lequeitio, termine en Ondárroa.

Este camino se considerará de utilidad pública para los efectos de la expropiación forzosa, y disfrutará de las demás exenciones y ventajas que las leyes concedan á los de su clase.

Art. 2.º La concesión se hará por noventa y nueve años, y su construcción se sujetará al pro-

yecto facultativo que se apruebe por el Ministerio de Fomento, al cual se sujetarán también en un todo las obras que se ejecuten.

Art. 3.º Las obras para la construcción de esta línea darán principio al año de la fecha de otorgada la concesión, y deberán quedar terminadas á los cinco años, á contar de dicha fecha, debiendo, antes de dar principio á las obras, depositar en garantía de su ejecución la cantidad equivalente al 3 por 100 del total del presupuesto de las mismas, fianza que quedará en garantía conforme á las disposiciones vigentes, y que podrá retirar el concesionario cuando haya invertido triple cantidad en obras y materiales acopiados para la línea.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley para la creación de un ferrocarril de hierro a Oaxaca.

El Sr. Secretario de Fomento, Sr. D. Manuel de la Cruz, leyó el proyecto de ley para la creación de un ferrocarril de hierro a Oaxaca, que fue aprobado por unanimidad. El Sr. Secretario de Fomento, Sr. D. Manuel de la Cruz, leyó el proyecto de ley para la creación de un ferrocarril de hierro a Oaxaca, que fue aprobado por unanimidad. El Sr. Secretario de Fomento, Sr. D. Manuel de la Cruz, leyó el proyecto de ley para la creación de un ferrocarril de hierro a Oaxaca, que fue aprobado por unanimidad.

El Sr. Secretario de Fomento, Sr. D. Manuel de la Cruz, leyó el proyecto de ley para la creación de un ferrocarril de hierro a Oaxaca, que fue aprobado por unanimidad. El Sr. Secretario de Fomento, Sr. D. Manuel de la Cruz, leyó el proyecto de ley para la creación de un ferrocarril de hierro a Oaxaca, que fue aprobado por unanimidad. El Sr. Secretario de Fomento, Sr. D. Manuel de la Cruz, leyó el proyecto de ley para la creación de un ferrocarril de hierro a Oaxaca, que fue aprobado por unanimidad.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Lezama á Guernica.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, tomando en consideración lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á la Compañía del ferrocarril de vía estrecha á un metro para su construcción y explotación, sin subvención directa ni indirecta del Estado, que, partiendo de Lezama, termine en Guernica.

Este ferrocarril se considerará de utilidad pública para los efectos de la expropiación forzosa, y disfrutará de las demás exenciones y ventajas que las leyes concedan á los de su clase.

Art. 2.º La concesión se hará por noventa y nueve años, y su construcción se sujetará al proyecto facultativo que se apruebe por el Ministerio de Fo-

mento, al cual se sujetarán también en un todo las obras que se ejecuten.

Art. 3.º Las obras para la construcción de esta línea darán principio al año de la fecha de otorgada la concesión, y deberán quedar terminadas á los cinco años, á partir de dicha fecha; debiendo, antes de dar principio á las mismas, depositar en garantía de su ejecución la cantidad equivalente al 3 por 100 del total del presupuesto de dichas obras, fianza que quedará en garantía conforme á las disposiciones vigentes, y que podrá retirar el concesionario cuando haya invertido triple cantidad en obras y materiales acopiados para la línea.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Propuesta de ley aprobada de la sesión de hoy, en la que se declara la guerra a los Estados Unidos.

El Congreso se reunió en la mañana de hoy, a las diez y cinco minutos, para la sesión ordinaria.

El Sr. Presidente, Sr. D. Juan de Dios, preside la sesión. En primer lugar se lee el acta de la sesión anterior, que es aprobada por unanimidad. Después se lee una proposición de ley presentada por el Sr. D. Juan de Dios, en la que se declara la guerra a los Estados Unidos. La proposición es aprobada por unanimidad.

Después de esto, se procede a la discusión de la proposición de ley. El Sr. D. Juan de Dios, en nombre del Gobierno, declara que el Gobierno se opone a la proposición de ley, porque considera que la declaración de guerra a los Estados Unidos es una medida que no conviene al país.

El Sr. D. Juan de Dios, en nombre del Gobierno, declara que el Gobierno se opone a la proposición de ley, porque considera que la declaración de guerra a los Estados Unidos es una medida que no conviene al país. El Sr. D. Juan de Dios, en nombre del Gobierno, declara que el Gobierno se opone a la proposición de ley, porque considera que la declaración de guerra a los Estados Unidos es una medida que no conviene al país.

El Sr. D. Juan de Dios, en nombre del Gobierno, declara que el Gobierno se opone a la proposición de ley, porque considera que la declaración de guerra a los Estados Unidos es una medida que no conviene al país.

El Sr. D. Juan de Dios, en nombre del Gobierno, declara que el Gobierno se opone a la proposición de ley, porque considera que la declaración de guerra a los Estados Unidos es una medida que no conviene al país. El Sr. D. Juan de Dios, en nombre del Gobierno, declara que el Gobierno se opone a la proposición de ley, porque considera que la declaración de guerra a los Estados Unidos es una medida que no conviene al país.

El Sr. D. Juan de Dios, en nombre del Gobierno, declara que el Gobierno se opone a la proposición de ley, porque considera que la declaración de guerra a los Estados Unidos es una medida que no conviene al país. El Sr. D. Juan de Dios, en nombre del Gobierno, declara que el Gobierno se opone a la proposición de ley, porque considera que la declaración de guerra a los Estados Unidos es una medida que no conviene al país.

El Sr. D. Juan de Dios, en nombre del Gobierno, declara que el Gobierno se opone a la proposición de ley, porque considera que la declaración de guerra a los Estados Unidos es una medida que no conviene al país. El Sr. D. Juan de Dios, en nombre del Gobierno, declara que el Gobierno se opone a la proposición de ley, porque considera que la declaración de guerra a los Estados Unidos es una medida que no conviene al país.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictámenes de la Comisión de actas sobre las elecciones de los distritos de La Cañiza, Yecla, Hinojosa del Duque, Chiva, Alcaraz, Aranda de Duero, Cazorla y Sabadell.

La Comisión de actas ha examinado la de la elección parcial verificada el 29 de Abril último en el distrito de La Cañiza, provincia de Pontevedra; y no conteniendo protesta ni reclamación alguna contra la validez de la elección ni contra la capacidad del Sr. D. Francisco Silvela y de Le-Vielleuze, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar dicha acta y admitir como Diputado por el referido distrito, si no estuviese comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, al expresado señor, que ha presentado su credencial, y cuya capacidad y aptitud legales no ofrecen duda.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de Sardoal, presidente.—Francisco de Asís Pacheco.—Eduardo Romero Paz.—Francisco Agustín Silvela.—Rafael María de Labra.—Cipriano Garijo.—Santos de Isasa.—Eduardo Cobián.—Juan Alvarado.—Pablo Rózpide.—Gumersindo de Azcárate.—Antonio Comyn, secretario.

La Comisión de actas ha examinado la de la elección parcial verificada el 29 de Abril último en el distrito de Yecla, provincia de Murcia; y no conteniendo protesta ni reclamación alguna contra la validez de la elección ni contra la capacidad legal del Sr. D. Salvador Fernández Soler, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar dicha acta y admitir como Diputado por el expresado distrito al referido señor, que ha presentado su credencial, y cuya capacidad y aptitud legales no ofrecen duda, y si no estuviese comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley.

Palacio del Congreso 5 de Mayo de 1894.—El

Marqués de Sardoal, presidente.—Francisco Agustín Silvela.—Eduardo Cobián.—Aureliano Linares Rivas.—Francisco de Asís Pacheco.—Gumersindo de Azcárate.—Pablo Rózpide.—Cipriano Garijo.—Santos de Isasa.—Rafael María de Labra.—Juan Alvarado.—Eduardo Romero Paz.—Antonio Comyn, secretario.

La Comisión de actas ha examinado la de la elección parcial verificada el 29 de Abril último en el distrito de Hinojosa del Duque, provincia de Córdoba; y no conteniendo protesta ni reclamación alguna contra la validez de la elección ni contra la capacidad legal del Sr. D. José Álvarez de Toledo y Acuña, Conde de Xiquena, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar dicha acta, y admitir como Diputado por el referido distrito, si no estuviese comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, al expresado señor, que ha presentado su credencial y cuya capacidad y aptitud legales no ofrecen duda.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de Sardoal, presidente.—Francisco Agustín Silvela.—Santos de Isasa.—Cipriano Garijo.—Eduardo Romero Paz.—Rafael María de Labra.—Pablo Rózpide.—Eduardo Cobián.—Juan Alvarado.—Gumersindo de Azcárate.—Francisco de Asís Pacheco.—Antonio Comyn, secretario.

La Comisión de actas ha examinado la de la elección parcial verificada el 29 de Abril último en el distrito de Chiva, provincia de Valencia; y no conte-

niendo protesta ni reclamación alguna contra la validez de la elección ni contra la capacidad legal del Sr. D. Marcial González de la Fuente, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar dicha acta, y admitir como Diputado por el referido distrito, si no estuviese comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, al expresado señor, que ha presentado su credencial, y cuya capacidad y aptitud legales no ofrecen duda.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de Sardoal, presidente.—Santos de Isasa.—Francisco Agustín Silvela.—Juan Alvarado.—Cipriano Garijo.—Rafael María de Labra.—Eduardo Romero Paz.—Eduardo Cobián.—Gumersindo de Azcárate.—Pablo Rózpide.—Francisco de Asís Pacheco.—Antonio Comyn, secretario.

La Comisión de actas ha examinado la de la elección parcial verificada el 29 de Abril último en el distrito de Alcaraz, provincia de Albacete; y no conteniendo protesta ni reclamación alguna contra la validez de la elección ni contra la capacidad legal del Sr. D. Federico Ochando y Chumillas, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar dicha acta, y admitir como Diputado por el referido distrito, si no estuviese comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, al expresado señor, que ha presentado su credencial, y cuya capacidad y aptitud legales no ofrecen duda.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de Sardoal, presidente.—Santos de Isasa.—Francisco de Asís Pacheco.—Eduardo Cobián.—Francisco Agustín Silvela.—Eduardo Romero Paz.—Cipriano Garijo.—Rafael María de Labra.—Gumersindo de Azcárate.—Juan Alvarado.—Pablo Rózpide.—Antonio Comyn, secretario.

La Comisión de actas ha examinado la de la elección parcial verificada el 29 de Abril último en el distrito de Aranda de Duero, provincia de Burgos; y no conteniendo protesta ni reclamación alguna contra la validez de la elección ni contra la capacidad legal del Sr. D. Diego Arias de Miranda, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar dicha acta, y admitir como Diputado por el referido distrito, si no estuviese comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, al expresado señor, que ha presentado su credencial, y cuya capacidad y aptitud legales no ofrecen duda.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El

Marqués de Sardoal, presidente.—Francisco de Asís Pacheco.—Eduardo Romero Paz.—Santos de Isasa.—Francisco Agustín Silvela.—Rafael María de Labra.—Cipriano Garijo.—Juan Alvarado.—Eduardo Cobián.—Pablo Rózpide.—Gumersindo de Azcárate.—Antonio Comyn, secretario.

La Comisión de actas ha examinado la de la elección parcial verificada el 29 de Abril último en el distrito de Cazozla, provincia de Jaén; y no conteniendo protestas ni reclamación alguna contra la validez de la elección ni contra la capacidad legal del Sr. D. Miguel Manuel Gómez y Sigura, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar dicha acta y admitir como Diputado por el referido distrito, si no estuviese comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, al expresado señor, que ha presentado su credencial y cuya capacidad y aptitud legales no ofrecen duda.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de Sardoal, presidente.—Francisco de Asís Pacheco.—Santos de Isasa.—Francisco Agustín Silvela.—Eduardo Romero Paz.—Juan Alvarado.—Cipriano Garijo.—Rafael María de Labra.—Eduardo Cobián.—Pablo Rózpide.—Gumersindo de Azcárate.—Antonio Comyn, secretario.

La Comisión de actas ha examinado la de la elección parcial verificada el 29 de Abril último en el distrito de Sabadell, provincia de Barcelona; y aun cuando en la sección 3.^a del distrito segundo de aquella ciudad, el interventor D. Antonio Miralles consignó una protesta porque alguno de los interventores había facilitado copia exacta de los votantes, á pesar de ser la votación secreta, dicha observación no afecta á la validez de la votación ni á la capacidad legal del Sr. D. Timoteo Bustillo y López; y por lo tanto,

La Comisión tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar el acta de Sabadell y admitir como Diputado por el referido distrito, si no estuviese comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, al expresado señor D. Timoteo Bustillo y López, que ha presentado su credencial, y cuya capacidad y aptitud legales no ofrecen duda.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de Sardoal, presidente.—Santos de Isasa.—Eduardo Romero Paz.—Francisco de Asís Pacheco.—Cipriano Garijo.—Pablo Rózpide.—Eduardo Cobián.—Juan Alvarado.—Antonio Comyn, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictámenes de la Comisión de incompatibilidades sobre los casos de los señores Silvela (D. Francisco), Fernández Soler, Conde de Xiquena, González de la Fuente, Ochando, Arias de Miranda, Gómez Sigura, y Bustillo y López.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado las listas de funcionarios remitidas hasta la presente fecha por el Gobierno de S. M.; y no apareciendo en ellas el Sr. D. Francisco Silvela, Diputado electo por el distrito de La Cañiza, provincia de Pontevedra, ni constando de ningún otro antecedente de los que ha tenido á la vista la Comisión que dicho señor desempeñe empleo alguno, nada tiene que oponer á su admisión como Diputado.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Emilio Nieto.—Juan Felipe Sendín.—Eugenio Silvela.—Enrique Corrales.—Juan Gualberto Ballesteró.—Rafael Serrano Alcázar.—El Marqués de Figueroa.—Pegerto Pardo Balmonte.—Luis Villanova.—Trinitario Ruiz y Valarino, secretario.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado las listas de funcionarios públicos remitidas hasta la presente fecha por el Gobierno de S. M.; y no apareciendo en ellas el Sr. D. Salvador Fernández Soler, Diputado electo por el distrito de Yecla, provincia de Murcia, ni constando de ningún otro antecedente de los que ha tenido á vista la Comisión que dicho señor desempeñe empleo alguno, nada tiene que oponer á su admisión como Diputado.

Palacio del Congreso 5 de Mayo de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Emilio Nieto.—Rafael Serrano Alcázar.—Juan Gualberto Ballesteró.—Luis Villanova.—Eugenio Silvela.—Enrique Corrales.—Juan Felipe Sendín.—El Marqués de Figueroa.—Pegerto Pardo Balmonte.—Trinitario Ruiz y Valarino, secretario.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado los documentos remitidos por el Gobierno de S. M., de los cuales aparece que el Sr. Conde de Xiquena, Diputado electo por el distrito de Hinojosa del Duque, provincia de Córdoba, es presidente del Consejo de Estado, destino comprendido en el párrafo 1.º del art. 1.º de la ley de incompatibilidades vigente, y por tanto, compatible con el cargo de Diputado á Cortes; y además, el dictamen y los antecedentes que obran en la Secretaría referentes á la lista de Sres. Diputados que tienen empleos compatibles, según los cuales no está completo el número que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880; y en vista de todos los documentos mencionados, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva declarar:

1.º Que el destino de presidente del Consejo de Estado, que desempeña el Sr. Conde de Xiquena, es compatible con el cargo de Diputado á Cortes.

2.º Que no estando completo el número de 40 Diputados con empleos compatibles que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880, puede dicho Sr. Conde de Xiquena tomar asiento en el Congreso.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Rafael Serrano Alcázar.—Juan Gualberto Ballesteró.—Eugenio Silvela.—Marqués de Figueroa.—Emilio Nieto.—Enrique Corrales.—Luis Villanova.—Pegerto Pardo Balmonte.—Juan Felipe Sendín.—Trinitario Ruiz y Valarino, secretario.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado los documentos remitidos por el Gobierno de S. M., de los cuales aparece que el Sr. D. Marcial

González de la Fuente, Diputado electo por el distrito de Chiva, provincia de Valencia, es Subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia, destino comprendido en el párrafo 1.º del art. 1.º de la ley de incompatibilidades vigente, y por tanto compatible con el cargo de Diputado á Cortes; y además, el dictamen y los antecedentes que obran en la Secretaría referentes á la lista de Sres. Diputados que tienen empleos compatibles, según los cuales no está completo el número que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880; y en vista de todos los documentos mencionados, tiene la honra de proponer al Congreso se sirva declarar:

1.º Que el destino de Subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia que desempeña el Sr. González de la Fuente es compatible con el cargo de Diputado á Cortes.

2.º Que no estando completo el número de 40 Diputados con empleos compatibles que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880, puede dicho Sr. González de la Fuente tomar asiento en el Congreso.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Eugenio Silvela.—Emilio Nieto.—Rafael Serrano Alcázar.—Juan Felipe Sendín.—Juan Gualberto Ballesterro.—Enrique Corrales.—Marqués de Figueroa.—Pegerto Pardo Balmonte.—Luis Villanova.—Trinitario Ruiz y Valarino, secretario.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado los documentos remitidos por el Gobierno de S. M., de los cuales aparece que el Sr. D. Federico Ochando y Chumillas, Diputado electo por el distrito de Alcaraz, provincia de Albacete, es general de división, segundo jefe del primer cuerpo de ejército y gobernador militar de Madrid, destino comprendido en el párrafo primero del art. 1.º de la ley de incompatibilidades vigente, y por tanto, compatible con el cargo de Diputado á Cortes; y además, el dictamen y los antecedentes que obran en la Secretaría referentes á la lista de Sres. Diputados que tienen empleos compatibles, según los cuales no está completo el número que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880; y en vista de todos los documentos mencionados, tiene la honra de proponer al Congreso se sirva declarar:

1.º Que el destino de general de división, segundo jefe del primer cuerpo de ejército y gobernador militar de Madrid, que desempeña el Sr. Ochando, es compatible con el cargo de Diputado á Cortes.

2.º Que no estando completo el número de 40 Diputados con empleos compatibles que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880, puede dicho Sr. Ochando tomar asiento en el Congreso.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Emilio Nieto.—Rafael Serrano Alcázar.—Eugenio Silvela.—Enrique Corrales.—Juan Felipe Sendín.—Juan Gualberto Ballesterro.—Marqués de Figueroa.—Pegerto Pardo Balmonte.—Luis Villanova.—Trinitario Ruiz y Valarino, secretario.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado los documentos remitidos por el Gobierno de

S. M., de los cuales aparece que el Sr. D. Diego Arias de Miranda, Diputado por el distrito de Aranda de Duero, provincia de Burgos, es director general de Hacienda del Ministerio de Ultramar, destino comprendido en el párrafo primero del art. 1.º de la ley de incompatibilidades vigente, y por tanto, compatible con el cargo de Diputado á Cortes; y además, el dictamen y los antecedentes que obran en la Secretaría referentes á la lista de Sres. Diputados que tienen empleos compatibles, según los cuales no está completo el número que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880; y en vista de todos los documentos mencionados, tiene la honra de proponer al Congreso se sirva declarar:

1.º Que el destino de director general de Hacienda del Ministerio de Ultramar, que desempeña el señor Arias de Miranda, es compatible con el cargo de Diputado á Cortes.

2.º Que no estando completo el número de 40 Diputados con empleos compatibles que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880, puede dicho Sr. Arias de Miranda tomar asiento en el Congreso.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Emilio Nieto.—Juan Felipe Sendín.—Rafael Serrano Alcázar.—Eugenio Silvela.—Juan Gualberto Ballesterro.—Marqués de Figueroa.—Enrique Corrales.—Luis Villanova.—Pegerto Pardo Balmonte.—Trinitario Ruiz y Valarino, secretario.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado los documentos remitidos por el Gobierno de S. M., de los cuales aparece que el Sr. D. Miguel Manuel Gómez Sigura, Diputado electo por Cazorla, provincia de Jaén, ex-director general de la Deuda pública, destino comprendido en el párrafo primero del artículo 1.º de la ley de incompatibilidades vigente, y por tanto, compatible con el cargo de Diputado á Cortes; y además, el dictamen y los antecedentes que obran en la Secretaría referentes á la lista de señores Diputados que tienen empleos compatibles, según los cuales, no está completo el número que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880; y en vista de todos los documentos mencionados tiene la honra de proponer al Congreso se sirva declarar:

1.º Que el destino de director general de la Deuda pública que desempeña el Sr. Gómez Sigura es compatible con el cargo de Diputado á Cortes.

2.º Que no estando completo el número de 40 Diputados con empleos compatibles que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880, puede dicho Sr. Gómez Sigura tomar asiento en el Congreso.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Emilio Nieto.—Rafael Serrano Alcázar.—Juan Gualberto Ballesterro.—Luis Villanova.—Eugenio Silvela.—Enrique Corrales.—Juan Felipe Sendín.—Marqués de Figueroa.—Pegerto Pardo Balmonte.—Trinitario Ruiz y Valarino, secretario.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado las listas de funcionarios públicos remitidas hasta la

presente fecha por el Gobierno de S. M.; y no apareciendo en ellas el Sr. D. Timoteo Bustillo y López. Diputado á Cortes por Sabadell, provincia de Barcelona, ni constando de ningún otro antecedente de los que ha tenido á la vista la Comisión que dicho señor desempeñe empleo alguno, nada tiene que oponer á su admisión como Diputado.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Emilio Nieto.—Juan Felipe Sendín.—Juan Gualberto Balletero.—Eugenio Silvela.—El Marqués de Figueroa.—Rafael Serrano Alcázar.—Pegerto Pardo Balmonte.—Luis Villanova.—Enrique Corrales.—Trinitario Ruiz y Valarino, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión de actas sobre la elección del distrito de Motril, declarada de tercera clase.

La Comisión de actas ha examinado la del distrito electoral de Motril, provincia de Granada, declarada de tercera clase; y resultando:

1.º Que el acta de designación de interventores no contiene protestas ni reclamación alguna.

2.º Que en las actas parciales de votación no aparece tampoco que se hayan formulado protestas ni reclamaciones.

3.º Que en el acta de escrutinio general se consigna que ninguno de los individuos de la Junta ni los candidatos presentes al acto formularon reclamación ni protesta sobre la legalidad de las votaciones, y que han obtenido votos: D. José Martínez de Roda, 4.733; D. Emilio Díaz Moreu, 1.670; D. Antonio Díaz Domínguez, 166; D. Antonio Ocete Rodríguez, 30; D. Andrés Mingorance Franco, 2, y D. Antonio Bolangas Bayanete, 1; siendo proclamado Diputado electo el primero de dichos señores.

4.º Que en 5 de Abril último, D. Emilio Díaz Moreu presentó al Congreso un escrito en el que expone que habiendo intervenido con el carácter de candidato en la elección verificada en el distrito de Motril el día 5 de Marzo, acompañaba varios documentos para que se unieran al acta presentada por el Diputado proclamado por dicho distrito, á fin de que se examinasen al dar dictamen sobre la referida acta. Que no había sido posible al exponente, á pesar de haberlo intentado, obtener que la Junta general de escrutinio consignase en el acta sus reclamaciones y protestas, y que así resulta acreditado por el acta de presencia autorizada por el notario D. Antonio Gutiérrez.

5.º Que en esta acta notarial aparece que constituido el autorizante, á virtud de requerimiento de D. Emilio Díaz Moreu, el día 9 de Marzo en el salón de sesiones de la casa capitular del Municipio de Motril,

á las diez y cinco minutos de la mañana, encontró allí al magistrado D. Juan José Armendáriz, designado para presidir la Junta de escrutinio general, y varios interventores; que principiado el acto, el autorizante puso en conocimiento de la presidencia el objeto que motivaba su presencia en el local y la persona que lo había requerido; que seguidamente se procedió al examen de las actas de las diferentes secciones, por orden alfabético; que al leerse el resultado de la votación del colegio de Guajar (Faragüit), pidió la palabra D. Emilio Díaz Moreu, con objeto de leerla protesta que llevaba formulada, y que concedida por la presidencia, principió á leerla, siendo interrumpido por tres interventores, que le negaban personalidad para concurrir al acto; que el presidente declaró que admitía la protesta, y que tanto aquélla como las demás que se presentaran, serían admitidas á última hora y se consignarían en el acta, para evitar interrupciones, á lo que accedió el Sr. Díaz Moreu; que al leerse el acta de Olivar, declaró el Sr. Díaz Moreu que, deferente á las indicaciones de la presidencia, se había abstenido de presentar las 14 protestas que tenía en su poder mediante á que ya tenía la promesa de que se extractarían todas al extenderse el acta, á lo que asintió el presidente; que durante la lectura de las diferentes actas parciales, hizo presente el señor Díaz Domínguez que en vista de lo convenido entre el Sr. Díaz Moreu y la presidencia, se abstenía de leer las protestas que obraban en su poder, pero que al final las entregaría para que se extractaran; que concluido de dar cuenta de los resultados de los escrutinios parciales, del recuento de votos, y proclamado Diputado electo D. José Martínez de Roda, al decir la presidencia que se iba á terminar el acto, previa su venia, se levantó el Sr. Díaz Moreu y manifestó que en vista de lo acordado con

el señor presidente de presentar las protestas al terminar el escrutinio, era llegado el caso de leer éstas, para que en cumplimiento de lo que dispone el párrafo 3.º del art. 66 de la ley electoral, se consignara en el acta; que á esta manifestación asintió la presidencia de una manera ostensible y explícita, contestando que se consignaría en el acta; que entonces, los interventores D. Evaristo Vallejo, D. Francisco Rioja y D. Rafael Gallardo García de Alcántara, manifestaron que los Sres. D. Antonio Díaz Domínguez y D. Emilio Díaz Moreu no tenían derecho á ser considerados candidatos, por cuanto la Junta provincial del censo no les había declarado tales candidatos, y que, por lo tanto, que no debían hablar ni admitírseles en el salón, por no ser tampoco electores; que el presidente manifestó que, con arreglo á la ley, entendía que sólo los candidatos proclamados por la Junta provincial, eran los que consideraba candidatos, y por tanto, los que podían formular reclamaciones; que de estas palabras protestaron D. Emilio Díaz Moreu y D. Antonio Díaz Domínguez, manifestando éste que la personalidad del candidato surgía del fondo de la urna desde el momento en que aparecía cualquier número de votos en favor de una persona, por cuya razón, la ley electoral, que en todas las operaciones preliminares de la votación emplea la frase candidato proclamado por la Junta provincial del censo, á partir de la votación ya sólo usa la palabra genérica candidato, porque éste es toda persona que figura en una elección como aspirante al cargo que se trata de obtener; que el Sr. Díaz Moreu manifestó que por la decisión tomada deducía que no era legal su presencia en aquel sitio, y que protestaba de ello; que el Sr. Díaz Domínguez preguntó al presidente si admitía ó no las protestas, y como se le contestara en sentido negativo, formuló una nueva por la no admisión referida, pidiendo se consignara en el acta, y habiéndose negado á ello el presidente, hizo entrega de las 84 protestas al notario autorizante, haciendo igual entrega el Sr. Díaz Moreu de las 14 que llevaba formuladas.

6.º Que de las protestas entregadas por el señor Díaz Domínguez, 12 están suscritas por él, como candidato, 15 por interventores de diferentes secciones, y las restantes por electores.

Que la correspondiente á Salobreña se ocupa del hecho de haber obligado á firmar las actas en blanco el alcalde de dicho pueblo al interventor José Llana Marqués. Que las siete correspondientes á Molvizar, se refieren á haber actuado como interventor Serafín Puente-Dura, que no es elector; haber arrojado del colegio el teniente alcalde D. José Espinosa á dos electores, Antonio Prados y Francisco Antonio Prados, llevándolos á la cárcel, así como de habérselos negado á los interventores D. José Venega, D. Manuel Puerta, D. Andrés Fernández y D. Alejandro Prados la posesión de sus cargos, y constituyéndose la Mesa electoral antes de las seis de la mañana, estando la urna casi llena de papeletas y con el cristal del lado de la presidencia quitado; que las 69 protestas relativas á les siete colegios de Motril contienen las denuncias de haber comparecido ante la Junta del censo el alcalde de la expresada ciudad, D. Antonio Trujillo, en concepto de representante de uno de los candidatos; la de haber publicado un bando y una hoja impresa, cuatro días antes de la

elección, ponderando la generosidad del Sr. Martínez Roda y recomendando indirectamente su candidatura; la de haber aumentado la policía dentro del período electoral; la de haber repartido las autoridades y agentes municipales multitud de vales por determinada cantidad de comestibles; la de haber ejercido coacciones dichos funcionarios sobre los electores para que votaran la candidatura del Sr. Martínez Roda; la de haberse alterado la designación del local para la votación en algunos colegios; la de haber sido atropellado el candidato Sr. Díaz Domínguez por el jefe de orden público y agentes á sus órdenes, al recorrer las calles, así como los interventores D. Gerardo Vilches y D. José de la Torre Texidor, y por el soborno de los electores con vales de 2 pesetas, pagaderos en casa del comerciante D. Manuel Montero.

Que las siete protestas relativas al distrito, en general se refieren á la colocación de guardias municipales, agentes de policía y empleados de consumos á las puertas é inmediaciones de los colegios, para cohibir á los electores por medio de amenazas, injurias y golpes para que votaran la candidatura del Sr. Martínez Roda; á la alteración arbitraria de presidencias en las Mesas, conferidas á funcionarios á quienes no correspondían; á la omisión cometida no publicando el resultado de los escrutinios en las puertas exteriores de los colegios electorales; á la no admisión, por parte de los presidentes, de las numerosas protestas presentadas ante las Mesas respectivas; á las informalidades de resultar las actas firmadas por interventores que no asistieron á las Mesas, y no aparecer, en cambio, autorizadas por los que estuvieron presentes.

Que las protestas entregadas por D. Emilio Díaz Moreu se refieren á lo siguiente:

La relativa á Guajar (Faragüit), á no haberse dado posesión á los interventores del Sr. Díaz Moreu en la Mesa electoral; á haberse comenzado la votación antes de la hora señalada, y no haberse fijado al público el resultado del escrutinio en la parte exterior del edificio del colegio electoral.

La referente á las secciones de Vélez (Benandalla), á que no habiendo votado, entre los que se habían abstenido, los muertos y los ausentes, 230 sufragios en la primera sección y 265 en la segunda, era inexacto el contenido de las actas del escrutinio de dichas dos secciones.

Las relativas á las secciones de Guajar Fondón y Guajar Alto, por haber ejercido las autoridades graves coacciones contra los interventores y electores del Sr. Díaz Moreu, atropellándoles y pretendiendo encarcelarles, y no posesionando á los primeros de sus cargos; por no fijarse en las puertas de los colegios las certificaciones del resultado de los escrutinios y no admitirse las protestas presentadas y no pedirse las certificaciones que se solicitaron del exresultado de la votación.

Las relativas á Salobreña, por haberse impedido por medio de coacciones la entrada en los colegios á los electores del Sr. Díaz Moreu, y porque á pesar de haber estado posesionados de sus cargos los interventores que le apoyaban, y que eran en la primera sección D. Antonio Suárez Mendigorri, D. Juan Villaescusa Valenzuela y D. José Arnedo Prados, y en la segunda D. Hipólito Martín Mendigorri, D. José García Parra, D. Ramón Ramos Prados y D. José

Villaescusa Valenzuela, no les permitieron firmar el acta ni que se consignaran las protestas presentadas; y por no haberse fijado en las puertas de los colegios las certificaciones de los escrutinios ni concedido el certificado de la votación solicitada por los interventores.

La relativa á Molvizar, á que se constituyó la Mesa electoral antes de las seis de la mañana, no permitiendo á los interventores del Sr. Díaz Moreu que se posesionaran de su cargo, repeliéndoles por la fuerza del colegio con amenazas graves; por haber á la puerta del colegio hombres armados con escopetas, intimando á los electores é impidiendo la entrada en el local, y porque la urna apareció antes de empezar la votación llena de papeletas y teniendo roto el cristal por frente al presidente.

Las referentes á las secciones 2.ª, 3.ª, 4.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª del Municipio de Motril, por no haber admitido protestas en el acto de la votación; por no haberse fijado el resultado del escrutinio en la parte exterior de los edificios de los colegios; por no haberse dado á los interventores la certificación que de los escrutinios pidieron; por la presencia de guardias municipales armados á las puertas de los colegios, impidiendo la libre entrada en ellos; por la falta de la firma de los interventores del Sr. Díaz Moreu en las certificaciones traídas al acto del escrutinio, á pesar de que tomaron posesión de sus cargos y actuaron en todos los actos de la elección.

7.º Que á las 14 protestas del Sr. Díaz Moreu se acompañan 16 recibos expedidos por los secretarios de Juzgados de primera instancia de Motril, en los que se acredita haberse presentado desde el día 4 al 11 de Marzo ante dicho Juzgado denuncias por las infracciones legales cometidas en la elección verificada en aquel distrito electoral el día 5 del citado mes.

8.º Que del acta notarial de presencia extendida el día 5 de Marzo último en la ciudad de Almuñecas aparece que requerido el autorizante D. José Novel Ibáñez por D. Francisco Gómez Ortiz para que le acompañase á la plaza pública con objeto de levantar acta que acreditase que en el muro ó pared principal de la Casa-Ayuntamiento que da frente á dicha plaza no había lista alguna de la designación de los colegios en que había de verificarse aquel día la elección de Diputados á Cortes, ni tampoco la de los electores, y que, en efecto, se constituyó en la referida plaza pública, y examinada la pared del mencionado edificio que da á ella, no vió edicto ni anuncio señalando los puntos para realizarse la elección, ni la lista de los electores.

9.º Que del acta notarial de presencia otorgada en la ciudad de Almuñécar el día 5 de Marzo último resulta que requerido el autorizante D. José Novel Ibáñez por D. Francisco Gómez Ortiz para que le acompañase á la casa núm. 2, calle de la Cruz, de dicha ciudad, en donde estaba establecido el primer colegio para la elección de Diputados á Cortes que había de tener lugar en aquel día, con objeto de consignar que en dicho local se encontraban los guardias municipales Félix Soriano Hueso y Francisco Cervilla Jerónimo, y que en efecto, constituido en el mencionado local en que se estaba verificando la elección, encontró allí á los citados guardias municipales de uniforme.

10. Que del acta notarial de referencia, extendida

por D. Antonio Gutiérrez Jiménez en la ciudad de Motril á 8 de Marzo último, aparece que el autorizante fué requerido por D. Emilio Díaz Moreu para que levantara acta de la manifestación que iba á hacer D. Francisco de Andrade, teniente coronel de la Guardia civil, jefe de la provincia; y que acto seguido compareció dicho señor, expresando que el día 5 del mes citado recorrió todos los colegios electorales de aquella ciudad, encontrando en las puertas de varios de ellos guardias municipales, y que advertido por los candidatos Sres. Díaz Moreu y Díaz Domínguez, mandó reirar un municipal que estaba en la puerta del colegio de la Aurora; que á las cinco de la tarde tuvo noticia de que todos los colegios estaban cerrados, á excepción de los establecidos en la Casa Capitular y la calle de la Cruz Verde; que á petición del Sr. Díaz Moreu fué al colegio establecido en la Posta, y encontrándolo cerrado, preguntó por el presidente y que resultando ser D. Juan Ramírez, amigo suyo, supo allí, por él, que el acto del escrutinio estaba terminado, ofreciendo un resultado satisfactorio para el Sr. Díaz Moreu, que había obtenido 7 votos más que el Sr. Martínez Roda; que en el colegio de la Cruz Verde había media puerta abierta, y habiendo entrado, á su presencia se pidió por D. Emilio Herrera, interventor de aquella Mesa, certificación del resultado del escrutinio, que ofreció darle el presidente de la misma; que á las seis de la tarde, á requerimiento de D. Emilio Díaz Moreu, pasó al colegio de la Casa Capitular, en el cual aún no estaba disuelta la Mesa, y oyó que D. Juan Dese interesó del presidente que se le expidiera certificación del resultado del escrutinio, la que ofreció dar; que el día 6, y hora de las diez de su mañana, á requerimiento del Sr. Díaz Moreu, recorrió todos los colegios acompañado de Don Francisco González Arroyo, y en ninguno de ellos encontró fijada la certificación del resultado de la votación del día anterior, ni señales de que hubieran estado en todas las puertas de éstos cerradas.

11. Que entre las protestas entregadas por Don Antonio Díaz Domínguez al notario D. Antonio Gutiérrez en el acto del escrutinio general, aparecen dos vales impresos, cada uno de éstos por dos libras de pan, media libra de arroz y un cuarterón de bacalao, tenían estampados en tinta azul los apellidos Martínez Rodas, y dos ejemplares de un manifiesto impreso en 1.º de Marzo último, y dirigido por la Comisión de hacendados y el alcalde presidente á los motrileños participándoles el rasgo de desprendimiento que había verificado D. José Martínez Rodas, hijo de Motril, y que á dicha ciudad había representado recientemente en la Cortes, cediendo 5.000 pesetas más y anticipando 10.000 para terminar las obras de reparación de la margen izquierda del río Guadalfeo.

1.º Considerando: Que no obstante de consignarse en el acta del escrutinio general que no se habían formulado protestas ni reclamación alguna contra las actas de los escrutinios parciales al darse cuenta de ellas para el recuento de votos, es evidente que existieron dichas protestas y reclamaciones, por acreditarlo así el acta notarial de presencia autorizada por el notario D. Antonio Gutiérrez, que, constituido en el salón donde se verificó el escrutinio general, presenció todos los actos que tuvieron lugar.

2.º Considerando: Que entre las protestas formuladas en el acto del escrutinio general, y que no fue-

ron admitidas, hay una que se refiere á no haber dado posesión de sus cargos á los interventores de la Mesa electoral de Molvizar, D. Tomás Venegas, Don José Venegas, D. Manuel Puertas, D. Alejandro Prado y D. Andrés Fernández, no obstante de haber éstos exhibido las certificaciones que contenían sus nombramientos de tales interventores.

3.º Considerando: Que otras dos de las protestas se refieren al hecho de que en las secciones 1.ª y 2.ª de Salobreña, no obstante de haber estado poseídos de sus cargos los interventores D. Antonio Suárez Mendigorrí, D. Juan Villaescusa Valenzuela y D. José Arnedo Prados en la 1.ª, y D. Hipólito Martín Mendigorrí, D. José García Parra, D. Ramón Ramos Prados y D. José Villaescusa Valenzuela en la 2.ª, no se les permitió firmar el acta, ni que se consignaran las protestas presentadas, ni que se les otorgara las certificaciones del escrutinio por dichos interventores solicitadas.

4.º Considerando: Que por acta notarial de presencia extendida el día 5 de Marzo último en la ciudad de Almuñécar se acredita que en dicho día no

se habían expuesto en la parte exterior del edificio de la Casa Capitular la designación de los locales en que había de tener lugar la elección ni las listas de los electores; y

5.º Considerando: Que el manifiesto que la Comisión de hacendados, presidida por el alcalde de Motril, dirigió el día 1.º de Marzo á los habitantes de dicho Municipio notificando el donativo hecho por D. José Martínez Rodas para las obras de reparación de la margen izquierda del río Guadalfeo no puede dejar de reputarse como acto de coacción electoral del mayor alcance y trascendencia,

La Comisión tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva declarar la nulidad de la elección verificada en el distrito de Motril, provincia de Granada, el día 5 de Marzo último.

Palacio del Congreso 7 de Julio de 1893.—El Marqués de Sardoal, presidente.—Juan Alvarado.—Rafael María de Labra.—Santos Isasa.—Francisco de A. Pacheco.—Eduardo Romero Paz.—Gumersindo de Azcárate.—Cipriano Garijo.—Pablo Rózpide.—Eduardo Cobián.—Antonio Comyn, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión acerca del suplicatorio del juez de instrucción del distrito de la Universidad de esta corte pidiendo autorización para procesar al Sr. D. Vicente Dualde.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca del suplicatorio que el juez de instrucción del distrito de la Universidad de esta corte ha elevado al Congreso con fecha 3 de Octubre de 1893 pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Vicente Dualde, que ha declarado ser autor de dos sueltos publicados en el periódico *El País*, en los números correspondientes á los días 19 y 22 Agosto del mismo año, titulados, «Ladrones, no Diputados» y «El

nuevo Hospital de San Juan de Dios,» ha examinado este asunto; y no encontrando motivos, dada la clase de delitos que se supone ha cometido el Sr. Dualde, para que por procedimientos judiciales se le impida ó estorbe el ejercicio de sus funciones de Diputado, tiene la honra de proponer al Congreso se sirva negar la autorización solicitada.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—Sini-baldo Gutiérrez Mas, presidente.—Emilio Sánchez Pastor.—Juan Francisco de Lerma.—Senén Canido.—Juan Jiménez.—Ramón Baillo, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, remitido por el Senado, incluyendo en el plan general de carreteras del Estado una de la de Torrelavega á Oviedo á la estación de ferrocarril de Pola de Siero.

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Senado, conformándose con lo propuesto por un individuo de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo del hectómetro 10 del kilómetro 170 de la carretera de Torrelavega á Oviedo, termine en la estación de Pola de Siero, del ferrocarril de Oviedo á Infiesto.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 acerca de la construcción de obras públicas.

Y el Senado lo pasa al Congreso de los Diputados, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Senado 7 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Habana, Presidente.—El Marqués de Puerto Seguro, Senador Secretario.—El Señor de Rubianes, Senador Secretario.

DIARIO

THE

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley remitido por el Senado, tendiente a en el plan general de carreteras del Estado para la de la Torre de Guadalupe a la estación de ferrocarril de la Poma de Sierra.

Art. 1.º Para la ejecución de esta ley se pondrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 7 de Julio de 1888 acerca de la constitución de otras diputaciones.

Y el Senado la pasa al Congreso de los Diputados con el expediente correspondiente a la ley de 1888, en el art. 2.º de la ley de 19 de Julio de 1887. Pámanse del Senado 7 de Mayo de 1891. El Marqués de la Habana Presidente. El Marqués de Pío Segundo Secretario. El Marqués de Pío Segundo Secretario.

El Congreso de los Diputados con la propuesta por el Senado, concurriendo con la propuesta por un instituto de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se declara en el plan general de carreteras del Estado una que partiendo del punto 10 del kilómetro 170 de la carretera de Toluca a Orizaba, termine en la estación de la Poma de Sierra, del ferrocarril de Orizaba a Toluca.

Artículo 2.º La ejecución de esta ley se pondrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 7 de Julio de 1888 acerca de la constitución de otras diputaciones.

Y el Congreso de los Diputados con el expediente correspondiente a la ley de 1888, en el art. 2.º de la ley de 19 de Julio de 1887. Pámanse del Congreso 7 de Mayo de 1891. El Marqués de la Habana Presidente. El Marqués de Pío Segundo Secretario. El Marqués de Pío Segundo Secretario.

Artículo 3.º La ejecución de esta ley se pondrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 7 de Julio de 1888 acerca de la constitución de otras diputaciones.

Y el Congreso de los Diputados con el expediente correspondiente a la ley de 1888, en el art. 2.º de la ley de 19 de Julio de 1887. Pámanse del Congreso 7 de Mayo de 1891. El Marqués de la Habana Presidente. El Marqués de Pío Segundo Secretario. El Marqués de Pío Segundo Secretario.

Artículo 4.º La ejecución de esta ley se pondrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 7 de Julio de 1888 acerca de la constitución de otras diputaciones.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL MARTES 8 DE MAYO DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Elecciones de Aranda de Duero y de Ribadavia: comunicaciones de los Diputados electos.

Expediente de suspensión de un acuerdo de la Diputación provincial de Alicante, revocando el de la Comisión provincial que destituyó á los médicos titulares de Villajoyosa: pregunta del Sr. Fernández Henestrosa.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Rectificación del Sr. Fernández Henestrosa.

Carretera de la Casa Ayuntamiento de San Saturnino al campo de la feria del mismo nombre: proposición de ley. Apoyada por el Sr. Marqués de Figueroa, se toma en consideración.

Inclusión de los Cuerpos de Administración y Sanidad del ejército y armada en el reglamento de la Orden de San Hermenegildo: proposición de ley.—La apoya el Sr. Sanchís.—Declaración del Sr. Ministro de la Guerra.—Rectificación de Sr. Sanchís.—Se toma en consideración.

Interpretación del art. 138 de la ley provincial, con motivo del acuerdo del gobernador de Málaga negando la reposición en sus cargos de 16 diputados provinciales suspensos: preguntas del Sr. Bores y Romero.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Rectificación del señor Bores.—Alusiones personales de los Sres. Laá y Bergamín.—Rectificaciones de los referidos señores.

Sustanciación del proceso incoado con motivo del asesinato del Secretario del Ayuntamiento de Villarta de los Montes; inspección de la administración de dicho Municipio: ruegos del Sr. Fernández Blanco.—Contestaciones de los Sres. Ministros de Gracia y Justicia y de Gobernación.—Rectificación del Sr. Fernández Blanco.

Propósitos del Gobierno en punto á restablecimiento de Juzgados de instrucción y de primera instancia suprimidos; contestación del Sr. Ministro de Gracia y Justicia á preguntas del Sr. Martínez González.—Rectificación de este señor.

Noticias de la prensa relativas á los acuerdos del Consejo de Ministros sobre aumento de gastos en los presupuestos: ruegos del Sr. Bullón.—Contestación del Sr. Ministro de Gracia y Justicia.

Cumplimiento de la ley de policía de imprenta con ocasión de la publicación de un cartel en Barcelona: pregunta del Sr. Salmerón.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación.—Rectificaciones de ambos señores.—Discurso del Sr. Ministro de Fomento.

ORDEN DEL DÍA: Elecciones de La Cañiza, Hinojosa del Duque, Chiva, Alcaraz, Aranda de Duero y Cazorla: dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades.—Se aprueban.

Elección de Sabadell (Barcelona): dictamen de la Comisión de actas.—Discurso en contra, del Sr. Lostau.—Se aprueba.—Dictamen de la Comisión de incompatibilidades.—Queda aprobado.

Elección de Motril (Granada): dictamen de la Comisión de actas.—Es aprobado.

Juramento del Sr. Fernández Soler.

Sucesos de Melilla: continúa el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, y en el uso de la palabra el señor Ministro de la Guerra.—Manifestaciones de los Sres. Ministro de Estado y Marengo.—Alusión personal del señor Salmerón.—Se suspende la discusión y el discurso del señor Salmerón.

Juramento del Sr. Ochando.

Peticiones: dictámenes.—Sin discusión se aprueban los señalados con los números 25 al 40.

Elección parcial en el distrito de Motril: acuerdo.

Elección parcial en el distrito de Colón (Cuba): Real decreto.

Elección del distrito de Ribadavia: credencial del Diputado electo.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las seis y cuarenta y cinco minutos.

Abierta á las dos y media, y leída el Acta de la anterior, fué aprobada.

Se anunció que pasarían á la Comisión de incompatibilidades las comunicaciones remitidas por el Sr. Ministro de Ultramar, en que los Sres. D. Diego Arias de Miranda y D. Adolfo Merelles, director general de Hacienda el primero y subsecretario el segundo del Ministerio de Ultramar, dan cuenta de haber sido elegidos Diputados á Cortes por los distritos de Aranda de Duero (Burgos) y Ribadavia (Orense), respectivamente.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Fernández de Henestrosa tiene la palabra.

El Sr. **FERNANDEZ DE HENESTROSA**: He pedido la palabra para dirigir un ruego al Sr. Ministro de la Gobernación.

La Diputación provincial de Alicante, en su reunión semestral del mes pasado, y con fecha 7 del mismo, hubo de tomar un acuerdo revocando el que en su tiempo había tomado la Comisión provincial, destituyendo á los médicos titulares del Ayuntamiento de Villajoyosa.

Es evidente, y á mí me conviene consignar esto en primer término, que la Diputación provincial de Alicante, al revocar el acuerdo de su Comisión permanente, hizo uso de propias y legítimas facultades; porque además de que estaba en su derecho al obrar así, el acuerdo tomado por la Comisión provincial envolvía notoria incompetencia y manifiesta nulidad en la formación del expediente. Digo que el acuerdo de la Comisión provincial envolvía notoria incompetencia, porque prescindiéndose del número de individuos que debían votar para que se declarase la urgencia del asunto sometido á la Comisión provincial, se dictó el acuerdo de destitución á que me he referido. Digo que con manifiesto vicio de nulidad, porque el expediente de destitución de los médicos titulares de Villajoyosa se incoó por el Ayuntamiento en virtud de denuncia completamente falsa y calumniosa, se tramitó por todo el procedimiento y se terminó por una resolución y fallo de la Comisión provincial, sin haber dado lugar á que se oyeran las exculpaciones y defensas de los interesados. La Diputación provincial, ante estos vicios y estas manifestaciones injusticias, tomó por mayoría del número de sus individuos el acuerdo de revocación de aquella

providencia, y la trasmitió, como la ley provincial previene, al gobernador interino de la provincia, pues creo que no le hay propietario. El gobernador entendió que aquel acuerdo de la Diputación provincial no podía ejecutarse, y, á mi juicio, no usando, sino manifestamente abusando de las facultades que le concede el art. 79 de la ley orgánica provincial, suspendió la ejecución del acuerdo y dió conocimiento del expediente al Ministerio de la Gobernación.

Aun cuando á mí me parece desde luego la resolución del gobernador censurable y digna de crítica (que quizá tenga yo necesidad de hacer aquí, pero no en el día de hoy ni en esta forma reglamentaria sino en alguna otra más amplia y que me consienta mayores desenvolvimientos que tener pueden mis razonamientos en la margen de una pregunta; no molestaría por ello la atención de S. S., no hubiese avisado al Sr. Ministro de la Gobernación, si no entendiese que en este decreto de suspensión dictado por el señor gobernador interino de Alicante hay un propósito y una intención política; propósito é intención que tengo completo y absoluto convencimiento de que ni la rectitud ni la conciencia de S. S. han de consentir en la ocasión presente que se consuman ni se realicen.

Para esto bastará, Sr. Ministro de la Gobernación, que S. S. lleve las claras luces de su entendimiento al estudio del decreto de suspensión y de las consideraciones en que le fundamenta el señor gobernador civil interino de Alicante, seguro de que si así lo hiciera, verá que allí no se trata de suspender la ejecución de una disposición de carácter administrativo por dificultades y rozamientos con preceptos de otras leyes, que allí no se trata de una suspensión llevada á cabo por la Diputación provincial y consultada con el Ministerio por el gobernador de Alicante en virtud de funciones legítimas, sino que allí se demuestra y se manifiesta, hasta con excesiva claridad, el propósito de amontonar motivos que pudieran ser suficientes para suspender á los 12 diputados provinciales que formaron la mayoría de la Diputación que tomó el acuerdo de 7 de Abril pasado.

Mi ruego, pues, consiste en advertir al señor Ministro de esta intención y de este propósito, que de una manera no muy velada palpita en las consideraciones del decreto de suspensión á que me refiero, y en suplicarle que, como siempre, resuelva ese expediente con arreglo á la más estricta justicia, evitando la suspensión de 12 diputados provin-

ciales, que no han cometido más delito que ser afectados á la causa que representa el partido conservador en la provincia de Alicante.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Gobernación tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Desde luego, y agradeciendo muchísimo las frases con que se ha servido hacer su ruego el Sr. Henestrosa, me doy por enterado; y tenga S. S. la seguridad de que yo he de inspirar mi resolución en un criterio de justicia, dentro de la esfera de acción que la ley me traza para resolver, y de las facultades que la misma me atribuye. Yo creo, sin embargo, que S. S. ha exagerado un poco los propósitos y las intenciones, penetrando hasta en el sagrado recinto de la conciencia del gobernador civil de Alicante. Yo no he visto en el expediente, y esto no es prejuzgar el fondo del mismo, más que un acto referente á un hecho político, pero á un hecho de origen completamente diverso al que S. S. supone.

La resolución de la Diputación provincial, que en términos generales, en circunstancias normales, pudiera ser legítima, sin embargo, adoptada en el momento en que la Diputación formuló su acuerdo, estaba, según las apariencias, fuera de la ley electoral, porque se refería á nombramientos, á destituciones, á resoluciones de expedientes que estaban relacionados con un distrito en período electoral, y por consiguiente, que no podían resolverse. Además el gobernador, utilizando las facultades que le concede el art. 79 de la ley provincial, según S. S. mismo ha reconocido, suspendió el acuerdo; y en virtud también de la obligación que le impone ese artículo, ha remitido los antecedentes al Ministerio de la Gobernación. Yo examinaré ese expediente sin prejuicios políticos de ningún género, y tenga S. S. la seguridad de que cualquiera que sea mi resolución, procuraré que no sirva de fundamento á maniobras políticas y que será inspirada en la más estricta justicia.

No tengo más que decir.

El Sr. **FERNANDEZ DE HENESTROSA**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **FERNANDEZ DE HENESTROSA**: Doy gracias al Sr. Ministro de la Gobernación por el propósito que le anima de estudiar por sí el expediente. Tengo la completa seguridad de que cuando S. S., á solas en su despacho, con la tranquilidad con que estas cosas deben verse, sin apasionamiento de ninguna clase, obrando como jefe de un Departamento ministerial, estudie el expediente, se convencerá de que la ley electoral que allí se cita, ni en poco ni en mucho, ni directa ni indirectamente, se roza con el acuerdo adoptado por la Diputación provincial de Alicante.

Con esto basta por ahora, pues que cumpliendo la prescripción reglamentaria y dados los límites que S. S. ha puesto á su contestación, no puedo entrar en el fondo del asunto.»

Se leyó una proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de la Casa Ayuntamiento de San Saturnino al campo de la feria del mismo nombre. (Véase el Apéndice 18.º al Diario número 116.)

En su apoyo dijo

El Sr. Marqués de **FIGUEROA**: Ruego al Congreso se sirva tomar en consideración la proposición que he tenido el honor de presentar, y que acaba de ser leída.»

Leída por segunda vez, fué tomada en consideración la proposición, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

Se leyó otra proposición de ley, incluyendo á los jefes y oficiales de administración y sanidad del ejército y de la armada en el art. 10 del reglamento de la Orden de San Hermenegildo. (Véase el Apéndice 12.º al Diario núm. 110.)

En su apoyo dijo

El Sr. **SANCHIS**: Sin anticipar la discusión de esta proposición, que llegará en momento oportuno si el Congreso acuerda benévolamente tomarla en consideración, me veo en este instante en la necesidad de pronunciar algunas palabras con objeto de que los Sres. Diputados sepan de qué se trata.

Se trata de incluir en el reglamento vigente de la Orden de San Hermenegildo á distinguidos cuerpos del ejército que tienen derecho indudable para gozar de ese beneficio. El reglamento vigente se hizo en tiempos en que las necesidades y organización de los ejércitos eran muy distintas de las de ahora, y, por tanto, sólo estaban incluidos en los beneficios de la Orden de San Hermenegildo los cuerpos que se llamaban armados. Ahora bien; los progresos que en el arte militar y en la organización de los cuerpos armados se han verificado desde hace tiempo, han hecho que cuerpos que antes pasaban por meros auxiliares, hoy se han militarizado en tal forma, asimilándose á los demás cuerpos del ejército hasta el punto de que pueden considerarse como entidades que tienen derecho á ciertas y determinadas prerrogativas.

Ruego al Sr. Ministro de la Guerra, cuyo entusiasmo por el ejército, cuyo amor al sistema parlamentario y cuyo liberalismo han sido probados en su carrera política y en su carrera militar, que me ayude á sacar adelante esta proposición de ley, por que creo que su valiosa ayuda ha de ser la más eficaz para lo que me propongo recabar de este Cuerpo Colegislador.

Es indudable, y debo hacer esta manifestación, que ninguno de los Diputados que han firmado la proposición, y mucho menos el que tiene el honor de dirigirse al Congreso, ha tratado en modo alguno de llevar á cabo lo que pudiera tomarse maliciosamente por una ingerencia en las atribuciones del Poder ejecutivo. Creo que tratándose de un asunto de tal importancia, de un asunto que no es otra cosa, en mi concepto, que una especie de satisfacción, mejor dicho, una reparación á esos cuerpos, llega investida de mayor autoridad y con más eficaz apoyo, viene, si se me permite la frase, en brazos de la opinión, cuando la iniciativa parte de un Cuerpo Colegislador.

Por tanto, yo ruego al Congreso que se sirva tomar en consideración lo que propongo, y al Sr. Ministro de la Guerra que se sirva manifestar si puedo contar con su apoyo, que, repito, será muy valioso para el logro de mi deseo.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): He de decir con toda franqueza al Sr. Sanchis, mi amigo, que he sentido no tener conocimiento de esa proposición de ley hasta que ha sido presentada en la Cámara; porque, á pesar de que S. S. encuentra muy sencilla la extensión de los beneficios de la cruz de San Hermenegildo á cuerpos auxiliares del ejército que S. S. cree que deben tener derecho á que se les conceda, debo manifestar que la cuestión no es tan sencilla como S. S. la presenta.

Esa cuestión ha sido largamente discutida en épocas anteriores; hay expedientes en el Ministerio de la Guerra, y hay consultas de altos cuerpos del ejército en las que se exponen opiniones de todo género. No es ésta cuestión política, sino que afecta á institutos del Estado. Todo lo cual quiere decir, que si S. S. ó cualquiera de los demás firmantes de la proposición me hubiera consultado, evidentemente yo hubiera hecho algunas reflexiones, y quizás Ss. Ss. hubieran delegado en el Ministro de la Guerra la iniciativa respecto de una cuestión de la importancia de ésta. Mas no habiendo sido así, como á mí, que soy amante del sistema representativo y muy respetuoso con los Sres. Diputados, no me gusta poner cortapisas á su iniciativa, y mucho menos influir para que el Congreso no tome en consideración sus proposiciones, toda vez que éstas pasan al estudio de las Comisiones respectivas, y dentro de ellas es posible examinarlas y ver si se pueden aceptar ó no, no puedo decir al Congreso que no tome en consideración la del Sr. Sanchis; pero sí he de decir á S. S., que tampoco puedo ofrecerle desde luego la ayuda que me pide; que se trata de una cuestión á estudiar; de una cuestión delicada; que es necesario ver los dictámenes emitidos por los Cuerpos consultivos; que todos los datos necesarios vendrán á la Comisión que el Congreso nombre, y que dentro de ésta examinaremos el asunto con entera buena fe y sin prejuicio alguno.

Con estas salvedades, no tengo inconveniente en que el Congreso tome en consideración la proposición; pero me reservo (y ruego á S. S. que no lo tome á mal, porque sólo me guía el deseo de proceder con acierto en una cuestión tan importante como ésta) exponer ante la Comisión mis opiniones, en el momento en que para ello se me solicite, porque esta es una intervención que necesariamente debe tener el Ministro de la Guerra en cuestiones de esa altísima importancia.

El Sr. **SANCHIS**: Pido la palabra para rectificar.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. **SANCHIS**: Doy las más expresivas gracias al Sr. Ministro de la Guerra por las palabras que ha tenido la bondad de pronunciar.

Desde luego, tengo conocimiento de que esta cuestión ha sido debatida con anterioridad, y que constan en los respectivos dictámenes las opiniones de algunos cuerpos consultivos; pero es el caso que, como antes he dicho, han cambiado por completo las circunstancias, y es indudable que los dictámenes que hoy se emitieran pudieran muy bien no ser los mismos.

Desde el instante en que S. S. ha tenido á bien manifestar que no quiere oponerse á que esta propo-

sición pase á las Secciones y siga todos los trámites reglamentarios hasta su aprobación ó desaprobación, yo me doy por satisfecho; porque es tal la confianza que tengo en la bondad de la causa, que no dudo ni un instante de que, procediendo imparcialmente, estudiando la cuestión con el detenimiento que merece, teniendo en cuenta las variaciones que ha sufrido la organización del ejército y el carácter que tienen hoy estos cuerpos, tan distinto del que antes tenían, en la discusión que se promueva se pondrán en evidencia todas estas circunstancias, y los Cuerpos Colegisladores han de dar su beneplácito á esta proposición, que será muy bien recibida por los elementos militares.

Agradezco de nuevo á S. S. las palabras que ha pronunciado, y en su día me propongo explanar todas las opiniones y detalles importantes que conozco acerca del particular, cuando llegue el momento oportuno.»

Leída de nuevo la proposición, fué tomada en consideración, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de Comisión.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Bores tiene la palabra.

El Sr. **BORES**: Hace algunos días tuve el honor de pedir al Sr. Ministro de la Gobernación varios expedientes relacionados con la política y la gestión del Gobierno en la administración de la provincia de Málaga, y entre ellos el expediente de suspensión de 16 diputados provinciales verificada en 2 de Diciembre último. Yo tuve el honor de pedir esos expedientes, para que mi querido amigo é ilustrado compañero Sr. Bergamín, dignísimo Diputado de la provincia de Málaga, en aquella ocasión ausente de Madrid, pudiera explanar sobre esa política general del Gobierno en la provincia de Málaga una interpelación, en la cual habrían de tomar parte, de seguro, casi todos los Diputados de la provincia de Málaga, y entre ellos algunos ilustres individuos pertenecientes á esa mayoría parlamentaria.

No voy yo, por lo tanto, Sres. Diputados y señor Ministro de la Gobernación, á entrar en el fondo del asunto, que por completo dejó á la elocuente palabra, á la clara inteligencia y al profundo conocimiento que en todos estos asuntos tiene mi querido amigo el Sr. Bergamín; pero tengo que tratar de un asunto que se relaciona directamente con la política del Gobierno actual en aquella provincia, de un asunto gravísimo, relativo á la suspensión de los 16 diputados provinciales de Málaga; asunto que no es cuestión local, que no es cuestión de caciquismo contra caciquismo, que no es, en fin, una de esas cuestiones relativas á lo que suele llamarse política de campanario, sino que es asunto de gravísima trascendencia, que pone de manifiesto la manera como este Gobierno ha cumplido y sigue cumpliendo las leyes.

Claro está que al Sr. Ministro de la Gobernación actual no le alcanza responsabilidad directa en la suspensión de los 16 diputados provinciales de Málaga, porque cuando la suspensión tuvo lugar no ocupaba S. S. ese puesto; pero yo he de decir á los señores Diputados, que ese hecho, verdaderamente escandaloso, no maravilla tanto por la índole de la arbitra-

riedad cometida, como por la manera como se llevó á cabo. Porque á esos 16 diputados provinciales se les suspendió y se les entregó á los tribunales de justicia porque, según el gobernador de la provincia, constaba que la Diputación provincial adeudaba al Tesoro 300.000 y pico de pesetas por débitos de descuentos de haberes á los empleados, cuando en el mismo expediente instruido para verificar esa suspensión se había probado hasta la evidencia que esa deuda no había sido contraída por los diputados provinciales que han sido suspensos, sino que esa deuda databa del año 1871, porque desde aquella fecha había venido poco á poco formándose por las diversas Diputaciones provinciales que se habían sucedido en aquella provincia.

Pero aún no es esto lo más grave, Sres. Diputados; no es lo más grave, con serlo tanto, el hecho de que fundándose en esta falsedad manifiesta, que en su día será demostrada aquí, fueran suspendidos aquellos 16 diputados provinciales; lo más grave es, que aquellos que eran los verdaderos autores de este delito, si delito constituían aquellos débitos, que yo creo que no; aquellos que habían cometido esa falta y contraído la responsabilidad que á ella corresponde; aquellos que habían sido ordenadores de pagos desde 1891 hasta 1893, en que esos diputados provinciales han sido suspensos; aquellos que habían contraído la verdadera responsabilidad de esas deudas al Tesoro, son los que han sido nombrados diputados provinciales interinos en sustitución de los suspensos.

Pero no insisto más en este punto, porque, como he dicho, pertenece al fondo de la cuestión, en el cual no quiero entrar; lo que yo quiero tratar aquí es otro aspecto de la cuestión, que es mucho más grave. Aquellos diputados provinciales fueron suspensos, y se pasó el tanto de culpa á los tribunales de justicia; pasaron los sesenta días que marca el art. 138 de la ley provincial, sin que los tribunales de justicia dictaran auto de procesamiento contra aquellos diputados suspensos, y éstos se personaron ante la Comisión provincial á posesionarse nuevamente de sus cargos, y se posesionaron de ellos; pero el gobernador civil de la provincia de Málaga, del cual yo no quiero hablar, Sres. Diputados, sino al exponer el ruego que he de dirigir al Sr. Ministro de Gracia y Justicia después, este gobernador, desconociendo el indiscutible derecho de aquellos diputados provinciales suspensos, dejó sin efecto la posesión que se les había dado, y entregó el hecho al conocimiento de los tribunales de justicia.

Yo, la otra tarde, me permití rogar al Sr. Ministro de Gracia y Justicia que se dignara excitar el celo de la Audiencia de Granada, por medio del ministerio fiscal, á fin de que se apresurase á resolver en justicia sobre este asunto. (*El Sr. Ministro de Gracia y Justicia: Lo he hecho.*)

Yo se lo agradezco mucho á S. S.; pero lo recordaba para decir que no es esto lo que corresponde, que yo me había equivocado. Yo lo que tendría que rogar al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, y le ruego, es que excite el celo del ministerio público para que repasara el título 7.º del libro 2.º del Código penal, para que estudie y entable la acción penal correspondiente contra el gobernador civil de la provincia de Málaga por haberse negado al cumplimiento de la ley y haberla infringido del modo que queda expresado. Y como ahora, sobre todo, lo que yo pido y

de lo que se trata es de que se cumpla el art. 138 de la ley provincial cuanto antes, sin perjuicio de que luego y por otra parte sean procesados y castigados los que han infringido la ley, yo ruego al Sr. Ministro de la Gobernación que, resolviendo el recurso entablado por esos diputados provinciales suspensos contra la providencia del gobernador, que dejó sin efecto esa toma de posesión del 2 de Marzo, declare, y así lo espero del gran espíritu de justicia de S. S., que el gobernador de la provincia de Málaga faltó á la ley, que dejó incumplido ese art. 138 de la ley provincial, y que tienen derecho esos diputados á posesionarse de sus cargos.

Porque, Sres. Diputados, la situación de esos diputados provinciales de Málaga es de lo más anómalo que se ha visto: no están suspensos por el Gobierno, porque el Gobierno no tiene facultad para suspenderlos por más de sesenta días; no están suspensos por los tribunales, porque éstos no han dictado auto de procesamiento; y si no están suspensos ni por el Poder ejecutivo ni por el Poder judicial, ¿quiere decirme el Sr. Ministro de la Gobernación por qué poder, por qué autoridad, por qué jurisdicción, en virtud de qué ley, en virtud de qué derecho, en virtud de qué justicia, están suspensos los diputados provinciales de Málaga, los cuales no han hecho más que cumplir con su deber con un celo que nunca será bastante aplaudido, mientras que los diputados culpables de la deuda á que me he referido están ocupando indebidamente sus puestos? (*El Sr. Presidente agita la campanilla.*)

Señor Presidente, voy á terminar.

Yo ya, pues, no tengo que rogar ni que pedir lo que hasta ahora he venido rogando y pidiendo. Lo que habré de pedir aquí; lo que habrán de pedir todos los Diputados de la provincia de Málaga, es decir, todos no, los Diputados de la provincia de Málaga que representamos la causa de la justicia y del cumplimiento del deber; lo que tenemos que pedir aquí, y yo pediré, valiéndome de todos los medios reglamentarios y de todos los medios y fuerzas que poseo, es que el Sr. Ministro de la Gobernación haga que se cumpla inmediatamente el art. 138 de la ley provincial, y que ese gobernador de la provincia de Málaga, que de esa manera falta y atropella la ley, sea entregado á los tribunales; que no ha de ser de mejor condición ese gobernador que los amigos queridos míos entregados por él sin razón y sin derecho á los tribunales de justicia; que no ha de ser de mejor condición él que estos funcionarios dignísimos, quedando ellos entregados á los tribunales además de negarles la reposición á que tienen derecho, y quedando el gobernador tranquilo disfrutando las delicias que le proporciona el Gobierno civil de la provincia de Málaga.

Lo que yo ruego al Sr. Ministro de la Gobernación, y lo que espero de su rectitud y de su espíritu de justicia, es que inmediatamente resuelva el recurso y haga que se cumpla el art. 138 de la ley provincial; y no digo que destituya al gobernador de Málaga; sería una candidez, que nunca me perdonaría la Cámara. (*Bien, muy bien, en los bancos de la minoría.*)

El Sr. Ministro de la **GOBERNACIÓN** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACIÓN** (Aguilera):

Como el Sr. Bores no ha tenido la bondad de anunciarme que se iba á ocupar de este caso concreto (y no se entienda que por ello le hago ningún cargo, pues sólo lo digo para explicar mi relativa incontestación), no voy á poder entrar en el fondo del asunto, ni puedo oponer terminantes negativas á las afirmaciones de S. S., ni discutir, en fin, el asunto desde su origen y con los detalles que S. S., con más conocimiento de la cuestión, ha expuesto y ha empezado á discutir. Lo que sí puedo anticipar es, que el gobernador civil de Málaga, aparte de su rectitud y de su gran inteligencia, es una de las personas que más á fondo conocen la materia administrativa, y es absolutamente imposible creer que, dadas esas condiciones, el Sr. Fernández Miró haya faltado á la ley, haya pasado por encima de sus preceptos y se haya opuesto á que sean reintegrados en su derecho los que realmente le tengan. Pero en fin, por mi parte, y después de esto, lo único que puedo hacer es promover, como lo hago desde luego, que resolveré el recurso, si está, como es natural, en el Ministerio de la Gobernación; que resolveré el expediente con arreglo á los preceptos de la ley provincial y con el más recto criterio, y después someteré mi resolución á la crítica de S. S. para que discutamos si se ha cumplido ó no la ley. Puede de ello estar seguro el señor Bores, así como de mi firme propósito de corresponder á ese favorable concepto que respecto á rectitud y justicia ha tenido la bondad de reconocerme.

El Sr. **BORES**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **BORES**: Agradezco mucho al Sr. Ministro de la Gobernación la respuesta cortés que se ha servido darme, por más que en el fondo no puede satisfacerme.

Dice S. S. que yo no le había anunciado que iba á ocuparme de este asunto. Perdónese S. S.; le he enviado esta mañana una carta al Ministerio de la Gobernación, y no es culpa mía si no ha llegado á sus manos. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: No la he visto, porque no he ido á esa hora por el Ministerio.)

Por lo demás, yo espero que S. S. estudiará el asunto. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: Y lo resolveré en seguida.) Me alegraré mucho; porque, como he dicho, estoy dispuesto á que este asunto no quede aplazado ni se resuelva con evasivas, sino que pienso emplear todos los medios á mi alcance para que se ventile pronto.

Cúmpleme ahora felicitar á S. S., porque ya sabía yo que el Sr. Ministro de la Gobernación sabe mucho y es competentísimo en materias administrativas; pero veo que S. S. sabe mucho más que casi todos los españoles que conocen al Sr. Miró, porque S. S. le supone competentísimo en materias administrativas, y esto creo yo que lo ignoraban todos los que conocen al Sr. Fernández Miró. Lo malo es que ahora va á resultar que el Sr. Fernández Miró falta abiertamente á la ley con pleno conocimiento de lo que la ley dispone, y de que contraviene á sus preceptos.

No tengo más que decir.

El Sr. **LAA**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **LAA**: No he tenido el gusto de oír á mi amigo particular el Sr. Bores, porque entraba en el salón en el momento en que decía S. S. que por lo menos, él, como Diputado de la provincia de Málaga,

estaba siempre al lado de la justicia y de la rectitud.

Pues en ese lado estamos todos los Diputados de la provincia de Málaga: siempre defendiendo la justicia y la rectitud en la resolución de todos los expedientes que pueden afectar á aquella provincia, pues me he levantado principalmente para unir mis palabras á las que ha pronunciado el dignísimo señor Ministro de la Gobernación. Esperemos á que S. S. resuelva el expediente; entonces lo trataremos detenidamente; pero en el entretanto, yo uno mis frases á las dichas por el Sr. Ministro de la Gobernación; pues se trata de un dignísimo gobernador, que tiene una historia administrativa que le honra y que desde luego declaro que es mucho más conocedor que el que en este momento molesta al Congreso en todas las cuestiones administrativas, muy principalmente en las que se relacionan con las Diputaciones provinciales y con los Ayuntamientos.

Hecha esta manifestación, esperemos á que venga el expediente á discusión, y entonces podremos cada uno manifestar nuestras opiniones sobre el particular.

No tengo más que decir.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Bergamín tiene la palabra.

El Sr. **BERGAMIN**: Yo, Sres. Diputados, directamente aludido por mi compañero y querido amigo el Sr. Bores, tenía el propósito de no intervenir en este asunto hasta plantear resueltamente el problema con los datos á la vista; porque, verdaderamente, parece mejor que levantar elogios en favor de autoridades, conocer sus hechos, someterlos al conocimiento del Congreso, y que éste con completo conocimiento de causa los juzgue primero, y después la opinión pública. Pero claro está que, desde el punto de vista en que me encuentro colocado, por haber examinado ese expediente y conocer el asunto, me inspiro en la opinión que, respecto al conocimiento de los asuntos administrativos que tenga el gobernador de Málaga, ha expuesto el Sr. Bores; opinión no conforme con la completa competencia que se le atribuye por el Sr. Ministro de la Gobernación al Sr. Miró y por mi amigo particular el Sr. Laá. Pero yo esperaba en la contestación del Sr. Ministro de la Gobernación algo concreto y categórico.

La pregunta de mi digno correligionario y amigo el Sr. Bores, puede ser contestada en el acto. Más que satisfacer una cuestión concreta, se refiere á cómo se ha interpretado un precepto legal; y sobre la interpretación de preceptos legales, debe por lo menos tener siempre completa conciencia y formado juicio un Ministro de la Corona. Además, esperaba saber cuándo había de llegar aquí el expediente pedido. Pero la contestación del Sr. Ministro de la Gobernación puede ser concreta, porque la pregunta y el ruego son los siguientes: ¿entiende el Sr. Ministro de la Gobernación que, con arreglo al art. 138 de la ley provincial vigente, los diputados provinciales que hayan sido suspensos gubernativamente, y á los cuales no se ha declarado procesados por los tribunales, deben ó no ser reintegrados en sus cargos? Porque para esto no se necesita ver el expediente, sino conocer el artículo de la ley y tener un criterio conocido respecto de él. Esa es, sencillamente, la cuestión que se ventila: si el criterio del Sr. Ministro de la Gobernación es que esos diputados provinciales suspensos, siempre que no estén procesa-

dos por los tribunales, aun cuando á ellos se haya mandado el expediente, están en su perfecto derecho para volver á ocupar sus cargos, trascurridos que sean los sesenta días que marca la ley. Y deseamos la contestación del Sr. Ministro de la Gobernación, porque ella tranquilizará seguramente el espíritu de justicia, algo quebrantado en aquella provincia, que nos encarga velemos por ese espíritu mismo; porque los demás compañeros, no es que no sean afectos á la justicia, sino que ven la cuestión bajo distinto punto de vista; se encuentran sus amigos en posesión del poder, y, favorecidos por ellos, no tienen todo el vehemente interés en que la justicia resplandezca, que tenemos nosotros. (*Bien, muy bien.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Bores tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **BORES**: Dos palabras, nada más, para recoger las que se ha servido pronunciar mi particular amigo el Sr. Laá.

Con efecto, yo no pretendo tener el privilegio de representar solo aquí la causa de la justicia y de la rectitud en lo que se refiere á las gestiones administrativas del gobernador de Málaga. Lo que hay es, que mientras yo estoy al lado de la rectitud y de la justicia que representan mis amigos dignísimos, S. S. está al lado de la rectitud y de la justicia que representa el gobernador civil de la provincia de Málaga. Es decir, que S. S. defiende la justicia y la rectitud de una manera, y yo las defiende de otra.

Por lo demás, aquí el Sr. Laá, por no ser menos que el Sr. Ministro de la Gobernación, se ha levantado á defender al gobernador de Málaga. Yo creía que el Sr. Ministro lo había defendido muy bien, en cuanto sea posible la defensa, y que no necesitaba que viniera luego el Sr. Laá á defenderlo, y mucho menos tan débilmente. Su señoría se ha levantado, además, con menos razón que lo ha hecho el señor Ministro de la Gobernación, á defender al gobernador de Málaga, porque S. S. ha dicho que se juzga inferior en criterio á aquel gobernador; y si se juzga inferior á él, ¿cómo se considera competente para juzgarlo y para decir que el gobernador de Málaga es una persona de gran historia administrativa y hombre competente en materias administrativas?

Y conformándome con lo dicho por el Sr. Bergamín y con lo propuesto por el Sr. Ministro de la Gobernación, al cual vuelvo á rogar que vengán cuanto antes los expedientes á la Cámara y que se discuta lo que haya de fundamental en este asunto, no tengo más que decir sino que estaré siempre al lado de los amigos que han sido suspendidos, que eran dignísimos diputados provinciales de Málaga, que fueron inicuamente suspensos por el antecesor de S. S., y que están fuera de sus cargos por un atropello al artículo 138 de la ley provincial, que no tiene más que una interpretación, y que para mí no es materia opinable. Digo, pues, y repito, que el gobernador de Málaga ha obrado en contra de lo que dispone taxativamente el art. 138 de la ley provincial, y que hay que volver pronto y con urgencia por el prestigio y la integridad de las leyes.

El Sr. **LAA**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **LAA**: Yo no estoy al lado de unos ó de otros, sino al lado de la rectitud y de la justicia, que se funda en el derecho. Por consiguiente, resulta de todo esto que mi elocuente amigo el Sr. Bores viene

á defender la justicia de una de las partes, y que yo no defiendo ni la de esa parte ni la de la otra; lo único que digo es que cuando se estudie la cuestión y la conozcamos, entonces veremos quién está más al lado de la justicia; porque repito que no tengo conocimiento bastante de este asunto para emitir un juicio razonado.

Lo único que me ha obligado á hablar, ha sido, como manifesté, que al entrar en este recinto he oído con mucho gusto á S. S. decir que, como Diputado por la provincia, está al lado de la justicia y de la rectitud; y repito que en igual sentido está la diputación malagueña en Cortes.

Por lo demás, yo no hago la defensa del gobernador de aquella provincia, pues cumplidamente la ha hecho el Sr. Ministro; y sólo he recordado su historia administrativa, y me consta que es persona competente y merecedora de las frases muy oportunas que le ha dedicado el Sr. Ministro de la Gobernación.

Esto es lo único que tenía que decir. Cuando llegue el momento oportuno, discutiremos la cuestión, y entonces, con completo conocimiento de causa, podremos resolver de parte de quién está la razón.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Los expedientes que el Sr. Bergamín ha pedido, vendrán inmediatamente á la Cámara, porque el Ministerio de la Gobernación ha dictado las órdenes oportunas para ello, y vendrán si es que están en situación de poder traerse al Congreso.

Por lo demás, S. S. pretende de mí una interpretación de la ley sobre un hecho concreto. ¿Y qué he de decir yo á S. S.? El art. 138 de la ley provincial está bien claro. Si la cuestión es tal como S. S. indica; si no han sido objeto esos diputados provinciales de un auto de procesamiento; si no se les ha mandado formar causa; si no están sometidos á la acción los tribunales; si han pasado los sesenta días, es claro que están en su derecho para ser repuestos, é incurrir en responsabilidad aquellos que están reemplazándolos indebidamente.

Es tan claro, tan terminante, tan explícito y tan concreto el texto de la ley, que yo no puedo decir más acerca de la disquisición á que me quiere conducir el Sr. Bergamín para penetrar en el fondo del expediente. Si en este hay otros hechos que yo ahora desconozco, no dudo S. S. de que se examinarán y se tendrán en cuenta antes de adoptar una resolución, que desde luego quedará sometida á la crítica de S. S.; pero quedando por hoy reducida la cuestión, tal como S. S. la expone, á la mera interpretación del artículo de la ley, sin aplicación á caso alguno concreto, desde luego no cabe otra que la que antes he dicho, porque el texto literal es tan terminante que no se presta á interpretaciones.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Bergamín tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **BERGAMIN**: En primer lugar, para dar las gracias al Sr. Ministro de la Gobernación por su promesa de atender pronto el ruego respecto de la remisión de expedientes; y en segundo lugar, para dejar consignado que, prescindiendo ahora de todo expediente relativo á la Diputación provincial de Málaga, si no en absoluto, hablando en tesis general,

como doctrina que sustenta el Ministro de la Gobernación, su criterio es el siguiente: que el art. 138 de la ley provincial está claro en su texto, y dispone que los diputados provinciales que hayan sido suspensos gubernativamente y que no se haya dictado en su contra auto de procesamiento, deben ser reintegrados en sus puestos. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: Ese artículo tiene dos términos: el primero, el auto de procesamiento; el segundo, que hayan sido sometidos á los tribunales de justicia.)

Yo estaba contento porque creía que íbamos á estar de acuerdo en la interpretación, y ahora estamos en contra. Cuando llegue el momento de la discusión, verá S. S. cómo ese criterio jamás se ha tenido como regla constante, sino que en unos casos determinados se ha sostenido que no bastaba mandar el tanto de culpa á los tribunales, sino que se requería algo más, ó sea el auto de procesamiento. Esa es la cuestión opinable, y sobre eso discutiremos cuando llegue el momento.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de la Gobernación tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Dice la regla tercera del art. 138 de la ley provincial: «La suspensión no pasará de sesenta días. Trascurrido este plazo sin que se hubiese mandado proceder á la formación de causa ó sin que la Audiencia haya dictado auto declarando procesados á los Diputados suspensos, éstos volverán de hecho y de derecho al ejercicio de sus funciones.»

De modo que S. S. se refiere á un solo caso, y yo me refería á los dos; y en ese sentido cumplo la ley.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Fernández Blanco tiene la palabra.

El Sr. FERNANDEZ BLANCO: Un horrible crimen cometido en Villarta de los Montes, pueblo del distrito que tengo la honra de representar, exige de mí el penoso deber de dirigir encarecidos ruegos á los Sres. Ministros de Gracia y Justicia y de la Gobernación.

En la noche del 22 de Abril último, el digno secretario del Ayuntamiento de ese pueblo, D. Felipe Rivas Cano, ha sido traidora, alevosa y vilmente asesinado, recibiendo por la espalda un balazo que sólo le permitió vivir veinticuatro horas. En este espacio de tiempo, ha podido la víctima hacer revelaciones importantes, que han de servir indudablemente de clave para la instrucción del sumario que se sigue por el Juzgado de instrucción de Herrera del Duque. Pero los telegramas y cartas que recibo de aquellos pueblos me hacen comprender que en aquél en que ha tenido lugar este vandálico suceso el vecindario está consternado y los pueblos inmediatos se encuentran realmente alarmados por los trabajos que ostensiblemente se hacen para despistar la acción de la justicia y buscar una impunidad igual á la que por desgracia se ha alcanzado en otro hecho análogo ocurrido en otro de los pueblos de ese partido judicial no há mucho tiempo.

Me creo, pues, obligado, por lo mismo que conozco los móviles de justicia en que inspira siempre sus actos el digno Sr. Ministro, mi distinguido y querido amigo Sr. Capdepón, por lo mismo que he tenido la honra de servir á sus órdenes, y comprendo los sentimientos elevados de rectitud que sirven de norma

siempre á su conducta en casos de esta naturaleza, á dirigirle un ruego, y es el siguiente: que se digne excitar el celo del fiscal de la Audiencia de lo criminal de Badajoz, así como también el del juez propietario de Herrera del Duque, para que, ya que en los primeros momentos, desgraciadamente, se ha dejado pasar quizá la ocasión oportuna de recoger aquellas declaraciones que hubieran podido indicar un luminoso camino en la instrucción de ese sumario, puesto que, según se me asegura, ha sido instruido por un juez interino y lego, se proceda en ese asunto con toda la energía necesaria, é inquiera el juez instructor, como es de su deber, todo aquello que pueda contribuir al esclarecimiento del delito y al descubrimiento, no sólo del autor material del crimen, que parece está preso por declaración de la víctima, sino también de los que directa ó indirectamente puedan resultar cómplices en este escandaloso y horrible atentado, á fin de que en su día pueda administrarse estricta y pronta justicia.

Y ya que estoy de pie, he de dirigir otro ruego al Sr. Ministro de la Gobernación. Posible es que este suceso tenga algún engranaje con las pasiones locales, que allí se agitan violentamente, efecto más de una lucha personal que política; y como quiera que se trata de un Municipio que desgraciadamente viene á ser un punto negro en esa provincia por sus malas y pasadas administraciones, que se encuentra deudor á la Hacienda en todos los ramos administrativos, lo mismo por territorial, que por industrial, que por cédulas personales, en fabulosas cantidades, é igualmente por instrucción primaria, yo he de dirigirle el ruego de que ordene al gobernador civil de Badajoz nombre un delegado de su autoridad que con fría calma y recto criterio inspeccione aquella administración municipal, para poder exigir las responsabilidades que sean consiguientes; y si existen delitos, como creo que han de encontrarse, sean sometidos los hechos que los constituyan á la acción de los tribunales de justicia.

Y le dirijo este ruego, porque de no normalizarse allí la administración municipal y de no restablecerse la moral administrativa, no será posible encontrar personas de arraigo que quieran ser concejales ni secretario de aquel Ayuntamiento, que pueda ir á sustituir al que desgraciadamente quizá haya perdido su vida por procurar se hiciera algo útil y provechoso para los intereses municipales de aquel desdichado pueblo.

El Sr. Ministro de GRACIA Y JUSTICIA (Ruiz Capdepón): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de GRACIA Y JUSTICIA (Ruiz Capdepón): Puedo decir á mi querido amigo particular y político Sr. Fernández Blanco, que ya en el Ministerio de Gracia y Justicia se había tenido noticia del asesinato del secretario del pueblo á que S. S. se acaba de referir; y que aun sin necesidad de que por parte del que tiene el honor de hablar en este momento se dirigiera excitación alguna, se recibió ayer un telegrama del fiscal de la Audiencia provincial de Badajoz, cuyo contenido sustancialísimo, para los efectos que pueda necesitar S. S., voy á tener el gusto de leer: «El Fiscal.—Con esta fecha (que era la de ayer) he vuelto á encargarme de esta fiscalía, después de haber usado la licencia que me fué concedida». Y luego añade: «Pido antecedentes detallados del crimen de que se trata; los elevaré á su

conocimiento, y excito el celo del Juzgado y de la Guardia civil; pudiendo asegurar que el ministerio fiscal inspeccionará de un modo especial ese sumario y usará de todos los medios que estén á su alcance para la realización de la justicia.»

Ya ve, pues, mi amigo el Sr. Fernández Blanco cómo el representante del ministerio fiscal, por sólo la excitación que debía producir en su ánimo el cumplimiento de su deber, procede en los términos que acabáis de oír. Yo, además de esto, y esta misma tarde, con ocasión de las palabras de S. S., que aprecio muchísimo porque me animan á cumplir uno de los deberes más importantes que pesan sobre mí en el desempeño del Ministerio de Gracia y Justicia, me dirigiré al fiscal de la Audiencia provincial de Badajoz y le haré presente todo cuanto S. S. ha expuesto, para que excite el celo del tribunal á quien compete el conocimiento del asunto, ó por lo pronto la instrucción del sumario; seguro de que con toda rapidez y sin omitir ninguno de los medios que están á su alcance, procederá al descubrimiento de cuantos puedan aparecer responsables en un hecho de tal naturaleza, para aplicarles el condigno castigo.

Creo que estas explicaciones satisfarán á mi querido amigo el Sr. Fernández Blanco. En mi mano, por hoy, no hay otros medios legales de que poderme valer; pero entiendo que estos á que S. S. ha aludido, y que estoy dispuesto á emplear, le satisfarán por completo.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Con mucho gusto, por tratarse de S. S., y aparte del cumplimiento de un deber ineludible que las circunstancias le imponen, el Ministro de la Gobernación se ocupará del grave asunto á que se han referido las palabras pronunciadas por el Sr. Fernández Blanco. Pierda cuidado S. S., porque he de dar las órdenes más apremiantes para que se investigue aquella administración municipal, y si el modo de ser de la representación popular de Villarta de los Montes puede tener ó no relación con los hechos que ha referido. Por mi parte y por el delegado del Ministerio, el digno gobernador de Badajoz, se adoptarán todas aquellas disposiciones que puedan dirigirse á poner en claro la verdad de los hechos, auxiliando la acción de los tribunales de justicia.

El Sr. **FERNANDEZ BLANCO**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **FERNANDEZ BLANCO**: Esperaba la lectura del telegrama que se ha dignado leer mi querido y respetable amigo el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, porque al ver yo al fiscal de la Audiencia de Badajoz en la estación, puesto que marchaba en ese día, le dí cuenta de los hechos, que ignoraba por haber estado ausente, y quedó conforme en que se apresuraría á dar cuenta al Ministerio de lo que en la fiscalía resultara.

Por lo demás, quedo muy satisfecho de los buenos deseos que han manifestado, tanto el Sr. Ministro de la Gobernación, como el de Gracia y Justicia, y no esperaba menos de la rectitud y de la elevación de miras con que siempre he visto proceden en casos tan delicados y trascendentales como el que nos ocupa.

El Sr. Ministro de **GRACIA Y JUSTICIA** (Ruiz Capdepón): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **GRACIA Y JUSTICIA** (Ruiz Capdepón): En una de las sesiones anteriores, el señor Diputado Martínez González, mi querido amigo particular y político, tuvo á bien dirigirme algunas preguntas, y por no tener la satisfacción de encontrarme en este banco, no pude hacerme cargo de ellas. Su señoría se sirvió preguntarme si yo tenía el propósito, que anunciaba la prensa, de solicitar ampliación de crédito en el nuevo presupuesto para reponer 50 Juzgados de los suprimidos. Pues bien; voy á contestar esta pregunta, sin perjuicio de hacerlo después á las otras.

Efectivamente, dentro del pensamiento que tengo respecto de la confección del presupuesto de Gracia y Justicia, hay el deseo del restablecimiento de un número de Juzgados. No puedo saber ni dar seguridad á la Cámara de cuántos serán los Juzgados que se podrán restablecer, porque estando sujeto á estudio el presupuesto, no puedo adelantar una idea sin pecar de verdadera ligereza. Conste, pues, acerca de este particular, que me propongo realmente el restablecimiento del mayor número de Juzgados que me sea posible, dentro de la cifra del presupuesto; y es más: hasta haciendo alguna baja en las partidas de ese presupuesto.

También me preguntaba S. S. si entre ese número de Juzgados que pensaba en restablecer, me atendería sólo á los 87 que yo tuve el disgusto de suprimir, ó procedería á restablecer aquéllos 107 que se suprimieron anteriormente y en mi tiempo, por un digno antecesor mío y por mí.

Sobre este punto, puedo dar una contestación que entiendo yo que será oída con satisfacción por el Sr. Martínez González. Me propongo restablecer el mayor número de Juzgados posible, sin consideración á que éstos fueran de los suprimidos por antecesores míos ó fueran de los que yo he suprimido. Me parece que esta contestación es la que S. S. puede desear mejor, porque indudablemente S. S. se refiere á cierto Juzgado, que no fué de los que yo tuve el disgusto de suprimir.

Otra pregunta se sirvió hacerme S. S., y esta sí que tiene dificultad para ser contestada por mí en los términos en que he contestado la anterior, y es, que cuál es mi pensamiento y qué me propongo hacer en el caso de que continuara rigiendo el actual presupuesto, por no poderse aprobar el proyecto de presupuestos que se está confeccionando. Pues en ese caso cumpliría con mi deber y cumpliría con la ley en cuanto obliga á que se restablezca un Juzgado por cada uno de los distritos electorales en que se han suprimido. Yo tengo la esperanza muy fundada de que se ha de presentar el nuevo presupuesto, y estoy, pues, en la creencia de que no se dará el caso á que S. S. se refiere; pero si se diera, comprende S. S. que mi deber sería cumplir la ley en todas sus partes, y yo procuraría en tal caso y para ese efecto complacer los deseos de S. S., que me son conocidos.

Es cuanto puedo decirle sobre un asunto que por ahora, no tiene más fundamento que el buen deseo que me anima.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Martínez González.

El Sr. **MARTINEZ GONZALEZ**: En primer tér-

mino, para dar las gracias más expresivas al Sr. Ministro de Gracia y Justicia por las benévolas y cariñosas contestaciones que acaba de dar á mis preguntas formuladas en la sesión del 5.

Queda sentado, y levanto acta de que las reposiciones se harán de entre los 107 Juzgados suprimidos el 92 y el 93, y bajo la base de dar uno á cada distrito electoral para Diputado á Cortes de los que lo tenían y les fueron suprimidos; y para el caso de que no lleguen á ser ley los presupuestos que al parecer se confeccionan, que se cumplirá lo dispuesto en los vigentes, en cuanto disponen que se dotará de un tribunal de esa clase á todo distrito electoral, dentro de la cifra de los 400 existentes. Quiero que todo esto quede bien sentado, para que el país se entere de los propósitos de S. S.; y le ruego que si yo no hubiera tenido la suerte de haber interpretado fielmente su pensamiento, me lo rectifique, para no dar lugar el día de mañana á torcidas interpretaciones; pero para el caso de que mis palabras reflejaran fielmente sus intenciones, me basta con lo dicho.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Bullón tiene la palabra.

El Sr. **BULLON**: Voy á dirigir algunos ruegos á los Sres. Ministros, y especialmente al Sr. Presidente del Gobierno, con ocasión de la nota *oficiosa* que se ha pasado á la prensa, y que he leído en los periódicos, relativa al Consejo de Ministros celebrado anteayer.

A manera de resumen, los Sres. Ministros han consignado en esta nota las reformas y economías que iban á hacer en sus respectivos Departamentos.

De esa nota aparece que el Sr. Ministro de la Gobernación, no obstante restablecer la Dirección de Sanidad, y no obstante también de aumentar la policía ó el cuerpo de seguridad en Madrid y Barcelona, hace una economía de 42.000 pesetas. Yo felicito al Sr. Aguilera por la energía y patriotismo con que obra en este asunto, y creo que asimismo se felicitará de ello el país.

El Sr. Ministro de Fomento, por el contrario, parece que consigna 14 millones de aumento en su presupuesto. Yo creo que estos 14 millones no serán los que economizó el Sr. Moret en el ejercicio anterior. (*El Sr. Ministro de Fomento*: Eso no lo dice la nota oficial.) Por lo menos, lo dice la nota que he leído en *El Correo* de ayer; nota *oficiosa* comunicada á la prensa, y que *El Correo*, periódico nada sospechoso, publica. (*El Sr. Ministro de Fomento*: Permítame S. S.; eso es inexacto.) Yo lo celebro; por más que no me importaría que eso fuera verdad, siempre que se aseguraran ingresos de esa importancia, porque eso habría de servir para fomentar las obras públicas de la Nación; pero mientras no estén nivelados los presupuestos y no haya un superávit, ó no se aseguren nuevos ingresos, me parece que es atentatorio al crédito nacional el que se aumenten los presupuestos de gastos.

El Sr. Ministro de Gracia y Justicia me parece que consigna en ese programa ó resumen que encierra la nota *oficiosa*, que no aumentará los gastos de su presupuesto, no obstante proponerse, como acaba de decir contestando á un dignísimo Sr. Diputado, restablecer bastantes Juzgados de primera instancia de los que fueron suprimidos.

Yo creo, Sr. Ministro, que es peor retroceder que seguir adelante; que lo hecho debe aceptarse como bien hecho, y que si esa economía resultó por virtud de las gestiones y trabajos de S. S., es mejor que siga la supresión, porque creo que ha de tener más disgustos con restablecer algunos Juzgados que con persistir en la supresión, y, por tanto, en la economía que se consignó en el presupuesto de Gracia y Justicia para llevar algún alivio al país.

El Sr. Ministro de Estado consigna 50.000 pesetas de aumento en su presupuesto para los Consulados de Fez y Marruecos, que deben establecerse por virtud de la paz hecha con el Sultán.

Yo no sé en este momento si hay realmente precisión de ese gasto; pero no creo aventurado decir, que revisando bien ese presupuesto puede hallarse esa economía, y aun otra mayor, sin que peligre nuestra *constante aspiración* á ser Potencia de primer orden, ni perjudique nuestro estado actual, que es el de continuar siendo de segundo orden.

El Sr. Ministro de Marina... (*El Sr. Presidente agita la campanilla*.) Estoy haciendo ruegos.

El Sr. **PRESIDENTE**: Va S. S. á discutir el presupuesto.

El Sr. **BULLON**: No, Sr. Presidente; estoy haciendo ruegos muy concretos y sucintos á los señores Ministros, y tenga S. S. la seguridad de que, usando de mi derecho, seré lo más breve posible.

El Sr. **PRESIDENTE**: Estará S. S. usando de su derecho, pero concretamente no lo hace S. S.

El Sr. **BULLON**: Creo usar de un derecho, y le estoy ejercitando; no tema la Mesa que me desvíe de ese camino.

Los Sres. Ministros de la Guerra y de Marina parece que consignan 8 millones de aumento en sus presupuestos, y yo aplaudo esa determinación, siempre que también se cuente con ingresos para ello, porque bien necesitado está el ejército de armamento y de material; y digo lo mismo de la armada, dado nuestro inmenso litoral y nuestro gran imperio colonial; pero siempre que haya ingresos con que atender á ese fomento, y cuyos ingresos pueden hallarse suprimiendo, por ejemplo, algunos organismos inútiles que vienen sirviendo de cuartel de inválidos de los políticos, y algún otro que apenas sirve para otra cosa que para exigir responsabilidades á los muertos.

Termino, por no molestar más á la Cámara, rogando al Sr. Presidente del Consejo de Ministros que persista en su deseo, en su constante decisión de que se cumpla el programa del partido liberal, que consiste en hacer economías y nivelar los presupuestos; porque, en otro caso, no podríamos conseguir levantar el crédito de la Nación, y no evitaremos que se siga diciendo que esto es una comedia donde siempre resulta uno silbado: el público, que para este caso es el país contribuyente, que paga y aguanta.

El Sr. Ministro de **GRACIA Y JUSTICIA** (Ruiz Capdepón): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de **GRACIA Y JUSTICIA** (Ruiz Capdepón): Me levanto á decir muy pocas palabras á mi amigo el Sr. Bullón, para que no tome á descortesía el silencio que el Gobierno tiene que guardar. Su señoría ha discurrido aquí sobre una porción de hipótesis que no tienen fundamento alguno, porque el que pudieran tener por las palabras que yo he te-

nido la honra de pronunciar contestando á otro señor Diputado, entiendo que no autorizan á S. S. para decir lo que ha dicho.

Tenemos estudiado el presupuesto; desde luego, el partido liberal seguirá el cumplimiento de todos sus compromisos en esta materia, tal y como los cumple en el año económico que está corriendo. Todo lo demás que S. S. ha dicho, serán consideraciones que nosotros apreciaremos en mucho, y desde luego yo tendré muy en cuenta, para ver si en su día puedo realizar los deseos de S. S.

Por lo pronto, el asunto no está discutido ni resuelto en Consejo de Ministros, y no hay oportunidad de tratarlo aquí, ni yo ni ninguno de mis dignos compañeros podemos dar una contestación categórica sobre los hechos á que S. S. se ha referido.

El Sr. **SALMERON**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **SALMERON**: Voy á dirigir una pregunta y un ruego consecuencia del objeto de la pregunta, al Sr. Ministro de la Gobernación, á quien ya consta que apenas he tenido tiempo más que para cumplir con el deber de cortesía indicándole el objeto que me movía á dirigirle la pregunta y á formular el ruego.

Un digno catedrático de la Universidad de Barcelona que honra la ciencia y que trabaja con inquebrantable decisión para servir al progreso de las ideas liberales en nuestra Patria, se sirvió dirigirme el siguiente telegrama en el día de ayer, y que he recibido á primera hora de la mañana de hoy:

«Gobernador, niégame autorización fijar esquinas alocución publicada *Diluvio* domingo pasado, haciendo imposible aquí lucha contra jesuitismo.—Odón de Buen.»

Voy á tener el honor de leer la alocución que motiva mi pregunta, para conocimiento de la Cámara y para que, por medio de nuestro *Diario de Sesiones*, sea á su vez conocida de todo el país y por todo el país juzgada. Dice así:

«A la opinión liberal de Barcelona:

»Un grupo de hombres libres, celosos defensores de las libertades conquistadas, partidarios fervientes de un progreso incesante, nos proponemos llevar á cabo actos públicos continuados en defensa de la libertad de conciencia.

»A la opinión liberal toda pedimos su concurso.

»Para que la paz material se sostenga, es preciso que exista paz en los espíritus, y ésta no cabe sin la más completa tolerancia. Los alardes repétidos de la reacción consentida; el incremento de las Ordenes monásticas y del jesuitismo; el contraste irritante entre la miseria del pueblo trabajador y la riqueza de que hacen ostentación jesuitas, monjas y frailes; el espectáculo de fábricas que se cierran, campos cultivados que se abandonan, artesanos y obreros que emigran, comercios que se hunden, mientras las instituciones clericales levantan soberbios palacios, acaparan riquezas y monopolizan la enseñanza, son hechos que pugnan con el generoso espíritu democrático que á costa de tanta sangre se ha logrado infiltrar en las leyes.

»Es necesario demostrar al mundo que España no retrocede en su camino de progreso, y forzoso ope-

ner á los alardes reaccionarios, la enérgica pero prudente protesta de los liberales. Para iniciar una campaña en este sentido, celebraremos en breve un *meeting*, que será oportunamente anunciado, confiando en que no ha de faltarnos el apoyo decidido de los liberales todos.—Por la Comisión, Odón de Buen.»

Ahora bien; el señor gobernador de Barcelona, cuya ilustración reconozco por lo mismo que ha prestado con ella servicios á la enseñanza pública, y cuya rectitud no pongo en duda porque también tengo algún dato para reconocerla, no ha autorizado que se publique esta alocución en la forma de cartel, con lo cual ha infringido terminantemente la ley de policía de imprenta.

Esta ley reconoce el derecho de todos los ciudadanos de hacer publicar en la forma de carteles todo aquello que pueda ser publicado, con tal que cumplan las condiciones siguientes:

1.º Que lleve pie de imprenta el cartel.

2.º Que se determine por medio de una exposición que se dirija al gobernador de la provincia en la capital de aquélla cuando en ese punto haya de hacerse la publicación, y éste es el caso, quién es el que solicita la autorización para que el cartel se haga público.

Y 3.º Que se determine si está en el uso de sus derechos civiles y políticos aquel que va á publicar el cartel.

Todas esas condiciones se han cumplido, y el gobernador de Barcelona, sin embargo, ha negado la autorización para que se fije en las esquinas el cartel. Yo pregunto al Sr. Ministro de la Gobernación: ¿tiene conocimiento de ese hecho, de cuya exactitud, dado el autorizado testimonio del insigne catedrático que ha tenido la bondad de dirigirme ese telegrama, yo respondo, tiene conocimiento de que el gobernador de Barcelona haya negado esa autorización? Si el gobernador de Barcelona la ha negado, como yo afirmo, ¿está dispuesto el Sr. Ministro de la Gobernación, está dispuesto ese Gobierno á hacer que se cumpla la ley, y advertir á ese gobernador, á quien, esto aparte, yo desde aquí me complazco en rendir un tributo de respeto y homenaje de consideración, haciéndole entender que es de todo punto obligado que la ley se cumpla, y si ha de haber paz en los espíritus, como se dice en esa hermosa, patriótica, levantada y recta alocución, es necesario que á todos por igual nos ampare la ley; que la tolerancia exista en forma de criterio común para los Gobiernos y como base del ejercicio de sacratísimos derechos para los ciudadanos?

Porque si resultara, Sres. Diputados, que esta reacción que ha venido á entronizarse con la Restauración, que corroe la base del espíritu público, tuviese facultades y potestad para osarlo todo, y los que vienen luchando por el sagrado derecho de la libertad de conciencia, no pudieran manifestarlo apelando al recto espíritu de sus conciudadanos, tendríamos que decir que habíamos vuelto á aquellos tristes, ominosos tiempos, en que servía de inspiración á los Poderes públicos el espíritu de fanatismo que ha degradado y oscurecido á nuestra Patria.

Como fío en el respeto á la ley y en el criterio democrático de ese Gobierno, porque yo no puedo creer que mientan mis ojos; como veo en ese banco al señor Ministro de la Guerra, que ha mantenido aquí

enhiesta la bandera de los principios democráticos; como no puedo olvidar que el actual Ministro de la Gobernación cumplió noble misión que le encomendara el Gobierno de la República cuando yo tenía el honor de representarla; como no puedo olvidar tampoco que forma parte de ese Gobierno el Sr. Becerra, que por sus profundas convicciones democráticas y su severo espíritu científico, no ha debido abandonar el derecho más primordial de la conciencia; como veo sentado en ese banco á quien tiene las condiciones de distinguido jurisconsulto que adornan al Sr. Ministro de Gracia y Justicia; como no puedo olvidar, por último, que forma parte de ese Gobierno el actual Ministro de Estado, que quiso ser aquí un tiempo el que llevara la representación de la conjunción de la democracia con la Monarquía, siquiera ese Gobierno esté presidido por aquel á quien le pesaban como losa de plomo los derechos individuales; y como quiera que se trata de una cosa de capital é inmensa trascendencia, yo requiero al Sr. Ministro de la Gobernación para que, sirviéndose contestar primero á mi pregunta, satisfaga después mi ruego; quedando, y quisiera que no fuese defraudada mi esperanza, en la íntima confianza de que habrá de ser satisfactoria su respuesta y lo que al ruego concierne.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Supongo, en primer lugar, que el telégrama que el Sr. Salmerón se ha servido leer aquí, no tendrá ni más ni menos que las palabras de que S. S. ha dado cuenta. (*El Sr. Salmerón*: Está á la disposición de S. S.)

Digo esto, porque el telegrama, si yo no recuerdo mal, dice únicamente que el gobernador se ha negado á dar permiso para publicar por medio de carteles la alocución inserta en el periódico *El Diluvio*. ¿No es esto precisamente? Si S. S. no tiene otras noticias que las de ese telegrama, no puede saber, á no adivinarlo, si se ha cumplido ó se ha dejado de cumplir lo taxativamente marcado en la ley de policía de imprenta. (*El Sr. Salmerón*: Evidentemente, tratándose de la persona de que se trata.)

Es una suposición de S. S., no es una afirmación, y no hay base para determinar la responsabilidad de una autoridad dignísima, cuyas condiciones S. S. mismo ha reconocido. De modo que primero es preciso afirmar que se ha cumplido con los preceptos de la ley de policía de imprenta; y si á S. S. no le consta que haya sucedido así, falta fundamento para el cargo que dirige al gobernador de Barcelona. Mientras no resulte que dicho funcionario ha dejado de cumplir la ley, no hay motivo para que S. S. lo suponga y, partiendo de la suposición, dirija los cargos que ha dirigido á dicha autoridad.

Pero, aparte de esto, ¿olvida S. S. la situación especial del pueblo de Barcelona? ¿Olvida S. S. que estamos aquí discutiendo la conducta de aquella digna autoridad, y que todavía está pendiente de terminación en el Congreso la interpelación formulada por el Sr. Lostau? ¿Olvida S. S. que aún están suspendidas allí las garantías constitucionales? ¿Olvida S. S. que el gobernador de Barcelona, con arreglo á la ley de orden público, tiene facultades, según las circunstancias, según los casos, según el criterio que le merezca el estado de los espíritus en la lucha que allí existe entre determinadas clases, para suspender, no

ya un cartel, sino cualquiera clase de publicaciones, bien dando cuenta al Gobierno en algunos casos, bien pidiendo autorización, si lo juzga necesario y las circunstancias se lo permiten, bien tomando el acuerdo por sí, con arreglo á la ley de orden público, cuando así lo requieran las circunstancias?

Pero hay más: es que la simple lectura que el Sr. Salmerón ha dado de esa alocución, basta para justificar la conducta del gobernador de Barcelona, dadas las circunstancias en que actualmente se encuentra aquella ciudad. Yo conozco, y dejo á salvo la buena fe del autor de esa alocución porque le conozco perfectamente (como que es pariente mío el Sr. De Buen); pero, porque le conozco, sé su apasionamiento, y sé que en su espíritu, además de su grande ilustración, existen gérmenes que le llevan á donde no debiera ir; y es prueba de ello esa misma alocución que S. S. ha leído. Esa alocución en las actuales circunstancias, ¿es en Barcelona simplemente un programa de tolerancia religiosa, una exposición de principios religiosos sociales ó políticos, ó es un ataque directo y un ataque gravísimo, á lo que es esencial en la conciencia de la mayoría de los españoles, á lo que forma el cimiento, la base de nuestro modo de ser social, á lo que es el fundamento... (*Grandes rumores en la minoría republicana*.—*El Sr. Lostau*: Es una protesta del espíritu liberal de España.)

¿Qué tiene que ver con esto la libertad, Sr. Lostau? Yo soy tan liberal como S. S.; no puede darme á mí S. S. lecciones de liberalismo, ni podrá dárme las nunca; pero ¿qué tiene que ver esto con el deber que yo tengo, y que siempre lo he de cumplir, de defender lo que está en la conciencia del pueblo español, atacando y rechazando aquellas palabras con que se diga, por respetables que sean los labios de donde salgan, que las monjas y los frailes y todas esas entidades religiosas, conculcan la propiedad nacional, explotan la miseria del pueblo, y todo eso que ha leído el Sr. Salmerón? (*Aplausos*.—*Protestas en la minoría republicana*.) Eso está en la alocución que ha leído S. S.

Pues qué, un gobernador de una provincia que está en las condiciones en que aún se halla, por desgracia, Barcelona, dados los antecedentes que informan cierta clase de cuestiones, excitadas como están allí todavía las pasiones de los barceloneses, especialmente en los partidos extremos, existiendo allí la gravísima cuestión de los anarquistas, ¿creéis, señores Diputados, que podía ese gobernador consentir que semejante alocución se fijara en las esquinas, para que contra la voluntad de sus autores, que yo respeto siempre, y más ahora porque conozco á la persona de que se trata, como conozco y respeto los móviles, dignos siempre, del Sr. Lostau y del Sr. Salmerón, produjera un verdadero escándalo, y acaso muy gravísimos resultados?

No; el gobernador cumplió con su deber, y suspendidas como están las garantías constitucionales en Barcelona, estaba perfectamente dentro de las facultades que le concede la ley de orden público, al negar su autorización para que esa alocución se publicara; y el Gobierno, conocidos los términos de la alocución que ha leído el Sr. Salmerón, aprueba en absoluto la conducta del gobernador de Barcelona. (*Aplausos*.)

El Sr. **SALMERON**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Salmerón tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **SALMERON**: ¿Me ha concedido la palabra el Sr. Presidente?

El Sr. **PRESIDENTE**: Se la he concedido á V. S. para rectificar.

El Sr. **SALMERON**: Me atenderé á los términos estrictos de una rectificación; porque si necesitara traspasar esos límites, me reservaré el derecho de anunciar una interpelación ó ejercitar cualquier otro derecho reglamentario.

Ante todo, establezcamos bien los hechos, y no demos lugar á subterfugios, con los cuales, no sólo se viola el derecho de los ciudadanos, sino que se desampara lo que no puede desamparar jamás ese Gobierno, porque es la base en que el régimen actual descansa.

Se han cumplido todos los requisitos exigidos por la ley de policía de imprenta. Prueba: no sólo el testimonio de la persona que firma esa alocución, sino la circunstancia de que esa alocución, que había de fijarse como cartel en las esquinas, lleva al pie una firma: Odón de Buen.

Segunda: que el que firma esa alocución se ha dirigido al gobernador de Barcelona pidiéndole autorización para fijar la alocución en las esquinas, y que le ha sido negada. Esto lo dice el telegrama: el gobernador ha negado la autorización para publicar en cartel la alocución; y el domingo pasado se insertó en el periódico de Barcelona titulado *El Diluvio*.

Tercera: el Sr. Ministro de la Gobernación, que conociendo como conoce, honrándose como sin duda se honra con contar entre sus deudos al Sr. De Buen, ¿no le consta, como á mí, que tiene la plena capacidad de los derechos civiles y políticos, que para el caso podían ser exigidos? En punto á hechos, pues, no discutamos. (*El Sr. Ministro de la Gobernación pronuncia en voz baja algunas palabras.*)

Si eso hubiera llegado á mis oídos, ya lo hubiese hecho objeto de rectificación. (*Un Sr. Diputado: No debe llegar.*) No debe llegar, porque lo que es inexacto no puede ni debe jamás decirse.

Y vengamos á la razón legal, la única legal en apariencia, que ha sido aducida por el Sr. Ministro de la Gobernación.

Esta se refiere sencillamente al estado excepcional en que Barcelona se halla, á la suspensión de las garantías constitucionales. Y como yo sostengo desde ahora, y probaremos en su día, que esa es una suspensión ilegal, que en cualquier país que no fuera éste habría traído sobre todos vosotros tales responsabilidades, que no ocuparíais ese banco ni gobernaríais al país, dando el triste ejemplo de conculcar las leyes; como eso sólo debe aplicarse en situaciones anormales, ¿cómo ha de poder decir el Sr. Ministro de la Gobernación, ni con sombra de razón siquiera, que ese estado excepcional bajo el cual sigue gimiendo la culta, la libre y democrática Barcelona, debe aplicarse para manifestaciones como ésta, de las cuales debíais estar orgullosos, porque si no se levanta el espíritu de independencia de la conciencia nacional, no tardaréis en ser presa de las abyecciones espirituales y morales del Papa negro?... (*Rumores en la mayoría.*)

Ya lo iremos viendo. Pues qué, ¿podéis negar este hecho que vamos á discutir aquí dentro de muy pocos días? ¿Podéis negar el hecho de que sien-

do vosotros el partido más liberal dentro de la Monarquía, los que rigen el Estado y los que del Estado rigen la instrucción pública, y por tanto las más altas manifestaciones del espíritu, y llevando la gestión del Ministerio de Fomento el Sr. Moret, se ha hecho con un dignísimo catedrático de la Universidad de Granada lo que no se hiciera, por la forma en que se ha llevado á cabo, en los tiempos ominosos del reinado de mogigatocracia de Isabel II?

La cuestión afecta tal trascendencia, Sres. Diputados y Sres. Ministros, que tenemos necesidad de saber si sobre todos los elementos amontonados para engendrar aquí la discordia, la guerra en los espíritus, queréis todavía acabar con aquella grande y única garantía de que pueda hacerse la paz en la conciencia de la Nación.

Lo que en los tiempos modernos es garantía de que todas las ideas circulen, de que todas ellas lleguen á una santa y, pudiera bien decirse, divina conjunción, es el espíritu de tolerancia; y en los tiempos en que se celebran Congresos como el de Chicago, en que desde el católico al budhista, desde el protestante al musulmán, pueden todos reunirse y entonar una oración al Dios de sus creencias, váis á hacer que sea imposible que á nombre de la libertad de conciencia, nos oponamos á esas oprobiosas corrientes del jesuitismo que ha penetrado en la mente del Poder ejecutivo de España.

Como quiero atenerme á los estrictos límites de una rectificación, no prosigo; y concluyo diciendo que si por las meras apariencias de un formalismo ritual, que niega toda esencia de derecho, váis á mantener ilegalmente en Barcelona la suspensión de las garantías constitucionales, para que allí no puedan asociarse los que profesan el sacratísimo principio de la libertad de conciencia, mientras reconocéis y otorgáis pródigamente ese derecho para que asociaciones que, á la hora presente no están siquiera reconocidas en las condiciones que la legalidad prescribe, puedan imponerse á la conciencia pública y puedan impedir el desarrollo del espíritu progresivo desde la ciencia á todas las relaciones sociales, vosotros seréis los responsables de echar leña al fuego, encendiendo desde ahora gérmenes de guerra religiosa, de que no sé si sacarán partido en su día los carlistas, pero cuya responsabilidad entera caerá sobre la inconsecuencia por vosotros cometida, abandonando el más sagrado de todos los derechos humanos, el de la libertad de conciencia.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): No es que el Gobierno, ni en su nombre el gobernador de Barcelona, hayan dejado de respetar los derechos que la Constitución define y consagra; es precisamente todo lo contrario lo que ha hecho el gobernador de Barcelona, porque es deber del Gobierno impedir que, á título de tolerancia, se incurra en la exageración de la intolerancia, y que á título de defensa de ideas librepensadoras, se ataque y agravie las ideas de los demás ciudadanos, que son las que en último término constituyen la religión del Estado. Pero, además, cuando se incurre, no sólo en frases gruesas, sino en verdaderos insultos, como los que aparecen de la lectura que se ha hecho de ese docu-

mento... (*El Sr. Salmerón*: Protesto. Pido la palabra; y ya veremos si puede el Gobierno hablar en esa forma.)

Lo he dicho, porque ese documento supone que entidades y corporaciones legales respetabilísimas, tienen por objeto explotar la miseria del pobre, tienen por objeto conculcar los derechos de los demás, tienen por objeto... (*El Sr. Salmerón*: No dice nada de eso.) No serán las mismas palabras, porque no tengo memoria tan privilegiada que las pueda repetir frase por frase; pero ese es el espíritu del documento, señor Salmerón. Y además, como ese documento se iba á manifestar en una forma pública, en una forma externa, que pudiera decirse estereotipada, en todos los sitios públicos, para que pudieran leerlo todos los ciudadanos de Barcelona, esa forma de cartel, que á S. S. le parece tan sencilla, quizá revestía los caracteres de algo que concreta y terminantemente prohíbe el art. 11 de la Constitución. (*Muy bien.*)

Por consiguiente, ya se mire la cuestión bajo el punto de vista de la ley de policía de imprenta, y aparte de las interpretaciones y suposiciones que S. S. ha podido exponer ante la Cámara, ya se mire bajo el punto de vista de la ley de orden público, ó se considere á la luz de la Constitución del Estado, el gobernador de Barcelona ha estado en su perfecto derecho y ha obrado dentro de la plenitud de sus facultades, al impedir que en las actuales circunstancias ese documento produjera en Barcelona los conflictos que quizá estaba llamado á producir. Y eso no significa nada de lo que S. S. ha supuesto, ni implica cuestión ninguna que venga á determinar el espíritu más ó menos democrático con que procede este Gobierno.

El Gobierno entiende que ha cumplido con los preceptos legales, y que no ha faltado ni á los principios en que siempre han comulgado los individuos que lo constituyen, ni á los deberes que les imponen los cargos que desempeñan, al aprobar y sancionar la conducta del gobernador de Barcelona, aun expuesta en los términos que S. S. la ha expuesto y sin más conocimiento de ella que lo que S. S. ha tenido á bien manifestar ante la Cámara.

Respecto de los detalles en que S. S. ha entrado, el Sr. Ministro de Fomento dará cumplida contestación al Sr. Salmerón, y verá S. S. cómo al exagerar en este debate, y al generalizar, como ha generalizado, para juzgar la conducta política del actual Gobierno, ha sido tan justo como al exponer lo que S. S. ha expuesto en el resto de la cuestión. Porque hay momentos, Sr. Salmerón, como yo decía antes, refiriéndome ya al objeto concreto de la pregunta de S. S., en que un Gobierno, un gobernador, realizan determinados actos en cumplimiento de un deber de conciencia y de un deber legal, sin hacerse eco de esas maniobras misteriosas á que S. S. aludía, sin ser representantes del Papa negro, ni de ningún otro Papa, sin más representación que el cumplimiento de la ley y de los deberes de su conciencia.

Su señoría ha evocado un recuerdo mío con que me honro y me honraré toda mi vida, y es, el de aquel instante en que tuve el honor de servir á sus órdenes. Y para que la cuestión se conozca en todos sus detalles, y puesto que S. S. se ha referido á ella, yo me permito recordar á S. S., y apelo á su caballerosidad para que confirme mis palabras: S. S. me llamó para que yo fuera á Sevilla á gobernar *in partibus infidelium*, porque entonces SS. SS. no tenían más

terreno que el que pisaban; S. S. me honró con un cargo para que lo desempeñara allí donde había un peligro que arrostrar y donde había que restañar una herida de la Patria; y yo, sin compromiso político ninguno, sin que á S. S. me hayan ligado, antes ni después, actos políticos de ningún género, sin decir que era republicano, porque yo nunca he faltado á la fe monárquica, acudiendo al llamamiento patriótico de S. S., acepté el cargo para ir con el general Pavía, tan republicano como yo, á restablecer en Sevilla el orden público, sin faltar á ninguno de mis compromisos, pidiendo permiso á quien debía pedirselo para ocupar aquel puesto para el que la Patria me demandaba, y con satisfacción de S. S., el mayor título de gloria que obtuve en aquellos momentos, ¿saben los Sres. Diputados cuál fué? Pues sin ingerencias de ningún Papa negro, sin jesuitismo de ninguna clase, aquel acto consistió en colocar la cruz en el cementerio, cruz que habían destruido los republicanos rojos; en restablecer, con el aplauso de republicanos y monárquicos, aquel símbolo sagrado de nuestras creencias, sin que nadie creyera entonces que aquel acto que me honraba, y que sancionó el Sr. Salmerón, Presidente entonces del Consejo de Ministros, fuera inspirado por maquinaciones maquiavélicas, ni por Papas negros, ni por jesuitas, sino considerándolo todo el mundo como un acto de respeto á las creencias de los demás. Por consiguiente, yo ahora, como entonces y como siempre, obedezco á los impulsos de mi conciencia y al cumplimiento de mis deberes, y no á influjos de Papas negros, ni de jesuitas de ninguna clase.

Si en Barcelona ha habido una conculcación del derecho por parte de Odón de Buen, si ha habido una amenaza á las creencias de los demás, si ha habido, no calumnias, sino insultos á respetables entidades, el gobernador de Barcelona, dado el estado de los espíritus de aquella ciudad, dadas las luchas que allí se han sostenido, dadas las facultades extraordinarias que tiene, ha hecho perfectamente en hacer lo que ha hecho. Y con tranquilidad de conciencia, y á pesar de las censuras de S. S., y reservándose discutir el hecho fundamental á que S. S. se ha referido, respecto á las facultades que ha tenido ó dejado de tener el Gobierno para suspender las garantías constitucionales, dejando, digo, esta discusión para después, yo repito lo que dije al terminar anteriormente: que el Gobierno aprueba en absoluto la conducta seguida en este particular por el gobernador de Barcelona.

El Sr. **SALMERON**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S. para rectificar.

El Sr. **SALMERON**: Brevísimas palabras. En la relación personal que la Cámara ha oído, ¿qué he de poder yo decir para corroborar lo que ha recordado el Sr. Ministro de la Gobernación, sino que aquellos poderes que se encontraban con lucha en el interior del país, con lucha en defensa de la integridad del territorio allende les mares, sobreponiendo en todo caso el sentido de la Patria á los intereses de partido, reclamaron todo género de esfuerzos, sin reparar en las procedencias, confiando en la lealtad de las personas, y se dirigieron, entre otros, al actual Sr. Ministro de la Gobernación, en quien encontraron un servidor leal, enérgico y resuelto, teniendo respecto de otros que hacer reservas que no es ocasión de

discutir ahora? Cumplió S. S. como debía, respondiendo á una excitación patriótica, interesándose también en que el orden se restaurara por los poderes republicanos. (*El Sr. Ministro de la Gobernación: Y honrándome mucho de servir á las órdenes de S. S.*) Y aunque ni aquel Gobierno, ni si alguna vez los que lo formaron volvieran á tener las riendas del Estado, exigirían de nadie, cuando hubiera de necesitar sus servicios, pública retractación de antiguas opiniones, sino fundándolo todo en la energía y resolución del poder que en sus manos depositara el Estado, no tenía para qué decirle al Sr. Aguilera si venía ó no á servir los intereses republicanos como un devoto y fiel republicano; como tal obró, como tal es de pensar que hubiera seguido obrando, si otros hubieran sido los derroteros por donde la política española se hubiera enderezado.

Pero puesto todo eso aparte, yo lo recordaba sólo para ver si podía obtener de ese Gobierno una declaración que pudiera satisfacer las exigencias fundamentales de la civilización moderna, que sólo en España, por nuestra desdicha, es nueva, que ya desde el siglo XVII constituye la base de la organización de todos los Estados civilizados, de lo cual este es el único que hace excepción en el mundo. Y como para esto invocaba yo su espíritu y su criterio democrático, ya que he visto defraudadas las esperanzas y convertidas á punto de recelo las que abrigaba, yo concluyo formulando esta concreta pregunta al señor Ministro de la Gobernación: ¿es que lo que ha pasado en Barcelona, ha pasado y lo aprueba el Gobierno, sólo por el estado excepcional que en Barcelona impera? Porque no hay más cuestión que ésta. ¿Es que de no existir el estado excepcional que en Barcelona existe, no habría podido un gobernador que respetara la ley, ni por cima de él un Gobierno que debe velar por el cumplimiento de la misma, impedir que publicara ese cartel, porque la ley no le da ese derecho, aquel que solicita la autorización?

Esta es la cuestión concreta; conteste á ella, como es su deber, el Sr. Ministro de la Gobernación, porque esta es de aquellas cuestiones en que, por tratarse de la estricta aplicación de la ley, ni se necesita pedir el consejo al oído de los compañeros de Gabinete (*El Sr. Ministro de la Gobernación: Yo no pido consejos á nadie*), ni se necesita tampoco convocar á Consejo de Ministros.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de la Gobernación tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la GOBERNACIÓN (Aguilera): Si la manifestación á que S. S. se refiere se hace sin infracción del art. 11 de la Constitución del Estado, si se realiza cumpliendo las prescripciones de la ley de policía de imprenta, es claro que en circunstancias normales, no suspendidas las garantías constitucionales, tranquilos los espíritus, sin los peligros que en Barcelona se atraviesan en estos momentos, latentes como están las pasiones á consecuencia de las perturbaciones que conoce S. S., es claro que el Gobierno, inspirándose en su criterio democrático (*El Sr. Salmerón: En la ley*) y cumpliendo la ley, autorizaría, no tal vez ese documento, porque no lo conozco lo bastante, Sr. Salmerón, para formar juicio exacto; pero autorizaría cualquier manifestación que significara la exposición de una doctrina ó el reconocimiento por parte del Gobierno, de la tolerancia religiosa. Pero, entiéndase bien, la tolerancia

religiosa en cuanto no ataque, llegando á los límites á que, por lo que he oído, presiento que alcanza ese papel, llegando á los límites á que ha llegado el señor Buen... (*El Sr. Lostau: ¡Pobre libertad de conciencia!*) Pues qué, Sr. Lostau, la libertad de conciencia ¿permite á nadie que se ataque á las creencias de los demás, permite nada que suponga que se llegue hasta á vulnerar los más sagrados derechos que la Constitución reconoce y define? Eso no es libertad de conciencia; eso es, quizás, en determinados casos, un delito que las leyes castigan. (*El señor Salmerón pide la palabra.*)

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de Fomento tiene la palabra.

El Sr. Ministro de FOMENTO (Groizard): Si quiere hablar primero el Sr. Salmerón, tendría mucho gusto.

El Sr. SALMERON: Estoy á las órdenes del señor Ministro de Fomento; pero sería mejor terminar la cuestión con el Sr. Ministro de la Gobernación.

El Sr. Ministro de FOMENTO (Groizard): Puede hablar S. S., si el Sr. Presidente lo permite.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Salmerón.

El Sr. SALMERON: Señores Diputados y señores Ministros, llegamos á un punto en la declaración hecha por el Sr. Ministro de la Gobernación, que me asombra que hayáis podido oír los que procedéis de aquel movimiento de la revolución de Septiembre, que emancipó la conciencia nacional, que hizo entrar á España en las corrientes de la civilización moderna, sin que os hayáis estremecido; porque lo que sostiene el Sr. Ministro de la Gobernación es la previa censura; eso es lo que el Sr. Ministro, á sabiendas ó inconscientemente, ha sostenido. (*El Sr. Ministro de la Gobernación: Será inconscientemente.*) ¿Pueden aceptar ese criterio los Sres. Ministros de Gracia y Justicia y de la Guerra? Yo no lo sé del Sr. Ministro de Fomento; tantos años vivió en Roma, que en otro género de influencias habrá podido venir á informar las ideas religiosas. Pero cuando aquí hemos batallado por que no siga la arbitrariedad del Gobierno y tengan las ideas su espontánea y legítima expansión; cuando aquí no hemos tenido, no digo los antiguos progresistas, ni los demócratas y los propios conservadores, contra la extrema derecha del partido moderado, más que aquel sentido de que era necesario dejar que las ideas se manifestaran y se expusieran, y que desapareciera la previa censura, que era el resto del régimen inquisitorial; Sres. Diputados, vosotros mismos, los que representáis el partido conservador á título de liberales, ¿podéis oír sin íntima protesta de vuestro espíritu, que se pueda prohibir la publicación de una alocución en un cartel? ¿Estaría dispuesto hoy el señor Romero Robledo á establecer la previa censura, como el Sr. Ministro de la Gobernación la ha sustentado? (*El Sr. Presidente agita la campanilla.*)

La cosa, Sr. Presidente, es de trascendencia tal, que bien merece, pues, que toda consideración personal aparte, tenga S. S. alguna benevolencia, por razón del objeto, ya que no la mereciera el modesto Diputado que se dirige á la Cámara en este momento.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Salmerón, yo tengo consideración á todos los Sres. Diputados, y no creo que haya ninguno que pueda decir que le he faltado; pero le llamo á S. S. la atención porque estamos en

una discusión completamente anómala. Su señoría puede anunciar una interpelación, y hasta presentar en su día una proposición; pero lo que no puede hacer es, á título de dirigir una pregunta, estar contestando al Sr. Ministro de la Gobernación, cuando esto el Reglamento no lo permite, y cuando debemos entrar de un momento á otro en el orden del día. Acerca de esto es sobre lo que yo quería llamar la atención de S. S.

Por lo demás, yo no he faltado nunca, repito, á la consideración debida á todo Diputado de la Nación, y muchísimo menos podría hacerlo con una persona á quien particularmente estimo tanto como el señor Salmerón.

El Sr. **SALMERON**: Reconocido, como siempre, á las bondades y, sobre las bondades, á la rectitud del Sr. Presidente, si puestos pudieran cambiarse, tengo la seguridad de que con su espíritu liberal no habría consentido que pasaran sin protesta las palabras del Sr. Ministro de la Gobernación. Y como de lo que se trata es de esto, de que S. S. afirma ese criterio de arbitrariedad inquisitorial y de previa censura... (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: No se trata de eso, sino que se trata del cumplimiento de la ley.) Si el Sr. Ministro de la Gobernación reconoce que, cualquiera que fuese el contenido de ese cartel, cumplidas las condiciones formales de la ley de policía de imprenta, el gobernador debía autorizar su inserción y su publicación, entonces todo lo que tengo que decir huelga. Pero como no es eso lo que S. S. ha dicho; como en vez de dejar eso íntegramente á la decisión de los tribunales de justicia, ha afirmado que podía el gobernador haber hecho bien no autorizando la publicación de aquel cartel á pesar de que la situación de Barcelona fuese normal, por eso yo requiero á S. S. para que ahora, con conocimiento de causa, declare que, fueran cualesquiera los asertos que ese cartel contuviese, así combatirían el dogma católico; fueran cualesquiera los asertos que contuviese ese cartel, repito, su publicación se debía autorizar. Si S. S. declara esto, entonces desde ese momento la cuestión quedará resuelta; si no, quedará en pie y será objeto de una interpelación.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): No me ha entendido bien el Sr. Salmerón.

No podía yo defender, ni he defendido jamás, la previa censura, ni tampoco oponerme á los efectos de esa conquista liberal que establecen nuestras leyes.

Lo que yo he hecho, contestando á una pregunta de S. S., ha sido decir que el Gobierno cumpliría la ley, y que siempre que se llenasen los requisitos previstos y prescritos terminante y taxativamente en la Constitución del Estado y en la ley de policía de imprenta, en ese caso esos carteles podrían pasar; de otro modo, no. Porque suponga el Sr. Salmerón que el cartel fuera una manifestación pública de una creencia religiosa que no fuera la oficial; en ese caso, sin necesidad de previa censura... (*El Sr. Salmerón*: ¿Dónde está consignado eso, Sr. Ministro de la Gobernación? ¿Cómo pueden decirse esas cosas?) ¡Pero si no me quiere oír S. S.! Si no me ha entendido ó si yo me he expresado mal, ¿qué culpa tengo yo de que

S. S. haga esas manifestaciones y me interrumpa continuamente?

Yo digo: suponga el Sr. Salmerón que el cartel contuviera una manifestación pública de un dogma que no fuera el dogma católico; en ese supuesto, en esa hipótesis, se podría faltar á la Constitución del Estado, y en ese caso podría prohibirse su publicación en la forma, á que S. S. se refiere, en la forma de cartel. (*El Sr. Azcárate*: Se ha sostenido lo contrario en ese banco.) Yo sostengo ahora, Sr. Azcárate... (*El Sr. Salmerón*: ¿Sostiene eso el Sr. Ministro de Estado, lo sostiene el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, lo sostiene, sobre todo, el Sr. Ministro de la Guerra? Sepamos qué es lo que piensa ese Gobierno.) Ya lo sabrá S. S.

A pesar de las interrupciones de S. S., me afirmo en mi criterio, Sr. Salmerón; y si, aparte del art. 11 de la Constitución, se pudiera faltar en cualquier detalle á las prescripciones de la ley de policía de imprenta, también en ese caso habría facultad para prohibir la publicación del cartel.

El Sr. **SALMERON**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Salmerón tiene la palabra; y le ruego se concrete al objeto de su pregunta, porque es imposible que siga la discusión en esa forma.

El Sr. **SALMERON**: Lo reconozco, Sr. Presidente, y me atenderé á la bondadosa indicación de S. S. Pero no puedo dejar sin rectificación esos inverosímiles asertos del Sr. Ministro de la Gobernación, dirigiéndome al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, que representa en ese banco la integridad de las funciones judiciales confiadas por ministerio de la ley á lo que, aun cuando forma parte de la administración, tiene una órbita de acción independiente del Poder ejecutivo, para que diga, si consiente que sea el Gobierno el que decida si en un escrito se infringe ó no el art. 11 de la Constitución del Estado. Si va á hacer eso el Gobierno, que se levante y lo diga el señor Ministro de Gracia y Justicia; que diga si aquello, que confiere la ley á la propia órbita de acción de los tribunales de justicia, lo vais á recabar con una arbitrariedad sin ejemplo.

Por toda rectificación, pues, requiero al Sr. Ministro de Gracia y Justicia para que diga si ha de ser un gobernador el que declare si en un cartel se ha infringido ó no el art. 11 de la Constitución del Estado (*Rumores.—El Sr. Ministro de la Gobernación*: ¡Si yo no he dicho eso!), ó si es cosa de la estricta incumbencia de los tribunales de justicia. (*El Sr. Ministro de Gracia y Justicia*: Ya está diciendo el señor Ministro de la Gobernación que no.)

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): Todo podría haberlo creído yo, al venir en este día al Congreso, menos que había de pasar por el doloroso espectáculo de que el Sr. Salmerón, que casi no tiene con esta mayoría ni con este Gobierno más que un punto de contacto: el prestigio, el amor, el respeto, que suponía que tributaba á las leyes, viniese aquí, con pretexto de una cuestión política, con pretexto de pasiones locales exacerbadas, dejándose arrastrar por el idealismo, en que S. S. vive, tan lejos de la atmósfera que los demás respiramos, y viniese ¿á qué? á dar como prueba única la tesis sostenida enfrente

del Sr. Ministro de la Gobernación (y es la sola observación que recojo, porque tiene conexión con el Departamento, á cuyo frente me encuentro), que se iba apoderando de la instrucción pública una dirección fanática. Contra esa aseveración, yo tengo una negación elocuente que oponer: no hago más que señalar á S. S. con el dedo, y decir que cómo en este país se ha de sostener que hay fanatismo en la enseñanza pública, cuando S. S., desde su más alta esfera, predica diariamente la negación científica de toda fe religiosa. (*Muy bien.—El Sr. Salmerón:* En uso de un perfecto derecho.) Perfectamente; ¿quién se lo niega? (*El Sr. Salmerón:* Si no fuera legal, ¿lo consentiría S. S.?)

El Sr. PRESIDENTE: Orden, Sres. Diputados.

El Sr. Ministro de FOMENTO (Groizard): Pues qué, ¿he negado yo á S. S. que lo haga sin derecho? Es que si lo hiciera sin derecho, le destituiría mañana. Lo hace S. S. con derecho; pero lo hace S. S. en virtud de que este Gobierno, en el que ha querido indicar S. S. que todos son muy liberales, y entre el que aparezo yo un reaccionario tremendo, lo consiente, no porque aprobemos su conducta, sino porque en nombre del Estado ejerce una función de enseñanza, y porque en la Constitución está escrito ese principio de tolerancia á que nosotros rendimos culto. Pero, entonces, ¿por qué S. S. viene trasformando la realidad de las cosas, y diciendo que vivimos en una reacción religiosa fanática y poco menos que inquisitorial? (*El Sr. Salmerón:* Evidente; toleráis á los unos lo que prohibís á los otros.—*Fuertes rumores.*)

El Sr. PRESIDENTE: El único que no tolera aquí nada es S. S., que siempre interrumpe, desgraciadamente.

El Sr. SALMERON: Lo sensible será el motivo.

El Sr. PRESIDENTE: Nunca hay motivo para interrumpir.

El Sr. Ministro de FOMENTO (Groizard): Pero, además, yo declaro que mi pena y mi dolor no han sido tanto por habérsenos exhibido una vez más en ese predilecto terreno suyo el Sr. Salmerón; mi gran dolor nace de haber dado S. S. como argumento de ese espíritu inquisitorial en la enseñanza, lo que dice que está pasando con un catedrático en Granada.

Sobre esto debo ser muy concreto. ¿Es que S. S. sabe lo que pasa con ese catedrático? (*El Sr. Salmerón:* Conozco alguno que lo sabe.) ¿Conoce S. S. el expediente? ¿Sabe S. S. lo que dice el libro de ese catedrático? ¿Sabe los trámites de ese asunto? ¿Sí ó no? Porque si S. S. no lo sabe... ¡Ah! ¿Quién había de creer que un hombre de su ilustración, de su respetabilidad y de su seriedad viniera aquí á hablar de cosas tan graves ignorando los hechos y desconociendo los datos del expediente? ¿Lo sabe S. S.? (*El Sr. Salmerón:* Conozco bastante en relación con la intervención del Arzobispo de Granada.)

Pues conoce S. S. bien poco; porque voy á decir lo que en ese expediente hay, y se va á admirar el Congreso de que un ciudadano tan ilustre, como S. S., que no rinde culto á ninguna fe positiva, pero que yo creía le rendía á la ley, no solamente no rinde culto á la ley en general, sino que ataca al Gobierno precisamente porque ha cumplido estrictamente la ley profesional, á que S. S. debe, por ser ley, y ley especial de instrucción pública, el mayor respeto.

Yo, como no me sea completamente necesario,

no he de indicar lo que ese profesor de Granada enseña á niños de 12 años; lo que sí he de decir es, que es tan escandaloso, que es tan antipatriótico, que no existe en el Claustro de Granada una sola persona, que lo apruebe; ¿qué digo que lo apruebe? no hay una sola persona allí que no le haya hecho por ello fundamentales cargos.

Entendía yo que en el Congreso español no habría, no era posible que hubiese un Diputado que saliera á su defensa... (*El Sr. Salmerón:* Defendiendo el derecho, ¿por qué no?) Para que S. S. lo defienda es preciso suponer que no conoce el expediente. Porque si S. S., sin embargo de conocerlo, lo defendiese, tendríamos que variar la alta idea que tenemos formada todos de la respetabilidad moral de S. S. (*El Sr. Salmerón:* Conozco el pliego de cargos, que es un oprobio, que no pasaría más que en esta desdichada tierra de España.—*Protestas en la mayoría.*)

Pues bien; á pesar de las notorias materias censurables de ese libro, habiéndose quejado sobre su contenido el Arzobispo de Granada, previo el dictamen de una Comisión de teólogos que él nombró... (*El Sr. Salmerón:* ¡Teólogos interviniendo para criticar doctrinas y libros!—*Protestas en la mayoría.*—*El señor Presidente llama al orden.*) Señor Salmerón, no se acalore S. S. He empezado á hacer la historia de los hechos, y todavía no resulta ninguna intervención del Arzobispo en las funciones académicas. El Arzobispo nombró, como decía, su Comisión; encontró el libro contrario á una porción de doctrinas que, en su deber, creía que estaba obligado á defender, y se dirigió al rector de la Universidad.

El rector no hizo otra cosa que elevar á mi querido amigo el digno Ministro de Fomento que en este sitio me ha precedido, la comunicación del Arzobispo; y ¿qué diréis que hizo el Sr. Moret? Pues cometió el acto *reaccionarísimo* de enviar la comunicación á informe del Consejo de instrucción pública, y el Consejo de instrucción pública, compuesto de profesores que participan de todos los matices de las opiniones políticas... (*El Sr. Salmerón:* Compuesto contra la ley.—*Protestas en la mayoría.*) Ya veo que el señor Salmerón siente que mi argumentación se acerca al sitio donde no puede consentir sin protesta que llegue; pero S. S. no debe olvidar que le hemos oído en silencio.

Y bien, ¿qué hizo el Consejo de instrucción pública? Pues, prescindiendo, por lo pronto, de toda cuestión de fondo, el Consejo, al cual repugnaron, porque no se puede decir que ofendieron aquellas, no doctrinas, porque no son verdaderamente doctrinas, sino aquellas cosas que en el libro se dicen, que no se dirán ni se pueden decir aquí (*El Sr. Salmerón:* Ya lo veremos), y que el Sr. Salmerón no repetirá... (*El Sr. Salmerón:* Las repetiré y las comentaré, en uso de mi derecho. ¡No faltaba más! ¿Qué cree esta gente que se llama liberal?—*Fuertes protestas en la mayoría.*—*El Sr. Presidente llama repetidas veces al orden.*) El Consejo se limitó á decir lo siguiente: hay un artículo de la ley de instrucción pública que declara que no es lícito desde la cátedra enunciar doctrinas perniciosas; hay presunción de que aquí se enuncian doctrinas perniciosas, y este Consejo de instrucción pública, cuerpo que asesora á un Gobierno liberal que S. S. cree influido por una gran reacción, este Consejo se hizo la siguiente pregunta: ¿qué garantías tienen los catedráticos contra las acu-

saciones del género (suponiendo que eso fueran acusaciones) de las formuladas por el Sr. Arzobispo de Granada? Pues las garantías, Sr. Salmerón, están en una ley de procedimientos que se encuentra escrita en nuestra legislación, y que S. S. conoce, y contra la cual se ha revelado S. S. hoy, en virtud de la cual se establece que cuando se estime que por un catedrático se enuncian doctrinas perniciosas, se forme expediente, en el cual sea oído ese catedrático.

Y en efecto, el Sr. Moret acordó que se instruyese el expediente para que se hiciera lo que la ley dispone y el reglamento ordena; y formado, se reunió el Claustro entero de la Universidad de Granada, y por unanimidad, sin un solo voto de discrepancia, se formuló un gran pliego de cargos, todos por unanimidad, siendo la opinión del Claustro, *nemine discrepante*, que aquello era un conjunto de ideas perniciosas que se propagaban en daño de la moral, de la religión y de la verdad histórica. Se ha oído á ese catedrático; se ha anunciado que vendría pronto el expediente, y, cuando venga, yo, que he tenido la desgracia de ser dos veces excluido de esos elogios de antiguo liberalismo que daba á todos mis compañeros, como dando á entender que no había aquí más elemento reaccionario que el actual Ministro de Fomento, cuando yo entiendo que estoy en este banco con tanto derecho como todos mis compañeros, porque creo representar el espíritu de la mayoría, con la cual cada día más pienso identificarme; yo, á pesar de haber estado en Roma, donde he aprendido del Sumo Pontífice una doctrina que S. S. debe conocer, y es el respeto á los poderes constituidos; yo me limitaré á pasar ese expediente al Consejo de instrucción, para que se examine el fondo de la cuestión, y cuando ya esté estudiada, entonces dictaré la resolución que estime en conciencia, y después tendré muchísimo gusto que el Sr. Salmerón pida el expediente, para que discutamos aquí, con el proceso á la vista; porque S. S. es demasiado buen abogado para saber que no es posible fallar un asunto, ni aun en juicio oral y con jurados, sin datos comprobados y no justificados, y que eso no es propio del respeto que á las leyes S. S. tiene y del amor que á la enseñanza profesa.

Entiendo, pues, que he cumplido dando las explicaciones necesarias para que sobre este Gobierno no se eche la nota de reaccionario, la nota de oscurantista, ni la nota de inquisitorial. Si lo que el Sr. Salmerón ha querido decir es que aquí ha de encontrar siempre en el terreno de los principios, como en el terreno de la aplicación de las leyes, hombres que creen en algo, hombres que afirman el principio religioso tal como la Iglesia católica lo enseña, no se ha equivocado. Si S. S. busca después hombres que estén dispuestos á proteger en su derecho á todos los que profesan religiones distintas de la católica al amparo de la Constitución, los encontrará también S. S.; y por consiguiente, queda probado que no ha tenido razón el Sr. Salmerón al acusarnos de querer fomentar intereses contrarios á la libertad, cuando permitimos que las monjas y los frailes, y esas gentes que á S. S. tanto preocupan, vivan al amparo de las leyes y prediquen las doctrinas de su creencia. Tenga, después de todo, en cuenta el Sr. Salmerón, que si las Ordenes religiosas han podido adquirir en algunos momentos importancia política para crear

obstáculos al desenvolvimiento de las libertades patrias, que yo tanto amo, hoy día esas mismas Ordenes religiosas, por su índole y las condiciones de los tiempos, no pueden hacer otra cosa que fortalecer el principio de autoridad, tan ardientemente combatido por una serie de adversarios, que empiezan en S. S. y acaban en el último de los anarquistas.

ORDEN DEL DIA

Actas é incompatibilidades.

Sin discusión fueron aprobados los dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades relativos á las elecciones parciales verificadas en los distritos de La Cañiza (Pontevedra), Yecla (Murcia), Hinojosa del Duque (Córdoba), Chiva (Valencia), Alcaraz (Albacete), Aranda de Duero (Burgos) y Cazorla (Jaén) (*Véanse los Apéndices 12.º y 13.º al Diario núm. 124*), y admisión de los Sres. D. Francisco Silveira y Le-Vielleuze, D. Salvador Fernández Soler, Don José Alvarez de Toledo y Acuña (Conde de Xiquena), D. Marcial González de la Fuente, D. Federico Ochando y Chumillas, D. Diego Arias de Miranda y D. Miguel Manuel Gómez Sigura, que respectivamente fueron proclamados Diputados por los referidos distritos.

Leído el dictamen de la Comisión de actas sobre la del distrito de Sabadell (Barcelona) (*Véase el Apéndice 12.º al Diario núm. 124*) y admisión como Diputado de D. Timoteo Bustillo y López, y abierta discusión sobre dicho dictamen, dijo

El Sr. **LOSTAU**: Pido la palabra en contra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. **LOSTAU**: Señores Diputados, al pedir la palabra en contra del dictamen sobre el acta de Sabadell, que se acaba de someter á nuestra aprobación, sólo he querido hacer constar un hecho que resulta de suma gravedad, y que, de tomar carta de naturaleza en los procedimientos electorales, las elecciones serían completamente inútiles. Antes de las elecciones, que han tenido lugar en Sabadell, precisamente en el momento en que el candidato contrario al que se os propone que declaréis elegido Diputado estaba recorriendo el distrito, bajo el pretexto de lo ocurrido en Valencia, se prendió al candidato Sr. Blanco Ibáñez. Recordáis que en aquellos momentos yo llamé la atención del Gobierno de S. M., rogándole que, puesto que no resultaban cargos graves contra el Sr. Blanco Ibáñez, y abierto como estaba el período electoral, se le permitiera recorrer su distrito, sin perjuicio de exigirle después las responsabilidades, que en justicia correspondieran. Se me objetó que esto dependía del juez instructor de la causa relativa á los sucesos de Valencia, y que en aquel momento nada podía hacer el Gobierno; pero la verdad es, señores, que el Sr. Blanco Ibáñez estuvo preso en el momento en que tenía que designar sus interventores; que estuvo en Sabadell, donde se le tomó declaración durante seis ú ocho días, y que la víspera de la elección, á pesar de estar enfermo, fué arrancado de la cárcel, conducido á Barcelona y

después á Valencia. Alguna promesa que se había hecho de legalidad, alguna promesa que se había hecho de que, si realmente nada resultaba contra el Sr. Blanco Ibáñez, se le pondría en libertad antes de verificarse las elecciones, ha resultado completamente incumplida.

Las elecciones han tenido lugar; en ellas ha obtenido el candidato contrario al Sr. Blanco Ibáñez un triunfo, que bien poco puede honrarle, cuando se han empleado para obtenerle estos medios.

Pero yo nada diría hoy, si no resultara que todo cuanto yo afirmé antes de las elecciones ha venido á ser completamente confirmado por los hechos. El Sr. Blanco Ibáñez, el día antes de la proclamación de Diputado en aquel distrito, el miércoles de la semana pasada, ha sido puesto en libertad, sin que ni el juez instructor ni nadie le sometiera á indagatoria alguna, ni le hiciera absolutamente ningún cargo; de modo que resulta perfectamente cierto lo que yo dije, cuando aseguré al Congreso que no resultaba cargo ninguno contra dicho señor.

Ya sé yo que este acta será aprobada por todos vosotros; pero os llamo la atención sobre este hecho, para advertiros que con estos procedimientos estáis minando la base del edificio, que tenéis el deber de sostener; que con esta falta de respeto á todo lo que ha de garantizar el sufragio universal, no somos nosotros los que llamamos la revolución, sois vosotros los que la producís.»

Leído de nuevo el dictamen, fué aprobado sin más discusión.

Leído el dictamen de la Comisión de incompatibilidades referente al caso de D. Timoteo Bustillo y López (*Véase el Apéndice 13.º al Diario núm. 124*), fué aprobado sin discusión, siendo dicho señor admitido y proclamado Diputado.

Sin discusión fué aprobado el dictamen de la Comisión de actas sobre la elección verificada en Motril (Granada). (*Véase el Apéndice 14.º al Diario número 124.*)

Juró el cargo de Diputado el Sr. Fernández Soler, anunciándose que ingresaba en la Sección quinta.

Sucesos de Melilla.

Continuando la discusión pendiente sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra para continuar su interrumpido discurso.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Me propongo, Sres. Diputados, molestaros brevisísimamente, porque me parece que ya esta cuestión de Melilla ha de causar en vosotros un efecto de cansancio, del que yo también participo un tanto.

En la sesión del otro día, puede decirse que me hice cargo ya de lo principal del discurso del señor Marengo; pero, al repasar en mi memoria aquella elocuente peroración de S. S., he recordado, y algunas personas han llamado sobre ello mi atención, un cargo que, en efecto, tuve el propósito de contestar.

Me refiero á lo manifestado por el Sr. Marengo, de que para apoderarse de documentos, que poseía la familia del desgraciado general Margallo, ésta había sido objeto hasta de alguna amenaza ó de incorrecto procedimiento.

Pues bien; yo quisiera que el Sr. Marengo, con su reconocida lealtad, se sirviera decir de dónde han partido esos procedimientos, si es que han existido, porque yo no tengo noticia alguna de eso, ni creo que haya nadie intentado semejante cosa.

Pero ya que de documentos hablamos, bueno será decir que S. S. hizo cargos al comandante general de Melilla que reemplazó al difunto general Margallo, de descerrajamiento de pupitres y de haberse apoderado de algunos documentos, y por fortuna para la familia del general Margallo, no de todos, por no haberlos encontrado.

Debo declarar, Sres. Diputados, autorizado para ello por la persona, que llevó á cabo los actos exigidos por la Ordenanza, que no se abrió ni se tocó á ningún pupitre ni á ninguna taquilla del despacho del general Margallo. Este malogrado general tenía su despacho particular en el piso primero de la casa de gobierno, y allí no se abrió ningún pupitre ni se investigó ningún papel; no se tocó absolutamente á nada de aquello que particular ú oficial pudiera conservar ó guardar el general Margallo. Lo que hizo la autoridad militar que le reemplazó, en cumplimiento de un deber inexcusable, y á presencia del jefe de Estado Mayor y de los oficiales de gobierno, fué incautarse de los papeles del despacho oficial, que en el piso bajo de la casa tenía el general Margallo; y, en efecto, allí no se encontró ningún documento; á tal punto, Sres. Diputados, que, cuando yo pedí de oficio, porque me las exigía el Ministerio de Estado, copias de las actas de determinación de límites en Melilla, y que yo, repito, tuve que pedir á Melilla porque no estaban en Madrid, se me contestó que allí no había ningún documento oficial, ni aun siquiera se encontraban las claves con que el general Margallo se entendía con el Gobierno. Vea, pues, el Sr. Marengo las exageraciones en que incurrió, probablemente, yo así lo creo, por estar mal informado.

Para concluir esta parte que se refiere á ese malogrado general, quisiera yo, Sres. Diputados, que el Congreso se persuadiera de que hay aquí algo que no me puedo explicar. El Sr. Marengo, elocuentemente, hacía aparecer al difunto general Margallo como víctima yo no sé de qué, como si su memoria no hubiera sido debidamente respetada, ó no se le hubiera premiado suficientemente, ó se le hubiera relevado de su puesto de una manera ligera, etc., etc.

A mí, todas estas consideraciones verdaderamente me asombran; porque el Ministro de la Guerra ha hablado de ese digno y malogrado general en tanto cuanto ha sido necesario, para que el país y el Congreso consideren los actos de esa autoridad y del Ministro de la Guerra, ni más ni menos; pero desatenciones contra él y su familia, ¿por dónde, Sres. Diputados? No hay en las facultades del Ministro cosa que se pueda conceder, que no se haya concedido. La desgraciada viuda del general Margallo goza hoy de la pensión máxima que se puede conceder ante esas desgracias; el cuñado del general Margallo se ganó en Melilla un empleo, y un empleo, que es lo más que se le podía dar, se le ha concedido; el yerno del general Margallo se ganó cruz y empleo, y empleo y cruz

se le ha concedido; la señora viuda de Margallo solicitó la gran cruz de San Fernando para su difunto esposo, y el Ministro de la Guerra, que no puede hacer nada en eso más que cursar la instancia, la cursó, en efecto, al Consejo Supremo de Guerra y Marina, recomendando la urgencia de su despacho.

Pero el Sr. Marengo, militar distinguido, hablaba aquí de que se han concedido grandes cruces de San Fernando con tal ó cual fecha. ¿Quién las ha dado, Sr. Marengo? ¿No sabe S. S. que el Ministro de la Guerra no tiene facultades para conceder esas cruces? ¿No sabe perfectamente S. S. que el reglamento de la Orden exige que se proceda por el Consejo Supremo de Guerra y Marina y el fiscal correspondiente al esclarecimiento de los hechos, en que se haya de fundar la concesión de la cruz? Pues esto, ni más ni menos, hizo el Ministro de la Guerra.

Es más, Sres. Diputados: el Consejo Supremo de Guerra y Marina, tribunal ó asamblea de esa Orden, cursaba al Ministro la instancia pidiendo esa cruz, y decía que se pedía fuera de los términos legales, y que sometía al Ministro de la Guerra si podía dispensarse esa falta del término legal, y el Ministro de la Guerra lo concedió en el acto, y en el acto la cursó al ejército de Melilla para que allí se nombrara fiscal, y éste siguiera el procedimiento.

Pues, Sres. Diputados, ese procedimiento está incoado, y el Ministro de la Guerra no puede hacer más que esperar el fallo del Consejo Supremo de Guerra y Marina, que es el que ha de decir si está comprobado el hecho, en que se funda la instancia de la viuda de Margallo para concederla la cruz solicitada. ¿Qué falta por hacer, Sres. Diputados, en favor de esa familia desgraciada por parte del Ministerio de la Guerra, para que se venga aquí á tachar al Ministro de que se ha dado mucho á otros y á ella se le ha concedido poco?

El general Macías se encargó del mando de las tropas de Melilla al día siguiente de la desgracia de su antecesor, y el Sr. Marengo parecía querer dirigir un cargo al Ministro de la Guerra, porque no se le había exigido al general Macías lo que se exigiera al general Margallo. Yo no sé dónde ha encontrado S. S. esta diferencia de criterio en el Ministerio de la Guerra.

El general Margallo tenía órdenes terminantes y repetidas del Ministro de la Guerra para que no se permitiera la intrusión en el territorio español de rifeños fronterizos; pero no se le decía que hiciera una salida para cada rifeño que entrara en nuestro territorio, sino que con la artillería no les dejara entrar; porque en las noticias, que daba la prensa, se suponía que se molestaba á nuestros soldados nada menos que desde las alturas de Sidi-Aguariach, que estaba precisamente bajo la acción del fuerte de Camellos; y aquí tengo los telegramas del general Margallo á disposición del Congreso, contestando que no había intrusión de ningún orden en nuestro campo, y solamente se refería á un hito núm. 2, sobre el cual hizo fuego el crucero *Conde de Venadito*.

El general Margallo, que llevaba, como ya he dicho, órdenes sin limitación alguna para las operaciones, que él juzgara indispensables con los medios con que contaba, hizo uso del fuego, más ó menos criticado y discutido aquí, sobre los caseríos, aduares y trincheras enemigas como tuvo por conveniente. El Ministro de la Guerra en esa cuestión no hizo más

que, como hacía siempre, dejar la responsabilidad de sus actos para aplaudirlos y aprobarlos, como lo ha hecho, á aquella digna autoridad.

¿Qué diferencia de criterio ha existido respecto de uno y otro jefe militar? Es claro que el general Macías llevaba una misión distinta; es decir, llevaba la continuación de lo que debía ejecutar el general Margallo, que era el establecimiento de un campo atrincherado para acampar en él las tropas, que se preparaban para acciones sucesivas.

Después de esto, y no quiero molestar al Congreso repitiendo lo que ya se ha dicho en tardes anteriores, tomó el mando el señor general Martínez Campos, para el cual no tuvo el Sr. Marengo palabras muy amables. ¿A qué fué el señor general Martínez Campos á Melilla? El Sr. Marengo supone que no fué á pelear, sino con una misión pacificadora que sirviera de preámbulo á una posible Embajada.

Yo puedo asegurar á S. S. que el Gobierno y el Ministro de la Guerra, al enviar á Melilla al general Sr. Martínez Campos lo hizo con la idea naturalmente de que obrara mandando aquel ejército de 25.000 hombres ó de los que hubiera necesitado (que más había preparados), haciendo la guerra si la guerra se imponía, ó la paz si la paz era posible. Pero en este punto el Sr. Marengo hacía graves cargos al Gobierno porque se habían entablado negociaciones con gentes como Maimón Mohatar. Esta cuestión de las negociaciones la dejo íntegra á mi digno compañero el Sr. Ministro de Estado; pero como quiera que algo de esa negociación ha venido al Congreso por algunos documentos facilitados á mi digno amigo el Sr. García Alix y al Sr. Marengo por los que los tuvieron, y como esos documentos pertenecían á la época en que el general Margallo mandaba en Melilla, y yo los conozco, puedo decir, á S. S. S. S. y al Congreso, que de esas negociaciones no hay otro documento anterior á los del *Libro Rojo* que una carta enviada por nuestro ministro en Tánger al gobernador de Melilla para que la hiciera pasar por medio de los administradores de las Aduanas al bajá de Oudja. A esto respondía, Sres. Diputados, el que nuestros cónsules en la costa de Argelia comunicaran, como era su deber, al Gobierno español las noticias que recibían del estado y la actitud de las kabilas inmediatas al Muluya y de aquellas que se creía que iban á auxiliar á las del Riff, como la de Beni-Suasen, que tomó parte en los acontecimientos de los días 27, 28, 29 y 30.

Esta negociación se mantuvo por las autoridades de Melilla con aquel bajá, porque la kabila de Beni-Suasen tiene tal importancia, es tan numerosa, está tan bien armada y es de un espíritu belicoso tan exagerado, que siempre ha sido la preferida por el Sultán de Marruecos para sus empresas y en la cual tenía más confianza, y podría ponerse de parte del Emperador si el Emperador no iba á la guerra y tenía que ir á la paz.

Digo esto, porque parece que se da mucha importancia á una cosa tan sencilla. El resultado fué que esa kabila se separó de aquella acción belicosa en que estaba por efecto de la guerra santa que se predicaba en el Riff. El Sr. Marengo hizo unos argumentos, elocuentes como suyos, pero exagerados, sobre el rebajamiento y la humillación de un Gobierno que trata nada menos que con Maimón Mohatar, para el cual tuvo S. S. calificativos que es posible

que merezca. Para mí es un personaje del que no me ocupo, ni me importa nada; pero tengo entre mis documentos una carta del señor general Margallo, creo que del 1.º de Julio, en la cual decía que tenía por sus confidentes noticias de que Maimón Mohatar trabajaba entre las kabilas por la pacificación, para que no pelearan con los españoles; de modo que yo de Maimón Mohatar no tengo más noticias oficiales que las contenidas en esta carta del general Margallo.

El Gobierno, pues, no ha tratado ni negociado con ese personaje, que después fué preso por Muley-Araafa y entregado á los españoles para que lo trasladaran á Tánger, y que anda por ahí en su calidad de santón ó de lo que sea; y el decir que el Gobierno ha negociado con él, no es de bastante efecto para traerlo á estas discusiones.

El general Martínez Campos, mientras mandó el ejército de Melilla, intentó en sus conferencias con el príncipe Muley-Araafa, en sus actos como general en jefe, en los movimientos de las tropas, intentó, digo, ver si había medio de provocar á aquellas kabilas para que recibieran el condigno castigo. Nada de esto pudo verificarse; y el general Martínez Campos, viendo que Muley-Araafa no tenía facultades para tratar ciertas proposiciones que le había enviado el Gobierno, se mantuvo allí hasta que el Gobierno determinó, por las noticias que tenía de Tánger, que fuera nombrado embajador extraordinario y marchara á Marruecos. Yo esta parte la dejo á mi digno compañero el Sr. Ministro de Estado, que contestará cumplidamente á los cargos injustos que se le han hecho, y sólo diré una cosa.

Es original y me causa gran extrañeza, Sres. Diputados, que todo lo que hacemos los españoles, sobre todo cuando es preciso combatir á este Gobierno, se empequeñezca y se rebaje y se le quite el mérito que pueda tener á aquello que ha hecho. Así resulta que esta alta dignidad de la milicia, investida nada menos que con el carácter de embajador extraordinario, cuando va á Marruecos va con el auxilio de las Naciones extranjeras, va porque lo permiten los marroquíes, va á quitarse el casco delante de la autordiad del Sultán, rebajándose á sí propio, y no se ve en esos actos que ejecuta en nombre de la bandera de la Patria, más que aquello que puede rebajarle y empequeñecerle, presentándole ante las Naciones europeas, cuando se enteren de estas discusiones, con un demérito, Sres. Diputados, que parece imposible que propalemos nosotros mismos.

Todavía eso, leído en la prensa extranjera exagerada, en aquella prensa que es propensa á humillarnos y deprimirnos, todavía eso sería malo y lamentable, aunque, al fin, no tenemos que deberla ningún género de atenciones; pero que sean Diputados españoles; que seamos nosotros los que por combatir á un Gobierno que no es de las ideas de los que tiene enfrente, lo empequeñezcamos todo y no realcemos la bandera de la Patria, y digamos que no se practica ninguna acción meritoria para nuestra dignidad, y que nuestros agentes no tienen toda la libertad necesaria y no representan la fuerza en la Nación, y no van en nombre del país, sino ayudados por las Potencias extranjeras, consentidos por los marroquíes y engañados por ellos, para darnos una indemnización, rebajándonos todo lo posible; esta manera de proceder, Sres. Diputados, combatiendo los grandes intereses de la Patria, sólo por combatir

al Gobierno, no sólo no me la puedo explicar, sino que me causa verdadero sentimiento; no porque se combata al Gobierno, no porque se combata mi persona, que es bien insignificante, puesto que en esa vertiginosa carrera de la política, el Ministro de la Guerra dejará pronto este puesto, le reemplazará otro, y apenas si quedará recuerdo de él; sino porque no me parece que eso nos realce ante las demás Naciones.

Yo entrego mi historia al juicio de mis conciudadanos; si he cumplido con mi deber, éstos me lo agradecerán, y si no me lo agradecen, quedaré contento y satisfecho, aun siendo atacado, molestado, combatido y discutido, puesto que la política exige esos sacrificios. Pero, Sres. Diputados, que por deprimir á estos ó á los otros Ministros, se nos presente ante el mundo tan rebajados como se nos quiere presentar en estos continuos combates que á diario sostenemos en estas Cámaras, eso yo lo lamento, no por mí, sino por vosotros mismos. Yo entrego mi conducta al juicio sano de la opinión, seguro de que, si hoy en estas candentes luchas de la política no se me hace justicia, llegará un día, no muy lejano, puesto que estos caracteres meridionales cambian muy pronto de criterio, en que se hará la debida justicia á la conducta del Gobierno en la cuestión de Melilla, á la de sus agentes y al resultado de las operaciones militares.

El Sr. Ministro de ESTADO (Moret): Señor Presidente, contando con la venia de S. S., deseaba manifestar á la Mesa que, debiendo contestar al Sr. Marengo, si este Sr. Diputado no lo lleva á mal, á fin de molestar lo menos posible la atención del Congreso, lo haría después que el Sr. Salmerón hubiera usado de la palabra; pero poniendo por delante la condición de que este deseo mío de molestar el menos tiempo posible la atención de la Cámara, no se tome, por parte del Sr. Marengo, ni como menosprecio ni como descortesía.

El Sr. MARENCO: Pido la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (La Serna): Latiene S. S.

El Sr. MARENCO: Después de la manifestación que ha hecho el Sr. Ministro de Estado, sólo debo decir que yo no atribuyo nunca el que no se me conteste á menosprecio, porque me estimo lo suficiente para creer que nadie me menosprecia. Si S. S. hubiera dicho que deseaba que yo no tomara á descortesía el que no me contestase hasta que lo hiciera, á su vez, al Sr. Salmerón, eso ya sería otra cosa.

Puede hacer S. S. lo que guste; yo estoy á disposición de S. S. y de la Mesa; pero conste que me parece muy mal ese procedimiento de no asistir á esta Cámara, habiéndose iniciado aquí un debate antes que en la otra, y en el cual S. S. tenía que contestar á cargos personales, y que no me parece lo mejor que se contesten en globo y en conjunto. Ahora puede hacer S. S. lo que tenga por conveniente.

El Sr. Ministro de ESTADO (Moret): Pido la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (La Serna): La tiene S. S.

El Sr. Ministro de ESTADO (Moret): Menosprecio es, en mi sentir, menor aprecio; por consiguiente, quería decir que deseaba que el Sr. Marengo no entendiese que yo apreciaba menos de lo que debía sus indicaciones.

En cuanto á mi presencia en la otra Cámara, ¿qué le hemos de hacer? Yo no lo puedo remediar. El

sábado, día en que S. S. usó de la palabra, tenía lugar en el Senado un debate interesantísimo, y mi presencia allí era absolutamente indispensable; y por eso, dispuesto estoy á recibir todas las censuras que se me quieran dirigir, en la seguridad de que no me juzgo acreedor á ellas.

Insisto, pues, en la manifestación que he hecho antes, y con permiso de la Mesa me reservo el hacer uso de la palabra después que hable el Sr. Salmerón.

El Sr. **MARENCO**: Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (La Serna): La tiene S. S.

El Sr. **MARENCO**: Para decir, á mi vez, que si el Sr. Ministro de la Guerra no lo toma tampoco á descortesía, como yo también deseo evitar á la Cámara la molestia de oírme dos veces en dos rectificaciones que seguramente han de tener puntos comunes, y puesto que me será á mí más fácil contestar á un mismo tiempo á las dos, me reservaré igualmente el hacer uso de la palabra, con la venia del Sr. Presidente, para replicar, cuando hable el Sr. Ministro de Estado, á los dos Sres. Ministros.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Por mi parte, no hay inconveniente alguno en que S. S. se reserve hacer uso de la palabra para cuando S. S. dice.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (La Serna): El señor Marenco podrá hacer uso de la palabra cuando hayan hablado el Sr. Salmerón y el Sr. Ministro de Estado, rectificando entonces también al Sr. Ministro de la Guerra.

Tiene la palabra el Sr. Salmerón para alusiones personales.

El Sr. **SALMERON**: Los motivos que obligan á esta minoría á intervenir en el debate, han tenido digna satisfacción en los discursos que en su nombre se han pronunciado, y por el conjunto de las cuestiones que en uno de esos discursos se trataron, la satisfacción fué cumplida. En él se ofrecía aquella demostración espléndida de talentos políticos, puestos al servicio de las nobles aspiraciones del alma de un patriota, todo lo cual, sin excepción en todos los lados de la Cámara, fué reconocido en el discurso de mi querido amigo el Sr. Marenco.

Y no tendría yo, ciertamente, necesidad de molestar vuestra atención viniendo á discutir de nuevo esta grave cuestión del conflicto de Melilla, si no fuera porque algunas de las relaciones que en esa complejísima cuestión se contienen, se dejaron á cargo del Diputado que tiene el honor de dirigiros la palabra.

Cifra y compendio de la política del régimen imperante, de la política de la Restauración, es la conducta que han venido observando en relación á nuestros intereses, y pudiera decir á nuestros deberes en Africa, todos los Gobiernos de la Restauración. Como la situación es verdaderamente de quiebra del partido liberal, y, en situación de quiebra, la liquidación se impone, es necesario que todas las responsabilidades vengan á cuenta de los que las hayan contraído, para que el país pueda conocer qué es todo lo que de ellos tiene que temer, qué es lo que de ellos tiene que esperar, si por ventura algo esperara, y qué es lo que puede esperar de aquellos que por imposición ineluctable de la necesidad, por exigencias del movimiento del progreso, son los llamados, en un porvenir que no puede ser muy lejano, á regir los destinos de la Patria; qué es lo que todos vosotros, com-

prendiendo en esta apelación á liberales y conservadores, habéis hecho en estos diez y nueve años de los sagrados derechos, de las legítimas aspiraciones de la Patria, y qué es lo que nosotros los republicanos podemos hacer, poniendo por delante nuestros compromisos, la integridad de nuestra conducta, la inquebrantable firmeza de nuestras convicciones y nuestra constante adhesión á los intereses generales, los cuales estamos siempre dispuestos á subordinar á los de partido.

Sería ciertamente imposible que cumpliéramos unos y otros con el deber que tenemos hacia la Patria, si con motivo de esta cuestión de Melilla, todas esas relaciones aquí no se ventilaran; porque tales pruebas habéis dado, vuelvo á repetir, en esto todos los monárquicos (los menos responsables, he de procurar demostrarlo, son los que al presente gobiernan), que hay necesidad de preguntaros: ¿qué es lo que habéis hecho, en relación al cumplimiento de esos deberes complejos, de los cuales no sólo depende la subsistencia material de un pueblo, sino lo que vale más, las condiciones morales; porque puede fácilmente desmembrarse un territorio, como ha acontecido en Francia, pero si hay un régimen vital, sustancia, vigor y energía para reconstituir la Patria, la Patria se reconstituye, desmembrada y todo, y puede todavía alcanzar más espléndido poder que cuando fuera íntegro el territorio? Y vosotros sois, los unos y los otros, los responsables, no sólo de haber traído á España á una tristísima y deplorable situación material, sino de haber de tal manera empuñado, si no lo tomárais á mal, degradado, el alma de la Patria, que no hay entre nosotros quien fíe ni en el poder ni en la eficacia de la justicia sobre la cual impera la arbitrariedad, ni en el poder ni en el vigor material, porque ni tenemos el nervio que los intereses materiales prestan para la fuerza, ni discreción ni inteligencia para cumplir nuestros destinos.

Es, Sres. Diputados, Melilla una posición en el Imperio de Marruecos cuyas ventajas no he de discutir. Temiera la acusación de incompetencia que pudiera venir de aquellos bancos, si bien en este punto entiendo que desde éstos, tenemos el derecho y aun el deber de acusar nuestra incompetencia, y desde esos, tenéis el deber de respetar nuestras advertencias é indicaciones, aunque incompetentes, porque somos órgano de las aspiraciones del país.

Pero sin entrar en esa discusión, es el hecho que tenemos esa posesión de Melilla, y es el hecho también, que no podrá negarse, que para eventualidades, quién sabe si no lejanas, pero próximas ó remotas, como quiera que sea, para esas eventualidades, Melilla es una situación de todo punto ventajosa para ir á Fez, Mequinez y Tafilete por el Figuig ó el Muluya; y cuando de una posición de esta clase se trata, y cuando existe en una tradición como no la puede ofrecer historia alguna, una relación de estas que se contraen en el proceso de la civilización, consagrado por vida secular, de devolver nosotros á la raza semita lo que de ella hemos recibido en nuestra sangre, la civilización que la hemos debido, para encarnar en ella el genio de la raza aria, cuando hay estos vínculos íntimos y secretos que llevan á los pueblos á confundir en una conjunción de esfuerzos la obra siempre redentora y divina de la civilización, no puede haber quien pensando en aquellas

seculares tradiciones, quien sintiendo en su alma este noble vínculo que constituye la bondad de nuestra razón, la condición del genio semita y del genio ario, no sienta que hay más allá del estrecho de Gibraltar una tierra que nos llama á cumplir una misión que es parte integrante de nuestra vida nacional.

Y de esa posición que por tales y por tan trascendentales vínculos á todos nos liga, porque lleva á la Patria á defender como misión de honor nuestra influencia en el Imperio de Marruecos, de esa posición, ¿qué habéis hecho?

En una relación que no habrá nadie ciertamente de vosotros que no haya de reconocer que es de todo punto imparcial, habré de decir que lo único que en eso se ha hecho que merezca ser mentado, es lo que ha hecho el partido conservador. Lo que hizo el partido conservador, bajo la iniciativa y dirección del Sr. Cánovas del Castillo, es lo único que en este triste período de la Restauración se haya realizado, es lo único que ha señalado algo de propósito inteligente y discreto, algún principio de fecunda política en nuestras relaciones con Marruecos.

Pero es el hado ineluctable, y no puede ciertamente el hombre aspirar á hacer más de aquello que consienten estos dos factores de todos los hechos humanos: el medio dentro del cual se obra y las condiciones del agente; y el medio dentro del cual ha obrado el partido conservador, como el medio dentro del cual os desenvolvéis vosotros los liberales, es un medio que hace completamente imposible una política fecunda en las relaciones internacionales.

El hombre es harto menos libre de lo que presumís. Constituidos en el medio en que estáis, ¿qué podéis hacer que no sea lo que responda á esas exigencias implacables, ineludibles, de los intereses dinásticos respecto de los cuales en cuanto pugnan con los intereses nacionales por las necesidades del poder, por la aplicación inexorable del *propter vitam vivendi*, tenéis que sacrificar los intereses nacionales á los intereses dinásticos? Y ha resultado de esto, que en cuanto á aquella política discreta y previsor de afirmar el *statu quo* en Marruecos, que sólo podía ser fecunda, que sólo podía servir á las aspiraciones nacionales, á cuenta de que de ese *statu quo* nos aprovechásemos para extender nuestra influencia, creando aquellos intereses civilizadores tras los cuales fueran luego los resortes materiales que legitiman las acciones de la fuerza; habéis sido de todo punto impotentes para utilizarla, y ha servido sólo ese *statu quo* para alimentar codicias de otras Naciones, para dejar abierto el paso á otras influencias y para ver mermando nuestro prestigio y reducidos á la impotencia nuestros esfuerzos.

En los hechos que han de confirmar estas consideraciones generales que he apuntado, no habrá quien con razón contradiga lo que el Sr. Marengo especialmente ha demostrado aquí, lo que ha resultado de aquellas discretas insinuaciones del Sr. García Alix, lo que, en parte, el Sr. Martín Sánchez también significó; es á saber: el completo, el general abandono de todos los medios de defensa de Melilla. Pero ese completo, ese general abandono de todos los medios de defensa de Melilla, ¿constituye sólo una falta del partido liberal? ¿es el partido liberal el responsable de ese abandono? Sería el colmo de la injusticia llegar á hacer presa en ese espíritu de sacrificio de que se halla poseído el Sr. Ministro de la Guerra.

Es el Sr. Ministro de la Guerra el menos responsable de todos.

En cuanto á la responsabilidad general de ese Gobierno, ya la iremos examinando, sin contar aquello en lo cual no cabe exigir responsabilidad cuando la cabeza no se entera de lo que pasa en el organismo.

Es Melilla una plaza en la que, por las condiciones que tiene, ya lo decía el Sr. Ministro de la Guerra, se hace casi de todo punto imposible que en breve tiempo, con la urgencia y con la perentoriedad que graves atropellos demandan, puedan mandarse fuerzas, aunque estuvieran prestas en el puerto más cercano aunque estuviesen en Málaga embarcadas.

Y ya lo decía ese príncipe de los príncipes de la milicia: no hay puerto ni muelles. En Melilla mismo, dadas las condiciones de la plaza, parece, y no quisiera incurrir en acusaciones de incompetencia por parte del Sr. Ministro de la Guerra, que hay espacio bastante para 4.000 hombres, contados sus cuarteles, contadas las casas del Polígono y contados los alojamientos de los distintos fuertes. ¿Qué teníais en Melilla, vosotros los liberales y vosotros los conservadores? Habéis tenido una guarnición que llegó á 3.000 hombres, y la habéis venido reduciendo precisamente en los tiempos en que el presupuesto de la Guerra iba subiendo, hasta dejarla en la cifra de 1.500 hombres nominales, de los cuales resultaba que el 2 de Octubre no había más que 700 hombres útiles para la guerra. En cuanto á las relaciones de la plaza, no sólo no teníais puente para comunicar á través del río Oro con el fuerte de Camellos, que era la cosa que más urgía, de haber realizado aquella insensatez casi inverosímil de construir el fuerte de Sidi-Aguariach, sino que no teníais siquiera en el fuerte que había de proteger aquella parte del campo, más que dos cañones para batir todo el terreno, los cuales era menester llevar de un punto al otro; y no teníais siquiera artilleros que los sirvieran, y tuvieron que servirlos paisanos que se prestaron á ello. Los demás fuertes estaban desartillados, y teníais por junto dos cañones en la artillería de montaña, que hubieron de ir de un lado á otro para evitar lo que había de ser la terrible catástrofe é inconcebible vergüenza del 2 de Octubre.

Estos son hechos; contra los hechos no valen subterfugos ni retóricas; es de todo punto necesario que hagamos los unos y los otros política muy positiva, muy concreta, y que vosotros los que representáis el poder oficial, lleguéis á persuadiros de que el país está, no sólo apercebido, sino harto ya, de los engaños con que en la organización oficial los poderes pretenden manejarlo. Y prosiguiendo esta serie inverosímil, iba á decir de ineptias, pero no quisiera en este debate pronunciar palabras que lastimaran á nadie, procurando inspirarme sólo en un alto espíritu de la Patria, hasta el punto de que quisiera olvidarme de que soy republicano, si no fuera republicano á puro de patriota; prosiguiendo, digo, esta serie inverosímil de innumerables y, por de contado inenarrables abandonos, digo ahora que éstos llegan á término de que no habiendo agua en la plaza de Melilla, algunos de los pocos é insignificantes alibes que allí existen estaban cegados, y no teníais siquiera lo que ya no falta en ningún país civilizado: condensadores para hacer potable el agua del mar. Vuestros fuertes estaban sin provisiones, cuando no debió haber ni uno sólo que no las tuviera para al-

gunos meses, y se ha dado el triste, tristísimo espectáculo, de que en el fuerte de Cabrerizas Altas el día 27 de Octubre, sufrieran los soldados hambre y sed, y posteriormente, cuando estaban cercados los fuertes exteriores, fué necesario ir de una á otra parte á llevar los cañones y á hacer algunos aprovisionamientos ridículos, estériles, por ocho, diez, ó doce días, á costa de sangre, y lo que es más grave que el derramamiento de sangre, porque al fin y al cabo el hombre es un ser efímero, á costa de la reputación, del honor, de la inteligencia de nuestra querida España.

Si yo hubiera, Sres. Diputados, de proseguir narrando hechos, quizá tendría que molestaros por mucho tiempo, y además, no quiero que de uno ú otro lado puedan salir acusaciones de que el hacerlo no es obra patriótica. A eso quiero, desde ahora, replicar, de una vez para siempre, que el poner ante la conciencia del país los males que padece, los vicios de que adolece, las causas que le empobrecen y le degradan, téngolo por obra más patriótica que la de ocultarlo, pretendiendo engañar á los extranjeros, á quienes no se engaña, porque conocen nuestras debilidades mejor que nosotros mismos; y hacerle todavía continuar por este triste camino de la negligencia y de la inercia constante, con lo cual no parece que han de tener remedio los tristes males de la Patria. Sobre esta serie de abandonos, Sres. Diputados, está otro que no diré que nos haya de causar rubor y vergüenza.

Después de todo, las colectividades, lo mismo las de personalidades tan acentuadas y vigorosas como son las Naciones, que las que se forman por el mero concierto de la voluntad, necesitan constituir una atmósfera, un medio en el cual se desenvuelvan y marchen acordes las dos condiciones de que depende el éxito de toda acción humana: la inteligencia, que conoce; la fuerza, que ejecuta; y cuando no lleguen á un concierto esos dos elementos, y cuando la inteligencia es perezosa, porque se ha castrado la fuerza viril del espíritu y no hay energía material, porque se ha desangrado en mantener á los explotadores á costa de los explotados, resulta la inepticia é impotencia de que estamos viendo en todas partes grandes muestras. Y cuando faltan esas condiciones, no quedan sino los estímulos y los resortes del egoísmo personal, y las gentes se olvidan de la Patria, olvidan del interés general, se olvidan de lo que se trasciende del inmediato, miserable, mezquino interés que reside en los resortes de su voluntad, y entonces no tienen las gentes inconveniente en negociar á costa del honor y de los intereses de la Patria.

Así, por ese conjunto de condiciones, resulta este hecho tristísimo, sólo veladamente insinuado por el Sr. Ministro de la Guerra, escrito con caracteres rojos de sangre, y un poco borroso, porque allí se había violado lo más santo y sagrado que debe presidir á la vida de los pueblos, que es la Constitución. Existe un documento en el cual se está afirmando que para coronar ese abandono existía ese miserable, ese inmundo tráfico del contrabando de guerra.

Y no vengáis á decir, Sres. Diputados, como decía alguno, muy digno por cierto en sus sentimientos, en los móviles de su conducta, en la inspiración romántica de su celo, que no puede ni debe hablarse de ello porque se levanta una cruz que hace desviarse del camino. No hay cruz que se levante para

decir la verdad ante el país, y para que esa verdad se depure, y para que ese hecho se averigüe, y para que, sea quien sea el responsable, caiga bajo el fallo inexorable de la conciencia pública. ¡Pues no faltaba más, Sres. Diputados, sino que no pudiéramos decir á una todos los españoles, que Fernando VII fué un infame traidor porque Fernando VII murió!

Sí, Sres. Ministros, averigüese eso con urgencia y con presteza; llevamos ya cinco meses, y no se ha formado ese expediente, y no sabemos si se ultraja la memoria de un muerto ó si hay responsabilidades para muertos y para vivos, responsabilidades que la conciencia pública tiene derecho á reclamar.

En otro género de esta relación que *grosso modo* os voy exponiendo, reparad lo que España, pueblo civilizado, que presume (y en esto no hace más que tener un presentimiento) de altos deberes nacionales, que tiene un preferente derecho para representar la civilización en el Imperio de Marruecos, reparad lo que España ofrece al Imperio de Marruecos como tipo de la civilización con que le brinda: presidios en Melilla, en Ceuta, en los presidios menores, y no os choque que después de esto ponga y misioneros.

Es decir; le ofrecemos, de una parte, lo que en las relaciones con el musulmán, que es el pueblo de la fe, que es el pueblo de los creyentes, mas le ha de predisponer á la lucha, recordando aquella secular de la Cruz contra el Islám, con lo cual, en vez de atraerle, le repelemos; y, de otra parte, presidarios, con los cuales ofrecemos al pueblo musulmán el espectáculo de lo que tenemos desdichadamente, no ya por más abyecto en el fondo de nuestra sociedad, sino lo que tenemos por irredimible, por culpa de las condiciones de nuestro régimen. ¿Qué política es esa que cuando tiene que producir una obra civilizadora no sabe sino oponer á la fe lo que ha de predisponer al odio infranqueable en que pugnan los dioses, y ofrecer el ejemplo más triste de la abyección social, que les ha de hacer formar la idea de que aquellos pretendidos civilizados y civilizadores son inferiores á ellos?

Contra esto decid cuanto os plazca ó se os antoje; pero el enviar misioneros á Marruecos y el mantener allí nuestros presidios, es levantar una barrera infranqueable al progreso de nuestra legítima y obligada influencia en Marruecos. (El Sr. Mella: ¿Habíamos de mandar kraussistas?) No es esta ocasión de discutir con el Sr. Mella, ni lo pretendo; pero, dígame S. S.: ¿cuántos musulmanes ha convertido el padre Lerchundi? (El Sr. Mella: El padre Lerchundi, yo espero que ha de convertir á algunos racionalistas.)

Cuando me haya convertido á mí, me resignaré y acataré su influencia. Hoy, sólo puedo declarar que tengo á honor que Krauss haya sido uno de mis maestros; pero yo jamás he jurado por ningún maestro. No juro por Dios vivo; no juro sino por la razón que con mi esfuerzo investigo; ¿cómo he de jurar por ningún maestro?

Es un hecho incontrastable este á que me estaba refiriendo; y no podéis decir que son cosas de un idealista, como esta tarde desde el banco azul se decía: son cosas positivas. ¿Qué hace Francia? ¿Qué hace Inglaterra? ¿Qué hace Alemania? ¿Qué hacen los pueblos que quieren extender su influencia cuando se encuentran en el país á donde quieren llevar su civilización, con gentes de otra confesión? De tal ma-

nera las respetan, de tal manera las enaltecen, de tal suerte las veneran, que, como acontece en el presupuesto de Francia, está ese culto musulmán subvencionado; de tal manera se saben atraer á esas gentes los pueblos cultos, que Inglaterra ha logrado tener musulmanes que defiendan los derechos de Inglaterra contra musulmanes. De suerte que lo que yo os propongo, sobre ser cosa que dicta la sana razón, es cosa que se realiza con resultados prácticos y positivos por otros pueblos.

Lo que allí necesitamos llevar son industriales, comerciantes, hombres de ciencia y de saber, que sepan infiltrarse en aquel pueblo, que, como todos, á pesar de muchos obstáculos y barreras, va tras la luz, y se recrea en las altas expansiones de la razón, cuando se sabe insinuar discretamente, y no debemos llevar allí lo que ha de repugnarles por su fe, y ha de despertar sus odios y rencores.

Aprovechar ese género de elementos y de fuerzas, procurar crear en toda la costa meridional del Mediterráneo gentes que se penetren de esta misión nacional, que posean los medios con que allí pudiéramos ejercer nuestra legítima y obligada influencia, que hablen como ellos el árabe, que si tienen la fe de la Cruz no vayan á intentar oponerla á la fe del Islam, que vayan á crear intereses, á tratar de enriquecer á aquel pueblo, á enseñarle las corrientes de la civilización, eso es lo que hay que hacer; y de este modo, por este medio esplendoroso, ganaremos primero su alma y no tardaremos después en dominar su cuerpo.

Para eso, Sres. Diputados, como en cualquier orden de relaciones de la vida, para realizar algo fecundo, que lleve impreso el genio humano, se necesita obrar sin prejuicio; que no aprisionen los moldes las libres iniciativas, y que á la par se desenvuelva la acción en la plenitud de todas las relaciones que integra el cuerpo social.

Para eso se necesita preparar primero y aprestar después los medios de realizar una política segura en la plenitud de relaciones que España tenga que cumplir en el mundo; y cuando de eso se haya formado plena conciencia, llegar á saber cómo se ha de realizar esa política internacional, de quién podemos esperar algo, de quién tenemos que temer, y sin pensar en las simpatías ó en las antipatías que de las alturas descienden, ni en las afinidades ó contrariedades del régimen imperante, enderezar la dirección de la política del Estado allí donde brote de las entrañas de la Patria misma, no donde convenga á los intereses de quien no ha sentido en el germen de su vida el genio de la Patria. Y cuando esto hiciérais, reconociendo que en el Imperio de Marruecos hay muchas Naciones que, ojo avizor, pretenden aprovechar la coyuntura para hacer presa en él, debiérais recordar que hay otra que tiene puesto el veto á todo lo que sea el desarrollo espléndido de España; porque parece que en las relaciones de las Naciones hay algo semejante á las relaciones individuales, hay algo que atrae, hay algo de las afinidades electivas, hay algo de las antipatías ineluctables, y donde quiera nos encontramos con un obstáculo que, para mayor afrenta y mengua, todavía se asienta en el suelo sagrado de la Patria, y se nos pone de frente si pretendemos ampliar nuestra acción en Marruecos, y dificulta nuestra vida de relaciones con el África donde quiera que pretendemos llevarlas; y de

otro lado se despiertan codicias que contemplan nuestras islas y posesiones de Ultramar, y vemos que Inglaterra se posesiona tranquilamente de la costa del Hamra, que extiende pacífica, pero continuamente, su dominio en el territorio de España, y todavía hay, quiero decir, cándidos que pretenden servirla dándole bastante provisión de agua y facilitándole el puerto de Mayorga. Y cuando véis en estas relaciones dónde están los intereses contrarios, dónde los afines, ¿qué hacéis para poder extender vuestras fuerzas en el concierto de las Naciones? Humillaros ante Inglaterra, someteros á la tutela del Austria, ponerlos bajo el protectorado de Alemania, y en último término contar con Francia. ¿Qué habéis hecho para todo eso, para concebir el plan de una política internacional, poniendo en él toda la prudencia que aconseje nuestro triste, nuestro menguado estado en todo orden de relaciones (algunas de las cuales he de examinar), pero no encerrándoos en una neutralidad, que no tiene sentido, que es un imposible, que es un absurdo? Porque en la vida de las Naciones, pretender encerrarse en una absoluta neutralidad, es lo que sería en un organismo vivo sustraerse á toda influencia del medio ambiente: no tardaría, en uno ni en otro caso, en presentarse el cadáver. ¿Qué habéis hecho en todos esos cuatro lustros de la Restauración para determinar la orientación de España en las relaciones de esa política internacional? No quiero entrar en el análisis de lo que habéis hecho, porque no quiero encender ningún género de discordias. Lo que puedo decir, siendo mi voz órgano de la conciencia del país, es que no tenéis política ninguna; es que no tenéis más política que la de complacer á quien puede ser árbitro del Poder; no tenéis otra, ni se os alcanza más. Y si no, decidme: ¿qué ha hecho en este camino, con toda la omnipotencia que le prestaba la situación en que había venido á caer España, el jefe del partido conservador, en quien por las condiciones de la persona recayó toda la representación del Poder de la Restauración mientras vivió D. Alfonso? ¿Qué es lo que ha hecho para definir, determinar y proseguir, hasta entregaros como una tradición respetable, una política internacional? Ahí están los hechos.

Y respecto del Sr. Sagasta, no debo decir qué ha hecho; lo único que debo decir es: ¿se ha enterado? Porque si tratándose de lo que pasa en esta mezquina y menguada política, que es la que satisface las aspiraciones de esa representación nacional, no se enteró de lo que había pasado en Valencia sino cuando le dijeron que el gobernador destituido era deudo del Sr. Maura, ¿qué se ha de enterar S. S. de lo que pasa en el Atlas, ó de lo que pasa al otro lado del Mediterráneo, del Atlántico ó del Pacífico?

Es, pues, demostración tan cumplida como la que cabe hacer en este género de Asambleas, la de que nuestra posesión de Melilla la habéis abandonado, la de que no sabíais qué hacer, ni habéis hecho cosa alguna para defenderla, y la de que no tenéis política internacional, como no sea la de mostrar tendencias de todo punto antipáticas é incompatibles con las aspiraciones de la Nación. Y vamos ahora á examinar el conflicto en sí.

Claro está, no tema el Sr. Ministro de la Guerra que al examinar el conflicto yo vaya á tratarlo con la competencia del que viste el uniforme militar; pero sí lo trataré, ciertamente, con toda aquella de-

voción que el hacer religión del servicio de la Patria me impone, y con el resultado, tan pobre como se quiera, pero al cabo resultado, de haber puesto trabajo y esfuerzo para formar alguna clara idea de cuanto en este conflicto de Melilla se encierra. Y en el conflicto en sí, Sres. Diputados, lo que se ofrece primero, lo que salta á la vista es, que España ha estado, treinta y cuatro años después del tratado de Wad-Ras, ó si queréis, para que la cuenta sea exacta y no haya exageración, ha estado treinta y tres años para llegar á formar cálculos sobre la conveniencia de hacer un fuerte en un sitio en que, después de la catástrofe resultó, previo envío de Comisiones y formación de expedientes y consiguientes informaciones, que era una insigne y soberana torpeza, porque estaba dominado por otras posiciones que tenían los moros. Y lo hicisteis.

Sobre esa singular inexcusable torpeza en que la mínima parte toca, casi no toca ninguna, al actual Sr. Ministro de la Guerra, y toda haya de caer sobre sus dignos antecesores, pero que es órgano adecuado de esta política que ante vuestra atención voy desenvolviendo, sobre esa insigne torpeza, cometisteis una falta política, que en la plenitud del siglo XIX no pueden cometer los que dirigen el gobierno de los Estados; porque á esos no les es lícito desconocer resortes que determinan la acción de los pueblos con los cuales tienen relación, y no les es dado ejecutar actos que vayan contra el fin que les está impuesto en la función de gobierno. El acuerdo del emplazamiento de un fuerte junto á un cementerio y junto á una mezquita, tratándose de musulmanes, es el colmo de la torpeza. Sagrada, sacratísima en la relación de la conciencia individual, como de la conciencia colectiva, es la función de la fe para la acción de los Gobiernos. Allá puede discutir la razón respecto de la fe racional que deba sucumbir, ó de la fe racional que deba de nuevo elaborarse; mas para los Gobiernos, en nuestro tiempo, en España, después del año 68, antes no, porque hasta entonces España vivió en la Edad Media, es faltar á los más elementales deberes de gobierno, es caer en el fondo de la inepticia. ¿Cómo habiendo gentes de espíritu abierto, no cerrado por preocupación alguna del fanatismo, no pudieron desde luego, no digo yo presumir, prever con la certeza absoluta que en la previsión, dadas las condiciones de los actos humanos cabe, que había de ser fuente de conflictos el tratar de construir un fuerte junto al cementerio y la mezquita de los musulmanes?

Si á esto añadís la otra torpeza de índole técnica y militar, de estar aquel fuerte dominado, lo que hace que ese fuerte no se acabe, y si se acaba no sirva para nada sino para demostrar vuestra ineptitud y vuestra incalificable torpeza, comprenderéis que precisamente por eso fué culpa de unos y de otros, de vosotros todos, el germen del conflicto. Y como no me duelen prendas de género alguno; como mi primordial deber es hablar en nombre de la justicia y elevar hasta el alto reconocimiento de esa fuente de vida racional la conciencia de un pueblo, yo os pregunto, y es bueno que preguntemos á la faz del país: ¿es que había de parte de los órganos de España algún ultraje que implicara profanación ó atentado al pudor, que provocara y determinara el violento atropello cuyas consecuencias lamentamos y es posible que sea germen todavía de ulteriores y

más graves conflictos? Porque si ese ultraje existió, como hay algunas razones para sospecharlo, deber vuestro es, deber nuestro es también levantar desde aquí unos y otros la más solemne protesta, y decir que en nombre de España no se puede consentir semejante profanación, y que si se ha cometido, estamos dispuestos á castigarla; porque España se ha de producir en todas sus relaciones como un país digno del comercio de los pueblos civilizados.

Señor Presidente, no por el esfuerzo de ahora, sino por una cierta emoción que, dado mi temperamento, había precedido al esfuerzo de ahora, me siento algo fatigado. Yo no deseo que el Congreso pierda su tiempo; pero si el Sr. Presidente y la Cámara no tuvieran inconveniente en acordar que yo hiciera punto aquí, puesto que sólo unos cuantos minutos me quedan para hablar, yo lo agradecería á unos y á otros; si no, estoy á las órdenes de la Cámara y del Sr. Presidente.

El Sr. **PRESIDENTE**: No tengo el menor inconveniente, pero sobre esto habría que consultar á la Cámara, porque falta media hora todavía.

El Sr. **SALMERON**: Entonces, me sobra tiempo; estoy á las órdenes de S. S. Prosigo. (*Varios Sres. Diputados*: No, no.)

El Sr. **PRESIDENTE**: Si quiere S. S. descansar, ó dejar la terminación de su discurso para mañana, nos ocuparemos ahora en otros asuntos.

El Sr. **SALMERON**: Esto es lo que deseaba. De todas suertes, estoy á las órdenes de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: Yo lo que deseo saber es lo que S. S. apetece en este momento.

El Sr. **SALMERON**: Cuando he hecho esta indicación, será que de mi parte algún deseo había. Pero estoy á las órdenes de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: Pues entonces, se suspende de esta discusión.»

Juró y tomó asiento, anunciándose que ingresaba en la Sección sexta, el Sr. D. Federico Ochando y Chumillas.

Peticiones.

Sin discusión fueron aprobados los dictámenes de la Comisión de peticiones sobre las señaladas con los números 25 al 40 inclusive. (*Véase el Apéndice 2.º al Diario núm. 118.*)

A propuesta del Sr. Presidente, el Congreso acordó que se procediera á nueva elección en el distrito de Motril (Granada), vacante por haber sido anulada la que tuvo lugar el 5 de Marzo de 1893.

El Congreso quedó enterado de un Real decreto, trasladado por el Sr. Ministro de Ultramar, fijando el domingo 27 del corriente para la elección parcial de un Diputado á Cortes, que ha de tener lugar en el distrito de Colón, provincia de Matanzas (Cuba).

Se anunció que pasaría á la Comisión de actas la credencial presentada en Secretaría por D. Adolfo Merelles, Diputado electo por el distrito de Ribadavia (Orense).

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para mañana: Los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y cuarenta y cinco minutos.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL MIÉRCOLES 9 DE MAYO DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Constitución de una Comisión: comunicación.

Ratificación de los tratados comerciales con Alemania, Italia y los Estados Unidos: exposición.

Expediente de visita á la Aduana de Cienfuegos, verificada en 1881: comunicación.

Ferrocarril de Madrid á Santander: proyecto de ley.

Juramento del Sr. Silvela (D. Francisco).

Declaraciones hechas en el Senado á propósito de las negociaciones del «modus vivendi» con Francia: declaración del Sr. Ministro de Estado, manifestándose dispuesto á contestar á la anunciada interpelación del Sr. Cánovas del

Castillo.—Discurso del Sr. Cánovas del Castillo explanando la interpelación.—Contestación del Sr. Ministro de Estado.—Se suspende esta discusión.

Juramento de los Sres. Bustillo, Gómez Sigura y Conde de Xiquena.

ORDEN DEL DÍA: Sucesos de Melilla: continúa el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, y en el uso de la palabra el Sr. Salmerón.—Discurso del Sr. Ministro de Estado.—Se suspende la discusión.

Constitución de Comisiones: comunicaciones.

Concesión de suplementos de crédito y créditos extraordinarios al presupuesto vigente; elección de Ribadavia y caso de compatibilidad del Diputado electo: dictámenes.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las seis y cuarenta y cinco minutos.

Abierta la sesión á las dos y media de la tarde, y leída el Acta de la anterior, fué aprobada.

dente á D. José de Cárdenas y secretario á D. Antonio Comyn.

Quedó enterado el Congreso de la comunicación en que la Comisión encargada de informar acerca del suplicatorio del juez de primera instancia de Buenavista de esta corte pidiendo autorización para procesar al Diputado D. Francisco Los Arcos, participaba su constitución, habiendo nombrado presi-

Se anunció que pasaría á la Comisión de peticiones una exposición de los fabricantes, propietarios y trabajadores de la industria corchotaponera de la villa de Cortegana, solicitando la aprobación de los tratados de comercio convenidos con Alemania, Italia y los Estados Unidos.

Se anunció que quedaría sobre la mesa, á disposición de los Sres. Diputados, el expediente de visita hecha á la Aduana de Cienfuegos (Cuba) con motivo de la descarga del vapor *Santiago*, remitido por el Sr. Ministro de Ultramar á petición del Sr. Fernández de Henestrosa.

Se leyó, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de los Sres. Diputados que han de formar parte de la Comisión mixta, un proyecto de ley, aprobado por el Senado, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril que, partiendo de Madrid y pasando por Aranda de Duero y Burgos, termine en Santander. (Véase el Apéndice 1.º al Diario núm. 126, que es el de esta sesión.)

Juró y tomó asiento, anunciándose que ingresaría en la Sección sétima, el Sr. Silvela (D. Francisco).

Declaraciones hechas en el Senado á propósito de las negociaciones del modus vivendi con Francia.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Ministro de Estado.

El Sr. Ministro de **ESTADO** (Moret): La he pedido para decir al Sr. Cánovas del Castillo que estoy á su disposición para contestar la interpelación que se sirvió anunciar al Gobierno el viernes último.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Cánovas del Castillo.

El Sr. **CÁNOVAS DEL CASTILLO**: Recordarán los Sres. Diputados que al anunciar esta interpelación, ocho días hace hoy precisamente, me guardé de exagerar la importancia de su objeto. Sin negar que la tuviera, como la tiene, desde el punto de vista superior de los intereses públicos, hice ya notar entonces que revestía en bastante parte un carácter personal. No se ha agravado desde la fecha en que pronuncié estas palabras el carácter de la cuestión; por el contrario, de una parte, el Sr. Ministro de Estado ha declarado solemnemente que las palabras que han producido cierto incidente, bien conocido, en el Senado, por nadie habían sido tomadas como base, ni como argumento, ni mucho menos como causa de la celebración del *modus vivendi* que en aquella alta Cámara se está discutiendo; y de otra parte, la prensa francesa, tan interesada en esta cuestión de tratados y en todo cuanto con ella se relaciona, como que en los tratados ve con razón, según sean, buenos ó malos, mejores ó peores, el sostenimiento de su poderío político ó no ha dado á esta cuestión y á esta discusión importancia alguna, ó, cuando más, las ha reputado totalmente innecesarias é impertinentes.

Para probar esto último, porque es algún descargo de mi conciencia, leeré lo que, coincidiendo con otros periódicos de los de mayor calidad en la vecina República, ha declarado el *Journal des Debats*: «Sean cualesquiera las declaraciones hechas por el Sr. Cánovas del Castillo el 30 de Octubre de 1892, es este un punto completamente secundario, pues la nota dirigida por el Duque de Mandas á Mr. Ribot el 27

de Mayo de 1892 hasta á probar que España nos concedió el tratamiento de la Nación más favorecida. Dicha nota terminaba con las siguientes palabras: «Quedaría además entendido que en ningún caso los productos franceses ó españoles podrían quedar sujetos en los dos países á un régimen diferencial.»

Esto, mientras durara aquel *modus vivendi*, es claro, y únicamente dentro de aquel *modus vivendi*. Y concluye el *Journal des Debats* con estas otras palabras textuales: «Por eso decíamos al principio que la discusión entablada sobre declaraciones hechas por el Sr. Cánovas el 30 de Octubre de 1892 no tiene objeto.»

No sé si se comprenderá bien el interés que yo tengo, y que, sin embargo, es un interés de importancia, en que desde el principio aparezca que ésta no es principalmente á mis ojos sino una cuestión personal, una cuestión en que mi persona se ha encontrado envuelta en la historia del país, y que el debate que principalmente me propongo sostener es un debate que concierne á esa historia, á la inexactitud y hasta á la falsedad de esa historia en ocasiones; falsedad que si, repito, personalmente me atañe por referirse á mi persona, está también enlazada en cierta medida, como he dicho antes y no creo exagerar, con los intereses públicos.

Ahora, para examinar este punto de historia de las negociaciones respecto al pasado *modus vivendi*, y al *modus vivendi* que el Gobierno de S. M. ha tenido por conveniente plantear sin la autorización de las Cortes, permítaseme apelar á los documentos fehacientes de esa historia, tales como se han expuesto ante la alta Cámara.

Es molesto, y yo lo uso poquísimas veces, discutir con ayuda de documentos y apoyándose en lecturas, y por eso creo que es esta la primera vez en mi vida que entro yo en un debate de esta naturaleza; pero en este debate no hay medio, señores, de esquivarlo. Qúitate esto interés y amenidad al debate, quítale esto inspiración; pero ¡qué remedio! yo no vengo aquí hoy á buscar un triunfo parlamentario, sino que vengo á restablecer pura y simplemente la verdad.

Decía antes que iba á exponer la historia tal como un funcionario público, el señor embajador de S. M. en París, la expuso hace pocos días ante el Senado; y no extrañará nadie, por ser fuerza que lo haga de esa suerte, no extrañará nadie que al mismo tiempo que cite las palabras textuales del *Diario de las Sesiones* del Senado, acompañe á esas palabras, que leeré tan íntegras como se quiera, los naturales comentarios.

Aquí me parece que comienza la parte histórica que me concierne; lo que la precede son consideraciones generales, que, si tienen que ver con la cuestión en sí, no tienen nada que ver con mi persona.

Decía el señor embajador de París: «Yo sostenía la tesis del Sr. Duque de Tetuán, siguiendo las instrucciones del Sr. Moret, mi jefe. En ella insistí con tenacidad; pero aquel Sr. Presidente del Consejo, Ministro de Negocios extranjeros, mostróse grandemente sorprendido, sinceramente sorprendido de que para el Gobierno español ofreciese duda alguna el compromiso contraído al negociar el anterior *modus vivendi*, y me añadió que, para el Gobierno francés, era ésta una cuestión indiscutible, y que nada nos

podía conceder á cambio de la tarifa convencional.»

Ahora bien, Sres. Diputados; los que recuerden de alguna manera aquella negociación, y si no la recuerdan, los que quieran enterarse de estos documentos, que no tendré inconveniente, si es preciso, en leer al Congreso, ¿es posible que dijera verdad el señor embajador de España en París al pronunciar estas palabras y al pretender que el Presidente del Consejo de Ministros de Francia se había *sorprendido sinceramente* de que España considerase que estaba en el caso de no conceder su tarifa mínima ó convencional á Francia, sino á cambio de idénticas concesiones por parte de Francia? ¿No había consentido el Gobierno francés por el *modus vivendi* en que una Comisión técnica de ambas Naciones examinase una y otra tarifa, con el fin de parificarlas, es decir, de acercar la una á la otra todo lo humanamente posible? ¿Había en la nota francesa del 27 de Mayo, contestando á la del Sr. Duque de Mandas, alguna reserva sobre este punto? ¿Qué decía la nota francesa á que me refiero respecto á esta comparación acordada, concertada y pactada? Decía: «Los dos Gobiernos verán, de común acuerdo, sobre qué puntos sería posible satisfacer las reclamaciones presentadas con motivo de las diferencias que existen entre sus tarifas mínimas, nombrando inmediatamente delegados para este objeto.»

¿Era esto decir que lo que esa Comisión hubiera de hacer fuera única y exclusivamente extender las rebajas que habían de hacerse sobre la tarifa mínima española? Si eso se pretendía, ¿por qué no se dijo? ¿por qué no se pactó? Es verdad que más adelante, no por iniciativa ni por deseo de aquel Gobierno, que yo puedo afirmar que recibí del señor embajador francés mil veces la seguridad, que puedo probar y probaré con documentos, de que por parte del Gobierno francés de aquella época no había repugnancia ninguna á rebajar la tarifa mínima, y que era la opinión pública, que era sobre todo la mayoría de la opinión parlamentaria, las que le cohibían; no por deseo de aquel Gobierno, sino como resultado de esto, aquel pacto que tan lisa y llanamente se hizo, que no podía significar más que el cambio de tarifa mínima por tarifa mínima, ó la modificación de una y de otra, se fué convirtiendo poco á poco en un propósito deliberado del Gobierno francés á no rebajar su propia tarifa mínima y á imponernos esa rebaja; pero, en fin, esto entraba en el derecho de aquel Gobierno, á quien no tengo yo el de juzgar, y sobre el que he de decir lo menos posible, aun sin omitir nada de lo que convenga á los intereses de mi Patria y á mi propia defensa.

Volvamos ahora á la supuesta sorpresa (*Rumores*), que no titubeo decir supuesta, del actual señor Presidente del Consejo de Ministros francés. ¿Cómo el Sr. Presidente del Consejo de Ministros francés podía sorprenderse de una tesis que España viene defendiendo en las conferencias constantemente, que defendió en su sesión primera, que defendió en su última sesión, que dió lugar á la resolución final aceptada, si no redactada por el mismo Mr. Ribot, Ministro de Negocios extranjeros entonces, y la que constantemente se afirmó por el dignísimo representante de España que trataba de esta cuestión especial en París entonces, el Sr. Navarro Reverter, y más aún, y antes y después, por nuestro embajador en París á la sazón? ¿Cómo podía ignorar esto el se-

ñor Presidente del Consejo de Ministros francés?

Pero, es más: ¿no hay en el *Libro Rojo*, ó sea en la colección española de los documentos diplomáticos, una nota del Sr. Duque de Mandas, que leeré si hay necesidad ó si se pone en duda lo más mínimo su sentido, una nota con fecha 3 de Octubre de 1892, en la cual el Sr. Duque de Mandas sostuvo que el compromiso era igual, y que España no estaba obligada ni poco ni mucho á rebajar su tarifa mínima sin que una rebaja parecida ó semejante, después de una comparación concienzuda, fuese también hecha por el Gobierno francés?

Y en presencia de toda esta suma de hechos oficiales, que no podía ignorar nadie de la administración de Francia y tampoco de su política; en presencia de esto, que era á la sazón en París del dominio de todo el mundo, ¿había de haber dicho el actual Presidente del Consejo de Ministros francés que se sorprendía sinceramente de nuestra reclamación? ¿Puedo yo admitir la exactitud de estas palabras del embajador de España en París, cuando están tan en contradicción con hechos de tal notoriedad?

Estas cosas, como todas aquellas que consisten en palabras que se pronuncian y se cambian sin consignarlas por escrito, hay que juzgarlas con arreglo á los principios de la crítica racional; y en este caso, si yo no creyera, como creo, que el señor embajador de España en París padeció un error gravísimo, y que Mr. Casimir Perier no se sorprendió de nada, tendría que creer otras cosas mucho más desagradables.

¿Cómo el señor embajador de España en París, que no iría allí sin estudiar siquiera las páginas del *Libro Rojo*, que no se comprende que fuera allí sin enterarse de los precedentes de la negociación, que debía saber en qué consistía la razón de España, como debía conocer los pretextos de Francia para negarse á lo que se pedía; cómo teniendo éste conocimiento, que yo benévolamente supongo, oyó que el Sr. Presidente del Consejo, Ministro de Negocios extranjeros de Francia, se sorprendía, y no se sorprendió él á su vez, que bien lo merecía la cosa?

Continuaba su triste historia el señor embajador de España en París, y decía: «...pero me exponía Mr. Casimir Perier un argumento, al cual, en realidad, no era fácil contestar: «¿cómo pueden, me decía, los negociadores del *modus vivendi* suponer que nosotros podíamos ni podemos conceder nada en el sentido que usted me indica, cuando hay una ley en Francia, la ley de tarifas, cuyo art. 1.º lo prohíbe terminantemente? Sería necesario que el Gobierno francés, que Mr. Ribot, hubiese sido desdichadamente sorprendido.»

¿Ignoraba también el señor embajador de S. M. la Reina en París dos hechos notorios, dos hechos que nadie ignoraba ni podía ignorar? ¿Ignoraba, primero, que ese propio precepto, que él creía tan inflexible, está comprendido en nuestras leyes, y que todo eso podía tener la modificación que se creyese necesaria en un proyecto de ley que lo alterara, y también podía tener, aunque en esto no he de ocuparme ahora, la modificación por un golpe de Estado que resolviera la cuestión como aquí se ha resuelto, pero que en todo caso, y puestas las cosas en su camino regular, nos hallábamos en un caso idéntico, es decir, que mientras una ley especial no concediese la rebaja de tarifas, el Gobierno no tenía autoridad para

hacerla, pero que lo mismo allí que aquí podía alterar las cosas una ley mediante la cual se podrían rebajar las tarifas recíprocas?

Pero esto, con ser tan notorio y tan decisivo, es lo de menos. ¿Es que ignoraba también el embajador de España en París, que el Gobierno francés, aquel mismo Gobierno francés, por aquellos días, ó poco después, estaba ajustando un tratado con Suiza sobre rebajas de la tarifa mínima? (*Aprobación.*)

Sin que ignorara esto el señor embajador, no se comprende la seguridad con que le preguntaba al Sr. Duque de Mandas en el Senado, creyendo confundir así de un solo golpe á sus adversarios: «¿pero cree S. S. que el Gobierno francés podía rebajar la tarifa mínima?» Yo, no lo oí; pero los que lo oyeron, debieron quedarse asombrados, como yo me quedé asombrado cuando lo leí; y hube de preguntarme: ¿cómo negaba el Sr. León y Castillo la posibilidad de lo que se estuvo realizando ante sus ojos? ¿Pues no sabía todo el mundo, ó debiera saberlo, porque por lo visto había quien lo ignoraba, lo que había acontecido en este tratado con Suiza? Pues había acontecido, que Francia aceptó por medio de Mr. Ribot un juicio contradictorio de la tarifa suiza con la tarifa francesa, que es, poco más ó menos, lo que aceptó con España; había acontecido que el Gobierno francés y los representantes de Suiza se hallaban de acuerdo en rebajar la tarifa mínima francesa (esa que, según el Sr. León y Castillo, no se podía rebajar) nada menos que en 52 partidas; había sucedido que el propio Mr. Méline, jefe, como todo el mundo sabe, de la fracción proteccionista francesa y presidente de la Comisión que había examinado esta cuestión en la Cámara, opinó que se debía rebajar la tarifa mínima, si bien no ya en 52 artículos, sino solamente en tres; pero la cuestión de principio estaba resuelta. Monsieur Méline creyó, entre otras cosas (y permitidme descender á estos detalles, porque suelen ser detalles prosáicos, y que á veces parecen nimios, los de estas cuestiones arancelarias), que la prosperidad de la industria de los quesos en Francia reclamaba que se rebajase el arancel sobre las leches suizas; y como creyó esto, propuso la reducción de la tarifa mínima, como aquí hemos hecho nosotros en algún caso, del que hablaré más particularmente, y como pudiéramos haber hecho, porque en nuestro derecho estábamos de hacer todas aquellas rebajas de nuestro arancel que fueran convenientes á nuestros intereses, con relación, si no á las leches, á las vacas de leche, tratándose de un convenio con Suiza.

Pero, es verdad, Sres. Diputados: la Cámara francesa, sin respeto al jefe actual de la escuela proteccionista (tan vehemente son en ella los sentimientos de esta escuela), rechazó el dictamen mismo del señor Méline, y por 150 votos de mayoría declaró que no podía asentir á la menor violación del principio de la integridad de la tarifa mínima. Y esto ocurría cuando ya llevábamos nosotros mucho tiempo de negociar sobre esta misma base de la rebaja de la tarifa mínima.

Ya tendrán los Sres. Diputados otras pruebas de aquí en adelante; pero creo que puede bastarles ahora con estos testimonios inconcusos, para ver con qué especie de desenvoltura y de facilidad perniciosa hacia la historia de nuestras negociaciones con Francia el embajador de España en París.

Prosigue esa historia, y llegamos ya al punto que es el primordial objeto del presente debate. Decía el Sr. León y Castillo, «que el Presidente del Consejo de Ministros de Francia le había asegurado que yo solemnemente había declarado que Francia obtendría los beneficios de todos los tratados que fuesen concertados por el Gobierno español, y que, por de pronto, ya había adquirido los beneficios de los tratados suizo, sueco y otro».

Me apena, por lo embarazoso, el haber de discutir con documentos; por de pronto, yo he tenido ocasión de examinar los despachos á que el Presidente del Consejo de Ministros de Francia se refería; y sólo como prueba de la inexactitud habitual del Sr. León y Castillo, debo decir que ni para bien ni para mal se habla en esos despachos del tratado con Holanda; y sin embargo, hacía falta para redondear la cosa, para redondear la versión; porque en el caso de que se hubieran concedido esas ventajas tan gratuitas y tan inverosímiles de Suecia y de Suiza, pudiera haber parecido raro que no se aplicaran también los de Holanda; por consiguiente, se insertaron, á pesar de no estar en las cartas particulares que el embajador de Francia en Madrid dirigió al Ministro de Negocios extranjeros de Francia.

Tras esto, habrá que examinar aquí con un poco de detenimiento, si esto que aquí se dice y que se atribuye á Mr. Roustan, ó que el propio Mr. Roustan dijo, resiste al examen crítico más ligero. Es decir, que esto, que allí se supuso en parte, que el embajador de Francia en Madrid había comunicado, y que en parte comunicó, con efecto, el embajador con manifiesta inexactitud; es decir, que esto, no solamente no es exacto, sino que es imposible; y ahora procuraré demostrarlo con total evidencia.

¿Qué quería decir eso de las ventajas del tratado, que cuando le hablaba en esa conversación tan mal interpretada, me decía? ¿Qué quería decir: «ya, desde ahora, están ustedes disfrutando del tratado con Suecia?» Pues si el tratado con Suecia no se puso en vigor hasta catorce meses después de aquella conversación, ¿habrá alguien que me suponga tan ignorante de la gramática y tan destituido de sentido común, que me crea capaz de hablar de las ventajas que se estaban disfrutando por un tratado que no se puso en vigor hasta catorce meses después? ¿No sería esto una notoria confusión de palabras, no sería una verdadera obcecación, una distracción en la manera de oír? Y yo me apresuro á declarar, como he declarado ante el propio Mr. Roustan, cara á cara, que no lo atribuyo á mala fe; muy lejos de eso, yo creo en la buena fe de Mr. Roustan; pero, por lo visto, no merece tanta confianza su oído ó su atención para enterarse exactamente de las cosas. No; yo tengo que apelar de esto, porque es una cuestión que, aunque yo tomo para mí, como personal, en tanta parte como pueda corresponderme, no titubeo en decir, y reflexionarlo bien los Sres. Diputados, que afecta por mucho también á los intereses de España y al decoro mismo de la Patria española.

Yo, no sólo tengo el derecho de defenderme, sino que tengo el de demostrar, como estoy ya demostrando y demostraré todavía, que esto es imposible. Todos mis adversarios pueden achacarme cuantos defectos quieran; pero el decir á un embajador ni á nadie: «desde luego están ustedes ya disfrutando tales beneficios», que únicamente catorce meses después

podían disfrutar, eso no me lo puede imputar á mí nadie. ¿Qué es lo que explica el error de Mr. Roustan? Lo que nosotros estábamos dispuestos á ofrecer á Francia, y yo le ofrecí sin duda ligeramente en una conversación que yo creía no iba á tener la menor trascendencia, eran todas aquellas ventajas indirectas que concediéramos á las demás Naciones, que estábamos en concederles ventajas indirectas, de todas las cuales podría disfrutar Francia, á pesar de que recíprocamente nos aplicásemos las tarifas mínimas.

En confirmación de que este era el motivo, se me permitirá leer la nota de 3 de Octubre de 1892, á que antes ya me he referido con otra ocasión; nota que fué dirigida por el embajador de España en París, Sr. Duque de Mandas, al Ministro de Negocios extranjeros francés. Habrá de tolerarme el Congreso que la lea textualmente, porque considero su lectura indispensable.

«Señor Ministro: El estudio contradictorio hecho por los delegados franceses y españoles ha demostrado que las tarifas de los dos países tienen defectos, y que para facilitar el desarrollo de las relaciones comerciales entre Francia y España, es preciso llegar á concesiones de una y otra parte (aquí de la sorpresa supuesta en el Presidente del Consejo de Ministros francés), según el espíritu de las notas cambiadas por nosotros en el mes de Mayo, expuesto en el resumen de la conferencia que V. E. me dispensó el honor de remitirme el día 8 de Agosto.

»V. E. hace justicia al Gobierno de S. M. al decirme que no duda de que hará cuanto de él dependa para satisfacer las reclamaciones francesas. No ignora V. E. que en estos últimos tiempos el Gobierno español ha concedido, por la vía administrativa, la entrada de los cerdos procedentes de las Bocas del Ródano; que las Cortes, teniendo á la vista, entre otros intereses, los del comercio francés, han rebajado los derechos sobre el bacalao; que al mismo tiempo estudian, con el concurso del Gobierno, la cuestión de los derechos de exportación del plomo argentífero; pruebas todas ellas de la buena voluntad que anima á España en sus relaciones con su noble vecina de los Pirineos.»

Aquí se ve cómo un Gobierno, que naturalmente estaba lleno de un mismo espíritu, desde su Presidente, pasando por su Ministro de Estado, hasta el embajador en París, sin ponerse de acuerdo, todos decían lo mismo. Hé aquí cuáles eran las ventajas indirectas que el Gobierno español venía ofreciendo á Francia, las que aseguraba que continuaría dispensando en el porvenir.

Pues bien; este despacho del Sr. Duque de Mandas que he leído, textual, es del 3 de Octubre, y la conversación de que tantas veces se ha hecho mérito, es del 30; y como es seguro que en estos días no habían cambiado ni las ideas, ni los intereses, ni la voluntad del Gobierno español, porque esto no podía ser, resulta que lo que el Sr. Duque de Mandas proponía y ofrecía, era aquello, ni más ni menos, de que podía yo hablar con Mr. Roustan.

Siguen luego, y las omito, quejas del embajador español al Ministro francés acerca de que la Francia no nos correspondía con igual cordialidad; y concluye:

«Mi Gobierno sabrá con gusto que V. E., según me hace el honor de asegurármelo, buscará por su

parte el medio de facilitar un acuerdo entre los dos países que responda, tanto á sus recíprocos sentimientos, como á sus verdaderos intereses. Puesto que la aplicación pura y simple de la tarifa mínima francesa no podría conducir á V. E. á tratar de facilitar un acuerdo, y existente por parte de Francia sobre esta base en el *modus vivendi*, V. E. admite que un arreglo más permanente exige algo más que dicha aplicación pura y simple (aquí vuelvo á decir lo de la sorpresa del Jefe del Ministerio francés), y por consiguiente, no dudo de que estará dispuesto, por justa reciprocidad, á la realización de lo que se convino en el mes de Mayo y ha sido estudiado en el mes de Julio, á pedir, llegado el caso, las autorizaciones legislativas indispensables para lograr extender, según es de desear, las buenas relaciones comerciales entre las Naciones de las dos vertientes de los Pirineos, por una tarificación tan igual como sea posible por ambas partes.»

Ya veis, Sres. Diputados, cuáles eran las intenciones manifiestas del Gobierno español; manifestaciones que se extendían á todas las esferas posibles, que palpitaban en los documentos como en las conversaciones.

Pero tal vez se diga hasta lo que el periódico que antes he citado, el *Journal des Debats*, dice: que no parecía muy probable, sin embargo, que una persona tan ejercitada en los negocios como Mr. Roustan haya podido equivocarse. En primer lugar, los que así discurren en Francia, alentados quizás por la manera con que el actual Gobierno ha permitido que se trate á los que han sido jefes del Gobierno en su país (*Aprobación en los bancos de la minoría conservadora*), llegan á punto de imaginarse que un Presidente del Consejo de Ministros de España, que lleva cuarenta años de notoria carrera ante su Patria, y quizás pudiera decir ante la Europa, se haya explicado de la manera que se le atribuye? ¿Qué especie de argumento es este? Bien es verdad que no deja de ser raro que un honrado diplomático, Mr. Roustan, cuya carrera y merecimientos yo estoy dispuesto á reconocer, no deja de ser extraño que se equivoque. Raro es, en efecto; pero lo peor es que el embajador de España en París, tratándose de una persona que, como yo, ha disfrutado en su Patria de la confianza que he disfrutado; de una persona que ha servido á su Patria por tantos años, haya podido creer que puede equivocarse fácilmente, y que lo haya creído al punto de que no se tomara siquiera la molestia de insinuar que se me consultara el texto.

En toda negociación diplomática es costumbre inveterada el comunicarse por escrito las conversaciones que hayan de causar estado para obtener la aprobación recíproca, y no habrá nadie que haya saludado esta carrera que no sepa que eso es incontestable. Llega este caso en que se transmiten palabras de un diplomático francés, y no se me comunica á mí; desde luego y antes de que causaran ningún estado, no se me pregunta si se debía dar alguna fe á esas palabras; no se pregunta al representante de su Patria, y sin hacer esto se les da fe ciega solamente porque era yo, el antiguo Presidente del Consejo de Ministros español, el que las había pronunciado. (*Muy bien, muy bien, en la minoría conservadora.*)

¿No es esto singular, Sres. Diputados? ¿Obré yo así, por ventura? Tan pronto como me mostraron el telegrama de un periódico de Madrid en que se decía

que por la Embajada corrían rumores de que yo había contraído tal compromiso, el mismo día, sin vacilar, y con el periódico mismo, hice que un pariente mío que todos vosotros conocéis bien, el señor Osma (*El Sr. Osma pide la palabra*) fuera á ver de mi parte al señor embajador de Francia, á pedirle explicación de estas inexactitudes.

El Sr. Osma, como explicará aquí latamente... (*Rumores y risas*), tuvo la precaución del buen diplomático, de apenas acabada la conversación, tomar apuntes. (*Persisten las risas.*) ¿Qué se quiere decir? ¿Es que latamente no es lo mismo que de una manera lata? Como yo, naturalmente, por distintas obligaciones que no tengo para qué enumerar, no recojo acepciones del arroyo, he dicho latamente, ó de una manera lata, como frase castiza que indudablemente se puede y se debe decir; y si en el *caló* tiene otro sentido, no estoy yo aquí para ocuparme en ello.

Yo voy no más que apuntando lo que, sin temor de ser por nadie desmentido, y esperando cualquier contradicción, que no vendrá, expondrá después el Sr. Osma. El Sr. Osma tuvo el gusto de escuchar espontáneamente y desde el primer instante, de Mr. Roustan, que yo no había llevado jamás las negociaciones con él; sin duda afirmaba que yo había hablado con él, lo cual era verdad; pero yo, tomando las cosas en su leal sentido, en su único sentido posible entre gentes formales, entendí que esta declaración hecha al Sr. Osma, de que yo no había negociado jamás, me dejaba fuera de cuestión y que no debía ocuparme más en el asunto.

Otras cosas reconoció también Mr. Roustan explícitamente; por ejemplo, que la excepción del trato diferencial por parte de Francia con España no era una promesa á la larga, ni definitiva, ni una promesa que tuviera más valor que el que pudiera darle el tiempo en que estuviera vigente el *modus vivendi*. Por manera que la concesión de las tarifas no diferenciales verdaderamente pactada, se refería al tiempo en que los *modus vivendi* podían cesar cualquier día; pero ¿contraer sobre ellos ninguna obligación? ¿hacer de ellos base para nada? Esto era enteramente distinto y contrario al texto del *modus vivendi*, y esto reconocía Mr. Roustan que no era el sentido.

Pero ¿qué tiene de particular, á todo esto, que Mr. Roustan, amamantado por decirlo así en las aspiraciones de su Gobierno, que consistían en hacer creer que nosotros le habíamos ofrecido rebajas en nuestra tarifa mínima sin darnos él nada en cambio, siquiera sean tan falsas estas especies como acaba de demostrar y demuestra el *Libro Rojo* por sí solo, viera en todas partes el logro de su deseo de que la tarifa mínima francesa, infalible, invulnerable, no podía discutirse siquiera por las demás Potencias; y qué tiene de extraño que el leal servidor, el encanecido funcionario, cometiera faltas en la transmisión de las conversaciones, cuando mi digno amigo el señor embajador de España en París, al publicarse el *Libro Amarillo* en Francia, y comunicarse, según es costumbre, las pruebas, hubo de llamarle á Mr. Ribot seriamente la atención, nada menos que sobre que había seis conversaciones desnaturalizadas? Aquí están las indicaciones de cuáles son; y si no fuera por molestar á la Cámara, leería desde ahora, como las leeré si fuera indispensable, las versiones de Mr. Ribot en despachos y en telegramas á su embajador y las correcciones que hizo el Sr. Duque de Mandas.

Por cierto que es curioso lo que Mr. Ribot contestó la primera vez que vió al Sr. Duque de Mandas, que no creo le contestara por escrito, aun cuando la reclamación por escrito iba, como lo merecía la formalidad de las cosas; pero, en cambio, se encontró al Sr. Duque de Mandas, y le dijo: «Ya he recibido aquellas impugnaciones; he aceptado algunas y he corregido los documentos; pero otras, no.» Esto dijo, y se quedó tan tranquilo; de donde resulta que hay en esto dos textos vivos, que hay dos textos en alguna de esas comunicaciones, y aun en algunas de esas certificaciones; el uno de estos textos vivos, el de los documentos que corrigió el Sr. Ribot; el otro, el de los documentos que el Sr. Duque de Mandas exigió por escrito que se corrigieran, pero que no corrigió el Sr. Ribot. Hasta este punto merecen fe ciega las puras conversaciones; ¿por qué había de ser más infalible la memoria del Sr. Roustan que la del señor Ribot? Pues si el Sr. Duque de Mandas, oficialmente, en una nota formal, le declaró que no había entendido lo que había dicho, y que en seis puntos nada menos era necesario que rectificara su texto, habiendo asentido en alguna parte el Sr. Ribot, ¿qué tiene de ofensivo para el Sr. Roustan, al que no trato ciertamente de ofender en nada, el que en esto, sin quererlo, le pasara lo que á su jefe y se equivocara como su jefe en lo que transmitió? No tiene nada de extraño; tanto más, cuanto que el Sr. Roustan, y estoy de ello plenamente convencido, me ha convencido de ello plenamente, no sospechó que las cartas que escribía al mismo tiempo que sus despachos oficiales, y que escribía con carácter confidencial, pudieran salir á luz.

Ni debía esperarlo; porque esto de conversar conmigo el señor embajador Roustan, de manera confidencial, de cuando en cuando, y aun citándome á su jefe el propio Sr. Ribot, y hablándome en cierta manera, y aun sin cierta manera, á nombre suyo, aunque sin carácter oficial, había tenido principio bastante antes de la conversación á que tanta importancia se da en este debate. Habíanseme á mí hecho antes confidencias de opiniones y de miras, que yo me hubiera estremecido entonces y me estremecería al pensar que pudieran llevarse á conversaciones de cualquier embajador extranjero ó español, con este ó el otro Ministro. Tenían aquellas conversaciones un carácter confidencial que no me creí nunca en el caso de transmitir ni á mis compañeros de Gabinete siquiera, porque como no habían de causar estado, como no conducían á nada que se tradujera en acción pública, creía yo que el secreto debía guardarse hasta para éstos. ¿Cómo había de creer Mr. Roustan, que había mediado en esto y que había visto cuál era mi discreción en estas materias y en otras de más importancia que esta misma, cómo había de creer, repito, que semejantes cartas suyas se entregaran en una ú otra forma á la publicidad? Yo no creo eso posible, y he aquí otro de los motivos que tengo para disculpar grandemente de esto á monsieur Roustan.

Me voy extendiendo en esta historia; pero yo espero que imparcialmente reconoceréis, Sres. Diputados, que me era bastante necesario, y que difícilmente pudiera haber omitido nada de lo que he dicho. Así, pues, habré de continuar la historia. «Monsieur Casimir Perier, decía el Sr. León y Castillo, me dijo que no era posible ni el error ni la mala inteligencia;

porque Mr. Ribot, en telegrama de 3 de Noviembre de 1892, encargó á Mr. Roustan que pusiese en conocimiento del Sr. Cánovas del Castillo, que habiéndole dado cuenta de la conversación sostenida entre ambos, le había prescrito tomara acta de sus declaraciones. Monsieur Roustan cumplió este encargo en 10 de Noviembre, y en un nuevo despacho á su jefe, le dice que el Presidente del Consejo de Ministros le había confirmado dichas declaraciones. (*Gran sensación en la mayoría de los Sres. Senadores.*) «¿Por qué no ha de ser igual ó parecida la sensación de este Cuerpo, cuando yo diga que no hay en eso, en lo que se refiere á mí, una sola palabra de verdad? (*Rumores.*) Aquí está la carta, que he procurado extractar, de 21 de Noviembre de 1892:

«He dicho al Sr. Cánovas que érais del mismo parecer que él respecto al mantenimiento del *modus vivendi*...

»El Presidente del Consejo me ha confirmado sus declaraciones anteriores, insistiendo en que eran confidenciales, y le he dicho que únicamente á título de confidencial os habrá dado parte de nuestra conversación.»

Toda esta insistencia en el carácter confidencial de las conversaciones en las anteriores palabras, y un párrafo que omito, tenía por causa exclusiva el que, no divulgándose, continuara el *modus vivendi* tal y como se había pactado el mayor tiempo posible, á fin de no excitar contra él nuevos, violentos y apasionados ataques y nuevas reclamaciones de algunos viticultores que equivocadamente creían que mejoraría su suerte con la denuncia del dicho *modus vivendi*.

Debo decir aquí que, con efecto, yo era de opinión que aquel *modus vivendi* se mantuviera todo el tiempo posible. Monsieur Roustan declaró al Sr. Osma, y ha declarado en otras ocasiones, que consideraba aquel *modus vivendi* como interino, y era de una cortísima interinidad. Yo debo declarar que estuve siempre esperando su rompimiento por semanas ó por meses. De tal modo era un arreglo provisional, sujeto siempre á las tempestuosas ondulaciones de la opinión proteccionista francesa. Había yo manifestado, con efecto, este deseo, contrario al de importantísimos personajes del partido fusionista ó liberal, que deseaban el rompimiento inmediato de tal *modus vivendi*. En esto nos diferenciábamos; yo creía que era un beneficio del cielo que se continuara aquel *modus vivendi* todo el tiempo que humanamente fuera posible.

Y añadía á esto: «El Sr. Presidente del Consejo me ha confirmado sus declaraciones anteriores.» Aquí no hay nada de tomar acta; aquí no hay nada de formalidad alguna para que de parte del Presidente del Consejo de Francia se hubiera declarado que había que tomar acta de mis declaraciones; aquí no hay más que un solo renglón que concierne al caso: el Sr. Cánovas del Castillo, en la conversación general, me ha confirmado sus declaraciones.

Es decir, que había vuelto á entender mal lo que yo le había dicho. ¿Pero qué es esto al lado de toda esa balumba de frases que no están en parte ninguna? Monsieur Ribot, en telegrama de 3 de Noviembre dice, siguió diciendo á su vez el Sr. León y Castillo «que pusiese en conocimiento del Sr. Cánovas del Castillo que, habiéndole dado cuenta de la conversación sostenida entre ambos, le había prescrito to-

mara acta de sus declaraciones», dándole á esto formalidad, dándole á esto normalidad, elevando esto á contrato, ó concesión solemne. ¿Quién puede decir que una conversación particular tenga ese carácter? ¿A qué añadir todo esto? Donde quiera que esto se haya añadido con relación á mi persona, se ha añadido una cosa que no es verdad. Lo declaro altamente; á mí nadie me ha hecho semejante conminación, nadie ha tomado acta de una cosa que yo considero como una conversación particular; á nadie se lo hubiera yo consentido. ¿Dónde resulta eso en la conversación del embajador de España en París con el Presidente del Consejo?

Pero lo más grave de todo quizás, y originado por algo que antes he dicho ya, consiste en una afirmación que ha hecho suya el embajador de España en París; afirmación que constituye un delito según el espíritu del Código penal, aunque se escape por entre sus redes; pero que es una injuria grave, gravísima, como no la puede haber mayor.

El señor embajador de España en París ha dicho en el Senado que me avisó lo que pasaba; yo supe lo que pasaba desde el primer instante por el telegrama de un periódico, y desde el primer instante acudí á Mr. Roustan.

Confieso que no me hubiera sorprendido que el Sr. Ministro de Estado, que ha tenido tantas veces la bondad, por patriotismo, que reconozco con gusto, de consultarme sobre asuntos diplomáticos y aun sobre asuntos difíciles; de pedirme mi opinión en nombre de la Patria común y de las instituciones, que de igual manera estamos en el caso de servir, se hubiera apresurado á comunicarme lo que en el Ministerio se afirmaba respecto á mi persona; esto no hubiera tenido nada de particular. ¿No habían ya roto el secreto de la correspondencia confidencial? Con esta correspondencia confidencial, ¿no se había procurado obtener ventajas en la negociación? Y aun cuando á mí se me perjudicara, no creo que con un deseo directo, pero sí indirecto, en mi seriedad y en mi formalidad, viéndome de esta suerte tratado, ¿cómo no se le ocurrió al Sr. Ministro de Estado que fuera esa una de tantas veces como S. S. me honra con sus consultas? Yo ya he dicho antes que no me dormí, que incontinenti fui á pedir explicaciones á Mr. Roustan, que si entonces no las dió tan latas, y perdonad la palabra (*Risas*), tan latas como hubiera sido de desear, dió las suficientes para que yo, entendiéndolas de buena fe, me diera por satisfecho. Pero el Sr. León y Castillo ha pretendido haber sido en esto muy considerado, y ha dicho en el Senado que me hizo saber por amigos comunes lo que ocurría. No recuerdo que se me haya hablado más que una sola vez de esto, mucho tiempo después de mi petición de explicaciones á Mr. Roustan, y recuerdo que lo que ese amigo me dijo, y se lo toleré por ser amigo mío, que me lo decía de buena fe, y no ser el Sr. León y Castillo quien me lo decía, que no negara ese compromiso mío. ¡Y á eso llama el Sr. León y Castillo enterar á uno á tiempo para que se defienda de la inculpación! Contesté á aquel amigo mío como debía, como habría contestado, con alguna menos consideración, al Sr. León y Castillo, si eso me hubiera dicho.

¿Por dónde el Sr. León y Castillo podía y debía creer todo lo que en la negociación se le decía? ¿Está el Sr. León y Castillo tan desnudo de malicia, que crea

que todo lo que se dice en una negociación con objeto de sacar el mejor partido, de obtener provecho para el país en contra del otro país, pueda tomarse al pie de la letra, sin discusión y sin examen? ¿Cómo está España servida en el extranjero? ¿Cómo lo puede estar por un embajador que cree todas esas cosas? ¿Qué es una negociación diplomática, sino una lucha, principalmente cuando se discute un tratado de comercio; qué es una negociación diplomática, sino un conflicto de intereses? ¿A qué va cada cual allí? Va á luchar, á convencer, á discutir con toda la habilidad que distinga al negociador, no diré á engañar, tampoco es imposible, pero sí á marear, á aturdir, á aprovecharse de la inexperiencia ó de la torpeza del negociador que se tiene enfrente para sacar el mejor partido. No ha habido necesidad de nada de eso aquí. El Sr. León y Castillo ha tomado como un credo todo lo que le dijeron, y si me lo ha dicho, ha sido para persuadirme á que lo creyera yo también; no lo ha dudado ni por un instante, y á veces ha incurrido en esto en omisiones muy notables.

El otro día pretendió, dió así como á entender que yo no había leído aquí íntegro un despacho; y lo dió como novedad, cuando yo, temiendo fatigar á los Sres. Diputados aquel día, dije una y otra vez: voy á leer una parte del documento íntegro que tengo en la mano; una parte de que no se ha dado conocimiento hasta ahora á las Cámaras y al público, y que puede empezar á darles idea exacta de lo que ha sucedido y de lo que ha podido suceder; pero al llegar á los renglones donde están las palabras que son objeto de controversia me detendré, porque guardo la controversia para otro día; y si yo leyera estas palabras, como no había de poder dejarlas pasar sin correctivo, quiere decir que no anunciaría, sino explicaré hoy la interpelación.

Estoy seguro de que ni uno sólo de los Sres. Diputados que me escucharon, habrán olvidado que yo insistía en que no iba á leer sino aquello que creía que era incontestable para todos, y que aquello que se interpretara de modo distinto, lo dejaría para la interpelación.

Pues bien; el Sr. León y Castillo, que parecía como querer arrojar sobre mí la sospecha de no leer los documentos íntegros, saltó en la lectura que hizo en el Senado, desde las primeras palabras que se referían á haber dado yo gracias á Mr. Roustan por la claridad con que había reproducido nuestras conversaciones en el *Libro Amarillo*, á aquellas en que decía: «La Francia tendrá el beneficio, etc.» Entre estas dos frases, lejos de seguir la una á la otra, había lo siguiente. «No nos pidáis nada, porque nosotros nada podremos concederos mientras no hagáis concesiones para la escala alcohólica.»

Francamente, ¿holgaba que el Sr. León y Castillo hubiera leído este párrafo intercalado entre el primero y el último que leyó? ¿Holgaba que hubiera leído esta declaración terminante que regía al documento entero, que le dominaba todo él, que le inspiraba todo él? No lo leyó, y así se privó á sí mismo, si quería emplear una crítica serena, una verdadera crítica, de un gran medio de análisis y demostración. ¿Cómo podía acontecer que inmediatamente después de esta declaración categórica, que, por otra parte, estaba conforme con la de que dió fe el Sr. Duque de Mandas ante el Senado, hecha por mí en San Sebastián en el mes de Setiembre, de que jamás en

aquellas circunstancias concedería nada por bajo de la tarifa mínima española si no se concedía algo por bajo de la tarifa mínima francesa, que después de esto viniera yo en una conversación á conceder á Francia más que lo que podía pedir que le concediera, como ha creído el Sr. León y Castillo, el trato de Nación más favorecida, cuando en negar y en combatir esa cláusula consistía la principal base del sistema económico del partido conservador? ¿Era juego de niños, para que yo pudiera decirles: no; no me pida usted nada más, porque no podremos hacer ninguna rebaja; y á renglón seguido le dijera: pero todo cuanto concedamos á todas las demás Naciones se lo daremos á usted? (*Muy bien.*) Pues ya, después de esto, ¿qué habíamos de darle? Ni después de esto, ¿qué les habíamos de pedir? (*Aprobación.*)

El Sr. León y Castillo, ¿ha tenido la benignidad para mí de juzgar que yo estaba loco en aquellos momentos? ¿Se puede concebir que una persona que estuviera en sano juicio hubiera podido decir estas dos cosas, una tras otra? Por eso digo que no es que se tratara solo de cosas mal entendidas, evidentemente mal entendidas, sino de cosas que eran imposibles, moralmente imposibles, críticamente imposibles. Estoy enteramente seguro de que ninguna persona de las que tienen el hábito de ejercer la crítica histórica y se hayan dedicado algo á examinar y juzgar de los hechos por los documentos, ninguna, absolutamente ninguna, podrá creer que la segunda parte de este despacho de Mr. Roustan, significa lo que parece pretender Mr. Perier, viniendo tras de la primera.

Además de esto, que á mí me parece evidente y que creo que se lo parecerá á todas las personas imparciales, el Sr. León y Castillo debía saber que yo me había apresurado inmediatamente á aclarar con Mr. Roustan que este compromiso era supuesto, que este compromiso no había estado en mi ánimo ni en mi idea, y que él lo había entendido mal. Debía saberlo el Sr. León y Castillo; á no ser que en Francia le enseñaran á S. S. unos documentos y otros no, á fin de que tuviera la mitad de conocimiento de las cosas. (*Risas.*) Porque á mí me consta por el mismo Sr. Osma, de resultas de otra conversación con el señor embajador de Francia, que apenas salió el señor Osma de su casa, en aquella ocasión en que fué á pedirle esta explicación y á exponerle que no había entendido bien lo que yo había dicho, el señor Roustan dió parte de la visita del Sr. Osma y de mi protesta á su Gobierno. Pudo y debió tener, por consiguiente, el Sr. León y Castillo noticia de esto, á no ser, como digo, que meramente se le dijese aquello que le pudiera extraviar en su gestión, y se le dejase ignorar la verdad total de las cosas. (*Aprobación.*)

Ahora bien, y me acerco al fin, porque no quiero dilatar más esta interpelación; ahora bien, señores Diputados, ¿tenía derecho, en presencia de este texto, en presencia de mis protestas, elevadas á conocimiento del Gobierno francés, en presencia de las denegaciones que, autorizados por mí, habían hecho los periódicos; tenía derecho el Sr. León y Castillo, sin oírme, sin ninguna forma de verificación, á dar por incontrovertible lo que había dicho un representante extranjero, y á no tener en cuenta siquiera ni mis protestas ni mis denegaciones, apoyadas en una crítica incontrastable? ¿Tenía derecho á eso?

Esa conducta del Sr. León y Castillo, tiene dos

caracteres: el uno, personal y privado, que yo me reservo juzgar; el otro, público, que entrego á todas las gentes que, sintiendo en sí el sentimiento verdadero de la dignidad de su Patria, podrán estar dispuestos á condenar á sus hombres políticos, á sus Ministros y jefes de Gobierno cuando adquieran convicción de que lo merecen; pero no pueden aceptar que por el dicho de un extranjero que se extravía en su juicio, se les desacredite ó se les desautorice ante la opinión pública.

Pues con todo esto, ¿qué creerán los Sres. Diputados que ha hecho el Sr. León y Castillo en el Senado la última vez que le ha dirigido la palabra? Discutiéndose allí una cuestión, en que yo no he querido entrar porque no me pareció que cabía bien dentro del debate que tuvo lugar en el Congreso, discutiéndose allí sobre si el Sr. Moret había autorizado ó había dicho del Sr. León y Castillo que hizo bien, ya fuese por señas, ya por algún monosílabo ó por declaración expresa, opinaban algunos que el Sr. León y Castillo, al afirmar que su jefe el Sr. Ministro de Estado hubiera aprobado el servicio de índole especial, que en este caso ha creído prestar al partido liberal, podía, sin embargo, sospechar que podría costarle la Embajada de París esa cabalgada, esa alharaca, esa hazaña que acababa de realizar. Y al defenderse el Sr. León y Castillo de esto, que, como he dicho, á mí nada me importa, y por eso no he entrado en ello ni poco ni mucho, siendo el señor Duque de Tetuán quien le había dirigido alguna de estas indicaciones, respondió el Sr. León y Castillo, que por otra parte había dicho que no tenía ningún propósito de agraviarme: si S. S. cree que por el dilema en que yo he puesto á los Ministros y al que los Ministros han sucumbido (esto venía á decir, poco más ó menos), estoy incapacitado de seguir al lado del Sr. Moret, ¿qué le he de decir yo á S. S., que está al lado de una persona que, siendo Presidente del Consejo de Ministros, ha celebrado convenios y concertado pactos á espaldas suyas?

Esto, que textualmente consta en el *Diario de Sesiones*; esto, tomando las palabras en su sentido general, no en el sentido técnico y mitigado que les dan los principios del derecho, esto es una verdadera calumnia. ¿Cómo, cómo ha probado el Sr. León y Castillo que yo á espaldas de mi compañero el Ministro de Estado, y mientras él estaba negociando en nombre de todo el Gobierno, y á espaldas de nuestro embajador en París, había tratado ó negociado con el embajador de Francia? Hubiera repetido el Sr. León y Castillo, y todavía habría hecho mal, porque las cosas calumniosas ó injuriosas no se repiten para no hacerse cómplice de ellas, hubiera podido decir que eso me lo atribuía un funcionario extranjero; pero dicho así, con toda claridad y crudeza, lo que hizo fué aceptar plenamente la versión del funcionario extranjero, no tener para nada en cuenta mis protestas hechas desde el principio, mis declaraciones, ni siquiera el sentido común que desautoriza la interpretación de que se trata; y después de esto, dándolo por sentado, sin tomarse la pena de oírme como se oye al más vil de los criminales cuando se trata de juzgarle, falló desde la altura de su elocuencia ontisonante, que yo había cometido una traición con mi compañero el Sr. Ministro de Estado.

Claro está que mi compañero el Sr. Ministro de

Estado recibió esto con la sonrisa de desdén que merecía. No quiero yo agravar esta impresión respecto á mi persona; pero no es menor el mío que el del Sr. Duque de Tetuán, sino mayor. Al decir esto, y siendo yo quien soy, y tal como me conoce el país, creo que, verdaderamente, cualquiera defensa sería injuriarme; no hay ningún Presidente del Consejo de Ministros que yo conozca, capaz de hacer una cosa semejante; y todos los que han sido Ministros conmigo, de larguísimos años acá, saben bien hasta qué punto soy yo incapaz de una felonía parecida. El Sr. León y Castillo, después de dirigir estos ataques, que no quiero calificar como se merecen, por respeto, no al que me ha injuriado, sino al Parlamento ante el cual hablo, después de esas afirmaciones incalificables, colocó allí algunas frases de esas que á veces le parecen al que las dice ingeniosas, y están muy lejos de serlo, á propósito de mi supuesto endiosamiento.

No sé qué endiosamiento será este, si no es que sellame así al hombre de honor que se defiende cuando de esta suerte, con tanta falta de conocimiento de las cosas, con tanta falta de respeto á lo que están obligados á respetar todos los hombres, se le ataca.

Francamente: apenas conozco hombre bastante vil, para no estar afectado por este género de endiosamientos.

Y para concluir con una nota algo más amena. Si yo hubiera de haberme endiosado alguna vez, sería cuando el Sr. León y Castillo desde estos ban cos, echando á vuelo sus más poderosas facultades (*Risas*), y tratándose de una cuestión tan seria como el Primer *modus vivendi*, que nosotros ajustamos con Francia y que él discutía, hizo aquí nada menos que personaje histórico, que él discutió, que él trajo á la arena parlamentaria, al perro de mi casa. (*Risas*.)

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Osma tiene la palabra para una alusión personal.

El Sr. **OSMA**: Yo entiendo, Sres. Diputados, que la Cámara, más que escuchar ninguna referencia, que desde luego procuraría que no fuera lata, desea oír las palabras que sin duda desea también pronunciar el Sr. Ministro de Estado. En tal caso, hallándome completamente, como siempre, á las órdenes de la Presidencia y á disposición del Sr. Ministro, dejo al Sr. Presidente que determine si yo debo hacer uso ahora ó luego de la palabra.

El Sr. Ministro de **ESTADO** (Moret): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de **ESTADO** (Moret): Invocado por el Sr. Cánovas del Castillo el testimonio del señor Osma, entendía yo que, como testigo especial de descargo, si cargos hay en este asunto, debía la Cámara oírle en primer término, y, en todo caso, era deber mío el invitarle á que lo hiciera; pero claro está que cuando no lo considera S. S. necesario, ni el Sr. Cánovas del Castillo lo estima oportuno, aquel derecho que yo creía preferente de parte del Sr. Osma, no padece si el Gobierno, usando de su derecho, dice algunas palabras que cree indispensables, después de las que el Sr. Cánovas ha dirigido al Congreso. Y era este pensamiento mío tanto más lógico, cuanto que todos vosotros, Sres. Diputados, recordáis que lo mismo en el viernes último que en el día de hoy, el Sr. Cánovas del Castillo había declarado y afirmado

que se trataba de una cuestión principalmente personal, en la cual él tenía necesidad y vivos deseos de aclarar conceptos que se le habían atribuido, y que por ser de S. S. y por referirse á una cuestión capital, afectaban profundamente al país.

Tomando yo punto de partida y acta de estas mismas palabras de S. S., debo decir al Congreso que en las que yo tengo que pronunciar, sólo me propongo examinar una cuestión puramente retrospectiva; no hay ningún interés del país en juego; lo que exigía resolución, resuelto está; el único interés que aquí queda es el de que se aclaren bien las cosas. Y en este punto, yo he sentido y me ha dolido oír decir al Sr. Cánovas del Castillo, que el Gobierno de S. M. había dejado tratar de manera inconsiderada á un ex-Presidente del Consejo de Ministros, porque realmente, ni ese ha sido nuestro propósito, ni creemos se pueda señalar acto alguno que autorice á nadie á que se nos atribuya semejante clase de intenciones. En todo caso, una vez atribuidas, habrán de rectificarse con el simple relato de los hechos.

En esta cuestión, señores, fijémonos bien en los datos; yo quiero fijarlos bien en vuestra memoria; mi solo interés es que todo el mundo vea con claridad las posiciones en que estamos los unos y los otros. En este punto, Sres. Diputados, el Gobierno de S. M. no ha traído nunca como base de sus resoluciones, no ha considerado nunca como punto más ó menos esencial en su conducta, las palabras atribuidas al Sr. Cánovas del Castillo, ni el señor embajador de S. M. en París lo ha hecho tampoco así.

Yo he tenido á raíz de los mismos sucesos ocasión de decirlo, y momento es de repetirlo ahora. Lo que el señor embajador de S. M. en París ha hecho, primero en el despacho que dirigió al Gobierno, y después en sus palabras del Senado, es tomar el punto de vista de una persona que, necesitada de justificar su conducta y de explicar sus actos al verse acusado y casi acosado por sus adversarios, exclamaba: «Ved si mi misión era fácil cuando además de la opinión formada en Francia (de que me ocuparé) y de los precedentes que había, me encontré en los momentos solemnes de la discusión con nuevas pruebas, con nuevas alegaciones, fundadas en datos fehacientes.» Pero nunca dijo el Sr. León y Castillo: «yo he reconocido esas aseveraciones, yo las he aceptado.» Su actitud, absolutamente correcta, ha consistido en decir: «eso es lo que decía el Sr. Presidente del Consejo francés; yo no lo he admitido nunca.» Y como el Gobierno de S. M. tampoco lo ha aceptado, ni lo ha hecho base de sus resoluciones, de aquí que lo que se haya atribuido con mayor ó menor exactitud, lo que se haya defendido hoy y se defiende en días sucesivos, es puramente historia retrospectiva, sin interés y sin valor para el fondo de la cuestión que discutimos.

Conste bien, porque es interés primordial del Gobierno que quede así por todos entendido.

Después me haré cargo del valor de estas consideraciones. Lo que yo quiero, ante todo, aquello á lo cual aplico toda mi atención y persigo con anhelante interés por el puesto que ocupo, por ser individuo del Gobierno y por tratarse de un Presidente de otro Consejo de Ministros, es consignar sin género alguno de duda, que nuestras resoluciones no se han basado sobre dato ni documento alguno reservado, secreto ó dudoso; que nuestras decisiones se fundamentan en aque-

llos que están completamente acreditados como legítimos, como indiscutibles, por estar impresos en los *Libros Amarillo* y *Encarnado* presentados á los Cuerpos Colegisladores, y minuciosamente verificados por los dos Gobiernos. Y con esto doy la razón al Sr. Cánovas del Castillo en una de sus indicaciones.

Su señoría, aunque no hacía esta premisa, la suponía en su razonamiento: «si os servíais de ese dato, si ibais á resolver sobre indicaciones hechas por una de las dos partes, hubiérais debido preguntarme lo que había de cierto en ellas.» ¿Pero quién ha hecho eso? ¿Dónde está la suposición ó la premisa? Yo, que no consentiría, en los términos que puede emplearse esta palabra, que al Presidente del Consejo de Ministros del partido liberal, se le hiciera una imputación de ese género sin exigir inmediatamente la prueba, no se la podía hacer al Sr. Cánovas del Castillo; y el Gobierno no se la ha hecho, ni tampoco el embajador de España en París.

Por desgracia, S. S. no podía discutir este punto sin devolver al Sr. León y Castillo alguna de esas ¿cómo diré? estocadas, si se puede decir esta palabra en lenguaje parlamentario. Pero á mí me toca, en defensa del Sr. León y Castillo, afirmar de una manera concreta, que las palabras últimamente leídas por S. S. no son todas las que pronunció el Sr. León y Castillo, que no hizo suyas para convertirlas en ataque al Sr. Cánovas del Castillo, las que habían salido de los labios de Mr. Casimir Perier... (*El Sr. Cánovas del Castillo: ¿Cuáles quiere que lea? Porque las leeré.*) No quisiera que se molestara S. S. Me refiero á aquellas que forman el incidente del cargo que el Sr. León y Castillo hacía al Sr. Duque de Tetuán, contestando á algunas de las palabras que el Sr. Duque había pronunciado. (*El Sr. Cánovas del Castillo: Las he leído antes.*) Era esto en el Sr. León y Castillo un natural recurso parlamentario, una defensa legítima, un acto de esgrima oratoria; pero no puede decirse que con esas palabras hiciera suyo y convirtiera en propio, nada de lo que se atribuía á S. S.

Pero dejando ya esto por dilucidado, y después de afirmar resueltamente que la actitud del Sr. León y Castillo ha sido exactamente la que acabo de definir é idéntica á la que yo había adoptado en el Senado, importa ahora averiguar si en el fondo de la cuestión, si lo que en ella hay de grave y de fundamental nace y se deduce de las palabras atribuidas por el embajador de Francia al Sr. Cánovas del Castillo, y que recordó el embajador de España en París como prueba de las dificultades con que había luchado, ó si eso mismo resultaba y aparecía de los documentos ya conocidos y publicados.

Desde el momento en que se firmó el *modus vivendi* creado por las notas de 27 de Mayo de 1892, apareció esta duda, y la opinión pública se fijó en esta dificultad. ¿Qué significaba decir que los productos franceses en España y los productos españoles en Francia, no habían de estar sometidos á ningún régimen diferencial? El Sr. Duque de Tetuán, en el Senado, se adelantó á explicarlo, y lo hizo en los términos que ya conoce toda la Cámara, y que yo no he de repetir. Yo, al preguntarme á mí, ó mejor dicho, al plantearme el problema, hube de contestar: «yo soy el continuador de la política del Gobierno español; lo que el Gobierno anterior ha prometido, prometido está; lo que ha negado, negado está.» Desde

entonces, la discusión iba ya encerrada en estos límites; esto era lo que el Sr. León y Castillo sabía; esto era lo que una y otra vez recordaba al Gobierno francés; y al hacerlo y al encontrar una convicción formada y persistente, me previno lealmente que de tal suerte estaba formada la opinión del Gobierno francés, que no veía posibilidad de modificar el *modus vivendi*; era preciso, ó aceptarla ó romper.

Y de aquí la lucha de ingenio, de fuerza, de energías, lucha descrita en un despacho del Sr. León y Castillo con entera exactitud cuando dice: largo tiempo el Sr. Presidente del Consejo de Ministros y yo continuamos en nuestras posiciones, mirándonos frente á frente, repitiendo los mismos argumentos y sin poder salir de aquella dificultad. Y como si esto fuera poco, en ese momento Mr. Perier, saca esos textos y esas citas, que se autorizaban con la palabra del embajador de Francia. ¿Qué importa, pues, Sres. Diputados, el detalle de esos textos? ¿Quién ha afirmado en el Parlamento español, quién ha dicho de estos Ministros que aquello lo considerásemos nosotros, ni nadie, como un compromiso? Yo no lo diré jamás, yo no lo hubiera pensado nunca.

Por consiguiente, yo no podía hacer, ni nadie ha hecho, un argumento cerrado de que el Sr. Cánovas del Castillo, en sus conversaciones con Mr. Roustan, hubiera ido un poco más á la derecha ó un poco más á la izquierda, y de que lo que el Sr. Cánovas del Castillo manifestó al embajador francés, lo hubiese éste entendido de un modo más ó menos favorable, ó de un modo más ó menos contrario á sus puntos de vista. Lo que había, lo que sigue habiendo, es que la cuestión no estaba planteada de ese modo, con ó sin esos textos; lo que había es que Francia creía tener derecho á la tarifa convencional, y que todo lo que se pensaba, todo lo que se decía y todo lo que se respiraba en Francia, iba forzosamente en esa dirección. Pues qué, ¿caso no están esos rumores escritos en el *Libro Amarillo*? ¿Qué hay en esa conversación que tanto preocupa al Sr. Cánovas del Castillo, que no esté publicado y dicho anteriormente?

Yo invito á S. S. á que se fije en esta consideración, que con absoluta sinceridad y buena fe la hago: ¿qué había de nuevo en esas conversaciones, qué datos traían que no fueran ya conocidos de todos y que no estuvieran ya impresos? Prestadme atención y os lo demostraré en el acto.

Mr. Roustan á Mr. Ribot; despacho de 3 de Junio: «El Duque de Tetuán me dice que el Gobierno no puede por ahora intentar hacer adoptar, no ya las modificaciones eventuales que puedan ser reconocidas como equitativas por los delegados, pero ni aun aquellas que resultan de los tratados recientemente concluidos con diversos países, y de los cuales nosotros hubiéramos disfrutado igualmente. Suecia, en especial, ha obtenido concesiones importantes, y que nos interesan mucho, para la importación del bacalao.»

Y con fecha 4 de Junio, Mr. Roustan dice á Mr. Ribot: «No es posible discutir los tratados ya firmados con Noruega, Países Bajos y Suiza. Esto nos contraría mucho, porque estos tratados contienen concesiones muy importantes de que hubiésemos disfrutado inmediatamente.»

¿Qué es lo que ha aparecido después que no estuviera ya impreso? ¿Qué nuevo aserto se ha hecho que ponga en duda la buena fe, la lealtad ó la manera

natural de discutir y negociar que tienen los países, y sobre todo los países regidos por un sistema representativo? No; el hecho existe, la prueba es fehaciente, y ya se hubiera alegado en el debate, porque á ello nos provocaban la acritud, la dureza y la injusticia con que se atacaba el nuevo *modus vivendi* que había convenido este Gobierno para salir de la dificultad que nos habían creado los anteriores. ¿Es este un mal? ¿Es este un bien? Yo no lo sé; pero esto era una consecuencia indeclinable del debate. No lo hubiera dicho el señor embajador de S. M. en París entonces, y hubiera aparecido en otro momento; y si no hubiera aparecido en la otra Cámara, se habría presentado en ésta. Si el Ministro de Estado no lo alegaba, es porque no tenía necesidad de discutir en ese terreno.

Mi manera de razonar siempre se funda en la convicción que yo tengo, y en esa convicción baso todos aquellos razonamientos que presento en apoyo de mi conducta. Y los que yo presentaba entonces á la Cámara eran de por sí completos y suficientes. Dada la actitud del Gobierno francés, hay que romper ó continuar; hay que romper, tomando el Gobierno la responsabilidad de hacer lo que nadie se ha atrevido á proponer siquiera; lo que ahora, después de esa discusión, no se ha pretendido por el partido conservador; lo que ni aun siquiera en las enmiendas, que al fin son de la exclusiva responsabilidad de los que las firman, se ha formulado; ó hay que mantener lo existente. El Sr. Cánovas del Castillo ha dicho esta tarde: ¿y cómo no lo había de decir hablando desde el fondo de su pensamiento? «Procuramos conservar el mayor tiempo posible el *modus vivendi*, porque este *modus vivendi* es la única manera práctica de mantener las relaciones mercantiles de los dos países.» Y nosotros, puestos en esta situación, lo que hicimos fué sobreponernos al dilema y salir con fortuna de la inmensa dificultad en que nos hallábamos. Esa dificultad consistía en reconocer la tarifa convencional á Francia, buscando la reciprocidad, no ya en las concesiones que obtuvimos, sino en la modificación esencial de la duración del convenio.

El *modus vivendi* que existía por las notas de 27 de Mayo de 1892 era indefinido, *sine die*, y para salir de él había que denunciarlo; el Sr. Duque de Tetuán ha dicho en el otro Cuerpo Colegislador que bastaba con no cumplirlo, y que él no lo hubiera denunciado; pero esto no pasa de ser un juego de palabras. Porque si España no quería cumplirlo, Francia le hubiera echado la culpa; ambos países hubieran entonces colocado la cuestión en este terreno del amor propio, los intereses proteccionistas hubieran estimulado el orgullo nacional para hacer más difícil la inteligencia, y así se hubiera creado una situación indefinible, de la cual no hubiese yo querido ser el encargado de sacar ni á España ni á Francia. (*Muy bien.*)

No; los Ministros, para discutir la cuestión desde ese punto de vista, no teníamos necesidad de los nuevos textos que al Sr. León y Castillo se le exhibían en París; cuando Mr. Casimir Perier le presentaba esos documentos, no añadía cosa alguna á lo que sabíamos de antemano, y nos constaba cuán arraigada estaba en el espíritu del Gobierno francés la convicción de que tenía derecho á la tarifa convencional.

Pues bien; de todo eso salía la resultante en vir-

tud de la cual hicimos el *modus vivendi* á plazo fijo, con tres meses para denunciarlo, si el Parlamento lo acordaba; y si nada decía, con término fijo en 31 de Diciembre de 1894. Esta es la verdad; interpretad y analizad cuanto queráis vuestras palabras para decir que eso no lo habéis pactado; no podréis destruir esta afirmación: la de que el Gobierno francés, con absoluta sinceridad y convicción, creía que se lo habíais otorgado.

Esperaba, Sres. Diputados, el Gobierno de S. M. que estas consideraciones se hubieran tenido en cuenta; que á esta conducta suya hubiera respondido el partido conservador ayudándonos en un interés nacional á resolver esta dificultad; esto era lo que, en todo caso, tenía yo derecho á pedir á mi predecesor en el Ministerio de Estado, que había pasado por estas mismas dificultades, y debía apreciar la situación en que nos encontrábamos.

El 1.º de Enero entraban cuatro tratados en vigor por ministerio de la ley. ¿Se daba la concesión que esperaban, ó no se daba? Si se daba, habíamos dado al Gobierno francés todo lo que pedía; si no se daba, provocábamos una guerra de tarifas con Francia. No había, pues, más que un término medio, el de continuar el *modus vivendi* con la tarifa convencional por el plazo de un año, denunciabile dentro de tres meses. De ese modo se atendía á todas las opiniones, y á todas las necesidades se facilitaba una solución.

No era tal vez, Sres. Diputados, el momento de decir estas cosas el día de hoy; pero toda la Cámara comprenderá que al colocar yo la cuestión donde la he planteado para responder á la interpelación del Sr. Cánovas del Castillo, no me era lícito de ninguna manera dejar de hacer esta afirmación, que saca la cuestión del peligroso terreno, en mi sentir imposible, en el cual se halla: poniendo á un lado las interpretaciones de palabras y los comentarios de frases, se la coloca en este otro terreno, en el cual todo se explica sin mengua de la dignidad de los dos países y sin menoscabo de los dos Gobiernos.

Nadie negará al Sr. Cánovas del Castillo sus propósitos honrados de obtener las mayores compensaciones de Francia; nadie desconocerá que el Sr. Duque de Tetuán, en su discurso del 10 de Mayo, daba un arma á este Gobierno, arma que yo he esgrimido lealmente; pero nadie negará al Gobierno francés el fundamento con que reclamaba, ni al embajador en París el mérito de haber vencido una gravísima dificultad. En cuanto á la solución, podrá ser discutida, pero es la conclusión necesaria, lógica é ineludible de las premisas sentadas.

El Sr. Cánovas del Castillo, por lo demás, puede tener la seguridad de que el Gobierno no ha intentado ponerle en situación difícil, ni el señor embajador de España en París ha creído ni por un momento que hacía á S. S. injuria alguna, cuando empleaba argumentos que entendía necesarios para justificar las gestiones por él seguidas en beneficio de los intereses generales del país.

Yo creo que el Sr. Cánovas entenderá, después de esto, que si ha hecho, para justificación de su actitud, todo lo que era necesario, no debe negar á nadie que haya justificado la suya; no quedando, después de esto, necesidad alguna de insistir en esta discusión. (El Sr. Cánovas del Castillo: Pido la palabra.)

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

Van á jurar tres Sres. Diputados.»

Juraron y tomaron asiento, ingresando respectivamente en las Secciones primera, segunda y tercera, los Sres. Bustillo, Gómez Sigura y Conde de Xiquena.

ORDEN DEL DIA

Sucesos de Melilla.

Continuando la discusión pendiente sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Salmerón continúa en el uso de la palabra.

El Sr. SALMERON: Señores Diputados, producido el conflicto de Melilla en aquellas condiciones, que tuve el honor de exponer en la sesión de ayer, aparece una situación de todo punto contraria á aquella que determina la representación respectiva de un pueblo civilizado y de otro que toca casi en las lindes de la barbarie.

Donde parecía que debían estar las ideas más eficaces, más poderosas, y la inteligencia más adecuada para hacer que produjera resultados rápidos y fecundos, fué donde se mostró una patente, incontestable inferioridad, según acusan los hechos; porque, mientras nosotros teníamos un completo desconocimiento de las fuerzas y de la situación de los rifeños, los rifeños tenían un cabal conocimiento de nuestros medios y de nuestras fuerzas, y lo que es más grave, del estado de ánimo de esas fuerzas; y mientras nosotros estábamos, después del 2 de Octubre, sin saber dónde emplazar las fortificaciones, y dudábamos si se debía ó no seguir la construcción del fuerte Sidi-Aguariach, los rifeños, por el conocimiento perfectamente natural del terreno, levantaban fortificaciones á él convenientemente adaptadas, y extendían esas fortificaciones hasta nuestro propio territorio; y tenían los rifeños armas de las mismas condiciones que las armas de los españoles; y las tenían todavía con una ventaja, la de que ellos no esperaban cosa mejor; mientras que nuestros soldados, sabiendo que iban á recibir mejor armamento, tenían la desconfianza del peor armamento que se ponía en sus manos, y esperaban el mejor para emprender la guerra.

En esa situación, llegaba á producirse en el seno del Gobierno un dualismo tan patente, que por ser demostrado por los hechos no puede con buenas palabras ni con recíprocas explicaciones de cortesía satisfacer á los propios Ministros, cuanto menos puede satisfacer á las exigencias de la opinión. De todo eso resulta, que cuando en la explosión del conflicto, no habiendo ni 3.000 hombres en el Riff, los rifeños hubieran podido fácilmente ser castigados enviando 4.000 hombres, que debían estar prestos en el segundo cuerpo de ejército, se tenía la incertidumbre, había profundos recelos, y el señor Ministro de Estado, obrando en dirección perfectamente contraria á la del Sr. Ministro de la Guerra, quizás ejercitando todas las habilidades de su activo y diligente, si no constante y perseverante ingenio, contra su propio compañero de Gobierno, el se-

ñor Ministro de la Guerra, más que contra el Imperio de Marruecos, escribía una nota verdaderamente inexplicable, dadas las condiciones de S. S.; nota dirigida á nuestro representante en Tánger, y en la cual, haciéndose eco de esta insana agitación producida por la prensa, y por vuestra culpa mantenida, porque habríais podido poner coto á manifestaciones que á la representación del país no honran, convocando estas Cortes, y aquí hubiérais sabido cuáles eran las legítimas y positivas aspiraciones de España en vez de esos fuegos fatuos con que á veces se tuercen y extravían las corrientes de la opinión pública, se decía que había en el Riff 30.000 hombres en armas, y dispuestos á tenerlas hasta 50.000. ¿De dónde y cómo ha sacado eso el Sr. Ministro de Estado? ¿Qué era eso, sino la expresión de una política de miedo, con la que se pretendía, no sólo producir efecto, á fin de que se anticipase la vía diplomática á la justa y obligada reparación de la ofensa por medio de la fuerza, sino el hacer imposible que con la actividad á que sus sentimientos patrióticos le hubieran obligado habría podido proceder el Sr. Ministro de la Guerra? Cuando eso se decía, cuando eso se escribía, ¿cómo era posible que el Sr. Ministro de la Guerra no creyese que era un acto de verdadera temeridad haber enviado 4.000 hombres, con los que hubiera bastado para una pronta y enérgica represión? Como esto se ligaba desde el primer momento con la situación de ese Gobierno, por la dependencia en que aquí se halla toda representación liberal respecto á las exigencias del poder oficial, no parece sino que en la mente de alguien había el propósito, que trascendía á la mente de algunos Ministros, cuyo carácter, cuyas condiciones, cuyas apariencias simpáticas podían prestarse para satisfacer esas exigencias de impedir que el Sr. Ministro de la Guerra fuese á mandar nuestras fuerzas en Africa. Pudo, quizá, en fuerza de bondad y de nobleza de propósitos, no sentir los latidos de ese interno movimiento en el Gobierno, cuya sugestión descendía de las alturas, el señor Ministro de la Guerra; pero conociendo su posición, teniendo conciencia de sus antecedentes, de su representación en la política española, de que es todavía el hombre que no ha dicho que haya abandonado la bandera de la reforma de la Constitución, ¿cómo no presentía que podía ser objeto de soberanos recelos?

El dualismo del Gobierno está demostrado en las notas dirigidas por el Sr. Ministro de Estado, en sus gestiones, procurando atraerse hasta el concurso de los rifeños á quienes debíamos castigar; y todo esto ¡aquí la diplomacia! con aquella apariencia belicosa, desde el primer instante formulada en aquella expresión de «balas, y no notas», para hacer que apareciese ante su colega el Sr. Ministro de la Guerra que él estaba más impaciente por la solución que demandaba la reparación enérgica del honor nacional, que por la vía diplomática, que ha tenido el resultado que luego examinaré.

La gestión diplomática del Sr. Ministro de Estado ha sido toda ella enderezada contra el Sr. Ministro de la Guerra, y claro es que cuando se pensaba en la existencia de 30.000 ó 50.000 rifeños, cuando el Sr. Ministro de la Guerra tenía esta convicción por la atmósfera creada por las manifestaciones de los corresponsales de los periódicos en Africa, que, apenas puesto el pie allí, decían: «nada hemos visto,

pero lo menos hay 50.000 rifeños;» y cuando se consignaba también esto en la nota del Sr. Ministro de Estado, ¿cómo había de pensar en otra cosa el señor Ministro de la Guerra que en reunir un ejército bastante numeroso para vencer á 50.000 rifeños sin que hubiese temor en el éxito de la campaña?

Pero es el caso, que todo eso era pura ficción del miedo, si es que, como yo creo, y tengo la convicción de que conmigo cree la mayor parte del país, no era todo eso una invención al servicio de las altas necesidades del poder.

Pero es el hecho que contra esas gestiones de la hábil diplomacia del Sr. Ministro de Estado contra el Sr. Ministro de la Guerra, y para el legítimo descargo de éste, no debía tener el general Margallo la idea de que hubiese el 2 de Octubre en el Riff más combatientes que aquellos que pudiera batir con sus 700 hombres útiles, cuando no pedía al Sr. Ministro de la Guerra sino que cubriese las bajas; y en esta incertidumbre, en esta vacilación, dimos este triste y vergonzoso espectáculo de que unos y otros sois responsables, y más los conservadores que los liberales, de encontrarnos con que no había material de guerra, y tuvimos á todo escape que ir á comprar 10.000 fusiles Maüsser, á comprar municiones, á buscar espoletas por todas las plazas de España; y no teníamos vestuario, ni había conservas, ni pudimos disponer, ni se ha dispuesto aún, después de haber mandado 22.000 hombres, más que de 600 acémilas, cuando eran necesarias más de 2.000; y llegaron á faltar hasta aquellas condiciones indispensables para atender á la salud de los soldados, que iban allí á derramar su sangre, á ofrecer su vida en holocausto de la Patria; porque no teníais ni siquiera desinfectantes, y llegó á producirse en aquel campamento la enfermedad que sólo se produce en los pueblos salvajes: la podredumbre de los hospitales.

Claro es que, tras aquel primer aplazamiento, cuando no se respondía á las exigencias del país, cuando ya se hallaba el Sr. Ministro de la Guerra colocado en aquella situación imposible, en que no podía aparecer siquiera como aquel memorable *Cunctator*, que era tardo en preparar la batalla, pero seguro en el éxito, no habíais de mandar 4 ó 5.000 hombres, que pudieran ser expuestos á un descabro; y de aquí, dilación tras dilación, y tiempo tras tiempo, en esta inquietud, en esta zozobra, en esta mengua del honor nacional, sin poder ser reparado, cuando figura en los presupuestos un ejército de 100.000 hombres.

Y lo que pasó fué, no entrando en pormenores que me llevarían á molestar la atención de la Cámara más de lo que deseo, y sin que haya ciertamente necesidad de ellos para lo que yo deseo demostrar aquí, á fin de que con la eficacia de la demostración trascienda á la conciencia del país y á todas las instituciones, que con la conciencia del país han de venir á identificarse, lo que pasó fué que, cuando iban enviándose hombres y llegó á haber 22.000 en Africa, ya tenía el Gobierno, quizá con la excepción del Sr. Ministro de la Guerra, cuya bondad ha quedado en esto á la altura de su lealtad incontrastable, ya tenía el Gobierno, con la excepción, en mi sentir, del Sr. Ministro de la Guerra, la seguridad de que aquellas cosas habían de terminar en paz, y que sólo en una remota eventualidad, á la cual hubiera podido

servir la actitud del Sr. Ministro de la Guerra y su deseo de demostrar que había servido para aprestar los medios indispensables para reparar el honor nacional, podía pensarse en la guerra; porque la única eventualidad que pudiera llevarnos á la lucha, estaba en que ese ejército hubiera sido mandado por el Sr. Ministro de la Guerra; y la inspiración que descendía de las altas esferas del Poder, y que trascendiendo hasta las últimas capas sociales, ha llegado á encarnarse en la conciencia de nuestro pueblo, era la súplica rendida de sentimientos y de antojos femeniles de que no hubiera guerra en Africa.

Y dentro del Gobierno, y fuera del Gobierno, por esa habilidad en que todavía siguen siendo maestros los conservadores, y por las ventajas que les presta la posición de ser tenidos como fieles y leales servidores de los que no puede venir peligro alguno, mientras respecto de vosotros existe siempre el recelo, y de aquí la diferencia, por las condiciones naturales de toda personalidad humana, de que, mientras con los altos Poderes del Estado pueden mantener con firmeza sus actitudes y sus resoluciones los conservadores, vosotros, que estáis necesitados de demostrar espíritu, iba á decir de servil cortesanía, pero al menos de humildad y complacencia con las aspiraciones del Poder fundamental, tuvisteis en esa situación que ceder ante una cuestión que para un partido político implica una verdadera humillación.

Mientras el Duque de Tetuán iba á aperebir al entonces capitán general de Cataluña de la perentoria urgencia de venir á Madrid, bien para prestarse á recibir el poder, no sé con quiénes de vosotros, aunque sospecho que con los que están más cerca de estos bancos, bien para poder imponerse al Gobierno y ser él quien mandase nuestros soldados en Africa, se produjo este hecho verdaderamente extraño, que en cualquier otro país que no fuese España hubiera sido causa bastante para quebrantar la existencia del Gobierno, ó para que el Gobierno le convirtiese en motivo de crisis, después de haberle impuesto la severa corrección que merecía: el capitán general de Cataluña tomaba clandestinamente el tren en Moncada sin conocimiento del Gobierno; y cuando el Gobierno se dirigía, después de grandes pruebas de abnegación y de sacrificio, no quiero decir de humillación por la caballería del Sr. Ministro de la Guerra; cuando el Gobierno se dirigía á ese capitán general de Cataluña, sin saber dónde se encontraba, preguntando por él en las estaciones del tránsito, se lo encontró aquí; sabiendo, según decís vosotros, que había de venir, que había pedido licencia; porque, claro está, estas cosas se preparan siempre en la forma legal; pero en el modo de hacerlo, es la verdad que vino á sorprender á ese Gobierno, á imponerle su sumisión. (*El Sr. Presidente del Consejo hace signos de extrañeza.*)

No nos hemos de convencer, Sr. Presidente del Consejo de Ministros... (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros:* Ni yo trato de convencer á S. S.) Si S. S. aceptó primero el poder bajo la fianza del general Martínez Campos, ¿cómo, para conservarle, y en su estado valetudinario, no había de aceptar ahora su protección? (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros:* Me hace gracia todo eso.) A no ser que también esas cosas las haga S. S. sin enterarse. (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros:* Su señoría sí que no está en-

terado de nada de lo que pasa en este país. Parece que viene de la luna.)

En definitiva, Sr. Presidente del Consejo de Ministros, para lo que en este caso importa, para que la conciencia del país se forme, entre lo que S. S. diga por exigencias y necesidades ineludibles del poder y lo que yo digo sin prejuicios, ni preocupaciones ni incentivos de interés alguno, el país sabrá escoger, y en definitiva dirá de parte de quién está la razón. (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros:* Yo ya dejo al país que escoja.)

Eso, lo iremos viendo; porque yo he de demostrar alguna conclusión de este conflicto de Melilla que tengo la seguridad de que confirmará después de todo el país.

Como quiera que esto sea, el general Martínez Campos vino aquí á satisfacer todos los soberanos deseos, vuestra imperiosa, apremiante necesidad, á costa de un nobilísimo, pero estéril para el hombre político, sacrificio del Sr. Ministro de la Guerra de ir á mandar nuestro ejército de Africa. ¿Y qué hizo el general en jefe del ejército de Africa? Esto es obligado examinarlo; y es tanto más obligado, cuanto nos encontramos en situación de tal naturaleza, que urge, apremia que sepamos qué poderes existen en España, qué limitación tienen en su respectiva acción esos poderes, y si existe alguno ante aquello que por el precepto de la Constitución es irresponsable, y aquella persona en cuya rebeldía se encarnó la Restauración.

Los hechos llevados á cabo por el príncipe de los príncipes de la milicia en este ponderado imperio de esplendor militar de la Restauración en España, habrá de reducirlos, tengo la absoluta seguridad, habrá de reducirlos la historia, cuando con imparcialidad se escriba, á los puntos culminantessiguientes:

La recepción de supuestos cabos de kabila, que no de cabos reales y efectivos, acompañando á las conferencias con el Príncipe Araaf, y la supresión de una guerrilla llamada de *la muerte*, que constituía, sin duda, un hecho bochornoso para la alta representación de nuestra milicia, para el honor y la civilización de España; porque la existencia de aquella guerrilla de *la muerte* es una verdadera afrenta para un país civilizado.

Salvo per completo, si queréis, el heroico valor, así del jefe como de aquellos desdichados, que entre el valor y el crimen ofrecían este espectáculo de bravura tan encarnada en nuestra raza; pero el hecho es de todo punto bochornoso. Su supresión es lo único que constituye un hecho de honor para aquel general en jefe; porque prosiguiendo lo que después de eso contará la historia, lo más notable que después ocurrió es (un Sr. Diputado lo decía desde esos bancos, dirigiéndose á los de los conservadores) que dijo una misa con toda la solemnidad y representación que requería un ejército numeroso á vista de los rifeños. (*Un Sr. Diputado de la minoría conservadora:* No es exacto; aquí no se ha dicho eso.) Pero si no dijo la misa, la ordenó. Y después de eso, señores Diputados, hay dos hechos que yo tengo necesidad de examinar, no con espíritu de partido, no como hombre político, no meramente como Diputado si quiera: que yo he de examinar como hombre que procura conocer la ley y hacer culto de su respeto y cumplimiento.

Realizó el general en jefe dos actos: uno que debió teñir en sangre su uniforme, y otro que ha violado la Constitución y las leyes del Estado. El fusilamiento del desdichado José Farreu, que se llevó á cabo el 1.º de Diciembre último, y el bando publicado el 4 del mismo mes.

Examinemos esos dos hechos con entera serenidad de juicio, y examinémoslos enterándonos de las leyes; entérese el Sr. Presidente del Consejo de Ministros en primer término; entérense después los insignes jurisconsultos que formaban parte de ese Gobierno, el propio Sr. Ministro de Estado, que, si no los profesa en la práctica, tiene conocimientos reales y positivos, y el Sr. Ministro de la Guerra en aquello que, por el cumplimiento de las leyes militares, especialmente le concierne; y veréis, Sres. Diputados, que son dos páginas realmente oprobiosas, y que podían ponerse á la par con el hecho de la rebeldía de Sagunto ante el enemigo, que vosotros habéis amparado, vosotros habéis sancionado y habéis contribuido á que en este país de tal manera llegue á enmohecerse el sentido moral, que se hace vil instrumento de la vida de los hombres y escarnio de la Constitución y de las leyes del Estado.

Y comencemos por el hecho cruento, que bien pudiéramos llamar cruel.

Yo no he de exponer ni las condiciones ni los precedentes del hecho que realizó el desdichado José Farreu en aquel otro más desdichado Amadí: fueron tan sobriamente expuestos por mi querido amigo señor Marenco, que yo cometería una verdadera torpeza en reproducirlos, y quedaría mi reproducción muy por bajo de aquella relación. A mí me bastaría decir, que cuando no ha habido absolutamente testimonio alguno, ni del propio mutilado, porque éste no dijo que fuese José Farreu el que lo mutiló, y cuando no ha habido contra él otra deposición que la de Pareja, aquel más directamente acusado por el mutilado Amadí, fué condenado á muerte el día 1.º de Diciembre (notad bien, Sres. Diputados, una circunstancia, y es, que la fecha del bando publicado por el general en jefe es la de 4 de Diciembre); fué condenado á muerte, no por un delito militar, ni en virtud de precepto de Código militar, sino del art. 138 del Código penal común ¿se enteró el señor Sagasta?, con todo aquel procedimiento, que corresponde á los delitos comunes de esa índole, puesto que asistió como fiscal acusador un individuo del cuerpo jurídico militar, lo cual no acontece jamás sino en los delitos comunes.

Dirán los señores militares si esto es exacto; pero, en todo caso, invoco el testimonio de la ley. (*El Sr. Martín Sánchez:* Para toda clase de delitos existe el Cuerpo jurídico.) Con esta diferencia, y extraño mucho la interrupción del Sr. Martín Sánchez, porque debía suponer que al apelar al testimonio de S. S. y de los demás compañeros suyos, iba envuelta esta diferencia: que en los delitos comunes asiste el representante del Cuerpo jurídico militar á título de fiscal, y en los delitos militares á título de asesor. ¡Pues á fe que no hay diferencia para demostrar este hecho de que ni en la ley sustantiva, en virtud de la cual se impuso esa horrible y desproporcionada pena, ni en la ley procesal, ni en los procedimientos, se cumplieron las garantías exigidas, obligadas, indispensables, de la ley! En cualquier país que no fuese este desdichado de España, no se habría podido co-

meter semejante escarnio de toda justicia, de todo respeto á la persona humana, hasta de toda consideración hacía aquél desdichado fusilado á título de traidor, mientras el jefe de su fuerza, cuyas órdenes no hizo más que cumplir, ha sido recibido con agasajo por la alta representación del Estado. ¡Y se hizo eso en la forma de un juicio sumarísimo!

No os quiero molestar, Sres. Diputados, leyendo textos legales; pudiera decíroslo de memoria sin leerlos; y, para abreviar, puedo asegurar que no cabe juicio sumarísimo en delito alguno, sino después de la publicación del bando del general en jefe. Se han infringido, como garantía del procedimiento, los artículos 649, 650 y 651 del Código de justicia militar; se ha torcido en una forma realmente inconcebible el art. 138 del Código penal en su núm. 5.º en relación con el núm. 4.º; y como consecuencia de todo eso, se ha derramado sangre por la espalda, que manchará al general en jefe, y de rechazo á ese Gobierno.

Porque, Sres. Diputados y Sres. Ministros, después de estos hechos concretos, cuando se viola la ley procesal, que es la garantía del derecho sustantivo, cuando se viola la ley sustantiva misma y se condena á un hombre á la muerte, y á muerte ignominiosa, que, como decía aquí quien siente el honor del uniforme de la fuerza del Estado, y quien siente sobre todo la hidalguía española, es todavía pena más horrenda que la propia de perder la vida, de eso sois responsables vosotros, como Gobierno, que habéis ofrecido ante el mundo este triste ejemplo de que España quede á los pies de un príncipe de la milicia, consintiendo que de esta suerte se convierta la vida de un hombre en instrumento, con atropello de las leyes y de la santidad de la justicia, que el Estado debe amparar.

Vengamos al otro hecho: el otro hecho es el bando.

Cuando yo lo ví publicar, pensé, por las ideas que tengo de las condiciones personales de algunos de los Sres. Ministros, á quienes conozco, puesto que de los demás tenía que abstenerme, pensé, repito, que se creaba necesaria, indefectiblemente, un conflicto, y que se hacía de todo punto imposible que continuara el general Martínez Campos al frente de nuestro ejército en Africa.

Me desencanto fué tan completo como diré; porque, Sres. Diputados, tenemos el deber de decirlo para penetrar en lo hondo de nuestro mal. En este estado de anemia moral que la Restauración ha engendrado, apenas si hubo tímidas é insignificantes voces que señalaran las enormidades que aquel bando entrañaba, y los órganos oficiosos del Gobierno se apresuraron á decir que era una cosa perfectamente legal y que estaba dentro de las atribuciones del general en jefe. ¿Es esto exacto? Existía, por virtud de las ordenanzas del año 74 del siglo pasado, un artículo, si no recuerdo mal, el 1.º del título 3.º del tratado 7.º, que confería á los generales en jefe aquellas facultades que cuadraban bien con el régimen absoluto á la sazón imperante, y que sobre todo se ajustaban á ciertos hábitos de guerra y consiguientemente de hidalguía tradicional en el ejército español.

Y teniendo por virtud de ese precepto de las Ordenanzas los generales en jefe facultades para determinar delitos, para crearlos, como para estable-

cer sus penas, era, si bien verdaderamente monstruoso dentro de la organización de un Estado civilizado que semejante poder legislativo y judicial se crease por encima de todas las leyes, al cabo en aquel estado de régimen de absolutismo teocrático en que secularmente hemos venido viviendo, cosa que se ajustaba á la organización de los poderes del Estado. Pero viviendo dentro del régimen constitucional, y sin que yo exponga más precedentes que los inmediatos al hecho, imperando la Constitución, que aunque carta otorgada es al cabo una definición del organismo fundamental de los poderes del Estado; existiendo en nuestra Constitución los artículos 16 y 17, en el primero de los cuales se dice que nadie podrá ser condenado sino en virtud de delito definido y de penas establecidas por ley preexistente, y existiendo el art. 17, que á título de excepción es el más pertinente al caso, en el cual se prescribe que ninguna autoridad, ni civil ni militar, podrá en caso alguno crear ningún delito ni señalar penas que no estuviesen respectivamente definidos y establecidos por leyes preexistentes, se marcó ya un límite absolutamente infranqueable á ese poder despótico, y no quiero calificarlo de brutal, que por el régimen anterior confirieron las Ordenanzas á los generales en jefe.

¿Es que cree el Gobierno, es que osará decir á la faz del país, es que, si lo dice el país, le prestará aquel respeto que sirve más que el de la inerte obediencia, aquel respeto que se debe á lo justo y á lo dictado por autoridad recta, es que puede, digo, ese Gobierno, para tender su manto protector sobre el general en jefe del ejército de Africa, reconocer en un general en jefe la potestad de violar los artículos de la Constitución del Estado? Conteste á esto, requerido, y cuando pueda enterarse, el Sr. Presidente del Consejo de Ministros. (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros:* Digo que la Constitución del Estado no se ha escrito para hacer la guerra ni para aplicarla en estado de guerra al frente del enemigo.) ¡Ah, Sr. Presidente del Consejo de Ministros! ¿Qué pensará el país, qué pensará sobre el país el mundo civilizado cuando oiga que S. S. ha pronunciado semejantes palabras, cuando en caso alguno, y la misma Constitución lo ha previsto, puede reconocerse que el general en jefe de un ejército tiene el poder de violar la Constitución del Estado? (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros:* De violarla, no.) Extrañas palabras, por cierto, en quien ha consagrado su vida á la defensa del régimen constitucional y al establecimiento de los principios que ponen límite á los poderes arbitrarios. Pero, ¿quiere más el Sr. Presidente del Consejo de Ministros? Pues hay un Código de justicia militar que ha venido á crear un estado normal, sin juicio acerbo respecto al pasado, y que está, pudiéramos decir, adaptado á las exigencias de la civilización contemporánea, que ha modificado fundamentalmente la antigua organización de la fuerza armada.

Ese Código de justicia militar, y permitidme la exposición en este sentido, porque con ella os ahorraré tiempo de fatiga oyéndome, contiene tres partes distintas: la una de carácter orgánico, en que se establece los principios de la organización de lo que pudiéramos llamar los poderes militares; la otra de conceptos sustantivos, que contiene todas las leyes penales; y la última, la que contiene las leyes pro-

cesales. En ninguna de esas tres partes, en ninguno de esos artículos, se halla precepto alguno que reconozca en el general en jefe facultades para crear delitos é inventar penas. Y lejos de haber eso, existe, si no recuerdo mal, un núm. 12.º y un art. 7.º en el cual se establece concretamente, que el general en jefe tendrá la facultad de determinar aquellos delitos que hayan de ser sometidos á su jurisdicción, dictando los correspondientes bandos (oiga el señor Presidente del Consejo de Ministros la condición), conforme á las leyes.

¿Qué le parece de esa cita al Sr. Presidente del Consejo de Ministros? (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros:* Me parece muy bien; lo que no me parece bien es que con la Constitución del Estado se vaya á combatir á los rifeños á tiros. Eso es lo que no me parece bien.)

Señor Presidente del Consejo de Ministros: desde que el espíritu humano sintió las condiciones de la civilización, nada sirvió tanto para determinar la condición al sacrificio en aras de la Patria, como el respeto á las leyes. Precisamente respetando las leyes se engendran las condiciones internas del valor y no se hacen los hombres pusilánimes y medrosos, porque saben que entonces dan su vida en holocausto de una idea, porque saben que por ser impersonal el sacrificio es superior á su efímera existencia, y van á identificarse en aquellas altas y nobles esferas que como estrellas en el firmamento del espíritu se les aparecen.

Y vamos á los efectos de ese bando dentro de la legislación militar. No quiero ya hablar de la Constitución del Estado, porque desdichadamente en esta tierra hemos vivido largos años sin que se haya curado todavía el vicio de sustituir constantemente la jerarquía de la ley por la arbitrariedad del poder, y con una Real orden se ha violado una ley, y con una ley la Constitución del Estado. Pues viniendo al precepto concreto de la ley militar á que tenía que ajustarse el general en jefe, sin que pudiera invocarse, que desde ahora lo rechazo, sin que pudiera alegarse contra este precepto del Código de justicia militar el reglamento de campaña de 5 de Enero de 1882 que olvidándose de la Constitución, y aquí tenéis otro ejemplo de lo que hacen los Poderes públicos, hizo ese propio general Martínez Campos, creyendo que todavía para el caso regían las Ordenanzas, diré que ese bando no se daba contra los rifeños, ese bando era para aplicarle á los españoles, á los que formaban en el ejército, á los que seguían al ejército, á los que estaban en la plaza.

Yo no os he de molestar dando lectura de ese bando, que pasará á la historia como prueba de cómo se cumplen las leyes precisamente en la ocasión en que más estrictamente se deben cumplir, que es cuando se manda á las gentes á ofrecer el sacrificio de su vida por la Patria. En el bando se condena á esta pena insignificante, á la de ser pasado por las armas como reo de traición por delito contra el derecho de gentes (el calificativo de este derecho de gentes me parecería sustanciosa materia para discutirle, y le discutiría de buen grado si no temiera molestar vuestra atención), se condena á esa pena: «primero, á los que durante el plazo de veinticuatro horas no entreguen en el principal de esta plaza las armas, municiones y efectos de guerra que tengan en su poder sin autorización competente.» Os

decía ayer, Sres. Diputados, que en un documento de verdadera trascendencia aparecía plenamente demostrada la existencia del contrabando de guerra. A eso responde este art. 1.º Pero, ¿dónde está la pena que en este bando impone el general en jefe? ¿Está en la ley común? ¿Está en la ley militar? Ni en una ni en otra; ha creado el delito y ha impuesto la pena.

Lo propio acontece en el caso 3.º de ese mismo artículo: «Los que comuniquen para su publicación, dentro ó fuera de la plaza, noticias referentes á la situación de las tropas, á la cantidad y calidad del armamento y municiones y á los medios con que cuenta el ejército para el éxito de la campaña.» Esto, señores, es una cosa de tal manera monstruosa, que no sé cómo se ha podido ocurrir á medianos entendimientos. ¡Condenar á la pena de ser pasado por las armas, y por la espalda como reo de traición, al que dé noticia del estado de nuestras tropas...!

Yo no quiero hacer comentarios. Todo comentario sería pálido en relación á lo afrentoso de semejante dictado. (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros*: No hay ningún país civilizado en que no se haga lo mismo.) En ninguno; cite uno el Sr. Presidente del Consejo (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros*: Durante la guerra franco-prusiana se hizo lo mismo) en que se diga que el periodista que dé noticia de que el ejército tiene 30 batallones, será pasado por las armas. (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros*: No se habla de los periodistas en ese bando.) Eso lo dice el artículo; S. S. no lo leyó sin duda, ó ahora no lo ha oído. (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros*: Esas son leyes de guerra que en todas partes se siguen.) No existen en ningún país civilizado; porque la guerra tiene que hacerse en primer término dentro de las condiciones que la civilización impone, á no ser que creáis que por el hecho de vivir en el Africa habíais erigido en un Sultán de Marruecos de los dominios españoles al general Martínez Campos. (*Fuertes rumores y protestas.*—*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros*: Su señoría echa una mancha sobre su país, porque en él se hace lo que en los demás países civilizados. ¿Qué manera es esa de tener patriotismo y de manifestarlo?) El patriotismo está precisamente en decir á la Patria, que si quiere librarse de la afrenta bajo la cual padece, es necesario que sacuda su inercia y se redima por un supremo esfuerzo. (*Rumores.*) Ya lo veremos.

Artículo 4.º, que me importa también leer por la conclusión que he de establecer para los que entiendan de leyes, porque España, desgraciadamente, ha estado gobernada por gentes que, no sólo no han entendido de ellas, sino que con frecuencia han hecho gala de no conocerlas; dice este art. 4.º, que «los reos de delitos enumerados en el art. 1.º y de cuantos deban calificarse de traición, atentados á la disciplina militar, al orden público y á la fuerza armada, serán sometidos á procedimientos sumarísimos, cualesquiera que sean su nacionalidad, estado civil y condiciones.» Sólo á partir de la fecha de 4 de Diciembre pudo legalmente aplicarse el juicio sumarísimo en aquel límite prescrito, no ya por la Constitución del Estado, sino por las leyes militares, donde no se crean los delitos, no se inventan las penas. Con este principio, que nadie puede contradecir, que no contradirá de seguro en la parte en que tiene especial competencia el Sr. Ministro de la Guerra, es como

tenéis que juzgar esos dos hechos del general en jefe del ejército de Africa, y después de ello, decidme si no resulta que el fusilamiento con esa oprobiosa circunstancia de estimar á Farreu como reo de traición á la Patria, no constituye un asesinato legal, y decidme si el bando en que se contiene la disposición que he apuntado, no es un bando que implica la violación de la Constitución y la conculcación de las leyes. Ya sé yo, desgraciadamente, que en las condiciones de nuestros Parlamentos, en la organización de nuestros partidos, máquinas entrambas puestas al servicio de intereses extranacionales... (*Fuertes rumores en la mayoría.*) Ya iremos produciendo pruebas...

El Sr. PRESIDENTE: No he entendido bien una expresión de S. S. ¿Tiene S. S. la bondad de repetirla?

El Sr. SALMERON: Señor Presidente, la palabra era *extranacionales*, y ésta, con toda la deferencia que yo quiero demostrar siempre hacia la Presidencia de esta Cámara, en el doble aspecto de la función y de la persona, la mantengo en el perfecto ejercicio de mi derecho y en la acepción exactamente propia del concepto que vengo desenvolviendo; porque no cabe ciertamente pensar, Sres. Diputados, que pueda responder...

El Sr. PRESIDENTE: La palabra la he oído; pero no sé en qué sentido la ha empleado S. S., aplicándola á la organización del país en el Parlamento.

El Sr. SALMERON: Decía lo siguiente; no sé si recordaré las palabras, pero creo que no me equivocaré mucho en los términos verbales; en el concepto tengo la seguridad de que será idéntico. Decía que bien se me alcanza que, dadas las condiciones de nuestros Parlamentos y de nuestros partidos políticos, máquinas constituidas para servir intereses extranacionales...

El Sr. PRESIDENTE: Precisamente por eso, Sr. Salmerón, he llamado la atención de S. S.; á mí me había parecido entender eso, y creo que si S. S. reflexiona bien en la frase, que no es absolutamente necesaria, comprenderá que es mucho mejor que no resulte eso ni para el Parlamento ni para nuestros partidos políticos; principalmente para el Parlamento, que es á quien yo tengo obligación de defender para que no reciba ningún ataque de los que envuelven esas palabras, que S. S. ha pronunciado indudablemente como se pronuncian algunas cuando el orador tiene la vehemencia de S. S., y me parece que no tendrá S. S. inconveniente en retirarlas.

El Sr. SALMERON: Señor Presidente, si se tratase de una expresión que implicara respecto de la integridad de la representación nacional un juicio depresivo, siquiera fuese remoto, hubiérame anticipado á decir que habían producido mis labios lo que no estaba en mi mente; pero cuando vengo desenvolviendo esta tesis, en la que habré de insistir más adelante, de que de tal manera se organizan aquí nuestros Parlamentos que no son la expresión propia y genuina de la voluntad nacional... (*Fuertes rumores.*—*El Sr. Marenco*: ¿Y las Cortes deshonradas antes que nacidas?)

El Sr. PRESIDENTE: Señor Salmerón, podrá tener S. S. todos los conceptos que quiera; pero no me parece prudente que los exponga ante el Parlamento, compuesto de Diputados elegidos libremente por el país.

El Sr. SALMERON: Señor Presidente, el Parla-

mento es la verdad oficial... (*Grandes protestas en la mayoría.*—*Varios Sres. Diputados:* Y S. S. ¿cómo ha sido elegido?)

El Sr. **PRESIDENTE:** Orden. No necesita la mayoría interrumpir para que la Presidencia haga comprender al Sr. Salmerón que no debe pronunciar ciertas frases, que no son, por cierto, necesarias para su argumentación, que lastiman al Parlamento y que yo no puedo dejar pasar sin apercibir á S. S., como por primera vez lo hago, aunque con sentimiento.

El Sr. **SALMERON:** Me someto al apercibimiento; pero si por las palabras que he empleado, explicándolas y justificándolas como traídas á mis labios por otras pronunciadas por el jefe del partido conservador y por el jefe del partido liberal; si por esas palabras S. S. me apercibe, deben darse entrambos representantes de las columnas de las instituciones vigentes por apercibidos conmigo.

Pues qué, ¿significa otra cosa lo que tantas veces ha dicho el Sr. Cánovas del Castillo de que por no representar los Parlamentos genuinamente la voluntad nacional, tiene que ejercer la Corona esa función, harto peligrosa, de decidir quién ha de obtener el poder? ¿Qué significa eso, que tantas veces se ha dicho, de que los Parlamentos se gastan, si no se han gastado antes de nacer, como ha dicho el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, porque, más que gastados, vienen deshonorados? (*Fuertes rumores y protestas.*)

El Sr. **PRESIDENTE:** El concepto que S. S. expresó antes respecto de las Cortes no era el que acaba de indicar. Antes suponía que el Parlamento no hacía más que servir intereses que no eran nacionales; y espero que S. S. no continuará diciéndolo.

El Sr. **SALMERON:** Señor Presidente, como no puedo presumir que haya Presidencia alguna, mucho menos la que en S. S. se encarna, que pueda aquí mantener una doble, contraria ley, la una para los que forman en los partidos monárquicos, la otra para los que tenemos el honor de formar en los partidos republicanos... (*Rumores*), ni puedo, en modo alguno, creer que se pueda considerar que no es lícito en mí expresar el propio concepto aquí tantas veces formulado y mantenido por los que representan á los dos partidos gobernantes...

El Sr. **PRESIDENTE:** Señor Salmerón, S. S. comprenderá que los conceptos son muy diversos. Los momentos en que esas cosas se dicen son muy distintos; y lo que S. S. supone, es un ataque tal á la representación nacional, que cuando reflexione sobre lo que ha dicho sentirá haberlo dicho, y comprenderá la razón con que yo, que no deseo interrumpir el debate, insisto una y otra vez para que S. S. no siga por ese camino.

El Sr. **SALMERON:** No pretendo discutir con la Presidencia, y prosigo desenvolviendo el concepto al cual servía esa expresión, es á saber: que en el mecanismo oficial de la representación del país, consideraciones de la trascendencia de esta que yo venía exponiendo, el cometer un asesinato legal, el violar la Constitución, el conculcar la ley, no suele parecer cosa grave y de capital trascendencia, cuando el repararla, como todo el organismo legal del Estado exige, implica el quebrantamiento de los pilares en que las instituciones se sustentan.

Resumiendo aquello que os decía de los hechos llevados á cabo por el general en jefe del ejército de

Africa, que serán consignados en la historia, decidme si la conclusión que en definitiva habrá de establecerse no sera esta: la de que habiéndose creído que mandábamos allí un ejército numeroso, mucho más numeroso que el adversario, que cuando hubo conocido nuestros medios de acción se convirtió en fiel servidor de todos nuestros propósitos, incluso hasta para coger un caballo que pasaba de un campo á otro, á fin de que las relaciones que se establecían por el general en jefe no pareciesen violadas; si cuando todo el país esperaba que se había de castigar á los riñños de modo tan enérgico, tan rudo, tan inmediato como el honor nacional reclamaba, y casi se contaban por ahí, en nuestra hiperbólica fantasía, por centenares de miles los moros que serían muertos, no ha resultado muerto del disparo de las armas que allí hemos mandado, más que un cristiano, y éste, tan fanático creyente, que fué sargento en las tropas carlistas.

Y cuando pongáis esto en relación con el tratado de paz que habéis obtenido, decidme: ¿qué se ha hecho de aquel empuje espontáneo y vigoroso del pueblo español, que se creía transportado á las tradicionales luchas de la Cruz y del Islam? ¿Qué habéis hecho de aquellos 22.000 hombres que allí mandásteis, sino dar la orden de que se embarquen tan pronto como han acampado? Y si esto, dadas las condiciones de nuestro Erario, lo ponéis al par de lo que ha costado, aparte centenares de vidas que no han servido para reparar el ultraje al honor nacional sino que, por el contrario, sellan la afrenta que sin reparación ha quedado, decidme qué es lo que ha costado, sobre eso que tanto importa en la relación moral, qué es lo que ha costado á los intereses materiales, el completar con la presencia inútil de nuestro ejército en Africa el espectáculo que nos ha ofrecido el trágico y bochornoso conflicto de Melilla. Dícese, y por nuestra propia Comisión de presupuestos parece que así se ha reconocido, que nos habrá costado el poner esos 22.000 hombres en Africa unos 35 millones de pesetas. Es decir, Sres. Diputados, nos ha costado cada soldado 1.500 pesetas. ¿Y para qué? Ahí están los hechos: responda de ellos ese Gobierno en la parte que le incumba; pero responda, sobre todo, el régimen de la Restauración, que todo él es por igual responsable.

No puedo prescindir de decir algo, á título de resultado de cuanto aquí se ha debatido, concerniente á las reservas, y señaladamente en la parte que de ellas se relaciona con la nueva organización militar que dió al ejército, al dividirlo en siete cuerpos, el Sr. Ministro de la Guerra.

Dispuesta esta minoría á examinar con todo aquel prolijo cuidado, con toda aquella devoción que merece la institución del ejército, en quien por identificarse la defensa del alma y el cuerpo indivisos de la Patria hemos de poner todos por igual empeño en que responda á las exigencias y á las necesidades de la Nación, no habré yo de discutir al pormenor ahora lo que toca á los vicios que en la organización actual de nuestro ejército existen; pero habré, por lo mismo, de señalar esto: que con relación á nuestro ejército en pie de paz, nos hemos encontrado en la imposibilidad de hecho, ante la cual puede contarse con la imposibilidad real, de mandar en el plazo perentorio de cuatro ó cinco días 5 ó 6.000 hombres que podría tener el segundo cuerpo de ejér-

cito, para reparar inmediatamente aquella afrenta; y que respecto de nuestras reservas, diga lo que quiere el Sr. Ministro de la Guerra, reconociendo sin duda lo que de su parte hay de celo, lo que en S. S. ha habido de laboriosidad y de diligencia, existen vicios que no ha podido en esta ocasión corregir, porque los vicios que son añejos no se corrigen con una hora de diligencia, ni con impulsos momentáneos de inteligencia, por poderosa que sea; porque males crónicos de esa índole, piden tiempo para curarse, y vosotros lo que habéis hecho con el tiempo ha sido ahondar el mal y hacer imposible que tengamos ejército.

La primera materia de nuestro ejército, ¿quién lo duda? la primera materia puede ir de par con la del primer ejército del mundo, tanto en nuestros soldados, como en nuestros oficiales; pero nuestra organización! nuestra organización, señores, constituye el colmo de la ineptia, que á todos por igual debe abochornarnos.

Esa organización que el Sr. Ministro de la Guerra ha dado á nuestro ejército, sabed, Sres. Diputados, y sobre todo súpalo el país, á quien esta minoría tiene especial empeño en dirigirse desde lo alto de esta tribuna, sabed que tuvo el honor de iniciarla un Ministro de la Guerra de la República, el Sr. Estévez.

El Ministro de la Guerra, Sr. Estévez, fué el primero que concibió la conveniencia y aun la necesidad de dividir el ejército de España en siete cuerpos; y un Consejo de distinguidos jefes de todas las armas, formuló las bases de esa organización, que no llegó á establecerse, á pesar del empeño que todos los Gobiernos de la República pusimos en reconstituir el ejército, en hacer la paz en el país y en establecer una situación normal contra las conspiraciones de todos los monárquicos, porque no nos dísteis tiempo y alevosamente fué herida aquella situación.

Pero ya que se dió esa organización, ¿por qué, conforme á ella, según se hace en los Estados más poderosos de Europa, no se organizaron las reservas? ¿Por qué, así como en Alemania sus veinte cuerpos de ejército tienen sus reservas inmediatas para nutrirse de ellas, no se organizan aquí las reservas en relación directa é inmediata con los cuerpos de ejército? ¿A qué tener mayor número de reservas de aquellas que exigieran las circunstancias de momento? ¿Qué supone el haber llamado 120.000 hombres á las armas? Alarde tardío de impotencia y triste espectáculo; porque hemos demostrado á la faz de Europa que los reservistas por algunas partes han tenido que pedir limosna, y no tenían mantas con qué abrigarse, ni vestuario con qué llevar el honroso uniforme del ejército.

¿Es que para alguna otra necesidad, á la cual se ha aludido, fueron llamadas esas reservas? ¡Ah, señores Diputados! Ya os lo decía aquí alguno de los dignos individuos de esta minoría: cuando están de por medio los intereses nacionales, esta minoría, que si profesa ideas republicanas, las profesa como surgiendo de las entrañas de la Patria y de ninguna manera por servir intereses á ella ajenos, esta minoría habría puesto todo su empeño en ayudar al Gobierno, como lo hiciera aquella memorable minoría progresista, á fin de que no hubiera ningún peligro que temer en el interior del país, mientras nuestros soldados defendían nuestros intereses y nuestro honor allende el Estrecho. Lo que habría

podido hacer el Sr. Ministro de la Guerra, con absoluta seguridad de que ningún riesgo corría, era mandar á Melilla las guarniciones enteras de Sevilla, de Granada y de Córdoba, teniendo la garantía de que todos los ciudadanos de esas poblaciones, y aun de los campos, estarían dispuestos á mantener el orden con tanta más seguridad cuanto mayor confianza en ellos se tuviera.

Pero, Sres. Diputados, hay algo que, aun cuando todos lo sepamos aquí, conviene que nos lo digamos, y de nosotros trascienda al país. Es bueno que se sepa que en el ejército que mantenemos, en las condiciones que los hechos han demostrado, tenemos 561 generales. En Francia para 600.000 hombres, cifra redonda, en tiempo de paz, y para mandar más de 3 millones de hombres en pie de guerra, tienen 578 generales; de modo que nosotros tenemos generales para mandar 3 millones de hombres.

Nosotros tenemos más coroneles que tiene Francia; Francia no tiene más que 426 coroneles; nosotros tenemos 582. Francia no tiene, en cifras redondas un poco exageradas, más que 20.000 oficiales, ó sean 19.928; nosotros tenemos 19.790 oficiales. De esta situación en que nos encontramos, nace, señores Diputados, este verdadero imposible, que hace que no pueda sentir el ejército aquella interior satisfacción que con sabia previsión recomendaran ya las Ordenanzas, porque no cabe con tal estancamiento que se sienta satisfecho quien lleva diez y seis ó diez y ocho años de teniente ó capitán, y ve que allí se agotará su vida y que no podrá llegar, por ningún otro camino que no sea el del favor ó el del acaso, á salir de aquella angustiosa situación en que apenas puede atender á las primordiales necesidades de la vida.

Yo no quiero hablar de lo que es el material de guerra. Todo eso lo habremos de discutir al pormenor; pero desde ahora, cúpleme anticipar como criterio al cual han de obedecer todos nuestros actos, que somos en esa relación resueltos partidarios de no herir intereses creados; pero estamos firme, inquebrantablemente decididos á establecer todas aquellas reformas que sean necesarias para que, dentro de la suma de medios de que puede disponer el Estado, el ejército, que es una primordial institución de la vida del Estado, que comparte con la organización de la justicia y de la instrucción pública los tres órdenes de relaciones primordiales, sea suficientemente dotado, para que quien siga la noble profesión de ofrecer su vida en aras de la Patria, sepa que de ella ha de tener tan amplia recompensa como todos los recursos de la Nación consientan.

Más siento, Sres. Diputados, vuestra fatiga, que la propia mía; y por eso no habré de discutir con la amplitud que quisiera el resultado de las gestiones diplomáticas que de fuera del Gobierno realizara, para poner término al conflicto de Melilla, el Sr. Ministro de Estado. Pero habré cuando menos de afirmar, como resultado que trasciende de todas las notas que aparecen en ese *Libro Encarnado*, que España, un poco desconfiada de la eficacia de sus medios para imponer la solución que al conflicto demandaran los intereses y el honor nacionales, tuvo que mendigar el amparo y protección de las Potencias de Europa; si es que no tuvo que hacer esto, tras intrigar ó intrigando á la par, para entenderse con algunos de los agitadores de las kabilas que habían profanado nues-

tro suelo, que esto trasciende de esa serie de notas, y esto es bueno que el país lo sepa. Hay una verdadera distinción de categorías en nuestras relaciones con las Potencias extranjeras, y desde luego contamos con el apoyo resuelto, franco, decidido, pudiera decirse familiar, de Austria; contamos también con el apoyo, con la protección y el amparo de Alemania y cuasi de Inglaterra; y, la última en el orden de nuestras relaciones es aquella Nación que por nuestra raza, por nuestros comunes intereses, por su legítima y preponderante influencia, por la vecindad de Marruecos, debiera haber sido la primera con la cual nos entenderíamos, porque de ese lado tendrá que venir en definitiva la única inteligencia que naga posible que nosotros podamos cumplir allí nuestra misión.

Y como todo eso resulta de las relaciones internacionales, con las cuales hemos buscado allí esta solución, decidme si en lo que consienten los tiempos, en aquella medida de los progresos de la iniciativa nacional, y de cierto temor que impone el saber que los poderes no son directos y encarnación genuina del espíritu nacional, no se viene reproduciendo casi á la hora presente el pacto de familia. Y como eso está en toda la tendencia de vuestra política, yo desde aquí lo denuncio ante el país, para que éste sepa, formando propia conciencia de sus derechos, de la base de soberanía que de él sólo puede derivarse, y de sus propios intereses, dónde han de irse á buscar las soluciones que convengan á la satisfacción de los intereses nacionales. Y respecto de la paz, sólo merced á este optimismo en que tiene su adecuada expresión la ingénita bondad del Sr. Ministro de la Guerra, puede en su clara inteligencia aparecer, buscando como un contraste con la guerra del año 59, que ésta ha sido una paz grande y una guerra chica. Esta, como guerra, ya habéis visto cómo ha dejado parado el honor nacional; y como resultado, ahí están los 20 millones de pesetas pagados en tal forma que por la condición de la moneda serán doce, cuando habéis gastado 35, y cuando no se os ha ocurrido siquiera pensar lo que podría ser más conveniente sin alterar las bases fundamentales del tratado de Wad-Ras.

¿No habríamos podido lograr, y aquí ciertamente habría sido motivada la intervención de las Potencias europeas, rectificar nuestros límites? ¿No se han hecho estudios por africanistas inteligentes? ¿No es sabido hasta de las gentes como yo imperitas, que hubiéramos podido aspirar, para tener límites que no nos expusieran á continuos y diarios conflictos, á llevar los límites de nuestro territorio, desde Punta Negra, por el alto de las cumbres á Punta Kebdana; con lo cual, no habiendo pedido nosotros una indemnización miserable, que nos enemistara con las clases del país que tendrán que pagarla, hubiéramos obtenido esta situación ventajosa del territorio, que para las condiciones del porvenir nos hubiera podido dar allí un firme y sólido asiento? Pero yo dudo que estas cosas pueda pensarlas un Gobierno en el cual la diplomacia se consagra á luchas intestinas, á eliminar á unos Ministros ó á sobreponerse á los que quedan, y á ver qué es lo que complace al Poder que descende á las aspiraciones nacionales, no al que asciende y encarna en el nombre de España.

Y voy á concluir, Sres. Diputados. De todo esto

resulta, que se han abandonado, y siguen abandonados, grandes y sagrados intereses nacionales; que los fines que la Nación demanda, que los intereses que la Nación reclama, ni en la organización de la Patria, ni en la constitución del Parlamento, ni en las funciones de la justicia; de la justicia, señores, de la cual se ha dicho aquí por los conservadores que para la defensa de las instituciones se arrancarían sentencias á los tribunales, según el poder que imperara... (*El Sr. Romero Robledo*: Nunca se ha dicho semejante cosa.) Así lo ha dicho el jefe del partido conservador. (*El Sr. Romero Robledo*: Jamás.) Lo ha dicho el Sr. Cánovas del Castillo, y no osará contradecirme. Y vosotros todos, como base del régimen de justicia, tal desconfianza tenéis en la expresión de la conciencia pública, que habéis sustraído al Jurado los llamados delitos de lesa majestad. Cuando estas condiciones existen, ¿no hemos de decir nosotros, y si no lo dijeran nuestras palabras lo clamarían vuestros hechos, que aquí pugnan los intereses dinásticos con los intereses nacionales? (*Rumores*.) De esta campaña de Melilla resultará esta enseñanza: que se va produciendo esa demostración ante la conciencia del país; y cuando esa demostración llegue á encarnar en el espíritu del ejército, se consumará aquella suprema conjunción de que depende la redención de la Patria. (*Rumores y protestas en la mayoría y en la minoría conservadora*.)

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de Estado tiene la palabra.

El Sr. Ministro de ESTADO (Moret): Seguramente, Sres. Diputados, que nada habrá que ponga tanto terror en las ideas de un militar, como la conjunción que el Sr. Salmerón le propone en sus últimas palabras, de abandonar la defensa de todos los intereses históricos y de todas las tradiciones revolucionarias de nuestra Patria, para caer en aquel triste y vergonzoso estado en que, al lucir la tea roja que la República representaba, desapareció todo respeto á la disciplina y acabó toda posibilidad de defender hasta la integridad de la Patria, amenazada en aquellos días. (*Grandes aplausos*.)

¿Cómo no recoger, señores, esta clase de palabras? ¿Cómo no recoger todo el sentido de ese discurso, en que el Sr. Salmerón no sé de dónde está más lejos, si de la realidad de la Patria ó de la realidad de los hechos que están impresos en documentos que se hallan sobre la mesa del Congreso?

Aun cuando el tiempo de que hoy puedo disponer es breve, será, sin embargo, bastante para dejar sentados y afirmados los dos asertos que acabo de hacer.

Ante todo, señores, si hace un momento discutíamos separadamente, ahora discutimos juntos; porque la afirmación del Sr. Salmerón es, que toda la Restauración, que toda la Monarquía, que sus dos grandes partidos, están enfrente del interés nacional, enfrente del honor de la Patria, enfrente del mantenimiento del ejército, enfrente de todo, menos, seguramente, del extraño é incomprensible discurso que S. S. durante dos días ha estado lanzando en este recinto. (*Muy bien*.)

Pues bien, sea; pero yo he de decir que no están tampoco con el Sr. Salmerón todos los que se sientan en esos bancos; no todos harán sobre el ejército las afirmaciones que ha hecho esta tarde el Sr. Salmerón; y en último término, cuando S. S. ha hablado en

nombre de los partidos republicanos para ponerlos enfrente de todos nuestros actos, el primer derecho mío es preguntarle qué clase de República es aquella en cuyo nombre habla S. S.; porque aquí, dentro de esta atmósfera, hay partidos y afirmaciones republicanas tan cercanas á la Monarquía, que una parte de los que han profesado honradamente esas ideas durante toda su vida, han venido lentamente á ponerse al servicio de esa misma Monarquía. Hay, pues, entre esos grupos republicanos y nuestras ideas monárquicas, pequenísimas diferencias que se van poco á poco salvando.

Pero entre esa República y la República del señor Pí y Margall hay tales diferencias de principios en la organización del ejército, y de la administración, y de las instituciones y hasta de la división regional, que no es posible que puedan llegar á una inteligencia común. (*Muy bien, muy bien.*)

Sepamos, pues, y sepa el país, este país que S. S. está invocando siempre, cuál es la forma de República que va á remediar todos esos males que nosotros los monárquicos hemos acumulado sobre nuestra Patria.

Porque es curioso, Sres. Diputados, que toda la tendencia del discurso del Sr. Salmerón sea la de presentar á la Monarquía como algo extranjero, como algo extraño, como algo opuesto á los intereses vitales del país, como algo que no ha nacido de sus entrañas, como algo que no brota de su historia, como algo que no se ha engendrado en sus revoluciones, y esta es precisamente la más grande mentira que se puede pronunciar delante de la historia de España; porque eso lo hemos visto en nuestros días; no os hablo de la Monarquía histórica, ni de sus glorias, ni de esos principios que se aplican á la política marroquí, que fueron escritos por primera vez en la historia de España por la mujer insigne que se llamó Isabel I; os hablo de lo que todos hemos visto, de las ideas que han penetrado en nuestro espíritu, de los gérmenes que llenan toda esta atmósfera, de aquello de lo cual estáis informados todos vosotros, de aquello que ha ocurrido en los últimos treinta años, y que, por consiguiente, lo conocemos perfectamente todos.

Pues qué, la revolución de 1868, ¿no vino á echar abajo todo lo que existía en España, y después de esa revolución, en las Cortes Constituyentes, por el alienamiento del país, por el concurso de la democracia, por las fuerzas vivas que constituyen una de las raíces más profundas del suelo patrio, no nació la Monarquía, que se propuso aquí á la faz de todo el mundo como la única solución para remediar los males de este país? Con aquella idea nació también la de los derechos individuales; es decir, que todo aquello que era la democracia, que eran los principios por los cuales ésta había luchado durante largo tiempo y por los cuales habían combatido tantos hombres, por los cuales se había vertido tanta sangre, vinieron á encarnarse en la Monarquía democrática; y aquella tierra, beneficiada con tantos sacrificios, aquella tierra, al ser removida por la revolución y sacudidas sus entrañas por el hierro, no podía producir otra cosa, en suma, que la Monarquía democrática primero, y como consecuencia después la Restauración. Porque no sólo fué la Monarquía la que creó la Constitución de 1869, no sólo fué la Monarquía la que restableció y la que afirmó la Constitución de 1869; es

que después aquella Monarquía cayó, es que desapareció aquel Trono, y es que el país se encontró, por la necesidad, forzado á proclamar la República.

A ésta absolutamente nada le estorbaba, ni la tradición, ni los recuerdos, y menos que nada, la última experiencia por que había pasado España; y, sin embargo, cuando el desorden lo había destruido todo, cuando la desgracia llegó hasta los límites de lo imposible, cuando ya no había ejército porque estaba disuelto, cuando todo el mundo temía, cuando la fortuna pública tocaba, no ya los límites del suelo, sino que venía á caer en el abismo; cuando todo aquí se estremecía, entonces, otra vez, como por el impulso mismo de las circunstancias, como por la fuerza misma de los hechos, por la mujer y por el niño, por el soldado y por el anciano, volvió á proclamarse la Monarquía y vino á encarnarse en un niño la Restauración. (*Grandes aplausos.*)

¡Ya lo creo! por eso perseguís al general Martínez Campos, que es la representación legítima de esa Monarquía (*Aplausos*); porque os hace sombra; porque representa las tradiciones y las glorias de la Patria, contra lo cual vais; porque aquí lo único exótico sois vosotros y vuestra híbrida República; porque á pesar de todas vuestras afirmaciones republicanas, no habéis podido demostrar otra cosa que los profundos odios que os dividen y las profundas desconfianzas que os rodean. (*El Sr. Carvajal*: Eso es una injuria y una herejía; prudencia, Sr. Ministro de Estado, prudencia.) Bien hace el Sr. Carvajal en recordármela; mejor hubiera hecho en decírselo al paño al Sr. Salmerón mientras hablaba. (*El Sr. Salmerón*: No parece que lo he necesitado; pero si me lo hubiera dicho, lo habría oído con mucho gusto por venir del señor Carvajal.) No lo ha necesitado S. S., y sin embargo sus palabras le han llevado de tal suerte, que ha declarado que los Parlamentos de su país, que los partidos, que los Gobiernos, y los hombres que aquí nos sentamos somos miserables instrumentos de sentimientos extranacionales. (*El Sr. Carvajal*: En el banco azul es donde debe estar la prudencia.) Sí; yo la tendría extrema, como la he tenido en las primeras horas de esta tarde, como la tengo tantas veces á costa de muchas simpatías, á costa quizá de muchos éxitos; yo la tengo cuando se trata de discusiones entre el Gobierno al cual defiendo y los representantes de partidos gubernamentales, pero no es tan fácil mantenerse tranquilo cuando se levantan voces queriendo hacer tabla rasa de todo lo existente y destruir cuanto de fundamental existe en la sociedad. (*El Sr. Salmerón*: No; restablecer el imperio de la ley. (*Rumores.*) ¡El imperio de la ley y la noción de la Patria!

Siempre se destacan estas dos frases en labios del Sr. Salmerón. Pero, ¿qué ley quiere restablecer S. S. con sus teorías? ¿Qué Patria es la que le inspira? Yo tengo el derecho de preguntarlo, después de lo que he oído; porque la ley en virtud de la cual quiere S. S. imperar, es la que exclusivamente se aplica á los que piensan como S. S.; de ninguna manera á aquellos que viven al amparo de ella. Ayer mismo S. S. me acusaba de no ser liberal, porque siendo Ministro de Fomento he tenido que cumplir una ley, mandando formar expediente á un catedrático, atendiendo á las reclamaciones de los que tienen derecho á saber cómo se educa á sus hijos, de los que tienen por la ley consignados y amparados terminantes derechos para inspeccionar el funcionamiento de la

administración del Estado; de los que, en nombre de una ley que todos respetamos y que es base y fundamento de toda sociedad organizada, me pedían amparo á su derecho; en nombre de esa ley, que rige lo mismo para los creyentes que para los incrédulos; en nombre de esa ley, en que está consignada la garantía de que se ha de hacer justicia al derecho de todos; esa es la ley en cuyo nombre he formado yo ese expediente; el Sr. Salmerón, en cambio, me censura invocando una ley que tiene por objeto único perseguir al creyente, al que reclama el cumplimiento de la verdadera expresión del sentimiento y de la voluntad nacionales. (*Aplausos.*)

Nunca pude creer, no llegué á imaginar que jamás se llegaría á esto, como consecuencia de la revolución de Setiembre y de la aplicación de los principios democráticos; no he creído que una minoría, por serlo, viniera dentro de la libertad á reclamar que se persiguiera á las mayorías que creen, esperan y desean, y que, en último término, invocan una ley que es preciso cumplir. ¿Qué posibilidad de pacificación, ni qué espíritu de unidad en las aspiraciones, ni que esperanza de llegar á una inteligencia común para gobernar á la Patria, cabe con semejantes ideas y con semejantes exclusivismos?

Después de tantos años como se viene trabajando con perseverancia para que desaparezca toda idea de acudir á la fuerza, así por parte de las antiguas masas de la derecha, como por parte de aquellas otras que en un tiempo se batieron por ideales entonces al parecer irrealizables; después de tantos años de lucha, que tenía la finalidad de demostrar que, afirmados los principios de *justicia, libertad y democracia*, todo se puede lograr por el camino de la ley, y todo se puede comprometer por el camino de la violencia, se levantan los exclusivismos diciendo: «No esperéis nada, porque aquí al que cree, al que se fía de la ley, al que espera su cumplimiento y desea su ejecución, á ese se le dirá que no tiene derecho ninguno; aquí no hay más que apelar á la fuerza para oponerse á la marcha de esta sociedad.» (*Muy bien.*)

Y todo esto en nombre de la Patria. ¿De qué Patria, Sr. Salmerón? (*El Sr. Salmerón:* ¡De la grande!) ¡De la grande! Tan pequeña debe ser, que casi escapa á nuestra consideración; porque en esa Patria que inspira á S. S., no cabe nada; no caben nuestras tradiciones históricas, ni nuestras grandezas seculares; no caben los respetos á las creencias religiosas de este pueblo; no cabe aquella imparcialidad necesaria en la enseñanza para atravesar un período de transición; no cabe la Monarquía, ni cabemos los que creemos en ella, ni el ejército tal como lo tenemos, aspirando á mejorarlo; no cabe una política internacional fija y segura, ni cabe otra cosa que un grupo de republicanos, los cuales no se han puesto aún de acuerdo para saber lo que harán mañana, y que en esas alturas están esperando, sin duda, ver cuándo se desmorona el terreno en que se apoyan para no volver á encontrarse juntos, porque eso es lo que más trabajo les cuesta. (*Muy bien.—Grandes aplausos.*)

Y voy ahora, con permiso del Sr. Presidente, que tendrá la bondad de señalarme el momento en que crea que debo terminar, porque será imposible que yo acabe esta noche, á fijar los puntos de vista que me interesa presentar á vuestra consideración.

Debo decir, ante todo, que en el desenvolvimiento de estas consideraciones que he de hacer voy á con-

testar también al Sr. Marengo, y le he de contestar con la consideración que S. S. me merece y con el deseo de borrar del ánimo de S. S. toda idea desagradable, que por lo que ha dicho esta tarde me ha parecido que pudiera tener por no haber sido objeto de contestación especial anteriormente.

Al contestarle ahora, tengo necesariamente que tomar un punto común de los discursos del Sr. Marengo y del Sr. Salmerón, el de una cuestión que por igual los dos han planteado, y que me permite afirmar la inexactitud de su crítica y la completa diferencia que hay entre los hechos reales y los hechos tal como los han presentado SS. SS.

Empiezo por esta afirmación que ha hecho el señor Marengo. Yo, según S. S., he seguido en los primeros tiempos, en los primeros días de los acontecimientos de Melilla, una negociación diplomática, ocultándola al Sr. Ministro de la Guerra; negociación subterránea, deshonorosa, bochornosa, que estos son los calificativos nada escasos (lo que andaba escaso era la prueba) que la ha aplicado el Sr. Marengo; negociación, en fin, que ha dado por resultado el envío á Melilla de 22.000 hombres que no han tenido que hacer otra cosa en Melilla que gastar 36 millones de pesetas, ha dicho el Sr. Salmerón, y volverse á la Península sin resultado.

Para esto, según SS. SS., yo he inventado las cifras; yo he hecho decir primeramente que en el campo de Melilla y frente á la plaza había 20.000 rifeños, después 30.000, y después no sé cuántos. Y á todo esto, como el Sr. Ministro de la Guerra lo sabía por mí, el Sr. Ministro de la Guerra no podía poner las tropas en movimiento porque era imposible poner 4 ó 6.000 hombres enfrente de estas masas sin exponerlos á un desastre.

Pues bien, señores; esas cifras de 30.000 rifeños las he conocido yo por el Sr. Ministro de la Guerra, y el Sr. Ministro de la Guerra las ha conocido por el señor general Margallo, que en 5 y en 12 de Octubre, por carta y por telégrafo, decía lo siguiente: En 5 de Octubre: «...Se me presenta en este momento un moro de Rey que quiere comunicar con los administradores de la Aduana, y dice acudieron al combate todos los de la provincia de Guelalaia, que son cinco kabilas. Gran parte de la del Rif y de la de Kebdana, sin poder precisar los hombres que se reunirían. Que por lo que ha oído referir á los de los diversos pueblos, se aproximan á 100 los muertos que tuvieron, y que los heridos son muchísimos...»

En 12 de Octubre: «...He tenido hoy confidencia de hombre formal y que aborrece los hechos vandálicos de nuestros vecinos, que me asegura que el día 3 y siguientes se reunieron en nuestro frente 30.000 moros á pie y 2.500 ginetes de las kabilas del Riff, Kebdana, MTalsa y Benismacen, continuando muchos de ellos en estas inmediaciones y estando los demás dispuestos para presentarse en cuando les hagan señal, decididos á que no se haga el fuerte...»

Y en telegrama de la misma fecha:

«Kabilas fronterizas asociadas á las del Riff, Kebdana, Altalza y Benihasen en número 30.000 infantes y 2.500 caballos están dispuestos impedir todo trance continuación fuerte.»

Esto que sabía el Sr. Ministro de la Guerra por el señor general Margallo, esto es lo que se supone que era yo quien lo había dicho, que era yo quien lo había inventado.

Pero hay más: todo esto estaba conforme con los datos de nuestra Legación en Tánger y con los datos que me repetían personas de confianza para todos los partidos.

Negociaciones hechas á espaldas del Sr. Ministro de la Guerra. Esas fueron aquellas á que aludía el Sr. García Alix, y á que le contesté el día que tuve la honra de ocuparme de su discurso. Ahí está todo en el *Libro Encarnado*. Yo encargué á la Legación de Tánger que por todos los medios, incluso por los moros que eran amigos de España, procurase llevar á las kabilas que rodean al Riff aquel espíritu necesario para separarse de la lucha. Las autoridades marroquíes, no ningún representante español, ni ningún agente de España, ni aun confidencial siquiera, fueron las encargadas de esta negociación; fueron cartas de Sidi-Mohammed Torres, enviadas al gobernador de Urdja, que es un funcionario marroquí, á los empleados de la Aduana y á varias personas de diferente concepto, algunas de las cuales se supo después que no existían; hasta tal punto estaba bien enterado el Gobierno marroquí de la situación que rodeaba á Melilla.

Esas cartas se enviaron por el general Margallo, y el general Margallo comunicó al Ministro de la Guerra la recepción de las mismas y le envió la copia de la del ministro de España en Tánger, en que explicaba lo que pasaba. Eso consta en el *Libro Rojo*; ahí están los partes, ahí están las indicaciones mías, ahí están inmediatamente después las cartas mismas, cuyo texto me fué comunicado, y ahora el general López Domínguez me ha comunicado copia de la carta que el Sr. Marqués de Potestad Fornari había enviado al general Margallo.

Así, pues, toda esa conjura, toda esa conspiración subterránea y nebulosa, se hacía por las autoridades marroquíes, bajo la presión de España, enviando cartas al gobernador militar y comunicando el mismo gobernador, como era de su deber, las cartas del ministro de España en Tánger al señor Ministro de la Guerra.

Estas son las dos grandes ocultaciones y conjuras. He aquí, pues, Sres. Diputados, cómo los hechos evidentes, y que ahí están impresos en los documentos, son perfectamente desconocidos por el Sr. Marenco y por el Sr. Salmerón. Sobre ellos, sin embargo, fundan sus acusaciones; y así empieza esa trama: yo he ocultado; el Sr. Ministro de la Guerra se ha dejado sorprender; hemos agigantado las fuerzas enemigas; no se pudieron llevar en el primer momento las necesarias, porque eran muchas las que había enfrente; de ahí nació el concepto de la paz á todo trance; después se envió al general Martínez Campos para que continuase á la defensiva, sin hacer cosa ninguna, y luego no sé si nos entendimos con el Sultán, porque en esta novela fantástica que habéis trazado, partiendo de hechos tan inexactos, ignoro á dónde os habrá llevado vuestra imaginación.

Lo que habéis dicho es bastante para que al contestarlo mañana os pruebe que todo es igualmente falto de fundamento, y en la misma proporción absolutamente gratuito.

Ahora dejo las cosas en este punto; con ellas, Sres. Diputados, espero que podremos mañana continuar esta discusión, en la cual el fin práctico y el resultado que espero obtener es, afirmaros que tene-

mos una política internacional, que la seguimos los dos partidos de la misma manera, y que esa política internacional es la única patriótica, levantada y buena para el desarrollo y engrandecimiento de este país. (*Muy bien.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende esta discusión.»

El Congreso quedó enterado de tres comunicaciones en que participan haberse constituido, nombrando presidentes y secretarios á los señores que al enumerar cada una de ellas se expresa, las Comisiones nombradas para dar dictamen sobre los asuntos siguientes:

Concesión de un ferrocarril de Trubia á la concha de Artedo, á los Sres. Gutiérrez Mas y Alonso Martínez (D. Vicente).

Concesión de un ferrocarril de Trubia al puerto de Avilés, á los Sres. Marqués de Teverga y Alonso Martínez (D. Vicente).

Concesión de un ferrocarril de la estación de Ujo á Trubia á los Sres. Gutiérrez Más y Alonso Martínez (D. Vicente).

Se leyeron, anunciándose que quedarían sobre la mesa y se señalaría día para su discusión, los siguientes dictámenes:

De la Comisión de presupuestos sobre los proyectos de ley siguientes:

Concediendo dos suplementos de crédito á los artículos 4.º y 5.º del capítulo 5.º de la sección 4.ª, «Obligaciones de los Departamentos ministeriales,» del presupuesto vigente. (*Véase el Apéndice 2.º á este Diario.*)

Concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 3.ª, «Obligaciones generales del Estado», del presupuesto vigente. (*Véase el Apéndice 3.º á este Diario.*)

Concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 6.ª del presupuesto vigente, «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.» (*Véase el Apéndice 4.º á este Diario.*)

Concediendo un suplemento de crédito al art. 1.º del capítulo 31 de la sección 7.ª del presupuesto vigente, «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.» (*Véase el Apéndice 5.º á este Diario.*)

Ampliando el remanente que ofrece el crédito concedido por ley especial á la sección 6.ª del presupuesto vigente, «Obligaciones de los Departamentos ministeriales,» para gastos de epidemias. (*Véase el Apéndice 6.º á este Diario.*)

De la Comisión de actas sobre la elección del distrito de Ribadavia (Orense); y

De la Comisión de incompatibilidades sobre el caso del Sr. D. Adolfo Merelles, Diputado electo por el distrito de Ribadavia. (*Véase el Apéndice 7.º á este Diario.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para mañana: Continuación de la interpelación del Sr. Cánovas del Castillo; los dictámenes que se han leído, y los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y cuarenta y cinco minutos.

SIETE APÉNDICES

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley del Senado, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril que, partiendo de Madrid, termine en Santander.

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Senado, tomando en consideración lo propuesto por ese Cuerpo Colegislador, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno para otorgar á D. José Azcona, D. Manuel González del Corral y D. Antonio María Coll y Puig la concesión de la construcción y explotación de un ferrocarril de vía, cuya anchura será la que determina la ley para los ferrocarriles de servicio general, que partiendo de Madrid y pasando por Aranda de Duero y Burgos, termine en Santander.

Art. 2.º Este ferrocarril se declara de utilidad pública y con derecho á la expropiación forzosa y á la ocupación de terrenos de dominio público.

Art. 3.º Las obras se ejecutarán con arreglo al proyecto previamente aprobado por el Ministerio de

Fomento, debiendo comenzarlas dentro de los seis meses siguientes á la fecha de la concesión, y quedar terminadas en el plazo de cinco años, á contar del día en que se empiecen.

Art. 4.º Esta concesión se otorgará sin subvención alguna del Estado y por noventa y nueve años, con sujeción á la ley de ferrocarriles vigente.

Y habiendo introducido en el proyecto de ley remitido por ese Cuerpo Colegislador las modificaciones que del aprobado por éste resultan, formarán parte de la Comisión mixta que ha de conciliar las opiniones de ambas Cámaras los Sres. Senadores Conde de Torreánaz, D. Feliciano Herreros de Tejada, D. Fermín Hernández Iglesias, D. Leandro de Alvear, D. Modesto Martínez Pacheco, D. Gabriel Fernández Cadórniga y D. Alberto Bosch.

Palacio del Senado 8 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Habana, Presidente.—El Marqués de Puerto Seguro, Senador Secretario.—El Señor de Rubianes, Senador Secretario.

DIARIO

THE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley del Senado autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril que partiendo de Madrid termine en Santander.

Encomiendo, hablando con voz fuerte dentro de los asientos, al señor de la tribuna de la concesión, y que-
das terminadas en el plazo de cinco años, a contar
del día en que se otorgue.

Art. 1.º. Esta concesión se otorgará sin subes-
timate, al Estado y por novena y nueve años,
con arreglo a la ley de ferrocarriles vigente.

Y habiendo informado al presidente de la ley, y
visto por el Consejo de Ministros los proyectos de
esta ley, y acordado por este resultado, formarán
parte de la comisión mixta que ha de convalidar las
opiniones de ambas Cámaras las señas siguientes:
Cand. de Torralba, D. Mariano Herrero de la-
za, D. Fermín Barbañán, D. Fermín de
Alvar, D. Nicolás Martínez Pacheco, D. Gabriel
Castro, D. Joaquín y D. Alfonso Boscá.

Preside del Senado y de la ley de 1894.—El Mar-
qués de Villaverde, Presidente.—El Marqués de Pardo
y de Figueroa, Secretario.—El Marqués de Pardo
y de Figueroa, Secretario.

AL GOBIERNO DE LOS DIPUTADOS

El Senado, tomando en consideración lo propues-
to por el Consejo de Ministros, ha acordado el se-
guiente:

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º. Se autoriza al Gobierno para otorgar
la concesión de un ferrocarril que partiendo de Ma-
drid y pasando por Vitoria y Pasaia de la frontera de la
República de Francia, terminará en el puerto de San-
tander, con la que se autoriza la ley para la
concesión de ferrocarriles, con arreglo a la
ley y reglamento que se dicten en virtud de la
autorización de esta ley.

Art. 2.º. Este ferrocarril se otorgará al Estado y a
los señores de la concesión, con arreglo a la
ley y reglamento que se dicten en virtud de la
autorización de esta ley.

Art. 3.º. Las obras se ejecutarán con arreglo a
lo que se acordare por el Ministerio de Fomento.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno concediendo dos suplementos de crédito á los artículos 4.º y 5.º del capítulo 5.º de la sección 4.ª del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley concediendo los suplementos de crédito de 110.000 y 70.000 pesetas respectivamente á los artículos 4.º y 5.º, capítulo 5.º, del presupuesto del Ministerio de la Guerra del actual año económico de 1893-94, y hallándose conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 110.000 pesetas el capítulo 5.º, «Cuerpos permanentes», art. 4.º, «Comisiones activas y extraordinarias del servicio», y otro de 70.000 al mismo

capítulo, art. 5.º, «Jefes y oficiales en situación de reemplazo y excedentes», del presupuesto de Obligaciones de los Departamentos ministeriales, sección 4.ª, «Ministerio de la Guerra», del corriente año económico 1893-94.

Art. 2.º El importe de 180.000 pesetas á que en junto ascienden los referidos suplementos de crédito, se cubrirá transfiriendo 60.000 pesetas del propio capítulo 5.º, art. 3.º, «Generales sin destino determinado y en situación de cuartel y reserva», y 120.000 del capítulo 14, artículo único, «Premios de enganche y reenganche», de la misma sección y presupuesto.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—El presidente, Andrés Mellado.—El vicesecretario, Isidoro García Barrado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 3.ª del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones generales del Estado.»

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley concediendo un crédito extraordinario de 3.400.000 pesetas á un capítulo adicional de la sección 3.ª, «Obligaciones generales del Estado», del presupuesto del corriente año económico de 1893-94; y hallándose conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 3.400.000 pesetas á un capítulo adicional de la sección 3.ª, «Obligaciones generales del Estado»,

del presupuesto ordinario del corriente año económico de 1893-94, para atender al quebranto que produzca la situación de fondos en el extranjero con destino al pago de intereses de la deuda exterior y de las diferencias de cambio y comisiones en los pagos que ejecute el Tesoro en el extranjero por cuenta de los diferentes Ministerios.

Art. 2.º El importe de dicho crédito extraordinario se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—El presidente, Andrés Mellado.—El vicesecretario, Isidoro García Barrado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 6.ª del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales »

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley concediendo un crédito extraordinario de 30.600 pesetas al presupuesto del Ministerio de la Gobernación del corriente año económico de 1893-94; y hallándose conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 30.600 pesetas á un capítulo adicional de la

sección 6.ª, «Ministerio de la Gobernación,» del presupuesto de Obligaciones de los Departamentos ministeriales del actual año económico 1893-94, para gastos en la reparación de una avería en el cable telegráfico submarino de Tarifa á Tánger.

Art. 2.º El importe de dicho crédito extraordinario se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—El presidente, Andrés Mellado. — El vicesecretario, Isidoro García Barrado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Primeros de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Go-
bierno concediendo un crédito extraordinario a un capítulo adicional de la se-
cción 6.ª del presupuesto especial de Obligaciones de los Departamentos
Ministeriales.

Sección 6.ª. Ministerio de la Gobernación. Del pre-
supuesto de Obligaciones de los Departamentos mi-
nisteriales del actual año económico 1893-94, para
gastos en la ejecución de una ley en el caso
de ejecución sumaria de la Ley de 1.ª de
Abril de 1893. El importe de dicho crédito ex-
traordinario es de 10.500 pesetas. Con el fin de
que se cubra con el exceso que ingresen los in-
gresos que se obtengan sobre las obligaciones que se
cancelen y si no es posible, con la deuda flotante
del Tesoro.

La Ley de 1.ª de Mayo de 1894 es la
presidencia de la Comisión de Obligaciones de los
Departamentos Ministeriales.

La Comisión general de presupuestos ha exami-
nado el proyecto de ley que concede un crédito ex-
traordinario de 10.500 pesetas al presupuesto de
los gastos de la ejecución de la Ley de 1.ª de
Abril de 1893 y ha acordado que se cubra con el
exceso que ingresen los ingresos que se obtengan
sobre las obligaciones que se cancelen y si no es
posible, con la deuda flotante del Tesoro.

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario
de 10.500 pesetas a un capítulo adicional de la

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno concediendo un suplemento de crédito al art. 1.º de la sección 7.ª del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley concediendo un suplemento de crédito de 200.000 pesetas al capítulo 31, art. 1.º del presupuesto del Ministerio de Fomento del actual año económico de 1893-94; y hallándose conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 200.000 pesetas al capítulo 31, art. 1.º «Puertos», «Material», concepto de «Subvenciones á las

Juntas», del presupuesto de Obligaciones de los Departamentos ministeriales, sección 7.ª «Ministerio de Fomento», del corriente año económico 1893-94, con destino á la Junta de obras del puerto de Santander.

Art. 2.º El importe de dicho suplemento se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—El presidente, Andrés Mellado.—El vicesecretario, Isidoro García Barrado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Resumen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del fin-
dido concurriendo en el aumento de crédito al art. 1.º de la sección 7.ª del pre-
supuesto vigente de los departamentos ordinarios.

En virtud del presupuesto de obligaciones de los De-
partamentos ordinarios, según el artículo 1.º del artículo
de la ley de 1891, se han acordado los presupuestos de 1892.
El presupuesto de la Junta de obras del Puerto de San-
tiago.

Art. 1.º El presupuesto de dicho departamento se en-
cuentra en el presupuesto de los departamentos ordinarios que se
encuentra en el presupuesto de los departamentos ordinarios y
se encuentra en el presupuesto de los departamentos ordinarios.

El presupuesto de los departamentos ordinarios de 1892 se
encuentra en el presupuesto de los departamentos ordinarios, según
el artículo 1.º del artículo de la ley de 1891.

La Comisión general de presupuestos ha examinado el
proyecto de ley de los presupuestos de los departamentos ordinarios
de 1892, y ha acordado el presupuesto de los departamentos ordinarios
de 1892, según el artículo 1.º del artículo de la ley de 1891.

Presupuesto de 1892

El presupuesto de los departamentos ordinarios de 1892 se
encuentra en el presupuesto de los departamentos ordinarios, según
el artículo 1.º del artículo de la ley de 1891.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión general de presupuestos sobre el proyecto de ley del Gobierno ampliando el remanente de crédito que ofrece el concedido por ley especial á la sección 6.ª del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales», para gastos de epidemias.

La Comisión general de presupuestos ha examinado el proyecto de ley ampliando hasta un millón de pesetas el remanente de 673.083'36 pesetas que resultó en 31 de Marzo último del crédito de otro millón otorgado por la ley de 29 de Julio de 1893 al presupuesto del Ministerio de la Gobernación del corriente año económico de 1893-94; y hallándose conforme con lo propuesto por el Gobierno de S. M., tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se amplía á un millón de pesetas el remanente de 673.083'36 que en 31 de Marzo último ofrece el crédito de otro millón concedido por la ley de 29 de Julio de 1893 al presupuesto de la sección 6.ª, «Ministerio de la Gobernación», del co-

rriente año económico 1893-94, para los gastos á que pueda dar lugar la epidemia colérica y cuantas enfermedades, lo mismo exóticas que propias, revistan carácter epidémico.

Art. 2.º El remanente que ese crédito ofrezca en fin de Junio próximo, se trasferirá al presupuesto del inmediato año económico de 1894-95 y constituirá el de un capítulo adicional al de dicho Departamento con la aplicación determinada en el artículo anterior.

Art. 3.º El importe de 326.916'64 pesetas en que consiste el citado suplemento de crédito, se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—El presidente, Andrés Mellado.—El vicesecretario, Isidoro García Barrado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El día 15 de Mayo de 1894, a las 10 de la mañana, se abrió la sesión pública en el salón de sesiones del Congreso de los Diputados, para dar cumplimiento a lo dispuesto en el artículo 1.º de la Ley de 15 de Mayo de 1893, en virtud de la cual se celebran las sesiones públicas de las Cortes en el día 15 de Mayo de cada año.

La Comisión General de Presupuestos ha examinado el proyecto de ley que amplía el crédito de los gastos de la Administración pública, y ha acordado emitir el siguiente dictamen:

El crédito de los gastos de la Administración pública, que en el año 1893 ascendió a 1.203.000.000 de pesetas, se eleva en el presente proyecto a 1.203.000.000 de pesetas, con lo que se cubren los gastos de la Administración pública en el año 1894.

El crédito de los gastos de la Administración pública, que en el año 1893 ascendió a 1.203.000.000 de pesetas, se eleva en el presente proyecto a 1.203.000.000 de pesetas, con lo que se cubren los gastos de la Administración pública en el año 1894.

La Comisión General de Presupuestos ha examinado el proyecto de ley que amplía el crédito de los gastos de la Administración pública, y ha acordado emitir el siguiente dictamen:

El crédito de los gastos de la Administración pública, que en el año 1893 ascendió a 1.203.000.000 de pesetas, se eleva en el presente proyecto a 1.203.000.000 de pesetas, con lo que se cubren los gastos de la Administración pública en el año 1894.

El crédito de los gastos de la Administración pública, que en el año 1893 ascendió a 1.203.000.000 de pesetas, se eleva en el presente proyecto a 1.203.000.000 de pesetas, con lo que se cubren los gastos de la Administración pública en el año 1894.

PROYECTO DE LEY

El día 15 de Mayo de 1894, a las 10 de la mañana, se abrió la sesión pública en el salón de sesiones del Congreso de los Diputados, para dar cumplimiento a lo dispuesto en el artículo 1.º de la Ley de 15 de Mayo de 1893, en virtud de la cual se celebran las sesiones públicas de las Cortes en el día 15 de Mayo de cada año.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictámenes de las Comisiones de actas é incompatibilidades sobre la elección del distrito de Ribadavia (Orense), capacidad legal y caso de compatibilidad del Diputado electo D. Adolfo Merelles Caula.

La Comisión de actas ha examinado la de la elección parcial verificada el 29 de Abril último en el distrito de Ribadavia, provincia de Orense; y no conteniendo protesta ni reclamación alguna contra la validez de la elección, ni contra la capacidad legal del Sr. D. Adolfo Merelles Caula, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar dicha acta y admitir como Diputado por el referido distrito, si no estuviese comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, al expresado señor, que ha presentado su credencial, y cuyas capacidad y aptitud legales no ofrecen duda.

Palacio del Congreso 8 de Mayo de 1894.—Aureliano Linares Rivas.—Francisco de Asís Pacheco.—Francisco Agustín Silvela.—Rafael María de Labra.—Cipriano Garijo.—Gumersido de Azcárate.—Juan Alvarado.—Pablo Rózpide.—Antonio Comyn, secretario.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado los documentos remitidos por el Gobierno de S. M., de los cuales aparece que el Sr. D. Adolfo Merelles, Diputado electo por el distrito de Ribadavia, provin-

cia de Orense, es Subsecretario del Ministerio de Ultramar, destino comprendido en el párrafo 1.º, artículo 1.º, de la ley de incompatibilidades vigente, y por tanto compatible con el cargo de Diputado á Cortes, y además el dictamen y los antecedentes que obran en la Secretaría referentes á la lista de señores Diputados que tienen empleos compatibles, según los cuales no está completo el número que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880; y en vista de los documentos mencionados, tiene la honra de proponer al Congreso se sirva declarar:

1.º Que el destino de Subsecretario del Ministerio de Ultramar que desempeña el Sr. Merelles es compatible con el cargo de Diputado á Cortes.

2.º Que no estando completo el número de 40 Diputados con empleos compatibles que previene el art. 4.º de la ley de 7 de Marzo de 1880, puede dicho Sr. Merelles tomar asiento en el Congreso.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1893.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Juan G. Ballesterro.—Juan Felipe Sendín.—El Marqués de Figueroa.—Eugenio Silvela.—Rafael Serrano Alcázar.—Emilio Nieto.—Pegerto Pardo Balmonte.—Trinitario Ruiz y Valarino, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL JUEVES 10 DE MAYO DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y treinta y cinco minutos de la tarde, se aprueba el Acta de la anterior.

Nombramiento del Sr. Nieto para el cargo de consejero de Estado: Real decreto.

Derechos de exportación de los plomos argentíferos: exposiciones presentadas por el Sr. García Alix.

Nombramiento de una Junta que proponga el procedimiento legal para establecer la proporcionalidad en el ascenso al generalato; anuncio de preguntas de los Sres. García Alix y Sanchis.

Juramento del Sr. González de la Fuente.

Expedientes existentes en la Compañía Arrendataria sobre el libre cultivo de tabaco: reclamación del Sr. Ayiá.

Liquidación por multas de derechos reales, y reformas que en su virtud haya sufrido la plantilla del personal de abogados del Estado; relaciones de multas impuestas por el mismo concepto desde 1.º de Agosto del 93 hasta 1.º del mes actual; expedientes de elecciones municipales de la provincia de Oviedo que hayan sido objeto de apelación de los acuerdos de la Diputación provincial: reclamaciones del Sr. Suárez Inclán (D. Félix).

ORDEN DEL DÍA: Elección de Ribadavia y caso de compatibilidad del Sr. Merelles: dictámenes.—Quedan aprobados. Concesión de suplementos de crédito y créditos extraordinarios al presupuesto vigente: dictámenes.—Quedan aprobados.

Juramento del Sr. Arias de Miranda.

Peticiones: dictámenes sobre las señaladas con los números del 41 al 52.—Quedan aprobados.

Sucesos de Melilla: continúa el debate sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, y concluye su discurso el Sr. Ministro de Estado.

Juramento del Sr. Astray Caneda.

Prosigue el debate sobre la interpelación: rectificaciones de los Sres. García Alix, Marengo y Ministro de Estado.—Lectura de una proposición sobre las consecuencias de la conducta del Gobierno en la cuestión de Africa.—Se suspende la discusión.

Constitución de una Comisión: comunicación.

Ferrocarril de Ujó á Trubia; idem de Trubia á la Concha de Artedo y al puerto de Ayilés; carretera de Talará á Almuñécar: dictámenes.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las seis y cuarenta y cinco minutos.

Abierta la sesión á las dos y treinta y cinco minutos, se leyó y fué aprobada el Acta de la anterior.

El Congreso quedó enterado de una comunicación de la Presidencia del Consejo de Ministros, trasladando el Real decreto por el cual ha sido nombrado consejero de Estado D. Emilio Nieto y Pérez.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. García Alix tiene la palabra.

El Sr. **GARCIA ALIX**: He pedido la palabra para presentar unas exposiciones que la Cámara de Comercio de Cartagena, los vecinos del pueblo de Bédar, los de Garrucha y los de Mazarrón elevan á las Cortes, solicitando se reforme la ley respecto á los derechos de exportación que pesan sobre los plomos argentíferos, y que justifican las razones que me asisten para proponer, según tengo propuesto á las Cortes, que desaparezca este impuesto, que trae como consecuencia la ruina de esta industria. Como este asunto está pendiente de discusión en el Senado y tengo con este motivo presentada una proposición de ley, me reservo para cuando se discuta dar mayor extensión á mis razonamientos.

Ruego á la Mesa que si viene en hora oportuna el Sr. Ministro de la Guerra, y si no para la sesión de mañana, me conceda la palabra con objeto de dirigirle un ruego respecto á un Real decreto que se dice que ha firmado ayer S. M., nombrando una Junta para estudiar la ley constitutiva del ejército en lo referente á la proporcionalidad del ascenso al generalato; reforma de que se viene hablando, que puede ser de tristísimas consecuencias, y sobre la que conviene, para tranquilidad de los interesados, que el Sr. Ministro dé algunas explicaciones.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Sanchís tiene la palabra.

El Sr. **SANCHIS**: Esta mañana he tenido el honor de dirigir una carta al Sr. Ministro de la Guerra rogándole que tuviera á bien asistir á primera hora á la sesión.

Mi objeto era dirigirle una pregunta referente al mismo asunto que acaba de indicar el Sr. Alix, acerca de un Real decreto que, según se dice, ha firmado S. M., y que afecta á la ley constitutiva del ejército. Ruego al Sr. Presidente que me reserve la palabra para cuando venga el Sr. Ministro de la Guerra, con objeto de dirigirle una pregunta sobre esta materia, que naturalmente no puedo adelantar si estará inspirada en el mismo propósito ó en otro distinto del que anima al Sr. García Alix.»

Juró y tomó asiento el Sr. González de la Fuente, anunciándose que ingresaba en la Sección cuarta.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Avila tiene la palabra.

El Sr. **AVILA**: He pedido la palabra para rogar al Sr. Ministro de Hacienda que tenga la bondad de

remitir á la Cámara el expediente que debe existir en la Delegación de Hacienda que interviene en la Compañía Arrendataria, respecto á varios informes que se han dado por las diferentes granjas agrícolas de la Península, á cuyo expediente deben acompañar las hojas del tabaco obtenido y un sinnúmero de exposiciones que Sociedades, Compañías y particulares han dirigido al Gobierno ó á las Cortes solicitando que se decreta la libertad del cultivo del tabaco en la Península é islas adyacentes.

El Sr. **SECRETARIO** (Bugallal): Se pondrá en conocimiento del Sr. Ministro de Hacienda el ruego de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Suárez Inclán tiene la palabra.

El Sr. **SUAREZ INCLAN** (D. Félix): No hallándose presentes los Sres. Ministros de Hacienda y Gobernación, ruego á la Mesa se sirva poner en su conocimiento la petición de antecedentes que voy á formular.

Deseo que el Sr. Ministro de Hacienda se sirva remitir á la Cámara el expediente ó expedientes en que consten la liquidación por multas de derechos reales que en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 34 de la ley de presupuestos ha debido practicarse y el aumento ó reforma que por virtud de este mismo artículo haya sufrido la plantilla del personal del Cuerpo de abogados del Estado.

También ruego al Sr. Ministro de Hacienda que se sirva enviar al Congreso dos relaciones de las multas impuestas por derechos reales desde 5 de Agosto de 1893, ó sea desde la publicación de la ley de presupuestos, hasta 1.º del mes actual. En la primera relación deseo que se incluyan las multas impuestas á particulares por liquidaciones practicadas en las oficinas de las capitales de provincia, expresando la fecha del otorgamiento de los documentos, la de su presentación á la liquidación del impuesto y la del pago del mismo. En la segunda relación deseo que se comprendan todas las multas impuestas á funcionarios públicos en virtud de las prescripciones del reglamento del impuesto de derechos reales. Una y otra relación deseo que vengan acompañadas de los expedientes que se habrán instruido para la exacción de las referidas multas, y agradeceré al Sr. Ministro que mande desde luego al Congreso los documentos relativos á la provincia de Madrid, sin esperar á que se reunan los restantes.

Mi súplica al Sr. Ministro de la Gobernación se refiere á los expedientes de elecciones municipales verificadas en la provincia de Oviedo en Noviembre de 1893, en las cuales el acuerdo de la Comisión provincial, ya respecto de las elecciones, ya en cuanto á la capacidad de los elegidos, ha sido objeto de apelación ante el Ministerio. Deseo que el Sr. Ministro se sirva remitir á esta Cámara todos esos expedientes, lo mismo los que han sido objeto de resolución del Ministerio de la Gobernación que aquellos sobre los cuales no recayó acuerdo ministerial por haber transcurrido el plazo que señala un Real decreto expedido por el Gobierno conservador.

El Sr. **SECRETARIO** (Bugallal): Se pondrán en conocimiento de los respectivos Sres. Ministros los ruegos de S. S.

ORDEN DEL DIA

Elección de Ribadavia.

Sin discusión fueron aprobados los dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades sobre la elección parcial del distrito de Ribadavia (Orense) y admisión y caso de compatibilidad del señor D. Adolfo Merelles, Diputado electo por dicho distrito. (Véase el Apéndice 7.º al Diario núm. 126.)

Suplementos de crédito y créditos extraordinarios.

Sin discusión fueron aprobados los dictámenes de la Comisión de presupuestos sobre los siguientes proyectos de ley:

Concediendo dos suplementos de crédito á los artículos 4.º y 5.º del capítulo 5.º de la sección 4.ª, «Obligaciones de los Departamentos ministeriales,» del presupuesto vigente. (Véase el Apéndice 2.º al Diario núm. 126.)

Concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 3.ª, «Obligaciones generales del Estado,» del presupuesto vigente. (Véase el Apéndice 3.º al Diario núm. 126.)

Concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 6.ª del presupuesto vigente, «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.» (Véase el Apéndice 4.º al Diario núm. 126.)

Concediendo un suplemento de crédito al art. 1.º del capítulo 31 de la sección 7.ª del presupuesto vigente, «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.» (Véase el Apéndice 5.º al Diario núm. 126.)

Ampliando el remanente que ofrece el crédito concedido por ley especial á la sección 6.ª del presupuesto vigente, «Obligaciones de los Departamentos ministeriales,» para gastos de epidemias. (Véase el Apéndice 6.º al Diario núm. 126.)

Juró el cargo de Diputado el Sr. Arias de Miranda, anunciándose que ingresaba en la Sección quinta.

Peticiones.

Sin discusión fueron aprobados los dictámenes de la Comisión de peticiones sobre las señaladas con los números desde el 41 hasta el 52 inclusive. (Véase el Apéndice 2.º al Diario núm. 118.)

Sucesos de Melilla.

Continuando la discusión pendiente sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de Estado continúa en el uso de la palabra.

El Sr. Ministro de **ESTADO** (Moret): Señores Diputados, es un natural deseo en mí, que vosotros comprenderéis fácilmente, el de poder discutir con la presencia del Sr. Salmerón y del Sr. Marengo, á cuyos discursos empecé á contestar en la tarde de ayer. Pero me indica el Sr. Muro que él y algunos de sus amigos están presentes, y comprendiendo que hay suficiente base para que la discusión continúe

con la sola presencia de SS. SS., entro desde luego en el debate.

Lo que en el día de ayer estaba exponiendo á la consideración de los Sres. Diputados, se refería exclusivamente á aquellos dos puntos de vista que yo creía indispensables para poder fundar mis observaciones sobre el aserto por mí enunciado de la falta de exactitud que había en las afirmaciones hechas por el Sr. Marengo y por el Sr. Salmerón, y sobre las cuales hacían dichos señores consideraciones de importancia, que, por decirlo así, daban colorido á sus discursos.

Referíanse estos dos puntos de vista á las negociaciones que se suponían hechas por el Gobierno español después del atentado del 2 de Octubre, y que se desenvolvieron por medio de las autoridades marroquíes, impulsadas y guiadas por el Ministro de Negocios extranjeros, ó sea por el delegado del Gobierno marroquí en Tánger.

Y como el Sr. Salmerón había dado nuevo relieve á la cifra de los combatientes que podía haber en derredor de la plaza de Melilla, y de esta cifra que á mí exclusivamente se me atribuía, se deducía una consecuencia importantísima por ambos señores, tengo yo todo empeño en hacer constar que la cifra de 30 ó de 50.000 combatientes que se suponía había en el Riff, procedía principalmente de los avisos enviados por el general Margallo al Sr. Ministro de la Guerra; avisos que estaban de acuerdo con las indicaciones que de Tánger había yo recibido por medio de la Legación.

Venía inmediatamente después de esta rectificación esencial, la otra referente á las negociaciones, desde un punto de vista que era de suma trascendencia, á saber: sobre el carácter que aquéllas habían tenido, y que, á juicio del Sr. Marengo y del Sr. Salmerón, habían sido por mí ocultadas al señor Ministro de la Guerra, con lo cual mi compañero de Gabinete había tenido que cambiar su plan, no enviando rápidamente muchas fuerzas, sino acumulando las suficientes para combatir á aquellos elementos tan considerables.

En este punto tuve ocasión de decir ayer, y repito ahora, que esos hechos, aparte del conocimiento diario y directo que yo daba al Sr. Ministro de la Guerra de cuantos telegramas recibía, llegaron á su noticia de la manera más completa por medio de una carta del señor general Margallo, en la cual le enviaba copia de la que á su vez el ministro en Tánger le había dirigido; carta del Sr. Marqués de Potestad Fornari que yo no he conocido ni he tenido por qué conocer hasta el momento en que hemos llegado al debate; pero que una vez conocida y aportada al debate como elemento de juicio indispensable, hace caer por su base todo el edificio levantado sobre aquellas equivocadas premisas.

Ahora, despejados estos dos puntos, voy á entrar, Sres. Diputados, con entera libertad en el debate, comenzando por declarar el grande esfuerzo de atención que necesito; porque habiendo de responder alternativa ó simultáneamente, según los casos; á los discursos del Sr. Marengo y del Sr. Salmerón, he de procurar unir aquello que hay de común entre los dos, á fin de evitaros molestias; pero suplicándoos que me sigáis con todo cuidado, para que no resulte confusión en las diferentes maneras con que habré de tocar aquellos puntos que, aunque semejantes,

han sido, sin embargo, presentados bajo aspectos distintos.

Decía el Sr. Marengo que toda la parte primera de la gestión diplomática habida en los comienzos de los sucesos de Melilla, y sobre todo aquella que precedió á su estallido durante los meses de Julio y Agosto, relacionada con la visita que el Sr. Marqués de Potestad hizo á las plazas de Ceuta y de Melilla, revelaba ya en el Ministerio de Estado una tendencia y una preparación que habían de producir sus consecuencias. Sus palabras son terminantes en este punto. El Sr. Marengo lamentaba la coincidencia de hechos tales como el extravío de la Memoria que debía enviar el Marqués de Potestad Fornari, y el haber obtenido licencia, no habiendo podido disfrutarla por los acontecimientos del día 2 de Octubre; coincidencia por virtud de la cual quedó, según S. S., todo eso envuelto en la sombra; mas no sin que dentro de esa sombra dejara de percibirse que hubo aviso de lo que iba á suceder en Melilla; que el ministro en Tánger había tenido conocimiento de lo que allí se preparaba; que necesariamente el ministro en Tánger lo habría puesto en mi conocimiento; y que una vez que yo tenía conocimiento de todo, esta es la deducción que yo saco, la consecuencia necesaria era que había habido negligencia de parte del Gobierno por no estar dispuesto ni preparado, á pesar de los avisos que recibí.

Pues bien, señores; la presencia en Madrid del ministro de S. M. en Tánger me ha permitido suplir directamente con su informe aquello que parecía quedar en la sombra y dar lugar á una sospecha y á una acusación contra el Ministro de Estado.

El Sr. Marqués de Potestad Fornari, al solicitar de mí el permiso de hacer una visita á las plazas fuertes de Africa, no se había propuesto de ninguna manera averiguar ni tener conocimiento de hechos que ya empezaban á prepararse, y de los cuales algunos indicios podía haber en aquella época, ni trajo después de su visita á las plazas de Melilla y de Ceuta indicación alguna que en este sentido le sirviera. Hay hechos de una importancia decisiva para que el Congreso forme juicio sobre este particular. El Sr. Marqués de Potestad Fornari lo que deseaba averiguar, según sus propias declaraciones, era el estado de relaciones entre los comandantes de esas plazas fuertes y la Legación en Tánger; suplir las deficiencias que se notaban en las comunicaciones entre ellos; cerciorarse del fundamento de las quejas que continuamente llegaban á sus oídos acerca de los escasos medios con los cuales los bajás de las diferentes comarcas podían reprimir las faltas y delitos que se cometían contra los españoles en aquellos territorios; formar así un juicio personal del estado de las cosas, y después entrar en una correspondencia con los comandantes militares, que, fundada en el cambio de ideas que allí había tenido lugar, le permitiese en adelante cumplir con su misión y reparar lo que él juzgaba y el Sr. Marengo también llamó deficiencias que podía haber en estas relaciones de las plazas fuertes de Africa con la Legación en Tánger.

Una vez en Melilla, y en conversación con el general Margallo, el Sr. Marqués de Potestad Fornari recordó que en la primera quincena de Julio, un periódico local, tomándolo de uno de Madrid, publicó la especie de que algunos personajes moros se ha-

bían acercado al comandante de la plaza de Melilla para rogarle desistiese de la construcción de un fuerte que se proyectaba dentro de nuestros límites. Esta idea, que á consecuencia de haberla visto en un periódico, estaba fija en la mente del ministro de S. M. en Tánger, le obligó á hablar de ella al general Margallo; y éste, enseñándole desde lejos el sitio de la proyectada construcción, le aseguró que todo aquello se había calmado, que no se temía ninguna dificultad y que se había empezado ya la carretera que debía conducir al fuerte de Sidi-Aguariach.

Estos son recuerdos del Sr. Marqués de Potestad Fornari acerca de su conversación con el general Margallo.

Y á la verdad que no podían ser otros, porque en 17 de Agosto toda la población civil de Melilla, que había sentido una gran satisfacción con la visita del Sr. Marqués de Potestad Fornari, le dirigió una solicitud en la cual se leen estas palabras: «Por otra parte, el trato frecuente á que obliga el comercio entre compradores y vendedores, ó sea entre moros y españoles, la mancomunidad de intereses que se crea, los beneficios que con ello obtienen las kabilas vecinas, determinan, por la ley de la necesidad y por la idea de su conveniencia, cierto espíritu de concordia hacia nosotros; y si bien se ha registrado de cuando en cuando, y probablemente se continuará registrando alguno que otro acto aislado de salvajismo, sin embargo, es casi seguro que jamás promoverán hostilidades formales, que en fin de cuenta habrían de resultar para ellos en gran manera perjudiciales.»

Esta exposición del comercio de Melilla lleva la fecha de 17 de Agosto, y fué remitida al Sr. Marqués de Potestad Fornari con una carta del general Margallo que lleva fecha 20, y que el Sr. Marqués de Potestad Fornari ha tenido la bondad de entregarme. En esta carta se refiere el general Margallo á las conversaciones que tuvieron, y comenta los diferentes asuntos de conversación que entre ellos hubo.

«La Comisión de comerciantes y propietarios de la plaza (dice la carta) que saludaron á usted en esta su casa, pensaban haberle entregado una exposición, y como no tuvieron tiempo material para ello por lo rápida que fué su visita, me la entregan hoy, acompañada de una Memoria, para que se la remita, como lo verifico.

»Como verá, está conforme con mi opinión en los puntos que tuvo á bien consultarme referentes á la Aduana y exportación muy especialmente de granos.

»La continuación del cable á Nemours sería muy conveniente para el comercio.

»Del repartimiento de terrenos y construcción del puerto, nada digo á usted, porque depende, lo primero, de que se anule ó no por nuestro Gobierno la concesión de las colonias, y lo segundo, de que se termine el anteproyecto á que aluden, merezca aprobación y se faciliten fondos.

»Me permito recordarle cuanto le dije respecto á la necesidad de que el bajá del campo tenga el suficiente número de hombres armados para hacerse respetar de las kabilas, castigando á los que en nuestro territorio cometan faltas; los que, con arreglo á los tratados, se entregan á dicha autoridad, que se ve en la precisión de ponerlos en libertad por imposiciones de sus familias. De lo contrario, sería preciso

autorizar á los gobernadores de estas plazas á enviar á Tánger á los que moralmente fueran convencidos autores de atropellos, que merecen severos castigos, pero que por falta de prueba legal no se puede sentenciar por nuestro Código; porque los moros nunca declaran ante los jueces lo que confidencialmente dicen á las autoridades. Toda esta familia saluda á usted cariñosamente, etc...»

De modo que á la exposición en la cual se decía que no era probable, que no había que temer que ocurriese, fuera de los actos de salvajismo, que son frecuentes en aquellos territorios, ninguna clase de movimiento general contra la plaza, á esta exposición, que era reflejo fiel en aquel entonces del sentimiento general de los vecinos de Melilla, hay que unir los comentarios de la carta del general Margallo, en los cuales se funda el Sr. Marqués de Potestad Fornari para decirme y para asegurar que no trajo de Melilla otra impresión que la de una tranquilidad absoluta, que no concebía la menor sospecha de que pudiera ocurrir ninguno de esos actos; y tan era así, que pensaba, desde el 1.º de Setiembre, hacer uso de una licencia para Madrid, que por haberse aplazado coincidió con el parte telegráfico en que yo tuve noticia de los sucesos de Melilla.

Sin entrar en ninguna clase de comentarios sobre todo aquello que el representante de S. M. en Tánger entendió que debía decirme, yo, que no quise hacerlos el otro día cuando con el Sr. García Alix departía, no los he de hacer de ninguna manera en el día de hoy; pero sin entrar, repito, en ninguna clase de comentarios, he de manifestar que todos estos asertos equivalen ya hoy á la Memoria que el Sr. Marqués de Potestad Fornari había pensado escribir, y que no pudo hacerlo por haber aplazado para una conversación verbal lo que entendía que debía comunicarme.

De esta manera, señores, quería yo y me propongo llevar al ánimo de los Sres. Diputados una convicción que confieso ingenuamente no había pensado fuese necesaria cuando el otro día hablaba con el Sr. García Alix. Me parecía esto tan claro, era tan generoso el propósito del Sr. García Alix, que con separar yo de los representantes del Ministerio de Estado cualquier sombra ó sospecha acerca de su conducta satisfacía los deseos del Sr. García Alix y no perjudicaba en lo más mínimo á aquel otro noble y levantado propósito que S. S. perseguía. Algo debía haber, no obstante, de equivocado ó de erróneo en mis juicios, cuando el Sr. Marengo creía que yo, contestando al Sr. García Alix acerca de la conducta de la Legación de Tánger, hice algo así como una habilidad, porque el Sr. García Alix manifestó que se refería al Ministerio de Estado.

Después de presentados los hechos tal cual son, debo sacar como deducción indeclinable de las observaciones que he sometido á la Cámara, ésta última; que la Legación de S. M. en Tánger comunicaba al Ministro todo aquello que entendía oportuno y necesario para la gestión diplomática, pero no aquellos hechos que, á juicio suyo, no tenían valor bastante para ocupar su atención; y que los hechos posteriores, de que ayer me ocupé á última hora, relativos á los trabajos que se hacían desde Tánger para disuadir á las kabilas y mantenerlas en el respeto debido al Sultán, eran extraños á las autoridades españolas, que no pudieron adquirir compromisos

grandes, ni pequeños, ni de ninguna clase, relativamente á la conducta seguida con posterioridad. Y como era lo esencial hacer ver que el Ministro de la Guerra tenía conocimiento de todas aquellas negociaciones, he querido señalar los documentos en virtud de los cuales, aun antes que yo y de manera más completa que yo, el Sr. Ministro de la Guerra estaba enterado de ellas.

Ahora, presente ya el Sr. Salmerón, entro con todo desahogo en el examen de las consideraciones que de su discurso se desprenden y que al Gobierno interesa someter á la Cámara, dando á ese discurso toda la importancia que debía tener, como resumen, según nos dijo, de las aspiraciones de la minoría republicana; y toda vez que el Sr. Salmerón llamaba á este asunto liquidación de la conducta de los partidos monárquicos desde la Restauración acá, y quería precisar las deudas y obligaciones por cada uno de ellos contraídas, de tal suerte que el país pudiera apreciar lo que había que esperar de los legisladores que ahora se presentan enfrente y de aquellos otros que debían hoy rendir sus cuentas, aun cuando fueran tan tristes y deficientes como las que, según S. S., damos al país.

Todo esto debía ventilarse con motivo de la cuestión de Melilla, porque la serie de afirmaciones que el Sr. Salmerón fué haciendo en su discurso venía á condensarse en una principal, á saber: que los partidos monárquicos no tienen política internacional alguna, y que habíamos rebajado, y, pidiéndonos permiso para usar la frase, hasta degradado, la noción de la Patria, aquélla en virtud de la cual suponía que todos nosotros sólo éramos instrumentos ciegos de intereses extranacionales y una especie de comparsas que nos movemos animados exclusivamente por fuerzas que, viniendo desde lo alto, nos mueven como á un cuerpo muerto, como unos instrumentos de una política maquiavélica de cuyas gracias y favores nos mantenemos y á los que debemos la posesión del poder, presentándose S. S., como un profeta triste, á denunciarnos á la condenación de los españoles que no se hubieran dado cuenta de nuestra verdadera significación.

Entonces el Sr. Salmerón planteaba ya su punto de vista y su ataque, empezando por definírnos lo que era Melilla.

Es Melilla una ciudad casi desconocida para esta última generación, porque su nombre no había sonado ni aparecido en el escenario de la vida política contemporánea, toda cuya atención habían absorbido los sucesos del territorio peninsular. Melilla, por su posición geográfica, situada, como se halla, entre los desfiladeros del Riff y la cuenca del Muluya, podía ser, á su juicio, y en este sentido lo diré, la puerta por donde penetraran los elementos de influencia que podía darnos el medio de pagar la deuda contraída con la raza semítica, á la que debemos una parte de la civilización.

Este creo que era el pensamiento de S. S.; y esto lo necesitaba decir, porque había llegado á censurarnos á todos por el abandono en que Melilla se encontraba y por la falta de previsión con que atendíamos á puerta tan importante para entrar en el Riff.

Séame lícito á mí, señores, ya que el Sr. Salmerón ha podido hablar de estas cuestiones que se rozan con la estrategia militar, séame lícito decir que jamás podrá ser la plaza de Melilla base de operaciones

militares para penetrar en Marruecos. En primer lugar, el Riff no es conocido; escasos han sido los viajeros que han penetrado en el Riff, y de ninguno de ellos he leído ni he visto relación de viaje ni historia del país que pueda considerarse completa; sólo un español heroico, el Sr. Lorenzana, disfrazado de moro y hablando su idioma, pudo penetrar seis veces en el Riff, y ha escrito y ha dejado una Memoria y descripción de aquél territorio, que obra en el Ministerio de Estado; Memoria y descripción que un día se publicará é imprimirá, porque no ha llegado todavía el momento de hacerlo. Es aquél un territorio cruzado por ríos secos en cuanto hace calor, que se convierten en torrentes con las lluvias otoñales; es aquél un suelo fértil, pero escaso de productos; sin caminos, sin puentes para atravesar los ríos, sin ninguna clase de vías de comunicación; es aquél un territorio en que vive una mísera población, agrupada en las colinas y viviendo en chozas miserables; carece aquél territorio en absoluto de medios de alimentarse un ejército invasor durante largas y fatigosas jornadas para llegar á alguna pobre población como Tetsa, donde no se podría ni alojar una pequeña división de tropa. Esto por lo que hace al camino que se podría tomar, y que va desde Melilla ó Alhucemas al interior de Marruecos; porque en cuanto al otro, no hay más que fijarse en el mapa y ver, teniendo presente las indicaciones del Sr. Lorenzana, que hay una parte, la derivada de las grandes estribaciones del Atlas, que corren á formar un nudo sobre esta otra cordillera que se apoya en el Muluya, mientras que por la derecha va por esos montes que forman el estrecho de Gibraltar, donde se aloja la kabila de Anghera y donde se encuentra aquél desfiladero que tan heroicamente tomaron nuestras tropas en 1860.

No hablemos, pues, de la marcha por esos sitios, porque sería insensato pensar que en esos desfiladeros del Riff podría aventurarse ningún ejército moderno, ni menos ningún ejército organizado, porque por ellos no es posible llevar ninguna impedimenta, ni víveres, ni parques, ni habría posibilidad de prestar auxilio á los heridos. Tendría ese ejército que dejar á cada paso fuertes columnas de tropa para proteger los enfermos, atender á las comunicaciones y establecer una serie de convoyes que fuesen recogiendo lo que la columna no pudiese llevar y que la llevasen los víveres y municiones necesarios; y todo eso en medio de una población que el Sr. Lorenzana hace subir á 70.000 combatientes, en medio de una población que se bate por instinto y por afición, toda vez que constantemente se baten entre sí, que no están mandados ni organizados en forma militar, que huyen cuando se les acomete y que se retiran y esconden detrás de las chumberas y de las sinuosidades del terreno, para ir diezmado constantemente á las tropas que en forma regular tuvieran que avanzar por ese camino.

Melilla no será nunca una de esas plazas con las que se puede contar como base de operaciones militares ni como base para penetrar en Marruecos.

No quiero hablar del oasis del Figuig ni del camino por las fuentes del Muluya, porque si el señor Salmerón fija la vista en la costa de Marruecos, verá que no hay punto donde puedan alojarse ni detenerse algunas tropas, en un país donde en tiempos de sequías no hay ni agua para beber, y cuando llueve no hay medio de vadear aquellos ríos. Quizá por esto

(yo no vengo aquí á defender á nadie, y después diré por qué; estamos tratando una cuestión nacional, y yo espero que el Sr. Salmerón aceptará en el terreno del interés de la Nación aquellas observaciones que vengo haciendo), quizá por esto no se ha buscado en la organización de los medios de comunicación en Melilla aquello que S. S. echaba de menos: la construcción de un puerto y los medios de atender á las necesidades económicas de la plaza, sobre todo á aquellas necesidades militares que exigirían rápidos desembarcos y grandes medios de comunicación para el momento en que comenzaran las hostilidades.

A pesar de eso, en mi sentir la plaza de Melilla tiene grande importancia; la plaza de Melilla, que no es el centro militar de ninguna clase de operaciones sobre el Africa, es, sin embargo, el centro del comercio, de la vida económica y de las relaciones mercantiles entre España y aquella parte del Riff. Aquellos montañeses no tienen medio de comunicación más que dando vueltas en la dirección de Urdja, para ir á la Argelia francesa, á aquella feria de Alamania, que tiene lugar constantemente, y á donde seguirían yendo los rifeños, si no se hubiera establecido una Aduana en Melilla y no se hubiera allí creado un punto de vida económica.

¿Cuál será, en mi sentir, el gran interés de España, en lo que se refiere á Marruecos, en el porvenir? Esa facilidad de las comunicaciones económicas, esa posibilidad de atraer los productos, eso que dice la exposición, que he leído antes, de los comerciantes de la población civil de Melilla; la posibilidad de entenderse, el contacto constante, el comercio que civiliza aquello que va sirviendo como de medio ambiente entre dos razas que son contrapuestas la una á la otra, y que por estos medios, que son, en último término, los que la humanidad ha poseído para empezar su civilización, el interés, el cambio y el comercio, va modificando aquella situación de recelo, que ha sido, después de todo, la causa de la guerra. (*El Sr. Lostau*: Que crearon los religiosos.) Ya iremos á eso.

De aquí pasaba á decir el Sr. Salmerón que la plaza estaba abandonada, que sus medios de defensa eran tan deficientes que no tenía más que dos piezas de artillería de montaña, que iban de una parte á otra durante el combate. Realmente, las piezas de artillería de montaña se han hecho para eso; para ir de una parte á otra; pero admitamos por un momento la crítica de S. S. Añadía S. S. que la plaza no tenía más que 700 hombres para su defensa y la de los fuertes en el momento en que ocurrió aquella sorpresa, y que carecía de las municiones y elementos suficientes; en lo cual había una crítica para todos los Ministros de la Guerra anteriores, y por consiguiente para todos los partidos, y también, aunque en la menor escala posible, para el actual Ministro de la Guerra.

Pues bien; permítame el Sr. Salmerón que le lea los datos oficiales, que es hora de que ayude al Sr. Ministro de la Guerra y no le deje toda la tarea, que ya va siendo excesiva, de contestar á cuantas observaciones se hacen. El día 1.º de Octubre existían en la plaza 62 piezas de artillería de las de plaza, 21 de campaña y 4 ametralladoras. Aquellas dos únicas piezas que de una parte á otra marchaban, como si estuvieran de paseo por los alrededores de Melilla, tenían muchas que les acompañaban

en el movimiento, y otras muchas fijas, que eran las que importaban, porque el emplazamiento de los fuertes es tal, que permite que el fuego de cañón lo recorra en todas sus partes.

No quiero hablar de las municiones, por no añadir demasiados datos; pero puedo decir que había 14.886 granadas ordinarias, 459 granadas de metralla y 1.554 botes de la misma clase de munición; había, además, 13.546 espoletas de percusión y 1.040 de tiempo. Estos eran los elementos en tiempo de paz, porque nadie temía que la guerra pudiera sobrevenir, y más que nadie (dejemos á un lado las citas de las autoridades) la población en masa; todos los que vivían dentro de los muros de Melilla y que hablan en los términos de la exposición que ya he leído.

¿Cuál era la guarnición que debía servir estas piezas y defender la plaza? La guarnición, descontadas las bajas á que se refería el general Margallo, era de 1.400 hombres, el doble de los 700 de que hablaba S. S.; esto en tiempo de paz, eso para contestar á lo que S. S. llamaba imprevisión; elementos que eran completamente sobrados para la defensa de la plaza, que no hubiera sido necesario reforzar más que cubriendo las bajas, aunque se hubiera temido una agresión.

Y continuando yo en esta idea (y ahora va á encontrar el Sr. Lostau la respuesta á la indicación que me hacía hace un momento), lamentábase el señor Salmerón de que para esa obra de civilización, para ese pago de la antigua deuda que tenemos con la raza semítica, que concibió Isabel la Católica como el porvenir de España y empezó á ejecutar Cisneros, para eso enviáramos solamente presidiarios y frailes; los presidiarios, los penados, los irredimibles de nuestra sociedad, como S. S. los llama; los frailes, de quien no me atrevo á condensar el pensamiento de S. S., pero me parece que colocándoles al lado de los presidiarios, los consideraba como lo más despreciable también que había en la sociedad española (*El Sr. Lostau*: Inútiles), y de los cuales además decía S. S. que representaban el insulto á las creencias y la provocación á la fe, al sentimiento más íntimo, más sagrado del hombre, y más en las razas semíticas, que son tan fanáticas y que viven sólo por los entusiasmos religiosos, que se mantienen sólo por la religión. Echaba entonces de menos el Sr. Salmerón, que no concentráramos en Africa todo lo que hay de fuerte, de vigoroso, de inteligente en nuestra sociedad, de manera que yendo á aquellos centros pudiéramos influir en aquellas razas, fuéramos así preparando, con la conquista del alma, la conquista del cuerpo; idea que cuando los marroquíes la conozcan, no sé si se la agradecerán al Sr. Salmerón, porque aun cuando después se abra su espíritu á la idea generosa de otra civilización, no me parece que han de creer que, al predicarles en nombre de la caridad cristiana, llevamos solamente la idea de apoderarnos de su cuerpo, y creerán que nuestro objeto es quitarles poco á poco los elementos de su independencia y la idea de vivir como pueblos propios.

Podremos los españoles decirles que serviremos de intermediarios con las demás Naciones, para darles la seguridad de que defendemos su independencia; lo que no podrá evitarse es que surja en ellos la duda de que tratamos con cualquier disfraz de quitarles su independencia y los medios de vivir como

pueblo propio. Pero cuando el Sr. Salmerón ha dicho estas cosas, cuando enunciaba estas ideas como capítulos de su programa para pagar la deuda que tenemos con la raza semítica, ¿no se había hecho cargo de los elementos que España ha llevado para pagar esa deuda? Porque, en primer lugar, S. S. me va á permitir una frase un poco especial, un poco característica de nuestro estado; ante todo, Sr. Salmerón, hay que pensar en la unidad, y no se puede pensar en los elementos que España ha de enviar á Marruecos sin pensar en si los tiene España, para poder de esa manera ser generosa y dadivosa; es preciso pensar cuál es nuestro presupuesto, cuáles son vuestras quejas constantes, cuál es la misión del Estado y los medios que tiene; y todo esto presente, decirse si no es utopía que nadie tiene el derecho de presentar como plan de gobierno el establecer en Melilla y en Ceuta como unos centros de civilización á costa del presupuesto y pagando caramente esos medios que se pueden enviar.

España no ha estado en condiciones de hacerlo. El Sr. Salmerón hablaba de los años posteriores al de 1868, porque los anteriores los calificaba S. S. como de barbarie, como Edad Media; pero desde el año 1868, pregunto al Sr. Salmerón: ¿qué períodos de paz y de tranquilidad hemos tenido? ¿qué riqueza hemos acumulado nosotros? ¿cómo hemos podido mejorar nuestra enseñanza para preparar esos elementos cosmopolitas? ¿qué fuerza de expansión ha tenido nuestro comercio? ¿cómo hemos podido alumbrar nuestras costas, construir nuestros fuertes, encauzar nuestros ríos para que no llenen de arena las darseñas? ¿qué hemos hecho para poder enviar á las costas africanas esa obra de civilización como S. S. quería? Hemos llevado lo que teníamos, y S. S. es injusto al negarlo, hemos llevado lo que representa la expresión de nuestra civilización, hemos llevado á los frailes (*El Sr. Lostau*: Que sobran) y los médicos. El Sr. Salmerón no ha recordado el establecimiento de la escuela de medicina en Tánger; el señor Salmerón no ha recordado el establecimiento de los médicos españoles en los Consulados y en las misiones militares; no ha recordado las dos misiones de Ingenieros y Estado Mayor que estudian el terreno del Imperio marroquí. Todo esto, que era lo que teníamos disponible, no lo ha considerado el Sr. Salmerón; no ha querido más que estigmatizar á los frailes. Pues bien; el fraile franciscano es la personificación de uno de los elementos de la civilización española y el más propio para ir á Africa.

Yo ruego al Sr. Lostau que deje por un momento aparte las preocupaciones de su espíritu para juzgar el valor de estas consideraciones. Lo que el marroquí conoce generalmente de Europa es el especulador, el aventurero. La gran repugnancia que tiene para recibir á los representantes de la civilización árabe y cristiana, es que descubre en ellos el interés, el egoísmo, la usura; lo que le repugna es que vayan allí esos elementos á recoger, no á facilitar. Nosotros hemos enviado elementos que precisamente van á dar, no á recoger: los médicos, á quienes paga el Estado, que dan la enseñanza, todo lo que está en manos de los médicos, que representa algo como de alquimia en cuanto emplean los medios de curación, que representa algo de medios mágicos en cuanto saben descubrir y predecir la salud, la enfermedad y la muerte. Hemos enviado los frailes,

y aquí he de recordar lo que el Padre Lerchundi decía hace años al Sultán en una conversación íntima: «Tú puedes oírme, puedes escucharme tranquilamente, porque no te pido nada; aquí vienen los embajadores á pedirte negociaciones; aquí vienen los Ministros á exigirte concesiones que puedes creer que acabarán con tu poder; aquí vienen los comerciantes á pedirte un pedazo de tierra; aquí está el mojalato, especie de superfetación de la protección, en virtud del cual el súbdito escapa á la acción del soberano, y que es como la gota que caída pura del cielo, se filtra en el cieno y acaba por envenenar el campo por donde corre. Yo no quiero nada; yo no necesito nada; con mi pobreza ya tengo bastante; un crucifijo sobre mi cuerpo y en la tierra un hoyo que cañarán mis hermanos, me es suficiente; la idea de la eternidad, la esperanza del premio en la gloria, me sostiene. No te pido que cambies de religión; el fraile viene á establecer en las ciudades marroquíes hospitales para los enfermos, viene á tender una mano al viajero perdido, es una enseña de la Patria, como allá en tiempos de Cisneros, vestido con tosco sayal, pero sirviendo de apoyo y prestando consuelo á los que se pierden buscando algo en los arenales de Africa.» Esta es la expresión de nuestra civilización, de nuestra historia en Marruecos, que se encuentra hoy, como en los siglos XI y XII se encontraba España, cuando representaba, no la lucha de los cruzados contra los moros, no el caballero andante que ha llegado á ser legendario en nuestra imaginación, pero que fué real en la vida práctica, sino el templo que se alzaba en el desierto, y tras cuyas puertas había el derecho de asilo; los claustros donde había una hospedería para el enfermo y un refectorio para el hambriento; el modo único de propagar la fe manteniendo la vida de ese pueblo.

Puede el Sr. Lostau lanzar todos sus sarcamos. ¡Plegue á Dios que si llega á encontrarse S. S. en trabajos semejantes, pueda venir el fraile de burdo sayal á tenderle una mano y á prestarle ayuda! (*Bien, muy bien.*)

El Sr. **LOSTAU**: Está injusto S. S.; yo no he dicho nada del P. Lerchundi. Estoy seguro de que el Sr. Pidal no admitiría embajadores de esa especie.

El Sr. Ministro de **ESTADO** (Moret): ¿Qué es lo que no admitiría el Sr. Pidal?

El Sr. **LOSTAU**: Embajadores musulmanes que vinieran á convencerle. El otro día el Sr. Marqués del Vadillo se quejaba de que pudiera tener lugar en Madrid la consagración de un Obispo protestante.

El Sr. Ministro de **ESTADO** (Moret): A propósito de Embajadas, no estará de más recordar un hecho que muchos de los presentes presenciásteis: el de la Embajada marroquí enviada al Rey Don Alfonso XII, en los últimos días de su vida, Embajada que recibió ya la viuda de aquel Rey. Entonces vimos por las calles de Madrid y en los salones de Palacio algo que era halagador para nuestros recuerdos, para nuestras ambiciones, para nuestras ideas más queridas: los representantes de la raza musulmana en sus diferentes tipos, el cobrizo, el negro, y aun el de los antiguos árabes de Bagdad; y al lado de ellos, sirviéndoles de intérprete, trayendo la relación de sus quejas y de sus necesidades ante la viuda del Rey Don Alfonso XII, al P. Lerchundi, modesto y tranquilo, como si en el contacto de estas dos civilizaciones la Iglesia fuera la única que pudiera evitar

las dificultades y los choques que entre ellas hubieran de existir. (*Bien, muy bien.*)

Cúmpleme decir ahora, que precisamente las misiones protestantes son las que han querido hacer el proselitismo en Marruecos, porque no habiendo allí, como no hay, ciudadanos ingleses, mientras que hay en todas partes ciudadanos españoles y en los alrededores de Tánger una colonia española, sumamente interesante por lo mismo que es pobre y desvalida, han querido hacer prosélitos, y esas misiones protestantes son las que han conseguido rebelar contra ellas el sentimiento musulmán y poner en ridículo ciertas instituciones, como la de las escuelas de niñas que en algunas partes hay, y que realmente no hay para qué crear allí, mientras la mujer musulmana no sacuda la prescripción del Corán que la arroja desde niña á los rincones de la casa.

Decía el Sr. Salmerón, enlazando estas consideraciones, y ya ve que en este punto estoy de acuerdo con él, que había gravedad, dado el sentimiento religioso encarnado en el corazón del musulmán; y añadía que había habido imprudencia temeraria en nuestros ingenieros al querer establecer el fuerte de Sidi-Aguariach inmediato á un cementerio y á una mezquita, porque esta era la violación de toda idea de respeto al sentimiento religioso, y que por el hecho de murar aquel cementerio y aquella mezquita, quedando la llave en poder del bajá del campo, S. S. presentía grandes peligros para el porvenir.

Yo he de defender la prudencia y la previsión de los ingenieros militares, sin más que recordar que el fuerte de Santiago, que está en los alrededores de Melilla, ocupa el sitio donde hubo un cementerio y una mezquita, y que cuando se trató de construirlo, con acuerdo de las autoridades marroquíes, se demolió la mezquita, y los restos mortales que allí había sepultados fueron trasladados á otra parte.

De suerte que ese hecho no era una provocación que implicara ninguna clase de dificultad; otras pudo haber, otras pudieron nacer; S. S. lo dijo, y yo he de elogiar á S. S. grandemente en este y en otros puntos.

Yo he de contraponer su franqueza y su sinceridad á las reservas y á los silencios del Sr. Marengo; porque es preciso, cuando esta cuestión se discute, que no vivamos tanto dentro de las convenciones que aquí estamos guardando; es preciso, para juzgar á los hombres que allí han estado, y sobre todo al general en jefe de aquel ejército, es preciso tener en cuenta esa idea que el Sr. Salmerón presentaba; es preciso que se tenga en cuenta si allí ha habido algo de lo que indicaba S. S., y sobre lo cual pedía que se abriese un expediente y apareciese ante el público lo que allí ha ocurrido; y tenía razón, porque lo primero que hace falta es esclarecer la verdad, y luego el propio interés de la Patria está en depurar los hechos y aquilatarlos, para que se sepa si ha habido allí algún género de provocación que diera á aquellos tristes sucesos un carácter que los explicaría en cierto modo, y para el fin de marcar el camino que debe seguirse para evitar la reproducción de tan tristes sucesos.

Porque, señores, ¿qué cosa tan extraña es esta de guardar silencio sobre esto, cuando han venido 2.000 oficiales del ejército que saben lo que allí ha pasado, cuando no hay nada oculto para los que conocen este asunto en sus detalles? Por esto, lo único que podemos hacer aquí para responder á esta expectación del

público, es traer á la consideración, ya que no al debate; traer á la presencia en nuestro espíritu, ya que no á la discusión, como el Sr. Salmerón lo hacía, con gran discreción y tino, esos antecedentes, para que tengamos presentes todos cuáles son las cosas que allí han podido ocurrir y dar origen á los sucesos que han tenido lugar, para corregirlas en adelante, para prevenirlas en días posteriores.

No constituía, pues, por sí, una provocación al sentimiento religioso de los musulmanes, la elección del sitio de Sidi-Aguariach para la construcción del fuerte; pudo haber algunos otros hechos que dieran por resultado lo que el Sr. Salmerón indicaba de esa manera prudente; y en todo caso, si eso está presente en vuestro espíritu, Sres. Diputados, sirva entonces para darlo como clara explicación, en vez de esas fábulas y de esas novelas que forjáis en vuestra mente, de hechos que, por desgracia, pertenecen á la vulgaridad de la vida, sin necesidad de agigantarlos, haciendo entrar en ellos elementos que para nada han existido. (*El Sr. García Alix:* Pido la palabra.)

Pero en fin, señores, estalló el conflicto, vinieron los sucesos del día 2 de Octubre, y fué preciso que todos nos pusiéramos en movimiento; y el Sr. Marenco criticaba la gestión diplomática practicada en este período por el Ministro de Estado; y sus censuras, entre otras, se dirigían principalmente, de una parte contra la inutilidad de haber hecho exigencias á Sidi-Mohamed Torres que Sidi-Mohamed Torres no podía satisfacer, y de otra parte, contra la gran torpeza, la insigne torpeza, cometida y consignada en una nota de 9 de Octubre, de haber recomendado al ministro de España en Tánger que no aceptase nunca por un solo momento la excepción de impotencia en el Gobierno marroquí para dominar el conflicto y someter á las kabilas que rodeaban á la plaza de Melilla. Voy, señores, á combatir brevemente estos dos argumentos del Sr. García Alix.

En primer lugar, ningún Gobierno europeo puede dirigirse al Sultán de Marruecos más que por mediación del delegado del *Maghazen*, como allí le llaman, ó sea el ministro representante del Sultán en Tánger; no se puede dirigir comunicación alguna ni ver al Sultán directamente sino por medio de su ministro en Tánger; sólo cuando se dirige allí una Embajada extraordinaria es cuando puede un representante de un Gobierno europeo acercarse al Sultán; sólo entonces recibe el Sultán las comunicaciones de Europa directamente ó por conducto de su primer Ministro; pero entretanto, toda la diplomacia se hace por Tánger, todo el servicio de comunicaciones y de relaciones se lleva á través de esa oficina ó Ministerio, que allí se llama el Ministerio ó Delegación del *Maghazen*; y yo no podía, por consecuencia, dirigirme entonces más que á Sidi-Mohamed Torres. (*El Sr. Marenco:* Por el incumplimiento del tratado, señor Ministro de Estado.) Por el incumplimiento del tratado, Sr. Marenco, que era toda la cuestión; no lo podía hacer por otra causa.

Pero, además, en aquel momento era menester dirigirse á Sidi-Mohamed Torres porque él era el único que podía hacer comprender al Sultán el valor de lo que ocurría; y en ausencia del Sultán, y ya que él no tenía poderes ni facultades suficientes para castigar á los rebeldes, porque el Emperador de Marruecos jamás delega esas facultades ni las cede á

nadie, era el único que podía influir en aquellos elementos levantiscos, haciéndoles comprender que habían de sentir el castigo del Sultán. ¿Habían de hacerse cargo de esta amenaza de castigo por las palabras del Gobierno español, por las indicaciones que nosotros hiciéramos? No; no podía apercibirse de lo que el Sultán haría con ellos más que por medio de Sidi-Mohamed Torres, que se lo hiciera saber con la autoridad que por su cargo tiene. He aquí por qué me dirigí á él. Y en esta situación, hubo un momento en que me pareció que Sidi-Mohamed Torres podía alegar la excepción de impotencia de aquel Gobierno, y entonces le hice saber terminantemente que el Gobierno español no podría admitir esa excusa.

Y sobre este punto, ya que el Sr. Marenco me obliga á dar estas explicaciones con las acusaciones que me ha lanzado, me ha de permitir S. S. que le diga todo mi pensamiento. Comprenda S. S. que si el Gobierno español recibiese del Gobierno marroquí la excepción de impotencia para castigar una ofensa hecha á nuestra bandera y una violación del tratado de Wad-Ras, desaparecería por completo la base de nuestras relaciones con el Imperio marroquí.

La idea fundamental del tratado de Wad-Ras, idea que ha perseguido este Gobierno, es la existencia de un poder central que responda, que castigue, que impida, que evite á España ir á luchar en los desfiladeros del Riff, para atacar al Imperio, si el Imperio no satisface, ya en la costa, ya en el interior, las pretensiones sostenidas por el esfuerzo de nuestros soldados. Nunca, por mi parte, no ya por compromisos adquiridos, sino por interés de los soldados españoles, por interés de su gloria y de su bandera, por la economía que se nos impone á todos de la sangre de los hijos de España, que, si la llevan en sus venas para sacrificarla por nuestra Patria, tienen derecho á exigir que los hombres que la gobiernan no permitan que se vierta inútilmente, nunca hubiera estado mi consejo conforme con empeñarse en un ataque, en una lucha en esos desfiladeros del Riff en los que no puede haber más que una retirada, y tras la retirada el ataque de los enemigos, y dejar unos cuantos heridos y unos cuantos muertos, y tal vez manchada la bandera española. (*El Sr. Marenco:* Yo no he dicho eso.) Yo no digo que lo haya dicho S. S. Estoy explicando mi pensamiento. Su señoría dice el suyo sin observar que esa idea es paralela á otra, que no se puede exponer la una sin que salgan al encuentro otras. Yo soy censurado porque no he admitido la impotencia del Gobierno marroquí, y tengo que explicar por qué lo he creído así; y lo explico diciendo que el admitir por el Gobierno español la idea de la impotencia del Gobierno marroquí para dominar una parte del territorio, es conculcar el tratado de Wad-Ras y entregar el Imperio marroquí á las ambiciones de aquellos que están deseando coger parte de su territorio.

La cuestión de Africa no es compleja, sino que es difícil de mantener en sus líneas fundamentales á fuerza de ser sencilla; no hay más que estos dos términos: con el Sultán ó contra el Sultán. Con el Sultán, todo es posible; contra el Sultán, no hay más que la lucha sangrienta, destructora, sin gloria y sin esperanzas.

Ya en los sucesos de Melilla, y mientras se desarrollaban particularmente estos sucesos diplomáticos á los cuales me he referido, censuraban los dos

adversarios políticos á que estoy contestando, el señor Marengo y el Sr. Salmerón, la manera como se llevaron á cabo las operaciones militares en aquella época. La crítica principal del Sr. Salmerón se refería á la época en la cual el señor general Macías, encargado, después de los sucesos de los días 27 y 28 de Octubre, de los refuerzos y elementos de guerra acumulados en la plaza, empezó á hacer uso de la artillería y á enviar de cuando en cuando un convoy.

Pues bien, Sr. Salmerón; como la explicación de estos hechos va unida con parte de las indicaciones que S. S. hizo; como S. S. se ocupó después de censurar con la misma sinceridad á aquella guerrilla de la muerte; como están presentes en nuestra memoria las cartas de los corresponsales, que pasaron en un fuerte la noche del 27 de Octubre, yo pregunto al Sr. Salmerón si no es una operación militar digna de elogio ir poco á poco moviendo sus fuerzas y enviando de cuando en cuando un convoy, con el fin de ver cómo se defendían aquellos moros y cómo se fogueaban aquellos soldados bisoños.

Entró ya la guerra entonces en su fase más interesante, que es el nombramiento del general Martínez Campos, nombramiento que ha sido eterno tema y motivo constante de todas aquellas observaciones y censuras, y en el cual, sin embargo, los señores de la oposición no han querido ver la única razón positiva y fundamental que para hacerlo tuvimos. Es verdad que ha pasado mucho tiempo; es verdad que discutimos casi seis meses después de los sucesos; que se han borrado las impresiones que entonces recibimos, se han olvidado los juicios que entonces se formulaban, y parece que no se acuerda nadie de aquellos movimientos de la opinión y de aquellas quejas y censuras amargamente expresadas. Pero el nombramiento del general Martínez Campos lo hizo el Gobierno como una manera de responder á aquello que era una especie de llamada general de la opinión, y tenía un significado bien claro y determinado: el de dar á la cuestión de Melilla un carácter completamente nacional. El gran argumento, la gran censura contra el digno general López Domínguez era, que siendo Ministro de la Guerra del partido liberal, el partido liberal hacía de aquella cuestión algo que parecía redundar en provecho propio; eso lo ha repetido aquí en estos días el Sr. Marengo y le ha dado á entender bien claro cuando hablaba del *cui prodest*, y de que no faltaban maliciosos que afirmasen que los sucesos de Melilla habían sido inventados por el partido liberal y por el Gobierno para convertirlos en provecho propio.

El Gobierno, ante aquella situación, pensó que confiando al general Martínez Campos el mando de las tropas de Africa, quitaba por completo á los ojos de la opinión todo pretexto para las censuras que se pudieran hacer fundadas en el supuesto de provechos personales ó de partido, y hacía ver que el Gobierno no tenía otro interés que el santo interés de la Patria.

Pero no bastó esto, Sres. Diputados, para apagar aquellas críticas; no ha bastado la manera verdaderamente extraordinaria, no frecuente por cierto en nuestros Parlamentos, con que el general López Domínguez ha explicado todos los hechos de aquellos días y ha expuesto su pensamiento y la manera que tuvo de asentir y satisfacer aquel movimiento general de la opinión. No; nosotros, en ese dualismo que

había en el Ministerio, y de que tanto se ha hablado, no teníamos otros fines ni otros propósitos que los egoístas y efímeros que se nos atribuyen. Ahora, señores, delante de los sucesos ocurridos, y que voy á exponer, os pregunto si puede quedar en vuestro ánimo otra idea que no sea la de que el nombramiento del general Martínez Campos obedeció á este deseo del Gobierno de hacer que todas las fuerzas vivas de España estuviesen representadas en la guerra, de suerte que no fuera posible atribuir con justicia, ni á este Gobierno ni á nadie, egoísmo en sus móviles, estrechez en el espíritu, con relación á las consecuencias que de aquellos sucesos pudieran resultar.

Aquí entra, señores, algo de lo que ha dado lugar á mayor confusión. El Sr. Martínez Campos, una vez llegado á Melilla, tenía necesidad de desarrollar una línea de conducta. Esa línea de conducta, según la fórmula encontrada por el Sr. Marengo y repetida por el Sr. Salmerón, no podía ser más que una: la guerra á todo trance y el castigo sangriento de las tribus del Riff; porque esa es la única razón y el único argumento que los rifeños comprenden. Pues yo tengo que oponer á esa idea otra bien distinta: yo digo que aquellas poblaciones musulmanas no se manejan con la fuerza, sino con la justicia; el pensamiento que hay que tener siempre en la mente, la aspiración que no se debe jamás abandonar ante aquellas tribus, es ser completamente justos, para que no sospechen que lo que se hace es pura imposición de la fuerza en persecución de fines como los que antes he indicado; y ya que el Sr. Marengo ha citado el nombre del general Arolas, pudo recordar S. S. que el general Arolas en Joló mantuvo con éxito este mismo criterio, el de la justicia, el de hacer ver á aquellas poblaciones que somos superiores, no sólo por la fuerza, sino por los altos fines á que la aplicamos, sin que con ella tratemos de servir á intereses mezquinos y egoístas.

Pues el general Martínez Campos, representante del Gobierno español, se encontraba en esa situación ante las poblaciones del Riff; y hé aquí el punto que importa analizar y afirmar. Emplear la fuerza; pero ¿la fuerza contra quién? Porque para emplear la fuerza es preciso, como decía muy bien el Sr. Presidente del Consejo, tener enemigos que á ella se opongan; es preciso tener con quien combatir; era, por tanto, necesario que aquellas tribus volvieran á agredir nuestro campo ó que respondieran á la provocación de todos los días que les hacía nuestro ejército. Y después de esto, había que tener en cuenta que allí, con misión de paz, no con misión de guerra, estaba el hermano del Sultán, representante del Poder imperial; y hacer la guerra contra ese representante del Poder central era contradecir, no sólo el tratado de Wad-Ras, sino toda la base de la política española en Marruecos. De suerte que lo que había que hacer era poner la fuerza al servicio de ese sentimiento de justicia á que acabo de referirme, y esta es la conducta que se adoptó entonces.

¡Ah, señores! Yo creo que se han olvidado tanto los hechos, que á los que todavía los recuerdan, no pueden menos de hacerles daño las palabras del señor Marengo, y sobre todo ciertas apreciaciones, que, más bien que censuras al Gobierno, parecían en labios de S. S. notas de burla y sarcasmo.

Recordad, Sres. Diputados, los sucesos que se desarrollaron por aquellos días en las alturas de la

plaza de Melilla. Llega el general Martínez Campos, y va á construir el fuerte de Sidi-Aguariach. ¿Cuál era la cuestión que allí nos llevaba? ¿No decía el general Margallo que había allí 30.000 combatientes dispuestos á pelear para imposibilitar la construcción del fuerte? Pues el primer acto era construirle. Pidió un plazo de algunos días el príncipe Araaf, y se le negó; insistió de nuevo, y se le concedió el plazo de una hora; y empezó á construirse el fuerte; y dos días después, el día 8, se despliega el ejército en batalla; se levanta en aquellas cumbres un altar; suenan las músicas militares; aparece el Estado Mayor al frente de las tropas; contempla la población rifeña aquel grandioso espectáculo; y en la forma más sublime y más pura de manifestarse las creencias, en la forma religiosa, ven todos aquellos rifeños que habían penetrado en nuestro territorio y pretendieron humillar nuestra bandera, cómo bajo el símbolo de su fe se despliegan nuestras fuerzas militares; y debieron quedar sobrecogidos, porque no intentaron ya penetrar en nuestro campo.

Habían construído trincheras frente á las nuestras, y ellos mismos vinieron, mandados por oficiales españoles, á destruirlas; hubo una desgraciada hora en la cual los rifeños bajaron á la playa á recoger los maderos nuestros que el mar había arrojado en su territorio, como ocurrió en otras ocasiones, y tronó el cañón contra ellos, y sobre sus espaldas humilladas volvieron á subir aquellos maderos á las alturas de Sidi-Aguariach. Una de nuestras brigadas penetra en su territorio por equivocación, mientras el príncipe Araaf venía á visitar al general en jefe; y aquello, que hubiera podido parecer una invasión, da por resultado la súplica atenta del príncipe de que se hiciera lo posible por evitar la reproducción de ese hecho, no porque viera en él una invasión, sino por no dar lugar á pretextos para un conflicto contra el cual él pudiera ser impotente. Vienen á Melilla esos representantes de las kabilas, que el Sr. Marengo creyó que no representaban más que una comparsa; y debe saber S. S. que fueron, por su compromiso contraído con el príncipe, hermano del Sultán, para ser responsables con sus personas y todo lo suyo, del sostenimiento de la paz en los límites españoles. Y cuando se levanta el fuerte de Sidi-Aguariach, y cuando en todos estos actos se ha hecho ver nuestro poder, que ha sido reconocido humildemente por aquellos que nos atacaron, entonces el general Martínez Campos, como jefe del ejército, va á buscar al Sultán, que le espera; y mientras va, queda dando guardia al pabellón español el príncipe de la sangre imperial, haciendo centinela en los límites de nuestro territorio, guardado siempre bajo la fuerza y la amenaza de España.

Ved aquí si no se empleó nuestra fuerza de una manera honrosa, y cómo no se derramó inútilmente la sangre de nuestros soldados; y después de todo esto, entregaron á los culpables para que fueran castigados con arreglo á las leyes del Imperio.

En alguna parte de su discurso dijo el Sr. Marengo que no habían sido fusilados los infelices que cogieron las maderas en Río de Oro. El Gobierno tomó sobre sí la responsabilidad de decir al señor general Martínez Campos que impidiera á toda costa la aplicación de la pena de muerte que se hubiera impuesto á aquellos infelices, que quizá al realizar aquel acto no sabían que cometían un delito.

Dos incidentes sirven al Sr. Salmerón en este período para censurar acerbamente la conducta del señor general Martínez Campos: el fusilamiento del penado Farreu, y la publicación del bando militar del 4 de Diciembre.

La acusación de S. S. se funda nada menos en que en el primero de los hechos se arranca la vida á un hombre fuera de las leyes, y que el segundo hecho es una violación de la Constitución.

Yo voy á examinar estos dos hechos dentro de las disposiciones militares vigentes y de la legislación actual. El Sr. Salmerón verá después si son exactas mis indicaciones, para rectificarlas.

El art. 138 del Código penal común, señala la pena desde cadena temporal á la de muerte á aquellas personas que impidieren que las tropas nacionales reciban los datos y noticias que les son necesarias para combatir al enemigo.

Este delito, según el párrafo 2.º del art. 5.º del Código de justicia militar, es de la competencia de la jurisdicción de guerra, que es la que juzga á los individuos que extinguen sus condenas en los establecimientos militares. Además, las plazas de Africa están siempre sujetas á esa jurisdicción, y en ellas no se ha alterado la manera de gobernarlas desde el tiempo en que se fundaron nuestros presidios. Y según el art. 649 del mismo Código de justicia militar, «los reos de flagrante delito militar que tengan señalada pena de muerte ó perpetua, serán juzgados en juicio sumarísimo por el Consejo de guerra que en cada caso corresponda.» (*El Sr. Salmerón: ¿Pero es delito militar ó común?*) Es delito común, que tiene señalada la pena de muerte, y que además, según el Código de justicia militar, está sujeto á procedimiento sumarísimo cuando se comete. Y el delito consiste en haber impedido que el ejército adquiriese las noticias que esperaba sobre el movimiento de las fuerzas enemigas; porque la prueba estaba en que ese moro Amadí que fué mutilado por Farreu, era el que traía las confidencias y datos del campo marroquí; pero señalado en el Código de justicia militar el procedimiento sumarísimo para este caso, al tribunal es á quien únicamente correspondía decidir la pena con que había de castigarse el delito cometido.

Por consiguiente, el señor general Martínez Campos, los auditores de guerra y el personal jurídico militar que en el ejército estaban, se ajustaron á estas disposiciones de la ley. Ninguna ley ha sido violada, todas han sido cumplidas; y el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, al interrumpir ayer al señor Salmerón, le decía de una manera gráfica, pero completa, que jamás en la guerra se puede proceder de otra manera que como se procedió allí. La ejecución terrible y tristísima no despierta en mí ninguna clase de ideas que puedan parecerse á injusticias; pero cuando S. S. invocaba el nombre de Farreu, yo pensaba en que aquella ejecución, coincidiendo con otras cosas á que aludía S. S., había de una parte conservado y sostenido la disciplina militar, y de otra había hecho sentir á los marroquíes que había allí quien hacía justicia y quien cuidaba también de que fuesen respetados en sus personas y en sus derechos, fundándose en esa gran misión de emplear la fuerza en nombre de la justicia y de allanar las dificultades que hubieran podido producir otra clase de castigos y de ejecuciones mucho más severas.

En cuanto á la publicación del bando, S. S. no recuerda sin duda la ley de 1882, que da carácter legal precisamente á los reglamentos de campaña, y que autoriza á los generales en jefe que mandan fuerzas para dictar esas disposiciones; y no recuerda tampoco que una disposición que es legal no viola la Constitución. ¿Cómo puede S. S. admitir que cuando la ejecución de todos los derechos y el desarrollo de todas las libertades y garantías concedidas en la Constitución se modifican para un caso concreto por una ley, puede haber violación ninguna del derecho constitucional? Constantemente en los artículos de la Constitución se dice que se ejercitarán los derechos con arreglo á las leyes; y las leyes militares son de aquellas que no pueden consentir que por medio del ejercicio de estos derechos se ponga en peligro la vida de las fuerzas en campaña que defienden la integridad del territorio.

Yo abandono en este momento la narración de los sucesos, para contestar en breves palabras á las indicaciones que se han hecho respecto á la conducta del embajador en Marruecos; siendo motivo de admiración y de sorpresa para mí el haber oído al Sr. Marengo decir que el señor general Martínez Campos perdió algo de su prestigio y de su dignidad por haber dirigido la palabra al Sultán con el casco en la mano, en vez de haber permanecido cubierto; y debió añadir: á pesar de las súplicas reiteradas del Sultán. Su señoría (permítame que se lo diga) tuvo la poca oportunidad de citar lo hecho por el embajador inglés Sir Edward Smith cuando se presentó delante del Sultán.

Su señoría no recuerda lo que pasó á aquel ministro, el modo como salió de Marrakesh y cómo quedaron todas las amenazas de Inglaterra completamente frustradas en aquel caso; y no era seguramente motivo para rebajar la importancia del general Martínez Campos, que había conseguido todo lo contrario, á pesar de que no representaba á una Nación tan poderosa como Inglaterra. El general Martínez Campos, por lo mismo que era hombre de tal dignidad y de valor personal, pudo hacerlo teniendo en cuenta que estaba delante de una persona de estirpe Real, y aunque militar y al frente de una Embajada, le podía dar esa prueba de consideración, que es distintivo de los fuertes hacerlo de esa manera, que no se siente rebajado el hombre que tiene verdadero poder y prestigio cuando rinde pleito homenaje á una de estas dignidades de la tierra.

Sobre las peripecias de aquella Embajada, nada se ha dicho; sobre las dificultades que surgieron, y que se vencieron, nada se ha indicado, sino esa última consideración, algo extraña, respecto del valor de los 20 millones de pesetas, había por el Sr. Marengo y repetido por el Sr. Salmerón. ¿Lo habré yo comprendido bien? ¿Será esto una deficiencia de mi espíritu? Pero en fin, yo se lo he oído ayer al Sr. Salmerón y lo he leído en el discurso del Sr. Marengo.

Si no he entendido mal, el razonamiento es, que habiéndose de percibir los 20 millones de pesetas en la moneda isabelina y columnaria que hay en el Imperio de Marruecos, y teniendo esta moneda, á consecuencia de las medidas del Sultán, una pérdida en los cambios, esa pérdida la experimentará España, de modo que los 20 millones se quedarían reducidos á 12. Escapa completamente á mi entendimiento esa clase de razonamiento. ¿Qué es lo que recibiremos

nosotros? Veinte millones de pesetas en monedas que tienen curso nacional por la ley, lo mismo que la que nosotros tenemos aquí. Esa moneda, que por ser isabelina está mandada retirar, ¿es una moneda que hay que fundir? Pues al salir fundida, tendrá el mismo valor nominal que tiene la nuestra, ó sea los 20 millones de pesetas. No es que nos paguen la plata al peso y por kilogramos, en cuyo caso nos quedaría realmente un valor efectivo menor que el nominal; no, es que nosotros esa moneda la convertimos inmediatamente en la nuestra, y como el valor de la moneda es aquel que nosotros le señalamos legalmente, los 20 millones de Marruecos, en la moneda que allí existe ó en la isabelina, valdrán aquí los 20 millones de pesetas efectivos. Para que no sea así, ¿quieren explicarme los Sres. Salmerón y Marengo cómo puede realizarse esa sustracción aritmética? Mi amigo el Sr. Pedregal, tan competente en esta materia, podrá explicaros esa idea diciendo que el valor nominal de la plata es absolutamente distinto del valor real, y que como nosotros no tomamos kilogramos de plata, sino moneda con un tipo de valor que nosotros le damos, al salir de la Casa de la moneda ese valor será absolutamente de 20 millones de pesetas. (El Sr. Pedregal: En ese caso recibiremos plata al peso, que se puede adquirir al 50 por 100 de su valor.) Se nos darán los 20 millones de pesetas en la moneda que hoy tenemos y que circula en España, y al ponerla en circulación valdrá otra vez 20 millones. Por consecuencia, como se trata de un hecho gal que depende de nosotros, esa moneda de plata tiene todo el valor nominal que nosotros le damos por medio de nuestra legislación, y que en seguida todo el mundo lo reconoce en los cambios. De manera que esa pérdida de 8 millones, por más que yo la busco, no la encuentro; como es verdad que no he podido encontrar tantas otras consideraciones.

Voy acercándome, Sres. Diputados, al término de las consideraciones que quiero someteros. Voy, contestando al Sr. Salmerón y al Sr. Marengo, á condensar ya lo que me resta que decir en algunas consideraciones, que son, por decirlo así, las culminantes en los discursos que contesto. El Sr. Marengo, examinando las negociaciones en la parte que se refieren á nuestras relaciones con las Potencias extranjeras, pretendía hallar en el *Libro Rojo* la demostración de que España tenía un tratado secreto con Inglaterra y con Italia. (El Sr. Marengo: ¿Tratado?) Tratado secreto; precisamente son las palabras de S. S., que dicen así: «Y he aquí confirmadas mis noticias en el *Libro Rojo*, el cual revela por modo indudable que nosotros tenemos un tratado secreto, y lo creeré en tanto no lo contradiga el Sr. Ministro de Estado; hecho, claro está, á espaldas del Parlamento.» Pues tantas palabras como hay aquí, otras tantas inexactitudes de la realidad hay. Su señoría empezó por pedirme que yo lo negara; pues ya está negado; y como S. S. acudía á mí, espero que acepte la negación como terminante.

Pero hecho esto, pensemos un poco en lo que S. S. decía. La prueba la encontraba en que cuando yo acudía á las Potencias, le decía al Ministro de España en Tánger: «puede usted contar ya con el apoyo de los Ministros de Inglaterra y de Italia». Pero S. S., que tomaba como una prueba esas palabras del *Libro Rojo*, no leía las que estaban antes y después y en otros despachos. El día 4 de Octubre me había

dirigido á todas las Potencias; el 8 le decía al ministro de Tánger, como se lo había dicho en telegrama de la misma fecha: tengo la contestación de Italia; espero las de las otras Potencias; el día 9 me decía el Sr. Marqués de Potestad Fornari: «el ministro de Alemania, con el de Italia y con el de Inglaterra, han hecho sus observaciones á Mohamed Torres»; el día 10, el encargado de negocios de Francia me avisaba que estaba su Gobierno en la misma tendencia, y al día siguiente cumplía las instrucciones de su Gobierno en Tánger, presentándose á nuestro ministro el representante de Francia.

De manera que en el hecho de haber llegado la respuesta unas horas antes (y la de Alemania llegó á Madrid mucho después, habiendo llegado antes á Tánger), ha visto el Sr. Marengo como un indicio de la existencia de un tratado secreto. Pero, ¿por qué no ha seguido S. S. leyendo y acotando los demás despachos que existen en el *Libro Encarnado*? Porque si hubiera hecho eso S. S., se habría encontrado que luego, según los diferentes períodos de la negociación, unas Naciones se adelantaron á otras; que ya cuando el embajador extraordinario estaba en Marruecos, Alemania fué la que se expresó con mayor claridad, hablando de lo que había costado la movilización de las reservas; que la respuesta de Francia fué de las más expresivas; que la contestación de Inglaterra llegó más tarde, y mucho más tarde aún la de Italia. De modo que si aquellos despachos de primera hora sirvieron á S. S. para suponer la existencia de una inteligencia con Inglaterra y con Italia, los de otras fechas debieron indicarle que teníamos tratados también con Alemania, con Francia y con todas las demás Potencias de Europa que tienen un representante en Tánger. Pero tampoco la teoría es aceptable.

Los pactos diplomáticos para llevar adelante la gestión internacional no corresponden al Parlamento ni se traen nunca á él, porque la Constitución autoriza al Poder ejecutivo á negociar esos pactos, y sólo cuando traen las consecuencias territoriales que están expresadas en la misma Constitución, es cuando hace falta una ley para sancionarlos. De manera que vea S. S. cómo en todo aquello en que quería descubrir misteriosos arcanos de una diplomacia verdaderamente mefistofélica, no había una sola palabra de razón ni de fundamento.

Toda la síntesis de estos discursos, Sres. Diputados, viene á resumirse en una idea y en una aspiración general, que ha animado el ataque de la minoría republicana y que ha trascendido y se ha formulado claramente en el discurso del Sr. Salmerón en el día de ayer. Todos aquellos defectos monstruosos que se habían ido encontrando en las negociaciones con las kabilas; todas aquellas inteligencias que se habían tenido con aquellos representantes de las fuerzas que alrededor de Melilla existían; aquel dualismo dentro del Gabinete, que había impedido llevar las cosas en la dirección y por los pasos que había indicado el Sr. Salmerón; la intervención de las Potencias para auxiliar á España en la situación en que se encontraba, auxilio que consistía por una parte en reconocer su derecho y por otra en impedir que estallara la guerra, todo esto había representado una idea verdaderamente maquiavélica, que, obedeciendo á algún principio superior que gobierna é inspira nuestra política, arrancaba del Parlamento

y de los partidos políticos la dirección de los negocios. Yo quiero decir sobre este punto las últimas palabras que he de someter á la Cámara.

Es esta, Sres. Diputados, una especie de preocupación que muchas veces he encontrado en las discusiones políticas que los señores republicanos suscitan en el Parlamento, y es una idea á la cual es preciso que nosotros contestemos de una vez, presentando el problema de la gobernación del Estado en España, tal como existe hoy día.

¿Es cierto ó no, Sres. Diputados, que en la situación en que nos encontramos, tienen los partidos políticos, los hombres públicos y la opinión, el derecho de gobernar y dirigir todos los actos que se relacionan con los intereses de la Nación española? ¿Qué clase de fuerzas lo impiden? ¿Qué resistencia existe delante de ellos? Yo tengo grandísimo interés en decirlo, porque no conozco idea más equivocada y que pueda conducir á mayores errores en lo porvenir, que la de los que creen que la falta está en el Gobierno y no en todo lo que forma la gobernación del Estado, que es, además del gobierno, el Parlamento, la prensa y la opinión pública.

Hemos establecido en el país los derechos individuales después de la revolución de 1868, para que se manifiesten todas las opiniones; la prensa disfruta completa libertad, de la que usa á veces hasta rayar en la licencia; no hay idea ni tendencia que no pueda someterse al juicio de la opinión ó traerse á la candente atmósfera del Parlamento; tenemos el sufragio universal; cierto que en cada momento puede hablarse de la presión que se ejerce y de la manera cómo se consigue obtener la aprobación de las leyes; pero ¿no están en nuestras manos estos mismos argumentos y censuras? No; con la conciencia de nuestra manera de obrar, con el resultado de nuestros defectos y de nuestras cualidades, con todo esto, repito, ¿es que en las condiciones en que España se encuentra, con una Regencia y una minoridad, no somos los árbitros de nuestros destinos y los responsables de cuanto sucede en el país? No diga el Sr. Salmerón, yo se lo ruego, porque de otra manera no haría caso de esta indicación mía, ni crea que los defectos están en los Gobiernos, porque surgirá la extraña solución de que eliminando á los Gobiernos, se acabarán los males que todos lamentamos, que mediante un cambio de Gobierno ó de forma de gobierno, se normalizará el estado de nuestra Hacienda y se perfeccionará la administración y variará el criterio, la ilustración, las preocupaciones y hasta los mismos sentimientos con que gobernamos, porque entonces podrá hacer ver que las grandes mutaciones de escena que ocurren en los países, son capaces de cambiar la constitución, las tendencias y el modo de ser de los individuos.

Su señoría no cree eso; si lo dijera en el Parlamento, dudaría yo de la sinceridad con que lo decía; y si no lo cree, aplique su esfuerzo á concertar todos los elementos; no espere que el número de generales va á desaparecer en un día con la conjunción republicana que SS. SS. esperan y alientan; no censure el número de oficiales que exista para ponerse al frente de los soldados, porque ese número habrá que aumentarlo en aquel día; no venga á decir que tendremos entonces mejor material, porque las flaquezas de nuestra Hacienda se aumentarán con los trastornos revolucionarios y por la necesidad de resta-

blecer esos elementos militares que á costa de tantos sacrificios hemos logrado crear y deben conservarse. Si todas estas cosas las dijese y las repitiese S. S., se extraviará la opinión pública, concluyendo por conducir al país por derroteros fatales, y la responsabilidad, en todo caso, sería de SS. SS. más que de nadie. La idea que yo creo debe prevalecer en nuestro espíritu, es la de predicar y convencer á los españoles, á los hombres políticos, en todas las esferas, en la prensa, en el Parlamento, en las reuniones, y sobre todo á los grandes oradores que con su palabra pueden dirigir al país, de que para conseguir que España vuelva á ser tan respetable como lo fué un tiempo, hay que amoldarse á la realidad; que no se puede hacer todo lo que se quiere, y no presentar problemas como los que el Sr. Salmerón sustentara en estos días, separándose de la realidad de la vida tal como ella es, porque de otra manera será imposible llegar á la regeneración de este país. He dicho.

Juró y tomó asiento, anunciándose que ingresaba en la Sección sexta, el Sr. Astray Caneda.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra para rectificar el Sr. García Alix.

El Sr. GARCÍA ALIX: No voy á entretener por mucho tiempo vuestra atención en estos ya tan discutidos sucesos de Melilla, y que en realidad, después de hablar mucho de ellos, han quedado nada más que superficialmente expuestos; pero me interesa recoger tres afirmaciones hechas por el Sr. Ministro de Estado, que alcanzan á las observaciones que yo me permití dirigir á la Cámara la otra tarde.

No hubiera seguramente pedido la palabra, ni siquiera para afirmar con pruebas documentales hechos por mí sabidos, si el Sr. Ministro de Estado no hubiera vuelto á lanzar esa especie que viene á ser como algo de acusación vaga, algo que molesta á la memoria de un muerto ilustre; y yo pienso que vale más traer á la discusión los cargos concretos, para que la Cámara y el país los conozcan, que no dejarlos en esa especie de duda, en esa especie de sombra, que hace más daño que la aseveración y la luz misma.

El Sr. Ministro de Estado en la tarde anterior, y aun en la de hoy, ha dicho que esa negociación sostenida con las principales kabilas rifeñas era pura gestión de las autoridades de Tánger, pero que para nada, absolutamente para nada, como no sea para servir de medio de comunicación, había intervenido nuestro representante en Marruecos, ó mejor dicho, nuestros funcionarios de la Legación de Tánger. Me habían dicho que mi afirmación había sido denegada, y que había algo como de falsedad en lo que yo tuve lo honra de decir al Congreso el otro día. Yo quiero demostrar cumplidamente esta tarde, que en los días 11 y 17 de Octubre se estaban practicando gestiones de carácter diplomático por nuestra Legación en Tánger cerca del ministro del Sultán, Mahomed Torres, que no iban ciertamente encaminadas á la corte de Fez y de Marruecos, sino que iban encaminadas hacia Urdja y la kabila de Benisuassen.

Desde el momento en que el Sr. Ministro de Estado ha leído una carta del señor general Margallo dirigida á nuestro representante en Tánger, Sr. Marqués de Potestad Fornari, yo tengo derecho á que el país y la Cámara conozcan la carta con que se remi-

tían esas otras dirigidas al gobernador de Urdja y al bajá de Benisuassen al general Margallo; cartas en las cuales se anunciaba todo el alcance, toda la significación, todo el propósito que se perseguía, cartas escritas de puño y letra del Sr. Marqués de Potestad Fornari.

Al asegurarnos, Sres. Diputados, esto, lo hago con la conciencia plena de deciros absolutamente la verdad, porque yo he tenido por espacio de veinticuatro horas las cartas del Sr. Marqués de Potestad Fornari en mi poder, porque las he copiado literalmente, porque están esas cartas en poder de la familia del general Margallo, y porque, si fuera necesario, vendrían aquí á ser, no prueba de convicción, sino prueba plena del aserto que voy á hacer.

Yo no censuro, ni censuré entonces, que por los medios diplomáticos y por la gestión diplomática se tratara de dirigir el asunto en términos tales que, resultando beneficiosos para el país, evitaran los perjuicios y gastos que hemos hecho en Melilla; pero es lo cierto, Sres. Diputados, que sin evitar esos gastos, sin que se viniera á aminorar en nada los aprestos militares que se hicieron en el campo de Melilla, sin que se viniera á reducir ese sacrificio inmenso que se ha impuesto al país, y que alcanza la cifra, en lo pagado hasta ahora, según la Dirección del Tesoro, de 33 millones de pesetas, es lo cierto que se habían practicado ya esas negociaciones con resultado, y que desde el día 17 de Octubre casi podía asegurarse que no vendrían á hostilizar á la plaza de Melilla más que las kabilas de Frajana, Mazuza, Benisicar y Benisaid, las cuales no necesitaban, por cierto, ese ejército de 25.000 hombres que ha declarado esta tarde el Sr. Ministro de Estado, que no tenía objetivo militar en la plaza rifeña, y que allí no iba á realizar otra campaña que la seguridad del territorio de nuestra Patria.

Debo también hacer constar que la Legación de Tánger, fuera de esas noticias, datos y antecedentes de carácter confidencial que ha leído el Sr. Ministro de Estado, tenía aviso del general Margallo de que estaba alterado el campo y se temían conflictos. Lo prueba la misma carta que ha leído el Sr. Ministro de Estado, y que yo leí en tardes anteriores. El general Margallo le decía en 20 de Agosto al Sr. Marqués de Potestad Fornari: «¿Recuerda usted nuestra conversación en la plaza, sostenida en los primeros días de Agosto y las gestiones del Gobierno del Sultán para que se den á este bajá del campo las fuerzas necesarias para guardar la línea y evitar conflictos?» Y le decía por qué: «Porque los moros, que cometen desmanes, que nos están agrediendo, no hay más remedio, con arreglo al tratado, que entregarlos al bajá; el bajá no tiene elementos para castigarlos; se le imponen las familias, y los que prende de día tiene que soltarlos á la noche, y estamos continuamente bajo la acción de esos moros que vienen á inquietarnos.» Me parece que no era síntoma tranquilizador el pedir el 20 de Agosto que se constituyera una guardia mora en la línea de Melilla para evitar esos desmanes que denunciaba el comandante general al Marqués de Potestad Fornari.

Sucedieron aquellos tristes sucesos del día 2, de los cuales también el Sr. Ministro de Estado ha leído antecedentes á la Cámara, y ha dado relación de fuerzas, que conviene rectificar en alguna parte, y conviene rectificarla en honra de ese ejército; porque si

hubieran existido el día 2, 1.400 combatientes, tenga S. S. la seguridad de que hubieran sido enérgicamente castigadas las kabilas que atacaron. Es cierto que en una relación de fuerzas presentes en revista el día 2 de Octubre, enviada por el Sr. Ministro de la Guerra al Congreso, consta el número de hombres dependientes del Ministerio de la Guerra que había en la plaza; pero entendido, Sres. Diputados, el total de esa fuerza son 1.453 hombres, los cuales están repartidos en la forma siguiente: son el completo del regimiento de Africa 800 hombres; saben los señores Diputados, sabe el Sr. Ministro de la Guerra, sabe el Sr. Ministro de Estado, que de ese regimiento, un batallón, la mitad de esa fuerza estaba dando guarnición en los presidios menores de Alhucemas, Chafarinas y el Peñón, de donde resulta que lo que había en Melilla no eran los 800 hombres, era un batallón con la plana mayor y el coronel.

Aparece en esa relación el batallón Disciplinario, de 314 hombres, de que hablaba el general Margallo; pero sabéis también que el general Margallo decía que de esos 314 hombres tenía ochenta y tantos, unos viajando por ahí en poder de jueces, porque ese batallón está compuesto de castigados y de hombres de malos antecedentes, y 33 sujetos á sumaria y presos en la plaza por delitos graves; tanto, que pidió con mucha urgencia que se personara un individuo del Cuerpo jurídico militar para terminar esas sumarias; por consiguiente, hay que rebajar aquí esos 80 hombres. Ya sé yo que se consideran como presentes en Melilla todos los que devengan haber, lo mismo los presos que los que están en la plaza, que los que están de guarnición en los presidios menores, que todos los que están afectos á la Comandancia general, pues todos pasan revista de presente en Melilla dentro de su Cuerpo. Hay que tener en cuenta también en esa relación de fuerzas que ha leído el señor Ministro de Estado, que en esos 1.453 hombres estaban incluídos los individuos del clero castrense, porque allí todo es jurisdicción de guerra; guerra por todas partes: los párrocos, el vicario, el servicio de iglesia, todo es personal de guerra; y está incluído en esa lista de revista, como lo están también los médicos, el personal del hospital, el pelotón de mar para el servicio de carga y descarga y el servicio de los botes que hacen los trasportes; y están incluídos, por último, hasta los individuos del Cuerpo jurídico militar.

Claro está que lo que hay de verdad es que pasa revista todo el ramo de guerra, combata ó no combata, y que según la revista había el total de 1.453 hombres el día 1.º de Octubre; pero como esto hay que reducirlo á sus proporciones naturales, resulta lo que yo os decía: que para defender el campo, el bizarro general Margallo tuvo á su disposición 314 hombres.

Otro de los datos que ha dado el Sr. Ministro de Estado, también en relación, es cierto; pero vamos á estudiarlo. Existían en Melilla, dice el Sr. Ministro de Estado, 60 piezas de posición de plaza, cuatro ametralladoras y los pequeños cañones que estaban ya establecidos en el fuerte de Camellos y en el de Rostrogordo: cierto; pero saben los Sres. Diputados que no existían artilleros para servir esas piezas, porque no existía más que una compañía de artillería reducida al mínimum á que están reducidas en tiempo de paz, que eran en total unos cincuenta y

tantos hombres para servir las todas ellas, hasta el punto de que hubo necesidad de utilizar los servicios de los que fueran más prácticos entre los paisanos y del batallón Disciplinario para servir esas piezas.

Hay que tener en cuenta que de esas 60 piezas de posición, ninguna de ellas pudo disparar, no haciéndolo más que las del fuerte de Victoria Grande, porque las emplazadas sobre el Torreón de las Cabras, cuando comenzaron los disparos, como las piezas que se han sustituido á las antiguas son de más fuerza y es más fuerte la trepidación, y por consiguiente se necesita mayor resistencia, el torreón de las Cabras comenzó á amenazar ruina, y quedó únicamente batiendo el campo la batería de Victoria Grande, que está en mejores condiciones, y no se empleó la artillería del torreón de las Cabras; que si éste hubiera estado en condiciones de resistir, tened la seguridad de que el campo de Melilla hubiera sido completamente batido.

Establecidos estos hechos para que los conozca el Congreso, porque no lo hago con otro objeto que demostrar que si los 1.400 combatientes hubieran estado á las órdenes del general Margallo el día 2 de Octubre podíamos tener la seguridad de que aquellos sucesos no hubieran tenido el desarrollo que tuvieron, porque los riffeños hubieran sido castigados, voy á entrar en la negociación.

Empiezo por decir que no censuro el procedimiento, para no dar lugar á rectificaciones ni á determinadas consideraciones; pero mantengo, y lo sostuve en mi discurso anterior, que el procedimiento diplomático y militar á un tiempo, tal como se han llevado en Melilla, ha sido causa de los gastos y del conflicto. El Sr. Ministro de Estado se dirigió, en cuanto tuvo noticia de los sucesos del día 2, á nuestro ministro en Tánger, y el día 3 le dió cuenta de ellos. Nuestro ministro en Tánger ya tenía noticia de lo ocurrido en Melilla, porque el general Margallo mantenía comunicación constante con nuestra Legación en Tánger, y nuestro representante reclamó del ministro del Sultán; y como se estaba en la creencia de que el Emperador de Marruecos tardaría muchos meses en venir á Melilla; como se decía que en vez de ir á Marruecos para acudir con un ejército á Melilla, se iba, rehuendo la cuestión, hacia Taflete, se comenzaron estas negociaciones, y no sólo por iniciativa del Ministro del Sultán; y lo digo, no por haberlo visto, sino porque así se desprende del contexto de la carta que en 11 de Octubre dirigió al general Margallo el Marqués de Potestad.

Esta carta, aunque os moleste, hay que leerla íntegra, porque os dará á conocer lo que hay respecto á la negociación cerca de los jefes de las kabilas.

Dice así la carta:

«Mi muy estimado general y amigo: Ante todo, permítame unir mis felicitaciones á las de los demás. Entre propios y extraños, no hay más que una voz para elogiar el heroísmo del general, y juntamente la serenidad de ánimo y la cordura de quien como usted tiene á su cargo tan importantes y delicados intereses. Mucho me ha preocupado y me preocupa la situación de Melilla, desprovista de agua y de víveres; por la falta de sitio en el interior para alojar la fuerza que sería necesaria y por lo arriesgado á sorpresas nocturnas que es situarse fuera en un campo que no está atrincherado, cual convendría, á

Con fuego, nuestros soldados llevaron á cabo la desviación del río Oro, para la cual fueron necesarias obras importantísimas, y después de resistir un gran ataque; ¿y sabe S. S. cuántas fuerzas se mandaron para eso? Pues 6.000 hombres; y 6.000 hombres cubriendo el campo de Melilla, cuando no tenían el abrigo de los fuertes, fueron suficientes para que se realizaran las obras de desviación del río Oro en un recorrido de cerca de 3 kilómetros, puesto que atraviesa casi todos nuestros límites, y hubo que hacer una desviación del río y llevarle desde junto á los muros de la plaza hasta darle otra desembocadura; y para todo esto, repito, no se llevaron más que 6.000 hombres.

Créalo el Sr. Ministro de Estado, seguramente lo entenderá así el Sr. Ministro de la Guerra: para construir el fuerte de Sidi-Aguariach no se necesitaban más que 6 ú 8.000 hombres, siempre que nuestro propósito no fuera más que guardar nuestro campo, que era lo que estaba dispuesto. Ahora, si lo que se pretendía era internarse en el Riff, para eso 25.000 hombres eran pocos, por las consideraciones que ha expuesto el Sr. Ministro de Estado.

Debo también recoger otra alusión que no ha partido del Sr. Ministro de Estado sino de los bancos de los señores republicanos. Se ha querido defender la agresión de los moros de Melilla, desde el banco del Gobierno, por ciertos hechos más que reprehensibles, casi penables, que han ocurrido en la plaza; y desde los bancos de los republicanos, por el hecho de que hemos ido á atacarles en su fe, construyendo un fuerte junto á una mezquita y un cementerio. Yo niego los dos hechos: primero, porque si el hecho á que se refiere el Sr. Ministro de Estado, digámoslo claro, es el contrabando de guerra, el contrabando de guerra en Melilla, Sres. Diputados, no es de la época del general Margallo ni del anterior; es tan antiguo, que desde que existen armas y municiones de guerra y elementos para trasportarlos á Marruecos, existe ese contrabando.

¿No dijo el Sr. Ministro de Estado que tenía una Real orden del Ministerio de Marina, fecha 23 de Julio, en que se le manifestaba que se estaba haciendo un desembarco de municiones bajo la bandera inglesa y con papeles falsos? ¿Le dió S. S. importancia á esto? ¿Entabló reclamación ninguna en aquellos días?

Además, Sres. Diputados, es necesario que sepáis que al general Margallo se le aprobó por completo su conducta, que se le colmó de elogios, que se dijo de él todo cuanto favorable se pueda decir por un Gobierno respecto de un general; se dijo que había dirigido su pequeña tropa de tal forma, que obtuvo un éxito verdaderamente notable en la jornada del 2 de Octubre. Nuestro ministro en Tánger, ya habéis oído la carta, hace elogios del general Margallo; y á más de esto, el general López Domínguez, en carta de 26 de Octubre, ordenaba al general Margallo que viniese á la Península. ¿Era una destitución? No; el señor general López Domínguez se limitaba á lo siguiente. El señor general López Domínguez se había molestado el día 24 porque la prensa decía que había trincheras en nuestro campo, y que no había venido el informe del comandante general de Melilla; el comandante general desmintió después lo de las trincheras; y como la prensa seguía insistiendo en lo de las trincheras, y hubo una pequeña equivocación

junto al hito núm. 2, en el que se habían parapetado y desde el que habían hecho fuego, el señor general López Domínguez, viendo que los corresponsales insistían en sus noticias, le escribió al general Margallo, diciéndole: «Me está usted colocando en una situación difícil; pues mientras usted niega lo de las trincheras, lo afirman los corresponsales de la prensa; pero teniendo en cuenta que el Gobierno ha acordado enviar ahí un número mayor de tropas y elevar la categoría del que las mande, véngase usted aquí.» ¿Para qué? ¿para censurarle? ¿para corregirle? No; para tratar de la propuesta del día 2 y para que escogiera el mando que más le conviniese en el ejército expedicionario.

Ese es el contenido de la carta del 26, que, no diciéndolo, se ha querido hacer pasar como un relevo, como algo que justificaban esas sombras que ha echado sobre la memoria del general Margallo el Sr. Ministro de Estado.

La otra razón, Sr. Salmerón, se la voy á dar á S. S. con toda sinceridad y con conocimiento exacto de lo que pasa en Melilla: ni la mezquita de Sidi-Aguariach, ni el cementerio, fueron más que un pretexto para que en una serie de negociaciones y dilaciones y compromisos del campo, las aprovechara Maimón Mohatar para levantar á aquellos fanáticos en armas contra España, viniendo á explotar el sentimiento religioso, pero principalmente con el fin de conseguir el bajalato.

Le voy á dar otro dato á S. S. En el campo de Ceuta, en ese terreno conquistado gloriosamente por las armas españolas en 1860, no por la tolerancia, ni aun de aquella época de la Edad Media á que S. S. se refería, se dejó subsistente una mezquita y un cementerio, y los moros atraviesan nuestro campo por lo alto de Sierra Bullones y venden sus mercancías en nuestro campo.

Pero, es más: ¿qué mayor tolerancia que la que hay respecto de los moros que tiene España á su servicio? Porque nosotros tenemos en Ceuta moros al servicio de España, como elemento civilizador y de propaganda en Marruecos, y no solamente respetamos sus costumbres, sus cultos y creencias, no solamente los mantenemos á ellos y á dos ó tres de sus mujeres é hijos, que viven en aquella plaza con la misma libertad con que podrían vivir en Tánger ó en Tetuán, sino que esos moros van al cementerio de la mezquita á orar, y allí entierran sus muertos, y nadie se asusta ni se extremeca porque desde el fuerte del Serrallo ó de Isabel II vean nuestros soldados cómo rinden culto los moros á sus creencias, y cómo cumplen sus deberes religiosos con los restos de sus parientes y deudos. Cuando existen esas costumbres, Sr. Salmerón, no puede atribuirse á la mezquita de Sidi-Aguariach la causa eficiente de los sucesos de Melilla; cuando más, habrá sido el pretexto para los ataques á España.

Por último, lo peor que se puede hacer para el porvenir de España en Marruecos y para el éxito de nuestra política, es dar ese giro á estas discusiones; porque si los Gobiernos del Sultán, si los Visires de Marruecos y de Fez, si los Ministros de Negocios extranjeros y de Tánger llegan á convencerse de que nosotros tratamos de disculpar los actos de los moros cuando realizan agresiones contra nuestra bandera, ¡ah, Sres. Diputados, qué difícil va á ser la gestión de España y su política en Marruecos!

Allí, donde el más ligero pretexto basta para convertirse en agresión á España, es preciso quitar ese pretexto; y es preciso, sobre todo, estar constantemente prevenidos ante razas que, diga lo que quiera el Sr. Ministro de Estado, se las podrá dominar por la justicia, pero después de dominarlas por la fuerza.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra para rectificar el Sr. Marenco.

El Sr. **MARENCO**: Señores Diputados, con la mayor brevedad posible, voy á tener el honor de contestar al Sr. Ministro de la Guerra, limitándome á rectificaciones puramente reglamentarias y de conceptos que S. S. me ha atribuido con notoria equivocación. Debo decir en primer lugar al Sr. Ministro de la Guerra, para que así conste, que de estos bancos no han salido palabras de halago ni de menosprecio para el ejército.

Manifestar y exponer á la consideración del país el estado actual de nuestras fuerzas militares, y recordar los motivos que á mi entender eran causa de su descontento y ocasión de su malestar, no es ciertamente motivo de halago, como no creo que lo fuese tampoco hacer presente la triste situación en que se hallan las clases subalternas.

Ya presumíamos, no sólo los republicanos, sino los militares en general, que cuando se llevó á cabo el licenciamiento de los sargentos, por procedimientos muy parecidos á los que se usaron en tiempos de Carlos III para expulsar los jesuitas, se había cometido una grave, gravísima falta; y esto ha venido á ponerlo de manifiesto la campaña de Melilla.

Todos hemos podido ver que entre los oficiales, por dignos y valientes que sean, y el soldado, se necesitan elementos ó clases intermedias, tanto más necesarias, cuanto que las exigencias de los ejércitos modernos obligan á tener los soldados muy poco tiempo en filas, por lo que no pueden éstos adquirir ni los conocimientos ni los hábitos y costumbres militares que en las operaciones de campaña pudieran hacer innecesaria la presencia de los sargentos.

No ha de ser ésta una figura decorativa, ni ha de ser un individuo con galones, sino el antiguo, el clásico y tradicional sargento español, con todas las recompensas y estímulos necesarios; pues inútilmente se les exigiría que expusieran su vida y estuvieran prontos á derramar su sangre por la Patria, si no tuvieran la noble emulación de poder llegar á honrarse y honrar á su familia con las insignias del oficial.

Y como el exceso de cultura que exigimos á nuestros oficiales del ejército de mar y tierra no es absolutamente indispensable para el desempeño de determinadas clases, de aquí que nosotros hayamos previsto esa necesidad, y estemos dispuestos, tanto en lo que se refiere á las clases subalternas, como al movimiento de las escalas, gráficamente designado *salto del tapón*, y á todo cuanto pueda ser útil y beneficioso para el ejército y tenga carácter general, está dispuesta, digo, esta minoría republicana á no oponer dificultades de ningún género al Sr. Ministro de la Guerra; y lo decimos ahora en la oposición, no para halagar, sino por espíritu de justicia; y deseáramos verlo realizado, aunque fuese por el partido liberal y el propio Sr. Ministro de la Guerra; y claro está que si lo hiciera, los beneficios serán para ese partido, si beneficios se persiguieran por esos procedimientos.

Y tengo ahora necesidad de hacer una rectificación sobre conceptos que me ha atribuido S. S. al hablar de los documentos del general Margallo.

Al hablar de éste, yo no he censurado los procedimientos que empleara el general Macías. Dije, sí, que no podían menos de parecerme lícitos, como inspirados en el cumplimiento del deber; aun recuerdo que me permití interrumpir á S. S. manifestándose lo así.

Pero S. S. no ha negado que el general Macías, en uno de los despachos de la casa-habitación del comandante general, que lo era en aquella sazón el general Margallo, tuvo necesidad de fracturar la cerradura de los pupitres oficiales, aunque no lo hiciera de los particulares; estos son hechos que no ha negado S. S.

Tampoco he dicho yo, y puede S. S., si quiere, tomarse la molestia de verlo en el *Diario de Sesiones*, por no molestar yo ahora á la Cámara; tampoco he dicho yo, que en Madrid fueran esos documentos objeto de otra cosa que de codicias y deseos, y que se habían hecho esfuerzos para adquirirlos; pero no hablé de dádivas ni de amenazas.

El señor general López Domínguez hubo de contestarme algo sobre lo que yo manifesté acerca de Gibraltar; no ha tenido á bien hacerlo el Sr. Ministro de Estado, que en este punto ha guardado perfecto y absoluto silencio.

Yo creo tener derecho á sacar al Sr. Moret de esa reserva en que se encierra en cuestión tan interesante.

Y quiero hacer constar también, Sres. Diputados, que en aquello que se refiere á las fortificaciones de nuestro territorio frente á Gibraltar, como no sé lo que el Gobierno ha hecho ni piensa hacer, por esto lo pregunto, y no he de quedar satisfecho mientras no vea las medidas que se adopten.

Yo entiendo que España en eso puede hacer lo que quiera y lo que debe, y que debemos olvidar y volver la espalda por completo á ese amargo y escéptico de *lo que se pueda*. En esto hay que hacer lo que se debe, pese á quien pese, porque ante todo está la defensa de nuestro territorio; y lo mismo que lo hacemos con Portugal y con Francia, con mayor razón debemos hacerlo con Inglaterra; y por lo pronto, hasta que el Gobierno tome alguna medida enérgica, urgente y de carácter nacional, yo declino en el actual Gobierno las responsabilidades que pudieran caber, si hechos imprevistos, difíciles de prever, pero que al fin y al cabo no son imposibles, surgieran mañana. Entonces habría necesidad de recordar esta historia retrospectiva que hemos hecho á propósito de Melilla, y repetirla á los Ministros de la Guerra y de Estado, sin excluir á los actuales, por sus imprevisiones en el orden militar y diplomático. Y dicho esto, doy por terminada mi rectificación en lo que al Sr. Ministro de la Guerra se refiere, agradeciéndole su benevolencia para conmigo, que contrasta singularmente con la sequedad que ha empleado el Sr. Ministro de Estado, cosa tan impropia de su carácter.

No extraña el Sr. Moret que yo use del derecho de reciprocidad, y paso á hacerme cargo de lo que ha dicho el Sr. Ministro de Estado esta tarde ante la Cámara, para dar cuenta de las negociaciones y de los asuntos de Melilla. No puede ser más completa y acabada la fábula que nos ha contado S. S.

Tenía yo dudas y no pocos recelos de que la cosa había salido bastante mal. Pero después de haber oído al Sr. Ministro de Estado, se han revelado para mí algunos móviles, que no me son enteramente desconocidos, pero que yo no quería creerlos, y he podido convencerme de que, efectivamente, el fracaso en lo de Melilla, de que yo creo á S. S. casi el exclusivo autor, es mucho mayor de lo que podía sospecharse. Quédanos el triste consuelo, en este asunto, Sr. Ministro de Estado, de que aquella es una cuestión, como dijo muy bien el Sr. García Alix y yo repito ahora, aplazada y no resuelta aun. Se ha de derramar sangre española, en plazo breve, por la conducta de ese Gobierno, ó por la conducta del Sr. Ministro de Estado, en la cual han puesto parte principalísima el capitán general Sr. Martínez Campos y el embajador extraordinario.

Como esto todo el mundo lo ve y lo aprecia así; como se ha de derramar desgraciadamente sangre en breve, claro está, Sres. Diputados, que en breve también, desgraciadamente, hemos de tener la prueba del resultado obtenido en la cuestión de Melilla. Y yo no sé lo que inventará para entonces el señor Ministro de Estado con su poderosa fantasía. Ya hemos visto que la cuestión de balas y notas era un nuevo artificio del momento para salir del paso, y una necesidad de gobierno, según nos ha dicho el Sr. Moret. Veremos luego qué otras cosas nos cuenta el Sr. Ministro de Estado, cuando podamos aquí imputarle la responsabilidad de esto que le anunciamos, que es el derramamiento de sangre en Melilla y en otros puntos del Imperio de Marruecos, precisamente por la manera de haberse llevado á cabo las negociaciones.

Debo decir también al Sr. Ministro de Estado que tan poco seguro estoy de su conducta, que á pesar de sus extraordinarios recursos parlamentarios, á pesar de su notoria inteligencia y de su sin par elocuencia, no ha tenido tampoco por conveniente contestar á la pregunta, á la síntesis, á lo único importante, no de mi discurso, porque no los pronuncio nunca, pero de las palabras que hice oír aquí en la tarde del sábado, á saber: ¿Cuándo se cumple el tratado de Wad-Ras? (*El Sr. Ministro de Estado: Tiene razón S. S...*) ¡Ya lo creo! En eso y en todo, Sr. Moret; porque he llegado á convencerme en el poco tiempo que llevo en el Parlamento, de que lo que no puede ser no es; y cuando la razón falta por modo tan extraordinario, como en este caso; cuando nos ocupamos de asunto tan desgraciado y tan universalmente censurado como el de Melilla, ni la elocuencia de S. S., que yo reconozco que no tiene igual, ni otra más poderosa, si posible fuera, bastaría para defender medianamente siquiera la cuestión de que nos ocupamos.

Vamos á la negociación, cosa la más esencial y fundamental, en que S. S. ha guardado silencio. Su señoría ha empezado por no tomarse el trabajo de leer ni el discurso del Sr. Salmerón ni el mío, y lo prueba la afirmación de S. S. al decir que dónde nos había llevado nuestra fantasía.

Su señoría quería pruebas de lo que afirmábamos, y con haber leído nuestros discursos hubiera podido averiguar hasta dónde nos había llevado la fantasía. ¿Es esto claro? (*El Sr. Ministro de Estado: No.*) Véalo S. S.; ahí está en el antepenúltimo párrafo; porque, como S. S. no los ha leído, ha incurrido en los erro-

res que ha padecido por no estar enterado de lo que nosotros habíamos dicho.

Ha comenzado S. S. por decir lo siguiente:

«Empiezo por esta afirmación que ha hecho el Sr. Marengo. Yo, según S. S., he seguido en los primeros tiempos, en los primeros días de los acontecimientos de Melilla, una negociación diplomática, ocultándola al Sr. Ministro de la Guerra; negociación subterránea, deshonrosa, bochornosa, que estos son los calificativos, nada escasos (lo que andaba escaso era la prueba), que la ha aplicado el Sr. Marengo.»

En efecto, Sres. Diputados; esta afirmación es del Sr. García Alix, y no mía; yo la calificué de subterránea, de subalterna, de poco decorosa; S. S. me atribuye calificativos que yo no he empleado, pero que, á partir de este momento, los emplearé en la medida de mi voluntad, ya que S. S. los pone en boca mía á medida de su deseo.

Efectivamente, era la conciencia de S. S. la que ponía los verdaderos calificativos: así son: bochornosa, deshonrosa. Yo me limité á calificarla de poco decorosa; y es que como S. S. en realidad no se había enterado de esto, como no se ha enterado de otras muchas cosas, por eso S. S. suele equivocarse las más de las veces. Su señoría imagina las cosas como pretende que deben ser; nunca se ajusta á la realidad; y de aquí las notorias equivocaciones, de aquí las fábulas; por lo cual no tiene S. S. derecho para acusar de ideólogo al Sr. Salmerón, porque en realidad, el que vive constantemente en el mundo de la ideología es S. S.

Negociaciones realizadas por el Sr. Ministro de Estado: numéricamente, cinco; sustancialmente, tres. Para la primera, yo acepto los calificativos de S. S.: bochornosa y deshonrosa; la segunda y tercera son de una perfecta inutilidad, y encaminadas á dar satisfacción á esa necesidad de movimiento continuo intelectual y corporal de que S. S. se halla siempre poseído. La cuarta es la negociación seguida con las Potencias de Europa, depresiva y humillante, toda ella encaminada á disminuir nuestro prestigio en Marruecos; ésta ha salido á maravilla. Y la quinta y última la llevada á cabo con el Sultán. No hay que alegar, en lo que á las negociaciones se refiere, ni por un momento, el temor de la guerra; eso podrá ser motivo para los conservadores; en labios de Ministros fusionistas no es ni siquiera un pretexto; y yo diré á la Cámara por qué, pues no lo digo caprichosamente.

Todos recordaréis, Sres. Diputados, la cuestión de las Carolinas. Entonces el actual Sr. Presidente del Consejo de Ministros estaba en la oposición, iba en busca del poder, y no menos que la declaración de guerra á Alemania era lo que en su opinión debíamos hacer. Se trataba en realidad de que Alemania puso en duda, con más ó menos razón (para mí, ninguna), el derecho que teníamos nosotros á ocupar el archipiélago de las Carolinas, cuya posesión de hecho le pareció cuestionable.

La cuestión se sometió á un arbitraje, y quedó como deben quedar siempre todas estas cuestiones entre países civilizados. Eso fué lo que sucedió entre Alemania y España con motivo de los sucesos de las Carolinas.

El Sr. Sagasta, echando leña al fuego, contribuyendo á la exaltación del patriotismo, que en aquella ocasión llegó hasta el paroxismo, decía que lo

que había que hacer era declarar la guerra á Alemania; lo cual equivalía á tanto como ir al suicidio, puesto que no teníamos una sola probabilidad de triunfo, exponiéndonos en cambio á perder, ó á comprometer, cuando menos, nuestras posesiones ultramarinas; la guerra era la completa ruina de la Patria.

Esto se decía por el Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta cuando el partido fusionista no ocupaba el poder. Pero ahora la cosa varía; se trata del partido fusionista en el poder, y el Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta ocupa la cabecera del banco azul; ya no es lo mismo. Han variado las circunstancias, y el poder ante todo. Vinieron esas agresiones brutales de 2 ó 3.000 rifeños, y todos habéis visto cuánta parsimonia y circunspección. Se decía: «¿A dónde vamos declarando la guerra á Marruecos? Hay que bendecir la paz.» Sobre todo, una paz tan digna de bendición como esta, obtenida á costa de nuestro prestigio, y subsistiendo hoy, como el primer día, el ultraje de nuestra bandera.

Realmente, en honor de la verdad, el Gobierno del Sr. Sagasta, y aun el propio Sr. Sagasta, tan belicoso para llevar á la Nación española á declarar la guerra cuando persigue el poder, no está autorizado para invocar como pretexto la paz, cueste lo que cueste, á fin de conservarse en él. Esta misma crítica es aplicable al hecho de Sagunto.

El Sr. Presidente del Consejo de Ministros lo calificó entonces como un hecho que nos deshonoraba ante Europa y los países civilizados. ¿Por qué? Porque le arrebató el poder.

Ahora, el propio señor general Martínez Campos realiza hechos que no satisfacen, ni con mucho, ni aun á su propia persona, y, sin embargo, al Sr. Sagasta le parece todo eso que ni de perlas, y le merece todas las alabanzas y todos los elogios que S. S. le dirige. No invoquéis, pues, para los futuros desarrollos de las negociaciones el amor á la paz, porque el amor á la paz en el Gobierno fusionista es circunstancial, y está en relación directa de la distancia á que se halla del poder el Presidente del Consejo de Ministros.

Primeras negociaciones: vergonzosas, deshonorosas. ¿Por qué? Pues porque la base de esas negociaciones fué Maimón-Mohatar, que según el Gobierno, que según el propio Muley Araafa, que según el general Martínez Campos, era uno de los principales fautores de las agresiones que dieron por resultado la muerte de nuestros desgraciados soldados. ¿A qué conducían? ¿Qué fin tenían? ¿Cuál era su objetivo? La finalidad era disminuir el número de enemigos á quienes habíamos de combatir. Esto me hubiera parecido lógico, prudente, discreto, político, estratégico; pero, ¿era para esto? No. Me hubiera parecido bien, como digo, para tomarnos la justicia por nuestras manos.

¿A cambio de qué se comprometieron los jefes de esas kabilas á permanecer arma al brazo? ¿Qué se les dió? ¿Fué el dinero, que se dijo iba de España, lo cual yo no he creído, ni creo, ó fué ese compromiso de no poner nosotros la planta una pulgada más allá de nuestro territorio?

Decía el Sr. García Alix que por nuestra bonita cara no habían de consentir eso. Pues si no lo consintieron, sería por algo, y ese algo fué por lo menos la promesa de que no habíamos de poner, según las manifestaciones y cartas de nuestro ministro en

Tánger, los pies fuera de nuestro territorio; esto es vergonzoso; consintieronlo, el general Martínez Campos con 25.000 hombres, y el general Macías con 12.000. No así el general Margallo; para éste no había conmiseración, puesto que se le prevenía enérgicamente que no consintiese penetrar un solo rifeño en nuestro territorio; pero los demás consintieron, vergonzosa y bochornosamente, la presencia de los rifeños en nuestro campo. Esta conducta obligó á los titánicos esfuerzos que hizo el general Martínez Campos para contener el ejército, que á todo trance quería combatir; de ahí el júbilo, que notó en las fuerzas de su mando (y con sinceridad absoluta se lo manifestó así al Ministro de la Guerra y al Ministro de Estado), cuando se dispararon aquellos cañonazos contra los que habían invadido nuestro territorio, con el objeto de apoderarse de la maderera que el temporal arrojó á la playa.

Esta fué, pues, la primera negociación que no produjo beneficio ninguno; para la actitud que manteníamos nosotros en Melilla, era absolutamente indiferente que las kabilas estuvieran reunidas en más ó menos número.

Y sobre este punto, el Sr. Ministro de Estado no ha dado noticia completa. Por lo que pueda importar, de español á Ministro, y por si puede hacer algo por adquirir un mayor conocimiento de estos asuntos y de los demás del extranjero, yo, Sr. Ministro de Estado, debo decirle que hubo más kabilas que las que ha citado S. S.; porque la de Gomara y la de Anghera enviaron también contingentes, teniendo esta última bastantes bajas, y entre ellas algunos tolbis. Haga S. S. lo posible por enterarse y establecer mejor el servicio en Marruecos, que, hoy por hoy, es bastante deficiente, al parecer; y no culpo á la Legación, porque ésta sé yo que cumple con sus deberes.

[Negociación con Mohammed Torres! Su señoría se ha equivocado no poco al suponer que yo desconocía el procedimiento diplomático. Lo que sí es bueno saber es que esto de Ministro de Negocios extranjeros del Sultán es una fantasía turca, ó morisca, para hablar con más propiedad; allí no existe Gobierno, propiamente dicho; es un país verdaderamente incivilizado, con muy poca más ilustración que el Riff; allí no hay, en realidad, más que un funcionario del Gobierno, y ese es el Gran Visir; porque en Marruecos el Sultán no puede equivocarse nunca (aquí, en la práctica, parece que tampoco se equivocan nunca los Ministros, pero todos sospechamos que algunas veces sucede lo contrario), y como no se puede equivocar jamás el Sultán, cuando se equivoca, ha de recaer la culpa sobre alguien, y recae sobre el Gran Visir.

Después de todo, hay que confesar que es un empleado barato, de 8 ó 10 duros, y que cuando su amo quiere, lo despide. En España tampoco sucede eso; aquí, dure mucho ó dure poco un Ministro, siempre cobra 30.000 reales de cesantía; los de Marruecos no serán peores, pero son más baratos.

No habiendo, pues, Gobierno propiamente dicho, comprendo que S. S. se sirviera de Mohammed Torres para hacer llegar su correspondencia y sus exigencias al Sultán, una, dos, tres veces, ó las que fuera necesario; pero lo que hizo el Sr. Ministro de Estado llega á lo inconcebible. Su señoría pidió á ese esclavo ó siervo del Sultán permiso para que nuestras tropas pudieran salir del territorio español é ir á re-

primir los excesos donde se cometieran. Esto ha valido á S. S. una comunicación tan enérgica como patriótica, decorosa y digna, del Sr. Marqués de Potestad Fornari, de la que no voy á leer más que cuatro renglones, y no crea S. S. que porque yo la lea vaya á confiar en que la recuerde ni la tenga en cuenta S. S.; eso, no.

Decía el Sr. Marqués de Potestad Fornari, refiriéndose al inconcebible permiso que pedía el Sr. Ministro de Estado en nombre de España: Sres. Diputados, en nombre de España agredida y de su bandera allí ultrajada, á Sidi Mohammed Torres, calificado de pobre hombre por el Ministro, y calificado por sí mismo de esclavo de su amo y sin atribuciones para nada.

A ese esclavo pedía el Sr. Moret, Ministro de Estado de España, permiso para que nuestro ejército de 25.000 hombres pusiera la planta fuera de nuestro territorio, y el Ministro le contesta: «Volviendo á la cuestión del derecho de pasar la línea de Melilla si los moros invadiesen el territorio español, ó aun cuando sin invadirlo se obstinasen en hostilizarlo repetidamente desde fuera, paréceme que es inconcuso y basado sobre los principios de estrategia que se observan en operaciones militares, siquiera sean de carácter puramente defensivo, siempre que las exigencias del momento hagan preciso recurrir á ese arbitrio; y no parece se requieran muchos argumentos para demostrar que aquel cuya casa es asaltada, le es lícito, si lo juzga oportuno, salir á la calle, perseguir y castigar, si lo alcanza, á quien de tal suerte le molesta.»

Así, buenamente; me parece que la contestación, que la lección, mejor dicho, Sres. Diputados, tratándose de quien en el orden jerárquico ocupa un puesto inferior al del Sr. Ministro de Estado, es dura, pero merecida; lo que hay es, que fué enteramente baldía y mal aprovechada.

El Sr. Ministro de Estado ha pasado diez, doce, quince, veinte notas en el mismo sentido, exigiendo de Mohammed Torres lo que no podía conceder, lo que jamás concedió; y luego hizo lo mismo con el Príncipe Muley Araafa, á pesar de haber declarado en una nota á las Potencias, que llegaba sin atribuciones y sin poderes de ninguna clase. A pesar de esto, llevó á cabo la otra negociación, en que comprometió la seriedad del capitán general Sr. Martínez Campos, pues le hizo pedir la entrega de 24 ó 26 cabecillas para que fueran fusilados, la desocupación de la zona neutral, la ocupación por nuestras tropas de puntos estratégicos, por cierto muy mal elegidos, y el desarme de las kabilas. Excusado me parece decir, Sres. Diputados, que nada se le concedió, que nada se logró, que nada pudo hacer Muley Araafa; y sabiéndolo ya el Sr. Ministro de Estado, aún le ordenó al general Martínez Campos que le apremiara, que no hiciera caso de sus contestaciones, y que en último caso le notificase un ultimatum, á lo cual el general Martínez Campos, que era el paciente, puesto que realmente el ridículo sobre él recaía, volvió á consultar, porque el general consultó todo, absolutamente todo, para excusar responsabilidades.

El general Martínez Campos ha empezado á ser diplomático cuando ha acabado la negociación; de tal suerte lo es ahora, que no hay modo de hacerle aceptar ningún género de elogios. El general Martínez Campos dice que no ha hecho más que servir

leal y subordinadamente al Gobierno, y seguir sus instrucciones con entera fidelidad; de modo que lo que haya habido de bueno, del Gobierno ó del Sr. Ministro de Estado será; pero lo que haya habido de malo, que á mi juicio es todo, y así resultará en breve, es claro que también será del Sr. Ministro de Estado. ¡Lástima fuera que el general Martínez Campos, después de haber dejado en las zarzas de Melilla su fama de militarote, tuviera que aceptar lo malo y dejar al Sr. Ministro de Estado lo bueno!

Me parece haber demostrado que las negociaciones con Mohamed Torres y con Muley Araafa han sido perfectamente inútiles, puesto que nada, absolutamente nada de lo que se les pidió, se obtuvo; á tal punto, que ni aun en la negociación definitiva del tratado se ha tenido, ni poco ni mucho, en cuenta lo negociado con Muley Araafa. Sobre este personaje hay que decir algo más que lo dicho por el señor Moret; que no diré que oculta, pero sí que disfraza las cosas.

El Emperador de Marruecos se guardó muy bien de enviarle allí como representante de su poder temporal; porque mandarle para esto al Riff, era tanto como no enviarle. Fué, como hermano del gran Sheriff, descendiente del Profeta, y descendiente, á su vez, del mismo por el vínculo que le une con el Sultán. Bajo este concepto, se ha presentado allí á defender á los verdaderos creyentes contra nosotros, diciéndoles que cuando el gran Sheriff estuviera bien enterado de lo que allí había sucedido, proveería y resolvería, y que en tanto nada tenían que temer. No se equivocó el buen Muley Araafa. En la primera entrevista con el general Martínez Campos, quedó convencido de que no habría guerra, de que nosotros éramos los que más la temíamos, y, por lo tanto, le fué muy fácil hacer el doble papel que hizo, que fué el de continuar ofreciéndose á los riffeños y asegurarles que mientras él estuviera allí, ni nosotros pondríamos el pie fuera de nuestro territorio, ni les atacaríamos en ninguna forma.

El Sr. Ministro de Estado ha olvidado un párrafo del discurso del Sr. García Alix, que en mi concepto resume, por decirlo así, lo que ha de ocurrir, y en el cual, á través de la filigrana de la forma, se descubre la amargura con que el Sr. García Alix pronunció aquellas palabras, las cuales he de recordar porque contienen una verdadera profecía.

Decía el Sr. García Alix al Sr. Ministro de Estado: bien lo sabe S. S. y bien lo sabe la Cámara; en esos zocos marroquíes, mientras que se descarga el camello que conduce la lana que explotan el fabricante y el comerciante inglés, bien contará el moro que los entretiene todos los episodios de la guerra de Melilla, y bien se alabarán por el triunfo obtenido en las memorables jornadas del 2, del 27 y del 28 de Octubre; y mientras los moros que los entretienen puedan contarles, refiriéndoles la guerra de Melilla, que en realidad nos vencieron, el porvenir estará preñado de amenazas, que se han de realizar como he dicho antes, porque esa es la historia de ese pueblo.

Esta generación y la generación futura oirán esto mismo y lo comprobarán, porque sabrán que Alí el Rubio, Maimón Mohatar, el Santón de la Puntilla y Ad-el-Kader, fueron los principales autores de aquellos atentados contra nosotros, y á esos les verán allí pasearse libres, verán que no han recibido castigo

los verdaderos culpables, porque éstos estaban declarados verdaderos culpables, no por el Sr. Marengo, sino por el propio general Martínez Campos; verán, además, que cuando se apliquen los castigos, que dudo que se puedan aplicar en este verano, no será á los verdaderos autores, porque éstos, y los que tengan que temer, huirán á tiempo para eludir el castigo, y entonces, cuando se ejecute, sucederá que el Sultán castigará á sus propios enemigos, que suelen ser los amigos de España. Se sabrá, además, lo que significan las negociaciones que S. S. hizo, esas negociaciones vergonzosas y bochornosas, y oirán del gobernador de Urdja y de los jefes de kabilia, que España ha ido á solicitar por todos los medios posibles que llevarán á cabo la paz, y que á cambio de eso no nos atrevimos ni siquiera á deshacer por nuestras manos las trincheras que construyeron, las de los marroquíes, porque ese es un argumento que tiene dos filos tratándose de los rifeños y aun de países civilizados.

Se dirá también, que nosotros hemos rogado á Muley Araafa que los propios rifeños fueran los que deshicieran sus trincheras; pero Muley Araafa habrá dicho á los moros: es tal el respeto que os tienen, que lo que habéis hecho en su campo no se atreven á tocarlo, y se ha de deshacer por vuestras propias manos.

¿Le parece esto motivo de risa al Sr. Sagasta? No me importa ni me extraña que se ría S. S., porque en estas últimas sesiones todos los asuntos graves que aquí se han tratado, han muerto á manos de S. S. por medios sainetescos; y en cuanto al Sr. Ministro de Estado, no se reía S. S. hace cuatro días en el Senado, ni ayer aquí. Pero en fin, rían SS. SS. cuanto quieran, que desgraciadamente llegará, y creo que será pronto, el momento de llorar, no para S. S., que á S. S. no le importan estas cosas, pero sí para las madres cuyos hijos han de morir en Melilla á causa del desprestigio en que hemos caído por los sucesos y su desarrollo y terminación.

Prescindiendo de la risa de los que constituyen el nervio del actual Gobierno, del Gobierno Sagasta-Moret, continúo lo que iba diciendo. La negociación con las Potencias extranjeras tiene la nota humillante, depresiva, desde el primer momento, desde el momento en que, para ir á reclamar nuestro derecho á Marruecos, hemos creído de absoluta necesidad (ha creído el Sr. Ministro de Estado, la Patria nunca), ha creído el Sr. Ministro de Estado necesario apelar á la protección, no encubierta, sino clara y manifiesta, de las Potencias extranjeras; todas han interpuesto su mediación, algunas con apremio, á la par que nosotros, para que el Sultán nos conceda lo que tan de derecho nos corresponde; y aun así nos ha concedido menos de lo que nos correspondía. Tampoco es esta afirmación mía; esto lo declara el embajador extraordinario cuando da cuenta al Gobierno de S. M. de la negociación. Pues bien; las negociaciones con las Potencias extranjeras están en 15 ó 20 notas. Vamos á lo del convenio ó tratado con Inglaterra é Italia.

No tengo interés grande en repetir mi argumento; pero lo que dije me consta; lo sé por procedimientos que ya quisiera tener el Sr. Ministro de Estado para estar enterado de lo que ha pasado en Melilla; lo sé como lo han sabido los que viven en Tánger; lo sé por los celos y los disgustos de Francia,

que ya era una tercera Potencia en el asunto; y lo sé porque es buen indicio de ello lo que dice el *Libro Encarnado*.

El *Libro Encarnado* no da cuenta de la contestación de los Gobiernos extranjeros antes de la nota en que S. S. habla del Sultán. Si S. S. se sirve decirme en qué nota está eso, lo leeremos. Yo digo que hasta que se dió cuenta á nuestro ministro en Tánger de que estaban prevenidas las Potencias extranjeras, diciéndole en la misma comunicación que desde luego podía contar con Italia é Inglaterra, hasta entonces S. S. no habló de ello. También se ha equivocado S. S. notoriamente al decir que por el Sr. Ministro de la Guerra tuvo conocimiento de que frente á Melilla había 30 ó 50.000 soldados. Ese es un error inconcebible en quien ha hecho el *Libro Encarnado* y ha tenido siete meses para prepararlo.

«Tánger 3 de Octubre.—El Ministro de España en Tánger al Ministro de Estado.—Estimo que la fuerza disponible de los rifeños es de 50.000 hombres, de los cuales unos 30.000 armados con fusiles Remington de no muy buena calidad.»

El Sr. Ministro de Estado ha dicho que tuvo noticias de las fuerzas que había en Melilla el día 5, y por el Sr. Ministro de la Guerra. Pues el día 3 debió S. S. saberlo y decírselo al Sr. Ministro de la Guerra, sin que éste tuviera necesidad de dar á S. S. la noticia. De estas sensibles é inexcusables equivocaciones ha tenido S. S. tantas, que en fuerza de ellas ha podido narrar una fábula para ocultar lo que ha pasado en Melilla.

Es cosa de poca monta para mi argumento que exista ese convenio. Nunca he pensado que los representantes de Italia y de Inglaterra faltaran á un compromiso, por pequeño que fuera, para proporcionar á este modesto Diputado argumentos para demostrar sus afirmaciones. Lo que consta en las notas es, que para reclamar nuestro derecho, y tratar, no más que tratar de lavar el ultraje hecho á nuestra bandera, hemos necesitado el concurso y el auxilio de todas las Potencias de Europa que tienen intereses en Marruecos; al paso que dudo que S. S. pueda citar exigencia semejante de esos mismos Gobiernos, cuando han tratado de obtener reparación por agravios ó insultos que se hayan inferido á su bandera ó á sus nacionales. (*El Sr. Ministro de Estado*: Cuantas fuera necesario, citaría.)

Voy á decir al Sr. Ministro de Estado lo que contestan los Presidentes del Consejo de Ministros que tienen de su Patria una idea justa y levantada, que no desconfían de su vitalidad, y que, sobre todo, cumplen como deben cumplir los que se encuentran, por lo que quiera que sea, por la desgracia ó por la suerte, al frente de un país. En el incidente de Tomboutou, contestó el Presidente del Consejo de Ministros francés lo siguiente: «Vamos á mantener íntegra la dignidad de la Francia ó asegurar el avance de la civilización en Africa; Francia no puede retroceder en ningún caso, y hacerlo ante un enemigo á quien sólo puede tratarse (parece que lo decía por nosotros) por la fuerza, sería renunciar á los prestigios nacionales y constituiría una grave imprudencia y un funesto error político.» Pues aún es más imprudente lo que aquí se ha hecho, teniendo en cuenta la Nación con quien estábamos en litigio; porque ha sido una conducta temeraria, que ha demostrado en Marruecos nuestra debilidad, la conducta de humilla-

ción que ha seguido el Sr. Ministro de Estado con motivo de los sucesos de Melilla.

Yo tengo que protestar, y no era mi ánimo hacerlo en este momento, de lo que me ha atribuido casi personalmente el Sr. Moret, de una manera puramente gratuita y bajo su responsabilidad, al decir que atacábamos al general Martínez Campos porque él era quien simbolizaba y representaba la Monarquía y las glorias tradicionales de la Patria y del ejército.

El general Martínez Campos no simboliza ni representa nada de lo que S. S. ha dicho, y si alguien ha de representar la Restauración, no será ciertamente el general Martínez Campos, sino el Sr. Cánovas del Castillo, por mucho que á S. S. le convenga ahora enaltecer y derramar incienso al general Martínez Campos; ni tampoco puede admitirse represente las glorias tradicionales del ejército. ¡No faltaba más! Glorias indiscutiblemente muy superiores á las que ha adquirido el general Martínez Campos, han conquistado con justos títulos dos millones de generales y de oficiales españoles. (*Rumores.*)

Y digo dos millones en toda nuestra historia, y me parece que con esto ya no es tanta la exageración. Disminuíd los que queráis; pero admitid que han sido muchos.

Por otra parte, á nosotros no nos hace sombra; aquí no hay ningún militar á quien le pueda hacer sombra el héroe de Sagunto; lo que hay es que somos los únicos que tenemos derecho para ejercitar aquí la crítica contra el general Martínez Campos, porque por actos que yo no quiero escudriñar, por muchas razones, la conducta del general Martínez Campos ha merecido la aprobación de los Presidentes de las Cámaras y de todos los que le han festejado con banquetes particulares ó no particulares. Pero estando pendiente de la discusión de las Cámaras la conducta del Gobierno y la del propio general Martínez Campos, y pudiéndose haber llegado hasta la acusación, y creo que tratándose del Sr. Ministro de Estado podíamos haber llegado y aun podemos llegar á este punto por creer que ha comprometido el honor nacional, vosotros, por los plácemes oficiales que el general Martínez Campos ha recibido, si no por dogma, al menos por respeto, estáis obligados á callar, mientras que nosotros tenemos libertad para exponer nuestras censuras.

No era seguramente el embajador nombrado el que imponían las circunstancias, como ha dicho con notoria inexactitud el Sr. Ministro de Estado.

El Sr. Ministro de ESTADO (Moret): No será con inexactitud, será con error.

El Sr. MARENCO: Está bien; conste que es con error.

No lo creía así el propio Sr. Ministro de Estado, porque antes de ofrecer el cargo de embajador al general Martínez Campos se lo ofreció al Sr. Duque de Tetuán, que, más conocedor de la diplomacia y de lo que había de ocurrir allí, dijo que declinaba el honor y que se quedaba en España. Por cierto que al ir á la Embajada el general Martínez Campos, hubo algún amigo suyo que le aplicó aquello de *veni, vidi, vici*; y el ilustre general, un poco dudoso de la intención de quien escribía esto, le contestó (y lo diré en latín, aunque sea mal latín): *veni, vidi...* y aquí lo he perdido todo, menos el honor.

Esto es histórico; como es también histórico que

el general Martínez Campos recibió una carta en que le advertían que se cuidase muy mucho de no ceder á los cantos de sirena del Sr. Ministro de Estado ni aceptase responsabilidades que no debieran alcanzarle; y en efecto, nuestro buen embajador, que ya tenía una idea bastante triste de su misión, se guardó muy mucho de hacer nada sin consultarlo con el señor Ministro de Estado.

Esta es, en realidad, la historia, distinta de la fábula que hemos oído aquí.

Pero yo he dicho mucho en elogio de S. S., y siento que S. S. no estuviera entonces presente para que hubiera presenciado la sinceridad con que yo le elogiaba, la sinceridad con que yo elevaba á S. S. al quinto cielo y la sinceridad con que luego, reconociendo que no hay nada perfecto en este mundo, notaba yo los pequeños, los pequeñísimos lunares que S. S. tiene para la gobernación del Estado; lunares tan pequeños, que sólo consisten en que á S. S. no se le puede, en realidad, confiar nada. Salvo esta pequeñez, podemos reconocer la perfección más completa en S. S. Y me obliga, esto lo digo en justa reciprocidad, por la benevolencia con que se ha permitido tratarme S. S.

Pero, afortunadamente, nada ha ganado S. S. con su modo de proceder en esta cuestión de Marruecos; porque S. S. aprovechó la ocasión de hallarse el Gobierno, como dijo el Sr. Esquerdo, *acéfalo*, por estar enfermo el Sr. Sagasta, y haber decidido el Gobierno mismo confiar á los Ministros militares todo lo correspondiente á su gestión y lo demás á S. S.; aprovechó, digo esta circunstancia, para comenzar á ejercer de Presidente del Consejo de Ministros. Después de todo, algo se ha alcanzado con esta prueba, porque S. S. se ha de considerar sin fuerzas en el Gabinete y en el partido, y no creo ha de querer intentar presidir una situación. No se ilusione S. S. con el éxito de ayer, que es pasajero y del momento, y durará tanto como el ruido de los aplausos tributados á S. S.

Al oír á S. S., no parece sino que en Melilla nuestro desgraciado país ha conquistado lauros. Si esto hubiera sido cierto, hubiera influido ciertamente en la suerte del Gobierno, y en él se hubieran reflejado esas glorias si hubieran existido en la realidad. Después de las victorias de 1860 en Africa, resultó un Gobierno fuerte y poderoso que vivió cinco años, y después de esta campaña y de esta negociación, el propio Sr. Ministro de Estado acaso no ha presentado la dimisión hace tres días porque sus pocos amigos, aunque buenos y leales, le han aconsejado que no le convenía marcharse, y quien permaneció en el Gobierno después de los sucesos de Melilla, no podrá irse tampoco por la cuestión suscitada en el Senado por el embajador de España en París.

No hay que fingir, Sr. Ministro de Estado, lo que no existe, con notorio peligro y perjuicio para el país. Se ha atrevido S. S. á decir que sobre esta negociación nadie pondría mano. Tal era el convencimiento que tenía S. S. del aplauso general con que esa negociación ha sido recibida. Ha dicho S. S. eso en la contestación al Sr. García Alix. En el *Extracto* está; y si lo desea S. S., puedo citarle el párrafo y el renglón donde se halla.

Y ahí tiene explicada el Sr. Ministro de Estado la causa de no acertar nunca, porque todo lo fía á su

fantasía y palabra; y le es muy fácil hacer discursos, pero le es difícil enterarse de las cosas y resolverlas con acierto.

Se ha atrevido también S. S. á decir que la conducta del general Martínez Campos ha sido aplaudida unánimemente por toda España y por toda Europa; y ya en este camino, no sé porqué no ha agregado S. S. las otras cuatro partes del mundo. ¿Qué inconveniente había en que hubiera dicho Europa, Asia, Africa, América y Oceanía?

Ya lo ha visto S. S. De la propia mayoría se levanta un individuo tan digno y caracterizado como el Sr. García Alix, y censura al Gobierno por lo de Melilla como le censuran los conservadores, los carlistas, los republicanos y toda la prensa independiente y la contraria al Gobierno. ¿Es que no significamos nada? ¿No representamos nada? Pues, ¿cómo ha dicho S. S. que España unánimemente, que la Europa aplaude esa gestión? Afortunadamente no ha sido así, y ya lo hemos demostrado cuantos hemos probado lo contrario.

No quisiera, Sres. Diputados, hacer vaticinios funestos; pero yo me consideraría suficientemente recompensado si de resultas de este debate no hubiera necesidad de emplazar á S. S. y al Gobierno por futuras agresiones y nuevo derramamiento de sangre. No quiero verme precisado á presentar á S. S. como causante de los males que yo preveo y que me temo se han de realizar.

Y ahora voy ya á terminar haciendo las siguientes manifestaciones respecto del incumplimiento del tratado de Wad-Ras.

En lo primero en que está sin cumplir es en lo que se refiere á nuestra principal garantía, es á saber: la guardia de moros de Rey, que, situada en los límites que yo dije, evitaría las agresiones de que son objeto los españoles allí residentes. Yo pregunto al Sr. Ministro de Estado: ¿por qué llevamos ya más de treinta años sin que se cumpla esa parte del tratado?

Empezando por el Este de nuestras posesiones en Africa y acabando por el Norte, ¿cuándo se va á cumplir lo estipulado? (Esto que estoy diciendo es lo más principal; después me ocuparé de las torpezas del embajador, sugeridas por S. S.) ¿Cuándo se va á cumplir la parte referente á los Peñones?

Y vamos á Tánger. Establece el tratado de Wad-Ras que el Sultán tiene obligación de dar terrenos para edificar la Casa Consulado, una iglesia y un cementerio. ¿Cuándo se cumple eso? ¿Cuándo entramos en posesión de nuestro derecho?

Hablemos ahora de Ceuta. ¿Cuándo vamos á hacer la delimitación que nos concede ese tratado? La hemos reclamado hace poco, pero inútilmente, por causa de esa conducta tan desastrosa, de esa conducta incalificable que S. S. piensa seguir; y ya dije el otro día que lo que se hace respecto de este asunto es más grave que aquello que obligaba al Sr. Pidal á hacer un llamamiento á la opinión, por si llegaba el caso de tener que armarse los ciudadanos honrados y defenderse. Esto es muy grave. ¿Qué habéis conseguido respecto de la delimitación, puesto que la actual no es la del tratado?

En Tánger no debe estar nuestro representante, según el tratado de Wad-Ras. En un país falto de comunicaciones, en que desaparece la autoridad; en un país, en que lo primero que hay que conocer, como me decía el Sr. Merry del Val, es su geografía,

y tratándose de un país de bárbaros, y digo de bárbaros con perfecta conciencia, porque á mí no me puede llevar S. S. á los tribunales como al comandante Cervera... (El Sr. Ministro de Estado: Yo no lo he llevado á los tribunales.) El que lo llevara. (El Sr. Ministro de Estado: No es lo mismo. No se puede hablar así. Conviene fijar bien los cargos.) ¿No nos ha imputado S. S. una porción de cosas con motivo de la revolución? (El Sr. Ministro de Estado: No acusaciones personales.) Yo me dirijo al Gobierno. (El Sr. Ministro de Estado: Eso es otra cosa.) Nosotros debemos tener un representante en Fez para entendernos con el Sultán, como tenemos derecho á tener una misión de franciscanos en Fez. (Rumores.)

Yo pido el cumplimiento del tratado de Wad-Ras; y manifiesto que en este punto no se cumple, no por las opiniones expuestas por el Sr. Salmerón, sino por la voluntad expresa y manifiesta del Sultán.

Una vez hecho el tratado de Wad-Ras, como allí se dice que habrá una misión de franciscanos en Fez, y no la veo establecida, digo y sostengo que el tratado no está cumplido. Y no sirve decir que podía crear conflictos en el orden religioso esa misión de franciscanos; porque ya he dicho que la Sociedad bíblica de Londres tiene establecida en Fez una misión, y no ha ocurrido ningún conflicto.

Tampoco lo hubiéramos tenido nosotros, como no lo ha tenido Inglaterra; á no ser que el Sr. Ministro de Estado, con el poder de su elocuencia y de su fantasía, nos demuestre que el protestantismo y el islamismo tienen tantos puntos de contacto, que son iguales.

Está sin cumplir el tratado, y sigo mi examen hacia el Sur, en otro asunto de gravísima importancia; y es, el de los terrenos para las pesquerías españolas junto á Santa Cruz la Pequeña. ¿Cuándo vamos á entrar en posesión de esos terrenos?

Y ahora, Sres. Diputados, vamos á ver lo tratado ó negociado, para que podamos apreciar los beneficios obtenidos por esa política tan honda y sabia que ha seguido el Sr. Ministro de Estado; pero antes permítaseme, para dejar las cosas en su lugar, una rectificación. El Sr. Ministro de Estado dijo que yo, con notoria inoportunidad, había citado el caso de Sir Edward Smith; y S. S., que se refirió á este caso, tuvo muy buen cuidado de callar otro que yo había citado, el de Mr. Ordega, á quien cuando se le participó que debía someterse á la etiqueta marroquí y estar descubierto ante el Sultán, dijo que el representante de la República francesa no podía permanecer descubierto, como lo ha hecho nuestro embajador; y este acto de sumisión no ha podido producir peor efecto entre los moros, porque han podido establecer la diferencia, que no puede ser, Sres. Diputados, más notable. Nosotros hemos ido á Marruecos, con perfecto derecho, á exigir lo que nos era debido, no como Sir Charles Edward Smith, que iba, como sabe muy bien el Sr. Moret, á pedir lo imposible, á pedir nada menos que un tratado de comercio exclusivo para Inglaterra. Nosotros no íbamos á pedir ninguna gracia, sino á reclamar nuestro derecho; y dice S. S. que lo reclamábamos con la influencia del ejército. No es exacto; porque nuestro ejército lo habíamos vuelto á la Patria y licenciado las reservas.

Harto bien lo sabían los moros, que estaban muy convencidos de que no queríamos la guerra. Por eso

el Sultán, que creyó que por embajador le habíamos enviado un león, y se encontró con un manso cordeiro, en el acto adoptó la actitud de negar casi todo lo que se le pedía: como que de 8 millones de duros que le pedía nuestro embajador, se atrevió á proponer 100.000. Verdad es que el embajador de un golpe rebajó de 40 millones á 25, que por último quedaron en 20, y esos mal pagados. Nosotros tenemos que pagar los fusiles Maüsser, comprados por culpa de las agresiones de los moros, con un 20 por 100 de recargo en razón del quebranto de los cambios, y el Sultán nos va á pagar en moneda depreciada aquí y en Marruecos.

Eso, sí; se le ha pedido al Sultán, por nuestro embajador, el indulto de Maimón Mohatar, y esto lo ha concedido. ¡Claro está! como que al único á quien le conviene indultar á Maimón Mohatar es al Sultán, porque precisamente con él, con Alí el Rubio y con el Santón de la Puntilla, todos enemigos de España, tiene que entenderse para hacer efectivo su dominio en las kabilas fronterizas á Melilla.

Pues bien; vamos á ver ahora, Sres. Diputados, lo que hemos obtenido, y con esto termino de molestar la atención de la Cámara.

Castigos para los autores de los sucesos de Melilla: «El Sultán lo impondrá con arreglo á las leyes del Imperio, etc., etc.»

Pues bien; en el Imperio, en rigor, no existe la pena de muerte más que en el caso de guerra y rebelión. El Sultán juzgará con arreglo á sus leyes en la forma que tenga por conveniente; y aquellos 24 ó 26 jefes causantes de la agresión, esos, por de contado quedan en absoluta libertad, como han quedado; los otros ya tendrán buen cuidado de quitarse de enmedio antes de que llegue el castigo, si es que llega.

La zona neutral: determinar la forma y manera de hacer la demarcación de la zona poligonal.

En eso ha habido un hecho desapercibido para el país, y es, que habiendo concertado el embajador que si no había grandes dificultades, haría ahora con Muley Araafa la delimitación, fué de Mazagán á Melilla nada más que á eso, y vino á España sin haber podido hacerla; prueba evidente de que ha encontrado grandes dificultades. Y entiendo que no se habrá dado en ningún país caso semejante al ocurrido; venía de mandar el Sr. Martínez Campos un ejército en campaña; había desempeñado una Embajada extraordinaria; llega á España, y en efecto, no se presenta en Madrid, no viene á ofrecer sus respetos á la más alta representación del Poder moderador, ni acude á dar cuenta al Gobierno de su embajada; se entretiene en viajes de recreo por la Península. ¿Cuándo se ha dado este caso en España? Un Embajador que hace esto, ¿por qué lo hace?

Cuando su nombramiento, el país creyó que iba á prestar servicios considerables á la Nación, en un asunto que creía el Sr. Ministro de Estado que era nacional, y que perdió este carácter por completo; y cuando el país creyó que iba á esto, á su ida, al ser despedido en Madrid y en todas las estaciones del tránsito, en Málaga y en el muelle, en el vapor, en todas partes, fué objeto de agasajos de todas clases por las autoridades, por los militares, por todos los españoles, por todos los pueblos en su inmensa totalidad; y á la vuelta ha podido ver que las tropas que allí no han podido conquistar nuevos lauros para sus banderas, han sido recibidas con notoria

frialidad, no por ellas, sino para significar al Gobierno el disgusto del país, lo propio que ha sucedido al general Martínez Campos.

Se establece en una de estas conclusiones nuevas, que se situaran 500 moros de Rey en las fronteras de Melilla. De venir, no durarán quince días, porque no se les pagará; y porque para contener á las kabilas del Riff, note S. S. lo que digo, no bastará ni 500, ni 1.000, ni 2.000; sucederá lo mismo que con aquellos 100 desgraciados que se enviaron desde Tánger cuando los sucesos del 91, y de los cuales no ha quedado allí ni uno solo; y ahora el bajá ha dicho que no tenía medios hábiles para retenerlos. Esto mismo sucederá con los 500 hombres, que si van, no serán moros de Rey y no se les pagará; y allí ni el bajá ni el cadí podrán hacer nada, como el hermano del Emperador nada absolutamente ha podido hacer; y menos habrían de hacer, aunque fueran, esos 500 hombres, como antes he manifestado.

Y con esto termino la rectificación al Sr. Ministro de Estado, sintiendo mucho no hacerme cargo de todas aquellas contradicciones y fantasías y de todo lo que le sirvió á S. S. de preámbulo para producir efecto y hacerse aplaudir, dejando mal parada su propia consecuencia política; lo que aquí ha habido exótico es aquella Monarquía democrática que S. S. sirvió, de la cual no ha quedado nada.

Lo que dijo ayer S. S. arrancando tantos aplausos, no resiste el análisis, y desaparece todo el efecto producido después de una lectura atenta y detenida; porque la Constitución actual no la ha hecho S. S., sino el partido conservador y su jefe, y ya éste ha declarado aquí, que no es democrática.

Además, S. S. ha lanzado una acusación que estoy seguro no la repetirá ante Doña Isabel II, cuando S. S., por ministerio de su deber, vaya á cumplimentarla. Porque á eso de que la Monarquía que surgió de la Revolución del 68 se consideró como el único medio de salvar este desdichado país de su triste situación y de remediar los males de la Patria, Doña Isabel II le podrá contestar á S. S.

También S. S. nos ha preguntado qué República íbamos á traer. Vamos á traer la República que las Constituyentes voten; y después de votada, sea cual fuera, vamos á respetarla, á apoyarla, á conservarla y á sostenerla todos los republicanos. ¿Y á qué habla S. S. de discordias? Si S. S. no está enterado, como era su deber, de los sucesos de Marruecos, ¿cómo va á estarlo de lo que pasa entre nosotros? Aquí hay tres grandes partidos; pero ¿es que en el progresista, que es el mío, hay las discordias, los rencores y los odios que existen en el fusionista á que S. S. pertenece? Los hay, por ventura, en los partidos centralista y federal? Tampoco. ¿Por qué nombra S. S. la cuerda en casa del ahorcado, cuando es S. S. un testimonio viviente de los rencores contra S. S.? Aun de los mismos demócratas del fusionismo, ninguno quiere ir con S. S. á ninguna parte. Hablar de los posibilistas, es hablar del fracaso más grande que se conoce en estas comedias que se hacen en el Parlamento. ¿Hay cosa que se le parezca? Se han ido cuatro al campo fusionista, y recuerdo de uno que me decía: «¡Ojalá hagan ustedes pronto la revolución, para no verme en la vergüenza de defender la Monarquía en el Parlamento!» Esto no será una vergüenza para nadie, pero lo es para él, y así lo manifestaba. Han

ido á la Monarquía á lo que han ido, y todos sabemos, y no quiero señalar á nadie; pero cuando ocupen ahí su puesto y disfruten de las ollas de Egipto, entonces tendremos ocasión de hablar.

Y es que ya hoy no faltará quien les diga que han ido á estorbar, y serán considerados como huéspedes molestos. En el partido fusionista sobra plana mayor; si hay inteligencias privilegiadas, si bien algunas de éstas que se consideran preeminentes sería bueno sujetarlas con alguna fuerza para que no perdieran su centro de gravedad; ya lo dijo el actual gobernador de Cádiz: «los conservadores han caído por desunirse; nosotros caeremos si no nos desunimos.» Otro fusionista conspicuo y distinguido decía que para cada silla (no lo decía así; yo lo traduzco al lenguaje de las conveniencias parlamentarias, en que parece que empiezo á estar iniciado), que para cada silla había cinco individuos. Pues bien; aquí no hay nada de eso, Sr. Moret; son fantasías de S. S. Nosotros estaremos más ó menos separados; pero más separados estaban los que hicieron la restauración y vosotros que turnáis en el poder.

A nadie hará creer S. S. que han trascurrido en vano veinte años. Nosotros nos hemos convencido, por una experiencia muy dolorosa, de que vive el pueblo sin moralidad en la administración y sin libertad; sin lo que en realidad no se vive es sin orden, sin paz en los espíritus y sin tranquilidad material.

Esta era una de las cosas que vosotros podíais ofrecer, y, en efecto, desde que ese desdichado Gobierno ha entrado en el poder, hemos salido á tres motines por día; y si hay en esto exageración, como en el número que antes dije de héroes de la Patria, rebajad la mitad y poned uno y medio, que no habrá equivocación. El orden era lo único que nos podíais dar, y no nos lo habéis dado. Todos los que estamos aquí somos hombres de orden, y tenemos el convencimiento de que no hay que fiarlo todo á la virtualidad de las ideas y de las doctrinas por excelentes que éstas sean.

Por lo demás, y para acabar, siga el Sr. Ministro de Estado haciendo negociaciones como la de Marruecos, y crea S. S. que con ó sin nuestro deseo, esa herencia que váis á dejar á vuestros afines, y que no puede ser más triste, así y todo, nosotros nos vamos á ver obligados á aceptarla. He dicho.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de Estado tiene la palabra.

El Sr. Ministro de ESTADO (Moret): Para dar al Sr. Marenco la prueba de que había leído con todo detenimiento su discurso, no sólo podría enseñarle las hojas en las cuales están señaladas párrafo por párrafo y línea por línea sus ideas, sino que voy á contestar á sus preguntas sobre el cumplimiento del tratado de Wad-Ras, siguiendo su mismo discurso, porque las tengo anotadas todas, unas tras otras.

El tratado de Wad-Ras, en las cláusulas en que está incumplido, irá teniendo su cumplimiento según los momentos en los cuales el Gobierno español, éste ó el que le siga, crea que es oportuno.

La delimitación de Ceuta, pedida últimamente por las autoridades militares, se hará con arreglo al plan que éstas están estudiando, porque dentro de lo que ha señalado el tratado de Wad-Ras, hay opiniones militares, muy dignas de tenerse en consideración, respecto de la manera cómo se deben colocar los límites; y este es un punto en el cual nadie más

que la autoridad militar tiene la debida competencia.

El Sultán está dispuesto á conceder el terreno necesario para el edificio y casa en Tetuán; pero no puedo decir á S. S. en este momento, si cuando nuestro ministro en Tánger vaya á presentar sus credenciales al Sultán, formulará esa reclamación, porque está pendiente de alguna otra negociación, enlazada con esa, y que será preciso quede esclarecida antes de ese momento. Tenemos el derecho de establecer una casa-misión en Fez; pero el Gobierno usará de ese derecho cuando lo crea conveniente.

El Sultán nunca se ha negado á darle satisfacción al Gobierno; ha hecho observaciones que nosotros hemos tenido en cuenta, y ahora, en los momentos actuales, el general Martínez Campos, como embajador extraordinario, juzgó que no debía insistir en esa reclamación, por lo menos mientras no desapareciesen ciertos inconvenientes.

En cuanto á las pesquerías de Santa Cruz de Mar Pequeña, esta es una negociación varias veces seguida, y acerca de la cual el Gobierno español tiene siempre reservas que hacer; y yo, por mi parte, no pienso plantearla en este momento, porque entiendo que el último estado en que he encontrado la negociación, exige esperar un momento más favorable, en que el Sultán pueda resolver algunos de los extremos que sobre ese particular se le han sometido. Si la minoría republicana entendiese que en algún momento se podía precipitar alguna de estas soluciones, lo discutiríamos tranquilamente.

Tengo que contestar á un punto importante que S. S. ha tratado en la rectificación, al que se refiere á Gibraltar. Su señoría debe tener en memoria que me habló de este asunto, y le dije que, por mi parte, no sólo estaba dispuesto, sino que creía era conveniente un debate sobre Gibraltar. Su señoría debe recordarlo como yo lo recuerdo perfectamente, con lo cual, las indicaciones que ha hecho sobre este punto están completamente fuera de lugar.

¿Qué ventajas é inconvenientes podrá tener esa discusión? Yo entiendo que no hay inconveniente en tratar y en examinar aquí ningún asunto; tal vez el Gobierno no pueda decir lo que se propone hacer en todos los puntos; pero sí puede oír con interés y analizar con mucho cuidado, aquellas observaciones que sobre el particular se expongan.

Me doy por emplazado, ya que S. S. me emplaza, para las consecuencias que puedan traer los sucesos. ¿Me permitirá S. S. que yo le emplaze también, en el caso que su predicción no se realice, para que rectifique sus juicios? (El Sr. Marenco: Sí, desde luego.) Pues entonces dese también S. S. por emplazado; y así como yo suelo mirar con mucha seriedad todas las responsabilidades que sobre mí pueden caer, y no crea S. S. que me es indiferente ni mucho menos el que un Sr. Diputado me emplaze de esa manera, no tengo la misma confianza en que, dado el apasionamiento con que S. S. juzga y examina todos mis actos, si S. S. tuviera que rectificar ese juicio lo hiciera con la misma sinceridad con que yo estoy dispuesto á aceptar las responsabilidades.

Leí con mucha atención su discurso, le agradecí mucho sus elogios, deploré mucho sus censuras, y continúo hoy sintiendo las últimas.

Ya sé yo que no puedo dar gusto á mucha gente, y que en la vida política no puedo aspirar á que se me juzgue, ni siquiera con imparcialidad; pero per-

mítame S. S., y le pido permiso para ello, que le haga una observación que creo no ha de llevar á mal, y es, que la imparcialidad del juicio, que la serenidad del pensamiento se aviene mal con tantos calificativos y con palabras tan duras.

No sé qué tiene el pensamiento hecho, racionado y sereno, que encuentra inmediatamente su manifestación, apoyando poco á poco estos sonidos en las mismas convicciones del espíritu; y en cambio cuando de pronto, como una avalancha, se lanzan tantos duros calificativos, tantas acres censuras, siquiera vayan dirigidas á un hombre como yo, créame el Sr. Marengo, por mucho que sienta el ser censurado, quisiera serlo siempre así, porque me parece que entre la justicia y la pasión hay una distancia tan grande, que S. S. se queda con la última aunque á mí no me alcance la primera.

Bien quisiera recoger una por una todas las demás indicaciones de su discurso; pero ni mis fuerzas físicas me lo permiten, ni la hora tampoco; pero si el Sr. Marengo entiende, sin embargo, que debo continuar este debate, dispuesto estoy á ello, porque no quisiera que S. S. se lastimase, como se ha lastimado por haber dejado de contestar á su discurso, como el otro día lo hice (y yo le aseguro á S. S. que me arrepiento de ello), porque creí que era mejor para las exigencias de la discusión el no contestar inmediatamente. He comprendido que á S. S. le ha dolido esto, que ha estimado sin duda como una postergación; repito que me arrepiento de haber procedido de ese modo y de haber dado lugar á que S. S. se haya sentido molesto por esa determinación mía, aun cuando eso haya ocurrido contra mi voluntad. Sin embargo, hay en las cosas que S. S. ha dicho algo á lo que, créame el Sr. Marengo y créame el Congreso, prefiero no rectificar, mejor dicho, no replicar, que es lo que realmente hacemos cuando decimos que rectificamos (que también hemos desnaturalizado la significación del verbo rectificar); paréceme preferible que quede como S. S. lo ha dicho, mejor que dar á S. S. ocasión á que lo atenúe; es tan grande la disparidad que existe entre la manera de estimar S. S. las cosas y las cosas en sí mismas, que yo confío en que las personas que lean esos juicios tendrán más benevolencia para mí si me someto voluntariamente á ellos, que discutiéndolos, porque de esa manera aparece que los afirmo.

El Sr. MARENCO: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S. para rectificar.

El Sr. MARENCO: Un deber de cortesía me obliga á pronunciar breves palabras en rectificación á las del Sr. Ministro de Estado.

Yo no puedo estar conforme con apreciaciones como las que acaba de hacer S. S., y que, como todas las suyas, se deslizan con una suavidad y una elocuencia que casi casi convidan á darles asentimiento.

Según S. S., las personas susceptibles de apasionarse no pueden ser justas. ¡Ah, Sr. Moret! Si eso fuera cierto, ¡cuántos jueces debieran ser desposeídos de sus togas! Cuando yo he lanzado aquí acusaciones como las que he dirigido á S. S., créalo el señor Moret, aunque á S. S. no le importe, me he quedado corto; al lado de las que creo que S. S. merece en sus funciones de Ministro, y tratándose de una cuestión nacional (porque, por lo demás, S. S. á mí

personalmente no me ha hecho nada por lo que yo pueda tenerle resentimiento), lo que he dicho de S. S. es poco.

No me pareció bien ni correcto, y luego no lo he encontrado justificado, que S. S. contestara á tres ó cuatro Sres. Diputados á un tiempo, porque así ha resultado que la primera afirmación que S. S. me imputaba á mí era del Sr. García Alix, y luego hacía otra consideración al Sr. Salmerón, y por ese camino siempre podría encontrar argumentos para incluir á los tres.

Hay que tener en cuenta que se trataba de un debate importantísimo, no por lo que á mí interviniera en él se refiere, sino por la materia que lo constituye, que se inició aquí antes que el que ha retenido á S. S. en la otra Cámara; se trataba aquí de una interpelación que S. S. estaba estrechamente obligado á venir á contestar.

Por consiguiente, créame S. S., yo tengo tanto dominio de mí mismo como el que más para rectificar mis juicios, cuando me convenzo de que éstos son equivocados, y de que el apasionamiento los informa; lo contrario, por más que parezca bien en labios de S. S., nunca será una verdad psicológica, porque no sé yo por qué no he de estar capacitado para ser tan justo como el que más, aunque exprese con vehemencia mis ideas, mis pensamientos y mis conceptos.

Yo llevo poco tiempo en el Parlamento, Sr. Moret; pero mucho en la vida militar; ¡y qué más pudiera apetecer S. S. que haber procedido en todos sus actos con la justicia con que he procedido yo! (Rumores.)

No comprendo la significación de esos rumores, porque, Sres. Diputados, el que ha vivido mucho y ha tenido que resolver muchas cuestiones, se habrá visto muchas veces obligado á lo que no me he visto obligado yo, que no he tenido que resolver tantas; la diferencia entre el Sr. Moret y yo bajo este punto de vista, estriba en la diversidad de funciones que ha ejercido cada cual; el Sr. Moret ha ejercido funciones que no he ejercido yo; de modo que, parezca bien ó parezca mal, mantengo lo que he dicho, que me parece razonable. Tampoco me he visto, como el general Martínez Campos, obligado á fusilar, dentro de los preceptos de la Ordenanza, á multitud de personas, lo cual en nada merma ni menoscaba su reputación de hombre humanitario; pero yo tengo la satisfacción de decir que no he tenido que mandar fusilar á nadie; esto es, ni más ni menos; lo que he querido decir, refiriéndome á la justificación con que he dicho que quisiera haber procedido el Sr. Ministro de Estado.

Emplazados quedamos, pues, ya que el Sr. Moret á su vez me emplaza.

Por lo que S. S. me ha dicho, veo que el tratado de Wad-Ras, que estaba incumplimentado, incumplimentado queda; la Embajada ha sido un desastre completo y total; no ha servido ni aun para que se declare vigente el tratado de Wad-Ras, según dice el mismo convenio, sino en tanto en cuanto el Gobierno de España lo crea conveniente; y ya sé yo que el Gobierno no ha de creerlo conveniente nunca.

Este ha sido el resultado de la Embajada: hemos perdido vidas preciosas para la Patria, el dinero, el prestigio, todo, sin obtener nada; ¿y para esto ha enviado S. S. á Marruecos al general Martínez Campos?

Ha enviado S. S. precisamente á quien no se había recatado de decir que España no tenía razón, y que el tratado de Wad-Ras era nulo por el tiempo que se había dejado trascurrir sin cumplirlo. (*El Sr. Ministro de Estado*: Eso no lo ha dicho el Sr. Martínez Campos, lo dice S. S.) Yo afirmo que lo ha dicho. (*El Sr. Ministro de Estado*: La prueba.) Lo ha dicho á un escritor, autorizándole para hacer uso de ello. (*El Sr. Ministro de Estado*: Esa no es prueba.) Pero, ¿qué más? ¡si lo ha dicho á S. S. mismo! ¡Su señoría, por lo visto, no ha leído las notas del *Libro Encarnado*! Hay una nota que dice: que si los Gobiernos de España no exigen al Sultán nada injusto, podremos recuperar parte del prestigio perdido. Eso lo dice una nota: *si el Gobierno de España no reclama sin razón*. ¿Se puede decir más claro que se ha reclamado sin razón? Lo ha dicho además públicamente y sin recatarse.

Por consiguiente, quede bien sentado, Sres. Diputados, que no hemos hecho nada más que perder allí la vida de muchos soldados, perder muchos millones, para que no se tome medida ninguna que en lo futuro sirva de garantía para nuestras guarniciones.

Ha podido el Sr. Ministro de Estado decir, y estaba en su lugar lo que ha dicho sobre Gibraltar, porque como S. S. no ha presenciado toda la discusión, no ha oído al Sr. Ministro de la Guerra que me ha dicho que no era conveniente ni patriótico tratar estas cosas. Ahora S. S. sale por otro registro, y dice que, como hombre amante del Parlamento, no le importa que en él se traten todos los asuntos. Yo no he pretendido desarrollar aquí esa cuestión: lo dejaba á la iniciativa del Gobierno, y esto dije al Sr. Ministro de la Guerra. A mí me basta una afirmación escueta: que se diga que se fortificará la frontera inglesa en plazo breve, urgente y declarándolo cuestión nacional, y no quiero saber ningún detalle de fortificación; me basta con inquirir el exacto cumplimiento del que conceptúo deber del Gobierno en este punto. Por eso no he pretendido discutir más después de la pregunta que hice, al oír la contestación del Sr. Ministro de la Guerra. Y no digo más.

El Sr. PRESIDENTE: Se va á leer una proposición referente á este asunto.

El Sr. SECRETARIO (Alonso Martínez): Dice así: «Pedimos al Congreso se sirva declarar: que por no atenerse el actual Gobierno, como se habían atenido todos sus predecesores desde la guerra de Africa, al manifiesto espíritu y sentido del tratado de Tetuán, ha dado causa á que Marruecos y España ex-

perimenten trascendentales perjuicios, señaladamente la última, que ve su prestigio militar más comprometido que nunca en el Riff.

Palacio del Congreso 10 de Mayo de 1894.—Antonio Cánovas del Castillo.—Francisco Romero Robledo.—Fernando Cos-Gayón.—Guillermo Joaquín de Osma.—Juan Navarro Reverter.—Joaquín Sánchez de Toca.—Vicente Sanchís.»

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.»

Quedó enterado el Congreso de haberse constituido la Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley sobre concesión de un ferrocarril de Palma á Soller, nombrando presidente á D. Cipriano Garijo y secretario á D. Trifino Gamazo.

Se leyeron y quedaron sobre la mesa, anunciándose que se señalaría día para su discusión, los siguientes dictámenes:

Autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de los siguientes ferrocarriles:

De la estación de Ujó en el de León á Gijón á Trubia. (*Véase el Apéndice 1.º á este Diario*.)

De Trubia al puerto de Avilés (*Véase el Apéndice 2.º á este Diario*), y

De Trubia á la Concha de Artedo. (*Véase el Apéndice 3.º á este Diario*.)

Incluyendo en el plan general de carreteras una de Talará á Almuñécar (*Véase el Apéndice 4.º á este Diario*), y

Sobre el suplicatorio del juez del distrito de Buenavista de esta corte pidiendo autorización para procesar al Diputado Sr. Los Arcos. (*Véase el Apéndice 5.º á este Diario*.)

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana:

Dictamen de la Comisión sobre concesión de un ferrocarril de la estación de Trubia á la Concha de Artedo.

Idem id. sobre concesión de un ferrocarril de la estación de Trubia al puerto de Avilés.

Idem id. sobre concesión de un ferrocarril de la estación de Ujó á Trubia.

Idem id. incluyendo en el plan general de carreteras una de Talará á Almuñécar, y

Los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y cuarenta y cinco minutos.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril que, partiendo de la estación de Ujó, en el de León á Gijón, termine en Trubia.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley sobre concesión de un ferrocarril de la estación de Ujó á Trubia, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto, tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar al Sr. D. Benigno Olavarrieta y Mendiá la concesión de un ferrocarril de doble vía á un metro de ancho, que, empalmando en la estación del de León á Gijón en Ujó y pasando por las Seyadas, termine en Trubia, sujetándose estrictamente á la ley general de ferrocarriles y demás disposiciones vigen-

tes y al proyecto que en su día se apruebe por el Ministerio de Fomento.

Art. 2.º Este ferrocarril se declara de utilidad pública y con derecho á la expropiación forzosa, así como al aprovechamiento y ocupación de los terrenos de dominio público.

Art. 3.º Las obras deberán empezar en el término de seis meses, contados desde la fecha de la concesión, debiendo quedar terminadas en el plazo de cuatro años.

Art. 4.º El tiempo de la concesión será por novena y nueve años.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—Sini-baldo Gutiérrez y Mas, presidente.—Francisco de Federico.—Julián Suárez Inclán.—Pablo Cruz.—Fé-lix Suárez Inclán.—Vicente Alonso Martínez, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril desde la estación de Trubia al puerto de Avilés.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley sobre concesión de un ferrocarril de la estación de Trubia al puerto de Avilés, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto por su autor, tiene el honor de someter á la aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar al Sr. D. Benigno Olavarrieta y Mendía la concesión de un ferrocarril de vía á un metro de ancho desde la estación de Trubia al puerto de Avilés, en Asturias, sujetándose estrictamente á la ley general de ferrocarriles y demás disposiciones vigentes y al proyecto que en su día se apruebe por el Ministerio de Fomento.

Art. 2.º Este ferrocarril se declara de utilidad pública y con derecho á la expropiación forzosa, así como al aprovechamiento y ocupación de los terrenos de dominio público.

Art. 3.º Las obras deberán empezar en el término de seis meses, á contar desde la fecha de la concesión, debiendo quedar terminadas en el plazo de cuatro años.

Art. 4.º El tiempo de la concesión será por noventa y nueve años.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—Julián García San Miguel, presidente.—Félix Suárez Inclán.—Pablo Cruz.—Sinibaldo Gutiérrez y Mas.—Francisco de Federico.—Vicente Alonso Martínez, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de la estación de Trubia á la Concha de Artedo.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley sobre concesión de un ferrocarril de la estación de Trubia á la Concha de Artedo, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto por su autor, tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar al Sr. D. Benigno Olavarrieta y Mendía la concesión de un ferrocarril de vía á un metro de ancho que desde la estación de Trubia, siguiendo el curso del río Nalón por las jurisdicciones del Grao, Pravia, Muros y Cudillero, termine en la Concha de Artedo, sujetándose estrictamente á la ley general

de ferrocarriles y demás disposiciones vigentes, y al proyecto que en su día se apruebe por el Ministerio de Fomento.

Art. 2.º Este ferrocarril se declara de utilidad pública y con derecho á la expropiación forzosa, así como al aprovechamiento y ocupación de los terrenos de dominio público.

Art. 3.º Las obras deberán empezar en el término de seis meses, contados desde la fecha de la concesión, debiendo quedar terminadas en el plazo de seis años.

Art. 4.º El tiempo de la concesión será por noventa y nueve años.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—Sini-baldo Gutiérrez Mas, presidente.—Francisco de Federico.—Julián Suárez Inclán.—Pablo Cruz.—Félix Suárez Inclán.—Vicente Alonso Martínez, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Talará á Almuñécar.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Talará á Almuñécar, ha examinado este asunto; y conformándose con lo propuesto por su autor, tiene la honra de someter á la aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado, en la provincia de Granada,

una que, partiendo de Talará, termine en Almuñécar, pasando por Melegís, Restabal, Pinos y las Guájaras.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 28 de Julio de 1893.—El Marqués de Mont-Roig, presidente.—Gil Rey Aparicio.—Demetrio Betegón.—Demetrio Alonso Castriello.—José Ortega, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de la Comisión acerca del suplicatorio del juez de primera instancia del distrito de Buenavista de esta corte pidiendo autorización para procesar al Sr. Diputado D. Francisco Javier Los Arcos.

AL CONGRESO

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre el suplicatorio que el juez de primera instancia del distrito de Buenavista de esta corte dirige al Congreso, con fecha 8 de Julio de 1893, dándole conocimiento del proceso comenzado contra el Sr. Diputado D. Francisco Javier Los Arcos por los delitos de injuria y calumnia, ha examinado este asunto; y

Considerando que en los trámites de este suplicatorio se han cumplido los requisitos prevenidos por las leyes;

Considerando que la prerrogativa de la inmunidad parlamentaria tiene por objeto evitar que por miras ó propósitos políticos se llegue á impedir á los Sres. Diputados el ejercicio de las funciones inherentes á su cargo, y no para hacer de éstos unos ciudadanos para quienes la ley común no rija en ningún caso;

Considerando que la Comisión no tiene para qué entrar, porque esa no es función que las leyes con-

fieren al Congreso, en el examen del mayor ó menor acierto con que los tribunales de justicia hayan estimado haber motivos suficientes para procesar al señor Los Arcos, pues esa es atribución de los mismos tribunales, sino en examinar si éstos han procedido con completa abstracción de toda mira ó interés político al apreciar los hechos que caen bajo su jurisdicción; y

Considerando que en este suplicatorio no aparece indicio alguno por el cual pueda presumirse tan siquiera que la justicia haya procedido con la indicada mira ni por interés que no sea el de la aplicación de las leyes,

La Comisión tiene el sentimiento de proponer al Congreso se sirva conceder su autorización al juez de primera instancia del distrito de Buenavista de esta corte para continuar el proceso comenzado contra el Sr. Los Arcos.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—José de Cárdenas.—Emilio de Alvear.—El Conde de la Corzana.—Faustino Rodríguez San Pedro.—El Conde de Torrependo.—Antonio Comyn, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL VIERNES 11 DE MAYO DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Libertad del cultivo del tabaco: exposición presentada por el Sr. Carvajal.

Alcance de la misión confiada á la Junta que ha de proponer el procedimiento legal para establecer la proporcionalidad en el ascenso al generalato: pregunta del Sr. García Alix.—Contestación del Sr. Ministro de la Guerra.—Rectificación del Sr. García Alix.

Juramento del Sr. Merelles.

ORDEN DEL DÍA: Consecuencias de la conducta del Gobierno en la cuestión de Africa: discurso del Sr. Cánovas del Castillo en apoyo de la proposición presentada en el día de ayer.—Contestación del Sr. Ministro de la Guerra.—Rectificaciones de los Sres. Cánovas del Castillo y Ministro de

la Guerra.—Alusión del Sr. Silvela.—Discurso del señor Ministro de Estado.—Se prorroga la sesión.—Rectificación del Sr. Cánovas del Castillo.—Alusión personal del Sr. Salmerón.—Rectificaciones de ambos señores.—Declaraciones de los Sres. Ministros de la Guerra y de Estado.—Queda desechada la proposición en votación nominal.

Renuncia del cargo de Diputado por el Sr. Nieto y Pérez; expediente personal del brigadier de Artillería de marina D. Gaspar Salcedo: comunicaciones.

Elección parcial en el distrito de Daimiel: acuerdo.

Carretera de Lugo á Puerto-Marín; concesión de una red de ferrocarriles-tranvías eléctricos entre Barcelona y pueblos comarcanos: dictámenes.

Situación precaria de la clase obrera: exposición.

Orden del día para mañana.—Se levanta la sesión á las ocho.

Abierta la sesión á las dos y treinta minutos de la tarde, fué leída y aprobada el Acta de la anterior.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Carvajal tiene la palabra.

El Sr. CARVAJAL Y HUE: Tengo la honra de presentar al Congreso una exposición que le dirige

la Cámara agrícola oficial de la provincia de Málaga, haciendo observaciones que estimo fundadas, en pro de la proposición de ley tomada en consideración por el Congreso estableciendo la libertad del cultivo del tabaco.

El Sr. SECRETARIO (Bugallal): Pasará á la Comisión que entiende en el asunto.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. García Alix tiene la palabra.

El Sr. **GARCIA ALIX**: Voy á dirigir una pregunta al Sr. Ministro de la Guerra sobre un asunto que se refiere á intereses respetables, amparados hoy por la ley, y que se encuentran alarmados desde la publicación del decreto de ayer, inserto en las columnas del *Diario oficial del Ministerio de la Guerra*.

En ese decreto se crea una Junta, compuesta de respetables y dignísimos generales bajo la presidencia del capitán general Sr. Martínez Campos, con objeto de que proponga al Ministerio de la Guerra una reforma en el sentido de armonizar las plantillas de los coroneles de las distintas armas, cuerpos é institutos en la proporción que deben tener para el ascenso al generalato.

Como quiera que de interpretar en determinado sentido los fundamentos del Real decreto, pudiera creerse que se trataba de alterar la proporcionalidad de las diversas armas del ejército en cuanto al ascenso al generalato, alterando en parte esencial la ley adicional á la constitutiva del ejército; como pudiera parecer que se trataba de establecer la base de la reforma de la proporcionalidad antes de proponer la reforma de las plantillas de las diversas armas; como estas plantillas no pueden ser reformadas sino en virtud de disposiciones que se traigan en la ley de presupuestos y que sean acordadas por la resolución de las Cortes, yo ruego al Sr. Ministro de la Guerra que, para calmar la excitación producida por este Real decreto, dé algunas explicaciones que sirvan para llevar á los ánimos de los interesados la tranquilidad, un tanto quebrantada; tanto más, cuanto que es muy natural la intranquilidad á que me refiero, si se tiene en cuenta diversas circunstancias.

En primer lugar, la circunstancia de la misma creación de esa Junta, no obstante la disposición adoptada por el Sr. Ministro de la Guerra que redujo á una sola Junta todas las que funcionaban hasta el año pasado, encargando á esta Junta consultiva que entendiera, á excepción de lo que corresponde al Consejo Supremo de Guerra y Marina, de todo aquello que con el ejército se relaciona; en segundo lugar, la circunstancia de figurar en esa Junta que ahora se crea dignísimos generales ciertamente, pero algunos de los cuales no se han recatado de manifestar su opinión contraria á la forma en que entienden la proporcionalidad para el ascenso; después, el hecho de haberse intentado ya en otra ocasión, por medio de una proposición de ley de un Sr. Senador, alterar el estado legal existente; luego, el temor de que se venga á vulnerar la Real orden vigente de 1889; por último el hecho de no existir las plantillas, que son la base fundamental que puede servir de punto de partida para esta reforma; todas estas circunstancias, digo, traen justamente alarmada á una parte del ejército, sobre todo á las armas de Infantería y Caballería; y yo, no en són de censura, puesto que se trata de una disposición que no tiene más estado que el de un Real decreto sobre una base fija para desarrollos ulteriores, sino, en realidad, respondiendo á la necesidad, que me parece innegable, de que se sepa por el ejército el alcance de la misión conferida á esa Junta, me permito pedir respetuosamente estas explicaciones al Sr. Ministro de la Guerra.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Empiezo, Sres. Diputados, por dar las gracias más expresivas al Sr. García Alix, porque con su pregunta me proporciona el gusto de dar satisfacción á ciertos intereses indebida é injustamente alarmados; porque después de todo, el Sr. García Alix casi se iba contestando á medida que iba exponiendo su ruego. Se trata de un decreto que va á dar un resultado más ó menos pronto, resultado con el cual el Ministro de la Guerra que lo sea entonces se habrá de conformar ó no, sometiéndolo después á las Cortes como es su deber; y siendo esto así, claro está que se trata de un proceso lo suficientemente extenso para que todas las opiniones se manifiesten y para que todo motivo de recelo pueda desaparecer.

Pero el hecho es, Sres. Diputados, que no sé por qué, cualquier medida que se relacione con el ejército levanta desde luego, y casi me atrevo á decirlo, sin estudiarla con bastante detenimiento, una serie de temores, en muchos casos, y muy especialmente en este de que se trata, completamente infundados. Estos temores es menester que desaparezcan; para ello, afortunadamente, tenemos este medio del Parlamento, en el que se puede dar explicaciones que, como las que yo he de dar esta tarde, tengo la seguridad de que han de ser suficientes para que desaparezca todo motivo de alarma, explotado como se explotan siempre por aquellos que tienen menos interés que los mismos á quienes afectan las medidas de que se trata.

Se trata, señores, del cumplimiento de preceptos legales; la ley adicional á la constitutiva del ejército, discutida y aprobada en tiempo del Sr. Chinchilla, recogió una idea manifestada por el malogrado general Cassola, que no tuvo efecto legal, por la cual disponía sabiamente, y empiezo por aplaudir esa disposición, que desde el momento en que la carrera militar terminaba en el empleo de coronel, para aspirar al ascenso al generalato se estableciera una proporcionalidad, como es justo, entre las distintas armas. Claro y evidente es que esta proporcionalidad tiene que tener por base las plantillas de cada una de estas armas. Publicóse la ley adicional, y no se había establecido como precepto legal de ningún orden cuál había de ser la proporcionalidad para ese ascenso, y el entonces Ministro de la Guerra, por una Real orden dictada para cumplir el precepto legal, redujo las vacantes existentes á la publicación de la ley adicional á la constitutiva del ejército como base para proponer una manera de atender proporcionalmente á las escalas, tomando por base el número de 128 vacantes en el generalato; repartiólas el Ministro de la Guerra con arreglo á las plantillas existentes, y determinó la proporción dentro de la cual habrían de ascender las distintas armas generales y especiales del ejército; debiendo advertir, que por la disposición de dicha Real orden, para establecer las plantillas, súmanse á los entonces realmente existentes aquellos empleos de coronel que existían como personales en algunos cuerpos é institutos del ejército; de manera que á las plantillas que entonces existían había que sumar para la proporcionalidad los que estaban en posesión de empleos personales.

En esa misma Real orden se decía que esta proporcionalidad, reducida á 128 vacantes, debería reformarse cuando las plantillas tuviesen alguna variación.

Las plantillas, Sres. Diputados, según precepto

legal, deben presentarse todos los años á las Cortes con los presupuestos, y las Cortes determinan las plantillas definitivas dentro del año económico.

Claro y evidente es que con esta disposición legislativa puede suceder que las plantillas varíen cada año, y no resulte fijeza en la proporcionalidad para el ascenso al generalato. He visto que está próximo á terminar el efecto de la Real orden del general Chinchilla, porque calculaba las vacantes en 128; ahora estamos en las 115, y dentro de muy poco no habrá ninguna; y al ver esto, he deseado proceder con tal rectitud y con tal justicia, que ni siquiera he querido asumir la responsabilidad ministerial de ser el que personalmente, y con los informes que tuviera por conveniente tomar, dictara una orden parecida á la del general Chinchilla estableciendo la proporcionalidad.

Desgraciadamente, dentro de ciertos organismos existen suspicacias que yo quiero alejar en absoluto; tanto más, cuanto que quizás alguna de esas suspicacias pudiera estar fundada en mi procedencia. Respecto de esto, yo debo hacer una protesta, y es, la de que, como general del ejército, no tengo procedencia alguna; pertenezco á todas las armas y á todos los institutos por igual; y como Ministro de la Guerra, me ofendería que se pudiera creer que no procedo con aquella justicia y aquella imparcialidad que me impone el cargo que desempeño, y que doy preferencia, aunque fuera insignificante, á este ó al otro cuerpo, á este ó al otro instituto del ejército. Aquí, en este sitio, no hay más que un criterio, el criterio de la justicia y de la rectitud.

Inspirado en estas ideas, se me ocurrió que en el tiempo que aún falta para que queden amortizadas completamente las vacantes que supone la orden del general Chinchilla, podía nombrarse una Comisión, compuesta de altas entidades de la milicia, en la que tuvieran representación todas las armas y cuerpos del ejército á quienes pueda afectar esta cuestión, encargada de estudiar con todo detenimiento y con toda prudencia la organización actual del ejército. Entre las instrucciones que hube de dar á esa Comisión, está la de que tuviera en cuenta una organización del ejército dividida en nueve cuerpos; es decir, que las plantillas que formara debieran ajustarse á la organización actual del ejército, teniendo presente su división en nueve cuerpos, para que de esa suerte procediera á fijar las plantillas definitivas en lo posible en todas las armas, cuerpos é institutos del ejército.

Claro es que al terminar los efectos de la Real orden del general Chinchilla ha de haber alguna variación, porque, como he indicado antes, las plantillas se han sometido á los Cuerpos Colegisladores, y unas han tenido aumento y otras disminución en virtud de haberse amortizado algunos empleos personales, y por otras causas que no son de este momento. Repito que esa Junta tiene el cometido de presentar una plantilla definitiva en cuanto sea posible para la indicada organización del ejército; y cuando el Ministro de la Guerra reciba de la Junta estas plantillas, ajustará á ellas la proporcionalidad en todas las armas del ejército, y entonces vendrá á las Cortes para dar cumplimiento á la ley adicional á la constitutiva del ejército, y las Cortes discutirán esas plantillas, y, por consiguiente, la proporcionalidad que se derivará de las mismas plantillas.

¿Se puede, Sres. Diputados, tomar una resolución con mayor justicia, con mayor deseo, á fin de que yo, que soy el Ministro, pueda tener todos los datos necesarios para la resolución de este problema?

No sé cómo esta medida pueda alarmar á nadie que sea partidario de la proporcionalidad, porque la proporcionalidad se impone en tiempo de paz.

Si terminados los efectos de la Real orden del general Chinchilla se hubiesen consumido las 128 vacantes y esa Junta de generales no hubiera dado solución al problema, yo, Ministro de la Guerra, declaro que aceptaría la misma proporcionalidad aceptada por el general Chinchilla, y no cargaría con la responsabilidad de variarla por mí solo; porque repito que no quiero dar lugar á que nadie piense que yo no cumplo con los deberes que este altísimo cargo me impone: el de tener por guía la justicia y el atenerme al cumplimiento estricto de la ley.

Creo que con estas explicaciones quedará satisfecho el Sr. García Alix, y volverá la calma, que no ha debido alterarse, de los institutos armados. Menester es que los institutos militares se prevengan contra cierta atmósfera de desconfianza y de recelo que se trata de extender entre ellos; menester es que no aprovechen cualquier pretexto que se tome para excitar su intranquilidad y hacerles perder la interior satisfacción que recomiendan las Ordenanzas del ejército; menester es que vivan prevenidos enfrente de insinuaciones como las de determinados periódicos que pongan como epígrafes de sus artículos «Coroneles, ¡á defenderse!» ¿Qué significa esto, Sres. Diputados: coroneles, ¡á defenderse! ¿Contra quién? Esto es atacar por su base á la disciplina; esto es destruir los vínculos que deben existir en todas las jerarquías de la milicia, lo mismo entre los soldados que entre los alféreces, entre los coroneles que entre los generales.

Por consiguiente, ya que ha llegado la ocasión, yo me permito recomendar desde aquí, que, pues está abierto el Parlamento y hay garantía para todos los derechos en las leyes y en la Constitución del Estado, y se puede venir aquí, como ha venido el señor García Alix, á pedir todas las explicaciones necesarias y se pueden combatir aquí todas las medidas que se propongan, es menester que de una vez cesen esas instigaciones, esas proclamas, esos medios de excitar; es necesario que no falte la calma y el juicio en quienes deben tener siempre la conciencia de que sus derechos han de ser respetados, y que ahora como siempre no hay más deseo que el de que tengan la interior satisfacción recomendada por las Ordenanzas.

Espero, pues, que el Congreso y el Sr. García Alix, que todos aquí y fuera de aquí se convencerán de que estas palabras mías, sinceras, nobles, leales como lo son siempre todas las mías, responden en un todo á las más altas aspiraciones de los elementos del ejército.

El Sr. **GARCIA ALIX**: Pido la palabra para rectificar.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. **GARCIA ALIX**: El Sr. Ministro de la Guerra y el Congreso pueden tener la seguridad de que las nobles y francas explicaciones que acaba de dar S. S. sobre el alcance de ese decreto calmarán por completo esas inquietudes que se han despertado; y desde el momento en que se hace saber por el órga-

no autorizado de S. S. que no se harán reformas en la proporcionalidad sin que vengan á las Cortes, y de que si á estas no se hubieran presentado proyectos sobre este asunto, se aplicará la proporcionalidad que hoy existe por el Sr. Ministro de la Guerra, estos dos hechos bastan para que no puedan tener éxito ninguno esas instigaciones á que ha hecho S. S. referencia.

Juró el cargo de Diputado D. Adolfo Merelles, anunciándose su ingreso en la Sección sétima.

ORDEN DEL DIA

Sucesos de Melilla.

Continuando la discusión pendiente sobre la interpelación del Sr. Martín Sánchez, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Cánovas del Castillo tiene la palabra para sostener la proposición de que se dió lectura á última hora de la sesión de ayer.

El Sr. **CANOVAS DEL CASTILLO**: Señores Diputados admite el Reglamento y tiene consagrado la costumbre que sobre las resultas de una interpelación, sobre todo si se trata de una interpelación muy discutida, se presente una proposición. Ateniéndome á ésto, he presentado y voy á sostener la que se leyó ante esta Cámara en el día de ayer.

En ella pretendo demostrar, en primer término, que el Gobierno de S. M. no se ha atendido, como se habían atendido sus predecesores desde la guerra de Africa, al manifiesto espíritu y sentido del tratado de Tetuán; y pretendo demostrar igualmente, que esto ha dado ocasión á que, no sólo España, sino Marruecos, ó Marruecos y España juntamente, experimenten trascendentales perjuicios, como los ha experimentado señaladamente esta última, que ve su prestigio militar más comprometido que lo estuvo jamás.

No sé por qué el texto de esta proposición, según he oído, haya podido causar extrañeza. ¿Ignorábase, por ventura, que era yo contrario á la política que el Gobierno de S. M. había tenido por conveniente iniciar ante todo, y desenvolver después, en Marruecos? ¿Ignorábase que yo creí desde el principio, y lo dije hasta en mis conversaciones particulares, que lo primero que el Gobierno de S. M. debía haber hecho era atenerse por completo al manifiesto espíritu y sentido del tratado de Tetuán, y que habiéndose violado en su espíritu, y aun pudiera decirse que en su letra, aquel tratado, habían de resultar de ello inconvenientes enormes? ¿Cómo se podía dudar tampoco, habiéndolo yo manifestado en distintas ocasiones, hasta en el momento mismo en que la llegada del príncipe Araafa delante de Melilla impidió, en realidad, todo género de satisfacción militar, cómo podía, digo, dudarse de que hasta entonces entendí yo que era preciso conservar y quizá restaurar el prestigio militar de nuestras armas en el Riff? A no ser que se supusiera que todas estas cosas, que yo había expuesto y explicado de mil maneras, las había olvidado con el largo trascurso de la discusión de la

interpelación; á menos, digo, que de esta inverosímil suposición se partiera, no comprendo la extrañeza.

Para mí toda la dificultad de la cuestión de Melilla ha estado en el completo desconocimiento de ella, de sus orígenes y de sus condiciones esenciales, que desde antes de sobrevenir los sucesos y durante la mayor parte de ellos ha demostrado el Gobierno de S. M. Y la prueba de esto, sin necesidad de que yo me extendiera en largas disertaciones, en qué después de todo me habré de extender, está en dos declaraciones del Sr. Ministro de la Guerra, bien explícitas y bien terminantes.

¿Cómo y á qué fin hubo el Sr. Ministro de la Guerra de recordar aquella frase poco feliz; cómo, si es que le salía al paso, no retrocedió ante aquella afirmación, sin duda oportuna á juicio de S. S., y desde luego la más importante de su discurso, de que allá en 1860 se había hecho una gran guerra y una paz chica, y ahora se había hecho una guerra chica y una paz grande? ¿Cómo, después de recordar esa frase, ya que, recordándola, tal vez trataba con menos benevolencia de lo que á S. S. y á todos nosotros cumplía, aquel gran acto nacional; cómo, después, sin un desconocimiento total de la cuestión á que yo antes me he referido, se decidió á adoptar aquella especie de generosidad exuberante que le hizo declarar que á él, y sólo á él, le correspondía la responsabilidad de cuanto en Melilla y su campo había acontecido hasta el 2 de Octubre del año pasado? ¿Cómo tuvo aquel arranque, para S. S. de generosidad, para mí de inconcebible error político, que le hizo creer que estaba en su competencia, que estaba en sus atribuciones resolver por sí sólo, y sin el consejo del Gobierno, ni el acuerdo del Gobierno á que pertenecía, todas las cuestiones?

Examinaremos lo uno y lo otro, sin perjuicio de examinar también todo aquello que de estas dos graves afirmaciones se desprende; pero antes de seguir adelante, permitidme una declaración.

No recuerdo yo haberme levantado todavía vez ninguna en este sitio con un espíritu tan tranquilo, tan sereno, tan sin animosidad, tan apartado de todo propósito de herir á ninguna personalidad, ni siquiera de mortificar el amor propio de nadie, como hoy. Verdad es que tampoco está en mis hábitos, ni esto es lo que yo hago en las discusiones parlamentarias, como no sea en casos rarísimos y muy obligado á ello, ni esto se lo consentiría jamás á ningún hombre de responsabilidad ante el país la naturaleza de la gravísima cuestión de que se trata.

No; yo vengo aquí desnudo de toda clase de sentimientos, y sobre todo de aquellos que únicamente pudieran causarme estorbo en este instante, de los sentimientos de amistad, de consideración y de estimación que me harían callar si pudiera, para que en mis palabras no fuera envuelta la menor molestia ó mortificación para ninguno de mis adversarios.

El Sr. Ministro de la Guerra, á quien la fuerza de las cosas, como ahora se verá, me hace dirigirme en primer término, el Sr. Ministro de la Guerra ha solido ver en las observaciones que se le han dirigido, ataques poco menos que personales, que exigían de su parte una apasionada defensa; y la ha hecho S. S. con una elocuencia, con un vigor, con una abundancia que difícilmente se puede igualar, cuanto más superar; habiéndome yo felicitado de ello, como

particular amigo de S. S., tanto ó más que nadie. Pero, señores, ¿por qué se ha de figurar el Sr. Ministro de la Guerra que el oponer una política á otra política, que el oponer una política tan antigua, por ejemplo, como la mía en esta cuestión de Marruecos á la política de S. S., que el afirmar que la política mía, autorizada, no sólo por el nombre glorioso del general O'Donnell, sino por el apoyo de todos sus sucesores, sin excepción, incluso el Sr. Sagasta, es contradictoria de la política que S. S. ha observado y por su voluntad se ha aplicado, constituye nada que se pueda parecer á agravio?

Serán hoy mis palabras tan mesuradas como lo son siempre respecto de las personas; pero yo no podré, porque eso sería faltar á deberes ineludibles de mi parte, no podré dejar de poner las cosas como ellas son en sí, aunque me pese; y no podré menos de demostrar, en cuanto mis fuerzas alcancen, que el texto de la proposición que defiende es justo, justísimo; que no sólo lo sostengo aquí como voy á sostenerlo, sino que aspiro á que si alguien recuerda mi nombre en lo porvenir, y si alguien en cualquier tiempo quiere enterarse de mis opiniones sobre la cuestión, vea en esas cortas líneas el resumen exacto de todo lo que yo siento y pienso sobre ella en los momentos actuales.

¿Por qué llamó el Sr. Ministro de la Guerra chica á la paz de 1860? ¿Qué tamaño quería S. S. que se le diera? (*El Sr. Ministro de la Guerra: No la llamé yo; dije que así se decía entonces.*) Yo entiendo que cuando una persona de la importancia del general López Domínguez, por sí mismo y por el puesto que ahora ocupa en el Gobierno, dice y repite desde ahí ciertas frases sin corregirlas, es que las acepta; y cuando las pone por remate y corona de un largo y bien pensado discurso, entiendo más, y debo entender que en esas palabras encierra el resumen de cuanto S. S. había dicho. Mas, sea como quiera, si á pesar de todo eso no fuera tal ó no hubiera sido tal el ánimo de S. S., todavía yo insistiría en decir lo que me había propuesto; porque sea quien quiera el anónimo ó los anónimos á quien esas opiniones pertenecieran, tras ellos debo yo ir con mis convicciones, no en són de defensa, que bien pudiera hacerlo, del ilustre general O'Donnell, á cuyo lado he hecho la mayor parte de mi carrera, no por defensa suya, que no la necesita, sino por una consideración importante del orden político. La cuestión es más alta; y eso que estaría dispuesto á hacer en defensa del general O'Donnell, lo haría y lo haré por servir los intereses de mi Patria.

¿Por qué se ha de llamar, sea por quien quiera, chica la paz de Tetuán? ¿Cómo se quería que fuera? ¿Se quería que se hubiera pasado, como, con efecto, algunos mal aconsejados piensan ahora todavía; se quería que el general O'Donnell, con su profundo buen juicio, pasara por encima de la oposición de Inglaterra á nuestra ocupación de posesiones importantes en el Estrecho? ¿Se quería que comprometiera á la Nación española en una empresa imposible? ¿Se quería que hiciera lo que ninguna otra Nación del mundo ha hecho ni hace en circunstancias parecidas? ¿Por ventura se entiende (ya sé yo que no falta quien lo tema, pero yo entiendo que estos temores no se realizarán); por ventura, digo, se entiende por alguien que Inglaterra pudiera apoderarse sin dificultad ninguna de Tánger? ¿Se cree que, si Inglate-

rra esto intentara, no se levantarían en Europa protestas y no acabaría la cuestión en una de las más desastrosas guerras marítimas que la humanidad ha conocido hasta ahora? ¿Ha podido la Rusia hacer que pasen sus escuadras el Bósforo ó que se establezcan en él? ¿Qué Nación vive aislada en el mundo de tal suerte, que á su capricho, que por su voluntad, que por su ambición generosa, si lo es, que por su patriotismo y su poder marítimo, si lo tiene ó lo supone, se crea en el caso de afrontar aquellas dificultades internacionales, hijas de la naturaleza de las cosas que en mucha menos parte presentaba entonces, que presenta ahora y presentará cada día más, la empresa de impedir la libertad absoluta del Estrecho de Gibraltar? En buen hora que espíritus patrióticos y entusiastas hablen algunas veces de las llaves del Estrecho de Gibraltar; esas llaves no las tendrá nunca nadie; porque si alguien las tuviera, serían preciso guerras inmensas en el mundo, cuyo resultado nadie puede prever desde ahora, y aun se puede afirmar que, siendo la libertad del Estrecho absolutamente necesaria para el régimen universal, no las tendrá nunca nadie; porque si por acaso por algún tiempo alguien las alcanzara, la fuerza de las cosas y las necesidades humanas acabarían por dejar vencido al que hubiere sido por un momento vencedor.

No; no debía el general O'Donnell, buscando una paz grande, atribuirse el derecho de ocupar posiciones que pudieran amenazar la posición de Inglaterra sobre el Estrecho, porque eso, como he dicho, no le hubiera ocurrido á Nación ninguna.

¿Podía el general O'Donnell aprovechar aquella ocasión para conquistar el Riff? ¿Quién se lo hubiera aconsejado? ¡Ahí es nada conquistar el Riff! Sobre este punto especial, creo que el Sr. Ministro de la Guerra y yo hemos de tener muy parecidas opiniones. El Riff, con más de 100.000 hombres en estado de llevar las armas allí donde todos las llevan; el Riff, si no del todo, casi completamente armado por el contrabando inevitable, anterior y posterior á estos sucesos (inevitable, digo, en aquellas costas, completamente abandonadas; llenas de pequeñas calas, donde se hacen tan fáciles los desembarcos); el Riff, en estas condiciones, ocupando más de 50 leguas á lo largo de la costa, y con 8 ó 9 de fondo, y en el intermedio los estribos, y aun las montañas mismas del pequeño Atlas, ¿hubiera sido conquistado sino tras largos años de guerras, de una guerra tan larga y tan costosa como la que han sostenido los rusos en el Cáucaso, tan costosa como la que han sostenido los franceses en la misma Argelia? ¡Ah! Muy risueño, aunque más en la apariencia, después de todo, que en la realidad, se presentaba el horizonte de la unión liberal en 1860. ¡Ya quisiéramos tenerlo ahora, siquiera para descanso de nuestras fatigas y de nuestros justos celos y temores por todas partes! Pero, aun así y todo, no podía un hombre como el primer Duque de Tetuán, naturaleza de hombre de Estado tanto como de hombre de guerra, imaginarse que estuviera España en el caso de emprender una conquista semejante.

¿Pues de qué se trataba? ¿De qué se trató? ¿Qué fué lo que dió lugar á censuras positivas? Algunos amigos muy sinceros y muy íntimos del Sr. Duque de Tetuán, y altísimas personas llenas de magnanimidad y de anchas miras, pero á quienes no era ab-

solutamente indispensable tener aquella prudencia práctica que sólo da el manejo inmediato de los negocios del Estado, ¿qué era lo que querían? Simplemente la conservación de Tetuán. ¡La conservación de Tetuán separada del mar! ¡La conservación de Tetuán con el Riff á la espalda, y del otro lado las montañas del Atlas! ¡La conservación de Tetuán completamente aislada! ¡Ah! ¡Qué hubiera sido de la conservación de Tetuán en los tiempos posteriores de nuestra historia! ¡Qué hubiera sido de la conservación de Tetuán durante nuestras guerras civiles y la guerra de Cuba! Era aquella una locura generosa que compartieron, repito, personas de buena fe, Ministros del Ministerio que presidía el general O'Donnell, á cuyo lado ¿por qué no decirlo? me encontraba yo, si bien no en posición igual á la suya; porque estaba en la Subsecretaría de Gobernación, y eso me autorizaba para hablar, para que se conocieran mis opiniones; y nadie ignora que yo fui de los que desde el primer momento se pusieron de parte de la paz, que yo fui de los que la celebraron entusiastamente, que yo fui de los que creyeron que no se podía continuar la guerra. De entonces arranca la convicción que voy á exponer aquí esta tarde.

La paz de 1860 tuvo un verdadero y suficiente objeto, como lo había tenido la guerra; la paz de Tetuán, como la guerra, y sobre todo la guerra, tuvieron por objeto levantar lo que nuestros antepasados llamaban la reputación, la reputación por la cual ha dado España en un tiempo glorioso tantas batallas; tuvo por objeto interrumpir la triste historia de nuestras desventuras en Africa durante largo tiempo; tuvo precisamente por objeto, como el Ministro de Estado de aquella época declaró al embajador inglés, vengar las afrentas que en Melilla constantemente se estaban haciendo á nuestra bandera. Para esto, después de mucho silencio, después de muchos sufrimientos y después de mucha resignación, mayor que la que debía caber en una Nación como la nuestra, España se alzó, y el general O'Donnell pasó á Africa con el propósito primordial y suficiente de levantar allí la reputación de España, de dar á España, además de restablecer esta reputación, una base real y sólida de influencia en lo porvenir.

Pues qué, las guerras y las paces en las grandes Naciones (y grande somos nosotros por nuestra historia y por nuestras mismas propias fuerzas, aunque no alcancemos hoy el honor de ser contados entre las grandes Potencias); pues qué, repito, las Naciones grandes, ¿no hacen la guerra ni la paz sino para buscar la satisfacción de intereses materiales é inmediatos, aunque estos intereses inmediatos sean tan lisonjeros como los que á veces procuran el aumento de dominios territoriales? Pues qué, ¿se podía fundar en tiempo del general O'Donnell una influencia eficaz en Africa, como no se podrá fundar ahora en el Riff, determinadamente en el Riff, sin empezar por mostrar á aquellos habitantes, por mostrárselo de una manera directa, inmediata y tangible, hasta dónde llegaba el brazo de España, de qué era España capaz, hasta qué punto merecía que se la respetase? No era posible entonces; no lo será ahora.

Y bien, señores; cuando enfrente de una satisfacción de esta índole, cuando enfrente de la necesidad de hacer sentir hasta dónde llega nuestro valor, el valor de la Nación, que puede costar sacrificios de hombres, que puede costar sangre española, se opo-

nen hasta cálculos aritméticos sobre la correspondencia de moros con los españoles muertos; cuando se trae la cuestión á este terreno, ¿qué queréis que os diga, Sres. Diputados, si todo lo que os diga será pálido al lado de lo que siento? Pues qué, esta noble sangre española, ¿no habrá de correr más que en conjuraciones sangrientas ó en fratricidas luchas en los campos de batalla? Pues qué esta sangre española que sus hijos ofrecen tan noble, tan generosamente, sin el menor interés, y exclusivamente al nombre sagrado de la Patria, ¿no había de haberse empleado entonces en aquella guerra de Africa, no pudiera haberse empleado ahora, no debiera emplearse siempre en mantener el prestigio de la Nación? No lo entendió así el general O'Donnell, ni lo entendió así la generalidad del país, ni lo entendió así la Europa entera, que tanto reconoció y admiró aquella campaña, ante la cual tanto cambió nuestra posición en el mundo.

La paz, pues, de Tetuán dejó logrados todos estos importantísimos objetos. Bajo este concepto, fué aquella una paz tan grande como la guerra; como que era la consecuencia de la guerra misma.

Pero aun materialmente, ¿no se obtuvo algo de suma importancia, que es lo que vosotros habéis voluntariamente abandonado y perdido en la pasada ocasión?

Recordemos un poco la historia de Melilla y su campo en sus relaciones con España.

Desde la conquista, como nadie ignora, aquella plaza ha sido casi constantemente combatida por los moros fronterizos. No pudiendo resistir siempre con resignación tales ataques, ya en el siglo XVII dos salidas de la guarnición, entre otras, le costaron la vida á dos de sus valerosos gobernadores. Sobrevinieron después las circunstancias que acompañaron á los últimos días de la dinastía austriaca, y entonces los presidios españoles de Africa abandonados, ó fueron perdidos ó se vieron expuestos á sucumbir. La gloriosa restauración militar de Felipe V, que bastaría para inmortalizar su memoria en España, llevando allí aquellas tropas, legítimas y dignas herederas del antiguo ejército de Flandes, tropas rara vez igualadas después, llevó al Africa la victoria, la llevó á Orán, la llevó bajo los muros de Ceuta, y los moros parecieron por de pronto escarmentados; y lo hubieran estado, si ellos fueran capaces de escarmentar.

Así es, que después de las hazañas del entonces Conde de Montemar y del Marqués de Ledesma, hubo acontecimientos desastrosos como aquel que en Orán le costó la vida al insigne Marqués de Marcenado. Y luego, en tiempo de Carlos III, tuvimos que padecer el que un ejército marroquí, mandado al cabo por el propio Sultán ó Rey de Marruecos, sitiara la plaza de Melilla de que tratamos, y le disparara hasta 9.000 proyectiles huecos, y muchos de bala rasa. Entonces hubo en el Gobierno español distintas impresiones; hubo alguno, como el Conde de Aranda, que desde la Embajada de París recomendara terminantemente el abandono de Melilla en primer término, y luego el de los demás presidios menores de Africa. Es verdad, apresúrome á decir, que si en Melilla no se había de seguir otra política que la que se había seguido hasta entonces, ó la que ahora parece que pudiéramos vernos obligados á seguir, mejor, más franco, más honroso sería su abandono.

Otra idea del Gobierno español entonces fué en-

viar una fuerte expedición, que, al parecer, debía caer sobre Tánger para castigar al Emperador de Marruecos, porque, como decía el Ministro de Carlos III, Marqués de Grimaldi, no correspondía á la dignidad de una gran Nación el que el Sultán de Marruecos la hostilizara cuando lo tuviera por conveniente, y cuando le pareciera oportuno la dejara de hostilizar, haciéndose árbitro absoluto de la paz y de la guerra. Desgraciadamente, y bien se puede decir, la expedición que con efecto se preparaba contra la costa de Africa para vengar aquellos atropellos, se distrajo en la conquista de Argel, en aquella empresa en que, como todo el mundo sabe, tuvimos tan infeliz resultado, á pesar de ser uno de sus principales directores el insigne general Ricardos.

Tras esta expedición, se abandonaron los proyectos de nuevas expediciones, y el Gobierno español se encaminó á buscar la paz con el Sultán de Marruecos, á concederle la paz que él en realidad pedía, y entonces vinieron las embajadas, dos al menos posteriores, á la famosa de Don Jorge Juan, y vino el tratado de 1799.

Habíase negado el Rey de Marruecos hasta entonces á comprometer en las paces que hacía con España el respeto á nuestras plazas de Africa; según el Sultán de Marruecos, el atacar á las plazas de Africa formaba parte, como plaza ocupada por infieles, de los mandatos de su religión; era lícito tener paz con España en el mar, era lícito tener con nosotros las mejores relaciones y hasta ayudarnos en las guerras extranjeras, como nos ayudó en las guerras con los ingleses; pero el Sultán de Marruecos pretendía entonces que no le era lícito consentir ni por un momento en que cesara la guerra delante de nuestras plazas de Africa. Y aquí empezó la cuestión concreta de que voy á ocuparme.

Con el tratado de 1799 se obtuvo la primera vez que el Sultán abandonara la defensa de los rifeños y de los demás enemigos de nuestras plazas de Africa; que no hiciera suya la causa de los rifeños, y que nos autorizara, sin que esto significara rompimiento ninguno entre las dos Naciones, á que hiciéramos fuego de cañón y mortero contra los que atacaran nuestras plazas.

Con este arreglo de 1799, que ya significaba un progreso, vivimos hasta la paz de Tetuán. Durante ese tiempo, las plazas españolas, ateniéndose al tratado de 1799, bombardeaban sin cesar el campo rifeño, haciéndoles á éstos cuantos daños podían, en contestación á los que á ellos les procuraban los rifeños mismos con su fusilería y hasta con sus malos cañones, capaces al fin de ponerse en batería y disparar.

En este largo espacio de tiempo ocurrieron sucesos que ha recordado el Sr. Ministro de la Guerra así como de pasada, y que á mí me cumple también recordar.

Durante ese largo espacio de tiempo, los comandantes generales ó gobernadores de la plaza de Melilla particularmente, hicieron distintas salidas de la plaza con las fuerzas disponibles, fuera de servicio, que tenían, para castigar las audacias de los moros. Que yo recuerde, en 1849 salió fuera de los muros el general D. Ignacio Chacón con unos 700 hombres y un escuadrón de caballería, doble número de la fuerza que el que á sus órdenes tenía el general Margallo el 2 de Octubre; salió y atacó á los

moros, sostuvo el fuego durante algunas horas, tuvo al fin que retirarse porque no tenía objeto su marcha adelante, y los moros se quedaron, aunque sin razón, cantando victoria. A esta salida del general Chacón sucedieron las dos, que en días consecutivos, hizo el general Prim, saliendo de la plaza con una fuerza parecida á la del general Chacón, estando tres solas horas en el campo y ordenando la retirada después.

Que Prim, como Chacón, se batió con bizarria en aquellos encuentros, eso no hay que decirlo; quizás Prim corrió en ellos tanto ó más peligro que pudiera correr en los Castillejos; y el general Prim no obtuvo en aquellas acciones resultado ninguno.

Todavía en 1856 hubo un gobernador de la plaza que hizo una salida, teniendo que retirarse con considerables bajas, sin obtener el menor resultado. Algún tiempo después, y durante la guerra de Africa, salió, con efecto, como ha recordado muy bien S. S., el brigadier Buceta, á ocupar algunas posiciones á cierta distancia de la plaza. Los moros atacaron su campo durante la noche, los pusieron en total fuga y dispersión, aprovechándose de la enfermedad de Buceta, que dejó de asistir en los primeros momentos, pero sin que mejorara la situación de las cosas la valerosa intervención de Buceta, que á los pocos momentos se presentó en el campo; donde, según el parte oficial del Marqués de Novaliches desde Sevilla, como general en jefe del ejército de Andalucía en aquella fecha, tuvimos 200 bajas, que el parte oficial reducía á 182. Pero, en fin, estas son minucias que poco importan; lo cierto es, que eso aconteció cuatro días después de la batalla de Tetuán. Nadie ignora la rapidez con que los moros se transmiten las noticias; todo el mundo sabe cómo corren las noticias de una en otra kabila, y, por consiguiente, era indudable que, en el campo del Riff se conocía, el gran descalabro, que para las armas del Sultán había sido la batalla de Tetuán. ¿Es que, por ventura, se recataron de nuevas correrías? ¿Es que les importó cosa alguna? A poca distancia del sitio en que gloriosamente se había triunfado, los moros cayeron sobre una columna española, y la destrozaron, poniéndola en vergonzosa fuga, porque esta es la verdad, y las cosas hay que llamarlas como son. Después de esto, todavía podía referirme á otro hecho, siendo lo último que tengo que citar.

Pues bien; por si el general Maldonado cortaba ó no unas chumberas alrededor del fuerte de Santiago, salieron un día los moros les hicieron 70 bajas y los metieron precipitadamente en la plaza. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Acaso por haber sido casi siempre vencidos, y si no vencidos, nunca vencedores en realidad, se puede decir que por lo peligroso no nos urgiera que en la tierra de Africa y en Marruecos, se restaurara el honor de nuestras armas por medio de la guerra? En efecto, todos esos desastres habíamos tenido, uno tras otro. ¿Es que eso no pesaba sobre el honor nacional? ¿Es que no tenía razón el Gobierno del general O'Donnell cuando hacía decir, ó le decía directamente al embajador inglés, que aquellos sucesos tan repetidos de Melilla obligaban á España á tomar actitudes belicosas, y de una vez vengar las afrentas? Pues después de vengadas, el primer Duque de Tetuán entendió, con efecto, que no conquistándose el Riff, que no decidiéndonos á conquistar el Riff, con los gastos

enormes que esto había de ocasionarnos, tan superiores entonces como después, ó poco menos superiores á nuestros recursos, era preciso á toda costa evitar las hostilidades en Melilla; era preciso evitarlas, es claro, siempre que lo consintiera el honor de las armas. Para eso, ¿qué hizo el Duque de Tetuán? Para eso, dando un paso gigantesco respecto al tratado de 1799, en que el Sultán no se había comprometido más que á no hacer suya la causa de los moros y dejarnos libres para obrar, obligó al Imperio de Marruecos á que tomara á su cargo la represión de los ataques de los moros, la obligación de impedirlos, fiando á la autoridad del Sultán y al justo temor que al Sultán le habían infundido nuestras armas y nuestras victorias, la conservación de la paz en el territorio de Melilla.

Aunque no se hubiera obtenido más que esto por la paz de Tetuán, la paz de Tetuán sería una paz grande; porque, en efecto, no había más que esa disposición que pudiera evitarnos entrar una y otra vez en callejones sin salida. Si el Riff no se conquistaba, ¿cómo había por nosotros solos de impedirse que de vez en cuando los rifeños atacaran nuestras posiciones de Melilla? Si al fin no se le conquistaba, ¿cómo se le domaba ó se le sujetaba? Era, pues, una gran cosa, era un gran triunfo diplomático el que conseguía el general O'Donnell, al hacer al Sultán responsable de toda alteración de la paz en el territorio de Melilla. No desconocieron, como las ha desconocido el actual Gobierno, las ventajas de este acuerdo; no desconocieron que después del gran acto de vigor que significaba la guerra de Africa, que después de haber allí impuesto al Sultán el respeto de nuestra bandera, lo que había que hacer era evitar á toda costa nuevos conflictos, sobre todo conflictos de que no podía obtenerse ningún buen resultado; y así lo demostró el primero el Duque de Tetuán, que había conseguido aquellas victorias; el Duque de Tetuán, á quien podía considerarse influido por la gloria misma adquirida en la guerra. El Duque de Tetuán, lejos de eso, inició la política única que nosotros podíamos seguir en Marruecos, política de atracción, política de civilización, política de justicia, política pacífica, política cuya tendencia había de ser, en vez de debilitar, fortificar la autoridad del Sultán; único vecino que nosotros podíamos tener en la frontera-costas de Africa, sin peligro grandísimo para nuestra nacionalidad.

Así fué que pacientemente aguardó dos años á que los límites de Melilla, fijados ya espontáneamente por el Sultán en el convenio de 1859 y confirmados por el tratado de Tetuán, se demarcasen sobre el territorio realmente. Claro está que estas fijaciones y estas declaraciones se hicieron, por virtud de nuestro propio derecho, no por la fuerza de las armas, ni por amenazas; no por imperio, sino completamente de acuerdo con el Sultán. No les bastó á los rifeños la demarcación del territorio, y pidieron que se les indemnizara de la pérdida de sus propiedades privadas, y obtuvieron del Sultán la promesa de que se les indemnizaría; y sobre si se les pagaba ó no por parte del Sultán, estuvieron por mucho tiempo impidiendo la toma de posesión del campo; y á causa de estas diferencias ocurrió el lance del general Maldonado, á que antes he aludido. Era, cuando ocurrió este suceso, Presidente del Consejo de Ministros el Marqués de Miraflores; supo con sen-

timiento lo que le había acontecido al general Maldonado; pero bueno es desde luego indicar (para que se advierta ya la diferencia de lo que pasaba entonces con lo que ha pasado después), bueno es que se tenga en cuenta, que los Gobiernos hacían responsables á los gobernadores de Melilla de lo que hacían sin orden ó contra las órdenes del Gobierno, hasta el punto que al brigadier Buceta se le formó una verdadera causa criminal.

Esto de que los gobernadores de Melilla obrasen por su sola cuenta y con las fuerzas meramente de su guarnición, lo sabían los moros lo mismo que nosotros; porque, ciertamente, los rifeños carecen de muchas de las cosas que acompañan á nuestra civilización, pero no carecen de inteligencia, de perspicacia y de conocimiento de lo que pasa. La cuestión había estado por entonces, reducida á los gobernadores de Melilla por una parte, y las kabilas por otra; España, la Nación española no se había puesto hasta entonces jamás, frente á frente de los rifeños; cada vez que una de estas luchas había acontecido, el Gobierno español, que no la había originado, la reprochaba, y la Nación quedaba siempre aparte del conflicto, y la responsabilidad caía íntegra sobre los que la habían provocado.

En este caso, en que, como he dicho, el Marqués de Miraflores era Presidente del Consejo de Ministros, el Gobierno acordó atenerse á esta conducta; acudió inmediatamente al Sultán, y apoyándose en los arts. 6.º y 7.º del tratado de Tetuán, le exigió que hiciera que se entregasen los límites pactados á los españoles, que se arrancasen todos los cultivos, las casas y la mezquita que allí había y que los rifeños desocuparan por completo el nuevo territorio español; accedió el Sultán; pagó, porque realmente no había pagado hasta entonces la indemnización debida; envió á su hermano, el famoso Muley-el-Abbas, al territorio de Melilla con suficientes fuerzas, se impuso á los moros, y él mismo presenció el arranque y destrucción de las casas, de los cultivos y de los árboles, y él mismo estuvo allí mientras la triste población emigraba al lado allá de nuestros límites, y nos dieron la satisfacción que pedíamos sin necesidad de exponernos á una nueva guerra.

Más tarde, en 1881, se ofreció una nueva cuestión con motivo de las obras de Río Oro; al resolver este conflicto, sino al principio, era Presidente del Consejo de Ministros el Sr. Sagasta. Los moros, siempre empeñados en negarnos el derecho que no nos pertenece claramente, quisieron oponerse á las obras como una novedad del tratado. Aparecieron en actitud hostil; empezaron á correr los rumores de que iban á impedir las obras de Río de Oro por la fuerza de las armas. Aconteció, poco más ó menos, todo lo que ha acontecido acerca de la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach. Estas noticias llegaron á Madrid; y ¿qué hizo aquel Gobierno, que, como he dicho, presidía el Sr. Sagasta? En verdad que una parte de la opinión pública le empujaba, como suele acontecer, á que acudiera á las armas; en verdad que los periódicos protestaban contra la inacción y falta de energía del Gobierno; en verdad que las cosas que han sucedido después se anticiparon y acontecieron, á poco más ó menos, de igual manera; pero lo que de igual manera no aconteció fué, que el Gobierno hiciera entonces lo que se ha hecho después.

A aquel Gobierno le sirvieron las noticias que

recibió de Melilla, las noticias del descontento de los moros, las voces que corrían de que los moros podrían hostilizar los trabajos, para acudir al Sultán, y acudió á él en los términos precisos del tratado de Tetuán. El Sultán envió al principio un destacamento de 400 hombres, bajo el mando de un bajá de importancia; destacamento parecido al que acaba de pactarse en el último tratado de Marruecos; y aquellos 400 hombres sirvieron tan de poco, como servirán estos de ahora; y la prueba es, que el Gobierno de Marruecos pidió permiso al de España para que aquellas tropas, si se veían apuradas, pudieran ampararse bajo el cañón de Melilla; y, con efecto, no hizo nada, y fué menester, en la vía diplomática, obtener que el Emperador de Marruecos enviase un hijo suyo, el cual fué con fuerzas suficientes; se impuso á los moros; en su presencia empezaron y continuaron los trabajos de Río de Oro; y no hubo nada, porque cumpliéndose estrictamente el tratado de Tetuán, como es deber de todos los Gobiernos cumplir, nada podía suceder.

Esta es la historia verídica, fundada en documentos, no sólo de la política particular del general O'Donnell, sino de la política de todos los Gobiernos que desde entonces acá se han sucedido en España, respecto de la cuestión de Marruecos.

Una vez expuesto lo anterior, ¿cómo no advertir la diferencia enorme que hay entre todo esto, que no solamente respondía á un tratado solemne, sino que estaba comprobado como eficaz, y lo que el Gobierno de S. M. ha hecho actualmente?

En primer lugar, volviendo atrás un poco, ¿cree el Sr. Ministro de la Guerra que alguno de sus antecesores tomó parte directa en estos conflictos y se atribuyó la responsabilidad ó la gloria toda entera? ¿No sabe el Sr. Ministro de la Guerra que todos estos asuntos fueron dirigidos exclusivamente por los Ministros de Estado del Rey ó de la Reina? ¿Cómo ha podido creer el Sr. López Domínguez que estos asuntos de frontera, en los que puede ir envuelta una guerra extranjera, que pudiera perturbar á Europa, como ha dicho tantas veces, con exageración quizá, pero con algún fundamento, el Sr. Ministro de Estado, le competían? Podía competir á S. S. examinar el emplazamiento del fuerte y ordenar su ejecución; á S. S. le tocaba dar á ese fuerte las defensas y la guarnición indispensables; pero desde el instante en que tenía conocimiento de la posibilidad de un conflicto con el extranjero; desde el instante en que, no la seguridad, porque ¿cuándo hay seguridad en estas cosas? sino la posibilidad del conflicto, llegaba á su noticia, ¿no se imponía el que acudiera al Ministro de Estado, para decirle: yo aquí nada tengo que hacer; el aceptar yo responsabilidades es enteramente inútil; aquí no se trata de mí, sino del interés público, y el interés público exige que la responsabilidad sea toda entera del Ministro de Estado?

Ya se ve cuánta importancia ha tenido en los sucesos actuales, el equivocado concepto del Sr. Ministro de la Guerra en cuanto al objeto y fin del tratado de Tetuán y de su verdadero alcance, y el otro concepto, tanto ó más equivocado, de la competencia y de la posible responsabilidad de S. S. respecto de un asunto que no le incumbía ni poco, ni mucho, ni nada absolutamente.

No quiero volver sin necesidad, no viéndome precisamente obligado á ello, sobre las cuestiones

de detalle, que han sido vigorosa y extensamente tratadas por distintos oradores de esta Cámara; no he de fijarme más que en dos detalles.

Cuando el gobernador militar de Melilla, el señor general Margallo, comunicó la noticia de que había irritación en los moros con motivo de la construcción de ese fuerte; cuando le comunicó la gravísima especie de que las kabilas estaban en tratos para romper todo género de relaciones con la plaza y para que no se presentara en ella ni un moro más; cuando le volvió á hablar á S. S. de esa agitación y le dió cuenta de la reunión de 150 jefes moros y de su pretensión humildísima, con razones para ellos muy graves, referentes á sus creencias religiosas, de que el fuerte no se construyera donde se proyectaba; cuando todo esto, que es innegable tuvo lugar, ¿no se creyó S. S. en el caso de comunicarle aquello á su compañero el Sr. Ministro de Estado, y aun á todo el Consejo de Ministros? La seguridad de que se realizaría el rompimiento, claro es que no podía tenerla S. S., y que sería insensatez exigir que la tuviera el general Margallo. No se trataba de seguridad semejante, ni había necesidad de que existiese. ¿Había agitación en el campo de Melilla? ¿Quién lo duda? ¿Cómo podía dudarle S. S.? ¿Había temores de un rompimiento? ¿Cómo no había de envolver ese temor el propósito de romper todo género de relaciones comerciales, cuando son esas relaciones comerciales tan importantes en la plaza de Melilla? Pues qué, la gestión de esos 150 jefes de las kabilas; su misma demanda, humildísima, ¿no significaba que había motivos para ocuparse en esa cuestión? ¿Por qué S. S., desconfiando un poco de sus atribuciones, y desconfiando justísimamente de ellas, no puso siquiera estos hechos en conocimiento del Sr. Ministro de Estado? ¿Por qué no hizo que la actividad que el Sr. Ministro de Estado ha desplegado después cerca del Emperador de Marruecos, cerca del agente del Sultán en Tánger, la desplegara antes? Pues si la hubiera desplegado antes, si se hubiera acudido á tiempo, ¿hubiera venido el choque? ¿O es que el Sr. López Domínguez cree todavía que tratándose de un asunto que, como le ha dicho después cien veces su compañero el Sr. Ministro de Estado, podía encender una guerra general en Europa, le bastaba decir, como dijo, que pasara aquella súplica de los moros al Negociado correspondiente, que la examinara el Negociado, y se les diera la razón, si la tenían? ¿Así, de esta manera burocrática, de puro expedienteo, se resuelven cuestiones internacionales de tanta importancia?

Debo yo decir mi opinión con franqueza. Ya sé que á estas palabras opone el Sr. López Domínguez, como ha opuesto ya, que siempre que se afirme desde estos bancos de la oposición lo contrario de lo que S. S. afirma, volverá S. S. á sus anteriores afirmaciones. Sea en buen hora. Unos y otros nos quedaremos con nuestras afirmaciones. Y para quedarme yo con la mía, declaro que, en mi concepto de hombre justo y experimentado, no es posible darle más noticias alarmantes á un jefe, que las que dió al señor general López Domínguez el señor general Margallo. Sólo la justicia me mueve á declararlo así: yo no he tenido el honor de conocer al valiente general Margallo jamás; yo declaro que no había oído jamás su nombre, hasta después del día 2 de Octubre; ningún género de relaciones me han uni-

do con él, y para nada tengo que ser parcial al juzgar á aquel militar bizarro que se sacrificó en defensa de la Patria; pero yo he visto detenidamente su correspondencia, he examinado detenidamente su conducta, y yo, por no pedir ahora otra cosa y no querer entretenerme en largas consideraciones sobre el particular, aunque quizás lo mereciera, yo no puedo menos de pedir á mi país, yo no puedo menos de pedir á la Nación española, justicia para un hombre que en todos conceptos ha sido tratado con notoria injusticia hasta ahora. (*Muy bien.*)

Pero, en fin, vuelvo á la cuestión concreta. Siempre que allí ha habido una agitación parecida entre los moros, y tengo aquí los detalles para leerlos cuando se quiera, siempre que una cuestión por el estilo había tenido lugar, el Ministro de la Guerra había puesto en conocimiento del Ministro de Estado, único competente, ó del Gobierno entero, todo lo referente al asunto.

El Ministro de Estado había empezado sus negociaciones, primero en Tánger, después en Marruecos; el Ministro de Estado, ó más bien los Ministros de Estado, puesto que muchos intervinieron en ello, lograron arreglar á satisfacción de España, y sin exponerla á una guerra, todas las cuestiones; el señor general López Domínguez no creyó necesario nada de esto, y cuando en un último despacho le dijo el general Margallo que indudablemente todos los preparativos de los moros anunciaban que íbamos á ser hostilizados, el señor general López Domínguez, al recibir esta última noticia, sin pensar que se trataba de un conflicto internacional, del conflicto internacional más grave que podía tener España, por tener allí más intereses que en otra ninguna parte, de un conflicto internacional de la gravedad que el Sr. Ministro de Estado le ha dado después, de un conflicto internacional que podía dar lugar á poner la Europa en armas, sin pensar en nada de esto, se contentó con decirle, y aun se envanece en ello, con decirle al general Margallo: «cumpla usted en lo que pueda ocurrir, como en un caso ordinario, con lo que le dicte su honor y su espíritu militar.»

¿Quién era el propio general Margallo, general de brigada, general distinguido, general valeroso, como ha demostrado después; pero quién era el general Margallo por su carrera, quién era por su competencia, quién era por sus antecedentes, para decidir esta cuestión europea? Esta cuestión europea, ¿podía decidirse con arreglo á lo que le prescribiese su espíritu militar y su honor? ¿En dónde estábamos? ¿Qué queréis esperar del Gobierno, cuando de esta manera entiende una cuestión tan grave como ésta? Era aquello aplicable á otro caso particular cualquiera; hubiera estado aquello bien en boca del señor Ministro de la Guerra, cuando hubiera ya declarada una guerra y durante el transcurso de ella; hubiera estado en su lugar delante de una rebelión amenazadora; pero delante de un conflicto internacional, que podía ser europeo, contentarse con decir: ajústese al espíritu militar y á su honor, no se concibe.

¿Qué hay aquí? Ya lo he dicho antes: hay un desconocimiento total de las condiciones esenciales de la cuestión, y no seguramente porque faltasen, no ya ejemplos anteriores, sino ejemplos recientes que se debían haber tenido en cuenta.

Procuraré no leer hoy más que este simple documento; pero lo leeré, porque en él está precisa-

mente el modelo de la conducta que el señor general López Domínguez debió seguir.

Teniendo yo el honor de presidir los Consejos de la Corona, volvió á haber dificultades en Melilla, volvieron á agitarse los rifeños, volvió á temerse que esta agitación pasara, de las reclamaciones y quejas, á las manos; porque hay que advertir, y nadie ignora, que, entre rifeños, de la lengua á las manos va cortísima distancia. El Ministro de la Guerra, que era el digno general Azcárraga, puso esta agitación, nada más que esta agitación, en conocimiento del Sr. Duque de Tetuán, Ministro á la sazón de Estado. Tratábase de una nueva instalación de los hitos y postes en los límites de Melilla, que estaban por el transcurso del tiempo deteriorados; y ante la noticia de la agitación de que he hablado, contestó el señor Ministro de Estado al de la Guerra en los términos siguientes:

«Tengo el honor de acusar á V. E. el recibo de la Real orden que se ha servido comunicarme con fecha 11 del actual, á la que acompañaba copia de un oficio que en 6 del mismo mes ha dirigido el gobernador militar de Melilla al capitán general de Granada, dando cuenta de haber interrumpido sus trabajos la Comisión encargada del replanteo de los límites de aquella plaza.»

Habían, en efecto, ante las protestas de los moros y sus amenazas de venir á las manos, habían interrumpido sus trabajos los individuos de la Comisión mixta de marroquíes y españoles que estaba trazando nuevamente los límites.

«Enterado de su contenido, he de manifestar á V. E. que el procedimiento que deba emplearse para que desistan de su actitud hostil las kabilas fronterizas de Melilla en lo que al replanteo se refiere, es de exclusiva incumbencia de las autoridades marroquíes; correspondiendo, por lo tanto, á los delegados del Sultán que componen la Comisión marroquí para la demarcación de límites, imponer su autoridad sobre los rifeños de las kabilas hostiles, á fin de que éstos no ofrezcan inconvenientes para las operaciones que debe ejecutar la Comisión mixta.

»Las autoridades españolas no pueden en este caso adoptar un temperamento de fuerza, que solamente estaría justificado si la Comisión fuese agredida por los moros de las citadas kabilas; de lo contrario, y apelando á aquél enérgico recurso, se cometería una violación de los tratados vigentes con Marruecos, demostrando al propio tiempo el completo desconocimiento de los rudimentarios principios del derecho internacional.»

Así se expresaba aquel Ministro de Estado respecto al Ministro de la Guerra y de sus representantes en el territorio rifeño; es decir: cumpla usted el tratado de Wad-Ras, aplicándolo estrictamente; no viole usted ese tratado que es la ley vigente; haga usted que los marroquíes se impongan á los rifeños; pero ellos solos, sin que los agentes de usted tomen parte, poca ni mucha, en esta cuestión. Y así se evitaron gravísimos conflictos; los que se hubieran evitado en el caso en que me estoy ocupando, si hubiera habido espíritu semejante y se hubiera procedido con una prudencia y con una sujeción al tratado mismo, que tenemos que echar de menos, no digo yo que de intento ni maliciosamente, sino por desconocimiento, como antes he dicho, y desconocimiento en todos sus términos, de la gran cuestión de Ma-

rruecos. Y no valdrá decir, pues yo he oído ya tales argumentos, que aun éste temo; no valdrá afirmar que estaba de antemano dispuesto que los gobernadores militares de las plazas de Africa dieran cuenta, al propio tiempo que al Ministro de la Guerra, y en su caso al capitán general de Granada, al ministro de España en Tánger. Estas excusas no sirven para los superiores. Los superiores, están obligados siempre á vigilar sobre estos descuidos de sus inferiores. Este descuido ha sido allí, por lo visto, frecuente, como serán frecuentes los descuidos siempre que se obligue á las autoridades militares á entenderse con funcionarios civiles. ¡Qué le hemos de hacer! Tal vez esto no debería ser así; pero lo es, y todo Gobierno tiene obligación de tenerlo en cuenta.

Por eso no consta que la autoridad militar de Melilla, en el tiempo á que me he referido, siendo Ministro de la Guerra el señor general Azcárraga, no consta que hiciera presente aquella agitación al Ministerio de Estado, ó sea á su representante en Tánger; puede que lo hiciera presente, yo lo ignoro; pero supongamos que no lo hizo. El Ministro de la Guerra, que tenía más interés que aquel agente en la cuestión que se trataba; el Ministro, que debía tener una mayor previsión, tan pronto como tuvo conocimiento, porque lo tuvo de sobra, de que había agitación entre los rifeños, debió imitar al señor general Azcárraga y acudir al Ministro de Estado, que creo yo que desde el momento se hubiera hecho cargo de la cuestión, y se hubiera hecho mucho mejor cargo de lo que se hizo después y con muchísima más facilidad.

No vale en estas cosas, descargarse fácilmente con los inferiores. Si esto fuera así, no habría responsabilidad ministerial, ni la fiscalización de las Cámaras podría tener efecto. Al mayor de los perjuicios que se le produjeran al país, pudiera salir un Ministro diciendo: también ha faltado el gobernador militar ó el gobernador civil, ó el jefe de tal ó cual parte. Las miras de un Gobierno deben ser más extensas, más profundas, más completas, sobre todo en el caso presente, en que había dos conductos, y si faltaba el uno quedaba el otro.

Y el señor general López Domínguez, siempre en acción, lo sabía porque la correspondencia sostenida entre el general Margallo y S. S. lo dice; y el mismo Sr. Ministro de la Guerra ha confesado aquí que estaba siempre en relaciones particulares con el general Margallo, y que éste le daba conocimiento de lo que ocurría. Si el Sr. Ministro de la Guerra lo sabía, no le costaba tanto trabajo dar noticias de todo á su compañero el Sr. Ministro de Estado, de igual manera que lo hizo el señor general Azcárraga; y la responsabilidad de que esto no se hiciera y de todo lo que tras ello ha acontecido, puede depender de que dejara de dar noticias directas al Sr. Ministro de Estado.

Esto no es aceptable, y ese es el cargo que queda sobre el general López Domínguez, si se quiere, por exceso de generosidad, por alarde de generosidad, por propósitos de no molestar á sus compañeros, por la idea de que él se bastaba por sí sólo para resolver lo militar, lo diplomático y lo internacional, por lo que se quiera, que nada de esto es injurioso, menos porque S. S. comprendiera en aquel punto, cuáles eran sus verdaderas atribuciones. Pero dije antes, casi al empezar, que al mismo tiempo que el señor

general López Domínguez consideraba que la paz de Tetuán había sido una paz chica para una guerra grande, la paz actual, la paz que se ha realizado después, era una paz grande para una guerra chica.

Y no esperará el señor general López Domínguez, ni esperará nadie, que yo niegue esto último. En cuanto á lo primero, algo tengo, y quizás no sin importancia, que advertir á S. S. La paz actual está modestamente juzgada por S. S. en esas palabras; juzgada con una modestia que no cumple al Gobierno actual, que para nada ha sido su autor. Ninguna necesidad tenía de aparecer en esto modesto. La paz actual con Marruecos ha sido, no sólo grande, ha sido milagrosa, prodigiosa, teniendo en cuenta los medios que habéis puesto vosotros para conseguirla. (*Muy bien.*) Después de que dejásteis venir los sucesos militares cuando no había necesidad de ellos y se pudieron evitar según acabo de demostrar; después de que los dejásteis venir sin preparación alguna; después de que el Sr. Ministro de la Guerra ni siquiera se creyó en el caso de completar la guarnición de Melilla tal como por él mismo estaba determinado; después que esto dió lugar á la gloriosa acción del 2 de Octubre, aquella en que con menos gente se combatió durante más horas con el Riff, desde mucho tiempo antes; después que se pasó por el tristísimo episodio del 27 y 28 de Octubre, suceso que tuvo lugar á causa también de haberse temerariamente mandado que se saliera al campo sin fuerzas suficientes para contrarrestar al enemigo; después que de resultados de esto ocurrieron todos los sucesos de aquella noche tristísima, siempre dolorosa para el honor español; después de la muerte del general Margallo, que creó por muchos días una situación en Melilla en que sólo se atrevían á salir de noche al campo, por si se encontraban á los moros, miserables presidiarios constituidos en fuerzas de la Nación; después que se consintió, muerto ya el general Margallo, como se había consentido antes, que se taparan las cañoneras por miedo al fuego enemigo; después que se mandó que la oficialidad del ejército español, lleno de honor, ocultara las insignias ante el enemigo; después de todo esto, ¿qué más queriais? Habéis tenido una prodigiosa, maravillosa paz, debida exclusivamente á la habilidad, á la paciencia, al patriotismo, nunca bastante alabado, del dignísimo señor general Martínez Campos. (*Aprobación.*)

Le enviásteis allí; yo no he hablado de esto una sola palabra más con el señor general Martínez Campos; que si le hubiera hablado, no pronunciaría las que voy á pronunciar.

Pero, ¿hay alguien que crea, conociéndole, que si en vez de ir allí cuando ya estaba allí mismo, llamado por el Gobierno, el hermano del Emperador Muley-Araafa, cuando Muley-Araafa había puesto las cosas en el camino de la paz, cuando Muley-Araafa había por sí mismo garantido la ejecución del fuerte Sidi-Aguariach y todo cuanto por de pronto pedía el Gobierno español; que si en vez de ir allí en estas circunstancias hubiera llegado veinte días antes, esos veinte días los hubiera pasado en el ocio, con los oficiales sin sus divisas y los presidiarios en el campo? ¿Hay quién crea esto? No, por cierto. Cuando el general Martínez Campos fué allí, ó mejor dicho, tan pronto como llegó Muley Araafa, yo dije, y lo puedo testificar de mil maneras, y aun habrá personas que lo recuerden, yo dije que no volvería á hablar más

de la cuestión de Melilla; y no he vuelto á hablar, ni en particular, ni por preguntas de periódicos, ni por ningún incentivo; por nada volví á tomar en boca la cuestión de Melilla desde que llegó allí Muley-Araafa. ¿Por qué la había de tomar? La cuestión ya no estaba en el terreno de la satisfacción ó de la venganza misma que nuestras armas demandaban; la cuestión ya no estaba en el terreno de vengar por las armas las injurias recibidas; la cuestión ya no era con el Riff, sino con el Emperador, que era cosa muy distinta; porque con el Emperador yo no he querido jamás la guerra; siempre he considerado que no se podía hacer la guerra, y yo he reprobado aquellas declaraciones del Sr. Ministro de Estado en que á cada paso decía que, si tal ó cual cosa no se obtenía, habría una nueva guerra en Africa como en tiempo del general O'Donnell.

Yo no he admitido esa probabilidad jamás. La cuestión, que durante todo el tiempo que medió entre la muerte del general Margallo y la llegada de Muley-Araafa era una mera cuestión con el Riff, se había convertido en una cuestión entre España y Marruecos; y una cuestión en que si no hubiera sido, no temo decirlo, si no hubiera sido por la falta constante del Sultán, no obstante cuantas gestiones se habían hecho en contrario, de no tener una fuerza suficiente, si es que fuerza suficiente podía haber allí para contener á los rifeños, pero al menos una fuerza que probablemente fuera suficiente para contenerlos; si no hubiera sido por esta falta del Emperador, que lo hacía completamente responsable, y por lo cual ha podido con efecto exigírsele responsabilidad, la cuestión estaba planteada en términos en que España no tenía razón. No. El espíritu del tratado de Tetuán y hasta su sentido recto, es que en casos como aquel que había ocurrido, se avisara inmediatamente al Sultán, excusando antes todo hecho de armas; que se hiciera lo que se había hecho constantemente desde los tiempos del general O'Donnell hasta esas circunstancias; que no se saliera al campo sino por pura necesidad, ni se hostilizara, sino que se esperara á que el Emperador hiciera justicia y cumpliera el tratado; que era menester avisárselo, y hasta la más sencilla buena fe lo exigía; y vosotros no se lo habéis avisado sino cuando estaba hecho ya el daño. ¿Qué ha resultado de aquí? Ha resultado lo que mi proposición dice: ha resultado, que habéis causado á España gastos tan grandes que ni la indemnización los cubre, ni podía cubrirlos en el estado en que Marruecos se encuentra, y aun en eso el general Martínez Campos ha obtenido cuanto humanamente se podía obtener; y no solamente se nos han causado gastos, sino que se ha retrasado, dígame lo que se quiera, se ha retrasado el período de cordialidad, el período de atracción de que os he hablado antes, el período civilizador de España en el Riff. En buen hora que el Sultán, cara á cara con el general Martínez Campos, seducido por su franqueza, seducido por la nobleza de su corazón, seducido, porque el Emperador de Marruecos es hombre capaz, por todas mis noticias, de experimentar los sentimientos más nobles y más elevados; seducido, digo, por la conversación misma del general Martínez Campos, haya quedado en estrechísima amistad personal con el embajador español; que haya reconocido, si se quiere, el poder de España, puesto que ha sucumbido ante él y se ha visto forzado á sucumbir ante él. Pero, en primer término,

que es de lo que únicamente se trata, ¿qué tienen que ver los rifeños, con esto? ¿Qué tienen que ver con esto los rifeños que se han visto más superiores que nunca, por el número y hasta por la astucia, que las fuerzas nuestras que guarnecían al campo de Melilla, y que después no han experimentado de parte de ellas ningún castigo? ¿Qué tiene de particular que se muestren más soberbios que nunca y hagan más que nunca alarde de superioridad sobre nosotros?

Y en cuanto al propio Imperio de Marruecos, el Emperador da de buena fe la indemnización; ¿pero no leéis los periódicos, y yo lo creo porque está en la naturaleza, los cuales aseguran que al atravesar los que se llaman caminos de Marruecos, los camellos cargados con la primera plata que se destina á la indemnización, los marroquíes que los ven pasar los saludan con las maldiciones á los cristianos que se llevan el poco dinero que ellos poseen? (*Rumores.*) Necesaria era la indemnización; vosotros la habéis hecho necesaria porque le habíais impuesto á la Nación española un gasto que no era justo que ella sola sufriera: verdad es esto. Pero ¿vais á negar que no puede ser motivo de amor entre los marroquíes el que les saquemos de esa manera el dinero? ¿Vais á negar eso? En buen hora que les hayamos impuesto la paz en esas condiciones, en buen hora que les hayamos obligado á pagar, en buen hora que á los crecidos, crecidísimos gastos que se han hecho, no todos necesarios, en mi sentir, ellos contribuyan por los rifeños; pero querer también que la saca de ese dinero constituya un motivo de amor para los españoles, á mí, señores, se me figura eso pretender demasiado.

Al hacer eso se ha perjudicado á Marruecos y se nos ha perjudicado á nosotros, que hemos retrocedido en el camino de atracción y de influencia legítima y pacífica que veníamos siguiendo, y que nos habíamos propuesto, y que es el único camino que allí podemos seguir. Pero el mal, con ser mucho, no está en lo acontecido, sino que está en lo porvenir, está en el resultado probable, probabilísimo, de todas estas cosas.

Admitamos que el Emperador de Marruecos, valiente, generoso, impresionable, haya quedado en amistad estrechísima con el embajador de España en Marruecos, y yo así lo creo firmemente; pero, ¿es que las relaciones de España con el Imperio de Marruecos no se van á extender más que á la vida de este Soberano, tan justamente impresionado? La vida de Muley Hassan, ¿puede prolongarse indefinidamente? ¿No habéis tenido vosotros mismos, no hace muchos tiempo, el gran recelo de que falleciese? Cuando fallezca, ¿se podrá fundar sobre las relaciones personales y los éxitos personales del general Martínez Campos con el actual Sultán de Marruecos, nuestra política, que antes se fundaba, aun después de muerto el general O'Donnell, sobre cien gloriosas victorias nuestras, y que repito tenía allí por cimiento esas victorias mismas y no meramente el nombre del general O'Donnell? Todo eso desaparecerá el día en que el Emperador actual desaparezca; y tendremos entonces que acudir á conocer los sentimientos del país, los sentimientos que allí han quedado, lo que los marroquíes piensan y sienten acerca de nosotros; y entonces, ¿qué nos encontraremos? De una parte, del lado de la mayoría inmensa del Imperio de Marruecos, de la parte que realmente está sometida al Sultán, nos encon-

traremos el sentimiento de que por un rompimiento y por un conflicto que ellos creen no haber provocado, en el Imperio no tenemos las simpatías que debíamos tener; y nos encontraremos con que en el Riff, después de tantos desastres anteriores, merecedores de castigos que no se han impuesto; después de gastar tanto dinero y de comprometer las fuerzas económicas de la Nación española, ha llegado el instante en que las fuerzas estaban allí, en que el gasto estaba hecho, en que lo que había impedido hasta ahora el castigo existía, y en lugar de prevalerse de estos medios para castigarlos de una vez, sencillamente, se ha dado lugar á que lleguen circunstancias en que fuera preciso embarcar las tropas para España, y nos quedáramos bajo el peso de todas las desgracias que he referido antes, aumentadas y sumadas con las desgracias de ahora.

Paréceme, Sres. Diputados, que el tema que constituye mi proposición está agotado; paréceme, sin perjuicio de la réplica á que me dé lugar la contestación que se me dé, réplica para la cual estoy preparado con todo el número de documentos suficiente, que el esclarecimiento y la explicación de mi proposición se pueden dar por terminados. Aguardaré, pues, la réplica, y concluiré, como he empezado, declarando, como digo en mi proposición, que el haberse separado del espíritu y sentido del tratado de Wad-Ras ha perjudicado notablemente á España y á Marruecos, y que tras de tantas desgracias militares como hemos tenido en el Riff, lo que allí hemos hecho, evidentemente compromete más, ¡Dios quiera que no sea más que comprometer! nuestro prestigio militar en aquella región. He dicho. (*El Sr. Silvela, D. Francisco: Pido la palabra.*)

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Empezaré, Sres. Diputados, al cumplir el deber de contestar al elocuente discurso del Sr. Cánovas del Castillo, por agradecer á S. S. la deferencia personal que ha tenido conmigo; deferencias personales que no me extrañan en S. S., porque siempre ha acostumbrado á tenerlas conmigo, evidentemente como compensación á la buena y antigua amistad que nos ha unido y al respeto y consideración que yo he tenido siempre para S. S.

Cumplido este deber de cortesía, voy á entrar á contestar á S. S. en la parte del discurso que á mí me corresponde, que casi pudiera decir que es todo el discurso; pero voy á hacerlo lo más breve y concisamente que me sea posible, por si acaso tuviera que repetir algún concepto de los que ya he emitido.

Empezaba S. S. por extrañarle que los términos de la proposición que ha presentado hubieran causado extrañeza en el público, y yo debo decirle que es muy rara la de S. S., porque, en efecto, los términos de su proposición son de lo más duro que se puede ver en Parlamento alguno.

Porque, señores, para demostrar que el Gobierno ó que el Ministro de la Guerra ha faltado á una ley ó un tratado; para demostrar que se han llevado mal unas negociaciones, ó para demostrar la incompetencia del Ministro de la Guerra; para demostrar todo eso y hacer primorosamente la historia de la plaza de Melilla, no era necesario decir aquí en el

Congreso, y ante el país, que el prestigio militar de España ha quedado allí destruido, ó por lo menos muy rebajado, porque al fin y al cabo, el ejército no es del Gobierno, es de la Patria. (*El Sr. Cánovas del Castillo: ¿Qué tiene que ver eso?*)

Pues, cuando el ejército pierde su prestigio en el Riff ó en Marruecos, ¿dónde lo va á encontrar, si aquí, en el Congreso, se viene á decir una frase que, después de todo, está demostrado que es de todo punto inexacta é injusta?

En seguida el Sr. Cánovas del Castillo, para entrar en el tema de su discurso, decía «que en esto hay dos puntos importantes: el Ministro de la Guerra piensa que en la guerra de 1860 hubo una guerra grande y una paz chica.»

Yo en aquel momento interrumpí á S. S., porque ni entonces ni nunca he pensado que aquella fuera una paz chica. Me hice cargo de esa frase, como me tendré que hacer eco de otras por las necesidades del debate, para indicar cómo no se deben juzgar por las pasiones del momento los altos intereses de la Patria.

Entonces, después de tan hermosa paz, se escribieron esas palabras; entonces se juzgó al general O'Donnell, no como lo ha juzgado hoy S. S., sino de una manera bien distinta. Yo no dije esa frase, no la pensé entonces, no la he pensado después, ni la pienso ahora; y si la traje al debate, fué como una necesidad de la discusión.

Después el Sr. Cánovas del Castillo entró á juzgar la conducta del Ministro de la Guerra, atribuyéndole desconocimiento de sus deberes. ¿Por qué, Sres. Diputados? Porque el Ministro de la Guerra, no generosamente, sino cumpliendo con su deber ineludible, dijo aquí ante la Cámara que hasta el día 2 de Octubre asumía toda la responsabilidad de lo que en Melilla había pasado.

Lo dije entonces y lo sostengo hoy, después de haber escuchado el elocuente discurso del Sr. Cánovas del Castillo, con toda la autoridad, que yo reconozco en S. S. Yo hasta el día 2 de Octubre no tuve que examinar ninguna cuestión internacional; yo no tuve por qué acordarme del tratado de Wad-Ras; yo no tuve más que pensar, ante proposiciones que habían venido de las Juntas técnicas de la plaza de Melilla, en la construcción de un fuerte; yo no tuve más que hacer que prepararme para la construcción de un fuerte dentro de nuestro territorio, dentro de nuestros límites, con un perfecto y absoluto derecho, que teníamos consignado hasta en ese mismo tratado de Wad-Ras. ¡Pues no faltaba más, Sres. Diputados, sino que para mover un pie dentro del territorio español, cuando se gritaba en el Riff contra nosotros, hubiéramos de decir: que vaya el Ministro de Estado á Tafílete, ó donde esté el Sultán, á preguntarle si podemos movernos dentro de nuestro territorio! (*Muy bien.*)

Después de ocurridos los hechos, después que han pasado los acontecimientos, cuando se los juzga y se viene á combatirlos en este sitio, es muy fácil deducir de ciertos documentos, motivos de temores y sobresaltos que parece que se desprenden de comunicaciones, en las cuales, quizá por torpeza de entendimiento, pero no por desconocimiento de mi deber, no encontré jamás, no ya la seguridad, ni siquiera el temor de que los rifeños llegaran á la agresión del día 2 de Octubre.

Es más: tengo el convencimiento de que el pro-

pio general Margallo tampoco tuvo ese temor, puesto que con las fuerzas escasas que tenía, que eran las fuerzas en tiempo de paz, el día 1.º de Octubre, cuando hablaba del rompimiento, decía: si hay agresión (y él dudaba que la hubiese), estoy para ella preparado. Nunca, jamás me indicó á mí el general Margallo que necesitara más refuerzos que los que había pedido, que se reducían á cubrir unas cuantas bajas que había en aquella guarnición. Por consiguiente, no es extraño que yo, sin tener desconocimiento de mis deberes, no diera entonces á aquellas manifestaciones bastante importancia para entablar nada menos que una negociación diplomática, con objeto de que pudiéramos, dentro de nuestro territorio, abrir una carretera é ir á un sitio que, por nuestro perfecto derecho, podíamos ocupar cuando quisiéramos.

Ha hecho S. S. en esta tarde una defensa elocuente, la décima ó undécima de las que aquí he oído del digno general Margallo, á quien S. S. no conocía ni había tratado. Yo creo que aquí no se ha dicho nada en contra de ese digno general, malgrado para la Patria, para que tanto se hable de los inmensos servicios prestados por él, á quien nadie ha venido aquí á molestar y cuya memoria nadie ha ofendido.

Después de todo, estos debates pasarán, y el sereno y frío estudio de la historia hará justicia, y justicia severa, á quien deba aplicársele. No es este el momento, en medio de estas pasiones, de venir aquí, ni á ensalzar demasiado á unos, ni á deprimir tampoco en sentido alguno á otros.

Pero el Ministro de la Guerra, que desconoció sus deberes hasta el día 2 de Octubre, todavía fué causa de aquellos fracasos del 27 y 28 de Octubre, porque ordenó que las tropas salieran de los fuertes sin dar importancia á la agresión de que pudieran ser objeto.

Sobre estos hechos hemos discutido mucho; las órdenes ahí están, y decían solamente que las tropas no salieran de los fuertes más allá del radio defensivo interior de esos fuertes, y se añadía que, en caso de agresión, se defendieran con la artillería; no se suponía que aquélla pudiera sobrevenir; la agresión vino por causas que aquí se han dicho ya, y que no quiero repetir por no cansar la atención de los señores Diputados.

Pero ¡ah, señores! ahora viene la justificación del último párrafo de la proposición del Sr. Cánovas del Castillo, pues si no es ahora, no sé cuando será; porque desde que llegó el Sr. Martínez Campos, todo es gloria, todos son plácemes, todo es alteza de miras; hasta entonces hay la inmensa responsabilidad, que caía de lleno y con inmensa pesadumbre sobre el Ministro de la Guerra y sobre el Gobierno. (*Muy bien.*)

El Sr. Cánovas del Castillo, desde la inmensa altura de jefe de un partido gubernamental; el señor Cánovas del Castillo, con tantas facultades oratorias, con tantos conocimientos históricos como nos ha demostrado aquí esta tarde; con todos esos recursos, no ha encontrado palabras para atenuar ¿el qué, señores Diputados? aseveraciones que podían ofender la dignidad del ejército, y que no había ninguna razón oficial para traerlas á este sitio por persona tan elevada.

Que se cubrieron aspilleras. No conozco este detalle. (*El Sr. Cánovas del Castillo: No habrá leído S. S. el parte del general Ortega.*) Pues si eso ha puesto

el general Ortega en su telegrama, suya es la responsabilidad... (*Rumores en la minoría conservadora.*) Señores, no quiero rehuir responsabilidad alguna; no parece sino que he venido en las tardes anteriores á echar sobre nadie responsabilidades de ningún género.

Pero qué, Sres. Diputados, ¿es serio, es levantado, es formal que, porque haya habido en un fuerte algún soldado, algún subalterno que lo hubiera hecho, se haga responsable de eso á un ejército entero? (*Muy bien, muy bien.—El Sr. Cánovas del Castillo: Nadie ha dicho eso jamás.*) Lo ha dicho S. S.; y si S. S. no lo ha dicho, lo agradezco y sigo adelante. (*El Sr. Cánovas del Castillo: No necesitaba repetirlo; sabe todo el mundo que no he dicho eso.*) Señor Cánovas, no lo sabrá todo el mundo, cuando yo había creído percibirlo, y es posible que alguien más se haya equivocado como yo. (*Varios Sres. Diputados de la mayoría: Todos, todos.—El Sr. Cánovas del Castillo: Pues si lo ha percibido S. S., ha oído mal.*)

Hay más, á no ser que también me haya yo equivocado y que sea otra ilusión de mi fantasía, en eso de los ataques que aquí se han formulado, y no me refiero á los que se me han dirigido personalmente, que esos no me importan, sino á los que se han dirigido al ejército, cuya defensa y cuya responsabilidad asumo por completo y en absoluto. Páreceme que se ha dicho, ó al menos he creído oírlo, aparte de lo de las aspilleras, que los jefes y oficiales del ejército ocultaban sus insignias, que se las arrancaban. (*El Sr. Cánovas del Castillo: No he dicho arrancar.—Varios Sres. Diputados de la mayoría: Silo ha dicho S. S.—El Sr. Cánovas del Castillo: No lo he dicho.*) ¿Sabéis qué es eso de ocultar las insignias, que á mí me parece aún peor que arrancárselas, porque yo, antes de ocultarlas, las arrancaría? Pues es, sencillamente que algunos cuerpos de la guarnición de Melilla pidieron permiso para llevar en las tareas de los convoyes los trajes de faena, que son de color gris, y en los que los jefes y oficiales llevan las insignias para ser reconocidos, y por eso su prestigio no puede padecer ni ante el soldado ni ante nadie, y mucho menos ante el Congreso español.

Espero que el Sr. Cánovas se entere de dónde tienen las insignias los jefes y oficiales en los trajes de faena.

¿Es que en esos argumentos, en esas exageraciones, por no llamarlas inexactitudes, se funda el desprestigio que se dice ha dejado nuestro ejército en Melilla? ¡Ah, Sres. Diputados! No parece sino que los ejércitos en todas partes, ahora y siempre, cuando se reúnen y preparan para la guerra y se presentan en un campo de batalla posible, por su organización, por su disciplina, por su mando, por su subordinación, por sus virtudes, con presentarse sólo no pueden ganar prestigios, y esto es lo que ha sucedido al ejército de Africa, ansioso por combatir, deseoso de la victoria, obligado por la diplomacia y por las necesidades de la paz, de que S. S. tanto ha hablado aquí, á no hacer la guerra, y si esa paz no hubiera venido por las negociaciones con el Imperio de Marruecos, porque éste se hubiera declarado impotente ante el Riff, ese ejército hubiera combatido, que para eso estaba allí con su historia, con su prestigio, con el honor de sus banderas.

No hablaría yo de los servicios y de los méritos que ha adquirido el digno general Martínez Campos

al frente de aquellas tropas, porque á los elogios de S. S. uno y los míos, apartando toda solidaridad que pudiera haber en la triste censura de la proposición presentada por S. S.; no diría una sola palabra, para que no se exageraran demasiado los conceptos, y alguien pudiera creer que por elogiar yo se encontraba obligado á censurar, como ya se ha censurado aquí; pero tengo que contestar á un cargo que es preciso desvanecer, no sólo por lo que afecta al general Martínez Campos, sino á otros dignos generales.

El antecesor del general Martínez Campos, el digno general Macías, estuvo en Melilla cumpliendo órdenes del Ministro de la Guerra, acumulando medios, estableciendo campos atrincherados; y de tal modo cumplió su misión, que lo primero que hizo el general Martínez Campos cuando llegó á Melilla é inspeccionó aquel ejército, fué dirigirme un telegrama en el que no hacía más que elogios de lo que allí se había hecho bajo el mando del general Macías. Por consiguiente, aquel ejército, en todo el tiempo que le mandó el general Macías, tenía todas las condiciones de subordinación, de virtudes militares, de dignidad, de amor á la bandera, que tuvo más tarde cuando personalidad de tan elevado prestigio en la milicia tomó el mando. Así, pues, seamos justos con todos, no traigamos al debate pasiones de ningún género, y tengamos en cuenta que hay generales del ejército que nada tienen que ver con la política, á los que es preciso poner bajo la salvaguardia de la justicia.

No quiero, Sres. Diputados, que aparezca como algo de elogio de mí mismo el decir que, después de todo, yo llevé el nombre del general Martínez Campos al Consejo de Ministros para el mando del ejército, y me parece que estuve acertado; pero he de decir algunas palabras sobre lo ocurrido entonces, porque en días anteriores al de hoy he oído un cargo para el general Martínez Campos que yo quiero desvanecer.

El general Martínez Campos, cuando vino desde Barcelona á Madrid, no vino por su propia voluntad.

No tuvo por conveniente tomar el tren en Barcelona y sí en Moncada, porque no hubiera en Barcelona, como sucede cuando salen autoridades superiores, motivos de crítica ni de alabanza, ni aglomeración de gente; pero vino precisamente de acuerdo en absoluto con el Ministro de la Guerra. Quede, pues, la verdad en su lugar.

Yo no quisiera tratar la cuestión internacional, porque estoy al lado de mi digno compañero el señor Ministro de Estado, que habrá de hacerse cargo de ella; pero algo he de decir yo. Porque el Sr. Cánovas, para acumular sobre mí todos los cargos que tenía pensados y documentados, ha traído aquí un documento, que ha leído para poner frente á frente una y otra política, en el cual consta una contestación dada por un Ministro de Estado á comunicaciones que le fueron dirigidas por el Ministro de la Guerra anunciándole novedades en el campo marroquí. No tengo nada que decir en contra de ese documento, ni he de exponer ningún juicio desfavorable respecto de la conducta de mis dignos antecesores, de quienes creo que han sido todos superiores á mí; pero ese documento, en último resultado, corresponde á circunstancias distintas de estas de que ahora se trata; porque en aquel tiempo demarcaban los límites Comisiones mixtas de marroquíes y de españoles, y

cuando entonces se notaba alguna novedad en el campo, claro es que aquella cuestión era puramente internacional, y de ella estuvo obligado á dar cuenta, como lo hizo, en cumplimiento de su deber, el Ministro de la Guerra al Ministro de Estado.

Pero yo no me he encontrado con nada de esto; y ya he expuesto cómo he entendido los deberes que me imponía mi misión; y porque asumo toda la responsabilidad de mi gestión exclusiva en los hechos que he considerado correspondientes al cargo que desempeño por la confianza de S. M. la Reina y por la voluntad de mi partido; y á pesar de la elocuencia, del ingenio y de la ilustración y experiencia del señor Cánovas del Castillo, no me arrepiento de lo hecho, aunque acepto la lección por venir de S. S., y la tendré presente en tiempo oportuno.

Voy á terminar, Sres. Diputados, porque ya me queda poco que decir; pero indiqué al empezar esta peroración, que no discurso, que la guerra de 1860, en la que fué en mí concepto tan grande la paz como las operaciones de campaña, fué censurada y combatida; no diré más que la actual, porque esto ahora aún no puede apreciarse, por estar los hechos muy recientes, y la discusión muy viva aún, aumenta y exagera quizás más de lo debido estas cuestiones; pero, en fin, el hecho es, que aquella guerra fué muy combatida, y debo decir al Congreso, porque muchos de vosotros no podéis recordarlo, y yo sí lo recuerdo pues tuve la honra de estar en aquella campaña, y luego vine á esta Cámara, que ya entonces era Diputado de la Nación, y esto prueba lo viejo que voy siendo; yo he de decir al Congreso que en aquella ocasión, aparte de las discusiones de los periódicos, hubo en el Parlamento quien censuró duramente aquella paz, y hubo quien pidió, no sólo que nos hubiéramos quedado en Tetuán, no sólo esto, que era un absurdo, como el Sr. Cánovas del Castillo ha dicho hoy muy bien, sino que hasta hubo en España, y sigue habiéndolas, opiniones manifestadas en discursos y en libros, respecto al alcance que debía tener entonces nuestro porvenir en Africa, aparte de la influencia que allí debemos tener por las razones que elocuentemente expresaba el Sr. Salmerón; había quien afirmaba que nuestras fronteras estaban en el Atlas. (*El Sr. Cánovas del Castillo pronuncia palabras que no se oyen.*) No digo yo que S. S. creyese semejante cosa. (*El Sr. Cánovas del Castillo: Hace cuarenta años.*)

Ya sé que S. S. en el año 1860 no fué de los que combatieron la paz; pero es que la cuestión vino al Congreso bajo la forma de una proposición que declaraba beneméritos de la Patria al digno jefe de aquel ejército, Duque de Tetuán, y al ejército que mandaba; y con motivo de aquella proposición, aquí se discutió y se combatió rudamente todo lo que se hizo en Africa, y se emplearon, poco más ó poco menos, los mismos argumentos de ahora.

Y aquí tengo, Sres. Diputados, y las voy á leer porque son pocas y porque coinciden con la opinión del Sr. Cánovas del Castillo, respecto á una guerra posible en Africa, opinión de que yo participo, las palabras que el general O'Donnell pronunció contestando á D. Nicolás María Rivero. El general O'Donnell, desde este sitio, y después de manifestar la importancia que tiene una guerra fuera de España, contestaba al Sr. Rivero, que por cierto trató al general O'Donnell muy duramente, lo siguiente:

«Pues qué, Sres. Diputados, los que viajáis y habéis ido frecuentemente al extranjero, ¿no habéis oído cómo se nos trataba hace pocos años, cómo se pensaba de nosotros? La Europa ha visto con asombro á la Nación que creía postrada, preparar y mandar en tres meses 50.000 hombres al ejército de Africa, proveerlos de todos los recursos necesarios y llevar allí nuestras banderas donde se estrelló todo el poder de Carlos V y Carlos III.»

Y más adelante decía:

«¿Cuándo han sido justos los partidos con el hombre que hace una cosa, por grande y ventajosa que sea para su Patria, si no está afiliado á ellos?

«Triste es, señores, que de la paz y de la guerra se haya juzgado con más imparcialidad fuera de España que en España... ¿Por qué? Porque allí no hay pequeñas pasiones, se miran los hechos como son; porque allí no se mira si quien mandaba el ejército era el general O'Donnell; y al decir esto, no me refiero á la Nación, no, sino á los partidos.»

Aquí no diría yo el general O'Donnell, ni ningún general, porque no se trata de ningún general; sino que diría, el Gobierno.

Y por último:

«La guerra de Africa no se parece á ninguna guerra europea. Cuando se ha ido Africa, cuando se ve la clase de enemigos con quienes se combate, cuando se conoce el país prácticamente, se comprende la suerte del Rey D. Sebastián.

»Esa es la suerte de todo ejército europeo que se interne tres leguas en Africa, y que sea vencido, aunque veinte veces antes haya sido vencedor.»

Así contestaba el general O'Donnell á su adversario.

Esta cita no la he traído al debate más que para manifestar ante el país que en estos juicios que se emiten *à posteriori* de una campaña más ó menos importante ó de negociaciones diplomáticas, se olvidan los que los emiten de los momentos difíciles, de las responsabilidades ministeriales, de las exigencias más ó menos acertadas de la opinión pública, de lo que el Gobierno hacía; de todo esto se olvidan, cuando lo que es necesario decir es que en Africa lo que ha habido ha sido una paz hermosa; hermosa y elogiada, porque la ha llevado á cabo el insigne general Martínez Campos. El Gobierno en eso no ha hecho nada, absolutamente nada; y fuera de esto, para el Gobierno no hay más que responsabilidades; responsabilidades para todos los Ministros, pero principalmente para el de la Guerra. Pues bien; yo, señores Diputados, no tengo que decir á la Nación representada en este Congreso, más que una cosa: yo, en descargo de esos ataques, no directamente á mi persona, que no la creo tan importante para combatirla tanto, he dicho en días pasados cuanto he creído que debía decir, y quiero terminar hoy repitiendo la frase de un gran patricio: *Juro que he cumplido con mi deber.*

El Sr. PRESIDENTE: ¿En qué concepto había pedido la palabra el Sr. Silvela?

El Sr. CANOVAS DEL CASTILLO: Yo la he pedido para rectificar, Sr. Presidente.

El Sr. PRESIDENTE: No había oído á S. S. pedir la palabra hasta este momento, y se la iba á dar al Sr. Silvela, que ya la tenía pedida; pero puede rectificar S. S.

El Sr. CANOVAS DEL CASTILLO: Deseo, señor Presidente, hacer ahora alguna brevísima rectificación al discurso del Sr. Ministro de la Guerra, reservando para luego algunas otras rectificaciones, que me parezcan interesantes.

Insiste el Sr. Ministro de la Guerra en que al coronar su discurso con aquella frase de que en 1860 había habido una guerra grande y una paz chica, no lo había dicho como juicio suyo, como opinión propia, sino repitiendo la de otras personas. Bien puede esto ser; pero entonces ¿para qué la comparación que inmediatamente hizo S. S., al decir que lo de ahora había sido una guerra chica y una paz grande? Esta contradicción, ¿no se establecía para menoscabar la paz anterior? ¿Qué otro sentido podía tener? Al poner juntas la paz chica y la paz grande, la guerra grande y la guerra chica, no podía esta comparación tener otro objeto que menoscabar la primera en provecho de la segunda.

Voy á otra cosa, que constituye uno de los dos grandes errores fundamentales que he citado antes, y creo que he demostrado, de parte del Sr. Ministro de la Guerra. Ante todo, yo no he dicho ni tengo que decir una palabra respecto á los deberes del general López Domínguez, que sin duda sabe cumplir muy bien los que le conciernen, y los ha cumplido siempre. Yo no he acusado á S. S. sino de incompetencia: esta es la cuestión; y le he acusado por haber creído que en un asunto de fronteras la resolución le tocaba á él y no al Ministro de Estado, único competente, á mi juicio. ¿Qué tiene esto que ver con que S. S., en aquello que le incumbe de verdad, cumpla perfectamente sus deberes? No lo he puesto en duda nunca; y si la cuestión hubiera sido militar, y sólo militar, como se figura S. S., yo creo que en alguna parte se ha equivocado también S. S.; pero nunca hubiera dicho que no había cumplido su deber.

Quede, pues, sentado que lo que yo he negado á S. S. es la competencia; y se la he negado, porque si no fuera así, ¿qué explicación daría S. S. á los artículos 6.º y 7.º del tratado de Wad-Ras? A lo que el Emperador de Marruecos se comprometió allí, fué á mantener la paz entre sus súbditos y los de España; á esto estaba comprometido. Este compromiso, de naturaleza extraordinaria, lo reconozco, se había impuesto mediante la guerra; porque si no hubiera sido mediante la guerra, como consecuencia de la guerra y una imposición de la paz, ¿qué poder soberano hubiera tomado sobre sí la obligación de mantener la paz en un territorio extranjero? Esta no fué una obligación ordinaria de las que se contraen entre las Naciones independientes; esta fué una obligación especial, impuesta por la fuerza de las armas; y al Emperador le incumbe mantener la paz entre los riffiños y nuestras guarniciones de Africa. Y por eso ningún Gobierno se ha desdorado acudiendo al Sultán en las cosas que pasaban dentro de nuestro territorio.

Y al decir ahora el señor general López Domínguez, lleno de nacional orgullo: «(pues no faltaba más sino que hubiéramos de acudir al Sultán para que se hiciera una obra en nuestro territorio!», debía tener en cuenta S. S. que fué una imposición del tratado de Tetuán, con objeto de evitar continuas y sangrientas discordias. ¿Qué le hemos de hacer, si ese es el tratado? Mucha dignidad nacional, mucho orgullo nacional tiene S. S.; pero, ¿por qué se ha de

figurar que tiene más que todos los Ministros, sin excepción, que han obrado de esa manera? Pues, cuando la demarcación de Melilla y el conflicto surgido para ponerla en ejercicio, el Sr. Marqués de la Habana, Ministro de la Guerra con el Sr. Marqués de Miraflores, ¿no consintió en que fuera nada menos que una Embajada á Marruecos, desempeñada por el actual Sr. Conde de Benomar, para exigirle al Sultán que llevara á su término el tratado y nos pusiera en posesión de nuestro propio territorio, que nos correspondía por la paz? ¿Es que el Marqués de la Habana y el Marqués de Miraflores olvidaban la dignidad nacional? ¿Es que, al consignar esto el general O'Donnell en bien de su Patria, olvidaba también la dignidad nacional?

Aquí no hay más sino lo que he dicho antes; el general López Domínguez, á mi juicio, ha padecido una equivocación (quizá sea yo el equivocado), y pongo por juez de S. S. y mío á la Nación, y apelo al porvenir. ¡Desgraciados de nosotros si en el porvenir se continúa obrando con este orgullo nacional de S. S. y no se vuelve á las tradiciones! ¡Desgraciados de nosotros, porque los conflictos se repetirán, y cada vez tendremos que enviar allí 25.000 hombres y hacer gastos, y nos pasará lo que ahora! ¿Por qué, pues, no se ha de seguir la conducta de todos los Ministros de la Guerra y de todos los Ministros de Estado que se ha seguido hasta aquí? En el caso de 1871, cuyos datos tengo aquí completos, siendo Presidente del Consejo de Ministros, como ahora, el Sr. Sagasta, y en que se trataba de llevar á cabo en nuestro territorio la desviación del Río Oro, oponíanse los marroquíes, porque se oponen á toda novedad, á toda modificación, cualquiera que ella sea, creyó también aquel Gobierno que debía acudir al Sultán antes de que se rompieran las hostilidades; y para que no se rompieran, el Sultán envió allí un Príncipe con tropas, más autorizado que Muley-Araafa, porque llevaba bastantes soldados, y en lugar de tener que hacer los gastos que ahora se han hecho, se resolvió completamente á nuestro gusto la cuestión.

Esto, pareceme que comprenderá todo el mundo que no es un capricho personal mío, que no es un interés personal mío, que nada absolutamente me importa, sino que se trata de una cuestión muy grave para la política y para el país, que tengo la obligación de plantearla y de demostrar cuál es la política que se ha seguido, y de procurar por este medio, no dar lecciones á nadie, sino llamar la atención de todos sobre esto para los casos que en adelante puedan ocurrir. ¿Es que no cumplo así, señores Diputados, una obligación respetabilísima?

Y vamos ahora á una cosa, que apasiona al señor general López Domínguez, que apasionaré no imitar su pasión; sin embargo, puede que S. S. la experimente por causa mía.

¿Hay algún militar ó no, átrévome á decirlo, hay algún militar ó no que haya manifestado mayor respeto al ejército, á las clases militares, y sobre todo á la historia militar de España, que el que tiene la honra de dirigiros en este instante la palabra? He dedicado una buena parte de mi vida al estudio de esa historia, á esclarecerla, para glorificarla más y más poniendo de realce ciertos hechos, y ahora mismo constituye mi principal ocupación. ¿Cómo he de venir yo á rebajar el honor de las armas españolas? Pero ¿qué tiene que ver el honor de las armas espa-

ñolas en general con que se le mande á un ejército que se esté quieto cuando no debe estarlo, y con que ese ejército, contra su voluntad, no pueda entrar en operaciones? ¿Qué tiene que ver nada de esto con lo que el señor general López Domínguez ha dicho? Por otra parte, ¿qué tiene que ver el que algunos militares se hayan equivocado, hayan faltado, hayan experimentado en ciertos momentos debilidades, con la totalidad del ejército español? Pues qué, ¿no ha habido en todos los ejércitos, no ha habido en la historia de todas las guerras, no ha tenido el ejército español momentos también de flaqueza? ¿Quién va á negar esto? El negarlo, ¿no es engañar al ejército? Y engañándolo, ¿es acaso como se leenaltece? Por el contrario, lo que el ejército necesita es, que, cuando estas cosas acontecen, se estudien, se remedien, y, lo diré de una vez, se castiguen; porque creo, y tengo la convicción de ello, que ha habido motivos para castigar algo de lo que allí ha pasado.

Ha hablado S. S., y me obliga á hacer uso de él, del parte del general Ortega. Si este no es un documento fehaciente, ¿cuál lo va á ser? El señor general López Domínguez no estaba allí; yo tampoco estaba; pero está aquí el parte oficial del general Ortega, que dice lo que yo he indicado, ni más ni menos.

En primer lugar, el general Ortega empieza á dirigirse á S. S. con estas palabras: «Según oportunamente se dió á V. E. conocimiento, el 27 del actual se empezó la acción»; es decir, partiendo de los hechos de que lo que allí se hizo se hacía con conocimiento completo del Sr. Ministro de la Guerra. Y digo más: la acción allí, según el parte del mismo señor general Ortega, no empezó lejos del fuerte, empezó á cortísima distancia, en una trinchera que se estaba concluyendo con el objeto de hacer mayor la defensa del fuerte.

Según mis informes, que tengo por completamente verídicos, por la persona de quien proceden, el conflicto ocurrió á 80 ó 90 metros del foso de Cabrerizas Altas. ¿Cómo había de depender este conflicto de que se adelantaran ó no se adelantaran las tropas y de que se excedieran ó no de sus atribuciones? Este conflicto tuvo lugar al lado de Cabrerizas Altas, donde hubo un tiroteo muy empeñado; no empezó en el fuerte A ó B, tuvo lugar delante de Cabrerizas Altas, exclusivamente allí, y sobre la trinchera.

Pero oigamos sobre esto las propias palabras del general Ortega.

«En Cabrerizas Altas, las posiciones dominantes, fuertes y muy próximas del enemigo le permitieron establecerse de un modo sólido y en gran número, dirigiendo contra los nuestros un fuego nutridísimo, que batiendo completamente todas las inmediaciones del fuerte, hacía sumamente difícil el regreso al mismo.»

Estaban dominados y estaban tan cerca, que los que se hallaban en las trincheras no se atrevían á volverse al fuerte, porque la puerta de éste estaba totalmente barrida por los fuegos del enemigo.

«Esta circunstancia (la de que el fuego de los moros barría la puerta del fuerte) fué causa de que, siendo tan penosa la retirada, se siguiera combatiendo desde las trincheras hasta anochecido.»

Es decir, contra las órdenes del general Margallo, que aquí lo dice el propio general Ortega: «por no atreverse la guarnición de las trincheras á volver al fuerte, se quedó allí hasta que anocheció:» sin duda

confiando en que con las sombras de las noche sería más fácil la retirada.

«Acudí al sitio de la ocurrencia, en vista de las noticias que recibiera cuando empezó el fuego, y para sostener las sorprendidas fuerzas del regimiento de Borbón, que tuvo que cambiar los útiles por las armas para defenderse, llamé en su apoyo al segundo batallón del de Extremadura, que estaba prevenido de antemano en previsión de cualquier intento por parte de los moros. Otra compañía de Borbón, destacada en Cabrerizas Bajas, recibió encargo de apoyar las anteriores fuerzas.

»Avanzada la tarde, traté de replegar con tiempo al fuerte las tropas empeñadas, sin poderlo conseguir por completo, á pesar de la orden del general Margallo de que lo efectuasen antes de caer el día.»

Todo esto, porque los moros dominaban las trincheras, y los que las defendían no se atrevían á volver al fuerte.

«La acción continuaba, y al anoecer se presentó el expresado general con su cuartel general y la sección de caballería, viéndose precisado á refugiarse precipitadamente dentro del fuerte, pues ya en aquellos momentos, establecidos los moros en las posiciones y trincheras que abandonaban los nuestros, era imposible permanecer fuera del fuerte. Detrás del general Margallo entraron precipitadamente las últimas fuerzas que aún no se habían replegado, y cuyas posiciones fueron ocupadas seguidamente por el enemigo, según lo verifica siempre.»

Y voy al último párrafo:

«Resultado de esta estructura de las trincheras...» Debo decir que las trincheras se componían de una simple pared de piedra y tierra seca; y cuando nuestros soldados se retiraron al fuerte, las ocuparon los moros, y detrás de aquella pared hacían un fuego que era absolutamente imposible resistir.

«Resultado de esta estructura de las trincheras fué que el fuerte de Cabrerizas Altas quedó completamente cercado de tiradores moros, que durante toda la noche le estuvieron dirigiendo un nutridísimo fuego, y por lo certero de los disparos, dada la corta distancia á que se hallaba para hacer fuego de cañón contra ellos, á la mañana siguiente *hubo que cerrar y proteger convenientemente las cañoneras con gergones y hojas de puertas.*»

¿Cómo se ha de suponer que esto no sea verdad? Y después de ello, ¿se podrá sostener que esto sea en desprestigio del ejército? Yo no quiero acusar á nadie; pero tengo un presentimiento, que se me ha de permitir manifestar, siquiera porque no es la primera vez que me ocupo en hechos militares.

Yo tengo el presentimiento de que allí no todo el mundo cumplió con su deber. ¿Se ha averiguado, se ha investigado como se debiera, sin ningún género de contemplaciones, si todo el mundo cumplió con su deber? Esto es lo que en todo caso sería menester demostrar.

Después de esto, el Sr. Ministro de la Guerra nos ha hablado de los servicios prestados por aquella guerrilla de presidiarios. Yo sé que recursos parecidos á ese se han empleado en las guerras con los moros, no sólo en Africa, sino en Filipinas y en otras partes; pero estos actos no se han presentado como el modelo de lo heroico, y como si de alguna manera quisiera hacerse ver que nuestros soldados necesitaban de ellos para defenderse. Por esto al llegar allí

el señor general Martínez Campos, con su prestigio militar, disolvió aquella guerrilla de presidiarios.

Y vamos, por último, á la cuestión de las insignias.

Yo eso no lo he visto, porque no he estado allí; pero aquí hay personas que lo han visto, y que me lo han manifestado á mí particularmente; y lo han visto también muchísimos redactores de periódicos, que lo han dicho así. Supongamos, sin embargo, que sólo usaran el traje de faena, no sólo los soldados, sino también los oficiales. ¿Pero es que en la columna que asaltó el puente de Luchana iban también con traje de faena los oficiales y soldados que la componían? ¿Es que los soldados y oficiales de Castillejos iban también con traje de faena? ¿Es que el traje de faena se ha usado nunca, cuando ha habido que luchar contra el enemigo franca y abiertamente, haciendo flotar sobre las cabezas de los soldados la bandera de la Patria? (*Muy bien, muy bien.*)

Es inútil empeñarse en negar que ha habido allí momentos poco felices, de esos que en ninguna guerra deja de haberlos; pero ¿es que lo que ahora se ha obtenido allí puede pasar como una compensación ni como una indemnización que equivalga á la pérdida del prestigio que anteriormente allí teníamos?

Yo dije antes con entera convicción, y por mi cuenta, que si el señor general Martínez Campos hubiera llegado allí veinte días antes, él habría buscado acémilas, que era lo que más principalmente hacía falta para emprender un movimiento contra el enemigo, y las hubiera encontrado en cualquier parte, allí ó aquí, y habría marchado contra el enemigo, le hubiera derrotado y hubiera deshecho los efectos de la desgracia de Cabrerizas Altas por medio de un castigo inferido á los moros; y entonces los sucesos del 27 y 28 de Octubre no hubieran tenido ninguna importancia.

Pero no es eso; es que se esperó á que viniera el hermano del Emperador de Marruecos; es que se esperó á que éste se enterara de los deseos que le había manifestado el Gobierno español; es que se esperó á que el Emperador mismo estuviera en escena por medio de su hermano; es que se esperó á que fuera preciso declarar la guerra á Marruecos, cosa que no debía hacerse por ningún motivo; y con mucha razón, porque estas son las cosas de la política y de la historia, con mucha razón entonces, repito, se prescindió de las hostilidades. Jamás, llegadas ya las cosas á este punto, entiendo yo que un general en jefe hubiera hostilizado, porque las hostilidades no hubieran tenido justificación de ninguna especie. No basta decir, como algunos dicen, que podía el general en jefe haber provocado cualquier contienda particular, haberla exagerado y haberla aprovechado para hostilizar, porque eso no es propio de ningún general en jefe ni de una Nación como España.

El momento de las hostilidades había pasado ya, el momento de las hostilidades estaba en el espacio que medió entre la muerte del general Margallo y la llegada del general Martínez Campos, ó mejor dicho, de la llegada de Muley Araafa; en ese período es cuando debió haberse reparado el agravio inferido á España. Esto es lo que he dicho antes y repito ahora.

No pido que S. S. me dé la razón, ni que se arrepienta; acto que, por lo menos hasta la hora de la muerte, es raro; no quiero que S. S. sea un caso de

ese arrepentimiento, ni á mí, aunque me interesa mucho la salud corporal y espiritual de S. S., me importa gran cosa que no se arrepienta; lo único que deseo es que se comprenda claramente lo que he querido decir.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la GUERRA (López Domínguez): Me parece, Sres. Diputados, que lo importante de la rectificación del Sr. Cánovas del Castillo está en haber declarado S. S. abiertamente que ha habido en Melilla, en la época en que me dirigió el general Ortega el parte á que S. S. se ha referido, faltas que merecen castigo. (El Sr. Cánovas del Castillo: Que acaso lo merezcan; que se debe investigar si lo merecen. Yo tengo ese presentimiento.) Ese presentimiento de S. S. yo no sé si también lo he sentido; lo que puedo asegurarle es que, ordenando yo á los generales que allí mandaban que se esclarecieran todos los hechos, no ha llegado á mi noticia caso ninguno de responsabilidad.

Yo no puedo exponer más que esta conducta mía. El Ministro de la Guerra no puede pasar de ahí.

Ha hecho S. S. un hermoso párrafo sobre los soldados españoles en Castillejos y en tantos otros hechos gloriosos en que han luchado sin ponerse traje distinto. Yo uno mi opinión á esa de S. S. Lo que hay es, que esos soldados de Luchana y Castillejos que tanta gloria adquirieron, encontraron delante enemigos á quien combatir frente á frente y á banderas desplegadas, lo cual no ha sucedido en Melilla, donde el enemigo estaba siempre oculto, haciendo fuego desde cañadas y piteras. Por eso mismo, un jefe de cuerpo pidió permiso para usar ese traje de faena, ó quizá lo hiciera con el intento de no destruir el uniforme... (Grandes rumores.) Yo supongo que todos esos rumores nacerán probablemente de personas muy acostumbradas á los campos de batalla, pero á mí no me hacen efecto; he dicho sencillamente mi opinión; ¿os parece muy extraño, muy raro, que un oficial cuando va á la pelea use si puede un traje con el cual, sin que le desconozcan sus subordinados, se ahorre gastar el de uniforme, que es vistoso y caro? ¿Es eso cosa insólita? ¿Os hace prorrumpir en rumores é interrupciones? Pues lo dicho, dicho está; y los que lo hayan presenciado, ya que hay tantos que lo han presenciado, que digan por qué lo han hecho los que estaban allí.

Su señoría ha terminado diciendo que no ha intentado darme lección y que mantenía su opinión delante de mi conducta como Ministro de la Guerra.

Dije á S. S. que sus opiniones hasta como lección las aceptaba, y después de eso, todo ha quedado reducido á que el Sr. Cánovas del Castillo me haya negado competencia para ordenar la construcción de una carretera que deberá unir dentro de nuestro territorio un fuerte con la plaza, carretera que estaba estudiada, replanteada y aprobada, y el Ministro de la Guerra facultado para ordenar esa obra como cualquiera otra en el campo de Melilla. ¿Es que todo esto estaba sujeto á una cuestión internacional? ¿Es eso lo que piensa S. S.? Pues en eso es en lo que no estamos de acuerdo, ni más ni menos.

El Sr. PRESIDENTE: ¿En qué concepto ha pedido la palabra el Sr. Silvela?

El Sr. SILVELA (D. Francisco): Los conservado-

res que nos sentamos en estos bancos no estamos representados con ninguna firma en la proposición que ha apoyado con su elocuentísimo discurso el ilustre jefe del partido liberal conservador; pero como la política se hace con realidades, es lo cierto que si quiera sea, yo en ello confío, corta y transitoria nuestra existencia independiente, lo es en la realidad de la política actual. El jefe del partido liberal conservador, por consideraciones que yo comprendo y profundamente respeto, no ha hecho referencia alguna á nuestro modo de apreciar ni de juzgar la importantísima cuestión de Melilla; y como quiera que en ello han tomado parte representaciones de todos los grupos de esta Cámara, resultamos nosotros silenciosa pero elocuente y terminantemente aludidos por esa preterición.

El Sr. PRESIDENTE: Pues tiene S. S. la palabra.

El Sr. SILVELA (D. Francisco): Agradezco mucho la benevolencia del Sr. Presidente, y solicito igualmente la de la Cámara, con la promesa de que, como acostumbro, la he de molestar por breves momentos. Tengo que recoger algunas indicaciones de los debates pasados; hubiera tratado de buscar algún medio reglamentario para hacerlo en la sesión última, si no hubiera tenido la esperanza cierta y segura de que el debate había de continuarse por la proposición que estamos discutiendo. Sobre esta proposición he de decir muy pocas palabras. Si se llega á la votación, nosotros hemos de votarla, si bien necesitamos dar algunas explicaciones sobre ese voto. El maravilloso análisis de nuestra política internacional en Marruecos, hecho en el elocuentísimo discurso del Sr. Cánovas del Castillo, claro está que no puede menos de tener nuestra adhesión más completa, y el añadir una sola palabra á él, sería, por lo menos, indiscreción é inoportunidad de todo punto notorias.

En cuanto al examen de las responsabilidades militares que hayan podido contraerse en la cuestión de Melilla, nada he de decir yo. Es un derecho indiscutible analizarlas hasta sus últimas consecuencias, hasta sus semínimas; pero yo no puedo ni tengo para qué ocultar esta impresión: así como sentía en otro tiempo en las fibras todas de mis músculos y en la excitación de mi epidermis, y en lo imposible de contener lágrimas en mis ojos, una gran emoción cuando contemplaba desde esas tribunas el magnífico espectáculo de las minorías liberales progresistas capitaneadas por el Sr. Olózaga, uniéndose en nacional consorcio de impresión y de sentimiento con las mayorías á quienes de la manera más ruda y tremenda habían estado combatiendo, de la misma suerte experimento hoy una impresión de dolor y de pena cuando se discuten cuestiones que tienen alguna analogía con aquéllas, teniendo que depurar responsabilidades que á elementos de nuestro ejército, de una ó de otra parte, pueden alcanzar.

Tengo, sin embargo, que asociarme por completo al juicio que sobre la manera de plantear la cuestión de Melilla en su concepto diplomático y en su punto de vista militar, ha expuesto de una manera tan elocuente, tan admirable, el digno jefe del partido liberal conservador. Yo entiendo exactamente como él la ha explicado la política española en Marruecos y los deberes que nos imponía el tratado de Tetuán ó de Wad-Ras, y creo que siendo éste el tablero sobre

el que la cuestión está planteada, y respecto del cual el Sr. Ministro de Estado ha manifestado en el día de ayer una perfecta conformidad en cuanto á lo fundamental y esencial de lo que ha explicado el señor Cánovas del Castillo, la jugada que se practicó y que se planteó, hoy se puede juzgar con más facilidad quizá que cuando se planteó en un principio; hoy ya se puede juzgar por todo el mundo como una jugada evidentemente equivocada y errónea; porque debiendo ser nuestra acción para obtener las reparaciones en Melilla y en cualquier agravio del Riff evidentemente dirigida contra el Imperio de Marruecos, la natural colocación de las fuerzas militares no era ciertamente en Melilla, sino en las costas de nuestro litoral, preparadas para acudir á aquel punto del Imperio donde la acción pudiera ser más eficaz y más enérgica; porque la colocación de esas fuerzas en Melilla, en la medida y número en que se enviaron, equivalía á que en una partida de ajedrez se encerraran la torre, el alfil y los caballos en un sitio donde no pudieran tener acción alguna sobre los peones contrarios, y fuera necesario sacarlos de allí, como hubiera sido necesario sacar las fuerzas de Melilla si el conflicto con el Imperio de Marruecos hubiera tomado otras proporciones.

Este es un error estratégico y de dirección militar y política, del cual no se podrá desprender ese Ministerio. A Melilla no se debieron enviar más fuerzas que las absolutamente necesarias para defender las posiciones adquiridas ó para castigar algún agravio inmediato; pero todas las que en superioridad de ese número se enviaron allí, eran fuerzas perdidas para la acción eficaz de España sobre el Imperio de Marruecos, y esa acción era la que importaba conservar libre, mantener enérgica y expedita para atender á las eventualidades de la negociación diplomática que desde un principio pudo y debió haberse entablado.

El general Martínez Campos, oportunamente llamado para salvar esa dificultad y para corregir ese grande error del Gobierno y del Ministerio, prestó á su país el grandísimo servicio de facilitar que aquella mala jugada se deshiciera: está en la conciencia de todos que su prestigio era una necesidad de primer orden para sacar el ejército de Melilla sin daño de nadie y con gloria.

Vengo, Sres. Diputados, á la discusión en momentos en que tan graves cargos y tan injustas censuras se han dirigido por algunos oradores de esta Cámara al general Martínez Campos. Ya sé yo que el defender algunos de los actos, y al mismo tiempo el mantener la integridad de alguna de esas doctrinas que con esos actos se relacionan, será desde luego tachado y tomado por muchos como interesada adulación á fuerzas políticas de esta ó de la otra importancia, en las que se encierra este ó el otro porvenir. Si yo no estuviera muy decidido y muy resuelto á desdeñar y despreciar esas interpretaciones de mi conducta política, no permanecería en la vida pública; pero tengo una fe completa en que la opinión, no sólo hace justicia, sino que hasta otorga excelsiva benevolencia á los hombres públicos en plazo generalmente no muy largo, y no tengo inconveniente en pasar en el ánimo de muchos, quizás, por esa sospecha, bien seguro de que se hará pronto justicia á la lealtad de mis intenciones, doliéndome, como representante de mi país, como español amante

de las glorias de su Patria, que se censure de esa suerte á un caudillo ilustre que, á poco de sufrir en un atentado infame una tremenda herida, apenas cerrada esa cruenta llaga, acude á Africa á satisfacer una necesidad nacional, donde nada, absolutamente nada, podía hallar, ni buscar, ni esperar para su prestigio y su nombre, como no fueran empeños que pusieran en peligro su adquirida gloria.

Llega allí, y realiza y satisface en medio de aquel ejército una necesidad que por todas partes se sentía y se siente en el país, lo mismo en el ejército de Melilla que en las poblaciones de los campos, y en las multitudes de las ciudades, y que en las descompuestas mayorías de las Cámaras; esa necesidad suprema de la autoridad y de la energía que el país pide, no porque el país esté asustado ni reclame dictaduras militares ni cosa que se le parezca, no; el país no está asustado, y tiene razón en no estarlo; pero el país está asqueado de ver que por culpa quizás de todos, no me separo yo en algo de esa responsabilidad, por culpa de todos se está agrandando de una manera enorme é imposible sus males, llegando á adquirir proporciones verdaderamente peligrosas.

Hace tiempo que no se gobierna aquí, sino que única y exclusivamente se reduce lo que se llama el gobierno, á transigir con todos los que se quejan y á ceder ante todos los que amenazan.

Llevó allí, pues, el general Martínez Campos el sentimiento de la autoridad, fundado, como he dicho antes, no en la dictadura militar ni en la violencia, sino en el respeto inquebrantable á los preceptos de la ley, á las necesidades del orden social, á los fines de aquella institución, de aquella colectividad á cuyo frente se había colocado.

Tengo que defenderle, por los principios de orden fundamental del ejército, de ciertas acusaciones de que se hizo aquí eco el Sr. Salmerón, porque entiendo que en la parte especialmente técnica, por decirlo así, de la jurisdicción militar, no ha sido suficientemente defendido. No hablo en esto en defensa del general Martínez Campos; hablo en defensa del ejército, del orden social, de algo más: de lo que entiendo que es prestigio y principio de autoridad, de la misión del Gobierno, que es la que nos importa mantener íntegra y verdadera ante propios y extraños.

¿Cómo se acusaba al general Martínez Campos de haber cometido una ilegalidad realizando un fusilamiento por un juicio sumarísimo ante el enemigo? Ya se dieron por el Sr. Ministro de Estado, y aun me parece que por el Sr. Ministro de la Guerra, en días anteriores, las explicaciones de los preceptos de la ley; pero entiendo que la discusión no puede admitirse en tal terreno, y que es preciso que sepan los generales españoles del presente y del porvenir, que la Cámara de su país tiene suficiente confianza en ellos, para no discutir su conducta en la manera y forma como se puede discutir un juicio de faltas, y aun análogas responsabilidades de esos mismos generales en cuestiones de orden público dentro de su país y en condiciones normales. En todos los países del mundo, y más especialmente en lucha con un país salvaje, tienen en tiempos de guerra los generales en jefe, facultades tales, que ninguna ley es osada á quitárselas; pero si hubiera alguna inspirada en sentimientos tan absurdos y tan locos como alguna vez han flotado en la desgraciada atmosfera de este país, en medio de la calentura de la revolución

más insensata, esos generales prestarían un servicio á su Patria y al ejército no cumpliéndola.

Cuando se tiene sobre sí la inmensa responsabilidad de la vida de todo un ejército, el honor de todo un país y la salvación de una Patria, frente á frente á unas tribus salvajes é incivilizadas, ¿es posible que un general en jefe no tenga las facultades indispensables para mantener la disciplina, que es la salvaguardia de aquellos soldados, por medio de juicios sumarísimos? Puede eso discutirse en la tranquilidad del Gabinete, como si se tratara de un recurso de casación mantenido bajo el dosel del Tribunal Supremo; pero en país alguno, ni monárquico ni republicano, puede discutirse de esa manera respecto de las facultades de un general en jefe, no ya dentro del mismo país y en una cuestión de orden público, sino en una guerra extranjera ante tribus salvajes.

Yo creía que el Sr. Salmerón, mi digno amigo particular, había aprendido algo más en la ruda batalla de la experiencia política á que hace tiempo está ya sometido. No me sorprendió por completo que los altos vuelos de su concepción científica se encarnaran, cuando por primera vez fué Ministro de Gracia y Justicia, en aquel decreto de que ya me ocupé yo aquí en alguna ocasión, por medio del cual se dirigía al ministerio fiscal de toda la Península para que, ejercitando la acción pública, persiguiera á los rebeldes carlistas y terminara por medio de numerosos procesos la guerra civil. Era perfectamente lógica; estaba ajustada al más estricto derecho aquella teoría; porque como quiera que los rebeldes, aun cuando en número muy considerable, no estaban declarados por nadie beligerantes, los delitos que cometían estaban comprendidos en los artículos del Código, y ellos lo estaban también en el concepto de autores, en el de cómplices ó en el de excitadores á la rebelión, proporcionando recursos, armas, municiones y auxilios á los que estaban sublevados; pero sobre las teorías todas están las condiciones de su posible realización en la práctica.

Ocho rebeldes se pueden sujetar perfectamente al Código penal; ochenta caben todavía dentro de las hojas de un proceso; ocho mil escapan á toda investigación del ministerio fiscal de la Península. Ninguna ley ha dicho dónde acaba el delito y dónde empieza la guerra; pero esto lo crean los hechos, lo impone la realidad; y las leyes tienen que vivir dentro de la realidad, como vivimos todos.

No menos importante es que reivindicemos aquí, para los que mandan en el presente ó mauden en el porvenir fuerzas militares, el derecho que les negaba el Sr. Salmerón de dictar bandos estableciendo penas extraordinarias para delitos que ellos definan. Decía el Sr. Salmerón que esto está prohibido expresamente en la Constitución y en el Código penal, y esta es una interpretación, á mi entender, totalmente equivocada de S. S.; porque si las facultades de los generales en jefe en campaña se redujeran á dictar bandos aplicando las penas del Código á los mismos delitos allí definidos, si no tuvieran más facultades que las que tiene cualquier alcalde para hacer efectivas las ordenanzas municipales, el precepto del Código penal militar de dictar bandos sería el sarcasmo más horrible, el olvido más claro de las necesidades del ejército, de las evidentes exigencias de la vida militar.

A mucho han llegado nuestras locuras en este

punto de legislación militar, cediendo hasta demasiado los militares á las exigencias de nuestros hombres civiles, á las ideas de progresos científicos desenvueltas en los Códigos modernos, y olvidando más quizás de lo que se debiera las que son exigencias especiales de la vida militar; pero no han llegado á tanto como el Sr. Salmerón pretendía, al suponer que el general Martínez Campos había inventado delitos.

No; la facultad de los generales en jefe, reconocida por el Código penal, es la de dictar bandos y definir delitos; y la limitación del Código y de la Constitución se refiere á que no pueden establecer en esos bandos las penas abolidas, como, por ejemplo, el atravesar la lengua, el cortar la mano, el aplicar la pena de horca; eso es lo que no pueden hacer los generales en jefe.

Pero los delitos militares, todo el mundo lo sabe, no lo ignora de seguro el Sr. Salmerón, no hay jurisconsulto que se haya ocupado en el estudio de la justicia criminal militar que no lo diga, son delitos que estos mismos jurisconsultos califican de ficticios. Pues qué, cuando la vida de un ejército depende de la vigilancia de un hombre, ¿no se convierte en el delito más enorme el sueño? Pues qué, cuando el simple robo de una gallina significa y representa la hostilidad á un país que se atraviesa, ¿no se convierte ese robo insignificante en delito gravísimo contra la seguridad del ejército, y no es castigado este delito, en sí tan pequeño, en muchas ocasiones hasta con pena de muerte? Pues algo análogo á eso es lo que hizo el general Martínez Campos. Y con esto, yo no le defiendo á él aquí; defiendo el derecho de todos los generales en jefe á interpretar de esa manera la ley y ejército el derecho de hacer saber al país que el Parlamento español se inspira en otras nociones de gobierno, en la esfera de la realidad, enteramente distintas de las que el Sr. Salmerón profesa, no obstante las rudas experiencias que la práctica de la vida política debiera haberle impuesto, y no obstante también que, rindiendo culto en una parte muy considerable á esas exigencias de la realidad, no se nos presenta S. S. siquiera con la autoridad de aquel que entrega á las exigencias inflexibles de la ley moral la suerte entera de su Patria y de su partido.

Porque esto, por más que no fuera político ni razonable, sería al fin y al cabo grande, y en alguna manera hasta sublime; pero ¿qué hemos de decir de ese respeto exigido en términos tan duros y tan violentos y tan injustos á toda clase de leyes y de reglamentos al general Martínez Campos, en un discurso que termina con la esperanza de una conjunción misteriosa entre el sentido del ejército y el sentido de la Patria, que significa en labios de S. S. la conculcación más escandalosa de todas las leyes de la Nación española?

Tengo también que recoger una indicación del Sr. Salmerón, dirigida al partido conservador, que fué acogida por el Gobierno, manifestando que era mayor la responsabilidad de nuestro partido, por haber ocupado más tiempo el poder, en las deficiencias de nuestro ejército y de nuestra acción militar en Melilla. Ya he dicho que yo no quiero entrar en el análisis de esas deficiencias, con tanto más motivo, cuanto que esa tarea amarga no es necesaria, creyendo yo que la opinión está completamente formada sobre el particular; pero sí debo manifestar, que si deficiencias ha habido, y todos las deploramos

y las lamentamos, porque se trata de algo que está por encima de la vida de todos los partidos, esas deficiencias, menos que á nadie pueden achacarse al partido conservador; porque siempre, pero singularmente en su última época, la página más brillante que puede presentar, en medio de las dificultades de que se encontró rodeado, y con las cuales luchan todos los Gobiernos en España, la constituye la bien ordenada, la maduramente pensada reorganización de nuestras fuerzas militares en el sentido de crear elementos para constituir un cuerpo de ejército, si no muy numeroso, perfectamente equipado y preparado para las eventualidades que pudieran ocurrir en todo momento; ésta, que era obra del ilustre general Azcárraga, fué eficazmente secundada por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, que avaro, como todo el mundo sabe, en lo referente á no aumentar los gastos cuando se trataba de obras públicas, de administración de justicia y de servicios de toda clase, jamás negó ninguna reclamación fundada y autorizada, que tuviera relación con la defensa de la Patria por mar y tierra.

Yo de mí sé decir que muchas veces, en reformas de mi Departamento, vacilé y me detuve ante este pensamiento dominante del Presidente del Consejo de Ministros, quizá en alguna ocasión, á mi juicio, excesivo, sobre la necesidad de la inmediata nivelación de los presupuestos; pero un día que puse en su conocimiento la existencia de un expediente que llevaba sin resolver seis ú ocho años, para establecer un cable en Melilla, á pesar de que aquello implicaba un gasto, no me dijo otra cosa sino que aquello no era necesario discutirlo, sino hacerlo, pues de este modo quedarían unidas nuestras posesiones en Africa al centro nervioso de la Patria por medio de los hilos del telégrafo, que son hoy el lazo sin el cual no puede decirse que una apartada provincia forme parte real y efectiva de la Patria.

Si esa obra del partido conservador y del ilustre general Azcárraga se ha interrumpido, yo lo lamento; y aunque no tengo por qué discutirlo ahora, sí haré constar que de aquellos elementos que entonces se crearon y se procuraron, se han utilizado ahora muchos; y que si por el mismo camino se hubiera seguido, cuando el conflicto hubiera llegado, ni hubiera faltado el armamento, que luego se pidió, ni hubiera faltado el vestuario para la reserva, ni nada de lo más urgente é indispensable para hacer frente al conflicto.

Pero os he dicho que me proponía hablar poco tiempo; y como no quiero faltar á esta explícita y terminante promesa, voy á limitarme, para concluir, á manifestar que de esta importante cuestión y de este prolongado debate sobre los sucesos de Melilla, y de estos hechos que todos hemos contemplado con más ó menos pena, lo que más importa averiguar es, qué orientación debemos seguir para el porvenir, qué lecciones debemos sacar en beneficio, no de un partido ó de otro, sino en beneficio de la Patria, de los intereses sagrados que sobre todos nosotros pesan por igual cuando se trata de nuestras relaciones internacionales.

La impresión primera que de esos sucesos he recogido, y que es verdaderamente grata, es la de la bondad de lo que con oportunísima frase llamaba el Sr. Salmerón la primera materia de nuestro ejército. Ese llamamiento de las reservas, administrativa

y militarmente tan desordenado, yo lo he presenciado de cerca, y he bendecido una vez más este sentido español, este corazón de nuestro pueblo, esa alma pronta al sacrificio, á la obediencia y á la resignación, y, cuando la Patria lo exige, para la lucha.

Sobreponiéndose á todas las deficiencias de la Administración y de sus organismos, allí acudían los reservistas sin ser apenas llamados por nadie, equivocando generalmente las direcciones; los unos venían á Madrid debiendo ir á Barcelona, otros que salían de Aranjuez iban á Cádiz, siendo su destino Getafe; pero resignados volvían á emprender su peregrinación hasta unirse á la bandera que los llamaba. Yo admiraba esta obediencia y esta resignación, y yo confirmaba la que es convicción íntima de mi alma hace tiempo, con la observación del presente y el estudio del pasado: que la primera materia gobernable es en España, sin duda alguna, la mejor del mundo, así como la materia gobernante, desde el Presidente del Consejo hasta el último alcalde, suele ser, por regla general, y comparada con otros países, deficiente y aun pésima.

Después de esta observación, que pudiéramos llamar sociológica más que política, hay otra que principalmente creo yo que debe recogerse como enseñanza de estos sucesos y de estos debates; y esta enseñanza es, que necesitamos, sin espíritu de partido, organizar un ejército más ó menos numeroso, pues yo no puedo hablar de condiciones técnicas sobre materia que no me es suficientemente conocida, pero proporcionado á nuestros recursos y á nuestros medios, que esté pronta, instantáneamente, disponible para acudir á la satisfacción de las necesidades de la Patria.

Porque, Sres. Diputados, la reorganización de los ejércitos europeos con el moderno armamento, y la moderna vida militar, que á toda la Europa por igual alcanza, eso constituye una modificación en la organización militar y en la manera de realizarse la guerra, tan tremenda y tan profunda como pudo ser en su tiempo la realizada por la propia invención de la pólvora y por la creación de los ejércitos permanentes.

El equilibrio inestable en que se encuentra hoy la organización militar europea, quizás no pueda sostenerse por mucho tiempo; pero cuando se rompa, es de todo punto evidente que el estruendo será inmenso, que el choque será tan terrible como breve; y el que en ese momento no pueda presentar su contingente para la batalla; el que en ese instante quiera usar, como se hacía en las antiguas guerras, del crédito, buscando en segundas líneas tiempo para organizar reservas y reconstruir resistencias, ese será lanzado con desprecio; en aquel tremendo día de mercado universal de la fuerza, no se admitirá ya en las guerras próximas sino la paga al contado; y á los que no puedan pagar al contado, como, hoy por hoy, no podemos pagar nosotros, de nada les servirá tener heroísmos ni valores de ninguna clase en reserva. Es, preciso, pues, pensar, sin ninguna preocupación de escuela ó de partido, en la organización inmediata de ese elemento militar, y decirle la verdad al país, y no entretenerle con la ilusión mentida de que podría bastar una prudente neutralidad para excusarle todo linaje de sacrificios, porque, ¡ojalá fuera eso siempre posible!; pero tal como las cosas están preparadas y organizadas en Europa, ¡ah señores! la neu-

tralidad es muy probable que sea la más tremenda, la más aventurada, la más pavorosa de las temeridades. He dicho.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Ministro de Estado.

El Sr. Ministro de **ESTADO** (Moret): Hay, señores Diputados, en las palabras que acaba de pronunciar el Sr. Silvela, una censura dirigida á las operaciones militares en Melilla, que debo recoger por encargo del Sr. Ministro de la Guerra, quien no desea para rectificar este solo aserto tomar parte otra vez en el debate.

La censura que ha hecho el Sr. Silvela en las palabras á que me refiero, y que ha sido ya oída en esta Cámara, consiste en criticar el hecho de haber concentrado el ejército de operaciones en Melilla, donde ni tenía campo para desenvolverse, ni era, á su juicio, ese el sitio en que debía concentrarse para atacar los puntos medios ó extremos á los cuales debiera haberse acudido en caso de una guerra con el Imperio de Marruecos.

No fué este su objeto. La concentración primero de 17.000 hombres, después de 22.000, y probablemente de 25.000 si se hubieran prolongado aquellas circunstancias, fué debida á la previsión de que hubiera habido que ocupar la línea divisoria del Gurugú y del cabo Tres Forcas, en el caso de que los riffeños se hubieran opuesto por las armas á la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach. En la previsión de que esto hubiera sucedido, el general Martínez Campos pidió un aumento de fuerzas en Melilla; y todavía, á más de las pedidas, el Sr. Ministro de la Guerra preparó en el litoral once batallones, dispuestos á embarcarse si hubiera llegado aquel conflicto.

Hecha esta rectificación, comprenderéis, Sres. Diputados, que el debate está agotado; y si me levanto á tomar parte en él por brevísimos momentos, es porque en los asertos del Sr. Cánovas del Castillo hay, cuando menos, dos puntos de vista que el Gobierno tiene el mayor interés en recoger.

El juicio que S. S. ha hecho de la paz, de las condiciones en que queda y de la manera con que el poder español habrá de ejercerse y de ser considerado en el Riff, es punto de tal importancia y de valor tan grande, que he de añadir á las consideraciones del Sr. Ministro de la Guerra algunas otras que creo absolutamente necesarias. Yo desearía someter esas consideraciones especialmente al Sr. Cánovas del Castillo, porque entiendo que cooperan al propósito que aquí tenemos, y que en la tarde de hoy se ha definido completamente.

La historia de Melilla, que el Sr. Cánovas del Castillo ha recordado esta tarde, puede probar á todo el mundo cuán necesario es que el prestigio español sea conocido y sentido por aquellas tribus, de tal suerte, que cualquier acto semejante á los cometidos en tiempos pasados obtenga inmediato castigo y sirva de escarmiento para lo futuro.

Creo que sobre este punto hay un interés vital en que la opinión quede fija y determinada. Tantos y tan sangrientos hechos ocurridos bajo aquellos muros, prueban, señores, que no son fáciles ni sencillas aquellas cuestiones, y nos hubieran hecho en todo tiempo pensar en la manera como se evitaban, si no hubiésemos tenido el tratado de Wad-Ras, en el cual se determina de un modo concreto, definido y claro la manera de afrontar aquellas dificultades.

Cuando en 1891 ocurrió el suceso de Río de Oro, que el Sr. Cánovas ha recordado esta tarde, aquel suceso dió lugar á una negociación que el Sr. Sagasta dirigió, y que dió un resultado completamente satisfactorio. ¿Por qué en el momento actual (esto se desprende de las palabras del Sr. Cánovas del Castillo) el mismo Gobierno, presidido por el mismo Presidente, no ha obrado de igual manera para obtener el mismo resultado, y ha necesitado concentrar un ejército en Melilla? La respuesta está en las circunstancias, y yo la daría con las palabras que en el día de ayer pronuncié en este sitio, al lamentarme de que se venga á juzgar toda la cuestión de Melilla cuando han pasado tantos meses y no se recuerdan los datos y las impresiones que sirvieran para juzgarla.

En ese momento, señores, el Sultán de Marruecos se hallaba fuera del alcance, no ya de la diplomacia, sino de sus propios Ministros, y era opinión general en su país que su ausencia estaba motivada en fines del mayor interés para su Gobierno, de aquellos que comprometían grandemente la paz del Imperio.

Así es que el Gobierno actual se encontraba con los medios diplomáticos á su disposición, pero sin el alcance necesario para que, siendo sentidos por el Emperador, pudieran dar el resultado que el tratado de Wad-Ras se había propuesto.

El Sr. Silvela ha recordado esta tarde, y sería punto esencial é indispensable para este juicio, el estado de la opinión pública en aquella época, estado al cual aludió también el Sr. Salmerón días pasados, y acerca del que será preciso decir, siempre que se trate de la cuestión de Melilla, que hay gran necesidad en este país de conservar la sangre fría para hacer frente á los apasionamientos de momento y á todos los medios de excitación de la opinión, que hacen imposibles las resoluciones tranquilas y los expedientes pacíficos.

Resumen de este debate, en el cual descuelan, por decirlo así, las guías y el faro que pueden en ocasiones semejantes dirigir la opinión pública: que tanto en las palabras del Sr. Salmerón, como en el discurso del Sr. Cánovas del Castillo, como en la conducta de este Gobierno, como en las indicaciones del Sr. Silvela, estará siempre fija en adelante la opinión pública, para ver el medio de conjurar los conflictos, y de no crear esta especie de confusión, este doble punto de vista de querer y no querer la guerra, de querer ejercitar la acción militar y no esperar la acción diplomática.

Y así sabrá la generación en que vivimos que, con arreglo al tratado de Tetuán, tiene el Gobierno la firme é inquebrantable voluntad de que sólo el Sultán de Marruecos sea el que venga en último término á dirimir estas contiendas. De aquí que sean del mayor interés dos consecuencias que yo quería sacar de las palabras del Sr. Cánovas del Castillo, tanto más, cuanto que en algunas de ellas me parece que S. S. no ha estado exacto, y las otras quizás pudieran dar lugar á alguna consecuencia mala para el país, si éste no llegara á comprender perfectamente el sentido de lo que S. S. ha dicho.

Su señoría ha hablado de la paz; ha calificado esa paz de prodigiosa, y no era extraño que empleara esa palabra cuando se atribuye toda entera al general Martínez Campos. Con los medios á su disposición y

con los antecedentes de la guerra, el embajador de España ha conseguido todo lo que se podía pensar obtener. Sea enhorabuena; pero el Gobierno se asociaría también á esas palabras si, como Gobierno, no tuviera el deber de decir que es elemento vulgar en la historia el creer que corresponde al que elige el instrumento, el mérito de lo que el instrumento consigue, porque no podría haber, seguramente, manera de gobernar ni de dirigir los asuntos humanos, sino valiéndose de las personas aptas para ello, y si estas personas no reflejaran el mérito que han contraído, en los poderes, en el Gobierno y en las instituciones que han determinado su elección y las han enviado á representar á España.

Yo decía ayer, y viene á punto de que en este momento lo recuerde, que el Gobierno había hecho del nombramiento del general Martínez Campos para embajador en Marruecos una cuestión de sentimiento nacional, y por eso aquel embajador iba con tanta fuerza y podía representar tan bien su misión, porque detrás de él iba la España entera, y el Sultán no podía ver en él más que la personalidad española, cuando quizás de otra manera hubiera visto lo que no correspondía á la nobleza de nuestras aspiraciones. Pero el Sr. Cánovas temía que esa paz interrumpiese la verdadera política de España en Marruecos y la obra de civilización... (*El Sr. Cánovas del Castillo*: La paz, no; la conducta anterior del Gobierno, que es lo que yo quería decir.) Entonces, bastaría con esa interrupción de S. S.; pero no extrañe S. S. que al oírle yo afirmar el mal efecto que hacía en las kabilas el ver pasar los camellos con dinero para España, que al oírle yo expresar los temores de que este sentimiento tomara mayores proporciones, acrecido por la miseria y por la ruina del Imperio marroquí, atribuida á los españoles, sentimiento que se sintetiza en la paz, porque de la paz procede la indemnización; no extrañe S. S., digo, que tratara yo de desvanecer este cargo, diciendo al Sr. Cánovas del Castillo, para que mañana lo sepa el país, que las relaciones que España conserva con Marruecos después de ese suceso de la paz son de tal naturaleza, que no sólo no habrán interrumpido, sino que precipitarán esa obra de civilización y de mutua atracción que parecían desear todos los grupos de la Cámara.

Y para que no sean mis palabras por sí solas las que afirmen tan gran resultado y tan trascendental consecuencia, voy á leer algunas del general Martínez Campos que no están publicadas en el *Libro Encarnado*, y que yo fío á la memoria de los Sres. Diputados más que á la manera como han de quedar consignadas en el *Diario de las Sesiones*.

El general Martínez Campos, al dar cuenta al Gobierno de su misión, después de hablar con su natural modestia y sencillez de todas las dificultades que había tenido que vencer, añadía: (*Leyó.*)

Es decir, que al separarse el embajador del Sultán, oía de sus labios la manifestación de nuevos deseos de intimidad con España, la demanda de nuevos lazos de unión con nuestro país; y el embajador, en vez de aprovechar aquella ocasión que pudiera ser producto del entusiasmo personal y de las impresiones que la Embajada de España le había producido, le pidió que enviase una Embajada á España, Embajada que espero vendrá á la corte de S. M. la Reina y tratará de estos asuntos que aumentarán la intimidad y buenas relaciones de España con Marruecos.

Impórtame recoger otra consideración. Si de las palabras del Sr. Cánovas del Castillo no resulta, de los términos de la proposición que está sometida á la deliberación del Congreso brota como consecuencia de toda la discusión, una que el Sr. Ministro de la Guerra ha señalado desde las primeras palabras, y que yo tengo obligación de recoger, no sólo por la gravedad que encierra, sino porque habiendo salido de los labios del Sr. Cánovas y llegando al dominio público apoyada en la autoridad de S. S., pudiera tener al otro lado del Mediterráneo, allende el Estrecho, consecuencias que importa consignar.

El Sr. Cánovas del Castillo, según esa proposición, teme que el prestigio militar de España en el Riff haya padecido de tal suerte, que sea posible la repetición de acontecimientos como los que últimamente han tenido lugar; refléjase en estas palabras un temor análogo al que se manifestaba en los discursos pronunciados por la minoría republicana, que prevé para el porvenir el derramamiento de nueva sangre española en las costas africanas.

Yo quisiera, Sres. Diputados, que antes de emitir esta clase de juicios tuviera todo el mundo presente algo que importa aquí consignar. La autoridad que va á quedar de España en el Riff, no está aún definida, porque no se ha cumplido el tratado de Marrakesh, porque no se ha llevado á efecto. Ahora sabe todo el mundo que están reuniéndose, en número de 24.000 hombres, las tropas que manda el Sultán al Riff, tropas cuya sola presencia produce una alarma grandísima en las kabilas colindantes con Melilla.

Esas tropas vienen, con arreglo á lo pactado, á ejercer un tremendo castigo; esas tropas del Sultán, atacando esa región del Riff, digámoslo así, por su retaguardia, para penetrar en un territorio, no pisado por tropas de ninguna otra Nación; esas tropas del Sultán, repito, irán en número suficiente para imponer el castigo, y verán de otro lado la plaza de Melilla y el fuerte de Sidi-Aguariach, en derredor del cual ha sido el combate.

Los rifeños, á los que no les entran las ideas más que por las penas materiales, verán cómo delante del fuerte que juraron que no se haría jamás, las tropas del Sultán les infligen el más tremendo de los castigos y les obligan á abandonar, alrededor de Melilla, aquella ancha zona neutral que no volverán á pasar con armas.

Los rifeños, Sres. Diputados, conservarán sus instintos de animosidad y sus instintos guerreros contra España; pero los conservarán desde lejos, porque á la plaza de Melilla no podrán acercarse con los medios de hacer daño ninguno á sus habitantes; allí, en sus aduares, se conservará perpetuamente la historia del último conflicto, que no será para ellos uno de tantos cuentos y fábulas como se propalan de ordinario por los zocos y las ferias, sino que será la representación viva del discurso que el Sultán dirigió al general Martínez Campos cuando por primera vez un Soberano de Marruecos declaraba que habían sido desleales y fementidas algunas de las tribus de su Imperio, y que les impondría, en nombre de España, el castigo á que se habían hecho acreedores.

Entiendo, señores, que cuando los dos únicos prestigios que puede haber sobre aquel pueblo, el prestigio de la fuerza, lo van á sentir dolorosamente en sus cuerpos y en sus almas, y el de la religión,

que representa la persona de su Sultán ó de su Sche-riff, les ha condenado, no se puede decir que se ha perdido allí el prestigio de España. Yo entiendo que este prestigio se ha de acrecentar cuando vean que el Emperador de Marruecos, que es amigo de España, les impone el castigo en este mundo y les condena que serán castigados también en el otro, cuando ellos esperaban que el Sultán no los castigaría, porque suponían que no daría la razón á España.

Estas dos consideraciones quería yo someter á la alta ilustración del Sr. Cánovas. Como S. S. ha tratado la cuestión en un terreno en el cual el Gobierno no tiene que recoger, fuera de lo dicho por el Sr. Ministro de la Guerra, otra clase de observaciones, yo voy á concluir; pero voy á concluir, señores Diputados, ahora que termina este debate, recogiendo de él una impresión análoga á la que el Sr. Silvela tenía, y que le ha servido para empezar su discurso.

El Sr. Silvela y yo hemos asistido desde esas tribunas á la discusión de la antigua guerra de Africa; yo no me hallaba aquí, tuve esa desgracia, el gran día de entusiasmo en el que todas las fracciones se confundieron para dar al Poder los medios y á la Patria las energías necesarias para la expedición que dió por resultado la conquista de Tetuán y el triunfo de Wad-Ras. Pero más tarde, á los seis ó siete meses, asistí á la sesión primera, en que se pudieron pedir documentos, y á la segunda, en que se discutió el mensaje de la Corona. Yo asistí á la discusión, y ví que aquel magnífico pugilato de patriotismo, que aquella grandeza de sentimientos que sirvió para declarar la guerra, se había apagado tan por completo, que sólo chispazos ocultos que salían de detrás de ignoradas peñas eran los que venían á herir al señor Duque de Tetuán, sentado en este banco; los que encontraban la paz miserable, y los que creían que las concesiones obtenidas no valían nada; los que tomaban el nombre de la gloria adquirida para censurar al Gobierno; y no ví por todas partes más que palabras y mezquinos sentimientos de partido ahogando aquellas grandes glorias y debilitando, como decía el Duque de Tetuán, los sentimientos nacionales, que habían sido con más justicia reconocidos en el extranjero.

¿Cómo yo, que no he podido borrar esta escena de mi memoria, me había de extrañar de que en circunstancias que no fueron tan gloriosas como aquellas, pero que elevaron á España en la consideración pública á tan alto grado como entonces la elevaron, cómo me había de extrañar, digo, de que cosa análoga sucediese? Pero, en fin, no me duele, porque también hay ahora un juicio general favorable á España, acerca de lo ocurrido, en el extranjero; y en Marruecos, donde existía en otros tiempos la idea de que ninguna Potencia europea consentiría que España se mezclara en las cuestiones de Africa, y ahora se ha visto cómo el general Martínez Campos consagra en su Memoria que España tiene en Europa prestigio bastante para que ninguna otra Nación haga otra cosa más que recomendar que se tenga moderación, puesto que la justicia le asiste, y le sobran los medios para obtenerla.

Este es, Sres. Diputados, el resultado que debemos conservar todos nosotros en nuestra memoria. La opinión pública debe aprender que si pueden sobreenvenir, á consecuencia de nuestras desgracias ó de

nuestras deficiencias, que no es hora de decirlo, sucesos que en un momento puedan comprometer los intereses de España, hay siempre en ella vitalidad bastante para reparar todas esas deficiencias y conseguir luego resultados como los que al término de este debate se consiguen.

No deja de ser también consoladora la impresión que queda en todo lo que se refiere á las relaciones del Imperio de Marruecos con España, y que consiste en la seguridad de que el Emperador de Marruecos, que desea y quiere ser nuestro amigo, respetará á España y atenderá todas las reclamaciones que le hagamos, no sólo por el derecho que nos asiste, sino ante el temor de las consecuencias que el seguir otra conducta pueda traer. (*Muy bien, muy bien, en la mayoría.*)

El Sr. PRESIDENTE: Se va á preguntar al Congreso si acuerda prorrogar la sesión.»

Hecha la oportuna pregunta por un Sr. Secretario, el acuerdo del Congreso fué afirmativo.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Cánovas del Castillo tiene la palabra para rectificar.

El Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO: Seré muy breve; pero no quisiera que por mi parte terminara este debate sin hacer algunas observaciones que especialmente se dirigen al Sr. Ministro de Estado.

No creía yo que al recordar, como ha recordado también S. S., lo que aconteció con ocasión de la guerra de Africa, hubiera quien se figurase que, ni aun dejándose llevar de la pasión de partido, hay medio de comparar aquellas circunstancias con las que concurren ahora para censurar al Gobierno; porque, con efecto, en la ocasión presente no se ve motivo alguno, y esto me parece notorio, para admirar nada parecido á las batallas de Tetuán y Wad-Ras; y no habiendo nada parecido que admirar en el orden militar, claro es que no hay tampoco medio de cometer injusticia al juzgar de la dirección militar del general López Domínguez.

Es indudable que el juicio de todo género de cuestiones puede someterse, en aquella ocasión como en la presente, á las pasiones de partido ó á las pasiones personales; pero aunque esto sea así, y aunque hubiera podido suceder ahora como sucediera entonces, yo debo protestar de que nada semejante me haya ocurrido á mí en la discusión presente. Yo he discutido una política, la política del tratado de Tetuán, la política de todos los sucesores del general O'Donnell desde el tratado de Tetuán, y, ¿quiere el Sr. Ministro de Estado que se lo diga? la política que probablemente, muy probablemente, hubiera seguido S. S. si hubiera tenido conocimiento antes (que parece que S. S. dice que no lo tuvo) de la agitación de los rifeños y de la posibilidad de un conflicto en el Riff. Me he limitado á defender esa política, presentándola como modelo para el porvenir, que he conceptuado y creo haber demostrado que estuvo bien concebida y ejecutada, y que no produjo más que provechos hasta ahora, sin inconvenientes ningunos para el país. ¿Qué pasión cabía en esto? ¿A qué intereses de partido podían obedecer mis palabras? ¿Cómo ni dónde se puede encontrar en mis juicios nada que á eso se parezca? (*Movimiento de extrañeza en el Sr. Ministro de Estado.*) No digo que el Sr. Ministro de Estado me lo atribuya, ni que me lo haya atribuido hasta ahora; pero cuando se ha hablado aquí de las tristezas que ocasiona el ver que, en vez

de la unanimidad de plácemes por la paz admirable obtenida por el general Martínez Campos, que afianza todo lo que se había conseguido anteriormente, se manifiestan diferencias de opinión al juzgar el resultado actual, yo advertí que había también diferencias entre uno y otro caso. Por mi parte, yo me he contenido dentro de los límites de un ejercicio moderado del derecho que tengo á proponer y defender ante mi país la política que considero conveniente y verdadera, y á fiscalizar, no en gran manera, que bien ligero he estado en esto, los actos del actual Gobierno de S. M.

Por lo demás, sea lo que quiera, de lo que dice el Sr. Ministro de Estado, algo hay que necesita por juez el tiempo, y al tiempo apelo.

Esa condenación de los rifeños por sus Reyes ó sus Sultanes, á que se ha referido el Sr. Ministro de Estado, lleva ya larguísima fecha. En el tratado de 1799 se reconoció ya por Sadi Mohamet, uno de los más ilustrados Sultanes, que los rifeños eran inculcos, desleales, contrarios á todos los intereses de nuestro país, y que era necesario tenerlos sometidos, lo cual no ha impedido los desafueros que han venido cometiendo desde 1799. Hay una diferencia muy grande entre la política de los Sultanes de Marruecos, que aun cuando en ocasiones hayan pecado de crueldad, suelen generalmente inspirarse en un sentido moral de rectitud y de justicia que quizás tuvieron que envidiar los Jefes de Estado de mucha mayor civilización; hay entre estas opiniones del jefe del Imperio de Marruecos que, por su carácter místico, al mismo tiempo que gubernamentalmente, está obligado á la justicia, á la verdad y al derecho, entendidos como lo entienden en el Alcorán; hay una diferencia muy grande con la naturaleza de los habitantes del Riff, los cuales ni están influidos ni penetrados de estos grandes principios, y que engañadores, traidores, bárbaros en todos sus procedimientos, se entregan á las pasiones de su naturaleza sin respetar para nada, mientras no se ven materialmente obligados á ello, ni pactos ni contratos de ninguna especie. A esto he aludido cuando he hablado, no de la mengua, sino del prestigio militar de España en el Riff.

He hablado de que no queda allí nada resuelto respecto al particular, y que queda comprometido el prestigio militar de España, porque todavía necesitaban aquellas kabilas feroces la prueba material de que España puede más que ellas, que puede castigarlas severísimamente. ¿Cuándo ocurrirá esto? En mi discurso lo dije; cualquier día que tengamos una enfermedad por la que pueda sobrevenir el fallecimiento del actual Sultán, y en que, por ejemplo, dos de sus hijos se disputen el trono. Cuando este caso llegue, veremos si las kabilas del Riff, una vez libres del freno que las contiene, no atropellan el derecho de España y no vienen á tener una conducta hostil, para evitar la cual, de algo habría servido haberles castigado.

En resumen, lo que yo digo es esto: ha de evitarse, y lo he pensado siempre, toda guerra con el Emperador de Marruecos; que esta guerra, diga lo que quiera el Sr. Ministro de Estado, tiene hoy el inconveniente que tuvo en tiempo del general O'Donnell, que es, que no puede permitir la adquisición de posiciones predominantes donde nos convendrían en el Estrecho de Gibraltar, y esa guerra tiene el in-

conveniente de reducirse á victorias estériles, como la de Tetuán y Wad-Ras, cuando no se tome en cuenta el obligar al Sultán de Marruecos á cuidar de la paz en el Riff. Mi opinión era, que en las circunstancias presentes, y personas grandemente caracterizadas lo saben, si el Emperador de Marruecos llegaba á negarse á imponer su voluntad á los rifeños, como tenía obligación de hacer según el tratado de Tetuán, se emprendieran contra él operaciones marítimas, se bombardearan si era preciso sus plazas, se les bloqueara, se tomara posesión de algunas de ellas; pero que jamás acometiéramos, por peligrosa, la empresa de desembarcar un ejército en Marruecos, de venir á suscitar los recelos enormes de una marcha sobre Tánger, de efectuar la ocupación de Tánger, de dar á entender á Europa que tratamos de adquirir una posición predominante sobre el Estrecho de Gibraltar. El Sr. Ministro de Estado sabe tan bien como yo todos los inconvenientes, todos los peligros de esto, y aun á ello debía aludir cuando repetía tantas veces que podían surgir conflictos.

Pues bien; una guerra de desembarco por un ejército como el que fué á Africa, simplemente para restablecer en Africa el prestigio de las armas españolas, una guerra de esa naturaleza era imposible, y no titubeo en decir que era una grandísima locura. ¿A qué habíamos de hacer una guerra semejante á la de Africa, como se ha anunciado en documentos diplomáticos por el Gobierno? ¿Por qué y para qué? La guerra con el Emperador de Marruecos tenía que estar encerrada en los términos modestos que acabo de exponer, y por lo mismo no había que hacer más que exigir al Emperador de Marruecos el cumplimiento de las obligaciones contraídas en el tratado de Tetuán. Pero al lado de esto quedaba una cosa que, lo confieso francamente, quedó también sin resolución después del tratado de Tetuán. Después de este tratado, juzgué que era una grandísima desgracia que aun después de haber derrotado al ejército del Sultán y de haberle obligado á firmar la paz, con la obligación de conservarla y darnos una indemnización crecida, juzgué, repito, que aun después de esto era una desgracia parcial, particular, pero al fin y al cabo una desgracia grandísima, que todo aquello hubiera quedado manchado con la derrota del brigadier Buceta por los rifeños. Estas son dos cuestiones que convergen á una misma, pero que tienen diferencias.

Estamos separados por el mar, y estamos separados por intereses europeos; nuestros vecinos por mar son las kabilas, son las tribus del pequeño Atlas y del Riff, y esas, no estando convencidas de nuestra superioridad, no habiendo experimentado que nosotros podemos castigarlas, esas serán siempre un peligro para España. ¿Es que el Sr. Ministro de Estado cree que no lo serán, y que en adelante permanecerán tranquilas en medio de tales ó cuales circunstancias del Imperio marroquí, con discordias ó sin discordias en él, con seguridad en el Imperio ó sin seguridad, con guerras civiles ó sin ellas? ¿Es que cree eso? Yo respeto su optimismo, del que, después de todo, quisiera yo participar. No participo yo de él, y de ahí el final de la proposición que he tenido el honor de presentar. Yo soy de aquellos de quienes hablando el Sr. Ministro de Estado en sus despachos decía: sin género de duda tenemos que discutir y ver lo que hacemos, porque hay personas que

creen que antes de entendernos con el Emperador de Marruecos, después de lo acontecido en el territorio del Riff los días 2, 27 y 28 de Octubre, convenría hacer un gran castigo en el Riff. ¿No es verdad que ha dicho esto alguna vez el Sr. Ministro de Estado? (*El Sr. Ministro de Estado hace signos afirmativos.*) Creo que aquí lo tengo en copias de sus despachos. Yo era de los que creían que era absolutamente indispensable, que era menester hacerles sentir el peso de nuestra mano y de nuestra espada, ya que se habían roto las hostilidades, y ya que las hostilidades se habían roto, no entre los rifeños y un gobernador de una plaza, sino, lo que no se puede negar, entre los rifeños y España, que se había hecho cargo de la cuestión y había enviado allí un verdadero ejército.

Estos son los límites en que he encerrado mi proposición, límites completamente patrióticos. Yo no digo que sean infalibles, como nada de lo que digo; pero son límites que no puedo menos de fiar al porvenir que legitime ó no legitime. El tiempo dirá quién tiene razón, y yo quedaré autorizado, habiendo dicho desde este momento lo que he dicho, si por ventura los sucesos me dan la razón, para decir: los marroquíes, y sobre todo su Emperador, podrán en este momento, como después de la paz de Tetuán, mostrarse cordiales y favorables á España; porque esa raza grande, esa raza guerrera, esa raza acostumbrada á pelear y llena de valor, no deja de tener en sí cierta generosidad, principalmente en sus más altos representantes. Esto es posible, y no lo niego, en el Emperador actual de Marruecos, que es todo un valiente, que es un hombre lleno de corazón y hasta de sinceridad á su manera, subyugado por el embajador español, por sus cualidades extraordinarias, por su elocuencia, por su paciente conducta, que le sirvió para, habiéndoselo encontrado todo sin preparación en Marruecos, conseguir el triunfo diplomático que ha conseguido; esto es posible en el Emperador de Marruecos, que ya he dicho antes es un carácter, como el de la mayor parte de los marroquíes, que está inspirado en un sentido espiritualista, en un alto sentimiento religioso, aunque equivocado, y que son capaces de sentir las grandes ideas, los grandes sentimientos humanos; pero pensar quizás que de esto mismo van á participar los rifeños y la generalidad de los marroquíes, y que es prueba de amor entre Marruecos y España ver salir las cajas de plata para pagar la indemnización á España, esto me parece una ilusión que podrá ser generosa, pero que no es verdadera.

Ya cuando la grande indemnización de la pasada guerra, en tiempos del general O'Donnell, he visto despachos de la Legación española en Tánger diciéndome que aquello debilitaba el Imperio, que el Imperio sentía todo el enflaquecimiento que vino sobre él por la pérdida de aquellos capitales tan laboriosamente reunidos y en un momento gastados; ya entonces, en medio de la cordialidad que quedó de parte del Sultán de Marruecos al Gobierno de España, ya entonces encontraba éste dificultades para llegar á la cordialidad necesaria.

Hoy esa cordialidad del pueblo marroquí es más difícil; ya no tiene Marruecos el Tesoro en la cuantía que le permitió pagar en gran parte la indemnización de la guerra del año 60. Los acontecimientos han reducido sus medios, el Emperador para pagar-

nos tiene que acudir á las kabilas y hacer sobre ellas penosas exacciones. ¿Es que todo esto no hubiera sido mejor el evitarlo y acudir á tiempo para que España no tuviera necesidad de enviar allí 25.000 hombres y gastar no sé qué, porque todavía no sabemos cuánto ha costado la guerra de Melilla?

Pero al fin, los 23 millones que la Intervención general reconoce ya como pagados, los 25, los 40, los que sean, después que la Administración militar rinda definitivamente sus cuentas, ¿no sería mejor que no los hubiéramos gastado yuviésemos necesidad de pedirlos á Marruecos? Pues esto es lo que yo supongo que se hubiera evitado con acudir á tiempo desde los primeros avisos, con la posibilidad de haber tenido los mismos resultados acudiendo al Sultán y esperando, como se ha esperado en otras ocasiones, tres, cuatro ó cinco meses; pero antes de las hostilidades, porque después de las hostilidades, después de haber sido despedazados nuestros muertos y nuestros heridos, después de los ataques del 27 y 28 y de las consecuencias que estos ataques tuvieron, ¡ah! entonces era muy difícil no pelear, entonces era hora, no de hacer una guerra formal con Marruecos, pero sí de vengarse de los rifeños á cualquier costa.

No tengo más que decir.

El Sr. **SALMERON**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **SALMERON**: Comprenderéis, Sres. Diputados, que tengo el deber ineludible de pronunciar algunas palabras; procuraré abreviar vuestra molestia y mi fatiga, porque en mí llueve hoy ya sobre mojado. Si hubiera de rectificarse cuando sólo lo determinara la necesidad de reafirmar asertos que se han hecho después de aducir las pruebas, que puedan parecer algo debilitados por la contradicción de adverso, podría decir, sin ningún género de jactancia, que no tenía necesidad de rectificación alguna, porque todas y cada una de las afirmaciones que he formulado, todos y cada uno de los hechos que he aducido, y las pruebas con que los he acompañado para demostrar mi tesis, han quedado firmes ante la contestación del Sr. Ministro de Estado.

Sólo aquella circunstancia, que pudo apreciar la Cámara, y que de seguro apreciará el país, de mostrarse complaciente hasta la humildad con el jefe del partido conservador, á riesgo de entregar la representación de España en el extranjero, para venir á emplear todas sus varoniles arrogancias contra esta minoría republicana, es lo que nos ha ofrecido el Sr. Ministro de Estado, contestando á las concretas, irrefutables razones que de estos bancos han salido.

Ni aun en el detalle, ni aun en el pormenor, produjo prueba alguna que contradijera mis asertos; y cuando parecía, tras aquellas arrogancias, que debíamos oír aquí, con las galas de esa oratoria que se viste de tan espléndido ropaje, que iba á parecer una política internacional clara, perfectamente definida, constante y que se enlazara del poder de los conservadores al poder de los llamados liberales, nos hemos quedado sin saber qué política internacional es esa, ni en lo que se refiere á Marruecos, ni en lo que se refiere á cosa alguna (*El Sr. Ministro de Estado pide la palabra*); y lo que ha quedado y flota de aquellos á estos bancos, es que no hay más que aquel interés primordial que yo denunciaba ante el país y que tengo necesidad de repetir: que os domina la pasión

del poder, y que como no podéis mantener el poder sino demostrando que sois más devotos que los propios conservadores de las instituciones de donde el poder se origina, sois más humildes y más corteses servidores que ellos.

No es hora ya de discutir al por menor algunos de los asertos del Sr. Ministro de Estado; pero hay una cosa que ha quedado como la resultante de sus afirmaciones, que debió herir los oídos del Sr. Ministro de la Guerra y lastimar en el fondo su alma. Fué aquella afirmación de que enviamos 22.000 hombres á Africa para que no hubiera guerra. Cuando esto decía el Sr. Ministro de Estado, después de pretender contradecir mis asertos, pudo bien penetrarse el señor Ministro de la Guerra de que toda esa hábil y estéril diplomacia del Sr. Ministro de Estado había sido dirigida contra su compañero el Sr. Ministro de la Guerra.

Pero dejemos todo esto aparte; no hagamos mientes ahora en aquello que puede y debe ser discutido cuando tratemos de la organización del ejército; allí será la ocasión de demostrar que este ejército, de que habéis hecho tan triste, tan desdichada experiencia, después de los enormes sacrificios de la Patria, es vuestra obra y vuestra creación común, digo mal, no quiero ser injusto; no es la creación del actual Ministro de la Guerra, es la obra de los Gobiernos anteriores.

Ya demostré que era indeclinable necesidad del régimen. Pues qué, ¿había yo de ser tan injusto, ó había de ser tan ciego, que no reconociera que el jefe del partido conservador había de tener hasta mayor satisfacción en desenvolver las grandes fuerzas de la Patria, y el Presidente del Consejo de Ministros había de tenerla en que su éxodo á través de los campos revolucionarios le hubiera servido para formar una nueva Patria, para atribuirles en el propósito y en el plan de su conducta los miserables, menguados resultados que deplora España, y de que debemos avergonzarnos ante la Europa? Son las ineludibles imposiciones del régimen, y de ellas no podéis salir, porque no se *hace* Patria sino tomando base para la formación del poder, allí donde es obligado caso tomarla, en la conciencia pública; y como estáis incapacitados para hacer eso, como no lo podéis hacer ni los unos ni los otros, seguiremos por estos tristes y menguados derroteros hasta que llegue la hora de aquella suprema conjunción que yo os anunciaba y que estoy seguro habrá de realizarse, porque hará pronto rápido camino.

Pero lo que yo no puedo ciertamente prescindir de contestar, no por exigencias del poder de las razones contra las mías aducidas, sino por la apariencia que de tales pudieran tener y por el sentido que pudieran entrañar, es lo que la Cámara ha oído al Sr. Silvela.

Por de pronto, el partido liberal ha podido sentir una triste, dolorosísima impresión; podía haber abrigado una cierta esperanza de que iba á monopolizar los favores que casi desde las alturas dispensa el que ha sido general y embajador en Africa, y ha podido oír que no sabéis tributarle todos aquellos honores y homenajes que son debidos á aquél en quien se encarna la fuerza de la Restauración, y ha tenido necesidad de salir á su defensa el Sr. Silvela, y habéis visto que lo ha hecho ofreciendo juntamente la inmediata positiva esperanza de sumisión al Sr. Cánovas

del Castillo, quien lo ha recibido con esa olímpica indiferencia que le caracteriza. Pero habéis visto más, Sres. Diputados, los unos y los otros, y lo habré visto y oído con un regocijo interno, con una satisfacción tan íntima, que habrá dilatado todos los poros de su cuerpo, el Sr. Romero Robledo: que ya no hay nada para buscar esta reconstitución del partido conservador, que ya no hay nada de aquella selección con que el Sr. Silvela os amenazaba; la ha tendido á las plantas del Sr. Cánovas del Castillo.

Y cuando parecía que se iba á juntar en el hombre del sentido jurídico, es decir, del sentido jurídico que vuestra Restauración ha engendrado, no del sentido jurídico de una mente clara y de una conciencia sana (*Rumores*); cuando parecía que se iban á juntar en ese hombre, con ese sentido jurídico, el sentido moral; porque esta alta aspiración del señor Silvela produjo la excisión que derribó del poder al partido conservador, por aceptar noblemente la caída del Sr. Cánovas del Castillo; cuando esto parecía que podía esperarse, vemos que de sentido moral ya no se trata; y en cuanto al sentido jurídico, le ha hecho S. S. el alto homenaje de ponerle á las plantas del general de Africa para que le sacuda con sus espuelas. (*Fuertes rumores*.)

Estas son las cosas, Sres. Diputados; así es la verdad. Porque ¿qué creéis? ¿Es que el Sr. Cánovas del Castillo, que no parece dispuesto á hacer tamaño alarde de sentido jurídico y de sentido moral, hubiera venido á sostener la extraña tesis del Sr. Silvela? ¿Es que creéis que habría osado el Sr. Cánovas del Castillo sustentar ante el Parlamento español, á la faz de la conciencia de la Patria, ante el mundo culto, esa extraña, inverosímil teoría, de que un general en jefe puede conculcar la Constitución, violar las leyes y cometer infames asesinatos? (*Grandes protestas*.) ¿Es que se habría ocurrido jamás á nadie que no quisiera apoyarse en la representación del general Martínez Campos, pretender que un general en jefe es indiscutible ante el Parlamento español? ¿Es que no se ha discutido en Francia, en Inglaterra, en Italia, etc., lo que hacen los generales en jefe? ¿Es que cuando se cometen abusos ó atentados, no se levanta la voz de la conciencia pública en el órgano del Parlamento para hacer entender á los que representan la fuerza que es necesario que la fuerza se represente con toda la alteza que la realización de la justicia y la conciencia racional alcanzan? ¿Es que pudiera ser nuestro estado legal y nuestro estado constitucional tan imprevisor, tan torpemente imprevisor, que no hubiera tenido en cuenta las eventualidades de la guerra, para definir la órbita legal que desde la Constitución desciende hasta las últimas leyes que hayan de aplicarse, así en las discordias interiores como en las guerras internacionales? Si tal cosa sucediese, si de esa suerte hubiéramos de entregar la justicia á la arbitrariedad y al capricio de un general en jefe, mereceríamos aquí dentro, que en vez de espada manejase para castigarnos un látigo cualquiera de esos generales. (*Rumores*.)

Pero como no es eso, afortunadamente, como tenemos en nuestras leyes medios y resortes bastante eficaces para que todos los intereses que hayan de ser respetados, respetados sean; para que la autoridad no flaquee, como ha flaqueado aquí, incluso cuando se ha encarnado en las situaciones dictatoriales; como

no hay nada que sea más fuerte que la conciencia del derecho, cuando sirve de base al ejercicio de la fuerza; como tenemos todo eso en nuestro régimen legal, yo no he de contestar á todo ese ditirambo de la arbitrariedad de los generales en jefe, que acaba en hacer oír, con todos los esplendores de una parada, una misa de campaña, ó en fusilar por la espalda y como traidor á un desdichado que venía prestando, como él entendía, servicios á la Patria, ó en publicar un bando, verdaderamente incalificable; no tendría que contestar á todo eso, dirigiéndome al hombre que se ha hecho pasar por órgano de nuestro sentido jurídico, sino una cosa: ¿dónde hay una disposición legal, menos aún, dónde hay la opinión de un tratadista de derecho militar que semejante cosa sostenga?

Pero hay más que eso, Sres. Diputados, y menguada prueba da de sentido jurídico quien no trate de penetrar en esa manifestación; hay algo más que eso, y es, que la opinión unánime entera del ejército español está de parte de lo que yo sustentó, y no hay un solo militar que se atreva á sostener que el asesinato legal del desdichado Farreu puede defenderse en el sentido de la aplicación de las leyes, ni quien tampoco piense que pudo ser una medida que sirviera á eso que el Sr. Ministro de Estado, quizás sin sentirlo ni pensarlo, dijo del establecimiento de la disciplina.

Y quiero pensarlo así, porque si otra cosa fuese, Sres. Diputados, ¡qué idea tan triste, qué idea tan menguada, qué idea tan bochornosa del ejército español tendría que formarse, si hubiera de estimarse que el haber asesinado á Farreu había sido un medio... (*Rumores.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Salmerón, yo ruego á S. S. que comprenda toda la gravedad de las palabras que en este momento pronuncia, y que busque el medio de conciliarlas con los resultados de la discusión habida sobre el asunto que S. S. trata en este instante.

El Sr. **SALMERON**: Señor Presidente, paréceme que, así por la gravedad de la cosa, como por su trascendencia, como por tratarse de lo que puede tener aplicación en no lejano tiempo, impórtanos á todos, porque está el interés del país y el imperio de la ley de por medio, interézanos á todos depurar de modo que no dé lugar á ambigüedades, si es que va á ser doctrina corriente, mientras unos y otros mandéis, que los generales en jefe puedan hacer cosas tamañas, ó si los generales en jefe han de someterse á los preceptos de la Constitución. (*Nuevos rumores.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Puede S. S. depurar todo lo que crea conveniente, pero sin emplear ciertos calificativos que no podrá justificar, sobre todo cuando no son oportunos y cuando, por lo mismo, no puede permitirlos la Presidencia. (*Muy bien. muy bien.*)

El Sr. **SALMERON**: No necesito justificarlo ahora, porque lo he demostrado antes. (*Grandes rumores.*)

Tened calma y oídme. No os apresuréis á rendir pleito homenaje ante quien... (*Nuevos rumores.*)

¿Es ó no un hecho que ese desdichado Farreu ha sido condenado en virtud de la aplicación del número 5.º del art. 138 del Código penal, en relación con el 4.º? ¿Habrá alguien que ose contradecirlo? ¿Es ó no cierto que ha sido juzgado en juicio sumarísimo? ¿Es ó no cierto que, sobre imponérsele la pena de muerte, se le impuso como traidor, fusilándole por

la espalda? Pues todo eso, en relación con el propio art. 138 del Código penal, y en el procedimiento que se ha seguido, es contrario al texto expreso y terminante del artículo; y como eso no lo puede contradecir nadie, como no cabe aplicar el juicio sumarísimo sino después de haber publicado el bando, y el tiempo produce un argumento que ningún sofista, por hábil, por astuto que sea, podrá contradecir, porque el bando se dió cuatro días después de haberse formado ese juicio sumarísimo y de haberse ejecutado, yo tengo un perfecto derecho ante este Parlamento, ante la conciencia de mi país y del mundo entero, para calificarlo de asesinato...

El Sr. **PRESIDENTE**: No tiene S. S. ese derecho, porque todas esas razones las había dado ya y fueron contestadas; y además, porque basta que la Presidencia le indique que es inconveniente esa calificación, para que S. S., que tanto respeta á la Presidencia, y yo tengo altos motivos para reconocerlo, no insista, en la ocasión presente, en sostener una palabra que nos llevaría á discusiones muy penosas.

Ruego, pues, á S. S. que no insista en esa calificación, manifestándole además mi deseo de que termine esta alusión personal, en que S. S. ha tenido toda aquella amplitud que concedo á cuantos son evidentemente aludidos.

El Sr. **SALMERON**: Reconocido á esas consideraciones, que tienen por base el respeto (que honra á quien lo dispensa) al derecho de esta minoría, yo no insisto más sobre eso; ahí está, ahí queda.

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Salmerón, permítame S. S. que le diga que no ha correspondido á la indicación que le he hecho, cuando todavía insiste, diciendo: «ahí está, ahí queda.» Yo creo que, después de las observaciones que he dirigido á S. S., debiera bastarle que la Presidencia le dijera que estimaba inconveniente una palabra, para que en el acto la retirase. Si así no lo hace, yo dejo á la conciencia de la Cámara apreciar cómo se conduce S. S. en este momento con la Presidencia, cosa que extraño grandemente en un hombre del sentido jurídico del señor Salmerón.

El Sr. **SALMERON**: En la relación personal, no regateo tributo ni homenaje; en la impersonal, que asienta mi derecho, lamento vivamente no poder ceder ni una línea.

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Salmerón, S. S. sabe que yo soy incapaz de atacar un solo instante su derecho; y si le hago estas indicaciones, es porque creo que la prudencia exige que se retire esa palabra. Ahora vuelvo á decírselo á S. S.: se lo ruego, ya que S. S. no ha respondido á la indicación que como Presidente de la Cámara le he hecho.

El Sr. **SALMERON**: Respondiendo á ese ruego, Sr. Presidente, dije que no insistía en razones que todavía podría aducir; y voy á pasar de ese á otro punto, en obsequio á esta indicación de la Presidencia. (*Grandes rumores.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Salmerón, no puedo consentir que S. S. haga una especie de escarnio á las indicaciones que le dirige la Presidencia; y, por consiguiente, llamo á S. S. al orden por primera vez. (*Aplausos en la mayoría.*)

El Sr. **SALMERON**: No tengo, Sres. Diputados, que insistir grandemente en otro orden de aparentes, que no de positivas razones, con las cuales se ha pretendido imponer aquellas conclusiones que entra-

ñaban desde la primera hasta la última de las palabras que yo tuve la honra de pronunciar. Aparte de todo esto, y prescindiendo de la divergencia de opiniones, es obligado reconocer que hay una cosa de sentido común, en que todos nos inspiramos, y es, el deseo de realizar una política que corresponda á las aspiraciones nacionales. No cabe, ciertamente, sino después de una completa prueba, no cabe anticipar juicio respecto de si los unos tienen aspiraciones más vivas, más patrióticas que los otros, cuando resulta de la determinación de los hechos, que quien va á realizarlos lo hace con un pie forzado, dentro de condiciones determinadas, en las cuales está obligado á encerrarse infranqueablemente; mientras hay otros que tienen el espíritu abierto á todo género de influencias y creen representar la opinión general y unánime del país.

Resulta de todo esto, que donde podrá darse esta conjunción será en aquellos que no tengan en la política otra aspiración que la que en todos los ámbitos del país resuena; pero en aquellos que tengan por necesidad que someterse á determinantes imposiciones del Poder imperante, en esos podrá darse el caso de aquella contradicción de que hablé, y en que no tengo necesidad de insistir. De todos modos, está reclamando viva, imperiosamente el país, que se haga la conciencia en los que nada sienten por encima de la Patria, y que aquellos que hayan de responder de esas supremas aspiraciones, sepan encarnarlas en sus obras y realizar el hecho por que esta minoría combatе.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Silvela tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **SILVELA** (D. Francisco): Muy pocas palabras, Sres. Diputados, porque todos me conocéis y sabéis que no soy nada amigo de prolongar debates á título de rectificaciones ni alusiones; pero las palabras del Sr. Salmerón, comprenderéis que exigían una contestación brevísima por mi parte. Debo anticipar á mi digno amigo particular el Sr. Salmerón, que, no sólo no he discutido hoy la selección á que S. S. aludía, sino que no estoy dispuesto á discutirla jamás, porque la selección, considerándola yo cosa importantísima en la política, no se discute; la selección se hace.

He defendido al general Martínez Campos, no por los estímulos que S. S., respondiendo á lo que yo anticipadamente había indicado, ha supuesto. Yo he defendido al general Martínez Campos y le defenderé siempre con mucha honra, sabiendo como sé, mejor que nadie, que no es hombre que pueda prestarse ni se presta á servir los intereses particulares ni políticos de nadie, y en la ocasión presente mucho menos de lo que S. S. pudiera suponer, como supone el vulgo, que pudieran ser los míos.

Le he defendido y le defiende, porque creo que los hombres que revelan, como él, una y otra vez, altura de pensamiento y de patriotismo, de que ha dado superabundantemente muestras en nuestra accidentada historia; los hombres que por ese espíritu grande atraen sobre sí la misteriosa protección de la Providencia con su acierto y con sus éxitos, á veces incomprensibles é inexplicables, son gloria de la Patria, que á todos los verdaderamente españoles nos importa ensalzar, sea cualquiera su situación política y los fines ó las miras que en ella puedan tener. (*Muy bien.*)

Cuando la Providencia quiere castigar á un pueblo, le priva de los grandes capitanes y de los grandes hombres; los pueblos que temen engrandecer á á los que en ellos valen, dan la mayor muestra posible de su despecho y de su miserable espíritu. Sólo los pueblos que desconfían de su virilidad y de sus destinos, son los que tienen esas desconfianzas menguadas de los hombres que por cualquier concepto se elevan sobre el nivel común.

Yo amo á mi Patria y quisiera levantar cien codos más alto á cada uno de los que sobre mi nivel se elevan; hoy lo he hecho con el general Martínez Campos, y lo he hecho en otras muchas ocasiones, y en la ocasión presente, con el general Azcárraga, que bien notorio es que no puede servir ni sirve á ninguno de esos fines que á mí el vulgo, y con el vulgo el Sr. Salmerón, me atribuyen; y lo haré siempre, cualquiera que sea la posición que en la política española ocupen hombres de esas cualidades y de esas condiciones.

Ya sé que S. S. y los que con S. S. están, son muy independientes y muy enemigos de las espadas, cuando esas espadas no pueden servir, por torcidos caminos, para el triunfo de sus ideales. (*Grandes aplausos.*)

No he de entrar, y menos en una rectificación, en la defensa forense y jurídica de ese procedimiento y de ese juicio sumarísimo á que S. S. ha hecho alusión; pero tengo que rectificar, como cuestión de hecho, uno que en ese espíritu absorbente de la personalidad de todo el mundo ha lanzado S. S. sobre esta cuestión como una verdad inconcusa.

Ni un solo militar, decía S. S., se ha atrevido á aprobar lo que el general Martínez Campos ha hecho, ni á defenderlo. (*El Sr. Salmerón*: Ningún tratadista.) Periódicos profesionales se publican en Madrid de larga fecha y de honrada historia, que han defendido con textos jurídicos ese acto; asesores dignísimos que visten el honroso uniforme militar, y que no tengo yo por qué considerar menos respetuosos de la ley y de la conciencia pública que S. S., lo han aprobado: un alto tribunal del ejército le ha prestado su sanción. ¿Puede decirse, después de esto, como S. S., en ese espíritu absorbente de las personalidades de todo el mundo, decía, que ni uno sólo le prestará su aprobación y su apoyo? Discútalos S. S., enhorabuena. ¿Cuándo he negado yo la facultad de discutir eso y cualquiera otra cosa de las que no están amparadas por la Constitución, en el Parlamento? Lo que hay es que S. S., discutiéndolo en uso de su derecho, provoca la contradicción que brota de mis labios en uso de mi derecho también; y yo digo que lo que yo entiendo es el sentido de la inmensa mayoría de esta Cámara; añadiendo á S. S., que la cuestión, tal como la ha discutido aquí, no se ha discutido en ningún Parlamento de Europa.

Lo que se discute en otras partes es el concepto que de la conducta de un general ó de un cuerpo de ejército se puede formar por sus crueldades reiteradas ó por lo que considere algún espíritu más ó menos apasionado que es una dirección torcida de su manera de comprender la justicia ó la aplicación de las leyes; pero discutir á un general en jefe en lucha con unas tribus salvajes, el derecho de aplicar en juicio sumarísimo una pena de la cual, en su alto juicio, en su tremenda responsabilidad, puede depender el éxito de la guerra, la impresión moral del ejército, el espíritu de disciplina, eso yo le aseguro

á S. S. que no se discute en parte alguna; eso, señor Salmerón, no está comprendido en el sentido jurídico de nadie; eso, Sr. Salmerón, pertenece á una esfera más alta, y eso es lo que yo he querido hacer constar: eso pertenece, en el Parlamento español, para que lo sepa, no el general Martínez Campos, sino todos los generales españoles, eso pertenece entre nosotros al orden del sentido común. He dicho.

El Sr. **SALMERON**: Pido la palabra para retificar brevemente.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **SALMERON**: No teman los Sres. Diputados que moleste largamente su atención. Quedará como una enseñanza en esta discusión de los sucesos de Melilla, que habrá que agregar á todas las que de uno y otro lado hemos ya notado, la siguiente: que parece ser recibida con el asentimiento de todos, aun cuando con el silencio y la reserva de los personajes más preeminentes, así del partido liberal como del partido conservador, el reconocimiento de esas arbitrarias, despóticas facultades que el Sr. Silvela defiende que pueden tener los capitanes generales.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Dos palabras, Sres. Diputados, que me importa mucho dirigir al Congreso.

El general en jefe del ejército de Africa no ha cometido ningún asesinato jurídico; el general en jefe del ejército de Africa, con completa facultad para ello, ha aprobado la sentencia de un Consejo de guerra sumarísimo, de acuerdo con su auditor; por consiguiente, el hecho no se puede imputar más que al tribunal sentenciador y á la aprobación del general en jefe.

Además, Sres. Diputados, conste que el tribunal sentenciador no ha aplicado pena alguna arbitraria, sino la que el Código penal ordinario aplica á los que cometen el delito que el tribunal admitió como probado en la persona de José Farreu.

Por consiguiente, puede el Sr. Salmerón, con su extraordinaria elocuencia y con sus grandes conocimientos jurídicos, discutir esta cuestión como tenga por conveniente; pero yo protestó que, como Ministro y como militar, he aprobado la ejecución de esa sentencia, que no me arrepiento de ello y que la defenderé aquí y en todas partes.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de Estado tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **ESTADO** (Moret): La he pedido para citar al Sr. Salmerón un documento que S. S. sin duda no recordó al hablar, en el sentido que lo ha hecho, del enlace de la política del partido conservador y del partido liberal en la cuestión de Marruecos. Si S. S. lo hubiera tenido presente el otro día, estoy seguro que no hubiera hecho esa indicación.

El documento es el discurso de la Corona de 1.º de Diciembre de 1887, leído en el Senado; y en el cual, siendo Presidente del Consejo el Sr. Sagasta, y yo Ministro de Estado, decía la Corona estas palabras:

«Especialmente debo poner en vuestro conocimiento que el Sultán de Marruecos, seguro de la leal amistad que le profeso, ha acudido á mí solicitando una nueva reunión de la Conferencia que ya tuvo lugar en Madrid en 1880, á fin de que las Po-

tencias signatarias de aquellos acuerdos los examinen de nuevo, teniendo en cuenta, como España siempre quiso, la prosperidad de aquel Imperio y el prestigio de su Soberano.»

El Sr. Salmerón se había lamentado que la única dirección que marcaba rumbos en la política española era la primera Conferencia de Madrid, convocada por el Sr. Cánovas del Castillo: aquí tiene demostrado S. S. cómo el Gobierno liberal trataba de convocar la segunda á petición del Sultán y por la intimidad de sus relaciones amistosas. No tengo más que decir en este punto; pero dos palabras aún, señores.

Si aquella conjunción, tras de la cual el Sr. Salmerón decía ir en busca, y sobre la cual, así el señor Silvela como yo hemos expuesto consideraciones que no juzgo necesario recordar; si esa conjunción se ha de verificar después de estar completamente ilustrada la conciencia nacional acerca de las formas de gobierno que se llaman Monarquía y República, ¡ah! yo esperaré completamente tranquilo el triunfo del ideal mío; que cuando no se busque por la conspiración y por la corrupción militar el medio de llegar á esa conjunción que pretende S. S., por la historia de este país, por las aspiraciones de sus masas, por sus condiciones todas, hasta de su geografía, de sus creencias y de su Gobierno, la forma monárquica puede esperar incólume toda discusión que haya á la faz del país. (El Sr. Salmerón: ¿Pero cómo vino la Restauración?)»

Se leyó nuevamente la proposición, y habiéndose preguntado si se tomaba en consideración, se pidió por suficiente número de Sres. Diputados que la votación fuera nominal.

Verificada ésta, resultó desechada por 159 votos contra 59, en la siguiente forma:

Señores que dijeron no:

Alonso Martínez (D. Vicente).
García Prieto.
Sagasta (D. Práxedes).
Moret (D. Segismundo).
Aguilera (D. Alberto).
Quiroga Ballesteros.
Laá.
Silvela (D. Francisco Agustín).
La Serna.
Aznar.
Presilla.
Céspedes.
Arroyo.
Grande.
Villanueva.
Calzado.
Ariño.
Parra.
Alvarado.
Riu.
Fernández Latorre.
Barroso.
Hermida.
Mansi.
Sales.
Peralta.
Ibarra (D. Manuel).

Merino.
 Arias de Miranda.
 Navarro.
 Arredondo.
 Guardia.
 Abellán.
 Terol.
 Sánchez Albornoz.
 Ruiz Valarino.
 Corrales.
 Romanones (Conde de).
 Córdoba.
 Santos.
 Requejo.
 Fernández Alsina.
 Almodóvar del Río (Duque de).
 Taboada.
 Urzáiz.
 Cuevas (Marqués de).
 García San Miguel.
 Benayas.
 Quijano.
 Perojo.
 Gamazo (D. Trifino).
 López Muñoz.
 Sagasta (D. Primitivo).
 Comas Blanco.
 Liaño.
 Villamanrique (Marqués de).
 García Trapero.
 Montilla (D. Jerónimo).
 La Cadena.
 Garnica.
 Recio.
 Hernández Prieta.
 Spottorno.
 González Blanco.
 Ortega.
 Pozo.
 Ochando.
 Page.
 Font de Mora.
 Ballester.
 Cañellas.
 Mont-Roig (Marqués de).
 Pardo Balmonte.
 Gutiérrez Abascal.
 Ruilópez.
 Soriano.
 Gamazo (D. Germán).
 Sendín.
 San Miguel.
 Baillo.
 Gascón.
 Díaz de Rábago.
 Guerrero.
 Cruz.
 Casanova.
 Franco Alonso.
 Bullón.
 Drake.
 Aparicio.
 Puerta.
 Pacheco.
 Montes.
 Santa María.
 Mellado (D. Andrés).

Xiquena (Conde de).
 Moret (D. Lorenzo).
 Muñoz (D. Joaquín).
 Avedillo.
 Rodríguez.
 Auñón.
 Gallego Díaz.
 Sagasta (D. Bernardo).
 Eguilior.
 Puigcerver.
 Gasset.
 Garijo (D. Cipriano).
 Rózpide.
 Villanova.
 Fernández de Velasco.
 Belascoaín (Conde de).
 Lagunilla.
 Ballesteros.
 García Barrado.
 Fernández Arroyo.
 Alonso Martínez (D. Lorenzo).
 González de la Fuente.
 López Oyarzábal.
 Soler.
 Gayo.
 Romero Paz.
 González Alonso.
 San José (Marqués de).
 Flórez.
 Torre (Duque de la).
 Ceballos.
 Federico.
 Balbás.
 Martínez González.
 Jimeno de Lerma.
 Risueño.
 Rey.
 González Pelayo.
 Alonso Castrillo.
 Garijo (D. Antonio).
 Dávila.
 Crespo Carro.
 González Ugidos.
 Saavedra.
 Torán.
 Trueba.
 Troncoso (Conde del).
 Morales.
 Sánchez Guerra.
 Cañé.
 Prieto.
 Garzón.
 Núñez Granés.
 Villapadierna.
 Tejada.
 Guelbenzu.
 Ruano.
 Quintana y León.
 Anglada.
 Hoces.
 Bustillo.
 Sala.
 Arrótegui.
 Flores Dávila (Marqués de).
 Sr. Presidente.

Total, 159.

Señores que dijeron sí:

Bugallal.
 Valdeiglesias (Marqués de).
 Navarro Reverter.
 Vilana (Conde de).
 Esteban.
 Canillejas (Marqués de).
 Revilla Gigedo (Conde de).
 Domínguez Pascual.
 Carvajal y Trelles.
 Viesca.
 Fernández de Henestrosa.
 Gurrea.
 Cabezas.
 Lastres.
 Lema (Marqués de).
 Figueroa (Marqués de).
 Viñaza (Conde de la).
 Castel.
 Comyn.
 Fernández Villaverde.
 Cárdenas.
 Crooke.
 La Fuente Alvarez.
 Sánchez de Toca.
 Casa-Torre (Marqués de).
 Osma.
 Jiménez Ramírez.
 Silvela (D. Eugenio).
 Rodríguez San Pedro.
 Silvela (D. Francisco).
 Dato.
 Corzana (Conde de la).
 Ruiz (D. Gustavo).
 Pérez Ibáñez.
 Alfau.
 Casasola (Conde de).
 Vázquez de Mella.
 Sanz.
 Zubizarreta.
 Ordóñez.
 Serrano Alcázar.
 Cos-Gayón.
 Romero Robledo.
 Llorens.
 Sanchís.
 Aguilera (D. Luis Felipe).
 Bores.
 Alvear.
 Gil Becerril.
 Cánovas.
 García Camisón.
 Martín Sánchez.
 Canido.
 Vila Vendrell.
 Castellón.
 Vadillo (Marqués de).
 Carvajal.
 Burgos.
 Linares Rivas.

Total, 59.

cia el cargo de Diputado por el distrito de Daimiel (Ciudad Real).

Se anunció que pasaría á la Comisión que entiende en el Real decreto de suspensión de la sentencia del Tribunal Contencioso-administrativo relativa al general D. Gaspar Salcedo, el expediente personal de dicho señor, remitido por el Sr. Ministro de Marina.

El Congreso acordó que se procediera á nueva elección en el distrito de Daimiel (Ciudad Real), vacante por renuncia del Sr. Diputado D. Emilio Nieto y Pérez, anunciándose que se comunicaría al Gobierno de S. M.

Se leyeron, y quedaron sobre la mesa, anunciándose que se señalaría día para su discusión, los siguientes dictámenes:

Incluyendo en el plan general de carreteras una de Lugo á Puerto-Marín.

Otorgando la concesión de una red de ferrocarriles-tranvías eléctricos, entre Barcelona y pueblos comarcanos.

Pasó á la Comisión de peticiones la siguiente exposición:

«Los que suscriben, por sí, y en representación de la Asociación titulada «Unión Obrera del Gremio de Albañiles de Madrid», cuyo lema es: *armonía entre el capital y el trabajo*, y demás Asociaciones identificadas con la misma, á la suprema autoridad acuden y respetuosamente exponen:

Que en el *meeting* celebrado el 27 de Abril de 1894 por esta Asociación, se acordó dirigir á las Cortes la más reverente súplica, como han venido haciendo por la misma desde el año de 1890 hasta la fecha, para aliviar la situación precaria por que atraviesan la clase obrera, la industria y el comercio, y mejorar las condiciones de seguridad é higiene de esta capital; y al objeto se elevan las siguientes

Peticiones.

1.^a Que se dote al país de una ley de expropiación forzosa, mediante la cual los Municipios puedan, en el más breve plazo posible y según las circunstancias aconsejen, mejorar, sanear y embellecer las poblaciones, con arreglo á los adelantos modernos introducidos en la construcción, y de conformidad á la vez con lo que la ciencia médica demanda en lo concerniente á salubridad é higiene.

2.^a Que interin las Cortes plantean, discuten y votan y el Gobierno promulga la indicada ley de expropiación, se obligue á que los Ayuntamientos cumplan y hagan cumplir sin complacencias de ningún género lo preceptuado en las ordenanzas municipales, en la ley de ornato público y demás disposiciones referentes al objeto de que nos venimos ocupando, haciéndose extensiva al centro de esta población la aplicación de la promulgada en San Sebastián á 26 de Julio de 1892 para los ensanches de Madrid y Barcelona.

El Congreso quedó enterado de una comunicación del Sr. Nieto (D. Emilio), en que manifiesta que habiendo sido nombrado consejero de Estado, renun-

3.ª Que teniendo en cuenta las razones anteriormente expuestas, decreta la demolición y se proceda al derribo de las ruinosas y numerosas casas denunciadas, con lo cual se darían mayores seguridades personales á los habitantes de la población, y se evitarían desgracias, como las ocurridas por los desprendimientos de las fachadas, balaustradas y repisas de la Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, calle de Santa Polonia, Carrera de San Francisco, calles del Rollo, Estrella, Colegio de Sordo-mudos, iglesia de San Sebastián, circo de Parish, teatro de la Alhambra, calle de la Solana, hundimiento de la alcantarilla en la calle de San Bernardo, y otros muchos que sería prolijo enumerar

4.ª Que amenazados, como por desgracia estamos, del terrible cólera morbo-asiático, se hagan desaparecer de los 4.200 solares que hoy existen envallados en esta capital, las habitaciones, viviendas, cuartos, muladares é industrias establecidas en los mismos, impropio de toda población ilustrada y culta.

5.ª Que como complemento á lo expuesto, se lleve á cabo:

Que el Ayuntamiento de Madrid suprima los derechos de introducción impuestos á los materiales para la construcción, teniendo en cuenta los veinticinco conceptos con que los dueños de las fincas contribuyen al Erario municipal, hasta conseguir alquilarlas, según se dispone en el presupuesto del ejercicio del 92 al 93, sección 2.ª, capítulo 8.º de las Ordenanzas municipales, causas por las cuales los propietarios no dan á la construcción el impulso que debieran de darle, lo cual redundará en perjuicio de la industria, del comercio y de los obreros.

Que se lleve á efecto el rompimiento de la vía del Norte, en las calles de Preciados y Bailén, declaradas de utilidad pública por las Cortes en 12 de Abril de 1862.

Que igualmente se lleve á efecto la gran vía pro-

yectada por el arquitecto Sr. Velasco, siendo alcalde presidente del Ayuntamiento el malogrado Sr. Abascal, y que partiendo de la iglesia de San José, ha de unir directamente las estaciones del Mediodía y Norte de las líneas férreas de esta capital.

Que se autorice al Municipio para que levante un empréstito amortizable en la forma y manera que el Erario municipal lo permita, por cantidad suficiente para subvenir á los gastos que dichas reformas originen, ó en su defecto créese papel moneda destinado única y exclusivamente á este fin.

6.ª Que se imponga á la renta líquida que el Estado abona á los tenedores del papel de la deuda igual tributación que la impuesta á la agricultura, industria y comercio, todo fundado en un principio de equidad y de justicia, y cuyo rendimiento total se aplique por partes iguales á la amortización de la misma deuda y obras públicas, como lo son canales de riego, desecación de pantanos, carreteras, edificios del Estado y muros de contención que eviten inundaciones á los pueblos que por su situación topográfica lo necesiten.

Dios guarde á V. EE. muchos años, Madrid 10 de Mayo de 1894.—El presidente, José Adrados.—Primer vicepresidente, Julio Fernández Espina.—Segundo vicepresidente, Máximo Reigosa.—Secretarios: Angel Vázquez.—Eduardo Almuzar.—Carlos Martín.—Antonio Fernández.—Tesorero, Luis Suárez.—Contador, Doroteo García.—Vocales: José Páez.—Juan Pérez.—Ramón Ventoso.—Gabriel Torres.—Manuel Peralto.—Juan P. Quartero.»

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: Los dictámenes que se han leído, y los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las ocho y cinco minutos.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Lugo á Puertomarín.

La Comisión nombrada para emitir dictamen acerca de la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Lugo á Puertomarín, ha examinado este asunto; y de conformidad con lo propuesto, tiene la honra de someter á la aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de ca-

rrerías del Estado una de Lugo á Puertomarín por Guntín.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 10 de Mayo de 1894.—Senén Canido.—Guillermo Joaquín de Osma.—Tomás Castellano.—Ramón Auñón.—Fernando Soriano.—Teolindo Soto.—Gabino Bugallal.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión sobre la proposición de ley, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de una red de ferrocarriles-tranvías eléctricos, de vía estrecha entre Barcelona y los pueblos comarcanos.

La Comisión nombrada para dar dictamen acerca de la proposición de ley sobre concesión de una red de ferrocarriles-tranvías eléctricos entre Barcelona y pueblos comarcanos, ha examinado este asunto; y tomando en consideración lo propuesto, tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar la concesión de una red de ferrocarriles-tranvías eléctricos de vía estrecha para pasajeros y mercancías, de unión entre Barcelona y pueblos comarcanos, que comprenda las secciones siguientes: de Barcelona á la zona oriental de Gracia; de Gracia á Sarriá; de Barcelona al centro de Gracia; de Barcelona á San Gervasio; de Sans á San Martín; de San Martín á Sarriá; de Barcelona á la zona occidental de Gracia; de Barcelona á San Andrés; de San Martín á

Barcelona; de la cual es petionario, y ha presentado los estudios, D. José Carbonell y Buscá.

Art. 2.º Esta concesión se otorgará sin subvención alguna directa ni indirecta, y para los efectos de la expropiación de los terrenos necesarios á la ejecución de la obra se entenderá ésta de utilidad pública.

Art. 3.º Esta concesión se otorgará con sujeción á las disposiciones de la ley de ferrocarriles de 23 de Noviembre de 1877 y del reglamento de 24 de Mayo de 1878, y demás que le sean aplicables.

Art. 4.º Las obras se empezarán dentro del año siguiente de la fecha de concesión, y se terminará la instalación eléctrica y la sección primera en cuatro años, y un año y medio más para cada una de las nueve secciones restantes.

Palacio del Congreso 11 de Mayo de 1894.—Joaquín Marín, presidente.—Francisco de Asís Pacheco.—Ramón Baillo.—Lorenzo Moret.—José Ortega.—Bernardo Sagasta.—Cristino Martos, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL SÁBADO 12 DE MAYO DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Elección de Mula: credencial del Diputado electo.

Trabajos de la fábrica de armas de Oviedo: comunicación.

Votación nominal verificada en el día de ayer: voto conforme con la minoría.

Defensa de la ciudad y puerto de Sevilla contra las inundaciones del Guadalquivir: preguntas del Sr. Linaño.—Contestación del Sr. Ministro de Fomento.

Modificación de la tarifa especial del ferrocarril del Norte para el transporte de la sal; restablecimiento de la Escuela oficial de Comercio de Valencia; construcción de la carretera de Béjar á Sequeros: contestación del Sr. Ministro de Fomento á preguntas sobre estos diversos asuntos, de los Sres. Amat, Page y Bullón.

Defensa de la ciudad y puerto de Sevilla contra las inundaciones: rectificación y reclamación del Sr. Linaño.

Restablecimiento de la Escuela oficial de Comercio de Valencia; inversión de la cantidad consignada en el presupuesto para subvención de Escuelas de Comercio: rectificación y nuevo ruego del Sr. Page.—Contestación del Sr. Ministro de Fomento.

Votación nominal verificada en el día de ayer: votos conformes con la mayoría.

Explicaciones del Sr. Ministro de Marina sobre las malas condiciones de las planchas de blindaje de algunos de los cruceros que se construyen en los astilleros del Nervión: proposición del Sr. Llorens.—Discurso del Sr. Llorens en su apoyo.—Contestación del Sr. Ministro de Marina.—Rectificaciones de ambos señores.—Se retira la proposición.

ORDEN DEL DÍA: Aprobación definitiva de varios proyectos de ley.

Procedimientos seguidos por las autoridades con los detenidos y encausados por los últimos sucesos de Barcelona: continúa el debate sobre la interpelación del Sr. Lostau, y el Sr. Ministro de la Gobernación en el uso de la palabra.—Alusión personal del Sr. López Puigcerver.—Rectificaciones de los Sres. Lostau y Ministro de la Gobernación.—Discurso del Sr. Azcárate consumiendo el segundo turno.—Contestación del Sr. Ministro de la Gobernación. Rectificación del Sr. Azcárate.—Se acuerda pasar á otro asunto.

Votación nominal verificada en el día de ayer: voto conforme con la mayoría.

Elección de Miranda: continúa la discusión del dictamen de la Comisión de actas.—Manifestaciones de los Sres. Villegas, Azcárate, Comyn, López Muñoz y Garzón.—Verificada votación nominal, resultó no haber número suficiente para tomar acuerdo.

Orden del día para el lunes.—Se levanta la sesión á las siete y cinco minutos.

Abierta la sesión á las dos y media, fué aprobada el Acta de la anterior.

Se anunció que pasaría á la Comisión de actas la credencial presentada en Secretaría por el señor López Parra, electo Diputado por el distrito de Mula (Murcia).

El Congreso quedó enterado de una comunicación del Sr. Ministro de la Guerra, en la que, por contestación á la que le ha sido dirigida acompañando una instancia de la Comisión provincial de Oviedo en solicitud de que se adopten medidas para que no se paralicen los trabajos de la fábrica de armas de aquella capital, manifiesta: que la fábrica citada tiene medios suficientes para continuar trasformando armamento y maquinaria en lo que resta del actual ejercicio, habiéndose además contratado máquinas motoras para montar la fabricación del fusil Matisser; y que si en el próximo ejercicio se conceden los créditos correspondientes, podrá quedar terminada la instalación en tiempo oportuno de las nuevas máquinas, para que antes de terminarse el ejercicio se construyan algunos armamentos de esta clase.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ibarra tiene la palabra.

El Sr. **IBARRA** (D. Eduardo): Ruego á la Mesa se sirva hacer constar mi voto entre los de la minoría en la votación de ayer.

El Sr. **SECRETARIO** (Bugallal): Constará en el *Diario de las Sesiones*.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Liaño tiene la palabra.

El Sr. **LIAÑO**: Celebro mucho que el Sr. Ministro de Fomento haya acudido á primera hora á esta Cámara, porque tengo que ocuparme de un asunto muy interesante para Sevilla, y no sólo para Sevilla, sino interesante para toda España, puesto que se trata de una obra nacional. Siento, en verdad, señores Diputados, tener que molestar vuestra atención para ocuparme de este asunto; bien hubiera querido ocuparme de él antes de ahora; pero cosas de más importancia sin duda, discusiones de más altura lo han impedido, aunque creo que de esas discusiones habréis sacado lo mismo que yo: á una afirmación, una negación; nada, absolutamente nada.

Y ahora que me ha llegado el turno, permitidme que os exponga una causa que me mueve, entre otras muchas, á molestar vuestra atención. Aparte del deber que á ello me impulsa, como representante del país, hay la circunstancia de que un periódico de gran circulación, nada menos que *La Correspondencia de España*, ha dicho estos días (en 2 del corriente mes) una cosa que conviene que tengáis presente, y es la siguiente:

«Consuela, además, el espectáculo que ofrecen 400 representantes del país, que en un mes completo no han usado de su iniciativa salvadora para obtener una mejora material, una ley beneficiosa, una medida útil, un bien cualquiera para los distritos que

representan, y que por ser ellos los mejores, sin duda alguna los eligieron. Y decimos que consuela tal actitud reservada, contenida y quieta, porque está claro que si nada piden es porque nada necesitan sus propios distritos; y si nada reclaman pública y solemnemente es porque nada le hace falta al país por ahora, aun cuando otra cosa se diga, se asegure y se proclame.»

Comprenderéis que después de estas apreciaciones consignadas en ese periódico, es mayor el deber que tengo, como Diputado por Sevilla, de gestionar todo cuanto á Sevilla puede interesar, y debo estar más dispensado al molestar vuestra atención.

Sentados estos precedentes, voy á permitirme entrar en materia, dirigiéndome al Sr. Ministro de Fomento; y por cierto que al ocuparme de los particulares que voy á tener la honra de exponer á su alta consideración, no pretenderé que el Sr. Ministro haya de dar ahora contestación respecto de ellos, porque sería en mí una exigencia desconsiderada pedir que en este momento, sin los antecedentes á la vista, el Sr. Ministro, que tantas ocupaciones tiene, me contestara categóricamente; me contentaré con que tenga la bondad, y así se lo ruego, de estudiar los expedientes á que habré de referirme, sobre todo respecto de los particulares de que voy á ocuparme, y cuando lo haya hecho, se sirva dar su opinión sobre lo que interesa particularmente á Sevilla, y en general á la Nación española.

El día 8 de Julio de 1892, por virtud de una ley dada en tiempos del Gobierno conservador á instancias de mis queridos compañeros los Diputados conservadores y del Sr. Rodríguez de la Borbolla, en cuyo elogio y en encomio de cuyo celo por el bien de Sevilla rindo sinceramente las mayores consideraciones, se declaró que la defensa de aquella hermosa ciudad contra las inundaciones del Guadalquivir y sus afluentes correspondía y debía corresponder al Estado, y se acordó que el gasto de las obras de defensa se hiciera con cargo al presupuesto extraordinario. Esto se dispuso, como he dicho, en 1892; estamos en 1894, y todavía no se ha puesto la primera piedra en las obras, y, más aún, no se ha hecho, que yo sepa al menos, ningún estudio importante, definitivo, para esas obras, que han de salvar los intereses y la vida de los sevillanos, sin duda porque motivos ó causas que desconozco lo habrán impedido; dando esto lugar á que, como el Congreso sabe, el presupuesto extraordinario haya concluido, y por consiguiente, que se haya perdido la ocasión de aplicar determinada cantidad de ese presupuesto para tan importante objeto.

Ahora bien; ¿no creéis, Sres. Diputados, que tengo yo razón para entender que en este punto ha habido una lenidad extraordinaria, y para quejarme y dolerme de que nos encontremos en ese estado? ¿No creéis que, como buen sevillano, amante de los respetables intereses de la ciudad de Sevilla, me corresponde levantar aquí mi voz para protestar de esa apatía, tan perjudicial como irreparable, y para rogar que me ayuden en una cuestión tan importante como esta todos los representantes de aquella provincia? Parece que en el sentimiento de todos vosotros estará el reconocimiento de que me inspiro en la justicia y equidad, y sobre todo en el estricto cumplimiento de un deber.

Se publicó la ley, y después fueron dictadas di-

versas disposiciones, una de ellas encargando á la división hidrológica, cuyo jefe reside en Córdoba, el estudio del río Guadalquivir.

¿Y qué estudio se hizo? Acabo de leer en el Ministerio de Fomento el dictamen emitido por el ingeniero Sr. Pardo, y resulta que, á pesar de haberse encomendado el año 1888 ese estudio á la división hidrológica, cuando en 1893 se le mandó que remitiera todos los documentos, á fin de que se pudiera llevar á cabo esa obra en defensa de los intereses de Sevilla, resultó que no se había hecho nada que pudiera servir directamente para su defensa.

El año 1892, en que también se le hizo análoga recomendación, mandó algunos documentos; deduciéndose de lo expuesto por el Sr. Pardo que debía haber más, ó que, de no ser así, no se había cumplido ó podido cumplir con lo dispuesto en esas Reales órdenes.

Pero, en fin, no es sólo la división hidrológica la que se ha visto imposibilitada seguramente para el estudio de asunto tan importante para Sevilla y para la Nación, puesto que de obra de interés nacional se trata; es que además hemos visto esa misma lentitud en otras obras importantísimas para Sevilla, de las cuales tengo que hacer mención, exponiendo la verdad, que debo á Sevilla y á la Nación entera, verdad que he de decir con entera franqueza, porque en el cumplimiento de mi deber como Diputado no me duelen prendas.

En Febrero de 1892 (ruego á los Sres. Diputados tengan la bondad de fijarse en este hecho, por lo importante y lo grave que es en sí); en Febrero de 1892 tuvo la desgracia aquella localidad, y el Sr. Ministro de Fomento la conoce como yo, de que las riadas destruyeran en una gran parte el muelle de Sevilla, que es, indudablemente, la vida, la arteria principal para el desenvolvimiento y grandeza de aquel hermoso pueblo; y desde 1892, Sr. Ministro, hasta 1894, ha estado el expediente en tramitación, y las obras no han podido comenzarse hasta ahora, que, según entiendo, han principiado. ¿En qué ha consistido esto? ¿Por qué ha estado pendiente Sevilla de que de un momento á otro, en una ocasión cualquiera, se repitieran esos tristes sucesos, que, desgraciadamente, no son raros en Sevilla, sino más bien frecuentes y fáciles, y que juntamente con el muelle se hubieran perdido las vidas y haciendas de aquellos ciudadanos? Ha consistido esto en la lentitud con que camina la Administración en el despacho de los expedientes, aunque, como en el de que se trata, se lesionen intereses dignos del mayor respeto sin duda dentro de la ley. ¿No sería posible, Sr. Ministro, hacer algo para que la realización del bien pudiera obtenerse en el menor tiempo posible?

Yo ruego al Sr. Ministro de Fomento fije en ese hecho... (*El Sr. Ministro de Fomento:* En ese y en todos, y con el mejor deseo.) Reconozco, como Diputado y como particular, las altas dotes y las condiciones de rectitud de S. S.; y teniendo en cuenta esas condiciones y el amor que S. S. tiene á aquella ciudad, espero que coadyuvará conmigo, el más pequeño de todos los Diputados, pero tan grande como el que más en las aspiraciones al bien de mi país, para que se realice lo que Sevilla desea.

Pues bien, Sres. Diputados, en 1892 se destruyó el muelle, y en 1894, á los dos años, hemos podido ver los sevillanos que se pone allí la primera piedra,

como si tramitar un expediente de esta clase fuera una obra de gigantes, y no, como á mí me parece, una cosa pequeña, para la que basta el buen deseo, sin necesidad de grandes esfuerzos.

Pero el hecho es, y sigo después de este incidente, ocupándome en la defensa de Sevilla, el hecho es, que había y hay en Sevilla, en este particular, las siguientes cuestiones: primera, la que exclusivamente se refiere al muelle, al puerto de Sevilla; segunda, la que se refiere á la defensa de Sevilla.

Respecto de esta última, ya he tenido la honra de exponer al Congreso que se dió una ley en 1892 declarándola obra de interés nacional. Pues bien; después de varios informes, con referencia á la defensa de Sevilla, se dictó una Real orden en 5 de Junio de 1893 (y tenga en cuenta el Congreso que desde 1892 se había declarado por una ley esa obra de interés nacional), y en aquella Real orden, dictada á consecuencia de una visita girada á aquellas obras, se dijo en su parte dispositiva lo siguiente:

«Conviene á los intereses de Sevilla que se hagan las siguientes obras:

Primero. La Dirección general de obras públicas comunicará órdenes terminantes al ingeniero jefe de la división hidrológica de Guadalquivir para que con las debidas formalidades entregue al ingeniero jefe de Sevilla cuantos estudios se hayan hecho por aquella división para la defensa de la mencionada ciudad, así como cuantos datos y antecedentes obren en los Archivos relacionados con el régimen del Guadalquivir y sus condiciones topográficas, sus márgenes y riberas entre Palma del Río y Sevilla.»

A estos antecedentes me refería yo, Sr. Ministro de Fomento, cuando decía que, según el informe del ingeniero Sr. Pardo, eran insuficientes, y que debían existir con seguridad en la división hidrológica otros muchos que no se habían aportado; y yo ruego al Sr. Ministro que se sirva dar las órdenes oportunas para que vengan esos datos y podamos saber qué se ha hecho en la división hidrológica desde 1888 en que se acordaron las obras, hasta la fecha para darla á cada uno la merecida consideración que deba tener ante la ley.

«Segundo. El ingeniero jefe de la provincia de Sevilla empezará su trabajo redactando un anteproyecto, en el cual se estudiarán las obras que ha indicado aquél, y son las siguientes: presas ó pantanos en la parte alta de algunos de los ríos que afluyen al Guadalquivir entre Palma del Río y Sevilla; una corta que, ocupando el antiguo cauce denominado Madre Vieja, empiece inmediatamente agua abajo de la desembocadura de la Ribera de Huelva, y termine en San Juan de Aznalfarache; sólidas compuertas en los puntos en que comience y termine la corta, depositándose todas las tierras que procedan de la excavación y algunas más, si fuere necesario, en la margen izquierda de la costa, á lo largo de ella, formando terraplén, cuya coronación esté en relación con la altura que sea preciso dar á las presas compuertas; construcción de un terraplén en la margen izquierda del Guadalquivir; prolongación de la presa; desviación del Tagarete, á fin de que desagüe en el Tamarguillo, y los dos reunidos en el Guadaira; terraplenes consolidados por medio de plantaciones, formando diques longitudinales en la margen derecha del Tagarete y del Tamarguillo.

Tercero. Se llama la atención del ingeniero jefe

acerca de la conveniencia de un estudio minucioso para reducir al mismo la longitud de la corta que se proyecta.»

De modo que en 5 de Junio de 1893 se dió una Real orden, marcando lo que debía hacerse para salvar á Sevilla, para garantir la vida y los intereses de aquellos ciudadanos. Yo ruego al Sr. Ministro de Fomento que tenga la bondad de enterarse de qué es lo que se ha hecho desde 5 de Junio de 1893, y le ruego que sobre lo que haya hecho resuelva lo más pronto posible.

Otro punto comprende dicha Real orden, respecto del cual me han de permitir los Sres. Diputados que diga algo; porque aunque no se trate de una cuestión interesante para la defensa de Sevilla, es muy interesante para la agricultura española, para esta agricultura, á quien sabemos exigir con apremio los tributos y exigirlos arrancando á los infelices agricultores lágrimas de sangre. Se previene que se haga el estudio de los pantanos de riego desde Lora del Río, y en los puntos más altos de la provincia de Sevilla, para fertilizar aquellos terrenos, para que por medio de esos pantanos se aseguren las cosechas, y no estén, como hoy, pendientes de la casualidad ó de la Providencia, como desgraciadamente sucede, no sólo á los agricultores de la provincia de Sevilla, sino á los de muchas partes.

Pero ocurrió, Sr. Ministro de Fomento, y aquí empieza el punto principal de mis observaciones, que estando mandada la defensa de Sevilla en los términos que he tenido la honra de exponer, se dirigió, á propósito de la construcción del muelle, una Real orden, no al ingeniero jefe de la provincia encargado de la defensa, sino al ingeniero director de las obras del muelle y del puerto de Sevilla, y en esa Real orden, entre otros particulares, hay uno que es el único que voy á leer, y dice lo siguiente:

«Sexto. Dicho ingeniero director verificará los estudios necesarios para que, por las razones que se desarrollan en el cuerpo del citado dictamen, redacte un proyecto que tenga por objeto trasformar una cierta zona del actual cauce del Guadalquivir en una dársena independiente del curso del río, puesta con él en comunicación de manera conveniente y resultando á la vez protegida y defendida de las acciones invasoras de las mayores crecidas del mismo.»

Es decir que se encarga al ingeniero jefe de obras públicas de la provincia que haga la desviación del Guadalquivir, llevando parte de sus aguas por la Madre Vieja, de modo que en esa línea venga la dirección de las aguas por detrás de Triana, á fin de que queden debidamente defendidos el barrio de Triana y toda la población de Sevilla. Este es el estudio que se mandó hacer por la Real orden de 5 de Junio de 1893; pero tres meses antes, el 16 de Marzo de 1893, se habia mandado hacer al ingeniero jefe de las obras del puerto el estudio de una dársena en las márgenes del Guadalquivir para seguridad de las embarcaciones en tiempo de avenidas. Yo creo, Sr. Ministro, que una y otra cosa son incompatibles; porque si ha de hacerse la dársena, como dice la Real orden de 16 de Marzo, tendrá que ser en uno de los puntos de la margen actual del Guadalquivir; y como por la Real orden de 5 de Junio se dispone la desviación del río por la Madre Vieja, resulta que no pueden hacerse á la vez esas dos obras ni pueden coexistir juntamente.

Creo que así lo comprenderá el Sr. Ministro de Fomento, y le ruego que vea la manera de conciliar estas disposiciones, en las cuales han intervenido distintas Secciones y Negociados del Ministerio de Fomento; Secciones y Negociados cuyas relaciones y cuya esfera de acción yo no he llegado nunca á entender, porque cuando entro en el Ministerio á preguntar, para uno de estos asuntos, si voy al Negociado de aguas, me dicen que es del de puertos, y si voy al de puertos, me indican al de aguas. ¿Cómo se ha de resolver esto? Yo no lo he de decir, porque lo sabe sobradamente el Sr. Ministro de Fomento.

Al Sr. Ministro, que está sobre la Junta de aguas y de la de puertos por razón de su elevado cargo, yo le ruego que tenga la bondad de reunir á los unos y á los otros, para que sobre este particular sepamos á qué atenernos. Yo no vengo á defender aquí si es más conveniente la dársena ó la desviación del río; ¡Dios me libre de entrar en materia que no entiendo! De las que entiendo, que son muy pocas desgraciadamente, apenas si me atrevo á hablar. No se trata de cuestiones de derecho, en que yo pudiera exponer mi pobre opinión, pobre y humilde siempre; se trata de una materia en que yo no puedo decir nada.

Lo único que reclamo es que, puesto que las dos cosas son completamente incompatibles, y de hacerse una obra no puede ó no debe hacerse la otra, adoptemos un criterio seguro y cierto; que tengamos la seguridad de que se gasta el dinero como se debe, que se defiende á Sevilla, y que juntamente se atiende á mejorar y á engrandecer su puerto, que tanto interesa á su comercio y á todos los sevillanos mejorar por el presente y para el porvenir. Esto es lo que yo creo, y en esto estoy seguro de que el Sr. Ministro de Fomento hará cuanto sea necesario para que desaparezca toda duda, y caminemos como debe caminarsé siempre, sobre el terreno firme y recto de la razón, de la verdad y de la ley, sin ambages ni vacilaciones de ninguna clase. (*El Sr. Presidente agita la campanilla.*) Señor Presidente, voy á terminar.

El Sr. PRESIDENTE: Supongo que S. S. habrá manifestado ya su deseo, para lo cual lleva ya media hora en el uso de la palabra, y hay diez señores Diputados que desean usar de ella. Ya sabe S. S. que no hay más tiempo para preguntas que hasta las cuatro y media, y además existe sobre la mesa una proposición que tiene preferencia. Por eso llamo la atención de S. S.

El Sr. LIAÑO: Siento mucho tenerme que ocupar en materia, por lo visto, menos importante para la Cámara que esas otras que aquí se han discutido extensamente, y con las cuales hemos pasado deliciosamente el tiempo, pero nada más.

El Sr. PRESIDENTE: Permítame S. S.: la materia de que S. S. se ocupa es muy importante, y por eso he dado la palabra á S. S.; mas para hacer preguntas ó indicaciones al Sr. Ministro, hace media hora que está S. S. hablando de una porción de expedientes que ahora no se han de discutir. Por eso le he llamado la atención.

El Sr. LIAÑO: Dispénsame S. S.; he querido exponer al Sr. Ministro de Fomento los antecedentes del asunto, para que, estudiándolo con detenimiento, tuviera la bondad de resolverlo.

Si el Sr. Presidente cree que no debo continuar, yo me siento. Si cree que puedo molestar algunos minutos más la atención de la Cámara, yo concreta-

ré todo lo posible y expondré al Sr. Ministro de Fomento lo que me interesa que conozca.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Presidente no puede hacer, Sr. Liaño, más que aquello que el Reglamento permite, y según el Reglamento, cuando se pide la palabra para hacer preguntas al Gobierno, á hacer preguntas ó ruegos se ha de limitar el Diputado: S. S. está exponiendo consideraciones sobre una serie de expedientes que el Sr. Ministro tiene en su Ministerio; y por eso llamo la atención de S. S. en beneficio de sus compañeros los Sres. Diputados que han pedido la palabra.

¿Quiere S. S. seguir hablando? Lo sentiré, porque será prueba de que mis indicaciones no habrán servido de nada.

El Sr. **LIAÑO**: Bastan las indicaciones del señor Presidente, para que yo no continúe; y como, por otra parte, puedo, autorizado por el Reglamento, ocuparme otro día de este mismo asunto, me siento ahora, y otro día continuaré.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de Fomento tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **FOMENTO** (Groizard): El señor Liaño, con una cortesía que le agradezco, me indicó que deseaba hacerme unos ruegos y preguntas con motivo de las obras de defensa de Sevilla. Yo indiqué á S. S. que, si tenía á bien manifestarme los puntos sobre que iban á versar esos ruegos ó preguntas, me enteraría, para darle una cumplida contestación. Su señoría me manifestó que sería mejor que expusiera aquí los puntos de vista que deseaba exponer, más bien que á la deliberación de la Cámara, á la atención del Ministro de Fomento, para excitar su celo en favor de los intereses de Sevilla.

Y he aquí por qué yo no puedo hoy dar una contestación al Sr. Liaño en materia tan delicada y de tanta trascendencia como la que S. S. ha tratado. Su señoría así lo ha reconocido, y por consecuencia, solamente debo manifestarle que he seguido con mucha atención su discurso, y que estoy dispuesto á examinar los expedientes á que S. S. se ha referido, y á estudiarlos. Y si S. S. quiere completar los datos que desea conocer, y que no ha podido manifestar á la Cámara, sin necesidad de nuevas preguntas, amplíe también ese estudio á esos otros datos, á fin de que un día, de acuerdo uno y otro, podamos discutir esta cuestión de tanta importancia y de tanta gravedad puesto que afecta á una de las más hermosas provincias de España, con la ilustración y con el espacio que su interés requiere.

Si S. S. desea que ese día yo traiga á la Cámara los expedientes á que ha hecho referencia y aquellos que me pueda indicar en carta particular, ó si quiere ante la Cámara, los que tengan estado vendrán también al Congreso.

Ahora, si el Sr. Presidente me lo permite, ya que estoy en pie, cumpliré brevemente una deuda que tengo contraída con algunos Sres. Diputados que me han dirigido preguntas pidiendo, de antemano me excusen si no he venido antes á contestar porque atenciones de otro género me han retenido en la otra Cámara.

El Sr. Amat me llamó la atención acerca del propósito que tenía la Compañía del ferrocarril del Norte de subir las tarifas de trasportes de la sal entre

Villalba y la estación de Medina del Campo; S. S. indicó los motivos que tenía para creer que podían ser perjudicados los pueblos del tránsito, particularmente Avila y Arévalo, si, como se decía y se afirmaba, la modificación de las tarifas solamente iba á afectar á los dos puntos que como límite de ese movimiento yo antes he indicado. Puedo, por hoy, dar á S. S., no una contestación satisfactoria, pero al menos una contestación que le tranquilice.

Ese propósito de la Compañía del Norte de modificar las tarifas, no ha llegado todavía al Ministerio de Fomento. Sin embargo de eso, desde que S. S. hizo esa observación, dí las órdenes oportunas á la Dirección para que estuviese al cuidado de ese asunto, y que si resultaban comprometidos los intereses de esos pueblos en la modificación de las tarifas, sometiese á mi aprobación, primero el Negociado y después la Dirección, aquello que entendieran que á los intereses generales del país correspondía.

No olvidaré, pues, este asunto, y puede el Sr. Diputado á que me refiero tener la seguridad de que sabiéndolo el Ministro de Fomento, ni en éste ni en ningún otro asunto ha de dejar de velar por los intereses generales de los pueblos, salvo el respeto de aquellos derechos concretos que puedan tener las Compañías.

Mi distinguido amigo el Sr. Page me dirigió un ruego de otra índole. Su señoría, haciendo un poco de historia, hizo presente que la ciudad de Valencia se encontraba, en concepto de S. S., sin una Escuela elemental de comercio que exigía su importancia y que venía reclamando hace mucho tiempo para favorecer los intereses de su comercio y de la enseñanza de este ramo.

El Sr. Page manifestó que cuando se crearon las Escuelas de comercio, Valencia fué víctima de una injusticia. En lugar de dejarse en aquel punto una Escuela elemental, se creyó que Alicante debía tener preferencia, y se estableció efectivamente en esta última ciudad; pero después, á virtud de reclamaciones de las Diputaciones provinciales y de sus Diputados, la Escuela no oficial de Valencia ha recibido hasta cierto punto constantes auxilios del Gobierno, como deseando reparar lo que ella creía una injusticia; y lo que yo realmente estimo una verdadera inconveniencia, es á saber: que no haya allí una Escuela de comercio.

En el último presupuesto se fijó una cantidad de 50.000 pesetas como subvención á las Escuelas de Comercio de Santander y de Valencia, figurando también en el concepto correspondiente la Escuela industrial de Toledo, y concluyendo con una *etcétera*, que ha sido interpretada por la Ordenación de pagos y por todos en el sentido de hallarse en el concepto comprendidos todos los demás institutos análogos de enseñanza.

El Sr. Page entiende que son 15.000 pesetas las que podrían disponerse como subvención para el establecimiento de esa Escuela de comercio que desea, y haciendo notar que de las matrículas podía obtenerse 10.000 pesetas, forma un cálculo del cual parece deducirse que con muy pocos dispendios podía llegarse á establecer la deseada Escuela de comercio en Valencia.

Yo, Sres. Diputados, declaro que el proyecto me es simpático; que estaría dispuesto á prestarle mi

apoyo, porque deseo el fomento de la enseñanza en general, y mucho más de una enseñanza como está del comercio, en un punto tan importante como Valencia, porque sería fecunda para aquél país y para toda España; pero me temo que los deseos del señor Page y los propios míos apoyando los de S. S., han de ser estériles ante el apremio en que vive el Gobierno para hacer economías. Porque el cálculo del Sr. Page ya sé yo cómo me lo va á impugnar el señor Ministro de Hacienda, porque he visto cómo impugna otros gastos que se proponen y cómo defiende la patriótica codicia de no hacer gastos cuando ha discutido cuestiones de esta naturaleza con otros Ministros. Dirá el Sr. Ministro de Hacienda, con toda seguridad: esas 10.000 pesetas de matrícula que se me ofrecen para dotar la Escuela elemental de Valencia, ya las tengo yo recogidas, y me propongo seguir recogiendo como ingresos del Estado; y por consecuencia, no habrá medio de persuadirle de que, en realidad, si la Escuela de Valencia se funda, no se habrá de gastar por el Estado más que 27.000 pesetas, que es lo que próximamente costaría, á no ser que la Diputación provincial y el Ayuntamiento sufragaran por su parte el exceso sobre esa suma, en cuyo caso yo haría un esfuerzo por ver si podía convencer al Consejo de Ministros y al Ministro de Hacienda, á fin de que, con una pequeña subvención y con los mayores auxilios del Ayuntamiento y de la Diputación, pudiéramos tener un Centro más de enseñanza en nuestra Península.

Creo que el Sr. Page comprenderá que por mi parte estoy dispuesto á hacer lo que pueda, pero no me es dable hacer más que lo que he indicado en favor del noble pensamiento que le ha estimulado á dirigirme su pregunta. *(El Sr. Page pide la palabra.)*

El Sr. Bullón también ha honrado al Ministro de Fomento dirigiéndole un ruego referente á la rápida construcción de la carretera entre Béjar y Se-
queros.

Esa carretera estaba ya replanteada y próxima á su construcción, y, por consecuencia, á salir á su-
basta; pero parece ser, según manifestó el mismo Sr. Diputado á que me refiero, que ocurrió la duda de que se habían proyectado mayores gastos de los que en realidad había necesidad de ejecutar para la realización de la carretera, y de resultas de esto se dirigió una consulta al Ministerio de Fomento, y el Ministerio de Fomento hizo lo que no puede menos de hacer en casos tales, tratándose de cuestiones técnicas: la pasó á la Junta consultiva del ramo.

Quejábese el Sr. Bullón de que desde mediados de Febrero se encontraba el asunto en la Junta consultiva. El Congreso comprenderá que en una Corporación que tantos y tan graves proyectos tiene pendientes y acerca de los cuales está obligada á dictaminar, no es ese un plazo extraordinario. Sin embargo de eso, yo me he apresurado también, no á dirigir un recuerdo oficial á esa Junta, pero sí á hacerle saber confidencialmente el interés que el señor Diputado ha manifestado, y que yo, desde que él lo ha manifestado, también tengo, de que cuanto antes se dictamine en ese asunto.

Espero, pues, que pronto llegue al Ministerio el expediente y poder dar una solución satisfactoria y en armonía con los nobles deseos del Sr. Bullón.

Y como ahora no recuerdo, en realidad, tener

otras preguntas ni otros deseos de los Sres. Diputados que contestar, me siento, rogando á los Sres. Diputados me dispensen el tiempo que me he visto obligado á molestar su atención.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Llaño tiene la palabra.

El Sr. LIAÑO: Doy las gracias al Sr. Ministro de Fomento, porque, como yo esperaba, no ha podido menos de acceder á mis deseos, estando dispuesto á traer todos los datos y antecedentes que yo he solicitado. Pero como yo tengo necesidad de exponer al Sr. Ministro de Fomento en este sitio, donde creo que hay que decirlas, y tan claramente que lleguen bien á conocimiento del país, algunas cosas más que al esclarecimiento de esta materia interesa, ruego al señor Presidente que me reserve la palabra para el lunes.

El Sr. PRESIDENTE: Le apuntaré á S. S., aun cuando no sé si podrá hacer uso de ella el lunes, porque hoy no pueden hablar todos los que tenían pedida la palabra.

El Sr. LIAÑO: Para el lunes ó para cuando pueda hacerlo.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Con qué objeto ha pedido la palabra el Sr. Page?

El Sr. PAGE: Antes de comenzar la pequeña rectificación que tengo que hacer al Sr. Ministro de Fomento, para estar dentro de las condiciones del Reglamento y corresponder al deseo que ha manifestado el Sr. Presidente de que puedan hablar todos los demás Sres. Diputados que tienen pedida la palabra, he de advertir á S. S. que la contestación del Sr. Ministro de Fomento me ha sugerido la idea de un nuevo ruego; y como para eso supongo que no tengo derecho en este momento, si S. S. me autoriza, lo formularé ahora, y si no, ruego á S. S. que me reserve la palabra para formularlo en la sesión inmediata.

El Sr. PRESIDENTE: Si el ruego se refiere á lo que el Sr. Ministro de Fomento acaba de manifestar, y S. S. lo formula en pocas palabras, puede hacerlo, teniendo en cuenta que el Sr. Llorens está impaciente por apoyar la proposición que tiene presentada.

El Sr. PAGE: Estoy á las órdenes de la Presidencia.

El Sr. PRESIDENTE: Puede S. S. usar de la palabra.

El Sr. PAGE: En primer lugar, tengo que dar las gracias al Sr. Ministro de Fomento por la contestación que se ha servido dar á mi ruego del día 5 de este mes, y únicamente debo hacer dos ligeras rectificaciones, muy breves.

Yo me limité solamente á aludir al decreto de 11 de Agosto de 1887, sin manifestar si me parecía justo ó injusto, citando únicamente las capitales que habían sido agraciadas con el establecimiento de Escuelas de comercio, y luego expresé que no se había incluido á Valencia por razones especiales que yo no entro ahora á analizar, por más que conozca algunas de ellas.

Lo relativo á las dificultades que el Sr. Ministro de Fomento encontraría respecto á su digno compañero el de Hacienda, también necesita otra pequeña rectificación. Además de las 10.000 pesetas que yo señalaba como producto de las matrículas de 165 alumnos, con arreglo á la certificación que obra en el

Ministerio de Fomento, expedida por el rector de la Universidad, éstos, del mismo modo que hicieron en 1891, satisfarán nuevamente sus derechos de matrícula; de manera, que á más de la recaudación ya obtenida é ingresada en el Tesoro, se obtendría una nueva, y por consiguiente no habría aumento de gasto.

El ruego á que me he referido al solicitar la venia del Sr. Presidente, se concreta en la siguiente forma: ¿de qué manera va el Sr. Ministro de Fomento á proceder á la inversión de los fondos del artículo 2.º del capítulo 7.º del presupuesto, en el que clara y explícitamente se expresa que la cantidad consignada es para subvención de las Escuelas especiales de comercio de Valencia, Santander, industrial de Toledo, etc.? De las 50.000 pesetas á que creo asciende este crédito, se han destinado ya 15.000 á la de Santander y otras cantidades á otras Escuelas que yo ahora no tengo para qué recordar, por más que si se necesitara lo haría, porque conozco la inversión dada á la mayor parte del crédito. De todas suertes, yo ruego al Sr. Ministro de Fomento que destine una cantidad, la que quiera, pero algo, de las 50.000 pesetas, á los dos principales conceptos del crédito, que son esas Escuelas, y en tercer lugar á la de industria de Toledo y á las atenciones similares ó análogas á las que preceden al *etcétera*, ya que el *etcétera* existe en la ley, que á mi juicio no debiera existir; ya sabe el Sr. Ministro de Fomento que el uso de la *etcétera* en los conceptos del presupuesto se prohibió en Francia en cierta época por los abusos á que daba lugar. Este era mi segundo ruego, y concluyo reiterando las gracias á S. S. por la atención con que me ha contestado.

El Sr. Ministro de FOMENTO (Groizard): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de FOMENTO (Groizard): Como hay deseo de concluir pronto con las preguntas, voy á limitarme á lo esencial, á contestar al último ruego del Sr. Page.

En primer lugar, yo no he estado en el caso de destinar la cantidad de 50.000 pesetas á que S. S. ha aludido, porque cuando llegué al Ministerio, la he encontrado sumamente mermada; quedaba sólo una parte, y una serie de peticiones que excedían cuatro ó cinco veces á la cantidad que quedaba.

Pues bien; no hace muchos días que he puesto dos notas en expedientes que se me han llevado al acuerdo, diciendo que no concedo subvención á ningún otro centro de enseñanza, sin que venga primero la propuesta de lo que debe concederse á Valencia. ¿Por qué? Porque es verdad; como que Valencia, Santander y la Escuela de Toledo son las que están *nominatim* allí señaladas, á mi juicio no debemos aprovecharnos de la *etcétera* sin que estén atendidas las entidades que primeramente ha tenido en cuenta la Cámara al fijar esa cantidad.

Lo que no sé yo, ó por mejor decir, lo que sé con cierta pena, es que no he de poder destinar á esa Escuela mayor cantidad que la de 8.000 ó, á lo más, 10.000 pesetas, con lo cual voy á dar fin á ese crédito, y si acaso quedara alguna pequeña cantidad, para cubrir, no compromisos oficiales, sino compromisos de palabra adquiridos antes de entrar en el Ministerio. (El Sr. Page: Muchas gracias.)

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Martos tiene la palabra.

El Sr. MARTOS: He pedido la palabra para unir mi voto al de la mayoría en la votación recaída ayer sobre la proposición incidental apoyada por el señor Cánovas del Castillo.

El Sr. SECRETARIO (Bugallal): Constará en el Acta y en el *Diario de las Sesiones*.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ramos Calderón tiene la palabra.

El Sr. RAMOS CALDERON: Ruego á la Mesa se sirva hacer que conste mi voto con el de la mayoría en la votación que ayer se verificó en esta Cámara.

El Sr. SECRETARIO (Bugallal): Constará en el Acta y en el *Diario de las Sesiones*.

Se leyó la siguiente proposición:

«Los Diputados que suscriben tienen el honor de pedir al Congreso se sirva declarar ha oído con disgusto las explicaciones que dió el Sr. Ministro de Marina sobre las malas condiciones que reúnen algunas de las planchas de blindaje colocadas en los cruceros *María Teresa* y *Vizcaya*, construídos en los astilleros del Nervión.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—Joaquín Llorens.—R. Cesáreo Sanz.—Para autorizar la lectura, Vicente Sanchís.—Juan V. de Mella.—El Conde de Casasola.—Juan Gualberto Ballester.—Gumersindo de Azcárate.»

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Llorens tiene la palabra para apoyar esta proposición.

El Sr. MUÑO: Pido la palabra para el lunes, para formular algunas preguntas.

El Sr. PRESIDENTE: Ya está S. S. apuntado.

El Sr. LLORENS: Señores Diputados, me veo obligado á empezar recogiendo algunas palabras que el Sr. Ministro de Marina pronunció cuando tuvo la bondad de contestar á la serie de preguntas que le dirigí.

Decía S. S. que los hechos presentados por mí eran anónimos, y debo replicar que no es cierto, puesto que los daba yo, y cuanto dije, claro es que queda por mí consignado y con personalidad marcada.

Vengo á discutir de tan buena fe, no menor que la de S. S., que si alguno de los datos que he de citar le mereciera al Sr. Ministro de Marina la menor duda, me bastará el más pequeño movimiento de cabeza de S. S. para que yo le exponga una serie de noticias, bastantes y sobradas tal vez para que quede determinada la verdad de lo que diga. En cambio, ruego al Sr. Ministro de Marina que, á su vez, no afirme nada más que aquello de que esté absolutamente seguro. Porque decía en un discurso que tengo aquí dicho Sr. Ministro, que jamás había aparecido en el presupuesto un buque que estuviese en el fondo del mar, y ya tuve el honor de hacerle presente con las palabras de su digno compañero el Sr. D. Arturo Garín, que, efectivamente, hallándose el barco á pique, había aparecido armado. (El Sr. Ministro de Marina: Eso no tiene nada que ver con las planchas.) Es un pequeño preámbulo, Sr. Ministro,

para que queden deslindados los campos y sepamos los dos las equivocaciones en que hayamos incurrido. (*El Sr. Ministro de Marina*: Yo tengo cuidado en eso, y sé lo que afirmo.) Por eso estoy razonando, para que quede sentada la verdad con que yo hice aquella afirmación. Además, tengo aquí apuntadas, y se las leeré á S. S. si así lo desea, las cantidades con que apareció el pontón *Marqués de la Victoria* en presupuesto en 1885, 1886, 1887, 1888, 1889, 1890 y 1891, que suman un total de 968,340 pesetas.

También afirmó el Sr. Ministro que en el arsenal de la Carraca no se gastaba dinero en agua, y hasta se permitió decirme irónicamente: existe un aligibe, y de allí se saca agua. ¿Quiere S. S. que se ciegue para que no se extraiga más? Sin duda el Sr. Ministro de Marina ignora que desde hace siete años surte de agua al arsenal una Sociedad de Cádiz, y que el Estado paga el agua, no del aligibe, sino de la Sociedad, á 0'50 pesetas metro cúbico. (*El Sr. Ministro de Marina*: Está S. S. equivocado.) Aquí tiene S. S. la prueba oficial, que es un estado del consumo diario del agua del arsenal de la Carraca, con el sello de la Ayudantía Mayor y firmado por D. Mariano Solo, y donde consta que se proporciona y paga agua á los vecinos; está el documento á disposición de los Sres. Diputados y de S. S. (*El Sr. Ministro de Marina pronuncia palabras que no se entienden*.) Es exacto; porque cuando me levanto á hablar, tengo los datos necesarios, y por ese motivo sé lo que ha pasado con el cañonero *Halcón*, porque tengo en mi poder el parecer fiscal de la información sumaria instruida con motivo de las averías sufridas en 30 de Septiembre de 1893, que empieza diciendo: «D. Evaristo de Matos, teniente de navío de primera clase, etc.,» y concluye con «el fiscal, Evaristo de Matos.» Aquí consta realmente que el teniente de navío D. Senén García Caveda cumplió admirablemente con su deber, hasta tal punto, que á pesar del peligro que había de que al avanzar el torpedero sobre la escollera se fuera á pique, se mantuvo en su puesto, dando tales voces de «máquina atrás,» que le oyeron los capitanes de los buques que estaban á distancia. Que eso sucedió por ineptitud de los maquinistas que llevaba, está probado; y por esa causa, cuando se discutan los presupuestos (si es que se discuten), no ha de extrañar S. S. que yo reclame que se disminuyan los gastos en el personal, para que puedan navegar todos los buques. Aquí tiene S. S. estos datos oficiales á que me refiero; y en confirmación de esa poca práctica de que S. S. habló, le recuerdo que por falta de experiencia de un maquinista se perdieron 10.000 kilogramos de pólvora parda en el *Reina Regente*, á consecuencia de haberse dejado abierto un grifo de inundación de paños, y se apercibieron del hecho cuando, observando que el buque se hundía, vieron que el pañol estaba lleno de agua. De manera que es preciso y necesario que si no hay maquinistas buenos, se instruyan rápidamente.

También S. S. entonces se mostró muy airado porque yo dije que algún guarda-almacén había sacado pedazos de lona que servían para cortinas de una de las casas del arsenal, olvidando S. S. que eso ha pasado muchas veces, porque debe saber, como yo, el caso verdaderamente notable que ocurrió en la Habana con el pontón *Hernán Cortés*, que estaba anclado en aquel puerto. Tenía los fondos forrados en cobre, y fué necesario llevarle al arsenal para

componerle; se cubrieron de planchas los fondos, y al salir y volver á anclar, el comandante de aquel arsenal vió que entraba una partida de cobre, y resultó que era para el buque que ya se había comprado, y que el guarda-almacén era el que la había proporcionado. (*El Sr. Ministro de Marina*: Lo ignoro.) Ya sé que S. S. ignora muchas cosas de marina. (*El Sr. Ministro de Marina pronuncia palabras que no se oyen*.) A mí no me ha costado saberlo gran cosa, señor Ministro.

Ahora vamos á tratar del asunto de gran gravedad, ó sea del blindaje que se ha puesto á los cruceros que se están construyendo ó han construido en los astilleros del Nervión.

Voy á demostrar á S. S. que las planchas no son las más propias para que entren en fuego; que no podrán pelear sino á favor del valor de sus oficiales y tripulaciones; es decir, que es de temer se vayan á pique combatiendo; eso podrá suceder, porque tendremos que convenir en que algunas de las planchas son inútiles. Según el contrato, las planchas para el *Marta Teresa* y el *Oquendo* debía entregarlas la casa Cammell and Compañía, de Sheffield, y para el *Vizcaya* la de Mr. Brown y Compañía, del mismo punto.

¿No está conforme el Sr. Ministro de Marina? Pues yo lo afirmo. (*El Sr. Ministro de Marina*: Leeré el contrato, y verá S. S. cómo está equivocado.) Estoy segurísimo de lo que he dicho. Las condiciones estipuladas para la prueba y recepción de los blindajes del *Marta Teresa* y del *Vizcaya*, eran que se dividirían las planchas en tres lotes, dos formados cada uno por una faja, y el tercero por las planchas para barbetas, etc., llamadas por los ingleses *upper works*.

Debo advertir, que al decir *prueba* me refiero á las de cañón y no á las mecánicas de taller; que media faja la forman 16 planchas; que el peso total de una faja para barco es de 470 toneladas; que antes del fracaso de los astilleros del Nervión se contrataron «á razón de 75 libras por tonelada de 1.016 kilogramos, y que el precio neto al pie de fábrica fué para el blindaje del *Marta Teresa* de 67 libras, 14 chelines y 8 peniques, también tonelada.

Hubo una serie de negociaciones hechas por la *garantía técnica*, pretendiendo le diesen las Sociedades constructoras por razón de comisión 5 libras por tonelada; éstas no quisieron que la *garantía técnica* se llevara esos beneficios, y los concedieron al Estado. Claro es que esas negociaciones no aparecerán en los expedientes que yo no he querido examinar; pero me consta que son rigurosamente exactas.

Se estipuló que las pruebas para las planchas de los buques españoles fueran iguales en condiciones que las exigidas por el Almirantazgo inglés para las de los barcos de aquella Nación; y como no se contó con el Gobierno inglés al establecer el que se llevarían á cabo en el buque en que éste las verifica, cuando se fué á hacer las pruebas se negó á ello, y hubo que entrar en negociaciones para que lo permitiera.

Las pruebas las hace el Almirantazgo inglés en un barco de vela, el *Nettle*, anclado en Portsmouth. Se corta la plancha de prueba en rectángulo, dándole 6 pies ingleses en el sentido horizontal y 8 en el vertical, después de reducido su espesor á 10 y media pulgadas inglesas. Se coloca y emperna contra un espaldón de madera, rodeándola de un recio marco de acero, y después se le disparan 5 proyectiles estando el cañón á la distancia de 30 pies, recibien-

do la plancha cuatro de ellos, los números 1, 4, 2 y 3, á dos pies del borde ó marco, y el 5 en el centro. Los tiros 1, 2 y 5 se hacen con proyectiles Holtzer ó Ferminy, de acero cromado y forjado, y los 3 y 4 con proyectiles Pallisser, todos de 6 pulgadas de calibre, 100 libras de peso y lanzados por una carga de 48 libras de pólvora de la marca E. X E.

He hecho constar que la plancha se cerca con un fuerte marco de acero, porque conviene tenerlo presente para lo que luego diré.

Al hacerse las pruebas en la plancha del *Marta Teresa*, en 28 de Abril de 1891, la velocidad fué de 1.976 pies por segundo, y la energía de 2.723 toneladas-pies.

La inspección de la fabricación de estas planchas corre á cargo de un ingeniero afecto á la Comisión de marina española en Londres, y esa Comisión la formaban en Setiembre de 1890 un capitán de navío de primera clase como presidente, y como vocales un teniente coronel de artillería, un jefe de primera clase de ingenieros y un contador de navío de primera clase.

Después de las laboriosas negociaciones seguidas para que el Gobierno inglés permitiera probar estas planchas en el buque *Nettle*, se llevaron á cabo, alcanzando, según el dictamen de la Comisión, resultados *dudosos* respecto del primer lote para el *Marta Teresa*. Vinieron aquí las notas, y el Consejo Superior de la Marina no sabía si aceptar ó no las planchas; y para salir de la duda preguntó al Almirantazgo inglés qué hacía cuando en las pruebas las planchas de blindaje le daban un resultado igual; pero éste contestó que reservaba su parecer, porque no le importaba nada el resultado de las pruebas de unas planchas que no eran para sus buques, y que por consiguiente el Almirantazgo español hiciera lo que tuviera por conveniente. Añadía además algunas frases que no eran muy agradables para los españoles. El Almirantazgo inglés remitió la fotografía con los datos, pero sin añadir una palabra sobre su parecer; y viendo nuestro Almirantazgo que el inglés no daba contestación, se preguntó á la Comisión de marina en Londres, si había medio de saber lo que los ingleses hacían con las planchas que resultaban *dudosas*, y de nuestra Comisión en Londres contestaron que los ingleses se encerraban en el silencio más completo y que no querían decir nada.

Entonces se decretó una contraprueba para las planchas del *Marta Teresa*. El resultado de esta segunda prueba fué algo mejor, pero no bueno; y la Comisión de marina en Londres dijo que no podía dar un informe con pronunciamientos favorables. El Almirantazgo inglés envió, como de costumbre, las fotografías y los datos de las pruebas. Cuando mandó esos datos lo hizo en un papel común, sin membrete ni nada que significara que era oficial. La Sociedad Cammell, que temió quedarse con sus planchas, pudo al fin saber que el Consejo Superior de Marina las aceptaba. El resultado de la prueba que después se hizo con las planchas Brown, demostró que tenían bien poco que echarse en cara las unas y las otras; y digo esto, porque como S. S. expuso que hay rivalidad entre las dos casas, yo quiero hacer constar con esta manifestación, que no apoyo ni á la una ni á la otra, y que las dos Sociedades me son absoluta y completamente indiferentes, sucediéndome lo mismo con cualquier otra.

Resultó de la contra prueba, cuya relación tengo á disposición del Sr. Ministro, y que no leo porque sería pesada, que las segundas planchas eran más blandas que las primeras, pero en cambio éstas eran menos homogéneas y más quebradizas.

Voy á exponer un detalle: la prueba realizada el 28 de Abril de 1891, costó, sin contar la pólvora ni el proyectil, 1.228 libras, 9 chelines y 9 peniques, deducido ya de este valor el de la plancha rota por los proyectiles y que tomó la casa como primera materia. Cada plancha-faja pesa de 18 á 20 toneladas.

El 28 de Abril de 1891, la Comisión española de marina en Londres estaba sin jefe efectivo. Tenía interinamente ese cargo un teniente coronel de artillería de la Armada; pero este señor enfermó, y ocupó su lugar el jefe de ingenieros, presenciando las pruebas éste y un teniente de navío agregado á la Comisión, persona peritísima, porque había cursado sus estudios en esa Escuela de ampliación que ahora tiene la marina en San Fernando para formar los ingenieros y artilleros navales, y creo que también hasta astrónomos.

Para concluir estas advertencias, debo hacer presente que las fotografías que se sacan, son: una de la plancha fijada en el espaldón, cinco cuando se van haciendo sucesivamente los disparos, otra del dorso de la plancha cuando ha sido desmontada del espaldón, y otra del espaldón con objeto de que se vea si lo ha atravesado el proyectil. Hay también en Shoeburyniss un campo de tiro para las pruebas de la artillería del ejército inglés, y allí se sacan también este mismo número de fotografías, y algunas más, porque las pruebas son de otra naturaleza.

Vamos á ocuparnos del segundo lote de planchas para el crucero *Marta Teresa*. Como en el primer lote la casa Cammell había presentado unas planchas muy blandas, se conoce que se prometió que en el segundo resultaran durísimas; y efectivamente, al hacer las pruebas ante la Comisión, colocada la plancha como he tenido el honor de exponer, fueron hechos los disparos, no pudiendo penetrar los proyectiles. El entusiasmo de la Comisión fué tan grande, que inmediatamente remitió al Sr. Ministro de Marina un telegrama, cuya copia tengo aquí, diciendo que las pruebas habían sido brillantes. El Sr. Ministro, sabiendo que en los astilleros del Nervión se necesitaban con urgencia las planchas, pues había comunicado el director de ellos que de no tenerlas habría necesidad de suspender los trabajos, al ver el telegrama en el que se decía que las pruebas habían sido notables, decidió, como era natural y lógico, que se aceptasen las planchas. (*El Sr. Ministro de Marina*: Va S. S. por mal camino; se ha echado un Mentor que me parece que no va á resultar.)

Ya diré después á S. S. el número de Mentores que tengo, y verá que, por su clase y calidad, *resultan* y son irrefutables.

Pues bien; se ordenó terminar el lote, ó sea hacer el volteo de las planchas, taladros para pernos, etc.; y cuando ya habían salido de Londres, y hasta creo que habían llegado á Bilbao, no se habían recibido aún aquí las fotografías, por las que se pudiera apreciar el resultado de las pruebas. El Almirantazgo inglés, como de costumbre, mandó las fotografías, y resultó que la plancha había quedado hecha pedazos.

¿Quiere el Sr. Ministro ver la fotografía de la

plancha? (*El Sr. Ministro de Marina*: No. Ya le demostraré á S. S. para qué sirven esas fotografías.) Está bien. Como decía, vinieron las planchas; pero llegaron también las fotografías y los datos remitidos por el Almirantazgo inglés; pero esta vez, sabiendo, sin duda alguna, que se habían admitido las planchas, aquel Centro añadió lo siguiente:

«The plate succeeded in Keeping out the projectiles but was practically destroyed in doing so. H. L. Pearson,» (Capitán del buque de S. M. *Excelente*.—Escuela de artillería Marina.)

Traducido al español, dice: «La plancha consiguió impedir que la atravesaran los proyectiles, pero quedó prácticamente destruída por ese hecho.»

Si S. S. negaba que esto fuera cierto, aquí está la prueba (*El Sr. Ministro de Marina*: No lo negaba. Aún no había leído eso S. S., y yo no soy adivino.) Yo casi creo, francamente, que el Almirantazgo inglés envió este dictamen porque tuvo lástima de nosotros. Al llegar los datos, el dictamen y las fotografías, claro es que causó alarma haber aceptado unos blindajes inútiles; y se pidió la plancha á la Sociedad Cammell, para ver si había quedado ó no destruída; pero la casa contestó que por un *error* cometido por los encargados de los talleres, aquella plancha se había utilizado y no podía enviarla. ¡Qué casualidad, Sres. Diputados! A mí me parece que, realmente, no había necesidad de estas disculpas, porque aceptadas ya las planchas, no tenía para qué guardarlas de la prueba aquella casa.

De manera que la banda del *María Teresa*, que lleva planchas que han sido objeto de esas pruebas, es completamente inútil; ese barco, que aún no ha prestado servicio, hay que confesar lleva una banda que quedará completamente destruída, si sobre ella se hace cercano y potente fuego de cañón.

Vamos al *Viscaya*, hermano menor del *María Teresa*. Las planchas para el *Viscaya*, aunque el señor Ministro de Marina dice que no, las proporcionó la casa John Brown. (*El Sr. Ministro de Marina*: Yo no he dicho que no.) Se hicieron las pruebas del primer lote en el polígono de Shoeburyniss, cerca de Londres, el día 5 de Febrero de 1892 ante la Comisión, la que dió dictamen diciendo que las pruebas produjeron un resultado *dudoso*; pero como también había dado igual dictamen respecto á las de la casa Cammell del primero y aun del segundo lote del *María Teresa*, y sin embargo se habían aceptado; como entre aquellas dos casas hay una gran lucha de competencia, se vió la Comisión en situación comprometida, sin saber qué hacer; porque si no aceptaba las planchas de la Sociedad John Brown, parecería que se inclinaba en favor de la Cammell, y si las aceptaba, resultaba que la Nación adquiría unas planchas de construcción dudosa.

Hay aquí un detalle muy notable, que es el siguiente: en estas planchas se había usado un procedimiento especial de endurecimiento superficial, inventado por el capitán de ingenieros inglés Mr. Tressider, y éste, al ver el resultado *dudoso* en las pruebas, hizo la protesta de que si aquellas planchas no habían resultado excelentes, se debía á que no se había aplicado bien su procedimiento en la construcción de ellas. De manera que, además del resultado *dudoso* de las pruebas, existía esta protesta del capitán inglés. Después de muchas idas y venidas, después de no pocas consultas, cuando la casa estaba esperando

una contraprueba, se encontró con que el Consejo Superior de Marina aceptaba las planchas.

Debo, por consiguiente, hacer constar que esas planchas se han aceptado á pesar del resultado *dudoso* de las pruebas y á pesar de la protesta antes indicada del capitán inglés Tressider, inventor del sistema á que obedecía la construcción de ellas. Me parece que no puede quedar la menor duda de que no son buenas, según españoles é ingleses.

Las pruebas del segundo lote dieron un resultado brillante.

De modo que el *María Teresa* lleva una banda dudosa y otra mala, y el *Viscaya* una banda muy buena y otra dudosa. Esto hará que dichos buques, cuando entren en fuego, tendrán que colocarse siempre de manera que reciban los proyectiles en las bandas buena ó dudosa, lo que además de impedir se muevan con libertad los barcos, no dejará de preocupar al capitán que los mande.

Del *Oquendo* no han llegado á mí (sin duda debiendo haberse extraviado en los correos) los datos y fotografía que he recibido de los otros dos; pero el *Oquendo* es un buque para el cual (y puesto que se trataba de la misma casa Cammell que había hecho las planchas de blindaje del *María Teresa*, que ya he demostrado que han sido dudosa y mala) debían haberse exigido mayores pruebas para sus planchas.

Conociendo estos datos, como parece natural que el Sr. Ministro de Marina debía conocerlos, á no ser que S. S. se parezca al Sr. Sagasta que no sabe nada de nada... (*El Sr. Ministro de Marina*: Ese chiste está ya gastado.) Las verdades no se gastan; los que se gastan son los hombres que no se enteran, ó no sirven para nada.

Parecía natural, digo, que sabiendo el Sr. Ministro de Marina lo que ha pasado, hubiera procurado, si era posible, aumentar las pruebas. Lejos de esto, S. S., según tengo entendido, ha publicado una Real orden librando á la casa constructora de las planchas, de una de las dos pruebas que marca el contrato. ¿A qué se ha debido esa Real orden? ¿Es que S. S. ha tomado en serio aquel telegrama que puso la Comisión de marina, diciendo que las planchas que formaban el segundo lote para el *María Teresa* eran muy buenas, y que, según yo he demostrado, han sido tan malas, que al quitarle á la de prueba el marco cayó hecha pedazos? (*El Sr. Ministro de Marina*: Todo eso es una novela.) Yo pruebo de un modo evidente lo que digo, y lo que se prueba no es novela.

Comprendo que si me extendiese más, no daría tiempo al Sr. Ministro de Marina para que me contestase antes de entrar en el orden del día; y como deseo vivamente oír lo que ha de exponer, termino, pretendiendo, si su respuesta no es muy larga, replicar aduciendo más antecedentes, dejando para otro día muchas cosas que pudiera decir... (*El Sr. Ministro de Marina*: Si quiere S. S. decírlas, yo las oiré con mucho gusto.)

Tendría que alargarme mucho. Una de ellas sería participarle á S. S. que en marina se alistan barcos con un gasto de más de un millón, para á los cuatro meses ordenar que se desalisten. Eso es de muchísimo bulto, y tengo aquí las pruebas y las cuentas en pesetas y céntimos de lo que se ha derrochado en jornales, en material, en carbón y en pertrechos.

Otra sería decirle á S. S. cómo consiente que haya barco que, debiendo haber liquidado el fondo

económico hace dos años, no lo ha verificado todavía. Otra sería hablar sobre la construcción de los diques de Cartagena y la Carraca. Y como esto es largo, pues necesito discutir y presentar pruebas, como lo he hecho siempre, y acabo de hacerlo en el asunto del blindaje, poniendo á disposición de S. S. estados y dictámenes, y citando nombres, año, mes y día, tendré que dejarlo para otra ocasión, á fin de tener el gusto de oír la contestación que S. S. me dé sobre lo del blindaje; veré en qué está S. S. conforme conmigo y en qué no lo está, y después replicaré á lo que S. S. diga, aduciendo, si es preciso, más antecedentes.

El Sr. Ministro de **MARINA** (Pasquín): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **MARINA** (Pasquín): Verdaderamente, Sres. Diputados, yo esperaba del Sr. Llorens argumentos más fuertes, de un resultado más práctico, y hasta podría decir terrorífico, en vista del tiempo que hace que S. S. viene persiguiendo esta cuestión de las planchas de blindaje, con la cual ha querido demostrar á la Cámara que el blindaje de los tres cruceros construídos en Bilbao, y si no los tres, porque ha dejado algo dudoso lo relativo al *Oquendo*, el blindaje del *María Teresa* y el del *Viscaya* es de tales condiciones, que estos dos buques no tienen más que un costado defendido, y aun ese con planchas de medianas condiciones; y el otro costado, á juzgar por lo que dice S. S., no sólo no puede resistir un proyectil, sino que el blindaje se está cayendo á pedazos.

Yo creo que los Sres. Diputados habrán oído con atención á S. S., porque esta es una cuestión interesante, de aquellas que excitan el patriotismo de cualquier español; pues no puede menos dealarmar á cualquiera saber que cruceros tan importantes como esos tienen su poder defensivo en tales condiciones, que no pueden resistir el fuego enemigo más que por un costado; con lo cual vendría á suceder lo que ha dicho S. S.: que los comandantes de esos buques tendrían que maniobrar constantemente para presentar siempre el mismo costado; y esto, claro está que no puede hacerse, porque si fuera posible y no hubiera en ello ningún peligro, ya se habría inventado la manera de proteger un solo costado del buque y ahorrarse el gasto que supone el blindaje del otro. Seguramente que en Naciones de tan poderosa flota como Inglaterra ó Francia ya se habría inventado algo sobre eso. (El Sr. Llorens: Pero es que esas Naciones no admiten planchas inútiles.)

Me parece que S. S. ha leído poco de las controversias sobre los blindajes ingleses, porque si hubiera leído todo lo que se ha dicho sobre esto, hubiera podido ver que lo mismo ha sucedido en Inglaterra que en otras partes. (El Sr. Llorens: Aquí tengo el libro.)

No basta eso; es preciso estar bien enterado; porque en esto de las construcciones modernas, sobre todo desde que la industria particular se ha hecho cargo de la construcción de los buques de guerra, hay una porción de cuestiones interesantísimas que no hay para qué traer á discusión; y sucede además que las mismas casas constructoras publican artículos y folletos encaminados á demostrar que los blindajes, planchas, etc., de la casa tal ó cual son los mejores, y que los demás son muy malos. Esto sucede á cada momento, y es muy natural, dada la

competencia de las distintas casas constructoras.

El Sr. Llorens, en lo que con mucha propiedad ha llamado exordio de su discurso, y así como para hacer boca, ha recordado varios asuntos que ya habíamos tratado aquí en discusiones anteriores. Ya tuve el honor de contestar entonces á S. S., y no sé para qué vamos á tratarlas otra vez, sobre todo cuando lo que yo dije no lo puede contradecir con pruebas S. S.

Así, por ejemplo, el Sr. Llorens, en su deseo de atacar á la administración de la marina, ha vuelto á hablar del gasto del agua en el arsenal de la Carraca, y resulta que respecto de ese particular pasa ni más ni menos que lo que yo decía: que está contratada el agua para el arsenal, pero que además hay albiges en que se recoge el agua de lluvia, y este depósito, que en años lluviosos como el actual es muy considerable, se utiliza, sin perjuicio ninguno de los intereses del Estado, en todos los servicios á que es aplicable el agua dulce y potable.

Después ha sacado S. S. á plaza la cuestión del torpedero. Yo no he hablado de aquella avería en el sentido que S. S. supone; va S. S. por mal camino.

Yo dije que algunos de los maquinistas nuestros tenían poca práctica, y sería conveniente tener un buque navegando constantemente, para que adquiriesen mucha práctica; y me dolía que, siendo nuestro presupuesto tan exiguo, no pudiera consignarse en él el gasto necesario para esta importante atención. Yo me holgaré mucho y tendré una gran satisfacción de que en este presupuesto pueda conseguir S. S. el crédito necesario para este servicio de prácticas.

Respecto á lo dicho por S. S. sobre el *Reina Regente*, tengo que decir que no se había tratado de esto en sesiones anteriores. Pero este es un nuevo dato que S. S. ha recogido en el buzón y que agrega ahora á los demás cargos que hace S. S. á la administración de marina. Hace algunos años, en efecto, que ocurrió la equivocación de un maquinista que abrió un grifo por otro, con cuyo motivo se echó á perder la pólvora. Su señoría me recuerda ese hecho, que yo deploro; pero como yo ni era el maquinista que abrió el grifo ni tampoco era Ministro en aquellas circunstancias, no pude hacer más que deplorarlo; y si hoy ocurriera un caso análogo, tampoco podría yo hacer más que lo que hizo en aquella ocasión el Ministro de Marina, que fué ordenar la formación de sumaria, y resultando que no había responsabilidad criminal para el maquinista, no pudo hacer más que imponerle una corrección gubernativa proporcionada á su inexperiencia.

En cuanto al cargo de S. S. de que de las lonas del arsenal de Cartagena se sacaban cortinas para las casas de los que habitan en el arsenal, ya le dije á S. S. que no negaba la posibilidad, pero que eso sería un cargo grave contra el guarda-almacén que tiene esa lona bajo su custodia, y que si resultaba cierto, se castigaría. Pero hoy vuelve S. S. á afirmar que es cierto. ¿Y qué datos aduce S. S. para esa afirmación? Unos datos que, en buena lógica, no pueden admitirse; porque lo que ahora dice S. S., y yo ignoro, es que en la Habana (y es otro dato nuevo que ha recogido), hace pocos años, algún funcionario, chico ó grande, se llevó algún cobre que había en el pontón *Hernán Cortés*, y fundándose en este hecho, dice S. S.

que de igual manera pueden haberse llevado la lona del arsenal de Cartagena. Pero es el caso que ese cobre no sabemos á cargo de quién estaba, y la lona sabemos que está á cargo del guarda-almacén. Además eso podrá ser cierto porque S. S. lo denuncia; pero yo no puedo admitir como probada oficialmente su veracidad.

Por otra parte, aun cuando S. S. dice que yo estoy ignorante de lo que pasa en mi Departamento, no creo que pueda hacerme cargos porque hace algunos años se hayan llevado cobre del pontón *Hernán Cortés*. Yo no creo que se puedan hacer cargos á determinado Ministro por pequeñeces que no son de su tiempo sino de gestiones administrativas pasadas.

Y entremos ahora en la cuestión de los lotes de planchas del *María Teresa*.

Su señoría recordará que yo le ofrecí, para mayor ilustración del asunto, cuando de esto me habló, los expedientes mediante los cuales se habían admitido estas planchas; y yo creo que lo menos que S. S. podía hacer en honor de su país, antes de hacer en público determinadas afirmaciones, era haberme dicho: «vengan esos expedientes oficiales». Pero sin duda S. S. tiene más confianza en las noticias que le dan esos ingleses, más ó menos interesados en la cuestión, que en los datos del Ministerio; pues de otro modo no se comprendería la frase de «me sobra con los datos que tengo, y no quiero conocer los datos oficiales del Ministerio de Marina». Sin embargo, yo creo que si S. S. hubiera estudiado esos expedientes y hubiera examinado los datos, tal vez habría rectificado esas noticias.

Ya dije á S. S. que esos expedientes se encontraban en el Consejo de Estado, y como S. S. no me los pidió, y yo no sabía que tan pronto iba á contestarle respecto de esta cuestión, en el Consejo de Estado continúan. De otro modo, los hubiera estudiado para complacer á S. S.

Yo que conocía la historia de los lotes del *María Teresa*, creí que con decir al Congreso lo que había ocurrido con respecto al segundo, tenía bastante; pero como S. S. ha dicho que es mediano, entraremos en la discusión de ese segundo lote.

Su señoría afirmó, y yo niego, que el Gobierno hubiera dado dos buques á la casa Cammell y uno á la casa Brown. (*El Sr. Llorens*: No he dicho el Gobierno.) Eso es lo que voy á demostrar. Al hacer el contrato de las fajas de blindaje ó al fijar las condiciones del contrato general de los buques, se debatió en el Ministerio de Marina respecto á las casas que ofrecían más garantías sobre planchas de blindaje en aquella época. Se hizo el estudio de si las planchas habían de ser del sistema *compound*, que son las que S. S. ha explicado, ó de acero cromado. Las de acero cromado eran más caras, aunque mejores, y por eso se desecharon, y en el contrato aparece que han de ser del sistema *compound*. En cuanto á las casas, creyendo que las que ofrecían más garantías eran la de Cammell y la de Brown, se le dijo á Rivas Palmers, que era la constructora, que las condiciones de las planchas habían de ser del sistema *compound* y precisamente de las casas Cammell ó Brown, con la sola advertencia de que cada buque había de llevar planchas de la misma clase y no un costado de Brown y otro de Cammell. De esto se deduce que el derecho de escoger las planchas fué de la casa constructora Rivas Palmers.

Ella podía adquirir las planchas para los tres barcos, bien de la casa Cammell ó bien de la de Brown, y sin duda para dejar contentos á los dos constructores, adjudicó dos buques á la casa Cammell y uno á la casa Brown. Por consiguiente, no fué el Gobierno... (*El Sr. Llorens*: Yo no he dicho que fuese el Gobierno.) Así lo dijo S. S., y yo le contesté que no fuimos nosotros, sino que fué el contratista.

Se trató de las condiciones del contrato, con más ó menos acierto, porque esas cosas, como decía ayer con razón el Sr. Ministro de la Guerra, se ven muy claras á *posteriori*, y puede haber alguna deficiencia en las condiciones de un contrato que se hace por primera vez. En el contrato se puso esa condición que ha repetido S. S., de que las pruebas se habían de hacer con arreglo al mismo procedimiento con que se verificaban y llevaban á efecto por el Almirantazgo inglés, sin que se le ocurriera á ninguno de los que componían entonces el Consejo Superior de la Marina, si el Almirantazgo inglés tenía ó no inconveniente en ello. Eso fué lo que se puso en el contrato, no que el Almirantazgo inglés diera su opinión sobre las planchas. (*El Sr. Llorens hace signos negativos*.) Eso dijo S. S.; pero si S. S. lo retira... (*El señor Llorens*: Yo no he dicho eso.) Pues quede sentado que se puso la condición de que las pruebas de las planchas se llevaran á cabo como se hace en el Almirantazgo inglés, no que el Almirantazgo inglés nos dijera las condiciones para las pruebas de las planchas.

Esa fué la primera dificultad que hubo para cumplir el contrato, y yo no tengo otro interés, como español y como patriota, que demostrar que las planchas de blindaje de ese barco son útiles y buenas; y al decir esto, es para demostrarlo, porque el radio de acción que tengo en este asunto es tan grande, que ni aun se concreta al partido liberal, porque esta cuestión que estamos debatiendo es de todos los Ministros, lo mismo del partido liberal que del partido conservador.

Digo esto, porque he visto cierta sonrisa en algún individuo que pertenece al partido conservador, y si alguna responsabilidad hubiera, que no la hay, lo digo muy alto, no sería para nosotros, porque la adquisición de las planchas de blindaje no ha sido en nuestra época. Yo quiero poner los puntos sobre las *tes*, diciendo que yo, Ministro del partido liberal, vengo aquí á defender la gestión de mis antecesores, pertenezcan ó no á mi partido; porque S. S. cuando habla se dirige siempre al Ministro de Marina, y los que no están enterados de la cuestión, pueden creer que es á mí á quien atribuye la culpa de esos grandes pecados capitales cometidos por la administración de marina; y yo me guardaré muy bien de decir, como hombre de gobierno, que lo que no fué en mi año, no fué en mi daño.

Sentado esto, diré á S. S. que respecto del segundo lote ha dicho una porción de cosas que son inexactas, no habiéndolas dicho S. S. con conciencia exacta de lo que dice, porque se ha fiado de los datos que le han proporcionado; y yo creo además que S. S. no tendrá una satisfacción en demostrar que las planchas son malas, con el exclusivo objeto de obtener un triunfo parlamentario.

Su señoría ha de tener el desseo natural de que las planchas sean buenas, bien hayan sido adquiridas en tiempo de un Gobierno ó de otro; bien hayan

sido adquiridas bajo la gestión de otros Ministros, ó bien lo hayan sido (cosa que yo niego en absoluto) bajo la gestión del que tiene la honra de dirigirse al Congreso en este momento. Voy á leer las pruebas del segundo lote, las oficiales, que son á las que tengo que atenerme, porque no creo que el Sr. Llorens pretenda que porque yo sea Ministro de Marina y los funcionarios del Ministerio lleven faja y entorchados, debe darles poco crédito á sus asertos, y que deba dársele mayor á las noticias que trae S. S., firmadas por personas muy respetables, pero á las cuales no conozco. Yo, como militar y como español, tengo que dejar en el lugar que corresponde á los dignísimos generales y jefes que están á mis órdenes, y respecto á los cuales no hay, ni dentro ni fuera de esta Cámara, quien pueda echar la menor sombra sobre su honra. (*El Sr. Llorens:* ¿He dicho algo yo en contrario?) Se desprende de las palabras de S. S., cuando ha dicho con fruición que el llamado Consejo Superior, lo mismo que el Ministro, sin esperar la relación circunstanciada de las pruebas, puso el telegrama para que las planchas vinieran; cuando S. S. ha dicho que á pesar de lo que manifestaban esos ingleses, con los cuales está tan encariñado S. S., y yo me alegro, el Consejo Superior de Marina aconsejó que se admitieran unas planchas que se caerían á pedazos apenas recibiesen el primer disparo.

Esos datos que voy á leer, por lo cual reclamo un poco la atención de la Cámara, me los ha dado la Dirección del material; porque yo, claro está, he de contestar á S. S. por referencia y no de un modo directo, puesto que en realidad no soy el responsable de esa resolución, anterior á mi entrada en el Ministerio, como S. S. comprenderá perfectamente.

Dice la Comisión de Inglaterra lo que va á oír la Cámara. Y por cierto que también S. S. equivocadamente (y es muy extraño siendo S. S. militar) ha dicho que esa Comisión no tenía jefe porque estaba enfermo, cuando debe saber S. S. que, aun poniéndose enfermo el jefe superior ó el primero, siempre hay un segundo que le sustituya, y por consiguiente, decir que la Comisión estaba huérfana de jefe es un sacrilegio militar.

Cuando se verificó esta prueba segunda, dijo S. S. que estaba enfermo el presidente de la Comisión. Pues bien; ese jefe que estaba enfermo es un oficial general del cuerpo general de la Armada, y yo celebro, no su enfermedad, sino la coincidencia; porque como ha dicho el Sr. Llorens y repetido con no muy buena intención, la frase de «esos mal llamados Cuerpos auxiliares», tengo ocasión de declarar que para mí esos Cuerpos auxiliares valen tanto como el Cuerpo general de la Armada, y por consiguiente, hallándose presidida esa Comisión por el jefe de ingenieros ó de artillería, para mí lo que la Comisión ha dicho tiene tanto valor como si la hubiera presidido el general que estaba á la sazón en Londres.

Decía esa Comisión: «Se hicieron cinco disparos... (los que dice S. S., y es cierto que son reglamentarios, porque S. S. trae muy bien estudiada la lección.—*El Sr. Llorens:* Siempre que hablo, hago lo mismo.)

Ahora viene lo interesante. (*El Sr. Llorens:* Señor Ministro. ¡si yo tengo también aquí lo que dijo la Comisión española!) El Sr. Llorens ha de permitirme una cosa: ya que S. S. ha dicho al Congreso lo que

le ha parecido bien, yo también, en justa defensa, he de aducir los datos que tengo; ¿ó es que cree S. S. que yo he de venir á la Cámara sumiso como un cordero, y doblar humildemente la cabeza como una oveja para que S. S. me degüelle? ¿Qué equivocado está S. S. (*El Sr. Llorens:* Ya he dicho que daría á los taquígrafos para que lo insertasen lo que dice la Comisión española.) Pero si yo he oído á S. S. con tranquilidad y con calma, ¿qué razón hay para que S. S. no me oiga á mí de la misma manera? Sigo leyendo: «Primeros disparos. El primer disparo perforó la plancha hasta penetrar en el almohadillado una pequeña parte de la ojiva, siendo rechazado el proyectil por el arranque de la ojiva; la penetración fué de 12 $\frac{1}{4}$ pulgadas inglesas. Se produjeron grietas en la plancha, cuya profundidad parecía ser la de la capa de acero. El resultado de este disparo se calificó de *mediano*.» (*El Sr. Llorens:* Un momento, si el Sr. Ministro me lo permite; aquí dice lo mismo, pero hay este detalle: «produciendo desgarramiento en la parte posterior de la plancha.») Yo no tengo que atenerme más que á lo que dice el parte oficial. Nada dice de la parte posterior; tal vez no la habían visto; hablan solamente de la parte anterior. «En el segundo disparo la penetración fué de 12 $\frac{1}{4}$ pulgadas inglesas; el proyectil no llegó hasta el almohadillado, siendo, como en el anterior, rechazado el proyectil, separándose la ojiva de la parte cilíndrica; se produjeron fendas de poca importancia; el resultado de este tiro se calificó de *bueno*. En el tercero y cuarto tiro, verificados con proyectil Pallisser, los resultados fueron muy parecidos entre sí; sólo produjeron un ligero desconchado en el impacto, de una pulgada de profundidad y ligeras fendas alrededor, quedando los proyectiles *destrozados* en pedazos pequeños.»

El quinto disparo, un proyectil perforante, perforó, como el primero, hasta alcanzar ligeramente con la ojiva el almohadillado, y el proyectil intacto fué rechazado; las fendas que se produjeron no tuvieron importancia, pero se ensancharon los hechos anteriormente; la penetración fué de 13 $\frac{1}{4}$ pulgadas. Se produjeron desprendimientos de trozos de la capa de acero, cuyo mayor espesor no alcanzaba cuatro pulgadas.

El resultado de los cuatro últimos disparos se calificó de *bueno* con tanta más razón, cuanto que se hicieron sobre la plancha cuando después del primer disparo la plancha quedó agrietada. Por lo cual, la Comisión emitió desde luego juicio favorable del resultado que notició y *confirmó* después.

¿Qué diferencia hay entre estas noticias oficiales y las que S. S. ha dado? Hay bastante.

Ahora bien; los dos Negociados del Ministerio, porque he de decir siempre la verdad, mostraron vacilación en su dictamen acerca de la calificación que merecía la plancha, remitiéndose al fallo del Consejo Superior de la Marina, y esta vacilación honra á los Negociados del material del Ministerio, por lo que voy á decir. Su señoría creo que sabrá, pero voy á recordárselo, que los ingleses, que son más prácticos que nosotros en la cuestión de planchas, en cuanto prueban la primera dan su voto decisivo con arreglo á lo que dice el hombre teórico-práctico que llevan para hacer las pruebas, y cuya opinión acepta el Almirantazgo inglés. Nosotros ponemos en los contratos una serie de condiciones que traen consigo lo que llamamos el expedienteo, y á ve-

ces pasan meses y años y no podemos concluir los barcos. Esto, hasta cierto punto, no lo toleraré; porque si lo hiciera, S. S. sería el primero que diría cómo después de hechas unas pruebas no resolvía el Ministro el asunto en quince días, y quizás que alguna idea se llevaría en ello; por eso los Negociados obran con gran prudencia y reserva en tales casos, para evitar hasta donde es posible que vengan luego á ser atacados aquí con datos facilitados por las mismas casas constructoras (y no lo digo porque ahora lo hayan hecho), y tengan la desgracia, como hoy la tienen, de que el que por obligación de su cargo venga á defenderlos, no reúna condiciones á propósito para hacer esa defensa, puesto que para ser Ministro de Marina no creo que sea indispensable el ser buen orador y tener costumbre de hablar en público. Yo de mí sé decir que carezco de las condiciones oratorias necesarias, y que mis subordinados podrán decir con razón que no están defendidos como merecen y deben serlo, y sobre todo enfrente de persona tan entendida en esos asuntos como S. S.

También ha dicho S. S. para causar sensación en el Congreso, lo que cuestan las planchas de blindaje, lo que pesan, su espesor y demás condiciones, á fin de demostrarnos, sin duda, lo enterado que está (y yo me alegro de ello), y que tiene además mucho tiempo disponible para ocuparse de todas estas cosas, que verdaderamente no creo que le interesen mucho en esos pequeños detalles; y ocurre que el interés ha de ser tanto mayor, cuanto mayor es el precio de las planchas. Y dijo en seguida S. S.: «Cuidado, que á un jefe de ingenieros de la Comisión de marina le han dado tantas ó cuantas libras.» (*El Sr. Llorens*: Yo no he dicho eso; lo que he dicho es, que la llamada garantía técnica había pedido 5 libras por cada tonelada.) Pues bien; como en la Comisión de Londres hay un jefe de ingenieros, y como se le pagan aparte sus dietas por las pruebas, yo creía que á ese se refería S. S. No es así, y me alegro.

Las planchas las han contratado los Sres. Rivas Palmers, y á nosotros no nos importa que les hayan costado mucho ó poco; porque, en último caso, si las han comprado caras, lo que les podrá suceder, lo que ya les ha sucedido, es quebrar; porque muy bien puede suceder que, como ya ha ocurrido en este país, crean algunos que porque se subasta un barco en 14 ó en 20 millones se puede hacer hasta un *Leviatan*, y después, cuando empiezan á hacer gastos, ven que eso no alcanza para nada.

Después, el Sr. Llorens incurrió en una grave equivocación al decir que al saber que la Comisión en Londres dijo que las planchas eran muy buenas, se puso un telegrama al jefe de aquella Comisión diciéndole que vinieran las planchas á Bilbao, y que por eso no se pudo verificar la contraprueba. El señor Llorens incurrió en un error al decir que si no se hubiera puesto ese telegrama se hubiera hecho la contraprueba. Pues eso es una fábula. El Ministro de Marina tenía conocimiento de las pruebas, conocía también la nota puesta por el Negociado del material, y había mandado el expediente al Consejo de la Marina para que éste emitiera su informe. (*El señor Llorens hace algunas indicaciones.*) ¿No es cierto? ¿Cómo que no es cierto? (*El Sr. Llorens*: Me ratifico en lo que he dicho anteriormente.)

Después de esto, fué cuando se puso el telegrama pidiendo las planchas; y cuando había en el Mi-

nistro convencimiento perfecto, por haber estudiado el expediente con todos los planos, es cuando se puso el telegrama que tengo aquí, aunque me ha costado trabajo encontrarle, y que lleva la fecha de 26 de Agosto de 1892. Ya ve S. S. el tiempo que medió entre el parte de la Comisión de Londres diciendo el resultado de las pruebas y el telegrama del Ministro mandando venir las planchas.

Por lo demás, en lo que hace referencia á las pruebas, diré á S. S. que el cañón se coloca para probar planchas españolas, lo mismo que para probar las planchas inglesas, á una distancia de 10 á 11 metros. (*El Sr. Llorens*: 30 pies.) Treinta pies. Más en mi abono. Bien se puede asegurar que unas planchas como éstas, que resisten tiros directos á una distancia tan pequeña, con la carga y con los proyectiles que se usan en esas pruebas, son unas planchas que deben merecer confianza.

Podrá suceder que haya lotes que sean superiores á otros, pero todos son buenos; y yo no puedo pasar, aunque no tengo en esto la más mínima responsabilidad, por que éstos sean malos y los otros sean buenos, á no ser que crea S. S. que los jefes y oficiales de la marina inglesa han dicho una cosa por otra. (*El Sr. Llorens*: No creyendo eso, sé que las planchas son inútiles.) Según los datos que tiene S. S., y que yo no puedo admitir, ni como Ministro de Marina, ni como oficial de la Armada, ni como español. Yo rechazo esos datos con toda la energía con que debo rechazarlos, porque el que vea que S. S. insiste todavía en ellos, podrá figurarse que ha habido algún interés en los que han reconocido esas planchas para decir que los resultados de la prueba fueron buenos, habiendo sido malos (*El Sr. Llorens*: Nadie supone eso), ó que son tan torpes nuestros artilleros y nuestros ingenieros, que no tienen conocimiento de estas cosas; lo cual S. S. mismo reconoce que no es así, porque con gusto le he oído celebrar á los Cuerpos de ingenieros y artilleros de la marina.

Como han pasado las horas de Reglamento, no tengo más que decir por ahora.»

(*Los Sres. Spottorno, Sanchis y Llorens piden la palabra.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: ¿Piensa el Sr. Llorens hablar mucho tiempo? (*El Sr. Llorens*: Seré lo más breve posible.) Porque ya es la hora de entrar en la orden del día, y podría yo, si S. S. va á terminar pronto, cargar con una responsabilidad que el Congreso me perdonaría, á fin de que saliéramos de este asunto, destinando luego las dos horas, que corresponden, según el Reglamento, á la orden del día.

El Sr. **LLORENS**: Voy á rectificar en pocas palabras.

En primer lugar, el Sr. Ministro de Marina ha dicho que esperaba argumentos más terroríficos respecto de las planchas. Luego existen.

Yo no me he referido á ningún periódico; me he referido á datos que yo me he proporcionado del Almirantazgo inglés, y no he dicho antes, porque no lo creía necesario, que también tenía los de la Comisión española en Londres. De manera que tengo los dos, y por eso no he tenido necesidad de estudiar los expedientes en el Ministerio de Marina. Estoy enterado de lo que han dicho la Comisión española y el Almirantazgo inglés, ó mejor dicho, el oficial encargado de dar cuenta al Almirantazgo de las expe-

riencias. Tengo los dos dictámenes, el español y el inglés, á disposición de S. S., mientras que S. S. sólo tiene el primero.

Vuelvo á repetir que el Estado gastó dinero en proporcionar agua en el arsenal de la Carraca á los vecinos del arsenal, y la prueba oficial, con el sello de la Mayoría, está á disposición de S. S. En ella consta que se proporcionaron á los vecinos del arsenal 52 metros cúbicos de agua. En cuanto termine esta discusión, le presentaré á S. S. este documento para que lo vea. De manera que me ratifico en lo que he dicho respecto del agua.

Dice S. S. que no hay ningún buque navegando que pueda permitir que los maquinistas adquieran la práctica necesaria. Será menester que, si se trata de los presupuestos, lo que dudo mucho, se rebaje toda esa enormidad de gratificaciones de embarque que gozan muchos oficiales de la Armada que no montan buque que esté en condiciones de hacerse á la mar á las veinticuatro horas de recibir la orden correspondiente, para que tengamos la cantidad necesaria á fin de que haya marina de verdad; y se realizará esto cuando haya muchos barcos que naveguen llevando en la popa la bandera española. Para eso es necesario suprimir muchas gratificaciones, y entre otras las que existen en el Ministerio para muchos oficiales; gratificaciones que no se deben satisfacer porque no existen ni en el Ministerio de la Guerra ni en otro alguno.

Lo del *Reina Regente*, no hace muchos años que ha ocurrido. El *Reina Regente* hace pocos años que navega. En estos momentos se está haciendo en la fábrica de Oviedo la pólvora con que se han de sustituir los 10.000 kilogramos que se han mojado; y le voy á demostrar á S. S. lo bien enterado que estoy sobre detalles que desconoce.

Decía S. S. que no había querido castigar al maquinista que tuvo la culpa de las averías del *Halcón* y yo me reía, porque me decía: ¿cómo va á castigar, aunque quisiera, á ese maquinista, si es el que murió á bordo del *Pelayo* á consecuencia de la ruptura de una bomba? (*El Sr. Ministro de Marina*: No he dicho eso.) Aquí está en el *Diario de las Sesiones*, y también se lo enseñaré á S. S. (*El Sr. Ministro de Marina pronuncia palabras que no se oyen*.) Ya le diré á S. S. lo que S. S. ha hecho; todo llegará, Sr. Ministro, que esta discusión no es la última; y ya examinaremos la gestión del Sr. Ministro de Marina, que no es provechosa, ni para los intereses de la Nación ni para los de la Armada. Su señoría es un Ministro que está tan enterado de todo la concerniente á su Departamento que acaba ahora de dar una Real orden capaz de sublevar á toda España contra él. Es la concerniente á los buques *Salamandra* y *Alcedo*; orden disparatada, muy especialmente respecto al último, que no tiene condiciones para la navegación por el Océano. En el informe reservado que S. S. debe saber que dan todos los capitanes, en el informe reservado del capitán de dicho barco, dice que ese buque cala un metro más de lo debido, porque sus calderas pesaron 20 toneladas de exceso sobre lo que se había calculado; que anda tan sólo cuatro millas; que sus carboneras sólo le permiten un radio de acción de 600 millas escasas; es decir, que es incapaz para hacer un viaje como el que había emprendido á la Habana; pero como el Sr. Ministro de Marina tampoco sabe nada de este asunto, ha dispuesto un ab-

surdo. (*El Sr. Ministro de Marina*: No es cargo serio.) ¿Qué no es cargo serio el comprometer la vida de muchos hombres? ¿Qué será cargo serio para el señor Ministro de Marina?

Yo no he dicho que el Gobierno adjudicara las planchas; fué la Sociedad Astilleros del Nervión la que lo hizo; y tiene S. S. razón, estuvieron en su perfecto derecho al adjudicarlas como lo hizo. De manera que ese cargo huelga, porque yo estoy bien seguro de no haber dicho tal cosa.

La prueba es, que después de verificado el contrato en Londres fué la *garantía técnica* á pedir para él 5 libras por tonelada, y la *garantía técnica* era un inglés; y en virtud de esa exigencia, las casas Brown y Cammel hicieron la rebaja á favor de la Sociedad Astilleros del Nervión.

Al decir yo *Ministro de Marina*, no quiere decir que me refiera al Sr. Pasquín, quiere decir que me refiero al que está ahí representando ese Departamento, y para responder á los cargos que se hagan á la administración de la armada. No me refiero á S. S. más que cuando vengo aquí diciendo: S. S. dió tal Real orden, S. S. hizo esto, como algo que puedo citar referente al arreglo de las plantillas, que fneron pedidas hace cerca de un año por el general Aznar, y todavía no las ha traído.

Como tengo verdadera ansia de concluir, diré que el primer lote del *Marta Teresa*, según los informes españoles é ingleses, es dudoso, y que el segundo es malo, absolutamente deficiente. Es cierto que la Comisión dió el dictamen por lo que vió, pero también es cierto que si no vió más, fué porque se marchó del *Nettle* sin quitar del cerco la plancha que se había probado, y de buena fe creyeron que era muy buena. Pero cuando el oficial inglés quitó el marco, cayó hecha pedazos, y por eso informó diciendo: «esta plancha ha quedado completamente destruída.»

Por lo tanto, me ratifico en que el segundo lote del *Marta Teresa* es inútil, sin que esto sea, ni mucho menos, acusar á la Comisión de mala fe. Si ésta hubiera visto la plancha sin marco, no habría puesto el telegrama, ni dado el informe que dió.

En cuanto al *Vizcaya*, nada me ha dicho S. S., porque sabía que el mismo capitán inventor del enduramiento de las planchas ha venido á decir lo que yo he tenido el honor de manifestar.

Tampoco ha dicho nada S. S. sobre el por qué ha consentido de Real orden no se verifique una prueba en las planchas del *Oquendo*.

Su señoría, siguiendo su costumbre, ha hablado aquí del partido liberal y del conservador; yo, señor Ministro, no hago aquí cargo alguno en este momento como hombre político; me levanto con el derecho que tengo como Diputado, y hasta dejo á un lado mis ideas políticas, por más que las guarde siempre en el fondo de mi alma; pero en esta discusión prescindiendo de ellas, y me levanto á pedir cuenta, no al Sr. Pasquín, sino al Sr. Ministro de Marina, porque habiendo gastado 50 millones de pesetas en barcos, por lo menos dos no tienen condiciones necesarias para el combate; y esto sabe S. S. que es cierto, porque en el expediente y en la nota mandada por el Almirantazgo inglés se dice literalmente que «la plancha consiguió impedir que la atravesaran los proyectiles, pero quedó completamente destruída al realizar eso.» Yo pondré en el *Diario de Sesiones* las palabras

en inglés, y debajo en español, para que S. S. pueda ver palabra por palabra si coinciden exactamente con las que hay en el expediente.

El Sr. Ministro de **MARINA** (Pasquín): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **MARINA** (Pasquín): Dos palabras nada más, para no quedar bajo la acusación del Sr. Llorens, que dice que yo saco el Cristo del partido liberal. Yo no he hablado nada del partido liberal ni del partido á que S. S. pertenece.

En cuanto á lo que dice S. S. de que las planchas son malas, me ratifico en que son buenas, en vista de los documentos oficiales que obran en el Ministerio de mi cargo.

No hago cargos á S. S. porque examine estas cuestiones; lo que hay es, que no me parece práctico que cuando se discute si las planchas de blindaje son buenas ó malas, venga S. S. á aprovechar la ocasión para dirigir cargos al Ministro de Marina sobre asuntos ajenos al debate; porque eso podrá ser discutido en otro momento, cuando quiera S. S.; pero no ahora, porque no es lógico, ni natural, que entremos en discusiones tan extensas por causas tan pequeñas; digo por causas tan pequeñas, porque los cargos que se me dirijan los considero grandes en lo que me afectan personalmente, pero no me parece que son cuestiones suficientemente grandes para que los Sres. Diputados pierdan el tiempo oyéndome, porque es muy probable que digan que por defenderme, por cuestiones de puro amor propio, entretengo al Congreso y le distraigo de asuntos más graves; y termino sintiendo no poseer las condiciones de algún compañero mío que, cuando contesta á S. S., le hace perder algo pies; pero no puedo hacerlo, y menos desde el banco azul.

Su señoría, tratando de ponerme así un poco en ridículo, y dando á entender que yo no sé las cosas que pasan en el Ministerio de Marina, ha dicho que cómo he de pensar en castigar al maquinista del *Reina Regente* si ese maquinista murió en el *Pelayo*.

Yo diré á S. S., que, efectivamente, no lo sabía, pues es necesario estar constantemente recibiendo noticias en el buzón para conocer todos esos pequeños detalles. El suceso del *Reina Regente* se verificó hace más de tres años, y si el maquinista no ha muerto hasta hace tres meses, ha habido dos años... (El Sr. Llorens: El maquinista del *Halcón*.)

Creí que se refería S. S. al del *Reina Regente*; pero para el caso es igual. Ha vivido bastante para recibir el castigo, si lo hubiera merecido.

No tengo más que decir.

El Sr. **LLORENS**: Retiro la proposición.

El Sr. **SECRETARIO** (Alonso Martínez): Queda retirada.

ORDEN DEL DIA

Votación definitiva de varios proyectos de ley.

El Congreso declaró que estaban conformes con lo acordado, y aprobó definitivamente, anunciándose que pasarían al Senado, los siguientes proyectos de ley:

Ampliando hasta un millón de pesetas el rema-

nente que en 31 de Marzo último había del crédito concedido en 29 de Julio de 1893 al presupuesto del Ministerio de la Gobernación para gastos de epidemias. (Véase el Apéndice 1.º al Diario núm. 129, que es el de esta sesión.)

Concediendo un suplemento de crédito de 200.000 pesetas al capítulo 31, art. 1.º, sección 7.ª, «Presupuesto del Ministerio de Fomento», correspondiente al año económico actual, con destino á la Junta de obras del puerto de Santander. (Véase el Apéndice 2.º á este Diario.)

Idem id. de 110.000 pesetas al capítulo 5.º, artículo 4.º, y otro de 70.000 al mismo capítulo, artículo 5.º, del presupuesto del Ministerio de la Guerra del corriente ejercicio. (Véase el Apéndice 3.º á este Diario.)

Idem un crédito extraordinario de 30.600 pesetas á un capítulo adicional del presupuesto del Ministerio de la Gobernación del actual año económico, para gastos en la reparación de una avería en el cable telegráfico submarino de Tarifa á Tánger. (Véase el Apéndice 4.º á este Diario.)

Idem id. de 3.400.000 pesetas á un capítulo adicional del presupuesto de «Obligaciones generales del Estado», correspondiente al actual año económico, para atender al quebranto que produzca la situación de fondos en el extranjero con destino al pago de intereses de la deuda exterior y de las diferencias de cambio y comisiones en los pagos que ejecute el Tesoro en el extranjero por cuenta de los diferentes Ministerios. (Véase el Apéndice 5.º á este Diario.)

Incluyendo en el plan general de carreteras del Estado una de primer orden que, partiendo de la de Valladolid á Santander desde el sitio de la Ermita nueva de Peña-Castillo, atraviase la de Burgos á este pueblo y termine en Santander en el punto más conveniente de la zona de Maliaño. (Véase el Apéndice 6.º á este Diario.)

Procedimientos seguidos por las autoridades con los detenidos y encausados por los últimos sucesos de Barcelona.

Continuando el debate sobre la interpelación del Sr. Lostau, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Gobernación continúa en el uso de la palabra.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Recordarán los Sres. Diputados que hace ya varios días la manecilla del reloj, marcando inexorablemente la hora en que debía suspenderse el debate iniciado por el Sr. Lostau, me impidió cumplir el deber, para mí siempre grato, de contestar á S. S., y que me limité á oponer dos negativas á dos afirmaciones, que habían sintetizado por decirlo así su discurso. Recordará la Cámara que la primera se encaminaba á demostrar que por parte de las autoridades de Barcelona, ó mejor dicho, porque en cierto modo la salvaba el Sr. Lostau, por parte del Gobierno de S. M., se había emprendido una verdadera campaña de persecución contra la clase obrera, campaña que la había colocado en Barcelona y, por regla general, en Cataluña, en una situación verdaderamente desesperada, y que según el Sr. Lostau, esta persecución

contra los honrados hijos del trabajo en Cataluña había aumentado, ó podía aumentar, las filas de los anarquistas; de modo que era contraproducente para los fines que se proponían los que la habían iniciado.

En segundo término, intentó el Sr. Lostau demostrar á la Cámara que las autoridades de Barcelona, y singularmente la autoridad gubernativa, habían empleado medios ilegales para perseguir y detener á los que consideraba incluídos en las responsabilidades, que se pretende exigir con motivo de los crímenes de que ha sido teatro Barcelona; y que, después de detenerlos en aquellas cárceles, para arrancarles las declaraciones que figuraban en las causas, se habían utilizado procedimientos verdaderamente inquisitoriales, y se había sometido á los acusados á verdaderos tormentos, indignos de un pueblo culto, y que están fuera de nuestros procedimientos judiciales y de cuanto las leyes y la Constitución permiten y consienten.

Estas dos afirmaciones del Sr. Lostau, como la Cámara comprenderá por susola enunciación, eran de suma gravedad; y yo, antes de entrar en la demostración contraria, antes de oponer argumentos á argumentos, antes de oponer hechos á hechos, antes de contestar, en una palabra, á S. S. respecto al fondo de la cuestión, como la premura del tiempo me obligaba, como no disponía más que del tiempo absolutamente necesario para hacer que no quedasen en pie, sin la debida rectificación, tan graves afirmaciones, opuse á ellas dos rotundas negativas, y salvando las intenciones y los móviles, que informan la conducta del Sr. Lostau, y que yo siempre respeto, dije que eran inexactos de toda inexactitud, porque le habían referido equivocadamente los hechos, que S. S. expuso ante la Cámara, en perjuicio de la honra de las autoridades de Barcelona y en perjuicio también de la honra de este Gobierno, puesto que se hace solidario de la conducta seguida por aquellas autoridades y la aprueba en absoluto.

Y ahora, con la brevedad que el tiempo exige en las circunstancias, que atravesamos, voy á ampliar mi argumentación, haciendo antes notar á S. S. estas mismas circunstancias, que deben demostrarle, cuál es la realidad de las observaciones por S. S. expuestas; porque esta frialdad, esta indiferencia de la Cámara ante un debate que, precedido de esas gravísimas acusaciones, debía tener un gran relieve, debía preocupar grandemente la atención pública, debía interesar á todos en extremo, claro es que no por mi pobre palabra, sino por la importancia, que en sí encierra este debate, que debía tener á los Sres. Diputados en una gran expectación; esta frialdad de la Cámara demostrará al Sr. Lostau cuán fuera están de la realidad, cuán poco conformes están con la realidad de los hechos, ante el juicio de la opinión, las exageradas acusaciones, que lanzó S. S. sobre las autoridades de Barcelona.

Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que el Sr. Lostau afirmaba que las clases obreras de Cataluña habían sido objeto de una verdadera persecución; que contra ellas habían empleado las autoridades un sistema de represión tal, que habían dado lugar á que aquellas clases obreras se colocasen en actitudes de tal naturaleza que pudieran ofrecer un gran peligro, en el sentido de que esas clases obreras así perseguidas por la autoridad pudieran unirse á

los anarquistas y crear con esto verdaderos conflictos en perjuicio del orden social y del bienestar de la Patria. ¿Dónde está esto, Sr. Lostau, á no ser en la fantasía de S. S.? Y perdone que me exprese así, sin ánimo de ofenderle en lo más mínimo.

Antes de que S. S. expusiera aquí esto, ¿dónde lo habíamos visto reflejado? ¿Acaso en la prensa de Barcelona? ¿Acaso en esta tribuna, donde representantes tan dignos tiene la ciudad condal y el pueblo todo de Cataluña, y la clase obrera en general? Pues qué, ¿no habíamos visto, por lo contrario, á los obreros, por ejemplo, prepararse para la lucha electoral en Sabadell, más ó menos inquietos por la acción que suponían pudieran ejercitar las autoridades, con el exceso á que en otras ocasiones éstas han llegado, pero sin que aquellos obreros se creyeran objeto de tales persecuciones ni se sintieran impulsados á seguir el camino que supone S. S.? También veíamos obreros que no profesaban las ideas de S. S., que no eran federales, sino socialistas, y que se prepararon en fechas anteriores al discurso del Sr. Lostau, y después de los sucesos de Barcelona, á hacer valer ante el país, y por los medios que la Constitución y las leyes les permitían, los derechos de que se creyeran asistidos, y celebraron reuniones y *meetings* el 1.º de Mayo en Barcelona y en otras poblaciones, sin que en esas reuniones, ni en esos *meetings*, ni en los programas que les precedieron, ni en nada, se advirtiese cosa alguna que demostrase que la clase obrera de ideas avanzadas se quejara de nada que pudiera referirse á una persecución por parte de la autoridad de Barcelona.

Pero, es más: otros obreros de ideas opuestas á las del Sr. Lostau, influidos por cierta clase de predicaciones y llevados de su espíritu religioso, fueron en la peregrinación á Roma, volvieron de esa ciudad y no fueron objeto de persecución ninguna, ni expusieron en parte alguna que la clase obrera fuese objeto de persecución con motivo de los recientes sucesos promovidos por los anarquistas.

Pero hay más, Sr. Lostau. Nunca, ningún año ha ocurrido lo que en este se ha verificado. Precisamente en Barcelona y en aquellas regiones industriales y laboriosas á donde sabe S. S. que el 1.º de Mayo, cuando se celebraban esos *meetings*, acudía el estado mayor, digámoslo así, de los socialistas, el 93 por 100 de las fábricas de Cataluña recibía este año en sus talleres á los hijos del trabajo, y éstos, desengañados de las predicaciones de años anteriores, acudían á su labor ordinaria y no exhalaban ni una queja.

¿Dónde está, pues, esa persecución de que han sido objeto las clases obreras? ¿Dónde esa conducta indigna de las autoridades de Barcelona? ¿Dónde esa situación desesperada que va á engrosar las filas del anarquismo? Pues qué, si eso hubiera tenido lugar, ¿hubiésemos esperado á que el Sr. Lostau viniera aquí, como por compromiso, á exponer las teorías que ha expuesto? Si hubiera habido una cuestión de esa naturaleza, aparte de la impresión natural de persecuciones de esa especie, hubiera estallado inmediatamente una protesta de indignación en toda Cataluña.

Si eso hubiera sucedido, ¿hubiera permanecido callado el Sr. Salmerón? El digno Sr. Pi y Margall, ¿no hubiera hecho oír aquí su elocuente voz? ¿No hubiéramos visto venir inmediatamente á levantar aquí

su voz en favor de aquellos obreros al Sr. Vallés y Ribot? Este silencio tan prolongado, este oasis, digámoslo así, que ha habido en esta misma discusión, este interregno de ocho días sin que se haya levantado nadie á hablar de esto, ¿no echan por tierra todo lo manifestado elocuentemente por el Sr. Lostau?

En resumen: ni por lo que se ha dicho aquí por S. S., ni por lo que se ha dicho fuera, respecto de la situación de las clases obreras, ni por lo que ha insinuado la prensa, ni por nada, puede afirmarse, como el Sr. Lostau ha afirmado, que con motivo de los crímenes anarquistas cometidos en Barcelona se ha entablado por aquella digna autoridad y por el Gobierno una persecución contra la clase obrera. Y después de estas manifestaciones de carácter general, después de exponer la realidad de los hechos, tengo derecho para oponer una negativa rotunda á la primera observación que hizo S. S.

Y vamos á la segunda parte, que realmente es la más importante y la que más íntimamente se relaciona con la sensación que S. S. quería producir en la Cámara al describirnos aquellos hechos que habían tenido lugar en Barcelona. Esta segunda parte tiene dos aspectos: el primero se refiere á la conducta seguida por las autoridades de Barcelona enfrente de los crímenes del anarquismo, y el segundo es relativo á los tratamientos de que habían sido objeto los detenidos y presos, para arrancarles determinadas declaraciones que pudieran producir sus naturales efectos, al final de la causa, en la sentencia.

Respecto del primer aspecto, parece olvidar el señor Lostau los antecedentes gravísimos de esta cuestión.

Yo no voy á molestar á la Cámara con su exposición; bastará un sencillo y breve recuerdo. No me refiero ya á aquellos antecedentes de fecha relativamente lejana; no me refiero á ciertas palpitaciones del movimiento anarquista, que ya se había hecho sentir, tanto en Barcelona como en el resto del país, y aun de toda Europa. Tampoco he de referirme á las investigaciones que en Barcelona hizo el Gobierno anterior, con grandes resultados, para reprimir cierta clase de delitos, porque éstos no habían tomado cuerpo, no se habían definido con todos los horribles caracteres con que se definieron en los últimos tiempos, dando lugar á la conducta y á las disposiciones del gobernador de Barcelona, que tanto, aunque indirectamente siempre, ha criticado el señor Lostau.

El hecho de la Gran Vía, el atentado de Pallás, que demostraba una audacia, una temeridad, en los autores de aquel crimen, que pocas veces habrá encontrado igual en la historia de estos terribles hechos, impresionó gravemente la opinión pública. Pero, así y todo, esta alarma no era tan absoluta, no era tan inusitada, porque no están exentos de hechos análogos los anales del crimen, y sobre todo de los crímenes realizados á impulso de las pasiones políticas. Ejemplo de ello teníamos en el atentado de Orsini contra Napoleón III, en el de Fieschi contra Luis Felipe, en el realizado contra el Emperador de Rusia y en muchos análogos. Las mismas declaraciones de Pallás prueban esto que estoy diciendo, por cuanto en ellas hablaba de sus luchas como individuo del partido republicano, antes de ser anarquista, contra los soldados que mandaba el general Martínez Campos; y esto, si no podía bastar, ni mucho me-

nos, para hacer á Pallás simpático, podía servir para hacerle menos repulsivo y para explicar de alguna manera los móviles de aquel crimen, no tan horrible como otros que siguieron, aunque lo bastante para causar la muerte de un honrado guardia civil y de algunas otras desgraciadas víctimas; y aún hubieran sido mucho mayores los estragos, si la Providencia no hubiera limitado en extensión los efectos de aquel brutal atentado contra la persona del general Martínez Campos.

El crimen de Pallás produjo, pues, la alarma en las autoridades de Barcelona; alarma justificada, porque ciertamente valía la pena de tomar en cuenta aquel grave síntoma de perturbación de la paz pública y de adoptar las medidas extraordinarias exigidas por el hecho en sí y por las relaciones evidentes que tenía con otros hechos como los que habían ocurrido en París, Lyon y Roma; pero repito que no era por entonces la alarma tan grave como tuvo que serlo ante otros sucesos que posteriormente ocurrieron en Barcelona.

Vinieron luego los atentados del Liceo, y este crimen atroz sí que no admitía ya explicación ninguna, ni por el móvil de la pasión política, ni aun por el del odio personal ó la venganza. Se trataba ya de matar por matar, sin que en la cuenta de los criminales entrase para nada la distinción de inocentes ó culpables en las víctimas que iban á causar. Sólo se trataba de producir un estrago tremendo al amparo de la impunidad, que suelen tener estos hechos, que se ocultan en las sombras de la noche, y en la naturaleza misma del crimen, que hace tan difícil su investigación.

La alarma que produjo en Cataluña, en España, en toda Europa, es harto conocida y no necesito describirla; la pintaba con tan vivos colores el Sr. Lostau, y era tal la indignación de que su ánimo se sentía poseído en aquellos momentos, que decía S. S., no ya la suspensión de garantías hubiera él decretado, sino que, si le hubiera sido posible aplicar allí mismo la ley de Linch, él mismo hubiera sido el ejecutor, sin forma de proceso y sin garantías de ninguna clase; porque la indignación de S. S. era tanta, que no se hubiera detenido á aplicar los artículos de la ley de orden público.

Pero aparte de la enormidad del hecho en sí, de los tristes efectos que produjo, de los lamentos de las víctimas, del estrago en las familias, del luto en todos los corazones, de la necesidad social de investigar llegando hasta la esencia del crimen, de la necesidad de la represión aplicando la ley más severa á los culpables; aparte de todo esto, S. S. recordará, como no puede menos de recordar la Cámara y España entera, la situación especial, excepcional de Barcelona en aquellos días; desiertas las calles, cerradas las tiendas, sin espectáculos públicos de ningún género, los templos solitarios, paralizados todos los negocios, la alarma y la desconfianza en todas partes, la emigración iniciada; todo parecía indicar una crisis social terrible, seguida de su inevitable cortejo de miseria y de hambre, que vendría á caer precisamente sobre esas clases obreras á quienes S. S. se considera con el privilegio de defender.

Y aquella autoridad, en circunstancias tan excepcionales; herido el capitán general que representaba allí tantos intereses; amenazada seriamente, como demostraron después los hechos, su propia per-

sona; desmoralizada, como no podía menos de estar en aquellas circunstancias, la policía á sus órdenes; desconfiando las clases sociales que le debían apoyar; sin elementos de gobierno que poder aplicar inmediatamente; si aquella autoridad, digo, en tales momentos hubiera temido, hubiera vacilado, y como se dice vulgarmente, se hubiera achicado; si no hubiera dominado con ánimo sereno las circunstancias, y no se hubiera hecho bien cargo de lo que le pedía el honor, de lo que le demandaba la opinión y de lo que le exigían sus deberes para salvar tantos intereses sociales que le estaban confiados, ¿qué hubiera sucedido?

Pero aquel digno gobernador hizo frente á las circunstancias, las dominó, suspendió la ley de garantías, y, si quiere S. S., detuvo, prendió, desterró, que para eso se habían suspendido las garantías constitucionales. Y como síntesis de su conducta, ¿qué resultó? Lo que ocurre hoy: la tranquilidad restablecida, renacida la confianza, reanudados los negocios y las transacciones, todo vuelto á la normalidad acostumbrada; en una palabra: Barcelona que recobra su vida normal. Y si esa autoridad no hubiera cumplido con su deber y con la ley, si no hubiera tenido toda la energía que los sucesos demandaban, ¿qué hubiera sucedido? Que hubiera continuado la miseria, el hambre y la paralización de los negocios. Esa clase obrera por la cual S. S. emite aquí sus pensamientos y pronuncia sus discursos, está agradecida al gobernador de Barcelona, á quien S. S. pinta con tan negros colores por haber cometido los hechos que tan gratuitamente S. S. le atribuye.

Pero, ¿qué sucedió? Que el Gobierno, en vista de las circunstancias; ante esa guerra social que se le declaraba; ante la importancia de los misteriosos consorcios en que se movían sus enemigos; ante la confianza del país amenazado; ante los resortes de gobierno enmohecidos, si no se hubiese fortalecido vigorosamente con un medio extraordinario, puso en vigor, buscando la garantía de la sanción de las Cortes, á las que había de dar cuenta con arreglo á las disposiciones vigentes, la parte de la ley de orden público que puede aplicarse en circunstancias no tan graves como estas de que se trata, sino en circunstancias en que únicamente accidentes políticos pudieran comprometer la paz pública. Y el Gobierno, haciendo uso de su derecho, y ya se discutirá, porque para eso ha acudido á las Cortes y está sobre la mesa el dictamen relativo á esta cuestión, el Gobierno privó á Barcelona, no al resto de España, de las garantías constitucionales.

El Sr. Lostau, y me alegro haberme fijado en este detalle, debe recordar también, que si bien ataques de esta naturaleza se habían cometido únicamente en Barcelona, había antecedentes de que en la región andaluza, por ejemplo, podía ocurrir una colisión parecida á la realizada en Barcelona. Y aun en Madrid mismo había sociedades anarquistas importantes; había prensa anarquista y ciertos movimientos que debían llamar la atención del Gobierno porque podían determinar en un momento dado conflictos como los que habían tenido lugar en otras capitales. Sin embargo, el Gobierno á quien S. S. censura tanto, sin dejar de vigilar, porque era su deber; sin dejar de estudiar la cuestión en todos sus aspectos; sin dejar de tener, por decirlo así, apuntados todos los individuos que podían hacer peligrar

el orden, á nadie molestó, á nadie persiguió, no tuvo necesidad ni se preocupó de establecer esa suspensión de garantías en el resto de España; y no sólo los socialistas y los republicanos, sino los mismos anarquistas en Madrid, en Jerez y en todas partes, han gozado de una relativa tranquilidad y nadie les ha estorbado en el ejercicio de sus derechos, si bien han sido cuidadosamente vigilados por la autoridad para que no llegaran á la perturbación tan grave que algunos de sus individuos habían producido en Barcelona.

Pues bien; aquel gobernador aplicó la ley de orden público, limitando su aplicación únicamente al efecto de detener y extrañar de Barcelona un número determinado de personas, porque podía haber extendido su acción, por ejemplo, á la prensa, acudiendo á otra multitud de medios de gobierno que la suspensión de garantías pone en sus manos. Sin embargo, aquel gobernador, repito, se limitó á defenderse, por medio de la aplicación de los artículos 3.º, 7.º y 8.º, de los ataques que pudieran inferirle determinadas agrupaciones ó determinadas individualidades; las cuales, lógicamente pensando, pudiera parecer que estaban relacionadas con los autores de los hechos criminales que había deplorado Barcelona. Porque hay que tener en cuenta que en Barcelona, y en los momentos, á que antes me he referido, existían, no sólo los anarquistas, que S. S. ha llamado terroristas, me parece, sino anarquistas platónicos, y era muy difícil en aquel instante distinguir entre unos y otros.

Se sabía por la declaración de Pallás y por otras declaraciones, y por S. S. mismo y sus correligionarios, que habían dicho que existían unas agrupaciones obreras que habían significado á las autoridades los temores que ellos mismos abrigan de que los anarquistas pudieran producir grandes perturbaciones en Barcelona; por consiguiente, no cabía duda que los anarquistas trataban de llevar á cabo hechos como los que habían tenido lugar en el Liceo y en la Gran Vía. Había que calificar á esos anarquistas; había que distinguir aquéllos de carácter dulce que se limitaban únicamente á las predicaciones de sus ideas, pero sin hacerlas efectivas por medio de la dinamita, y aquellos otros hombres de acción que están siempre decididos á todo, y que eran los verdaderos autores de los atentados.

En aquellos momentos de suprema lucha, de suprema acción, de verdadero peligro, el gobernador tenía que hacer ciertas cosas sin distinguir á unos anarquistas de otros, porque tenía que limpiar el espacio que tenía delante; tenía que dar, por decirlo así, una carga general, sin tener en cuenta ninguna clase de obstáculos, porque su deber era llegar á restablecer la tranquilidad pública que le estaba encomendada; por eso el gobernador, sin detenerse á averiguar quiénes eran los anarquistas platónicos, dulces, simpáticos é incapaces de nada, y aquellos otros de acción, verdaderos criminales que se habían significado como capaces de cometer análogos atentados á los que ya se habían cometido, arrojó por todo y tuvo que mezclarlos en las prisiones de Barcelona.

Pero, además, yo comprendo que el gobernador haya ido más allá. Su señoría sabe perfectamente que en una población como Barcelona, que tiene más de 500.000 almas, y con un radio tan extenso que la convierte en la población más importante de España,

hay siempre una masa flotante, una población incalificable que varía todos los días, compuesta de gente maleante, que vive y explota el vicio en todas sus manifestaciones, que escapa fácilmente, porque tiene medios para ello, de la malla que sobre ellos tiende la acción judicial, que es conocida de la autoridad gubernativa; y contra esa masa flotante no sirve el procedimiento reglamentario de la ley procesal. En aquellos momentos esto era una dificultad que se presentaba delante del gobernador; y autorizado como estaba por la suspensión de las garantías, ¿no había de detener, de extrañar, de llevar á bordo del *Nava-rra* ó donde creyera más conveniente, á esa masa que se asimila á todo lo malo, y que lo mismo puede cometer un robo que producir aquellos crímenes tan tremendos como los que habían llevado á cabo los anarquistas? El gobernador no se detuvo ante ninguna consideración para perseguir á esta clase de malhechores, que ciertamente no merecerán á los ojos del Sr. Lostau ninguna clase de simpatías. Por tanto, dentro de la ley, limitándose á ella, con arreglo á la suspensión de las garantías, el gobernador dirigió también su acción contra esta masa maleante que escapa generalmente á la acción de los tribunales, porque sabe preparar perfectamente la coartada, pero que debe tener muy en cuenta en momentos tan supremos, y así lo hizo el gobernador con grandes resultados.

Tenga en cuenta S. S. una cosa, y esto se lo puedo demostrar, porque tengo á su disposición todos los elementos de prueba necesarios.

Aun en esos momentos de lucha terrible en que la autoridad tenía que dirigir su vista á tan complejas cuestiones y á tantos obstáculos como podían entorpecer su camino, cuando estaba y se veía amenazada por todas partes, no olvidó el cumplimiento de la ley y de los preceptos de la de orden público, y lo previno así á todos sus subordinados é hizo que se montara una sección especial en el Gobierno civil de Barcelona para que á cada una de estas detenciones, para que á cada uno de estos hechos, que se salían del procedimiento común y ordinario, precediera el oportuno expediente; y no hay un solo detenido que no haya visto acompañada su detención inmediata del acta necesaria con las debidas garantías, aunque sumarial, con las garantías que previene la ley, para que no se creyera que se había cometido en ningún caso un atentado que pudiera limitar en absoluto los derechos de la personalidad humana, y que no se pudiera preparar lo mismo la defensa de aquellos criminales ó de aquellos individuos sospechosos, que la de la conducta de la autoridad que tuvo que instruir tales procesos; y cada detenido de aquellos á que se ha referido el Sr. Lostau, tiene allí su expediente de detención, en el que está justificada de una ú otra forma la conducta de la autoridad. Ahora me dirá el Sr. Lostau: «pero es que yo sé de un individuo que en lugar de ir á 150 ó á 250 kilómetros, que en otros términos y en otras condiciones determina la ley de orden público, según sea cambio de domicilio ó extrañamiento definitivo dictado por la autoridad, fué á mayor distancia; yo sé que hay individuo, natural de Cataluña, que fué á Badajoz y que fué por tránsitos de justicia, pasando en el camino los sinsabores, las inquietudes y los malos ratos que proporcionan esa clase de viajes en tan poco grata compañía».

Aparte de que no se ha probado que esto fuera

absolutamente cierto, en el sentido de que no hubiera algún perjuicio, porque el hecho es cierto en algunos detalles, yo me permito recordar al Sr. Lostau que es absolutamente imposible, en luchas de tanta importancia, en las condiciones en que se veía el gobernador civil de Barcelona en aquellos instantes, buscando y persiguiendo el resultado que después se ha obtenido, que no hubiera en ciertos detalles algún error, y que tal vez pudiera padecer algún inocente en aquellos momentos, por más que después se rectificase el error inmediatamente que se tuviera conocimiento del hecho. ¡Pero, Sr. Lostau, si en esos momentos álgidos de la lucha, si en esas críticas circunstancias por que atraviesan las autoridades gubernativas no es posible llegar á descender á todos los detalles! ¿Su señoría no recuerda que sucede lo mismo que sucedió en aquella ocasión, cuando están definidas todas las garantías, cuando se aplican todas las fórmulas del proceso, tales como las definen las leyes, cuando los tribunales reciben las declaraciones, cuando las defensas se realizan, cuando se llenan todos los trámites, cuando se recorren todas las instancias, y que, sin embargo de eso, los anales judiciales están llenos de errores? ¿Y S. S. no sabe perfectamente que nuestra historia y la historia de todos los tribunales del mundo registran hechos de esa naturaleza? Cuando esos errores no se corrigen y cuando hay indicios de que el encargado de aplicar la ley no ha cumplido estrictamente con su deber, medios hay dentro de nuestras leyes para exigir la responsabilidad á quien proceda.

Pero de esto, de un hecho particular que es independiente de la conducta general seguida por una digna autoridad, venir á deducir un cargo de carácter general, y suponer que porque uno se encuentra camino de Badajoz, todos los demás individuos que han caído en manos de la autoridad gubernativa han seguido la misma ruta, esto es injusto, Sr. Lostau, y sabe S. S. que eso no ha sucedido, y que por regla general, aunque ese detalle pueda aparecer, el gobernador de Barcelona ha cumplido la ley y no ha hecho uso de más atribuciones que las que ésta le concede.

Y vamos á la última parte, á la más grave, á la más trascendental del discurso de S. S.: vamos á los procedimientos inquisitoriales; vamos á los tormentos sufridos por los procesados; vamos á los hechos imputados por los mismos á los agentes de la autoridad gubernativa, mediante los cuales, según el señor Lostau, se les arrancaron las declaraciones y se produjo la situación que sus respectivos procesos atraviesan, y que pueden determinar sobre un fundamento falso, sobre un fundamento arrancado por la fuerza, de labios de los criminales, aquella sentencia de muerte que sobre los mismos pesa.

Esto es gravísimo, Sr. Lostau, y no hay el derecho de afirmarlo sin traer inmediatamente la prueba de que esos hechos se han verificado. Además, S. S. pierde de vista que esto no es más que un sistema de defensa; S. S. pierde de vista que esto está en armonía con lo que sucede siempre en casos análogos. Pues qué, esos procedimientos que S. S. atribuye á los agentes de la autoridad de Barcelona, ¿no los hemos visto, desgraciadamente, relatados en todos los periódicos franceses con referencia á los procesados en las causas contra los anarquistas? Pues

qué, el procedimiento del sueño, ¿no es un procedimiento atribuido á la policía francesa para hacer hablar á alguno de los criminales que han sido sometidos á la acción de los tribunales de justicia de aquel país? Pues esto no es más que una copia de lo que entonces se supuso, y aquí como allí se demostrará, que no es más que una invención de aquellos que, no pudiendo destruir los cargos que pesan sobre sus cabezas, apelan á este subterfugio para defenderse contra la responsabilidad que á todos, justamente, tiene que exigirles la sociedad agraviada y alarmada por hechos tan terribles como aquellos de que se acusa á esos individuos. (*Muy bien.*) ¿No recuerda S. S. que Henry en su declaración, á pesar de que él espontáneamente confesó los hechos que se le atribuían y han determinado su procesamiento y sentencia, también habló de que los agentes de la policía francesa habían hecho objeto á otros procesados anarquistas de procedimientos análogos á los que S. S. ha descrito, y sin embargo está probado que eso es absolutamente falso de toda falsedad? Esto lo han hecho mil procesados.

Recuerdo en este instante un suceso que, aunque vulgar, voy á referir al Congreso, para que vea el Sr. Lostau cómo algunos criminales rodean de ciertas apariencias de verdad sus declamaciones. Este hecho lo presenciaron conmigo no hace mucho tiempo, en el portal del Gobierno civil de Madrid, varios periodistas amigos particulares míos, aunque muchos adversarios políticos.

Había detenido la policía á un criminal, á un célebre ratero de los que generalmente, después de haber robado un reloj ó escamoteado una cartera, prueban por múltiples medios la coartada y escapan á la acción de la autoridad judicial, porque conocen los procedimientos indirectos que, dentro de la ley (porque á mí no me duelen prendas nunca, por lo mismo que en alguno de ellos he tenido participación), emplean las autoridades gubernativas. el jefe de policía ó el coronel de orden público ó el gobernador, para contener, en cierto modo, la acción de los malhechores y librar á los vecinos honrados de la persecución constante de que éstos les hacen víctimas. Pues bien; en el momento que la policía penetraba con el criminal detenido en el portal del Gobierno civil, salía yo acompañado de varios periodistas, y presenciábamos cómo el malhechor chocaba fuertemente su cabeza contra la pared, en forma tan violenta, que se abrió, por su propio impulso, una herida cruenta que inmediatamente inundó de sangre su camisa y le hizo prorrumpir en grandes gritos para llamar la atención de los transeúntes que pasaban por la calle Mayor, diciendo que le asesinaban dentro del Gobierno civil, que llamasen al juez de guardia y que les tomaba por testigos de la agresión de que era objeto.

Y hubo seres impresionables que creyeron el aserto de aquel malhechor, y fué preciso que periodistas correligionarios de S. S. y periodistas conservadores y de la comunión política á que yo pertenezco, presenciaran el origen de ese hecho para comprender el verdadero objetivo que perseguía aquel hombre, y cuán exenta estaba la policía de la culpa que sobre ella quería hacer recaer.

Pues una cosa análoga habrá realmente pasado en Barcelona, y esto es lo que ocurre con frecuencia con muchos criminales; porque, además, ¿qué se ha-

bía de proponer la autoridad en el caso de esos anarquistas, si tenía en su poder como primer criminal á Pallás, que había sido cogido infraganti, y que con un valor que á todos, no digo que nos admiró, pero sí que nos espantó, confesó espontáneamente su crimen? Otro de los criminales del Liceo fué cogido en Zaragoza, y al ser detenido quiso suicidarse, y ese también confesó espontáneamente su crimen. En cuanto á ese Codina de que ha hablado S. S., inmediatamente que fué detenido, confesó espontáneamente su participación, antes de que pudiera decirse que había sido objeto de ninguna especie de presión por parte de la policía. Pero, ¿qué sucedió? Que cuando Codina se enteró de que sus compañeros decían que pudiera pagar caro la actitud que había tomado en el proceso, se sobrecogió, y tal vez para librarse de las amenazas y de los anatemas de sus compañeros, inventó lo de las persecuciones, lo de las amenazas, lo del sueño y lo del bacalao, y todos esos procedimientos que S. S. ha referido, que yo niego en absoluto que se hayan empleado por las autoridades, y que no tienen más valor que el que pudo darse á las manifestaciones de aquel preso del Gobierno civil de Madrid, de que he hablado, y á las manifestaciones de Henry y de otros criminales de la misma clase.

Y no quiero decir nada más sobre esto, porque las causas de esos desgraciados están *sub judice*, y hay un tribunal militar compuesto de dignísimos jefes y oficiales, que tienen sus asesores, en los cuales tendrán su defensor; y después, cuando el Consejo de guerra haya fallado, pasará la causa al capitán general, el cual, con su auditor, dictará el fallo, que por último vendrá al Consejo Supremo de la Guerra para ser confirmado ó negado, y este alto Cuerpo tiene también sus magistrados letrados para informar sobre esos hechos.

Es muy extraño que esos individuos que le han denunciado á S. S. los hechos por él referidos, no hayan comparecido ante el juez especial Sr. Domech, de quien ha dicho S. S. que es una persona justificada y muy inteligente; porque expuestos ante la conciencia de los jueces, que no irían á comprometer la vida de nadie por muy criminal que fuese, es indudable que hubieran encontrado, por medio de sus defensores y en el honor de sus mismos jueces, el amparo necesario para castigar á aquel que hubiera sido capaz de arrancarles violentamente una declaración con el fin de falsear una sentencia tan terrible, como que con ella se priva de la vida á un semejante de quien la dicta.

Es muy fácil decirlo para cumplir cierta clase de compromisos; es muy fácil decirlo movido por un impulso generoso, que yo respeto; es muy fácil decirlo para hacer gala de una oratoria como la que S. S. posee, y para producir un efecto político; pero bajo el punto de vista de la realidad de lo que pasa, de lo que nos rodea, de lo que son las autoridades y los jueces de Barcelona, yo en este segundo punto de la cuestión hago lo que en el primero: opongo, dentro de lo que palpita en esta Cámara y en el exterior, dentro de los antecedentes que informan la cuestión, dentro de la actitud observada por los mismos correligionarios de S. S., la más rotunda negativa á las afirmaciones de S. S., que supone á las autoridades capaces de atormentar á los procesados y de arrancarles una declaración que produzca una sentencia de muerte.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (La Serna): El señor López Puigcerver tiene la palabra.

El Sr. **LOPEZ PUIGCERVER**: Pedí la palabra el otro día, Sres. Diputados, para intervenir en este debate, movido por dos consideraciones: la primera, porque siendo Ministro de la Gobernación cuando se realizaron algunos de los hechos á que hacía referencia el Sr. Lostau, yo debía aceptar toda la responsabilidad de aquel Gobierno, y muy especialmente la del Ministro de la Gobernación; y la segunda, porque el Sr. Lostau pedía mi testimonio, citando una conferencia que tuve el gusto de celebrar con S. S. en el Ministerio de la Gobernación.

Pero el primer punto que yo tenía que tratar en este debate, lo voy á abandonar por completo, porque el Sr. Ministro de la Gobernación ha hecho una defensa tan completa de la conducta del Gobierno anterior, ha demostrado con tanta elocuencia que no hay nada que merezca censura en lo que ha dicho el Sr. Lostau con motivo de esta interpelación, que sería ridículo que yo me empeñara en detener la atención del Congreso acerca de un asunto que está juzgado por todos, que tengo el convencimiento de que estaba juzgado antes de la interpelación de S. S. y antes de la defensa elocuentísima de mi querido amigo el Sr. Ministro de la Gobernación. Así es que voy única y exclusivamente á dar el testimonio que me ha pedido el Sr. Lostau, á decir lo que ocurrió en la conferencia que tuve el gusto de celebrar en el Ministerio de la Gobernación con S. S.

Todos recordaréis, Sres. Diputados, los tristísimos sucesos ocurridos en la ciudad de Barcelona con motivo del atentado que se cometió en el teatro del Liceo; recordaréis también el efecto que produjeron en toda España, y en particular en aquella ciudad.

No se trataba de un delito que tuviera por móvil el odio, la venganza, los celos, uno de esos sentimientos que no justifican, pero que pueden explicar y aun á veces atenuar la responsabilidad de los delinquentes; no se trataba tampoco de un delito nacido del interés de la persona que lo comete, como el robo ó el secuestro, no; se trataba de una clase de delitos que alarman mucho más, porque el móvil que tienen no se relaciona con estos otros que ordinariamente guían á los criminales; se trataba de delitos que buscan la destrucción por la destrucción, el mal por el mal; que se dirigen, no contra persona determinada, sino contra la sociedad en general, contra el público, contra personas que no se sabe quiénes son, y que pueden ser víctimas de esos delitos en la iglesia, en el teatro, cuando se creen más ajenas de ser víctimas de esos atentados. El efecto fué horrible en Barcelona. Las personas más acomodadas abandonaron la población; las que quedaban allí, apenas se atrevían á transitar por las calles ni entrar en ningún carruaje; los teatros habían suspendido sus espectáculos, el público apenas se atrevía á entrar en las iglesias. Recuerdo que una ilustre persona que estaba entonces allí por razón de su cargo, me escribía diciéndome que en las primeras horas de la noche, en el anochecer, había pasado por La Rambla, sitio tan concurrido, y no había visto más que dos personas.

El Gobierno, pues, tenía obligación de restablecer la tranquilidad, de llevar la calma á los espíritus, de hacer que se castigara el crimen descubriendo á los criminales; y no era esta la sola preocupación del

Gobierno. El Ministro de la Gobernación tenía otra preocupación grandísima, y era la de que no sólo por las publicaciones de los anarquistas, no sólo por lo ocurrido en el extranjero, sino por lo ocurrido también en España, pues en Barcelona aquel atentado era el segundo que se cometía por los anarquistas, era de presumir, por lo menos era probable, que no fueran esos hechos aislados, sino que obedecieran á una confabulación, por lo mismo que se habían repetido.

Era preciso, no sólo descubrir los autores, sino además encontrar los cómplices, poder penetrar en esa asociación si la asociación existía; en una palabra: procurar por todos los medios posibles restablecer la tranquilidad, alterada por aquellos acontecimientos. De modo que el Gobierno tenía la obligación de procurar que la confabulación contra la sociedad desapareciera, para asegurar la tranquilidad pública. El Sr. Lostau preguntaba el otro día cuáles fueron las órdenes que dió el Ministro de la Gobernación al gobernador de Barcelona.

Pues bien; yo le dije: «Proceda V. S. con toda energía, con toda actividad, para descubrir, no sólo los autores materiales de los hechos, sino las personas que puedan estar en relación con ellos, usando de todos los medios que las leyes autorizan; redoble la vigilancia, no solamente castigando á los culpables, sino descubriendo á los cómplices.» Y á esto obedeció esa campaña enérgica, esa campaña activa hecha por el gobernador de Barcelona, de la cual ha hablado el Sr. Ministro de la Gobernación, y de cuyos resultados ha dado noticia al Congreso.

Entonces yo fui objeto de grandes manifestaciones de censura, que se me hicieron en dos distintas direcciones. Se me censuró, primero, por ser muy pasivo, por no hacer nada, porque dejaba pasar los días sin que se descubriera á los culpables; y en todas partes se decía: «Pero, ¿qué hace ese Gobierno, cómo no se descubre á los autores, cómo no se les castiga, dónde está esa policía!; y hasta las personas más serenas de espíritu y de mejor criterio, pedían cosas que realmente parecía extraño que se pidieran; hasta se pidió que se pusiera fuera de la ley á los anarquistas y se adoptaran medidas excepcionales.

Creo que mantuve bastante serenidad de espíritu contra esas censuras, que creía inspiradas por la indignación de los primeros momentos, por el terror que produjeron aquellos hechos, y estaba seguro de que cuando pasara el tiempo se haría justicia al Ministro de la Gobernación.

Pasaron los primeros días, el primer mes, y las censuras entonces vinieron del lado opuesto. Cuando se vió que se habían descubierto todos los criminales, que se habían entregado á los tribunales, no solamente los autores materiales, sino los cómplices, que se había penetrado en el fondo de la asociación de aquellos anarquistas, entonces empezó otro género de censuras, y entonces circuló el rumor de que se había castigado con exceso á los detenidos, que se había abusado de la autoridad, deteniendo á los que no debieron ser detenidos, y exagerando como se ha exagerado por el Sr. Lostau en esta Cámara esta clase de argumentos. Tampoco hicieron en mí gran mella las censuras de esta clase, porque me había propuesto desde el primer momento proceder con energía y actividad, pero siempre dentro de la ley, y no cambiar de conducta ni por las primeras censu-

ras para tomar medidas que no estuvieran autorizadas, ni por las segundas para detener la marcha del gobernador de Barcelona.

Doy estas explicaciones como antecedentes de la denuncia del Sr. Lostau, y debo decir que, á pesar de las censuras que he indicado, no llegó al Ministro de la Gobernación ni una sola queja, ni una sola denuncia, ni una sola carta particular, ni una manifestación, ni siquiera un anónimo, y sabe el Sr. Lostau que los Ministros suelen recibir muchos anónimos, en que se denunciara hecho concreto ni abuso de ninguna clase. El Ministro de la Gobernación entendía que esos abusos no existían, en primer lugar, porque tenía confianza absoluta en las autoridades de Barcelona, y sabía que no habían de cometerlos; y en segundo lugar, porque se explicaba perfectamente que todos los que estaban imbuidos de las ideas del anarquismo y tenían simpatías por los procesados, empezaron á hacer circular esos rumores, muy bien podía suceder que de buena fe, aumentando, exagerando y haciendo que esos abusos tomaran proporciones que en realidad no tenían, puesto que los abusos no existían. Alguno de los anarquistas decía que había sido detenido sin motivo; otro, que había sido maltratado; otro, que había sido atormentado; algunos llegaban á decir qué tormentos habían recibido, cuando en realidad no había nada de esto; y sucedió lo que sucede siempre que una noticia circula de boca en boca: que cada cual la aumenta un poco, y llega á tomar proporciones considerables.

Podía tener el hecho esta explicación, y podía tener también la explicación de que los procesados y los cómplices tenían interés en ocultar la verdad: los procesados, para decir que las declaraciones que espontáneamente habían prestado, les habían sido arrancadas por el tormento; los cómplices, para decir que las declaraciones en virtud de las cuales se les complicaba en el proceso, eran declaraciones arrancadas á viva fuerza, y de esa suerte dejar flotar en la atmósfera algo de coacción, de tormentos, de medios ilegales, con el objeto de que el tribunal, ya fuera el de derecho, ya el del Jurado, que en su día hubiera de conocer del asunto, quedara siempre con esa sospecha y no pudiera menos de preguntarse, si en realidad las declaraciones habrían sido prestadas espontáneamente ó arrancadas por la violencia. Como había ese interés en propalar esas noticias, y al mismo tiempo no se me denunciaban hechos positivos y concretos, no podía yo hacer nada para que la autoridad gubernativa, en quien tenía confianza completa, abandonase la conducta que se había trazado. El único que hizo una denuncia al Ministro de la Gobernación, fué el Sr. Lostau; y repito que ni cuando fueron sometidos los procesados á los tribunales, ni cuando prestaron sus declaraciones, ni por amigos suyos, ni por nadie, se le había hecho denuncia de hecho concreto; el primero que lo verificó, repito, fué el Sr. Lostau, y voy á indicar lo que pasó en la entrevista que tuve con S. S.

El Sr. Lostau se presentó y me indicó que en Barcelona se cometían esos abusos, que se atormentaba á los presos, que se les daba de comer bacalao y se les impedía beber agua. Yo le manifesté que si se me hubiera denunciado un hecho concreto, no podría autorizarlo y tendría que castigarlo, y dije á S. S. que me citara hechos concretos; y hasta recuerdo perfectamente que fuí á coger la pluma y un vo-

lante para escribir el hecho que esperaba que S. S. me denunciara, y S. S. me dijo: no se apresure usted, Sr. Puigcerver; yo voy á marchar á Barcelona mañana ó pasado, y le escribiré á usted ó le remitiré una nota citándole hechos concretos y dándole detalles, para que pueda usted poner mano en estos asuntos y corregir los abusos. ¿Es esto exacto? (*El Sr. Lostau*: Ya le contestaré.) Esto fué lo que S. S. me indicó: que iba á partir para Barcelona y á darme datos concretos. A los dos días recibí una carta del señor Lostau, á la que yo me referiré si S. S. no tiene inconveniente, pues no debo hacer uso de ella sin que S. S. me autorice.

Me decía que acompañaba un recorte de un periódico, creo que era *El Diluvio*, pero no venía con la carta, y S. S. me lo envió después con una tarjeta. En ese periódico no se denunciaba más que lo que va á oír el Congreso para que juzgue si se relacionaba en algo con los tormentos de todas clases que, según me dijo S. S., se daban á los presos... (*El señor Lostau*: Esa carta se la remití desde Madrid, pues yo no había salido todavía para Barcelona.) Es verdad, y en ella me decía S. S. que salía para Barcelona al día siguiente. (*El Sr. Lostau*: Perfectamente.) Aquí está la carta dirigida desde Madrid, y después de leerla, yo esperaba que desde Barcelona vinieran los datos necesarios, porque los que se daban en la carta y los comprendidos en el suelto del periódico, no tenían nada que ver con los malos tratamientos sufridos por los presos, que era lo que había que dilucidar. Yo voy á demostrar al Congreso que aun en la denuncia del Sr. Lostau, única hecha al Ministro de la Gobernación, no se citaba nada concreto, nada positivo, respecto á malos tratos sufridos por los presos.

En el suelto del periódico se hablaba, en primer término, de que un individuo de policía había entrado en un carruaje del tranvía, había detenido al conductor, y luego en el Gobierno de la provincia le había dado un bofetón y algún palo. ¿Qué tenía esto que ver con el proceso de los anarquistas, ni con el mal trato que, á juicio de S. S., se les daba para hacerles declarar? Se trataba del abuso de un individuo de policía, no con un anarquista, sino con el conductor de un carruaje, que suponía que le había faltado, tal vez por no dejarle ir allí. ¿Qué tenía que ver esto con los anarquistas?

Añadía el periódico, que con motivo de este hecho se había formado causa, y que además se había instruido expediente por el gobernador interino. ¿Qué tenía que hacer el Ministro de la Gobernación? ¿Se le denunciaba este hecho como una cosa que viniera á justificar los malos tratos dados á los anarquistas, ó se trataba únicamente de que un individuo de policía había detenido á un conductor de tranvía, y para depurar lo que hubiera se había formado causa por el juez é instruido expediente por el gobernador para proceder al castigo del delito ó á la corrección del abuso, si uno ú otro existía?

Segundo hecho: que al conducir á varios individuos de una prisión á otra, uno de ellos había empezado á gritar porque no quería ser conducido; que se había arremolinado alguna gente; que había llegado fuerza pública y se había verificado la conducción, cesando en su intento aquellos que se habían resistido. Este había sido un hecho ocurrido en la vía pública, que tampoco guardaba relación con malos tratos dados en secreto á los presos, sino que se

trataba simplemente de unos individuos que habían sido detenidos, que eran conducidos á otra prisión, y que se negaban á dejarse conducir, profiriendo gritos para que la gente se acercase, y con el fin de promover una asonada, aunque no lograron este propósito, afortunadamente, gracias á la discreción y cordura que el público demostró en aquella ocasión, y á que después habían llegado fuerzas que vencieron la resistencia de aquellos presos. ¿Qué tiene esto que ver con los tormentos impuestos en las cárceles?

Pero respecto de este mismo hecho, también me decía el Sr. Lostau en su carta que el regente de la Audiencia dispuso la formación de sumaria. Pues si era así, ¿qué tenía que hacer en esto la autoridad gubernativa, cuando la misma persona que denunciaba el hecho manifestaba que el regente de la Audiencia había mandado instruir sumaria acerca de él?

Pero, además, yo sobre este punto había pedido ya informes al gobernador de Barcelona, y me los dió completos, diciéndome que aquello no había tenido nada de particular, que no habían existido malos tratamientos, ni golpes, ni nada semejante; que el público no había tomado parte en el alboroto en favor de los presos, ni mucho menos, y que además, por si resultaba algo de gravedad, se había mandado instruir la causa oportuna por el regente de la Audiencia.

Pues estos eran los dos únicos hechos que el señor Lostau me concretaba; y aquí tengo la carta de S. S., y el suelto del periódico que me remitió, y los leeré si es preciso.

También me decía el Sr. Lostau que habían sido detenidas indebidamente, á juicio de S. S., ciertas personas, y me pedía que yo hiciese que fueran puestas esas personas en libertad. Yo no quiero leer los nombres de las cuatro personas á que S. S. se refería; pero he de hacer constar que tomé inmediatamente informes respecto de ellas, y se me manifestó que eran conocidos anarquistas, que tenían relaciones muy marcadas con algunos procesados que estaban verdaderamente comprometidos y contra los cuales resultaban graves indicios de criminalidad; que eran tenidos, en fin, por anarquistas activos; y aun respecto de una de esas cuatro personas, existía un indicio muy grave, cual era el de haberla visto salir precipitadamente del Liceo momentos antes de realizarse la explosión de las bombas.

No quiero extenderme más respecto de los informes que recibí con relación á esas personas, puesto que se trata de hechos que han de ser juzgados por los tribunales, y de los cuales debe hablarse lo menos posible aquí; pero sólo con los antecedentes que he indicado, ¿cree la Cámara y cree S. S. que podría yo exigir que fueran puestos en libertad esos cuatro individuos?

Pero, por otra parte, respecto de estas personas, lo único que S. S. me decía era que habían sido detenidos indebidamente, á juicio de S. S., pero no me indicaba una sola palabra referente á que hubieran sufrido malos tratos ni tormentos de ninguna clase.

Otra cosa me indicaba también S. S.: que se habían cerrado varios Círculos republicanos en algunos pueblos.

Creo que este hecho era cierto, pero correspondía á medidas que en uso de sus facultades había creído necesario adoptar el gobernador; y no se relacionaba esto por ningún concepto con la idea de tormentos

ni de malos tratos inferidos á los detenidos en las cárceles.

Acerca de estos tormentos, yo esperaba que S. S. me diera datos concretos. Me decía S. S. en su carta que salía al día siguiente para Barcelona; y como S. S. en la conferencia que conmigo tuvo me dijo que cuando llegase á Barcelona me comunicaría los datos que tuviese y me citaría los hechos concretos, yo esperaba á que S. S. hiciera esto. A los pocos días salí del Ministerio, y no sé si S. S. remitiría alguna carta; si lo hizo, la habrá recibido el Sr. Ministro actual; pero yo no he tenido después carta ninguna de S. S.; la única que tuve fué la de 15 de Febrero; yo salí del Ministerio el 8 de Marzo, y hasta entonces no me había comunicado S. S. desde Barcelona dato ninguno que concretase hechos distintos de los que he indicado, que en nada se relacionaban con los malos tratos y tormentos.

Conste, pues, que es muy exacto, como no podía menos de serlo cuando S. S. lo afirmaba, que tuvimos S. S. y yo la conferencia á que S. S. aludió; en la carta no se me facilitó ningún dato concreto, sino simplemente la exposición de esos hechos, que no se relacionan, que no tienen nada que ver con el maltrato que pudiera darse á los anarquistas, y además se me pedía que se pusiera en libertad á unos detenidos contra los cuales creían las autoridades de Barcelona que resultaban indicios de criminalidad.

Y como me he propuesto limitarme á dar el testimonio que me pedía el Sr. Lostau y ocuparme únicamente en la alusión de que fuí objeto, no entro en más detalles respecto de este asunto, sintiéndolo verdaderamente, pues si el Reglamento no me lo impidiese, yo hubiera querido discutir con S. S.; pero ya que esto no puede ser, si he de protestar de las indicaciones del Sr. Lostau, quien, confundiendo lo que es una persecución criminal, quiere presentar esto como una cuestión de clase en frente de otra clase. No; en la cuestión de la persecución anarquista no puede verse una cuestión de los obreros enfrente de las clases acomodadas. Sobre esto ha dicho el Sr. Ministro de la Gobernación bastante; y como no quiero molestar al Congreso, me limito, una vez consignada esta protesta, á indicar al Sr. Lostau, que las clases que precisamente más han de padecer y sufrir con el anarquismo son las clases obreras; pues con la destrucción de la fábrica y del taller, y con hacer que el capital se asuste y se retire, los que primeramente sufrirán las consecuencias serán los obreros, que no encontrarán trabajo, que no encontrarán medio de ganar el sustento para sí y sus familias.

El Sr. VICEPRESIDENTE (La Serna): El señor Lostau tiene la palabra para rectificar.

El Sr. LOSTAU: Señores Diputados, los mejores propósitos suelen á veces salir fallidos, sobre todo cuando el que los abriga no tiene la autoridad, ni la cultura, ni la ilustración suficientes para sugerirlos á los que le escuchan.

Yo acudí (y me ocupo en primer lugar de lo dicho por el Sr. Puigcerver porque tengo que hacer esta pequeña historia de mi interpelación); yo acudí al Sr. Puigcerver, no para denunciarle con datos precisos tal ó cual hecho, sino porque hubiera sido cosa rara que tratándose de un asunto tan grave como el que he traído hoy á la Cámara, y habiéndoseme denunciado estos actos, que yo considero de mal género para el Gobierno y para las autoridades, y de poco

respetuosos para las leyes, no me hubiera acercado en el mismo momento en que se me denunciaban al Sr. Ministro de la Gobernación de aquel entonces, á decirle: «Sr. Ministro, en Barcelona se asegura que se siguen tales ó cuales procedimientos, etc.» Y esto es lo que yo hice con el Sr. Puigcerver; ni más ni menos, ni menos ni más. De consiguiente, este paso dado por mí en Febrero, ¿qué indica, Sres. Diputados? Indica sencillamente un aviso dado al Gobierno para que éste viera si entre lo que se decía podía haber algo que tuviera fundamento de verdad.

El paso que di entonces, del cual no me arrepiento, Sr. Puigcerver, y lo que siento es haber sido el único que lo haya denunciado, pues hubiera deseado que muchos que conmigo en Barcelona oyeron todo esto hubieran hecho lo mismo; el paso que di entonces me absuelve completamente, Sres. Diputados, de esa especie de excomunión que se ha fulminado por haber traído la cuestión anarquista á la Cámara. (*El Sr. Ceballos*: ¿Quién se ha quejado de S. S.? Tenga S. S. paciencia. ¿No ha visto la que yo he tenido para escuchar la excomunión?

El Sr. Ministro de la Gobernación ha estado conmigo muy cortés, como siempre lo está S. S.; pero ha estado tan olvidadizo de lo que con respecto á esta cuestión yo denuncié á la Cámara, que, francamente, al escucharle, hubo momentos en que yo creía que no estaba S. S. presente cuando hablé el otro día; porque yo no significué siquiera que unos amigos míos anarquistas me hubiesen denunciado el hecho; no dije eso, sino algo que es de mucha más importancia; dije que yo venía movido de un interés que creo debe ser el interés de todos, porque todos deben estar interesados en que la parte podrida que pudiera haber en la clase obrera, quede separada por completo de la parte sana.

Esto es lo que yo dije, y para probar que lo del anarquismo terrorífico no era cosa nueva, que estaba ya previsto, que venía preparándose, y que todos lo debíamos perseguir de una manera enérgica, hablé de una reunión de representantes de 70.000 federados obreros; representantes que se llamaban colectivistas y anarquistas; y en esa reunión, que tuvo lugar en el mes de Enero, denunciaron de una manera pública á la faz del país la existencia de ese pequeño núcleo de obreros mal aconsejados que tratan de deshonorar á toda la clase llevándola por tan torcidos caminos. Esto decía yo en mi interpelación, y lo he repetido. (*El Sr. Ceballos*: En eso, estamos todos conformes: los buenos quieren separarse, pero los malos se meten á la fuerza.)

Ya veremos lo que hacen los malos y los buenos.

Yo estimaba, y si estuviera equivocado, los ortodoxos de esa mayoría me lo demostrarán, que se había procedido algo atropelladamente por parte de las autoridades; pero no me refería á los primeros momentos, porque tuve buen cuidado de hacer esta salvedad que ha hecho después el Sr. Ministro, sino á época posterior; y fundándome en lo que dice la ley de orden público y en las atribuciones que al gobernador se habían dado, creía yo que pasados los primeros momentos había por parte de las autoridades el deber ineludible de entregar á los tribunales á cuantas personas estuvieran detenidas por sospechosas, para que los tribunales decidieran sobre su suerte y no se dilatara tanto el momento de decretar su libertad ó su procesamiento.

Esto es lo que yo pedía, este es el cargo que formulaba; y cuando hay gentes que están encarceladas sin haber sido sometidas á tribunal ninguno, y cuando ese encarcelamiento dura, no varios días, sino muchos meses, me parece que no es exagerada la petición de que esas personas sean puestas en libertad ó entregadas á los tribunales, ni es exagerado el cargo que formulé, ni merezco las protestas que contra lo que yo decía se han levantado.

No sé por qué tiene empeño el Sr. Ministro de la Gobernación en hacer ver que la minoría á que tengo el honor de pertenecer ha permanecido silenciosa. Claro que ha callado mientras no podía hablar, porque estaban las Cortes cerradas; pero por más que yo sea el último y más insignificante de los señores Diputados que componen esta minoría, la verdad es que al día siguiente de abrirse las Cortes anuncié mi interpelación, y el Sr. Azcárate se levantó á pedir datos; por consiguiente, ya que en esta cuestión seáis tantos contra uno, sea el Sr. Ministro de la Gobernación más piadoso conmigo, y no quiera presentarme como divorciado de esta minoría. La minoría republicana tenía conocimiento de lo que yo iba á decir, y ha estado siempre conforme con mi interpelación y con las afirmaciones que he hecho.

Yo decía, señores, y en esto no me refería á la cuestión anarquista, que á la clase obrera hay que conocerla, como yo la conozco, para saber lo que sucede; y es, que los obreros faltos de independencia económica son á veces injustamente castigados; pero no pueden usar las garantías que á todo ciudadano conceden las leyes, porque eso muchas veces les está vedado.

Y decía yo: debido á este estado especialísimo de las clases obreras, que cuando tienen un litigio no pueden defenderse, y desconocen los procedimientos que deben seguir para hacerse respetar, hay en ellas cierto fondo de desconfianza siempre que se les habla de las leyes. Nosotros tenemos interés en que esta desconfianza no se agrande, porque el día en que fuese completa, tendríamos que llorar este apartamiento de las clases obreras.

Esto es lo que yo decía, siquiera para manifestar los móviles que me guiaban al pedir que el reinado de la arbitrariedad cesara pronto; porque por grande que sea el criminal, hay leyes que deben ampararle; y si resultaban ciertas mis denuncias, denuncias que no he venido á hacer aquí, como se ha querido significar, por haber contraído compromisos con nadie, decía yo que era preciso que cesara ya ese estado ilegal. Y esto que he dicho aquí, lo he manifestado muchas veces en el Gobierno civil de Barcelona, unas estando allí el Sr. Larroca, y otras cuando ejercía el secretario. Y en cierta ocasión, habiéndonos presentado varios Diputados á garantizar la honradez de una persona que había sido presa, y al manifestar yo los motivos que teníamos para garantizarla puesto que la conocíamos, se nos contestó de una manera desconsoladora, no por el Sr. Larroca, que no se hallaba en aquellos momentos en el Gobierno civil; se nos dijo: ¿qué importa que haya inocentes? Yo puedo asegurar á S. S. que esas palabras *qué importa*, hirieron profundamente mi corazón; cuando hay autoridades que se dejan llevar del *qué importa*, creo que no les importa nada que caiga el inocente como el culpable.

Yo estimo que esta indiferencia que se observa

cuando se tratan ciertas cuestiones que debieran ocupar mucho más á los Parlamentos que otras cuestiones que tanto les preocupan, esta indiferencia equivalente al *qué importa*, es cosa de fatalísimas consecuencias. Por esto os llamaba yo la atención, y por eso un día y otro día, ya amistosamente en el terreno particular, ya desde esta tribuna, he pedido al Gobierno que acortara el plazo para poder yo desarrollar mi interpección; y si esto no ha tenido lugar hace ya días, no es ciertamente la culpa del humilde Diputado que os dirige la palabra. Y vamos al asunto.

Aquí se invoca la ley; y yo, para esta interpección, en la ley me apoyo. Yo he examinado todos los artículos de la ley de orden público y no he encontrado ninguno que conceda facultades á la autoridad gubernativa para tener cinco ó seis meses en una cárcel ó á bordo de un buque á personas que no han sido sometidas á juez competente. Hay más, señores Diputados: cuando yo vine á Madrid, ya tenía noticias de lo que se decía en Barcelona, y tal cual me llegaron, las trasmití al entonces Ministro de la Gobernación. Pero llegué luego á Barcelona; no me quise fiar de estas noticias cogidas al vuelo, y empecé por cerciorarme por mí mismo de si los presos en Barcelona gubernativamente y los presos á bordo en el *Navarra*, estaban ó no sometidos á los tribunales de justicia.

Quise saber más, y al efecto me tomé el impropio trabajo de averiguar quién garantizaba á cada una de las personas que figuran en una lista que aquí tengo, su manera de vivir y qué autoridades podían dar noticias de ellas, para que al venir yo á esta Cámara no se me dijera que me interesaba por gente desconocida y que mis datos eran inexactos. No, Sres. Diputados; como dije el otro día, tengo en mi poder, no sólo la historia de la detención de esas personas, sino certificados de buena conducta, librados por los principales respectivos de esos obreros y por las autoridades locales. En esto me he apoyado yo para venir á pedir, no la libertad, como equivocadamente se dice, sino que esas gentes sean sometidas á los jueces respectivos. Yo he leído en la ley de orden público, y quisiera no haberme equivocado, que únicamente hay derecho para tener arrestada á una persona sospechosa durante quince días; pero éstas á que me refiero, hace seis ó siete meses que están presas. Y yo pregunto al Sr. Ministro: ahora que no existe la excusa de los primeros instantes, ahora que hay esta tranquilidad y esta serenidad de juicio, ¿qué motivos hay para que continúen presas esas personas y para que continúe esta suspensión? ¿Qué motivos hay para no entregarlas á los tribunales de justicia si es que se las cree delincuentes en poco ó en mucho? Esta es la cuestión sencilla y clara, y esta es mi petición la más justa y la más legal: que los presos detenidos, en mi concepto indebidamente, y yo os diré por qué, y aun creo que os lo he dicho ya, sean sometidos, como debieran haberlo sido, á los tribunales de justicia.

Hay algunos de ellos que han sido presentados al juez competente, y el juez competente (y por eso cité al Sr. García Domenech), no una, sino dos veces, los puso en libertad, y á pesar de eso han continuado presos. ¿Sabéis, Sres. Diputados, cuál ha sido el fundamento de esas prisiones cuya lista, que tengo aquí, puedo entregar al Gobierno y á la Cámara?

Dice la ley de orden público que el Gobierno ó sus representantes pueden decretar la prisión de una persona, pero que deberán hacerlo por escrito. Estas prisiones se han decretado y llevado á cabo sin ninguna de estas formalidades, y no creo que esto garantizará el orden social existente.

El fundamento de estas prisiones, y por esto yo decía al Gobierno que el sistema de vigilancia actual es altamente deficiente, y peor para vosotros si no lo reconocéis; el fundamento de estas prisiones era que en los domicilios de tales ó cuales obreros se había encontrado un periódico de ideas sospechosas, y esto era cuerpo de delito para llevar á aquellas gentes á la cárcel, y esto ha sido motivo para que en la cárcel continuasen seis ó siete meses, y todavía no se les haya dicho por qué están allí.

Otros están presos por haberles encontrado en su casa el retrato de Pallás, retrato que han publicado muchos periódicos y todas las *Ilustraciones*, y otros se hallan en la cárcel por figurar en la lista de suscritores de un periódico de Barcelona. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: ¿Qué periódico?) *El Productor*. Hay muchísimos suscritores que no son anarquistas; y aunque lo fueran, al fin y al cabo reconocerá S. S. que, teniendo el periódico existencia legal, no estaba previsto el caso de considerar como crimen el ser suscriptor de *El Productor*.

A mí no me extraña, porque me inspiro siempre en la realidad de las cosas, que esto sucediera en los primeros momentos, por la natural confusión, por el trastorno general que yo presencié en Barcelona, y que tan bien ha sabido pintar aquí el Sr. Ministro de la Gobernación; por esto todo el mundo calló, porque había y hay el deseo de que se haga un castigo ejemplar contra los verdaderos criminales; pero al par que hay este deseo, en el cual más que nadie, como yo decía el otro día, están interesadas las clases obreras, ¿quién duda que las equivocaciones en casos de este género son una cosa sangrienta que debe entristecer el corazón de todos para evitar que se cometan injusticias que nunca serían bastante lloradas?

Yo no he pedido otra cosa sino que los verdaderos criminales sean castigados con arreglo á las leyes; y para los infelices presos he pedido que sean juzgados, porque tienen ese derecho; y ha sido tal el atolondramiento, que hace un mes me levanté yo aquí á manifestar las condiciones pésimas que tenía el local en que estaban estos detenidos gubernativamente, y esta es la hora en que aún continúan presos como yo manifesté. (*El Sr. Ministro de la Gobernación*: Perdón S. S.; á consecuencia de su denuncia, yo lo puse en conocimiento del Sr. Ministro de Gracia y Justicia, y éste habilitó la casa-galera para que pudieran estar con más desahogo los presos, y allí están.) Yo lo celebro; pero el caso es que hace dos días ha muerto uno de los presos.

Creo que huelgan completamente las acusaciones que aquí se me han hecho; y ya que hemos hablado de los presos gubernativamente y que creo haber probado que están detenidos en contra de las leyes, porque la ley de orden público no autoriza estas detenciones, sino que determina de una manera clara y taxativa cómo pueden tener lugar, me ocuparé del otro hecho que ha manifestado S. S., y que no lo reduje sólo á Barcelona, sino que es un hecho general en toda España. Tanto es así, que cité el caso de aquel pobre preso que trajeron de Albacete y que

tardó un mes en llegar á Madrid; y dije que ya que el *paso* no responde á la civilización presente, el Gobierno y las Cámaras tenían el deber de impedir que eso continuara, y que no hubiera este procedimiento infame é inícuo que se llama el *paso*.

Ignorar que el *paso* existe, ignorar lo que todos los días estamos viendo, ignorar lo que todos los días la prensa dice, es ignorar que existe la luz. El *paso* realmente existe, y el *paso* no debe existir. (*El señor Ministro de la Gobernación*: No existe; habrá algún hecho aislado, que se ha corregido, y eso lo sabe S. S. mismo.)

Voy pronto á concluir, pero no puedo hacerlo sin contestar cumplidamente á cuanto en esta Cámara se ha dicho por el Sr. Ministro de la Gobernación y por el Sr. López Puigcerver, y á las negativas rotundas que se han opuesto á las afirmaciones hechas por mí, y que se ha manifestado que yo había traído á la Cámara por virtud de compromisos que yo había adquirido. Tanto en la primera vez que yo hablé con el anterior Sr. Ministro de la Gobernación, como en cuantas después he hablado con el actual Sr. Ministro, he pedido yo que se esclareciera lo que hubiera de verdad en esto, porque yo no venía á hacerme eco de rumores cogidos al aire; y que yo tenía cartas que ponía á disposición del Gobierno, firmadas por individuos que alegaban que habían sufrido los malos tratamientos que yo he denunciado. Y no me limité sólo á esto, Sr. Ministro de la Gobernación; dije más: dije que de ciencia cierta podía manifestaros (y esto era lo grave, y en lo que yo precisamente me apoyaba al venir á esta Cámara á denunciar ese hecho) que los mismos agentes de la autoridad, del ramo de policía, de Barcelona, interrogados por mí, me habían confesado que realmente en el segundo piso del Gobierno civil se habían cometido actos de aquella naturaleza.

Por consiguiente, no podéis decir que sean gratuitas mis afirmaciones, no podéis decir que yo vengo á hacer denuncias sin ninguna clase de pruebas, puesto que pongo á disposición del Gobierno, según he manifestado, las cartas que yo he recibido de algunos individuos, una de cuyas cartas leí y consta íntegra en el *Diario de las Sesiones*.

Los individuos que han hecho esas denuncias, viven, y por lo tanto se puede averiguar si realmente tienen ó no fundamento las mencionadas denuncias. Eso es lo que yo he pedido y pido que se averigüe, para honra de nuestro país, para honra del Gobierno y para honra de las autoridades todas.

El Sr. Ministro de la Gobernación en varias ocasiones, y hoy también lo ha hecho, ha querido involucrar aquí cuestiones enteramente distintas. Al hablar del gobernador civil de Barcelona, dijo que no comprendía cómo yo, que por mis relaciones con el Sr. Larroca había confesado y manifestado que le creía un perfecto y cumplido caballero, le pudiera, no obstante esto, acusar por los hechos que he denunciado; y añadía S. S. que esta era la mejor contestación que podía y debía dar á mis quejas contra el gobernador civil de Barcelona.

Señor Ministro de la Gobernación: esto no es perfectamente justo; porque una cosa es que yo, por las relaciones que con S. S. haya tenido, le considere un perfecto caballero, y otra que en algunos sitios me digan: «En el Ministerio de la Gobernación ha tenido lugar esto y lo de más allá,» y que yo, en cumpli-

miento de mi deber, me dirija á S. S., como jefe superior de ese Departamento, para que manifieste si es exacto lo que ha llegado á mi conocimiento, y si lo es, trate de ponerle el debido correctivo. Por consiguiente, las denuncias que yo he hecho en esta Cámara no tienen nada que ver con el concepto que yo pueda tener del Sr. Larroca, á quien realmente estimo como un cumplido y perfecto caballero.

Queda, pues, demostrado, Sres. Diputados, á pesar de cuantas negativas aquí se han formulado, que hay fundamento, que hay base cuando menos, para abrir una información en averiguación de los hechos que yo he denunciado á la Cámara, y que es cierto, perfectamente cierto, que la ley de orden público ha sido vulnerada. Pues bien; yo invito al Gobierno á que nos diga si está dispuesto á exigir la responsabilidad que proceda por haberse vulnerado esa ley; si está dispuesto á que esos presos que hoy existen, y respecto de los cuales no se ha instruido sumario alguno, sean inmediatamente entregados al juez competente para que decreta su libertad ó su procesamiento; y si está dispuesto á impedir los abusos que se cometen con motivo del *paso*, el cual no puede prosperar ni continuar ya en ninguna parte; si está dispuesto, en debido cumplimiento de la ley de orden público, que repito ha sido vulnerada, á disponer que donde quiera que haya estos presos que he denunciado no sujetos á sumaria, sean entregados al juez para que decreta su libertad ó su procesamiento; si está dispuesto á impedir que lo que he denunciado sobre el *paso*, pueda prosperar ni continuar en ninguna parte; si está dispuesto también, por lo que hace á los hechos que he denunciado, á hacer el uso que tenga por conveniente de las cartas y pruebas que pongo á su disposición para depurar la verdad de lo ocurrido; porque quiero hacer constar una vez más, que yo no he inventado nada, sino que he venido á hacerme eco de quejas que he recibido, y que me parecen fundadas.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Aguilera): Puedo asegurar al Sr. Lostau, respecto á su última indicación, que con mucho gusto examinaré las cartas que S. S. pone á mi disposición, y resolveré acerca de ellas con completa imparcialidad de juicio.

En cuanto al *paso*, no tengo necesidad de dar orden ninguna, porque las tengo ya dadas, y terminantes, para que si existiese algo parecido en algún detalle, se corrija; y S. S., que con su habitual discreción ha tenido la bondad de no decir en la Cámara lo que respecto á este particular confié otro día á su caballerosidad acerca de un hecho que me denunció, sabe perfectamente... (*El Sr. Lostau*: Su señoría no recuerda, por lo visto, que en el curso de la interpelación dije que aprovechaba aquel momento para dar á S. S. las gracias por el acto de justicia que acababa de realizar.) Lo recuerdo, Sr. Lostau; pero eso no obsta para que yo agradezca hoy á S. S. que no haya hecho uso de lo que ha podido emplear como arma de discusión en el punto de que se trata.

Por lo demás, desde el primer momento que S. S. habló aquí, di orden al gobernador de Barcelona para que acelerase los procedimientos gubernativos y entregara á los tribunales á los presos que debieran ser puestos á su disposición. Pero es que no hay límite de

tiempo establecido (y en esto es en lo que diferimos S. S. y yo) en la ley de orden público: desde luego está establecido el principio de que los presos pasen á disposición de la autoridad judicial, que es lo que se está haciendo ahora, pero no la necesidad de que el procedimiento se termine en un plazo determinado; sin que esto quiera decir tampoco que la ley autorice para prolongarlo á voluntad de las autoridades; y en este sentido se inspiran todas las órdenes que he dado al gobernador de Barcelona, y que reiteraré.

Repito, por último, lo que he dicho antes á S. S. respecto al Ministro de Gracia y Justicia y al director de establecimientos penales, que en el momento que tuvieron noticia de la necesidad de que la cárcel de Barcelona estuviese en otras condiciones, estos dignísimos funcionarios se habían apresurado á dictar disposiciones tan acertadas, que han dado por resultado que 200 presos que allí existían hayan sido trasladados á la casa-galera, donde están alojados de manera que no peligre su vida.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Azcárate tiene la palabra.

El Sr. **AZCARATE**: He pedido la palabra para consumir un segundo turno en la interpelación, porque es un medio reglamentario que me facilita hacer lo que me propongo, que no es, ciertamente, dirigir cargos ni censuras al Gobierno.

Sabe el Sr. Ministro de la Gobernación que hace bastantes días tuve el honor de pedirle datos relativos á las consecuencias de la suspensión de las garantías constitucionales en la provincia de Barcelona, algunos de los cuales S. S. ha tenido la bondad de remitir, aunque ciertamente no todos los que yo deseaba; y aún bien me parece que puedo añadir que faltan los que me interesaban en primer término, cuáles son los relativos á los detenidos no sometidos á los tribunales de justicia, de los que hay algunos como reiteradamente ha dicho mi digno amigo el señor Lostau.

Había pedido esos datos para discutir, ya cuando se entrara en el debate del dictamen de la Comisión sobre la comunicación del Gobierno dando cuenta de la suspensión de garantías constitucionales en Barcelona, ya en un debate especial pidiendo cuenta al Gobierno por la demora, á nuestro juicio excesiva, en levantar esa suspensión de garantías, para discutir, digo, la conducta del Gobierno, que estimo que se ha excedido de sus facultades.

Pero digo que en este momento no quiero discutir; eso lo discutiremos otro día, con este ó con el otro motivo, ya pidiendo el levantamiento de la suspensión, ya discutiendo el dictamen sobre la comunicación del Gobierno: hoy creo que no es el caso de hacerlo; estimo que con la conducta del Gobierno se sienta un gravísimo precedente, como yo probaré cuando lo discutamos; pero respetando las opiniones del Sr. Ministro de la Gobernación, lo dejo para otro día.

Entonces también, ó en otra ocasión, algo habré de decir de otro precedente que aquí se trata de sentar y con el cual no puedo estar conforme, cual es el de que, tratándose de ciertos hechos, se cierre en absoluto la posibilidad de corregirlos, como de hecho se cierra desde el momento en que se niega todo valor, ni como base de averiguación siquiera, á las quejas de los ofendidos; tanto más, cuanto que es notorio que en muchas partes esos procedimientos con-

tinúan, y pudiera decir que aun en el mismo Madrid esos hechos han ocurrido.

Pero yo he pedido la palabra con otro objeto; la he pedido para dirigir una súplica al Gobierno, para pedirle una gracia, y me sirve de base para pedírsela una palabra que ha dicho el Sr. Ministro de la Gobernación.

Cuando los tristes sucesos de Jerez, yo me creí en el deber de pedir desde estos bancos gracia para aquellos desventurados; y es de notar que, no obstante las circunstancias gravísimas de aquella causa, no perdieron la vida tantos como temíamos que la perderían los que somos enemigos de esa pena tan terrible; solo los ejecutores materiales de asesinatos fueron ajusticiados.

Pues bien, Sres. Diputados; en estos días la prensa nos ha hecho saber que el Consejo de guerra reunido en Barcelona ha condenado á la última pena á cuatro coautores del delito cometido por Pallás, dos por inducción y dos por cooperación.

El Sr. Ministro de la Gobernación en su elocuente discurso contestando al Sr. Lostau, señalaba la profunda diferencia que había entre el hecho de Pallás y el posterior del Liceo, diciendo que el de Pallás tenía su explicación como fruto de un fanatismo, que el de Pallás tenía semejanza con otros muchos hechos de estos tiempos y de todos los tiempos; pero que el otro revestía caracteres que implican una lamentable y verdadera novedad en ese procedimiento. Ahora bien; si se tiene en cuenta que el ejecutor material del hecho fué condenado á muerte y sufrió esa tremenda pena; si se tiene en cuenta que aquella ejecución tuvo lugar muy inmediatamente después de la realización del delito y que ha transcurrido mucho tiempo desde que éste se cometió; si se tiene en cuenta que, si no por la esencia del delito mismo, por sus accidentes, se ha considerado delito militar, y es sabido que el derecho militar, por razones que no es del caso señalar, es más duro que la ley común; si se tiene en cuenta que lo que se busca con esa pena es una paz que, según el Sr. Ministro de la Gobernación, está lograda ya; y si se tiene en cuenta que para la sana razón y los fines que se persiguen con la pena de muerte, lo que se busca con esa pena está ya lograda, y que no es por consiguiente necesaria, aun bajo el punto de vista de los partidarios de esa terrible pena de muerte esa ejecución, porque la generalidad de las gentes jamás confundirán, tratándose de ciertos delitos, al autor material con los coautores ó inductores, y por lo que se refiere á la intimidación, saben que si no hubiera autores materiales perderían el tiempo los inductores y los cooperadores; teniendo en cuenta todo esto, y pensando también que si hay esa diferencia entre ese delito y el otro y se nos señala este camino, da miedo pensar en lo que pueda ocurrir mañana, yo he tomado el pretexto de consumir un turno en esta interpelación, sólo para dirigir al Gobierno un ruego, una súplica, y es, que si por desgracia el Consejo Supremo de la Guerra confirmara el fallo del consejo de Barcelona, yo le pido en nombre de toda esta minoría, y creo que interpretando los sentimientos de todos, puesto que el sentimiento de humanidad es el más genérico y común, por eso se llama así, yo le pido, repito, para esos desventurados gracia y perdón.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Aguilera): Comprenderá mi digno amigo el Sr. Azcárate la difícil posición en que yo me encuentro, al contestar á la elocuente súplica que se ha dignado hacer al Gobierno de S. M.

Se trata de una causa que está *sub judice*; todavía no sé yo que el Consejo de Guerra la haya fallado; después del fallo del Consejo de Guerra, hay un trámite pendiente, el del Tribunal Supremo, que, con sus vocales militares y letrados, ha de determinar la solución definitiva de este asunto; y después de esto hay otro trámite, que se refiere al ejercicio de la gracia de indulto, como S. S. sabe perfectamente, en el cual interviene el Consejo de Ministros. Yo lo único que puedo decirle á S. S. es, que el Consejo de Ministros, cuando llegue este asunto á sus manos, pensará el pro y el contra, y aconsejará, bajo su responsabilidad, á S. M. lo que crea más conveniente á los intereses de la Patria y á los fueros de la justicia; porque por más que yo sea hombre y lo sean todos los Ministros y participemos de los sentimientos generosos que han movido los labios del Sr. Azcárate en esta ocasión, en nombre de la minoría republicana, nosotros tenemos una responsabilidad á que referir nuestros actos, nosotros estamos aquí representando de una parte la confianza de S. M. la Reina y de otra parte los altos intereses que en nuestras manos tiene puestos el país, y no podemos *á priori* aventurar una opinión en tan delicado asunto como el planteado aquí por S. S.

Y como S. S. no ha dirigido cargos al Gobierno, como ha aplazado el debate para cuando se discuta la suspensión de las garantías constitucionales, asunto pendiente, del dictamen de una Comisión, yo para entonces aplazo también el contestar á las indicaciones que, respecto del fondo, se ha dignado hacer S. S.

El Sr. **AZCARATE**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **AZCARATE**: Claro está que al dirigir esta súplica al Gobierno era para el caso en que llegara ese período en que se había de resolver si procedía ó no el ejercicio de la gracia de indulto. No pretendía poner al digno Sr. Ministro de la Gobernación así como en un apuro, tratándose de cosa tan grave, ni yo podía demandar en este momento una respuesta. Lo que esperamos es que, si llega desgraciadamente ese momento, el Gobierno tome en cuenta esta súplica nuestra, no porque es nuestra, sino por las razones en que se funda, y para entonces, ya que me ha cabido el honor de dirigírsela, sentándose S. S. en ese banco, yo espero que ha de ser órgano y eco de esta súplica en el Consejo de Ministros.»

Hecha por un Sr. Secretario la oportuna pregunta, el Congreso acordó pasar á otro asunto.

El Sr. **LOPEZ PUIGCERVER** (D. Vicente): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: ¿Para qué?

El Sr. **LOPEZ PUIGCERVER** (D. Vicente): Para decir que deseo que conste mi voto con la mayoría en la votación de ayer referente á la proposición del Sr. Cánovas del Castillo.

El Sr. **SECRETARIO** (Bugallal): Constará en el Acta y en el *Diario de las Sesiones*.

Acta de Miranda.

Continuando la discusión del dictamen de la Comisión (Véase el Apéndice 8.º al núm. 58), dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Villegas continúa en el uso de la palabra.

El Sr. **VILLEGAS**: Señores Diputados, mucho tenía que decir con respecto á la discusión del acta de Miranda; pero atendiendo á las pruebas de consideración que debo al Congreso; á que no está presente la Comisión, y á que ya se ha hablado tanto del acta de Miranda en distintas ocasiones, que juzgo que ya está formada la opinión de los Sres. Diputados respecto de lo que aconteció allí, deseando dar una prueba de agradecimiento á los señores que el otro día tuvieron la dignación de votar para que yo continuase en el uso de la palabra, y deseando también dar una prueba de agradecimiento al Sr. Presidente de la Cámara, desde luego renunció á la palabra, con la condición de que si no hay quien conteste, dejó por mi parte la cuestión al juicio de los Sres. Diputados y apelo á sus sentimientos para que voten con arreglo á su conciencia lo que deben hacer.

No tengo más que decir.

El Sr. **PRESIDENTE**: La Comisión tiene la palabra para defender el dictamen. ¿No hay ningún individuo de la Comisión?

El Sr. **AZCARATE**: Yo no puedo defender el dictamen, porque no he asistido á la Comisión, ni lo conozco.

El Sr. **COMYN**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. **COMYN**: Señores Diputados, siento mucho tener que molestar la atención de la Cámara, siquiera lo haga por breves momentos. Me toca ahora, como en otras ocasiones análogas, tener que llevar la voz en nombre de la Comisión de actas, no habiendo sido yo el ponente, ni el que ha estudiado con el debido detenimiento el caso de que se trata; pero claro es que, tanto por las discusiones que ha habido en el seno de la Comisión, cuanto por lo que aquí se ha dicho varias tardes respecto del acta de Miranda, he logrado formar el juicio que desde luego revela el constar mi firma en el dictamen, y el convencimiento, en vista de las razones que aquí se han alegado, de lo justo que es el dictamen que la Comisión ha presentado.

Como quiera que se trata, Sres. Diputados, de un dictamen firmado por la totalidad de los individuos de la Comisión, porque si bien no lo suscribieron los Sres. Azcárate y Labra fué debido á que, como todo el mundo recuerda, no asistían entonces á la Comisión, creo que se trata de una cosa clara y evidente, y cumpliendo con la fórmula reglamentaria, me limito á dar por reproducidas todas las razones que en el dictamen constan. Y como no puede pretenderse que la Comisión haga lo que pueda considerarse el juego á ninguno de los dos interesados, me parece que con lo dicho puedo sentarme con la conciencia tranquila, repitiendo la súplica que en el dictamen se formula, ó sea que el Congreso se sirva proclamar y tener como Diputado al Sr. D. Gaspar Salcedo.

No tengo más que decir.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor López Muñoz.

El Sr. **LOPEZ MUÑOZ**: Comprendiendo que la

Cámara está ya fatigada y el asunto suficientemente esclarecido, renuncio á la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**. El Sr. Garzón tiene la palabra.

El Sr. **GARZÓN**. Por las mismas razones que el Sr. López Muñoz, renuncio á la palabra.»

Procediéndose á la votación del dictamen, y habiéndose pedido por suficiente número de Sres. Diputados que ésta fuese nominal, el Sr. Presidente manifestó que no hallándose en aquel momento en la Mesa más que, un Sr. Secretario, invitaba al Sr. Montilla (D. Jerónimo) para que auxiliara á la misma en el acto de tomar la votación pedida; la cual se verificó, dando el siguiente resultado:

Señores que han dicho *no*:

Montilla.
Sales.
López Oyarzábal.
López Muñoz.
Jerez (Marqués de).
Torre.
Garzón.
Alonso Martínez (D. Lorenzo).
Rey y Aparicio.
Aparicio.

Peralta.
Dávila.
Ruano.
Sr. Presidente.

Total, 14.

Señores que han dicho *si*:

Bugallal.
Cos-Gayón.

Total, 2.

El Sr. **PRESIDENTE**. Resultando de la comprobación de las listas de votación que no hay número suficiente de Sres. Diputados para tomar acuerdo conforme al Reglamento, no puede continuar la sesión.

Orden del día para el lunes:

Dictamen incluyendo en el plan general de carreteras una de Ampudia á Encinas y otra de Cubillos de Cerratos á la de San Isidro á Burgos (*Véase el Apéndice 8.º al núm. 192*), y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las siete y cinco minutos.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, ampliando el remanente de crédito que ofrece el concedido por ley especial á la sección 6.ª del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales», para gastos de epidemias.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se amplía á un millón de pesetas el remanente de 673.083'36 que en 31 de Marzo último ofrece el crédito de otro millón concedido por la ley de 29 de Julio de 1893 al presupuesto de la sección 6.ª, «Ministerio de la Gobernación», del corriente año económico 1893-94, para los gastos á que pueda dar lugar la epidemia colérica y cuantas enfermedades, lo mismo exóticas que propias, revistan carácter epidémico.

Art. 2.º El remanente que ese crédito ofrezca en

fin de Junio próximo, se trasferirá al presupuesto del inmediato año económico de 1894-95 y constituirá el de un capítulo adicional al de dicho Departamento con la aplicación determinada en el artículo anterior.

Art. 3.º El importe de 326.916'64 pesetas en que consiste el citado suplemento de crédito, se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo un suplemento de crédito al art. 1.º de la sección 7.ª del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 200.000 pesetas al capítulo 31, art. 1.º «Puertos», «Material», concepto de «Subvenciones á las Juntas», del presupuesto de Obligaciones de los Departamentos ministeriales, sección 7.ª «Ministerio de Fomento», del corriente año económico 1893-94,

con destino á la Junta de obras del puerto de Santander.

Art. 2.º El importe de dicho suplemento se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo dos suplementos de crédito á los artículos 4.º y 5.º del capítulo 5.º de la sección 4.ª del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un suplemento de crédito de 110.000 pesetas al capítulo 5.º, «Cuerpos permanentes», art. 4.º, «Comisiones activas y extraordinarias del servicio», y otro de 70.000 al mismo capítulo, art. 5.º, «Jefes y oficiales en situación de reemplazo y excedentes», del presupuesto de Obligaciones de los Departamentos ministeriales, sección 4.ª, «Ministerio de la Guerra», del corriente año económico 1893-94.

Art. 2.º El importe de 180.000 pesetas á que en junto ascienden los referidos suplementos de crédito, se cubrirá transfiriendo 60.000 pesetas del propio capítulo 5.º, art. 3.º, «Generales sin destino determinado y en situación de cuartel y reserva», y 120.000 del capítulo 14, artículo único, «Premios de enganche y reenganche», de la misma sección y presupuesto.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 6.ª del presupuesto vigente de «Obligaciones de los Departamentos ministeriales.»

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 30.600 pesetas á un capítulo adicional de la sección 6.ª, «Ministerio de la Gobernación,» del presupuesto de Obligaciones de los Departamentos ministeriales del actual año económico 1893-94, para gastos en la reparación de una avería en el cable telegráfico submarino de Tarifa á Tánger.

Art. 2.º El importe de dicho crédito extraordinario se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bu-gallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, sancionado por el Parlamento, para la reforma de la legislación en materia de...

En la sesión de hoy, celebrada a las diez y media de la mañana, se dio lectura al proyecto de ley...

El Sr. D. Juan de Dios, diputado por el distrito de...

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, concediendo un crédito extraordinario á un capítulo adicional de la sección 3.ª del presupuesto de gastos vigente de «Obligaciones generales del Estado.»

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por el Gobierno de S. M., ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de 3.400.000 pesetas á un capítulo adicional de la sección 3.ª, «Obligaciones generales del Estado», del presupuesto ordinario del corriente año económico de 1893-94, para atender al quebranto que produzca la situación de fondos en el extranjero con destino al pago de intereses de la deuda exterior y

de las diferencias de cambio y comisiones en los pagos que ejecute el Tesoro en el extranjero por cuenta de los diferentes Ministerios.

Art. 2.º El importe de dicho crédito extraordinario se cubrirá con el exceso que ofrezcan los ingresos que se obtengan sobre las obligaciones que se satisfagan, y á no ser posible, con la deuda flotante del Tesoro.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, aprobado definitivamente, incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de la de Valladolid á Santander termine en la zona de Maliaño.

AL SENADO

El Congreso de los Diputados, conformándose con lo propuesto por varios individuos de su seno, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de primer orden que, partiendo de la de Valladolid á Santander desde el sitio de la ermita nueva de Peña-Castillo, atraviese la de

Burgos á este pueblo y termine en Santander, en el punto más conveniente de la zona de Maliaño.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Y el Congreso de los Diputados lo pasa al Senado, acompañando el expediente, conforme á lo prescrito en el art. 9.º de la ley de 19 de Julio de 1837.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—El Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.—Vicente Alonso Martínez, Diputado Secretario.—Gabino Bugallal, Diputado Secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL LUNES 14 DE MAYO DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.
Elección de Chantada: credencial del Diputado electo.
Tratado hispano-alemán: exposición.
Elecciones parciales de Motril y de Daimiel: Reales decretos.
Confirmación de la suspensión de cumplimiento de la sentencia recaída en pleito promovido por el Sr. Salcedo contra una Real orden negándole el reconocimiento del empleo de general de división: Real orden.
Elección de Mula y caso de compatibilidad del Diputado electo: dictámenes.
Rebaja de los amillaramientos por virtud de la destrucción de la riqueza vinícola: exposición presentada por el señor Sala.
Propósitos del Gobierno en cuanto al cumplimiento de la base 12.^a del contrato de arrendamiento de la renta del tabaco; demora en el pago de los atrasos que el Ayuntamiento de Málaga adeuda al Estado; aprobación del registro fiscal de la misma provincia; limitación del tiempo

concedido para el pastoreo de los ganados de Andorra en territorio español: preguntas del Sr. Carvajal y Hué.

Cumplimiento de la condena impuesta á D. Angel María Segovia por delito de imprenta: interpelación del Sr. González Fiori.—Discurso de dicho señor explanándola.—Idem del Sr. González (D. Alfonso), en defensa de un ausente.—Se suspende la discusión.

ORDEN DEL DÍA: Represión de delitos cometidos por medio de explosivos: dictamen.—Discusión de totalidad.—Discurso del Sr. Burgos, primero en contra.—Idem del señor Suárez Inclán (D. Félix), de la Comisión.—Rectificaciones de ambos señores.—Alusión personal del Sr. Lostau.—Manifestación del Sr. Suárez Inclán.—Alusión personal del Sr. La Serna.—Rectificación del Sr. Suárez Inclán.—Declaraciones de los Sres Presidente, La Serna y Suárez Inclán.

Reunión de Secciones el miércoles: acuerdo.

Constitución de una Comisión: comunicación.

Elección de Chantada: exposición.

Servicio de Archivos, Bibliotecas y Museos del Estado: proyecto de ley.

Orden del día para el miércoles.—Se levanta la sesión á las seis y cuarenta y cinco minutos.

Abierta la sesión á las dos y media de la tarde, se leyó el Acta de la anterior y fué aprobada.

Se anunció que pasaría á la Comisión de actas la credencial presentada en Secretaría por el Sr. D. Casimiro Pérez García, electo Diputado por el distrito de Chantada (Lugo).

Se anunció que pasaría á la Comisión de peticiones una exposición de D. Antonio Vinarroel Vinegas y otros varios vecinos de Alcántara, pidiendo á las Cortes la aprobación del tratado hispano-alemán.

El Congreso quedó enterado de dos Reales decretos, expedidos por el Sr. Ministro de la Gobernación, disponiendo que el domingo 3 de Junio se proceda á elecciones parciales de un Diputado á Cortes en los distritos de Motril (Granada) y Daimiel (Ciudad Real), respectivamente.

Se anunció que pasaría á la Comisión que entiende en el asunto una Real orden del Ministerio de la Guerra confirmando la suspensión del cumplimiento de la sentencia del Tribunal de lo Contencioso-administrativo del Consejo de Estado, por la que se declaró improcedente el recurso de revisión interpuesto contra otra sentencia del mismo Tribunal, de fecha 9 de Diciembre último, que dictó en el pleito promovido por D. Gaspar Salcedo y Anguiano, por la cual le fué negado su ingreso en el Estado Mayor general del ejército con el empleo de general de división.

Se leyeron, anunciándose que quedarían sobre la mesa y se señalaría día para su discusión, los dictámenes de la Comisión de actas y de la de incompatibilidades sobre la validez de la elección del distrito de Mula (Murcia) y admisión y caso de compatibilidad del Diputado electo D. Juan López Parra. (Véase el Apéndice 1.º á este Diario.)

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Sala tiene la palabra.

El Sr. **SALA**: Tengo el honor de presentar una exposición del Instituto agrícola catalán de San Isidro, rogando al Congreso que fije su atención sobre la situación aflictiva en que se encuentran los propietarios de viñas filoxeradas, y que se sirva aprobar la proposición de ley que se ha presentado para que se rebaje la contribución territorial á los propietarios que se hallen en ese caso.

El Sr. **SECRETARIO** (Alonso Martínez): Pasará la exposición á la Comisión correspondiente.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Carvajal tiene la palabra.

El Sr. **CARVAJAL Y HUE**: Señores Diputados,

aunque no está presente el Sr. Ministro de Hacienda, como hace ya muchos días que tengo anunciado que iba á dirigirle algunas preguntas de relativa urgencia, tanto por necesidad de desahogar mi obligación, como por la premura del caso, voy á dirigirlas, no dudando que hay quien se las trasmita.

La primera de estas preguntas se dirige á saber si el Sr. Ministro de Hacienda, cuando á propósito de la proposición de ley del Sr. Avila para autorizar en ciertos términos y medidas el libre cultivo del tabaco dijo que el Gobierno era adverso á esa proposición, entendía que el Gobierno era adverso á todo proyecto ó proposición de ley que tuviera por objeto el cumplimiento de la base 12.ª del contrato de arrendamiento de la renta del tabaco; es decir, la autorización para establecer el libre cultivo del tabaco. Porque, Sres. Diputados, en una de las últimas sesiones he tenido la honra de presentar la exposición que dirige á estas Cortes la Cámara de agricultura de la provincia de Málaga, en solicitud de que, ya sea por virtud de la proposición del Sr. Avila, ya por cualquier otra, ya por acto que proceda de la iniciativa de los Sres. Diputados ó de la iniciativa del Gobierno creyéndose en el caso de cumplir la obligación de hacer uso de la autorización que le ha dado la ley, de cualquiera de estas maneras que sea, se obtenga para la riqueza agrícola de este país, que cada día se encuentra en mayor decadencia, la facultad de poder labrar una planta que aquí se desarrolla en todas las regiones, y que sería de mucha importancia para resucitar esa agricultura perdida, para devolver á comarcas importantísimas de España el bienestar que han perdido.

Para esto se cuenta con una numerosísima asociación de Sres. Diputados y Senadores, que no aspiran, porque se nutren del pensamiento patriótico de traer á la agricultura española este beneficio, á molestar de ninguna manera al Gobierno de S. M., á entorpecer de ninguna manera los contratos hoy existentes; pero que dedican toda su atención y todo su celo á estudiar y á proponer medidas gubernativas en el sentido del libre cultivo del tabaco. Esa asociación es muy numerosa: excede ya de 130 representantes del país. Y yo pregunto, en primer término, al Sr. Ministro de Hacienda, si sus propósitos y el propósito del Gobierno es entorpecer la marcha de esta asociación; porque si así fuera, yo estoy en el caso de solicitar que se haga por medio de declaraciones que no sean ambiguas ni solapadas, sino claras y terminantes, para que los representantes del país, cuya gran mayoría está al lado de esta proposición, no se encuentren puestos otra vez entre sus deberes disciplinarios como hombres de partido y aquellos deberes, que yo considero superiores, que les impone la voluntad popular y el cargo de Diputado.

Después de esta primera pregunta, tengo que hacer otra al Sr. Ministro de Hacienda, que se refiere al estado lastimoso y triste en que se halla la provincia de Málaga. Todo son lamentaciones, todo son manifestaciones de buena voluntad por parte del Gobierno; salvo alguna que otra medida que ha tomado el Sr. Ministro de Fomento, no se ha hecho nada, absolutamente nada, más que juntar las gloriosas lágrimas ministeriales con las lágrimas verdaderamente apesadumbradas, lastimosas, de los re-

presentantes del país. Se le ha pedido al Sr. Ministro de Hacienda una cosa muy sencilla. Por efecto de circunstancias lamentables, el Ayuntamiento de la ciudad de Málaga tiene un atraso con el Estado, al que viene haciendo frente por virtud de un concierto mediante el cual entrega mensualmente en efectivo 14.000 pesetas. El Sr. Ministro de Hacienda y sus delegados tienen derecho, completo derecho, para exigir que este pago se verifique con puntualidad; pero no hablamos de derecho: hablamos de ofrecimientos, hablamos de necesidades, hablamos de buena voluntad; y le hemos pedido al Gobierno una cosa muy sencilla, sumamente sencilla, y es, que durante cuatro meses, lo que tarde en verificarse algún movimiento de trabajo en la ciudad de Málaga, suspenda el cobro de estas 14.000 pesetas mensuales.

No van á ninguna parte 14.000 pesetas mensuales, cuando se trata de un aplazamiento, cuando se trata del Estado; pero importa mucho á la ciudad de Málaga, que se ve con un número considerable de obreros sin trabajo, á los cuales pueden dar trabajo en obras públicas, beneficiosas para la población, para lo que estas 14.000 pesetas hacen falta. Y por última vez, ya que no haya servido el ruego amistoso y privado, yo reclamo del Sr. Ministro de Hacienda que me diga si está dispuesto á suspender el cobro de esas 14.000 pesetas mensuales, con el exclusivo objeto de que las dedique el Ayuntamiento de Málaga á obras públicas, en las cuales puedan ocuparse los obreros desacomodados. Pero el Sr. Ministro de Hacienda, que está lleno de buen deseo, que está lleno de buena voluntad, es de una infecundidad asombrosa para realizar algo en este sentido; así es que, en vez de conceder á Málaga lo que Málaga pide, se ha subido á su trípode y desde allí fulmina rayos y centellas contra Málaga, y sus delegados dicen que tienen órdenes terminantes de no dar espera ni respiro.

Y como yo, por mi carácter, lo mismo que mis compañeros de diputación, no gusto de ambigüedades ni de pasar de soslayo por medio de las dificultades, ni me contento con buenas palabras, excito al Sr. Ministro de Hacienda para que me diga si va á seguir por ese terreno, si va á seguir por ese camino, si va á seguir imponiendo la mano de hierro del Estado sobre aquella provincia y sobre aquella ciudad, que se encuentra en el desmayo. (*Dirigiéndose al Sr. Presidente, que pone mano en la campanilla.*) Esa era la segunda pregunta; y voy á la tercera.

La tercera se refiere al famoso registro fiscal, que si los Sres. Diputados pudieran cansarse de cosas tan útiles á la Nación que representan y de puntos tan necesarios para la buena administración, ya estarían cansados de las veces que vengo hablando de este punto. El Sr. Ministro de Hacienda me dijo últimamente, que el registro fiscal de la provincia y ciudad de Málaga sería aprobado si venía en regla: primera oferta. Segunda oferta: que la Administración económica de Málaga había de ser la que resolviese respecto de su aprobación. Tercera, y esta ya no tiene carácter de oferta, sino más bien el carácter solemne de compromiso: que el Ministro de Hacienda no intervendría para la negativa ó para la afirmación respecto de los registros fiscales; que los aprobaría desde el punto de vista de la conveniencia

que la Hacienda tiene y desde el punto de vista de la justicia y del derecho.

Pues ha sucedido todo lo contrario, absolutamente todo lo contrario. El registro fiscal de la provincia de Málaga está en regla, y no ha sido aprobado. Y no le digo al Ministro el estado en que se encuentra esta cuestión, porque es muy posible que el Ministro no me comprenda. No ha sido aprobado el registro fiscal, que está en regla, según la Administración económica de Málaga; y yo le pregunto al señor Ministro de Hacienda: ¿acaso espera S. S. á la comprobación técnica? ¿entiende que ha de venir una comprobación técnica de todos los registros fiscales de España? ¡Ah! pues si entiende eso S. S., póngase de acuerdo con el autor del decreto, que fué el señor Gamazo, el cual no podía entenderlo así, no lo entendió así; porque era imposible que estuviese esa comprobación técnica hecha para el día 15 de Abril, que es la fecha en que debía quedar terminado el registro, porque la comprobación técnica es un catastro de la riqueza, y lo que no se ha hecho todavía desde los tiempos de Carlos III, á pesar de toda la buena voluntad que es de suponer en los Ministros de Hacienda; lo que no se ha hecho desde los tiempos de Floridablanca, no se va hacer en los tiempos de D. Amós Salvador.

Por lo tanto, si entiende el Sr. Ministro de Hacienda que hay que esperar á la comprobación técnica, que se despidan los propietarios españoles de toda clase de confianza en que se cumplirán los decretos de Febrero del año pasado y Enero del presente; que se despidan de todo tinte y matiz de seriedad de la Hacienda española; que se despidan el señor Gamazo de la eficacia de todos sus buenos deseos en aquella ocasión. (*El Sr. Presidente agita la campanilla.*)

Voy á la última pregunta. ¡Ya se ve! ¡se han venido acumulando tantas en estos días en que me he visto obligado á un forzoso silencio!

Tenemos por vecinos tres Estados: la República francesa, el Reino de Portugal y la microscópica República de Andorra. Con esta República siempre ha observado España una política (y hablo delante de quien lo entiende mejor que yo), una política de consideración, de simpatía, más aún, de cariño, inspirada por la debilidad misma en que se encuentra aquel pueblo y además por motivos de orden político internacional, puesto que se disputan la supremacía en aquella región la República protectora de Francia, y España como Estado soberano. Venimos hace mucho tiempo, y digo venimos aunque yo no sea de Andorra, porque tengo por aquel país mucho afecto, venimos luchando con una medida, en mi concepto absurda é injustificada, que ha tomado la Hacienda pública, porque aun cuando nos remontáramos á la Edad Media, quizás no se encontraran antecedentes de semejante conducta; en todos tiempos, así como Andorra siempre ha recibido las mercancías y los productos españoles sin ninguna clase de trabas, de igual manera, por numerosas pragmáticas y por disposiciones dictadas durante el período constitucional, los pobres productos de Andorra, que se reducen exclusivamente á los ganados, han entrado en España sin ningún género de derecho. No sé quién fuera el Ministro de Hacienda á quien se le ocurrió poner en la frontera de Andorra, Aduana que hiciera

pagar nuestros derechos de arancel á los productos de Andorra, pero el hecho es que desde entonces Andorra está pereciendo.

De esta cuestión he tratado muchas veces aquí, en el Ministerio de Estado, en el Ministerio de Hacienda; pero todo se estrella ante la miseria de unos cuantos reales que puedan entrar por este medio en las arcas de la Hacienda pública, olvidando todo lo que perdemos en cuanto á influencia, en cuanto á poderío, en cuanto á atracción sobre aquel pueblo, pueblo que cada día va siendo más solicitado y más atraído por la influencia francesa, y que en momentos dados, sobre todo en momentos críticos de guerra, es un factor importantísimo. No se ha logrado esto nunca, ni sé cuándo se logrará; porque es muy extraño lo que sucede con Andorra.

Queremos hablar de tratados y procuramos obtener en ellos el mayor beneficio, logrando que los extranjeros tomen la mayor cantidad posible de nuestra producción nacional, y nosotros consumir lo menos posible de la producción extranjera; pues este es un pueblecito que nos toma todo lo que necesita y no grava con derechos á la producción española, y á nosotros se nos ocurre, por singular contradicción y anomalía para mí inconcebible, gravar sus productos, que son casi ínfimos, con los mismos derechos que si se tratara de las grandes Naciones.

Ahora, este estado de cosas se ha agravado. La Aduana de la Seo de Urgel ha recibido la honrosa visita de un inspector de Hacienda. Venía siendo práctica constante que en aquellos países donde la diferencia de clima es tan considerable entre las alturas de las montañas y los llanos que hay en la provincia de Lérida, venía siendo, repito, costumbre que se otorgasen licencias de pastoreo para los ganados de Andorra dentro del territorio español; y ahora se le ha ocurrido á la Aduana de la Seo de Urgel limitar estas licencias de tal modo, que en vez de ser de seis meses, sean de tres; lo cual hace ya hasta imposible el pastoreo en Andorra, que no puede seguir trayendo á España durante los meses de invierno los ganados á pastar.

Yo le pregunto al Sr. Ministro de Hacienda: ¿va á variar ese estado de cosas? ¿va á derogar esas medidas arbitrarias de la Administración, de la Delegación de Hacienda de la Seo de Urgel y de la Inspección que allí ha enviado? Yo le pregunto también de paso al Sr. Ministro de Hacienda: ¿no ha recibido las reclamaciones de Andorra? Tengo aquí copia de ellas; no se las he de leer al Congreso; temo mucho que mi palabra haya deslustrado la importancia de este asunto. Quiero concluir, y concluyo, rogando al Sr. Ministro de Hacienda que tenga la bondad, cuando sepa todo esto que he indicado, de venir á contestar.

El Sr. SECRETARIO (Alonso Martínez): La Mesa comunicará al Sr. Ministro de Hacienda las preguntas de S. S.

Cumplimiento de la sentencia impuesta á D. Angel María Segovia por delito de imprenta.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor González Fiori para explicar la interpelación que tiene anunciada al Sr. Ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. GONZÁLEZ FIORI: Señores Diputados,

hace algunos días publicaron varios periódicos de esta corte la inesperada noticia de que el distinguido escritor y aplaudido autor dramático D. Angel María Segovia había sido detenido en virtud de orden judicial para cumplir la pena de cuatro años de prisión que le había sido impuesta en causa por delitos de imprenta. Comprobada la noticia al siguiente día, y enterado de las circunstancias verdaderamente anómalas, inauditas é irregulares que concurrían en este caso asombroso, me apresuré á indicar al Sr. Ministro de Gracia y Justicia que deseaba interpellarle en la Cámara acerca de este hecho; y el Sr. Capdepón, con su bondad y cortesía acostumbradas, me manifestó que ignoraba los pormenores y detalles del suceso; pero que inmediatamente pediría antecedentes al fiscal á cuya instancia se había llevado á cabo esa prisión en causa por delito privado, y que en cuanto tuviera los datos y pudiera contestarme, lo haría con mucho gusto. La importancia de los últimos debates y la preferencia reglamentaria que otros Sres. Diputados tenían, ha sido la causa de que hasta el día de hoy se haya demorado este asunto; pero esto no obsta para que yo dé las gracias al señor Ministro de Gracia y Justicia por su deferencia, puesto que constantemente y todos estos días ha estado viniendo á la Cámara, accediendo á mi deseo y á mi indicación.

No vengo, pues, Sres. Diputados, á plantear un debate político; no traigo hoy ninguna de esas cuestiones que agitan las pasiones y que enardecen los ánimos; no traigo tampoco, ni hay para qué traer, ningún asunto personal, completamente innecesario para el punto que me propongo demostrar: traigo únicamente una verdadera cuestión jurídica, un punto de derecho trascendental é importante, y yo ruego á los Sres. Diputados que me escuchen con aquella calma, con aquella serenidad de espíritu que los antiguos pretores romanos acostumbraban á usar cuando tenían que desentrañar algún punto difícil de Derecho, y sin pasión, odio ni prevención de ninguna clase, las resolvían, constituyendo sus decisiones y acuerdos esa legislación modelo que se llama la razón escrita, y que no es otra cosa sino la razón abreviada por la experiencia de los siglos.

No quiere esto decir que el punto de Derecho no sea de verdadera importancia; porque no se trata meramente en este caso del cumplimiento de una sentencia dictada ahora por delito de imprenta, sino de la ejecución de una sentencia recaída en causa que se incoó en 1878, habiendo fallecido ya el acusador privado, sus herederos, y hasta habiendo desaparecido ó habiéndose sustraído la causa por cuyos méritos se dictó esa sentencia y se persiguió aquel delito. Se trata de la ejecución de una sentencia que se lleva á efecto á instancia del ministerio fiscal, ó sea el representante del Gobierno en los tribunales, y en proceso por delito privado, y esta es la razón de que, á pesar de referirme á un punto de Derecho, tenga que interpellar al Gobierno y á su digno representante, en este caso el Sr. Capdepón, acerca de la conducta observada y seguida por sus delegados, contra todo precedente legal, porque no se registra otro caso análogo al presente en los tribunales de justicia.

Parece, Sres. Diputados, que hay aquí algún espíritu fatídico, algún ser sombrío, empeñado en perseguir al Sr. Segovia; y si yo tuviera pruebas, si yo pudiera citar el nombre de quien de esa manera per-

sigue al pobre escritor, modelo de hijos, modelo de hermanos, hombre honradísimo, que habiendo quedado sin padre, fué el sostén de su madre y de su hermana, y que jamás ha disfrutado destinos públicos, sino que ha vivido exclusivamente á costa de su pluma, yo expondría el nombre del que así le persigue; pero no lo hago por respetos á mí mismo, ya que no fuera por respetos ajenos.

El Sr. Segovia escribió, allá por los años de 1876 á 1877, la primera edición de su obra titulada *Figuras y figurones*; en ella constan más de 300 biografías, y solamente por cuatro fué llevado á los tribunales de justicia, habiendo sido absuelto en dos de las causas que por supuestas injurias se entablaron, en otra condenado á unos meses de destierro, y en la última, seguida á instancia de D. Eugenio García Ruiz, fué condenado á cuatro años de prisión. Como era consiguiente, amigos del Sr. Segovia, personas que podían ejercer alguna influencia con el querellante Sr. García Ruiz, se acercaron á él y le pidieron que se conformara con la sentencia que dejaba á salvo su honra, y perdonara, remitiendo la pena al pobre escritor que en un momento de extravío le había ofendido; y aunque el Sr. García Ruiz tenía un carácter algo tenaz y en un principio mostró reparos en acceder al perdón, hizo por último lo que hace todo hombre honrado, todo hombre generoso y noble como era el Sr. García Ruiz: accedió al perdón, y con su perdón remitió la pena á que había sido condenado el Sr. Segovia.

Sucedió esto cuando la Audiencia había enviado al juez instructor la sentencia para su cumplimiento y cuando el Sr. Segovia se encontraba ausente y había dado lugar á que se le declarara rebelde.

Obtenido el perdón del Sr. Segovia, hecho que recordamos todos los que en él intervinimos, que recuerda el procurador Asensio, que representó al Sr. Segovia en el asunto, y que recuerdan también otros que fueron amigos del Sr. García Ruiz, el señor Segovia ha estado en Madrid constantemente, representándose sus obras en Apolo, en Lara y en Esclava, sin que ni por el Sr. García Ruiz, que fué el querellante, ni por parte de sus herederos desde que éste falleció, haya sido perseguido ni molestado.

De suerte, Sres. Diputados, que la pena que está hoy cumpliendo el Sr. Segovia fué impuesta en causa instruida el año de 1878, y que había sido perdonada y remitida por el ofendido y querellante Sr. García Ruiz. Y si no, yo pregunto á la minoría republicana, entre cuyos individuos de seguro hay algunos que fueron amigos del Sr. García Ruiz: ¿era posible que el Sr. García Ruiz muriera sin perdonar aquella ofensa? Yo pregunto á los señores republicanos: ¿era el Sr. García Ruiz incapaz de perdonar aquel delito? ¿Green SS. SS. que si viviera el Sr. García Ruiz y fuera posible que estuviera sentado ahí, se encontraría satisfecho viendo que ha habido un sér misterioso que ha olfateado sus huesos en la fosa y ha rebuscado en los archivos para sacar esta sentencia condenatoria del Sr. Segovia?

Pues cuando por nadie se veía molestado el señor Segovia, cuando nadie se acordaba ya de esta causa, es cuando el Sr. Segovia se ve reducido á prisión, con tales circunstancias y con tales accidentes, que yo espero convencer á los Sres. Diputados de la verdadera injusticia de este acto, que, más que acto legal, parece de verdadera persecución.

Antes del fallecimiento del querellante Sr. García Ruiz, el Sr. Segovia publicó una segunda edición de su obra, en la cual franca y noblemente rectificó los ataques que en la primera edición había dirigido contra el querellante Sr. García Ruiz, prueba indudable de la buena armonía que ya reinaba entre ambos y de la remisión de pena que el Sr. García Ruiz había otorgado al escritor á quien antes perseguía.

En el mes de Octubre ó Noviembre del pasado año, ocurrióse al Sr. Segovia publicar una tercera edición de su obra, insertando en primer término la biografía de D. Venancio González, de la cual, como es público y notorio, y lo he declarado así en los tribunales, soy yo el autor; y siendo yo el autor, excuso decir á los Sres. Diputados si estaré dispuesto á responder de ella aquí y en todas partes, si estaré resuelto y decidido á discutir esa biografía cuando se quiera y donde se quiera. (*El Sr. González, D. Alfonso*: Ahora mismo hay que discutirla.) Yo también quiero discutirla; pero ahora no es la ocasión. (*El Sr. González, D. Alfonso*: Ya sé que no la discutirá S. S. en ninguna.) Tratamos ahora del Sr. Segovia; no tratamos de la biografía de nadie. (*Varios Sres. Diputados*: Entonces, ¿á qué habla de ella?) Tengan paciencia los señores que me interrumpen, y ya verán por qué la he sacado á relucir.

Se publicó esa biografía, en la que repito que no es el momento ni la ocasión de entrar, y acerca de la cual es ahora, es en esta ocasión la primera vez que se me ha preguntado; una vez publicada, el señor González, en uso de su perfecto derecho, la consideró ofensiva, la llevó á los tribunales, y como era consiguiente, el juez de primera instancia instructor de la causa comenzó por llamar á declarar á D. Angel María Segovia, director de la obra.

El Sr. Segovia compareció á declarar y manifestó que yo era el autor de la biografía; y cuando se retiraba del Juzgado á su casa, dos agentes de policía, naturales de la provincia de Toledo, y protegidos y colocados por D. Venancio González, creyendo sin duda que ejercían un acto meritorio y digno de aplauso, fueron persiguiendo al Sr. Segovia, y al pasar por la calle del Barco, delante de la prevención, le invitaron cortesmente á que entrara en ella, bajo el pretexto de que tenían que notificarle una cosa. El Sr. Segovia y el amigo que le acompañaba entraron, creyendo que lo hacían bajo la protección de la autoridad, y fueron encerrados en dos calabozos y apaleados ignominiosamente. De allí salió el distinguido escritor con 17 lesiones, cuyas cicatrices se le conocen todavía. Dichas lesiones se le ocasionaron por aquellos cobardes asesinos, diciéndole: «¡Don Venancio es mi padre!» Palo. «¡D. Venancio es Dios!» Palo. Y profiriendo todo género de insultos contra D. Angel María Segovia y contra el Diputado que en este momento tiene el honor de dirigir la palabra al Congreso. (*El Sr. González, (D. Alfonso)*: Y, en efecto, los tribunales han dicho que no ocurrió nada de eso.) Ya lo veremos, porque ese es otro segundo escándalo.

El Sr. Segovia, después de la paliza extraordinaria que aquellos dos asesinos le administraron, cuando estaba desfallecido y chorreando sangre, fué encerrado en el lugar más inmundo de la prevención, y le dijeron que á las doce de la noche le propinarían la segunda paliza, y que á la mañana siguiente le arrojarían al carro de la basura.

En esos momentos de angustia, cuando el Sr. Segovia, que como hombre de honor no ha negado la cara ni se la niega á nadie, cuando veía próximo su fin, pudo lograr que llegara un aviso al subsecretario de la Presidencia, D. Pablo Cruz, y este señor puede decir en qué forma y en qué estado sacó de la prevención al desdichado escritor. Don José Sagasta, el hijo de nuestro digno y querido amigo el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, visitó al Sr. Segovia al siguiente día, oyó de sus labios la relación de lo sucedido, y puede decir también las lesiones que tenía y cómo estaba en cama desfallecido y sin poderse mover.

No era posible, señores, que las cosas quedaran así; ese escándalo puede acaso cometerse impunemente en un pueblo, pero no en la capital de la Monarquía. (*Rumores.*) Ya comprenden los Sres. Diputados el verdadero sentido en que lo he dicho; eso puede suceder en pueblos... (*Varios Sres. Diputados:* No, no. —*Rumores*); hechos semejantes pueden ocurrir en lugares dominados por un cacique; pero en Madrid, en la capital de España, en el centro de las autoridades, ¿cómo es posible que esto ocurra y se tolere?

En efecto, el asunto no quedó así; aquellos dos agentes de policía habían llevado á cabo el atentado en una prevención que no era la del distrito donde prestaban sus servicios; y el delegado y jefe de aquella se apresuró á poner el hecho en conocimiento del gobernador de la provincia. El Sr. Aguilera, y lo digo en su honor, no vaciló en instruir el oportuno expediente, en el que consta que fué reconocido el señor Segovia; que se acreditaron las lesiones que le habían inferido; y como resultado de aquel, fueron declarados cesantes el inspector y el agente por los Sres. Puigcerver y Aguilera.

El médico que en el expediente administrativo había hecho el mencionado reconocimiento, cumpliendo con su deber, pasó el parte al Juzgado municipal dándole cuenta de las lesiones inferidas al señor Segovia. Este fué llamado á declarar por el juez municipal del distrito de Buenavista; y cuando estaba esperando para entrar en el salón del Juzgado, otros dos policías que estaban allí también para algún asunto del servicio, se enteraron de que el que tenían presente era el Sr. Segovia, y le increparon diciéndole: «¿Usted es el que va á declarar en contra de la policía? Ya diremos que ha sacado usted un revólver contra nosotros.» Y el Sr. Segovia tuvo que contar al juez la nueva agresión de que era objeto, y éste le prometió que le acompañaría un alguacil, haciéndole salir por otra puerta para que no se encontrara con aquellos policías.

Como la curación de las lesiones duró más de siete días, el juez municipal se inhibió á favor del juez de primera instancia. El Sr. Segovia, espíritu noble y generoso, no quiso ejercer su acción ni mostrarse parte en la causa, creyendo que el ministerio fiscal se conduciría como le aconsejaba su deber. ¿Y saben los Sres. Diputados lo que sucedió? Pues lo que resultó fué que en esa causa, sin que se haya recibido declaración al Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, con quien salió el Sr. Segovia de la prevención á raíz de los sucesos; sin recibir declaración al Sr. D. José Sagasta, ni á mí, ni á las demás personas que oímos la relación del Sr. Segovia y vimos las lesiones; sin que declararan tampoco las personas que observaron cómo cautelosamente se hacía

entrar al Sr. Segovia y al amigo que le acompañaba en la prevención; sin que se citara á declarar al dependiente de la Delegación que avisó al Sr. Cruz, ni á otras personas que estaban citadas por el Sr. Segovia, se ha sobreseído libremente la causa; lo cual equivale á decir que no existía ninguna clase de delito, que no hay semejante delito, y que ha sido un acto lícito apalear y maltratar al Sr. Segovia en la prevención del distrito de Buenavista.

Yo pido al Sr. Ministro de Gracia y Justicia que excite el celo del ministerio fiscal para que examine y vea esa causa, ya terminada; y si en efecto resulta que el sobreseimiento es ilegal é injusto, que se ha dictado sin previa declaración de las personas que podían hacerlo respecto del delito cometido, se exija la responsabilidad á que haya lugar. Y esto lo digo por el prestigio de la administración de justicia y no por indicación alguna del Sr. Segovia, que si no quiso mostrarse parte en esa causa, ni perseguir á la policía que le había maltratado, menos había de pedir ahora que se exija responsabilidad á nadie.

Después de esto, un abogado fiscal de la Audiencia de Madrid, llamado D. José González, que lleva apenas dos años en esta Audiencia (y hago esta indicación para que la Cámara comprenda si es posible que ese funcionario esté enterado de las causas que se ventilaron hace quince años), presentó un escrito á la Sala diciendo que en 1878 se siguió, á instancia de D. Eugenio García Ruiz una causa por delito privado contra D. Angel María Segovia, causa en la que se impuso á éste una pena, y solicitó que se buscara el rollo de la causa, que se preguntara al juez que la instruyó y que por delegación de la Sala estaba encargado del cumplimiento de la sentencia, si ésta se había cumplido ó no, y por qué causa.

La Sala mandó buscar el rollo, y, en efecto, se encontró; pidióse informe al juez de primera instancia, el juez mandó al secretario del Juzgado que buscara la causa en el Archivo, y el secretario certifica que no se encuentra la causa, que ha desaparecido, y, por consiguiente, que ni la sentencia ni el escrito de remisión de pena ni nada se halla en el Juzgado, siendo posible que fuera quemada la causa en una quema de papeles inútiles decretada hace algunos años por el señor presidente de la Audiencia.

Yo he averiguado que, en efecto, hubo dos quemas de papeles inútiles; una cuando era presidente de la Audiencia de Madrid D. Pedro Borrajo de la Bandera, allá por el año 1877 ó 1878; por consiguiente, antes de que esta causa estuviera concluida y en disposición de ser quemada; y otra que se redujo á quemar, no papeles de los Juzgados, sino de la Audiencia, cuando era presidente de dicho tribunal el señor D. Federico Enjuto. Lo mismo la primera quema que la segunda fueron llevadas á cabo, como no podía menos de ser, interviniendo una Comisión de magistrados y de aspirantes á la judicatura, y dejó á la consideración del Congreso el apreciar si esos señores magistrados y aspirantes mandarían quemar una causa viendo que estaba el procesado rebelde, que, por lo mismo, la pena no estaba cumplida, y que se trataba de un delito privado.

Así pues, una de dos: ¿es que se ha quemado esa causa, ó es que ha sido sustraída? Pues si el reconocimiento de los papeles que habían de ser quemados lo efectuó una Comisión de personas peritas, de personas competentísimas en la materia, no cabe duda

de que sería porque vieran que se trataba de un delito privado y constaba que se había remitido la pena. ¿Es que se ha sustraído del Juzgado? Pues entonces alguien la habrá sustraído; y como es de suponer que si en ella no hubiera constado el perdón no habría para qué sustraerla, claro es que se habrá sustraído porque al lado de la sentencia aparecería el perdón de aquel dignísimo patricio D. Eugenio García Ruiz.

¿Qué interés podría tener el procesado en sustraer la causa? ¿No quedaba en el libro de sentencias que lleva cada Sala la ejecutoria que le condenaba? ¿No quedaba en el rollo de Sala la certificación que ha servido para que en este caso el abogado fiscal Sr. González se acoja á ella y pida la ejecución de la sentencia? Luego por parte del procesado no había ningún interés en que esa causa desapareciera ó se sustrajera, y lo prueba la tranquilidad con que ha vivido en Madrid diez y siete años y el hecho de que á los diez y siete años se le venga persiguiendo por el ministerio fiscal y se le haya reducido á prisión tan sólo por lo que resulta en la certificación que obra en el rollo de Sala.

Ya habrá llamado la atención de los Sres. Diputados que un abogado fiscal que apenas lleva dos años en la Audiencia de Madrid haya podido adivinar que hay en el Archivo un rollo de hace diez y siete años en el cual consta una sentencia contra el Sr. Segovia; por tanto, no creo cometer ninguna indiscreción ni injusticia calculando que ha habido aquí algún sér misterioso ó algún filántropo que ha querido dispensar á la memoria del Sr. García Ruiz el honor de que se ejecute ahora la pena. Y como yo no puedo decir quién sea este *bonus vir*, este sér apreciableísimo que ha tenido la paciencia de dedicarse á investigar y buscar ese proceso, tengo que limitarme á decir que, al que sea, le compadezco; que al que sea, no le tengo mala voluntad, porque la religión manda perdonar á los que cometen ciertas faltas; pero esto no obsta para que yo califique esa acción, quien quiera que sea el que lo haya realizado, como la califican todos los Sres. Diputados, como está en los labios de todos, como merece el que, queriendo vengarse de una persona, apela á medios reprobados y pone en juego recursos de esta naturaleza, investigando y resucitando procesos antiguos.

Todo el mundo, cuando siente el deseo de venganza contra otra persona, se dirige á ella franca y noblemente, ejercita su acción ante los tribunales; pero no se cuida de investigar procesos antiguos, no se atreve á olfatear las tumbas de los querellantes, no se dedica á ser un nuevo *Amadi con orejas* del fiscal de la Audiencia, para decirle, como oficioso confidente: ahí tienes una sentencia sin cumplir, ahí tienes un procesado á quien puedes encarcelar; porque esta es una satisfacción que á ningún hombre digno puede complacer.

Pues estos son los antecedentes del asunto. De suerte que ya ven los Sres. Diputados cómo no era cosa que no viniera á cuento el recordar la querella que el Sr. D. Venancio González tiene promovida contra D. Angel María Segovia; porque desde que esa querella se incoó, parece que todas las plagas de Egipto llueven sobre este desgraciado escritor.

Yo no necesito recordar á la Cámara que de todo delito nace, como saben los Sres. Diputados mejor que yo, una acción penal, que tiene tres objetos; no dos, ni uno solamente, sino tres: descubrir el delito,

averiguar quién es el delincuente, y procurar el cumplimiento de la pena.

Tampoco tengo que recordar á los Sres. Diputados, sobre todo á los que ejercen la profesión de abogado, que los delitos, como las acciones, se dividen en públicos y privados, según que el delito lesione el interés social ó únicamente un interés particular; y también es ocioso que yo os recuerde que el ministerio fiscal, como representante del interés colectivo, tiene toda la amplitud de acción, tiene perfectísimo derecho para ejercitar las acciones públicas, para perseguir los delitos llamados públicos; pero carece en absoluto y por completo de acción y de derecho para inmiscuirse en los delitos llamados privados, para perseguir á los autores de delitos cuya persecución ha reservado la ley á los querellantes particulares, porque son delitos que ni directa ni indirectamente afectan al interés social, sino que sólo importan al particular ofendido; á tal punto, que todos sabéis que en esas causas por delitos privados, verdaderamente semejantes á los pleitos, no tan sólo es necesario para incoarlas el acto de conciliación, que en modo alguno se exige tratándose de delitos públicos, sino que además establece la ley procesal vigente y todas las anteriores, que cuando el querellante ó acusador privado deje de instar ó de pedir la práctica de diligencias, se entenderá que abandona la querella, y que cuando fallezca ese acusador privado, y el heredero no comparezca en la causa á mantener la querella dentro de cierto plazo, desaparece el delito, desaparece la causa, desaparece todo; y, por último, que el perdón de la parte ofendida, aun después de dictada la sentencia, es suficiente para que la pena quede completamente remitida, cosa que tampoco ocurre en los delitos llamados públicos.

Pues contra todas estas doctrinas legales, no es el actor D. Eugenio García Ruiz el que ha solicitado la ejecución de la sentencia; no son tampoco sus herederos, que no han comparecido en la causa; es el ministerio público; y por esta razón, es preciso ver si el ministerio público, el representante del Gobierno en los tribunales, tiene acción para inmiscuirse en los delitos privados, y para pedir nada menos que se ejecute y se cumpla la sentencia.

Yo he revisado toda la legislación aplicable á la materia: el reglamento provisional de administración de justicia del año 35; las ordenanzas de las Audiencias del propio año; el reglamento de Juzgados de 1844; el Real decreto de 1858; la ley provisional de 1870, que se dictó cuando se estableció el recurso de casación; la compilación de 16 de Octubre de 1879; la reformada de 1880; la ley de enjuiciamiento vigente; en una palabra, todas las disposiciones referentes al caso, y no he encontrado una sola, no hay un sólo artículo que autorice al ministerio fiscal para mezclarse, para poder deducir pretensión alguna respecto de aquella causa.

El art. 51 del reglamento provisional para la administración de justicia de 26 de Setiembre de 1835, en su regla 15.^a (y ruego á los Sres. Diputados se fijen en los términos en que está redactado), dice lo siguiente:

«En toda causa criminal sobre delito que por pertenecer á la clase de público pueda perseguirse de oficio, será parte el promotor fiscal del Juzgado, aunque haya acusador particular. En las que versen

sobre delito privado, *no se le oirá* (no puede ser la afirmación más rotunda), *no se le oirá* sino cuando de algún modo interese á la causa pública ó á la defensa de la real jurisdicción ordinaria.»

¿Es que se cree de interés á la causa pública el cumplimiento de la sentencia recaída en este proceso?

Esa misma ley, en su art. 101, indica claramente que no se refiere á semejante cosa el art. 51.

«Los fiscales y promotores fiscales (dice el artículo 101), como defensores que son de la causa pública y de la Real jurisdicción ordinaria, y encargados de promover la prosecución y castigo de los delitos que perjudican á la sociedad, deberán apurar todos los esfuerzos de su celo para cumplir bien con tan importantes obligaciones; pero *no se mezclarán* en los negocios civiles que sólo interesen á personas particulares, ni tampoco en las causas sobre delitos meramente privados, en que la ley *no da acción* sino á las partes agraviadas.»

De consiguiente, lo primero que necesita el ministerio fiscal para intervenir en el asunto es *tener acción*. Si la ley le niega la acción cuando se trata de delitos privados; si la ley excluye al fiscal; si dice que no se podrá *mezclar* en esos asuntos, y que *no se le oirá*, ¿qué más puede decir la ley para significar que el fiscal debe permanecer alejado de todo aquello que no representa interés colectivo ó social, sino el interés particular de las personas agraviadas?

Las ordenanzas de las Audiencias y todas las demás disposiciones, dicen exactamente lo mismo; en términos, que ese abogado fiscal que ha tenido la habilidad ó la fortuna de adivinar que había esa causa en los Archivos de la Audiencia y de pedir que se ejecute la pena, ha tenido que pedirlo sin poder invocar en su dictamen un sólo texto legal.

La legislación aplicable á este caso concreto, también va á ver el Congreso lo que dice. El art. 226 de la ley procesal aplicable al caso, establece «que el ministerio público velará por la observancia de las leyes que se refieran á la organización de los Juzgados y tribunales: promoverá la acción de la justicia en cuanto concierne al interés público, y tendrá la representación del Gobierno en sus relaciones con el Poder judicial.»

El art. 238 de la ley procesal, dice: «Las acciones penales que nacen de los delitos definidos en los artículos 448 (adulterio), 467 (calumnia) y 471 (injuria) del Código penal, tampoco podrán ser ejercitadas más que por las personas á quienes correspondiese, con arreglo á lo dispuesto en los artículos correspondientes del Código penal.»

El art. 239 consigna explícitamente que el ministerio fiscal está obligado á ejercitar todas las acciones penales, menos las procedentes de delitos privados. Por consiguiente, la ley procesal está completamente de acuerdo con los precedentes dictados en la materia desde el reglamento provisional de 1835.

La ley orgánica del Poder judicial de 1870, en la que se marcan las atribuciones del ministerio fiscal, y por consiguiente los casos en que puede ejercitar su acción, dice en el caso 1.º del art. 838:

«Corresponderá al ministerio fiscal: primero, vigilar por el cumplimiento de las leyes, reglamentos, ordenanzas y disposiciones de carácter obligatorio que se refieran á la administración de justicia y *reclamar su observancia*.»

¿Es acaso que ha creído el ministerio fiscal que

á él incumbe cuidar de que se ejecute la pena impuesta al Sr. Segovia por considerar que la sentencia es *disposición obligatoria*, comprendida en la disposición anterior?

Pues no ha podido creerlo, porque respecto de la ejecución de las sentencias y de la vigilancia que la ley encomienda al ministerio fiscal hay otro número en el mismo artículo bien claro y terminante, que priva de tal derecho al fiscal. Así como el núm. 8.º dice... «ejercitar la acción pública en todas las causas criminales, sin más excepción que la de aquellas que según las leyes *sólo pueden ser promovidas á instancia de parte agraviada*,» el mismo artículo, en su regla 12, establece que «también es atribución del ministerio fiscal velar sobre el cumplimiento de las sentencias en los pleitos y causas *en que haya sido parte*.»

No puede darse resolución más clara y terminante. ¿Se cree que el ministerio fiscal puede pedir la ejecución y cumplimiento de toda clase de sentencias? Entonces holgaría por completo el decir como se dice en ese artículo: *los pleitos y las causas en que haya sido parte*.

Por si esta disposición de la ley orgánica no era todo lo suficientemente clara y explícita, ó por si se prestaba á dudas ó interpretaciones, he revisado todos los comentaristas modernos de las leyes penales y de las de procedimiento. Pues bien, Sres. Diputados; lo mismo el Sr. Hernández de la Rúa, que perteneció al ministerio fiscal del Tribunal Supremo, que el nunca bastante elogiado Sr. Ferrer y Minguet, y otros muchos, como Alvarez Osorio, Brabo y Tudela; en una palabra, todos los comentaristas, estiman este punto en el sentido de que las facultades del ministerio fiscal no le autorizan para intervenir sino en los asuntos taxativamente marcados por la ley, y de ningún modo en las causas por delitos privados, en que sólo puede ejercer la acción la parte agraviada.

Por haber pertenecido el Sr. Hernández de la Rúa, lo mismo que el Sr. Ferrer, al ministerio fiscal y haber dejado en él tan gratos é imperecederos recuerdos, voy á permitirme citar al Sr. Capdepón las frases textuales de estos dos distinguidos comentaristas, interpretando ese artículo de la ley orgánica, referente á la vigilancia de los fiscales. Dice el señor Ferrer:

«Vigilar el cumplimiento de las leyes, reglamentos, ordenanzas, etc.»

«Esta es la vigilancia aplicada á las leyes judiciales en sus dos distintos órdenes de organización y procedimiento.»

«Velar sobre el cumplimiento de las sentencias en los pleitos y causas en que haya sido parte.»

«Esta es la vigilancia aplicada á la ejecución de lo sentenciado.»

Y más adelante, dice:

«Esto, sin embargo, no quiere decir que al ministerio fiscal le sea lícita una ingerencia ex-officio en toda clase de negocios, á pretexto de inspeccionar el modo cómo tienen su cumplimiento las leyes judiciales. La ley le inviste con atribuciones de vigilancia; pero no le autoriza por ello para la intervención. Interviene en los casos taxativamente expresados ó en los similares; pero fuera de ellos, *nunca es lícito* intervenir por su sólo carácter de vigilante.»

¿Cómo, pues, el ministerio fiscal de ahora, se

atreve á intervenir y á pedir nada menos que la ejecución de una pena en causa de delito privado?

Pues todavía es más terminante el ilustre comentarista Hernández de la Rúa. Refiriéndose á las atribuciones del ministerio fiscal respecto á la vigilancia en la ejecución de las sentencias, dice que no es posible intervenir un sólo momento en ningún juicio sin tener acción para ello; que quien la tiene para intervenir después, la tiene para intervenir antes; doctrina conforme con la establecida en las sentencias del Tribunal Supremo, según la cual no hay, en cuanto al ejercicio de acciones, más distinción que la de públicas y privadas; y afirma el Sr. La Rúa, en la página 87 de su obra, lo siguiente:

«Los delitos con respecto á la intervención fiscal, deben distribuirse en tres clases:

1.^a La de aquellas en los cuales tiene obligación de denunciar y proseguir el juicio hasta terminarle por sentencia ejecutoria, vigilando después por el cumplimiento de ésta.

2.^a La de aquellos en los cuales no puede denunciar su perpetración, pero hecha denuncia ó presentada querella por la parte á quien la ley lo permita, interviene en el juicio coadyuvando la acción formalizada por el acusador privado.

Y 3.^a (y ruego al Sr. Ministro de Gracia y Justicia se fije en esto). La de aquellos en los cuales no puede denunciar, y denunciados por el querellante particular, *jamás interviene en el juicio.*»

Esto es lo que dicen el ilustre comentarista señor Hernández de la Rúa y el no menos ilustre señor Ferrer y Minguet, pertenecientes ambos al ministerio fiscal, y que tan gratos recuerdos han dejado entre los hombres de ciencia.

Pero más adelante, el Sr. Hernández de la Rúa se ocupa en capítulos separados de estas tres clases de delitos, y en el capítulo tercero hay un encabezamiento que dice: *Delitos que no puede denunciar el ministerio público, ni intervenir en el procedimiento.*

Y los delitos de que habla en dicho capítulo son los de adulterio, calumnia, injuria, etc. Y por cierto que, tratándose de la calumnia, plantea el Sr. Hernández de la Rúa la cuestión siguiente: Pregunta si siendo la calumnia la imputación de un delito perseguible de oficio, puede el ministerio fiscal intervenir en la causa, no por lo que afecta al querellante particular, sino por lo referente al delito imputado y perseguible de oficio: si el fiscal tiene el deber de perseguir los delitos públicos, y en una causa promovida á instancia de parte se afirma haberse cometido un delito perseguible de oficio, ¿no podía el ministerio fiscal intervenir en esa causa, aunque se haya instruido á instancia de particular? Y el Sr. La Rúa, rindiendo el debido tributo á las máximas y reglas establecidas por la ciencia respecto de las acciones que nacen de los delitos y de las personas que con arreglo á la ley tienen capacidad para ejercitarlas, resuelve la duda en el sentido de que el ministerio fiscal, en las causas á instancia de parte, jamás puede intervenir ni antes ni después de la sentencia, porque no hay ningún interés colectivo ni social amenazado en ese procedimiento.

He revisado también la jurisprudencia del Tribunal Supremo, por si podía encontrar algo en virtud de lo cual resultase que el fiscal tiene derecho á intervenir y ser parte en las causas por delito privado, y ni siquiera en dos casos en que el querellante

particular, una vez obtenida la sentencia en primera instancia é interpuesta apelación por el acusado dejó de mostrarse parte en la segunda, intervino en esa segunda instancia el ministerio fiscal en sustitución del querellante.

Se trata en esas dos sentencias, de causas por delitos privados, perseguidos á instancia de parte. Se dictó la sentencia en primera instancia, condenando al acusado; éste, como era consiguiente, no se conformó con la pena, sino que apeló para ante la Audiencia; no compareció en la Audiencia el querellante, y, sin embargo, se siguió la causa con la sola presencia del acusado, sin que al querellante viniera á sustituirle, en ese caso concreto, el ministerio fiscal.

Y aunque se interpuso recurso, por la duda de si ese abandono de la acción en la segunda instancia podía interpretarse en el sentido de que la parte ofendida había perdonado, el Tribunal Supremo resolvió que no podía existir tal perdón porque no lo era, y que si no había comparecido en la segunda instancia el querellante, era porque ninguna ley le obligaba á ello. El resultado fué que las sentencias no se casaron, y quedaron firmes; que una de ellas se ejecutó á instancia de la parte, que volvió á comparecer, y que en la segunda causa no compareció el querellante, ni el fiscal pidió la ejecución del fallo.

Por si no fueran bastantes las prescripciones legales y los precedentes de todas las disposiciones relativas á este particular; por si no bastara el texto explícito y terminante de la ley orgánica, que es la que marca las atribuciones y los deberes del ministerio fiscal, y esas afirmaciones tan claras y concretas de los más ilustres comentaristas del Código penal y del derecho procesal, voy á citar al Sr. Capdepón otra opinión favorable á la mía, y es la de la misma Sala de la Audiencia que ha accedido á esta petición fiscal para que se ejecute la sentencia.

En esa misma Sala se sigue la causa instruida á instancia de D. Venancio González contra D. Angel María Segovia. Como el Juzgado tuvo por conveniente no evacuar las citas que yo hice en mi declaración, ni acceder á ninguna de las diligencias solicitadas por el acusado, el Sr. Segovia, cuando la causa se remitió á la Audiencia, terminado el sumario, solicitó de la Sala que se dejara sin efecto el auto de terminación del sumario y que se devolviera la causa al juez, para que éste evacuara las citas hechas por mí en la declaración y practicara las demás diligencias que el procesado había pedido.

La Sala dijo al denegar la pretensión del Sr. Segovia lo siguiente: «Considerando que, dada la índole privada de la acción penal que se ejercita, no corresponde al tribunal acordar de oficio la práctica de diligencias.»

De suerte, Sres. Diputados, que la misma Sala que de oficio, porque á tanto equivale hacerlo á instancia del fiscal, que de oficio acuerda que se ejecute y se cumpla la pena impuesta al Sr. Segovia hace diez y seis años, dice en esta otra causa que no procede evacuar las citas que yo hice en mi declaración ni practicar las demás diligencias pretendidas, porque no puede oírse al Sr. Segovia en cuanto á práctica de diligencias, cuando la ley de enjuiciamiento dice que las citas hechas por un procesado para su exculpación se evacuarán con urgencia, sin exceptuar causas ni delitos privados ó públicos.

Yo creo, además, que la pena impuesta el año de 1879 al Sr. Segovia no ha debido llevarse á la práctica.

El art. 24 del Código penal dice que el perdón de la parte ofendida no extingue la acción penal, sino cuando se trata de delitos meramente privados. El art. 132, núm. 5.º, establece también que extingue la pena el perdón de la parte ofendida, cuando se trata de delitos no perseguibles de oficio. La ley procesal vigente reconoce también esta misma doctrina, consagrándola en dos diferentes artículos, en que casi se viene á decir lo mismo que en el Código penal. Lo propio consigna el art. 482 del Código respecto de los delitos de injuria y calumnia.

Yo pregunto: ¿no era posible, por lo menos, que el fiscal, antes de pedir la ejecución de esa pena, hubiera solicitado la práctica de alguna información, de alguna diligencia, para averiguar si tal perdón había sido ó no otorgado? Y si el comentarista del Código penal, Sr. Viada, reconoce, como otros muchos, que así como el delito puede ser manifiesto y tácito, de palabra y por escrito, también el perdón puede ser manifiesto y presunto, ¿no había indicios para considerar justificado y probado el perdón presunto, tratándose de una causa en que durante tantos años no ha solicitado absolutamente nada el querellante particular, y hasta sus herederos han fallecido sin comparecer en ella ni pretender que tal sentencia se ejecutase? Si esos comentaristas creen que está vigente la ley 22, título 9.º, Partida 7.ª, referente al perdón presunto, es otra consideración que ha debido tener en cuenta ese ministerio fiscal, ya que la ley le atribuye como la primera misión de sus facultades, el vigilar por el cumplimiento de las leyes que no se encuentren derogadas.

El art. 984 de la ley procesal, así como el 985 y el 986, establecen que «el juez de primera instancia á quien se hubiera cometido la práctica de algunas diligencias, dará inmediatamente cuenta del cumplimiento de las mismas al tribunal sentenciador, con testimonio en relación de las practicadas al intento, el cual se unirá á la causa.

»Art. 985. Las referidas diligencias se archivarán por el secretario del juez que en ellas haya intervenido.»

No consta, señores, en el rollo de Sala donde estaba esa certificación de la sentencia, que el auto de rebeldía se notificara al querellante particular ni al procurador del procesado; no consta tampoco si real y efectivamente el Sr. García Ruiz, acusador privado, llegó á pedir al juez el cumplimiento y la ejecución de la pena. No hay el menor indicio de este interesante particular, ni siquiera se ha notificado ahora al procesado Sr. Segovia el auto que acaba de dictar la Sala, á instancia del ministerio público, para que la sentencia sea cumplida.

Pero yo pregunto: ya que no se encontraba la causa, ya que el proceso ha desaparecido, ¿no constaban al menos esas diligencias que, según el art. 985 de la ley procesal, tenían que ser archivadas en la Secretaría del Juzgado que había intervenido en ellas? Pues tampoco resulta nada; y acerca de esa falta de documentos no se le ha ocurrido al ministerio público deducir la más leve protesta ni formular la más ligera reclamación.

Es más: mandaba también la ley en el art. 385, que cada juez llevara un registro, que se llamaría de

penados, en el cual habrían de extractarse las certificaciones de las sentencias. ¿No tenía tampoco el juez que no encontró la causa, ese libro de penados, que, con arreglo á la ley, debió abrir y llevar su antecesor en el cargo? Tampoco existe.

Pues el artículo siguiente, ó sea el 386, dice terminantemente que «llevará también cada juez de primera instancia otro libro, titulado de procesados en rebeldía, que tendrá las mismas formalidades prescritas para el registro de penados.» ¿Cómo es que el juez contestó á la Audiencia, cuando ésta le pidió informe respecto de si la pena se había cumplido, que no tenía la menor noticia ni el más pequeño antecedente del asunto, que no sabía nada porque no había ni causa, ni perdón, ni sentencia, ni nada en el archivo del Juzgado? ¿Cómo no constaban las diligencias que la Secretaría del Juzgado tenía el deber de archivar? ¿Cómo no constaba en el registro de penados el Sr. Segovia, como penado en la causa seguida á instancia del Sr. D. Eugenio García Ruiz? ¿Cómo no aparecía en el libro de procesados en rebeldía el nombre del Sr. Segovia, siendo, como se supone, un procesado declarado rebelde por no haber cumplido la pena? ¿Y cómo, por último, el ministerio fiscal, al ver todas estas omisiones, informalidades, faltas é irregularidades, no adoptó ni propuso determinación alguna, y lo deja todo pasar como santo y bueno, limitándose á pedir que se recluya inmediatamente al Sr. Segovia para que empiece á cumplir la pena?

Pues hay otro aspecto bajo el cual puede examinarse el asunto, y que merece que el Sr. Ministro fije en él su atención, y es, que, á mi entender, la pena impuesta al Sr. Segovia, y que hace pocos días ha empezado á extinguir en el penal de esta corte, es una condena que está prescrita.

El Código penal de 1870 exigía, para que la prescripción de la pena empezara á correr, que era circunstancia precisa é indispensable que la sentencia, que el fallo condenatorio se notificase personalmente al procesado. Y conforme con ese artículo del Código penal, no era posible que hubiera prescripción más que en el caso de quebrantamiento de condena, porque sabido es que al que le llamaban para notificarle personalmente una sentencia condenatoria, en el mismo momento le reducían á prisión y empezaba á cumplir la pena.

Esto era un absurdo; que hubiera penas que jamás pudieran prescribir, no se le ocurrió á ningún jurisconsulto, y de aquí que al promulgarse la vigente ley de enjuiciamiento criminal, modificara esta materia en el sentido de que «las sentencias definitivas se lean y notifiquen á las partes y á sus procuradores...»

El art. 220 de la compilación reformada, decía tan sólo que «las sentencias definitivas se leerán en audiencia pública y se notificarán á los procuradores de las partes el mismo día que se publiquen, ó á lo más el siguiente.»

No decía más la compilación; pero la ley vigente, que en lo favorable al reo es principio de derecho que debe aplicarse, establece que «las sentencias definitivas se leerán y notificarán á las partes y á sus procuradores en todo juicio oral el mismo día en que se firmen, ó á lo más en el siguiente. Si por cualquier circunstancia ó accidente no se encontrase á las partes al ir á hacerles la notificación, se hará

constar por diligencia, y bastará en tal caso con la notificación hecha á sus procuradores.»

¿Qué quiere decir esta importante novedad? ¿Qué quiere decir el que antes, con arreglo á la ley, sólo se notificara á los procuradores, y que la vigente prescriba que se notifique á los procuradores y á las partes, y que cuando á éstas no pueda notificárseles por cualquier accidente, *bastará* que se haya notificado al procurador? No puede interpretarse en otro sentido que en el de que notificada la sentencia al procurador, es como si se hubiera notificado al mismo interesado. De consiguiente, si consta que la sentencia se notificó al procurador del Sr. Segovia el año 1879, y la pena de prisión prescribe á los diez años de la notificación, parece cuestión clara é indudable que debe considerarse prescrita la pena, toda vez que aunque se cuenten los diez años desde el de 1882 en que empezó á regir la ley de enjuiciamiento criminal, han transcurrido aquellos con exceso, y no hay más remedio, por tanto, que considerar la pena como prescrita.

Por si yo estaba equivocado; por si acaso el interés que inspira ó la pena que produce la situación de un escritor desgraciado, recluso como criminal por un delito de imprenta que cometió hace diez y siete años, pudieran ofuscar mi entendimiento; por si no fueran bastantes los precedentes legales, las leyes vigentes, la opinión de los jurisconsultos y comentaristas, he consultado también á ilustres profesores de Derecho y á abogados cuya autoridad es notoria, á los ilustres catedráticos señores Sánchez Román, Marqués del Vadillo, Guardia y López Muñoz, que honran nuestras escuelas y nuestros tribunales, en cuya ciencia aprende la generación venidera, y les he dicho: ¿estoy yo equivocado? ¿tiene el ministerio fiscal acción para intervenir en la causa del Sr. García Ruiz, tratándose de un delito privado, cuya sentencia puede ser perdonada, y remitida, como lo fué por el acusador? ¿tiene aquí el ministerio fiscal, el representante del Gobierno, algún interés colectivo que defender? ¿ha podido solicitar de oficio la ejecución de esta sentencia? Y contextes y unánimes han manifestado su opinión diciendo que jamás, que no podrá citarse un solo texto legal en que semejante doctrina pueda basarse. Pues además de esos distinguidos catedráticos, y como no era cuestión política, sino de interpretación legal, como era la de defender al que está sufriendo una pena injusta, he solicitado la opinión de personas que no sé si el ministerio fiscal de la Audiencia considerará, como yo, que son los abogados más ilustres y legisladores más conspicuos, entre ellos, el señor Pí, el Sr. Romero Girón, el Sr. Labra, el ilustre autor de la ley orgánica, Sr. Montero Ríos; y todos ellos me han contestado que si la causa se incoó y siguió á instancia de parte, por su carácter de delito privado, el ministerio fiscal no ha podido pedir de oficio la ejecución de la pena, aunque el procesado estuviera declarado en rebeldía.

Hubiera pedido también su consejo al Sr. Gamazo, pero no he necesitado consultarle, porque ya sabía su opinión. El Sr. Gamazo siguió una causa contra un periodista, también por delito privado, y el periodista fué condenado. Influyeron cerca del señor Gamazo para que perdonara y remitiera la pena, y el Sr. Gamazo contestó que desde luego daba por vindicada su honra con la sentencia obtenida, que

por su parte no llevaría jamás á la cárcel á un escritor, y que por tanto podían estar seguros los que por él influían, que no había de pedir que se ejecutara la sentencia. Y en efecto, la sentencia quedó sin cumplir, y el ministerio fiscal, como no había intervenido ni para nada tenía que intervenir por falta de acción, nada solicitó. Pero al poco tiempo, los curiales interesados en las costas debieron decir al juez: «Aquí hay una sentencia firme, y si bien es cierto que el querellante tiene derecho á perdonar la pena, también lo es que no la ha remitido, y que en esta sentencia se condena en unas costas que representan el fruto de nuestro trabajo personal, que son el pago de nuestros servicios en la instrucción de ese sumario, y, por consiguiente, aquello á que creemos que no tiene derecho el querellante particular; por lo tanto, ejecute usted la sentencia en la parte referente á las costas, para que percibamos lo que declara á nuestro favor.» Y, en efecto, el juez procedió al embargo de bienes del sentenciado; el cual, al verse apremiado, acudió al señor Gamazo, y le dijo: «¿Cómo es que en la causa en que usted me ha perdonado, el juez está llevando á efecto el embargo de mis bienes? ¿Es que ha cambiado usted de parecer?» Y el Sr. Gamazo, que no tenía noticia de lo ocurrido, se apresuró á presentar un escrito al Juzgado, en que alegando que nadie tenía derecho ni acción para intervenir en aquel proceso, por tratarse en él de un delito privado, cuya pena podía perdonar sin que la ley le marcara plazo para ello, pidió que se alzaran los embargos; y con efecto, se alzaron, y la sentencia quedó y continúa estando incumplida.

¿Es que va á haber una jurisprudencia excepcional para ciertos asuntos, como este del desgraciado escritor Sr. Segovia? Pues esto no puede ser.

He averiguado también que hay once sentencias condenatorias en los Juzgados de Madrid, dictadas en causas seguidas á instancia de parte, en ninguna de cuyas causas se ha personado el ministerio fiscal á solicitar su cumplimiento; y como estimo y considero que no tiene acción para intervenir en esa clase de procesos; y como á mi lado está la opinión de muchos jurisconsultos notables, siquiera no figure entre ellas la del abogado fiscal D. José González; como á mi lado está también la opinión de los comentaristas más ilustres, honra del foro y de la ciencia, y como abona mi opinión toda la legislación vigente en la materia, y no le pido al Sr. Ministro de Gracia y Justicia que me dé también la suya particular porque comprendo que desde ese sitio no podría dármela, yo ruego á S. S. que procure instar á ese ministerio fiscal, puesto que es el representante del Gobierno, para que se abstenga de inmiscuirse en asuntos privados, para que respete las prescripciones de la ley orgánica, para que se atenga á lo que dicen los más ilustres comentaristas, para que tenga en cuenta lo que pesa la opinión de los distinguidos letrados á quienes he aludido; en una palabra, para que pida á los tribunales que dejen sin efecto esa pena impuesta al Sr. Segovia hace diez y siete años, y cuyo cumplimiento se ha llevado á cabo hace pocos días, sin bastante fundamento legal para ello.

(Los Sres. González (D. Alfonso) y Ministro de Gracia y Justicia piden la palabra.)

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de Gracia y Justicia tiene la palabra.

El Sr. Ministro de GRACIA Y JUSTICIA (Ruiz

Capdepón): Si el Sr. González quiere hablar antes... (*El Sr. González, D. Alfonso:* De ninguna manera, señor Ministro.) Faltan pocos minutos... (*El Sr. González, D. Alfonso:* En ese caso, estoy á la disposición del Sr. Ministro.)

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. González tiene la palabra.

El Sr. GONZALEZ (D. Alfonso): Bien comprendéis, Sres. Diputados, que habiéndose pronunciado aquí repetidamente, y en relación con este asunto, un nombre que yo tendría que estimar más que el mío si no fuese el mío propio, mi silencio en este instante sería justamente calificado por vosotros como una gran deficiencia, probablemente como una indignidad; pero felizmente podré terminar todo lo que tengo que decir en defensa de mi padre, que de esta persona se trata (todos lo habréis comprendido), en el tiempo que falta para entrar en el orden del día.

El Sr. PRESIDENTE: Yo entiendo que la Cámara autoriza á S. S. para eso; si no, habría que preguntarlo. (*Muchos Sres. Diputados:* Sí, sí.)

En vista de la manifestación de la Cámara, puede continuar S. S.

El Sr. GONZALEZ (D. Alfonso): Yo se lo agradezco mucho á la Cámara y se lo agradezco también mucho al Sr. Presidente. Quisiera yo, en cambio de esto, y así me lo propongo, proceder con toda la templanza que exige el respeto que debo al Congreso y con todo el reposo que mi dignidad y mi razón exigen; pero quisiera también poner término á estas pocas palabras que tengo que decir en el breve espacio que queda de las horas reglamentarias.

Para ello, para no usar de ninguna especie de violencia, si esto me es posible, como creo que me lo será, aunque el Congreso se servirá hacerse cargo de mi situación, yo no voy á enunciar sino hechos; me propongo no salir de hechos, que nadie podrá rectificar; y el Congreso y cada uno de los Sres. Diputados, allá en lo íntimo de su conciencia, formará el juicio que de cada cual deba formar en presencia de esos hechos, que no rectificará nadie.

En el año de 1876, la persona á quien ha llamado distinguido periodista el Sr. González Fiori, á quien felizmente yo no considero periodista ni espero que merezca este simpático nombre, esa persona escribió una biografía de mi padre, relativamente benévola, donde no había ataques á su honra, sino, en todo caso, defensa de su honra, que no había sido atacada, porque ni hasta entonces, ni hasta ahora, el nombre que llevo ha sido discutido en ninguna parte desde este punto de vista, al cabo de cuarenta años de vida pública.

El año 81 fué por primera vez Ministro de la Gobernación mi padre; y siéndolo, ese propio individuo, cuya suerte no quiero agravar desde aquí, aunque bien pudiera mandarme el corazón que la agravara, ese mismo individuo, previos los anuncios que son de rigor en estos casos, previa la petición del retrato, y enviando el ejemplar de otra biografía que podía servir de muestra, reprodujo la biografía de 1876 agravándola, diciendo que los tiempos habían cambiado, que la figura de mi padre era una grotesca figura, que era el escarabajo que había escalado el nido del águila, que era el fante con quien el señor Presidente del Consejo de entonces y de ahora jugaba á su capricho.

Pasó el tiempo, y mi padre ocupó segunda y ter-

cera vez el Ministerio de la Gobernación; y en 25 de Setiembre último, el Sr. Ministro de Gracia y Justicia que lo era entonces y lo es ahora, recibió una carta, que puedo leer por estar en el sumario inscrito á instancia de mi padre, y que debo leer, que decía así:

«Excmo. Sr. D. Trinitario Ruiz Capdepón.—Muy señor mío y distinguido amigo: Para un asunto que le puede á usted convenir, necesito verle y hablar con usted. La primera entrega de la tercera edición de mi obra saldrá á la calle el 28 de este mes, con la biografía de D. Venancio. La de usted irá pronto también. Si me tiene usted preparado un retrato de usted para prestármelo, se lo agradeceré. Y hasta ahora será usted el primero que lea algo de lo que se prepara á levantar un poquito el ánimo público. Espera su contestación, su atento y afectísimo amigo y seguro servidor, q. b. s. m., *Angel María Segovia.*»

Pasaron tres días; el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, por lo visto, no contestó á este requerimiento ó á esta solicitud, como quiera llamarse, y personalmente fué al Ministerio de Gracia y Justicia D. Angel María Segovia; hizo una antesala más ó menos larga, y al cabo de ella mandó esta otra carta al señor Ministro de Gracia y Justicia:

«Excmo. Sr. D. Trinitario Ruiz Capdepón.—Muy señor mío: He esperado un cuarto de hora en la antesala de usted. No he podido más. Tengo muchos quehaceres. Envío á usted unas pruebas de la primera entrega de la tercera edición de mi obra, que saldrá al mundo el día 30 del presente. Yo quería un retrato de usted; mándemelo si gusta. Detrás de Don Venancio va la historia de usted. Si quiere usted que hablemos, hablarémos; pero tiene que ser pronto. De usted afectísimo y antiguo amigo, q. b. s. m., *Angel María Segovia.*»

Tales son las cartas que están en el sumario; á la última acompañaba la biografía de la que aquí y ante el tribunal se ha declarado autor el Sr. González Fiori. (*El Sr. González Fiori:* El Sr. Capdepón explicará la carta.) El Sr. Capdepón, á quien yo agradezco que en su honradez haya puesto estas cartas á disposición de los tribunales de justicia; el Sr. Capdepón, en cumplimiento de los deberes de compañerismo, de lealtad, de caballería, de amistad, dió cuenta á mi padre de esta carta y le advirtió de lo que contenía la biografía. ¿Qué había de hacer mi padre en presencia de esto? ¿Qué hubiérais hecho todos y cada uno de vosotros? ¿Qué habéis hecho cuando habéis recibido, como casi todos habréis recibido, cartas como la que acabo de leer? ¿Qué hubiérais hecho vosotros, hombres honrados, qué habéis hecho? Había dos procedimientos que seguir, ya lo sabemos: uno, que no había de seguir mi padre, ¡qué había de seguirlo!; otro, aguardar tranquilo la publicación de la biografía y llevarla á los tribunales, sobre todo cuando aparecía de ella como autor, y lo era realmente, un hombre que llevaba á su cargo nada menos que 40 procesos criminales por injuria y calumnia. (*El Sr. González Fiori:* No es exacto.) Después lo va á saber S. S., porque él mismo lo ha confesado; llevaba más de 30 procesos criminales, con la circunstancia de que se había singularizado siempre contra los Ministros de la Gobernación de todos los partidos; ante un hombre de esta historia, que llamándose periodista, y no siéndolo para bien de los

periodistas; ante un hombre de esa historia, y dándose la singularidad de dirigirse siempre á los Ministros de la Gobernación, ¿qué había de hacer mi padre? Le llevó á los tribunales; y en el libelo, en ese libelo de que se ha declarado autor el Sr. González Fiori, había cosas de que los tribunales podían conocer, de que no creo que tiene el Congreso derecho á conocer; en los tribunales está; allí debe estar, porque aquel es el terreno donde el calumniador puede presentar la prueba, y el calumniado también, donde se puede esclarecer la verdad de los hechos y saberse si la imputación es calumnia ó no es calumnia.

No se aguarda á eso, porque cuando, presentada la querella, fué llamado á declarar el autor de la biografía, D. Angel María Segovia, después de manifestar, como es cierto que manifestó, que no había sido más que dos veces procesado, y nunca condenado, fué interrogado por el juez acerca de si conservaba las cuartillas de la biografía, habiendo manifestado que le habían sido devueltas por la imprenta y que las había roto; el juez se constituyó en seguida en la imprenta, y allí encontró las cuartillas, la mayor parte de ellas de letra de D. Angel María Segovia, y con la firma: «El autor, Angel María Segovia.» También recogió los ejemplares del Gobierno civil, que estaban firmados: «El autor, Angel María Segovia.»

Dictó auto de prisión, y un instante después de esto, espontáneamente apareció el Sr. González Fiori á prestar fianza de excarcelación y á declararse autor de la biografía.

He dicho que no quiero sino enunciar hechos: el Congreso deducirá las consecuencias. Cada uno de los Sres. Diputados pensará en su interior lo que tenga que pensar de esto: lo que yo puedo decir es, que la presencia espontánea del Sr. González Fiori en este proceso, calificándose á sí propio de autor de la biografía, iba acompañada de un escrito en que se trazaba á mi padre el camino de perseguir al Sr. González Fiori y no perseguir al Sr. Segovia, cosa que no hizo mi padre, porque lo que más le interesaba era no retrasar la ejecutoria de su honradez, si le fuera necesaria, lo cual se quería retrasar desde el momento en que se cruzaba en su camino la inmunidad parlamentaria, no porque el Sr. González Fiori pensara que el Congreso había de negar la autorización para procesarle tratándose de un delito de esta índole, sino para retrasar el que mi padre obtuviera la ejecutoria, y dar lugar con esto á que se trajeran estos nombres á esta discusión.

Siguió el proceso contra D. Angel María Segovia, se elevó la causa á plenario, habiéndose unido al sumario los antecedentes penales que el juez había encontrado, en cumplimiento de la ley que manda buscarlos, y mi padre vió que del sumario resultaba, en cuanto á los antecedentes penales, que no se habían sustanciado más que dos procesos por calumnia contra D. Angel María Segovia; pero en aquellos días, el Sr. Segovia, director de la publicación *Figuras y Figurones*, dió al público una hoja que empieza del modo que váis á ver.

Ya comprenderá el Sr. González Fiori cómo los antecedentes penales estaban incompletos:

«Diez y siete años hace que nuestro director Don Angel María Segovia está metido en estas lides de *Figuras y Figurones*.

»La primera edición que se publicó en la forma

de esta tercera, es decir, por cuadernos semanales, sin interrupción alguna salió á luz durante dos años y medio.

»Y eso que en aquel intervalo de tiempo cayeron sobre el Sr. Segovia 33 causas criminales...»

Sólo con la primera edición. ¿Qué había de hacer el querellante en este caso? ¿Pues no manda la ley que se unan á la causa todos los antecedentes penales del procesado? Investigó dónde estaban estos 33 procesos criminales, de los cuales sólo dos habían parecido, y en este camino de investigación encontró solamente dos, aunque pudo averiguar que efectivamente se habían sustanciado otros varios; encontró dos, uno de ellos el sustanciado á petición del ilustre patricio D. Eugenio García Ruiz, y pidió que se uniera á la causa, no para que se cumpliera la ejecutoria, que eso no le importaba nada á mi padre, y si le importaba ó no al ministerio fiscal, cosa es que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, con mayor ilustración que yo, sabrá dilucidar, porque á mí tampoco me importa. Pero existe la circunstancia de que era preciso unir todos los antecedentes penales que se hallasen á la mano, desde el punto de vista legal, para demostrar la reincidencia; y desde el punto de vista moral, era conveniente al querellante traer á la memoria este proceso, para demostrar la singularidad con que D. Angel María Segovia había extremado siempre sus ataques contra los Ministros de la Gobernación; y era indispensable además traer esta sentencia, porque en sus considerandos se dice que Don Angel María Segovia había tenido á su cargo otros varios procesos, y en todos, absolutamente en todos, se había presentado alguien que espontáneamente se declaraba autor de sus escritos calumniosos; y como en este caso había comparecido el Sr. González Fiori haciendo esto mismo, era indispensable traer ante la Sala esos antecedentes, por si ella creía de justicia declarar en este caso, como en los otros, que no basta que un individuo se declare autor de un escrito de esta naturaleza, para que se le repunte por tal, sino que es menester tener en cuenta sus circunstancias personales y la posibilidad de que quiera hacer que el verdadero autor eluda la acción de la justicia.

¿Qué debía hacerse? ¿Debía obligarse á D. Angel María Segovia á cumplir aquella condena, ó no debía obligársele? ¿Y qué sé yo de esto, ni qué me importa, ni qué importa á mi padre? ¿Era este un delito privado en que no pudiera ejercitar acción ninguna el ministerio fiscal? ¿Se trataba ya de una sentencia, que por ser sentencia afectara en cuanto á su cumplimiento al interés público? Nada de esto me importa á mí. ¿Está en la cárcel D. Angel María Segovia debiendo estarlo, ó está sin deber estar? Tampoco me importa de esto nada. No sería yo sincero si no dijese que en estos casos, cuando se persigue la reparación, al menos hasta que se obtiene, sería humano procurar el mayor daño al que ha causado el agravio; pero en este caso, ni aun eso se ha procurado. Si existía ó no esa cuenta atrasada con la justicia, arréglaela con él la justicia, que es quien tiene que arreglarla. ¿Ha intervenido sin deber intervenir el ministerio fiscal, representado por un Sr. González, que yo no sé quién sea, ni le conozco, pero cuyo nombre ha barajado S. S. con tanto empeño, como si siendo homónimo mío no lo fuera también de S. S.? ¿Ha hecho mal? Corrijale el señor Ministro de Gracia y Justicia. ¿Ha hecho mal la Sala

en resolver esto no teniendo á la vista el sumario? Tampoco tengo nada que ver con ello.

Lo que hago es protestar enérgicamente contra la sospecha que, más ó menos veladamente, ha dejado caer S. S., en el sentido de que mi padre podía haber influido en el extravío del sumario. Este sumario ha ido á parar donde han ido los 31 procesos que en balde se han buscado. Lícita ó ilícitamente, el sumario no ha parecido ó no se ha encontrado todavía; quizá en ese punto tenga algo que esclarecer el señor Ministro de Gracia y Justicia. ¿Hasta dónde cree S. S. que llega el poder de mi padre, que puede conseguir que se extravíen sumarios? ¿Qué idea tiene S. S. de los empleados de la administración de justicia, cuando cree eso? En resumen, ¿para qué había de hacerlo mi padre? ¿porque allí estaba el perdón? Pues qué, ¿á estas horas nos hemos de desayunar de que no se ha de tener por bien remitida la pena sino por quien la ha pronunciado y está encargado de ejecutarla? ¿A estas horas hemos de aprender los que hemos estudiado un poco la ley de enjuiciamiento criminal vigente y todas las anteriores leyes de enjuiciamiento criminal, que sólo las Audiencias, que sólo quien ha pronunciado la sentencia firme, es quien puede dar por bien remitida la pena y por suficiente la responsabilidad del que perdona? ¿Cómo no hay nada de esto en el rollo, y en cambio hay una *Gaceta* citando á D. Angel María Segovia como rebelde el año 1880? Sobre todo, ¿qué interés había de tener mi padre en que el sumario pareciera ó no pareciera, dadas las doctrinas que en la sentencia se exponían?

De todos modos, lo que sí me interesa decir, por si alguien cree que ese perdón lo obtuvo la persona á que se ha hecho alguna referencia por la prensa, es que esa persona ni obtuvo ni gestionó tal perdón, y estoy autorizado para declararlo así.

Después de esto, ¿qué tengo yo que decir? He procurado limitarme, como ofrecí al Congreso, á enunciar hechos para entregarlos al juicio de la Cámara; en presencia de esos hechos, la Cámara juzgará á todos.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de Gracia y Justicia tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **GRACIA Y JUSTICIA** (Ruiz Capdepón): Yo estoy á disposición de la Mesa. Si el Sr. Presidente quiere que conteste á la interpelación, contestaré desde luego; pero yo no puedo ofrecer al Sr. Presidente, por más que mis deseos son de ser muy breve, serlo tanto que permita á S. S. disponer de más horas de sesión para otros asuntos.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Reglamento me obliga á dedicar dos horas al orden del día; ante la circunstancia excepcionalísima de este debate, he tomado para él, bajo mi responsabilidad, un cuarto de hora más de lo que debía; y si S. S. ha de hablar largamente, comprenderá que entonces me sería imposible cumplir el Reglamento.

El Sr. Ministro de **GRACIA Y JUSTICIA** (Ruiz Capdepón): Estoy á la disposición de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende este debate.

ORDEN DEL DIA

Represión de delitos cometidos por medio de explosivos.

Leído el dictamen de la Comisión (*Véase el Apéndice 5.º al Diario núm. 117*), y abierta discusión sobre la totalidad, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Burgos tiene la palabra para consumir el primer turno en contra.

El Sr. **BURGOS**: Señores Diputados, va siendo ya achaque frecuente en esta Cámara encarecer la importancia del asunto que cada orador trata, poniéndole en parangón con la inconveniencia é inutilidad de los que anteriormente se han discutido, y esto pesaría en mi ánimo para no incurrir en tal exageración; pero creo que la Cámara toda está persuadida de la importancia extraordinaria de un proyecto de ley que viene á proponer resolución para una de las manifestaciones del gravísimo problema social.

Hubo un tiempo, Sres. Diputados, en que el problema esencialmente religioso ocupaba la atención y reclamaba el estudio de todos los pueblos y de todas las generaciones; más tarde, el problema esencialmente político se presentaba también para ser resuelto por los sabios en las cátedras y por los Poderes en los preceptos de la legislación; y últimamente, ya en la misma cuna de la revolución francesa, y cuando apenas había conseguido su triunfo el tercer estado, levantó bandera el cuarto estado pidiendo ser oído y atendido en estas contiendas.

No es que yo deje de participar de la opinión de Donoso Cortés respecto á que en toda cuestión político-social va envuelta una cuestión esencialmente religiosa, sino que hago mérito pura y exclusivamente de la manera como era considerado entonces el problema que más apremiante resolución exigía; y cabalmente, para atender á una de esas necesidades sociales, á una de las manifestaciones del problema social, se ha planteado ante las Cortes la cuestión que envuelve este proyecto de ley.

No he de regatear elogios en este momento para la iniciativa del Gobierno de S. M., que trata de garantizar de alguna manera á la sociedad, perturbada en los momentos actuales por los excesos de unos cuantos que se levantan contra los Poderes constituidos y contra los principios fundamentales de esta misma sociedad; pero si elogios merece, porque así demuestra su interés por dar de alguna manera garantías á la sociedad, se me ha de permitir á mí que en esta tarde censure al Gobierno por lo que ha dejado de hacer, por los pecados de omisión; porque, y este ha de ser el tema de mi discurso, esa ley represiva por sí sola, es ineficaz para resolver el gran problema social que se presenta á la resolución de todos los Poderes de la tierra, y porque aun, considerada en sí misma, es deficiente.

Con esto, dicho se está que no voy á combatir á la Comisión, que tiene que moverse dentro de una esfera sumamente estrecha: la del proyecto que le ha sido presentado por el Gobierno; y muchísimo menos la había de combatir cuando de ella forma parte un dignísimo individuo de esta minoría, cuya firma aparece al pie de ese dictamen. Claro es que ese digno individuo, como toda esta minoría, había, si no de contentarse, por lo menos de suscribir todo aquello que fuese algo para resolver este problema; pero eso no quiere decir que nosotros creamos que eso sea todo lo que debe hacerse. Y para demostrar en estos momentos la tesis que acabo de apuntar, me he de permitir algunas consideraciones sobre la naturaleza y la índole del problema social en esta manifestación del anarquismo.

No es nuevo el problema social; no son nuevos tampoco estos medios violentos que las clases des-

heredadas emplean para hacer triunfar sus opiniones; en los tiempos más antiguos, en el fondo de las primeras herejías, en el corazón de la mayor parte de todas las herejías, palpitaba realmente un sentimiento y un espíritu socialista ó comunista; y antes aún, en los tiempos más antiguos, las sublevaciones de Mnios, de Mileto, de Samo, de Corcyra, de Corinto, indicaban el malestar de esas clases sociales, y hacían patente, para ser examinados, los graves problemas sociales, que después también han venido al estudio de la generación presente.

Pero entonces, en aquellos tiempos, había un medio para deshacerse de estas clases y para conjurar el peligro social, que era el que la poesía ensalzaba por medio de Homero, y la filosofía asentaba por boca de Aristóteles y Platón, haciendo que aquellos pobres que molestaban á la sociedad fuesen cargados con la cadena del esclavo. La esclavitud era el remedio para resolver el problema social; y aquellas personas que constituían un inconveniente para que las otras viviesen bien, eran reducidas á la condición de cosas.

En ese mismo sentido abundaba también y estaba informada la ley de las doce tablas para la resolución de ese problema; no se encontraba más medio que el terror y la violencia.

Vino después la ley de la caridad con el cristianismo; se empezaron á romper las cadenas de la esclavitud, y el cristianismo, por la ley bendita de la caridad, supo abrir los brazos á aquellas clases desheredadas, dándoles medios de atender á sus necesidades.

Por todas partes se levantaban instituciones caritativas que acogían al pobre y al desvalido, al huérfano y á la viuda faltos de bienes y de consuelos, y de esta manera el problema social pudo encontrar una solución, la solución posible en la tierra, que dependía de estos dos extremos: la caridad del rico y la resignación en el pobre, polos sobre los cuales había de girar todo el eje de la sociedad cristiana. Pero la fe se fué debilitando en el corazón de las masas; la fe fué faltando de los pueblos, y esas masas que sentían ya dentro de su corazón toda la independencia que les había dado la manumisión, y esas masas que sentían todo el valor de la idea de libertad y de la dignidad de la naturaleza humana, se presentan ahora ante los Poderes públicos y ante la sociedad contemporánea, libres, independientes, sin fe, pidiendo satisfacción para sus necesidades; y la sociedad contemporánea, privada de los medios del terror y de la violencia de que usó la sociedad antigua, se encuentra al mismo tiempo falta de la fuerza moral y de la palanca de la fe necesaria para resolver el grave problema social, tal como se presenta en estos tiempos.

Hay otro carácter también peculiar en los tiempos presentes del problema social, y es, que en los tiempos antiguos, la civilización material, pobre, enteca, sin fuerza, sin aliento, no daba medios para que pudieran las masas hacer realmente grandes revoluciones ni causar grandes é irremediables daños; pero en los tiempos modernos, en que á un pueblo de alma corrompida se le entregan los medios prodigiosos de una civilización grandiosa, el problema social es también infinitamente más grave que lo pudo ser en ninguna de las épocas antiguas.

Y hay otro carácter, carácter esencialmente gra-

ve, en la época actual, que distingue al problema social, ó á esta faz del problema social que forma el anarquismo.

En todas épocas ha habido fanatismo; en todos los pueblos se ha registrado una larga serie de fanáticos. Yo he visto en la historia á las mujeres indias poner su cuello bajo las ruedas del carro que arrastraba el cadáver de su marido; yo he visto á Tanquelino arrastrando tras de sí pueblos enteros por esos fanatismos; yo he visto á Juan de Leyden y á los anabaptistas en Alemania; yo he visto á Fox en Inglaterra conmover la sociedad con la bandera de un fanatismo extremado; yo he visto también, aunque á éstos no puede dárseles el calificativo de fanáticos, legiones inmensas de seres débiles, de mujeres y de niños, ir sonrientes con ánimo levantado y con corazón sereno á la muerte y al sacrificio, por defender la idea cristiana.

Pero todos estos tenían el presentimiento de una grandeza superior á la grandeza que aquí se adquiere; todos estos no veían en la vida presente el término de la existencia del hombre; todos veían un horizonte más allá del horizonte de la vida; tenían la fe en otra vida superior que no acaba, tenían la fe en la eternidad y en la posesión de un bien infinito; fuera equivocada, fuera cierta la idea, creían en algo superior á lo que aquí podemos tener. Pero un fanatismo tal como el fanatismo de los anarquistas; un fanatismo que los lleva generosamente, con corazón sereno, con ánimo levantado y sonriente, al cadalso, sin pensar que hay más allá de esta vida otra, y á sacrificar todo el bien que tienen; ese fanatismo no se ha conocido jamás en la historia, y está indicando claramente que es una prueba palmaria de la gravedad del mal que está presente ante nuestra vista.

Y cuando el problema social, Sres. Diputados, se presenta en esta forma, con caracteres tan alarmantes, exigiendo una solución que esté en armonía con su importancia y su trascendencia, el Gobierno de S. M. se limita á dar una ley exclusivamente represiva, y abandona todo otro proyecto, vuelve la espalda á toda otra ley social y cree combatir un fanatismo de esta especie con una ley puramente represiva.

Y no me diréis que me adelanto á los proyectos, á la iniciativa y á la intención del Gobierno de S. M., porque hace todavía muy pocos días, mi querido amigo el Sr. Sánchez Toca se levantaba á preguntar qué pensamiento tenía el Gobierno sobre este problema, si pensaba dar alguna ley que viniera á satisfacer en cierta manera las necesidades sociales, y el Gobierno contestó con evasivas; ni siquiera prometió que aquel proyecto sobre el descanso dominical, que el partido conservador había presentado en las anteriores Cortes, sería ley. ¿Y qué más? No ya sólo por lo que ese Gobierno ha dejado de hacer, hago yo estas deducciones, sino porque ese Gobierno, en lo mismo que ha hecho que pueda afectar al problema social, sólo conseguirá agravarlo considerablemente. ¿Qué otra cosa prueban esos tratados de comercio que ha presentado para ser discutidos? Esos tratados de comercio, malos como son, como ya se está demostrando, y se demostrará todavía más cumplidamente, sólo pueden agravar considerablemente el problema social, contribuyendo á llevar el socialismo y el anarquismo á gran parte de esas masas considerables de obreros, que serán, en último ex-

tremo, las que vengan á sentir más directamente las consecuencias del empobrecimiento en que los tratados han de dejar el país por esa competencia, desventajosa para nosotros, que ha de existir entre el producto español y el producto extranjero.

Disminuyendo el trabajo nacional; dejando á las clases obreras, necesitadas hoy de medios, exhaustas de ellos; colocando el producto nacional en competencia desastrosa con el extranjero, se tendría forzosamente que aumentar las horas de trabajo, ó que disminuir los salarios, medidas ambas que sólo pueden redundar en perjuicio de los obreros, y que sólo sirven para aumentar esa clase que hoy se arroja en brazos del socialismo y del anarquismo.

¿Y cree el Gobierno de S. M. que nada tiene que hacer para resolver, ó para tratar de resolver en la medida de sus fuerzas, el problema social? ¿Cree que no tiene ancho campo para dictar disposiciones y traer aquí proyectos de ley que vengan en alguna manera á remediar este malestar social?

No se puede de ninguna manera cerrar los oídos á las quejas de las clases necesitadas: algo piden que es justo, algo piden que es necesario dar; y cuando esas peticiones y esos sentimientos se extravían, serán atribuciones y deberes del Gobierno ó de los Poderes públicos encauzarlas, pero de ninguna manera pueden tener derecho para cerrar los oídos y volver la espalda á esas peticiones y á esas exigencias de las clases necesitadas. Tened en cuenta que muchas de las cosas que piden esas clases, vienen á ser como la reivindicación de las antiguas y benditas leyes cristianas.

Ved el programa del partido socialista, el programa del partido obrero, según lo expusieron en el Congreso de Gothe, y encontraréis que piden la ley del descanso dominical, que piden que cese el trabajo de las mujeres y de los niños, que piden horas para emplearlas en dar satisfacción al elemento espiritual, y no dedicarse exclusivamente, como unas máquinas, al trabajo material, que por sí sólo degrada y denigra al hombre, y que piden tener tiempo y espacio para dedicarlo á la contemplación de otras verdades y para elevar su inteligencia á otros problemas de la vida, todavía más altos y que más importan al hombre racional.

Ha dicho un célebre escritor que las leyes sociales deben ir encaminadas á evitar la incredulidad, la inmoralidad y la falta de previsión en el pobre y la codicia y el egoísmo en el rico; y en estos términos tan concretos bien puede considerarse que están comprendidas todas esas leyes, que pueden remediar en gran parte el problema social. Yo no digo, y vaya esto ahora por vía de digresión ó de inciso, no digo que todas estas medidas hayan de ser tomadas directamente por el Gobierno. De alguna manera indirecta puede también combatirse este mal social; de alguna manera indirecta puede darse también satisfacción á las clases necesitadas y resolver en cierto sentido y bajo ciertas manifestaciones el problema social.

La incredulidad y la inmoralidad en el pobre son uno de los grandes males de la sociedad moderna.

Ya lo ha dicho un célebre orador, cuyo nombre será recordado con gusto y con admiración por todos vosotros; el Sr. Moreno Nieto, en uno de sus discursos acerca del problema social, decía que era necesario volver y fijar la vista en aquellas leyes

morales y religiosas, que iban desapareciendo por completo de los pueblos modernos, si queríamos que el problema social tuviera una satisfacción y una solución acomodadas á la grandeza de la civilización moderna, y acomodadas también á las exigencias de las clases menesterosas. De este mismo parecer fué Victor Cousin en la ley de instrucción pública, que presentó en Francia.

No pensaba seguramente Talleyrand, cuando en las Cortes Constituyentes del 91 presentó su famoso informe suprimiendo la educación religiosa en las escuelas de Francia, que esto había de engendrar aquella generación socialista y enérgica, creadora de la *Internacional* y de la *Commune*.

La falta de previsión en las clases menesterosas es otro de los males de la sociedad actual. No hay remedio contra las malas cosechas; no hay remedio para esa necesidad que sienten las clases menesterosas, cuando la fortuna les es adversa, y se encuentran, que la semilla, que arrojaron al suelo, no fructifica, como no sea la caridad ó las Cajas de previsión ó de ahorro y los Bancos agrícolas ú otras instituciones sociales. Estas instituciones, que en alguna manera pueden servir de alivio á las clases menesterosas, tampoco han sido objeto de estudio, ni creo que el Gobierno piensa dictar sobre eso medida alguna. Ya sé yo que en alguna parte estas Cajas no han servido para todo lo que pudo creerse cuando fueron instituidas; pero no dependía exclusivamente de la institución, dependía en gran parte de la inmoralidad de los administradores, lo cual en ninguna manera puede servir de argumento para combatir la institución en sí.

Yo no voy á hacer en esta tarde más que apuntar ligeramente todas estas cosas, que pueden ser materia de las leyes sociales: el Gobierno es el que las debe someter á la deliberación de las Cámaras; del Gobierno debe ser la iniciativa; lo que únicamente digo es, que para resolver el problema social, que es indudablemente, á lo menos en alguna de sus manifestaciones, á lo que se encamina esa ley de represión anarquista, es insuficiente una ley represiva: se necesitan leyes sociales que vengan á resolver en la medida de nuestras fuerzas el gran problema social, que se presenta cada vez más pavoroso, y que avanza con pasos de gigante en todas las Naciones de la Europa civilizada.

Y considerado en sí el proyecto, que ha de ser la segunda y brevísima parte de mi discurso, es indudablemente deficiente.

Algo hay en él digno de elogio; algo hay en él á que todos debemos rendir un tributo de gratitud, porque viene á ser una garantía de la sociedad alarmada, y porque viene á establecer en determinados puntos doctrina sólida y verdadera; pero algo también se nota que falta en él.

Habéis dicho: ley sobre represión de delitos cometidos por medio de explosivos; y siendo en el fondo una ley contra el anarquismo, porque así se dice en todas partes, porque así lo confesáis vosotros y así del proyecto se desprende, sin embargo, esta palabra falta como encabezamiento y epígrafe de la ley. ¿Es que no hay más que cuestión de palabras, ó es que hay cuestión de ideas, al no llevarla ahí como epígrafe de esa ley? Porque el explosivo es el medio de que se valen esas sociedades de terroristas ó anarquistas para realizar sus fines, es indudablemente

un medio con que se comete un delito; pero es que la asociación, que en su programa tiene como principio la destrucción de la sociedad presente, que no ve en el explosivo más que un medio para conseguir ese fin, ¿no es penable? El solo dictado de anarquista, ¿no es ya un dictado que envuelve el de delincuente? Cuando contra los Poderes públicos constituidos se levanta una rebelión, un ejército en armas, sólo el hecho de formar parte de aquel ejército, sin necesidad de que un individuo, que á él pertenezca, haya vertido sangre, se le considera sedicioso como á las tropas que la han vertido, y se le somete á una ley penal.

Pues cuando aquí tenemos un ejército social en rebeldía, que, valiéndose de medios arteros y alevosos, trata de destruir los fundamentos sobre que descansa la sociedad moderna, ¿por qué el anarquista no ha de poder ser también considerado como un individuo perteneciente á un ejército rebelde? ¿Acaso estas asociaciones anarquistas, que tienen por fines exclusivamente la destrucción por medio de la violencia y la muerte, no son penables en sí mismas? ¿No ha de ser penable la propaganda de estas doctrinas?

Ya sé yo que algo hay en el articulado de esta ley, que se somete á la discusión de la Cámara, ya sé yo que algo hay que viene á remediar en cierta manera el mal.

En el art. 5.º, que trata de la proposición, no se envuelve por completo, porque ya sabemos todos lo que en el Código penal se entiende por proposición, no se envuelve por completo el castigo de la propaganda. El mismo art. 8.º, que pena al que hace la apología del crimen ó del delincuente, tampoco se refiere más que al delito material cometido; pero ¿es que son lícitas estas sociedades, que tienen por fin exclusivo combatir los fundamentos de la sociedad por medio de violencia, que tienen por fin exclusivo la destrucción? Yo entiendo que no; que no hay ninguna ley que la ampare; y, por consiguiente, que esa asociación debe perseguirse, y que no debe permitirse ni la asociación, ni la propaganda anarquista.

Poco he de decir, porque esto ha de ser objeto del discurso de un digno compañero mío de esta minoría; poco he de decir sobre el hecho de someter esta ley al Jurado.

Yo entiendo que esto es uno de los más graves errores que pueden cometerse; pero ya digo que como sobre este punto va á disertar otro individuo de la minoría conservadora, yo no quiero desflorar el asunto, y lo dejo intacto para que él lo trate.

Echo de menos, y esta es una consecuencia lógica de lo que antes he expuesto, la pena de inhabilitación para todo el que sea anarquista, sin necesidad de que haya cometido un delito por medio de explosivo.

Claro es que la inhabilitación la llevan consigo también esas otras penas; pero, como me refiero única y exclusivamente al hecho de llamarse anarquista, al hecho de pertenecer á una sociedad anarquista, decía que esto lo echaba de menos en la ley, que está sometida á la discusión de la Cámara. Yo, y esta es una opinión exclusivamente mía, teniendo en cuenta la gravedad del problema, teniendo en cuenta la gravedad del mal, y aun atendiendo á dar facilidades para que los anarquistas llevarán á cabo la realización de sus deseos, establecería también la deportación.

Puesto que ellos no quieren nada con la sociedad actual; puesto que ellos nos combaten, y quieren por todos los medios imaginables destruir los organismos actuales, yo creo que se les deben dar medios para que allá en lejanas tierras, donde no tengan que producir estos quebrantos, ni estas inquietudes, ni estos desastres, en que ellos se encuentren solos, establezcan su sociedad; y si nos convencen, si después de estar ejecutando y realizando sus teorías durante cierto período de tiempo, vemos que marchan bien, que sus organismos son más perfectos que los nuestros, podremos entonces, sin necesidad de estos trastornos, sin necesidad de estos desastres, ahorrándonos el trabajo de destruirnos, ver si ha llegado el tiempo de implantar sus teorías. Esa será una cuestión, en que ellos tendrán que convencernos por la vía de los hechos y con un ejemplo vivo é irrecusable. Mientras tanto, lo que hemos de hacer es buscar la manera de que la sociedad actual se robustezca, de que se salven los principios, que son atacados por esa secta de fanáticos, de que la sociedad se libre de estos trastornos, de estos desastres y de estas inquietudes, que la perturban y que no la dejan caminar con marcha tan desembarazada y á pasos tan agigantados, como fuera de desear, por la vía del progreso verdadero y de la verdadera civilización.

Voy á terminar. Digo, Sres. Diputados, que yo tengo que aplaudir la iniciativa generosa del Gobierno, y tengo que aplaudir aún más á la Comisión, que se mueve todavía en un círculo más estrecho, porque al fin, algo hacen para tratar de dar una solución al problema social.

Esa ley viene á devolver en una parte la tranquilidad perdida por muchos en vista de los atentados cometidos contra la sociedad; viene á remediar en algo el mal que el anarquismo nos ha traído; pero entiendo que esta ley por sí sola, como ley exclusivamente represiva, no puede en manera alguna resolver el grave problema social, que tenemos el deber de resolver, y que más que á nadie compete al Gobierno tomar la iniciativa para resolverle; no se pueden cerrar los oídos á las quejas de las clases necesitadas, que piden satisfacción para las necesidades que sienten, ni se pueden cerrar tampoco los ojos á la realidad para permanecer en la ignorancia de que este mal necesita pronto y radical remedio, si no se quiere que el problema social se acreciente y se agigante y venga á hacerse de una resolución más difícil que lo es en la actualidad.

Achaque de ese Gobierno es dejar venir los acontecimientos, sin afrontarlos, sin ir á ellos con soluciones verdaderas; por eso precisamente la alarma aquí es mayor, y por esto nuestras voces se han de levantar con más tesón, con más constancia, para pedirnos leyes beneficiosas, leyes sociales, no exclusivamente leyes represivas.

Tened en cuenta esa especie de somnolencia en que hoy se encuentran las clases socialistas, tened en cuenta que esa falta de entusiasmo que parece que reina hoy entre los socialistas, á juzgar por las manifestaciones del 1.º de Mayo último, más débiles que las de hace cuatro años, no es prueba de que el problema social haya desaparecido; es que en muchas partes esas clases socialistas han creído que tales manifestaciones, que los discursos, que se pronuncian en los clubs, no son más que manifestaciones de un amor platónico que á nada conduce, y se lanzan

en gran parte en brazos del anarquismo, creyendo que así son más fáciles de obtener los fines que ellos se proponen. Y esta es la calma aparente, que no dudo yo en llamar calma precursora de grandes tempestades; y ¡ay del Gobierno! ¡ay de todos nosotros! si despertamos únicamente, cuando ya el empuje de la ola revolucionaria llame á nuestra puerta, porque entonces será muy difícil contenerla. Ahora es tiempo de atacar de frente y de raíz á esta nueva barbarie que nos amenaza; que sea también el Gobierno español, que sea también la Nación española, que es la que parece que por grandes destinos está llamada á ser el ariete más formidable contra todas las barbaries, la primera que se adelante á contener esta barbarie y á robustecer el principio social amenazado, y á dar una solución al problema social, llevando satisfacción legítima á las necesidades legítimas de las clases sociales, y encauzando las corrientes que vayan extraviadas, y esos apetitos que no pueden tener legítima satisfacción.

España ha ido á la cabeza de la civilización para salvar á Europa de toda barbarie; ella fué, primero que ninguna otra Nación del mundo, la que educó el corazón de los bárbaros, inculcándoles los principios de la civilización romana y cristiana; ella fué la que contuvo la barbarie de la media luna, aceptando los tesoros de la civilización oriental y de la escuela alejandrina que aportaban los árabes, enlazándolos y mezclándolos con los principios de la civilización europea; ella fué la que mantuvo con el brazo poderoso de Carlos V y D. Juan de Austria la barbarie de los turcos, salvando á la Europa de nieblas terribles; ella fué la que más tarde detuvo la barbarie del protestantismo, que amenazaba anegar la Europa y hacerla retroceder á siglos anteriores de barbarie; ella la que en toda época parece que por destinos providenciales ha ido á la cabeza de ese gran movimiento, que ha resistido á toda barbarie: que sea ella también la que, oponiéndose á esa barbarie, más espantosa que la de los bárbaros del Norte, porque éstos, según la expresión de Tácito, tenían un alma noble y virgen, adaptable á todo lo bueno; más espantosa que la barbarie mahometana, porque en ella había algo de otras civilizaciones; más espantosa que la del protestantismo, porque en el fondo de ella había idea de la espiritualidad, mientras que en la barbarie del anarquismo sólo existe la materia y la carne corrompida; que sea ella la que salve otra vez la civilización europea.

El Sr. **SUAREZ INCLAN** (D. Félix): Pido la palabra.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (La Serna): La tiene S. S.

El Sr. **SUAREZ INCLAN** (D. Félix): En cumplimiento de mi deber, me levanto á contestar al elocuente discurso del Sr. Burgos. En realidad, mi situación es muy difícil, porque la Comisión se ha limitado á examinar el proyecto, que sobre un asunto concreto trajo á la Cámara el Gobierno de S. M., y en virtud de ese estudio ha emitido su dictamen.

He oído con verdadero regocijo, porque siempre se aprende oyendo á personas tan eruditas como el Sr. Burgos, todo lo que S. S. ha dicho respecto á las necesidades sociales que hoy se sienten, y á la urgencia también de satisfacerlas; pero me parece que no es este el momento oportuno de discutir esos asuntos. Que hay una escuela socialista que, en con-

traposición de la escuela individualista, mantiene determinadas tendencias, y cree que el Estado debe facilitar la solución por medio de leyes ó reglamentos, eso es verdad; pero habiendo, tanto en el partido de S. S., como en el nuestro, como en todos, individuos que representan una y otra escuela dentro de la Cámara, comprende S. S. que esa labor, que no se realiza ni en un día, ni en un año, sino en mucho tiempo, podrá tener cumplimiento conforme se sienta la necesidad social.

Quizás yo peque de individualista, aunque en otra parte se me tache de mantener la doctrina opuesta; pero yo creo que la base de todo es la libertad, que deja abierto completamente el camino á todo el mundo para ocupar los cargos públicos y hasta para formar parte del Gobierno. ¿Cree S. S. que están vinculados todos los destinos, lo mismo en lo eclesiástico que en lo civil, que en lo militar, en una sola clase de la sociedad? ¿No tienen fácil acceso á los cargos públicos, por el saber y la inteligencia, todas las clases sociales? Pues entonces, ¿por qué S. S. enumeraba tantas tristezas del proletariado, hasta el punto de que podría ser calificado de apologista del anarquismo, á quien debiera aplicarse el art. 8.º del proyecto de la Comisión?

Deje S. S. la labor á los Gobiernos; deje que el Poder legislativo, ejerciendo sus funciones por iniciativa propia, ó por iniciativa de los Ministerios, que se sucedan, unas veces del Sr. Cánovas del Castillo, dignísimo jefe de S. S., otras por iniciativa del actual Presidente del Consejo de Ministros, traigan los proyectos que consideren oportunos, y esté S. S. tranquilo, ó afirme que no tiene ninguna confianza en los partidos, ni siquiera en la persona que dirige el suyo.

Ahora no se trata de reformas sociales; ahora se trata de la necesidad de reprimir los delitos cometidos por el anarquismo. Desde ese punto de vista, ¿le satisface á S. S. el proyecto, sí ó no? ¿Entiende S. S. que el Gobierno actual debía haber presentado otros proyectos de ley? Pues pudo haber empezado á hacerlo el Gobierno conservador. Esta labor se irá desarrollando por sus pasos, que para eso hay una Comisión de reformas sociales, en la que tiene intervención el partido conservador, la cual prepara estos proyectos de ley, que luego se discutirán con todo el detenimiento necesario. Además, por medio de la iniciativa parlamentaria, S. S. puede concretar sus opiniones, puede formularlas en proyectos de ley, y seguramente el Congreso atenderá y estudiará todo aquello que, por ser de S. S., ha de resultar excelente.

Viniendo al punto concreto del proyecto de ley, que discutimos, S. S. considera que es deficiente, porque no se castiga al anarquista por el hecho de llamarse anarquista, y propone que al que lo sea se le castigue con la pena de inhabilitación.

Yo pregunto al Sr. Burgos: ¿qué le importa al anarquista que se le imponga la pena de inhabilitación? ¿Para qué? ¿Para ser concejal? ¿Para ser ciudadano? ¡Si le tiene sin cuidado! Al anarquista, á quien se imponga la pena de inhabilitación, no le producirá frío ni calor.

Pero hay más: ¿es que en la definición de los delitos y en la escala de las penas, que se establezcan, se puede ir más allá que á donde ha ido la Comisión? ¿Opina S. S. que el ministerio fiscal debe proceder de

oficio para hacer una investigación, de la cual resulte quiénes son anarquistas, y lleguemos de este modo á una purificación? Eso no se puede hacer; por llamarse anarquista no se puede condenar á nadie.

Esta es una opinión propia mía, y no sé si la compartirán conmigo los demás individuos de la Comisión; pero yo creo que por llamarse anarquista no se puede considerar criminal á nadie, ni se le puede aplicar ninguna pena. Tendríamos que entrar á averiguar en qué consistía el anarquismo, tal como lo entendiera el individuo que se llamara anarquista, y si resultara que sólo significaba la negación de todo Poder público, no habría motivo para proceder contra él.

Pero en el momento en que un individuo, llámese ó no se llame anarquista, entra en el terreno de la proposición ó de la conspiración para cometer un delito, para ese caso proponemos la pena correspondiente.

¿Qué más se puede pretender? ¿Es que quería S. S. que una asociación cualquiera fuera disuelta, porque alguno de sus individuos dijese que era anarquista? ¿Es que hemos debido establecer en el proyecto de ley que fuera disuelta, y que incurriesen sus individuos en determinadas penas, la asociación que tuviese por objeto cometer delitos por medio de explosivos? Pues si S. S. quiere eso, y lo estableciésemos así en la ley, no sería nunca condenada asociación ninguna, conforme á ese precepto, porque no habría asociación constituida con semejante objeto. ¿Cree S. S. que hay alguien tan inocente, que diga que ha constituido una asociación para atentar contra la sociedad realizando delitos por medio de explosivos? No. Por eso, para salvar el principio de libertad de asociación, y al mismo tiempo para castigar todos los delitos que con ocasión ó por medio de la asociación puedan cometerse, en este proyecto de ley se establece el precepto, que habrá visto S. S. en el artículo correspondiente.

No soy orador de altos ni de medianos vuelos, y por consiguiente, no puedo seguir al Sr. Burgos en esa argumentación, que ha presentado con verdadera elocuencia y con verdadera majestad parlamentaria; pero con lo dicho he contestado á cuanto S. S. ha expuesto en lo que concierne al proyecto de ley, que se discute. Si he incurrido en alguna falta, seguramente no es por intención, sino por deficiencia mía, y ruego á S. S., si esta falta existe, que me dispense; y en cuanto S. S. me la indique, procuraré, dentro de mis escasos medios de inteligencia y de palabra, llenar esa omisión.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (La Serna): El señor Burgos tiene la palabra para rectificar.

El Sr. **BURGOS**: De nada tengo que dispensar al Sr. Suárez Inclán con motivo de su contestación á mi pobre discurso; S. S., como siempre, ha procedido con exquisita cortesía y delicadeza, y por lo tanto, sólo motivos de agradecimiento tengo en este instante hacia S. S.

Dejada aparte esta cuestión personal entre S. S. y yo, voy á rectificar algunos conceptos que equivocadamente me ha atribuido S. S.

Ha empezado S. S. por decirme que en algunos momentos le he parecido yo un anarquista. Siento mucho haberlo parecido; pero siento más que á S. S. le haya parecido eso precisamente porque yo haya defendido lo que hay de razonable y de justo en las

pretensiones de esas clases sociales, porque en este caso debe parecerme á mí que S. S. no conocen esa razón ni esa justicia, y que, por consiguiente, no conociéndolas, no pueden poner remedio á estos males. ¿Es que esas clases sociales en todo lo que piden están completamente faltas de razón? ¿Es que hemos de cerrar los oídos y los ojos para no oír sus quejas, ni ver el mal que padecen? ¿Es que el pensamiento del Gobierno en esta cuestión se encierra todo en una ley represiva, como si para redimir á esas clases y para satisfacerlas en lo que sea justo no hubiera más ley que la de la fuerza y la violencia?

Yo creo que en el fondo de lo que piden las clases sociales menesterosas, yo creo que en el fondo de ese gran problema social hay mucho de justo y de legítimo, aunque haya mucho de injusto y de extraviado; pero para eso precisamente está la iniciativa y la acción del Gobierno, para satisfacer lo que es justo y para encauzar las corrientes extraviadas.

Yo creo que en esas peticiones de las clases socialistas y menesterosas se envuelven también grandes reivindicaciones de las leyes religiosas, porque sin quererlo, contra su voluntad, tal vez sin saberlo, el socialismo, al pedir el descanso dominical, leyes que hagan que la mujer y el niño no sean empleados como máquinas en el trabajo, leyes para que se acorten de alguna manera las horas de trabajo, con el fin de dedicar algunas á otros problemas más altos de la vida, pide algo que es la reivindicación de las leyes religiosas, y ¿por qué no decirlo? de la verdadera civilización. Esas mismas leyes del descanso dominical existían en civilizaciones tan antiguas como las de la China y la del Egipto; esa misma ley ha sido defendida por Rousseau en su célebre carta á D'Alambert, y esas mismas peticiones, para que la mujer y el niño no sean empleados como meras máquinas en el trabajo, las han defendido todos los hombres de ciencia.

Y decid: prevenir la imprevisión del pobre, creando ó favoreciendo la creación de Bancos agrícolas, de Cajas de ahorros, de todo, en fin, lo que puede remediar la imprevisión del pobre, ¿es también ser anarquista? ¿De dónde ha sacado el Sr. Suárez Inclán que el interesarse en lo que hay de justo y de legítimo en las peticiones de esas clases sociales es incurrir en la nota de anarquista?

Yo creo que S. S., pensándolo algo más despacio, me hará la justicia de creer que, sin necesidad de ser anarquista, se puede perfectamente defender muchísimas de las cosas, que piden las clases necesitadas, y que se puede también poner remedio á muchas de las cosas, que existen en la sociedad actual, á la cual puede aplicarse aquella frase gráfica de Shakespeare, que ha sido aquí repetida y comentada por un eximio publicista: «algo hay corrompido en Dinamarca»; algo hay corrompido en la sociedad actual.

Eso es lo que es preciso evitar, corregir. No digo yo que estas cosas se puedan corregir únicamente por leyes directas, que vayan á atacar de raíz y de frente estos mismos males; pero lo que no se puede combatir de esta manera, puede serlo de modo indirecto, en forma de leyes que vengán á mejorar las condiciones sociales actuales.

También ha dicho S. S., para demostrar que no tengo razón al combatir las que he calificado de omisiones del Gobierno, que ahora no se trata más

que de una ley represiva; que lo que á mí me corresponde hacer es combatir la ley, si me parece mala, pero no combatir al Gobierno sólo por el hecho de no presentar otras leyes sociales. Este ha sido el argumento del Sr. Suárez Inclán, al que ya me había yo anticipado; porque precisamente por creer yo que después del tiempo que lleva en el poder el partido liberal hubiera podido muy bien traer otros proyectos de leyes sociales, es por lo que he hecho constar que todo el programa, en esta parte, del Gobierno, se encerraba en una ley de represión.

Y así es, en efecto; porque el Gobierno, lejos de contestar á las preguntas y excitaciones, que en ese sentido le dirigen las minorías, lo que hace es esquivar la contestación y la discusión, dejando en el abandono los proyectos de leyes sociales, que el partido conservador había traído á las Cortes; y sólo en una cuestión, que afecta á todo el orden social, y especialmente á las clases trabajadoras, en la cuestión de los tratados, el Gobierno muestra empeño en discutir y aprobar lo que en definitiva ha de venir á agravar, en vez de mejorar, la situación de las clases obreras. Por eso tengo yo que combatir al Gobierno, de un lado por las omisiones que he señalado, y de otro porque lo que trata de hacer es muy malo. Pues qué, ¿puede negarme nadie que los tratados de comercio, según sean buenos ó malos, tienen que influir, mejorando ó empeorando la situación de la clase obrera? Y si por esos tratados de comercio se enflaquece todavía más la producción y la industria nacionales, y se las somete á una competencia desastrosa, ¿no han de quedar las clases obreras en una situación todavía peor que la que hoy tienen? ¿Sobre quién más que sobre esa clase han de recaer estos males y estos desaciertos? Es de toda evidencia; porque la producción, para poder sostener la desventajosa competencia, á que se la somete, tendrá forzosamente que aumentar las horas de trabajo ó reducir el salario, y aun es posible que queden sin trabajo infinidad de obreros; y á estos obreros, que sienten en sí todas las necesidades, que no encuentran medio de satisfacerlas, que sienten la falta de lo más indispensable para la vida, ¿no se les coloca en una situación crítica y desesperada, y no puede esto servir de acicate para lanzarlos en las corrientes del socialismo y aun del anarquismo?

Ha dicho S. S. también si yo no tenía confianza en el ilustre jefe del partido conservador, que no había presentado leyes sociales. Pues, ¿y la ley del descanso dominical, Sr. Suárez Inclán? ¿Y los siete proyectos más de leyes sociales, como me dicen aquí, que presentó en el Senado? ¿Y qué habéis hecho vosotros de eso? Porque, si no tengo entendido mal, ¿qué lo he de tener mal entendido! me consta positivamente; en gran parte, que esas leyes no salieran, se debe á vosotros, que con vuestra oposición dejásteis el Senado sin número suficiente de Sres. Senadores para que no fuesen definitivamente votadas; por consiguiente, vosotros sois los que os habéis opuesto á toda ley que tienda á remediar algunas de las necesidades sociales.

Me dice S. S. que para qué quiero la pena de inhabilitación, si los anarquistas no piensan ser ni concejales ni alcaldes. Yo no tengo tantas noticias como S. S. sobre el particular; lo que sí puedo decir á S. S. es, que en Alemania hay Diputados anarquistas, y no sé por qué los anarquistas españoles han de te-

ner gustos diferentes á los anarquistas alemanes. ¿Por qué no les ha de entrar en voluntad á algunos de los anarquistas españoles el ser concejales, ó alcaldes ó Diputados, quizá para así realizar mejor sus propósitos, ó á lo menos para hacer propaganda? Podrá S. S. impugnar la inhabilitación, por la naturaleza misma de esta pena; pero lo que es por ese argumento tan peregrino, que S. S. aduce, yo entiendo que es inútil, porque ese argumento no puede resistir la más ligera crítica.

Dice S. S., que por llamarse anarquista, que por ser anarquista, no se debe castigar á nadie.

Yo entiendo, que aún aquí se ha manifestado ya algo de lo que piden los anarquistas, puesto que el Sr. Lostau, protestando cabalmente contra esa organización ó asociación, que se había introducido en otras asociaciones menos perniciosas, manifestó también en parte cuáles eran los principios de esos anarquistas, para protestar contra ellos; y yo creo que, habiéndose manifestado claramente cuáles son el programa y las doctrinas del anarquismo, que, habiéndolos pregonado á voz en grito por todos los ámbitos de España los anarquistas, que, después de cometer sus delitos han ido pregonando sus doctrinas y haciendo propaganda de sus ideas hasta las gradas mismas del cadalso, yo creo que, después de estar bien claros y patentes los fines del anarquismo, S. S. no puede decir de ninguna manera que cabe ambigüedad, que cabe duda sobre lo que constituye el nervio y la naturaleza del anarquismo.

No cabe duda alguna: la asociación anarquista va directamente contra las leyes fundamentales de la sociedad, bate en brecha los principios cardinales, y los bate en brecha por medio de la fuerza y de la violencia, queriendo destruir la sociedad en sus individuos; y como esta intención es una amenaza palpable contra todos los individuos de la sociedad, contra todos los seres que la constituyen y contra las leyes fundamentales, en que descansa el edificio social, claro está que es una sociedad ilegal, y que sus individuos, por el hecho de pertenecer á una sociedad de esa naturaleza, son dignos de castigo, de censuras y de penas. ¿Quiere S. S. ser más liberal que la Francia, amamantada en la libertad á raíz de la revolución del 93, y aun en pleno período de la revolución? Cuando allí se descubrió la sociedad anarquista, que no tenía más diferencia de la de hoy que la de no usar, porque era imposible, de los medios de que gozan los anarquistas actuales; cuando allí se descubrió la sociedad anarquista, hija de las doctrinas, que se habían predicado, porque era hija doctrinal de Rousseau, el que la acaudillaba; cuando allí se descubrió la asociación que capitaneó Babeuf, ¿no sabe S. S. lo que hizo el Gobierno francés? Llevarlo en seguida á la guillotina y perseguir ardentemente á todos los individuos, que habían formado aquella asociación. ¿Y qué hizo después el Gobierno francés, ya más adelante, cuando por haber resucitado Buonarrotti las doctrinas de Babeuf... (*El señor Presidente agita la campanilla.*)

Me advierte el Sr. Presidente que quizás me he salido de la rectificación.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (La Serna): El Presidente oye con mucho gusto á S. S., pero cree que no está rectificando, sino replicando al discurso del señor Suárez Inclán.

El Sr. **BURGOS**: Siempre deferente á las indica-

ciones de la Presidencia, y muy especialmente á las de S. S., procuraré reducir y aun llevar por su cauce natural esta rectificación, que si en un momento ha podido salir de él, comprenderá S. S. perfectamente que ha sido por el natural deseo de la defensa, cuando uno en su persona ó en sus doctrinas se encuentra atacado.

Por lo demás, el Sr. Suárez Inclán ha dado bien á entender que esta ley se reduce única y exclusivamente á castigar los delitos cometidos por medio de explosivos, como si se tratara de los delitos, que tienen su origen en los extravíos de una pasión; delitos que, si siempre son censurables y punibles, pueden tener más excusa que los que dependen de doctrinas, que erigen en sistema el extravío de las pasiones, y eso es precisamente lo que hace el anarquismo. No son ya delitos que provengan del desarrollo de una pasión; son delitos que provienen de haber elevado la pasión allá, donde solamente debe tener su asiento la razón, formando del desorden un cuerpo de doctrina y alabando y aun preconizando el desarreglo de estas pasiones.

No se trata aquí, y la prueba es la solemnidad con que se traen estas leyes, los trámites por que se les hace pasar y los preámbulos con que se las adorna; no se trata aquí de una ley para contener un crimen vulgar; se trata de una ley para reprimir algo, que afecta más honda y directamente á la sociedad, algo que exigía ya la sociedad para recobrar un poco la calma y la tranquilidad, perdida por los atentados, que todos conocemos. ¿Responde este proyecto de ley por sí solo á este deseo de la sociedad actual, conmovida y agitada? Yo afirmo resueltamente que no. Una garantía es, y en esto no he de escatimar mis elogios ni á esa Comisión ni al Gobierno de S. M.; pero no es esto lo bastante. Lo que yo he pedido en esta tarde es que se devuelva á la sociedad, por todos los medios de que pueda disponer el Gobierno, la tranquilidad y la seguridad que necesita, á fin de ponerla á salvo de nuevas embestidas y de nuevos desastres, como los que todos hemos tenido que lamentar.

El Sr. VICEPRESIDENTE (La Serna): El señor Suárez Inclán tiene la palabra para rectificar.

El Sr. SUAREZ INCLAN (D. Félix): ¿Cree el señor Burgos que es misión del Estado regular é impedir el trabajo del niño y de la mujer? ¿Cree S. S. que es misión del Estado prescribir por medio de las leyes el descanso dominical? ¿Cree S. S. que es misión del Estado establecer la jornada de ocho horas (*El señor Burgos*: Yo no he fijado horas), que, como S. S. sabe, en unas partes ha dado resultados satisfactorios y en otras deplorables, tanto que los mismos obreros han renunciado á ella? ¿Cree S. S. que es misión del Estado no seguir el ejemplo de Schulze, que de ninguna manera quería la intervención oficial para sus Bancos, y que, por el contrario, deben los Gobiernos mezclarse en estos asuntos hasta facilitar el capital ó procurar que se facilite, como ocurre con las cajas Raffeissen? Si eso cree S. S., enfrente de sus opiniones habrá la de los individualistas, que mantienen la tesis contraria. Todo eso, si el actual Gobierno no trae á su tiempo los oportunos proyectos de ley, puede ser objeto de la iniciativa parlamentaria de S. S. ó de la iniciativa del Gobierno del partido, en que S. S. milita, á no ser que el Sr. Burgos conceptúe á su partido incapacitado para ejercer de nuevo el poder, lo cual no creo.

También estima S. S. que á las clases menesterosas les infliere este Gobierno un agravio grandísimo por los tratados de comercio, que ha celebrado.

Respecto de los tratados, muy pronto tendrá S. S. ocasión de exponer tan gallardamente como hoy su opinión; y es más: podrá, si es tan exagerado en el camino del socialismo, defender las teorías de Guesde y Jaurés, los cuales sostienen que se debe por el Gobierno establecer tarifas protectoras para el obrero, y obligar al fabricante á que consigne un mínimo de salario. Todo eso lo puede defender S. S., unas cosas á cortísimo plazo y otras á plazo un poco más largo.

Pero ahora no tratamos de eso: *sed nunc no erat is locus...*

El Sr. VICEPRESIDENTE (La Serna): Tiene V. S. razón, Sr. Suárez Inclán; y puesto que no tratamos ahora de eso, vamos á dejarlo para cuando se trate.

El Sr. SUAREZ INCLAN (D. Félix): Precisamente voy ahora á la rectificación, pues por necesidad la Comisión había de hacerse cargo de los argumentos del Sr. Burgos, ya que este Sr. Diputado no ha querido conformarse con mis explicaciones al contestarle, cuando yo le decía que otros proyectos de ley podían llenar la misión de satisfacer los deseos de S. S.

El Sr. VICEPRESIDENTE (La Serna): Pero como al Sr. Burgos le llamé la atención porque eso no era rectificar, la justicia exige que se la llame también á S. S.

El Sr. SUAREZ INCLAN (D. Félix): Respecto al proyecto de ley, no hago más que repetir lo que he dicho antes: cuando discutamos el articulado se verá, si la ley en su carácter propio resulta deficiente. Yo entiendo que la ley cumple su objeto tanto y aun más que las dictadas en el extranjero. Mientras no entremos en el examen del articulado, no podemos discutirlo debidamente, y por tanto, me doy por emplazado, y entonces recogeré con muchísimo gusto las indicaciones de S. S.

El Sr. BURGOS: Pido la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (La Serna): La tiene S. S. para rectificar.

El Sr. BURGOS: Voy á ser muy breve, Sr. Presidente; pero hay dos ó tres conceptos, que me ha atribuido el Sr. Suárez Inclán, que me importa mucho rectificar; y es el primero el de que yo he abogado por las ocho horas de trabajo. Yo no he abogado por la fijación de horas determinadas. Lo único que yo he sostenido ha sido que á los obreros hay que tratarlos como algo más que cosa, que hay que considerarlos como á personas, y por consiguiente, que hay necesidad de dejarles algunas horas libres, para que puedan dedicarse al estudio y á la resolución de otros problemas más importantes para la vida del hombre que los problemas esencialmente económicos. Esto es lo que he sostenido y lo que mantengo. El que sean ocho, diez, doce horas, eso ya es una cosa puramente convencional, de oportunidad y de conveniencia local, y que yo no tengo para qué entrar ahora en ello, puesto que depende del estado de la producción, del estado de la industria, del estado de la fabricación y de una porción de cosas, que en este momento no es la ocasión de tratar.

Me ha atribuido también el Sr. Suárez Inclán la teoría de que yo deseo que el Estado se haga un poco socialista, entrando directamente á establecer Bancos agrícolas y á remediar pecuniariamente esas ne-

cesidades, que afectan á la vida íntima del obrero. No es eso lo que yo deseo.

Lo que he pedido esta tarde ha sido que el Estado favorezca estas instituciones, que tienden á remediar las necesidades del obrero, lo cual es una cosa muy diferente á que lo haga por sí mismo. Y añadía S. S. que esto podía ser objeto de la iniciativa mía ó de la del partido conservador, si es que el partido conservador no se declara impotente para ocupar el poder, ó no cree que ha de ocupar el poder. Ya sé yo hasta dónde alcanza el derecho de los Diputados, y cuánta es la fuerza de su iniciativa particular.

Realmente, la iniciativa particular del Diputado en estos asuntos es completamente nula, porque, no tratándose de leyes que acomoden al Gobierno, esas proposiciones de ley, que los Diputados presentan, ó van á las Comisiones á dormir el sueño del olvido eternamente, ó no prosperan.

Lo que aquí es más eficaz, lo más práctico, lo que tiene realmente condiciones de vida, es lo que sale de ese banco. (*Señalando al del Gobierno.*) Por eso solicito la iniciativa del Gobierno, por eso echo de menos la iniciativa del Gobierno en las cuestiones de interés social, que exigen realmente leyes sociales.

Por lo demás, si el partido conservador ha presentado ya en su época de mando anterior varios proyectos de ley de orden social, ¿con qué derecho se le puede atribuir que no se ocupa de esas cuestiones, que mira estas cosas con indiferencia, y creer que nada podrá hacer, ni nada volverá á hacer, cuando ocupe el banco azul mi ilustre jefe? El partido conservador se ha ocupado ya en estas cuestiones, y cuando vuelva á ocupar el poder se ocupará con mayor detenimiento; lo que hay es, que, como ahora lo ocupa el partido liberal, y las necesidades sociales están vivas y patentes, á él hay que pedirselo; y claro es que, dependiendo del partido liberal muchas de las satisfacciones á estas necesidades que la sociedad exige, á él hay que reclamárselas. Cuando el partido conservador ocupe el poder, que lo ocupará pronto, sabrá cumplir sus compromisos.

El Sr. VICEPRESIDENTE (La Serna): El señor Lostau tiene la palabra para una alusión personal.

El Sr. LOSTAU: Señores Diputados, el Sr. Burgos ha tenido la bondad de aludirme á propósito de las afirmaciones que tuve el honor de hacer ante esta Cámara el otro día con motivo de mi interpelación.

Hay un error, Sr. Burgos, en la afirmación, que ha hecho S. S. Realmente, yo denuncié á la Cámara y manifesté que habían denunciado ya ante el país la existencia de una sociedad no pública, de una sociedad secreta, que intentaba ingerirse dentro de la clase obrera para hacer práctico ese sistema del terror, contra el cual con toda mi alma protesté el otro día. Pero, entiéndase bien: no dije, ni pude decir, ni está consignado en el *Diario de las Sesiones* tampoco, que á estos que yo llamaba, no anarquistas, yo los designaba con el nombre de *terroristas*, quien los excluía de su seno, quien los denunciaba ante la opinión pública, era cabalmente una sociedad constituida, legal, que se apellidaba colectivista y anarquista. Por consiguiente, no confundamos dos cosas que creo que ha de haber interés en todo el mundo en que no aparezcan confundidas.

Saben cuantos me conocen que yo no soy, ni he sido nunca anarquista; no creo en la posibilidad del

organismo que los anarquistas preconizan; pero creo que tienen perfectísimo derecho á manifestar cuáles son aquellas ideas que respecto á organización social estiman como mejores; y en esta creencia, entiendo, y en esto felicito á los individuos de esa Comisión, especialmente al Sr. Suárez Inclán, que sería hasta inútil y ridículo que tratáramos de atentar contra aquéllos. Porque, señores, ¿qué sucedería? Sucedería lo que aconteció el año 1871.

Había en España, y estaba entonces en su nacimiento, una sociedad numerosísima de trabajadores, llamada *La Internacional*. *La Internacional* trabajaba de una manera pública y notoria, y en sus comienzos se limitaba á hacer que todos los obreros, cada uno en su país, fueran impulsando á las Cámaras y á los Gobiernos para llamarles la atención sobre el problema social, que con mucha justicia el Sr. Burgos ha evidenciado que existe, y sería inútil negar su existencia. Algunos de los que inspiraban esta propaganda internacional, y hasta alguno de entre los mismos internacionalistas, en nombre de *La Internacional* predicaba principios é ideas, que realmente no eran los que esta sociedad había consignado en su credo.

Hubo un momento crítico, y se tomó pretexto de aquellas circunstancias para poner fuera de la ley á *La Internacional*, y en esta Cámara hubo muy largas y luminosas discusiones, defendiendo los unos la legalidad de la sociedad internacional y combatiéndola otros. Yo tuve que intervenir en aquellos debates, y decía: «Señores Diputados, ¿queréis matar *La Internacional*? Pues procurad ahogar en su germen las causas, que producen el malestar de los obreros; porque todas las leyes, que hagáis contra *La Internacional*, serán ineficaces mientras no déis solución al problema social y mientras no mejoréis con leyes bien meditadas la condición de los obreros.» El tiempo, señores, ha venido á dar la razón á los que defendíamos la legalidad de *La Internacional*, y los acontecimientos que se han realizado después han venido á probar que nosotros estábamos más cerca de conocer los medios de conjurar el mal que los que creían que era posible desarraigarlo destruyendo *La Internacional*.

En este punto he de decir algo, contando con la benevolencia del Sr. Presidente y con la de los señores Diputados, he de decir algo que creo conveniente y necesario. No basta hacer leyes de proscripción, porque generalmente se vuelven contra aquéllos, en cuyo provecho se hacen; procuremos, señores, ante todo, quitar de entre nosotros cuanto pueda ser germen y origen del mal, porque yo quiero, señores, que os coloquéis en la situación y en las circunstancias tristísimas, en que muchas veces se ve el obrero, cuando el hambre llama á las puertas de su morada; y no me negaréis que, cuando llegan esos momentos, no es imposible que se propaguen y conciban ideas de odio. La mayor desgracia en este país, como en otros muchos, y ahora me refiero al nuestro, es la extrema ignorancia, que hace que 10 millones de españoles no sepan leer ni escribir, y que al lado de éstos, por parte de los que saben leer y escribir, haya algunos que les prediquen cosas, cuyo valor desconocen, porque se les ha dado una instrucción tan incompleta, que para muchos de ellos casi ha sido un castigo lo que han aprendido; han comido mucho y no lo han digerido bien, lo cual ha dado

origen á esos fanáticos, que de vez en cuando producen las circunstancias del momento.

Por tanto, lo primero que debemos combatir es la ignorancia y la miseria; y por lo que se refiere á España, lo primero que hemos de procurar es que el trabajo sea una verdad, que no queden tierras incultas, que hagamos leyes agrarias, para que esa inmensa cantidad de terrenos, que hoy están sin cultivar, puedan dar trabajo y pan á los obreros que, como en Andalucía y otras partes, se están muriendo de hambre; éstas son las verdaderas y radicales medidas que hay que tomar; hemos de combatir todos los egoísmos de clase; y yo opino, por más que soy muy proteccionista, como saben los Sres. Diputados, que no es la menguada cuestión de los tratados la causa de la enfermedad social, que todos deploramos. No; aquí hay egoísmos de clase; aquí hay gente que cree, cuando ha alcanzado cierta posición social ó cuando la han heredado, que no forma parte de la sociedad, y que puede malgastar sus riquezas sin dirigirlas al trabajo.

Por eso existen tantos miles de hectáreas sin cultivar, porque hay muchos gentes que consumen su dinero en las grandes capitales, sin acordarse de aquellos pobres labradores, que han de ser los que levanten al país de la postración en que se encuentra. Al lado de esto, Sres. Diputados, y digámoslo de una vez (no es una censura que yo dirija á mis paisanos los fabricantes de Cataluña, porque el egoísmo desgraciadamente está muy arraigado, y allí donde exista, allí debemos acudir), aquí se habla de los tratados con mucha justicia; yo creo que son perjudiciales; pero hay miles de fábricas, Sres. Diputados, que en estos últimos tiempos han tenido pingües, magníficas ganancias, y sin embargo aquellos obreros que dan la vida á las fábricas, aquellos obreros, en cuyo nombre se acude al Gobierno siempre para que se modifiquen sus condiciones, aquellos obreros no tienen ninguna participación en este aumento de ganancias de los fabricantes, y siguen siendo tan pobres como eran antes.

Hay más, Sres. Diputados: existe una ley muy buena, y que, de ser debidamente aplicada, produciría grandes beneficios á la clase obrera, y sin embargo resulta una ley de verdadera explotación. Me refiero á la ley de colonias.

En Cataluña misma, en que hay gente libre, en que hay un obrero independiente, he visto yo muchas colonias que son verdaderos ingenios. Contra esos egoísmos hemos de tronar todos como un solo hombre, si queremos levantar á la clase obrera del nivel á que se encuentra, si queremos demostrarle que nosotros somos copartícipes de sus desgracias, y que, como verdaderos patriotas, acudimos á curar sus males.

No me cansaría, Sres. Diputados, si yo creyera que el derecho á molestaros me asistía, de presentaros varias fases de la cuestión social. Yo opino que la escuela terrorista que aquí se ha intentado implantar, es una escuela extraña á nuestra clase obrera y á nuestro modo de ser. Nuestra clase obrera será revolucionaria, se hará matar en el campo ó al pie de una barricada, pero no es traicionera; y el empleo de la bomba explosiva es un asesinato á traición y con alevosía. Por eso temo yo que, equivocando conceptos y personas, se confunda al delincuente con alguien, que pueda ser inocente, y por eso quiero yo

que se haga justicia, que se sepa distinguir y que los Gobiernos aprendan á ver clara la cuestión social.

Hace años que se celebran estas manifestaciones, cuyo camino en cierto día intentaron algunos torcer, que se llaman las manifestaciones del trabajo. La verdad es, señores, y en esto todos los Gobiernos han caído en el mismo lamentable olvido, que al cabo de tantos años, desde que en 1.º de Mayo se reclaman reformas positivas para la clase obrera, ni siquiera se ha sabido sostener una ley que la República dictó sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, ley que está olvidada y que nadie hace cumplir; y en cambio, lo único que aquí se ha presentado como salvador, ha sido el descanso dominical.

Señores Diputados, ¿qué enfermedad social ha de curar el descanso dominical, si lo que necesita nuestra clase obrera es un trabajo remunerado, y una escuela, donde se le enseñe la verdadera ciencia, la ciencia positiva; si lo que necesita nuestro labrador del campo es saber qué abono ha de colocar en la tierra, qué clase de simientes ha de emplear? ¿Qué enfermedad social ha de aliviar el descanso dominical, si lo que necesitan nuestros trabajadores en los telares es saber qué clase de productos químicos darán mejor tinte, qué clase de procedimientos podrán emplear en la manufactura para competir por modo eficaz con los mejores obreros del mundo? Porque es verdaderamente lastimoso, señores, el estado de nuestros obreros, tan dignos por todos conceptos de mejor suerte; porque yo he trabajado en el extranjero, y en ninguna parte he encontrado obreros de las excelentes condiciones que tiene nuestro obrero español; yo no he visto en España manifestaciones de ese vicio de que están dominados los obreros ingleses, del alcoholismo; yo no he visto en España lo que pasa en París, donde el obrero gasta la mitad de sus jornales en bebidas espirituosas; los obreros españoles aman la familia, no quieren que se les confunda con gente perdida, y se producen de tal manera en casinos, cafés y lugares de reunión públicos, que muchas veces no es posible distinguir si se trata con un simple obrero ó si se trata con una persona que ha frecuentado las Universidades.

Lo que es preciso es que esas clases vean que los Cuerpos Colegisladores no las tienen en olvido; lo que es necesario es que las clases altas se convenzan de que el trabajo merece su recompensa; y así como en Cataluña por medio de la *rabassa* se hicieron propietarios los colonos, en todas partes es necesario que el que hace producir á la tierra lleve á ser propietario, y de esa suerte todos tendrán que defender algo, de esa suerte todos estarán interesados en defender la Patria y la libertad, mientras que hoy hay millones de hombres que viven de su trabajo y en realidad son extranjeros en su propia Patria.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Lostau...

El Sr. LOSTAU: Comprendo perfectamente que estoy abusando del Congreso, y como no quiero molestarle más, hechas estas manifestaciones á que me ha obligado una alusión personal, y como más adelante en el trascurso de la discusión de este proyecto de ley he de discutirle con la elevación de miras que yo acostumbro, ya que no con el talento que otros lo hagan, dejo de hacer uso de la palabra.

El Sr. SUAREZ INCLAN (D. Félix): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. **SUAREZ INCLAN** (D. Félix): El Sr. Lostau ha dicho al terminar su discurso, en forma concreta y con la elocuencia que todos reconocemos en S. S., y de que acaba de hacer gala, que ha de repetir sus aseveraciones en el curso de la discusión; entonces, por labios más autorizados que los míos, encontrará S. S. la debida respuesta. Por consiguiente, la labor mía ha terminado, y no atribuya S. S. á descortesía de la Comisión esta sobriedad.

Yo podría contestarle con extensión si la hora reglamentaria me lo consintiera, puesto que encontraría en la Presidencia el amparo de mi derecho, que quizás en algún momento pudo ser desconocido. Mas tenga S. S. la seguridad de que en el curso del debate la Comisión ha de guardarle la consideración que merece.»

Habiéndose concedido la palabra á los Sres. Marqués de Lema y Amat, que no se hallaban presentes, dijo

El Sr. **SECRETARIO** (Alonso Martínez): No hallándose presentes ninguno de esos dos señores...

El Sr. **MURO**: Pido la palabra para consumir el segundo turno.

El Sr. **LA SERNA**: Señor Presidente, agradecería á S. S. que, si el Reglamento lo autoriza, me concediese la palabra para una alusión personal, alusión que yo no puedo menos de recoger, porque ha nacido de una falta ó de consideración ó de aplicación del Reglamento que se supone he cometido ocupando el alto sitio que ocupa S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene S. S. la palabra.

El Sr. **LA SERNA**: No esperaba yo, Sres. Diputados, y han de ser muy pocas las palabras que pronuncie, que un amigo mío y correligionario, el señor Suárez Inclán, aprovechara un momento para quejarse de manera tan clara, tan transparente y de evidencia tal, que no ha pasado desapercibida para nadie, y que me ha herido en lo más hondo, del acto que he realizado ocupando la Presidencia de la Cámara al llamar la atención de S. S. en un instante en que, á mi juicio, estaba de una manera abierta y decidida fuera del Reglamento de la Cámara. (*El señor Suárez Inclán pide la palabra.*)

No hay nada más difícil que la situación de un Vicepresidente cuando ocupa el sillón presidencial en ciertos momentos, falto siempre de aquella autoridad personal que tienen los Presidentes, y más necesitado, por eso, de una benevolencia, de un apoyo casi incondicional por parte de la mayoría que le ha elevado, aunque inmerecidamente tratándose de mí, á ese puesto.

Había yo tenido el profundo sentimiento de interrumpir en su rectificación al Sr. Burgos, y como entendía y sigo entendiendo que cuando ocupo aquel sitio no soy más que el representante de la Cámara entera y el guardador, en cuanto de mí dependa y quepa, de las prescripciones del Reglamento, cuando al hablar el Sr. Suárez Inclán creí que estaba fuera de la cuestión, hube de hacer lo mismo con S. S. Honrado con un cargo que he obtenido de la mayoría en muchas ocasiones, con el cargo de Vicepresidente, que, una vez obtenido, puede halagar el amor propio, que es lícito cuando de tales alturas se trata, debo declarar que ni por eso ni por nada he de conservar ese ni otro puesto alguno si se creyese que no cumplía los deberes que el Reglamento me impone y no sabía interpretar el espíritu y la

letra de ese mismo Reglamento. Interrumpí al señor Suárez Inclán como, si no hubiera sido ocupado aquel sitio por el Sr. Presidente, hubiera interrumpido al Sr. Lostau, por creerlo de mi deber, y me extraña que por ese hecho crea el Sr. Suárez Inclán, que, sólo llegando el Presidente de la Cámara, podía encontrar S. S. una protección que no había encontrado en mí.

Basta ya. He sentido profundamente el juicio de S. S.; no esperaba esa censura de S. S., censura que no me explico, pues creo haber cumplido con mi deber; si la Cámara entiende otra cosa, me someto á su juicio.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Suárez Inclán tiene la palabra.

El Sr. **SUAREZ INCLAN** (D. Félix): La Cámara ha de juzgar, no yo, de la conducta que ha seguido conmigo la Presidencia y la que se ha observado con los demás oradores.

El Sr. La Serna hubiera llamado al orden al señor Lostau cuando el Sr. Presidente ocupó la Presidencia; es así que el Sr. Presidente no ha llamado al orden al Sr. Lostau, luego ya se puede deducir la consecuencia.

He pronunciado un brevísimo discurso, faltando acaso á la cortesía que debo al Sr. Burgos al emplear sólo siete minutos; he rectificado en tres minutos y medio, y no estaba fuera de la cuestión. Se trataba de un punto de Derecho, y aunque reconozco en la Presidencia instrucción y autoridad en todas las cuestiones, en asuntos de Derecho hay otros compañeros míos en la Comisión y en el Congreso que á una dicen que estaba perfectamente dentro de la rectificación al discurso del Sr. Burgos. Me honro con el título de letrado; conozco algo la cuestión que se debate; algo he aprendido en las tareas de la Comisión, y me conceptúo con igual competencia que el Sr. La Serna para entender, contra el juicio de S. S., que estaba por completo dentro de la cuestión.

El Sr. **LA SERNA**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: Antes de que S. S. diga algo al Sr. Suárez Inclán, creo yo que la Presidencia está en el caso de llamar la atención de este Sr. Diputado. Es posible que el Sr. La Serna haya apreciado las cosas de otro modo que el Sr. Suárez Inclán; pero en el acto del Sr. La Serna como Vicepresidente que usa de una de sus facultades y cumple su deber tal y como lo entiende en conciencia, no veo yo que tenga S. S. razón tan completa y exacta como sin duda se figura S. S. Lo que sé es, que el Sr. La Serna, al interrumpirle, no ha tenido la más mínima intención de ofender á S. S., y que, por tanto, este diálogo que se establece entre S. S. lastimado y el Sr. La Serna lastimado también por lo que S. S. ha dicho, es doloroso, y yo quisiera que por la armonía que debe reinar entre todos nosotros, cesaran estas indicaciones que yo he visto con pena hechas en la ocasión presente por uno y otro.

Es necesario, Sres. Diputados, que con la Presidencia haya una tolerancia extraordinaria, porque no disponiendo ésta de medios coercitivos, si no hay confianza en los que ocupan este sitio, es imposible dirigir las discusiones de la Cámara en las circunstancias actuales.

A mí me parece que además de la necesidad de dejar á salvo la autoridad de quien ocupe este sitio, reconociendo sin reservas de ninguna especie su de-

recho y su competencia para dirigir la discusión, las susceptibilidades que en la ocasión presente se manifiestan no deben ir tan lejos ni por una ni por otra parte, y por lo mismo, ruego á ambos señores que cese este debate, que es un poco desagradable, y se den por satisfechos con las manifestaciones que en cumplimiento de los deberes que mi cargo me impone, y con la imparcialidad que siempre procuro tener en este sitio, y mucho más en la ocasión presente, tratándose de dos amigos íntimos míos, he hecho.

¿Insiste en hablar el Sr. La Serna?

El Sr. **LA SERNA**: Señor Presidente, nunca escatimaré yo las pruebas de consideración, de respeto y de deferencia hacia S. S. Si alguna vez tuviera que violentarme al poner de relieve esas pruebas, seguramente sería en la ocasión actual, á pesar de las nobilísimas palabras de S. S. Ni en la forma en que hablé, ni en la manera como me defendí, hubo censuras ni ataques del modo y en la forma de las censuras y de los ataques que se me han dirigido, pues ni pretendí enseñar á nadie, ni quise hacer más que cumplir con mi deber en este sitio, explicando á la Cámara mi conducta; pero S. S. me pide que calle, y las peticiones de S. S. son órdenes para mí.

Me callo ante el Presidente y ante el que es siempre para mí respetable y querido amigo.

El Sr. **SUAREZ INCLAN** (D. Félix): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene V. S.

El Sr. **SUAREZ INCLAN** (D. Félix): El Sr. Presidente sabe el respeto que le tengo, respeto que nace de la justificación de S. S.; por consiguiente, ¿qué he de hacer yo, más que acatar en absoluto el consejo que S. S. me da?

Quedo muy satisfecho con lo que S. S. ha expuesto, y muy honrado con las frases inmerecidas que me ha dirigido.

El Sr. **PRESIDENTE**: Queda terminado este incidente.

Como han pasado las horas de Reglamento, el señor Muro usará de la palabra en la primera sesión. Se suspende este debate.

A propuesta del Sr. Presidente, el Congreso acordó reunirse en Secciones el miércoles.

El Congreso quedó enterado de la comunicación en que la Comisión que entiende en el proyecto de ley relativo á la concesión de un ferrocarril de la Carolina á Caguas (Puerto Rico) participaba su constitución, habiendo nombrado presidente al Sr. Conde de Torrependo y secretario al Sr. Alfau.

Se anunció que pasaría á la Comisión de actas una exposición de D. Manuel Linares Astray, acompañada de documentos en que se denuncian coacciones realizadas en la elección de un Diputado á Cortes verificada el día 6 del actual en el distrito de Chantada.

Se leyó, anunciándose que pasaría á las Secciones para nombramiento de los Sres. Diputados que han de formar parte de la Comisión mixta, el proyecto de ley, modificado por el Senado, sobre el servicio de los Archivos, Bibliotecas y Museos del Estado. (*Véase el Apéndice 2.º á este Diario.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para el miércoles: Los dictámenes que se han leído, y los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las seis y cuarenta y cinco minutos.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictámenes de las Comisiones de actas é incompatibilidades sobre la elección del distrito de Mula, provincia de Murcia, y sobre el caso de compatibilidad del Diputado electo D. Juan López Parra.

La Comisión de actas ha examinado la de elección parcial verificada el 6 de Mayo actual en el distrito de Mula, provincia de Murcia; y no conteniendo protesta ni reclamación alguna contra la validez de la elección, ni contra la capacidad legal del señor D. Juan López Parra, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar dicha acta y admitir como Diputado por el referido distrito, si no estuviese comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, al expresado señor, que ha presentada su credencial, y cuyas capacidad y aptitud legales no ofrecen duda.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—El Marqués de Sardoal, presidente.—Eduardo Romero Paz.—Eduardo Cobián.—Aureliano Linares Rivas.—Francisco Agustín Silvela.—Rafael María de Labra.—Cipriano Garijo.—Gumersindo de Azcárate.—Juan

Alvarado.—Pablo Rózpide.—Antonio Comyn, secretario.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado las listas de funcionarios públicos remitidas hasta la presente fecha por el Gobierno de S. M.; y no apareciendo en ellas el Sr. D. Juan López Parra, ni constando de ningún otro antecedente de los que ha tenido á la vista la Comisión que dicho Sr. Diputado electo por el distrito de Mula, provincia de Murcia, desempeñe empleo alguno, nada tiene que oponer á su admisión como Diputado.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Juan Felipe Sendín.—Juan Gualberto Ballesteros.—Rafael Serrano Alcázar.—Luis Sánchez Arjona.—Pegerto Pardo Balmonte.—Enrique Corrales.—Luis Vilanova,

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictámenes de las Comisiones de actas é incompatibilidades sobre la elección del distrito de Mula, provincia de Murcia, y sobre el caso de compatibilidad del Diputado electo D. Juan López Parra.

Alvarado.—Pablo Róspide.—Antonio Gorniz, secretario.

La Comisión de incompatibilidades ha examinado las listas de funcionarios públicos reunidas hasta la presente fecha por el Gobierno de S. M. y no apareciendo en ellas el Sr. D. Juan López Parra, ni considerando en ellas otro antecedente de los que ha tenido á la vista la Comisión que dicho Sr. Diputado electo por el distrito de Mula, provincia de Murcia, desampara ningún empleo alguno, nada tiene que oponer á su admisión como Diputado.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—José Canalejas y Méndez, presidente.—Juan Felipe Serrano.—Juan Gualberto Ballestero.—Rafael Serrano Alcaraz.—Joaquín Sánchez Argente.—Pérgamo Pardo Balmonde.—Enrique Corrales.—Luis Villanueva.

La Comisión de actas ha examinado la de elección parcial verificada el 8 de Mayo en el distrito de Mula, provincia de Murcia, y no conteniendo protesta ni reclamación alguna contra la validez de la elección, ni contra la capacidad legal del señor D. Juan López Parra, tiene la honra de proponer al Congreso que se sirva aprobar dicha acta y admitir como Diputado por el referido distrito, si no estuviera comprendido en alguno de los casos de incompatibilidad que establece la ley, al expresado señor, que ha presentado su credencial y copias capitales y apellidos legales no ofrecen dudas.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—El Marqués de Sanjal, presidente.—Eduardo Romero Paz.—Eduardo Górriz.—Antonio Llanos Rivas.—Francisco Agustín Silveira.—Rafael María de Labra.—Cipriano Garjón.—Guillermo de Azeite.—Juan

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proyecto de ley, modificado por el Senado, disponiendo que todos los Archivos, Bibliotecas y Museos del Estado sean servidos por individuos del Cuerpo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios.

AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

El Senado, tomando en consideración lo propuesto por ese Cuerpo Colegislador, ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Todos los Archivos, Bibliotecas y Museos de los Ministerios y dependencias del Estado, así como el Archivo de Indias, el depósito de libros del Ministerio de Fomento, el Registro central de la propiedad intelectual y los demás centros y establecimientos de naturaleza análoga, serán servidos, desde la publicación de la presente ley, por individuos del Cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios.

Art. 2.º Los empleados de los establecimientos á que se refiere el artículo anterior, que al publicarse esta ley lleven al menos dos años de servicios en ellos, ingresarán en el escalafón general del expresado Cuerpo, conforme al reglamento del mismo, obteniendo colocación en el lugar que les corresponda, con arreglo á su sueldo, antigüedad y categoría.

Art. 3.º El Archivo de Indias, el de la suprimida Cámara de Cattilla y los demás de su clase comprendidos en el art. 1.º de esta ley, pasarán á depender exclusivamente del Ministerio de Fomento y Dirección general de instrucción pública, lo mismo que el resto de los Archivos históricos; efectuándose su entrega por parte de los Centros que hoy los tienen á su cargo, en el plazo improrrogable de tres meses, contados desde la fecha de la publicación de la presente ley.

Art. 4.º Los demás Archivos, Bibliotecas y Museos de los distintos Ministerios y dependencias del Estado continuarán, como hasta aquí, á las órdenes de los jefes de los respectivos Departamentos; pero en todo lo referente al régimen, disciplina y condiciones orgánicas de su personal, y á las relaciones de éste con los demás individuos del Cuerpo se observarán las leyes y reglamentos que rijan en el mismo.

Art. 5.º El nombramiento de los individuos del Cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios que hayan de prestar sus servicios en los Archivos, Bibliotecas y Museos de las expresadas dependencias del Estado, se hará por el Ministerio de Fomento, pasando al presupuesto de éste los créditos que aquellos Centros tengan destinados para sostener los establecimientos que se incorporen.

Art. 6.º Los Archivos, Bibliotecas y Museos de carácter provincial y municipal que ofrezcan verdadera importancia á juicio del Ministerio de Fomento, después de oír á la Junta superior facultativa del ramo, serán servidos por personas que posean el título académico de archiveros, bibliotecarios y anticuarios, respetándose, no obstante, los derechos adquiridos por los funcionarios que anteriormente los tuviesen á su cargo.

Art. 7.º Se declara no estar comprendidos en las disposiciones de la presente ley el Museo nacional de Pintura y Escultura, el de Ciencias naturales, todos los de carácter técnico especial, los Archivos y Bibliotecas de los Cuerpos Colegisladores y los demás Archivos, Bibliotecas y Museos pertenecientes á las diversas dependencias del Estado, cuya naturaleza ó escasa importancia excluyan la necesidad de destinarles un personal facultativo para el servicio.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

SESIÓN DEL MIÉRCOLES 16 DE MAYO DE 1894

SUMARIO

Abierta á las dos y media, se aprueba el Acta de la anterior.

Concesiones en favor de la Sociedad hispano-mauritánica: comunicación.

Elección de Las Palmas: credencial del Diputado electo.

Recepción en Palacio con motivo del cumpleaños de S. M. el Rey: comunicación.—Lista de Sres. Diputados que componen la Comisión del Congreso.—Declaración del señor Presidente.

Expedientes de suspensión de parte de la Diputación de Málaga y de varios Ayuntamientos de dicha provincia: comunicación contestando á un ruego del Sr. Bores Romero.

Cuestión de los cambios entre las islas Filipinas y la Península: pregunta del Sr. Carvajal y Trelles.—Contestación del Sr. Ministro de Ultramar.—Rectificaciones de ambos señores.

Régimen arancelario que ha de regir desde el día de hoy entre Alemania y España: pregunta del Sr. Navarro Reverter.—Contestación del Sr. Ministro de Hacienda.—Rectificaciones de ambos señores.

Formalización de registros fiscales de fincas urbanas: pregunta del Sr. Barrio y Mier.—Contestación del Sr. Ministro de Hacienda.—Rectificación del Sr. Barrio y Mier.

Declaraciones del Sr. Ministro de la Guerra acerca del alcance de la misión confiada á la Junta que ha de proponer el procedimiento legal para establecer la proporcionalidad en el ascenso al generalato: proposición.—Discurso del Sr. Sanchís en su apoyo.—Contestación del Sr. Ministro de la Guerra.—Se suspende la discusión.

Reunión de Secciones.—Se suspende la sesión á las cuatro y veinte minutos.

Reanúdase á las cinco y cincuenta y cinco minutos.

ORDEN DEL DÍA: Elección de Mula (Murcia): dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades.—Se aprueban.

Juramento del Sr. López Parra.

Represión de delitos cometidos por medio de explosivos: continúa el debate de totalidad sobre este dictamen.—Discurso del Sr. Marqués de Lema, segundo en contra.—Idem del Sr. Pérez Castañeda, de la Comisión.—Rectificaciones de ambos señores.—Discurso del Sr. Amat, tercero en contra.—Se suspende la discusión y el discurso del Sr. Amat.

Aplicación á la isla de Puerto Rico de la ley de colonias agrícolas de la Península: comunicación.

Ferrocarril de Calaf á Villanueva y Geltrú: dictamen.

Objetos de que se han ocupado las Secciones en su reunión de esta tarde: nota de Secretaría.

Orden del día para pasado mañana.—Se levanta la sesión á las siete y cincuenta y cinco minutos.

Abierta la sesión á las dos y media, se leyó el Acta de la anterior y fué aprobada.

El Congreso quedó enterado de una comunicación del Sr. Ministro de Estado, acusando recibo de una exposición de la Junta organizadora del Congreso español de africanistas celebrado en Granada, solicitando varias concesiones en favor de la Sociedad Unión hispano-mauritánica, y que se traduzcan en leyes y disposiciones de gobierno otras conclusiones mencionadas en la misma exposición.

Se anunció que pasaría á la Comisión de actas la credencial presentada en Secretaría por el señor D. Juan Montilla y Adán, Diputado electo por el distrito de Las Palmas (Canarias).

El Congreso quedó enterado de una comunicación del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, manifestando que por el jefe superior de Palacio le ha sido comunicado que S. M. la Reina se ha servido señalar la hora de las dos y media de la tarde del día de mañana para recibir á las Comisiones del Senado y del Congreso de los Diputados que han de ofrecer sus felicitaciones con motivo del cumpleaños de S. M. el Rey.

A propuesta del Sr. Presidente, el Congreso acordó que fuese una Comisión de su seno á felicitar á S. M. el Rey, con motivo de sus cumpleaños; anunciándose inmediatamente que corresponde formar parte de esta Comisión á los Sres. Diputados siguientes:

Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo, Presidente.

D. Andrés Mellado.
D. Juan Francisco Gascón.
D. Agustín Bullón.
D. Enrique Crooke.
D. José Cort.
D. Juan Navarro Reverter.
D. Antonio Comyn.
D. Eduardo Dato.
D. Fernando Merino.
D. Federico Requejo.
D. Juan Fernández Latorre.
D. Juan Manuel Guerrero.
D. Manuel María Arrótegui.
D. José María Celleruelo.
D. Federico Martínez del Campo.
D. José de Garnica.
D. Eduardo Romero Paz.
D. Vicente Martínez Bande.
D. Rodolfo del Castillo.
D. Guillermo Joaquín de Osma.
D. Manuel de Burgos.
D. Rodrigo Figueroa.
D. Adolfo Calzado.
Sr. Marqués de la Mina.

Secretarios.

D. Vicente Alonso Martínez.
D. Manuel García Prieto.

Suplentes.

D. Juan Rosell.
D. José Comas Masferrer.
D. Pablo Rózpide.
D. Rafael Cabezas.
D. Lorenzo Moret.
D. Juan Spottorno.

El Sr. PRESIDENTE: Los demás Sres. Diputados que quieran agregarse á la Comisión, podrán hacerlo, según costumbre.

Se anunció que quedarían sobre la mesa á disposición de los Sres. Diputados, el expediente de suspensión de 15 diputados provinciales de Málaga y los de suspensión de los Ayuntamientos de Vélez-Málaga y Churriana, remitidos por el Sr. Ministro de la Gobernación á ruego del Sr. Bore y Romero, en comunicación en que á la vez manifiesta las razones por las que no es posible remitir los demás expedientes reclamados por dicho Sr. Diputado en 26 de Abril último.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Carvajal y Trelles tiene la palabra.

El Sr. CARVAJAL Y TRELLES: Señores Diputados, siento verme precisado á molestar vuestra atención, siquiera sea por breves momentos; pero tengo absoluta necesidad de dirigir una pregunta, más bien un respetuoso ruego, al Sr. Ministro de Ultramar, á quien agradezco la atención de hallarse presente y de haber venido en días anteriores con el mismo objeto; la pregunta es de importancia, y aprovecho gustoso la ocasión de hallarse S. S. presente para dirigírsela, con el fin de que me dé la contestación que le sea posible.

Los periódicos y cartas recibidas últimamente de Filipinas se ocupan casi exclusivamente de la pavorosa cuestión de los cambios, que está siendo allí la ruina de muchas familias y que imposibilita casi en absoluto toda transacción comercial con la Península. A la salida del último correo, estaban los cambios al 38 por 100, con tendencia á subir, hasta el punto de que creía aquel comercio que en todo este mes llegarían á estar al cuarenta y tantos y al 50 por 100.

No hay para qué decir hasta qué punto es esta situación insostenible, y cuál será el deseo del señor Ministro de Ultramar de mejorarla. A propósito de ella, dice el periódico *El Amigo del Pueblo*, de aquellas islas, de 31 de Marzo último, y *El Diario de Manila*, lo que de buen grado leería si no temiera molestar á los Sres. Diputados, pero que entregaré á los señores taquígrafos para que inserten unos cuantos párrafos de los citados periódicos.»

Los textos á que se refiere el orador son los siguientes:

De *El Amigo del Pueblo*:

«*Rumores*.—Decíase ayer que no eran muy tranquilizadores los rumores que corrían respecto á la situación angustiosa en que va colocando á todas las clases sociales la pavorosa cuestión de los giros.

»Y no deben estar destituidos de fundamento, cuando vienen algunos colegas dando la voz de aler-

ta para prevenir los acontecimientos que pueden ocurrir si no se pone un pronto remedio al mal que tan de cerca nos amenaza y aflige.

»Que la situación es grave, á nadie se oculta; ¿y cómo puede ocultarse cuando se están tocando las consecuencias? ¿Quién es capaz de resistir un quebranto del 37 por 100? Ayer mismo se nos decía por un amigo: acabo de tomar una letra de treinta pesos para la Península, y he tenido que abonar 11 pesos.

»Pero no es esto lo peor, sino que el mal toma vuelos tan rápidos que hay quien asegura que en los primeros días del mes subirá á más de 40 por 100.

»Esta situación no es sostenible, ya lo hemos dicho, y seguiremos diciéndolo, aunque nada consigamos con ello. A *grandes males, grandes remedios*. Cuáles sean éstos, no somos nosotros los llamados á determinarlos, porque sabemos que aun cuando tuviéramos la seguridad de conocerlos y la habilidad de ponerlos á la vista de todo el mundo, sería tiempo perdido, no estando en nuestra mano el darles aplicación inmediata.

»Además, si el Gobierno de la Península, que es nuestro Gobierno, no está ignorante de lo que pasa, debiera orillar los móviles á que obedece un estado tan nocivo para todas las clases sociales, prestando su apoyo á cualquiera de los medios que se han propuesto como más eficaces para obrar los efectos que se apetecen, ó poniendo en práctica otros que en su alta sabiduría crea bastantes para cortar el mal que nos ha de devorar.

»No se hace, y respetamos el silencio que se guarda sobre tan importante asunto; pero sin que esto quiera decir que aplaudamos ese silencio, porque daríamos á entender que nos importan poco los males que todos sin distinción vienen sufriendo; y eso está tan distante de nuestro pensamiento como la creencia de que pueda tener pronta solución el conflicto que se lamenta.

»Que la situación es difícil de salvar, ya lo sabemos; pero no ignoramos tampoco que lo difícil de realizar, si se realiza, es lo que merece el aplauso público. Lo sencillo no tiene mérito ninguno. Sin embargo, sencilla nos parece la idea que, según anuncia un colega, ha salido á luz, de convocar una reunión de funcionarios de todos los ramos, con el fin de ponerse de acuerdo para dirigir una exposición al Gobierno en la que se detallen los grandes perjuicios que están sufriendo con los dichosos descuentos, tanto oficiales, como comerciales.

»La reunión no ponemos en duda que se llevará á efecto, y como resultado, que se haga la reclamación, como no dudamos tampoco que será atendida como corresponde en justicia; pero no demos al olvido que el procedimiento es lento y exigiría por lo menos su resolución tres ó cuatro meses de plazo, que vendría á compendiarse en estos conocidos versos:

*En un año de plazo que tenemos,
El asno, el Rey ó yo, ¿no moriremos?*

»Véase, pues, si es urgente hacer algo más que una reclamación en forma, sin que por ello se entienda que nos opongamos á ella; pero creemos que hay otro medio de más pronto resultados, que es lo que interesa, y el medio es que se haga la reclamación directamente al Gobierno superior, quien, conocedor de la aflictiva situación por que se está pa-

sando, interceda telegráficamente con el poder constituido para que acceda á la supresión del descuento que vienen sufriendo todas las clases que perciben haberes del Estado, y todas, en general, como consecuencia inmediata.

»Esto es lo que nosotros estimamos más oportuno, más conveniente, y sobre todo más liberal; porque algo más que protestas respetuosas y enérgicas se necesitan en tan críticos momentos, si ha de ponerse coto al incremento que ha tomado el mal, y que, según todos los síntomas, no es fácil adivinar hasta dónde llegará, de no tomarse una resolución franca que evite la ruina de las familias. Cuando las causas que producen malos efectos son superiores al poder de los particulares y amenazan á la existencia de la generalidad, al Gobierno toca combatirlos y extirparlos en bien de los pueblos, y si no puede aplicar el remedio al todo, hágalo á la parte, aunque esta sea la menor.»

Del Diario de Manila:

«Los cambios están al treinta y ocho por ciento, con tendencia á subir, ignórase á cuanto. Por lo que estamos viendo, todo es posible, y nada nos cogería de sorpresa.

»Según dice hoy un diario, toma cuerpo la idea de una reunión de funcionarios públicos de todos los ramos, con objeto de redactar y firmar una importante exposición dirigida al Gobierno de S. M., detallando los grandes perjuicios que sufren las clases que perciben del presupuesto, y entre estas la muy respetable de pasivos, con el estado financiero del país, y la pavorosa cuestión de los cambios, que viene hoy á ser casi la ruina de muchas familias.

»Nos parece muy bien la idea, y al mismo tiempo que los empleados, deben protestar todas las clases sociales.

»La situación creada por los cambios ya no es posible sufrirla con resignación, y la protesta, todo lo respetuosa que sea necesario, pero protesta al fin, se impone como único medio de evitar situación tan aflictiva, tan prolongada y angustiosa, y á la cual no sabemos que se haya siquiera intentado poner un remedio.»

Ahora bien; yo pregunto al Sr. Ministro: ¿tiene noticias S. S. de este asunto y de la gravedad que encierra? Yo no lo dudo, lo creo firmemente; pero siendo esto así, y dado el patriotismo é interés con que el Sr. Ministro de Ultramar mira los asuntos de su Departamento, ciertamente me extraña un poco que no haya adoptado ninguna medida inmediata encaminada á cortar este mal, á aminorar la triste situación de aquellas clases sociales. ¿Es acaso porque se halla tan distante el Archipiélago filipino de Madrid por lo que los asuntos referentes á aquel rico florón de España no se atienden con la misma solicitud que los de las demás comarcas de España? Yo no lo creo, y menos del actual Sr. Ministro de Ultramar, que, aparte del interés y del celo con que mira todos los asuntos referentes al Departamento de su digno cargo, tiene de antemano contraído con las provincias de Ultramar el compromiso de surtirlos de moneda española.

Yo no dudo del buen deseo del Sr. Ministro; lo que yo veo es que la cuestión es difícil de resolver, y, más que difícil, costosa; porque la subida de los cambios en Filipinas obedece principalmente á la inmensa cantidad de moneda ó pesos mejicanos allí

existentes; cantidad que no bajará, según cálculos, de 20 á 25 millones de pesos; como que la plata mejicana es casi la única que allí circula, y la materia plata cada día está en mayor depreciación.

Cuanto más importancia y gravedad tienen los asuntos, más honra ofrecen para quien acierta á resolverlos. No dudo que S. S. abordará esta cuestión de frente, cueste lo que cueste; pues ha de ser costosa, ya se trate de recoger y reacuñar la moneda mejicana, ya de dificultar su entrada, y llegar en un plazo breve á prohibir su circulación; ya remesando al Archipiélago moneda de cuño español, ya, por último, adoptando el patrón oro, contratándolo en el extranjero; pero en cualquiera de estas medidas que se adopte, es preciso tener muy presente la conveniencia y necesidad de que no éntre más moneda mejicana, y de que la nacional no se exporte para el extranjero, y que la circulante en Filipinas tenga curso forzoso en la Península.

Sea de esto lo que quiera, y no dudo que S. S. adoptará una medida eficaz; y, cualquiera que ella sea, le suplico que sea pronta, que sea inmediata, porque urge el remedio á aquella crítica situación.

No quiero preguntar á S. S. por qué sistema piensa decidirse, porque ya sé que en esta clase de asuntos necesita el Ministro proceder con suma cautela; me contentaré con que S. S. pueda ofrecer á los habitantes de aquel Archipiélago alguna fundada esperanza, que bien la merecen.

Lo que sobre todo he de rogarle es, que el Gobierno atienda con preferente interés á aquellas provincias, que son riquísimas, y que en la actualidad más necesitan la atención de los Poderes públicos en las cuestiones económicas que en las políticas. Esta cuestión que ha motivado mis preguntas, viene de muy atrás, y no afecta exclusivamente al actual Sr. Ministro de Ultramar; al contrario, creo que si la otra vez que S. S. dirigió ese Departamento hubiera permanecido más tiempo en él, á estas horas estaría la cuestión resuelta; y confío en que, por más dificultades que ofrezca, S. S. sabrá vencerlas, pensando en que la resolución será tanto más difícil y costosa cuanto más tiempo pase. Las cuestiones fáciles no dan honra y mérito á los Ministros; pero la cuestión de que se trata sería tan honrosa una vez resuelta, que acaso constituyera una de las mejores páginas que pudiese escribir el Sr. Becerra en su historia política.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de Ultramar tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **ULTRAMAR** (Becerra): En primer lugar, he de decir á mi particular amigo el Sr. Carvajal que no merezco las benévolas frases que me ha dirigido por haber venido aquí varios días á oír y contestar sus preguntas; es mi deber, y si no fuera mi deber, sería mi gusto, por tener la honra de departir con S. S. y contestar á lo que desea saber.

La cuestión del quebranto de los cambios de Filipinas con la Península es de una gravedad tal, que S. S. no ha exagerado ciertamente al calificarla. Es lo cierto que por virtud de esta situación, que obedece á varias causas y que viene de antiguo, no sólo hay grandes pérdidas para los que de allí tienen que remesar fondos á la Península, sino que además las transacciones comerciales y el curso ordinario de los negocios de todos géneros es imposible hallándose los

cambios á tipos tales como el 37, el 38 y hasta el 40 por 100 de quebranto; y digo que la cuestión no es nueva, porque la otra vez que el actual Ministro de Ultramar ha tenido la honra de ocupar este puesto, aunque inmerecidamente, los cambios llegaron á tener un quebranto de 16 y 18 por 100.

La cuestión es, pues, compleja y viene de muy atrás: tanto temía el Ministro de Ultramar que algo grave iba á ocurrir por causa de este estado anormal de las cosas, que andaba, digámoslo así, si es permitida la expresión, á vueltas con esa cuestión; basta para penetrarse de ello pasar la vista por aquellos presupuestos de Filipinas que tuve la honra de presentar á esta Cámara, que no fueron discutidos por falta de tiempo, en los cuales el Ministro de Ultramar dedicaba algunos millones para prevenir esa cuestión.

El Sr. Carvajal no creo que ignore, por ser cuestión que se relaciona directamente con lo que nos ocupa, que los trabajos de la Casa de Moneda de Manila fueron suspendidos hace tiempo, meses antes de que viniera á ocupar este puesto el actual Ministro. Después, á petición de la Intendencia, á petición de la Administración civil y á reiteradas peticiones de las autoridades, se autorizó la apertura de la Casa en el año 1893 por un telegrama; y más tarde se legalizó dicho telegrama; y supongo que también tendrá conocimiento el Sr. Carvajal del motivo de la suspensión, que fué la exportación en grande escala que se hacía de los escudos, ó sea de la moneda de 50 centavos de aquel Archipiélago.

Desde luego la responsabilidad de aquella medida no corresponde al actual Ministro de Ultramar; pero esto no es una razón; corresponda á quien quiera, el caso es que el conflicto está encima, y que es preciso resolverlo.

En la actualidad, el Sr. Carvajal, como todos los Sres. Diputados, sabrá que aquella Casa de la Moneda está funcionando; que allí se está acuñando Moneda fraccionaria de 50, 20 y 10 centavos, y que varias de aquellas fabricaciones fueron remitidas á la Casa de Moneda de Madrid para que diera informe sobre su ley.

No hay más remedio que resolver el conflicto; pero la solución ha de ser costosa, y no depende sólo del Ministro de Ultramar.

Desde luego la más radical de las soluciones sería la adopción del patrón oro; esto sería lo mejor y lo más conveniente, á condición de que España tuviera una posición respecto al monometalismo ó bimetalismo, que no tiene. Mas sea como quiera, el Gobierno se ocupa en dar solución al conflicto; S. S. puede tener la seguridad completa, pueden tenerla los habitantes de aquel Archipiélago, cuyas riquezas naturales son indudablemente inmensas; á tal punto que bien pudiera decirse que la mayor riqueza de España fuera del continente radicaría en Filipinas si fuera otra nuestra manera de ser, y que si procediéramos como proceden otras Naciones, aquella sola riqueza bastaría para resolver los conflictos de España. Las circunstancias necesarias para llegar á eso no sería congruente exponerlas en esta ocasión, ni hacer de ellas un análisis profundo; y por lo tanto, he de limitarme á decir á S. S. lo siguiente: que por poco que sea el tiempo que el actual Ministro de Ultramar ocupe este puesto, no descansará para buscar solución al problema y remedio al mal.

En cuanto á si la moneda que se ha de poner en circulación ha de ser de ley y cuño de la Península ó de cuño de ley fabricado allí, ya es cuestión de estudio. Lo único que yo puedo asegurar es, que mientras yo esté en este puesto no admitiré ningún cuño que no sea el de ley español. Y en cuanto á cómo se hará y cómo se resolverá, S. S. no ha de llevar á mal si le digo que si estuviera en mi mano pediría permiso á mis compañeros para resolverlo yo solo, porque aun cuando todos me merecen la misma confianza, por razones que S. S. comprenderá, en estas cuestiones hay que tomar grandes precauciones para evitar que el agio perjudique á la solución que venga darles.

Es cuanto tengo que decir por ahora, y sentiría que se me hubiese olvidado algo, ó que no quedara satisfecho S. S.

El Sr. CARVAJAL Y TRELLES: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. CARVAJAL Y TRELLES: Unicamente para dar gracias al Sr. Ministro de Ultramar por la atención con que me ha contestado, y por la deferencia con que trata este asunto en bien de los habitantes de Filipinas, á quienes yo desde aquí envío mi saludo y la enborabuena, en la casi seguridad que abrigo de que si el actual Sr. Ministro de Ultramar continúa en ese puesto, y yo lo deseo, aunque no sea más que por los de Filipinas, tendrán resuelto el problema de un modo ó de otro.

Felicito, pues, á los habitantes de Filipinas, entre los cuales cuento tan atentos y deferentes amigos, y ruego á Dios, repito, que el Sr. Becerra continúe al frente del Ministerio de Ultramar hasta tanto que se resuelva esta cuestión, que tan importante es, no sólo para Filipinas, sino para la Península.

Acaso sea el Sr. Becerra el Ministro de Ultramar en quien más confianza tengo para que, dadas sus energías y entereza, resuelva tan pavorosa cuestión.

El Sr. Ministro de ULTRAMAR (Becerra): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de ULTRAMAR (Becerra): Doy las gracias á mi amigo particular el Sr. Carvajal, y le reitero la seguridad, que creo no necesita, de que cuando yo desde este puesto ó de cualquiera otro empeño una palabra, es con la resolución absoluta de cumplirla.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Navarro Reverter tiene la palabra.

El Sr. NAVARRO REVERTER: Para dirigir una pregunta al Sr. Ministro de Hacienda.

Todos los Sres. Diputados recordarán que el Gobierno ha asegurado que el día 15 del actual terminaba el régimen provisional aduanero con el Imperio alemán. Este asunto, que interesa por modo tan grande á la producción y al comercio español, necesita fijarse siempre y en toda ocasión, de manera que no haya acerca de él ningún género de dudas; y como en la *Gaceta* oficial de Madrid, al menos hasta el día de hoy inclusive, no se ha publicado ninguna disposición del Ministerio de Hacienda por la cual vengamos en conocimiento del régimen aduanero que va á regir entre España y el Imperio alemán desde el día de ayer, yo ruego al Sr. Ministro de Hacienda que

tenga la bondad de contestar á esta pregunta, que sin ninguna clase de anfibologías ni retóricas, que rechaza el linaje mismo de la cuestión, le hago: ¿cuál es el régimen aduanero que rige desde hoy entre España y el Imperio alemán?

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): El régimen aduanero que rige es el determinado en el artículo 1.º del Real decreto de 31 de Diciembre de 1893.

El Sr. NAVARRO REVERTER: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. NAVARRO REVERTER: La contestación del Sr. Ministro de Hacienda requiere una importante ampliación por mi parte á la pregunta que he formulado antes.

Ese régimen aduanero á que se refiere el Sr. Ministro de Hacienda, resulta que es por parte de Alemania el mismo que venía rigiendo desde 1.º de Enero del año actual. ¿No es eso, Sr. Ministro de Hacienda? (El Sr. Ministro de Hacienda hace signos afirmativos.)

Pues bien; ó no es verdad lo que el Gobierno ha anunciado, á saber: que desde el día 15 de Mayo nuestras relaciones mercantiles con el Imperio alemán quedaban totalmente cortadas por la aplicación de las tarifas máximas en ambos países, ó no es exacto lo que el Sr. Ministro acaba de decir; una de las dos cosas no es cierta.

Importa mucho al país saber cuál de las dos es la verdad, porque como es un hecho público que el Reichstag se ha separado sin autorizar al Gobierno del Imperio para prorrogar el régimen provisional que regía entre aquel Imperio y España, bien podría suceder, y sería doloroso para el país, que se repitiera un hecho sensible del cual todavía no hemos pedido cuentas al Gobierno á pesar de la gravedad que encierra. Yo no se las pido en este momento, porque en asuntos de este linaje bien vale la pena tener calma, mesura y paciencia; y pruebas de tales virtudes estamos dando sobradas. Ese hecho grave es el siguiente. Mientras por parte de España se aplicaba á las procedencias del Imperio alemán el régimen convencional más favorable, en algún momento y ocasión en Alemania, lo aseguro y lo afirmo con pruebas del expediente, se ha aplicado á los productos de España en algún puerto, el de Danzig; se ha aplicado, digo, la columna máxima, el trato de guerra, la tarifa autónoma á las mercancías españolas, sin que se sepa que el Gobierno ha defendido los intereses de nuestro país contra este trato desigual y perjudicial para nuestros nacionales.

Ahora bien; ruego al Sr. Ministro de Hacienda que tenga la bondad de llevar su generosidad conmigo y sus deberes con el país hasta contestar la siguiente pregunta, complemento de la respuesta que el Sr. Ministro ha tenido la bondad de darme. A ese régimen que se aplica en España á los productos del Imperio alemán, á saber, al régimen del decreto de 31 de Diciembre de 1893, aunque sea contrario á la Constitución del Estado, ¿se corresponde por parte del Imperio alemán, aplicando éste á las procedencias de España la tarifa convencional más favorable? ¿Sí ó no?

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de Hacienda tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Entiendo que se corresponde; por que si no se correspondiera, no correspondería España á ese trato de Alemania, y aplicaríamos hasta las tarifas máximas.

El Sr. **NAVARRO REVERTER**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **NAVARRO REVERTER**: El Sr. Ministro de Hacienda ha dicho *entiendo*. Esto no me satisface, ni puede satisfacer al comercio, ni á la producción española. No se trata de *entender*, es necesario *asegurar*, porque en estas cuestiones no puede haber dudas ni ambigüedades. Yo no pido al Sr. Ministro de Hacienda, si no lo sabe positivamente, como sospecho, que me conteste ahora; pero yo le ruego muy encarecidamente, por tratarse de asunto de alto interés nacional, que se *entere*, y que si no se tiene la perfecta seguridad de que Alemania ha de corresponder á la generosidad que demuestra el Gobierno español dando á las procedencias del comercio alemán después del 15 de Mayo ese trato más favorable convencional; que si no tiene la seguridad de que se ha de corresponder á España con la misma generosa forma y de igual manera, otorgándole el trato más ventajoso, proceda como lo piden los intereses nacionales y el decoro propio del Gobierno, y que lo declare aquí terminantemente.

Así evitaremos que se repita el hecho á que me he referido antes, esto es, que Alemania aplique sus tarifas máximas á los productos españoles, castigándolos con la guerra comercial, en tanto que España corresponda aplicando á los productos alemanes sus más favorables tarifas.

Tal hecho no debe repetirse, al menos no puede repetirse sin la protesta de todos los que entendemos que el régimen de reciprocidad es la legalidad arancelaria de la España actual.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): No tengo inconveniente en repetir, antes bien repito con mucho gusto á mi querido amigo el Sr. Navarro Reverter que la reciprocidad será la base de nuestro trato con Alemania, y que llegaremos á las tarifas máximas si el trato que ella nos dé exige igual conducta de nuestra parte.

Por lo demás, si he empleado la palabra *entiendo*, ha sido porque desde el momento en que un Diputado de la Nación española afirma cosas contrarias á las que yo pienso, no me atrevo á decir que no, rotundamente.

El Sr. **NAVARRO REVERTER**: Me permito advertir al Sr. Ministro de Hacienda, que el hecho á que yo me he referido consta en el expediente que acerca del convenio comercial con Alemania hay en el Senado; y el Sr. Ministro de Hacienda, si no tiene conocimiento de ese hecho, lo cual nada tendría de particular, puede conocerlo con sólo pedir, estudiar ó ver el expediente á que me he referido. Y entre tanto, levanto acta de la solemne promesa del señor Ministro de Hacienda respecto á que el régimen de reciprocidad será el que sigamos en nuestras relaciones con Alemania á partir del 15 de Mayo. Porque hasta ahora, y entiéndase bien, respecto de Alemania, lo único que queda en pie es la seguridad que el Gobierno ha dado por todas partes, en forma quizás de amenaza ó como ardid de estrategia parlamentaria, sin duda para asustar al país, que ya de

estas cosas no se asusta, de que á partir del día 15 de Mayo regirían en Alemania para los productos españoles las tarifas máximas, y habría guerra comercial. Esto habría sido muy desagradable; pero, gracias á Dios, ha pasado tranquilamente el 15 de Mayo, y á pesar de las amenazas del Gobierno, por fortuna para todos, no ha ocurrido nada, ni se han realizado tan tristes presagios, á juzgar por lo que el Gobierno dice.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Puedo asegurar á mi querido amigo el Sr. Navarro Reverter que no sé cuándo ha hecho el Gobierno esas amenazas. Yo, por mi parte, no las he hecho; porque habiendo tenido desde el primer momento la previsión de adoptar las disposiciones oportunas por si terminaba el día 15 de Mayo el régimen arancelario que establecía el art. 1.º del Real decreto de 31 de Diciembre último, no tenía para qué hacer amenaza ninguna.

El Sr. **NAVARRO REVERTER**: No quisiera, Sr. Presidente, sino por última vez...

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Navarro Reverter, S. S. ha hablado ya cuatro veces sobre este mismo asunto, y hace imposible que puedan usar de la palabra otros Sres. Diputados que la tenían pedida de antemano.

El Sr. **NAVARRO REVERTER**: El Sr. Presidente tiene razón, como siempre; pero obligado de una parte por el Sr. Ministro de Hacienda y sus dudosas respuestas, y de otra parte la gravedad del asunto, entiendo que debo dejarlo bien claro.

Si el Sr. Presidente no quiere en sus bondades consentirme la última palabra, cedo á la indicación de S. S.

El Sr. **PRESIDENTE**: Con mucho gusto puede S. S. decir la última palabra.

El Sr. **NAVARRO REVERTER**: La última palabra.

El Sr. Ministro de Hacienda no me ha entendido. Las amenazas del Gobierno no eran con respecto al régimen de España para con Alemania. Con lo que se nos amenazaba ó se amenazaba á España por el Gobierno español y sus órganos, era con que Alemania nos aplicaría las tarifas máximas, porque se decía que el régimen aduanero provisional no duraba más que hasta el 15 de Mayo, y que pasada esta fecha era nada menos que el diluvio lo que iba á caer sobre España en forma de tarifas máximas alemanas. Y como tal catástrofe no ha venido, por eso me felicito, visto que no ha caído ningún diluvio, y que la amenaza de nuestro Gobierno ha resultado estéril, como al parecer afirma el Sr. Ministro de Hacienda.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Salvador): Repito que no hay amenaza ninguna; que, en todo caso, podría haber el temor, y el temor existe lo mismo en el Sr. Navarro Reverter que en nosotros, puesto que S. S. está ya temiendo que Alemania no corresponda con igual régimen que el que nosotros sigamos con ella; pero el temor no es una amenaza. (El Sr. Navarro Reverter: Celebro que el temor exista.)

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Barrio y Mier.

El Sr. **BARRIO Y MIER**: Hace ya bastantes días que tenía pedida la palabra para dirigir una pregun-

ta al Sr. Ministro de Hacienda, relativamente al famoso registro fiscal de fincas urbanas inventado por su predecesor el Sr. Gamazo, al parecer tan sólo para molestar á los pobres contribuyentes; como si éstos no se hallasen agobiados por toda clase de cargas, tributos y vejaciones imposibles de soportar.

Yo ignoro si hay ó no órdenes del Ministerio de Hacienda sobre el particular, aun cuando se me asegura que en Abril último se circularon algunas; pero con ellas ó sin ellas, sucede que los delegados de las provincias no aprueban esos registros fiscales sino en cuanto, computado el ingreso á razón de 17 $\frac{1}{2}$ por 100, dan para el Tesoro una cantidad mayor de la que antes satisfacían las fincas urbanas á razón del 22. Y hay todavía una cosa más grave, y es, que hasta después de haberse aprobado algunos de esos registros con relación á determinados pueblos, nuevamente se reclaman y desaprueban, como ha sucedido en varias provincias, cuyas quejas estamos aquí oyendo todos los días, y como ocurre también en algunos de los pueblos del distrito que tengo la honra de representar ante el Congreso; figurando entre ellos los de Santibáñez de Resoba y Polentinos, que, aunque pequeños, no por eso son dignos de menos consideración que el resto del país.

En vista de esto, y siendo tan generales los clamores de los Sres. Diputados y tan justa y motivada la alarma que en los pueblos existe, deseo que el señor Ministro de Hacienda nos diga si está dispuesto á salir de una vez de esa situación insostenible, y á dar órdenes claras, categóricas y terminantes á sus delegados en las provincias, para que el registro fiscal de las fincas urbanas se lleve á cabo debida y racionalmente; de modo que si produce menos que antes, tenga menores rendimientos el Tesoro, y si produce más, disfrute el Fisco de esos beneficios; pero sin empeñarse obstinadamente en que á todo trance, y sea cualquiera el resultado de la investigación, los contribuyentes hayan de pagar, como siempre, los vidrios rotos, con tal de que el impuesto produzca mayores rendimientos para la Hacienda, en cuyas simas profundas va desapareciendo toda la riqueza y toda la fuerza productora de la Nación.

El Ministro de HACIENDA (Salvador): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de HACIENDA (Salvador): Puedo asegurar al Sr. Barrio y Mier, y no será esta la primera vez porque lo he dicho diferentes veces en esta Cámara, que jamás ha sido criterio para la Hacienda que se aprueben registros fiscales cuando sale favorecido el Tesoro y que se desaprueben cuando esto no suceda. Se han dado las órdenes más terminantes para que se aprueben los registros fiscales cuando lo son, y no hay más que decir sobre el particular; los no aprobados, no tendrán las formalidades reglamentarias, y esto no depende del Ministro de Hacienda, esto depende de los administradores de las provincias, que son los que aprueban y desaprueban esos registros.

El Sr. BARRIO Y MIER: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. BARRIO Y MIER: Para dar las gracias al Sr. Ministro de Hacienda por las explicaciones que ha dado, y para felicitarle de ellas; porque siendo tan precisas, y suponiéndolas sinceras, espero que en adelante los funcionarios de las provincias cam-

biarán de conducta en este asunto, y no atenderán más que á la justicia para resolver esos expedientes.»

Se leyó la siguiente proposición:

«Los Diputados que suscriben, solicitan del Congreso se sirva declarar que las explicaciones dadas por el Sr. Ministro de la Guerra en la sesión de ayer á las preguntas hechas por el Sr. García Alix con motivo del Real decreto publicado creando una Junta de generales para determinar el modo de interpretar lo prescrito en la ley adicional á la constitutiva del ejército de 19 de Julio de 1889 en lo que se refiere al modo de cubrir las vacantes que ocurren en el generalato, no son bastante amplias y necesitan por lo tanto una explicación más eficiente.

Madrid 12 de Mayo de 1894.—Vicente Sanchís.—M. de Burgos y Mazo.—El Conde de la Viñaza.—A. Linares Rivas.—S. Bugallal.—Angel María Carvajal.—Joaquín Llorens.»

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Sanchís tiene la palabra para apoyar su proposición.

El Sr. SANCHÍS: Señores Diputados, he de ser sumamente breve al apoyar la proposición que acaba de leerse; y no porque no tenga gran importancia el asunto que la proposición entraña. He recurrido á este medio-reglamentario, y debo esta explicación á la Cámara, porque creía que después de las palabras pronunciadas por el Sr. Ministro de la Guerra en la sesión del viernes último, contestando á la pregunta que le dirigí mi querido amigo el Sr. García Alix acerca del alcance que pudiera tener un decreto publicado en la *Gaceta* del día 9 del actual, yo no podía dejar pasar sin comentario las explicaciones del señor Ministro, porque en mi entender y en el de muchos de los que se ocupan de estas cuestiones militares, la respuesta que dió el Sr. Ministro de la Guerra, y que le honra, porque después de todo creo que era la única que podía dar en aquellos momentos, no ha satisfecho á la opinión militar, ó por lo menos á la opinión militar con la cual creo encontrarme en contacto.

Principio por declarar que aun cuando este asunto es sumamente trascendental y de gran importancia, yo no entraré en el fondo de la cuestión si no se me obliga á ello; así es que bordeando, como puede muy bien decirse, los puntos más importantes de ella, no trataré de recabar más que una explicación que, aun cuando no sea todo lo completa que podía pedirse, por lo menos satisfaga esas aspiraciones á que he aludido, y sirva para acallar las suspicacias y temores que ha despertado el decreto á que me he referido en alguna parte de la opinión militar.

Se trata, Sres. Diputados, de una cuestión trascendental en extremo, tanto más, cuanto que aun en este país donde por desgracia se tiene por costumbre dar poca importancia á estas cuestiones militares, la enunciación de que va á tomarse una medida que á ella se refiera ha conseguido ocupar la atención de la prensa periódica, que de algunos días á esta parte la dedica atención preferente.

¿Por qué, Sres. Diputados? Porque se trata de la manera de verificarse en el ejército español el ingreso en el generalato; cuestión que ha sido muy debatida desde que hay ejércitos, no sólo en España sino en el extranjero. Nosotros los que hemos luchado en

estos últimos tiempos por conservar ciertas costumbres militares, y no por espíritu de contradicción como alguien ha dicho, y no pocas veces por cierto, hemos tardado bastante en aceptar la reforma; y cuidado que al hablar de esto no quisiera entrar en consideraciones de cierta índole que no estimo pertinentes al caso; así es que no deben extrañar cuantos se dignan ahora escucharme, que al hablar de reformas militares tenga que imponerme una circunspección muy grande, y no decir más palabras que las puramente necesarias para llenar el objeto que me propongo en este debate.

Ante todo, y no quiero pasar adelante sin hacer una especie de declaración sobre cierto asunto incidental, debo decir que un periódico militar que recibe las inspiraciones del Sr. Ministro de la Guerra (así á lo menos se asegura; y tanto se ha dicho que yo he llegado á creerlo), al comentar el incidente de que me he hecho cargo, referente á la pregunta de mi digno compañero y amigo el Sr. García Alix, se extrañaba de que hubiese yo presentado una proposición incidental encaminada á obtener más amplias explicaciones que el Sr. García Alix, y hasta dijera que esto era debido á mi incontinencia de palabra. Esta apreciación del acto que ahora realizo, será una apreciación particular del órgano del Sr. Ministro de la Guerra y hasta del mismo Sr. Ministro; pero en este momento tenga presente la Cámara, y téngalo también presente el Sr. Ministro de la Guerra, que á mí nada me importa que se aprecie mi actitud como se quiera; en primer lugar, porque no me molesta en lo más mínimo; y después, porque cuando se trata de hablar de los intereses del país, y singularmente de los que afectan al ejército, á mí me importa muy poco que se diga que tengo incontinencia de palabra; lo cual es muy discutible, porque, aparte de otras razones, la Cámara sabe que acostumbro molestarla lo menos posible, y únicamente cuando me veo precisado á ello, como acontece en el caso presente.

Y con el objeto de que las cuestiones que he de tratar puedan llevar un orden y una correlación siempre convenientes, procuraré ceñirme estrictamente á los puntos que han de ser objeto del debate.

Hay, por lo pronto, un punto esencial del que debo partir, cual es el decreto publicado por el Sr. Ministro de la Guerra en la *Gaceta* del día 9 del actual.

Este decreto (y no voy á hacer ninguna lectura porque sé lo molestas que son estas cosas, pero tengo necesidad de referirme á hechos concretos, porque no se pueden discutir estas cuestiones, ni se pueden formular cargos á una persona de la ilustración y competencia del Sr. Ministro de la Guerra sin apoyarlos en hechos evidentes); este decreto, publicado, como dejo dicho, en la *Gaceta*, y que lleva la fecha de 9 del actual, tiene, como todos los decretos, parte expositiva y parte dispositiva.

El Sr. Ministro de la Guerra, al contestar al Sr. García Alix en la tarde del viernes, le decía, y creo que hablaba ingenuamente al expresarse en esta forma, que se extrañaba muy mucho de que la opinión militar se hubiera alarmado con la publicación de este decreto, y el Sr. Ministro de la Guerra llegó á citar aquí una frase publicada en un periódico de los llamados militares, en el cual había un artículo que ¿por qué no decirlo? ha sido muy leído y muy comentado, pues tenía por título el siguiente: *¡Coroneles, á defenderse!*

Empiezo por decirle al Sr. Ministro de la Guerra, que tanto como á S. S. me llamó la atención dicha frase á la cabeza de un artículo en el que se trataban cuestiones militares; pero debo decir al propio tiempo, que no debe extrañar S. S. que se haya empleado esa frase, porque es la expresión genuina de un temor que no puede pasar desapercibido para el señor Ministro de la Guerra, que debe leer diariamente la prensa, y con especialidad esa prensa que se dedica al estudio de estas cuestiones militares.

Sabe muy bien el Sr. Ministro de la Guerra que el sistema que hoy rige en la proporcionalidad para el ascenso al generalato parte de una ley que no ha sido jamás (y quiero decirlo nuevamente porque es la verdad, y la verdad no debe ocultarse) objeto de mi cariño, y, sin embargo, esta tarde, por un sarcasmo de la suerte, me veo obligado á venir aquí á defender esta ley, que no es otra que la adicional á la constitutiva del ejército de 19 de Julio de 1889. En esta ley se establece la forma para poder verificar en el ejército español el ingreso en el generalato, estableciendo una proporcionalidad que después se desarrolló por medio de una Real orden de carácter *provisional* (y deseo que conste esta palabra) dictada por el general Chinchilla con fecha 7 de Octubre de 1889.

Si yo fuera ahora, Sres. Diputados, aquí á explicar solamente la manera cómo se lleva á cabo la aplicación de esa ley por medio de esa Real orden, tendría necesidad de plantear un debate bastante amplio solamente con este objeto. Sin embargo, como he dicho que no quiero tratar el fondo de la cuestión, y únicamente entraré en él si se me obliga á ello, voy á pasar muy incidentalmente sobre este punto y á decir que esta Real orden del general Chinchilla, que lleva la fecha de 7 de Octubre de 1889, estableció provisionalmente el desarrollo de esta ley; y yo principio por decir al Sr. Ministro de la Guerra, por más que no tenga responsabilidad en este asunto, que desde el mes de Octubre de aquel año se está faltando abiertamente á la ley. (*El Sr. Montes: Pido la palabra.*) Me alegro de que el Sr. Montes pida la palabra; y como éste es un asunto de bastante importancia, y todos los militares que tienen asiento en esta Cámara están obligados á dar su opinión sobre él, yo creo que no sólo el Sr. Montes, sino los Sres. Aznar, Ochando y Suárez Inclán deben tomar parte en esta controversia. (*Los Sres. Aznar y Suárez Inclán piden la palabra.*)

Ahora bien, como iba diciendo, se está faltando abiertamente á esta ley; porque, Sres. Diputados, todo aquel que se ha ocupado algo de legislación militar y aun de legislación civil, sabe que en este país solamente hay un Cuerpo consultivo que tenga derecho para interpretar las leyes ó para indicar la manera de interpretar las leyes, y este Cuerpo es el Consejo de Estado, que, según el art. 45 de su ley orgánica, debe ser consultado en tales casos; y como en el presente caso no ha sido consultado, como quiera que en el curso del debate he de hacerme cargo de esto, dejo sentada la premisa, que ya recogeré en tiempo oportuno.

En el preámbulo del decreto publicado por el Ministerio de la Guerra, que es, digámoslo así, el alma de este debate, se enuncian varias cuestiones; pero el enunciado de ellas se hace de una manera vaga é indefinida; se habla allí de exceso de personal, de refor-

ma de plantillas, de una porción de cosas, para venir á parar á dos conclusiones que yo, realmente, no sé si el Sr. Ministro de la Guerra ha tenido la idea de dejar esbozadas en el preámbulo del decreto, no recorriéndolas después en la parte dispositiva.

De aquí la preocupación y los temores que ha despertado el decreto de S. S.; porque S. S., al contestar en la tarde del viernes al Sr. García Alix, le dijo indudablemente lo que puede decir un Ministro de la Corona y lo que está obligado á decir el que es guardador de las leyes: le dijo que, cuando este asunto llegara á su resolución, obraría con exquisita imparcialidad y con estricta justicia. Esto honra á S. S.; pero esto, que después de todo no es otra cosa que el deber de todo Ministro de la Corona, y en este caso especial del Ministro de la Guerra, no resuelve la cuestión ni dice nada en concreto, máxime cuando, á renglón seguido, S. S., llevado de la inspiración del momento al hablar de estos temores que había despertado en la opinión militar el decreto, al hacer mención de esa frase publicada en un periódico militar, añadió otra cosa, y es la que realmente ha llamado la atención de todos aquellos que han leído el *Extracto* de la sesión del viernes último; S. S. vino á decir una cosa que no se dice en el decreto, y que no solamente no se dice, sino que ni siquiera se puede adivinar; es á saber: que esta Junta, Comisión ó lo que sea, y de la que me ocuparé después, es la encargada, no solamente de modificar ó buscar los medios de cómo debe interpretarse esta ley ó este sistema, pues para mí no es ya más que un sistema, puesto que no le autoriza más que una Real orden, sino que además debe tener presente el estudio de la creación de nueve cuerpos de ejército.

Y se me ocurre á mí preguntar al Sr. Ministro de la Guerra: ¿por qué S. S., al nombrar esta Comisión, en vez de aplazarlo, sin duda, para cuando le dé las instrucciones que en uno de los últimos artículos dice que ha de darle después; por qué S. S. en la parte dispositiva del Real decreto no ha especificado este asunto? Es esta una inconsecuencia de que se ha alarmado justamente la opinión pública; ya he dicho que no quiero leer el decreto, pero yo creo que todo aquel que le lea se convencerá de ello á la simple lectura; porque se habla en el preámbulo del mismo, de plantillas, de exceso de personal; pero no se dice nada en la parte dispositiva de cuál ha de ser el verdadero cometido de la Comisión en estas materias; y luego el Sr. Ministro, al contestar al Sr. García Alix, dice que también se va á ocupar de la creación de los nueve cuerpos de ejército.

El Sr. Ministro comprenderá, creo yo, que desde el instante en que la opinión militar se encuentra con estas anomalías, con estas contradicciones, tiene necesidad de pensarlo mucho, y no están injustificadas estas suspicacias y temores que constituyen, como he dicho, el verdadero motivo del planteamiento de este debate.

Debo decir á S. S. que esta tarde no vengo á acusarle de ninguna trasgresión de ley; por lo tanto, no ha de haber en mi discurso el más ligero átomo de censura para S. S. De lo único que se puede acusar á S. S. es de inoportunidad, y ésta quedará demostrada antes de que me sienta yo, después de haber hecho uso de la palabra.

¿Quiere S. S. una prueba *a priori* de la inoportunidad? Pues voy á dársela. Desde que la cuestión de

proporcionalidad, que fué para todos el verdadero caballo de batalla entre las armas generales y las armas especiales (y ya verá S. S. cómo los Sres. Diputados que tercién en el debate me dan la razón); desde el momento que esa cuestión batallona es objeto de ese Real decreto, queda demostrada la inoportunidad del mismo, y justificado el que haya despertado temores de unas y otras armas. ¿Por qué se demuestra la inoportunidad, Sr. Ministro de la Guerra? Por una razón muy sencilla, que salta á la vista: porque esa cuestión de proporcionalidad no descansa sobre bases sólidas, sino sobre fundamentos muy deleznales. ¿Cómo se estableció esa proporcionalidad para determinar la manera de cubrir las 128 vacantes en el generalato? Por medio de la Real orden provisional de 7 de Octubre de 1889, por medio de unas plantillas que habían votado las Cortes aquel año; ahora bien, el Sr. Ministro de la Guerra sabe perfectamente que esas plantillas no son siempre las mismas, que esas plantillas varían, y de aquí que esa proporcionalidad no descansa sobre bases fijas; porque proporcionalidad significa proporción, y ésta no puede existir sino cuando sus términos son permanentes.

Si quiere S. S. la prueba, leeremos esa Real orden, y veremos, después de que se remitan á la Cámara los datos que haya en el Ministerio de la Guerra, cómo se han cubierto esas vacantes en el generalato, y estudiaremos la relación que hay entre los coroneles que han tenido ascenso al generalato y los coroneles que han debido figurar en las plantillas.

No quiero penetrar en el fondo de la cuestión, porque si lo hiciera, tengo la seguridad de que ni el actual Sr. Ministro de la Guerra, ni algún otro de los que le han precedido hace mucho tiempo, habían de llevar la mejor parte.

El Sr. Ministro de la Guerra ha declarado el otro día, que cuando llegue el momento de llevar á cabo lo que va á hacer esa Junta, que yo hasta ahora no me he podido formar una idea exacta de lo que tiene que hacer, ese asunto vendrá á las Cortes, en ellas se discutirá ampliamente, y, por lo mismo, hasta cierto punto S. S. quedará libre de responsabilidad.

Pero pasando á otro orden de cosas, ó sea á la formación de esa Junta, ¿quiere decirme S. S. por qué la ha nombrado? Aquí voy á apelar á la que llamaré la *biblia* de S. S., á aquel famoso folleto que discutimos tanto el año pasado, relativo á la organización del ejército en 1893, y en el que ayudaron á S. S. todas las ilustraciones del Ministerio de la Guerra.

Una de las cosas que se afirman en este folleto es la necesidad de crear una Junta consultiva única, aboliendo todas las Juntas parciales, y en la parte expositiva del decreto de 18 de Enero de 1893 que la crea, S. S. llama á esa Junta consultiva el cerebro del ejército.

Esta es una frase afortunadísima por parte de la persona que redactó el preámbulo de ese Real decreto; pero crea S. S. que ese cerebro del ejército ha venido muy á menos después de publicado el decreto que dió S. S. el día 9 del actual mes, porque á esta Junta consultiva, en la que se habían reunido todas las demás Juntas, en la que se ha querido que afluyera todo lo mejor que existe en el ejército con el carácter de Cuerpo consultivo, á esta Junta acaba de dar S. S. patente de nulidad con la publicación del último Real decreto á que me he referido; y lo peor del caso es que no había necesidad de él.

Yo he tenido una inquina muy grande á esa Junta consultiva, y la combatí desde este sitio el año pasado, diciendo, entre otras cosas, que había quedado muerta en ese hemicycle; á lo que me contestó un digno Diputado de la mayoría leyendo una resolución dictada en aquel día y añadiendo que los muertos que yo mataba gozaban de buena salud: pero ahora resulta que no he matado yo á esa Junta, sino que el Sr. Ministro de la Guerra ha publicado su sentencia de muerte en la *Gaceta* del 9 del actual.

Aquí está el articulado del decreto del año 93, que no he de leer, y que los Sres. Diputados pueden fácilmente ver cogiendo la *Colección legislativa*; aquí está el articulado de ese decreto, resultante de todas las aspiraciones de las personas que aconsejaban á S. S., del Areópago del Ministerio de la Guerra; y en ese articulado están bien explicadas las atribuciones de la Junta consultiva de Guerra, siendo la principal tratar de las cuestiones de organización. Pues, Sres. Diputados, ¿no es una de las más altas cuestiones de organización, establecer la manera de ingresar en el generalato del ejército?

Sin embargo, S. S. acaba de arrebatar esa atribución á la Junta consultiva de Guerra, y yo me permito decir á S. S. que no había necesidad de ello. ¿Por qué? Porque podía haberlo hecho de una manera muy sencilla. ¿Quería S. S. que tratándose de una cuestión de tan capital interés, que está llamando la atención pública, tomara parte directa en ella una persona que, como el general Martínez Campos, representa un gran prestigio y una gran autoridad?

Pues podía haberlo hecho S. S. bien fácilmente, sin más que haber restablecido un artículo de la antigua constitución de la Junta consultiva, con arreglo al cual eran vocales natos de la Junta todos los capitanes generales; y con arreglo á ese precepto hubiera ido á aquella Junta el general Martínez Campos, y hubiera tomado la presidencia de ella; porque ya todos sabemos perfectamente, que donde quiera que se siente el general Martínez Campos, allí está la cabecera.

Además, no había necesidad ninguna de que S. S. nombrase á esos tenientes generales que van representando á algunas armas, porque forman hoy parte de la Junta consultiva; y si quería S. S. nombrar á otros generales agregados para que la ilustrasen, pudo hacerlo perfectamente, sin necesidad de nombrar esa Comisión.

Ya ve, por lo tanto, S. S., cómo al dictar el Real decreto de 9 del actual ha anulado á la Junta consultiva sin necesidad ninguna; porque podría haber conseguido el mismo resultado que haya podido proponerse, sin más que dictar un decreto restableciendo un artículo que se aplicaba antes á la constitución de la Junta consultiva de Guerra.

Yo no sé lo que habrán pensado los dignos miembros de la actual Junta consultiva de Guerra; pero lo único que puedo decir es, que si yo me hubiera encontrado en su caso, al día siguiente de haber aparecido en la *Gaceta* el Real decreto de 9 del actual, hubiera presentado mi dimisión. Esta es una opinión mía. Pero cuando estos señores no la han hecho así, ellos sabrán por qué.

Pero aparte de esto, creada esta Comisión (que así la llama S. S., y no Junta) que va á emitir dictamen sobre un asunto de tal importancia, ¿á quién va á remitir esta Comisión su dictamen? Supongo

que á S. S. ¿Y qué va á hacer S. S. con ese dictamen? ¿Le va á enviar á la Junta consultiva? Claro es que sí; porque mientras esté vigente el Real decreto de 18 de Enero de 1893, esa Junta consultiva tendrá que entender en todos los asuntos de organización del ejército; y después, cuando la Junta consultiva haya emitido su dictamen acerca del que haya dado esa Comisión, le traerá S. S. á las Cámaras, y aquí se discutirá. Pues no había ninguna necesidad de seguir un camino tan largo: con haber enviado S. S. á la Junta consultiva el asunto para que emitiera su dictamen, como corresponde á su cometido, hubiera S. S. resuelto la cuestión perfectamente.

Pero hay más aún, y esto se relaciona con esas suspicacias y temores de que hablaba el otro día el Sr. García Alix, y que el Sr. Ministro de la Guerra se lamentaba mucho de que hubieran surgido en el ejército. Pues es claro, Sr. Ministro de la Guerra; ha enviado S. S. á esa Comisión á algunos generales, como representantes de las distintas armas y cuerpos del ejército, y ahora resulta que esos generales á quienes S. S. atribuye la representación de esas armas y cuerpos del ejército, por motivos que yo no quiero ahora juzgar, han sido recusados por esas mismas armas y cuerpos; porque ahora sucede que en el arma de Infantería se dice que el general Primo de Rivera es más político que militar; en el arma de Caballería dicen que el general Contreras, por su mal estado de salud, no llevará á esa Junta la energía que ellos entienden necesaria para defender sus intereses; en el cuerpo de Artillería, dicen algunos, no sé por qué causa, ni he de investigarlo, porque por lo mismo que se trata de artilleros, yo en esto quiero inhibirme al tratar la cuestión ante la Cámara; algunos dicen que el general D. Sabas Marín no está identificado con las aspiraciones de los artilleros para representarlas; y en cuanto al cuerpo de Ingenieros, del general Pando, mi digno amigo, persona que me merece todo género de respetos, dicen los ingenieros que no saben á qué atenerse respecto á sus opiniones; de modo que S. S. ha creado esa Comisión queriendo llevar á ella las opiniones de las distintas armas y cuerpos del ejército, y ahora resulta que los generales que van á esa Comisión no representan las opiniones que se les atribuyen.

Y después de todo, así debía ser; porque si S. S. quería que á la Comisión fueran representantes de esas armas, pero representantes definidos (lo cual yo creo que no hacía falta, esta es mi particular opinión), lo que pudo haberse hecho era decirles: «se va á crear una Comisión; nombren ustedes cada uno sus representantes»; y luego el Ministro hacer lo que tuviera por conveniente. Por consiguiente, ya ve S. S. cómo, al decir de los órganos oficiosos, esa Comisión no produce el objeto que S. S. se proponía.

Yo ya sé que estas no son razones oficiales; pero S. S. sabe que hoy día se discuten estas cuestiones en la prensa un día y otro día, y que las opiniones de la prensa llegan á sentar jurisprudencia. Yo no me hago cargo de estas razones sino para traer al debate otra razón en apoyo del calificativo, permítame S. S. la frase, de inoportunidad que he dado á la creación de esa Comisión.

Y ahora bien, Sres. Diputados; como no quiero prolongar, ni entrar en el fondo de esta discusión, veamos el resultado práctico que se puede sacar de este debate.

Se trata, según dice S. S. en el preámbulo del Real decreto, de establecer un nuevo régimen para la proporcionalidad al generalato (y voy á ceñirme á este asunto de la proporcionalidad), y S. S. dice lo siguiente. Se estableció por la ley constitutiva del ejército de 19 de Julio de 1889 la forma en que debían ingresar en el generalato los coroneles; la Real orden, que por quincuagésima vez voy á calificar de provisional, de 7 de Octubre de 1889, estableció la manera cómo se iba á verificar esta proporcionalidad, ilegalmente en mi concepto, y marcó 128 vacantes; de estas 128 vacantes, van cubiertas en este instante 115. Me parece que esto es evidente, porque se han discutido hasta la saciedad estas cifras por los periódicos militares. De manera que no hay peligro de equivocarse. Y dice S. S.: próximo el momento de cubrirse todas las vacantes, porque faltan 13, vamos á modificar la manera de ingresar en el generalato.

Y se me ocurre preguntar á S. S.: suponiendo que sea legal el procedimiento que se emplea hoy, que es mucho suponer, ¿qué necesidad hay de nombrar ahora esta Comisión para que lo varíe? ¿No se dictó una ley, la de 19 de Julio de 1889, introduciendo una reforma radical en la manera de cubrir las vacantes? Pues una reforma tan radical como esta, ¿no necesita un espacio de tiempo bastante grande para su desarrollo? ¿Es suficiente el que ha mediado desde entonces hasta ahora? Yo creo que si S. S. lo mira imparcialmente, verá que es poco ese tiempo. Y si es así, ¿por qué S. S., en vez de crear esta Comisión, en vez de despertar estas suspicacias y temores, en vez de soltar esa prenda en el preámbulo del decreto, en vez de contestar al Sr. García Alix lo que S. S. le contestó, no se ha limitado á dictar una Real orden diciendo que, hasta tanto se cubran con arreglo á la ley las 160 plazas de generales de brigada que hay en el Estado Mayor del ejército, no se estudiará y se verá si todas las armas y cuerpos del ejército tienen la proporcionalidad debida en ese Estado Mayor?

La cosa es muy dudosa; porque, créame S. S., lo que sucede en la actualidad es lo siguiente. En el año 1889 había unas plantillas; pida S. S. las que existen ahora en el año 1894 y encontrará que en Infantería se ha perdido el 5 por 100 de coroneles, en artillería y caballería el 10, en Estado mayor el 12, en Guardia civil, carabineros y alabarderos están igual; pero hay un cuerpo, el de Ingenieros, donde unos dicen que han ganado cinco y otros que han ganado 10. Ya ve S. S. cómo no todas las armas tienen la proporción debida en el generalato.

En mi concepto, para resolver había dos medios, respecto de los cuales no creo que nadie pueda contradecirme, ó por lo menos yo estoy dispuesto á sostener el debate siempre que se ciña á esta cuestión. En primer lugar, se podía haber esperado á que estuviesen cubiertas las 160 plazas del generalato, y entonces establecer la proporcionalidad fijando las plantillas, pero trayendo la cuestión á las Cortes, no someténdola á una Comisión, que no puede, por las razones que he dicho, determinar las plantillas que tiene que haber en las diferentes armas y cuerpos del ejército; y en segundo lugar, se podía haber hecho otra cosa: á raíz de la publicación de aquella Real orden de 7 de Octubre de 1889, enviar el expediente al Consejo de Estado, con objeto de que emi-

tiera su opinión respecto á si se había interpretado debidamente la ley constitutiva de 1889.

De esta manera hubiéramos podido llegar, señor Ministro de la Guerra, á una aspiración, que yo no sé si será la de todas las armas y cuerpos del ejército, pero que por lo menos fué la que se demostró en discusión razonada y exenta de apasionamientos: la de fijar el número de generales que debía tener cada arma y cada cuerpo, y una vez fijo, establecer que estas vacantes habían de nutrirse en cada cuerpo y en cada arma. Ya sé que esta es una cuestión muy difícil, pero al menos este procedimiento tendría la ventaja de que no sucediera lo que hoy sucede: que hay algunas armas que tienen mayor número de generales á expensas de las otras. (*El Sr. Montes: Ninguna*). La de caballería. (*El Sr. Montes: Ninguna y se lo demostraré á S. S.*) Ya lo veremos; dispuesto estoy á discutirlo.

Como complemento de esa idea, hay una que está en la mente de todos, y es la siguiente: ¿por qué no se establece también esta proporcionalidad, para el ascenso de generales de división y tenientes generales? ¡Ah! Esta es una cuestión en la que habría mucho que decir; pero como he manifestado que no quiero entrar en el fondo de ella, la dejo para que esos señores que van á contestarme y á demostrarme esas cosas, puedan hacerlo, y yo les contestaré lo que crea pertinente.

No sé, Sres. Diputados, si habré conseguido encerrar dentro de los estrechos límites, que por voluntad propia y por convicción me había propuesto, el desarrollo de este debate; porque mi principal propósito era amalgamar la idea del cumplimiento de mi deber con el deseo de molestaros el menor tiempo posible; y, como he dicho anteriormente, mi posición era bastante difícil, porque por uno de esos sarcasmos de la suerte, por una de esas imposiciones de la teoría de los hechos consumados, he tenido que venir á defender el principio que entraña el articulado de una ley que, aquí y fuera de aquí, muchas veces he dicho que no era ni el objeto de mi cariño ni el ideal de mis entusiasmos; pero que, como ley promulgada, la acato y la rindo todos mis respetos. Esto lo que demuestra es que yo no soy exclusivista, y que allí donde encuentro un derecho que defender lo defiende, sea quien quiera aquél á quien beneficie. Y concluyo dirigiendo unas breves palabras al Sr. Ministro de la Guerra.

Su señoría, en la tarde del viernes último, acusado por los cargos y por los argumentos que le dirigieron todos los oradores que han tomado parte en la discusión sobre los sucesos de Melilla, se levantó en ese banco y dijo noblemente estas hermosas palabras: *Juro que he cumplido con mi deber*. Pues bien, Sr. Ministro de la Guerra; me place manifestar ante la Cámara y el país, que no habrá ningún militar, ni ningún patriota, ni ningún caballero, que al escuchar esas palabras de labios de una persona de los méritos, del prestigio, de la seriedad de S. S., las ponga en duda por un instante; pero créame el señor Ministro de la Guerra: en este mundo se impone desgraciadamente esa eterna teoría del movimiento relativo. En los asuntos en que tiene ingerencia la aspiración y el derecho de controversia, no es siempre juez competente, ni mucho menos, el que se sienta en el estrado de la convicción, aun cuando vista la toga de la propia conciencia.

Su señoría, como he dicho, ha dictado una disposición que ha tenido el privilegio triste de remover las suspicacias y los temores, y ha venido á arrojar imprudentemente en el campo de la inoportunidad una semilla que no ha de producir otros frutos que codicias y egoísmos, cuando no había razón ninguna que lo abonase, y cuando se podía, por medio de un aplazamiento muy justificado, esperar á que el campo estuviese preparado y hubiese la seguridad de que la mala yerba no arraigase allí en forma alguna.

Y antes de sentarme, voy, pues, á repetir las frases de S. S.: «He cumplido con mi deber», pero sin jurarlo. Es verdad que entre S. S. y yo existe, además de la diferencia que imponen la ilustración y la jerarquía, otra diferencia más sensible, y es, que en en lo que pudiera llamarse el Jordán de este debate (porque á juzgar por lo que se dice, está S. S. casi arrepentido de haber publicado el decreto de 9 del actual) S. S. viene á buscar el agua redentora; mientras que yo, en este río sagrado, si merece tal nombre, no vengo á buscar más que una especie de tónico reconfortante para mis propias, aunque modestas ideas. He dicho.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Guerra tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GUERRA** (López Domínguez): Empezaré por decir al Sr. Sanchís que no sé cómo supone S. S. que en mí ha habido el menor arrepentimiento del decreto últimamente publicado, y que vengo á este sitio á buscar un Jordán que me lave de aquellas faltas que haya podido cometer. No parece sino que yo he traído este debate al Congreso, y que lo he deseado, y que me parece bien. Pues empiezo por decir á S. S., que ha calificado de inoportuno el decreto, que acaso haya pocas cosas menos oportunas que discutir á fondo estas cuestiones en este momento en la Cámara, cuando no han sido presentadas á discusión.

Aparte de los elogios que he merecido á S. S., y que estimo en mucho, he de decirle que en todo su discurso ha habido una clara demostración, señores Diputados, de la necesidad de ese decreto. Porque S. S., que supone, y será verdad, que ese decreto ha despertado controversias, suspicacias, temores y todo género de alarmas, ha debido comprender que, después de la contestación que en el día pasado dí al Sr. García Alix, nada era más conveniente á los intereses del mismo ejército, para aplacar esas alarmas, si alarmas hay, que procurar no traer de nuevo al debate estas cuestiones, que no pueden resolverse en este instante.

El Sr. Sanchís empezó por decir que existe una ley incumplimentada, la ley adicional á la constitutiva del ejército, que establece la manera de ascender á general de brigada, toda vez que por la misma ley constitutiva las carreras en el ejército terminan en el empleo de coronel.

Un digno antecesor mío, queriendo cumplimentar aquel artículo de la ley adicional, por una Real orden provisional, á que tantas veces se ha referido S. S., estableció la proporcionalidad para ascender al generalato, tomando por base las plantillas que existían cuando se promulgó la ley. Dice el Sr. Sanchís que esa disposición gubernativa debió pasar al Consejo de Estado para que éste emitiera su dictamen, por ser materia legislativa. Yo creo que en eso se equivoca S. S., puesto que como medida provisional,

estaba en la facultad del Ministro de la Guerra establecerla; y ya dije días pasados, y repetiré ahora, que aproximándose el momento de la aplicación de esa Real orden que se dictó para proveer cierto número de vacantes, yo quería de una vez, tomando todas aquellas precauciones de imparcialidad posibles, aplicar un procedimiento, que en mi opinión era el más acertado para que se cumpliera lo preceptuado en la ley adicional á la constitutiva del ejército. Y procedí así, Sres. Diputados, como dije antes, porque esa cuestión, que es de importancia, podía agitar diversos intereses en cierto sentido, y yo temía que si dictaba una disposición, fuera provisional ó no, estableciendo la proporcionalidad en una ó en otra forma, se me tachara por mi procedencia, aunque esto lo rechace en absoluto, de que no llevaba á esa resolución toda la imparcialidad, toda la justicia y toda la equidad que la ley requiere.

Y entonces se me ocurrió que en el espacio de tiempo que había de pasar hasta cubrir las vacantes de que me he ocupado, podía nombrarse una Comisión de generales, en la cual estuvieran representadas todas las procedencias de los distintos cuerpos del ejército, que hiciera un trabajo previo para la resolución de tan importante asunto; trabajo reducido á establecer de una vez, con las instrucciones del Ministerio de la Guerra y con los datos y noticias que la Comisión pidiera á dicho Ministerio, las plantillas de la organización actual ó de las que resultaran de las distintas armas é institutos del ejército. Y aquí viene un cargo del Sr. Sanchís, cuando decía: el Sr. Ministro de la Guerra, contestando al Sr. García Alix, habló de nueve cuerpos de ejército. Yo no me he ocupado, ni en el preámbulo del decreto, ni en la parte dispositiva, de eso, sino de dar instrucciones á esa Junta; y si me ocupé del octavo y del noveno cuerpo de ejército, fué porque habiendo la prensa tratado esta cuestión, que á unos los había alentado y á otros los había alarmado, expliqué al Sr. García Alix lo que yo deseaba, que era que las plantillas se hicieran teniendo por base nueve cuerpos de ejército, porque por lo mismo que la ley establece que cada año se presenten á los Cuerpos Colegisladores las plantillas, deseaba que de una vez se fijaran.

Además, como yo había opinado y sigo opinando que en tiempo de paz debe dividirse la Península en nueve cuerpos de ejército; como está autorizada por la ley de presupuestos la creación del octavo, podría suceder que este Ministro ó el que le suceda le creara, y resultaría que á cada momento habrían de variarse las plantillas; de manera que yo daba esta explicación en el concepto de que en cuanto fuera posible se fijaran definitivamente.

¿Qué va á hacer esta Comisión de generales? Va á hacer un estudio detenido y profundo de la organización del ejército, y va á resolver las necesidades de cada instituto para establecer las plantillas definitivas; y establecidas estas plantillas, va á resolver sobre la proporcionalidad para el ascenso. ¿Y cuál es el trabajo de la Comisión? Pues no es ni más ni menos que hacer un estudio previo, que lo remitirá al Ministro de la Guerra; éste lo examinará, y después traerá el oportuno proyecto de ley á la discusión y aprobación de las Cortes. De manera que todas esas armas é institutos se dice que se encuentran alarmados, y yo no lo creo, porque lo que hay es que la pasión, la política y ciertos intereses que se agitan

siempre, se aprovechan de estas cuestiones, y por eso el Sr. Sanchís decía que había sido inoportuno el tratar este asunto; y no es así, es oportunísimo en el Ministro el resolver esa cuestión, para no vivir provisionalmente, lo que hace posible el influjo de esas pasiones.

Por consiguiente, esta Comisión, compuesta de generales importantísimos, procedentes de las distintas armas, estudiará el asunto con la detención que se estudian esas cosas y elevará su dictamen al Ministerio de la Guerra; allí se estudiará de nuevo, y aceptándolo ó modificándolo, como lo tenga por conveniente el Ministro que se encuentre á la cabeza del ejército, formulará un proyecto de ley, que traerá á las Cámaras, y entonces vendrá esa amplia discusión en la forma y en los términos que el Sr. Sanchís ha empezado á iniciar esta tarde. Cuando sea de la competencia del Congreso el estudio de esa cuestión importantísima, entonces y estando todos los intereses aquí representados, todos los Sres. Diputados podrán tomar parte en la discusión y resolver lo más acertado, que lo más acertado será aquello que ellos resuelvan, y de esa manera quedará cumplimentada definitivamente la ley adicional á la constitutiva del ejército.

¿Qué interés hay aquí lastimado? ¿Qué amenaza hay aquí á ninguno de los intereses creados? ¿Qué dudas ni qué suspicacias se pueden despertar en nadie, cuando se van á seguir todos esos procedimientos? Todo eso que se dice, no son más que pretextos; y de ahí mi crítica contra ciertos artículos publicados en la prensa política, no en la prensa militar, porque para mí no hay prensa militar, para mí no hay más que prensa política. Yo no reconozco más prensa militar que la prensa científica, la técnica. Los periódicos políticos militares no los considero realmente militares; porque resultarían un escarnio al ejército, á la disciplina y á las Ordenanzas ciertas cosas que se consignan en ellos, si se escribieran por militares y representarían la opinión ó el pensamiento del ejército. Por eso decía el otro día que esa prensa, cuando se dirigía al ejército publicando artículos con el epígrafe de *Coroneles, á defenderse*, ú otros por el estilo, y esos llamamientos á las clases del ejército, lo mismo á los coroneles, que á los generales, que á los subalternos, que á los soldados, contra disposiciones emanadas del Ministerio de la Guerra que van á ser sometidas á las Cortes, única representación que hay aquí de todos los intereses de la Nación, era digna de la más enérgica censura y reprobación. Lo que ha de obedecer todo el mundo es lo que las Cortes resuelvan y la Reina sancione. (El Sr. Sanchís: En eso soy de la completa opinión de S. S.) Y sin embargo, S. S. esta tarde ha venido aquí á hablar de esos mismos artículos y de esos mismos llamamientos á no sé qué clase de intereses.

El Sr. Sanchís: No me ha comprendido S. S. en el sentido que yo he hablado de ese artículo; permítame S. S. que le interrumpa para evitar que continúe atribuyéndome un concepto equivocado.)

El Sr. Sanchís, encontrando todo lo hecho por el Ministro de la Guerra inoportuno y deficiente, se ocupó después de la Junta consultiva de Guerra, á la que tanto ha maltratado S. S., diciendo que yo le infería una ofensa porque creaba una Comisión especial para informar sobre una cuestión también especialísima é importante.

Precisamente, Sres. Diputados, he nombrado esa Comisión especial para que no se pudiera creer que el Ministro de la Guerra acudía á un alto Cuerpo consultivo cuya composición se debiera al mismo Ministro de la Guerra, y no sé en qué proporción están representadas en aquél las distintas armas, ni me he ocupado de ello para nada; para que no se pudiera creer, repito, en ningún caso que el Ministro de la Guerra acudía á un alto Cuerpo consultivo en el cual las representaciones no fueran absolutamente imparciales; por eso recurrí á esta Comisión especial.

Pero ahora resulta, Sres. Diputados, que S. S. cita á algunos de los dignísimos y respetables generales nombrados para formar esa Comisión, y trae al Congreso no sé qué opiniones respecto á si representan ó no debidamente intereses ó clases del ejército. S. S. se habrá hecho eco de algo que alguien ha podido decir; pero yo no tengo por qué ocuparme de eso, y creo que tampoco hay derecho para venir á decir aquí que el general tal ó el general cual, porque alguien lo crea, representa ó no representa á las armas é institutos del ejército, y que en todo caso, el Ministro de la Guerra debía haber demandado á esas armas su genuina representación. Señor Sanchís, mientras yo sea Ministro de la Guerra, las armas é institutos del ejército, sobre todo aquello que emane del Ministerio, no tienen más que callar y obedecer. ¿Pues no faltaba más sino que para gobernar al ejército, dirigirlo y mandarlo, tuviese el Ministro de la Guerra que someter todas sus determinaciones á una especie de sufragio universal! ¿Qué es esto, Sr. Sanchís? El Ministro de la Guerra cree que cada uno de los generales que ha nombrado en representación de las armas é institutos, los representan; y si no los representan, ó alguno no lo cree, me es completamente indiferente. Los representan de hecho por la confianza del Gobierno y del Ministro de la Guerra, y eso me basta; y hasta podía haberlos nombrado todos de una sola arma.

Es menester, Sres. Diputados, que desde lo alto de esta tribuna no llevemos á los institutos armados, ni alimentemos en ellos teorías que pueden socavar por sus cimientos el respeto, la obediencia y la Ordenanza del mismo ejército. No discutamos personas; haced cargos al Ministro de la Guerra de todo lo que creáis que es responsable, pero no entremos en ese camino, que puede ser de perdición. No. Después de todo, cuando esa Comisión haya emitido dictamen, y ese dictamen venga, como vendrá en su día, al Congreso, entonces discutiréis el dictamen, porque será un dictamen del Ministro y no la opinión de tales ó cuales generales, porque esos no tienen ante las Cortes ninguna responsabilidad; toda, absolutamente toda, es del Ministro de la Guerra que los ha nombrado. Para ellos, el respeto y la consideración que merecen por sus servicios, por su carrera y por el grado que han alcanzado en el ejército; pero no tratemos la cuestión en otro terreno, porque á ese terreno no puedo ir más que con mi protesta.

Me parece que he contestado á todo lo expuesto por el Sr. Sanchís; si algo más quiere saber, tendré mucho gusto en satisfacer su curiosidad; pero en la última parte de su discurso, elocuente como todos los suyos, parece que á S. S. le pareció jactancioso, ó como un destello de orgullo en mi personalidad, el haber dicho al terminar algún discurso mío que ju-

raba haber cumplido con mi deber. Pues eso, señor Sanchís, no tiene contestación alguna.

Yo, ante la opinión de mi país, no me enorgulleczo; yo me dirijo á mi propia conciencia, la consulto, y mi conciencia me responde que he cumplido con mi deber; y como me responde en ese sentido, en ese sentido he resuelto, y lo he dicho sin jactancia de ninguna clase, porque mi conciencia me dice que he cumplido con mi deber, y que con ese decreto se podrá resolver con mayor equidad una cuestión que afecta á muchos intereses, á los cuales he dado mayor garantía habiendo adoptado un procedimiento dentro del cual quepan el estudio, la prudencia, la paciencia y, desde luego, el mejor acierto para resolver.

Ha hablado el Sr. Sanchís de los plazos y de si hay tiempo bastante para que se cubran todas las vacantes, por si se ha de resolver con unos ú otros procedimientos. Pues yo, contestando al Sr. Alix la tarde última, le dije que había aceptado este procedimiento ante la posibilidad de una próxima terminación de la disposición vigente; pero que si siendo yo Ministro de la Guerra todos estos términos y procedimientos no se habían cumplido, yo desde luego afirmaba ante el Congreso que si se llenaban todas las vacantes, no variaría el sistema establecido y continuaría la proporcionalidad tal y como la estableció el Ministro de la Guerra Sr. Chinchilla. De manera que no puedo dar mayores seguridades á todo lo que se pueda llamar derechos adquiridos.

Me propongo solucionar una cuestión difícil, y para no cargar con la responsabilidad de haber hecho absolutamente mi propia voluntad, la someto á una Junta de personas peritas para que la estudie con toda detención y prudencia; y entretanto me comprometo á no variar lo que hay, á aceptar la proporcionalidad tal como la estableció el señor general Chinchilla, y á poner de mi parte todos los medios posibles para que esa cuestión pavorosa quede solucionada de una manera que creo la más conveniente para los intereses que se podían creer lesionados.

El Sr. **SANCHÍS**: Pido la palabra para rectificar.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende esta discusión.

El Congreso pasa á reunirse en Secciones.»

Eran las cuatro y veinte minutos.

A las cinco y cincuenta y cinco minutos, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: Continúa la sesión.

ORDEN DEL DIA

Elección de Mula (Murcia).

Sin discusión quedaron aprobados los dictámenes de las Comisiones de actas y de incompatibilidades sobre la elección verificada en el distrito de Mula (Murcia), y aptitud legal del Diputado electo D. Juan López Parra; quedando dicho señor admitido y proclamado Diputado. (Véase el Apéndice 1.º al Diario núm. 130.)

Juró el cargo de Diputado el Sr. D. Juan López Parra, anunciando un Sr. Secretario que ingresaba en la Sección primera.

Represión de los delitos cometidos por medio de explosivos.

Continuando la discusión sobre el dictamen de la Comisión (Véase el Apéndice 15.º al Diario núm. 117), dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Marqués de Lema tiene la palabra para consumir el segundo turno en contra.

El Sr. Marqués de **LEMA**: Señores Diputados, aunque explicada suficientemente por parte de mi querido amigo el Sr. Burgos la actitud de la minoría conservadora por lo que se refiere al proyecto que se halla á discusión, bueno será insistir en que esta minoría encuentra que el proyecto presentado por el Gobierno, si bien tiene ciertas deficiencias y no llena en absoluto nuestros deseos, es, sin embargo, un paso beneficioso en lo tocante á la represión de ciertos delitos, que de una manera tan grave han perturbado el orden público. El partido conservador en esto tiene también la prioridad, por haber presentado uno de sus más distinguidos Diputados, en las Cortes anteriores, una proposición encaminada al mismo objeto, y que fué perfectamente recibida por aquel Gobierno; proposición, en la que se castigaban los delitos cometidos por medio de explosivos, siendo la represión tan eficaz ó más que la que el Gobierno presenta en el proyecto actual, con la ventaja, mayor para los que piensan como piensa la minoría conservadora, de que era mayor su eficacia por la competencia del tribunal, á que se entregaba el conocimiento de estas causas, que era á los tribunales militares.

Esta proposición, debida á la iniciativa del señor García Romero, no llegó á ser ley; pero cábele la honra á aquel Diputado y á la mayoría conservadora de aquellas Cortes, de haber sostenido una proposición de ley, que realmente llenaba el objeto con más eficacia que el proyecto de ley presentado por el Gobierno.

Por tanto, desde el momento que la minoría conservadora ha llevado un dignísimo representante á esa Comisión, y que este representante ha hecho las salvedades necesarias en el seno de la Comisión, y las ha hecho constar también en el preámbulo del dictamen, dicho se está que nuestra oposición, si así puede llamarse, sólo puede ser una oposición relativa en el sentido de creer que este proyecto es incompleto y deficiente; y respetándole el partido conservador, según acostumbra á hacerlo con las demás leyes, tal vez se vea en el caso de alterarle ó modificarle en el porvenir para buscar una represión más completa. Claro es también, como decía el Sr. Burgos, que estas cuestiones, que se refieren al sistema social, desgraciadamente no se resuelven con un proyecto de represión, sino que deben ir acompañadas de otras medidas, de tal manera que se encuentre perfectamente conocida la opinión de los partidos gubernamentales y de la parte sana del país en aquellas reivindicaciones naturales de la clase obrera; aquellas reivindicaciones á que todos debemos aten-

der, que no pueden ser confundidas con esas manifestaciones propiamente bárbaras, que deben caer bajo el peso riguroso de la ley.

El Gobierno, como dijo el Sr. Burgos, no lo ha entendido así, y varios proyectos, que el partido conservador dejó pendientes de discusión, á causa de la oposición de la minoría liberal, no han llegado á ser ley; lo mismo que ha sucedido con otros muchos proyectos, como el referente á los jurados mixtos, á las industrias insalubres, á las estadísticas del trabajo, que están ya concluidas, ó por concluir, por parte de la Comisión de reformas sociales: ninguno de éstos ha sido, ni es fácil que lo sea, según noticias, elevado por el Gobierno á proyecto de ley; lo cual es necesario, no sólo para atender á la represión de los delitos, sino también para atender á la reivindicación, justa en gran parte, de esa clase obrera, que de todos nosotros merece una gran atención. Por tanto, ninguna de las observaciones que yo haga se refiere sino á esos partidos que quieren obtener por medio de la revolución el triunfo de sus ideales, y de ninguna manera confundo las reivindicaciones, que están dentro de la ley, con aquellas que encuentran como único medio de expresión la bomba ó cualquiera otro instrumento mortífero, que siembra el pánico en las clases sociales.

Del mismo modo que esta reivindicación, á que me refiero, debe ser atendida, de la propia manera debe existir severidad para penar esos atentados á que se refiere el proyecto de ley sometido á la deliberación del Congreso. Y en este terreno no puedo menos de decir que el proyecto presentado por el Gobierno apadrinado en parte por la Comisión, y que hoy se presenta en forma de un dictamen, este proyecto es evidentemente deficiente é incompleto, por más que nosotros, por ser algo en el buen camino que todos queremos perseguir, le aceptemos y le demos nuestra aprobación. Desde el momento, en que se ha pensado reformar el Código penal estableciendo en esta ley para la represión de ciertos delitos penas más graves que las ya señaladas en el Código; desde el momento que se modifica el procedimiento en favor de una mayor rapidez, y desde que se alteran las relaciones establecidas por ese Código, bien podía el Gobierno de S. M., y sobre todo la Comisión, haber tratado de definir con mayor precisión los delitos, á que se refiere el dictamen, y haberlos entregado al conocimiento de algún tribunal, que pudiera ofrecer mayores garantías que las que ofrece el Jurado.

Lo más importante, evidentemente, que encierra el dictamen presentado á nuestra discusión, es que castiga los actos materiales con un rigor, con una dureza, que yo aplaudo, pero que entiendo que debería extenderse en gran parte á algunos que, no siendo agentes materiales de los hechos, son aún más responsables por tener una influencia moral mucho más consciente y más digna, ó por lo menos tan digna de castigo como la de los autores materiales. Y no se me diga que hay artículos en el dictamen, que se refieren á la represión de esos delitos de carácter moral ó intelectual, por decirlo así, puesto que algo más amplia debería ser la esfera, en que se moviera la ley, no haciendo depender única y exclusivamente de la comisión de los delitos la existencia de ciertos actos morales, de ciertos actos intelectuales tan penables como lo son seguramente los actos

materiales. Encuentro que el dictamen de la Comisión no es completamente congruente con el proyecto de ley presentado aquí por el Sr. Ministro de Gracia y Justicia.

Aparentemente, las diferencias entre el dictamen y el proyecto de ley son muy pequeñas, muy ligeras; parece que se refieren sólo á la agravación de ciertas penas y á la mayor prontitud en el procedimiento; pero envuelven algo más grave, algo más importante, que es para mí la rectificación del criterio que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia llevaba al proyecto de ley, y que tal vez haya pasado desapercibida á los que no hayan examinado detenidamente el proyecto y el dictamen; porque el señor Ministro de Gracia y Justicia insertaba en el proyecto de ley un artículo verdaderamente interesante, un artículo que no ha tenido cabida en el dictamen, y que se refiere á un concepto completamente distinto en la apreciación de esos delitos intelectuales, que bien pueden llamarse así, y es una calificación ya aceptada, puesto que hay un artículo en el proyecto que falta en el dictamen, y en el que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia no sólo penaba esos delitos con relación á la comisión de actos, es decir, haciéndolos depender de la comisión de actos, sino que el artículo á que me refiero, del proyecto, estaba destinado á los delitos intelectuales que tuvieran por objeto la inducción á esos actos terribles que hemos tenido la desgracia de presenciar, castigándolos únicamente por su carácter de inducción, sin tener en cuenta los hechos materiales.

Yo entiendo que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, según es público y notorio, deferiría dentro del Consejo de Ministros á las indicaciones de un respetable jurisconsulto que forma también parte del Gobierno, dando así muestras de la flexibilidad de criterio, que es condición del hombre de gobierno, en aquello que no es esencial; pero no sé cómo el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, al examinar el dictamen de la Comisión, no ha echado de menos el artículo á que me refiero, que creo es el 7.º del proyecto de ley de S. S.; artículo tanto más interesante, cuanto que se halla relacionado con la distinción que se hizo en el siguiente, calificando entre las asociaciones ilícitas que pena el Código, aquellas comprendidas en el art. 7.º (*El Sr. Pérez Castañeda*: Está en el dictamen de la Comisión, en el art. 8.º) Ruego á S. S. que se fije en el art. 8.º (*El Sr. Pérez Castañeda*: Comprende el 6.º y el 7.º del proyecto del Sr. Ministro.) El art. 7.º del dictamen es el art. 5.º del proyecto del Sr. Ministro, y el art. 8.º del dictamen es el art. 6.º de dicho proyecto, y falta el artículo 7.º del proyecto, en el que se castigaba la predicación, aunque no influyese directamente en los hechos materiales... Si S. S. no está completamente conforme con el recuerdo que hago del primitivo proyecto, no tengo inconveniente en leerlo.

Dice el art. 7.º del proyecto del Sr. Ministro de Gracia y Justicia: «Al que predicase la ejecución de los hechos descritos y castigados en la presente ley, aunque no contribuya á su comisión como autor, cómplice ó encubridor, se le impondrá la pena de presidio correccional.»

Y añade, después de esto, lo que tiene todavía más importancia:

«Art. 8.º Se reputarán asociaciones ilícitas, conforme á lo establecido en el núm. 2.º del art. 198

del Código penal, las en que se incurra en la disposición del artículo anterior, y además de ser inmediatamente disueltas, serán castigados sus individuos con la pena de presidio correccional.»

No presumo que el digno individuo de la Comisión que me ha interrumpido creerá que el artículo que acabo de citar, y que no está en el dictamen de la Comisión, lo puso el Sr. Ministro de Gracia y Justicia tan sólo por capricho, porque evidentemente perseguiría algún fin; y me alegraría que el señor Ministro de Gracia y Justicia atendiese esta indicación, para que viera si estaba ó no estaba conforme con ella, á fin de que dijera con qué objeto había puesto ese artículo, y por qué causa se ha omitido en el dictamen.

Yo siento que en esto haya padecido un poco el criterio que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia tenía; evidentemente ha sido por el deseo que le anima, como á todos nos anima, de que sea ley lo más pronto posible la relativa á la represión de los delitos cometidos por medio de explosivos.

Creo haber hecho notar que hay diferencia esencial de criterio; que me explico perfectamente, después de haber oído las palabras pronunciadas hace pocos días en sitio distinto de este por el digno y elocuentísimo señor presidente de la Comisión, en las cuales hacía notar perfectamente su criterio en la materia, el criterio de que sólo encontraba punibles los actos intelectuales que provocaran á la comisión de ciertos actos materiales tan espantosos como los que hemos presenciado, cuando tuvieran como consecuencia y como secuela natural la comisión de estos delitos; pero no respecto de los delitos intelectuales, sin referirlos en modo alguno á los efectos que pudieran producir.

A la verdad, este es un punto importantísimo; porque, cuando se saben los efectos que esas predicaciones anárquicas producen sobre las masas; efectos mucho mayores que los de cualquier provocación ó inducción sobre un individuo; cuando se sabe de qué manera se engendran en las multitudes esas pasiones, productoras luego de terribles delitos, no se puede menos de tener en cuenta que no sólo hay que buscar á esos provocadores de hechos punibles, que producen como consecuencia inmediata la realización de determinados actos, sino que hay que buscar también á los que predicán ciertas doctrinas contrarias al orden social, y los autores de estas predicaciones deben ser castigados sin tener en cuenta el efecto que puedan producir inmediatamente.

Porque, ¿quién podrá decir, señores, quiénes fueron los productores de las sangrientas jornadas de Jerez? ¿Quién podrá decir quiénes fueron los provocadores, cuáles fueron los que llevaron el germen de la mala doctrina á las cabezas de los autores de los atentados que ha presenciado Barcelona en tan poco tiempo? ¿Cómo ni de qué manera se podrá atribuir fundadamente y de una manera exclusiva á determinada predicación, á determinados discursos, á determinada empresa, la influencia suficiente en el ánimo de un hombre ó de una Sociedad, para que ese hombre ó alguno de los individuos de esa Sociedad llegase á cometer tan nefandos delitos? Es evidente que esa instigación y esa provocación vienen elaborándose lenta, pero constantemente, y que es deber de la ley, si quiere ser eficaz, el perseguir esos actos de provocación é instigación que, sin producir cada

uno inmediatamente el delito á que provocan, todos en su conjunto constituyen la provocación que ha movido después al criminal á cometer el delito; deber es de la ley definir y calificar esos actos como delitos, puesto que lo son realmente, en vez de reducirlos única y exclusivamente á ese concepto de las consecuencias materiales que cada uno haya producido, sin tener en cuenta, en absoluto, el carácter punible, el carácter de delincuencia que en sí mismos llevan esos actos.

Y esto no creo yo que debe trastornar el criterio de la Comisión en el sentido de que esta sea una doctrina completamente nueva; porque en nuestro mismo Código hay artículos, que llevan en sí esta idea, aunque, naturalmente, de una manera imperfecta, de una manera embrionaria, por decirlo así, pero que al cabo reputan como delito el acto intelectual, sin relacionarle con las consecuencias materiales que inmediatamente pueda producir.

Así, por ejemplo, nos encontramos con que es verdaderamente indeterminado el carácter que se da de instigadores ó directores de una reunión ilícita, tan sólo por el hecho de ostentar un lema, una bandera, y hasta por un impreso que se haya publicado anteriormente, y en este sentido está redactado el art. 193 del Código penal; y también el artículo 137, que se refiere á la seducción de fuerza armada, delito que pena, aunque sea frustrado, con cadena perpetua á muerte; porque ese art. 137 no habla más que de seducción, y la seducción es una influencia de carácter blando, por decirlo así, una influencia que evidentemente no produce en muchos casos la comisión inmediata del delito, y esto no obstante, el Código pena ese solo hecho aunque no produzca la consecuencia material del crimen. Y también encontramos esta misma doctrina en el caso 4.º del artículo 584, que se refiere á las faltas de imprenta, porque también se penan allí los actos intelectuales sin relación inmediata con el hecho para el cual sirven de instigación. Luego si esta doctrina palpita en nuestro Código, no habría tenido nada de particular que la hubiera establecido la Comisión en su dictamen; sobre todo cuando cree necesario reformar en esta materia el Código, y agravar la penalidad y dar mayor rapidez al procedimiento y á la tramitación, aunque esto alguna vez pueda resultar en desdoro de la justicia y en perjuicio de los que hayan sido procesados.

Y tampoco es esta doctrina solamente española, sino que también está en la ley de imprenta francesa, y aun más ampliamente consignada la encontramos en lo que se refiere á estos actos intelectuales constitutivos de delito, realizados por medio de la imprenta, por discursos, etc.; la encontramos, digo, en la última ley dada en Francia en 13 de Diciembre del año próximo pasado, referente á la represión de la misma clase de delitos de que estamos tratando ahora; y también la encontramos en el Código penal italiano, en artículos que, si es necesario, citaré; como igualmente se encuentra en el Código del Imperio alemán y en el Código húngaro; y en muchos Códigos y disposiciones se indica que sólo el acto intelectual de inducción y provocación á determinados delitos, sin mirar las consecuencias inmediatas de ese acto, es por sí solo punible, y á él debe alcanzar la penalidad marcada por la ley, como alcanzaba el proyecto presentado por el Ministro de Gracia y Jus-

ticia, y que la Comisión no ha creído conveniente reproducir en esta parte.

Además, la misma jurisprudencia de nuestro Tribunal Supremo de Justicia ha declarado en diversas sentencias, que yo no tendré inconveniente en leer, si alguien dudase respecto de esta afirmación mía, ha declarado esta misma doctrina; y así la excitación en la prensa periódica, cuando se propone exaltar las pasiones y no discutir razonadamente hechos y doctrinas que puedan conducir á la realización de sus ideales, no cuando la prensa discute en el terreno de la teoría, sino cuando trata de excitar las pasiones, de levantar el espíritu de las masas en favor de algunas ideas que sean contrarias á la Constitución y á las leyes, el Tribunal Supremo reputa esos actos como punibles, sin fijarse en las consecuencias inmediatas de semejantes hechos.

Y estudiando y comentando, por decirlo así, el artículo, que se refiere á las Asociaciones contrarias á la moral pública, que son ilícitas desde el momento que son contrarias á la moral pública, el Tribunal Supremo tampoco ha vacilado en decir que son Sociedades ilícitas, que no pueden ser admitidas aquellas, en que se excita á la lucha entre el capital y el trabajo de una manera sistemática, y solamente con este objeto; también las ha penado en aquella ocasión, y en otras me figuro habrá hecho esto mismo con esta clase de Asociaciones.

Por consiguiente, no es doctrina nueva, es conocida, no debía alarmar á la Comisión; y por tanto, en esto su obra ha sido, permítame que se lo diga á pesar de la benevolencia que nos inspira, por lo general, su dictamen á todos, ha sido deficiente é incompleta.

Y no se crea por esto que yo pido que se castigue todo lo que en términos generales se puede determinar con el nombre de literatura anarquista; porque claro es que si esta anarquía nace de un exagerado individualismo, si es producto de un individualismo exagerado que, todos hemos producido en Europa y en todas partes, yo no voy á pretender que esos productos literarios, que á la larga pueden producir graves males, caigan dentro de la esfera de una ley represiva como es ésta. Sería difícil buscar las consecuencias de determinadas doctrinas expuestas en forma literaria en un libro y, por tanto, averiguar la intención y el pensamiento del legislador al promulgar esta ley; pero de esto á que se considere lícita cualquier predicación en favor de las ideas anarquistas, que tiene por objeto subvertir el orden social, buscar la lucha entre el capital y el trabajo y producir un estado de excitación pernicioso, que luego se traduce en hechos graves, hay una gran diferencia.

Por esto digo yo, y el Sr. Ministro de Gracia y Justicia no me podrá desmentir, que esos delitos de carácter individual, aunque no tengan consecuencia inmediata, deben ser penados, pues de este modo, á la larga se notarán las consecuencias y no tendremos que lamentar hechos tan terribles, como los que hemos presenciado.

Introduciendo esta ley las innovaciones, que introduce en la penalidad, también hubiera sido conveniente que se hubiera pensado en una pena de carácter nuevo, pero conocida, sin embargo, en los anales de la historia y de otras legislaciones, que es la pena de deportación.

Y no me lleva á mí en esto el deseo que podía animar á mi compañero el Sr. Burgos de que estos anarquistas que siembran entre nosotros la alarma y que amenazan con la desolación practiquen sus ideales en países lejanos. ¡Sus ideales! Si no los tienen, ¿cómo los van á practicar? No son sistemas que pueden prestarse á la discusión, como lo son el sistema socialista y el del comunismo antiguo; son sistemas cuyo fin es la destrucción, y por tanto, nada conseguirían para sus ideales con que los relegásemos á una isla, más ó menos lejana, de nuestro Continente. Pero en esto hablo con la autoridad de personas las más prácticas y entendidas en esta clase de cuestiones, puesto que han tenido que presenciárlas, estudiarlas y aun resolverlas en el sitio donde esas cuestiones se han presentado con más temerosa fuerza.

La deportación es una pena que indudablemente tiene ventajas sobre la misma pena de muerte, puesto que esta última sirve á esos espíritus extraviados para considerarse víctimas, héroes ó mártires de una gran causa, y para creer que el día en que la pena se ejecute, se abre para ellos la primera página del libro de su inmortalidad; idea funesta, á la que tanto contribuye la publicidad casi excesiva, y aun la natural curiosidad que todos tenemos de conocer los últimos incidentes de esos sucesos. La deportación, en cambio, tiene ventajas indudables que no han debido ocultarse al ánimo de la Comisión, sobre todo si sus dignos individuos han tenido como yo ocasión de conversar y de oír el juicio de personas que se han hallado en Barcelona al ocurrir los últimos deplorables sucesos.

Estas personas á que me refiero han creído que una de las mejores garantías que pudiera establecer una ley como la que ahora se discute, consistiría en alejar para siempre á los culpables de la sociedad en que no han querido vivir, y relegarles á otras tierras, donde, si pueden encontrar la realización de sus ideales, yo me alegraré por ellos; pero siempre resultará una pena más eficaz, y para todos más simpática, puesto que no hay que derramar sangre humana; y esto, aun cuando sea justo, es siempre triste y deplorable.

Pero el defecto mayor que encuentro en la obra de la Comisión y en el proyecto presentado por el señor Ministro de Gracia y Justicia es el tribunal al que se encarga el examen y fallo de esta clase de delitos; porque precisamente en estos momentos se están discutiendo por la prensa y por todo el mundo, con motivo de un hecho reciente, las ventajas ó deficiencias de esa institución, que vosotros, pura y exclusivamente por compromisos de partido, engendrados por preocupaciones ya verdaderamente anticuadas, trajisteis á la ley, y nosotros, con la lealtad con que el partido conservador ha llevado siempre á la práctica las leyes que ha encontrado establecidas, hemos sostenido, no sin dejar de encontrar graves, gravísimos defectos en esa institución, no sin pensar que muchos de los delitos en que hoy entiende ese tribunal, deberían, como en otros países sucede, calificarse de correccionales, para que fueran entregados á los tribunales ordinarios y escaparan á la jurisdicción del tribunal por jurados. Pero, en fin; no quiero ser impresionista, no quiero que las impresiones de sucesos muy recientes vengán tal vez á oscurecer mi juicio al discutir un proyecto de tanta im-

portancia, de tanta trascendencia como el que está sometido á la deliberación del Congreso; así, pues, no voy á discutir el Jurado, puesto que ya es ley en nuestro país, y no se trata ahora de discutir su reforma ó su abolición; pero sí debo decir, Sres. Diputados, que si hay delitos que desde luego deben sustraerse á la jurisdicción del Jurado, en este caso se hallan, más que otros, los previstos en el proyecto de ley que estamos discutiendo.

Todos los defectos que el Jurado tiene, á juicio de propios y extraños, es decir, á juicio de sus mismos defensores, y no digo nada de sus adversarios, todos los defectos que en la práctica de esa institución se han encontrado, se producirán de una manera más grave y más trascendental cuando sea llamada á conocer de los delitos cometidos por medio de los explosivos. Aquel error que consiste en suponer que la pasión y la impresión son mejores jueces que la sana crítica, la razón y la experiencia, en ningún caso se mostrará con más graves caracteres que en el caso presente: las dificultades que hay para que muchas personas desempeñen la misión del jurado, ó para que comparezcan como testigos, serán en mayor número y más invencibles tratándose de delitos que naturalmente llevan al ánimo de muchos el temor, y temor justificado en determinados momentos, de cumplir con ese deber que la sociedad les ha impuesto. Bajo este aspecto de la intimidación, temo no sólo por la dificultad que habrá para congregarse esos jurados, para llevarlos á los sitios donde residen las Audiencias de lo criminal ó las Audiencias provinciales, sino muy principalmente por la resistencia que han de oponer á llevar á cabo una misión como la que llevan para juzgar tal vez á cómplices, á amigos, á personas relacionadas con sociedades anarquistas, á las cuales no se les puede negar la audacia; pero, además, yo temo hasta por los mismos anarquistas que sean juzgados; y lo temo, porque el Jurado, como es impresionable y puede ser intimidado, no sólo será intimidado en favor de los anarquistas, no calificándoles de culpables y no castigándoles como merecen con arreglo á la ley, sino que ese mismo temor le hará en ocasiones ser injusto, y verá en cualquier procesado que se presente ante él un delincuente, y no se fijará en las circunstancias atenuantes que pueda haber en favor del mismo procesado.

El miedo es una de las cosas que más extravían la razón de los hombres, y es de temer que ese miedo, no sólo sea favorable á los anarquistas, sino que sea muy contrario á veces á la causa de la justicia en el sentido de condenar á un inocente, con lo cual padece la justicia más que cuando el culpable es absuelto. Cuando recuerdo aquellas prevenciones que los mismos partidarios del Jurado tenían; prevenciones que resultan en los escritos de los que más le defienden en este país, y recuerdo también en este momento el comentario de algún distinguido Diputado que tiene asiento en esta Cámara; cuando recuerdo el preámbulo del Sr. Alonso Martínez al presentar este proyecto de ley del Jurado á la Cámara; cuando recuerdo, como se ha dicho, que ciertas altas conveniencias sociales exigirían sustraer algunos delitos en ocasiones, así se dice de una manera más ó menos indirecta en ese preámbulo, á la acción del Jurado; cuando recuerdo que en la clasificación que se hizo de los delitos que debían some-

terse al conocimiento de estos tribunales, se separaron muchos, como los de lesa majestad, los relativos á la paz del Estado y al orden público, verdaderamente no comprendo por qué no han de ser separados del conocimiento del Jurado de la misma manera aquellos delitos de que en este momento nos estamos ocupando.

Claro es que aquella clasificación era arbitraria, porque ha entregado al conocimiento del Jurado determinados delitos, algunos de los cuales revestían caracteres tan graves como los que acabo de enumerar; pero desde el momento en que hay delitos tan parecidos á estos que se cometen por medio de explosivos, como los de desorden público, que están determinados en dos artículos del Código penal, y sin embargo no entran en la competencia del Jurado, los artículos 271 y 272, en los cuales hay hasta la circunstancia de que los hechos que previenen pueden verificarse en espectáculos públicos ó en cualquier sitio, trayendo perjuicio á personas particulares, es decir, que se refieren á muchos casos de los que pueden presentarse en los delitos cometidos por medio de explosivos, no veo razón para que el Gobierno y la Comisión no hayan pensado en sustraer estos delitos de la competencia del Jurado. Porque, créanme SS. SS., valía más no haber hecho esta ley, ó hacerla más deficiente, imponiendo penas más ligeras, con tal de que esos delitos no fueran examinados por el Jurado; yo preferiría que siguiese aplicándose el Código penal vigente, con la ampliación que pudiera sugerirles á los jueces la interpretación de su espíritu; quizá esto fuera preferible á entregar al examen del Jurado la clasificación y el fallo de ciertos delitos que debían entrar de lleno en la competencia de la jurisdicción ordinaria.

Además, si los delitos políticos son principalmente la causa de la institución del Jurado, si al establecer esta manera de juzgar á los ciudadanos se creyó que era por los abusos que pudiera cometer el poder público, ¿podrá creerse que en delitos como estos, que tienen carácter de comunes y al propio tiempo de sociales, y que son tan graves puesto que atentan á todas las clases de la sociedad, ha de tener el poder público interés en coartar la iniciativa de los magistrados, y se ha de preferir un tribunal que no tiene en teoría ninguna clase de garantías y que sólo se estableció por respeto á tradiciones verdaderamente antiguas?

Por consiguiente, no teniendo esta clase de delitos la condición de políticos, no subordinándose éstos más que á la preocupación de escuela, evidentemente la Comisión y el Gobierno deberían haber pensado si era mejor que pasaran al fallo de los tribunales ordinarios que entregarlos al juicio de muchos ciudadanos que constantemente están mostrando sus defectos en los juicios en que intervienen.

Además, calculen los Sres. Diputados cómo castigará el Jurado los delitos de inducción, esos delitos de carácter intelectual que producen consecuencias tan tristes. ¿Cómo los calificará y cómo los juzgará ese Jurado, cuando constantemente vemos las deficiencias de sus sentencias? ¿Cómo ha de juzgarlos, cuando exigen una labor intelectual, difícil para encontrar cómo y por dónde se hallan los motivos y el origen de un hecho cualquiera, y de qué clase de provocación han sido víctimas los desgraciados que se han dejado llevar por semejante camino; labor in-

telectual verdaderamente difícil, que no puede entregarse á ciudadanos poco experimentados, y que con su fallo pueden producir la indignación general, como la ha producido en Francia? Allí el Jurado ha absuelto á un escritor que en una revista de París ha hecho la apología de un delito castigado por las leyes, y el público se ha indignado, puesto que ve que no importan nada los preceptos de las leyes ni la previsión de los legisladores cuando se da con personas inexpertas y seguramente incapaces para intervenir en el fallo de esta clase de delitos.

Yo creo, además, que por respeto á las leyes, á su cumplimiento y á las buenas prácticas, el establecimiento de los tribunales ordinarios para juzgar de esa clase de delitos sería una gran ventaja; porque, y esta ha de ser mi última observación, llegará el momento en que se repitan los hechos que todos hemos lamentado; llegará el momento en que se renueven estas escenas de luto y de desolación, y entonces, como habréis visto el resultado del Jurado en diferentes causas, como habréis visto que unos delincuentes no han sido condenados y que otros lo han sido de una manera excesiva, entonces todos aquellos que tengan la responsabilidad del poder, pensando de un modo más hondo, dirán tal vez que hubiera sido mejor llevar esto al estudio de los tribunales militares, y tendrán algún motivo, alguna razón ó pretexto para pedirlo así, y obrarán perfectamente. Yo creo, sin embargo, que es mejor que nosotros prevengamos este caso, y adelantándonos á esta interpretación de la ley, establezcamos como regla natural y conveniente la de que sean juzgados estos delitos por los tribunales ordinarios, y no los entreguemos á un juicio irreflexivo y deficiente como es el juicio de un Jurado.

He concluido.

El Sr. PEREZ CASTAÑEDA: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. PEREZ CASTAÑEDA: Señores Diputados, el discurso del Sr. Marqués de Lema, que todos hemos oído con mucho gusto, como todos los suyos, no ha sido extenso realmente, según él nos había anunciado; pero S. S. ha tocado, aunque sea de pasada y á la ligera, tantos puntos, que habría necesidad de emplear varias horas quizás para poder refutar sus argumentos; de tal manera los ha condensado.

Hay que decir, Sres. Diputados, que aunque realmente la discusión que aquí se suscita hace honor lo mismo al Gobierno que á la Comisión que ha presentado el dictamen, porque demuestra que se tienen en algo estos trabajos, es nuestro país aquel en donde por primera vez se ha discutido de una manera extensa un proyecto de ley para reprimir los delitos cometidos por medio de explosivos. Hay que recordar que en Inglaterra se aprobó por la Cámara de los Comunes en un sólo día el proyecto de ley sobre la represión de estos mismos delitos; que en Francia y en Austria sucedió lo mismo, y que solamente en Alemania duró la discusión un par de días; por lo tanto, yo no predicaría con el ejemplo si fuese muy extenso. No lo tome á mal S. S., si á pesar de mi primera manifestación de que había de contestar extensamente á su discurso, no lo hago.

Pero hay algunos puntos en que realmente S. S. no ha sido justo. Trata de hacer cargos á la Comisión porque no había tenido en cuenta el proyecto presentado por el partido conservador el 17 de Fe-

brero de 1892. (El Sr. Marqués de Lema: No he dirigido cargo; no he hecho más que establecer la prioridad.) El cargo no podía ir dirigido á la Comisión; si acaso, podría ser para el digno individuo de esa minoría que fué el encargado de estudiar el asunto; pero tampoco resulta, porque no hay paridad, pues en este proyecto no sólo se trata de la represión, sino de la prevención, mientras que en el caso á que S. S. ha aludido se trataba tan sólo de la represión; y hay que decir también en descargo de la laboriosidad de aquellos individuos, que el Sr. Lastres fué el encargado de redactar el dictamen, y que llegó á darse por la Comisión, pero que no pudo discutirse.

El Sr. Marqués de Lema nos hablaba de que no debía sólo circunscribirse el dictamen á evitar estos crímenes, sino que había que atender á la reivindicación de las clases obreras. Es claro que nosotros nos hubiéramos ocupado de esas reivindicaciones, si hubiéramos sido llamados á emitir nuestro juicio sobre esos asuntos; pero se trataba sólo de la represión de los delitos cometidos por medio de explosivos.

Debo decir de paso, que la iniciativa particular de S. S. pudiera imitar aquí lo que se está haciendo en estos momentos en las demás Naciones, puesto que no han partido de los Gobiernos las reformas que voy á enumerar, algunas de las cuales se han aprobado ya, y son precisamente reivindicaciones de la clase obrera.

En la Cámara de los Comunes de Inglaterra se está discutiendo la ley de las ocho horas para los obreros de las minas; ley que hizo suya Gladstone, y que seguramente será aprobada dentro de muy poco tiempo. En Francia, y debido á la iniciativa particular, se está discutiendo una ley para hacer más prósperas las Sociedades cooperativas. Yo pudiera decir á S. S. que estos asuntos son más bien para traídos por la iniciativa particular del Diputado que no por el Gobierno, á no ser que se tache á éste de socialista. Es claro, y en eso yo quiero rendir homenaje al jefe del partido conservador, porque en el discurso que leyó en el Ateneo en el año de 1890 estudió muy bien todos esos puntos; es claro que también le cabe alguna censura, por que aquellos remedios no fueron tomados desde las esferas del Gobierno. Veá, pues, S. S. cómo el partido conservador podía haber traído esa represión para los delitos y la reivindicación de la clase obrera. Y eso que digo á S. S., quizás tendremos ocasión de decírselo á la minoría republicana, porque decía el otro día uno de sus individuos que no se atendía al obrero como debía atendersele, y á SS. SS. tampoco les está vedado el poder presentar proyectos que tiendan á ese objeto.

Dejo para lo último el hablar del castigo de estos delitos por los tribunales militares; y puesto que S. S. ha hablado extensamente del Jurado, y yo quiero hacer su defensa entusiasta y enérgica, entonces hablaré de si deben someterse á los tribunales militares los delitos cometidos por medio de explosivos.

El primer cargo concreto que S. S. ha hecho á la Comisión, ha sido el de no haber incluido en su dictamen ningún artículo que equivaliese al consignado en el proyecto de ley del Sr. Ministro sobre la inducción directa por medio de la provocación para la comisión de esos crímenes, y que no se castigase por lo tanto.

El Sr. Marqués de Lema, si no lo toma á mal, puede fijarse en el art. 7.º, y verá que en ese artículo se dice que «el que, aun sin inducir directamente á otro á ejecutar cualesquiera de los delitos enumerados en los artículos anteriores, provocase de palabra...» ¿Qué es la provocación de palabra? ¿No es una predicación en la forma que la entiende la Comisión? Pues no se ha contentado con esto sólo la Comisión, porque después ha añadido: «provocase de palabra, por escrito, por la imprenta, el grabado ú otro medio de publicación, etc.» De modo que los ha comprendido todos, y no ha querido siquiera emplear el lenguaje del Código que dice *otro medio mecánico*. La Comisión ha previsto que mañana podía haber otro medio que no fuese mecánico. De modo que si se fija S. S. sólo en eso, puede ver el Sr. Marqués de Lema que no ha habido preterición con respecto á ningún artículo de los consignados por el señor Ministro de Gracia y Justicia en su proyecto de ley.

Si S. S. tiene la bondad de fijarse en el art. 8.º, verá que «la apología de los delitos ó de los delinquentes penados por esta ley, será castigada con presidio correccional.» La redacción de esos artículos comprende en absoluto la predicación lo mismo que la alabanza; de tal suerte es esto así, que sólo con eso implícitamente hubiera quedado comprendida en el art. 8.º esa misma inducción de la predicación, que S. S. creía que hacía falta en el dictamen de la Comisión. De modo que no solamente no ha faltado la Comisión á la defensa, por una parte, del criterio con que ha redactado su dictamen, sino que por otra ha establecido eso mismo que S. S. encontraba deficiente.

Es claro que si fuésemos á discutir ahora ampliamente el articulado, lo cual sería fuera de lugar, podríamos todavía hacer mayor hincapié en esos artículos, á fin de demostrar aquí, con la lectura completa de los mismos, que no ha habido en ellos preterición de ninguna clase. ¿Cómo no he de estar conforme con S. S. en que aquellos que inducen indirectamente á la comisión de esos crímenes deben ser también castigados? Y digo *indirectamente*, porque lo mismo el Sr. Ministro que la Comisión, sobre todo el Sr. Ministro (y yo tengo motivos para estar enterado de eso por pertenecer á la Comisión), han mejorado el proyecto en esa parte con relación á la legislación austriaca, francesa y belga, porque no han hablado sólo de inducción directa, sino de inducción en general, y al emplear esa frase se comprende lo mismo la inducción directa que la inducción indirecta.

Pues bien, á mí me merece una réprobación enérgica el ejemplo (y cito nombres, porque es un hecho conocido de toda Europa) de Eliseo Reclus, que predica descaradamente el anarquismo, estando tranquilo en su casa, habiendo discípulos suyos que han seguido sus predicaciones y han cometido verdaderos crímenes, por los cuales se les ha condenado á la pena capital, como le ocurrió á Vaillant, y sin embargo, aquél cree que no debe alcanzarle el castigo, y cobardemente permanece en esa actitud.

Es claro, pues, que no se nos puede acusar á los individuos de la Comisión de haber hecho preterición ninguna en este punto, por lo que hace á las ideas que sustenta el Sr. Marqués de Lema, y las cuales han encontrado eco, cómo no habían de encontrarle? en el banco de la Comisión.

Decía el Sr. Marqués de Lema que quizá no hubiera hecho falta para castigar esos delitos presentar una ley especial. Sabe S. S. que el criterio del señor Ministro de Gracia y Justicia ha sido el de hacer para esto una ley especial, como se ha verificado en todos los demás países, con exclusión de Francia, que se ha limitado á modificar ó reformar tres artículos de su Código penal.

Permítame S. S. que le diga que ha debido padecer una pequeña equivocación cuando creía que podía apelarse á la jurisprudencia criminal para el castigo de estos delitos, porque no se puede alegar jurisprudencia en materia criminal, ni es posible que se alegue. (*El Sr. Marqués de Lema: Que se dejaran á la apreciación del tribunal.*)

Yo siento mucho, créame el Sr. Marqués de Lema, que una persona á la cual yo rindo culto por su ilustración, y de la que conozco trabajos que he leído con mucha atención, nos haya hablado aquí de que una de las penas que pudieran imponerse á los anarquistas sería la deportación. ¿Quiere S. S. que le recuerde lo que decía Franklin á los ingleses, que enviaban á los criminales á América? Les preguntaba: «¿Qué diríais vosotros si yo os devolviese las serpientes de cascabel?» ¿No comprende S. S. que eso sentaría muy mal en aquellos países á los cuales les enviaríamos esos criminales? Pues qué, ¿vamos á hacer nosotros lo que hicieron los ingleses en Australia? ¿Adónde los va á enviar S. S.? Son muchos los inconvenientes graves que se presentan en esto.

Hay que tener en cuenta también el triste estado del Fisco en España. ¿De dónde íbamos á sacar fondos para llevar á los deportados? Además, recordaré la frase de los deportados de Francia: «De Nueva Caledonia se vuelve»; y en efecto, Luisa Michel y Enrique Rochefort volvieron de allí. Se ve, pues, que para aplicar esta pena, todo son inconvenientes. Si S. S. hablase de la reclusión de por vida en una prisión celular, como el Ergástulo, de ella, sería yo igualmente partidario; pero nuestros medios financieros no nos permiten el establecimiento de este género de prisiones.

Debo yo hacer aquí alusión á que de aquellos que sufrieron tan terriblemente en el afecto de seres queridos de su alma cuando el crimen cometido en Barcelona, crimen que no ha tenido ejemplo en ningún país, ninguna ha pedido la deportación ni la sujeción á los tribunales de guerra, sino que han respetado en absoluto la institución del Jurado, y no han pedido más que una represión enérgica, el aumento de la Guardia civil y el estanco de las materias explosivas, al que la Comisión no se ha creído en el caso de acceder, lo cual no ha mencionado S. S., aunque debiera haberlo hecho (y tome esto S. S. sólo como una manifestación cariñosa) definiendo á indicaciones hechas por individuos del partido conservador.

Otros medios hay en las leyes extranjeras á que se ha referido S. S., que, sin mengua para ellas, hemos creído nosotros que no cabían en el espíritu general que informa las leyes españolas. Tal es el que proporciona un artículo que se refiere á la acusación ó espionaje, á que á aquel que espía ó delata, aunque forme parte de la asociación, se le perdona. (*El Sr. Marqués de Lema: No lo he leído.*) Sin embargo de eso, dice S. S. que nosotros hemos pecado por omisión. Tampoco hemos traído á esta ley el artícu-

lo 2.º de la de Alemania, que castiga, no sólo al que delinque en aquel país, sino al que después de haber cometido delito en otra parte se refugia en dicho Imperio.

Parece que en el momento actual, en el día de hoy y en el de ayer, cuando pesa la reprobación pública de tal suerte sobre algún veredicto del Jurado, no es realmente un acto heroico (y no lo tome tampoco á mala parte el Sr. Marqués de Lema) el atacar al Jurado; pero suele suceder que, cuanto más desgraciado se ve uno, más se despierta en su ánimo el deseo de defenderse; y yo debo decir á S. S. que el Jurado es institución que existe en casi todos los países, que debemos mantenerlo y conservarlo á toda costa, que es la reparación de una clase de la sociedad enfrente de otra autoritaria, que demuestra la deficiencia de las funciones encomendadas á los tribunales de justicia, y viniendo al caso actual, quizá no sea culpa del Jurado esto que hemos lamentado, el que no se castigue debidamente un delito nefando, porque el último párrafo del art. 72 de la ley dice que no se deben hacer las preguntas que se hicieron en ese caso determinado.

En cuanto á lo ocurrido en el extranjero, para honra de los jurados franceses, debe decirse que, á pesar de las amenazas y anónimos que recibieron, jamás han cesado un instante en la calificación de los delitos, y eso que, como todo el mundo sabe, cuando Ravachol, hicieron saltar parte de la casa donde vivía el fiscal y de otra donde vivía algún jurado. ¿Y cree S. S. que si los jurados franceses se han conducido tan valientemente, los jurados españoles les irían en zaga? Si S. S. se hace una pregunta semejante á sí propio, creo que me dará la razón.

Entiende el Sr. Marqués de Lema que deben someterse á los tribunales de guerra... (*El Sr. Marqués de Lema: No lo he dicho.*) Parecía que lo había dicho S. S. (*El Sr. Marqués de Lema: Al contrario; para no incurrir en ese extremo, prefiero el otro medio que he indicado.*) Iba á decir que, en tal caso, nosotros encontraríamos en la minoría que representa S. S. dos tendencias distintas: una, la de los dignos individuos que forman parte de la Comisión que han aceptado que estos delitos sean sometidos al Jurado, y otra, la que yo suponía en S. S. de preferir los tribunales militares. El Gobierno, al redactar su proyecto y nosotros al dar dictamen, nos hemos encontrado con dos tendencias distintas: la de los señores conservadores, que naturalmente era restrictiva, y la de los señores republicanos; y nos hemos puesto en un término medio; y así nosotros no hemos dicho que en ningún caso dejen de entender otros tribunales que el Jurado, sino que en el art. 7.º hemos aceptado otros tribunales, dejando en algunos casos en suspenso la acción del Jurado. Tampoco somos nosotros los primeros en decir esto, porque ya lo dijo Austria-Hungría, donde sabe S. S. que estuvo suspendida durante dos años la acción del Jurado para estos delitos.

Por último, yo siento que S. S., legislador y persona peritísima, haya dicho que sería preferible que los jueces se guiasen más por el espíritu que por la letra del Código penal, porque no cabe guiarse en materia penal por interpretaciones, ni por la jurisprudencia sentada por el Tribunal Supremo, ni por el espíritu de la ley, sino por la letra precisa del Código. Por eso ha visto S. S. que en el luminoso y

bien escrito articulado del Sr. Ministro de Gracia y Justicia, la Comisión ha tenido que encontrar la fórmula de su dictamen, y se ha visto precisada á expresar algunas veces hasta con repeticiones gramaticales fastidiosas algunos de los conceptos en él contenidos, para que jamás se pudiese decir que los tribunales se ajustaban á otra cosa que á la letra de la ley.

Perdone S. S. si no soy más extenso en la contestación, en razón á que de serlo incurriría en aquello mismo que quería evitar; porque aquella lucha, aquella antinomia que decía Cavour que existía entre la propiedad y la miseria, la ha de haber siempre, la lucha se ha de repetir, y esta clase de delitos han de tener lugar en todo tiempo, por lo cual conviene á todos que esta ley sea votada cuanto antes.

El Sr. **PRESIDENTE:** Tiene la palabra para rectificar el Sr. Marqués de Lema.

El Sr. Marqués de **LEMA:** He de procurar hacerlo, correspondiendo al buen afecto que me ha demostrado el Sr. Pérez Castañeda; pero no puedo menos de hacer alguna rectificación de conceptos equivocados que me ha atribuido S. S.

Las primeras palabras han de ser para agradecer las lisonjeras frases que me ha dirigido, si bien tengo que decirle que han servido como de paliativo en algunos casos á cosas que me ha atribuido, y que yo no he querido decir. Al hablar de la proposición presentada por el Sr. García Romero en las Cortes pasadas, yo no quería decir que esa Comisión ni el Gobierno reprodujeran de una manera exacta el pensamiento, muy laudable por cierto, de aquel señor Diputado; ni tampoco pretendía establecer comparaciones entre aquella proposición y el proyecto que se discute, porque aquel Sr. Diputado no tenía al formularla que prever contingencias ni circunstancias que el Gobierno necesita tener en cuenta, y á las cuales ha creído acudir ahora el Sr. Ministro de Gracia y Justicia.

Por consiguiente, en mis palabras no había censura ni para la Comisión ni para el Gobierno por no haberse inspirado en todos sus puntos en aquella proposición que hizo suya el partido conservador, y que no dejó de ser ley por falta de deseo de aquel Gobierno, sino por faltas ajenas á la mayoría y al Gobierno mismo. Aquel Gobierno, que pensaba, lo mismo que el actual, que la ley debía de ser obra de todos los partidos, llevó á la Comisión, como se ha llevado ahora, representantes de todas las fracciones políticas; y algún señor ex-Ministro del partido liberal encontró que si no se establecía el Jurado y otras condiciones que creía necesarias, el proyecto no podría prevalecer; y como el partido conservador tenía el deseo de que la ley se hiciera de común acuerdo, aquel proyecto no llegó á ser ley, aunque bien lo merecía.

De reformas sociales tampoco he hablado más que de una manera ligera, puesto que ya había tratado este punto otro Sr. Diputado; pero creo conveniente insistir en que si el Gobierno de S. M. encuentra necesario acudir á la represión de los delitos cometidos por medio de explosivos, debe también acudir al remedio de las necesidades de las clases sociales en cuanto sea posible, por medio de proyectos de ley razonados. Así mostrará que no solamente quiere castigar é imponer todo el peso de la ley al delincuente, sino que se halla dispuesto á aliviar las

necesidades de aquel que hace ciertas súplicas, del que eleva ciertas peticiones á los Poderes públicos y reivindica algunas cosas que cree de su derecho y en las que en parte puede tener razón.

La iniciativa de los Sres. Diputados comprenderá S. S. que es muy deficiente, aunque esté consignada en la Constitución y en el Reglamento. Es deficiente, porque es natural que el deseo que los Sres. Diputados tienen de mejorar las necesidades, sobre todo si son sociales, tropiece con el obstáculo de que el Gobierno no acepte esas iniciativas, de que no encuentren calor suficiente, y por tanto, que no dejen de pasar de meros alardes de los buenos desos de los Sres. Diputados. Yo le preguntaría á S. S., por vía de ejemplo: ¿qué se ha hecho de una proposición de ley que ha presentado el Sr. Liaño sobre Bancos agrícolas? ¿Cree S. S. que llegará á ser ley? (*El Sr. Presidente agita la campanilla.*) Me advierte el Sr. Presidente que estoy fuera del camino de la rectificación, y voy á atender á su indicación.

Su señoría no me ha entendido por completo en lo que se refiere al art. 7.º del proyecto de ley del Sr. Ministro de Gracia y Justicia, que yo no encuentro reproducido en el dictamen de la Comisión. El artículo del dictamen que S. S. ha tenido la bondad de leerme y el que le sigue, me eran perfectamente conocidos. Aplaudó su tendencia; pero no me negará S. S. que habiendo sido estos dos artículos reproducción exacta de los mismos que aparecían en el proyecto del Sr. Ministro de Gracia y Justicia, el haber suprimido la Comisión otro artículo que seguramente no holgaría, pues para nada no lo habría puesto el Sr. Ministro, indica una diferencia de criterio por parte de la Comisión, que me es completamente conocida, porque ya he dicho á S. S. y á la Cámara que el presidente de la Comisión, mi digno amigo el señor Canalejas, en lugar distinto de este ha manifestado sus puntos de vista sobre la materia, y esos puntos de vista revelan que el Sr. Canalejas estima que ninguna clase de inducción, de proposición y de instigación pueden ser penables sino en el hecho de que produzcan consecuencias inmediatas materiales, no cuando no produzcan efecto ninguno.

La deportación es una pena que yo encontraba oportuna, porque la hallaba práctica, y me fundaba en una autoridad cuyo nombre no he de cometer la indiscreción de citar; autoridad de importancia, quizá la de más importancia que podía traerse aquí respecto de los acontecimientos que ha presenciado Barcelona. Fundándome en esa autoridad y en lo que se ha hecho con las colonias penales en otros países, yo hubiera deseado que esta pena se hubiera colocado dentro de los términos de este dictamen, para que los tribunales la pudieran aplicar si las necesidades sociales lo exigían, lo cual podía haberse hecho en distintas formas, que por temor de ser extenso no he de exponer. Hubiera podido citar lo que en Italia se hace; pero esto me hubiera llevado lejos, y comprenderá S. S. que, dada la brevedad que me había impuesto, no podía sino indicar aquellas cuestiones en que no estaba de acuerdo con la Comisión.

Si S. S. toma la defensa del Jurado como la defensa de un desgraciado, yo felicito á S. S.; su propósito no puede ser más laudable. Pero si miramos este asunto dentro de las altas esferas de la justicia, como yo no me he dejado llevar de la impresión del momento, sino que he expuesto las opiniones de

siempre del partido conservador, he creído que esta institución no es conveniente para juzgar esta clase de delitos, y he expuesto las razones que tenía para opinar así. En cuanto á que los países extranjeros también poseen el Jurado, le diré á S. S. que en esos países, de una manera ó de otra, se trata de sustraer á la acción del Jurado, siempre que se puede, el conocimiento de algunos delitos, rebajando la categoría de los mismos para que vengan á la jurisdicción de los tribunales correccionales; y esto pasa en Francia, y en Inglaterra y en otros países.

En esto del Jurado nos sucede lo que á aquél sastre de un pueblo de Andalucía, que tomaba sus modelos de los trajes que usaban los viajeros al llegar al pueblo, y comprenderá S. S. que habían de estar bastante estropeados los vestidos que usaran los viajeros para ponerse en camino. Nosotros hemos llegado tarde; hemos tomado el modelo en otros países en los cuales se conserva el Jurado por ciertas preocupaciones de carácter político; pero ni en el terreno de la teoría ni en el de la práctica se puede ya defender.

Tampoco me ha entendido S. S. en lo que he dicho respecto del espíritu y de la letra del Código. Yo he dicho que prefiero que los tribunales de justicia se atengan á la letra de la ley, y más aún si es favorable al acusado; y he indicado también que en otros países, antes de dictarse leyes en que de una manera concreta se presentan los delitos en distinta forma de la conocida, los encargados de aplicar el Código tratan de comprender en sus disposiciones por analogía ciertos hechos que hasta entonces no han sido previstos; y añadía yo que, aun dado el sistema que he visto seguir en la interpretación del Código en nuestros tribunales, hubiera preferido que se entregaran á ellos sin nueva ley estos delitos de una manera directa, aunque se calificasen de desórdenes públicos ó de otra manera que, en realidad, altera su verdadera esencia.

El Sr. PEREZ CASTAÑEDA: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. PEREZ CASTAÑEDA: Sería una descortesía si no rectificara al Sr. Marqués de Lema.

El Sr. Marqués de Lema debe tener presente que si no llegó á ser ley la proposición presentada por la minoría conservadora, fué porque el Sr. Maura y el Sr. Puigcerver no quisieron de ninguna manera renunciar á que el Jurado conociera de estos delitos; y ahora el Sr. Cánovas del Castillo, con un alto espíritu práctico, ha consentido que los individuos que hay en la Comisión pertenecientes á su partido acepten que estas causas vayan al Jurado, porque el partido liberal no transigía de otra manera.

Debo decir á S. S. algunas palabras en contestación á algo que ha dicho sobre el Jurado. Ni en Inglaterra ni en Francia sucede, me parece á mí, que se rebajen los delitos, ni tampoco que se les dé diversos nombres para sustraerlos á la acción del Jurado; lo que hay es, que existen ciertas leyes, que todavía no tenemos aquí en España, sobre la apreciación de las circunstancias agravantes y atenuantes, cosa que jamás ha ido á la resolución del Jurado, sino á la del tribunal de derecho, y eso podrían traerlo los Sres. Diputados á un proyecto; pero no es que se trate de sustraer de una manera solapada al Jurado el conocimiento de ciertos delitos.

El Sr. Marqués de LEMA: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Marqués de **LEMA**: Es mi objeto únicamente decir al Sr. Pérez Castañeda, que el partido conservador y el insigne hombre público que le dirige, encuentran beneficioso, en general, el proyecto presentado por el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, y aceptado por la Comisión de una manera más ó menos completa; que el partido conservador entiende que ese proyecto podía ser mejor; que es deficiente, y así lo ha hecho constar seguramente el dignísimo individuo que representa en la Comisión á nuestro partido; que nosotros aceptamos esto como un bien parcial é incompleto; pero que tal vez en lo sucesivo tengamos necesidad de acentuar más nuestros propósitos y nuestros deseos en esta materia; y que cremos que esa ley, modificada, llenará mejor los fines que todos nos proponemos.

En cuanto al recuerdo que ha hecho S. S. de la proposición de ley presentada por el Sr. García Romero, no demuestra más que una cosa, y es, que el espíritu del partido conservador en esto de hacer las leyes de acuerdo entre todas las fracciones de la Cámara, es mayor y más sincero que el que parece que reina, según la confesión de S. S., en los individuos del partido liberal en relación á los individuos del partido conservador.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Amat para consumir el tercer turno en contra.

El Sr. **AMAT Y ESTEVE**: Agradezco al Sr. Presidente, lo mismo que al Sr. Muro, el que dieran ocasión á que no decayese mi derecho de hacer uso de la palabra consumiendo un turno contra este proyecto de ley, sobre el cual he de hacer algunas indicaciones en todo aquello que sea compatible con los graves temores que conturban mi espíritu, primero por mi insuficiencia, y después por lo poco grato que viene siendo á la Cámara, y al parecer también á la Comisión, el que esta obra se discuta. De todas suertes, si grato es á la Comisión escuchar á los impugnadores, de mi poco placer va á recibir, porque ni es grata mi palabra, ni al parecer va á ser grata tampoco mi situación.

Toda vez que este no es un proyecto ministerial en el sentido de obligar á los individuos de la mayoría á seguir el derrotero que el Gobierno marca, yo puedo decir con toda libertad, acaso con todo error, que la parte primera del dictamen, que yo llamo penal, la encuentro excesiva, la encuentro dura, la encuentro innecesaria en alguna parte, en tanto que la segunda parte, que yo llamo procesal, sólo tiene, en mi opinión, y he de hacer observaciones que demuestren mi tesis, sólo tiene de plausible el someter al conocimiento del tribunal del Jurado las causas que se van á llamar de hoy en adelante de explosivos y materias explosivas; explosivos y materias explosivas que todavía no sabe el Diccionario lo que son; explosivos y materias explosivas que todavía la ciencia no ha definido; medios y materias que van á erigirse en principios de delito, precedente desusado en nuestra legislación penal.

Esta ley, mejor este proyecto, que yo he estudiado, ó al menos he creído estudiar, porque es tanta mi insuficiencia que hasta dudo de si he sabido estudiarlo, este proyecto que yo estudiaba creyendo que era sólo un proyecto represivo, aunque ciertas vaguedades que quedaban en mi espíritu se han desvanecido al oír á un competentísimo individuo de la

Comisión amigo mío, ha resultado que tiene el carácter de una ley preventiva, que no es ley de represión, que es ley de prevención, y llegamos al final del siglo XIX á cosas como estas: leyes y sistema preventivos. Yo, que me precio de ser democrata y de ser liberal, confieso que me equivoqué al estudiar dicha ley.

Hay dos cosas que son preventivas: algo que afecta al derecho que la Constitución consigna de exponer en la prensa y en el libro las opiniones que cada cual profese, en tanto que por vías de hecho no se llegue á quebrantar alguna ley; y algo que también es preventivo, en cuanto viene á penar la mera tenencia de cosas que pueden ser empleadas para fines lícitos. Ya sé que esto tiene arraigo en el Código penal; pero yo lo discutiré, si la Cámara con su benevolencia me permite que siga exponiendo estas desaliñadas consideraciones.

Yo tengo aprendido en las obras de un ilustre jurisconsulto que llegó á erigir sistema en la ciencia económica, lo mismo que en la ciencia del Derecho, en las obras de Bentham, que una falsa apreciación de los delitos sólo conduce á una falsa medida de las penas. Yo en este respecto había estudiado la ley creyendo que venía á reprimir delitos, y estudiándola así, había procurado penetrarme de los delitos á que venían á referirse las penas durísimas consignadas en el proyecto que se discute, para ver si yo estaba equivocado, ó si, por el contrario, en mi discurso racional encontraba justificado el exceso que hay en el proyecto que se discute.

No cabe dudar; la ley no lo dice, el proyecto del Gobierno no lo expresa, tampoco lo dice la Comisión; pero todo el mundo lee lo que no está escrito: se trata de juzgar á los anarquistas, de juzgar á los terroristas, de algo que todavía no sabemos lo que es; y es necesario que en la represión de los delitos no se busquen escuelas ni doctrinas, es necesario que se castiguen solamente los hechos externos, los actos que caen bajo la percepción de nuestros sentidos, y sólo por excepción los actos que no trascienden de cierta esfera. Eso que en la teoría penal se llama proposición, conspiración y otros estados del delito en su biología interna, eso rara vez y con gran prudencia debe merecer la sanción penal en los Códigos.

¿Por ventura, esto que se ha dado en llamar problema social es problema de este siglo? ¿Es acaso problema de estos días? El problema social, ¿es el anarquismo, ó por el contrario, el problema social viene en cuanto un hombre se asocia á otro para vivir en esa comunidad de las personas y de las cosas?

Pues si yo entiendo que en esto consiste el problema social, siempre, en la prehistoria como en la historia, en cualquier libro que se registre, se encontrarán cuestiones sociales con términos tan antagónicos, con excesos tan lamentables como los que el moderno anarquismo viene dando.

No voy á cansar á la Cámara con una digresión histórica, que en parte, con gran elocuencia por cierto, aunque yo no le oí, pero he leído después su discurso, expuso aquí un digno Diputado perteneciente á una de las minorías conservadoras; pero me importa sentar esto, porque de aquí se derivan las observaciones que voy á hacer.

Por fases bien graves del problema social ha pasado el Código de 1870, sin que haya merecido una

acusación tan expresiva como la que envuelve ese proyecto. La *Internacional incendiaria*, con sus excesos en España, los terrores de la *Mano negra*, que escritos están en las páginas de la jurisprudencia del Tribunal Supremo; los excesos anarquistas de los fundamentos de la sociedad española.

España, menos que ninguna Nación, tenía necesidad de acudir á estos recursos tan severos, porque tiene, por fortuna, un Código en cuyas páginas han encontrado represión esas fases ilegales y tan negras del problema social del presente siglo, presentadas después de 1870.

Pudiera esto parecer un cargo al Gobierno, y no hay tal cosa; discuto solamente en el terreno teórico, en el orden de la crítica legal positiva, y en mi afán de puntualizar bien mi propósito, pudiera aparecer envuelto en mis palabras algún ataque al Gobierno, cuando no hay nada más lejos que eso de mi espíritu. Las circunstancias presentes son de alarma, no cabe dudarlo; si las leyes han de responder á las exigencias de los pueblos, si las leyes han de vivir con las personas y su tiempo, la alarma presente exige, en este particular, algo de los Gobiernos que dirigen los Estados. ¿Cuál sea ese algo particular?

El Gobierno ha creído, y por lo visto ha creído bien, puesto que la gran mayoría de las representaciones de esta Cámara con él están, que lo que exige esa alarma son leyes especiales de penas y leyes especiales de procedimientos. Sea en buen hora. Yo digo que nuestras leyes vigentes han servido para todo eso. La alarma social que habrá llegado á los oídos del Gobierno, como no ha podido menos de llegar á los del modesto Diputado que tiene la fortuna de molestar vuestra atención, habrá llevado al convencimiento del Gobierno la necesidad de la ley que se proyecta. Yo lo respeto; carezco en absoluto de autoridad para disentar de este proceder; pero algo debo decir de mi opinión personal, porque, al fin y al cabo, ya que no es ésta cuestión política, los que hemos venido á este sitio elegidos libremente por nuestros representados, que han querido que desde aquí defendamos los intereses generales, obligados estamos, cuando no hay en ello complicaciones políticas, á exponer nuestro modo de pensar; y yo no puedo menos de combatir, ya que la ocasión se presenta, esa tendencia á destruir la unidad de los Códigos.

Yo aprendí en la Universidad, cuando todavía no teníamos Códigos en España, que no eran Códigos aquellos de Roma, que no eran Códigos los libros legales de España, de sabor histórico tan preciado; y hemos llegado á tener Códigos, y parece que es complacencia especial de los legisladores, el ir abriendo brechas en esos Códigos con leyes especiales, lo cual á mí me parece altamente perjudicial. Será esto hijo de mi inexperiencia; pero algunos años llevo de práctica en el foro, y algún motivo tengo para hacer esta afirmación.

Insuficiente la Hacienda con sus medios para llevar adelante la recaudación, busca entre los artículos de un proyecto de ley de presupuestos una represión especial, y abre una brecha en el Código penal, y algún digno magistrado, que acaso me está

oyendo, se cree en el deber de acudir á la otra Cámara proponiendo una modificación. No es bastante fuerte el medio que tiene con ese resguardo armado, que trae aparejado un montón de delitos por cosas que se cometen un poco Andaluza; se conciertan algunas personas para robar ó para secuestrar como medio de lucro, y se dicta una ley especial; y así, por leyes especiales, van abriéndose brechas en nuestro Código penal. Esto no es un cargo á un Gobierno, ni á un partido; esta es una observación general de una persona incompetente.

En este sentido, y siendo ésta mi opinión, no merece grandes simpatías para mí todo aquello que á especialidad se refiere; pero sobre esta opinión mía, pesan mucho más, pesan con decisión, las circunstancias de gobierno que nos llevan á una legislación especial.

Este proyecto que discutimos no tendrá cabida especial en ninguno de los títulos del Código penal vigente. Si es contra las personas, no sé por qué se han de asociar las cosas. Si se persigue por la alarma que en la sociedad producen estos hechos, nada implican en la alarma las disposiciones de este proyecto. No es una ley que tenga por objeto defender la sociedad; no es una ley que tenga por objeto defender las personas; no es una ley que tenga por objeto defender al Estado; no es una ley que tenga por objeto defender lo que sale del territorio, y que aunque navegue por los mares, constituye la Patria; es algo que se dice represivo de hechos contra personas y de hechos contra cosas.

Pues bien; aun con esto, que yo con error veré, debo decir que si fuese más aplicable esto al título de delitos contra las personas que al de delitos contra las cosas, en los delitos contra las personas bien poca falta hacía la represión, pues la Comisión tendrá presente indudablemente que la pena más severa la establece nuestro Código cuando se roba y se causa homicidio; y para el robo del cual resulta homicidio, no hace falta ley especial para que se imponga la pena de muerte.

La Comisión tendrá también presente, mucho mejor que el que en este momento os dirige la palabra, que si, como en el preámbulo se consigna, esos medios explosivos siempre llevan consigo la alevosía y la premeditación, hecho alevoso que causa la pérdida de la vida, es un asesinato; y si además se agrega la premeditación, no necesitamos de leyes especiales para conseguir esa represión tan dura y tan enérgica, á que yo no puedo asentir en teoría, por más que en la práctica algunas veces no tenga más remedio que someterme á la ley; porque, en principio, yo, señores Diputados, soy sincero partidario de la abolición de esas penas irreparables.

Si con alevosía según el proyecto, con premeditación según también se dice, mediante un explosivo, se causa daño en una finca y además resulta la muerte de una persona, ¿qué más hacía falta para que los tribunales vieran en ello un delito complejo al que corresponde como pena en su grado máximo la capital, y para que vinieran á imponerle la misma

que esa ley especial consigna? Eso no es ninguna novedad, y por no serlo, no merecía la pena de una ley especial.

Si se considera bajo el punto de vista de delito contra las cosas, ¡ah, señores! yo veo, y ojalá sea con error, que se eleva la cosa á la misma categoría que la persona en este proyecto; yo veo que causar la explosión en edificio público, en lugar habitado, con riesgo en las personas y con daño, aunque no sea en las personas, sino en las cosas, puede en el grado máximo llegar á esa pena; de manera que bien pudiera ser que sin daño ninguno de personas, y sólo por el daño de las cosas, lleváramos la penalidad á ese grado tan alto. Ojalá no sea así, ojalá yo esté en un error, y no venga nunca la práctica á confirmar esta suspicacia mía; porque yo quisiera que por nuestras costumbres, por nuestra educación, por nuestra religión y por todo, la pena capital no se ejecutara jamás en España.

Pues qué, el causar daño en las cosas con explosivos, ¿es más grave que el causarle con cualquier otro medio?

Si el explosivo tiene consecuencias en las personas, entonces á aquel principio del derecho penal general nos hemos de asir para establecer la pena, aunque no debamos dejarnos llevar por esa falsa proporcionalidad que yo tengo estudiada en las obras del gran juriconsulto inglés. Pero en las cosas, en lo que es terreno, en lo que desaparece sin que quite ni destruya nada de esta obra del Ser Supremo, en eso que es sujeto activo y pasivo de la pena y del derecho, ¡ah! en eso es muy distinto, y no hay ningún autor de filosofía penal que pueda sumar y confundir los dos conceptos para atribuirles una proporción igual de penalidad.

Y es tanto más dura en este punto la represión que este proyecto establece, cuanto que al mismo tiempo van á quedar fuera de esta ley especial, atentados tan graves como el que sufrió el gobernador de Barcelona; á menos que el disparo de un arma de fuego, delito definido expresamente y reprobado unánimemente por todos los juriconsultos, no digáis que también entra de lleno en esta ley, por cuanto se trata de un explosivo, punto que la Comisión aclarará. (*Un Sr. Diputado: Está aclarado.*) Pues si está aclarado, será en el sentido de que es una explosión el disparo de un arma de fuego, y entonces yo recomiendo á los señores académicos que definan lo que es explosión; porque, en efecto, la pistola se carga con materia explosiva, que explosiva es la pólvora de cualquier clase que sea, y cargar así un tubo de hierro con pólvora y bala, y hacer que por la dilatación de los gases se produzca la detonación, que creo yo que podrá ser poco menos igual que la explosión, esto y no otra cosa es el disparo de arma de fuego; de manera que si no está excluido de esta ley especial el disparo de arma de fuego, tanto más en abono de mi argumento.

Si un atentado tan grave, del cual no he de hablar, puesto que está en sumario la causa, ó por lo menos no está juzgada, y no debemos juzgarla en este sitio, para que los debates de aquí no influyan en las decisiones de aquellos tribunales; si un atentado de esa especie no es explosivo, entonces los atentados á la sociedad representada en una autoridad, la suprema en la provincia, con circunstancias gravísimas, con aquellos alardes alevosos, no van á lle-

gar ni con mucho al daño que causa en la ventana de un farmacéutico de un pueblo una explosión. Y no puede producir hilaridad nada de lo que yo afirmo, porque es práctico; lo que yo afirmo es realidad, y he empezado por decir que tengo algunos años de experiencia en el foro para no afirmar aquí cosas gratuitas; cuando hago esta afirmación, la fundo en la realidad, y como estos son hechos reales que se pueden comprobar, el daño, repito, con arreglo á esta ley, que se produzca en una finca cualquiera, va á ser mucho más grave que el daño que se cause á la sociedad, al Estado, á todo lo más esencial de la propia sociedad, con ese disparo de arma de fuego; es decir, que van á quedar fuera de ese proyecto de ley hechos gravísimos que deben ser reprimidos, si se ha llegado á la época de mayor represión, con mayor energía de la que el Código penal consigna; y si no se ha llegado á la época de mayor represión, ya tienen castigo en el Código; pero que no se levanten por encima de todo esto los daños que en las cosas se causen.

Este es, para mí, el defecto más grave que existe en la represión que establece ese proyecto; este es, á mi parecer, repito, y lo repito con todo género de salvedades, el defecto mayor que ese proyecto contiene. Y al hacer esta impugnación, no debo estar solo en la Cámara; defendamos cada uno nuestras doctrinas, porque al fin y al cabo es una emulación noble la que aquí nos guía, por parte de quien tiene fe en la libertad, de quien tiene fe en las creencias, de quien tiene fe en la legislación, de quien tiene fe en que doctrinas, máximas, predicaciones, ejemplos, pueden servir más que las represiones, y mucho más que las represiones que llevan consigo como lema la pena de muerte prodigada, debe adquirirse la seguridad de si es un escepticismo ó un optimismo lo que se profesa, ó si, por el contrario, hay algo de realidad; y en este punto, aunque en aquellos bancos no le vea, yo aludo expresamente á un individuo que fué de la minoría posibilista, hoy nuestro correligionario; y le aludo, con tanta mayor satisfacción, cuanto que abogado tan elocuente no ha de tener ningún reparo en unirse enteramente con esta mayoría; y hago todas estas manifestaciones para que no se excuse de exponer su opinión; me refiero al Sr. García y Soriano, y le invito á que manifieste si yo estoy solo en la Cámara al exponer estas doctrinas.

Guíame como objeto final, y como en lógica se dice, guíame por finalidad de este discurso, el sondear el espíritu de la Comisión y del Gobierno, para saber hasta qué punto este proyecto es susceptible de ser modificado por enmiendas de los Diputados; porque yo no volveré á molestar la atención de la Cámara si el proyecto tiene tal arraigo en la Comisión, que enmiendas que se aparten esencialmente algo de lo que en él está escrito, no pueden, sin quebrantar por entero su obra admitirse. En tal caso, creeré haber cumplido con mi deber y no volveré á molestar la atención del Congreso. Si, por el contrario, fuera susceptible el trabajo de la Comisión de enmiendas que, aun modificándolo en alguna parte, no destruyeran su propósito, quizás entonces con la asociación de otros Sres. Diputados; pudiera presentar algunas adiciones.

Sentiría extenderme demasiado y agotar la benevolencia de la Cámara. Voy á pasar, con harta pe-

na, á la segunda parte de este proyecto de ley; y digo con harta pena, no porque falten ó sobren horas; es que va á ser tal la diferencia de criterio en que yo me encuentre con la Comisión al analizar los delitos que como consumados se consignan en el proyecto, y que no son tales delitos sino por la ficción de la ley, que me llevará mucho tiempo, y además tendré la pena y el dolor de no coincidir con juriscultos tan ilustres como los que se sientan en este sitio, y de no coincidir en principio con hombre en quien tanto se encarna todo lo que á la libertad se refiere, como el dignísimo y competentísimo señor presidente de esa Comisión.

La inducción, que tanta predilección merecía al Sr. Marqués de Lema, me la merece á mí igual por contrario sentido; la inducción, y voy buscando el criterio del señor presidente de la Comisión, la inducción tanto vale en cuanto directamente vaya al delito. Señores Diputados, con ese precepto creo que vamos dando un golpe fatal á la ley de libertad del pensamiento que la Constitución sanciona. Y si siempre hubiesen de aplicar las leyes los Gobiernos liberales, yo reposaría tranquilo en la confianza que me merecen todos los individuos de mi partido; pero es que esta ley vendrá á parar á otros partidos como recurso de gobierno y al venir á parar á otros partidos como recurso que se ha de utilizar por excitación del ministerio fiscal, va, y si no va, que yo no quiero, ni soy, ni puedo ser profeta, puede ir directamente á atacar una de las más preciadas libertades de que están en posesión los ciudadanos españoles.

La libertad de inducir directamente. ¿Por qué se ha de privar á nadie de creer que lo más feliz de la tierra es que no haya autoridades? (*El Sr. Pérez Castañeda*: Eso no es ser anarquista.) Será lo que fuere; será contrario á lo que piensa S. S. y á lo que yo pienso, pero será lícito en la Constitución. (*El Sr. Pérez Castañeda*: ¿Eso quién lo ha dudado? Eso no se castiga aquí.) Yo me felicitaré de que el Sr. Castañeda nos defina lo que es un anarquista, y sobre todo, el anarquista delincuente. (*El Sr. Pérez Castañeda*: Un socialista que tiene prisa.) Ese socialista que tiene prisa, puede ir por la prisa de un fiscal excitado por el Gobierno, á un artículo de la ley. ¿Dónde está la raya de la inducción? Un medio mecánico lleva á un hombre exaltado á cometer un delito; y eso es lo que dice esa Comisión, y eso es lo que hay que prevenir.

La inducción ha de ser directa y suficiente á producir ese daño; en otro caso, eso no es penable, según la teoría de todos los autores, y eso es lo que en ese proyecto falta, y eso es lo que yo entiendo que corre grave riesgo, si no tiene aclaración ese precepto de la ley. Y merezca ó no atención lo que yo he tenido el honor de exponer respecto á lo que de excesivo y algo deficiente encuentro en la parte penal, yo diré que entiendo, y entiendo con la deficiencia de información y de criterio que á mí me distingue, que la alarma presente, más que represión, ha pedido procedimientos; más que represión, ha pedido lo que decía un Ministro francés: «un Gobierno enérgico, pero no reaccionario.» Débil será el Código penal como arma que el Gobierno emplea en Bélgica, según dice la *Agencia Fabra*, á cuyo testimonio me refiero; pero el Ministro de Justicia va á pedir una ampliación de la policía, no una ampliación de pena de muerte.

De suerte y manera, que la alarma es verdad, y que por eso el Gobierno ha creído que exige legislación especial. Si el Gobierno lo cree porque la opinión se lo demuestre, yo, humilde Diputado, Diputado rural que vive entre sus conciudadanos, á quienes apenas si les queda tiempo para ir á la escuela hasta que pueden ganar con el sudor de su frente el sustento diario; Diputado que si ostenta con orgullo su honrosa investidura porque forma parte de esta Cámara y presta honor la solemnidad del templo de las leyes, y la relación con los ilustres hombres que constituyen el Parlamento, es personalmente un Diputado de esos anónimos (*Varios Sres. Diputados*: No, no), sin nombre, sólo en su distrito, de sus amigos apreciado, con suficiente valor para decir que es liberal, que así lo siente, y cuando la complicación de la política no lo impone, sabe disentir de un proyecto de ley que no causa entorpecimiento alguno al Gobierno; Diputado de esas condiciones, yo puedo decir, sin falsear la opinión pública, que ese país trabajador, ese país honrado, ese país contribuyente, ese país que no es, si vale aquí esta fraseología moderna, que no es de *burgueses*, aunque vivan en pequeños burgos, ese país lo que quiere es esto: ¿se comete el delito? Pues inmediata la represión. No le asusta á ese país, aunque no tiene ilustración bastante, el Jurado, ni el imponer la pena, ni el apreciar las circunstancias que concurran en los delincuentes. Ese país no ha pedido la reforma de las leyes represivas; lo que ha pedido y lo que pide es que subsiga con rapidez, con brevedad, como dice el Gobierno, al delito su pena, al delito su castigo; que allí no alcanzan á distinguir de positivismo, ni de colectivismo, ni de ninguna de las escuelas que se disputan el campo de la teoría de las penas. Y en tal sentido, el Diputado que habla encuentra también deficiente el proyecto de la Comisión.

Yo creo que los señores de la Comisión, y no pretendo investirme con la toga del dómene en este sitio, no tienen aquella escuela práctica del Diputado que constantemente tiene que luchar con sus electores; del abogado que tiene que entenderse con sus clientes, y que ve los defectos del procedimiento en la realidad. (*El Sr. Ramos Calderón*: Hay en la Comisión quien lleva cuarenta años de abogado; ¿le parece eso poco á S. S.?) Pocos años son, Sr. Ramos Calderón. Llevamos igual tiempo S. S. y yo de ejercer la profesión, y con no ser muy viejo, me alcanza la ley del Jurado como á S. S., aunque no sea su autor; por manera que cuarenta años de práctica para la experiencia del Jurado, creo que siempre son de utilidad.

Delitos hay en esa ley que se castigan con arresto mayor. ¡Para el arresto mayor todo ese procedimiento especial, igual que para el delito que lleva consigo la pena de muerte! Y el Jurado, que tiene el único defecto de ser institución cara, es una rama que se desgaja de un procedimiento, cuya rama, para venir á constituir procedimiento aparte, después que se haya convenido en el procedimiento principal, dará origen á ese singularísimo expediente ó á ese singularísimo procedimiento que la Comisión establece; es decir, que para lo grande y para lo nimio es igual.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Amat, ¿cree S. S. poder concluir en los pocos minutos que faltan para que terminen las horas reglamentarias?

El Sr. **AMAT**: Si S. S. estima que debo terminar en seguida, doy por concluido mi discurso.

El Sr. **PRESIDENTE**: He preguntado á S. S., que es el que ha de juzgar lo que le falta, si cree que en los pocos minutos que restan para que terminen las horas reglamentarias de sesión puede concluir su discurso.

El Sr. **AMAT**: Es que yo quiero ser deferente con el Sr. Presidente; y como S. S. tiene todas las condiciones que á mí me faltan, si S. S. cree que debo ser breve, me obligo á terminar mi discurso en el tiempo que S. S. me indique; pero si no, como es una cuestión muy vasta ésta que estoy examinando, y me faltan todavía algunos puntos que tocar, podría S. S. reservarme el uso de la palabra para continuar en la sesión inmediata.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende esta discusión.

Se anunció que quedaría sobre la mesa, á disposición de los Sres. Diputados, y que pasaría después al Archivo, una comunicación del Ministerio de Ultramar participando, en cumplimiento de lo dispuesto en el art. 89 de la Constitución, que por Real decreto de 4 del actual se ha hecho extensiva á la isla de Puerto Rico la ley de colonias agrícolas de 3 de Junio de 1868 vigente en la Península, con las modificaciones que en ella se introdujeron al aplicarla á la isla de Cuba por Real decreto de 16 de Mayo de 1890.

Se leyó por primera vez, anunciándose que quedaría sobre la mesa y que se señalaría día para su discusión, el dictamen sobre la proposición de ley autorizando al Gobierno para la concesión de un ferrocarril de Calaf á Villanueva y Geltrú. (Véase el Apéndice 1.º á este Diario.)

Dióse cuenta de la siguiente nota de Secretaría, en donde constan los nombramientos que han hecho y las proposiciones de ley cuya lectura han autorizado las Secciones en su reunión de esta tarde.

Presidentes.

Sres. Muro.
Cabezas.
Pí y Margall.
La Serna.
Almodóvar del Río (Duque de).
Lastres.
Vega de Armijo (Marqués de la).

Vicepresidentes.

Sres. Canalejas.
Mont-Roig (Marqués de).
Pidal y Mon.
Carvajal (D. José).
López Puigcerver (D. J.)
Pedregal.
Mellado (D. Andrés).

Secretarios.

Sres. López Oyarzábal.
Soler y Casajuana.
Sagasta (D. Bernardo).

Alonso Martínez (D. Vicente).
Gullón.
García Prieto.
Corzana (Conde de la).

Vicesecretarios.

Sres. Céspedes.
Junoy.
Figuerola (D. Rodrigo).
Bores.
Martos.
Figuerola (Marqués de).
Alonso Martínez (D. Lorenzo).

Comisión de peticiones.

Sres. Córdoba.
Ruiz (D. Gustavo).
Sagasta (D. Bernardo).
Puerta.
Martos.
García Prieto.
Gutiérrez Abascal.

Para la proposición de ley creando un Registro de la propiedad en Tineo (Oviedo).

Sres. Gómez Pelayo.
Canido.
Ruiz Valarino.
Benayas.
Lema (Marqués de).
Suárez Inclán (D. Félix).
Muñoz y Miguel.

Idem incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de la Puente Menjaboy á Orense, termine en la estación de Los Peares.

Sres. Gasset (D. Eduardo).
Canido.
Bugallal.
Osma.
Vilana (Conde de).
Figuerola (Marqués de).
Pérez (D. Vicente).

Idem id. una de la estación de Orua á Jánobas.

Sres. La Cadena (Marqués de).
Canido.
La Guardia.
Benayas.
Sagasta (D. Primitivo).
Ballesteros y Contín.
Viñaza (Conde de la).

Idem id. autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Solares á Liérganes.

Sres. Morales (D. Gustavo).
Aparicio (D. Vicente).
Garnica.
Trueba.
Eguillor.
Silvela (D. F. A.)
Gascón.

Para el ferrocarril de Sarón á Selaya.

Sres. Perojo.
Aparicio (D. Vicente).
Garnica.
Trueba.
Sagasta (D. Primitivo).
Ibarra (D. Manuel).
Gascón.

Idem id. del Astillero á Ontaneda.

Sres. Perojo.
Aparicio (D. Vicente).
Garnica.
Trueba.
Eguilior.
Silvela (D. Francisco Agustín).
Gascón.

Idem incluyendo en el plan general de carreteras una de Parajes á Lindín.

Sres. Flores Dávila (Marqués de).
Canillejas (Marqués de).
González Fiori.
Cruz.
Quiroga Vázquez.
Montes.
Martínez Montenegro.

Para el proyecto de ley del Senado declarando libre de derechos de Aduanas un libro de poetas de D. Antonio Fernandez Grilo, publicado en París.

Sres. López Oyarzábal.
Soler y Casajuana.
Cárdenas.
Carvajal (D. José).
López Puigcerver (D. Joaquín).
Sánchez Guerra.
Gutiérrez Abascal.

Para la proposición de ley condonando á D. Lucio de la Fuente Moya y otros, varias fanegas de trigo que adeudaban al Pósito de Bonilla subsidiariamente como concejales que fueron de aquel Ayuntamiento.

Sres. Prieto y Caules.
Baró.
Romero Paz.
Benayas.
Garzón.
Suárez Inclán (D. Félix).
Sendín.

Idem incluyendo en el plan general de carreteras una de Pertusa á la de Huesca á Robres.

Sres. Alvarez Capra.
Hernández Prieta.
Castel.
Gutiérrez Mas.
Alvarado.
Ordóñez.
Torán.

Incluyendo en el plan general de carreteras varias en la provincia de Huesca.

Sres. Cadena (Marqués de la).
Hernández Prieta.
Ariño.
Celleruelo.
Alvarado.
Ordóñez.
Torán.

Para idem id. una de la estación de Villagonzalo á La Oliva de Mérida.

Sres. Groizard.
Fernández Blanco.
Silvela (D. Eugenio).
Saavedra.
Sánchez Arjona.
Grande.
Baselga.

Para idem sobre fomento del arbolado.

Sres. Alvarez Capra.
Ceballos.
Castel.
Puerta.
Muñoz y García Luz.
Torrepando (Conde de).
Avedillo.

Comisión mixta para el proyecto de ley sobre concesión de un ferrocarril de Llerena á Linares.

Sres. Valdeterrazo (Marqués de).
Fernández Blanco.
Garnica.
Hoces.
Barroso.
Sánchez Guerra.
Fernández Alsina.

Para el proyecto de ley del Senado disponiendo que se erija en León una estatua á Alonso Pérez de Guzmán «el Bueno».

Sres. Crespo Carro.
Mont-Roig (Marqués de).
Aznar.
Merino.
Teverga (Marqués de).
Azcarate.
Mellado (D. Andrés).

Para la proposición de ley autorizando en España é islas adyacentes el cultivo del tabaco.

Sres. García San Miguel (D. Crescente).
Rosell.
Santos.
Carvajal (D. José).
Dato.
Torrepando (Conde de).
Zugasti.

Para la proposición de ley concediendo prórroga para la conclusión del ferrocarril de Madrid á San Martín de Valdeiglesias.

Sres. Mellado (D. Fernando).
Pacheco.
Silvela (D. Eugenio).
Valdeiglesias (Marqués de).
López Puigcerver (D. Joaquín).
Silvela (D. Francisco Agustín).
Vadillo (Marqués del).

Para idem incluyendo en el plan general de carreteras una de Torroja á la de Jorba á Folques.

Sres. Alvarez Capra.
Belascoain (Conde de).
Maluquer y Viladot.
Alonso Martínez (D. Vicente).
Ballester.
García Trapero.
Seo de Urgel (Duque de la).

Para el proyecto de ley del Senado sobre concesión de un ferrocarril de Pamplona á San Sebastián.

Sres. Céspedes.
Belascoain (Conde de).
Vázquez de Mella.
Enríquez.
Arrótegui.
Avila.
Sanz y Escartín.

Para la proposición de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Cesures á Balóira.

Sres. Llorens.
Federico.
Sagasta (D. Bernardo).
Pardo Balmonte.
Quiroga Vázquez.
Taboada.
Fernández Alsina.

Para la id. prorrogando el plazo para la terminación del ferrocarril de Estella-Vitoria-Durango.

Sres. Sánchez Toca.
Belascoain (Conde de).
Vázquez de Mella.
Troncoso (Conde de).
Casa-Torre (Marqués de).
Becerro de Bengoa.
Calbetón.

Para id. fijando un plazo para resolver los expedientes instruidos para la rebaja en los amillaramientos de la riqueza destruida por la filoxera.

Sres. Aldama (Marqués de).
Junoy.
Garnica.
Sala.
Bullón.
García Trapero.
Alonso Martínez (D. Lorenzo).

Para el proyecto de ley del Senado incluyendo en el plan general de carreteras una de Baños de Montemayor á la de Béjar á Ciudad-Rodrigo.

Sres. Céspedes.
Gayo.
González Fiori.
Benayas.
Bullón.
Grande.
Barrio y Mier.

Para idem id. incluyendo en el plan general de carreteras una de Torrelavega á Oviedo á la estación de Pola de Siero.

Sres. Morales (D. Gustavo).
Federico.
Bugallal.
Celleruelo.
Teverga (Marqués de).
Pedregal.
Avedillo.

Para la proposición de ley incluyendo á los jefes y oficiales de Administración y Sanidad del ejército y de la armada en el art. 10 del reglamento de la Orden de San Hermenegildo.

Sres. López Puigcerver (D. Vicente).
López Muñoz.
Sanchís.
La Serna.
Rey y Aparicio.
Ochando.
Seo de Urgel (Duque de la).

Para idem incluyendo en el plan general de carreteras una de la Casa-Ayuntamiento de San Saturnino al campo de la feria del mismo nombre.

Sres. Martín Sánchez.
Spottorno.
Bugallal.
Revilla-Gigedo (Conde de).
Quiroga Vázquez.
Figueroa (Marqués de).
Baíllo.

Comisión mixta para el proyecto de ley incluyendo en el plan general de carreteras una de Saqués á Panticosa.

Sres. Alvarez Capra.
Jerez (Marqués de).
Burgos.
Bores.
Lema (Marqués de).
Ibarra (D. Manuel).
Gasca.

Idem id. acerca del ferrocarril de Madrid á Santander.

Sres. Perojo.
Aparicio (D. Vicente).
García Alix.
Rey (D. Luis).
Quiroga Vázquez.
Presilla.
Monares.

Comisión sobre el servicio de Archivos, Bibliotecas y Museos.

Sres. Muro.
Mont-Roig (Marqués de).
Domínguez.
Benayas.
Bullón.
Vincenti.
Barrio y Mier.

Proposiciones de ley:

Del Sr. Montilla, incluyendo en el plan general de carreteras la que une la estación de Alcaudete con el pueblo del mismo nombre. (*Véase el Apéndice 2.º á este Diario.*)

Del mismo señor, incluyendo en el plan general de carreteras una de Torres al puente de Mazuecos. (*Véase el Apéndice 3.º á este Diario.*)

Del Sr. Merino y otro, sobre concesión de un ferrocarril de León á Matallana. (*Véase el Apéndice 4.º á este Diario.*)

Del Sr. Pérez Castañeda y otros, concediendo beneficios en el pago de la contribución industrial á los Bancos de la isla de Cuba cuyo capital sea por lo menos de 4 millones de pesos. (*Véase el Apéndice 5.º á este Diario.*)

Del Sr. Ojeda, modificando el art. 2.º de la ley de 18 de Mayo de 1863, que declara puertos francos los de las plazas de Ceuta, Melilla é islas Chafarinas. (*Véase el Apéndice 6.º á este Diario.*)

Del Sr. Pardo Balmonte, incluyendo en el plan general de carreteras una de Arillo al puerto de Mero, y la provincial de Arillo al Carballo. (*Véase el Apéndice 7.º á este Diario.*)

Del Sr. Garnica, incluyendo en el plan general de carreteras una de Treceño á Herrerías. (*Véase el Apéndice 8.º á este Diario.*)

Del Sr. Gascón, reformando el art. 2.º de la ley de 16 de Julio de 1887 sobre jubilaciones de los maestros. (*Véase el Apéndice 9.º á este Diario.*)


Del Sr. Fernández Latorre, variando el trazado de la carretera de Sada al puerto de Santa Cruz. (*Véase el Apéndice 10.º á este Diario.*)

Del Sr. Arrátegui, refundiendo en un solo Municipio la villa y la anteiglesia de Murguía. (*Véase el Apéndice 11.º á este Diario.*)

Del Sr. Font de Mora y otro, sobre defensa contra la «mytilaxpis.» (*Véase el Apéndice 12.º á este Diario.*)

Del Sr. Mellado (D. Fernando), sobre organización del profesorado auxiliar de las Universidades é Institutos. (*Véase el Apéndice 13.º á este Diario.*)

Del Sr. Conde de la Corzana, sobre concesión de un ferrocarril de Aranda de Duero á Burgos. (*Véase el Apéndice 14.º á este Diario.*)

 Del Sr. Carvajal (D. Angel María) y otros, reformando el art. 3.º del Real decreto de 27 de Diciembre de 1892 para las elecciones de Diputados á Cortes en Cuba y Puerto Rico. (*Véase el Apéndice 15.º á este Diario.*)

Del Sr. Bergamín y otros, incluyendo en el plan general de carreteras varias en la provincia de Málaga. (*Véase el Apéndice 16.º á este Diario.*)

Del Sr. Montilla, incluyendo en el plan general de carreteras una del sitio llamado Aguas Blanqui-

llas, en la de Jaén á Albacete, á la estación de Jódar. (*Véase el Apéndice 17.º á este Diario.*)

Del Sr. Suárez Inclán (D. Félix), incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de la de Palmar á Mazarrón, termine en Librilla. (*Véase el Apéndice 18.º á este Diario.*)

Del Sr. Muro, derogando el apartado 8.º del artículo 179 de la ley del timbre. (*Véase el Apéndice 19.º á este Diario.*)

Del Sr. Rodríguez (D. Calixto), incluyendo en el plan general de carreteras varias en la provincia de Guadalajara. (*Véase el Apéndice 20.º á este Diario.*)

Del Sr. Pardo Balmonte, incluyendo en el plan general de carreteras una de Sarria á San Martín de Castro. (*Véase el Apéndice 21.º á este Diario.*)

Del Sr. Conde de la Corzana y otros, sobre construcción de un ferrocarril que, partiendo de la estación de Villa del Prado, termine en Almorox. (*Véase el Apéndice 22.º á este Diario.*)

Del Sr. Pozo, incluyendo en el plan general de carreteras varias en la provincia de Madrid. (*Véase el Apéndice 23.º á este Diario.*)

Del Sr. Ibarra (D. Manuel) y otros, adicionando el art. 35 de la ley provincial. (*Véase el Apéndice 24.º á este Diario.*)

Del Sr. Ibarra (D. Manuel), adicionando el artículo 92 de la ley provincial. (*Véase el Apéndice 25.º á este Diario.*)

Del Sr. Ibarra (D. Manuel), reformando el art. 55 de la ley provincial y el 150 de la municipal. (*Véase el Apéndice 26.º á este Diario.*)

Del Sr. Ochando (D. Federico) y otros, incluyendo en el plan general de carreteras una de La Roda á Malrosa. (*Véase el Apéndice 27.º á este Diario.*)

Del Sr. Comas, incluyendo en el plan general de carreteras una de Calanda á Oliete. (*Véase el Apéndice 28.º á este Diario.*)

Del mismo señor, incluyendo en el plan general de carreteras una de Híjar á Escatrón. (*Véase el Apéndice 29.º á este Diario.*)

Del Sr. Conde de San Bernardo, sobre elaboración y venta de vinos artificiales. (*Véase el Apéndice 30.º á este Diario.*)

Del Sr. Barroso, segregando del Municipio de Belmez la aldea de Pueblo Nuevo. (*Véase el Apéndice 31.º á este Diario.*)

Del Sr. González Fiori, para que los segundos tenientes de las reservas gratuitas puedan pasar á formar parte de las escales de igual clase de la reserva retribuida. (*Véase el Apéndice 32.º á este Diario.*)

Del Sr. Torre-Minguez, sobre creación de Bancos agrícolas. (*Véase el Apéndice 33.º á este Diario.*)

Del Sr. Sagasta (D. Bernardo), incluyendo en el plan general de carreteras una de Caldas de Reyes á Cerdedo. (*Véase el Apéndice 34.º á este Diario.*)

Del Sr. Suárez Inclán (D. Félix), incluyendo en el plan general de carreteras una que, partiendo de los muelles de Luarca, enlace con la de Villalba á Oviedo. (*Véase el Apéndice 35.º á este Diario.*)

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para el viernes: Continuación del debate pendiente sobre la proposición del Sr. Sanchís; el dictamen que se ha leído, y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.»

Eran las siete y cincuenta y cinco minutos.

TEINTA Y CINCO APENDICES

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Dictamen de Comisión, acerca de la proposición de ley, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Calaf á Villanueva y Geltrú.

La Comisión nombrada para dar dictamen sobre la proposición de ley de construcción de un ferrocarril de Calaf á Villanueva y Geltrú, ha examinado este asunto, y tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á D. Antonio J. Martí, vecino de Barcelona, la concesión de un ferrocarril económico que, partiendo de Calaf y pasando por Igualada y Villafranca del Panadés, termine en Villanueva y Geltrú.

Art. 2.º Este ferrocarril se declara de utilidad pública y con derecho, por tanto, á la expropiación forzosa.

Art. 3.º Se construirá con sujeción al proyecto

presentado en el Ministerio de Fomento, pendiente de aprobación, salvo aquellas modificaciones que el Gobierno de S. M. estime convenientes.

Art. 4.º No tendrá subvención directa ni indirecta del Estado.

Art. 5.º La concesión de esta línea se hace á D. Antonio J. Martí por noventa y nueve años.

Art. 6.º En el plazo de un año siguiente á la publicación en la *Gaceta* de la concesión de este ferrocarril, deberá el concesionario dar principio á las obras, y al cumplir tres años de comenzadas éstas habrán de hallarse terminadas y dispuesta la línea para empezar la explotación, bajo la pena de caducidad.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—Joaquín Marín, presidente.—Emilio Junoy.—Gilberto Rusiñol.—Cristino Martos, secretario.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Montilla, incluyendo en el plan general de carreteras la que une la estación de Alcaudete con el pueblo del mismo nombre.

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter á la aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado la que une la estación férrea de

Alcaudete (Jaén), línea de Puente-Genil á Linares, con el pueblo de Alcaudete.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 26 de Abril de 1894.—Jerónimo Montilla.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Montilla, incluyendo en el plan general de carreteras una de Torres al puente de Mazuecos.

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter á la aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de segundo orden que, partiendo del pueblo de Torres, en la provincia de Jaén,

enlace en el puente de Mazuecos con la de la estación de Baeza á Albánchez, en la misma provincia.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 26 de Abril de 1894.—Serónimo Montilla.

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, de los Sres. Merino y Azcárate, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de León á Malallana.

AL CONGRESO

Los Diputados que suscriben tienen la honra de someter á la aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno para otorgar á D. Julián Fernández y Suárez la concesión de un ferrocarril económico que, partiendo de León, termine en Malallana, estación del ferrocarril de la Robla á Valmaseda, sin subvención del Estado.

Art. 2.º La concesión de dicha línea será por el término de noventa y nueve años, considerándola de

utilidad pública, con derecho á la expropiación forzosa, al uso de terrenos de dominio público y á disfrutar todos los beneficios que las leyes conceden á los de su clase.

Art. 3.º A los seis meses de publicada en la *Gaceta* la concesión, deberá presentar el concesionario en el Ministerio de Fomento el proyecto correspondiente, y una vez aprobado, proceder á la ejecución de las obras dentro del término de seis meses desde la fecha de la aprobactón y terminirlas á los tres años, con arreglo á las condiciones aprobadas por la superioridad.

Palacio del Congreso 27 de Abril de 1894.==
Fernando Merino.=G. de Azcárate.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley de los Sres. Merino y Azcarate, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de León a Valladolid.

AL CONGRESO

Los señores que suscriben tienen la honra de someter a la aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno para otorgar a D. Julián Fernández y Bótes la concesión de un ferrocarril de tracción por vapor de León, terminando en Valladolid, estación del ferrocarril de la Rioja a Vitoria, sin intervención del Estado.

Art. 2.º La concesión de dicha línea será por el término de noventa y nueve años contados desde

utilidad pública, con derecho a la explotación por los señores de terrenos de dominio público y a disfrutar todos los beneficios que las leyes concedan a los de su clase.

Art. 3.º A los seis meses de publicada en la Gaceta la concesión, deberá presentar el concesionario en el Ministerio de Fomento el proyecto correspondiente y una vez aprobado, proceder a la ejecución de las obras dentro del término de seis meses desde la fecha de la aprobación y terminarla a los tres años con arreglo a las condiciones aprobadas por la superioridad.

Palacio del Congreso 21 de Abril de 1894.
Fernando Merino — de Azcarate

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Pérez Castañeda y otros, estableciendo el máximun de contribución industrial que habrán de pagar los Bancos que se constituyan en la isla de Cuba durante el término de un año.

A LAS CORTES

Uno de los principales obstáculos con que lucha en la isla de Cuba su valiosa producción, es la falta de instituciones y sociedades de crédito. La necesidad apremiante de proveerse de capitales para el desarrollo del extenso cultivo del tabaco y atender á los gastos cuantiosos de una fabricación perfeccionada como es la de azúcar, ha dado lugar al negocio de la usura en la más vasta escala, que devora toda ganancia legítima y esteriliza los sacrificios, pocas veces remunerados, de vegueros, hacendados, colonos y fabritantes. Proveer á necesidad tan apremiante y restablecer la armonía y correspondencia entre el esfuerzo y el beneficio, procurando levantar un crédito honrado, dar seguridades al capital y ofreciéndole el estímulo de una tributación equitativa é inalterable por un tiempo prudencial, son deberes ineludibles que urge cumplir.

Nada, pues, parece más justo que conceder este beneficio á Bancos y Sociedades que con un capital respetable lleven á Cuba con su crédito la acción bienhechora de poner término al préstamo usurario que debilita los veneros de riqueza de la gran Antilla.

Por estas consideraciones, los Diputados que suscriben tienen la honra de someter á la aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Los Bancos que se constituyan durante el término de un año, á contar desde la publicación de esta ley, para hacer sus operaciones dentro de la isla Cuba, y cuyo capital sea, por lo menos, de 4 millones de pesos, pagarán como máximun de contribución industrial 6 pesos 25 centavos por 100 de las utilidades líquidas anuales que obtengan, sin que por ningún concepto pueda imponérseles sobre esas utilidades contribución ú arbitrio provincial ó municipal.

Art. 2.º Este impuesto no podrá aumentarse durante veinte años respecto de los Bancos comprendidos en el proyecto anterior.

Art. 3.º Los Bancos que hoy existen en Cuba y que tengan por lo menos un capital de 4 millones de pesos, fijado en el art. 1.º, gozarán de los beneficios establecidos en esta ley desde el momento que empiece sus operaciones cualquier Banco que se funde al amparo de la misma.

Art. 4.º Quedan derogadas las disposiciones relativas á contribuciones de estas sociedades en cuanto se opongan á lo prevenido en la presente ley.

Palacio del Congreso 27 de Abril de 1894.—Tiburcio Castañeda.—Angel María Carvajal.—Alvaro S. Valdés.—Martín Zozaya.—Manuel Crespo Quintana.—Crescente García San Miguel.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Ojeda, modificando el art. 2.º de la ley de 18 de Mayo de 1863 declarando puertos francos los de las plazas de Ceuta, Melilla é islas Chafarinas.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo único. El art. 2.º de la ley de 18 de Mayo de 1863 se entenderá modificado en la forma siguiente:

«Artículo 2.º Los géneros, frutos y efectos de producción nacional que desde los puertos francos

de Ceuta, Melilla y Chafarinas se importen en los de la Península é islas adyacentes, serán considerados como extranjeros, y sujetos, por tanto, al pago de los derechos que establece el arancel.

Se exceptúa el pescado fresco ó con la sal indispensable para su conservación, que sea cogido por españoles en las aguas de aquellos puntos, tanto por almadrabas, como por cualquier arte de pesca permitido por las leyes y reglamentos, previas las justificaciones que acrediten dicho origen nacional.»

Palacio del Congreso 28 de Abril de 1894.—Luis Ojeda.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Pardo Balmonte, incluyendo en el plan general de carreteras una de Arillo al puerto de Mera y la provincial de Arillo al Carballo.

El Diputado que suscribe tiene el honor de presentar á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden desde el punto donde termina la provincial en el lugar de Arillo (Coruña), pasando por los pueblos de Lourido, Breijo y Calreiro, hasta el puerto de Mera, extendiéndose por la playa del mismo, en la que terminará por una rampa, para que las embarcaciones destinadas al tráfico puedan, aun en las mareas más bajas, efectuar las operaciones de carga y descarga.

Art. 2.º Se incluye también en el plan general de carreteras del Estado la provincial de Arillo al Carballo, en cuyo punto empalma con la general de la Coruña á Madrid, autorizando que al camino roturado se dé el ancho correspondiente á carretera de tercer orden, y también que se introduzcan todas las rectificaciones precisas en las pendientes y curvas necesarias para que se halle dentro de las condiciones que el Estado señala á las de su clase.

Art. 3.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 sobre construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 30 de Abril de 1894.—Pergerto Pardo Balmonte.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Garnica, incluyendo en el plan general de carreteras una de Treceño al punto más conveniente del Ayuntamiento de Herrerías.

El Diputado que suscribe tiene el honor de proponer al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado, una de tercer orden en la provincia de Santander que, partiendo de Treceño, en la de Torrelavega á Oviedo, y pasando por Roíz y La

Carces, empalme con la de Piedraluengas á Tinamayor en el punto más conveniente del Ayuntamiento de Herrerías.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo dispuesto en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 30 Abril de 1894.—J. de Garnica.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Gascón, reformando el art. 2.º de la ley de 16 de Julio de 1887 sobre derechos pasivos del magisterio de primera enseñanza.

AL CONGRESO

En la ley de instrucción pública de 1857 se prometió solemnemente que una ley especial determinaría los derechos pasivos de los maestros y profesores que no perciban sus haberes con cargo al presupuesto general del Estado; pero trascurrió un año y otro año, y la promesa consignada no tenía nunca cumplimiento; hasta que en 1887, un hombre de buena voluntad, entusiasta por el Magisterio, concibió la buena idea de crear un Montepío especial con recursos propios y sin gravar en un céntimo al Tesoro público, puesto que el sostenimiento de este Montepío reconoce por base el 3 por 100 de descuento en los sueldos de los 27.000 maestros que hay en España.

Como obra nueva, el legislador abrigaba temores de que faltasen fondos para abonar todas las jubilaciones que pudieran concederse, con arreglo á la ley de 16 de Julio de 1887, y al establecer la escala de jubilaciones, á tenor de los períodos de veinte, veinticinco, treinta y treinta y cinco años y fijar las jubilaciones para cada uno de estos períodos, se dijo que ninguna jubilación podría ser superior á dos mil pesetas.

Desde la promulgación de la citada ley de derechos del Magisterio van trascurridos seis años; en cuyo tiempo se han concedido todas las jubilaciones, cuyos expedientes han sido incoados bajo las condiciones reglamentarias; todas se vienen pagando con estricta regularidad, y sin embargo, en la Junta central del referido Montepío hay siempre fondos sobrantes, no obstante de que el Gobierno ha retirado la subvención que venía consignando en los presupuestos generales del Estado.

Por lo tanto, y puesto que seis años consecutivos han venido á demostrar que la existencia del Montepío del Magisterio está asegurada, no hay por qué

ni para qué continuar poniendo dos limitaciones á las jubilaciones de los maestros, limitaciones que no existen para clase alguna que tienen derechos pasivos pagados de fondos del Estado, como no sea para sueldos superiores á 10.000 pesetas, no obstante la penuria que éste por desgracia viene atravesando.

Pues si el Montepío del Magisterio es sostenido con los propios y exclusivos recursos de éste; si aun cuando se establezca una sola limitación, á nadie agrava, ni á nadie se perjudica; si por otra parte los sueldos de los maestros son por regla general muy mezquinos y pocos, muy pocos podrán exceder de 2.000 pesetas de jubilación, ¿á qué conduce el no consentir que 20, 30 ó un centenar de maestros puedan jubilarse después de llevar más de treinta y cinco años de servicios con 2.200 pesetas, que es el máximo de jubilación que pueden alcanzar?

Por estas y otras muchas razones que el Diputado que suscribe omite, somete á la respetable deliberación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo único. Las bases 1.ª y 2.ª del art. 2.º de la ley de 16 de Julio de 1887 se entenderán en lo sucesivo refundidas y redactadas en la forma siguiente:

«La escala de jubilaciones se establecerá con arreglo á los períodos de veinte, veinticinco, treinta y treinta y cinco años; y las jubilaciones correspondientes á cada uno de estos períodos serán respectivamente de 50, 60, 70 y 80 céntimos por 100 del sueldo regulador sin ninguna otra limitación.

Palacio del Congreso 1.º de Mayo de 1894.—Juan F. Gascón.—Agustín Bullón de la Torre.—Ricardo Becerro de Bengoa.—Matías Barrio Mier.—Marqués del Vadillo.—Federico Requejo Avedillo.—Ignacio Díaz Caneja.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Fernández Latorre, modificando el trazado de la parte no construída de la carretera de Sada al puerto de Santa Cruz.

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter á examen y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo único. Los seis kilómetros de carretera no construídos, en la de Sada al Puerto de Santa Cruz, á que se refiere la ley de 22 de Abril de 1892,

publicada en la *Gaceta* del siguiente día, se denominarán de Meiras, Arillo, Dorneda y Puerto de Santa Cruz, cuya carretera en este punto terminará en la playa, por medio de una rampa que aun en las mareas más bajas permita á las embarcaciones pequeñas destinadas al tráfico efectuar las operaciones de carga y descarga.

Palacio del Congreso 1.º de Mayo de 1894.—Juan Fernández Latorre.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley. del Sr. Arrótegui, refundiendo en un solo municipio la villa y la anteiglesia de Munguía.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de proponer al Congreso se sirva aprobar la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º La villa y la anteiglesia de Munguía, de la provincia de Vizcaya, que hoy constituyen dos municipios, formarán desde la promulgación de esta ley uno solo, que se denominará Villa y Anteiglesia de Munguía.

Art. 2.º No se introduce por esta ley modificación alguna en el derecho civil vigente en estos pueblos. El territorio que hoy pertenece á la anteiglesia de Munguía continuará rigiéndose por la legislación foral, y por la legislación común el que al presente forma la villa de Munguía.

Art. 3.º El Gobierno de S. M. dictará las medidas que juzgue convenientes para la ejecución de esta ley.

Palacio del Congreso 1.º de Mayo de 1894.—Manuel María de Arrótegui.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Arredondo, extendiendo en un solo municipio la villa y la cabecera de Huamantla.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de proponer al Congreso la siguiente:

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º En villa y la cabecera de Huamantla, de la provincia de Tlaxcala, que hoy constituyen dos municipios, se unan desde la promulgación de esta ley, para ser un solo municipio, villa y cabecera de Huamantla.

Art. 2.º No se introduce por esta ley modificación alguna en el derecho civil vigente en estos pueblos. El territorio que hoy pertenece a la cabecera de Huamantla continuará perteneciendo a la cabecera local, y por la extensión común al general, formará la villa de Huamantla.

Art. 3.º El Gobierno de S. M. declare las modificaciones que fueren convenientes para la ejecución de esta ley.

Excmo. Sr. Diputado Sr. Arredondo, 1.º de Mayo de 1883. — Sr. Arredondo.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, de los Sres. Font de Mora y Pastor, sobre defensa contra la plaga conocida con el nombre de «mytilaspis.»

AL CONGRESO

Los Diputados que suscriben tienen el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se declara calamidad pública la plaga que invade los naranjales de algunas provincias de España, conocida con el nombre de «mytilaspis.» Se considerarán de utilidad pública cuantas medidas se adopten para evitar, contener ó combatir la invasión, difusión y propagación de la plaga.

Art. 2.º En todas las provincias invadidas se establecerán Comisiones provinciales y municipales de defensa contra la «mytilaspis,» compuestas las primeras: del gobernador, á quien corresponderá la presidencia, la cual podrá delegar en cualquiera de los individuos de la Comisión; tres agricultores, elegidos por el Gobierno entre los cincuenta mayores con-

tribuyentes; otros tres, elegidos entre los cien menores; un diputado provincial, un Comisario Regio de agricultura, un vocal de la Junta de agricultura, nombrado por la misma; el delegado de Hacienda, el ingeniero jefe de montes, los profesores de agricultura é Historia natural del Instituto provincial, y el ingeniero agrónomo de la provincia, que será secretario de la Comisión.

Las Comisiones municipales serán nombradas por el gobernador y presididas por el alcalde primero ó por el individuo de la Comisión en quien delegue, y los que de ellas formen parte tendrán que ser agricultores ó poseer conocimientos especiales en la materia.

Art. 3.º El Ministro de Fomento consignará en el presupuesto la cantidad necesaria destinada á auxiliar los trabajos que sean indispensables para la destrucción de la plaga, indemnizaciones, estudios y evitación del contagio.

Palacio del Congreso 4 de Mayo de 1894.—Pedro Font de Mora.—Emilio S. Pastor.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Mellado (D. Fernando), sobre organización del profesorado auxiliar de las Universidades é Institutos del Reino.

AL CONGRESO

Si la enseñanza pública oficial ha de darse en las debidas condiciones de desarrollo y con los necesarios prestigios, urge en primer término organizar de modo conveniente el profesorado auxiliar, indispensable para conseguir ese resultado, y que tan importantísimos servicios viene prestando y presta á la pública instrucción.

El profesorado auxiliar realiza dos servicios completamente distintos. Se encarga de la enseñanza de cátedras vacantes ó de secciones que por razones especiales se forman y sustituye á los profesores numerarios en las ausencias ó enfermedades de los mismos. En el primer caso, es auxiliar de la entidad profesorado en general, auxiliares *oficiales*; en el segundo es auxiliar *personal* de los catedráticos numerarios. Los primeros entran de lleno en acción administrativa y han de reunir determinados requisitos que sirvan garantía, en el desempeño de su cargo, adquiriendo de este modo la confianza del poder social; los segundos es preciso reúnan la total y absoluta confianza del respectivo catedrático. Por esto en la proposición que se somete á la deliberación del Congreso se establece la indicada distinción, dando á los oficiales la categoría de catedráticos supernumerarios que les reconocía la ley de instrucción pública de 1857; y á los personales se les concede el derecho de serlo por la exclusiva iniciativa del catedrático respectivo. Pero como pudiera suceder que el número de supernumerarios no sea bastante para cumplir los servicios en las Universidades é Institutos, se faculta á los rectores para que á propuesta de los Claustros nombre anualmente los que fuesen necesarios, con la denominación de profesores auxiliares.

El ingreso á catedrático supernumerario será en virtud de oposición, y tendrán derecho á ascender al profesorado numerario mediante *concurso especial* y reuniendo determinadas circunstancias. Entiende el Diputado que suscribe que el método de la oposición no es el más perfecto para obtener buenos catedráticos, porque no es el mejor el que sabe más, sino el que *sabe enseñar mejor*, cosas muy distintas, por más que ordinariamente se confundan, pues las Universidades é Institutos no necesitan *sabios*, sino *maestros*; y por ello cree que la *práctica* es condición esencialísima en la compleja materia de la enseñanza. Su ideal sería que en el profesorado público se ingresara siempre y en todos los casos por el cargo de catedrático supernumerario, y pasado cierto tiempo de ejercer como tales supernumerarios y haber demostrado en la práctica poder ser maestros, ingresaran definitivamente en el profesorado numerario. El catedrático necesita tres condiciones, en opinión del que suscribe: poderlo ser, saberlo ser y quererlo ser. La primera, se prueba en las oposiciones; la segunda y la tercera, sólo pueden apreciarse y demostrarse en la práctica de la enseñanza. Se establece un turno especial de concurso *sólo* entre supernumerarios, porque el derecho que hoy se concede á algunos, no á todos los auxiliares, á concursar cátedras numerarias, es completamente ilusorio, pues al presentarse un catedrático numerario, sólo por serlo tiene un mérito superior á todos los supernumerarios, y el derecho á éstos concedido se convierte en cruel sarcasmo. Por último, se da entrada en el profesorado oficial á los supernumerarios mediante el indicado concurso, por ser equitativo, justo y razonable. En todas las carreras y profesiones, el último puede llegar al primer puesto; sólo por excepción incomprensible, dada la legislación vigente, los pro-

fesores auxiliares no pueden ser durante toda su vida otra cosa que profesores auxiliares.

Dáse en la *proposición* directa é inmediata intervención á los Claustros en toda la materia referente al profesorado auxiliar, autonomía claustral que se impone si los centros docentes han de adquirir el perfeccionamiento necesario y el prestigio que alcanzan en todas las Naciones medianamente cultas y adelantadas. Teniendo en cuenta las condiciones económicas del Tesoro público, en la *proposición* no se recargan ni en poco ni en mucho los presupuestos.

Se respetan en las *disposiciones generales* los derechos adquiridos, y según las clases, se nombran catedráticos supernumerarios ó profesores auxiliares á los profesores existentes, según sus peculiares circunstancias. Respeto completamente justo, pues ejercen su cargo al amparo de preceptos legales; y en los servicios prestados y en la labor empleada hállase la justificación de los nuevos derechos que se les reconoce, respondiendo asimismo al criterio antes expresado de que la manera más perfecta de formar al profesor es aquilatar su valer en el crisol de la práctica. Por idéntica razón se consignan derechos á favor de los actuales profesores supernumerarios sin sueldo, nombrados en virtud del Real decreto de 23 de Agosto de 1888, porque no hay que olvidar que las condiciones que se les exigen y los procedimientos para su nombramiento son los mismos que los exigidos y empleados para nombrar á los auxiliares con sueldo. Respétanse de igual modo los principales preceptos vigentes respecto á sueldos, compatibilidad de cargos, etc., etc.

Por último, son tan diversas y contradictorias las disposiciones vigentes en este punto; son tantos los casos resueltos para una persona determinada; son tan frecuentes y claras las manifestaciones del Consejo de Instrucción pública en pro del profesorado auxiliar; son tan múltiples las decisiones del mismo alto Cuerpo consultivo al resolver los diferentes casos sometidos á su deliberación, que puede afirmarse que si en todos los ramos la legislación administrativa es confusa y casuística, en éste la confusión toca los límites de un verdadero caos, siendo así que es punto que requiere una fundamental unidad. Por eso, apartándose de la práctica comúnmente seguida, se propone la derogación *total* y *absoluta* de todo lo legislado y preceptuado anteriormente sobre la materia, sin que en adelante haya otra legalidad que la creada por la *proposición*.

La instrucción pública es, hoy por hoy, función principalísima de la Administración pública, y cuanto más perfecta sea, de modo más directo eleva el nivel de la cultura intelectual, haciendo posible en la vida de los pueblos la práctica de todos los derechos y la honrada existencia de todas las libertades, surgiendo de unos y de otras el recto cumplimiento de los deberes de todos y cada uno de los ciudadanos. Honrar al profesorado y darle prestigio y autoridad, es honrar y enaltecer la instrucción; y cuanto en este sentido se haga, la función legislativa del Poder obtendrá positiva recompensa en el perfeccionamiento de la Nación. Por lo mismo que la labor del profesorado auxiliar es oscura, lenta y llena de dificultades, aunque grande, necesaria y respetable por sus resultados, cuanto en su provecho se estatuya responderá á los eternos principios de la razón y de la justicia.

Fundado en las anteriores consideraciones, el Diputado que suscribe tiene la honra de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Organización del profesorado auxiliar.

Artículo 1.º Desde la publicación de la presente ley, el profesorado auxiliar de las Universidades é Institutos del Reino queda organizado en la siguiente forma:

- 1.º Catedráticos supernumerarios.
- 2.º Profesores auxiliares.
- 3.º Sustitutos ó auxiliares personales.

Los primeros serán nombrados por el Ministro de Fomento, previa oposición. Los segundos por los rectores de los respectivos distritos universitarios, previa propuesta é informe de los Claustros. Los terceros serán designados por los catedráticos numerarios respectivos, aprobando los Claustros la designación.

De los catedráticos supernumerarios.

Art. 2.º Los catedráticos supernumerarios tendrán á su cargo regentar: primero, las cátedras vacantes; segundo, las secciones de cátedras que sea necesario formar para el mejor servicio de la enseñanza en cada uno de los establecimientos. En este segundo caso darán la enseñanza según los programas, órdenes é indicaciones de los respectivos catedráticos numerarios.

Art. 3.º Para ser nombrado catedrático supernumerario se requieren los requisitos que la legislación vigente exige para ser nombrado catedrático numerario, y someterse á públicos ejercicios de oposición. Esta se verificará ante un tribunal compuesto del decano de la respectiva Facultad ó director del correspondiente Instituto, y de seis catedráticos supernumerarios del establecimiento en que radique la vacante que haya de proveerse. Los ejercicios para la oposición, serán tres: primero, una Memoria escrita sobre un tema que se anunciará al convocarse la oposición; segundo, la explicación durante una hora de una lección, tal cual hubiera de darse en clase, previa la incomunicación de seis horas, y facilitándose al opositor, libros, instrumentos, material, etc., etc., y sacada la suerte entre cincuenta temas, que al efecto redactará el tribunal; y tercero, una disertación escrita, cuya lectura no bajará de veinte minutos, relativa á un tema sacado á la suerte entre cincuenta que preparará el tribunal, y previa incomunicación de cuatro horas, sin libros, apuntes, ni instrumentos. En las Facultades de Medicina, Farmacia y Ciencias, y en los Institutos para la Sección de Ciencias, se añadirá un ejercicio práctico, igual para todos los opositores, señalado por el tribunal. Los opositores se dividirán en trincas, y los contrincantes podrán hacer objeciones al opositor por espacio de veinte minutos, el que podrá contestar en igual tiempo.

Art. 4.º El número de catedráticos supernumerarios será en cada establecimiento de los citados el que á la fecha de la publicación de esta ley, según la legislación vigente, exista en cada uno de ellos de profesores auxiliares con sueldo permanente. No podrá disminuirse el número de catedráticos supernumerarios asignados á cada Facultad ó Instituto sino mediante una ley.

Art. 5.º Los catedráticos supernumerarios disfrutarán los sueldos consignados hasta ahora en los presupuestos para los profesores auxiliares que cobran sueldo.

Art. 6.º Los catedráticos supernumerarios tendrán la obligación de cumplir, además de lo preceptuado en el art. 2.º, cuantos cargos y funciones les encarguen sus jefes, y el derecho de asistir y formar parte de los tribunales de grados y exámenes, percibiendo los correspondientes derechos.

Art. 7.º Los catedráticos supernumerarios podrán ocupar, mediante concurso, cátedras numerarias dentro del respectivo establecimiento, ascendiendo é ingresando de este modo en el profesorado oficial numerario, siempre que cumplan ó reunan los siguientes requisitos: primero, llevar seis años de antigüedad en la enseñanza pública; segundo, haber explicado durante ellos dos cursos completos de la misma asignatura, ó la suma de cinco de diferentes asignaturas; tercero, informe favorable del respectivo Claustro. Estos concursos los anunciará el Ministerio de Fomento, los tramitará é informará el Claustro de cada establecimiento, y los resolverá el Ministro de Fomento.

Art. 8.º A los efectos del artículo anterior, desde la publicación de esta ley, para la provisión de cátedras numerarias, de cada tres vacantes en la respectiva Universidad ó Instituto, se proveerán: una, por oposición; otra, por concurso entre los catedráticos numerarios de las demás Universidades ó Institutos, y la tercera por concurso entre los catedráticos supernumerarios de la Facultad ó Instituto en que la vacante se produzca. Será mérito especial para el concurso de supernumerarios: primero, haber sido aprobados los ejercicios hechos por el aspirante en oposiciones á cátedras; segundo, la publicación de alguna obra declarada útil para la enseñanza por el Consejo de Instrucción pública ó por el respectivo Claustro.

Art. 9.º La provisión de las plazas de catedráticos supernumerarios se anunciará en el preciso término de quince días, á contar desde la fecha en que dicha vacante se produzca.

De los profesores auxiliares.

Art. 10. Cuando á juicio de los Claustros el número de catedráticos supernumerarios no fuese suficiente para llenar las necesidades de la enseñanza, ya en el desempeño de cátedras vacantes, ya en la división de secciones, dicho Claustro propondrá al rector del distrito universitario el nombramiento de uno ó más profesores, que se denominarán auxiliares.

Art. 11. Dichos profesores habrán de ser españoles, mayores de edad, en la plenitud de sus derechos civiles y políticos y doctores en la respectiva Facultad.

Art. 12. Los profesores auxiliares, además del servicio de la enseñanza, prestarán el de exámenes, mientras desempeñen el cargo, y el de grados, si el Claustro lo estima necesario y conveniente.

Art. 13. El cargo de profesor auxiliar es honorífico y gratuito, salvo la excepción que se marca en el art. 24 de esta ley. El desempeño del mismo no da opción á ingresar en la clase de catedráticos su-

pernumerarios, salvo también la excepción consignada en el art. 21, si bien los servicios prestados en tal concepto servirán de mérito especial para la indicada oposición.

Art. 14. El cargo de profesor auxiliar dura tan sólo el curso para que sean nombrados, salvo la excepción establecida en el art. 20.

De los sustitutos personales.

Art. 15. Todos los catedráticos numerarios presentarán al Claustro respectivo, reunido en junta en el mes de Setiembre, el nombre de la persona á quien designen para sustituto personal de su cátedra en el curso siguiente.

Art. 16. Los designados para estos cargos habrá de reunir los requisitos preceptuados en el art. 11 para los profesores auxiliares, y en los Institutos, para ser sustitutos personales de lenguas, habrán de tener las mismas condiciones que los numerarios encargados de la enseñanza de idiomas.

Art. 17. Una vez aprobada por el Claustro la designación hecha por los profesores numerarios de los Establecimientos ó Facultades, los jefes de los mismos elevarán á los rectores la propuesta para su conocimiento y definitiva aprobación.

Art. 18. El cargo de sustituto personal es gratuito y honorífico, sin que dé opción especial para ingresar en el profesorado auxiliar, si bien los servicios prestados en tal concepto, y debidamente certificados, servirán de mérito para el nombramiento de profesores, auxiliares, ó para las oposiciones de catedráticos supernumerarios.

Disposiciones generales.

Art. 19. Para respetar los derechos adquiridos y no producir honda perturbación en la enseñanza, todos los actuales profesores auxiliares *con sueldo* serán nombrados desde luego catedráticos supernumerarios, sin el requisito de la previa oposición y con todos los derechos consignados en esta ley. Las plazas que queden sin proveer, una vez cumplido lo que se dispone en los artículos 20 y 21, se anunciarán á oposición, de conformidad con el art. 3.º

Art. 20. Por idéntica razón, todos los actuales profesores auxiliares supernumerarios *sin sueldo*, nombrados con arreglo al Real decreto de 23 de Agosto de 1888, serán nombrados profesores auxiliares. Estos profesores tendrán hasta la extinción de la clase carácter permanente, sin que sea necesario renovar su nombramiento cada curso.

Art. 21. Los profesores auxiliares procedentes de la clase de auxiliares supernumerarios establecidos por el citado Real decreto de 23 de Agosto de 1888, ingresarán, hasta su extinción, en las respectivas Universidades ó Institutos, por rigurosa antigüedad, en la clase de catedráticos supernumerarios, en las vacantes que ocurran, sin el requisito de previa oposición y con todos los derechos consignados en esta ley.

Art. 22. Para la antigüedad á que se refiere el artículo anterior, se tendrá en cuenta la fecha de posesión del cargo; en igualdad de fechas, la prioridad del título profesional, y en igualdad de éstos, la mayor edad del interesado.

Art. 23. Los catedráticos supernumerarios cobrarán mientras desempeñen una cátedra vacante los dos tercios del sueldo de entrada asignado á la misma.

Art. 24. Los profesores auxiliares por orden de antigüedad cobrarán en concepto de gratificación los haberes asignados á los catedráticos supernumerarios, cuando éstos desempeñen cátedra vacante y en virtud del artículo anterior cobren los dos tercios de sueldo de numerarios.

Art. 25. La Dirección general de Instrucción pública dictará en el preciso término de un mes, á contar desde la promulgación de la presente ley, los reglamentos y disposiciones necesarios para el cumplimiento de la misma, con sujeción á lo en ella preceptuado.

Art. 26. Las dudas que puedan suscitarse, se re-

solverán por el Ministerio de Fomento, previo informe de los respectivos Claustros.

Art. 27. Los cargos de catedráticos supernumerarios, profesores auxiliares y sustitutos personales son compatibles con cualesquiera otros, siempre que no impidan á dichos profesores prestar, sin limitación alguna, los servicios de enseñanza, grados y exámenes.

Art. 28. Quedan derogados totalmente y en absoluto todas las leyes, Reales decretos, Reales órdenes, reglamentos, circulares, etc., etc., sobre la materia, y en adelante sólo regirán como preceptos para la organización y servicios del profesorado auxiliar de las Universidades é Institutos los establecidos en la presente ley.

Palacio del Congreso 4 de Mayo de 1894.—Fernando Mellado.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Conde de la Corzana, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de Aranda de Duero á Burgos.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de presentar al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á los Sres. D. Luis Zapata y Pérez de Laborda y D. Daniel Lavaggi y Brockman, vecinos de Madrid, la concesión para la construcción y explotación, sin subvención directa ni indirecta del Estado, de un ferrocarril económico de vía de un metro de ancho, que partiendo de Aranda de Duero, empalmado con el de Madrid, termine en Burgos.

Este camino se considerará de utilidad pública para los efectos de la expropiación forzosa y disfrutará de las demás exenciones y beneficios que las leyes concedan á los de su clase.

La concesión se hará por noventa y nueve años, á contar desde la fecha de la misma.

Art. 2.º La construcción se sujetará al proyecto facultativo que se apruebe por el Ministerio de Fomento, y las obras se ejecutarán en un todo conformes al mismo proyecto.

Art. 3.º Los trabajos para la construcción de esta línea darán principio al año de la fecha de otorgada su concesión, y deberán quedar terminados á los seis años, á partir de la misma fecha, debiendo, antes de dar principio á las obras, depositar en garantía de su ejecución la cantidad equivalente al 3 por 100 del total de su presupuesto, cuya fianza quedará sujeta á las disposiciones vigentes.

Palacio del Congreso 13 de Abril de 1894.—
Conde de la Corzana.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Carvajal (D. Angel María) y otros, reformando el artículo 3.º del Real decreto de 27 de Diciembre de 1892 estableciendo el procedimiento para las elecciones de Diputados á Cortes en Cuba y Puerto Rico.

El espíritu del Real decreto de 27 de Diciembre de 1892 para las elecciones de Diputados á Cortes en las islas de Cuba y Puerto Rico, es, sin duda, facilitar la emisión del sufragio á los que legalmente estén en condiciones para ello; pero en las elecciones generales verificadas en la isla de Cuba últimamente se ha tropezado con inconvenientes de importancia, siendo uno de ellos la subdivisión de las circunscripciones y distritos electorales en secciones de 100 electores, que en poblaciones como la Habana, á más de ser necesario constituir un número exorbitante de colegios, no había el suficiente número de personas que reuniesen las condiciones legales para presidirlos, y lo hicieron otras que por esta sola circunstancia pudieran imprimir vicio de nulidad á la elección.

Como en nada altera el espíritu del decreto aumentar el número de electores que han de constituir sección, equiparándoles con lo dispuesto en la ley vigente en la Península, sino que antes bien facilita la emisión del voto, y hacer más fáciles los escrutinios, que es seguramente lo que se propuso el Gobierno, los Diputados que suscriben tienen el honor de presentar á la Cámara la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo único. El art. 3.º del Real decreto de 27 de Diciembre de 1892 para las elecciones de Diputados á Cortes en las islas de Cuba y Puerto Rico, quedará redactado en la forma siguiente:

«Art. 3.º El Gobierno queda autorizado para determinar, en vista del resultado de la estadística de población de las islas de Cuba y Puerto Rico, el número de Diputados que han de elegir, conservando, en cuanto sea posible, la división actual de las mismas en circunscripciones y distritos, y su subdivisión en secciones. Cada término municipal que sea capital de provincia ó Juzgado de primera instancia, constituirá una sección, si no excede de 500 el número de sus electores; dos, si no excede de 1.000; tres, si no excede de 1.500, y así sucesivamente. Los demás pueblos que no tengan las expresadas condiciones de capital ó Juzgado, se constituirán las secciones con un minimum de 100 electores.»

Palacio del Congreso 5 de Mayo de 1894.—Angel María Carvajal.—M. Villanueva.—Ignacio Díaz Caneja.—Martín Zozaya.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Bergamín y otros, incluyendo en el plan general de carreteras una de Bobadilla á la de la Cuesta del Espino á Málaga, otra de la estación de Fuente-Piedra á Sierra de Zeguas y otra de Coín á la de Málaga á Alora.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter á su aprobación la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluyen en el plan general de carreteras del Estado: una que, partiendo de Bobadilla y pasando por el Valle de Aldalagés y Almogía, vaya á enlazar con la de la Cuesta del Espino á Málaga; otra que, partiendo de la estación de Fuente Piedra, termine en Sierra de Zeguas; y otra que, arrancando en Coín y pasando por Tolox, Casarabon-

da y Alazaina, vaya á enlazar en Pizarra con la de Málaga á Alora. Todas ellas de tercer orden y en la provincia de Málaga.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo dispuesto en la de 25 de Julio de 1892, á cuyos preceptos habrá de ajustarse el estudio y construcción de las carreteras citadas en el anterior artículo; á cuyo efecto, para sus estudios y los de las demás carreteras comprendidas en la dicha ley de 25 de Julio de 1892, se entenderá prorrogado por tres años más el plazo fijado en su art. 6.º

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—Francisco Bergamín.—Javier Bores y Romero.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Hergueta y otros, incluyendo en el plan general de carreteras una de Bobadilla á la de la Cuesta del Espino á Madrid, otra de la estación de Fuente-Piedra á Sierra de Xagun y otra de Colla á la de Madrid á Alora.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter á su aprobación la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluyen en el plan general de carreteras del Estado: una que partiendo de Bobadilla y pasando por el Valle de Albalá y Almorales, vaya á enlazar con la de la Cuesta del Espino á Madrid; otra que partiendo de la estación de Fuente-Piedra, termine en Sierra de Xagun y otra que partiendo en Colla y pasando por Tolar, Casarzon-

da y Alcañiz, vaya á enlazar en Pizarra con la de Madrid á Alora. Todas ellas de tercer orden y en la provincia de Madrid.
Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo dispuesto en la de 25 de Julio de 1897, á cuyos preceptos habrá de ajustarse el estudio y construcción de las carreteras citadas en el anterior artículo, á cuyo efecto, para sus estudios y los de las demás carreteras comprendidas en la dicha ley de 25 de Julio de 1897, se entenderá prorrogado por tres años más el plazo fijado en su art. 6.º
Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—Fran-
cisco Bergamín.—Javier Torres y Romero.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Montilla, incluyendo en el plan general de carreteras una de la de Jaén á Albacete á la estación de Jódar.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden que, par-

tiendo del sitio llamado «Aguas-blancuillas,» en la carretera de Jaén á Albacete, termine en la estación de Jódar, en la línea de Linares á Almería.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo que preceptúa sobre construcción de obras públicas el Real de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 7 de Mayo de 1894.—Jerónimo Montilla.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Morillas, incluyéndose en el plan general de carreteras una de la de Jaca á Albaladejo y la estación de Jaca.

tenido del sitio llamado «Agua-planchillas» en la carretera de Jaca á Albaladejo, terminando en la estación de Jaca, en la línea de Jaca á Albaladejo.
Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo que prescribe la ley de 1.º de Mayo de 1880 sobre obras públicas el Real de 3 de Diciembre de 1880.
Palacio del Congreso 1 de Mayo de 1884.—Jardón Morillas.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden que par-

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Suárez Inclán (D. Félix), incluyendo en el plan general de carreteras una de la del Palmar á Mazarrón á la de Murcia á Granada.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Art. 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden que, partiendo de la del Palmar á Mazarrón, provincia de Murcia,

y sitio conocido por las Casas nuevas, en la desembocadura de la Rambla de la Murta, vaya directamente á Librilla, donde se unirá con la de Murcia á Granada.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 8 de Mayo de 1894.—Félix Suárez Inclán.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Muro, derogando el apartado 8.º del art. 179 de la ley del Timbre del Estado.

AL CONGRESO

Las unánimes reclamaciones y protestas elevadas á las Cortes contra el precepto del apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre de 15 de Septiembre de 1892, pudieran considerarse apasionadas si sólo se atiende á su origen y al interés de los facultativos que las suscriben. Examinados sin ese prejuicio y con espíritu de absoluta imparcialidad, hay que reconocer que las abona la razón y la moral pública, que no es justo imponer duplicidad de cargas, cualquiera que sea su forma, sobre una misma industria, ni es lícito mantener un tributo que ha demostrado en la práctica ser materia fácil al fraude y al abuso con escaso beneficio para el Tesoro.

Por respetos á la justicia y á la moral pública, el Diputado que suscribe tiene la honra de someter al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Antículo único. Queda derogado el apartado 8.º del art. 179 de la ley del timbre de 15 de Septiembre de 1892, que impone el tipo fijo de 10 céntimos de peseta á todos los específicos y aguas minerales de cualquier clase, cuando se pongan á la venta, fijándolo en la etiqueta exterior del frasco ó botella, caja ó paquete que lo contenga.

Palacio del Congreso 9 de Mayo de 1894.—José Muro.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Rodríguez (D. Calixto), incluyendo en el plan general de carreteras las de Barbatona á Sanca y de Mazarete á Cifuentes y al puente de San Pedro.

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter á la deliberación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluyen en el plan general de carreteras del Estado, como de tercer orden, las siguientes en la provincia de Guadalajara:

Una de Barbatona á Sanca;

Otra de Mazarete á Cifuentes; y

Otra de Mazarete al puente de San Pedro.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 11 de Mayo de 1894.—
Calixto Rodríguez.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Rodríguez (D. Cortes), tendiente en el plan general de carreteras las de Barcelona á San Juan y de Barcelona á Cádiz y al puente de San Pedro.

Esta de Manresa á Calatayud y
Esta de Manresa al puente de San Pedro.
Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se
tendrá en cuenta lo prescrito en la construcción
de obras públicas en el Real decreto de 2 de Diciembre
de 1885.
Elaboró el Congreso el día de Mayo de 1894.
García Rodríguez

El diputado que suscribe tiene la honra de ad-
vertir á la Comisión del Congreso la siguiente
PROPOSICION DE LEY
Artículo 1.º Se incluyen en el plan general de ca-
rreteras del Estado, como de interés común, las si-
guientes en la provincia de Guadalajara:
1.ª de Valladolid á Soria.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Pardo Balmonte, incluyendo en el plan general de carreteras una de Sarria á San Martín de Castro.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Sarria y aprovechando la provincial que de este punto con-

duce á Puertomarín, se dirija desde Mouzos por el «mercado de Serra» y San Miguel de Paradela, capital del Ayuntamiento de este nombre, á terminar en San Martín de Castro.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 11 de Mayo de 1894.—Pergerto Pardo Balmonte.

DIARIO

DE LA

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Pardo Balmonte, incluyendo en el plan general de en-
terres una de Santa de San Martín de Castro.

AL CONGRESO

El diputado que suscribe tiene el honor de so-
licitar la deliberación y aprobación del Congreso la
siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de en-
terres del Estado una que, partiendo de Santa y
agregándose la provincia que de este punto con-

duce a Portugal, se haya desde Monse por el
extremo de Santa y San Miguel de Paradelas
punto del Ayuntamiento de este nombre, a terminan-
en San Martín de Castro.
Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se ten-
drá en cuenta lo establecido sobre construcción de
obra pública en el Real decreto de 3 de Diciembre
de 1794.
Páase al Congreso el día de Mayo de 1794.
Esta ley se sanciona.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Conde de la Corzana, autorizando al Gobierno para otorgar la concesión de un ferrocarril de la estación de Villa del Prado á Almorox.

AL CONGRESO

La línea férrea de Madrid á Villa del Prado en explotación, exige su prolongación hacia el Oeste para beneficiar poblaciones tan importantes como Almorox, Escalona, Paredes, Nombela, Pelahustan, La Aldea, Nuño Gómez, La Higuera, Cenicientos y Sotillo, y como de utilidad general para la comarca y para la misma vía férrea en explotación; los Diputados que suscriben tienen el honor de proponer al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno de S. M. para otorgar á D. Luis Zapata y Pérez de Laborda y á Don Manuel Lavaggi y Brokmann la concesión para la construcción y explotación sin subvención alguna del Estado, de un ferrocarril de vía estrecha que partiendo de la estación de Villa del Prado del ferrocarril de Madrid á Villa del Prado, termine en Almorox (provincia de Toledo), y un ramal hasta el Sotillo de Adrada en la provincia de Avila.

Este camino se considerará de utilidad pública para los efectos de la expropiación forzosa, y disfrutará de las exenciones y beneficios que las leyes conceden á los de su clase. La concesión se hará por noventa y nueve años.

Art. 2.º Las obras se ejecutarán con arreglo al proyecto presentado en el Ministerio de Fomento, si mereciese la aprobación del Gobierno, y en otro caso, con arreglo á las prescripciones que al aprobarlo se estableciesen.

Art. 3.º Los trabajos para la ejecución de esta línea darán principio al año de la fecha de otorgada la concesión, y deberán quedar terminados á los tres años de dicha fecha.

Si el ramal á Sotillo no se ejecutara, quedaría exento de los beneficios de esta ley, y en caso de construirse, se aumentará para su terminación un año más del acordado.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—El Conde de la Corzana.—Francisco Agustín Silvela.—Manuel Benayas Portocarrero.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Pozo, incluyendo en el plan general de carreteras una del Nuevo Baztán al Puente de Mondejar, otra de Brea á la de Ajalvir á Estremera, otra de Fuentidueña de Tajo á la estación de la Zarza y otra de Brea á Mondejar.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter á examen y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluyen en el plan general de carreteras del Estado:

Una que, partiendo del Nuevo Baztán (provincia de Madrid) y pasando por la Olmeda de la Cebolla y Valdealcalá, termine en el puente de Mondéjar.

Otra que, partiendo de Brea y pasando por Orus-

co, enlace en el kilómetro 35 de la de Ajalvir á Estremera.

Otra que, partiendo de Fuentidueña de Tajo y pasando por el pueblo de Santa Cruz de la Zarza, termine en la estación del mismo pueblo (ferrocarril de Madrid á Cuenca).

Y otra que, partiendo de Brea, termine en Mondéjar.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—
Inocente del Pozo y Egozque.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Ibarra (D. Manuel) y otros, adicionando la provincial vigente.

AL CONGRESO

Los Diputados que suscriben tienen el honor de presentar la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo único. El art. 35 de la ley provincial vigente se adicionará en esta forma:

«No obstante lo dispuesto en el párrafo anterior, no podrán ser diputados provinciales los que hayan

desempeñado este cargo durante cuatro años completos anteriores á la fecha en que haya de constituirse la Diputación nuevamente elegida. Esta incapacidad durará dos bienios, y será extensiva á los que después de haber tomado posesión del cargo, cesen en él por renuncia ó por cualquier otra causa, empezando desde entonces á contarse el término de los dos bienios.»

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—Manuel Ibarra.—Pedro Rodríguez de la Borbolla.

DIARIO

DE LA

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Exposición de ley del Sr. D. Juan V. Alvarado, y otras indicaciones de forasteros

El Sr. D. Juan V. Alvarado, Diputado a Cortes, presentó una exposición de ley, en la que se proponía la creación de un nuevo cargo de Diputado a Cortes, el de Diputado a Cortes de Honor, para recompensar a los Diputados que hubieran prestado servicios especiales a la Nación. El Sr. Alvarado alegó que este cargo era necesario para honrar a los Diputados que habían trabajado con especial empeño en el desempeño de sus funciones, y que esta medida serviría para estimular a los demás Diputados a que trabajaran con igual empeño. El Sr. Alvarado terminó su exposición diciendo que esperaba que la Comisión de Puntos Constitucionales aceptara su propuesta.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Ibarra (D. Manuel), adicional á la provincial vigente.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de presentar al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo único. El art. 92 de la ley provincial vigente quedará adicionado en esta forma:

Las dietas que como indemnización podrán reclamar los vocales y los suplentes en su caso, no excederán nunca por cada vocal propietario y su suplente ó suplentes respectivos de 4.000 pesetas anua-

les en las provincias de primera clase, de 3.500 en las de segunda, y de 3.000 en las de tercera.

Dichas dietas se abonarán al terminar cada año económico, distribuyéndose su importe entre el vocal y el suplente ó suplentes respectivos y prorrateándose entre ellos la reducción que sea necesario hacer si por el número de sesiones celebradas hubiera que disminuir la cantidad de dietas señalada como tipo para cada sesión en el párrafo segundo de este artículo.

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—Manuel Ibarra.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Ibarra (D. Manuel), reformando el art. 55 de la provincial y el 150 de la municipal vigentes.

El Diputado que suscribe tiene el honor de presentar al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º El art. 55 de la ley provincial se redactará en esta forma:

«La Diputación provincial se reunirá necesariamente en la capital de la provincia todos los años el primer día útil de los meses quinto y noveno del año económico.»

Art. 2.º El art. 120 de la ley provincial será reformado en sus dos primeros párrafos en la forma siguiente:

«Las Diputaciones provinciales redactarán, discutirán y aprobarán su presupuesto ordinario dentro de los quince primeros días del mes de Marzo, y el adicional durante el mes de Febrero.

El día 20 de Marzo remitirán las Diputaciones al Ministerio de la Gobernación por conducto del gobernador el presupuesto aprobado para el solo efecto de corregir las extralimitaciones legales, si las hubiese, é impedir que se perjudiquen los intereses generales de los pueblos.»

Art. 3.º El art. 150 de la ley Municipal vigente se redactará en esta forma:

«El día 15 de Abril comunicarán los Ayuntamientos al gobernador el presupuesto aprobado para el solo efecto de que corrija las extralimitaciones legales si las hubiere. De los acuerdos del gobernador en materia de presupuestos podrán alzarse las Juntas municipales en el término de ocho días ante el Gobierno de S. M. que resolverá en el de treinta oyendo al Consejo de Estado. Si llegase el 15 de Junio sin resolución del Gobierno seguirá los presupuestos aprobados por las Juntas. Los acuerdos de las Juntas son apelables de igual modo para ante el gobernador cuando por ellos se infringiese alguna de las disposiciones de esta ley, salvo lo contrario ordenado por la misma, pero sólo en la parte que concurriese la infracción.

Todos los Ayuntamientos remitirán al Gobierno de S. M., por conducto de los gobernadores civiles, resúmenes de sus presupuestos de gastos é ingresos definitivamente aprobados.»

Palacio del Congreso 12 de Mayo de 1894.—Manuel Ibarra.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Ochando (D. Federico) y otros, incluyendo en el plan general de carreteras una de la estación de La Roda á Mahora.

AL CONGRESO

Los Diputados que suscriben tienen el honor de someter á su aprobación la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una de tercer orden que, partiendo de la estación de la vía férrea en La Roda

(Albacete) y pasando por El Carrasco, Tarazona y Madrigueras, se una en Mahora con la carretera general de Jaén á Cuenca.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 14 de Mayo de 1894.—Federico Ochando.—Jesús Casanova.—Pablo Cruz.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Comas, incluyendo en el plan general de carreteras una de Calanda á Oliete.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de proponer al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Calanda

y pasando por Andorra y Alloza, termine en Oliete (Teruel).

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 16 de Mayo de 1894.—Augusto Comas y Pacheco.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Gómez, conde de Alarcón, en el plan general de enseñanza para el Estado de Chile.

El Sr. Gómez, conde de Alarcón, propone en el plan general de enseñanza para el Estado de Chile, en el artículo 1.º, se incluya en el plan general de enseñanza del Estado una parte destinada a la enseñanza de la historia y la geografía.

El Sr. Gómez, conde de Alarcón, propone en el plan general de enseñanza para el Estado de Chile, en el artículo 1.º, se incluya en el plan general de enseñanza del Estado una parte destinada a la enseñanza de la historia y la geografía.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Comas, incluyendo en el plan general de carreteras una de Híjar á Escatrón.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene el honor de proponer al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Híjar (Te-

ruel), y pasando por Samper de Calanda y términos municipales de Jatiel y Castelnón, termine en Escatrón.

Art. 2.º Para la ejecución de esta ley se tendrá en cuenta lo establecido en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886 dictando reglas para la construcción de obras públicas.

Palacio del Congreso 16 de Mayo de 1894.—Augusto Comas y Blanco.

DIARIO

DE LA

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. Gómez, enmendada en el orden general de las sesiones
del Sr. Hijo y L. G. Gómez

En la sesión de hoy, por haber de celebrarse y reanudar las sesiones de la Cámara de Diputados, se leyó y aprobó el acta de la sesión anterior. Después de lo cual, se procedió a la discusión de la proposición de ley del Sr. Gómez, enmendada en el orden general de las sesiones del Sr. Hijo y L. G. Gómez.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

El Sr. Gómez, en su discurso, manifestó que la proposición de ley que se discutía, tenía por objeto la modificación del orden general de las sesiones del Congreso de los Diputados.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Conde de San Bernardo, sobre elaboración y venta de vinos artificiales.

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter al Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º No podrán elaborarse ni venderse en un mismo establecimiento ó tienda vinos naturales y artificiales.

Art. 2.º Se consideran vinos artificiales para los efectos de esta ley:

1.º Los obtenidos por un procedimiento químico ó industrial que no sea la fermentación espirituosa del mosto de uva.

2.º Los vinos naturales á los que se haya adicionado cualquier sustancia química ó vegetal que no exista ó proceda de los mismos racimos.

Art. 3.º Los fabricantes y expendedores de vinos artificiales de cualquier clase que sean, están obligados:

1.º A satisfacer la contribución industrial y sus recargos en el modo y forma que establecen las disposiciones vigentes.

2.º A proveerse de una patente especial que deberá renovarse por años económicos.

3.º A colocar en el rótulo de la tienda, fábrica ó establecimiento, y en lugar y forma perfectamente visibles, la indicación de que sólo se elaboran ó venden vinos artificiales.

4.º A colocar dentro del establecimiento y en lugar visible que pueda ser fácilmente examinada por el público, las indicaciones necesarias para conocer las clases de vino que se expenden y sustancias de que se componen.

Art. 4.º Por la patente á que se refiere el apartado 2.º del artículo anterior se abonará el duplo de lo que al industrial ó comerciante corresponda pagar por contribución industrial en cada año.

Art. 5.º Los que elaboren ó expendan vinos artificiales sin cumplir todo lo dispuesto en el art. 3.º, incurrirán en una multa del tanto al triplo de la patente que les corresponda satisfacer y del triplo al séxtuplo en caso de reincidencia.

Art. 6.º La ignorancia de hecho deliberadamente justificada por el vendedor del vino artificial, le dará derecho para reclamar del fabricante ó adulterador del vino el importe de la multa con los daños y perjuicios ocasionados.

Art. 7.º Lo prevenido en el art. 5.º se entiende sin perjuicio de lo dispuesto en los arts. 352, 356, 547 y 592 del Código penal en los casos que sean aplicables.

Art. 8.º Los que denuncien la comisión de infracciones á lo dispuesto en los arts. 1.º y 3.º de esta ley, tendrán derecho á percibir íntegramente el importe de las multas que se determinan en el art. 5.º y de la patente si la infracción consistiese en ejercer este tráfico sin haberla solicitado.

Art. 9.º El Gobierno de S. M. dictará en el plazo de treinta días el reglamento necesario para la ejecución de esta ley.

Art. 10. Las multas se impondrán y harán efectivas por los delegados de Hacienda en cada provincia.

Palacio del Congreso 16 de Mayo de 1894.—El Conde de San Bernardo.

SESIONES DE CORTES

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Barroso, segregando del Municipio de Belmez la aldea de Pueblo Nuevo.

AL CONGRESO

Los habitantes de Pueblo Nuevo, término municipal de Bélmez, provincia de Córdoba, solicitaron en 1885, en atención á concurrir en dicha localidad las circunstancias exigidas por el art. 2.º de la vigente ley municipal, su segregación del Ayuntamiento de Bélmez y la constitución de un Municipio propio.

Formado el oportuno expediente, con arreglo á la Real orden de 26 de Febrero de 1875, sufrió extravío al ser remitido al Ayuntamiento de Bélmez para la comprobación de las firmas que autorizaban aquella solicitud; y posteriormente, en instancia de 12 de Agosto de 1887, reprodujeron su pretensión los habitantes de Pueblo Nuevo, y por rivalidades y oposiciones locales, tampoco ha podido lograrse que adelante la tramitación del nuevo expediente, el cual continúa á esta fecha y desde entonces paralizado en la Diputación provincial. Ahora bien; la aldea de Pueblo Nuevo, que entre vecinos, domiciliados, transeúntes y residentes extranjeros, cuenta una población de 5.000 almas, contribuye á los ingresos del Ayuntamiento de Bélmez con más de una tercera parte del presupuesto total de los mismos, cantidad que excede con mucho de los gastos que le originaría el sostenimiento de Municipio propio; y á más de esta razón, y de que, no obstante estos dispendios, ve desatendidos los servicios públicos que le son necesarios, es seguro también que el fomento de la riqueza re-

cibiría grandísimo impulso con la segregación y constitución solicitada hasta ahora inútilmente.

Fundado en la justicia y procedencia de esta pretensión, en la necesidad de que la resistencia pasiva opuesta á ella no haga ilusorio el derecho de los habitantes de Pueblo Nuevo, y teniendo en cuenta que todo ello se comprende en lo establecido por los artículos 2.º y 5.º, párrafos 2.º y 7.º, de la ley municipal vigente, el Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Del actual Municipio de Bélmez, en la provincia de Córdoba, se segregará la aldea de Pueblo Nuevo, que constituirá en adelante un Municipio propio bajo la denominación de «Pueblo Nuevo del Terrible.»

Art. 2.º El actual término jurisdiccional de Bélmez se dividirá entre dos Municipios, que quedarán constituidos por virtud de esta ley, asignando á cada uno de ellos el territorio proporcional que en justicia les corresponde.

Art. 3.º El Ministro de la Gobernación dictará las órdenes oportunas para que desde los comienzos del venidero año económico pueda tener esta ley debido cumplimiento.

Palacio del Congreso 16 de Mayo de 1894.—Antonio Barroso y Castillo.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Reunión de la tarde del 25. Sesión ordinaria del Congreso de Diputados. 1

25 DE ABRIL DE 1901

El Sr. Ministro de Fomento, Sr. D. Juan de Zavala, ha presentado en el Congreso de Diputados el proyecto de ley que modifica el artículo 1.º de la Ley de 1.º de Mayo de 1900, relativa a la explotación de las minas de carbón. El proyecto establece que la explotación de las minas de carbón será reservada a los españoles, y que los extranjeros podrán participar en ella, pero no podrán ser dueños de las minas. El Sr. Ministro de Fomento ha explicado el proyecto, diciendo que el fin de la ley es proteger la industria nacional, y que el proyecto es necesario para que los españoles puedan competir con los extranjeros en la explotación de las minas de carbón.

PROYECTO DE LEY

El Sr. Ministro de Fomento, Sr. D. Juan de Zavala, ha presentado en el Congreso de Diputados el proyecto de ley que modifica el artículo 1.º de la Ley de 1.º de Mayo de 1900, relativa a la explotación de las minas de carbón. El proyecto establece que la explotación de las minas de carbón será reservada a los españoles, y que los extranjeros podrán participar en ella, pero no podrán ser dueños de las minas. El Sr. Ministro de Fomento ha explicado el proyecto, diciendo que el fin de la ley es proteger la industria nacional, y que el proyecto es necesario para que los españoles puedan competir con los extranjeros en la explotación de las minas de carbón.

El Sr. Ministro de Fomento, Sr. D. Juan de Zavala, ha presentado en el Congreso de Diputados el proyecto de ley que modifica el artículo 1.º de la Ley de 1.º de Mayo de 1900, relativa a la explotación de las minas de carbón. El proyecto establece que la explotación de las minas de carbón será reservada a los españoles, y que los extranjeros podrán participar en ella, pero no podrán ser dueños de las minas. El Sr. Ministro de Fomento ha explicado el proyecto, diciendo que el fin de la ley es proteger la industria nacional, y que el proyecto es necesario para que los españoles puedan competir con los extranjeros en la explotación de las minas de carbón.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. González Fiori, determinando la situación legal de los segundos tenientes de las reservas gratuitas comprendidos en la ley de 10 de Julio de 1885.

A LAS CORTES

Según el art. 30 de la ley constitutiva del ejército de 29 de Noviembre de 1878, el empleo militar constituye una verdadera propiedad para el que la disfruta, tan firme y eficaz como cualquiera otra de las que ampara y garantiza la Constitución del Estado.

Si con arreglo á esta ley fundamental, ningún español puede ser privado de su propiedad sino por causa de utilidad pública, con arreglo á los trámites legales y previa entrega de la debida indemnización, no tiene lógica ni legal explicación que á una de las clases más consideradas en todos los ejércitos del mundo se la privara de un legítimo derecho á continuar en las filas con opción á los futuros ascensos á que sus individuos se hicieren acreedores, sin que á medida tan anómala y poco equitativa precediera por lo menos la debida indemnización.

La clase de sargentos, que es á la que esta proposición de ley se refiere, cumplía en el ejército una importantísima misión, habiendo ingresado en él en virtud de un verdadero contrato celebrado con el Estado, y conforme al cual tenían un legítimo y perfecto derecho á cuantas ventajas y beneficios les concedía la legislación vigente cuando ingresaron en las filas.

La novación del contrato, llevado á cabo contra la voluntad de estos interesados por virtud del decreto de 27 de Octubre de 1886, no puede estimarla justa y equitativa ningún hombre de ley, ya porque en ella falta el acuerdo expreso de una de las partes contratantes, ya porque ocasiona un evidente perjuicio, sin que á los interesados les indemnice de otro

modo que haciéndoles figurar en una ilusoria escala gratuita, de la cual pueden formar parte cuantos se encuentren acogidos en los establecimientos benéficos.

Si los individuos que pertenecen á esta respetable clase, y que ingresaron en el ejército y en él continuaron poseídos en el mayor entusiasmo y en la inteligencia de que tenían fijado un porvenir, hubieran podido sospechar siquiera que más tarde había de promulgarse un decreto que les despojara en absoluto de cuantos derechos tenían adquiridos, es bien seguro que en vez de emprender la gloriosa carrera de las armas, se habrían dedicado desde luego á algún oficio ú ocupación civil para poder atender á sus necesidades y á las de sus respectivas familias.

En los anales de la legislación española no se registra precedente análogo ni disposición alguna por virtud de la cual se haya lesionado y desconocido intereses legítimos adquiridos al amparo de la ley sin la demostración previa de que así convenía á la correspondiente indemnización.

Para poner término á tan irritante injusticia, para que cese tan indebida postergación, y á fin de rendir el debido tributo á lo que la equidad exige y el derecho vulnerado requiere, el Diputado que suscribe tiene el honor de someter la deliberación y aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Los segundos tenientes de las reservas gratuitas comprendidos en la ley de 10 de Julio de 1885 y procedentes del ejército activo, pasarán desde luego á formar parte de las escalas de igual

clase de la reserva retribuida, ocupando en ésta el lugar que les corresponda, con arreglo á las fechas de sus anteriores nombramientos de oficiales de la gratuita, los cuales determinarán la efectividad de los mismos como tales segundos tenientes de la escala de reserva para todos los efectos legales.

Art. 2.º Dichos oficiales pasarán revista de comisario en sus nuevos empleos de la escala retribuida en el siguiente mes al de la fecha de la promulgación de la presente ley, percibiendo los haberes

correspondientes á dicha situación, hasta que por rigurosa antigüedad y con arreglo á lo que preceptúa el art. 12 de la ley de 6 de Agosto de 1886, les corresponda cubrir plaza de su clase en el ejército activo.

Art. 3.º El Sr. Ministro de la Guerra adoptará las debidas disposiciones para la ejecución y el cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores.

Palacio del Congreso 16 de Mayo de 1894.—Joaquín González Fiori.

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley del Sr. González Fiori, determinando la situación legal de los segundos tenientes de las reservas comprendidas en la ley de 10 de Mayo de 1886.

En la sesión de hoy, 16 de Mayo de 1894, se celebró la sesión ordinaria número 101, en la que se trató de la proposición de ley del Sr. González Fiori, determinando la situación legal de los segundos tenientes de las reservas comprendidas en la ley de 10 de Mayo de 1886. La proposición fue leída por el Sr. González Fiori, y se procedió a su discusión. El Sr. Ministro de la Guerra, Sr. Martínez Campos, se levantó para declarar que la proposición era de carácter legislativo y que correspondía al Congreso su aprobación. Después de esto, se procedió a la discusión de la proposición. El Sr. González Fiori defendió la necesidad de la misma, alegando que los segundos tenientes de las reservas, al no haber sido nombrados en el ejército activo, quedaban en una situación legalmente incierta, lo que les impedía percibir los haberes correspondientes a su clase. El Sr. Martínez Campos, en su discurso, manifestó que el Gobierno estaba dispuesto a aceptar la proposición, siempre que el Congreso la aprobara. Después de la discusión, se procedió a la votación de la proposición, que resultó aprobada por mayoría absoluta.

Atendido lo que se ha acordado en la sesión de hoy, 16 de Mayo de 1894, se acuerda que el Sr. Ministro de la Guerra adopte las debidas disposiciones para la ejecución y el cumplimiento de lo prevenido en la ley de 10 de Mayo de 1886, en lo que respecta a la situación legal de los segundos tenientes de las reservas.

La proposición de ley del Sr. González Fiori, determinando la situación legal de los segundos tenientes de las reservas comprendidas en la ley de 10 de Mayo de 1886, fue aprobada por el Congreso de los Diputados en la sesión de hoy, 16 de Mayo de 1894. La aprobación de esta ley es un acto de justicia para los segundos tenientes de las reservas, que han estado en el ejército activo y han cumplido con sus deberes, pero que al no haber sido nombrados en el ejército activo, quedaban en una situación legalmente incierta. La ley de 10 de Mayo de 1886, al establecer la reserva, no contempló la situación de los segundos tenientes de las reservas, lo que ha dado lugar a esta proposición de ley. El Sr. Martínez Campos, al declarar que el Gobierno estaba dispuesto a aceptar la proposición, manifestó que el Gobierno estaba dispuesto a aceptar la proposición, siempre que el Congreso la aprobara. Después de la discusión, se procedió a la votación de la proposición, que resultó aprobada por mayoría absoluta.

La aprobación de esta ley es un acto de justicia para los segundos tenientes de las reservas, que han estado en el ejército activo y han cumplido con sus deberes, pero que al no haber sido nombrados en el ejército activo, quedaban en una situación legalmente incierta. La ley de 10 de Mayo de 1886, al establecer la reserva, no contempló la situación de los segundos tenientes de las reservas, lo que ha dado lugar a esta proposición de ley.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Torre Minguéz, autorizando á los pueblos para enagenar sus montes con destino á la creación de Bancos agrícolas.

La postración que sufre nuestra agricultura exige como uno de sus principales y más apremiantes remedios la formación de Bancos agrícolas que faciliten al labrador capital ó interés módico para comprar ganados, maquinaria, abonos y demás elementos indispensables, si ha de satisfacer las exigencias de la ciencia agraria y borren los desastrosos efectos de la enormidad de los tributos, del contrabando escandaloso y de la desventajosa competencia á que nos provocan otras Naciones más afortunadas en el arte de producción y en la feracidad del suelo productor.

Esta verdad, no sólo se ha manifestado en la tribuna y en la prensa, sino que está escrita en la ley.

La desamortizadora de 1855, en el art. 19, terminantemente dispone que los pueblos pueden reclamar el capital resultante del 80 por 100 de sus bienes vendidos para dedicarlo á la formación de Bancos agrícolas; y si la orden de 10 de Agosto de 1874 prohibió el curso de las solicitudes que á ese fin tendiesen por la irregularidad con que los Ayuntamientos procedían, también dispuso que la Dirección general de Administración local estudiara y redactara un proyecto que, con la base de capitales de Propios vendidos y de los Pósitos, facilitase la fundación de Bancos agrícolas regionales y provinciales.

Más tarde, el Real decreto de 5 de Diciembre de 1883, refrendado por el Sr. Moret, como Ministro de Fomento, es cuando una Comisión, con el objeto de estudiar todas las cuestiones que directamente interesaran á la mejora y bienestar de las clases obreras, tanto agrarias como industriales, proponía en el respectivo cuestionario la creación de Bancos agrícolas con los elementos de los antiguos Pósitos.

El Código de comercio declara libre la formación de tales Bancos, y á ellos están destinados los arts. 212 al 217.

Y por último, el proyecto de ley de crédito agrícola, presentado á las Cortes por el Sr. Montero Ríos y aceptado por la Comisión encargada de dictaminar, es la exposición más elocuente de la necesidad en que la clase agricultora está de ser protegida por los Gobiernos de S. M., si ha de levantarse de la mortal postración en que está hundida.

Al lado de tan imperiosa y evidente necesidad está el peligro de que más pronto ó más tarde, pero no en plazo lejano, la desamortización se complete, como ya lo intentó el Sr. Camacho con la venta de los montes públicos, problema muy debatido por la incompatibilidad que entraña para los intereses de los pueblos y los intereses del Estado.

Pero esa incompatibilidad halla fácil solución á la par que justa y conveniente, otorgando á los Municipios facultad potestativa para vender ó conservar la propiedad de sus montes, porque nadie como ellos ha de conocer sus necesidades y conveniencias.

En este concepto, el Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Los Ayuntamientos podrán acordar la enajenación de sus montes, con arreglo á las leyes, para destinar el capital resultante del 80 por 100 de las rentas á la creación de Bancos agrícolas, oyendo previamente á las Juntas municipales y con autorización de la Diputación provincial respectiva.

Art. 2.º Para los fines indicados en el artículo

anterior, podrán asociarse varios pueblos, formando comunidad, y se considerarán accionistas del Banco creado en la proporción del capital que aportaren.

Art. 3.º Los Bancos agrícolas creados con arreglo á esta ley serán municipales, comunales ó provinciales, según que estuvieren constituidos con capital de un solo Municipio, de varios ó de la mayoría de los Municipios de la provincia, pero no podrá crearse Banco cuyo capital destinado al efecto no llegase á un millón de pesetas.

Art. 4.º Los Ayuntamientos de los pueblos que tuviesen láminas procedentes de bienes ya vendidos, podrán acordar su aportación al Banco agrícola que tuviesen por conveniente elegir entre los establecidos en la provincia correspondiente.

Art. 5.º A los agricultores con vecindad y residencia en los pueblos interesados en el Banco agrícola, no se les podrá exigir mayor interés que el 4 por 100 del capital que se les prestare, y á los extraños se les exigirá el 6, siendo no obstante siempre preferidos aquéllos á éstos cuando solicitaren los préstamos con simultaneidad.

Art. 6.º Los Bancos creados por virtud de esta ley estarán exentos de toda clase de contribución.

Art. 7.º Queda autorizado el Ministro de Fomento para formar los estatutos, ó reglamentos por que hubieren de regirse esta clase de institutos de crédito.

Palacio del Congreso 16 de Mayo de 1894.==
Eustaquio de la Torre-Minguez.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Sagasta (D. Bernardo), incluyendo en el plan general de carreteras una de Caldas de Reyes á Cercedo.

AL CONGRESO

El Diputado que suscribe tiene la honra de someter á la aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo 1.º Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una en la provincia de Pontevedra, que partiendo de Caldas de Reyes, y atraviesan-

do los Ayuntamientos de Moraña y Campo, termine en la de Pontevedra á Orense en el pueblo de Cercedo.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se tendrá en cuenta lo preceptuado sobre construcción de obras públicas en el Real decreto de 3 de Diciembre de 1886.

Palacio del Congreso 16 de Mayo de 1894.—Bernardo M. Sagasta.

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Proposición de ley, del Sr. Suárez Inclán (D. Félix), incluyendo en el plan general de carreteras una de los muelles de Luarca á la de Villalva á Oviedo.

El Diputado que suscribe tiene el honor de someter á la aprobación del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY

Artículo único. Se incluye en el plan general de

carreteras del Estado una que, partiendo de los muelles de Luarca, enlace con la de Villalva á Oviedo.

Palacio del Congreso 16 de Mayo de 1894.—Félix Suárez Inclán.



SESIONES

DE

CORTES

1894

IX

CASINO GADITANO